INFERNAL HORIZONS

ANTHONY DUQUE

CAP 1

El Pecado de la Sangre

En los salones de la familia Ludendorff, la perfección no era una virtud. Era una obligación.

Durante generaciones, aquel apellido había sido sinónimo de prestigio, poder y una aristocracia que se consideraba superior incluso entre los suyos. Sus integrantes habían construido una reputación que parecía imposible de manchar, cimentada sobre una fortuna incalculable, alianzas cuidadosamente establecidas y una obsesión enfermiza por preservar la pureza de su linaje.

Los errores no existían dentro de aquella familia.

O, al menos, eso era lo que sus miembros se empeñaban en hacer creer.

Detrás de las puertas ornamentadas, las extensas mesas de banquetes y los retratos de antepasados que observaban desde las paredes, se escondían secretos que jamás debían abandonar los muros de la residencia.

Y uno de aquellos secretos llevaba el nombre de Rubí.

Con apenas veinte años, Rubí Ludendorff era una de las integrantes más jóvenes de aquella prestigiosa familia. Su juventud contrastaba con las rígidas costumbres de sus parientes, quienes parecían haber olvidado que existía un mundo más allá de las apariencias y las obligaciones aristocráticas.

Rubí era diferente.

No porque despreciara sus orígenes, sino porque, a diferencia de muchos de sus familiares, todavía creía que el amor podía existir sin necesidad de convertirse en una herramienta para obtener poder.

Quizás fue esa ingenuidad, o aquella necesidad desesperada de sentirse amada por alguien, lo que terminó llevándola por un camino prohibido.

Se había enamorado.

Pero no de cualquier hombre.

Su amante pertenecía también al linaje Ludendorff.

Ambos conocían perfectamente las consecuencias que tendría su relación si llegaba a descubrirse. Su familia jamás permitiría semejante unión, mucho menos cuando el prestigio de su apellido estaba por encima de cualquier sentimiento.

Por eso se encontraban en secreto.

Entre corredores vacíos, habitaciones apartadas y jardines donde las sombras ofrecían una intimidad que los muros de la residencia les negaban.

Durante meses, Rubí llegó a convencerse de que aquel amor era verdadero.

Él le había prometido una vida diferente. Una vida donde no tendrían que esconderse, donde podrían abandonar las exigencias familiares y construir algo que les perteneciera únicamente a ellos.

Y Rubí le creyó.

Le creyó cuando le aseguró que jamás la abandonaría.

Le creyó cuando, sosteniendo sus manos, le prometió que encontrarían una solución.

Y, sobre todo, le creyó cuando le dijo que la amaba.

Sin embargo, las promesas son fáciles de pronunciar cuando todavía no ha llegado el momento de cumplirlas.

Aquella mañana, Rubí permanecía sentada frente al espejo de su habitación.

La luz rojiza del exterior se filtraba entre las cortinas, iluminando suavemente su rostro. Sobre el tocador descansaban varios frascos de perfume, un pequeño joyero y un espejo de mano que había pertenecido a su madre.

Pero Rubí no prestaba atención a ninguno de aquellos objetos.

Sus ojos estaban clavados en su propio reflejo.

Llevaba varios días sintiéndose extraña. Las náuseas matutinas, el cansancio y ciertos cambios en su cuerpo habían despertado sospechas que, en un principio, se negó a considerar.

Ahora, después de confirmar aquello que tanto había rondado por su cabeza, ya no podía seguir ignorándolo.

Estaba embarazada.

Rubí bajó lentamente la mirada hacia su vientre.

Todavía no había ninguna señal visible de aquella nueva vida, pero saber que estaba allí resultaba suficiente para estremecerla.

Con cierta timidez, colocó una mano sobre su abdomen.

—Así que... estás aquí.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—No sé si puedes escucharme todavía.

Soltó una risa nerviosa, casi avergonzada de estar hablando sola.

—Probablemente no. Debo parecer una tonta.

Permaneció callada durante unos segundos.

Después, acarició suavemente su vientre.

—Pero supongo que tendremos mucho tiempo para conocernos, ¿verdad?

Su sonrisa se ensanchó.

Por primera vez desde que había conocido la noticia, dejó que su imaginación se adelantara al futuro.

Pensó en una pequeña criatura corriendo por los jardines, en unos brazos diminutos rodeándole el cuello, en una voz llamándola mamá.

Mamá.

Aquella palabra le produjo una sensación difícil de describir.

No sabía si estaba preparada.

Apenas tenía veinte años. Todavía había demasiadas cosas que desconocía sobre el mundo, demasiadas decisiones que jamás había tenido que tomar por sí misma.

Y, aun así, sintió una felicidad que ninguna de las riquezas de su familia había conseguido proporcionarle.

—Voy a cuidarte —susurró—. Te lo prometo.

Entonces recordó al padre.

Su expresión cambió ligeramente.

Él debía saberlo.

Seguramente se sorprendería. Quizás incluso se asustaría al principio, teniendo en cuenta las circunstancias de su relación.

Pero Rubí confiaba en él.

Después de todo, se amaban.

Y si habían sido capaces de mantener su relación en secreto durante tanto tiempo, podrían encontrar una forma de proteger a su hijo.

Se levantó del tocador y, antes de abandonar la habitación, contempló nuevamente su reflejo.

—Todo saldrá bien.

Lo dijo en voz alta.

Como si necesitara convencerse.

El encuentro tuvo lugar aquella misma tarde, en una de las habitaciones privadas de la residencia.

El hombre permanecía junto a una ventana, observando distraídamente los jardines exteriores. Vestía con la elegancia habitual de los Ludendorff y sostenía una copa entre los dedos.

Cuando Rubí entró, apenas giró la cabeza.

—Llegas tarde.

—Lo siento —respondió ella, cerrando la puerta—. No quería que nadie me viera entrar.

—Últimamente todos parecen demasiado interesados en lo que hago. Debemos tener más cuidado.

Rubí asintió, aunque su atención estaba puesta en algo completamente diferente.

Se acercó lentamente.

—Necesito contarte una cosa.

Él bebió un pequeño sorbo.

—¿Ha ocurrido algo?

—Bueno... sí. Pero no es nada malo.

El hombre finalmente la miró.

—Entonces habla.

Rubí juntó las manos frente a su cuerpo.

Había imaginado aquel momento durante toda la mañana. En su cabeza, las palabras surgían con naturalidad, acompañadas de una sonrisa y un abrazo.

Ahora que lo tenía delante, sin embargo, descubrió que estaba mucho más nerviosa de lo que esperaba.

—¿Recuerdas cuando hablamos de marcharnos?

Él frunció ligeramente el ceño.

—¿Marcharnos?

—Sí. Dejar esta residencia. Vivir en otro lugar, lejos de nuestras familias...

—Rubí, ¿a dónde quieres llegar?

Ella respiró profundamente.

—Creo que tendremos que empezar a pensar en eso antes de lo previsto.

El silencio se instaló entre ambos.

—¿Por qué?

Rubí levantó la mirada.

Sus ojos brillaban de emoción.

—Porque vamos a tener un hijo.

Durante unos segundos, el hombre no respondió.

Simplemente permaneció inmóvil.

Rubí sonrió, esperando alguna reacción.

—Lo descubrí esta mañana. Bueno, llevaba varios días sospechándolo, pero hoy pude confirmarlo.

Dio un pequeño paso hacia él.

—Sé que es inesperado, pero...

—¿Qué acabas de decir?

La sonrisa de Rubí vaciló.

—Que... estoy embarazada.

El hombre dejó lentamente la copa sobre una mesa.

—No.

Rubí parpadeó.

—¿Cómo?

—Dime que estás bromeando.

Ella soltó una pequeña risa nerviosa.

—¿Por qué bromearía con algo así?

Él se llevó una mano al rostro.

—Maldita sea...

—Escúchame. Sé que no lo habíamos planeado, pero podemos encontrar una solución.

—¿Una solución?

Su voz se elevó bruscamente.

Rubí retrocedió medio paso.

—Sí. Podríamos marcharnos, como dijimos. No necesitamos permanecer aquí toda nuestra vida.

El hombre se volvió hacia ella.

En su rostro ya no quedaba rastro de la tranquilidad que había mostrado minutos antes.

—¿Tienes la menor idea de lo que acabas de hacer?

Rubí sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿De lo que he hecho?

—¡Un hijo, Rubí! ¡Un maldito hijo!

—También es tuyo.

Aquellas palabras parecieron enfurecerlo todavía más.

—Baja la voz.

—Pero...

—¡He dicho que bajes la voz!

Rubí cerró la boca.

Por primera vez desde que había comenzado aquella relación, sintió miedo de encontrarse a solas con él.

El hombre comenzó a caminar de un lado a otro.

—Si alguien descubre esto, estaremos acabados. ¿Lo entiendes? Todo lo que mi familia ha construido, mi posición, mi futuro...

—Nuestro futuro —lo corrigió ella.

Él se detuvo.

—¿Qué?

Rubí tragó saliva.

—Dijiste que querías construir un futuro conmigo.

El hombre la observó en silencio.

—Eso fue antes.

Aquella respuesta le dolió más de lo que esperaba.

—¿Antes de qué?

Él señaló su vientre.

—De esto.

Rubí bajó la mirada hacia donde apuntaba su dedo.

Después volvió a mirarlo.

—¿Estás diciendo que nuestro hijo es un problema?

—Estoy diciendo que todavía podemos evitar que todo esto se convierta en una desgracia.

—No te entiendo.

El hombre se acercó lentamente.

Su expresión se había vuelto completamente fría.

—Deshazte de ese engendro.

El mundo de Rubí pareció detenerse.

Durante varios segundos, no consiguió pronunciar una sola palabra.

Lo había escuchado perfectamente.

Sin embargo, una parte de ella se negaba a creer que aquellas palabras hubieran salido de la boca del hombre al que amaba.

—¿Qué...?

—No voy a repetirlo.

Rubí negó lentamente con la cabeza.

—No puedes hablar en serio.

—Es la única solución razonable.

—Estamos hablando de nuestro hijo.

—Estamos hablando de una vergüenza que podría destruirnos.

Rubí sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Es un bebé...

—Es un error.

Ella retrocedió.

Aquella palabra pareció atravesarla.

—No.

—Rubí...

—No vuelvas a llamarlo así.

El hombre apretó los dientes.

—Escúchame bien. Todavía estamos a tiempo de solucionar esto discretamente. Nadie tiene por qué enterarse.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —preguntó ella, con la voz quebrada—. ¿Fingir que nunca existió?

—Si eso es lo necesario, sí.

Rubí se llevó una mano al vientre.

—No puedo creer que me estés pidiendo esto.

—Te estoy ofreciendo una salida.

—¡Me estás pidiendo que mate a nuestro hijo!

El hombre se abalanzó hacia ella y le sujetó violentamente un brazo.

—¡Cállate!

Rubí soltó un gemido.

—Me haces daño...

—¿Quieres que toda la residencia se entere?

—¡Suéltame!

Él aflojó la mano.

Rubí se apartó inmediatamente.

Durante unos instantes, ambos permanecieron en silencio.

Ella observó su brazo enrojecido.

Después levantó la mirada.

—Me prometiste que nunca me abandonarías.

El hombre apartó los ojos.

—No hagas esto más difícil.

—Me dijiste que me amabas.

—Rubí...

—¡Mírame cuando te estoy hablando!

Aquella exigencia lo tomó por sorpresa.

Rubí estaba llorando, pero su voz había adquirido una firmeza que él no esperaba.

—Me dijiste que, si algún día teníamos que elegir entre nuestra familia y estar juntos, me elegirías a mí.

El hombre guardó silencio.

—¿También era mentira?

No respondió.

Y aquella ausencia de palabras terminó de romper algo dentro de ella.

Rubí se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Entiendo.

—No entiendes nada.

—Entiendo que nunca pensaste cumplir tus promesas.

Él dio un paso hacia ella.

—Ten cuidado con lo que dices.

Rubí levantó la barbilla.

—Y entiendo que mi hijo no significa absolutamente nada para ti.

—Ese niño no debería existir.

Ella lo miró con una mezcla de dolor y desprecio.

—Pues existe.

La respuesta lo dejó inmóvil.

Rubí respiró profundamente.

—Y voy a tenerlo.

—No seas estúpida.

—Voy a tener a mi hijo —repitió—. Contigo o sin ti.

El hombre entrecerró los ojos.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí, lo sé.

Rubí caminó hacia la puerta.

—No volveré a pedirte nada. No tendrás que reconocerlo, ni cuidarlo, ni volver a verme si eso es lo que tanto deseas.

Colocó una mano sobre el picaporte.

—Pero no voy a permitir que le hagas daño.

—No vas a salir de esta habitación.

Rubí se quedó quieta.

Lentamente, volvió la cabeza.

—¿Qué?

El hombre avanzó hacia ella.

—¿Crees que puedes marcharte así nada más? ¿Llevarte ese secreto contigo y confiar en que nunca hablarás?

—No tengo intención de contarle nada a nadie.

—¿Y esperas que te crea?

—¡Nunca te he dado motivos para desconfiar de mí!

—Me has puesto una soga alrededor del cuello.

Rubí sintió un escalofrío.

—Apártate.

Él no se movió.

—No comprendes la gravedad de esto.

—Abre la puerta.

—No voy a permitir que destruyas mi vida por un capricho.

Rubí lo observó con incredulidad.

—¿Un capricho?

Su voz tembló.

—¿Eso es lo que significa para ti?

El hombre extendió la mano hacia ella.

—Ven aquí.

Rubí retrocedió.

—No me toques.

Él la sujetó nuevamente, esta vez con mucha más fuerza.

—¡Vas a escucharme!

—¡Suéltame!

Rubí intentó apartarlo.

En el forcejeo, golpeó accidentalmente la mesa y la copa cayó al suelo, haciéndose pedazos.

El estruendo resonó por toda la habitación.

El hombre miró los cristales.

Después volvió los ojos hacia ella.

Y algo en su expresión cambió.

—Mira lo que has hecho.

Rubí respiraba agitadamente.

—Déjame ir...

—Siempre tienes que complicarlo todo.

—Por favor...

Él la abofeteó.

El golpe la hizo perder el equilibrio.

Rubí cayó contra un pequeño mueble, derribando varios objetos antes de desplomarse sobre el suelo.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, intentando comprender lo que acababa de ocurrir.

Llevó una mano temblorosa hasta su mejilla.

Le ardía.

Pero el dolor físico era insignificante comparado con la incredulidad que sentía.

El hombre al que había amado acababa de golpearla.

—Levántate —ordenó él.

Rubí lo miró desde el suelo.

—¿Por qué...?

Su voz apenas fue un susurro.

—¿Por qué me haces esto?

El hombre no respondió.

Se acercó y la sujetó del brazo para obligarla a levantarse.

Rubí gritó.

—¡No!

Intentó soltarse desesperadamente.

—¡Por favor, no me hagas daño! ¡Estoy embarazada!

Aquella súplica no consiguió detenerlo.

Los golpes continuaron.

Rubí trató de protegerse, encogiéndose sobre sí misma mientras sus manos buscaban cubrir instintivamente su vientre.

No podía defenderse.

No contra alguien mucho más fuerte que ella.

Entre el dolor, los sollozos y el miedo, apenas consiguió pronunciar unas últimas palabras.

—Mi bebé...

Su visión comenzó a oscurecerse.

—Por favor...

Un último golpe la dejó inconsciente.

Y la habitación quedó sumida en un silencio espantoso.

El hombre permaneció inmóvil durante varios segundos.

Respiraba con dificultad.

A sus pies, Rubí yacía sobre el suelo, rodeada de fragmentos de cristal y objetos que habían caído durante el forcejeo.

Su vestido estaba rasgado.

Tenía el rostro ensangrentado.

Una de sus manos descansaba sobre el vientre.

Él la contempló sin decir nada.

Después se agachó y buscó su pulso.

Seguía viva.

Su expresión se endureció.

Aquello complicaba las cosas.

Miró hacia la puerta, temiendo que alguien hubiera escuchado los gritos. Permaneció atento durante unos instantes, pero ningún sirviente apareció.

La residencia continuaba sumida en su aparente tranquilidad.

El hombre volvió a observar a Rubí.

—Debiste escucharme —murmuró.

No había arrepentimiento en su voz.

Solo irritación.

Como si la joven hubiera sido responsable de su propia desgracia.

Se incorporó y comenzó a actuar con una frialdad aterradora.

Le retiró las joyas.

Primero los pendientes, después el collar y finalmente los adornos que podían identificarla como integrante de la familia Ludendorff.

Cada pieza desapareció entre sus pertenencias.

El apellido que tanto había presumido Rubí durante toda su vida estaba siendo arrancado de ella, objeto por objeto.

Cuando terminó, buscó entre los armarios hasta encontrar un manto viejo.

Lo extendió sobre el suelo y envolvió a la muchacha con él.

Rubí no reaccionó.

El hombre la levantó con dificultad.

Su cuerpo colgaba entre sus brazos, completamente indefenso.

Antes de abandonar la habitación, echó una última mirada al lugar.

Había sangre sobre el suelo.

Cristales rotos.

Un mueble desplazado.

Se encargaría de aquello más tarde.

Por ahora, tenía un problema mucho más urgente que resolver.

La noche había caído sobre las comunas más alejadas de los barrios aristocráticos.

En aquel lugar, las elegantes avenidas y los majestuosos edificios habían sido sustituidos por construcciones deterioradas, callejones estrechos y calles donde la pobreza se manifestaba en cada rincón.

Las luces apenas conseguían atravesar la oscuridad.

El aire olía a humedad, basura y humo.

Muy lejos de allí, las familias poderosas continuaban celebrando banquetes, discutiendo negocios y brindando por la grandeza de sus apellidos.

Pero en aquellos barrios nadie hablaba de grandeza.

La mayoría de sus habitantes simplemente intentaba sobrevivir.

Un vehículo se detuvo junto a un callejón apartado.

El hombre descendió y observó los alrededores.

No había nadie.

Abrió la parte trasera y sacó el cuerpo de Rubí, todavía envuelto en el manto.

La cargó algunos metros hasta encontrar un rincón donde la oscuridad ocultaba casi por completo las paredes.

Allí la dejó.

Sin delicadeza.

Sin preocuparse por sus heridas.

Rubí cayó sobre el suelo húmedo.

El hombre se enderezó y contempló su obra.

Resultaba difícil reconocer en aquella joven malherida a la muchacha que, apenas unas horas antes, había entrado sonriente en su habitación para anunciarle que iba a convertirse en padre.

Ahora parecía una desconocida.

Una desconocida sin joyas, sin protección y sin nadie que pudiera acudir en su ayuda.

Él se acomodó las mangas.

—Todo habría sido mucho más sencillo si hubieras obedecido.

Se dio la vuelta para marcharse.

Entonces escuchó algo.

Un gemido.

El hombre se detuvo.

Rubí se había movido ligeramente.

Sus ojos permanecían cerrados, pero sus labios temblaban.

Una mano se deslizó lentamente sobre el suelo, buscando algo a lo que aferrarse.

Finalmente, terminó descansando sobre su vientre.

—No... —murmuró.

El hombre la observó.

Rubí parecía atrapada entre la inconsciencia y el dolor.

—No le...

Su respiración se entrecortó.

—No le hagas daño...

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire.

Incluso después de todo lo que había sufrido, su preocupación no estaba puesta en sí misma.

Era aquel pequeño ser que todavía no había nacido.

El hombre la contempló durante unos segundos.

Por un instante, su expresión pareció vacilar.

Pero cualquier rastro de humanidad desapareció tan rápido como había surgido.

—No debiste desafiarme, Rubí.

Se alejó.

Sus pasos resonaron sobre el pavimento húmedo hasta perderse entre los ruidos de la comuna.

Poco después, el vehículo desapareció en la distancia.

Y Rubí quedó completamente sola.

CAP 2

Un Destello de Esperanza en la Oscuridad

La noche se había apoderado de las calles de la comuna.

En aquel rincón olvidado del Infierno, la oscuridad no representaba precisamente una invitación al descanso. Los gritos de las discusiones, el ruido de las botellas estrellándose contra el pavimento y las carcajadas de los borrachos formaban parte de una rutina que sus habitantes habían aprendido a soportar.

La violencia era tan común que pocos se molestaban en intervenir cuando escuchaban una pelea.

Allí, sobrevivir significaba aprender cuándo mirar hacia otro lado.

Entre las calles deterioradas caminaba Marta, una mujer imp de complexión delgada y mirada cansada. Su ropa era sencilla, algo desgastada por los años, y llevaba entre los brazos una pequeña bolsa con algunas provisiones que había conseguido después de una larga jornada.

Estaba agotada.

Lo único que deseaba era regresar a casa, preparar algo de comer y abrazar a su pequeño hijo antes de que se quedara dormido.

—Espero que todavía quede algo de pan... —murmuró mientras revisaba el contenido de su bolsa—. Miguel seguramente llegará muerto de hambre.

Soltó un suspiro.

Su esposo trabajaba hasta tarde como sirviente de una de las familias aristocráticas más influyentes del Infierno: los Ludendorff.

No era precisamente un empleo agradable.

Miguel regresaba muchas noches con el rostro desencajado, agotado por las interminables exigencias de sus superiores. Sin embargo, aquel trabajo les proporcionaba lo suficiente para mantener un techo sobre sus cabezas y alimentar a su hijo.

Y, para una familia como la suya, aquello ya era mucho.

Marta dobló una esquina.

Conocía aquellas calles desde hacía años. Sabía cuáles debía evitar, qué lugares eran peligrosos y qué vecinos podían ofrecerle ayuda si alguna vez la necesitaba.

Por eso, cuando escuchó un ruido procedente de uno de los callejones, su primera reacción fue continuar caminando.

Probablemente sería otro borracho.

O alguien buscando problemas.

Pero entonces volvió a escucharlo.

Un sonido débil, casi imperceptible.

Un gemido.

Marta se detuvo.

Miró hacia el callejón.

—¿Hola?

Nadie respondió.

Apretó la bolsa contra su pecho.

—¿Hay alguien ahí?

El silencio volvió a envolverla.

Durante unos segundos consideró marcharse. No sería la primera vez que alguien fingía necesitar ayuda para atraer a una víctima desprevenida.

Sin embargo, había algo extraño en aquel sonido.

No parecía una amenaza.

Parecía sufrimiento.

Marta avanzó lentamente.

—Si esto es alguna clase de broma, les advierto que no tengo nada de valor —dijo, intentando aparentar una seguridad que realmente no sentía.

Sus pasos resonaron sobre el pavimento húmedo.

Al principio no distinguió nada.

Después, bajo la escasa iluminación que llegaba desde la calle, observó una silueta tendida junto a la pared.

Era una mujer.

Marta sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¡Por todos los demonios!

Se acercó rápidamente y dejó sus provisiones en el suelo.

La desconocida estaba envuelta en un manto viejo. Su vestido había sido desgarrado y presentaba numerosas manchas de sangre seca.

Tenía el rostro amoratado y respiraba con dificultad.

Marta se arrodilló junto a ella.

—Señorita... ¿puede escucharme?

Colocó cuidadosamente una mano sobre su hombro.

—Oiga, ¿está bien?

La joven apenas reaccionó.

Sus párpados se movieron ligeramente hasta que consiguió abrir los ojos.

Durante un instante, su mirada se encontró con la de Marta.

Pero no había reconocimiento en ella.

Solo miedo.

—No... —susurró la desconocida.

Marta se inclinó un poco más.

—Tranquila. No voy a hacerle daño.

Rubí intentó apartarse.

Su cuerpo tembló violentamente y un gemido de dolor escapó de sus labios.

—No... más...

Aquellas palabras hicieron que Marta sintiera un nudo en la garganta.

Comprendió que aquella muchacha no solo estaba herida.

Estaba aterrorizada.

—Está bien, cariño. Nadie va a golpearte —respondió suavemente—. Ya pasó. Tranquila.

Rubí trató de decir algo más.

Sus labios se movieron, pero apenas consiguió articular unas sílabas.

—Mi... bebé...

Marta frunció el ceño.

—¿Qué?

La joven intentó levantar una mano.

Con enorme dificultad, la llevó hasta su vientre.

—Mi... hijo...

Sus ojos se cerraron nuevamente.

Marta siguió con la mirada aquel movimiento.

Entonces comprendió.

—Oh, no...

Observó el abdomen de la muchacha y después volvió a mirar sus heridas.

—Estás embarazada...

Sintió un escalofrío.

Había visto muchas cosas desagradables durante su vida en la comuna. Peleas, robos, asesinatos e incluso criaturas abandonadas a su suerte.

Pero aquello era diferente.

Alguien había golpeado brutalmente a una mujer embarazada y después la había abandonado en un callejón para que muriera.

Marta apretó los dientes.

—Malditos desgraciados...

Se quitó una pequeña prenda de tela que llevaba sobre los hombros y la colocó cuidadosamente bajo la cabeza de Rubí.

—Escúchame, cariño. No sé quién te hizo esto, pero no pienso dejarte aquí.

Miró hacia la entrada del callejón.

Nadie parecía haberse percatado de lo que ocurría.

—Necesitamos sacarte de este lugar.

Intentó incorporar a la joven.

Rubí soltó un gemido.

—Lo siento, lo siento... —murmuró Marta inmediatamente—. Sé que te duele.

La mujer imp observó su propia complexión y después el cuerpo de la desconocida.

No sería fácil.

Rubí era considerablemente más grande que ella.

Pero Marta había pasado demasiados años trabajando, cargando mercancías y realizando labores agotadoras para rendirse ante semejante dificultad.

—Bueno... —resopló—. Supongo que hoy me tocará hacer un último esfuerzo.

Acomodó uno de los brazos de Rubí sobre sus hombros.

Después la sostuvo por la cintura y, con un esfuerzo considerable, consiguió levantarla lo suficiente para arrastrarla fuera del callejón.

—Vamos, muchacha...

Sus piernas temblaron.

—No te me vayas a morir ahora.

El trayecto hasta su hogar fue mucho más complicado de lo que había imaginado.

Las calles estaban llenas de imps reunidos frente a establecimientos deteriorados, sabuesos infernales que descansaban junto a las entradas de algunos edificios y comerciantes que recogían apresuradamente sus puestos.

Marta avanzaba con dificultad, sosteniendo a Rubí contra su cuerpo.

Cada pocos pasos necesitaba detenerse para recuperar el aliento.

Algunas personas se volvieron para observarlas.

Un imp que bebía frente a una taberna soltó una carcajada.

—¡Eh, señora! ¿Ahora se dedica a recoger borrachos?

Marta ni siquiera se detuvo.

—Métete en tus asuntos.

—¡Solo preguntaba!

Otro de los presentes observó el estado de Rubí.

—Esa mujer tiene muy mala pinta.

—Pues podrías ayudarme a cargarla —respondió Marta.

El sujeto levantó ambas manos.

—No quiero problemas.

—Eso imaginé.

Continuó caminando.

Un poco más adelante, un sabueso infernal observó las manchas de sangre en el vestido de Rubí y apartó la mirada.

Marta sintió una mezcla de rabia y tristeza.

Nadie preguntaba qué había ocurrido.

Nadie parecía dispuesto a intervenir.

Era como si el sufrimiento de aquella joven formara parte del paisaje.

—No les hagas caso —murmuró Marta, aunque Rubí seguía inconsciente—. Aquí la gente se ha acostumbrado demasiado a mirar hacia otro lado.

Reajustó el brazo de la muchacha sobre sus hombros.

—Pero no todos somos así.

Tras varios minutos de esfuerzo, finalmente reconoció la estrecha calle donde se encontraba su vivienda.

Nunca se había alegrado tanto de verla.

—Ya casi llegamos...

Su respiración estaba agitada.

—Un poquito más.

Al alcanzar la puerta, tuvo que apoyarse contra la pared para no caer.

Buscó las llaves con manos temblorosas.

—Vamos... ¿dónde demonios las puse?

Finalmente consiguió encontrarlas.

Abrió la puerta y entró con dificultad.

—¡Ya llegué!

El hogar de Marta y Miguel distaba mucho de las lujosas residencias aristocráticas.

Era una casa pequeña, construida con materiales modestos y paredes que mostraban el desgaste de los años.

Los muebles eran sencillos. Había una mesa de madera junto a la cocina, algunas sillas desiguales y un sofá viejo que Miguel había conseguido reparar tiempo atrás.

Sin embargo, el lugar estaba limpio.

Unas cortinas cuidadosamente remendadas cubrían las ventanas y varios objetos hechos a mano decoraban las paredes.

No había riquezas.

Pero sí algo que escaseaba incluso en las mansiones más poderosas del Infierno.

Calidez.

En el suelo de la sala, un pequeño imp de cuatro años jugaba con un muñeco de tela que su madre había confeccionado.

Sus cuernos, de tonalidades doradas y negras, destacaban bajo la tenue iluminación de la habitación.

El pequeño estaba completamente concentrado en su juego cuando escuchó abrirse la puerta.

—¡Mami!

Levantó la cabeza con una enorme sonrisa.

—¡Mira! ¡Mi muñeco derrotó al monstruo!

Marta intentó sonreír mientras sostenía a Rubí.

—Eso es maravilloso, cariño. Pero necesito que te apartes un poquito.

El niño ladeó la cabeza.

Solo entonces se percató de que su madre no estaba sola.

—¿Mami?

Marta avanzó hacia el sofá.

—Un momento, cielo...

Con muchísimo esfuerzo, consiguió recostar a Rubí sobre los cojines.

Soltó un largo suspiro y se llevó una mano a la espalda.

—¡Ay, por todos los anillos...!

El pequeño se levantó y se acercó.

—¿Quién es ella?

Marta acomodó cuidadosamente la cabeza de Rubí sobre un cojín.

—Una muchacha que encontré en la calle.

El niño observó a la desconocida.

Sus ojos se detuvieron en los golpes de su rostro.

—¿Por qué tiene sangre?

Marta guardó silencio durante un instante.

No quería asustarlo.

—Porque alguien le hizo daño.

El niño frunció el ceño.

—¿Fue un monstruo?

Marta lo miró.

Aquella pregunta, formulada con absoluta inocencia, le produjo una tristeza inesperada.

—Puede que sí, cariño.

El pequeño contempló nuevamente a Rubí.

—¿Y por qué le hizo daño?

Marta no supo qué responder.

¿Cómo explicarle a un niño de cuatro años que existían personas capaces de lastimar a otros por orgullo, miedo o simple crueldad?

Se agachó frente a él.

—Hay gente que hace cosas muy malas, mi amor. Cosas que nunca deberían hacerse.

El pequeño permaneció pensativo.

—¿Y ella está triste?

—Mucho, cariño.

—Entonces tenemos que ayudarla.

Marta sonrió con ternura.

—Eso estamos haciendo.

El niño se acercó un poco más al sofá.

—¿Se va a morir?

La pregunta hizo que Marta sintiera un escalofrío.

Miró brevemente a Rubí.

—Espero que no.

—¿Y si se muere?

Marta acarició suavemente uno de sus pequeños cuernos.

—Vamos a hacer todo lo posible para que eso no pase, ¿de acuerdo?

El niño asintió.

Marta se levantó y fue a buscar una manta.

Regresó unos instantes después y cubrió cuidadosamente a la joven.

Luego trajo un recipiente con agua limpia y algunos paños.

Mientras comenzaba a retirar la sangre seca del rostro de Rubí, su hijo permaneció observándola.

—Mami...

—¿Sí, corazón?

—¿Por qué se agarra la barriga?

Marta bajó la mirada.

Incluso inconsciente, Rubí conservaba una mano sobre su abdomen.

—Porque está cuidando a alguien.

El niño abrió mucho los ojos.

—¿A quién?

Marta sonrió.

—A su bebé.

El pequeño pareció necesitar unos segundos para comprenderlo.

—¿Tiene un bebé?

—Sí.

—¿En la barriga?

—Exactamente. Como cuando tú estabas en la mía.

El niño miró a Rubí con renovada fascinación.

Se acercó despacio, como si de pronto aquella desconocida se hubiera convertido en la cosa más extraordinaria del mundo.

—¿Y cuándo va a salir?

Marta soltó una pequeña risa.

—Todavía falta un tiempo, cariño.

—¿Y va a ser chiquitito?

—Muchísimo.

El niño extendió los brazos para indicar un tamaño exageradamente pequeño.

—¿Así?

—Bueno... un poquito más grande.

Ambos sonrieron.

Durante unos instantes, la inocencia infantil consiguió aliviar la tensión que se había instalado en la casa.

Pero entonces el pequeño formuló otra pregunta.

—Mami...

—Dime.

—¿Va a ser mi hermanito?

Marta dejó de mover el paño.

Miró a Rubí.

No sabía quién era aquella muchacha ni de dónde provenía. Tampoco sabía si tendría familiares buscándola o qué consecuencias podría traer haberla acogido.

Ni siquiera estaba segura de que sobreviviera a sus heridas.

Sin embargo, contemplar a su hijo observando con tanta ilusión el vientre de aquella desconocida le provocó una emoción difícil de explicar.

Le acarició el cabello.

—Puede que sí, cariño.

El pequeño sonrió de oreja a oreja.

—¡Entonces voy a enseñarle mis juguetes!

Marta soltó una carcajada suave.

—Primero tendremos que esperar a que nazca.

—¿Y puedo prestarle mi muñeco?

—Por supuesto.

El niño miró su juguete durante unos segundos.

Después lo colocó cuidadosamente sobre una pequeña mesa junto al sofá.

—Para cuando despierte —explicó.

Marta sintió que se le humedecían los ojos.

Se inclinó y besó la frente de su hijo.

—Tienes un corazón enorme, ¿lo sabías?

El pequeño sonrió orgullosamente.

—¡Como tú, mami!

Marta lo abrazó.

Y, mientras observaba a la joven inconsciente, susurró:

—Puede que ahora seamos una familia más grande...

Las horas transcurrieron lentamente.

Marta hizo cuanto estuvo a su alcance para atender a Rubí.

Limpió cuidadosamente sus heridas, improvisó algunos vendajes y procuró mantenerla abrigada.

La joven seguía sin recuperar el conocimiento, aunque su respiración se había vuelto algo más regular.

Marta sabía que necesitaba atención médica.

También sabía que conseguirla no sería sencillo.

Los pocos servicios disponibles en aquella zona eran costosos, estaban saturados o simplemente se negaban a atender a quienes no podían pagar.

Aun así, se prometió encontrar una solución.

Por ahora, lo más importante era que Rubí permaneciera con vida.

Su hijo terminó quedándose dormido en una silla, abrazado a otro de sus juguetes.

Marta lo llevó hasta su cama y regresó a la sala.

Se sentó junto al sofá.

Durante varios minutos contempló el rostro de la desconocida.

Era joven.

Demasiado joven para haber sufrido semejante brutalidad.

—¿Quién eres, muchacha? —murmuró.

Rubí no respondió.

Marta humedeció nuevamente el paño.

—¿Quién pudo hacerte algo así?

Suspiró.

—Sea quien sea, espero que algún día pague por lo que te hizo.

Entonces escuchó el ruido de una llave introduciéndose en la cerradura.

Miguel había llegado.

La puerta se abrió lentamente.

Un imp adulto entró en la vivienda, dejando escapar un largo suspiro.

Miguel tenía el rostro agotado y los hombros vencidos por el cansancio.

Su jornada había sido especialmente desagradable.

Trabajar para los Ludendorff significaba soportar órdenes interminables, exigencias absurdas y humillaciones que cualquier otro trabajador habría considerado intolerables.

Pero Miguel no tenía el lujo de renunciar.

Su familia dependía de aquel salario.

—Marta, ya estoy en casa —anunció mientras cerraba la puerta.

Se quitó parte de su uniforme de trabajo.

—No sabes el día que he tenido...

Avanzó hacia la sala.

—Uno de esos aristócratas decidió que era buena idea...

Se detuvo.

Sus palabras murieron antes de terminar la frase.

Había una mujer tendida sobre su sofá.

Una mujer cuyo rostro reconoció inmediatamente.

Miguel sintió que la sangre se le helaba.

—No puede ser...

Marta levantó la mirada.

—Miguel.

Él permaneció inmóvil.

Sus ojos recorrieron las heridas de Rubí, el vestido desgarrado y los vendajes improvisados.

No necesitaba preguntar quién era.

Sabía perfectamente su nombre.

Rubí Ludendorff.

La joven a la que había visto abandonar a su suerte.

—Marta... —murmuró.

Su esposa se levantó.

—Antes de que digas nada, déjame explicarte.

Miguel apenas parecía escucharla.

Se acercó lentamente al sofá.

—¿Dónde...?

Tragó saliva.

—¿Dónde la encontraste?

—En un callejón, cerca de la calle principal.

Miguel cerró los ojos durante un instante.

Conocía aquel lugar.

Recordaba demasiado bien lo que había presenciado.

El hombre que había llevado a Rubí hasta allí.

La manera en que la había abandonado.

Y la terrible certeza de que aquella muchacha no había llegado a ese estado por accidente.

Marta observó la expresión de su esposo.

—Miguel...

Él abrió los ojos.

—¿Qué?

—¿La conoces?

Miguel no respondió inmediatamente.

Volvió a mirar el rostro de Rubí.

Después asintió.

—Sí.

Marta frunció el ceño.

—¿Quién es?

—Se llama Rubí.

Hizo una pausa.

—Rubí Ludendorff.

Marta abrió los ojos con sorpresa.

—¿Ludendorff?

Miguel asintió lentamente.

—Pertenece a la familia para la que trabajo.

Marta miró a la joven.

Después volvió a observar a su esposo.

—¿Estás hablando en serio?

—Ojalá no lo estuviera.

El silencio se instaló entre ambos.

Marta se llevó una mano a la boca.

—Pero... ¿qué hace una mujer de esa familia tirada en un callejón?

Miguel apartó la mirada.

—Es complicado.

—¿Complicado?

Marta señaló las heridas de Rubí.

—¡Miguel, alguien casi la mata!

—Lo sé.

La respuesta fue tan rápida que Marta se quedó inmóvil.

Lo observó fijamente.

—¿Cómo que lo sabes?

Miguel apretó los puños.

Durante unos segundos pareció debatirse entre hablar o guardar silencio.

Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Porque vi lo que ocurrió.

Marta sintió que el estómago se le encogía.

—¿Qué?

Miguel se sentó lentamente en una silla.

—Vi cuando la abandonaron.

Su esposa lo contempló con incredulidad.

—¿Estabas allí?

—Sí.

—¿Y sabías que estaba herida?

Miguel bajó la cabeza.

—Sí.

Marta guardó silencio.

La decepción comenzó a reflejarse en su rostro.

—Miguel...

—Lo sé.

—¿Por qué no hiciste nada?

Él se cubrió el rostro con ambas manos.

—Porque tuve miedo.

Marta no respondió.

Miguel respiró profundamente.

—Sé lo que estás pensando. Créeme, llevo toda la noche pensando exactamente lo mismo.

Levantó la mirada.

—Pero tú no conoces a esa gente como yo.

—Trabajo o no, estamos hablando de una persona.

—¡Lo sé, Marta!

Su voz se elevó involuntariamente.

Miguel se detuvo y miró hacia la habitación donde dormía su hijo.

Bajó el tono.

—Lo sé...

Permaneció callado unos segundos.

—Pero si me hubieran visto intervenir, podrían haberme hecho lo mismo. O algo peor.

Marta cruzó los brazos.

—¿Y eso justifica abandonarla?

—No.

La respuesta fue inmediata.

Miguel negó lentamente con la cabeza.

—No lo justifica.

Su esposa observó cómo sus manos temblaban.

—Miguel...

Él miró hacia el suelo.

—Cuando la vi allí... pensé en acercarme.

Tragó saliva.

—Te juro que lo pensé.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Pero entonces recordé que tenía que volver a casa. Recordé que ustedes me estaban esperando.

Marta permaneció inmóvil.

—Y tuve miedo de que, si hacía algo, nunca volviera a verlos.

Aquella confesión cambió la expresión de su esposa.

La rabia no desapareció, pero ahora podía comprender el conflicto que había paralizado a Miguel.

Él se pasó una mano por el rostro.

—Llevo años trabajando para esa familia. He visto cómo tratan a quienes consideran inferiores. He escuchado cosas que preferiría olvidar.

Volvió a mirar a Rubí.

—Pero nunca imaginé que serían capaces de hacerle algo así a uno de los suyos.

Marta se acercó lentamente.

—Está embarazada, Miguel.

Él levantó la cabeza.

—¿Qué?

—La muchacha. Está esperando un bebé.

Miguel cerró los ojos.

—Demonios...

Marta se sentó a su lado.

—Cuando la encontré, apenas podía hablar. Pero lo primero que hizo fue llevarse las manos al vientre.

Su voz se suavizó.

—Estaba preocupada por su hijo.

Miguel contempló a Rubí durante varios segundos.

La joven continuaba dormida, ajena a la conversación.

—Entonces es verdad... —murmuró.

Marta lo miró.

—¿Qué cosa?

Miguel vaciló.

—Había escuchado ciertos rumores en la residencia. Pensé que eran simples habladurías.

Se quedó callado.

No quería repetir aquellos comentarios frente a su esposa, especialmente cuando Rubí se encontraba en semejante estado.

Marta comprendió que había algo más detrás de aquella historia.

Pero también comprendió que no era el momento de exigir respuestas.

—Sea lo que sea que haya ocurrido —dijo finalmente—, esa muchacha necesita ayuda.

Miguel asintió.

—Lo sé.

—No podemos devolverla a la calle.

Él guardó silencio.

Marta tomó una de sus manos.

—Miguel, mírame.

Su esposo levantó los ojos.

—Sé que tienes miedo.

Él soltó una risa amarga.

—Eso es quedarse corto.

—Yo también lo tengo.

Marta miró hacia la habitación de su hijo.

—Tenemos una familia que proteger. Lo sé mejor que nadie.

Volvió a observar a Rubí.

—Pero imagina que algún día fuera nuestro pequeño quien estuviera tirado en un callejón, herido y completamente solo.

Miguel sintió un nudo en la garganta.

—Marta...

—¿No desearías que alguien se detuviera a ayudarlo?

Miguel bajó lentamente la cabeza.

No necesitaba responder.

Su esposa apretó suavemente su mano.

—Cuando la encontré, pensé en marcharme.

Miguel la miró con sorpresa.

—¿Tú?

—Sí.

Marta sonrió con tristeza.

—No soy tan valiente como crees.

Observó sus manos.

—Pensé que podía ser una trampa. Pensé en nuestro hijo, en lo tarde que era y en todos los problemas que podía traer meterme donde nadie me había llamado.

Hizo una pausa.

—Pero después la escuché hablar de su bebé.

Su voz se volvió más firme.

—Y comprendí que, si me marchaba, probablemente estaría condenándolos a los dos.

Miguel dejó escapar un suspiro.

—Siempre has tenido un corazón demasiado grande.

Marta sonrió levemente.

—Y tú siempre has sido demasiado terco.

Él soltó una pequeña risa.

Por primera vez desde que había entrado, parte de la tensión abandonó su rostro.

Sin embargo, todavía quedaba una pregunta importante.

—Marta...

—¿Sí?

—¿Sabes lo que podría ocurrir si los Ludendorff descubren que la tenemos aquí?

Su esposa sostuvo su mirada.

—Sí.

—Podría perder mi trabajo.

—Lo sé.

—Podrían echarnos de esta casa.

—También lo sé.

Miguel respiró profundamente.

—Podrían hacernos daño.

Marta guardó silencio durante un instante.

Después miró hacia Rubí.

—Y si la dejamos fuera, sabemos lo que puede ocurrirle a ella.

Miguel siguió su mirada.

La joven dormía profundamente.

Su rostro todavía mostraba las consecuencias de la agresión, pero bajo aquella manta parecía, al menos por un momento, estar a salvo.

Entonces recordó la escena que había presenciado.

El cuerpo abandonado.

El hombre alejándose.

Y su propia incapacidad para intervenir.

Sintió vergüenza.

No podía cambiar lo sucedido.

Pero quizás todavía estaba a tiempo de hacer algo por aquella muchacha.

Se levantó lentamente y se acercó al sofá.

Se arrodilló junto a Rubí.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Después observó la mano que descansaba sobre su vientre.

—Es demasiado joven... —murmuró.

Marta se colocó a su lado.

—Sí.

Miguel respiró profundamente.

—¿Cómo se encuentra?

—Ha perdido sangre y tiene muchas heridas. He hecho lo que he podido, pero necesita que alguien la examine.

Él asintió.

—Veremos cómo conseguir ayuda.

Marta lo observó.

—¿Entonces...?

Miguel permaneció callado durante unos segundos.

Después tomó suavemente la mano de su esposa.

—Está bien.

Marta sintió un profundo alivio.

—¿De verdad?

Miguel asintió.

—Si están aquí, es porque debían estar con nosotros.

Su esposa sonrió.

Él volvió a mirar a Rubí.

—No voy a cometer el mismo error dos veces.

Marta se inclinó y lo abrazó.

Miguel correspondió al gesto, cerrando los ojos durante unos instantes.

Desde la habitación contigua llegó el murmullo soñoliento de su hijo.

Ambos se separaron ligeramente.

—Parece que alguien todavía no se ha dormido —comentó Miguel.

Marta soltó una pequeña risa.

—Está muy emocionado.

—¿Por qué?

—Cree que el bebé será su hermanito.

Miguel levantó las cejas.

—¿Ah, sí?

—Ya hasta le está guardando sus juguetes.

Miguel miró el pequeño muñeco que descansaba sobre la mesa junto al sofá.

Sonrió con ternura.

—Ese niño...

Marta apoyó la cabeza sobre el hombro de su esposo.

—Tiene tu corazón.

Miguel negó lentamente.

—No. Tiene el tuyo.

Ambos permanecieron abrazados durante unos segundos.

La casa estaba tranquila.

Afuera continuaban escuchándose las voces de los habitantes de la comuna, el ruido de los vehículos y las discusiones lejanas.

Nada había cambiado en aquellas calles.

La violencia seguía existiendo.

La pobreza continuaba marcando las vidas de sus habitantes.

Y los poderosos seguían descansando cómodamente en sus grandes residencias, ajenos al sufrimiento que provocaban.

Sin embargo, dentro de aquella pequeña vivienda, algo extraordinario acababa de ocurrir.

Una mujer que no tenía ninguna obligación de ayudar había decidido detenerse.

Un hombre que había permitido que el miedo lo paralizara había encontrado una oportunidad para actuar de manera diferente.

Y un niño de cuatro años, sin comprender las complejidades del mundo adulto, había recibido la noticia de una nueva vida con la alegría de quien todavía creía que compartir sus juguetes era suficiente para hacer feliz a otra persona.

Esa noche, mientras el caos seguía rugiendo fuera de las paredes de su hogar, Marta, Miguel, su hijo y Rubí formaron un lazo que ningún peligro del Infierno podría romper.

Sin saberlo, acababan de acoger no solo dos nuevas vidas, sino también un destino que cambiaría el curso de sus existencias para siempre.

CAP 3

El renacer de la esperanza

Habían transcurrido varios meses desde aquella noche en que Marta encontró a Rubí abandonada en un callejón.

Durante ese tiempo, la vida en el pequeño hogar de los Lebrozky había cambiado considerablemente.

Lo que comenzó como un acto de compasión terminó convirtiéndose en algo mucho más profundo.

Rubí había dejado de ser una desconocida.

Ya no era aquella muchacha aterrorizada que despertaba sobresaltada durante las noches, buscando desesperadamente proteger su vientre de un peligro que solo existía en sus recuerdos.

Poco a poco, había aprendido a sonreír nuevamente.

Aunque las cicatrices de aquella experiencia jamás desaparecerían por completo, la compañía de Marta, Miguel y el pequeño James le había permitido conocer algo que nunca había experimentado verdaderamente dentro de los muros de su antigua residencia.

El cariño de una familia.

No había sirvientes que atendieran sus necesidades ni grandes banquetes acompañados de conversaciones superficiales.

En aquella casa, todos compartían las mismas dificultades.

Si faltaba comida, se repartía lo poco que quedaba.

Si alguien enfermaba, los demás se turnaban para cuidarlo.

Y cuando llegaban los días difíciles, siempre había alguien dispuesto a ofrecer un abrazo.

Rubí había descubierto que la riqueza no siempre se encontraba detrás de las puertas de una mansión.

A veces, bastaba con una mesa pequeña, unas cuantas sillas y personas que realmente se preocuparan por uno.

Sin embargo, había algo que le preocupaba cada vez más.

Su embarazo.

La fecha del nacimiento se aproximaba y, aunque Marta había utilizado sus conocimientos de enfermería para vigilar su estado, ninguna de las dos podía ignorar los riesgos.

Las heridas sufridas durante aquella terrible noche habían sido graves.

Rubí había sobrevivido, pero su cuerpo nunca terminó de recuperarse completamente.

Aun así, cada vez que sentía moverse a su hijo, una sonrisa iluminaba su rostro.

—Ya falta poquito para conocernos —solía susurrar, acariciando su vientre—. Solo tienes que aguantar un poco más.

Y aquella noche, finalmente, llegó el momento.

Un grito desgarrador rompió el silencio de la vivienda.

—¡AAAAAH!

Miguel despertó sobresaltado.

—¡¿Qué demonios?!

Se incorporó rápidamente, todavía desorientado.

A su lado, Marta ya se estaba levantando.

—¡Es Rubí!

Ambos escucharon otro grito procedente de la habitación contigua.

Marta comprendió inmediatamente lo que estaba sucediendo.

—¡El bebé! ¡Miguel, va a nacer!

Su esposo abrió los ojos de par en par.

—¿Ahora?

Marta lo miró con incredulidad.

—¡No, Miguel, el próximo martes! ¡Claro que ahora!

—¡Está bien, está bien!

Miguel saltó de la cama.

Mientras Marta corría hacia la habitación de Rubí, él comenzó a buscar desesperadamente sus zapatos.

—¡¿Qué necesitas?!

—¡Agua limpia, toallas y las mantas que dejamos preparadas!

—¡Entendido!

—¡Y despierta bien, que parece que todavía estás soñando!

Miguel salió apresuradamente.

En la habitación, Rubí se encontraba recostada sobre la cama, respirando agitadamente.

Su rostro estaba cubierto de sudor.

Una mano se aferraba a las sábanas mientras la otra descansaba sobre su vientre.

—¡Marta!

—Estoy aquí, cariño.

La mujer imp se acercó rápidamente y se arrodilló junto a ella.

—Tranquila. Mírame.

Rubí intentó controlar su respiración.

—Me... me duele...

—Lo sé.

Marta tomó una de sus manos.

—Pero necesito que respires conmigo, ¿de acuerdo?

Rubí asintió débilmente.

—Inhala...

Marta respiró profundamente para mostrarle.

—Eso es. Ahora suelta el aire despacito.

Rubí intentó imitarla.

Durante unos segundos consiguió tranquilizarse.

Pero otra contracción la hizo arquear la espalda.

—¡AAAAH! ¡MARTA!

—¡Estoy aquí! ¡Aprieta mi mano!

Rubí lo hizo con tanta fuerza que Marta tuvo que contener una expresión de dolor.

—¡Por todos los anillos, muchacha! ¡Tienes más fuerza de la que aparentas!

Rubí soltó una risa entrecortada que terminó convirtiéndose en un gemido.

—¡No es gracioso!

—¡Ya lo sé, cariño! ¡Solo intento que no te asustes!

La puerta se abrió bruscamente.

Miguel apareció sosteniendo varias toallas y un recipiente con agua.

—¡Aquí está todo!

Marta miró el recipiente.

—¿Está caliente?

Miguel se quedó inmóvil.

—¿Tenía que estar caliente?

Su esposa cerró los ojos.

—Miguel...

—¡Voy a calentarla!

—¡Rápido!

El hombre desapareció nuevamente.

Rubí, a pesar del dolor, dejó escapar una pequeña carcajada.

—Tu... tu esposo...

Marta suspiró.

—Es un buen hombre. Pero cuando se pone nervioso, parece que le desaparece el cerebro.

Ambas compartieron una breve sonrisa.

Sin embargo, el alivio duró poco.

Otra contracción recorrió el cuerpo de Rubí.

Esta vez, el dolor fue mucho más intenso.

—¡No puedo!

Marta volvió a sujetarle la mano.

—Sí puedes.

—¡No, Marta, no puedo!

La joven comenzó a llorar.

—¡Tengo miedo!

Aquellas palabras hicieron que Marta abandonara cualquier intento de bromear.

Se acercó hasta quedar frente a ella.

—Rubí, escúchame.

La muchacha levantó la mirada.

—Has pasado por cosas que ninguna mujer debería experimentar.

Marta le acarició suavemente el rostro.

—Has sufrido, has tenido miedo y has perdido mucho más de lo que merecías.

Rubí sollozó.

—Pero sigues aquí.

Marta tomó su mano y la colocó sobre su vientre.

—Y él también.

Rubí bajó la mirada.

Una nueva lágrima recorrió su mejilla.

—Mi bebé...

—Está esperando conocerte.

Marta sonrió con ternura.

—Así que necesito que seas fuerte un poquito más.

Rubí cerró los ojos.

Respiró profundamente.

—Está bien...

Apretó la mano de Marta.

—Está bien. Voy a intentarlo.

Las horas siguientes parecieron extenderse interminablemente.

El pequeño hogar, que normalmente permanecía tranquilo durante la noche, se había convertido en un escenario de carreras apresuradas, órdenes y gritos.

Miguel iba y venía con agua limpia y toallas.

Marta permanecía junto a Rubí, guiándola durante cada contracción.

Sus conocimientos de enfermería le permitían mantener cierta calma, aunque en su interior comenzaba a crecer una preocupación que procuraba ocultar.

Rubí estaba agotándose demasiado rápido.

Su respiración se volvía irregular y su rostro estaba cada vez más pálido.

Marta le tomó el pulso.

No le gustó lo que sintió.

—Rubí, cariño, necesito que sigas conmigo.

La joven apenas consiguió abrir los ojos.

—Estoy... cansada...

—Lo sé.

—Mucho...

Marta miró discretamente hacia Miguel.

Él comprendió que algo no marchaba bien.

Se acercó.

—¿Qué ocurre?

Marta bajó la voz.

—Está perdiendo demasiadas fuerzas.

Miguel observó a Rubí.

—¿No deberíamos llevarla a un hospital?

—A estas alturas, moverla sería muy peligroso.

Marta volvió a mirar a la joven.

—Tenemos que terminar aquí.

Miguel tragó saliva.

—¿Y estará bien?

Su esposa no respondió inmediatamente.

Aquella pequeña pausa fue suficiente para preocuparlo todavía más.

—Marta...

—Estoy haciendo todo lo que puedo.

Miguel asintió lentamente.

No volvió a preguntar.

En ese momento, una pequeña figura apareció junto a la puerta.

Era James.

El niño de cuatro años se frotaba los ojos, todavía adormilado, mientras sostenía su inseparable muñeco de trapo.

—¿Mami...?

Miguel se volvió.

—James, cariño, ¿qué haces despierto?

El pequeño miró hacia la cama.

—¿Por qué grita Rubí?

Miguel se arrodilló frente a él.

—Porque el bebé está a punto de nacer.

Los ojos del niño se abrieron inmediatamente.

—¿Mi hermanito?

Miguel sonrió.

—Sí, campeón.

James intentó entrar.

—¡Quiero verlo!

Su padre lo sostuvo suavemente por los hombros.

—Todavía no, pequeño.

—¿Por qué?

—Porque tu mamá necesita concentrarse.

James frunció el ceño.

—¿Y Rubí está bien?

Miguel miró brevemente hacia la cama.

Después volvió a observar a su hijo.

—Está esforzándose muchísimo.

El niño permaneció pensativo.

Finalmente, extendió su muñeco.

—Dáselo.

Miguel levantó una ceja.

—¿Tu muñeco?

James asintió.

—Cuando tengo miedo, lo abrazo y se me pasa.

Miguel sintió una punzada de ternura.

Tomó el juguete.

—Se lo daré, hijo.

Besó la frente del pequeño.

—Ahora ve a sentarte un momento. Te avisaremos cuando nazca.

James obedeció, aunque se quedó cerca de la puerta.

Miguel regresó junto a Rubí.

La joven abrió ligeramente los ojos cuando sintió que alguien colocaba un pequeño objeto entre sus manos.

Era el muñeco.

—James dice que te ayudará a no tener miedo —explicó Miguel.

Rubí observó el juguete.

Sus labios dibujaron una sonrisa débil.

—Dile... que gracias...

Miguel le acarició suavemente el hombro.

—Se lo dirás tú misma cuando todo termine.

El parto entró finalmente en su etapa más difícil.

Marta observó que el bebé estaba a punto de nacer.

—¡Rubí, escúchame!

La muchacha apenas consiguió responder.

—¿Sí...?

—¡Ya casi está! ¡Necesito que empujes cuando te lo diga!

Rubí negó con la cabeza.

—No... no tengo fuerzas...

Marta se acercó.

—Mírame.

La joven abrió los ojos.

—Estamos muy cerca, cariño.

—Me duele...

—Lo sé.

Rubí comenzó a llorar nuevamente.

—Quiero... quiero verlo...

Marta sintió que se le encogía el corazón.

—Y vas a verlo.

Tomó su mano.

—Pero necesito que me ayudes.

Rubí respiró profundamente.

Marta observó el avance del parto.

—¡Ahora, Rubí! ¡Empuja!

Un grito desgarrador resonó por toda la casa.

—¡AAAAAAH!

Miguel apartó la mirada por un instante, incapaz de soportar el sufrimiento de la joven.

James se sobresaltó desde la habitación contigua.

—¡Mami!

—¡Todo está bien, cariño! —respondió Miguel.

Marta continuó trabajando.

—¡Muy bien, Rubí! ¡Otra vez!

La joven apretó los dientes.

Su cuerpo temblaba violentamente.

—¡NO PUEDO MÁS!

—¡Una última vez!

Marta levantó la mirada.

—¡Por tu bebé, Rubí!

Aquellas palabras parecieron atravesar el agotamiento de la joven.

Rubí abrió los ojos.

Pensó en aquella mañana, meses atrás, cuando descubrió que estaba embarazada.

Recordó su mano sobre el vientre.

Las promesas que había pronunciado frente al espejo.

Y aquella terrible noche en que, abandonada entre la basura de un callejón, había suplicado que su hijo sobreviviera.

Había llegado demasiado lejos para rendirse.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, se aferró a las sábanas.

—Vamos... pequeño...

Las lágrimas recorrieron sus mejillas.

—Vamos...

Respiró profundamente.

Y empujó una última vez.

—¡AAAAAAAAH!

Entonces sucedió.

Un sonido agudo rompió la tensión que había dominado la vivienda durante horas.

El llanto de un recién nacido.

Marta permaneció inmóvil durante una fracción de segundo.

Después soltó el aire que parecía haber estado conteniendo desde hacía una eternidad.

—Oh... por todos los cielos...

Entre sus manos sostenía a una pequeña criatura.

Un sabueso infernal recién nacido.

Su diminuto cuerpo se movía mientras lloraba con fuerza, anunciando su llegada a un mundo que todavía no conocía.

Marta sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Lo conseguimos...

Soltó una pequeña risa emocionada.

—Lo conseguimos, Rubí...

Miguel se acercó inmediatamente.

—¿Está bien?

Marta examinó al pequeño con rapidez.

—Sí...

Su sonrisa se ensanchó.

—Sí, Miguel. Está respirando.

El hombre cerró los ojos, aliviado.

—Gracias al Infierno...

Marta envolvió cuidadosamente al bebé en una manta limpia.

Después volvió a mirar a Rubí.

—Es un niño, cariño.

La joven permanecía recostada sobre la almohada.

Sus ojos estaban entreabiertos.

Marta se acercó con una sonrisa.

—¿Me has escuchado? Tienes un niño precioso.

Rubí movió ligeramente la cabeza.

Sus labios temblaron.

—Mi... bebé...

—Aquí está.

Marta se inclinó para acercárselo.

—Míralo, cariño. Después de tanto esperar, por fin está aquí.

Rubí intentó levantar los brazos.

Pero no pudo.

Marta frunció ligeramente el ceño.

—¿Rubí?

La muchacha respiró con dificultad.

Sus ojos buscaron desesperadamente al pequeño.

—Quiero... verlo...

—Claro que sí.

Marta acercó al recién nacido hasta su rostro.

Durante unos segundos, Rubí consiguió contemplarlo.

Un pequeño sabueso.

Su hijo.

Aquel por quien había soportado tanto sufrimiento.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse lentamente por sus mejillas.

—Es... hermoso...

Marta sonrió.

—Sí que lo es.

Rubí intentó acariciarlo.

Sus dedos apenas consiguieron rozar la manta.

—Hola... pequeño...

El recién nacido continuó llorando.

Rubí esbozó una sonrisa tan débil que Marta apenas consiguió distinguirla.

—Mamá... está aquí...

Entonces su mano cayó lentamente sobre la cama.

Marta dejó de sonreír.

—¿Rubí?

La muchacha no respondió.

Su respiración se había vuelto demasiado tenue.

Marta sintió un escalofrío.

—Rubí, cariño, mírame.

Le tomó la mano.

Estaba fría.

—No...

Acercó rápidamente al bebé hacia su pecho y comprobó el estado de la joven.

Su pulso era extremadamente débil.

—¡Miguel!

El hombre se volvió inmediatamente.

—¿Qué ocurre?

—¡Necesito que sostengas al niño!

Miguel recibió al recién nacido con manos temblorosas.

—¿Qué pasa?

Marta no respondió.

Se inclinó sobre Rubí.

—¡Rubí, escúchame!

La joven apenas podía mantener los ojos abiertos.

—¡No te duermas! ¡Quédate conmigo!

Rubí intentó responder.

Solo consiguió dejar escapar una respiración entrecortada.

Marta sintió que el miedo comenzaba a apoderarse de ella.

—¡No, no, no! ¡Ahora no!

Intentó ayudarla con los medios que tenía a su alcance.

Comprobó su pulso nuevamente.

Era cada vez más difícil encontrarlo.

—¡Rubí!

La joven volvió ligeramente la cabeza.

Sus ojos parecieron buscar algo.

Marta comprendió inmediatamente.

—Tu bebé está bien.

Le acarició el rostro.

—¿Me escuchas? Está bien. Lo conseguiste.

Una lágrima escapó de los ojos de Rubí.

Sus labios se movieron.

—Cuí... dalo...

Marta sintió que el corazón se le rompía.

—No hables así.

Rubí intentó respirar.

—Por... favor...

—¡Vas a cuidarlo tú misma!

La voz de Marta se quebró.

—¡Rubí, no me hagas esto!

Pero la joven apenas consiguió mantener los ojos abiertos unos segundos más.

Una última y débil exhalación abandonó sus labios.

Su mirada perdió lentamente el brillo.

Y entonces...

Nada.

Marta permaneció inmóvil.

Durante unos segundos siguió sosteniendo la mano de Rubí, esperando sentir cualquier movimiento.

Cualquier señal.

Una respiración.

Un latido.

Algo.

—¿Rubí...?

No hubo respuesta.

Marta volvió a comprobar su pulso.

Después acercó el oído para intentar escuchar su respiración.

El silencio fue absoluto.

—No...

Su voz apenas fue un susurro.

—Por favor...

Lo intentó nuevamente.

Pero el cuerpo de Rubí ya no respondió.

Marta bajó lentamente la cabeza.

Había asistido a enfermos durante años.

Conocía aquella inmovilidad.

Conocía aquel silencio.

Y, sobre todo, conocía la terrible sensación de comprender que ya no quedaba nada por hacer.

Las lágrimas comenzaron a caer sobre las sábanas.

—Lo siento, cariño...

Apretó suavemente la mano de Rubí.

—Lo siento muchísimo...

Miguel permanecía junto a la cama, sosteniendo al recién nacido.

No había pronunciado una sola palabra.

Había observado a su esposa intentando salvar a Rubí.

Había visto cómo la esperanza se transformaba lentamente en desesperación.

Y cuando Marta dejó caer la cabeza, comprendió lo que había sucedido.

—Marta...

Su esposa no respondió.

Miguel se acercó.

—¿Ella...?

No consiguió terminar la pregunta.

Marta negó lentamente con la cabeza.

El hombre sintió un vacío en el pecho.

Miró a Rubí.

Recordó aquella primera noche, cuando la encontró dormida sobre el sofá de su casa.

Recordó el miedo que había sentido al reconocerla.

Y recordó la promesa silenciosa que se hizo a sí mismo cuando decidió ayudarla.

Ahora estaba muerta.

Después de todo lo que había soportado, después de luchar durante meses por traer a su hijo al mundo, Rubí no había conseguido sobrevivir a su nacimiento.

Miguel bajó la mirada hacia el pequeño que sostenía.

El bebé lloraba con fuerza.

Sus diminutas manos se agitaban dentro de la manta.

No sabía lo que acababa de ocurrir.

No podía comprender que la mujer cuya voz había escuchado durante meses ya no volvería a hablarle.

Miguel sintió que se le humedecían los ojos.

—Pobre pequeño...

Marta se levantó lentamente.

Tenía el rostro empapado de lágrimas.

Se acercó a su esposo y recibió al bebé entre sus brazos.

Lo apretó cuidadosamente contra su pecho.

—Tranquilo...

Su voz temblaba.

—Tranquilo, mi niño...

El pequeño continuó llorando.

Marta lo acunó suavemente.

—Estoy aquí...

Una lágrima cayó sobre la manta.

—No estás solo.

Miguel colocó una mano sobre el hombro de su esposa.

No sabía qué decir.

En ocasiones, las palabras simplemente no eran suficientes.

Entonces escucharon unos pequeños pasos.

James apareció en la entrada de la habitación.

Todavía sostenía su muñeco de trapo.

Al ver al bebé, sus ojos se iluminaron.

—¡Mami!

Se acercó rápidamente.

—¿Ya nació?

Marta se volvió hacia él.

Intentó sonreír.

—Sí, cariño.

James contempló fascinado al recién nacido.

—¡Es muy chiquitito!

Miguel soltó una risa triste.

—Sí que lo es, campeón.

El pequeño se puso de puntillas para observarlo mejor.

—¿Y por qué llora?

Marta acarició suavemente la cabeza del bebé.

—Porque acaba de nacer y todavía tiene que acostumbrarse a este mundo.

James asintió, como si aquella explicación le pareciera perfectamente razonable.

Después miró hacia la cama.

—¿Y Rubí?

La sonrisa de Marta desapareció lentamente.

Miguel bajó la mirada.

James observó a la joven inmóvil.

—¿Está dormida?

Marta sintió un nudo en la garganta.

Se arrodilló frente a su hijo, procurando no despertar más al pequeño que sostenía.

—James, cariño...

El niño la miró.

—¿Sí?

Marta respiró profundamente.

—Rubí estaba muy cansada.

James asintió.

—Porque el bebé tardó mucho en salir.

—Sí...

Su madre le acarició el rostro.

—Y su cuerpo estaba muy lastimado.

El pequeño frunció el ceño.

—¿Por el monstruo?

Marta sintió una punzada en el pecho.

Recordó aquella primera noche, cuando James había preguntado si un monstruo había lastimado a Rubí.

—Sí, cariño...

James volvió a mirar la cama.

—¿Y cuándo va a despertar?

Marta permaneció callada.

¿Cómo podía explicarle la muerte a un niño tan pequeño?

Finalmente, lo abrazó con el brazo que tenía libre.

—Rubí ya no podrá despertar, mi amor.

James se separó ligeramente.

—¿Nunca?

Marta negó lentamente.

El pequeño contempló a Rubí.

Después volvió a mirar al bebé.

—¿Y su mami?

Marta sintió que las lágrimas amenazaban con regresar.

—Su mami ahora está descansando.

James permaneció pensativo.

Miró a Miguel.

Después a Marta.

Finalmente, observó al recién nacido.

—Entonces...

Se acercó un poquito más.

—¿Quién va a cuidarlo?

Marta lo contempló con ternura.

—Nosotros, cariño.

El niño abrió los ojos.

—¿Nosotros?

Miguel se arrodilló junto a ellos.

—Sí, campeón.

Le acarició uno de sus pequeños cuernos.

—Si tú quieres, claro.

James miró nuevamente al bebé.

Su expresión cambió lentamente.

La tristeza y la confusión fueron sustituidas por una emoción que apenas podía contener.

—¿Entonces sí va a ser mi hermanito?

Marta sonrió entre lágrimas.

—Sí, James.

El pequeño dio un pequeño salto de felicidad.

—¡Voy a tener un hermanito!

Miguel soltó una risa.

James se acercó inmediatamente al recién nacido.

—¡Hola!

El bebé se movió ligeramente.

—¡Soy James!

Marta sonrió.

—Cariño, no hace falta que grites.

—¡Perdón!

El niño bajó la voz.

—Hola, hermanito...

Extendió cuidadosamente un dedo.

La pequeña mano del recién nacido se cerró instintivamente alrededor de él.

James abrió los ojos de par en par.

—¡MAMI!

Marta soltó una carcajada inesperada.

—¿Qué ocurre?

—¡Me agarró!

Miguel sonrió.

—Parece que ya le agradas.

James contempló fascinado aquellos diminutos dedos.

—Yo también lo quiero mucho.

Marta sintió que algo cálido le atravesaba el pecho.

A pesar de la tragedia que acababan de vivir, aquella escena le recordó que la vida todavía podía ofrecer momentos de ternura.

Contempló al recién nacido.

Su respiración comenzaba a tranquilizarse.

Tenía un rostro diminuto y delicado, y sus rasgos caninos recordaban inevitablemente a los de Rubí.

Marta le acarició suavemente la mejilla.

—Necesitas un nombre, pequeño...

Miguel levantó la mirada.

—Es verdad.

James sonrió.

—¡Podemos llamarlo Muñeco!

Miguel soltó una carcajada.

—Creo que tendremos que buscar otro nombre, campeón.

El niño frunció el ceño.

—¡Pero es bonito!

—Es precioso, cariño —respondió Marta—. Pero creo que tengo uno mejor.

Miguel observó a su esposa.

Había algo diferente en su expresión.

Una mezcla de tristeza, nostalgia y cariño.

—¿En qué estás pensando?

Marta permaneció callada durante unos segundos.

Después bajó la mirada hacia el bebé.

Recordó a su padre.

Aquel hombre que había dedicado su vida a proteger a su familia.

Recordó sus manos cansadas después de largas jornadas de trabajo.

Sus palabras de aliento cuando ella se sentía incapaz de continuar.

Y aquella manera tan particular que tenía de hacerla sentir segura incluso cuando el mundo parecía derrumbarse.

Su padre siempre le había enseñado que una familia no se definía únicamente por la sangre.

Se definía por las personas que permanecían a tu lado cuando más las necesitabas.

Había dado su vida por aquellos a quienes amaba.

Y Marta jamás había olvidado su sacrificio.

Una lágrima recorrió su mejilla.

—Desmond...

Miguel la miró.

—¿Qué?

Marta sonrió débilmente.

—Quiero llamarlo Desmond.

Su esposo permaneció inmóvil durante un instante.

Entonces comprendió.

—Como tu padre...

Marta asintió.

—Sí.

Acarició suavemente el rostro del recién nacido.

—Él habría hecho lo mismo que nosotros.

Su voz comenzó a quebrarse.

—No habría permitido que una criatura inocente quedara abandonada.

Miguel colocó una mano sobre su hombro.

—Lo sé.

Marta respiró profundamente.

—Mi padre siempre decía que no importaba cuánto dinero tuviéramos ni de dónde viniéramos.

Miró a Miguel.

—Decía que lo único que realmente podíamos dejarle al mundo era la manera en que tratábamos a los demás.

Miguel sonrió con tristeza.

—Era un hombre sabio.

—Lo era.

Marta volvió a mirar al bebé.

—Y quiero que este pequeño lleve su nombre.

Se inclinó lentamente.

—Te llamarás Desmond.

El recién nacido abrió sus grandes ojos rojos.

Durante unos segundos, pareció contemplar el rostro de la mujer que lo sostenía.

Marta sonrió.

—Hola, Desmond...

Su voz fue apenas un susurro.

—Bienvenido a casa.

Miguel contempló al pequeño.

—Es un buen nombre.

Extendió los brazos.

—¿Me permites?

Marta se lo entregó cuidadosamente.

Miguel sostuvo al recién nacido con una delicadeza que contrastaba con sus manos endurecidas por el trabajo.

—Bueno, pequeño Desmond...

Sonrió.

—Parece que tú y yo tendremos mucho de qué hablar cuando crezcas.

El bebé soltó un pequeño balbuceo.

Miguel levantó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Ya tienes algo que decirme?

Marta soltó una pequeña risa.

James se acercó inmediatamente.

—¡Papá! ¡Yo quiero hablar con él!

—Adelante, campeón.

El pequeño contempló a su nuevo hermano.

—Hola, Desmond.

Se quedó pensativo durante unos segundos.

—Yo soy el mayor.

Miguel intentó contener una carcajada.

James continuó hablando con absoluta seriedad.

—Entonces voy a cuidarte.

Marta sintió que sus ojos se llenaban nuevamente de lágrimas.

El niño levantó su muñeco de trapo.

—Y cuando seas grande, podemos jugar juntos.

Desmond movió una de sus pequeñas manos.

James sonrió.

—¡Creo que dijo que sí!

Miguel acarició el cabello de su hijo.

—Estoy seguro de que le encantará.

Marta se acercó a ambos.

Contempló a Miguel, después a James y finalmente al pequeño Desmond.

La familia que había conocido durante tantos años acababa de cambiar para siempre.

Habían perdido a Rubí.

Pero también habían recibido una nueva vida.

Una vida que dependería de ellos.

Marta extendió los brazos y abrazó cuidadosamente a sus dos hijos, mientras Miguel los rodeaba con los suyos.

—Ahora somos una familia más grande —susurró.

La casa quedó envuelta en una profunda tranquilidad.

Después de aquella noche agotadora, James finalmente regresó a su cama, abrazado a su muñeco.

Miguel se encargó de acomodar las mantas y preparar un pequeño lugar donde Desmond pudiera descansar.

Marta permaneció un momento junto a Rubí.

Contempló su rostro por última vez aquella noche.

Había cerrado delicadamente sus ojos y la había cubierto con una sábana limpia.

Durante varios segundos no dijo nada.

Después se sentó junto a ella.

—Lo conseguiste, cariño...

Su voz tembló ligeramente.

—Tu bebé está bien.

Marta bajó la mirada.

—Es un niño precioso.

Se secó una lágrima.

—Ojalá hubieras podido quedarte para verlo crecer.

El silencio fue su única respuesta.

Marta respiró profundamente.

—Pero te prometo algo, Rubí.

Tomó suavemente la mano de la joven.

—Nunca tendrá que preguntarse si alguien lo quiere.

Las lágrimas comenzaron a caer nuevamente.

—No puedo devolverte la vida que te arrebataron...

Apretó delicadamente su mano.

—Pero puedo darle a tu hijo la oportunidad de tener una.

Permaneció allí unos instantes más.

Finalmente, se levantó.

Apagó la luz y cerró suavemente la puerta.

Horas después, la casa estaba completamente silenciosa.

Miguel dormía profundamente, agotado por todo lo ocurrido.

Desde la habitación contigua podía escucharse la respiración tranquila de James, que descansaba abrazado a su muñeco de trapo.

Pero Marta todavía no conseguía dormir.

Permanecía sentada junto a una pequeña lámpara, acunando a Desmond entre sus brazos.

El bebé dormía plácidamente, envuelto en una manta.

Marta contempló su diminuto rostro.

Sus ojos rojos permanecían cerrados y su respiración era suave y regular.

Parecía imposible que una criatura tan pequeña hubiera sobrevivido a tantas dificultades antes incluso de llegar al mundo.

Marta deslizó cuidadosamente un dedo sobre su mejilla.

—Eres un pequeño luchador, ¿lo sabías?

Desmond se movió ligeramente.

Ella sonrió.

—Sí... igual que tu mamá.

Permaneció callada durante unos segundos.

Su mirada se dirigió hacia la ventana.

Más allá de los cristales, la comuna seguía sumida en su habitual caos.

Los gritos lejanos, los motores de los vehículos y las discusiones de los habitantes recordaban que el mundo exterior continuaba siendo tan cruel como siempre.

Marta volvió a mirar al pequeño.

—No sé qué clase de vida te espera, Desmond.

Lo acomodó suavemente entre sus brazos.

—No tenemos mucho dinero. Esta casa es pequeña, tu papá trabaja demasiado y tu hermano seguramente va a volverte loco cuando aprendas a caminar.

Soltó una pequeña carcajada.

—Pero te aseguro que nunca te faltará cariño.

Desmond abrió ligeramente la boca y soltó un pequeño sonido.

Marta sonrió con ternura.

—¿Estás de acuerdo?

El bebé volvió a quedarse tranquilo.

Marta lo acercó un poco más a su pecho.

Entonces recordó nuevamente a su padre.

Su rostro.

Su voz.

Sus enseñanzas.

Y aquella última vez que lo había abrazado.

Las lágrimas volvieron a humedecer sus ojos.

—Papá...

Su voz fue apenas un susurro.

—Este niño lleva tu nombre.

Contempló a Desmond.

—Y juro que haré todo lo posible para darle la vida que siempre quisiste para mí.

Besó suavemente la frente del recién nacido.

—Voy a cuidarlo, papá. Te lo prometo.

El pequeño permaneció dormido entre sus brazos.

Marta sonrió.

Por primera vez desde que había comenzado aquella terrible noche, sintió que podía respirar con tranquilidad.

Habían sufrido una pérdida irreparable.

Pero también habían encontrado una razón para seguir adelante.

Mientras el eco distante de la comuna resonaba fuera de su hogar, la familia Lebrozky comenzaba un nuevo capítulo, unidos por un amor que ni siquiera el Infierno podría quebrar.

CAP 4

El Eco de la Oscuridad

El tiempo es una fuerza implacable.

No se detiene ante el sufrimiento, no espera a quienes necesitan recuperarse y mucho menos concede segundas oportunidades a quienes desean regresar al pasado.

Simplemente continúa avanzando.

Y para la familia Lebrozky, aquellos años habían transcurrido entre dificultades, sacrificios y pequeños momentos de felicidad.

Desde su nacimiento, Desmond había crecido rodeado del cariño de Marta, Miguel y James. Aunque no compartía la misma sangre que ellos, jamás había sentido que aquello representara alguna diferencia.

Marta era su madre.

Miguel era su padre.

Y James, a pesar de las constantes discusiones y travesuras propias de dos hermanos, era su mejor amigo.

La humilde vivienda continuaba siendo prácticamente la misma. Las paredes seguían mostrando las marcas del tiempo, algunos muebles habían tenido que repararse numerosas veces y el dinero nunca parecía alcanzar para todo lo que necesitaban.

Pero, a pesar de las dificultades, había algo que nunca había faltado en aquella casa.

Amor.

Miguel continuaba trabajando como sirviente para la familia Ludendorff, soportando jornadas agotadoras y exigencias que frecuentemente superaban lo razonable.

Marta contribuía a los gastos del hogar mediante distintos trabajos, aprovechando también sus conocimientos de enfermería cuando algún vecino necesitaba asistencia.

James, que ya tenía once años, había desarrollado un carácter protector hacia su hermano menor. Aunque disfrutaba molestándolo y gastándole bromas, era el primero en defenderlo cuando alguien intentaba hacerle daño.

Y Desmond...

Desmond era un niño peculiar.

A sus siete años, poseía una curiosidad que parecía no tener límites. Sus grandes ojos rojos observaban atentamente cuanto sucedía a su alrededor, mientras sus orejas caninas reaccionaban al menor sonido que despertara su interés.

Era inteligente, algo reservado con los desconocidos y considerablemente más observador de lo que muchos adultos imaginaban.

También tenía la costumbre de hacer preguntas difíciles.

Preguntas que a veces dejaban a Miguel sin saber qué responder.

Sin embargo, aquella curiosidad pronto lo llevaría a descubrir una de las verdades más crueles de su existencia.

Una verdad que ningún niño debería aprender tan temprano.

Aquella mañana, la pequeña casa de los Lebrozky estaba más alborotada de lo habitual.

—¡James, deja de mover la mesa!

—¡No la estoy moviendo!

—¡Pues entonces explícame por qué el mantel está terminando en el suelo!

—¡Porque está torcido!

Marta soltó un largo suspiro.

Llevaba varios minutos intentando organizar el comedor mientras James insistía en ayudarla, aunque sus esfuerzos parecían provocar más problemas de los que resolvían.

Sobre la mesa descansaba un pastel modesto, preparado con ingredientes que Marta había conseguido ahorrar durante las últimas semanas.

No era especialmente grande ni tenía decoraciones elaboradas.

Pero estaba hecho con cariño.

En la pared colgaba una pancarta de papel que decía:

¡FELIZ CUMPLEAÑOS, DESMOND!

Las letras habían sido dibujadas a mano por James, quien había utilizado prácticamente todos los colores que encontró.

Algunos estaban torcidos.

Otros tenían manchas.

Y una de las palabras había quedado ligeramente inclinada.

Sin embargo, nadie parecía darle demasiada importancia.

—¡Listo! —exclamó James, levantando los brazos—. ¡Ahora sí parece una fiesta!

Marta observó el comedor.

—Bueno... podría estar peor.

James frunció el ceño.

—¡Mamá!

Ella soltó una carcajada.

—Estoy bromeando, cariño. Te quedó precioso.

El pequeño imp sonrió orgullosamente.

Sentado junto a la mesa, Desmond contemplaba los preparativos con una expresión tímida.

Su cola se movía lentamente detrás de la silla.

—¿De verdad hicieron todo esto por mí?

James se volvió inmediatamente.

—¡Pues claro, tonto! ¡Es tu cumpleaños!

Desmond bajó ligeramente las orejas.

—Ya sé...

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—No sé...

Marta se acercó y le acarició suavemente la cabeza.

—Porque hoy cumples siete años, mi amor.

Desmond levantó la mirada.

—¿Y eso es mucho?

Su madre sonrió.

—Para mí, muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque parece que fue ayer cuando eras un bebé diminuto que no dejaba dormir a nadie.

James soltó una carcajada.

—¡Es verdad! ¡Llorabas muchísimo!

Desmond infló las mejillas.

—¡Yo no lloraba tanto!

—¡Claro que sí!

—¡Mentiroso!

James comenzó a imitar exageradamente el llanto de un recién nacido.

—¡Buaaa! ¡Buaaa! ¡Quiero mi leche!

—¡MAMÁ!

Marta estalló en carcajadas.

—¡James, deja tranquilo a tu hermano!

El mayor levantó ambas manos, fingiendo inocencia.

—¡Pero si solo estoy contando la verdad!

Desmond cruzó los brazos y apartó la mirada.

Sus orejas se inclinaron hacia atrás.

Marta se agachó frente a él.

—No le hagas caso, cariño.

Le dio un beso en la frente.

—Fuiste un bebé precioso.

Desmond sonrió ligeramente.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

James se acercó y le revolvió el cabello.

—Y ahora eres un enano gruñón.

—¡No soy un enano!

—¡Sí lo eres!

—¡Mamá!

La casa volvió a llenarse de risas.

Durante aquellos instantes, nada parecía capaz de perturbar la felicidad de la familia.

La tarde avanzó lentamente.

Miguel había salido temprano hacia su trabajo, como de costumbre.

Antes de marcharse, le había prometido a Desmond que regresaría con algunos dulces y refrescos para completar la celebración.

El pequeño recordaba perfectamente aquella conversación.

—¿Papá?

Miguel se encontraba acomodándose su uniforme frente a la puerta.

—¿Sí, campeón?

—¿Vas a llegar temprano?

El hombre se volvió.

—Haré todo lo posible.

Desmond ladeó la cabeza.

—¿Lo prometes?

Miguel sonrió.

Se arrodilló frente a él.

—Te prometo que intentaré estar aquí antes de que corten el pastel.

Desmond lo observó seriamente.

—Pero tienes que llegar.

Miguel soltó una pequeña risa.

—¿Y eso por qué?

—Porque no quiero empezar mi cumpleaños sin ti.

Aquellas palabras hicieron que el hombre permaneciera callado durante un instante.

Después le acarició suavemente el cabello.

—Entonces tendré que darme prisa.

Desmond sonrió.

Miguel lo abrazó.

—Feliz cumpleaños, hijo.

—Gracias, papá.

Antes de marcharse, Miguel levantó un dedo.

—Y compórtate mientras no estoy.

Desmond miró hacia James.

—¡Díselo a él!

Desde el comedor llegó una carcajada.

Miguel negó divertido con la cabeza.

—Definitivamente, ustedes dos van a volver loca a su madre.

Y salió de casa.

Desmond lo observó alejarse hasta que desapareció al final de la calle.

No sabía que aquella sería la última vez que lo vería con vida.

Cuando llegó la tarde, los preparativos estaban terminados.

James intentaba inflar un globo mientras Desmond observaba el pastel con una impaciencia cada vez más evidente.

—¿Ya podemos comerlo?

Marta negó con la cabeza.

—Todavía no, cariño.

—¿Por qué?

—Estamos esperando a tu papá.

Desmond miró hacia la puerta.

—Pero está tardando mucho...

—Seguramente tuvo que terminar algún trabajo.

James consiguió inflar el globo.

Sin embargo, cuando intentó anudarlo, se le escapó de las manos.

El globo salió disparado por toda la habitación, produciendo un sonido ridículo.

Desmond estalló en carcajadas.

—¡JAJAJA! ¡MIRA ESO!

James contempló el globo desinflado sobre el suelo.

—Maldita sea...

Marta levantó inmediatamente la mirada.

—¡James!

El niño se enderezó.

—¡Perdón!

Desmond continuó riendo.

Durante unos minutos, aquella pequeña distracción consiguió hacerles olvidar la espera.

Pero las horas siguieron pasando.

La luz exterior comenzó a disminuir.

Los vecinos regresaban a sus hogares y las calles se llenaban del movimiento habitual del anochecer.

Miguel todavía no había llegado.

Desmond permanecía sentado frente al pastel.

Su cola había dejado de moverse.

—Mamá...

Marta estaba junto a la ventana.

—¿Sí, mi amor?

—¿Papá se olvidó?

La mujer se volvió inmediatamente.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué no viene?

Marta intentó sonreír.

—Quizás sus jefes le pidieron que se quedara un poco más.

James miró hacia la puerta.

—Eso pasa siempre.

Desmond bajó las orejas.

—Pero hoy dijo que llegaría temprano...

Su hermano mayor se sentó a su lado.

—Oye, tranquilo.

Le dio un pequeño empujón amistoso con el hombro.

—Ya sabes cómo es papá. Seguro aparece con un montón de dulces y una excusa larguísima.

Desmond sonrió débilmente.

—¿Tú crees?

—Claro.

James señaló el pastel.

—Además, si sigues mirándolo así, vas a derretirlo.

Desmond soltó una pequeña risa.

Pero Marta no se rio.

Continuaba observando la calle.

Miguel nunca había tardado tanto sin enviar alguna noticia.

La noche terminó por cubrir la comuna.

Las velas del pastel permanecían apagadas.

Algunos globos habían comenzado a desinflarse.

Y la pancarta que James había preparado con tanto entusiasmo seguía colgada sobre la mesa.

Desmond estaba sentado en una silla, con la cabeza apoyada sobre los brazos.

Sus ojos comenzaban a cerrarse.

Marta se acercó lentamente.

—Cariño...

El pequeño levantó la cabeza.

—¿Ya llegó?

Aquella pregunta le produjo una punzada en el pecho.

—Todavía no.

Desmond volvió a mirar hacia la puerta.

—Pero va a venir, ¿verdad?

Marta respiró profundamente.

—Sí, mi amor.

Le acarició las orejas.

—Estoy segura de que llegará.

Desmond guardó silencio.

Después miró el pastel.

—Entonces voy a seguir esperando.

Marta sintió que se le humedecían los ojos.

—Desmond, ya es muy tarde.

—No importa.

—Cariño...

—Papá dijo que iba a venir.

Su voz comenzó a temblar.

—Y yo quiero que esté aquí.

Marta se arrodilló frente a él.

Durante unos segundos no encontró las palabras adecuadas.

Finalmente, lo abrazó.

—Lo sé, pequeño...

Desmond hundió el rostro contra su pecho.

—Solo quiero que venga...

James observaba la escena desde el otro extremo de la mesa.

Por primera vez en todo el día, no tenía ganas de hacer bromas.

Aquella noche, el pastel permaneció prácticamente intacto.

Y Miguel nunca regresó.

El primer día, Marta creyó que se trataba de un retraso.

El segundo, comenzó a buscar respuestas.

Visitó los lugares donde Miguel solía trabajar, preguntó entre sus conocidos e intentó averiguar si alguien lo había visto después de abandonar la residencia de los Ludendorff.

Pero nadie parecía saber nada.

Algunos aseguraban no haberlo visto.

Otros respondían con evasivas.

Y quienes podían ofrecer alguna información preferían mantenerse al margen.

Marta regresaba cada noche más agotada.

James intentaba ayudarla con las tareas de la casa.

Desmond, mientras tanto, continuaba esperando.

Cada vez que escuchaba pasos frente a la puerta, sus orejas se levantaban.

Cada vez que alguien llamaba, corría hacia la entrada.

Y cada vez que descubría que no era Miguel, su expresión se apagaba un poco más.

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

—¿Hoy va a volver papá?

Marta sentía que aquella pregunta le desgarraba el corazón.

—Todavía no lo sé, Desmond.

—¿Está enojado conmigo?

La mujer se quedó inmóvil.

—¿Qué?

Desmond bajó la mirada.

—¿Hice algo malo?

Marta se arrodilló inmediatamente frente a él.

—No, cariño.

—Pero no volvió...

—Escúchame bien.

Le sostuvo suavemente el rostro.

—Tú no hiciste absolutamente nada malo.

Los ojos rojos del pequeño comenzaron a humedecerse.

—Entonces... ¿por qué se fue?

Marta lo abrazó.

—No lo sé, mi amor.

Por primera vez, no intentó ofrecerle una promesa que no sabía si podría cumplir.

—No lo sé...

Los días se convirtieron en semanas.

La ausencia de Miguel comenzó a sentirse en cada rincón de la vivienda.

Su silla permanecía vacía durante las comidas.

Su ropa seguía guardada en el armario.

Y sobre una pequeña repisa descansaban algunos objetos personales que nadie se atrevía a tocar.

James intentaba mantener una actitud fuerte frente a su hermano.

Pero durante las noches, cuando creía que nadie podía escucharlo, lloraba silenciosamente.

Marta apenas conseguía dormir.

Había comenzado a asumir más trabajos para compensar la pérdida del salario de Miguel, aunque su preocupación no desaparecía ni siquiera durante las jornadas más agotadoras.

Desmond también había cambiado.

Ya no preguntaba constantemente cuándo regresaría su padre.

En ocasiones permanecía largos minutos frente a la ventana, observando las calles.

Como si todavía esperara reconocer aquella figura familiar entre la multitud.

Hasta que una tarde, alguien llamó a la puerta.

Marta se encontraba ordenando algunas prendas cuando escuchó los golpes.

—¡Un momento!

Se acercó y abrió.

Frente a ella había un vecino de la comuna.

Era un hombre al que conocía desde hacía años.

Normalmente solía saludarla con una sonrisa, pero aquella tarde tenía el rostro completamente desencajado.

—Marta...

La mujer frunció el ceño.

—¿Ocurre algo?

El vecino bajó la mirada.

—Necesito hablar contigo.

Marta sintió un escalofrío.

—¿Sobre qué?

El hombre guardó silencio.

Ella comprendió inmediatamente que algo terrible estaba por suceder.

—Es Miguel, ¿verdad?

El vecino levantó la mirada.

—Marta...

—Dime dónde está.

Su voz comenzó a temblar.

—Por favor... dime que lo encontraste.

El hombre respiró profundamente.

—Encontraron un cuerpo en el río.

Marta permaneció inmóvil.

—¿Qué...?

—Lo encontraron esta mañana. Las autoridades consiguieron relacionarlo con algunos objetos personales.

La mujer negó lentamente con la cabeza.

—No...

—Marta, lo siento muchísimo.

—No.

Su voz se elevó.

—¡No, estás equivocado!

El vecino intentó acercarse.

—Escúchame...

—¡Miguel sabe nadar! ¡Él no pudo haberse ahogado!

El hombre cerró los ojos.

—No murió ahogado.

Marta sintió que el mundo se detenía.

—¿Qué... quieres decir?

El vecino tragó saliva.

—Tenía muchas heridas.

Hizo una pausa.

—Heridas de arma blanca. También encontraron golpes por todo su cuerpo.

Marta se llevó una mano a la boca.

—No...

—Parece que alguien lo atacó antes de arrojarlo al río.

La mujer retrocedió.

Su respiración comenzó a acelerarse.

—No puede ser...

El hombre bajó la cabeza.

—Lo siento.

Marta sintió que las piernas dejaban de sostenerla.

Cayó de rodillas.

—¡NO!

Su grito resonó por toda la vivienda.

—¡MIGUEL!

James apareció inmediatamente desde el comedor.

—¡Mamá!

Corrió hacia ella.

—¿Qué pasó?

Marta apenas podía respirar.

Las lágrimas descendían incontrolablemente por sus mejillas.

—Tu papá...

James se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa con papá?

Su madre intentó hablar.

Pero las palabras se le atascaron en la garganta.

El vecino bajó la mirada.

James comenzó a comprender.

—No...

Miró desesperadamente a Marta.

—Mamá, dime que no...

Ella lo abrazó con fuerza.

—Lo siento, hijo...

James empezó a temblar.

—No...

—Lo siento muchísimo...

El pequeño imp rompió a llorar.

—¡PAPÁ!

Se aferró a su madre con desesperación.

—¡NO! ¡ÉL DIJO QUE IBA A VOLVER!

Marta lo sostuvo mientras ambos lloraban desconsoladamente.

—Lo sé, cariño...

—¡LO PROMETIÓ!

La mujer cerró los ojos.

—Lo sé...

En la entrada del comedor, Desmond observaba la escena.

Había escuchado los gritos.

Había visto a James derrumbarse entre los brazos de su madre.

Y había comprendido, incluso antes de que alguien se lo explicara, que algo terrible había ocurrido.

—¿Mamá...?

Su voz fue apenas un susurro.

Marta levantó lentamente la mirada.

Al ver a Desmond, sintió que el corazón se le rompía nuevamente.

El pequeño sabueso permanecía inmóvil.

Sus orejas estaban completamente caídas.

—¿Papá...?

Marta intentó responder.

Pero no pudo.

Desmond miró hacia el vecino.

Después hacia James.

Finalmente, volvió a observar a su madre.

—¿Ya no va a volver?

El silencio fue suficiente.

Sus grandes ojos rojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

Sin embargo, no lloró.

Permaneció quieto.

Observando a su familia destrozada.

Como si una parte de su mente todavía se negara a aceptar lo que acababa de escuchar.

Miguel había muerto.

El hombre que lo había criado desde su nacimiento.

Quien lo cargaba sobre sus hombros cuando era pequeño.

Quien regresaba agotado del trabajo y aun así encontraba tiempo para jugar con él.

El padre que le había prometido estar presente durante su cumpleaños.

Nunca volvería.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Y algo dentro de él comenzó a cambiar.

La muerte de Miguel dejó una herida imposible de cerrar.

Durante las semanas siguientes, el hogar de los Lebrozky perdió gran parte de la alegría que lo había caracterizado.

Marta intentaba mantenerse fuerte.

Pero había noches en las que el agotamiento y la tristeza terminaban por vencerla.

James se volvió más protector con su hermano menor.

Había dejado de hacer tantas bromas y, aunque continuaba siendo cariñoso, su carácter parecía haber madurado repentinamente.

Desmond, por su parte, comenzó a encerrarse cada vez más en sus pensamientos.

No comprendía completamente la muerte.

Sabía que significaba perder a alguien.

Sabía que Miguel jamás regresaría.

Pero no conseguía entender por qué.

¿Por qué alguien que amaba tanto a su familia tenía que desaparecer?

¿Por qué las buenas personas también morían?

¿Por qué el mundo permitía que alguien fuera arrebatado de aquella manera?

Una noche, mientras Marta descansaba, Desmond permanecía sentado junto a la ventana de su habitación.

James entró silenciosamente.

—Oye, enano...

Desmond no respondió.

Su hermano se acercó.

—¿Qué haces despierto?

—Pensando.

James levantó una ceja.

—Eso suena peligroso.

Normalmente, aquella broma habría provocado una discusión.

Pero Desmond no sonrió.

James comprendió que algo ocurría.

Se sentó a su lado.

—¿En qué piensas?

Desmond observó las luces lejanas de la comuna.

—En papá.

James bajó la mirada.

—Ah...

Permanecieron callados durante varios segundos.

Finalmente, Desmond habló.

—¿Tú crees que sufrió mucho?

James sintió un nudo en la garganta.

—Desmond...

—Quiero decir... cuando murió.

Su voz tembló ligeramente.

—¿Crees que tenía miedo?

James no supo qué responder.

Desmond continuó.

—Yo habría tenido miedo.

Su hermano lo observó con tristeza.

—Yo también.

El pequeño sabueso bajó las orejas.

—¿Y si estaba pensando en nosotros?

James sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

—Seguramente lo estaba.

Desmond apretó las manos.

—Entonces... ¿por qué no pudo volver?

James guardó silencio.

No tenía ninguna respuesta que pudiera aliviar aquella pregunta.

Finalmente, rodeó a su hermano con un brazo.

—No lo sé, Desmond.

El pequeño apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Lo extraño mucho.

James cerró los ojos.

—Yo también, enano.

Permanecieron abrazados durante varios minutos.

Hasta que Desmond formuló una última pregunta.

—James...

—¿Sí?

—¿Tú también vas a morir algún día?

Su hermano se quedó inmóvil.

No esperaba aquello.

—Bueno...

Tragó saliva.

—Supongo que sí.

Desmond levantó la mirada.

—¿Y mamá?

James no respondió inmediatamente.

Después asintió lentamente.

—Algún día.

El pequeño volvió a mirar hacia la ventana.

—Entonces todos vamos a morir...

James sintió un escalofrío.

—Desmond...

Pero su hermano continuó hablando, casi para sí mismo.

—No importa cuánto queramos a alguien...

Apretó los puños.

—Igual puede morir.

Aquella noche, Desmond comenzó a comprender una verdad que lo acompañaría durante el resto de su existencia.

El amor no es nada contra la muerte, y esta es inevitable. Tarde o temprano, todos moriremos.

Era una conclusión demasiado sombría para un niño de siete años.

Pero el dolor rara vez respeta la inocencia.

Y aunque Desmond todavía no podía comprender todas las implicaciones de aquellas palabras, terminaron convirtiéndose en una especie de mantra.

Una forma de prepararse para futuras pérdidas.

Una manera de convencerse de que, si aceptaba la inevitabilidad de la muerte, tal vez la próxima despedida no le dolería tanto.

Sin embargo, incluso en los lugares más oscuros, la esperanza puede encontrar maneras inesperadas de sobrevivir.

Para Desmond, aquella esperanza llegó mediante algo tan sencillo como un lápiz y unas cuantas hojas de papel.

Todo comenzó una tarde.

Marta había salido a trabajar y James se encontraba realizando algunas tareas domésticas.

Desmond permanecía sentado en su habitación, observando un cuaderno que había encontrado entre sus pertenencias.

Al principio, simplemente comenzó a escribir palabras sueltas.

Palabras que describían lo que sentía.

Tristeza.

Rabia.

Miedo.

Soledad.

Después empezó a formar pequeñas frases.

Y, sin comprender del todo cómo, descubrió que algunas palabras encajaban entre sí de una manera particular.

Tenían ritmo.

Sonaban bien cuando las pronunciaba en voz alta.

Desmond frunció el ceño.

—A ver...

Escribió otra línea.

Después la leyó.

—No...

Borró una palabra.

La sustituyó por otra.

Volvió a leerla.

Esta vez sonrió.

—¡Eso!

Su cola comenzó a moverse suavemente.

Continuó escribiendo.

Una frase llevó a otra.

Después apareció una nueva rima.

Y cuando quiso darse cuenta, había llenado buena parte de la página.

Desmond contempló su trabajo.

—Qué raro...

Se llevó el lápiz a los labios.

—Me gusta cómo suena.

Entonces comenzó a leerlo con un ritmo improvisado.

Al principio lo hizo lentamente.

Después aumentó la velocidad.

Algunas palabras se atropellaban entre sí.

Otras no encajaban.

Pero cuando conseguía pronunciarlas correctamente, sentía una satisfacción que nunca había experimentado.

Era como si pudiera sacar de su cabeza todos aquellos pensamientos que tanto lo atormentaban.

Y convertirlos en algo diferente.

Algo que pudiera controlar.

Con el paso de las semanas, aquella curiosidad se convirtió en una costumbre.

Desmond comenzó a escribir prácticamente todos los días.

Utilizaba cualquier hoja que encontraba.

A veces aprovechaba los espacios vacíos de cuadernos antiguos.

Otras veces escribía sobre papeles que Marta ya no necesitaba.

Su pequeña habitación terminó llenándose de hojas cubiertas de palabras, tachones y frases incompletas.

Pero sus escritos no hablaban únicamente de su tristeza.

Desmond observaba el mundo que lo rodeaba.

Veía a los vecinos discutir por dinero.

Escuchaba historias sobre personas que habían perdido sus hogares.

Contemplaba cómo las drogas destruían lentamente a algunos habitantes de la comuna.

Y presenciaba la indiferencia con la que muchos aceptaban la violencia.

Aquellas experiencias comenzaron a aparecer en sus letras.

No siempre comprendía las causas de cuanto sucedía, pero sí era capaz de reconocer sus consecuencias.

Una tarde, mientras escribía, James apareció en la puerta.

—¿Otra vez con ese cuaderno?

Desmond levantó la mirada.

—Sí.

James entró.

—¿Qué escribes tanto?

—Cosas.

Su hermano levantó una ceja.

—Vaya, qué respuesta tan detallada.

Desmond sonrió.

—Son canciones.

James se detuvo.

—¿Canciones?

—Bueno... creo que sí.

El pequeño sabueso observó su cuaderno.

—Todavía no sé cómo llamarlas.

James se sentó a su lado.

—A ver, léeme una.

Desmond bajó las orejas.

—No.

—¿Por qué?

—Porque te vas a reír.

James fingió indignación.

—¡Yo jamás haría algo así!

Desmond lo miró fijamente.

—Ayer te reíste porque me caí de la silla.

—¡Porque fue gracioso!

—¡James!

Su hermano soltó una carcajada.

—Está bien, está bien.

Levantó ambas manos.

—Prometo no reírme.

Desmond dudó unos segundos.

Finalmente, abrió el cuaderno.

—Bueno...

Respiró profundamente.

Y comenzó a recitar:

En mi calle hay ruido, pero nadie quiere hablar,
hay quien pierde lo que tiene por querer algo más.
Veo sombras en las esquinas, veo miedo al caminar,
y aunque todos miran lejos, nadie quiere preguntar.

James dejó de sonreír.

Desmond continuó, ganando poco a poco confianza:

Dicen que todo se arregla si aprendemos a esperar,
pero hay gente que se marcha y nunca vuelve al hogar.
Yo no tengo grandes riquezas ni un palacio donde estar,
solo tengo a mi familia, y no la pienso abandonar.

Cuando terminó, permaneció inmóvil.

Esperó.

James no dijo nada.

Desmond bajó lentamente el cuaderno.

—¿Ves? Te dije que era malo...

—No.

El pequeño levantó la mirada.

—¿Qué?

James lo observaba con una expresión completamente distinta.

—Está muy bien.

Desmond parpadeó.

—¿De verdad?

—Sí.

James tomó el cuaderno con cuidado.

—¿Tú escribiste todo esto?

Desmond asintió.

—Ajá.

—¿Sin ayuda?

—Sí...

James volvió a mirar las palabras.

Después contempló a su hermano.

—Desmond, esto es increíble.

El pequeño sintió que las orejas se le levantaban.

—¿En serio?

James sonrió.

—¡Claro que sí!

Le revolvió el cabello.

—¡Mi hermanito es un genio!

Desmond soltó una carcajada.

—¡Ya, James! ¡Déjame!

Pero esta vez no se molestó.

Por primera vez desde la muerte de Miguel, sintió que había encontrado algo capaz de hacerlo verdaderamente feliz.

Marta descubrió el talento de Desmond poco después.

Había regresado de una jornada especialmente agotadora cuando escuchó una voz procedente de la habitación de sus hijos.

Al principio creyó que estaban discutiendo.

Sin embargo, al acercarse, distinguió que Desmond estaba recitando algo.

Se detuvo junto a la puerta.

Escuchó atentamente.

Las palabras hablaban sobre la comuna.

Sobre las injusticias.

Sobre quienes tenían demasiado y quienes apenas conseguían sobrevivir.

Pero también sobre una madre que trabajaba incansablemente y un hermano que siempre encontraba la manera de hacerlo sonreír.

Marta sintió que se le humedecían los ojos.

Esperó hasta que Desmond terminó.

Entonces llamó suavemente.

—¿Puedo pasar?

El pequeño se sobresaltó.

—¡Mamá!

Intentó esconder el cuaderno detrás de su espalda.

Marta sonrió.

—¿Qué ocultas ahí?

—Nada...

James soltó una carcajada desde su cama.

—¡Está escribiendo canciones!

Desmond lo fulminó con la mirada.

—¡JAMES!

—¿Canciones? —preguntó Marta.

Se acercó lentamente.

—¿Puedo escuchar una?

Desmond bajó las orejas.

—No sé...

Marta se sentó junto a él.

—¿Por qué?

—Porque son cosas mías.

Ella asintió.

—Lo entiendo.

Le acarició suavemente la cabeza.

—Y no tienes que enseñármelas si no quieres.

Desmond observó su cuaderno.

Después miró a su madre.

—¿No te vas a reír?

Marta sonrió con ternura.

—Jamás me reiría de algo que es importante para ti.

El pequeño permaneció pensativo.

Finalmente, abrió el cuaderno.

Buscó una de sus páginas.

—Esta... esta habla de ustedes.

Marta lo observó con curiosidad.

Desmond respiró profundamente.

Y comenzó a leer.

Su voz todavía era infantil.

A veces perdía el ritmo.

En otras ocasiones se detenía para recordar cómo quería pronunciar una frase.

Pero había algo en sus palabras que Marta no podía ignorar.

Una sinceridad absoluta.

Desmond hablaba del cansancio de su madre.

De las manos de Miguel.

De las bromas de James.

Y de cómo, incluso cuando el mundo parecía estar en su contra, siempre había encontrado refugio entre aquellas cuatro paredes.

Cuando terminó, Marta permaneció en silencio.

Desmond levantó lentamente la mirada.

—¿Mamá?

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

El pequeño se preocupó inmediatamente.

—¿Dije algo malo?

Marta negó con la cabeza.

—No, mi amor.

Lo abrazó con fuerza.

—No dijiste nada malo.

Desmond correspondió al abrazo, aunque parecía confundido.

—Entonces... ¿por qué lloras?

Marta soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—Porque estoy muy orgullosa de ti.

El pequeño abrió los ojos.

—¿De verdad?

—Muchísimo.

Le dio un beso en la frente.

—Tienes un don, Desmond.

Él ladeó la cabeza.

—¿Un don?

—Sí.

Marta señaló el cuaderno.

—Hay personas que sienten muchas cosas, pero no saben cómo expresarlas.

Acarició suavemente una de las páginas.

—Tú puedes convertir esos sentimientos en palabras.

Desmond observó su trabajo.

—Solo escribo lo que pienso...

Marta sonrió.

—Precisamente por eso es especial.

James intervino desde su cama.

—¡Te dije que era un genio!

Desmond soltó una carcajada.

—¡Ya cállate!

Marta rio suavemente.

Después volvió a mirar a su hijo menor.

—Prométeme algo, cariño.

Desmond levantó las orejas.

—¿Qué cosa?

—No dejes de escribir.

El pequeño contempló su cuaderno.

—¿Aunque a nadie le guste?

Marta negó lentamente.

—No necesitas que todo el mundo te aplauda para que lo que haces tenga valor.

Le acarició el rostro.

—Si escribir te hace feliz, sigue haciéndolo.

Desmond sonrió.

—Está bien, mamá.

—Y recuerda algo más.

El pequeño la observó.

—¿Qué?

Marta lo abrazó nuevamente.

—Nunca permitas que toda la maldad que hay afuera te haga olvidar las cosas buenas que todavía existen.

Desmond cerró los ojos.

Apoyó la cabeza sobre su hombro.

—No lo haré...

Los meses continuaron avanzando.

La vida no se volvió más sencilla para los Lebrozky.

Marta seguía trabajando largas jornadas para mantener a sus hijos.

James asumía cada vez más responsabilidades en el hogar.

Y la ausencia de Miguel continuaba presente en los pequeños detalles de la rutina.

Pero algo había cambiado.

Desmond había encontrado una manera de convivir con su dolor.

Cuando recordaba a su padre, escribía.

Cuando sentía rabia por las injusticias de la comuna, escribía.

Y cuando Marta regresaba agotada del trabajo o James conseguía hacerlo reír después de un mal día, también escribía.

Su cuaderno se convirtió en un refugio.

Un lugar donde podía expresar aquello que todavía no era capaz de decir en voz alta.

Sus letras comenzaron a adquirir mayor profundidad, aunque seguían conservando la mirada de un niño que apenas estaba empezando a comprender el mundo.

Hablaba de la corrupción que consumía su sociedad.

De las drogas que destruían familias.

De la violencia que convertía las calles en lugares peligrosos.

Y, sobre todo, hablaba del amor.

No de un amor idealizado ni de las promesas vacías que tantas veces había escuchado pronunciar a los adultos.

Sino del amor que conocía.

El de una madre que sacrificaba su descanso para alimentar a sus hijos.

El de un hermano que lo defendía incluso cuando ambos acababan de discutir.

Y el de un padre que, aunque ya no estaba presente, había dejado recuerdos imposibles de borrar.

Desmond comenzó a comprender que escribir no podía devolverle a Miguel.

Tampoco podía cambiar lo sucedido.

Pero sí podía impedir que sus recuerdos desaparecieran.

Cada verso era una manera de conservar algo.

Cada palabra, una pequeña resistencia contra el olvido.

Una noche, después de terminar una nueva composición, Desmond cerró su cuaderno.

Se quedó observando la portada durante varios segundos.

Después levantó la mirada hacia la fotografía de Miguel que Marta conservaba en una pequeña repisa.

—Papá...

Su voz apenas fue un susurro.

—Hoy escribí otra canción.

Permaneció callado.

—Creo que esta te habría gustado.

Sonrió débilmente.

Después volvió a mirar el cuaderno.

No esperaba recibir una respuesta.

Sabía que Miguel no regresaría.

Había aceptado aquella realidad, aunque todavía le doliera.

Sin embargo, por primera vez comenzó a comprender que recordar a alguien no significaba permanecer atrapado en el momento de su pérdida.

También podía significar conservar todo aquello que esa persona le había enseñado.

Y seguir viviendo.

Por Marta.

Por James.

Y por sí mismo.

Desmond, con su cuaderno lleno de palabras y su familia como único refugio, aprendió a transformar su dolor en creatividad. Sus rimas se convirtieron en un medio de escape, una forma de enfrentar el mundo nefasto y asqueroso que lo rodeaba.

Y aunque el peso de la pérdida de Miguel siempre estaría presente en su corazón, sabía que tenía algo por lo que vivir: el amor incondicional de Marta y James.

En su mente, guardó cada momento de amor y apoyo como un tesoro invaluable, jurándose a sí mismo que nunca olvidaría a las únicas personas que lo hicieron sentir querido en un lugar donde la esperanza parecía extinguirse.

CAP 5

Nuevos Comienzos

El tiempo continuó su marcha, llevándose consigo los últimos vestigios de una infancia que, a pesar de las dificultades, había estado llena de momentos inolvidables.

Los años habían pasado desde aquella fatídica noche en que Miguel desapareció para no regresar jamás. La comuna 54 seguía siendo prácticamente la misma: sus calles deterioradas,

sus edificios desgastados y aquella violencia que parecía haberse convertido en una parte inseparable de la vida cotidiana.

Sin embargo, quienes habitaban la pequeña casa de los Lebrozky habían cambiado considerablemente.

James, ahora con veintidós años, había dejado atrás al niño travieso que disfrutaba molestando a su hermano menor. Se había convertido en un joven responsable, trabajador y protector, que había asumido numerosas obligaciones desde la muerte de su padre.

Marta, por su parte, comenzaba a mostrar las consecuencias de tantos años de esfuerzo. Las largas jornadas de trabajo habían dejado marcas en sus manos y algunas arrugas alrededor de sus ojos, aunque su carácter cariñoso permanecía intacto.

Y Desmond...

A sus dieciocho años, aquel pequeño sabueso infernal de ojos rojos había crecido hasta convertirse en un joven de personalidad reservada, mirada observadora y una inteligencia que frecuentemente sorprendía a quienes conversaban con él.

Su cuerpo había cambiado, su voz se había vuelto más grave y sus intereses eran muy distintos de aquellos que lo entretenían durante la infancia.

Sin embargo, todavía conservaba ciertas costumbres.

Seguía pasando horas escribiendo.

Continuaba observando atentamente cuanto sucedía a su alrededor.

Y, aunque ya no lo demostraba con tanta facilidad, seguía encontrando una enorme tranquilidad en los abrazos de Marta.

Pero había llegado el momento de tomar una decisión importante.

Después de pasar toda su vida en la comuna 54, Desmond comprendió que necesitaba conocer algo más que aquellas calles donde había crecido.

No porque despreciara sus orígenes.

Mucho menos porque quisiera olvidar a quienes lo habían criado.

Simplemente deseaba descubrir qué podía ofrecerle el mundo.

James compartía aquel deseo.

Ambos habían ahorrado durante años, aprovechando cada oportunidad de trabajo y renunciando a numerosos caprichos para reunir el dinero suficiente.

Finalmente, habían conseguido comprar una pequeña vivienda en una zona más tranquila.

No era una mansión.

Ni siquiera podía considerarse especialmente grande.

Pero les pertenecía.

Y eso era suficiente.

Aquella mañana, la casa de los Lebrozky despertó envuelta en una tranquilidad extraña.

La luz del exterior se filtraba entre las cortinas del comedor, iluminando una mesa que Marta había preparado con especial cuidado.

Había pan, algunas frutas y un desayuno sencillo que conocía perfectamente los gustos de sus hijos.

Sin embargo, aquella mañana era diferente.

Marta lo sabía.

Había intentado convencerse durante semanas de que estaba preparada para la despedida.

Después de todo, sus hijos ya eran adultos.

Habían trabajado, ahorrado y demostrado que podían hacerse responsables de sus propias vidas.

Debía sentirse orgullosa.

Y lo estaba.

Pero eso no impedía que una parte de ella quisiera detener el tiempo.

Mientras acomodaba los últimos platos, escuchó unos pasos procedentes del pasillo.

—Buenos días, mamá.

Marta levantó la mirada.

Desmond apareció en la entrada del comedor.

Vestía ropa sencilla y llevaba el cabello ligeramente despeinado. Sus orejas caninas estaban relajadas y su cola se movía lentamente detrás de él.

Marta sonrió.

—Buenos días, cariño.

Desmond observó la mesa.

—¿Preparaste todo esto?

—Por supuesto.

—Mamá, no tenías que molestarte tanto.

Ella levantó una ceja.

—¿Ahora resulta que prepararles el desayuno a mis hijos es una molestia?

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—No dije eso.

—Entonces siéntate antes de que se enfríe.

El joven obedeció.

Marta lo observó mientras se servía algo de comida.

Durante unos segundos, una imagen de su infancia apareció en su memoria.

Recordó al pequeño sabueso que necesitaba subirse a una silla para alcanzar la mesa.

Aquel niño que se quedaba dormido sobre sus cuadernos después de pasar horas escribiendo.

Y al pequeño que, después de la muerte de Miguel, se aferraba silenciosamente a ella cuando creía que nadie lo estaba observando.

Ahora estaba frente a ella.

Convertido en un adulto.

Marta sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Ella vaciló.

—¿Estás completamente seguro de esto?

Desmond dejó de comer.

—¿De mudarnos?

Marta asintió.

—Sí.

Se sentó frente a él.

—Sé que tú y James llevan mucho tiempo preparando todo. Y sé que están emocionados por comenzar una vida diferente.

Hizo una pausa.

—Pero el mundo fuera de esta comuna también puede ser peligroso.

Desmond sonrió ligeramente.

—Mamá, llevamos toda la vida viviendo aquí.

—Precisamente por eso me preocupa.

Marta bajó la mirada.

—Esta comuna no es precisamente un lugar agradable, pero al menos conozco sus calles. Conozco a nuestros vecinos y sé dónde buscar ayuda si algo sucede.

Volvió a observarlo.

—Allá afuera será diferente.

Desmond permaneció callado unos segundos.

Después se levantó y caminó hasta ella.

—Mamá...

Se agachó frente a su silla.

—Mírame.

Marta levantó los ojos.

—Tú me enseñaste a cuidarme.

Le tomó las manos.

—Me enseñaste a trabajar por lo que quiero, a no dejar que los demás decidan quién debo ser y a no rendirme cuando las cosas se ponen difíciles.

Marta sonrió con tristeza.

—También te enseñé a no confiar demasiado en los desconocidos.

Desmond soltó una carcajada.

—Eso también.

Su expresión se volvió más seria.

—Pero no puedes protegernos toda la vida.

Aquellas palabras hicieron que Marta bajara lentamente la mirada.

Desmond apretó suavemente sus manos.

—Y tampoco quiero que tengas que hacerlo.

La mujer permaneció callada.

—Has trabajado demasiado por nosotros, mamá.

El joven respiró profundamente.

—Desde que tengo memoria, siempre has estado preocupándote por James y por mí. Incluso cuando estabas agotada, encontrabas la manera de hacernos sonreír.

Marta sintió una lágrima recorrer su mejilla.

—Desmond...

—Ahora nos toca a nosotros demostrarte que todo ese esfuerzo valió la pena.

El joven la abrazó.

Marta correspondió inmediatamente, rodeándolo con sus brazos.

—Mi pequeño...

Desmond sonrió contra su hombro.

—Ya no soy tan pequeño.

Marta soltó una risa entre lágrimas.

—Para mí siempre lo serás.

—¡Bueno! ¡Espero que no hayan empezado sin mí!

La voz de James interrumpió aquel momento.

El joven imp apareció en el comedor cargando una mochila bastante desgastada.

Su rostro mostraba una expresión satisfecha, aunque algunas prendas sobresalían peligrosamente del equipaje.

Desmond se separó de Marta.

Observó la mochila.

Después levantó una ceja.

—James...

—¿Qué?

—¿Qué demonios llevas ahí?

Su hermano miró la mochila.

—Mis cosas.

—Parece que intentaste meter toda la casa.

James soltó una carcajada.

—¡Más vale estar preparado!

Desmond señaló una manga que colgaba de uno de los cierres.

—¿Y eso?

James miró hacia abajo.

—Ah...

Intentó introducir la prenda nuevamente.

—Un pequeño problema técnico.

Marta comenzó a reír.

—James, cariño, te dije que organizaras tus cosas anoche.

—¡Lo hice!

Desmond cruzó los brazos.

—¿Entonces por qué parece que empacaste durante un terremoto?

—¡Porque algunas personas tenemos muchas pertenencias!

—Tienes cuatro camisas y un montón de porquerías que nunca utilizas.

James señaló a su hermano.

—¡Oye! ¡Respeta mis pertenencias!

Marta negó divertida con la cabeza.

—Definitivamente, algunas cosas nunca cambiarán.

James dejó su mochila junto a la mesa.

Después observó a su madre.

Notó inmediatamente que tenía los ojos enrojecidos.

Su sonrisa se suavizó.

—Mamá...

Ella intentó disimular.

—¿Qué ocurre?

James se acercó.

—¿Otra vez llorando?

—No estoy llorando.

Desmond levantó una ceja.

—Mamá...

—¡Está bien! ¡Tal vez un poquito!

Los tres soltaron una carcajada.

James abrazó a su madre.

—Tranquila, vieja.

Marta le dio un pequeño golpe en el brazo.

—¡No me digas vieja!

—¡Pero si lo digo con cariño!

—Pues ten más cuidado con tu cariño.

James rio y la abrazó nuevamente.

—Vamos a estar bien, mamá.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Te lo prometo.

Marta lo observó.

—Cuida de tu hermano.

James sonrió.

—Siempre lo he hecho.

Desmond resopló.

—Tampoco exageres.

James le lanzó una mirada burlona.

—¿Quieres que empiece a contar todas las veces que tuve que sacarte de problemas?

—¿Y quieres que yo cuente todas las veces que tú me metiste en ellos?

Marta levantó ambas manos.

—¡Basta, ustedes dos!

Los hermanos se miraron.

Después comenzaron a reír.

Durante unos instantes, aquella escena consiguió devolver a la casa la alegría de los años anteriores.

Después del desayuno, ambos hermanos comenzaron a revisar sus pertenencias.

Desmond regresó a su habitación.

Sobre la cama descansaba una mochila con algunas prendas, objetos personales y varios cuadernos cuidadosamente organizados.

No tenía demasiadas cosas.

Nunca había sentido un interés especial por acumular pertenencias materiales.

Sin embargo, había algo que consideraba indispensable.

Sus escritos.

Abrió uno de los cuadernos más antiguos.

Las primeras páginas estaban cubiertas de letras torcidas, palabras mal escritas y rimas que ahora le parecían bastante infantiles.

Sonrió.

—Vaya desastre...

Pasó algunas hojas.

Encontró una composición que había escrito poco después de la muerte de Miguel.

Su sonrisa desapareció lentamente.

Durante unos segundos contempló aquellas palabras.

Recordó las noches en que lloraba silenciosamente.

Las conversaciones con James.

Y la primera vez que Marta lo abrazó después de escucharlo recitar.

Desmond cerró el cuaderno.

Lo sostuvo entre las manos.

—Supongo que también vienes conmigo.

Lo guardó cuidadosamente dentro de su mochila.

Entonces escuchó unos suaves golpes en la puerta.

—¿Puedo pasar?

Era Marta.

Desmond levantó la mirada.

—Claro, mamá.

La mujer entró lentamente.

Observó la habitación.

Las paredes estaban prácticamente vacías.

Algunos objetos que durante años habían permanecido sobre los muebles ya estaban guardados.

Marta sintió una tristeza inesperada.

—Parece mentira...

Desmond ladeó la cabeza.

—¿Qué cosa?

Ella sonrió.

—Que esta habitación vaya a quedarse tan silenciosa.

El joven observó el lugar.

—Bueno, al menos ya no tendrás que escucharme escribiendo hasta la madrugada.

Marta soltó una pequeña risa.

—Eso no me molestaba.

Se acercó a la cama.

—Aunque debo admitir que a veces me preocupaba encontrar la luz encendida a las tres de la mañana.

Desmond sonrió.

—Las buenas ideas no tienen horario.

Marta negó divertida con la cabeza.

—Siempre tienes una respuesta para todo.

Permanecieron callados durante unos segundos.

Finalmente, la mujer sacó un pequeño paquete envuelto cuidadosamente en tela.

—Quería darte algo antes de que te marcharas.

Desmond observó el objeto.

—¿Qué es?

Marta se lo entregó.

—Ábrelo.

El joven retiró lentamente la tela.

En su interior encontró un collar sencillo.

No parecía especialmente costoso, pero había sido conservado con muchísimo cuidado.

El colgante contenía una pequeña fotografía.

Desmond lo abrió.

Y se quedó inmóvil.

En la imagen aparecían cuatro personas.

Marta.

Miguel.

James.

Y él.

Todos estaban juntos, sonriendo.

La fotografía había sido tomada muchos años atrás, cuando Miguel todavía estaba vivo.

Desmond sintió un nudo en la garganta.

—Mamá...

Rozó suavemente la imagen con los dedos.

—¿De dónde sacaste esto?

Marta sonrió con nostalgia.

—La tenía guardada desde hace años.

Se sentó junto a él.

—Tu padre insistió muchísimo en que nos tomáramos aquella fotografía.

Desmond sonrió débilmente.

—No me acuerdo.

—Eras bastante pequeño.

Marta observó la imagen.

—James no dejaba de moverse y tú estabas empeñado en mirar hacia otro lado.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Suena como algo que haríamos.

—Tu padre terminó cargándote para que permanecieras quieto.

Marta señaló la fotografía.

—Y justo cuando nos tomaron la imagen, dijiste algo que nos hizo reír a todos.

Desmond la miró.

—¿Qué dije?

Marta soltó una carcajada.

—Preguntaste si después de la foto podíamos ir a comer.

El joven comenzó a reír.

—¡No puede ser!

—¡Te lo juro!

Ambos compartieron una carcajada.

Pero poco a poco, la alegría fue reemplazada por una nostalgia silenciosa.

Desmond volvió a contemplar el rostro de Miguel.

Su padre sonreía.

Parecía feliz.

Aquel recuerdo pertenecía a una época que nunca podría recuperar.

—Lo extraño...

La voz del joven apenas fue un susurro.

Marta bajó la mirada.

—Yo también, cariño.

Desmond acarició suavemente la fotografía.

—A veces me pregunto qué pensaría de nosotros.

Marta lo observó.

—¿A qué te refieres?

—No sé...

El joven respiró profundamente.

—James y yo estamos por marcharnos. Tenemos una casa, nuestros propios planes...

Sonrió con tristeza.

—Me gustaría saber si estaría orgulloso.

Marta sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Se acercó y le acarició el rostro.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—Tu padre estaría inmensamente orgulloso de ustedes.

Una lágrima recorrió la mejilla de Marta.

—Trabajó durante tantos años porque quería que tuvieran oportunidades que él nunca tuvo.

Desmond guardó silencio.

—Y ahora mírate.

Marta sonrió.

—Tienes dieciocho años, una casa que conseguiste junto a tu hermano y un talento maravilloso que todavía estás descubriendo.

Le sostuvo el rostro entre las manos.

—Si Miguel estuviera aquí, seguramente estaría presumiendo de ustedes ante todos los vecinos.

Desmond soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—Sí...

Bajó la mirada hacia el collar.

—Probablemente.

Marta se lo colocó cuidadosamente alrededor del cuello.

—Quiero que lo lleves siempre contigo.

El joven sostuvo el colgante.

—Lo haré.

—Y cuando las cosas se pongan difíciles, recuerda que nunca has estado solo.

Marta señaló suavemente su pecho.

—Tu familia siempre estará aquí.

Desmond sintió que las lágrimas finalmente comenzaban a caer.

Abrazó a su madre.

—Gracias, mamá...

Marta cerró los ojos.

—Te quiero muchísimo, Desmond.

—Yo también te quiero.

Permanecieron abrazados durante varios segundos.

Finalmente, el joven se separó ligeramente.

—Te prometo algo.

Marta lo observó.

—¿Qué cosa?

Desmond sostuvo el colgante.

—No importa dónde esté ni lo que consiga en el futuro.

Su voz adquirió una firmeza especial.

—Nunca voy a olvidar de dónde vengo.

Marta sonrió entre lágrimas.

—Eso es todo lo que necesito escuchar.

La despedida llegó poco después.

James esperaba junto a la puerta, acomodando por última vez su mochila.

Desmond apareció cargando sus pertenencias.

Marta los observó desde el comedor.

Durante unos segundos, nadie dijo nada.

La pequeña casa parecía guardar silencio junto a ellos.

James fue el primero en hablar.

—Bueno...

Respiró profundamente.

—Supongo que llegó la hora.

Marta asintió lentamente.

—Supongo que sí.

Desmond observó a su madre.

—Vamos a venir a visitarte.

Ella sonrió.

—Más les vale.

James soltó una carcajada.

—¡Tranquila! ¡No vamos a desaparecer del mapa!

Marta levantó un dedo.

—Y quiero saber que están comiendo bien.

—Sí, mamá —respondieron ambos.

—Y que mantienen limpia la casa.

—Sí, mamá.

—Y nada de meterse en problemas.

James miró a Desmond.

—Eso va especialmente para ti.

El joven sabueso abrió la boca con indignación.

—¡¿Para mí?!

Marta soltó una carcajada.

—¡Para los dos!

Los hermanos comenzaron a reír.

Después, James abrazó a su madre.

Fue un abrazo largo.

Mucho más largo de lo habitual.

—Gracias por todo, mamá —murmuró.

Ella le acarició la espalda.

—Cuida de tu hermano.

James asintió.

—Lo haré.

Cuando se separaron, Marta se volvió hacia Desmond.

El joven permaneció inmóvil durante un instante.

Después abrió los brazos.

—Ven aquí, mamá.

Marta lo abrazó inmediatamente.

Desmond cerró los ojos.

Durante unos segundos volvió a sentirse como aquel pequeño que buscaba refugio en sus brazos después de una pesadilla.

Pero ahora debía marcharse.

Y, aunque una parte de él sentía miedo, también sabía que necesitaba hacerlo.

—Te quiero —susurró.

Marta sonrió.

—Yo también, mi pequeño.

Desmond le dio un beso en la frente.

Después tomó su mochila.

James abrió la puerta.

Ambos hermanos salieron.

Marta permaneció en el umbral mientras los observaba alejarse.

—¡Desmond! ¡James!

Los dos se volvieron.

—¿Sí, mamá? —preguntó James.

Marta levantó una mano.

—¡Cuídense mucho!

Desmond sonrió.

—¡Lo haremos!

James levantó el pulgar.

—¡Nos vemos pronto!

Marta permaneció observándolos hasta que desaparecieron al final de la calle.

Solo entonces regresó lentamente al interior de la vivienda.

La casa estaba silenciosa.

Demasiado silenciosa.

Observó las sillas vacías.

La mesa donde habían desayunado.

Y el pasillo que conducía a las habitaciones de sus hijos.

Sintió que una lágrima recorría su mejilla.

Pero también sonrió.

Sus pequeños habían crecido.

Y había llegado el momento de permitirles encontrar su propio camino.

El viaje fuera de la comuna 54 estuvo acompañado por una mezcla de emociones.

Desmond observaba atentamente cuanto aparecía tras las ventanas del transporte.

Las calles familiares comenzaron a desaparecer.

Los edificios deteriorados fueron reemplazados progresivamente por construcciones mejor conservadas.

Las avenidas se volvieron más amplias.

Y el ambiente parecía considerablemente más tranquilo.

James se encontraba sentado a su lado.

—¿Nervioso?

Desmond miró hacia él.

—Un poco.

Su hermano sonrió.

—Yo también.

El joven sabueso levantó una ceja.

—¿Tú?

—¿Qué pasa? ¿Crees que no puedo ponerme nervioso?

Desmond soltó una carcajada.

—Siempre actúas como si lo tuvieras todo controlado.

James se encogió de hombros.

—Ese es mi secreto.

—¿Cuál?

—Que casi nunca tengo idea de lo que estoy haciendo.

Desmond comenzó a reír.

—¡Eres un idiota!

—¡Pero un idiota con casa propia!

Ambos soltaron una carcajada.

Después de un rato, Desmond volvió a mirar por la ventana.

—James...

—¿Sí?

—¿Crees que estaremos bien?

Su hermano permaneció pensativo.

—No lo sé.

Desmond lo observó sorprendido.

James sonrió.

—Pero creo que podemos conseguirlo.

Le dio un pequeño golpe amistoso en el hombro.

—Además, ya hemos pasado por cosas bastante peores.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

—Sí...

James notó el cambio en su expresión.

—Oye.

El joven levantó la cabeza.

—No tienes que preocuparte por todo al mismo tiempo.

James señaló hacia adelante.

—Primero llegamos a casa.

Después levantó otro dedo.

—Luego organizamos nuestras cosas.

Y finalmente sonrió.

—Y después veremos cómo conquistar el mundo.

Desmond soltó una carcajada.

—Suena bastante sencillo cuando lo dices así.

—Porque soy un excelente estratega.

—Eres un desastre.

—¡Un desastre con visión de futuro!

Ambos volvieron a reír.

La nueva vivienda estaba situada en una zona considerablemente más tranquila.

Era una casa pequeña, de estructura sencilla, con una sala modesta, una cocina y habitaciones suficientes para ambos hermanos.

También contaba con un pequeño balcón desde el que podían observar parte del vecindario.

No había decoraciones costosas.

Los muebles eran escasos.

Y todavía necesitaban conseguir varios objetos para hacerla completamente habitable.

Sin embargo, cuando Desmond cruzó la puerta por primera vez, sintió una emoción inesperada.

Se quedó inmóvil en medio de la sala.

James dejó su mochila sobre el suelo.

—Bueno...

Extendió los brazos.

—¡Bienvenido a nuestro glorioso palacio!

Desmond observó las paredes vacías.

Después miró a su hermano.

—James...

—¿Qué?

—No tenemos ni una mesa.

James bajó los brazos.

—Detalles menores.

Desmond comenzó a reír.

—¡Ni siquiera tenemos suficientes sillas!

—¡Eso se consigue después!

—¡Y la cocina está prácticamente vacía!

James levantó un dedo.

—Pero tenemos techo.

Desmond guardó silencio.

Su hermano sonrió.

—Y tenemos nuestras propias llaves.

Sacó un pequeño llavero del bolsillo.

Lo sostuvo frente a él.

—Nadie puede echarnos porque llegamos tarde, porque hicimos ruido o porque dejamos una taza sobre la mesa.

Desmond contempló las llaves.

Después observó nuevamente la vivienda.

Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro.

—Es nuestra...

James asintió.

—Es nuestra.

El joven sabueso caminó lentamente hacia el balcón.

Abrió la puerta.

Una corriente de aire fresco acarició su rostro.

Desde allí podía observar las calles del vecindario.

No escuchaba peleas.

Tampoco disparos lejanos ni discusiones violentas.

Solo el murmullo de algunos habitantes que regresaban a sus hogares.

Desmond respiró profundamente.

—Me gusta.

James se acercó.

—¿Sí?

El joven asintió.

—Mucho.

Su hermano sonrió satisfecho.

—Entonces valió la pena.

Los primeros meses estuvieron llenos de responsabilidades.

James consiguió trabajo rápidamente.

Aunque las jornadas eran agotadoras, el salario les permitía cubrir sus necesidades principales.

El joven imp asumió gran parte de los gastos mientras Desmond comenzaba a organizar sus propios proyectos.

Sin embargo, adaptarse a la independencia no resultó tan sencillo como ambos habían imaginado.

Una mañana, Desmond entró en la cocina y encontró a James observando una sartén con expresión preocupada.

—¿Qué haces?

Su hermano no apartó la mirada.

—Desayuno.

Desmond observó el contenido de la sartén.

Después frunció el ceño.

—¿Eso era un huevo?

James guardó silencio.

—Se suponía.

Desmond soltó una carcajada.

—¡Parece carbón!

—¡Pues cocina tú la próxima vez!

—¡Con gusto! ¡Al menos yo no intento incendiar la cocina!

James levantó la sartén.

—¡Oye! ¡Todavía se puede comer!

Desmond retrocedió.

—¡Ni muerto!

Ambos terminaron preparando otro desayuno.

Aquel tipo de situaciones se volvió frecuente.

A veces discutían por la limpieza.

Otras veces por el dinero.

Y, en ocasiones, por asuntos tan insignificantes como quién había olvidado cerrar una ventana.

Pero siempre terminaban encontrando una solución.

Después de todo, habían pasado prácticamente toda su vida juntos.

Y aunque ya no eran niños, seguían siendo hermanos.

Mientras James trabajaba, Desmond dedicaba gran parte de sus días a escribir.

Su habitación comenzó a llenarse de hojas, cuadernos y pequeños fragmentos de composiciones.

Había conservado algunos de sus escritos más antiguos.

Sin embargo, ahora su estilo era diferente.

Las experiencias de su infancia habían dejado una huella profunda en su manera de comprender el mundo.

Sus letras hablaban sobre la corrupción que había presenciado en la comuna 54.

Sobre las drogas que destruían familias.

Sobre las injusticias que sufrían quienes nacían sin privilegios.

Y sobre la violencia que había arrebatado la vida de Miguel.

Pero también escribía acerca de la esperanza.

De la capacidad de las personas para levantarse después de una tragedia.

De los sacrificios que Marta había realizado por ellos.

Y de la importancia de recordar los lugares de donde provenían.

A diferencia de sus primeras composiciones infantiles, Desmond comenzaba a experimentar con estructuras más complejas.

Jugaba con las rimas.

Modificaba el ritmo de sus versos.

Y repetía determinadas palabras hasta conseguir que sonaran exactamente como deseaba.

A veces pasaba horas trabajando en apenas unas líneas.

Otras veces, las ideas aparecían con tanta rapidez que apenas conseguía escribirlas.

Una tarde, después de tachar varias frases, dejó caer el lápiz sobre la mesa.

—Maldita sea...

Se recostó contra el respaldo de su silla.

Contempló el techo.

—¿Por qué no encaja?

Volvió a mirar el cuaderno.

Leyó la composición en voz alta.

Algo no le convencía.

Cambió una palabra.

Después otra.

Finalmente comenzó a recitarla con un ritmo diferente.

Esta vez funcionó.

Desmond abrió los ojos.

—¡Ahí está!

Su cola comenzó a moverse emocionadamente.

Tomó nuevamente el lápiz.

Y continuó escribiendo.

Una noche, después de una larga jornada laboral, James regresó a casa.

Abrió la puerta y dejó escapar un suspiro agotado.

—Por todos los anillos...

Se quitó parte de su ropa de trabajo.

—Necesito unas vacaciones.

Nadie respondió.

James miró hacia la sala.

—¿Desmond?

Silencio.

Levantó una ceja.

—¿Otra vez encerrado escribiendo?

Caminó hacia la habitación de su hermano.

Pero estaba vacía.

Finalmente lo encontró en el balcón.

Desmond permanecía sentado en una silla, con varias hojas sobre las piernas y un lápiz entre los dedos.

Observaba tranquilamente el cielo estrellado.

James se apoyó contra el marco de la puerta.

—¿Cómo va el trabajo de poeta?

Desmond levantó la mirada.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Bastante bien.

James se acercó.

—¿Ah, sí?

—Creo que terminé algo interesante.

Su hermano dejó una bolsa junto a la puerta.

—A ver.

Desmond sostuvo una de las hojas.

—¿Quieres escucharlo?

James soltó una pequeña carcajada.

—Para eso estoy aquí, ¿no?

El joven sabueso sonrió.

Después acomodó el papel.

Respiró profundamente.

Y comenzó a recitar:

"En la sombra crecí, en el caos nací,

pero mi voz es fuego, nunca me rendí.

De las calles de muerte, al cielo aspiré,

porque en este infierno, mi vida forjé."

Cuando terminó, levantó lentamente la mirada.

James permaneció callado durante unos segundos.

Después asintió.

—Vaya...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué?

Su hermano sonrió.

—Eso estuvo muy bien.

Desmond soltó una pequeña risa.

—¿De verdad?

—Sí.

James se sentó a su lado.

—Cada vez escribes mejor.

Desmond observó la hoja.

—He estado practicando.

—Se nota.

Su hermano contempló las luces lejanas de la ciudad.

—¿Sabes algo?

Desmond lo miró.

—¿Qué cosa?

James sonrió.

—Creo que algún día mucha gente va a escucharte.

El joven sabueso soltó una carcajada.

—No exageres.

—Hablo en serio.

James lo observó.

—Tienes algo que decir, Des.

Su hermano bajó la mirada.

—Todo el mundo tiene algo que decir.

—Sí, pero no todos saben cómo hacerlo.

Desmond permaneció pensativo.

James continuó:

—Cuando escribes sobre la comuna, sobre mamá o sobre papá...

Hizo una pausa.

—No parece que estés inventando una historia.

Desmond levantó la mirada.

—Porque no estoy inventándola.

James asintió.

—Exactamente.

Señaló el papel.

—Eso es lo que me gusta.

Desmond observó nuevamente sus versos.

—Supongo que solo intento explicar lo que he vivido.

James sonrió.

—Pues lo haces bastante bien.

Durante unos segundos, ambos permanecieron en silencio.

Finalmente, Desmond habló.

—A veces pienso en cómo habría sido nuestra vida si nunca hubiéramos salido de la comuna.

James se recostó contra su silla.

—Probablemente seguiríamos discutiendo por quién tiene que lavar los platos.

Desmond soltó una carcajada.

—¡Eso lo seguimos haciendo!

—Entonces algunas cosas nunca cambian.

Ambos sonrieron.

Después de unos instantes, Desmond acarició suavemente el colgante que llevaba alrededor del cuello.

James lo observó.

—Todavía lo llevas.

El joven asintió.

—Siempre.

Abrió delicadamente el pequeño compartimento.

Contempló la fotografía de su familia.

Marta.

Miguel.

James.

Y él.

Sonriendo juntos.

—Mamá dijo que nunca olvidara de dónde venimos.

James miró la imagen.

Su expresión se suavizó.

—Tiene razón.

Desmond cerró el colgante.

—No quiero hacerlo.

Levantó la mirada hacia su hermano.

—No quiero convertirme en alguien que se avergüence de su pasado solo porque consiguió vivir en un lugar mejor.

James asintió lentamente.

—Y no tienes por qué hacerlo.

Desmond observó las calles tranquilas.

—La comuna era horrible en muchos sentidos.

Hizo una pausa.

—Pero también fue nuestro hogar.

James sonrió con nostalgia.

—Allí aprendimos prácticamente todo lo que sabemos.

—Y allí estaba papá...

El silencio regresó.

James bajó ligeramente la mirada.

—Sí.

Desmond sostuvo el colgante entre los dedos.

—A veces pienso que, si algún día consigo hacer algo importante con mis canciones, me gustaría dedicárselo.

James lo miró.

—¿A papá?

Desmond asintió.

—A él. A mamá. A ti.

Sonrió débilmente.

—A todos los que estuvieron conmigo cuando no tenía nada.

James sintió una emoción inesperada.

Le dio un pequeño golpe amistoso en el hombro.

—Eres un buen chico, Des.

El joven sabueso soltó una carcajada.

—Tengo dieciocho años, James.

—Y yo veintidós.

Su hermano sonrió con superioridad.

—Así que sigo siendo el mayor.

Desmond puso los ojos en blanco.

—Nunca vas a dejar de recordármelo, ¿verdad?

—Jamás.

Ambos comenzaron a reír.

Cuando las carcajadas desaparecieron, James volvió a mirar las hojas que Desmond sostenía.

—Hablando en serio...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

—Eres bueno, Des. Realmente bueno.

James sonrió con sinceridad.

—Algún día, el mundo va a escuchar lo que tienes que decir.

Desmond observó sus composiciones.

Permaneció pensativo unos segundos.

Después guardó cuidadosamente el papel.

—Tal vez.

Se encogió de hombros.

—Pero incluso si no lo hace, escribir me ayuda a recordar quién soy y de dónde vengo.

Miró a su hermano.

—Eso es lo único que importa.

James sonrió.

No respondió inmediatamente.

Simplemente se acomodó en su silla y levantó la mirada hacia el cielo.

Desmond hizo lo mismo.

Sobre ellos se extendía la inmensidad de una noche tranquila, muy distinta de aquellas que habían conocido durante su infancia.

El aire era fresco.

Las calles permanecían silenciosas.

Y, por primera vez en mucho tiempo, ninguno de los dos sentía la necesidad de preocuparse por lo que pudiera suceder al día siguiente.

Habían conseguido alejarse de la violencia y la miseria que marcaron sus primeros años.

Pero aquellos recuerdos continuarían formando parte de ellos.

En ese momento, ambos comprendieron que, aunque habían dejado atrás la comuna 54, nunca olvidarían sus raíces. Y, juntos, comenzarían a escribir su propia historia en un mundo lleno de desafíos, pero también de esperanza.

CAP 6

Un Destello de Esperanza

La tranquilidad se había convertido en una de las cosas que Desmond más apreciaba desde que abandonó la comuna 54.

Aunque el Infierno continuaba siendo un lugar marcado por la violencia, la desigualdad y los abusos de poder, el vecindario donde vivía con James ofrecía cierta paz. Podía caminar sin mirar constantemente por encima del hombro, descansar sin escuchar discusiones a altas horas de la madrugada y, sobre todo, dedicar tiempo a aquello que más disfrutaba.

La escritura.

A sus dieciocho años, Desmond había acumulado numerosos cuadernos repletos de rimas, reflexiones y composiciones. Algunas habían nacido de recuerdos dolorosos; otras, de situaciones que presenciaba en las calles o de conversaciones que escuchaba mientras recorría la ciudad.

Para él, escribir no consistía únicamente en encontrar palabras que rimaran.

Era una manera de comprender el mundo.

Y, en ocasiones, de soportarlo.

Había descubierto que los mejores versos podían surgir en los lugares menos esperados. Por esa razón, desde hacía algún tiempo frecuentaba un pequeño bar situado a pocas calles de su casa.

El establecimiento no tenía nada extraordinario.

Sus paredes estaban decoradas con fotografías antiguas, carteles musicales desgastados y algunas lámparas cuya iluminación amarillenta apenas alcanzaba los rincones más alejados. Las mesas de madera mostraban las marcas de incontables vasos, mientras una vieja máquina de música reproducía canciones que parecían pertenecer a otra época.

A pesar de su aspecto, el lugar tenía una ventaja considerable.

Rara vez estaba demasiado concurrido.

Desmond había convertido una mesa cercana a la pared en su sitio habitual.

Aquella noche se encontraba sentado allí, con una cerveza medio vacía a su derecha y un cuaderno abierto frente a él.

Sostenía un lápiz entre los dedos mientras observaba una composición que llevaba varios minutos intentando terminar.

—A ver...

Leyó una frase en voz baja.

Después frunció el ceño.

—No. Así no funciona.

Tachó algunas palabras.

Escribió otras.

Volvió a leer el verso.

—Demasiado largo...

Se recostó contra el respaldo de la silla y dejó escapar un suspiro.

El problema no era la falta de ideas.

Tenía demasiadas.

Había comenzado una composición sobre la indiferencia de la sociedad ante el sufrimiento ajeno. Quería hablar de aquellas personas que preferían ignorar una injusticia antes que arriesgarse a intervenir.

Conocía muy bien esa actitud.

La había visto durante toda su infancia.

Vecinos que cerraban las ventanas cuando escuchaban gritos.

Autoridades que pasaban de largo frente a personas heridas.

Y habitantes que habían aprendido a considerar la violencia como una parte inevitable de la vida.

Desmond tomó un sorbo de cerveza.

Después volvió a inclinarse sobre el cuaderno.

—Quizás si cambio el comienzo...

Pero antes de terminar la frase, una voz procedente de la barra interrumpió sus pensamientos.

—Vamos, preciosa. No tienes por qué ponerte así.

Desmond levantó ligeramente la mirada.

No prestó demasiada atención.

Las discusiones ocasionales no eran precisamente extrañas en un bar.

Sin embargo, una segunda voz llamó su atención.

—Ya le dije que no estoy interesada...

Era una voz femenina.

Suave.

Pero visiblemente incómoda.

Desmond dejó de escribir.

Giró discretamente la cabeza.

Cerca de la barra había un sabueso infernal de gran tamaño. Su constitución robusta y sus movimientos torpes sugerían que había bebido considerablemente.

Frente a él se encontraba una joven sabueso de apariencia delicada.

Era bastante más pequeña que su acompañante involuntario. Tenía una figura estilizada, con una cintura estrecha que acentuaba sus proporciones, y un pelaje bien cuidado que contrastaba con el aspecto descuidado del hombre.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de Desmond fue su expresión.

La joven tenía las orejas inclinadas hacia atrás y los brazos pegados al cuerpo. Su mirada recorría nerviosamente el establecimiento, como si buscara una salida.

—No seas aburrida —insistió el desconocido—. Solo estoy intentando conocerte.

—Y yo ya le dije que no quiero.

El sabueso soltó una carcajada.

—¿Siempre eres así de difícil?

La muchacha retrocedió ligeramente.

—Por favor, déjeme pasar.

El hombre apoyó una mano sobre la barra, bloqueándole el camino.

—Primero dime cómo te llamas.

—No quiero.

—¿Qué?

Se inclinó hacia ella.

—Habla más fuerte, preciosa.

La joven intentó apartarse.

Pero el hombre extendió un brazo y le sujetó la muñeca.

—¡Oiga!

Su voz se elevó involuntariamente.

—¡Suélteme!

Desmond apretó el lápiz entre los dedos.

Observó a los demás clientes.

Algunos habían advertido la situación.

Uno de ellos miró brevemente hacia la barra antes de regresar a su bebida.

Otro continuó conversando como si nada estuviera sucediendo.

Nadie intervino.

Desmond sintió que una vieja indignación comenzaba a despertar en su interior.

Aquella escena le resultaba desagradablemente familiar.

Había pasado demasiados años observando cómo las personas fingían no ver lo que ocurría frente a ellas.

El sabueso volvió a acercarse a la muchacha.

—Tranquila. No tienes por qué hacer un escándalo.

Intentó colocarle una mano sobre la cintura.

Ella se apartó bruscamente.

—¡Le he dicho que no me toque!

Desmond cerró el cuaderno.

El golpe seco de la tapa contra la mesa apenas se escuchó entre las conversaciones.

Dejó el lápiz junto a su cerveza.

Respiró profundamente.

Y se levantó.

—¡Déjala en paz!

Su voz resonó con suficiente firmeza para llamar la atención de buena parte del establecimiento.

El sabueso mayor interrumpió sus movimientos.

La muchacha levantó inmediatamente la mirada.

Desmond permanecía de pie, a pocos pasos de la barra.

Su expresión era seria.

El desconocido lo observó durante unos segundos.

Después soltó una carcajada.

—¿Perdona?

Desmond avanzó lentamente.

—La escuchaste.

Señaló a la joven.

—Te ha pedido varias veces que la dejes tranquila.

El hombre lo miró de arriba abajo.

Desmond no poseía una constitución tan imponente como la suya. Su apariencia era humana, característica del linaje Ludendorff, y vestía ropa sencilla que no revelaba nada sobre su origen aristocrático.

Para el sabueso, aquel muchacho parecía poco más que otro cliente entrometido.

—¿Y tú quién demonios eres?

Desmond no respondió.

—¿Su hermano? ¿Su novio?

El desconocido sonrió, mostrando sus colmillos amarillentos.

—¿O acaso eres el héroe del día?

Desmond mantuvo la calma.

—No necesito conocerla para saber que la estás molestando.

El hombre soltó una carcajada.

—¡Mírenlo! ¡Tenemos un justiciero!

La joven intentó aprovechar la distracción para apartarse.

Pero el sabueso volvió a sujetarla.

—Tú todavía no te vas.

—¡Suélteme!

Desmond dio otro paso.

—He dicho que la sueltes.

El desconocido giró lentamente la cabeza.

Su expresión burlona comenzó a transformarse en irritación.

—Escúchame, mocoso.

Se acercó lo suficiente para intentar intimidarlo con su tamaño.

—Será mejor que regreses a tu mesa antes de que termines arrepintiéndote.

Desmond sostuvo su mirada.

—Solo tienes que dejarla ir.

El hombre soltó una risa desagradable.

—¿Y qué piensas hacer si no quiero?

Volvió a mirar a la joven.

—¿Defender a esta niña?

Desmond observó la mano que todavía mantenía atrapada la muñeca de la muchacha.

Ella intentó liberarse nuevamente.

El hombre apretó con más fuerza.

—¡Me está haciendo daño!

Fue suficiente.

Desmond avanzó de golpe.

Giró ligeramente el cuerpo y lanzó un puñetazo directo contra el hocico del desconocido.

El impacto resonó por el establecimiento.

Un crujido desagradable acompañó el golpe.

El sabueso soltó inmediatamente a la muchacha.

Su cabeza se desplazó bruscamente hacia un lado y perdió el equilibrio.

Cayó al suelo, llevándose ambas manos a la cara.

—¡AAAAH!

Durante unos segundos, el bar quedó completamente silencioso.

Desmond permaneció inmóvil.

Tenía la respiración agitada y los nudillos doloridos.

Observó al hombre caído, preparado para defenderse si intentaba levantarse y atacarlo.

El sabueso apartó ligeramente las manos del rostro.

Al ver la sangre entre sus dedos, dejó escapar un gruñido furioso.

—¡Maldito bastardo!

Se incorporó con dificultad.

Sus piernas temblaron.

Desmond no retrocedió.

—Te dije que la dejaras tranquila.

El desconocido lo miró con odio.

Durante un instante pareció considerar la posibilidad de devolverle el golpe.

Sin embargo, el dolor en su hocico y la atención de los demás clientes lo hicieron reconsiderar aquella decisión.

Escupió al suelo.

—Esto no se quedará así, chico.

Desmond sostuvo su mirada.

—Entonces aprende a respetar cuando alguien te dice que no.

El sabueso gruñó.

Después se dirigió hacia la salida, apartando bruscamente una silla que encontró en su camino.

Abandonó el establecimiento entre insultos.

La puerta se cerró de golpe.

El silencio permaneció durante algunos segundos más.

Finalmente, las conversaciones comenzaron a reanudarse.

Desmond dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

Abrió y cerró la mano derecha.

—Mierda...

Le dolían los nudillos.

Probablemente terminaría con ellos hinchados.

Pero cuando volvió a mirar hacia la barra, dejó de prestarles atención.

La joven continuaba allí.

Todavía temblaba.

Desmond se acercó con cautela.

—Oye...

La muchacha se sobresaltó ligeramente.

Él se detuvo.

—Tranquila. Ya se fue.

Ella levantó la mirada.

Sus ojos reflejaban una mezcla de gratitud, nerviosismo y desconcierto.

Durante unos segundos pareció incapaz de encontrar las palabras.

Finalmente, consiguió responder.

—G-gracias...

Su voz temblaba.

—Gracias por... por defenderme.

Desmond relajó los hombros.

—No tienes que agradecerme.

Sonrió levemente.

—Nadie debería pasar por algo así.

La joven bajó la mirada.

—Es que no sabía qué hacer...

Desmond observó discretamente la muñeca que el hombre había sujetado.

—¿Te lastimó?

Ella miró su brazo.

Lo movió con cuidado.

—No mucho...

—¿Estás segura?

La muchacha asintió.

—Sí.

Desmond dejó escapar un pequeño suspiro.

—Me alegra.

Durante unos segundos permanecieron callados.

Él percibió que todavía estaba nerviosa.

Señaló discretamente la mesa donde había dejado sus pertenencias.

—Oye, si quieres, puedes sentarte conmigo un rato.

La joven levantó la mirada.

—¿Contigo?

—Sí.

Desmond sonrió.

—Puedes tomar algo, descansar y tranquilizarte un poco.

Ella dudó.

El joven lo notó inmediatamente.

—Pero no tienes que hacerlo si no quieres.

Levantó ligeramente las manos.

—No voy a insistir.

La muchacha lo observó durante unos segundos.

Aquella aclaración pareció sorprenderla.

Después de lo ocurrido, esperaba que cualquier desconocido que se acercara intentara obtener algo de ella.

Sin embargo, Desmond simplemente aguardaba su respuesta.

Finalmente, asintió.

—Está bien...

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Creo que me vendría bien sentarme.

Desmond correspondió al gesto.

—Perfecto.

Se apartó para permitirle pasar.

—Por aquí.

Ambos caminaron hasta la mesa.

Desmond retiró algunas hojas que descansaban sobre una de las sillas.

—Perdona el desorden.

La muchacha observó los papeles.

—¿Todo eso es tuyo?

—Lamentablemente.

Ella sonrió.

Desmond acomodó su cuaderno.

—Cuando empiezo a escribir, termino ocupando todo el espacio disponible.

La joven se sentó frente a él.

Todavía parecía algo tensa, aunque su respiración comenzaba a normalizarse.

Desmond tomó asiento.

—¿Quieres beber algo?

Ella vaciló.

—Un refresco estaría bien.

—Perfecto.

El joven llamó al encargado y pidió otra cerveza para él y un refresco para su acompañante.

Cuando las bebidas llegaron, colocó cuidadosamente el vaso frente a ella.

—Aquí tienes.

—Gracias...

La muchacha tomó el refresco.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Desmond no sabía exactamente cómo iniciar la conversación.

No quería incomodarla con demasiadas preguntas.

Finalmente, decidió comenzar por lo más sencillo.

—Creo que todavía no nos hemos presentado.

Ella levantó la mirada.

Desmond sonrió.

—Me llamo Desmond.

La muchacha lo observó durante unos instantes.

Después respondió:

—Skyler...

Su voz fue casi un susurro.

Desmond repitió mentalmente el nombre.

—Skyler...

Sonrió.

—Bonito nombre.

La joven pareció avergonzarse ligeramente.

—G-gracias.

—Encantado de conocerte, Skyler.

Ella sonrió con timidez.

—Igualmente, Desmond.

El joven tomó un sorbo de su cerveza.

—Bueno...

Dejó el vaso sobre la mesa.

—Espero que tu primera impresión de mí no sea la de un loco que anda golpeando personas por los bares.

Skyler soltó una pequeña risa nerviosa.

—No...

Se acomodó un mechón de cabello.

—La verdad es que creo que me salvaste de una situación bastante desagradable.

Desmond se encogió de hombros.

—Cualquiera debería haberlo hecho.

Skyler bajó ligeramente la mirada.

—Pero nadie más lo hizo.

Aquellas palabras provocaron que el joven guardara silencio.

Miró brevemente a los demás clientes.

Algunos continuaban bebiendo como si nada hubiera ocurrido.

Otros conversaban tranquilamente.

Desmond sintió una punzada de indignación.

—Sí...

Volvió a observarla.

—Supongo que tienes razón.

La conversación comenzó lentamente.

Skyler jugueteaba con la pajilla de su refresco, mientras Desmond intentaba encontrar algún tema que le permitiera distraerse de lo ocurrido.

—Entonces, Skyler...

Ella levantó la mirada.

—¿Sí?

—¿Qué hacías aquí sola?

La muchacha suspiró.

—En realidad, no vine sola.

Desmond levantó una ceja.

—¿Ah, no?

—Vine con unas amigas.

Bajó la mirada hacia su bebida.

—Queríamos salir un rato, escuchar música y pasar una noche diferente.

El joven asintió.

—Suena bastante normal.

Skyler sonrió débilmente.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Pero ellas se marcharon temprano.

—¿Y tú decidiste quedarte?

—Ajá.

Movió lentamente la pajilla.

—Pensé que podía terminar mi bebida y regresar sola.

Su expresión cambió.

—Supongo que fue un error.

Desmond negó con la cabeza.

—No.

Skyler lo observó.

—¿No?

—No hiciste nada malo.

La joven permaneció callada.

Desmond apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Viniste a pasar un rato agradable. Eso no significa que alguien tenga derecho a molestarte.

Skyler bajó las orejas.

—Pero quizás debí marcharme con ellas.

—Tal vez habrías evitado encontrarte con ese imbécil.

Desmond se encogió de hombros.

—Pero eso no significa que tengas la culpa de lo que hizo.

Skyler lo observó atentamente.

El joven continuó:

—Si una persona te dice que no quiere hablar contigo, lo normal es respetarlo.

Tomó su cerveza.

—No es precisamente complicado de entender.

La muchacha soltó una pequeña risa.

—Supongo que no.

Desmond sonrió.

—Además, ese tipo parecía tener el cerebro más pequeño que una nuez.

Skyler se llevó una mano al hocico para contener una carcajada.

—¡Desmond!

—¿Qué?

El joven fingió inocencia.

—Solo estoy diciendo la verdad.

Ella terminó riendo.

Desmond también sonrió.

Aquella era la primera vez que la veía reír sin nerviosismo.

Y, por alguna razón, le produjo una satisfacción inesperada.

Después de unos minutos, Skyler pareció recuperar buena parte de su tranquilidad.

Sus orejas ya no permanecían completamente caídas y su postura era considerablemente más relajada.

Desmond aprovechó para cambiar de tema.

—¿Vienes mucho a este lugar?

Ella negó con la cabeza.

—No. Es la primera vez.

—¿En serio?

—Sí.

Skyler observó el establecimiento.

—Mis amigas dijeron que era tranquilo.

Desmond miró hacia la barra.

Después volvió a observarla.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Normalmente lo es.

Skyler soltó una carcajada.

—¡Eso espero!

El joven sonrió.

—Te lo prometo. Nunca había visto algo así aquí.

—¿Y tú vienes seguido?

Desmond asintió.

—Bastante.

Señaló su cuaderno.

—Me gusta venir a escribir.

Skyler siguió su mirada.

—¿Escribir?

—Sí.

La muchacha ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Eres escritor?

Desmond soltó una pequeña risa.

—Algo así.

—¿Algo así?

—Bueno, no escribo novelas ni nada parecido.

Tomó el cuaderno.

—Compongo letras, rimas... cosas de ese estilo.

Skyler abrió ligeramente los ojos.

—¿Canciones?

—Exactamente.

La joven pareció interesarse inmediatamente.

—¡Qué bonito!

Desmond levantó una ceja.

—¿Bonito?

Skyler asintió.

—Sí. Siempre me ha parecido increíble que alguien pueda transformar sus pensamientos en música.

El joven contempló su cuaderno.

—Supongo que nunca lo había pensado de esa manera.

Ella sonrió.

—¿Y desde cuándo escribes?

Desmond permaneció pensativo.

—Desde que era niño.

—¿De verdad?

—Sí.

Se recostó ligeramente contra la silla.

—Empecé cuando tenía unos siete años.

Skyler abrió los ojos.

—¡Eso es muchísimo tiempo!

Desmond soltó una carcajada.

—Bueno, tampoco soy tan viejo.

Ella rio.

—¡No quise decir eso!

—Claro, claro.

El joven fingió una expresión ofendida.

—Primero me llamas viejo y ahora seguramente vas a decir que escribo horrible.

Skyler comenzó a reír.

—¡No he dicho nada de eso!

Desmond sonrió satisfecho.

—Lo sé. Solo bromeaba.

Skyler tomó un pequeño sorbo de su refresco.

Después volvió a mirar el cuaderno.

—¿Y sobre qué escribes?

Desmond contempló las páginas.

Durante unos segundos pareció buscar una respuesta.

—Sobre muchas cosas.

La joven esperó.

—Principalmente sobre lo que he visto y vivido.

El joven comenzó a enumerar algunos temas.

—Corrupción, violencia, drogas, injusticias...

Skyler dejó de sonreír ligeramente.

—Vaya...

Desmond asintió.

—Crecí en un lugar donde esas cosas eran bastante comunes.

Ella lo observó.

—¿Dónde?

—En la comuna 54.

Skyler abrió un poco los ojos.

—¿La comuna 54?

Desmond asintió.

—Viví allí prácticamente toda mi infancia.

La muchacha permaneció pensativa.

—He escuchado algunas cosas sobre ese lugar.

El joven soltó una risa amarga.

—Probablemente ninguna buena.

Skyler bajó la mirada.

—No precisamente...

Desmond se encogió de hombros.

—No te preocupes. La mayoría son ciertas.

Hizo una pausa.

—Aunque tampoco todo era horrible.

Skyler levantó los ojos.

—¿No?

—No.

El joven sonrió ligeramente.

—Allí estaba mi familia.

Acarició distraídamente el pequeño colgante que llevaba alrededor del cuello.

—Y, aunque pasamos momentos bastante difíciles, también tengo recuerdos que no cambiaría por nada.

Skyler observó el collar.

Parecía antiguo.

No especialmente costoso.

Pero Desmond lo sostenía con un cuidado que revelaba cuánto significaba para él.

—¿Es un recuerdo?

El joven siguió su mirada.

—¿Esto?

Levantó ligeramente el colgante.

Skyler asintió.

Desmond sonrió.

—Me lo regaló mi mamá antes de que me mudara.

Abrió cuidadosamente el pequeño compartimento.

En su interior había una fotografía familiar.

Skyler se inclinó ligeramente para observarla.

—¿Son ellos?

—Sí.

Desmond señaló las figuras.

—Mi mamá, mi papá, mi hermano James y yo.

La muchacha sonrió.

—Se ven muy felices.

El joven contempló la fotografía.

Su expresión se suavizó.

—Lo éramos.

Skyler percibió cierta tristeza en su voz.

—¿Ocurrió algo?

Desmond permaneció callado durante unos segundos.

No estaba acostumbrado a hablar de su pasado con personas que acababa de conocer.

Sin embargo, había algo en la manera en que Skyler lo observaba que le transmitía tranquilidad.

No parecía estar intentando obtener información por simple curiosidad.

Realmente quería escucharlo.

—Mi papá murió cuando yo era pequeño.

La sonrisa de Skyler desapareció.

—Oh...

Bajó lentamente las orejas.

—Lo siento mucho.

Desmond cerró el colgante.

—Gracias.

Guardó silencio un momento.

—Fue hace bastante tiempo.

Skyler lo observó con delicadeza.

—Aun así, debe ser difícil.

El joven asintió lentamente.

—A veces.

Tomó su cerveza.

—Pero aprendí a vivir con ello.

La muchacha permaneció callada.

No intentó hacer más preguntas.

Y Desmond agradeció silenciosamente aquel gesto.

Después de unos instantes, volvió a sonreír.

—Por eso me gusta escribir.

Skyler levantó la mirada.

—¿Por tu papá?

—En parte.

Desmond señaló el cuaderno.

—Cuando tengo demasiadas cosas en la cabeza, escribir me ayuda a organizarlas.

Hizo una pausa.

—Y cuando hay algo que me duele, puedo convertirlo en palabras.

Skyler sonrió suavemente.

—Eso es bonito.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Supongo.

La joven ladeó la cabeza.

—¿Y todas tus canciones son tristes?

—¡No!

Desmond rio.

—También escribo cosas más esperanzadoras.

Skyler sonrió.

—Me alegra escuchar eso.

La curiosidad de Skyler no tardó en aumentar.

Durante varios minutos observó el cuaderno que Desmond mantenía sobre la mesa.

Finalmente, reunió el valor suficiente para preguntar:

—Oye, Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte algo?

—Depende.

Skyler levantó ligeramente las orejas.

—¿De qué?

Desmond sonrió.

—De si vas a pedirme dinero. Porque mi hermano y yo acabamos de comprar una casa y estamos prácticamente arruinados.

La muchacha soltó una carcajada.

—¡No!

—Ah, menos mal.

Desmond se acomodó en la silla.

—Entonces dime.

Skyler señaló tímidamente el cuaderno.

—¿Podrías leerme algo de lo que escribes?

El joven se quedó inmóvil.

—¿Ahora?

Ella asintió.

—Si no te molesta, claro.

Desmond miró el cuaderno.

Después a Skyler.

—Bueno...

Se rascó ligeramente la nuca.

—No suelo enseñarle mis letras a personas que acabo de conocer.

La muchacha bajó la mirada.

—Oh, perdón. No quería incomodarte.

—No, no.

Desmond levantó una mano.

—No pasa nada.

Sonrió.

—Es solo que algunas son bastante personales.

Skyler asintió.

—Lo entiendo.

Desmond permaneció pensativo unos segundos.

Después abrió el cuaderno.

—Está bien.

La muchacha levantó inmediatamente la mirada.

—¿De verdad?

—Sí.

Comenzó a pasar las páginas.

—Pero con una condición.

Skyler ladeó la cabeza.

—¿Cuál?

Desmond la señaló con el lápiz.

—No te rías.

La muchacha soltó una pequeña carcajada.

—¡No voy a reírme!

—Eso dicen todos.

Skyler sonrió.

—Lo prometo.

Desmond fingió examinarla con desconfianza.

—Está bien...

Finalmente encontró una composición.

Se aclaró la garganta.

—Esta la escribí hace poco.

Skyler se acomodó en su silla.

Sus orejas se levantaron ligeramente.

Desmond respiró profundamente.

Después comenzó a recitar:

"Entre sombras y lamentos, crecí en un mundo sin aliento.

Donde el dolor es el maestro y el odio, el cimiento.

Pero aún en la oscuridad más densa, hay chispas de luz intensa.

Y en cada verso que escribo, dejo atrás la tormenta inmensa."

Cuando terminó, bajó lentamente el cuaderno.

Durante unos segundos permaneció en silencio.

Skyler lo observaba con atención.

Desmond levantó una ceja.

—¿Y bien?

La muchacha parpadeó.

Después comenzó a aplaudir suavemente.

—Es hermoso.

El joven pareció sorprendido.

—¿En serio?

Skyler asintió.

—Sí.

Sonrió con sinceridad.

—Tienes muchísimo talento, Desmond.

El joven bajó ligeramente la mirada.

—Gracias...

Skyler observó nuevamente el cuaderno.

—Me gusta especialmente la parte donde hablas de encontrar luz en medio de la oscuridad.

Desmond levantó la mirada.

—¿Esa parte?

—Sí.

La muchacha sonrió.

—Porque no parece que estés diciendo que todo va a mejorar mágicamente.

Hizo una pausa.

—Más bien parece que estás intentando encontrar algo bueno incluso cuando las cosas son horribles.

Desmond permaneció inmóvil.

No esperaba aquella interpretación.

Durante años había mostrado sus composiciones a Marta y James, quienes siempre lo animaban a continuar.

Pero escuchar a una desconocida analizar sus palabras con tanta atención le produjo una sensación diferente.

—Vaya...

Skyler ladeó la cabeza.

—¿Qué ocurre?

El joven sonrió.

—Nada.

Cerró el cuaderno.

—Solo que nunca me habían explicado una de mis letras de esa manera.

La muchacha bajó ligeramente las orejas.

—¿Dije alguna tontería?

—No.

Desmond negó inmediatamente.

—Todo lo contrario.

Le dedicó una sonrisa.

—Creo que entendiste perfectamente lo que quería transmitir.

Skyler sonrió con satisfacción.

—Entonces me alegra haberlo escuchado.

A medida que avanzaba la noche, la conversación comenzó a fluir con mayor naturalidad.

La tensión inicial desapareció poco a poco.

Skyler dejó de jugar nerviosamente con la pajilla de su refresco.

Sus orejas recuperaron una postura relajada y su cola comenzó a moverse suavemente cuando algo le resultaba divertido.

Desmond, por su parte, descubrió que disfrutaba conversando con ella.

Había algo agradable en su manera de hablar.

Skyler parecía tímida al principio, pero cuando encontraba un tema que le interesaba, sus palabras comenzaban a surgir con una emoción contagiosa.

La música fue el primero de aquellos temas.

—Entonces... —preguntó Skyler—, ¿qué tipo de música escuchas?

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—De todo un poco.

Ella levantó una ceja.

—Eso dice todo el mundo.

—¡Pero yo lo digo en serio!

Skyler sonrió.

—A ver, sorpréndeme.

Desmond comenzó a enumerar algunos de sus gustos.

Le habló de los ritmos que disfrutaba escuchar mientras escribía, de las canciones cuyas letras le parecían especialmente interesantes y de aquellos artistas capaces de contar historias mediante su música.

Skyler escuchaba atentamente.

De vez en cuando intervenía para compartir sus propias preferencias.

En algunas coincidían.

En otras, sus opiniones eran completamente diferentes.

—¡No puedo creer que no te guste esa canción! —exclamó Skyler en un momento.

Desmond levantó ambas manos.

—¡No dije que fuera mala!

—¡Dijiste que era aburrida!

—¡Porque tarda demasiado en ponerse interesante!

Skyler lo observó con indignación fingida.

—¡No tienes gusto musical!

Desmond soltó una carcajada.

—¡Mira quién habla!

La muchacha comenzó a reír.

—¡Eres imposible!

—Eso me dice James prácticamente todos los días.

Ambos continuaron riendo.

Después hablaron de películas.

Skyler descubrió que Desmond tenía una extraña costumbre: analizaba las historias como si estuviera intentando encontrar algo más detrás de cada escena.

—¿No puedes simplemente ver una película y disfrutarla? —preguntó ella entre risas.

Desmond fingió pensarlo.

—Supongo que podría intentarlo.

—¡Desmond!

—¡Está bien, está bien!

El joven sonrió.

—Es que me gusta entender por qué los personajes hacen ciertas cosas.

Skyler apoyó el mentón sobre una mano.

—¿Y eso por qué?

Desmond se encogió de hombros.

—Porque las decisiones dicen mucho sobre las personas.

La muchacha permaneció pensativa.

—Nunca lo había visto así.

El joven sonrió.

—Supongo que escribo demasiado.

Skyler negó lentamente.

—No creo que eso sea malo.

Con el paso de las horas, también comenzaron a hablar de sus sueños.

Desmond le contó que deseaba mejorar sus composiciones y que, aunque todavía no tenía una idea demasiado clara de cómo hacerlo, le gustaría dedicarse seriamente a la música.

—¿Quieres ser cantante? —preguntó Skyler.

El joven permaneció pensativo.

—Tal vez.

—¿Tal vez?

Desmond sonrió.

—Me gusta más escribir que cantar frente a otras personas.

La muchacha soltó una pequeña risa.

—Pero si tienes buenas letras, alguien tiene que interpretarlas.

—Lo sé.

El joven miró su cuaderno.

—Supongo que todavía tengo que encontrar la manera de hacerlo.

Skyler lo observó.

—¿Y qué te gustaría conseguir con tus canciones?

Desmond tardó unos segundos en responder.

—No lo sé exactamente.

Se recostó contra la silla.

—No quiero hacer música solamente para ganar dinero.

Skyler asintió.

—¿Entonces?

El joven contempló la mesa.

—Me gustaría que alguien escuchara una de mis canciones y sintiera que no está solo.

La muchacha permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Cuando era pequeño, escribir me ayudó a soportar cosas que no sabía cómo enfrentar.

Acarició distraídamente la portada del cuaderno.

—Supongo que sería bonito conseguir que mis palabras ayudaran a alguien más.

Skyler sonrió suavemente.

—Creo que es un sueño muy bonito.

Desmond levantó la mirada.

—¿Tú crees?

—Sí.

La muchacha apoyó los brazos sobre la mesa.

—Hay muchas personas que quieren ser famosas.

Hizo una pausa.

—Pero no todas quieren hacer algo bueno con lo que saben.

Desmond sintió cierta vergüenza ante el cumplido.

—Bueno, tampoco soy ningún santo.

Skyler soltó una carcajada.

—¡Eso ya lo vi!

El joven levantó una ceja.

—¿Por el puñetazo?

—Por el puñetazo.

Ambos comenzaron a reír.

Después, Desmond cambió de tema.

—¿Y tú?

Skyler ladeó la cabeza.

—¿Yo qué?

—¿Qué te gustaría hacer?

La muchacha permaneció pensativa.

Durante algunos segundos observó su refresco.

—No estoy completamente segura.

Desmond asintió.

—Eso está bien.

Skyler levantó la mirada.

—¿No te parece extraño?

—¿Por qué tendría que parecerme extraño?

El joven se encogió de hombros.

—Yo tampoco tengo toda mi vida resuelta.

Skyler sonrió.

—Supongo que tienes razón.

—Además, no creo que tengamos que decidir absolutamente todo desde ahora.

La muchacha soltó una pequeña risa.

—Hablas como si fueras mucho mayor.

Desmond levantó la barbilla con exagerada solemnidad.

—Soy un hombre de enorme sabiduría.

Skyler estalló en carcajadas.

—¡Por favor!

Él también comenzó a reír.

Aquella conversación continuó durante mucho tiempo.

Hablaron de lugares que les gustaría visitar.

De experiencias que querían vivir.

De canciones que les recordaban determinados momentos.

Y de pequeñas cosas que normalmente no compartían con personas desconocidas.

Lo que había comenzado como un encuentro incómodo y desagradable terminó transformándose en una conversación sorprendentemente agradable.

Desmond se descubrió esperando con interés cada nueva respuesta de Skyler.

Y ella, que al principio apenas conseguía sostenerle la mirada, comenzó a observarlo directamente mientras hablaba.

Sus sonrisas eran cada vez más frecuentes.

Sus risas surgían sin esfuerzo.

Y cuando alguno de los dos hacía un comentario particularmente absurdo, el otro no tardaba en responder con una broma.

Era una conexión inesperada.

Como si, por alguna extraña razón, conversar resultara mucho más sencillo de lo que debería haber sido entre dos personas que acababan de conocerse.

El tiempo avanzó sin que ninguno de los dos pareciera advertirlo.

Las conversaciones de los demás clientes comenzaron a disminuir.

Algunas mesas quedaron vacías.

Y el encargado del establecimiento empezó a recoger los vasos que habían quedado abandonados.

Desmond permanecía inclinado sobre la mesa, escuchando una anécdota de Skyler.

La muchacha gesticulaba mientras hablaba, y sus orejas se movían de manera expresiva.

—¡Y entonces mi amiga se dio cuenta de que había estado hablando con la persona equivocada durante casi diez minutos!

Desmond estalló en carcajadas.

—¡No puede ser!

Skyler también comenzó a reír.

—¡Te lo juro!

—¡Pobre desgraciada!

—¡No sabía dónde esconderse!

Ambos continuaron riendo durante varios segundos.

Finalmente, Skyler levantó la mirada hacia el reloj que descansaba sobre una de las paredes.

Su sonrisa desapareció momentáneamente.

—Oh...

Desmond la observó.

—¿Qué pasa?

La muchacha señaló el reloj.

—Mira la hora.

El joven se volvió.

Las agujas marcaban la medianoche.

Desmond abrió los ojos.

—¡¿Qué?!

Skyler soltó una carcajada.

—¡Ya es tardísimo!

El joven contempló su cerveza, que llevaba bastante tiempo prácticamente olvidada.

Después miró el cuaderno.

—Por todos los anillos...

Se rascó ligeramente la nuca.

—Creo que perdí completamente la noción del tiempo.

Skyler sonrió.

—Yo también.

Permanecieron callados durante unos instantes.

La muchacha miró hacia la salida.

Después volvió a observar a Desmond.

—Bueno...

Su voz adquirió un tono ligeramente tímido.

—Creo que debería marcharme.

El joven sintió una pequeña decepción que no esperaba.

Sin embargo, sonrió.

—Sí. Supongo que ya es bastante tarde.

Skyler se levantó lentamente.

Acomodó su ropa y recogió sus pertenencias.

Desmond también se puso de pie.

—¿Estás bien para regresar?

La joven asintió.

—Sí.

Él señaló discretamente hacia la puerta.

—Solo quería asegurarme después de lo ocurrido.

Skyler lo observó con ternura.

—Estaré bien, Desmond.

El joven sonrió.

—Me alegra.

La muchacha permaneció inmóvil durante unos segundos.

Parecía querer decir algo más.

Finalmente, bajó ligeramente la mirada.

—Oye...

Desmond la observó.

—¿Sí?

Skyler sonrió tímidamente.

—Ha sido un placer conocerte.

El joven correspondió a su sonrisa.

—Igualmente.

La muchacha jugó nerviosamente con sus dedos.

—Y... gracias otra vez.

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—No tienes que seguir agradeciéndome.

Skyler soltó una pequeña risa.

—Lo sé.

Levantó la mirada.

—Pero de verdad me alegra que hayas intervenido.

Su expresión se suavizó.

—Y también me alegra haberte conocido.

Desmond sintió una calidez inesperada en el pecho.

—A mí también, Skyler.

Durante unos segundos permanecieron mirándose.

Después, la muchacha pareció recordar algo.

—¡Ah! Espera.

Comenzó a buscar entre sus bolsillos.

Desmond ladeó la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Skyler sacó un pequeño trozo de papel arrugado.

Después buscó algo con qué escribir.

—Un momento...

El joven la observó con curiosidad.

—¿Necesitas un lápiz?

Ella levantó la mirada.

—¿Me prestas uno?

Desmond sonrió.

Tomó el lápiz que había dejado junto a su cuaderno y se lo entregó.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Skyler apoyó el papel sobre la mesa.

Escribió rápidamente una serie de números.

Después contempló lo que había escrito, como si quisiera asegurarse de no haberse equivocado.

Finalmente, dobló cuidadosamente el papel.

Se volvió hacia Desmond.

—Toma.

El joven lo recibió.

—¿Qué es?

Skyler sonrió.

Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia los lados.

—Mi número.

Desmond parpadeó.

—¿Tu número?

La muchacha asintió.

—Sí.

Por primera vez desde que habían comenzado a conversar, parecía verdaderamente avergonzada.

—Pensé que... bueno...

Se acomodó nerviosamente un mechón de cabello.

—Quizás podríamos volver a hablar algún día.

Desmond contempló el pequeño papel.

Después levantó la mirada.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Me gustaría.

Skyler levantó las orejas.

—¿De verdad?

—Claro.

El joven guardó cuidadosamente el papel.

—Me la pasé muy bien contigo.

La muchacha sonrió.

—Yo también.

Permaneció callada un instante.

Después añadió:

—Llámame, ¿sí?

Desmond asintió.

—Claro que lo haré.

Al recibir el papel, sus dedos habían rozado brevemente los de Skyler.

Fue un contacto insignificante.

Apenas un instante.

Sin embargo, ambos parecieron percatarse de ello.

La muchacha apartó ligeramente la mirada.

Desmond sintió una inesperada vergüenza.

Durante unos segundos ninguno supo qué decir.

Finalmente, Skyler soltó una pequeña risa.

—Bueno...

Retrocedió un paso.

—Ahora sí debería irme.

Desmond sonrió.

—Cuídate mucho.

La muchacha asintió.

—Tú también.

Comenzó a caminar hacia la salida.

Pero antes de cruzar la puerta se detuvo.

Se volvió una última vez.

—¡Desmond!

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Skyler sonrió.

—No dejes de escribir.

Desmond permaneció inmóvil durante un instante.

Después correspondió a su sonrisa.

—No lo haré.

La joven levantó una mano para despedirse.

Y finalmente abandonó el establecimiento.

Desmond permaneció de pie durante varios segundos.

Observó la puerta por la que Skyler acababa de marcharse.

Después bajó lentamente la mirada hacia su mesa.

El cuaderno continuaba abierto.

La cerveza seguía allí.

Y el lápiz que había utilizado durante toda la tarde descansaba junto a las hojas.

Todo parecía exactamente igual que antes.

Sin embargo, algo había cambiado.

Desmond regresó a su asiento.

Tomó el cuaderno.

Contempló la composición que había estado intentando terminar cuando comenzó el altercado.

Recordó la pregunta que había rondado su mente durante toda la tarde.

¿Por qué tantas personas preferían mirar hacia otro lado?

Aquel pensamiento lo había acompañado desde su infancia.

Había conocido la indiferencia.

Había presenciado la crueldad.

Y sabía perfectamente que el Infierno estaba lleno de personas dispuestas a aprovecharse de quienes consideraban más débiles.

Pero aquella noche también había descubierto algo diferente.

Una conversación inesperada.

Una sonrisa sincera.

Y la agradable sensación de conocer a alguien con quien podía hablar sin necesidad de fingir ser otra persona.

Desmond contempló su lápiz.

Después soltó una pequeña risa.

—Vaya noche...

Guardó cuidadosamente sus hojas.

Cerró el cuaderno.

Y terminó de recoger sus pertenencias.

Antes de marcharse, miró una última vez hacia la barra.

El lugar donde había comenzado todo estaba nuevamente tranquilo.

El encargado limpiaba algunos vasos y los últimos clientes conversaban en voz baja.

Desmond negó ligeramente con la cabeza.

—Quién lo diría...

Se colocó la mochila sobre el hombro.

Y salió del bar.

El aire nocturno lo recibió con una agradable frescura.

Las calles del vecindario estaban considerablemente más tranquilas que durante el día.

Algunas ventanas permanecían iluminadas.

A lo lejos se escuchaba el sonido de un vehículo recorriendo una avenida.

Desmond comenzó a caminar hacia su casa.

Sus pasos resonaban suavemente sobre el pavimento.

Durante varios minutos permaneció sumido en sus pensamientos.

Recordó la manera en que Skyler había sonreído cuando comenzaron a hablar de música.

Sus risas durante las conversaciones sobre películas.

Y aquella expresión de curiosidad con la que había escuchado una de sus composiciones.

No sabía exactamente por qué continuaba pensando en ella.

Después de todo, apenas se conocían.

Habían compartido unas cuantas horas de conversación.

Nada más.

Sin embargo, había algo en aquel encuentro que le resultaba difícil de ignorar.

Quizás era porque Skyler había mostrado un interés genuino por sus escritos.

O porque, a pesar de haber comenzado la noche de una manera tan desagradable, había terminado riendo con él como si fueran viejos conocidos.

Desmond sonrió para sí mismo.

—Skyler...

Pronunció el nombre en voz baja.

Le gustaba cómo sonaba.

Después recordó el pequeño papel que ella le había entregado.

Se detuvo junto a una de las luces de la calle.

Buscó cuidadosamente entre sus bolsillos.

Finalmente, lo encontró.

Lo desdobló.

Allí estaba.

Una serie de números escritos apresuradamente.

La tinta comenzaba a correrse ligeramente sobre algunas partes del papel, pero todavía podía distinguirlos perfectamente.

Desmond contempló el número durante unos segundos.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

Recordó sus últimas palabras.

«Llámame, ¿sí?»

Soltó una pequeña carcajada.

—Claro que lo haré...

Dobló nuevamente el papel.

Esta vez lo guardó con especial cuidado, asegurándose de que no pudiera caerse.

Después continuó caminando.

Su expresión, que tantas veces había estado marcada por la seriedad y los recuerdos de una infancia difícil, mostraba una tranquilidad diferente.

No sabía qué sucedería después.

Quizás volverían a encontrarse.

Quizás aquella conversación se convertiría en una amistad.

O tal vez simplemente terminaría siendo un recuerdo agradable.

No tenía manera de saberlo.

Pero por primera vez en mucho tiempo, aquella incertidumbre no le provocaba preocupación.

Al contrario.

Le despertaba curiosidad.

Mientras continuaba su camino hacia casa, Desmond volvió a recordar las palabras que había escrito aquella noche.

Había hablado sobre la luz que podía encontrarse incluso entre las sombras.

Sobre la esperanza que sobrevivía en un mundo dominado por la violencia.

Y sobre la posibilidad de dejar atrás las tormentas mediante sus versos.

Hasta aquel momento, siempre había considerado aquellas frases como una reflexión sobre su propia vida.

Pero después de conocer a Skyler, comenzaron a adquirir un significado ligeramente diferente.

Quizás todavía existían personas capaces de sorprenderlo.

Personas con quienes podía compartir algo más que recuerdos dolorosos.

Personas que podían aparecer inesperadamente y transformar una noche cualquiera en un recuerdo especial.

Desmond levantó la mirada hacia el cielo.

Respiró profundamente.

Y sonrió.

Por primera vez en mucho tiempo, el mundo fuera de sus rimas no parecía tan oscuro.

CAP 7

El Último Abrazo de una Madre

El sonido de los utensilios, el chisporroteo del aceite caliente y las órdenes que recorrían la cocina de Neffitti formaban parte de la rutina diaria de James Lebrozky.

El restaurante, uno de los establecimientos gourmet más prestigiosos del Anillo de la Furia, recibía a una clientela exigente. Sus cocineros debían trabajar con rapidez, precisión y una paciencia que no siempre resultaba fácil conservar.

James, sin embargo, había aprendido a desenvolverse en aquel ambiente.

A sus veintidós años, el joven imp había conseguido un empleo estable y una oportunidad de progresar profesionalmente. No era sencillo, pero estaba orgulloso de lo que había logrado.

Después de abandonar la comuna 54 junto a su hermano menor, ambos habían tenido que acostumbrarse a una vida llena de nuevas responsabilidades.

Ya no podían depender de Marta para resolver sus problemas.

Ahora debían pagar sus propias cuentas, organizar sus gastos y asegurarse de que nunca faltara comida en casa.

James había asumido gran parte de aquellas obligaciones mientras Desmond continuaba perfeccionando sus composiciones musicales.

No le molestaba.

Conocía el talento de su hermano y deseaba verlo triunfar algún día.

—¡James! ¡Necesito esas guarniciones!

La voz de uno de sus compañeros lo devolvió a la realidad.

—¡Ya van!

El joven retiró una sartén del fuego y comenzó a distribuir cuidadosamente los alimentos sobre varios platos.

—¡Mesa doce lista!

Uno de los camareros recogió el pedido.

James dejó escapar un suspiro.

Apenas había comenzado su jornada y ya sentía que necesitaba descansar.

—Por todos los anillos... —murmuró—. Hoy sí que están hambrientos.

Uno de sus compañeros soltó una carcajada.

—¡Y todavía faltan varias horas!

James negó con la cabeza.

—No me recuerdes eso.

Ambos compartieron una breve risa.

Sin embargo, aquella tranquilidad desapareció cuando el teléfono de James comenzó a vibrar dentro de su bolsillo.

Al principio decidió ignorarlo.

Estaba trabajando y no acostumbraba responder llamadas personales durante el servicio.

Pero el dispositivo volvió a vibrar.

Y otra vez.

James frunció el ceño.

—¿Quién demonios...?

Se apartó un momento de los fogones y sacó el teléfono.

En la pantalla apareció un nombre familiar.

Desmond.

El joven sonrió ligeramente.

—¿Qué habrá hecho este idiota ahora?

Respondió.

—¿Qué pasó, Des? ¿Ya incendiaste la casa?

Esperaba escuchar alguna respuesta sarcástica.

Quizás una queja.

O una de aquellas bromas que ambos acostumbraban intercambiar.

Pero no ocurrió.

Al otro lado de la línea únicamente escuchó una respiración agitada.

Después, una voz que apenas consiguió reconocer.

—James...

La sonrisa desapareció inmediatamente de su rostro.

—¿Desmond?

Hubo un breve silencio.

James sintió que algo no marchaba bien.

—Oye, ¿qué pasa?

Su hermano intentó hablar.

Pero la voz se le quebró.

—Mamá está muy enferma...

James permaneció inmóvil.

Durante unos segundos, los sonidos de la cocina parecieron desvanecerse.

—¿Qué...?

Desmond respiró entrecortadamente.

—James, necesito que vengas...

—Des, tranquilo. ¿Dónde estás?

—En casa...

El joven imp apretó el teléfono.

—Está bien. Voy para allá.

—James...

—¿Sí?

La voz de Desmond se quebró por completo.

—Tengo miedo...

Aquellas palabras provocaron que un escalofrío recorriera la espalda de James.

Su hermano no acostumbraba mostrarse tan vulnerable.

Había aprendido a reconocer cuándo algo lo preocupaba, pero escuchar semejante desesperación en su voz era diferente.

—Escúchame, Des.

Intentó mantener la calma.

—Voy para allá. No te muevas de casa, ¿de acuerdo?

—Está bien...

—Ya llego.

Colgó.

Durante unos instantes permaneció observando la pantalla.

Después se quitó apresuradamente el delantal.

Uno de sus compañeros lo vio acercarse a la salida.

—¿James? ¿A dónde vas?

—Tengo una emergencia familiar.

—¿Ocurrió algo grave?

James guardó el teléfono en su bolsillo.

—Mi mamá está enferma.

Su voz se quebró ligeramente.

—Tengo que irme.

Sin decir nada más, abandonó la cocina.

El trayecto hasta su casa le pareció interminable.

James caminaba apresuradamente, intentando organizar sus pensamientos.

Marta llevaba años trabajando demasiado.

Desde la muerte de Miguel, había asumido numerosas responsabilidades para asegurarse de que sus hijos pudieran crecer sin pasar hambre.

James recordaba perfectamente las ocasiones en que su madre regresaba de trabajar completamente agotada.

Sus manos estaban ásperas.

Su espalda le dolía.

Y, en ocasiones, apenas conseguía mantenerse despierta durante la cena.

Pero nunca dejaba de sonreírles.

Siempre insistía en que estaba bien.

Que no tenían por qué preocuparse.

Que algún día las cosas serían mejores.

James recordó una conversación que había tenido con ella cuando todavía vivían en la comuna.

—Mamá, tienes que descansar.

—Lo haré, cariño.

—Eso dijiste ayer.

Marta había sonreído mientras acomodaba algunas prendas.

—Cuando ustedes estén bien, entonces descansaré.

El joven apretó los puños.

—Por favor, mamá...

Su voz se perdió entre los sonidos de la calle.

—Que no sea nada grave...

Finalmente, llegó a la vivienda.

Abrió la puerta apresuradamente.

—¡Desmond!

No recibió respuesta.

Dejó sus pertenencias en la sala.

—¡Des!

Escuchó un sonido procedente de la habitación de su hermano.

Un sollozo.

James sintió que el corazón se le encogía.

Caminó hasta la puerta.

Estaba entreabierta.

La empujó suavemente.

Y encontró a Desmond sentado sobre la cama.

El joven permanecía encorvado, con la mirada perdida y el rostro empapado de lágrimas.

Entre sus manos sostenía el pequeño colgante que Marta le había regalado cuando él y James abandonaron la comuna 54.

La fotografía familiar permanecía abierta.

En ella aparecían Marta, Miguel, James y Desmond.

Todos juntos.

Todos sonriendo.

James reconoció inmediatamente aquella imagen.

Era un recuerdo de una época en la que todavía estaban los cuatro.

—Des...

Su hermano levantó lentamente la mirada.

Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

James se acercó.

—¿Qué pasó?

Desmond intentó responder.

Pero la voz se le quebró.

—Mamá...

James se sentó frente a él.

—Tranquilo. Respira.

Colocó una mano sobre su hombro.

—Dime qué ocurrió.

Desmond apretó el colgante entre los dedos.

—Le hicieron unos exámenes...

Su voz apenas era audible.

—Llevaba tiempo sintiéndose mal. Estaba muy cansada y... empezó a enfermarse demasiado seguido.

James frunció el ceño.

—¿Y qué dijeron los médicos?

Desmond cerró los ojos.

Las lágrimas comenzaron a recorrer nuevamente sus mejillas.

—Tiene cáncer en la sangre.

James permaneció completamente inmóvil.

—¿Qué...?

Desmond bajó la cabeza.

—El médico dice que está muy avanzado...

Intentó respirar profundamente.

—Que es poco probable que sobreviva...

El silencio se apoderó de la habitación.

James retiró lentamente la mano del hombro de su hermano.

Observó el suelo.

Intentó comprender aquellas palabras.

Cáncer.

Marta.

Su madre.

La mujer que los había criado.

La persona que había dedicado buena parte de su existencia a protegerlos.

James negó lentamente con la cabeza.

—No...

Desmond comenzó a llorar con mayor intensidad.

—No quiero perderla...

Su hermano levantó inmediatamente la mirada.

—Des...

—¡No quiero que se muera, James!

La voz del joven se quebró.

—¡Ya perdimos a papá!

Apretó el colgante contra su pecho.

—¡No quiero perderla a ella también!

James sintió que sus propios ojos comenzaban a humedecerse.

Durante unos segundos permaneció callado.

No tenía ninguna respuesta que pudiera aliviar aquel dolor.

No podía prometerle que Marta se recuperaría.

Tampoco podía asegurarle que los médicos estuvieran equivocados.

Lo único que podía hacer era permanecer a su lado.

Se acercó.

Y abrazó a su hermano.

Desmond se aferró inmediatamente a él.

—Tengo miedo...

James cerró los ojos.

—Yo también, Des.

Su voz tembló.

—Yo también...

Permanecieron abrazados durante varios minutos.

Finalmente, James respiró profundamente.

Se separó ligeramente.

—Escúchame.

Desmond levantó la mirada.

—Vamos a estar con ella.

El joven intentó contener las lágrimas.

—¿Y si no podemos hacer nada?

James tragó saliva.

—Entonces estaremos a su lado todo el tiempo que podamos.

Apretó suavemente su hombro.

—No vamos a dejarla sola.

Desmond asintió lentamente.

Se secó el rostro con la manga.

—Está bien...

James se levantó y le extendió una mano.

—Vamos a verla.

El hospital tenía un ambiente muy distinto del movimiento habitual de las calles infernales.

Los pasillos estaban iluminados por luces blancas y frías. El olor a desinfectante impregnaba el aire, mientras los pasos apresurados del personal médico se mezclaban con el murmullo de los pacientes y sus familiares.

Desmond caminaba junto a James.

Ninguno hablaba.

El joven sostenía el pequeño colgante debajo de su camisa, apretándolo ocasionalmente como si aquel objeto pudiera ayudarlo a controlar los nervios.

James observaba los números de las habitaciones.

Finalmente, llegaron frente a la puerta indicada.

Desmond se detuvo.

James lo miró.

—¿Estás bien?

Su hermano negó lentamente con la cabeza.

—No...

James sintió una punzada en el pecho.

Desmond respiró profundamente.

—Pero quiero verla.

James asintió.

—Entonces entremos.

Abrió la puerta con cuidado.

Marta descansaba sobre una cama de hospital.

Su aspecto era considerablemente más frágil de lo que ambos recordaban.

Había perdido peso.

Su rostro estaba pálido.

Y sus manos, aquellas mismas manos que durante tantos años habían cocinado, trabajado y acariciado sus cabezas cuando eran niños, parecían demasiado delgadas sobre las sábanas.

Sin embargo, cuando escuchó abrirse la puerta, levantó lentamente la mirada.

Al reconocer a sus hijos, una sonrisa apareció en su rostro.

—Mis niños...

Su voz era débil.

Pero conservaba aquella calidez familiar que ambos conocían desde pequeños.

Desmond sintió que los ojos se le llenaban inmediatamente de lágrimas.

—Mamá...

Marta extendió ligeramente los brazos.

—Vengan aquí, mis amores...

Desmond fue el primero en acercarse.

La abrazó con muchísimo cuidado.

Tenía miedo de lastimarla.

Marta le acarició suavemente el cabello.

—Ay, cariño...

Sintió sus lágrimas sobre la ropa.

—No llores...

Pero aquellas palabras provocaron exactamente lo contrario.

Desmond comenzó a sollozar.

—Perdón, mamá...

Su voz se quebró.

—No puedo verte así...

Marta cerró los ojos.

Lo abrazó con las pocas fuerzas que conservaba.

—Mi pequeño...

Acarició su espalda.

—No tienes que disculparte por llorar.

Desmond apretó los labios.

—Quiero que estés bien...

Marta permaneció callada durante unos segundos.

Después besó suavemente su frente.

—Lo sé, cariño.

James se acercó al otro lado de la cama.

Intentaba mantener una expresión tranquila.

Pero Marta lo conocía demasiado bien.

Había visto aquella misma mirada años atrás, cuando recibieron la noticia de la muerte de Miguel.

—James...

El joven levantó los ojos.

—Hola, mamá.

Intentó sonreír.

—¿Cómo te sientes?

Marta soltó una pequeña risa cansada.

—He tenido días mejores.

James bajó la mirada.

Ella extendió una mano.

—Ven aquí.

El joven la tomó cuidadosamente.

Marta apretó sus dedos.

—No tienes que fingir que estás bien.

Aquellas palabras terminaron por quebrar la serenidad que James intentaba mantener.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Mamá...

Se inclinó y la abrazó.

Marta rodeó a ambos hijos con sus brazos.

Durante unos instantes, ninguno pronunció una sola palabra.

No hacía falta.

Los tres sabían lo que significaba aquel momento.

Después de permanecer abrazados, James se sentó a un lado de la cama.

Desmond ocupó una silla junto a su madre, sin soltarle la mano.

Marta observó sus rostros.

Parecían agotados.

Habían intentado ocultarlo, pero ella podía reconocer el miedo en sus miradas.

—¿Han comido algo?

James levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Que si han comido.

Desmond soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—Mamá...

Ella levantó ligeramente una ceja.

—¿Qué?

—Estamos en un hospital y todavía te preocupas por eso.

Marta sonrió.

—Soy su madre.

James dejó escapar una risa triste.

—Eso nunca va a cambiar, ¿verdad?

—Jamás.

Durante unos segundos, aquella respuesta devolvió algo de tranquilidad a la habitación.

Marta observó a Desmond.

—¿Y cómo van tus canciones?

El joven bajó ligeramente la mirada.

—Bien...

Ella sonrió.

—¿Sigues escribiendo?

Desmond asintió.

—Sí.

—Me alegra.

Le acarició suavemente la mano.

—Siempre has tenido un talento especial, cariño.

El joven intentó sonreír.

—Tú siempre dices eso.

Marta soltó una pequeña risa.

—Porque es verdad.

Después miró hacia James.

—¿Y tú? ¿Cómo va el trabajo?

El joven imp se encogió de hombros.

—Bastante ocupado.

—¿Sigues en Neffitti?

—Sí.

James intentó sonreír.

—Aunque hoy salí corriendo de la cocina y seguramente mañana me van a regañar.

Marta lo observó con preocupación.

—James, cariño, no quiero que tengas problemas por mi culpa.

El joven negó inmediatamente.

—Mamá, por favor.

Se inclinó hacia ella.

—El trabajo puede esperar.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Tú eres mucho más importante.

Marta lo contempló con ternura.

Durante unos instantes pareció recordar al pequeño niño de cuernos dorados con negro que corría por la casa cargando su muñeco de trapo.

Ahora estaba frente a ella.

Convertido en un hombre.

Su hijo mayor.

El niño que había visto crecer.

La persona que tantas veces la había ayudado cuando el cansancio parecía vencerla.

Después miró hacia Desmond.

Recordó aquella noche en que lo sostuvo por primera vez entre sus brazos.

Su rostro diminuto.

Sus ojos rojos.

Y la promesa que le había hecho a Rubí.

Cuidarlo.

Protegerlo.

Criarlo con los valores de una buena familia.

Enseñarle a respetar a los demás, a ser honesto y a no permitir que la crueldad del Infierno lo convirtiera en alguien indiferente.

Habían pasado muchos años desde aquel velorio discreto.

Pero Marta jamás había olvidado sus palabras.

Ahora, al contemplar al joven que tenía frente a ella, comprendió que había hecho cuanto estuvo a su alcance para cumplirlas.

Desmond levantó la mirada.

—¿Mamá?

Ella sonrió.

—Nada, cariño...

Le acarició suavemente la mejilla.

—Solo estaba pensando en lo grandes que se han vuelto.

James soltó una pequeña risa.

—Bueno, tampoco somos unos ancianos.

Marta sonrió.

—Para mí todavía son aquellos dos pequeños que discutían por cualquier tontería.

Desmond miró hacia su hermano.

—Él sigue siendo igual de insoportable.

James levantó una ceja.

—¿Perdona?

Marta soltó una carcajada débil.

—Definitivamente, algunas cosas nunca cambian.

Pero aquella risa terminó convirtiéndose en una respiración dificultosa.

Su rostro se tensó ligeramente.

Desmond se inclinó de inmediato.

—¿Mamá?

James también se acercó.

—¿Estás bien?

Marta cerró los ojos durante unos segundos.

Respiró lentamente.

Después volvió a mirarlos.

—Sí...

Su voz era apenas un susurro.

—Solo estoy un poco cansada.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada.

La fragilidad de su madre era imposible de ignorar.

El tiempo transcurrió lentamente.

La conversación comenzó a disminuir.

Marta parecía cada vez más agotada.

Sus palabras se volvieron más pausadas.

Y en algunos momentos necesitaba detenerse para recuperar el aliento.

Desmond permanecía junto a ella, acariciándole suavemente la mano.

James continuaba sentado al otro lado de la cama.

Ninguno quería marcharse.

Finalmente, Marta volvió a hablar.

—Mis niños...

Ambos levantaron inmediatamente la mirada.

—¿Sí, mamá? —preguntó James.

Marta respiró profundamente.

—Quiero decirles algo.

Desmond sintió un escalofrío.

—Mamá...

Ella sonrió débilmente.

—Déjame hablar, cariño.

El joven asintió.

Marta observó a James.

Después a Desmond.

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Durante muchos años... intenté darles todo lo que necesitaban.

Su voz temblaba.

—No siempre fue fácil.

James apretó suavemente su mano.

—Lo sabemos.

Marta negó lentamente con la cabeza.

—Hubo tantas cosas que quise hacer por ustedes...

Miró hacia el techo.

—Quise darles una casa más grande.

Hizo una pausa para respirar.

—Quise que pudieran estudiar sin preocuparse por el dinero...

Sus ojos regresaron a los de sus hijos.

—Quise que nunca tuvieran que pasar por las dificultades que conocimos en la comuna.

Desmond negó lentamente.

—Mamá, no tienes que...

Ella continuó.

—Pero no pude darles todo eso.

Una lágrima recorrió su mejilla.

—Y lo siento muchísimo...

James sintió que el corazón se le encogía.

—Mamá...

Marta intentó incorporarse ligeramente.

—Perdónenme...

Su voz comenzó a quebrarse.

—Perdónenme por no haber podido darles una vida mejor.

Desmond comenzó a llorar nuevamente.

—No...

Se acercó a ella.

—Mamá, no digas eso.

Le sostuvo la mano con ambas suyas.

—Nos diste todo.

Marta lo observó.

Desmond intentó respirar profundamente.

—Nos diste un hogar.

Su voz tembló.

—Nos cuidaste cuando estábamos enfermos. Trabajaste por nosotros. Nos enseñaste a ser buenas personas...

Las lágrimas descendían por sus mejillas.

—Nunca nos faltó amor.

James asintió lentamente.

—Desmond tiene razón.

Se inclinó hacia su madre.

—No tienes nada que disculparnos.

Marta los observó en silencio.

Sus labios dibujaron una sonrisa tenue.

Pero su respiración comenzaba a debilitarse.

—Mis niños...

Desmond sintió que algo no marchaba bien.

—Mamá...

Ella apretó suavemente sus manos.

—Solo quiero pedirles una cosa...

James se acercó.

—Lo que sea.

Marta respiró profundamente.

Su voz apenas conseguía elevarse por encima del silencio de la habitación.

—No dejen de luchar por lo que aman...

Desmond comenzó a negar con la cabeza.

—Mamá, por favor...

Marta continuó, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban.

—Por favor...

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Nunca dejen de intentarlo...

Aquellas fueron sus últimas palabras.

Su mano comenzó a perder fuerza.

Desmond sintió cómo sus dedos dejaban de apretarlo.

—¿Mamá?

Marta permaneció inmóvil.

Su respiración se volvió cada vez más tenue.

James se incorporó inmediatamente.

—¿Mamá?

Desmond acercó su rostro al de ella.

—Mamá, mírame...

No obtuvo respuesta.

—¿Mamá...?

Su voz comenzó a temblar.

James observó el rostro de su madre.

Comprendió lo que estaba sucediendo.

—No...

Desmond apretó desesperadamente su mano.

—¡MAMÁ!

La respiración de Marta se apagó.

El silencio que siguió fue absoluto.

Durante unos instantes, Desmond permaneció inmóvil.

Observó su rostro.

Después su mano.

Aquella misma mano que tantas veces lo había acariciado cuando era niño.

Ahora estaba perdiendo lentamente su calor.

—No...

Su voz fue apenas un susurro.

—No, no, no...

Intentó despertarla.

—Mamá...

James se llevó una mano a la boca.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Desmond comenzó a temblar.

—¡MAMÁ, DESPIERTA!

Su voz resonó por toda la habitación.

—¡POR FAVOR!

Se inclinó sobre ella.

—¡NO ME DEJES!

El grito que escapó de su garganta fue tan desgarrador que pareció atravesar las paredes del hospital.

James sintió que las piernas apenas podían sostenerlo.

Sin embargo, se acercó inmediatamente a su hermano.

Lo abrazó con fuerza.

Desmond intentó resistirse durante unos segundos.

—¡NO! ¡MAMÁ!

James lo sostuvo.

—Des...

Su propia voz estaba quebrada.

—Desmond...

El joven terminó aferrándose a su hermano.

Las lágrimas descendían incontrolablemente por su rostro.

—Se fue...

James cerró los ojos.

—Lo sé...

Desmond hundió el rostro contra su hombro.

—Se fue, James...

El joven imp comenzó a llorar.

Abrazó a su hermano con todas sus fuerzas.

—Lo sé, hermanito...

Durante varios minutos permanecieron así.

Dos hermanos abrazados junto a la cama de la mujer que les había dedicado su vida.

La misma mujer que había recogido a una desconocida embarazada de un callejón.

Que había criado como propio al hijo que aquella joven dejó al morir.

Que había trabajado incansablemente para mantener a su familia después del asesinato de Miguel.

Y que, incluso durante sus últimos momentos, se había preocupado más por el futuro de sus hijos que por sí misma.

Marta Lebrozky había muerto.

El funeral se celebró poco tiempo después.

El cielo infernal permanecía cubierto por una capa de nubes oscuras, mientras una brisa fría recorría lentamente los senderos del cementerio.

Los asistentes se reunían alrededor del ataúd para despedirse de Marta.

Había vecinos que la conocían desde hacía años.

Personas a quienes había ayudado durante sus trabajos como enfermera.

Y conocidos que recordaban su generosidad, incluso en aquellos momentos en que ella misma tenía poco que ofrecer.

James permanecía cerca del ataúd.

Su expresión reflejaba un agotamiento profundo.

Había pasado los últimos días intentando encargarse de los preparativos, hablar con las personas necesarias y mantener cierto orden en medio de una situación que apenas conseguía aceptar.

Sin embargo, Desmond no estaba junto a él.

El joven se había apartado.

Permanecía sentado bajo un árbol cercano, lejos de los demás asistentes.

Tenía la mirada perdida.

Sus manos descansaban sobre las rodillas.

Y el pequeño colgante que Marta le había regalado permanecía entre sus dedos.

No había sido capaz de acercarse al ataúd durante demasiado tiempo.

Cada vez que lo intentaba, recordaba aquella habitación de hospital.

La voz debilitada de su madre.

Sus últimas palabras.

Y el instante en que dejó de respirar.

Desmond cerró los ojos.

Apretó el colgante.

—Perdóname, mamá...

Su voz apenas fue un susurro.

—Perdóname...

No sabía exactamente por qué se estaba disculpando.

Quizás por no haber estado más tiempo con ella.

Por no haber conseguido darle una vida mejor.

O simplemente porque necesitaba creer que había algo que podría haber hecho para evitar aquella pérdida.

Una lágrima recorrió lentamente su mejilla.

Desmond la limpió con la manga.

Pero otra apareció inmediatamente.

Se inclinó hacia adelante.

Y permaneció en silencio.

Unos pasos suaves se acercaron por el sendero.

Desmond no levantó la mirada.

Tampoco pareció advertirlos.

Hasta que escuchó una voz familiar.

—Desmond...

El joven permaneció inmóvil.

Reconoció aquella voz inmediatamente.

Skyler.

La muchacha se encontraba frente a él.

Su expresión reflejaba una tristeza sincera.

Había llegado al funeral después de enterarse de lo ocurrido y, al no encontrarlo entre los asistentes, comenzó a buscarlo.

Finalmente lo descubrió bajo aquel árbol.

Solo.

Cabizbajo.

Completamente consumido por el dolor.

Skyler se acercó lentamente.

—Des...

El joven intentó levantar la mirada.

Pero no pudo sostenerla.

—Hola, Skyler...

Su voz estaba apagada.

La muchacha no respondió inmediatamente.

Se arrodilló frente a él.

Observó sus ojos enrojecidos.

Su expresión agotada.

Y las lágrimas que intentaba ocultar.

Durante unos segundos pareció buscar las palabras adecuadas.

Pero comprendió que ninguna frase conseguiría aliviar aquella pérdida.

Así que simplemente se acercó.

Y lo abrazó.

Desmond permaneció inmóvil durante un instante.

No esperaba aquel gesto.

Pero cuando sintió los brazos de Skyler rodeándolo, algo dentro de él terminó por quebrarse.

Cerró los ojos.

Apoyó lentamente la frente sobre su hombro.

Y dejó escapar un pequeño sollozo.

Skyler lo abrazó con mayor firmeza.

No le pidió que dejara de llorar.

Tampoco intentó convencerlo de que todo estaría bien.

Simplemente permaneció junto a él.

Desmond respiró profundamente.

Sus manos temblaban.

Finalmente consiguió pronunciar una sola palabra.

—Gracias...

Skyler cerró los ojos.

Le acarició suavemente la espalda.

—Estoy aquí, Des.

Su voz fue apenas un susurro.

—Estoy aquí...

Desde cierta distancia, James observaba la escena.

Había terminado de conversar con algunos asistentes cuando descubrió a Skyler abrazando a su hermano bajo el árbol.

Permaneció inmóvil durante unos segundos.

Su mirada reflejaba una mezcla de tristeza y gratitud.

Conocía demasiado bien a Desmond.

Sabía que, cuando algo lo lastimaba profundamente, acostumbraba encerrarse en sus pensamientos.

Había sido así desde la muerte de Miguel.

Y ahora estaba enfrentando una pérdida todavía más dolorosa.

James observó el ataúd de Marta.

Sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele nuevamente.

Su madre había sido el centro de sus vidas durante tantos años que resultaba imposible imaginar la casa sin ella.

Sin sus preguntas sobre la comida.

Sin sus consejos.

Sin aquella voz que siempre encontraba una manera de tranquilizarlos.

Pero también sabía algo.

Marta jamás habría querido que sus hijos se abandonaran mutuamente.

James respiró profundamente.

Se secó el rostro.

Y caminó hacia el árbol.

Skyler levantó ligeramente la mirada cuando lo vio acercarse.

Desmond continuaba abrazado a ella.

James se arrodilló junto a ambos.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después colocó una mano sobre el hombro de su hermano.

—Oye, Des...

El joven levantó lentamente la cabeza.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—James...

Su hermano intentó sonreír.

Pero la expresión se quebró antes de conseguirlo.

—No tienes que pasar por esto solo.

Desmond bajó la mirada.

James se acercó un poco más.

—Ya perdimos demasiado...

Su voz temblaba.

—Pero todavía nos tenemos el uno al otro.

Skyler observó a ambos en silencio.

James extendió los brazos.

Y se unió al abrazo.

Desmond cerró los ojos.

Sintió a su hermano a un lado.

A Skyler al otro.

Y, aunque el dolor continuaba siendo insoportable, comprendió que todavía había personas dispuestas a permanecer junto a él.

James apoyó una mano sobre su espalda.

—Estamos juntos en esto.

Su voz fue firme, a pesar de las lágrimas.

—Siempre.

Aquella noche, la casa de los hermanos Lebrozky estaba sumida en un silencio profundo.

James se había retirado a descansar después de una jornada emocionalmente agotadora.

Skyler también se había marchado, aunque antes de despedirse le había pedido a Desmond que la llamara si necesitaba hablar.

El joven permanecía solo en su habitación.

Sobre el escritorio descansaban varios cuadernos.

Algunos eran recientes.

Otros conservaban hojas amarillentas por el paso de los años.

Desmond se sentó lentamente.

Observó sus escritos.

Recordó la primera vez que había mostrado una de sus composiciones a Marta.

Su sonrisa.

Las lágrimas de orgullo en sus ojos.

Y aquellas palabras que jamás había olvidado.

«Tienes un don, Desmond».

El joven tomó uno de los cuadernos.

Lo abrió.

Comenzó a pasar las páginas.

Allí estaban sus recuerdos.

La comuna 54.

La muerte de Miguel.

Las dificultades de su infancia.

El cariño de James.

Los sacrificios de Marta.

Y todos aquellos sentimientos que, durante años, había convertido en versos.

Desmond se detuvo en una página.

Leyó algunas líneas.

Después cerró los ojos.

Recordó las últimas palabras de su madre.

«No dejen de luchar por lo que aman».

Apretó lentamente el cuaderno.

Durante años había escrito únicamente para sí mismo.

Había utilizado la música como refugio.

Como una manera de comprender el dolor.

Pero Marta siempre había creído que podía hacer algo más con su talento.

Había confiado en él incluso cuando Desmond todavía no sabía qué quería hacer con su vida.

Y ahora...

Ahora ya no estaba.

El joven bajó la mirada hacia el colgante que descansaba sobre su pecho.

Lo abrió cuidadosamente.

Contempló la fotografía familiar.

Miguel sonreía junto a Marta.

James aparecía a su lado.

Y él, todavía pequeño, permanecía entre las personas que más había amado.

Una lágrima cayó sobre la imagen.

Desmond la limpió con delicadeza.

Después cerró el colgante.

Respiró profundamente.

Miró nuevamente su cuaderno.

Y, con una voz apenas audible, susurró:

—Es hora. Voy a mostrarle al mundo lo que soy capaz de hacer.

Convencido, al día siguiente salió decidido a transformar su dolor en arte, llevando consigo el legado de su madre y el apoyo de su hermano y Skyler.

CAP 8

Una Luz en la Tormenta

Tres semanas.

Habían transcurrido exactamente tres semanas desde la muerte de Marta Lebrozky.

Veintiún días durante los cuales la vida de Desmond parecía haberse detenido por completo.

El tiempo continuaba avanzando para el resto del Infierno. Las calles seguían llenándose de trabajadores durante las mañanas, los comercios abrían sus puertas y los habitantes continuaban ocupándose de sus problemas cotidianos.

Pero para Desmond, cada amanecer era una repetición del anterior.

Despertaba.

Recordaba que su madre había muerto.

Y deseaba volver a quedarse dormido.

La pequeña casa que compartía con James había perdido buena parte de la calidez que alguna vez la caracterizó.

No porque hubiera cambiado físicamente.

Los muebles seguían en sus lugares, las ventanas permanecían intactas y los objetos que ambos hermanos habían comprado con tanto esfuerzo continuaban formando parte de su hogar.

Sin embargo, el ambiente era diferente.

Más silencioso.

Más pesado.

Como si la muerte de Marta hubiera dejado un vacío que ninguna cantidad de muebles, fotografías o recuerdos pudiera llenar.

James intentaba mantener cierta normalidad.

Continuaba trabajando en Neffitti, ocupándose de las cuentas y asegurándose de que nunca faltara comida.

Pero también debía preocuparse por su hermano.

Desmond apenas salía de su habitación.

En ocasiones pasaba días enteros acostado, observando el techo sin pronunciar una sola palabra.

Otras veces permanecía sentado junto a la ventana, con la mirada perdida y el pequeño colgante que Marta le había regalado entre los dedos.

Su apetito había disminuido considerablemente.

Había noches en las que apenas conseguía dormir y mañanas durante las cuales ni siquiera encontraba fuerzas para levantarse.

Y lo que más preocupaba a James era que Desmond había abandonado aquello que siempre había considerado su mayor pasión.

La escritura.

Sus cuadernos descansaban sobre el escritorio, cerrados y cubiertos por una fina capa de polvo.

Las hojas que antes llenaba de versos permanecían completamente en blanco.

El lápiz que acostumbraba llevar a todas partes seguía donde lo había dejado después del funeral.

Desmond no había vuelto a tocarlo.

Aquella era, quizás, la señal más evidente de cuánto estaba sufriendo.

James había intentado de todo.

Algunas mañanas preparaba el desayuno favorito de su hermano, procurando que el aroma llegara hasta su habitación.

Otras veces se sentaba junto a él e intentaba conversar sobre cualquier cosa.

Le hablaba del restaurante.

De los problemas que surgían en la cocina.

De los compañeros que parecían incapaces de seguir una receta sin provocar algún desastre.

Incluso recurría a las bromas que acostumbraban intercambiar desde niños.

Pero las respuestas de Desmond casi siempre eran las mismas.

—Ajá...

—Está bien...

—No tengo hambre...

O simplemente un silencio prolongado.

Una mañana, James entró en la habitación con un plato de comida.

—Oye, enano.

Desmond permanecía acostado de lado, mirando hacia la pared.

—Te traje algo de desayunar.

No recibió respuesta.

James dejó el plato sobre la mesa.

—Hice lo que te gusta.

Su hermano apenas se movió.

—Gracias...

—¿Vas a comer?

—Después.

James observó el plato que había llevado la noche anterior.

Seguía prácticamente intacto.

Dejó escapar un suspiro.

—Des, no puedes seguir sin comer.

—No tengo hambre, James.

—Eso dijiste ayer.

Desmond cerró los ojos.

—Por favor...

Su voz sonó agotada.

—Déjame descansar.

James permaneció inmóvil durante unos segundos.

Quiso insistir.

Decirle que debía levantarse.

Que su madre no habría querido verlo así.

Pero al contemplar el rostro demacrado de su hermano, comprendió que aquellas palabras no conseguirían nada.

Retiró el plato anterior.

—Está bien...

Se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, volvió a mirarlo.

—Si necesitas algo, estaré en la sala.

Desmond no respondió.

James cerró suavemente.

Cuando quedó solo en el pasillo, apoyó la espalda contra la pared y se cubrió el rostro con una mano.

Él también extrañaba a Marta.

También había llorado durante las noches.

También sentía un dolor profundo cada vez que recordaba su último abrazo.

Pero ver a Desmond consumirse lentamente por aquella pérdida le resultaba todavía más difícil.

No sabía cómo ayudarlo.

Y aquella impotencia comenzaba a desesperarlo.

Skyler también había percibido el deterioro de Desmond.

Desde el funeral había comenzado a visitarlo con frecuencia, preocupada por el estado en que lo encontraba.

Al principio intentaba conversar con él.

Le preguntaba cómo había dormido, si había comido algo o si quería salir a caminar.

Sin embargo, pronto comprendió que ninguna de aquellas preguntas tenía una respuesta sencilla.

Desmond no estaba bien.

Y, aunque ella deseaba ayudarlo, tampoco sabía exactamente cómo hacerlo.

Por esa razón comenzó a llevarle comida preparada por ella misma.

No eran platos especialmente elaborados.

A veces preparaba algo ligero.

Otras veces llevaba pequeñas porciones que pudieran conservarse durante varias horas.

Había descubierto que, cuando se sentaba a su lado y conversaban tranquilamente, Desmond conseguía comer un poco más.

No siempre.

Pero lo suficiente para que ella sintiera cierto alivio.

Aquella tarde, Skyler llegó a la casa con una bolsa entre las manos.

James abrió la puerta.

—Hola, Skyler.

La joven sabueso sonrió débilmente.

—Hola, James.

Levantó ligeramente la bolsa.

—Le traje algo de comer.

El imp observó lo que llevaba.

Después dejó escapar un suspiro.

—Gracias.

Se apartó para permitirle entrar.

Skyler dejó sus pertenencias sobre una pequeña mesa.

—¿Cómo ha estado hoy?

James negó lentamente con la cabeza.

—Igual que ayer.

La sonrisa de Skyler desapareció.

—¿No ha salido?

—No.

El joven se cruzó de brazos.

—Apenas desayunó.

Skyler bajó la mirada.

—Ya veo...

James permaneció callado durante unos segundos.

Finalmente, habló con una sinceridad que no consiguió disimular.

—Skyler, estoy preocupado.

Ella levantó los ojos.

—Yo también.

—No sé qué hacer con él.

James se pasó una mano por el rostro.

—He intentado hablarle, sacarlo de la habitación, preparar algo que le guste...

Su voz comenzó a quebrarse.

—Pero parece que nada funciona.

Skyler observó el pasillo.

Sabía que James estaba haciendo cuanto podía.

Y también sabía que aquella situación lo estaba agotando.

—No creo que podamos hacer que deje de sentirse triste de un día para otro —respondió suavemente.

James asintió.

—Lo sé.

Se quedó mirando el suelo.

—Solo quisiera volver a escucharlo reír.

Skyler sintió una punzada en el pecho.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente, ella tomó la bolsa.

—Voy a verlo.

James asintió.

—Gracias, Skyler.

La muchacha le dedicó una pequeña sonrisa.

—No tienes que agradecerme.

Después caminó hacia la habitación de Desmond.

La puerta estaba entreabierta.

Skyler golpeó suavemente.

—¿Des?

No recibió respuesta.

Esperó unos segundos.

Después empujó la puerta con cuidado.

La habitación permanecía sumida en una penumbra casi completa.

Las cortinas estaban cerradas y la escasa luz del exterior apenas conseguía iluminar los muebles.

Sobre el escritorio descansaban varios cuadernos.

Había prendas dobladas a medias sobre una silla y un vaso de agua junto a la cama.

Desmond permanecía acostado, mirando hacia el techo.

Tenía el cabello desordenado y unas profundas ojeras que evidenciaban sus dificultades para dormir.

Skyler sintió que el corazón se le encogía.

—Hola, Desmond...

El joven movió ligeramente la cabeza.

Cuando la reconoció, su expresión se suavizó apenas.

—Hola, Skyler...

Ella intentó sonreír.

—¿Cómo estás?

Desmond volvió a mirar el techo.

—Bien.

Skyler permaneció callada durante unos segundos.

Ambos sabían que no era verdad.

Se acercó lentamente.

—Te traje algo de comer.

Levantó la bolsa.

—Lo preparé esta mañana.

Desmond observó brevemente lo que llevaba.

—Gracias...

—¿Quieres probarlo?

—Después.

Skyler suspiró.

Dejó la comida sobre el escritorio.

Después se sentó junto a la cama.

—Des...

El joven cerró los ojos.

—¿Qué?

Skyler observó su rostro.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste?

Desmond permaneció pensativo.

—No sé.

—¿Ayer?

—No.

—¿Anteayer?

Él guardó silencio.

Skyler bajó ligeramente las orejas.

—Desmond...

El joven abrió los ojos.

—¿Qué quieres que haga?

Su voz sonó más seca de lo habitual.

Skyler no retrocedió.

—Quiero ayudarte.

Desmond apartó la mirada.

—No necesito ayuda.

La muchacha permaneció inmóvil.

Después respondió con suavidad.

—No tienes que fingir conmigo.

Aquellas palabras provocaron que Desmond apretara ligeramente la mandíbula.

—No estoy fingiendo.

Skyler lo observó.

—Des, apenas estás comiendo.

Hizo una pausa.

—No sales de tu habitación, casi no duermes y has dejado de escribir.

El joven miró brevemente hacia el escritorio.

Sus cuadernos permanecían cerrados.

—No tengo ganas.

—Lo sé.

Skyler se acercó un poco más.

—Pero no puedes seguir así.

Desmond levantó la mirada.

Ella continuó:

—Esto no es lo que tu madre querría.

El silencio que siguió fue inmediato.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante varios segundos observó a Skyler sin pronunciar una sola palabra.

Después su expresión cambió.

—No lo entiendes.

La muchacha sintió una punzada de preocupación.

—Desmond...

—No lo entiendes, Skyler.

Su voz adquirió un tono cortante.

Se incorporó ligeramente sobre la cama.

—No sabes cómo se siente perderlo todo.

Skyler bajó lentamente la mirada.

Las palabras le dolieron.

Sin embargo, no respondió con enojo.

Comprendía que Desmond estaba hablando desde un dolor que todavía no sabía manejar.

—Tal vez no —admitió.

El joven guardó silencio.

Skyler volvió a mirarlo.

—Tal vez no sepa exactamente cómo te sientes.

Se acomodó junto a la cama.

—Pero sí sé que quedarte aquí, encerrado en esta oscuridad, no va a ayudarte.

Desmond soltó una risa amarga.

—¿Y qué quieres que haga?

Señaló hacia la puerta.

—¿Que salga a caminar y actúe como si no hubiera pasado nada?

—No.

—¿Que sonría?

—Tampoco.

—¿Entonces?

Skyler respiró profundamente.

—Quiero que recuerdes que todavía tienes una vida fuera de esta habitación.

Desmond bajó la mirada.

La muchacha continuó:

—No estoy pidiéndote que olvides a Marta.

Su voz se suavizó.

—Ni que dejes de extrañarla.

Hizo una pausa.

—Solo quiero que intentes hacer algo que no sea quedarte aquí sufriendo todo el día.

Desmond permaneció callado.

Skyler observó el colgante que descansaba sobre su pecho.

—Tu mamá te quería muchísimo.

El joven apretó lentamente los dedos.

—Lo sé.

—Entonces también sabes que le importaba tu bienestar.

Desmond cerró los ojos.

Una lágrima comenzó a deslizarse por su mejilla.

—La extraño...

Skyler sintió que la tensión de sus hombros desaparecía.

—Lo sé, Des.

El joven comenzó a respirar agitadamente.

—La extraño demasiado.

Su voz se quebró.

—A veces despierto y durante unos segundos olvido que murió.

Skyler lo escuchó en silencio.

—Y entonces me acuerdo...

Desmond se cubrió el rostro con una mano.

—Y vuelve a doler.

La muchacha se acercó lentamente.

—Desmond...

Él negó con la cabeza.

—No sé cómo hacer que deje de doler.

Skyler permaneció callada unos segundos.

Después le tomó suavemente una mano.

—No creo que tengas que encontrar una manera de dejar de quererla.

El joven levantó la mirada.

Skyler continuó:

—Y tampoco creo que puedas decidir cuándo dejarás de sentirte así.

Apretó delicadamente sus dedos.

—Pero quizás podamos intentar que tus días no sean únicamente tristeza.

Desmond contempló sus manos entrelazadas.

Durante varios segundos permaneció pensativo.

Finalmente dejó escapar un suspiro.

—¿Qué propones?

Skyler sonrió débilmente.

—Salir a caminar.

Desmond levantó una ceja.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

El joven miró hacia la ventana.

—No tengo ganas.

—Lo sé.

—Y probablemente no sea muy buena compañía.

Skyler soltó una pequeña risa.

—Eso ya lo sé desde que te conocí.

Desmond volvió lentamente la mirada.

—Oye...

La muchacha sonrió.

—¿Qué?

—Eso fue innecesario.

Skyler soltó una carcajada.

Por primera vez en varios días, Desmond dejó escapar una pequeña sonrisa.

Fue apenas un gesto.

Pero Skyler lo notó inmediatamente.

—Anda, Des.

Le extendió una mano.

—Solo un rato.

El joven observó sus dedos.

Después miró hacia la puerta.

Finalmente soltó un largo suspiro.

—Está bien...

Skyler levantó ligeramente las orejas.

—¿En serio?

Desmond se incorporó lentamente.

—Sí.

La miró con una expresión de cansancio.

—Saldré... pero solo porque no quiero escucharte insistir más.

Skyler soltó una carcajada.

—¡Me parece justo!

Se levantó y le ofreció la mano.

Desmond la aceptó.

Y, por primera vez en mucho tiempo, abandonó voluntariamente la cama.

El aire exterior resultó más fresco de lo que Desmond recordaba.

Había pasado tantos días encerrado que incluso el movimiento habitual del vecindario le pareció extraño.

Los comerciantes atendían sus negocios.

Algunos habitantes caminaban cargando bolsas.

Y varios niños corrían por las aceras mientras sus padres intentaban mantenerlos cerca.

El mundo continuaba funcionando.

Aquella idea le provocó una sensación incómoda.

Su madre había muerto.

Su vida había cambiado para siempre.

Pero para los demás, todo seguía igual.

Skyler caminaba a su lado.

No intentaba apresurarlo.

Tampoco le exigía conversar.

Simplemente adaptaba sus pasos a los de él.

Durante varios minutos avanzaron en silencio.

Desmond mantenía las manos dentro de los bolsillos.

Su mirada recorría distraídamente las calles.

Skyler lo observó de reojo.

Parecía estar pensando en algo.

Finalmente decidió hablar.

—Desmond...

El joven levantó ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

Ella vaciló.

—¿Puedo preguntarte algo?

Desmond se encogió de hombros.

—Claro.

Skyler respiró profundamente.

—¿Qué es lo que más recuerdas de tu madre?

La pregunta lo sorprendió.

Durante unos segundos permaneció callado.

Había tantas cosas que podría mencionar.

Su voz.

Su sonrisa.

Las historias que les contaba cuando eran pequeños.

La manera en que los abrazaba después de un mal día.

Sin embargo, lo primero que apareció en su memoria fue algo mucho más sencillo.

—Sus manos.

Skyler lo observó con curiosidad.

—¿Sus manos?

Desmond asintió lentamente.

—Sí...

Bajó la mirada.

—Siempre estaban trabajando.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Cocinando, limpiando, arreglando ropa...

Hizo una pausa.

—O abrazándonos a James y a mí.

Skyler escuchó atentamente.

Desmond continuó:

—Cuando era niño, recuerdo que sus manos siempre estaban ásperas.

Observó las suyas.

—Trabajaba tanto que casi nunca tenía tiempo para descansar.

Skyler bajó ligeramente las orejas.

—Debió ser muy difícil para ella.

—Lo fue.

Desmond respiró profundamente.

—Después de que papá murió, tuvo que encargarse prácticamente de todo.

Apretó los labios.

—A veces llegaba tan cansada que apenas podía mantenerse despierta.

Skyler permaneció callada.

—Pero si James o yo necesitábamos algo, siempre encontraba fuerzas para ayudarnos.

Desmond sonrió con tristeza.

—Nunca se detenía.

La muchacha lo observó con ternura.

—Suena como alguien increíble.

El joven asintió.

—Lo era.

Permanecieron caminando durante unos instantes.

Después Desmond añadió:

—Lo peor es que muchas veces no me daba cuenta de cuánto estaba haciendo por nosotros.

Skyler lo miró.

—Eras un niño, Desmond.

—Lo sé.

Su voz se volvió más apagada.

—Pero aun así...

Guardó silencio.

Skyler comprendió que estaba comenzando a culparse nuevamente.

—Oye.

El joven levantó la mirada.

—¿Qué?

—Por lo que me has contado, Marta no hacía todas esas cosas esperando que ustedes le devolvieran cada sacrificio.

Desmond permaneció pensativo.

—Supongo que no.

Skyler sonrió suavemente.

—Las hacía porque los quería.

El joven bajó lentamente la mirada.

—Sí...

Por primera vez desde que habían salido, sus labios dibujaron una sonrisa que no parecía completamente forzada.

Continuaron caminando hasta llegar a un pequeño parque.

Era un lugar sencillo, rodeado de árboles y senderos de piedra.

Había varios bancos distribuidos alrededor de una zona abierta donde algunos niños jugaban bajo la vigilancia de sus familiares.

El sonido de las risas infantiles se mezclaba con el murmullo del viento.

Skyler señaló uno de los bancos.

—¿Nos sentamos?

Desmond asintió.

—Claro.

Ambos tomaron asiento.

Durante unos segundos permanecieron observando el movimiento del parque.

Un pequeño imp corría detrás de otro niño.

Cerca de ellos, una mujer intentaba convencer a su hija de regresar a casa.

Más allá, varios niños discutían acerca de las reglas de un juego.

Desmond contempló aquellas escenas con una expresión pensativa.

Finalmente, murmuró:

—Mi mamá solía llevarme a parques como este...

Skyler volvió la mirada.

—¿De verdad?

El joven asintió.

—Sí.

Observó a los niños.

—Cuando vivíamos en la comuna, casi no había lugares tranquilos.

Hizo una pausa.

—Pero ella siempre encontraba alguno.

Skyler sonrió.

—¿Y qué hacían?

Desmond soltó una pequeña risa.

—De todo un poco.

Recordó aquellas tardes lejanas.

—James se pasaba el tiempo corriendo de un lado a otro.

La muchacha rio suavemente.

—Eso suena bastante a él.

—Créeme, no ha cambiado demasiado.

Ambos sonrieron.

Desmond continuó:

—Yo solía sentarme cerca de mamá cuando me cansaba.

Su expresión se suavizó.

—A veces me contaba historias.

Otras simplemente se quedaba conmigo, observando cómo jugaban los demás.

Skyler lo escuchaba con atención.

—Parece que disfrutaban mucho esos momentos.

Desmond asintió lentamente.

—Sí...

Después soltó un suspiro.

—Siempre insistía en que necesitábamos algo de felicidad en medio de toda esa... mierda.

Skyler bajó la mirada.

Conocía parte de la historia de Desmond.

Sabía que había crecido en un lugar peligroso, rodeado de violencia e injusticias.

Sin embargo, escucharlo hablar de su infancia con tanta naturalidad seguía sorprendiéndola.

—Parece que era una mujer muy fuerte —respondió suavemente.

Desmond sonrió con tristeza.

—Lo era.

Skyler permaneció pensativa.

Después formuló otra pregunta.

—Desmond, ¿alguna vez pensaste cómo habría sido tu vida si hubieras crecido en otro lugar?

El joven observó las ramas de un árbol cercano.

Durante unos segundos pareció considerar aquella posibilidad.

—No mucho.

Skyler ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Nunca?

Desmond se encogió de hombros.

—La comuna 54 era todo lo que conocía.

Hizo una pausa.

—Sí, era horrible, pero... te acostumbras.

La muchacha lo observó con cierta tristeza.

—¿A la violencia?

—A muchas cosas.

Desmond bajó la mirada.

—A escuchar discusiones durante la noche.

A saber qué calles debías evitar.

A reconocer cuándo alguien estaba buscando problemas.

Se recostó contra el respaldo del banco.

—Cuando creces en un lugar así, terminas considerando normales cosas que no deberían serlo.

Skyler permaneció en silencio.

Después preguntó:

—¿Cómo eras de niño?

Desmond levantó una ceja.

—¿Cómo era?

Ella sonrió.

—Sí.

Lo observó con curiosidad.

—¿Siempre fuiste tan callado y serio?

El joven soltó una pequeña risa.

—No siempre.

Permaneció pensativo.

—Antes solía ser más... soñador.

Skyler sonrió.

—¿Soñador?

—Sí.

Desmond observó a los niños del parque.

—Me gustaba imaginar que algún día podría hacer cosas importantes.

Hizo una pausa.

—Tenía muchas preguntas. Algunas eran bastante absurdas.

Skyler soltó una pequeña carcajada.

—¿Como cuáles?

Desmond sonrió.

—Una vez le pregunté a papá por qué el cielo del Infierno no podía ser azul como el del mundo humano.

La muchacha rio suavemente.

—¿Y qué te respondió?

Desmond permaneció pensativo.

—No recuerdo exactamente sus palabras...

Su sonrisa se volvió nostálgica.

—Pero sí recuerdo que se quedó mirándome durante varios segundos, intentando encontrar una respuesta.

Skyler sonrió.

—Debiste sorprenderlo bastante.

—Eso decía mamá.

Desmond dejó escapar una pequeña risa.

Después su expresión se volvió más seria.

—Pero la vida te cambia, Skyler.

Ella lo observó atentamente.

—¿A qué te refieres?

El joven bajó la mirada.

—Cuando era pequeño, pensaba que las personas buenas siempre terminaban recibiendo algo bueno.

Su voz se volvió más apagada.

—Que si querías mucho a alguien, de alguna manera podrías protegerlo de todo.

Skyler guardó silencio.

Desmond continuó:

—Después murió papá.

Apretó lentamente las manos.

—Y comprendí que no importaba cuánto amaras a una persona.

Levantó la mirada.

—La muerte podía arrebatártela de todas formas.

Skyler sintió una punzada en el pecho.

El joven dejó escapar un suspiro.

—No puedes mantenerte igual cuando todo a tu alrededor te exige ser fuerte o quebrarte.

Durante varios segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, Skyler se acercó ligeramente.

—Desmond...

Él volvió la mirada.

—¿Sí?

La muchacha lo observó con sinceridad.

—No creo que hayas dejado de ser aquella persona soñadora.

Desmond levantó una ceja.

—¿Ah, no?

Skyler negó con la cabeza.

—No.

Señaló discretamente su pecho.

—Todavía escribes canciones sobre la esperanza.

Sonrió.

—Todavía quieres hacer algo bueno con tu música.

El joven permaneció pensativo.

—Supongo...

Skyler continuó:

—Quizás ahora ves el mundo de una manera diferente.

Hizo una pausa.

—Pero eso no significa que hayas perdido todo lo que eras antes.

Desmond la observó durante unos segundos.

Después sonrió débilmente.

—Gracias, Skyler.

La muchacha correspondió a su sonrisa.

—De nada.

El tiempo continuó avanzando.

Permanecieron sentados en el parque mientras el cielo comenzaba a adquirir tonalidades más oscuras.

Las sombras de los árboles se alargaron sobre los senderos.

Los niños fueron regresando a sus hogares.

Y poco a poco, el lugar comenzó a vaciarse.

Desmond observó el horizonte.

—Creo que deberíamos regresar.

Skyler asintió.

—Sí. Ya está oscureciendo.

Ambos se levantaron.

Comenzaron a caminar por las calles del vecindario, conversando ocasionalmente sobre lo que habían visto durante la tarde.

Desmond todavía estaba triste.

Su madre continuaba ocupando buena parte de sus pensamientos.

Pero había algo diferente en su manera de caminar.

Ya no parecía tan encerrado en sí mismo.

Skyler lo notó.

Y aquella pequeña mejoría le produjo una alegría silenciosa.

Mientras recorrían una avenida, una gota de agua cayó sobre la frente de Desmond.

El joven se detuvo.

Levantó la mirada.

—¿Eh?

Skyler también observó el cielo.

Otra gota cayó cerca de ellos.

Después una tercera.

La muchacha levantó ligeramente las orejas.

—Creo que va a llover.

Desmond contempló las nubes.

—No parece que sea mucho...

Un trueno resonó a lo lejos.

Skyler lo miró.

—¿Estás seguro?

Desmond guardó silencio.

Otra gota cayó sobre su rostro.

Después varias más.

En cuestión de segundos, una lluvia intensa comenzó a cubrir la calle.

El joven abrió los ojos.

—Oh, mierda.

Skyler soltó una carcajada.

—¡Te lo dije!

Desmond levantó un brazo para protegerse del agua.

—¡Está bien, tenías razón!

La muchacha comenzó a correr.

—¡Vamos!

Desmond la siguió inmediatamente.

Ambos avanzaron por la calle mientras el aguacero aumentaba.

El agua golpeaba el pavimento.

Las pequeñas corrientes descendían junto a las aceras.

Y sus prendas comenzaron a empaparse rápidamente.

Skyler soltó una carcajada cuando una ráfaga de viento le lanzó el agua directamente al rostro.

—¡JAJAJA! ¡DESMOND!

El joven volvió la cabeza.

—¡¿QUÉ?!

—¡ESTAMOS COMPLETAMENTE EMPAPADOS!

Desmond observó su ropa.

Después la miró.

—¡NO ME HABÍA DADO CUENTA!

Skyler comenzó a reír todavía más.

Desmond también soltó una carcajada.

Una carcajada genuina.

Espontánea.

Sin el peso de los recuerdos que lo habían atormentado durante las últimas semanas.

Durante unos instantes, simplemente corrieron bajo la lluvia.

Como dos jóvenes que habían olvidado cualquier preocupación.

Cuando finalmente llegaron a la casa de Desmond, ambos estaban completamente empapados.

El joven abrió apresuradamente la puerta.

—¡Entra, entra!

Skyler cruzó el umbral.

El agua descendía de su cabello y su pelaje, formando pequeñas gotas sobre el suelo.

Desmond cerró la puerta.

Después observó el desastre.

—Por todos los anillos...

Skyler soltó una carcajada.

—¡Parece que nos hubiéramos caído a un río!

Desmond se apartó el cabello húmedo del rostro.

—¡Y pensar que dijiste que sería una caminata tranquila!

La muchacha lo miró con indignación fingida.

—¡Tú dijiste que no iba a llover mucho!

—¡Porque no parecía!

Ambos comenzaron a reír.

Desmond fue hasta donde guardaban algunas toallas.

Regresó con dos.

Le entregó una a Skyler.

—Toma.

—Gracias.

La muchacha comenzó a secarse cuidadosamente.

Desmond hizo lo mismo.

Durante unos minutos permanecieron en la entrada, intentando evitar que el agua siguiera cayendo sobre el suelo.

Finalmente, el joven observó la lluvia a través de la ventana.

El aguacero no parecía tener intención de detenerse.

Después miró hacia Skyler.

—Oye...

Ella levantó las orejas.

—¿Sí?

Desmond vaciló unos segundos.

—¿Por qué no te quedas aquí esta noche?

La muchacha lo observó sorprendida.

—¿Aquí?

—Sí.

El joven señaló hacia la ventana.

—Con esta lluvia no creo que sea buena idea salir otra vez.

Skyler contempló el exterior.

Después volvió a mirarlo.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Bueno...

Se cruzó de brazos.

—Solo si tienes algo seco que prestarme.

Desmond soltó una carcajada.

—Creo que puedo conseguirlo.

Skyler sonrió.

—Entonces me quedo.

Desmond entró en su habitación y comenzó a buscar algunas prendas limpias.

Skyler esperaba cerca de la puerta, todavía envuelta en la toalla.

El joven abrió un cajón.

Sacó una camiseta holgada.

Después buscó un pantalón cómodo.

Observó ambas prendas.

—Creo que esto debería servir.

Se volvió hacia ella.

—Toma.

Skyler recibió la ropa.

—Gracias, Des.

El joven sonrió.

—No hay problema.

La muchacha observó las prendas.

—Creo que me quedarán un poco grandes.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Probablemente.

Skyler sonrió.

—Bueno, al menos estarán secas.

Desmond señaló hacia el baño.

—Puedes cambiarte allí.

—Perfecto.

La muchacha se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, volvió ligeramente la cabeza.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Skyler sonrió.

—Gracias por invitarme.

Desmond correspondió al gesto.

—De nada.

Cuando la muchacha desapareció por el pasillo, él dejó escapar un pequeño suspiro.

Observó su habitación.

Las cortinas seguían cerradas.

Los cuadernos permanecían sobre el escritorio.

Y la cama todavía mostraba las marcas de las largas jornadas que había pasado acostado.

Por primera vez en varias semanas, aquella habitación no le pareció un refugio del cual quisiera desaparecer del mundo.

Simplemente era su habitación.

Desmond comenzó a cambiarse.

La lluvia continuaba golpeando las ventanas cuando ambos terminaron de prepararse para descansar.

Skyler regresó vistiendo la camiseta y el pantalón que Desmond le había prestado.

Las prendas le quedaban holgadas.

Su cabello todavía estaba ligeramente húmedo, pero parecía mucho más cómoda.

Desmond la observó.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Bueno...

Skyler levantó una ceja.

—¿Qué?

—Parece que te quedó bien.

La muchacha soltó una carcajada.

—¡Me sobra ropa por todas partes!

Desmond se encogió de hombros.

—Detalles menores.

Skyler rio suavemente.

Después observó la cama.

Desmond levantó la manta.

—Ven. Hace frío.

La muchacha se acercó.

Ambos se acomodaron bajo las sábanas, dejando un espacio cómodo entre ellos.

La habitación permanecía iluminada únicamente por la luz tenue de una lámpara.

Afuera, la lluvia continuaba cayendo con intensidad.

El sonido constante del agua golpeando el techo y los cristales creaba una atmósfera tranquila.

Durante varios minutos permanecieron conversando sobre asuntos cotidianos.

Desmond le habló de algunas situaciones absurdas que había vivido con James.

Skyler compartió un par de anécdotas sobre sus amigas.

Y, poco a poco, la conversación adquirió un tono más relajado.

Hasta que ella formuló una pregunta inesperada.

—Desmond...

El joven volvió la cabeza.

—¿Sí?

Skyler contempló el techo.

—¿Cuál es tu mayor miedo?

Desmond permaneció callado.

No esperaba aquella pregunta.

Durante unos segundos intentó encontrar una respuesta sencilla.

Pero comprendió que no la tenía.

—No lo sé...

Skyler giró ligeramente el rostro.

—¿Nunca lo has pensado?

Desmond suspiró.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Demasiadas veces.

La muchacha aguardó en silencio.

Finalmente, el joven habló.

—Creo que mi mayor miedo es no ser suficiente.

Skyler lo observó con atención.

Desmond continuó:

—No ser capaz de proteger a las personas que quiero.

Bajó la mirada.

—Perderlas y no poder hacer absolutamente nada para evitarlo.

La muchacha permaneció callada.

Él observó el techo.

—Cuando murió papá, era demasiado pequeño para entender lo que había ocurrido.

Su voz se volvió más apagada.

—Pero ahora...

Se interrumpió.

Skyler esperó.

Desmond cerró los ojos.

—Ahora sabía que mamá estaba enferma.

Apretó lentamente las manos.

—Sabía que podía morir.

Su respiración comenzó a volverse más pesada.

—Y aun así no pude hacer nada.

Skyler sintió una punzada en el pecho.

Se acercó ligeramente.

—Desmond...

El joven negó con la cabeza.

—Sé que no fue mi culpa.

Su voz tembló.

—James me lo ha dicho muchas veces.

Hizo una pausa.

—Pero eso no hace que deje de sentirme inútil.

Skyler permaneció pensativa.

Después habló suavemente.

—No creo que amar a alguien signifique poder salvarlo de todo.

Desmond volvió la mirada.

La muchacha continuó:

—A veces las cosas ocurren aunque hagamos cuanto esté a nuestro alcance para evitarlas.

Su voz se volvió más baja.

—Y eso no significa que hayamos fallado.

Desmond la observó durante unos segundos.

Finalmente dejó escapar un suspiro.

—Supongo que tienes razón.

Skyler sonrió débilmente.

—Ojalá pudiera decirte algo que hiciera desaparecer todo ese dolor.

El joven negó lentamente.

—No tienes que hacerlo.

La muchacha bajó la mirada.

Desmond añadió:

—Ya has hecho bastante por mí.

Skyler volvió a mirarlo.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Después ella sonrió suavemente.

—Bueno...

Se acomodó mejor entre las sábanas.

—Supongo que ahora me toca responder.

Desmond levantó una ceja.

—¿Responder qué?

—Mi propio miedo.

El joven soltó una pequeña risa.

—Ah, claro.

Skyler contempló el techo.

Durante algunos segundos pareció debatirse entre hablar o guardar silencio.

Finalmente respondió.

—Creo que mi mayor miedo es quedarme sola.

Desmond volvió lentamente la cabeza.

La muchacha continuó:

—También tengo miedo de perder a las personas que me importan.

Hizo una pausa.

—Pero la soledad...

Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia atrás.

—Creo que eso es lo que más me asusta.

Desmond la observó con atención.

Había algo diferente en su voz.

Una vulnerabilidad que normalmente mantenía oculta detrás de su timidez y sus sonrisas.

—¿Por qué?

Skyler permaneció pensativa.

—No lo sé exactamente...

Bajó la mirada.

—Supongo que a veces siento que, aunque esté rodeada de personas, no siempre tengo a alguien con quien hablar de verdad.

Desmond guardó silencio.

La muchacha continuó:

—Tengo amigas, conozco gente...

Hizo una pausa.

—Pero eso no significa que siempre me sienta acompañada.

El joven la observó con una tristeza silenciosa.

Skyler soltó una pequeña risa incómoda.

—Suena bastante tonto, ¿verdad?

Desmond negó inmediatamente con la cabeza.

—No.

Ella levantó la mirada.

—¿No?

—No tiene nada de tonto.

El joven permaneció callado unos segundos.

Después añadió:

—Todos necesitamos sentir que tenemos a alguien.

Skyler lo observó.

Desmond sonrió suavemente.

—Y tú no tienes que estar sola.

La muchacha permaneció inmóvil.

Él continuó:

—Siempre tendrás a alguien...

Hizo una pequeña pausa.

—Me tendrás a mí.

Skyler sintió que el corazón le latía con fuerza.

Durante unos segundos fue incapaz de responder.

Después una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Gracias, Desmond...

Su voz fue apenas un susurro.

Él correspondió a su sonrisa.

—De nada.

La lluvia continuó golpeando las ventanas.

Pero dentro de la habitación, el silencio había adquirido una calidez diferente.

La conversación continuó.

Ambos comenzaron a compartir pensamientos que normalmente preferían guardar para sí mismos.

No eran confesiones fáciles.

En ocasiones necesitaban detenerse antes de responder.

Otras veces permanecían callados durante varios segundos, buscando las palabras adecuadas.

Pero ninguno parecía sentirse incómodo.

Skyler contemplaba el techo cuando formuló otra pregunta.

—Desmond...

—¿Sí?

—¿Qué es lo que más odias de ti mismo?

El joven permaneció inmóvil.

Después soltó una pequeña risa.

—Vaya...

Skyler volvió el rostro.

—¿Qué?

—Haces preguntas bastante difíciles.

La muchacha sonrió.

—Lo sé.

Desmond permaneció pensativo.

Observó sus manos.

Durante varios segundos no respondió.

Finalmente, habló.

—Odio...

Hizo una pausa.

—Odio que no siempre soy fuerte.

Skyler lo observó con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

Desmond suspiró.

—Siempre he intentado mantenerme firme.

Su mirada permanecía fija en el techo.

—Cuando papá murió, traté de no llorar delante de mamá y James.

Hizo una pausa.

—Pensaba que, si ellos me veían tranquilo, quizás se sentirían un poco mejor.

Skyler permaneció callada.

—Después crecí y seguí haciendo lo mismo.

El joven sonrió con amargura.

—Intenté convencerme de que podía soportar cualquier cosa.

Miró hacia ella.

—Pero cuando mamá murió...

Su voz se quebró ligeramente.

—Me derrumbé.

Skyler sintió una punzada en el pecho.

Desmond volvió a mirar el techo.

—Y odio sentir que no soy tan fuerte como debería.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, Skyler respondió:

—Desmond...

El joven volvió la mirada.

—¿Sí?

La muchacha lo observó con sinceridad.

—No creo que llorar signifique que seas débil.

Desmond permaneció pensativo.

Skyler continuó:

—Has pasado por cosas muy difíciles.

Hizo una pausa.

—Sería extraño que nada de eso te afectara.

El joven bajó la mirada.

Ella sonrió suavemente.

—Además, creo que has sido muy fuerte durante mucho tiempo.

Desmond soltó un pequeño suspiro.

—Tal vez...

Skyler permaneció callada.

Después, él formuló una pregunta.

—¿Y tú?

La muchacha ladeó la cabeza.

—¿Yo qué?

Desmond sonrió ligeramente.

—¿Qué es lo que más odias de ti misma?

Skyler bajó la mirada.

Durante unos segundos jugueteó con el borde de la manta.

Finalmente respondió.

—Creo que me preocupo demasiado por lo que los demás piensen de mí.

Desmond la observó con atención.

La muchacha continuó:

—A veces quiero decir algo, pero me quedo callada porque tengo miedo de incomodar a alguien.

Hizo una pausa.

—O quiero defenderme, pero termino preguntándome si estoy exagerando.

Su expresión se volvió más triste.

—Quiero ser fuerte, Desmond.

Bajó las orejas.

—Pero a veces siento que me falta coraje.

El joven permaneció callado.

Recordó inmediatamente la noche en que se habían conocido.

La barra.

El sabueso que la molestaba.

Y la expresión de miedo que había visto en su rostro.

Sin embargo, también recordó cómo Skyler había logrado tranquilizarse, conversar con él y compartir sus pensamientos a pesar de lo desagradable que había sido aquella experiencia.

Desmond sonrió suavemente.

—No creo que te falte tanto coraje como piensas.

Skyler levantó la mirada.

—¿Por qué lo dices?

El joven se encogió de hombros.

—Porque estás aquí.

La muchacha frunció ligeramente el ceño.

—¿Aquí?

—Sí.

Desmond la observó.

—Has venido a visitarme durante semanas aunque casi nunca te respondo como debería.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Me has escuchado, has intentado ayudarme y no te has rendido conmigo.

Skyler permaneció inmóvil.

El joven continuó:

—No creo que alguien sin coraje hiciera todo eso.

La muchacha sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Sonrió.

—Gracias, Des...

Él correspondió al gesto.

—Solo estoy diciendo lo que pienso.

Skyler soltó una pequeña risa.

—Eso ya lo había notado.

Ambos sonrieron.

El reloj avanzó lentamente hacia la medianoche.

La lluvia había disminuido, aunque todavía podía escucharse el suave golpeteo de algunas gotas contra los cristales.

La habitación permanecía iluminada por la pequeña lámpara situada junto a la cama.

Desmond observó el reloj.

—Vaya...

Skyler levantó ligeramente la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Ya es medianoche.

La muchacha abrió los ojos.

—¿En serio?

Desmond señaló el reloj.

—Míralo.

Skyler soltó una pequeña carcajada.

—Otra vez se nos fue el tiempo hablando.

El joven sonrió.

—Parece que tenemos esa costumbre.

La muchacha lo observó.

—Supongo que sí.

Durante unos segundos permanecieron mirándose.

Después, Skyler se acomodó mejor bajo las sábanas.

—Creo que deberíamos dormir.

Desmond asintió.

—Sí.

Apagó la lámpara.

La habitación quedó envuelta en una penumbra tranquila.

Solo la luz tenue del exterior conseguía atravesar las cortinas.

Skyler se acomodó junto a él.

Sus movimientos fueron suaves, procurando no incomodarlo.

Desmond permaneció acostado boca arriba durante unos segundos.

Después volvió lentamente el rostro hacia ella.

La muchacha parecía relajada.

Sus ojos comenzaban a cerrarse.

Su respiración se volvía cada vez más tranquila.

Desmond la observó en silencio.

Pensó en todo lo ocurrido durante aquella tarde.

En la caminata.

En los recuerdos de Marta.

En la lluvia que los había sorprendido durante el regreso.

Y en aquella conversación que, sin proponérselo, había terminado revelando algunos de sus pensamientos más profundos.

Había pasado tres semanas convencido de que nada conseguiría aliviar el vacío que sentía.

Y aquella noche comprendió que el dolor seguía allí.

No había desaparecido.

Tampoco había dejado de extrañar a su madre.

Pero, por primera vez desde el funeral, había conseguido reír.

Había salido de casa.

Había recordado momentos felices sin sentir únicamente desesperación.

Y había encontrado tranquilidad en la compañía de otra persona.

Desmond volvió a observar a Skyler.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Gracias... —murmuró.

La muchacha, ya adormilada, apenas consiguió responder.

—¿Hmm...?

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—Nada.

Skyler sonrió débilmente.

Después cerró los ojos.

El joven permaneció despierto unos minutos más.

Escuchó el sonido de la lluvia.

Sintió el calor de las mantas.

Y dejó que aquella tranquilidad, tan extraña durante las últimas semanas, comenzara a envolverlo.

Por primera vez en mucho tiempo, no sintió la necesidad de permanecer despierto atormentándose con sus recuerdos.

Su cuerpo comenzó a relajarse.

Su respiración se volvió más lenta.

Y el cansancio terminó por vencerlo.

Finalmente, cerró los ojos y cayó en un sueño profundo, sabiendo que, al menos por esta noche, no estaba solo.

CAP 9

Un Cumpleaños Lleno de Armonía

La felicidad no siempre llegaba acompañada de grandes acontecimientos.

A veces se escondía en los pequeños detalles de la vida cotidiana: una conversación inesperada, una sonrisa sincera o la compañía de alguien dispuesto a permanecer a nuestro lado incluso durante los momentos más difíciles.

Desmond estaba comenzando a comprenderlo.

Habían transcurrido varias semanas desde la muerte de Marta, y aunque el dolor continuaba presente, algo había cambiado en su manera de afrontar aquella pérdida.

La tristeza no había desaparecido.

Todavía había mañanas en las que despertaba esperando escuchar la voz de su madre. Ocasiones en las que, sin darse cuenta, pensaba en llamarla para contarle algo que le había sucedido. Instantes durante los cuales una fotografía, una canción o incluso el aroma de alguna comida le recordaban dolorosamente su ausencia.

Pero también había comenzado a comprender que recordar a Marta no significaba permanecer atrapado en el sufrimiento.

Su madre había dedicado su existencia a enseñarle que, incluso en los lugares más crueles, siempre existían razones para seguir adelante.

Y Desmond todavía tenía algunas.

James continuaba a su lado, trabajando incansablemente para mantener el hogar que ambos habían construido.

Skyler, por su parte, se había convertido en una presencia cada vez más importante en su vida.

Desde aquella noche lluviosa, la joven sabueso había continuado visitándolo con frecuencia. A veces salían a caminar; otras permanecían conversando durante horas o simplemente disfrutaban de la compañía del otro.

Desmond había comenzado a recuperar poco a poco algunas de sus antiguas costumbres.

Entre ellas, la escritura.

Sin embargo, había algo que el joven desconocía.

Mientras él intentaba reconstruir su vida después de aquella pérdida, las dos personas que más lo querían estaban preparando una pequeña sorpresa.

Una sorpresa que le recordaría cuánto amor continuaba existiendo a su alrededor.

Aquella mañana, la casa de los hermanos Lebrozky estaba más ocupada de lo habitual.

Desde temprano, James había tomado posesión de la cocina.

Vestía una camiseta sencilla y un delantal que utilizaba cuando preparaba comidas especialmente elaboradas. Sobre la encimera descansaban varios ingredientes cuidadosamente organizados, mientras algunas ollas hervían sobre los fogones.

El aroma de las especias comenzaba a extenderse por toda la vivienda.

James se movía con la precisión que había adquirido durante sus jornadas en Neffitti.

Cortaba.

Mezclaba.

Probaba.

Y, de vez en cuando, murmuraba alguna queja cuando algo no salía exactamente como esperaba.

—Vamos, vamos...

Observó una preparación.

—Un poquito más...

Tomó una cuchara y probó el contenido de una olla.

Permaneció pensativo durante unos segundos.

Después sonrió satisfecho.

—Perfecto.

Desde la sala llegó una voz femenina.

—¡James!

El joven levantó la cabeza.

—¡¿Qué pasa?!

—¡Necesito tu opinión!

James dejó escapar un suspiro.

—¡Dame un segundo!

Se limpió las manos con un paño y salió de la cocina.

En la sala encontró a Skyler.

La muchacha estaba de pie sobre una silla, intentando acomodar una guirnalda que se negaba a permanecer en la posición correcta.

A su alrededor había globos de distintos colores, serpentinas y algunas decoraciones que ambos habían comprado para la ocasión.

Skyler sostuvo un extremo de la guirnalda.

—¿Así está bien?

James observó la decoración.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—Un poco más a la izquierda.

La joven movió la mano.

—¿Así?

—No, mi izquierda.

Skyler volvió a acomodarla.

—¿Ahora?

James entrecerró los ojos.

—Un poquito más...

La muchacha dejó escapar un suspiro.

—¡James!

Él soltó una carcajada.

—¡Está bien, está bien! ¡Ahí está perfecta!

Skyler lo observó con evidente desconfianza.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

La joven bajó cuidadosamente de la silla.

Contempló su trabajo.

Después sonrió.

—Bueno... creo que quedó bonita.

James asintió.

—Mucho mejor que cualquier decoración que yo hubiera hecho.

Skyler soltó una pequeña risa.

—¿Tan malo eres?

El joven cruzó los brazos.

—Soy cocinero, Skyler. No decorador.

Ella rio.

—Ya veo.

James regresó hacia la cocina.

Pero antes de cruzar la puerta, Skyler volvió a llamarlo.

—Oye, James...

El joven se detuvo.

—¿Sí?

La muchacha contempló las decoraciones.

Su expresión cambió ligeramente.

—¿Crees que le guste todo esto?

James la observó.

Había cierta preocupación en su voz.

Skyler volvió a mirar la sala.

—No quiero que se sienta incómodo.

Se acomodó nerviosamente un mechón de cabello.

—Sé que todavía está pasando por un momento difícil y...

Hizo una pausa.

—No sé si celebrar su cumpleaños sea lo más apropiado.

James permaneció callado durante unos segundos.

Después observó las decoraciones.

Los globos.

La mesa.

La pequeña pancarta que ambos habían preparado.

Finalmente, soltó un suspiro.

—No sé si le guste...

Skyler bajó ligeramente las orejas.

James continuó:

—Pero sé que le hará bien.

La muchacha levantó la mirada.

El joven sonrió con tristeza.

—A veces, un pequeño detalle puede ser justo lo que uno necesita.

Skyler permaneció pensativa.

James se acercó lentamente.

—Mira, Skyler...

Su voz adquirió un tono más serio.

—Desmond lleva semanas sintiéndose culpable por cosas que no podía controlar.

La joven asintió.

—Lo sé.

—Y aunque ha mejorado bastante, todavía hay días en los que parece que todo vuelve a derrumbarse.

James observó una fotografía familiar sobre una repisa.

Marta aparecía sonriendo junto a Miguel y sus dos hijos.

Su expresión se suavizó.

—Mamá siempre hacía algo especial durante nuestros cumpleaños.

Skyler siguió su mirada.

—¿De verdad?

James asintió.

—No importaba cuánto dinero tuviéramos.

Soltó una pequeña risa.

—A veces apenas alcanzaba para un pastel pequeño y algunas decoraciones hechas con papel viejo.

La muchacha sonrió.

—Suena bonito.

—Lo era.

James permaneció callado durante unos instantes.

Después continuó:

—Cuando Desmond cumplió siete años, mamá y yo le organizamos una fiesta.

Su sonrisa se desvaneció ligeramente.

Skyler percibió el cambio.

—¿Ocurrió algo?

James bajó la mirada.

—Fue el día en que papá desapareció.

La muchacha sintió una punzada en el pecho.

—Oh...

El joven respiró profundamente.

—Desde entonces, los cumpleaños siempre han tenido un significado complicado para nosotros.

Observó nuevamente las decoraciones.

—Pero mamá nunca permitió que dejáramos de celebrarlos.

Skyler lo escuchaba atentamente.

—Decía que la vida ya tenía demasiadas tristezas como para renunciar voluntariamente a los pocos momentos de felicidad que nos ofrecía.

La muchacha sonrió suavemente.

—Eso suena exactamente como la mujer que Desmond me ha descrito.

James asintió.

—Lo era.

Permanecieron callados unos segundos.

Finalmente, el joven sonrió.

—Por eso quiero hacer esto.

Miró a Skyler.

—No vamos a obligarlo a estar feliz. Solo queremos recordarle que todavía tiene razones para sonreír.

La muchacha respiró profundamente.

Después asintió.

—Entonces hagamos que sea un cumpleaños especial.

James sonrió.

—Esa es la actitud.

Mientras tanto, Desmond se encontraba bastante lejos de imaginar lo que estaba sucediendo en su casa.

Había salido durante la mañana con su cuaderno y un lápiz.

Después de caminar por el vecindario, terminó llegando al mismo parque que había visitado con Skyler durante aquella tarde en que la lluvia los sorprendió.

El lugar estaba tranquilo.

Algunos niños jugaban cerca de los senderos.

Un par de adultos conversaban sentados en un banco.

Y el viento movía suavemente las hojas de los árboles.

Desmond eligió un lugar apartado.

Se sentó.

Abrió su cuaderno.

Y comenzó a escribir.

Durante varias semanas había sido incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar cuanto sentía.

Cada vez que intentaba componer algo, terminaba recordando los últimos momentos de Marta.

La habitación del hospital.

Su voz debilitada.

Las manos que perdieron lentamente el calor.

Y aquella promesa que jamás olvidaría.

«No dejen de luchar por lo que aman».

Desmond contempló la página.

Después respiró profundamente.

—Vamos...

Tomó el lápiz.

Escribió una frase.

La leyó.

Permaneció pensativo.

Después añadió otra.

Por primera vez desde la muerte de su madre, las palabras comenzaron a surgir sin que tuviera que obligarse a encontrarlas.

No eran versos especialmente alegres.

Tampoco estaban libres de tristeza.

Pero había algo distinto en ellos.

Ya no hablaban únicamente de la pérdida.

También comenzaban a hablar de los recuerdos.

De aquellas pequeñas cosas que permanecían incluso después de que alguien se marchara.

Desmond escribió otra línea.

Después levantó la mirada.

Cerca de él, un pequeño imp corría detrás de una pelota mientras su madre lo observaba desde un banco.

El niño tropezó.

Cayó al suelo.

Durante un instante pareció que comenzaría a llorar.

Pero su madre se levantó inmediatamente y se acercó para ayudarlo.

Le limpió las rodillas.

Le acarició la cabeza.

Y, después de unas cuantas palabras de consuelo, el pequeño volvió a correr.

Desmond contempló aquella escena.

Una sonrisa débil apareció en su rostro.

Recordó las tardes en que Marta lo llevaba a parques similares.

Ella siempre encontraba la manera de hacer que cualquier actividad pareciera especial.

Incluso cuando apenas tenían dinero.

Incluso cuando el cansancio amenazaba con vencerla.

Desmond bajó lentamente la mirada.

—Mamá...

Su voz apenas fue un susurro.

Acarició distraídamente el colgante que llevaba alrededor del cuello.

—Ojalá pudieras verme ahora...

Permaneció callado durante unos segundos.

Después volvió a observar el cuaderno.

Recordó las palabras que Skyler le había dicho durante aquella noche lluviosa.

No tenía que dejar de querer a su madre.

Tampoco necesitaba fingir que el dolor había desaparecido.

Simplemente podía continuar viviendo.

Desmond respiró profundamente.

Y volvió a escribir.

Las palabras comenzaron a fluir con mayor naturalidad.

Por primera vez en semanas, aquella actividad no le produjo únicamente tristeza.

También sintió algo que había creído perdido.

Inspiración.

En casa, los preparativos continuaban.

James había terminado buena parte de la comida.

El aroma de los guisos y las especias llenaba la cocina, mientras un pastel se horneaba lentamente.

Skyler había terminado de colocar las últimas decoraciones.

Ahora observaba la sala con una expresión satisfecha.

—James...

El joven apareció desde la cocina.

—¿Qué ocurre?

La muchacha señaló su trabajo.

—Creo que terminamos.

James contempló la habitación.

Había globos junto a las ventanas, serpentinas alrededor de las paredes y una mesa preparada para tres personas.

En el centro descansaba un pequeño espacio reservado para el pastel.

Sobre una pared colgaba una pancarta que decía:

¡Feliz cumpleaños, Desmond!

James sonrió.

—Quedó bastante bien.

Skyler asintió.

—Espero que le guste.

El joven observó el reloj.

—Todavía tenemos tiempo.

La muchacha levantó ligeramente las orejas.

—¿Tiempo para qué?

James sonrió.

—Para terminar su regalo.

Skyler abrió los ojos.

—¡Es verdad!

Ambos se dirigieron hacia una habitación donde habían escondido una caja grande.

Estaba envuelta en papel dorado y decorada con un lazo azul.

Skyler se agachó frente a ella.

—¿Crees que sospeche algo?

James soltó una carcajada.

—Desmond puede ser muy inteligente, pero cuando está concentrado escribiendo, podría caerse el techo y no se daría cuenta.

La muchacha comenzó a reír.

—¡James!

—¡Es verdad!

El joven contempló la caja.

Su expresión se suavizó.

Skyler lo notó.

—¿Qué pasa?

James permaneció callado unos segundos.

Después acarició ligeramente el papel que cubría el regalo.

—Nada...

Sonrió con nostalgia.

—Solo estaba recordando a papá.

Skyler observó la caja.

—¿Por la guitarra?

James asintió.

—Sí.

Se sentó sobre una silla cercana.

—Miguel tenía una muy parecida.

La muchacha permaneció a su lado.

—Desmond me ha contado algunas cosas sobre él.

James sonrió.

—Era un hombre increíble.

Hizo una pausa.

—No tenía mucho tiempo libre, pero cuando llegaba del trabajo y todavía le quedaban fuerzas, sacaba su guitarra y tocaba para nosotros.

Skyler escuchó atentamente.

—¿También le gustaba la música?

—Muchísimo.

James soltó una pequeña risa.

—A veces mamá se molestaba porque él comenzaba a tocar cuando ya era demasiado tarde.

La muchacha sonrió.

—¿Y qué hacía Miguel?

—Seguir tocando, por supuesto.

Ambos comenzaron a reír.

James contempló nuevamente la caja.

—Desmond siempre se quedaba observándolo.

Su sonrisa adquirió un tono melancólico.

—Era muy pequeño, pero parecía fascinado por cada nota.

Skyler bajó lentamente la mirada.

—Entonces este regalo significa mucho más de lo que imaginaba.

James asintió.

—Eso espero.

Después se levantó.

—Bueno, será mejor que terminemos antes de que regrese.

Skyler sonrió.

—¡Sí!

Ambos volvieron a sus tareas.

La tarde comenzó a caer sobre el vecindario.

Desmond permanecía sentado en el parque, contemplando las últimas líneas que había escrito.

Había conseguido llenar varias páginas.

Algunas necesitaban correcciones.

Otras todavía estaban incompletas.

Pero, por primera vez en semanas, se sentía satisfecho con su trabajo.

Cerró lentamente el cuaderno.

Observó el cielo.

Una brisa suave acarició su rostro.

Después miró nuevamente a los niños que jugaban cerca de él.

Recordó el cariño de Marta.

Las bromas de James.

Y la paciencia con la que Skyler lo había acompañado durante sus momentos más difíciles.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Todavía extrañaba a su madre.

Probablemente siempre lo haría.

Pero comenzaba a comprender que su vida no tenía por qué terminar junto con la de ella.

Desmond guardó el cuaderno dentro de su mochila.

Se levantó.

Y emprendió el camino de regreso.

En la casa, James acababa de retirar el pastel del horno.

Skyler observaba el resultado con evidente entusiasmo.

—¡James, quedó precioso!

El joven sonrió orgullosamente.

—Por supuesto.

La muchacha soltó una pequeña risa.

—Qué modesto.

—Soy un profesional.

James levantó ligeramente la barbilla.

—La modestia es opcional.

Skyler estalló en carcajadas.

—¡Eres igual de insoportable que tu hermano!

James comenzó a reír.

—¡Eso mismo dice él!

Ambos continuaron trabajando.

Cuando terminaron de acomodar el pastel, Skyler observó el reloj.

—¿A qué hora crees que llegue?

James se encogió de hombros.

—No debería tardar.

La muchacha se quedó inmóvil.

Sus orejas se levantaron.

—Espera...

James la observó.

—¿Qué?

Skyler señaló hacia la entrada.

—Creo que escuché algo.

Ambos permanecieron en silencio.

Unos pasos se acercaban por el exterior de la vivienda.

Después se escuchó el sonido de unas llaves.

James abrió los ojos.

—¡Es él!

Skyler se sobresaltó.

—¡¿Qué hacemos?!

—¡Apaga las luces!

La muchacha corrió hacia el interruptor.

James tomó rápidamente su posición junto a la mesa.

La sala quedó a oscuras.

Ambos aguardaron.

La puerta principal comenzó a abrirse.

Desmond entró en la vivienda.

Lo primero que notó fue el silencio.

Normalmente, a aquella hora, podía escuchar a James moviéndose por la cocina o preparando algo para cenar.

Pero aquella tarde no se escuchaba absolutamente nada.

Frunció el ceño.

—¿James?

No hubo respuesta.

Dejó su mochila junto a la entrada.

—¿Hermano?

Observó la oscuridad.

—¿Se fue la luz?

Avanzó lentamente.

—Por todos los anillos, como se haya dañado otra vez...

Antes de terminar la frase, las luces se encendieron.

—¡¡SORPRESA!!

Desmond dio un respingo.

—¡AAAAH!

Retrocedió instintivamente.

Después abrió los ojos de par en par.

Frente a él estaban James y Skyler.

Ambos sonreían.

La sala estaba decorada con globos, serpentinas y una pancarta de cumpleaños.

Sobre la mesa descansaba una comida cuidadosamente preparada.

Y, en el centro, un pastel que parecía haber requerido bastante trabajo.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos no consiguió pronunciar una sola palabra.

—¿Qué...?

Miró a James.

Después a Skyler.

Finalmente, contempló las decoraciones.

—¿Todo esto...?

James sonrió.

—¡Feliz cumpleaños, enano!

Skyler levantó alegremente los brazos.

—¡Feliz cumpleaños, Desmond!

El joven abrió ligeramente la boca.

Pero no consiguió responder.

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

James percibió inmediatamente su expresión.

La sonrisa se suavizó.

—Oye...

Se acercó un paso.

—¿Te gusta?

Desmond intentó hablar.

Pero la voz se le quebró.

—James...

Su hermano permaneció inmóvil.

Desmond caminó rápidamente hacia él.

Y lo abrazó con todas sus fuerzas.

James se sorprendió ligeramente.

Después correspondió al abrazo.

—Eh, tranquilo...

Soltó una pequeña risa.

—Que todavía necesito respirar.

Desmond cerró los ojos.

Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas.

—Gracias...

Su voz temblaba.

—Gracias por esto, James.

El joven imp lo abrazó con mayor fuerza.

—No tienes que agradecer nada, hermano.

Le dio unas palmadas en la espalda.

—Es tu día.

Hizo una pausa.

—Y lo mereces.

Desmond permaneció abrazado a él durante varios segundos más.

Finalmente, se separó.

Se limpió las lágrimas.

Después volvió la mirada hacia Skyler.

La joven permanecía cerca de la mesa.

Sus orejas estaban ligeramente inclinadas hacia atrás y sostenía las manos frente a su cuerpo, claramente nerviosa.

—Yo... —comenzó a decir—. Espero que no te haya molestado que organizáramos todo sin avisarte.

Desmond la observó con una sonrisa.

—Skyler...

La muchacha levantó la mirada.

—¿Sí?

El joven se acercó.

Y antes de que ella pudiera añadir otra palabra, le dio un beso suave en la mejilla.

Skyler permaneció completamente inmóvil.

Sus ojos se abrieron de par en par.

Un intenso rubor apareció en su rostro.

Desmond sonrió.

—Gracias, Skyler.

Su voz estaba cargada de sinceridad.

—Esto significa mucho para mí.

La muchacha intentó recuperar la compostura.

—N-no era necesario...

Bajó ligeramente la mirada.

—Solo quería que te sintieras bien.

Desmond la observó durante unos segundos.

Después sonrió con ternura.

—Lo conseguiste.

Skyler levantó lentamente los ojos.

Una sonrisa apareció en su rostro.

James observó la escena desde la mesa.

Después soltó una pequeña carcajada.

—Bueno, tortolitos...

Desmond volvió inmediatamente la cabeza.

—¡James!

Su hermano levantó ambas manos.

—¡¿Qué?! ¡La comida se está enfriando!

Skyler comenzó a reír.

Desmond negó divertido con la cabeza.

Y, por primera vez en mucho tiempo, la casa volvió a llenarse de risas.

La celebración comenzó poco después.

Los tres se sentaron alrededor de la mesa.

James había preparado varios platos que sabía que le gustaban a Desmond.

Había dedicado buena parte del día a conseguir que cada preparación quedara exactamente como quería.

Desmond observó la comida.

Después miró a su hermano.

—¿Hiciste todo esto tú solo?

James levantó una ceja.

—¿Acaso dudas de mis habilidades?

El joven soltó una carcajada.

—No, pero...

Observó nuevamente los platos.

—Es muchísimo.

Skyler sonrió.

—James lleva toda la mañana trabajando.

Desmond volvió a mirar a su hermano.

—¿Desde temprano?

James se encogió de hombros.

—Tenía que asegurarme de que todo quedara bien.

Después señaló un plato.

—Anda, prueba eso.

Desmond tomó un pequeño bocado.

Lo masticó lentamente.

Permaneció pensativo.

James lo observaba con evidente expectativa.

—¿Y bien?

El joven cerró los ojos.

—Mmm...

Su hermano frunció el ceño.

—Desmond...

El joven continuó masticando.

Después abrió los ojos.

—Está horrible.

James quedó completamente inmóvil.

Skyler abrió la boca.

—¿Qué?

Desmond mantuvo una expresión seria durante unos segundos.

Después estalló en carcajadas.

—¡JAJAJA! ¡MENTIRA!

James golpeó suavemente la mesa.

—¡MALDITO IDIOTA!

Skyler comenzó a reír.

Desmond apenas conseguía hablar.

—¡Está buenísimo!

Su hermano negó con la cabeza.

—Te juro que algún día voy a dejarte cocinar por tu cuenta.

El joven sonrió.

—Eso sería una tragedia para todos.

Skyler se llevó una mano al hocico para contener una carcajada.

—¿Tan malo eres cocinando?

James respondió inmediatamente.

—No tienes idea.

Desmond lo miró indignado.

—¡Oye!

Su hermano continuó:

—Una vez casi arruina una olla intentando preparar algo tan sencillo como arroz.

Skyler abrió los ojos.

—¡¿En serio?!

Desmond levantó ambas manos.

—¡Eso fue hace años!

James soltó una carcajada.

—¡Y desde entonces no has mejorado!

La sala volvió a llenarse de risas.

Durante varios minutos continuaron comiendo, conversando y compartiendo pequeñas anécdotas.

Desmond se descubrió disfrutando de aquella celebración más de lo que esperaba.

No había una multitud de invitados.

Tampoco música estridente ni grandes lujos.

Solo estaban James y Skyler.

Pero aquello era suficiente.

Cuando terminaron de comer, James se levantó de la mesa.

—Bueno...

Se cruzó de brazos.

—Creo que llegó el momento.

Desmond levantó una ceja.

—¿El momento de qué?

Skyler sonrió.

—Del regalo.

El joven parpadeó.

—¿Regalo?

James soltó una carcajada.

—¡Pues claro, idiota! ¡Es tu cumpleaños!

Desmond negó lentamente con la cabeza.

—No tenían que comprarme nada.

Skyler sonrió.

—Queríamos hacerlo.

James desapareció brevemente por el pasillo.

Desmond observó a Skyler.

—¿Qué hicieron?

La muchacha intentó mantener una expresión inocente.

—Nada...

El joven entrecerró los ojos.

—Skyler...

Ella soltó una pequeña risa.

—¡Espera y verás!

En ese momento, James regresó.

Sostenía una caja considerablemente grande.

Estaba envuelta en papel dorado y decorada con un lazo azul.

Desmond abrió los ojos.

—Por todos los anillos...

James dejó cuidadosamente la caja frente a él.

—Esto es de parte de Skyler y mía.

Sonrió.

—Ábrelo.

Desmond contempló el paquete.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después levantó la mirada.

—¿De verdad es para mí?

Skyler asintió.

—Claro que sí.

James sonrió.

—¿Vas a abrirlo o tendremos que hacerlo nosotros?

El joven soltó una pequeña risa.

—Está bien, está bien.

Comenzó a retirar el papel.

Lo hizo con cuidado al principio.

Pero su curiosidad terminó por vencerlo.

Desprendió el lazo.

Rasgó el envoltorio.

Y finalmente levantó la tapa.

Entonces se quedó inmóvil.

Dentro de la caja descansaba una guitarra.

Su acabado era hermoso.

Las cuerdas brillaban bajo la iluminación de la sala y la madera había sido cuidadosamente pulida.

Sin embargo, aquello no era lo que había dejado a Desmond sin palabras.

Lo que realmente lo había sorprendido era su apariencia.

La guitarra era prácticamente idéntica a aquella que Miguel solía tocar cuando él era pequeño.

Desmond permaneció observándola durante varios segundos.

Sus manos comenzaron a temblar ligeramente.

—No puede ser...

James dejó de sonreír por un instante.

Observó a su hermano.

—¿La reconoces?

Desmond levantó lentamente la mirada.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es...

Su voz se quebró.

—Es igual a la de papá...

James asintió.

—Sí.

Se acercó.

—La estuvimos buscando durante un tiempo.

Skyler sonrió suavemente.

—James me contó cuánto significaba para ti.

Desmond volvió a contemplar la guitarra.

Recordó a Miguel sentado en la sala de la antigua casa.

Sus manos recorriendo las cuerdas.

La melodía llenando las habitaciones.

Marta escuchándolo mientras preparaba algo de comer.

Y James riendo cada vez que su padre se equivocaba deliberadamente para hacerlo reír.

Eran recuerdos lejanos.

Pero permanecían vivos.

Desmond acarició cuidadosamente la madera.

—Siempre quise una...

James sonrió.

—Lo sé.

Su voz adquirió un tono más cálido.

—Siempre quisiste una, y pensamos que era el momento perfecto para que volvieras a tocar.

Desmond levantó lentamente la guitarra.

La sostuvo entre sus manos.

Durante unos segundos no pronunció una sola palabra.

Después levantó la mirada hacia su hermano.

—James...

El joven imp sonrió.

—¿Qué?

Desmond tragó saliva.

—Gracias...

James se acercó y le revolvió el cabello.

—De nada, enano.

Skyler contemplaba la escena con una sonrisa emocionada.

Desmond volvió a mirar el instrumento.

Sus dedos recorrieron cuidadosamente las cuerdas.

Después se sentó.

—¿Puedo probarla?

James soltó una carcajada.

—¡Es tuya, idiota!

Desmond sonrió.

Acomodó la guitarra sobre sus piernas.

Y comenzó a afinarla.

El sonido de las primeras notas llenó lentamente la sala.

Desmond permanecía concentrado.

Ajustaba cuidadosamente las cuerdas, comprobando cada sonido antes de continuar.

James lo observaba con una expresión nostálgica.

Skyler se sentó cerca de ellos.

Sus orejas permanecían erguidas mientras escuchaba.

Finalmente, Desmond dejó de ajustar el instrumento.

Probó unos acordes.

La melodía resonó suavemente.

El joven permaneció inmóvil.

Aquella sensación le resultaba familiar.

Como si sus manos recordaran algo que su mente había mantenido oculto durante años.

James sonrió.

—¿Qué vas a tocar?

Desmond contempló la guitarra.

Permaneció pensativo.

Después levantó la mirada.

—Creo que hay una canción que quiero recordar.

James levantó ligeramente las cejas.

—¿Cuál?

Desmond sonrió con nostalgia.

—La Media Arepa.

Su hermano permaneció inmóvil durante un instante.

Después una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—No puede ser...

Desmond asintió.

—Hace años que no la escucho.

James soltó una pequeña risa.

—Mamá la cantaba a cada rato.

Skyler los observó con curiosidad.

—¿La Media Arepa?

Desmond volvió la mirada.

—Era una canción que solíamos cantar con mamá.

La muchacha sonrió.

—Me gustaría escucharla.

El joven asintió.

—Entonces escucha.

Acomodó cuidadosamente las manos.

Respiró profundamente.

Y comenzó a tocar.

Los primeros acordes resonaron por la sala.

James cerró los ojos durante unos segundos.

Reconoció inmediatamente la melodía.

Desmond continuó interpretándola con cuidado.

Al principio sus dedos se movían con cierta inseguridad.

Había pasado mucho tiempo desde que tocaba una guitarra semejante.

Pero poco a poco comenzó a recuperar la confianza.

La melodía adquirió mayor fluidez.

James sonrió.

Y comenzó a acompañarlo cantando.

Skyler observaba a ambos con evidente emoción.

Desmond levantó la mirada hacia su hermano.

Durante unos segundos parecieron regresar a su infancia.

A aquella casa humilde de la comuna 54.

A las tardes en que Miguel tocaba su guitarra.

Y a los momentos en que Marta dejaba lo que estaba haciendo para cantar junto a sus hijos.

Desmond sonrió.

Continuó tocando.

James también sonrió.

Y Skyler comenzó a aplaudir suavemente siguiendo el ritmo.

La música llenó la vivienda.

Durante aquellos minutos, la ausencia de Marta y Miguel no desapareció.

Pero sus recuerdos dejaron de sentirse únicamente como una herida.

También se convirtieron en una razón para sonreír.

Cuando la canción terminó, Desmond dejó que el último acorde se desvaneciera lentamente.

Después bajó la mirada hacia la guitarra.

Permaneció callado.

James se acercó.

—¿Estás bien?

Desmond asintió.

Tenía los ojos húmedos.

Pero estaba sonriendo.

—Sí...

Respiró profundamente.

—Estoy bien.

Skyler sonrió con ternura.

James colocó una mano sobre el hombro de su hermano.

—A mamá le habría encantado escucharnos.

Desmond cerró los ojos durante un instante.

Después asintió.

—Lo sé.

El resto de la noche transcurrió entre conversaciones, música y recuerdos.

James contó algunas anécdotas de su infancia que Desmond habría preferido mantener en secreto.

Skyler no dejó pasar la oportunidad de reírse de ellas.

—¡¿De verdad hiciste eso?! —preguntó en un momento.

Desmond se cubrió el rostro con una mano.

—James, por favor...

Su hermano soltó una carcajada.

—¡Tenías que haberlo visto!

Skyler comenzó a reír.

—¡No puedo creerlo!

Desmond negó con la cabeza.

—Algún día voy a contarle todas tus vergüenzas.

James levantó una ceja.

—Inténtalo.

Ambos comenzaron a reír.

Después pusieron algo de música.

Skyler se levantó para bailar mientras James la acompañaba entre bromas.

Desmond permaneció sentado durante unos instantes.

Pero la muchacha terminó acercándose a él.

Le extendió una mano.

—Vamos, Des.

El joven levantó una ceja.

—¿Qué?

—Ven a bailar.

Desmond la observó con desconfianza.

—¿Estás segura?

Skyler sonrió.

—Completamente.

El joven soltó una pequeña risa.

—Está bien...

Aceptó su mano.

Y se levantó.

Al principio sus movimientos fueron algo torpes.

Skyler comenzó a reír.

—¡Desmond!

—¡Estoy intentando seguirte!

La muchacha soltó una carcajada.

—¡Pues intenta no pisarme!

James observaba la escena desde la mesa.

—¡Vamos, hermanito! ¡Demuestra tus habilidades!

Desmond lo señaló.

—¡Tú cállate!

Los tres volvieron a reír.

La celebración continuó.

Y durante varias horas, la casa de los Lebrozky recuperó una alegría que parecía haber permanecido ausente desde la muerte de Marta.

Conforme avanzaba la noche, el cansancio comenzó a hacerse evidente.

James recogió algunos platos y dejó la cocina organizada antes de retirarse a descansar.

Skyler, por su parte, decidió quedarse a dormir.

No era la primera vez que compartía una noche en aquella casa.

Desde la tarde en que la lluvia los había sorprendido, su confianza con Desmond había crecido considerablemente.

Ambos se sentían cómodos en compañía del otro.

Y, aunque todavía existía cierta timidez entre ellos, habían comenzado a desarrollar una cercanía que resultaba difícil de ignorar.

Desmond subió las escaleras hacia su habitación.

Skyler lo siguió.

El joven dejó cuidadosamente la guitarra junto a su escritorio.

Permaneció contemplándola durante unos segundos.

Después sonrió.

Skyler lo observó desde la puerta.

—¿Te gustó el regalo?

Desmond volvió la mirada.

—Muchísimo.

La muchacha sonrió.

—Me alegra.

El joven contempló nuevamente el instrumento.

—No sé cómo agradecerles algo así.

Skyler negó suavemente con la cabeza.

—No tienes que hacerlo.

Se acercó un poco.

—Verte feliz ya es suficiente.

Desmond la observó durante unos segundos.

Después sonrió.

—Gracias, Skyler.

La muchacha bajó ligeramente la mirada.

—De nada, Des.

Poco después, Skyler fue al baño para cambiarse.

Desmond aprovechó para acomodar algunas cosas sobre su escritorio.

Guardó el cuaderno que había llevado al parque.

Después observó el pequeño colgante que descansaba sobre su pecho.

Lo sostuvo entre los dedos.

Recordó a Marta.

Y sonrió con nostalgia.

—Espero que te haya gustado, mamá...

Su voz apenas fue un susurro.

Cuando Skyler regresó del baño, llevaba puesta una de las camisetas de Desmond.

La prenda le quedaba holgada y su cabello caía suavemente sobre sus hombros.

Desmond estaba sentado sobre la cama.

Al verla entrar, levantó la mirada.

Durante unos segundos permaneció observándola.

No porque hubiera algo extraordinario en su apariencia.

Sino por la naturalidad con la que parecía desenvolverse dentro de su habitación.

Skyler ya no parecía una visitante ocasional.

Su presencia se había vuelto familiar.

Agradable.

Como si, sin darse cuenta, hubiera comenzado a formar parte de su vida cotidiana.

La muchacha notó que la observaba.

—¿Qué pasa?

Desmond parpadeó.

—¿Eh?

Skyler sonrió tímidamente.

—Me estás mirando.

El joven soltó una pequeña risa.

—Perdón.

La muchacha bajó ligeramente las orejas.

—¿Me veo mal?

Desmond negó inmediatamente.

—No, para nada.

Sonrió.

—Te queda bien.

Skyler sintió que sus mejillas se calentaban.

—G-gracias...

Se acercó a la cama.

Desmond se acomodó para dejarle espacio.

La muchacha se sentó junto a él.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, el joven habló.

—Oye, Skyler...

Ella levantó la mirada.

—¿Sí?

—¿Te incomoda quedarte aquí?

La muchacha ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas?

Desmond se encogió de hombros.

—No sé.

Hizo una pausa.

—Solo quiero asegurarme de que estés cómoda.

Skyler lo observó con ternura.

Después sonrió.

—No, al contrario.

Se acomodó un poco más cerca.

—Aquí me siento... segura.

Desmond permaneció inmóvil durante un instante.

Aquellas palabras le provocaron una sensación cálida en el pecho.

—Me alegra...

Skyler sonrió.

—A mí también.

Poco después, ambos se acomodaron bajo las sábanas.

La habitación permanecía iluminada únicamente por una pequeña lámpara.

El ambiente era tranquilo.

Desde el exterior llegaban los sonidos lejanos del vecindario, cada vez menos frecuentes conforme avanzaba la noche.

Skyler descansaba junto a Desmond.

Durante varios minutos conversaron sobre lo ocurrido durante la celebración.

Recordaron las bromas de James.

La comida.

Las decoraciones.

Y el momento en que Desmond descubrió la guitarra.

La muchacha soltó una pequeña risa.

—Deberías haber visto tu cara cuando abriste la caja.

Desmond sonrió.

—¿Tan sorprendido estaba?

Skyler asintió.

—Muchísimo.

El joven contempló el techo.

—Es que no me lo esperaba.

Su expresión se suavizó.

—La guitarra era prácticamente igual a la de mi papá.

Skyler lo observó.

—James me contó cuánto significaba para ti.

Desmond asintió lentamente.

—Sí...

Permaneció callado durante unos segundos.

Después añadió:

—Hacía mucho tiempo que no recordaba aquellos momentos con tanta claridad.

La muchacha sonrió.

—Me alegra que pudieras hacerlo.

Desmond volvió ligeramente el rostro hacia ella.

—A mí también.

La conversación adquirió poco a poco un tono más personal.

Skyler permanecía acostada de lado, observando a Desmond mientras él contemplaba el techo.

Finalmente, la muchacha formuló una pregunta.

—Desmond...

El joven volvió la cabeza.

—¿Sí?

—¿Alguna vez pensaste en salir de la comuna cuando eras niño?

Desmond permaneció pensativo.

—Sí.

Skyler levantó ligeramente las orejas.

—¿De verdad?

—Muchas veces.

El joven dejó escapar un suspiro.

—Pero no porque odiara aquel lugar.

La muchacha lo observó con curiosidad.

—¿No?

Desmond negó lentamente.

—A pesar de todo, era mi hogar.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Allí crecí. Allí aprendí prácticamente todo lo que sé.

Hizo una pausa.

—Y aunque había cosas horribles, también tengo recuerdos muy bonitos.

Skyler asintió.

Desmond continuó:

—Lo que realmente quería era salir para darle algo mejor a mi madre.

La muchacha permaneció callada.

Él observó sus manos.

—Siempre sentí que se merecía algo más que aquellas calles llenas de violencia.

Su expresión cambió.

—Trabajó durante tantos años para mantenernos...

Respiró profundamente.

—Y yo quería que algún día pudiera descansar.

Skyler lo observó con ternura.

Desmond continuó hablando.

—Cuando James y yo conseguimos comprar esta casa, pensé que finalmente estábamos empezando a construir algo mejor.

Hizo una pausa.

—Quería que mamá pudiera venir a visitarnos.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Que viera que habíamos conseguido salir adelante.

Skyler se acercó ligeramente.

Desmond bajó la mirada.

—Y ahora...

No consiguió terminar la frase.

El silencio se apoderó de la habitación.

Skyler permaneció callada durante unos segundos.

Después le tomó suavemente una mano.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

La muchacha lo observó con sinceridad.

—Hiciste mucho por ella.

Él negó lentamente.

—No lo suficiente...

Skyler apretó delicadamente sus dedos.

—No creo que ella lo hubiera visto así.

Desmond permaneció inmóvil.

Skyler continuó:

—Por todo lo que me has contado, Marta estaba orgullosa de ti desde mucho antes de que consiguieras esta casa.

Su voz adquirió un tono más cálido.

—Estaba orgullosa de tus canciones.

De tu manera de pensar.

De la persona en la que te estabas convirtiendo.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

La muchacha sonrió suavemente.

—Estoy segura de que estaba orgullosa de ti, Desmond.

El joven cerró los ojos durante un instante.

Respiró profundamente.

Después volvió a mirarla.

—Gracias, Skyler...

Su voz temblaba ligeramente.

Ella correspondió a su sonrisa.

—De nada.

Desmond apretó suavemente su mano.

—No sé cómo habría sobrevivido estas semanas sin ti.

Skyler permaneció inmóvil durante un instante.

Aquellas palabras la conmovieron profundamente.

Había intentado ayudarlo desde el principio.

No porque esperara recibir algo a cambio.

Sino porque le importaba.

Porque desde aquella primera noche en el bar había descubierto en Desmond a una persona diferente.

Alguien que, a pesar de haber vivido rodeado de crueldad, todavía conservaba la capacidad de preocuparse sinceramente por los demás.

La muchacha sonrió.

Apretó su mano en respuesta.

—Siempre estaré aquí para ti, Desmond.

Su voz fue suave.

Pero firme.

—Pase lo que pase.

El joven la observó durante varios segundos.

Después sonrió.

—Gracias...

Skyler se acomodó un poco más cerca.

Ninguno soltó la mano del otro.

El reloj avanzó lentamente.

Las conversaciones fueron disminuyendo hasta convertirse en pequeños comentarios entrecortados.

Skyler comenzó a sentir sueño.

Sus orejas se relajaron y su respiración adquirió un ritmo tranquilo.

Desmond apagó la pequeña lámpara.

La habitación quedó envuelta en una oscuridad agradable.

Durante unos segundos permaneció observando el techo.

Pensó en aquella celebración.

En el regalo de James.

En la sonrisa de Skyler.

Y en todas las cosas que había conseguido disfrutar durante el día.

Todavía sentía tristeza por la muerte de Marta.

Sabía que aquel dolor lo acompañaría durante mucho tiempo.

Pero había comenzado a comprender algo importante.

La ausencia de una persona amada no significaba que debiera renunciar al cariño de quienes todavía estaban presentes.

Giró ligeramente el rostro.

Skyler descansaba junto a él.

Su mano continuaba entrelazada con la suya.

Desmond sonrió suavemente.

No sabía exactamente qué les depararía el futuro.

Tampoco podía imaginar cuánto cambiarían sus vidas durante los años siguientes.

Pero aquella noche no necesitaba encontrar respuestas.

No necesitaba comprender el mundo.

Ni encontrar una explicación para todas las pérdidas que había sufrido.

Simplemente podía descansar.

Y disfrutar de la compañía de alguien que había elegido permanecer a su lado.

Esa noche, mientras el reloj marcaba la medianoche, ambos se quedaron dormidos tomados de la mano, con la certeza de que, a pesar de todo lo que habían perdido, habían encontrado algo irrompible el uno en el otro.

CAP 9

Un Cumpleaños Lleno de Armonía

La felicidad no siempre llegaba acompañada de grandes acontecimientos.

A veces se escondía en los pequeños detalles de la vida cotidiana: una conversación inesperada, una sonrisa sincera o la compañía de alguien dispuesto a permanecer a nuestro lado incluso durante los momentos más difíciles.

Desmond estaba comenzando a comprenderlo.

Habían transcurrido varias semanas desde la muerte de Marta, y aunque el dolor continuaba presente, algo había cambiado en su manera de afrontar aquella pérdida.

La tristeza no había desaparecido.

Todavía había mañanas en las que despertaba esperando escuchar la voz de su madre. Ocasiones en las que, sin darse cuenta, pensaba en llamarla para contarle algo que le había sucedido. Instantes durante los cuales una fotografía, una canción o incluso el aroma de alguna comida le recordaban dolorosamente su ausencia.

Pero también había comenzado a comprender que recordar a Marta no significaba permanecer atrapado en el sufrimiento.

Su madre había dedicado su existencia a enseñarle que, incluso en los lugares más crueles, siempre existían razones para seguir adelante.

Y Desmond todavía tenía algunas.

James continuaba a su lado, trabajando incansablemente para mantener el hogar que ambos habían construido.

Skyler, por su parte, se había convertido en una presencia cada vez más importante en su vida.

Desde aquella noche lluviosa, la joven sabueso había continuado visitándolo con frecuencia. A veces salían a caminar; otras permanecían conversando durante horas o simplemente disfrutaban de la compañía del otro.

Desmond había comenzado a recuperar poco a poco algunas de sus antiguas costumbres.

Entre ellas, la escritura.

Sin embargo, había algo que el joven desconocía.

Mientras él intentaba reconstruir su vida después de aquella pérdida, las dos personas que más lo querían estaban preparando una pequeña sorpresa.

Una sorpresa que le recordaría cuánto amor continuaba existiendo a su alrededor.

Aquella mañana, la casa de los hermanos Lebrozky estaba más ocupada de lo habitual.

Desde temprano, James había tomado posesión de la cocina.

Vestía una camiseta sencilla y un delantal que utilizaba cuando preparaba comidas especialmente elaboradas. Sobre la encimera descansaban varios ingredientes cuidadosamente organizados, mientras algunas ollas hervían sobre los fogones.

El aroma de las especias comenzaba a extenderse por toda la vivienda.

James se movía con la precisión que había adquirido durante sus jornadas en Neffitti.

Cortaba.

Mezclaba.

Probaba.

Y, de vez en cuando, murmuraba alguna queja cuando algo no salía exactamente como esperaba.

—Vamos, vamos...

Observó una preparación.

—Un poquito más...

Tomó una cuchara y probó el contenido de una olla.

Permaneció pensativo durante unos segundos.

Después sonrió satisfecho.

—Perfecto.

Desde la sala llegó una voz femenina.

—¡James!

El joven levantó la cabeza.

—¡¿Qué pasa?!

—¡Necesito tu opinión!

James dejó escapar un suspiro.

—¡Dame un segundo!

Se limpió las manos con un paño y salió de la cocina.

En la sala encontró a Skyler.

La muchacha estaba de pie sobre una silla, intentando acomodar una guirnalda que se negaba a permanecer en la posición correcta.

A su alrededor había globos de distintos colores, serpentinas y algunas decoraciones que ambos habían comprado para la ocasión.

Skyler sostuvo un extremo de la guirnalda.

—¿Así está bien?

James observó la decoración.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—Un poco más a la izquierda.

La joven movió la mano.

—¿Así?

—No, mi izquierda.

Skyler volvió a acomodarla.

—¿Ahora?

James entrecerró los ojos.

—Un poquito más...

La muchacha dejó escapar un suspiro.

—¡James!

Él soltó una carcajada.

—¡Está bien, está bien! ¡Ahí está perfecta!

Skyler lo observó con evidente desconfianza.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

La joven bajó cuidadosamente de la silla.

Contempló su trabajo.

Después sonrió.

—Bueno... creo que quedó bonita.

James asintió.

—Mucho mejor que cualquier decoración que yo hubiera hecho.

Skyler soltó una pequeña risa.

—¿Tan malo eres?

El joven cruzó los brazos.

—Soy cocinero, Skyler. No decorador.

Ella rio.

—Ya veo.

James regresó hacia la cocina.

Pero antes de cruzar la puerta, Skyler volvió a llamarlo.

—Oye, James...

El joven se detuvo.

—¿Sí?

La muchacha contempló las decoraciones.

Su expresión cambió ligeramente.

—¿Crees que le guste todo esto?

James la observó.

Había cierta preocupación en su voz.

Skyler volvió a mirar la sala.

—No quiero que se sienta incómodo.

Se acomodó nerviosamente un mechón de cabello.

—Sé que todavía está pasando por un momento difícil y...

Hizo una pausa.

—No sé si celebrar su cumpleaños sea lo más apropiado.

James permaneció callado durante unos segundos.

Después observó las decoraciones.

Los globos.

La mesa.

La pequeña pancarta que ambos habían preparado.

Finalmente, soltó un suspiro.

—No sé si le guste...

Skyler bajó ligeramente las orejas.

James continuó:

—Pero sé que le hará bien.

La muchacha levantó la mirada.

El joven sonrió con tristeza.

—A veces, un pequeño detalle puede ser justo lo que uno necesita.

Skyler permaneció pensativa.

James se acercó lentamente.

—Mira, Skyler...

Su voz adquirió un tono más serio.

—Desmond lleva semanas sintiéndose culpable por cosas que no podía controlar.

La joven asintió.

—Lo sé.

—Y aunque ha mejorado bastante, todavía hay días en los que parece que todo vuelve a derrumbarse.

James observó una fotografía familiar sobre una repisa.

Marta aparecía sonriendo junto a Miguel y sus dos hijos.

Su expresión se suavizó.

—Mamá siempre hacía algo especial durante nuestros cumpleaños.

Skyler siguió su mirada.

—¿De verdad?

James asintió.

—No importaba cuánto dinero tuviéramos.

Soltó una pequeña risa.

—A veces apenas alcanzaba para un pastel pequeño y algunas decoraciones hechas con papel viejo.

La muchacha sonrió.

—Suena bonito.

—Lo era.

James permaneció callado durante unos instantes.

Después continuó:

—Cuando Desmond cumplió siete años, mamá y yo le organizamos una fiesta.

Su sonrisa se desvaneció ligeramente.

Skyler percibió el cambio.

—¿Ocurrió algo?

James bajó la mirada.

—Fue el día en que papá desapareció.

La muchacha sintió una punzada en el pecho.

—Oh...

El joven respiró profundamente.

—Desde entonces, los cumpleaños siempre han tenido un significado complicado para nosotros.

Observó nuevamente las decoraciones.

—Pero mamá nunca permitió que dejáramos de celebrarlos.

Skyler lo escuchaba atentamente.

—Decía que la vida ya tenía demasiadas tristezas como para renunciar voluntariamente a los pocos momentos de felicidad que nos ofrecía.

La muchacha sonrió suavemente.

—Eso suena exactamente como la mujer que Desmond me ha descrito.

James asintió.

—Lo era.

Permanecieron callados unos segundos.

Finalmente, el joven sonrió.

—Por eso quiero hacer esto.

Miró a Skyler.

—No vamos a obligarlo a estar feliz. Solo queremos recordarle que todavía tiene razones para sonreír.

La muchacha respiró profundamente.

Después asintió.

—Entonces hagamos que sea un cumpleaños especial.

James sonrió.

—Esa es la actitud.

Mientras tanto, Desmond se encontraba bastante lejos de imaginar lo que estaba sucediendo en su casa.

Había salido durante la mañana con su cuaderno y un lápiz.

Después de caminar por el vecindario, terminó llegando al mismo parque que había visitado con Skyler durante aquella tarde en que la lluvia los sorprendió.

El lugar estaba tranquilo.

Algunos niños jugaban cerca de los senderos.

Un par de adultos conversaban sentados en un banco.

Y el viento movía suavemente las hojas de los árboles.

Desmond eligió un lugar apartado.

Se sentó.

Abrió su cuaderno.

Y comenzó a escribir.

Durante varias semanas había sido incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar cuanto sentía.

Cada vez que intentaba componer algo, terminaba recordando los últimos momentos de Marta.

La habitación del hospital.

Su voz debilitada.

Las manos que perdieron lentamente el calor.

Y aquella promesa que jamás olvidaría.

«No dejen de luchar por lo que aman».

Desmond contempló la página.

Después respiró profundamente.

—Vamos...

Tomó el lápiz.

Escribió una frase.

La leyó.

Permaneció pensativo.

Después añadió otra.

Por primera vez desde la muerte de su madre, las palabras comenzaron a surgir sin que tuviera que obligarse a encontrarlas.

No eran versos especialmente alegres.

Tampoco estaban libres de tristeza.

Pero había algo distinto en ellos.

Ya no hablaban únicamente de la pérdida.

También comenzaban a hablar de los recuerdos.

De aquellas pequeñas cosas que permanecían incluso después de que alguien se marchara.

Desmond escribió otra línea.

Después levantó la mirada.

Cerca de él, un pequeño imp corría detrás de una pelota mientras su madre lo observaba desde un banco.

El niño tropezó.

Cayó al suelo.

Durante un instante pareció que comenzaría a llorar.

Pero su madre se levantó inmediatamente y se acercó para ayudarlo.

Le limpió las rodillas.

Le acarició la cabeza.

Y, después de unas cuantas palabras de consuelo, el pequeño volvió a correr.

Desmond contempló aquella escena.

Una sonrisa débil apareció en su rostro.

Recordó las tardes en que Marta lo llevaba a parques similares.

Ella siempre encontraba la manera de hacer que cualquier actividad pareciera especial.

Incluso cuando apenas tenían dinero.

Incluso cuando el cansancio amenazaba con vencerla.

Desmond bajó lentamente la mirada.

—Mamá...

Su voz apenas fue un susurro.

Acarició distraídamente el colgante que llevaba alrededor del cuello.

—Ojalá pudieras verme ahora...

Permaneció callado durante unos segundos.

Después volvió a observar el cuaderno.

Recordó las palabras que Skyler le había dicho durante aquella noche lluviosa.

No tenía que dejar de querer a su madre.

Tampoco necesitaba fingir que el dolor había desaparecido.

Simplemente podía continuar viviendo.

Desmond respiró profundamente.

Y volvió a escribir.

Las palabras comenzaron a fluir con mayor naturalidad.

Por primera vez en semanas, aquella actividad no le produjo únicamente tristeza.

También sintió algo que había creído perdido.

Inspiración.

En casa, los preparativos continuaban.

James había terminado buena parte de la comida.

El aroma de los guisos y las especias llenaba la cocina, mientras un pastel se horneaba lentamente.

Skyler había terminado de colocar las últimas decoraciones.

Ahora observaba la sala con una expresión satisfecha.

—James...

El joven apareció desde la cocina.

—¿Qué ocurre?

La muchacha señaló su trabajo.

—Creo que terminamos.

James contempló la habitación.

Había globos junto a las ventanas, serpentinas alrededor de las paredes y una mesa preparada para tres personas.

En el centro descansaba un pequeño espacio reservado para el pastel.

Sobre una pared colgaba una pancarta que decía:

¡Feliz cumpleaños, Desmond!

James sonrió.

—Quedó bastante bien.

Skyler asintió.

—Espero que le guste.

El joven observó el reloj.

—Todavía tenemos tiempo.

La muchacha levantó ligeramente las orejas.

—¿Tiempo para qué?

James sonrió.

—Para terminar su regalo.

Skyler abrió los ojos.

—¡Es verdad!

Ambos se dirigieron hacia una habitación donde habían escondido una caja grande.

Estaba envuelta en papel dorado y decorada con un lazo azul.

Skyler se agachó frente a ella.

—¿Crees que sospeche algo?

James soltó una carcajada.

—Desmond puede ser muy inteligente, pero cuando está concentrado escribiendo, podría caerse el techo y no se daría cuenta.

La muchacha comenzó a reír.

—¡James!

—¡Es verdad!

El joven contempló la caja.

Su expresión se suavizó.

Skyler lo notó.

—¿Qué pasa?

James permaneció callado unos segundos.

Después acarició ligeramente el papel que cubría el regalo.

—Nada...

Sonrió con nostalgia.

—Solo estaba recordando a papá.

Skyler observó la caja.

—¿Por la guitarra?

James asintió.

—Sí.

Se sentó sobre una silla cercana.

—Miguel tenía una muy parecida.

La muchacha permaneció a su lado.

—Desmond me ha contado algunas cosas sobre él.

James sonrió.

—Era un hombre increíble.

Hizo una pausa.

—No tenía mucho tiempo libre, pero cuando llegaba del trabajo y todavía le quedaban fuerzas, sacaba su guitarra y tocaba para nosotros.

Skyler escuchó atentamente.

—¿También le gustaba la música?

—Muchísimo.

James soltó una pequeña risa.

—A veces mamá se molestaba porque él comenzaba a tocar cuando ya era demasiado tarde.

La muchacha sonrió.

—¿Y qué hacía Miguel?

—Seguir tocando, por supuesto.

Ambos comenzaron a reír.

James contempló nuevamente la caja.

—Desmond siempre se quedaba observándolo.

Su sonrisa adquirió un tono melancólico.

—Era muy pequeño, pero parecía fascinado por cada nota.

Skyler bajó lentamente la mirada.

—Entonces este regalo significa mucho más de lo que imaginaba.

James asintió.

—Eso espero.

Después se levantó.

—Bueno, será mejor que terminemos antes de que regrese.

Skyler sonrió.

—¡Sí!

Ambos volvieron a sus tareas.

La tarde comenzó a caer sobre el vecindario.

Desmond permanecía sentado en el parque, contemplando las últimas líneas que había escrito.

Había conseguido llenar varias páginas.

Algunas necesitaban correcciones.

Otras todavía estaban incompletas.

Pero, por primera vez en semanas, se sentía satisfecho con su trabajo.

Cerró lentamente el cuaderno.

Observó el cielo.

Una brisa suave acarició su rostro.

Después miró nuevamente a los niños que jugaban cerca de él.

Recordó el cariño de Marta.

Las bromas de James.

Y la paciencia con la que Skyler lo había acompañado durante sus momentos más difíciles.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Todavía extrañaba a su madre.

Probablemente siempre lo haría.

Pero comenzaba a comprender que su vida no tenía por qué terminar junto con la de ella.

Desmond guardó el cuaderno dentro de su mochila.

Se levantó.

Y emprendió el camino de regreso.

En la casa, James acababa de retirar el pastel del horno.

Skyler observaba el resultado con evidente entusiasmo.

—¡James, quedó precioso!

El joven sonrió orgullosamente.

—Por supuesto.

La muchacha soltó una pequeña risa.

—Qué modesto.

—Soy un profesional.

James levantó ligeramente la barbilla.

—La modestia es opcional.

Skyler estalló en carcajadas.

—¡Eres igual de insoportable que tu hermano!

James comenzó a reír.

—¡Eso mismo dice él!

Ambos continuaron trabajando.

Cuando terminaron de acomodar el pastel, Skyler observó el reloj.

—¿A qué hora crees que llegue?

James se encogió de hombros.

—No debería tardar.

La muchacha se quedó inmóvil.

Sus orejas se levantaron.

—Espera...

James la observó.

—¿Qué?

Skyler señaló hacia la entrada.

—Creo que escuché algo.

Ambos permanecieron en silencio.

Unos pasos se acercaban por el exterior de la vivienda.

Después se escuchó el sonido de unas llaves.

James abrió los ojos.

—¡Es él!

Skyler se sobresaltó.

—¡¿Qué hacemos?!

—¡Apaga las luces!

La muchacha corrió hacia el interruptor.

James tomó rápidamente su posición junto a la mesa.

La sala quedó a oscuras.

Ambos aguardaron.

La puerta principal comenzó a abrirse.

Desmond entró en la vivienda.

Lo primero que notó fue el silencio.

Normalmente, a aquella hora, podía escuchar a James moviéndose por la cocina o preparando algo para cenar.

Pero aquella tarde no se escuchaba absolutamente nada.

Frunció el ceño.

—¿James?

No hubo respuesta.

Dejó su mochila junto a la entrada.

—¿Hermano?

Observó la oscuridad.

—¿Se fue la luz?

Avanzó lentamente.

—Por todos los anillos, como se haya dañado otra vez...

Antes de terminar la frase, las luces se encendieron.

—¡¡SORPRESA!!

Desmond dio un respingo.

—¡AAAAH!

Retrocedió instintivamente.

Después abrió los ojos de par en par.

Frente a él estaban James y Skyler.

Ambos sonreían.

La sala estaba decorada con globos, serpentinas y una pancarta de cumpleaños.

Sobre la mesa descansaba una comida cuidadosamente preparada.

Y, en el centro, un pastel que parecía haber requerido bastante trabajo.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos no consiguió pronunciar una sola palabra.

—¿Qué...?

Miró a James.

Después a Skyler.

Finalmente, contempló las decoraciones.

—¿Todo esto...?

James sonrió.

—¡Feliz cumpleaños, enano!

Skyler levantó alegremente los brazos.

—¡Feliz cumpleaños, Desmond!

El joven abrió ligeramente la boca.

Pero no consiguió responder.

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

James percibió inmediatamente su expresión.

La sonrisa se suavizó.

—Oye...

Se acercó un paso.

—¿Te gusta?

Desmond intentó hablar.

Pero la voz se le quebró.

—James...

Su hermano permaneció inmóvil.

Desmond caminó rápidamente hacia él.

Y lo abrazó con todas sus fuerzas.

James se sorprendió ligeramente.

Después correspondió al abrazo.

—Eh, tranquilo...

Soltó una pequeña risa.

—Que todavía necesito respirar.

Desmond cerró los ojos.

Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas.

—Gracias...

Su voz temblaba.

—Gracias por esto, James.

El joven imp lo abrazó con mayor fuerza.

—No tienes que agradecer nada, hermano.

Le dio unas palmadas en la espalda.

—Es tu día.

Hizo una pausa.

—Y lo mereces.

Desmond permaneció abrazado a él durante varios segundos más.

Finalmente, se separó.

Se limpió las lágrimas.

Después volvió la mirada hacia Skyler.

La joven permanecía cerca de la mesa.

Sus orejas estaban ligeramente inclinadas hacia atrás y sostenía las manos frente a su cuerpo, claramente nerviosa.

—Yo... —comenzó a decir—. Espero que no te haya molestado que organizáramos todo sin avisarte.

Desmond la observó con una sonrisa.

—Skyler...

La muchacha levantó la mirada.

—¿Sí?

El joven se acercó.

Y antes de que ella pudiera añadir otra palabra, le dio un beso suave en la mejilla.

Skyler permaneció completamente inmóvil.

Sus ojos se abrieron de par en par.

Un intenso rubor apareció en su rostro.

Desmond sonrió.

—Gracias, Skyler.

Su voz estaba cargada de sinceridad.

—Esto significa mucho para mí.

La muchacha intentó recuperar la compostura.

—N-no era necesario...

Bajó ligeramente la mirada.

—Solo quería que te sintieras bien.

Desmond la observó durante unos segundos.

Después sonrió con ternura.

—Lo conseguiste.

Skyler levantó lentamente los ojos.

Una sonrisa apareció en su rostro.

James observó la escena desde la mesa.

Después soltó una pequeña carcajada.

—Bueno, tortolitos...

Desmond volvió inmediatamente la cabeza.

—¡James!

Su hermano levantó ambas manos.

—¡¿Qué?! ¡La comida se está enfriando!

Skyler comenzó a reír.

Desmond negó divertido con la cabeza.

Y, por primera vez en mucho tiempo, la casa volvió a llenarse de risas.

La celebración comenzó poco después.

Los tres se sentaron alrededor de la mesa.

James había preparado varios platos que sabía que le gustaban a Desmond.

Había dedicado buena parte del día a conseguir que cada preparación quedara exactamente como quería.

Desmond observó la comida.

Después miró a su hermano.

—¿Hiciste todo esto tú solo?

James levantó una ceja.

—¿Acaso dudas de mis habilidades?

El joven soltó una carcajada.

—No, pero...

Observó nuevamente los platos.

—Es muchísimo.

Skyler sonrió.

—James lleva toda la mañana trabajando.

Desmond volvió a mirar a su hermano.

—¿Desde temprano?

James se encogió de hombros.

—Tenía que asegurarme de que todo quedara bien.

Después señaló un plato.

—Anda, prueba eso.

Desmond tomó un pequeño bocado.

Lo masticó lentamente.

Permaneció pensativo.

James lo observaba con evidente expectativa.

—¿Y bien?

El joven cerró los ojos.

—Mmm...

Su hermano frunció el ceño.

—Desmond...

El joven continuó masticando.

Después abrió los ojos.

—Está horrible.

James quedó completamente inmóvil.

Skyler abrió la boca.

—¿Qué?

Desmond mantuvo una expresión seria durante unos segundos.

Después estalló en carcajadas.

—¡JAJAJA! ¡MENTIRA!

James golpeó suavemente la mesa.

—¡MALDITO IDIOTA!

Skyler comenzó a reír.

Desmond apenas conseguía hablar.

—¡Está buenísimo!

Su hermano negó con la cabeza.

—Te juro que algún día voy a dejarte cocinar por tu cuenta.

El joven sonrió.

—Eso sería una tragedia para todos.

Skyler se llevó una mano al hocico para contener una carcajada.

—¿Tan malo eres cocinando?

James respondió inmediatamente.

—No tienes idea.

Desmond lo miró indignado.

—¡Oye!

Su hermano continuó:

—Una vez casi arruina una olla intentando preparar algo tan sencillo como arroz.

Skyler abrió los ojos.

—¡¿En serio?!

Desmond levantó ambas manos.

—¡Eso fue hace años!

James soltó una carcajada.

—¡Y desde entonces no has mejorado!

La sala volvió a llenarse de risas.

Durante varios minutos continuaron comiendo, conversando y compartiendo pequeñas anécdotas.

Desmond se descubrió disfrutando de aquella celebración más de lo que esperaba.

No había una multitud de invitados.

Tampoco música estridente ni grandes lujos.

Solo estaban James y Skyler.

Pero aquello era suficiente.

Cuando terminaron de comer, James se levantó de la mesa.

—Bueno...

Se cruzó de brazos.

—Creo que llegó el momento.

Desmond levantó una ceja.

—¿El momento de qué?

Skyler sonrió.

—Del regalo.

El joven parpadeó.

—¿Regalo?

James soltó una carcajada.

—¡Pues claro, idiota! ¡Es tu cumpleaños!

Desmond negó lentamente con la cabeza.

—No tenían que comprarme nada.

Skyler sonrió.

—Queríamos hacerlo.

James desapareció brevemente por el pasillo.

Desmond observó a Skyler.

—¿Qué hicieron?

La muchacha intentó mantener una expresión inocente.

—Nada...

El joven entrecerró los ojos.

—Skyler...

Ella soltó una pequeña risa.

—¡Espera y verás!

En ese momento, James regresó.

Sostenía una caja considerablemente grande.

Estaba envuelta en papel dorado y decorada con un lazo azul.

Desmond abrió los ojos.

—Por todos los anillos...

James dejó cuidadosamente la caja frente a él.

—Esto es de parte de Skyler y mía.

Sonrió.

—Ábrelo.

Desmond contempló el paquete.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después levantó la mirada.

—¿De verdad es para mí?

Skyler asintió.

—Claro que sí.

James sonrió.

—¿Vas a abrirlo o tendremos que hacerlo nosotros?

El joven soltó una pequeña risa.

—Está bien, está bien.

Comenzó a retirar el papel.

Lo hizo con cuidado al principio.

Pero su curiosidad terminó por vencerlo.

Desprendió el lazo.

Rasgó el envoltorio.

Y finalmente levantó la tapa.

Entonces se quedó inmóvil.

Dentro de la caja descansaba una guitarra.

Su acabado era hermoso.

Las cuerdas brillaban bajo la iluminación de la sala y la madera había sido cuidadosamente pulida.

Sin embargo, aquello no era lo que había dejado a Desmond sin palabras.

Lo que realmente lo había sorprendido era su apariencia.

La guitarra era prácticamente idéntica a aquella que Miguel solía tocar cuando él era pequeño.

Desmond permaneció observándola durante varios segundos.

Sus manos comenzaron a temblar ligeramente.

—No puede ser...

James dejó de sonreír por un instante.

Observó a su hermano.

—¿La reconoces?

Desmond levantó lentamente la mirada.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es...

Su voz se quebró.

—Es igual a la de papá...

James asintió.

—Sí.

Se acercó.

—La estuvimos buscando durante un tiempo.

Skyler sonrió suavemente.

—James me contó cuánto significaba para ti.

Desmond volvió a contemplar la guitarra.

Recordó a Miguel sentado en la sala de la antigua casa.

Sus manos recorriendo las cuerdas.

La melodía llenando las habitaciones.

Marta escuchándolo mientras preparaba algo de comer.

Y James riendo cada vez que su padre se equivocaba deliberadamente para hacerlo reír.

Eran recuerdos lejanos.

Pero permanecían vivos.

Desmond acarició cuidadosamente la madera.

—Siempre quise una...

James sonrió.

—Lo sé.

Su voz adquirió un tono más cálido.

—Siempre quisiste una, y pensamos que era el momento perfecto para que volvieras a tocar.

Desmond levantó lentamente la guitarra.

La sostuvo entre sus manos.

Durante unos segundos no pronunció una sola palabra.

Después levantó la mirada hacia su hermano.

—James...

El joven imp sonrió.

—¿Qué?

Desmond tragó saliva.

—Gracias...

James se acercó y le revolvió el cabello.

—De nada, enano.

Skyler contemplaba la escena con una sonrisa emocionada.

Desmond volvió a mirar el instrumento.

Sus dedos recorrieron cuidadosamente las cuerdas.

Después se sentó.

—¿Puedo probarla?

James soltó una carcajada.

—¡Es tuya, idiota!

Desmond sonrió.

Acomodó la guitarra sobre sus piernas.

Y comenzó a afinarla.

El sonido de las primeras notas llenó lentamente la sala.

Desmond permanecía concentrado.

Ajustaba cuidadosamente las cuerdas, comprobando cada sonido antes de continuar.

James lo observaba con una expresión nostálgica.

Skyler se sentó cerca de ellos.

Sus orejas permanecían erguidas mientras escuchaba.

Finalmente, Desmond dejó de ajustar el instrumento.

Probó unos acordes.

La melodía resonó suavemente.

El joven permaneció inmóvil.

Aquella sensación le resultaba familiar.

Como si sus manos recordaran algo que su mente había mantenido oculto durante años.

James sonrió.

—¿Qué vas a tocar?

Desmond contempló la guitarra.

Permaneció pensativo.

Después levantó la mirada.

—Creo que hay una canción que quiero recordar.

James levantó ligeramente las cejas.

—¿Cuál?

Desmond sonrió con nostalgia.

—La Media Arepa.

Su hermano permaneció inmóvil durante un instante.

Después una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—No puede ser...

Desmond asintió.

—Hace años que no la escucho.

James soltó una pequeña risa.

—Mamá la cantaba a cada rato.

Skyler los observó con curiosidad.

—¿La Media Arepa?

Desmond volvió la mirada.

—Era una canción que solíamos cantar con mamá.

La muchacha sonrió.

—Me gustaría escucharla.

El joven asintió.

—Entonces escucha.

Acomodó cuidadosamente las manos.

Respiró profundamente.

Y comenzó a tocar.

Los primeros acordes resonaron por la sala.

James cerró los ojos durante unos segundos.

Reconoció inmediatamente la melodía.

Desmond continuó interpretándola con cuidado.

Al principio sus dedos se movían con cierta inseguridad.

Había pasado mucho tiempo desde que tocaba una guitarra semejante.

Pero poco a poco comenzó a recuperar la confianza.

La melodía adquirió mayor fluidez.

James sonrió.

Y comenzó a acompañarlo cantando.

Skyler observaba a ambos con evidente emoción.

Desmond levantó la mirada hacia su hermano.

Durante unos segundos parecieron regresar a su infancia.

A aquella casa humilde de la comuna 54.

A las tardes en que Miguel tocaba su guitarra.

Y a los momentos en que Marta dejaba lo que estaba haciendo para cantar junto a sus hijos.

Desmond sonrió.

Continuó tocando.

James también sonrió.

Y Skyler comenzó a aplaudir suavemente siguiendo el ritmo.

La música llenó la vivienda.

Durante aquellos minutos, la ausencia de Marta y Miguel no desapareció.

Pero sus recuerdos dejaron de sentirse únicamente como una herida.

También se convirtieron en una razón para sonreír.

Cuando la canción terminó, Desmond dejó que el último acorde se desvaneciera lentamente.

Después bajó la mirada hacia la guitarra.

Permaneció callado.

James se acercó.

—¿Estás bien?

Desmond asintió.

Tenía los ojos húmedos.

Pero estaba sonriendo.

—Sí...

Respiró profundamente.

—Estoy bien.

Skyler sonrió con ternura.

James colocó una mano sobre el hombro de su hermano.

—A mamá le habría encantado escucharnos.

Desmond cerró los ojos durante un instante.

Después asintió.

—Lo sé.

El resto de la noche transcurrió entre conversaciones, música y recuerdos.

James contó algunas anécdotas de su infancia que Desmond habría preferido mantener en secreto.

Skyler no dejó pasar la oportunidad de reírse de ellas.

—¡¿De verdad hiciste eso?! —preguntó en un momento.

Desmond se cubrió el rostro con una mano.

—James, por favor...

Su hermano soltó una carcajada.

—¡Tenías que haberlo visto!

Skyler comenzó a reír.

—¡No puedo creerlo!

Desmond negó con la cabeza.

—Algún día voy a contarle todas tus vergüenzas.

James levantó una ceja.

—Inténtalo.

Ambos comenzaron a reír.

Después pusieron algo de música.

Skyler se levantó para bailar mientras James la acompañaba entre bromas.

Desmond permaneció sentado durante unos instantes.

Pero la muchacha terminó acercándose a él.

Le extendió una mano.

—Vamos, Des.

El joven levantó una ceja.

—¿Qué?

—Ven a bailar.

Desmond la observó con desconfianza.

—¿Estás segura?

Skyler sonrió.

—Completamente.

El joven soltó una pequeña risa.

—Está bien...

Aceptó su mano.

Y se levantó.

Al principio sus movimientos fueron algo torpes.

Skyler comenzó a reír.

—¡Desmond!

—¡Estoy intentando seguirte!

La muchacha soltó una carcajada.

—¡Pues intenta no pisarme!

James observaba la escena desde la mesa.

—¡Vamos, hermanito! ¡Demuestra tus habilidades!

Desmond lo señaló.

—¡Tú cállate!

Los tres volvieron a reír.

La celebración continuó.

Y durante varias horas, la casa de los Lebrozky recuperó una alegría que parecía haber permanecido ausente desde la muerte de Marta.

Conforme avanzaba la noche, el cansancio comenzó a hacerse evidente.

James recogió algunos platos y dejó la cocina organizada antes de retirarse a descansar.

Skyler, por su parte, decidió quedarse a dormir.

No era la primera vez que compartía una noche en aquella casa.

Desde la tarde en que la lluvia los había sorprendido, su confianza con Desmond había crecido considerablemente.

Ambos se sentían cómodos en compañía del otro.

Y, aunque todavía existía cierta timidez entre ellos, habían comenzado a desarrollar una cercanía que resultaba difícil de ignorar.

Desmond subió las escaleras hacia su habitación.

Skyler lo siguió.

El joven dejó cuidadosamente la guitarra junto a su escritorio.

Permaneció contemplándola durante unos segundos.

Después sonrió.

Skyler lo observó desde la puerta.

—¿Te gustó el regalo?

Desmond volvió la mirada.

—Muchísimo.

La muchacha sonrió.

—Me alegra.

El joven contempló nuevamente el instrumento.

—No sé cómo agradecerles algo así.

Skyler negó suavemente con la cabeza.

—No tienes que hacerlo.

Se acercó un poco.

—Verte feliz ya es suficiente.

Desmond la observó durante unos segundos.

Después sonrió.

—Gracias, Skyler.

La muchacha bajó ligeramente la mirada.

—De nada, Des.

Poco después, Skyler fue al baño para cambiarse.

Desmond aprovechó para acomodar algunas cosas sobre su escritorio.

Guardó el cuaderno que había llevado al parque.

Después observó el pequeño colgante que descansaba sobre su pecho.

Lo sostuvo entre los dedos.

Recordó a Marta.

Y sonrió con nostalgia.

—Espero que te haya gustado, mamá...

Su voz apenas fue un susurro.

Cuando Skyler regresó del baño, llevaba puesta una de las camisetas de Desmond.

La prenda le quedaba holgada y su cabello caía suavemente sobre sus hombros.

Desmond estaba sentado sobre la cama.

Al verla entrar, levantó la mirada.

Durante unos segundos permaneció observándola.

No porque hubiera algo extraordinario en su apariencia.

Sino por la naturalidad con la que parecía desenvolverse dentro de su habitación.

Skyler ya no parecía una visitante ocasional.

Su presencia se había vuelto familiar.

Agradable.

Como si, sin darse cuenta, hubiera comenzado a formar parte de su vida cotidiana.

La muchacha notó que la observaba.

—¿Qué pasa?

Desmond parpadeó.

—¿Eh?

Skyler sonrió tímidamente.

—Me estás mirando.

El joven soltó una pequeña risa.

—Perdón.

La muchacha bajó ligeramente las orejas.

—¿Me veo mal?

Desmond negó inmediatamente.

—No, para nada.

Sonrió.

—Te queda bien.

Skyler sintió que sus mejillas se calentaban.

—G-gracias...

Se acercó a la cama.

Desmond se acomodó para dejarle espacio.

La muchacha se sentó junto a él.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, el joven habló.

—Oye, Skyler...

Ella levantó la mirada.

—¿Sí?

—¿Te incomoda quedarte aquí?

La muchacha ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas?

Desmond se encogió de hombros.

—No sé.

Hizo una pausa.

—Solo quiero asegurarme de que estés cómoda.

Skyler lo observó con ternura.

Después sonrió.

—No, al contrario.

Se acomodó un poco más cerca.

—Aquí me siento... segura.

Desmond permaneció inmóvil durante un instante.

Aquellas palabras le provocaron una sensación cálida en el pecho.

—Me alegra...

Skyler sonrió.

—A mí también.

Poco después, ambos se acomodaron bajo las sábanas.

La habitación permanecía iluminada únicamente por una pequeña lámpara.

El ambiente era tranquilo.

Desde el exterior llegaban los sonidos lejanos del vecindario, cada vez menos frecuentes conforme avanzaba la noche.

Skyler descansaba junto a Desmond.

Durante varios minutos conversaron sobre lo ocurrido durante la celebración.

Recordaron las bromas de James.

La comida.

Las decoraciones.

Y el momento en que Desmond descubrió la guitarra.

La muchacha soltó una pequeña risa.

—Deberías haber visto tu cara cuando abriste la caja.

Desmond sonrió.

—¿Tan sorprendido estaba?

Skyler asintió.

—Muchísimo.

El joven contempló el techo.

—Es que no me lo esperaba.

Su expresión se suavizó.

—La guitarra era prácticamente igual a la de mi papá.

Skyler lo observó.

—James me contó cuánto significaba para ti.

Desmond asintió lentamente.

—Sí...

Permaneció callado durante unos segundos.

Después añadió:

—Hacía mucho tiempo que no recordaba aquellos momentos con tanta claridad.

La muchacha sonrió.

—Me alegra que pudieras hacerlo.

Desmond volvió ligeramente el rostro hacia ella.

—A mí también.

La conversación adquirió poco a poco un tono más personal.

Skyler permanecía acostada de lado, observando a Desmond mientras él contemplaba el techo.

Finalmente, la muchacha formuló una pregunta.

—Desmond...

El joven volvió la cabeza.

—¿Sí?

—¿Alguna vez pensaste en salir de la comuna cuando eras niño?

Desmond permaneció pensativo.

—Sí.

Skyler levantó ligeramente las orejas.

—¿De verdad?

—Muchas veces.

El joven dejó escapar un suspiro.

—Pero no porque odiara aquel lugar.

La muchacha lo observó con curiosidad.

—¿No?

Desmond negó lentamente.

—A pesar de todo, era mi hogar.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Allí crecí. Allí aprendí prácticamente todo lo que sé.

Hizo una pausa.

—Y aunque había cosas horribles, también tengo recuerdos muy bonitos.

Skyler asintió.

Desmond continuó:

—Lo que realmente quería era salir para darle algo mejor a mi madre.

La muchacha permaneció callada.

Él observó sus manos.

—Siempre sentí que se merecía algo más que aquellas calles llenas de violencia.

Su expresión cambió.

—Trabajó durante tantos años para mantenernos...

Respiró profundamente.

—Y yo quería que algún día pudiera descansar.

Skyler lo observó con ternura.

Desmond continuó hablando.

—Cuando James y yo conseguimos comprar esta casa, pensé que finalmente estábamos empezando a construir algo mejor.

Hizo una pausa.

—Quería que mamá pudiera venir a visitarnos.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Que viera que habíamos conseguido salir adelante.

Skyler se acercó ligeramente.

Desmond bajó la mirada.

—Y ahora...

No consiguió terminar la frase.

El silencio se apoderó de la habitación.

Skyler permaneció callada durante unos segundos.

Después le tomó suavemente una mano.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

La muchacha lo observó con sinceridad.

—Hiciste mucho por ella.

Él negó lentamente.

—No lo suficiente...

Skyler apretó delicadamente sus dedos.

—No creo que ella lo hubiera visto así.

Desmond permaneció inmóvil.

Skyler continuó:

—Por todo lo que me has contado, Marta estaba orgullosa de ti desde mucho antes de que consiguieras esta casa.

Su voz adquirió un tono más cálido.

—Estaba orgullosa de tus canciones.

De tu manera de pensar.

De la persona en la que te estabas convirtiendo.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

La muchacha sonrió suavemente.

—Estoy segura de que estaba orgullosa de ti, Desmond.

El joven cerró los ojos durante un instante.

Respiró profundamente.

Después volvió a mirarla.

—Gracias, Skyler...

Su voz temblaba ligeramente.

Ella correspondió a su sonrisa.

—De nada.

Desmond apretó suavemente su mano.

—No sé cómo habría sobrevivido estas semanas sin ti.

Skyler permaneció inmóvil durante un instante.

Aquellas palabras la conmovieron profundamente.

Había intentado ayudarlo desde el principio.

No porque esperara recibir algo a cambio.

Sino porque le importaba.

Porque desde aquella primera noche en el bar había descubierto en Desmond a una persona diferente.

Alguien que, a pesar de haber vivido rodeado de crueldad, todavía conservaba la capacidad de preocuparse sinceramente por los demás.

La muchacha sonrió.

Apretó su mano en respuesta.

—Siempre estaré aquí para ti, Desmond.

Su voz fue suave.

Pero firme.

—Pase lo que pase.

El joven la observó durante varios segundos.

Después sonrió.

—Gracias...

Skyler se acomodó un poco más cerca.

Ninguno soltó la mano del otro.

El reloj avanzó lentamente.

Las conversaciones fueron disminuyendo hasta convertirse en pequeños comentarios entrecortados.

Skyler comenzó a sentir sueño.

Sus orejas se relajaron y su respiración adquirió un ritmo tranquilo.

Desmond apagó la pequeña lámpara.

La habitación quedó envuelta en una oscuridad agradable.

Durante unos segundos permaneció observando el techo.

Pensó en aquella celebración.

En el regalo de James.

En la sonrisa de Skyler.

Y en todas las cosas que había conseguido disfrutar durante el día.

Todavía sentía tristeza por la muerte de Marta.

Sabía que aquel dolor lo acompañaría durante mucho tiempo.

Pero había comenzado a comprender algo importante.

La ausencia de una persona amada no significaba que debiera renunciar al cariño de quienes todavía estaban presentes.

Giró ligeramente el rostro.

Skyler descansaba junto a él.

Su mano continuaba entrelazada con la suya.

Desmond sonrió suavemente.

No sabía exactamente qué les depararía el futuro.

Tampoco podía imaginar cuánto cambiarían sus vidas durante los años siguientes.

Pero aquella noche no necesitaba encontrar respuestas.

No necesitaba comprender el mundo.

Ni encontrar una explicación para todas las pérdidas que había sufrido.

Simplemente podía descansar.

Y disfrutar de la compañía de alguien que había elegido permanecer a su lado.

Esa noche, mientras el reloj marcaba la medianoche, ambos se quedaron dormidos tomados de la mano, con la certeza de que, a pesar de todo lo que habían perdido, habían encontrado algo irrompible el uno en el otro.

CAP 10

Un Nuevo Refugio

La mañana llegó acompañada de una tranquilidad poco habitual.

Los primeros destellos de luz atravesaban las cortinas de la habitación de Desmond, iluminando suavemente los muebles y las paredes. El vecindario comenzaba a despertar, y desde el exterior podían escucharse los sonidos lejanos de algunos vehículos y de los comerciantes que abrían sus establecimientos.

Skyler fue la primera en abrir los ojos.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, intentando acostumbrarse a la claridad.

Después volvió lentamente la cabeza.

Desmond continuaba profundamente dormido a su lado.

Su rostro conservaba una expresión serena, muy diferente de aquella tristeza que lo había acompañado durante las semanas posteriores a la muerte de Marta.

Skyler lo contempló en silencio.

Recordó la celebración de la noche anterior.

Las risas.

La música.

La expresión de sorpresa de Desmond cuando descubrió la guitarra.

Y aquel momento en que la abrazó para agradecerle todo lo que había hecho por él.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Había sido una noche agradable.

Quizás una de las mejores que ambos habían compartido desde que se conocieron.

Skyler observó nuevamente al joven.

Le alegraba verlo descansar.

Durante las últimas semanas había presenciado su sufrimiento, sus dificultades para dormir y aquella tristeza que parecía consumirlo lentamente.

Pero ahora estaba allí.

Durmiendo tranquilamente.

Por primera vez en mucho tiempo, sin que las preocupaciones parecieran atormentarlo.

—Descansa, Des... —susurró.

Con movimientos cuidadosos, retiró las sábanas y se incorporó.

Procuró no hacer ruido mientras buscaba sus pertenencias.

Se vistió, acomodó su cabello y recogió el bolso que había dejado cerca de una silla.

Antes de marcharse, volvió a mirar hacia la cama.

Desmond continuaba dormido.

Skyler sonrió con ternura.

Durante un instante consideró despertarlo para despedirse.

Sin embargo, decidió dejarlo descansar.

Sabía cuánto necesitaba recuperar aquellas horas de sueño.

Se acercó a la puerta.

La abrió lentamente.

Y salió de la habitación.

La casa estaba tranquila.

James también parecía continuar descansando, probablemente agotado después de todos los preparativos del cumpleaños.

Skyler bajó las escaleras con cuidado.

Al llegar a la sala, observó las decoraciones que todavía permanecían colocadas.

Algunos globos descansaban junto a las paredes.

La pancarta de cumpleaños seguía colgada sobre la mesa.

Y el ambiente conservaba aquel agradable recuerdo de la celebración.

La joven sonrió.

Recordó las bromas de James mientras cocinaba.

La emoción de Desmond.

Y la sensación de tranquilidad que había experimentado al compartir aquella noche con ellos.

Sin embargo, al pensar en regresar a su propia casa, su sonrisa comenzó a desvanecerse.

Se quedó inmóvil durante unos segundos.

Su mirada descendió lentamente hacia el suelo.

No era que no quisiera volver a su hogar.

Después de todo, allí estaban sus pertenencias, su habitación y buena parte de los recuerdos de su infancia.

Pero la casa de sus padres no le ofrecía la misma tranquilidad que encontraba junto a Desmond y James.

Era extraño.

La vivienda de su familia era mucho más grande.

Tenía mejores muebles, habitaciones espaciosas y prácticamente todas las comodidades que alguien podía desear.

Sin embargo, en aquella pequeña casa de los Lebrozky había encontrado algo que llevaba mucho tiempo echando de menos.

Calidez.

Skyler respiró profundamente.

Después se acercó a la puerta principal.

—Bueno...

Su voz fue apenas un murmullo.

—Será mejor que regrese.

Abrió la puerta y salió.

El aire de la mañana estaba fresco.

Skyler caminó hasta una avenida cercana, donde consiguió detener un taxi.

El conductor, un sabueso infernal de mediana edad, bajó ligeramente la ventanilla.

—Buenos días, señorita. ¿A dónde la llevo?

Skyler le indicó la dirección.

—A esta calle, por favor.

El conductor asintió.

—Suba.

La muchacha abrió la puerta trasera y se acomodó junto a la ventana.

El vehículo comenzó a avanzar.

Durante los primeros minutos, Skyler observó distraídamente los edificios y comercios que aparecían a ambos lados de la carretera.

El movimiento de la ciudad aumentaba conforme transcurría la mañana.

Algunos habitantes caminaban apresuradamente hacia sus trabajos.

Otros conversaban frente a pequeños establecimientos.

Y los vehículos comenzaban a llenar las avenidas principales.

Skyler apoyó la cabeza contra el respaldo.

Su mente regresó involuntariamente a la noche anterior.

Recordó la manera en que Desmond había sostenido la guitarra.

La emoción que apareció en sus ojos.

Y aquel beso inesperado en la mejilla que todavía conseguía avergonzarla cuando pensaba en él.

Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia atrás.

Una sonrisa tímida apareció en su rostro.

—Desmond...

Pronunció su nombre en voz baja.

Había algo en aquel joven que le resultaba difícil de explicar.

No era solamente su talento musical.

Tampoco su manera de bromear, ni aquella sinceridad con la que expresaba sus opiniones.

Era la sensación de seguridad que encontraba a su lado.

Desde la primera noche en que se conocieron, Desmond nunca había intentado obligarla a hacer algo que no quisiera.

La escuchaba.

Respetaba sus decisiones.

Y, cuando notaba que algo la incomodaba, procuraba darle espacio.

Skyler valoraba aquellos detalles mucho más de lo que él imaginaba.

Observó nuevamente por la ventana.

La ciudad continuaba pasando frente a sus ojos.

Pero su expresión comenzó a ensombrecerse.

Sabía perfectamente que aquella tranquilidad desaparecería cuando llegara a casa.

Veinte minutos después, el taxi se detuvo frente a una residencia de grandes dimensiones.

La vivienda estaba situada en una zona acomodada del Anillo de la Furia.

Su fachada había sido cuidadosamente diseñada, con ventanas amplias, un jardín bien mantenido y una entrada que reflejaba la posición económica de sus propietarios.

Skyler contempló la casa desde el asiento trasero.

Durante unos segundos no hizo ningún movimiento.

El conductor la observó por el espejo.

—Señorita, hemos llegado.

Ella parpadeó.

—Ah... sí.

Sacó el dinero y pagó el trayecto.

—Muchas gracias.

—Que tenga un buen día.

Skyler descendió del vehículo.

El taxi se alejó lentamente.

La muchacha permaneció frente a la residencia.

Observó las ventanas.

La puerta principal.

Y las decoraciones que su madre había elegido años atrás.

Todo parecía perfectamente ordenado.

Todo parecía elegante.

Sin embargo, aquella imagen no le provocaba ninguna alegría.

Respiró profundamente.

Después caminó hacia la entrada.

Sacó sus llaves.

Abrió la puerta.

Y entró.

El silencio fue lo primero que la recibió.

No había conversaciones.

Tampoco música.

Únicamente el tenue sonido de un reloj que marcaba el paso de los segundos desde una pared cercana.

La sala estaba decorada con muebles costosos, cortinas elegantes y fotografías familiares cuidadosamente colocadas sobre algunas repisas.

Sin embargo, el ambiente resultaba frío.

Casi impersonal.

Skyler cerró lentamente la puerta.

—¿Mamá...?

No recibió respuesta.

Avanzó unos pasos.

Entonces percibió un olor desagradablemente familiar.

Alcohol.

Su expresión cambió inmediatamente.

Giró hacia la sala principal.

Y la encontró.

Lyra, su madre, permanecía desplomada sobre uno de los grandes sofás.

Tenía una botella de licor entre las manos y varias prendas desordenadas a su alrededor.

Su cabello estaba descuidado.

Sus ojos permanecían entrecerrados.

Y su respiración revelaba un estado de embriaguez evidente.

Skyler sintió que el estómago se le encogía.

Aquella escena no era nueva.

Había presenciado situaciones semejantes demasiadas veces.

Sin embargo, nunca conseguía acostumbrarse del todo.

—Mamá... —repitió suavemente.

Lyra se movió.

Abrió lentamente los ojos.

Durante unos segundos pareció intentar reconocer a la figura que acababa de entrar.

Finalmente, cuando consiguió identificarla, su expresión cambió bruscamente.

—¡¿Skyler?!

La muchacha se quedó inmóvil.

—Hola, mamá...

Lyra se incorporó torpemente.

La botella se inclinó peligrosamente entre sus dedos.

—¡¿Dónde demonios estabas?!

Skyler bajó inmediatamente las orejas.

—Yo...

Su madre se puso de pie.

Tuvo que apoyarse en el sofá para mantener el equilibrio.

—¡Te estoy hablando, niña!

La joven retrocedió ligeramente.

—Estaba en casa de un amigo...

Lyra soltó una carcajada desagradable.

—¿Un amigo?

Skyler asintió.

—Sí...

—¡¿Y ahora se te ocurre regresar?!

Su voz se elevó por toda la sala.

—¡Estas no son horas para llegar!

La muchacha intentó responder.

—Mamá, puedo explicarte...

—¡No quiero explicaciones!

Lyra señaló hacia la puerta.

—¡Esto no es un maldito hotel!

Skyler sintió que las palabras se le quedaban atrapadas en la garganta.

Observó a su madre.

Quiso explicarle que había pasado la noche acompañando a alguien que atravesaba un momento difícil.

Que había celebrado el cumpleaños de Desmond.

Que no había ocurrido nada peligroso.

Pero conocía demasiado bien aquella expresión.

Sabía que intentar razonar con Lyra cuando estaba borracha casi siempre terminaba empeorando las cosas.

Por eso bajó lentamente la cabeza.

—Lo siento, mamá...

Su voz apenas era audible.

—No volverá a pasar.

Lyra resopló.

—Más te vale.

Skyler apretó ligeramente las manos.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después caminó hacia las escaleras.

Su madre continuó murmurando algunas quejas desde la sala.

La muchacha no respondió.

Simplemente subió.

Al llegar a su habitación, Skyler cerró cuidadosamente la puerta.

Permaneció de pie durante unos segundos.

Después dejó su bolso sobre una silla.

La habitación era amplia.

Tenía una cama cómoda, un escritorio elegante y varios muebles donde guardaba sus pertenencias.

Las paredes estaban decoradas con fotografías, pequeños recuerdos y algunos objetos que había conservado desde su infancia.

Era un dormitorio agradable.

Al menos a simple vista.

Skyler caminó lentamente hasta la cama.

Se sentó.

Y abrazó sus piernas contra el pecho.

Sus orejas permanecían inclinadas hacia atrás.

La cola descansaba inmóvil junto a ella.

Durante varios minutos no hizo nada.

Simplemente observó el suelo.

Todavía podía escuchar la voz de su madre repitiéndose en su cabeza.

«¿Dónde demonios estabas?»

«Esto no es un maldito hotel».

La muchacha cerró los ojos.

No comprendía por qué cada regreso a casa tenía que sentirse como si estuviera cometiendo alguna falta imperdonable.

Sabía que debía avisar cuando pasaba la noche fuera.

No tenía problemas en reconocerlo.

Pero también sabía que, incluso cuando hacía todo correctamente, su madre encontraba alguna razón para reprocharle algo.

Skyler soltó un suspiro tembloroso.

—Solo quería pasar una noche tranquila...

Su voz se perdió en el silencio.

Levantó lentamente la mirada.

Entonces sus ojos encontraron un pequeño objeto sobre la mesa de noche.

Una figura de origami.

Un dragón hecho de papel.

Skyler permaneció inmóvil.

Después extendió una mano y lo tomó con delicadeza.

El papel estaba ligeramente desgastado por el paso de los años.

Algunos pliegues habían perdido su firmeza original.

Pero la figura continuaba conservando su forma.

La muchacha la contempló con ternura.

Recordó inmediatamente el día en que su padre se la había regalado.

Skyler era apenas una niña cuando Darius le enseñó aquella pequeña figura.

Recordaba estar sentada junto a él mientras observaba cómo sus manos doblaban cuidadosamente una hoja de papel.

—Papá, ¿qué estás haciendo?

Darius había sonreído.

—Una sorpresa.

La pequeña levantó las orejas.

—¿Para mí?

—Claro que sí, princesa.

Skyler intentó observar más de cerca.

—¿Qué es?

Su padre soltó una carcajada.

—Si te lo digo, dejará de ser una sorpresa.

La niña frunció el ceño.

—¡Pero quiero saber!

Darius continuó doblando el papel.

Después de varios minutos, levantó finalmente la figura.

—¡Listo!

Skyler abrió los ojos.

—¡Un dragón!

Su padre sonrió.

—Exactamente.

La pequeña tomó el origami con muchísimo cuidado.

—¡Es precioso!

Darius le acarició suavemente la cabeza.

—Entonces tendrás que cuidarlo.

Skyler asintió con entusiasmo.

—¡Lo cuidaré siempre!

El recuerdo se desvaneció lentamente.

Skyler volvió a encontrarse sentada sobre su cama.

Con el pequeño dragón entre las manos.

Una lágrima comenzó a recorrer su mejilla.

—Papá...

Su voz tembló.

Darius no era un mal hombre.

La quería.

Siempre había intentado proporcionarle todo aquello que necesitaba.

Pero su trabajo lo mantenía fuera de casa durante jornadas interminables.

Algunas noches regresaba cuando Skyler ya estaba dormida.

Otras debía marcharse antes de que ella despertara.

Y, aunque procuraba compensar sus ausencias con regalos y pequeños detalles, aquellos objetos nunca conseguían sustituir completamente su compañía.

Lyra, por su parte, había comenzado a refugiarse cada vez más en el alcohol.

Al principio eran ocasiones aisladas.

Después se volvieron frecuentes.

Hasta que, con el paso del tiempo, encontrarla sobria comenzó a resultar menos habitual de lo que debería.

Skyler había crecido en medio de aquella situación.

Aprendiendo cuándo debía guardar silencio.

Cuándo era mejor permanecer en su habitación.

Y cómo reconocer, por el tono de voz de su madre, si una conversación podía convertirse en una discusión.

A veces se preguntaba cómo era posible sentirse tan sola dentro de una casa tan grande.

Tenía prácticamente todo lo material que necesitaba.

Pero había días en los que habría cambiado buena parte de aquellas comodidades por una comida tranquila junto a sus padres.

Sin gritos.

Sin insultos.

Sin botellas abandonadas sobre los muebles.

Skyler apretó delicadamente el origami.

Una nueva lágrima recorrió su rostro.

—Ojalá las cosas fueran diferentes...

El resto del día transcurrió con una tranquilidad incómoda.

Skyler permaneció buena parte del tiempo en su habitación.

Intentó distraerse escuchando música, organizando algunas pertenencias y revisando su teléfono.

En varios momentos pensó en escribirle a Desmond.

Quería contarle cómo había regresado.

Preguntarle si había descansado bien.

Quizás conversar sobre la celebración de la noche anterior.

Pero cada vez que comenzaba a escribir un mensaje, terminaba borrándolo.

No quería preocuparlo.

Después de todo lo que había sufrido con la muerte de Marta, sentía que lo último que necesitaba era cargar también con los problemas de otra persona.

La muchacha dejó el teléfono sobre la cama.

Suspiró.

Y volvió a contemplar el pequeño dragón de papel.

Las horas continuaron avanzando.

El cielo comenzó a oscurecerse.

La casa permanecía prácticamente silenciosa, salvo por algunos movimientos ocasionales procedentes de la planta baja.

Skyler apenas salió de su habitación.

Sabía que Lyra continuaba allí.

Y no tenía deseos de provocar otra discusión.

Finalmente, entrada la madrugada, decidió acostarse.

Pero el descanso duró poco.

Eran aproximadamente las dos de la madrugada cuando el sonido de la puerta principal interrumpió el silencio de la residencia.

Darius acababa de regresar.

El hombre entró con paso cansado, llevando consigo el agotamiento de una jornada interminable.

Dejó sus pertenencias cerca de la entrada.

Se quitó parte de su ropa de trabajo.

Y dejó escapar un largo suspiro.

—Por fin...

Su voz sonó agotada.

Solo quería descansar.

Sin embargo, al avanzar hacia la sala, percibió inmediatamente aquel olor que conocía demasiado bien.

Alcohol.

Darius cerró los ojos.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después volvió lentamente la cabeza.

Lyra seguía sobre el sofá.

Una botella vacía descansaba junto a ella.

El hombre sintió cómo el cansancio comenzaba a transformarse en frustración.

—No puede ser...

Se acercó.

—Lyra.

La mujer se movió ligeramente.

Darius observó la botella.

Después volvió a mirarla.

—¿Otra vez borracha?

Lyra abrió los ojos.

Su expresión se endureció inmediatamente.

—¿Qué quieres?

Darius soltó un suspiro.

—¿Cuándo vas a parar con esto?

La mujer se incorporó torpemente.

—No empieces.

—Lyra...

—¡He dicho que no empieces!

Darius apretó la mandíbula.

Había intentado hablar de aquel problema en numerosas ocasiones.

A veces conseguían conversar durante algunos minutos.

Otras veces Lyra prometía reducir su consumo.

Pero aquellas promesas terminaban desapareciendo.

Y las discusiones regresaban.

—No podemos seguir viviendo así —respondió él.

Lyra soltó una carcajada amarga.

—¿Ahora te preocupa cómo vivimos?

Darius frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

La mujer se levantó tambaleándose.

—¡Que nunca estás aquí!

Su voz comenzó a elevarse.

—¡Te pasas todo el maldito día trabajando y después vienes a decirme lo que tengo que hacer!

Darius respiró profundamente.

—Trabajo para mantener esta casa, Lyra.

—¡Pues felicidades!

La mujer extendió los brazos.

—¡Tenemos una casa preciosa!

Señaló los muebles.

—¡Muebles caros! ¡Habitaciones enormes!

Después volvió a mirarlo.

Su expresión estaba cargada de resentimiento.

—¡Y una familia que apenas se ve!

Darius permaneció callado durante unos segundos.

Sabía que sus ausencias habían afectado a su esposa y a su hija.

No era algo que ignorara.

Pero tampoco podía permitir que aquella situación continuara empeorando.

—Podemos hablar de eso cuando estés sobria.

Lyra soltó una risa desagradable.

—¡Ah, claro!

Se acercó un paso.

—¡Ahora resulta que tampoco puedo hablar contigo!

Darius negó lentamente.

—No he dicho eso.

—¡Pues entonces déjame en paz!

El hombre observó la botella.

—No, Lyra.

Su tono se volvió más firme.

—Tenemos que hablar de lo que está pasando.

La mujer lo fulminó con la mirada.

—¿Y a ti qué te importa, maldito perro?

Su voz retumbó por toda la sala.

—¡Déjame en paz!

Darius sintió que la paciencia comenzaba a agotársele.

—¡Claro que me importa!

Señaló hacia las escaleras.

—¡Nuestra hija está pagando las consecuencias de tu maldito alcoholismo!

En la planta superior, Skyler abrió los ojos.

Había reconocido inmediatamente las voces de sus padres.

Permaneció inmóvil.

Escuchando.

Al principio intentó convencerse de que la discusión terminaría pronto.

Quizás Darius conseguiría tranquilizar a Lyra.

Quizás ambos decidirían dejar de hablar y regresar a sus habitaciones.

Pero las voces continuaron aumentando.

Skyler se incorporó lentamente.

Sus orejas se inclinaron hacia atrás.

—Otra vez no...

Se llevó las manos al rostro.

Desde la planta baja llegó un nuevo grito.

—¡NO ME DIGAS CÓMO TENGO QUE VIVIR!

Era Lyra.

Darius respondió con evidente frustración.

—¡NO SE TRATA SOLO DE TI!

Skyler cerró los ojos.

Aquella conversación le resultaba dolorosamente familiar.

Había escuchado discusiones semejantes desde hacía años.

Las acusaciones.

Los reproches.

Las palabras hirientes.

Y aquel silencio que solía llegar después, cuando ambos terminaban demasiado agotados para continuar.

La muchacha se acomodó sobre la cama.

Abrazó una almohada contra su pecho.

Intentó ignorar las voces.

Pero resultaba imposible.

—¡¿Y DÓNDE ESTABAS CUANDO TE NECESITABA?! —gritó Lyra.

Darius respondió:

—¡ESTABA TRABAJANDO PARA QUE NO NOS FALTARA NADA!

—¡PUES NOS FALTABAS TÚ!

Skyler sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Había una parte de aquellas palabras que comprendía.

Su padre efectivamente había estado ausente durante buena parte de su infancia.

Pero también sabía que aquellas discusiones no estaban solucionando nada.

Solo conseguían convertir la casa en un lugar cada vez más difícil de soportar.

—Por favor... —susurró.

Apretó la almohada.

—Dejen de pelear...

En la sala, la discusión continuaba empeorando.

Darius intentaba mantener cierta distancia.

Lyra, sin embargo, se encontraba cada vez más alterada.

—¡Tú no tienes derecho a juzgarme!

El hombre negó con la cabeza.

—No estoy intentando juzgarte.

—¡Mentiroso!

—¡Lyra, basta!

La mujer tomó la botella que descansaba sobre la mesa.

Darius observó inmediatamente el movimiento.

—Deja eso.

Lyra lo miró con rabia.

—¡No me des órdenes!

—No estoy jugando.

La mujer dio un paso hacia él.

—¡Pues yo tampoco!

El sonido de un objeto golpeando el suelo retumbó por toda la sala.

Cristales rotos.

Darius retrocedió instintivamente.

—¡Lyra!

En la planta superior, Skyler se sobresaltó.

Abrió los ojos de par en par.

Había escuchado perfectamente el sonido.

—¿Mamá...?

Se levantó ligeramente de la cama.

Pero no se atrevió a salir de su habitación.

Las voces continuaron.

Más fuertes.

Más descontroladas.

Después se escuchó otro golpe.

Y un gruñido de dolor.

Skyler sintió que el corazón comenzaba a latirle desesperadamente.

—Papá...

Se acercó lentamente a la puerta.

Colocó una mano sobre el picaporte.

Durante unos segundos consideró bajar.

Pero el miedo terminó por detenerla.

Recordó las ocasiones en que había intentado intervenir durante discusiones anteriores.

Nunca había conseguido mejorar la situación.

Y aquella noche parecía especialmente peligrosa.

La muchacha retrocedió.

Volvió a sentarse sobre la cama.

Y esperó.

La confrontación terminó tan repentinamente como había comenzado.

Después de varios golpes y del sonido de cristales rompiéndose, las voces desaparecieron.

Un silencio profundo se apoderó de la casa.

Skyler permaneció inmóvil.

Sus orejas estaban completamente inclinadas hacia atrás.

Escuchó atentamente.

Nada.

No había gritos.

Tampoco discusiones.

Únicamente el sonido distante de algún vehículo que recorría las calles.

La muchacha sintió un escalofrío.

Aquella tranquilidad no le resultaba reconfortante.

Al contrario.

Le provocaba todavía más miedo.

—¿Papá...?

Su voz apenas fue un susurro.

No recibió respuesta.

Durante varios minutos permaneció sentada, esperando escuchar algún movimiento.

Finalmente, unos pasos comenzaron a subir las escaleras.

Skyler levantó inmediatamente la cabeza.

Los pasos se acercaron lentamente.

Se detuvieron frente a su habitación.

Después escuchó unos golpes suaves.

—Skyler...

Reconoció la voz de su padre.

Pero había algo diferente en ella.

Sonaba agotada.

Dolorida.

—¿Puedo pasar, hija?

La muchacha tragó saliva.

—Sí...

La puerta comenzó a abrirse.

Darius entró lentamente.

Skyler sintió que el corazón se le encogía al verlo.

Su padre tenía varios cortes en uno de los brazos.

Sobre su rostro podían distinguirse marcas de mordidas y algunas heridas recientes.

Su ropa estaba desordenada.

Y su expresión reflejaba un agotamiento profundo.

—¡Papá!

La muchacha se levantó inmediatamente.

Se acercó a él.

—¡¿Qué te pasó?!

Darius intentó sonreír.

Pero el gesto apenas consiguió formarse.

—Tranquila, princesa...

Skyler observó las heridas.

—¡Estás lastimado!

El hombre bajó lentamente la mirada.

—Sí...

La joven sintió que las lágrimas comenzaban a acumularse en sus ojos.

—¿Fue mamá?

Darius permaneció callado.

Aquella pausa fue suficiente.

Skyler negó lentamente con la cabeza.

—No...

Su padre se acercó a la cama.

Se sentó con dificultad.

Después dejó escapar un largo suspiro.

—Skyler...

La muchacha permaneció frente a él.

Su expresión reflejaba miedo y desconcierto.

Darius levantó lentamente la mirada.

—Tenemos que hablar.

Skyler tragó saliva.

—¿Qué pasa?

El hombre observó las manos de su hija.

Temblaban.

Sintió una punzada de culpa.

Durante años había intentado convencerse de que, mientras proporcionara a su familia estabilidad económica, todo lo demás podría solucionarse.

Pero ahora tenía frente a él las consecuencias de aquella decisión.

Su hija estaba asustada dentro de su propia casa.

Y él no había conseguido evitarlo.

—Skyler...

Su voz adquirió un tono grave.

—Tienes que irte de aquí.

La muchacha permaneció inmóvil.

—¿Qué?

Darius respiró profundamente.

—No puedes seguir viviendo en esta casa.

Skyler abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué?

Su voz comenzó a temblar.

—¿Qué está pasando, papá?

El hombre apartó la mirada.

Durante unos segundos pareció incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Finalmente, volvió a observarla.

—No es seguro para ti quedarte aquí.

Skyler negó lentamente con la cabeza.

—Pero...

Darius la interrumpió suavemente.

—Tu madre ha cruzado un límite esta vez.

La muchacha observó nuevamente las heridas de su padre.

Él continuó:

—Me atacó.

Su voz se volvió más apagada.

—Y no puedo garantizar que no termine haciéndote daño a ti también.

Skyler sintió que la sangre se le enfriaba.

Durante varios segundos permaneció completamente inmóvil.

—Mamá...

Su voz apenas fue audible.

Darius bajó la cabeza.

—Lo siento, hija.

Skyler comenzó a llorar.

—¿Y qué voy a hacer?

Su padre se levantó lentamente.

Colocó ambas manos sobre sus hombros.

—Vas a empacar algunas cosas.

La muchacha levantó la mirada.

—¿Ahora?

Darius asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Solo lo esencial. Algo de ropa y tus pertenencias más importantes.

Skyler observó su habitación.

—Pero... ¿a dónde voy a ir?

Darius respiró profundamente.

—Voy a pagar un taxi para que puedas marcharte.

Le acarició suavemente el rostro.

—Lo importante es que estés lejos de aquí.

La muchacha se llevó una mano a la boca.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Papá...

Darius la abrazó.

—Perdóname, hija.

Su voz se quebró.

—Pero es por tu seguridad.

Skyler comenzó a empacar lentamente.

Abrió su armario.

Sacó algunas prendas.

Las dobló y las guardó dentro de una maleta pequeña.

Sus movimientos eran inseguros.

En ocasiones permanecía inmóvil durante varios segundos, contemplando algún objeto sin saber si debía llevárselo.

No quería abandonar su habitación.

Era el lugar donde había crecido.

Donde guardaba sus recuerdos.

Donde había pasado incontables tardes escuchando música, leyendo o intentando ignorar las discusiones de sus padres.

Pero tampoco quería continuar viviendo con miedo.

Darius permanecía cerca de la puerta.

La observaba en silencio.

Su hija abrió un cajón.

Sacó algunas pertenencias.

Después se detuvo frente a la mesa de noche.

Allí estaba el pequeño dragón de origami.

Skyler lo contempló durante varios segundos.

Lo tomó delicadamente entre los dedos.

Recordó la tarde en que su padre lo había hecho para ella.

Su sonrisa.

Sus palabras.

Y aquella promesa infantil de cuidarlo siempre.

Las lágrimas comenzaron a recorrer nuevamente su rostro.

—Papá...

Darius levantó la mirada.

—¿Sí, princesa?

Skyler sostuvo el pequeño dragón.

—Todavía lo tengo...

El hombre permaneció inmóvil.

Cuando reconoció la figura, su expresión se suavizó.

—Mi dragón...

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

—No puedo creer que todavía lo conserves.

Skyler asintió.

—Me gusta mucho.

Darius sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

—Me alegra, hija.

La muchacha guardó cuidadosamente el origami dentro de su maleta, procurando que ninguna prenda lo aplastara.

Después cerró el equipaje.

—Ya está...

Su voz tembló.

Darius asintió.

—Muy bien.

Se acercó a ella.

—Vamos.

Cuando descendieron las escaleras, la casa permanecía en silencio.

Skyler observó brevemente hacia la sala.

No vio a su madre.

Darius no hizo ningún comentario.

Simplemente continuó acompañándola hacia la entrada.

En el exterior, un taxi esperaba junto a la acera.

La muchacha sintió que el corazón le latía con fuerza.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido.

Aquella misma mañana había regresado a casa después de pasar una noche agradable con Desmond.

Ahora estaba abandonando su hogar con una maleta entre las manos.

No sabía cuándo volvería.

Tampoco sabía qué ocurriría con sus padres.

Darius abrió la puerta principal.

El aire frío de la madrugada los recibió.

Skyler caminó lentamente hacia el vehículo.

Pero antes de llegar, su padre la detuvo.

—Skyler...

La muchacha volvió la cabeza.

—¿Sí, papá?

Darius colocó suavemente ambas manos sobre sus hombros.

Durante unos segundos permaneció observándola.

Después bajó la mirada.

—Perdóname.

Skyler sintió un nudo en la garganta.

—Papá...

El hombre negó lentamente con la cabeza.

—No, hija. Déjame decirlo.

Respiró profundamente.

—Sé que me he ausentado demasiado.

Su voz comenzó a temblar.

—Pasé tantos años intentando asegurarme de que nunca te faltara nada...

Observó brevemente la residencia.

—Quería darte una vida sin carencias.

Volvió a mirar a su hija.

—Una casa bonita. Comida. Ropa. Todo aquello que yo no siempre tuve cuando era joven.

Skyler permaneció callada.

Darius continuó:

—Pero no me di cuenta de lo que estaba sacrificando.

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

—No comprendí que estabas creciendo prácticamente sola.

La muchacha bajó lentamente las orejas.

—Papá...

El hombre tragó saliva.

—Debería haber estado más tiempo contigo.

Su voz se quebró.

—Debería haber visto lo que estaba pasando antes de que llegáramos a esto.

Skyler sintió que las lágrimas comenzaban a recorrer sus mejillas.

Darius se acercó un poco más.

—Quería ser un buen padre.

Hizo una pausa.

—Y siento que te fallé.

La muchacha negó inmediatamente con la cabeza.

—No digas eso...

Darius intentó sonreír.

Pero no lo consiguió.

Skyler soltó la maleta.

Y lo abrazó con fuerza.

Su padre permaneció sorprendido durante un instante.

Después correspondió al abrazo.

La joven apoyó el rostro contra su pecho.

—Lo sé, papá...

Su voz temblaba.

—Sé que trabajabas mucho por nosotros.

Darius cerró los ojos.

Skyler continuó:

—Y sé que querías darnos una buena vida.

Respiró profundamente.

—No tienes que disculparte... lo entiendo.

El hombre la abrazó con mayor fuerza.

Durante varios segundos ninguno habló.

Simplemente permanecieron juntos.

Como si aquel abrazo pudiera recuperar parte del tiempo que habían perdido.

Darius acarició suavemente el cabello de su hija.

—Te quiero muchísimo, Skyler.

La muchacha cerró los ojos.

—Yo también te quiero, papá.

El hombre besó su frente.

Después se separó lentamente.

—Cuídate mucho, princesa.

Skyler asintió.

—Tú también.

Darius observó la maleta.

La recogió.

Y la colocó cuidadosamente dentro del vehículo.

Después abrió la puerta trasera.

Skyler se acomodó en el asiento.

Antes de cerrar, volvió a observar a su padre.

Darius intentó sonreír.

—Todo estará bien, hija.

La muchacha asintió lentamente.

Aunque ninguno de los dos podía saber realmente si aquello sería cierto.

Finalmente, la puerta se cerró.

El taxi comenzó a avanzar.

Skyler volvió la cabeza.

A través de la ventanilla observó a Darius permaneciendo frente a la residencia.

Su figura se hizo cada vez más pequeña.

Hasta que finalmente desapareció al doblar una esquina.

La muchacha bajó lentamente la mirada.

Y comenzó a llorar en silencio.

El trayecto estuvo acompañado por una profunda incertidumbre.

Skyler mantenía la maleta junto a sus piernas.

Su teléfono descansaba entre las manos.

Durante varios minutos contempló la pantalla sin hacer nada.

No tenía un plan.

Su padre le había pedido que se marchara por su seguridad, pero todavía no había decidido dónde quedarse.

Conocía algunas personas.

Tenía amigas.

Y probablemente alguna estaría dispuesta a recibirla durante unos días.

Sin embargo, había un lugar que apareció inmediatamente en su mente.

La casa de Desmond y James.

Skyler recordó la calidez de aquella vivienda.

La manera en que ambos hermanos se preocupaban el uno por el otro.

Las comidas que compartían.

Las bromas.

Y aquella sensación de tranquilidad que había experimentado al quedarse allí.

No sabía si sería apropiado pedirles ayuda.

Después de todo, ambos acababan de perder a su madre.

Tenían sus propias responsabilidades.

Y Skyler no quería convertirse en una carga.

Pero también recordaba algo que Desmond le había dicho durante aquella noche lluviosa.

«Nunca estarás sola, Skyler. Siempre tendrás a alguien... Me tendrás a mí».

La muchacha cerró los ojos.

Una lágrima recorrió su mejilla.

—Des...

Respiró profundamente.

Después levantó la mirada hacia el conductor.

Le indicó la dirección de la casa de los hermanos Lebrozky.

El taxista asintió.

Y continuó conduciendo.

Cuando el vehículo finalmente se detuvo, Skyler reconoció inmediatamente la pequeña vivienda.

La calle estaba prácticamente desierta.

Algunas luces permanecían encendidas en las casas cercanas.

Y el silencio de la madrugada envolvía el vecindario.

Skyler pagó el trayecto.

Descendió.

Recogió su maleta.

Y observó la entrada.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Había estado allí apenas unas horas antes.

Pero ahora todo era diferente.

Entonces era una invitada que regresaba a casa después de una celebración.

Ahora era alguien que no tenía un lugar seguro al cual volver.

La muchacha tragó saliva.

Caminó lentamente hacia la puerta.

Levantó una mano.

Pero se detuvo antes de tocar el timbre.

—¿Y si los molesto...?

Observó la maleta.

Después volvió a mirar la entrada.

—¿Y si no pueden recibirme?

Sus orejas se inclinaron hacia atrás.

Durante varios segundos permaneció indecisa.

Finalmente, respiró profundamente.

Recordó las palabras de Desmond.

Y tocó el timbre.

Dentro de la casa, James se encontraba despierto.

Había bajado a buscar un vaso de agua cuando escuchó el sonido.

Frunció el ceño.

Observó el reloj.

—¿Quién demonios viene a estas horas...?

Dejó el vaso sobre una mesa.

Caminó hacia la entrada.

Y abrió la puerta.

Al reconocer a la muchacha que esperaba afuera, sus ojos se abrieron ligeramente.

—¿Skyler?

Ella levantó lentamente la mirada.

—Hola, James...

El joven observó su expresión.

Tenía los ojos enrojecidos.

Las orejas inclinadas hacia atrás.

Y sostenía una pequeña maleta junto a sus piernas.

James dejó de lado cualquier intención de bromear.

—Oye...

Su voz adquirió un tono preocupado.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Skyler intentó responder.

Pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta.

Bajó la mirada.

—Yo...

James frunció ligeramente el ceño.

—¿Pasó algo?

La muchacha asintió.

Sus ojos comenzaron a humedecerse nuevamente.

—Tuve que irme de mi casa...

James permaneció inmóvil.

—¿Qué?

Skyler apretó las manos alrededor del asa de la maleta.

—Mi papá me dijo que no era seguro seguir allí.

Su voz temblaba.

—Hubo una discusión muy fuerte con mi mamá y...

No consiguió terminar la frase.

James observó su rostro.

Comprendió que no estaba en condiciones de contar todo lo ocurrido.

La muchacha respiró profundamente.

Después levantó la mirada.

—¿Puedo quedarme aquí unos días?

Su voz fue apenas un susurro.

—Solo hasta que encuentre otro lugar...

James abrió la boca para responder.

Pero antes de que pudiera hacerlo, una voz familiar llegó desde el pasillo.

—¿James? ¿Quién es?

Desmond apareció detrás de su hermano.

Llevaba ropa de dormir y el cabello ligeramente desordenado.

Parecía haberse despertado por las voces.

Sin embargo, cuando reconoció a Skyler, su expresión cambió inmediatamente.

—¿Skyler?

La muchacha levantó los ojos.

—Desmond...

El joven observó la maleta.

Después su rostro.

Las lágrimas.

Y aquella expresión de miedo que conocía demasiado bien desde la noche en que se encontraron por primera vez.

—¿Qué pasó?

Skyler intentó responder.

Pero la voz volvió a quebrársele.

—Yo...

Desmond se acercó inmediatamente.

—Oye, tranquila.

Su tono se suavizó.

—¿Estás bien?

La muchacha negó lentamente con la cabeza.

Durante unos segundos permaneció callada.

Después consiguió hablar.

—No puedo volver a casa ahora...

Desmond observó a James.

Su hermano asintió discretamente.

El joven volvió a mirar a Skyler.

Y respondió sin vacilar.

—Claro que sí, Skyler.

La muchacha parpadeó.

—¿Qué...?

Desmond se apartó para dejarle espacio.

—Puedes quedarte aquí.

Su voz fue cálida.

—Todo el tiempo que necesites.

Skyler permaneció inmóvil.

Parecía incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—¿De verdad...?

Desmond asintió.

—Por supuesto.

Miró brevemente a James.

—¿Verdad, hermano?

El joven imp sonrió.

—Claro.

Se acercó a la puerta.

—Aquí siempre habrá espacio para una persona más.

Skyler sintió que las lágrimas comenzaban a recorrer nuevamente sus mejillas.

Pero esta vez no eran únicamente de tristeza.

Había algo más.

Alivio.

Gratitud.

La sensación de que finalmente podía dejar de tener miedo, aunque fuera por unas horas.

La muchacha soltó lentamente la maleta.

Se acercó a ambos.

Y los abrazó con fuerza.

James se sorprendió ligeramente.

Desmond también.

Pero ninguno tardó en corresponder al gesto.

—Gracias...

Skyler hundió el rostro entre ellos.

Su voz temblaba.

—En serio... gracias...

James le dio unas palmadas suaves en la espalda.

—Tranquila, muchacha.

Intentó sonreír.

—No vamos a dejarte durmiendo en la calle.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Además, después de todo lo que has hecho por nosotros, sería bastante miserable de nuestra parte.

Skyler dejó escapar una risa entre lágrimas.

—Idiotas...

James levantó una ceja.

—¡Oye! ¡Así nos agradeces!

La muchacha comenzó a reír suavemente.

Desmond sonrió.

—Ven.

Se apartó para permitirle entrar.

—Hace frío afuera.

Skyler recogió su maleta.

Y cruzó la puerta.

Una vez dentro, James se ofreció a llevar algunas de sus pertenencias.

Skyler insistió en que podía hacerlo sola.

Sin embargo, el joven imp terminó ayudándola de todas formas.

—No seas terca.

Tomó la maleta.

—Para algo tengo brazos.

Skyler soltó una pequeña risa.

—Gracias, James.

—De nada.

Desmond observó su expresión cansada.

—¿Quieres comer algo?

La muchacha negó lentamente.

—No tengo hambre...

James levantó una ceja.

—¿Seguro?

Skyler asintió.

—Sí. Solo quiero descansar.

El joven imp la observó durante unos segundos.

Después sonrió con comprensión.

—Está bien.

Miró hacia Desmond.

—Voy a dejarles espacio.

Se acercó a Skyler.

—Si necesitas algo, puedes decírmelo.

La muchacha asintió.

—Gracias.

James le dedicó una última sonrisa.

Después regresó a su habitación.

Desmond tomó la maleta.

—Ven, Skyler.

La muchacha lo siguió escaleras arriba.

La habitación de Desmond estaba prácticamente igual que aquella mañana.

Los cuadernos descansaban sobre el escritorio.

La guitarra que había recibido durante su cumpleaños permanecía cuidadosamente apoyada junto a una pared.

Y la cama todavía conservaba las mantas que había utilizado durante la noche anterior.

Skyler observó el lugar.

Una extraña sensación recorrió su pecho.

Había pasado allí una noche tranquila apenas unas horas antes.

Ahora, después de todo lo ocurrido, aquel mismo dormitorio parecía representar algo completamente diferente.

Seguridad.

Desmond dejó la maleta junto al armario.

—Puedes guardar tus cosas aquí.

Abrió una de las puertas.

Señaló un espacio disponible.

—Creo que todavía queda suficiente lugar.

Skyler asintió lentamente.

—Está bien...

Comenzó a sacar algunas prendas.

Las acomodó cuidadosamente junto a la ropa de Desmond.

El joven permaneció sentado sobre la cama.

No dijo nada durante los primeros minutos.

Simplemente la observó.

Skyler se movía con lentitud.

De vez en cuando se detenía frente a alguna de sus pertenencias, como si estuviera demasiado distraída para recordar qué estaba haciendo.

Sus orejas permanecían inclinadas hacia atrás.

Y su expresión reflejaba un cansancio que iba mucho más allá de la falta de sueño.

Desmond comprendió que algo grave había ocurrido.

Sin embargo, no quería presionarla.

Esperó hasta que terminó de guardar la mayor parte de sus cosas.

Después habló suavemente.

—Skyler...

La muchacha se detuvo.

—¿Sí?

Desmond la observó.

—¿Quieres contarme qué pasó?

Ella bajó lentamente la mirada.

Durante varios segundos permaneció callada.

Después negó con la cabeza.

—No... todavía no.

El joven asintió inmediatamente.

—Está bien.

Skyler levantó los ojos.

Parecía sorprendida.

—¿No vas a preguntarme nada más?

Desmond negó suavemente.

—No tienes que contarme algo si no estás preparada.

La muchacha permaneció inmóvil.

El joven continuó:

—Pero si necesitas hablar...

Le dedicó una pequeña sonrisa.

—Estoy aquí.

Skyler sintió que el corazón se le encogía.

Durante unos segundos intentó responder.

Pero no consiguió encontrar las palabras adecuadas.

Finalmente, bajó la mirada.

Y asintió.

Desmond comprendió el gesto.

No insistió.

Cuando terminó de acomodar sus pertenencias, Skyler cerró lentamente el armario.

Se quedó observándolo durante unos segundos.

Allí estaba su ropa.

Junto a la de Desmond.

En una habitación que, hasta hacía poco, apenas visitaba ocasionalmente.

La muchacha sintió una mezcla de tristeza y alivio.

Había abandonado su casa.

Su dormitorio.

Y buena parte de la vida que conocía.

Pero al mismo tiempo, había encontrado un lugar donde nadie le había exigido explicaciones antes de permitirle entrar.

Skyler respiró profundamente.

Después se volvió hacia Desmond.

El joven seguía sentado sobre la cama.

—¿Quieres descansar? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí...

Desmond se acomodó para dejarle espacio.

Skyler se acercó lentamente.

Se sentó junto a él.

Durante unos segundos permanecieron callados.

Después ambos se acostaron.

La habitación quedó envuelta en una tranquilidad profunda.

Desde el exterior apenas llegaban algunos sonidos lejanos.

Skyler permanecía acostada de lado, observando el espacio frente a ella.

Su mente continuaba regresando a la casa de sus padres.

Los gritos.

El sonido de los cristales rompiéndose.

Las heridas de Darius.

Y aquel momento en que tuvo que abandonar su hogar sin saber cuándo regresaría.

Sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele nuevamente.

Intentó contener las lágrimas.

No quería que Desmond la viera llorar.

Pero él ya había notado su inquietud.

Durante unos segundos permaneció observándola en silencio.

Después se acercó ligeramente.

Pasó un brazo por debajo de su cabeza.

Y la atrajo con suavidad hacia su pecho.

Skyler abrió los ojos.

Su cuerpo se tensó ligeramente ante el gesto inesperado.

—D-Desmond...

Su voz fue apenas un susurro.

—¿Qué haces?

El joven no respondió inmediatamente.

Simplemente mantuvo el brazo alrededor de ella, sin ejercer ninguna fuerza que le impidiera apartarse.

Skyler permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después comprendió.

No estaba intentando obtener una explicación.

Tampoco quería obligarla a hablar.

Solo estaba ofreciéndole consuelo.

La muchacha cerró lentamente los ojos.

Su expresión comenzó a relajarse.

Se acomodó con cuidado.

Y apoyó el rostro contra el pecho de Desmond.

Podía escuchar el ritmo tranquilo de su corazón.

Su respiración.

Y aquella calma que tanto había necesitado durante las últimas horas.

Skyler deslizó suavemente una mano sobre su pecho.

Después dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Gracias...

Su voz apenas consiguió elevarse por encima del silencio.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

Observó el rostro de la muchacha.

Sus ojos permanecían cerrados.

Pero una pequeña lágrima descendía lentamente por su mejilla.

El joven sintió una punzada de tristeza.

No sabía exactamente qué había ocurrido en su casa.

Pero comprendía que Skyler necesitaba sentirse protegida.

Acarició suavemente su cabello.

Y permaneció junto a ella.

Los minutos comenzaron a transcurrir lentamente.

Skyler ya no lloraba.

Su respiración se había vuelto más tranquila.

La tensión que mantenía en los hombros comenzó a desaparecer.

Desmond permanecía acostado junto a ella.

No necesitaban conversar.

Habían aprendido, durante las últimas semanas, que algunas veces la compañía podía resultar más importante que cualquier palabra.

Skyler recordó la noche en que lo conoció.

Aquel pequeño bar.

El sabueso que la había acosado.

Y el desconocido de apariencia humana que se levantó de su mesa para defenderla.

Nunca habría imaginado que aquel encuentro terminaría cambiando tanto su vida.

Ahora estaba allí.

En su habitación.

Refugiándose en sus brazos después de una de las noches más difíciles que recordaba.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Desmond percibió que comenzaba a relajarse.

Cerró lentamente los ojos.

También estaba cansado.

Pero aquella noche sentía que debía permanecer cerca de ella.

No porque pudiera solucionar todos sus problemas.

Ni porque tuviera respuestas para cuanto estaba sucediendo.

Simplemente porque Skyler había estado a su lado cuando él más lo necesitaba.

Y ahora quería ofrecerle esa misma compañía.

La muchacha se acomodó un poco mejor contra su pecho.

Sus dedos descansaron suavemente sobre su camiseta.

Desmond mantuvo el brazo alrededor de ella.

El silencio continuó envolviendo la habitación.

Y poco a poco, el cansancio comenzó a vencerlos.

Finalmente, el sueño los venció, y juntos compartieron una noche llena de paz, como si todo el caos del mundo quedara fuera de esas cuatro paredes.

CAP 11

El Inicio de un Sueño

La madrugada transcurría lentamente sobre el Anillo de la Furia.

Las calles permanecían casi desiertas, iluminadas por algunas farolas que proyectaban largas sombras sobre el pavimento. A lo lejos, el sonido ocasional de un vehículo interrumpía la tranquilidad del vecindario.

Dentro de la pequeña casa de los hermanos Lebrozky, todo parecía estar en calma.

James descansaba después de una larga jornada de trabajo, mientras Desmond y Skyler dormían juntos en la habitación que ahora compartían.

Habían transcurrido varios días desde que la joven sabueso abandonó la casa de sus padres.

Durante ese tiempo, ambos habían comenzado a acostumbrarse a su nueva convivencia.

Skyler todavía tenía algunas dificultades para sentirse completamente cómoda.

En ocasiones despertaba sobresaltada, creyendo haber escuchado los gritos de Lyra o el sonido de alguna botella rompiéndose.

Otras veces permanecía despierta durante varios minutos, recordando el rostro herido de Darius y aquella despedida que todavía le provocaba un nudo en la garganta.

Sin embargo, había algo diferente en aquella casa.

Nadie gritaba durante la madrugada.

Nadie la reprendía por cualquier pequeño error.

Y, sobre todo, no tenía que permanecer constantemente alerta, esperando que una discusión estallara en cualquier momento.

Allí podía descansar.

Aquella noche, Skyler abrió los ojos lentamente.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, intentando comprender por qué había despertado.

La habitación estaba oscura.

Únicamente una tenue claridad procedente del exterior conseguía atravesar las cortinas.

A su lado, Desmond continuaba profundamente dormido.

Su respiración era tranquila y regular.

Skyler volvió ligeramente la cabeza para observarlo.

El joven permanecía acostado boca arriba, con una expresión serena que contrastaba con la tristeza que había marcado su rostro durante las semanas posteriores a la muerte de Marta.

La muchacha sonrió con ternura.

Le alegraba verlo así.

Había pasado demasiado tiempo preocupándose por él.

Por su falta de apetito.

Por las noches en las que apenas conseguía dormir.

Y por aquella manera en que parecía culparse de cuanto había ocurrido.

Pero poco a poco, Desmond había comenzado a recuperar parte de la tranquilidad que había perdido.

Volvía a sonreír.

A conversar.

Y, lo que más le alegraba a Skyler, había retomado su antigua pasión por escribir.

La joven contempló su rostro durante unos segundos más.

Después susurró:

—Descansa, Des...

Con cuidado, retiró las sábanas y se incorporó.

Procuró no hacer ruido mientras caminaba hacia el armario.

Quería cambiarse de ropa y aprovechar que todavía estaba despierta para acomodar algunas de sus pertenencias.

Desde que había llegado a la casa, parte de su ropa permanecía guardada junto a la de Desmond.

Aquel pequeño detalle todavía le resultaba extraño.

No porque le molestara.

Sino porque jamás había imaginado que terminaría compartiendo una habitación con el muchacho que conoció por casualidad en un bar.

Skyler sonrió ligeramente ante el recuerdo.

Después abrió el armario.

Pero apenas movió una de las puertas, escuchó un golpe seco.

—¿Eh?

Algo había caído al suelo.

La muchacha bajó inmediatamente la mirada.

Junto a sus pies descansaba una pequeña libreta.

Tenía una cubierta de cuero gastado, con los bordes ligeramente deteriorados por el paso del tiempo.

Skyler frunció el ceño.

—¿Qué es esto...?

Se agachó y la recogió.

La examinó durante unos segundos.

No parecía nueva.

La cubierta presentaba pequeñas marcas y algunas páginas sobresalían irregularmente entre los bordes.

Era evidente que alguien la había utilizado durante mucho tiempo.

Skyler miró brevemente hacia la cama.

Desmond continuaba dormido.

Después volvió a observar la libreta.

Sintió curiosidad.

Había visto a Desmond escribir en numerosas ocasiones, pero nunca había tenido la oportunidad de conocer todos sus trabajos.

Normalmente él llevaba consigo un cuaderno más reciente.

Aquella libreta, en cambio, parecía pertenecer a una etapa bastante anterior de su vida.

La muchacha dudó.

Sabía que los escritos de Desmond eran personales.

Pero la curiosidad terminó por vencerla.

Con delicadeza, abrió la cubierta.

La primera página estaba cubierta por una escritura irregular.

Algunas palabras habían sido tachadas.

Otras aparecían corregidas varias veces.

Skyler sonrió ligeramente.

—Definitivamente es de Desmond...

Sin embargo, cuando comenzó a leer, su expresión cambió.

Las primeras composiciones eran oscuras.

Mucho más de lo que esperaba.

Hablaban de calles donde la violencia parecía formar parte de la rutina.

De personas que perdían sus hogares.

De familias destruidas por las drogas.

Y de habitantes que aprendían a sobrevivir en medio de una sociedad que parecía haber olvidado cualquier forma de compasión.

Skyler pasó lentamente una página.

Encontró una composición sobre la comuna 54.

Los versos describían callejones donde los gritos eran habituales y donde las autoridades parecían prestar atención únicamente a quienes podían pagar por su protección.

En otra página, Desmond hablaba de la pobreza.

De quienes trabajaban durante jornadas interminables sin conseguir mejorar sus condiciones de vida.

Y de aquellos que, desde posiciones privilegiadas, despreciaban a las personas que consideraban inferiores.

La muchacha sintió un nudo en la garganta.

Había escuchado algunas historias sobre la infancia de Desmond.

Sabía que había crecido en un lugar peligroso.

Pero leer aquellos versos le permitió comprender algo que las conversaciones anteriores no habían conseguido transmitir completamente.

Desmond no escribía sobre la violencia porque le pareciera interesante.

Escribía sobre ella porque había crecido rodeado de sus consecuencias.

Skyler continuó pasando las páginas.

Algunas composiciones hablaban de la muerte.

Otras de la soledad.

Y varias expresaban una indignación profunda hacia una sociedad donde la desigualdad parecía aceptarse como algo natural.

La muchacha se detuvo frente a una página particularmente deteriorada.

Había varias palabras tachadas con tanta fuerza que el papel presentaba pequeñas marcas.

Skyler recorrió las líneas con la mirada.

Su expresión se entristeció.

No necesitaba conocer todos los detalles de la vida de Desmond para comprender que aquellas palabras habían sido escritas durante un momento especialmente doloroso.

Pensó en Miguel.

En el asesinato que había marcado la infancia de los hermanos Lebrozky.

Y en aquel niño de siete años que, incapaz de comprender completamente lo ocurrido, había comenzado a encontrar refugio en un lápiz y unas cuantas hojas de papel.

Skyler bajó lentamente las orejas.

—Desmond...

Su voz fue apenas un susurro.

La joven acarició cuidadosamente una de las páginas.

Después continuó leyendo.

Conforme avanzaba, comenzó a notar algo diferente.

Las composiciones seguían hablando de asuntos difíciles.

La violencia no desaparecía.

Tampoco las referencias a la desigualdad, la corrupción o la muerte.

Pero el tono comenzaba a cambiar.

Los primeros escritos estaban dominados por la rabia y la desesperación.

En ellos, Desmond parecía contemplar el mundo como un lugar donde cualquier intento de encontrar felicidad estaba destinado al fracaso.

Sin embargo, las páginas posteriores reflejaban una mirada distinta.

Todavía había tristeza.

Pero también comenzaban a aparecer otras emociones.

El cariño hacia James.

La gratitud por los sacrificios de Marta.

Los recuerdos de Miguel.

Y pequeños momentos de felicidad que el joven había conseguido conservar incluso durante los años más difíciles.

Skyler sonrió suavemente.

Era como observar el crecimiento de Desmond a través de sus propias palabras.

Cada página parecía pertenecer a una etapa distinta.

Algunas conservaban errores infantiles.

Otras mostraban composiciones más elaboradas, con versos que revelaban una mayor comprensión del mundo que lo rodeaba.

La escritura también había cambiado.

Las primeras páginas estaban llenas de tachones y correcciones.

Las más recientes mostraban una caligrafía más firme y una estructura considerablemente más organizada.

Skyler continuó leyendo.

Poco a poco comprendió que aquella libreta representaba algo mucho más importante que una colección de canciones.

Era una parte de la vida de Desmond.

Un registro de sus pensamientos.

De sus pérdidas.

Y de la manera en que había aprendido a convivir con ellas.

La muchacha sintió una mezcla de tristeza y admiración.

Había personas que, después de sufrir tanto, terminaban convirtiendo su dolor en odio.

Desmond, en cambio, había encontrado una manera de transformarlo en palabras.

No siempre eran palabras bonitas.

Tampoco pretendían ocultar la crueldad que había conocido.

Pero eran sinceras.

Y aquella sinceridad era precisamente lo que más conmovía a Skyler.

Finalmente, llegó a las últimas páginas.

La muchacha observó una fecha escrita en la parte superior.

14 de noviembre de 2016.

Skyler permaneció inmóvil.

Aquella era una composición reciente.

Mucho más reciente que las anteriores.

La página estaba escrita con una caligrafía cuidadosa.

No había demasiadas tachaduras.

Tampoco largas correcciones.

Como si Desmond hubiera encontrado exactamente las palabras que deseaba utilizar.

Skyler comenzó a leer.

Pero apenas terminó la primera línea, sintió que el corazón le daba un vuelco.

Aquella composición no hablaba de la comuna 54.

Ni de la corrupción.

Ni de las drogas.

Tampoco describía la muerte o las injusticias del Infierno.

Hablaba de alguien.

De una persona que había llegado inesperadamente a su vida.

Una persona que, sin proponérselo, había conseguido devolverle parte de la tranquilidad que creía perdida.

Skyler continuó leyendo.

"A veces la vida te da algo inesperado,

Una luz en la tormenta, un hogar soñado.

Y aunque el miedo susurre en mi oído cruel,

Prometo estar contigo, pase lo que pase, fiel."

Cuando terminó, permaneció completamente inmóvil.

Sus ojos recorrieron nuevamente las cuatro líneas.

Una vez.

Después otra.

Hasta que finalmente comprendió lo que tenía frente a ella.

Aquellos versos estaban dedicados a ella.

A Skyler.

La muchacha sintió una calidez inesperada en el pecho.

Recordó la tarde en que había conseguido convencer a Desmond de salir de su habitación.

El parque.

Las conversaciones sobre Marta.

La lluvia que los sorprendió durante el regreso.

Y aquella noche en que ambos compartieron sus mayores temores.

«Nunca estarás sola, Skyler. Siempre tendrás a alguien... Me tendrás a mí».

Ahora aquellas palabras aparecían reflejadas en una composición.

Skyler sintió que sus ojos comenzaban a humedecerse.

—Des...

Una lágrima recorrió lentamente su mejilla.

No era tristeza.

Al menos no completamente.

Era una emoción difícil de describir.

Durante buena parte de su vida había sentido que su presencia resultaba secundaria para quienes la rodeaban.

Darius la quería, pero casi nunca estaba en casa.

Lyra permanecía atrapada en sus problemas con el alcohol.

Y aunque tenía amigas, no siempre encontraba a alguien con quien compartir aquello que realmente sentía.

Pero Desmond...

Desmond había escrito sobre ella.

No como una persona cualquiera.

Sino como alguien que había conseguido iluminar una etapa especialmente oscura de su existencia.

Skyler bajó lentamente la mirada hacia la página.

Una sonrisa temblorosa apareció en su rostro.

—Idiota...

Su voz estuvo cargada de ternura.

—No tenías que hacer algo tan bonito...

Volvió a leer los versos.

Después cerró cuidadosamente la libreta.

La sostuvo contra su pecho durante unos segundos.

Finalmente, se acercó al armario y la devolvió al lugar donde la había encontrado.

Procuró dejarla exactamente como estaba.

Luego volvió hacia la cama.

Desmond continuaba dormido.

Skyler lo contempló en silencio.

Pensó en todo lo que aquel joven había sufrido.

En las cosas que había perdido.

Y en el futuro que todavía deseaba construir.

Una idea comenzó a formarse lentamente en su mente.

Había escuchado algunas de sus composiciones.

Sabía que tenía talento.

Pero después de leer aquella libreta, estaba convencida de algo más.

Desmond necesitaba una oportunidad.

Una oportunidad para que otras personas escucharan lo que tenía que decir.

La muchacha sonrió.

—Creo que sé cómo ayudarte...

Se acomodó nuevamente junto a él.

Y cerró los ojos.

El amanecer llegó lentamente.

La luz comenzó a filtrarse a través de las cortinas, iluminando los muebles de la habitación.

Skyler despertó poco después.

Durante unos segundos permaneció acostada, recordando lo que había descubierto durante la madrugada.

Después volvió la cabeza hacia Desmond.

El joven todavía dormía.

Tenía el cabello ligeramente desordenado y una expresión completamente despreocupada.

Skyler soltó una pequeña risa.

Se acercó.

—Des...

No recibió respuesta.

La muchacha levantó una ceja.

—Desmond...

El joven se movió ligeramente.

—Mmm...

Skyler sonrió.

—Despierta.

Lo sacudió suavemente por el hombro.

Desmond soltó un gruñido somnoliento.

—Cinco minutos más...

La muchacha comenzó a reír.

—¡Desmond!

Él se giró lentamente.

Abrió un ojo.

Después el otro.

—¿Hmm...?

Observó el rostro de Skyler.

—¿Qué pasa?

Su voz estaba cargada de sueño.

La muchacha le acarició suavemente la mejilla.

—Buenos días.

Desmond cerró nuevamente los ojos.

—Buenos días...

Skyler soltó una pequeña carcajada.

—Oye, tengo que contarte algo.

El joven suspiró.

—¿No puede esperar?

—No.

Desmond abrió lentamente los ojos.

—Está bien...

Se incorporó ligeramente sobre la almohada.

—Te escucho.

Skyler permaneció callada durante unos segundos.

Después sonrió.

—Leí tu libreta.

Desmond se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué?

La muchacha asintió.

—Tu libreta.

El joven se incorporó de golpe.

—¡¿Leíste mi libreta?!

Skyler se sobresaltó ligeramente ante su reacción.

—¡Sí!

Desmond abrió los ojos de par en par.

—¿Cuál?

La muchacha señaló hacia el armario.

—La de cuero.

El joven volvió inmediatamente la cabeza.

Después miró a Skyler.

—¡¿La de cuero?!

Ella asintió.

Desmond se llevó una mano al rostro.

—Por todos los anillos...

Skyler observó su expresión.

—¿Qué pasa?

El joven la miró con incredulidad.

—¡Skyler, esa libreta tiene años de cosas personales!

La muchacha bajó ligeramente las orejas.

—Lo sé...

Desmond respiró profundamente.

—¿Y por qué la leíste?

Skyler apartó la mirada.

Durante unos segundos pareció arrepentirse de haberlo mencionado.

—Se cayó del armario durante la noche...

Hizo una pausa.

—La recogí y... me dio curiosidad.

Desmond permaneció callado.

La muchacha volvió a mirarlo.

—Perdón.

Su voz fue sincera.

—Sé que debería haberte preguntado antes.

El joven dejó escapar un largo suspiro.

Se frotó el rostro.

Después volvió a observarla.

—Está bien...

Skyler levantó ligeramente la mirada.

Desmond negó lentamente con la cabeza.

—Solo que hay cosas bastante personales ahí.

La muchacha asintió.

—Lo sé.

Permaneció callada unos segundos.

Después añadió:

—Y me encantaron.

Desmond parpadeó.

—¿Qué?

Skyler sonrió.

—Tus rimas.

El joven permaneció inmóvil.

Ella continuó:

—Son increíbles, Des.

Se acercó un poco más.

—Leí algunas de las primeras composiciones y después seguí avanzando...

Su expresión adquirió un tono más serio.

—Hay muchísimo dolor en esas páginas.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Skyler continuó:

—Pero también hay algo muy bonito.

El joven volvió a observarla.

—¿Qué cosa?

La muchacha sonrió.

—La manera en que tus palabras cambian contigo.

Desmond permaneció pensativo.

Skyler tomó suavemente una de sus manos.

—Al principio escribías como si no existiera nada bueno en el mundo.

Hizo una pausa.

—Pero después empezaste a hablar de tu familia, de tus recuerdos y de las personas que quieres.

El joven guardó silencio.

—Es como si pudiera conocer una parte de tu vida simplemente leyendo tus canciones.

Desmond bajó la mirada.

Sus mejillas comenzaron a adquirir un ligero rubor.

—Bueno...

Se rascó nerviosamente la nuca.

—Nunca había pensado en eso.

Skyler sonrió.

—Pues deberías.

Se acercó un poco más.

—Tienes un talento que no deberías esconder.

Desmond soltó una pequeña risa incómoda.

—No sé si sea para tanto.

La muchacha frunció ligeramente el ceño.

—¡Desmond!

Él levantó las manos.

—¡Está bien, está bien!

Skyler soltó una carcajada.

Después volvió a adoptar una expresión seria.

—Te lo digo de verdad.

El joven contempló sus manos.

—Solo escribo para mí.

Hizo una pausa.

—Nunca he pensado demasiado en mostrarle mis letras a desconocidos.

Skyler lo observó.

Desmond continuó:

—No sé si alguien más querría escucharlas.

La muchacha negó inmediatamente.

—Bueno, yo creo que sí.

El joven levantó la mirada.

Skyler sonrió.

—Y de hecho...

Sus orejas se levantaron ligeramente.

—Tengo una idea.

Desmond entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de idea?

La muchacha sonrió todavía más.

—Una muy buena.

El joven dejó escapar un suspiro.

—Eso me preocupa.

Skyler soltó una carcajada.

—¡Escúchame primero!

Desmond se recostó contra la cabecera.

—Está bien.

La muchacha respiró profundamente.

—¿Por qué no vienes conmigo a la disquera donde trabajo?

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos pareció no haber comprendido la propuesta.

—¿A dónde?

Skyler sonrió.

—A la disquera.

El joven parpadeó.

—¿La disquera donde trabajas?

—¡Sí!

Desmond la observó con incredulidad.

—¿Para qué?

Skyler levantó ambas manos.

—¡Para mostrarles tu música!

El joven se quedó callado.

Después soltó una pequeña risa nerviosa.

—Skyler...

La muchacha lo observó.

—¿Qué?

Desmond suspiró.

—Esa disquera trabaja exclusivamente con sabuesos infernales.

Skyler permaneció atenta.

El joven continuó:

—¿De verdad crees que van a aceptar a alguien como yo?

Se señaló discretamente.

—Ni siquiera pertenezco a su especie.

Skyler bajó ligeramente las orejas.

Comprendía su preocupación.

Desmond pertenecía al linaje Ludendorff.

Su apariencia humana contrastaba con la de los sabuesos que conformaban la mayor parte de los artistas y trabajadores de aquella compañía.

Además, su apellido estaba relacionado con una de las familias aristocráticas más influyentes del Infierno.

Aquello podía despertar interés.

Pero también prejuicios.

Desmond conocía demasiado bien las diferencias sociales entre los habitantes infernales.

Y no quería que su origen terminara convirtiéndose en el único motivo por el que alguien decidiera escucharlo.

—Skyler...

Su voz adquirió un tono más serio.

—No quiero que me den una oportunidad solamente por mi apellido.

La muchacha lo observó con atención.

—Lo sé.

Desmond continuó:

—Quiero que escuchen mis canciones.

Bajó la mirada.

—Que decidan si tengo talento por lo que hago, no por la familia de la que vengo.

Skyler permaneció callada durante unos segundos.

Después apretó suavemente su mano.

—Entonces eso es exactamente lo que haremos.

El joven volvió a mirarla.

—¿Qué?

La muchacha sonrió.

—Que escuchen tus canciones.

Desmond parpadeó.

Skyler continuó:

—No importa que no seas un sabueso infernal.

Su voz adquirió un tono firme.

—Tu talento es lo que cuenta.

El joven permaneció pensativo.

Ella se acercó un poco más.

—Confía en mí.

Desmond observó sus ojos.

No parecía estar bromeando.

Skyler realmente creía que tenía una oportunidad.

Durante varios segundos guardó silencio.

Después contempló el pequeño escritorio donde descansaban sus composiciones.

Recordó las palabras de Marta.

«No dejes de escribir».

Y aquellas últimas palabras que le había dedicado antes de morir.

«Nunca dejen de luchar por lo que aman».

Desmond respiró profundamente.

Quizás Skyler tenía razón.

Había pasado años escribiendo sin atreverse a compartir realmente sus composiciones con el mundo.

Tal vez había llegado el momento de intentarlo.

Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Está bien.

Skyler abrió los ojos.

—¿De verdad?

Desmond asintió.

—Sí.

Después levantó un dedo.

—Pero si me echan a patadas, será tu culpa.

La muchacha estalló en carcajadas.

—¡Desmond!

El joven sonrió.

—Solo estoy avisando.

Skyler se acercó inmediatamente.

Y lo abrazó con fuerza.

—¡No te arrepentirás!

Desmond soltó una pequeña risa.

Correspondió al abrazo.

—Eso espero...

Horas después, ambos se encontraban frente a uno de los edificios más imponentes del Anillo de la Furia.

La disquera ocupaba un enorme complejo dedicado a la producción musical.

Su fachada estaba decorada con grandes ventanales y elegantes estructuras que reflejaban el prestigio de la compañía.

Desde el exterior podían observarse varios anuncios de artistas que habían alcanzado reconocimiento dentro del Infierno.

Desmond permaneció inmóvil frente a la entrada.

Llevaba su libreta entre las manos.

Skyler lo observó de reojo.

—¿Qué pasa?

El joven levantó lentamente la mirada hacia el edificio.

—Es...

Hizo una pausa.

—Mucho más grande de lo que imaginaba.

Skyler sonrió.

—Te dije que era una disquera importante.

Desmond soltó una pequeña risa nerviosa.

—Sí, pero una cosa es escucharlo y otra verlo.

La muchacha rio suavemente.

Después se acercó.

—Vamos.

Desmond tragó saliva.

—Está bien...

Ambos cruzaron la entrada.

El interior resultaba todavía más impresionante.

Los pasillos eran amplios y estaban cuidadosamente iluminados.

Sobre las paredes descansaban numerosos discos de oro y platino, acompañados por fotografías de artistas que habían grabado allí.

Algunos empleados caminaban apresuradamente llevando documentos, equipos o instrumentos.

Desde varias salas podían escucharse fragmentos de canciones en proceso de grabación.

En una de ellas, un grupo ensayaba una melodía de rock.

En otra, un cantante repetía una misma frase mientras un productor realizaba correcciones desde una consola.

Desmond observaba cuanto sucedía con evidente fascinación.

—Por todos los anillos...

Skyler soltó una pequeña risa.

—¿Te gusta?

El joven asintió lentamente.

—Muchísimo.

Se detuvo frente a uno de los discos de platino.

Contempló la placa.

Después miró hacia los estudios.

—¿De verdad grabaron todo eso aquí?

Skyler sonrió.

—Una buena parte.

Desmond permaneció inmóvil.

Había escuchado música durante toda su vida.

Había pasado incontables horas intentando comprender cómo se construían determinadas melodías.

Y había imaginado muchas veces lo que sería trabajar dentro de un estudio profesional.

Pero estar allí era diferente.

Podía observar los instrumentos.

Los equipos.

Las cabinas.

Y a las personas que dedicaban sus vidas a transformar ideas en canciones.

Aquello que durante años había existido únicamente en su imaginación ahora estaba frente a él.

Skyler percibió su expresión.

Una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Oye...

Desmond volvió la cabeza.

—¿Sí?

La muchacha le apretó suavemente el brazo.

—Todo saldrá bien.

El joven respiró profundamente.

Skyler continuó:

—Confía en ti mismo.

Desmond observó la libreta que llevaba entre las manos.

Después asintió.

—Voy a intentarlo.

Tras recorrer varios pasillos, llegaron hasta la oficina principal.

Skyler se detuvo frente a una puerta elegante.

Desmond observó el lugar.

—¿Aquí es?

La muchacha asintió.

—Sí.

El joven tragó saliva.

—Perfecto...

Skyler sonrió.

—¿Nervioso?

Desmond soltó una pequeña risa.

—¿Yo?

Levantó la barbilla con fingida seguridad.

—En absoluto.

La muchacha entrecerró los ojos.

—Desmond...

Él bajó lentamente la mirada hacia sus manos.

Estaba apretando la libreta con demasiada fuerza.

Soltó un suspiro.

—Está bien.

Sonrió nerviosamente.

—Un poco.

Skyler rio suavemente.

Después llamó a la puerta.

Una voz procedente del interior respondió:

—¡Adelante!

La muchacha abrió.

Desmond la siguió.

La oficina era considerablemente más lujosa que cualquier habitación del resto del edificio.

Sus paredes estaban decoradas con cuadros y fotografías de reconocidos artistas.

Grandes estanterías exhibían premios musicales, discos conmemorativos y diversos objetos relacionados con la industria.

En el centro descansaba un escritorio elegante.

Varios muebles de cuero completaban la decoración.

Desmond observó el lugar con cierta incomodidad.

No estaba acostumbrado a semejantes demostraciones de riqueza.

Había crecido en una familia humilde, rodeado de personas que debían trabajar durante jornadas agotadoras para conseguir lo indispensable.

Aquella oficina representaba un mundo completamente diferente.

Skyler, en cambio, parecía conocer perfectamente el lugar.

—Buenos días, señor Antrox.

Al fondo de la habitación, una figura se volvió lentamente hacia ellos.

Era un demonio de aproximadamente un metro y sesenta y seis centímetros de estatura.

Aunque no destacaba por su altura, su presencia resultaba imposible de ignorar.

Sus movimientos eran tranquilos y seguros.

Su expresión transmitía una autoridad que no necesitaba imponerse mediante gritos o amenazas.

Antrox, el Pecado Capital de la Pereza, era una de las figuras más influyentes del Infierno.

Y también el responsable de aquella prestigiosa disquera.

Al reconocer a Skyler, levantó ligeramente la mirada.

—Ah, Skyler.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Buenos días.

La muchacha correspondió al saludo.

—Espero no interrumpirlo.

Antrox hizo un pequeño gesto con la mano.

—Nada demasiado importante.

Después observó a Desmond.

Al principio lo hizo con curiosidad.

Su apariencia humana contrastaba considerablemente con la de los trabajadores que acostumbraban visitar la oficina.

Sin embargo, cuando examinó sus facciones con mayor atención, su expresión cambió.

Sus ojos se abrieron ligeramente.

Después una sonrisa de sorpresa apareció en su rostro.

—Un momento...

Se acercó unos pasos.

Observó a Desmond de arriba abajo.

El joven permaneció inmóvil.

Antrox soltó una exclamación.

—¡No puedo creerlo!

Desmond parpadeó.

—¿Disculpe?

El demonio sonrió ampliamente.

—¡Un Ludendorff en mi disquera!

Desmond sintió que el estómago se le encogía.

Skyler lo observó de reojo.

Antrox continuó:

—¡Su Majestad! ¡Qué honor recibir a alguien de semejante linaje!

El joven abrió ligeramente los ojos.

Aquella reacción era precisamente lo que había temido.

No quería que su apellido dominara la conversación antes de que alguien escuchara una sola de sus canciones.

—Yo...

Intentó responder.

Pero Skyler intervino con una sonrisa tranquila.

—En realidad, señor Antrox, la historia de Desmond es un poco diferente.

El demonio levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

La muchacha asintió.

—Él pertenece al linaje Ludendorff, pero no creció dentro de la aristocracia.

Antrox volvió a observar al joven.

Skyler continuó:

—Fue criado por una familia humilde de la comuna 54.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

La muchacha añadió:

—Por personas como nosotros.

Antrox permaneció callado durante unos segundos.

Después una nueva sonrisa apareció en su rostro.

—Oh...

Se cruzó de brazos.

—Ya veo.

Observó a Desmond con renovado interés.

—Sangre aristocrática con crianza callejera.

Soltó una pequeña carcajada.

—Interesante. Muy interesante.

Desmond no supo exactamente cómo responder.

Antrox se acercó un poco más.

—¿Y cómo te llamas, chico?

El joven respiró profundamente.

—Desmond, señor.

El demonio extendió una mano.

—Un placer, Desmond.

El muchacho aceptó el saludo.

—Igualmente.

Antrox estrechó su mano con entusiasmo.

Después señaló hacia los asientos.

—Bueno, muchacho...

Sonrió.

—Dime, ¿qué te trae por aquí?

Desmond observó brevemente a Skyler.

Ella le dedicó una sonrisa alentadora.

El joven respiró profundamente.

Después volvió la mirada hacia Antrox.

—Quiero grabar una canción.

El demonio levantó ligeramente las cejas.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después chasqueó los dedos.

—¡Eso es lo que me gusta escuchar!

Desmond parpadeó.

Antrox sonrió ampliamente.

—Alguien que viene directamente a decir lo que quiere.

Se volvió hacia la puerta.

—Perfecto.

El joven observó a Skyler.

La muchacha parecía tan sorprendida como él.

Antrox continuó:

—Vamos. Te llevaré a uno de los estudios.

Desmond abrió los ojos.

—¿Ahora?

El demonio volvió la cabeza.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—Si quieres grabar, primero necesito escuchar qué sabes hacer.

Skyler sonrió.

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

—Está bien...

Apretó cuidadosamente su libreta.

—Vamos.

Antrox los condujo por varios pasillos hasta llegar a una de las salas de grabación mejor equipadas de la compañía.

El estudio era amplio.

Contaba con paneles acústicos, instrumentos cuidadosamente organizados y una cabina separada del área donde se encontraban los controles de sonido.

Detrás de un gran cristal podían observarse micrófonos profesionales y varios equipos que Desmond apenas reconocía.

El joven permaneció inmóvil junto a la entrada.

—Vaya...

Skyler sonrió.

—Impresionante, ¿verdad?

Desmond asintió.

—Muchísimo.

Antrox hizo un gesto hacia el equipo de producción.

—Tenemos a alguien que quiere mostrarnos lo que sabe hacer.

Algunos trabajadores levantaron la mirada.

El demonio señaló hacia Desmond.

—Preparen el estudio.

Después volvió a observarlo.

—¿Qué instrumento necesitas?

El joven contempló los instrumentos disponibles.

Sus ojos se detuvieron sobre una guitarra.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Recordó inmediatamente el regalo que James y Skyler le habían preparado durante su cumpleaños.

Y aquella guitarra que Miguel acostumbraba tocar cuando él era pequeño.

Desmond señaló el instrumento.

—Esa, por favor.

Uno de los trabajadores se la entregó.

El joven la recibió cuidadosamente.

—Gracias.

Antrox señaló la cabina.

—Adelante.

Desmond respiró profundamente.

Y entró.

El interior de la cabina estaba cuidadosamente acondicionado.

La iluminación era tenue.

El micrófono descansaba frente a una silla.

Y desde el otro lado del cristal podían observarse Skyler, Antrox y varios miembros del equipo de grabación.

Desmond se sentó.

Acomodó la guitarra sobre sus piernas.

Después dejó su libreta cerca de él.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Nunca había hecho algo semejante.

Había escrito innumerables canciones.

Había tocado para James.

Para Marta.

Y, recientemente, para Skyler.

Pero interpretar una composición frente a productores profesionales era algo completamente diferente.

Sintió que sus manos comenzaban a sudar.

Observó el micrófono.

Después el cristal.

Skyler lo miraba desde el otro lado.

Cuando sus ojos se encontraron, la muchacha levantó discretamente una mano.

Le dedicó una sonrisa.

Desmond respiró profundamente.

Recordó sus palabras.

«Confía en ti mismo».

Después bajó la mirada hacia la guitarra.

Acarició suavemente las cuerdas.

Y cerró los ojos.

Por un instante dejó de pensar en el estudio.

En Antrox.

En los trabajadores que aguardaban su interpretación.

Y en la posibilidad de fracasar.

Su mente regresó a una pequeña casa de la comuna 54.

Recordó una mesa humilde.

Las manos cansadas de Marta.

La voz de Miguel.

Las bromas de James.

Y aquella mujer que, a pesar de todas las dificultades, nunca había dejado de creer en él.

Desmond sintió que una emoción profunda comenzaba a llenar su pecho.

Abrió los ojos.

Acomodó las manos.

Y comenzó a tocar.

Los primeros acordes resonaron suavemente dentro del estudio.

Era una melodía melancólica.

No especialmente complicada.

Pero cada nota parecía estar colocada con una intención precisa.

Desmond tocaba lentamente.

Dejaba pequeños espacios entre algunos acordes, permitiendo que el sonido se desvaneciera antes de continuar.

En el área de control, varios trabajadores comenzaron a prestar atención.

Skyler permaneció inmóvil frente al cristal.

Antrox observaba al joven con interés.

La melodía continuó desarrollándose.

Poco a poco adquirió mayor profundidad.

Había tristeza en ella.

Una tristeza sincera.

Pero también una calidez que impedía que la composición se sintiera completamente desesperanzadora.

Desmond respiró profundamente.

Se acercó al micrófono.

Y comenzó a cantar.

Su voz llenó la cabina.

Era una interpretación cargada de emoción.

No intentaba impresionar mediante una técnica exagerada.

Tampoco buscaba convertir cada frase en una demostración de habilidad.

Simplemente cantaba.

Con una sinceridad que resultaba imposible de ignorar.

La canción estaba dedicada a Marta.

A la mujer que lo había criado desde su nacimiento.

Que había trabajado incansablemente para mantenerlo.

Y que, incluso durante sus últimos momentos, se había preocupado por el futuro de sus hijos.

Desmond cantaba sobre aquellas manos que nunca parecían descansar.

Sobre las noches en que Marta regresaba agotada del trabajo.

Sobre los pequeños sacrificios que realizaba sin esperar nada a cambio.

Y sobre la culpa que él mismo había sentido después de perderla.

Sin embargo, la composición no estaba dominada únicamente por el dolor.

También expresaba gratitud.

El reconocimiento de que todo cuanto Marta había hecho por él continuaba formando parte de su vida.

Que sus enseñanzas no habían desaparecido.

Y que, aunque ya no pudiera abrazarla, todavía podía honrar su memoria mediante las decisiones que tomara.

Desde el otro lado del cristal, Skyler sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Había escuchado algunas de las composiciones de Desmond.

Pero aquella era diferente.

Conocía el dolor que había inspirado aquellas palabras.

Había estado junto a él durante las semanas posteriores a la muerte de Marta.

Lo había visto llorar.

Encerrarse en su habitación.

Y abandonar temporalmente aquello que más amaba.

Ahora lo observaba cantando.

Transformando aquel sufrimiento en una canción.

La muchacha sonrió entre lágrimas.

Antrox permanecía completamente concentrado.

No había apartado la mirada del estudio.

En varios momentos comenzó a asentir suavemente siguiendo el ritmo.

Los productores también escuchaban con atención.

Nadie interrumpía.

Nadie conversaba.

Todos parecían comprender que estaban presenciando algo profundamente personal.

Desmond continuó tocando.

Su voz se quebró ligeramente durante uno de los pasajes más emotivos.

Pero no se detuvo.

Respiró profundamente.

Y siguió adelante.

En su mente apareció el recuerdo de Marta sentada junto a él cuando era pequeño.

Recordó cómo escuchaba sus primeras composiciones.

La sonrisa que aparecía en su rostro.

Y aquellas palabras que había repetido durante años.

«Tienes un don, Desmond».

El joven cerró los ojos.

Tocó los últimos acordes.

Y permitió que la melodía terminara lentamente.

El silencio que siguió fue absoluto.

Desmond permaneció sentado durante unos segundos.

Sus dedos descansaban sobre las cuerdas.

Su respiración estaba ligeramente agitada.

Después levantó lentamente la mirada.

Al otro lado del cristal, Skyler lo observaba con los ojos llenos de lágrimas.

Antrox permanecía inmóvil.

Uno de los productores tenía las manos apoyadas sobre la consola, sin apartar la mirada del joven.

Desmond tragó saliva.

—¿Y bien...?

Su voz apenas fue un murmullo.

Nadie respondió inmediatamente.

Aquellos segundos le parecieron interminables.

El joven comenzó a sentir nuevamente los nervios.

Quizás había cometido demasiados errores.

Quizás la canción era demasiado personal.

O tal vez simplemente no había conseguido transmitir lo que deseaba.

Dejó escapar un pequeño suspiro.

Después acomodó la guitarra y se levantó.

Salió lentamente de la cabina.

Cuando abrió la puerta del estudio, Skyler fue la primera en acercarse.

—¡Desmond!

El joven levantó la mirada.

—¿Qué tal estuvo?

La muchacha sonrió ampliamente.

—Fue hermoso.

Desmond parpadeó.

—¿De verdad?

Skyler asintió.

—Muchísimo.

Su voz estaba cargada de emoción.

—Estoy segura de que a Marta le habría encantado.

El joven permaneció inmóvil.

Aquellas palabras le provocaron un nudo en la garganta.

Bajó ligeramente la mirada.

—Gracias, Skyler...

Antes de que pudiera añadir algo más, una voz llegó desde el otro extremo de la sala.

—Chico...

Desmond volvió la cabeza.

Antrox se acercaba lentamente.

Su expresión era diferente de aquella que había mostrado durante su primer encuentro.

Ya no parecía interesado únicamente en el apellido Ludendorff.

Ahora observaba al joven con una atención mucho más profunda.

Desmond se enderezó inmediatamente.

—Señor Antrox...

El demonio permaneció frente a él.

Durante unos segundos guardó silencio.

Después sonrió.

—Tienes talento.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

Antrox continuó:

—Mucho talento.

El joven permaneció inmóvil.

No sabía qué responder.

Antrox observó brevemente la cabina.

—He escuchado a numerosos artistas interpretar canciones técnicamente excelentes.

Hizo una pausa.

—Pero no todos consiguen transmitir algo verdadero.

Volvió a mirar a Desmond.

—Tú sí lo has conseguido.

El joven sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

—Gracias, señor...

Antrox sonrió.

—Y hay algo que me interesa todavía más.

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

El demonio señaló discretamente hacia la cabina.

—No pareces estar cantando para demostrarle algo a nadie.

Hizo una pausa.

—Parece que realmente necesitas expresar lo que llevas dentro.

Desmond bajó la mirada.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Después asintió.

—Supongo que sí.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Escribo desde que era niño.

Antrox lo escuchó.

—Al principio lo hacía para desahogarme.

Desmond contempló sus manos.

—Después empecé a pensar que quizás podría ayudar a otras personas con mis canciones.

El demonio sonrió.

—Interesante.

Se cruzó de brazos.

—Muy interesante.

Skyler permanecía junto a Desmond, observando la conversación con evidente expectativa.

Finalmente, Antrox volvió a hablar.

—Dime una cosa, muchacho.

Desmond levantó la mirada.

—¿Sí?

—¿Has pensado en dedicarte profesionalmente a la música?

El joven permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos no consiguió responder.

Después asintió lentamente.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Pero nunca pensé que tuviera una oportunidad real.

Antrox soltó una pequeña carcajada.

—Bueno...

Sonrió ampliamente.

—Quizás eso esté a punto de cambiar.

Desmond sintió un escalofrío.

El demonio continuó:

—Podría ayudarte a impulsar tu carrera como músico.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Tienes potencial, Desmond.

Hizo una pausa.

—Y me interesa descubrir hasta dónde puedes llegar.

El joven lo observó con incredulidad.

—¿Habla en serio?

Antrox soltó una carcajada.

—¡Por supuesto!

Se acercó un paso.

—No todos los días aparece alguien como tú.

Desmond permaneció inmóvil.

Su mente intentaba procesar lo que acababa de escuchar.

Una oportunidad.

Una oportunidad real.

Después de tantos años escribiendo canciones en pequeños cuadernos.

Después de todas aquellas noches en que imaginaba cómo sería entrar a un estudio profesional.

Y después de haber perdido a la persona que más había confiado en su talento.

Ahora, frente a él, se encontraba alguien dispuesto a ayudarlo a convertir aquel sueño en realidad.

Antrox sonrió.

—Entonces...

Extendió ligeramente los brazos.

—¿Qué dices?

Desmond volvió lentamente la mirada hacia Skyler.

La muchacha lo observaba con una sonrisa llena de orgullo.

Sus orejas estaban erguidas.

Y sus ojos brillaban de emoción.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente, Skyler se acercó.

Le dio un pequeño empujón amistoso.

—Hazlo...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond la observó.

Ella sonrió todavía más.

—Te lo mereces.

El joven sintió que una calidez inesperada le recorría el pecho.

Recordó las palabras que había escrito en su libreta.

Aquella promesa silenciosa de permanecer junto a Skyler.

Y la manera en que ella había decidido confiar en él incluso cuando ni siquiera él mismo estaba completamente seguro de sus capacidades.

Desmond respiró profundamente.

Después volvió a observar a Antrox.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Acepto.

Antrox sonrió ampliamente.

—¡Excelente!

Extendió una mano.

Desmond la estrechó.

El demonio soltó una carcajada satisfecha.

—Creo que vamos a hacer grandes cosas, muchacho.

Skyler observaba la escena con evidente felicidad.

Desmond todavía parecía incapaz de creer cuanto estaba sucediendo.

Antrox se volvió hacia uno de los trabajadores.

—Preparen el contrato.

El empleado asintió.

Poco después, un documento fue colocado sobre el escritorio de la sala.

Desmond se acercó.

Contempló las páginas.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Aquel documento representaba algo que había deseado durante años.

La posibilidad de grabar su música.

De compartir sus canciones.

Y de comenzar a construir un futuro diferente.

Skyler permanecía junto a él.

Antrox observaba con una sonrisa satisfecha.

Desmond tomó el bolígrafo.

Recordó a Miguel.

Sus melodías.

Su guitarra.

Después pensó en Marta.

En todos sus sacrificios.

En aquella promesa que le había hecho antes de abandonar la comuna.

Y en las últimas palabras que pronunció antes de morir.

«No dejen de luchar por lo que aman».

El joven cerró los ojos durante un instante.

Respiró profundamente.

Después abrió el documento frente a él.

Y firmó.

Skyler sonrió emocionada.

Antrox asintió con satisfacción.

Desmond dejó lentamente el bolígrafo sobre el escritorio.

Contempló su firma.

Durante unos segundos permaneció callado.

No podía creerlo.

Años atrás había sido simplemente un niño que escribía palabras sueltas en un pequeño cuaderno, intentando comprender por qué el mundo podía ser tan cruel.

Ahora estaba dando el primer paso hacia una vida dedicada a aquello que más amaba.

La música.

Y, aunque todavía no podía imaginar todas las dificultades que encontraría en su camino, había algo de lo que estaba completamente seguro.

No quería desperdiciar aquella oportunidad.

En ese momento, su vida cambió para siempre. Lo que había comenzado como un simple sueño plasmado en rimas ahora se convertía en su realidad.

CAP 12

Mas Que Real

El amor era un sentimiento que Desmond nunca había conseguido comprender por completo.

Durante su infancia había conocido distintas formas de cariño. El de Marta, una madre que lo había criado como a su propio hijo; el de Miguel, un hombre que le había enseñado a encontrar alegría incluso en los momentos difíciles; y el de James, un hermano que jamás había dejado de acompañarlo.

Sin embargo, lo que comenzaba a sentir por Skyler era diferente.

No se trataba únicamente de gratitud por haberlo ayudado durante las semanas posteriores a la muerte de Marta.

Tampoco era simplemente la tranquilidad que encontraba al conversar con ella.

Había algo más.

Algo que aparecía cuando escuchaba su risa, cuando la veía sonreír o cuando despertaba y descubría que continuaba descansando a su lado.

Desmond no sabía cómo describirlo.

Y aquello resultaba particularmente extraño para alguien que había pasado buena parte de su vida convirtiendo sentimientos en palabras.

Pero estaba decidido a intentarlo.

Desde que había firmado su contrato con la disquera de Antrox, el joven había comenzado a trabajar en varias composiciones. Algunas conservaban el tono crítico que había caracterizado sus primeros escritos; otras hablaban de sus experiencias personales y de los recuerdos que todavía lo acompañaban.

Sin embargo, había una canción que deseaba terminar antes que las demás.

Una balada romántica.

No estaba inspirada en las calles de la comuna 54.

Ni en la corrupción del Infierno.

Tampoco en los recuerdos de Miguel o en el dolor provocado por la muerte de Marta.

Aquella canción estaba dedicada a Skyler.

A la muchacha que había llegado inesperadamente a su vida y que, sin siquiera proponérselo, había conseguido devolverle una felicidad que creía perdida.

Desmond había decidido llamarla:

«Más que real».

El estudio de grabación estaba especialmente tranquilo aquella mañana.

Algunos técnicos revisaban los equipos mientras otros ajustaban los niveles de sonido de las pistas instrumentales que acompañarían la interpretación.

Desmond permanecía sentado frente a un micrófono.

Tenía una guitarra sobre las piernas y varias hojas cuidadosamente organizadas sobre un atril.

Había pasado buena parte de la noche anterior revisando la letra.

Tachando palabras.

Cambiando expresiones.

Y buscando una manera de transmitir aquello que sentía sin convertir la canción en una simple colección de frases románticas.

Quería que fuera sincera.

Que cada palabra tuviera un significado.

Desde la sala de control, uno de los productores levantó la mirada.

—Desmond, ¿estás listo?

El joven observó sus apuntes.

Después respiró profundamente.

—Creo que sí.

El técnico sonrió.

—Perfecto. Vamos a probar una primera toma.

Desmond asintió.

Acomodó la guitarra.

Cerró los ojos durante unos segundos.

Y pensó en Skyler.

Recordó aquella noche en el bar.

Su timidez.

La manera en que había sostenido el refresco entre las manos.

Y la sonrisa que apareció en su rostro cuando comenzó a sentirse cómoda durante su primera conversación.

Después recordó la lluvia.

Las carreras por las calles.

Las confidencias que habían compartido bajo las sábanas.

Y aquella promesa que había pronunciado casi sin pensar.

«Nunca estarás sola, Skyler. Siempre tendrás a alguien... Me tendrás a mí».

Desmond abrió los ojos.

Sus dedos comenzaron a recorrer las cuerdas.

Una melodía suave llenó la cabina.

Los acordes avanzaban lentamente, acompañados por una instrumentación delicada que permitía que su voz ocupara el centro de la composición.

No era el rap enérgico que acostumbraba escribir.

Aquella vez había elegido cantar.

Su interpretación era tranquila, íntima y cargada de una emoción que rara vez se permitía mostrar frente a otras personas.

Cuando comenzó la primera estrofa, el estudio quedó en silencio.

La letra hablaba de un joven que había aprendido a desconfiar de la felicidad.

Alguien que, después de tantas pérdidas, había llegado a creer que cualquier momento hermoso estaba destinado a desaparecer.

Pero entonces aparecía una persona inesperada.

Una muchacha que no prometía solucionar todos sus problemas ni borrar las heridas del pasado.

Simplemente permanecía a su lado.

Y aquella compañía transformaba su manera de contemplar el futuro.

Desmond cantó con los ojos cerrados.

En su mente aparecieron los recuerdos de las últimas semanas.

Skyler llevándole comida cuando él apenas tenía fuerzas para levantarse.

Sus conversaciones en el parque.

La manera en que lo había acompañado durante el funeral de Marta.

Y aquella noche en que ella misma necesitó refugio, encontrándolo en la pequeña casa que compartía con James.

La melodía avanzó hacia el estribillo.

Desmond respiró profundamente.

Y dejó que su voz expresara aquello que todavía no se había atrevido a decirle directamente.

Si el mundo es una mentira, tú me haces despertar,

cuando todo se derrumba, me das fuerzas para andar.

No prometo un cielo eterno ni un futuro ideal,

pero esto que siento por ti es más que real.

Desde la sala de control, los productores escuchaban atentamente.

La canción no necesitaba arreglos excesivamente complejos.

Su fuerza estaba en la interpretación.

En la calidez de la melodía.

Y en aquella manera de hablar del amor sin presentarlo como una solución milagrosa para el sufrimiento.

Desmond no cantaba sobre una vida perfecta.

Cantaba sobre encontrar a alguien con quien enfrentar una vida imperfecta.

La última estrofa terminó suavemente.

Sus dedos tocaron los acordes finales.

Y el sonido de la guitarra comenzó a desvanecerse.

Durante unos segundos, nadie habló.

Desmond permaneció inmóvil.

Después abrió lentamente los ojos.

—¿Qué tal...?

Uno de los productores contempló los controles.

Sonrió.

—Creo que tenemos algo bastante bueno.

El joven dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

—¿En serio?

—Sí.

El técnico volvió a escuchar unos segundos de la grabación.

—Tiene una melodía sencilla, pero transmite muchísimo.

Otro integrante del equipo asintió.

—Y el estribillo es fácil de recordar.

Desmond bajó la mirada hacia su guitarra.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Me alegra...

Había conseguido terminarla.

Su primera canción profesional.

Y estaba dedicada a Skyler.

Los días siguientes estuvieron llenos de trabajo.

Desmond regresó varias veces al estudio para realizar correcciones, grabar algunas voces adicionales y supervisar los últimos detalles de la producción.

Aunque todavía era nuevo dentro de la industria musical, intentaba participar tanto como podía.

Quería comprender el proceso.

Aprender de los técnicos.

Y asegurarse de que la versión definitiva conservara la emoción de aquella primera interpretación.

Antrox siguió el proyecto con considerable interés.

Al escuchar la canción terminada, el Pecado Capital de la Pereza permaneció unos segundos en silencio.

Después sonrió.

—Vaya...

Desmond lo observó con nerviosismo.

—¿Qué le parece?

Antrox se recostó contra su asiento.

—Esperaba que tu primer lanzamiento tuviera un tono bastante más oscuro.

El joven soltó una pequeña risa.

—Yo también, al principio.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

Desmond contempló las hojas que llevaba consigo.

Durante unos segundos pareció debatirse entre responder o guardar silencio.

Finalmente, sonrió.

—Alguien importante para mí.

Antrox levantó una ceja.

Después soltó una carcajada.

—¡Ah, ya veo!

Desmond sintió que sus mejillas se calentaban.

—No es...

Se interrumpió.

Antrox sonrió ampliamente.

—Tranquilo, muchacho. No tienes que explicarme nada.

Señaló los equipos de sonido.

—Lo importante es que has conseguido transmitir algo verdadero.

Desmond levantó la mirada.

El demonio continuó:

—Las canciones románticas abundan en todas partes.

Hizo una pausa.

—Pero las que consiguen hacer sentir algo a quien las escucha son bastante menos comunes.

Observó nuevamente la grabación.

—Esta tiene potencial.

El joven sonrió.

—Gracias, señor Antrox.

El Pecado Capital asintió.

—Preparemos el lanzamiento.

Cuando «Más que real» finalmente llegó a las plataformas musicales, Desmond no esperaba demasiado.

Para él, la posibilidad de publicar una canción profesional ya representaba un logro extraordinario.

Había pasado años escribiendo en pequeños cuadernos, sin imaginar que alguna de aquellas composiciones terminaría siendo escuchada fuera de su círculo familiar.

Por eso, cuando recibió los primeros informes de reproducciones, creyó que alguien había cometido un error.

Durante las primeras horas, la canción comenzó a circular entre pequeños grupos de oyentes.

Algunos la compartieron porque les gustaba su melodía.

Otros porque encontraron algo familiar en su letra.

Pero pronto ocurrió algo que ninguno de los involucrados había previsto.

La canción comenzó a extenderse rápidamente.

Primero por distintos sectores del Anillo de la Furia.

Después por comunidades musicales de otros anillos.

Y finalmente por buena parte de las plataformas digitales del Infierno.

En MusicFly, las reproducciones aumentaban a un ritmo sorprendente.

En YouHub, los usuarios comenzaron a compartir la grabación acompañada de comentarios, dedicatorias y pequeños videos.

Algunos utilizaban fragmentos del estribillo para acompañar fotografías de sus parejas.

Otros la dedicaban a personas que habían permanecido a su lado durante momentos difíciles.

Y muchos simplemente disfrutaban de aquella voz desconocida que cantaba sobre un sentimiento tan común y, al mismo tiempo, tan difícil de expresar.

La canción tenía algo que conectaba con los oyentes.

No hablaba de un amor perfecto.

Ni de promesas imposibles de cumplir.

Hablaba de gratitud.

De compañía.

Y de la decisión de permanecer junto a alguien incluso cuando la vida se volvía complicada.

Para muchos jóvenes demonios, aquellas palabras resultaban especialmente cercanas.

Y la popularidad de Desmond comenzó a crecer.

En menos de una semana, «Más que real» había conseguido millones de reproducciones.

Su nombre apareció en listas de tendencias.

Algunas estaciones musicales comenzaron a emitir la canción.

Y varios creadores de contenido la utilizaron como acompañamiento en sus publicaciones.

Desmond observaba aquellas cifras con incredulidad.

Sentado frente a su teléfono, actualizaba las estadísticas una y otra vez.

—No puede ser...

Volvió a comprobar el número.

Después parpadeó.

—Esto tiene que estar mal...

James, que se encontraba preparando algo en la cocina, levantó la mirada.

—¿Qué pasa ahora?

Desmond permaneció inmóvil.

—James...

—¿Qué?

El joven levantó lentamente el teléfono.

—Mira esto.

Su hermano se acercó.

Observó la pantalla.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después abrió los ojos de par en par.

—¡¿QUÉ?!

Desmond soltó una carcajada nerviosa.

—¡ESO MISMO DIJE YO!

James tomó el teléfono.

Revisó las cifras.

Después volvió a mirar a su hermano.

—¡Desmond, tienes millones de reproducciones!

El joven asintió.

—¡Ya lo sé!

James comenzó a reír.

—¡Por todos los anillos!

Le devolvió el dispositivo.

—¡Mi hermanito se está volviendo famoso!

Desmond bajó ligeramente la mirada.

—Tampoco exageres...

James lo observó con incredulidad.

—¿Exagerar?

Señaló el teléfono.

—¡Hay millones de personas escuchando tu canción!

Desmond soltó una pequeña risa.

—Bueno, técnicamente son reproducciones, no personas diferentes...

James levantó ambas manos.

—¡NO ARRUINES EL MOMENTO CON TUS EXPLICACIONES!

El joven estalló en carcajadas.

Durante unos instantes, la casa volvió a llenarse de aquella alegría que ambos habían compartido durante su infancia.

Sin embargo, ninguno imaginaba que la popularidad de «Más que real» estaba comenzando a despertar el interés de personas mucho más poderosas.

La fama de Desmond no pasó desapercibida para los sectores más influyentes de la sociedad infernal.

Su música había comenzado a circular entre habitantes comunes, artistas y figuras reconocidas dentro de la industria.

Pero había algo que llamaba especialmente la atención de ciertos círculos aristocráticos.

Su apariencia.

Desmond no parecía un sabueso, un imp ni ninguna de las especies que habitualmente predominaban en las producciones musicales del Anillo de la Furia.

Sus facciones humanas recordaban a un linaje muy específico.

Uno que llevaba generaciones ocupando una posición privilegiada dentro de la sociedad infernal.

Los Ludendorff.

Y cuando algunas personas comenzaron a examinar sus antecedentes, surgieron preguntas que nadie había esperado encontrar detrás de una sencilla balada romántica.

En una lujosa mansión rodeada de llamas púrpuras y estatuas imponentes, una reunión privada se desarrollaba bajo un ambiente de absoluta formalidad.

Las paredes estaban decoradas con enormes retratos familiares.

Los muebles habían sido elaborados con materiales costosos.

Y varias lámparas proyectaban una iluminación tenue sobre una larga mesa donde descansaban documentos cuidadosamente organizados.

Al extremo principal se encontraba John Ludendorff.

Su postura era rígida.

Su expresión, severa.

Y su mirada transmitía una autoridad que pocos se atrevían a cuestionar.

Frente a él, una pantalla mostraba información sobre distintas figuras que habían comenzado a adquirir notoriedad dentro de la sociedad infernal.

John observaba las imágenes con escaso interés.

La mayoría correspondía a artistas, empresarios y personajes que habían conseguido llamar la atención durante las últimas semanas.

Nada particularmente extraordinario.

Hasta que apareció una nueva fotografía.

Un joven de apariencia humana.

Cabello cuidadosamente acomodado.

Ojos rojos.

Y facciones que provocaron que John dejara de prestar atención a cualquier otra cosa.

La pantalla mostraba a Desmond interpretando «Más que real» en un pequeño escenario.

Sostenía un micrófono entre las manos mientras cantaba una de las estrofas de su balada.

John permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos observó la imagen sin pronunciar una sola palabra.

Después se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Detengan la presentación.

Uno de los sirvientes obedeció inmediatamente.

La fotografía quedó congelada en la pantalla.

John entrecerró los ojos.

Contempló el rostro del joven.

Su expresión comenzó a endurecerse.

—¿Quién es él?

La pregunta fue pronunciada con una calma inquietante.

Uno de los sirvientes se acercó con cautela.

Llevaba un informe entre las manos.

—Se hace llamar Desmond, señor.

John no apartó la mirada de la pantalla.

—Continúe.

—Es un joven músico emergente. Su primer lanzamiento, una balada romántica titulada «Más que real», ha conseguido varios millones de reproducciones en menos de una semana.

El sirviente consultó el documento.

—Trabaja con la disquera de Antrox, en el Anillo de la Furia. Su popularidad está creciendo considerablemente entre los habitantes más jóvenes.

John extendió una mano.

—El informe.

El sirviente se lo entregó.

El aristócrata comenzó a leer.

Sus ojos recorrieron los primeros apartados.

Nombre.

Actividad profesional.

Lugar de residencia.

Antecedentes conocidos.

Hasta que llegó a una información específica.

Su expresión cambió.

Leyó nuevamente.

Después volvió al principio de la página.

—Fecha de nacimiento...

Su voz fue apenas un murmullo.

Permaneció inmóvil.

Los demás presentes intercambiaron miradas discretas.

John volvió a examinar la fotografía.

Aquellas facciones.

Aquellos ojos.

Y aquella fecha.

Demasiadas coincidencias.

Demasiados detalles que le resultaban inquietantemente familiares.

—No puede ser...

Sus dedos comenzaron a tensarse sobre el documento.

Durante unos segundos pareció incapaz de apartar la mirada.

Finalmente, dejó el informe sobre la mesa con un golpe seco.

El sonido resonó en toda la habitación.

Los sirvientes se sobresaltaron.

John permaneció inmóvil.

Su expresión se había vuelto sombría.

—Está vivo...

Las palabras apenas escaparon de sus labios.

Uno de los presentes levantó ligeramente la cabeza.

—¿Disculpe, señor?

John no respondió.

Contempló nuevamente la imagen de Desmond.

Su mirada parecía atravesar la pantalla.

Como si estuviera contemplando algo que pertenecía a un pasado que creía definitivamente enterrado.

El silencio comenzó a volverse insoportable.

Finalmente, John se puso de pie.

Acomodó lentamente su vestimenta.

Y observó a los presentes.

—Encuéntrenlo.

Su voz fue fría.

Uno de los sirvientes asintió inmediatamente.

—Sí, señor.

John volvió la mirada hacia la fotografía.

—Quiero verlo con mis propios ojos.

Nadie se atrevió a formular otra pregunta.

Aquella noche, lejos de las mansiones aristocráticas y de las inquietudes de John Ludendorff, Desmond disfrutaba de una velada tranquila junto a Skyler.

La pequeña sala de su casa estaba iluminada por una lámpara cálida.

Sobre la mesa descansaba un juego de mesa que ambos habían comenzado hacía casi una hora.

Algunas fichas estaban distribuidas irregularmente por el tablero.

Y junto a ellas había dos vasos con bebidas que apenas habían tocado durante los últimos minutos.

Desmond permanecía concentrado.

Observaba las piezas como si estuviera intentando resolver un problema particularmente complicado.

Skyler, sentada frente a él, lo contemplaba con una sonrisa divertida.

—Des...

El joven levantó ligeramente la mirada.

—¿Hmm?

—Llevas como cinco minutos pensando.

Desmond frunció el ceño.

—Estoy analizando mis opciones.

Skyler soltó una pequeña carcajada.

—¡Es un juego de mesa!

—Precisamente.

El joven señaló una de las fichas.

—Una decisión equivocada y podría perderlo todo.

Skyler comenzó a reír.

—¡Qué dramático eres!

Desmond levantó la barbilla.

—Los grandes estrategas somos incomprendidos.

La muchacha negó divertida con la cabeza.

—Claro, claro...

Finalmente, él movió una pieza.

Skyler observó el tablero.

Después sonrió.

—Gracias.

Desmond levantó una ceja.

—¿Por qué?

La muchacha movió una de sus fichas.

—Porque acabas de dejarme ganar.

El joven permaneció inmóvil.

Observó el tablero.

Después abrió los ojos.

—¡¿QUÉ?!

Skyler estalló en carcajadas.

—¡JAJAJA!

Desmond se llevó una mano a la frente.

—No puede ser...

La muchacha continuó riendo.

—¡El gran estratega!

El joven negó con la cabeza.

—Me niego a aceptar esta derrota.

Skyler sonrió ampliamente.

—Pues tendrás que aceptarla.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Está bien. Ganaste.

La muchacha levantó los brazos con satisfacción.

—¡Victoria!

Ambos comenzaron a reír.

Después de guardar algunas fichas, Skyler se acomodó un poco más cerca de Desmond.

Apoyó suavemente la cabeza sobre su hombro.

El joven permaneció inmóvil durante un instante.

Después relajó la postura.

Aquel gesto se había vuelto cada vez más habitual entre ellos.

Pero todavía conseguía provocarle una sensación agradable que no sabía explicar.

Skyler contempló el teléfono que descansaba sobre la mesa.

En su pantalla aparecía una publicación relacionada con «Más que real».

La muchacha sonrió.

—Oye, Des...

—¿Sí?

—Felicitaciones.

El joven volvió ligeramente la cabeza.

—¿Por qué?

Skyler levantó una ceja.

—¿Cómo que por qué?

Señaló el teléfono.

—¡Tu canción está en todas partes!

Desmond soltó una pequeña risa.

—Ah, eso...

La muchacha lo observó con ternura.

—Eres increíble.

El joven bajó ligeramente la mirada.

—No es para tanto...

Skyler sonrió.

—Claro que sí.

Desmond se encogió de hombros.

—Solo escribí lo que sentía.

La muchacha permaneció callada durante unos segundos.

Aquella respuesta la conmovió mucho más de lo que esperaba.

Porque sabía perfectamente qué había inspirado la canción.

Había escuchado cada palabra.

Había reconocido las referencias a los momentos que habían compartido.

Y aunque Desmond todavía no se lo había dicho directamente, comprendía que aquella balada era una declaración de sentimientos.

Una declaración que millones de personas estaban escuchando sin conocer a la persona que la había inspirado.

Skyler sonrió suavemente.

—Pues para muchos sí es para tanto.

Desmond volvió la mirada.

Ella levantó lentamente los ojos.

—Especialmente para mí.

El joven permaneció inmóvil.

Durante unos segundos ninguno habló.

Skyler lo contempló con aquella expresión dulce y ligeramente traviesa que Desmond había comenzado a reconocer.

Sus ojos brillaban.

Sus orejas permanecían relajadas.

Y una pequeña sonrisa asomaba en su rostro.

El joven sintió que el corazón comenzaba a latirle más rápido.

—Skyler...

La muchacha ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

Desmond vaciló.

Quiso decir algo.

Quizás contarle que había pensado en ella durante todo el proceso de composición.

Que cada palabra de «Más que real» tenía un significado mucho más personal de lo que había admitido frente a los productores.

O simplemente decirle que se había enamorado.

Pero las palabras no llegaron.

Skyler tampoco parecía encontrar la manera de expresar lo que sentía.

Había pasado semanas intentando comprender aquella emoción.

Desde la primera noche en el bar, Desmond había demostrado ser alguien diferente.

La había protegido sin esperar nada a cambio.

La había escuchado.

La había recibido en su casa cuando su propia familia dejó de ofrecerle seguridad.

Y ahora había convertido sus sentimientos en una canción.

Skyler sintió un calor agradable en el pecho.

Quiso decirle cuánto lo quería.

Pero todavía no encontró el valor suficiente.

En lugar de eso, volvió a apoyar la cabeza sobre su hombro.

Desmond sonrió suavemente.

Y ambos permanecieron así durante varios minutos.

Más tarde, después de recoger el juego, decidieron prepararse para dormir.

Skyler fue la primera en utilizar el baño.

Desmond permaneció en la habitación, acomodando algunas prendas y revisando brevemente su teléfono.

Las notificaciones relacionadas con «Más que real» continuaban apareciendo.

Mensajes.

Felicitaciones.

Comentarios de personas que habían escuchado la canción.

El joven observó algunos de ellos.

Sonrió.

Y dejó el dispositivo sobre el escritorio.

Todavía le resultaba extraño imaginar que tantas personas estaban escuchando algo que había escrito desde lo más profundo de sus sentimientos.

Se quitó la camiseta que llevaba puesta y buscó otra más cómoda.

Después comenzó a ponérsela.

En ese momento, la puerta del baño se abrió.

Skyler apareció vistiendo una bata de baño.

Llevaba una toalla entre las manos, con la que secaba cuidadosamente su cabello.

Desmond levantó la mirada.

—¿Terminaste?

La muchacha asintió.

—Sí.

Se acercó a sus pertenencias.

Pero después de unos segundos volvió a observarlo.

Desmond terminaba de acomodarse la camisa.

No parecía haber notado su mirada.

Skyler permaneció inmóvil.

Su corazón comenzó a latir con mayor intensidad.

Había algo que llevaba demasiado tiempo intentando decirle.

Algo que había sentido durante semanas y que aquella noche parecía imposible continuar ocultando.

La canción.

Las conversaciones.

Las noches compartidas.

Y aquella sensación de felicidad que aparecía cada vez que lo tenía cerca.

Todo comenzó a acumularse en sus pensamientos.

Skyler respiró profundamente.

—Des...

Su voz fue apenas un susurro.

El joven volvió la cabeza.

—¿Sí?

Al observarla, notó inmediatamente que algo ocurría.

Skyler tenía las orejas ligeramente inclinadas hacia atrás.

Sus mejillas estaban sonrojadas.

Y parecía estar reuniendo el valor suficiente para hablar.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Estás bien?

La muchacha asintió.

—Sí...

Se acercó lentamente.

El joven permaneció inmóvil.

—¿Skyler?

Ella tomó suavemente una de sus manos.

Sus dedos temblaban ligeramente.

Desmond la observó con sorpresa.

—¿Qué pasa?

Skyler levantó la mirada.

Durante unos segundos contempló sus ojos.

Recordó todo lo que habían vivido juntos.

Después dejó de intentar encontrar las palabras adecuadas.

Se acercó.

Y lo besó.

Desmond permaneció completamente inmóvil durante un instante.

No esperaba aquel gesto.

Sintió los labios de Skyler contra los suyos y el contacto delicado de sus manos.

La muchacha había cerrado los ojos.

Su corazón latía desesperadamente.

Había reunido todo el valor que le quedaba para hacer aquello.

Para expresar, mediante un solo gesto, los sentimientos que llevaba tanto tiempo guardando.

El beso fue cálido.

Profundo.

Y cargado de una emoción que ambos habían intentado comprender durante semanas.

Pero cuando Skyler se separó lentamente, la realidad pareció alcanzarla de golpe.

Abrió los ojos.

Contempló el rostro de Desmond.

Y sintió que la vergüenza comenzaba a apoderarse de ella.

—Yo...

Retrocedió ligeramente.

Sus orejas se inclinaron hacia atrás.

—Desmond...

El joven continuaba observándola.

Todavía parecía sorprendido.

Skyler se llevó ambas manos al rostro.

—Lo siento...

Su voz tembló.

—No sé qué me pasó...

Bajó la mirada.

—Yo no quería incomodarte...

Desmond parpadeó.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Skyler...

La muchacha no levantó la mirada.

—Perdón...

El joven se acercó con suavidad.

Tomó cuidadosamente sus manos.

Y las apartó de su rostro.

Skyler levantó los ojos.

Sus mejillas estaban completamente sonrojadas.

Desmond la observó con una ternura que no intentó ocultar.

—No tienes que disculparte.

La muchacha permaneció inmóvil.

—¿Qué...?

El joven sonrió.

Su propio corazón latía con fuerza.

Había pasado semanas intentando comprender lo que sentía por ella.

Y ahora, frente a él, se encontraba la respuesta que tanto había buscado.

No necesitaba escribir otra canción.

Ni encontrar una metáfora perfecta.

Por una vez, las palabras podían esperar.

Desmond se acercó lentamente.

Skyler no retrocedió.

Al contrario, cerró los ojos cuando él inclinó el rostro hacia el suyo.

Y Desmond la besó.

Aquella vez no hubo sorpresa.

Ni incertidumbre.

Skyler correspondió al beso con una emoción que apenas conseguía contener.

Sus manos se aferraron suavemente a las de Desmond.

El joven la acercó con delicadeza.

Durante unos instantes, todo lo demás pareció desaparecer.

Las preocupaciones.

Los recuerdos dolorosos.

La fama repentina.

Y aquella incertidumbre que ambos habían sentido durante semanas.

Cuando finalmente se separaron, permanecieron muy cerca.

Skyler abrió lentamente los ojos.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Des...

Su voz fue apenas un susurro.

El joven sonrió.

—¿Sí?

La muchacha soltó una pequeña risa nerviosa.

—Entonces...

Se interrumpió.

Desmond levantó una ceja.

—¿Entonces qué?

Skyler bajó ligeramente la mirada.

—¿Tú también...?

No consiguió terminar la pregunta.

Desmond la observó durante unos segundos.

Después soltó una pequeña risa.

—Skyler...

Acarició suavemente su mejilla.

—Escribí una canción entera pensando en ti.

La muchacha abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

Desmond sonrió.

—«Más que real».

Skyler permaneció inmóvil.

Durante unos segundos pareció incapaz de responder.

Después sus mejillas adquirieron un rubor todavía más intenso.

—¡¿ERA PARA MÍ?!

Desmond estalló en carcajadas.

—¡Skyler!

La muchacha se cubrió el rostro con una mano.

—¡POR TODOS LOS ANILLOS!

El joven continuó riendo.

—¡Pensé que ya lo habías notado!

Skyler soltó una carcajada avergonzada.

—¡Claro que lo noté!

Después bajó la voz.

—Pero no quería asumirlo...

Desmond sonrió con ternura.

Se acercó nuevamente.

—Bueno...

Tomó suavemente una de sus manos.

—Ahora ya lo sabes.

Skyler lo contempló.

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

Pero aquella vez las lágrimas no estaban relacionadas con el miedo o la tristeza.

Era felicidad.

Una felicidad que había echado de menos durante demasiado tiempo.

La muchacha sonrió.

Después se acercó y lo abrazó.

Desmond correspondió inmediatamente.

Permanecieron así durante varios segundos.

Sin necesidad de encontrar nuevas palabras.

Sin intentar ocultar lo que sentían.

Aquella noche, finalmente, ambos habían dejado de fingir que su relación era únicamente una amistad.

La tranquilidad regresó poco a poco a la habitación.

Desmond y Skyler permanecieron juntos, compartiendo pequeñas sonrisas y miradas que antes habrían intentado disimular.

La muchacha continuaba ligeramente avergonzada.

De vez en cuando escondía el rostro contra el pecho de Desmond cuando él mencionaba la canción.

—No puedo creer que millones de personas estén escuchando algo que escribiste pensando en mí...

El joven soltó una pequeña risa.

—Bueno, ahora ya tienes una canción dedicada.

Skyler levantó la mirada.

—Una bastante famosa.

—Eso parece.

Ambos sonrieron.

Después permanecieron en silencio.

Desmond acarició suavemente su cabello.

Skyler cerró los ojos y se acomodó más cerca de él.

Habían llegado a aquel momento después de atravesar experiencias que ninguno habría deseado vivir.

Desmond había perdido a sus padres y había pasado buena parte de su vida intentando encontrar una manera de convivir con aquellas ausencias.

Skyler había crecido en una casa donde las comodidades materiales nunca consiguieron compensar la falta de tranquilidad y afecto.

Pero, de alguna manera, ambos habían terminado encontrándose.

Primero en un pequeño bar.

Después mediante conversaciones, paseos y noches compartidas.

Y finalmente a través de una canción que había conseguido expresar aquello que ninguno se atrevía a decir.

Skyler levantó lentamente la mirada.

—Desmond...

—¿Sí?

La muchacha sonrió.

—Me alegra muchísimo haberte conocido.

El joven la contempló durante unos segundos.

Después correspondió a su sonrisa.

—A mí también, Skyler.

Se acercó y besó suavemente su frente.

La muchacha cerró los ojos.

Y volvió a abrazarlo.

Esa noche, entre caricias y miradas cómplices, sellaron su amor con la intimidad compartida, disfrutando de la cercanía y el afecto que los unía. Era más que un deseo; era la certeza de que se tenían el uno al otro, en cuerpo y alma.

CAP 13

Sorpresa Desagradable

El amanecer se extendía lentamente sobre el Anillo de la Furia, iluminando con sus tonalidades rojizas las imponentes construcciones que dominaban los sectores más privilegiados del Infierno.

Lejos de las comunas, donde miles de habitantes debían esforzarse diariamente para conseguir lo indispensable, se alzaban las residencias de las familias aristocráticas.

Enormes palacios construidos con materiales costosos, jardines cuidadosamente mantenidos y monumentos que recordaban el poder de sus propietarios.

Entre aquellas construcciones destacaba el palacio Ludendorff.

Su arquitectura era una demostración de riqueza y autoridad. Altas columnas sostenían los balcones, extensos corredores conectaban las distintas habitaciones y enormes ventanales permitían contemplar los jardines privados que rodeaban la propiedad.

Para muchos habitantes del Infierno, vivir en un lugar semejante representaría un sueño imposible de alcanzar.

Sin embargo, para Izobelle Ludendorff, aquel palacio era simplemente su hogar.

Y no precisamente uno en el que siempre se sintiera feliz.

Dentro de una de las habitaciones más lujosas de la residencia, una joven de diecisiete años comenzó a despertar.

Izobelle abrió lentamente los ojos.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, contemplando el techo dorado de su dormitorio.

Había dormido lo suficiente, pero todavía sentía una pesadez difícil de explicar.

Soltó un largo suspiro.

—Otro día más...

Su voz se perdió en la amplitud de la habitación.

Se incorporó lentamente y tomó unos auriculares que descansaban sobre su mesa de noche.

Los conectó a su teléfono.

Buscó una de sus listas de reproducción favoritas.

Y dejó que la música comenzara a sonar.

Una melodía enérgica llenó sus oídos, aislándola temporalmente del silencio que dominaba el palacio.

Izobelle volvió a dejarse caer sobre la almohada.

Contempló el techo.

Los detalles dorados reflejaban la luz que entraba por las ventanas.

Sobre una de las paredes descansaban varios cuadros costosos, mientras enormes cortinas cubrían parcialmente los ventanales.

Todo estaba perfectamente organizado.

Todo parecía diseñado para impresionar.

Pero a Izobelle nunca le había interesado demasiado.

Había crecido rodeada de aquellos lujos.

Los banquetes.

Las reuniones familiares.

Los sirvientes que recorrían los pasillos.

Y las interminables conversaciones sobre asuntos diplomáticos que apenas conseguían despertar su interés.

En ocasiones se preguntaba cómo sería vivir en un lugar donde las personas no estuvieran constantemente preocupadas por conservar su posición social.

Donde pudiera conversar con su familia sin sentir que estaba interrumpiendo alguna obligación importante.

Pero aquella idea casi siempre terminaba desapareciendo entre sus pensamientos.

Izobelle cerró los ojos.

Se dejó llevar por la música durante algunos minutos más.

Finalmente, se incorporó.

—Bueno...

Retiró los auriculares.

—Será mejor que desayune.

La joven abandonó su habitación y comenzó a recorrer los amplios corredores del palacio.

Sus pasos resonaban suavemente sobre el suelo cuidadosamente pulido.

Algunos sirvientes la saludaron al pasar.

Izobelle respondió con pequeños movimientos de cabeza, sin detenerse demasiado.

Cuando llegó a la cocina, encontró todo perfectamente organizado.

Había alimentos frescos, ingredientes costosos y varias preparaciones que los empleados habían dejado listas para los habitantes de la residencia.

Sin embargo, la muchacha no parecía especialmente interesada.

Abrió uno de los armarios.

Sacó una caja de cereal.

La examinó durante unos segundos.

Después se encogió de hombros.

—Esto servirá.

Sin molestarse en buscar leche, abrió la caja y comenzó a comer directamente de ella.

Se apoyó contra una de las encimeras.

Mientras masticaba distraídamente, su mirada recorrió la cocina.

Los muebles.

Los utensilios.

Las ventanas.

Hasta que finalmente se detuvo sobre un calendario colocado en una de las paredes.

Izobelle frunció ligeramente el ceño.

Observó la fecha.

Después parpadeó.

—Un momento...

Se acercó.

El número correspondiente a aquel día estaba marcado en rojo.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Hasta que una sonrisa comenzó a aparecer lentamente en su rostro.

—Es verdad...

Soltó una pequeña carcajada.

—¡Hoy es mi cumpleaños!

La expresión cansada que había mantenido desde que despertó desapareció por completo.

Diecisiete años.

Aunque no acostumbraba emocionarse demasiado por las celebraciones familiares, aquella fecha continuaba teniendo un significado especial para ella.

Quizás porque, durante su infancia, los cumpleaños habían representado una de las pocas ocasiones en que conseguía reunir a sus padres sin que las obligaciones diplomáticas interrumpieran constantemente sus conversaciones.

Izobelle observó nuevamente el calendario.

Sonrió.

—Bueno, supongo que hoy puedo hacer algo diferente.

Dejó la caja de cereal sobre la encimera.

Y regresó a su habitación.

Después de asearse, Izobelle comenzó a elegir su ropa.

No tenía intención de asistir a ninguna ceremonia aristocrática.

Tampoco quería utilizar los vestidos elegantes que acostumbraban exigirle durante las reuniones familiares.

Aquella era su celebración.

Y deseaba pasarla a su manera.

Abrió su armario.

Sacó una chaqueta gris.

Después eligió un pantalón holgado y unas botas negras.

Se vistió cuidadosamente.

Acomodó su largo cabello frente al espejo y revisó su apariencia.

Finalmente, sonrió satisfecha.

—Mucho mejor.

Tomó sus pertenencias.

Pero antes de abandonar la habitación, se detuvo.

Pensó en sus padres.

Quizás podría despedirse de ellos antes de salir.

Y, con un poco de suerte, recibir alguna felicitación.

La joven respiró profundamente.

Después abrió la puerta.

John Ludendorff se encontraba en su despacho privado.

La habitación era amplia y estaba decorada con enormes estanterías llenas de documentos, libros antiguos y objetos relacionados con la historia de su familia.

Sobre el escritorio descansaban varias carpetas cuidadosamente organizadas.

John permanecía sentado frente a ellas, revisando informes y redactando algunas observaciones.

Su expresión era seria.

Concentrada.

Como si cualquier interrupción representara una molestia innecesaria.

Izobelle llegó frente a la puerta.

No se molestó en llamar.

Simplemente entró.

—Papá.

John apenas levantó la mirada.

—¿Sí?

La joven se acercó unos pasos.

—Voy a salir un rato.

Su padre continuó escribiendo.

—Está bien.

Izobelle permaneció inmóvil.

Esperó.

Quizás John levantaría la cabeza.

Quizás le preguntaría adónde pensaba ir.

O recordaría qué día era.

Pero nada de eso ocurrió.

El hombre simplemente pasó a la siguiente página.

Izobelle apretó ligeramente los labios.

—Volveré más tarde.

—De acuerdo.

La muchacha bajó la mirada.

Durante unos segundos pareció considerar la posibilidad de decir algo más.

Recordarle que era su cumpleaños.

Preguntarle si tenía algún plan para aquella noche.

O simplemente pedirle que dejara los documentos a un lado durante unos minutos.

Pero finalmente desistió.

—Bueno...

Su voz se volvió más apagada.

—Hasta luego.

John asintió distraídamente.

—Cuídate.

Izobelle se volvió hacia la puerta.

Cuando salió, cerró con mayor fuerza de la que había pretendido.

Después permaneció inmóvil en el pasillo.

Soltó un suspiro.

—Ni siquiera se acordó...

Su expresión se ensombreció.

Durante unos segundos contempló el suelo.

Finalmente, levantó la cabeza.

Todavía quedaba alguien a quien quería visitar.

Su madre.

Lorena se encontraba en una de las habitaciones de descanso del palacio.

A diferencia de John, no estaba rodeada de documentos ni de asuntos diplomáticos.

Permanecía sentada junto a una ventana, disfrutando de la tranquilidad de la mañana.

Era una mujer de carácter piadoso y comprensivo, acostumbrada a escuchar a quienes acudían a ella en busca de consejo.

Aunque pertenecía a una de las familias más poderosas del Infierno, procuraba no tratar a los demás únicamente según su posición social.

Izobelle se acercó a la puerta.

—¿Mamá?

Lorena levantó inmediatamente la mirada.

Al reconocer a su hija, una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Izobelle!

Dejó lo que estaba haciendo.

Se levantó.

Y extendió los brazos.

—Ven aquí, cariño.

La muchacha sonrió.

Se acercó y la abrazó.

Lorena la estrechó con ternura.

—Feliz cumpleaños, mi niña.

Izobelle cerró los ojos.

Aquellas palabras consiguieron aliviar buena parte de la decepción que había sentido minutos antes.

—Gracias, mamá...

Lorena se separó ligeramente.

Le acarició suavemente el rostro.

—Diecisiete años.

Sonrió con nostalgia.

—Parece que fue ayer cuando eras una pequeña que corría por estos pasillos.

Izobelle soltó una pequeña risa.

—Mamá...

—Y ahora mírate.

Lorena la observó con orgullo.

—Toda una dama.

La joven sonrió.

Después bajó ligeramente la mirada.

—Gracias...

Hizo una pausa.

—Al menos alguien lo recordó.

La expresión de Lorena cambió.

—¿Qué quieres decir?

Izobelle suspiró.

—Fui a ver a papá.

Su madre aguardó en silencio.

—Le dije que iba a salir.

La joven apartó la mirada.

—Ni siquiera mencionó mi cumpleaños.

Lorena permaneció pensativa.

Después acarició suavemente el cabello de su hija.

—Izobelle...

La muchacha negó con la cabeza.

—Ya sé lo que vas a decir.

Lorena levantó ligeramente las cejas.

—¿Ah, sí?

—Que tiene mucho trabajo.

Su voz adquirió un tono amargo.

—Que está ocupado con sus asuntos.

Hizo una pausa.

—Que no debería tomármelo personalmente.

Lorena suspiró.

—Cariño...

Izobelle la observó.

—A veces siento que esos documentos son más importantes que yo.

Su madre permaneció callada durante unos segundos.

Después tomó suavemente sus manos.

—Sabes que tu padre tiene muchas cosas en la mente.

La joven bajó la mirada.

Lorena continuó:

—Pero eso no significa que no le importes.

Izobelle soltó una pequeña risa amarga.

—A veces lo dudo.

Su madre sintió una punzada de tristeza.

No respondió inmediatamente.

Conocía demasiado bien la dedicación de John a las responsabilidades de la familia.

Y también sabía que, en ocasiones, aquella actitud terminaba alejándolo de las personas que tenía más cerca.

Finalmente, Lorena abrazó nuevamente a su hija.

—No permitas que eso arruine tu día.

Izobelle cerró los ojos.

—Lo intentaré...

Lorena sonrió.

—¿Tienes algo planeado?

La joven negó con la cabeza.

—No mucho.

Se encogió de hombros.

—Quizás vaya a Neffitti.

—¿A visitar a Dayana?

Izobelle asintió.

—Sí.

Lorena sonrió con ternura.

—Entonces diviértete.

Acarició suavemente su mejilla.

—Y recuerda que te quiero muchísimo.

La muchacha correspondió a su sonrisa.

—Yo también te quiero, mamá.

Después de despedirse, Izobelle abandonó la habitación.

Esta vez, su expresión era considerablemente más tranquila.

El restaurante Neffitti era uno de los establecimientos gastronómicos más prestigiosos del Anillo de la Furia.

Su reputación se había construido alrededor de una cocina refinada, un servicio exigente y un ambiente elegante que atraía tanto a figuras aristocráticas como a clientes interesados en disfrutar de una experiencia diferente.

Izobelle lo visitaba con frecuencia.

No solamente por la comida.

También porque allí trabajaba Dayana.

Una súcubo carismática, de apariencia atractiva y una personalidad considerablemente más espontánea que la de la mayoría de las personas que rodeaban a Izobelle en el palacio.

Ambas habían desarrollado una amistad que la joven aristócrata apreciaba profundamente.

Cuando Izobelle cruzó la entrada, Dayana la reconoció casi de inmediato.

—¡Izobelle!

La muchacha levantó la mirada.

Dayana se acercó con una sonrisa amplia.

—¡Feliz cumpleaños!

Izobelle soltó una pequeña carcajada.

—¡Gracias!

La súcubo abrió los brazos.

Ambas se abrazaron.

—¡Diecisiete años! —exclamó Dayana—. ¡Mírate!

Izobelle negó divertida con la cabeza.

—No empieces.

—¡¿Cómo que no empiece?!

Dayana fingió indignación.

—¡Mi amiga está de cumpleaños y pretende que actúe como si nada!

La joven aristócrata comenzó a reír.

—¡Dayana!

—¡Está bien, está bien!

La súcubo sonrió.

—Ven, tengo una mesa para ti.

La condujo hacia un lugar tranquilo del restaurante.

Izobelle tomó asiento.

Dayana le ofreció un refresco.

—Bueno...

Se acomodó frente a ella.

—¿Cómo planeas celebrarlo?

Izobelle se encogió de hombros.

—No tengo nada planeado.

Dayana levantó una ceja.

—¿Nada?

—Nada.

La joven tomó un pequeño sorbo.

—Solo quería salir un rato.

La súcubo la observó durante unos segundos.

Después sonrió.

—Bueno, pues estás aquí conmigo.

Le guiñó un ojo.

—Y eso ya es una celebración.

Izobelle soltó una carcajada.

—Definitivamente eres imposible.

Dayana levantó la barbilla con exagerado orgullo.

—Lo sé.

Ambas comenzaron a reír.

La conversación continuó durante buena parte de la tarde.

Hablaron de asuntos cotidianos.

De las situaciones curiosas que Dayana presenciaba trabajando en el restaurante.

De algunos conocidos.

Y de los pequeños acontecimientos que habían marcado sus últimas semanas.

Izobelle terminó relajándose.

Por unos momentos consiguió olvidar la indiferencia de John y las obligaciones que habitualmente dominaban su vida.

Sin embargo, cuando estaba a punto de hacer otro comentario, las luces del restaurante comenzaron a disminuir.

La joven levantó inmediatamente la mirada.

—¿Qué ocurre?

Dayana sonrió.

—Oh...

Izobelle la observó.

—¿Qué?

La súcubo señaló discretamente hacia un pequeño escenario situado en uno de los extremos del establecimiento.

Un foco se encendió.

La iluminación cayó sobre un joven que acababa de subir con una guitarra entre las manos.

Izobelle permaneció inmóvil.

No lo reconocía.

Tenía una apariencia humana que contrastaba con la de numerosos clientes del establecimiento.

Vestía ropa sencilla y se movía con una tranquilidad que no parecía propia de alguien acostumbrado a los grandes espectáculos.

Se sentó frente al micrófono.

Acomodó la guitarra.

Y dirigió una pequeña sonrisa hacia los presentes.

—Buenas tardes.

Algunos clientes respondieron con aplausos.

El joven observó brevemente el instrumento.

Después comenzó a tocar.

Los primeros acordes llenaron el restaurante.

Era una melodía suave.

Melancólica, pero agradable.

Izobelle dejó lentamente su refresco sobre la mesa.

Sus ojos permanecían fijos en el escenario.

El muchacho comenzó a cantar.

Su voz era cálida y expresiva.

No intentaba impresionar mediante una interpretación exagerada.

Simplemente dejaba que las palabras acompañaran la melodía.

La canción hablaba de encontrar esperanza en una persona inesperada.

De alguien que aparecía cuando el mundo parecía haber perdido cualquier significado.

Y de la tranquilidad que podía encontrarse al compartir los momentos más difíciles con alguien especial.

Izobelle escuchó atentamente.

Había algo curioso en aquella interpretación.

No era solamente la música.

Era la sinceridad con la que aquel joven parecía expresar cada palabra.

La muchacha se inclinó ligeramente hacia Dayana.

—Oye...

La súcubo volvió la mirada.

—¿Sí?

Izobelle señaló discretamente hacia el escenario.

—¿Quién es él?

Dayana sonrió de lado.

—¿No lo conoces?

La joven negó con la cabeza.

—No.

Su amiga soltó una pequeña risa.

—Se llama Desmond.

Izobelle volvió a mirar al escenario.

—¿Desmond?

Dayana asintió.

—Es un músico que está empezando a hacerse bastante conocido.

La muchacha escuchó con atención.

—Su primera canción se llama «Más que real».

La súcubo señaló hacia el joven.

—La misma que está interpretando ahora.

Izobelle observó nuevamente a Desmond.

—Tiene una voz muy bonita...

Dayana sonrió.

—Y eso no es lo más interesante.

La aristócrata levantó una ceja.

—¿Ah, no?

La súcubo se acercó ligeramente.

—Dicen que pertenece a la familia Ludendorff.

Izobelle permaneció completamente inmóvil.

—¿Qué?

Dayana asintió.

—Eso dicen.

La muchacha volvió inmediatamente la mirada hacia el escenario.

Observó con mayor atención las facciones del joven.

Su rostro.

Sus ojos rojos.

Su apariencia humana.

—¿Un Ludendorff?

La incredulidad era evidente en su voz.

Dayana se encogió de hombros.

—Al parecer.

Izobelle frunció el ceño.

—¿Y por qué nunca lo había visto antes?

La súcubo permaneció pensativa.

—Su historia es bastante extraña.

La joven volvió a mirarla.

Dayana continuó:

—Escuché que creció en una de las zonas más peligrosas del Infierno.

Hizo una pausa.

—En la comuna 54.

Izobelle abrió ligeramente los ojos.

—¿La comuna 54?

—Sí.

La súcubo observó el escenario.

—Al parecer, fue criado por una familia humilde.

Su expresión adquirió un tono curioso.

—Es... diferente.

Izobelle permaneció callada.

Durante unos segundos intentó comprender aquella información.

Un Ludendorff.

Criado lejos de la aristocracia.

En una comuna.

Aquello no encajaba con nada de lo que sabía sobre su familia.

Dayana sonrió.

—Su pasado es un misterio.

Después señaló discretamente hacia Desmond.

—Pero canta sobre las cosas que ha vivido.

Izobelle volvió a observar el escenario.

La canción continuaba.

Y, aunque había comenzado escuchándola por simple curiosidad, ahora no conseguía apartar la mirada del joven.

Cuando terminó la interpretación, el restaurante se llenó de aplausos.

Desmond sonrió con cierta timidez.

Agradeció al público y se levantó.

Después descendió del escenario con la guitarra entre las manos.

Izobelle permaneció sentada durante unos segundos.

Observó cómo el joven conversaba brevemente con algunos empleados.

Finalmente, tomó una decisión.

—Dayana...

La súcubo levantó la mirada.

—¿Sí?

Izobelle se puso de pie.

—Voy a hablar con él.

Su amiga sonrió inmediatamente.

—¡Ah!

La joven frunció el ceño.

—¿Qué?

Dayana levantó ambas manos.

—Nada, nada.

Su expresión juguetona decía exactamente lo contrario.

Izobelle negó con la cabeza.

—No empieces.

La súcubo soltó una carcajada.

—¡Solo digo que tengas suerte!

Izobelle se alejó mientras su amiga continuaba sonriendo.

Desmond estaba guardando algunas de sus pertenencias cuando escuchó una voz detrás de él.

—Hola.

El joven levantó la mirada.

Frente a él se encontraba una muchacha que no reconocía.

Vestía una chaqueta gris, un pantalón holgado y unas botas negras.

Su apariencia humana y sus facciones refinadas resultaban llamativas, aunque ella no parecía interesada en destacar su posición social.

Desmond sonrió cortésmente.

—Hola.

Izobelle permaneció callada durante unos segundos.

Después señaló hacia el escenario.

—Te escuché cantar.

El joven miró brevemente hacia atrás.

—Ah...

Sonrió.

—Espero que te haya gustado.

La muchacha asintió.

—Mucho.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias.

Izobelle lo observó con curiosidad.

No sabía exactamente cómo introducir el tema que realmente deseaba mencionar.

Finalmente, decidió comenzar por algo sencillo.

—¿Te gustaría tomar algo?

Desmond levantó una ceja.

—¿Ahora?

La joven asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Solo conversar un rato.

El muchacho permaneció pensativo.

No estaba acostumbrado a que desconocidos se acercaran para invitarlo a conversar después de una interpretación.

Sin embargo, la muchacha parecía sinceramente interesada.

Finalmente, asintió.

—Claro.

Izobelle sonrió.

—Perfecto.

Ambos se acomodaron en una mesa apartada.

Desmond dejó su guitarra junto a la silla.

Izobelle pidió un refresco y él aceptó una bebida.

Durante los primeros minutos conversaron sobre música.

La joven le preguntó cuánto tiempo llevaba componiendo y cómo había conseguido comenzar su carrera.

Desmond respondió con naturalidad.

Le habló de su pasión por las rimas.

De los cuadernos que había llenado desde pequeño.

Y de la oportunidad que había recibido gracias a Skyler.

Izobelle escuchaba atentamente.

Finalmente, decidió formular la pregunta que llevaba varios minutos rondándole la cabeza.

—Oye, Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

La muchacha vaciló.

—Espero que no te incomode lo que voy a preguntarte.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Depende de la pregunta.

Izobelle sonrió.

Después respiró profundamente.

—¿Es verdad que perteneces a la familia Ludendorff?

El joven dejó lentamente su bebida sobre la mesa.

Su expresión cambió.

No parecía enfadado.

Pero aquella pregunta evidentemente no le resultaba agradable.

—¿Quién te dijo eso?

Izobelle se encogió de hombros.

—Lo escuché por ahí.

Desmond dejó escapar un suspiro.

—Ya veo...

Durante unos segundos permaneció callado.

Finalmente, respondió:

—Por sangre, sí.

La joven levantó ligeramente las cejas.

—¿En serio?

Desmond asintió.

—Eso parece.

Izobelle frunció el ceño.

—¿Cómo que eso parece?

El joven observó su vaso.

—Es complicado.

La muchacha permaneció atenta.

Desmond respiró profundamente.

—Yo no crecí con los Ludendorff.

Izobelle lo escuchó en silencio.

—Me criaron en la comuna 54.

Hizo una pausa.

—Mi mamá se llamaba Marta.

Su expresión se suavizó ligeramente al pronunciar aquel nombre.

—Era una imp.

La joven abrió un poco los ojos.

Desmond continuó:

—Mi papá se llamaba Miguel.

Observó brevemente la mesa.

—Ellos me criaron desde que nací.

Izobelle permaneció inmóvil.

La historia resultaba muy distinta de lo que había imaginado.

—¿Entonces eres adoptado?

Desmond asintió.

—Sí.

La muchacha lo observó con curiosidad.

—¿Y cómo terminaste viviendo con ellos?

El joven permaneció callado durante unos segundos.

—No conozco todos los detalles.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Sé que mi madre biológica murió cuando nací.

Hizo una pausa.

—Y que Marta y Miguel decidieron cuidarme.

Izobelle bajó la mirada.

—Lo siento...

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—No te preocupes.

Después sonrió débilmente.

—Tuve una buena familia.

La joven permaneció pensativa.

—Pero eres un Ludendorff...

Desmond dejó escapar un suspiro.

—Por sangre.

La observó directamente.

—Yo prefiero llamarme Lebrozky.

Izobelle frunció el ceño.

—¿Lebrozky?

—Sí.

La joven repitió mentalmente el apellido.

—Nunca había oído algo así.

Desmond sonrió.

—Bueno, ahora sí.

Izobelle soltó una pequeña risa.

Después volvió a adoptar una expresión seria.

—¿Y por qué prefieres ese apellido?

El muchacho contempló brevemente su guitarra.

—Porque es el apellido de la familia que me crió.

Levantó nuevamente la mirada.

—Las personas que estuvieron conmigo cuando era niño.

Su voz se volvió más firme.

—Las que me enseñaron a respetar a los demás, a trabajar por lo que quiero y a no despreciar a alguien por su origen.

Izobelle permaneció callada.

Desmond continuó:

—No crecí en un palacio.

Se encogió de hombros.

—No tuve sirvientes ni grandes riquezas.

Hizo una pausa.

—Pero tuve una familia que me quería.

La joven lo observó con atención.

Había algo en su manera de hablar que le resultaba profundamente diferente de las conversaciones que acostumbraba escuchar entre los miembros de la aristocracia.

No parecía orgulloso de su sangre.

Tampoco interesado en utilizarla para conseguir ventajas.

Simplemente hablaba de las personas que lo habían criado.

Y de lo importantes que habían sido para él.

Izobelle permaneció pensativa.

Finalmente, preguntó:

—Pero... ¿nunca has querido saber más sobre tu origen?

Desmond apartó ligeramente la mirada.

La pregunta despertó una incomodidad que no consiguió ocultar del todo.

—No mucho.

La muchacha frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

El joven respiró profundamente.

Después volvió a observarla.

—Porque mi origen no define quién soy.

Izobelle permaneció en silencio.

Aquellas palabras continuaron resonando en su mente mucho después de que Desmond cambiara de tema.

La conversación prosiguió durante un tiempo.

Izobelle hizo algunas preguntas sobre la música y los proyectos que Desmond deseaba desarrollar.

Él respondió con mayor comodidad cuando hablaron de composiciones, instrumentos y de sus planes para continuar trabajando en la disquera.

La joven descubrió que, a pesar de su creciente popularidad, Desmond seguía comportándose de una manera bastante sencilla.

No presumía de sus reproducciones.

Tampoco intentaba impresionar a nadie con su apellido.

Y cuando hablaba de las personas que habían sido importantes en su vida, lo hacía con una sinceridad que resultaba difícil de ignorar.

Finalmente, el joven observó la hora.

—Vaya...

Izobelle levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

Desmond sonrió.

—Creo que debería irme.

La muchacha asintió.

—Ah, claro.

El joven se levantó.

Recogió su guitarra.

—Fue un gusto conocerte.

Izobelle sonrió.

—Igualmente.

Desmond acomodó sus pertenencias.

—Cuídate.

—Tú también.

El muchacho se alejó lentamente.

Izobelle permaneció sentada, observándolo hasta que desapareció entre los clientes.

Tenía demasiadas preguntas.

Y ninguna respuesta parecía suficiente.

Poco después, Dayana se acercó a la mesa.

Llevaba una sonrisa juguetona.

—Bueno...

Izobelle levantó la mirada.

Su amiga se acomodó frente a ella.

—¿Cómo te fue?

La joven suspiró.

—Bien.

Dayana levantó una ceja.

—¿Solo bien?

Izobelle la observó con cansancio.

—Dayana...

La súcubo soltó una pequeña carcajada.

—¡Está bien!

Después se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿Averiguaste algo interesante?

Izobelle permaneció pensativa.

Recordó las palabras de Desmond.

Su infancia.

La comuna 54.

Y aquella manera en que había hablado de los Lebrozky.

Finalmente, respondió:

—Es extraño...

Dayana ladeó la cabeza.

—¿Qué cosa?

La joven bajó la mirada.

—Un Ludendorff tan diferente a los demás.

Su amiga permaneció callada.

Izobelle continuó:

—No parece interesado en la aristocracia.

Hizo una pausa.

—Ni siquiera quiere utilizar nuestro apellido.

Dayana la observó.

—¿Nuestro?

Izobelle levantó inmediatamente la mirada.

Se dio cuenta de lo que acababa de decir.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después respondió:

—Sí...

Su voz se volvió más baja.

—Yo también soy una Ludendorff.

Dayana abrió ligeramente los ojos.

—Ah...

Izobelle soltó un suspiro.

—Mejor me voy al palacio.

La súcubo asintió.

—Está bien.

Se levantó junto a ella.

—Y feliz cumpleaños otra vez.

La joven sonrió débilmente.

—Gracias, Dayana.

Ambas se despidieron.

Pero mientras Izobelle abandonaba Neffitti, su mente continuaba atrapada en la misma pregunta.

¿Quién era realmente Desmond?

Cuando regresó al palacio, Izobelle se dirigió directamente a su habitación.

No tenía ganas de conversar.

Tampoco deseaba asistir a ninguna reunión familiar.

Cerró la puerta.

Dejó sus pertenencias sobre una silla.

Y se sentó frente a su escritorio.

Durante varios minutos permaneció contemplando la pantalla de su teléfono.

Finalmente, abrió VideoHub.

Buscó el nombre del joven.

Desmond.

Los resultados aparecieron rápidamente.

La mayor parte estaba relacionada con su primer lanzamiento musical.

«Más que real».

Izobelle encontró algunos videos de presentaciones.

Varias fotografías.

Y publicaciones realizadas por seguidores que comenzaban a interesarse en su carrera.

Sin embargo, no había demasiada información sobre su vida personal.

La muchacha continuó explorando.

Encontró algunas imágenes donde aparecía acompañado por una joven sabueso.

En una de ellas ambos sonreían frente a la cámara.

En otra estaban sentados muy cerca, compartiendo un momento de tranquilidad.

Izobelle examinó los comentarios.

Finalmente descubrió su nombre.

Skyler.

Su actual novia.

La joven aristócrata permaneció pensativa.

Después regresó a las fotografías de Desmond.

Observó detenidamente su rostro.

Sus ojos rojos.

La estructura de sus facciones.

Y algunos detalles que comenzaban a resultarle inquietantemente familiares.

—No puede ser...

Amplió una de las imágenes.

La contempló durante varios segundos.

Después recordó el rostro de John.

Su expresión se endureció ligeramente.

—Se parece demasiado...

Izobelle dejó lentamente el teléfono sobre el escritorio.

No sabía qué pensar.

Podía tratarse de una coincidencia.

Después de todo, los miembros de un mismo linaje podían compartir características físicas.

Pero había algo en aquella historia que no terminaba de encajar.

Un joven Ludendorff criado fuera de la aristocracia.

Una madre biológica fallecida.

Y una familia adoptiva que le había dado un apellido completamente diferente.

Izobelle apagó la pantalla.

Se recostó sobre la cama.

Y permaneció observando el techo durante largo rato.

Sabía que necesitaba hablar con alguien.

Y había una persona en quien confiaba lo suficiente para hacerlo.

Lorena.

A la mañana siguiente, Izobelle buscó a su madre.

La encontró en una de las salas privadas del palacio.

Lorena levantó la mirada cuando la vio entrar.

—Buenos días, cariño.

Izobelle sonrió débilmente.

—Buenos días, mamá.

Su madre observó inmediatamente su expresión.

—¿Ocurre algo?

La joven permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después respiró profundamente.

—Quería preguntarte algo.

Lorena dejó a un lado lo que estaba haciendo.

—Claro.

Izobelle se acercó.

—Mamá...

Hizo una pausa.

—¿Conocías a alguien llamado Desmond?

Lorena frunció ligeramente el ceño.

—¿Desmond?

La muchacha asintió.

—Sí.

Su madre permaneció pensativa.

—¿Desmond qué?

Izobelle sacó su teléfono.

Buscó una de las fotografías que había encontrado la noche anterior.

Después se la mostró.

—Él.

Lorena tomó el dispositivo.

Observó la pantalla.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

Su expresión cambió lentamente.

Primero apareció la sorpresa.

Después una inquietud que Izobelle no consiguió interpretar.

La mujer acercó ligeramente el teléfono.

Examinó el rostro del joven.

Sus facciones.

Sus ojos.

Y aquella apariencia que parecía despertar un recuerdo profundamente enterrado.

—No puede ser...

Izobelle frunció el ceño.

—¿Mamá?

Lorena no respondió inmediatamente.

Continuaba observando la fotografía.

Finalmente, murmuró:

—Se parece mucho a tu padre...

La joven sintió un escalofrío.

—¿Verdad?

Lorena levantó lentamente la mirada.

—¿Dónde encontraste esta imagen?

Izobelle le explicó que había conocido a Desmond durante una presentación musical en Neffitti.

Le contó que el joven afirmaba pertenecer al linaje Ludendorff, aunque había crecido con una familia adoptiva.

También mencionó la comuna 54.

Y el apellido Lebrozky.

Conforme avanzaba la explicación, Lorena parecía inquietarse cada vez más.

Cuando Izobelle terminó, su madre permaneció callada durante varios segundos.

Después devolvió lentamente el teléfono.

—Cariño...

La joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Lorena respiró profundamente.

—¿Puedes llevarme con él?

Izobelle abrió ligeramente los ojos.

—¿Con Desmond?

Su madre asintió.

—Sí.

La muchacha frunció el ceño.

—¿Por qué?

Lorena permaneció pensativa.

Parecía estar considerando cuidadosamente qué debía responder.

Finalmente, habló:

—Necesito hacerle algunas preguntas.

Izobelle observó su expresión.

Nunca la había visto reaccionar de aquella manera ante una simple fotografía.

—¿Crees que sea alguien de nuestra familia?

Lorena bajó lentamente la mirada.

—No lo sé, cariño...

Después volvió a observarla.

—Pero necesito averiguarlo.

Horas después, ambas llegaron a Neffitti.

El restaurante se encontraba considerablemente concurrido.

Los camareros recorrían los pasillos llevando pedidos, mientras los cocineros trabajaban bajo la presión habitual de una jornada ocupada.

Izobelle y Lorena fueron recibidas con la formalidad correspondiente a su posición aristocrática.

Sin embargo, ninguna parecía demasiado interesada en aquellas atenciones.

Lorena observaba discretamente el establecimiento.

Izobelle, por su parte, buscaba alguna señal de Desmond.

Finalmente, un joven imp se acercó a su mesa.

Llevaba el uniforme del restaurante y una expresión profesional.

—Buenas tardes. Bienvenidas a Neffitti.

Izobelle levantó la mirada.

—Hola.

El muchacho sonrió cortésmente.

—Mi nombre es James. ¿En qué puedo ayudarlas?

La joven permaneció inmóvil durante un instante.

Recordó algo que Desmond le había contado.

Su hermano mayor.

Un imp llamado James.

Izobelle lo observó con mayor atención.

—Disculpa...

El joven inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

—¿Tú conoces a Desmond?

La expresión de James cambió.

Fue apenas un gesto.

Pero Lorena lo notó inmediatamente.

El joven imp permaneció callado durante unos segundos.

—¿Desmond?

Izobelle asintió.

—Sí.

James dejó lentamente la libreta de pedidos contra su costado.

—¿Para qué lo necesitan?

Su tono continuaba siendo respetuoso.

Pero había una cautela evidente en su mirada.

Lorena intervino.

—Necesitamos hablar con él.

James volvió los ojos hacia la mujer.

La reconoció inmediatamente.

Su postura se volvió más rígida.

—Su Majestad...

Lorena mantuvo la calma.

—Por favor, llévanos con él.

Hizo una pausa.

—Es importante.

James permaneció inmóvil.

Había escuchado demasiadas historias sobre la familia Ludendorff.

Y conocía, al menos en parte, las circunstancias que rodeaban el nacimiento de su hermano.

La presencia de aquellas dos mujeres despertó una inquietud que no consiguió ocultar completamente.

Finalmente, asintió.

—Sí, Su Majestad.

Su voz fue rígida.

—Permítanme un momento.

James se alejó de la mesa.

Mientras caminaba hacia una de las zonas privadas del restaurante, su mente comenzó a llenarse de preguntas.

¿Por qué estaban buscando a Desmond?

¿Habían descubierto su identidad?

¿Sabían algo sobre Rubí?

El joven apretó ligeramente los puños.

Durante años había intentado proteger a su hermano de las verdades más dolorosas de su pasado.

Sabía que Marta había guardado recuerdos y documentos relacionados con el nacimiento de Desmond.

Y también conocía parte de la historia de Rubí.

Pero nunca había encontrado el momento adecuado para explicársela.

Cada vez que consideraba hacerlo, terminaba recordando las pérdidas que Desmond ya había sufrido.

Miguel.

Marta.

Y todas las heridas que todavía intentaba superar.

James respiró profundamente.

Finalmente encontró a su hermano.

—Des...

El joven levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

James permaneció callado durante unos segundos.

—Hay unas personas preguntando por ti.

Desmond frunció el ceño.

—¿Quiénes?

Su hermano tragó saliva.

—Lorena Ludendorff.

Hizo una pausa.

—Y una muchacha que la acompaña.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿Qué?

James lo observó con preocupación.

—Quieren hablar contigo.

El joven permaneció inmóvil.

Después soltó un suspiro.

—Por todos los anillos...

No comprendía por qué aquellas personas estaban interesadas en él.

Pero sabía que ignorarlas probablemente no resolvería nada.

Finalmente, asintió.

—Está bien.

Se levantó.

—Vamos.

Cuando Desmond llegó a la mesa, reconoció inmediatamente a Izobelle.

La joven levantó la mirada.

—Hola, Desmond.

Él asintió.

—Hola.

Después observó a la mujer que estaba sentada junto a ella.

Su porte elegante y su expresión seria revelaban que no se trataba de una visitante cualquiera.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

—Su Majestad...

Lorena lo observó con atención.

Durante unos segundos no pronunció una sola palabra.

Sus ojos recorrieron el rostro del joven.

Sus facciones.

Su cabello.

Y aquella mirada rojiza que despertaba demasiados recuerdos.

Desmond comenzó a sentirse incómodo.

—¿Ocurre algo?

La mujer respiró profundamente.

—Necesito hacerte algunas preguntas.

El joven observó brevemente a Izobelle.

Después volvió a mirar a Lorena.

—Está bien...

La mujer mantuvo la calma.

—¿Cuál es tu nombre completo?

Desmond parpadeó.

No esperaba que comenzara con aquella pregunta.

—Desmond...

Hizo una pausa.

—Desmond Lebrozky.

Lorena permaneció inmóvil.

Después negó suavemente con la cabeza.

—No eres un Lebrozky.

El joven frunció inmediatamente el ceño.

—¿Disculpe?

Lorena lo observó directamente.

—Eres un Ludendorff.

Desmond sintió que una incomodidad familiar comenzaba a crecer en su pecho.

—No.

Su respuesta fue inmediata.

La mujer levantó ligeramente las cejas.

—Desmond...

—No lo soy.

El joven apretó los labios.

—Mi familia es la Lebrozky.

Lorena permaneció callada durante unos segundos.

Después suavizó su expresión.

—No estoy intentando quitarte eso.

Desmond la observó con desconfianza.

La mujer continuó:

—Solo quiero comprender algunas cosas sobre tu origen.

El joven dejó escapar un suspiro.

—Está bien...

Lorena se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿De dónde vienes, Desmond?

El muchacho apartó la mirada.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Finalmente, respondió:

—No lo sé realmente.

Izobelle observó a su madre.

Lorena mantuvo la atención sobre Desmond.

—¿Qué sabes de tus padres biológicos?

El joven bajó lentamente la mirada.

—Muy poco.

Hizo una pausa.

—Sé que mi madre murió cuando nací.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Y que Marta y Miguel me criaron.

Lorena permaneció inmóvil.

Aquellas palabras parecieron confirmar una sospecha que había comenzado a formarse desde que vio su fotografía.

—¿Conoces el nombre de tu madre biológica?

Desmond negó lentamente.

—No.

La mujer bajó la mirada.

Durante varios segundos permaneció callada.

Izobelle percibió inmediatamente su inquietud.

—Mamá...

Lorena levantó una mano, indicándole discretamente que esperara.

Después volvió a observar al joven.

—Desmond...

Su voz se suavizó.

—Hay algunas cosas que quizás deberíamos conversar con más tranquilidad.

El muchacho frunció el ceño.

—¿Qué cosas?

Lorena no respondió inmediatamente.

Abrió su bolso.

Sacó una pequeña tarjeta.

Y se la ofreció.

Desmond contempló el objeto.

—¿Qué es?

—Mi contacto.

El joven levantó la mirada.

Lorena continuó:

—Si alguna vez deseas hablar...

Hizo una pausa.

—Puedes comunicarte conmigo.

Desmond permaneció inmóvil.

Finalmente, tomó la tarjeta.

—Está bien...

La mujer sonrió débilmente.

—Gracias por escucharnos.

El joven asintió.

Después volvió brevemente la mirada hacia Izobelle.

Ella también parecía confundida.

Desmond guardó la tarjeta.

Se despidió con cortesía.

Y se alejó.

El camino de regreso a casa estuvo acompañado por una inquietud constante.

Desmond caminaba con las manos dentro de los bolsillos.

La tarjeta de Lorena permanecía guardada entre sus pertenencias.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en ella.

Tampoco en las preguntas que le había formulado.

Su nombre completo.

Su origen.

Sus padres biológicos.

Y aquella afirmación que todavía resonaba en su mente.

«No eres un Lebrozky. Eres un Ludendorff».

Desmond apretó la mandíbula.

—Qué demonios...

Nunca había sentido un interés especial por formar parte de aquella familia.

Sabía que compartía su sangre.

Conocía la posición que ocupaban dentro de la aristocracia infernal.

Y había escuchado suficientes historias sobre los privilegios que disfrutaban.

Pero nada de aquello lo hacía sentirse cercano a ellos.

Para Desmond, su familia siempre había estado formada por Marta, Miguel y James.

Las personas que lo habían acompañado durante toda su infancia.

Las que habían cuidado de él.

Y las que le habían enseñado que el valor de alguien no dependía del dinero ni del apellido que llevara.

El joven respiró profundamente.

Observó las calles del vecindario.

—¿Por qué ahora...?

No comprendía por qué, después de tantos años, alguien perteneciente a aquella familia había comenzado a interesarse en él.

Y mucho menos por qué Lorena parecía conocer algo que él ignoraba.

Desmond aceleró ligeramente el paso.

Necesitaba llegar a casa.

Cuando finalmente abrió la puerta, encontró a Skyler en la sala.

La joven sabueso levantó inmediatamente la mirada.

Al reconocerlo, una sonrisa apareció en su rostro.

—¡Des!

Se acercó con alegría.

Desmond apenas consiguió corresponder al gesto.

Skyler lo abrazó suavemente.

Después se inclinó y le dio un beso en los labios.

—Hola...

El joven respondió de manera distraída.

—Hola, Skyler...

La muchacha se separó ligeramente.

Lo observó.

Su sonrisa comenzó a desaparecer.

—Oye...

Desmond permanecía mirando hacia el interior de la vivienda.

Skyler ladeó la cabeza.

—¿Estás bien?

El joven no respondió.

Caminó lentamente hacia una pequeña repisa situada junto a la pared.

Allí descansaban varias fotografías familiares.

Entre ellas, una imagen de Marta.

Skyler lo siguió con la mirada.

—Desmond...

El joven se detuvo frente a la fotografía.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después la tomó cuidadosamente entre sus manos.

Contempló el rostro de su madre adoptiva.

Aquella sonrisa familiar.

La misma que tantas veces había conseguido tranquilizarlo cuando era pequeño.

Desmond sintió que un nudo comenzaba a formarse en su garganta.

—Mamá...

Su voz apenas fue un susurro.

Skyler permaneció a unos pasos de distancia.

No quería interrumpirlo.

El joven acarició suavemente el borde del marco.

Recordó las palabras de Lorena.

Las preguntas sobre su madre biológica.

Y aquella sensación de que todos parecían conocer una parte de su historia que él mismo ignoraba.

Entonces ocurrió algo.

Al mover ligeramente el marco, Desmond notó que una pequeña parte de papel sobresalía por detrás.

Frunció el ceño.

—¿Qué...?

Giró cuidadosamente la fotografía.

Allí había un documento doblado.

Estaba colocado entre la parte posterior del marco y su soporte.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos simplemente lo observó.

Después lo tomó.

Skyler se acercó ligeramente.

—¿Qué encontraste?

El joven no respondió.

Desdobló lentamente el papel.

Y comenzó a leer.

Las primeras líneas contenían información sobre su nacimiento.

Su madre biológica.

Rubí Ludendorff.

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

—Rubí...

Pronunció el nombre en voz baja.

Nunca había escuchado una explicación completa sobre aquella mujer.

Sabía que había muerto cuando él nació.

Pero nada más.

Continuó leyendo.

El documento relataba las circunstancias que habían rodeado el embarazo de Rubí.

El rechazo que había sufrido dentro de su propia familia.

La violencia ejercida contra ella.

Y la manera en que había terminado abandonada en un callejón, gravemente herida y esperando un hijo.

Desmond sintió que sus manos comenzaban a temblar.

Sus ojos recorrieron las siguientes líneas.

Allí aparecía una descripción del hombre que había traicionado a Rubí.

De la brutalidad con la que había intentado acabar con su vida.

Y de la participación de John Ludendorff, quien había presenciado lo ocurrido sin impedir que la joven embarazada fuera abandonada a su suerte.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Volvió a leer aquella parte.

Una vez.

Después otra.

Como si su mente se negara a aceptar lo que estaba comprendiendo.

John Ludendorff.

El hombre cuyo apellido llevaba por sangre.

El mismo cuyo rostro aparecía en numerosos retratos aristocráticos.

La figura que ocupaba una posición de enorme autoridad dentro de la familia.

Según aquel documento, era su padre biológico.

Y había permitido que Rubí fuera abandonada en condiciones que pudieron costarle la vida antes de que él siquiera naciera.

Desmond sintió que el aire comenzaba a faltarle.

—No...

Su voz fue apenas audible.

Continuó leyendo.

El papel también mencionaba cómo Marta había encontrado a Rubí.

Cómo la había llevado a su hogar.

Y cómo, junto a Miguel, decidió protegerla durante los últimos meses de su embarazo.

Aquellas líneas despertaron una tristeza profunda.

Marta.

Su madre.

La mujer que lo había criado.

Había conocido aquella historia desde el principio.

Había estado presente.

Había visto el sufrimiento de Rubí.

Y había decidido cuidar del hijo que aquella joven dejó al morir.

Desmond apretó el papel entre los dedos.

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Mamá...

La voz se le quebró.

—¿Por qué nunca me lo dijiste...?

Skyler observaba su expresión con creciente preocupación.

—Des...

Se acercó.

—¿Qué ocurre?

El joven no respondió.

Continuaba leyendo.

Cada nueva línea parecía derrumbar una parte de la historia que había construido sobre sí mismo.

Rubí no había sido simplemente una mujer que murió durante el parto.

Había sufrido.

Había sido traicionada.

Había sido abandonada.

Y Desmond había nacido después de que personas pertenecientes a su propia sangre decidieran tratar la vida de su madre como si no tuviera ningún valor.

El papel comenzó a temblar violentamente entre sus manos.

Desmond retrocedió un paso.

—No puede ser...

Su respiración se agitó.

Skyler levantó ligeramente las orejas.

—¿Desmond?

El joven volvió a observar el documento.

Intentó seguir leyendo.

Pero las letras comenzaron a desdibujarse entre las lágrimas.

Finalmente, sus dedos perdieron fuerza.

El papel cayó lentamente al suelo.

Skyler se acercó de inmediato.

—¡Des!

Desmond permanecía inmóvil.

Tenía los ojos abiertos de par en par.

Su expresión reflejaba una mezcla de dolor, incredulidad y una rabia que comenzaba a crecer peligrosamente.

La muchacha intentó tomarlo de la mano.

—Oye...

El joven retrocedió ligeramente.

No porque quisiera apartarla.

Sino porque apenas parecía comprender lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Skyler bajó la mirada hacia el documento.

Después volvió a observarlo.

—¿Qué dice ese papel?

Desmond abrió la boca.

Pero no consiguió responder.

Su respiración era cada vez más irregular.

Finalmente, logró pronunciar algunas palabras.

—Mi madre...

Skyler permaneció inmóvil.

El joven apretó los puños.

—Rubí...

Su voz se quebró.

—Le hicieron daño...

La muchacha sintió un escalofrío.

—Desmond...

Él negó lentamente con la cabeza.

—La dejaron morir...

Sus ojos comenzaron a llenarse nuevamente de lágrimas.

Skyler intentó acercarse.

Pero antes de que pudiera decir algo, la puerta principal se abrió.

James acababa de regresar.

Entró con paso cansado, llevando algunas pertenencias del trabajo.

Sin embargo, apenas levantó la mirada, comprendió que algo no marchaba bien.

Desmond permanecía de pie junto a la repisa.

Skyler lo observaba con evidente preocupación.

Y sobre el suelo descansaba un papel desplegado.

James reconoció inmediatamente el documento.

Su expresión cambió.

El color pareció desaparecer de su rostro.

—Oh, no...

Su voz fue apenas un murmullo.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Durante unos segundos permaneció observándolo.

Después sus ojos descendieron hacia el papel.

Y volvieron a encontrarse con los de su hermano.

Aquella reacción había sido suficiente.

James lo sabía.

Conocía el documento.

Y comprendía su significado.

Desmond sintió que la rabia comenzaba a apoderarse de él.

—Lo sabías...

James permaneció inmóvil.

—Des...

El joven dio un paso hacia él.

—Lo sabías, ¿verdad?

Su voz temblaba.

James tragó saliva.

—Desmond, escúchame...

El muchacho apretó los puños.

—¡RESPÓNDEME!

Skyler se sobresaltó.

Nunca lo había escuchado hablarle a James de aquella manera.

El imp respiró profundamente.

—Sí...

Su voz fue apenas audible.

—Sabía algunas cosas.

Desmond permaneció inmóvil.

Aquella respuesta pareció golpearlo con más fuerza que cualquier otra cosa.

Durante unos segundos lo observó sin pronunciar una sola palabra.

Después soltó una risa amarga.

—No puede ser...

James intentó acercarse.

—Des, déjame explicarlo...

El joven retrocedió inmediatamente.

—¡No!

Su voz resonó por toda la sala.

James se detuvo.

Desmond señaló hacia el documento.

—¡¿TÚ SABÍAS LO QUE LE HICIERON A MI MADRE?!

Su respiración se agitó.

—¡¿SABÍAS QUE LA ABANDONARON EN UN CALLEJÓN?!

James bajó la mirada.

—Desmond...

—¡¿Y NUNCA PENSASTE EN CONTÁRMELO?!

El joven imp sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

—Quería protegerte...

Desmond soltó una carcajada llena de incredulidad.

—¿Protegerme?

James levantó la mirada.

—Sí...

Su voz se quebró.

—No quería que cargaras con todo eso.

Desmond negó lentamente con la cabeza.

—Toda mi vida...

Miró el documento.

Después volvió a observar a su hermano.

—Toda mi maldita vida me pregunté de dónde venía.

James intentó responder.

Pero Desmond continuó:

—¡Y TÚ TENÍAS RESPUESTAS!

Su voz comenzó a quebrarse.

—¡TÚ SABÍAS COSAS QUE YO NI SIQUIERA PODÍA IMAGINAR!

James dio un paso hacia él.

—Desmond, por favor...

El joven lo señaló.

—¡NO ME PIDAS QUE ME CALME!

Skyler observaba la escena con angustia.

—Des...

Pero él apenas parecía escucharla.

La rabia y el dolor habían comenzado a mezclarse de una manera que le resultaba imposible controlar.

Pensó en Marta.

En Miguel.

En Rubí.

Y en todos aquellos años durante los cuales había vivido sin comprender completamente su propia historia.

James intentó acercarse una vez más.

—Hermano, escúchame...

Desmond apretó la mandíbula.

—¡¿POR QUÉ NO ME LO CONTASTE?!

Y entonces ocurrió.

El movimiento fue repentino.

Desmond avanzó hacia James.

Y le lanzó un fuerte puñetazo al rostro.

El impacto resonó en la sala.

James perdió el equilibrio.

Cayó al suelo, llevándose inmediatamente una mano a la mejilla.

Skyler abrió los ojos de par en par.

—¡DESMOND!

El joven permaneció inmóvil.

Tenía la respiración agitada.

Sus puños continuaban cerrados.

Durante unos segundos observó a su hermano caído.

James levantó lentamente la mirada.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

No parecía enfadado.

Tampoco intentó devolverle el golpe.

Simplemente lo observaba con una tristeza profunda.

—Des...

Su voz se quebró.

Desmond sintió que el pecho le ardía.

—¡¿POR QUÉ?!

James intentó incorporarse.

Se apoyó sobre una mano.

—No podía...

Su voz fue apenas un susurro.

—Quería protegerte...

Desmond negó lentamente con la cabeza.

Aquellas palabras ya no le provocaban ningún alivio.

Al contrario.

Le resultaban insoportables.

—No...

Retrocedió un paso.

Su respiración comenzó a volverse irregular.

—No vuelvas a decirme eso.

James permaneció inmóvil.

Desmond lo observó con una mezcla de rabia y dolor.

Durante toda su vida había confiado en él.

James había sido su hermano mayor.

Su protector.

La persona que siempre encontraba la manera de hacerlo reír después de un mal día.

Y ahora descubría que había guardado silencio sobre una parte fundamental de su pasado.

Desmond sintió que aquella confianza acababa de romperse.

No sabía si conseguiría recuperarla.

Tampoco quería pensarlo.

Se volvió bruscamente.

Y comenzó a caminar hacia las escaleras.

Skyler dio un paso tras él.

—¡Desmond!

El joven no respondió.

Subió apresuradamente.

Llegó a su habitación.

Y cerró la puerta de un portazo.

El golpe resonó por toda la vivienda.

Después llegó el silencio.

Skyler permaneció inmóvil durante unos segundos.

Miró hacia las escaleras.

Después volvió la cabeza hacia James.

El joven imp continuaba sentado sobre el suelo.

Tenía una mano apoyada contra su mejilla y la mirada perdida.

La muchacha se acercó.

—James...

Él levantó lentamente la mirada.

Skyler se arrodilló junto a él.

—¿Estás bien?

El joven soltó una pequeña risa amarga.

—He estado mejor...

Su voz estaba apagada.

Skyler observó su rostro.

Había una marca evidente donde Desmond lo había golpeado.

Pero lo que más le preocupaba era su expresión.

James parecía completamente devastado.

—No debió golpearte —murmuró ella.

El joven bajó la mirada.

Permaneció callado durante varios segundos.

Después respondió:

—Lo sé...

Skyler observó el documento que continuaba sobre el suelo.

Su expresión se volvió más seria.

—¿De verdad conocías todo eso?

James cerró los ojos.

—Conocía parte de la historia.

Hizo una pausa.

—Mamá guardó esos recuerdos durante muchos años.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Y yo pensé que, si Desmond nunca tenía que enfrentarse a ellos, quizás podría vivir tranquilo.

Skyler permaneció callada.

James bajó la cabeza.

—Pero supongo que me equivoqué.

La muchacha lo observó con tristeza.

No sabía qué responder.

Comprendía que James había querido proteger a su hermano.

Pero también podía entender el dolor de Desmond al descubrir que le habían ocultado información tan importante.

El joven imp respiró profundamente.

Finalmente, se incorporó con dificultad.

Skyler lo ayudó.

—Gracias...

Ella asintió.

James observó las escaleras.

Durante unos segundos pareció considerar la posibilidad de subir.

Pero terminó negando lentamente con la cabeza.

—Ahora no quiere verme.

Su voz fue apenas un murmullo.

Skyler permaneció junto a él.

James cerró los ojos.

—Ve con él...

La muchacha levantó la mirada.

—¿Estás seguro?

El imp asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—No quiero que esté solo.

Skyler observó nuevamente las escaleras.

Después asintió.

—Está bien.

Se alejó lentamente.

Y comenzó a subir.

Dentro de su habitación, Desmond permanecía sentado sobre la cama.

Tenía los hombros encorvados.

Las manos apretadas.

Y el rostro cubierto de lágrimas.

Había intentado contenerlas al subir las escaleras.

Pero apenas cerró la puerta, todo comenzó a derrumbarse.

Rubí.

Aquel nombre continuaba repitiéndose en su cabeza.

Su madre biológica.

La mujer que había llevado su vida dentro de ella durante meses.

La persona que había soportado el rechazo, la violencia y el abandono.

Y que finalmente había muerto al traerlo al mundo.

Desmond se cubrió el rostro con ambas manos.

—Mamá...

Su voz se quebró.

No sabía a cuál de sus dos madres estaba llamando.

Quizás a ambas.

A Rubí, cuya historia acababa de descubrir.

Y a Marta, quien había decidido criarlo cuando aquella joven ya no pudo hacerlo.

Las lágrimas comenzaron a descender con mayor intensidad.

—¿Por qué...?

Su respiración se agitó.

—¿Por qué nadie me lo dijo...?

Recordó el rostro de James.

Su expresión después del golpe.

Y aquellas palabras que había repetido.

«Quería protegerte».

Desmond apretó los ojos.

Una parte de él sabía que había reaccionado de una manera terrible.

Sabía que golpear a su hermano no cambiaría nada de lo ocurrido.

Tampoco devolvería la vida a Rubí.

Ni le permitiría escuchar nuevamente la voz de Marta.

Pero la rabia continuaba allí.

Profunda.

Asfixiante.

Y mezclada con una sensación de traición que todavía no conseguía comprender.

Se dejó caer sobre la cama.

Observó el techo.

Las lágrimas continuaron recorriendo sus mejillas.

Por primera vez en mucho tiempo, no encontró ninguna palabra que pudiera ayudarlo a expresar lo que sentía.

Ni siquiera sus rimas parecían suficientes.

Unos golpes suaves llegaron desde la puerta.

—Desmond...

El joven reconoció inmediatamente la voz de Skyler.

No respondió.

La muchacha aguardó unos segundos.

Después volvió a hablar.

—Soy yo...

Desmond cerró los ojos.

Permaneció callado.

Skyler abrió lentamente la puerta.

Lo encontró acostado sobre la cama, con el rostro enrojecido y la mirada perdida.

Sintió que el corazón se le encogía.

—Des...

El joven no se movió.

Skyler cerró suavemente la puerta.

Se acercó.

Durante unos segundos permaneció observándolo.

Quiso decir algo.

Preguntarle cómo se sentía.

Intentar convencerlo de que hablara con James.

Pero comprendió que aquel no era el momento.

Desmond acababa de descubrir una verdad capaz de transformar completamente la manera en que comprendía su propio pasado.

No necesitaba explicaciones apresuradas.

Tampoco palabras vacías.

Necesitaba tiempo.

Y compañía.

Skyler se sentó cuidadosamente junto a él.

Después se acostó a su lado.

Desmond volvió ligeramente el rostro.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

La muchacha no dijo nada.

Simplemente se acercó.

Y lo abrazó.

Durante unos segundos, Desmond permaneció inmóvil.

Después cerró lentamente los ojos.

Su respiración comenzó a quebrarse.

Y terminó aferrándose a Skyler con desesperación.

La muchacha lo sostuvo entre sus brazos.

No intentó detener su llanto.

Tampoco le pidió que se tranquilizara.

Simplemente permaneció junto a él.

Desmond hundió el rostro contra su hombro.

Sus manos temblaban.

Skyler le acarició suavemente la espalda.

Podía sentir el dolor que lo atravesaba.

Aunque no conocía todos los detalles de aquella historia, comprendía que lo descubierto había destruido parte de la seguridad que Desmond siempre había encontrado en su familia.

El joven respiró profundamente.

Intentó hablar.

Pero no consiguió pronunciar ninguna palabra.

Skyler lo abrazó con mayor delicadeza.

—Estoy aquí, Des...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond cerró los ojos.

Las lágrimas continuaron descendiendo por su rostro.

Finalmente, buscó una de las manos de Skyler.

La muchacha entrelazó suavemente sus dedos con los de él.

Desmond apretó su mano con fuerza.

Como si aquel contacto fuera lo único que todavía conseguía mantenerlo aferrado a la realidad.

Skyler permaneció a su lado.

Sin exigir explicaciones.

Sin intentar justificar lo ocurrido.

Y sin ofrecerle promesas que no podía cumplir.

El silencio entre ellos hablaba más fuerte que cualquier palabra. Skyler tomó la mano de Desmond, quien, aunque tembloroso, la apretó con fuerza.

Estaba devastado, incapaz de procesar lo que acababa de descubrir, y aún menos capaz de perdonar a su hermano.

CAP 14

Entre Sombras y Verdad

El silencio se había convertido, una vez más, en el único acompañante de Desmond.

Habían transcurrido varios días desde que descubrió la verdad sobre su nacimiento, y la pequeña casa que compartía con James y Skyler parecía haber regresado a aquella atmósfera sombría que la había dominado después de la muerte de Marta.

Las cortinas de su habitación permanecían cerradas.

La luz del exterior apenas conseguía filtrarse por los bordes de la tela, dibujando tenues líneas sobre el suelo. El aire estaba cargado y los objetos permanecían prácticamente en el mismo lugar desde hacía días.

Sobre el escritorio descansaban varios cuadernos, algunas hojas sueltas y el pequeño colgante que Marta le había regalado antes de que abandonara la comuna 54.

Desmond permanecía sentado sobre la cama, con la espalda apoyada contra la pared y las rodillas recogidas cerca del pecho.

Tenía el cabello desordenado.

Sus ojos rojos reflejaban un agotamiento profundo.

Y su expresión parecía pertenecer a alguien que había pasado demasiado tiempo intentando encontrar respuestas donde solamente existían preguntas.

No había dejado de pensar en Rubí.

Su madre biológica.

La mujer que había muerto al traerlo al mundo.

Durante dieciocho años, Desmond había vivido sabiendo que pertenecía al linaje Ludendorff, pero nunca había sentido una necesidad especial de acercarse a aquella familia.

Para él, sus verdaderos padres siempre habían sido Marta y Miguel.

Las personas que lo alimentaron, lo protegieron y le enseñaron a distinguir entre lo correcto y lo incorrecto.

Sin embargo, descubrir que la historia de Rubí estaba marcada por la violencia y la traición había cambiado completamente su percepción del pasado.

No podía dejar de imaginarla.

Una joven de veinte años.

Embarazada.

Herida.

Abandonada por quienes deberían haberla protegido.

Y, sobre todo, no podía olvidar el nombre que aparecía en aquella historia.

John Ludendorff.

El hombre que había permitido semejante crueldad.

Desmond apretó lentamente los puños.

Durante toda su infancia había escuchado hablar de los Ludendorff como una familia poderosa, respetada y prácticamente intocable dentro de la sociedad infernal.

Ahora, aquel apellido le provocaba una repulsión difícil de describir.

Pero lo que más le dolía no era únicamente lo que había descubierto.

Era el silencio de las personas que más había amado.

Marta había conocido la historia.

Miguel también.

Y James había guardado parte de aquella verdad durante años.

Desmond sabía que probablemente habían tenido sus razones.

Pero comprender sus posibles intenciones no conseguía aliviar la sensación de haber vivido rodeado de secretos.

Skyler permanecía sentada al borde de la cama.

Desde hacía varios minutos observaba a Desmond sin saber exactamente cómo acercarse a él.

Había intentado acompañarlo durante aquellos días.

Le llevaba comida.

Abría las ventanas cuando el ambiente comenzaba a volverse insoportable.

Y procuraba conversar sobre asuntos cotidianos, aunque casi nunca conseguía obtener respuestas demasiado largas.

La situación le recordaba dolorosamente las semanas posteriores a la muerte de Marta.

La misma habitación oscura.

El mismo silencio.

Y aquella manera en que Desmond parecía encerrarse dentro de sus propios pensamientos hasta perder cualquier interés por lo que ocurría a su alrededor.

Sin embargo, había una diferencia importante.

Aquella vez no estaba enfrentándose únicamente al dolor de una pérdida.

También estaba intentando comprender una verdad que parecía haber destruido la confianza que depositaba en su familia.

Skyler dejó escapar un pequeño suspiro.

Finalmente, decidió hablar.

—Des...

El joven no levantó la mirada.

Sus ojos permanecían fijos en el suelo.

La muchacha esperó unos segundos.

Después continuó con suavidad:

—Ya has estado encerrado aquí demasiado tiempo.

Desmond permaneció inmóvil.

Skyler se acercó ligeramente.

—Casi no has salido de la habitación.

Hizo una pausa.

—Y apenas estás comiendo.

El joven cerró los ojos.

—Skyler...

Su voz sonó agotada.

La muchacha lo observó con preocupación.

—La última vez que te vi así fue cuando tu madre...

Se interrumpió.

Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia atrás.

No quería provocar otra herida al mencionar a Marta.

Pero Desmond ya había comprendido.

Abrió lentamente los ojos.

—Cuando murió mamá.

Skyler bajó la mirada.

—Sí...

El silencio regresó durante unos instantes.

Desmond apretó la mandíbula.

Después dejó escapar un suspiro tembloroso.

—No puedo...

La muchacha levantó ligeramente la cabeza.

—¿Qué cosa?

El joven se pasó una mano por el rostro.

—No puedo creerlo.

Su voz era ronca.

—No puedo creer que toda mi familia me haya ocultado esto.

Skyler permaneció callada.

Desmond continuó:

—Yo sabía que era un Ludendorff desde niño, Skyler.

Levantó finalmente la mirada.

—Nunca fue un secreto que no tenía la misma sangre que Marta, Miguel y James.

Hizo una pausa.

—Pero una cosa es saber que eres adoptado...

Su voz comenzó a quebrarse.

—Y otra muy distinta es descubrir que tu madre biológica terminó abandonada en un callejón porque su propia familia decidió darle la espalda.

Skyler sintió una punzada en el pecho.

El joven apretó los puños.

—¡Rubí estaba embarazada!

Su voz se elevó involuntariamente.

—¡Iba a tenerme a mí!

Respiró con dificultad.

—Y aun así la trataron como si su vida no valiera absolutamente nada.

Skyler se acercó un poco más.

—Desmond...

Pero él continuó.

—Y lo peor es que todos parecían saber algo.

Su expresión se endureció.

—Mamá sabía lo que había ocurrido.

Bajó la mirada.

—Papá también.

Hizo una pausa.

—Y James...

Su voz se quebró.

—James me miró a la cara durante años sabiendo que había una parte de mi historia que yo desconocía.

Desmond golpeó el colchón con el puño.

—¡Maldita sea!

Skyler se sobresaltó ligeramente.

El joven cerró los ojos.

Sus hombros comenzaron a temblar.

—No sé qué pensar...

Su voz descendió hasta convertirse en un murmullo.

—No sé qué debería sentir.

Skyler permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después se acercó lentamente.

Colocó una mano sobre su brazo.

—Des...

El joven no se apartó.

Ella continuó:

—Entiendo que estés enfadado.

Su voz fue tranquila.

—Y también entiendo que te duela haber descubierto todo de esta manera.

Desmond bajó la cabeza.

Skyler acarició suavemente su brazo.

—Pero no tienes que encontrar todas las respuestas ahora mismo.

El joven soltó una pequeña risa amarga.

—Eso es fácil de decir...

La muchacha no respondió inmediatamente.

Esperó a que él volviera a mirarla.

—Puede ser.

Hizo una pausa.

—Pero tampoco quiero verte destruyéndote por algo que ocurrió antes de que nacieras.

Desmond permaneció callado.

Skyler continuó:

—No elegiste lo que hicieron los Ludendorff.

Su expresión se volvió más seria.

—Y tampoco eres responsable de las decisiones que tomaron.

El joven bajó lentamente la mirada.

—Lo sé...

Pero su voz no sonó convencida.

Durante varios segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, Desmond habló nuevamente.

—Lo que más me molesta...

Skyler levantó la mirada.

—¿Qué?

El joven respiró profundamente.

—Es que nunca podré preguntárselo a mamá.

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Nunca podré sentarme frente a ella y preguntarle por qué decidió guardar silencio.

Skyler sintió que el corazón se le encogía.

Desmond continuó:

—No podré escuchar su explicación.

Hizo una pausa.

—Ni preguntarle cómo conoció a Rubí.

Su voz se quebró.

—Ni qué le dijo antes de morir.

La muchacha permaneció inmóvil.

Desmond se cubrió los ojos con una mano.

—Y ahora...

Respiró profundamente.

—Ahora también estoy peleado con James.

Skyler observó su expresión.

No había olvidado lo ocurrido en la sala.

El golpe.

La caída de James.

Y aquella mirada de tristeza que permaneció en sus ojos mientras Desmond se alejaba.

Sabía que su pareja estaba sufriendo.

Pero también sabía que su hermano había resultado profundamente herido.

Y no solamente en el rostro.

Desmond permaneció callado durante varios minutos.

Skyler no intentó obligarlo a continuar hablando.

Simplemente se quedó a su lado.

De vez en cuando observaba los cuadernos que descansaban sobre el escritorio.

Recordó aquella madrugada en que había descubierto una de las libretas antiguas de Desmond.

Las composiciones sobre la comuna 54.

Las letras cargadas de violencia.

Y la manera en que, con el paso de los años, aquellos versos habían comenzado a transformarse.

Entonces, mientras observaba distraídamente la habitación, notó que Desmond se movía.

El joven extendió lentamente una mano hacia la almohada.

Skyler levantó ligeramente las orejas.

—¿Des?

Él no respondió.

Sacó una pequeña libreta que había mantenido oculta debajo.

Su cubierta mostraba algunas marcas de uso reciente.

Había hojas dobladas en las esquinas y varias anotaciones que sobresalían entre las páginas.

Desmond permaneció contemplándola durante unos segundos.

Después volvió la mirada hacia Skyler.

Su expresión parecía diferente.

Todavía había tristeza.

Todavía había rabia.

Pero también una necesidad silenciosa de comunicar algo que no conseguía expresar directamente.

El joven extendió la libreta.

Skyler parpadeó.

—¿Para mí?

Desmond asintió.

La muchacha la recibió con cuidado.

—¿Qué es?

El joven bajó la mirada.

—Léela...

Su voz fue apenas un susurro.

Skyler observó la cubierta.

Después volvió a mirarlo.

—¿Estás seguro?

Desmond asintió nuevamente.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Quiero que sepas lo que he estado pensando.

La muchacha respiró profundamente.

Y abrió la libreta.

Las primeras páginas estaban llenas de versos recientes.

La escritura de Desmond resultaba reconocible.

Pero el tono era considerablemente más oscuro que el de las composiciones que había comenzado a crear después de conocer a Skyler.

Había rabia en aquellas palabras.

Una indignación profunda.

Y preguntas que parecían no tener respuesta.

Algunos versos hablaban de una mujer abandonada.

De una familia que había preferido proteger su prestigio antes que la vida de una de sus integrantes.

Y de un niño que había crecido sin conocer el sufrimiento que acompañó su nacimiento.

Skyler continuó leyendo.

Las composiciones estaban llenas de imágenes dolorosas.

Sangre.

Calles oscuras.

Silencios familiares.

Y aquella sensación de descubrir que las personas que deberían protegerte también podían ocultarte verdades capaces de destruirte.

La muchacha sintió un nudo en la garganta.

Pasó otra página.

Allí encontró referencias a James.

No aparecían únicamente reproches.

También había recuerdos.

El hermano mayor que lo acompañó durante su infancia.

El joven imp que lo defendía cuando otros niños se burlaban de él.

Y la persona que, después de la muerte de Marta, había prometido permanecer a su lado.

Skyler comprendió inmediatamente el conflicto que Desmond estaba intentando expresar.

Una parte de él se sentía traicionada.

Pero otra continuaba reconociendo cuánto amaba a su hermano.

Aquella contradicción aparecía reflejada en cada línea.

La muchacha pasó lentamente otra página.

Y entonces comenzó a notar algo.

La composición no permanecía atrapada únicamente en la rabia.

Conforme avanzaban los versos, el tono cambiaba.

La indignación seguía presente.

Pero también aparecía una reflexión más profunda.

Las palabras comenzaban a hablar de la verdad.

De la necesidad de enfrentar el pasado.

Y de la diferencia entre comprender las acciones de alguien y justificar sus errores.

Skyler observó las últimas líneas.

Desmond había conseguido transformar aquella mezcla de dolor y confusión en algo que podía expresar mediante la música.

No era una canción alegre.

Tampoco pretendía ofrecer una solución sencilla.

Era una composición intensa.

Personal.

Y profundamente sincera.

Cuando terminó de leer, permaneció inmóvil durante varios segundos.

Después cerró cuidadosamente la libreta.

Levantó la mirada.

Desmond la observaba con evidente nerviosismo.

—¿Y bien...?

Su voz apenas fue audible.

Skyler sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

—Des...

Se acercó ligeramente.

—Esto es increíble.

El joven bajó la mirada.

—No sé...

Ella negó suavemente con la cabeza.

—No, escúchame.

Tomó una de sus manos.

—Estás usando todo lo que sientes para crear algo poderoso.

Desmond permaneció inmóvil.

Skyler continuó:

—No estás fingiendo que nada ocurrió.

Hizo una pausa.

—Tampoco estás intentando ocultar lo mucho que te duele.

Observó la libreta.

—Estás convirtiendo ese dolor en palabras.

El joven respiró profundamente.

—Es lo único que sé hacer...

Skyler sonrió con ternura.

—Y lo haces muy bien.

Desmond contempló sus manos.

Durante varios segundos permaneció pensativo.

Después volvió a observar la libreta.

Había pasado días enteros intentando comprender lo que sentía.

Escribiendo.

Tachando.

Volviendo a escribir.

Y descubriendo que, aunque sus composiciones no podían cambiar el pasado, sí podían ayudarlo a organizar sus pensamientos.

Skyler le devolvió el cuaderno.

Desmond lo recibió.

Acarició lentamente la cubierta.

Después cerró los ojos.

Respiró profundamente.

Y permaneció inmóvil durante algunos segundos.

Finalmente, tomó una decisión.

Desmond apartó lentamente las sábanas.

Skyler lo observó con sorpresa.

—¿Des?

El joven se levantó.

Sus movimientos eran pausados.

Después de pasar tantos días encerrado, incluso caminar por la habitación le resultaba extraño.

Se acercó a la puerta.

Permaneció frente a ella durante unos segundos.

Skyler se incorporó.

—¿A dónde vas?

Desmond no respondió inmediatamente.

Observó el picaporte.

Su respiración comenzó a agitarse ligeramente.

Finalmente, habló:

—Tengo que hacer algo.

La muchacha permaneció inmóvil.

—¿Qué cosa?

El joven volvió lentamente la cabeza.

Sus ojos continuaban enrojecidos.

Pero su expresión ya no reflejaba únicamente desesperación.

También había determinación.

—Hablar con James.

Skyler sintió que una pequeña sonrisa comenzaba a aparecer en su rostro.

—¿Estás seguro?

Desmond bajó la mirada.

—No...

Soltó una pequeña risa amarga.

—Pero tengo que hacerlo.

La muchacha asintió.

—Está bien.

El joven respiró profundamente.

Después abrió la puerta.

Y salió.

El pasillo permanecía silencioso.

La casa estaba iluminada por la tenue claridad que entraba desde algunas ventanas.

Desmond caminó lentamente.

Cada paso parecía exigirle un esfuerzo mayor del habitual.

No por cansancio físico.

Sino por el peso de lo que estaba a punto de hacer.

Recordó el rostro de James después del golpe.

Su expresión de sorpresa.

La tristeza en sus ojos.

Y aquellas palabras que había pronunciado mientras permanecía sentado sobre el suelo.

«Quería protegerte».

Desmond apretó la mandíbula.

No podía justificar aquel golpe.

Por mucho que le doliera lo ocurrido, James no había merecido recibirlo.

Su hermano había pasado buena parte de su vida intentando cuidarlo.

Y él le había respondido con violencia.

El joven se detuvo frente a una puerta.

La habitación de James.

Durante varios segundos permaneció inmóvil.

Levantó lentamente una mano.

Pero se detuvo antes de tocar.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

No sabía cómo reaccionaría su hermano.

Quizás estaría enfadado.

Quizás no querría hablar con él.

Y, sinceramente, Desmond no podía culparlo si así fuera.

Finalmente, respiró profundamente.

Y golpeó dos veces.

Dentro de la habitación, James se encontraba sentado junto a su escritorio.

Había terminado de revisar algunos asuntos relacionados con su trabajo en Neffitti.

Sin embargo, le resultaba difícil concentrarse.

Desde la discusión con Desmond, la casa había adquirido una tensión que nunca antes había experimentado entre ambos.

James había intentado acercarse en varias ocasiones.

Pero su hermano no quería hablar.

En otras circunstancias, habría insistido.

Habría entrado en su habitación y comenzado alguna conversación absurda hasta conseguir que Desmond reaccionara.

Pero aquella vez comprendía que necesitaba espacio.

El problema era que cada día de silencio le resultaba más doloroso.

Cuando escuchó los golpes en la puerta, levantó la mirada.

—¿Sí?

No recibió respuesta inmediata.

James frunció ligeramente el ceño.

Se levantó.

Caminó hacia la entrada.

Y abrió.

Entonces permaneció completamente inmóvil.

Desmond estaba frente a él.

Su hermano menor.

El muchacho con quien había compartido prácticamente toda su vida.

Tenía el rostro cansado y los ojos húmedos.

James abrió ligeramente la boca.

—Des...

Pero antes de que pudiera decir algo más, Desmond avanzó.

Y lo abrazó con fuerza.

James se quedó paralizado.

Durante unos segundos no comprendió lo que estaba sucediendo.

Desmond lo sostenía con una desesperación que le resultaba dolorosamente familiar.

La misma que había mostrado después de la muerte de Miguel.

Y años más tarde, cuando Marta falleció en el hospital.

El joven imp sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

—Desmond...

Su hermano hundió el rostro contra su hombro.

—Perdón...

La voz se le quebró.

James permaneció inmóvil.

Desmond lo abrazó todavía más fuerte.

—Perdón, James...

Su respiración se agitó.

—Perdón...

Las lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas.

—Lo siento mucho...

James cerró los ojos.

Durante unos segundos intentó mantener la compostura.

Pero finalmente levantó los brazos.

Y correspondió al abrazo.

—Des...

Su propia voz estaba quebrada.

El joven imp sostuvo a su hermano con fuerza.

Desmond comenzó a llorar.

—No debí golpearte...

Su voz apenas conseguía elevarse.

—No debí hacerte eso.

James apretó los labios.

Recordó aquella discusión.

El golpe.

Y la expresión de rabia que había visto en el rostro de Desmond.

Todavía le dolía recordar aquel momento.

Pero también sabía que su hermano estaba enfrentando una situación profundamente difícil.

—Escúchame...

Se separó ligeramente para observarlo.

—No estuvo bien lo que pasó.

Desmond bajó inmediatamente la mirada.

—Lo sé...

James respiró profundamente.

—Y me dolió mucho.

Su voz tembló.

—No solamente el golpe.

Hizo una pausa.

—Me dolió que termináramos así.

Desmond sintió que las lágrimas comenzaban a caer nuevamente.

—Perdóname...

James colocó una mano sobre su hombro.

—Desmond...

El joven levantó lentamente los ojos.

Su hermano continuó:

—Yo también cometí errores.

Desmond permaneció callado.

James bajó ligeramente la mirada.

—Debí hablar contigo sobre lo que sabía.

Su voz se volvió más apagada.

—No tenía derecho a decidir por ti qué partes de tu historia debías conocer.

El joven sintió un nudo en la garganta.

James continuó:

—Creí que estaba protegiéndote.

Hizo una pausa.

—Pero ahora entiendo que guardar silencio también te hizo daño.

Desmond cerró los ojos.

Durante unos segundos permaneció callado.

Finalmente, respondió:

—No quería lastimarte...

James sonrió con tristeza.

—Lo sé, enano.

Aquella palabra provocó que Desmond levantara lentamente la mirada.

Su hermano todavía lo llamaba de aquella manera.

Como cuando eran pequeños.

Como cuando corrían por la comuna 54.

Como cuando Miguel todavía regresaba del trabajo y Marta los llamaba para cenar.

Desmond soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—Idiota...

James también sonrió.

—Tú eres el idiota.

Ambos permanecieron mirándose durante unos segundos.

Después Desmond volvió a abrazarlo.

James correspondió inmediatamente.

Y, por primera vez desde aquella discusión, los dos hermanos consiguieron recuperar algo de la cercanía que siempre los había unido.

El abrazo se prolongó durante varios minutos.

Finalmente, Desmond se separó.

Se limpió el rostro con la manga.

James lo observó con una pequeña sonrisa.

—¿Te sientes un poco mejor?

El joven respiró profundamente.

—Algo...

Miró hacia el suelo.

—Todavía estoy confundido.

James asintió.

—Es normal.

Desmond permaneció pensativo.

Después levantó lentamente la mirada.

—James...

—¿Sí?

El joven vaciló.

—¿Puedo preguntarte algo?

Su hermano asintió.

—Claro.

Desmond respiró profundamente.

—¿Mamá alguna vez quiso contarme la verdad?

James permaneció callado.

La pregunta lo tomó por sorpresa.

Durante unos segundos pareció buscar cuidadosamente una respuesta.

Finalmente, habló:

—Mamá siempre quiso lo mejor para ti.

Desmond bajó la mirada.

James continuó:

—Pero había cosas que le dolía recordar.

Hizo una pausa.

—Rubí fue una de ellas.

El joven levantó los ojos.

Su hermano observó brevemente el pasillo.

Después volvió a mirarlo.

—La conoció cuando estaba pasando por uno de los peores momentos de su vida.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Y lo que ocurrió después la marcó profundamente.

Desmond permaneció en silencio.

James suspiró.

—No puedo decirte exactamente qué pensaba mamá cada vez que consideraba hablar de eso.

Hizo una pausa.

—Pero nunca tuve la impresión de que quisiera engañarte por maldad.

El joven cerró los ojos.

—Lo sé...

Su voz fue apenas audible.

—Solo quisiera poder preguntárselo.

James sintió una punzada en el pecho.

Se acercó y colocó una mano sobre su hombro.

—Yo también quisiera poder hablar con ella una vez más.

Desmond levantó la mirada.

Durante unos segundos ambos permanecieron callados.

Los recuerdos de Marta parecieron llenar aquel silencio.

Su sonrisa.

Sus consejos.

Y aquella manera en que siempre encontraba alguna solución cuando los dos hermanos discutían.

Finalmente, Desmond respiró profundamente.

—Supongo que tendremos que aprender a vivir con eso.

James asintió lentamente.

—Supongo que sí.

Después de unos instantes, Desmond recordó algo.

Se llevó una mano al bolsillo.

Sus dedos encontraron una pequeña tarjeta que había guardado desde su encuentro con Lorena Ludendorff.

La sacó.

Permaneció contemplándola durante unos segundos.

James observó el objeto.

—¿Qué es eso?

Desmond levantó lentamente la mirada.

—Lorena...

Hizo una pausa.

—Me dio su contacto.

James frunció ligeramente el ceño.

—¿Lorena Ludendorff?

El joven asintió.

—Sí.

Observó nuevamente la tarjeta.

—Dijo que podía llamarla si quería hablar sobre mi pasado.

James permaneció pensativo.

Desmond continuó:

—No sé exactamente cuánto sabe.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Pero parecía interesada en averiguar quién soy.

El joven imp se cruzó de brazos.

—¿Y quieres hablar con ella?

Desmond dejó escapar un suspiro.

—No lo sé.

Bajó la mirada.

—Una parte de mí quiere hacerle todas las preguntas que nunca pude hacerle a mamá.

James permaneció callado.

El joven continuó:

—Quiero saber más sobre Rubí.

Hizo una pausa.

—Cómo era.

Qué le gustaba.

Cómo terminó conociendo a Marta.

Su voz se quebró ligeramente.

—Y por qué los Ludendorff la trataron de aquella manera.

James observó la tarjeta.

Desmond continuó:

—Pero también tengo miedo.

Su hermano levantó la mirada.

—¿De qué?

El joven soltó una pequeña risa amarga.

—De descubrir algo todavía peor.

James permaneció pensativo.

Después se acercó.

—Des...

El muchacho levantó los ojos.

Su hermano habló con calma.

—No tienes que decidirlo ahora mismo.

Desmond contempló la tarjeta.

James continuó:

—Pero si algún día quieres hablar con ella, no voy a impedírtelo.

Hizo una pausa.

—Es tu historia.

El joven sintió una calidez inesperada en el pecho.

Aquellas palabras tenían un significado especial después de todo lo ocurrido.

James ya no estaba intentando decidir qué debía saber.

Le estaba dejando elegir.

Desmond asintió lentamente.

—Gracias...

Su hermano sonrió.

—De nada, enano.

Antes de que pudieran continuar conversando, un sonido interrumpió el silencio.

El teléfono de Desmond comenzó a vibrar.

El joven frunció el ceño.

—¿Eh?

Se llevó una mano al bolsillo.

Sacó el dispositivo.

Y observó la pantalla.

Había una llamada entrante.

El nombre que aparecía le resultó inesperado.

Izobelle.

Desmond permaneció inmóvil.

James lo observó.

—¿Quién es?

El joven levantó lentamente la mirada.

—Izobelle...

Su hermano frunció ligeramente el ceño.

—¿Quién?

Desmond respiró profundamente.

—Una muchacha que conocí en Neffitti.

Hizo una pausa.

—Pertenece a la familia Ludendorff.

James permaneció callado.

Después observó el teléfono.

—¿Y por qué te está llamando?

Desmond negó lentamente con la cabeza.

—No tengo idea.

La pantalla continuaba iluminada.

Finalmente, el joven respondió.

—¿Hola?

Una voz femenina llegó desde el otro lado de la línea.

—¿Desmond?

El muchacho reconoció inmediatamente aquella manera elegante de hablar.

—Sí.

Se acomodó ligeramente.

—¿Qué pasa, Izobelle?

La joven soltó una pequeña risa.

—Espero no estar interrumpiendo algo importante.

Desmond miró brevemente hacia James.

—No...

Hizo una pausa.

—Tranquila.

Izobelle pareció aliviada.

—Perfecto.

El joven permaneció esperando.

Finalmente, ella continuó:

—Quería hacerte una invitación.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Una invitación?

—Sí.

La voz de Izobelle adquirió un tono casi juguetón.

—Una oportunidad que casi nadie tiene.

El joven frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

La muchacha soltó una pequeña carcajada.

—Quiero invitarte al palacio Ludendorff.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos fue incapaz de responder.

James notó inmediatamente el cambio en su expresión.

—¿Des?

El joven levantó una mano, indicándole que esperara.

Después volvió a concentrarse en la llamada.

—¿Al palacio...?

Su voz reflejaba una incredulidad evidente.

Izobelle respondió con naturalidad.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Vamos a tener una reunión familiar.

Desmond sintió que el estómago se le encogía.

Una reunión familiar.

En el palacio Ludendorff.

Rodeado de las mismas personas que pertenecían a un linaje cuya historia acababa de descubrir de la peor manera posible.

El joven tragó saliva.

—Izobelle...

La muchacha continuó antes de que pudiera formular otra pregunta.

—Me gustaría que vinieras.

Su voz adquirió un tono más alegre.

—Podrías conocer a algunos miembros de la familia.

Desmond permaneció callado.

Izobelle añadió:

—Y quizás podríamos conversar un poco más.

El muchacho observó la tarjeta de Lorena que todavía sostenía entre los dedos.

Durante unos segundos pareció incapaz de decidir qué pensar.

Aquella invitación había llegado precisamente cuando estaba considerando la posibilidad de conocer mejor su origen.

Pero también representaba algo que le provocaba un miedo profundo.

La posibilidad de encontrarse cara a cara con personas relacionadas con el sufrimiento de Rubí.

Finalmente, consiguió responder.

—No sé si sea una buena idea...

Izobelle permaneció callada durante un instante.

Después habló con suavidad.

—Desmond, no tienes que preocuparte tanto.

El joven cerró los ojos.

La muchacha continuó:

—Solo será una reunión.

Hizo una pausa.

—Y me gustaría que estuvieras allí.

Desmond respiró profundamente.

No respondió inmediatamente.

Izobelle volvió a hablar.

—Piénsalo.

Su tono recuperó aquel matiz juguetón.

—Eso sí...

El joven frunció el ceño.

—¿Qué?

La muchacha soltó una pequeña risa.

—Ven con tu mejor atuendo.

Desmond parpadeó.

—¿Mi mejor atuendo?

—¡Claro!

Izobelle rio.

—No todos los días se recibe una invitación al palacio Ludendorff.

El joven dejó escapar un suspiro.

—Está bien...

Hizo una pausa.

—Lo pensaré.

La muchacha pareció satisfecha.

—Perfecto.

Después añadió:

—Espero verte esta noche.

Desmond permaneció inmóvil.

—¿Esta noche...?

Pero Izobelle ya estaba despidiéndose.

—¡Cuídate, Desmond!

El joven apenas consiguió responder.

—Sí... tú también.

La llamada terminó.

Desmond permaneció observando la pantalla.

Durante varios segundos no hizo ningún movimiento.

James aguardó pacientemente.

Finalmente, el joven bajó lentamente el teléfono.

—Por todos los anillos...

Su hermano levantó una ceja.

—¿Qué pasó?

Desmond lo observó.

—Me invitó al palacio Ludendorff.

James permaneció inmóvil.

—¿Qué?

El joven asintió.

—A una reunión familiar.

Su hermano tardó unos segundos en responder.

—Vaya...

Desmond soltó una pequeña risa nerviosa.

—Sí.

Observó nuevamente el teléfono.

—Eso mismo pensé.

James se cruzó de brazos.

—¿Y vas a ir?

El joven permaneció pensativo.

—No lo sé...

Bajó lentamente la mirada.

—No sé si debería.

Su hermano aguardó en silencio.

Desmond continuó:

—Después de lo que descubrí...

Hizo una pausa.

—No sé cómo voy a sentirme estando rodeado de ellos.

James asintió lentamente.

—Lo entiendo.

El joven apretó los puños.

—¿Y si me ven como un bastardo?

Su voz se volvió más amarga.

—¿Como un error que la familia preferiría mantener oculto?

James frunció el ceño.

—Desmond...

El muchacho continuó:

—¿Y si creen que no tengo derecho a estar allí?

Levantó la mirada.

—No crecí con ellos.

Su voz tembló ligeramente.

—No conozco sus costumbres.

Ni sus reglas.

Ni sus malditas conversaciones sobre política.

James permaneció callado durante unos segundos.

Después se acercó.

Colocó una mano sobre el hombro de su hermano.

—Escúchame.

Desmond levantó lentamente los ojos.

El joven imp habló con firmeza.

—No importa lo que piensen de ti.

Su hermano permaneció inmóvil.

James continuó:

—No necesitas demostrarles que mereces existir.

Hizo una pausa.

—Ni convencerlos de que eres digno de llevar su apellido.

Desmond bajó la mirada.

—Pero...

—No.

James negó suavemente con la cabeza.

—Eres más que tu linaje, Desmond.

El joven volvió a observarlo.

Su hermano sonrió.

—Siempre lo has sido.

Durante unos segundos permanecieron callados.

Después James continuó:

—Además, si realmente quieren conocerte, tendrán que hacerlo por quien eres.

Hizo una pausa.

—No por la sangre que llevas.

Desmond sintió que aquellas palabras comenzaban a aliviar parte de sus inquietudes.

—Gracias, James...

El imp sonrió.

—De nada.

Después se cruzó de brazos.

—Aunque hay otro problema.

Desmond levantó una ceja.

—¿Cuál?

James observó la ropa que llevaba puesta.

Una camiseta sencilla y un pantalón cómodo.

—Definitivamente no puedes presentarte así.

El joven bajó la mirada.

Después soltó una pequeña carcajada.

—Idiota...

James sonrió.

—Estoy hablando en serio.

El joven imp caminó hacia su armario.

Desmond lo observó con curiosidad.

—¿Qué estás haciendo?

James no respondió inmediatamente.

Abrió las puertas.

Comenzó a revisar algunas prendas cuidadosamente guardadas.

Había ropa de trabajo.

Camisas.

Pantalones.

Y varios objetos que conservaba desde que ambos abandonaron la comuna.

Después de unos segundos, encontró lo que estaba buscando.

—Aquí está...

Desmond levantó ligeramente la cabeza.

James retiró una funda protectora.

Dentro había un traje negro.

Era elegante.

Sobrio.

Y tenía un corte clásico que contrastaba con las prendas modernas que Desmond acostumbraba utilizar.

Aunque no parecía completamente nuevo, estaba cuidadosamente conservado.

La tela mantenía su forma.

Los botones brillaban discretamente.

Y los detalles del diseño revelaban que había sido una prenda especial para su antiguo propietario.

James lo sostuvo frente a su hermano.

—Ponte esto.

Desmond permaneció inmóvil.

Observó el traje.

Después levantó la mirada.

—¿De dónde lo sacaste?

James sonrió con nostalgia.

Durante unos segundos contempló la prenda.

Después respondió:

—Era de papá.

Desmond sintió que el corazón se le encogía.

—¿De Miguel?

James asintió lentamente.

—Sí.

Observó nuevamente el traje.

—Lo guardamos hace años.

El joven permaneció inmóvil.

Su hermano continuó:

—Papá no tenía demasiadas ocasiones para utilizarlo.

Soltó una pequeña risa.

—Pero siempre procuraba mantenerlo en buen estado.

Desmond contempló la tela.

Recordó a Miguel.

Su sonrisa.

Su guitarra.

Y aquella manera en que siempre encontraba alguna razón para bromear, incluso después de una jornada agotadora.

El joven extendió lentamente las manos.

James le entregó el traje.

Desmond lo sostuvo con cuidado.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después acarició suavemente la tela.

—No sabía que todavía lo teníamos...

James sonrió.

—Hay muchas cosas de papá que conservamos.

Hizo una pausa.

—Mamá nunca quiso deshacerse de ellas.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

—Claro...

Su hermano lo observó.

Después añadió:

—Creo que a papá le habría gustado verte usarlo.

El joven levantó lentamente los ojos.

James sonrió con ternura.

—Y mamá seguramente habría insistido en acomodarte el cuello de la camisa unas veinte veces.

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—Eso sí suena como ella...

Ambos sonrieron.

Durante unos segundos, el recuerdo de sus padres consiguió devolverles una tranquilidad que habían echado de menos.

Finalmente, Desmond respiró profundamente.

—Está bien.

Observó el traje.

—Voy a probármelo.

Desmond comenzó a cambiarse.

James permaneció cerca, ayudándolo a revisar algunas partes de la vestimenta.

El joven se colocó la camisa.

Después acomodó cuidadosamente los pantalones.

Finalmente, tomó la chaqueta negra.

Se la puso.

Y comenzó a abrochar los botones.

James observó el resultado.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Vaya...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué?

Su hermano se cruzó de brazos.

—Nada.

Hizo una pausa.

—Es que te queda bastante bien.

El joven bajó la mirada hacia su ropa.

—¿En serio?

James asintió.

—Sí.

Sonrió.

—Parece que papá y tú tenían prácticamente la misma talla.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Supongo que sí.

Se acercó a un espejo.

Y observó su reflejo.

Durante varios segundos permaneció inmóvil.

Apenas se reconocía.

La ropa elegante acentuaba su figura.

La chaqueta negra le proporcionaba una apariencia mucho más formal de la habitual.

Y su postura, normalmente relajada, parecía haber cambiado de manera casi involuntaria.

Por primera vez, Desmond consiguió imaginar cómo lo verían algunas personas de la aristocracia infernal.

No como un joven que había crecido en una comuna.

Ni como un músico que comenzaba a conseguir reconocimiento.

Sino como alguien perteneciente a un linaje poderoso.

Aquella idea le provocó una sensación extraña.

No necesariamente agradable.

Pero sí reveladora.

Desmond contempló su reflejo.

Después bajó lentamente la mirada.

—Qué raro...

James se acercó.

—¿Qué cosa?

El joven observó nuevamente el traje.

—Nunca pensé que terminaría vistiendo algo así para entrar al palacio Ludendorff.

Su hermano permaneció pensativo.

Después sonrió.

—Bueno...

Le dio una pequeña palmada en el hombro.

—Al menos vas a verte bastante elegante mientras descubres qué demonios quieren.

Desmond soltó una carcajada.

—¡James!

El imp levantó ambas manos.

—¡¿Qué?! ¡Estoy intentando animarte!

Ambos comenzaron a reír.

Desde la entrada de la habitación llegó una voz conocida.

—¿Desmond?

El joven volvió la cabeza.

Skyler estaba frente a la puerta.

Había escuchado parte de la conversación mientras se acercaba por el pasillo.

Sin embargo, cuando observó a Desmond, permaneció completamente inmóvil.

Sus orejas se levantaron ligeramente.

Sus ojos recorrieron el traje negro.

La camisa.

La chaqueta.

Y aquella apariencia elegante que resultaba tan diferente de la ropa habitual de su pareja.

—Vaya...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué pasa?

Skyler parpadeó.

Después una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Te ves...

Su voz adquirió un tono ligeramente tímido.

—Muy bien.

El joven soltó una pequeña risa.

—Gracias.

James observó a ambos.

Después sonrió con malicia.

—¿Ves? ¡Te dije que te quedaba bien!

Desmond negó divertido con la cabeza.

—Ya, ya...

Skyler se acercó.

Contempló nuevamente su apariencia.

Después observó su cabello.

Todavía lo llevaba suelto.

La muchacha permaneció pensativa.

—Creo que falta algo.

Desmond frunció el ceño.

—¿Qué?

Skyler sonrió.

—Espera aquí.

Se alejó brevemente.

James observó a su hermano.

—Creo que tiene una idea.

Desmond suspiró.

—Eso me preocupa.

Su hermano soltó una carcajada.

—A mí también.

Skyler regresó poco después.

Llevaba un peine entre las manos.

Desmond la observó con curiosidad.

—¿Qué vas a hacer?

La muchacha sonrió.

—Arreglarte el cabello.

El joven levantó una ceja.

—¿Mi cabello?

Skyler asintió.

—Sí.

Se acercó.

—Déjame ayudarte.

Desmond permaneció pensativo.

Después se encogió de hombros.

—Está bien.

La muchacha se colocó detrás de él.

Comenzó a peinar cuidadosamente su largo cabello.

Sus movimientos fueron suaves, procurando no tirar demasiado mientras retiraba algunos nudos.

Desmond permanecía sentado.

Desde el espejo podía observar a Skyler trabajando con una concentración casi exagerada.

El joven sonrió.

—Pareces estar preparando una obra de arte.

La muchacha soltó una pequeña risa.

—¡Quédate quieto!

Desmond levantó ambas manos.

—¡Está bien, está bien!

James observaba la escena desde una silla.

—Yo que tú le haría caso.

El joven volvió ligeramente la cabeza.

—¿Por qué?

Su hermano sonrió.

—Porque si se equivoca, todavía puede decidir cortarte todo el cabello.

Skyler abrió los ojos.

—¡James!

Desmond estalló en carcajadas.

—¡No le des ideas!

La muchacha negó divertida con la cabeza.

—Son imposibles...

Después continuó peinándolo.

Poco a poco recogió el cabello.

Lo acomodó cuidadosamente hacia atrás.

Y finalmente lo sujetó en un moño elegante que dejaba despejado su rostro.

Skyler observó el resultado.

Ajustó algunos mechones.

Después sonrió satisfecha.

—Ahí está.

Desmond levantó la mirada hacia el espejo.

Permaneció inmóvil.

La diferencia era considerable.

Su rostro parecía más definido.

El cabello recogido complementaba perfectamente el traje negro.

Y aquella combinación le proporcionaba una apariencia aristocrática que nunca había intentado adoptar.

El joven abrió ligeramente los ojos.

—Vaya...

Skyler sonrió.

—¿Te gusta?

Desmond asintió lentamente.

—Sí...

Volvió a observar su reflejo.

—Muchísimo.

La muchacha permaneció detrás de él.

Sus ojos brillaban de satisfacción.

Finalmente, se inclinó ligeramente.

—Te ves... increíble.

Desmond volvió la mirada hacia ella.

Una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Gracias, Skyler.

La joven correspondió al gesto.

James se levantó.

Observó nuevamente a su hermano.

Después asintió con aprobación.

—Bueno...

Se cruzó de brazos.

—Ahora sí pareces alguien importante.

Desmond soltó una carcajada.

—¿Antes no lo parecía?

Su hermano levantó una ceja.

—Antes parecías un músico que no ha dormido en tres días.

Skyler comenzó a reír.

—¡James!

Desmond negó divertido con la cabeza.

—Maldito idiota...

Los tres compartieron una pequeña carcajada.

Y, durante aquellos instantes, la casa volvió a sentirse como el hogar que habían construido juntos.

Cuando terminaron de preparar todo, Desmond recogió sus pertenencias.

Guardó el teléfono.

Revisó que llevara consigo lo indispensable.

Y observó una última vez su reflejo.

El traje negro de Miguel le quedaba perfectamente.

Su cabello permanecía recogido.

Y su apariencia resultaba considerablemente más elegante de lo habitual.

Pero, detrás de aquella imagen, continuaba existiendo el mismo muchacho que había crecido en la comuna 54.

El hijo adoptivo de Marta y Miguel.

El hermano menor de James.

Y el joven músico que había encontrado en Skyler una razón para recuperar la esperanza.

Desmond respiró profundamente.

Después se volvió hacia ambos.

—Bueno...

Su voz revelaba cierto nerviosismo.

—Creo que ya estoy listo.

James sonrió.

—Eso parece.

Skyler se acercó.

Le acomodó ligeramente el cuello de la chaqueta.

Después levantó la mirada.

—¿Estás seguro de que quieres ir?

Desmond permaneció pensativo.

Durante unos segundos contempló el suelo.

Finalmente, asintió.

—No estoy completamente seguro.

La muchacha lo observó.

El joven continuó:

—Pero creo que necesito hacerlo.

Hizo una pausa.

—No puedo pasar toda mi vida evitando cualquier cosa relacionada con los Ludendorff.

Skyler asintió lentamente.

—Lo entiendo.

Desmond respiró profundamente.

—Quizás consiga algunas respuestas.

James se acercó.

Colocó una mano sobre su hombro.

—Solo recuerda algo.

El joven levantó la mirada.

—¿Qué?

Su hermano sonrió.

—No tienes que demostrarles nada.

Desmond permaneció inmóvil.

James continuó:

—No importa cuánto dinero tengan.

Ni los títulos que lleven.

Ni lo que piensen de tu apellido.

Hizo una pausa.

—Tú sabes quién eres.

El joven sintió que aquellas palabras le devolvían parte de su seguridad.

Después asintió.

—Gracias, James...

Su hermano sonrió.

—De nada, enano.

Skyler se acercó un poco más.

Tomó suavemente una de las manos de Desmond.

—Y recuerda que estaremos aquí cuando regreses.

El joven la observó con ternura.

—Lo sé.

La muchacha sonrió.

Después se inclinó y le dio un beso suave en los labios.

Desmond correspondió al gesto.

Cuando se separaron, Skyler apoyó brevemente su frente contra la de él.

—Cuídate mucho.

El joven sonrió.

—Lo haré.

Minutos después, Desmond descendió los escalones de la entrada principal.

Un taxi lo esperaba junto a la acera.

El vehículo tenía el motor encendido y sus luces iluminaban suavemente una parte del pavimento.

Desmond permaneció inmóvil durante unos segundos.

Observó la puerta de su casa.

James y Skyler continuaban allí.

Ambos lo miraban desde la entrada.

Su hermano levantó una mano.

—¡No hagas ninguna estupidez!

Desmond soltó una carcajada.

—¡Intentaré evitarlo!

Skyler sonrió.

—¡Que te vaya bien, Des!

El joven levantó una mano para despedirse.

Después abrió la puerta del taxi.

Y subió.

El conductor levantó la mirada hacia el espejo retrovisor.

—Buenas noches, señor.

Desmond asintió.

—Buenas noches.

El taxista observó brevemente su elegante vestimenta.

—¿A dónde lo llevo?

El joven respiró profundamente.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después respondió:

—Al palacio Ludendorff.

El conductor levantó ligeramente las cejas.

—Entendido.

El vehículo comenzó a avanzar.

Desmond volvió la cabeza.

Observó cómo su casa se alejaba lentamente.

En la entrada todavía podía distinguir a James y Skyler.

Hasta que finalmente desaparecieron al doblar una esquina.

El joven se acomodó contra el respaldo.

Dejó escapar un largo suspiro.

Y contempló las luces de la ciudad.

Las calles del Anillo de la Furia parecían diferentes desde el interior del taxi.

Los establecimientos continuaban abiertos.

Numerosos habitantes recorrían las aceras.

Y algunos vehículos avanzaban lentamente entre las avenidas iluminadas.

Desmond observaba todo aquello sin prestar demasiada atención.

Su mente estaba atrapada en los acontecimientos de los últimos días.

La carta de Miguel.

La historia de Rubí.

La discusión con James.

Y aquella reconciliación que, aunque no había borrado completamente el dolor, había conseguido devolverle una parte de la tranquilidad que necesitaba.

Después pensó en Izobelle.

La joven aristócrata que había conocido en Neffitti.

Su curiosidad por el apellido Ludendorff.

Y aquella manera en que parecía interesada en conocerlo sin tratarlo únicamente como una figura perteneciente a una familia poderosa.

Desmond cerró los ojos.

No sabía qué esperar de la reunión.

Quizás Izobelle realmente deseaba presentarlo a algunos familiares.

Quizás Lorena estaría allí.

Y probablemente John también.

Aquella última posibilidad hizo que el joven apretara lentamente los puños.

Recordó el documento.

Las palabras que describían el sufrimiento de Rubí.

Y la indiferencia con la que John había permitido que la abandonaran.

Desmond respiró profundamente.

No quería perder el control.

Mucho menos después de lo ocurrido con James.

Sabía perfectamente cuánto daño podía causar una reacción impulsiva.

Y no deseaba repetir aquel error.

El joven abrió lentamente los ojos.

Observó sus manos.

Después las relajó.

—Tranquilo...

Su voz apenas fue audible.

—Solo tienes que mantener la calma.

Pero una pregunta continuaba apareciendo en su mente.

¿Qué harían los Ludendorff cuando lo vieran?

¿Lo recibirían como parte de su familia?

¿Lo tratarían como a un desconocido?

¿O simplemente lo considerarían una vergüenza que debía permanecer oculta?

Desmond contempló nuevamente el traje.

Acarició discretamente una de las mangas.

La ropa de Miguel.

El hombre que había sido su verdadero padre durante toda su infancia.

Aquella prenda parecía recordarle algo importante.

No importaba lo que ocurriera aquella noche.

No importaba qué secretos descubriera.

Ni cuántas personas intentaran definirlo mediante su sangre.

Desmond seguía siendo un Lebrozky.

Y nadie podría arrebatarle los años de amor que había recibido de Marta, Miguel y James.

El joven respiró profundamente.

Después levantó la mirada hacia el camino.

A lo lejos comenzaban a distinguirse las construcciones monumentales de los sectores aristocráticos.

El taxi continuó avanzando.

Y, conforme la distancia hasta el palacio disminuía, el corazón de Desmond comenzó a latir con mayor intensidad.

Sabía que estaba a punto de entrar en un mundo del que siempre había permanecido alejado.

Un mundo lleno de riqueza.

De secretos.

Y de personas que podían conocer respuestas sobre su pasado.

Pero también podía convertirse en un lugar donde descubriera verdades todavía más dolorosas.

Desmond permaneció inmóvil.

Su mirada se perdió entre las luces del horizonte.

Mientras el vehículo avanzaba hacia el palacio Ludendorff, su mente no dejaba de darle vueltas a lo que estaba por venir. ¿Sería aceptado... o solo visto como un error del que la familia quería deshacerse?

Solo el tiempo lo diría.

CAP 15

Lo que no se debió Guardar

La noche había descendido sobre el Anillo de la Furia, envolviendo las calles en una oscuridad apenas interrumpida por las luces de los establecimientos y las antorchas mágicas que iluminaban las residencias aristocráticas.

El cielo infernal presentaba una tonalidad negra y azulada. Las nubes avanzaban lentamente, ocultando buena parte del resplandor rojizo que habitualmente dominaba el horizonte.

En medio de aquel paisaje se alzaba el palacio Ludendorff.

Una construcción monumental cuya arquitectura parecía diseñada para recordar a cualquier visitante la riqueza y autoridad de sus propietarios.

Altas columnas sostenían los balcones de piedra pulida. Enormes ventanales reflejaban las luces de los jardines, mientras varias esculturas antiguas vigilaban los senderos que conducían hacia la entrada principal.

Todo en aquel lugar transmitía poder.

Un poder que Desmond conocía por las historias que había escuchado desde pequeño, pero que jamás había deseado experimentar personalmente.

El joven permanecía inmóvil frente a la enorme puerta de roble.

Vestía un traje impecable, cuidadosamente ajustado a su figura humana. Su cabello estaba recogido en un moño, y sus zapatos, perfectamente lustrados, contrastaban con el aspecto sencillo que acostumbraba llevar durante sus presentaciones musicales.

Sin embargo, aquella elegancia no conseguía ocultar su inquietud.

Desmond observó los detalles dorados que adornaban la puerta.

Filigranas de oro y plata recorrían la madera, formando símbolos asociados a generaciones de la familia Ludendorff.

El joven tragó saliva.

Durante varios segundos permaneció sin moverse.

Todavía recordaba el documento que había encontrado detrás de la fotografía de Marta.

Las palabras escritas por Miguel.

La historia de Rubí.

Y la participación de John Ludendorff en aquella tragedia.

Desde entonces, su relación con James se había deteriorado profundamente.

Aunque ambos seguían compartiendo la misma casa, Desmond todavía no conseguía perdonarle que hubiera guardado silencio sobre una parte tan importante de su pasado.

Y ahora estaba allí.

Frente al hogar de las personas cuya sangre llevaba en las venas.

Las mismas personas de quienes había permanecido alejado durante toda su vida.

Respiró profundamente.

—Bueno...

Su voz apenas fue un murmullo.

—Ya estoy aquí.

Alzó una mano.

Y presionó el timbre.

El sonido resonó en el interior del palacio.

Desmond acomodó nerviosamente las mangas de su traje.

No tuvo que esperar demasiado.

La enorme puerta comenzó a abrirse.

Al otro lado apareció Izobelle.

La joven aristócrata levantó inmediatamente la mirada.

Cuando reconoció a Desmond, una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Desmond!

El muchacho intentó corresponder al saludo.

—Hola, Izobelle.

Sin embargo, la joven permaneció observándolo durante unos segundos.

Su mirada recorrió el traje.

Los zapatos.

La postura.

Y finalmente se detuvo en su cabello cuidadosamente recogido.

Izobelle abrió ligeramente los ojos.

—Vaya...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué?

La muchacha sonrió.

—Te ves... increíble.

El joven bajó ligeramente la mirada hacia su ropa.

Después soltó una pequeña risa nerviosa.

—Gracias.

Se acomodó el cuello de la camisa.

—No estoy acostumbrado a vestirme así.

Izobelle rio suavemente.

—Pues deberías hacerlo más seguido.

Desmond negó divertido con la cabeza.

—Lo tendré en cuenta.

La joven se apartó para permitirle pasar.

—Adelante.

Desmond observó el interior.

Durante un instante volvió a sentir aquella inquietud que lo había acompañado desde que llegó.

Pero finalmente cruzó la entrada.

El interior del palacio era todavía más impresionante que su fachada.

Enormes candelabros de plata colgaban de los techos, proyectando una iluminación cálida sobre las paredes decoradas con detalles dorados.

Alfombras de terciopelo escarlata cubrían buena parte de los corredores.

Grandes jarrones descansaban junto a columnas de piedra pulida, mientras numerosos retratos familiares ocupaban espacios cuidadosamente seleccionados.

Desmond observaba cuanto lo rodeaba.

Cada objeto parecía tener un valor superior al de buena parte de los muebles que había conocido durante su infancia.

Recordó la pequeña vivienda de la comuna 54.

Las paredes desgastadas.

Los muebles reparados una y otra vez.

Y las ocasiones en que Marta debía elegir qué gastos eran realmente necesarios.

La diferencia resultaba casi absurda.

Mientras algunas familias luchaban diariamente por conseguir lo indispensable, los Ludendorff vivían rodeados de una riqueza difícil de imaginar.

Izobelle caminaba a su lado.

—¿Qué te parece?

Desmond levantó la mirada hacia uno de los enormes candelabros.

—Es...

Buscó las palabras adecuadas.

—Bastante impresionante.

La muchacha sonrió.

—Eso dicen todos.

El joven soltó una pequeña risa.

—No me sorprende.

Continuaron avanzando.

Sus pasos resonaban suavemente sobre el suelo pulido.

Al pasar junto a una galería de retratos, Desmond disminuyó ligeramente el ritmo.

Observó los rostros de aquellos aristócratas.

Hombres y mujeres que habían ocupado posiciones importantes dentro de la sociedad infernal.

Generaciones enteras de una misma familia.

Su familia biológica.

Sin embargo, ninguno de aquellos rostros le provocaba una sensación de pertenencia.

No reconocía sus historias.

No conocía sus costumbres.

Y jamás había compartido con ellos una comida, una celebración o una conversación familiar.

Aquellos retratos podían representar su sangre.

Pero no sus recuerdos.

Desmond apartó la mirada.

Y continuó siguiendo a Izobelle.

Finalmente llegaron al salón principal.

Era una habitación de dimensiones extraordinarias.

Enormes ventanales ofrecían una vista privilegiada de los jardines, mientras varias mesas habían sido preparadas para recibir a los invitados de la reunión familiar.

Los sirvientes recorrían el lugar acomodando utensilios, revisando las decoraciones y asegurándose de que cada detalle estuviera perfectamente organizado.

En medio de aquellos preparativos se encontraba Lorena Ludendorff.

La mujer supervisaba discretamente el trabajo, ofreciendo indicaciones cuando era necesario.

Al escuchar los pasos, levantó la mirada.

Cuando reconoció a Desmond, una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Desmond.

El joven se detuvo.

—Buenas noches, señora Ludendorff.

Lorena se acercó con elegancia.

Su mirada recorrió brevemente el traje del muchacho.

Después sonrió con aprobación.

—Debo decir que te ves muy bien.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

—Muchas gracias.

La mujer observó cuidadosamente su apariencia.

—Ese traje te sienta perfectamente.

Hizo una pausa.

—Le da un toque clásico y elegante a tu imagen.

Sonrió.

—Justo lo que la familia Ludendorff suele apreciar.

Desmond sintió una pequeña incomodidad.

No sabía si debía interpretar aquel comentario como un simple cumplido o como un recordatorio de su ascendencia.

Aun así, mantuvo la cortesía.

—Gracias, señora Ludendorff.

Lorena percibió cierta rigidez en su voz.

Sin embargo, decidió no mencionarla.

—Me alegra que hayas venido.

Desmond asintió.

—Gracias por invitarme.

La mujer sonrió.

—Espero que puedas pasar una noche agradable.

El joven intentó corresponder a su expresión.

—Eso espero...

La tranquilidad del salón desapareció cuando una puerta lateral se abrió repentinamente.

Los pasos firmes de un hombre resonaron sobre el suelo.

Desmond volvió la cabeza.

Y su expresión cambió inmediatamente.

John Ludendorff acababa de entrar.

Vestía un traje elegante y mantenía aquella postura rígida que parecía acompañarlo incluso durante los momentos más cotidianos.

Su rostro permanecía serio.

Su mirada recorría el salón con una autoridad que pocos se atrevían a cuestionar.

Sin embargo, cuando sus ojos encontraron a Desmond, algo cambió.

Durante un instante, ambos permanecieron completamente inmóviles.

El muchacho sintió que el estómago se le encogía.

Aquel era el hombre mencionado en el documento de Miguel.

El responsable de haber permitido que Rubí terminara abandonada en un callejón.

Su padre biológico.

Desmond apretó ligeramente los puños.

Recordó las palabras que había leído.

La violencia sufrida por su madre.

Su embarazo.

Y la indiferencia con la que John había permitido que la expulsaran de aquel mundo de privilegios.

Una rabia profunda comenzó a crecer en su pecho.

Pero se obligó a permanecer tranquilo.

No había ido al palacio para provocar una confrontación.

Al menos, no aquella noche.

John continuó observándolo.

Su expresión permanecía aparentemente neutral.

Sin embargo, sus ojos transmitían una hostilidad que Desmond consiguió reconocer inmediatamente.

No había afecto.

Tampoco curiosidad.

Solo una frialdad inquietante.

El aristócrata comenzó a acercarse.

Cada paso parecía aumentar la tensión.

Izobelle observó discretamente a ambos.

Notó el intercambio de miradas.

Y comprendió que algo no marchaba bien.

Sin embargo, decidió guardar silencio.

Conocía a su padre.

Sabía que John acostumbraba mantener las apariencias frente a los demás.

Y aquella ocasión no parecía ser una excepción.

Finalmente, el hombre se detuvo frente a Desmond.

—Desmond.

Su voz fue calmada.

El joven enderezó ligeramente la espalda.

—Señor Ludendorff.

John extendió una mano.

—Bienvenido a nuestro hogar.

Desmond observó brevemente aquella mano.

Durante un instante recordó lo que había leído sobre Rubí.

La idea de estrechar la mano de aquel hombre le resultó profundamente desagradable.

Pero finalmente aceptó el saludo.

Sus dedos se cerraron alrededor de los de John.

El apretón fue firme.

Demasiado formal para dos personas unidas por una relación de sangre tan cercana.

—Gracias por recibirme, señor Ludendorff.

Su voz fue educada.

Pero carecía de cualquier calidez.

John sostuvo su mirada durante unos segundos.

Después soltó su mano.

No añadió nada.

Simplemente inclinó ligeramente la cabeza y continuó caminando hacia otro sector del palacio.

Desmond permaneció inmóvil.

Observó cómo desaparecía por una de las puertas laterales.

Solo entonces consiguió respirar con mayor tranquilidad.

Había sentido aquella breve interacción como un encuentro con una criatura peligrosa.

Una presencia cuya aparente serenidad ocultaba algo mucho más oscuro.

El joven bajó lentamente la mirada.

Sus manos temblaban ligeramente.

Izobelle se acercó.

—Desmond...

El muchacho levantó la cabeza.

—¿Sí?

La joven lo observó con preocupación.

Después tomó suavemente su brazo.

—Ven conmigo un momento.

Desmond no se resistió.

Izobelle lo condujo hacia un rincón apartado del salón, lejos de los sirvientes que continuaban preparando la reunión.

Cuando estuvieron solos, volvió a mirarlo.

—¿Qué acaba de pasar?

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿A qué te refieres?

Izobelle cruzó los brazos.

—No te hagas el desentendido.

El joven apartó la mirada.

La muchacha continuó:

—Vi cómo se miraron tú y mi padre.

Hizo una pausa.

—Parecía que estaban a punto de comenzar una pelea sin siquiera decir una palabra.

Desmond soltó un suspiro.

—No pasó nada.

Izobelle levantó una ceja.

—¿Nada?

—Solo...

El joven buscó una respuesta.

—Me sentí incómodo.

La muchacha lo observó atentamente.

—¿Por qué?

Desmond bajó la mirada.

Durante unos segundos permaneció callado.

Podría haberle contado lo que había descubierto.

Mostrarle el documento.

Explicarle la historia de Rubí.

Y decirle que John había tenido un papel fundamental en aquella tragedia.

Pero algo lo detuvo.

Izobelle no parecía conocer aquellos acontecimientos.

Y él tampoco sabía cómo reaccionaría al descubrirlos.

Finalmente, negó suavemente con la cabeza.

—Es complicado.

La joven suspiró.

—Desmond...

Él volvió a observarla.

—De verdad, no quiero hablar de eso ahora.

Izobelle permaneció callada.

Su expresión revelaba que no estaba completamente convencida.

Sin embargo, decidió respetar su respuesta.

—Está bien.

Le dedicó una pequeña sonrisa.

—Pero si necesitas contarme algo, puedes hacerlo.

Desmond asintió.

—Gracias.

La muchacha se apartó ligeramente.

—Vamos.

Señaló hacia el salón.

—Todavía falta bastante para que termine la noche.

Desmond respiró profundamente.

Y volvió a acompañarla.

Una hora después, el salón principal había cambiado por completo.

Los espacios que antes permanecían tranquilos ahora estaban llenos de invitados.

Miembros de la familia Ludendorff habían llegado desde distintos sectores del Infierno, acompañados por familiares, asistentes y personas cercanas a la aristocracia.

Las conversaciones se mezclaban con una música suave que resonaba desde uno de los extremos del salón.

Los sirvientes recorrían las mesas ofreciendo bebidas y pequeños aperitivos.

El ambiente parecía cuidadosamente diseñado para transmitir elegancia y prestigio.

Desmond permanecía junto a Izobelle.

Observaba discretamente a los asistentes.

Algunos vestían trajes tradicionales.

Otros llevaban prendas extravagantes, adornadas con joyas y accesorios cuyo valor probablemente superaba cualquier cantidad de dinero que Desmond hubiera tenido durante su infancia.

El joven intentaba no parecer demasiado impresionado.

Pero todo aquello le resultaba extraño.

No solamente por el lujo.

También por las conversaciones.

A su alrededor se discutían asuntos relacionados con la política infernal.

Acuerdos diplomáticos.

Negocios familiares.

Y decisiones que afectaban a sectores enteros del Infierno.

Desmond escuchaba ocasionalmente.

Pero rara vez encontraba algo que pudiera aportar.

A pesar de compartir la sangre de aquellas personas, se sentía como un completo desconocido.

Izobelle lo notó.

—¿Te estás aburriendo?

El joven volvió la mirada.

—¿Qué?

Ella sonrió.

—Llevas varios minutos mirando hacia la misma pared.

Desmond soltó una pequeña risa.

—¿Tanto se nota?

—Bastante.

Él observó discretamente a un grupo de aristócratas que discutía sobre asuntos comerciales.

—No estoy acostumbrado a este tipo de reuniones.

Izobelle se encogió de hombros.

—Créeme, yo tampoco las disfruto demasiado.

Desmond levantó una ceja.

—¿En serio?

La joven asintió.

—Casi siempre hablan de lo mismo.

Hizo una pausa.

—Política, negocios, títulos...

Suspiró.

—A veces siento que podrían pasar toda la noche discutiendo sin llegar a ninguna conclusión.

Desmond soltó una carcajada.

—Eso suena bastante agotador.

Izobelle sonrió.

—Lo es.

Ambos continuaron conversando.

Y, aunque Desmond seguía sintiéndose fuera de lugar, la presencia de la muchacha conseguía hacer aquella experiencia un poco más llevadera.

Después de varios minutos, una mujer se acercó a ellos.

Su apariencia reflejaba una elegancia madura.

Vestía prendas cuidadosamente seleccionadas y llevaba una copa entre los dedos.

Su postura era firme, pero no transmitía la misma frialdad que Desmond había percibido en John.

La mujer observó a Izobelle.

Después dirigió su mirada hacia Desmond.

Una sonrisa curiosa apareció en su rostro.

—Vaya...

El joven levantó ligeramente la cabeza.

La mujer se acercó un poco más.

—¿Y quién es este joven tan apuesto?

Izobelle sonrió.

—Él es Desmond.

La mujer volvió a observarlo.

—¿Desmond?

El joven inclinó cortésmente la cabeza.

—Mucho gusto, señora.

Ella soltó una pequeña risa.

—Qué educado.

Después extendió una mano.

—Me llamo Zoraida.

Desmond aceptó el saludo.

—Encantado de conocerla.

La mujer observó su vaso vacío.

—¿Te gustaría beber algo?

El joven asintió.

—Claro, gracias.

Zoraida hizo una señal a uno de los sirvientes.

Poco después, una copa de sangría infernal fue colocada frente a Desmond.

La bebida tenía una tonalidad rojiza intensa, adornada con pequeñas frutas secas que flotaban en su superficie.

Desmond la examinó brevemente.

Después tomó un sorbo.

El sabor era dulce.

Suave al principio.

Aunque dejaba una sensación cálida en la garganta que revelaba una intensidad mayor de la que aparentaba.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—Vaya...

Zoraida sonrió.

—¿Te gusta?

Desmond asintió.

—Está bastante buena.

La mujer soltó una pequeña carcajada.

—Me alegra.

Después tomó asiento junto a ellos.

Durante los primeros minutos conversaron sobre asuntos cotidianos.

Zoraida parecía interesada en conocer al muchacho que había acompañado a Izobelle durante aquella reunión.

No lo interrogaba de manera agresiva.

Simplemente formulaba preguntas con una curiosidad natural.

Finalmente, observó a Desmond.

—Dime, muchacho...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

—¿A qué te dedicas?

Desmond dejó cuidadosamente su copa sobre la mesa.

—Soy músico.

Zoraida levantó ligeramente las cejas.

—¿Músico?

El joven asintió.

—Sí.

La mujer sonrió.

—Qué interesante.

Se acomodó en su asiento.

—¿Qué tipo de música compones?

Desmond permaneció pensativo.

—Principalmente rap.

Zoraida arqueó una ceja.

No parecía disgustada.

Simplemente sorprendida.

—¿Rap?

El joven sonrió.

—Sí.

La mujer soltó una pequeña risa.

—Qué inesperado...

Observó su apariencia.

Después añadió:

—Interesante, realmente interesante.

Desmond se encogió ligeramente de hombros.

—Empecé escribiendo rimas cuando era niño.

Su voz adquirió un tono más tranquilo.

—Con el tiempo terminé tomándomelo más en serio.

Zoraida asintió.

—Supongo que cada persona encuentra su propia manera de expresarse.

—Exactamente.

La mujer lo observó durante unos segundos.

Después volvió a contemplar sus facciones.

Había algo en aquel rostro que le resultaba inquietantemente familiar.

Sus ojos.

La forma de su nariz.

Algunos rasgos que parecían pertenecer a un recuerdo lejano.

Zoraida entrecerró ligeramente los ojos.

Desmond notó su mirada.

—¿Ocurre algo?

La mujer no respondió inmediatamente.

Se inclinó apenas hacia adelante.

Observó nuevamente su rostro.

Y entonces su expresión cambió.

Una mezcla de sorpresa y nostalgia apareció en sus ojos.

—No puede ser...

Izobelle levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

Zoraida permaneció inmóvil.

Después volvió a observar a Desmond.

—Muchacho...

Su voz se suavizó.

—Te pareces muchísimo a mi hermana.

El joven sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Su hermana?

Zoraida asintió lentamente.

Su expresión se volvió melancólica.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Se llamaba Rubí.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos fue incapaz de reaccionar.

Rubí.

Aquel nombre.

El mismo que había leído en el documento de Miguel.

La mujer que lo había llevado dentro de su vientre.

Su madre biológica.

Desmond sintió que la garganta comenzaba a cerrársele.

Observó nuevamente a Zoraida.

Sus manos se tensaron alrededor de la copa.

—¿Rubí...?

Su voz tembló ligeramente.

La mujer asintió.

—Sí.

Desmond tragó saliva.

—¿Qué pasó con ella?

Zoraida bajó lentamente la mirada.

Durante unos instantes pareció perderse entre sus recuerdos.

Después dejó escapar un suspiro.

—Era una mujer maravillosa.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Hermosa, leal...

Sonrió débilmente.

—Y muy dulce.

Desmond la observó sin apartar la mirada.

Zoraida continuó:

—Siempre tuvo un carácter diferente al de muchos miembros de nuestra familia.

Hizo una pausa.

—No le interesaban demasiado las apariencias.

El joven sintió una punzada en el pecho.

Aquellas palabras le recordaron inmediatamente a Marta.

La mujer que lo había criado también había valorado a las personas por sus acciones y no por sus riquezas.

Zoraida contempló brevemente su copa.

—Pero un día desapareció.

Desmond apretó lentamente los dedos.

—¿Desapareció?

La mujer asintió.

—De un día para otro.

Su expresión se ensombreció.

—Nunca recibimos una explicación clara.

Izobelle escuchaba atentamente.

Zoraida continuó:

—Algunas personas aseguraban que había sido secuestrada.

Hizo una pausa.

—Otras decían que simplemente había huido.

Desmond sintió que la rabia comenzaba a crecer en su interior.

Él sabía lo ocurrido.

Sabía que Rubí había sufrido una brutal agresión.

Que había sido abandonada estando embarazada.

Y que John Ludendorff había permitido aquella crueldad.

Ahora estaba escuchando cómo su desaparición había sido convertida en una historia llena de rumores e incertidumbre.

Como si nadie hubiera tenido interés en conocer la verdad.

El joven apretó la mandíbula.

Zoraida levantó la mirada.

—Nunca supimos realmente qué ocurrió con ella.

Su voz se quebró ligeramente.

—Y con el tiempo...

Se interrumpió.

Después dejó escapar un suspiro.

—Supongo que algunos aprendieron a vivir sin respuestas.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Pero se obligó a mantener la calma.

No quería hablar de aquella tragedia frente a todos los invitados.

Tampoco sabía cómo reaccionaría Zoraida si descubría que estaba conversando con el hijo de su hermana desaparecida.

Y, sobre todo, no quería provocar una confrontación con John en medio de la reunión.

Respiró profundamente.

—Lo siento mucho...

Su voz fue apenas un susurro.

Zoraida sonrió con tristeza.

—Gracias, muchacho.

Lo observó nuevamente.

—Es curioso...

Desmond levantó la mirada.

La mujer continuó:

—Hay algo en tu rostro que me recuerda muchísimo a ella.

El joven permaneció callado.

Zoraida sonrió suavemente.

—Especialmente tus ojos.

Desmond sintió que una lágrima amenazaba con escapar.

Apartó discretamente la mirada.

No quería que aquella mujer lo viera llorar.

Pero escuchar a alguien hablar de Rubí con semejante cariño le había provocado una emoción que no esperaba.

Durante toda su vida había conocido a su madre biológica únicamente a través de una ausencia.

Ahora, por primera vez, estaba escuchando recuerdos de alguien que la había querido.

Alguien que todavía la extrañaba.

Y que ignoraba que su sobrino estaba sentado frente a ella.

La reunión continuó durante varias horas.

Desmond intentó participar ocasionalmente en las conversaciones.

Sonrió cuando alguien hizo un comentario divertido.

Respondió con cortesía cuando le formularon alguna pregunta.

Y permaneció junto a Izobelle durante buena parte del evento.

Sin embargo, su mente estaba muy lejos de allí.

Continuaba pensando en Rubí.

En Zoraida.

Y en John.

Cada vez que observaba a algún miembro de la familia Ludendorff, se preguntaba cuánto sabría realmente sobre la desaparición de su madre.

¿Habían sospechado lo ocurrido?

¿Habían intentado buscarla?

¿O simplemente aceptaron las explicaciones que alguien decidió ofrecerles?

Desmond no tenía respuestas.

Y aquella incertidumbre comenzaba a resultarle insoportable.

Finalmente, cuando la reunión empezó a terminar, decidió que era momento de marcharse.

Recogió sus pertenencias.

Se acomodó el traje.

Y se dirigió hacia la entrada.

Pero antes de llegar, escuchó una voz familiar.

—¡Desmond!

El joven volvió la cabeza.

Izobelle se acercaba.

—¿Ya te vas?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Ha sido una noche bastante larga.

La muchacha sonrió.

—Lo sé.

Después permaneció pensativa.

—Oye...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué?

Izobelle vaciló durante unos segundos.

Finalmente, sonrió.

—¿Por qué no te quedas esta noche?

El joven parpadeó.

—¿Aquí?

—Sí.

La muchacha señaló discretamente hacia los corredores.

—Podría enseñarte un poco más del palacio.

Hizo una pausa.

—Y quizás podríamos conversar con más tranquilidad.

Desmond permaneció inmóvil.

No estaba completamente seguro de que quedarse fuera una buena idea.

Aquella residencia le resultaba incómoda.

Y la presencia de John continuaba despertando una profunda desconfianza.

Sin embargo, Izobelle parecía sinceramente interesada en conocerlo.

Además, después de escuchar a Zoraida, había comprendido que todavía existían demasiadas cosas que desconocía sobre aquella familia.

Finalmente, asintió.

—Está bien.

La muchacha sonrió.

—¡Perfecto!

Se acercó y le indicó que la acompañara.

—Ven. Quiero mostrarte algo.

Ambos recorrieron varios corredores.

El palacio había comenzado a recuperar la tranquilidad después de la reunión.

Algunos sirvientes retiraban las últimas decoraciones.

Otros se encargaban de ordenar los salones.

La música había desaparecido.

Y únicamente los pasos de Izobelle y Desmond interrumpían el silencio.

Finalmente, llegaron a una habitación situada en uno de los sectores privados de la residencia.

Izobelle abrió la puerta.

—Bienvenido.

Desmond entró.

Y permaneció inmóvil.

La habitación era enorme.

Mucho más grande de lo que había imaginado.

Tenía una cama espaciosa, varios muebles elegantes y un ventanal desde el cual podía contemplarse parte del paisaje infernal.

Sin embargo, lo que realmente llamó su atención no fueron los lujos.

Fueron las decoraciones.

Había instrumentos musicales cuidadosamente acomodados.

Pósteres de bandas humanas adornaban las paredes.

Entre ellos reconoció nombres como Ezkematica, Gigadeth y Lorn.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—Vaya...

Izobelle sonrió.

—¿Qué te parece?

El joven comenzó a observar los pósteres.

Después los instrumentos.

—Es...

Soltó una pequeña risa.

—Impresionante.

La muchacha rio suavemente.

—Me alegra que te guste.

Desmond se acercó a uno de los instrumentos.

Lo contempló con curiosidad.

—No sabía que te gustara tanto la música.

Izobelle se encogió de hombros.

—Es una de las pocas cosas que realmente disfruto dentro de este palacio.

El joven volvió la mirada.

La muchacha sonrió.

—Cuando todo se vuelve demasiado aburrido, me encierro aquí y escucho lo que quiero.

Desmond asintió lentamente.

—Te entiendo.

Observó nuevamente los pósteres.

—Tienes buenos gustos.

Izobelle levantó una ceja.

—¿En serio?

—Claro.

El joven sonrió.

—Aunque quizás discutamos sobre algunas bandas.

La muchacha soltó una carcajada.

—¡Eso habrá que verlo!

Ambos comenzaron a reír.

Durante unos minutos conversaron sobre sus preferencias musicales.

Hablaron de instrumentos.

De estilos.

Y de aquellas canciones que podían escuchar innumerables veces sin cansarse.

Por primera vez desde que había llegado al palacio, Desmond comenzó a sentirse relativamente cómodo.

Sin embargo, aquella tranquilidad no duró demasiado.

Después de un rato, ambos se sentaron sobre la cama.

Izobelle permaneció callada durante unos segundos.

Observó a Desmond.

Su expresión comenzó a volverse más seria.

El joven lo notó.

—¿Qué pasa?

La muchacha respiró profundamente.

—Quiero preguntarte algo.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—Está bien.

Izobelle dudó.

Después tomó suavemente una de sus manos.

—Sé que hay algo que no me estás contando.

El joven sintió que el estómago se le encogía.

—¿A qué te refieres?

La muchacha lo observó directamente.

—A mi padre.

Desmond apartó inmediatamente la mirada.

Izobelle continuó:

—Vi cómo se miraron cuando llegaste.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Y durante toda la reunión parecías evitarlo.

El joven respiró profundamente.

—No es nada.

Izobelle negó lentamente con la cabeza.

—Desmond...

Él volvió a observarla.

La muchacha mantuvo la calma.

—No quiero obligarte a contarme algo que te incomode.

Hizo una pausa.

—Pero sé que está pasando algo.

Desmond permaneció callado.

Izobelle continuó:

—¿Qué ocurre entre ustedes?

El joven bajó la mirada.

Durante varios segundos pareció incapaz de responder.

Su mente regresó al documento de Miguel.

A la historia de Rubí.

Y a la reacción de James cuando descubrió que había encontrado la carta.

Desmond cerró los ojos.

No quería volver a revivir aquellos recuerdos.

Pero tampoco podía continuar fingiendo que no sabía nada.

Finalmente, dejó escapar un largo suspiro.

—Izobelle...

La muchacha lo observó.

—¿Sí?

El joven levantó lentamente la mirada.

—Hay algo que necesitas ver.

Desmond llevó una mano hacia el interior de su traje.

Sacó un papel cuidadosamente doblado.

Los bordes mostraban algunas marcas producidas por las veces que lo había abierto y vuelto a guardar desde que lo encontró detrás del marco de Marta.

Izobelle observó el documento.

—¿Qué es eso?

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló el papel.

Después se lo ofreció.

—Léelo.

La muchacha frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué contiene?

El joven tragó saliva.

—La verdad.

Izobelle lo observó con desconcierto.

Después tomó el documento.

Lo desdobló lentamente.

Y comenzó a leer.

Las primeras líneas describían acontecimientos ocurridos años atrás.

Izobelle permaneció en silencio.

Sus ojos recorrieron la escritura.

Pero después de unos segundos, su expresión comenzó a cambiar.

Aquella letra...

Le resultaba familiar.

Continuó leyendo.

Recordó a un sirviente que había trabajado para su familia durante su infancia.

Un imp llamado Miguel.

Era un hombre amable, al que había visto en numerosas ocasiones cuando todavía era pequeña.

Desapareció cuando ella tenía aproximadamente cinco años.

Izobelle nunca había comprendido completamente qué había sucedido con él.

Ahora, frente a ella, estaba una carta escrita con una caligrafía que reconocía de sus recuerdos.

—No puede ser...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond permaneció callado.

La muchacha continuó leyendo.

El documento relataba la historia de Rubí Ludendorff.

El rechazo que había sufrido.

La violencia ejercida contra ella.

Y la manera en que había sido abandonada mientras estaba embarazada.

Izobelle sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

Leyó nuevamente aquellas líneas.

Su respiración se agitó.

Después llegó a la parte donde se mencionaba a John.

Su padre.

El hombre que la había criado.

La figura que había representado durante toda su vida la autoridad de la familia.

Según la carta, había permitido que Rubí fuera abandonada en condiciones terribles.

Izobelle negó lentamente con la cabeza.

—No...

Sus manos comenzaron a temblar.

Desmond observó su expresión.

No dijo nada.

La muchacha siguió leyendo.

La carta también despertaba sospechas sobre lo ocurrido con Miguel, aquel sirviente que había desaparecido años atrás.

La posibilidad de que hubiera sufrido un destino semejante al de Rubí la dejó completamente desconcertada.

Pero todavía faltaba algo.

Una última verdad.

Una que cambiaría para siempre la manera en que contemplaba al joven sentado frente a ella.

Izobelle continuó leyendo.

Su expresión pasó de la incredulidad al horror.

Rubí había tenido un hijo.

Un niño que sobrevivió a su nacimiento.

Un niño criado por Marta y Miguel.

Un muchacho que había crecido lejos de la aristocracia, llevando el apellido Lebrozky.

Desmond.

Izobelle levantó lentamente la mirada.

Sus ojos estaban abiertos de par en par.

—No...

Su voz temblaba.

Desmond permaneció inmóvil.

La muchacha volvió a observar la carta.

Después el rostro del joven.

Sus facciones.

Sus ojos.

Y aquel parecido que desde el principio le había resultado inquietante.

La verdad comenzó a abrirse paso entre sus pensamientos.

Desmond era hijo de John.

Igual que ella.

Compartían la misma sangre.

Eran hermanos.

Izobelle sintió que el mundo comenzaba a derrumbarse a su alrededor.

—No puede ser cierto...

Su voz apenas consiguió elevarse por encima del silencio.

Desmond bajó lentamente la mirada.

—Izobelle...

La muchacha negó con la cabeza.

—No...

Volvió a observar la carta.

Sus manos temblaban violentamente.

—¡No puede ser cierto!

La voz se le quebró.

Desmond intentó acercarse.

—Escúchame...

Pero Izobelle retrocedió.

—¡No!

El joven se detuvo.

La muchacha contempló nuevamente el documento.

Parecía desesperada por encontrar algún error.

Una contradicción.

Cualquier detalle que le permitiera convencerse de que aquello no era verdad.

Pero las palabras permanecían allí.

La historia de Rubí.

La participación de John.

La desaparición de Miguel.

Y el nacimiento de Desmond.

Izobelle sintió que las lágrimas comenzaban a acumularse en sus ojos.

—Mi padre...

Su voz temblaba.

—Mi padre jamás haría algo así...

Desmond permaneció callado.

No quería discutir.

Tampoco pretendía obligarla a aceptar inmediatamente lo que acababa de descubrir.

Sabía lo difícil que resultaba comprender aquella historia.

Él mismo había reaccionado con rabia y desesperación cuando encontró la carta.

Izobelle volvió a mirarlo.

—¡Tiene que haber un error!

Desmond respiró profundamente.

—Ojalá lo hubiera.

La muchacha negó desesperadamente con la cabeza.

—¡No!

Apretó el documento.

—¡Estás hablando de mi padre!

El joven sintió una punzada en el pecho.

—También es el mío...

Aquellas palabras parecieron golpearla con mayor fuerza.

Izobelle permaneció inmóvil.

Durante varios segundos no respondió.

Después bajó lentamente la mirada.

Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas.

Desmond intentó acercarse.

—Izobelle...

La muchacha retrocedió nuevamente.

—No...

Su voz adquirió un tono más frío.

—No quiero escucharte.

El joven permaneció inmóvil.

—Solo quería que supieras...

—¡Basta!

Desmond cerró la boca.

Izobelle respiraba agitadamente.

Su expresión estaba dominada por una mezcla de rabia, tristeza y desconcierto.

No sabía qué creer.

La imagen que siempre había tenido de su padre acababa de enfrentarse a una acusación demasiado terrible.

Y el muchacho que había conocido por casualidad en Neffitti acababa de revelar que compartían un vínculo familiar que jamás habría imaginado.

Izobelle observó nuevamente la carta.

Después levantó la mirada.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Lárgate.

Desmond sintió que el corazón se le encogía.

—¿Qué...?

La muchacha apretó los labios.

—Lárgate del palacio.

Su voz fue baja.

Pero cargada de una rabia que apenas conseguía contener.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos intentó encontrar las palabras adecuadas.

Quiso explicarle que él tampoco había elegido aquella historia.

Que no deseaba hacerle daño.

Que únicamente había querido mostrarle la verdad.

Pero al contemplar su expresión comprendió que cualquier intento de continuar la conversación terminaría empeorando las cosas.

Bajó lentamente la mirada.

—Está bien...

Su voz fue apenas un susurro.

Se levantó.

Acomodó su traje.

Y caminó hacia la puerta.

Antes de salir, volvió ligeramente la cabeza.

Izobelle permanecía sentada sobre la cama.

Tenía la carta entre las manos.

Y lloraba en silencio.

Desmond sintió una tristeza profunda.

Pero no dijo nada más.

Abrió la puerta.

Y abandonó la habitación.

Los corredores del palacio parecían mucho más fríos que cuando había llegado.

Desmond caminaba lentamente.

Sus pasos resonaban sobre el suelo pulido.

A su alrededor continuaban los retratos de generaciones anteriores.

Las columnas.

Los candelabros.

Y todos aquellos símbolos de poder que antes había observado con una mezcla de curiosidad e incomodidad.

Ahora le resultaban insoportables.

Había entrado en aquel lugar intentando comprender una parte de su pasado.

Había escuchado a Zoraida hablar de Rubí con cariño.

Había descubierto que su madre biológica todavía permanecía viva en los recuerdos de algunas personas.

Y finalmente había revelado a Izobelle una verdad que ninguno de los dos estaba preparado para aceptar.

Desmond apretó lentamente los puños.

No sabía qué pensar.

Tampoco sabía qué consecuencias tendría aquella conversación.

John continuaba dentro del palacio.

Zoraida ignoraba que había hablado con su sobrino.

E Izobelle acababa de descubrir que el muchacho a quien había invitado pertenecía a su propia familia.

Todo parecía demasiado complicado.

El joven respiró profundamente.

Continuó caminando.

Y finalmente alcanzó la salida.

Cuando abandonó el palacio, descubrió que el clima había cambiado.

Las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer sobre los jardines.

El cielo estaba cubierto por nubes oscuras.

A lo lejos, un trueno resonó sobre el Anillo de la Furia.

Desmond observó el horizonte.

Durante unos segundos permaneció inmóvil frente a la entrada.

Recordó a Izobelle.

Su expresión al leer la carta.

Las lágrimas.

Y aquellas últimas palabras.

«Lárgate del palacio».

El joven bajó lentamente la mirada.

—Lo siento...

Su voz se perdió entre el viento.

No sabía exactamente a quién estaba dirigiendo aquella disculpa.

Quizás a Izobelle.

Quizás a Rubí.

O tal vez a sí mismo, por haber esperado que conocer la verdad pudiera resolver algo.

La lluvia comenzó a intensificarse.

Desmond no buscó refugio.

Simplemente descendió los escalones y comenzó a caminar.

Las calles estaban prácticamente desiertas.

El agua golpeaba el pavimento, formando pequeñas corrientes junto a las aceras.

Las luces de los establecimientos se reflejaban sobre los charcos.

Y el sonido constante de la lluvia parecía envolver toda la ciudad.

Desmond caminaba lentamente.

Su traje comenzó a empaparse.

El cabello recogido perdió parte de su forma.

Y las gotas descendían por su rostro.

Pero no parecía importarle.

Su mente estaba atrapada en los acontecimientos de aquella noche.

Recordó la sonrisa de Lorena cuando lo recibió.

La fría mirada de John.

Las palabras de Zoraida sobre Rubí.

Y la desesperación de Izobelle cuando comprendió quién era realmente.

El joven sintió que una lágrima recorría su mejilla.

Se mezcló inmediatamente con la lluvia.

Después apareció otra.

Y otra.

Desmond cerró los ojos durante un instante.

No sabía cómo había terminado involucrado en una historia tan dolorosa.

Durante toda su infancia había creído que su mayor desgracia era haber perdido a Miguel.

Después murió Marta.

Y cuando finalmente comenzaba a reconstruir su vida, había descubierto que su propio nacimiento estaba relacionado con una tragedia que llevaba años oculta.

La familia Ludendorff, aquella que tantas veces había escuchado mencionar como símbolo de autoridad y prestigio, ahora representaba una parte de su existencia que no sabía cómo enfrentar.

Pensó en James.

Todavía sentía rabia por su silencio.

Pero también recordó cuánto había hecho su hermano por él.

Las ocasiones en que lo había protegido.

Los sacrificios que realizó para que ambos pudieran abandonar la comuna.

Y su compañía durante la muerte de Marta.

Desmond apretó los labios.

La herida seguía abierta.

No estaba preparado para perdonarlo.

Pero tampoco podía ignorar que aquella situación estaba destruyendo poco a poco la tranquilidad que tanto esfuerzo les había costado construir.

El joven levantó lentamente la mirada.

El cielo infernal continuaba cubierto de nubes oscuras.

Un nuevo trueno resonó a lo lejos.

Desmond dejó escapar un suspiro agotado.

No podía cambiar lo ocurrido con Rubí.

Tampoco recuperar los años que había pasado desconociendo su origen.

Ni obligar a Izobelle a aceptar aquella revelación.

Todo aquello ya formaba parte de su historia.

Una historia que, por mucho que le doliera, no podía reescribir.

Continuó caminando.

Cada paso lo acercaba lentamente a su hogar.

A James.

A Skyler.

Y a la vida que todavía intentaba construir lejos de los secretos de su familia biológica.

La lluvia descendía sobre su rostro, mezclándose con las lágrimas que ya no intentaba ocultar.

Mientras avanzaba por las calles desiertas, solo podía pensar en una cosa: lo hecho, hecho estaba. Solo quedaba esperar lo que el destino le deparaba.

CAP 16

Entre Copas y Recuerdos

La noche se había apoderado por completo del Anillo de la Ira.

Las calles, habitualmente llenas de vehículos, comerciantes y habitantes que regresaban de sus trabajos, se encontraban prácticamente desiertas. Una brisa fría recorría las avenidas, arrastrando pequeñas hojas y restos de papel sobre el pavimento húmedo.

Las farolas proyectaban círculos de luz amarillenta que apenas conseguían atravesar la oscuridad. Algunas parpadeaban de manera irregular, mientras otras parecían estar a punto de apagarse definitivamente.

En medio de aquel paisaje solitario, Desmond Lebrozky caminaba sin un rumbo demasiado claro.

Todavía llevaba puesto el elegante traje negro que había pertenecido a Miguel.

Sin embargo, la lluvia había dejado numerosas marcas sobre la tela. Sus zapatos estaban húmedos y algunos mechones de cabello se habían desprendido del moño que Skyler le había preparado antes de salir.

Llevaba las manos dentro de los bolsillos.

La cabeza ligeramente inclinada.

Y una expresión que reflejaba un agotamiento mucho más profundo que el provocado por aquella larga caminata.

Había abandonado el palacio Ludendorff después de una noche que difícilmente conseguiría olvidar.

La reunión familiar.

El encuentro con John.

Las palabras de Zoraida.

Y finalmente, aquella conversación con Izobelle que había terminado de la peor manera posible.

Desmond cerró los ojos durante unos segundos.

Todavía podía escuchar la voz de la muchacha.

«Lárgate del palacio».

No la culpaba completamente.

Él mismo había reaccionado de una manera terrible cuando descubrió la verdad sobre Rubí.

Había golpeado a James.

Había pasado días encerrado en su habitación.

Y había llegado a sentir que todo cuanto conocía sobre su familia estaba construido sobre secretos.

Izobelle acababa de enfrentarse a una revelación semejante.

Su padre, John Ludendorff, era el mismo hombre que había permitido el abandono de Rubí.

Y Desmond, aquel músico que había conocido por casualidad en Neffitti, resultaba ser su hermano.

Era demasiado para asimilar en una sola noche.

Sin embargo, comprender su reacción no conseguía disminuir el dolor que había sentido al marcharse.

El joven dejó escapar un largo suspiro.

—Por todos los anillos...

Su voz se perdió entre el viento.

Continuó caminando.

No tenía deseos de regresar inmediatamente a casa.

Sabía que Skyler probablemente estaría esperándolo.

Y aunque anhelaba abrazarla, todavía necesitaba unos minutos para ordenar sus pensamientos.

No quería que la primera imagen que tuviera de él al regresar fuera la de un muchacho completamente destrozado.

Había pasado demasiado tiempo preocupándola.

Pero tampoco sabía cómo ocultar todo lo ocurrido.

Mientras reflexionaba, una luz llamó su atención.

Al otro lado de la calle, entre dos establecimientos cerrados, permanecía encendido un pequeño letrero de neón.

Su iluminación rojiza parpadeaba débilmente.

Algunas letras mostraban señales de deterioro y el marco metálico parecía haber soportado varias décadas sin recibir demasiado mantenimiento.

Debajo del anuncio se encontraba la entrada de un bar.

Desmond disminuyó el paso.

Observó el establecimiento con curiosidad.

La fachada tenía una estética anticuada, inspirada en los bares de las décadas de 1960 y 1970 del mundo humano.

Había carteles publicitarios envejecidos.

Pequeñas lámparas de cristal.

Y una ventana amplia detrás de la cual podía distinguirse una iluminación cálida.

El lugar no parecía especialmente concurrido.

Tampoco intentaba competir con los establecimientos modernos que dominaban las zonas comerciales del anillo.

Era un bar pequeño.

Discreto.

Casi olvidado por el paso del tiempo.

Desmond permaneció observándolo durante varios segundos.

Después contempló la calle vacía.

La brisa volvió a recorrer la avenida.

El joven se estremeció ligeramente.

—Bueno...

Se acomodó la chaqueta.

—Supongo que una bebida no me vendría mal.

Cruzó la calle.

Se acercó a la entrada.

Y empujó la puerta.

Una pequeña campanilla anunció su llegada.

El contraste con el exterior fue inmediato.

Dentro del establecimiento reinaba una temperatura agradable. Varias lámparas proyectaban una luz amarillenta sobre las mesas de madera oscura, mientras las paredes estaban decoradas con fotografías antiguas, carteles musicales y pequeños recuerdos de épocas anteriores.

El lugar tenía un aspecto gastado, pero cuidadosamente conservado.

Nada parecía estar allí por casualidad.

Las sillas mostraban pequeñas marcas de uso.

La barra tenía algunos bordes desgastados.

Y los muebles parecían haber presenciado incontables conversaciones durante muchos años.

En una esquina descansaba una vieja gramola.

Un disco de vinilo giraba lentamente, llenando el establecimiento con una melodía melancólica.

La voz del cantante sonaba ligeramente áspera, acompañada por instrumentos que recordaban las baladas y canciones populares de mediados del siglo pasado.

Desmond permaneció inmóvil cerca de la entrada.

Escuchó durante unos segundos.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Qué bonito...

Había algo reconfortante en aquella música.

No era especialmente compleja.

Tampoco buscaba impresionar a nadie.

Simplemente transmitía una nostalgia difícil de describir.

El joven recorrió el lugar con la mirada.

En varias mesas permanecían sentados pequeños grupos de imps ancianos.

Algunos conversaban en voz baja.

Otros bebían lentamente, contemplando sus vasos con una expresión pensativa.

En un rincón, dos viejos conocidos discutían amistosamente sobre algún acontecimiento del pasado.

Cerca de la barra, un hombre permanecía leyendo un periódico mientras sostenía una taza entre las manos.

Desmond observó aquel ambiente.

Le recordó algunos establecimientos humildes de la comuna 54.

Lugares donde los habitantes se reunían después de largas jornadas para conversar, escuchar música y olvidar temporalmente sus preocupaciones.

Sin embargo, aquel bar parecía considerablemente más tranquilo.

El joven eligió una mesa apartada.

Caminó hacia ella.

Y tomó asiento.

Desmond dejó escapar un largo suspiro cuando su espalda encontró el respaldo de la silla.

Sentía las piernas cansadas.

La ropa húmeda.

Y una presión constante en el pecho que parecía aumentar cada vez que recordaba lo sucedido en el palacio.

Se llevó una mano al rostro.

Durante unos segundos permaneció con los ojos cerrados.

Escuchó la música.

El sonido de algunos vasos.

Las conversaciones apagadas.

Y el leve crujido de la vieja gramola mientras el vinilo continuaba girando.

Poco a poco, su respiración comenzó a tranquilizarse.

No había conseguido olvidar lo ocurrido.

Pero al menos aquel ambiente le permitía alejarse temporalmente del silencio que había dominado su caminata.

El joven abrió lentamente los ojos.

Contempló la mesa.

Después observó nuevamente las decoraciones.

Una fotografía antigua llamó su atención.

Mostraba a varios jóvenes imps reunidos frente al mismo establecimiento, décadas atrás.

Algunos sonreían.

Otros levantaban sus copas.

Y en el centro aparecía una pareja que parecía estar celebrando alguna ocasión especial.

Desmond observó aquella imagen con curiosidad.

Pero antes de que pudiera examinarla mejor, una voz lo interrumpió.

—Buenas noches, señor.

El joven levantó la mirada.

Frente a él se encontraba un camarero.

Era un pecador de apariencia relativamente joven, con cabello oscuro y ligeramente desordenado.

Llevaba un delantal que mostraba pequeñas manchas producidas por el trabajo y sostenía una libreta de pedidos entre las manos.

Su expresión combinaba cierto aburrimiento con una profesionalidad adquirida después de muchas horas atendiendo clientes.

—¿Qué desea el día de hoy?

Desmond permaneció pensativo.

Observó brevemente las bebidas que descansaban detrás de la barra.

Después volvió a mirar al camarero.

—Un Bloody Mary.

Hizo una pausa.

—Y algo de botana.

Se encogió de hombros.

—Lo que tengan.

El camarero asintió.

—Muy bien.

Anotó el pedido.

—Enseguida se lo traigo.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias.

El trabajador se alejó.

Y el joven volvió a quedarse solo con sus pensamientos.

Pasaron algunos minutos.

La gramola cambió de canción.

Una nueva melodía comenzó a llenar el establecimiento, esta vez acompañada por un ritmo más lento y una voz cargada de melancolía.

Desmond apoyó uno de los brazos sobre la mesa.

Observó a los ancianos que permanecían sentados cerca de la barra.

Algunos parecían conocerse desde hacía muchos años.

Sus conversaciones eran tranquilas.

En ocasiones reían.

Después regresaban a sus bebidas, como si no necesitaran llenar cada momento con palabras.

El joven sintió cierta curiosidad.

Aquellos imps habían vivido durante décadas.

Habían visto cambiar el anillo.

Conocido personas.

Perdido seres queridos.

Y atravesado experiencias que Desmond apenas podía imaginar.

Sin embargo, allí estaban.

Compartiendo una bebida en un pequeño bar.

Continuando con sus vidas.

El muchacho bajó lentamente la mirada.

Pensó en Marta.

En Miguel.

Y en todas las personas que ya no podría volver a ver.

Su expresión se entristeció.

Pero antes de que pudiera continuar reflexionando, el camarero regresó.

—Aquí tiene, señor.

Colocó una bandeja sobre la mesa.

En ella descansaba un vaso alto lleno de un cóctel rojo intenso.

A un lado había un pequeño plato con nueces, aceitunas y trozos de pan acompañados por queso.

Desmond observó el pedido.

—Muchas gracias.

El camarero asintió.

—Que lo disfrute.

Después se retiró.

Desmond tomó el vaso.

Observó el líquido rojizo.

Después lo acercó lentamente a sus labios.

El primer sorbo le produjo una sensación intensa.

El sabor del tomate se mezclaba con el vodka y las especias, dejando una calidez ligeramente ardiente en su garganta.

El joven cerró los ojos.

—Uf...

Dejó el vaso sobre la mesa.

Observó la bebida con una pequeña sonrisa.

—Está fuerte...

Tomó una nuez.

Después probó uno de los pequeños trozos de pan con queso.

La combinación resultó agradable.

Durante algunos minutos permaneció comiendo tranquilamente.

La música continuaba sonando.

Y por primera vez desde que abandonó el palacio, consiguió concentrarse en algo que no estuviera relacionado con su familia biológica.

Sin embargo, aquella tranquilidad cambió cuando escuchó el movimiento de una silla frente a él.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Un imp anciano acababa de acercarse a su mesa.

El hombre parecía tener alrededor de setenta años.

Su cabello era largo y gris, con algunos mechones que caían sobre sus hombros.

Los cuernos mostraban señales del paso del tiempo, y su rostro estaba marcado por arrugas que parecían guardar muchas historias.

Llevaba ropa sencilla.

Nada especialmente elegante.

Pero su postura transmitía una serenidad que contrastaba con el cansancio visible en sus ojos.

Sostenía un vaso con una bebida de tonalidad ámbar.

El anciano observó la silla.

Después levantó lentamente la mirada hacia Desmond.

—¿Te molesta si me siento, muchacho?

El joven permaneció sorprendido durante un instante.

Después negó suavemente con la cabeza.

—No, adelante.

El viejo asintió.

—Gracias.

Tomó asiento.

Colocó su vaso sobre la mesa.

Y permaneció en silencio.

Durante varios minutos, ninguno de los dos habló.

Desmond continuó comiendo lentamente.

El anciano contemplaba su bebida.

De vez en cuando la hacía girar suavemente dentro del vaso, observando cómo el líquido ámbar reflejaba la iluminación del establecimiento.

El joven no sabía exactamente qué esperaba aquel hombre.

Quizás simplemente buscaba compañía.

O tal vez todas las demás mesas estaban ocupadas.

No le dio demasiada importancia.

La gramola continuó reproduciendo sus melodías.

En una mesa cercana, dos imps comenzaron a reír por algún comentario.

El anciano levantó ligeramente la cabeza.

Observó a los hombres.

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

Después volvió a contemplar su vaso.

Desmond notó el gesto.

Pero no preguntó nada.

Finalmente, el viejo rompió el silencio.

—Hace unos días...

Su voz sonó ronca.

Desmond levantó la mirada.

El anciano permaneció observando su bebida.

Después continuó:

—Murió mi esposa.

El joven se quedó completamente inmóvil.

No esperaba escuchar aquello.

Durante unos segundos buscó las palabras adecuadas.

Finalmente, respondió con sinceridad:

—Lo siento mucho...

El anciano asintió lentamente.

—Gracias, muchacho.

Levantó el vaso.

Tomó un pequeño sorbo.

Después volvió a dejarlo sobre la mesa.

—Estuvimos casados cuarenta años.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿Cuarenta?

El viejo sonrió con nostalgia.

—Cuarenta años.

Hizo una pausa.

—Y aun así...

Observó brevemente el lugar.

—Siento que no fueron suficientes.

El joven bajó lentamente la mirada.

Aquellas palabras le provocaron una sensación familiar.

Recordó la muerte de Marta.

Las semanas en las que había permanecido encerrado.

Y aquella idea insoportable de que nunca volvería a escuchar su voz.

Desmond respiró profundamente.

—Debieron compartir muchas cosas.

El anciano soltó una pequeña risa.

—Más de las que podría contarte en una sola noche.

Su sonrisa se volvió melancólica.

—Tuvimos momentos hermosos.

Hizo una pausa.

—Y otros bastante difíciles.

Desmond lo escuchó atentamente.

El viejo continuó:

—Discutimos.

Nos equivocamos.

Y hubo días en los que apenas conseguíamos soportarnos.

Soltó una carcajada suave.

—Pero siempre terminábamos encontrando alguna razón para seguir juntos.

El joven sonrió débilmente.

—Suena como una relación muy especial.

El anciano asintió.

—Lo fue.

Permaneció callado durante unos segundos.

Después levantó lentamente la mirada hacia la vieja gramola.

—La conocí aquí, ¿sabes?

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿En este bar?

El viejo sonrió.

—Exactamente.

El anciano se acomodó en su silla.

Sus ojos parecieron recuperar algo de brillo mientras observaba el establecimiento.

—Ella trabajaba como camarera.

Hizo una pausa.

—Tenía dieciocho años.

Desmond escuchaba con atención.

El hombre soltó una pequeña risa.

—Y yo era un idiota de veintidós.

El joven sonrió.

—¿Un idiota?

El anciano asintió.

—Uno bastante grande.

Tomó un pequeño sorbo de su bebida.

—Había venido a este lugar después de terminar una relación.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Pensaba que me habían roto el corazón para siempre.

Desmond observó su expresión.

El viejo continuó:

—Así que hice lo que muchos jóvenes hacen cuando creen que el mundo se les viene encima.

Levantó discretamente su vaso.

—Vine a beber para olvidarme de todo.

El joven soltó una pequeña risa.

—Supongo que no funcionó demasiado bien.

El anciano sonrió.

—No.

Hizo una pausa.

—Pero ocurrió algo mucho mejor.

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

El viejo observó nuevamente la barra.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después sonrió con una ternura que contrastaba con la tristeza de sus ojos.

—La vi.

El joven permaneció atento.

—Estaba atendiendo a unos clientes.

Hizo una pausa.

—Llevaba el cabello recogido y sonreía mientras escuchaba las tonterías de un grupo de borrachos.

El anciano soltó una pequeña carcajada.

—Y yo...

Negó lentamente con la cabeza.

—Yo me quedé mirándola como un completo estúpido.

Desmond comenzó a reír.

—¿Tan impresionado quedó?

—Muchacho...

El viejo levantó una mano.

—Aquella mujer consiguió que olvidara por completo a la persona por la que había venido a lamentarme.

Ambos soltaron una carcajada.

Después, el anciano dejó escapar un suspiro.

—Me acerqué a la barra.

Le pedí una bebida.

Y terminé conversando con ella hasta que cerraron el establecimiento.

Desmond sonrió.

—¿Y después?

El hombre bajó la mirada hacia su vaso.

—Después regresé al día siguiente.

Hizo una pausa.

—Y al siguiente.

El joven soltó una pequeña risa.

—¿Solo para verla?

El anciano asintió.

—Solo para verla.

Su expresión se volvió más cálida.

—Hasta que finalmente tuve el valor de invitarla a salir.

Desmond permaneció pensativo.

—¿Y aceptó?

El viejo soltó una carcajada.

—No inmediatamente.

El joven levantó una ceja.

—¿Ah, no?

—Me hizo esperar.

El anciano sonrió.

—Decía que no quería salir con un muchacho que aparecía todos los días en el bar solamente para buscarla.

Desmond comenzó a reír.

—Parece que sabía cómo hacerse respetar.

El hombre asintió con orgullo.

—Siempre fue así.

Durante unos segundos contempló la vieja gramola.

Después añadió:

—Y eso fue una de las cosas que más amé de ella.

El silencio regresó lentamente.

Esta vez no resultaba incómodo.

Desmond contempló su bebida.

Pensó en la historia que acababa de escuchar.

Dos personas que se habían conocido por casualidad.

Un muchacho de veintidós años.

Una camarera de dieciocho.

Y una relación que había durado cuatro décadas.

Aquello le recordó inevitablemente a Skyler.

La noche en que se conocieron.

El pequeño bar.

Y aquella conversación que había comenzado después de que él interviniera para defenderla de un sabueso que la estaba acosando.

Desmond sonrió con nostalgia.

Qué extraño resultaba pensar que un encuentro aparentemente insignificante podía cambiar tanto la vida de una persona.

El anciano lo observó.

Pareció notar algo en su expresión.

Después formuló una pregunta inesperada.

—Muchacho...

Desmond levantó la mirada.

—¿Sí?

El viejo apoyó lentamente el vaso sobre la mesa.

Sus ojos reflejaban una tristeza serena.

—¿Sabes qué es el amor verdadero?

Desmond permaneció inmóvil.

La pregunta lo tomó por sorpresa.

Abrió ligeramente la boca.

Intentó encontrar una respuesta.

Pero las palabras no llegaron.

Pensó en Skyler.

En las noches que habían compartido.

En su primera canción romántica.

Y en aquel beso que finalmente les permitió reconocer lo que sentían el uno por el otro.

Sin embargo, definir el amor verdadero parecía mucho más difícil que escribir una canción sobre él.

Desmond cerró lentamente la boca.

El anciano observó su expresión.

Después soltó una pequeña risa ronca.

—Eso pensé.

El joven sonrió con cierta vergüenza.

—Supongo que todavía estoy aprendiendo.

El viejo asintió.

—Todos lo estamos.

Hizo una pausa.

—Incluso después de cuarenta años.

Desmond lo observó con curiosidad.

El anciano continuó:

—Cuando era joven, pensaba que amar a alguien significaba sentir mariposas en el estómago cada vez que la veía.

Sonrió.

—Y aunque eso era hermoso, con el tiempo descubrí que había mucho más.

El joven permaneció atento.

—El amor también estaba en las mañanas difíciles.

Hizo una pausa.

—En las discusiones que conseguíamos resolver.

En las noches en que alguno enfermaba y el otro permanecía despierto para cuidarlo.

Su voz se volvió más suave.

—Y en los días normales.

Esos que parecen no tener nada especial.

Desmond bajó lentamente la mirada.

El anciano continuó:

—A veces pasábamos horas sin decirnos demasiado.

Simplemente estábamos juntos.

Hizo una pausa.

—Y eso bastaba.

El joven sintió una calidez inesperada en el pecho.

Recordó las noches en que Skyler se acomodaba junto a él.

La tranquilidad de su respiración.

Y la manera en que su presencia conseguía aliviar incluso los pensamientos más oscuros.

Quizás el anciano tenía razón.

El amor no consistía únicamente en los grandes gestos.

También aparecía en aquellas cosas pequeñas que fácilmente podían pasar desapercibidas.

El viejo tomó nuevamente su vaso.

Después observó a Desmond.

—Dime una cosa, muchacho.

El joven levantó la mirada.

—¿Qué?

—¿Tienes a alguien?

Desmond permaneció pensativo durante un instante.

Después una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Sí...

El anciano levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

El joven asintió.

—Se llama Skyler.

Su sonrisa se volvió más cálida.

—Es una sabueso infernal.

El viejo permaneció atento.

Desmond continuó:

—La conocí hace un tiempo.

Soltó una pequeña risa.

—Y, sinceramente, nunca imaginé que terminaríamos juntos.

El anciano sonrió.

—¿Por qué lo dices?

Desmond contempló brevemente su vaso.

Después levantó la mirada.

—Porque nuestras vidas eran bastante diferentes.

Hizo una pausa.

—Yo crecí en la comuna 54.

El viejo asintió lentamente.

—Conozco ese lugar.

Desmond continuó:

—Y ella tuvo una infancia completamente distinta.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Aunque eso no significa que haya sido más feliz.

El anciano escuchó en silencio.

El joven pensó en la historia de Skyler.

En Lyra.

En las discusiones que había tenido que soportar.

Y en aquella noche en que llegó a su casa con una pequeña maleta, incapaz de continuar viviendo junto a sus padres.

Desmond bajó la mirada.

—Skyler ha pasado por cosas difíciles.

Hizo una pausa.

—Y yo también.

Después sonrió suavemente.

—Supongo que terminamos encontrando un poco de tranquilidad el uno en el otro.

El anciano contempló su expresión.

—¿Y cómo es ella?

Desmond soltó una pequeña risa.

—Es...

Permaneció pensativo.

Durante unos segundos buscó las palabras adecuadas.

Finalmente, respondió:

—Amorosa.

Comprensiva.

Y bastante paciente.

El viejo sonrió.

Desmond continuó:

—A veces tiene miedo de decir lo que piensa.

Hizo una pausa.

—Pero cuando alguien le importa, hace todo lo posible por ayudarlo.

Su expresión se suavizó.

—Estuvo conmigo cuando murió mi madre.

El anciano bajó ligeramente la mirada.

—Lo siento mucho.

Desmond asintió.

—Gracias.

Respiró profundamente.

—Durante semanas apenas podía levantarme de la cama.

Su voz se volvió más apagada.

—No tenía ganas de escribir.

Ni de comer.

Ni de hablar con nadie.

El viejo permaneció callado.

Desmond continuó:

—Pero ella nunca dejó de visitarme.

Una sonrisa nostálgica apareció en su rostro.

—Me llevaba comida.

Intentaba sacarme a caminar.

Y, aunque a veces yo respondía de mala manera, siempre encontraba la forma de hacerme sentir acompañado.

El anciano escuchó atentamente.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Incluso me ayudó a conseguir mi primera oportunidad profesional en la música.

El viejo levantó las cejas.

—¿Eres músico?

El joven asintió.

—Sí.

—Vaya...

El anciano sonrió.

—Eso explica algunas cosas.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Como cuáles?

El viejo señaló discretamente su expresión.

—Hablas de ella como alguien que ha encontrado una canción que nunca quiere dejar de escuchar.

Desmond permaneció inmóvil.

Después soltó una pequeña carcajada.

—Supongo que sí...

El anciano contempló al joven durante unos segundos.

Después una expresión de curiosidad apareció en su rostro.

—Pero dime...

Desmond levantó la mirada.

—¿Sí?

El viejo observó sus facciones humanas.

Después su vestimenta elegante.

—¿Tú perteneces a los Ludendorff?

La sonrisa de Desmond desapareció lentamente.

El joven bajó la mirada hacia su copa.

Durante unos segundos permaneció callado.

Finalmente, asintió.

—Por sangre, sí.

El anciano levantó ligeramente una ceja.

—Ya veo...

Desmond respiró profundamente.

—Aunque prefiero llamarme Lebrozky.

El viejo lo observó.

Después asintió.

—Entiendo.

Su respuesta fue tranquila.

No parecía interesado en cuestionar aquella decisión.

Sin embargo, permaneció pensativo.

Finalmente, sonrió.

—Un Ludendorff y una sabueso infernal...

Desmond levantó la mirada.

El anciano continuó:

—Eso no se ve todos los días.

El joven soltó una pequeña risa.

—No.

Hizo una pausa.

—Supongo que no.

El viejo observó su expresión.

—¿La gente les ha puesto problemas por eso?

Desmond permaneció pensativo.

—Algunas personas consideran que estamos demasiado separados.

El anciano levantó una ceja.

—¿Separados?

El joven asintió.

—Por nuestras especies.

Por nuestras historias.

Y por la posición que supuestamente debería ocupar alguien de mi linaje.

El viejo permaneció callado.

Desmond continuó:

—Pero nunca he entendido por qué esas cosas deberían importar tanto.

Su voz adquirió un tono más firme.

—Skyler no es menos valiosa por ser una sabueso infernal.

Hizo una pausa.

—Y yo no soy mejor que nadie por llevar sangre Ludendorff.

El anciano sonrió discretamente.

El joven continuó:

—Sé que somos de especies diferentes.

Bajó brevemente la mirada.

—Y que muchos consideran que existe una frontera enorme entre nosotros.

Después volvió a observarlo.

—Pero nuestro amor es genuino.

Su expresión se suavizó.

—Y eso es lo único que realmente me importa.

El viejo permaneció callado durante unos segundos.

Después asintió lentamente.

—Interesante...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

El anciano sonrió.

—Que seas capaz de decir eso.

Hizo una pausa.

—No todos los jóvenes tienen el valor de reconocer lo que sienten cuando el mundo insiste en decirles que deberían avergonzarse.

Desmond bajó la mirada.

—Bueno...

Soltó una pequeña risa.

—No creo que haya nada de qué avergonzarse.

El anciano sonrió con mayor amplitud.

—Entonces vas por buen camino.

La conversación permaneció suspendida durante algunos instantes.

La gramola comenzó a reproducir una nueva canción.

Era una balada antigua, acompañada por una instrumentación suave y una voz masculina ligeramente desgastada.

El anciano levantó lentamente la cabeza.

Al reconocer la melodía, una sonrisa triste apareció en su rostro.

Desmond lo observó.

—¿Conoce esa canción?

El viejo asintió.

—Muchísimo.

Su voz se volvió nostálgica.

—A mi esposa le encantaba.

El joven permaneció callado.

El anciano contempló la vieja gramola.

—Siempre la ponía cuando veníamos aquí.

Hizo una pausa.

—Decía que le recordaba los años en que éramos jóvenes.

Desmond sonrió débilmente.

El viejo continuó:

—Yo solía decirle que ya la había escuchado demasiadas veces.

Soltó una pequeña carcajada.

—Pero ahora...

Su voz se quebró ligeramente.

Permaneció callado durante unos segundos.

Después bajó lentamente la mirada.

—Ahora daría cualquier cosa por escucharla una vez más a su lado.

Desmond sintió una punzada en el pecho.

No supo qué responder.

El anciano cerró los ojos.

Durante unos segundos escuchó la melodía.

Después respiró profundamente.

Y volvió a observar al muchacho.

—Escúchame bien, chico.

Desmond levantó la mirada.

La expresión del anciano se volvió seria.

—El amor verdadero no entiende de fronteras.

Hizo una pausa.

—No le importa demasiado el apellido que lleves ni la cantidad de dinero que tengas.

Desmond permaneció inmóvil.

El viejo continuó:

—Tampoco se preocupa por si la persona que amas pertenece a una familia distinta.

Su voz adquirió un tono más cálido.

—Lo importante es lo que construyen juntos.

El joven bajó lentamente la mirada.

El anciano apoyó ambas manos sobre la mesa.

Después comenzó a levantarse con cierta dificultad.

Desmond hizo ademán de ayudarlo.

—¿Necesita una mano?

El viejo negó suavemente.

—Tranquilo, muchacho.

Consiguió incorporarse.

Después acomodó su ropa.

Y volvió a mirar a Desmond.

—Si quieres a esa muchacha...

Hizo una pausa.

—Aférrate a ella.

El joven permaneció atento.

El anciano sonrió.

—No dejes que el mundo te convenza de lo contrario.

Desmond sintió que aquellas palabras le provocaban una tranquilidad inesperada.

Durante unos segundos contempló el rostro del viejo.

Después asintió.

—No lo haré.

El anciano sonrió satisfecho.

—Bien.

Levantó lentamente su vaso.

—Entonces cuídala.

Desmond correspondió al gesto.

—Lo haré.

El hombre dio un pequeño sorbo.

Después comenzó a alejarse.

Sus pasos eran pausados.

Y su figura parecía mezclarse lentamente con las sombras que dominaban los rincones del establecimiento.

Desmond permaneció observándolo.

Hasta que finalmente desapareció entre los clientes cercanos a la barra.

El joven volvió a quedarse solo.

Durante varios minutos permaneció inmóvil, contemplando el vaso que descansaba frente a él.

La conversación había sido inesperada.

Había entrado al establecimiento intentando escapar temporalmente de sus pensamientos.

Y terminó escuchando la historia de un anciano que acababa de perder a la mujer con quien había compartido cuarenta años de su vida.

Desmond respiró profundamente.

Pensó en aquella relación.

En los años que habían pasado juntos.

En las discusiones.

En los momentos felices.

Y en la tristeza que ahora acompañaba al viejo cada vez que escuchaba una canción relacionada con su esposa.

Después pensó en Skyler.

Su sonrisa.

Sus abrazos.

La manera en que sus orejas se inclinaban cuando estaba avergonzada.

Y aquella expresión dulce que aparecía en su rostro cuando él le decía algo bonito.

Desmond sonrió.

Recordó la primera vez que la besó.

La sorpresa que había sentido cuando ella tomó la iniciativa.

Y la felicidad que ambos experimentaron al descubrir que sus sentimientos eran correspondidos.

El joven bajó lentamente la mirada hacia su vaso.

—Skyler...

Pronunció su nombre en voz baja.

Por primera vez desde que había abandonado el palacio, su mente consiguió apartarse de John y de los secretos de la familia Ludendorff.

No porque aquellas preocupaciones hubieran desaparecido.

Sino porque recordó que todavía existían cosas importantes en su vida.

Personas que lo querían.

Un hogar al cual regresar.

Y una muchacha que había decidido acompañarlo incluso durante sus momentos más difíciles.

Desmond tomó el vaso.

Terminó lentamente su bebida.

Después comió los últimos aperitivos que quedaban sobre el plato.

La música continuó sonando.

Y durante algunos minutos más se permitió disfrutar de aquella tranquilidad.

Finalmente, el joven observó la hora.

Era tarde.

Skyler probablemente ya estaría dormida.

Y aunque había disfrutado de la conversación con el anciano, sabía que debía regresar.

Desmond levantó una mano.

El camarero se acercó.

—¿Algo más, señor?

El joven negó suavemente.

—No, gracias.

Señaló la mesa.

—La cuenta, por favor.

El trabajador asintió.

Poco después regresó con el importe correspondiente.

Desmond pagó.

Recogió sus pertenencias.

Y se levantó.

Antes de marcharse, observó una última vez el interior del establecimiento.

Las lámparas.

Las mesas.

Los viejos imps que continuaban conversando.

Y la gramola que seguía reproduciendo canciones de otra época.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Aquel lugar había conseguido ofrecerle algo que no esperaba encontrar.

No respuestas sobre su pasado.

Ni soluciones para sus problemas.

Simplemente una perspectiva diferente sobre aquello que todavía tenía.

Desmond se acercó a la salida.

Abrió la puerta.

Y abandonó el bar.

El aire frío de la noche volvió a envolverlo.

La lluvia había cesado.

Pero las calles continuaban húmedas y los charcos reflejaban la iluminación irregular de las farolas.

Desmond se acomodó la chaqueta.

Después levantó la mirada hacia el cielo infernal.

Las nubes oscuras permanecían suspendidas sobre la ciudad.

Una brisa recorrió la avenida.

El joven cerró los ojos durante un instante.

Respiró profundamente.

Y comenzó a caminar hacia una zona donde pudiera encontrar transporte.

No tardó demasiado.

Un taxi avanzaba lentamente por la calle.

Desmond levantó una mano.

El vehículo disminuyó la velocidad.

Y se detuvo junto a la acera.

El conductor bajó ligeramente la ventanilla.

—Buenas noches. ¿A dónde lo llevo?

Desmond observó brevemente el interior.

Después respondió:

—A casa.

Su voz fue apenas un susurro.

El conductor asintió.

El joven abrió la puerta trasera.

Subió.

Y se acomodó junto a la ventana.

Durante el trayecto, Desmond permaneció contemplando las calles.

La ciudad avanzaba lentamente frente a sus ojos.

Algunos establecimientos continuaban abiertos.

Otros habían apagado sus luces.

Y en varias esquinas podían observarse pequeños grupos de habitantes que conversaban bajo los tejados para protegerse del frío.

El joven apoyó la cabeza contra el respaldo.

Pensó nuevamente en Izobelle.

Su reacción.

Su rabia.

Y aquella manera en que le había exigido abandonar el palacio.

Una parte de él deseaba regresar y explicarle todo con mayor tranquilidad.

Decirle que no había querido herirla.

Que simplemente necesitaba compartir la verdad que había descubierto.

Pero comprendía que ella también necesitaba tiempo.

No podía exigirle que aceptara semejante revelación de inmediato.

Desmond dejó escapar un suspiro.

Después recordó las palabras del anciano.

«Si la quieres, aférrate a ella».

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Skyler.

Ella era la persona que deseaba ver.

No necesitaba una conversación complicada.

Ni explicar inmediatamente todo lo ocurrido.

Simplemente quería regresar a su habitación.

Acostarse junto a ella.

Y descansar.

El taxi continuó avanzando.

Cuando finalmente llegó a casa, la vivienda permanecía completamente silenciosa.

Desmond pagó el trayecto.

Descendió del vehículo.

Y caminó hacia la entrada.

Sacó sus llaves.

Abrió cuidadosamente la puerta.

Y entró.

La sala estaba oscura.

Únicamente una pequeña luz procedente de la cocina iluminaba parte del pasillo.

James ya se había retirado a descansar.

Skyler tampoco parecía estar despierta.

Desmond cerró suavemente la puerta.

Permaneció inmóvil durante unos segundos.

Observó las fotografías familiares que descansaban sobre una repisa.

Entre ellas estaba la imagen de Marta.

Su madre sonreía.

Aquella misma sonrisa que había conseguido acompañarlo durante toda su infancia.

El joven se acercó.

Contempló la fotografía.

Durante unos segundos permaneció callado.

Finalmente, murmuró:

—Hola, mamá...

Su voz fue apenas audible.

Observó el rostro de la mujer.

Pensó en todo lo que había ocurrido desde su muerte.

La música.

La disquera.

Su relación con Skyler.

Y la verdad sobre Rubí.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Pero esta vez no lloró.

Simplemente acarició suavemente el borde del marco.

—Estoy intentando hacer las cosas bien...

Hizo una pausa.

—Aunque a veces no sepa cómo.

Permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después dejó la fotografía en su lugar.

Respiró profundamente.

Y comenzó a caminar hacia las escaleras.

Al llegar a su habitación, Desmond abrió la puerta con extremo cuidado.

La estancia permanecía envuelta en una penumbra tranquila.

Algunas prendas descansaban sobre una silla.

Sus cuadernos estaban organizados sobre el escritorio.

Y la guitarra que James y Skyler le habían regalado durante su cumpleaños permanecía cuidadosamente apoyada junto a la pared.

Sobre la cama, Skyler dormía profundamente.

Estaba acomodada de lado, parcialmente cubierta por las sábanas.

Su respiración era suave.

Sus orejas permanecían relajadas.

Y su rostro mostraba una tranquilidad que contrastaba con la tensión que Desmond había experimentado durante toda la noche.

El joven permaneció inmóvil junto a la puerta.

La contempló durante varios segundos.

Una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Ahí estás...

Su voz apenas fue un murmullo.

Se acercó lentamente.

Dejó sus pertenencias sobre una silla.

Después comenzó a quitarse el traje con cuidado.

Acomodó la chaqueta.

La camisa.

Y los zapatos.

No quería maltratar aquella ropa.

Después de todo, había pertenecido a Miguel.

Y aunque la noche no había resultado como esperaba, todavía sentía una gratitud profunda por haber podido utilizar algo que su padre había conservado durante tantos años.

Finalmente, se puso ropa cómoda.

Apagó la pequeña luz que había encendido.

Y se acercó a la cama.

Desmond levantó cuidadosamente una parte de las sábanas.

Se acostó junto a Skyler.

Procuró no mover demasiado el colchón.

Sin embargo, apenas consiguió acomodarse, la muchacha abrió ligeramente los ojos.

Su respiración cambió.

Después volvió lentamente la cabeza.

—¿Des...?

Su voz estaba cargada de sueño.

El joven sonrió.

—Hola, preciosa.

Skyler parpadeó.

Durante unos segundos pareció intentar acostumbrarse a la oscuridad.

Después reconoció completamente su rostro.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Volviste...

Desmond asintió.

—Sí.

La muchacha se acercó ligeramente.

Todavía estaba medio dormida.

—¿Cómo te fue, amor?

El joven permaneció inmóvil durante un instante.

Aquella pregunta despertó inmediatamente los recuerdos de la reunión.

John.

Zoraida.

Rubí.

E Izobelle.

Desmond sintió que una presión comenzaba a formarse nuevamente en su pecho.

No quería mentirle.

Pero tampoco se sentía preparado para contarle todo lo ocurrido.

Mucho menos cuando ella apenas conseguía mantener los ojos abiertos.

Respiró profundamente.

Después acarició suavemente su mejilla.

—Bien...

Su voz fue tranquila.

Aunque no completamente convincente.

Skyler lo observó con expresión somnolienta.

Desmond continuó:

—La familia no era tan mala como pensaba.

La muchacha sonrió débilmente.

—Me alegra...

Sus palabras fueron apenas un murmullo.

Se acercó un poco más.

Y apoyó una mano sobre el pecho de Desmond.

El joven permaneció inmóvil.

Sintió la calidez de sus dedos sobre la camiseta.

Skyler cerró lentamente los ojos.

Su respiración comenzó a volverse más profunda.

En cuestión de segundos, volvió a quedarse dormida.

Desmond la observó en silencio.

Su sonrisa se volvió triste.

—Si supieras...

Su voz apenas consiguió elevarse por encima del silencio.

No añadió nada más.

Sabía que tarde o temprano tendría que hablar con ella.

Contarle lo sucedido en el palacio.

Explicarle quién era Zoraida.

Y cómo había terminado revelándole a Izobelle una verdad que cambió por completo la manera en que ambos comprendían su familia.

Pero aquella noche no.

Aquella noche solo quería descansar.

Desmond permaneció acostado boca arriba durante varios minutos.

Observó el techo.

Escuchó la respiración de Skyler.

Y dejó que el silencio de la habitación comenzara a envolverlo.

Sus pensamientos todavía regresaban ocasionalmente al palacio.

A las preguntas sin respuesta.

Y a la incertidumbre sobre lo que ocurriría después de aquella reunión.

Pero entonces volvió lentamente el rostro hacia la muchacha.

Skyler permanecía profundamente dormida.

Su expresión era tranquila.

Sus manos descansaban cerca de él.

Y la pequeña sonrisa que conservaba incluso mientras dormía le recordó todas las razones por las que había comenzado a enamorarse.

Desmond levantó una mano.

Apartó delicadamente un mechón de cabello que había caído sobre su rostro.

Después acarició suavemente su mejilla.

La muchacha se movió apenas.

Pero no despertó.

El joven sonrió.

Recordó la conversación con el anciano.

Los cuarenta años de matrimonio.

La historia de aquella camarera.

Y la tristeza de un hombre que todavía deseaba compartir una última canción con su esposa.

Desmond sintió una emoción profunda.

No sabía qué les depararía el futuro.

Tampoco podía prometerle a Skyler que nunca enfrentarían dificultades.

El Infierno era demasiado cruel para semejantes certezas.

Pero había algo que sí podía decidir.

Quería cuidarla.

Respetarla.

Y permanecer a su lado mientras ambos continuaran eligiéndose.

El joven se inclinó lentamente.

Y besó suavemente su frente.

—Te amo...

Su voz fue apenas un susurro.

La muchacha continuó durmiendo.

Desmond sonrió con ternura.

Después volvió a acomodarse sobre la almohada.

Skyler se acercó inconscientemente.

Apoyó nuevamente la cabeza contra su pecho.

Y permaneció allí, respirando tranquilamente.

El joven pasó un brazo alrededor de ella.

La abrazó con suavidad.

Y cerró los ojos.

Por primera vez desde que había abandonado el palacio, sintió que la tensión comenzaba a desaparecer de sus hombros.

No porque sus problemas estuvieran resueltos.

Ni porque hubiera dejado de sufrir por lo ocurrido con Rubí.

Sino porque, en medio de tantas verdades dolorosas, todavía existía algo que podía llamar suyo.

El cariño de Skyler.

Su compañía.

Y aquella tranquilidad que ambos habían aprendido a encontrar el uno en el otro.

Desmond respiró profundamente.

Dejó que el ritmo sereno de su pareja comenzara a acompañar el suyo.

Y poco a poco permitió que el cansancio lo venciera.

La noche continuó, y aunque el caos seguía acechando sus pensamientos, al menos por ese breve instante, Desmond encontró un fragmento de paz.

CAP 17

El Pecado que Nunca Debió Ser

La actividad dentro de Hellbeat Records había comenzado desde las primeras horas de la mañana.

Los amplios pasillos de la disquera estaban llenos de trabajadores que transportaban equipos de sonido, instrumentos y materiales necesarios para las distintas producciones musicales. Desde algunas salas podían escucharse fragmentos de canciones en proceso de grabación, mientras los técnicos revisaban las consolas y discutían sobre los últimos ajustes de sus proyectos.

En uno de los estudios, Desmond y Skyler se encontraban agachados junto a varios amplificadores.

Una considerable cantidad de cables descansaba sobre el suelo, formando un enredo que parecía empeorar cada vez que intentaban organizarlo.

Desmond sostenía uno de los extremos mientras Skyler trataba de identificar a qué equipo pertenecía.

—A ver... —murmuró el joven, observando las conexiones—. Creo que este va por aquí.

Skyler levantó una ceja.

—¿Estás seguro?

Desmond examinó el cable.

Después miró el amplificador.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Relativamente.

La muchacha soltó una pequeña carcajada.

—¡Desmond!

—¡¿Qué?!

El joven levantó las manos.

—¡Estoy haciendo lo mejor que puedo!

Skyler negó divertida con la cabeza.

—Llevamos casi veinte minutos con estos cables.

Desmond soltó un suspiro exagerado.

—Estoy empezando a pensar que tienen vida propia.

La muchacha comenzó a reír.

—¡No seas dramático!

El joven sonrió.

Después volvió a concentrarse.

El ambiente estaba impregnado por el olor característico de los equipos electrónicos que llevaban varias horas encendidos. Los amplificadores desprendían un ligero aroma a polvo caliente, mezclado con el perfume suave que Skyler acostumbraba utilizar.

A pesar de las pequeñas bromas, ambos trabajaban con una coordinación que habían desarrollado desde que comenzaron a compartir más tiempo en la disquera.

Desmond sostenía los cables mientras Skyler los acomodaba.

Ella revisaba las conexiones y él comprobaba que cada instrumento estuviera correctamente conectado.

Era una tarea sencilla.

Pero disfrutaban realizarla juntos.

Desde que habían comenzado su relación, incluso las actividades más cotidianas se habían convertido en oportunidades para compartir pequeños momentos.

Desmond observó de reojo a su pareja.

Una sonrisa apareció en su rostro.

Skyler estaba completamente concentrada, con las orejas ligeramente inclinadas hacia adelante mientras intentaba desenredar una conexión especialmente complicada.

El joven soltó una pequeña risa.

La muchacha levantó la mirada.

—¿Qué?

Desmond negó suavemente.

—Nada.

Skyler entrecerró los ojos.

—Des...

El joven sonrió.

—Solo estaba pensando que te ves adorable cuando te concentras.

La sabueso se quedó inmóvil.

Sus mejillas comenzaron a sonrojarse.

—¡Desmond!

Él estalló en carcajadas.

—¡¿Qué hice ahora?!

Skyler intentó mantener una expresión seria.

Pero terminó riendo también.

Durante unos segundos, el estudio se llenó de sus carcajadas.

Sin embargo, aquella tranquilidad terminó abruptamente cuando la puerta se abrió de golpe.

Ambos volvieron inmediatamente la cabeza.

La secretaria de Antrox permanecía en la entrada.

Su expresión era seria.

—Desmond. Skyler.

Los jóvenes dejaron de reír.

—¿Sí? —respondió Desmond.

La mujer los observó brevemente.

—El jefe quiere verlos en su oficina.

Hizo una pausa.

—Ahora.

Skyler levantó ligeramente las orejas.

Desmond frunció el ceño.

—¿Ocurrió algo?

La secretaria negó con la cabeza.

—No me dio detalles.

Después señaló hacia el pasillo.

—Pero pidió que fueran inmediatamente.

Ambos intercambiaron una mirada.

Antrox no acostumbraba llamarlos personalmente a su despacho sin tener algún asunto importante que tratar.

Finalmente, Desmond dejó el cable sobre el suelo.

—Está bien.

Se levantó.

Skyler hizo lo mismo.

La secretaria asintió y se retiró.

Durante unos segundos, ambos permanecieron inmóviles.

Desmond observó a su pareja.

—¿Tienes idea de qué quiere?

Skyler negó lentamente.

—Ninguna.

El joven dejó escapar un suspiro.

—Bueno...

Se acomodó la ropa.

—Supongo que será mejor averiguarlo.

La muchacha sonrió.

—Vamos.

Ambos abandonaron el estudio.

El recorrido hasta la oficina principal transcurrió con cierta inquietud.

Desmond no podía evitar preguntarse si Antrox deseaba conversar sobre su carrera musical.

Tal vez había ocurrido algún problema con las grabaciones.

O quizás la disquera necesitaba que participara en algún proyecto especial.

Skyler, por su parte, caminaba tranquilamente a su lado, aunque tampoco conseguía ocultar completamente su curiosidad.

Finalmente, llegaron frente a la puerta del despacho.

Desmond respiró profundamente.

Después llamó.

—Adelante —respondió una voz desde el interior.

El joven abrió la puerta.

Y ambos entraron.

Antrox se encontraba de pie junto a su escritorio.

A diferencia de otras ocasiones, no parecía especialmente relajado. Tenía varios documentos organizados sobre la mesa y tamborileaba distraídamente los dedos contra la superficie de madera.

Cuando reconoció a los jóvenes, levantó inmediatamente la mirada.

—Ah, perfecto.

Se incorporó.

—Justamente a ustedes los estaba esperando.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

—Buenos días, señor Antrox.

Skyler también lo saludó.

—Buenos días.

El Pecado Capital hizo un pequeño gesto con la mano.

—Sí, sí, buenos días.

Después señaló hacia las sillas.

—Acérquense.

Los jóvenes obedecieron.

Antrox observó brevemente unos documentos.

Después volvió a mirarlos.

—Los necesito para algo importante.

Desmond levantó una ceja.

—¿De qué se trata?

El demonio se cruzó de brazos.

—Mañana partimos hacia el Anillo de la Gula.

Skyler levantó inmediatamente las orejas.

Desmond permaneció inmóvil.

—¿La Gula?

Antrox asintió.

—Exactamente.

Su expresión adquirió un tono más entusiasmado.

—Vamos al Palacio Gluttora.

El joven frunció ligeramente el ceño.

No reconocía aquel nombre.

Antrox continuó:

—Celia está organizando una celebración bastante importante.

Hizo una pausa.

—Y necesito que ambos me acompañen.

Desmond observó a Skyler.

Después volvió a mirar al Pecado Capital.

—¿Celia?

Antrox sonrió.

—La gobernante del Anillo de la Gula.

El joven abrió ligeramente los ojos.

Había escuchado hablar de ella.

Después de todo, Celia pertenecía a los Siete Pecados Capitales, el grupo de entidades que gobernaba los principales anillos del Infierno.

Su posición diplomática y su poder estaban muy por encima de la mayoría de los habitantes infernales.

Desmond respiró profundamente.

—Vaya...

Antrox observó su expresión.

—¿Algún problema?

El joven negó rápidamente.

—No, señor.

Hizo una pausa.

—Solo que no esperaba una invitación semejante.

El demonio soltó una pequeña carcajada.

—Bueno, acostumbrarse a las sorpresas forma parte de trabajar conmigo.

Skyler sonrió.

Desmond también dejó escapar una pequeña risa.

Después formuló otra pregunta.

—¿Cuánto tiempo estaremos allá?

Antrox volvió a observar sus documentos.

—Una semana.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Una semana completa?

—Sí.

El Pecado Capital asintió.

—Hay bastante que preparar.

Señaló los papeles.

—Será una celebración grande, con invitados importantes y varias figuras influyentes del Infierno.

Su expresión se volvió más seria.

—Necesitamos asegurarnos de que todo el equipo musical funcione correctamente.

Skyler asintió.

—Entiendo.

Desmond permaneció pensativo.

Jamás había salido del Anillo de la Furia, conocido oficialmente como el Anillo de la Ira.

Desde pequeño había escuchado historias sobre los demás territorios infernales.

Sus gobernantes.

Sus costumbres.

Y las enormes diferencias que existían entre sus habitantes.

Sin embargo, nunca había tenido la oportunidad de conocerlos personalmente.

La posibilidad de viajar hasta el Anillo de la Gula despertaba una enorme curiosidad.

Pero también cierta inquietud.

Una cosa era presentarse frente a un grupo de clientes en Neffitti.

Otra completamente diferente era participar en una celebración donde estarían presentes algunos de los demonios más poderosos del Infierno.

Desmond tragó saliva.

Antrox notó su expresión.

—Bueno...

Se cruzó de brazos.

—¿Están dentro?

Skyler observó brevemente a Desmond.

Después asintió.

—Por mi parte, sí.

El joven respiró profundamente.

No parecía existir demasiado margen para rechazar aquella responsabilidad.

Además, una parte de él deseaba conocer un lugar completamente diferente.

Finalmente, sonrió.

—Vamos.

Antrox chasqueó los dedos.

—¡Excelente!

Su expresión se iluminó.

—Entonces preparen sus cosas.

Señaló hacia la puerta.

—Mañana salimos temprano.

Desmond asintió.

—Entendido.

Skyler sonrió.

—Allí estaremos.

Ambos se despidieron.

Y abandonaron la oficina.

Cuando estuvieron nuevamente en el pasillo, Desmond dejó escapar un largo suspiro.

Skyler lo observó.

—¿Qué pasa?

El joven volvió la cabeza.

—Vamos a viajar al Anillo de la Gula.

La muchacha sonrió.

—Sí, Des. Eso acaba de decirnos Antrox.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Ya lo sé.

Después levantó la mirada.

—Pero es que nunca he salido de la Furia.

Skyler lo observó con curiosidad.

—¿Nunca?

El joven negó.

—Nunca.

Permaneció pensativo.

—Siempre he vivido aquí.

La muchacha sonrió suavemente.

—Entonces será una experiencia nueva.

Desmond asintió.

—Supongo.

Después añadió:

—Espero no terminar haciendo alguna estupidez frente a todos esos demonios importantes.

Skyler soltó una carcajada.

—¡Desmond!

El joven levantó ambas manos.

—¡Solo estoy contemplando las posibilidades!

La muchacha negó divertida con la cabeza.

—Estarás bien.

Le tomó suavemente la mano.

—Confía en ti mismo.

Desmond la observó.

Después sonrió.

—Lo intentaré.

A la mañana siguiente, la casa de los hermanos Lebrozky estaba más ocupada de lo habitual.

Desmond había extendido una bolsa de lona sobre su cama y comenzaba a guardar algunas prendas.

A su lado, Skyler revisaba cuidadosamente el contenido de su maleta.

La muchacha parecía considerablemente más organizada que él.

Había separado la ropa, algunos artículos personales y los objetos que consideraba indispensables para el viaje.

Desmond, en cambio, permanecía contemplando una de sus camisetas.

—¿Tú crees que necesite otra?

Skyler levantó la mirada.

—¿Cuántas llevas?

El joven observó el interior de su bolsa.

—No sé...

Comenzó a contar.

—Una, dos, tres...

La muchacha soltó un suspiro.

—Desmond.

Él levantó la cabeza.

—¿Qué?

Skyler señaló hacia la bolsa.

—Vamos a estar una semana.

El joven permaneció pensativo.

Después miró nuevamente la camiseta.

—Tienes razón.

La guardó.

—Mejor llevo otra.

Skyler comenzó a reír.

—¡Eres imposible!

Desmond sonrió.

—Pero me quieres.

La muchacha levantó una ceja.

—Lamentablemente.

El joven soltó una carcajada.

—¡Oye!

Ambos continuaron preparando sus pertenencias.

Minutos después, un bocinazo resonó desde el exterior.

Desmond levantó inmediatamente la cabeza.

—¿Eh?

Skyler se acercó a la ventana.

Apartó ligeramente la cortina.

Y observó una camioneta negra estacionada frente a la casa.

—Es Antrox.

Desmond se acercó.

Contempló el vehículo.

—Vaya...

La muchacha sonrió.

—Parece que llegó por nosotros.

El joven cerró su bolsa.

—Entonces será mejor bajar.

Ambos recogieron sus pertenencias y abandonaron la habitación.

James los esperaba en la sala.

El joven imp llevaba ropa cómoda y sostenía una taza entre las manos.

Al verlos aparecer con el equipaje, sonrió.

—Bueno...

Se cruzó de brazos.

—Parece que los viajeros están listos.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Eso parece.

James observó la bolsa de su hermano.

Después levantó una ceja.

—¿Llevas todo?

Desmond asintió.

—Creo que sí.

Su hermano sonrió.

—Eso no me tranquiliza demasiado.

Skyler comenzó a reír.

—¡Yo revisé sus cosas!

James levantó ambas manos.

—Ah, perfecto.

Miró a Desmond.

—Entonces sí estoy tranquilo.

El joven negó divertido con la cabeza.

—Malditos traidores...

Los tres compartieron una carcajada.

Sin embargo, cuando llegó el momento de despedirse, Desmond sintió una emoción inesperada.

Era la primera vez que saldría del anillo durante varios días.

Y aunque solamente se trataba de un viaje de trabajo, le resultaba extraño pensar que dejaría atrás la casa que había construido junto a su hermano.

Se acercó a James.

Después lo abrazó con fuerza.

El imp correspondió inmediatamente.

—Cuida la casa —murmuró Desmond.

James soltó una pequeña risa.

—Tranquilo, enano.

Le dio unas palmadas en la espalda.

—Aquí estará todo cuando regreses.

Desmond sonrió.

Su hermano continuó:

—Y cuídate tú.

Hizo una pausa.

—No quiero que termines metido en problemas con algún Pecado Capital.

El joven soltó una carcajada.

—¡Haré lo posible!

James negó con la cabeza.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Skyler sonrió.

Después se acercó para despedirse también.

James la abrazó brevemente.

—Cuídense mucho.

La muchacha asintió.

—Lo haremos.

Finalmente, Desmond tomó su bolsa.

Observó una última vez el interior de la casa.

Después abrió la puerta.

Y salió junto a Skyler.

Antrox los esperaba dentro de la camioneta.

Cuando ambos se acercaron, el demonio bajó ligeramente la ventanilla.

—¡Por fin!

Desmond levantó una ceja.

—Buenos días para usted también.

Antrox soltó una carcajada.

—¡Suban, que tenemos camino por delante!

Los jóvenes acomodaron su equipaje.

Después ocuparon sus asientos.

La camioneta comenzó a avanzar.

Desmond volvió la cabeza hacia la casa.

James permanecía en la entrada.

Levantó una mano para despedirse.

El joven correspondió al gesto.

Después el vehículo dobló una esquina.

Y su hogar desapareció de la vista.

El viaje duró aproximadamente cuatro horas.

Durante los primeros tramos, Desmond permaneció observando el paisaje a través de la ventana.

Las construcciones familiares del Anillo de la Ira comenzaron a quedar atrás.

Poco a poco, el entorno cambió.

Los caminos se extendían entre regiones que el joven nunca había visitado, y las diferencias entre los territorios infernales se volvían cada vez más evidentes.

Skyler permanecía sentada a su lado.

En ocasiones conversaban sobre lo que observaban.

Otras veces simplemente disfrutaban del trayecto.

Antrox, por su parte, parecía considerablemente más animado de lo habitual.

Había comenzado a hablar sobre los preparativos de la celebración, los equipos musicales que necesitaban instalar y las personas que probablemente asistirían.

Desmond lo escuchó durante un rato.

Finalmente, una pregunta apareció en su mente.

—Señor Antrox...

El demonio levantó la mirada.

—¿Sí, muchacho?

Desmond permaneció pensativo.

—¿Cómo es Celia?

Antrox guardó silencio durante un instante.

Después su expresión cambió completamente.

Una sonrisa amplia apareció en su rostro.

—Ah...

Su voz adquirió un tono inesperadamente cálido.

—Celia...

Skyler observó discretamente a Desmond.

Ambos notaron inmediatamente la diferencia.

Antrox parecía haberse olvidado de los asuntos relacionados con el trabajo.

Se acomodó mejor en su asiento.

Después comenzó a hablar con un entusiasmo casi infantil.

—Es hermosa.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

El demonio continuó:

—Tiene la piel morena, una apariencia juvenil...

Sonrió con nostalgia.

—Aunque es tan antigua como el propio Infierno.

Skyler escuchaba atentamente.

Antrox levantó una mano, intentando describirla.

—Su aspecto es humano.

Hizo una pausa.

—Y tiene una figura muy elegante.

Sonrió.

—Una cintura definida, como un reloj de arena.

Desmond permaneció callado.

Antrox continuó:

—Además, tiene un carácter extraordinario.

Su voz adquirió una emoción difícil de ocultar.

—Es divertida, comprensiva y siempre consigue encontrar alguna manera de hacer que todo parezca menos complicado.

Skyler sonrió.

Desmond observó al Pecado Capital con curiosidad.

Jamás lo había escuchado hablar de alguien con semejante entusiasmo.

Normalmente, Antrox mantenía una actitud despreocupada.

En ocasiones parecía incapaz de permanecer quieto.

Otras se mostraba impaciente con los trabajadores.

Pero aquella vez sus palabras estaban llenas de afecto.

El joven intercambió una mirada cómplice con Skyler.

La muchacha intentó contener una sonrisa.

Desmond volvió a observar a Antrox.

—Vaya...

El demonio levantó una ceja.

—¿Qué?

Desmond se encogió de hombros.

—Nada.

Sonrió.

—Parece que le tiene mucho cariño.

Antrox permaneció inmóvil.

Después soltó una pequeña risa.

—Más del que imaginas.

Aquellas palabras despertaron todavía más curiosidad.

Pero Desmond decidió no insistir.

El viaje continuó entre conversaciones y pequeños momentos de tranquilidad.

Finalmente, después de varias horas, comenzaron a distinguirse las construcciones del Anillo de la Gula.

Desmond se acercó ligeramente a la ventana.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

El paisaje era completamente diferente de cuanto conocía.

Las formas de los edificios, sus colores y las decoraciones reflejaban una identidad propia, marcada por la abundancia y una extravagancia que parecía desafiar cualquier noción de moderación.

Skyler también observaba con fascinación.

—Es precioso...

Desmond asintió lentamente.

—Nunca había visto algo así.

Antrox sonrió con satisfacción.

—Pues todavía no han visto nada.

La camioneta continuó avanzando.

Hasta que finalmente apareció frente a ellos una construcción monumental.

El Palacio Gluttora.

Desmond permaneció inmóvil.

—Por todos los anillos...

El edificio parecía haber sido diseñado alrededor de las formas de un enorme panal.

Sus paredes presentaban estructuras hexagonales que reflejaban una iluminación dorada.

Las columnas parecían estar cubiertas por una superficie brillante, semejante a la miel.

Y los jardines que rodeaban la entrada estaban decorados con figuras de colores intensos, fuentes y estructuras que evocaban dulces y alimentos de formas extraordinarias.

Skyler contempló el palacio con una sonrisa de asombro.

—Es increíble...

Antrox soltó una pequeña carcajada.

—Bienvenidos a Gluttora.

El vehículo se detuvo frente a la entrada.

Los tres descendieron.

Desmond respiró profundamente.

Entonces percibió un aroma peculiar.

Dulce.

Agradable.

Muy diferente del ambiente que acostumbraba encontrar en la disquera.

Skyler también lo notó.

—¿Hueles eso?

El joven asintió.

—Sí...

Antrox sonrió.

—Algodón de azúcar.

Desmond levantó una ceja.

—¿En serio?

El demonio asintió.

—Celia tiene gustos bastante particulares.

El muchacho observó nuevamente el edificio.

—Eso ya lo estoy notando.

Antrox se acercó a la entrada.

Sacó una llave.

Y abrió la enorme puerta con una naturalidad que sorprendió a Desmond.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Usted tiene llave?

Antrox volvió la cabeza.

—Claro.

Desmond observó a Skyler.

Después al demonio.

—¿Así nada más?

Antrox soltó una carcajada.

—Muchacho, llevo viniendo aquí desde hace muchísimo tiempo.

Hizo una pausa.

—Sería bastante incómodo tener que anunciarme cada vez.

Skyler sonrió.

Desmond permaneció pensativo.

Aquella familiaridad despertó nuevamente su curiosidad.

Pero antes de que pudiera formular otra pregunta, Antrox abrió completamente la puerta.

—Vamos.

Los jóvenes lo siguieron.

El interior del palacio resultaba todavía más extravagante que su fachada.

Las paredes continuaban presentando patrones semejantes a los de un panal.

La iluminación dorada se reflejaba sobre un suelo brillante que parecía cubierto por una fina capa de miel perfectamente pulida.

Enormes cuadros abstractos adornaban los corredores.

Algunos mostraban figuras geométricas de colores intensos.

Otros representaban composiciones difíciles de interpretar, pero visualmente llamativas.

El aroma a algodón de azúcar era todavía más evidente.

Desmond observaba todo con una fascinación casi infantil.

—Esto es una locura...

Skyler soltó una pequeña risa.

—Una locura bastante bonita.

El joven asintió.

—Eso sí.

Antrox comenzó a dar indicaciones sobre dónde debían colocar los equipos musicales.

Skyler se acercó para ayudarlo.

Ambos regresaron hacia la camioneta y comenzaron a descargar varios materiales.

Desmond colaboró durante los primeros minutos.

Sin embargo, mientras transportaba algunos objetos hacia el salón principal, algo llamó poderosamente su atención.

En uno de los extremos de la habitación descansaba un piano.

Pero no era un instrumento común.

Su estructura tenía una forma inspirada en un panal.

La superficie combinaba tonos dorados y amarillos, mientras las teclas destacaban bajo la iluminación del salón.

Desmond permaneció inmóvil.

Observó el instrumento.

Después dejó cuidadosamente los materiales que llevaba sobre una mesa cercana.

—Vaya...

Se acercó lentamente.

Recorrió la superficie con la mirada.

El diseño era moderno.

Elegante.

Y completamente diferente de los pianos tradicionales que había conocido.

El joven extendió una mano.

Acarició suavemente la madera.

Después observó el taburete.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Finalmente, sonrió.

—Bueno...

Se sentó.

Acomodó la postura.

Y colocó las manos sobre las teclas.

Presionó suavemente una de ellas.

Una nota resonó por todo el salón.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

El sonido era limpio.

Profundo.

Y poseía una resonancia que inmediatamente despertó su entusiasmo.

Probó otra tecla.

Después una tercera.

Sonrió.

—Qué maravilla...

Durante unos segundos permaneció explorando el instrumento.

Finalmente, una melodía comenzó a formarse en su mente.

Recordó una composición que había estudiado tiempo atrás.

Una pieza exigente, caracterizada por cambios de ritmo, pasajes intensos y una agilidad considerable.

«Czardas», de Vittorio Monti.

Desmond respiró profundamente.

Colocó nuevamente las manos sobre el teclado.

Y comenzó a tocar.

Las primeras notas resonaron suavemente.

La melodía tenía un carácter melancólico, casi contemplativo.

Desmond movía los dedos con precisión.

Cada nota parecía surgir con naturalidad.

Su expresión comenzó a transformarse.

La curiosidad inicial desapareció.

Ahora estaba completamente concentrado.

La pieza avanzó lentamente.

Después el ritmo comenzó a cambiar.

Los movimientos de sus manos se volvieron más rápidos.

Las notas se sucedían con una agilidad cada vez mayor.

El piano respondía perfectamente a cada presión.

Y la música comenzó a llenar el inmenso salón principal.

Desde uno de los corredores, Skyler levantó inmediatamente las orejas.

—¿Escuchaste eso?

Antrox dejó de acomodar un equipo.

Permaneció inmóvil.

Después sonrió.

—Sí...

Ambos siguieron el sonido.

Cuando llegaron al salón, encontraron a Desmond sentado frente al piano.

El joven no parecía haberse dado cuenta de su presencia.

Sus dedos se movían rápidamente sobre las teclas.

La melodía alternaba momentos de suavidad con pasajes intensos, demostrando una habilidad que incluso Skyler, acostumbrada a escuchar sus composiciones, no había tenido demasiadas oportunidades de presenciar.

La muchacha permaneció fascinada.

—Desmond...

Su voz fue apenas un susurro.

Antrox cruzó los brazos.

Observó atentamente la interpretación.

Una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro.

Durante aproximadamente cuatro minutos, Desmond permaneció completamente entregado a la música.

No parecía interesado en impresionar a nadie.

Simplemente disfrutaba del instrumento.

De la composición.

Y de aquella sensación de libertad que experimentaba cada vez que conseguía expresar algo mediante una melodía.

Finalmente, las últimas notas resonaron por el salón.

Desmond dejó que el sonido se desvaneciera lentamente.

Sus manos permanecieron sobre las teclas durante unos segundos.

Después respiró profundamente.

Una sonrisa satisfecha apareció en su rostro.

—Uf...

Se acomodó sobre el taburete.

—Qué maravilla de piano...

Entonces escuchó algo.

Un aplauso.

Lento.

Claro.

Procedente de uno de los corredores.

Desmond volvió inmediatamente la cabeza.

Y permaneció completamente inmóvil.

Una mujer acababa de aparecer en la entrada del salón.

Era alta.

Su piel tenía una tonalidad morena.

Su cabello combinaba tonos amarillo-cafecinos con pequeños matices rosados, formando un estilo asimétrico que resultaba imposible de ignorar.

Un flequillo cubría parcialmente su ojo izquierdo, mientras el lado derecho de su cabeza estaba rapado.

Vestía un largo vestido naranja que contrastaba curiosamente con unos tenis grises.

Varias pulseras adornaban sus muñecas.

Y sus piercings aportaban a su apariencia un carácter rebelde que parecía contradecir la imagen tradicional de una gobernante infernal.

Sin embargo, su postura transmitía una autoridad natural.

No necesitaba una corona.

Ni una escolta.

Su presencia bastaba para dejar claro que no se trataba de una habitante común.

La mujer continuó aplaudiendo.

Después sonrió ampliamente.

—Vaya...

Desmond se incorporó rápidamente.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

La mujer se acercó.

—Ni en todos mis años podría tocar con semejante agilidad.

Su voz era cálida y expresiva.

Observó el piano.

Después volvió a mirar al joven.

—Ha sido una interpretación preciosa.

Desmond sintió que las mejillas comenzaban a calentársele.

—Muchas gracias...

La mujer sonrió.

—¿Cómo te llamas, joven?

El muchacho respiró profundamente.

Después inclinó ligeramente la cabeza.

—Desmond.

Hizo una pequeña reverencia.

—Desmond Lebrozky, señorita.

La mujer levantó ligeramente las cejas.

—Desmond...

Repitió el nombre.

Después sonrió.

—Un placer conocerte.

El joven levantó lentamente la mirada.

—Igualmente.

La mujer soltó una pequeña risa.

—No tienes que estar tan nervioso.

Desmond sonrió con cierta vergüenza.

—Disculpe...

Ella negó divertida con la cabeza.

—No pasa nada.

Después observó nuevamente el instrumento.

—Parece que mi piano finalmente encontró a alguien que sabe aprovecharlo.

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—Es un instrumento maravilloso.

La mujer sonrió satisfecha.

—Me alegra que te guste.

En ese momento, una voz resonó desde el otro extremo del salón.

—¡CELIA!

Desmond volvió inmediatamente la cabeza.

Antrox acababa de aparecer.

Pero su comportamiento era completamente diferente del habitual.

El Pecado Capital avanzó apresuradamente hacia la mujer.

Su expresión estaba iluminada por una alegría que Desmond jamás le había visto.

Celia levantó la mirada.

Cuando lo reconoció, sus ojos se abrieron con entusiasmo.

—¡Anthony!

Extendió los brazos.

Antrox se acercó.

Y la abrazó con una fuerza que parecía contener años de afecto.

Celia correspondió inmediatamente.

Una carcajada alegre escapó de sus labios.

—¡Hace tanto que no te veía!

Su voz estaba cargada de emoción.

—¿Cómo has estado?

Antrox sonrió ampliamente.

—¡Bien, bien!

Se separó ligeramente para observarla.

—¡Muchísimo mejor ahora!

Celia soltó una carcajada.

—¡Sigues siendo el mismo!

El demonio levantó una ceja.

—¿Y eso se supone que es algo malo?

Ella negó divertida con la cabeza.

—Por supuesto que no.

Volvió a abrazarlo.

Desmond permaneció inmóvil.

Observó aquella escena con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

Nunca había visto a Antrox comportarse de aquella manera.

El demonio, que habitualmente podía mostrarse impaciente, despreocupado o irritable, ahora parecía un muchacho emocionado por reencontrarse con alguien a quien llevaba demasiado tiempo sin ver.

Skyler se acercó discretamente a Desmond.

La muchacha observó a los dos Pecados Capitales.

Después susurró:

—Ahora entiendo por qué hablaba tanto de ella.

Desmond asintió lentamente.

—Sí...

Su expresión permanecía intrigada.

—Aunque creo que hay algo más.

Skyler volvió la mirada.

—¿A qué te refieres?

El joven observó a Antrox.

—No sé...

Hizo una pausa.

—Pero nunca lo había visto tan feliz.

La muchacha sonrió suavemente.

—Quizás son muy cercanos.

Desmond permaneció pensativo.

—Quizás...

Mientras tanto, Celia continuaba conversando animadamente con Antrox.

Después de unos minutos, la gobernante de la Gula volvió a observar a los jóvenes.

—Bueno...

Sonrió ampliamente.

—Supongo que ustedes son quienes van a ayudarnos con la celebración.

Skyler asintió.

—Sí, señorita Celia.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

—Así es.

La mujer sonrió.

—Perfecto.

Después hizo un pequeño gesto con la mano.

—Entonces considérense bienvenidos a Gluttora.

Su expresión adquirió un tono juguetón.

—Y espero que no se queden con hambre mientras estén aquí.

Antrox soltó una carcajada.

—¡Eso sería prácticamente imposible!

Celia rio con entusiasmo.

Desmond y Skyler también comenzaron a sonreír.

La tensión inicial había desaparecido.

Al menos por el momento, el Palacio Gluttora parecía un lugar mucho más acogedor de lo que Desmond había imaginado.

El resto de la tarde transcurrió entre preparativos.

Antrox supervisaba la instalación del equipo musical mientras Skyler colaboraba con los técnicos.

Desmond se encargó de revisar algunos instrumentos, comprobar conexiones y ayudar a organizar las zonas donde se realizarían las presentaciones.

Celia aparecía ocasionalmente para observar los avances.

En algunas ocasiones ofrecía indicaciones.

En otras simplemente conversaba con los trabajadores, interesándose por su bienestar y asegurándose de que todos tuvieran lo necesario.

Aquella actitud sorprendió a Desmond.

Había crecido escuchando historias sobre los Pecados Capitales.

Figuras poderosas.

Autoridades prácticamente intocables.

Entidades cuya presencia podía provocar temor incluso entre demonios influyentes.

Sin embargo, Celia parecía disfrutar sinceramente de la compañía de quienes trabajaban en su palacio.

No trataba a los sirvientes con desprecio.

Tampoco parecía obsesionada con recordarles su posición.

Era evidente que conocía su poder.

Pero no necesitaba exhibirlo constantemente.

Desmond observó aquel comportamiento con curiosidad.

En varias ocasiones recordó a Marta.

Su madre siempre le había enseñado que la verdadera grandeza de una persona no dependía de cuántos individuos obedecieran sus órdenes.

Sino de cómo trataba a quienes no podían ofrecerle nada a cambio.

El joven sonrió ligeramente.

Quizás Celia era una de las pocas gobernantes infernales que realmente comprendía aquella diferencia.

Conforme avanzó la noche, los trabajos comenzaron a terminar.

Los equipos habían sido colocados.

Las principales conexiones estaban listas.

Y los técnicos habían completado varias pruebas de sonido.

Antrox observó el resultado con satisfacción.

—Bien...

Se cruzó de brazos.

—Por hoy es suficiente.

Skyler dejó escapar un suspiro.

—Menos mal...

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—¿Cansada?

La muchacha lo miró.

—Un poquito.

El joven sonrió.

—Yo también.

Antrox levantó una ceja.

—¡No se acostumbren demasiado!

Hizo una pausa.

—Mañana todavía tendremos bastante trabajo.

Desmond negó divertido con la cabeza.

—Eso ya lo imaginaba.

Poco después, Celia apareció para indicarles dónde podrían descansar.

Había preparado habitaciones para los trabajadores y los invitados que participarían en la organización del evento.

Desmond y Skyler agradecieron la hospitalidad.

Después recogieron sus pertenencias y se dirigieron hacia el sector correspondiente.

La habitación que les habían asignado era amplia.

Tenía una cama cómoda, varios muebles y una ventana desde la cual podía observarse parte del paisaje del Anillo de la Gula.

Skyler dejó su maleta junto al armario.

Después se sentó sobre la cama.

—Qué día...

Desmond soltó una pequeña risa.

—Y apenas es el primero.

La muchacha se dejó caer hacia atrás.

—No me recuerdes eso...

El joven comenzó a reír.

Después se acercó.

Le acarició suavemente el cabello.

—Descansa, preciosa.

Skyler levantó la mirada.

Sonrió.

—Tú también.

Desmond se inclinó.

Le dio un beso suave en los labios.

Después comenzó a prepararse para dormir.

Sin embargo, aquella noche el sueño no llegó con facilidad.

Skyler se había quedado profundamente dormida.

Su respiración era tranquila.

Sus orejas permanecían relajadas.

Y su expresión reflejaba el cansancio acumulado durante el viaje y los preparativos.

Desmond, en cambio, continuaba despierto.

Estaba acostado boca arriba.

Observaba el techo.

Y no podía dejar de pensar en Antrox.

La manera en que había hablado de Celia durante el viaje.

La alegría que mostró al reencontrarse con ella.

Y aquella familiaridad que parecía existir entre ambos.

Había algo en esa relación que despertaba su curiosidad.

Antrox era una figura extraña dentro de los Pecados Capitales.

Su personalidad resultaba considerablemente diferente de la imagen tradicional de un gobernante infernal.

Era inquieto.

Hablaba rápidamente.

En ocasiones parecía incapaz de permanecer concentrado en una misma actividad durante demasiado tiempo.

Y aunque poseía una autoridad indiscutible, muchas veces se comportaba de una manera que Desmond habría considerado más propia de un joven despreocupado.

Sin embargo, Celia lo trataba con un afecto que parecía ir mucho más allá de una amistad ocasional.

Desmond volvió lentamente la cabeza hacia Skyler.

La muchacha continuaba durmiendo.

El joven sonrió.

Después contempló nuevamente el techo.

—¿Qué historia tendrán esos dos...?

Su voz apenas fue un murmullo.

Durante varios minutos intentó conciliar el sueño.

Pero la curiosidad continuaba ocupando sus pensamientos.

Finalmente, soltó un suspiro.

Se incorporó lentamente.

Retiró las sábanas.

Y abandonó la cama con cuidado.

No quería despertar a Skyler.

Se puso algo de ropa.

Acomodó su cabello.

Después caminó hacia la puerta.

Antes de salir, volvió a observar a su pareja.

La muchacha permanecía profundamente dormida.

Desmond sonrió con ternura.

—Ahora vuelvo...

Abrió la puerta.

Y salió.

Los corredores del Palacio Gluttora estaban prácticamente desiertos.

La iluminación nocturna proyectaba reflejos dorados sobre las paredes hexagonales.

El aroma dulce que había percibido durante el día continuaba presente, aunque ahora resultaba más tenue.

Desmond caminó lentamente.

Durante varios minutos recorrió los pasillos buscando el sector donde se encontraba la habitación principal.

Había observado a Celia dirigirse hacia allí después de terminar los preparativos.

No sabía si sería apropiado visitarla a semejantes horas.

Después de todo, estaba hablando de una de las entidades más poderosas del Infierno.

Pero la curiosidad terminó por vencerlo.

Finalmente, llegó frente a una enorme puerta.

Permaneció inmóvil.

Respiró profundamente.

Y golpeó suavemente.

Pasaron unos segundos.

Después escuchó algunos pasos.

La puerta comenzó a abrirse.

Celia apareció al otro lado.

Llevaba una bata de baño.

Su cabello todavía estaba húmedo y varios mechones caían libremente sobre sus hombros.

Al reconocer a Desmond, levantó ligeramente las cejas.

—¿Desmond?

El joven se enderezó inmediatamente.

—Señorita Celia...

Su voz adquirió un tono nervioso.

—Disculpe que la moleste.

La mujer lo observó con curiosidad.

Desmond continuó:

—No quería interrumpirla en un momento inoportuno.

Celia permaneció inmóvil durante un instante.

Después soltó una pequeña risa.

—Tranquilo, jovencito.

Se apartó ligeramente.

—No pasa nada.

Desmond levantó la mirada.

La mujer sonrió.

—Entra.

El joven vaciló.

—¿Está segura?

Celia soltó una carcajada.

—Desmond, si me molestara tu presencia, simplemente te habría dicho que regresaras mañana.

El muchacho sonrió con cierta vergüenza.

—Tiene razón...

Finalmente, cruzó la entrada.

La habitación principal del Palacio Gluttora resultaba sorprendentemente sencilla en comparación con el resto de la residencia.

Aunque sus dimensiones eran considerables, la decoración era mucho más discreta.

Una enorme cama redonda ocupaba una parte importante del espacio.

Había un armario amplio, algunos muebles cuidadosamente seleccionados y varias decoraciones que aportaban calidez sin recargar demasiado el ambiente.

Desmond observó el lugar.

—Vaya...

Celia cerró la puerta.

Después volvió la mirada hacia él.

—¿Qué pasa?

El joven sonrió.

—Pensé que su habitación sería un poco más...

Buscó las palabras adecuadas.

—Extravagante.

La mujer soltó una carcajada.

—¿Más extravagante que el resto del palacio?

Desmond asintió.

—Algo así.

Celia negó divertida con la cabeza.

—Créeme, muchacho.

Se acercó a la cama.

—Después de pasar todo el día rodeada de tanta decoración, agradezco tener un lugar donde descansar sin sentir que estoy dentro de una confitería gigante.

Desmond comenzó a reír.

—Eso tiene bastante sentido.

La mujer sonrió.

Después tomó asiento sobre la cama.

Le indicó al joven que hiciera lo mismo.

—Ven.

Desmond se acercó.

Se sentó a una distancia respetuosa.

Celia acomodó su cabello húmedo.

Después lo observó con una sonrisa curiosa.

—Bueno...

Inclinó ligeramente la cabeza.

—¿A qué se debe la intrusión, jovencito?

Su tono era juguetón.

Desmond soltó una pequeña risa nerviosa.

—Es una pregunta un poco personal.

La mujer levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

El joven asintió.

—Sí.

Celia se acomodó.

—Adelante.

Desmond respiró profundamente.

Después formuló la pregunta que llevaba horas ocupando sus pensamientos.

—¿Por qué Anthony le tiene tanto cariño?

La mujer permaneció inmóvil.

Durante unos segundos no respondió.

Desmond continuó:

—Nunca lo había visto comportarse de esa manera.

Hizo una pausa.

—Normalmente es bastante serio... bueno, a su manera.

Celia soltó una pequeña risa.

El joven sonrió.

—Pero cuando la vio...

Buscó las palabras adecuadas.

—Parecía un niño.

La gobernante de la Gula bajó lentamente la mirada.

Durante varios segundos permaneció pensativa.

Después una sonrisa nostálgica apareció en su rostro.

—Anthony...

Pronunció aquel nombre con una ternura que Desmond notó inmediatamente.

La mujer se llevó una mano al cabello.

Acomodó algunos mechones todavía húmedos.

Después dejó escapar un suspiro.

—Anthony y yo...

Hizo una pausa.

—Compartimos una historia.

Desmond permaneció atento.

Celia levantó la mirada.

Su expresión había cambiado.

Ya no parecía la gobernante alegre que había conocido durante la tarde.

Había una nostalgia profunda en sus ojos.

Y algo más.

Una tristeza antigua.

De esas que no desaparecen completamente, incluso después de incontables años.

—Una historia que quizás no esperas —añadió.

Desmond permaneció callado.

La mujer respiró profundamente.

Después contempló brevemente la habitación.

Y comenzó a hablar.

—Para entender a Anthony, primero tienes que comprender cómo comenzó nuestra existencia.

Desmond levantó ligeramente la cabeza.

Celia continuó:

—Hace muchísimo tiempo, cuando el Infierno todavía estaba dando forma a sus primeras estructuras, nacimos nosotros.

Los Siete Pecados Capitales.

La mujer guardó silencio durante unos segundos.

Sus ojos parecían contemplar algo que había ocurrido en una época demasiado lejana para cualquier habitante común.

—Todavía recuerdo aquel despertar.

Su voz se volvió más pausada.

—Éramos entidades nacidas para representar fuerzas que marcarían la existencia de innumerables almas.

Hizo una pausa.

—Cada uno de nosotros poseía una naturaleza distinta.

Una identidad.

Un poder.

Y un lugar dentro del orden que comenzaba a construirse.

Desmond escuchaba sin interrumpir.

Celia continuó:

—Algunos de mis hermanos despertaron con una presencia que resultaba imposible de ignorar.

Su expresión se volvió seria.

—La Ira parecía llevar consigo una violencia capaz de estremecer cuanto la rodeaba.

La Lujuria irradiaba una intensidad difícil de describir.

Y la Envidia...

Soltó un pequeño suspiro.

—La Envidia siempre tuvo una manera particular de observar aquello que pertenecía a los demás.

Desmond permaneció inmóvil.

Jamás había escuchado a un Pecado Capital hablar con tanta naturalidad sobre el nacimiento de los demás.

Celia bajó lentamente la mirada.

—Todos parecían tener un lugar definido.

Hizo una pausa.

—Todos, excepto uno.

Desmond sintió que algo se tensaba en su pecho.

La mujer levantó lentamente los ojos.

—Antrox.

El nombre permaneció suspendido entre ambos.

Celia respiró profundamente.

Después continuó:

—Desde el principio fue diferente.

Su expresión adquirió un tono melancólico.

—Mientras los demás mostraban una autoridad imponente, Anthony parecía incapaz de comportarse de la manera que se esperaba de él.

Desmond permaneció atento.

—Era pequeño.

Inquieto.

Y tenía una energía que parecía no agotarse nunca.

Celia sonrió con nostalgia.

—Hablaba demasiado rápido.

Se movía de un lado a otro.

Y encontraba motivos para reír incluso en los momentos en que todos los demás permanecían completamente serios.

Desmond dejó escapar una pequeña risa.

Aquella descripción resultaba demasiado familiar.

La mujer correspondió a su sonrisa.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian.

Después su expresión volvió a ensombrecerse.

—Pero mis hermanos no lo veían de aquella manera.

El joven dejó de sonreír.

Celia continuó:

—Para ellos, Anthony era una anomalía.

Hizo una pausa.

—Un Pecado Capital que no se comportaba como debía.

Su voz se volvió más grave.

—Algunos comenzaron a llamarlo un error.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Un error?

La mujer asintió lentamente.

—Sí.

Observó sus manos.

—Eso decían.

Su expresión se endureció.

—Que había nacido defectuoso.

Que no poseía la grandeza que debía caracterizar a una entidad de nuestro rango.

Y que su comportamiento resultaba vergonzoso para el resto.

Desmond sintió una punzada de indignación.

—Pero eso no tiene sentido...

Celia levantó la mirada.

El joven continuó:

—Antrox puede ser bastante inquieto, pero...

Hizo una pausa.

—Es inteligente.

La mujer sonrió débilmente.

—Lo sé.

Desmond negó lentamente con la cabeza.

—Y ha conseguido construir una disquera enorme.

Celia asintió.

—Precisamente.

Su expresión volvió a ensombrecerse.

—Pero en aquellos tiempos, nadie parecía interesado en descubrir de qué era capaz.

La mujer respiró profundamente.

—Solo veían lo que no encajaba con sus expectativas.

Durante varios segundos permanecieron callados.

Finalmente, Celia continuó su relato.

—Los demás comenzaron a discutir qué debían hacer con él.

Desmond levantó lentamente la mirada.

—¿Qué querían hacerle?

La mujer soltó un suspiro.

—Algunos consideraban que no debía compartir el mismo espacio de poder que nosotros.

Hizo una pausa.

—Decían que su presencia debilitaba la imagen de los Pecados Capitales.

El joven apretó ligeramente los labios.

Celia continuó:

—Pero tampoco podían destruirlo.

Su voz se volvió más fría.

—No podían eliminar algo que ya había sido creado como parte de nuestro orden.

Desmond permaneció inmóvil.

—Entonces...

La mujer asintió lentamente.

—Decidieron apartarlo.

Hizo una pausa.

—Le asignaron una responsabilidad que consideraban inferior a las nuestras.

El joven la observó con atención.

Celia continuó:

—Supervisar a los sabuesos infernales.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

Inmediatamente pensó en Skyler.

La muchacha pertenecía precisamente a aquella especie.

Celia observó su reacción.

—En aquella época, los sabuesos eran tratados con muchísimo desprecio por buena parte de las jerarquías infernales.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Muchos los consideraban criaturas útiles únicamente para obedecer órdenes, proteger propiedades o participar en conflictos.

Desmond bajó lentamente la mirada.

La mujer continuó:

—Mis hermanos creyeron que enviar a Anthony con ellos sería una manera de mantenerlo lejos de los asuntos importantes.

Soltó una pequeña risa amarga.

—Una condena disfrazada de responsabilidad.

El joven permaneció inmóvil.

Celia cerró los ojos durante un instante.

Después recordó aquellas palabras que había escuchado hacía incontables años.

—«Que cuide a esas bestias».

Su voz adquirió un tono de profundo desprecio al repetir la frase.

—«Quizás así deje de causarnos problemas».

Desmond sintió que la mandíbula se le tensaba.

La mujer lo observó.

—Eso dijeron.

El joven negó lentamente con la cabeza.

—Es horrible...

Celia asintió.

—Lo fue.

Permaneció callada durante unos segundos.

Después una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Pero ocurrió algo que ninguno de ellos esperaba.

Desmond levantó la mirada.

—¿Qué cosa?

Celia respiró profundamente.

—Anthony encontró un propósito.

La mujer se acomodó mejor sobre la cama.

Su expresión adquirió una calidez que no había mostrado durante los últimos minutos.

—Al principio, muchos sabuesos desconfiaban de él.

Hizo una pausa.

—Después de todo, pertenecía al mismo grupo de entidades que los había tratado como criaturas inferiores durante tanto tiempo.

Desmond asintió lentamente.

Celia continuó:

—Pero Anthony no llegó comportándose como un amo.

Su sonrisa se amplió.

—No intentó imponer su autoridad mediante amenazas.

Tampoco los trató como herramientas.

La mujer soltó una pequeña risa.

—Simplemente comenzó a acercarse.

Desmond permaneció atento.

—Hablaba con ellos.

Los escuchaba.

Y, en ocasiones, se pasaba horas jugando con los más jóvenes.

Celia sonrió con nostalgia.

—Era incapaz de permanecer quieto.

Desmond soltó una pequeña carcajada.

La mujer continuó:

—Corría de un lado a otro, organizaba actividades y encontraba cualquier excusa para compartir tiempo con aquellos a quienes debía supervisar.

Su expresión se volvió más tierna.

—Y poco a poco, los sabuesos comenzaron a comprender que él era diferente.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Pensó nuevamente en Skyler.

En todas las dificultades que había enfrentado.

Y en la manera en que, incluso dentro de una sociedad donde los sabuesos cumplían funciones importantes, todavía existían prejuicios contra ellos.

Celia continuó:

—Anthony les ofreció algo que muchos nunca habían recibido.

Hizo una pausa.

—Comprensión.

Su voz se suavizó.

—Y afecto.

Desmond permaneció callado.

La mujer sonrió.

—No los veía como bestias.

Los veía como personas.

El joven sintió una calidez inesperada en el pecho.

Aquellas palabras le recordaron inmediatamente las enseñanzas de Marta.

La manera en que su madre insistía en tratar a todos con respeto, sin importar su especie o posición.

Desmond sonrió ligeramente.

—Ahora entiendo por qué trabaja tanto con sabuesos...

Celia asintió.

—Exactamente.

Después su expresión se volvió más seria.

—Pero aunque encontró un lugar donde sentirse útil, el desprecio de mis hermanos nunca desapareció.

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Cada vez que regresaba a alguna reunión, los comentarios comenzaban.

Su voz adquirió un tono amargo.

—Se burlaban de su tamaño.

De su manera de hablar.

De sus movimientos.

Y de aquella energía que nunca parecía conseguir controlar.

Desmond frunció el ceño.

Celia continuó:

—Lo llamaban el bufón del Infierno.

Hizo una pausa.

—El Pecado que nunca debió ser.

El joven permaneció completamente inmóvil.

Aquellas palabras le provocaron una profunda indignación.

Durante unos segundos no supo qué responder.

Finalmente, murmuró:

—Qué crueldad...

Celia bajó lentamente la mirada.

—Sí.

Su voz fue apenas un susurro.

—Y lo peor era que Anthony intentaba fingir que no le importaba.

Desmond levantó la cabeza.

La mujer continuó:

—Cuando alguien se burlaba de él, respondía con una broma.

Hizo una pausa.

—Si lo despreciaban, sonreía.

Y cuando le decían que era un fracaso...

Su voz se quebró ligeramente.

—Soltaba una carcajada.

Desmond permaneció callado.

Celia respiró profundamente.

—Pero yo lo veía.

Levantó lentamente la mirada.

—Veía cómo aquellas palabras lo afectaban.

El joven sintió un nudo en la garganta.

La mujer continuó:

—Anthony no era bueno expresando lo que sentía.

Su mente siempre estaba ocupada con demasiadas cosas.

A veces comenzaba una conversación y terminaba hablando de algo completamente diferente.

Otras veces parecía incapaz de permanecer sentado durante más de unos minutos.

Celia sonrió con tristeza.

—Pero detrás de toda aquella energía había alguien profundamente solo.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Pensó en Antrox.

En su manera de hablar.

En las ocasiones en que parecía utilizar las bromas para evitar conversaciones demasiado serias.

Y en aquella alegría desbordante que había mostrado al reencontrarse con Celia.

Por primera vez comenzó a comprender que quizás existía una historia dolorosa detrás de aquel comportamiento.

La mujer continuó:

—Muchos consideraban que su hiperactividad era simplemente una falta de disciplina.

Su expresión se endureció.

—Que debía aprender a controlarse.

Que tenía que comportarse como los demás.

Hizo una pausa.

—Pero Anthony no había elegido ser así.

Desmond permaneció atento.

Celia bajó lentamente la mirada.

—Su mente siempre funcionó a una velocidad diferente.

Era como si tuviera demasiadas ideas intentando salir al mismo tiempo.

Su voz se volvió más suave.

—Y, aunque a veces podía resultar agotador seguirle el ritmo, yo nunca creí que aquello lo hiciera inferior.

El joven asintió lentamente.

La mujer sonrió.

—Al contrario.

Hizo una pausa.

—Me parecía extraordinario.

Desmond levantó la mirada.

Celia continuó:

—Mientras mis hermanos veían una anomalía, yo veía a alguien lleno de posibilidades.

Su expresión adquirió una calidez profunda.

—Alguien que necesitaba comprensión, no desprecio.

El joven permaneció callado.

La mujer contempló brevemente una de las ventanas.

Después continuó:

—Comencé a pasar más tiempo con él.

Hizo una pausa.

—Lo visitaba mientras trabajaba con los sabuesos.

Lo acompañaba cuando tenía que asistir a reuniones.

Y cuando los demás comenzaban a burlarse, procuraba recordarle que no tenía que convertirse en otra persona para merecer respeto.

Desmond sonrió suavemente.

Celia también.

—Una vez...

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Lo encontré sentado completamente solo.

El joven levantó ligeramente la cabeza.

La mujer continuó:

—Había tenido un día terrible.

Mis hermanos se habían burlado de él frente a varios subordinados.

Y, por primera vez en mucho tiempo, Anthony no parecía tener fuerzas para responder con alguna de sus bromas.

Desmond permaneció atento.

Celia respiró profundamente.

—Me senté a su lado.

Hice algunas preguntas.

Pero apenas respondió.

La mujer sonrió con tristeza.

—Simplemente permanecía mirando el suelo.

Desmond sintió una punzada en el pecho.

Celia continuó:

—Entonces le dije algo.

Su voz se volvió más firme.

—«Eres más fuerte de lo que crees, Antrox».

El joven permaneció inmóvil.

La mujer cerró lentamente los ojos.

—Recuerdo que levantó la mirada.

Hizo una pausa.

—Después soltó una carcajada.

Su sonrisa se volvió nostálgica.

—Dijo alguna tontería sobre que necesitaba ser fuerte para soportar a tantos idiotas.

Desmond comenzó a reír suavemente.

Celia también dejó escapar una pequeña carcajada.

Pero su expresión volvió a entristecerse.

—Sin embargo, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Desmond dejó de sonreír.

La mujer respiró profundamente.

—Aquella fue una de las pocas veces en que comprendí cuánto le dolía todo lo que estaba viviendo.

Durante varios segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, Celia continuó:

—Desde entonces, nuestra relación se volvió todavía más cercana.

Su voz adquirió un tono lleno de cariño.

—No fui solamente su hermana.

Fui su refugio.

Desmond levantó lentamente la mirada.

La mujer sonrió.

—El lugar al que podía regresar sin tener que fingir.

Hizo una pausa.

—Donde podía hablar demasiado, reír cuando quisiera y comportarse como realmente era.

Desmond permaneció pensativo.

Después murmuró:

—Por eso se puso tan feliz cuando la vio...

Celia asintió.

—Sí.

Su sonrisa se volvió más cálida.

—Anthony sabe que aquí siempre será bienvenido.

El joven observó brevemente la habitación.

Después volvió a mirar a la gobernante de la Gula.

Comprendió que aquella hospitalidad no era simplemente una cortesía entre Pecados Capitales.

Para Antrox, Celia representaba algo mucho más importante.

Una persona que lo había aceptado cuando el resto de su propia familia decidió rechazarlo.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Pensó en Marta.

En Miguel.

Y en James.

Su propia familia adoptiva.

Personas que no compartían su sangre, pero que habían decidido amarlo sin exigirle que fuera alguien diferente.

Aquel parecido le provocó una emoción inesperada.

Celia observó su expresión.

—¿En qué piensas?

El joven levantó la mirada.

Después sonrió débilmente.

—En mi familia.

La mujer permaneció atenta.

Desmond continuó:

—Yo también crecí con personas que me aceptaron aunque no compartíamos la misma sangre.

Celia sonrió suavemente.

—Entonces quizás puedas comprender mejor de lo que imaginas lo que Anthony encontró entre los sabuesos.

El joven asintió lentamente.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Creo que sí.

Durante unos segundos permanecieron callados.

Después Desmond formuló otra pregunta.

—¿Y qué ocurrió después?

Celia levantó ligeramente las cejas.

—¿Después?

El joven asintió.

—¿Cómo terminó creando Hellbeat Records?

La mujer sonrió inmediatamente.

—Ah...

Su expresión recuperó parte de aquella alegría que había mostrado durante la tarde.

—Esa es otra historia interesante.

Desmond se acomodó ligeramente sobre la cama.

Celia continuó:

—Mis hermanos cometieron un error cuando decidieron apartarlo.

Hizo una pausa.

—Creyeron que, manteniéndolo ocupado con los sabuesos, nunca tendría la oportunidad de desarrollar algo verdaderamente importante.

Desmond permaneció atento.

La mujer sonrió.

—Pero Anthony siempre tuvo una mente extraordinariamente creativa.

Su energía era desbordante.

Y necesitaba encontrar maneras de utilizarla.

Celia observó brevemente sus manos.

—Fue durante aquellos años cuando descubrió algo que terminaría cambiando su vida.

Desmond levantó una ceja.

—La música.

La mujer asintió.

—Exactamente.

Su sonrisa se amplió.

—Los ritmos, las vibraciones, las melodías...

Hizo una pausa.

—Todo parecía encajar con la velocidad de sus pensamientos.

Desmond permaneció inmóvil.

Aquello le resultaba familiar.

Él mismo había encontrado en la música una manera de expresar sentimientos que no conseguía explicar mediante una conversación.

Celia continuó:

—Al principio era simplemente una distracción.

Anthony experimentaba con sonidos.

Golpeaba objetos para producir ritmos.

Intentaba combinar melodías que otros consideraban incompatibles.

La mujer soltó una pequeña carcajada.

—Era un caos.

Desmond comenzó a reír.

—Eso sí suena como él.

Celia asintió divertida.

—Muchísimo.

Después continuó:

—Pero poco a poco, aquel caos comenzó a adquirir una estructura.

Hizo una pausa.

—Anthony descubrió que podía transformar toda aquella energía en algo que los demás pudieran escuchar.

La mujer sonrió.

—Y los sabuesos se convirtieron en sus primeros compañeros.

Desmond permaneció atento.

Celia continuó:

—Comenzó a organizar pequeñas presentaciones en los sectores más humildes del Infierno.

No eran espectáculos especialmente elaborados.

A veces apenas tenían instrumentos adecuados.

Otras veces improvisaban escenarios con lo que encontraban.

La mujer soltó una pequeña risa.

—Pero había una energía extraordinaria en aquellas reuniones.

Desmond sonrió.

Celia continuó:

—Anthony mezclaba percusiones intensas, sonidos guturales y ritmos inspirados en los aullidos de los sabuesos infernales.

Hizo una pausa.

—Era algo que muchos jamás habían escuchado.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—Debió ser bastante llamativo.

La mujer asintió.

—Lo fue.

Su expresión adquirió un tono de orgullo.

—Y, sobre todo, les dio voz a personas que llevaban demasiado tiempo siendo ignoradas.

Desmond permaneció callado.

Celia continuó:

—Los primeros espectáculos comenzaron a reunir cada vez más público.

Algunos asistían por curiosidad.

Otros porque realmente disfrutaban de aquella música.

Y muchos porque, por primera vez, encontraban un lugar donde podían expresarse sin ser despreciados por su especie o condición.

El joven sonrió suavemente.

La mujer continuó:

—Anthony descubrió que aquello tenía un significado mucho más profundo de lo que había imaginado.

Hizo una pausa.

—No estaba simplemente creando música.

Estaba reuniendo personas.

Desmond asintió lentamente.

Celia lo observó con una sonrisa.

—Personas que, al igual que él, nunca habían conseguido encajar completamente dentro de las estructuras tradicionales del Infierno.

El joven permaneció pensativo.

Recordó la comuna 54.

Las desigualdades que había presenciado.

Y las canciones que había comenzado a escribir durante su infancia.

Aquella historia despertaba algo familiar en él.

Celia continuó:

—Con el tiempo, Anthony decidió construir algo más grande.

Su voz adquirió un tono de orgullo.

—Un lugar donde esos artistas pudieran grabar.

Donde sus voces fueran escuchadas.

Y donde nadie tuviera que renunciar a su identidad para conseguir una oportunidad.

Desmond levantó la mirada.

La mujer sonrió ampliamente.

—Así nació Hellbeat Records.

El joven permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló a Celia con evidente admiración.

Después sonrió.

—Vaya...

La mujer soltó una pequeña carcajada.

—Sí.

Se acomodó.

—Y créeme, no fue sencillo.

Desmond permaneció atento.

Celia continuó:

—Al principio, muchos empresarios se burlaron del proyecto.

Consideraban absurdo que una disquera centrada en artistas marginados pudiera convertirse en una empresa importante.

Su expresión se volvió más seria.

—Y mis hermanos tampoco lo tomaron demasiado en serio.

El joven frunció el ceño.

—¿Ni siquiera después de que empezó a tener éxito?

Celia negó lentamente.

—No.

Hizo una pausa.

—Para ellos, Anthony seguía siendo el mismo error.

Desmond sintió una punzada de indignación.

La mujer continuó:

—Pero algo había cambiado.

Su expresión se suavizó.

—Anthony ya no necesitaba tanto su aprobación.

Desmond levantó la mirada.

Celia sonrió.

—Había encontrado personas que confiaban en él.

Un trabajo que lo apasionaba.

Y un propósito que nadie podía arrebatarle.

La mujer respiró profundamente.

—Cada nuevo artista que conseguía grabar una canción representaba una pequeña victoria.

Cada presentación exitosa.

Cada persona que encontraba una oportunidad.

Y cada joven que descubría que su voz podía llegar mucho más lejos de lo que imaginaba.

Desmond permaneció inmóvil.

Recordó su primera visita a la disquera.

La cabina de grabación.

La guitarra.

Y la emoción que había sentido cuando Antrox le ofreció un contrato.

Hasta aquella noche, había considerado esa oportunidad como el comienzo de su propia carrera musical.

Pero ahora comprendía que también formaba parte de algo que Antrox llevaba muchísimo tiempo construyendo.

Una iniciativa nacida del rechazo.

De la necesidad de demostrar que incluso quienes eran despreciados podían crear cosas extraordinarias.

El joven bajó lentamente la mirada.

—Entonces...

Celia levantó las cejas.

—¿Sí?

Desmond contempló sus manos.

—Cuando me ofreció aquel contrato...

Hizo una pausa.

—No estaba simplemente dándome trabajo.

La mujer sonrió suavemente.

—No.

Su voz adquirió un tono cálido.

—Anthony reconoció algo en ti.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Celia continuó:

—Un joven que creció lejos de los privilegios de su propia sangre.

Que aprendió a expresarse mediante la música.

Y que todavía intenta encontrar su lugar en el mundo.

El muchacho permaneció inmóvil.

La mujer sonrió.

—Quizás vio una parte de sí mismo.

Desmond sintió que aquellas palabras le provocaban un nudo en la garganta.

Durante varios segundos no respondió.

Después dejó escapar un pequeño suspiro.

—Nunca lo había pensado de esa manera...

Celia asintió lentamente.

—Ahora ya lo sabes.

El joven permaneció contemplando el suelo.

Recordó todas las ocasiones en que había considerado a Antrox simplemente un jefe excéntrico.

Sus bromas.

Su energía.

Y aquella actitud despreocupada que parecía acompañarlo incluso durante los momentos más importantes.

Ahora comprendía que detrás de todo aquello existía una historia de rechazo, esfuerzo y perseverancia.

Una historia que lo había convertido en alguien muy diferente de los demás Pecados Capitales.

Desmond respiró profundamente.

Después levantó la mirada.

—Señorita Celia...

La mujer lo observó.

—¿Sí, jovencito?

El joven sonrió con sinceridad.

—Gracias por contarme todo esto.

Celia correspondió al gesto.

—De nada.

Hizo una pausa.

—Me alegra que quisieras escuchar.

Desmond permaneció pensativo.

Después añadió:

—Creo que ahora entiendo mucho mejor a Antrox.

La mujer sonrió con ternura.

—Eso espero.

Su expresión adquirió un tono ligeramente melancólico.

—Anthony ha pasado demasiado tiempo siendo juzgado por personas que nunca intentaron comprenderlo.

Desmond asintió.

—Lo sé.

Celia continuó:

—Y aunque ahora tiene una posición importante, todavía hay heridas que no desaparecen completamente.

El joven permaneció callado.

La mujer sonrió suavemente.

—Pero ha aprendido a vivir con ellas.

Hizo una pausa.

—Y a convertirlas en algo valioso.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Aquellas palabras resonaron profundamente en su interior.

Pensó en Rubí.

En Miguel.

En Marta.

Y en todas las pérdidas que habían marcado su existencia.

Él también había encontrado refugio en la música.

También había transformado su dolor en composiciones.

Y también había comenzado a descubrir que su pasado no tenía por qué determinar completamente su futuro.

Durante varios segundos permaneció inmóvil.

Finalmente, sonrió débilmente.

—Supongo que tenemos más cosas en común de las que imaginaba.

Celia lo observó con curiosidad.

—¿Anthony y tú?

Desmond asintió.

—Sí.

La mujer sonrió ampliamente.

—Entonces me alegra todavía más que haya decidido darte una oportunidad.

El joven soltó una pequeña risa.

—A mí también.

Celia contempló brevemente la ventana.

Después volvió a mirar a Desmond.

Su expresión se volvió más cálida.

—Y recuerda algo, jovencito.

El muchacho levantó la mirada.

—¿Qué cosa?

La mujer habló con serenidad.

—No permitas que otros decidan cuánto vales.

Hizo una pausa.

—Ni por tu apellido, ni por tu origen, ni por aquello que esperan que seas.

Desmond permaneció inmóvil.

Celia continuó:

—Anthony tardó muchísimo tiempo en comprenderlo.

Su sonrisa adquirió un tono nostálgico.

—Y espero que tú no tengas que pasar por lo mismo.

El joven sintió una emoción profunda.

Aquellas palabras parecían llegar precisamente cuando más las necesitaba.

Después de descubrir la historia de Rubí y enfrentarse a los secretos de la familia Ludendorff, había comenzado a cuestionar demasiadas cosas sobre su identidad.

Pero Celia acababa de recordarle algo que Marta siempre había intentado enseñarle.

El valor de una persona no dependía de su sangre.

Sino de sus decisiones.

Desmond respiró profundamente.

Después inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias...

Su voz fue sincera.

Celia sonrió.

—De nada.

Durante algunos segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, Desmond observó la hora.

Era bastante tarde.

Se incorporó lentamente.

—Creo que debería regresar a mi habitación.

Celia asintió.

—Probablemente.

Sonrió divertida.

—Mañana tendremos un día bastante ocupado.

El joven soltó una pequeña risa.

—Eso me temo.

Se acercó a la puerta.

Pero antes de abrirla, volvió ligeramente la cabeza.

—Señorita Celia...

La mujer levantó la mirada.

—¿Sí?

Desmond permaneció pensativo.

Después sonrió.

—Antrox tiene mucha suerte de tenerla.

Celia se quedó inmóvil durante un instante.

Sus ojos se suavizaron.

Después una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Y yo tengo mucha suerte de tenerlo a él.

El joven asintió lentamente.

No añadió nada más.

Abrió la puerta.

Y abandonó la habitación.

Los corredores del Palacio Gluttora permanecían silenciosos.

La iluminación dorada continuaba reflejándose sobre el suelo.

Desmond caminó lentamente hacia la habitación que compartía con Skyler.

Pero ahora sus pensamientos eran completamente diferentes.

Había llegado hasta Celia impulsado por una simple curiosidad.

Quería comprender por qué Antrox se comportaba de aquella manera cuando estaba cerca de ella.

Sin embargo, terminó descubriendo una historia que jamás habría imaginado.

El nacimiento de los Pecados Capitales.

El rechazo que Antrox había sufrido desde sus primeros momentos de existencia.

Su relación con los sabuesos infernales.

Y el origen de Hellbeat Records.

Desmond respiró profundamente.

Recordó las palabras de Celia.

«No permitas que otros decidan cuánto vales».

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Aquella frase permanecería con él durante mucho tiempo.

Finalmente, llegó frente a su habitación.

Abrió la puerta con cuidado.

Skyler continuaba profundamente dormida.

El joven sonrió al verla.

Se acercó lentamente.

Se quitó los zapatos.

Y se acomodó junto a ella.

La muchacha se movió ligeramente entre las sábanas.

Después apoyó una mano sobre su pecho sin llegar a despertarse.

Desmond la observó con ternura.

Acarició suavemente su cabello.

Y permaneció inmóvil durante unos segundos.

Pensó en Antrox.

En Celia.

Y en la manera en que ambos habían conseguido conservar su vínculo a pesar de siglos de desprecio y dificultades.

Después volvió a contemplar a Skyler.

Comprendió que aquella historia también tenía un significado especial para él.

Su pareja pertenecía a la misma especie que Antrox había decidido proteger cuando los demás Pecados Capitales la despreciaban.

Y ahora ambos trabajaban en una disquera que había nacido precisamente para ofrecer oportunidades a quienes nunca habían conseguido encontrarlas.

Desmond sonrió suavemente.

El Infierno era un lugar lleno de contradicciones.

Crueldad.

Desigualdad.

Y abusos de poder.

Pero también existían personas capaces de desafiar aquellas estructuras.

Personas como Celia.

Y, de una manera completamente distinta, como Antrox.

El joven dejó escapar un suspiro.

Sin embargo, aquella tranquilidad no consiguió borrar completamente sus preocupaciones.

Recordó las palabras que Antrox había pronunciado durante la mañana.

La celebración sería enorme.

Asistirían numerosos demonios poderosos e influyentes.

Y, entre ellos, estarían presentes los Siete Pecados Capitales.

Desmond sintió que el estómago se le encogía.

Después de escuchar la historia de Antrox, la posibilidad de encontrarse frente a los mismos seres que lo habían despreciado resultaba mucho menos emocionante.

No sabía cómo se comportarían.

Tampoco podía imaginar qué clase de ambiente dominaría aquella reunión.

¿Sería una celebración tranquila?

¿O terminaría presenciando algunas de las tensiones que Celia acababa de describirle?

El joven cerró los ojos durante unos segundos.

Intentó apartar aquellas preguntas.

No podía anticipar todo lo que ocurriría.

Y tampoco tenía sentido pasar la noche preocupándose por acontecimientos que todavía no habían sucedido.

Volvió ligeramente la cabeza hacia Skyler.

La muchacha dormía tranquilamente.

Desmond sonrió.

Después se acomodó mejor entre las sábanas.

La abrazó con suavidad.

Y dejó que su respiración comenzara a acompasarse con la de ella.

Sin embargo, incluso cuando el cansancio comenzó a vencerlo, una última idea permaneció en sus pensamientos.

Antrox no era simplemente aquel jefe inquieto y despreocupado que había conocido en la disquera.

Detrás de sus bromas y de su aparente falta de seriedad existía una historia de sufrimiento, rechazo y una extraordinaria capacidad para transformar el dolor en algo valioso.

Y Celia había sido la única de sus hermanos que consiguió comprenderlo.

Desmond cerró lentamente los ojos, agradecido por haber conocido aquella historia, pero preocupado por lo que pudiera ocurrir durante la celebración, pues sabía que todos los Pecados Capitales estarían presentes.

CAP 18

Un Compás Entre Sombras

El amanecer llegó lentamente al Anillo de la Gula, extendiendo sus primeros destellos dorados sobre las extravagantes construcciones que rodeaban el Palacio Gluttora.

A diferencia del Anillo de la Ira, donde el paisaje estaba dominado por edificaciones severas y una atmósfera marcada por la violencia cotidiana, aquel territorio parecía haber sido diseñado para celebrar la abundancia.

Las calles estaban decoradas con figuras coloridas, los establecimientos exhibían productos de toda clase y el aire conservaba aquel aroma dulce que Desmond había percibido desde su llegada.

En el interior del palacio, los primeros trabajadores comenzaban a recorrer los pasillos. Algunos transportaban materiales destinados a la celebración, mientras otros revisaban los últimos detalles de las habitaciones y los salones.

La luz de la mañana atravesaba los enormes ventanales, reflejándose sobre las superficies doradas y los patrones hexagonales que caracterizaban la arquitectura del edificio.

Todo parecía despertar lentamente.

Sin embargo, en una de las habitaciones destinadas a los invitados, Desmond Lebrozky continuaba profundamente dormido.

Había pasado buena parte de la noche anterior conversando con Celia.

La historia que la gobernante de la Gula le había contado sobre Antrox había despertado en él numerosos pensamientos.

El rechazo que su jefe había sufrido desde su nacimiento.

Su relación con los sabuesos infernales.

Y la manera en que había conseguido transformar años de desprecio en un proyecto musical capaz de ofrecer oportunidades a quienes eran ignorados por la sociedad.

Desmond había regresado a su habitación con la intención de descansar.

Pero incluso después de acostarse junto a Skyler, le costó conciliar el sueño.

Por esa razón, cuando llegaron las primeras horas de la mañana, su cuerpo todavía necesitaba recuperar parte del descanso perdido.

Permanecía acostado de lado, con las sábanas parcialmente enredadas alrededor de sus piernas.

Su largo cabello caía desordenadamente sobre la almohada.

Y su respiración era profunda y tranquila.

Hasta que unos golpes secos resonaron desde la puerta.

—¡Toc, toc, toc!

Desmond frunció ligeramente el ceño.

No abrió los ojos.

Durante unos segundos intentó ignorar el sonido.

Pero los golpes se repitieron.

—¡Toc, toc!

El joven dejó escapar un gruñido somnoliento.

—Mmm...

Se removió entre las sábanas.

Después levantó lentamente la cabeza.

—¿Qué...?

Observó la habitación con los ojos entrecerrados.

La luz que atravesaba las cortinas le resultó particularmente molesta.

Se llevó una mano al rostro.

—Por todos los anillos...

Su voz estaba completamente cargada de sueño.

Volvieron a llamar.

Desmond soltó un largo suspiro.

—¡Ya voy!

Retiró las sábanas y se levantó con dificultad.

Se pasó una mano por el cabello, intentando apartar los mechones que le caían sobre los ojos.

Después caminó hacia la entrada.

Abrió la puerta.

Frente a él se encontraba uno de los sirvientes del palacio.

Era un demonio de apariencia impecable, vestido con el uniforme correspondiente al personal de servicio de Celia.

Mantenía una postura recta y una expresión profesional.

Al reconocer al joven, inclinó ligeramente la cabeza.

—Buenos días, señor Lebrozky.

Desmond parpadeó.

—Buenos días...

Su voz apenas consiguió elevarse.

El sirviente continuó:

—La señora Celia solicita su presencia en el salón principal.

El joven permaneció inmóvil.

Durante unos segundos pareció intentar procesar aquellas palabras.

—¿Celia...?

El trabajador asintió.

—Así es, señor.

Desmond se frotó los ojos.

—¿Ahora?

—Sí.

El muchacho dejó escapar un pequeño suspiro.

Después asintió.

—Está bien.

Se acomodó el cabello.

—Dígale que bajaré en unos minutos.

El sirviente inclinó nuevamente la cabeza.

—Por supuesto.

Después se retiró.

Desmond cerró lentamente la puerta.

Permaneció inmóvil durante unos segundos.

Finalmente, se volvió hacia el interior de la habitación.

Skyler continuaba descansando.

Su respiración era tranquila y sus orejas permanecían relajadas sobre la almohada.

El joven sonrió con ternura.

No quería despertarla.

Después del viaje y los preparativos del día anterior, sabía que su pareja necesitaba descansar.

Se acercó a sus pertenencias.

Abrió la maleta.

Y comenzó a buscar algo de ropa.

No tenía intenciones de vestirse formalmente a semejantes horas.

Por eso eligió una sudadera negra, una camisa holgada y un pantalón cómodo.

Se cambió rápidamente.

Después se acercó al espejo.

Observó su reflejo.

Su cabello continuaba algo desordenado.

Intentó acomodarlo con las manos.

Pero después de varios segundos terminó desistiendo.

—Bueno...

Se encogió de hombros.

—Tampoco voy a una ceremonia.

Recogió sus pertenencias indispensables.

Después volvió a mirar hacia la cama.

Skyler continuaba dormida.

Desmond se acercó lentamente.

Le acarició suavemente el cabello.

Y sonrió.

—Ahora regreso, preciosa...

La muchacha se movió apenas.

Pero no despertó.

El joven apagó la pequeña lámpara que había utilizado para vestirse.

Después abrió la puerta.

Y salió.

Los corredores del Palacio Gluttora estaban iluminados por una claridad dorada que resaltaba los patrones de panal de sus paredes.

Desmond caminó lentamente hacia las escaleras principales.

Todavía sentía cierta pesadez en los ojos.

Sin embargo, conforme avanzaba, la curiosidad comenzó a desplazar el cansancio.

No comprendía por qué Celia había solicitado verlo personalmente.

Habían conversado durante buena parte de la noche anterior.

Y aquella conversación había terminado de manera agradable.

Quizás la gobernante deseaba preguntarle algo relacionado con la celebración.

O tal vez necesitaba ayuda con algún asunto musical.

Desmond respiró profundamente.

Descendió las majestuosas escaleras.

Y finalmente llegó al salón principal.

Allí encontró a Celia.

La mujer permanecía sentada sobre uno de los amplios sillones dorados que decoraban la habitación.

Vestía ropa cómoda, aunque conservaba aquella elegancia natural que parecía acompañarla incluso durante los momentos más cotidianos.

Su cabello estaba cuidadosamente arreglado y sostenía una pequeña taza entre las manos.

Cuando reconoció a Desmond, una sonrisa apareció en su rostro.

—Buenos días, jovencito.

El muchacho levantó lentamente la mirada.

—Buenos días, señorita Celia.

Su voz todavía estaba ligeramente ronca.

La mujer soltó una pequeña risa.

—Parece que alguien no durmió demasiado.

Desmond se frotó un ojo.

—Algo así...

Celia sonrió divertida.

—¿Te quedaste despierto pensando en lo que hablamos?

El joven permaneció inmóvil.

Después soltó una pequeña risa nerviosa.

—Un poco.

La gobernante asintió.

—Lo imaginaba.

Desmond observó brevemente el salón.

No encontró a Antrox.

Tampoco a Skyler.

Frunció ligeramente el ceño.

—Disculpe...

Celia levantó la mirada.

—¿Sí?

—¿Dónde están Antrox y Skyler?

La mujer sonrió.

—Todavía descansando.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Ambos?

Celia asintió.

—Sí.

Tomó un pequeño sorbo de su bebida.

Después añadió:

—Solo te necesito a ti.

El joven permaneció sorprendido.

—¿A mí?

La mujer señaló el sillón cercano.

—Ven, siéntate.

Desmond vaciló durante unos segundos.

Finalmente, obedeció.

Se acomodó sobre el amplio asiento dorado.

El material era considerablemente más suave de lo que esperaba.

Durante un instante sintió que el cuerpo se le hundía entre los cojines.

Celia soltó una pequeña carcajada.

—Cómodo, ¿verdad?

El joven sonrió.

—Bastante.

La mujer dejó su taza sobre una pequeña mesa.

Después se levantó.

Desmond la observó con curiosidad.

Celia caminó hacia una radio situada cerca de uno de los muebles.

La encendió.

Una melodía suave comenzó a llenar el salón.

El sonido era cálido y agradable.

No parecía formar parte de los preparativos de la celebración.

Era simplemente música.

Celia sonrió satisfecha.

Después regresó hacia los sillones.

Pero, en lugar de ocupar el asiento donde había estado, se acomodó junto a Desmond.

Mucho más cerca de lo que él esperaba.

El joven permaneció ligeramente sorprendido.

La gobernante parecía completamente tranquila.

Se recostó contra el respaldo.

Y observó hacia el frente durante unos segundos.

Después volvió la cabeza.

—Bueno, Desmond...

El muchacho levantó la mirada.

—¿Sí?

Celia sonrió.

—Ayer me hiciste muchas preguntas.

El joven soltó una pequeña risa.

—Es verdad.

La mujer asintió.

—Y creo que ahora me toca a mí.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Preguntarme cosas?

—Exactamente.

Celia sonrió con curiosidad.

—Quiero conocerte un poco mejor.

El joven permaneció pensativo.

Después se encogió de hombros.

—Está bien.

La mujer sonrió.

—Perfecto.

Durante los primeros minutos, la conversación resultó bastante sencilla.

Celia le preguntó cuántos años tenía.

Desmond respondió con naturalidad.

Después hablaron sobre sus gustos musicales.

El joven le explicó que disfrutaba especialmente del rap y del rock, aunque también le interesaban otros géneros.

Celia escuchaba atentamente.

En ocasiones formulaba preguntas sobre los artistas que lo habían inspirado.

Otras veces compartía alguna opinión sobre los estilos musicales que habían aparecido durante los incontables años de su existencia.

Desmond comenzó a relajarse.

La presencia de Celia resultaba considerablemente menos intimidante de lo que había imaginado al llegar al palacio.

No parecía interesada en exigirle formalidades excesivas.

Tampoco lo trataba como si su juventud o su posición social lo hicieran inferior.

Simplemente conversaba con él.

Como cualquier otra persona.

Finalmente, después de hablar durante varios minutos, Celia formuló una pregunta diferente.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

La mujer observó su expresión.

—¿Cómo fue tu infancia?

El muchacho permaneció completamente inmóvil.

La pregunta lo tomó por sorpresa.

Durante unos segundos contempló sus manos.

Celia percibió inmediatamente el cambio.

—Si no quieres hablar de eso, no tienes que hacerlo.

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—No...

Respiró profundamente.

—Está bien.

La mujer aguardó en silencio.

El joven permaneció pensativo.

Después comenzó a hablar.

—Crecí en la comuna 54.

Celia asintió lentamente.

Conocía la reputación de aquel territorio.

Desmond continuó:

—Está en el Anillo de la Ira.

Hizo una pausa.

—Aunque cuando era pequeño casi todos lo llamábamos el Anillo de la Furia.

La mujer sonrió débilmente.

—Conozco ambos nombres.

El joven asintió.

Después su expresión se volvió más seria.

—No era precisamente un buen lugar para crecer.

Celia permaneció callada.

Desmond contempló brevemente las decoraciones del salón.

Resultaba extraño hablar de su infancia rodeado de semejantes lujos.

La diferencia entre aquel palacio y la comuna donde había crecido parecía imposible de ignorar.

—Había mucha violencia —continuó.

Su voz adquirió un tono más apagado.

—Drogas, delincuencia...

Hizo una pausa.

—Y personas que parecían haber perdido cualquier esperanza de salir adelante.

Celia lo escuchó sin interrumpir.

Desmond continuó:

—Las autoridades casi nunca se preocupaban por lo que ocurría.

Soltó una pequeña risa amarga.

—Y cuando finalmente intervenían, normalmente era porque alguien importante estaba involucrado.

La mujer bajó lentamente la mirada.

El joven respiró profundamente.

—Pero también había personas buenas.

Su expresión se suavizó.

—Mi mamá era una de ellas.

Celia levantó la mirada.

—¿Tu madre?

Desmond asintió.

—Se llamaba Marta.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Era una imp.

La mujer permaneció atenta.

El joven continuó:

—Me crió desde que nací.

Hizo una pausa.

—Junto a mi papá Miguel.

Celia observó su expresión.

—¿Eran tus padres adoptivos?

Desmond asintió lentamente.

—Sí.

Su sonrisa se volvió nostálgica.

—Pero para mí siempre fueron mis verdaderos padres.

La mujer correspondió con una sonrisa suave.

—Entiendo.

Desmond bajó la mirada.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después continuó:

—Papá murió cuando yo era pequeño.

Su voz se quebró ligeramente.

—Y mamá falleció hace poco.

Celia sintió una punzada de tristeza.

—Lo siento mucho, Desmond.

El joven asintió.

—Gracias.

Respiró profundamente.

—Todavía estoy intentando acostumbrarme.

La gobernante permaneció callada.

Le permitió continuar cuando estuviera preparado.

Desmond observó sus manos.

—Después de la muerte de mamá descubrí algunas cosas sobre mi origen.

Su expresión comenzó a endurecerse.

—Cosas que nadie me había contado.

Celia levantó ligeramente las cejas.

—¿Sobre tu familia biológica?

El joven asintió.

—Sí.

Guardó silencio durante varios segundos.

Después habló con una voz mucho más apagada.

—Mi madre biológica se llamaba Rubí Ludendorff.

La mujer permaneció inmóvil.

Reconocía aquel apellido.

Desmond continuó:

—Tenía veinte años cuando quedó embarazada.

Hizo una pausa.

—Y su propia familia terminó dándole la espalda.

Celia escuchaba atentamente.

El joven apretó lentamente los puños.

—Fue atacada.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Y la abandonaron en un callejón.

La gobernante frunció ligeramente el ceño.

Desmond continuó:

—Marta la encontró.

La ayudó.

Y decidió cuidarla durante el embarazo.

Su expresión se volvió más triste.

—Pero Rubí murió cuando nací.

Celia permaneció callada durante varios segundos.

Después preguntó suavemente:

—¿Y quién permitió que ocurriera todo eso?

Desmond cerró los ojos.

Una rabia profunda apareció nuevamente en su pecho.

Finalmente, respondió:

—John Ludendorff.

La mujer permaneció inmóvil.

El joven abrió lentamente los ojos.

—Mi padre biológico.

Celia lo observó con una mezcla de sorpresa y preocupación.

Desmond continuó:

—Él permitió que mi madre terminara abandonada de aquella manera.

Hizo una pausa.

—Y durante años yo no supe nada.

Su voz se quebró.

—Crecí pensando que Rubí simplemente había muerto durante el parto.

Celia permaneció callada.

Desmond bajó la mirada.

—Nunca imaginé lo que había sufrido antes de eso.

Durante varios segundos, el salón quedó envuelto únicamente por la música suave de la radio.

La gobernante de la Gula contempló al joven.

Su expresión reflejaba una empatía sincera.

Conocía la reputación de la familia Ludendorff.

También sabía que las estructuras aristocráticas del Infierno podían ocultar conflictos profundamente crueles detrás de sus apariencias refinadas.

Sin embargo, escuchar aquella historia directamente de Desmond resultaba diferente.

No estaba hablando con una figura política.

Ni con un representante de la aristocracia.

Estaba escuchando a un muchacho que había descubierto que su nacimiento estaba relacionado con una tragedia familiar.

Celia respiró profundamente.

Después habló con suavidad.

—Has pasado por muchísimo, Desmond.

El joven soltó un pequeño suspiro.

—Supongo...

La mujer lo observó.

—Y aun así conseguiste seguir adelante.

Desmond bajó la mirada.

—No siempre.

Hizo una pausa.

—Hubo momentos en los que pensé que no podría.

Celia asintió lentamente.

—Eso no disminuye lo que has conseguido.

El joven levantó los ojos.

La mujer continuó:

—A veces seguir adelante no significa sentirse fuerte todos los días.

Su voz adquirió un tono más cálido.

—Significa encontrar razones para continuar incluso cuando todo parece demasiado difícil.

Desmond permaneció inmóvil.

Aquellas palabras le recordaron inmediatamente a Skyler.

A James.

Y a Marta.

Las personas que, de distintas maneras, habían conseguido mantenerlo en pie durante los momentos más oscuros de su vida.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Creo que tiene razón.

Celia correspondió al gesto.

—Me alegra que lo veas así.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Después la mujer se levantó lentamente.

Desmond la observó con curiosidad.

Celia se acercó a la radio.

Bajó ligeramente el volumen.

Después volvió a mirarlo.

—Bueno...

Su expresión recuperó parte de aquella alegría habitual.

—Dejemos las cosas tristes por un momento, ¿sí?

El joven sonrió débilmente.

—Está bien.

La mujer regresó hacia los sillones.

Se apoyó ligeramente contra uno de ellos.

—Aunque debo decirte algo.

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

Celia dejó escapar un suspiro.

—Me preocupa Anthony.

El joven permaneció inmóvil.

Aquello despertó inmediatamente su atención.

Después de escuchar la historia de Antrox durante la noche anterior, había comenzado a comprender cuánto significaba para Celia.

—¿Por qué?

La mujer observó brevemente una de las ventanas.

—Llevo mucho tiempo diciéndole que debería abandonar el Anillo de la Ira.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

Celia continuó:

—Podría venir aquí.

Vivir conmigo.

Incluso trasladar Hellbeat Records al Anillo de la Gula.

El joven permaneció pensativo.

—¿Y por qué no lo hace?

La mujer soltó una pequeña risa resignada.

—Porque es terco.

Desmond sonrió inmediatamente.

—Eso sí me lo creo.

Celia también rio.

Después volvió a adoptar una expresión seria.

—Anthony dice que se siente cómodo allí.

Hizo una pausa.

—Que ya construyó su vida en ese lugar.

Y que no piensa abandonar a las personas que trabajan con él.

Desmond asintió lentamente.

Comprendía aquella postura.

Él mismo había crecido en el Anillo de la Ira y conocía lo difícil que podía resultar abandonar un lugar donde se encontraban todos sus recuerdos.

Celia continuó:

—Pero aquí estaría mucho más protegido.

El joven levantó la mirada.

—¿Protegido?

La mujer asintió.

—Los demás Pecados Capitales no pueden intervenir libremente en mi territorio.

Su voz adquirió un tono firme.

—Aquí tendrían que respetar mi autoridad.

Desmond permaneció pensativo.

Después formuló una pregunta.

—¿Por Valerio?

Celia dejó escapar un suspiro.

—Sí...

El joven sintió que el estómago se le encogía.

Conocía aquel nombre.

Valerio.

El Pecado Capital de la Ira.

Gobernante del anillo donde Desmond había vivido durante toda su existencia.

Su reputación estaba relacionada con una administración brutal, una autoridad difícil de cuestionar y una violencia que parecía extenderse a numerosos sectores de su territorio.

Desmond había crecido escuchando historias sobre las consecuencias de desafiar abiertamente su poder.

Y aunque nunca había tenido un encuentro directo con él, sabía que no se trataba de alguien a quien convenía provocar.

Celia observó su expresión.

—Veo que sabes quién es.

El joven asintió lentamente.

—Sí...

Hizo una pausa.

—En la comuna escuchábamos hablar de él constantemente.

La mujer bajó la mirada.

—Entonces probablemente comprendas por qué me preocupa tanto Anthony.

Desmond permaneció callado.

Celia continuó:

—Valerio le tiene un odio particular.

Su voz se volvió más grave.

—Y cuando ese hombre odia a alguien...

Se interrumpió.

Durante unos segundos contempló el suelo.

Después añadió:

—Puede ser extremadamente peligroso.

El joven sintió un escalofrío.

Recordó las palabras que Celia le había contado durante la noche anterior.

El rechazo de los demás Pecados Capitales.

Las burlas.

Y la manera en que Antrox había sido apartado de los círculos de poder.

Ahora comenzaba a comprender que aquel desprecio no había desaparecido completamente.

Desmond respiró profundamente.

—¿Y Antrox sabe que Valerio lo odia de esa manera?

Celia levantó la mirada.

Después soltó una pequeña risa amarga.

—Por supuesto.

Hizo una pausa.

—Anthony sabe perfectamente lo que piensan algunos de nuestros hermanos.

El joven frunció el ceño.

—Entonces no entiendo por qué insiste en quedarse.

La mujer sonrió con tristeza.

—Porque, para él, abandonar ese lugar sería como aceptar que tienen derecho a expulsarlo de cualquier sitio donde decida construir algo.

Desmond permaneció inmóvil.

Aquellas palabras lo hicieron reflexionar.

Antrox había pasado buena parte de su existencia siendo apartado y despreciado.

Ahora había conseguido crear una disquera importante.

Un lugar donde numerosos artistas encontraban oportunidades.

Y no estaba dispuesto a abandonarlo solamente porque alguien poderoso deseaba verlo marcharse.

El joven bajó lentamente la mirada.

—Entiendo...

Celia asintió.

—Yo también.

Su voz se suavizó.

—Pero eso no hace que deje de preocuparme.

Durante unos segundos permanecieron callados.

Finalmente, la mujer respiró profundamente.

Después sonrió.

—Bueno...

Se incorporó.

—Ya hemos tenido suficientes conversaciones difíciles por una mañana.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Creo que sí.

Celia se acercó nuevamente a la radio.

Comenzó a cambiar algunas estaciones.

Hasta que encontró una canción con un ritmo considerablemente más animado.

La mujer sonrió.

—Ah...

Desmond levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

Celia volvió la cabeza.

—¿Sabes algo, Desmond?

El joven levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

La mujer sonrió con entusiasmo.

—Me encanta el rock.

Hizo una pausa.

—Y el metal.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿En serio?

Celia asintió.

—Muchísimo.

Su expresión adquirió un tono juguetón.

—Aunque tengo un gusto que casi nunca menciono.

El joven sonrió.

—¿Cuál?

La mujer permaneció callada durante un instante.

Después soltó una pequeña risa.

—La salsa.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Celia continuó:

—Y el merengue.

El joven sonrió todavía más.

—¿De verdad?

La mujer asintió.

—Sí.

Se cruzó de brazos.

—Cuando estoy sola, a veces pongo música y comienzo a bailar por toda la habitación.

Soltó una carcajada.

—Como si fuera una niña pequeña.

Desmond comenzó a reír.

—¿Y por qué lo dice como si fuera algo malo?

Celia levantó una ceja.

—¿Qué?

El joven se encogió de hombros.

—Que le guste bailar.

Su expresión adquirió un tono sincero.

—No tiene nada de malo.

La mujer sonrió.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Supongo que es un gusto un poco tonto.

Desmond negó inmediatamente con la cabeza.

—Para nada.

Celia lo observó.

El joven continuó:

—Si le gusta, hágalo.

Se encogió de hombros.

—Que los demás piensen lo que quieran.

La mujer permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Vaya...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué?

Celia negó suavemente con la cabeza.

—Nada.

Soltó una pequeña risa.

—Solo que me recuerdas a alguien.

El joven sonrió.

—¿A quién?

La mujer lo observó con ternura.

—A Anthony.

Desmond comenzó a reír.

—Bueno, supongo que eso es un cumplido.

Celia soltó una carcajada.

—Por supuesto que lo es.

La música continuaba sonando.

Desmond observó brevemente la radio.

Después volvió la mirada hacia Celia.

Una idea comenzó a formarse en su mente.

El joven se levantó.

La mujer lo observó con curiosidad.

—¿Qué haces?

Desmond no respondió inmediatamente.

Se acercó.

Extendió una mano.

Y sonrió.

—¿Sabe bailar en pareja?

Celia permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló la mano que le ofrecía.

Después levantó la mirada.

—¿En pareja?

El joven asintió.

—Sí.

La mujer soltó una pequeña risa.

—Claro que sé.

Desmond sonrió.

—Entonces venga.

Celia levantó una ceja.

—¿Me estás invitando a bailar?

El joven se encogió de hombros.

—Exactamente.

La mujer permaneció pensativa durante un instante.

Después una sonrisa traviesa apareció en su rostro.

—Qué muchacho tan atrevido...

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—Solo es un baile.

Celia rio.

—Está bien.

Finalmente, aceptó su mano.

Desmond la ayudó a levantarse.

Ambos caminaron hacia el centro del salón.

La gobernante de la Gula observó la radio.

La música había cambiado hacia una pieza de swing, caracterizada por un ritmo ligero y una melodía animada.

Celia sonrió.

—Vaya...

Desmond levantó una ceja.

—¿Le gusta?

La mujer asintió.

—Muchísimo.

El joven sonrió.

—Entonces sigamos el ritmo.

Celia se acercó.

Desmond tomó suavemente una de sus manos.

Después guio la otra hacia su hombro, manteniendo una postura cómoda y respetuosa.

La mujer observó el gesto con cierta sorpresa.

—Veo que sabes lo que haces.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Algo he aprendido.

Celia sonrió.

—Entonces sorpréndeme.

La música comenzó a marcar el ritmo.

Desmond dio el primer paso.

Celia lo siguió con naturalidad.

Al principio los movimientos fueron sencillos.

Un paso hacia un lado.

Un pequeño giro.

Y una secuencia de desplazamientos que ambos ejecutaron con cuidado.

Desmond mantenía una postura firme.

Sus movimientos eran precisos.

Celia, por su parte, mostraba una gracia extraordinaria.

Su experiencia parecía permitirle adaptarse a cualquier cambio de ritmo sin demasiado esfuerzo.

Durante los primeros minutos permanecieron concentrados.

Pero poco a poco comenzaron a relajarse.

Desmond sonrió.

Celia correspondió al gesto.

La mujer soltó una pequeña carcajada cuando el joven la guio hacia un giro inesperado.

—¡Vaya!

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué?

Celia comenzó a reír.

—¡No esperaba eso!

El joven sonrió.

—Todavía puedo sorprenderla.

La mujer levantó ligeramente la barbilla.

—¿Ah, sí?

Desmond soltó una carcajada.

—Eso espero.

Continuaron bailando.

La música llenaba el salón.

Los movimientos se volvieron más fluidos.

Celia comenzó a añadir pequeños giros y cambios de posición.

Desmond los siguió con entusiasmo.

En ocasiones ambos se equivocaban ligeramente.

Entonces reían.

Se acomodaban nuevamente.

Y continuaban.

Aquella actividad había comenzado como un simple juego.

Pero poco a poco se convirtió en una experiencia que ambos parecían disfrutar sinceramente.

Durante unos minutos, Celia dejó de pensar en los asuntos diplomáticos.

En las obligaciones que acompañaban su posición.

Y en las preocupaciones relacionadas con Antrox y los demás Pecados Capitales.

Simplemente bailaba.

Como había hecho innumerables veces cuando estaba sola.

Pero ahora tenía compañía.

Desmond, por su parte, descubrió que disfrutaba aquella espontaneidad.

No estaba interpretando una canción frente a productores.

Tampoco intentando impresionar a una gobernante infernal.

Simplemente compartía un momento agradable con alguien que parecía necesitarlo.

La música cambió.

El ritmo comenzó a disminuir.

Las notas adquirieron una suavidad mayor.

Celia levantó ligeramente la mirada.

Desmond sonrió.

—¿Seguimos?

La mujer soltó una pequeña risa.

—Por supuesto.

Ambos adaptaron sus movimientos.

Los pasos se volvieron más lentos.

El baile adquirió un carácter tranquilo, casi contemplativo.

La distancia entre ellos se redujo ligeramente para mantener la postura del baile.

Celia apoyó suavemente la cabeza sobre el hombro de Desmond.

El joven permaneció sorprendido durante un instante.

Sin embargo, no interrumpió la música.

Continuó guiando los pasos con cuidado.

La mujer cerró lentamente los ojos.

Durante varios segundos permaneció en silencio.

Después habló con una voz apenas audible.

—Eres sensacional, Desmond.

El joven levantó ligeramente la mirada.

—¿Qué?

Celia sonrió.

—No recuerdo la última vez que me sentí tan viva.

Desmond permaneció callado.

La mujer continuó:

—Llevo muchísimo tiempo viviendo entre reuniones, responsabilidades y asuntos que parecen repetirse una y otra vez.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—A veces siento que los días terminan convirtiéndose en una rutina interminable.

El joven escuchó atentamente.

Celia respiró profundamente.

—Pero esta mañana...

Hizo una pausa.

—Ha sido diferente.

Desmond bajó lentamente la mirada.

La mujer continuó:

—Pude conversar contigo.

Escucharte.

Y recordar que todavía existen momentos sencillos capaces de hacerme feliz.

Su sonrisa se volvió más cálida.

—Gracias.

El joven sintió una emoción inesperada.

No sabía exactamente qué responder.

Durante unos segundos permaneció en silencio.

Finalmente, sonrió.

—De nada.

Celia soltó una pequeña risa.

—Qué respuesta tan breve.

Desmond comenzó a reír.

—¡Es que no sé qué más decir!

La mujer levantó la cabeza.

Su expresión estaba llena de alegría.

—Entonces no digas nada.

Sonrió.

—Solo disfruta la música.

Desmond asintió.

Y ambos continuaron bailando.

Los minutos siguieron avanzando.

Una canción dio paso a otra.

Después llegó una tercera.

Y cuando finalmente decidieron detenerse, había transcurrido aproximadamente una hora.

Celia dejó escapar una carcajada.

—¡Por todos los anillos!

Desmond respiró profundamente.

—Creo que llevamos bastante rato...

La mujer asintió.

—Muchísimo.

Se llevó una mano al cabello.

Después sonrió.

—Pero ha valido la pena.

El joven correspondió al gesto.

—Estoy de acuerdo.

Ambos regresaron hacia los sillones.

Celia tomó asiento.

Desmond se acomodó junto a ella.

Durante varios minutos permanecieron escuchando la música sin necesidad de conversar.

El silencio era diferente del que había existido cuando comenzó la mañana.

Ya no estaba acompañado por la incomodidad o por el peso de las historias dolorosas.

Era tranquilo.

Agradable.

En ocasiones sus miradas se cruzaban brevemente.

Entonces ambos sonreían.

Y volvían a escuchar la radio.

Desmond pensó en cuanto había ocurrido desde su llegada al palacio.

La conversación nocturna.

La historia de Antrox.

Y ahora aquella mañana inesperada junto a Celia.

Había comenzado a conocer una faceta completamente distinta de los Pecados Capitales.

No todos parecían interesados únicamente en ejercer su autoridad.

Algunos también cargaban preocupaciones.

Recuerdos.

Y necesidades emocionales que rara vez podían expresar frente a los demás.

Celia parecía ser una de esas personas.

A pesar de su inmenso poder, también necesitaba momentos de tranquilidad.

Y alguien con quien pudiera comportarse sin preocuparse constantemente por su posición.

Desmond sonrió débilmente.

Quizás aquella era una de las razones por las que Antrox le tenía tanto cariño.

La gobernante de la Gula no parecía exigir que las personas fueran perfectas.

Simplemente disfrutaba de su compañía.

El joven estaba a punto de decir algo cuando unos pasos pesados resonaron desde uno de los corredores.

Ambos levantaron la mirada.

Una voz conocida rompió la tranquilidad.

—¡HERMANA!

Desmond abrió ligeramente los ojos.

Antrox acababa de aparecer.

Su expresión estaba iluminada por una alegría casi infantil.

Celia levantó inmediatamente la cabeza.

Una sonrisa enorme apareció en su rostro.

—¡Anthony!

El demonio avanzó rápidamente.

Antes de que Desmond pudiera reaccionar, Antrox se lanzó hacia Celia y la abrazó con entusiasmo.

La mujer soltó una carcajada.

—¡JAJAJA! ¡Buenos días para ti también!

Antrox continuó abrazándola.

—¡Buenos días!

Su voz estaba cargada de energía.

Celia le acarició suavemente la espalda.

—¿Dormiste bien?

El demonio asintió.

—¡Perfectamente!

Después se separó ligeramente.

Observó a Desmond.

Levantó una ceja.

—¿Y tú qué haces aquí tan temprano?

El joven soltó una pequeña risa.

—Su hermana quería hablar conmigo.

Antrox volvió la mirada hacia Celia.

La mujer sonrió con inocencia fingida.

—Solo estuvimos conversando.

El demonio entrecerró los ojos.

—¿Solo conversando?

Desmond levantó ambas manos.

—¡Y bailando un poco!

Antrox permaneció inmóvil.

Después abrió los ojos.

—¡¿BAILANDO?!

Celia comenzó a reír.

—¡Sí!

El demonio observó a Desmond.

Después a su hermana.

Y finalmente soltó una carcajada.

—¡No puedo creer que se hayan puesto a bailar sin mí!

Desmond comenzó a reír.

—¡Usted estaba durmiendo!

Antrox levantó un dedo.

—¡Eso no es excusa!

Celia soltó una carcajada.

—La próxima vez te invitaremos, Anthony.

El demonio sonrió satisfecho.

—Más les vale.

Los tres comenzaron a reír.

Poco después, Skyler apareció desde uno de los corredores.

La muchacha ya se había preparado para continuar con los trabajos.

Llevaba ropa cómoda y su cabello estaba cuidadosamente acomodado.

Al reconocer al grupo, sonrió.

—Buenos días.

Desmond levantó inmediatamente la mirada.

—¡Skyler!

La joven se acercó.

Le dio un beso suave en la mejilla.

—¿Dónde te habías metido?

El muchacho sonrió.

—Celia quería hablar conmigo.

Skyler observó a la gobernante.

Después correspondió a su sonrisa.

—Ah, ya veo.

Antrox levantó ambas manos.

—¡Bueno, bueno!

Su voz adquirió un tono más enérgico.

—¡Ya tuvimos suficientes conversaciones por una mañana!

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué pasa?

El Pecado Capital señaló hacia los corredores.

—¡Tenemos trabajo!

Skyler asintió inmediatamente.

—Eso estaba pensando.

Celia se levantó.

Acomodó su ropa.

Después sonrió.

—Entonces será mejor que continuemos con los preparativos.

Desmond respiró profundamente.

—Está bien.

Antrox chasqueó los dedos.

—¡Perfecto!

El grupo abandonó el salón.

Y se dirigió hacia las zonas donde todavía quedaban materiales por organizar.

El trabajo comenzó poco después.

Los técnicos revisaron nuevamente los equipos musicales.

Skyler se encargó de comprobar algunas conexiones, mientras Desmond colaboraba con la instalación de los últimos instrumentos.

Antrox supervisaba el proceso.

En ocasiones ofrecía indicaciones.

Otras veces se acercaba personalmente para corregir alguna conexión o ajustar el funcionamiento de los equipos.

Celia, lejos de permanecer observando desde una posición privilegiada, decidió colaborar.

La gobernante de la Gula recorría el salón ayudando a distribuir materiales y organizando a los sirvientes.

Aquella actitud sorprendió a algunos trabajadores.

Pero Desmond ya había comenzado a acostumbrarse.

Celia parecía disfrutar participando directamente en las actividades que organizaba.

No consideraba que su posición la obligara a permanecer alejada de las tareas cotidianas.

Al contrario.

Su presencia contribuía a que todos trabajaran con mayor entusiasmo.

Durante varias horas, el Palacio Gluttora permaneció lleno de actividad.

Los sirvientes transportaban decoraciones.

Los técnicos ajustaban los equipos.

Y los jóvenes colaboraban con aquello que fuera necesario.

Finalmente, cuando la tarde comenzó a avanzar, los últimos preparativos quedaron terminados.

Antrox observó el salón.

Se cruzó de brazos.

Después sonrió satisfecho.

—Bueno...

Desmond levantó la mirada.

—¿Qué?

El demonio señaló hacia los equipos.

—Creo que terminamos.

Skyler dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Por fin!

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—Ya estaba empezando a pensar que nunca acabaríamos.

Celia contempló el resultado.

Sus ojos se iluminaron.

Las decoraciones estaban perfectamente organizadas.

Los equipos musicales se encontraban instalados.

Y los espacios destinados a los invitados habían quedado preparados.

La mujer sonrió ampliamente.

—¡Espléndido!

Su voz resonó por todo el salón.

Desmond volvió la cabeza.

Celia continuó:

—¡Ha quedado precioso!

Skyler sonrió.

Antrox asintió con satisfacción.

La gobernante se acercó a ellos.

—En serio...

Su expresión adquirió un tono cálido.

—Muchas gracias.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

—No tiene que agradecerlo.

Celia negó suavemente.

—Claro que sí.

Observó a los trabajadores.

Después volvió a mirar a los jóvenes.

—Con su ayuda hemos terminado mucho antes de lo previsto.

Hizo una pausa.

—Podré adelantar la reunión.

Antrox sonrió.

—¡Perfecto!

Se acercó a su hermana.

—Entonces tendremos todo listo para recibir a los demás.

Celia asintió.

—Exactamente.

Después su expresión adquirió un tono ligeramente nostálgico.

—Ha sido agradable tenerlos aquí.

Desmond sonrió.

Skyler también.

Antrox observó a Celia.

Después se acercó y colocó una mano sobre su hombro.

—Nos quedaremos para la reunión.

La mujer levantó la mirada.

El demonio continuó:

—Y prometo visitarte más seguido.

Celia permaneció inmóvil durante un instante.

Después una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—¿De verdad?

Antrox asintió.

—Por supuesto.

Su expresión adquirió un tono juguetón.

—Aunque tendrás que soportarme.

Celia soltó una carcajada.

—¡Anthony!

Volvió a abrazarlo.

—Sabes perfectamente que siempre serás bienvenido.

El demonio correspondió inmediatamente.

Desmond observó aquella escena.

Una sonrisa apareció en su rostro.

Ahora comprendía mucho mejor el significado de aquel cariño.

No era simplemente la alegría de dos hermanos que se reencontraban.

Era el vínculo de dos seres que habían aprendido a sostenerse mutuamente durante incontables años.

El joven volvió la mirada hacia Skyler.

Ella también sonreía.

Desmond tomó suavemente su mano.

La muchacha entrelazó sus dedos con los de él.

Y permanecieron juntos mientras observaban a los dos Pecados Capitales.

La tarde terminó lentamente.

Los últimos trabajadores comenzaron a retirarse hacia sus habitaciones.

Los sirvientes apagaron algunas de las luces que ya no eran necesarias.

Y el Palacio Gluttora recuperó poco a poco aquella tranquilidad que parecía envolverlo durante las noches.

Desmond y Skyler regresaron hacia el sector de invitados.

Ambos estaban cansados.

Pero satisfechos por haber terminado los preparativos.

Durante el camino conversaron brevemente sobre lo ocurrido durante el día.

Skyler escuchó con curiosidad cuando Desmond le contó que había pasado parte de la mañana conversando con Celia.

También sonrió al enterarse de que habían terminado bailando en el salón principal.

—¿Bailaste con Celia?

Desmond asintió.

—Sí.

La muchacha levantó una ceja.

—¿En serio?

El joven sonrió.

—¡En serio!

Skyler soltó una pequeña carcajada.

—Vaya...

Desmond se encogió de hombros.

—Le gusta mucho bailar.

La muchacha sonrió.

—Eso no lo sabía.

El joven continuó:

—Además, creo que necesitaba distraerse un poco.

Skyler lo observó con curiosidad.

—¿Por qué?

Desmond permaneció pensativo.

Recordó las preocupaciones de Celia.

Su temor por Antrox.

Y la hostilidad que Valerio parecía sentir hacia él.

Sin embargo, decidió no profundizar demasiado en asuntos personales que la gobernante le había confiado.

—Tiene muchas responsabilidades.

Hizo una pausa.

—Y creo que a veces necesita hacer algo que simplemente disfrute.

Skyler asintió lentamente.

—Supongo que todos necesitamos eso.

Desmond sonrió.

—Exactamente.

Ambos continuaron caminando.

Finalmente, llegaron frente a su habitación.

Skyler abrió la puerta.

Entró.

Y comenzó a preparar sus cosas para descansar.

Desmond permaneció unos segundos en el pasillo.

Observó brevemente la iluminación dorada que recorría las paredes.

Después se volvió hacia la entrada.

Estaba a punto de cerrar cuando sintió unos brazos rodeándolo suavemente desde atrás.

El joven se sobresaltó ligeramente.

—¿Eh?

Volvió la cabeza.

Celia estaba detrás de él.

La gobernante había llegado silenciosamente por el corredor.

Su expresión era tranquila.

Y una sonrisa cálida aparecía en su rostro.

Desmond permaneció sorprendido.

—¿Señorita Celia?

La mujer no respondió inmediatamente.

Simplemente mantuvo el abrazo durante unos segundos.

Después habló suavemente.

—Gracias por lo de esta mañana, Desmond.

El joven permaneció inmóvil.

Su voz tenía una sinceridad que le resultó imposible ignorar.

—No fue nada...

Celia negó suavemente con la cabeza.

—Para ti quizás no.

Hizo una pausa.

—Pero para mí significó mucho.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

La mujer continuó:

—Llevaba bastante tiempo sin disfrutar de una mañana tan tranquila.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Sin tener que preocuparme por reuniones, problemas o responsabilidades.

El joven sonrió.

—Me alegra haber podido ayudarla.

Celia correspondió al gesto.

Después se separó lentamente.

Permaneció frente a él.

Su expresión adquirió un tono más serio, aunque no perdió aquella calidez que la caracterizaba.

—Escúchame, Desmond.

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

La mujer respiró profundamente.

—Si alguna vez me necesitas...

Hizo una pausa.

—Si tienes algún problema o simplemente quieres hablar...

Sonrió suavemente.

—Toca mi puerta.

Desmond permaneció inmóvil.

Celia continuó:

—La abriré de inmediato.

El joven sintió una emoción inesperada.

Aquellas palabras despertaron recuerdos de Marta.

Su madre siempre había intentado enseñarle que las personas podían encontrar apoyo incluso fuera de su propia familia.

Y ahora, en un territorio que había visitado por primera vez apenas un día antes, estaba descubriendo que aquella enseñanza podía ser cierta.

Desmond respiró profundamente.

Después sonrió con sinceridad.

—Gracias...

Hizo una pequeña pausa.

—Celia.

La mujer abrió ligeramente los ojos.

Durante un instante pareció sorprendida de escucharlo pronunciar su nombre sin ningún tratamiento formal.

Después sonrió ampliamente.

—De nada, jovencito.

Desmond correspondió al gesto.

Celia retrocedió unos pasos.

Después levantó una mano para despedirse.

—Descansa.

El joven asintió.

—Usted también.

La mujer sonrió.

Después comenzó a alejarse por el corredor.

Desmond permaneció observándola durante unos segundos.

Finalmente, volvió hacia la habitación.

Cerró lentamente la puerta.

Skyler estaba acomodando algunas prendas cerca del armario.

Cuando lo vio entrar, levantó la mirada.

—¿Todo bien?

Desmond permaneció inmóvil durante un instante.

Después sonrió.

—Sí.

La muchacha correspondió al gesto.

—Me alegra.

El joven se acercó.

La abrazó suavemente.

Skyler apoyó las manos sobre su espalda.

Durante unos segundos permanecieron juntos.

Después Desmond levantó lentamente la mirada.

Pensó en Celia.

En su manera de escuchar.

En la historia que le había contado sobre Antrox.

Y en aquella conversación matutina que terminó convirtiéndose en una experiencia completamente inesperada.

Había llegado al Palacio Gluttora pensando que solamente participaría en la organización de una celebración.

Pero durante aquellos días había descubierto algo mucho más importante.

Una persona que, a pesar de pertenecer a uno de los rangos más elevados del Infierno, no parecía interesada en juzgarlo por su apellido o por el lugar donde había crecido.

Alguien capaz de escucharlo sin desprecio.

De comprender su dolor.

Y de ofrecerle una amistad sincera.

Desmond dejó escapar un suspiro tranquilo.

La jornada había sido larga.

Y todavía quedaban acontecimientos importantes por delante.

La reunión de los Pecados Capitales se acercaba.

Valerio estaría presente.

Y las preocupaciones que Celia había compartido durante la mañana continuaban existiendo.

Pero aquella noche, el joven prefirió no pensar demasiado en ello.

Se acomodó junto a Skyler.

Apagó la luz.

Y permitió que la tranquilidad de la habitación comenzara a envolverlo.

Mientras cerraba los ojos, recordó las últimas palabras de Celia.

«Si alguna vez me necesitas... toca mi puerta».

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Había encontrado algo inesperado en aquel palacio.

No solamente un lugar donde trabajar.

Ni una experiencia que pudiera contar después de regresar a casa.

También había encontrado una nueva amiga.

Quizás alguien en quien realmente podía confiar.

CAP 19

Aceptación

La tranquilidad había regresado al Palacio Gluttora.

Después de varios días de preparativos, los salones finalmente estaban listos para recibir a algunos de los invitados más poderosos del Infierno. Las decoraciones adornaban las paredes hexagonales, las mesas habían sido cuidadosamente organizadas y los equipos musicales permanecían instalados, aguardando el momento de comenzar la celebración.

Sin embargo, todavía faltaban algunas horas para que llegaran los invitados.

En una de las habitaciones destinadas al personal de Hellbeat Records, Desmond y Skyler disfrutaban de un pequeño momento de descanso.

Ambos permanecían recostados sobre la cama, compartiendo una conversación tranquila mientras la luz dorada del exterior atravesaba parcialmente las cortinas.

Skyler estaba acomodada junto a Desmond, con la cabeza apoyada cerca de su hombro. Sus orejas permanecían relajadas y su cola descansaba sobre las sábanas.

El joven, por su parte, contemplaba distraídamente el techo.

Habían pasado muchas cosas desde que se conocieron.

La muerte de Marta.

El comienzo de su carrera musical.

La llegada de Skyler a su hogar.

Y las revelaciones relacionadas con la familia Ludendorff.

A pesar de todo, habían conseguido encontrar cierta estabilidad en su relación.

Desmond todavía tenía dificultades para comprender algunos aspectos de sus sentimientos, pero había aprendido a disfrutar de aquella cercanía que antes le resultaba tan desconocida.

Skyler levantó lentamente la mirada.

Durante unos segundos permaneció observándolo.

Después sonrió con timidez.

—Des...

El joven volvió la cabeza.

—¿Sí, preciosa?

La muchacha dudó.

Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia atrás.

—¿Puedo preguntarte algo?

Desmond soltó una pequeña risa.

—Claro.

Skyler jugueteó distraídamente con el borde de la manta.

Parecía estar buscando las palabras adecuadas.

Finalmente, respiró profundamente.

—¿Crees que estaremos juntos mucho tiempo?

Desmond permaneció callado.

La pregunta lo sorprendió.

No porque nunca hubiera pensado en el futuro, sino porque hasta aquel momento había preferido concentrarse en lo que ambos estaban construyendo día tras día.

Skyler observó su expresión.

—No tienes que responder si no quieres...

El joven negó suavemente.

—No, tranquila.

Se acomodó de lado para mirarla mejor.

Durante unos segundos contempló sus ojos.

Después sonrió.

—Tal vez.

Skyler levantó ligeramente las orejas.

—¿Tal vez?

Desmond soltó una pequeña risa.

—Sí.

La muchacha frunció el ceño con una expresión de indignación fingida.

—¡Desmond!

El joven comenzó a reír.

—¡¿Qué?!

Skyler le dio un pequeño golpe amistoso en el brazo.

—¡Esa no es una respuesta!

Desmond sonrió.

Después tomó suavemente una de sus manos.

—Bueno...

Su expresión adquirió un tono más sincero.

—No puedo saber exactamente qué nos espera.

Skyler permaneció atenta.

El joven continuó:

—Pero me gustaría que estuviéramos juntos durante mucho tiempo.

La muchacha sintió que sus mejillas comenzaban a calentarse.

Desmond sonrió con ternura.

—Eso sí puedo decirlo.

Skyler bajó ligeramente la mirada.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—A mí también me gustaría...

El joven acarició delicadamente sus dedos.

Durante unos segundos permanecieron contemplándose.

No necesitaban hacer grandes promesas.

Tampoco podían garantizar que sus vidas permanecerían libres de dificultades.

Pero ambos compartían el deseo de continuar acompañándose.

Skyler se acercó lentamente.

Sus ojos descendieron brevemente hacia los labios de Desmond.

El joven sonrió.

También se inclinó hacia ella.

La distancia entre ambos comenzó a disminuir.

Hasta que, justo cuando estaban a punto de besarse, un estruendo interrumpió la tranquilidad.

¡PAM!

La puerta se abrió de golpe.

—¡EH, MUCHACHOS!

Desmond dio un pequeño respingo.

Skyler se sobresaltó de tal manera que sus orejas se levantaron inmediatamente.

Ambos volvieron la cabeza.

Antrox permanecía en la entrada.

Llevaba su habitual sombrero y una expresión de entusiasmo que desapareció parcialmente cuando comprendió lo que acababa de interrumpir.

El demonio parpadeó.

Observó a Skyler.

Después a Desmond.

Finalmente, una sonrisa nerviosa apareció en su rostro.

—Ah...

Se rascó ligeramente la cabeza.

—¡Ehh! Perdón.

Skyler permaneció completamente inmóvil.

Sus mejillas adquirieron un intenso rubor.

Antrox levantó ambas manos.

—No sabía que eran pareja.

Desmond levantó una ceja.

Durante unos segundos observó al Pecado Capital sin pronunciar una sola palabra.

Después soltó un suspiro.

—Señor Antrox...

El demonio sonrió con incomodidad.

—¡No quiero interrumpir su momento!

Hizo una pausa.

—Bueno... técnicamente ya lo hice.

Desmond se llevó una mano al rostro.

Skyler soltó una pequeña risa avergonzada.

Antrox continuó:

—¡Pero los necesito para algo importante!

El joven respiró profundamente.

Finalmente, apartó las sábanas y se incorporó.

—Está bien.

Skyler permanecía sentada, todavía intentando disimular su vergüenza.

Desmond se levantó.

Después le extendió una mano.

—Vamos, Skyler.

La muchacha observó sus dedos.

Sonrió tímidamente.

Y aceptó su ayuda.

Antrox los aguardaba junto a la puerta.

Mientras ambos se preparaban para salir, el demonio observó a Desmond con una expresión juguetona.

—Vaya, muchacho...

El joven volvió la mirada.

—¿Qué?

Antrox soltó una pequeña carcajada.

—Tienes buen gusto.

Desmond entrecerró los ojos.

—Señor Antrox...

El demonio levantó ambas manos.

—¡No dije nada!

Skyler se cubrió parcialmente el rostro.

—¡Por favor, vámonos!

Desmond soltó una carcajada.

Y los tres abandonaron la habitación.

El Palacio Gluttora presentaba una actividad considerablemente mayor que durante los días anteriores.

Los últimos sirvientes terminaban de revisar las decoraciones, mientras otros colocaban copas y utensilios sobre una enorme mesa destinada a la reunión.

Los candelabros dorados iluminaban los pasillos.

El aroma dulce característico del palacio permanecía en el ambiente.

Y desde el salón principal podía escucharse el movimiento constante de los trabajadores.

Desmond caminaba junto a Skyler y Antrox.

El Pecado Capital parecía especialmente inquieto.

Revisaba algunos detalles mientras avanzaba, observando las decoraciones y formulando preguntas ocasionales a los sirvientes.

—¿Las bebidas están listas?

Uno de los trabajadores asintió.

—Sí, señor.

—¿Y la mesa principal?

—Completamente preparada.

Antrox sonrió satisfecho.

—¡Perfecto!

Continuó caminando.

Desmond lo observó con curiosidad.

Después se acercó ligeramente a Skyler.

—Parece bastante emocionado.

La muchacha asintió.

—Sí...

Observó al demonio.

—Aunque también parece nervioso.

Desmond permaneció pensativo.

Después de las conversaciones que había mantenido con Celia, comprendía por qué aquella reunión podía tener un significado especial para Antrox.

No se trataba simplemente de organizar una celebración.

También representaba una oportunidad para demostrar frente a los demás Pecados Capitales cuánto había conseguido construir.

Y, especialmente, para recibir un reconocimiento que durante siglos le había sido negado.

El joven volvió a mirar hacia Antrox.

Su expresión se suavizó.

Esperaba sinceramente que todo saliera bien.

Cuando llegaron al salón principal, encontraron a Celia supervisando los últimos preparativos.

La gobernante de la Gula permanecía junto a una de las mesas, conversando con varios sirvientes.

Al reconocerlos, levantó inmediatamente la mirada.

—¡Anthony!

El demonio volvió la cabeza.

—¡¿Sí?!

Celia le hizo una señal.

—Ven un momento.

Antrox levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué pasa?

La mujer sonrió.

—Necesito hablar contigo.

El Pecado Capital observó brevemente a Desmond y Skyler.

Después asintió.

—¡Ahora regreso!

Se alejó apresuradamente.

Celia lo condujo hacia uno de los corredores privados del palacio.

Desmond permaneció inmóvil.

Observó cómo ambos desaparecían detrás de una puerta.

Su curiosidad comenzó a despertar.

Había notado que Celia parecía especialmente interesada en que Antrox disfrutara de aquella celebración.

Además, recordaba perfectamente las preocupaciones que la gobernante había compartido sobre Valerio.

El joven observó brevemente a Skyler.

Ella estaba revisando algunos detalles de las decoraciones.

Desmond vaciló.

Después comenzó a caminar discretamente hacia el corredor.

No tenía intención de intervenir.

Simplemente quería comprender qué estaba preparando Celia.

Avanzó con cuidado.

Finalmente llegó frente a una puerta que permanecía ligeramente entreabierta.

Desde allí podía escuchar las voces de ambos Pecados Capitales.

Desmond se detuvo.

Y observó discretamente hacia el interior.

Celia permanecía frente a Antrox.

En sus manos sostenía una elegante chaqueta que formaba parte de un traje cuidadosamente preparado para la ocasión.

El demonio observaba la prenda con cierta curiosidad.

—¿Y todo esto?

La mujer sonrió.

—Es para ti.

Antrox levantó ligeramente las cejas.

—¿Para mí?

—Por supuesto.

Celia extendió la chaqueta.

—Quiero que te vistas apropiadamente para la reunión.

El demonio soltó una pequeña risa.

—¡Pero si ya estoy vestido!

La gobernante observó su ropa habitual.

Después sonrió con paciencia.

—Anthony...

Su voz adquirió un tono cariñoso.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Antrox soltó una carcajada.

—¡Está bien, está bien!

La mujer comenzó a ayudarlo a colocarse el traje.

Acomodó las mangas.

Revisó la posición de la chaqueta.

Y ajustó cuidadosamente algunas partes de la vestimenta.

Antrox permanecía relativamente quieto, aunque de vez en cuando intentaba moverse antes de que Celia terminara.

—Anthony, quédate quieto.

El demonio soltó una pequeña risa.

—¡Estoy quieto!

Celia levantó una ceja.

—Acabas de moverte tres veces.

—¡Detalles menores!

La mujer comenzó a reír.

Después levantó la mirada hacia su sombrero.

Permaneció pensativa durante unos segundos.

Finalmente, extendió una mano.

—Y esto...

Le retiró cuidadosamente el sombrero.

Antrox abrió ligeramente los ojos.

—¡Oye!

Celia lo observó.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Mucho mejor.

El demonio frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué tiene de malo mi sombrero?

La mujer rio suavemente.

—Nada.

Se acercó para acomodarle el cabello.

—Pero te ves mejor sin él.

Antrox soltó una pequeña risa.

—Es costumbre.

Celia asintió.

—Lo sé.

Observó nuevamente su apariencia.

—Pero deberías dejar de usarlo más seguido.

Hizo una pausa.

—En todas tus fotografías aparece ese sombrero.

El demonio sonrió.

—¡Es parte de mi estilo!

Celia soltó una carcajada.

—Ya lo sé.

Después volvió a acomodarle la chaqueta.

Finalmente, se apartó unos pasos para contemplar el resultado.

Su expresión se suavizó.

—Mírate...

Antrox levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué?

La mujer sonrió con orgullo.

—Te ves muy elegante.

El demonio bajó la mirada hacia su traje.

Después levantó lentamente la cabeza.

—Bueno...

Se acomodó la chaqueta.

—Debo admitir que no está nada mal.

Celia rio.

—Muchísimo mejor.

Durante unos instantes permanecieron sonriendo.

Sin embargo, la expresión de la gobernante cambió lentamente.

Se acercó nuevamente.

Y colocó ambas manos sobre los hombros de su hermano.

—Anthony...

El demonio levantó la mirada.

—¿Sí?

Celia respiró profundamente.

—Quiero darte una oportunidad especial esta noche.

Antrox permaneció inmóvil.

—¿Qué clase de oportunidad?

La mujer sonrió.

—Quiero que seas el anfitrión de la reunión.

El demonio abrió los ojos de par en par.

—¿Yo?

Celia asintió.

—Sí.

Antrox permaneció callado durante varios segundos.

Parecía incapaz de procesar completamente aquellas palabras.

—Pero...

Observó brevemente hacia el salón.

—¡El palacio es tuyo!

La mujer sonrió.

—Lo sé.

Hizo una pausa.

—Pero tú has trabajado muchísimo para que esta reunión sea posible.

Antrox bajó lentamente la mirada.

Celia continuó:

—Has organizado los preparativos.

Coordinado los equipos.

Y ayudado a que todo esté listo.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Mereces recibir reconocimiento por ello.

El demonio permaneció inmóvil.

Durante incontables años había escuchado comentarios que cuestionaban su capacidad.

Sus hermanos lo habían tratado como una anomalía.

Un Pecado Capital que, según ellos, nunca debió existir.

Y aunque había conseguido construir Hellbeat Records y convertirse en una figura importante entre los sabuesos infernales, aquel desprecio seguía acompañándolo durante las reuniones familiares.

Antrox levantó lentamente la mirada.

—Celia...

La mujer sonrió con ternura.

—Pero necesito que me prometas algo.

El demonio inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué cosa?

Celia respiró profundamente.

—Que vas a comportarte.

Antrox soltó una pequeña risa.

—¡Siempre me comporto!

La gobernante levantó una ceja.

—Anthony...

El demonio permaneció callado.

Después sonrió con cierta vergüenza.

—Bueno...

Se encogió de hombros.

—Casi siempre.

Celia rio suavemente.

Pero después recuperó su seriedad.

—Esta noche quiero que demuestres lo que eres capaz de hacer.

Hizo una pausa.

—Nada de comportamientos inmaduros.

Antrox asintió.

—Está bien.

La mujer continuó:

—Y, sobre todo...

Su voz adquirió una firmeza evidente.

—Ignora cualquier comentario negativo de Valerio.

El demonio dejó de sonreír.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después bajó lentamente la mirada.

Celia observó su expresión.

Conocía demasiado bien aquella reacción.

Había visto a Anthony intentar soportar durante siglos las burlas de sus hermanos.

Había presenciado cómo utilizaba la risa para ocultar su tristeza.

Y sabía que, a pesar de todo lo que había conseguido, algunas palabras todavía podían lastimarlo profundamente.

La mujer apretó suavemente sus hombros.

—Escúchame.

Antrox levantó los ojos.

Celia lo observó con sinceridad.

—Tú eres mucho más que un simple error.

El demonio permaneció inmóvil.

La gobernante continuó:

—Mírate.

Su voz se volvió más cálida.

—Mira todo lo que has logrado por ti mismo.

Antrox bajó ligeramente la mirada.

Celia sonrió.

—Construiste una disquera.

Diste oportunidades a artistas que nadie quería escuchar.

Y conseguiste que miles de sabuesos encontraran un lugar donde expresarse sin sentir vergüenza de quienes son.

El demonio permaneció callado.

La mujer continuó:

—Nada de eso desaparece porque Valerio decida insultarte.

Hizo una pausa.

—Ni porque nuestros hermanos se nieguen a reconocerlo.

Antrox respiró profundamente.

Sus ojos comenzaron a adquirir un brillo diferente.

Celia le acarició suavemente el rostro.

—Estoy orgullosa de ti, Anthony.

El demonio cerró los ojos durante un instante.

Después asintió lentamente.

—Gracias, hermana...

Su voz fue mucho más baja de lo habitual.

Celia sonrió.

—De nada.

Finalmente, lo abrazó.

Antrox correspondió inmediatamente.

Y durante unos segundos ambos permanecieron así, sin necesidad de añadir nada más.

Desde el corredor, Desmond observaba la escena en silencio.

Sintió una emoción inesperada.

Recordó las palabras que Celia le había contado durante la noche anterior.

El rechazo.

La soledad.

Y aquella manera en que Antrox había aprendido a esconder su dolor detrás de una personalidad inquieta y bromista.

Ahora comprendía cuánto significaba para él aquella oportunidad.

No se trataba únicamente de dirigir una reunión.

Era la posibilidad de demostrar, frente a quienes lo habían despreciado, que su existencia tenía valor.

Desmond respiró profundamente.

Después retrocedió lentamente.

No quería interrumpir aquel momento entre hermanos.

Se alejó del corredor.

Y regresó al salón principal.

Skyler lo encontró pocos minutos después.

—Des...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

La muchacha sonrió.

—¿Dónde estabas?

Desmond permaneció pensativo.

Después negó suavemente con la cabeza.

—Por ahí.

Skyler levantó una ceja.

—¿Por ahí?

El joven soltó una pequeña risa.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Solo estaba observando el palacio.

La muchacha lo contempló durante unos segundos.

Parecía sospechar que había algo más.

Sin embargo, no insistió.

Desmond tampoco mencionó lo que había escuchado.

Aquella conversación pertenecía a Celia y Antrox.

Y consideraba que debía respetarla.

Las horas continuaron avanzando.

Los últimos preparativos quedaron terminados.

Los sirvientes revisaron por última vez la disposición de las mesas, las bebidas y los espacios destinados a los invitados.

Poco a poco, la iluminación del palacio comenzó a cambiar.

Las lámparas adquirieron tonalidades más cálidas.

La música ambiental se volvió más solemne.

Y el enorme salón principal quedó preparado para recibir a algunas de las entidades más poderosas del Infierno.

La noche finalmente había llegado.

Desmond permanecía junto a Skyler en uno de los sectores laterales del salón.

Ambos habían recibido indicaciones sobre dónde debían permanecer durante la reunión.

Aunque trabajaban para la disquera de Antrox, su presencia allí era considerablemente diferente de la de los invitados principales.

No participaban como gobernantes.

Tampoco como miembros de una familia aristocrática.

Simplemente habían colaborado con la organización.

Desmond observó la enorme mesa central.

Sobre ella descansaban copas cuidadosamente alineadas, utensilios elegantes y diversas preparaciones que reflejaban la riqueza gastronómica del Anillo de la Gula.

Las sillas estaban distribuidas de manera que cada Pecado Capital pudiera ocupar un lugar correspondiente a su posición.

El joven respiró profundamente.

—Vaya...

Skyler volvió la cabeza.

—¿Qué pasa?

Desmond señaló discretamente hacia la mesa.

—Nunca imaginé que terminaría presenciando una reunión así.

La muchacha sonrió.

—Yo tampoco.

El joven observó nuevamente el salón.

—Espero que todo salga bien.

Skyler lo contempló.

Después tomó suavemente su mano.

—Eso espero yo también.

Poco después, las enormes puertas comenzaron a abrirse.

Los invitados estaban llegando.

El primero en llamar poderosamente la atención de Desmond fue Valerio.

El Pecado Capital de la Ira avanzó por el salón con una presencia imponente.

Su postura transmitía una autoridad agresiva.

Sus movimientos eran firmes.

Y su mirada parecía examinar cada detalle con una frialdad que resultaba profundamente incómoda.

Desmond permaneció inmóvil.

Reconoció inmediatamente aquella figura.

Valerio era el gobernante del territorio donde había crecido.

El responsable de una administración que, durante años, había permitido que lugares como la comuna 54 permanecieran sumidos en la violencia, la pobreza y la corrupción.

El joven apretó ligeramente la mandíbula.

Recordó las palabras de Celia.

El odio que Valerio sentía hacia Antrox.

Y la preocupación que aquella hostilidad despertaba en su hermana.

Skyler notó su expresión.

—Des...

El joven volvió lentamente la cabeza.

—¿Sí?

La muchacha lo observó con preocupación.

—¿Estás bien?

Desmond respiró profundamente.

Después asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Solo estaba pensando.

Skyler apretó suavemente su mano.

El joven correspondió al gesto.

Mientras tanto, Valerio avanzó hacia la mesa principal acompañado por su asistente.

Su expresión permaneció completamente seria.

No mostró demasiado interés por las decoraciones.

Tampoco pareció impresionado por el trabajo realizado.

Simplemente ocupó su lugar.

Poco después llegó Lascivia.

La Pecado Capital de la Lujuria hizo su entrada con una elegancia que atrajo inmediatamente varias miradas.

Su caminar era seguro y seductor, acompañado por una sonrisa que reflejaba una confianza extraordinaria.

Vestía prendas cuidadosamente seleccionadas, acordes con su posición.

Un asistente la acompañaba discretamente.

Lascivia observó el salón con curiosidad.

Después tomó asiento.

Su expresión parecía considerablemente más relajada que la de Valerio.

El siguiente en llegar fue Invidia.

El Pecado Capital de la Envidia avanzó con una mirada analítica.

Observaba los detalles del palacio, las decoraciones y la disposición de la mesa como si estuviera evaluando silenciosamente cada aspecto de la reunión.

Su asistente caminaba detrás de él.

Invidia saludó brevemente.

Después ocupó su asiento.

Finalmente apareció Desidia.

El Pecado Capital de la Pereza avanzaba con movimientos lentos, arrastrando ligeramente los pies como si cada paso representara un esfuerzo extraordinario.

Su expresión transmitía un cansancio casi permanente.

El asistente que lo acompañaba parecía acostumbrado a aquel comportamiento.

Desidia observó la mesa.

Después dejó escapar un largo suspiro.

—Por fin...

Su voz sonó agotada.

Se acomodó en su asiento.

—Pensé que nunca llegaría.

Lascivia soltó una pequeña risa.

Invidia apenas reaccionó.

Valerio permaneció completamente indiferente.

Desde su posición, Desmond observaba aquel conjunto de personalidades con creciente curiosidad.

Resultaba extraño pensar que seres tan diferentes pertenecían al mismo grupo de gobernantes infernales.

Cada uno parecía representar su naturaleza de una manera distinta.

Pero había algo que comenzaba a resultar evidente.

No todos mantenían una relación cordial.

La tensión aparecía incluso antes de que comenzara oficialmente la reunión.

Celia observó discretamente a los invitados.

Después respiró profundamente.

Antrox permanecía cerca de ella.

Su traje elegante resaltaba considerablemente en comparación con la ropa que acostumbraba utilizar.

No llevaba su sombrero habitual.

Y aunque intentaba mantener una postura segura, Desmond consiguió notar cierta inquietud en sus movimientos.

El joven recordó inmediatamente las palabras de Celia.

«Tú eres mucho más que un simple error».

Esperaba sinceramente que Antrox consiguiera mantener aquella seguridad cuando llegara el momento de hablar.

Finalmente, los asistentes terminaron de acomodarse.

El salón quedó envuelto en un silencio solemne.

Celia se levantó lentamente de su asiento.

Su presencia consiguió atraer inmediatamente la atención de los presentes.

La gobernante de la Gula observó a sus hermanos.

Después sonrió con cortesía.

—Buenas noches a todos.

Algunos respondieron con movimientos de cabeza.

Otros permanecieron inmóviles.

Celia continuó:

—Me alegra recibirlos nuevamente en el Palacio Gluttora.

Su voz era firme.

Tranquila.

Y transmitía una autoridad que no necesitaba acompañarse de amenazas.

—Espero que puedan disfrutar de esta reunión.

Hizo una pequeña pausa.

Después volvió la mirada hacia Antrox.

Una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Sin embargo, antes de comenzar, quiero aclarar algo.

Valerio levantó ligeramente una ceja.

Invidia observó a Celia con curiosidad.

Lascivia permaneció atenta.

La gobernante continuó:

—Esta noche, el anfitrión de nuestra reunión no seré yo.

El silencio se volvió más profundo.

Celia extendió suavemente una mano hacia Antrox.

—Será Anthony.

El demonio permaneció inmóvil durante un instante.

Aunque ya conocía la decisión de su hermana, escucharla anunciarla frente a todos provocó que su corazón comenzara a latir con mayor fuerza.

Celia continuó:

—Él organizó este encuentro.

Supervisó los preparativos.

Y se aseguró de que todo estuviera listo para recibirlos.

Su expresión adquirió un tono de orgullo.

—Considero justo que sea reconocido por su trabajo.

Durante unos segundos nadie respondió.

Finalmente, algunos comenzaron a aplaudir.

Los aplausos fueron lentos.

Escasos.

Y carentes de entusiasmo.

Valerio ni siquiera se molestó en ocultar su indiferencia.

Desmond observó aquella reacción.

Sintió una incomodidad profunda.

Después volvió la mirada hacia Antrox.

El demonio permanecía de pie.

Su expresión había adquirido una seriedad poco habitual.

Parecía estar haciendo un esfuerzo consciente por mantener la compostura.

Celia le dedicó una pequeña sonrisa.

Antrox respiró profundamente.

Después ocupó su lugar como anfitrión.

Tomó una copa.

La levantó.

Y observó a los presentes.

—Bueno...

Su voz resonó por todo el salón.

Durante un instante vaciló.

Pero rápidamente recuperó la seguridad.

—Me alegra que estemos reunidos esta noche.

Hizo una pausa.

—Han pasado incontables siglos desde que comenzamos a construir nuestros territorios.

Los demás permanecieron atentos.

Antrox continuó:

—Durante ese tiempo hemos conseguido muchas cosas.

Desarrollado nuestros anillos.

Extendido nuestra influencia.

Y reunido una cantidad extraordinaria de poder.

El demonio levantó un poco más la copa.

—Por eso quiero proponer un brindis.

Su expresión adquirió un tono orgulloso.

—Por nosotros.

Por lo que hemos logrado durante todos estos siglos.

Por las almas que hemos recaudado.

Y por el poder que hemos adquirido.

Algunos de los presentes levantaron sus copas.

Lascivia lo hizo con una pequeña sonrisa.

Invidia levantó la suya sin demasiado entusiasmo.

Desidia apenas consiguió incorporarse lo suficiente para participar.

Celia observó a Antrox con evidente orgullo.

Pero Valerio permaneció inmóvil.

Su copa continuaba sobre la mesa.

Y una sonrisa desagradable comenzó a aparecer lentamente en su rostro.

—¿Nosotros?

La palabra resonó con un desprecio evidente.

Antrox volvió la mirada.

Durante unos segundos permaneció callado.

Valerio soltó una carcajada seca.

—Qué curioso.

Se recostó ligeramente contra su asiento.

—Eso me suena más a una manada que a una reunión de gobernantes.

El ambiente cambió inmediatamente.

Desmond sintió que el estómago se le encogía.

Skyler levantó ligeramente las orejas.

Celia observó a Valerio con una expresión severa.

Antrox permaneció inmóvil.

El Pecado Capital de la Ira continuó:

—¿De verdad estás incluyéndote entre nosotros, Anthony?

Su voz adquirió una frialdad inquietante.

—¿Después de todo este tiempo?

Antrox bajó ligeramente la copa.

—Valerio...

Pero el gobernante de la Ira no permitió que continuara.

—No has conseguido nada que merezca mencionarse.

Hizo una pausa.

—Eres débil.

Su expresión se endureció.

—Nunca has sido más que un error.

El silencio cayó sobre la mesa.

Desmond observó a Antrox.

El demonio había quedado completamente inmóvil.

Sus dedos se tensaron alrededor de la copa.

Durante unos segundos, su expresión pareció vaciarse de cualquier emoción.

Después intentó sonreír.

Una sonrisa pequeña.

Forzada.

Demasiado familiar para quienes habían aprendido a reconocerla.

Celia se incorporó ligeramente.

—Valerio.

Su voz fue firme.

El Pecado Capital de la Ira volvió la mirada.

—¿Qué?

La mujer lo observó con evidente desagrado.

—No empieces.

Valerio soltó una carcajada.

—¿Empezar qué?

Señaló discretamente a Antrox.

—Solo estoy diciendo la verdad.

Celia apretó los labios.

—No confundas tus prejuicios con la verdad.

El gobernante de la Ira entrecerró los ojos.

—¿Prejuicios?

Su voz adquirió un tono burlón.

—Anthony sigue siendo una sombra de lo que nosotros representamos.

Antrox bajó lentamente la mirada.

Aquellas palabras parecían haberlo golpeado con una fuerza mayor de la que deseaba reconocer.

Durante incontables años había escuchado comentarios semejantes.

Había aprendido a responder con bromas.

A reír cuando los demás lo despreciaban.

Y a fingir que nada conseguía afectarlo.

Pero aquella noche era diferente.

Su hermana le había confiado la responsabilidad de dirigir la reunión.

Había trabajado para que todo saliera bien.

Y ahora, frente a todos, Valerio estaba intentando convertir aquel reconocimiento en otra humillación.

Antrox respiró profundamente.

Recordó las palabras de Celia.

«Ignora cualquier comentario negativo de Valerio».

Intentó mantener la calma.

Sin embargo, antes de que pudiera responder, una voz femenina intervino.

—Creo que estás siendo injusto.

Todos volvieron la mirada.

Lascivia había levantado ligeramente la cabeza.

Su expresión permanecía tranquila, aunque sus ojos reflejaban una seriedad poco habitual.

Valerio levantó una ceja.

—¿Disculpa?

La gobernante de la Lujuria dejó su copa sobre la mesa.

Después observó a Antrox.

—Puede que Anthony no posea la misma fuerza que algunos de nosotros.

Hizo una pausa.

—Pero eso no significa que no haya conseguido cosas importantes.

Antrox levantó lentamente la mirada.

Lascivia continuó:

—Creó su propia disquera.

La convirtió en una empresa reconocida.

Y consiguió convertirse en una figura importante entre los sabuesos infernales.

Su voz adquirió un tono más firme.

—Eso merece reconocimiento.

Valerio soltó una carcajada desagradable.

—¿Reconocimiento?

Se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿Por organizar música para unas cuantas bestias?

Skyler sintió que una profunda indignación comenzaba a crecer en su pecho.

Desmond apretó ligeramente su mano.

No quería que ella tuviera que escuchar semejantes comentarios.

Pero ambos comprendían que intervenir directamente en una discusión entre Pecados Capitales podía resultar extremadamente peligroso.

Lascivia frunció el ceño.

—Valerio...

El gobernante de la Ira continuó:

—¿Y qué si consiguió algo?

Su voz estaba cargada de desprecio.

—Sigue siendo insignificante en comparación con lo que nosotros hacemos.

Antrox permaneció callado.

La sonrisa que había intentado mantener terminó desapareciendo.

Celia observó aquella expresión.

Y sintió que la paciencia comenzaba a agotársele.

Se levantó bruscamente.

El movimiento hizo que varios presentes volvieran la cabeza.

—Ya basta.

Su voz resonó con una autoridad que silenció inmediatamente algunas conversaciones.

Valerio levantó lentamente la mirada.

Una sonrisa desafiante apareció en su rostro.

—¿Qué sucede, hermanita?

Celia lo observó con evidente repulsión.

—Por esto jamás quiero invitarte cuando Anthony participa en alguna celebración.

Valerio soltó una pequeña risa.

La mujer continuó:

—Nunca consigues dejar tus prejuicios de lado.

Hizo una pausa.

—Ni siquiera durante una sola noche.

Su expresión se endureció.

—Siempre encuentras alguna manera de humillarlo.

El Pecado Capital de la Ira se cruzó de brazos.

—Si no puede soportar unas cuantas palabras, entonces no merece sentarse con nosotros.

Celia apretó los puños.

—Eres un asco, Valerio.

El silencio fue inmediato.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

Skyler permaneció inmóvil.

Incluso algunos de los Pecados Capitales parecieron sorprendidos por la dureza de aquella afirmación.

Valerio dejó de sonreír.

Su mirada adquirió una frialdad peligrosa.

—Ten cuidado con lo que dices.

Celia no retrocedió.

—No.

Su voz fue firme.

—Ya he tenido demasiado cuidado contigo.

El gobernante de la Ira se incorporó ligeramente.

—¿Ahora vas a desafiarme por él?

Señaló a Antrox con desprecio.

Celia sostuvo su mirada.

—Voy a defender a mi hermano.

Hizo una pausa.

—Algo que ustedes debieron haber hecho desde el principio.

Invidia observó discretamente a los presentes.

Desidia dejó escapar un largo suspiro, claramente incómodo con el ambiente.

Lascivia permaneció atenta.

Antrox continuaba sentado, incapaz de intervenir.

La discusión comenzó a intensificarse.

Valerio respondió con nuevos insultos.

Celia cuestionó abiertamente su comportamiento.

Y las palabras comenzaron a volverse cada vez más hirientes.

Durante algunos minutos, la reunión dejó de parecer una celebración.

Se había convertido en una confrontación entre entidades cuya autoridad se extendía sobre territorios enteros del Infierno.

Desmond observaba la escena con creciente preocupación.

Recordó las palabras que Celia le había contado durante la noche anterior.

El rechazo de Antrox.

Las burlas de sus hermanos.

Y aquella soledad que lo había acompañado durante siglos.

Ahora estaba presenciando exactamente aquello que la gobernante había descrito.

No eran simples recuerdos.

El desprecio seguía existiendo.

Y Antrox continuaba soportándolo frente a todos.

Valerio se inclinó hacia adelante.

Su mirada se fijó nuevamente en el anfitrión.

—Dime, Anthony...

Su voz adquirió un tono venenoso.

—¿De verdad crees que construir una disquera te convierte en alguien importante?

Antrox levantó lentamente la mirada.

Durante unos segundos permaneció callado.

Finalmente, respondió:

—No necesito ser importante para ti.

Valerio levantó ligeramente las cejas.

El demonio continuó, con una voz considerablemente más baja de lo habitual:

—Solo quería que esta noche pudiéramos reunirnos sin discutir.

El gobernante de la Ira soltó una carcajada.

—Qué enternecedor.

Antrox bajó nuevamente la mirada.

Celia sintió que una profunda rabia comenzaba a apoderarse de ella.

Había pasado incontables años intentando proteger a su hermano de aquella crueldad.

Había visto cómo otros despreciaban sus logros.

Y cómo, sin importar cuánto consiguiera, siempre encontraban una razón para considerarlo inferior.

Pero aquella noche decidió que no permitiría que Valerio continuara imponiendo su versión de la historia.

La gobernante respiró profundamente.

Después habló con una frialdad que sorprendió incluso a Desmond.

—Ya quisieras haber logrado lo que Anthony ha logrado.

Valerio permaneció inmóvil.

—¿Qué has dicho?

Celia sostuvo su mirada.

—Lo escuchaste perfectamente.

El Pecado Capital de la Ira apretó lentamente los puños.

La mujer continuó:

—Anthony recibió una responsabilidad que ustedes consideraban insignificante.

Su voz adquirió mayor firmeza.

—Le entregaron el cuidado de los sabuesos infernales porque pensaban que no merecía un lugar entre nosotros.

Antrox levantó lentamente la mirada.

Celia continuó:

—Creyeron que así podrían mantenerlo alejado.

Que jamás conseguiría desarrollar algo importante.

Y que terminaría confirmando todas las cosas horribles que decían sobre él.

La mujer observó brevemente a los demás Pecados Capitales.

Después volvió a mirar a Valerio.

—Pero se equivocaron.

Su voz resonó por todo el salón.

—Anthony consiguió establecer un orden entre comunidades de sabuesos que durante siglos habían sido tratadas como criaturas incapaces de organizarse.

Hizo una pausa.

—Les dio oportunidades.

Los escuchó.

Y ayudó a construir espacios donde podían vivir y expresarse con mayor dignidad.

Skyler permaneció inmóvil.

Aquellas palabras provocaron una emoción profunda en su pecho.

Celia continuó:

—Logró civilizar y organizar a los sabuesos infernales según los estándares que ustedes mismos consideraban imposibles de alcanzar.

Su mirada se endureció.

—Y lo hizo sin recurrir a la crueldad con la que tú gobiernas.

Valerio apretó la mandíbula.

La gobernante de la Gula dio un paso hacia la mesa.

—En cambio...

Su voz adquirió un tono todavía más severo.

—¿Qué has conseguido tú con los habitantes de tu territorio?

El Pecado Capital de la Ira permaneció callado.

Celia continuó:

—Los imps de tu anillo están cada vez más cerca de la desesperación.

La violencia aumenta.

Las comunas se deterioran.

Y miles de habitantes viven atrapados en condiciones que ninguna autoridad debería considerar aceptables.

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

Recordó la comuna 54.

Las calles donde había crecido.

La pobreza.

Las drogas.

Y las familias que apenas conseguían sobrevivir.

Celia estaba hablando del lugar que él conocía.

Del territorio que Valerio gobernaba.

La mujer continuó:

—Y tú no haces nada para cambiarlo.

Valerio golpeó ligeramente el brazo de su asiento.

—¡Cuidado, Celia!

Pero ella no retrocedió.

—No.

Su expresión permaneció firme.

—Si vas a cuestionar los logros de Anthony, entonces tendrás que aceptar que también cuestionemos los tuyos.

El silencio que siguió fue profundo.

Durante varios segundos nadie pronunció una sola palabra.

Invidia contempló a Valerio.

Después volvió la mirada hacia Celia.

Su expresión reflejaba una reflexión silenciosa.

Desidia permaneció recostado contra su asiento.

Pero, por primera vez durante toda la reunión, parecía estar prestando verdadera atención.

Lascivia observó a Antrox.

Su expresión se suavizó.

Finalmente, algunos de los presentes comenzaron a asentir discretamente.

No todos parecían dispuestos a reconocer abiertamente su error.

Pero las palabras de Celia habían expuesto una contradicción difícil de ignorar.

Antrox, a quien durante siglos habían considerado inferior, había conseguido construir algo valioso.

Mientras tanto, Valerio continuaba gobernando un territorio donde numerosas comunidades sufrían las consecuencias de una administración brutal.

Desmond observó aquella reacción.

Sintió una mezcla de alivio y sorpresa.

Celia había conseguido algo que parecía imposible.

Por primera vez, la arrogancia de Valerio no había sido suficiente para dominar la conversación.

El Pecado Capital de la Ira recorrió lentamente los rostros de los presentes.

Su expresión reflejaba una furia apenas contenida.

Finalmente, se recostó contra su asiento.

Chasqueó la lengua.

—Tch...

Apartó la mirada.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

Después murmuró:

—Esto no se va a quedar así.

Su voz fue baja.

Pero lo suficientemente clara para que Celia pudiera escucharlo.

La gobernante sostuvo su mirada durante un instante.

No respondió.

Sabía perfectamente que Valerio no era alguien acostumbrado a aceptar una derrota.

Mucho menos frente a los demás Pecados Capitales.

Sin embargo, tampoco estaba dispuesta a retractarse.

Había defendido a Anthony.

Y no se arrepentía.

La reunión había perdido por completo su propósito inicial.

Lo que debía ser una celebración terminó convertido en una confrontación que había dejado al descubierto resentimientos acumulados durante incontables años.

Finalmente, los Pecados Capitales comenzaron a levantarse.

Algunos se despidieron con una formalidad distante.

Otros simplemente abandonaron sus asientos y ordenaron a sus asistentes que los acompañaran.

Valerio fue uno de los primeros en retirarse.

Su expresión permanecía endurecida.

No volvió a dirigirle la palabra a Antrox.

Tampoco a Celia.

Simplemente caminó hacia la salida con pasos firmes.

Desmond lo observó hasta que desapareció por las enormes puertas del salón.

Una sensación incómoda permaneció en su pecho.

No le había gustado aquella última amenaza.

Recordó las preocupaciones de Celia.

Y comprendió que probablemente no habían desaparecido.

Sin embargo, la tensión comenzó a disminuir conforme los demás invitados se retiraban.

Antrox permanecía sentado.

Su copa descansaba sobre la mesa.

Durante varios minutos había intentado mantener la compostura.

Pero ahora, cuando la mayoría de los presentes comenzaba a marcharse, parecía no saber exactamente qué sentir.

Había sido humillado nuevamente.

Valerio había repetido las mismas palabras crueles que lo habían acompañado durante siglos.

Sin embargo, aquella vez ocurrió algo diferente.

Celia lo había defendido.

Y Lascivia, una de sus hermanas, había reconocido públicamente sus logros.

Antrox contempló sus manos.

Su expresión reflejaba una mezcla de tristeza y desconcierto.

Entonces escuchó unos pasos.

Levantó lentamente la mirada.

Lascivia se encontraba frente a él.

La gobernante de la Lujuria había regresado antes de abandonar el salón.

Su expresión era considerablemente más seria de lo habitual.

Antrox parpadeó.

—¿Lascivia?

La mujer permaneció callada durante unos segundos.

Después respiró profundamente.

—Anthony...

El demonio levantó ligeramente las cejas.

—¿Sí?

Lascivia bajó la mirada.

Parecía estar buscando las palabras adecuadas.

Finalmente, habló.

—Quiero pedirte perdón.

Antrox permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos pareció incapaz de comprender lo que acababa de escuchar.

—¿Qué?

La mujer levantó lentamente los ojos.

—Perdón.

Su voz fue sincera.

—Por todas las cosas que te dije durante estos siglos.

Hizo una pausa.

—Y por las veces que participé en las burlas de nuestros hermanos.

Antrox abrió ligeramente los ojos.

Lascivia continuó:

—Durante muchísimo tiempo te juzgué sin intentar comprenderte.

Su expresión adquirió un tono arrepentido.

—Pensé que tu manera de actuar significaba que no eras capaz de asumir responsabilidades importantes.

Bajó la mirada.

—Y me equivoqué.

Antrox permaneció callado.

La mujer respiró profundamente.

—Hoy he escuchado a Celia hablar de lo que has conseguido.

Hizo una pausa.

—Y me he dado cuenta de que muchas de las cosas que considerábamos insignificantes han tenido un valor enorme para quienes decidiste ayudar.

Su voz se suavizó.

—Construiste algo importante, Anthony.

El demonio sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Lascivia continuó:

—Y lo hiciste a pesar de nosotros.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Después la mujer dio un pequeño paso hacia él.

—Ahora reconozco lo que has logrado.

Su expresión se volvió cálida.

—Y quiero verte seguir creciendo.

Antrox abrió ligeramente la boca.

Intentó responder.

Pero no consiguió encontrar las palabras adecuadas.

Durante incontables años había deseado escuchar algo semejante.

Una disculpa.

Un reconocimiento.

La aceptación de alguno de sus hermanos.

Sin embargo, después de tanto tiempo convencido de que jamás ocurriría, aquellas palabras le resultaban casi imposibles de procesar.

Lascivia permaneció frente a él.

No parecía esperar que la perdonara inmediatamente.

Simplemente deseaba expresar lo que sentía.

Antrox respiró profundamente.

Sus labios comenzaron a temblar.

Después una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Hermana...

Su voz se quebró ligeramente.

La mujer levantó la mirada.

Antes de que pudiera decir algo más, Antrox se acercó.

Y la abrazó.

Lascivia permaneció sorprendida durante un instante.

Después cerró los ojos.

Y correspondió al abrazo.

El demonio la sostuvo con fuerza.

No dijo nada.

No necesitaba hacerlo.

Aquel gesto expresaba una gratitud que difícilmente habría conseguido transmitir mediante palabras.

Lascivia acarició suavemente su espalda.

Después se inclinó hacia él.

Y le susurró al oído:

—Sigue así.

Hizo una pausa.

—Que nada apague tu chispa.

Antrox cerró los ojos.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

Después asintió lentamente.

—Gracias...

Su voz apenas fue audible.

La mujer sonrió.

Se separó con delicadeza.

Y contempló el rostro de su hermano.

Antrox tenía los ojos húmedos.

Pero estaba sonriendo.

Una sonrisa completamente distinta de aquellas que acostumbraba utilizar para ocultar sus heridas.

Era sincera.

Tranquila.

Y cargada de una emoción que llevaba incontables años intentando encontrar.

Lascivia correspondió a su sonrisa.

Después acarició suavemente su mejilla.

—Cuídate, Anthony.

El demonio asintió.

—Tú también.

La gobernante de la Lujuria se alejó lentamente.

Finalmente, abandonó el salón.

Antrox permaneció inmóvil.

Durante varios segundos observó la entrada por donde su hermana había desaparecido.

Después bajó lentamente la mirada.

Su respiración comenzó a temblar.

Una lágrima descendió por su mejilla.

El demonio se la limpió rápidamente.

Pero no pudo evitar sonreír.

Celia observaba la escena desde unos pasos de distancia.

Sus propios ojos estaban humedecidos.

Durante incontables años había intentado convencer a sus hermanos de que Anthony merecía respeto.

Había soportado sus burlas.

Sus comentarios.

Y las ocasiones en que lo trataban como si fuera una vergüenza para los Pecados Capitales.

Ahora, finalmente, uno de ellos había reconocido su error.

No significaba que todo estuviera solucionado.

Valerio continuaba despreciándolo.

Y los demás todavía parecían incapaces de ofrecerle el mismo reconocimiento.

Pero era un comienzo.

Un pequeño cambio después de siglos de rechazo.

Celia se acercó lentamente.

Antrox levantó la mirada.

Cuando reconoció a su hermana, una sonrisa apareció inmediatamente en su rostro.

—Celia...

La mujer no respondió.

Simplemente extendió los brazos.

Antrox se acercó.

Y ambos se abrazaron con fuerza.

La gobernante de la Gula cerró los ojos.

Sintió que una emoción profunda comenzaba a recorrerle el pecho.

Su hermano había esperado demasiado tiempo para recibir aquellas palabras.

Y aunque ella siempre había intentado recordarle cuánto valía, sabía que escuchar el reconocimiento de Lascivia tenía un significado especial.

Antrox apoyó brevemente la cabeza contra su hombro.

—Gracias...

Su voz temblaba.

Celia acarició suavemente su espalda.

—No tienes que agradecerme nada, Anthony.

El demonio cerró los ojos.

La mujer continuó:

—Estoy orgullosa de ti.

Hizo una pausa.

—Siempre lo he estado.

Antrox sonrió.

Y la abrazó todavía más fuerte.

Desde uno de los extremos del salón, Desmond y Skyler observaban discretamente aquella escena.

La muchacha tenía los ojos ligeramente húmedos.

Había escuchado los comentarios de Valerio.

Los insultos hacia su especie.

Y las palabras de Celia sobre el trabajo que Antrox había realizado con los sabuesos infernales.

Aquella reunión le había permitido comprender una parte de la historia de su propia comunidad que rara vez aparecía en las conversaciones cotidianas.

Skyler respiró profundamente.

Después volvió la mirada hacia Desmond.

—Des...

El joven la observó.

—¿Sí?

La muchacha sonrió débilmente.

—Me alegra mucho que Lascivia se haya disculpado.

Desmond volvió a observar a Antrox.

Después asintió.

—A mí también.

Permanecieron callados durante unos segundos.

Finalmente, el joven añadió:

—Creo que Anthony necesitaba escuchar eso desde hace muchísimo tiempo.

Skyler asintió lentamente.

—Sí...

Desmond contempló nuevamente a los dos hermanos.

Recordó la historia que Celia le había contado.

El nacimiento de Antrox.

Las burlas.

Su relación con los sabuesos.

Y la creación de Hellbeat Records.

Todo aquello parecía adquirir un significado diferente después de presenciar aquella reunión.

Antrox no había construido su disquera únicamente para conseguir prestigio.

Tampoco había ayudado a los sabuesos esperando que los demás Pecados Capitales lo felicitaran.

Había encontrado un propósito.

Y, a pesar de las constantes humillaciones, había continuado trabajando por él.

Desmond sonrió suavemente.

Pensó en su propia vida.

En los años que había pasado intentando comprender su origen.

En los prejuicios relacionados con su apellido.

Y en aquella necesidad de demostrar que podía construir algo valioso sin depender del prestigio de los Ludendorff.

Por un instante, sintió que comprendía a Antrox mucho mejor que antes.

Ambos habían tenido que enfrentarse a expectativas ajenas.

A personas que pretendían definirlos mediante su origen.

Y a una sociedad donde el valor de alguien parecía medirse según su posición dentro de una jerarquía.

Pero también habían encontrado refugio en la música.

Y en las personas que decidieron aceptarlos tal como eran.

Skyler apretó suavemente su mano.

Desmond volvió la mirada.

La muchacha sonrió.

Él correspondió al gesto.

Después ambos permanecieron en silencio, observando cómo Celia y Antrox continuaban abrazados en medio del enorme salón.

La reunión no había terminado como ninguno esperaba.

Había estado llena de discusiones.

Insultos.

Y amenazas que todavía podían traer consecuencias.

Sin embargo, también había ocurrido algo que durante siglos pareció imposible.

Uno de los Pecados Capitales había reconocido sinceramente el valor de Anthony.

No por su fuerza.

Ni por su posición.

Sino por aquello que había conseguido construir mediante su propio esfuerzo.

Antrox finalmente se separó del abrazo.

Observó a Celia.

Después contempló el salón que había ayudado a preparar.

Las mesas.

Las decoraciones.

Y los espacios donde, apenas unas horas antes, había esperado celebrar una reunión tranquila junto a sus hermanos.

Todavía sentía tristeza por las palabras de Valerio.

Pero aquella tristeza ya no ocupaba todo su corazón.

Había algo más.

Una alegría pequeña, pero extraordinariamente profunda.

La sensación de que todos aquellos años de esfuerzo no habían sido completamente ignorados.

Que las personas podían cambiar.

Y que incluso después de incontables siglos de rechazo, todavía era posible recibir una muestra sincera de reconocimiento.

Antrox respiró profundamente.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

Esta vez no intentó ocultar sus emociones detrás de una broma.

Simplemente permitió que aquella felicidad permaneciera allí.

Por primera vez en su existencia, sintió que estaba logrando lo que siempre había anhelado desde el inicio de los tiempos: aceptación.

CAP 20

De las Cenizas Nace la Resistencia

El amanecer se extendía lentamente sobre el Anillo de la Gula, bañando con sus tonos dorados las extravagantes construcciones que rodeaban el Palacio Gluttora. Los primeros rayos de luz atravesaban las enormes ventanas del edificio, reflejándose sobre sus paredes hexagonales y las decoraciones inspiradas en panales de miel.

Aquel lugar, que días atrás había resultado completamente desconocido para Desmond, ahora le provocaba una sensación inesperada de familiaridad.

Había llegado acompañado de Skyler y Antrox para colaborar con los preparativos de una importante reunión entre los Pecados Capitales. Sin embargo, durante su estancia había encontrado mucho más que una oportunidad de trabajo.

Había conocido a Celia.

No solamente como la poderosa gobernante del Anillo de la Gula, sino como una mujer comprensiva que, a pesar de su posición dentro de la jerarquía infernal, todavía era capaz de escuchar y preocuparse sinceramente por los demás.

También había descubierto una parte del pasado de Antrox que jamás habría imaginado. Detrás de aquella personalidad inquieta y despreocupada existía una historia de rechazo, humillaciones y esfuerzos constantes por conseguir el reconocimiento de sus propios hermanos.

Y, finalmente, había presenciado una reunión que terminó revelando las tensiones que durante siglos habían existido entre los gobernantes del Infierno.

Desmond sabía que difícilmente olvidaría aquellos días.

Pero había llegado el momento de regresar a casa.

En la habitación destinada a los invitados, el joven terminaba de guardar sus pertenencias dentro de una bolsa de lona.

Sobre la cama descansaban algunas prendas cuidadosamente dobladas, su libreta de composiciones y varios objetos personales que había llevado durante el viaje.

Desmond revisó el contenido por última vez.

—A ver...

Apartó ligeramente una camiseta.

Comprobó que llevara su teléfono.

Después guardó la libreta.

—Creo que está todo.

Cerró la bolsa y dejó escapar un pequeño suspiro.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Su mirada recorrió lentamente la habitación.

La cama donde había descansado junto a Skyler.

Los muebles elegantes.

El armario.

Y aquella enorme ventana desde la que podía contemplarse parte del paisaje del Anillo de la Gula.

Una sonrisa nostálgica apareció en su rostro.

—Vaya semana...

Recordó las conversaciones nocturnas con Celia, los preparativos de la reunión y los momentos que había compartido con Skyler.

También recordó los insultos de Valerio.

La manera en que había intentado humillar a Antrox frente a los demás Pecados Capitales.

Y aquella amenaza que pronunció antes de abandonar el salón.

«Esto no se va a quedar así».

Desmond frunció ligeramente el ceño.

No le gustaba recordar aquellas palabras.

Había algo especialmente desagradable en la manera en que Valerio las había pronunciado.

No parecían producto de una simple rabieta.

Pero el joven no quería permitir que aquella preocupación arruinara sus últimos momentos en el palacio.

Respiró profundamente.

Después tomó su bolsa.

—Bueno...

Observó la habitación una última vez.

—Hora de volver.

Se acercó a la puerta.

La abrió.

Y salió.

Los corredores del Palacio Gluttora conservaban aquel aroma dulce que Desmond había aprendido a reconocer desde su llegada.

Las lámparas proyectaban reflejos dorados sobre el suelo, mientras algunos sirvientes recorrían las instalaciones realizando sus tareas habituales.

El joven descendió las escaleras con paso tranquilo.

A diferencia del primer día, ya no necesitaba detenerse constantemente para orientarse.

Había terminado por familiarizarse con buena parte de los pasillos y salones principales.

Cuando llegó a la entrada, encontró a Skyler y Antrox esperándolo.

La muchacha estaba junto a su equipaje, conversando con el Pecado Capital.

Al reconocer a Desmond, levantó las orejas y sonrió.

—¡Des!

El joven correspondió al gesto.

—Hola, preciosa.

Skyler se acercó y le dio un beso suave en la mejilla.

—¿Ya tienes todo?

Desmond levantó ligeramente su bolsa.

—Eso espero.

La muchacha entrecerró los ojos.

—¿Revisaste bien?

El joven soltó una pequeña risa.

—Sí, Skyler.

—¿Seguro?

Desmond suspiró exageradamente.

—¡Por todos los anillos, mujer!

La sabueso comenzó a reír.

—¡Solo estoy preguntando!

Antrox observó la escena con una sonrisa divertida.

—Muchachos, muchachos...

Levantó ambas manos.

—Si olvidamos algo, supongo que Celia podrá enviárnoslo después.

Desmond sonrió.

—Eso espero.

El Pecado Capital se acomodó su habitual sombrero.

Su expresión parecía considerablemente más tranquila que durante la reunión de la noche anterior.

Sin embargo, Desmond todavía podía percibir cierto cansancio en sus ojos.

No era extraño.

Había recibido nuevamente los insultos de Valerio frente a sus hermanos.

Aunque también había experimentado algo que llevaba muchísimo tiempo esperando.

Una disculpa sincera de Lascivia.

Desmond observó a su jefe durante unos segundos.

Pensó en decirle algo sobre lo ocurrido.

Pero finalmente decidió no hacerlo.

Antrox probablemente necesitaba regresar a su rutina sin que todos estuvieran recordándole constantemente aquella discusión.

El joven acomodó su bolsa.

—Bueno, creo que podemos...

No consiguió terminar la frase.

Una mano se posó suavemente sobre su hombro.

Desmond volvió inmediatamente la cabeza.

Celia estaba detrás de él.

La gobernante de la Gula llevaba una expresión tranquila y una sonrisa cálida.

—Desmond.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Señorita Celia?

La mujer negó suavemente con la cabeza.

—Creo que ya puedes dejar de llamarme así.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Lo siento. Es la costumbre.

Celia sonrió divertida.

—No te preocupes.

Después levantó una pequeña caja que sostenía entre las manos.

Estaba envuelta cuidadosamente, con un lazo que combinaba tonos dorados y anaranjados.

Desmond la observó con curiosidad.

—¿Qué es eso?

La mujer sonrió.

—Es para ti.

El joven permaneció inmóvil.

—¿Para mí?

Celia asintió.

—Sí.

Le extendió la caja.

—Espero que te guste.

Desmond parpadeó.

Durante unos segundos pareció no saber cómo reaccionar.

No esperaba recibir ningún regalo.

Después de todo, había viajado hasta el palacio para trabajar.

Y aunque había desarrollado una amistad sincera con Celia, jamás imaginó que ella prepararía algo especial para despedirlo.

Finalmente, aceptó el pequeño paquete.

—Muchas gracias...

La mujer sonrió.

—Ábrelo.

Desmond observó el envoltorio.

Después comenzó a retirar cuidadosamente el lazo.

Skyler permanecía a su lado, observando con curiosidad.

Antrox también parecía interesado.

El joven terminó de desenvolver la caja.

Levantó lentamente la tapa.

Y se quedó completamente inmóvil.

En su interior descansaba una cadena de oro.

Sus eslabones reflejaban la luz del palacio con un brillo cálido.

En el centro colgaba un pequeño dije cuidadosamente elaborado.

Tenía la forma de un panal.

Los detalles eran delicados, con pequeñas figuras hexagonales que recordaban la arquitectura del Palacio Gluttora y el símbolo característico del Anillo de la Gula.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—Celia...

Su voz fue apenas un susurro.

La mujer observó su expresión.

—¿Te gusta?

El joven levantó lentamente la cadena.

La sostuvo frente a sus ojos.

Durante unos segundos contempló el pequeño dije.

Después volvió a mirar a la gobernante.

—Es hermoso...

Celia sonrió con satisfacción.

—Me alegra muchísimo.

Desmond permaneció observando el regalo.

—Pero...

Vaciló.

—No tenía que darme algo así.

La mujer negó suavemente.

—Quería hacerlo.

Su expresión adquirió un tono más sincero.

—Es un recuerdo de este lugar.

Desmond levantó la mirada.

Celia continuó:

—Para que no olvides que aquí tienes un hogar.

Hizo una pequeña pausa.

Después sonrió.

—Y una amiga.

Aquellas palabras provocaron una emoción inesperada en el pecho del joven.

Durante toda su vida había aprendido que los vínculos más importantes no siempre estaban relacionados con la sangre.

Marta y Miguel lo habían demostrado al decidir criarlo como a su propio hijo.

James lo había acompañado durante los momentos más difíciles de su infancia.

Y Skyler se había convertido en una parte fundamental de su vida cuando más necesitaba apoyo.

Ahora, una de las gobernantes más poderosas del Infierno estaba ofreciéndole algo semejante.

No riquezas.

Ni privilegios.

Sino amistad.

Desmond bajó lentamente la mirada hacia el pequeño dije.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Gracias, Celia...

Su voz estaba cargada de sinceridad.

La mujer correspondió al gesto.

—De nada, jovencito.

Desmond abrió cuidadosamente el cierre de la cadena.

La colocó alrededor de su cuello.

Después acomodó el dije sobre su pecho.

El pequeño panal brilló bajo la iluminación dorada del salón.

Skyler sonrió.

—Te queda precioso, Des.

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

La muchacha asintió.

—Muchísimo.

Antrox soltó una pequeña carcajada.

—¡Ahora sí llevas un recuerdo digno de Gluttora!

Desmond comenzó a reír.

—Eso parece.

Después volvió a observar a Celia.

Durante unos segundos permaneció callado.

Finalmente, se acercó.

Y la abrazó.

La mujer pareció sorprendida durante un instante.

Pero rápidamente correspondió al gesto.

Desmond la sostuvo con cariño.

—Gracias por todo.

Su voz fue baja.

—Por escucharme.

Por contarme su historia.

Y por tratarnos tan bien durante estos días.

Celia cerró suavemente los ojos.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—No tienes que agradecerme nada.

Le acarició ligeramente la espalda.

—Me alegra haberte conocido, Desmond.

El joven sonrió.

Permanecieron abrazados durante unos segundos.

Después se separaron.

Skyler observaba la escena con una expresión serena.

No había celos.

Tampoco incomodidad.

Conocía suficientemente bien a Desmond para comprender la importancia de aquel vínculo.

Sabía que Celia había conseguido ofrecerle una compañía diferente, nacida de la confianza y de las conversaciones que ambos habían compartido durante su estancia.

Y aquello la alegraba.

Después de tantas pérdidas, Skyler deseaba que Desmond pudiera encontrar más personas en quienes confiar.

Celia se acercó a Antrox.

El demonio sonrió inmediatamente.

—Bueno, hermana...

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Supongo que ahora sí debemos marcharnos.

La mujer asintió.

—Lo sé.

Después lo abrazó con fuerza.

Antrox correspondió inmediatamente.

—Y recuerda tu promesa —murmuró Celia.

El demonio soltó una pequeña carcajada.

—¡Que vendré más seguido!

La gobernante sonrió.

—Exactamente.

Antrox asintió.

—Lo haré.

Celia le acarició suavemente la espalda.

—Cuídate, Anthony.

El demonio sonrió.

—Tú también, hermana.

Finalmente, ambos se separaron.

Antrox recogió sus pertenencias.

Desmond acomodó su bolsa.

Y Skyler se acercó para despedirse de Celia.

La gobernante la abrazó con cariño.

—Cuídense mucho.

La muchacha sonrió.

—Lo haremos.

Después de una última despedida, los tres abandonaron el Palacio Gluttora.

En el exterior, la camioneta negra de Antrox permanecía estacionada frente a la entrada.

El vehículo estaba preparado para el viaje de regreso.

Desmond abrió la puerta trasera.

Acomodó su equipaje.

Y tomó asiento junto a Skyler.

Antrox ocupó el asiento del conductor.

Antes de arrancar, volvió la cabeza hacia el palacio.

Celia continuaba frente a la entrada.

Levantó una mano.

El demonio sonrió.

Y correspondió al gesto.

Desmond también se despidió.

Skyler hizo lo mismo.

Finalmente, el motor comenzó a rugir.

La camioneta avanzó lentamente.

Y el Palacio Gluttora comenzó a quedar atrás.

Desmond permaneció observándolo a través de la ventana.

Sus enormes estructuras doradas se hicieron cada vez más pequeñas.

El brillo de las paredes hexagonales terminó mezclándose con las demás construcciones del Anillo de la Gula.

Finalmente, el palacio desapareció de la vista.

El joven bajó lentamente la mirada.

Sus dedos encontraron el pequeño dije que descansaba sobre su pecho.

Lo sostuvo con cuidado.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Gracias, Celia...

Su voz apenas fue un murmullo.

Skyler lo escuchó.

Se acercó ligeramente.

Y apoyó la cabeza sobre su hombro.

Desmond sonrió con ternura.

Después rodeó suavemente a su pareja con un brazo.

El viaje continuó.

Durante las primeras horas, el ambiente dentro de la camioneta fue tranquilo.

Antrox parecía concentrado en conducir.

Skyler contemplaba ocasionalmente el paisaje.

Y Desmond permanecía observando los territorios que atravesaban.

Poco a poco, las extravagantes construcciones del Anillo de la Gula comenzaron a desaparecer.

Los caminos recuperaron una apariencia más familiar.

La vegetación cambió.

Y el paisaje comenzó a adquirir las tonalidades severas que caracterizaban al Anillo de la Ira.

Desmond observó aquellas diferencias.

Recordó cuánto le había sorprendido descubrir que los territorios infernales podían presentar identidades tan distintas.

En la comuna 54 había crecido rodeado de edificios deteriorados, calles peligrosas y habitantes que apenas conseguían sobrevivir.

En Gluttora había conocido un ambiente completamente diferente.

Pero ahora regresaba a su hogar.

Al lugar donde había construido buena parte de sus recuerdos.

El joven respiró profundamente.

—Será bueno volver a ver a James...

Skyler levantó la cabeza.

—Sí.

Sonrió.

—Seguro nos está esperando.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Probablemente.

Hizo una pausa.

—Aunque seguramente comenzará a preguntarnos por todo lo que hicimos.

La muchacha rio suavemente.

—¡Es tu hermano!

Desmond asintió.

—Y bastante entrometido.

Skyler comenzó a reír.

Antrox escuchó parte de la conversación desde el asiento delantero.

Soltó una carcajada.

—¡Eso significa que se preocupa por ti, muchacho!

Desmond sonrió.

—Lo sé.

Durante unos segundos permanecieron conversando tranquilamente.

Pero aquella calma no duraría mucho.

Habían transcurrido varias horas de viaje cuando un sonido interrumpió el ambiente.

El teléfono de Antrox comenzó a vibrar.

El demonio levantó ligeramente las cejas.

Observó brevemente la pantalla antes de responder mediante el sistema de manos libres del vehículo.

—¿Qué pasa?

Al otro lado de la línea se escuchó una respiración agitada.

Después una voz masculina.

Era uno de los sabuesos infernales que trabajaban en Hellbeat Records.

—¡Jefe!

Antrox frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

La respuesta llegó entrecortada.

—¡La disquera!

El demonio enderezó ligeramente la espalda.

—¿Qué pasa con la disquera?

Durante unos segundos solamente se escuchó la respiración desesperada del trabajador.

Finalmente, el sabueso consiguió hablar.

—¡La destruyeron anoche!

El silencio dentro de la camioneta fue inmediato.

Desmond levantó la cabeza.

Skyler abrió los ojos de par en par.

Antrox permaneció completamente inmóvil.

—¿Qué...?

Su voz sonó diferente.

Mucho más grave.

El trabajador continuó:

—¡Todo está destruido, jefe!

Su voz se quebró.

—¡Los estudios, las oficinas, los equipos...!

Respiró con dificultad.

—¡Escombros! ¡Todo son escombros!

Antrox apretó lentamente el volante.

Su expresión se endureció.

—¿Hay heridos?

La respuesta llegó después de una breve pausa.

—Estamos comprobando que todos estén bien, señor... pero el edificio...

El sabueso parecía incapaz de continuar.

Antrox cerró los ojos durante un instante.

Después los abrió.

—Entendido.

Su voz fue seca.

—Voy para allá.

La llamada terminó.

Durante varios segundos nadie pronunció una sola palabra.

Desmond observó al demonio desde el asiento trasero.

Jamás había visto aquella expresión en su rostro.

Antrox no parecía simplemente sorprendido.

Había algo más.

Una tensión profunda.

Una mezcla de incredulidad y una rabia que estaba intentando contener.

Skyler fue la primera en hablar.

—Señor Antrox...

El demonio no respondió.

Sus ojos permanecían fijos en la carretera.

Desmond sintió que el estómago se le encogía.

—¿De verdad destruyeron Hellbeat Records?

Antrox apretó la mandíbula.

—Eso parece.

Su voz fue apenas audible.

Después presionó el acelerador.

La camioneta respondió con un rugido.

El vehículo comenzó a ganar velocidad.

Desmond se sujetó del asiento.

Skyler hizo lo mismo.

El paisaje empezó a pasar rápidamente frente a las ventanas.

Antrox conducía con una determinación que ninguno de los dos había presenciado antes.

No hizo bromas.

No intentó tranquilizarlos mediante comentarios despreocupados.

Simplemente mantuvo la mirada fija en el camino.

Desmond contempló su expresión.

Comprendió que aquella llamada había golpeado al Pecado Capital mucho más de lo que podía imaginar.

Hellbeat Records no era simplemente una empresa.

Era el resultado de incontables años de esfuerzo.

El lugar donde Antrox había conseguido transformar el rechazo de sus hermanos en una oportunidad para ayudar a otros.

Un hogar para muchos sabuesos infernales.

Y el comienzo de la carrera musical del propio Desmond.

El joven apretó lentamente los puños.

Pensó en las palabras de Valerio.

Su amenaza.

Su desprecio hacia Antrox.

Y aquella expresión de rabia con la que abandonó el Palacio Gluttora.

Una sospecha comenzó a formarse en su mente.

Pero no dijo nada.

Todavía no existían pruebas.

Y sabía que sacar conclusiones precipitadas no ayudaría a nadie.

La camioneta continuó avanzando.

Finalmente, las primeras construcciones familiares del Anillo de la Ira aparecieron frente a ellos.

Antrox aceleró nuevamente.

Y se dirigió hacia la zona donde se encontraba la disquera.

Cuando llegaron, Desmond sintió que la sangre se le enfriaba.

El edificio había desaparecido.

Donde antes se alzaba una de las instalaciones musicales más importantes del Anillo de la Ira, ahora solamente quedaba una enorme extensión de escombros.

Grandes fragmentos de concreto descansaban sobre el pavimento.

Las estructuras metálicas estaban retorcidas.

Varias paredes habían colapsado.

Y los restos de algunos equipos de sonido permanecían parcialmente enterrados bajo los materiales destruidos.

El lugar estaba rodeado por trabajadores, sabuesos infernales y otros habitantes que observaban la devastación con expresiones de incredulidad.

Algunos intentaban recuperar objetos de entre los restos.

Otros permanecían inmóviles.

Y varios lloraban abiertamente.

Desmond contempló la escena desde el vehículo.

Durante unos segundos fue incapaz de hablar.

Recordó su primera visita.

Los pasillos llenos de discos de platino.

Los estudios de grabación.

La oficina de Antrox.

Y aquella cabina donde había interpretado una canción dedicada a Marta.

Todo había desaparecido.

El joven sintió un nudo en la garganta.

—No puede ser...

Skyler permanecía completamente inmóvil.

Sus orejas se inclinaron hacia atrás.

—Des...

Su voz tembló.

Antrox detuvo la camioneta.

Apagó el motor.

Y permaneció sentado durante unos segundos.

Sus manos continuaban aferradas al volante.

Observaba los escombros.

Su expresión era difícil de interpretar.

Finalmente, respiró profundamente.

Abrió la puerta.

Y descendió.

Desmond y Skyler lo siguieron.

El aire estaba cargado por un olor desagradable a polvo, materiales quemados y metal.

Pequeñas partículas todavía flotaban entre los restos del edificio.

Antrox avanzó lentamente.

Sus ojos recorrieron las ruinas.

Reconoció algunos fragmentos de los antiguos estudios.

Restos de las estructuras que había supervisado personalmente.

Y partes de los equipos que durante años habían permitido que innumerables artistas grabaran sus canciones.

Cada paso parecía obligarlo a recordar algo.

Las primeras grabaciones.

Los artistas desconocidos que llegaron buscando una oportunidad.

Los sabuesos que encontraron allí un empleo digno.

Y las incontables noches que pasó intentando convertir una pequeña idea en una empresa capaz de sostenerse por sí misma.

Antrox permaneció inmóvil frente a los escombros.

Durante unos segundos contempló el lugar.

No pronunció una sola palabra.

Detrás de él, Desmond observaba la destrucción.

Sintió una rabia creciente.

Aquello no parecía un simple accidente.

La magnitud de los daños resultaba demasiado grande.

Pero antes de que pudiera formular alguna pregunta, una voz femenina rompió el silencio.

—¡SEÑOR ANTROX!

El demonio volvió inmediatamente la cabeza.

Entre los trabajadores apareció una joven.

Era Laura, su secretaria.

Su ropa estaba desordenada.

Su rostro permanecía bañado en lágrimas.

Y su expresión reflejaba un agotamiento profundo.

Cuando reconoció a Antrox, comenzó a correr hacia él.

—¡Señor Antrox!

El Pecado Capital apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Laura se lanzó a sus brazos.

Y comenzó a llorar desesperadamente.

—¡Lo siento!

Su voz se quebró.

—¡Lo siento muchísimo!

Antrox permaneció sorprendido durante un instante.

Después la sostuvo con cuidado.

—Laura...

La muchacha continuó llorando.

—¡Intenté evitarlo!

Su respiración estaba agitada.

—¡Hice todo lo que pude!

Antrox la observó con preocupación.

Laura apretó las manos contra su ropa.

—¡Pero no pude hacer nada!

Hizo una pausa.

—¡Fallé, señor!

Su voz terminó quebrándose por completo.

—¡Le fallé!

Desmond sintió una punzada de tristeza.

Skyler observaba la escena con los ojos húmedos.

Antrox bajó lentamente la mirada hacia su secretaria.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después levantó una mano.

Y acarició suavemente su cabello.

—Shh...

Su voz fue tranquila.

Laura continuaba temblando.

El demonio la sostuvo con mayor firmeza.

—Tranquila.

La muchacha levantó lentamente el rostro.

Sus ojos estaban completamente enrojecidos.

—Pero la disquera...

Antrox negó suavemente con la cabeza.

—No es tu culpa, Laura.

La joven permaneció inmóvil.

El demonio continuó:

—Escúchame.

Le acarició nuevamente el cabello.

—No tienes que disculparte por esto.

Laura bajó la mirada.

—Pero...

—No.

Antrox habló con una firmeza poco habitual.

—Lo importante es que ustedes estén bien.

La joven levantó lentamente los ojos.

El Pecado Capital observó brevemente los escombros.

Después volvió a mirarla.

—El edificio puede reconstruirse.

Hizo una pausa.

—Los equipos pueden reemplazarse.

Su voz se suavizó.

—Pero las vidas no.

Laura permaneció completamente inmóvil.

Antrox continuó:

—Mientras tú y los demás estén a salvo, todavía tenemos algo por lo que seguir adelante.

La muchacha comenzó a llorar nuevamente.

Pero aquella vez su expresión reflejaba algo más que desesperación.

Alivio.

Gratitud.

Y la certeza de que su jefe no estaba buscando a alguien a quien culpar.

Antrox la abrazó con cariño.

—Tranquila...

Su voz fue apenas un susurro.

—Vamos a salir de esta.

Laura cerró los ojos.

Y correspondió al abrazo.

A su alrededor, varios sabuesos infernales observaban la escena.

Algunos sonrieron débilmente.

Otros bajaron la mirada, intentando contener las lágrimas.

Conocían perfectamente aquella actitud.

Así era Antrox.

Podía comportarse de manera inquieta.

Hacer bromas en momentos inesperados.

O mostrar una despreocupación que a veces resultaba difícil de comprender.

Pero cuando las personas que estaban bajo su responsabilidad enfrentaban una situación verdaderamente grave, aquella aparente ligereza desaparecía.

Antrox no consideraba que sus trabajadores fueran simples herramientas.

Los conocía.

Se preocupaba por ellos.

Y comprendía que ninguna instalación, por costosa que fuera, podía compararse con la vida de quienes habían contribuido a construirla.

Desmond contempló a su jefe.

Recordó nuevamente las palabras de Celia.

El hombre que había pasado siglos siendo despreciado por sus hermanos ahora estaba consolando a una trabajadora en medio de las ruinas de su propio sueño.

Y, aun así, su primera preocupación no había sido el dinero.

Habían sido las personas.

El joven sintió un respeto profundo.

Comprendió que aquella era una de las razones por las que tantos sabuesos infernales admiraban a Antrox.

No solamente porque les había ofrecido oportunidades.

Sino porque nunca dejó de tratarlos como individuos cuya existencia tenía valor.

Finalmente, el demonio se separó lentamente de Laura.

Observó a los trabajadores reunidos alrededor de los escombros.

Después contempló nuevamente lo que quedaba de Hellbeat Records.

Una expresión de determinación apareció en su rostro.

Antrox respiró profundamente.

Y tomó una decisión.

Se acercó a la camioneta.

Abrió la parte trasera.

Comenzó a revisar algunos materiales que todavía permanecían guardados.

Desmond lo observó con curiosidad.

—¿Señor Antrox?

El demonio no respondió inmediatamente.

Sacó un pequeño parlante.

Después encontró un micrófono portátil.

Comprobó que ambos dispositivos funcionaran.

Finalmente, se volvió hacia los presentes.

—Muchachos...

Su voz fue firme.

—Ayúdenme a conectar esto.

Algunos trabajadores se acercaron inmediatamente.

Colocaron el parlante.

Revisaron la conexión.

Y prepararon el micrófono.

Antrox subió cuidadosamente al techo de la camioneta.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

Skyler levantó las orejas.

Laura permaneció cerca del vehículo, observando con curiosidad.

El Pecado Capital se incorporó.

Contempló a las personas reunidas frente a las ruinas.

Sabuesos infernales.

Imps.

Otros demonios.

Trabajadores que habían dedicado años de su vida a aquella disquera.

Y habitantes que se habían acercado después de conocer la noticia.

Antrox llevó el micrófono hacia sus labios.

Respiró profundamente.

Y habló.

—¡ESCUCHEN TODOS!

Su voz resonó entre las calles.

Las conversaciones comenzaron a apagarse.

Los trabajadores levantaron la mirada.

Algunos sabuesos dejaron de revisar los escombros.

Otros se acercaron lentamente.

En pocos segundos, una multitud permanecía reunida frente a la camioneta.

Antrox observó sus rostros.

Podía distinguir tristeza.

Rabia.

Desconcierto.

Y una desesperanza que le resultaba demasiado familiar.

Durante incontables años había visto aquella expresión entre los habitantes que llegaban a Hellbeat Records buscando una oportunidad.

Sabía perfectamente lo que significaba sentirse derrotado.

Y no estaba dispuesto a permitir que aquella destrucción convenciera a su gente de que todo había terminado.

El demonio respiró profundamente.

Después continuó:

—¡MIREN A SU ALREDEDOR!

Extendió un brazo hacia las ruinas.

—¡MIREN LO QUE HAN HECHO CON NUESTRO HOGAR!

Los presentes volvieron lentamente la mirada hacia los escombros.

Antrox continuó:

—¡ANOCHE DESTRUYERON ESTE LUGAR!

Su voz adquirió mayor fuerza.

—¡ARRANCARON LAS PAREDES, DESTROZARON LOS ESTUDIOS Y CONVIRTIERON EN ESCOMBROS TODO AQUELLO QUE NOS COSTÓ AÑOS CONSTRUIR!

El silencio se volvió profundo.

Desmond permanecía inmóvil junto a Skyler.

Antrox observó nuevamente a la multitud.

—¡SÉ LO QUE ESTÁN SINTIENDO!

Hizo una pausa.

—¡SÉ QUE MUCHOS DE USTEDES ESTÁN ASUSTADOS!

Su voz se volvió más grave.

—¡QUE OTROS ESTÁN FURIOSOS!

Levantó lentamente una mano.

—¡Y QUE ALGUNOS SE PREGUNTAN SI TODO NUESTRO ESFUERZO SIRVIÓ DE ALGO!

Varios trabajadores bajaron la mirada.

Antrox continuó:

—¡PERO QUIERO QUE ENTIENDAN ALGO!

Su voz resonó con una firmeza extraordinaria.

—¡HELLBEAT RECORDS NUNCA FUE SOLAMENTE UN EDIFICIO!

El silencio se rompió con algunos murmullos.

El Pecado Capital señaló las ruinas.

—¡NO ERAN SIMPLEMENTE CUATRO PAREDES Y UN TECHO!

Su expresión se endureció.

—¡ERA UN REFUGIO!

Hizo una pausa.

—¡UN LUGAR DONDE PERSONAS QUE HABÍAN SIDO IGNORADAS DURANTE TODA SU VIDA PODÍAN ENTRAR SIN SENTIR VERGÜENZA DE QUIENES ERAN!

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

Recordó su primera visita.

La manera en que Antrox lo recibió.

Y aquella oportunidad que le ofreció después de escuchar su música.

Antrox continuó:

—¡AQUÍ GRABAMOS NUESTRAS PRIMERAS CANCIONES!

¡AQUÍ MUCHOS ENCONTRARON SU PRIMER TRABAJO!

¡Y AQUÍ APRENDIMOS QUE NUESTRAS VOCES MERECÍAN SER ESCUCHADAS!

Los murmullos comenzaron a aumentar.

Algunos sabuesos asintieron lentamente.

Antrox respiró profundamente.

Después levantó la voz.

—¡PERO QUE QUEDE CLARO!

Su mirada recorrió la multitud.

—¡ESTO NO ES EL FIN!

Un silencio expectante se apoderó del lugar.

El demonio continuó:

—¡PUEDEN DESTRUIR EL EDIFICIO!

¡PUEDEN ROMPER LOS INSTRUMENTOS!

¡PUEDEN CONVERTIR NUESTROS ESTUDIOS EN POLVO!

Hizo una pausa.

Después golpeó suavemente su propio pecho.

—¡PERO NO PUEDEN ARRANCARNOS AQUELLO QUE CONSTRUIMOS AQUÍ DENTRO!

Varios trabajadores comenzaron a levantar la cabeza.

Antrox observó sus expresiones.

Y continuó con renovada determinación.

—¡DESDE EL INICIO DE LOS TIEMPOS NOS HAN DESPRECIADO!

Su voz adquirió un tono más profundo.

—¡A LOS SABUESOS LOS LLAMARON BESTIAS!

¡A LOS IMPS LOS TRATARON COMO SI SU ÚNICO PROPÓSITO FUERA OBEDECER!

¡Y A QUIENES ÉRAMOS DIFERENTES NOS HICIERON CREER QUE NUESTRA EXISTENCIA ERA UN ERROR!

Desmond sintió un nudo en la garganta.

Aquellas palabras parecían surgir directamente de la historia que Celia le había contado.

El rechazo.

Las humillaciones.

Y los siglos durante los cuales Antrox había intentado demostrar que merecía respeto.

El Pecado Capital continuó:

—¡NOS LLAMARON SALVAJES!

¡NOS DIJERON QUE NO TENÍAMOS PROPÓSITO!

¡QUE NUNCA SERÍAMOS CAPACES DE CONSTRUIR ALGO VERDADERAMENTE IMPORTANTE!

Su voz resonó entre las ruinas.

—¡PERO MÍRENSE AHORA!

Extendió los brazos.

—¡MÍRENSE!

Algunos sabuesos levantaron lentamente la cabeza.

Antrox continuó:

—¡HEMOS CONSTRUIDO HOGARES!

¡HEMOS CREADO EMPRESAS!

¡HEMOS FORMADO FAMILIAS!

¡HEMOS COMPUESTO MÚSICA, LEVANTADO COMUNIDADES Y ENCONTRADO NUESTRA PROPIA MANERA DE VIVIR!

Su expresión adquirió una firmeza extraordinaria.

—¡HEMOS DEMOSTRADO QUE NO SOMOS AQUELLO QUE ELLOS DECIDIERON LLAMARNOS!

La multitud comenzó a reaccionar.

Algunos levantaron los puños.

Otros soltaron gritos de aprobación.

Antrox apretó el micrófono.

—¡Y AHORA PRETENDEN QUE NOS RINDAMOS PORQUE DESTRUYERON UN EDIFICIO!

Soltó una carcajada cargada de indignación.

—¡PUES ESTÁN MUY EQUIVOCADOS!

Un rugido de aprobación recorrió a los presentes.

Desmond observó a su alrededor.

La desesperanza que había dominado aquellos rostros comenzaba a transformarse.

Todavía había tristeza.

Todavía existía rabia.

Pero ahora también aparecía algo más.

Determinación.

Antrox levantó nuevamente la voz.

—¡Y AUNQUE QUIEN ESTÁ EN LA CIMA DE ESTA PODRIDA PIRÁMIDE NOS CONTEMPLE CON DESPRECIO, NO VAMOS A AGACHAR LA CABEZA!

Su expresión se endureció.

—¡AUNQUE VALERIO CREA QUE PUEDE APLASTARNOS CON SU ARROGANCIA Y SU PODER, NO VAMOS A CEDER!

El nombre del Pecado Capital de la Ira provocó una reacción inmediata.

Varios sabuesos comenzaron a murmurar con indignación.

Algunos imps apretaron los puños.

Desmond permaneció inmóvil.

Había sospechado de Valerio desde que recibió la noticia.

Pero escuchar a Antrox mencionarlo públicamente hizo que aquella posibilidad adquiriera un peso mucho mayor.

El demonio continuó:

—¡DURANTE DEMASIADO TIEMPO HEMOS ACEPTADO QUE OTROS DECIDAN CUÁNTO VALEMOS!

Su voz resonó con fuerza.

—¡QUE NOS DIGAN DÓNDE PODEMOS VIVIR!

¡QUÉ PODEMOS HACER!

¡Y QUÉ LUGAR NOS CORRESPONDE DENTRO DE ESTA SOCIEDAD!

Antrox levantó el puño.

—¡PERO YA BASTA!

La multitud respondió con gritos.

Algunos sabuesos levantaron sus garras.

Varios imps comenzaron a aplaudir.

El Pecado Capital esperó unos segundos.

Después continuó:

—¡NO SOMOS SUS HERRAMIENTAS!

¡NO SOMOS SUS CHISTES!

¡Y MUCHO MENOS SOMOS CRIATURAS INFERIORES!

Su voz se volvió todavía más firme.

—¡SOMOS HABITANTES DEL INFIERNO TANTO COMO CUALQUIERA DE ELLOS!

Desmond sintió que aquellas palabras despertaban recuerdos dolorosos.

La comuna 54.

Las autoridades indiferentes.

Y las ocasiones en que había visto a habitantes humildes recibir un trato indigno simplemente por pertenecer a una especie considerada inferior.

Antrox continuó:

—¡Y SI TENEMOS QUE LUCHAR PARA DEFENDER NUESTRO LUGAR, ENTONCES LUCHAREMOS!

La multitud rugió.

El demonio levantó una mano, pidiendo silencio.

—¡PERO ESCÚCHENME BIEN!

Su voz adquirió un tono más sereno.

—¡NO HABLO DE VENGANZA!

Los gritos comenzaron a apagarse.

Antrox recorrió los rostros de los presentes.

—¡NO QUIERO QUE NOS CONVIRTAMOS EN AQUELLO QUE TANTO NOS HA HECHO SUFRIR!

Hizo una pausa.

—¡NO QUIERO QUE NUESTRO DOLOR TERMINE CONVIRTIÉNDONOS EN LOS MISMOS TIRANOS QUE NOS DESPRECIAN!

Su expresión se volvió profundamente seria.

—¡HABLO DE JUSTICIA!

La palabra resonó entre las ruinas.

Antrox continuó:

—¡DE DEFENDER LO QUE NOS PERTENECE POR DERECHO!

¡DE CONSTRUIR UN FUTURO DONDE NUESTROS HIJOS NO TENGAN QUE CRECER SINTIÉNDOSE INFERIORES!

¡DONDE NINGÚN SABUESO TENGA QUE AVERGONZARSE DE SU ESPECIE!

¡Y DONDE NINGÚN IMP TENGA QUE ACEPTAR LA MISERIA COMO SI FUERA SU DESTINO!

Los presentes comenzaron a vitorear.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Aquellas palabras parecían describir exactamente el mundo que Marta siempre había deseado para sus hijos.

Un lugar donde el origen de alguien no determinara sus oportunidades.

Donde la pobreza no fuera una condena.

Y donde las personas pudieran vivir sin miedo a quienes ocupaban posiciones de autoridad.

Antrox respiró profundamente.

Después levantó el micrófono una última vez.

—¡NO SÉ CUÁNTO TIEMPO NOS TOMARÁ RECONSTRUIR TODO ESTO!

Su voz adquirió un tono sincero.

—¡NO VOY A MENTIRLES DICIENDO QUE SERÁ FÁCIL!

Hizo una pausa.

—¡VENDRÁN DÍAS DIFÍCILES!

¡TENDREMOS QUE ORGANIZARNOS!

¡RECUPERAR LO QUE PODAMOS!

¡Y ENCONTRAR LA MANERA DE LEVANTARNOS UNA VEZ MÁS!

El demonio observó a sus trabajadores.

—¡PERO MIENTRAS SIGAMOS JUNTOS, NUESTRO SUEÑO SEGUIRÁ VIVO!

Varios sabuesos comenzaron a gritar su nombre.

Antrox levantó lentamente el puño.

—¡NO NOS ARRODILLAREMOS ANTE VALERIO!

La multitud respondió con un rugido de aprobación.

—¡NO PERMITIREMOS QUE DECIDA NUESTRO FUTURO!

Los gritos se hicieron más fuertes.

Antrox respiró profundamente.

Y concluyó:

—¡LUCHAREMOS POR NOSOTROS Y POR QUIENES VENDRÁN DESPUÉS!

¡PORQUE NINGUNA GENERACIÓN FUTURA DEBERÍA VIVIR BAJO EL PUÑO DE UN ESTÚPIDO QUE NO SABE GOBERNAR!

La multitud estalló.

Los gritos resonaron entre las ruinas.

Puños se levantaron.

Garras se cerraron.

Y numerosos habitantes comenzaron a expresar abiertamente su apoyo al Pecado Capital.

Desmond permanecía inmóvil.

Observaba aquella escena con una mezcla de asombro y preocupación.

Sabía que acababa de presenciar algo importante.

No solamente un discurso para animar a los trabajadores después de una tragedia.

Antrox había cuestionado públicamente la autoridad de Valerio.

Había señalado las injusticias que sufrían los habitantes de su territorio.

Y había hablado de luchar por un futuro diferente.

Aquellas palabras podían tener consecuencias enormes.

Skyler permanecía junto a Desmond.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Había escuchado a Antrox hablar sobre los sabuesos infernales.

Sobre los prejuicios.

La discriminación.

Y la importancia de construir un lugar donde su especie pudiera vivir con dignidad.

La muchacha tomó suavemente la mano de Desmond.

Él volvió la mirada.

Skyler sonrió entre lágrimas.

—Des...

Su voz tembló.

—Nunca imaginé escucharlo hablar así.

El joven apretó delicadamente sus dedos.

—Yo tampoco...

Volvió a observar a Antrox.

Su expresión se volvió más seria.

—Pero creo que lo necesitaba.

La multitud continuó vitoreando durante varios minutos.

Algunos trabajadores se abrazaron.

Otros comenzaron a conversar sobre las posibilidades de reconstruir la disquera.

Y varios sabuesos levantaron sus puños hacia el cielo infernal, como si aquellas palabras hubieran conseguido devolverles parte de la esperanza que habían perdido.

Antrox permaneció sobre la camioneta.

Observó a su gente.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

No era una sonrisa despreocupada.

Tampoco una de aquellas bromas con las que acostumbraba ocultar sus emociones.

Era una expresión llena de determinación.

Había perdido el edificio.

Los instrumentos.

Los estudios.

Y buena parte de aquello que había construido durante años.

Pero no había perdido a su gente.

Y mientras continuaran unidos, todavía existía la posibilidad de comenzar nuevamente.

Aquella tarde, entre los restos de Hellbeat Records, comenzó a tomar forma una idea que podía transformar el futuro del Anillo de la Ira.

La revolución había comenzado.

No como una guerra inmediata.

Ni como un levantamiento improvisado.

Sino como una decisión compartida.

La decisión de no aceptar nuevamente el desprecio como algo inevitable.

Sin embargo, todavía quedaba muchísimo por hacer.

Antes de enfrentarse abiertamente a una autoridad tan poderosa como Valerio, necesitaban reorganizarse.

Recuperar fuerzas.

Reconstruir sus redes de apoyo.

Y prepararse para afrontar las consecuencias de cualquier decisión futura.

Antrox comprendía perfectamente aquella realidad.

No podía permitir que la emoción del momento condujera a sus seguidores hacia una confrontación para la que todavía no estaban preparados.

Finalmente, bajó el micrófono.

La multitud comenzó a tranquilizarse.

El Pecado Capital observó a los presentes.

Después hizo una última señal de agradecimiento.

Los trabajadores respondieron con nuevos aplausos.

Poco a poco, comenzaron a dispersarse.

Algunos regresaron a sus hogares.

Otros permanecieron revisando los materiales que todavía podían recuperarse de entre los escombros.

Y varios continuaron conversando sobre las palabras de Antrox.

Pero algo había cambiado.

Aquellas personas ya no contemplaban las ruinas únicamente como el final de un sueño.

Ahora también las observaban como una razón para continuar.

La tristeza seguía presente.

Pero ya no estaba sola.

Había esperanza.

Y una determinación que difícilmente desaparecería con el paso de las horas.

Finalmente, el lugar comenzó a quedar en silencio.

Solo permanecieron Desmond, Skyler, Antrox y Laura.

El Pecado Capital descendió cuidadosamente de la camioneta.

Dejó el micrófono sobre uno de los asientos.

Después respiró profundamente.

La expresión de firmeza que había mantenido durante su discurso comenzó a suavizarse.

Laura se acercó.

Todavía tenía los ojos enrojecidos.

Sin embargo, su rostro reflejaba una tranquilidad mayor que cuando Antrox llegó al lugar.

—Señor...

El demonio volvió la cabeza.

—¿Sí, Laura?

La joven contempló brevemente los escombros.

Después lo observó con incertidumbre.

—¿Pero cómo lo haremos?

Su voz fue baja.

—¿Cómo vamos a reconstruir todo esto?

Antrox permaneció pensativo.

Observó las ruinas.

Después volvió a mirar a su secretaria.

Durante unos segundos no respondió.

No tenía un plan completamente definido.

Tampoco sabía cuánto tiempo les tomaría recuperar los recursos necesarios para reconstruir la disquera.

Y era consciente de que la hostilidad de Valerio podía convertirse en un problema todavía mayor.

Pero había algo que sabía con certeza.

No estaba dispuesto a abandonar a las personas que habían confiado en él.

Antrox extendió una mano.

Tomó suavemente la de Laura.

Y sonrió.

—Algo surgirá.

La muchacha levantó la mirada.

El demonio apretó delicadamente sus dedos.

—Tenlo por seguro.

Laura permaneció inmóvil.

Después una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Está bien, señor...

Su voz todavía reflejaba preocupación.

Pero también confianza.

Antrox asintió.

Después soltó suavemente su mano.

Se volvió hacia Desmond.

El joven permanecía junto a Skyler.

Observaba los escombros con una expresión pensativa.

Cuando reconoció la mirada de su jefe, enderezó ligeramente la espalda.

—Señor Antrox...

El demonio se acercó.

Durante unos segundos contempló al muchacho.

Después sonrió.

—Desmond...

Le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Eres un gran chico.

El joven abrió ligeramente los ojos.

—¿Qué?

Antrox soltó una pequeña risa.

—Lo que escuchaste.

Su expresión adquirió un tono sincero.

—Tienes talento.

Y una chispa que no se apaga nunca.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

Una sonrisa tímida apareció en su rostro.

—Gracias, señor...

El demonio continuó:

—Sé que todo esto debe resultarte bastante extraño.

Observó brevemente las ruinas.

—No llevas demasiado tiempo trabajando con nosotros.

Hizo una pausa.

—Y ahora has tenido que presenciar cómo desaparece el lugar donde comenzaste tu carrera.

Desmond permaneció callado.

Antrox volvió a mirarlo.

—Pero quiero que sepas algo.

El joven levantó la mirada.

—¿Qué cosa?

La expresión del Pecado Capital se volvió firme.

—Esto no significa que tu camino haya terminado.

Desmond sintió una emoción inesperada.

Antrox continuó:

—Todavía tienes muchísimo por hacer.

Muchas canciones por escribir.

Y muchas cosas que demostrar.

Su sonrisa se amplió.

—No pienso permitir que todo ese talento se desperdicie solamente porque alguien decidió destruir nuestro edificio.

El joven soltó una pequeña risa.

—Gracias...

Antrox asintió.

—Pronto te contactaré.

Hizo una pausa.

—Cuando tengamos todo un poco más organizado.

Desmond observó su rostro.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Después asintió con respeto.

—Estaré pendiente.

El demonio sonrió satisfecho.

—Perfecto.

Skyler se acercó ligeramente.

—Señor Antrox...

El Pecado Capital volvió la mirada.

—¿Sí, muchacha?

La sabueso respiró profundamente.

—Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros.

Antrox permaneció sorprendido durante un instante.

Después sonrió con ternura.

—No tienen que agradecerme nada.

Su voz adquirió un tono cálido.

—Cuídense mucho.

Desmond asintió.

Skyler también.

Durante unos segundos, los cuatro permanecieron juntos frente a las ruinas.

No había mucho más que decir.

Todos comprendían que el futuro era incierto.

Hellbeat Records había sido destruida.

La relación entre Antrox y Valerio parecía haber alcanzado un punto peligroso.

Y las palabras pronunciadas aquella tarde podían convertirse en el comienzo de un conflicto mucho mayor.

Pero también sabían que no podían quedarse allí indefinidamente.

Antrox observó nuevamente los escombros.

Después respiró profundamente.

Se volvió hacia Laura.

—Vamos.

La joven asintió.

Ambos comenzaron a caminar.

Antes de alejarse, el Pecado Capital volvió brevemente la cabeza.

Levantó una mano.

Desmond correspondió al gesto.

Skyler también se despidió.

Después observaron cómo Antrox y Laura se alejaban.

El joven permaneció inmóvil durante varios segundos.

Finalmente, volvió la mirada hacia lo que quedaba de la disquera.

Recordó su primera grabación.

La canción dedicada a Marta.

Y el momento en que Antrox le ofreció una oportunidad que jamás había imaginado recibir.

Ahora aquellas instalaciones habían desaparecido.

Pero las experiencias que vivió dentro de ellas continuaban formando parte de su historia.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Sus dedos encontraron nuevamente la cadena que Celia le había regalado.

El pequeño dije en forma de panal descansaba sobre su pecho.

Lo sostuvo con cuidado.

Durante unos segundos contempló su brillo.

Después dejó escapar un suspiro.

Qué extraño resultaba el destino.

Había comenzado el viaje con la ilusión de conocer un nuevo territorio infernal.

Durante su estancia encontró una amiga.

Descubrió parte de la historia de Antrox.

Y presenció una muestra de aceptación que llevaba siglos esperando.

Pero ahora regresaba para encontrar destruido el lugar donde había comenzado su carrera.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Pensó en las palabras que Marta solía repetirle cuando las cosas se volvían difíciles.

Nunca dejar de luchar por aquello que amaba.

Aunque todavía no supiera cómo.

Aunque el camino pareciera incierto.

El joven abrió nuevamente los ojos.

Observó a Skyler.

La muchacha permanecía a su lado.

Su expresión reflejaba tristeza, pero también una determinación tranquila.

Desmond le extendió una mano.

Skyler la aceptó.

Entrelazaron sus dedos.

Durante unos segundos contemplaron juntos las ruinas de Hellbeat Records.

Después Desmond respiró profundamente.

—Vamos a casa...

Su voz fue baja.

Skyler asintió.

—Sí, amor.

Ambos comenzaron a caminar.

Las calles del Anillo de la Ira continuaban extendiéndose frente a ellos.

Algunos habitantes se detenían para observar los restos de la disquera.

Otros conversaban en voz baja sobre lo ocurrido.

La noticia comenzaba a propagarse.

Y las palabras de Antrox probablemente no tardarían en recorrer distintos sectores del territorio.

Desmond lo sabía.

Una parte de él estaba preocupada.

Valerio no parecía alguien dispuesto a tolerar desafíos.

Y aquella declaración pública podía provocar consecuencias difíciles de anticipar.

Sin embargo, también comprendía por qué Antrox había decidido hablar.

Había pasado demasiados años permitiendo que otros lo trataran como alguien inferior.

Había construido una empresa.

Ayudado a comunidades marginadas.

Y demostrado que su existencia tenía un propósito mucho más importante de lo que sus hermanos estaban dispuestos a reconocer.

Ahora, después de perder su disquera, había decidido que no continuaría soportando el mismo desprecio.

Desmond observó brevemente el cielo infernal.

Una brisa recorrió las calles.

Skyler apretó suavemente su mano.

El joven volvió la mirada hacia ella.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

No sabía qué ocurriría después.

Tampoco podía imaginar cuánto cambiarían sus vidas durante los próximos meses.

Pero había algo de lo que estaba seguro.

Aquel encuentro no sería el último.

El vínculo que había comenzado dentro de Hellbeat Records no desaparecería junto con sus paredes.

Antrox continuaría buscando una manera de reconstruir aquello que había perdido.

Desmond seguiría escribiendo canciones.

Y Skyler permanecería a su lado mientras ambos intentaban encontrar su propio camino.

El futuro todavía era incierto.

Pero en sus corazones, sabían que el destino los volvería a reunir.

CAP 21

El Infierno Ya No Es lo Que Era

Nueve años.

Nueve largos años habían transcurrido desde aquella tarde en que Desmond Lebrozky contempló los restos de Hellbeat Records, rodeado de trabajadores que habían perdido mucho más que sus empleos.

Todavía podía recordar los escombros, el olor a metal quemado y la expresión de Antrox cuando descubrió que todo aquello que había construido con tanto esfuerzo había sido

reducido a ruinas. También recordaba el discurso que pronunció frente a los sabuesos infernales y los imps que se habían reunido alrededor de la camioneta.

Aquellas palabras habían resonado mucho más allá de los límites de la antigua disquera.

Lo que comenzó como una declaración de resistencia terminó convirtiéndose en uno de los muchos acontecimientos que impulsaron una transformación profunda dentro de la sociedad infernal.

Y ahora, casi una década después, el Infierno era un lugar considerablemente diferente.

No se había convertido en un paraíso.

Tampoco había dejado de ser aquel mundo extraño, impredecible y frecuentemente contradictorio que sus habitantes conocían desde tiempos inmemoriales.

Pero algo había cambiado.

Algo que durante generaciones había parecido imposible.

Las personas habían comenzado a imaginar una manera distinta de vivir.

En el Anillo de la Ira, conocido tradicionalmente entre sus habitantes como el Anillo de la Furia, las calles ya no estaban dominadas por el mismo caos que Desmond había conocido durante su infancia.

Los callejones donde antes se escuchaban gritos y disparos ahora permanecían iluminados durante la noche. Los establecimientos podían mantener sus puertas abiertas sin el temor constante de ser saqueados, y las familias habían comenzado a recuperar espacios públicos que durante décadas estuvieron prácticamente abandonados.

Los parques volvieron a llenarse de niños.

Los comerciantes regresaron a sectores que anteriormente consideraban demasiado peligrosos.

Y las autoridades, sometidas a una administración mucho más exigente, habían comenzado a cumplir funciones que durante años parecieron olvidar.

La violencia no había desaparecido completamente.

Sería ingenuo pensar que un territorio tan extenso y complejo pudiera desprenderse de todos sus problemas en menos de una década.

Todavía existían delincuentes, conflictos entre comunidades y personas dispuestas a aprovecharse de los demás.

Sin embargo, la diferencia era evidente.

Los habitantes ya no consideraban inevitable vivir rodeados de miedo.

La drogadicción, una de las mayores tragedias que habían marcado a las comunas más pobres, se había reducido considerablemente gracias a nuevas políticas de prevención, rehabilitación y asistencia.

En algunos barrios todavía podían encontrarse los restos de antiguos establecimientos clandestinos donde generaciones enteras habían perdido sus oportunidades.

Pero muchos de aquellos lugares habían sido reemplazados por centros comunitarios, pequeños negocios y espacios destinados a ofrecer alternativas a quienes antes no encontraban ninguna.

La comuna 54 también había cambiado.

Sus calles conservaban cicatrices de épocas anteriores, pero ya no representaban exactamente el mismo lugar donde Desmond y James habían crecido.

Algunas viviendas deterioradas fueron reconstruidas.

Los servicios públicos mejoraron.

Y varios proyectos educativos permitieron que jóvenes provenientes de familias humildes accedieran a oportunidades que, años atrás, habrían parecido inalcanzables.

Para quienes habían conocido la violencia de aquellos tiempos, caminar por las nuevas avenidas resultaba casi desconcertante.

Habían pasado tantos años acostumbrados a desconfiar de cuanto los rodeaba que la tranquilidad todavía les parecía algo extraño.

Pero poco a poco, aquella nueva realidad comenzaba a convertirse en parte de su vida cotidiana.

El cambio más importante, sin embargo, no se encontraba únicamente en las calles.

También había ocurrido dentro de las estructuras del poder.

La familia Ludendorff, cuyo nombre había estado relacionado durante generaciones con la aristocracia infernal, atravesó una transformación que pocos habrían considerado posible.

La dictadura ejercida por John Ludendorff había quedado atrás.

Su legado de autoritarismo, secretos familiares y decisiones tomadas sin consideración por los habitantes terminó perdiendo la influencia que alguna vez había poseído.

Y, en su lugar, una figura completamente diferente había comenzado a dirigir una nueva etapa.

Izobelle Ludendorff.

La joven que años atrás había recibido a Desmond en el palacio familiar ahora ocupaba una posición fundamental dentro del nuevo gobierno.

El paso del tiempo había transformado considerablemente su carácter.

Aquella muchacha de diecisiete años que desayunaba cereal directamente de una caja mientras intentaba llamar la atención de su padre se había convertido en una mujer capaz de asumir responsabilidades que antes parecían reservadas exclusivamente para las figuras más antiguas de su familia.

Izobelle había aprendido que el poder no podía sostenerse únicamente sobre el miedo.

Tampoco sobre el prestigio de un apellido.

Las decisiones políticas necesitaban algo más.

Responsabilidad.

Compromiso.

Y, sobre todo, disposición para escuchar a quienes debían vivir con sus consecuencias.

Bajo su liderazgo, el nombre Ludendorff comenzó a desprenderse lentamente de parte de la reputación que había adquirido durante el gobierno de John.

No fue un proceso inmediato.

Había demasiadas heridas abiertas.

Demasiadas familias que recordaban los abusos.

Y demasiadas personas que desconfiaban de cualquier promesa procedente de la aristocracia.

Sin embargo, Izobelle había conseguido impulsar una administración considerablemente más participativa.

La monarquía no desapareció por completo de las estructuras políticas.

La jerarquía infernal continuaba existiendo, y las familias aristocráticas conservaban funciones diplomáticas importantes.

Pero la manera de ejercer la autoridad había cambiado.

Ya no se trataba simplemente de imponer decisiones desde una posición privilegiada.

Ahora existían mecanismos mediante los cuales demonios, nativos y pecadores podían expresar sus opiniones y participar en determinadas decisiones relacionadas con sus comunidades.

Los representantes locales comenzaron a adquirir mayor importancia.

Las reuniones administrativas incorporaron las preocupaciones de sectores que anteriormente rara vez eran escuchados.

Y las autoridades se vieron obligadas a justificar medidas que durante décadas se habían impuesto sin mayores explicaciones.

No era una democracia perfecta.

Ni una sociedad completamente igualitaria.

Las diferencias económicas y los conflictos políticos seguían presentes.

Pero el principio que sostenía aquella transformación era profundamente distinto.

El poder debía responder también ante quienes vivían bajo él.

Para muchos habitantes, aquello representaba una victoria histórica.

Para otros, era una amenaza.

El Infierno estaba cambiando.

Y no todos estaban dispuestos a aceptarlo.

Mientras tanto, en el Anillo de la Gula, otra transformación había continuado desarrollándose lejos de los grandes salones diplomáticos.

Hellbeat Records seguía existiendo.

La destrucción de sus antiguas instalaciones no había significado el final de la empresa de Antrox.

Tal como prometió frente a los escombros, el Pecado Capital encontró la manera de comenzar nuevamente.

Con el paso de los años, la disquera terminó estableciéndose en el Anillo de la Gula, donde pudo desarrollar sus actividades bajo la protección de la autoridad de Celia.

La gobernante había insistido durante mucho tiempo en que su hermano abandonara el territorio de Valerio.

Y aunque Antrox se había resistido inicialmente, las circunstancias terminaron conduciéndolo hacia un nuevo comienzo.

Las instalaciones reconstruidas eran diferentes de las que Desmond había conocido durante su juventud.

Sus estudios eran más modernos.

Sus espacios de trabajo estaban mejor distribuidos.

Y la compañía había ampliado sus actividades mucho más allá de la grabación musical.

Lo que anteriormente era una disquera se había transformado en un movimiento cultural y social.

Antrox continuaba trabajando con artistas.

Seguía organizando producciones musicales.

Y todavía conservaba aquella personalidad inquieta que tantas veces conseguía desconcertar a quienes lo conocían por primera vez.

Pero Hellbeat Records había comenzado a representar algo más importante.

Una oportunidad.

Un refugio.

Y una declaración de que el talento no debía depender de la especie, el origen o la posición económica de una persona.

Los sabuesos infernales, que durante generaciones habían sido tratados como habitantes de categoría inferior, encontraron dentro de aquel proyecto un espacio donde podían desarrollar sus capacidades sin tener que ocultar su identidad.

Algunos se convirtieron en músicos.

Otros comenzaron a trabajar como productores, técnicos de sonido o administradores.

Y varios utilizaron sus oportunidades profesionales para ayudar a sus propias comunidades.

La compañía también comenzó a destinar parte de sus beneficios a centros de adopción y asistencia para sabuesos infernales.

Aquellas contribuciones permitieron mejorar las condiciones de numerosos establecimientos que anteriormente carecían de recursos suficientes.

Se ampliaron instalaciones.

Se contrataron trabajadores especializados.

Y se desarrollaron programas destinados a facilitar que jóvenes sabuesos encontraran entornos seguros donde crecer.

Con el tiempo, aquellas iniciativas comenzaron a modificar lentamente la percepción social hacia su especie.

Los cambios no fueron universales.

Todavía existían prejuicios.

Y algunas familias aristocráticas continuaban considerando inaceptable que los sabuesos ocuparan determinadas posiciones.

Pero las nuevas generaciones crecían en una sociedad donde aquellas ideas comenzaban a perder parte de su influencia.

Antrox había conseguido demostrar que sus esfuerzos no habían sido inútiles.

Su antiguo sueño seguía vivo.

Y, de cierta manera, era mucho más grande que antes.

En el Infierno todavía existía caos.

La ambición continuaba moviendo a numerosas personas.

Los conflictos entre territorios no habían desaparecido.

Y las luchas por el poder seguían formando parte de su realidad.

Sin embargo, ahora comenzaba a existir cierto orden dentro de aquella locura.

Un equilibrio imperfecto.

Pero considerablemente más humano.

Desmond Lebrozky había sido testigo de buena parte de aquella transformación.

Y él mismo había cambiado.

A sus veintiocho años, ya no era el muchacho inseguro que había llegado a las oficinas de Antrox sosteniendo una pequeña libreta llena de rimas.

El tiempo había modificado su apariencia.

Sus facciones se habían vuelto más maduras.

Su manera de hablar era tranquila.

Y sus movimientos reflejaban una seguridad que durante su adolescencia apenas conseguía encontrar.

Los años también habían dejado una huella profunda en su manera de comprender el mundo.

Había aprendido que muchas de las heridas de la vida no desaparecían simplemente porque las circunstancias mejoraran.

La muerte de Marta continuaba doliéndole.

Todavía recordaba a Miguel.

Y, aunque había conseguido comprender mejor algunos aspectos de su origen, la historia de Rubí seguía formando parte de sus pensamientos.

Sin embargo, ya no permitía que aquellas pérdidas dominaran cada momento de su existencia.

Había aprendido a convivir con ellas.

A recordar sin sentirse obligado a sufrir permanentemente.

Y a reconocer que continuar viviendo no significaba abandonar a las personas que había perdido.

Su carrera musical también había tomado un rumbo diferente.

Después de sus primeros éxitos, Desmond continuó desarrollando distintas composiciones y adquiriendo experiencia dentro de la industria.

Pero con el paso de los años comenzó a descubrir que no necesitaba permanecer constantemente sobre un escenario para sentirse realizado.

La fama había sido una experiencia extraordinaria.

También agotadora.

Los compromisos.

Las expectativas del público.

Y la presión de continuar produciendo canciones habían comenzado a cambiar su relación con aquello que inicialmente consideraba un refugio personal.

Desmond nunca dejó de amar la música.

Pero empezó a preguntarse si quería dedicar toda su vida a perseguir el reconocimiento de los demás.

Finalmente, tomó una decisión.

Se alejó de las presentaciones profesionales.

Dejó de organizar lanzamientos musicales de manera constante.

Y comenzó a concentrarse en una actividad que había descubierto casi por casualidad.

La enseñanza.

Ahora trabajaba como profesor en una de las universidades de artes más prestigiosas del Infierno.

Su especialidad estaba relacionada con la composición musical y la expresión artística.

Allí compartía sus conocimientos con jóvenes que, al igual que él años atrás, soñaban con convertir sus ideas en canciones.

Algunos deseaban convertirse en artistas reconocidos.

Otros simplemente buscaban una manera de expresar sentimientos que no conseguían comunicar mediante conversaciones.

Desmond disfrutaba trabajar con ambos.

No creía que la música debiera reducirse a conseguir fama o millones de reproducciones.

Para él, componer significaba encontrar una voz propia.

Y aquella era precisamente la enseñanza que intentaba transmitir a sus estudiantes.

Durante sus clases solía insistir en la importancia de la sinceridad.

Una canción podía tener una instrumentación extraordinaria.

Podía estar perfectamente producida.

E incluso alcanzar una enorme popularidad.

Pero si su creador no tenía nada verdadero que expresar, difícilmente conseguiría dejar una huella profunda en quienes la escucharan.

Aquella idea se había convertido en uno de los principios fundamentales de su trabajo.

En una de sus clases, un estudiante levantó la mano después de presentar una composición.

—Profesor Lebrozky...

Desmond levantó la mirada desde su escritorio.

—¿Sí?

El joven demonio permaneció pensativo.

—¿Usted cree que una canción tiene que ser triste para transmitir algo importante?

Desmond sonrió.

—No.

Se acomodó contra el escritorio.

—Para nada.

El estudiante frunció ligeramente el ceño.

—Pero muchas de sus composiciones antiguas hablaban de cosas difíciles.

Desmond asintió.

—Es verdad.

Hizo una pausa.

—Durante mucho tiempo escribí sobre aquello que me dolía.

Observó brevemente a los demás alumnos.

—Pero también he escrito canciones sobre el amor.

Sobre la alegría.

Y sobre personas que hicieron que mi vida fuera mejor.

El salón permaneció atento.

Desmond continuó:

—La música no necesita ser triste para tener profundidad.

Su expresión adquirió un tono más serio.

—Lo importante es que ustedes comprendan qué están intentando expresar.

Señaló discretamente hacia el instrumento que tenía frente a él.

—Si quieren escribir sobre algo que los hace felices, háganlo.

Si quieren hablar de una injusticia, también.

Hizo una pausa.

—Pero no escriban solamente aquello que creen que los demás quieren escuchar.

El estudiante asintió lentamente.

Desmond sonrió.

—Escriban algo que realmente signifique algo para ustedes.

El muchacho volvió a observar su composición.

Después sonrió.

—Gracias, profesor.

Desmond asintió.

—De nada.

Aquellas conversaciones se habían convertido en una de las partes favoritas de su trabajo.

A veces encontraba estudiantes extraordinariamente talentosos que todavía no confiaban en sus capacidades.

Otros necesitaban orientación para organizar sus ideas.

Y algunos simplemente buscaban a alguien dispuesto a escucharlos.

Desmond recordaba demasiado bien cómo se sentía estar en aquella posición.

Había sido un adolescente que escribía rimas en pequeños cuadernos.

Un joven que temía mostrar su música.

Y alguien que necesitó que Skyler lo convenciera de dar el primer paso.

Ahora, cuando observaba a sus estudiantes, comprendía cuánto podía cambiar una vida gracias a una oportunidad.

Por eso intentaba ofrecerles la misma confianza que otros habían depositado en él.

Aunque ya no grababa profesionalmente de manera habitual, nunca abandonó sus composiciones.

En su casa conservaba varias libretas.

Algunas estaban llenas de versos terminados.

Otras contenían ideas incompletas, pequeñas melodías y reflexiones personales.

En ocasiones escribía durante la madrugada.

Otras veces aprovechaba sus momentos libres entre clases.

No todas aquellas canciones estaban destinadas a ser interpretadas.

Y aquello ya no le preocupaba.

Había aprendido que no necesitaba convertir cada sentimiento en un producto.

Algunas composiciones podían permanecer simplemente allí.

Guardadas.

Como pequeños fragmentos de su vida.

James también había conseguido construir un futuro diferente.

El joven imp que años atrás trabajaba largas jornadas en las cocinas de Neffitti ahora ocupaba una posición fundamental dentro del establecimiento.

Con el paso del tiempo, su dedicación y disciplina le permitieron adquirir una experiencia extraordinaria.

Había aprendido técnicas culinarias cada vez más complejas.

Experimentado con ingredientes provenientes de distintos anillos.

Y desarrollado un estilo propio que comenzó a llamar la atención de numerosos clientes.

Finalmente, sus esfuerzos fueron reconocidos.

James se convirtió en jefe de cocina de Neffitti.

Uno de los restaurantes más prestigiosos del Infierno.

Aquella responsabilidad exigía muchísimo trabajo.

Debía supervisar a los cocineros.

Revisar la calidad de los platos.

Organizar los turnos del personal.

Y asegurarse de que el establecimiento mantuviera los estándares que lo habían convertido en un referente gastronómico.

Pero James disfrutaba de su profesión.

Había encontrado en la cocina una manera de construir algo propio.

Algo que no dependía del apellido de su hermano ni de las circunstancias difíciles de su infancia.

Todavía recordaba los días en que Marta debía preparar comida con recursos limitados.

Las ocasiones en que Miguel llegaba agotado del trabajo.

Y las pequeñas celebraciones familiares en las que compartir una comida especial representaba un lujo extraordinario.

Ahora, cuando supervisaba las instalaciones de Neffitti, sentía una satisfacción profunda al recordar cuánto había cambiado su vida.

Sin embargo, nunca permitió que el prestigio modificara completamente su personalidad.

Continuaba siendo el mismo James que encontraba cualquier excusa para bromear con su hermano menor.

Y cuando tenía oportunidad, seguía recordándole a Desmond que podía ser un músico reconocido y profesor universitario, pero jamás conseguiría cocinar mejor que él.

—Desmond, te lo digo en serio.

James permanecía frente a una de las mesas de su cocina, observando a su hermano con expresión divertida.

—Deberías dejar de intentar preparar esas cosas que llamas almuerzos.

Desmond levantó una ceja.

—¡Oye!

Su hermano sonrió.

—La última vez casi incendias una sartén.

El joven soltó una carcajada.

—¡Eso fue un accidente!

James levantó ambas manos.

—¡Claro, claro!

Después se acercó.

Le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Por eso yo cocino y tú haces música.

Desmond negó divertido con la cabeza.

—Maldito idiota...

Ambos comenzaron a reír.

A pesar de sus respectivas responsabilidades, procuraban mantenerse cercanos.

El tiempo había conseguido sanar buena parte de las heridas que alguna vez amenazaron con separarlos.

Habían aprendido que el cariño entre hermanos no significaba estar siempre de acuerdo.

Tampoco implicaba ignorar los errores.

Significaba reconocerlos.

Aprender de ellos.

Y continuar construyendo una relación basada en la confianza.

James nunca olvidó la promesa que le hizo a Marta.

Cuidar de Desmond.

Acompañarlo.

Y asegurarse de que su hermano menor tuviera oportunidades que durante su infancia parecieron imposibles.

Pero ahora aquella responsabilidad había cambiado.

Desmond ya no era un adolescente que necesitaba ser protegido de todo.

Era un hombre adulto.

Con una profesión.

Un hogar.

Y una vida que había construido gracias a sus propias decisiones.

James había aprendido a sentirse orgulloso de él sin intentar dirigir cada uno de sus pasos.

Y Desmond, por su parte, reconocía cuánto había significado el esfuerzo de su hermano.

Ambos eran prueba de algo que la sociedad infernal había tardado demasiado tiempo en comprender.

Nacer en la comuna 54 no determinaba necesariamente el destino de una persona.

La pobreza podía limitar oportunidades.

La violencia podía destruir familias.

Y la desigualdad podía convertir la vida en una lucha constante.

Pero cuando existían posibilidades reales de avanzar, incluso quienes habían crecido en los sectores más olvidados podían construir futuros extraordinarios.

Sin embargo, el cambio más importante en la vida de Desmond no estaba relacionado con su profesión.

Tampoco con su creciente madurez.

Ni con las transformaciones políticas que habían ocurrido durante aquellos nueve años.

El cambio más importante se encontraba en su hogar.

Y tenía un nombre.

Skyler.

La joven sabueso que había conocido años atrás en un pequeño bar ahora tenía veintisiete años.

El tiempo también la había transformado.

Su carácter continuaba siendo cariñoso.

Sus gestos conservaban aquella ternura que siempre conseguía tranquilizar a Desmond.

Y todavía tenía la costumbre de inclinar ligeramente las orejas cuando algo le provocaba vergüenza.

Pero había adquirido una seguridad que durante su juventud le resultaba difícil encontrar.

Skyler ya no era aquella muchacha que constantemente temía decepcionar a los demás.

Había aprendido a reconocer su propio valor.

A expresar lo que sentía.

Y a comprender que no necesitaba la aprobación de todo el mundo para sentirse digna de cariño.

La relación con Desmond había atravesado numerosas etapas.

Habían compartido alegrías.

Discusiones.

Momentos difíciles.

Y experiencias que ninguno habría imaginado durante aquella primera conversación en el bar.

Pero su vínculo había continuado fortaleciéndose.

Hasta que finalmente tomaron una decisión que ambos deseaban desde hacía mucho tiempo.

Casarse.

El proceso no resultó sencillo.

Las diferencias de especie continuaban representando un obstáculo dentro de determinadas estructuras legales del Infierno.

Aunque la sociedad había comenzado a cambiar, algunos procedimientos administrativos todavía conservaban restricciones y prejuicios heredados de épocas anteriores.

Desmond pertenecía al linaje humano de los Ludendorff, aunque continuaba identificándose orgullosamente como un Lebrozky.

Skyler era una sabueso infernal.

Y aquella diferencia había provocado que su solicitud de matrimonio atravesara un proceso burocrático mucho más complicado de lo que ambos esperaban.

Documentos.

Revisiones.

Autorizaciones.

Y trámites que parecían multiplicarse cada vez que creían estar cerca de terminar.

Hubo momentos en los que Skyler llegó a sentirse agotada.

En otros, Desmond perdió la paciencia frente a procedimientos que consideraba innecesarios.

Sin embargo, ninguno estuvo dispuesto a abandonar.

Su relación no era una provocación hacia la sociedad infernal.

Tampoco un intento de demostrar algo a quienes los despreciaban.

Simplemente se amaban.

Y deseaban construir una vida juntos.

Finalmente, después de un largo proceso, consiguieron obtener el reconocimiento legal de su unión.

Skyler se convirtió en su esposa.

Y Desmond en su marido.

Aquello representó un momento profundamente importante para ambos.

No porque el matrimonio transformara mágicamente su relación.

Sino porque significaba que, después de tantos obstáculos, habían conseguido defender el derecho a elegir su propio futuro.

Ahora compartían un hogar tranquilo.

Una vivienda cómoda, lejos de las peores zonas que habían marcado su juventud.

No era un palacio.

Tampoco estaba llena de lujos innecesarios.

Pero tenía algo que ambos consideraban mucho más importante.

Paz.

Las habitaciones estaban decoradas con objetos que habían reunido durante sus años juntos.

Fotografías.

Libros.

Instrumentos musicales.

Y pequeños recuerdos de personas que habían formado parte de sus vidas.

En una de las repisas descansaba la fotografía de Marta.

Desmond la había conservado cuidadosamente durante todos aquellos años.

Junto a ella permanecían algunos recuerdos de Miguel.

La guitarra que le recordaba sus melodías.

Y pequeños objetos que James y él habían decidido mantener como parte de su historia familiar.

En otra habitación se encontraban los cuadernos musicales de Desmond.

Algunos estaban cuidadosamente organizados.

Otros descansaban sobre el escritorio, acompañados de lápices y hojas sueltas.

Skyler acostumbraba bromear diciendo que, si seguía escribiendo al mismo ritmo, terminarían necesitando una habitación exclusiva para sus libretas.

Desmond siempre respondía que aquello no sería una mala idea.

Y ambos acababan riendo.

La vida matrimonial había estado llena de pequeños momentos semejantes.

Desayunos compartidos.

Conversaciones antes de dormir.

Tardes tranquilas.

Y discusiones absurdas sobre quién había olvidado guardar alguna cosa.

Skyler disfrutaba cocinar cuando tenía tiempo.

Desmond, aunque había mejorado considerablemente sus habilidades culinarias, todavía prefería dejar las preparaciones más complicadas en manos de su esposa o de James.

En ocasiones ambos salían a caminar por los parques.

Aquellos mismos espacios donde años atrás habían comenzado a conocerse con mayor profundidad.

Otras veces simplemente permanecían en casa, escuchando música y disfrutando de la compañía del otro.

No necesitaban grandes celebraciones para sentirse felices.

Después de todo cuanto habían atravesado, habían aprendido a valorar las cosas sencillas.

Una conversación.

Una sonrisa.

Un abrazo después de un día agotador.

Y la tranquilidad de saber que, al regresar a casa, encontrarían a alguien esperando.

Pero incluso en aquella nueva etapa del Infierno, no todo era armonía.

Los cambios políticos y sociales habían despertado una resistencia considerable.

Numerosos habitantes apoyaban las reformas.

Consideraban que el Infierno finalmente comenzaba a ofrecer oportunidades reales para quienes durante generaciones habían vivido bajo sistemas injustos.

Sin embargo, otros observaban aquellas transformaciones con profundo rechazo.

Algunas figuras influyentes habían perdido privilegios.

Varios grupos acostumbrados a actuar con impunidad comenzaron a enfrentar mayores controles.

Y ciertas organizaciones, que anteriormente obtenían beneficios del desorden y la corrupción, descubrieron que su poder estaba disminuyendo.

Aquellos sectores no estaban satisfechos.

Para algunos, el nuevo Infierno había dejado de representar aquello que debía ser.

Consideraban que los demonios habían comenzado a adoptar valores demasiado cercanos a los del mundo humano.

Que la violencia y la competencia por el poder eran elementos naturales de su existencia.

Y que intentar establecer una sociedad más ordenada significaba debilitar el carácter infernal.

Otros utilizaban argumentos diferentes.

Aseguraban que las reformas habían concedido demasiadas oportunidades a especies que anteriormente ocupaban posiciones inferiores.

Que los sabuesos infernales estaban adquiriendo una influencia excesiva.

Y que los habitantes comunes no deberían participar en decisiones tradicionalmente reservadas a las autoridades.

Aquellas ideas continuaban circulando en distintos sectores.

No siempre mediante manifestaciones abiertas.

En ocasiones aparecían en conversaciones cotidianas.

En publicaciones.

En reuniones privadas.

Y en discursos de personas que deseaban recuperar las estructuras de poder anteriores.

Desmond había aprendido a reconocer aquellas tensiones.

Aunque prefería mantenerse alejado de la política, su trabajo como profesor universitario le permitía escuchar opiniones muy diferentes.

Los estudiantes discutían frecuentemente sobre los cambios.

Algunos celebraban las nuevas oportunidades.

Otros cuestionaban las decisiones del gobierno.

Y unos cuantos expresaban abiertamente su deseo de regresar a la antigua organización infernal.

En una de sus clases, después de terminar una actividad relacionada con composición, varios estudiantes comenzaron a debatir sobre el tema.

—Yo creo que el Infierno está mejor ahora —comentó una joven súcubo.

Un estudiante sentado cerca de ella levantó una ceja.

—¿Mejor?

La muchacha asintió.

—Sí.

Se acomodó en su asiento.

—Antes había lugares donde ni siquiera podías caminar tranquilamente.

El otro estudiante se encogió de hombros.

—Pero tampoco podemos pretender que el Infierno sea como el Cielo.

La súcubo frunció el ceño.

—Nadie está diciendo eso.

El joven continuó:

—Solo digo que estamos perdiendo lo que nos hace diferentes.

Otro estudiante intervino:

—¿Y desde cuándo la delincuencia es una característica que debamos conservar?

Algunos comenzaron a reír.

El muchacho levantó las manos.

—¡No estoy defendiendo a los delincuentes!

Hizo una pausa.

—Estoy diciendo que este lugar siempre ha sido caótico.

La súcubo respondió inmediatamente:

—Una cosa es que sea caótico y otra que tengamos que vivir con miedo.

La conversación comenzó a intensificarse.

Desmond permaneció junto a su escritorio, escuchando durante unos segundos.

Finalmente, levantó una mano.

—Muchachos.

Las voces comenzaron a apagarse.

El profesor observó al grupo.

Después sonrió ligeramente.

—Me alegra que tengan opiniones diferentes.

Algunos estudiantes parecieron sorprendidos.

Desmond continuó:

—Eso significa que están pensando en lo que ocurre a su alrededor.

Se cruzó de brazos.

—Pero hay algo que quiero preguntarles.

El salón quedó en silencio.

El joven observó brevemente a sus alumnos.

—¿Por qué creen que tener una sociedad más segura significa necesariamente dejar de ser quienes somos?

Nadie respondió inmediatamente.

Desmond continuó:

—El Infierno tiene su propia cultura.

Su historia.

Sus especies.

Y sus costumbres.

Hizo una pausa.

—Nada de eso desaparece porque alguien decida mejorar las condiciones de vida de sus habitantes.

La súcubo asintió discretamente.

Desmond volvió la mirada hacia el otro estudiante.

—Y también es válido cuestionar las decisiones del gobierno.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Ninguna autoridad debería estar por encima de las críticas.

El muchacho permaneció atento.

Desmond continuó:

—Pero si vamos a defender una idea, deberíamos comprender sus consecuencias.

Hizo una pausa.

—Sobre todo cuando esas consecuencias afectan a personas que no tienen el mismo poder que nosotros.

Durante varios segundos, el salón permaneció en silencio.

Finalmente, el profesor sonrió.

—Ahora...

Señaló discretamente hacia los instrumentos.

—¿Podemos regresar a la música?

Algunos estudiantes comenzaron a reír.

La tensión desapareció lentamente.

Y la clase continuó.

Sin embargo, aquellas conversaciones permanecían en la mente de Desmond mucho después de abandonar la universidad.

No porque deseara involucrarse directamente en la política.

Sino porque sabía perfectamente lo que significaba vivir bajo un sistema donde las autoridades parecían indiferentes al sufrimiento de los habitantes.

Había crecido en la comuna 54.

Había visto las consecuencias de la corrupción.

Y había conocido personas que jamás consiguieron escapar de aquel entorno.

Por eso, aunque no compartiera todas las decisiones del nuevo gobierno, reconocía cuánto habían mejorado las condiciones de vida.

También sabía que las reformas nunca satisfarían a todo el mundo.

El cambio siempre despertaba resistencia.

Especialmente entre quienes consideraban que el orden anterior les pertenecía.

Y existía otro detalle que Desmond no podía ignorar.

Su apellido.

Aunque llevaba años presentándose como Desmond Lebrozky, continuaba perteneciendo biológicamente al linaje Ludendorff.

La familia que ahora ocupaba una posición importante dentro de las nuevas estructuras políticas.

Su relación con Izobelle y con los acontecimientos del pasado seguía formando parte de una historia que no podía borrar.

En determinados círculos, su nombre continuaba despertando interés.

Algunas personas lo reconocían por su antigua carrera musical.

Otras por su trabajo como profesor.

Y algunas simplemente porque conocían sus vínculos con la aristocracia.

Desmond había aprendido a convivir con aquello.

No pretendía negar su sangre.

Pero tampoco estaba dispuesto a permitir que definiera completamente su identidad.

Para él, continuar siendo un Lebrozky tenía un significado que ningún título aristocrático podía reemplazar.

Era el apellido de las personas que lo habían criado.

El nombre que había acompañado sus primeros sueños.

Y una parte fundamental de todo aquello que había conseguido construir.

Sin embargo, incluso después de nueve años de transformaciones, Desmond sentía que el Infierno continuaba atravesando un periodo delicado.

No tenía pruebas de que algo grave estuviera por ocurrir.

Tampoco había recibido amenazas ni información que justificara una preocupación concreta.

Simplemente observaba una sociedad que estaba cambiando con rapidez.

Una sociedad donde algunas personas celebraban el futuro mientras otras contemplaban el pasado con una nostalgia cada vez más amarga.

Aquella contradicción le resultaba difícil de ignorar.

Una noche, después de terminar sus actividades en la universidad, Desmond regresó a casa.

La vivienda estaba iluminada por una luz cálida.

Skyler lo recibió con una sonrisa.

—Hola, amor.

El joven dejó sus pertenencias junto a la entrada.

Después se acercó.

—Hola, preciosa.

La abrazó suavemente.

Skyler correspondió inmediatamente.

Después levantó la cabeza y le dio un beso en los labios.

—¿Cómo te fue?

Desmond soltó un pequeño suspiro.

—Bien.

Hizo una pausa.

—Un día bastante largo.

La muchacha sonrió.

—¿Otra vez tus alumnos?

El joven comenzó a reír.

—Más o menos.

Skyler levantó una ceja.

—¿Qué hicieron ahora?

Desmond se encogió de hombros.

—Se pusieron a discutir sobre política.

La sabueso soltó una pequeña carcajada.

—¿En tu clase de música?

—¡Exactamente!

El joven levantó ambas manos.

—¡Ni siquiera sé cómo terminamos hablando de eso!

Skyler comenzó a reír.

Desmond negó divertido con la cabeza.

—Te juro que algún día voy a entrar a clase y directamente les voy a preguntar qué tema quieren debatir.

La muchacha soltó una carcajada.

—¡Desmond!

El joven también comenzó a reír.

Durante unos segundos permanecieron abrazados.

Después Skyler acarició suavemente su mejilla.

—Bueno...

Su voz adquirió un tono cariñoso.

—Al menos ya estás en casa.

Desmond sonrió.

—Sí.

Se acercó y besó suavemente su frente.

—Y eso es lo mejor del día.

Skyler bajó ligeramente las orejas, avergonzada.

—Des...

El joven soltó una pequeña risa.

Después ambos continuaron con sus actividades habituales.

La noche transcurrió tranquilamente.

Compartieron la cena.

Conversaron sobre asuntos cotidianos.

Y finalmente se retiraron a descansar.

Sin embargo, cuando Skyler se quedó dormida, Desmond descubrió que todavía no tenía sueño.

Permaneció acostado durante varios minutos.

Observó el techo.

Escuchó la respiración tranquila de su esposa.

Y dejó que sus pensamientos comenzaran a recorrer los acontecimientos de los últimos años.

Finalmente, decidió levantarse.

Con cuidado, retiró las sábanas.

Se incorporó.

Y caminó hacia el balcón de la habitación.

La noche estaba fresca.

Una brisa suave recorría las construcciones del vecindario.

Desmond abrió la puerta de cristal.

Y salió.

Desde allí podía contemplarse una parte considerable de la ciudad.

Las torres infernales se alzaban en la distancia, iluminadas por luces rojizas y anaranjadas que se mezclaban con el resplandor característico del horizonte.

Los vehículos avanzaban por las avenidas.

Algunos establecimientos continuaban abiertos.

Y las farolas proyectaban largas líneas de luz sobre las calles.

Desmond permaneció inmóvil junto a la barandilla.

Observó aquel paisaje.

Durante varios segundos simplemente respiró el aire nocturno.

Después sacó un cigarrillo.

Lo colocó entre sus labios.

Y lo encendió.

Una pequeña llama iluminó brevemente su rostro.

El joven dio una calada.

Después dejó escapar el humo lentamente.

La corriente de aire lo dispersó sobre el balcón.

Desmond contempló el horizonte.

Habían pasado nueve años.

Nueve años desde la destrucción de Hellbeat Records.

Desde el discurso de Antrox.

Y desde aquella época en que todavía intentaba comprender qué lugar ocupaba dentro del mundo.

Ahora tenía veintiocho años.

Era profesor.

Su hermano había conseguido convertirse en un chef reconocido.

Y Skyler era su esposa.

La mujer que años atrás había conocido en un pequeño bar se había convertido en la persona con quien compartía cada día de su vida.

Desmond sonrió suavemente.

Recordó su primera conversación.

La lluvia que los sorprendió después de caminar por el parque.

Las noches en que ambos compartieron sus temores.

Y aquella canción que había escrito para expresar sentimientos que todavía no se atrevía a pronunciar directamente.

«Más que real».

El joven soltó una pequeña risa nostálgica.

Qué lejano parecía todo aquello.

Y, al mismo tiempo, qué fácil resultaba recordarlo.

Dio otra calada al cigarrillo.

Después volvió la mirada hacia las torres iluminadas.

El Infierno había cambiado.

Muchísimo.

Aquella ciudad ya no se parecía completamente a la que conoció cuando era adolescente.

Había menos violencia.

Más oportunidades.

Y una sensación de tranquilidad que durante su infancia habría considerado imposible.

Pero también existían personas que rechazaban todo aquello.

Desmond había escuchado sus opiniones.

Había presenciado discusiones.

Y sabía que el descontento continuaba presente en numerosos sectores.

No podía afirmar que aquello terminaría provocando un conflicto.

Tampoco tenía razones suficientes para anticipar una nueva tragedia.

Sin embargo, había aprendido algo durante sus años de vida.

Las sociedades podían cambiar.

Las autoridades podían ser reemplazadas.

Y las leyes podían modificarse.

Pero los resentimientos no siempre desaparecían con la misma facilidad.

A veces permanecían ocultos.

Alimentándose de pequeñas frustraciones.

Esperando que alguien encontrara una manera de convertirlos en algo más grande.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Después negó suavemente con la cabeza.

—Bah...

Soltó una pequeña risa.

—Ya estoy pensando demasiado.

Volvió a contemplar el horizonte.

Quizás todo aquello no era más que una preocupación innecesaria.

El resultado de haber crecido en un entorno donde la tranquilidad nunca parecía durar demasiado.

Tal vez su mente todavía conservaba aquella costumbre de buscar peligros incluso cuando nada indicaba que estuvieran cerca.

El joven dio una última calada al cigarrillo.

Después lo apagó cuidadosamente.

Permaneció junto a la barandilla durante varios segundos.

Escuchó el ruido distante de la ciudad.

La brisa.

Y los sonidos apagados de algunos vehículos.

Detrás de él, dentro de la habitación, Skyler continuaba durmiendo tranquilamente.

Desmond volvió ligeramente la cabeza.

Desde el balcón podía distinguir parte de la cama.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Tenía un hogar.

Una familia.

Y una vida que, durante su infancia, jamás habría imaginado conseguir.

No quería desperdiciar aquella tranquilidad preocupándose constantemente por acontecimientos que todavía no habían ocurrido.

Respiró profundamente.

Después levantó nuevamente la mirada hacia el horizonte.

Las luces rojizas continuaban brillando en la distancia.

Las torres infernales permanecían inmóviles.

Y la ciudad seguía desarrollando su vida nocturna con una normalidad que, años atrás, habría parecido imposible.

Todo parecía estar bien.

Sin embargo, una sensación extraña continuaba acompañándolo.

No era miedo.

Tampoco una certeza.

Simplemente una impresión difícil de explicar.

Como si aquel mundo que había cambiado tanto durante los últimos nueve años todavía estuviera buscando su verdadero equilibrio.

Desmond permaneció contemplando el paisaje.

A pesar de la tranquilidad, siente en el aire un cambio inminente, como si algo estuviera a punto de romperse, pero solo son ideas de Desmond.

CAP 22

El Peso de la Sangre, la Libertad del Perdón

La mañana había comenzado con una tranquilidad que Desmond Lebrozky había aprendido a disfrutar durante los últimos años.

La luz rojiza del Anillo de la Ira atravesaba las cortinas de su habitación, iluminando suavemente los muebles y las fotografías que descansaban sobre las repisas. Desde el exterior llegaba el murmullo distante de los vehículos, acompañado por las conversaciones de algunos vecinos que comenzaban sus actividades cotidianas.

En otro tiempo, aquellos sonidos habrían estado acompañados por gritos, discusiones o sirenas que anunciaban algún nuevo incidente.

Pero las cosas habían cambiado.

Y Desmond agradecía profundamente poder despertar sin preguntarse qué desgracia habría ocurrido durante la noche.

El joven permanecía frente al espejo de su habitación, terminando de acomodarse la ropa que utilizaría durante sus clases.

A sus veintiocho años, su apariencia había adquirido una madurez que contrastaba con la del muchacho que alguna vez había abandonado la comuna 54 junto a James.

Su cabello continuaba siendo largo, aunque ahora acostumbraba mantenerlo cuidadosamente arreglado cuando asistía a la universidad. Su rostro conservaba aquellos rasgos que durante años habían despertado comentarios sobre su parentesco con la aristocracia Ludendorff.

Sin embargo, su manera de vestir era bastante más sencilla que la de los integrantes de aquella familia.

Prefería la comodidad.

Una camisa oscura, unos pantalones bien ajustados y una chaqueta ligera eran suficientes para presentarse frente a sus estudiantes.

Sobre una mesa cercana descansaba su maletín.

Dentro había guardado varias partituras, algunos ejercicios de composición y una pequeña libreta donde había escrito observaciones sobre los trabajos que debía revisar.

Desmond terminó de acomodarse la camisa.

Después observó su reflejo.

—Bueno...

Se pasó una mano por el cabello.

—Creo que así está bien.

Desde la cocina llegó la voz de Skyler.

—¡Des, el desayuno está listo!

El joven sonrió.

—¡Ya voy, amor!

Tomó su reloj.

Se lo colocó en la muñeca.

Y estaba a punto de recoger el maletín cuando su teléfono comenzó a sonar.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Eh?

Observó la pantalla.

Al principio pensó que sería algún compañero de la universidad.

Quizás un estudiante que necesitaba aclarar alguna duda.

O uno de los coordinadores académicos que deseaba modificar el horario de alguna clase.

Sin embargo, cuando leyó el nombre que aparecía en el dispositivo, su expresión cambió por completo.

Izobelle Ludendorff.

El joven permaneció inmóvil.

Durante varios segundos contempló la pantalla sin saber qué hacer.

Habían pasado nueve años desde la última vez que habló con ella.

Nueve años desde aquella noche en el Palacio Ludendorff.

Todavía podía recordar la expresión de su hermana cuando le entregó la carta de Miguel.

La incredulidad.

La rabia.

Y aquellas palabras que terminaron obligándolo a marcharse.

«Lárgate del palacio».

Desmond sintió una presión desagradable en el pecho.

Había intentado dejar aquel recuerdo atrás.

Con el paso del tiempo consiguió aceptar que Izobelle también había recibido una revelación terrible aquella noche.

No era sencillo descubrir que la persona a quien habías admirado durante toda tu vida había cometido actos de semejante crueldad.

Pero comprender sus motivos no significaba que hubiera olvidado lo sucedido.

El teléfono continuaba sonando.

Desmond tragó saliva.

Su pulgar permaneció suspendido sobre la pantalla.

Una parte de él deseaba rechazar la llamada.

No porque odiara a Izobelle.

Sino porque temía volver a enfrentarse a una parte de su pasado que había conseguido mantener relativamente alejada de su vida cotidiana.

Sin embargo, después de varios segundos, respiró profundamente.

Y respondió.

—¿Aló?

Durante un instante solamente escuchó una respiración al otro lado de la línea.

Después llegó una voz femenina.

—¿Desmond?

El joven cerró lentamente los ojos.

Reconoció aquella voz inmediatamente.

Aunque el tiempo había modificado ligeramente su tono, seguía conservando la elegancia característica de Izobelle.

—Sí...

Su respuesta fue cautelosa.

—Soy yo.

Al otro lado se escuchó una pequeña risa.

—¡Por todos los anillos!

Desmond abrió ligeramente los ojos.

No esperaba aquella reacción.

Izobelle continuó:

—¡De verdad contestaste!

El joven permaneció sorprendido.

Después soltó una pequeña risa nerviosa.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Tampoco es que estuviera desaparecido.

Su hermana rio suavemente.

—Lo sé.

Durante unos segundos permaneció callada.

Después su voz adquirió un tono más cálido.

—Me alegra escucharte, Desmond.

El joven sintió una emoción difícil de describir.

Había imaginado muchas veces cómo sería volver a hablar con ella.

En algunas ocasiones pensó que lo recibiría con la misma hostilidad de aquella noche.

En otras, que fingiría no recordarlo.

Pero jamás imaginó que su voz sonaría tan alegre.

Desmond se sentó lentamente sobre el borde de la cama.

—Ha pasado mucho tiempo...

Izobelle dejó escapar un suspiro.

—Demasiado.

El joven permaneció callado.

Su hermana continuó:

—Sé que probablemente te sorprenda que te esté llamando.

Desmond observó brevemente el suelo.

—Un poco, sí.

Izobelle soltó una pequeña risa.

Después su expresión pareció volverse más seria, algo que Desmond consiguió percibir incluso a través de la llamada.

—Hay algunas cosas de las que necesito hablar contigo.

El joven sintió que el pecho comenzaba a tensársele.

—¿Qué cosas?

—Preferiría explicártelas personalmente.

Desmond permaneció inmóvil.

Izobelle continuó:

—Quisiera invitarte al palacio.

El silencio se prolongó.

Durante varios segundos, el joven no respondió.

—¿Al Palacio Ludendorff?

—Sí.

La voz de su hermana sonó tranquila.

—Me gustaría que vinieras.

Hizo una pausa.

—Y que trajeras a Skyler contigo.

Desmond levantó ligeramente la cabeza.

—¿A Skyler?

Izobelle asintió, aunque él no pudiera verla.

—Por supuesto.

Su voz recuperó parte de aquella alegría inicial.

—He escuchado que se casaron.

El joven abrió ligeramente los ojos.

Después sonrió.

—Sí...

Su expresión se suavizó.

—Hace un tiempo.

Izobelle soltó una pequeña risa.

—Entonces creo que también es momento de conocer formalmente a mi cuñada.

Desmond permaneció sorprendido.

Aquellas palabras le provocaron una sensación inesperada de calidez.

Mi cuñada.

Izobelle acababa de reconocer su relación familiar con una naturalidad que él jamás habría imaginado nueve años atrás.

El joven bajó lentamente la mirada.

—Izobelle...

Su hermana aguardó.

Desmond respiró profundamente.

—¿Por qué ahora?

La pregunta quedó suspendida entre ambos.

Durante varios segundos, Izobelle no respondió.

Finalmente, habló con una sinceridad que el joven no esperaba.

—Porque hay cosas que debí decirte hace muchísimo tiempo.

Desmond permaneció inmóvil.

La mujer continuó:

—Y porque no quiero seguir dejando pasar los años.

El joven cerró los ojos.

Pensó en su vida.

En Skyler.

En James.

Y en aquella tranquilidad que había conseguido construir después de tantas dificultades.

Sabía que regresar al palacio podía despertar recuerdos dolorosos.

Pero también comprendía que había asuntos pendientes que nunca había conseguido resolver.

Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Está bien.

Al otro lado de la línea se produjo un pequeño silencio.

—¿De verdad?

Desmond sonrió débilmente.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Mañana iremos.

Izobelle soltó una pequeña risa llena de alivio.

—Perfecto.

Su voz adquirió un tono cálido.

—Los estaré esperando.

Desmond asintió.

—Nos veremos mañana, entonces.

—Hasta mañana, Desmond.

La llamada terminó.

El joven permaneció sentado sobre la cama.

Su teléfono continuaba entre las manos.

Durante varios segundos contempló la pantalla apagada.

Después dejó escapar una respiración profunda.

—Demonios...

La voz de Skyler volvió a escucharse desde la cocina.

—¡Desmond! ¡Se te va a enfriar el desayuno!

El joven levantó la cabeza.

—¡Ya voy!

Guardó el teléfono.

Recogió su maletín.

Y se levantó.

Pero antes de abandonar la habitación, volvió a contemplar su reflejo.

Aquella mañana había comenzado como cualquier otra.

Ahora, sin embargo, una parte de su pasado acababa de llamar nuevamente a su puerta.

Y esta vez no sabía qué podía encontrar al otro lado.

Al día siguiente, la casa de Desmond y Skyler estaba más silenciosa de lo habitual.

La pareja había decidido prepararse con tiempo para evitar llegar tarde a su visita.

Skyler permanecía frente al espejo, acomodándose cuidadosamente el cabello y revisando que su ropa estuviera en orden.

Había elegido un conjunto elegante, pero discreto.

No deseaba presentarse con una apariencia excesivamente formal.

Sin embargo, sabía que estaba a punto de visitar una de las residencias aristocráticas más importantes del Infierno.

Y, sobre todo, conocería a una parte de la familia biológica de su esposo.

Aquello despertaba cierta curiosidad.

También nerviosismo.

Pero su preocupación principal era Desmond.

Desde que recibió la llamada, había notado que su comportamiento era diferente.

Durante la cena estuvo más callado.

Antes de dormir permaneció varios minutos mirando el techo.

Y aquella mañana había despertado considerablemente antes de lo habitual.

Skyler comprendía perfectamente por qué.

Conocía la historia de Rubí.

Sabía lo ocurrido con John.

Y recordaba cuánto había sufrido Desmond cuando descubrió que su familia le había ocultado parte de la verdad.

También sabía que la última visita al palacio había terminado de una manera terrible.

Por eso decidió mantenerse cerca de él.

Mientras tanto, Desmond permanecía sentado sobre el borde de la cama.

Frente a él descansaba la ropa que había elegido para la ocasión.

Una camisa elegante.

Un pantalón oscuro.

Y una chaqueta sobria que no resultaba demasiado diferente de aquellas que acostumbraba utilizar en acontecimientos importantes.

Sin embargo, llevaba varios minutos sin terminar de vestirse.

Su mirada estaba fija en sus manos.

Las contemplaba como si hubiera descubierto algo extraño en ellas.

Poco a poco, sus dedos comenzaron a temblar.

Al principio fue un movimiento casi imperceptible.

Después se volvió más evidente.

Desmond intentó cerrar los puños.

Pero el temblor continuó.

Su respiración comenzó a acelerarse.

Había pasado nueve años intentando dejar atrás lo ocurrido en aquel palacio.

Había construido una carrera profesional.

Se había casado.

Y había conseguido una vida tranquila.

Pero ahora, ante la posibilidad de regresar, las inseguridades que creyó superadas comenzaban a despertar nuevamente.

Recordó la expresión de John.

Su saludo frío.

La indiferencia con que lo había tratado.

Y aquella sensación de no pertenecer realmente a ese lugar.

Después recordó a Izobelle.

La muchacha que al principio parecía interesada en conocerlo.

Y que terminó expulsándolo cuando descubrió quién era realmente.

Desmond bajó lentamente la cabeza.

—¿Y si vuelve a pasar...?

Su voz apenas fue un susurro.

Skyler escuchó aquellas palabras.

Volvió inmediatamente la mirada.

Cuando observó las manos temblorosas de su esposo, su expresión cambió.

Se acercó lentamente.

—Des...

El joven levantó los ojos.

Intentó sonreír.

—¿Sí, amor?

La muchacha no respondió inmediatamente.

Se sentó frente a él.

Después tomó sus manos con suavidad.

Desmond bajó la mirada.

Skyler entrelazó delicadamente sus dedos con los suyos.

—Estás temblando...

El joven soltó una pequeña risa nerviosa.

—Sí...

Respiró profundamente.

—Supongo que estoy un poco nervioso.

La muchacha lo observó con ternura.

—No tienes que fingir conmigo.

Desmond permaneció callado.

Skyler continuó:

—Sé cuánto te afectó lo que ocurrió aquella noche.

El joven bajó lentamente la mirada.

—Pensé que ya lo había superado.

Su voz adquirió un tono apagado.

—Han pasado nueve años, Skyler.

Hizo una pausa.

—Nueve años.

La muchacha acarició suavemente sus manos.

Desmond continuó:

—Y aun así...

Tragó saliva.

—Siento como si estuviera a punto de entrar nuevamente a ese lugar siendo el mismo muchacho de antes.

Skyler guardó silencio durante unos segundos.

Después se acercó ligeramente.

—Pero ya no eres aquel muchacho, Desmond.

El joven levantó la mirada.

La sabueso sonrió.

—Has cambiado.

Has crecido.

Y has construido una vida que no depende de lo que piense esa familia.

Desmond permaneció inmóvil.

Skyler continuó:

—Eres un profesor extraordinario.

Un hombre que ha salido adelante después de muchas cosas difíciles.

Y alguien a quien quiero muchísimo.

El joven sonrió débilmente.

La muchacha apretó suavemente sus dedos.

—Todo saldrá bien.

Hizo una pausa.

—Estaré contigo para lo que necesites.

Desmond sintió que la presión de su pecho comenzaba a disminuir.

Observó a su esposa.

Su expresión estaba llena de sinceridad.

No intentaba convencerlo de que nada malo pudiera ocurrir.

Simplemente le recordaba que no tendría que enfrentar aquella situación solo.

El joven respiró profundamente.

Después asintió.

—Gracias, preciosa...

Skyler sonrió.

—De nada, amor.

Se inclinó lentamente.

Y besó suavemente su frente.

Desmond cerró los ojos durante un instante.

Después dejó escapar un largo suspiro.

Cuando volvió a observar sus manos, el temblor había disminuido.

Skyler sonrió.

—¿Mejor?

El joven asintió.

—Mucho mejor.

La muchacha se levantó.

Después le tendió una mano.

—Entonces terminemos de prepararnos.

Desmond sonrió.

Aceptó su ayuda.

Y se incorporó.

Minutos después, ambos estaban listos.

Skyler comprobó que llevaran sus pertenencias.

Desmond recogió su teléfono.

Y juntos abandonaron la casa.

Habían solicitado un taxi para dirigirse al Palacio Ludendorff.

El vehículo llegó poco después.

Desmond abrió la puerta para que Skyler subiera primero.

La muchacha le dedicó una sonrisa.

—Gracias, amor.

El joven correspondió al gesto.

Después ocupó el asiento junto a ella.

El conductor confirmó la dirección.

Y el taxi comenzó a avanzar.

Durante los primeros minutos, ninguno de los dos habló demasiado.

Skyler observaba las calles.

Desmond permanecía junto a la ventana, contemplando el paisaje con una expresión pensativa.

La ciudad había cambiado considerablemente durante aquellos nueve años.

Los sectores que antes estaban dominados por construcciones deterioradas ahora mostraban nuevas edificaciones.

Las avenidas estaban mejor mantenidas.

Y los habitantes caminaban con una tranquilidad que habría resultado difícil de imaginar durante su adolescencia.

Sin embargo, conforme se acercaban a los barrios aristocráticos, Desmond comenzó a reconocer lugares que no había vuelto a visitar desde aquella noche.

Algunas avenidas permanecían prácticamente iguales.

También reconoció ciertas construcciones.

Y, finalmente, los alrededores donde se encontraba la residencia de los Ludendorff.

Su corazón comenzó a latir con mayor fuerza.

Skyler lo observó discretamente.

Después tomó su mano.

Desmond volvió la mirada.

La muchacha sonrió.

Él correspondió al gesto.

Y entrelazó sus dedos con los de ella.

El taxi continuó avanzando.

Hasta que finalmente, detrás de los enormes muros ornamentados, apareció el Palacio Ludendorff.

Desmond permaneció inmóvil.

La construcción conservaba su apariencia imponente.

Sus fachadas estaban adornadas con detalles arquitectónicos que reflejaban generaciones de riqueza y poder.

Los jardines permanecían cuidadosamente mantenidos.

Y las enormes ventanas ofrecían pequeños destellos de luz sobre las paredes exteriores.

A pesar del paso del tiempo, el lugar seguía siendo prácticamente tan impresionante como Desmond lo recordaba.

Pero ahora lo contemplaba con sentimientos completamente diferentes.

La primera vez había llegado buscando respuestas.

Esperando comprender de dónde provenía.

Y deseando encontrar alguna clase de conexión con las personas que compartían su sangre.

Ahora regresaba como un hombre adulto.

Con una esposa.

Una profesión.

Y una identidad que ya no dependía de aquella familia.

El vehículo se detuvo frente a la entrada.

Desmond pagó el trayecto.

Después descendió.

Skyler salió a su lado.

Ambos permanecieron observando el palacio durante unos segundos.

La muchacha levantó ligeramente la mirada.

—Vaya...

Desmond soltó una pequeña risa nerviosa.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Es bastante grande.

Skyler sonrió.

—Eso es quedarse corto.

El joven también sonrió.

Después respiró profundamente.

—Bueno...

Observó la entrada.

—Supongo que llegó el momento.

Skyler apretó suavemente su mano.

—Estoy contigo.

Desmond asintió.

Juntos caminaron hacia la puerta principal.

El joven levantó una mano.

Y tocó el timbre.

El sonido resonó dentro de la residencia.

Durante algunos segundos no ocurrió nada.

Desmond sintió que los nervios comenzaban a regresar.

Pero antes de que pudiera formular algún comentario, escuchó pasos procedentes del interior.

La cerradura se movió.

La puerta comenzó a abrirse.

Y una mujer apareció frente a ellos.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

Era Izobelle.

Sin embargo, el paso de los años había transformado considerablemente su apariencia.

Ya no era aquella adolescente de diecisiete años que había conocido durante su presentación en Neffitti.

Sus facciones reflejaban una madurez mayor.

Su postura transmitía una seguridad adquirida después de años de responsabilidades.

Y su vestimenta, elegante pero menos ostentosa de lo que Desmond recordaba de otros integrantes de la familia, parecía corresponder a la nueva posición que ocupaba dentro del gobierno.

Durante unos segundos permanecieron contemplándose.

Después una sonrisa apareció en el rostro de Izobelle.

—Desmond...

El joven sintió un nudo en la garganta.

—Hola, Izobelle.

La mujer sonrió con mayor amplitud.

—Me alegra muchísimo verte.

Extendió una mano.

Desmond la observó durante un instante.

Después aceptó el saludo.

El apretón fue firme.

Pero cálido.

Muy diferente de aquel contacto frío que había experimentado con John nueve años atrás.

Izobelle volvió la mirada hacia Skyler.

Su expresión se iluminó.

—Y tú debes ser Skyler.

La muchacha sonrió.

—Mucho gusto.

La gobernante extendió su mano.

Skyler correspondió al gesto.

—El gusto es mío —respondió Izobelle.

Después soltó una pequeña risa.

—Desmond me ha hablado de ti.

El joven levantó inmediatamente las cejas.

—¿Eh?

Izobelle lo observó con diversión.

—Bueno, hace nueve años.

Hizo una pausa.

—Pero recuerdo perfectamente cuánto te mencionaba.

Skyler volvió la mirada hacia su esposo.

Una sonrisa juguetona apareció en su rostro.

—¿Ah, sí?

Desmond se llevó una mano al rostro.

—Por todos los anillos...

Izobelle comenzó a reír.

Skyler también.

Durante unos segundos, aquella pequeña broma consiguió disminuir la tensión que había acompañado a Desmond durante todo el trayecto.

Finalmente, Izobelle se apartó de la entrada.

—Pasen, por favor.

Los jóvenes obedecieron.

Y cruzaron las puertas del palacio.

El interior conservaba buena parte de la elegancia que Desmond recordaba.

Los enormes corredores estaban decorados con pinturas antiguas, esculturas y muebles que reflejaban la riqueza acumulada durante generaciones por la familia Ludendorff.

Los candelabros proyectaban una iluminación cálida.

Las alfombras cubrían parte de los pasillos.

Y numerosas puertas conducían hacia habitaciones que parecían extenderse interminablemente.

Sin embargo, algunos detalles habían cambiado.

Las decoraciones resultaban menos recargadas.

Había nuevas fotografías.

Y varios cuadros antiguos parecían haber sido reemplazados.

Desmond observó el entorno con curiosidad.

Recordó aquella noche en que caminó por los mismos corredores acompañado de Izobelle.

La reunión familiar.

La conversación con Zoraida.

Y el momento en que entregó la carta de Miguel.

Su respiración comenzó a volverse ligeramente irregular.

Skyler lo notó inmediatamente.

Sin decir nada, tomó su mano.

El joven bajó la mirada.

Después contempló a su esposa.

Ella sonrió suavemente.

Desmond respiró profundamente.

Y continuó caminando.

Izobelle avanzaba frente a ellos.

Durante el recorrido les explicó algunos cambios que se habían realizado dentro del palacio.

Habló de las nuevas responsabilidades administrativas.

De las reformas.

Y de cómo había intentado transformar aquella residencia en un lugar donde las decisiones no estuvieran completamente aisladas de la realidad de los habitantes.

Desmond escuchaba atentamente.

Le resultaba extraño observar a Izobelle hablar con semejante seguridad.

Todavía recordaba a la muchacha que parecía sentirse abandonada porque su padre olvidó su cumpleaños.

Ahora estaba frente a una mujer que había tenido que asumir responsabilidades mucho más grandes de las que probablemente imaginó durante su adolescencia.

Finalmente, llegaron hasta una oficina.

Izobelle abrió la puerta.

—Por aquí.

Desmond y Skyler entraron.

La habitación era amplia.

Una gran biblioteca ocupaba parte de una de las paredes.

Había varios archivadores cuidadosamente organizados.

Y en el centro descansaba un escritorio de madera oscura.

Sobre él podían observarse documentos, carpetas y pequeños objetos de oficina.

Izobelle cerró suavemente la puerta.

Después señaló hacia dos sillas.

—Siéntense.

Los jóvenes obedecieron.

La gobernante caminó hacia uno de los archivadores.

Durante unos segundos revisó su contenido.

Después extrajo una carpeta.

La colocó sobre el escritorio.

Y tomó asiento frente a ellos.

Su expresión había cambiado.

La alegría del recibimiento dio paso a una seriedad que despertó inmediatamente la atención de Desmond.

El joven contempló los documentos.

—Izobelle...

Ella levantó la mirada.

—¿Sí?

Desmond respiró profundamente.

—¿De qué querías hablarme?

La mujer permaneció callada durante unos segundos.

Después abrió lentamente la carpeta.

En su interior había varias hojas, copias de declaraciones y documentos que mostraban señales de haber sido revisados numerosas veces.

Izobelle acomodó algunos papeles.

Después levantó la mirada hacia su hermano.

—Desmond...

Su voz adquirió un tono solemne.

—Durante estos nueve años hemos estado investigando lo que ocurrió con Rubí.

El joven sintió que el corazón se le detenía por un instante.

Skyler levantó ligeramente las orejas.

Izobelle continuó:

—Cuando viniste por última vez, me mostraste una carta.

Hizo una pausa.

—Una carta escrita por Miguel.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Recordó inmediatamente aquel papel.

Las palabras de su padre adoptivo.

Y la desesperación que había experimentado cuando descubrió lo ocurrido con su madre biológica.

Izobelle continuó:

—En aquel momento no quise creerte.

Su voz comenzó a quebrarse ligeramente.

—Me parecía imposible aceptar que nuestro padre hubiera cometido semejantes actos.

Desmond permaneció callado.

La mujer respiró profundamente.

Después señaló los documentos.

—Pero decidimos investigar.

El joven levantó lentamente la mirada.

Izobelle continuó:

—Revisamos registros antiguos de la residencia.

Buscamos a personas que habían trabajado aquí durante aquellos años.

Y conseguimos localizar a varios habitantes de la comuna que todavía recordaban lo sucedido.

Su expresión se endureció.

—Algunos tenían miedo de hablar.

Otros habían pasado demasiado tiempo intentando olvidar.

Pero poco a poco comenzamos a reunir las piezas.

Desmond sintió una presión creciente en el pecho.

Izobelle tomó uno de los documentos.

Lo colocó frente a él.

—La carta era auténtica.

El joven permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos no consiguió pronunciar una sola palabra.

La mujer continuó:

—Los testimonios confirmaron que John Ludendorff fue responsable del abandono de Rubí.

Su voz adquirió una firmeza dolorosa.

—Nuestro padre.

Desmond bajó lentamente los ojos hacia el documento.

Izobelle continuó:

—Descubrimos que la atacó después de enterarse de su embarazo.

Que permitió que quedara gravemente herida.

Y que finalmente la abandonó en un callejón, lejos de los barrios aristocráticos.

Skyler se llevó una mano al pecho.

Desmond permaneció inmóvil.

Había conocido aquella historia durante años.

Pero escucharla confirmada mediante una investigación oficial resultaba diferente.

Ya no se trataba solamente de los recuerdos escritos por Miguel.

Ni de una verdad que su familia adoptiva había intentado ocultarle para protegerlo.

Ahora existían pruebas.

Testigos.

Y documentos que demostraban que aquello había ocurrido realmente.

El joven cerró lentamente los ojos.

Recordó a Rubí.

La mujer a quien nunca tuvo oportunidad de conocer.

Aquella madre que había perdido la vida poco después de traerlo al mundo.

Y que, según los relatos de Marta, lo había protegido incluso cuando ella misma estaba gravemente herida.

Desmond apretó lentamente las manos.

Izobelle lo observó con preocupación.

—Desmond...

El joven levantó una mano.

—Continúa.

Su voz fue baja.

Pero firme.

La mujer asintió lentamente.

Después tomó otro documento.

Su expresión se volvió todavía más seria.

—También investigamos lo ocurrido con Miguel.

Desmond levantó inmediatamente la cabeza.

Skyler volvió la mirada hacia su esposo.

Izobelle respiró profundamente.

—Confirmamos que tu padre adoptivo fue testigo de lo que ocurrió aquella noche.

El joven sintió que la respiración comenzaba a acelerársele.

La mujer continuó:

—Sabía quién había abandonado a Rubí.

Y conocía parte de los secretos que John estaba intentando ocultar.

Desmond permaneció inmóvil.

Recordó la desaparición de Miguel.

Su séptimo cumpleaños.

La espera frente al pastel.

Y aquella promesa de regresar antes de que terminara la celebración.

Recordó los días siguientes.

La angustia de Marta.

Las preguntas sin respuesta.

Y la noticia de que habían encontrado su cuerpo en el río.

Izobelle bajó lentamente la mirada.

—Miguel no murió durante un ajuste de cuentas.

El silencio se volvió absoluto.

Desmond sintió que el corazón comenzaba a golpearle el pecho con una fuerza dolorosa.

La mujer continuó:

—John ordenó que lo asesinaran.

Skyler abrió los ojos con horror.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Izobelle respiró profundamente.

—La investigación confirmó que tu padre adoptivo fue eliminado porque había presenciado hechos que podían comprometer a nuestro padre.

Hizo una pausa.

—Después intentaron presentar su muerte como un conflicto relacionado con la delincuencia de la comuna.

El joven bajó lentamente la cabeza.

Sus manos comenzaron a temblar.

No de miedo.

Sino de una rabia profunda que llevaba demasiados años sin encontrar una respuesta.

Miguel.

El hombre que lo había criado.

Que le había enseñado a caminar.

Que lo había acompañado durante su infancia.

Y que había prometido regresar a casa con dulces para celebrar su cumpleaños.

Había sido asesinado.

No por una pelea.

Ni por encontrarse en el lugar equivocado.

Sino porque conocía la verdad sobre Rubí.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

—Papá...

Su voz fue apenas un susurro.

Skyler tomó inmediatamente una de sus manos.

El joven cerró los ojos.

Durante varios segundos permaneció intentando controlar la respiración.

Izobelle aguardó en silencio.

Comprendía que acababa de confirmar una verdad que había marcado toda la vida de su hermano.

Finalmente, Desmond levantó lentamente la mirada.

—¿Y los responsables?

Su voz estaba cargada de una seriedad que Izobelle no había escuchado durante la mañana.

La mujer asintió.

—Los responsables identificados ya están bajo custodia.

Desmond permaneció atento.

Izobelle continuó:

—Hemos reunido declaraciones y pruebas suficientes para iniciar los procedimientos judiciales correspondientes.

Hizo una pausa.

—Serán procesados por sus crímenes.

El joven respiró profundamente.

Después bajó lentamente la mirada.

Durante varios segundos contempló los documentos.

Había esperado demasiado tiempo para escuchar aquellas palabras.

Justicia.

La posibilidad de que quienes destruyeron su familia finalmente respondieran por lo que hicieron.

Sin embargo, la emoción que experimentaba era mucho más compleja de lo que había imaginado.

Había alivio.

Pero también tristeza.

Rabia.

Y una sensación amarga al comprender que ninguna condena conseguiría devolverle a Miguel.

Tampoco permitiría que Rubí conociera al hijo por quien había luchado tanto.

El pasado no podía cambiarse.

Por mucho que las personas responsables recibieran un castigo.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Una lágrima recorrió su mejilla.

Skyler apretó suavemente su mano.

Izobelle permaneció observándolo.

Su propia expresión comenzó a quebrarse.

Durante todos aquellos años había tenido que enfrentarse a revelaciones que destruyeron la imagen que conservaba de su padre.

Había creído que John era un hombre severo.

Distante.

Y obsesionado con las responsabilidades de la aristocracia.

Pero nunca imaginó que detrás de aquella frialdad existiera alguien capaz de cometer semejantes atrocidades.

La mujer bajó lentamente la mirada.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Desmond...

El joven levantó la cabeza.

Izobelle intentó continuar.

Pero su voz se quebró.

—Yo...

Se llevó una mano al rostro.

Durante unos segundos luchó por controlar el llanto.

Finalmente, se levantó.

Rodeó lentamente el escritorio.

Y se acercó a su hermano.

Desmond permaneció inmóvil.

Izobelle se detuvo frente a él.

Sus labios comenzaron a temblar.

—En verdad...

Respiró profundamente.

—Perdóname, Desmond.

El joven abrió ligeramente los ojos.

La mujer continuó:

—Perdóname por no haberte creído.

Una lágrima recorrió su mejilla.

—Por haber estado tan ciega ante la verdad sobre nuestro padre.

Desmond permaneció callado.

Izobelle bajó la mirada.

—Lo amaba tanto...

Su voz se quebró.

—Lo admiraba tanto que no podía aceptar lo que realmente era.

Durante unos segundos intentó contener las lágrimas.

Pero finalmente comenzó a llorar.

—Yo creía que era un buen hombre.

Hizo una pausa.

—Creía que, aunque fuera distante, jamás sería capaz de hacerle algo así a una persona.

Su respiración se volvió irregular.

—Y cuando tú llegaste...

Levantó lentamente la mirada.

—Cuando me mostraste aquella carta...

Negó con la cabeza.

—No quise escuchar.

Desmond sintió que el pecho comenzaba a oprimírsele.

Izobelle continuó:

—Preferí pensar que estabas equivocado.

Que alguien había inventado aquella historia.

Que nuestro padre jamás haría algo semejante.

Su voz terminó quebrándose.

—Y te eché del palacio.

La mujer comenzó a llorar con mayor intensidad.

—¡Te eché cuando lo único que querías era encontrar respuestas!

Desmond se incorporó lentamente.

Izobelle dio un pequeño paso hacia él.

Tomó suavemente la tela de su camisa.

Y apoyó la frente contra su pecho.

—Perdóname...

Su voz fue apenas un susurro.

—Por favor, perdóname.

El joven permaneció inmóvil durante un instante.

Contempló a su hermana.

Aquella mujer que ahora ocupaba una de las posiciones más importantes del gobierno infernal estaba llorando frente a él.

No como una gobernante.

Ni como una aristócrata.

Sino como una persona que había pasado años cargando con el peso de sus errores.

Desmond sintió que una parte de la rabia que había conservado durante tanto tiempo comenzaba a desaparecer.

Recordó su propia reacción cuando descubrió la verdad.

Había golpeado a James.

Había gritado.

Y había llegado a sentirse traicionado por las personas que más amaba.

Ahora comprendía que Izobelle también había necesitado tiempo para aceptar una realidad que destruyó su imagen familiar.

El joven levantó lentamente una mano.

La colocó sobre su cabello.

Y comenzó a acariciarlo suavemente.

—Tranquila, Izobelle...

La mujer continuaba llorando.

Desmond respiró profundamente.

Después habló con serenidad.

—No te preocupes.

Izobelle levantó ligeramente la cabeza.

El joven sonrió débilmente.

—El pasado es pasado.

Hizo una pausa.

—No podemos cambiar lo que ocurrió.

La mujer permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Sí.

Nuestra familia hizo cosas horribles.

Y nuestro padre fue un monstruo.

Su voz adquirió una tristeza evidente.

—Pero tú no eres responsable de sus crímenes.

Izobelle cerró los ojos.

El joven acarició suavemente su cabello.

—Lo importante es que ahora conocemos la verdad.

Hizo una pausa.

—Y que quienes hicieron daño finalmente tendrán que responder por ello.

La mujer volvió a apoyar la cabeza contra su pecho.

Desmond la rodeó lentamente con los brazos.

—Ya está, Izobelle...

Su voz fue cálida.

—No tienes que seguir castigándote por aquella noche.

La gobernante soltó un sollozo.

Después lo abrazó con fuerza.

Durante varios segundos permanecieron así.

Sin necesidad de añadir nada más.

Skyler observaba la escena desde su asiento.

Sus ojos estaban ligeramente húmedos.

Conocía cuánto había sufrido Desmond por aquella parte de su pasado.

Y verlo abrazar a su hermana, después de nueve años de distanciamiento, le provocó una emoción profunda.

Finalmente, Izobelle consiguió tranquilizarse.

Se apartó lentamente.

Después se limpió las lágrimas con un pañuelo.

Una pequeña sonrisa avergonzada apareció en su rostro.

—Demonios...

Soltó una risa entrecortada.

—No esperaba terminar llorando de esta manera.

Desmond sonrió.

—Yo tampoco.

Ambos soltaron una pequeña carcajada.

Skyler se acercó lentamente.

La gobernante volvió la mirada hacia ella.

La sabueso sonrió.

—Me alegra mucho que hayan podido hablar.

Izobelle asintió.

—A mí también.

Después volvió a observar a su hermano.

Su expresión adquirió nuevamente un tono serio.

—Todavía hay algo que debes saber.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué cosa?

La mujer respiró profundamente.

—Lo que ocurrió con John.

El joven permaneció inmóvil.

Izobelle regresó lentamente a su asiento.

Durante unos segundos contempló los documentos.

Después comenzó a hablar.

—Cuando la investigación confirmó sus crímenes, la familia tuvo que tomar una decisión.

Desmond escuchaba atentamente.

La mujer continuó:

—John había comprometido demasiado el nombre Ludendorff.

Su autoridad.

Y la confianza que numerosas personas todavía depositaban en nuestra familia.

Su expresión se volvió más apagada.

—Pero lo peor no era el daño político.

Hizo una pausa.

—Era lo que había hecho con Rubí.

Y con Miguel.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Izobelle continuó:

—Finalmente, los miembros de la familia acordaron condenarlo a muerte.

El silencio regresó.

Skyler permaneció inmóvil.

Desmond levantó lentamente la cabeza.

—¿Lo ejecutaron?

La mujer asintió.

—Sí.

Su voz fue baja.

Durante varios segundos no añadió nada más.

Después respiró profundamente.

—Al principio fue muy difícil para mí.

El joven permaneció atento.

Izobelle continuó:

—A pesar de todo...

Su voz comenzó a quebrarse ligeramente.

—Seguía siendo mi padre.

Desmond bajó la mirada.

La mujer observó sus manos.

—Había pasado toda mi infancia intentando conseguir su atención.

Esperando que asistiera a mis cumpleaños.

Que me felicitara por mis logros.

O que simplemente encontrara unos minutos para hablar conmigo.

Soltó una pequeña risa amarga.

—Y cuando finalmente comprendí quién era realmente...

Su expresión se entristeció.

—Tuve que aceptar que jamás volvería a tener la oportunidad de construir la relación que siempre quise con él.

Desmond permaneció callado.

Izobelle continuó:

—Me dolió verlo morir.

Hizo una pausa.

—No voy a mentirte.

Su voz adquirió una firmeza mayor.

—Pero también comprendí que amarlo no significaba justificar lo que había hecho.

El joven asintió lentamente.

La mujer respiró profundamente.

—Con el tiempo aprendí a aceptar sus crímenes.

Y también que necesitábamos hacer las cosas de una manera diferente.

Desmond observó su expresión.

Izobelle continuó:

—Después de su muerte, la familia tuvo que reorganizarse.

Su voz adquirió un tono más formal.

—Y finalmente decidieron entregarme la responsabilidad de gobernar.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿A ti?

La mujer sonrió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Tenía veintidós años.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—Eras bastante joven...

Izobelle soltó una pequeña risa.

—Créeme, lo sé.

Su sonrisa se volvió nostálgica.

—Fue un cambio repentino.

Y tremendamente difícil.

La mujer observó brevemente su escritorio.

—De un momento a otro tuve que aprender a dirigir una administración.

Tomar decisiones que afectaban a miles de personas.

Y enfrentarme a problemas que nunca había tenido que considerar durante mi adolescencia.

Desmond permaneció atento.

Izobelle continuó:

—Al principio cometí errores.

Muchos.

Su expresión se volvió seria.

—No sabía cómo funcionaban determinadas instituciones.

Tampoco comprendía completamente las necesidades de los habitantes comunes.

Hizo una pausa.

—Había crecido detrás de los muros de este palacio.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Recordó aquella reunión familiar.

Los lujos.

Los sirvientes.

Y la enorme distancia que separaba a los aristócratas de las comunas más pobres.

Izobelle continuó:

—Pero empecé a escuchar.

Su voz adquirió una firmeza tranquila.

—A los trabajadores.

A los representantes de las comunas.

Y a las personas que llevaban años intentando denunciar problemas que nadie se molestaba en resolver.

La mujer sonrió débilmente.

—Comprendí que no podía gobernar como lo había hecho John.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Izobelle continuó:

—Si quería que nuestra familia recuperara su dignidad, tenía que demostrar que éramos capaces de cambiar.

Hizo una pausa.

—No bastaba con pedir perdón por los errores del pasado.

Había que actuar.

Skyler escuchaba atentamente.

La gobernante continuó:

—Comenzamos a trabajar en reformas.

Fortalecimos las instituciones encargadas de proteger a los habitantes.

Impulsamos proyectos para recuperar las comunas.

Y abrimos espacios donde las personas pudieran expresar sus preocupaciones sin miedo a ser castigadas.

Desmond sintió una satisfacción inesperada.

Había sido testigo de aquellos cambios durante los últimos años.

Pero nunca imaginó que su hermana hubiera tenido una participación tan importante en ellos.

Izobelle sonrió.

—No fue fácil.

Hizo una pausa.

—Todavía hay problemas que debemos resolver.

Pero creo que hemos conseguido avanzar muchísimo.

Desmond permaneció pensativo.

Después sonrió.

—Lo has hecho bien, Izobelle.

La mujer levantó ligeramente las cejas.

—¿De verdad?

El joven asintió.

—Sí.

Su expresión adquirió una sinceridad evidente.

—Yo crecí en la comuna 54.

Sé perfectamente cómo era vivir allí antes.

Hizo una pausa.

—Y puedo decirte que muchas cosas han mejorado.

Izobelle permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Las calles son más seguras.

Hay más oportunidades.

Y las personas ya no tienen que vivir constantemente esperando que ocurra algo terrible.

El joven sonrió.

—Eso significa mucho.

La mujer sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele nuevamente.

Pero esta vez no lloró.

Simplemente sonrió.

—Gracias, Desmond.

El joven asintió.

—De nada.

Durante algunos segundos permanecieron en silencio.

Después Izobelle dejó escapar una pequeña risa.

—Bueno...

Su expresión recuperó parte de aquella alegría que Desmond recordaba de su adolescencia.

—Creo que ya hemos hablado suficientes cosas tristes.

Skyler sonrió.

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—Eso parece.

La mujer se levantó.

Después los observó.

—¿Les gustaría quedarse a pasar el día?

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Aquí?

Izobelle sonrió.

—Por supuesto.

Hizo una pausa.

—Después de nueve años, creo que tenemos muchas cosas de qué hablar.

El joven volvió la mirada hacia Skyler.

La muchacha sonrió.

—Por mí está bien.

Desmond respiró profundamente.

Después asintió.

—Entonces nos quedaremos.

Izobelle sonrió ampliamente.

—Perfecto.

El resto del día transcurrió de una manera que Desmond jamás habría imaginado cuando despertó aquella mañana.

Después de abandonar la oficina, Izobelle los invitó a recorrer algunas habitaciones del palacio.

Durante el camino conversaron sobre los cambios que habían ocurrido desde su último encuentro.

Desmond habló de su carrera musical.

De las primeras canciones que grabó con Antrox.

Y de cómo terminó descubriendo que prefería dedicar su vida a la enseñanza.

Izobelle escuchó con curiosidad.

—¿Entonces ahora eres profesor universitario?

El joven asintió.

—Sí.

Su hermana levantó ligeramente las cejas.

—Vaya...

Sonrió.

—No lo habría imaginado hace nueve años.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Yo tampoco.

Skyler intervino:

—Pero es muy bueno en su trabajo.

El joven volvió la cabeza.

—¡Skyler!

La muchacha sonrió con orgullo.

—¿Qué?

Desmond soltó una carcajada.

—No empieces...

Izobelle comenzó a reír.

—Parece que tienes una admiradora bastante dedicada.

Skyler levantó ligeramente la barbilla.

—Por supuesto.

Desmond negó divertido con la cabeza.

—Estoy rodeado...

Las dos mujeres comenzaron a reír.

Aquellas pequeñas bromas consiguieron que el ambiente se volviera considerablemente más relajado.

Conforme avanzaba la tarde, Desmond comenzó a sentirse menos incómodo dentro del palacio.

Los corredores seguían despertando algunos recuerdos dolorosos.

Pero ahora también comenzaba a construir experiencias diferentes.

Conversaciones.

Risas.

Y la posibilidad de conocer a Izobelle sin que los secretos familiares dominaran cada palabra.

En algún momento, su hermana los condujo hasta una de las salas donde acostumbraba pasar tiempo durante su juventud.

Allí todavía conservaba algunos instrumentos musicales.

También había fotografías antiguas y recuerdos de los artistas que admiraba cuando era adolescente.

Desmond observó el lugar.

Una sonrisa nostálgica apareció en su rostro.

—Recuerdo esta habitación...

Izobelle levantó ligeramente la mirada.

—¿De verdad?

El joven asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Me la mostraste aquella noche.

La mujer permaneció inmóvil durante un instante.

Después observó las decoraciones.

Una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—Es verdad...

Desmond contempló los instrumentos.

—No ha cambiado demasiado.

Izobelle soltó una pequeña risa.

—No he tenido el valor de deshacerme de algunas cosas.

El joven sonrió.

—Te entiendo.

Durante unos segundos permanecieron callados.

Después Izobelle volvió la mirada hacia él.

—¿Sabes?

Desmond levantó la cabeza.

—¿Qué?

La mujer sonrió.

—Me alegra que hayas vuelto.

El joven sintió una calidez inesperada en el pecho.

Después asintió lentamente.

—A mí también.

La tarde continuó entre conversaciones y recuerdos.

Skyler participó con naturalidad.

Izobelle se interesó por la historia de su relación y por las dificultades que habían enfrentado para conseguir casarse.

La sabueso respondió con sinceridad.

Habló del largo proceso burocrático.

De las diferencias legales entre especies.

Y de la felicidad que ambos experimentaron cuando finalmente pudieron formalizar su unión.

Izobelle escuchó atentamente.

En ocasiones sonreía.

Otras veces fruncía el ceño al escuchar algunos de los obstáculos administrativos que todavía existían.

Desmond observó aquellas reacciones.

Comprendió que su hermana parecía interesada sinceramente en conocer la realidad de quienes vivían fuera de los círculos aristocráticos.

Aquello lo alegró.

Después de todo, una de las mayores tragedias de John había sido considerar que las personas comunes carecían de importancia.

Izobelle parecía haber aprendido precisamente lo contrario.

Cuando la tarde comenzó a acercarse a su final, los tres regresaron a la oficina.

La gobernante permaneció pensativa durante varios segundos.

Después tomó asiento detrás de su escritorio.

Desmond observó su expresión.

—¿Ocurre algo?

Izobelle levantó la mirada.

—Hay una última cosa que quiero hablar contigo.

El joven permaneció atento.

Skyler también.

La mujer abrió uno de los cajones.

Extrajo una carpeta diferente.

Después la colocó sobre la mesa.

—Durante los últimos años, la familia discutió qué debía ocurrir con tus derechos hereditarios.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Mis derechos?

Izobelle asintió.

—Sí.

Su voz adquirió un tono formal.

—Eres hijo de John Ludendorff.

Y, por lo tanto, perteneces legalmente a nuestro linaje.

El joven permaneció callado.

La mujer continuó:

—Además, eres el mayor.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Izobelle respiró profundamente.

—La familia acordó que, si alguna vez conseguíamos encontrarte y conversar contigo, tendrías derecho a decidir qué hacer con esa herencia.

El joven levantó la cabeza.

—¿Decidir?

La mujer asintió.

—Puedes reclamar la posición de poder que te corresponde por nacimiento.

Hizo una pausa.

—Asumir las responsabilidades relacionadas con la dirección de nuestra familia.

Y convertirte en su principal representante.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Skyler abrió ligeramente los ojos.

Izobelle continuó:

—O puedes rechazar esos derechos.

Su expresión se suavizó.

—Desvincularte completamente de la familia.

Y formalizar, si así lo deseas, el apellido de quienes te criaron.

El silencio se prolongó durante varios segundos.

Desmond contempló los documentos.

Después bajó lentamente la mirada hacia sus manos.

Durante muchos años había deseado escuchar algo semejante.

La posibilidad de decidir.

De que nadie le exigiera aceptar una identidad que no había elegido.

Recordó su infancia.

Las ocasiones en que otros habitantes de la comuna lo observaban con curiosidad por sus rasgos humanos.

Las preguntas sobre su origen.

Y aquella sensación de no comprender completamente por qué era diferente de las personas que lo habían criado.

Después recordó a Marta.

Su sonrisa.

Sus abrazos.

Y las palabras con las que siempre intentaba recordarle que una familia no se definía únicamente por la sangre.

Pensó en Miguel.

En el sacrificio que había hecho al decidir proteger a Rubí.

Y en aquella vida que perdió precisamente porque conocía los crímenes de John.

Recordó a James.

Su hermano.

El muchacho que había compartido sus juguetes con él desde que nació.

Y que nunca permitió que las diferencias entre sus especies se convirtieran en una razón para tratarlo de manera distinta.

Finalmente, pensó en Skyler.

Su esposa.

La mujer que lo había acompañado durante los momentos más difíciles.

Y que jamás consideró que el apellido Ludendorff lo hiciera superior o inferior a cualquier otra persona.

Desmond respiró profundamente.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Izobelle aguardó en silencio.

No quería presionarlo.

Sabía que aquella decisión tenía un significado profundamente personal.

Finalmente, el joven levantó lentamente la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Izobelle...

La mujer lo observó.

—¿Sí?

Desmond respiró profundamente.

—He pasado buena parte de mi vida intentando comprender quién soy.

Su hermana permaneció atenta.

El joven continuó:

—Durante mucho tiempo pensé que conocer mi origen resolvería todas mis preguntas.

Hizo una pausa.

—Que descubrir a mi familia biológica me permitiría comprender por qué mi vida había comenzado de aquella manera.

Bajó lentamente la mirada.

—Pero cuando finalmente descubrí la verdad...

Su expresión se entristeció.

—Solo encontré más dolor.

Izobelle permaneció callada.

Desmond continuó:

—Durante años quise alejarme de todo lo relacionado con los Ludendorff.

No quería escuchar ese apellido.

Ni recordar lo que John le hizo a Rubí.

Y mucho menos pensar que llevaba su misma sangre.

El joven respiró profundamente.

Después volvió a mirar a su hermana.

—Pero he comprendido algo.

Izobelle levantó ligeramente las cejas.

Desmond continuó:

—Quitarme el apellido no cambiará el hecho de que pertenezco a esta familia.

Hizo una pausa.

—Puedo renunciar a sus privilegios.

A sus propiedades.

Y a cualquier responsabilidad política.

Su voz adquirió una firmeza tranquila.

—Pero no puedo cambiar mi origen.

Izobelle permaneció inmóvil.

Desmond sonrió débilmente.

—Y ya no quiero seguir luchando contra algo que no puedo modificar.

La mujer escuchó atentamente.

El joven continuó:

—Soy un Ludendorff.

Igual que tú.

Y siempre lo seré, aunque en algún momento haya deseado lo contrario.

Hizo una pausa.

—Pero eso no significa que tenga que convertirme en John.

Izobelle bajó lentamente la mirada.

Desmond continuó:

—Tampoco significa que deba aceptar el poder que él tenía.

Su expresión se suavizó.

—Mi familia es mucho más grande que este palacio.

La mujer levantó lentamente los ojos.

El joven sonrió.

—Marta fue mi madre.

Miguel fue mi padre.

Y James siempre será mi hermano.

Hizo una pausa.

—Ellos me enseñaron quién quería ser.

Desmond volvió brevemente la mirada hacia Skyler.

La muchacha sonrió con ternura.

Después continuó:

—Y ahora tengo una esposa.

Un hogar.

Y una profesión que me hace feliz.

Volvió a observar a Izobelle.

—No necesito una corona para sentir que mi vida tiene valor.

La mujer permaneció callada.

Desmond respiró profundamente.

Y finalmente respondió:

—No quiero ningún poder.

Hizo una pausa.

—Solo quiero que todo siga como está ahora.

Izobelle lo observó durante varios segundos.

Al principio parecía confundida.

Había esperado que su hermano eligiera una de las alternativas de manera más directa.

Aceptar el poder.

O renunciar completamente al linaje.

Sin embargo, Desmond acababa de expresar algo diferente.

No deseaba gobernar.

Tampoco pretendía negar su origen.

Simplemente había decidido que su identidad no dependía de ocupar un lugar dentro de aquella estructura.

Izobelle comenzó a comprender.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Entonces...

Hizo una pausa.

—Quieres seguir siendo parte de la familia.

Desmond asintió.

—Sí.

Su expresión se volvió cálida.

—Pero no quiero dirigirla.

La mujer sonrió.

—Entiendo.

El joven continuó:

—Has hecho un gran trabajo, Izobelle.

No veo ninguna razón para quitarte una responsabilidad que has aprendido a llevar.

La gobernante permaneció inmóvil.

Después soltó una pequeña risa.

—¿De verdad piensas eso?

Desmond asintió.

—Por supuesto.

Hizo una pausa.

—Además, creo que sería un pésimo gobernante.

Skyler soltó una carcajada.

—¡Desmond!

El joven levantó ambas manos.

—¡¿Qué?!

Izobelle comenzó a reír.

Desmond continuó:

—¡A duras penas consigo que mis estudiantes entreguen sus trabajos a tiempo!

La gobernante soltó una carcajada todavía más fuerte.

Skyler se cubrió parcialmente el rostro.

—¡Amor!

Desmond sonrió.

—Imagínate tener que dirigir todo un gobierno.

Los tres comenzaron a reír.

Durante unos segundos, la tensión que había acompañado aquella conversación desapareció.

Finalmente, Izobelle respiró profundamente.

Su expresión adquirió una calidez especial.

—Está bien, Desmond.

El joven levantó la mirada.

La mujer continuó:

—Respeto tu decisión.

Hizo una pausa.

—Y me alegra muchísimo que hayas aprendido a aceptar esta parte de ti.

Desmond sonrió.

—Gracias.

Izobelle asintió.

Después volvió a observar el cajón de su escritorio.

Parecía haber recordado algo.

—Sin embargo...

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué?

La mujer sonrió.

—Hay algo que quisiera entregarte.

Desmond permaneció curioso.

Izobelle abrió lentamente un compartimento.

Durante unos segundos buscó entre los objetos que permanecían guardados.

Finalmente, extrajo una caja cuidadosamente protegida.

La colocó sobre el escritorio.

Skyler observó el objeto.

Desmond permaneció inmóvil.

Izobelle abrió la caja.

En su interior descansaba la corona de los Ludendorff.

Era una pieza antigua.

El metal estaba trabajado con una precisión extraordinaria y sus decoraciones reflejaban generaciones de tradición aristocrática.

No era simplemente una joya.

Representaba la autoridad y la herencia histórica de una de las familias más influyentes del Infierno.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—Izobelle...

La mujer levantó la corona con cuidado.

Después la observó durante unos segundos.

Su expresión adquirió un tono solemne.

—Esta corona ha pertenecido a nuestra familia durante generaciones.

Hizo una pausa.

—Ha sido utilizada como símbolo de poder.

De autoridad.

Y del prestigio que los Ludendorff construyeron a lo largo de su historia.

Desmond permaneció atento.

Izobelle continuó:

—Pero también representa una herencia que no desaparece simplemente porque decidamos ignorarla.

La mujer volvió la mirada hacia su hermano.

—Tú eres parte de esa historia.

Hizo una pausa.

—Y aunque no quieras gobernar, considero justo que recibas este símbolo de lo que te corresponde por nacimiento.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Izobelle extendió cuidadosamente la corona.

—Es tuya.

El joven observó el objeto.

Durante varios segundos no respondió.

Después levantó lentamente las manos.

Y lo recibió.

El peso de la corona le resultó inesperado.

No solamente por el metal.

Sino por todo aquello que representaba.

Durante años, la familia Ludendorff había sido para él una fuente de dolor.

El apellido del hombre que abandonó a Rubí.

La familia relacionada con la muerte de Miguel.

Y el origen de secretos que habían marcado su existencia.

Ahora sostenía entre las manos uno de los símbolos más importantes de aquel linaje.

Pero ya no sentía el mismo rechazo que años atrás.

Tampoco experimentaba orgullo por la autoridad que representaba.

Simplemente comprendía que aquello formaba parte de su historia.

Desmond levantó lentamente la mirada.

—Gracias, Izobelle.

La mujer sonrió.

—De nada, hermano.

Aquella última palabra provocó que el joven permaneciera inmóvil durante un instante.

Hermano.

Durante nueve años no había vuelto a escucharla pronunciarla de aquella manera.

Sin miedo.

Sin rabia.

Y sin intentar negar el vínculo que compartían.

Una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Gracias, hermana.

Izobelle sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Después se acercó.

Y lo abrazó.

Desmond correspondió inmediatamente.

Durante varios segundos permanecieron juntos, rodeados por los recuerdos de una familia que había cometido errores terribles, pero también por la posibilidad de construir una relación diferente.

Skyler observó aquella escena con una sonrisa.

Sabía cuánto significaba para su esposo.

Finalmente, los hermanos se separaron.

Izobelle se limpió discretamente una lágrima.

Después sonrió.

—Espero que vuelvas pronto.

Desmond asintió.

—Lo haré.

La mujer volvió la mirada hacia Skyler.

—Y tú también estás invitada cuando quieras.

La sabueso sonrió.

—Muchas gracias.

Izobelle asintió.

Después acompañó a ambos hacia la entrada del palacio.

El recorrido por los corredores resultó considerablemente más tranquilo que durante la llegada.

Desmond ya no caminaba con el mismo temor.

Observaba las decoraciones.

Las ventanas.

Y los muebles antiguos.

Pero ahora aquellos objetos no parecían recordarle únicamente las experiencias dolorosas de su juventud.

También representaban el lugar donde finalmente había conseguido escuchar la verdad.

Y donde una parte de su pasado había encontrado una respuesta.

Cuando llegaron a la puerta principal, Izobelle se detuvo.

Observó a su hermano.

Después sonrió.

—Cuídense mucho.

Desmond asintió.

—Tú también.

La gobernante volvió a abrazarlo brevemente.

Después se despidió de Skyler.

Los jóvenes abandonaron la residencia.

Y comenzaron a caminar hacia la zona donde solicitarían transporte.

La tarde estaba llegando a su final.

El cielo infernal mostraba tonalidades rojizas que se reflejaban sobre las elegantes fachadas de los barrios aristocráticos.

Desmond permanecía en silencio.

Sostenía cuidadosamente la caja donde había guardado la corona.

Skyler caminaba a su lado.

Durante algunos minutos no lo interrumpió.

Finalmente, volvió la mirada hacia él.

—Des...

El joven levantó la cabeza.

—¿Sí, amor?

La muchacha sonrió.

—¿Cómo te sientes?

Desmond permaneció pensativo.

Durante unos segundos buscó las palabras adecuadas.

Después dejó escapar un suspiro.

—Extraño...

Skyler levantó ligeramente las orejas.

—¿Extraño?

El joven asintió.

—Sí.

Observó brevemente el palacio que comenzaba a quedar atrás.

—Llevaba años imaginando cómo sería volver a ese lugar.

Hizo una pausa.

—Y siempre terminaba pensando que algo saldría mal.

La muchacha escuchó atentamente.

Desmond continuó:

—Pero esta vez...

Su expresión se suavizó.

—Creo que finalmente conseguí cerrar una parte de mi vida.

Skyler sonrió.

—Me alegra mucho, amor.

El joven asintió lentamente.

Después contempló la caja que sostenía entre las manos.

Durante varios segundos permaneció callado.

Finalmente, levantó la mirada.

—Skyler...

La muchacha volvió la cabeza.

—¿Sí?

Desmond respiró profundamente.

—Antes de regresar a casa, quisiera ir a un lugar.

Su esposa observó su expresión.

No necesitó demasiadas explicaciones.

Había una tristeza serena en sus ojos.

Una emoción que ella conocía perfectamente.

Skyler tomó suavemente su mano.

—Está bien.

Desmond sonrió.

—Gracias.

Solicitaron un taxi.

Cuando el vehículo llegó, ambos subieron.

El joven indicó una nueva dirección.

El cementerio.

Durante el trayecto, Desmond permaneció contemplando el paisaje.

Las calles comenzaron a cambiar.

Los edificios aristocráticos quedaron atrás.

Y finalmente aparecieron zonas residenciales más tranquilas, donde los árboles y las pequeñas construcciones ofrecían una atmósfera diferente.

Skyler permanecía a su lado.

No intentó llenar el silencio con preguntas.

Sabía que su esposo necesitaba aquellos minutos para ordenar sus pensamientos.

Finalmente, el taxi se detuvo frente a la entrada del cementerio.

Desmond pagó.

Después descendió.

Skyler lo acompañó.

Ambos permanecieron observando las enormes puertas durante unos segundos.

El lugar estaba tranquilo.

Una brisa recorría los árboles.

Y el sonido distante de algunas aves infernales se mezclaba con el movimiento de las hojas.

Desmond respiró profundamente.

Después comenzó a caminar.

Conocía aquel camino.

Había recorrido sus senderos durante muchos años.

En ocasiones para recordar a Marta.

Otras simplemente porque necesitaba pasar unos minutos cerca de las personas que habían marcado su existencia.

Skyler lo acompañó en silencio.

Los senderos estaban rodeados por pequeñas lápidas, monumentos y árboles antiguos.

Algunas tumbas tenían flores recientes.

Otras permanecían cubiertas por hojas que el viento había acumulado durante los últimos días.

Desmond caminó lentamente.

Hasta que finalmente reconoció un viejo roble.

Sus ramas se extendían sobre una pequeña sección del cementerio, ofreciendo sombra a dos tumbas que descansaban una junto a la otra.

El joven disminuyó el paso.

Su respiración comenzó a volverse más profunda.

Skyler apretó suavemente su mano.

Desmond la observó.

La muchacha sonrió con ternura.

—Ve, amor.

El joven permaneció inmóvil.

Después asintió.

Skyler se apartó ligeramente.

Le permitió acercarse por su cuenta.

Desmond caminó hacia la primera lápida.

En ella descansaba el nombre de Rubí.

Su madre biológica.

La mujer a quien nunca consiguió conocer.

Pero cuya historia finalmente había sido esclarecida.

El joven permaneció contemplando la inscripción durante varios segundos.

Después dejó cuidadosamente la caja que contenía la corona junto a una de las tumbas.

Se arrodilló.

Sus manos descansaron sobre las piernas.

Durante unos instantes no consiguió pronunciar una sola palabra.

Había imaginado aquel momento muchas veces.

Había deseado regresar para contarle que finalmente conocía toda la verdad.

Que los responsables de su sufrimiento habían sido identificados.

Y que John Ludendorff ya no podría continuar ocultándose detrás del prestigio de su apellido.

Sin embargo, ahora que se encontraba frente a ella, las palabras parecían haberse desvanecido.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Recordó las historias de Marta.

Rubí había tenido veinte años.

Era joven.

Tenía sueños.

Y había creído que el hombre a quien amaba estaría dispuesto a construir una vida junto a ella.

Pero terminó abandonada.

Herida.

Y aterrorizada por la posibilidad de perder a su hijo.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

—Mamá...

Su voz fue apenas un susurro.

Permaneció callado durante unos segundos.

Después respiró profundamente.

—Hoy fui al palacio.

Una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—Después de tantos años...

Hizo una pausa.

—Volví.

El joven bajó lentamente la mirada.

—Izobelle me contó todo.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Encontraron pruebas.

Testigos.

Y confirmaron lo que te hicieron.

Una lágrima recorrió su mejilla.

Desmond cerró lentamente los puños.

—Ya no pueden seguir diciendo que fue una mentira.

Su respiración se volvió irregular.

—Ya no pueden ocultar lo que pasó contigo.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después sacó un cigarrillo.

Lo colocó entre sus labios.

Y lo encendió.

La pequeña llama iluminó brevemente su rostro.

Desmond dio una calada.

Después dejó escapar el humo lentamente.

El viento lo dispersó entre las ramas del roble.

El joven contempló nuevamente la lápida.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Por fin, madre...

Su voz se quebró.

—Se te hizo justicia.

Una lágrima cayó sobre su mano.

Desmond sonrió tristemente.

—Ya puedes descansar en paz.

Durante varios segundos permaneció arrodillado.

Recordó que jamás había escuchado la voz de Rubí.

Nunca sintió sus abrazos.

Ni pudo preguntarle cómo era su vida antes de que todo terminara de aquella manera.

Solamente conocía fragmentos de su historia.

Pequeños recuerdos conservados por Marta y Miguel.

Y aquella carta que terminó revelándole la verdad.

Sin embargo, había algo que nunca puso en duda.

Rubí lo había amado.

Incluso antes de conocerlo.

Había luchado por protegerlo cuando apenas era una vida que comenzaba a formarse dentro de ella.

Y había soportado un sufrimiento terrible con la esperanza de verlo nacer.

Desmond bajó lentamente la mirada.

—Ojalá hubieras podido quedarte...

Su voz tembló.

—Me habría gustado conocerte.

Hizo una pausa.

—Escuchar tu voz.

Y saber cómo eras realmente.

El joven dejó escapar un pequeño sollozo.

Después levantó lentamente la mirada.

—Pero quiero que sepas algo.

Su expresión adquirió una serenidad profunda.

—Tu sacrificio no fue en vano.

Desmond respiró profundamente.

—Tu hijo está bien.

Hizo una pausa.

—Tengo una esposa maravillosa.

Un trabajo que me gusta.

Y una familia que siempre me ha querido.

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

—Conseguí vivir, mamá...

Su voz se quebró nuevamente.

—Tal como tú querías.

El joven permaneció inmóvil durante varios segundos.

Finalmente, apagó cuidadosamente el cigarrillo.

Después limpió algunas lágrimas de su rostro.

Se incorporó lentamente.

Y volvió la mirada hacia la tumba contigua.

Marta.

La mujer que lo había criado.

La madre que le enseñó a caminar.

A hablar.

A respetar a los demás.

Y a comprender que el valor de una persona no dependía de su apellido.

Desmond se acercó.

Se arrodilló nuevamente.

Durante varios segundos contempló la lápida.

Después una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Hola, mamá...

Su voz fue considerablemente más cálida.

Aunque continuaba cargada de tristeza.

Desmond observó brevemente las hojas que descansaban alrededor.

Retiró algunas con cuidado.

Después volvió a contemplar la inscripción.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

Soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—Supongo que tengo muchas cosas que contarte.

El joven respiró profundamente.

—James está bien.

Su expresión se suavizó.

—Se convirtió en jefe de cocina de Neffitti.

Hizo una pausa.

—¿Puedes creerlo?

Soltó una pequeña carcajada.

—El mismo idiota que antes apenas conseguía preparar algo sin ensuciar toda la cocina.

Desmond sonrió con nostalgia.

—Ahora es uno de los mejores chefs del Infierno.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después continuó:

—Y yo...

Se encogió ligeramente de hombros.

—Bueno, terminé siendo profesor.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Profesor universitario.

El joven dejó escapar una risa suave.

—Quién lo habría imaginado.

Observó brevemente hacia donde permanecía Skyler.

La muchacha estaba a algunos pasos de distancia, contemplando tranquilamente los árboles.

Desmond sonrió con ternura.

Después volvió a mirar la lápida.

—Y me casé, mamá.

Su voz adquirió una emoción especial.

—Con Skyler.

Hizo una pausa.

—Estoy seguro de que te habría encantado verla vestida de novia.

El joven sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele nuevamente.

—Estaba preciosa...

Su voz se quebró.

—Muchísimo.

Durante unos segundos permaneció en silencio.

Después respiró profundamente.

—Pero hoy también vine por otra razón.

Su expresión se volvió más seria.

—Descubrimos lo que realmente le pasó a papá.

Desmond bajó lentamente la mirada.

—Lo asesinaron porque sabía demasiado sobre Rubí.

Hizo una pausa.

—John fue responsable.

El joven apretó los labios.

—Durante años pensé que había sido una víctima más de la violencia de la comuna.

Su voz se quebró.

—Pero ahora sabemos la verdad.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Recordó a Miguel.

Su sonrisa.

La guitarra.

Y aquella promesa que nunca consiguió cumplir.

Después volvió a mirar a Marta.

—También se hará justicia por él.

Una lágrima recorrió su mejilla.

El joven respiró profundamente.

—Y tú también, mamá...

Su voz comenzó a temblar.

—Lo logré.

Permaneció callado durante unos segundos.

Después sonrió entre lágrimas.

—Espero haberte hecho sentir orgullosa.

El viento comenzó a soplar con mayor fuerza.

Las ramas del viejo roble se movieron lentamente.

Numerosas hojas secas se desprendieron.

Algunas descendieron sobre el suelo.

Otras giraron suavemente alrededor de las dos tumbas.

Desmond levantó la cabeza.

Observó cómo las hojas se movían bajo la luz rojiza del cielo infernal.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después cerró lentamente los ojos.

Una sonrisa serena apareció en su rostro.

No necesitaba imaginar que Marta estuviera allí para sentir el significado de aquel momento.

Recordaba perfectamente sus enseñanzas.

Su cariño.

Y la manera en que siempre encontraba palabras para tranquilizarlo cuando parecía que todo estaba perdido.

El viento continuó recorriendo las ramas.

Desmond respiró profundamente.

Por primera vez en mucho tiempo, hablar de Rubí y Miguel no le provocaba solamente rabia.

También sentía alivio.

La certeza de que su historia ya no estaba completamente dominada por secretos.

Y de que había conseguido encontrar una forma de aceptar su origen sin renunciar a las personas que realmente lo habían criado.

Finalmente, abrió los ojos.

Observó ambas lápidas.

Después bajó lentamente la mirada hacia la caja que había dejado junto a ellas.

La corona de los Ludendorff descansaba en su interior.

Desmond permaneció contemplándola durante varios segundos.

Recordó las palabras de Izobelle.

Su derecho a gobernar.

La posibilidad de asumir una posición de poder que durante generaciones había pertenecido a su familia biológica.

Y aquella decisión que había tomado sin vacilar.

No quería gobernar.

No deseaba convertirse en un nuevo John.

Tampoco necesitaba demostrar su valor mediante una corona.

Desmond abrió cuidadosamente la caja.

Tomó el antiguo símbolo de poder entre sus manos.

Observó sus detalles.

El brillo del metal.

Y las decoraciones que representaban el prestigio aristocrático de los Ludendorff.

Durante muchos años habría considerado aquel objeto una prueba de todo lo que despreciaba.

Ahora, sin embargo, lo contemplaba de una manera diferente.

La corona no era responsable de los crímenes de John.

Tampoco representaba necesariamente a todas las personas que compartían su sangre.

Era un símbolo.

Y su significado dependía, en parte, de aquello que las personas decidieran hacer con él.

Desmond respiró profundamente.

Después volvió a mirar las tumbas.

Rubí.

Su madre biológica.

La mujer que había dado su vida para traerlo al mundo.

Marta.

Su madre adoptiva.

La mujer que había dedicado años a enseñarle cómo vivir en él.

Dos mujeres completamente diferentes.

Procedentes de realidades opuestas.

Pero unidas por el mismo amor hacia un niño.

Desmond sintió que una emoción profunda recorría su pecho.

Durante años había creído que debía elegir entre ambas partes de su historia.

Su sangre.

O su crianza.

Su apellido biológico.

O el de las personas que lo habían amado desde pequeño.

Ahora comprendía que aquella elección nunca había sido necesaria.

Podía reconocer quién era sin olvidar quién lo había criado.

Podía aceptar su origen sin justificar los crímenes de su padre.

Y podía amar a su familia biológica sin renunciar al recuerdo de Marta y Miguel.

El joven cerró lentamente los ojos.

Después se quitó la corona que había recibido como símbolo de su herencia.

La sostuvo entre las manos durante unos segundos.

Finalmente, se inclinó.

Y la colocó cuidadosamente entre ambas tumbas.

El metal brilló suavemente bajo la luz del atardecer.

Desmond permaneció observándolo.

No la necesitaba.

No la quería.

Su verdadera herencia no se encontraba en aquel objeto.

Estaba en las enseñanzas de Marta.

En los sacrificios de Miguel.

En el amor de Rubí.

Y en la vida que había conseguido construir junto a Skyler y James.

El joven respiró profundamente.

Después se levantó lentamente.

Se limpió las últimas lágrimas.

Y observó una vez más las dos lápidas.

—Gracias...

Su voz fue apenas un susurro.

Permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después se volvió.

Skyler lo esperaba a pocos pasos.

La muchacha lo observó con ternura.

Cuando Desmond se acercó, extendió inmediatamente los brazos.

El joven la abrazó.

Skyler correspondió al gesto.

Durante varios segundos permanecieron juntos bajo las ramas del viejo roble.

La muchacha acarició suavemente su espalda.

—¿Estás bien, amor?

Desmond cerró los ojos.

Respiró profundamente.

Después asintió.

—Sí...

Su voz fue tranquila.

—Creo que sí.

Skyler levantó lentamente la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Desmond correspondió al gesto.

Después tomó suavemente su mano.

Ambos comenzaron a caminar hacia la salida del cementerio.

El viento continuaba recorriendo las hojas.

Las últimas luces del atardecer se reflejaban sobre las lápidas.

Y, bajo la sombra del viejo roble, la corona de los Ludendorff permanecía descansando entre las tumbas de las dos mujeres que habían hecho posible la existencia de Desmond.

El joven no volvió la mirada.

No porque quisiera olvidar.

Sino porque, por primera vez, sentía que podía continuar adelante sin tener que huir de su propia historia.

Había encontrado respuestas.

Había perdonado.

Y finalmente había comprendido que aceptar su pasado no significaba permitir que este gobernara su futuro.

Ya había aceptado lo que es y lo que siempre será: un Ludendorff.

CAP 24

Ecos del Pasado

La tranquilidad de aquella mañana se extendía por los amplios corredores de la universidad de artes, donde decenas de estudiantes se desplazaban entre salones, auditorios y estudios musicales. El sonido de los instrumentos se mezclaba con las conversaciones de los jóvenes, formando una atmósfera llena de creatividad y entusiasmo.

Desde una de las aulas podían escucharse los acordes de un piano. En otra, varios estudiantes practicaban una composición con guitarras eléctricas, mientras un profesor intentaba explicarles la importancia de mantener el ritmo durante una interpretación grupal.

En medio de aquella actividad, Desmond Lebrozky permanecía sentado detrás de su escritorio.

Frente a él descansaban varios cuadernos, partituras y documentos relacionados con las evaluaciones de sus estudiantes.

El joven profesor, que ahora tenía veintiocho años, revisaba cuidadosamente las calificaciones correspondientes a uno de sus cursos de composición musical.

Había adquirido la costumbre de examinar personalmente los trabajos de sus alumnos.

No le interesaba únicamente comprobar que las notas estuvieran correctamente escritas o que las composiciones siguieran las estructuras solicitadas.

También procuraba comprender qué pretendía expresar cada estudiante.

Después de todo, durante su juventud había encontrado en la música una forma de comunicar sentimientos que difícilmente habría conseguido explicar mediante palabras.

Recordaba perfectamente sus primeras libretas.

Las rimas escritas durante su adolescencia.

Las composiciones dedicadas a Marta.

Y aquella canción romántica que terminó convirtiéndose en uno de sus mayores éxitos.

Ahora, desde el otro lado del escritorio, intentaba transmitir aquella misma pasión a una nueva generación.

Desmond sostuvo una hoja frente a sus ojos.

La examinó durante unos segundos.

Después tomó un bolígrafo.

—Bien...

Anotó una pequeña observación.

—La progresión está bastante mejor que la anterior.

Dejó el documento sobre una pila de trabajos revisados.

Después tomó el siguiente.

Sin embargo, antes de que pudiera comenzar a leerlo, escuchó una voz femenina.

—¿Profesor Lebrozky?

Desmond levantó la mirada.

Frente a su escritorio se encontraba una de sus mejores alumnas.

Isabella.

La joven era una sabueso infernal de raza lobo, de dieciocho años, cuya apariencia resultaba bastante particular incluso dentro de una universidad acostumbrada a recibir estudiantes de distintas especies.

Su estatura apenas alcanzaba el metro con cuarenta centímetros, lo que la hacía considerablemente más baja que muchos de sus compañeros.

Sin embargo, aquello no parecía afectar demasiado su comportamiento.

Isabella era una muchacha enérgica, aplicada y extraordinariamente curiosa.

Su pelaje presentaba una combinación de tonalidades y manchas irregulares que le otorgaban una apariencia distintiva.

Sus orejas lobunas eran expresivas y reaccionaban constantemente a cuanto ocurría a su alrededor.

Pero su característica más llamativa eran sus ojos.

Poseía una heterocromía poco común.

Su ojo derecho tenía la esclerótica roja característica de numerosos sabuesos infernales.

El izquierdo, en cambio, presentaba una esclerótica azul acompañada por una pupila amarilla.

Aquella combinación despertaba frecuentemente la curiosidad de quienes la conocían por primera vez.

Isabella, sin embargo, parecía haberse acostumbrado a recibir miradas sorprendidas.

Para ella, sus ojos no eran más que otra parte de su apariencia.

Lo que realmente deseaba que los demás reconocieran era su talento musical.

Desmond sonrió al verla.

—Hola, Isabella.

La muchacha levantó ligeramente las orejas.

—Buenos días, profesor.

El joven observó la libreta que sostenía entre las manos.

—¿Terminaste los apuntes?

Isabella asintió con entusiasmo.

—¡Sí!

Extendió el cuaderno.

—También terminé los ejercicios de la clase pasada.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Todos?

La muchacha sonrió con orgullo.

—Todos.

El profesor soltó una pequeña risa.

—A ver...

Recibió la libreta.

La abrió.

Y comenzó a revisar su contenido.

Las páginas estaban organizadas con una precisión extraordinaria.

Los apuntes seguían un orden claro.

Las anotaciones musicales estaban cuidadosamente elaboradas.

Y los ejercicios presentaban soluciones completas.

Desmond examinó las primeras hojas.

Después pasó a las siguientes.

Su expresión adquirió un tono de satisfacción.

—Vaya...

Isabella inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué pasa?

El joven levantó la mirada.

—Que nuevamente hiciste un trabajo excelente.

La sabueso sonrió ampliamente.

—¿En serio?

Desmond asintió.

—Sí.

Señaló una de las páginas.

—Me gustó especialmente cómo desarrollaste esta parte.

Isabella se acercó.

Observó la sección indicada.

El profesor continuó:

—No te limitaste a repetir la estructura del ejemplo.

Intentaste darle una identidad propia.

La muchacha movió ligeramente la cola.

—Quería que sonara diferente.

Desmond sonrió.

—Y lo conseguiste.

Hizo una pausa.

—Eso es precisamente lo que busco cuando les pido que experimenten con sus composiciones.

Isabella observó la libreta con evidente satisfacción.

Desmond terminó de revisar las últimas páginas.

Después anotó su calificación.

—Perfecto.

Cerró el cuaderno.

Y se lo devolvió.

—Sigue así.

La joven lo recibió con ambas manos.

—¡Muchas gracias, profesor!

El muchacho sonrió.

—De nada.

En ese momento, la campana de la universidad anunció el final de la jornada académica.

Su sonido resonó por los corredores.

Inmediatamente comenzaron a escucharse sillas moviéndose, cuadernos cerrándose y estudiantes despidiéndose entre sí.

Desmond levantó la mirada hacia el resto del salón.

—Bueno, muchachos.

Algunos estudiantes se detuvieron para escucharlo.

—Recuerden que la próxima semana revisaremos sus composiciones individuales.

Hizo una pausa.

—Y, por favor, no esperen hasta la madrugada anterior para comenzarlas.

Varios jóvenes soltaron una carcajada.

Uno de ellos levantó una mano.

—¡Profesor, eso es imposible!

Desmond levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

El estudiante sonrió.

—¡La inspiración siempre llega a última hora!

El profesor negó divertido con la cabeza.

—Eso dicen todos hasta que terminan entregándome una canción hecha en quince minutos.

Las risas aumentaron.

Desmond sonrió.

—Ahora sí, pueden retirarse.

Los estudiantes comenzaron a abandonar el salón.

Algunos se despidieron desde la puerta.

Otros se acercaron brevemente para formular preguntas.

Desmond respondió con paciencia.

Finalmente, cuando la mayoría había salido, comenzó a organizar sus pertenencias.

Recogió varias carpetas.

Guardó algunos documentos.

Y acomodó las partituras dentro de su maletín.

Isabella permanecía junto a su escritorio.

El profesor levantó la mirada.

—¿Todavía aquí?

La muchacha sonrió.

—Voy a ayudarlo.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Isabella, no tienes que hacerlo todos los días.

La sabueso levantó ligeramente la barbilla.

—Pero quiero.

El joven negó divertido con la cabeza.

—Está bien.

Le entregó una pequeña carpeta.

—Entonces puedes llevar esto.

La muchacha la recibió con entusiasmo.

—¡Perfecto!

Desmond terminó de recoger sus pertenencias.

Después apagó algunos equipos que permanecían encendidos.

Revisó que el salón quedara en orden.

Y finalmente se dirigió hacia la salida.

Isabella caminó junto a él.

Aquello se había convertido en una pequeña costumbre.

Siempre que sus horarios coincidían, la joven lo ayudaba a transportar materiales hasta la sala de profesores.

Desmond había intentado explicarle en varias ocasiones que no era necesario.

Pero Isabella insistía.

Disfrutaba conversar con él.

Y, sobre todo, aprovechar aquellos minutos para preguntarle cosas relacionadas con la música.

Para ella, Desmond no era simplemente un profesor.

También representaba a alguien que había conseguido desarrollar una carrera artística antes de dedicarse a la enseñanza.

Había escuchado algunas de sus antiguas canciones.

Y aunque pertenecían a una época diferente de la industria musical, encontraba en ellas una sinceridad que admiraba profundamente.

Mientras caminaban por el corredor, Isabella observó discretamente a su profesor.

Parecía estar pensando en algo.

Finalmente, levantó la mirada.

—Profesor...

Desmond volvió ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

La muchacha vaciló.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

El joven sonrió.

—Claro.

Isabella acomodó la carpeta entre sus brazos.

Después continuó:

—¿Por qué dejó de hacer música profesionalmente?

Desmond disminuyó ligeramente el paso.

La pregunta lo tomó por sorpresa.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Después soltó un pequeño suspiro.

—Vaya...

Observó brevemente el corredor.

—Esa es una historia bastante larga.

Isabella levantó las orejas.

—¿De verdad?

El profesor asintió.

—Sí.

La joven sonrió.

—Tenemos tiempo.

Desmond soltó una carcajada.

—¡Eso parece!

Continuaron caminando.

Durante unos segundos, el joven buscó la manera de comenzar.

Finalmente, volvió la mirada hacia su alumna.

—Dime algo.

Isabella lo observó.

—¿Qué cosa?

—¿Recuerdas Hellbeat Records?

La muchacha levantó inmediatamente las orejas.

—¿La disquera?

Desmond asintió.

—Exactamente.

Isabella permaneció pensativa.

Después respondió:

—Claro que sí.

Hizo una pausa.

—La que estaba en el Anillo de la Furia.

El profesor sonrió ligeramente.

—Esa misma.

La joven continuó:

—Recuerdo haber escuchado que la destruyeron hace años.

Su expresión se volvió más seria.

—Dicen que fue por orden de Valerio.

Desmond permaneció callado durante unos segundos.

Después asintió lentamente.

—Sí...

Su voz adquirió un tono más apagado.

—Aquello ocurrió hace nueve años.

Isabella levantó ligeramente las cejas.

—¿Usted trabajaba allí?

El joven soltó una pequeña risa nostálgica.

—Fue el lugar donde comenzó mi carrera.

La muchacha abrió los ojos.

—¿En serio?

Desmond asintió.

—Sí.

Observó brevemente las carpetas que llevaba.

Después continuó:

—Cuando era joven, Skyler me convenció de presentarme en sus instalaciones.

Isabella sonrió con curiosidad.

—¿Su esposa?

El profesor correspondió al gesto.

—Exactamente.

Su expresión se suavizó.

—Ella creía que mis canciones podían llegar mucho más lejos de lo que yo imaginaba.

Hizo una pausa.

—Y tenía razón.

La joven permaneció atenta.

Desmond continuó:

—Antrox me escuchó cantar.

Le gustó lo que hacía.

Y terminó ofreciéndome un contrato.

Isabella levantó ligeramente la cabeza.

—¿Antrox?

El profesor asintió.

—El mismo.

La muchacha permaneció impresionada.

Desmond sonrió con nostalgia.

—Durante un tiempo todo fue bastante bien.

Grabé canciones.

Comencé a conseguir reconocimiento.

Y pensé que finalmente había encontrado un lugar donde podía dedicarme completamente a la música.

Su expresión comenzó a cambiar.

—Pero entonces ocurrió lo de la disquera.

Isabella bajó ligeramente las orejas.

El profesor continuó:

—La destruyeron mientras estábamos fuera del anillo.

Cuando regresamos, el edificio había desaparecido.

Hizo una pausa.

—No quedaba prácticamente nada.

La muchacha permaneció inmóvil.

—Qué horrible...

Desmond asintió.

—Lo fue.

Durante unos segundos caminaron en silencio.

Después el joven continuó:

—Antrox prometió reconstruirla.

Y cumplió.

Pero el proceso tomó tiempo.

Mientras tanto, yo me quedé sin un lugar donde continuar grabando de la misma manera.

Isabella levantó la mirada.

—¿Y qué hizo?

Desmond sonrió.

—Seguí escribiendo.

Hizo una pausa.

—Pero también decidí estudiar música de manera más profunda.

La joven permaneció atenta.

El profesor continuó:

—Quería comprender mejor la composición.

La teoría.

La instrumentación.

Y todas esas cosas que antes hacía principalmente por intuición.

Soltó una pequeña risa.

—Al final terminé descubriendo que me gustaba enseñar.

Isabella sonrió.

—Y se convirtió en profesor.

Desmond asintió.

—Exactamente.

Su expresión adquirió un tono más cálido.

—No fue algo que hubiera planeado cuando tenía diecinueve años.

Pero terminó gustándome muchísimo.

La muchacha permaneció pensativa.

Después formuló otra pregunta.

—¿Y ya no escribe canciones?

El profesor soltó una pequeña carcajada.

—¡Por supuesto que sí!

Isabella levantó las orejas.

—¿De verdad?

Desmond asintió.

—Todavía tengo varias libretas llenas.

Hizo una pausa.

—Escribo cuando tengo tiempo libre.

Algunas canciones están terminadas.

Otras son solamente ideas.

La joven sonrió con entusiasmo.

—¡Me encantaría leerlas!

Desmond la observó.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Después sonrió.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Podrías venir a mi casa algún día.

Isabella abrió los ojos.

—¿En serio?

El profesor asintió.

—Sí.

Su voz adquirió un tono tranquilo.

—Tengo un pequeño estudio donde guardo mis instrumentos y composiciones.

Podría mostrarte algunos de mis trabajos.

Después añadió:

—Claro, siempre que tus padres estén de acuerdo.

La muchacha sonrió ampliamente.

—¡Sí! ¡Por supuesto!

Su cola comenzó a moverse con entusiasmo.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Tranquila.

Isabella comenzó a reír.

—¡Perdón, profesor!

El joven sonrió.

—Podemos organizarlo para el fin de semana.

La muchacha asintió inmediatamente.

—¡Perfecto!

Desmond continuó:

—Habla con tus padres.

Y si te dan permiso, me avisas.

Isabella levantó ligeramente la cabeza.

—¡Lo haré!

Finalmente llegaron a la sala de profesores.

Desmond abrió la puerta.

La joven lo acompañó hasta su escritorio.

Dejó cuidadosamente la carpeta.

Después se volvió hacia él.

—Muchas gracias, profesor.

Desmond sonrió.

—De nada, Isabella.

La muchacha levantó una mano para despedirse.

—¡Nos vemos!

El joven correspondió al gesto.

—Hasta luego.

Isabella abandonó la habitación.

Desmond permaneció observando la puerta durante unos segundos.

Después soltó una pequeña risa.

—Qué muchacha tan entusiasta...

Se acomodó en su asiento.

Y continuó organizando sus documentos.

El fin de semana llegó con una tranquilidad agradable.

Desmond había aprovechado la mañana para ordenar su estudio musical.

Aunque acostumbraba mantener los instrumentos en buen estado, las libretas y partituras tenían la costumbre de acumularse sobre cualquier superficie disponible.

Aquella mañana había pasado varios minutos organizándolas.

Separó las composiciones terminadas.

Revisó algunos ejercicios antiguos.

Y apartó los cuadernos que consideraba más interesantes para mostrarle a Isabella.

Skyler observaba la actividad desde la entrada.

Sus orejas se inclinaban ligeramente hacia adelante.

—Des...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí, amor?

La muchacha sonrió.

—¿Estás organizando el estudio?

Desmond observó brevemente las pilas de cuadernos.

—Intentándolo.

Skyler soltó una pequeña carcajada.

—Eso veo.

El joven levantó una ceja.

—¿Qué?

Su esposa señaló discretamente el escritorio.

—Llevas media hora moviendo las mismas libretas de un lado a otro.

Desmond permaneció inmóvil.

Después observó los cuadernos.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Estoy buscando un orden artístico.

Skyler comenzó a reír.

—¡Claro que sí!

El joven soltó una carcajada.

Después cerró una libreta.

—Ya casi termino.

La muchacha sonrió.

—Perfecto.

Se acercó.

Le acomodó suavemente un mechón de cabello.

—¿A qué hora viene tu alumna?

Desmond observó el reloj.

—Dentro de poco.

Skyler asintió.

—Entonces prepararé algo para recibirla.

El joven sonrió con ternura.

—Gracias, preciosa.

La sabueso se inclinó y le dio un beso suave en la mejilla.

—De nada.

Después se retiró hacia la cocina.

Desmond permaneció contemplando la puerta durante unos segundos.

Una sonrisa apareció en su rostro.

Habían pasado nueve años desde que ambos comenzaron a construir su vida juntos.

Y todavía encontraba extraordinariamente agradable compartir aquellas pequeñas actividades cotidianas.

Finalmente, regresó a sus libretas.

Poco después, el timbre de la casa comenzó a sonar.

Skyler levantó inmediatamente las orejas.

—¡Yo abro!

Desmond respondió desde el estudio.

—¡Está bien!

La muchacha caminó hacia la entrada.

Acomodó brevemente su ropa.

Después abrió la puerta.

Frente a ella se encontraba una joven sabueso infernal.

Era bastante pequeña.

Llevaba ropa cómoda y sostenía una mochila entre las manos.

Sus orejas lobunas estaban levantadas y su expresión reflejaba un entusiasmo difícil de ocultar.

Skyler sonrió.

—Hola.

La muchacha correspondió al gesto.

—¡Buenos días!

Skyler inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Eres Isabella, cierto?

La joven asintió.

—¡Sí!

Hizo una pausa.

—¿Usted es Skyler?

La mujer sonrió.

—Exactamente.

Sin embargo, cuando ambas levantaron completamente la mirada, ocurrió algo inesperado.

Permanecieron inmóviles.

Durante varios segundos ninguna pronunció una sola palabra.

Skyler observó el rostro de Isabella.

Sus orejas.

La tonalidad de su pelaje.

Y las manchas irregulares que cubrían distintas partes de su cuerpo.

Sintió una sensación extraña en el pecho.

Había algo profundamente familiar en aquella muchacha.

No solamente porque perteneciera a la misma especie.

Tampoco porque ambas compartieran características comunes entre los sabuesos infernales.

Era algo mucho más específico.

La distribución de las manchas.

La forma de las orejas.

La estructura del rostro.

Y algunos detalles de su expresión parecían extraordinariamente semejantes a los suyos.

Skyler abrió ligeramente los ojos.

Era como contemplar una versión más joven de sí misma.

Isabella también parecía sorprendida.

Su mirada recorrió brevemente el rostro de la mujer.

Después observó sus orejas.

Finalmente, volvió a mirarla a los ojos.

La semejanza resultaba difícil de ignorar.

Sin embargo, existía una diferencia evidente.

Los ojos de Skyler conservaban la apariencia habitual de los sabuesos infernales.

Isabella, en cambio, poseía aquella heterocromía tan particular.

Su ojo derecho, con la esclerótica roja.

Y el izquierdo, con su esclerótica azul y la pupila amarilla.

Skyler sintió que una pregunta comenzaba a formarse en su mente.

Pero no consiguió expresarla.

Finalmente, Isabella fue la primera en hablar.

—Vaya...

Skyler parpadeó.

—¿Qué pasa?

La joven soltó una pequeña risa nerviosa.

—Nada...

Hizo una pausa.

—Es que se parece mucho a alguien.

Skyler permaneció inmóvil.

Después sonrió débilmente.

—Qué curioso...

Durante unos segundos volvieron a observarse.

La sensación de familiaridad continuaba allí.

Pero ninguna pareció encontrar una explicación inmediata.

Finalmente, Skyler se apartó de la entrada.

—Bueno...

Su sonrisa se volvió más cálida.

—Pasa, Isabella.

La joven levantó las orejas.

—¡Muchas gracias!

Entró con entusiasmo.

Skyler cerró cuidadosamente la puerta.

Después se volvió hacia ella.

—Desmond está en su estudio.

Isabella sonrió inmediatamente.

—¡Perfecto!

La muchacha comenzó a caminar hacia el interior de la casa.

Su entusiasmo era evidente.

Skyler la siguió con una expresión pensativa.

Todavía no conseguía apartar de su mente aquella semejanza.

Finalmente llegaron frente a la habitación donde Desmond guardaba sus instrumentos.

El joven estaba acomodando una de sus guitarras.

Cuando escuchó los pasos, levantó la mirada.

—¿Isabella?

La muchacha abrió ampliamente los ojos.

—¡Profesor!

Antes de que Desmond pudiera reaccionar, la joven corrió hacia él.

Y lo abrazó con fuerza.

El profesor permaneció sorprendido durante un instante.

Después soltó una pequeña carcajada.

—¡Vaya!

Correspondió brevemente al abrazo.

—¡Tranquila, muchacha!

Isabella comenzó a reír.

—¡Muchas gracias por invitarme!

Desmond sonrió.

—De nada.

La joven se separó.

Su cola continuaba moviéndose alegremente.

El profesor observó su expresión.

Después señaló hacia el interior.

—Bueno...

Su sonrisa se amplió.

—Bienvenida a mi pequeño estudio.

Isabella levantó la mirada.

Y permaneció completamente inmóvil.

La habitación estaba llena de instrumentos musicales.

Dos guitarras eléctricas descansaban cuidadosamente sobre sus respectivos soportes.

Cerca de ellas había un bajo.

En uno de los extremos se encontraba una batería completa.

Varias repisas contenían cuadernos, partituras y pequeños equipos relacionados con la producción musical.

Las paredes estaban cubiertas por paneles de aislamiento acústico.

Y sobre un escritorio descansaba una computadora conectada a distintos dispositivos de sonido.

No era simplemente una habitación donde Desmond guardaba instrumentos.

Era un estudio musical completamente funcional.

Un lugar diseñado para componer, practicar y experimentar sin interrumpir constantemente la tranquilidad del resto de la casa.

Isabella abrió lentamente la boca.

—Por todos los anillos...

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—¿Te gusta?

La muchacha levantó inmediatamente la mirada.

—¡Es increíble!

Se acercó a una de las guitarras.

Después observó la batería.

Finalmente, volvió hacia el escritorio.

—¡Tiene de todo!

El profesor sonrió.

—Bueno...

Se encogió de hombros.

—No absolutamente todo.

Isabella soltó una pequeña risa.

Desmond continuó:

—Pero sí lo suficiente para trabajar cómodamente.

La muchacha contempló nuevamente los instrumentos.

—¿Usted utiliza todo esto?

El joven asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Aunque algunos instrumentos los utilizo con más frecuencia que otros.

Se acercó a una guitarra eléctrica.

Acarició suavemente su estructura.

—Esta, por ejemplo, la uso bastante cuando estoy componiendo.

Isabella observó el instrumento con admiración.

—Es preciosa...

Desmond sonrió.

—Gracias.

Después señaló hacia una silla.

—Ven.

La muchacha volvió la mirada.

—¿Sí?

—Quiero mostrarte algunas cosas.

Isabella asintió inmediatamente.

Se acercó.

Y tomó asiento.

Skyler permanecía observándolos desde la entrada.

La escena le provocó una sonrisa.

Desmond parecía disfrutar sinceramente de la oportunidad de compartir sus composiciones con alguien que mostraba tanto interés.

Sin embargo, cuando volvió a observar a Isabella, aquella sensación extraña regresó.

La joven estaba sentada junto al escritorio.

Sus orejas permanecían levantadas.

Y su expresión de curiosidad recordaba de una manera inquietante algunos de los gestos que Skyler veía cada día en su propio reflejo.

La mujer frunció ligeramente el ceño.

No dijo nada.

Después se retiró hacia la cocina.

Mientras tanto, Desmond abrió uno de los cajones de su escritorio.

Extrajo una libreta de cubierta oscura.

La colocó frente a Isabella.

—Aquí tengo algunas composiciones.

La muchacha levantó las orejas.

—¿Son canciones nuevas?

El profesor sonrió.

—Algunas sí.

Hizo una pausa.

—Otras llevan varios años esperando a que decida qué hacer con ellas.

Isabella observó el cuaderno.

—¿Puedo leerlo?

Desmond asintió.

—Adelante.

La joven lo recibió cuidadosamente.

Abrió las primeras páginas.

Y comenzó a leer.

Las composiciones estaban organizadas en versos.

Algunas contenían indicaciones sobre el ritmo.

Otras incluían pequeñas anotaciones relacionadas con posibles instrumentos.

Había canciones de carácter introspectivo.

Otras hablaban sobre la vida cotidiana.

Y varias exploraban temas que Isabella reconoció inmediatamente como importantes dentro de la sociedad infernal.

La discriminación.

La desigualdad.

La pérdida.

Y la búsqueda de identidad.

La muchacha continuó leyendo.

Poco a poco, su expresión comenzó a cambiar.

Había algo diferente en aquellas composiciones.

No parecían estar escritas únicamente para demostrar habilidad técnica.

Cada verso transmitía una experiencia.

Un sentimiento.

O una reflexión que Desmond había decidido convertir en música.

Isabella pasó otra página.

Después una más.

Finalmente, levantó lentamente la mirada.

—Profesor...

Desmond observó su expresión.

—¿Qué pasa?

La joven permaneció inmóvil durante un instante.

Después sonrió ampliamente.

—Son increíbles.

El profesor soltó una pequeña risa.

—¿De verdad?

Isabella asintió con entusiasmo.

—¡Sí!

Señaló una de las páginas.

—Esta especialmente.

Desmond se inclinó ligeramente.

Observó la composición.

La muchacha continuó:

—Tiene un significado muy fuerte.

Hizo una pausa.

—Pero también es hermosa.

El profesor sonrió.

Isabella volvió a observar la libreta.

—No sé cómo explicarlo...

Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia adelante.

—Es como si cada frase estuviera intentando contar algo que no puede decirse de otra manera.

Desmond permaneció pensativo.

Después una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Esa es una buena forma de describirlo.

La joven levantó la mirada.

El profesor continuó:

—Siempre he creído que la música puede ayudarnos a expresar cosas que a veces nos cuesta reconocer.

Hizo una pausa.

—No necesariamente porque sean tristes.

También pueden ser recuerdos felices.

Personas importantes.

O momentos que simplemente queremos conservar.

Isabella asintió lentamente.

—Creo que entiendo.

Desmond sonrió.

—Eso espero.

La muchacha volvió a leer algunas líneas.

Después levantó la cabeza.

—Me encantan.

El profesor soltó una pequeña risa.

—Muchas gracias.

Durante los siguientes minutos continuaron conversando sobre distintas composiciones.

Desmond le explicó cómo había desarrollado algunos versos.

También le mostró ciertas ideas que todavía no había terminado.

Isabella escuchaba con una atención extraordinaria.

En ocasiones formulaba preguntas sobre las estructuras musicales.

Otras veces sugería pequeñas variaciones rítmicas.

El profesor respondía con paciencia.

No quería limitar aquella visita a una simple exhibición de sus trabajos.

También deseaba que la joven comprendiera que incluso los músicos experimentados continuaban aprendiendo y experimentando.

En algún momento, Isabella encontró una composición que todavía no tenía título.

Levantó ligeramente las orejas.

—Profesor...

Desmond volvió la mirada.

—¿Sí?

La muchacha señaló la página.

—¿Por qué esta canción no tiene nombre?

El joven observó la libreta.

Después soltó una pequeña risa.

—Porque todavía no sé cómo llamarla.

Isabella levantó las cejas.

—¿En serio?

Desmond asintió.

—A veces termino una canción antes de encontrarle un título.

Hizo una pausa.

—Y otras veces encuentro un título antes de escribir siquiera el primer verso.

La joven sonrió.

—Qué curioso...

El profesor se encogió de hombros.

—Así funciona mi cabeza.

Ambos comenzaron a reír.

La conversación continuó durante varios minutos más.

Sin embargo, aquella tranquilidad fue interrumpida cuando el teléfono de Desmond comenzó a vibrar sobre el escritorio.

El joven levantó la mirada.

—¿Eh?

Observó el dispositivo.

Pensó que probablemente sería algún compañero de trabajo.

Tal vez un mensaje relacionado con la universidad.

O una llamada de James.

Sin embargo, cuando vio el nombre que aparecía en la pantalla, permaneció completamente inmóvil.

Antrox.

Durante varios segundos no realizó ningún movimiento.

Isabella observó su expresión.

—¿Profesor?

Desmond no respondió.

Continuó contemplando la pantalla.

Habían pasado nueve años.

Nueve años desde aquella tarde frente a las ruinas de Hellbeat Records.

Recordaba perfectamente las palabras que Antrox le había dirigido antes de marcharse.

«Pronto te contactaré cuando esto esté más organizado».

Pero aquel contacto nunca llegó.

Al principio, Desmond había esperado recibir noticias.

Durante semanas permaneció atento a su teléfono.

Después comenzaron a pasar los meses.

Y finalmente los años.

Había escuchado sobre la reconstrucción de la disquera en el Anillo de la Gula.

También conocía parte de las actividades que Antrox había desarrollado desde entonces.

Pero ninguno volvió a comunicarse directamente con el otro.

Desmond terminó aceptando que sus caminos habían tomado direcciones diferentes.

Antrox continuó con su empresa.

Y él decidió estudiar música y convertirse en profesor.

Ahora, después de casi una década de silencio, aquel nombre volvía a aparecer en su teléfono.

El joven sintió una mezcla de sorpresa, curiosidad y una molestia que no esperaba experimentar con tanta intensidad.

Isabella inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Está todo bien?

Desmond respiró profundamente.

Después asintió.

—Sí...

Su voz adquirió un tono extraño.

—Dame un momento.

La muchacha obedeció.

El profesor tomó el teléfono.

Durante unos segundos contempló nuevamente el nombre.

Finalmente, respondió.

—¿Aló?

Una voz extraordinariamente familiar llegó desde el otro lado de la línea.

—¡Desmond!

El joven cerró lentamente los ojos.

Antrox.

Su voz continuaba siendo prácticamente idéntica a la que recordaba.

Enérgica.

Entusiasta.

Y acompañada por aquella rapidez característica con la que acostumbraba hablar.

—¡Muchacho, cuánto tiempo!

Desmond permaneció inmóvil.

No respondió inmediatamente.

El Pecado Capital continuó:

—¡Por todos los anillos! ¡Hace una eternidad que no hablamos!

El profesor apretó ligeramente la mandíbula.

Después respiró profundamente.

—Sí...

Su voz fue seca.

—Nueve años.

Al otro lado de la línea se produjo una pequeña pausa.

Antrox soltó una risa breve.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Sí, supongo que bastante tiempo.

Desmond contempló el escritorio.

Durante varios segundos intentó controlar la molestia que comenzaba a crecer en su pecho.

Finalmente, habló.

—¿A qué viene esto?

Su tono fue mucho más frío de lo habitual.

Isabella levantó ligeramente las orejas.

Jamás había escuchado a su profesor responder de aquella manera durante una conversación.

Antrox permaneció callado durante un instante.

Después respondió con una tranquilidad inesperada.

—Quiero verte.

Desmond frunció el ceño.

—¿Verme?

—Sí.

La voz del demonio adquirió un tono más serio.

—Ven a la disquera.

El joven permaneció inmóvil.

Antrox continuó:

—Dentro de una semana.

Desmond observó brevemente a Isabella.

Después volvió a concentrarse en la llamada.

—¿Y para qué?

El Pecado Capital soltó una pequeña risa.

—Hay algunas cosas que quiero hablar contigo.

El joven cerró los ojos.

Aquella respuesta no consiguió tranquilizarlo.

Después de nueve años de silencio, Antrox parecía actuar como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Como si bastara con llamarlo y pedirle que regresara para que todo continuara exactamente donde lo habían dejado.

Desmond sintió el impulso de rechazar la invitación.

Tenía trabajo.

Responsabilidades.

Y una vida completamente diferente de la que llevaba cuando comenzó a grabar para Hellbeat Records.

No estaba dispuesto a abandonar todo simplemente porque su antiguo jefe hubiera decidido reaparecer.

Sin embargo, había algo que despertaba su curiosidad.

Antrox no parecía alguien que llamara después de tanto tiempo sin tener un motivo importante.

Y Desmond recordaba perfectamente lo ocurrido antes de que la disquera fuera destruida.

Las amenazas de Valerio.

El discurso frente a los escombros.

Y aquella promesa de continuar luchando por las personas que habían sido despreciadas durante generaciones.

Quizás la llamada estaba relacionada con todo aquello.

El joven respiró profundamente.

Finalmente, respondió:

—Está bien.

Antrox pareció animarse inmediatamente.

—¡Excelente!

Desmond mantuvo su expresión seria.

—Estaré allí dentro de una semana.

—Perfecto, muchacho.

El Pecado Capital soltó una pequeña risa.

—Nos vemos pronto.

Desmond no respondió inmediatamente.

Finalmente, murmuró:

—Sí.

Y terminó la llamada.

Durante varios segundos permaneció contemplando la pantalla.

Después dejó el teléfono sobre el escritorio.

Soltó un largo suspiro.

—Demonios...

Isabella lo observaba con evidente curiosidad.

Sus orejas estaban levantadas.

Finalmente, formuló la pregunta que llevaba varios segundos intentando contener.

—Profesor...

Desmond levantó la mirada.

—¿Sí?

La muchacha señaló discretamente hacia el teléfono.

—¿Quién era?

El joven permaneció pensativo.

Después respondió:

—Antrox.

Isabella abrió los ojos de par en par.

—¿Antrox?

Desmond asintió.

—Sí.

La joven permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos pareció incapaz de procesar aquella respuesta.

Finalmente, se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿El Pecado Capital?

Desmond soltó un pequeño suspiro.

—El mismo.

Isabella abrió todavía más los ojos.

—¡¿EL DUEÑO DE HELLBEAT RECORDS?!

El profesor levantó una ceja.

—Isabella...

La muchacha se sobresaltó ligeramente.

—¡Perdón!

Su expresión continuaba llena de sorpresa.

—Es que...

Hizo una pausa.

—¡Es alguien muy importante!

Desmond asintió lentamente.

—Lo sé.

La joven observó nuevamente el teléfono.

Después levantó la mirada hacia su profesor.

—Pero...

Vaciló.

—¿Por qué alguien tan poderoso e influyente lo llamaría personalmente?

Desmond permaneció callado.

Durante unos segundos contempló las libretas que descansaban sobre el escritorio.

Recordó su primer encuentro con Antrox.

La audición.

El contrato.

Y aquella oportunidad que terminó cambiando su vida.

Después recordó los escombros.

La promesa de reconstrucción.

Y los nueve años que habían transcurrido sin volver a hablar.

Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Es una larga historia.

Isabella levantó ligeramente las orejas.

—¿De verdad?

El profesor asintió.

—Bastante larga.

La muchacha parecía estar a punto de formular otra pregunta.

Pero Desmond sonrió suavemente.

—Quizás te la cuente en otra ocasión.

Isabella permaneció pensativa.

Después asintió.

—Está bien.

El joven volvió a observar el teléfono.

Su expresión adquirió un tono ligeramente más serio.

Todavía no comprendía por qué Antrox había decidido llamarlo.

Pero algo le decía que aquella reunión no sería una simple conversación entre antiguos conocidos.

La tarde continuó.

Desmond e Isabella regresaron a las composiciones que habían estado revisando.

El profesor le mostró algunos instrumentos.

También le explicó el funcionamiento básico de ciertos equipos del estudio.

La joven escuchaba atentamente.

En ocasiones intentaba reproducir pequeños fragmentos musicales.

Otras veces formulaba preguntas relacionadas con la grabación.

Desmond disfrutó compartir aquellos conocimientos.

A pesar de la inquietud que había despertado la llamada, consiguió concentrarse nuevamente en la visita.

Skyler apareció en varias ocasiones para ofrecerles algo de comer.

Isabella agradeció con entusiasmo.

La mujer sonrió.

Sin embargo, cada vez que observaba a la muchacha, aquella extraña sensación de familiaridad regresaba.

Había detalles en sus gestos que le resultaban demasiado conocidos.

La manera en que inclinaba las orejas cuando estaba confundida.

Su expresión al sonreír.

Y ciertos movimientos de sus manos cuando intentaba explicar algo.

Skyler había conocido a numerosos sabuesos infernales durante su vida.

Sabía que algunos podían compartir rasgos físicos semejantes.

Pero aquello parecía diferente.

Por momentos, la joven le recordaba demasiado a sí misma.

Finalmente, decidió apartar aquellos pensamientos.

No tenía una explicación.

Y tampoco quería incomodar a Isabella mediante preguntas que pudieran parecer invasivas.

El resto de la visita transcurrió con normalidad.

Cuando comenzó a caer la noche, Isabella observó la hora.

Sus orejas se levantaron inmediatamente.

—¡Oh!

Desmond volvió la cabeza.

—¿Qué pasa?

La muchacha guardó rápidamente la libreta que estaba revisando.

—¡Se hizo tardísimo!

El profesor observó el reloj.

Después sonrió.

—Vaya...

Hizo una pausa.

—Es verdad.

Isabella comenzó a recoger sus pertenencias.

—Tengo que regresar a casa.

Desmond asintió.

—Claro.

La muchacha guardó cuidadosamente sus cuadernos dentro de la mochila.

Después observó nuevamente el estudio.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Muchísimas gracias, profesor.

El joven correspondió al gesto.

—De nada, Isabella.

La muchacha continuó:

—Me encantó conocer su estudio.

Hizo una pausa.

—Y sus canciones son increíbles.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Me alegra que te hayan gustado.

Isabella levantó ligeramente la cabeza.

—¡Muchísimo!

El profesor sonrió.

Después señaló discretamente hacia sus cuadernos.

—Ahora recuerda aplicar algunas de las cosas que hablamos a tus propias composiciones.

La joven asintió inmediatamente.

—¡Lo haré!

Desmond se levantó.

Y la acompañó hacia la entrada.

Skyler se encontraba cerca de la sala.

Cuando los vio aparecer, sonrió.

—¿Ya te vas, Isabella?

La muchacha asintió.

—Sí.

Su expresión adquirió un tono alegre.

—Muchas gracias por recibirme.

Skyler correspondió al gesto.

—Fue un gusto.

Durante unos segundos ambas volvieron a contemplarse.

La semejanza continuaba siendo extraordinaria.

Skyler sintió nuevamente aquella sensación extraña.

Pero antes de que pudiera formular algún comentario, Isabella volvió la mirada hacia Desmond.

—¡Profesor!

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Sí?

La muchacha se acercó.

Y lo abrazó con fuerza.

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—¡Otra vez!

Isabella comenzó a reír.

—¡Gracias por todo!

El profesor correspondió brevemente al abrazo.

—De nada, muchacha.

Después se separaron.

Skyler observó la escena con una sonrisa.

Había algo enternecedor en la admiración que Isabella sentía hacia su esposo.

Desmond siempre había tenido facilidad para conectar con personas que compartían su pasión por la música.

Y aquella joven parecía haber encontrado en él una figura a quien admirar y de quien aprender.

Finalmente, Isabella se despidió.

Levantó una mano.

—¡Hasta luego!

Desmond sonrió.

—Cuídate.

Skyler correspondió al gesto.

—Que llegues bien.

La muchacha asintió.

Después comenzó a alejarse.

Desmond cerró suavemente la puerta.

Permaneció inmóvil durante unos segundos.

Finalmente, soltó un pequeño suspiro.

—Bueno...

Volvió la mirada hacia su esposa.

—Creo que le gustó el estudio.

Skyler soltó una pequeña risa.

—¿Tú crees?

El joven levantó una ceja.

—¡Oye!

La muchacha comenzó a reír.

Desmond también sonrió.

Sin embargo, Skyler parecía estar pensando en algo.

Su expresión adquirió un tono más serio.

El joven lo notó inmediatamente.

—¿Qué pasa, preciosa?

La sabueso levantó la mirada.

—Des...

Hizo una pausa.

—¿Quién era esa niña?

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Isabella?

Skyler asintió.

—Sí.

El joven se encogió de hombros.

—Una de mis mejores alumnas.

Su esposa permaneció pensativa.

Desmond continuó:

—Es muy aplicada.

Tiene bastante talento.

Y parece disfrutar muchísimo la composición.

Skyler asintió lentamente.

—Ya veo...

El joven observó su expresión.

—¿Ocurre algo?

La muchacha bajó ligeramente la mirada.

Durante unos segundos pareció buscar las palabras adecuadas.

Finalmente, respondió:

—No sé...

Hizo una pausa.

—Es extraño.

Desmond levantó una ceja.

—¿Extraño?

Skyler se cruzó de brazos.

Su expresión reflejaba una confusión sincera.

—Tenía una vibra...

Buscó las palabras.

—Familiar.

El joven permaneció inmóvil.

Después observó a su esposa con curiosidad.

—¿Familiar?

La muchacha asintió.

—Sí.

Su voz adquirió un tono pensativo.

—Cuando abrí la puerta y la vi...

Hizo una pausa.

—Sentí algo raro.

Desmond escuchó atentamente.

Skyler continuó:

—No sé cómo explicarlo.

Se parecía muchísimo a mí.

El joven permaneció pensativo.

Recordó el aspecto de Isabella.

Su pelaje.

Sus orejas.

Y algunos detalles de su rostro.

Había notado ciertas semejanzas, aunque no les había prestado demasiada atención.

Skyler continuó:

—Era como estar viendo una versión más joven de mí misma.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

La muchacha dejó escapar un pequeño suspiro.

—No sé...

Negó suavemente con la cabeza.

—Quizás estoy imaginando cosas.

El joven sonrió.

Se acercó lentamente.

Y colocó una mano sobre su cabeza.

Comenzó a acariciarle suavemente el cabello.

—No te rompas la cabeza con eso.

Skyler levantó la mirada.

Desmond continuó:

—A veces las personas se parecen mucho.

Hizo una pausa.

—No significa necesariamente que haya algo extraño.

La muchacha permaneció pensativa.

Después asintió lentamente.

—Supongo...

El joven sonrió.

—Además, ya es tarde.

Skyler levantó una ceja.

—¿Y?

Desmond soltó una pequeña risa.

—Y creo que deberíamos descansar.

Se inclinó ligeramente.

—Vamos a dormir.

La muchacha sonrió.

—Está bien, amor.

Desmond le dio un beso suave en la frente.

Después ambos comenzaron a prepararse para terminar la jornada.

Sin embargo, mientras caminaban hacia su habitación, Skyler volvió a pensar brevemente en Isabella.

Aquella semejanza continuaba resultándole difícil de ignorar.

No sabía por qué.

Tampoco tenía motivos concretos para preocuparse.

Pero había algo en el rostro de aquella joven que le despertaba una sensación profundamente familiar.

Finalmente, decidió dejar el asunto para otro momento.

Desmond, por su parte, tenía preocupaciones diferentes.

La llamada de Antrox continuaba ocupando sus pensamientos.

No entendía por qué había decidido contactarlo después de nueve años.

Y aunque intentaba convencerse de que probablemente deseaba hablar sobre algún proyecto musical, no conseguía apartar completamente la inquietud.

Durante aquella noche, mientras Skyler dormía junto a él, permaneció despierto algunos minutos más.

Observó el techo.

Recordó los estudios destruidos.

La despedida de Antrox.

Y aquella promesa de volver a comunicarse.

Finalmente, cerró los ojos.

Una semana.

Dentro de una semana descubriría qué quería su antiguo jefe.

Los días transcurrieron con relativa normalidad.

Desmond continuó asistiendo a la universidad.

Revisó trabajos.

Preparó sus clases.

Y dedicó parte de sus tardes a escribir nuevas composiciones.

Isabella continuó mostrándose tan entusiasta como siempre.

En algunas ocasiones le preguntó si había recibido noticias de Antrox.

Pero el profesor respondió que todavía no tenía información nueva.

Skyler también se interesó por la invitación.

Cuando Desmond le contó que su antiguo jefe lo había llamado, la muchacha permaneció sorprendida.

Después recordó con nostalgia los años en que ambos trabajaban en Hellbeat Records.

Habían pasado muchas cosas desde entonces.

La disquera destruida.

Su matrimonio.

Y los caminos profesionales que habían decidido seguir.

Skyler comprendía que aquel encuentro podía despertar sentimientos contradictorios en su esposo.

Pero no intentó convencerlo de aceptar o rechazar la invitación.

Simplemente le ofreció su apoyo.

Finalmente, llegó el día.

Desmond despertó temprano.

Se preparó una bebida caliente.

Después revisó cuidadosamente la dirección que Antrox le había enviado.

La nueva sede de Hellbeat Records se encontraba en el Anillo de la Gula.

El joven observó el mapa durante varios segundos.

No había regresado a aquel territorio desde su visita al Palacio Gluttora.

Recordó a Celia.

Las conversaciones que habían compartido.

El pequeño dije en forma de panal que ella le había regalado.

Y aquella despedida que había terminado siendo mucho más emotiva de lo que imaginó.

Ahora regresaría.

Pero por un motivo completamente diferente.

Después de terminar de prepararse, Desmond se dirigió hacia la salida.

Skyler lo esperaba cerca de la puerta.

La muchacha sonrió.

—¿Todo listo?

El joven asintió.

—Eso parece.

Su esposa se acercó.

Le acomodó suavemente el cuello de la chaqueta.

Después levantó la mirada.

—¿Estás nervioso?

Desmond permaneció pensativo.

—Un poco.

Skyler sonrió con ternura.

—Es normal.

El joven soltó una pequeña risa.

—Supongo.

La muchacha tomó suavemente una de sus manos.

—Espero que todo salga bien.

Desmond asintió.

—Yo también.

Skyler se inclinó.

Y le dio un beso en los labios.

El joven correspondió al gesto.

Cuando se separaron, Desmond sonrió.

—Te amo.

La muchacha movió ligeramente la cola.

—Yo también te amo.

Después de despedirse, el joven abandonó la casa.

Su motocicleta permanecía estacionada cerca de la entrada.

Desmond se acercó.

Revisó brevemente el vehículo.

Después se colocó el casco.

Guardó su teléfono.

Y encendió el motor.

El sonido resonó suavemente en la calle.

El joven respiró profundamente.

Acomodó las manos sobre el manillar.

Y comenzó a avanzar.

El trayecto hacia el Anillo de la Gula despertó numerosos recuerdos.

Mientras conducía, Desmond contemplaba los paisajes que aparecían a ambos lados del camino.

Las construcciones del Anillo de la Ira comenzaron a quedar atrás.

Poco a poco, el entorno adquirió características diferentes.

Las tonalidades cambiaron.

Los edificios comenzaron a mostrar diseños más llamativos.

Y el paisaje recuperó aquella extravagancia que había sorprendido tanto al joven durante su primera visita.

Desmond sonrió ligeramente dentro del casco.

—Vaya...

Había pasado demasiado tiempo.

Recordó la camioneta de Antrox.

El viaje junto a Skyler.

Y aquella conversación en que su jefe había descrito a Celia con un entusiasmo casi infantil.

También recordó el enorme piano del Palacio Gluttora.

La interpretación de «Czardas».

Y la manera en que Celia apareció aplaudiendo después de escucharlo tocar.

Aquellos recuerdos despertaron una nostalgia agradable.

Pero conforme se acercaba a la dirección indicada, aquella tranquilidad comenzó a mezclarse con la incertidumbre.

Desmond observó brevemente el navegador de su teléfono, fijado en un soporte de la motocicleta.

La ruta indicaba que faltaba poco.

Continuó conduciendo.

Hasta que finalmente apareció frente a él un enorme edificio.

El joven disminuyó la velocidad.

Observó la construcción.

Y sintió que algo se removía en su interior.

Era inquietantemente familiar.

Aunque el diseño exterior había cambiado para adaptarse a la arquitectura del Anillo de la Gula, su estructura le recordó inmediatamente a las antiguas instalaciones de Hellbeat Records.

Desmond permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después estacionó la motocicleta.

Apagó el motor.

Y se quitó el casco.

Observó nuevamente la fachada.

El edificio presentaba acabados amarillos y dorados.

Varias de sus estructuras estaban decoradas con patrones hexagonales semejantes a los del Palacio Gluttora.

Las ventanas reflejaban la iluminación del entorno.

Y junto a la entrada principal aparecía el nombre de la empresa.

Hellbeat Records.

Desmond respiró profundamente.

—Así que este es el nuevo lugar...

Su voz fue apenas un murmullo.

Durante unos segundos permaneció contemplando la construcción.

Después guardó el casco.

Y caminó hacia la entrada.

Las puertas se abrieron.

El joven cruzó el umbral.

Y quedó completamente inmóvil.

El interior era sorprendentemente familiar.

Los pasillos.

La distribución de algunas oficinas.

Los espacios destinados a los estudios musicales.

Y buena parte de la decoración parecían reproducir casi exactamente aquello que Desmond recordaba de la antigua sede.

Había fotografías.

Reconocimientos musicales.

Y vitrinas donde descansaban discos y objetos relacionados con la historia de la disquera.

Sin embargo, también existían diferencias.

Las paredes estaban decoradas con acabados inspirados en panales.

La iluminación tenía una tonalidad amarillenta.

Y varios detalles arquitectónicos recordaban inmediatamente al Anillo de la Gula.

Era como si Antrox hubiera reconstruido su antiguo hogar sin querer desprenderse completamente de sus recuerdos.

Desmond contempló aquel ambiente.

Sintió un nudo en la garganta.

Recordó la primera vez que caminó por aquellas instalaciones.

Tenía diecinueve años.

Estaba nervioso.

Y apenas conseguía imaginar lo que significaba recibir una oportunidad dentro de una disquera profesional.

Ahora tenía veintiocho.

Era profesor universitario.

Y estaba casado con la misma muchacha que lo había convencido de presentarse a aquella audición.

El joven sonrió con nostalgia.

—No cambió casi nada...

Su voz fue apenas audible.

Continuó avanzando.

Mientras observaba las decoraciones, escuchó una voz procedente de uno de los escritorios.

—Disculpe, señor.

Desmond volvió la cabeza.

Una mujer permanecía detrás de una recepción.

Llevaba ropa de trabajo y sostenía varios documentos entre las manos.

Al principio, el joven no consiguió reconocerla.

Pero cuando ella levantó completamente la mirada, ambos permanecieron inmóviles.

Laura.

La antigua secretaria de Antrox.

La misma joven que había corrido hacia su jefe entre las ruinas de Hellbeat Records.

Y que, nueve años atrás, había terminado llorando en sus brazos mientras se disculpaba por no haber conseguido evitar la destrucción del edificio.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿Laura?

La mujer lo observó durante varios segundos.

Después una sonrisa de sorpresa apareció en su rostro.

—Vaya...

Se levantó lentamente.

—Desmond Lebrozky.

El joven soltó una pequeña risa.

—Hola.

Laura contempló su apariencia.

Después negó suavemente con la cabeza.

—No esperaba verte por aquí.

Desmond sonrió débilmente.

—Yo tampoco esperaba regresar.

La mujer soltó una pequeña carcajada.

—Han pasado años.

El joven asintió.

—Nueve.

Laura permaneció pensativa.

Después sonrió.

—Increíble cómo pasa el tiempo...

Desmond observó brevemente la recepción.

Su distribución era prácticamente idéntica a la que recordaba.

La mujer notó su expresión.

—¿Te resulta familiar?

El joven volvió la mirada.

Después soltó una pequeña risa.

—Muchísimo.

Señaló discretamente hacia el pasillo.

—Parece que Antrox intentó reconstruir todo exactamente como antes.

Laura sonrió.

—Esa era la idea.

Su expresión adquirió un tono nostálgico.

—Quería que quienes trabajaban en la antigua sede sintieran que habían regresado a casa.

Desmond permaneció inmóvil.

Aquellas palabras le provocaron una calidez inesperada.

Laura continuó:

—Aunque hicimos algunos cambios para adaptarnos al Anillo de la Gula.

El joven asintió.

—Ya veo.

Durante unos segundos permanecieron callados.

Finalmente, Laura volvió a observarlo.

—Bueno...

Su sonrisa adquirió un tono profesional.

—¿Qué te trae por aquí?

Desmond respiró profundamente.

—Antrox me llamó.

La mujer levantó ligeramente las cejas.

El joven continuó:

—Después de tanto tiempo...

Su expresión se volvió más seria.

—Por fin decidió hacerlo.

Laura permaneció inmóvil.

Durante unos segundos pareció pensar en algo.

Después asintió lentamente.

—Entiendo.

Desmond observó su reacción.

—¿Sabes por qué quiere verme?

La mujer permaneció callada.

Después negó suavemente con la cabeza.

—Creo que será mejor que él mismo te lo explique.

El joven frunció ligeramente el ceño.

Aquella respuesta despertó todavía más curiosidad.

Pero antes de que pudiera formular otra pregunta, Laura recogió algunos documentos y salió de la recepción.

—Acompáñame.

Desmond asintió.

—Está bien.

Ambos comenzaron a caminar por los pasillos.

Durante el recorrido, el joven observó varios estudios musicales.

Algunos estaban ocupados.

Desde el interior podían escucharse fragmentos de canciones.

También vio a numerosos trabajadores transportando instrumentos y equipos de sonido.

Muchos eran sabuesos infernales.

Otros pertenecían a diferentes especies.

Desmond sonrió discretamente.

Antrox había conseguido reconstruir mucho más que un edificio.

Había conservado el espíritu de la empresa.

Aquella misma idea de ofrecer oportunidades a quienes frecuentemente eran ignorados por otras instituciones.

Laura observó su expresión.

—Ha cambiado bastante desde aquella época.

El joven asintió.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Pero sigue sintiéndose como el mismo lugar.

La mujer sonrió.

—Eso le habría encantado escuchar al jefe.

Desmond soltó una pequeña risa.

Después continuaron caminando.

Finalmente, llegaron frente a una puerta.

El joven la reconoció inmediatamente.

Era la oficina de Antrox.

O, al menos, una reproducción casi exacta de la que recordaba.

Laura se detuvo.

Después volvió la mirada hacia él.

—Es aquí.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló la puerta.

Recordó su primera reunión con el Pecado Capital.

La emoción que había sentido al escuchar la oferta de trabajo.

Y la manera en que su carrera musical comenzó precisamente dentro de aquella habitación.

Laura levantó una mano.

Golpeó suavemente.

—Señor Antrox.

Desde el interior llegó una voz conocida.

—¡Adelante!

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latir con mayor fuerza.

Laura abrió la puerta.

Después se apartó ligeramente.

—Desmond ya está aquí.

El joven respiró profundamente.

Y entró.

El despacho era prácticamente idéntico al que había conocido nueve años atrás.

El escritorio ocupaba la misma posición.

Los muebles conservaban un diseño familiar.

Y varias fotografías relacionadas con la historia de la empresa decoraban las paredes.

Los documentos estaban organizados sobre algunas superficies.

También había pequeños objetos que Desmond recordaba de sus visitas anteriores.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Una sensación de nostalgia recorrió su cuerpo.

Era como si el tiempo hubiera retrocedido.

Como si acabara de regresar a la época en que todavía era un músico joven intentando encontrar su lugar dentro de la industria.

Sin embargo, aquella sensación desapareció cuando levantó la mirada hacia el escritorio.

Antrox estaba allí.

El Pecado Capital permanecía sentado detrás de la mesa.

Su apariencia no parecía haber cambiado demasiado.

Conservaba aquella presencia particular que Desmond recordaba perfectamente.

Sin embargo, había algo diferente en su expresión.

No estaba sonriendo.

Tampoco parecía especialmente entusiasmado.

Sus ojos observaban al joven con una frialdad que resultaba difícil de interpretar.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos ninguno pronunció una sola palabra.

Laura cerró suavemente la puerta después de retirarse, dejando a ambos en privado.

El silencio se volvió más profundo.

Finalmente, Antrox se levantó lentamente.

Observó a Desmond.

Después una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Bienvenido de nuevo, viejo amigo.

Su voz fue sorprendentemente amable.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Había esperado escuchar alguna broma.

Un comentario exagerado sobre los años que habían transcurrido.

O quizás una disculpa por no haberse comunicado durante tanto tiempo.

Pero aquella combinación de una mirada fría y un saludo cálido le resultó profundamente extraña.

El joven permaneció callado.

Antrox observó su expresión.

Después soltó una pequeña risa.

—Vaya...

Se cruzó de brazos.

—Parece que todavía estás intentando acostumbrarte.

Desmond respiró profundamente.

—Han pasado nueve años.

El demonio asintió.

—Lo sé.

El joven observó nuevamente el despacho.

Su mirada recorrió los muebles.

Las fotografías.

Y los pequeños objetos que permanecían distribuidos por la habitación.

Todo parecía estar colocado para reproducir el lugar que había desaparecido tiempo atrás.

Sin embargo, algo llamó su atención.

En una de las paredes había un cuadro que no recordaba haber visto en la antigua oficina.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

Observó la imagen.

Era una fotografía de los Pecados Capitales.

Aparecían reunidos.

Sus figuras estaban distribuidas de manera que cada uno pudiera distinguirse claramente.

Pero había algo profundamente inquietante.

Los rostros estaban completamente rayados.

Trazos oscuros cruzaban las caras de los gobernantes infernales.

Algunos eran gruesos.

Otros parecían haber sido realizados repetidamente, como si quien los hubiera marcado deseara borrar cualquier posibilidad de reconocer sus expresiones.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Recordó la reunión en el Palacio Gluttora.

Los insultos de Valerio.

La manera en que había despreciado a Antrox frente a sus hermanos.

Y aquella amenaza que pronunció antes de marcharse.

Después recordó la destrucción de Hellbeat Records.

El discurso entre los escombros.

Y la promesa de no continuar aceptando el desprecio como algo inevitable.

El joven observó nuevamente el cuadro.

No comprendía por qué Antrox conservaría una imagen semejante dentro de su oficina.

Tampoco sabía quién había decidido rayar aquellos rostros.

Pero la fotografía transmitía una hostilidad imposible de ignorar.

Desmond volvió lentamente la mirada hacia el Pecado Capital.

Antrox parecía haber notado su reacción.

Sin embargo, no ofreció ninguna explicación.

Simplemente sonrió.

Una sonrisa pequeña.

Enigmática.

Muy diferente de las expresiones entusiastas que el joven recordaba de sus primeros encuentros.

—Es curioso...

Desmond permaneció atento.

Antrox continuó:

—El destino tiene una forma extraña de reunirnos de nuevo.

Hizo una pausa.

Su mirada permaneció fija en el joven.

—Justo cuando más lo necesitamos.

Desmond entrecerró lentamente los ojos.

No respondió.

Durante unos segundos contempló el rostro de su antiguo jefe.

Después volvió a observar la fotografía.

Habían pasado nueve años desde la última vez que estuvieron frente a frente.

Nueve años durante los cuales el Infierno había cambiado profundamente.

Valerio había perdido parte de la influencia que antiguamente parecía incuestionable.

La familia Ludendorff había atravesado una transformación política.

Y Hellbeat Records había conseguido reconstruirse en el territorio de Celia.

Pero aquella oficina le provocaba una sensación diferente.

Como si una parte del pasado hubiera permanecido intacta.

Esperando el momento de volver a aparecer.

Desmond respiró profundamente.

Sintió que la inquietud comenzaba a crecer en su pecho.

No sabía qué había ocurrido durante aquellos nueve años.

Tampoco comprendía por qué Antrox había decidido llamarlo precisamente ahora.

Pero había algo en su mirada.

En aquella fotografía.

Y en la manera en que acababa de pronunciar sus últimas palabras.

Algo que no conseguía explicar.

El joven permaneció inmóvil.

Sus ojos regresaron lentamente hacia el Pecado Capital.

Y, por primera vez desde que cruzó la entrada de Hellbeat Records, comprendió que aquella reunión probablemente no tenía nada que ver con su antigua carrera musical.

Desmond entrecerró los ojos. Algo no estaba bien.

CAP 24

Vulnerabilidad Divina

El silencio que dominaba el despacho de Hellbeat Records resultaba profundamente incómodo.

Desmond permanecía de pie frente al escritorio de Antrox, observando con cierta desconfianza a su antiguo jefe. Habían transcurrido nueve años desde su último encuentro, y aunque el edificio había sido reconstruido casi exactamente como lo recordaba, existía algo en aquel lugar que le impedía sentirse completamente tranquilo.

La decoración era familiar.

Los muebles permanecían distribuidos de manera semejante a los de la antigua disquera.

Incluso el aroma de los equipos electrónicos y la madera pulida le recordaba las primeras grabaciones que había realizado durante su juventud.

Sin embargo, el ambiente era diferente.

Durante su primer encuentro, Antrox había sido un demonio inquieto, entusiasta y prácticamente incapaz de permanecer sentado durante demasiado tiempo.

Su manera de hablar era rápida.

Sus movimientos, exagerados.

Y siempre parecía encontrar alguna razón para bromear, incluso cuando discutía asuntos importantes relacionados con la empresa.

Pero ahora...

Ahora parecía otra persona.

Antrox permanecía detrás de su escritorio, contemplando a Desmond con una expresión que el joven no conseguía interpretar.

Sus ojos conservaban aquella intensidad característica de los Pecados Capitales, pero algo en ellos parecía haberse apagado.

No era simplemente cansancio.

Tampoco una preocupación pasajera.

Era una mirada perdida.

Profunda.

Casi derrotada.

Desmond había visto aquella clase de expresión antes.

La recordaba demasiado bien.

Era la misma mirada que había encontrado en su propio reflejo después de la muerte de Marta, cuando el dolor parecía haber consumido incluso las ganas de levantarse de la cama.

El profesor permaneció inmóvil.

Pensó en preguntar qué estaba ocurriendo.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Antrox se levantó lentamente.

—Bueno...

Su voz sonó considerablemente más apagada de lo habitual.

El demonio caminó hacia uno de los archivadores de la oficina.

Abrió un cajón.

Después comenzó a revisar varias carpetas cuidadosamente organizadas.

Desmond lo observó con curiosidad.

—¿Qué estás buscando?

Antrox no respondió inmediatamente.

Continuó revisando los documentos.

Finalmente, encontró una carpeta de cubierta oscura.

La extrajo.

Permaneció contemplándola durante unos segundos.

Después cerró el cajón.

Y regresó hacia su escritorio.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

Antrox colocó la carpeta frente a él.

En la cubierta aparecía un nombre.

Desmond Lebrozky.

El joven abrió ligeramente los ojos.

—¿Eso es...?

El Pecado Capital asintió.

—Tu expediente.

Desmond permaneció sorprendido.

Antrox tomó asiento.

Después abrió lentamente la carpeta.

En su interior descansaban varias hojas que mostraban señales evidentes del paso del tiempo.

Algunos documentos conservaban anotaciones realizadas a mano.

Otros contenían información administrativa relacionada con el antiguo contrato discográfico.

Desmond se inclinó ligeramente.

Y entonces reconoció una fotografía.

Era él.

Pero mucho más joven.

Su apariencia correspondía a la época en que había acudido por primera vez a Hellbeat Records acompañado de Skyler.

Todavía recordaba aquel día.

La inseguridad.

El miedo a ser rechazado.

Y la enorme sorpresa que experimentó cuando Antrox decidió ofrecerle una oportunidad profesional.

El joven extendió lentamente una mano.

Tocó el borde de la fotografía.

Una pequeña sonrisa nostálgica apareció en su rostro.

—Demonios...

Soltó una risa suave.

—Cuánto tiempo...

Antrox permaneció callado.

Desmond comenzó a examinar las demás hojas.

Había números telefónicos antiguos.

Direcciones donde había vivido.

Datos personales.

Y varias anotaciones relacionadas con su ingreso a la compañía.

Algunos números ya no estaban en funcionamiento.

Las direcciones pertenecían a una etapa de su vida que había quedado atrás.

Y aquella fotografía parecía mostrar a alguien que, aunque conservaba su mismo rostro, todavía desconocía buena parte de las experiencias que lo esperaban.

Finalmente, sus ojos llegaron hasta la última página.

Allí permanecía una firma.

Su firma.

Desmond Lebrozky.

El joven permaneció inmóvil.

Recordó el momento en que había sostenido aquel documento por primera vez.

Skyler estaba a su lado.

Antrox observaba con entusiasmo.

Y él apenas podía creer que estuviera a punto de convertirse en un artista profesional.

Había firmado con las manos temblorosas.

No de miedo.

Sino de emoción.

Ahora, nueve años después, aquella firma continuaba intacta.

Antrox observó el documento.

Después habló.

—Nunca cancelamos tu contrato.

Desmond levantó lentamente la mirada.

—¿Qué?

El Pecado Capital señaló la última página.

—Sigue vigente.

El profesor permaneció sorprendido.

Durante unos segundos contempló nuevamente su firma.

—Pensé que...

Se interrumpió.

Antrox levantó ligeramente una ceja.

—¿Que había terminado?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Después de la destrucción de la disquera y tantos años sin noticias...

Su voz adquirió un tono más serio.

—Supuse que todo había quedado atrás.

Antrox bajó lentamente la mirada.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después soltó un pequeño suspiro.

—Bueno...

Su expresión adquirió una tristeza difícil de ocultar.

—No todo desapareció aquella noche.

Desmond lo observó con atención.

Había algo extraño en aquellas palabras.

No parecían pronunciadas por un hombre orgulloso de haber reconstruido su empresa.

Más bien sonaban como el recuerdo de alguien que todavía no conseguía superar completamente lo ocurrido.

Antrox cerró lentamente la carpeta.

Después levantó la mirada.

Intentó sonreír.

Pero Desmond notó inmediatamente que aquella expresión era forzada.

No había entusiasmo.

Ni alegría.

Solamente un esfuerzo evidente por aparentar que todo estaba bien.

—Bienvenido de nuevo a la industria, Desmond.

Su voz fue apagada.

El profesor permaneció inmóvil.

Durante unos segundos no supo qué responder.

Había imaginado que Antrox lo llamaba para ofrecerle un nuevo proyecto.

Tal vez una colaboración.

O alguna propuesta relacionada con sus composiciones.

Pero aquella conversación había sido extrañamente breve.

El demonio simplemente había recuperado su antiguo expediente y le había recordado que su contrato continuaba vigente.

Nada más.

Desmond respiró profundamente.

Finalmente, asintió.

—Gracias.

Antrox correspondió con un pequeño movimiento de cabeza.

El joven observó nuevamente su expresión.

Una parte de él deseaba preguntarle qué estaba ocurriendo.

Pero también recordaba los nueve años de silencio.

Todavía sentía cierta molestia por aquella ausencia.

Por eso decidió no insistir.

Se incorporó.

Acomodó su chaqueta.

Y se volvió hacia la puerta.

—Bueno...

Su voz fue tranquila.

—Supongo que nos veremos pronto.

Antrox permaneció sentado.

—Eso espero.

Desmond asintió.

Después abrió la puerta.

Y abandonó el despacho.

Los corredores de Hellbeat Records continuaban llenos de actividad.

Desde los estudios cercanos podían escucharse fragmentos de canciones.

Varios trabajadores transportaban instrumentos.

Y algunos artistas conversaban sobre sus próximos proyectos.

Todo parecía funcionar correctamente.

La empresa había conseguido recuperarse.

Sus instalaciones eran modernas.

Su influencia continuaba creciendo.

Y Antrox había logrado establecerse como una figura importante dentro del Anillo de la Gula.

Sin embargo, Desmond no conseguía dejar de pensar en su expresión.

Aquella mirada.

Aquella sonrisa forzada.

Y la manera en que había contemplado su antiguo contrato.

El profesor caminó lentamente.

Intentó convencerse de que simplemente estaba exagerando.

Quizás Antrox había tenido un mal día.

Quizás estaba cansado.

O tal vez alguna dificultad relacionada con la compañía lo mantenía preocupado.

Pero había algo en su comportamiento que no coincidía con aquellas explicaciones.

Desmond dejó escapar un pequeño suspiro.

—Qué extraño...

Continuó caminando.

Sin embargo, antes de llegar a la salida, una mano lo sujetó firmemente del brazo.

El joven se sobresaltó.

—¿Eh?

Volvió inmediatamente la cabeza.

Laura estaba frente a él.

Su expresión era seria.

Y sus ojos reflejaban una preocupación evidente.

—Señor Desmond...

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Laura?

La mujer miró brevemente hacia el corredor.

Después volvió a observarlo.

—Espere.

Desmond frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

Laura apretó suavemente su brazo.

—Necesito su ayuda.

El profesor permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló su rostro.

No parecía estar exagerando.

Tampoco tenía la expresión de alguien que quisiera conversar sobre un asunto administrativo.

Estaba verdaderamente preocupada.

Desmond respiró profundamente.

Después asintió.

—Está bien.

Laura soltó un pequeño suspiro de alivio.

—Gracias.

Lo condujo nuevamente hacia la recepción.

Allí se aseguró de que no hubiera otros trabajadores escuchando demasiado cerca.

Después tomó asiento.

Desmond se acomodó frente a ella.

Durante unos segundos permanecieron callados.

Finalmente, el joven habló.

—Bueno...

Se cruzó de brazos.

—¿Qué está pasando?

Laura bajó lentamente la mirada.

Sus dedos comenzaron a jugar nerviosamente con uno de los documentos que descansaban sobre el escritorio.

Después respiró profundamente.

—Es Antrox.

Desmond permaneció atento.

—¿Qué ocurre con él?

La mujer levantó los ojos.

Su expresión reflejaba una tristeza profunda.

—No está bien.

El profesor frunció ligeramente el ceño.

Laura continuó:

—Lleva bastante tiempo comportándose de una manera extraña.

Hizo una pausa.

—Al principio pensé que solamente estaba agotado por el trabajo.

Desmond permaneció callado.

La mujer continuó:

—Pero las cosas han empeorado.

Su voz adquirió un tono más apagado.

—A veces pasa horas encerrado en su oficina.

Otras veces permanece observando documentos sin hacer absolutamente nada.

Y cuando intentamos preguntarle qué sucede...

Negó lentamente con la cabeza.

—Simplemente sonríe y dice que no debemos preocuparnos.

Desmond recordó inmediatamente la expresión que había visto en el despacho.

Aquella sonrisa falsa.

La mirada perdida.

Y el tono apagado con el que Antrox lo había recibido.

Laura continuó:

—Es como si hubiera perdido algo.

El joven levantó ligeramente la mirada.

—¿Algo?

La secretaria asintió.

—Su entusiasmo.

Hizo una pausa.

—Su alegría.

Su expresión se volvió todavía más triste.

—Esa energía que siempre parecía acompañarlo.

Desmond permaneció inmóvil.

Laura respiró profundamente.

—Antrox se siente vacío.

Su voz apenas fue un murmullo.

—A pesar de todo lo que ha logrado, parece no encontrar propósito.

El profesor bajó lentamente la mirada.

La mujer continuó:

—Reconstruyó Hellbeat Records.

Convirtió la compañía en una organización mucho más influyente.

Y consiguió ayudar a miles de personas.

Hizo una pausa.

—Pero parece que nada de eso consigue hacerlo feliz.

Desmond contempló brevemente el suelo.

Recordó la historia que Celia le había contado nueve años atrás.

El rechazo de los Pecados Capitales.

Las humillaciones.

Y la manera en que Antrox había aprendido a esconder su sufrimiento detrás de las bromas.

El profesor respiró profundamente.

Finalmente, levantó la mirada.

—Laura...

La mujer permaneció atenta.

—¿Sí?

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Tiene algo que ver con un cuadro que hay en su oficina?

La secretaria levantó las cejas.

—¿Un cuadro?

El joven asintió.

—Uno donde aparecen sus hermanos.

Hizo una pausa.

—Todos los Pecados Capitales.

Laura permaneció pensativa.

Desmond continuó:

—Pero sus rostros están completamente rayados.

La mujer bajó lentamente la mirada.

Durante unos segundos pareció intentar recordar algo.

Finalmente, negó con la cabeza.

—No lo sé...

El profesor la observó.

Laura continuó:

—He visto ese cuadro.

Hizo una pausa.

—Pero nunca me ha explicado por qué está así.

Su expresión se volvió más seria.

—Voy a intentar averiguarlo.

Desmond permaneció callado.

La mujer levantó lentamente la mirada.

—Pero ahora mismo me preocupa más cómo se encuentra.

Hizo una pausa.

—Usted fue uno de los artistas en quienes más confió durante los primeros años de la disquera.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

Laura continuó:

—Y aunque pasaron muchos años sin hablar...

Su voz se suavizó.

—Creo que todavía lo considera un amigo.

El profesor bajó lentamente la mirada.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Recordó los años que había pasado esperando aquella llamada.

La molestia que sintió al descubrir que su contrato seguía vigente pese al largo silencio.

Y la frialdad con la que recibió a Antrox.

Pero ahora comenzaba a comprender que quizás existían razones mucho más complejas detrás de aquella ausencia.

Desmond respiró profundamente.

Finalmente, se levantó.

Laura levantó la mirada.

—¿Señor Desmond?

El joven acomodó su chaqueta.

Su expresión había adquirido una firmeza diferente.

—Voy a hablar con él.

La mujer permaneció inmóvil.

Después una pequeña sonrisa de alivio apareció en su rostro.

—Gracias.

Desmond asintió.

—No prometo que consiga resolverlo.

Hizo una pausa.

—Pero al menos voy a intentarlo.

Laura correspondió con un pequeño movimiento de cabeza.

—Eso es suficiente.

El profesor se volvió.

Y comenzó a caminar nuevamente hacia la oficina.

Esta vez sus pasos fueron mucho más decididos.

No estaba regresando como un antiguo empleado.

Tampoco como un artista interesado en recuperar su carrera.

Estaba regresando porque había reconocido algo que no podía ignorar.

Antrox necesitaba ayuda.

Y, aunque habían pasado nueve años sin hablar, Desmond todavía recordaba cuánto había significado aquel demonio para su vida.

La oportunidad que le ofreció.

La confianza que depositó en sus composiciones.

Y la manera en que lo recibió sin despreciarlo por haber crecido en la comuna 54.

El joven respiró profundamente.

Finalmente, llegó frente a la puerta.

No llamó.

Simplemente tomó el picaporte.

Lo giró.

Y entró.

Antrox permanecía sentado detrás del escritorio.

Cuando escuchó la puerta, levantó inmediatamente la mirada.

Su expresión cambió.

—¿Desmond?

El joven cerró suavemente la puerta detrás de él.

Antrox frunció ligeramente el ceño.

—¿A qué se debe esta intrusión?

Su voz adquirió un tono molesto.

Desmond no respondió inmediatamente.

Caminó hacia el centro de la habitación.

Después se detuvo frente al escritorio.

Se cruzó de brazos.

Y observó directamente al Pecado Capital.

—Sé que te pasa algo.

Antrox permaneció inmóvil.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente, el demonio soltó una pequeña risa.

—¿Qué?

Su expresión intentó recuperar aquella despreocupación habitual.

—¡Muchacho, no sé de qué estás hablando!

Desmond no sonrió.

Antrox dejó escapar un suspiro.

—Mira, si es por lo del contrato...

El joven lo interrumpió.

—No es por el contrato.

El demonio permaneció callado.

Desmond continuó:

—Ni por los nueve años que pasaron sin que me llamaras.

Su expresión se volvió más seria.

—Es por ti.

Antrox levantó lentamente las cejas.

El profesor dio un pequeño paso hacia adelante.

—Te conozco.

Hizo una pausa.

—Quizás no tanto como Celia.

Ni como Laura.

Pero trabajé contigo.

Y recuerdo perfectamente cómo eras.

Antrox bajó ligeramente la mirada.

Desmond continuó:

—Fuimos amigos hace mucho tiempo.

Su voz adquirió una firmeza tranquila.

—Y en nombre de esa amistad, quiero que me digas qué está sucediendo.

El Pecado Capital permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos contempló al joven con una expresión difícil de interpretar.

Después apretó lentamente los puños.

—No tienes idea...

Su voz sonó grave.

Desmond frunció el ceño.

—¿De qué?

Antrox se levantó bruscamente.

La silla se desplazó hacia atrás.

El movimiento sorprendió al profesor.

Antes de que pudiera reaccionar, el demonio rodeó el escritorio.

Se acercó.

Y lo sujetó con fuerza de la camisa.

—¡NO TIENES IDEA DE LO QUE HA PASADO!

Su voz resonó por toda la habitación.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

Durante un instante pensó que Antrox estaba a punto de golpearlo.

La rabia en su expresión era evidente.

Sus manos temblaban.

Y sus ojos parecían contener una mezcla de desesperación y furia acumulada durante demasiado tiempo.

Sin embargo, el joven no retrocedió.

Permaneció inmóvil.

Observándolo.

Antrox apretó todavía más la tela.

Su respiración comenzó a volverse irregular.

—Yo...

Intentó continuar.

Pero su voz se quebró.

Desmond observó el cambio.

La rabia comenzó a desaparecer lentamente del rostro del demonio.

En su lugar apareció algo mucho más doloroso.

Tristeza.

Una tristeza profunda.

Antrox bajó la cabeza.

Durante unos segundos permaneció intentando contenerse.

Después apoyó la frente contra el pecho de Desmond.

Sus hombros comenzaron a temblar.

El profesor permaneció sorprendido.

—Antrox...

El demonio no respondió.

Sus manos continuaban aferradas a la camisa.

Después comenzó a golpear débilmente el torso del joven.

No eran golpes destinados a lastimarlo.

Carecían de verdadera fuerza.

Parecían más bien los movimientos desesperados de alguien que ya no sabía cómo expresar todo aquello que llevaba demasiado tiempo guardando.

Desmond permaneció inmóvil.

No intentó apartarlo.

Simplemente esperó.

Los golpes continuaron durante algunos segundos.

Después comenzaron a hacerse más lentos.

Más suaves.

Hasta que finalmente se detuvieron.

Antrox permaneció apoyado contra él.

Su respiración estaba entrecortada.

Y pequeñas lágrimas comenzaban a descender por su rostro.

—Lo siento...

Su voz apenas fue audible.

Desmond bajó lentamente la mirada.

El demonio continuó:

—Lo siento, Desmond...

Sus manos comenzaron a relajarse.

—Lo siento por no llamarte.

El profesor permaneció callado.

Antrox respiró con dificultad.

—No sabía qué hacer...

Su voz se quebró nuevamente.

—Pensé que podría manejarlo solo.

Desmond sintió una punzada en el pecho.

El demonio continuó:

—Reconstruí todo.

Hizo una pausa.

—Todo lo que Valerio destruyó.

Su expresión se endureció brevemente.

—Los estudios.

Las oficinas.

Los equipos.

Y cada maldito rincón de aquella disquera.

Antrox levantó lentamente la cabeza.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡LO HICE TODO DE NUEVO!

Su voz tembló.

Desmond permaneció atento.

El demonio continuó:

—Y aun así...

Bajó lentamente la mirada.

—No entiendo por qué tuvo que hacerlo.

El profesor sintió que aquellas palabras le provocaban una tristeza profunda.

Antrox volvió a apoyar la frente contra su pecho.

—Yo solo hacía mi trabajo...

Su voz fue apenas un susurro.

—Cuidaba de los sabuesos infernales.

Hizo una pausa.

—Eso era todo.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Recordó las palabras que Celia le había contado años atrás.

La responsabilidad que los demás Pecados Capitales asignaron a Antrox.

Una tarea que consideraban inferior.

Una manera de apartarlo del poder.

El demonio continuó:

—Sé perfectamente por qué me dieron ese oficio.

Su respiración volvió a agitarse.

—Querían deshacerse de mí.

Hizo una pausa.

—Mantenerme lejos.

Que dejara de molestarlos.

Antrox apretó lentamente los puños.

—Y yo...

Su voz comenzó a quebrarse.

—Yo intenté hacer algo bueno con ello.

Desmond permaneció inmóvil.

El demonio continuó:

—Les di oportunidades.

Los escuché.

Y construimos algo que nadie creía posible.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Pero nunca fue suficiente.

El profesor sintió que una presión comenzaba a formarse en su pecho.

Antrox levantó lentamente la mirada.

Su expresión parecía la de alguien que había pasado demasiado tiempo luchando por una respuesta.

—Yo no pedí ser creado así...

La frase quedó suspendida entre ambos.

Desmond permaneció callado.

El demonio continuó:

—No pedí tener esta apariencia.

Ni esta personalidad.

Ni pensar de la manera en que pienso.

Hizo una pausa.

—No elegí ser diferente.

Su voz se convirtió en un susurro.

—Simplemente nací así...

Una lágrima recorrió su mejilla.

Antrox cerró los ojos.

Después formuló una pregunta que parecía haberlo acompañado desde el inicio de su existencia.

—No entiendo por qué no me aceptan y ya...

Desmond sintió que aquellas palabras despertaban recuerdos profundamente personales.

La comuna 54.

Las diferencias entre su apariencia humana y la de su familia adoptiva.

Los comentarios sobre su origen.

Y aquella sensación de no pertenecer completamente a ningún lugar.

Durante buena parte de su juventud había intentado comprender qué significaba llevar sangre Ludendorff.

Había deseado conocer a su familia biológica.

Después había rechazado violentamente aquella identidad.

Y finalmente aprendió que no necesitaba negar su pasado para construir una vida propia.

Ahora, frente a él, Antrox parecía estar enfrentándose a una lucha semejante.

Pero con una diferencia terrible.

Había pasado siglos intentando conseguir algo que sus propios hermanos parecían empeñados en negarle.

Aceptación.

Desmond respiró profundamente.

Después levantó lentamente una mano.

La colocó sobre la cabeza de Antrox.

Y comenzó a acariciarla suavemente.

El demonio permaneció inmóvil.

Sus hombros continuaban temblando.

El profesor habló con una firmeza tranquila.

—Antrox...

El Pecado Capital levantó ligeramente la mirada.

Desmond continuó:

—No pienses de esa manera.

El demonio permaneció callado.

El joven respiró profundamente.

—Mira todo lo que has conseguido.

Hizo una pausa.

—Mira esta disquera.

Antrox bajó lentamente la mirada.

Desmond continuó:

—Hace nueve años regresamos y encontramos un montón de escombros.

No quedaban estudios.

Ni oficinas.

Ni prácticamente nada de lo que habías construido.

Su voz adquirió un tono más serio.

—Pero no te rendiste.

El demonio permaneció atento.

Desmond continuó:

—Te levantaste.

Encontraste la manera de empezar de nuevo.

Y construiste algo mucho más grande.

Antrox levantó lentamente los ojos.

El profesor señaló hacia las paredes.

—Este edificio es una prueba de ello.

Hizo una pausa.

—Y también lo son todas las personas que trabajan aquí.

Su expresión adquirió una sinceridad profunda.

—Los sabuesos que encontraron oportunidades gracias a ti.

Los músicos que consiguieron grabar sus primeras canciones.

Y las comunidades que ahora tienen una voz que antes nadie quería escuchar.

Antrox respiró profundamente.

Desmond continuó:

—Durante siglos dijeron que los sabuesos eran bestias incapaces de vivir como cualquier otra especie.

Hizo una pausa.

—Y tú les demostraste lo contrario.

Les diste herramientas para organizarse.

Para desarrollar sus capacidades.

Y para convertirse en ciudadanos reconocidos dentro de una sociedad que siempre los había despreciado.

El demonio permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Creaste una organización influyente que protege a tu propia gente.

Una empresa que ya no se limita a producir música.

Y un movimiento que ha conseguido cambiar la vida de miles de personas.

El profesor bajó ligeramente la voz.

—¿De verdad vas a permitir que todo eso pierda su significado solamente porque Valerio y los demás se niegan a reconocerlo?

Antrox cerró lentamente los ojos.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Desmond acarició suavemente su cabeza.

Después continuó:

—No dejes que el pasado te defina.

Hizo una pausa.

—Manda al demonio a los demás Pecados Capitales si es necesario.

No tienes que pasar toda tu existencia intentando convencerlos de que mereces estar aquí.

El demonio levantó la mirada.

El profesor continuó:

—Ya demostraste quién eres.

Y no necesitas hacerlo nuevamente cada vez que alguno decide insultarte.

Desmond respiró profundamente.

—Concéntrate en las personas que siempre te han apoyado.

Antrox permaneció atento.

El joven comenzó a mencionar los nombres.

—Celia.

Su hermana.

La mujer que te defendió incluso cuando todos los demás te consideraban un error.

Hizo una pausa.

—Lascivia.

Que finalmente reconoció sus equivocaciones y te pidió perdón.

Antrox sintió que una emoción profunda recorría su pecho.

Desmond continuó:

—Laura.

Que lleva años trabajando contigo y que todavía se preocupa por ti más de lo que imaginas.

El demonio bajó lentamente la mirada.

—Skyler.

Que sabe perfectamente cuánto has hecho por los sabuesos infernales.

Y que nunca ha olvidado las oportunidades que le ofreciste.

Desmond sonrió suavemente.

—Y yo.

Antrox levantó lentamente la cabeza.

El joven continuó:

—Quizás pasamos nueve años sin hablar.

Y sí...

Hizo una pausa.

—Me molestó.

El demonio bajó ligeramente los ojos.

Desmond continuó:

—Pero eso no significa que haya olvidado lo que hiciste por mí.

Su voz se suavizó.

—Me diste una oportunidad cuando era un muchacho que apenas sabía qué quería hacer con su vida.

Conseguiste que creyera en mi música.

Y me ayudaste a descubrir algo que terminó convirtiéndose en mi profesión.

Antrox permaneció inmóvil.

El joven sonrió.

—Eso también importa.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente, Desmond respiró profundamente.

—Escúchame bien.

El demonio levantó la mirada.

—Esto es solamente un tropiezo.

Hizo una pausa.

—Uno de los muchos que probablemente tendrás durante tu eterna existencia.

Su expresión se volvió más firme.

—Pero tienes que levantarte.

Seguir adelante.

Y demostrarles que eres mucho más que su rechazo.

Antrox permaneció contemplándolo.

Sus ojos continuaban llenos de lágrimas.

Pero algo había comenzado a cambiar.

La desesperación que dominaba su expresión empezó a disminuir.

Poco a poco, su respiración se volvió más tranquila.

Recordó a Celia.

La manera en que lo había defendido durante la reunión.

También recordó a Lascivia.

Su disculpa.

Y aquel abrazo que, después de incontables siglos, le permitió experimentar una aceptación que había creído imposible.

Después pensó en Laura.

En los trabajadores.

Y en todos los sabuesos que todavía confiaban en él.

Antrox cerró lentamente los ojos.

Durante varios segundos permaneció inmóvil.

Finalmente, dejó escapar un largo suspiro.

Cuando volvió a levantar la mirada, una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

No era forzada.

Tampoco parecía destinada a ocultar el dolor.

Era una sonrisa sincera.

Tímida.

Pero real.

—Gracias...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond correspondió al gesto.

—De nada.

Antrox soltó una pequeña risa.

Después se separó lentamente.

Sus manos terminaron de soltar la camisa del profesor.

El demonio observó brevemente la tela arrugada.

Una expresión de vergüenza apareció en su rostro.

—Vaya...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué?

Antrox señaló discretamente su camisa.

—Creo que te la arrugué.

El joven bajó la mirada.

Después soltó una carcajada.

—¡Un poco!

El demonio comenzó a reír.

Era una risa suave.

Todavía cargada de cansancio.

Pero mucho más natural que aquella que había intentado mostrar cuando Desmond llegó a la oficina.

El profesor sonrió.

Por primera vez desde que regresó a Hellbeat Records, comenzaba a reconocer al Antrox que había conocido nueve años atrás.

El Pecado Capital respiró profundamente.

Después regresó hacia su escritorio.

Se acomodó en la silla.

Y permaneció inmóvil durante unos segundos.

Parecía estar intentando organizar sus pensamientos.

Finalmente, levantó la mirada.

—Desmond...

El joven permaneció atento.

—¿Sí?

Antrox sonrió.

—Quiero que sepas algo.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

El demonio continuó:

—Si alguna vez necesitas ayuda...

Hizo una pausa.

—Dinero.

Protección.

Contactos.

O cualquier otra cosa.

Su expresión adquirió un tono sincero.

—Solo tienes que pedírmelo.

Desmond permaneció inmóvil.

Antrox continuó:

—No importa cuánto tiempo haya pasado.

Ni lo que estés haciendo ahora.

Su sonrisa se amplió.

—Tú eres un amigo real.

El profesor sintió una emoción inesperada.

Durante unos segundos contempló a su antiguo jefe.

Después una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Es mi trabajo.

Antrox levantó una ceja.

—¿Tu trabajo?

Desmond se encogió de hombros.

—Bueno...

Soltó una pequeña risa.

—Supongo que también forma parte de ser un buen amigo.

El demonio comenzó a reír.

—¡Eso suena mucho mejor!

Desmond también soltó una carcajada.

Durante unos segundos, la habitación recuperó una parte de aquella calidez que parecía haber desaparecido.

Finalmente, Antrox observó la antigua carpeta que descansaba sobre el escritorio.

La abrió nuevamente.

Contempló la fotografía de Desmond cuando tenía diecinueve años.

Después sonrió con nostalgia.

—Por cierto...

El joven levantó la mirada.

—¿Qué?

Antrox señaló discretamente el expediente.

—Sé que ahora eres profesor de música.

Desmond asintió.

—Sí.

El demonio continuó:

—He escuchado algunas cosas sobre tu trabajo.

Su expresión adquirió un tono de aprobación.

—Parece que te está yendo bastante bien.

El joven sonrió.

—No puedo quejarme.

Antrox asintió.

—Me alegra.

Después se acomodó en su asiento.

—Pero quiero que recuerdes algo.

Desmond permaneció atento.

—Si algún día te cansas de las aulas...

Hizo una pausa.

—Y decides regresar a los escenarios...

Su sonrisa se volvió más amplia.

—Llámame.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

Antrox continuó:

—Tu contrato sigue aquí.

Y Hellbeat Records todavía tiene un lugar para ti.

Desmond permaneció pensativo.

Durante los últimos años había llegado a disfrutar profundamente de la enseñanza.

Había encontrado una estabilidad que jamás imaginó durante su adolescencia.

Sin embargo, su pasión por la composición nunca desapareció.

En casa conservaba numerosas libretas llenas de canciones inéditas.

Algunas estaban completamente terminadas.

Otras necesitaban pequeños ajustes.

Y varias llevaban años esperando la oportunidad de ser grabadas.

El joven bajó lentamente la mirada.

Después sonrió.

—Bueno...

Antrox levantó una ceja.

—¿Sí?

Desmond continuó:

—Tengo bastantes canciones escritas.

Hizo una pausa.

—Y algunas me gustaría grabarlas profesionalmente.

El demonio sonrió inmediatamente.

—¡Eso quería escuchar!

El profesor soltó una pequeña risa.

—Pero no prometo nada todavía.

Antrox levantó ambas manos.

—¡Tranquilo, muchacho!

Su expresión recuperó parte del entusiasmo habitual.

—No pienso obligarte.

Desmond asintió.

—Lo consideraré.

El demonio sonrió satisfecho.

—Perfecto.

Durante unos minutos más conversaron sobre algunos cambios de la disquera.

Antrox le explicó brevemente cómo habían conseguido ampliar sus instalaciones.

También mencionó ciertos proyectos musicales que estaban desarrollando.

Desmond escuchó con atención.

Aunque todavía percibía cierto cansancio en su antiguo jefe, su expresión había cambiado considerablemente.

Ya no parecía completamente derrotado.

Había conseguido hablar.

Llorar.

Y reconocer parte del dolor que llevaba demasiado tiempo intentando ocultar.

Aquello no significaba que sus problemas estuvieran resueltos.

Desmond lo comprendía perfectamente.

Pero también sabía que nadie podía superar una herida profunda mediante una sola conversación.

A veces el primer paso consistía simplemente en aceptar que necesitabas ayuda.

Finalmente, el profesor observó la hora.

Ya había pasado buena parte del día.

Se levantó lentamente.

—Bueno...

Antrox levantó la mirada.

—¿Ya te vas?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Todavía tengo algunas cosas que hacer.

El demonio sonrió.

—Entiendo.

El joven se acercó hacia la puerta.

Pero antes de salir, volvió ligeramente la cabeza.

—Antrox...

El Pecado Capital levantó la mirada.

—¿Sí?

Desmond permaneció pensativo.

Después sonrió.

—Cuídate.

El demonio correspondió al gesto.

Su expresión adquirió una sinceridad especial.

—Tú también, viejo amigo.

Desmond asintió.

Abrió la puerta.

Y abandonó el despacho.

Cuando regresó a la recepción, Laura levantó inmediatamente la mirada.

El joven se acercó.

La mujer observó su expresión.

—¿Pudiste hablar con él?

Desmond asintió lentamente.

—Sí.

Laura permaneció atenta.

—¿Y...?

El profesor respiró profundamente.

Después sonrió suavemente.

—Creo que le hizo bien.

La secretaria dejó escapar un pequeño suspiro de alivio.

—Gracias...

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—No tienes que agradecerme nada.

Hizo una pausa.

—Pero sigue pendiente de él.

Laura asintió.

—Lo haré.

El joven continuó:

—No creo que todo se solucione de un día para otro.

Su expresión adquirió un tono serio.

—Lleva demasiado tiempo guardándose muchas cosas.

La mujer bajó lentamente la mirada.

—Lo sé.

Desmond sonrió débilmente.

—Entonces no lo dejes solo con todo eso.

Laura levantó los ojos.

Después asintió con firmeza.

—No lo haré.

Finalmente, el profesor se despidió.

Caminó hacia la salida.

Y abandonó Hellbeat Records.

El aire del Anillo de la Gula lo recibió con aquella mezcla de aromas dulces que recordaba de su primera visita.

Desmond permaneció inmóvil durante unos segundos.

Contempló la enorme fachada de la disquera.

Después dejó escapar un largo suspiro.

Había llegado con cierta molestia.

Preguntándose por qué Antrox había decidido buscarlo después de nueve años de silencio.

Pero terminó encontrando a alguien que necesitaba desesperadamente ser escuchado.

El joven bajó lentamente la mirada.

Recordó las palabras que Celia le había contado años atrás.

La manera en que Antrox había sido despreciado desde su creación.

Y cómo había transformado aquel sufrimiento en una organización dedicada a ofrecer oportunidades a los marginados.

Ahora comprendía que incluso los seres más poderosos podían enfrentarse a heridas que ningún título o privilegio conseguía sanar.

Desmond se acercó a su motocicleta.

Colocó sus pertenencias.

Después se detuvo.

Observó nuevamente el edificio.

Una idea comenzó a formarse en su mente.

Celia.

Habían pasado nueve años desde su última conversación.

Recordó la mañana en que bailaron juntos en el Palacio Gluttora.

La despedida.

Y aquella cadena de oro con un pequeño dije en forma de panal que la gobernante le había regalado.

El joven levantó lentamente una mano hacia su pecho.

Todavía conservaba el colgante.

Lo había llevado durante años.

No por su valor material.

Sino porque representaba una amistad que había nacido de manera inesperada.

Desmond contempló la pequeña joya.

Después sonrió.

—Bueno...

Su voz fue apenas un murmullo.

—Ya que estoy aquí...

Se colocó el casco.

Encendió la motocicleta.

Y decidió hacer una última parada antes de regresar a casa.

El Palacio Gluttora.

El trayecto duró aproximadamente una hora.

Durante el camino, Desmond observó las construcciones del Anillo de la Gula con una nostalgia creciente.

Había pasado casi una década desde aquella primera visita.

Sin embargo, muchos lugares permanecían prácticamente iguales.

Los edificios continuaban exhibiendo sus diseños extravagantes.

Las fachadas estaban adornadas con colores intensos.

Y los establecimientos mantenían aquella estética relacionada con la abundancia que caracterizaba al territorio.

Desmond sonrió ligeramente.

Recordó su sorpresa al conocer el anillo por primera vez.

La camioneta de Antrox.

Skyler sentada a su lado.

Y aquella emoción que experimentó al descubrir que estaba a punto de visitar uno de los palacios más importantes del Infierno.

Ahora regresaba como un hombre adulto.

Casado.

Con una carrera profesional estable.

Y una historia personal considerablemente diferente.

Finalmente, las enormes estructuras del Palacio Gluttora aparecieron frente a él.

Desmond disminuyó la velocidad.

Observó el edificio.

Su apariencia continuaba siendo imponente.

Las paredes inspiradas en panales reflejaban una iluminación dorada.

Los jardines permanecían cuidadosamente conservados.

Y las enormes columnas mantenían aquella extravagancia que había impresionado tanto al joven durante su primera visita.

Desmond estacionó la motocicleta.

Apagó el motor.

Después se quitó el casco.

Permaneció contemplando el palacio durante unos segundos.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Cuánto tiempo...

Se acercó a la entrada principal.

Levantó una mano.

Y tocó el timbre.

El sonido resonó dentro de la residencia.

Pasaron algunos segundos.

Finalmente, la puerta comenzó a abrirse.

Un sirviente apareció frente a él.

Su uniforme estaba cuidadosamente arreglado.

Y su expresión permanecía completamente neutral.

—Buenas tardes, señor.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

—Buenas tardes.

El trabajador lo observó.

—¿Qué se le ofrece?

El joven respiró profundamente.

—Estoy buscando a Celia.

El sirviente levantó ligeramente las cejas.

—¿Tiene una cita con la señora?

Desmond negó suavemente.

—No.

Hizo una pausa.

—Pero nos conocemos desde hace varios años.

El trabajador lo observó con cierta desconfianza.

—La señora Celia está ocupada.

Desmond permaneció pensativo.

Después recordó algo.

Se llevó una mano al cuello.

Y sacó cuidadosamente el pequeño colgante que llevaba debajo de la camisa.

La cadena de oro brilló suavemente bajo la luz.

En el centro descansaba el dije en forma de panal.

Desmond lo sostuvo frente al sirviente.

—Ella me regaló esto durante mi primera visita.

El trabajador frunció ligeramente el ceño.

Se acercó lo suficiente para examinar la joya.

Durante unos segundos contempló sus detalles.

Después levantó lentamente la mirada.

—¿De dónde lo sacó?

Desmond mantuvo la calma.

—Celia me lo dio hace nueve años.

Hizo una pausa.

—Me dijo que podía regresar cuando quisiera.

El sirviente volvió a observar el colgante.

Reconoció los detalles de aquella pieza.

No parecía una joya que pudiera encontrarse fácilmente en cualquier establecimiento.

Finalmente, su expresión cambió.

Se apartó ligeramente de la entrada.

—Entiendo.

Inclinó la cabeza.

—Disculpe la demora.

Desmond sonrió.

—No hay problema.

El trabajador abrió completamente la puerta.

—Puede pasar.

El joven asintió.

—Gracias.

Y entró.

Los corredores del Palacio Gluttora permanecían prácticamente idénticos a los que recordaba.

Las paredes conservaban sus patrones hexagonales.

Los muebles estaban decorados con finos detalles dorados.

Y las enormes lámparas colgantes iluminaban el suelo con una tonalidad cálida.

El aroma dulce continuaba presente.

Desmond respiró profundamente.

Una sensación de nostalgia recorrió su cuerpo.

Era como si el tiempo se hubiera detenido dentro de aquel edificio.

Recordó la enorme sala donde había tocado el piano.

Los preparativos de la reunión.

Y aquella mañana en que terminó bailando con Celia durante casi una hora.

El joven sonrió discretamente.

El sirviente caminaba frente a él.

—Acompáñeme, por favor.

Desmond asintió.

—Claro.

Continuaron avanzando.

Durante el recorrido, el joven observó algunos cuadros y fotografías.

Varios le resultaban familiares.

Otros parecían haber sido añadidos durante los últimos años.

Sin embargo, el ambiente conservaba aquella mezcla de elegancia y extravagancia que caracterizaba a la gobernante de la Gula.

Finalmente, llegaron hasta uno de los corredores privados.

Desmond reconoció inmediatamente el lugar.

Había caminado por allí durante su primera estancia.

Era el mismo sector donde se encontraba la habitación principal de Celia.

El joven sintió una pequeña emoción.

Recordó la conversación que habían compartido aquella noche.

La historia de Antrox.

Y la confianza que comenzó a desarrollarse entre ambos.

El sirviente se detuvo frente a una enorme puerta.

Después volvió la mirada hacia Desmond.

—Espere aquí, por favor.

El joven asintió.

—Está bien.

El trabajador levantó una mano.

Golpeó suavemente.

—Señorita Celia.

Desde el interior llegó una voz femenina.

—¿Sí?

Su tono estaba considerablemente más apagado de lo que Desmond recordaba.

El sirviente continuó:

—Hay alguien que desea verla.

Durante unos segundos no hubo respuesta.

Después se escuchó un pequeño suspiro.

—Ahora no...

Su voz sonó cansada.

—No tengo tiempo.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Aquella respuesta lo sorprendió.

Recordaba a Celia como una mujer alegre.

Expresiva.

Y prácticamente incapaz de permanecer callada cuando tenía oportunidad de conversar con alguien.

Sin embargo, aquella voz parecía pertenecer a una persona completamente agotada.

El sirviente permaneció inmóvil.

Después habló nuevamente.

—Señorita...

Hizo una pausa.

—Es un joven llamado Desmond Lebrozky.

El silencio fue inmediato.

Durante unos segundos no se escuchó absolutamente nada.

Desmond permaneció inmóvil.

Después frunció ligeramente el ceño.

—¿Celia...?

De pronto, un fuerte estruendo resonó desde el interior.

¡PAM!

El joven abrió los ojos.

El sirviente dio un pequeño respingo.

Después se escucharon pasos apresurados.

Algo cayó al suelo.

Un objeto pareció golpearse contra un mueble.

Y una voz femenina comenzó a murmurar varias palabras demasiado rápidas para comprenderlas.

Desmond observó al trabajador.

—¿Está todo bien?

El sirviente permaneció desconcertado.

—Eso espero, señor...

Antes de que pudiera decir algo más, la puerta se abrió de golpe.

Celia apareció frente a ellos.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

La gobernante de la Gula conservaba su apariencia juvenil.

Su piel morena.

Sus rasgos humanos.

Y aquel cabello de tonalidades amarillo-cafecinas con matices rosados que resultaba imposible de confundir.

Sin embargo, su presentación era completamente diferente de la que recordaba.

Llevaba pijama.

Su cabello estaba despeinado.

Y algunos mechones caían libremente sobre su rostro.

Parecía haberse levantado apresuradamente.

A pesar de que el día ya había avanzado bastante.

Durante unos segundos, la mujer permaneció observando a Desmond.

Sus ojos comenzaron a abrirse lentamente.

Después una sonrisa enorme apareció en su rostro.

—¿Desmond...?

El joven sonrió.

—Hola, Celia.

La gobernante permaneció inmóvil durante un instante.

Después soltó una exclamación llena de emoción.

—¡DESMOND!

Antes de que el joven pudiera reaccionar, Celia avanzó rápidamente.

Y se lanzó hacia él.

Desmond abrió los ojos.

—¡Espera...!

No consiguió terminar la frase.

La mujer lo abrazó con tanta fuerza que ambos perdieron el equilibrio.

El peso de Celia, combinado con el movimiento inesperado, hizo que Desmond retrocediera torpemente.

Sus zapatos resbalaron ligeramente sobre el suelo pulido.

Y finalmente ambos terminaron cayendo.

¡PUM!

El sonido resonó por todo el corredor.

El sirviente permaneció completamente inmóvil.

Desmond estaba tendido sobre el suelo.

Celia continuaba abrazándolo.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente, el joven dejó escapar un pequeño gemido.

—Au...

La mujer levantó inmediatamente la cabeza.

Sus ojos se abrieron.

—¡POR TODOS LOS ANILLOS!

Se incorporó apresuradamente.

—¡Desmond!

El joven parpadeó.

Todavía intentaba comprender lo ocurrido.

Celia extendió ambas manos.

—¡Perdón!

Su voz estaba llena de vergüenza.

—¡Perdón, perdón, perdón!

Desmond comenzó a incorporarse.

Soltó una pequeña risa.

—Tranquila...

La gobernante lo ayudó a levantarse.

Después observó su ropa.

—¿Te lastimaste?

El joven negó suavemente.

—No.

Hizo una pausa.

—Solo me tomaste por sorpresa.

Celia soltó una pequeña risa nerviosa.

Después bajó la mirada.

—Lo siento...

Su expresión cambió.

La alegría inicial comenzó a mezclarse con una tristeza difícil de ocultar.

Desmond lo notó inmediatamente.

La mujer se llevó una mano al cabello.

Intentó acomodarlo.

Pero parecía incapaz de concentrarse completamente en lo que estaba haciendo.

—Últimamente he sido un desastre...

Su voz adquirió un tono apagado.

El joven frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué?

Celia negó suavemente con la cabeza.

—No sé qué me pasa.

Hizo una pausa.

—No consigo hacer bien las cosas.

Desmond permaneció atento.

La mujer continuó:

—Ni siquiera estoy cumpliendo como debería con mis responsabilidades.

Su expresión se entristeció.

—Soy un Pecado Capital.

Y aun así...

Bajó lentamente la mirada.

—Últimamente siento que no estoy haciendo bien mi trabajo.

El profesor permaneció inmóvil.

Recordó inmediatamente la conversación que acababa de mantener con Antrox.

La manera en que su antiguo jefe había intentado ocultar su tristeza.

Y aquella sensación de vacío que Laura le había descrito.

Ahora parecía estar encontrando algo semejante en Celia.

Desmond respiró profundamente.

Sin embargo, antes de que pudiera formular alguna pregunta, la mujer levantó la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció nuevamente en su rostro.

—Pero...

Su voz adquirió algo de entusiasmo.

—Me alegra muchísimo que hayas venido.

El joven sonrió.

—A mí también me alegra verte.

Celia extendió una mano.

Tomó suavemente la suya.

Después volvió la mirada hacia el sirviente.

—Gracias.

El trabajador inclinó la cabeza.

—A sus órdenes, señora.

La gobernante sonrió.

—Puedes retirarte.

El hombre asintió.

Después comenzó a alejarse.

Celia volvió a observar a Desmond.

Su expresión se iluminó.

—Ven.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿A dónde?

La mujer soltó una pequeña risa.

—A mi habitación, por supuesto.

Desmond sonrió.

—Está bien.

Celia lo condujo hacia el interior.

Después cerró suavemente la puerta.

La habitación conservaba buena parte de la decoración que Desmond recordaba.

La enorme cama redonda ocupaba uno de los sectores principales.

Los muebles estaban cuidadosamente distribuidos.

Y varias decoraciones aportaban un ambiente mucho más personal que el de los salones públicos del palacio.

Sin embargo, también había diferencias.

La cama estaba desarreglada.

Algunas prendas descansaban sobre una silla.

Y varios objetos permanecían fuera de su lugar habitual.

Desmond observó brevemente aquel desorden.

No era algo escandaloso.

Pero contrastaba con la imagen impecable que siempre había relacionado con el Palacio Gluttora.

Celia pareció notar su mirada.

Soltó una pequeña risa nerviosa.

—Perdona el desastre...

El joven negó suavemente.

—No pasa nada.

La mujer sonrió débilmente.

Después lo condujo hacia la cama.

—Siéntate.

Desmond obedeció.

Se acomodó sobre el borde.

Celia tomó asiento a su lado.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

La gobernante parecía estar intentando organizar una enorme cantidad de pensamientos al mismo tiempo.

Su expresión cambiaba constantemente.

Por momentos sonreía.

Después parecía recordar algo.

Y finalmente volvía a observar a Desmond con una emoción que resultaba difícil de ocultar.

El joven la contempló con curiosidad.

—Bueno...

Sonrió suavemente.

—Han pasado nueve años.

Celia abrió ampliamente los ojos.

—¡Nueve años!

Su voz recuperó parte de aquel entusiasmo característico.

—¡Por todos los anillos, Desmond!

Se llevó una mano al rostro.

—¡No puedo creer que haya pasado tanto tiempo!

El joven soltó una pequeña carcajada.

—Yo tampoco.

La mujer se acomodó sobre la cama.

Después sonrió ampliamente.

—¡Tengo tantas cosas que contarte!

Desmond levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

Celia asintió con entusiasmo.

—¡Muchísimas!

Hizo una pausa.

—¡Para empezar, finalmente aprendí a tocar bien el piano!

El joven abrió ligeramente los ojos.

Después sonrió.

—¿En serio?

La gobernante levantó la cabeza con orgullo.

—¡Sí!

Su expresión adquirió un tono casi infantil.

—¿Recuerdas cuando tocaste aquel piano del salón principal?

Desmond soltó una pequeña risa.

—Claro que sí.

Celia continuó:

—¡Pues después de eso decidí practicar en serio!

Hizo una pausa.

—Al principio fue un desastre.

El joven comenzó a reír.

La mujer levantó ambas manos.

—¡No te imaginas!

Su expresión se volvió divertida.

—Me equivocaba constantemente.

No conseguía coordinar las manos.

Y algunas veces terminaba tan frustrada que prefería levantarme y poner música para bailar.

Desmond soltó una carcajada.

—Eso sí me lo imagino.

Celia sonrió.

—¡Pero seguí practicando!

Su voz adquirió un tono orgulloso.

—Y finalmente conseguí tocar varias composiciones completas.

El joven asintió con aprobación.

—Eso es excelente.

La mujer sonrió todavía más.

—¡Gracias!

Después pareció recordar algo.

—¡Ah, y Anthony!

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué pasa con él?

Celia comenzó a hablar con entusiasmo.

—¡Se volvió muchísimo más influyente en el anillo!

Hizo una pausa.

—Hellbeat Records creció de una manera impresionante.

Ahora tenemos estudios mucho más grandes.

Más artistas.

Y nuevos proyectos con comunidades que antes no tenían acceso a la industria musical.

Desmond sonrió con nostalgia.

—Sí...

La mujer lo observó.

—¿Ya conociste la nueva sede?

El joven asintió.

—Precisamente vengo de allí.

Celia abrió ligeramente los ojos.

—¿De verdad?

Desmond sonrió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Antrox me llamó después de nueve años.

La gobernante permaneció inmóvil.

Durante unos segundos su expresión cambió.

Pareció preocupada.

Pero rápidamente recuperó la sonrisa.

—Vaya...

Su voz adquirió un tono más suave.

—Entonces finalmente volvieron a hablar.

El profesor asintió.

—Sí.

Celia lo observó con curiosidad.

—¿Y cómo estuvo?

Desmond permaneció pensativo.

Recordó la tristeza de su antiguo jefe.

La desesperación con la que lo había sujetado de la camisa.

Y aquella pregunta que terminó quebrando su aparente fortaleza.

«No entiendo por qué no me aceptan y ya».

El joven respiró profundamente.

—Fue una conversación importante.

Celia permaneció atenta.

Desmond continuó:

—Creo que necesitaba hablar con alguien.

La mujer bajó lentamente la mirada.

Su expresión adquirió una tristeza que el profesor reconoció inmediatamente.

Durante unos segundos permaneció callada.

Después asintió.

—Sí...

Su voz fue baja.

—Anthony ha pasado por muchas cosas.

Desmond contempló su rostro.

Pensó en preguntar cuánto sabía sobre el estado de su hermano.

Pero Celia volvió a levantar la mirada.

Una sonrisa apareció nuevamente en su rostro.

—¡Ah, pero espera!

El joven levantó una ceja.

—¿Qué?

La mujer comenzó a contarle otra historia.

Después otra.

Y una más.

Habló de los cambios que habían ocurrido en el Anillo de la Gula.

De ciertos proyectos que había impulsado durante aquellos años.

Y de las dificultades que enfrentaba al intentar equilibrar sus responsabilidades políticas con sus intereses personales.

También recordó pequeñas anécdotas relacionadas con sus clases de piano.

Las primeras veces que consiguió interpretar una melodía completa.

Y las ocasiones en que Antrox terminaba interrumpiendo sus prácticas para sugerir cambios que nadie le había pedido.

Desmond soltó varias carcajadas.

La gobernante parecía disfrutar sinceramente de aquella conversación.

Por momentos hablaba con una emoción casi infantil.

Sus manos acompañaban las palabras.

Sus expresiones cambiaban rápidamente.

Y cada recuerdo parecía conducirla hacia otro completamente diferente.

El profesor escuchaba con paciencia.

No intentaba apresurarla.

Tampoco le exigía que organizara todo cuanto deseaba contarle.

Simplemente permanecía a su lado.

Escuchando.

Sonriendo.

Y compartiendo algunos recuerdos de su propia vida.

Celia se interesó profundamente por su carrera como profesor.

Le preguntó sobre la universidad.

Sus estudiantes.

Y las composiciones que continuaba escribiendo durante su tiempo libre.

Desmond respondió con naturalidad.

Le habló de su trabajo.

De los jóvenes músicos que intentaba orientar.

Y de cómo había descubierto que enseñar le proporcionaba una satisfacción diferente de la que experimentaba al presentarse sobre un escenario.

La mujer escuchó con una sonrisa.

—Vaya...

Su voz adquirió un tono cálido.

—Has cambiado muchísimo.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Supongo que nueve años hacen eso.

Celia asintió.

—Sí...

Durante unos segundos lo contempló con una expresión nostálgica.

Después sonrió.

—Pero sigues siendo el mismo muchacho que me invitó a bailar en el salón principal.

Desmond comenzó a reír.

—¡Eso fue hace muchísimo tiempo!

La gobernante levantó una mano.

—¡Y todavía lo recuerdo perfectamente!

El joven sonrió.

—Yo también.

Celia bajó ligeramente la mirada.

Su expresión adquirió una ternura inesperada.

—Fue una mañana muy bonita.

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Lo fue.

Durante varios segundos permanecieron callados.

La conversación continuó después con nuevas anécdotas.

Desmond habló de James.

De su ascenso a jefe de cocina en Neffitti.

Y de las bromas que todavía intercambiaban a pesar de los años.

Celia soltó varias carcajadas.

También preguntó por Skyler.

Cuando Desmond le contó que finalmente se habían casado, la gobernante abrió ampliamente los ojos.

—¡¿SE CASARON?!

El joven soltó una carcajada.

—¡Sí!

Celia levantó ambas manos.

—¡POR TODOS LOS ANILLOS!

Su expresión se iluminó.

—¡Eso es maravilloso!

Desmond sonrió con orgullo.

—Gracias.

La mujer se acercó ligeramente.

Lo abrazó con entusiasmo.

—¡Felicidades!

El profesor correspondió al gesto.

—Muchas gracias.

Celia se separó.

Después sonrió.

—Me alegra muchísimo que hayan conseguido hacerlo.

Desmond asintió.

—No fue sencillo.

Hizo una pausa.

—Tuvimos que pasar por bastantes trámites debido a nuestras diferencias de especie.

La gobernante frunció ligeramente el ceño.

—Ya veo...

Su expresión se volvió pensativa.

Después sonrió nuevamente.

—Pero lo consiguieron.

El joven correspondió al gesto.

—Sí.

Su voz adquirió una ternura especial.

—Y ha valido la pena.

Celia observó su expresión.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Me alegra verte feliz, Desmond.

El profesor sintió una calidez inesperada.

—Gracias.

Las horas continuaron avanzando.

La iluminación exterior comenzó a cambiar.

Los tonos dorados del día dieron paso lentamente a las luces cálidas que iluminaban el palacio durante la noche.

Desmond apenas había notado el paso del tiempo.

La conversación con Celia había resultado mucho más larga de lo que esperaba.

Habían hablado de música.

De trabajo.

De recuerdos.

Y de las transformaciones que ambos habían experimentado durante los últimos nueve años.

Sin embargo, a pesar de la alegría que mostraba, Desmond continuaba percibiendo algo extraño en el comportamiento de la gobernante.

En ocasiones su expresión se apagaba repentinamente.

Otras veces parecía perderse dentro de sus propios pensamientos.

Y cuando mencionaba algunas de sus responsabilidades políticas, su voz adquiría un cansancio evidente.

El joven no quiso presionarla.

Había aprendido que algunas personas necesitaban tiempo antes de sentirse preparadas para hablar de sus problemas.

Por eso simplemente continuó escuchando.

Finalmente, el profesor observó la hora.

Su expresión cambió.

—Demonios...

Celia levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

Desmond contempló nuevamente el teléfono.

Después dejó escapar un pequeño suspiro.

—Se hizo tardísimo.

La mujer observó brevemente la iluminación que atravesaba las cortinas.

—Vaya...

Hizo una pausa.

—Es verdad.

El joven se incorporó ligeramente.

—No creo que pueda regresar a casa a estas horas.

Su voz adquirió un tono preocupado.

—El trayecto es bastante largo.

Celia permaneció pensativa.

Durante unos segundos contempló sus manos.

Después levantó lentamente la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Bueno...

Desmond la observó.

—¿Sí?

La mujer jugueteó distraídamente con uno de los mechones de su cabello.

Su expresión adquirió un tono tímido.

—Puedes quedarte a dormir aquí.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿En el palacio?

Celia asintió.

—Claro.

Sonrió suavemente.

—Tenemos habitaciones de sobra.

Desmond permaneció pensativo.

Después sonrió.

—Supongo que sería una buena solución.

Se llevó una mano al bolsillo.

Sacó su teléfono.

Y comenzó a escribir un mensaje.

Celia observó el dispositivo.

—¿Qué haces?

El joven levantó ligeramente la mirada.

—Voy a avisarle a Skyler.

Hizo una pausa.

—Para que no se preocupe.

La mujer permaneció inmóvil durante un instante.

Después extendió rápidamente una mano.

Y tomó el teléfono antes de que Desmond terminara de escribir.

El joven abrió ligeramente los ojos.

—¿Eh?

Celia sostuvo el dispositivo.

Su expresión había cambiado.

Ya no parecía tan despreocupada.

Durante unos segundos contempló la pantalla.

Después levantó lentamente la mirada.

—No tienes que decirle todo...

Su voz fue apenas un murmullo.

Desmond permaneció inmóvil.

La mujer continuó:

—No siempre.

El joven frunció ligeramente el ceño.

Durante unos segundos no respondió.

La frase le resultó extraña.

Había pasado años construyendo una relación basada en la confianza con Skyler.

Su esposa era la persona con quien compartía buena parte de sus preocupaciones.

Y normalmente procuraba avisarle cuando sus actividades se prolongaban más de lo esperado.

Sin embargo, Celia parecía sugerir que no necesitaba explicarle cada detalle de aquella visita.

Desmond contempló el teléfono.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Finalmente, asintió lentamente.

—Tienes razón.

La gobernante lo observó.

Después le devolvió el dispositivo.

Desmond borró el mensaje que había comenzado a escribir.

Guardó el teléfono.

Y volvió a acomodarse.

Celia soltó una pequeña respiración de alivio.

Durante varios segundos permanecieron callados.

Finalmente, la mujer volvió a hablar.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Celia comenzó a juguetear nuevamente con su cabello.

Su expresión adquirió un tono todavía más tímido.

—Si quieres...

Hizo una pausa.

—Puedes dormir en mi habitación.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Observó brevemente el lugar.

Después volvió a mirarla.

—Está bien.

La mujer permaneció sorprendida.

Parecía haber esperado una respuesta considerablemente más complicada.

Sin embargo, el profesor simplemente había aceptado.

Desmond observó la enorme cama redonda.

Después frunció ligeramente el ceño.

—Aunque...

Celia levantó la mirada.

—¿Qué?

El joven señaló discretamente hacia la cama.

—Solo hay una.

La gobernante permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos no pronunció una sola palabra.

Después sus mejillas comenzaron a adquirir un ligero rubor.

—Bueno...

Su voz tembló.

—P-podemos dormir juntos...

Desmond la observó.

No parecía especialmente preocupado por la propuesta.

Durante los últimos años había aprendido a dormir acompañado, especialmente después de comenzar su vida matrimonial con Skyler.

Y aunque la situación era diferente, no interpretó inmediatamente las palabras de Celia como algo más que una muestra de confianza.

El joven se encogió de hombros.

—Está bien.

Celia abrió ligeramente los ojos.

—¿En serio?

Desmond asintió.

—Claro.

Hizo una pausa.

—Si no te molesta.

La mujer negó rápidamente con la cabeza.

—No.

Su expresión se suavizó.

—Para nada.

El profesor sonrió.

Después comenzó a prepararse para descansar.

La gobernante también acomodó algunas cosas de la habitación.

Apagó varias lámparas.

Cerró parcialmente las cortinas.

Y dejó únicamente una pequeña luz encendida.

Desmond se acostó sobre uno de los lados de la cama.

El colchón era extraordinariamente cómodo.

Las sábanas estaban hechas de una tela suave.

Y la habitación permanecía envuelta en una tranquilidad que contrastaba con la actividad que había dominado el palacio durante el día.

Celia apagó finalmente la última luz.

Después se acomodó al otro lado.

Durante varios segundos ninguno habló.

Desmond permaneció boca arriba.

Observando el techo apenas visible en la oscuridad.

Intentó cerrar los ojos.

Pero el sueño no llegó inmediatamente.

Habían ocurrido demasiadas cosas durante aquella jornada.

La conversación con Antrox.

Su desesperación.

La preocupación de Laura.

Y ahora aquella visita inesperada a Celia, que terminó prolongándose hasta la noche.

El joven respiró profundamente.

Pensó en su antiguo jefe.

Recordó nuevamente las lágrimas que había visto en sus ojos.

Y aquella pregunta dolorosa que parecía resumir siglos de sufrimiento.

«No entiendo por qué no me aceptan y ya».

Desmond cerró lentamente los ojos.

Comprendía demasiado bien aquella sensación.

Pero también sabía que Antrox tenía personas dispuestas a acompañarlo.

Laura.

Lascivia.

Skyler.

Y, especialmente, Celia.

El joven volvió ligeramente la cabeza.

La gobernante permanecía acostada junto a él.

Su respiración todavía no era completamente regular.

Parecía estar despierta.

Sin embargo, no decía nada.

Desmond contempló brevemente su silueta.

Recordó la manera en que había abierto la puerta al escuchar su nombre.

La alegría con que lo abrazó.

Y aquella confesión sobre las dificultades que estaba experimentando para cumplir sus responsabilidades.

El profesor sintió cierta preocupación.

No esperaba encontrar a Celia en semejante estado.

La recordaba como una mujer alegre.

Segura.

Y capaz de mantener una actitud cálida incluso durante situaciones difíciles.

Pero aquella tarde había descubierto que su fortaleza también tenía límites.

Desmond dejó escapar un pequeño suspiro.

Finalmente, cerró los ojos.

Intentó dormir.

Los minutos comenzaron a transcurrir lentamente.

La habitación permanecía silenciosa.

Solamente se escuchaba el suave movimiento de las sábanas y la respiración de ambos.

Habían pasado aproximadamente treinta minutos cuando Desmond sintió que Celia comenzaba a moverse.

Al principio no le dio demasiada importancia.

Pensó que simplemente estaba intentando encontrar una posición más cómoda.

Sin embargo, después percibió que la mujer se acercaba lentamente.

El colchón se hundió ligeramente.

Desmond permaneció inmóvil.

Después sintió unos brazos rodeando suavemente su torso.

Abrió lentamente los ojos.

Celia se había acercado.

Apoyó la cabeza sobre su hombro.

Y permaneció allí durante unos segundos, sin pronunciar una sola palabra.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Celia...?

La mujer no se apartó.

Su voz llegó apenas como un susurro.

—Espero que no te moleste...

El joven permaneció atento.

Celia continuó:

—Pero últimamente he tenido muchas pesadillas.

Su voz adquirió una fragilidad inesperada.

—Y...

Hizo una pausa.

Parecía estar intentando encontrar las palabras adecuadas.

Finalmente, respiró profundamente.

—Quiero estar cerca de ti para sentirme segura.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos contempló la oscuridad.

La confesión lo tomó por sorpresa.

Celia era una de las entidades más poderosas del Infierno.

Una gobernante cuya autoridad se extendía sobre todo el Anillo de la Gula.

Una mujer capaz de enfrentarse verbalmente a Valerio sin retroceder.

Y alguien que había protegido a Antrox durante incontables siglos.

Sin embargo, ahora estaba abrazándolo como si necesitara asegurarse de que no estaba sola.

El profesor bajó lentamente la mirada.

Podía percibir la tensión en sus brazos.

La manera en que se aferraba a él.

Y aquella respiración que todavía parecía contener cierta ansiedad.

Desmond sintió una tristeza profunda.

Comprendió que Celia también estaba atravesando algo que no había conseguido expresar completamente durante la conversación.

Quizás estaba agotada por sus responsabilidades.

Tal vez las pesadillas estaban relacionadas con preocupaciones que todavía no se sentía preparada para compartir.

No lo sabía.

Y no consideró apropiado presionarla en aquel momento.

Después de unos segundos, levantó lentamente una mano.

La colocó suavemente sobre el brazo de la gobernante.

Y respondió con tranquilidad.

—No te preocupes.

Celia permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Puedes abrazarme si eso te ayuda.

La mujer dejó escapar un pequeño suspiro.

Sus brazos se relajaron ligeramente.

—Gracias...

Su voz apenas fue audible.

El joven sonrió débilmente.

—De nada.

Celia acomodó nuevamente la cabeza sobre su hombro.

Poco a poco, su respiración comenzó a volverse más tranquila.

La tensión que había dominado sus movimientos durante los primeros minutos empezó a desaparecer.

Desmond permaneció inmóvil.

Le permitió encontrar una posición cómoda.

La mujer cerró lentamente los ojos.

Durante varios segundos todavía pareció estar intentando conciliar el sueño.

Finalmente, su respiración adquirió un ritmo profundo y constante.

Se había quedado dormida.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Observó su expresión.

Por primera vez desde que había llegado al palacio, Celia parecía completamente tranquila.

No estaba intentando sonreír para ocultar el cansancio.

Tampoco esforzándose por aparentar que todo estaba bajo control.

Simplemente descansaba.

El joven sintió una emoción difícil de describir.

Recordó nuevamente la mañana en que ambos bailaron en el salón principal.

Las palabras que Celia le había pronunciado después de aquella experiencia.

«No recuerdo la última vez que me sentí tan viva».

Ahora comenzaba a comprender que aquellas palabras quizá habían significado mucho más de lo que imaginó en su momento.

La gobernante llevaba demasiado tiempo sosteniendo responsabilidades que parecían no terminar nunca.

Había protegido a Antrox.

Defendido a los habitantes de su territorio.

Y mantenido una imagen de fortaleza frente a quienes esperaban que un Pecado Capital jamás mostrara debilidad.

Pero incluso ella necesitaba descansar.

Incluso ella podía sentir miedo.

Y, a pesar de su inmenso poder, parecía encontrar tranquilidad en algo tan sencillo como la compañía de otra persona.

Desmond dejó escapar un suspiro.

Observó el techo.

Después volvió a cerrar los ojos.

No sabía exactamente cómo interpretar aquella situación.

Tampoco comprendía por qué Celia había decidido confiar en él de aquella manera.

Pero sí reconocía algo.

Durante aquella jornada había encontrado a dos de las entidades más poderosas del Infierno atravesando momentos de profunda fragilidad.

Antrox había terminado llorando contra su pecho, incapaz de comprender por qué sus hermanos continuaban rechazándolo.

Y Celia, la misma mujer que siempre había intentado protegerlo, ahora dormía abrazada a él porque necesitaba sentirse segura.

Aquello le recordó una enseñanza que había aprendido mucho antes de convertirse en profesor.

El sufrimiento no distinguía rangos.

Ni especies.

Ni títulos.

Y ninguna cantidad de poder podía garantizar que una persona jamás experimentara soledad.

Desmond respiró profundamente.

Escuchó nuevamente la respiración tranquila de Celia.

Después dejó que sus propios pensamientos comenzaran a desvanecerse.

El cansancio acumulado durante el día finalmente empezó a vencerlo.

Sus músculos se relajaron.

Su respiración se volvió más pausada.

Y, poco a poco, terminó quedándose dormido.

La habitación permaneció en silencio.

Afuera, las luces del Palacio Gluttora continuaban iluminando sus corredores.

Los sirvientes realizaban las últimas tareas de la jornada.

Y el Anillo de la Gula seguía desarrollando su vida nocturna con aquella extravagancia característica.

Pero dentro de la habitación principal, la poderosa gobernante descansaba profundamente.

Sin ceremonias.

Sin responsabilidades.

Y sin necesidad de demostrar nada.

Durante unas horas, Celia había dejado de ser únicamente el Pecado Capital de la Gula.

Era simplemente alguien que necesitaba sentirse acompañada.

Era curioso cómo alguien tan poderosa como Celia podía comportarse de manera tan vulnerable a su lado.

CAP 25

Ecos de Medianoche

La madrugada había caído sobre el Anillo de la Gula, envolviendo al Palacio Gluttora en una tranquilidad que contrastaba profundamente con la extravagancia de sus actividades diurnas.

Las enormes construcciones que rodeaban la residencia permanecían iluminadas por pequeños destellos dorados, mientras las calles comenzaban a vaciarse lentamente. El aire conservaba aquel aroma dulce tan característico del territorio de Celia, aunque la brisa nocturna lo había vuelto considerablemente más tenue.

Dentro del palacio, los últimos sirvientes habían terminado sus labores. Las puertas de los salones permanecían cerradas, las cocinas estaban vacías y los largos corredores apenas recibían la iluminación de algunas lámparas distribuidas estratégicamente.

Todo parecía descansar.

En la habitación principal, Celia dormía profundamente.

La gobernante del Anillo de la Gula permanecía acomodada junto a Desmond, con la cabeza apoyada sobre su hombro y uno de sus brazos rodeándole el torso.

Su respiración era tranquila.

La ansiedad que había mostrado durante buena parte de la jornada parecía haber desaparecido mientras dormía.

Desmond, sin embargo, no conseguía disfrutar de aquella misma tranquilidad.

Abrió lentamente los ojos.

Durante varios segundos permaneció inmóvil, contemplando el techo de la habitación.

No sabía exactamente cuánto tiempo había dormido.

Tampoco podía explicar por qué había despertado tan repentinamente.

Simplemente sentía una inquietud que no terminaba de desaparecer.

Quizás era el resultado de todo cuanto había ocurrido durante el día.

Su reencuentro con Antrox.

La tristeza que había descubierto detrás de su personalidad.

Y aquella conversación que terminó con el Pecado Capital llorando contra su pecho, incapaz de comprender por qué sus propios hermanos continuaban despreciándolo.

Después estaba Celia.

La mujer que años atrás había conocido como una gobernante alegre, sociable y extraordinariamente segura de sí misma.

Ahora también parecía estar atravesando un momento difícil.

Desmond recordó su confesión sobre las pesadillas.

La manera en que lo había abrazado.

Y aquella necesidad de sentirse protegida que resultaba tan extraña en alguien con un poder semejante.

El joven dejó escapar un suspiro silencioso.

Volvió ligeramente la cabeza.

Celia continuaba dormida.

Su cabello estaba desordenado sobre la almohada y su rostro conservaba una expresión serena.

Desmond sonrió débilmente.

—Al menos tú estás descansando...

Su voz apenas fue un murmullo.

Durante unos minutos intentó volver a dormir.

Cerró los ojos.

Acomodó ligeramente la cabeza.

Y procuró concentrarse en su respiración.

Pero no funcionó.

Sus pensamientos continuaban demasiado activos.

Finalmente, decidió levantarse.

Con mucho cuidado, comenzó a retirar el brazo de Celia.

La mujer se removió ligeramente.

Desmond se detuvo inmediatamente.

—Shh...

Esperó unos segundos.

Celia soltó un pequeño suspiro mientras dormía.

Después acomodó la cabeza sobre la almohada.

El joven permaneció inmóvil hasta comprobar que no había despertado.

Entonces apartó lentamente las sábanas.

Se incorporó.

Y bajó de la cama.

El suelo estaba ligeramente frío.

Desmond se acomodó la ropa y buscó sus zapatos.

Antes de salir, volvió a observar a Celia.

La gobernante había quedado recostada de lado, abrazando parte de las sábanas.

Aquella imagen le provocó una ternura inesperada.

Durante incontables siglos, Celia había sido una de las figuras más poderosas de la sociedad infernal.

Había gobernado un territorio entero, enfrentado responsabilidades políticas y protegido a su hermano de los prejuicios de los demás Pecados Capitales.

Sin embargo, en aquel momento no parecía una autoridad capaz de imponerse sobre miles de habitantes.

Simplemente era una mujer agotada que finalmente había conseguido descansar.

Desmond respiró profundamente.

—Buenas noches, Celia...

Se acercó a la puerta.

La abrió cuidadosamente.

Y salió.

El corredor estaba completamente vacío.

Las lámparas doradas permanecían encendidas a intervalos, proyectando largas sombras sobre el suelo. Los patrones hexagonales de las paredes parecían adquirir una apariencia diferente bajo aquella iluminación.

Desmond caminó lentamente.

Sus pasos resonaban suavemente en medio del silencio.

Recordaba los corredores llenos de trabajadores durante los preparativos de la reunión de los Pecados Capitales.

Las conversaciones.

Los instrumentos siendo transportados.

Y el movimiento constante de los sirvientes.

Ahora, en cambio, el palacio parecía pertenecer a otro mundo.

La ausencia de personas hacía que su enorme tamaño resultara todavía más evidente.

Desmond observó algunos cuadros mientras avanzaba.

Había retratos antiguos, pinturas que representaban paisajes infernales y obras decorativas que probablemente costaban cantidades de dinero que él prefería no imaginar.

El joven soltó una pequeña risa.

—Nunca entenderé por qué necesitan tantos cuadros...

Continuó caminando.

No tenía un destino concreto.

Simplemente deseaba despejarse.

Quizás encontrar algún lugar tranquilo donde beber algo.

O contemplar el paisaje antes de regresar a la habitación.

Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar a una intersección de corredores, un sonido seco resonó a sus espaldas.

¡CLAC!

Desmond se detuvo inmediatamente.

Su cuerpo se tensó.

Volvió la cabeza.

—¿Qué fue eso?

El silencio regresó.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, escuchando atentamente.

No se oían pasos.

Tampoco voces.

Solamente el murmullo lejano de la brisa que atravesaba algunas zonas del palacio.

Desmond frunció el ceño.

Retrocedió lentamente.

Entonces distinguió algo sobre el suelo.

Un cuadro.

El marco descansaba junto a una de las paredes, ligeramente inclinado.

El joven dejó escapar un suspiro.

—Ah...

Se acercó.

—Con razón.

Se agachó y recogió cuidadosamente la pintura.

El marco no parecía haberse roto, aunque uno de sus soportes estaba ligeramente torcido.

Desmond examinó la pared.

El pequeño gancho que sostenía el cuadro se había desplazado.

—Vaya trabajo...

Intentó acomodarlo.

Después de varios segundos consiguió colocarlo nuevamente en su posición.

Levantó el cuadro.

Y lo colgó.

Retrocedió un paso.

Observó si permanecía estable.

—Listo.

El joven se cruzó de brazos.

Durante unos instantes contempló la pintura.

No había ocurrido nada extraordinario.

Un cuadro se había desprendido.

Eso era todo.

Sin embargo, mientras se disponía a continuar, una sensación incómoda recorrió su espalda.

Volvió lentamente la mirada hacia el extremo del corredor.

Las sombras permanecían inmóviles.

No había nadie.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

Quizás se debía al silencio.

O a los recuerdos de aquella noche en que la reunión entre los Pecados Capitales terminó convirtiéndose en una discusión cargada de amenazas.

Después de lo ocurrido con Antrox, el joven había comenzado a pensar que incluso los lugares más elegantes podían esconder problemas mucho más oscuros de lo que aparentaban.

Respiró profundamente.

Finalmente, negó suavemente con la cabeza.

—Desmond...

Soltó una pequeña risa.

—Te estás volviendo paranoico.

Y continuó caminando.

Durante los siguientes minutos recorrió varios corredores que no recordaba haber visitado durante su primera estancia.

Algunas puertas conducían hacia pequeños salones.

Otras permanecían cerradas.

Las ventanas dejaban entrar la tenue claridad de la luna, iluminando parcialmente el suelo y proyectando las formas de los marcos sobre las paredes.

A medida que avanzaba, el ambiente parecía volverse más tranquilo.

Hasta que finalmente llegó a una puerta que llamó inmediatamente su atención.

Desmond disminuyó el paso.

La observó con curiosidad.

Era muy diferente de las demás.

Mientras las puertas principales del palacio estaban adornadas con materiales dorados y elaborados diseños de panales, aquella estaba construida con madera clara.

Su superficie contenía grabados de estrellas y constelaciones.

Pequeñas líneas conectaban distintas figuras astronómicas, formando un diseño delicado que parecía haber sido elaborado con extraordinaria paciencia.

Desmond se acercó.

Recorrió algunos de los grabados con la mirada.

—Vaya...

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Esto sí que es diferente.

Recordó algunos libros de astronomía que había leído años atrás.

Aunque sus estudios se habían concentrado principalmente en la música, siempre había sentido cierta curiosidad por los cuerpos celestes y las antiguas interpretaciones de las constelaciones.

Aquella puerta parecía pertenecer a alguien que compartía ese interés.

Desmond observó brevemente el corredor.

No había nadie.

Después volvió a mirar la puerta.

La curiosidad comenzó a imponerse sobre su prudencia.

Extendió una mano.

Giró lentamente el picaporte.

Para su sorpresa, no estaba cerrada con llave.

La puerta se abrió con un pequeño crujido.

Desmond asomó la cabeza.

—¿Hola?

No recibió respuesta.

Esperó unos segundos.

Después abrió un poco más.

El interior de la habitación lo sorprendió inmediatamente.

Era un espacio acogedor.

Muy diferente de los salones elegantes que caracterizaban al Palacio Gluttora.

Una cama descansaba junto a una de las paredes, cubierta por sábanas decoradas con estrellas y pequeñas figuras astronómicas.

Sobre ella había varios peluches de animales, cuidadosamente organizados.

Algunos representaban especies comunes del Infierno.

Otros tenían apariencias más fantásticas.

Cerca de la cama se encontraba una estantería repleta de libros.

Desmond consiguió distinguir varios títulos relacionados con astronomía, constelaciones y observación celestial.

También había pequeños cuadernos.

Mapas.

Y materiales que parecían utilizarse para estudiar los movimientos de los astros.

En uno de los extremos descansaba un escritorio.

Sobre su superficie había planos extendidos, hojas con cálculos y dibujos realizados a mano.

Todo estaba organizado con una dedicación que resultaba evidente.

Desmond entró lentamente.

Sus ojos recorrieron el lugar.

—Por todos los anillos...

Sonrió.

—A alguien le gustan mucho las estrellas.

Se acercó ligeramente al escritorio.

Observó uno de los planos.

Representaba un conjunto de constelaciones acompañado por anotaciones que no consiguió interpretar completamente.

El joven inclinó la cabeza.

—Qué interesante...

Había algo curioso en aquella habitación.

A pesar de encontrarse dentro de uno de los palacios más importantes del Infierno, no parecía diseñada para demostrar riqueza.

Era un espacio personal.

Lleno de aficiones.

Recuerdos.

Y objetos que probablemente tenían un significado especial para su propietario.

Desmond estaba a punto de examinar otro de los dibujos cuando una voz lo interrumpió.

—¿Quién eres?

El joven se sobresaltó.

Volvió inmediatamente la cabeza.

—¡Ah!

Frente a la puerta permanecía una figura que jamás habría esperado encontrar.

Era un demonio joven de apariencia aviar.

Su cuerpo estaba cubierto por un plumaje morado, acompañado por reflejos azulados que brillaban suavemente bajo la iluminación de la habitación.

Sus ojos eran intensos.

Y su expresión reflejaba una mezcla de curiosidad, sorpresa y desconfianza.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante varios segundos observó al extraño muchacho.

Había algo en su apariencia que le resultaba profundamente familiar.

No porque lo hubiera conocido anteriormente.

Sino porque recordaba haber visto ilustraciones semejantes en algunos libros.

Su mente comenzó a recorrer aquellos recuerdos.

Hasta que finalmente encontró una respuesta.

—No puede ser...

Su voz fue apenas un murmullo.

El muchacho frunció el ceño.

Sus plumas se erizaron ligeramente.

—Te hice una pregunta.

Desmond levantó lentamente la mirada.

El joven demonio continuó:

—¿Quién eres?

El profesor permaneció sorprendido.

Un Ornyx.

Estaba frente a un Ornyx.

Aquella especie aparecía mencionada en antiguos registros del Infierno.

Se trataba de demonios antropomorfos de apariencia aviar, conocidos por poseer habilidades sobrenaturales extraordinarias.

Algunas historias aseguraban que determinados integrantes de aquella raza habían llegado a desarrollar capacidades capaces de rivalizar con el poder de los propios Pecados Capitales.

Sin embargo, los relatos también afirmaban que los Ornyx habían desaparecido hacía siglos.

Muchos estudiosos consideraban que la especie estaba extinta.

Otros sostenían que sus últimos miembros simplemente se habían apartado de la sociedad infernal.

Desmond nunca había sabido qué versión era correcta.

Y, hasta aquel momento, tampoco había tenido razones para investigarlo demasiado.

Pero ahora tenía uno frente a él.

Un muchacho joven.

De mirada inquisitiva.

Y evidentemente poco satisfecho de encontrar a un desconocido dentro de su habitación.

Desmond reaccionó.

Enderezó la espalda.

Después levantó suavemente las manos.

—Tranquilo.

El Ornyx permaneció inmóvil.

El profesor continuó:

—No quería asustarte.

Hizo una pausa.

—Me llamo Desmond.

El muchacho lo observó durante unos segundos.

Su expresión no cambió demasiado.

Finalmente, volvió a hablar.

—Te lo repetiré.

Su voz fue más firme.

—¿Quién eres?

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Después comprendió que el joven no estaba interesado en explicaciones sobre la puerta.

Deseaba saber quién era aquel extraño que había entrado a su habitación durante la madrugada.

—Desmond Lebrozky.

Respondió con tranquilidad.

—Soy un visitante del palacio.

El Ornyx permaneció pensativo.

Desmond sonrió suavemente.

—¿Y tú cómo te llamas?

El muchacho dudó durante unos segundos.

Después respondió:

—Tyrone.

El profesor asintió.

—Mucho gusto, Tyrone.

El joven no correspondió inmediatamente.

Simplemente continuó examinándolo.

Desmond observó brevemente el interior de la habitación.

Después volvió a mirarlo.

—Disculpa que haya entrado.

Hizo una pausa.

—La puerta estaba abierta y me llamó la atención la decoración.

Tyrone permaneció inmóvil.

El profesor señaló discretamente hacia los grabados de constelaciones.

—Es bastante bonita.

El muchacho levantó ligeramente la cabeza.

Durante unos segundos pareció sorprendido por aquel comentario.

Pero rápidamente recuperó su expresión seria.

Desmond sonrió.

—¿Te gusta la astronomía?

Tyrone observó brevemente los libros.

Después respondió:

—Sí.

Su voz fue corta.

El profesor asintió.

—Ya veo.

Durante algunos segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, Desmond formuló una pregunta.

—Aunque tengo curiosidad por algo.

Tyrone levantó una ceja.

—¿Qué?

El joven sonrió.

—¿Qué haces aquí?

Hizo una pausa.

—Este es el Palacio Gluttora.

El Ornyx lo observó con una expresión de incredulidad.

Después se cruzó de brazos.

—Podría hacerte exactamente la misma pregunta.

Desmond permaneció inmóvil durante un instante.

Finalmente, soltó una pequeña carcajada.

—Tienes razón.

Tyrone no sonrió.

Continuó observándolo.

El profesor se encogió de hombros.

—Vine a visitar a una vieja amiga.

El muchacho permaneció pensativo.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

Parecía comprender a quién se refería.

Después bajó lentamente los brazos.

—Entiendo.

Desmond asintió.

—Sí.

Durante unos segundos pensó en formular otra pregunta.

Quería saber por qué un Ornyx vivía dentro del palacio.

Cómo había llegado allí.

Y si existían otros integrantes de su especie.

Sin embargo, el comportamiento reservado de Tyrone le hizo comprender que probablemente no recibiría demasiadas respuestas.

Además, había entrado sin permiso a una habitación que evidentemente pertenecía al muchacho.

No quería incomodarlo todavía más.

Desmond respiró profundamente.

—Bueno...

Su expresión adquirió un tono amable.

—Será mejor que me retire.

Tyrone permaneció en silencio.

El profesor caminó hacia la salida.

Cuando pasó junto a él, se detuvo brevemente.

—Y disculpa nuevamente por entrar.

El Ornyx lo observó.

Durante unos segundos no respondió.

Finalmente, asintió ligeramente.

Desmond sonrió.

—Buenas noches, Tyrone.

El muchacho respondió con una voz tranquila.

—Buenas noches.

Después entró completamente a su habitación.

Y cerró suavemente la puerta.

Desmond permaneció inmóvil en el corredor.

Durante varios segundos contempló los grabados de constelaciones.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Un Ornyx...

Negó lentamente con la cabeza.

—Y yo que pensaba que se habían extinguido.

Su curiosidad continuaba despierta.

Pero decidió no insistir.

Quizás durante otra ocasión tendría oportunidad de conversar con Tyrone.

Por ahora, lo mejor sería dejarlo descansar.

El joven continuó caminando.

Después de recorrer algunos corredores más, finalmente encontró el camino hacia la cocina principal.

El lugar permanecía completamente vacío.

Las enormes superficies de trabajo estaban impecablemente limpias.

Los utensilios descansaban cuidadosamente organizados.

Y varias lámparas pequeñas proporcionaban la iluminación suficiente para moverse sin dificultad.

Desmond observó el espacio.

—Bueno...

Se acercó a uno de los muebles.

—Un té no estaría mal.

Buscó una taza.

Después revisó dónde se encontraban los elementos necesarios.

No tardó demasiado en encontrar todo.

Puso agua a calentar.

Mientras esperaba, se apoyó ligeramente contra una de las superficies de la cocina.

Su mente regresó a Tyrone.

La apariencia del muchacho.

Su habitación.

Y aquella actitud reservada.

Desmond había conocido criaturas extraordinarias durante su vida.

Pero jamás había esperado encontrarse con una especie que, según los libros, había desaparecido siglos atrás.

—Definitivamente este lugar es una caja de sorpresas...

Soltó una pequeña risa.

El agua comenzó a hervir.

El joven preparó su bebida.

Después tomó la taza con cuidado.

Observó brevemente la cocina.

Y decidió salir hacia uno de los balcones del palacio.

Necesitaba un poco de aire fresco.

El trayecto fue corto.

Al llegar, abrió lentamente una de las enormes puertas de cristal.

Una brisa nocturna acarició inmediatamente su rostro.

Desmond respiró profundamente.

Después salió.

Desde aquella altura podía contemplarse una parte considerable del Anillo de la Gula.

Los edificios permanecían iluminados por luces de distintas tonalidades.

Algunas construcciones mostraban enormes anuncios decorativos.

Otras conservaban diseños extravagantes que parecían desafiar cualquier principio de arquitectura convencional.

Las avenidas continuaban recibiendo algunos vehículos.

Y, a lo lejos, podían distinguirse pequeños establecimientos que todavía permanecían abiertos.

Desmond sonrió.

Habían pasado nueve años desde su primera visita.

Y aquel paisaje continuaba sorprendiéndolo.

Se acercó a la barandilla.

Dejó la taza sobre una pequeña mesa.

Después sacó un cigarrillo.

Lo colocó entre sus labios.

Y lo encendió.

La pequeña llama iluminó brevemente su rostro.

Desmond dio una calada.

Después dejó escapar el humo lentamente.

El viento lo dispersó entre las sombras del balcón.

Durante varios minutos permaneció contemplando el horizonte.

El silencio le resultaba agradable.

No había estudiantes preguntándole por sus calificaciones.

Ni responsabilidades académicas.

Tampoco compromisos musicales.

Simplemente estaba allí.

Disfrutando de la madrugada.

Finalmente, decidió revisar su teléfono.

Lo sacó del bolsillo.

Desbloqueó la pantalla.

Y permaneció completamente inmóvil.

Había varios mensajes sin leer.

Todos pertenecían a la misma persona.

Skyler.

Desmond sintió que el estómago se le encogía.

—Demonios...

Abrió la conversación.

Su esposa le había escrito varias veces durante la noche.

Primero preguntó si había terminado su reunión con Antrox.

Después quiso saber cuándo regresaría.

Más tarde comenzó a preocuparse.

Los últimos mensajes reflejaban una angustia evidente.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Había olvidado avisarle.

O, mejor dicho, había decidido no hacerlo.

Recordó la conversación con Celia.

La manera en que le había quitado el teléfono cuando intentó escribirle.

Y aquellas palabras que pronunció mientras lo observaba.

«No tienes que decirle todo. No siempre».

En aquel momento, Desmond no había considerado demasiado las consecuencias.

Pero ahora comprendía que Skyler probablemente llevaba horas intentando averiguar dónde se encontraba.

El joven dejó escapar un largo suspiro.

—Qué idiota soy...

Volvió a observar la pantalla.

Después buscó su contacto.

Y la llamó.

No habían transcurrido ni diez segundos cuando la llamada fue respondida.

—¡DESMOND!

El joven apartó ligeramente el teléfono de su oído.

—Hola, amor...

Skyler lo interrumpió inmediatamente.

—¡¿DÓNDE DEMONIOS ESTÁS?!

Su voz estaba cargada de preocupación.

Y también de una molestia completamente comprensible.

Desmond cerró los ojos.

—Skyler, tranquila...

—¡¿CÓMO QUIERES QUE ESTÉ TRANQUILA?!

La muchacha respiró profundamente.

—¡No llegaste a casa!

Hizo una pausa.

—¡Te escribí un montón de veces y no respondiste!

Desmond bajó lentamente la mirada.

Su esposa continuó:

—¡Pensé que te había pasado algo!

Aquellas palabras provocaron una punzada de culpa en su pecho.

El joven respiró profundamente.

—Lo siento, preciosa...

Skyler permaneció callada durante un instante.

Después preguntó nuevamente:

—¿Dónde estás?

Desmond observó el paisaje.

—En el Palacio Gluttora.

Al otro lado de la línea hubo un silencio.

—¿Qué?

El joven continuó:

—Después de hablar con Antrox decidí venir a visitar a Celia.

Hizo una pausa.

—Nos quedamos conversando y se hizo demasiado tarde para regresar.

Skyler permaneció inmóvil al otro lado.

Finalmente, respondió:

—¿Entonces te quedaste a dormir allá?

Desmond asintió inconscientemente.

—Sí.

Su esposa dejó escapar un largo suspiro.

—Desmond...

El joven bajó la mirada.

—¿Sí?

Skyler continuó:

—¿Por qué no me avisaste?

Su tono había disminuido.

Ya no estaba gritando.

Pero continuaba profundamente preocupada.

Desmond contempló el teléfono.

Durante unos segundos permaneció callado.

Finalmente, respondió:

—No quería molestarte con eso.

La muchacha dejó escapar una respiración cansada.

—Amor...

Su voz se volvió más suave.

—No me molestas por avisarme dónde estás.

El joven permaneció inmóvil.

Skyler continuó:

—Eres mi esposo.

Hizo una pausa.

—Si sales en la mañana y no regresas durante la noche, obviamente voy a preocuparme.

Desmond sintió que aquellas palabras le provocaban una tristeza inesperada.

Había pasado tantos años acostumbrado a compartir su vida con ella que, por un momento, había olvidado lo importante que resultaba algo tan sencillo como mantenerla informada.

El joven apoyó una mano sobre la barandilla.

—Tienes razón.

Skyler respiró profundamente.

Después continuó:

—No estoy diciendo que tengas que pedirme permiso para visitar a tus amigos.

Hizo una pausa.

—Solo quiero saber que estás bien.

Su voz se quebró ligeramente.

—Me asusté, Des.

El joven cerró lentamente los ojos.

—Perdóname...

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente, Skyler respondió con mayor tranquilidad.

—Está bien.

Hizo una pausa.

—Solo avísame la próxima vez.

Desmond asintió.

—Lo haré.

La muchacha dejó escapar un pequeño suspiro.

Después preguntó:

—¿Estás bien?

El joven sonrió débilmente.

—Sí, preciosa.

Su voz adquirió un tono cálido.

—Estoy perfectamente.

Skyler pareció relajarse.

—Me alegra...

Desmond contempló el horizonte.

Después añadió:

—Mañana regresaré a casa.

La muchacha respondió con tranquilidad.

—Está bien.

Hizo una pausa.

—Cuídate mucho.

El joven sonrió.

—Tú también.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, Desmond habló nuevamente.

—Te amo, Skyler.

La voz de su esposa se suavizó.

—Yo también te amo, Des.

Después de despedirse, terminaron la llamada.

Desmond permaneció observando el teléfono.

Durante varios segundos contempló la conversación.

Después dejó escapar un largo suspiro.

Guardó el dispositivo.

Y volvió a mirar el paisaje.

Sabía que Skyler tenía razón.

No había sido justo dejarla preocupada durante tantas horas.

Y aunque Celia había sugerido que no necesitaba explicarle todo, Desmond comprendía que aquella decisión le correspondía a él.

Su matrimonio estaba construido sobre años de confianza.

No quería ponerla en riesgo por algo que podía haberse solucionado con un simple mensaje.

El joven dio otra calada al cigarrillo.

Después observó las luces de la ciudad.

Permaneció inmóvil durante varios minutos.

Su mente comenzó a recorrer nuevamente los acontecimientos de la jornada.

Antrox.

Celia.

Tyrone.

Y aquella conversación con Skyler.

Había sido un día extraño.

Lleno de reencuentros.

Recuerdos.

Y emociones que creía haber dejado atrás.

Desmond se acercó a la mesa.

Tomó un pequeño sorbo de té.

Después contempló nuevamente su teléfono.

Una idea comenzó a formarse en su mente.

La música.

Durante los últimos años había continuado escribiendo canciones, pero llevaba bastante tiempo sin improvisar simplemente por diversión.

La universidad ocupaba gran parte de sus días.

Preparar clases.

Revisar trabajos.

Y orientar a sus estudiantes requería una dedicación considerable.

Sin embargo, la pasión por el rap continuaba formando parte de él.

Era una de las pocas cosas que había permanecido constantes desde su adolescencia.

Desmond sonrió.

—Bueno...

Desbloqueó su teléfono.

Buscó entre sus archivos musicales.

Y seleccionó una base instrumental.

Un beat suave comenzó a sonar.

La melodía tenía un carácter tranquilo, acompañada por una percusión ligera y pequeños arreglos que evocaban cierta melancolía.

Desmond escuchó atentamente.

Movió ligeramente la cabeza.

Después sonrió.

—No está mal...

Dejó la taza sobre la mesa.

Se apoyó contra la barandilla.

Y comenzó a seguir el ritmo con los dedos.

Durante los primeros segundos no cantó.

Simplemente escuchó.

Dejó que la melodía se acomodara en su mente.

Después, casi sin pensarlo, las primeras palabras comenzaron a surgir.

—Nueve años caminando, sin saber dónde acabar,
con recuerdos en la espalda que aprendí a soportar.
Vi los sueños derrumbarse, vi otros tantos renacer,
y entendí que hasta en el Infierno se puede volver a creer.

Su voz era tranquila.

No intentaba alcanzar un volumen demasiado alto.

Tampoco buscaba impresionar a nadie.

Simplemente improvisaba.

La música continuó.

Desmond dio una pequeña calada al cigarrillo.

Después siguió:

—Llevo nombres en la sangre, otros dentro del corazón,
un pasado que me sigue, pero ya no es mi prisión.
He perdido tantas cosas que no puedo recuperar,
pero tengo mil razones para nunca abandonar.

El joven sonrió débilmente.

Aquellas palabras le recordaban buena parte de su vida.

Marta.

Miguel.

Rubí.

James.

Y Skyler.

Personas que, de distintas maneras, habían construido la historia que ahora llevaba consigo.

Durante su adolescencia, Desmond había utilizado la música para expresar heridas que todavía no conseguía comprender.

Ahora, a sus veintiocho años, comenzaba a verla también como una manera de reconocer cuánto había conseguido avanzar.

Su vida no había sido sencilla.

Había atravesado pérdidas.

Revelaciones dolorosas.

Y momentos en que pensó que jamás conseguiría sentirse verdaderamente en paz.

Pero ahora tenía una esposa.

Un hogar.

Y una profesión que disfrutaba.

También había aprendido a aceptar su origen sin permitir que los errores de John definieran completamente su existencia.

Desmond continuó improvisando.

Las palabras comenzaron a adquirir mayor fluidez.

No necesitaba consultar ninguna libreta.

Tampoco detenerse para corregir cada verso.

Simplemente dejaba que las ideas surgieran mientras escuchaba el ritmo.

—No me importa si la historia quiso verme fracasar,
si la noche fue tan larga, vi la aurora despertar.
Ya no busco una corona ni un imperio que heredar,
solo quiero a quienes amo y una vida que cuidar.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Recordó la corona que había dejado entre las tumbas de Rubí y Marta.

Aquella decisión había significado mucho más de lo que imaginó inicialmente.

Era su manera de aceptar que no necesitaba convertirse en un aristócrata para reconocer la sangre que llevaba.

Tampoco tenía que renunciar a las enseñanzas de quienes lo habían criado.

Podía ser ambas cosas.

Un Ludendorff por nacimiento.

Y un Lebrozky por la vida que había elegido construir.

Desmond respiró profundamente.

La melodía continuó.

El joven cerró los ojos durante unos segundos.

Y siguió improvisando.

Mientras tanto, en el interior del palacio, alguien más había despertado.

Tyrone.

El joven Ornyx había permanecido en su habitación después de encontrarse con Desmond.

Intentó regresar a sus actividades habituales.

Revisó algunos dibujos.

Acomodó un libro sobre su escritorio.

Y finalmente se sentó sobre la cama.

Sin embargo, no conseguía dejar de pensar en aquel desconocido.

Desmond Lebrozky.

El nombre no le resultaba especialmente familiar.

Tampoco comprendía por qué se encontraba visitando a Celia durante aquellas horas.

Pero había algo extraño en su comportamiento.

No parecía impresionado por encontrarse dentro de uno de los palacios más importantes del Infierno.

Tampoco había intentado intimidarlo.

Simplemente se mostró sorprendido al reconocer su especie.

Después se disculpó por haber entrado a su habitación.

Y se marchó.

Tyrone contempló uno de los peluches que descansaban sobre la cama.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Finalmente, dejó escapar un pequeño suspiro.

Tenía sed.

Se levantó.

Se acomodó las plumas.

Y decidió dirigirse hacia la cocina.

Abrió la puerta cuidadosamente.

El corredor estaba vacío.

Tyrone comenzó a caminar con tranquilidad.

Conocía perfectamente aquellos pasillos.

No necesitaba prestar demasiada atención para orientarse.

Durante el trayecto observó algunas ventanas.

La luz nocturna se reflejaba sobre sus plumas, resaltando los tonos azulados que acompañaban el color morado de su cuerpo.

El muchacho caminó durante varios minutos.

Finalmente, llegó cerca de la cocina.

Sin embargo, antes de entrar, escuchó algo.

Una melodía.

Tyrone se detuvo.

Sus ojos se levantaron inmediatamente.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Al principio pensó que alguien había dejado un equipo musical encendido.

Pero después escuchó una voz.

Una voz masculina.

Acompañada por un ritmo suave.

El Ornyx inclinó ligeramente la cabeza.

La música parecía provenir de uno de los balcones cercanos.

Tyrone avanzó con curiosidad.

No reconocía la canción.

Tampoco conseguía identificar inmediatamente su estilo.

Pero había algo en aquella interpretación que llamó poderosamente su atención.

Los versos hablaban del paso del tiempo.

De recuerdos.

Y de la dificultad de continuar adelante cuando el pasado todavía parecía acompañarte.

El muchacho se acercó lentamente hacia el origen del sonido.

Finalmente, llegó cerca de la entrada del balcón.

Y reconoció a quien estaba cantando.

Desmond.

El mismo desconocido que había encontrado minutos atrás dentro de su habitación.

Tyrone permaneció inmóvil.

Desde aquella distancia podía observarlo claramente.

El joven profesor estaba apoyado contra la barandilla.

Su teléfono reproducía una base instrumental.

Y él continuaba improvisando mientras contemplaba las luces de la ciudad.

Tyrone levantó ligeramente las cejas.

No esperaba encontrarlo haciendo algo semejante.

Durante unos segundos contempló la escena.

Después prestó atención a la letra.

Desmond continuaba cantando.

Sus palabras surgían con una naturalidad extraordinaria.

No parecían formar parte de una interpretación preparada.

Tampoco seguían la rigidez de una composición ensayada durante horas.

Era algo espontáneo.

Una conversación con sus propios recuerdos.

Transformada en música.

Tyrone sintió que una emoción inesperada comenzaba a despertar dentro de él.

Sus ojos brillaron ligeramente.

Escuchó cada verso con atención.

Había algo profundamente fascinante en aquella manera de expresar sentimientos.

No necesitaba explicar directamente las experiencias que habían inspirado las palabras.

Bastaban las imágenes.

Los recuerdos insinuados.

Y la emoción que transmitía mediante su voz.

El muchacho observó cómo Desmond cerraba los ojos durante una de las estrofas.

Después continuaba siguiendo el ritmo con pequeños movimientos de la cabeza.

No parecía estar actuando para un público.

Cantaba porque quería hacerlo.

Porque necesitaba convertir sus pensamientos en algo que pudiera escuchar.

Tyrone permaneció junto a la entrada.

No quiso interrumpir.

A medida que avanzaba la melodía, su curiosidad comenzó a transformarse en admiración.

Nunca había imaginado que una simple improvisación pudiera transmitir tantas emociones.

La música era suave.

Pero las palabras tenían fuerza.

Hablaban de experiencias difíciles.

De aceptar el pasado.

Y de encontrar razones para continuar incluso después de perder cosas importantes.

El Ornyx escuchaba como si cada frase estuviera revelándole algo sobre aquel desconocido.

Desmond no se había percatado de su presencia.

Continuaba contemplando el horizonte.

Su atención permanecía concentrada en el ritmo y en las palabras que surgían espontáneamente.

Finalmente, terminó una estrofa.

Dejó que la base instrumental continuara durante unos segundos.

Después soltó una pequeña risa.

—Vaya...

Observó brevemente su teléfono.

—Todavía tengo algo de práctica.

Tomó su taza de té.

Bebió un pequeño sorbo.

Después volvió a escuchar la melodía.

Parecía estar pensando en nuevas palabras.

Tyrone permaneció completamente inmóvil.

No deseaba que aquella interpretación terminara.

Había salido de su habitación simplemente para buscar algo de beber.

Pero ahora se encontraba escuchando a alguien que parecía poseer una manera extraordinaria de transformar sus experiencias en música.

El muchacho contempló nuevamente a Desmond.

Su mirada había cambiado.

Ya no reflejaba la misma desconfianza con la que lo había recibido dentro de su habitación.

Ahora estaba llena de curiosidad.

Y de una fascinación que apenas comenzaba a comprender.

Desde el balcón, Desmond volvió a seguir el compás.

La música continuaba fluyendo suavemente.

Y el joven profesor permanecía completamente ajeno a que alguien escuchaba cada una de sus palabras.

Tyrone no dijo nada.

Simplemente se quedó allí.

Observando.

Escuchando.

Y descubriendo que aquel extraño visitante podía despertar en él un interés mucho más profundo del que había imaginado.

La madrugada siguió avanzando.

El Palacio Gluttora permanecía envuelto en silencio.

Celia continuaba descansando en su habitación.

Los sirvientes dormían.

Y las luces de la ciudad brillaban a lo lejos, bajo el cielo oscuro del Anillo de la Gula.

En uno de los balcones, Desmond seguía improvisando sin preocuparse por nada más que la música.

A pocos metros, Tyrone permanecía escuchándolo, cautivado por una voz que acababa de descubrir.

Dos personas que, hasta aquella noche, no sabían absolutamente nada la una de la otra.

Un profesor que había aprendido a convivir con sus recuerdos.

Y un joven Ornyx cuya existencia todavía representaba un misterio.

Ninguno podía imaginar qué significaría aquel encuentro con el paso del tiempo.

Tampoco podían saber si volverían a conversar cuando terminara la madrugada.

Pero, por el momento, aquello no importaba.

La música había conseguido despertar una curiosidad que las palabras no habían logrado provocar durante su primer encuentro.

Y Tyrone, que apenas unas horas antes había recibido a Desmond con desconfianza, ahora permanecía escuchándolo con una atención casi hipnótica.

En ese momento, sin que ninguno de los dos lo supiera, una nueva conexión estaba comenzando a forjarse entre dos almas marcadas por el pasado... y tal vez, destinadas a influirse mutuamente.

CAP 26

Donde Duelen los Eternos

La madrugada continuaba extendiéndose sobre el Anillo de la Gula.

Desde los balcones del Palacio Gluttora, las luces de la ciudad formaban un paisaje de tonalidades doradas, rojizas y amarillentas que se perdían en la distancia. Los enormes edificios, decorados con formas extravagantes y estructuras inspiradas en panales, permanecían iluminados a pesar de la hora. Algunos vehículos recorrían las avenidas, mientras el movimiento de los establecimientos nocturnos comenzaba a disminuir lentamente.

El aire era fresco.

Una brisa suave atravesaba las columnas del balcón, arrastrando el aroma dulce que parecía impregnar cada rincón de aquel territorio.

Desmond permanecía apoyado contra la barandilla.

En una de sus manos sostenía un cigarrillo, mientras su teléfono descansaba sobre una pequeña mesa, reproduciendo una base instrumental de ritmo tranquilo.

La música se mezclaba con los sonidos distantes de la ciudad.

El joven profesor había pasado buena parte de la madrugada improvisando versos.

Hacía bastante tiempo que no disfrutaba de un momento semejante.

Sin estudiantes esperando correcciones.

Sin compromisos laborales.

Sin preocuparse por la recepción que pudiera tener una canción.

Simplemente él, sus pensamientos y una melodía que le permitía expresar cuanto llevaba dentro.

A sus veintiocho años, la música había adquirido un significado diferente.

Durante su adolescencia había sido una herramienta para sobrevivir a las dificultades de la comuna 54.

Después se convirtió en una oportunidad profesional.

Más adelante, en una manera de construir su futuro.

Y ahora, aunque había decidido dedicarse a la enseñanza, continuaba siendo uno de los pocos lugares donde podía sentirse completamente libre.

Desmond cerró los ojos durante unos segundos.

Dejó que el ritmo avanzara.

Después comenzó a improvisar nuevamente.

—He caminado entre recuerdos que me niego a sepultar,
porque todo lo que he sido me enseñó cómo avanzar.
Hay heridas que no cierran, pero aprendes a vivir,
y aunque el mundo siga ardiendo, quedan sueños por cumplir.

Su voz era tranquila.

No necesitaba elevarla demasiado.

La base instrumental acompañaba las palabras con una percusión discreta, permitiendo que cada verso encontrara su lugar dentro de la melodía.

Desmond sonrió ligeramente.

Aquella improvisación le recordaba las noches de su juventud, cuando permanecía sentado junto a una ventana escribiendo rimas mientras James descansaba después del trabajo.

En aquella época no tenía demasiado dinero.

Tampoco conocía a Antrox.

Y apenas conseguía imaginar que algún día llegaría a convertirse en profesor de una universidad prestigiosa.

Sin embargo, algo permanecía intacto.

La necesidad de transformar sus pensamientos en música.

El joven dio una última calada al cigarrillo.

Después lo apagó cuidadosamente.

Regresó la mirada hacia el horizonte.

Y continuó siguiendo el ritmo con pequeños movimientos de los dedos.

Pero entonces sintió algo.

Una sensación extraña.

Como si alguien lo estuviera observando.

Desmond abrió lentamente los ojos.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

No había escuchado pasos.

Tampoco alguna voz.

Sin embargo, aquella impresión no desapareció.

Recordó que se encontraba dentro de una residencia enorme, habitada por numerosos trabajadores y personas cuyos horarios desconocía.

No sería extraño que alguien hubiera despertado durante la madrugada.

Aun así, decidió comprobarlo.

La melodía continuaba sonando cuando volvió ligeramente la cabeza.

Y entonces lo vio.

Junto a la entrada del balcón permanecía una figura de plumaje morado.

Sus ojos brillaban bajo la tenue iluminación.

El joven Ornyx que había encontrado anteriormente dentro de aquella habitación decorada con constelaciones estaba observándolo en completo silencio.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Tyrone?

El muchacho se sobresaltó.

Sus plumas se erizaron ligeramente y retrocedió medio paso.

Parecía no haber imaginado que sería descubierto.

Durante unos segundos ambos permanecieron inmóviles.

Tyrone miró hacia el corredor.

Después volvió a observar a Desmond.

Su expresión reflejaba una mezcla de vergüenza y nerviosismo.

El profesor, sin embargo, no parecía molesto.

Simplemente sonrió.

—Hola otra vez.

Tyrone bajó ligeramente la mirada.

—H-hola...

Su voz fue apenas audible.

Desmond observó su postura.

Era evidente que el muchacho no estaba acostumbrado a interactuar con desconocidos.

Durante su primer encuentro había mostrado una actitud desconfiada, casi defensiva.

Ahora, en cambio, parecía avergonzado por haber estado escuchando la música sin anunciar su presencia.

El profesor soltó una pequeña risa.

—No tienes que esconderte.

Tyrone levantó lentamente los ojos.

Desmond señaló con una mano el espacio junto a la barandilla.

—Ven.

Hizo una pausa.

—Puedes acercarte.

El Ornyx permaneció inmóvil.

Parecía estar considerando si debía aceptar la invitación.

Finalmente, dio un pequeño paso.

Después otro.

Y comenzó a caminar lentamente hacia el balcón.

Desmond apagó la música de su teléfono.

El silencio regresó, interrumpido únicamente por la brisa y los sonidos distantes de la ciudad.

Tyrone se detuvo a cierta distancia.

Sus manos permanecían juntas frente a su cuerpo.

Sus ojos recorrían brevemente el entorno, evitando encontrarse demasiado tiempo con la mirada del profesor.

Desmond lo observó con curiosidad.

—¿No podías dormir?

El muchacho tardó unos segundos en responder.

—Tenía sed...

Su voz era baja.

—Bajé a buscar algo de beber.

Desmond asintió.

—Ya veo.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—¿Y terminaste escuchando mi concierto privado?

Tyrone abrió ligeramente los ojos.

Durante un instante pareció preocupado por haber cometido alguna falta.

—¡Yo...!

Se interrumpió.

Después bajó la cabeza.

—L-lo siento...

Desmond soltó una carcajada suave.

—Tranquilo, muchacho.

Se apoyó nuevamente contra la barandilla.

—Estoy bromeando.

Tyrone levantó lentamente la mirada.

El profesor continuó:

—No me molesta que escuches.

Hizo una pausa.

—Al contrario, me alegra que alguien se haya interesado.

Aquellas palabras parecieron tranquilizar un poco al Ornyx.

Sus plumas dejaron de mantenerse tan rígidas.

Sin embargo, todavía parecía buscar la manera de comenzar una conversación.

Desmond decidió darle tiempo.

Tomó su taza de té.

Bebió un pequeño sorbo.

Después volvió a contemplar el horizonte.

Durante algunos segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, Tyrone habló.

—C-cantas bastante bien...

Desmond volvió lentamente la cabeza.

El muchacho mantenía la mirada baja.

Sus dedos se movían nerviosamente.

—Tu improvisación...

Hizo una pausa.

—Es impecable.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

Después sonrió.

—Vaya.

Tyrone pareció avergonzarse todavía más.

—Quiero decir...

Sus plumas se erizaron ligeramente.

—La manera en que encuentras las palabras...

Volvió a callarse.

Desmond aguardó pacientemente.

El muchacho respiró profundamente.

Finalmente consiguió terminar su pregunta.

—¿Cómo aprendiste a hacerlo?

El profesor permaneció pensativo.

Aquella era una pregunta que había escuchado numerosas veces durante su carrera musical.

Sus estudiantes solían interesarse por las técnicas de composición, los ejercicios vocales y las herramientas que utilizaba para desarrollar sus canciones.

Pero Tyrone parecía estar preguntando algo diferente.

No quería conocer únicamente un procedimiento.

Parecía interesado en comprender de dónde provenía aquella facilidad para convertir sentimientos en versos.

Desmond observó brevemente las luces de la ciudad.

Después respondió:

—Desde los siete años.

Tyrone levantó inmediatamente la mirada.

—¿Siete?

El profesor asintió.

—Sí.

Su expresión adquirió un tono nostálgico.

—Comencé a interesarme por la música cuando era bastante pequeño.

Hizo una pausa.

—Aunque, para ser sincero, en aquella época ni siquiera comprendía completamente lo que estaba haciendo.

El muchacho escuchó atentamente.

Desmond continuó:

—Simplemente me gustaba jugar con las palabras.

Buscar rimas.

Inventar pequeñas melodías.

Y repetirlas hasta conseguir que sonaran como yo quería.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Al principio eran cosas bastante malas.

Tyrone abrió ligeramente los ojos.

—¿Malas?

El profesor soltó una carcajada.

—¡Malísimas!

El muchacho dejó escapar una pequeña risa.

Desmond continuó:

—Si escucharas algunas de mis primeras composiciones, probablemente pensarías que las escribió alguien que acababa de descubrir cómo funciona un diccionario.

Tyrone sonrió tímidamente.

La conversación comenzaba a resultarle menos incómoda.

Desmond volvió la mirada hacia el horizonte.

Su sonrisa disminuyó lentamente.

—Pero también había otra razón.

El muchacho inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Cuál?

El profesor permaneció callado durante unos segundos.

Recordó la comuna 54.

Las calles deterioradas.

Las discusiones nocturnas.

La pobreza que había acompañado a su familia durante buena parte de su infancia.

Y, especialmente, aquel séptimo cumpleaños que terminó convirtiéndose en uno de los recuerdos más dolorosos de su existencia.

Desmond respiró profundamente.

—La música era mi escape.

Tyrone permaneció atento.

El joven continuó:

—La vida que tenía entonces era bastante deprimente.

Hizo una pausa.

—Vivía en una comuna donde la violencia era parte de la rutina.

Había días en los que ni siquiera podías caminar tranquilamente por determinadas calles.

El muchacho lo observó con curiosidad.

Desmond continuó:

—Mi familia no tenía demasiado dinero.

Mis padres trabajaban muchísimo.

Y aunque nunca me faltó cariño, había cosas que simplemente no podían evitar.

Su expresión se volvió más seria.

—Después ocurrieron algunas tragedias.

Tyrone permaneció inmóvil.

El profesor bajó lentamente la mirada.

—Perdí a mi padre cuando era niño.

Su voz adquirió un tono apagado.

—Y durante mucho tiempo no entendí por qué.

El Ornyx sintió una punzada de tristeza.

No hizo ninguna pregunta.

Simplemente continuó escuchando.

Desmond respiró profundamente.

—Recuerdo que había noches en las que no conseguía dormir.

Escuchaba los ruidos de la comuna.

Pensaba en mi familia.

Y me preguntaba si algún día las cosas serían diferentes.

Hizo una pausa.

—Entonces comenzaba a escribir.

El muchacho levantó ligeramente la cabeza.

El profesor continuó:

—A veces eran canciones.

Otras veces solamente frases que se me ocurrían.

No importaba demasiado.

Lo importante era que, mientras escribía, conseguía olvidar por un momento todo lo que me preocupaba.

Desmond observó brevemente sus manos.

—En medio de tanta oscuridad, la música fue mi refugio.

Su voz se suavizó.

—Era una de las pocas cosas que me mantenían en pie.

Tyrone permaneció completamente callado.

Había esperado escuchar una historia relacionada con clases de canto, profesores particulares o alguna formación musical extraordinaria.

En cambio, Desmond acababa de explicarle que sus primeras composiciones habían nacido de una necesidad profundamente personal.

El muchacho volvió a observar el teléfono que descansaba sobre la mesa.

Después levantó la mirada.

—Entonces...

Vaciló.

—¿Aprendiste porque estabas triste?

Desmond permaneció pensativo.

Finalmente, negó suavemente con la cabeza.

—No exactamente.

Tyrone inclinó la cabeza.

El profesor continuó:

—La tristeza fue una de las razones por las que empecé a escribir.

Pero no fue lo único que me enseñó.

Hizo una pausa.

—También tuve personas que me apoyaron.

Mi hermano.

Mi madre.

Y, años después, mi esposa.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Ellos me ayudaron a comprender que la música podía representar algo más que sufrimiento.

Tyrone escuchó atentamente.

Desmond continuó:

—Podía escribir sobre lo que me hacía feliz.

Sobre mis sueños.

Sobre las personas que amaba.

O simplemente sobre algo que me pareciera interesante.

Se encogió ligeramente de hombros.

—Con el tiempo fui aprendiendo a improvisar.

Practicaba constantemente.

Escuchaba a otros artistas.

Y trataba de comprender cómo construían sus canciones.

El muchacho asintió lentamente.

—Entonces requiere mucha práctica...

Desmond sonrió.

—Muchísima.

Hizo una pausa.

—Pero también necesitas aprender a escucharte.

Tyrone levantó ligeramente las cejas.

—¿Escucharme?

El profesor asintió.

—Sí.

Su expresión adquirió un tono más reflexivo.

—Puedes aprender todas las técnicas del mundo.

Pero si no sabes qué quieres expresar, probablemente terminarás repitiendo cosas que ya dijeron otras personas.

El muchacho permaneció pensativo.

Desmond continuó:

—Lo importante es encontrar tu propia voz.

No necesariamente una voz perfecta.

Simplemente una que te pertenezca.

Tyrone contempló brevemente la ciudad.

Parecía estar intentando comprender aquellas palabras.

Finalmente, volvió a observar al profesor.

—¿Y cuántos años tienes ahora?

Desmond levantó ligeramente las cejas.

La pregunta lo tomó por sorpresa.

Después soltó una pequeña risa.

—Veintiocho.

El muchacho abrió ligeramente los ojos.

—¿Veintiocho?

El profesor asintió.

—Sí.

Sonrió.

—Aunque a veces siento que tengo muchos más.

Tyrone dejó escapar una pequeña carcajada.

Desmond volvió la cabeza.

—¿Y tú?

El Ornyx se enderezó ligeramente.

—Quince.

El profesor levantó las cejas.

—Vaya.

Hizo una pausa.

—Eres bastante joven.

Tyrone asintió.

—Sí...

Después observó el horizonte.

Su expresión comenzó a cambiar.

Parecía haber recordado algo que despertaba un entusiasmo especial.

—A mí también me gusta aprender cosas.

Desmond sonrió.

—¿Ah, sí?

El muchacho asintió.

—Muchísimo.

Hizo una pausa.

—Aunque no sobre música.

El profesor soltó una pequeña risa.

—Eso ya lo imaginaba.

Tyrone levantó ligeramente la cabeza.

—¿Por qué?

Desmond señaló discretamente hacia el interior del palacio.

—Tu habitación.

El joven Ornyx abrió los ojos.

Después pareció avergonzarse.

—Ah...

El profesor sonrió.

—Tienes una colección bastante impresionante de libros.

Tyrone bajó la mirada.

Durante unos segundos pareció debatirse entre responder o permanecer callado.

Finalmente, habló.

—Me gusta mucho la astronomía.

Su voz adquirió una energía diferente.

Desmond lo observó con atención.

Tyrone continuó:

—Desde pequeño.

Hizo una pausa.

—Me gusta estudiar las estrellas.

Las constelaciones.

Y todo lo relacionado con el espacio.

Sus ojos comenzaron a iluminarse.

—Hay cosas que todavía no comprendemos completamente.

Fenómenos que aparecen en los libros antiguos.

Y teorías que intentan explicar cómo se relacionan los cuerpos celestes.

Desmond permaneció sorprendido.

El muchacho continuó hablando, cada vez con mayor naturalidad.

—A pesar de mi edad, ya he aprendido bastante.

Leo todos los libros que encuentro.

Algunos son difíciles.

Pero si no entiendo algo, vuelvo a leerlo hasta conseguirlo.

El profesor sonrió.

Reconocía perfectamente aquella pasión.

Era la misma que observaba en sus mejores estudiantes cuando hablaban de sus composiciones.

Tyrone continuó:

—También me gusta dibujar mapas de constelaciones.

A veces intento comparar lo que aparece en distintos libros.

Hizo una pausa.

—Y paso horas mirando las estrellas desde la torre del palacio.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Hay una torre de observación?

El muchacho asintió con entusiasmo.

—Sí.

Su expresión se iluminó todavía más.

—Desde allí se puede ver mucho mejor el cielo.

Durante algunas noches permanece bastante despejado.

Y si tienes paciencia, puedes observar cosas que desde las ventanas normales apenas se distinguen.

Desmond escuchó con curiosidad.

—Parece un buen lugar.

Tyrone sonrió.

—Lo es.

Durante unos segundos contempló las luces de la ciudad.

Después continuó:

—Me gusta subir cuando todo está tranquilo.

A veces llevo mis libros.

O mis dibujos.

Y me quedo allí durante horas.

Su voz adquirió un tono soñador.

—Es como si el mundo fuera muchísimo más grande de lo que parece.

Desmond permaneció inmóvil.

Aquellas palabras llamaron especialmente su atención.

El muchacho tenía apenas quince años.

Sin embargo, hablaba de su afición con una sinceridad que resultaba imposible fingir.

No parecía interesado en demostrar que era más inteligente que los demás.

Simplemente disfrutaba aprendiendo.

Deseaba comprender.

Descubrir.

Y observar cosas que muchas personas ignoraban por completo.

Desmond sintió una pequeña nostalgia.

Recordó su propia adolescencia.

Las noches en que escribía canciones mientras imaginaba un futuro diferente.

La manera en que podía pasar horas concentrado en una melodía.

Y aquella emoción que experimentaba cada vez que conseguía terminar una composición.

Tyrone tenía esa misma chispa.

Una curiosidad que parecía alimentarse por sí sola.

El profesor sonrió.

—Eso es bueno.

El muchacho volvió la mirada.

—¿Qué cosa?

Desmond continuó:

—Que tengas algo que te apasione tanto.

Hizo una pausa.

—No todo el mundo encuentra algo así a tu edad.

Tyrone bajó ligeramente la cabeza.

Parecía avergonzado por el cumplido.

—Gracias...

El profesor sonrió.

—De nada.

Después volvió a contemplar el horizonte.

Durante algunos minutos conversaron sobre los intereses del muchacho.

Tyrone le explicó que algunos de sus libros eran antiguos y contenían teorías que habían sido modificadas con el paso de los siglos.

También mencionó que disfrutaba comparar ilustraciones y elaborar sus propios dibujos.

Desmond escuchaba pacientemente.

No comprendía todos los términos utilizados por el joven.

Pero no intentó fingir que los conocía.

Cuando algo le resultaba desconocido, preguntaba.

Y Tyrone respondía con un entusiasmo creciente.

Aquello pareció sorprenderlo.

Estaba acostumbrado a hablar de astronomía con Celia o con algunos sirvientes.

Sin embargo, no siempre encontraba personas dispuestas a escuchar durante demasiado tiempo.

En ocasiones, sus explicaciones resultaban excesivamente detalladas.

O simplemente difíciles de seguir.

Pero Desmond parecía interesado de verdad.

No lo interrumpía innecesariamente.

Tampoco se burlaba cuando mencionaba algún concepto complicado.

Simplemente escuchaba.

Y aquello consiguió que Tyrone comenzara a sentirse más cómodo.

Por primera vez desde que lo encontró dentro de su habitación, dejó de mantener una postura tan defensiva.

Sus movimientos se volvieron más naturales.

Y su voz adquirió una seguridad que no había mostrado anteriormente.

Desmond lo observó con una pequeña sonrisa.

—Definitivamente sabes mucho más de astronomía que yo.

Tyrone soltó una pequeña risa.

—He leído bastante...

El profesor asintió.

—Se nota.

Hizo una pausa.

—Deberías sentirte orgulloso.

El muchacho bajó ligeramente la mirada.

Una sonrisa tímida apareció en su rostro.

—Gracias, Desmond.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

Era la primera vez que Tyrone pronunciaba su nombre sin aquella desconfianza inicial.

Desmond sonrió.

—No hay de qué.

La conversación comenzó a disminuir lentamente.

Ambos permanecieron observando la ciudad.

El viento continuaba recorriendo el balcón.

Y las luces de los edificios brillaban bajo la oscuridad del cielo infernal.

Durante aquellos minutos, Desmond descubrió algo curioso.

Tyrone parecía sentirse cómodo hablando de astronomía.

Pero cuando la conversación se acercaba a asuntos personales, se volvía considerablemente más reservado.

No mencionaba demasiado a sus familiares.

Tampoco explicaba por qué vivía en el palacio.

Y parecía evitar cualquier comentario relacionado con su pasado.

El profesor decidió no presionarlo.

Sin embargo, una pregunta llevaba bastante tiempo rondando su cabeza.

Desde que había llegado aquella tarde, había notado algo extraño en Celia.

La gobernante no era exactamente la misma persona que recordaba.

Seguía siendo cariñosa.

Entusiasta.

Y capaz de conversar durante horas.

Pero detrás de aquella alegría parecía esconderse un cansancio profundo.

Había encontrado su habitación desordenada.

Su cabello descuidado.

Y una tristeza que aparecía incluso cuando intentaba sonreír.

También recordaba las pesadillas.

La necesidad de sentirse protegida.

Y aquella manera en que se aferró a él antes de quedarse dormida.

Todo aquello le resultaba preocupante.

Desmond contempló brevemente las luces de la ciudad.

Después bajó la mirada hacia Tyrone.

Su expresión adquirió un tono más serio.

—Oye, muchacho...

El Ornyx levantó la cabeza.

—¿Sí?

El profesor permaneció callado durante unos segundos.

No sabía si aquella pregunta resultaría demasiado personal.

Pero la preocupación por su amiga terminó imponiéndose.

—¿Puedo preguntarte algo?

Tyrone asintió.

—Claro.

Desmond respiró profundamente.

Después bajó ligeramente la voz.

—¿Qué le pasa a Celia?

El muchacho permaneció inmóvil.

La pregunta pareció tomarlo completamente por sorpresa.

Desmond continuó:

—La conocí hace nueve años.

Y aunque siempre ha sido una persona bastante expresiva, ahora parece diferente.

Hizo una pausa.

—Más distraída.

Más cansada.

Como si algo la estuviera consumiendo por dentro.

Tyrone bajó lentamente la mirada.

Su expresión cambió.

La seguridad con la que había hablado de las estrellas desapareció casi inmediatamente.

Desmond lo observó con preocupación.

—No quiero meterme donde no me corresponde.

Su voz se suavizó.

—Pero es mi amiga.

Hizo una pausa.

—Y me preocupa verla así.

El muchacho permaneció callado.

Durante varios segundos contempló sus propias manos.

Después volvió ligeramente la cabeza hacia las enormes puertas del balcón.

Como si estuviera asegurándose de que nadie escuchara.

Desmond no dijo nada.

Simplemente esperó.

Finalmente, Tyrone dejó escapar un pequeño suspiro.

—Celia...

Su voz adquirió un tono triste.

—Ha pasado por algo horrible.

El profesor sintió que el pecho comenzaba a tensársele.

—¿Qué ocurrió?

Tyrone cerró lentamente los ojos.

Durante unos segundos pareció intentar reunir el valor necesario para responder.

Finalmente, habló.

—Hace poco murió su pareja.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

La noticia lo tomó por sorpresa.

No sabía que Celia hubiera mantenido una relación sentimental durante aquellos años.

Mucho menos que hubiera sufrido una pérdida semejante.

El profesor bajó lentamente la mirada.

—Demonios...

Su voz fue apenas un murmullo.

Tyrone continuó:

—Fue un ajuste de cuentas.

El joven levantó lentamente la cabeza.

—¿Un ajuste de cuentas?

El muchacho asintió.

Su expresión se endureció brevemente.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Eso fue lo que ocurrió.

Desmond permaneció atento.

No formuló preguntas sobre los responsables.

Tampoco intentó averiguar detalles que Tyrone no pareciera dispuesto a compartir.

Simplemente escuchó.

El muchacho contempló el suelo.

Sus plumas comenzaron a inclinarse ligeramente.

—Él era muy importante para Celia.

Su voz se quebró.

—Pero también lo era para mí.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

Tyrone respiró profundamente.

Después continuó:

—Fue quien me crió.

El profesor permaneció inmóvil.

El muchacho levantó lentamente la mirada.

—Desde que era un huevo.

Aquellas palabras provocaron una sorpresa inesperada en Desmond.

Tyrone continuó:

—Siempre estuvo conmigo.

Me cuidó.

Me enseñó muchas cosas.

Y se preocupó por mí incluso cuando no entendía por qué me interesaban tanto algunos temas.

Una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—A veces me decía que iba a terminar llenando todo el palacio de libros.

Desmond permaneció callado.

El muchacho soltó una risa breve.

Pero aquella expresión desapareció rápidamente.

—Era como un padre para mí.

Su voz se volvió más apagada.

—No recuerdo una época en la que él no estuviera.

Desmond sintió una presión dolorosa en el pecho.

Recordó a Miguel.

Las pocas imágenes de su infancia que todavía conservaba.

Su voz.

Sus manos.

Y aquella manera en que siempre encontraba tiempo para escucharlo cuando deseaba mostrarle alguna canción.

Tyrone continuó:

—Cuando tenía alguna pregunta, iba a buscarlo.

Si estaba preocupado, hablaba con él.

Y cuando algo me salía mal, siempre encontraba una forma de hacerme sentir mejor.

Hizo una pausa.

—No importaba si estaba ocupado.

Siempre intentaba escucharme.

El muchacho bajó la mirada.

Sus dedos comenzaron a temblar ligeramente.

—Pero ahora ya no está.

Desmond respiró profundamente.

No necesitaba conocer todos los detalles para comprender lo que aquella ausencia significaba.

Tyrone había perdido a la persona que lo había criado.

La figura a quien consideraba su padre.

Y probablemente una de las pocas personas con quienes había construido un vínculo verdaderamente profundo.

El profesor observó el rostro del muchacho.

Su mirada estaba llena de una tristeza que contrastaba dolorosamente con el entusiasmo que había mostrado al hablar de las estrellas.

—Lo siento mucho, Tyrone.

El Ornyx asintió débilmente.

—Gracias...

Durante varios segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, el muchacho volvió a hablar.

—Y para Celia...

Su voz se quebró nuevamente.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Él era todo.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Tyrone continuó:

—Lo quería muchísimo.

Siempre estaban juntos cuando tenían tiempo.

A veces se escuchaban sus conversaciones desde los corredores.

O sus risas.

Su expresión se entristeció.

—Ella era diferente cuando él estaba aquí.

El profesor permaneció inmóvil.

El muchacho continuó:

—Parecía más tranquila.

Más feliz.

Hizo una pausa.

—Incluso cuando tenía problemas con el gobierno, conseguía olvidarse un rato de todo.

Desmond recordó a Celia durante su primera visita.

Su personalidad alegre.

La confianza con que había defendido a Antrox.

Y aquella necesidad de mantenerse fuerte frente a las responsabilidades que acompañaban su posición.

Ahora comenzaba a comprender que probablemente había existido alguien capaz de ofrecerle un refugio lejos de aquellas obligaciones.

Tyrone respiró profundamente.

—Después de su muerte...

Bajó lentamente la cabeza.

—Todo cambió.

Desmond permaneció atento.

El muchacho continuó:

—Celia se hizo cargo de mí.

Su voz adquirió un tono agradecido.

—No me dejó solo.

Se aseguró de que pudiera continuar viviendo aquí.

Y de que tuviera todo lo que necesitaba.

Hizo una pausa.

—Pero ella...

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Ella no ha conseguido superar lo que ocurrió.

El profesor sintió una tristeza profunda.

Tyrone continuó:

—Al principio intentaba trabajar normalmente.

Recibía documentos.

Hablaba con los sirvientes.

Y se reunía con las personas que necesitaban verla.

Su expresión se volvió más apagada.

—Pero poco a poco empezó a encerrarse.

Desmond recordó inmediatamente la habitación desordenada.

La pijama.

Y el cabello despeinado.

Tyrone continuó:

—Hay días en los que apenas sale.

Otros en los que intenta hacer todo como antes, pero termina agotada.

Y cuando alguien le pregunta qué le pasa...

Hizo una pausa.

—Dice que está bien.

El muchacho negó lentamente con la cabeza.

—Pero no lo está.

Desmond permaneció inmóvil.

Aquella descripción le recordó dolorosamente a Antrox.

Su hermano también había intentado ocultar su sufrimiento.

Había construido una empresa enorme.

Conseguido reconocimiento.

Y ayudado a miles de personas.

Pero seguía sintiéndose vacío.

Ahora Celia parecía estar atravesando una herida diferente.

No relacionada con el rechazo de sus hermanos.

Sino con la pérdida de alguien a quien había amado profundamente.

Tyrone bajó lentamente la voz.

—Por las noches...

Desmond volvió la mirada hacia él.

El muchacho continuó:

—La escucho llorar.

Su voz comenzó a temblar.

—A veces paso por el corredor y puedo oírla desde su habitación.

El profesor sintió un nudo en la garganta.

Tyrone apretó lentamente las manos.

—He intentado acercarme.

Hizo una pausa.

—Pero no me deja entrar.

Sus ojos se humedecieron.

—Dice que necesita estar sola.

Desmond permaneció callado.

El muchacho continuó:

—Y yo...

Tragó saliva.

—No sé qué hacer.

Su voz se quebró.

—No sé cómo ayudarla.

Durante unos segundos intentó contener las lágrimas.

Después bajó la cabeza.

—Ella también lo perdió.

Y sé que está sufriendo muchísimo.

Hizo una pausa.

—Pero cada vez que intento hablar con ella, termina encerrándose nuevamente.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Aquellas palabras le provocaron una tristeza difícil de describir.

Tyrone no solamente había perdido a la persona que consideraba su padre.

También estaba viendo cómo el dolor consumía lentamente a la mujer que había decidido cuidarlo después de aquella tragedia.

Era una carga demasiado grande para un muchacho de quince años.

El profesor respiró profundamente.

Después se acercó ligeramente.

—Tyrone...

El Ornyx levantó los ojos.

Desmond continuó:

—Hay algo que quiero que comprendas.

El muchacho permaneció atento.

—No eres responsable de conseguir que Celia deje de sufrir.

Tyrone bajó lentamente la mirada.

El profesor continuó:

—Puedes acompañarla.

Preocuparte por ella.

Y demostrarle que no está sola.

Hizo una pausa.

—Pero no puedes obligarla a sentirse mejor.

El muchacho permaneció pensativo.

Desmond se apoyó suavemente contra la barandilla.

—Cuando perdemos a alguien importante, a veces no sabemos qué hacer con todo lo que sentimos.

Su voz adquirió un tono más personal.

—Hay momentos en los que queremos hablar.

Y otros en los que ni siquiera soportamos escuchar ciertas palabras.

Tyrone lo observó.

El profesor continuó:

—Eso no significa que dejemos de querer a quienes intentan ayudarnos.

Hizo una pausa.

—Simplemente estamos intentando comprender cómo seguir viviendo con una ausencia que no sabemos aceptar.

El muchacho permaneció callado.

Finalmente, preguntó:

—¿Tú también has perdido a alguien?

Desmond sintió que el corazón se le oprimía.

Durante unos segundos contempló las luces de la ciudad.

Después asintió lentamente.

—Sí.

Su voz fue tranquila.

—A varias personas.

Tyrone levantó ligeramente la cabeza.

El profesor continuó:

—Mi padre murió cuando era niño.

Y años después perdí a mi madre.

Hizo una pausa.

—También descubrí cosas sobre mi familia biológica que me costó muchísimo aceptar.

El muchacho permaneció atento.

Desmond respiró profundamente.

—Sé lo que significa despertar y recordar que alguien ya no está.

Su expresión se entristeció.

—Y sé lo difícil que resulta continuar con tu vida cuando todavía quisieras tener a esa persona cerca.

Tyrone bajó lentamente la mirada.

—Sí...

Su voz fue apenas un susurro.

—Es exactamente eso.

Durante varios segundos permanecieron en silencio.

Desmond no intentó llenar aquel espacio con frases optimistas.

Sabía que algunas heridas no podían aliviarse simplemente asegurando que todo terminaría bien.

Había aprendido aquella lección durante la enfermedad de Marta.

Y también después de su muerte.

A veces lo único verdaderamente importante era permitir que alguien hablara sin sentirse juzgado.

Finalmente, Tyrone levantó lentamente la mirada.

—Desmond...

El profesor volvió la cabeza.

—¿Sí?

El muchacho vaciló.

Después preguntó:

—¿Crees que Celia volverá a ser como antes?

Desmond permaneció pensativo.

Aquella era una pregunta difícil.

No quería ofrecerle una promesa que no pudiera cumplir.

Tampoco deseaba quitarle toda esperanza.

Finalmente, respondió:

—No lo sé, Tyrone.

El muchacho bajó ligeramente la cabeza.

El profesor continuó:

—Puede que nunca vuelva a ser exactamente la misma.

Hizo una pausa.

—Perder a alguien importante nos cambia.

A veces de maneras que ni siquiera comprendemos.

Tyrone permaneció atento.

Desmond sonrió débilmente.

—Pero eso no significa que no pueda volver a encontrar motivos para sonreír.

El muchacho levantó lentamente los ojos.

El profesor continuó:

—Quizás necesite tiempo.

Quizás necesite hablar.

Y probablemente necesite aceptar que puede seguir viviendo sin dejar de querer a la persona que perdió.

Tyrone respiró profundamente.

Durante unos segundos contempló el horizonte.

Después asintió lentamente.

—Entiendo...

Desmond observó su expresión.

—¿Estarás bien?

El muchacho permaneció inmóvil.

Finalmente, una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—Lo intentaré.

El profesor asintió.

—Eso es suficiente por ahora.

Durante algunos segundos permanecieron juntos, contemplando la ciudad.

Pero Desmond ya no conseguía disfrutar del paisaje de la misma manera.

La noticia había cambiado completamente sus pensamientos.

Recordó a Celia abriendo la puerta de su habitación.

El entusiasmo exagerado con que lo había abrazado.

Y aquella disculpa que pronunció mientras intentaba acomodarse el cabello.

«Últimamente he sido un desastre».

Ahora aquellas palabras tenían un significado diferente.

No era simplemente torpeza.

Tampoco cansancio administrativo.

Era una mujer intentando sobrevivir a la pérdida de alguien que había representado una parte fundamental de su existencia.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Recordó cómo Celia había hablado durante horas.

Contándole pequeñas anécdotas.

Mostrándose alegre.

Y evitando permanecer demasiado tiempo en silencio.

Quizás aquella conversación había sido una de las pocas oportunidades que había tenido para distraerse de sus recuerdos.

Después recordó la noche.

La manera en que se acercó lentamente.

Y cómo terminó abrazándolo mientras confesaba que sufría pesadillas.

El joven sintió una presión dolorosa en el pecho.

No sabía qué imágenes aparecían en aquellos sueños.

Pero ahora podía comprender por qué Celia necesitaba sentirse acompañada.

Desmond respiró profundamente.

Finalmente, se incorporó.

Su expresión había adquirido una determinación tranquila.

Tyrone levantó ligeramente la cabeza.

—¿Desmond?

El profesor volvió la mirada.

—¿Sí?

El muchacho observó que comenzaba a recoger sus pertenencias.

—¿A dónde vas?

Desmond guardó su teléfono.

Después respondió:

—A hablar con Celia.

Tyrone permaneció inmóvil.

—¿Ahora?

El joven asintió.

—Sí.

El Ornyx bajó ligeramente la mirada.

Parecía preocupado.

—Pero...

Hizo una pausa.

—Ella no suele dejar que nadie se acerque cuando está así.

Desmond lo observó con comprensión.

—Lo sé.

Su expresión se suavizó.

—No voy a obligarla a hablar.

Tyrone permaneció atento.

El profesor continuó:

—Solo quiero que sepa que no tiene que pasar por esto completamente sola.

El muchacho contempló sus manos.

Después levantó lentamente los ojos.

—Está bien...

Su voz fue baja.

Desmond sonrió.

—Y gracias por contarme lo que ocurrió.

Tyrone asintió.

—De nada...

El profesor recogió su taza.

Después se dirigió hacia la entrada del balcón.

Sin embargo, antes de abandonar el lugar, volvió ligeramente la cabeza.

—Oye, Tyrone.

El muchacho levantó la mirada.

—¿Sí?

Desmond sonrió.

—No abandones lo de las estrellas.

El Ornyx permaneció sorprendido.

El profesor continuó:

—Tienes una pasión extraordinaria por la astronomía.

Hizo una pausa.

—Sería una lástima que dejaras de disfrutarla.

Tyrone sintió una emoción inesperada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—No lo haré.

Desmond asintió.

—Me alegra.

Después se volvió.

Y abandonó el balcón.

El joven Ornyx permaneció inmóvil durante varios segundos.

Observó el lugar donde Desmond había estado improvisando.

Después volvió la mirada hacia el horizonte.

La conversación había comenzado con una simple pregunta sobre música.

Y había terminado removiendo recuerdos que llevaba demasiado tiempo intentando mantener bajo control.

Tyrone respiró profundamente.

Pensó en el hombre que lo había criado.

En sus enseñanzas.

Y en las noches en que ambos habían conversado sobre las estrellas.

Una tristeza profunda recorrió su pecho.

Pero también recordó las palabras de Desmond.

No podía obligar a Celia a dejar de sufrir.

Sin embargo, podía continuar acompañándola.

Demostrarle que seguía allí.

Y esperar que, con el tiempo, encontrara la manera de aceptar aquella ausencia.

El muchacho contempló el cielo.

Una pequeña sonrisa nostálgica apareció en su rostro.

Después regresó lentamente al interior del palacio.

Mientras tanto, Desmond caminaba por los corredores.

Sus pasos resonaban suavemente sobre el suelo de mármol.

Las lámparas continuaban proyectando una iluminación tenue.

Y las sombras de las columnas se extendían a lo largo de las paredes.

Sin embargo, el joven apenas prestaba atención al entorno.

Su mente estaba concentrada en Celia.

Recordó la primera vez que la conoció.

Su sonrisa.

La manera en que había recibido a Antrox.

Y aquella hospitalidad con la que terminó ofreciéndole un lugar dentro del palacio.

Después recordó la conversación que compartieron durante su primera estancia.

Celia le había contado cómo Antrox había sido despreciado por sus hermanos.

Cómo recibió la responsabilidad de supervisar a los sabuesos infernales como una forma de apartarlo.

Y cómo terminó transformando aquella humillación en un proyecto destinado a ayudar a quienes también habían sido marginados.

Desmond recordaba la preocupación con que hablaba de él.

Celia siempre había intentado proteger a su hermano.

Incluso cuando sus responsabilidades como gobernante exigían buena parte de su tiempo.

Ahora, sin embargo, parecía ser ella quien necesitaba ayuda.

El joven sintió una tristeza profunda.

Durante años había considerado a Celia una persona extraordinariamente fuerte.

Alguien capaz de mantener la calma incluso cuando Valerio intentaba humillar públicamente a Antrox.

Pero aquella noche estaba aprendiendo algo que debería haber comprendido desde mucho antes.

La fortaleza no impedía sentir dolor.

Y las personas acostumbradas a cuidar de los demás también podían necesitar que alguien las cuidara.

Desmond continuó caminando.

Pensó en su propia experiencia después de perder a Marta.

Había pasado semanas intentando convencerse de que podía soportarlo todo.

Que debía mantenerse firme.

Que no tenía derecho a derrumbarse porque James y Skyler también estaban sufriendo.

Pero aquella actitud solamente había conseguido agotarlo.

Durante mucho tiempo confundió mantenerse fuerte con negarse a llorar.

Hasta que finalmente comprendió que el dolor no desaparecía por ignorarlo.

Ahora Celia parecía estar atrapada dentro de una lucha semejante.

Desmond respiró profundamente.

No sabía si conseguiría ayudarla.

Tampoco tenía respuestas para todas las preguntas que probablemente aparecerían durante la conversación.

Pero había algo que sí podía ofrecerle.

Su compañía.

La misma que Skyler le había ofrecido durante sus momentos más difíciles.

El joven llegó finalmente al corredor privado.

Reconoció la puerta de la habitación principal.

Se detuvo frente a ella.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Recordó las palabras de Tyrone.

«Por las noches, la escucho llorar».

Desmond sintió un nudo en la garganta.

Después extendió lentamente una mano.

Giró el picaporte con cuidado.

Y abrió la puerta.

La habitación permanecía oscura.

La luz nocturna atravesaba parcialmente las cortinas, permitiendo distinguir los muebles y la enorme cama redonda.

Desmond entró lentamente.

Cerró la puerta detrás de él.

Y permaneció inmóvil.

Celia estaba despierta.

La gobernante descansaba de lado, abrazando una almohada con los brazos y las piernas.

Su cabello caía desordenado sobre las sábanas.

Y su rostro permanecía parcialmente escondido contra la tela.

Al principio, Desmond pensó que simplemente estaba intentando volver a dormir.

Pero entonces observó sus hombros.

Se movían ligeramente.

Su respiración era irregular.

Y, aunque no emitía ningún sonido evidente, pequeñas lágrimas humedecían la almohada que sostenía contra su rostro.

Estaba llorando.

En silencio.

Como si incluso dentro de su propia habitación intentara evitar que alguien descubriera cuánto estaba sufriendo.

Desmond sintió que el pecho se le oprimía.

Durante varios segundos permaneció junto a la entrada.

No sabía cómo comenzar.

Había imaginado encontrar a Celia despierta.

Quizás sentada frente a una ventana.

O intentando distraerse con alguna actividad.

Pero contemplarla de aquella manera le provocó una tristeza mucho más profunda.

La mujer que durante el día había hablado con entusiasmo sobre sus clases de piano ahora permanecía acurrucada sobre la cama, abrazando una almohada como si fuera lo único que todavía podía ofrecerle algo de consuelo.

Desmond respiró profundamente.

Después comenzó a acercarse.

Sus pasos fueron suaves.

No quería asustarla.

Celia no levantó la cabeza.

Sin embargo, cuando el colchón se hundió ligeramente bajo el peso del joven, su cuerpo se tensó.

Desmond había tomado asiento junto a ella.

Durante unos segundos ninguno habló.

La gobernante continuó abrazando la almohada.

Sus dedos apretaron la tela con mayor fuerza.

Parecía saber quién estaba a su lado.

Pero no se atrevía a mirarlo.

Desmond permaneció inmóvil.

Contempló brevemente su cabello.

Después bajó lentamente la mirada.

—Celia...

Su voz fue suave.

La mujer no respondió.

Simplemente intentó controlar su respiración.

Desmond esperó unos segundos.

Finalmente, volvió a hablar.

—Ya sé lo que pasó.

Celia permaneció completamente inmóvil.

La frase pareció atravesar el silencio de la habitación.

Durante unos segundos ni siquiera se escuchó el movimiento de las sábanas.

Después la gobernante apretó todavía más la almohada.

Desmond respiró profundamente.

—Tyrone me contó lo de tu pareja.

Su voz adquirió una tristeza sincera.

—Lamento muchísimo lo ocurrido.

Celia cerró los ojos.

Una nueva lágrima descendió por su mejilla.

El joven continuó:

—No puedo imaginar exactamente cuánto te está doliendo.

Hizo una pausa.

—Pero sé lo que significa perder a alguien importante.

La mujer permaneció callada.

Desmond observó sus hombros temblorosos.

Después habló con una dulzura que rara vez mostraba fuera de su círculo más cercano.

—Estoy aquí para ti.

Su voz fue tranquila.

—Para lo que necesites.

No tienes que cargar con todo esto sola.

Durante varios segundos no hubo respuesta.

Finalmente, desde la almohada llegó un susurro.

—Gracias...

La voz de Celia estaba rota.

Apenas consiguió pronunciar aquella palabra antes de que su respiración volviera a quebrarse.

Desmond sintió una punzada en el pecho.

Permaneció sentado durante unos segundos.

Después se acomodó lentamente sobre la cama.

Se acostó a su lado, procurando mantenerse frente a ella.

Celia continuaba con el rostro escondido.

Desmond levantó una mano.

La acercó suavemente hacia su cabello.

Durante unos segundos vaciló.

Después comenzó a acariciarlo con delicadeza.

—Celia...

La mujer abrió ligeramente los ojos.

Su mirada estaba enrojecida.

Las lágrimas todavía humedecían sus mejillas.

Desmond le ofreció una pequeña sonrisa.

No una sonrisa alegre.

Ni una expresión destinada a fingir que todo estaba bien.

Simplemente un gesto tranquilo.

Una manera de recordarle que no estaba siendo juzgada.

El joven extendió uno de sus brazos.

Lo colocó suavemente alrededor de su cabeza.

Y la acercó hacia su pecho.

Celia permaneció sorprendida.

Durante unos segundos no supo cómo reaccionar.

Finalmente, levantó lentamente la mirada.

—¿Qué haces...?

Su voz carecía de fuerza.

Desmond la observó con ternura.

—Quiero que te desahogues.

La mujer permaneció inmóvil.

El joven continuó:

—No tienes que fingir conmigo.

Hizo una pausa.

—Si necesitas llorar, llora.

Si quieres hablar de él, háblame.

Y si simplemente necesitas que alguien te escuche, también puedo hacerlo.

Celia sintió que los ojos comenzaban a llenársele nuevamente de lágrimas.

Desmond acarició suavemente su cabello.

—No guardes más ese dolor.

Su voz se volvió todavía más cálida.

—No tienes que demostrarme que eres fuerte.

La mujer intentó responder.

Sus labios se movieron.

Pero ninguna palabra consiguió salir.

Durante varios segundos permaneció observándolo.

Después su expresión comenzó a quebrarse.

Era como si aquellas palabras hubieran alcanzado una parte de ella que llevaba demasiado tiempo intentando mantener protegida.

Celia cerró los ojos.

Su respiración comenzó a acelerarse.

Una lágrima recorrió su mejilla.

Después otra.

Y finalmente dejó escapar un sollozo.

Desmond no dijo nada.

Simplemente mantuvo el abrazo.

La gobernante intentó contenerse durante unos segundos.

Pero ya no pudo.

Rompió en llanto.

Un llanto profundo.

Descontrolado.

Muy diferente de las lágrimas silenciosas que había estado derramando antes de que Desmond regresara.

Su cuerpo comenzó a temblar.

Sus manos se aferraron a la camisa del joven.

Y su rostro terminó escondido contra su pecho.

Desmond cerró lentamente los ojos.

La abrazó con mayor firmeza.

No intentó detenerla.

Tampoco le pidió que se tranquilizara.

Comprendía que llevaba demasiado tiempo reprimiendo aquella desesperación.

Y que, por primera vez en mucho tiempo, quizás se sentía lo suficientemente segura como para permitir que alguien la viera completamente vulnerable.

Celia continuó llorando.

Sus sollozos resonaban suavemente dentro de la habitación.

Las lágrimas comenzaron a humedecer la camisa de Desmond.

Pero al joven no pareció importarle.

Simplemente acariciaba su cabello.

Con movimientos lentos.

Tranquilos.

Intentando ofrecerle una sensación de seguridad que ninguna palabra parecía capaz de reemplazar.

Pasaron varios minutos.

Finalmente, Celia consiguió pronunciar algo.

—Lo amaba...

Su voz se quebró.

Desmond bajó lentamente la mirada.

La mujer continuó:

—Lo amaba muchísimo, Desmond...

Sus manos apretaron nuevamente la tela.

—Muchísimo...

El joven permaneció en silencio.

Celia respiró con dificultad.

Después continuó:

—Amaba su voz.

Su forma de hablar.

Sus bromas...

Una pequeña risa dolorosa escapó de sus labios.

—No era precisamente el hombre más guapo del Infierno...

Desmond observó su expresión.

La mujer intentó sonreír.

Pero el gesto terminó convirtiéndose en otro sollozo.

—Ni siquiera era especialmente elegante.

Hizo una pausa.

—A veces decía las cosas más absurdas que puedas imaginar.

Sus lágrimas continuaron cayendo.

—Pero me hacía reír...

Su voz se quebró nuevamente.

—Siempre encontraba una manera de hacerme reír.

Desmond sintió una tristeza profunda.

Celia continuó:

—Podía pasar todo el día trabajando.

Escuchando problemas.

Tomando decisiones.

Y soportando a personas que solamente se acercaban porque necesitaban algo de mí.

Hizo una pausa.

—Pero cuando estaba con él...

Su expresión se suavizó.

—Todo parecía más sencillo.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después levantó lentamente la mirada hacia Desmond.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Me hacía sentir cómoda.

Hizo una pausa.

—Amada.

Su voz se convirtió en un susurro.

—Como si no necesitara demostrar absolutamente nada.

Desmond acarició suavemente su cabello.

Celia continuó:

—Él me entendía.

Incluso cuando yo no conseguía entenderme a mí misma.

La mujer bajó lentamente la cabeza.

—Sabía cuándo necesitaba hablar.

Y cuándo simplemente quería estar en silencio.

Una nueva lágrima recorrió su mejilla.

—A veces ni siquiera teníamos que decirnos nada.

Su respiración se volvió irregular.

—Podíamos quedarnos juntos durante horas.

Y yo me sentía feliz.

Desmond permaneció callado.

Comprendía que Celia no estaba hablando únicamente de una relación sentimental.

Estaba describiendo un refugio.

Un lugar donde podía abandonar por unas horas el peso de su autoridad.

Una persona frente a la cual no necesitaba actuar como gobernante.

Ni como Pecado Capital.

Simplemente podía ser ella misma.

Celia cerró lentamente los ojos.

—Y ahora...

Su voz comenzó a temblar.

—Ahora ya no está.

Desmond sintió una presión dolorosa en el pecho.

La mujer apretó los puños.

—No volveré a escucharlo llegar.

No volverá a hacer esas bromas estúpidas.

Ni a preguntarme cómo estuvo mi día.

Su respiración comenzó a acelerarse.

—No volveré a verlo sentado esperando a que termine de trabajar.

Hizo una pausa.

—Ni a escuchar su voz diciéndome que todo estará bien.

Celia comenzó a llorar nuevamente.

—Se fue...

Su voz se quebró.

—Y no puedo hacer absolutamente nada para cambiarlo.

Desmond la abrazó con mayor fuerza.

La gobernante permaneció escondida contra su pecho.

Durante varios segundos solamente se escucharon sus sollozos.

Finalmente, continuó:

—¿Sabes qué es lo peor?

El joven bajó lentamente la mirada.

—Dime.

Celia respiró profundamente.

—Que soy inmortal.

Aquellas palabras quedaron suspendidas entre ambos.

Desmond permaneció inmóvil.

La mujer continuó:

—He vivido durante tanto tiempo que a veces siento que los siglos se confunden unos con otros.

He visto cambiar ciudades.

Desaparecer familias.

Y morir a personas que alguna vez creí que estarían conmigo para siempre.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas nuevamente.

—He tenido que despedirme demasiadas veces.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Celia continuó:

—Y cada vez es igual.

Su voz adquirió una desesperación profunda.

—Cada vez que quiero a alguien, una parte de mí sabe que existe la posibilidad de perderlo.

Hizo una pausa.

—Pero aun así termino encariñándome.

Porque no quiero vivir toda mi existencia sin sentir nada.

La mujer comenzó a temblar.

—Y entonces pasa...

Su voz se quebró.

—Otra vez.

Desmond permaneció en silencio.

Celia levantó la mirada.

Sus ojos estaban enrojecidos.

—A veces odio ser inmortal.

El profesor sintió un escalofrío.

La gobernante continuó:

—Todo el mundo habla de la eternidad como si fuera un regalo.

Como si tener poder y vivir para siempre significara que nunca podrás sufrir.

Su expresión se endureció entre lágrimas.

—Pero no entienden lo que significa ver cómo las personas que amas desaparecen mientras tú continúas aquí.

Su voz comenzó a elevarse.

—¡No entienden lo que es recordar voces que jamás volverás a escuchar!

Desmond la sostuvo con delicadeza.

Celia continuó:

—¡Ni lo que significa entrar a una habitación y recordar que alguien debería estar allí!

Su respiración se volvió irregular.

—¡O despertarte y buscarlo a tu lado, solamente para descubrir que ya no existe!

La mujer rompió nuevamente en llanto.

Desmond cerró los ojos.

No encontró palabras que pudieran aliviar aquella desesperación.

Y, por una vez, decidió no buscarlas.

Celia necesitaba hablar.

Necesitaba expresar cuanto llevaba demasiado tiempo reprimiendo.

El joven acarició lentamente su cabello.

Después le susurró:

—Te escucho...

La gobernante apretó su camisa.

—He visto morir a tantos que amé...

Su voz fue apenas audible.

—Tantos...

Hizo una pausa.

Después levantó la mirada.

El miedo que reflejaban sus ojos resultaba desgarrador.

—Y no aguantaría otra pérdida.

Su voz comenzó a quebrarse.

—¡No otra vez!

Desmond sintió que el corazón se le oprimía.

Celia volvió a esconder el rostro contra su pecho.

—No quiero...

Soltó un sollozo.

—No quiero seguir perdiendo a las personas que amo...

El profesor la abrazó con mayor firmeza.

Durante varios segundos permaneció inmóvil, permitiendo que la mujer llorara.

Pensó en Marta.

En la manera en que su ausencia había transformado completamente la casa.

En las mañanas cuando todavía esperaba escucharla desde la cocina.

Y en aquellas ocasiones en las que algún recuerdo cotidiano conseguía devolverle una tristeza que creía haber aprendido a controlar.

Comprendía parte del dolor de Celia.

Pero también sabía que existía una diferencia imposible de ignorar.

Él era mortal.

Su vida tenía un principio y, eventualmente, tendría un final.

Celia, en cambio, estaba condenada a contemplar el paso del tiempo desde una existencia que parecía no terminar nunca.

Podía construir vínculos.

Amar.

Y compartir siglos de recuerdos.

Pero aquello también significaba enfrentarse repetidamente a despedidas que nadie debería considerar sencillas.

Desmond respiró profundamente.

Finalmente, habló.

—Celia...

La mujer levantó ligeramente la cabeza.

El joven la observó con ternura.

—No voy a decirte que entiendo completamente lo que sientes.

Hizo una pausa.

—Porque sería mentira.

Celia permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Yo también he perdido personas importantes.

Y sé lo mucho que duele.

Pero no he vivido durante siglos.

No he tenido que enfrentarme a tantas despedidas como tú.

Su expresión se suavizó.

—Lo único que puedo hacer es escucharte.

La mujer sintió que una nueva lágrima recorría su mejilla.

El profesor continuó:

—Y acompañarte mientras intentas encontrar una manera de seguir adelante.

Celia bajó lentamente la mirada.

Durante unos segundos permaneció callada.

Después volvió a hablar.

—Él era mi refugio...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond acarició suavemente su cabeza.

La mujer continuó:

—Me enseñó que podía amar.

Que no necesitaba estar siempre preocupada por mis responsabilidades.

Hizo una pausa.

—Que incluso alguien como yo podía bajar la guardia.

El joven permaneció atento.

Celia levantó lentamente la mirada.

—¿Sabes lo difícil que es eso?

Desmond negó suavemente con la cabeza.

La mujer continuó:

—Todos esperan algo de mí.

Los habitantes de mi anillo.

Los funcionarios.

Los demás Pecados Capitales.

Incluso Anthony, aunque jamás haya sido su intención.

Su expresión adquirió una tristeza profunda.

—Todos necesitan que Celia sea fuerte.

Que encuentre soluciones.

Que mantenga el orden.

Que sonría.

Y que consiga arreglar cualquier problema.

Desmond permaneció inmóvil.

Celia respiró profundamente.

—Pero con él...

Su voz se quebró.

—Con él no tenía que ser nada de eso.

Una lágrima descendió lentamente por su mejilla.

—Podía estar cansada.

Enojada.

Triste.

O simplemente no tener ganas de hablar con nadie.

Hizo una pausa.

—Y aun así me quería.

Desmond sintió una emoción profunda.

La gobernante continuó:

—No le importaba si ese día había tomado buenas decisiones.

Ni si había cometido errores.

Tampoco necesitaba que estuviera perfectamente arreglada.

Su voz adquirió una ternura dolorosa.

—Simplemente quería estar conmigo.

Durante varios segundos permaneció callada.

Después una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—A veces llegaba a mi habitación y me encontraba trabajando.

Se sentaba cerca.

Y esperaba.

Desmond escuchó atentamente.

Celia continuó:

—Yo le decía que estaba ocupada.

Que tenía documentos que revisar.

O reuniones que preparar.

Hizo una pausa.

—Y él solamente respondía que no tenía prisa.

La mujer soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—Podía quedarse allí muchísimo tiempo.

Sin interrumpirme.

Simplemente acompañándome.

Su sonrisa desapareció lentamente.

—Ahora extraño incluso eso.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

Celia continuó:

—Extraño saber que había alguien esperándome.

Su voz volvió a quebrarse.

—Alguien que no quería nada de mí.

Solamente estar a mi lado.

El profesor permaneció inmóvil.

Comprendió que aquella ausencia había destruido mucho más que una relación.

Celia había perdido un espacio donde podía sentirse comprendida sin necesidad de mantener la imagen de una gobernante perfecta.

Y ahora parecía estar intentando recuperar aquella seguridad sin saber cómo hacerlo.

La mujer cerró lentamente los ojos.

—Estoy rota, Desmond...

Su voz fue apenas audible.

El joven sintió una punzada en el pecho.

Celia continuó:

—No sé cómo seguir.

Hizo una pausa.

—Me levanto y trato de hacer lo mismo que hacía antes.

Reviso documentos.

Escucho a mis trabajadores.

Intento ocuparme de Anthony.

Y de Tyrone.

Pero siento que una parte de mí desapareció con él.

Desmond la observó con tristeza.

La mujer continuó:

—Hay días en los que ni siquiera tengo ganas de salir de esta habitación.

No quiero recibir visitas.

No quiero hablar con nadie.

Y cuando alguien intenta acercarse...

Bajó lentamente la mirada.

—Termino apartándolo.

Desmond recordó las palabras de Tyrone.

«Ni siquiera me deja entrar».

Celia respiró profundamente.

—Sé que no está bien.

Sé que Tyrone también lo extraña.

Y que probablemente necesita hablar conmigo.

Pero...

Su voz volvió a quebrarse.

—A veces no tengo fuerzas ni para consolarme a mí misma.

El profesor sintió que aquellas palabras le provocaban una tristeza especial.

Pensó en el muchacho de quince años que acababa de conocer.

En su pasión por la astronomía.

Y en aquella manera en que había intentado ocultar su propio dolor mientras explicaba lo ocurrido con la pareja de Celia.

Desmond comprendía que ambos estaban sufriendo.

Y que, aunque vivían bajo el mismo techo, cada uno parecía estar enfrentando aquella pérdida en soledad.

Sin embargo, decidió no convertir aquel momento en un reproche.

Celia no necesitaba escuchar que estaba fallándole a alguien.

Ya parecía estar castigándose demasiado por sus propias dificultades.

El joven acarició suavemente su cabello.

Después habló.

—No tienes que resolverlo todo esta noche.

Celia levantó lentamente los ojos.

Desmond continuó:

—Ni mañana.

Hizo una pausa.

—Has perdido a alguien que significaba muchísimo para ti.

No puedes exigirte estar bien simplemente porque tienes responsabilidades.

La mujer permaneció inmóvil.

El profesor continuó:

—Pero tampoco tienes que encerrarte para siempre dentro de ese dolor.

Su voz fue suave.

—Hay personas que todavía te quieren.

Celia bajó lentamente la mirada.

Desmond continuó:

—Anthony te quiere.

Tyrone también.

Y estoy seguro de que hay muchas otras personas que se preocupan sinceramente por ti.

La mujer permaneció callada.

El joven sonrió débilmente.

—No tienes que dejar de querer a quien perdiste para permitir que quienes siguen aquí te acompañen.

Aquellas palabras parecieron alcanzar algo dentro de Celia.

Su expresión cambió lentamente.

Durante varios segundos contempló el rostro del profesor.

Después una nueva lágrima descendió por su mejilla.

—Tengo miedo...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond acarició suavemente su cabeza.

—Lo sé.

La mujer continuó:

—Tengo miedo de volver a querer a alguien.

Hizo una pausa.

—Porque sé que algún día podría perderlo también.

El joven respiró profundamente.

No respondió inmediatamente.

Comprendía que aquella era una preocupación imposible de resolver mediante una promesa sencilla.

La vida siempre contenía incertidumbre.

Y el amor no ofrecía garantías contra la pérdida.

Sin embargo, también sabía que negarse a construir vínculos por miedo a perderlos podía convertirse en otra forma de sufrimiento.

Finalmente, habló.

—Celia...

La mujer levantó la mirada.

—No podemos controlar cuánto tiempo permanecerán las personas a nuestro lado.

Hizo una pausa.

—Pero sí podemos decidir qué hacemos con el tiempo que compartimos con ellas.

La gobernante permaneció atenta.

Desmond continuó:

—Yo daría cualquier cosa por volver a conversar con Marta.

Por escucharla llamarme desde la cocina.

O por sentarme con Miguel una vez más.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Pero no puedo.

Bajó lentamente la mirada.

—Y durante mucho tiempo me dolió tanto que apenas conseguía pensar en otra cosa.

Celia escuchaba en silencio.

El profesor continuó:

—Después comprendí que había algo que todavía conservaba.

La mujer inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué...?

Desmond sonrió débilmente.

—Todo lo que me enseñaron.

Sus recuerdos.

Y la manera en que cambiaron mi vida.

Hizo una pausa.

—No desaparecieron completamente de mí.

Celia cerró lentamente los ojos.

Desmond continuó:

—Eso no elimina la tristeza.

Ni hace que dejemos de extrañarlos.

Pero al menos nos recuerda que haberlos conocido significó algo.

La gobernante respiró profundamente.

Durante algunos segundos permaneció contemplándolo.

Después volvió a apoyar la cabeza contra su pecho.

Sus manos se aferraron suavemente a la camisa.

Desmond la rodeó con ambos brazos.

—Sigue...

Su voz fue cálida.

—Desahógate.

Celia cerró los ojos.

El joven continuó:

—Aquí estoy.

No estás sola.

La gobernante dejó escapar un sollozo.

Después comenzó a llorar nuevamente.

Esta vez su llanto fue diferente.

No estaba acompañado por la misma desesperación inicial.

Parecía una tristeza que finalmente encontraba espacio para expresarse sin necesidad de convertirse en rabia.

Desmond permaneció junto a ella.

Acarició suavemente su cabello.

Y permitió que los minutos transcurrieran.

No había ninguna prisa.

Ninguna obligación que cumplir.

Tampoco un discurso que debiera terminar.

Simplemente dos personas compartiendo una conversación que, durante mucho tiempo, Celia no había conseguido mantener con nadie.

La gobernante continuó hablando entre lágrimas.

Recordó pequeñas cosas sobre su pareja.

Momentos cotidianos.

Conversaciones que ahora adquirían un valor extraordinario.

La manera en que conseguía hacerla reír.

Su paciencia.

Y aquella tranquilidad que le ofrecía después de jornadas especialmente difíciles.

Desmond escuchó cada recuerdo.

En ocasiones sonreía suavemente.

Otras veces permanecía callado.

No intentó corregir sus emociones.

Tampoco le pidió que dejara de pensar en el pasado.

Comprendía que recordar era parte de lo que necesitaba hacer.

Celia habló también sobre el miedo que experimentó después de su muerte.

Sobre las noches en que despertaba sobresaltada.

Y sobre aquella sensación de vacío que parecía extenderse por toda la habitación cuando comprendía que estaba sola.

El joven continuó escuchando.

Su camisa estaba húmeda por las lágrimas.

Sus brazos comenzaban a sentirse cansados.

Pero no intentó apartarse.

Sabía cuánto podía significar para alguien tener un lugar donde llorar sin sentirse avergonzado.

El tiempo continuó avanzando.

Poco a poco, los sollozos comenzaron a disminuir.

La respiración de Celia se volvió más pausada.

Sus manos dejaron de apretar la camisa con tanta fuerza.

Y finalmente consiguió levantar la cabeza.

Sus ojos estaban enrojecidos.

Sus mejillas permanecían húmedas.

Y su expresión reflejaba un agotamiento profundo.

Desmond la observó con ternura.

—¿Un poco mejor?

La gobernante permaneció pensativa.

Durante unos segundos pareció intentar comprender cómo se sentía.

Finalmente, asintió débilmente.

—Sí...

Su voz estaba ronca.

Hizo una pausa.

—Un poquito.

Desmond sonrió.

—Me alegra.

Celia bajó lentamente la mirada.

Después respiró profundamente.

—Perdón...

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Por qué?

La mujer señaló discretamente su camisa.

—Te mojé todo...

Desmond observó la tela.

Después soltó una pequeña risa.

—¿Eso?

Celia asintió tímidamente.

El joven negó suavemente con la cabeza.

—No te preocupes.

Hizo una pausa.

—Es solamente una camisa.

La gobernante soltó una pequeña risa entrecortada.

Desmond sonrió.

Por primera vez desde que había regresado a la habitación, había conseguido escuchar una risa que no parecía completamente dominada por la tristeza.

Celia volvió a apoyar la cabeza sobre su hombro.

Durante varios segundos permaneció en silencio.

Después habló.

—Gracias por escucharme...

Desmond acarició suavemente su cabello.

—De nada.

La mujer respiró profundamente.

—No recuerdo la última vez que pude hablar de él de esta manera.

Su voz adquirió un tono apagado.

—Siempre termino llorando.

O haciendo que los demás se preocupen.

Desmond permaneció atento.

Celia continuó:

—Y no quiero que piensen que soy incapaz de cumplir con mis responsabilidades.

El joven respondió con tranquilidad.

—Llorar no te hace incapaz.

La mujer levantó lentamente la mirada.

Desmond continuó:

—Solamente significa que estás sufriendo.

Hizo una pausa.

—Y tienes derecho a hacerlo.

Celia permaneció inmóvil.

El profesor sonrió débilmente.

—Ser un Pecado Capital no significa que tengas que dejar de sentir.

La gobernante cerró lentamente los ojos.

Aquellas palabras parecieron proporcionarle un alivio que llevaba demasiado tiempo buscando.

Durante unos minutos permanecieron abrazados.

El silencio de la habitación ya no resultaba tan opresivo.

La respiración de Celia se había tranquilizado.

Y Desmond comenzó a notar que el cansancio acumulado durante la madrugada regresaba lentamente.

Sin embargo, no hizo ningún movimiento para levantarse.

La mujer continuaba apoyada contra él.

Y parecía necesitar algunos minutos más de tranquilidad.

Finalmente, Celia levantó lentamente la mirada.

Sus ojos se encontraron con los de Desmond.

Durante varios segundos permaneció contemplándolo.

Había algo diferente en su expresión.

Una mezcla de gratitud.

Tristeza.

Y un miedo que todavía no había desaparecido completamente.

El joven sonrió suavemente.

—¿Qué pasa?

Celia intentó responder.

Pero sus labios comenzaron a temblar.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Celia?

La mujer respiró profundamente.

Después habló con una voz tan baja que el joven apenas consiguió escucharla.

—Te quiero, Desmond...

El profesor permaneció completamente inmóvil.

Aquellas palabras lo tomaron por sorpresa.

No porque desconociera el cariño que existía entre ambos.

Durante su primera visita al Palacio Gluttora habían construido una amistad sincera.

Habían compartido conversaciones.

Recuerdos.

Y momentos que Celia parecía conservar con especial afecto.

Pero aquella confesión llevaba consigo una fragilidad diferente.

No parecía una declaración impulsiva.

Tampoco una expresión pronunciada para provocar alguna reacción.

Era una manera de aferrarse a alguien en medio del miedo a experimentar otra pérdida.

Desmond observó sus ojos.

Continuaban llenos de lágrimas.

Celia apretó suavemente su camisa.

—No me dejes...

Su voz comenzó a quebrarse.

Hizo una pausa.

—Por favor.

El joven sintió que el pecho se le oprimía.

Durante unos segundos no encontró palabras.

Recordó a Tyrone explicándole cuánto había cambiado Celia desde la muerte de su pareja.

Recordó su miedo a volver a perder a alguien.

Y aquella confesión sobre lo doloroso que resultaba ser inmortal mientras las personas que amaba desaparecían.

Ahora comprendía que sus palabras no surgían únicamente de la gratitud.

Celia estaba asustada.

Temía encariñarse.

Temía quedarse sola.

Y, sobre todo, temía volver a experimentar el vacío que había dejado aquella muerte.

Desmond tragó saliva.

Su expresión se quebró ligeramente.

Durante mucho tiempo había intentado convertirse en alguien capaz de mantenerse tranquilo incluso frente a situaciones dolorosas.

La experiencia.

La madurez.

Y sus responsabilidades como profesor le habían enseñado a escuchar antes de reaccionar.

Pero ahora, contemplando a su amiga de aquella manera, descubrió que también podía sentirse profundamente vulnerable.

No tenía una solución para su sufrimiento.

No podía devolverle a la persona que había perdido.

Tampoco podía borrar los siglos de despedidas que permanecían grabados en su memoria.

Lo único que podía hacer era demostrarle que su amistad continuaba siendo real.

Desmond la abrazó con mayor fuerza.

Después inclinó lentamente la cabeza.

Y depositó un beso suave sobre su frente.

Celia cerró los ojos.

Una nueva lágrima recorrió su mejilla.

El joven respiró profundamente.

Después respondió con ternura.

—Jamás te dejaré.

La mujer levantó ligeramente la mirada.

Desmond continuó:

—Nunca te abandonaré.

Hizo una pausa.

Su voz adquirió una firmeza tranquila.

—Lo prometo.

Celia permaneció completamente inmóvil.

Durante varios segundos contempló su rostro.

Era como si necesitara asegurarse de haber escuchado correctamente.

Después sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Pero esta vez no comenzó a llorar con la misma desesperación.

Simplemente se acercó.

Rodeó la cintura de Desmond con ambos brazos.

Y lo abrazó con fuerza.

El joven correspondió inmediatamente.

Celia escondió el rostro contra su pecho.

Su respiración temblaba.

Pero poco a poco comenzó a tranquilizarse.

—Gracias...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond acarició suavemente su espalda.

La mujer volvió a hablar.

—Gracias...

Apretó ligeramente el abrazo.

—Gracias, Desmond...

El joven cerró lentamente los ojos.

No respondió inmediatamente.

Simplemente permaneció allí.

Comprendía que aquellas palabras significaban mucho más que una muestra de cortesía.

Celia estaba agradeciendo la posibilidad de sentirse escuchada.

De llorar sin avergonzarse.

Y de permitir que alguien conociera una parte de sí misma que normalmente mantenía escondida detrás de su autoridad.

La gobernante continuó repitiendo aquellas palabras durante algunos segundos.

Cada vez con una voz más tranquila.

Hasta que finalmente permaneció en silencio.

Desmond sintió que su respiración comenzaba a regularse.

La mujer continuaba abrazándolo.

Pero sus movimientos ya no reflejaban la misma desesperación.

Parecía agotada.

Como si todas las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo finalmente hubieran encontrado una salida.

El profesor abrió lentamente los ojos.

Observó brevemente el techo.

Después bajó la mirada hacia Celia.

Su rostro permanecía escondido contra su pecho.

El cabello estaba completamente desordenado.

Y sus ojos, aunque todavía húmedos, comenzaban a cerrarse por el cansancio.

Desmond acarició suavemente su cabeza.

—Descansa...

Su voz fue apenas audible.

Celia no respondió inmediatamente.

Después dejó escapar un pequeño suspiro.

—Está bien...

El joven sonrió.

Durante unos segundos permanecieron inmóviles.

El silencio regresó.

Pero ahora resultaba diferente.

Ya no era aquella quietud cargada de tristeza que Desmond había encontrado al entrar.

Era una tranquilidad frágil.

Imperfecta.

Pero real.

Celia había conseguido hablar.

Había llorado.

Y, por primera vez en mucho tiempo, parecía haber permitido que alguien la acompañara sin intentar esconder completamente su sufrimiento.

Desmond sabía que aquello no significaba que su dolor hubiera desaparecido.

Al despertar, probablemente continuaría extrañando a su pareja.

También tendría que enfrentarse nuevamente a sus responsabilidades como gobernante.

Y a aquella ausencia que parecía acompañarla incluso durante los momentos más sencillos.

Pero quizás ahora sabía que no necesitaba atravesarlo todo en silencio.

El joven respiró profundamente.

Recordó las palabras de Tyrone.

Su tristeza.

Y aquella preocupación que reflejaban sus ojos cuando hablaba de Celia.

Comprendió que ambos necesitaban tiempo.

No solamente para aceptar la pérdida.

Sino para encontrar una manera de acompañarse mutuamente sin intentar reemplazar a la persona que había ocupado un lugar tan importante en sus vidas.

Desmond contempló nuevamente el rostro de la gobernante.

Durante años había admirado su capacidad para proteger a Antrox.

La manera en que enfrentaba las críticas.

Y aquella alegría que parecía mantenerse incluso cuando las circunstancias se volvían difíciles.

Ahora había descubierto una faceta completamente diferente.

Una mujer que podía sentirse perdida.

Que necesitaba cariño.

Y que, a pesar de su poder, no había encontrado una forma de protegerse del dolor que produce perder a alguien amado.

Aquello no disminuía su grandeza.

Tampoco la convertía en una gobernante menos digna.

Simplemente la hacía vulnerable.

Y Desmond comenzaba a comprender que incluso las entidades más antiguas podían llevar heridas que nadie conseguía ver.

Celia permanecía abrazada a él.

Sus ojos estaban cerrados.

La respiración se había vuelto lenta.

Después de tanto llorar, el cansancio parecía estar venciendo finalmente a su tristeza.

El joven acomodó cuidadosamente las sábanas.

Procuró que la mujer permaneciera cómoda.

Y volvió a cerrar los ojos.

Durante unos minutos continuó despierto.

Pensó en Antrox.

En Tyrone.

Y en Celia.

Tres personas unidas por el mismo palacio y por heridas completamente diferentes.

Antrox buscaba una aceptación que sus hermanos le habían negado durante siglos.

Tyrone intentaba comprender cómo vivir sin la persona que lo había criado.

Y Celia estaba aprendiendo, dolorosamente, que ni siquiera la inmortalidad podía proteger aquello que más amaba.

Desmond sintió una tristeza profunda al pensar en ellos.

Sin embargo, también reconoció algo.

Ninguno estaba completamente solo.

Antrox tenía a Laura, Lascivia y su hermana.

Tyrone todavía contaba con Celia.

Y la gobernante, aunque había perdido a una persona fundamental en su existencia, continuaba rodeada por quienes deseaban verla recuperar parte de su tranquilidad.

El joven respiró profundamente.

Quizás no podía resolver sus problemas.

Pero podía ofrecer algo que había aprendido a valorar durante toda su vida.

Presencia.

Escuchar cuando alguien necesitaba hablar.

Permanecer cerca cuando las palabras resultaban insuficientes.

Y recordar que, en ocasiones, un abrazo podía significar mucho más que cualquier discurso.

Desmond dejó que aquellos pensamientos comenzaran a desaparecer.

El cansancio regresó lentamente.

Sus músculos se relajaron.

Y finalmente consiguió cerrar los ojos.

A su lado, Celia continuaba descansando.

Su expresión conservaba las huellas del llanto.

Pero ya no parecía dominada por aquella desesperación que había llenado la habitación minutos atrás.

Durante unas horas, la gobernante había dejado de preocuparse por los asuntos de su territorio.

Por las decisiones políticas.

Y por la obligación de mostrarse fuerte frente a los demás.

Simplemente descansaba junto a alguien en quien confiaba.

No como una figura de autoridad.

Ni como una de las entidades más poderosas del Infierno.

Sino como una persona que había perdido demasiado y necesitaba recordar que todavía existían razones para continuar.

Afuera, el Palacio Gluttora permanecía silencioso.

Los enormes corredores estaban vacíos.

Las lámparas iluminaban débilmente las paredes.

Y el Anillo de la Gula continuaba extendiéndose bajo el cielo nocturno, ajeno a la conversación que acababa de ocurrir dentro de aquella habitación.

En algún lugar del palacio, Tyrone probablemente intentaba volver a dormir, acompañado por sus libros y por los recuerdos del hombre que había considerado su padre.

En otro sector del anillo, Antrox continuaba enfrentándose a sus propias inseguridades, intentando recuperar aquella alegría que tanto había caracterizado su personalidad.

Y dentro de la habitación principal, Celia descansaba después de haber permitido que alguien conociera una parte de su dolor que durante demasiado tiempo había mantenido escondida.

Desmond no podía cambiar lo ocurrido.

No podía devolverle a Rubí los años que nunca vivió.

Ni recuperar a Marta y Miguel.

Tampoco podía borrar los recuerdos de Antrox o devolverle a Tyrone y Celia a la persona que habían perdido.

Pero aquella madrugada le había recordado algo importante.

El poder no volvía invulnerables a las personas.

La eternidad no eliminaba el sufrimiento.

Y la fortaleza no significaba vivir sin miedo.

A veces, incluso quienes parecían capaces de sostener el mundo entero necesitaban que alguien los sostuviera por un momento.

Y así, mientras el palacio dormía en silencio, dos almas heridas compartieron el dolor de la pérdida. No podían cambiar el pasado, ni borrar la ausencia, pero esa noche, al menos, no estaban solos. Y en medio de la oscuridad, surgía una chispa de esperanza: que incluso en el infierno, aún era posible sostenerse en el amor.

CAP 27

Huellas de un Corazón Roto

La mañana había llegado al Palacio Gluttora con una tranquilidad poco habitual.

Los primeros rayos de luz atravesaban los enormes ventanales, iluminando los corredores adornados con detalles dorados y figuras inspiradas en panales. Los sirvientes comenzaban sus labores cotidianas, preparando los salones y organizando los asuntos administrativos que aguardaban la atención de la gobernante del Anillo de la Gula.

Sin embargo, en la habitación principal, el tiempo parecía transcurrir de una manera diferente.

Celia permanecía acostada.

Había conseguido dormir después de una madrugada particularmente dolorosa, aunque las huellas del llanto todavía eran visibles en su rostro. Su cabello estaba desordenado sobre la almohada, y sus ojos conservaban una ligera hinchazón.

A su lado, Desmond contemplaba silenciosamente el techo.

Había despertado hacía varios minutos.

Su cuerpo estaba cansado, pero su mente continuaba repasando la conversación que habían mantenido durante la noche.

Recordaba cada palabra.

La muerte del amante de Celia.

Las pérdidas acumuladas durante siglos.

Y aquella desesperación con la que la gobernante había confesado que, en ocasiones, odiaba su propia inmortalidad.

Desmond respiró profundamente.

Había conocido el dolor de perder a seres queridos.

Primero Miguel.

Después Marta.

También había tenido que aceptar que jamás conocería realmente a Rubí, su madre biológica.

Pero el sufrimiento de Celia poseía una dimensión que le resultaba difícil imaginar.

La eternidad.

Vivir durante siglos, construir relaciones y contemplar cómo las personas amadas desaparecían mientras su propia existencia continuaba.

Aquello había cambiado la manera en que observaba a los Pecados Capitales.

Durante su juventud, Desmond había considerado que aquellos seres vivían prácticamente libres de preocupaciones. Tenían poder, riqueza y una influencia que superaba la de cualquier habitante común del Infierno.

Sin embargo, los acontecimientos recientes le habían demostrado lo contrario.

Antrox sufría por el rechazo de sus hermanos.

Y Celia estaba destrozada por una pérdida que ningún privilegio podía reparar.

El joven volvió ligeramente la cabeza.

La gobernante continuaba dormida.

Su expresión era mucho más tranquila que durante la madrugada.

Desmond sonrió débilmente.

Había prometido acompañarla.

Y aunque sabía que una sola conversación no conseguiría borrar semejante sufrimiento, deseaba ayudarla a recuperar algunas de las pequeñas cosas que parecían haber desaparecido de su vida.

No pretendía sustituir a nadie.

Tampoco convertirse en la solución a todos sus problemas.

Simplemente quería recordarle que todavía existía un mundo fuera de aquella habitación.

Que podía salir.

Caminar.

Conversar.

Y disfrutar de una tarde sin sentirse culpable por experimentar un momento de tranquilidad.

Desmond observó la iluminación que atravesaba las cortinas.

Después volvió a mirar a Celia.

—Bueno...

Su voz fue apenas un murmullo.

—Creo que ya hemos dormido suficiente.

La mujer se removió ligeramente.

Desmond levantó una ceja.

—¿Celia?

No recibió respuesta.

La gobernante acomodó la cabeza sobre la almohada y continuó descansando.

El joven soltó una pequeña risa.

—Vaya...

Se incorporó lentamente.

Después se sentó sobre el borde de la cama.

Permaneció unos segundos contemplando los muebles de la habitación, todavía desorganizada.

Había prendas sobre una silla.

Algunas carpetas descansaban cerca de una mesa.

Y varios objetos personales permanecían fuera de su lugar habitual.

El desorden no era particularmente grave.

Sin embargo, Desmond recordaba que Celia siempre había mostrado una dedicación extraordinaria a la apariencia de sus habitaciones.

Aquella diferencia decía mucho sobre su estado emocional.

Finalmente, el joven volvió a acercarse.

—Celia...

Colocó suavemente una mano sobre su hombro.

—Buenos días.

La gobernante abrió lentamente los ojos.

Durante varios segundos contempló el rostro de Desmond sin comprender completamente qué estaba ocurriendo.

Después parpadeó.

—¿Des...?

Su voz estaba adormecida.

El joven sonrió.

—Buenos días, dormilona.

Celia dejó escapar un pequeño suspiro.

Volvió a cerrar los ojos.

—Cinco minutos más...

Desmond soltó una carcajada.

—Eso me decía James cuando éramos pequeños.

La mujer escondió parcialmente el rostro bajo las sábanas.

—Entonces tu hermano era muy inteligente...

El profesor comenzó a reír.

—¡No sabes cuánto!

Celia dejó escapar una pequeña risa.

Era un sonido breve.

Todavía cargado de cansancio.

Pero consiguió que Desmond sonriera con sinceridad.

Durante la madrugada había temido que la gobernante volviera a encerrarse completamente en su tristeza.

Escucharla bromear, aunque fuera durante unos segundos, le recordó que todavía conservaba parte de aquella personalidad alegre que tanto lo había sorprendido nueve años atrás.

Desmond aguardó pacientemente.

Después volvió a hablar.

—Oye...

Celia abrió ligeramente un ojo.

—¿Qué?

El joven sonrió.

—Tengo una propuesta.

La gobernante permaneció inmóvil.

Después levantó ligeramente la cabeza.

—¿Qué clase de propuesta?

Desmond se encogió de hombros.

—Una bastante sencilla.

Hizo una pausa.

—Quiero invitarte a comer.

Celia parpadeó.

—¿Comer?

El joven asintió.

—Sí.

Su expresión adquirió un tono más cálido.

—Salir un rato.

Caminar.

Y buscar algún lugar donde preparen algo rico.

La mujer permaneció callada.

Su mirada descendió lentamente hacia las sábanas.

Desmond observó cómo su expresión comenzaba a apagarse.

—No sé...

Su voz fue baja.

—No tengo muchas ganas.

El profesor asintió.

No parecía sorprendido.

—Lo imaginaba.

Celia levantó ligeramente los ojos.

Desmond continuó:

—Pero llevas demasiado tiempo encerrada aquí.

Hizo una pausa.

—Y creo que un poco de aire fresco podría hacerte bien.

La gobernante negó suavemente con la cabeza.

—No es tan sencillo...

Su voz adquirió un tono apagado.

—Afuera todo sigue igual.

Las calles.

Las personas.

Los lugares a los que solía ir...

Se interrumpió.

Desmond comprendió inmediatamente.

Algunos de aquellos sitios probablemente estaban relacionados con su pareja fallecida.

Salir significaba arriesgarse a encontrar recuerdos que todavía resultaban demasiado dolorosos.

El joven respiró profundamente.

Después extendió una mano.

—Lo sé.

Celia observó sus dedos.

Desmond continuó:

—No tienes que fingir que estás feliz.

Ni actuar como si nada hubiera ocurrido.

Hizo una pausa.

—Solo quiero que salgamos un rato.

La mujer permaneció pensativa.

El profesor sonrió suavemente.

—Y si en algún momento quieres regresar, regresamos.

Celia levantó lentamente la mirada.

—¿De verdad?

Desmond asintió.

—Por supuesto.

Después añadió con una pequeña sonrisa:

—Además, no pienso dejar que desperdicies la oportunidad de comer algo delicioso en tu propio anillo.

La gobernante lo observó durante unos segundos.

Finalmente, una pequeña risa escapó de sus labios.

—Eso sería bastante vergonzoso...

Desmond sonrió.

—¿Ves?

Hizo una pausa.

—Hasta tú lo reconoces.

Celia negó suavemente con la cabeza.

Sin embargo, su expresión continuaba reflejando cierta inseguridad.

Durante varios segundos contempló la mano que Desmond mantenía extendida.

Después respiró profundamente.

—Está bien...

Su respuesta fue apenas un susurro.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Sí?

Celia asintió.

—Intentémoslo.

Desmond sonrió ampliamente.

—Perfecto.

La mujer observó su expresión.

Y, por primera vez aquella mañana, consiguió sonreír sin que el gesto pareciera completamente forzado.

El profesor tomó suavemente su mano.

Después la ayudó a incorporarse.

Celia se sentó sobre el borde de la cama.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, contemplando el suelo.

Desmond no intentó apresurarla.

Esperó mientras recuperaba la seguridad necesaria para levantarse.

Finalmente, la gobernante apoyó ambos pies.

Se puso de pie.

Y respiró profundamente.

El joven sonrió.

—Muy bien.

Celia soltó una pequeña risa.

—Hablas como si acabara de conseguir algo extraordinario.

Desmond levantó una ceja.

—Bueno...

Se encogió de hombros.

—Para alguien que no quería salir de la cama, es un comienzo bastante bueno.

La mujer sonrió débilmente.

Después se llevó una mano al cabello.

Lo encontró completamente desordenado.

Su expresión cambió inmediatamente.

—¡Por todos los anillos!

Desmond se sobresaltó.

—¿Qué pasa?

Celia observó uno de los espejos de la habitación.

—¡Mi cabello!

El joven permaneció inmóvil.

Después soltó una carcajada.

—¡Ah, eso!

La gobernante lo miró con indignación.

—¡Desmond!

El profesor levantó ambas manos.

—¡Perdón!

Celia volvió a contemplar su reflejo.

Durante varios segundos intentó acomodarse algunos mechones.

Después dejó escapar un suspiro.

—Definitivamente necesito arreglarme...

Desmond sonrió.

—Para eso está el vestidor.

La mujer volvió la mirada.

El joven extendió una mano hacia ella.

—Ven.

Celia aceptó.

Y ambos comenzaron a caminar hacia la habitación donde guardaba su ropa.

El vestidor era considerablemente más grande que muchos dormitorios comunes del Infierno.

Sus paredes estaban rodeadas por armarios cuidadosamente organizados, mientras varios espejos permitían observar los diferentes conjuntos desde distintos ángulos.

Había vestidos.

Zapatos.

Accesorios.

Y prendas que reflejaban tanto la posición aristocrática de Celia como su gusto por los colores llamativos.

Desmond observó brevemente el lugar.

—Demonios...

La gobernante levantó una ceja.

—¿Qué?

El joven señaló los armarios.

—Creo que tienes más ropa aquí de la que yo he tenido durante toda mi vida.

Celia soltó una pequeña carcajada.

—Exagerado.

Desmond levantó ambas manos.

—¡Estoy hablando completamente en serio!

La mujer negó divertida con la cabeza.

Después observó su colección.

Durante unos segundos pareció indecisa.

Había pasado tanto tiempo sin preocuparse demasiado por su apariencia que incluso elegir un vestido parecía requerirle un esfuerzo considerable.

Desmond lo notó.

Se acercó lentamente.

Y le ofreció una pequeña sonrisa.

—No tienes que arreglarte como si fueras a una reunión con los demás Pecados Capitales.

Celia levantó la mirada.

El profesor continuó:

—Vamos a comer.

Nada más.

Hizo una pausa.

—Ponte algo cómodo.

La gobernante respiró profundamente.

Después asintió.

—Está bien.

Desmond soltó suavemente su mano.

Y comenzó a dirigirse hacia la salida.

—Te espero afuera.

Celia permaneció observándolo.

Después entró al vestidor.

Sin embargo, no cerró completamente la puerta.

Dejó una pequeña abertura.

Un gesto casi inconsciente.

Como si una parte de ella todavía necesitara comprobar que Desmond permanecía cerca.

El joven notó la puerta entreabierta.

Durante un segundo volvió ligeramente la cabeza.

Alcanzó a distinguir el movimiento de Celia mientras comenzaba a buscar su ropa.

Inmediatamente apartó la mirada.

Sintió una pequeña punzada de vergüenza.

—Desmond...

Murmuró para sí mismo.

—Compórtate.

Se volvió por completo.

Después cruzó los brazos y aguardó pacientemente.

No quería aprovecharse de la confianza que Celia había depositado en él.

Y mucho menos incomodarla durante un momento en que todavía se encontraba emocionalmente vulnerable.

Por eso permaneció observando uno de los cuadros del corredor hasta que escuchó su voz.

—Desmond...

El joven volvió la cabeza.

—¿Sí?

Celia apareció en la entrada del vestidor.

Y durante unos segundos, el profesor permaneció sorprendido.

La gobernante llevaba un vestido amarillo de diseño delicado, adornado con pequeños estampados de flores blancas alrededor de la cintura.

La tela caía suavemente sobre su figura, ofreciendo una apariencia elegante sin resultar excesivamente formal.

Su cabello estaba parcialmente recogido.

Algunos mechones descansaban libremente sobre sus hombros, conservando aquellas tonalidades amarillo-cafecinas y rosadas que Desmond recordaba perfectamente.

No llevaba demasiados accesorios.

Tampoco había intentado ocultar completamente las huellas del cansancio que permanecían en su rostro.

Pero aquella sencillez le resultaba especialmente agradable.

Celia bajó ligeramente la mirada.

—¿Qué tal...?

Su voz reflejaba inseguridad.

Desmond sonrió.

Después levantó un pulgar.

—Te ves muy bien.

La gobernante permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Parecía estar intentando comprobar si hablaba sinceramente.

Finalmente, sus mejillas adquirieron un ligero rubor.

—Gracias...

Desmond asintió.

—De nada.

La mujer volvió a observar su vestido.

Después acomodó ligeramente uno de los mechones.

—Hace mucho tiempo que no me arreglaba para salir de esta manera.

El joven sonrió con ternura.

—Entonces hoy es una buena oportunidad para recuperar la costumbre.

Celia soltó una pequeña risa.

—Supongo...

Desmond extendió una mano.

—¿Lista?

La gobernante contempló sus dedos.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después aceptó.

—Lista.

Y juntos abandonaron la habitación.

Los corredores del Palacio Gluttora estaban considerablemente más activos que durante la madrugada.

Algunos sirvientes transportaban documentos.

Otros preparaban los salones.

Y varios trabajadores realizaban sus tareas habituales bajo la iluminación dorada del palacio.

Cuando vieron a Celia, algunos levantaron la mirada con sorpresa.

La gobernante llevaba varios días evitando salir de su habitación.

Por eso encontrarla caminando por los corredores, vestida y acompañada por un visitante, resultaba inesperado.

Sin embargo, ninguno hizo comentarios.

Simplemente continuaron sus labores.

Celia permanecía ligeramente detrás de Desmond.

No parecía completamente cómoda.

Su mirada recorría el suelo.

Y en algunas ocasiones apretaba suavemente la mano del joven.

Desmond notó aquellos gestos.

Pero no los señaló.

Simplemente continuó caminando a su ritmo.

Durante el recorrido hablaron de cosas sencillas.

El clima.

La arquitectura del palacio.

Y algunas de las decoraciones que habían sido modificadas desde la última visita del profesor.

Celia respondió con frases cortas.

Pero poco a poco comenzó a participar con mayor naturalidad.

En determinado momento, Desmond señaló uno de los enormes candelabros.

—¿Sabes?

La gobernante levantó la mirada.

—¿Qué?

El joven sonrió.

—Todavía recuerdo cuando vine aquí por primera vez.

Hizo una pausa.

—Pensé que todo el palacio estaba hecho de oro.

Celia soltó una pequeña carcajada.

—¡No exageres!

Desmond levantó una ceja.

—¡Había oro hasta en los muebles!

La mujer comenzó a reír.

—Bueno...

Se encogió ligeramente de hombros.

—Quizás un poquito.

El profesor negó divertido con la cabeza.

Aquella pequeña conversación consiguió que Celia se relajara.

Durante algunos minutos caminó sin mantener la mirada constantemente baja.

Incluso llegó a señalar una decoración que recordaba de su juventud.

Sin embargo, cuando se acercaban a la salida principal, ambos fueron observados desde otro corredor.

Tyrone.

El joven Ornyx permanecía parcialmente oculto junto a una de las columnas.

Había salido de su habitación para buscar algo relacionado con sus estudios cuando escuchó las voces de Celia y Desmond.

Al principio pensó que estaba imaginándolo.

Pero después los vio.

Celia estaba vestida.

Había salido de su habitación.

Y caminaba acompañada por el profesor que había conocido durante la madrugada.

Tyrone permaneció completamente inmóvil.

Durante varios segundos contempló aquella escena.

Hacía tiempo que no veía a la gobernante salir sin que algún asunto político la obligara.

Y mucho menos con una expresión tan tranquila.

Su pecho se llenó de una emoción inesperada.

Alivio.

El muchacho recordó las noches en que había escuchado su llanto detrás de la puerta.

Las ocasiones en que intentó acercarse y recibió una respuesta apagada.

Y aquella sensación de impotencia que lo acompañaba desde la muerte del hombre que lo había criado.

Ahora Celia parecía estar intentando recuperar una pequeña parte de su vida cotidiana.

Tyrone sonrió débilmente.

Sin embargo, aquella alegría también despertó cierta nostalgia.

Recordó las ocasiones en que su antiguo cuidador acompañaba a Celia durante sus paseos.

Las conversaciones.

Las bromas.

Y aquella manera en que conseguía tranquilizarla después de jornadas difíciles.

Durante unos segundos sintió el impulso de llamarla.

De correr hacia ella.

Y preguntarle si estaba mejor.

Pero decidió no hacerlo.

Comprendía que aquel paseo podía ser importante.

Y no deseaba interrumpirlo.

Por eso permaneció en silencio.

Observó cómo ambos se acercaban a la salida.

Después bajó lentamente la mirada.

Una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—Cuídate, Celia...

Su voz fue apenas un susurro.

Finalmente, regresó hacia su habitación.

Desmond y Celia abandonaron el palacio poco después.

El exterior estaba iluminado por la cálida luz del Anillo de la Gula.

Los jardines permanecían cuidadosamente mantenidos.

Las enormes estructuras doradas reflejaban el resplandor del cielo.

Y las calles comenzaban a llenarse de habitantes que realizaban sus actividades cotidianas.

Celia se detuvo durante un instante.

Respiró profundamente.

El aire exterior acarició suavemente su rostro.

Desmond la observó.

—¿Todo bien?

La gobernante asintió.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Solo...

Volvió a respirar.

—Hace tiempo que no salía simplemente para caminar.

El joven sonrió.

—Entonces disfrutémoslo.

Celia lo observó.

Después correspondió con una pequeña sonrisa.

Y comenzaron a avanzar.

Las calles cercanas al Palacio Gluttora estaban rodeadas por establecimientos elegantes, pequeños comercios y construcciones de distintos tamaños.

Sin embargo, el ambiente era diferente del que Desmond recordaba.

Durante su primera visita, el territorio parecía encontrarse en una celebración constante.

Había música.

Conversaciones.

Y numerosos habitantes que saludaban con entusiasmo a quienes reconocían.

Ahora las calles parecían considerablemente más silenciosas.

Algunas personas caminaban con la mirada baja.

Otras conversaban en voz baja frente a los establecimientos.

Y ciertos comercios conservaban decoraciones discretas que recordaban un período de luto.

Desmond observó el entorno.

No tardó demasiado en relacionar aquella atmósfera con lo ocurrido recientemente.

La muerte de la pareja de Celia había dejado una huella más profunda de lo que imaginaba.

Quizás muchas personas lo conocían.

Quizás su trabajo como médico había permitido que numerosos habitantes recibieran ayuda.

O tal vez el dolor de la gobernante simplemente había terminado reflejándose en el ambiente de su propio territorio.

El joven no podía asegurarlo.

Pero comprendía que algo había cambiado.

Celia caminaba silenciosamente a su lado.

Su postura parecía ligeramente encorvada.

Y, aunque todavía conservaba la elegancia característica de su posición, en aquel momento no parecía preocuparse por demostrar autoridad.

Era simplemente una mujer caminando por las calles.

Nadie se acercaba para saludarla.

Tampoco recibía los gestos de admiración que Desmond recordaba de su primera visita.

Algunos habitantes levantaban brevemente la mirada.

Después continuaban su camino.

La gobernante parecía pasar inadvertida.

O quizás todos comprendían que no era momento de interrumpirla.

Desmond observó discretamente su expresión.

Celia permanecía ensimismada.

Sus ojos recorrían los edificios, pero parecía estar contemplando recuerdos que solamente ella podía ver.

El joven decidió no presionarla.

Continuó caminando a su lado.

En determinado momento, la gobernante disminuyó el paso frente a un establecimiento cerrado.

Permaneció observándolo durante algunos segundos.

Después bajó lentamente la mirada.

Desmond no preguntó.

Simplemente esperó.

Finalmente, Celia respiró profundamente.

—Podemos continuar...

Su voz fue baja.

El profesor asintió.

—Claro.

Caminaron varias cuadras.

Poco a poco, los edificios monumentales comenzaron a mezclarse con pequeños establecimientos familiares.

Había panaderías.

Tiendas.

Y cafeterías que ofrecían una apariencia mucho más sencilla que los restaurantes cercanos al palacio.

Desmond observó uno de aquellos lugares.

Era una cafetería acogedora, con ventanales amplios y pequeñas mesas distribuidas cerca de la entrada.

Desde el interior llegaba el aroma del café recién preparado y de productos horneados.

El joven sonrió.

—Oye, Celia...

La gobernante levantó la mirada.

—¿Sí?

Desmond señaló el establecimiento.

—¿Qué te parece ese lugar?

La mujer observó la cafetería.

Durante unos segundos permaneció pensativa.

—Es bonito...

El profesor asintió.

—Y huele bastante bien.

Celia soltó una pequeña risa.

Desmond continuó:

—¿Entramos?

La gobernante vaciló.

Durante un instante pareció considerar la posibilidad de regresar al palacio.

Pero después contempló nuevamente el establecimiento.

Era pequeño.

Tranquilo.

Y no parecía demasiado concurrido.

Finalmente, asintió.

—Está bien.

Desmond sonrió.

—Perfecto.

Se acercó a la entrada.

Abrió la puerta.

Y permitió que Celia pasara primero.

La gobernante le dedicó una sonrisa tímida.

—Gracias.

—De nada.

Ambos entraron.

El interior estaba decorado con muebles de madera clara y pequeños adornos florales.

Varias lámparas proporcionaban una iluminación cálida.

Y detrás del mostrador podían observarse vitrinas que exhibían tartas, panes y otros productos recién preparados.

El ambiente era agradable.

No había demasiados clientes.

Algunas personas conversaban discretamente.

Otras disfrutaban de sus bebidas mientras leían.

Desmond observó las mesas.

Después señaló una cerca de una ventana.

—¿Te parece bien allí?

Celia asintió.

—Sí.

Se acercaron.

El joven apartó ligeramente una silla para que pudiera sentarse.

La gobernante lo observó con sorpresa.

Después sonrió.

—Qué caballeroso...

Desmond soltó una pequeña risa.

—Mi madre siempre insistía en que tuviera buenos modales.

Celia sonrió con ternura.

—Entonces hizo un buen trabajo.

El profesor permaneció pensativo durante un instante.

Recordó a Marta.

Una pequeña sonrisa nostálgica apareció en su rostro.

—Sí...

Su voz se suavizó.

—Lo hizo.

Ambos tomaron asiento.

Durante unos segundos observaron el menú que descansaba sobre la mesa.

Desmond comenzó a revisar las bebidas.

Celia, en cambio, permanecía contemplando distraídamente el exterior.

Su mirada parecía perderse entre las personas que caminaban por la calle.

El joven notó su expresión.

Pero decidió darle unos minutos de tranquilidad.

Finalmente, escucharon unos pasos acercándose.

—Buenas tardes.

Una voz femenina interrumpió el silencio.

Desmond levantó la mirada.

Frente a ellos se encontraba una joven sabueso infernal.

Llevaba un uniforme sencillo de trabajo y sostenía una pequeña libreta para anotar los pedidos.

Su baja estatura y el aspecto particular de sus ojos resultaban imposibles de confundir.

El profesor abrió ligeramente los ojos.

—¿Isabella?

La muchacha levantó inmediatamente la cabeza.

Cuando reconoció al hombre sentado frente a ella, su expresión se iluminó.

—¡Profesor Desmond!

Después pareció recordar dónde se encontraba.

Acomodó rápidamente su postura.

—Quiero decir...

Sonrió con vergüenza.

—¡Buenas tardes, señor Desmond!

El joven soltó una carcajada.

—Tranquila, muchacha.

Isabella sonrió ampliamente.

—¡Qué sorpresa verlo por aquí!

Desmond observó su uniforme.

Después levantó ligeramente las cejas.

—Vaya...

Hizo una pausa.

—No sabía que trabajabas aquí.

La joven asintió.

—Sí.

Su cola se movió ligeramente.

—Trabajo durante algunos turnos cuando no tengo clases.

Desmond sonrió.

—Ya veo.

La muchacha observó brevemente a Celia.

Después volvió la mirada hacia su profesor.

—¿Y qué hace aquí?

El joven sonrió suavemente.

—Estoy acompañando a una vieja amiga.

Isabella volvió a observar a la mujer sentada frente a él.

Durante un instante permaneció sorprendida.

Reconoció su apariencia.

Y comprendió inmediatamente que no se trataba de una persona común.

Celia, la gobernante del Anillo de la Gula, estaba sentada en aquella pequeña cafetería.

Sin embargo, Isabella también notó algo más.

La mujer parecía cansada.

Su expresión era triste.

Y no mostraba la seguridad que normalmente se asociaba con alguien de semejante autoridad.

La joven decidió no hacer comentarios.

Simplemente sonrió con respeto.

—Es un placer recibirlos.

Celia levantó lentamente la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Gracias.

Isabella abrió su libreta.

—¿Qué les puedo traer?

Desmond revisó nuevamente el menú.

Después respondió:

—Para mí, un café con pan trenza.

La muchacha anotó rápidamente.

—Perfecto.

Volvió la mirada hacia Celia.

—¿Y para usted?

La gobernante permaneció pensativa.

Observó las opciones.

Después bajó lentamente el menú.

—Un café...

Hizo una pausa.

—Y una tarta de fresa, por favor.

Isabella sonrió.

—Muy buena elección.

Anotó el pedido.

Después levantó la mirada hacia ambos.

—Enseguida se los traigo.

Desmond asintió.

—Gracias, Isabella.

La joven correspondió con una sonrisa.

—¡Con gusto!

Después se retiró hacia el mostrador.

El profesor la observó durante unos segundos.

Le resultaba curioso encontrar a una de sus mejores estudiantes trabajando en una cafetería del Anillo de la Gula.

Recordó su entusiasmo durante las clases.

La manera en que organizaba sus apuntes.

Y aquella fascinación que mostró al conocer su estudio musical.

Desmond sonrió discretamente.

Había algo admirable en su dedicación.

No solamente se esforzaba por destacar académicamente.

También encontraba tiempo para trabajar.

Finalmente, volvió la mirada hacia Celia.

La gobernante continuaba observando la ventana.

Su expresión parecía más tranquila que antes.

Pero todavía reflejaba una tristeza profunda.

Desmond tomó el menú.

Lo cerró.

Y lo dejó sobre la mesa.

Durante unos minutos permanecieron en silencio.

Desde la cocina llegaban pequeños sonidos de utensilios.

El aroma del café llenaba el ambiente.

Y las conversaciones de otros clientes resultaban lo suficientemente discretas como para no interrumpirlos.

Finalmente, Celia volvió lentamente la mirada.

—Desmond...

El joven levantó la cabeza.

—¿Sí?

La gobernante permaneció pensativa.

Después formuló una pregunta inesperada.

—¿Cómo va tu relación con Skyler?

El profesor levantó ligeramente las cejas.

No esperaba que la conversación tomara aquella dirección.

Sin embargo, respondió con naturalidad.

—Bien.

Su expresión adquirió una calidez evidente.

—Bastante bien, de hecho.

Celia permaneció atenta.

Desmond continuó:

—Hemos tenido nuestras dificultades, como cualquier pareja.

Pero creo que hemos aprendido a entendernos bastante mejor con los años.

Sonrió.

—Vamos por buen camino.

La gobernante bajó lentamente la mirada.

—Me alegra...

Su voz fue suave.

Pero Desmond percibió algo extraño.

La respuesta parecía sincera.

Sin embargo, su expresión no reflejaba únicamente alegría.

Había una decepción discreta en sus ojos.

Una tristeza que desapareció casi inmediatamente cuando volvió a sonreír.

El profesor permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló su rostro.

No sabía cómo interpretar aquella reacción.

Quizás la felicidad matrimonial que acababa de mencionar le recordaba lo que ella había perdido.

Quizás escuchar sobre una relación estable despertaba recuerdos dolorosos.

O tal vez existían sentimientos que Celia todavía no había conseguido comprender completamente.

Desmond no tenía una respuesta.

Y tampoco consideró apropiado exigirla.

Por eso simplemente sonrió.

—Gracias.

La gobernante asintió.

Después volvió a contemplar el exterior.

Durante algunos segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, Celia habló nuevamente.

—Debe ser bonito...

Desmond levantó la mirada.

—¿Qué cosa?

La mujer sonrió débilmente.

—Poder regresar a casa y encontrar a alguien esperándote.

El joven permaneció pensativo.

Aquellas palabras despertaron una emoción profunda.

Recordó las noches en que llegaba cansado de la universidad.

Skyler solía recibirlo con una sonrisa.

A veces preparaban la cena juntos.

Otras simplemente se sentaban a conversar sobre sus respectivas jornadas.

Eran momentos sencillos.

Pero ahora comprendía cuánto podían significar.

Desmond asintió lentamente.

—Sí...

Su voz adquirió un tono más suave.

—Lo es.

Celia bajó la mirada.

El joven continuó:

—A veces uno se acostumbra tanto a esas pequeñas cosas que deja de pensar en lo importantes que son.

Hizo una pausa.

—Pero sí.

Es bonito.

La gobernante sonrió débilmente.

—Cuídala mucho, Desmond.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

Después asintió.

—Lo haré.

Celia permaneció observándolo durante unos segundos.

Finalmente, volvió a mirar la ventana.

El silencio regresó.

Poco después, Isabella apareció nuevamente.

Llevaba una bandeja con ambos pedidos.

Se acercó cuidadosamente.

—Aquí tienen.

Colocó una taza de café frente a Desmond.

Después dejó el pan trenza sobre un pequeño plato.

El joven sonrió.

—Muchas gracias.

La muchacha asintió.

Después colocó el café de Celia y la tarta de fresa frente a ella.

—Y para usted.

La gobernante levantó lentamente la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Gracias, querida.

Isabella correspondió al gesto.

—Con muchísimo gusto.

Después observó ambos platos.

—Espero que les guste.

Desmond sonrió.

—Estoy seguro de que sí.

La joven levantó ligeramente las orejas.

—¡Disfruten su comida!

Finalmente, se retiró para continuar atendiendo otras mesas.

Desmond observó el pan trenza.

Su apariencia era bastante apetecible.

La masa estaba ligeramente dorada y desprendía un aroma agradable.

El joven tomó un pequeño trozo.

Lo probó.

Después levantó las cejas.

—Vaya...

Celia volvió la mirada.

—¿Qué pasa?

Desmond sonrió.

—Está buenísimo.

La gobernante soltó una pequeña risa.

—Bueno...

Observó su tarta.

—Espero que la mía también.

Tomó un pequeño bocado.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después cerró ligeramente los ojos.

—Mmm...

Desmond sonrió.

—¿Qué tal?

Celia abrió lentamente los ojos.

—Deliciosa.

El joven soltó una carcajada.

—Entonces elegimos bien.

La mujer sonrió.

Aquella pequeña conversación consiguió que el ambiente se volviera más ligero.

Durante algunos minutos disfrutaron de sus alimentos.

Desmond hablaba ocasionalmente sobre sus clases.

Mencionó que varios estudiantes estaban preparando composiciones bastante interesantes.

También contó algunas anécdotas relacionadas con sus primeros años como profesor.

Celia escuchaba con curiosidad.

En ocasiones formulaba preguntas.

Otras simplemente sonreía ante sus comentarios.

El joven notó que la gobernante comenzaba a comer con mayor tranquilidad.

Había llegado a la cafetería casi sin mostrar interés por el menú.

Ahora parecía disfrutar realmente de su tarta.

Aquello le produjo una satisfacción discreta.

No necesitaba que Celia se mostrara completamente feliz.

Le bastaba con verla recuperar pequeños momentos de normalidad.

Sin embargo, durante la conversación, el profesor comenzó a notar algunas miradas.

Celia lo observaba de vez en cuando.

No de una manera invasiva.

Simplemente permanecía contemplando su rostro cuando él hablaba.

Después apartaba rápidamente los ojos cuando parecía que Desmond estaba a punto de notarlo.

El joven estaba concentrado en contar una anécdota sobre sus estudiantes.

Por eso no se percató completamente de aquellos gestos.

Celia, en cambio, parecía estar intentando ordenar sus propios pensamientos.

La compañía de Desmond le resultaba agradable.

Le recordaba la tranquilidad que había experimentado durante su primera visita.

Aquella mañana en que bailaron juntos.

La conversación en su habitación.

Y la manera en que el joven siempre había conseguido tratarla como una persona común, sin mostrarse intimidado por su autoridad.

Sin embargo, también sabía que Desmond tenía una esposa.

Y que su vida estaba construida alrededor de una relación que había sobrevivido a numerosas dificultades.

La gobernante bajó lentamente la mirada.

Tomó otro pequeño bocado de su tarta.

Después volvió a escuchar la conversación.

No dijo nada.

El tiempo continuó avanzando.

Finalmente, ambos terminaron de comer.

Desmond dejó cuidadosamente su taza sobre el plato.

Después respiró profundamente.

—Bueno...

Sonrió.

—Eso estuvo bastante bien.

Celia asintió.

—Sí.

Su expresión adquirió una calidez discreta.

—Tenías razón.

El joven levantó una ceja.

—¿Sobre qué?

La gobernante observó brevemente el establecimiento.

—Salir un rato me hizo bien.

Desmond sonrió con sinceridad.

—Me alegra escucharlo.

Celia bajó ligeramente la mirada.

Después añadió:

—Gracias por insistir.

El profesor negó suavemente con la cabeza.

—No tienes que agradecerme.

Hizo una pausa.

—Solo quería que pasaras un momento agradable.

La mujer sonrió.

—Lo conseguí.

Desmond sintió una satisfacción profunda.

Después llamó discretamente a Isabella.

La muchacha se acercó.

—¿Todo estuvo bien?

El profesor asintió.

—Excelente.

Isabella sonrió ampliamente.

—¡Qué bueno!

Desmond solicitó la cuenta.

La joven regresó poco después.

El profesor pagó ambos pedidos, a pesar de que Celia intentó ofrecerse a hacerlo.

—Desmond...

La gobernante levantó una ceja.

—Podría pagar yo.

El joven sonrió.

—Lo sé.

Hizo una pausa.

—Pero fui yo quien te invitó.

Celia permaneció inmóvil.

Después soltó una pequeña risa.

—Está bien.

Desmond guardó sus pertenencias.

Ambos se levantaron.

Antes de salir, Isabella se acercó nuevamente.

—¡Que tengan una buena tarde!

El profesor sonrió.

—Igualmente, Isabella.

La muchacha asintió con entusiasmo.

Después volvió su mirada hacia Celia.

—Espero que se haya sentido cómoda.

La gobernante la observó durante unos segundos.

Finalmente, sonrió con sinceridad.

—Mucho.

Hizo una pausa.

—Gracias por atendernos.

Isabella movió ligeramente la cola.

—¡Con muchísimo gusto!

Después de despedirse, Desmond abrió la puerta de la cafetería.

Y ambos salieron.

El aire exterior los recibió con una brisa agradable.

La tarde había avanzado.

Las calles continuaban relativamente tranquilas, aunque el movimiento de los comercios comenzaba a aumentar.

Desmond observó el paisaje.

Después volvió la mirada hacia Celia.

—¿Quieres regresar al palacio?

La gobernante permaneció pensativa.

Durante unos segundos contempló la avenida.

Después negó suavemente con la cabeza.

—Todavía no.

El profesor sonrió.

—Perfecto.

Hizo una pausa.

—Entonces caminemos un poco más.

Celia asintió.

Y ambos continuaron avanzando.

Durante el recorrido hablaron sobre asuntos sencillos.

La arquitectura del Anillo de la Gula.

Algunos establecimientos que habían cambiado durante los últimos años.

Y las diferencias entre aquella ciudad y los sectores del Anillo de la Ira donde Desmond acostumbraba trabajar.

La gobernante comenzó a mostrarse más participativa.

En algunas ocasiones señalaba edificios que conocía desde hacía siglos.

O explicaba cómo determinadas zonas habían cambiado con el paso del tiempo.

Desmond escuchaba con atención.

Le resultaba fascinante pensar que Celia había presenciado transformaciones históricas que él solamente conocía mediante libros.

Sin embargo, la conversación también despertaba cierta tristeza.

La mujer hablaba de lugares desaparecidos.

Personas que alguna vez había conocido.

Y recuerdos que parecían pertenecer a una época demasiado lejana.

El profesor comprendió que, para alguien inmortal, incluso caminar por una calle conocida podía significar encontrarse constantemente con el pasado.

Finalmente, llegaron cerca de un parque.

Era un espacio tranquilo, rodeado por árboles frondosos y senderos cuidadosamente mantenidos.

Algunas bancas descansaban bajo la sombra.

Y pequeños jardines ofrecían un contraste agradable frente a las construcciones de la ciudad.

Desmond observó el lugar.

Después notó que Celia había disminuido considerablemente el paso.

La gobernante permanecía contemplando uno de los senderos.

Su expresión cambió.

La sonrisa que había mostrado minutos atrás comenzó a desaparecer.

En su lugar apareció una nostalgia profunda.

Desmond se detuvo a su lado.

Durante unos segundos permaneció en silencio.

Después preguntó suavemente:

—¿Quieres entrar?

Celia no respondió inmediatamente.

Continuó observando el parque.

Sus ojos parecían recorrer recuerdos que el joven no podía conocer.

Finalmente, asintió.

—Sí...

Su voz fue baja.

Desmond sonrió débilmente.

—Vamos.

Ambos cruzaron la entrada.

El ambiente era considerablemente más tranquilo que en las calles exteriores.

La brisa movía suavemente las hojas.

Algunos habitantes caminaban por los senderos.

Y, a lo lejos, podían escucharse conversaciones discretas.

Celia avanzaba lentamente.

En ocasiones contemplaba los árboles.

Otras veces observaba determinadas bancas.

Desmond no intentó apresurarla.

Comprendía que aquel lugar tenía un significado especial.

Finalmente, la gobernante se detuvo frente a un árbol de copa amplia.

Bajo sus ramas descansaba una banca.

Celia permaneció inmóvil.

Durante varios segundos contempló aquel lugar.

Después respiró profundamente.

—Aquí...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond volvió la mirada.

—¿Qué pasa?

La mujer observó la banca.

—Solía sentarme aquí.

El joven comprendió que estaba hablando de un recuerdo importante.

Se acercó lentamente.

—¿Quieres que descansemos un rato?

Celia asintió.

Ambos tomaron asiento.

La sombra del árbol los protegía de la luz exterior.

El viento atravesaba las ramas, provocando un suave movimiento de hojas sobre el suelo.

Durante aproximadamente un minuto permanecieron en silencio.

Desmond contemplaba el parque.

Celia mantenía la mirada fija en el sendero frente a ellos.

Finalmente, habló.

—Solía venir aquí con él...

El joven volvió lentamente la cabeza.

La gobernante continuó:

—Con mi amante.

Su voz adquirió una tristeza profunda.

Desmond permaneció atento.

Celia respiró lentamente.

—Le gustaba este lugar.

Hizo una pausa.

—Decía que aquí podía olvidarse durante un rato de sus responsabilidades.

El profesor bajó ligeramente la mirada.

La mujer continuó:

—A veces veníamos solamente a conversar.

Otras veces comprábamos algo de comer y nos sentábamos en esta banca.

Una pequeña sonrisa nostálgica apareció en su rostro.

—Podíamos pasar horas hablando de cualquier tontería.

Desmond permaneció inmóvil.

Celia observó las ramas del árbol.

—Recuerdo que en ocasiones me decía que trabajaba demasiado.

Hizo una pausa.

—Y que debía aprender a descansar.

Soltó una pequeña risa triste.

—Siempre encontraba una manera de convencerme.

El joven sonrió débilmente.

La gobernante continuó:

—Yo le decía que no podía abandonar mis obligaciones.

Que tenía un anillo entero que gobernar.

Y que alguien debía ocuparse de los problemas.

Su sonrisa se volvió más dolorosa.

—Entonces él respondía que el Infierno podía sobrevivir una tarde sin mí.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Parece que tenía bastante razón.

Celia asintió.

—Sí...

Su voz se suavizó.

—La tenía.

Durante varios segundos permaneció contemplando el sendero.

Después bajó lentamente la mirada.

—Desde que murió, no había querido regresar.

Desmond permaneció callado.

La mujer continuó:

—Pensaba que venir aquí solamente conseguiría hacerme sentir peor.

Hizo una pausa.

—Y tenía miedo de recordar demasiado.

El joven observó su expresión.

Celia respiró profundamente.

Después volvió lentamente la mirada hacia él.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Pero me alegra estar aquí contigo.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

La mujer continuó:

—Todavía lo extraño.

Muchísimo.

Su expresión se entristeció.

—Pero ahora...

Hizo una pausa.

—Me siento un poco menos vacía.

El joven permaneció inmóvil.

Aquellas palabras le provocaron una emoción inesperada.

Durante unos segundos no supo cómo responder.

Finalmente, sonrió.

—Me alegra poder acompañarte.

Celia bajó ligeramente la mirada.

Sus mejillas adquirieron un rubor discreto.

Desmond también sintió cierta vergüenza.

No porque la situación fuera incómoda.

Sino porque aquella confesión reflejaba una confianza que no esperaba haber recuperado tan rápidamente después de nueve años sin verse.

Durante un instante permanecieron callados.

Después Celia respiró profundamente.

—Gracias por traerme.

El profesor asintió.

—De nada.

Hizo una pausa.

—Y recuerda que no tienes que dejar de venir a los lugares que te gustaban.

La gobernante permaneció pensativa.

Desmond continuó:

—Sé que algunos recuerdos pueden doler.

Pero también pueden recordarte momentos felices.

Celia observó nuevamente la banca.

Su expresión adquirió una nostalgia más tranquila.

—Supongo que tienes razón.

El joven sonrió.

—A veces ocurre.

La mujer levantó una ceja.

—¿A veces?

Desmond soltó una carcajada.

—¡Oye, no abuses!

Celia comenzó a reír.

Aquella risa fue pequeña.

Pero resultó mucho más natural que las que había mostrado durante la mañana.

Desmond sonrió ampliamente.

Durante algunos segundos ambos disfrutaron de aquella pequeña broma.

Después continuaron conversando.

Hablaron sobre la universidad.

Sobre algunos de los estudiantes más curiosos de Desmond.

Y sobre las dificultades que Celia había experimentado cuando comenzó a aprender a tocar el piano.

La gobernante recordó varias equivocaciones que había cometido durante sus primeras prácticas.

Desmond se rio cuando le explicó que, en una ocasión, terminó repitiendo el mismo fragmento tantas veces que uno de los sirvientes comenzó a tararearlo inconscientemente mientras trabajaba.

—¡No puede ser!

La mujer asintió entre risas.

—¡Te lo juro!

El profesor negó divertido con la cabeza.

—Pobre hombre.

Celia soltó una carcajada.

—¡No fue para tanto!

Desmond levantó ambas manos.

—¡Claro, claro!

La conversación continuó.

Poco a poco, Celia comenzó a relajarse.

Su postura dejó de ser tan rígida.

Sus manos descansaban tranquilamente sobre su vestido.

Y la mirada triste que había acompañado sus primeros pasos por la ciudad empezó a adquirir cierta serenidad.

Desmond notó aquellos cambios.

No los mencionó directamente.

Pero le alegraba observarlos.

A lo largo de la tarde, la gobernante comenzó a acercarse ligeramente.

Al principio simplemente giró su cuerpo hacia él cuando conversaban.

Después disminuyó la distancia entre ambos.

Finalmente, permanecieron sentados bastante cerca.

Desmond continuaba hablando con naturalidad.

No parecía especialmente preocupado por aquella proximidad.

Celia, en cambio, encontraba una tranquilidad inesperada en su compañía.

Había pasado demasiado tiempo asociando aquel parque únicamente con la ausencia de su pareja.

Ahora estaba construyendo un recuerdo diferente.

No pretendía reemplazar los momentos vividos.

Tampoco olvidar al hombre que había amado.

Simplemente estaba descubriendo que podía regresar a aquel lugar sin sentirse completamente consumida por la tristeza.

El tiempo continuó avanzando.

La luz exterior comenzó a adquirir tonalidades más cálidas.

Las sombras de los árboles se alargaron lentamente sobre los senderos.

Y el parque comenzó a vaciarse conforme algunos visitantes regresaban a sus hogares.

Desmond observó el cielo.

Después consultó brevemente la hora.

—Vaya...

Celia levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

El joven sonrió.

—Parece que hemos hablado durante horas.

La gobernante contempló el paisaje.

Después soltó una pequeña risa.

—Es verdad...

Durante unos segundos permaneció pensativa.

Finalmente, volvió a observarlo.

Su expresión adquirió un tono más serio.

—Desmond...

El profesor levantó la mirada.

—¿Sí?

Celia permaneció callada durante un instante.

Después se acercó.

Y lo abrazó con fuerza.

El joven abrió ligeramente los ojos.

—¿Celia...?

La gobernante apoyó suavemente la cabeza sobre su hombro.

Durante varios segundos permaneció inmóvil.

Desmond correspondió al abrazo.

No intentó apartarla.

Comprendía que todavía necesitaba sentirse acompañada.

Finalmente, la mujer habló.

—Prométeme algo.

Su voz fue baja.

El joven levantó ligeramente la cabeza.

—¿Qué cosa?

Celia respiró profundamente.

Después se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

Su expresión reflejaba una seriedad que Desmond no había visto durante toda la tarde.

—Prométeme que siempre amarás y respetarás a Skyler.

El profesor permaneció sorprendido.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Celia continuó:

—No permitas que la costumbre te haga olvidar cuánto significa para ti.

Hizo una pausa.

—Ni que los problemas cotidianos terminen destruyendo algo que construyeron durante tantos años.

Desmond bajó lentamente la mirada.

La gobernante continuó:

—Amores como el de ustedes no son comunes en el Infierno.

Su voz adquirió una tristeza profunda.

—Y a veces comprendemos cuánto valen las personas solamente cuando ya no podemos volver a abrazarlas.

El joven sintió un nudo en la garganta.

Recordó la llamada de Skyler durante la madrugada.

Su preocupación.

Y aquella manera en que había respondido con molestia porque llevaba horas sin saber dónde se encontraba.

En aquel momento había comprendido que su esposa no estaba intentando controlarlo.

Simplemente tenía miedo de que algo malo le hubiera ocurrido.

Ahora las palabras de Celia adquirían un significado todavía mayor.

Desmond respiró profundamente.

Después asintió.

—Te lo prometo.

La gobernante permaneció observándolo.

El joven continuó:

—Skyler significa muchísimo para mí.

Hizo una pausa.

—Ha estado a mi lado durante algunos de los momentos más difíciles de mi vida.

Su expresión se suavizó.

—Y no quiero olvidar nunca todo lo que hemos construido juntos.

Celia sintió que sus ojos comenzaban a humedecerse.

Pero esta vez consiguió sonreír.

—Me alegra escucharlo.

Desmond correspondió al gesto.

La mujer volvió a abrazarlo brevemente.

Después se separó.

Durante algunos segundos permanecieron contemplando el parque.

La brisa movía suavemente las ramas del árbol.

Y la luz del atardecer comenzaba a teñir el entorno con tonalidades doradas.

Finalmente, Desmond recordó algo.

Una pregunta que llevaba varias horas rondando su mente.

Volvió lentamente la cabeza.

—Oye, Celia...

La gobernante levantó la mirada.

—¿Sí?

El profesor permaneció pensativo.

Después preguntó:

—¿Qué me puedes contar de Tyrone?

La mujer abrió ligeramente los ojos.

No esperaba que mencionara aquel nombre.

—¿Tyrone?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Lo conocí durante la madrugada.

Celia permaneció sorprendida.

Después levantó ligeramente las cejas.

—¿En serio?

El joven sonrió.

—Sí.

Su expresión adquirió un tono divertido.

—Aunque creo que no le agradó demasiado encontrarme dentro de su habitación.

La gobernante soltó una pequeña carcajada.

—¡Desmond!

El profesor levantó ambas manos.

—¡Fue un accidente!

Celia negó divertida con la cabeza.

—¿Cómo terminaste entrando a su habitación?

Desmond se encogió de hombros.

—Estaba caminando por el palacio.

Vi una puerta con constelaciones.

Y me dio curiosidad.

La mujer dejó escapar un suspiro.

Pero continuaba sonriendo.

—Definitivamente no has cambiado tanto...

El joven soltó una carcajada.

—¡Oye!

Celia lo observó con ternura.

—Tyrone es bastante reservado.

Hizo una pausa.

—No suele confiar demasiado rápido en personas que no conoce.

Desmond asintió.

—Lo noté.

Después sonrió.

—Pero terminamos hablando en el balcón.

La gobernante levantó ligeramente las cejas.

—¿De verdad?

El joven asintió.

—Sí.

Me escuchó improvisar.

Después se acercó y comenzamos a conversar.

Celia permaneció sorprendida.

Desmond continuó:

—Me habló sobre sus estudios.

La astronomía.

Los libros que lee.

Y las horas que pasa observando las estrellas desde la torre del palacio.

Una sonrisa cálida apareció en su rostro.

—Es un muchacho brillante.

La gobernante bajó lentamente la mirada.

Una expresión de orgullo apareció en su rostro.

—Lo es...

Su voz se suavizó.

—Le encanta estudiar los planetas y las estrellas.

Hizo una pausa.

—Tiene una facilidad extraordinaria para aprender todo lo relacionado con eso.

Desmond escuchó atentamente.

Celia continuó:

—A veces puede pasar horas leyendo sin darse cuenta de cuánto tiempo ha transcurrido.

Y cuando descubre algo que le parece interesante, viene corriendo para explicármelo.

Una pequeña risa escapó de sus labios.

—Aunque debo admitir que muchas veces no entiendo absolutamente nada.

Desmond soltó una carcajada.

—¡A mí me pasó lo mismo!

La gobernante sonrió.

—Pero me encanta escucharlo.

Hizo una pausa.

—Se emociona tanto cuando habla de astronomía que sería imposible no prestarle atención.

Desmond asintió.

—Tiene una pasión muy auténtica.

Celia volvió a contemplar el horizonte.

—Sí.

Su expresión se suavizó.

—Y a pesar de ser tímido y sensible, tiene un corazón noble.

Durante unos segundos permaneció callada.

Después su sonrisa comenzó a desaparecer.

—Pero...

Desmond notó el cambio.

—¿Qué pasa?

La gobernante bajó lentamente la mirada.

—Su historia es triste.

Hizo una pausa.

—Muy triste.

El profesor permaneció inmóvil.

Recordó la conversación de la madrugada.

Tyrone había mencionado que la pareja de Celia lo había criado.

También había explicado cuánto sufría por su muerte.

Pero no había contado demasiado sobre su infancia.

Desmond respiró profundamente.

—Cuéntamela.

La gobernante permaneció pensativa.

Durante varios segundos contempló sus manos.

Después comenzó a hablar.

—Tyrone fue rechazado prácticamente desde el momento en que llegó al mundo.

Su voz adquirió una tristeza profunda.

Desmond permaneció atento.

Celia continuó:

—Su madre murió al poner el huevo del que nació.

Hizo una pausa.

—Nunca tuvo oportunidad de conocerla.

El joven sintió una punzada en el pecho.

Aquello le recordó inmediatamente a Rubí.

Su propia madre también había fallecido durante su nacimiento.

Aunque las circunstancias eran diferentes, existía una semejanza dolorosa entre ambas historias.

Celia continuó:

—Y su clan tampoco quiso hacerse responsable de él.

Su expresión se endureció.

—Lo abandonaron antes de que cumpliera siquiera una semana de vida.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿Una semana?

La gobernante asintió.

—Ni siquiera eso.

Su voz se volvió más apagada.

—Lo dejaron completamente solo.

El profesor sintió que el pecho comenzaba a tensársele.

Celia contempló las hojas que descansaban sobre el suelo.

Después continuó:

—Lo encontraron en un bosque.

Estaba lloviendo.

Hacía frío.

Y el pequeño apenas conseguía emitir sonidos.

Desmond permaneció inmóvil.

La mujer respiró profundamente.

—Estaba completamente indefenso.

No había nadie cuidándolo.

Nadie que pudiera protegerlo.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Solamente un recién nacido abandonado bajo una tormenta.

El joven bajó lentamente la mirada.

La imagen que aquellas palabras despertaban resultaba profundamente dolorosa.

Un niño.

Solo.

En medio de un bosque.

Sin comprender por qué nadie acudía a ayudarlo.

Desmond recordó las historias sobre Marta encontrando a Rubí gravemente herida.

También recordó cómo su madre adoptiva había decidido intervenir cuando nadie más parecía dispuesto a hacerlo.

Pensó en lo diferente que habría sido su propia vida si Marta nunca hubiera encontrado a Rubí.

Celia continuó:

—Finalmente lo llevaron a un orfanato.

Hizo una pausa.

—Pero no era un buen lugar.

Su expresión adquirió una dureza creciente.

—Ni siquiera puedo considerarlo un hogar.

Desmond levantó lentamente la mirada.

La gobernante continuó:

—Allí pasó buena parte de su infancia.

Pero en lugar de encontrar protección, solamente recibió maltratos.

El profesor frunció el ceño.

—¿Qué clase de maltratos?

Celia respiró profundamente.

Parecía costarle recordar aquellos detalles.

—Se burlaban de él.

Constantemente.

Hizo una pausa.

—Por su apariencia.

Por ser diferente.

Por su plumaje.

Y porque era demasiado callado.

Desmond sintió que sus manos comenzaban a tensarse.

La gobernante continuó:

—Los otros niños lo trataban como si fuera una criatura extraña.

Y los adultos...

Su voz se endureció.

—Los adultos que debían protegerlo eran todavía peores.

El joven permaneció completamente inmóvil.

Celia bajó lentamente la mirada.

—Lo castigaban por cualquier cosa.

Si hablaba demasiado.

Si no respondía.

Si cometía algún error.

O simplemente porque alguien había decidido culparlo de algo.

Desmond apretó lentamente los puños.

—Malditos...

Su voz fue apenas un murmullo.

La gobernante continuó:

—Le pegaban.

Lo dejaban sin comer durante días.

Y en algunas ocasiones intentaron matarlo.

El profesor levantó bruscamente la cabeza.

—¿Qué?

Celia cerró lentamente los ojos.

Después asintió.

—Sí.

Su voz se quebró.

—Intentaron matarlo más de una vez.

Desmond permaneció inmóvil.

La mujer continuó:

—Lo quemaron.

Lo golpearon hasta dejarlo prácticamente inconsciente.

Y lo sometieron a castigos que ningún niño debería experimentar.

Su expresión reflejaba una mezcla de tristeza y rabia.

—Todo porque lo consideraban diferente.

Desmond sintió que la sangre comenzaba a hervirle.

Su puño se cerró con tanta fuerza que los nudillos quedaron tensos.

Recordó a los niños de la comuna 54.

Las dificultades que enfrentaban.

Y la manera en que algunos adultos utilizaban su autoridad para humillar a quienes no podían defenderse.

Sin embargo, escuchar lo ocurrido con Tyrone despertó en él una indignación especialmente profunda.

El muchacho que había conocido durante la madrugada no parecía alguien violento.

Era tímido.

Curioso.

Y profundamente apasionado por las estrellas.

Resultaba difícil imaginar que hubiera sobrevivido a semejante crueldad.

Desmond respiró profundamente.

Intentó controlar la rabia.

—¿Y nadie hizo nada?

Celia negó lentamente con la cabeza.

—Nadie que pudiera protegerlo de verdad.

Hizo una pausa.

—Durante años estuvo completamente solo.

El profesor bajó la mirada.

La gobernante continuó:

—Y finalmente, cuando tenía diez años, lo expulsaron.

Desmond levantó lentamente la cabeza.

—¿Del orfanato?

Celia asintió.

—Sí.

Su expresión se endureció nuevamente.

—Lo echaron en medio de una tormenta.

Sin comida.

Sin ropa adecuada.

Y sin ningún lugar al que acudir.

El joven permaneció inmóvil.

Celia continuó:

—Lo abandonaron como si su vida no tuviera ningún valor.

Su voz se quebró.

—Como si fuera basura.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Durante varios segundos no consiguió pronunciar una sola palabra.

La gobernante respiró profundamente.

Después continuó:

—Pasó un tiempo intentando sobrevivir por su cuenta.

Pero estaba demasiado débil.

Había sufrido demasiado.

Y apenas conseguía encontrar algo para comer.

Desmond permaneció atento.

Celia bajó lentamente la mirada.

—Finalmente terminó en un callejón.

Hizo una pausa.

—Cubierto de barro.

Sangre.

Y prácticamente al borde de la muerte.

El profesor sintió un nudo en la garganta.

La mujer continuó:

—Fue allí donde mi pareja lo encontró.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Celia permaneció contemplando el suelo.

Una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—Él era médico.

Hizo una pausa.

—Había pasado gran parte de su vida ayudando a personas que no podían pagar tratamientos o que simplemente eran rechazadas por otros profesionales.

El profesor escuchó atentamente.

La gobernante continuó:

—Cuando encontró a Tyrone, no podía creer el estado en que se encontraba.

Su voz adquirió una emoción profunda.

—Estaba tan delgado...

Tan débil...

Y tenía tantas heridas...

Celia cerró lentamente los ojos.

—No sabía si conseguiría salvarlo.

Desmond permaneció inmóvil.

La mujer respiró profundamente.

—Pero no se rindió.

Hizo una pausa.

—Lo llevó a un lugar seguro.

Curó sus heridas.

Y comenzó a cuidarlo.

Su expresión se suavizó.

—No solamente físicamente.

También intentó ayudarlo a comprender que no todas las personas querían hacerle daño.

Desmond sintió una emoción profunda.

Celia continuó:

—Al principio Tyrone desconfiaba de todo.

Se sobresaltaba cuando alguien se acercaba demasiado.

No soportaba que lo tocaran inesperadamente.

Y esperaba recibir un castigo cada vez que cometía algún error.

El joven bajó lentamente la mirada.

Ahora comprendía mejor aquella actitud desconfiada que Tyrone había mostrado durante su primer encuentro.

No era arrogancia.

Tampoco desprecio.

Era miedo.

Un miedo aprendido después de años de maltrato.

La gobernante continuó:

—Pero mi pareja tuvo paciencia.

Nunca intentó obligarlo a confiar.

Simplemente permaneció a su lado.

Lo alimentó.

Lo cuidó.

Y le demostró, día tras día, que ya no tenía que vivir esperando que alguien lo lastimara.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Con el tiempo, Tyrone comenzó a acercarse a él.

Desmond escuchó atentamente.

Celia continuó:

—Primero le hacía pequeñas preguntas.

Después empezó a contarle algunas cosas.

Y finalmente...

Su voz se quebró ligeramente.

—Comenzó a llamarlo papá.

El profesor sintió una emoción difícil de describir.

Recordó la manera en que había llamado a Miguel durante su infancia.

También recordó a Marta.

Las personas que lo habían criado sin importar que no compartieran su sangre.

Celia sonrió entre lágrimas.

—Nunca había tenido una familia.

Hizo una pausa.

—Y por primera vez creyó que finalmente había encontrado una.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Durante varios segundos permaneció callado.

La historia de Tyrone comenzaba a resultarle profundamente cercana.

No porque sus vidas hubieran sido idénticas.

Sino porque ambos habían encontrado protección en personas que decidieron amarlos sin estar obligadas por ningún vínculo biológico.

El profesor respiró profundamente.

Finalmente, preguntó:

—¿Y cómo llegaste tú a sus vidas?

Celia permaneció pensativa.

Después sonrió débilmente.

—Eso ocurrió tiempo después.

Hizo una pausa.

—Cuando conocí a mi pareja, Tyrone ya formaba parte de su vida.

Desmond asintió.

La gobernante continuó:

—Y debo admitir que nuestro primer encuentro no fue precisamente agradable.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

—¿Ah, no?

Celia soltó una pequeña risa nostálgica.

—Para nada.

Hizo una pausa.

—Tyrone me detestaba.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿En serio?

La mujer asintió.

—Sí.

Su expresión adquirió una mezcla de ternura y tristeza.

—Me gritaba.

Me empujaba cuando intentaba acercarme.

Y en ocasiones se negaba siquiera a permanecer en la misma habitación que yo.

El profesor permaneció sorprendido.

Celia continuó:

—Para él, yo era una intrusa.

Una desconocida que había aparecido de repente y que ahora compartía el tiempo de la única persona en quien confiaba.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Comprendió inmediatamente.

Después de sufrir abandono y maltrato durante tantos años, Tyrone probablemente temía que aquella nueva relación terminara arrebatándole al hombre que lo había rescatado.

La gobernante continuó:

—No quería que estuviera cerca.

Y, aunque al principio me dolía...

Hizo una pausa.

—Lo entendía.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Celia sonrió débilmente.

—No podía exigirle que confiara en mí solamente porque su padre me quería.

El profesor asintió.

—Tiene sentido.

La mujer continuó:

—Por eso decidí esperar.

No intenté obligarlo a abrazarme.

Ni a hablar conmigo.

Tampoco le exigí que me tratara como parte de su familia.

Su expresión se suavizó.

—Simplemente permanecí cerca.

Y traté de conocerlo.

Desmond escuchaba atentamente.

Celia continuó:

—Durante un tiempo apenas conseguíamos conversar.

Yo le preguntaba cómo estaba.

Y él respondía con una sola palabra.

Si intentaba ofrecerle algo, lo rechazaba.

Y cuando me acercaba demasiado, se marchaba.

La gobernante soltó una pequeña risa.

—Era bastante terco.

Desmond sonrió.

—Creo que todavía conserva algo de eso.

Celia comenzó a reír.

—¡Oh, sí!

Durante unos segundos ambos disfrutaron de aquella pequeña broma.

Después la mujer continuó:

—Pero hubo un día que lo cambió todo.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué ocurrió?

Celia observó el cielo.

Su expresión adquirió una nostalgia especial.

—Lo encontré en la torre del palacio.

Hizo una pausa.

—Estaba observando las estrellas.

El profesor sonrió.

La gobernante continuó:

—Tenía varios papeles extendidos sobre el suelo.

Había dibujado constelaciones.

Y estaba intentando comparar sus observaciones con algunas ilustraciones de un libro antiguo.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Estaba tan concentrado que ni siquiera notó que yo había llegado.

Desmond permaneció atento.

Celia continuó:

—Me quedé observándolo durante varios minutos.

No quería interrumpirlo.

Pero había algo en su expresión que me llamó muchísimo la atención.

El profesor levantó ligeramente la mirada.

La mujer sonrió.

—Estaba feliz.

Hizo una pausa.

—No solamente entretenido.

Realmente feliz.

Sus ojos adquirieron un brillo nostálgico.

—Era como si, mientras observaba las estrellas, pudiera olvidarse de todo lo que había sufrido.

Desmond sintió una emoción profunda.

Recordó su conversación con Tyrone durante la madrugada.

La manera en que sus ojos se iluminaron al hablar de astronomía.

Y aquel entusiasmo que parecía transformar completamente su personalidad.

Celia continuó:

—Entonces comprendí algo.

Hizo una pausa.

—Había una parte de él que todavía conservaba la capacidad de maravillarse.

A pesar de todo cuanto había vivido.

El profesor asintió lentamente.

La gobernante continuó:

—Y quise ayudarlo a conservarla.

Desmond sonrió.

—¿Qué hiciste?

Celia soltó una pequeña risa.

—Primero comencé a buscar libros.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Libros?

La mujer asintió.

—Sobre astronomía.

Hizo una pausa.

—Pero no cualquier libro.

Quería encontrar materiales que fueran diferentes de los que ya tenía.

Así que conseguí varios textos humanos.

Algunos contenían ilustraciones extraordinarias.

Otros explicaban teorías sobre planetas, estrellas y fenómenos que Tyrone apenas estaba comenzando a estudiar.

Desmond escuchó atentamente.

Celia continuó:

—Se los regalé.

Al principio los recibió sin decir demasiado.

Ni siquiera estaba segura de que quisiera aceptarlos.

La gobernante sonrió con nostalgia.

—Pero al día siguiente lo encontré leyéndolos.

El profesor correspondió al gesto.

—Eso debió alegrarte.

Celia asintió.

—Muchísimo.

Hizo una pausa.

—Después comenzaron a aparecer nuevas oportunidades.

Le habilité una habitación donde pudiera estudiar cómodamente.

Con espacio para guardar sus libros.

Sus dibujos.

Y todos aquellos materiales que acostumbraba acumular.

Desmond recordó inmediatamente la habitación decorada con constelaciones.

La cama.

Los mapas.

Y la estantería repleta de textos astronómicos.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Así que tú preparaste aquella habitación.

Celia asintió.

—Sí.

Su voz adquirió un tono cálido.

—Quería que tuviera un lugar propio.

Un espacio donde pudiera sentirse seguro.

Hizo una pausa.

—Y donde nadie lo castigara por disfrutar de las cosas que le gustaban.

Desmond permaneció conmovido.

La mujer continuó:

—Después le compré su primer telescopio.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

—¿En serio?

Celia sonrió ampliamente.

—¡Sí!

Su expresión se iluminó al recordar aquel momento.

—No tienes idea de lo emocionado que estaba.

Hizo una pausa.

—Al principio no sabía qué decir.

Simplemente contemplaba el telescopio.

Después comenzó a hacerme tantas preguntas que pensé que nunca terminaría.

Desmond soltó una carcajada.

—Eso sí me lo imagino.

Celia también comenzó a reír.

—¡Era adorable!

Su sonrisa adquirió una ternura especial.

—Pasó muchísimo tiempo intentando aprender a utilizarlo correctamente.

Y cuando finalmente consiguió observar algo que le interesaba, vino corriendo a buscarme.

Desmond permaneció atento.

La gobernante continuó:

—Quería que fuera a la torre.

Que mirara por el telescopio.

Y que escuchara todo lo que había descubierto.

Hizo una pausa.

—Así comenzó todo.

El profesor sonrió.

Celia observó lentamente sus manos.

—Poco a poco empezó a confiar en mí.

Primero me hacía preguntas.

Después comenzó a contarme cosas que había leído.

Y más adelante...

Su voz se suavizó.

—Comenzó a hablarme de sus sentimientos.

Desmond permaneció inmóvil.

La gobernante continuó:

—No ocurrió de un día para otro.

Hubo momentos difíciles.

Días en los que volvía a mostrarse desconfiado.

O en los que algún recuerdo doloroso conseguía hacerlo encerrarse nuevamente.

Hizo una pausa.

—Pero nunca dejé de intentarlo.

El profesor asintió lentamente.

Celia sonrió.

—Con el tiempo comenzó a reír conmigo.

A buscarme cuando tenía algo importante que contar.

Y a permitirme acompañarlo durante sus estudios.

Su expresión se llenó de ternura.

—Hoy...

Hizo una pausa.

—Es como un hijo.

Desmond permaneció contemplándola.

La gobernante levantó lentamente la mirada.

Sus ojos estaban húmedos.

Pero su sonrisa era sincera.

—Mi hijo.

El profesor sintió un nudo en la garganta.

Aquellas palabras le recordaron inmediatamente a Marta.

La mujer que había decidido criarlo cuando apenas era un recién nacido.

Que lo alimentó.

Lo protegió.

Y le enseñó a comprender el mundo.

Desmond sabía perfectamente que una familia podía construirse mediante decisiones que iban mucho más allá de la sangre.

Y ahora descubría que Celia había hecho algo semejante con Tyrone.

La gobernante había encontrado a un niño profundamente herido.

Y, en lugar de exigirle cariño, había decidido ofrecerle paciencia.

Seguridad.

Y oportunidades para desarrollar aquello que más disfrutaba.

El profesor respiró profundamente.

Finalmente, sonrió.

—Es un muchacho brillante.

Celia levantó la mirada.

Desmond continuó:

—Lo noté apenas comenzamos a conversar.

Hizo una pausa.

—Tiene una curiosidad extraordinaria.

Y cuando habla de astronomía, parece olvidarse completamente de sus nervios.

La gobernante sonrió con orgullo.

—Sí...

El profesor continuó:

—Creo que tiene muchísimo potencial.

Celia asintió.

—Lo tiene.

Su expresión adquirió una tristeza profunda.

—Y a pesar de todo lo que ha vivido...

Hizo una pausa.

—Todavía cree que puede descubrir algo hermoso allá afuera.

Levantó lentamente la mirada hacia el cielo.

Las primeras tonalidades del atardecer comenzaban a aparecer entre las ramas del árbol.

Celia continuó:

—En las estrellas.

Su voz se quebró ligeramente.

—Eso es lo que más me duele y me enorgullece al mismo tiempo.

Desmond permaneció callado.

La gobernante bajó lentamente la mirada.

—Pensar en todas las cosas que le hicieron...

Hizo una pausa.

—En las veces que intentaron convencerlo de que no valía nada...

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Y después verlo tan emocionado porque consiguió comprender una constelación nueva.

Desmond sintió una emoción profunda.

Celia continuó:

—A veces me pregunto cómo es posible que todavía conserve tanta bondad.

Después de todo lo que sufrió.

El profesor respiró profundamente.

—Quizás porque encontró personas que le demostraron que el mundo también podía ofrecerle cosas buenas.

La gobernante levantó lentamente la mirada.

Desmond sonrió débilmente.

—Tu pareja.

Hizo una pausa.

—Y tú.

Celia permaneció inmóvil.

El joven continuó:

—No pueden cambiar lo que ocurrió durante su infancia.

Pero sí le dieron la oportunidad de construir algo diferente.

La gobernante cerró lentamente los ojos.

Una lágrima recorrió su mejilla.

Desmond continuó:

—Tyrone tiene quince años.

Todavía le queda muchísimo por aprender.

Y, si continúa estudiando con esa dedicación, estoy seguro de que conseguirá cosas extraordinarias.

Celia sonrió entre lágrimas.

—Eso espero...

El profesor asintió.

—Yo también.

Durante varios minutos permanecieron en silencio.

El parque comenzaba a vaciarse.

La iluminación del cielo había adquirido tonalidades doradas y púrpuras.

Las ramas del árbol se movían suavemente bajo la brisa.

Desmond contempló el paisaje.

Después volvió la mirada hacia Celia.

La gobernante parecía profundamente conmovida por haber recordado la historia de Tyrone.

Pero su expresión también reflejaba algo diferente.

Orgullo.

Un orgullo maternal que no necesitaba ninguna explicación.

Aquello alegró al profesor.

Durante la madrugada había conocido a un muchacho que parecía sentirse completamente solo frente a sus recuerdos.

Ahora comprendía que, aunque había sufrido un abandono terrible, también había encontrado personas que lo amaban sinceramente.

La muerte de su padre adoptivo había vuelto a herirlo.

Y Celia estaba atravesando su propia pérdida.

Pero todavía se tenían el uno al otro.

Desmond pensó que quizás, con el tiempo, ambos conseguirían recordar aquella verdad.

La gobernante respiró profundamente.

Después observó el cielo.

—Se está haciendo tarde...

El profesor levantó la mirada.

Las últimas luces del atardecer comenzaban a desaparecer detrás de los edificios.

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Creo que deberíamos regresar.

Celia permaneció contemplando el parque durante algunos segundos.

Después asintió.

—Está bien.

Ambos se levantaron.

La gobernante acomodó suavemente su vestido amarillo.

Después volvió la mirada hacia la banca.

Durante unos instantes permaneció inmóvil.

Desmond notó su expresión.

—¿Todo bien?

Celia respiró profundamente.

Después sonrió débilmente.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Solo estaba recordando algunas cosas.

El profesor asintió.

—Entiendo.

La mujer contempló nuevamente el lugar.

Allí había compartido numerosos momentos con su pareja.

Conversaciones.

Risas.

Y pequeñas experiencias que ahora conservaba únicamente en su memoria.

Durante mucho tiempo había temido regresar.

Pensaba que sentarse nuevamente bajo aquel árbol significaría enfrentarse a una ausencia imposible de soportar.

Sin embargo, aquella tarde había descubierto algo diferente.

El lugar seguía siendo importante.

Los recuerdos continuaban doliendo.

Pero también podía experimentar tranquilidad mientras los recordaba.

Celia respiró profundamente.

Finalmente, se volvió hacia Desmond.

—Gracias por traerme aquí.

El joven sonrió.

—Cuando quieras.

La gobernante correspondió al gesto.

Y comenzaron a caminar hacia la salida.

El trayecto de regreso al Palacio Gluttora resultó considerablemente más tranquilo que durante la mañana.

Celia ya no mantenía la mirada constantemente baja.

Observaba las calles.

Algunos establecimientos.

Y los pequeños detalles que durante su encierro había dejado de apreciar.

En varias ocasiones conversó con Desmond sobre asuntos cotidianos.

También mencionó algunos proyectos relacionados con su gobierno.

El profesor escuchó con atención.

Le alegraba notar que la mujer comenzaba a recuperar parte de su interés por las cosas que ocurrían a su alrededor.

Sin embargo, no intentó convertir aquella mejoría en una obligación.

Sabía que el duelo no avanzaba de manera uniforme.

Podía sentirse tranquila durante una tarde y volver a llorar durante la noche.

Aquello no significaba que hubiera retrocedido.

Simplemente formaba parte del proceso de aprender a vivir con una pérdida.

Desmond recordó sus propios días después de la muerte de Marta.

Hubo mañanas en las que consiguió levantarse con una sonrisa.

Y noches en las que la tristeza regresaba con una intensidad inesperada.

Por eso comprendía que Celia necesitaba paciencia.

No exigencias.

Finalmente, las enormes estructuras del Palacio Gluttora aparecieron frente a ellos.

Las luces exteriores comenzaban a encenderse.

Los jardines permanecían iluminados.

Y varios trabajadores continuaban realizando sus actividades.

Celia observó la residencia.

Después respiró profundamente.

Desmond se detuvo a su lado.

—¿Lista para volver?

La gobernante sonrió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Esta vez sí.

El joven correspondió al gesto.

Y ambos caminaron hacia la entrada principal.

Los sirvientes los recibieron con respeto.

Algunos parecían sorprendidos de ver a Celia regresar después de haber pasado buena parte del día fuera del palacio.

Sin embargo, la gobernante respondió a sus saludos con una tranquilidad que no había mostrado durante los días anteriores.

Desmond observó discretamente aquellas interacciones.

No eran acontecimientos extraordinarios.

Simplemente pequeños gestos.

Una sonrisa.

Una respuesta amable.

Y la disposición de conversar brevemente con quienes la saludaban.

Pero para alguien que llevaba tanto tiempo encerrada, aquellas acciones representaban un avance considerable.

Finalmente, ambos comenzaron a recorrer los corredores interiores.

La decoración dorada continuaba reflejando la iluminación de las lámparas.

Los patrones hexagonales adornaban las paredes.

Y el aroma dulce característico del palacio permanecía presente.

Desmond caminaba junto a Celia.

Durante varios minutos conversaron sobre lo que habían comido.

La gobernante mencionó que la tarta de fresa le había gustado especialmente.

El profesor sonrió.

—Entonces tendremos que volver algún día.

Celia soltó una pequeña risa.

—Eso parece.

Desmond asintió.

—Además, Isabella estará encantada de atendernos nuevamente.

La mujer sonrió.

—Es una muchacha muy amable.

El profesor correspondió al gesto.

—Y una excelente estudiante.

Hizo una pausa.

—Tiene bastante talento musical.

Celia levantó ligeramente las cejas.

—¿De verdad?

Desmond asintió.

—Sí.

Le explicó brevemente algunos de los trabajos que Isabella había realizado durante sus clases.

También mencionó su entusiasmo cuando visitó su estudio.

La gobernante escuchó con curiosidad.

Durante unos minutos continuaron hablando.

Hasta que finalmente llegaron al sector donde se encontraban las habitaciones privadas.

Desmond disminuyó ligeramente el paso.

Recordó la conversación que había mantenido con Celia en el parque.

La historia de Tyrone.

El abandono.

Los maltratos.

Y aquella dedicación extraordinaria que el muchacho había desarrollado hacia la astronomía.

El joven sintió una emoción profunda.

No esperaba que detrás de aquella actitud reservada existiera un pasado tan doloroso.

Había conocido personas que cargaban con historias difíciles.

Pero escuchar que alguien había sufrido semejante crueldad durante su infancia resultaba especialmente perturbador.

Desmond contempló brevemente las puertas del corredor.

Recordó dónde se encontraba la habitación decorada con constelaciones.

Después volvió la mirada hacia Celia.

—Oye...

La gobernante levantó la cabeza.

—¿Sí?

El profesor sonrió débilmente.

—Creo que pasaré a saludar a Tyrone antes de descansar.

Celia permaneció sorprendida.

Después una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Está bien.

Hizo una pausa.

—Pero recuerda que es bastante tímido.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Lo sé.

La mujer correspondió al gesto.

Después se despidió de él.

—Gracias por hoy, Desmond.

El profesor asintió.

—De nada, Celia.

La gobernante permaneció observándolo durante unos segundos.

Su expresión adquirió una ternura especial.

Finalmente, sonrió.

—De verdad me hizo bien.

El joven correspondió al gesto.

—Me alegra.

Celia asintió.

Después continuó caminando hacia su habitación.

Desmond permaneció observándola durante algunos segundos.

La mujer todavía parecía cansada.

Sus movimientos conservaban cierta lentitud.

Y probablemente necesitaría mucho tiempo antes de recuperar completamente su estabilidad emocional.

Pero aquella tarde había conseguido algo importante.

Había salido.

Comido.

Recordado.

Y, sobre todo, disfrutado de pequeños momentos sin sentirse obligada a ocultar completamente su tristeza.

El profesor respiró profundamente.

Después volvió la mirada hacia el corredor.

Comenzó a caminar.

No tardó demasiado en reconocer aquella puerta de madera clara.

Los grabados de constelaciones continuaban adornando su superficie.

Desmond disminuyó el paso.

Se acercó.

Y observó que la puerta estaba ligeramente entreabierta.

Desde el interior llegaba la luz tenue de una lámpara.

El joven permaneció inmóvil.

Después se aproximó lo suficiente para observar sin entrar.

Tyrone estaba sentado frente a su escritorio.

Su plumaje morado reflejaba suavemente la iluminación azulada y dorada que provenía de la habitación.

Tenía varios libros abiertos.

Sobre la mesa descansaban mapas astronómicos y hojas cubiertas de anotaciones.

El muchacho sostenía un lápiz.

Su mirada estaba completamente concentrada en uno de los dibujos.

De vez en cuando consultaba alguna página.

Después regresaba a sus apuntes.

Y realizaba pequeñas correcciones.

Desmond permaneció observándolo.

Durante varios segundos no consiguió apartar la mirada.

Recordó la historia que Celia acababa de contarle.

Aquel recién nacido abandonado bajo la lluvia.

El niño maltratado durante años.

Y el muchacho de diez años que terminó expulsado de un orfanato en medio de una tormenta.

Le resultaba difícil relacionar aquellas imágenes con el joven que ahora permanecía completamente concentrado en sus estudios.

Pero precisamente eso hacía que la escena resultara tan conmovedora.

Tyrone había sufrido.

Había sido rechazado.

Y había conocido una crueldad que ningún niño debería experimentar.

Sin embargo, todavía encontraba razones para interesarse por el mundo.

Todavía deseaba aprender.

Y continuaba contemplando las estrellas como si en ellas existiera algo extraordinario esperando ser descubierto.

Desmond sintió una mezcla de admiración y tristeza.

Pensó en su propia infancia.

En las noches en que la música le permitía olvidar por algunos minutos los problemas de la comuna.

Y en aquella necesidad de encontrar algo hermoso incluso cuando el entorno parecía empeñado en demostrarle lo contrario.

Ahora comprendía por qué había sentido una conexión tan particular con Tyrone durante la madrugada.

Ambos habían encontrado refugio en una pasión.

Para Desmond había sido la música.

Para Tyrone, la astronomía.

Dos caminos diferentes.

Pero nacidos de una necesidad semejante.

La posibilidad de imaginar que el mundo podía contener algo más que sufrimiento.

El profesor observó cómo Tyrone levantaba ligeramente la cabeza.

El muchacho parecía haber encontrado una respuesta en uno de sus libros.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Después comenzó a escribir con mayor entusiasmo.

Desmond sonrió.

No quiso interrumpirlo.

Sabía perfectamente cuánto podía significar aquel momento de concentración.

Recordó las veces en que James entraba a su habitación mientras intentaba terminar una canción.

Y cómo terminaba molestándose cuando perdía una idea que llevaba varios minutos desarrollando.

El joven soltó una pequeña risa silenciosa.

—Sigue así, muchacho...

Su voz fue apenas un murmullo.

Tyrone no lo escuchó.

Continuaba completamente concentrado en sus apuntes.

Desmond permaneció algunos segundos más junto a la puerta.

Después se apartó.

No necesitaba entrar.

Tampoco formular preguntas.

Había comprendido algo importante sobre aquel joven.

Su historia estaba llena de heridas.

Pero también de una fortaleza que no necesitaba manifestarse mediante violencia o arrogancia.

Una fortaleza silenciosa.

Construida a partir de la curiosidad, la perseverancia y la capacidad de continuar buscando algo hermoso incluso después de haber conocido lo peor de la sociedad infernal.

El profesor respiró profundamente.

Después continuó caminando.

Los corredores permanecían tranquilos.

Algunas lámparas comenzaban a encenderse conforme avanzaba la noche.

Y el Palacio Gluttora recuperaba lentamente aquella quietud que lo había acompañado durante la madrugada anterior.

Desmond observó las decoraciones.

Los cuadros.

Y las enormes ventanas que dejaban ver las luces del Anillo de la Gula.

Durante los últimos días habían ocurrido demasiadas cosas.

Su reconciliación con Izobelle.

La verdad sobre la muerte de Miguel.

El regreso a Hellbeat Records.

La vulnerabilidad de Antrox.

El sufrimiento de Celia.

Y ahora la historia de Tyrone.

Cada encuentro parecía recordarle una misma enseñanza.

Las personas podían aparentar una vida completamente diferente de la que realmente llevaban.

Un aristócrata podía esconder crímenes terribles detrás de su apellido.

Un Pecado Capital podía sentirse rechazado durante siglos.

Una gobernante inmortal podía quebrarse por la muerte de alguien amado.

Y un muchacho tímido, apasionado por las estrellas, podía cargar con recuerdos de una infancia marcada por la crueldad.

Desmond había aprendido que ninguna apariencia permitía comprender completamente a alguien.

Ni siquiera el poder.

La riqueza.

O la autoridad.

Todos podían sufrir.

Todos podían perder.

Y todos necesitaban, de alguna manera, encontrar razones para continuar.

El joven recordó a Celia sentada bajo el árbol.

La manera en que había hablado de su pareja.

Y aquella sonrisa triste que apareció cuando confesó que regresar al parque le había permitido sentirse un poco menos vacía.

Después pensó en Tyrone.

Concentrado en sus libros.

Todavía intentando comprender las constelaciones.

A pesar de cuanto había vivido.

Desmond sintió una emoción profunda.

Quizás la vida nunca dejaba de poner a prueba a quienes intentaban construir algo bueno.

Quizás siempre existirían pérdidas imposibles de evitar.

Pero también había pequeños gestos capaces de cambiar el rumbo de una existencia.

Una mujer que decidía recoger a una madre herida en un callejón.

Un médico que salvaba a un niño abandonado.

Una gobernante que regalaba libros a alguien que necesitaba sentirse comprendido.

O un amigo que insistía en salir a comer cuando la tristeza parecía haber convertido una habitación en una prisión.

No eran grandes gestas.

Tampoco acontecimientos que necesariamente pasarían a la historia.

Pero podían significarlo todo para quienes los recibían.

Desmond dejó escapar un pequeño suspiro.

Durante unos segundos contempló su mano.

Recordó la promesa que había hecho a Celia.

También aquella que ella le había pedido respecto a Skyler.

Amarla.

Respetarla.

Y no permitir que la rutina le hiciera olvidar cuánto significaba su compañía.

El joven sonrió débilmente.

Sabía que debía regresar a casa pronto.

Skyler lo esperaba.

Y, después de haberla preocupado innecesariamente durante la madrugada anterior, no deseaba repetir aquel error.

Sin embargo, también comprendía que aquella visita al Anillo de la Gula había resultado mucho más importante de lo que imaginó cuando recibió la llamada de Antrox.

Había regresado pensando que encontraría simplemente una oportunidad para retomar su carrera musical.

En cambio, terminó descubriendo heridas profundas en personas a quienes creía conocer.

Desmond caminó lentamente.

El sonido de sus pasos se mezclaba con el murmullo distante de los trabajadores que terminaban sus labores.

A su alrededor, el palacio continuaba mostrando toda la grandeza de una de las figuras más poderosas del Infierno.

Pero ahora aquella magnificencia tenía un significado diferente.

Desmond ya no veía solamente riqueza.

Veía personas.

Recuerdos.

Y esfuerzos silenciosos por continuar adelante después de experiencias que parecían imposibles de superar.

Pensó en Celia.

En Antrox.

Y en Tyrone.

Tres vidas profundamente distintas.

Pero unidas por la necesidad de sentirse aceptadas, acompañadas y comprendidas.

El profesor levantó lentamente la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Todavía quedaban muchas cosas que no comprendía.

Y probablemente nunca conseguiría encontrar respuestas para todas.

Pero aquella tarde había aprendido que incluso los corazones más lastimados podían conservar una pequeña parte de esperanza.

Una esperanza que no eliminaba las heridas.

Ni borraba los recuerdos.

Pero permitía continuar caminando.

Desmond respiró profundamente.

Después siguió avanzando por los corredores del Palacio Gluttora, acompañado únicamente por el sonido de sus pasos y los pensamientos que aquella jornada había despertado.

Con una sonrisa leve, continuó su camino por los pasillos en silencio, pensando en lo mucho que habían cambiado las cosas en tan poco tiempo... y en lo fuerte que uno puede volverse, incluso después de romperse mil veces.

CAP 28

Lo Que Queda del Amor

La mañana había llegado al Palacio Gluttora con una tranquilidad que Desmond difícilmente habría imaginado durante su primera visita, nueve años atrás.

Los enormes ventanales dejaban entrar la luz dorada del Anillo de la Gula, iluminando los corredores decorados con detalles de panales y las elegantes columnas que sostenían los techos. Los sirvientes recorrían las instalaciones realizando sus labores cotidianas, mientras el aroma de los jardines se mezclaba con el de los alimentos recién preparados en las cocinas.

Había transcurrido una semana desde que Desmond llegó al palacio.

Siete días que, aunque no parecían demasiado tiempo, habían terminado convirtiéndose en una experiencia profundamente significativa.

Durante aquella estancia había conocido facetas de Celia que jamás imaginó descubrir.

La había visto llorar.

Había escuchado sus temores.

Y comprendido que incluso una gobernante inmortal podía sentirse completamente derrotada por la ausencia de alguien a quien había amado.

También había conocido a Tyrone.

Un joven Ornyx cuya timidez escondía una curiosidad extraordinaria por la astronomía y una historia personal marcada por sufrimientos que ningún niño debería experimentar.

Desmond había disfrutado escuchándolo hablar sobre las estrellas.

Había reconocido en él aquella misma pasión que sentía durante su infancia cuando comenzaba a escribir sus primeras canciones.

Sin embargo, a pesar de la tranquilidad que había encontrado durante aquellos días, el joven sabía que debía regresar a casa.

Tenía responsabilidades.

Clases que preparar.

Estudiantes que esperaban sus evaluaciones.

Y, sobre todo, una esposa a la que extrañaba profundamente.

Skyler.

Habían pasado demasiados días separados.

Aunque mantenían comunicación mediante llamadas y mensajes, Desmond deseaba regresar a la rutina que ambos habían construido durante tantos años.

Despertar junto a ella.

Compartir el desayuno.

Y escuchar su voz cuando regresaba de la universidad.

Eran cosas sencillas.

Pero precisamente por eso tenían tanto valor.

Desmond terminó de organizar sus pertenencias.

Revisó su teléfono.

Después recogió el casco de su motocicleta.

La noche anterior se había despedido de Celia.

La gobernante había intentado mantener una expresión alegre mientras le agradecía por haber permanecido varios días acompañándola.

Sin embargo, Desmond consiguió reconocer cierta tristeza en sus ojos.

Comprendía que su partida significaba regresar a una rutina donde los recuerdos de su pareja fallecida continuarían presentes.

Pero también había notado pequeños cambios.

Celia había comenzado a salir nuevamente de su habitación.

Conversaba con mayor frecuencia.

Y parecía estar intentando recuperar algunas de las actividades que había abandonado durante su duelo.

No era una recuperación completa.

Tampoco significaba que hubiera dejado de sufrir.

Pero representaba un comienzo.

Desmond sonrió discretamente al recordarlo.

—Cuídate mucho, Celia...

Su voz fue apenas un murmullo.

Después salió del palacio.

La motocicleta permanecía estacionada cerca de la entrada principal.

El joven se acercó y comenzó a revisar sus pertenencias.

Comprobó que el equipaje estuviera correctamente asegurado.

Después acomodó una pequeña bolsa y examinó brevemente el estado del vehículo.

Todo parecía encontrarse en orden.

Finalmente, levantó la mirada hacia el enorme edificio.

El Palacio Gluttora continuaba siendo tan imponente como lo recordaba.

Sus paredes doradas reflejaban la iluminación del cielo, mientras las ventanas ofrecían pequeños destellos sobre los jardines.

Desmond contempló brevemente aquella construcción.

Entonces notó una figura detrás de uno de los ventanales.

Celia.

La gobernante permanecía junto a la ventana de su habitación.

Llevaba ropa cómoda y su cabello caía suavemente sobre los hombros.

Desde aquella distancia, Desmond no conseguía distinguir completamente su expresión.

Sin embargo, podía reconocer que lo estaba observando.

El joven permaneció inmóvil.

Después sonrió.

Levantó una mano.

Y se despidió.

Celia tardó unos segundos en reaccionar.

Finalmente, levantó también la mano.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

No era la expresión entusiasta que Desmond recordaba de su primer encuentro.

Todavía estaba apagada.

Cargada de una nostalgia que probablemente continuaría acompañándola durante mucho tiempo.

Pero era sincera.

Y aquello le bastó al joven.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

Después se colocó el casco.

Montó la motocicleta.

Encendió el motor.

Y comenzó a alejarse del palacio.

Celia permaneció junto a la ventana.

Observó cómo el vehículo atravesaba los jardines exteriores y desaparecía lentamente entre las calles.

Durante algunos segundos continuó contemplando el lugar por donde se había marchado.

Después bajó suavemente la mano.

Su habitación volvió a quedar en silencio.

Sin embargo, aquella semana le había recordado algo que creía haber olvidado.

Todavía existían personas dispuestas a acompañarla.

Y aunque la ausencia de su pareja continuaba siendo dolorosa, quizás no tenía que enfrentarla completamente sola.

Mientras tanto, Desmond avanzaba por las avenidas del Anillo de la Gula.

El motor de su motocicleta producía un sonido constante.

La brisa golpeaba suavemente su chaqueta.

Y los enormes edificios comenzaban a quedar atrás.

El viaje de regreso sería largo.

Pero no le molestaba.

Disfrutaba conducir.

Especialmente cuando tenía oportunidad de contemplar el paisaje y dejar que sus pensamientos se organizaran sin necesidad de mantener una conversación.

Durante los primeros minutos recordó su visita a Hellbeat Records.

La expresión derrotada de Antrox.

El antiguo contrato que todavía conservaba su firma.

Y aquella conversación que terminó revelándole cuánto sufrimiento había escondido su viejo amigo detrás de su personalidad entusiasta.

Después pensó en Celia.

En la manera en que había llorado contra su pecho.

Y en aquella tarde que compartieron dentro de un pequeño parque.

Desmond había aprendido mucho durante aquella estancia.

Pero, por encima de todo, había comprendido que el amor podía convertirse tanto en una fuente extraordinaria de felicidad como en una herida difícil de soportar.

Aquella reflexión lo hizo pensar en Skyler.

Una sonrisa apareció discretamente en su rostro.

Recordó la primera vez que la conoció.

Su energía.

Su carácter.

Y aquella manera en que consiguió acercarse a él cuando todavía era un muchacho inseguro que intentaba encontrar su lugar en el mundo.

Después recordó sus primeros momentos juntos.

Las dificultades.

Los celos.

Las reconciliaciones.

Y la manera en que, a pesar de sus diferencias, habían conseguido construir una relación duradera.

Nueve años.

Parecía increíble.

Desmond continuó conduciendo.

Durante el trayecto realizó algunas paradas para descansar.

Revisó su teléfono.

Y comprobó que la motocicleta continuara funcionando correctamente.

Después retomó el camino.

Conforme se acercaba al Anillo de la Furia, los paisajes comenzaron a cambiar.

Las construcciones extravagantes de la Gula quedaron atrás.

Las avenidas adquirieron una apariencia más familiar.

Y finalmente comenzaron a aparecer edificios que Desmond reconocía de sus actividades cotidianas.

Una sensación de alivio recorrió su pecho.

Estaba llegando a casa.

Después de aproximadamente tres horas de viaje, alcanzó su vecindario.

Las calles permanecían tranquilas.

Algunos habitantes caminaban por las aceras.

Otros regresaban de sus trabajos.

Desmond disminuyó la velocidad.

Finalmente, se detuvo frente a su vivienda.

Apagó el motor.

Y se quitó el casco.

Durante unos segundos permaneció contemplando la fachada.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Por fin...

Descendió de la motocicleta.

Recogió sus pertenencias.

Después caminó hacia la entrada.

Esperaba encontrar a Skyler dentro.

Quizás preparando algo de comer.

O descansando después de realizar sus actividades.

Incluso imaginó que podría sorprenderla con un abrazo antes de contarle algunas de las cosas que había vivido durante aquella semana.

Desmond sacó sus llaves.

Abrió la puerta.

Y entró.

—¡Amor, ya llegué!

Su voz resonó por la casa.

No recibió respuesta.

El joven levantó ligeramente las cejas.

Cerró la puerta.

Después dejó sus pertenencias junto a uno de los muebles.

—¿Skyler?

El silencio continuó.

Desmond caminó hacia la sala.

Todo parecía encontrarse en orden.

Los muebles estaban cuidadosamente acomodados.

Las fotografías permanecían sobre sus repisas.

Y algunos objetos cotidianos descansaban donde siempre.

Pero no había nadie.

El joven frunció ligeramente el ceño.

Se dirigió hacia la cocina.

Vacía.

Después revisó la habitación principal.

Tampoco estaba allí.

Desmond permaneció inmóvil.

Una inquietud comenzó a formarse en su pecho.

Quizás Skyler había salido a comprar algo.

O se encontraba visitando a alguna conocida.

No había motivos para preocuparse inmediatamente.

Sin embargo, algo le resultaba extraño.

Había estado fuera durante una semana.

Y esperaba encontrarla en casa cuando regresara.

El joven respiró profundamente.

Sacó su teléfono.

Buscó el contacto de Skyler.

Y la llamó.

La llamada fue respondida casi inmediatamente.

—Hola, amor...

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Reconoció su voz.

Pero había algo diferente.

Skyler sonaba melancólica.

Cansada.

Como si hubiera pasado varias horas intentando encontrar una respuesta para algo que la preocupaba profundamente.

El joven permaneció inmóvil.

—Hola, preciosa...

Su voz fue tranquila.

—Ya llegué a casa.

Al otro lado de la línea hubo un pequeño silencio.

Finalmente, Skyler respondió:

—Me alegra que hayas llegado bien.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

Aquella respuesta le resultó extraña.

No escuchó el entusiasmo habitual de su esposa.

Tampoco aquella alegría con la que acostumbraba recibirlo después de varios días separados.

El joven respiró profundamente.

—Amor...

Hizo una pausa.

—¿Dónde estás?

Skyler no respondió inmediatamente.

Desmond permaneció atento.

Finalmente, escuchó un pequeño suspiro.

—Estoy con mi padre.

El joven abrió ligeramente los ojos.

—¿Tu padre?

Skyler asintió al otro lado de la línea.

—Sí...

Su voz comenzó a quebrarse.

—Vino a verme después de muchos años.

Desmond permaneció inmóvil.

Sabía que la relación de Skyler con su familia había atravesado dificultades.

Durante buena parte de su juventud, la muchacha había tenido que construir su propia vida lejos de ciertas expectativas familiares.

Por eso le sorprendió escuchar que su padre había regresado.

—Vaya...

Su voz fue suave.

—Eso es inesperado.

Skyler respiró profundamente.

—Muchísimo.

Durante unos segundos permaneció callada.

Después continuó:

—Des...

El joven sintió que algo se tensaba dentro de él.

—¿Sí?

La muchacha tardó varios segundos en responder.

Finalmente, habló.

—Está intentando convencerme de volver a casa.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Durante un instante no consiguió comprender completamente aquellas palabras.

—¿Volver...?

Su voz fue apenas un murmullo.

Skyler continuó:

—Mi familia está pasando por una situación muy difícil.

Hizo una pausa.

—Y papá dice que necesitan que estemos juntos.

Desmond bajó lentamente la mirada.

La sala parecía haberse vuelto extraordinariamente silenciosa.

La muchacha continuó:

—No sé qué hacer...

Su voz comenzó a quebrarse.

—Me parte en dos tener que elegir.

El joven cerró lentamente los ojos.

Durante varios segundos permaneció sin responder.

Había regresado imaginando que encontraría a su esposa esperándolo.

Ahora, en cambio, estaba escuchando una conversación que jamás imaginó tener.

Skyler parecía encontrarse frente a una decisión profundamente dolorosa.

Permanecer junto a su esposo.

O regresar con la familia que acababa de reaparecer en su vida después de tantos años.

Desmond sintió una presión creciente en el pecho.

Pero no quiso reaccionar con enojo.

Había aprendido demasiado sobre las consecuencias de tomar decisiones impulsivas.

Recordó su propia historia.

La importancia que Marta y Miguel habían tenido para él.

Y aquella necesidad de conocer a su familia biológica que lo había acompañado durante buena parte de su juventud.

Sabía lo complicado que podía resultar enfrentarse a una situación semejante.

El joven respiró profundamente.

Finalmente, habló.

—Skyler...

Su voz fue tranquila.

Aunque cada palabra parecía costarle un esfuerzo considerable.

—Si quieres volver con tu familia, no voy a detenerte.

Al otro lado de la línea hubo un silencio inmediato.

Desmond continuó:

—Si eso es lo que te hará feliz...

Tragó saliva.

—Estoy dispuesto a firmar el divorcio.

La reacción fue inmediata.

—¡No!

La voz de Skyler se quebró.

—¡Espera, Desmond!

El joven cerró lentamente los ojos.

Su esposa continuó:

—No te precipites.

Hizo una pausa.

—Por favor.

Desmond permaneció inmóvil.

Skyler respiró con dificultad.

—Podemos hablar con él.

Buscar una solución.

Intentar encontrar alguna manera de que esto funcione sin tener que separarnos.

Su voz comenzó a quebrarse todavía más.

—No quiero perderte, Desmond.

El joven sintió que aquellas palabras le atravesaban el pecho.

Durante nueve años había imaginado un futuro junto a ella.

Había pensado en los momentos felices que todavía podrían compartir.

En las dificultades que aprenderían a superar.

Y en aquella tranquilidad que ambos habían conseguido después de tantos problemas.

Ahora todo parecía encontrarse en peligro.

Desmond bajó lentamente la cabeza.

—No se trata de mí...

Skyler permaneció callada.

El joven continuó:

—Escúchame.

Su voz estaba cargada de tristeza.

—Si estás completamente segura de que tu familia te necesita más que yo...

Hizo una pausa.

—Haz lo que tengas que hacer.

Skyler comenzó a respirar de manera irregular.

—Des...

El joven cerró los ojos.

—Yo te amo.

Su voz se quebró ligeramente.

—Te amo muchísimo.

Durante unos segundos no consiguió continuar.

Finalmente, respiró profundamente.

—Pero entiendo.

Hizo una pausa.

—La familia es lo primero.

Al otro lado de la línea comenzó a escucharse un llanto contenido.

Skyler estaba llorando.

Desmond sintió que sus propios ojos comenzaban a humedecerse.

Quiso decir algo.

Preguntarle si estaba segura.

Recordarle que podían buscar otras alternativas.

O simplemente pedirle que regresara a casa.

Pero las palabras permanecieron atrapadas en su garganta.

La muchacha intentó hablar.

—Yo...

Su voz se quebró.

—Desmond...

Después se escuchó otro sollozo.

Y finalmente la llamada terminó.

El joven permaneció completamente inmóvil.

Contempló la pantalla.

El nombre de Skyler continuaba apareciendo durante unos segundos.

Después desapareció.

La casa volvió a quedar en silencio.

Desmond bajó lentamente el teléfono.

Su respiración se había vuelto irregular.

Durante unos instantes permaneció de pie, incapaz de moverse.

No podía creer lo que acababa de ocurrir.

Había imaginado que regresaría a casa para abrazar a su esposa.

En cambio, acababa de ofrecerle la posibilidad de terminar su matrimonio.

El joven caminó lentamente hacia el sofá.

Se dejó caer sobre los cojines.

Y soltó el teléfono a su lado.

Durante varios segundos contempló el suelo.

Intentó mantener una expresión tranquila.

Convencerse de que había hecho lo correcto.

Que Skyler necesitaba libertad para tomar una decisión.

Y que él no tenía derecho a impedirle regresar con su familia.

Pero aquella seguridad comenzó a desmoronarse.

Primero sintió una presión dolorosa en la garganta.

Después los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas.

Desmond cerró los puños.

Intentó respirar profundamente.

Pero no consiguió contenerse.

Una lágrima descendió por su mejilla.

Después otra.

Hasta que finalmente comenzó a llorar.

No fue un llanto escandaloso.

Al principio permaneció inclinado hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas.

Después se cubrió el rostro con ambas manos.

Sus hombros comenzaron a temblar.

—Skyler...

Su voz fue apenas un susurro.

Durante nueve años, aquella muchacha había formado parte de prácticamente todos sus recuerdos importantes.

Había estado presente cuando comenzó a descubrir su talento musical.

Lo acompañó durante sus primeras presentaciones.

Celebró sus logros.

Y lo sostuvo durante algunos de los momentos más difíciles de su existencia.

Con ella había aprendido que amar no significaba solamente compartir momentos felices.

También implicaba permanecer cerca cuando las cosas se complicaban.

Habían discutido.

Cometido errores.

Y enfrentado prejuicios que parecían empeñados en impedirles construir una vida juntos.

Sin embargo, siempre terminaban encontrando la manera de continuar.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Frente a él descansaba una fotografía de ambos.

Había sido tomada durante uno de sus primeros años de relación.

Skyler sonreía ampliamente.

Él aparecía junto a ella, todavía con aquella expresión juvenil que conservaba antes de convertirse en profesor.

El joven sintió que el pecho se le oprimía.

Había imaginado pasar el resto de su vida junto a aquella sonrisa.

Ahora no sabía si volvería a verla cada mañana.

Desmond cerró los ojos.

Una nueva lágrima recorrió su mejilla.

La casa parecía demasiado grande.

Demasiado silenciosa.

Y, por primera vez en muchos años, profundamente ajena.

El joven permaneció sentado durante largo rato.

En ocasiones contemplaba el teléfono.

Otras veces observaba las fotografías que decoraban la sala.

No sabía si Skyler volvería a llamar.

Tampoco si finalmente decidiría quedarse.

Pero comprendía que algo había cambiado.

La posibilidad de perderla ya no era un temor lejano.

Era una realidad que acababa de entrar en su hogar.

Los días siguientes transcurrieron entre conversaciones difíciles y silencios que parecían prolongarse indefinidamente.

Desmond continuó atendiendo sus responsabilidades.

Preparaba clases.

Revisaba trabajos.

Y procuraba mantener una apariencia tranquila frente a sus estudiantes.

Sin embargo, cuando regresaba a casa, la tristeza volvía a instalarse en su pecho.

Había ocasiones en que esperaba escuchar a Skyler desde la cocina.

O encontraba algún objeto que le recordaba una conversación compartida.

Entonces comprendía nuevamente que su vida podía cambiar de una manera irreversible.

Finalmente llegó el día en que ambos acordaron encontrarse.

Necesitaban hablar personalmente.

No podían permitir que una relación de nueve años terminara únicamente mediante una llamada telefónica.

Desmond se preparó con cuidado.

Eligió ropa sencilla.

Acomodó su cabello.

Y permaneció varios minutos frente al espejo.

Su rostro reflejaba cansancio.

Había dormido poco durante las noches anteriores.

Sin embargo, intentó mantener la compostura.

No quería que Skyler se sintiera culpable por su sufrimiento.

Aunque sabía que ella probablemente estaba atravesando una angustia semejante.

El joven respiró profundamente.

Después salió.

Cuando finalmente se encontraron, Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

Skyler estaba frente a él.

Su apariencia seguía siendo la misma que había amado durante tantos años.

El pelaje.

Las orejas.

Y aquellos ojos que siempre conseguían transmitirle una sensación de familiaridad.

Sin embargo, su expresión era diferente.

Parecía agotada.

Triste.

Y profundamente insegura.

Desmond permaneció inmóvil durante unos segundos.

La muchacha levantó lentamente la mirada.

—Hola, Des...

Su voz se quebró ligeramente.

El joven sonrió débilmente.

—Hola, preciosa.

Skyler bajó los ojos.

Durante unos instantes ninguno consiguió decir nada más.

Detrás de ella permanecía un sabueso infernal de apariencia imponente.

Era alto.

Su postura reflejaba una seguridad adquirida durante muchos años.

Y sus movimientos transmitían cierta solemnidad.

Desmond comprendió inmediatamente quién era.

Darius.

El padre de Skyler.

El hombre observó al joven durante unos segundos.

Después se acercó con tranquilidad.

—Desmond.

Su voz fue grave.

El profesor inclinó ligeramente la cabeza.

—Señor Darius.

El sabueso extendió una mano.

Desmond correspondió al saludo.

Durante unos instantes ambos permanecieron observándose.

Finalmente, Darius habló.

—Quiero agradecerte algo.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué cosa?

El hombre respiró profundamente.

—Gracias por cuidar de mi hija todos estos años.

Desmond sintió que aquellas palabras le provocaban una emoción difícil de contener.

Darius continuó:

—Sé que has estado a su lado durante momentos importantes.

Y que hicieron muchos sacrificios para construir una vida juntos.

Hizo una pausa.

—No ignoro lo que significa esta situación para ti.

El joven permaneció inmóvil.

El padre de Skyler bajó ligeramente la mirada.

—También sé que es injusta.

Su expresión adquirió una tristeza sincera.

—Pero quiero asegurarte que no estamos haciendo esto por egoísmo.

Desmond escuchó atentamente.

Darius continuó:

—Nuestra familia está atravesando una situación muy difícil.

Hizo una pausa.

—Y necesitamos permanecer juntos para enfrentarla.

El profesor sintió una presión dolorosa en el pecho.

No conocía todos los detalles.

Tampoco pretendía exigir explicaciones sobre asuntos familiares que probablemente resultaban profundamente personales.

Sin embargo, comprendía que Darius no parecía estar actuando por simple capricho.

Su expresión reflejaba preocupación.

Y su agradecimiento hacia Desmond parecía sincero.

El joven respiró profundamente.

Después respondió.

—La amo.

Su voz fue tranquila.

Skyler levantó inmediatamente la mirada.

Desmond continuó:

—Siempre la amaré.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después volvió a observar a Darius.

—Pero entiendo.

Hizo una pausa.

—Si su familia necesita estar junta, no voy a convertirme en un obstáculo.

El hombre permaneció inmóvil.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Sin embargo, consiguió continuar.

—Haré lo que sea necesario para que ustedes estén bien.

Su voz se quebró ligeramente.

—Incluso si eso significa perderla.

Skyler bajó inmediatamente la cabeza.

Sus manos comenzaron a temblar.

Darius contempló al joven durante varios segundos.

Después se acercó.

Y colocó una mano sobre su hombro.

—Eres un joven noble y fiel.

Desmond levantó lentamente la mirada.

El sabueso continuó:

—Te agradezco sinceramente todo lo que has hecho por mi hija.

Hizo una pausa.

—Nunca lo olvidaremos.

El profesor asintió.

No consiguió responder inmediatamente.

Tenía demasiadas emociones acumuladas.

Finalmente, bajó ligeramente la cabeza.

—Gracias, señor Darius.

El hombre correspondió con un gesto respetuoso.

Después se apartó para permitir que Desmond y Skyler conversaran.

La muchacha permanecía inmóvil.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Desmond se acercó lentamente.

—Skyler...

Ella levantó la mirada.

Durante unos segundos ambos permanecieron contemplándose.

Había demasiadas cosas que deseaban decir.

Demasiados recuerdos.

Y demasiadas preguntas que probablemente nunca conseguirían responder completamente.

Finalmente, Skyler habló.

—No quería que termináramos así...

Su voz se quebró.

Desmond sintió que el pecho se le oprimía.

—Lo sé.

La muchacha continuó:

—Después de todo lo que vivimos...

Hizo una pausa.

—Después de conseguir casarnos...

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Pensé que siempre estaríamos juntos.

El joven bajó lentamente la mirada.

También lo había pensado.

Durante años había imaginado que aquella relación conseguiría superar cualquier dificultad.

Habían enfrentado discriminación.

Problemas económicos.

Y situaciones que pusieron a prueba su confianza.

Sin embargo, siempre habían terminado encontrando una manera de continuar.

Ahora, por primera vez, estaban aceptando una separación que ninguno deseaba realmente.

Desmond respiró profundamente.

—Yo también lo pensé.

Skyler cerró los ojos.

Una lágrima recorrió su mejilla.

El joven continuó:

—Pero no quiero que sientas que tienes que elegir entre hacer feliz a tu familia y permanecer conmigo.

Hizo una pausa.

—No quiero convertirme en otra preocupación para ti.

La muchacha negó lentamente con la cabeza.

—Tú nunca has sido una carga, Desmond.

Su voz adquirió una firmeza dolorosa.

—Nunca.

El joven sintió una emoción profunda.

Skyler continuó:

—Me diste un hogar.

Me acompañaste cuando tenía miedo.

Y me hiciste sentir amada cuando muchas personas nos decían que nuestra relación era imposible.

Desmond bajó lentamente la mirada.

La muchacha se acercó.

Tomó suavemente sus manos.

—No quiero que olvides eso.

El joven levantó los ojos.

Skyler continuó:

—Nada de lo que está pasando cambia lo que siento por ti.

Desmond sintió que las lágrimas comenzaban a acumularse nuevamente.

Finalmente, asintió.

—Lo sé, preciosa.

Su voz fue apenas un susurro.

Después añadió:

—Yo tampoco voy a olvidarlo.

La conversación continuó durante varios minutos.

Hablaron de los años que habían compartido.

De su casa.

Y de las dificultades que ahora parecían conducirlos hacia caminos diferentes.

No hubo gritos.

Tampoco reproches.

Solamente una tristeza profunda.

Ambos comprendían que ninguno estaba intentando lastimar deliberadamente al otro.

Pero aquella comprensión no hacía que la decisión resultara menos dolorosa.

Finalmente, llegó el momento de formalizar la separación.

El procedimiento fue breve.

Los documentos estaban preparados.

Las indicaciones eran claras.

Y las firmas necesarias podían realizarse sin demasiadas complicaciones.

Sin embargo, para Desmond, cada página parecía representar una parte de su vida que estaba a punto de desaparecer.

Se sentó frente a los documentos.

Tomó el bolígrafo.

Y contempló el espacio donde debía escribir su nombre.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Recordó otra firma.

La que había realizado años atrás para formalizar su matrimonio con Skyler.

En aquella ocasión había sentido nervios.

Pero también una felicidad extraordinaria.

Ahora experimentaba algo completamente diferente.

Sus manos temblaban.

Y el silencio parecía pesar sobre sus hombros.

Desmond respiró profundamente.

Finalmente, firmó.

Skyler hizo lo mismo.

Cuando terminó, permaneció contemplando el documento durante varios segundos.

Después bajó lentamente la cabeza.

Una lágrima cayó sobre sus manos.

Desmond cerró los ojos.

El matrimonio había terminado legalmente.

Pero ninguno de los dos parecía preparado para aceptar completamente lo que aquello significaba.

Cuando concluyeron los trámites, ambos permanecieron uno frente al otro.

Skyler levantó lentamente la mirada.

Su expresión estaba completamente quebrada.

—Desmond...

El joven se acercó.

No necesitó escuchar nada más.

La muchacha abrió los brazos.

Y él la abrazó.

Con fuerza.

Como si durante aquel instante pudiera impedir que el tiempo continuara avanzando.

Skyler escondió el rostro contra su pecho.

Sus hombros comenzaron a temblar.

Desmond cerró los ojos.

Sintió las lágrimas recorrerle las mejillas.

Durante nueve años había encontrado tranquilidad en aquel abrazo.

Era el lugar al que regresaba después de un día difícil.

El refugio que lo acompañó durante sus pérdidas.

Y una de las pocas certezas que había conservado mientras su vida cambiaba constantemente.

Ahora estaba abrazándola por última vez como su esposo.

La idea resultaba casi imposible de aceptar.

Skyler apretó todavía más sus brazos.

—No quiero soltarte...

Su voz estaba rota.

Desmond acarició suavemente su espalda.

—Yo tampoco.

Durante varios segundos permanecieron inmóviles.

La muchacha levantó lentamente la cabeza.

Sus ojos estaban enrojecidos.

—Prométeme algo...

El joven tragó saliva.

—¿Qué cosa?

Skyler respiró profundamente.

—Que no vas a olvidarme.

Desmond sintió que aquellas palabras le atravesaban el pecho.

Durante un instante no consiguió responder.

Después levantó suavemente una mano.

Acarició su rostro.

Y sonrió entre lágrimas.

—Jamás podría olvidarte.

La muchacha cerró los ojos.

Desmond continuó:

—Eres una parte demasiado importante de mi vida.

Hizo una pausa.

—Y siempre lo serás.

Skyler comenzó a llorar nuevamente.

Después volvió a abrazarlo.

El joven correspondió con fuerza.

Durante aquellos minutos ninguno pareció preocuparse por las personas que pudieran encontrarse cerca.

Solamente existía aquella despedida.

Y el dolor de comprender que el amor no siempre bastaba para impedir una separación.

Finalmente, Skyler levantó la mirada.

—Quizás algún día...

Su voz se quebró.

—Podamos volver a vernos.

Desmond asintió lentamente.

—Sí.

Su expresión adquirió una tristeza serena.

—Algún día.

No sabían cuándo.

Tampoco cómo.

Ni si sus vidas volverían a encontrarse de la misma manera.

Pero ambos deseaban conservar aquella posibilidad.

Una pequeña esperanza.

Algo que les permitiera marcharse sin sentir que todos sus recuerdos terminaban convirtiéndose en una despedida definitiva.

Permanecieron abrazados unos segundos más.

Después, lentamente, comenzaron a separarse.

Sus manos continuaron unidas hasta el último instante.

Finalmente, los dedos se soltaron.

Desmond permaneció inmóvil.

Skyler retrocedió un pequeño paso.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

El joven intentó sonreír.

—Cuídate mucho, preciosa.

La muchacha asintió.

—Tú también, Des.

Durante unos segundos permanecieron contemplándose.

Después Skyler se volvió.

Darius la esperaba a cierta distancia.

El hombre observó brevemente a Desmond.

Después inclinó la cabeza con respeto.

El joven correspondió al gesto.

Finalmente, Skyler comenzó a alejarse junto a su padre.

Desmond permaneció inmóvil.

Observó cómo la figura de su esposa desaparecía lentamente.

Quiso llamarla.

Correr hacia ella.

Y pedirle que encontraran alguna otra solución.

Pero no lo hizo.

Había tomado una decisión.

Y ahora debía encontrar la manera de vivir con sus consecuencias.

Cuando finalmente dejó de verla, bajó lentamente la mirada.

Una última lágrima recorrió su mejilla.

—Adiós, Skyler...

Su voz fue apenas un susurro.

El regreso a casa resultó mucho más difícil de lo que imaginaba.

Desmond recorrió las calles prácticamente en silencio.

No escuchó música.

Tampoco revisó sus mensajes.

Simplemente avanzó, permitiendo que sus pensamientos regresaran una y otra vez a los momentos que había compartido con Skyler.

Recordó su primera cita.

Sus conversaciones nocturnas.

Las canciones que escribió pensando en ella.

Y aquella felicidad que experimentó cuando finalmente consiguieron casarse.

Cada recuerdo parecía despertar una herida diferente.

Cuando llegó frente a su vivienda, permaneció inmóvil.

Observó la puerta.

Durante varios segundos no consiguió acercarse.

Aquella casa había sido su hogar.

El lugar donde ambos construyeron una vida lejos de las dificultades que marcaron sus primeros años.

Allí habían compartido desayunos.

Discusiones.

Reconciliaciones.

Y noches en que permanecían abrazados mientras conversaban sobre cualquier cosa.

Ahora tendría que entrar sin ella.

Desmond respiró profundamente.

Sacó sus llaves.

Pero su mano se detuvo antes de introducirlas en la cerradura.

Durante unos segundos contempló la puerta.

Sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele nuevamente.

—Vamos...

Su voz fue apenas audible.

—Tienes que hacerlo.

Finalmente, abrió.

Entró.

Y cerró lentamente la puerta detrás de él.

El silencio fue inmediato.

Desmond permaneció inmóvil.

La sala conservaba prácticamente la misma apariencia.

Los muebles.

Las fotografías.

Y los pequeños objetos que ambos habían elegido durante sus años de convivencia.

Pero todo parecía diferente.

El joven dejó sus pertenencias.

Después caminó lentamente.

Pasó una mano por el respaldo del sofá.

Observó la mesa donde solían comer.

Y finalmente contempló una fotografía de su boda.

Skyler aparecía sonriendo.

Él permanecía a su lado.

Ambos parecían completamente convencidos de que estaban comenzando una vida que compartirían durante muchos años.

Desmond sintió que el pecho se le oprimía.

Apartó lentamente la mirada.

No podía soportar contemplarla demasiado tiempo.

Finalmente, se sentó en el sofá.

Apoyó los codos sobre las rodillas.

Y escondió el rostro entre sus manos.

La casa estaba vacía.

Y ahora comprendía que tampoco podría conservarla durante demasiado tiempo.

Su salario como profesor le permitía llevar una vida relativamente estable.

Pero aquella vivienda había sido sostenida mediante los ingresos de ambos.

Sin la ayuda económica de Skyler, los gastos resultarían demasiado difíciles de asumir.

Desmond contempló brevemente el suelo.

Pensó en James.

Su hermano siempre había estado dispuesto a ayudarlo.

Pero ahora tenía una vida propia.

Un trabajo exigente.

Y una vivienda donde ya no quedaban habitaciones disponibles.

El joven no deseaba incomodarlo.

Tampoco quería convertirse en una carga.

Durante varios minutos permaneció pensando en sus alternativas.

Finalmente, recordó a Izobelle.

Su hermana biológica.

La mujer con quien había conseguido reconciliarse después de nueve años de distanciamiento.

Recordó aquella conversación en el Palacio Ludendorff.

Las pruebas relacionadas con Rubí.

La verdad sobre Miguel.

Y la manera en que Izobelle terminó pidiéndole perdón por haberlo rechazado durante su primera visita.

Desmond respiró profundamente.

La relación entre ambos todavía era relativamente reciente.

Pero ahora sabía que su hermana deseaba construir un vínculo sincero con él.

Quizás podía pedirle ayuda.

No para siempre.

Solamente durante un tiempo.

Hasta conseguir organizar nuevamente su vida.

El joven tomó su teléfono.

Buscó el contacto de Izobelle.

Durante unos segundos contempló su nombre.

Después presionó el botón de llamada.

La respuesta llegó poco después.

—¡Desmond!

La voz de Izobelle sonó alegre.

—¡Hermano!

El joven cerró lentamente los ojos.

—Hola, Izo...

La muchacha soltó una pequeña risa.

—¡Al fin me llamas!

Hizo una pausa.

—¿Cómo estás?

Desmond intentó responder.

Pero las palabras permanecieron atrapadas en su garganta.

Su respiración comenzó a temblar.

Izobelle notó inmediatamente el silencio.

—¿Desmond?

El joven cerró los ojos con mayor fuerza.

Finalmente, habló.

—Izo...

Su voz estaba quebrada.

—¿Puedo quedarme contigo un tiempo?

Al otro lado de la línea hubo un silencio inmediato.

La gobernante comprendió que algo no estaba bien.

—Por supuesto.

Su voz adquirió una seriedad cálida.

—Eres mi hermano.

Hizo una pausa.

—Puedes quedarte en el palacio el tiempo que necesites.

Desmond sintió que una pequeña parte de la tensión abandonaba su cuerpo.

—Gracias...

Izobelle continuó:

—Pero dime algo.

Su voz reflejaba preocupación.

—¿Qué ha pasado?

El joven permaneció callado durante varios segundos.

No sabía cómo explicar algo que todavía le resultaba imposible aceptar.

Finalmente, respiró profundamente.

—Skyler se fue.

Izobelle permaneció inmóvil.

—¿Qué?

Desmond bajó lentamente la mirada.

—Su padre regresó después de muchos años.

Hizo una pausa.

—Le pidió que volviera con su familia.

La gobernante escuchó atentamente.

El joven continuó:

—Están pasando por una situación difícil.

Y la necesitan.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Ella no quería dejarme.

Pero tampoco podía ignorar lo que estaba ocurriendo con ellos.

Izobelle permaneció callada.

Desmond respiró profundamente.

—Le dije que estaba bien.

Que debía hacer lo que considerara correcto.

Hizo una pausa.

—Y finalmente firmamos el divorcio.

Al otro lado de la línea no hubo respuesta inmediata.

El joven cerró los ojos.

Una lágrima recorrió su mejilla.

—No fue fácil...

Su voz se quebró.

—No lo es.

Izobelle sintió una tristeza profunda al escucharlo.

Durante su reconciliación, Desmond había hablado de Skyler con una felicidad evidente.

Recordaba la manera en que sonreía cuando mencionaba su matrimonio.

Y cuánto significaba aquella relación para él.

Ahora estaba escuchando a su hermano completamente derrotado.

La gobernante respiró profundamente.

Después habló con dulzura.

—Desmond...

El joven levantó ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

Izobelle continuó:

—Voy a mandar un chofer por ti inmediatamente.

Desmond permaneció inmóvil.

—¿De verdad?

La mujer respondió sin vacilar.

—Por supuesto.

Hizo una pausa.

—Prepara tus cosas.

No tienes que quedarte solo en esa casa.

El joven sintió que los ojos comenzaban a llenársele nuevamente de lágrimas.

—Gracias, Izo...

Su hermana respondió con una voz tranquila.

—No tienes que agradecerme nada.

Hizo una pausa.

—Somos familia.

Aquellas palabras provocaron una emoción profunda en Desmond.

Durante muchos años había deseado escuchar algo semejante de los Ludendorff.

Ahora, cuando su vida parecía desmoronarse nuevamente, encontraba una mano extendida precisamente desde aquella familia que alguna vez lo había rechazado.

El joven respiró profundamente.

—Está bien.

Izobelle continuó:

—Nos vemos pronto.

Desmond asintió.

—Sí...

Su voz fue baja.

—Nos vemos.

La llamada terminó.

El joven permaneció contemplando el teléfono.

Después dejó escapar un largo suspiro.

Finalmente, se levantó.

Tenía que empacar.

No sabía cuánto tiempo permanecería en el palacio.

Tampoco qué ocurriría con la vivienda que había compartido con Skyler.

Pero comprendía que necesitaba alejarse durante un tiempo.

No podía continuar durmiendo rodeado por recuerdos que todavía resultaban demasiado dolorosos.

Desmond caminó hacia la habitación principal.

Abrió el armario.

Y comenzó a recoger su ropa.

Camisas.

Pantalones.

Chaquetas.

Y algunos objetos personales.

Cada prenda parecía recordarle una parte de su vida junto a Skyler.

En ocasiones había sido ella quien lo ayudaba a escoger qué ponerse.

O quien terminaba acomodándole el cabello antes de salir.

Desmond respiró profundamente.

Intentó concentrarse en organizar sus pertenencias.

Abrió una maleta.

Colocó cuidadosamente algunas prendas.

Después se acercó a una de las gavetas.

Cuando la abrió, encontró varios objetos pequeños.

Documentos.

Recuerdos.

Y algunas fotografías.

Desmond comenzó a revisarlos.

Hasta que una imagen llamó su atención.

Era una fotografía de él y Skyler durante una visita a un parque de diversiones.

El joven permaneció completamente inmóvil.

La tomó lentamente.

En la imagen, ambos aparecían sonriendo.

Skyler estaba abrazada a él.

Sus orejas permanecían levantadas.

Y su expresión reflejaba una felicidad tan sincera que Desmond sintió una punzada dolorosa en el pecho.

Recordó aquel día.

Las atracciones.

Las bromas.

Y la manera en que habían terminado riéndose por cosas completamente absurdas.

Habían sido felices.

Sin pensar demasiado en el futuro.

Sin imaginar que algún día aquella fotografía terminaría convirtiéndose en uno de los recuerdos de un matrimonio que ya no existía.

Desmond acarició suavemente el borde de la imagen.

Una lágrima descendió por su mejilla.

Durante unos segundos pensó en dejarla dentro de la gaveta.

Quizás sería más sencillo no llevar consigo tantos recuerdos.

Pero inmediatamente comprendió que tampoco deseaba olvidarlos.

Skyler había sido una parte fundamental de su vida.

Y ningún divorcio podía borrar los años que compartieron.

El joven respiró profundamente.

Finalmente, colocó la fotografía entre sus pertenencias.

Después continuó empacando.

Recogió algunos cuadernos.

Materiales relacionados con su trabajo.

Y otros objetos que consideraba importantes.

También preparó cuidadosamente su guitarra.

No pensaba abandonar la música.

Incluso en medio de aquella tristeza, sabía que probablemente necesitaría volver a ella para comprender sus sentimientos.

Cuando terminó, permaneció observando la habitación.

Su apariencia había cambiado.

Algunas superficies estaban vacías.

Las maletas descansaban cerca de la puerta.

Y el espacio parecía haber perdido parte de aquella familiaridad que durante años lo había acompañado.

Desmond sintió un nudo en la garganta.

Pero no lloró.

Ya estaba demasiado agotado.

Poco después, su teléfono comenzó a sonar.

Era el chofer enviado por Izobelle.

Había llegado.

Desmond respondió brevemente.

Después recogió sus maletas.

Antes de abandonar la habitación, volvió la mirada hacia la cama.

Durante nueve años había dormido junto a Skyler.

Había despertado innumerables veces con ella entre sus brazos.

Y ahora aquella misma cama parecía recordarle todo lo que acababa de perder.

El joven cerró lentamente los ojos.

Después se volvió.

Caminó hacia la salida.

Y abandonó la vivienda.

El vehículo esperaba frente a la casa.

Era un automóvil elegante, de color oscuro, perteneciente al servicio de transporte de la familia Ludendorff.

El conductor descendió cuando vio aparecer a Desmond.

Se acercó con respeto.

—Señor Lebrozky.

El joven levantó ligeramente la mirada.

—Buenas tardes.

El hombre observó las maletas.

—Permítame ayudarlo.

Desmond asintió.

—Gracias.

El conductor acomodó cuidadosamente el equipaje.

Después abrió la puerta trasera.

El joven permaneció inmóvil durante unos segundos.

Volvió la mirada hacia su casa.

La fachada seguía siendo exactamente la misma.

Sin embargo, ya no la sentía como su hogar.

Era un lugar lleno de recuerdos.

Hermosos.

Dolorosos.

Y demasiado recientes.

Desmond respiró profundamente.

Finalmente, subió al automóvil.

El conductor cerró la puerta.

Después ocupó su asiento.

Y comenzó el trayecto hacia el Palacio Ludendorff.

Durante los primeros minutos, Desmond permaneció contemplando las calles.

El vehículo avanzaba tranquilamente.

Las construcciones del vecindario comenzaron a quedar atrás.

Y poco a poco aparecieron las avenidas que conducían hacia los sectores aristocráticos.

El joven apoyó la cabeza contra el asiento.

Sentía un cansancio profundo.

No solamente físico.

Era un agotamiento emocional.

Como si durante los últimos días hubiera tenido que sostener un peso que finalmente comenzaba a vencerlo.

Desmond sacó su teléfono.

Desbloqueó la pantalla.

Durante unos segundos contempló las aplicaciones.

Después abrió Imagram.

Buscó el perfil de Skyler.

Su fotografía apareció inmediatamente.

El joven permaneció inmóvil.

Comenzó a revisar algunas publicaciones antiguas.

Había imágenes de paseos.

Celebraciones.

Y pequeños momentos cotidianos.

En varias aparecían juntos.

Skyler sonriendo.

Abrazándolo.

O simplemente disfrutando de algún lugar que habían visitado durante sus años de relación.

Desmond pasó lentamente de una fotografía a otra.

Recordó las circunstancias de cada imagen.

Las conversaciones.

Las bromas.

Y aquella sensación de tranquilidad que experimentaba cuando estaba con ella.

Finalmente, se detuvo frente a una publicación.

Skyler aparecía extraordinariamente feliz.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Intentó respirar profundamente.

Pero una lágrima descendió por su mejilla.

Cayó sobre la pantalla.

El joven permaneció inmóvil.

Después limpió suavemente el teléfono.

Sin embargo, las lágrimas continuaron apareciendo.

No hizo ningún ruido.

Tampoco intentó llamar la atención del conductor.

Simplemente permaneció mirando las fotografías mientras lloraba en silencio.

Había amado a Skyler durante nueve años.

Y aunque deseaba convencerse de que había tomado una decisión correcta, el dolor continuaba siendo insoportable.

El vehículo avanzaba.

Las calles cambiaban.

Y los edificios de los sectores aristocráticos comenzaron a aparecer a través de las ventanas.

Desmond terminó bloqueando su teléfono.

Lo sostuvo entre las manos.

Después cerró los ojos.

Durante el resto del trayecto permaneció prácticamente en silencio.

Finalmente, el automóvil llegó frente al Palacio Ludendorff.

Las enormes puertas se abrieron.

El vehículo atravesó los jardines.

Y se detuvo cerca de la entrada principal.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Reconoció inmediatamente la construcción.

Era el mismo palacio que años atrás había abandonado con el corazón lleno de rabia.

El lugar donde descubrió parte de la verdad sobre su familia biológica.

Y donde, recientemente, había conseguido reconciliarse con Izobelle.

Ahora regresaba por una razón completamente diferente.

No buscaba respuestas sobre su pasado.

Solamente necesitaba un lugar donde intentar reconstruir su presente.

El conductor descendió.

Abrió la puerta trasera.

Y ayudó al joven a recoger sus pertenencias.

Desmond salió lentamente.

Respiró profundamente.

Después levantó la mirada hacia la entrada.

La puerta principal comenzó a abrirse.

Izobelle apareció.

Cuando vio a su hermano, su expresión cambió inmediatamente.

La gobernante descendió los pequeños escalones con rapidez.

—¡Desmond!

El joven apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Su hermana se acercó.

Y lo abrazó con fuerza.

Desmond permaneció sorprendido durante un instante.

Después correspondió al abrazo.

Izobelle acarició suavemente su espalda.

—Lamento muchísimo lo que ocurrió...

Su voz reflejaba una tristeza sincera.

El joven cerró lentamente los ojos.

—Gracias, Izo...

La mujer lo abrazó con mayor fuerza.

—No tienes que pasar por esto solo.

Desmond sintió que las lágrimas comenzaban a regresar.

Sin embargo, consiguió contenerlas.

Izobelle se separó lentamente.

Después observó su rostro.

Notó el cansancio.

Los ojos enrojecidos.

Y aquella expresión vacía que parecía haber reemplazado la tranquilidad con la que lo había conocido durante su reconciliación.

La gobernante sintió una punzada de tristeza.

—Hermano...

Su voz se suavizó.

—Estás en casa ahora.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Izobelle continuó:

—Estamos para ti.

Hizo una pausa.

—Siempre.

El joven permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló a su hermana.

Después asintió.

—Gracias...

Su voz fue apenas audible.

Izobelle sonrió con ternura.

—Ven.

Tomó suavemente una de sus manos.

Después indicó al personal que llevara las maletas.

Desmond la acompañó hacia el interior.

Los corredores del Palacio Ludendorff permanecían iluminados por elegantes lámparas.

Las paredes conservaban sus decoraciones aristocráticas.

Y las enormes ventanas permitían contemplar los jardines cuidadosamente mantenidos.

Durante el recorrido, Izobelle procuró no bombardearlo con preguntas.

Comprendía que su hermano estaba atravesando un momento extremadamente doloroso.

Por eso simplemente lo acompañó.

En algunas ocasiones mencionó pequeños detalles sobre el palacio.

O le explicó dónde encontraría determinadas habitaciones.

Desmond respondía con movimientos de cabeza.

Su mente parecía encontrarse demasiado lejos para concentrarse completamente en aquellas explicaciones.

Finalmente, llegaron frente a una puerta.

Izobelle se detuvo.

Después volvió la mirada hacia él.

—Preparé una habitación para ti.

Desmond levantó ligeramente la cabeza.

—Gracias.

La mujer sonrió.

Abrió la puerta.

Y le permitió entrar.

El joven permaneció sorprendido.

La habitación era amplia.

Una enorme cama redonda ocupaba una de sus paredes principales.

Los muebles estaban elaborados con materiales elegantes.

Había un vestidor espacioso.

Un baño privado.

Y varias repisas donde podría acomodar sus pertenencias.

Las decoraciones mantenían aquella estética aristocrática que caracterizaba al palacio, aunque el ambiente resultaba considerablemente más acogedor que el de algunos salones principales.

Una gran ventana ofrecía una vista hacia el jardín trasero.

Desmond caminó lentamente.

Observó el lugar.

Después volvió la mirada hacia Izobelle.

—Es...

Hizo una pausa.

—Mucho más de lo que necesito.

La gobernante sonrió.

—Quiero que estés cómodo.

El joven bajó ligeramente la mirada.

Izobelle continuó:

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

Hizo una pausa.

—No tienes que preocuparte por los gastos ni por encontrar inmediatamente otro lugar donde vivir.

Desmond sintió una emoción profunda.

—No quiero abusar de tu confianza...

La mujer negó inmediatamente con la cabeza.

—No estás abusando de nada.

Se acercó.

Y colocó una mano sobre su hombro.

—Eres mi hermano.

Su voz adquirió una firmeza cálida.

—Y este también es tu hogar.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante muchos años había considerado que jamás encontraría un lugar dentro de aquella familia.

Ahora Izobelle le estaba ofreciendo precisamente aquello.

No por obligación.

Ni por interés político.

Sino porque deseaba ayudarlo.

El joven respiró profundamente.

Finalmente, sonrió débilmente.

—Gracias, Izo.

La gobernante correspondió al gesto.

—De nada.

Después observó las maletas que los trabajadores habían dejado cerca de la entrada.

—Voy a dejarte instalarte tranquilamente.

Desmond asintió.

—Está bien.

Izobelle se acercó.

Lo abrazó brevemente.

Después añadió:

—Si necesitas cualquier cosa, puedes buscarme.

Hizo una pausa.

—No importa la hora.

El joven sonrió.

—Lo tendré presente.

La mujer asintió.

Finalmente, abandonó la habitación.

Cerró suavemente la puerta.

Y dejó a Desmond solo.

El silencio regresó.

El joven permaneció inmóvil durante varios segundos.

Observó la habitación.

Era enorme.

Elegante.

Y probablemente más cómoda que cualquier vivienda que hubiera tenido durante su infancia.

Sin embargo, no consiguió sentir alegría.

Había perdido algo que ningún lujo podía reemplazar.

Desmond respiró profundamente.

Después comenzó a organizar sus pertenencias.

Abrió la primera maleta.

Sacó algunas camisas.

Las acomodó dentro del vestidor.

Después continuó con los pantalones, chaquetas y demás prendas.

Intentó hacerlo todo con cuidado.

No quería dejar sus cosas desordenadas.

También necesitaba mantenerse ocupado.

El silencio resultaba demasiado pesado cuando permanecía inmóvil.

Después organizó algunos documentos relacionados con la universidad.

Colocó sus cuadernos sobre una de las repisas.

Y dejó su teléfono sobre el escritorio.

Finalmente, recogió su guitarra.

La sostuvo durante algunos segundos.

Recordó las tardes que había pasado componiendo mientras Skyler descansaba cerca.

La manera en que ella escuchaba sus nuevas canciones.

Y aquellos comentarios que, incluso cuando intentaban ser serios, terminaban provocándole una sonrisa.

Desmond sintió una presión dolorosa en el pecho.

Pero no lloró.

Simplemente acomodó la guitarra junto a la cama.

Después regresó hacia la última maleta.

Había guardado varios objetos pequeños.

Entre ellos, una fotografía.

La misma que encontró dentro de la gaveta de su antigua habitación.

Desmond la tomó cuidadosamente.

Contempló la imagen.

Él y Skyler.

Abrazados.

Sonriendo durante aquella visita al parque de diversiones.

El joven permaneció inmóvil.

Durante unos segundos acarició el borde de la fotografía.

Después caminó hacia la mesa de noche.

La colocó allí.

Junto a la cama.

No quería esconderla.

Tampoco deseaba fingir que aquellos nueve años no habían existido.

Skyler había formado parte de su vida.

Y continuar amándola no significaba que fuera incapaz de aceptar la separación.

Simplemente necesitaba tiempo.

Mucho tiempo.

Desmond observó nuevamente la imagen.

Una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—Espero que estés bien, preciosa...

Su voz fue apenas un susurro.

Después se apartó.

Continuó organizando algunos objetos personales.

Revisó que sus documentos estuvieran en orden.

Y finalmente cerró las maletas vacías.

Cuando terminó, la habitación tenía una apariencia ligeramente más personal.

Su ropa descansaba dentro del vestidor.

Sus cuadernos ocupaban las repisas.

La guitarra estaba junto a la cama.

Y la fotografía de Skyler permanecía sobre la mesa de noche.

Sin embargo, Desmond no conseguía sentir que aquel lugar le perteneciera completamente.

Era una habitación prestada.

Un espacio donde podría descansar mientras intentaba recuperar cierta estabilidad.

Pero todavía no era su hogar.

El joven observó el reloj.

Había transcurrido aproximadamente una hora desde que llegó.

Se sentó lentamente sobre el borde de la cama.

Apoyó las manos sobre las rodillas.

Y permaneció inmóvil.

No encendió el televisor.

Tampoco buscó música.

Simplemente contempló el suelo.

Su mente parecía encontrarse vacía.

Y, al mismo tiempo, llena de pensamientos que no conseguía ordenar.

Recordó la conversación telefónica con Skyler.

Su llanto.

La desesperación con que le pidió que no se precipitara.

Y aquella manera en que terminó aceptando una separación que ninguno deseaba.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Durante unos segundos se preguntó si había tomado la decisión correcta.

Quizás podrían haber encontrado otra solución.

Quizás debía haber insistido en conversar más tiempo con Darius.

O buscar alguna manera de acompañar a Skyler sin obligarla a elegir entre su esposo y su familia.

Pero ya era tarde para aquellas preguntas.

Los documentos estaban firmados.

Skyler se había marchado.

Y él estaba sentado dentro de una habitación del Palacio Ludendorff, intentando comprender cómo había perdido la vida que tanto esfuerzo le costó construir.

Desmond respiró profundamente.

No quiso castigarse con más pensamientos.

Había actuado intentando respetar la libertad de la mujer que amaba.

Y aunque aquella decisión le provocara un dolor enorme, no deseaba convertir su despedida en una batalla llena de resentimientos.

Skyler no merecía eso.

Tampoco él.

El joven levantó lentamente la mirada.

Observó la fotografía sobre la mesa.

Durante unos segundos permaneció contemplándola.

Después bajó la cabeza.

—Nueve años...

Su voz fue apenas audible.

Nueve años de recuerdos.

De canciones.

De promesas.

Y de una compañía que había terminado convirtiéndose en parte de su identidad.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Pero estaba demasiado agotado para llorar nuevamente.

Simplemente permaneció sentado.

Dejando que el tiempo transcurriera.

Afuera, las actividades del palacio continuaban con normalidad.

Los trabajadores recorrían los corredores.

Los funcionarios terminaban sus reuniones.

Y la luz exterior comenzaba a disminuir lentamente.

Desmond apenas percibió aquellos cambios.

Cuando finalmente levantó la mirada, el atardecer estaba llegando a su final.

Las sombras comenzaban a extenderse por la habitación.

El joven dejó escapar un largo suspiro.

Se incorporó.

Caminó hacia el baño.

Y comenzó a prepararse para descansar.

Se lavó el rostro.

Se cambió de ropa.

Y regresó hacia la cama.

Durante unos segundos contempló su enorme estructura redonda.

Era cómoda.

Espaciosa.

Y probablemente mucho más lujosa que aquella que había compartido con Skyler.

Sin embargo, aquella amplitud le provocó una sensación desagradable.

Demasiado espacio.

Demasiado silencio.

Desmond apartó lentamente las sábanas.

Se acostó.

Después apagó la lámpara.

La habitación quedó iluminada únicamente por la tenue claridad que atravesaba los ventanales.

El joven cerró los ojos.

Intentó dormir.

Pero no consiguió hacerlo.

Se acomodó de lado.

Después boca arriba.

Volvió a cerrar los ojos.

Y permaneció esperando.

Los minutos comenzaron a transcurrir.

Desmond escuchaba ocasionalmente algún sonido lejano procedente de los corredores.

El movimiento de una puerta.

Los pasos de algún trabajador.

O el murmullo distante de una conversación.

Pero nada de aquello conseguía aliviar la sensación de vacío.

Finalmente, extendió lentamente una mano hacia el otro lado de la cama.

Sus dedos encontraron únicamente las sábanas.

Frías.

Inmóviles.

Desmond abrió los ojos.

Durante nueve años había adquirido la costumbre de dormir acompañado.

Skyler solía acomodarse cerca de él.

En ocasiones apoyaba la cabeza sobre su pecho.

Otras veces lo rodeaba con sus brazos mientras descansaban.

Había noches en que ambos conversaban hasta quedarse dormidos.

Y mañanas en que Desmond despertaba con el cabello de su esposa rozándole el rostro.

Aquellas pequeñas costumbres se habían convertido en parte de su vida.

Nunca imaginó cuánto podría extrañarlas.

El joven mantuvo la mano extendida durante varios segundos.

Después la retiró lentamente.

Se volvió hacia el techo.

Su respiración comenzó a temblar.

No importaba cuánto intentara convencerse de que había hecho lo correcto.

Tampoco cuánto agradeciera la ayuda de Izobelle.

La realidad continuaba siendo la misma.

Skyler ya no estaba.

Y aquella ausencia resultaba insoportable.

Desmond volvió ligeramente la cabeza.

Desde la cama podía distinguir la silueta de la fotografía que había colocado sobre la mesa de noche.

La contempló durante varios segundos.

Recordó la sonrisa de Skyler.

Su voz.

Y aquella manera en que siempre encontraba una excusa para abrazarlo cuando lo veía demasiado serio.

El joven cerró lentamente los ojos.

Una lágrima recorrió su mejilla.

Después otra.

No intentó contenerlas.

Simplemente permaneció acostado, escuchando el silencio de una habitación demasiado grande para alguien que acababa de perder a su compañera de tantos años.

Había encontrado refugio en el palacio de su hermana.

Tenía un techo.

Una cama.

Y una familia dispuesta a acompañarlo.

Pero aquella noche descubrió que ninguna de esas cosas conseguía reemplazar la tranquilidad que había sentido al dormir junto a Skyler.

Desmond respiró profundamente.

Se acomodó nuevamente sobre la almohada.

Y permaneció contemplando la oscuridad.

No estaba acostumbrado a dormir solo.

La extrañaba.

La necesitaba.

CAP 29

Guess Who's Back

La tarde transcurría tranquilamente sobre el Palacio Ludendorff.

Los rayos del sol atravesaban las cortinas doradas de las enormes ventanas, iluminando los muebles de madera pulida y las elegantes decoraciones de la habitación que Izobelle había preparado para su hermano. Desde el exterior llegaba el murmullo ocasional de los trabajadores que recorrían los jardines, acompañado por el suave movimiento de las hojas bajo la brisa.

Desmond permanecía sentado sobre el borde de su cama.

Una guitarra descansaba sobre sus piernas, mientras un cuaderno abierto ocupaba parte de su regazo.

Frente a él, sobre la mesa de noche, continuaba aquella fotografía de Skyler que había decidido conservar después de su divorcio.

La imagen permanecía en el mismo lugar desde su llegada al palacio.

Durante los primeros días, Desmond apenas conseguía mirarla sin sentir que el pecho se le oprimía. Bastaba con recordar la sonrisa de su antigua esposa para que regresaran las

preguntas, los remordimientos y aquella sensación de vacío que lo acompañaba desde su separación.

Había pasado noches enteras despierto.

Acostumbrado durante nueve años a dormir junto a Skyler, todavía despertaba algunas madrugadas esperando encontrarla a su lado.

En ocasiones extendía una mano hacia el espacio vacío de la cama.

Otras veces creía escuchar su voz entre los sonidos del palacio.

Pero la realidad siempre terminaba imponiéndose.

Skyler ya no vivía con él.

Su matrimonio había terminado.

Y aunque ambos se habían despedido sin resentimientos, aquello no hacía que la pérdida resultara más sencilla.

Sin embargo, durante aquella tarde algo era diferente.

La fotografía continuaba allí, pero Desmond no la estaba contemplando.

Su atención permanecía concentrada en el cuaderno.

Había comenzado a escribir nuevamente.

No pequeñas anotaciones destinadas a sus clases universitarias.

Tampoco ejercicios de composición para sus estudiantes.

Estaba trabajando en una canción propia.

Una canción que, por primera vez en mucho tiempo, no nacía exclusivamente del dolor.

Desmond rasgueó suavemente las cuerdas de la guitarra.

Escuchó el acorde.

Después lo repitió.

Una pequeña arruga apareció entre sus cejas.

—No...

Volvió a tocar.

La combinación todavía no terminaba de convencerlo.

Dejó escapar un suspiro.

Después bajó la mirada hacia el cuaderno.

Varias páginas estaban cubiertas por anotaciones, estructuras de rima y pequeños fragmentos que había escrito durante los últimos días.

Algunas palabras estaban tachadas.

Otras habían sido reemplazadas.

Y varias líneas permanecían acompañadas por indicaciones relacionadas con el ritmo.

Desmond sostuvo el bolígrafo entre los dedos.

Durante unos segundos contempló una estrofa.

Después sonrió.

Había algo profundamente familiar en aquella sensación.

La emoción de construir una canción desde cero.

Buscar palabras.

Modificar una frase hasta encontrar el sonido adecuado.

Y descubrir que una idea aparentemente sencilla podía convertirse en algo mucho más importante.

Durante sus años como profesor había enseñado aquellas técnicas a numerosos estudiantes.

Les explicaba cómo organizar una composición.

Cómo desarrollar una identidad musical.

Y cómo evitar que una canción terminara convirtiéndose en una colección de frases sin verdadero significado.

Pero llevaba demasiado tiempo sin aplicar aquellas enseñanzas a un proyecto personal de semejante importancia.

Desmond apoyó la guitarra contra la cama.

Después tomó el cuaderno con ambas manos.

Contempló las primeras líneas.

No quería escribir otra canción sobre la tristeza de su divorcio.

Había llorado suficiente.

También había pasado demasiadas noches preguntándose qué habría ocurrido si hubiera tomado decisiones diferentes.

Por supuesto que continuaba amando a Skyler.

No podía borrar nueve años de recuerdos simplemente porque un documento declarara que ya no estaban casados.

Pero tampoco quería permitir que aquella separación terminara destruyendo todo cuanto había construido.

Seguía teniendo una vida.

Una profesión.

Una familia que finalmente había comenzado a aceptarlo.

Y, sobre todo, una pasión que llevaba acompañándolo desde los siete años.

La música.

Desmond respiró profundamente.

Después volvió a escribir.

Las palabras comenzaron a surgir con una seguridad que no había experimentado durante mucho tiempo.

No hablaban de una despedida.

Hablaban de regresar.

De recuperar algo que había dejado atrás.

Y de demostrar que nueve años de silencio no significaban que su talento hubiera desaparecido.

El joven profesor se detuvo.

Releyó uno de los versos.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Eso es...

Volvió a tomar el bolígrafo.

Y continuó.

No estaba intentando recuperar exactamente al músico que había sido durante su juventud.

Aquel Desmond había vivido experiencias muy diferentes.

Había conocido el entusiasmo de sus primeras grabaciones.

La emoción de presentarse ante un público.

Y la desesperación de ver cómo Hellbeat Records era destruida por las decisiones de Valerio.

Después había tenido que reconstruir su futuro.

Estudió.

Se convirtió en profesor.

Y aprendió a utilizar sus conocimientos para orientar a otros músicos.

Aquellos años no habían sido una interrupción inútil.

Lo habían transformado.

Ahora tenía mayor experiencia.

Comprendía mejor las estructuras musicales.

Y poseía una madurez que no habría podido adquirir sin atravesar todo cuanto había vivido.

Desmond levantó la mirada hacia la ventana.

Las cortinas se movían suavemente.

Por primera vez desde su llegada al palacio, la habitación no le parecía tan ajena.

Había colocado sus libros sobre las repisas.

Su guitarra permanecía cerca de la cama.

Y algunos cuadernos ocupaban una pequeña mesa junto a la computadora.

Izobelle había procurado que se sintiera cómodo.

Aunque Desmond todavía no estaba completamente acostumbrado a vivir rodeado de tantos lujos, comenzaba a reconocer aquel lugar como un espacio donde podía recuperarse.

El joven bajó nuevamente la mirada.

Tomó la guitarra.

Y comenzó a probar otra combinación de acordes.

Esta vez sonrió.

—Mucho mejor...

Repitió la progresión.

Después intentó acompañarla con algunas de las frases que acababa de escribir.

No estaba buscando una melodía triste.

Quería algo contundente.

Una composición que transmitiera seguridad desde los primeros segundos.

Una declaración musical.

El regreso de alguien que, después de desaparecer de los escenarios durante casi una década, todavía tenía mucho que ofrecer.

Desmond dejó escapar una pequeña carcajada.

—Vaya...

Sacudió suavemente la cabeza.

—Ya extrañaba esto.

Continuó trabajando durante varios minutos.

Hasta que escuchó unos golpes suaves en la puerta.

Toc, toc.

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Desde el otro lado llegó una voz femenina.

—¿Desmond?

El profesor reconoció inmediatamente a su hermana.

—¡Izo!

La puerta se abrió ligeramente.

Izobelle asomó la cabeza.

Su expresión reflejaba una curiosidad amable.

—¿Puedo pasar?

Desmond sonrió.

—Claro.

La gobernante abrió un poco más.

Después entró.

Llevaba ropa elegante, aunque menos formal que la utilizada durante sus obligaciones oficiales.

Su cabello estaba cuidadosamente arreglado.

Y su postura conservaba aquella seguridad característica de alguien acostumbrado a dirigir asuntos políticos importantes.

Sin embargo, al encontrarse frente a Desmond, su expresión se suavizó.

Ya no parecía una autoridad del Anillo de la Furia.

Simplemente una hermana visitando a su hermano menor.

Izobelle observó la guitarra.

Después el cuaderno.

Y finalmente volvió a mirarlo.

—Vaya...

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Parece que estás ocupado.

Desmond soltó una risa suave.

—Un poco.

La mujer se acercó.

—¿Interrumpo algo importante?

El joven negó con la cabeza.

—Para nada.

Hizo una pausa.

—Ven, siéntate.

Se apartó ligeramente para dejarle espacio sobre la cama.

Izobelle aceptó.

Tomó asiento a su lado.

Durante algunos segundos observó las páginas abiertas del cuaderno.

Había anotaciones por todas partes.

Fragmentos de canciones.

Indicaciones sobre la intensidad vocal.

Y pequeñas estructuras que no conseguía interpretar completamente.

La gobernante levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué estás haciendo?

Desmond acomodó la guitarra.

Después sonrió.

—Escribiendo.

Izobelle lo observó con una expresión divertida.

—Eso ya lo veo.

El joven soltó una carcajada.

—¡Entonces para qué preguntas!

Su hermana comenzó a reír.

Durante unos segundos ambos disfrutaron de aquella pequeña broma.

Después Izobelle volvió a señalar el cuaderno.

—Hablo en serio.

Hizo una pausa.

—¿Es una canción nueva?

Desmond asintió.

—Sí.

Su expresión adquirió un entusiasmo discreto.

—Hace bastante tiempo que no componía algo propio con tanta dedicación.

La mujer permaneció atenta.

El profesor continuó:

—He seguido escribiendo durante estos años.

Tengo muchas letras guardadas.

Algunas prácticamente terminadas.

Pero la mayoría nunca salió de mis cuadernos.

Izobelle observó las páginas.

—¿Y qué cambió?

Desmond permaneció pensativo.

Durante unos segundos contempló la guitarra.

Después levantó la mirada.

—Creo que ya es hora.

Su hermana frunció ligeramente el ceño.

—¿Hora de qué?

El joven sonrió.

—De volver.

Izobelle permaneció completamente inmóvil.

Durante un instante pareció intentar comprender el alcance de aquellas palabras.

Después observó nuevamente el cuaderno.

—¿Volver a la música?

Desmond asintió.

—A la industria.

Hizo una pausa.

—A grabar.

A producir.

Y, si tengo la oportunidad, a presentarme nuevamente.

La gobernante abrió ligeramente los ojos.

No esperaba escuchar aquello tan pronto.

Desde que su hermano llegó al palacio, había procurado darle espacio para recuperarse de su divorcio.

En ocasiones conversaban durante las comidas.

Otras veces simplemente lo dejaba descansar.

Sabía que estaba atravesando un momento doloroso y no quería exigirle que encontrara inmediatamente una nueva dirección para su vida.

Por eso escuchar que deseaba retomar su carrera musical le provocó una alegría genuina.

Izobelle sonrió.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

—Eso es maravilloso.

El profesor correspondió con una pequeña sonrisa.

—Todavía no he terminado nada.

Hizo una pausa.

—Pero esta canción...

Observó el cuaderno.

—Esta canción podría ser especial.

La gobernante extendió una mano.

—¿Puedo verla?

Desmond dudó durante un instante.

No porque desconfiara de su hermana.

Simplemente llevaba años acostumbrado a mostrar sus composiciones únicamente cuando estaban suficientemente desarrolladas.

Sin embargo, terminó entregándole el cuaderno.

—Claro.

Izobelle lo tomó cuidadosamente.

Comenzó a revisar las páginas.

Al principio observó las anotaciones técnicas.

Después se concentró en los versos.

Reconoció varias expresiones que reflejaban una seguridad poco habitual en alguien que acababa de atravesar una separación tan dolorosa.

No eran palabras destinadas a esconder el sufrimiento.

Tampoco intentaban fingir que los años anteriores nunca habían ocurrido.

Era una declaración.

Una manera de anunciar que Desmond continuaba allí.

Que había cambiado.

Aprendido.

Y sobrevivido.

La gobernante se detuvo frente a una de las líneas.

Después la leyó en voz baja.

—«No me fui, solo me hice sombra; y ahora que vuelvo, el fuego arde otra vez».

Izobelle permaneció contemplando aquellas palabras.

Después levantó lentamente la mirada.

—Vaya...

Desmond observó su expresión.

—¿Qué?

La mujer sonrió.

—Tienes fuego en estas palabras.

El joven soltó una pequeña risa.

—¿Eso crees?

Izobelle asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—No suena como alguien que está intentando recuperar algo que perdió.

Su expresión adquirió mayor entusiasmo.

—Suena como alguien que está preparado para demostrar cuánto ha cambiado.

Desmond permaneció sorprendido.

Durante unos segundos contempló a su hermana.

Después sonrió con sinceridad.

—Esa es exactamente la idea.

Izobelle volvió a observar el cuaderno.

—Me gusta.

Pasó una página.

Después preguntó:

—¿Y ya tienes el ritmo?

Desmond se acomodó sobre la cama.

—Todavía estoy trabajando en eso.

Hizo una pausa.

—He probado varias ideas.

Algunas más melódicas.

Otras con un ritmo bastante agresivo.

Pero todavía no encuentro el equilibrio que quiero.

La gobernante escuchó atentamente.

Desmond continuó:

—Busco una percusión marcada.

Un bajo fuerte.

Y una estructura que consiga transmitir energía desde el principio.

Levantó ligeramente la guitarra.

—He estado probando algunas melodías aquí, pero la versión definitiva tendrá que trabajarla en la computadora.

Izobelle asintió.

—Entiendo.

El joven bajó lentamente la mirada.

Después añadió:

—Y nada de melancolías.

Su expresión adquirió una determinación evidente.

—No quiero que mi regreso parezca una despedida disfrazada.

Ni una canción donde solamente hable de cuánto he sufrido.

Hizo una pausa.

—Ya he escrito bastante sobre eso.

Izobelle permaneció callada.

Desmond continuó:

—Esta vez quiero demostrar que sigo aquí.

Su voz adquirió una firmeza especial.

—Que los años no me apagaron.

Y que todavía tengo cosas importantes que decir.

La gobernante sonrió.

El joven contempló nuevamente su cuaderno.

—Esto es una resurrección.

Durante unos segundos ninguno habló.

Izobelle permaneció observándolo con una expresión llena de orgullo.

Había conocido a su hermano durante una etapa complicada de su vida.

Su primera conversación terminó marcada por el rechazo.

Después pasaron nueve años sin verse.

Y cuando finalmente consiguieron reconciliarse, Desmond ya había construido una vida completamente independiente de la aristocracia infernal.

Ahora estaba descubriendo otra parte de él.

Su pasión.

Aquello que había definido gran parte de su juventud.

Y la capacidad de encontrar una nueva dirección incluso después de una pérdida dolorosa.

Izobelle extendió lentamente una mano.

La apoyó sobre su hombro.

Desmond levantó la mirada.

—Hermano...

La mujer sonrió.

—Deberías hacer algo con esto.

El joven permaneció atento.

Izobelle continuó:

—No lo dejes solamente en el papel.

Hizo una pausa.

—Si de verdad quieres regresar, trabaja en esa canción hasta convertirla en algo que puedas compartir con el mundo.

Desmond asintió.

Su hermana añadió:

—Tal vez este sea el momento.

El profesor permaneció inmóvil.

Después dejó lentamente el bolígrafo sobre el cuaderno.

Volvió la mirada hacia Izobelle.

Y sonrió con determinación.

—Eso es exactamente lo que quiero.

La gobernante correspondió al gesto.

—Entonces hazlo.

Durante varios minutos más conversaron sobre la composición.

Izobelle preguntó cómo funcionaba el proceso de producción.

Desmond le explicó las diferencias entre escribir una letra, construir una pista instrumental y preparar una grabación profesional.

También habló sobre su antigua experiencia en Hellbeat Records.

Recordó las primeras sesiones de estudio.

Los errores que cometía durante su juventud.

Y la paciencia que Antrox había tenido cuando todavía estaba aprendiendo.

Izobelle escuchó con atención.

Aunque no conocía demasiado sobre producción musical, disfrutaba ver a su hermano hablar con aquella seguridad.

Finalmente, observó la hora.

Tenía algunas responsabilidades pendientes.

Se incorporó lentamente.

—Bueno...

Desmond levantó la mirada.

—¿Ya te vas?

La gobernante asintió.

—Tengo unos documentos que revisar.

Hizo una pausa.

—Pero quiero escuchar esa canción cuando esté terminada.

El joven sonrió.

—Serás de las primeras.

Izobelle levantó una ceja.

—¿De las primeras?

Desmond soltó una carcajada.

—¡Bueno, la primera si tanto insistes!

Su hermana comenzó a reír.

—Mucho mejor.

Se acercó.

Lo abrazó brevemente.

Después se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, volvió la cabeza.

—Desmond.

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Izobelle sonrió.

—Me alegra verte entusiasmado con algo otra vez.

El profesor permaneció inmóvil.

Aquellas palabras le provocaron una emoción inesperada.

Durante unos segundos contempló a su hermana.

Después correspondió con una sonrisa.

—A mí también, Izo.

La gobernante asintió.

Finalmente, abandonó la habitación.

Desmond permaneció sentado sobre la cama.

Durante unos segundos contempló la puerta cerrada.

Después volvió a observar el cuaderno.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

No tenía motivos para seguir aplazándolo.

Había hablado durante meses sobre la posibilidad de regresar a la música.

Antrox le había recordado que su contrato continuaba vigente.

Isabella había demostrado un entusiasmo extraordinario al escuchar algunas de sus composiciones inéditas.

Y ahora Izobelle también lo animaba a convertir aquella idea en un proyecto real.

Desmond respiró profundamente.

Después se incorporó.

Dejó la guitarra cuidadosamente junto a la cama.

Tomó el cuaderno.

Y caminó hacia el escritorio.

Encendió su computadora.

La pantalla iluminó suavemente su rostro.

Durante varios segundos permaneció observando los programas que tenía instalados.

Había utilizado aquellas herramientas durante años.

Primero para aprender.

Después para producir composiciones propias.

Y finalmente como parte de su trabajo universitario.

Sin embargo, aquella tarde no estaba preparando una clase.

Estaba regresando a su oficio.

Desmond abrió su programa de producción musical.

Creó un proyecto nuevo.

Y comenzó a trabajar.

Primero estableció el tempo.

Probó una base sencilla.

Escuchó varios compases.

Después negó lentamente con la cabeza.

—Demasiado lento...

Modificó algunos valores.

Volvió a reproducir.

Esta vez sonrió.

—Mejor.

Comenzó a añadir una percusión más marcada.

Después incorporó el bajo.

Escuchó atentamente la combinación.

La música comenzó a adquirir una fuerza que no había conseguido obtener con la guitarra.

Desmond apoyó los dedos sobre el escritorio.

Siguió el compás.

Después tomó su cuaderno.

Leyó nuevamente los versos.

Intentó pronunciarlos sobre la pista.

Algunas frases encajaban perfectamente.

Otras necesitaban ajustes.

El joven detuvo la reproducción.

Tomó el bolígrafo.

Y comenzó a modificar las estructuras de rima.

Durante las siguientes horas trabajó con una concentración extraordinaria.

Ajustó frecuencias.

Modificó capas de sonido.

Probó diferentes combinaciones de instrumentos.

Y reorganizó varias secciones de la composición.

En determinados momentos se detenía para descansar los oídos.

Después regresaba.

Escuchaba nuevamente.

Y encontraba pequeños detalles que deseaba corregir.

No quería apresurarse.

Aquella canción representaba demasiado para él.

No era simplemente un intento de recuperar reconocimiento.

Era la primera pieza importante de una etapa completamente diferente.

Durante su juventud había tenido una identidad musical marcada por la rebeldía y el deseo de demostrar que alguien proveniente de la comuna 54 podía llegar lejos.

Ahora aquella identidad había cambiado.

Desmond seguía conservando su carácter.

Su manera de interpretar.

Y la energía que había definido sus primeras canciones.

Pero también había adquirido experiencia.

Conocimientos.

Y una visión mucho más clara de aquello que deseaba transmitir.

El profesor volvió a escuchar la pista.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Ahora sí...

Tomó el micrófono.

Realizó una grabación provisional.

Después la reprodujo.

Su voz sonaba diferente de la que recordaba durante sus primeros años en Hellbeat Records.

Más segura.

Mejor controlada.

Y con una intención mucho más definida.

Desmond cerró los ojos mientras escuchaba.

Por primera vez desde su divorcio, consiguió pasar varias horas sin que la tristeza dominara completamente sus pensamientos.

No había olvidado a Skyler.

La fotografía continuaba sobre la mesa de noche.

Pero había recuperado algo que también formaba parte de su identidad.

Su voz.

Y no estaba dispuesto a perderla nuevamente.

Cuando finalmente detuvo la reproducción, observó la hora.

Habían pasado varias horas.

El exterior estaba oscuro.

Desmond dejó escapar una pequeña carcajada.

—Demonios...

Se recostó contra el respaldo de la silla.

Sus ojos estaban cansados.

Pero su expresión reflejaba satisfacción.

Todavía quedaba mucho trabajo.

Sin embargo, la canción comenzaba a existir.

Ya no era solamente una colección de versos.

Tenía una estructura.

Una identidad.

Y una dirección clara.

El joven guardó el proyecto.

Después contempló el nombre provisional del archivo.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Finalmente, escribió un título.

Guess Who's Back.

Desmond sonrió.

Aquellas tres palabras resumían perfectamente lo que deseaba transmitir.

¿Quién había vuelto?

El músico que muchos creían retirado.

El artista que desapareció de los estudios durante nueve años.

Y el hombre que, después de atravesar pérdidas, cambios y decisiones dolorosas, había descubierto que todavía tenía mucho por delante.

Desmond apagó lentamente la computadora.

Después se levantó.

Antes de acostarse, volvió la mirada hacia la fotografía de Skyler.

Su sonrisa continuaba allí.

El joven sintió una punzada de nostalgia.

Pero esta vez no apartó los ojos.

Se acercó.

Contempló la imagen durante unos segundos.

Y sonrió débilmente.

—Estoy intentando salir adelante, preciosa...

Su voz fue apenas un susurro.

Después apagó la lámpara.

Y se preparó para descansar.

A la mañana siguiente, Desmond despertó con una idea que había comenzado a formarse durante la noche.

La canción estaba tomando forma.

Pero no quería limitar su regreso a publicar un archivo de audio.

Deseaba algo más grande.

Un proyecto capaz de mostrar quién era ahora.

No solamente mediante palabras.

También a través de imágenes.

De una estética diferente.

Y de una presentación que reflejara la evolución que había experimentado durante aquellos nueve años.

Desmond pasó parte de la mañana revisando sus apuntes.

Después se preparó.

Y salió de su habitación.

Tenía que hablar nuevamente con Izobelle.

La gobernante se encontraba en su despacho.

Había comenzado a revisar varios documentos administrativos cuando escuchó unos golpes en la puerta.

—Adelante.

Desmond entró con paso decidido.

Su hermana levantó la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Buenos días, hermano.

El joven correspondió al gesto.

—Buenos días, Izo.

La gobernante observó su expresión.

Parecía considerablemente más animado que durante los días anteriores.

—¿Qué ocurre?

Desmond respiró profundamente.

—Necesito tu ayuda.

Izobelle levantó ligeramente las cejas.

Después dejó la pluma sobre el escritorio.

—Te escucho.

El joven tomó asiento frente a ella.

Durante unos segundos organizó sus pensamientos.

No quería improvisar completamente la explicación.

Había pasado buena parte de la noche considerando la idea.

Y sabía que necesitaría apoyo para convertirla en realidad.

Finalmente, habló.

—Quiero regresar a la industria musical.

Izobelle sonrió.

—Eso ya me lo dijiste ayer.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Pero estuve pensando en algo más.

Su hermana permaneció atenta.

El joven continuó:

—No quiero regresar con un lanzamiento cualquiera.

Quiero que la gente entienda que mi música cambió.

Que yo cambié.

Y que los años que pasé fuera de los escenarios no fueron simplemente tiempo perdido.

Izobelle cruzó suavemente las manos sobre el escritorio.

Desmond respiró profundamente.

—Quiero hacer un videoclip.

La gobernante levantó las cejas.

—¿Un videoclip?

El profesor asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Uno fuerte.

Con una producción profesional.

Una imagen diferente.

Y una dirección visual que acompañe el mensaje de la canción.

Izobelle permaneció pensativa.

Desmond continuó:

—Quiero mostrar quién soy ahora.

Lo que he pasado.

Y lo que todavía puedo ofrecer como artista.

Su expresión adquirió una firmeza especial.

—No quiero volver como un recuerdo.

Hizo una pausa.

—Quiero volver como una declaración.

La gobernante lo observó durante varios segundos.

Reconoció inmediatamente la pasión con que estaba hablando.

Sin embargo, también comprendía las implicaciones del proyecto.

Producir un videoclip profesional no era tan sencillo como colocar una cámara frente a un cantante.

Necesitarían personal técnico.

Un equipo de dirección.

Estilistas.

Operadores de cámara.

Y personas encargadas de organizar las diferentes etapas del rodaje.

También tendrían que reservar espacios, coordinar horarios y cubrir los gastos de producción.

Izobelle bajó ligeramente la mirada.

Durante unos segundos permaneció haciendo cálculos mentales.

Desmond notó su expresión.

—Sé que no es barato.

La gobernante levantó lentamente los ojos.

El joven continuó:

—Y no quiero aprovecharme de que me estás permitiendo vivir aquí.

Hizo una pausa.

—Si es demasiado, puedo buscar otra manera de financiarlo.

Izobelle permaneció callada.

Después observó nuevamente a su hermano.

Durante los últimos días había visto cuánto estaba sufriendo por su divorcio.

Ahora, en cambio, tenía frente a ella a alguien que hablaba del futuro con una ilusión que parecía haber recuperado después de mucho tiempo.

La gobernante sonrió discretamente.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Izobelle respiró profundamente.

—¿De verdad crees en este proyecto?

El profesor respondió sin vacilar.

—Sí.

Su voz fue firme.

—Muchísimo.

La mujer permaneció observándolo.

Desmond continuó:

—No puedo garantizar que vaya a convertirse en un éxito.

Pero sí puedo prometerte que voy a trabajar hasta conseguir la mejor producción que esté a mi alcance.

Izobelle sintió una satisfacción profunda.

Su hermano no estaba pidiendo dinero para distraerse momentáneamente de sus problemas.

Tenía una idea.

Un objetivo.

Y la disposición de trabajar por él.

Finalmente, la gobernante sonrió.

—Muy bien.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Muy bien?

Izobelle asintió.

—Voy a financiar el proyecto.

El joven permaneció completamente inmóvil.

—¿En serio?

Su hermana soltó una pequeña carcajada.

—Sí, Desmond.

Hizo una pausa.

—Pero no te acostumbres demasiado.

El profesor sonrió ampliamente.

Izobelle levantó un dedo.

—Me debes una.

Desmond comenzó a reír.

—¡Lo sabía!

La gobernante correspondió con una sonrisa traviesa.

—Y más te vale que sea un éxito.

El joven negó divertido con la cabeza.

—Haré todo lo posible.

Izobelle asintió.

Después recuperó una expresión más profesional.

—Entonces tendremos que organizarlo correctamente.

Desmond permaneció atento.

La mujer continuó:

—Necesitaremos un presupuesto.

Un equipo de trabajo.

Y una planificación clara.

Hizo una pausa.

—No quiero que terminemos gastando dinero sin saber exactamente qué estamos produciendo.

El profesor asintió.

—Estoy completamente de acuerdo.

Izobelle sonrió.

—Perfecto.

Durante los siguientes minutos conversaron sobre los elementos necesarios para iniciar el proyecto.

Desmond explicó algunas ideas relacionadas con la estética del videoclip.

Deseaba una imagen moderna.

Una presencia más madura.

Y una producción capaz de acompañar el carácter enérgico de la canción.

Izobelle comenzó a realizar anotaciones.

Preguntó sobre la duración aproximada.

Los espacios que necesitarían.

Y la cantidad de personal involucrado.

El joven respondió con la información que tenía.

También reconoció algunos aspectos que todavía necesitaban definirse con la ayuda de profesionales.

Finalmente, ambos acordaron comenzar los preparativos.

Desmond se levantó.

Su expresión estaba llena de entusiasmo.

—Gracias, Izo.

La gobernante sonrió.

—De nada, hermano.

Hizo una pausa.

—Pero recuerda algo.

El profesor levantó la mirada.

—¿Qué?

Izobelle continuó:

—Este sigue siendo tu proyecto.

Yo puedo ayudarte a financiarlo.

Pero las decisiones artísticas tienen que venir de ti.

Desmond asintió con firmeza.

—Así será.

La gobernante correspondió al gesto.

—Entonces adelante.

El joven sonrió.

Y abandonó el despacho.

Durante las dos semanas siguientes, el Palacio Ludendorff presenció una actividad poco habitual.

Desmond comenzó a organizar reuniones relacionadas con la producción.

Se revisaron presupuestos.

Se contactó a profesionales.

Y se estudiaron diferentes posibilidades para desarrollar la propuesta visual.

Izobelle cumplió su palabra.

El financiamiento permitió contratar personal con experiencia y disponer de los recursos necesarios para preparar el rodaje.

Sin embargo, el profesor no permaneció al margen.

Participó en las conversaciones.

Revisó las propuestas.

Y explicó personalmente qué deseaba transmitir mediante la canción.

No quería que el videoclip terminara convirtiéndose en una exhibición de riqueza aristocrática.

Su objetivo era diferente.

Quería representar el regreso de un músico.

La transformación de alguien que había pasado casi una década fuera de la industria.

Y la seguridad de un hombre que finalmente había decidido recuperar una parte importante de sí mismo.

El equipo escuchó sus indicaciones.

Algunas propuestas fueron modificadas.

Otras descartadas.

Y varias ideas terminaron combinándose para construir un proyecto más coherente.

Durante aquellos días, Desmond también continuó trabajando en la canción.

Realizó nuevas grabaciones.

Corrigió algunos detalles vocales.

Y terminó de ajustar las secciones instrumentales.

La composición comenzó a adquirir una identidad definitiva.

Cuando finalmente estuvo preparada, el joven sintió una satisfacción que no experimentaba desde sus años en Hellbeat Records.

Pero todavía faltaba algo importante.

Su imagen.

Desmond continuaba conservando varios rasgos de su apariencia anterior.

El cabello largo.

La barba.

Y un estilo que había cambiado relativamente poco durante los últimos años.

El equipo consideró que el regreso musical también podía acompañarse de una renovación visual.

No para convertirlo en alguien diferente.

Sino para reflejar la etapa que estaba comenzando.

Después de conversar sobre varias propuestas, Desmond aceptó.

El día de la transformación llegó durante los preparativos finales.

Las estilistas organizaron sus herramientas.

Revisaron referencias.

Y comenzaron a trabajar cuidadosamente.

Desmond permaneció sentado frente a un espejo.

Durante unos segundos contempló su reflejo.

Recordó cuánto tiempo llevaba utilizando una apariencia semejante.

El cabello largo había formado parte de su identidad durante años.

También era un elemento que muchos de sus antiguos seguidores probablemente recordarían.

Sin embargo, no sintió demasiado miedo de cambiarlo.

Había comprendido que regresar no significaba conservar absolutamente todo como antes.

A veces avanzar también implicaba dejar atrás pequeñas costumbres.

La primera estilista se acercó.

—¿Listo?

Desmond respiró profundamente.

Después sonrió.

—Adelante.

El trabajo comenzó.

Su cabello fue cortado y acomodado en un estilo más moderno.

También recortaron cuidadosamente su barba.

Después realizaron algunos ajustes destinados a ofrecerle una apariencia limpia y madura frente a las cámaras.

El proceso tomó tiempo.

Las estilistas revisaban constantemente los detalles.

Desmond observaba ocasionalmente su reflejo, intentando imaginar el resultado definitivo.

Finalmente, el trabajo terminó.

Una de las profesionales se apartó.

—Listo.

El joven levantó lentamente la mirada.

Y permaneció inmóvil.

El hombre que aparecía en el espejo seguía siendo él.

Sin embargo, su apariencia había cambiado considerablemente.

El nuevo corte de cabello resaltaba sus facciones.

La barba recortada le proporcionaba una imagen más cuidada.

Y el conjunto conseguía transmitir una seguridad que coincidía con la personalidad que deseaba mostrar en su regreso.

Desmond observó su reflejo.

Después sonrió.

—Vaya...

Se acercó ligeramente al espejo.

—Esto sí es diferente.

Las estilistas sonrieron satisfechas.

Poco después, Izobelle llegó para observar el resultado.

Cuando entró, su mirada encontró inmediatamente a Desmond.

La gobernante se detuvo.

Durante varios segundos permaneció completamente inmóvil.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué?

Izobelle abrió la boca.

Pero no respondió inmediatamente.

Después comenzó a reír.

—¡Desmond!

El profesor sonrió.

—¿Qué pasa?

Su hermana se acercó.

Lo observó desde distintos ángulos.

Después negó lentamente con la cabeza.

—¡Eres otra persona!

El joven soltó una carcajada.

—¡Tampoco exageres!

Izobelle continuó riendo.

—¡Te ves como hace nueve años!

Hizo una pausa.

Lo contempló nuevamente.

—No...

Su sonrisa se amplió.

—Quizás mejor.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

Se sentía algo avergonzado por el entusiasmo de su hermana.

—Gracias, Izo.

La gobernante sonrió con orgullo.

—Ahora sí pareces preparado para regresar a los escenarios.

El joven volvió a observar su reflejo.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Después asintió.

—Eso espero.

No tardó demasiado en comenzar el rodaje.

Los espacios habían sido reservados.

El personal estaba contratado.

Y el equipo técnico había organizado las primeras jornadas de grabación.

Desmond llegó al lugar con una mezcla de entusiasmo y nerviosismo.

Había pasado demasiado tiempo desde su última producción importante.

Aunque conocía el funcionamiento de una grabación, enfrentarse nuevamente a cámaras, luces y un equipo completo representaba una experiencia diferente de preparar clases universitarias.

El director le explicó las primeras indicaciones.

Desmond escuchó atentamente.

Después ocupó su posición.

Los técnicos realizaron los ajustes de iluminación.

Las cámaras comenzaron a prepararse.

Y finalmente se escuchó la indicación de iniciar.

La primera toma no salió como esperaban.

Desmond se adelantó ligeramente respecto al movimiento previsto.

El director interrumpió.

Después explicó el ajuste necesario.

El joven respiró profundamente.

—Está bien.

Volvieron a intentarlo.

La segunda toma mejoró.

Pero todavía había un detalle que no terminaba de convencer al equipo.

Se repitió nuevamente.

Y otra vez.

Hasta que finalmente consiguieron el resultado buscado.

Desmond dejó escapar una pequeña risa.

Recordaba aquellas jornadas de grabación donde una canción necesitaba repetirse numerosas veces antes de alcanzar la interpretación adecuada.

Ahora estaba enfrentándose a algo semejante, pero con imágenes.

Cada movimiento importaba.

La expresión.

La posición frente a la cámara.

Y la manera en que la interpretación debía coincidir con el ritmo musical.

El profesor comprendió rápidamente que producir un videoclip profesional requería mucho más trabajo del que muchos espectadores imaginaban.

Las jornadas continuaron.

Algunas tomas salían prácticamente perfectas desde el primer intento.

Otras necesitaban múltiples repeticiones.

En ocasiones surgían problemas técnicos.

La iluminación no respondía correctamente.

Un movimiento de cámara debía ajustarse.

O algún detalle del vestuario obligaba a detener temporalmente el trabajo.

Desmond intentaba mantener la paciencia.

Pero no siempre resultaba sencillo.

Había jornadas especialmente agotadoras.

Momentos en que la frustración comenzaba a afectar la comunicación del equipo.

Y pequeñas discusiones relacionadas con decisiones creativas que parecían no encontrar una solución inmediata.

Sin embargo, el joven procuró recordar algo.

Todos estaban trabajando para conseguir el mismo objetivo.

No necesitaba tener razón en cada detalle.

Tampoco podía esperar que todas sus ideas funcionaran exactamente como las había imaginado.

Debía aprender a confiar en los profesionales que participaban en la producción.

Y, al mismo tiempo, defender aquello que consideraba esencial para el mensaje de la canción.

Poco a poco, el trabajo comenzó a avanzar con mayor fluidez.

El equipo comprendió mejor sus intenciones.

Desmond se acostumbró nuevamente a interpretar frente a las cámaras.

Y las sesiones comenzaron a ofrecer resultados cada vez más satisfactorios.

En determinados momentos, el profesor experimentaba una emoción difícil de describir.

Se encontraba frente a las cámaras.

Interpretando una canción propia.

Con una producción profesional detrás.

Y una seguridad que no había sentido durante sus primeros años como artista.

Era como si una parte de su juventud estuviera regresando.

Pero acompañada por todo lo que había aprendido desde entonces.

Durante los meses siguientes continuaron trabajando.

Algunas jornadas terminaban tarde.

Otras comenzaban después de pocas horas de descanso.

El cansancio se acumulaba.

Y Desmond tuvo que organizar cuidadosamente sus responsabilidades universitarias para evitar que la producción afectara su trabajo como profesor.

No quería abandonar una profesión que también había llegado a amar.

Su intención era encontrar una manera de combinar ambas facetas.

La enseñanza.

Y la música.

Durante aquel proceso, Izobelle continuó acompañando el proyecto desde el ámbito financiero y organizativo.

Revisaba los avances.

Preguntaba cómo marchaban las grabaciones.

Y en ocasiones visitaba al equipo para observar algunas escenas.

Desmond apreciaba profundamente aquel apoyo.

Durante años había considerado que la familia Ludendorff solamente representaba dolor y rechazo.

Ahora su propia hermana estaba ayudándolo a recuperar una parte de su identidad.

Aquello tenía un significado especial.

Sin embargo, también había momentos difíciles.

La música conseguía mantenerlo ocupado.

Pero no eliminaba completamente la tristeza de su divorcio.

Había noches en las que regresaba agotado al palacio.

Se sentaba sobre la cama.

Y contemplaba nuevamente la fotografía de Skyler.

En ocasiones deseaba contarle lo que había conseguido durante el día.

Mostrarle alguna grabación.

O escuchar sus comentarios sobre la nueva canción.

Entonces recordaba que ya no compartían aquella vida cotidiana.

Desmond sentía una punzada de nostalgia.

Pero había comenzado a comprender que podía extrañarla sin abandonar todo cuanto estaba construyendo.

No necesitaba negar su amor para seguir adelante.

Tampoco convertir aquella separación en el centro permanente de su existencia.

Había decidido regresar a la música.

Y cada jornada de trabajo representaba una pequeña confirmación de aquella decisión.

Finalmente, después de meses de grabaciones, ajustes y revisiones, el videoclip quedó terminado.

Desmond contempló la versión definitiva frente a una pantalla.

Durante los primeros segundos permaneció completamente inmóvil.

La producción mostraba el resultado de incontables horas de esfuerzo.

Las imágenes acompañaban la fuerza de la canción.

Su nueva apariencia transmitía una identidad más madura.

Y la interpretación reflejaba precisamente aquello que había intentado construir desde que comenzó a escribir los primeros versos.

Una declaración.

El regreso de alguien que no estaba dispuesto a desaparecer.

Cuando terminó la reproducción, Desmond permaneció en silencio.

Después dejó escapar una larga respiración.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Lo conseguimos...

El equipo compartió su satisfacción.

Había sido un proceso agotador.

Lleno de dificultades.

Pero el resultado final justificaba el esfuerzo.

Desmond volvió a contemplar la pantalla.

Allí aparecía el título de la producción.

Guess Who's Back.

El joven sonrió.

Durante nueve años había permanecido lejos de la industria musical.

Ahora finalmente estaba preparado para regresar.

Poco después llegó el momento de publicar el videoclip.

El archivo fue preparado para YouHub.

Se revisaron los últimos detalles de presentación.

Y finalmente Desmond confirmó la publicación.

Durante unos segundos permaneció observando la pantalla.

El video ya estaba disponible.

El profesor respiró profundamente.

Esperaba que el regreso despertara interés.

Quizás algunos de sus antiguos seguidores reconocerían su nombre.

Tal vez la canción conseguiría llegar rápidamente a nuevos oyentes.

Después de tanto trabajo, resultaba imposible no sentir cierta expectativa.

Sin embargo, las primeras horas fueron diferentes de lo que imaginaba.

Las visitas comenzaron a llegar lentamente.

Algunos usuarios reprodujeron el videoclip.

Otros dejaron comentarios.

Y varias personas compartieron la publicación.

Pero las cifras permanecían relativamente bajas.

Desmond revisó las estadísticas.

Después volvió a observar la pantalla.

Intentó mantener la tranquilidad.

Era normal que un artista ausente durante nueve años necesitara tiempo para recuperar visibilidad.

Sin embargo, aquella explicación no conseguía eliminar completamente su decepción.

Había imaginado un regreso más contundente.

Algo semejante al entusiasmo que despertó una de sus antiguas canciones durante sus primeros años en Hellbeat Records.

En aquella época todo parecía ocurrir con una rapidez extraordinaria.

Las oportunidades se multiplicaban.

Los seguidores comenzaban a reconocerlo.

Y cada nueva publicación despertaba una emoción difícil de contener.

Ahora, en cambio, el videoclip parecía avanzar lentamente.

Desmond cerró la computadora.

Intentó concentrarse en otras actividades.

Pero durante los días siguientes continuó revisando las estadísticas.

Las visitas aumentaban.

Sin embargo, no al ritmo que esperaba.

El joven comenzó a preguntarse si había cometido algún error.

Quizás la canción necesitaba otra estrategia de lanzamiento.

O tal vez la industria había cambiado demasiado durante su ausencia.

También consideró una posibilidad que le resultaba especialmente dolorosa.

Quizás el público simplemente lo había olvidado.

Desmond permaneció sentado frente a su computadora.

Observó nuevamente el videoclip.

Después dejó escapar un suspiro.

—Tanto trabajo...

Su voz fue apenas audible.

En aquel momento escuchó unos pasos acercándose.

Izobelle apareció junto a la puerta.

Había notado que su hermano estaba considerablemente más callado durante los últimos días.

Cuando lo encontró observando las estadísticas, comprendió inmediatamente lo que ocurría.

—¿Desmond?

El joven levantó la mirada.

—Hola, Izo.

La gobernante entró.

Observó la computadora.

Después volvió a mirarlo.

—¿Cómo marcha el lanzamiento?

Desmond se encogió ligeramente de hombros.

—No tan bien como esperaba.

Izobelle permaneció callada.

El joven continuó:

—Pensé que conseguiría más atención.

Hizo una pausa.

—Después de todo el trabajo que hicimos...

Bajó lentamente la mirada.

—Supongo que esperaba demasiado.

La gobernante se acercó.

Tomó asiento junto a él.

Durante unos segundos contempló las cifras.

Después sonrió suavemente.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Izobelle continuó:

—Es cuestión de tiempo.

El profesor no respondió inmediatamente.

La mujer añadió:

—Estuviste nueve años fuera de la industria.

Hizo una pausa.

—Eso es muchísimo tiempo.

Durante esos años aparecieron nuevos artistas.

Cambió el público.

Y seguramente muchos de tus antiguos seguidores dejaron de estar pendientes de tu carrera.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

Izobelle continuó:

—Pero eso no significa que hayan dejado de apreciar tu música.

Su voz adquirió una firmeza tranquila.

—La gente necesita recordar quién eres.

El profesor permaneció pensativo.

La gobernante sonrió.

—Dales tiempo.

Hizo una pausa.

—Confía en tu voz.

Desmond contempló nuevamente la pantalla.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después dejó escapar una pequeña risa.

—Suena bastante parecido a algo que yo le diría a uno de mis estudiantes.

Izobelle sonrió.

—Entonces deberías aprender a escuchar tus propios consejos.

El joven comenzó a reír.

—Touché.

Su hermana le dio una pequeña palmada en el hombro.

—Trabajaste muchísimo en esa canción.

Y lo hiciste porque querías volver a hacer música.

No solamente para conseguir visitas.

Desmond asintió lentamente.

—Tienes razón.

Izobelle continuó:

—No permitas que unos números decidan cuánto vale tu trabajo.

El profesor respiró profundamente.

Después sonrió.

—Gracias, Izo.

La gobernante correspondió al gesto.

—De nada.

Durante los días siguientes, Desmond intentó seguir aquel consejo.

Continuó atendiendo sus responsabilidades.

Preparó clases.

Revisó composiciones de sus estudiantes.

Y procuró no revisar constantemente las estadísticas del videoclip.

Sin embargo, algo comenzó a cambiar.

Algunos antiguos seguidores encontraron la publicación.

Reconocieron su nombre.

Y comenzaron a compartir el video.

Después aparecieron comentarios de personas que recordaban sus canciones de juventud.

Otros usuarios descubrieron su trabajo por primera vez.

La publicación comenzó a circular con mayor rapidez.

Las visitas aumentaron.

Y poco a poco, el regreso de Desmond comenzó a despertar un interés que parecía crecer por sí solo.

El joven no lo notó inmediatamente.

Había decidido concentrarse en sus actividades habituales.

Pero una llamada terminó obligándolo a prestar atención.

Su teléfono comenzó a sonar mientras se encontraba en su habitación.

Desmond levantó la mirada.

Observó la pantalla.

Y abrió ligeramente los ojos.

Antrox.

Durante unos segundos permaneció sorprendido.

Después sonrió.

Respondió.

—¿Hola?

La voz del Pecado Capital apareció inmediatamente.

—¡DESMOND!

El profesor apartó ligeramente el teléfono de su oído.

Después soltó una carcajada.

—¡Antrox!

El demonio parecía extraordinariamente emocionado.

—¡Muchacho!

Hizo una pausa.

—¡Acabo de ver tu videoclip!

Desmond levantó las cejas.

—¿En serio?

Antrox respondió sin vacilar.

—¡Por supuesto!

Su voz recuperaba buena parte de aquel entusiasmo que el profesor recordaba de sus primeros años en Hellbeat Records.

—¡Es sensacional!

Desmond permaneció sorprendido.

El demonio continuó:

—¡La producción!

¡La interpretación!

¡La manera en que construiste el mensaje!

Hizo una pausa.

—¡Todo está impecable!

El joven sintió una satisfacción profunda.

—Muchas gracias...

Su voz adquirió una mezcla de alivio y orgullo.

—Me costó muchísimo trabajo hacerlo.

Antrox soltó una carcajada.

—¡Pues se nota!

El profesor sonrió.

El Pecado Capital continuó:

—Y también se nota que no perdiste el talento.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

Aquellas palabras significaban mucho.

Antrox había sido una de las primeras personas que confiaron en su capacidad musical.

Lo recibió cuando todavía era un muchacho.

Le ofreció la oportunidad de grabar.

Y le permitió descubrir un mundo profesional que parecía inalcanzable desde la comuna 54.

Escuchar nuevamente su aprobación despertó recuerdos que no esperaba recuperar con tanta intensidad.

—Gracias, Antrox.

El demonio respondió con entusiasmo.

—¡No tienes nada que agradecerme!

Hizo una pausa.

—Pero quiero proponerte algo.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué cosa?

Antrox respiró profundamente.

—Dentro de una semana celebraremos el aniversario de Hellbeat Records.

El profesor permaneció atento.

El demonio continuó:

—Estamos organizando un festival.

Y quiero que participes.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿Yo?

Antrox soltó una carcajada.

—¡Claro que tú!

Su voz adquirió un tono divertido.

—¿Conoces a otro Desmond Lebrozky que haya regresado a la industria después de nueve años?

El profesor comenzó a reír.

—¡Bueno, no!

Antrox continuó:

—Quiero que interpretes Guess Who's Back durante el aniversario.

Hizo una pausa.

—Sería perfecto.

El regreso de uno de los primeros artistas de la disquera, precisamente durante una celebración tan importante.

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

Durante meses había imaginado cómo sería presentarse nuevamente frente a un público.

Pero no esperaba recibir una oportunidad tan pronto.

Y mucho menos de la mano del mismo demonio que había impulsado su carrera durante la juventud.

El profesor respiró profundamente.

Después sonrió ampliamente.

—¡Claro que sí!

Antrox soltó una carcajada de satisfacción.

—¡Eso quería escuchar!

El joven continuó:

—Será un honor.

Muchas gracias por invitarme.

El Pecado Capital respondió con calidez.

—Te lo ganaste, muchacho.

Hizo una pausa.

—Y además, todavía tenemos un contrato que cumplir.

Desmond comenzó a reír.

—¡Eso es verdad!

Antrox también soltó una carcajada.

Después añadió:

—Entonces queda confirmado.

Dentro de una semana te esperamos en Hellbeat Records.

El profesor asintió.

—Allí estaré.

El demonio sonrió al otro lado de la línea.

—¡Espléndido!

Hizo una pausa.

—Nos vemos pronto, Desmond.

—Nos vemos, Antrox.

La llamada terminó.

El joven permaneció inmóvil durante varios segundos.

Después contempló nuevamente su teléfono.

Una sonrisa enorme apareció en su rostro.

Lo habían invitado a cantar.

No como profesor universitario.

Ni como invitado ocasional.

Sino como artista.

Como Desmond Lebrozky.

El músico que llevaba nueve años esperando una oportunidad semejante.

El joven dejó escapar una carcajada.

Se levantó de la silla.

Y comenzó a caminar por la habitación con entusiasmo.

—¡Demonios!

Su voz estaba llena de alegría.

—¡Voy a volver a cantar en vivo!

Durante unos segundos sintió aquella emoción que recordaba de sus primeros conciertos.

Los nervios.

La expectativa.

Y las ganas de subir al escenario para demostrar todo cuanto había preparado.

Sin embargo, mientras comenzaba a imaginar la presentación, un pensamiento inesperado atravesó su mente.

Skyler.

La sonrisa desapareció lentamente de su rostro.

Desmond se detuvo.

Recordó que su antigua esposa había trabajado para Antrox.

Y que, considerando la importancia del aniversario de Hellbeat Records, existía una posibilidad considerable de que también asistiera al festival.

El joven bajó lentamente la mirada.

No había vuelto a encontrarse con ella desde el divorcio.

Todavía conservaba su fotografía.

Y aunque había conseguido concentrarse nuevamente en la música, la separación continuaba siendo dolorosa.

Desmond regresó lentamente hacia la cama.

Tomó asiento.

Durante varios segundos contempló el suelo.

¿Cómo reaccionaría si volvía a verla?

¿Debería acercarse?

¿Saludarla como si solamente fueran antiguos conocidos?

¿O mantener cierta distancia para evitar que ambos terminaran recordando una despedida que todavía resultaba demasiado reciente?

No tenía respuestas.

El joven respiró profundamente.

Recordó aquel último abrazo.

La manera en que Skyler se aferró a él.

Y la promesa de que algún día, de alguna forma, volverían a encontrarse.

Quizás aquel festival terminaría convirtiéndose en la primera oportunidad.

O quizás ella ni siquiera asistiría.

Desmond no podía saberlo.

Sin embargo, comprendía que no debía permitir que aquel temor terminara alejándolo de la oportunidad que llevaba meses construyendo.

Había trabajado demasiado.

Izobelle había confiado en él.

El equipo de producción dedicó incontables horas al videoclip.

Y Antrox acababa de ofrecerle un escenario para presentar su regreso.

No podía retroceder ahora.

El joven cerró lentamente los ojos.

Respiró profundamente.

Después volvió a abrirlos.

Su expresión recuperó parte de aquella determinación que había acompañado la creación de Guess Who's Back.

—Está bien...

Su voz fue apenas un murmullo.

—Pase lo que pase, estaré preparado.

Se incorporó.

Caminó hacia el escritorio.

Y encendió su computadora.

Tenía que comenzar a organizar los preparativos para la presentación.

Pero antes deseaba revisar cómo marchaba el videoclip.

Abrió YouHub.

Buscó su publicación.

Y permaneció completamente inmóvil.

Durante varios segundos contempló la pantalla.

Después se inclinó lentamente hacia adelante.

—Espera...

Volvió a revisar el número.

Sus ojos se abrieron.

El videoclip había superado el millón de reproducciones.

Desmond permaneció sin hablar.

Durante unos instantes pensó que estaba interpretando mal las cifras.

Después actualizó la página.

El número continuaba allí.

Más de un millón de personas habían reproducido Guess Who's Back.

El joven se llevó lentamente una mano al rostro.

Una pequeña carcajada escapó de sus labios.

—No puede ser...

Volvió a observar las estadísticas.

El crecimiento había sido extraordinario.

Durante los primeros días, las visitas avanzaban lentamente.

Ahora la canción estaba alcanzando a miles de oyentes.

Desmond abrió la sección de comentarios.

Comenzó a leer.

Había mensajes de personas que recordaban sus antiguas grabaciones.

Algunos celebraban que finalmente hubiera regresado.

Otros elogiaban la producción del videoclip.

Y numerosos usuarios que no conocían su trabajo anterior estaban descubriendo su música por primera vez.

El joven continuó leyendo.

Cada comentario parecía despertar una emoción diferente.

Alegría.

Sorpresa.

Gratitud.

Y una satisfacción que no experimentaba desde hacía muchos años.

No todos los mensajes eran idénticos.

Algunas personas comparaban su nueva etapa con la anterior.

Otras discutían sobre los cambios en su estilo.

Pero el ambiente general reflejaba un entusiasmo que Desmond había llegado a temer que nunca recuperaría.

El profesor dejó escapar una pequeña risa.

Después abrió Imagram.

Su expresión volvió a cambiar.

La cantidad de seguidores también había aumentado considerablemente.

Había superado los cien mil.

Desmond contempló el número.

Después observó otro detalle.

Junto a su nombre aparecía el distintivo azul de verificación.

El joven levantó lentamente las cejas.

—Vaya...

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

Recordó sus primeros años como músico.

Las dificultades para conseguir que alguien escuchara sus canciones.

La emoción que experimentaba cada vez que una publicación recibía nuevos seguidores.

Y aquella sensación de estar comenzando algo que todavía no sabía si conseguiría prosperar.

Ahora, después de nueve años de ausencia, estaba viendo cómo una nueva generación descubría su trabajo.

Desmond apoyó lentamente la espalda contra la silla.

Su mirada permaneció fija en la pantalla.

Había imaginado que aquel regreso sería importante.

Pero no esperaba experimentar una emoción tan profunda al comprobar que su esfuerzo finalmente estaba siendo reconocido.

Durante meses había trabajado sin descanso.

Había repetido grabaciones.

Aceptado correcciones.

Y enfrentado momentos de frustración cuando parecía que la producción nunca terminaría.

Después llegó la decepción de los primeros días.

Las visitas escasas.

La incertidumbre.

Y aquella pregunta que comenzó a rondar su mente.

¿Todavía habría alguien interesado en escucharlo?

Ahora tenía una respuesta.

Sí.

Todavía existía un público.

Personas que recordaban su música.

Y nuevos oyentes dispuestos a descubrir lo que tenía para ofrecer.

Desmond respiró profundamente.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

Durante unos segundos contempló el título del videoclip.

Guess Who's Back.

Aquellas palabras ya no eran solamente una frase dentro de una canción.

Se habían convertido en una declaración que finalmente comenzaba a cumplirse.

Había vuelto.

No como el muchacho inseguro que acudió por primera vez a Hellbeat Records.

Tampoco como un artista que intentaba vivir únicamente de sus antiguos éxitos.

Había regresado con experiencia.

Con una identidad más definida.

Y con la decisión de construir una nueva etapa sin negar aquello que había vivido.

El joven levantó lentamente la mirada.

Observó la guitarra junto a la cama.

Después los cuadernos que descansaban sobre las repisas.

Finalmente, sus ojos llegaron hasta la fotografía de Skyler.

Permaneció contemplándola durante varios segundos.

Una tristeza suave recorrió su pecho.

Todavía la extrañaba.

Todavía deseaba que algunas cosas hubieran ocurrido de manera diferente.

Pero ya no sentía que toda su existencia se hubiera detenido con aquella despedida.

Había encontrado una razón para levantarse cada mañana con entusiasmo.

Un proyecto.

Una meta.

Y la oportunidad de utilizar su talento para construir algo que realmente le perteneciera.

Desmond sonrió débilmente.

Recordó las palabras de Izobelle.

«Confía en tu voz».

También recordó a Antrox.

La emoción con la que había elogiado el videoclip.

Y aquella invitación para presentarse durante el aniversario de Hellbeat Records.

Dentro de una semana volvería a enfrentarse a un escenario.

A las luces.

Al público.

Y a aquella sensación que llevaba demasiado tiempo echando de menos.

El joven respiró profundamente.

Después regresó la mirada hacia la computadora.

Abrió nuevamente el videoclip.

La música comenzó a sonar.

Desmond permaneció escuchando durante varios segundos.

Siguió el ritmo con los dedos.

Después sonrió.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, no estaba pensando únicamente en las cosas que había perdido.

También estaba pensando en todo lo que todavía podía conseguir.

Su matrimonio había terminado.

Su vida había cambiado.

Y probablemente tendría que enfrentar nuevas dificultades antes de encontrar una estabilidad semejante a la que había conocido junto a Skyler.

Pero aquella realidad ya no le parecía una condena.

Era una etapa diferente.

Una oportunidad para descubrir quién podía llegar a ser después de todo cuanto había vivido.

Desmond contempló nuevamente las cifras.

Más de un millón de reproducciones.

Más de cien mil seguidores.

Y un escenario esperando su regreso.

Su esfuerzo había comenzado a dar frutos.

Pero lo más importante no eran los números.

Tampoco el reconocimiento.

Ni siquiera la posibilidad de volver a convertirse en una figura importante dentro de la industria musical.

Lo verdaderamente significativo era aquella sensación que había recuperado mientras escribía los primeros versos.

La certeza de que todavía tenía algo que decir.

Que sus experiencias no habían destruido su capacidad de crear.

Y que la música continuaba siendo una parte esencial de su vida.

Desmond dejó escapar una pequeña carcajada.

Después cerró los ojos durante unos segundos.

Escuchó la pista instrumental.

La percusión marcada.

Su propia voz.

Y aquella energía que había conseguido convertir en una canción.

Cuando volvió a abrirlos, sus ojos brillaban.

Por fin, su esfuerzo de todos estos años estaba dando frutos. Pero más allá del éxito, había encontrado algo que no sabía que le faltaba: su voz propia, su propósito. Y esta vez, no pensaba dejarlo escapar.

CAP 30

Voces del Infierno

La semana del aniversario de Hellbeat Records finalmente había llegado.

Desde las primeras horas de la mañana, Desmond había permanecido despierto, revisando una y otra vez los preparativos de su presentación. Sobre el escritorio de su habitación descansaban algunas anotaciones relacionadas con la canción, mientras su computadora permanecía encendida, mostrando la versión definitiva de *Guess Who's Back*.

Habían pasado nueve años desde su última presentación importante.

Nueve años dedicados a estudiar, enseñar y reconstruir una vida que parecía haberse alejado definitivamente de los escenarios.

Ahora, a sus veintiocho años, estaba a punto de regresar.

Desmond contempló su reflejo en el espejo.

El nuevo corte de cabello, la barba cuidadosamente recortada y su expresión más madura le recordaban cuánto había cambiado desde aquella primera visita a Hellbeat Records.

Ya no era el muchacho que buscaba una oportunidad para escapar de la pobreza.

Tampoco el músico inexperto que apenas comenzaba a descubrir cómo funcionaba la industria.

Era un hombre con una profesión, una trayectoria y una historia que había dejado cicatrices difíciles de ocultar.

Se acomodó la chaqueta de cuero.

Después revisó que llevara consigo sus documentos, el teléfono y todo cuanto necesitaría durante el evento.

Finalmente, dirigió la mirada hacia la guitarra que descansaba junto a la cama.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Bueno, vieja amiga...

La tomó cuidadosamente.

—Parece que volvemos al trabajo.

Antes de salir, sus ojos se encontraron con la fotografía de Skyler que permanecía sobre la mesa de noche.

Su expresión cambió.

Durante algunos segundos contempló aquella imagen.

La separación todavía dolía.

Había aprendido a convivir con el silencio de su nueva habitación, pero todavía existían noches en las que despertaba esperando encontrar a su antigua esposa junto a él.

Sin embargo, aquel día quería concentrarse en la música.

Desmond respiró profundamente.

—Deséame suerte, preciosa...

Su voz apenas fue un murmullo.

Después recogió sus pertenencias y abandonó la habitación.

Los corredores del Palacio Ludendorff permanecían iluminados por la claridad de la mañana. Algunos trabajadores realizaban sus actividades habituales, mientras varios funcionarios transitaban hacia los salones administrativos.

Desmond caminó hasta el exterior.

Su motocicleta lo esperaba cerca de la entrada.

El vehículo había sido revisado previamente para asegurarse de que pudiera realizar el largo trayecto sin inconvenientes.

El joven acomodó su guitarra dentro de su funda y la aseguró cuidadosamente en la parte trasera.

Después comprobó las correas.

Una vez.

Y otra.

No deseaba descubrir a mitad del camino que alguno de los soportes estaba flojo.

Finalmente, se colocó el casco.

Encendió el motor.

Y comenzó el viaje hacia el Anillo de la Gula.

Las avenidas del Anillo de la Furia se extendían frente a él como una enorme red de asfalto, edificios y conexiones que comunicaban diferentes sectores de aquella sociedad infernal.

Desmond conducía con tranquilidad.

A su alrededor, el movimiento de vehículos y trabajadores demostraba que el Infierno estaba lejos de ser aquella prisión inmóvil que describían algunas creencias humanas.

Durante siglos, numerosas culturas habían imaginado el inframundo como un lugar destinado exclusivamente al castigo.

Un abismo de fuego.

Tortura.

Y condenas interminables.

Pero la realidad era considerablemente más compleja.

El Infierno estaba dividido en anillos, cada uno con sus propias autoridades, costumbres y características sociales.

Existían enormes metrópolis.

Barrios residenciales.

Universidades.

Empresas.

Y comunidades enteras que habían construido sus vidas bajo las reglas de aquel mundo.

La violencia y la corrupción continuaban presentes.

También la discriminación.

Los abusos de poder.

Y las enormes diferencias entre quienes poseían influencia y aquellos que apenas conseguían sobrevivir.

Sin embargo, también existían familias.

Amistades.

Música.

Y personas que intentaban construir algo bueno incluso dentro de una sociedad marcada por sus contradicciones.

Desmond conocía ambas caras.

Había crecido en la comuna 54, rodeado por dificultades que todavía recordaba con claridad.

Después consiguió estudiar.

Formar una familia.

Y descubrir que incluso las estructuras más injustas podían albergar personas dispuestas a ofrecer oportunidades.

Hellbeat Records era precisamente uno de aquellos ejemplos.

El joven aceleró ligeramente.

El viento golpeó su chaqueta.

Mientras avanzaba, recordó la primera vez que Antrox le ofreció un contrato discográfico.

En aquella época no imaginaba que la empresa terminaría convirtiéndose en uno de los símbolos más importantes de la integración de los sabuesos infernales.

Tampoco esperaba presenciar su destrucción.

Valerio había ordenado arrasar aquellas instalaciones durante una de las etapas más difíciles de la historia reciente del Anillo de la Furia.

Desmond todavía recordaba los escombros.

La frustración.

Y aquella despedida en la que Antrox prometió que encontrarían una manera de continuar.

Ahora la compañía había renacido.

Y él estaba regresando para celebrar ese acontecimiento.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Quién lo diría...

El viaje continuó durante varias horas.

A medida que se acercaba al territorio de la Gula, el paisaje comenzó a transformarse.

Las construcciones adquirieron tonalidades más llamativas.

Los establecimientos mostraban decoraciones extravagantes.

Y el tránsito aumentó conforme se aproximaba a la ciudad capital.

Desmond disminuyó ligeramente la velocidad.

Había estado allí recientemente, durante su visita a Antrox y Celia.

Sin embargo, aquella jornada era completamente diferente.

Las calles estaban considerablemente más concurridas.

Numerosos vehículos avanzaban hacia el mismo sector.

Y varios anuncios anunciaban el aniversario de Hellbeat Records.

El joven contempló uno de ellos.

Una enorme imagen promocional mostraba el nombre de la compañía y algunos de los artistas invitados.

Desmond sonrió al reconocer el suyo.

Durante unos segundos sintió una emoción semejante a la que experimentaba durante su juventud.

Aquella sensación de descubrir que alguien había considerado su música lo suficientemente importante como para anunciarla públicamente.

Continuó avanzando.

Finalmente, las instalaciones del festival comenzaron a aparecer a lo lejos.

La magnitud de la celebración superó sus expectativas.

Había enormes estructuras destinadas al sonido y la iluminación.

Pantallas.

Puestos de comida.

Y largas filas de asistentes que esperaban ingresar.

Las calles cercanas estaban llenas de sabuesos infernales y pecadores, acompañados por otros habitantes que también deseaban disfrutar del evento.

Algunos llevaban camisetas de Hellbeat Records.

Otros exhibían accesorios relacionados con sus artistas favoritos.

Y varios grupos conversaban animadamente sobre las presentaciones que estaban a punto de comenzar.

Desmond contempló aquella multitud.

Durante unos instantes permaneció sorprendido.

Había pasado tanto tiempo alejado de los escenarios que casi había olvidado la intensidad de un acontecimiento semejante.

Hellbeat Records había logrado convertirse en algo mucho más grande que una disquera.

Para numerosos sabuesos infernales representaba un espacio donde sus voces podían escucharse sin los prejuicios habituales.

Para muchos pecadores, significaba una oportunidad de demostrar que su pasado no tenía por qué definir completamente su futuro.

Y para algunos artistas, había sido el primer lugar donde alguien decidió confiar en ellos.

El aniversario celebraba precisamente aquella historia.

Una historia construida entre música, rabia, resistencia y el deseo de cambiar una sociedad que durante demasiado tiempo había considerado inferiores a determinadas especies.

Desmond respiró profundamente.

Después siguió las indicaciones hacia el estacionamiento privado.

Mostró su identificación.

El personal verificó su nombre.

Y finalmente le permitió acceder.

El joven estacionó la motocicleta.

Apagó el motor.

Se quitó el casco.

Y permaneció inmóvil durante unos segundos.

Desde aquella zona podía escucharse claramente el movimiento del festival.

Las pruebas de sonido resonaban a través de los edificios.

Los técnicos comunicaban instrucciones.

Y el murmullo de la multitud formaba una presencia constante.

Desmond recogió su guitarra.

Comprobó nuevamente que todo estuviera en orden.

Después comenzó a caminar hacia la entrada destinada a los participantes.

Al atravesar el acceso, encontró un ambiente frenético.

Había cables distribuidos cuidadosamente por el suelo.

Trabajadores transportando equipos.

Técnicos ajustando luces.

Y productores que revisaban documentos mientras conversaban mediante dispositivos de comunicación.

Desmond observó el entorno con una mezcla de entusiasmo y nostalgia.

Durante su juventud había recorrido innumerables pasillos semejantes.

Recordaba los nervios antes de grabar.

La emoción de escuchar una canción terminada.

Y las ocasiones en que Antrox aparecía inesperadamente para felicitarlo o sugerir algún cambio.

El joven continuó caminando.

Hasta que sus ojos encontraron una figura familiar.

Su corazón pareció detenerse durante un instante.

Skyler.

La sabueso infernal permanecía junto a uno de los equipos de sonido, realizando algunos ajustes técnicos.

Estaba concentrada en su trabajo.

Sus orejas se movían ligeramente mientras escuchaba las indicaciones de otro trabajador.

Desmond se detuvo.

Durante varios segundos no consiguió avanzar.

Había imaginado aquella posibilidad desde que Antrox lo invitó al festival.

Sin embargo, encontrársela frente a frente resultaba mucho más difícil de lo que había previsto.

Skyler continuaba siendo la misma mujer que había amado durante nueve años.

La reconocía incluso entre aquella multitud.

Su postura.

Sus movimientos.

Y la manera en que prestaba atención a cada detalle de su trabajo.

El joven sintió una presión dolorosa en el pecho.

Pensó en acercarse.

Después dudó.

No sabía si ella deseaba verlo.

Tampoco quería interrumpir sus responsabilidades.

Pero antes de que pudiera decidir, Skyler levantó la cabeza.

Sus miradas se encontraron.

La sabueso permaneció completamente inmóvil.

Durante un segundo pareció no creer lo que estaba viendo.

Después sus ojos se abrieron ampliamente.

—¿Desmond...?

El joven sintió que la garganta se le cerraba.

Apenas consiguió sonreír.

—Hola, Sky...

La muchacha dejó lo que estaba haciendo.

Y comenzó a correr hacia él.

Desmond abrió ligeramente los brazos.

Skyler se lanzó a abrazarlo con tanta fuerza que lo hizo retroceder medio paso.

—¡Estás aquí!

Su voz estaba llena de una emoción que mezclaba alegría y tristeza.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Durante unos segundos correspondió al abrazo sin pronunciar una sola palabra.

Había extrañado aquella sensación.

El calor de su compañía.

La familiaridad de sus movimientos.

Y aquella manera en que conseguía hacerlo sentir en casa incluso cuando se encontraban lejos de ella.

El joven acarició suavemente su espalda.

—Sí, preciosa...

Su voz fue baja.

—Aquí estoy.

Skyler apretó ligeramente el abrazo.

Durante unos instantes ninguno quiso separarse.

Finalmente, la muchacha levantó la cabeza.

Sus ojos estaban húmedos.

Desmond observó su rostro.

Sintió el impulso de acariciarle las mejillas.

Pero se contuvo.

Las cosas habían cambiado.

Aunque el cariño continuaba presente, ya no eran marido y mujer.

El joven respiró profundamente.

Después preguntó:

—¿Y tu familia?

Skyler bajó lentamente la mirada.

Desmond continuó:

—¿Están mejor?

La expresión de la sabueso cambió inmediatamente.

Negó suavemente con la cabeza.

—No...

Su voz adquirió un tono apagado.

—La situación sigue igual de grave.

Desmond sintió una punzada de tristeza.

—Lo siento mucho.

Skyler asintió.

Durante unos segundos permaneció contemplando el suelo.

Después volvió a mirarlo.

—Todavía me necesitan.

Hizo una pausa.

—Y no puedo regresar contigo.

Aquellas palabras dolieron más de lo que Desmond esperaba.

Había intentado convencerse de que estaba preparado para escucharlas.

Pero una parte de él todavía conservaba la esperanza de que todo hubiera cambiado.

Que Skyler pudiera regresar.

Y que aquella separación terminara convirtiéndose en un episodio doloroso, pero pasajero.

Sin embargo, la realidad continuaba siendo la misma.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

Después respiró profundamente.

—Entiendo.

Skyler sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele nuevamente.

—Pero me alegra tanto verte...

Su voz se quebró.

El joven levantó lentamente la cabeza.

Intentó sonreír.

Aunque el gesto le costó más de lo que deseaba admitir.

—No pasa nada, Skyler.

Hizo una pausa.

—De verdad.

La muchacha lo observó con tristeza.

Desmond continuó:

—Me alegra saber que estás bien.

Durante unos segundos permanecieron callados.

Había tantas cosas que podían decirse.

Preguntas sobre los días separados.

Recuerdos.

Y palabras que probablemente terminarían haciéndoles todavía más difícil aquella conversación.

Pero el festival continuaba avanzando a su alrededor.

Los técnicos necesitaban trabajar.

Y Desmond debía prepararse para su presentación.

Finalmente, el joven acarició suavemente el brazo de Skyler.

—Tengo que irme.

La muchacha bajó lentamente la mirada.

—Lo sé...

Desmond sonrió con ternura.

—Cuídate mucho, ¿sí?

Skyler levantó los ojos.

Después asintió.

—Tú también, Des.

Durante un instante parecieron considerar la posibilidad de abrazarse nuevamente.

Sin embargo, finalmente se separaron.

Desmond continuó caminando.

La muchacha permaneció observándolo durante algunos segundos.

Después regresó lentamente hacia los equipos de sonido.

El joven avanzó entre los pasillos.

Su expresión había adquirido una tristeza que intentaba mantener bajo control.

Había conseguido verla.

Abrazarla.

Y comprobar que todavía conservaban un cariño profundo.

Pero también había confirmado que sus caminos continuaban separados.

Desmond respiró profundamente.

No podía permitir que aquella emoción afectara su presentación.

Tenía que concentrarse.

Había trabajado durante meses para llegar hasta allí.

Finalmente, encontró a Antrox.

El Pecado Capital permanecía cerca del escenario principal, conversando con uno de los productores.

Su expresión era considerablemente más animada que durante el encuentro que habían mantenido semanas atrás.

Cuando reconoció a Desmond, levantó inmediatamente la cabeza.

—¡DESMOND!

El joven soltó una pequeña carcajada.

—¡Antrox!

El demonio interrumpió brevemente su conversación.

Se acercó con entusiasmo.

Y le ofreció una bienvenida efusiva.

—¡Justo a tiempo, muchacho!

Desmond sonrió.

—El viaje fue bastante largo.

Antrox levantó una mano.

—¡Pero llegaste!

Después observó la guitarra.

—Y veo que vienes preparado.

El profesor asintió.

—Por supuesto.

El demonio soltó una carcajada.

Durante unos segundos contempló el escenario.

Después volvió a mirar a Desmond.

—Hoy será un día interesante.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Ah, sí?

Antrox sonrió ampliamente.

—¡Por supuesto!

Hizo una pausa.

—Te enfrentarás a algunos de los mejores raperos de este anillo.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

—¿Cómo?

El Pecado Capital continuó:

—¡El ganador recibirá veinte mil dólares!

El profesor abrió los ojos.

Durante unos segundos contempló a su antiguo jefe, intentando comprender si estaba hablando en serio.

—Espera...

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Competencia?

Antrox asintió.

—Exactamente.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Después volvió a observarlo.

—Pensé que era un espectáculo.

El demonio soltó una carcajada.

—¡Y lo es!

Hizo una pausa.

—Pero con un poco más de sabor.

El joven permaneció desconcertado.

Antrox continuó:

—Habrá presentaciones.

Música.

Y una batalla de rap para celebrar a los artistas que forman parte de nuestra historia.

Su expresión adquirió un entusiasmo especial.

—Y tú eres una de nuestras apuestas fuertes.

Desmond tragó saliva.

No estaba completamente preparado para aquella noticia.

Había ensayado *Guess Who's Back*.

Revisado su interpretación.

Y preparado mentalmente su regreso a los escenarios.

Pero una batalla de rap implicaba algo diferente.

Improvisación.

Respuesta inmediata.

Y la necesidad de mantener la calma mientras un rival intentaba desestabilizarlo frente a miles de espectadores.

El joven recordaba haber participado en enfrentamientos musicales durante su juventud.

Sin embargo, llevaba nueve años fuera de aquel ambiente.

No sabía si conservaría la misma rapidez.

Ni si podría competir contra artistas que probablemente llevaban años perfeccionando aquellas habilidades.

Antrox observó su expresión.

Después sonrió.

—¿Nervioso?

Desmond soltó una risa breve.

—Un poco.

El Pecado Capital le dio una palmada en el hombro.

—¡Eso es bueno!

El joven levantó una ceja.

Antrox continuó:

—Significa que todavía te importa lo que haces.

Hizo una pausa.

—Pero no olvides quién eres.

Desmond permaneció atento.

El demonio sonrió.

—Confié en ti hace nueve años porque tenías talento.

Y después de escuchar tu nueva canción, estoy convencido de que todavía lo tienes.

El profesor sintió una emoción profunda.

Durante algunos segundos contempló a su antiguo jefe.

Después respiró profundamente.

—Está bien.

Su expresión adquirió mayor firmeza.

—Participaré.

Antrox sonrió ampliamente.

—¡Excelente!

Desmond ajustó la correa de su guitarra.

Después volvió la mirada hacia el escenario.

Podía escuchar a los asistentes gritando desde el otro lado de las enormes estructuras.

La emoción comenzó a imponerse lentamente sobre los nervios.

No había regresado para esconderse.

Había vuelto para demostrar cuánto había aprendido.

Y aquella competencia sería la primera oportunidad.

El joven cerró lentamente los ojos.

Respiró profundamente.

Después sonrió.

—Veamos qué tan oxidado estoy...

Antrox soltó una carcajada.

—¡Esa es la actitud!

Poco después, las luces del escenario comenzaron a encenderse.

La multitud respondió inmediatamente.

Miles de voces resonaron alrededor del recinto.

Los presentadores anunciaron el aniversario de Hellbeat Records.

Recordaron brevemente la historia de la compañía.

Su destrucción.

La reconstrucción.

Y el papel que había desempeñado dentro de las comunidades que durante demasiado tiempo fueron marginadas por la sociedad infernal.

Los aplausos comenzaron a extenderse.

Entre el público podían distinguirse numerosos sabuesos infernales.

Algunos llevaban años siguiendo a los artistas de la disquera.

Otros acudían por primera vez a un festival semejante.

También había pecadores que habían encontrado en la música una manera de expresar sus propias experiencias.

Desmond observaba desde la parte trasera.

Sentía el corazón acelerado.

Durante un instante recordó sus primeros conciertos.

La emoción de escuchar a un público responder a sus versos.

Y aquella sensación de libertad que siempre experimentaba cuando conseguía conectar con quienes lo escuchaban.

El evento finalmente comenzó.

Los primeros participantes subieron al escenario.

Las bases instrumentales resonaron a través de los enormes altavoces.

Y la multitud respondió con entusiasmo.

Las batallas eran intensas.

Los raperos utilizaban juegos de palabras, comparaciones y respuestas rápidas para intentar superar a sus rivales.

Algunos recurrían al humor.

Otros a la provocación.

Y varios empleaban ataques personales destinados a conseguir una reacción inmediata del público.

Desmond escuchaba atentamente.

Observó las estrategias.

Las pausas.

Y la manera en que determinados participantes conseguían transformar una frase sencilla en un golpe mucho más contundente mediante la entonación.

El profesor reconoció varias técnicas que enseñaba durante sus clases de composición.

Pero también comprendió que una batalla exigía algo que ningún cuaderno podía garantizar.

Presencia.

Capacidad de reaccionar.

Y suficiente seguridad para mantener el control incluso cuando alguien intentaba humillarte públicamente.

Finalmente llegó su turno.

Un trabajador se acercó.

—Señor Lebrozky.

Desmond levantó la mirada.

—¿Sí?

El hombre señaló hacia el acceso al escenario.

—Está preparado.

El joven respiró profundamente.

Después asintió.

—Gracias.

Acomodó su ropa.

Dejó su guitarra en el espacio destinado al equipo.

Y comenzó a caminar hacia las luces.

El sonido del público aumentó inmediatamente.

Algunos espectadores reconocieron su nombre.

Otros comenzaron a gritar después de recordar el videoclip que había superado el millón de reproducciones.

Desmond sintió una emoción extraordinaria.

Había regresado.

Después de nueve años.

Estaba nuevamente frente a un público.

El joven tomó el micrófono.

Observó la multitud.

Después sonrió.

—Buenas tardes, Infierno.

La respuesta fue inmediata.

Los aplausos resonaron por todo el recinto.

Desmond sintió que una pequeña parte de sus nervios comenzaba a desaparecer.

Su primer enfrentamiento llegó poco después.

El rival intentó provocarlo mediante comentarios sobre su retiro y su aparente falta de experiencia reciente.

El profesor escuchó sin interrumpir.

Después esperó su turno.

Cuando comenzó la base instrumental, dejó que el ritmo avanzara durante unos segundos.

Finalmente respondió:

—Nueve años sin escenario y todavía sé respirar,
tú llevas toda una vida y aún no aprendes a rimar.
No confundas el silencio con perder la habilidad;
yo aprendí mientras callaba, tú repites vanidad.

La multitud respondió con entusiasmo.

Desmond sonrió discretamente.

Su rival intentó recuperar terreno.

Pero el profesor mantuvo la calma.

No necesitaba elevar la voz constantemente.

Tampoco recurrir a insultos directos.

Prefería construir respuestas precisas, utilizando la experiencia y la confianza que había adquirido durante su trayectoria.

A medida que avanzaban los enfrentamientos, comenzó a recuperar aquella rapidez que tanto había extrañado.

Su mente encontraba relaciones entre palabras con naturalidad.

Reconocía oportunidades para responder.

Y conseguía mantener un ritmo estable incluso cuando los rivales intentaban sorprenderlo.

No todas sus intervenciones fueron perfectas.

En ocasiones necesitó algunos segundos para encontrar la respuesta adecuada.

Otras veces un contrincante consiguió provocarle una sonrisa inesperada.

Pero Desmond no perdió la compostura.

Comprendía que la batalla no consistía únicamente en atacar.

También era necesario escuchar.

Adaptarse.

Y reconocer cuándo una frase merecía una respuesta más elaborada.

Los enfrentamientos continuaron.

Uno tras otro, varios participantes fueron eliminados.

El profesor avanzó.

La multitud comenzó a reconocer su estilo.

Sus rimas eran firmes.

Directas.

Y cargadas de una seguridad que contrastaba con su aparente tranquilidad.

No necesitaba humillar a sus rivales mediante insultos relacionados con sus familias o experiencias dolorosas.

Prefería demostrar superioridad mediante la técnica.

El ingenio.

Y la capacidad de convertir sus propias vivencias en versos contundentes.

Finalmente, mientras observaba uno de los enfrentamientos restantes, Desmond la vio.

Una pecadora.

Su presencia destacaba inmediatamente entre los demás participantes.

Tenía una mirada cortante.

Una postura desafiante.

Y una seguridad que parecía aumentar cada vez que escuchaba a alguien pronunciar su nombre artístico.

Mística.

Desmond permaneció observándola.

La mujer subió al escenario con una expresión fría.

Cuando comenzó la base instrumental, atacó inmediatamente.

Sus versos eran rápidos.

Agresivos.

Y extraordinariamente precisos.

No parecía tener dificultad para encontrar palabras capaces de provocar una reacción en el público.

Sus rivales apenas conseguían terminar una frase antes de que ella preparara una respuesta más contundente.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—Vaya...

Había talento.

Mucho.

Pero también algo inquietante.

Mística parecía encontrar satisfacción en herir directamente a sus contrincantes.

No se limitaba a señalar errores musicales.

Buscaba debilidades personales.

Recuerdos dolorosos.

Y cualquier detalle que pudiera utilizar para desestabilizarlos.

El público respondía con entusiasmo ante algunas de sus intervenciones.

Sin embargo, también hubo momentos en que determinadas frases provocaron un silencio incómodo.

Desmond observó su expresión.

La mujer parecía estar combatiendo contra algo más que sus rivales.

Había una rabia en su mirada que no conseguía comprender.

Finalmente, después de varios enfrentamientos, llegó el anuncio de la final.

El presentador avanzó hacia el centro del escenario.

La multitud comenzó a gritar.

Las luces se movieron sobre los asistentes.

Y una voz resonó a través de los altavoces.

—¡SEÑORAS Y SEÑORES!

Los aplausos aumentaron.

—¡HA LLEGADO EL MOMENTO QUE TODOS ESTABAN ESPERANDO!

Desmond respiró profundamente.

Desde uno de los extremos del escenario, observó a Mística.

La pecadora mantenía los brazos cruzados.

Su expresión era desafiante.

El presentador continuó:

—¡LA GRAN FINAL DE NUESTRA BATALLA DE RAP!

Hizo una pausa.

Después levantó la voz.

—¡DESMOND LUDENDORFF CONTRA MÍSTICA!

El recinto estalló en aplausos.

Desmond sintió una punzada de extrañeza al escuchar su apellido biológico anunciado públicamente.

Durante años había evitado relacionarse con aquel nombre.

Después de reconciliarse con Izobelle, finalmente había aprendido a aceptar su origen.

Sin embargo, continuaba identificándose con la vida que había construido como Desmond Lebrozky.

El joven respiró profundamente.

No permitió que aquel detalle lo distrajera.

Observó a su rival.

Mística sonrió con desprecio.

Desmond mantuvo una expresión tranquila.

La final estaba a punto de comenzar.

Y ambos sabían que solamente uno abandonaría el escenario con el premio.

La base instrumental comenzó a sonar.

Mística recibió el primer turno.

Caminó lentamente hacia el centro del escenario, sosteniendo el micrófono con una seguridad intimidante.

Sus ojos permanecían fijos en Desmond.

Durante los primeros compases no dijo nada.

Simplemente sonrió.

Después comenzó a improvisar.

Sus versos atacaron inmediatamente el largo retiro del profesor.

Cuestionó su talento.

Se burló de su regreso.

Y aseguró que el éxito de *Guess Who's Back* no era más que un intento desesperado por recuperar una fama que había perdido años atrás.

Desmond escuchó sin interrumpir.

La multitud respondió ante algunas de aquellas frases.

Pero el joven permaneció inmóvil.

Cuando llegó su turno, levantó lentamente el micrófono.

—No confundas trayectoria con vivir de algún recuerdo,
si volví después de tanto, fue porque aún tengo talento.
Tú presumes de ser fuerte destruyendo a los demás;
yo construí mi propio nombre sin tener que humillar.

El público respondió inmediatamente.

Mística frunció ligeramente el ceño.

Desmond continuó con una seguridad creciente.

Sus versos no negaban los años que había pasado fuera de la industria.

Los convertían en una ventaja.

Habló de la experiencia.

De su formación musical.

Y de cómo había aprendido a reconocer la diferencia entre una provocación vacía y una respuesta verdaderamente ingeniosa.

Mística escuchó con una sonrisa desagradable.

Cuando recuperó el turno, su estrategia cambió.

Comenzó a mencionar detalles relacionados con la vida de Desmond.

Su infancia.

Las dificultades económicas.

Y las pérdidas que habían marcado su historia.

El profesor sintió que algo comenzaba a tensarse dentro de él.

Sin embargo, mantuvo la calma.

Sabía que una reacción impulsiva podía entregarle a su rival exactamente aquello que buscaba.

Pero entonces Mística mencionó a Rubí.

Su madre biológica.

Desmond levantó lentamente la mirada.

La mujer sonrió.

Había encontrado algo que parecía afectarlo.

Sus siguientes versos fueron todavía más crueles.

Se burló de las circunstancias de su nacimiento.

De la muerte de su madre.

Y del dolor que había acompañado a su familia.

Desmond apretó lentamente los puños.

No respondió inmediatamente.

La multitud comenzó a mostrar señales de incomodidad.

Algunos espectadores dejaron de celebrar.

Otros observaron al profesor, esperando su reacción.

Finalmente, Mística dejó de improvisar durante un instante.

Se acercó ligeramente.

Y pronunció unas palabras que hicieron que buena parte del recinto quedara en silencio.

—Lástima no haber estado yo ese día... Me hubiera encargado de ella personalmente.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos sintió que todos los sonidos del festival desaparecían.

Recordó la fotografía de Rubí.

Las historias sobre su embarazo.

Y aquella tragedia que había terminado arrebatándole la vida antes de poder conocer a su hijo.

También recordó a Marta.

La mujer que lo había criado y que siempre procuró enseñarle a no responder a la crueldad con más crueldad.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Podía sentir la rabia recorriéndole el cuerpo.

Una parte de él deseaba abandonar toda prudencia.

Acercarse a Mística.

Y demostrarle cuánto había conseguido lastimarlo con aquellas palabras.

Pero respiró profundamente.

Una vez.

Y después otra.

No iba a permitir que alguien convirtiera el recuerdo de Rubí en una excusa para hacerlo perder el control.

Cuando abrió los ojos, su expresión había cambiado.

Ya no reflejaba sorpresa.

Sino una firmeza extraordinaria.

Levantó lentamente el micrófono.

Esperó el siguiente compás.

Y respondió:

—Mi historia es dolorosa, sí, pero la enfrenté.
No como tú, que escondes tu alma en cada verso cruel.
Yo tengo salvación, aunque cargue mi condena;
tú presumes de tus golpes mientras vives entre penas.

La multitud permaneció atenta.

Desmond continuó:

—Puedes hablar de mi madre, no conseguirás borrarla;
ni atacando a quien no vive lograrás desacreditarla.
Si tu orgullo necesita profanar una despedida,
no demuestras fortaleza, solo rabia mal dirigida.

El público estalló.

Los aplausos resonaron por todo el recinto.

Mística apretó lentamente los dientes.

No esperaba aquella respuesta.

Desmond había transformado uno de los ataques más crueles de la batalla en una declaración sobre su propia historia.

No había insultado a la madre de su rival.

Tampoco utilizado alguna tragedia ajena para conseguir aprobación.

Simplemente había demostrado que no necesitaba avergonzarse de su pasado.

La pecadora recuperó el turno.

Sus intervenciones se volvieron más rápidas.

Más agresivas.

Y en determinados momentos extraordinariamente ingeniosas.

Desmond reconoció su talento.

No era una rival sencilla.

Tenía facilidad para improvisar.

Sabía cómo provocar al público.

Y podía construir respuestas contundentes en cuestión de segundos.

La batalla continuó.

Los minutos comenzaron a acumularse.

Ambos intercambiaron versos sobre sus trayectorias, sus aspiraciones y sus respectivas habilidades.

En algunos momentos Mística consiguió hacer retroceder a Desmond mediante respuestas especialmente rápidas.

En otros, el profesor recuperó la ventaja utilizando comparaciones que provocaron enormes reacciones entre los asistentes.

La competencia terminó extendiéndose durante más de una hora.

El cansancio comenzó a hacerse evidente.

Desmond sentía la garganta seca.

Su respiración estaba agitada.

Y las piernas comenzaban a resentirse después de tanto tiempo sobre el escenario.

Sin embargo, continuaba concentrado.

Había aprendido que una batalla no terminaba hasta el último compás.

Mística tampoco estaba dispuesta a rendirse.

Su expresión reflejaba una determinación feroz.

Pero aquella agresividad comenzaba a jugar en su contra.

Los ataques personales habían despertado incomodidad entre una parte importante del público.

Y aunque sus habilidades eran indiscutibles, algunos espectadores comenzaron a considerar que había llevado la competencia demasiado lejos.

Finalmente, el presentador anunció el cierre de la última ronda.

Ambos participantes bajaron los micrófonos.

La multitud respondió con una ovación.

Desmond respiró profundamente.

Contempló brevemente a su rival.

Mística permanecía con los brazos cruzados.

Su expresión era dura.

El profesor no dijo nada.

Simplemente retrocedió hacia su posición.

Había dado cuanto podía.

Ahora solamente quedaba conocer el resultado.

Los encargados del evento comenzaron a organizar la votación.

El público debía decidir cuál de los participantes había demostrado mayor habilidad durante la final.

Los minutos de espera resultaron interminables.

Desmond permanecía cerca del escenario.

Su corazón continuaba acelerado.

No podía evitar sentir nervios.

Había pasado nueve años fuera de las competencias musicales.

Y ahora estaba a punto de descubrir si todavía podía imponerse frente a artistas que habían continuado desarrollándose durante su ausencia.

El presentador regresó al centro.

La multitud comenzó a gritar.

Desmond levantó lentamente la cabeza.

Mística observaba con expresión desafiante.

Finalmente, los resultados fueron anunciados.

—¡EL GANADOR DE NUESTRA GRAN FINAL ES...!

Una pausa.

Las luces se movieron sobre ambos participantes.

Después la voz resonó con fuerza:

—¡DESMOND LUDENDORFF!

El recinto estalló en aplausos.

Desmond permaneció inmóvil durante un segundo.

Después abrió ligeramente los ojos.

Había ganado.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

Levantó una mano.

Y agradeció al público.

Los asistentes continuaron celebrando.

Algunos comenzaron a corear su nombre.

Otros levantaron sus teléfonos para grabar aquel momento.

Desmond sintió una satisfacción extraordinaria.

No se trataba únicamente del premio económico.

Había conseguido demostrar que su talento continuaba presente.

Que nueve años de ausencia no habían destruido su capacidad de improvisar.

Y que todavía podía defender su lugar dentro de la industria.

Sin embargo, mientras agradecía, escuchó un grito a sus espaldas.

—¡ESTO ES UNA MALDITA INJUSTICIA!

Desmond volvió inmediatamente la cabeza.

Mística estaba furiosa.

Su expresión había perdido completamente la seguridad que mostraba al comienzo de la batalla.

La mujer avanzó violentamente hacia él.

Desmond retrocedió medio paso.

Pero antes de que pudiera reaccionar, varios integrantes de seguridad intervinieron.

Sujetaron a la pecadora.

Y evitaron que consiguiera acercarse.

Mística forcejeó durante algunos segundos.

Continuaba gritando.

Desmond permaneció observándola.

Sintió molestia por los comentarios relacionados con Rubí.

Pero también una inquietud que no conseguía explicar.

Había algo extraño en aquella desesperación.

No parecía simplemente la reacción de alguien incapaz de aceptar una derrota.

Su rostro reflejaba miedo.

Un miedo profundo.

Sin embargo, el profesor no tuvo oportunidad de averiguar qué ocurría.

Los trabajadores comenzaron a conducirlo hacia la salida del escenario.

Desmond levantó una última mano.

Agradeció los aplausos.

Y se retiró.

Cuando regresó a la zona privada, sintió que el cansancio comenzaba a alcanzarlo.

Se apoyó brevemente contra una pared.

Respiró profundamente.

Después sonrió.

—Lo conseguí...

Pero apenas terminó de pronunciar aquellas palabras, escuchó una voz familiar.

—¡DESMOND!

El joven levantó la mirada.

Skyler corría hacia él.

Antes de que pudiera reaccionar, la sabueso volvió a abrazarlo.

—¡LO LOGRASTE!

Su voz estaba llena de emoción.

Desmond soltó una carcajada.

—¡Skyler!

La muchacha lo abrazó con fuerza.

—¡Estuviste increíble!

El profesor sonrió.

Skyler levantó la cabeza.

Sus ojos brillaban.

—¡Estás cumpliendo tu sueño!

Aquellas palabras provocaron una emoción profunda en Desmond.

Durante un instante recordó todas las veces que había hablado con ella sobre su futuro musical.

Las grabaciones.

Las presentaciones.

Y aquella esperanza de convertirse en alguien reconocido por su trabajo.

Ahora estaba nuevamente frente a una oportunidad semejante.

El joven acarició suavemente su espalda.

—Uno de muchos sueños, supongo...

Su voz fue humilde.

Skyler sonrió con ternura.

—Me alegra muchísimo verte así.

Desmond la observó durante unos segundos.

Después correspondió al gesto.

—Gracias, preciosa.

Permanecieron abrazados un momento más.

Sin embargo, cuando finalmente se separaron, ambos parecieron recordar la situación que atravesaban.

Sus expresiones adquirieron cierta tristeza.

No era el momento de hablar nuevamente sobre el divorcio.

Tampoco querían permitir que aquel encuentro terminara empañando la alegría de la victoria.

Por eso simplemente intercambiaron unas palabras más.

Después Skyler regresó hacia sus responsabilidades.

Y Desmond continuó hacia la zona destinada a los artistas.

Durante la siguiente hora, el profesor permaneció conversando con numerosos asistentes.

El festival continuaba.

La música resonaba desde el escenario.

Y los corredores cercanos estaban llenos de personas que deseaban saludar a los participantes.

Desmond firmó camisetas.

Se tomó fotografías.

Y respondió preguntas sobre su regreso musical.

Algunos seguidores recordaban sus antiguas canciones.

Otros habían descubierto *Guess Who's Back* apenas unos días antes.

El joven disfrutó aquellas conversaciones.

Durante mucho tiempo había temido que el público lo hubiera olvidado.

Ahora comprendía que todavía existían personas interesadas en escuchar su música.

Sin embargo, uno de los encuentros terminó conmoviéndolo especialmente.

Mientras firmaba una camiseta, escuchó una pequeña voz.

—¡Señor Desmond!

El profesor bajó la mirada.

Frente a él permanecía una pequeña sabueso infernal.

Parecía tener entre cinco y seis años.

Sostenía una camiseta con ambas manos y lo observaba con una emoción difícil de ocultar.

Desmond sonrió inmediatamente.

—Hola, pequeña.

La niña levantó la prenda.

—¿Me firmas mi camiseta?

El joven soltó una pequeña risa.

—¡Por supuesto!

Se agachó para quedar a su altura.

Después observó brevemente a su alrededor.

—¿Y dónde están tus papás?

La pequeña bajó ligeramente la mirada.

—No tengo.

Desmond permaneció inmóvil.

La niña continuó con naturalidad:

—Vine con los cuidadores del centro de adopción.

El profesor sintió una punzada de tristeza.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Recordó a los niños que había conocido durante su infancia en la comuna 54.

También pensó en Tyrone.

En su historia de abandono.

Y en cuántos pequeños habitantes del Infierno continuaban creciendo sin una familia que pudiera protegerlos.

Desmond sonrió con ternura.

—Ya veo...

Después levantó cuidadosamente a la niña en brazos.

—Bueno, señorita...

Su voz adquirió un tono juguetón.

—Vamos a encontrar a tus cuidadores.

La pequeña soltó una carcajada.

—¡Está bien!

El profesor comenzó a caminar entre los asistentes.

Preguntó al personal.

Observó los grupos que permanecían cerca de la zona principal.

Y procuró mantener a la niña tranquila mientras buscaban a sus responsables.

Ella parecía extraordinariamente feliz.

Le hizo preguntas sobre su música.

Sobre el videoclip.

Y sobre cómo había conseguido ganar la batalla.

Desmond respondió pacientemente.

En ocasiones soltaba pequeñas bromas.

La niña reía.

Y después volvía a hablar con entusiasmo.

Finalmente, tras aproximadamente media hora, consiguieron localizar a dos personas que la estaban buscando.

Un imp y una pecadora.

Ambos parecieron aliviados cuando vieron aparecer a Desmond con la pequeña en brazos.

—¡Aquí estás!

La cuidadora se acercó inmediatamente.

Después observó al profesor.

—Muchísimas gracias.

Desmond sonrió.

—No hay problema.

Bajó cuidadosamente a la niña.

La pequeña permaneció junto a él, aferrada todavía a su camiseta.

La mujer sonrió con ternura.

—Se llama Briana.

El profesor bajó la mirada.

—¿Briana?

La niña asintió con entusiasmo.

—¡Sí!

Desmond sonrió.

—Es un nombre muy bonito.

La pequeña soltó una carcajada.

La cuidadora continuó:

—Es una gran admiradora suya.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

—¿En serio?

La mujer asintió.

—Mira su videoclip todos los días.

Hizo una pausa.

—Y no deja de hablar de usted.

Desmond sintió una emoción inesperada.

La cuidadora sonrió.

—Dice que cuando sea grande quiere ser como Desmond.

La niña levantó inmediatamente la cabeza.

—¡Sí!

Su voz estaba llena de entusiasmo.

—¡Quiero cantar!

El profesor permaneció contemplándola.

Durante unos segundos no consiguió responder.

Aquella pequeña sabueso había encontrado en su música algo que la inspiraba.

No sabía cuánto tiempo llevaba viviendo en el centro de adopción.

Tampoco conocía las circunstancias que la habían conducido hasta allí.

Pero comprendía que su entusiasmo era sincero.

Desmond se agachó nuevamente.

—Entonces tienes que practicar muchísimo.

Briana asintió rápidamente.

—¡Lo haré!

El joven sonrió.

—Y nunca dejes que alguien te convenza de que no puedes aprender.

La pequeña lo observó con atención.

Desmond continuó:

—Todos empezamos sin saber.

Lo importante es seguir intentando.

Briana sonrió ampliamente.

Después volvió a levantar la camiseta.

—¿Ahora sí me la firmas?

El profesor soltó una carcajada.

—¡Claro que sí!

Tomó un marcador.

Extendió cuidadosamente la prenda.

Y escribió una dedicatoria:

Para mi pequeña admiradora Briana. Atentamente, Desmond.

Después le devolvió la camiseta.

La niña contempló la firma.

Sus ojos se iluminaron.

—¡GRACIAS!

Desmond sonrió.

—De nada, pequeña.

Briana lo abrazó brevemente.

El joven correspondió con ternura.

Después se incorporó.

Agradeció a los cuidadores por acompañar a los niños durante el festival.

Y se despidió.

Mientras se alejaba, todavía podía escuchar la voz emocionada de Briana mostrándoles su camiseta.

Desmond sonrió.

Había ganado una competencia importante.

Recibido el reconocimiento del público.

Y demostrado que todavía conservaba su talento.

Pero aquella pequeña conversación le recordó algo que consideraba todavía más valioso.

La música podía llegar a personas que necesitaban razones para creer en un futuro diferente.

El joven respiró profundamente.

Después continuó caminando.

Finalmente, llegó el momento de recoger su premio.

Antrox lo esperaba en una de las zonas privadas.

Cuando lo vio acercarse, una sonrisa enorme apareció en su rostro.

—¡Desmond!

El profesor soltó una pequeña carcajada.

—Hola otra vez.

El Pecado Capital levantó un sobre grueso.

—Creo que esto te pertenece.

Desmond observó el dinero.

Después sonrió.

Antrox se acercó.

Le entregó el premio.

—Veinte mil dólares.

Hizo una pausa.

—Te los ganaste, hermano.

El joven recibió cuidadosamente el sobre.

Durante unos segundos contempló su contenido.

No era una cantidad pequeña.

Recordó los años en que apenas conseguía cubrir sus necesidades.

Y cómo una suma semejante habría significado una diferencia extraordinaria para su familia.

Desmond levantó la mirada.

—Gracias, Antrox.

El demonio sonrió.

—Estoy orgulloso de ti.

El profesor sintió una emoción profunda.

—Significa mucho escucharlo de ti.

Antrox soltó una carcajada.

Después le dio una palmada en el hombro.

—¡Y ahora prepárate!

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Para qué?

El Pecado Capital sonrió.

—Porque después de esto seguramente vas a tener bastante trabajo.

El joven comenzó a reír.

—Eso espero.

Conversaron durante algunos minutos.

Después Desmond se despidió.

Recogió sus pertenencias.

Y comenzó a caminar hacia el estacionamiento privado.

El festival continuaba desarrollándose a lo lejos.

La música todavía resonaba entre los edificios.

Y numerosos asistentes permanecían celebrando.

Desmond contempló brevemente el sobre.

Una sonrisa apareció en su rostro.

Había sido una jornada extraordinaria.

Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar a su motocicleta, distinguió una figura sentada sobre una banca cercana.

Disminuyó el paso.

Era Mística.

La misma mujer que había intentado humillarlo públicamente.

La que mencionó a Rubí de una manera tan cruel.

Y que después intentó atacarlo cuando perdió la final.

Desmond se detuvo.

Durante un instante pensó en continuar.

No deseaba comenzar otra discusión.

Mucho menos después de una jornada agotadora.

Pero entonces observó su postura.

La pecadora permanecía inclinada hacia adelante.

Tenía el rostro escondido entre las manos.

Y sus hombros temblaban.

Estaba llorando.

Desmond permaneció inmóvil.

Recordó la desesperación que había visto en sus ojos cuando anunciaron los resultados.

Aquello que inicialmente interpretó como simple rabia ahora parecía adquirir un significado diferente.

El joven respiró profundamente.

Después comenzó a acercarse.

Mística notó su presencia.

Levantó brevemente la cabeza.

Cuando lo reconoció, su expresión se endureció.

Sin embargo, no dijo nada.

Simplemente apartó la mirada.

Desmond se detuvo junto a la banca.

Durante unos segundos permaneció callado.

Finalmente, preguntó:

—¿Puedo sentarme?

La mujer no respondió.

Tampoco intentó impedirlo.

El profesor tomó asiento a cierta distancia.

Durante unos segundos ninguno habló.

Desmond contempló el estacionamiento.

Después volvió lentamente la mirada.

—¿Estás bien?

Mística soltó una risa amarga.

—¿Tú qué crees?

Su voz era completamente diferente de la que había utilizado sobre el escenario.

Ya no sonaba desafiante.

Ni agresiva.

Estaba agotada.

Desmond permaneció callado.

La mujer se limpió algunas lágrimas.

Después bajó nuevamente la cabeza.

—No.

Hizo una pausa.

—No estoy bien.

El joven respiró profundamente.

—¿Quieres contarme qué ocurre?

Mística lo observó con desconfianza.

—¿Para qué?

Desmond se encogió ligeramente de hombros.

—No lo sé.

Hizo una pausa.

—Quizás necesites hablar con alguien.

La pecadora permaneció inmóvil.

Durante unos segundos pareció considerar la posibilidad de insultarlo nuevamente.

Pero finalmente dejó escapar un largo suspiro.

—Morí hace un año.

Desmond levantó lentamente la mirada.

La mujer continuó:

—Llevo solamente un año en el Infierno.

Hizo una pausa.

—Y ya estoy cansada.

El profesor permaneció atento.

Mística comenzó a jugar nerviosamente con sus manos.

—No tengo trabajo.

Vivo en una habitación miserable.

Y apenas consigo pagar el alquiler.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Ni siquiera puedo llamarlo hogar.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

La mujer respiró profundamente.

—Para conservar ese techo, he tenido que permitir que otros se aprovechen de mí.

Hizo una pausa.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Me obligan a pagar con mi cuerpo.

El profesor permaneció completamente inmóvil.

Mística bajó lentamente la cabeza.

—Pensé que si ganaba...

Su voz se quebró.

—Si conseguía esos veinte mil dólares...

Hizo una pausa.

—Podría comprar una casa.

O al menos encontrar un lugar donde nadie pudiera volver a hacerme daño.

Desmond sintió una presión dolorosa en el pecho.

La mujer continuó:

—Quería salir de ese infierno.

Soltó una risa amarga.

—Qué ironía, ¿verdad?

Estamos en el Infierno.

Y aun así hay lugares donde puedes terminar viviendo algo peor.

El profesor permaneció callado.

Mística levantó lentamente la mirada.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Sabes lo que es ser violada para poder sobrevivir?

Desmond sintió que la pregunta le atravesaba el pecho.

No respondió.

No iba a fingir que comprendía una experiencia que jamás había vivido.

La mujer volvió a bajar la mirada.

Durante varios segundos permaneció intentando controlar su respiración.

Finalmente, continuó:

—Cuando estaba viva, las cosas tampoco fueron diferentes.

Su voz era apenas un susurro.

—Fui abusada desde niña.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Mística continuó:

—Mi madre era adicta a las pastillas.

Hizo una pausa.

—Y cuando necesitaba conseguirlas, me entregaba a hombres del barrio a cambio de dosis.

El profesor sintió una mezcla de indignación y tristeza.

La mujer apretó lentamente las manos.

—Tenía siete años cuando ocurrió por primera vez.

Una lágrima recorrió su mejilla.

—Siete.

Desmond permaneció inmóvil.

Mística continuó:

—Nunca tuve una infancia normal.

No recuerdo una época en la que pudiera dormir tranquila.

Había gritos.

Amenazas.

Y personas que entraban y salían de nuestra casa como si yo no fuera más que un objeto.

Su voz comenzó a temblar.

—A los once años intenté escapar.

Desmond levantó lentamente la mirada.

La mujer continuó:

—Pensé que cualquier lugar sería mejor.

Pero terminé en manos de una red de trata.

Hizo una pausa.

—Me utilizaron como mercancía.

El profesor sintió que los puños comenzaban a cerrársele.

Recordó las historias que había escuchado sobre Tyrone.

El abandono.

Los maltratos.

Y aquella crueldad que parecía repetirse constantemente contra quienes no tenían manera de defenderse.

Mística continuó hablando.

Su voz estaba rota.

Explicó que durante aquellos años había sufrido violencia, amenazas y una explotación constante.

La drogaban.

La golpeaban.

Y le impedían abandonar el lugar donde permanecía retenida.

Desmond escuchó sin interrumpir.

No intentó pedir detalles.

Tampoco formuló preguntas innecesarias sobre los abusos.

Comprendía que aquella mujer estaba relatando experiencias profundamente dolorosas.

Y que lo último que necesitaba era sentirse interrogada.

Mística bajó lentamente la cabeza.

—Perdí la cuenta de las veces que deseé morir.

Su voz se quebró.

—Pensaba que si desaparecía, al menos dejarían de lastimarme.

Desmond sintió un nudo en la garganta.

La mujer continuó:

—Pero nadie vino.

Nadie me buscó.

Nadie preguntó dónde estaba.

Durante varios segundos permaneció callada.

Después respiró profundamente.

—Cuando finalmente conseguí escapar, tenía quince años.

El profesor permaneció atento.

Mística continuó:

—Y no sabía cómo vivir.

Hizo una pausa.

—No tenía familia.

Ni dinero.

Ni un lugar al que regresar.

Su expresión adquirió una tristeza profunda.

—Robaba para comer.

Dormía donde podía.

Y me escondía porque seguía teniendo miedo de que alguien volviera a encontrarme.

Desmond bajó lentamente la mirada.

La pecadora soltó una pequeña risa amarga.

—Intenté sobrevivir.

De verdad lo intenté.

Pero cada vez que parecía encontrar una salida, terminaba enfrentándome a otro problema.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Y cuando cumplí veinticinco años...

Se interrumpió.

Durante varios segundos permaneció intentando respirar con normalidad.

Finalmente, consiguió continuar.

—Me ahorqué en el baño de una casa abandonada.

Desmond cerró lentamente los ojos.

La confesión cayó entre ambos como un peso imposible de ignorar.

Mística comenzó a llorar nuevamente.

—Estaba cansada.

Hizo una pausa.

—Sentía que ya no quedaba nada de mí.

Su respiración se volvió irregular.

—Pensé que morir terminaría con todo.

Desmond permaneció inmóvil.

La mujer levantó lentamente la mirada.

—Pero desperté aquí.

Su voz fue apenas un susurro.

—Y descubrí que todavía podía seguir sufriendo.

Durante varios segundos ninguno habló.

A lo lejos, la música del festival continuaba resonando.

Los asistentes celebraban.

Reían.

Y disfrutaban de una noche que para muchos terminaría convirtiéndose en un recuerdo maravilloso.

Pero sobre aquella banca, dos personas permanecían completamente ajenas a la celebración.

Desmond contempló brevemente sus manos.

Recordó los insultos de Mística.

La manera en que había utilizado la muerte de Rubí para intentar provocarlo.

Todavía consideraba aquellas palabras crueles e injustificables.

Pero ahora comenzaba a comprender que detrás de aquella agresividad existía una persona desesperada.

Una mujer que había aprendido a utilizar la violencia verbal como una forma de defenderse.

No porque aquello fuera correcto.

Sino porque parecía haber pasado toda su vida rodeada de personas que confundían la crueldad con el poder.

El profesor respiró profundamente.

Después levantó lentamente la mirada.

—Oye...

La pecadora se limpió algunas lágrimas.

—¿Qué?

Desmond permaneció pensativo.

Finalmente, preguntó:

—¿Cómo te llamas realmente?

Mística levantó ligeramente las cejas.

Durante unos segundos pareció confundida.

—¿Qué?

El joven continuó:

—Mística es tu nombre artístico.

Hizo una pausa.

—Pero quiero saber cómo te llamas.

La mujer permaneció inmóvil.

Después bajó lentamente la mirada.

—Andrea.

Desmond asintió.

—Andrea...

Repitió suavemente.

La pecadora permaneció callada.

El profesor respiró profundamente.

Después observó el sobre que llevaba consigo.

Veinte mil dólares.

El premio que acababa de ganar.

Había imaginado utilizar aquel dinero para cubrir algunos gastos, invertir en nuevos proyectos musicales y recuperar parte de los recursos empleados durante su regreso.

Sin embargo, ahora contemplaba aquella cantidad de una manera diferente.

Pensó en su infancia.

En las ocasiones en que Marta tenía que organizar cuidadosamente el dinero para conseguir que alcanzara hasta el final de la semana.

También recordó la ayuda que recibió de Antrox durante su juventud.

Las oportunidades que le ofrecieron personas dispuestas a confiar en él.

Y el apoyo que Izobelle acababa de brindarle cuando su matrimonio terminó.

Desmond comprendía que no todos habían tenido aquella suerte.

Andrea había pasado buena parte de su vida sin encontrar a alguien dispuesto a protegerla.

Y ahora estaba intentando reunir suficiente dinero para escapar de una situación que continuaba exponiéndola a nuevos abusos.

El joven contempló el sobre durante unos segundos.

Después tomó una decisión.

Lo extendió hacia ella.

Andrea levantó lentamente la mirada.

—¿Qué haces?

Desmond permaneció tranquilo.

—Toma.

La mujer observó el dinero.

Después volvió a mirarlo.

—¿Qué...?

El profesor acercó ligeramente el sobre.

—Es tuyo.

Andrea abrió ampliamente los ojos.

Durante varios segundos permaneció completamente inmóvil.

—Pero...

Su voz comenzó a temblar.

—Es el premio.

Desmond asintió.

—Lo sé.

La pecadora frunció ligeramente el ceño.

—Tú lo ganaste.

El joven sonrió débilmente.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Pero tú lo necesitas más que yo.

Andrea permaneció contemplándolo.

Parecía incapaz de comprender aquella decisión.

Durante toda su vida había aprendido que las personas siempre esperaban algo a cambio.

Una condición.

Un favor.

O alguna forma de aprovecharse de su necesidad.

Por eso, cuando Desmond le ofreció el dinero sin exigir nada, su primera reacción fue desconfiar.

—¿Por qué...?

Su voz apenas fue audible.

El profesor permaneció inmóvil.

Andrea continuó:

—Después de todo lo que te dije...

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas nuevamente.

—Después de lo que dije sobre tu madre...

Desmond bajó lentamente la mirada.

Durante unos segundos permaneció callado.

Finalmente, respondió:

—Lo que dijiste estuvo mal.

La mujer cerró los ojos.

El joven continuó:

—Me dolió.

Muchísimo.

Hizo una pausa.

—Pero no voy a utilizar eso como una razón para ignorar lo que estás viviendo.

Andrea permaneció inmóvil.

Desmond respiró profundamente.

—No puedo cambiar lo que te hicieron.

Tampoco puedo devolverte los años que perdiste.

Su expresión se suavizó.

—Pero quizás este dinero pueda ayudarte a encontrar un lugar más seguro.

La pecadora contempló nuevamente el sobre.

Sus manos comenzaron a temblar.

—Yo...

No consiguió continuar.

Desmond se lo acercó suavemente.

—Tómalo, Andrea.

La mujer levantó lentamente la mirada.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Por qué harías algo así?

El joven permaneció pensativo.

Recordó a Marta.

Las enseñanzas que había recibido durante su infancia.

Y aquella promesa de criar a un niño capaz de reconocer el valor de los demás incluso dentro de un mundo cruel.

Después sonrió débilmente.

—Porque a pesar de todo esto...

Hizo una pausa.

—Hay almas buenas incluso en el Infierno.

Andrea permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos contempló el rostro de Desmond.

Después bajó lentamente la mirada hacia el sobre.

Finalmente, extendió ambas manos.

Lo recibió con cuidado.

Como si todavía temiera que alguien fuera a arrebatárselo.

Las lágrimas comenzaron a recorrer nuevamente sus mejillas.

—Yo...

Su voz se quebró.

—No sé qué decir...

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—No tienes que decir nada.

La mujer apretó el sobre contra su pecho.

Durante varios segundos permaneció llorando en silencio.

El profesor no intentó interrumpirla.

Simplemente se quedó sentado junto a ella.

Sabía que aquel dinero no resolvería automáticamente todos sus problemas.

Andrea continuaba cargando con experiencias profundamente dolorosas.

Necesitaba seguridad.

Y probablemente tiempo para reconstruir una vida en la que otras personas habían destruido buena parte de su capacidad de confiar.

Pero al menos tendría una oportunidad.

Una posibilidad de alejarse de aquel lugar donde estaba siendo explotada.

Y comenzar a tomar decisiones sin depender completamente de quienes se aprovechaban de su desesperación.

Finalmente, Desmond se incorporó.

Andrea levantó inmediatamente la mirada.

El joven acomodó su chaqueta.

Después le ofreció una pequeña sonrisa.

—Cuídate mucho, Andrea.

La pecadora permaneció inmóvil.

Sus manos continuaban sosteniendo el sobre.

—Desmond...

El profesor volvió ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

Andrea intentó responder.

Pero las palabras no llegaron.

Finalmente, simplemente asintió.

Una pequeña sonrisa temblorosa apareció en su rostro.

Desmond correspondió al gesto.

Después comenzó a caminar hacia su motocicleta.

Recogió sus pertenencias.

Comprobó que la guitarra estuviera correctamente asegurada.

Y se colocó el casco.

Antes de subir, volvió brevemente la mirada.

Andrea continuaba sentada sobre la banca.

Contemplaba el dinero entre sus manos con una expresión que mezclaba incredulidad, tristeza y una esperanza que parecía haber olvidado durante demasiado tiempo.

Desmond respiró profundamente.

Después montó la motocicleta.

Encendió el motor.

Y comenzó a alejarse.

Las luces del festival quedaron lentamente atrás.

La música continuaba resonando entre los edificios.

Y las avenidas de asfalto ennegrecido se extendían frente a él, conectando las enormes ciudades del inframundo.

El joven conducía en silencio.

Había ganado una batalla.

Regresado a los escenarios.

Y recibido el reconocimiento de miles de personas.

También había vuelto a abrazar a Skyler.

Conocido a Briana.

Y escuchado una historia que difícilmente conseguiría olvidar.

No regresaba con el premio económico.

Pero tampoco sentía que hubiera perdido algo.

Durante aquella jornada había recordado por qué comenzó a hacer música.

No solamente para ganar dinero.

Tampoco para conseguir reconocimiento.

Sino porque siempre había creído que las palabras podían expresar aquello que muchas personas no conseguían decir.

Quizás una canción no podía cambiar completamente la sociedad.

Pero podía ofrecer esperanza.

Hacer que alguien se sintiera escuchado.

O recordar que detrás de cada rostro existía una historia que merecía ser comprendida.

Desmond continuó avanzando.

El viento golpeaba suavemente su chaqueta.

Y las luces de la capital de la Gula comenzaron a desaparecer en la distancia.

Mientras tanto, Andrea permanecía sentada sobre la banca.

Sus lágrimas habían comenzado a disminuir.

Todavía sostenía el sobre con ambas manos.

Durante varios segundos contempló la dirección por donde Desmond se había marchado.

Recordó los versos que intercambiaron sobre el escenario.

Sus propios insultos.

Y la rabia que sintió cuando perdió.

Nunca habría imaginado que aquel hombre terminaría ofreciéndole precisamente aquello que necesitaba para intentar escapar de su situación.

Andrea respiró profundamente.

Por primera vez desde su llegada al Infierno, se permitió imaginar un futuro diferente.

No sabía si todo saldría bien.

Tampoco si conseguiría dejar atrás completamente sus heridas.

Pero aquella noche había recibido algo que creía imposible.

Una oportunidad.

La posibilidad de buscar un lugar seguro.

Y la prueba de que no todas las personas estaban dispuestas a aprovecharse de ella.

La pecadora bajó lentamente la mirada.

Apretó el sobre contra su pecho.

Y cerró los ojos.

En algún lugar de las avenidas infernales, Desmond continuaba regresando a casa, sin imaginar cuánto había significado aquel gesto.

Andrea lo observó desaparecer en el horizonte con el sobre entre sus manos, sabiendo que, tal vez, su vida estaba a punto de cambiar.

Incluso en un mundo hecho de fuego, ciudades corruptas y condenas eternas, la bondad podía brillar con una luz propia.

CAP 31

Una Botella para Dos

La tarde transcurría con absoluta tranquilidad en el Palacio Ludendorff.

Los enormes ventanales de los corredores permitían la entrada de una luz cálida que se reflejaba sobre los suelos de mármol. Los trabajadores realizaban sus actividades habituales, mientras algunos funcionarios caminaban entre las oficinas transportando documentos relacionados con la administración del Anillo de la Furia.

Dentro del despacho principal, sin embargo, apenas se escuchaba movimiento.

Desmond permanecía sentado frente a uno de los escritorios auxiliares, organizando una serie de documentos que Izobelle le había encargado revisar.

Su hermana había tenido que atender varios asuntos administrativos y, aprovechando que él disponía de algunas horas libres, le solicitó ayuda con una parte del papeleo.

El joven aceptó sin demasiadas objeciones.

Después de todo, llevaba un tiempo viviendo en el palacio sin tener que preocuparse por los gastos de alojamiento. Aunque Izobelle insistía en que no necesitaba compensarla por nada, Desmond prefería colaborar cuando tenía oportunidad.

No estaba acostumbrado a permanecer completamente desocupado.

Desde su adolescencia había trabajado para conseguir cierta independencia, y aquella necesidad de sentirse útil continuaba acompañándolo incluso ahora que su hermana podía ofrecerle una vida considerablemente más cómoda.

Sobre el escritorio descansaban varias carpetas.

Algunas contenían informes administrativos.

Otras incluían correspondencia oficial y documentos pendientes de clasificación.

Desmond había comenzado a organizarlas siguiendo las indicaciones que Izobelle dejó antes de marcharse.

No era un trabajo especialmente complicado, aunque sí requería paciencia.

El joven levantó una hoja.

Revisó su encabezado.

Después la colocó cuidadosamente dentro de una carpeta.

—Bien...

Murmuró para sí mismo.

—Una menos.

Tomó el siguiente documento.

Durante algunos minutos continuó trabajando sin interrupciones.

El silencio del despacho solamente era interrumpido por el crujido del papel y el movimiento ocasional de su bolígrafo.

Desmond encontraba cierta tranquilidad en aquella rutina.

Después de los acontecimientos recientes, las actividades sencillas le permitían mantener la mente ocupada.

El aniversario de Hellbeat Records había quedado atrás.

Todavía recordaba la emoción de regresar a los escenarios, enfrentarse a otros artistas y conseguir una victoria que no esperaba alcanzar tan pronto después de nueve años de ausencia.

También recordaba el encuentro con Skyler.

Su abrazo.

La tristeza en sus ojos.

Y aquella confesión de que la situación familiar continuaba siendo demasiado complicada como para regresar.

Desmond había intentado aceptar aquella realidad.

No podía obligarla a elegir otro camino.

Tampoco deseaba transformar el cariño que todavía sentía por ella en una fuente de resentimiento.

Sin embargo, había noches en las que la extrañaba profundamente.

La música le había permitido recuperar parte de su entusiasmo.

Sus nuevas canciones comenzaban a recibir reconocimiento.

Y el éxito de Guess Who's Back había demostrado que todavía existía un público interesado en escucharlo.

Pero ningún logro profesional conseguía eliminar por completo la ausencia que había dejado su matrimonio.

Desmond respiró profundamente.

Apartó aquellos pensamientos.

Y regresó a los documentos.

Fue entonces cuando su teléfono vibró sobre el escritorio.

El sonido interrumpió la tranquilidad del despacho.

El joven levantó ligeramente las cejas.

Observó el dispositivo.

Durante un instante pensó en ignorarlo.

Probablemente sería alguna notificación relacionada con sus redes sociales.

Desde el lanzamiento de su videoclip, las interacciones habían aumentado considerablemente.

Mensajes.

Comentarios.

Y solicitudes de seguimiento aparecían prácticamente todos los días.

Sin embargo, terminó tomando el teléfono.

Desbloqueó la pantalla.

Y observó la notificación.

Era una solicitud para seguir su cuenta personal de Imagram.

Desmond abrió la aplicación sin demasiado interés.

Pero cuando vio el perfil, su expresión cambió.

Levantó ligeramente las cejas.

—Vaya...

La fotografía pertenecía a una mujer que reconoció inmediatamente.

Mística.

O, mejor dicho, Andrea.

La pecadora con quien había disputado la final de la batalla de rap durante el aniversario de Hellbeat Records.

Desmond permaneció contemplando el perfil durante unos segundos.

Recordó el enfrentamiento.

Los versos agresivos.

Y aquella manera en que la mujer había intentado provocarlo utilizando la muerte de Rubí.

También recordó lo que ocurrió después.

Andrea llorando sobre una banca.

La conversación que mantuvieron.

Y aquella confesión sobre los abusos que había sufrido tanto durante su vida humana como después de llegar al Infierno.

El joven sintió una tristeza discreta.

Había pensado varias veces en ella desde aquella noche.

No sabía qué había ocurrido después de entregarle el premio.

Tampoco si había conseguido abandonar el lugar donde estaba siendo explotada.

Esperaba que sí.

Desmond observó nuevamente la solicitud.

Después sonrió débilmente.

—Bueno, Andrea...

Presionó el botón para aceptarla.

Y dejó el teléfono sobre el escritorio.

No le dio mayor importancia.

Volvió a organizar los documentos.

Sin embargo, apenas habían transcurrido un par de minutos cuando el dispositivo vibró nuevamente.

El joven levantó la mirada.

—¿Otra vez?

Tomó el teléfono.

Esta vez había recibido un mensaje directo.

Era Andrea.

Desmond abrió la conversación.

Andrea: «Me alegra que hayas aceptado mi solicitud. ¿Cómo estás?»

El profesor contempló brevemente la pantalla.

Después comenzó a escribir.

Desmond: «Bien.»

Envió el mensaje.

Y permaneció esperando.

La respuesta llegó casi inmediatamente.

Andrea: «Me alegra. Quería contarte algo. Gracias a ti pude salir de aquel lugar horrible donde me hacían daño. Ahora tengo un sitio mucho más tranquilo y cómodo donde vivir.»

Desmond permaneció inmóvil.

Releyó aquellas palabras.

Después sintió que una pequeña sonrisa aparecía en su rostro.

Había conseguido salir.

No sabía exactamente cómo había utilizado el dinero.

Tampoco conocía las características de su nueva vivienda.

Pero saber que ya no permanecía en aquel lugar fue suficiente para provocarle un alivio genuino.

Recordó la expresión de Andrea cuando recibió el sobre.

Aquella incredulidad.

El miedo.

Y la manera en que parecía incapaz de comprender que alguien pudiera ofrecerle ayuda sin exigir nada a cambio.

Desmond respiró profundamente.

Después respondió.

Desmond: «Me alegro por eso.»

Durante unos segundos contempló el teléfono.

No sabía qué más decir.

Nunca había sido especialmente expresivo mediante mensajes.

Prefería conversar personalmente cuando se trataba de asuntos importantes.

Y, aunque deseaba que Andrea estuviera bien, tampoco quería invadir su vida con preguntas sobre los acontecimientos que había atravesado.

Finalmente, apareció una nueva notificación.

Andrea: «¿Te gustaría que nos viéramos? Me gustaría conocerte mejor.»

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Permaneció contemplando aquellas palabras.

La invitación lo tomó por sorpresa.

Durante el evento apenas habían conversado fuera de la competencia.

Su encuentro había comenzado con una rivalidad particularmente desagradable y terminado con una confesión dolorosa.

No esperaba que Andrea quisiera volver a verlo tan pronto.

El joven apoyó lentamente el teléfono sobre la mesa.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

No tenía compromisos importantes aquella tarde.

Había terminado sus responsabilidades universitarias.

Y probablemente conseguiría organizar los documentos antes de la hora de salida.

Sin embargo, había otra cuestión.

No sabía si estaba preparado para comenzar a relacionarse con alguien nuevo de aquella manera.

Su separación de Skyler todavía era reciente.

Y aunque Andrea no había mencionado ninguna intención romántica, Desmond no podía evitar preguntarse qué esperaba realmente de aquel encuentro.

Finalmente, negó suavemente con la cabeza.

Quizás estaba complicando demasiado algo sencillo.

Una persona deseaba conversar con él.

Nada más.

Y Andrea parecía necesitar amistades que no estuvieran relacionadas con las experiencias dolorosas de su pasado.

Desmond volvió a tomar el teléfono.

Comenzó a escribir.

Desmond: «Hoy en la tarde, está bien.»

La respuesta apareció poco después.

Andrea: «Perfecto. Te espero en el parque que queda al lado del Palacio Ludendorff.»

El joven observó el mensaje.

Reconoció inmediatamente el lugar.

Había pasado por aquel parque en varias ocasiones desde su llegada al palacio.

Era un espacio tranquilo, frecuentado principalmente por habitantes de los sectores residenciales cercanos.

Desmond escribió una última respuesta.

Desmond: «Nos vemos.»

Después bloqueó el teléfono.

Lo dejó junto a las carpetas.

Y regresó al trabajo.

Durante los siguientes minutos continuó organizando documentos.

Sin embargo, en ocasiones sus pensamientos regresaban a aquella conversación.

No sabía demasiado sobre Andrea.

Conocía su nombre.

Una parte dolorosa de su historia.

Y el talento que había demostrado durante la batalla de rap.

También recordaba su carácter agresivo sobre el escenario.

La manera en que había utilizado la provocación como una herramienta para imponerse sobre los demás.

Pero durante aquella conversación en el estacionamiento había descubierto una faceta completamente diferente.

Una mujer insegura.

Herida.

Y profundamente desconfiada de quienes la rodeaban.

Desmond comprendía que ninguna persona podía definirse únicamente por sus peores momentos.

Había cometido errores durante su propia vida.

Tomado decisiones impulsivas.

Y permitido que la rabia influyera en sus acciones.

Por eso no deseaba juzgar a Andrea exclusivamente por los insultos que pronunció durante una competencia.

Aun así, tampoco había olvidado aquellas palabras.

Simplemente había decidido no permitir que definieran toda la relación entre ambos.

El joven terminó de ordenar otra carpeta.

Después observó la hora.

Todavía faltaba bastante para el encuentro.

Desmond soltó un pequeño suspiro.

—Bueno...

Tomó el siguiente documento.

—Primero terminemos esto.

Las horas transcurrieron con relativa rapidez.

Cuando finalmente concluyó el trabajo, Desmond dejó las carpetas cuidadosamente organizadas sobre el escritorio.

Revisó que no faltara ningún documento.

Después recogió sus pertenencias.

Izobelle podría encontrarlas sin dificultad cuando regresara.

El joven abandonó el despacho.

Caminó hacia su habitación.

Y comenzó a prepararse para salir.

No eligió una vestimenta especialmente formal.

Se puso ropa cómoda, adecuada para una tarde tranquila.

Después acomodó su cabello frente al espejo.

Durante unos segundos contempló su reflejo.

La renovación de imagen realizada para Guess Who's Back continuaba resultándole algo extraña.

Había pasado tantos años utilizando el cabello largo que, en ocasiones, todavía intentaba acomodárselo como antes.

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—Cuestión de costumbre...

Recogió su teléfono.

Comprobó la hora.

Y finalmente abandonó la habitación.

El parque quedaba relativamente cerca.

Por eso decidió caminar.

No necesitaba utilizar su motocicleta para un recorrido tan corto.

Además, el clima era agradable.

Una brisa suave recorría las avenidas, mientras la luz de la tarde iluminaba las fachadas de los edificios.

Desmond avanzó tranquilamente.

Durante el trayecto observó algunos comercios.

Varias personas caminaban por las aceras.

Y algunos vehículos transitaban hacia los sectores administrativos.

El ambiente era considerablemente más tranquilo que el de la comuna donde había crecido.

A veces todavía le resultaba extraño vivir cerca de una residencia aristocrática.

Durante su infancia, aquellos lugares parecían pertenecer a un mundo completamente diferente.

Ahora formaba parte de una de las familias más influyentes del Infierno.

Sin embargo, el joven no sentía que aquello hubiera cambiado completamente quién era.

Seguía siendo el mismo Desmond que había crecido junto a Marta, Miguel y James.

El apellido Ludendorff formaba parte de su historia.

Pero no definía todos sus valores.

Finalmente, llegó al parque.

Era un espacio relativamente pequeño.

Tenía senderos rodeados por árboles, algunas zonas verdes y varios bancos distribuidos cerca de los jardines.

También había un sector con columpios.

Desmond observó el lugar.

Todavía no distinguía a Andrea.

Consultó brevemente la hora.

Había llegado unos minutos antes de lo acordado.

El joven sonrió discretamente.

—Perfecto.

Caminó hacia los columpios.

Se sentó sobre uno de ellos.

Y apoyó los pies contra el suelo.

La estructura se movió suavemente.

Desmond permaneció contemplando el entorno.

Durante algunos minutos revisó su teléfono.

Desplazó el dedo por la pantalla de Imagram sin prestar demasiada atención a las publicaciones.

Había fotografías relacionadas con música.

Anuncios.

Y mensajes de seguidores que continuaban celebrando su regreso.

El joven apenas los observó.

Su mente estaba concentrada en otras cosas.

Finalmente, una voz femenina interrumpió sus pensamientos.

—Hola, Desmond.

El profesor levantó lentamente la mirada.

Andrea permanecía frente a él.

El joven la reconoció inmediatamente.

Sin embargo, había algo diferente en su apariencia.

Ya no llevaba aquella expresión feroz con la que había subido al escenario.

Su postura era más relajada.

Y, aunque todavía conservaba una mirada intensa, parecía considerablemente menos defensiva.

Desmond guardó su teléfono.

Después se levantó del columpio.

—Hola, Andrea.

La mujer sonrió.

Durante unos segundos permanecieron frente a frente.

Ninguno parecía saber exactamente cómo comenzar.

Habían compartido una conversación profundamente personal durante su último encuentro.

Pero todavía eran prácticamente desconocidos.

Andrea acomodó ligeramente su ropa.

Después levantó la mirada.

—¿Cómo estás?

Desmond se encogió de hombros.

—Bien.

La mujer soltó una pequeña risa.

—Veo que sigues siendo bastante hablador.

El profesor levantó una ceja.

Después sonrió discretamente.

—Depende del día.

Andrea volvió a reír.

La tensión inicial comenzó a disminuir.

Durante unos segundos permanecieron contemplándose.

Finalmente, la pecadora habló.

—Me alegra que hayas aceptado venir.

Desmond asintió.

—No tenía motivos para negarme.

Andrea bajó ligeramente la mirada.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Después de lo ocurrido durante el festival, pensé que quizás no querrías volver a verme.

El joven permaneció pensativo.

La mujer continuó:

—Además, Antrox me habló un poco de ti.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Antrox?

Andrea asintió.

—Sí.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Me dijo que eres bastante distante.

Que casi nunca sales de tu zona de confort.

Y que puedes pasar horas enteras concentrado en tus cosas sin preocuparte demasiado por hablar con nadie.

Desmond permaneció inmóvil.

Después soltó una carcajada.

—Vaya...

Negó suavemente con la cabeza.

—Definitivamente tiene una imagen bastante particular de mí.

Andrea sonrió.

—¿Es mentira?

El profesor permaneció pensativo.

Finalmente, se encogió de hombros.

—No completamente.

La mujer soltó una pequeña risa.

Desmond continuó:

—Pero tengo mis razones para ser así.

Andrea lo observó con curiosidad.

—¿Puedo saber cuáles?

El joven bajó lentamente la mirada.

Durante unos segundos permaneció callado.

No estaba acostumbrado a hablar abiertamente sobre su vida con alguien que acababa de conocer.

Sin embargo, después de todo lo que Andrea le había contado durante el festival, sintió que podía ofrecerle al menos una explicación.

Desmond respiró profundamente.

—Crecí en un barrio bastante complicado.

Andrea permaneció atenta.

El profesor continuó:

—Delincuencia.

Drogas.

Violencia.

Era algo que veías prácticamente todos los días.

Hizo una pausa.

—No teníamos demasiado dinero.

Y aunque mi familia hacía todo lo posible por cuidarme, había situaciones que simplemente no podíamos controlar.

La mujer bajó ligeramente la mirada.

Desmond continuó:

—Perdí a mi padre cuando era niño.

Lo asesinaron.

Su voz adquirió una seriedad profunda.

—Después perdí a mi madre por cáncer.

Andrea permaneció inmóvil.

El profesor contempló brevemente los árboles.

—Durante años intenté encontrar una manera de continuar.

Hice música.

Trabajé.

Y finalmente conseguí construir una vida bastante estable.

Una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—Pero hace poco me divorcié.

Andrea levantó lentamente los ojos.

Desmond continuó:

—Y ahora vivo en el Palacio Ludendorff.

Hizo una pausa.

—Rodeado de cosas que nunca imaginé tener.

Pero a veces siento que nada de eso importa demasiado.

La mujer permaneció callada.

Durante unos segundos contempló su expresión.

Había escuchado que Desmond era un artista reconocido.

También sabía que pertenecía a una familia aristocrática.

Pero no imaginaba que su vida estuviera marcada por tantas pérdidas.

Andrea respiró profundamente.

Finalmente, respondió:

—Supongo que también has tenido que sobrevivir a tu manera...

Desmond levantó lentamente la mirada.

Sus ojos se encontraron.

Durante unos segundos ninguno dijo nada.

Finalmente, el profesor asintió.

—Supongo que sí.

Andrea sonrió débilmente.

Después extendió una mano.

Tomó suavemente la de Desmond.

Y tiró de él con delicadeza.

—Ven.

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿A dónde?

La mujer sonrió.

—Quiero invitarte a un lugar.

Desmond permaneció pensativo.

Después se encogió de hombros.

—Está bien.

Andrea comenzó a caminar.

El profesor la siguió.

Abandonaron el parque y avanzaron por algunas calles cercanas.

Durante el recorrido conversaron sobre asuntos sencillos.

Andrea le preguntó cómo había terminado trabajando como profesor universitario.

Desmond explicó brevemente que, después de alejarse de la industria musical, decidió concentrarse en sus estudios.

Descubrió que disfrutaba enseñar.

Y terminó dedicándose a la composición musical desde una perspectiva académica.

Andrea lo escuchó con curiosidad.

—¿Entonces enseñas a otras personas a hacer música?

El joven asintió.

—Entre otras cosas.

Hizo una pausa.

—Composición, estructuras musicales y algunas técnicas de producción.

La mujer sonrió.

—Eso explica por qué improvisas tan bien.

Desmond soltó una pequeña risa.

—La teoría ayuda.

Pero también necesitas practicar muchísimo.

Andrea bajó ligeramente la mirada.

—Supongo que yo todavía tengo bastante que aprender.

El profesor la observó.

Después respondió:

—Tienes talento.

La mujer levantó inmediatamente los ojos.

—¿En serio?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Eres rápida improvisando.

Y sabes construir respuestas bastante contundentes.

Andrea sonrió discretamente.

Sin embargo, el profesor continuó:

—Aunque a veces te concentras demasiado en lastimar al rival.

La expresión de la mujer cambió.

Durante unos segundos permaneció callada.

Después bajó la mirada.

—Lo sé...

Desmond no añadió nada más.

No quería convertir aquel paseo en una discusión sobre la competencia.

Andrea respiró profundamente.

Después continuó caminando.

Poco a poco, las calles comenzaron a resultarle familiares al profesor.

Algunas construcciones.

Los pequeños establecimientos.

Y cierta intersección que recordaba de su juventud.

Desmond disminuyó ligeramente el paso.

Frunció el ceño.

Había algo en aquella zona que despertaba recuerdos que llevaba tiempo sin visitar.

Finalmente, Andrea se detuvo frente a un establecimiento.

Era un bar.

La fachada conservaba una apariencia relativamente sencilla.

Las ventanas permitían distinguir algunas mesas y una barra iluminada por lámparas cálidas.

Andrea sonrió.

—Llegamos.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Reconoció el lugar.

No tuvo ninguna duda.

Era el mismo bar donde había conocido a Skyler.

Durante varios segundos contempló la entrada.

Su mente regresó nueve años atrás.

Recordó aquella época en que apenas comenzaba a construir su futuro.

Las conversaciones.

La música.

Y la primera vez que sus ojos se encontraron con los de la sabueso que terminaría convirtiéndose en su esposa.

El joven sintió una presión incómoda en el estómago.

Había pasado tanto tiempo desde aquella primera noche.

Y, sin embargo, bastó con contemplar la fachada para que algunos recuerdos regresaran con una claridad sorprendente.

Andrea notó que se había detenido.

—¿Desmond?

El profesor levantó lentamente la mirada.

—¿Sí?

La mujer observó su expresión.

—¿Todo bien?

Desmond permaneció pensativo.

Durante un instante consideró contarle lo que aquel lugar significaba para él.

Pero finalmente decidió no hacerlo.

No quería que Andrea interpretara su silencio como un rechazo.

Tampoco deseaba abandonar el encuentro únicamente porque aquel establecimiento le recordaba una etapa dolorosa.

Respiró profundamente.

Después asintió.

—Sí.

Su voz fue tranquila.

—Todo bien.

Andrea sonrió.

—Entonces entremos.

Abrió la puerta.

Y ambos pasaron al interior.

El ambiente era cálido.

Varias lámparas iluminaban suavemente las mesas.

La música sonaba a un volumen moderado.

Y algunos clientes conversaban mientras disfrutaban de sus bebidas.

Desmond observó lentamente el lugar.

Reconoció la distribución del mobiliario.

El mostrador.

Y determinados detalles que parecían no haber cambiado demasiado durante aquellos nueve años.

Una pequeña nostalgia recorrió su pecho.

Casi podía imaginar a su versión más joven entrando por aquella misma puerta.

Sin conocer todavía todas las dificultades que enfrentaría.

Sin imaginar que terminaría casándose con Skyler.

Y mucho menos que, años después, regresaría a aquel lugar acompañado por otra mujer tras haber firmado su divorcio.

La vida tenía una manera extraña de conducir a las personas hacia lugares que creían haber dejado atrás.

Andrea señaló la barra.

—¿Nos sentamos allí?

Desmond levantó la mirada.

Después asintió.

—Claro.

Ambos se acercaron.

Tomaron asiento sobre dos taburetes.

El camarero los saludó con cordialidad.

Andrea revisó brevemente las opciones.

Después volvió la mirada hacia Desmond.

—¿Te gusta el vino?

El joven se encogió ligeramente de hombros.

—No me molesta.

La mujer sonrió.

—Perfecto.

Pidieron una botella de vino tinto.

El camarero la llevó poco después.

Colocó dos copas sobre la barra.

Abrió la botella.

Y sirvió una pequeña cantidad en cada una.

Después se retiró para atender a otros clientes.

Andrea contempló su bebida.

Durante unos segundos permaneció pensativa.

Finalmente, levantó la copa.

Desmond volvió la mirada hacia ella.

La mujer sonrió débilmente.

—Por los que sobreviven a su manera.

El profesor permaneció inmóvil.

Aquellas palabras despertaron una emoción discreta.

Recordó su infancia.

Las pérdidas.

Y todas las veces que había tenido que encontrar una razón para continuar incluso cuando las circunstancias parecían empeñadas en derrumbarlo.

Después observó a Andrea.

La mujer había atravesado experiencias profundamente dolorosas.

Sin embargo, todavía estaba intentando construir una vida diferente.

Desmond levantó lentamente su copa.

No dijo nada.

Simplemente la acercó.

El cristal produjo un sonido suave cuando ambas copas se encontraron.

Después bebieron.

Durante los primeros minutos la conversación fue escasa.

Andrea observaba ocasionalmente el lugar.

Desmond permanecía algo distraído, intentando evitar que los recuerdos relacionados con Skyler dominaran por completo sus pensamientos.

El camarero caminaba detrás de la barra.

Algunos clientes reían en una mesa cercana.

Y la música continuaba acompañando el ambiente.

Finalmente, Andrea decidió romper el silencio.

—Entonces...

Desmond levantó la mirada.

—¿Sí?

La mujer sonrió.

—¿Siempre eres así de serio?

El profesor levantó una ceja.

—¿Así cómo?

Andrea soltó una pequeña risa.

—Como si estuvieras analizando cada palabra antes de decirla.

Desmond permaneció pensativo.

Después se encogió de hombros.

—Es una costumbre.

La mujer sonrió.

—¿Por tu trabajo?

El joven negó suavemente con la cabeza.

—Por la vida.

Andrea lo observó durante unos segundos.

Después soltó una carcajada.

—Vaya respuesta.

Desmond sonrió discretamente.

—Gracias.

La mujer comenzó a reír nuevamente.

Aquella pequeña broma consiguió que el ambiente se volviera menos incómodo.

Durante los siguientes minutos conversaron sobre la música.

Andrea le contó cómo había comenzado a improvisar después de llegar al Infierno.

Al principio no conocía demasiado sobre las competencias.

Simplemente escuchaba a otros artistas y trataba de imitar algunas estructuras.

Con el tiempo descubrió que tenía facilidad para responder rápidamente.

También comprendió que el rap podía convertirse en una manera de expresar emociones que no sabía compartir mediante conversaciones comunes.

Desmond escuchó con atención.

Reconocía aquella sensación.

Durante su infancia había utilizado la música de una manera semejante.

No necesariamente para agredir.

Sino para transformar pensamientos difíciles en algo que pudiera comprender.

—Entonces también comenzaste por necesidad —comentó.

Andrea levantó ligeramente la mirada.

—Supongo que sí.

Hizo una pausa.

—Cuando estoy improvisando, siento que puedo defenderme.

Desmond permaneció pensativo.

La mujer continuó:

—Durante casi toda mi vida otras personas decidieron por mí.

Qué podía hacer.

Dónde podía estar.

Y hasta cuándo tenía derecho a hablar.

Bajó lentamente la mirada.

—Pero cuando tengo un micrófono, nadie puede escribir mis palabras por mí.

El profesor sintió una emoción profunda.

Comprendía perfectamente aquello.

Durante su juventud, la música había sido uno de los pocos espacios donde podía expresarse sin depender completamente de los demás.

Desmond asintió.

—Eso es importante.

Andrea sonrió débilmente.

—Sí.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Después el joven añadió:

—Solo recuerda que tener una voz propia también significa decidir qué quieres hacer con ella.

La mujer levantó la mirada.

Desmond continuó:

—Puedes utilizarla para defenderte.

Para contar tu historia.

O para demostrar tu talento.

Hizo una pausa.

—No necesitas herir a todo el mundo para conseguir que te escuchen.

Andrea contempló lentamente su copa.

Durante varios segundos no respondió.

Finalmente, asintió.

—Lo sé.

Su voz adquirió un tono más serio.

—He estado pensando bastante en lo que pasó durante la final.

Desmond permaneció atento.

La mujer continuó:

—Lo que dije sobre tu madre...

Se interrumpió.

Después respiró profundamente.

—Fue horrible.

El profesor bajó ligeramente la mirada.

Andrea continuó:

—Quería hacerte perder el control.

Pensé que si conseguía enfadarte, tendría ventaja.

Hizo una pausa.

—Pero eso no lo justifica.

Desmond permaneció callado.

La mujer levantó lentamente los ojos.

—Lo siento.

Su voz fue sincera.

El joven respiró profundamente.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Después asintió.

—Gracias por disculparte.

Andrea pareció relajarse ligeramente.

Desmond continuó:

—No voy a fingir que aquellas palabras no me dolieron.

Hizo una pausa.

—Pero prefiero que podamos hablar sin seguir atacándonos.

La mujer sonrió débilmente.

—Yo también.

Ambos tomaron otro pequeño sorbo de vino.

La conversación continuó.

Poco a poco, Andrea comenzó a hablar con mayor soltura.

Le preguntó sobre sus primeros conciertos.

Desmond recordó algunas anécdotas de Hellbeat Records.

Las dificultades para grabar sus primeras canciones.

Y aquella mezcla de entusiasmo y nerviosismo que experimentaba cuando Antrox le permitía utilizar los estudios.

Andrea escuchaba con curiosidad.

En ocasiones formulaba preguntas.

Otras soltaba pequeñas carcajadas cuando el profesor narraba alguna situación absurda.

Desmond comenzó a relajarse.

No esperaba sentirse tan cómodo conversando con alguien a quien había conocido durante una competencia tan agresiva.

Pero Andrea parecía diferente.

No intentaba provocarlo.

Tampoco demostrar constantemente que era superior.

Simplemente deseaba hablar.

Y escuchar.

Después de varios minutos, la mujer dejó su copa sobre la barra.

Observó brevemente el rostro del profesor.

Finalmente, preguntó:

—¿Y tú?

Desmond levantó ligeramente la mirada.

—¿Yo qué?

Andrea permaneció pensativa.

—¿Alguna vez pensaste que alguien podría sanar tus heridas?

El joven se quedó completamente callado.

La pregunta lo tomó por sorpresa.

Durante algunos segundos contempló su copa.

Después bajó lentamente la mirada.

No sabía cómo responder.

Había pasado buena parte de su vida intentando encontrar maneras de convivir con las pérdidas.

Primero la muerte de Miguel.

Después la de Marta.

Y más recientemente el divorcio de Skyler.

En ocasiones había sentido que ciertas heridas terminaban cerrándose.

Pero siempre quedaban recuerdos capaces de despertar nuevamente el dolor.

Desmond respiró profundamente.

Finalmente, respondió:

—No lo sé.

Andrea permaneció atenta.

El profesor continuó:

—Tal vez nunca lo pensé realmente.

Hizo una pausa.

—Me acostumbré al dolor.

La mujer bajó lentamente la mirada.

Desmond contempló la superficie del vino.

—Cuando era pequeño, pensaba que algún día las cosas dejarían de doler.

Que crecer significaba entenderlo todo.

Y que, si conseguía construir una vida tranquila, los recuerdos difíciles terminarían desapareciendo.

Soltó una pequeña risa sin alegría.

—Pero no funciona así.

Andrea permaneció escuchando.

El joven continuó:

—Hay cosas que aprendes a aceptar.

Otras simplemente dejan de ocupar tus pensamientos todos los días.

Hizo una pausa.

—Pero eso no significa que desaparezcan.

La mujer asintió lentamente.

—Lo entiendo.

Desmond levantó la mirada.

Andrea contempló su copa.

Después habló en voz baja.

—Yo también me acostumbré al dolor.

Durante unos segundos permaneció callada.

Finalmente, continuó:

—Cuando pasas demasiados años esperando que ocurra algo malo, terminas creyendo que la tranquilidad es solamente una pausa antes del siguiente problema.

El profesor sintió una presión discreta en el pecho.

La mujer continuó:

—Desde que conseguí salir de aquel lugar, a veces me cuesta dormir.

No porque haya alguien haciéndome daño.

Sino porque todavía espero escuchar que alguien entra.

Su voz comenzó a temblar.

—Tengo una habitación donde puedo cerrar la puerta.

Una cama limpia.

Y nadie me obliga a hacer cosas que no quiero.

Hizo una pausa.

—Pero mi cabeza todavía no termina de entender que ahora estoy a salvo.

Desmond permaneció en silencio.

No intentó ofrecerle una solución sencilla.

Comprendía que las experiencias de Andrea no podían desaparecer simplemente porque hubiera conseguido mudarse.

La seguridad material era importante.

Pero las heridas emocionales necesitaban tiempo.

La mujer respiró profundamente.

Después sonrió débilmente.

—Pero hoy...

Desmond levantó la mirada.

Andrea continuó:

—Hoy se siente distinto.

El profesor permaneció inmóvil.

Durante unos segundos sus ojos se encontraron.

La mujer bajó ligeramente la mirada.

—No sé explicarlo.

Hizo una pausa.

—Estoy sentada en un bar, hablando con alguien que no me está exigiendo nada.

Sonrió con cierta timidez.

—Y por primera vez en mucho tiempo, no siento que tenga que estar preparada para defenderme.

Desmond sintió una emoción inesperada.

No sabía exactamente qué responder.

Finalmente, sonrió.

—Me alegra que puedas sentirte tranquila.

Andrea correspondió al gesto.

Durante algunos segundos permanecieron contemplándose.

Después la mujer soltó una pequeña risa.

—¿Ves?

El profesor levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

Andrea sonrió.

—Puedes ser amable cuando quieres.

Desmond soltó una carcajada.

—¡Qué considerada!

La mujer comenzó a reír.

—¡Solamente digo la verdad!

El joven negó divertido con la cabeza.

—Voy a empezar a cobrarte por cada insulto.

Andrea levantó la copa.

—Entonces seguramente terminaré debiéndote una fortuna.

Ambos comenzaron a reír.

Aquella conversación marcó un cambio.

Durante las horas siguientes, las palabras comenzaron a fluir con mayor naturalidad.

Andrea hablaba sobre sus intereses musicales.

Desmond compartía anécdotas de su trabajo como profesor.

En ocasiones discutían amistosamente sobre diferentes estilos de rap.

Otras veces comentaban las dificultades de construir una carrera dentro de una industria donde el reconocimiento podía desaparecer tan rápidamente como llegaba.

La pecadora demostraba una curiosidad genuina por el proceso creativo.

Preguntaba cómo organizar una canción.

Qué debía hacer para mejorar sus improvisaciones.

Y cómo podía encontrar un estilo que no dependiera únicamente de atacar a los demás.

Desmond respondió con paciencia.

Le explicó que la técnica podía desarrollarse mediante práctica constante.

También le recomendó prestar atención al ritmo y aprender a construir ideas completas antes de intentar aumentar demasiado la velocidad.

Andrea escuchaba atentamente.

En algunos momentos tomaba notas en su teléfono.

El profesor soltó una pequeña risa cuando lo notó.

—¿Estás apuntando todo eso?

La mujer levantó la mirada.

—Claro.

Desmond sonrió.

—Pareces una de mis estudiantes.

Andrea soltó una carcajada.

—¡Entonces deberías cobrarme matrícula!

El joven levantó una ceja.

—No me des ideas.

Ambos volvieron a reír.

Poco a poco, Desmond comenzó a notar algo que le resultaba extraño.

Estaba disfrutando.

No solamente de la conversación.

También de la tranquilidad que encontraba en aquella compañía.

Desde su divorcio, había pasado demasiado tiempo concentrado en recuperar la estabilidad.

Trabajaba.

Componía.

Y conversaba ocasionalmente con Izobelle.

Pero rara vez se permitía disfrutar de una tarde sin sentir que debía cumplir alguna responsabilidad.

Andrea no parecía esperar nada extraordinario de él.

No necesitaba que actuara como un artista reconocido.

Tampoco como un profesor.

Mucho menos como integrante de la familia Ludendorff.

Simplemente estaba conversando con Desmond.

Y aquella sencillez le resultaba agradable.

Durante un momento, la mujer comenzó a relatar una experiencia absurda relacionada con su primer intento de participar en una batalla de rap.

Explicó que había confundido algunas indicaciones del presentador y terminó entrando varios compases antes de lo previsto.

Desmond soltó una carcajada.

—¡No puede ser!

Andrea asintió entre risas.

—¡Te lo juro!

El profesor negó suavemente con la cabeza.

—Eso debió ser terrible.

La mujer sonrió.

—Lo fue.

Hizo una pausa.

—Pero después aprendí a escuchar mejor.

Desmond levantó ligeramente la copa.

—Al menos sirvió de algo.

Andrea correspondió al gesto.

Y volvieron a brindar.

La botella permanecía sobre la barra.

Aunque ambos habían bebido ocasionalmente, la conversación ocupaba mucha más atención que el vino.

En determinados momentos sus copas permanecían intactas durante largos períodos.

Ninguno parecía darse cuenta.

Hablaron también sobre sus respectivas infancias.

Desmond recordó algunas experiencias de la comuna 54.

Le contó cómo James solía acompañarlo durante sus primeros años y cómo Marta siempre insistía en enseñarle a respetar a las personas sin importar su posición social.

Andrea escuchó con una expresión tranquila.

En ocasiones sus ojos se humedecían.

Especialmente cuando el profesor mencionaba a su madre adoptiva.

Desmond explicó que Marta había sido una de las personas más importantes de su vida.

Que lo había criado después de la muerte de Rubí.

Y que buena parte de sus valores provenían de aquellas enseñanzas.

La mujer permaneció pensativa.

—Debió ser alguien muy especial.

Desmond asintió lentamente.

—Lo fue.

Su voz adquirió una nostalgia profunda.

—Muchísimo.

Durante algunos segundos contempló la barra.

Después añadió:

—A veces todavía quisiera poder contarle las cosas que he conseguido.

Andrea no respondió inmediatamente.

Finalmente, habló con suavidad.

—Creo que estaría orgullosa de ti.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Aquellas palabras le provocaron una emoción inesperada.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después sonrió débilmente.

—Eso espero.

La mujer correspondió al gesto.

No insistió.

Comprendía que algunos recuerdos necesitaban permanecer en silencio durante un momento.

La conversación continuó.

Andrea compartió recuerdos que no había contado durante su encuentro anterior.

No se concentró exclusivamente en las experiencias dolorosas.

También mencionó pequeños momentos de tranquilidad que había conseguido encontrar incluso durante su vida humana.

Canciones que escuchaba cuando necesitaba distraerse.

Lugares donde solía caminar.

Y sueños que durante años consideró imposibles.

Desmond escuchó con atención.

Comenzó a comprender que Andrea era mucho más que la historia de violencia que había relatado durante el festival.

Tenía gustos.

Opiniones.

Y una personalidad que apenas estaba comenzando a recuperar después de una vida marcada por abusos.

La mujer también descubrió nuevas facetas del profesor.

Detrás de su expresión seria existía un humor sarcástico que aparecía cuando se sentía cómodo.

En ocasiones realizaba comentarios tan inesperados que Andrea terminaba soltando carcajadas.

Desmond parecía sorprenderse cada vez que conseguía hacerla reír.

Pero, poco a poco, comenzó a hacerlo con mayor naturalidad.

Durante una conversación sobre sus primeras composiciones, Andrea le preguntó si todavía conservaba alguna grabación de cuando tenía siete años.

El profesor levantó inmediatamente las cejas.

—¡Por supuesto que no!

La mujer comenzó a reír.

—¡Qué lástima!

Desmond negó con la cabeza.

—Créeme, es mejor para todos.

Andrea sonrió ampliamente.

—Ahora quiero escucharlas todavía más.

El profesor soltó una carcajada.

—¡Ni en tus sueños!

Aquella risa le resultó extrañamente familiar.

No porque Andrea se pareciera a Skyler.

Eran personas completamente diferentes.

Sino porque Desmond había pasado demasiado tiempo sin permitirse una conversación tan espontánea.

Una tarde donde no tuviera que pensar constantemente en lo que había perdido.

Las horas continuaron avanzando.

El bar comenzó a vaciarse lentamente.

Algunas mesas quedaron desocupadas.

La música disminuyó de volumen.

Y el movimiento de los trabajadores se volvió más pausado.

Sin embargo, Desmond y Andrea continuaban conversando.

En determinado momento, la pecadora observó el reloj de su teléfono.

Abrió ligeramente los ojos.

—Espera...

Desmond levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

Andrea contempló nuevamente la pantalla.

Después soltó una carcajada.

—¡Son casi las dos de la madrugada!

El profesor permaneció inmóvil.

—¿Qué?

Sacó su teléfono.

Comprobó la hora.

Y levantó ligeramente las cejas.

—Demonios...

La mujer comenzó a reír.

—¡Llevamos horas aquí!

Desmond negó divertido con la cabeza.

—Parece que sí.

En aquel momento, el camarero se acercó.

Su expresión era cordial, aunque reflejaba el cansancio de una jornada extensa.

—Disculpen.

Ambos levantaron la mirada.

El hombre continuó:

—Estamos por cerrar.

Desmond asintió inmediatamente.

—Claro.

Hizo una pausa.

—Disculpa, no nos dimos cuenta de la hora.

El camarero sonrió.

—No hay problema.

Después se retiró para continuar organizando el establecimiento.

Andrea volvió la mirada hacia la botella.

Permaneció contemplándola durante unos segundos.

Después soltó una pequeña risa.

—Vaya...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué?

La mujer señaló el vino.

—Todavía queda la mitad.

El profesor observó la botella.

Era verdad.

A pesar de haber permanecido allí durante horas, apenas habían consumido una parte.

Andrea sonrió.

—Parece que hablamos más de lo que bebimos.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Es mejor así.

La mujer asintió.

—Supongo que tienes razón.

Durante unos segundos contemplaron sus copas.

Después Desmond pidió la cuenta.

El camarero se acercó.

Ambos organizaron el pago sin discutir demasiado.

Finalmente, recogieron sus pertenencias.

Se levantaron.

Y caminaron hacia la salida.

Cuando atravesaron la puerta, el aire nocturno los recibió inmediatamente.

La temperatura había descendido.

Una brisa fresca recorría las avenidas, moviendo suavemente las hojas de los árboles.

Los postes de iluminación proyectaban círculos de luz sobre las aceras.

Y el movimiento de vehículos era considerablemente menor que durante la tarde.

Desmond respiró profundamente.

Después observó brevemente la fachada del bar.

El mismo lugar donde había conocido a Skyler.

Durante muchos años aquel establecimiento había estado asociado con el comienzo de su relación.

Ahora también conservaría el recuerdo de una conversación inesperada con Andrea.

El joven permaneció pensativo.

No sabía qué significado tendría aquello con el paso del tiempo.

Pero comprendía que los lugares podían acumular historias diferentes sin borrar las anteriores.

Andrea se acomodó ligeramente la ropa.

Después volvió la mirada hacia él.

—Bueno...

Su voz fue tranquila.

—Creo que debería regresar a casa.

Desmond asintió.

—Sí.

Observó brevemente la calle.

Después preguntó:

—¿Vives lejos?

La mujer negó suavemente con la cabeza.

—A unas cuantas cuadras.

El profesor permaneció pensativo.

Finalmente, habló.

—Puedo acompañarte.

Andrea levantó ligeramente las cejas.

—¿De verdad?

Desmond se encogió de hombros.

—Ya es bastante tarde.

Hizo una pausa.

—Y prefiero saber que llegaste bien.

La mujer permaneció inmóvil.

Sus mejillas adquirieron un ligero rubor.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Después asintió.

—Me gustaría.

Desmond sonrió.

—Entonces vamos.

Ambos comenzaron a caminar.

Durante los primeros minutos permanecieron en silencio.

No era una quietud incómoda.

Simplemente estaban cansados después de tantas horas de conversación.

Sus pasos resonaban suavemente sobre las aceras.

Algunas luces permanecían encendidas dentro de los edificios residenciales.

Y, de vez en cuando, un vehículo atravesaba alguna de las avenidas cercanas.

Andrea caminaba junto al profesor.

Su expresión estaba tranquila.

Durante un instante contempló el cielo.

Después bajó lentamente la mirada.

—Desmond...

El joven volvió la cabeza.

—¿Sí?

La mujer permaneció pensativa.

Finalmente, sonrió débilmente.

—Gracias por esto.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

—¿Por qué?

Andrea contempló sus manos.

—Por venir.

Hizo una pausa.

—Por escucharme.

Su voz adquirió una emoción sincera.

—Y por tratarme como una persona normal.

Desmond permaneció inmóvil.

La mujer continuó:

—Durante mucho tiempo sentí que las personas solamente se acercaban a mí porque querían algo.

Su expresión se entristeció ligeramente.

—A veces todavía me cuesta creer que alguien pueda disfrutar de mi compañía sin esperar nada a cambio.

El profesor respiró profundamente.

Durante unos segundos observó su rostro.

Después respondió con tranquilidad.

—Gracias a ti por hablar.

Andrea levantó lentamente la mirada.

Desmond continuó:

—No siempre es fácil contarle cosas personales a alguien.

Hizo una pausa.

—Y hoy también me ayudaste a distraerme un poco.

La mujer sonrió.

—Me alegra.

El profesor correspondió al gesto.

Durante unos segundos continuaron caminando en silencio.

Finalmente, Andrea soltó una pequeña risa.

—Aunque debo admitir algo.

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

La mujer sonrió.

—Pensé que nuestra primera conversación normal sería mucho más incómoda.

El profesor soltó una carcajada.

—¿Por qué?

Andrea lo observó con expresión divertida.

—Porque nuestra primera conversación fue una batalla donde intenté humillarte frente a miles de personas.

Desmond permaneció pensativo.

Después asintió.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Visto así, tienes razón.

Ambos comenzaron a reír.

La tensión desapareció nuevamente.

Andrea negó suavemente con la cabeza.

—Definitivamente eres extraño.

El profesor levantó una ceja.

—Gracias.

La mujer soltó otra carcajada.

Después continuaron caminando.

Poco a poco, las calles comenzaron a adquirir una apariencia más modesta.

Los edificios aristocráticos quedaron atrás.

Y aparecieron construcciones residenciales de menor tamaño.

Algunas fachadas estaban deterioradas.

Otras mostraban reparaciones recientes.

Pero el ambiente parecía relativamente tranquilo.

Andrea señaló uno de los edificios.

—Es aquí.

Desmond levantó la mirada.

Era una construcción sencilla.

No tenía las decoraciones elegantes de los sectores cercanos al Palacio Ludendorff.

Tampoco parecía especialmente lujosa.

Sin embargo, se encontraba en una calle iluminada y relativamente tranquila.

El joven observó el lugar.

Después volvió la mirada hacia Andrea.

—¿Aquí estás viviendo ahora?

La mujer asintió.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Sí.

Hizo una pausa.

—No es gran cosa.

Pero es mío.

Desmond sonrió.

—Eso es lo importante.

Andrea bajó ligeramente la mirada.

Durante unos segundos contempló la entrada.

Después respiró profundamente.

—Todavía me cuesta acostumbrarme.

El profesor permaneció atento.

La mujer continuó:

—Tener una puerta que puedo cerrar.

Una habitación donde nadie entra sin permiso.

Y poder descansar sin sentir que tengo que hacer algo para merecerlo.

Su voz se suavizó.

—Parece algo pequeño.

Pero para mí significa muchísimo.

Desmond sintió una emoción profunda.

Recordó aquella noche en que decidió entregarle el premio.

No sabía si conseguiría ayudarla.

Simplemente deseaba ofrecerle una oportunidad.

Ahora estaba frente a la prueba de que aquella decisión había significado algo real.

El joven asintió.

—Me alegra que hayas conseguido un lugar seguro.

Andrea levantó lentamente la mirada.

Sus ojos brillaban.

—Fue gracias a ti.

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—Yo solamente te ayudé a dar el primer paso.

Hizo una pausa.

—El resto lo estás haciendo tú.

La mujer permaneció contemplándolo.

Después sonrió con ternura.

—Gracias, Desmond.

El profesor correspondió al gesto.

Finalmente, Andrea se acercó hacia la entrada del edificio.

Pero antes de abrir la puerta, se detuvo.

Volvió lentamente la cabeza.

Desmond permanecía a pocos pasos.

Durante unos segundos ambos se contemplaron.

La mujer parecía estar intentando decidir si debía decir algo más.

Finalmente, regresó hacia él.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Ocurre algo?

Andrea no respondió inmediatamente.

Simplemente abrió los brazos.

Y lo abrazó.

El profesor permaneció sorprendido.

Durante un instante sus manos quedaron inmóviles.

No esperaba aquel gesto.

Había pasado demasiado tiempo relacionando los abrazos con recuerdos que todavía le resultaban dolorosos.

Sin embargo, comprendió que Andrea no estaba intentando incomodarlo.

Simplemente deseaba agradecerle la tarde que habían compartido.

Desmond respiró profundamente.

Después correspondió al abrazo.

Sus movimientos fueron algo torpes al principio.

Pero sinceros.

Andrea apoyó suavemente la cabeza contra su hombro.

Durante algunos segundos permanecieron inmóviles.

El silencio de la calle los rodeaba.

Finalmente, la mujer habló.

—Buenas noches, Desmond.

Su voz fue suave.

El profesor sonrió ligeramente.

—Buenas noches, Andrea.

La pecadora permaneció abrazándolo un instante más.

Después se separó.

Sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas.

Desmond bajó lentamente los brazos.

Durante unos segundos ambos permanecieron frente a frente.

Andrea sonrió tímidamente.

El joven correspondió al gesto.

No había necesidad de añadir nada.

La conversación había sido suficiente.

Habían pasado horas compartiendo recuerdos.

Hablando de sus heridas.

Y descubriendo que podían disfrutar de la compañía del otro sin sentirse obligados a fingir.

Finalmente, Andrea retrocedió un pequeño paso.

—Cuídate.

Desmond asintió.

—Tú también.

La mujer se volvió hacia la puerta.

Después de abrirla, miró una última vez hacia él.

Sus ojos se encontraron.

Durante un segundo permanecieron inmóviles.

Andrea sonrió.

Desmond correspondió.

No hubo palabras.

Pero aquel pequeño instante pareció contener una gratitud que ninguno necesitaba explicar.

Finalmente, Andrea entró.

La puerta se cerró suavemente.

Desmond permaneció frente al edificio durante unos segundos.

Después respiró profundamente.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

No sabía exactamente por qué.

Pero se sentía tranquilo.

Durante los últimos meses había atravesado cambios que jamás imaginó experimentar.

Su divorcio.

La mudanza al Palacio Ludendorff.

El regreso a la industria musical.

Y aquella competencia que terminó acercándolo a una persona con una historia profundamente dolorosa.

Ahora acababa de pasar una tarde entera conversando con ella.

Sin escenarios.

Sin micrófonos.

Y sin la necesidad de demostrar absolutamente nada.

Desmond comenzó a caminar hacia el palacio.

Las calles permanecían tranquilas.

La brisa nocturna acariciaba suavemente su rostro.

Y los postes proyectaban largas sombras sobre el suelo.

Durante el trayecto recordó algunas de las conversaciones que había compartido con Andrea.

Su sentido del humor.

La pasión que sentía por la música.

Y aquella emoción con la que habló sobre su nuevo apartamento.

El joven sonrió discretamente.

Le alegraba saber que estaba encontrando una manera de reconstruir su vida.

No ignoraba que todavía tendría dificultades.

Las heridas que había sufrido eran profundas.

Y probablemente necesitaría mucho tiempo para sentirse completamente segura.

Pero al menos había comenzado.

Desmond también pensó en sí mismo.

Durante semanas había creído que recuperar la felicidad significaba dejar de extrañar a Skyler.

Como si solamente pudiera avanzar después de borrar completamente los recuerdos de su matrimonio.

Ahora comenzaba a comprender algo diferente.

Podía seguir amándola.

Recordar los momentos que habían compartido.

Y aceptar que aquella etapa había terminado.

Sin que eso significara renunciar a toda posibilidad de volver a sentirse bien.

No necesitaba convertir cada momento agradable en una traición a su pasado.

Tampoco debía castigarse por sonreír mientras todavía estaba atravesando un duelo.

Desmond respiró profundamente.

La idea le resultó extrañamente reconfortante.

Durante mucho tiempo había intentado mantenerse fuerte mediante el trabajo.

Primero la universidad.

Después el videoclip.

Y finalmente las presentaciones musicales.

Aquellas actividades le habían permitido recuperar su propósito.

Pero ahora había descubierto algo que también necesitaba.

Compañía.

No necesariamente una relación sentimental.

Simplemente la posibilidad de conversar con alguien sin sentir que debía ocultar sus pensamientos.

Andrea había escuchado.

Él también.

Y durante unas horas consiguieron dejar de sentirse completamente definidos por las experiencias que los habían lastimado.

El joven continuó caminando.

Finalmente, las estructuras del Palacio Ludendorff comenzaron a aparecer frente a él.

Las enormes puertas permanecían iluminadas.

Los jardines estaban tranquilos.

Y algunos trabajadores realizaban las últimas labores de la madrugada.

Desmond atravesó la entrada.

Saludó discretamente al personal.

Después comenzó a recorrer los corredores.

El palacio estaba considerablemente más silencioso que durante el día.

Las lámparas proyectaban una iluminación tenue sobre las paredes.

Y los pasos del joven resonaban suavemente sobre el mármol.

Durante algunos minutos avanzó sin detenerse.

Finalmente, llegó a su habitación.

Abrió la puerta.

Entró.

Y cerró detrás de él.

El espacio permanecía exactamente como lo había dejado.

Su computadora descansaba sobre el escritorio.

Los cuadernos musicales estaban organizados en las repisas.

Y la guitarra permanecía junto a la cama.

Desmond observó brevemente el lugar.

Después volvió la mirada hacia la fotografía de Skyler.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Aquella imagen continuaba despertando nostalgia.

Recordó su sonrisa.

Su voz.

Y todos los años que habían compartido.

Pero, por primera vez desde el divorcio, aquel recuerdo no consiguió borrar completamente la tranquilidad que sentía.

Desmond se acercó lentamente a la cama.

Dejó el teléfono sobre la mesa.

Después se sentó.

Permaneció contemplando el suelo durante unos segundos.

Su cuerpo estaba cansado.

Había pasado prácticamente toda la tarde conversando.

Y ya era demasiado tarde para comenzar alguna actividad.

El joven soltó una pequeña risa.

—Vaya día...

Se recostó sobre el colchón.

Ni siquiera se quitó los zapatos.

Simplemente dejó que el cansancio comenzara a vencerlo.

Durante unos minutos contempló el techo.

Recordó la expresión de Andrea cuando se despidieron.

Su sonrisa tímida.

Y aquella manera en que lo abrazó antes de entrar al apartamento.

Desmond sintió una emoción inesperada.

No era la euforia que experimentaba después de ganar una competencia.

Tampoco la satisfacción profesional de escuchar una canción terminada.

Era algo mucho más tranquilo.

Una sensación cálida.

Discreta.

Como si, después de atravesar una etapa especialmente oscura, hubiera encontrado un pequeño espacio donde podía descansar emocionalmente.

El joven respiró profundamente.

No intentó darle un nombre.

Tampoco comenzó a imaginar acontecimientos futuros.

Había aprendido que la vida podía cambiar demasiado rápido como para construir certezas sobre cada encuentro.

Simplemente aceptó que había disfrutado aquella tarde.

Que Andrea le había permitido conocer una parte diferente de sí mismo.

Y que, por primera vez en mucho tiempo, había conseguido regresar a su habitación sin sentirse completamente consumido por la tristeza.

Desmond cerró lentamente los ojos.

La imagen de Skyler todavía ocupaba un lugar importante dentro de su memoria.

Pero ahora también recordaba una conversación agradable.

Una botella de vino que ninguno terminó.

Varias carcajadas.

Y una despedida sencilla frente a un apartamento modesto.

Aquellos recuerdos no eliminaban los anteriores.

Simplemente comenzaban a ocupar un espacio propio.

El joven acomodó ligeramente la cabeza sobre la almohada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Durante los últimos meses había luchado por recuperar su música.

Su independencia.

Y la seguridad de que todavía podía construir un futuro.

Pero aquella noche descubrió que también podía recuperar algo mucho más sencillo.

La capacidad de sentirse feliz sin necesitar una razón extraordinaria.

No había recibido un premio.

Ni conseguido millones de reproducciones.

Tampoco había resuelto todos sus problemas.

Solamente había compartido una tarde con alguien que deseaba conocerlo mejor.

Y aquello había sido suficiente.

Afuera, el Palacio Ludendorff permanecía envuelto en silencio.

Las últimas luces de la madrugada se reflejaban sobre los jardines.

Y Desmond comenzaba finalmente a quedarse dormido.

No sabía qué ocurriría después.

Tampoco si volvería a encontrarse con Andrea.

Pero aquella incertidumbre ya no le producía el mismo miedo.

Por primera vez desde su separación, el futuro no parecía estar construido únicamente sobre las cosas que había perdido.

También podía contener encuentros inesperados.

Conversaciones.

Y pequeños momentos capaces de recordarle que todavía existían razones para sonreír.

Desmond respiró lentamente.

Su cuerpo terminó de relajarse.

Y permitió que el sueño comenzara a vencerlo.

Al llegar a su habitación, se acostó sin quitarse siquiera los zapatos. Cerró los ojos, y por primera vez en mucho tiempo, sintió algo distinto: una punzada de felicidad. Un sentimiento

que no pedía permiso, que rompía esquemas y derrumbaba muros. Algo que parecía imposible... pero real.

CAP 32

Confesión entre Ruinas

Diciembre había llegado al Infierno.

Aunque las temperaturas infernales rara vez descendían lo suficiente como para recordar el invierno del mundo humano, aquella época del año poseía un encanto particular. El calor parecía disminuir ligeramente durante las tardes y una brisa más agradable recorría las calles, permitiendo que los habitantes disfrutaran de sus actividades sin el agobio habitual de las jornadas más calurosas.

En los sectores residenciales cercanos al Palacio Ludendorff, las decoraciones navideñas habían comenzado a transformar el paisaje.

Guirnaldas rojizas y verdes adornaban los balcones. Pequeños establecimientos exhibían figuras festivas detrás de sus vitrinas, mientras algunas familias colocaban luces alrededor de las ventanas.

Las avenidas continuaban mostrando la arquitectura imponente del Anillo de la Furia, pero ahora aquella severidad se mezclaba con pequeños detalles que transmitían una sensación inesperada de tranquilidad.

Sobre las aceras podían observarse dibujos realizados con tizas de colores.

Algunos representaban árboles navideños.

Otros mostraban estrellas, regalos y figuras que los pequeños artistas habían imaginado.

Niños imps y cachorros infernales se reunían en grupos, compartiendo materiales mientras discutían sobre quién había realizado el dibujo más bonito.

Sus risas contrastaban con el movimiento de los vehículos y las conversaciones de los adultos.

Para Desmond, aquellas escenas despertaban una nostalgia particular.

La Navidad siempre había significado algo especial durante su infancia.

En la comuna 54, su familia nunca había tenido demasiado dinero para comprar decoraciones elaboradas o preparar celebraciones extravagantes.

Sin embargo, Marta procuraba que aquellas fechas fueran diferentes.

A veces bastaba con una comida sencilla.

Una pequeña decoración improvisada.

O unas cuantas horas compartidas con James para que el ambiente de la casa pareciera transformarse.

Desmond recordaba especialmente las noches en que su madre adoptiva insistía en reunirlos, incluso cuando los problemas económicos parecían empeñados en destruir cualquier posibilidad de celebración.

No importaba cuánto dinero tuvieran.

Marta siempre encontraba una manera de recordarles que todavía podían estar agradecidos por permanecer juntos.

Aquellas enseñanzas continuaban acompañándolo.

Incluso ahora, cuando vivía dentro de uno de los palacios más importantes del Infierno.

Sin embargo, aquella Navidad sería diferente.

Por primera vez en nueve años, Desmond no la compartiría como esposo de Skyler.

El divorcio todavía era reciente.

Y aunque había comenzado a recuperar cierta tranquilidad gracias a la música y a sus nuevas amistades, existían momentos en los que la ausencia de la sabueso volvía a manifestarse con una intensidad inesperada.

Especialmente durante las noches.

Desmond había aprendido a dormir solo.

O, al menos, había comenzado a acostumbrarse.

Ya no despertaba constantemente intentando abrazar a alguien que no estaba allí.

Tampoco permanecía todas las madrugadas contemplando aquella fotografía del parque de diversiones que conservaba sobre la mesa de noche.

Pero todavía la extrañaba.

No podía negar aquello.

Skyler había sido una parte fundamental de su vida.

Y los recuerdos de una relación de nueve años no desaparecían simplemente porque ambos hubieran firmado unos documentos.

Aun así, el joven había conseguido encontrar razones para continuar.

Su regreso a la industria musical había resultado mucho más exitoso de lo que imaginó.

Guess Who's Back continuaba recibiendo reproducciones.

Nuevos seguidores descubrían su trabajo.

Y la victoria durante el aniversario de Hellbeat Records había demostrado que todavía conservaba buena parte de las habilidades que desarrolló durante su juventud.

También había comenzado a construir una amistad inesperada.

Andrea.

La pecadora con quien había disputado la final de aquella competencia.

Durante los últimos dos meses, ambos habían mantenido conversaciones prácticamente todos los días.

Al principio eran mensajes breves.

Preguntas sobre sus respectivas jornadas.

Comentarios relacionados con la música.

Y pequeñas recomendaciones que intercambiaban cuando encontraban alguna canción interesante.

Después comenzaron a hablar de asuntos más personales.

Andrea le contaba cómo avanzaba su adaptación al nuevo apartamento.

En ocasiones mencionaba que todavía le resultaba extraño disfrutar de una tranquilidad que durante tanto tiempo había considerado imposible.

Desmond, por su parte, compartía algunas experiencias relacionadas con la universidad.

Le hablaba de sus composiciones.

De sus estudiantes.

Y de las dificultades que estaba enfrentando mientras intentaba reorganizar su vida después del divorcio.

La confianza había crecido lentamente.

Sin grandes declaraciones.

Ni promesas apresuradas.

Simplemente mediante conversaciones que comenzaron a formar parte de sus rutinas.

Andrea se había convertido en una amiga importante.

Alguien con quien Desmond podía hablar sin sentir que debía mantener constantemente una imagen de fortaleza.

Había ocasiones en que terminaba contándole cosas que ni siquiera había mencionado frente a Izobelle.

No porque desconfiara de su hermana.

Sino porque algunas emociones resultaban más sencillas de expresar ante alguien que también estaba intentando reconstruir su vida después de experiencias dolorosas.

Aquella tarde, sin embargo, Desmond no estaba pensando especialmente en Andrea.

Se encontraba dentro de su habitación, organizando algunas prendas en el vestidor.

Había decidido aprovechar unas horas libres para ordenar sus pertenencias.

Desde su llegada al palacio, ciertos objetos continuaban guardados dentro de pequeñas cajas.

Y, aunque ya consideraba aquella habitación un espacio relativamente familiar, todavía deseaba organizarla de una manera más cómoda.

Desmond abrió uno de los cajones.

Sacó varias camisetas.

Las dobló cuidadosamente.

Después las acomodó junto a otras prendas.

Mientras trabajaba, comenzó a tararear una melodía.

Era una canción que recordaba de su infancia.

No estaba completamente seguro de cuándo la había escuchado por primera vez.

Quizás Marta acostumbraba reproducirla durante alguna celebración.

O tal vez James la había puesto mientras realizaban las tareas de la casa.

Pero la melodía permanecía grabada en su memoria.

Desmond sonrió discretamente.

Continuó tarareando.

Durante unos minutos, el único sonido dentro de la habitación fue el movimiento de los cajones y el roce de la ropa.

El ambiente era agradable.

Las cortinas doradas permanecían parcialmente abiertas, permitiendo que la luz de la tarde iluminara el suelo.

Sobre el escritorio descansaban algunos cuadernos musicales.

La computadora estaba apagada.

Y junto a la cama permanecía una guitarra que Desmond conservaba desde hacía años.

Aquella guitarra tenía un significado especial.

Skyler se la había regalado durante su relación.

El instrumento había acompañado numerosas composiciones.

También había estado presente durante algunas de las etapas más importantes de su carrera.

Desmond lo cuidaba con una dedicación particular.

No solamente por su calidad.

Sino por los recuerdos que representaba.

El joven terminó de acomodar algunas prendas.

Después cerró lentamente el cajón.

Fue entonces cuando escuchó unos golpes en la puerta.

Toc, toc.

Desmond levantó la cabeza.

—¿Sí?

No recibió una respuesta inmediata.

Permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después dejó la prenda que sostenía y comenzó a caminar hacia la entrada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Pensó en Andrea.

Durante los últimos días habían conversado sobre la posibilidad de volver a encontrarse.

Quizás había decidido visitarlo.

Aunque normalmente le avisaba antes de acercarse al palacio, Desmond no descartó que quisiera darle una sorpresa.

La idea le resultó agradable.

Había disfrutado mucho de su compañía durante aquellos dos meses.

Y no podía negar que comenzaba a esperar con entusiasmo algunos de sus mensajes.

El joven llegó frente a la puerta.

Tomó el picaporte.

Y abrió.

Su sonrisa desapareció inmediatamente.

Frente a él permanecía Skyler.

Durante varios segundos ninguno pronunció una sola palabra.

Desmond sintió que el pecho se le oprimía.

No esperaba encontrarla allí.

La sabueso infernal permanecía inmóvil, con una expresión cargada de cansancio.

Sus orejas estaban ligeramente inclinadas.

Y sus ojos reflejaban una tristeza que resultaba imposible ignorar.

Desmond contempló su rostro.

Habían pasado semanas desde su encuentro durante el aniversario de Hellbeat Records.

Desde entonces, apenas habían mantenido contacto.

No porque existiera odio entre ambos.

Simplemente porque la separación había dejado una distancia que ninguno sabía cómo manejar completamente.

El joven tragó saliva.

—Skyler...

Su voz fue apenas un susurro.

La muchacha levantó lentamente la mirada.

Durante unos segundos pareció intentar encontrar las palabras adecuadas.

Finalmente, preguntó:

—¿Puedo pasar?

Desmond permaneció inmóvil.

Después asintió lentamente.

—Claro.

Se apartó.

Skyler entró.

Sus pasos fueron suaves.

La muchacha observó brevemente la habitación.

Reconoció algunos objetos que habían pertenecido a la casa donde vivieron juntos.

Los cuadernos.

Las prendas.

Y la guitarra que descansaba cerca de la cama.

Aquellos detalles despertaron una nostalgia evidente.

Desmond cerró lentamente la puerta.

Después se volvió hacia ella.

No sabía qué esperar.

Quizás había conseguido resolver los problemas con su familia.

Tal vez quería hablar sobre algo relacionado con su divorcio.

O simplemente deseaba visitarlo antes de Navidad.

El joven intentó mantenerse tranquilo.

Skyler caminó hacia la cama.

Tomó asiento sobre uno de los extremos.

Desmond permaneció de pie durante unos segundos.

Después se sentó en el lado opuesto.

La distancia entre ambos parecía mucho mayor de lo que realmente era.

Durante nueve años habían compartido prácticamente todo.

Ahora estaban sentados sobre la misma cama sin saber cómo comenzar una conversación.

Skyler contempló el suelo.

Desmond observó discretamente sus manos.

La sabueso parecía nerviosa.

Sus dedos se movían lentamente sobre la tela de su ropa.

Finalmente, respiró profundamente.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Skyler permaneció callada durante unos segundos.

Después habló.

—Las cosas con mi familia no salieron bien.

Desmond sintió una pequeña presión en el pecho.

—¿Qué ocurrió?

La muchacha bajó lentamente la cabeza.

—Intentamos arreglarlo.

Hizo una pausa.

—De verdad lo intentamos.

Su voz adquirió un tono profundamente cansado.

—Pero los problemas eran demasiado grandes.

Cada uno quería algo diferente.

Y al final...

Se interrumpió.

Desmond permaneció atento.

Skyler respiró profundamente.

—Todos se fueron.

El joven levantó ligeramente las cejas.

La muchacha continuó:

—Cada uno tomó su propio camino.

Hizo una pausa.

—Y ahora prácticamente no queda nada de aquello que mi padre estaba intentando reunir.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Recordó la conversación que había mantenido con Darius.

El hombre parecía sinceramente preocupado por la situación familiar.

Había explicado que necesitaban permanecer juntos.

Y Desmond decidió respetar aquella necesidad, incluso cuando aquello significó terminar su matrimonio.

Ahora escuchaba que todos aquellos esfuerzos habían fracasado.

El joven sintió una tristeza profunda.

Skyler continuó:

—Pensé que podríamos conseguirlo.

Que después de tantos años separados encontraríamos alguna manera de volver a ser una familia.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Pero no funcionó.

Desmond permaneció callado.

La muchacha dejó escapar un suspiro.

—Será una Navidad deprimente.

Durante unos segundos ninguno habló.

El silencio de la habitación parecía haberse vuelto más pesado.

Desmond observó brevemente la ventana.

Después volvió a mirar a Skyler.

—Lo siento mucho.

Su voz fue sincera.

—Sé cuánto significaba para ti recuperar esa relación.

La sabueso asintió débilmente.

—Sí...

Permaneció contemplando el suelo.

Después levantó lentamente la cabeza.

—Pero...

Desmond volvió a mirarla.

Skyler respiró profundamente.

—Hay algo que quizás te anime.

El joven sintió que el corazón comenzaba a latirle con mayor fuerza.

No sabía por qué.

Pero aquellas palabras despertaron una esperanza que había intentado mantener bajo control desde el divorcio.

Skyler continuó:

—Podemos volver a estar juntos.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos contempló su rostro.

No consiguió responder.

Había imaginado aquella posibilidad numerosas veces.

Especialmente durante las noches más difíciles.

Se había preguntado qué ocurriría si Skyler regresaba.

Si algún día llamaba a su puerta y le explicaba que todo estaba resuelto.

Que podían recuperar la vida que habían construido juntos.

Pero ahora, cuando finalmente escuchaba aquellas palabras, no sabía cómo reaccionar.

El joven abrió ligeramente los labios.

—Sky...

Sin embargo, ella continuó antes de que pudiera terminar.

—No lo digo porque te ame.

Desmond sintió que algo se detenía dentro de él.

La muchacha bajó lentamente la mirada.

Después añadió:

—Ya no siento nada por ti.

El silencio fue absoluto.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante un instante pensó que había escuchado mal.

Las palabras parecían no tener sentido.

Skyler acababa de ofrecerle la posibilidad de regresar.

De reconstruir una relación que había significado prácticamente toda su juventud.

Y ahora le estaba diciendo que ya no lo amaba.

La sabueso respiró profundamente.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Lo intenté.

Hizo una pausa.

—De verdad intenté recuperar lo que sentía.

Pero mis propios problemas terminaron ahogándome.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Skyler continuó:

—Todo lo que pasó con mi familia...

La separación...

Y las cosas que he tenido que enfrentar...

Su expresión adquirió una tristeza profunda.

—No sé en qué momento ocurrió.

Pero ya no siento lo mismo.

El joven permaneció callado.

Sintió una presión dolorosa en la garganta.

Quiso preguntar por qué.

Quiso recordar los nueve años que habían compartido.

Las noches en que Skyler le prometía que siempre estaría a su lado.

Y aquella despedida durante el divorcio, cuando ambos aseguraron que todavía se amaban.

Pero ninguna palabra consiguió salir.

La muchacha levantó lentamente la mirada.

—Solo...

Su voz fue baja.

—Quería que lo supieras.

Desmond contempló el suelo.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

Después respiró profundamente.

Su expresión no cambió.

Había aprendido durante años a controlar sus emociones frente a situaciones difíciles.

A mantener la voz firme.

Y a no permitir que otros comprendieran inmediatamente cuánto estaba sufriendo.

Pero aquella serenidad era solamente una apariencia.

Por dentro sentía que algo acababa de romperse.

Finalmente, respondió.

—Entiendo.

Una sola palabra.

Seca.

Desprovista de cualquier emoción visible.

Skyler permaneció observándolo.

Parecía haber esperado una reacción diferente.

Quizás una pregunta.

Una protesta.

O alguna expresión de tristeza.

Pero Desmond no dijo nada más.

Simplemente continuó sentado.

Con la mirada fija en el suelo.

La sabueso respiró profundamente.

Después observó lentamente la habitación.

Sus ojos recorrieron los muebles.

Los libros.

Y algunos objetos personales que reconocía de su antiguo hogar.

Finalmente, su mirada se detuvo sobre la mesa de noche.

Allí descansaba una fotografía.

La misma imagen que Desmond había encontrado dentro de una gaveta después de su divorcio.

Ambos aparecían abrazados durante una visita a un parque de diversiones.

Sonreían.

Felices.

Sin imaginar todo cuanto ocurriría durante los años siguientes.

Skyler permaneció contemplándola.

Su expresión cambió.

Durante unos segundos pareció recordar aquella jornada.

Después volvió lentamente la cabeza.

—¿Aún conservas esto?

Desmond no respondió.

Sus ojos continuaban fijos en el suelo.

La muchacha permaneció esperando.

Pero el silencio no cambió.

El joven había cerrado lentamente los puños.

Su respiración permanecía controlada.

Sin embargo, los músculos de su mandíbula estaban tensos.

Skyler comenzó a comprender cuánto lo había lastimado.

No necesitaba verlo llorar.

Tampoco escucharlo gritar.

Conocía demasiado bien a Desmond.

Sabía que aquella inmovilidad no significaba indiferencia.

Era la manera en que intentaba impedir que sus emociones terminaran desbordándolo.

La sabueso bajó lentamente la mirada.

Durante unos segundos pareció considerar la posibilidad de acercarse.

De tomar su mano.

O intentar explicar nuevamente lo que acababa de decir.

Pero no lo hizo.

Quizás comprendió que ninguna explicación conseguiría aliviar inmediatamente el dolor que había provocado.

Finalmente, se incorporó.

Desmond no levantó la cabeza.

Skyler caminó lentamente hacia la puerta.

Antes de abrirla, volvió una última vez la mirada.

El joven continuaba sentado sobre la cama.

Inmóvil.

Con los puños cerrados.

Y una expresión que parecía vacía.

La muchacha sintió una tristeza profunda.

Sin embargo, no pronunció ninguna palabra.

Abrió la puerta.

Salió.

Y la cerró suavemente detrás de ella.

Desmond permaneció en silencio.

Durante varios segundos no se movió.

Escuchó los pasos de Skyler alejándose por el corredor.

Después el sonido de alguna puerta.

Y finalmente nada.

El joven continuó contemplando el suelo.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido.

Quizás apenas unos segundos.

Tal vez varios minutos.

Lo único que podía escuchar era su propia respiración.

Una respiración que comenzaba a volverse irregular.

Desmond levantó lentamente la mirada hacia la fotografía.

La contempló.

Recordó la voz de Skyler.

«Ya no siento nada por ti».

Aquellas palabras comenzaron a repetirse dentro de su cabeza.

Una y otra vez.

Durante semanas había intentado aceptar el divorcio como una decisión dolorosa, pero necesaria.

Se había convencido de que estaba respetando la libertad de su esposa.

Que todavía existía amor entre ambos.

Y que la separación respondía a circunstancias familiares que ninguno había conseguido controlar.

Ahora aquella explicación parecía desmoronarse.

Skyler ya no lo amaba.

No era simplemente que no pudiera regresar.

Tampoco que su familia continuara necesitando su presencia.

Había dejado de sentir aquello que durante nueve años los mantuvo unidos.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Una lágrima descendió por su mejilla.

Intentó respirar profundamente.

Pero no consiguió aliviar la presión que sentía en el pecho.

Se levantó.

Caminó hacia la ventana.

Y contempló el exterior.

Las decoraciones navideñas continuaban brillando sobre los jardines.

Algunos trabajadores recorrían los senderos.

Y, a lo lejos, podía escucharse la risa de varios niños.

La vida continuaba.

Como si nada hubiera ocurrido.

Desmond apoyó una mano contra el marco de la ventana.

Sintió que los dedos comenzaban a temblarle.

Durante unos segundos intentó mantenerse tranquilo.

Recordó las enseñanzas de Marta.

La importancia de controlar la rabia.

Y aquella insistencia en que ninguna emoción justificaba lastimar a otras personas.

Pero entonces volvió a escuchar aquellas palabras en su memoria.

«Ya no siento nada por ti».

Desmond apretó los dientes.

Su respiración comenzó a acelerarse.

Había perdido a Miguel.

A Marta.

Y la oportunidad de conocer a Rubí.

Había visto desaparecer Hellbeat Records.

Había enfrentado la verdad sobre John Ludendorff.

Y consiguió sobrevivir a todo aquello.

Pero ahora sentía que la persona que había considerado su refugio durante tantos años acababa de destruir la última esperanza que conservaba de recuperar su antigua vida.

El joven bajó lentamente la cabeza.

Sus manos comenzaron a temblar con mayor fuerza.

—¿Por qué...?

Su voz fue apenas un murmullo.

No recibió respuesta.

Desmond cerró los ojos.

—¿Por qué, Skyler...?

Una nueva lágrima descendió por su mejilla.

Después otra.

El dolor comenzó a mezclarse con una rabia que llevaba demasiado tiempo intentando contener.

Recordó las noches en que había llorado después del divorcio.

Los esfuerzos por reconstruirse.

Y la manera en que había intentado aceptar aquella separación sin culpar a nadie.

Ahora sentía que todo aquello había sido inútil.

Desmond volvió hacia el interior de la habitación.

Contempló los muebles.

Los cuadernos.

Y las pertenencias que había acomodado cuidadosamente desde su llegada.

Una frustración insoportable comenzó a recorrerle el cuerpo.

Finalmente, no consiguió contenerse.

—¡MALDICIÓN!

El grito resonó por toda la habitación.

Desmond se llevó ambas manos a la cabeza.

Su respiración era descontrolada.

Durante unos segundos caminó sin rumbo.

Después tomó uno de los libros que descansaban sobre el escritorio.

Lo arrojó contra la pared.

El impacto produjo un sonido seco.

El libro cayó al suelo.

Pero aquello no consiguió aliviarlo.

Desmond tomó otro objeto.

Lo lanzó.

Después apartó violentamente algunas prendas que descansaban sobre una silla.

La ropa terminó esparcida por el suelo.

El joven continuó gritando.

No pronunciaba frases completas.

Solamente sonidos cargados de rabia, desesperación y una tristeza que parecía haberse convertido en algo imposible de contener.

Abrió uno de los cajones.

Sacó varias prendas.

Las arrojó sin preocuparse por dónde caerían.

Después se acercó a la cama.

Tomó una almohada.

La lanzó contra la pared.

Otra terminó sobre el suelo.

Las sábanas quedaron completamente desordenadas.

Desmond respiraba con dificultad.

Las lágrimas continuaban recorriéndole las mejillas.

No estaba pensando con claridad.

Tampoco intentaba detenerse.

Simplemente deseaba expulsar aquella sensación de vacío que parecía estar consumiéndolo.

Entonces su mirada encontró la guitarra.

El instrumento descansaba junto a la cama.

La misma guitarra que Skyler le había regalado años atrás.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló su estructura.

Recordó la emoción que experimentó cuando recibió aquel regalo.

La manera en que Skyler sonreía mientras esperaba su reacción.

Y las incontables ocasiones en que había utilizado aquella guitarra para componer canciones dedicadas a ella.

El joven sintió que algo se quebraba nuevamente dentro de su pecho.

Se acercó.

Tomó el instrumento.

Durante unos segundos lo sostuvo entre las manos.

Sus dedos recorrieron brevemente la madera.

Era un objeto que había cuidado durante años.

Una parte importante de su historia musical.

Pero en aquel momento solamente conseguía ver el recuerdo de alguien que acababa de decirle que ya no sentía nada por él.

Desmond apretó los dientes.

—¡BASTA!

Levantó la guitarra.

Y la golpeó violentamente contra el suelo.

La madera crujió.

Una parte de la estructura se fracturó.

El sonido resonó dentro de la habitación.

Desmond permaneció inmóvil.

Contempló el instrumento roto.

Durante unos segundos pareció no comprender lo que acababa de hacer.

Después sintió que la rabia comenzaba a transformarse en una tristeza todavía más profunda.

La guitarra ya no podía volver a ser la misma.

El joven retrocedió ligeramente.

Sus ojos estaban enrojecidos.

Volvió la mirada hacia la mesa de noche.

La fotografía.

Aquella imagen de ambos durante el paseo al parque de diversiones.

Desmond se acercó lentamente.

La tomó.

Contempló los rostros sonrientes.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

Recordó aquel día.

Las atracciones.

Las bromas.

Y la manera en que Skyler había terminado abrazándolo para la fotografía.

Una felicidad que ahora parecía pertenecer a otra existencia.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Sus dedos comenzaron a apretar el marco.

Cada vez con mayor fuerza.

Hasta que se escuchó un crujido.

El cristal se fracturó.

Pequeños fragmentos terminaron incrustándose en sus dedos.

Pero Desmond apenas reaccionó.

El dolor emocional era demasiado intenso.

La fotografía resbaló entre sus manos.

El marco roto cayó al suelo.

El joven permaneció contemplando sus dedos.

La sangre comenzaba a descender lentamente.

Durante unos segundos pareció sorprendido.

Después volvió a llorar.

Su rabia había terminado destruyendo dos de los objetos que más recuerdos conservaban de su matrimonio.

Y aquello no había conseguido aliviar absolutamente nada.

Desmond retrocedió.

Se dejó caer sobre la cama desordenada.

Y escondió el rostro entre sus manos.

La sangre manchó ligeramente las sábanas.

Sus hombros comenzaron a temblar.

Finalmente, después de tantos intentos por contenerse, rompió en un llanto desgarrador.

Ya no quedaba energía para gritar.

Tampoco para lanzar objetos.

Solamente tristeza.

Una tristeza profunda que parecía haberse acumulado durante meses.

Desmond permaneció inclinado hacia adelante.

Con los dedos heridos.

La respiración irregular.

Y la sensación de que todo cuanto había conseguido reconstruir acababa de desmoronarse nuevamente.

No supo cuánto tiempo transcurrió.

Quizás unos minutos.

Finalmente, escuchó que la puerta se abría.

—¡DESMOND!

La voz de Izobelle resonó dentro de la habitación.

La gobernante había sido alertada por los ruidos.

Al escuchar los golpes y gritos, abandonó inmediatamente sus actividades.

Cuando llegó, encontró la puerta cerrada.

Después de llamarlo sin obtener respuesta, decidió entrar.

Lo que vio la dejó completamente paralizada.

Había libros sobre el suelo.

Ropa esparcida.

Almohadas fuera de lugar.

Y varios objetos personales que parecían haber sido arrojados violentamente.

Cerca de la cama descansaba una guitarra rota.

Sobre el suelo había un marco fracturado.

Y su hermano permanecía sentado entre las sábanas desordenadas, con el rostro escondido entre las manos.

Izobelle sintió que el pecho se le oprimía.

—¡Desmond!

Se acercó rápidamente.

Cuando observó la sangre en sus dedos, su expresión cambió inmediatamente.

—¡Por todos los anillos!

Tomó suavemente sus muñecas.

—¡Estás herido!

Desmond levantó lentamente la cabeza.

Sus ojos estaban enrojecidos.

Las lágrimas continuaban recorriéndole las mejillas.

La gobernante contempló sus manos.

Distinguió pequeños fragmentos de cristal incrustados en la piel.

Después observó el marco roto sobre el suelo.

Comprendió lo ocurrido.

—¡Desmond! ¿Qué hiciste?

Su voz reflejaba angustia.

El joven intentó responder.

Pero solamente consiguió dejar escapar un sollozo.

Izobelle respiró profundamente.

No era momento de exigir explicaciones.

Necesitaba atender sus heridas.

Se incorporó rápidamente.

Buscó un pequeño equipo de primeros auxilios.

Regresó con vendas, gasas y unas pinzas.

Después tomó asiento junto a él.

—Dame las manos.

Desmond obedeció débilmente.

Su hermana examinó los cortes con cuidado.

Algunos fragmentos permanecían visibles.

Izobelle comenzó a retirarlos lentamente, procurando no lastimarlo más.

Desmond apenas reaccionaba.

Su mirada permanecía perdida.

La gobernante sintió una tristeza profunda.

—Hermano...

Su voz se suavizó.

—Mírame.

El joven levantó lentamente los ojos.

Izobelle contempló su rostro.

Durante unos segundos no consiguió encontrar las palabras adecuadas.

Finalmente, preguntó:

—¿Qué pasó?

Desmond abrió ligeramente los labios.

Intentó responder.

Pero su voz se quebró inmediatamente.

—Sky...

Se interrumpió.

Izobelle permaneció atenta.

El joven respiró con dificultad.

—Skyler...

Una nueva lágrima descendió por su mejilla.

—Me abandonó...

La gobernante sintió que el corazón se le oprimía.

Desmond intentó continuar.

Pero no consiguió organizar las palabras.

Su respiración comenzó a descontrolarse nuevamente.

Izobelle dejó cuidadosamente las pinzas sobre una gasa limpia.

Después terminó de proteger los cortes.

No formuló más preguntas.

Había comprendido suficiente.

Su hermano acababa de recibir otra herida emocional relacionada con la persona que más había amado durante aquellos años.

Y ahora estaba completamente desbordado.

Izobelle se acercó.

Lo rodeó con ambos brazos.

Y lo abrazó con fuerza.

Desmond permaneció inmóvil durante un instante.

Después se aferró a ella.

Como si finalmente hubiera encontrado algo capaz de sostenerlo.

La gobernante acarició suavemente su espalda.

—Estoy aquí...

Su voz fue cálida.

—Estoy aquí, hermano.

Desmond comenzó a llorar nuevamente.

Escondió el rostro contra su hombro.

Sus sollozos resonaban dentro de la habitación.

Izobelle cerró lentamente los ojos.

No intentó detenerlo.

Tampoco le pidió que fuera fuerte.

Comprendía que durante demasiado tiempo su hermano había intentado soportar solo una tristeza que terminaba superándolo.

Por eso simplemente permaneció junto a él.

Sosteniéndolo.

Y permitiendo que llorara.

Durante un largo rato ninguno habló.

La luz exterior comenzó a disminuir lentamente.

Las sombras se extendieron sobre el suelo.

Y el desorden de la habitación permaneció como un testimonio silencioso de lo ocurrido.

Izobelle continuó acompañándolo.

En ocasiones le ofrecía agua.

O revisaba que las vendas permanecieran correctamente colocadas.

Después volvía a abrazarlo.

No había ninguna prisa.

Los documentos administrativos podían esperar.

Las reuniones también.

En aquel momento, lo único verdaderamente importante era su hermano.

Desmond fue tranquilizándose poco a poco.

Los sollozos comenzaron a disminuir.

Su respiración recuperó cierta regularidad.

Y finalmente el cansancio terminó imponiéndose sobre la angustia.

Izobelle lo ayudó a acomodarse sobre la cama.

Retiró algunos objetos que podían incomodarlo.

Después permaneció sentada junto a él.

El joven cerró lentamente los ojos.

Todavía conservaba una expresión profundamente triste.

Pero estaba demasiado agotado para continuar llorando.

Su hermana acarició suavemente su cabello.

—Descansa...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond no respondió.

Poco después, terminó quedándose dormido.

Izobelle permaneció observándolo durante varios minutos.

Sintió una rabia profunda al pensar en cuánto estaba sufriendo.

Pero comprendía que no conseguiría ayudarlo utilizando aquella rabia.

No sabía exactamente qué había ocurrido entre él y Skyler.

Tampoco quería sacar conclusiones antes de escuchar la historia completa.

Por ahora, lo mejor sería permitir que descansara.

La gobernante respiró profundamente.

Después observó el desorden.

La guitarra rota.

Y el marco quebrado.

Una tristeza silenciosa recorrió su pecho.

Sabía cuánto significaban aquellos objetos para Desmond.

Y comprendió que, cuando despertara, probablemente también tendría que enfrentarse al dolor de haberlos destruido.

Izobelle volvió lentamente la mirada hacia su hermano.

—Ojalá pudiera quitarte todo este sufrimiento...

Su voz fue apenas un murmullo.

Después permaneció a su lado hasta asegurarse de que dormía profundamente.

Los días siguientes fueron difíciles.

Desmond apenas abandonaba su habitación.

Izobelle intentó conversar con él en varias ocasiones.

Le ofreció acompañarlo durante las comidas.

También le propuso salir a caminar por los jardines.

Pero el joven casi siempre respondía con frases breves.

O simplemente negaba lentamente con la cabeza.

No quería salir.

Tampoco hablar.

La mayor parte del tiempo permanecía acostado.

Abrazaba una almohada.

Y contemplaba algún punto de la habitación sin prestar verdadera atención a cuanto ocurría a su alrededor.

Los objetos que había arrojado fueron retirados.

La habitación recuperó lentamente su orden.

Sin embargo, la ausencia de la guitarra rota y de la fotografía resultaba imposible de ignorar.

Desmond no preguntó por ellas.

Tampoco intentó reemplazarlas.

Simplemente permaneció encerrado.

Las comidas comenzaron a quedarse intactas.

En ocasiones aceptaba beber algo.

Pero apenas mostraba interés por alimentarse.

Izobelle comenzó a preocuparse seriamente.

No quería obligarlo a fingir que estaba bien.

Comprendía que atravesaba un momento doloroso.

Pero tampoco podía ignorar que su hermano estaba descuidando necesidades básicas.

Intentó acompañarlo.

Hablarle.

Y ofrecerle alternativas para que no permaneciera completamente aislado.

Desmond agradecía ocasionalmente.

Pero después volvía a encerrarse dentro de sus pensamientos.

Su teléfono comenzó a acumular notificaciones.

Mensajes de compañeros de trabajo.

Avisos relacionados con la música.

Y varias conversaciones que permanecían sin respuesta.

Entre ellas estaban los mensajes de Andrea.

Durante los últimos dos meses habían hablado prácticamente todos los días.

Por eso, cuando Desmond dejó de responder repentinamente, la pecadora comenzó a preocuparse.

Al principio pensó que estaba ocupado.

Quizás preparando alguna canción.

O atendiendo sus responsabilidades universitarias.

Pero después pasaron más horas.

Y luego varios días.

Andrea comenzó a comprender que algo no estaba bien.

Recordaba algunas de las conversaciones que habían compartido.

La tristeza que aparecía cuando Desmond hablaba de Skyler.

Y aquella manera en que intentaba mantener una apariencia tranquila incluso cuando sus palabras revelaban cuánto estaba sufriendo.

Finalmente, decidió acercarse al Palacio Ludendorff.

No quería seguir esperando mensajes que nunca llegaban.

Necesitaba comprobar personalmente cómo se encontraba.

Aquella tarde, Andrea llegó a la residencia aristocrática.

Su expresión reflejaba preocupación.

Después de explicar el motivo de su visita, consiguió llegar hasta la habitación de Desmond.

Llevaba un plato con comida caliente.

Había decidido prepararle algo sencillo.

No sabía si conseguiría convencerlo de comer.

Pero deseaba intentarlo.

Andrea caminó por el corredor.

Reconoció la puerta.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Pensó en llamar.

Después recordó que llevaba varios días sin obtener respuesta.

Finalmente, abrió y entró sin anunciarse.

La habitación estaba silenciosa.

Las cortinas permanecían parcialmente cerradas.

Y la luz de la tarde apenas iluminaba el interior.

Desmond estaba acostado sobre la cama.

Permanecía de lado.

Abrazando una almohada.

Su cabello estaba desordenado.

Y su expresión reflejaba un agotamiento que Andrea no había visto durante sus encuentros anteriores.

La pecadora sintió que el pecho se le oprimía.

Durante unos segundos permaneció junto a la puerta.

No sabía qué decir.

Había imaginado encontrarlo triste.

Quizás distraído.

Pero no esperaba verlo tan apagado.

Andrea respiró profundamente.

Después comenzó a acercarse.

—Desmond...

Su voz fue suave.

El joven no respondió.

La mujer se detuvo junto a la cama.

Observó su rostro.

Sus ojos permanecían abiertos, pero no parecía prestar verdadera atención a lo que ocurría.

Andrea sintió una tristeza profunda.

—Hola...

Se inclinó ligeramente.

—Soy yo.

Desmond movió apenas la mirada.

Pero no dijo nada.

La pecadora levantó lentamente el plato.

—Hice esto para ti.

Su voz adquirió una calidez especial.

—Pensé que quizás tendrías hambre.

El joven permaneció inmóvil.

Andrea observó el plato.

Después volvió a mirarlo.

—¿Podrías intentar comer algo?

No recibió respuesta.

Durante algunos segundos permaneció esperando.

Finalmente, dejó el plato sobre la mesa de noche.

Se sentó suavemente sobre el borde de la cama.

Contempló a Desmond.

Su expresión comenzó a entristecerse todavía más.

Durante los últimos dos meses había conocido a un hombre reservado, pero capaz de realizar bromas inesperadas.

Alguien que podía pasar horas hablando de música.

Y que, detrás de su semblante serio, conservaba una sonrisa que aparecía cuando conseguía sentirse cómodo.

Ahora aquella persona parecía haberse escondido detrás de una tristeza insoportable.

Andrea respiró profundamente.

Después se acomodó lentamente a su lado.

Se acostó frente a él.

Durante algunos segundos permaneció observándolo en silencio.

—Desmond...

Su voz fue apenas un susurro.

—No me gusta verte así.

El joven continuó inmóvil.

Andrea sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

No quería presionarlo.

Tampoco exigirle que reaccionara inmediatamente.

Comprendía demasiado bien lo que significaba sentir que no existían razones para levantarse.

Había pasado buena parte de su vida enfrentándose a esa misma sensación.

Por eso permaneció cerca.

Sin reproches.

Sin preguntas apresuradas.

Finalmente, volvió a hablar.

—Extraño tu sonrisa.

Desmond movió ligeramente los ojos.

Andrea continuó:

—Esa que mostraste la noche que hablamos por primera vez en el bar.

Una pequeña sonrisa triste apareció en su rostro.

—¿Te acuerdas?

El joven permaneció callado.

La mujer continuó:

—Pasamos horas conversando.

Y casi no nos dimos cuenta de que el lugar estaba por cerrar.

Soltó una risa breve.

—Ni siquiera terminamos la botella de vino.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Andrea observó aquel pequeño movimiento.

Después añadió:

—Quiero volver a verte sonreír así.

Su voz comenzó a quebrarse.

—No porque tengas que fingir que estás bien.

Sino porque sé que todavía existe una parte de ti que quiere seguir adelante.

El joven permaneció inmóvil.

Andrea respiró profundamente.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Después extendió lentamente una mano.

La apoyó suavemente sobre su hombro.

Y lo ayudó a girarse hacia ella.

Desmond no opuso resistencia.

Quedaron frente a frente.

Sus ojos se encontraron.

La mirada del joven estaba apagada.

Había una tristeza profunda en ella.

Pero por primera vez desde que Andrea había entrado, parecía estar prestándole atención.

La mujer sintió una emoción inesperada.

Acarició suavemente su mejilla.

—Aquí estás...

Su voz fue apenas un susurro.

Desmond permaneció callado.

Andrea observó las señales de agotamiento en su rostro.

Después respiró profundamente.

Había algo que llevaba tiempo intentando decirle.

Algo que había comenzado a comprender durante aquellas conversaciones nocturnas.

Durante los mensajes.

Y especialmente después de aquel encuentro en el bar.

Sin embargo, nunca había encontrado el momento adecuado.

No quería apresurarse.

Tampoco deseaba que Desmond creyera que solamente se acercaba a él porque necesitaba sentirse protegida.

Durante años había confundido el miedo, la dependencia y la necesidad de sobrevivir con vínculos que nunca habían sido verdaderamente afectuosos.

Ahora estaba intentando comprender cómo se sentía querer a alguien sin que existiera una obligación detrás.

Y Desmond había despertado en ella emociones que jamás consiguió experimentar durante su vida humana.

Andrea respiró profundamente.

—Desmond...

El joven levantó ligeramente los ojos.

La mujer continuó:

—Desde que te conocí, he pensado mucho en ti.

Su voz fue suave.

—Al principio no sabía cómo explicarlo.

Hizo una pausa.

—Pensé que solamente estaba agradecida porque me ayudaste.

Porque me escuchaste.

Y porque no me trataste como si mi historia fuera lo único que importaba de mí.

Desmond permaneció atento.

Andrea continuó:

—Pero después comenzamos a hablar todos los días.

Y empecé a esperar tus mensajes.

Sus mejillas adquirieron un rubor discreto.

—Quería contarte cuando algo me salía bien.

O cuando encontraba una canción que me gustaba.

Y también quería escucharte cuando tenías un mal día.

El joven sintió una emoción que apenas consiguió comprender.

Andrea bajó lentamente la mirada.

—Aquella noche en el bar te dije que me sentía diferente.

Hizo una pausa.

—Pero no creo que entendieras completamente lo que quería decir.

Desmond permaneció callado.

La mujer volvió a mirarlo.

Sus ojos estaban húmedos.

—Siempre te vi de una manera especial.

Su voz comenzó a temblar.

—Distinta.

Una forma que nunca conocí en vida.

Durante algunos segundos ninguno habló.

Andrea acarició suavemente su rostro.

El joven cerró los ojos brevemente.

No estaba acostumbrado a recibir aquel tipo de cariño desde su divorcio.

Pero el gesto no le resultó incómodo.

Al contrario.

Había algo profundamente reconfortante en sentir que alguien deseaba permanecer cerca sin exigirle que ocultara su tristeza.

Andrea respiró profundamente.

Sus manos temblaban ligeramente.

No era miedo a Desmond.

Era la vulnerabilidad de confesar algo que podía cambiar la relación que habían construido.

La mujer acercó suavemente su rostro.

Se detuvo a poca distancia.

Después sonrió con una ternura que contrastaba profundamente con la actitud que había mostrado durante la batalla de rap.

—Desmond...

Su voz apenas fue audible.

El joven abrió lentamente los ojos.

Andrea tragó saliva.

—Yo...

Se interrumpió.

Durante un instante pareció incapaz de encontrar las palabras.

Después respiró profundamente.

—Yo te...

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

Finalmente, lo dijo.

—Yo te amo.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Aquella confesión lo tomó por sorpresa.

Durante los últimos dos meses había comenzado a sentir un cariño especial por Andrea.

Disfrutaba conversar con ella.

Esperaba sus mensajes.

Y encontraba tranquilidad en su compañía.

Pero todavía no había considerado completamente qué significaban aquellas emociones.

Había estado demasiado concentrado en aceptar su divorcio.

En reconstruir su carrera.

Y en aprender a vivir sin Skyler.

Ahora Andrea acababa de confesarle que estaba enamorada de él.

El joven la observó.

No consiguió responder inmediatamente.

La pecadora permaneció cerca.

Sus ojos buscaban alguna señal de rechazo.

Pero Desmond no se apartó.

Andrea cerró lentamente los ojos.

Y lo besó.

Fue un beso suave.

Breve al principio.

Cargado de una emoción que ninguno parecía haber previsto completamente.

Desmond permaneció sorprendido durante un instante.

Después cerró los ojos.

Y correspondió.

Su mano se apoyó suavemente sobre la cintura de Andrea, acercándola con delicadeza.

La mujer sintió que una pequeña parte de su nerviosismo desaparecía.

Durante algunos segundos permanecieron abrazados.

Después Andrea se separó ligeramente.

Sus ojos estaban húmedos.

Desmond la contempló en silencio.

La pecadora respiró profundamente.

Parecía querer asegurarse de algo antes de permitir que aquel acercamiento continuara.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Andrea bajó lentamente los ojos.

Su voz comenzó a temblar.

—¿No te importa mi historia?

Desmond frunció ligeramente el ceño.

La mujer continuó:

—Todo lo que me hicieron...

Hizo una pausa.

—Los abusos.

Las cosas que tuve que soportar.

Su expresión se quebró.

—¿No te importa que haya sido violada?

Desmond sintió una tristeza profunda.

Andrea continuó:

—¿No te importa que sea una pecadora?

Durante unos segundos permaneció contemplándolo.

Había miedo en sus ojos.

Un miedo que parecía provenir de muchos años de rechazo y humillación.

La mujer esperaba encontrar alguna forma de desprecio.

Alguna palabra que confirmara que su pasado la había convertido en alguien incapaz de ser amado.

Pero Desmond no respondió de aquella manera.

Simplemente extendió una mano.

Acarició suavemente su mejilla.

Y la observó con ternura.

—Andrea...

Su voz fue tranquila.

La mujer levantó lentamente la mirada.

Desmond continuó:

—Nada de lo que te hicieron fue culpa tuya.

Una lágrima descendió por el rostro de la pecadora.

El joven acarició suavemente su mejilla.

—Y no voy a juzgarte por haber sobrevivido a cosas que jamás debiste experimentar.

Andrea permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Tu pasado no hace que valgas menos.

Hizo una pausa.

—Y tampoco voy a tratarte como si fueras alguien diferente solamente porque eres una pecadora.

La mujer sintió que las lágrimas comenzaban a acumularse nuevamente.

El joven respiró profundamente.

Después sonrió débilmente.

—No me importa en absoluto que hayas pasado por todo eso.

Su voz adquirió una ternura sincera.

—Me importa cómo estás ahora.

Y cómo quieres continuar.

Andrea cerró lentamente los ojos.

Desmond continuó:

—Estos dos meses han sido de las mejores cosas que me han pasado en mucho tiempo.

La pecadora volvió a mirarlo.

El joven bajó ligeramente la mirada.

—Desde que Skyler se fue, todo parecía gris.

Su voz se quebró discretamente.

—Intentaba concentrarme en la universidad.

En la música.

Y en cualquier cosa que consiguiera mantenerme ocupado.

Hizo una pausa.

—Pero siempre terminaba regresando a esa sensación de vacío.

Andrea permaneció escuchando.

Desmond volvió a observarla.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Hasta que llegaste tú.

La mujer sintió que el pecho se le oprimía.

El joven continuó:

—Empezamos a hablar.

A compartir cosas.

Y poco a poco comencé a esperar esos momentos.

Su expresión adquirió una sinceridad profunda.

—No sé exactamente cuándo ocurrió.

Pero conseguiste que volviera a disfrutar de cosas que había dejado de apreciar.

Andrea respiró con dificultad.

Las lágrimas continuaban recorriendo sus mejillas.

Desmond acarició suavemente su rostro.

—Y no quiero que pienses que tienes que esconder tu pasado para estar conmigo.

Durante varios segundos permanecieron contemplándose.

La pecadora finalmente sonrió.

Una sonrisa pequeña.

Temblorosa.

Pero profundamente sincera.

—Desmond...

Su voz se quebró.

El joven acercó lentamente su frente a la de ella.

Andrea cerró los ojos.

Durante unos segundos permanecieron inmóviles.

No necesitaban decir nada más.

La confesión había cambiado algo entre ambos.

Pero no había eliminado sus heridas.

Desmond continuaba sufriendo por el final de su matrimonio.

Andrea todavía cargaba con recuerdos de una vida marcada por la violencia.

Ninguno podía ofrecerle al otro una existencia libre de dificultades.

Sin embargo, ambos comenzaban a comprender que podían encontrar tranquilidad en aquella compañía.

Andrea volvió a besarlo.

Esta vez con mayor seguridad.

Desmond correspondió.

La rodeó suavemente con sus brazos y permaneció cerca, permitiendo que aquel momento avanzara sin necesidad de apresurarlo.

La mujer se separó brevemente.

Observó su rostro.

Y sonrió.

No había miedo en su expresión.

Tampoco aquella actitud defensiva que había mostrado durante sus primeros encuentros.

Simplemente confianza.

Una confianza que había comenzado a construirse durante dos meses de conversaciones sinceras.

Desmond acarició suavemente su cabello.

Andrea volvió a acercarse.

Y lo abrazó con fuerza.

Durante algunos minutos permanecieron juntos, compartiendo besos y gestos de cariño que ninguno había imaginado experimentar aquella tarde.

La pecadora tomó suavemente una de sus manos vendadas.

La contempló.

Después levantó la mirada.

—No quiero que vuelvas a hacerte daño de esta manera...

Su voz fue baja.

Desmond sintió una punzada de vergüenza.

Observó sus dedos.

Recordó la destrucción de la guitarra.

El marco roto.

Y aquella desesperación que lo llevó a perder completamente el control.

Después bajó lentamente la mirada.

—Lo sé.

Andrea acarició suavemente su mano.

—No tienes que esconderte cuando estés sufriendo.

El joven permaneció callado.

La mujer continuó:

—Puedes hablar conmigo.

Aunque no sepas qué decir.

Aunque solamente necesites llorar.

Su voz adquirió una firmeza tranquila.

—No voy a pensar que eres débil por eso.

Desmond sintió que los ojos comenzaban a humedecérsele.

Durante muchos años había intentado convertirse en alguien capaz de soportar cualquier dificultad sin derrumbarse.

Pero aquella exigencia había terminado agotándolo.

Ahora Andrea le estaba ofreciendo algo que necesitaba profundamente.

La posibilidad de mostrarse vulnerable sin sentir vergüenza.

El joven respiró profundamente.

Después asintió.

—Gracias.

La pecadora sonrió.

—De nada.

Volvieron a abrazarse.

La conversación disminuyó lentamente.

La habitación permanecía iluminada por la luz cálida del atardecer.

Afuera, los trabajadores del palacio continuaban realizando sus actividades cotidianas.

Pero dentro de aquella habitación el tiempo parecía transcurrir de otra manera.

Desmond y Andrea permanecieron juntos.

Hablaron en voz baja.

Compartieron caricias.

Y permitieron que la cercanía que habían construido durante aquellos meses encontrara una expresión más íntima.

No hubo obligaciones.

Ni expectativas impuestas.

Solamente dos personas adultas que, por primera vez, decidían acercarse desde el deseo compartido y la confianza.

Andrea no necesitó fingir seguridad.

Desmond tampoco tuvo que ocultar su tristeza.

Ambos pudieron detenerse, mirarse y comprender que estaban eligiendo aquel momento libremente.

Cuando finalmente la tarde terminó de desaparecer, la intimidad de la habitación quedó resguardada por las cortinas y el silencio.

Aquella noche compartieron mucho más que un encuentro físico.

Fue un momento de confianza para Andrea, que durante demasiado tiempo había conocido el contacto humano desde el miedo y la coerción.

Y también fue un momento de cercanía para Desmond, que había llegado a creer que nunca volvería a sentirse querido de aquella manera.

Ninguno quedó libre de sus heridas.

Tampoco desaparecieron las dificultades que todavía tendrían que enfrentar.

Pero por unas horas consiguieron dejar de sentirse completamente solos.

Más tarde, la habitación permanecía tranquila.

Las cortinas estaban cerradas.

La luz de una pequeña lámpara iluminaba suavemente los muebles.

Desmond y Andrea descansaban abrazados bajo las sábanas.

La pecadora permanecía recostada sobre una almohada, acariciando lentamente el cabello del joven.

Desmond tenía la cabeza apoyada contra su pecho.

Escuchaba los latidos de su corazón.

Un sonido tranquilo.

Constante.

Que parecía ofrecerle una seguridad que había extrañado durante demasiado tiempo.

Durante varios minutos ninguno habló.

Andrea acariciaba suavemente su cabello.

En ocasiones deslizaba los dedos sobre su nuca.

Después volvía a acomodar algunos mechones que habían quedado desordenados.

Desmond permanecía con los ojos cerrados.

Su respiración era tranquila.

No estaba dormido.

Simplemente disfrutaba de aquella sensación.

La habitación ya no le parecía tan grande.

Tampoco tan vacía.

Durante los últimos meses, aquella cama había sido un recordatorio constante de su separación.

Ahora, por primera vez, conseguía descansar sin sentir que el silencio lo estaba consumiendo.

Andrea bajó lentamente la mirada.

Observó su rostro.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Desmond...

El joven abrió ligeramente los ojos.

—¿Sí?

La mujer permaneció pensativa.

Durante unos segundos continuó acariciando su cabello.

Después habló en voz baja.

—Quiero que sepas algo.

Desmond levantó lentamente la cabeza.

Andrea lo observó con ternura.

Sus ojos reflejaban una emoción profunda.

—No sé qué va a pasar mañana.

Hizo una pausa.

—Tampoco sé qué dificultades tendremos que enfrentar.

El joven permaneció atento.

La mujer respiró profundamente.

—Pero quiero intentarlo contigo.

Desmond sintió una emoción inesperada.

Andrea continuó:

—No quiero volver a vivir escondiéndome de todo lo que siento.

Ni pensar que tengo que alejarme de las personas para evitar que me hagan daño.

Su voz se suavizó.

—Y tampoco quiero que tú sigas creyendo que tienes que soportarlo todo solo.

El joven bajó lentamente la mirada.

La pecadora acarició suavemente su mejilla.

Después sonrió.

—Prometo quedarme contigo.

Hizo una pausa.

—Por todo lo que venga.

Desmond permaneció inmóvil.

Aquellas palabras despertaron recuerdos dolorosos.

Promesas anteriores.

Despedidas.

Y la manera en que había aprendido que incluso las relaciones más importantes podían cambiar con el tiempo.

Sin embargo, no quiso permitir que aquel miedo destruyera la sinceridad del momento.

Andrea no era Skyler.

Tampoco estaba intentando reemplazarla.

Era una persona diferente.

Con sus propias experiencias.

Sus propios temores.

Y una historia que comenzaba a entrelazarse con la suya.

Desmond respiró profundamente.

Después se acercó nuevamente.

La abrazó con mayor fuerza.

Cerró lentamente los ojos.

Y respondió:

—Y yo...

Su voz fue baja.

—Prometo no dejarte caer.

Andrea sintió que una emoción profunda recorría su pecho.

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

Durante unos segundos permaneció abrazándolo.

Después depositó un beso suave sobre su frente.

Desmond sonrió débilmente.

La mujer continuó acariciando su cabello.

No necesitaban añadir nada más.

Aquellas promesas no significaban que pudieran controlar el futuro.

Tampoco que nunca volverían a sufrir.

Pero representaban una decisión.

La de acompañarse.

Escucharse.

Y procurar que el dolor de sus respectivas historias no terminara convirtiéndose en una barrera imposible de atravesar.

Desmond volvió a apoyar la cabeza contra el pecho de Andrea.

Escuchó nuevamente los latidos de su corazón.

Durante algunos segundos recordó a Skyler.

Su sonrisa.

Los años que compartieron.

Y aquella conversación que había terminado destruyendo las últimas esperanzas que conservaba de recuperar su matrimonio.

La tristeza todavía estaba allí.

No podía negarla.

Pero ahora comprendía que seguir adelante no significaba borrar aquellos recuerdos.

Podía conservar lo que había amado.

Aceptar lo que había perdido.

Y permitir que nuevas personas encontraran un lugar dentro de su vida.

No tenía que convertir su pasado en una prisión.

Andrea permanecía acariciando su cabello.

Sus movimientos eran suaves.

Y su respiración comenzaba a volverse más lenta.

También estaba pensando.

Recordaba las noches en que creyó que nunca conseguiría sentirse segura junto a otra persona.

Las veces que había confundido cualquier acercamiento con una amenaza.

Y aquella sensación de que su historia la condenaba a permanecer completamente sola.

Ahora estaba compartiendo la tranquilidad de una habitación con alguien que conocía parte de su pasado y aun así deseaba permanecer cerca.

Andrea cerró lentamente los ojos.

Una lágrima silenciosa descendió por su mejilla.

Pero no provenía de la misma desesperación que había experimentado durante tantos años.

Era una emoción diferente.

Una mezcla de alivio.

Gratitud.

Y la posibilidad de imaginar una vida que no estuviera definida exclusivamente por el sufrimiento.

Desmond levantó ligeramente la mirada.

Notó aquella lágrima.

—¿Estás bien?

La mujer sonrió.

Después asintió.

—Sí...

Su voz fue tranquila.

—Estoy bien.

El joven acarició suavemente su mejilla.

Andrea cerró los ojos.

Después volvió a abrazarlo.

Durante algunos minutos permanecieron inmóviles.

El silencio de la habitación resultaba agradable.

No había discusiones.

Ni explicaciones pendientes.

Tampoco la necesidad de llenar cada instante con palabras.

Simplemente descansaban.

Afuera, diciembre continuaba transformando lentamente las calles del Anillo de la Furia.

Las decoraciones navideñas brillaban sobre las fachadas.

Los habitantes regresaban a sus hogares.

Y el Palacio Ludendorff permanecía iluminado por las lámparas que recorrían sus enormes corredores.

En otra parte de la residencia, Izobelle probablemente continuaba atendiendo sus responsabilidades, sin imaginar completamente lo que acababa de ocurrir dentro de la habitación de su hermano.

Desmond había atravesado uno de los momentos más dolorosos de su vida.

La conversación con Skyler había destruido una esperanza que todavía conservaba.

La rabia lo llevó a romper objetos que representaban recuerdos importantes.

Y durante varios días permaneció encerrado, incapaz de encontrar razones para regresar a su rutina.

Andrea no había borrado aquella tristeza.

Tampoco podía reparar por completo las heridas que él llevaba desde su infancia.

Pero había conseguido acercarse cuando Desmond parecía incapaz de pedir ayuda.

Le llevó comida.

Permaneció a su lado.

Y le recordó que todavía podía recibir cariño sin tener que fingir que estaba bien.

Por su parte, Andrea había encontrado algo que durante su vida humana jamás consiguió experimentar de manera segura.

La posibilidad de construir un vínculo basado en el respeto.

En la confianza.

Y en la libertad de elegir a quién amar.

Ambos continuaban siendo personas heridas.

Desmond todavía tendría que aprender a aceptar definitivamente el final de su matrimonio.

Andrea necesitaría tiempo para convivir con los recuerdos que habían marcado su existencia.

Y ninguno podía asegurar que el futuro estaría libre de dificultades.

Pero aquella noche no estaban intentando resolver toda su vida.

Solamente habían decidido permitirse un momento de felicidad.

Una felicidad sencilla.

Sin promesas de perfección.

Sin la necesidad de demostrar nada frente a los demás.

Desmond permaneció abrazado a Andrea.

La mujer acarició suavemente su cabello una última vez.

Después cerró los ojos.

Y poco a poco, el cansancio comenzó a vencerlos.

El joven escuchó cómo su respiración se volvía más tranquila.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Durante muchos meses había creído que aquella habitación solamente le recordaría las cosas que había perdido.

Ahora comenzaba a guardar un recuerdo diferente.

Uno que no nacía de la desesperación.

Sino de la posibilidad de volver a confiar.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Se acomodó un poco más cerca de Andrea.

Y permitió que el sueño comenzara a alcanzarlo.

En aquel instante no importaban los apellidos aristocráticos.

Los títulos.

Ni las diferencias entre un descendiente de la familia Ludendorff y una pecadora recién llegada al Infierno.

Tampoco importaban las cicatrices que ambos cargaban.

Simplemente eran Desmond y Andrea.

Dos personas que habían conocido el abandono, la violencia y la pérdida de maneras diferentes.

Y que ahora estaban descubriendo que todavía podían construir algo hermoso.

La noche terminó de envolver al Palacio Ludendorff.

El silencio regresó a los corredores.

Y, detrás de las cortinas doradas, ambos descansaron abrazados.

Así, en medio de la oscuridad infernal, dos almas heridas encontraron algo parecido a la redención.

Un nuevo amor, nacido entre ruinas, comenzaba a tomar forma.

CAP 33

Un Nuevo Despertar

La madrugada se extendía silenciosamente sobre el Anillo de la Furia.

Desde los enormes ventanales del Palacio Ludendorff podía contemplarse el resplandor distante de la ciudad, cuyas luces rojizas y doradas permanecían encendidas bajo el cielo infernal. El movimiento de las avenidas había disminuido considerablemente, y solamente algunos vehículos recorrían las calles mientras la mayoría de los habitantes descansaba.

En los jardines del palacio, una brisa suave agitaba las hojas de los árboles. Las fuentes continuaban funcionando, produciendo un murmullo constante que apenas alcanzaba los corredores interiores.

Todo parecía encontrarse en calma.

Dentro de una de las habitaciones privadas, Desmond abrió lentamente los ojos.

Durante varios segundos permaneció inmóvil, contemplando la penumbra.

Su respiración era tranquila.

La sensación de despertar sin aquella presión habitual en el pecho le resultó extraña.

Durante las últimas semanas, las mañanas habían comenzado de una manera muy diferente. En ocasiones despertaba agotado, después de pasar buena parte de la noche recordando su separación de Skyler. Otras veces permanecía mirando el techo, intentando encontrar suficiente voluntad para levantarse.

Pero aquella madrugada no era igual.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Andrea dormía a su lado.

La pecadora permanecía recostada sobre una de las almohadas, con el cabello ligeramente desordenado y una expresión serena. Sus ojos estaban cerrados y su respiración avanzaba con un ritmo pausado.

Una pequeña sonrisa descansaba sobre sus labios.

Desmond permaneció observándola.

Durante un instante recordó los acontecimientos de la tarde anterior.

La llegada de Andrea.

El plato de comida que había preparado para él.

Su preocupación al encontrarlo encerrado dentro de la habitación.

Y aquella conversación que comenzó con palabras de consuelo y terminó transformándose en una confesión inesperada.

«Yo te amo».

La frase regresó a su memoria con una claridad sorprendente.

Desmond sintió una emoción cálida.

Habían compartido algo más que un momento de intimidad.

Andrea había decidido confiar en él.

Y él, después de pasar tantos días creyendo que jamás conseguiría sentirse querido nuevamente, había permitido que otra persona se acercara.

No había sido una decisión tomada para olvidar a Skyler.

Tampoco una forma de escapar de los recuerdos.

Durante los dos meses anteriores, Andrea había comenzado a ocupar un lugar importante dentro de su vida.

Sus conversaciones se convirtieron en parte de su rutina.

Sus mensajes le provocaban pequeñas sonrisas.

Y aquella noche en el bar había sido uno de los primeros momentos verdaderamente agradables después del divorcio.

Ahora comenzaba a comprender que aquellos sentimientos habían crecido silenciosamente.

Desmond volvió a contemplar su rostro.

La pecadora parecía descansar con una tranquilidad que él no había observado durante sus primeros encuentros.

Recordó su historia.

El abandono.

La violencia.

Y todos aquellos años durante los que otras personas habían utilizado su vulnerabilidad para lastimarla.

Sintió una tristeza profunda.

Sin embargo, no quiso reducirla a esos recuerdos.

Andrea era mucho más que lo que había sufrido.

Era una mujer apasionada por la música.

Con un sentido del humor que aparecía cuando conseguía sentirse cómoda.

Y con una determinación que, a pesar de todas sus dificultades, la había llevado a buscar una vida diferente.

Desmond sonrió débilmente.

—Qué cosas tiene la vida...

Su voz fue apenas un susurro.

Se incorporó cuidadosamente.

El colchón se hundió ligeramente bajo su movimiento.

Andrea se acomodó sobre la almohada, pero no despertó.

Desmond permaneció inmóvil durante unos segundos.

No quería interrumpir su descanso.

Después apartó lentamente las sábanas.

Se sentó sobre el borde de la cama.

Y contempló la habitación.

La luz exterior apenas permitía distinguir los muebles.

Sobre el escritorio descansaban algunos documentos relacionados con la universidad.

La computadora permanecía apagada.

Y cerca de una de las paredes se encontraba el espacio donde anteriormente había colocado la guitarra que Skyler le regaló.

El joven permaneció observándolo durante unos segundos.

La destrucción del instrumento todavía le provocaba vergüenza.

No había olvidado aquella tarde.

La conversación con Skyler.

Las palabras que terminaron derrumbándolo.

Y la manera en que perdió completamente el control, arrojando objetos hasta terminar lastimándose las manos.

Las heridas físicas habían comenzado a sanar.

Pero el recuerdo de aquella reacción continuaba acompañándolo.

Desmond bajó lentamente la mirada hacia sus dedos.

Aún conservaba señales de los cortes provocados por el cristal.

Flexionó suavemente las manos.

Después respiró profundamente.

Sabía que había permitido que la desesperación lo dominara.

No quería volver a reaccionar de aquella manera.

Tampoco deseaba que Andrea tuviera que presenciar una situación semejante.

El joven volvió a observarla.

Continuaba dormida.

Desmond sintió una pequeña sonrisa formarse en su rostro.

Después se levantó.

Caminó hacia el vestidor.

Tomó una bata de baño y se la colocó cuidadosamente.

Se puso unas sandalias.

Y regresó hacia la habitación.

Antes de salir, se detuvo junto a la cama.

Observó nuevamente a Andrea.

Durante un instante consideró despertarla para avisarle que saldría.

Pero decidió no hacerlo.

Solamente necesitaba despejarse unos minutos.

Y no estaría lejos.

Desmond abrió lentamente la puerta.

Salió.

Y la cerró con cuidado.

Los corredores del Palacio Ludendorff permanecían sumidos en una penumbra tranquila.

Las lámparas nocturnas proporcionaban suficiente iluminación para distinguir las columnas y los cuadros que adornaban las paredes.

El suelo de mármol estaba frío bajo sus sandalias.

Desmond comenzó a caminar.

Sus pasos resonaban suavemente.

A aquella hora, la residencia parecía considerablemente más grande.

Durante el día había trabajadores, funcionarios y personal encargado de las actividades administrativas.

Pero en la madrugada los enormes espacios quedaban prácticamente vacíos.

Solamente se escuchaba el funcionamiento distante de las fuentes y algún sonido ocasional procedente del exterior.

El joven atravesó varios corredores.

Después descendió una pequeña escalera.

Conocía bastante bien aquella parte del palacio.

Durante sus primeras semanas viviendo allí había recorrido los salones y jardines, intentando acostumbrarse a una residencia muy diferente de la casa que compartió con Skyler.

Todavía le parecía extraño.

Había crecido en un barrio humilde.

Y ahora podía caminar por corredores decorados con materiales que probablemente costaban más de lo que su familia había ganado durante años.

Sin embargo, aquella riqueza ya no le provocaba la misma impresión inicial.

Había descubierto que incluso dentro de un palacio podían existir problemas imposibles de resolver mediante dinero.

Izobelle lo había ayudado enormemente.

Le ofreció una habitación.

Lo acompañó durante su divorcio.

Y estuvo presente cuando terminó derrumbándose emocionalmente.

Pero ni siquiera ella había conseguido eliminar completamente su tristeza.

Desmond respiró profundamente.

Finalmente, llegó al balcón principal.

Abrió una de las puertas.

Y salió.

El aire nocturno acarició suavemente su rostro.

Desde aquella altura podía contemplar buena parte de los jardines, las murallas exteriores y los sectores residenciales que se extendían más allá del palacio.

Algunas decoraciones navideñas continuaban encendidas.

Pequeñas luces verdes y rojizas adornaban las fachadas.

Mientras tanto, el cielo infernal permanecía oscuro, iluminado por el resplandor distante de la ciudad.

Desmond caminó hasta la barandilla.

Apoyó suavemente los antebrazos.

Después contempló el horizonte.

Durante varios minutos permaneció en silencio.

Su mente regresó a Andrea.

A la manera en que había pronunciado aquella confesión.

Y a la tranquilidad que experimentó cuando finalmente consiguió descansar junto a ella.

No sentía culpa.

Tampoco arrepentimiento.

Lo que experimentaba era algo diferente.

Un anhelo profundo de conexión.

La necesidad de compartir su vida con alguien que pudiera comprender sus silencios sin interpretarlos como indiferencia.

Skyler había sido una persona extraordinariamente importante.

Durante nueve años construyeron una relación basada en la confianza, el cariño y la comunicación.

Habían enfrentado numerosas dificultades.

Y Desmond no deseaba restarle valor a ninguno de aquellos recuerdos.

Sin embargo, también reconocía que su relación había cambiado con el tiempo.

La rutina.

Las responsabilidades.

Y las circunstancias familiares habían terminado separándolos de una manera que jamás imaginó.

Con Andrea estaba descubriendo otra forma de cercanía.

La confianza continuaba siendo importante.

Pero también existía una atracción que había surgido lentamente entre sus conversaciones.

Una sensación de intimidad emocional que parecía acompañarlos incluso cuando no estaban juntos.

Desmond cerró lentamente los ojos.

No quería comparar constantemente a ambas mujeres.

No sería justo.

Skyler había formado parte de una etapa distinta de su vida.

Andrea estaba comenzando a conocer al hombre en que se había convertido después de tantos acontecimientos.

Ninguna debía convertirse en una medida para juzgar a la otra.

El joven respiró profundamente.

Después sacó un cigarrillo.

Lo colocó entre sus labios.

Encendió el extremo.

Y dio una primera calada.

El humo descendió lentamente hacia sus pulmones.

Sin embargo, aquella sensación no le resultó especialmente agradable.

Tenía un sabor amargo.

Casi como si los pensamientos que llevaba acumulados hubieran conseguido mezclarse con él.

Desmond retiró el cigarrillo.

Exhaló suavemente.

Después contempló la pequeña nube que desaparecía en la oscuridad.

—Demonios...

Su voz fue baja.

No sabía exactamente qué estaba buscando al salir.

Quizás unos minutos de tranquilidad.

O simplemente la oportunidad de comprender sus propias emociones.

Durante mucho tiempo había creído que superar una pérdida significaba dejar de sentir tristeza.

Ahora comenzaba a descubrir que ambas cosas podían coexistir.

Podía extrañar a Skyler.

Y al mismo tiempo sentirse feliz por haber conocido a Andrea.

Podía recordar su matrimonio con cariño.

Sin renunciar a construir una relación diferente.

Y podía aceptar sus errores sin permitir que aquellos recuerdos determinaran todas sus decisiones futuras.

Desmond dio otra pequeña calada.

Después apoyó una mano sobre la barandilla.

Sus pensamientos continuaron avanzando.

Recordó la conversación que había mantenido con Celia durante su estancia en el Palacio Gluttora.

La gobernante había sufrido profundamente después de perder a su pareja.

Su miedo no era solamente volver a experimentar dolor.

También temía permitir que alguien ocupara un lugar importante dentro de su vida.

Desmond comenzaba a comprenderla mejor.

Amar significaba exponerse a la posibilidad de perder.

No existían garantías.

Ni promesas capaces de controlar completamente el futuro.

Sin embargo, renunciar al cariño por miedo a sufrir también implicaba abandonar una parte fundamental de la existencia.

El joven contempló la ciudad.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Quizás todavía tenía mucho que aprender.

Pero no deseaba permanecer encerrado en el pasado.

Mientras exhalaba nuevamente el humo, sintió una mano apoyarse sobre su hombro.

Desmond se estremeció.

Volvió bruscamente la cabeza.

—¡Demonios!

La figura que encontró detrás de él le resultó inmediatamente familiar.

Izobelle.

La gobernante permanecía junto a la entrada del balcón.

Llevaba una expresión seria, aunque no parecía verdaderamente molesta.

Una de sus cejas estaba ligeramente levantada.

Desmond respiró profundamente.

—¡Izo!

Su hermana lo observó.

—Buenos días, hermano.

El joven bajó ligeramente el cigarrillo.

—Me asustaste.

Izobelle levantó una ceja.

—Eso parece.

Desmond soltó una pequeña risa nerviosa.

Después volvió la mirada hacia el horizonte.

—¿Qué haces despierta a estas horas?

La gobernante permaneció pensativa.

—Podría preguntarte lo mismo.

El joven se encogió ligeramente de hombros.

—No podía seguir durmiendo.

Izobelle observó el cigarrillo.

Después contempló brevemente el exterior.

Durante varios segundos permanecieron en silencio.

Finalmente, la mujer volvió la mirada hacia él.

—Desmond...

El joven levantó la cabeza.

—¿Sí?

Izobelle respiró profundamente.

—Tenemos que hablar de algo.

El profesor sintió una pequeña inquietud.

Reconoció aquel tono.

Era la misma voz que su hermana utilizaba cuando algún asunto necesitaba resolverse sin demasiadas evasivas.

Desmond apagó parte de su sonrisa.

—Está bien.

La gobernante cruzó lentamente los brazos.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Después habló.

—Estuve aquí durante la noche.

El joven permaneció atento.

Izobelle continuó:

—Y escuché lo que ocurrió en tu habitación.

Desmond sintió que la sangre comenzaba a subirle al rostro.

Su hermana levantó ligeramente una ceja.

—Todo, Desmond.

Hizo una pausa.

—Cada gemido. Cada momento en que parecían olvidar que estaban dentro de un palacio lleno de corredores donde el sonido puede viajar.

El joven abrió ligeramente los ojos.

Durante un instante permaneció completamente inmóvil.

Después bajó la mirada.

Sus mejillas adquirieron un rubor intenso.

—Demonios...

Izobelle soltó un suspiro.

Desmond se llevó una mano al rostro.

—Lo siento.

Su voz reflejaba vergüenza.

—No era mi intención faltarle el respeto al palacio.

La gobernante permaneció observándolo.

El joven continuó:

—Simplemente...

Se interrumpió.

No sabía cómo explicar algo tan personal.

Mucho menos frente a su hermana.

Izobelle levantó una mano.

—No necesito que me cuentes los detalles.

Desmond cerró los ojos con alivio.

—Gracias.

La mujer permaneció seria.

—Pero sí quiero pedirte algo.

El joven levantó lentamente la mirada.

—Dime.

Izobelle respiró profundamente.

—Ten un poco más de decoro.

Hizo una pausa.

—Esta residencia tiene historia.

Aquí trabajan muchas personas.

Y no siempre estamos tan solos como parece.

Desmond permaneció atento.

La gobernante continuó:

—No estoy enojada porque hayas compartido un momento íntimo con alguien.

Eres adulto.

Y tienes derecho a tomar tus propias decisiones.

Su expresión adquirió mayor firmeza.

—Pero también tienes que recordar dónde estás viviendo.

El joven asintió inmediatamente.

—Tienes razón.

Bajó ligeramente la cabeza.

—No volverá a pasar.

Izobelle lo contempló durante algunos segundos.

Después su expresión comenzó a suavizarse.

La vergüenza de Desmond resultaba tan evidente que no consideró necesario continuar reprendiéndolo.

Además, había algo que no podía ignorar.

Durante los días anteriores, su hermano apenas había conseguido levantarse de la cama.

Lo había visto llorar.

Había tenido que curarle las manos.

Y permaneció acompañándolo hasta que el agotamiento emocional finalmente le permitió dormir.

Ahora, en cambio, estaba frente a ella.

Despejado.

Conversando.

Y mostrando una tranquilidad que llevaba tiempo sin observar.

Izobelle respiró profundamente.

—Desmond...

El joven levantó la mirada.

Su hermana lo observó con una expresión más cálida.

—Se nota que esa muchacha te importa.

El profesor permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló el rostro de Izobelle.

Después bajó ligeramente los ojos.

—Sí...

Su voz fue suave.

—Me importa mucho.

La gobernante asintió.

—Eso es suficiente para mí.

Desmond levantó lentamente la cabeza.

Izobelle continuó:

—Solo quiero que estés bien.

Hizo una pausa.

—Después de lo que ocurrió con Skyler, me preocupaba que terminaras encerrándote nuevamente durante semanas.

El joven sintió una emoción profunda.

Su hermana observó el horizonte.

Después volvió a mirarlo.

—No esperaba verte recuperado de un día para otro.

Y tampoco creo que todo esté resuelto.

Su expresión se suavizó.

—Pero me alegra que estés intentando continuar.

Desmond permaneció callado.

Aquellas palabras significaban mucho.

Durante años había pensado que jamás conseguiría construir una relación cercana con Izobelle.

Ahora ella estaba preocupándose sinceramente por su bienestar.

No como gobernante.

Ni como representante de la familia Ludendorff.

Simplemente como su hermana.

Desmond sonrió débilmente.

—Gracias, Izo.

La mujer correspondió al gesto.

—De nada.

Durante unos segundos permanecieron contemplándose.

Finalmente, Izobelle inclinó ligeramente la cabeza.

—Y procura descansar un poco más.

El profesor soltó una pequeña risa.

—Lo intentaré.

Su hermana levantó una ceja.

—Más te vale.

Desmond comenzó a reír.

Izobelle también sonrió.

Después se volvió hacia la entrada del balcón.

—Nos vemos más tarde.

El joven asintió.

—Nos vemos.

La gobernante comenzó a alejarse.

Pero antes de desaparecer por completo, volvió brevemente la cabeza.

—Ah, Desmond...

El profesor levantó la mirada.

—¿Sí?

Izobelle sonrió con una expresión ligeramente traviesa.

—La próxima vez, recuerda que existen paredes bastante delgadas en algunas partes del palacio.

Desmond volvió a sonrojarse.

—¡Izo!

La mujer soltó una carcajada.

Después desapareció por el corredor.

El joven permaneció inmóvil.

Durante varios segundos contempló la entrada vacía.

Finalmente, dejó escapar un largo suspiro.

—Qué vergüenza...

Sacudió lentamente la cabeza.

Después volvió a observar el cigarrillo.

Había perdido completamente las ganas de continuar fumando.

Lo apagó cuidadosamente.

Y permaneció unos segundos contemplando el horizonte.

Aunque la conversación había resultado incómoda, también le había recordado algo importante.

Izobelle continuaba preocupándose por él.

Y, por primera vez desde su divorcio, comenzaba a sentirse verdaderamente acompañado.

Desmond respiró profundamente.

Después regresó al interior del palacio.

Los corredores continuaban prácticamente vacíos.

El joven caminó tranquilamente hacia su habitación.

Durante el trayecto recordó la expresión de su hermana.

La seriedad con que lo había reprendido.

Y aquella pequeña sonrisa final que terminó provocándole todavía más vergüenza.

Desmond soltó una risa silenciosa.

—Definitivamente es mi hermana...

Finalmente, llegó a su puerta.

La abrió cuidadosamente.

Entró.

Y la cerró detrás de él.

La habitación continuaba en penumbra.

Andrea permanecía dormida.

Su expresión era tranquila.

El cabello descansaba desordenadamente sobre la almohada.

Y una pequeña sonrisa aparecía ocasionalmente en sus labios.

Desmond la contempló durante unos segundos.

Sintió una ternura inesperada.

Después dejó la bata y las sandalias a un lado.

Regresó a la cama.

Se acomodó lentamente bajo las sábanas.

Y permaneció observándola.

Durante varios segundos consideró simplemente regresar a dormir.

Sin embargo, deseaba hablar con ella.

No sobre la conversación con Izobelle.

Al menos no inmediatamente.

Solamente quería compartir unos minutos antes de que amaneciera.

Desmond extendió una mano.

Acarició suavemente su hombro.

—Oye...

Andrea se movió ligeramente.

El joven sonrió.

—Preciosa...

Su voz fue cálida.

—Despierta.

La pecadora abrió lentamente los ojos.

Durante unos segundos contempló el rostro de Desmond sin comprender completamente qué estaba ocurriendo.

Después parpadeó.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—Mmm...

Su voz estaba adormecida.

—Hola...

Desmond sonrió.

—Hola.

Andrea permaneció observándolo.

Después abrió un poco más los ojos.

Su expresión se iluminó.

—¡Espera!

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué pasa?

La mujer soltó una pequeña carcajada.

—¡Todavía estoy aquí contigo!

Desmond sonrió.

Andrea se incorporó ligeramente.

—¡Pensé que todo había sido un sueño!

El profesor dejó escapar una risa suave.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Lo fue.

La pecadora frunció ligeramente el ceño.

Desmond sonrió.

—Uno muy real.

Andrea comenzó a reír.

Después volvió a acomodarse sobre la almohada.

Durante unos segundos lo contempló con ternura.

—Fue hermoso...

Su voz adquirió una emoción sincera.

El joven permaneció atento.

La mujer continuó:

—Jamás me había sentido tan bien desde que llegué al Infierno.

Desmond sintió una calidez profunda.

No interpretó aquellas palabras únicamente como una referencia al encuentro íntimo.

Comprendía que Andrea estaba hablando de algo mucho más importante.

La tranquilidad.

La confianza.

Y aquella sensación de poder acercarse a otra persona sin temor a ser lastimada.

El joven sonrió.

Se inclinó lentamente.

Y depositó un beso suave sobre su frente.

—Lo mismo digo.

Andrea cerró los ojos.

Durante unos segundos permaneció disfrutando del gesto.

Después volvió a abrazarlo.

Desmond correspondió con ternura.

La habitación permanecía silenciosa.

Durante algunos minutos compartieron pequeñas caricias y palabras tranquilas.

Andrea parecía particularmente contenta.

En ocasiones sonreía sin motivo aparente.

O contemplaba el rostro del joven como si todavía intentara acostumbrarse a aquella nueva cercanía.

Desmond también se sentía diferente.

No había olvidado sus problemas.

Pero por primera vez en mucho tiempo no experimentaba aquella necesidad constante de esconder sus sentimientos.

Finalmente, Andrea volvió la mirada hacia el teléfono.

Lo tomó.

Encendió la pantalla.

Y abrió ampliamente los ojos.

—¡Desmond!

El joven se sobresaltó.

—¿Qué pasó?

La mujer levantó el dispositivo.

—¡Son las cuatro de la mañana!

El profesor permaneció inmóvil.

Después soltó una pequeña carcajada.

—¿Y?

Andrea lo observó con expresión divertida.

—¡Todavía es tempranísimo!

Desmond sonrió.

—Eso te estaba intentando decir.

La pecadora negó suavemente con la cabeza.

Después dejó el teléfono sobre la mesa de noche.

Se acomodó nuevamente bajo las sábanas.

Y cerró los ojos.

—Entonces voy a seguir durmiendo.

El joven levantó una ceja.

—¿Así de rápido?

Andrea abrió ligeramente un ojo.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Y tú también deberías descansar.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Está bien, está bien.

Se acomodó junto a ella.

La mujer se acercó.

Apoyó suavemente la cabeza sobre su hombro.

Y volvió a cerrar los ojos.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Después Andrea murmuró:

—Buenas noches otra vez...

Desmond sonrió.

—Buenas noches, preciosa.

Poco después, ambos regresaron al sueño.

Las horas transcurrieron tranquilamente.

La ciudad comenzó a despertar.

El movimiento de vehículos aumentó.

Y los primeros trabajadores del palacio iniciaron sus actividades matutinas.

Dentro de la habitación, sin embargo, todo permanecía en calma.

Hasta que una alarma interrumpió el silencio.

Andrea abrió inmediatamente los ojos.

Durante unos segundos permaneció inmóvil.

Después reconoció el sonido.

Su teléfono.

La mujer se incorporó.

Apagó la alarma.

Y observó la hora.

Eran aproximadamente las siete de la mañana.

Su expresión cambió inmediatamente.

—¡Demonios!

Desmond se movió ligeramente entre las sábanas.

—¿Qué...?

Andrea comenzó a levantarse.

—¡Tengo que irme!

El joven abrió apenas los ojos.

—¿A dónde...?

La pecadora buscó rápidamente su ropa.

—¡Al trabajo!

Hizo una pausa.

—¡No quiero llegar tarde!

Desmond permaneció medio dormido.

Observó cómo Andrea comenzaba a prepararse.

La mujer recogió sus pertenencias.

Acomodó su vestido.

Y se dirigió al baño para arreglarse.

El profesor dejó escapar un pequeño bostezo.

—Ve con cuidado...

Su voz era apenas audible.

Andrea volvió brevemente la cabeza.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Lo haré.

Desmond cerró nuevamente los ojos.

La pecadora terminó de vestirse con rapidez.

Después regresó hacia la cama.

Durante unos segundos contempló al joven.

Parecía estar a punto de quedarse dormido nuevamente.

Andrea soltó una pequeña risa.

Se inclinó.

Y depositó un beso suave sobre su mejilla.

—Nos hablamos después.

Desmond sonrió sin abrir completamente los ojos.

—Está bien...

La mujer acarició brevemente su cabello.

Después recogió sus pertenencias.

Caminó hacia la puerta.

Y abandonó la habitación.

Desmond permaneció acostado durante varios minutos.

Escuchó los pasos de Andrea alejándose por el corredor.

Después el silencio regresó.

El joven abrió lentamente los ojos.

Contempló el espacio vacío junto a él.

Durante un instante sintió aquella punzada de nostalgia que lo había acompañado durante los primeros días después del divorcio.

Pero esta vez la sensación fue diferente.

Andrea no se había marchado para desaparecer de su vida.

Simplemente tenía que trabajar.

Probablemente volverían a conversar durante la tarde.

Desmond sonrió débilmente.

La idea le resultaba agradable.

Se incorporó lentamente.

Después se levantó.

Tenía varias cosas que hacer.

Primero decidió ordenar la habitación.

Acomodó las sábanas.

Recogió algunas prendas.

Y colocó los objetos personales nuevamente en sus respectivos lugares.

Después abrió las cortinas.

La luz de la mañana iluminó inmediatamente el interior.

Desmond contempló brevemente el jardín trasero.

El día parecía agradable.

Una brisa suave movía las ramas de los árboles.

Y algunos trabajadores realizaban labores de mantenimiento cerca de las fuentes.

El joven respiró profundamente.

Sintió ganas de salir.

Había pasado demasiado tiempo encerrado durante los días posteriores a su conversación con Skyler.

Ahora que comenzaba a recuperar energía, deseaba aprovechar aquella sensación.

Terminó de organizar el escritorio.

Revisó algunos mensajes.

Después se preparó para salir a caminar.

No tenía un destino definido.

Simplemente quería recorrer las calles cercanas al palacio.

Observar los establecimientos.

Y despejar la mente.

Se vistió con ropa cómoda.

Acomodó su cabello.

Recogió el teléfono.

Y abandonó la habitación.

Los corredores estaban considerablemente más activos que durante la madrugada.

Algunos empleados transportaban documentos.

Otros conversaban brevemente mientras se dirigían hacia sus puestos de trabajo.

Desmond saludó a varias personas.

Después atravesó la entrada principal.

El aire exterior lo recibió con una temperatura agradable.

Las decoraciones navideñas continuaban adornando las fachadas cercanas.

Algunos niños caminaban acompañados por sus familias.

Y los comercios comenzaban a recibir a sus primeros clientes.

Desmond introdujo las manos en los bolsillos.

Después comenzó a caminar.

Durante los primeros minutos disfrutó del silencio relativo de las calles residenciales.

Observó algunos escaparates.

Pasó frente a una pequeña cafetería.

Y contempló varias construcciones que todavía le resultaban desconocidas.

No llevaba demasiado tiempo viviendo en aquella zona.

Por eso disfrutaba descubrir pequeños lugares que normalmente pasaban inadvertidos durante sus recorridos en motocicleta.

Finalmente, llegó cerca de una plaza.

Había algunas bancas.

Árboles.

Y varios espacios donde los habitantes podían sentarse a descansar.

Desmond disminuyó ligeramente el paso.

Fue entonces cuando escuchó una melodía.

El sonido provenía de una guitarra eléctrica.

No era música reproducida mediante algún altavoz comercial.

Tampoco parecía formar parte de una grabación.

Era una interpretación en vivo.

Desmond levantó inmediatamente la cabeza.

La melodía tenía una intensidad particular.

Los acordes estaban cuidadosamente ejecutados.

Y las notas avanzaban con una precisión que despertó inmediatamente su interés.

El joven profesor permaneció inmóvil.

Escuchó durante varios segundos.

Después comenzó a caminar hacia el sonido.

A medida que se acercaba, la música se volvía más clara.

Había riffs agresivos.

Cambios de intensidad.

Y pequeños fragmentos melódicos que parecían exigir bastante habilidad técnica.

Desmond sonrió discretamente.

Reconocía aquella energía.

Era el tipo de sonido que había escuchado numerosas veces durante su adolescencia.

Una mezcla de fuerza, precisión y personalidad.

Finalmente, encontró al responsable.

Un joven sabueso infernal estaba tocando cerca de uno de los espacios abiertos de la plaza.

Su apariencia recordaba a un pastor alemán.

El pelaje presentaba tonalidades características de aquella raza, mientras sus orejas permanecían levantadas con atención.

Vestía completamente de negro, salvo por algunas prendas que contrastaban con el conjunto.

Llevaba pantalones holgados.

Una camiseta de Ezkemática.

Un gorro gris.

Y mangas blancas con detalles negros.

La guitarra eléctrica descansaba cómodamente entre sus manos.

Sus dedos se desplazaban con agilidad sobre los trastes.

La púa acompañaba cada movimiento con una precisión sorprendente.

Desmond se detuvo a cierta distancia.

No quiso interrumpirlo.

Simplemente comenzó a escuchar.

El muchacho parecía completamente concentrado.

Sus ojos permanecían atentos al instrumento.

Su cuerpo acompañaba el ritmo mediante pequeños movimientos.

Y su interpretación demostraba una seguridad poco habitual en alguien que aparentemente estaba tocando por cuenta propia en la calle.

Desmond observó su técnica.

Reconoció varios recursos interesantes.

Cambios de velocidad.

Transiciones limpias.

Y una manera particular de combinar fragmentos melódicos con riffs más agresivos.

No era solamente alguien reproduciendo notas memorizadas.

Había intención.

Una personalidad musical que conseguía mantenerse incluso durante las secciones más exigentes.

El profesor sintió una emoción familiar.

La misma que experimentaba cuando encontraba a un estudiante con talento natural.

Aquel muchacho podía tener un futuro extraordinario.

Pero necesitaba oportunidades.

Y probablemente orientación profesional.

Desmond permaneció escuchando hasta que la pieza terminó.

El último acorde resonó durante unos segundos.

Después desapareció.

El sabueso bajó lentamente la guitarra.

Respiró profundamente.

Parecía satisfecho con su interpretación.

Desmond comenzó a acercarse.

—Muy buen trabajo.

El muchacho levantó inmediatamente la mirada.

Su expresión reflejaba sorpresa.

—¿Ah?

El profesor sonrió.

—La canción.

Hizo una pausa.

—Estuvo excelente.

El joven observó brevemente su guitarra.

Después volvió a mirar a Desmond.

—Gracias...

Su voz era algo insegura.

El profesor continuó:

—¿Es una composición tuya?

El sabueso asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Todavía estoy trabajando en algunas partes.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿En serio?

El muchacho sonrió tímidamente.

—Sí.

Su expresión adquirió una emoción discreta.

—Me gusta experimentar con riffs y cambios de ritmo.

A veces comienzo con una idea bastante sencilla y termino modificándola hasta que encuentro algo que me convenza.

Desmond sonrió.

—Eso es exactamente lo que hacen muchos compositores.

El joven levantó la mirada.

El profesor continuó:

—Tienes bastante habilidad.

Hizo una pausa.

—Y una buena noción de estructura musical.

El sabueso permaneció sorprendido.

—¿De verdad le gustó?

Desmond asintió.

—Muchísimo.

Su expresión adquirió un entusiasmo sincero.

—Especialmente la transición que hiciste antes del último solo.

El muchacho abrió ligeramente los ojos.

—¿La notó?

El profesor soltó una pequeña risa.

—Claro que la noté.

Hizo una pausa.

—Fue uno de los mejores momentos de la pieza.

El sabueso bajó ligeramente la mirada.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Gracias...

Durante unos segundos permaneció contemplando al desconocido que acababa de elogiar su trabajo.

Había algo familiar en su apariencia.

El cabello.

La voz.

Y aquella manera de hablar sobre música.

El muchacho frunció ligeramente el ceño.

Después levantó lentamente la cabeza.

Sus ojos comenzaron a abrirse.

—Espera...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué pasa?

El joven observó nuevamente su rostro.

Después se llevó una mano a la boca.

—No puede ser...

El profesor soltó una pequeña risa.

—¿Qué ocurre?

El sabueso dio medio paso hacia adelante.

Su expresión se iluminó.

—¡TÚ ERES DESMOND!

El joven profesor comenzó a reír.

—Sí.

El muchacho abrió ampliamente los ojos.

—¡DESMOND LEBROZKY!

El artista asintió.

—El mismo.

El sabueso parecía completamente sorprendido.

Durante unos segundos no consiguió encontrar palabras.

Después comenzó a hablar con entusiasmo.

—¡Soy fan tuyo!

Desmond sonrió.

—Muchas gracias.

El muchacho continuó:

—¡Vi tu videoclip!

Hizo una pausa.

—¡Guess Who's Back fue brutal!

El profesor soltó una carcajada.

—Me alegra que te gustara.

El joven sabueso observó brevemente su guitarra.

Después volvió a mirar a Desmond.

—¡No puedo creer que estés aquí!

Su voz estaba llena de emoción.

—¡Pensé que nunca conocería a alguien como tú!

El profesor negó suavemente con la cabeza.

—Tranquilo, muchacho.

Hizo una pausa.

—Soy una persona normal.

El sabueso comenzó a reír.

—¡Pero eres Desmond!

El artista soltó otra carcajada.

—Sí, eso ya lo establecimos.

Ambos rieron.

La tensión inicial desapareció.

Desmond observó nuevamente la guitarra.

Después volvió la mirada hacia el joven.

—Oye...

El muchacho levantó la cabeza.

—¿Sí?

—¿Cómo te llamas?

El sabueso sonrió.

—Julián.

Desmond asintió.

—Julián...

Repitió lentamente.

Después sonrió.

—Mucho gusto.

El joven correspondió al gesto.

—¡El gusto es mío!

Desmond permaneció pensativo.

Durante unos segundos contempló el instrumento.

Después volvió a observar al muchacho.

Había algo que llevaba tiempo considerando.

Desde su regreso a la industria musical había comenzado a imaginar proyectos diferentes.

No quería limitarse exclusivamente al rap.

Durante sus años como profesor había descubierto un interés creciente por combinar estilos.

La música podía ofrecer posibilidades extraordinarias cuando los artistas dejaban de considerar cada género como un territorio completamente separado.

El rap podía convivir con guitarras eléctricas.

Las melodías podían acompañarse mediante percusión intensa.

Y una canción podía cambiar de energía sin perder su identidad.

Desmond había comenzado a construir una idea.

Una banda.

No simplemente un proyecto donde él interpretara todas las canciones.

Sino un grupo formado por músicos con personalidades y talentos diferentes.

Personas capaces de aportar algo propio.

La interpretación de Julián acababa de demostrarle que aquella idea podía comenzar a tomar forma.

Desmond respiró profundamente.

Después habló.

—Julián...

El muchacho levantó la mirada.

—¿Sí?

El profesor sonrió.

—Tienes un don.

El joven permaneció sorprendido.

Desmond continuó:

—Y me gustaría proponerte algo.

El sabueso abrió ligeramente los ojos.

—¿Qué cosa?

El artista observó brevemente la guitarra.

Después volvió a mirarlo.

—He estado pensando en formar una banda.

Julián permaneció completamente inmóvil.

—¿Una... banda?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Algo grande.

Tengo un concepto.

Una dirección musical.

Y varias ideas que me gustaría desarrollar.

El muchacho escuchaba con atención.

El profesor continuó:

—Pero necesito músicos que puedan aportar personalidad.

No quiero reunir personas que simplemente se limiten a tocar lo que yo les diga.

Su expresión adquirió una firmeza especial.

—Quiero trabajar con artistas capaces de construir algo propio.

Julián bajó lentamente la mirada hacia su guitarra.

Después volvió a observar a Desmond.

—¿Y...?

Su voz tembló ligeramente.

—¿Estás pensando en mí?

El profesor sonrió.

—Exactamente.

El joven abrió ampliamente los ojos.

Durante unos segundos permaneció sin hablar.

Parecía estar intentando comprobar que había escuchado correctamente.

Finalmente, respondió con entusiasmo.

—¡¿EN SERIO?!

Desmond soltó una carcajada.

—¡En serio!

Julián comenzó a sonreír ampliamente.

—¡Claro que sí!

Hizo una pausa.

—¡Me encantaría!

El profesor asintió.

—Perfecto.

El muchacho parecía incapaz de contener la emoción.

—¿Qué tengo que hacer?

Desmond permaneció pensativo.

Después señaló hacia una de las avenidas cercanas.

—Por ahora, acompáñame.

Julián levantó ligeramente las cejas.

—¿A dónde?

El artista sonrió.

—Quiero mostrarte el lugar donde estoy trabajando.

El muchacho observó brevemente su guitarra.

Después volvió a mirar al profesor.

—Está bien.

Hizo una pausa.

—¿Dónde queda?

Desmond respondió con naturalidad.

—En el Palacio Ludendorff.

Julián permaneció completamente inmóvil.

Durante varios segundos contempló su rostro.

Después abrió ampliamente los ojos.

—¿EL PALACIO LUDENDORFF?

El profesor soltó una carcajada.

—Sí.

El muchacho levantó ligeramente la cabeza.

—¿El palacio de la reina Izobelle?

Desmond asintió.

—Ese mismo.

Julián parecía no comprender lo que estaba escuchando.

—¿Ahí trabajas?

El artista sonrió discretamente.

—Vivo allí.

El sabueso abrió todavía más los ojos.

—¡¿VIVES EN EL PALACIO?!

Desmond comenzó a reír.

—Por ahora.

Hizo una pausa.

—Es una historia larga.

Julián permaneció completamente sorprendido.

Después observó nuevamente al profesor.

Había reconocido su apellido artístico.

Pero no había imaginado que viviera dentro de la residencia de una de las figuras políticas más importantes del Anillo de la Furia.

El muchacho respiró profundamente.

—Vaya...

Desmond sonrió.

—¿Vienes?

Julián reaccionó inmediatamente.

—¡Claro!

Comenzó a guardar su guitarra.

Acomodó cuidadosamente el instrumento dentro de su funda.

Después recogió sus pertenencias.

Desmond esperó pacientemente.

Cuando finalmente estuvo preparado, ambos comenzaron a caminar hacia el palacio.

Durante el trayecto conversaron sobre música.

Julián explicó que escuchaba Ezkemática desde hacía años.

Le gustaba especialmente la fuerza de sus guitarras y aquella capacidad para combinar melodías con pasajes agresivos.

Desmond escuchó con atención.

Compartía parte de aquel interés.

Durante su juventud había explorado numerosos géneros.

Y aunque el rap terminó convirtiéndose en el elemento principal de su carrera, nunca había abandonado completamente su gusto por el rock.

Julián continuó hablando.

Explicó que había aprendido a tocar mediante práctica constante.

Pasaba horas repitiendo fragmentos.

Estudiando canciones.

Y creando pequeñas composiciones que después intentaba mejorar.

No había tenido oportunidades importantes dentro de la industria.

Pero tampoco había dejado de tocar.

Desmond asintió.

—Eso es lo importante.

El muchacho levantó la mirada.

El profesor continuó:

—La experiencia profesional ayuda.

Pero la disciplina que desarrollas antes de conseguir una oportunidad también cuenta muchísimo.

Julián sonrió.

—Eso espero.

Desmond correspondió al gesto.

Finalmente, llegaron a las inmediaciones del Palacio Ludendorff.

Las enormes murallas comenzaron a aparecer frente a ellos.

Julián disminuyó lentamente el paso.

Su mirada recorrió la construcción.

Las puertas monumentales.

Los jardines.

Y las decoraciones que adornaban la residencia aristocrática.

Durante varios segundos permaneció completamente inmóvil.

—Demonios...

Desmond volvió la cabeza.

—¿Qué pasa?

El muchacho señaló el palacio.

—¡Esto es enorme!

El profesor soltó una pequeña carcajada.

—Sí.

Julián continuó:

—¡Nunca había visto un lugar así!

Sus ojos recorrieron las estructuras.

—¡Parece una ciudad dentro de otra ciudad!

Desmond sonrió.

—Y es más grande por dentro.

El muchacho lo observó.

—¿En serio?

El artista asintió.

—Ya lo verás.

Ambos se acercaron a la entrada.

El personal reconoció inmediatamente a Desmond.

Los trabajadores permitieron su acceso después de comprobar que Julián lo acompañaba como invitado.

El sabueso permaneció sorprendido al escuchar que los guardias saludaban respetuosamente al profesor.

No sabía exactamente cómo interpretar aquella situación.

Desmond parecía comportarse con una naturalidad extraordinaria.

Como si entrar a un palacio aristocrático acompañado por un músico callejero fuera algo completamente cotidiano.

Finalmente, atravesaron la entrada principal.

Julián levantó inmediatamente la mirada.

Los enormes techos.

Las lámparas.

Y las decoraciones del vestíbulo consiguieron dejarlo sin palabras.

Desmond observó su expresión.

Después soltó una pequeña risa.

—Te dije que era más grande por dentro.

El muchacho permaneció contemplando las columnas.

—Esto es increíble...

Durante algunos segundos avanzó lentamente.

Sus ojos recorrían cada detalle.

El profesor no intentó apresurarlo.

Recordaba perfectamente la impresión que había experimentado durante su propia primera visita.

Aunque con el tiempo había aprendido a convivir con aquella riqueza, todavía reconocía cuánto podía sorprender a alguien que no estaba acostumbrado a semejantes espacios.

Finalmente, Julián volvió la mirada.

—¿Y dónde vamos a trabajar?

Desmond sonrió.

—Ven.

Hizo una pausa.

—Te mostraré mi estudio.

Ambos comenzaron a recorrer los corredores.

Durante el trayecto, el profesor explicó que utilizaba su habitación como un espacio privado para desarrollar composiciones y trabajar en proyectos musicales.

No tenía todas las instalaciones de una disquera profesional.

Pero sí las herramientas necesarias para construir ideas, producir maquetas y organizar grabaciones preliminares.

Julián escuchó con entusiasmo.

En ocasiones formulaba preguntas.

Otras simplemente observaba las decoraciones del palacio, todavía sorprendido por el lugar donde se encontraba.

Finalmente, llegaron a la habitación de Desmond.

El profesor abrió la puerta.

Después permitió que Julián entrara.

El muchacho observó el interior.

Era una habitación amplia.

La cama redonda ocupaba uno de los sectores principales.

El vestidor estaba cuidadosamente organizado.

Y cerca de la ventana descansaba el escritorio donde Desmond realizaba buena parte de su trabajo musical.

Había una computadora.

Cuadernos.

Algunos dispositivos relacionados con producción.

Y materiales que utilizaba durante sus clases universitarias.

Julián se acercó lentamente.

Observó el escritorio.

Después volvió la mirada hacia Desmond.

—¿Aquí hiciste Guess Who's Back?

El profesor sonrió.

—Parte del trabajo.

Hizo una pausa.

—La producción final necesitó instalaciones profesionales.

Pero varias ideas comenzaron aquí.

Julián levantó ligeramente las cejas.

—Vaya...

Desmond señaló una silla.

—Siéntate.

El muchacho obedeció.

Acomodó su guitarra junto a él.

Después observó al profesor con atención.

Desmond tomó asiento frente al escritorio.

Durante unos segundos organizó sus pensamientos.

No deseaba apresurarse.

Había encontrado a un músico con talento.

Pero todavía necesitaban comprobar si compartían una visión artística compatible.

Finalmente, comenzó a hablar.

—Quiero formar algo parecido a Ezkemática.

Julián levantó inmediatamente la mirada.

Su expresión se iluminó.

Desmond continuó:

—Pero no quiero copiar su sonido.

Hizo una pausa.

—Quiero utilizar esa energía como punto de partida.

El muchacho asintió.

El profesor continuó:

—Ya sabes que vengo del rap.

Es el género donde tengo más experiencia.

Y probablemente seguirá siendo una parte importante de mi identidad musical.

Su expresión adquirió entusiasmo.

—Pero también puedo cantar.

Y me gustaría explorar composiciones donde la voz melódica y el rap convivan con instrumentos más agresivos.

Julián permaneció atento.

Desmond continuó:

—Guitarras eléctricas.

Bajos contundentes.

Percusión fuerte.

Y estructuras que permitan cambiar de intensidad sin perder coherencia.

Hizo una pausa.

—No quiero que todas las canciones suenen iguales.

El sabueso comenzó a sonreír.

—Eso me gusta.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

—¿Sí?

Julián asintió.

—Muchísimo.

Hizo una pausa.

—Podríamos usar riffs agresivos para acompañar las partes de rap.

Y después cambiar a algo más melódico cuando lleguen los estribillos.

Desmond sonrió.

—Exactamente.

El muchacho continuó:

—También podríamos incluir solos de guitarra.

No necesariamente en todas las canciones.

Pero sí cuando la composición lo permita.

Su entusiasmo aumentaba mientras hablaba.

—Y podríamos experimentar con cambios de ritmo.

Algo que sorprenda al público sin que parezca que estamos juntando dos canciones diferentes.

El profesor sintió una satisfacción profunda.

Aquel era exactamente el tipo de conversación que esperaba mantener.

Julián no estaba limitándose a aceptar sus propuestas.

Estaba aportando ideas.

Pensando en estructuras.

Y demostrando que comprendía la importancia de construir una identidad musical propia.

Desmond asintió.

—Me gusta cómo piensas.

El muchacho sonrió ampliamente.

—Gracias.

El profesor continuó:

—Quiero que cada integrante pueda aportar algo.

No busco músicos que solamente sigan instrucciones.

Hizo una pausa.

—Quiero una banda.

Un proyecto donde todos tengamos espacio para desarrollar nuestras ideas.

Julián contempló brevemente su guitarra.

Después levantó la mirada.

—Me encantaría trabajar así.

Desmond sonrió.

Durante los siguientes minutos continuaron intercambiando propuestas.

Hablaron sobre la posibilidad de combinar diferentes tipos de interpretación vocal.

También discutieron cómo podían construir canciones que conservaran la fuerza del rock sin abandonar las estructuras rítmicas características del rap.

Julián comenzó a explicar algunas técnicas que acostumbraba utilizar con su guitarra.

Desmond escuchó atentamente.

En determinados momentos le pidió que mostrara algún fragmento.

El sabueso sacó cuidadosamente el instrumento.

Preparó una breve secuencia.

Y comenzó a tocar.

La melodía resonó dentro de la habitación.

Desmond siguió el ritmo con los dedos.

Después levantó ligeramente la cabeza.

—Espera.

Julián detuvo la interpretación.

—¿Qué pasa?

El profesor sonrió.

—Repite los últimos compases.

El muchacho asintió.

Volvió a tocar.

Desmond escuchó atentamente.

Después comenzó a marcar un ritmo imaginario sobre el escritorio.

—Ahí...

Su expresión adquirió entusiasmo.

—Ese fragmento podría funcionar perfectamente como entrada para una sección de rap.

Julián levantó ligeramente las cejas.

—¿De verdad?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Si construimos una percusión adecuada, podríamos crear algo bastante interesante.

El muchacho sonrió.

—Tengo otras ideas parecidas.

El profesor levantó una mano.

—Entonces enséñamelas.

Julián comenzó a tocar nuevamente.

Durante varios minutos exploraron diferentes combinaciones.

En ocasiones Desmond sugería cambios.

Otras veces Julián modificaba una progresión.

Y ambos discutían sobre qué posibilidades ofrecía cada fragmento.

La conversación se volvió cada vez más natural.

El muchacho dejó de mostrarse tan nervioso.

Había comenzado la mañana tocando solo en una plaza.

Ahora estaba compartiendo ideas musicales con uno de los artistas que admiraba.

Y, lo más importante, aquel artista lo estaba tratando como un colaborador.

No como un admirador al que debía impresionar.

Julián sintió una emoción extraordinaria.

Durante mucho tiempo había imaginado cómo sería trabajar profesionalmente con otros músicos.

Pero siempre terminaba pensando que no tenía suficientes contactos.

Ni oportunidades.

Tampoco una trayectoria reconocida que le permitiera acceder fácilmente a determinados espacios.

Ahora Desmond parecía estar ofreciéndole precisamente aquella posibilidad.

El profesor observó el instrumento.

Después formuló otra pregunta.

—Julián...

El muchacho levantó la cabeza.

—¿Sí?

—¿Has trabajado oficialmente con otros músicos?

El sabueso negó lentamente con la cabeza.

—No.

Hizo una pausa.

—Al menos no de manera profesional.

Desmond permaneció atento.

Julián continuó:

—He tocado en la calle.

También he practicado con algunos amigos.

Y en ocasiones compartimos ideas o intentamos grabar cosas sencillas.

Su expresión adquirió cierta vergüenza.

—Pero nunca he participado en un proyecto serio.

El profesor asintió lentamente.

—Entiendo.

El muchacho bajó ligeramente la mirada.

—Sé que probablemente me falta experiencia.

Desmond levantó una mano.

—Eso no es un problema.

Julián volvió a mirarlo.

El profesor continuó:

—La experiencia se consigue trabajando.

Hizo una pausa.

—Lo importante es que tengas disciplina.

Que estés dispuesto a aprender.

Y que puedas trabajar con otras personas sin convertir cada diferencia creativa en una pelea.

El sabueso permaneció atento.

Desmond sonrió.

—Y por lo que he visto hasta ahora, tienes una buena base.

Julián sintió que una pequeña sonrisa aparecía en su rostro.

—Gracias.

Después añadió con entusiasmo:

—Estoy dispuesto a darlo todo.

El profesor asintió.

—Eso es lo que quiero escuchar.

Durante las horas siguientes continuaron trabajando en ideas preliminares.

Desmond encendió la computadora.

Abrió algunos proyectos musicales.

Y comenzó a mostrarle fragmentos que todavía no había convertido en canciones definitivas.

Julián escuchaba atentamente.

En ocasiones levantaba las orejas cuando encontraba algún ritmo interesante.

Otras veces sugería incorporar una guitarra en determinadas secciones.

Desmond evaluaba las propuestas.

Algunas le parecían especialmente buenas.

Otras necesitaban modificaciones.

Pero disfrutaba aquella dinámica.

Durante años había trabajado principalmente como solista.

Había colaborado con productores.

Y recibido orientación de Antrox.

Sin embargo, construir una banda implicaba una experiencia diferente.

No se trataba únicamente de encontrar músicos técnicamente capaces.

También necesitaba personas con quienes pudiera conversar.

Discutir ideas.

Y encontrar soluciones creativas sin que las diferencias terminaran destruyendo el proyecto.

Julián parecía comprender aquello.

El muchacho no se molestaba cuando Desmond sugería cambios.

Tampoco intentaba imponer todas sus propuestas.

Escuchaba.

Preguntaba.

Y después intentaba encontrar una alternativa.

Aquella actitud resultaba especialmente valiosa para el profesor.

Finalmente, Desmond abrió uno de sus cuadernos.

Pasó varias páginas.

Después se detuvo frente a una composición.

—Mira esto.

Julián se inclinó ligeramente.

—¿Qué es?

El artista sonrió.

—Una de mis letras nuevas.

Hizo una pausa.

—Todavía no tiene una estructura instrumental definitiva.

El muchacho comenzó a leer.

Durante varios segundos permaneció completamente concentrado.

Sus ojos recorrían las líneas.

En ocasiones regresaba a algún verso.

Después continuaba.

Finalmente, levantó lentamente la cabeza.

—Vaya...

Desmond sonrió.

—¿Qué te parece?

Julián contempló nuevamente la página.

—Esto es increíble.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

El muchacho continuó:

—Tiene partes donde podría funcionar una guitarra bastante agresiva.

Pero también hay momentos donde convendría reducir la intensidad para que la voz tenga más espacio.

Desmond sintió una satisfacción profunda.

Julián continuó:

—Podríamos hacer que el instrumental cambie conforme avanza la letra.

Hizo una pausa.

—Como si la propia música acompañara lo que estás contando.

El profesor sonrió ampliamente.

—Exactamente.

Julián levantó la mirada.

—¿De verdad?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Es una de las cosas que intento enseñar durante mis clases.

La música no tiene que limitarse a acompañar la voz.

También puede desarrollar parte de la historia.

El muchacho permaneció pensativo.

Después sonrió.

—Nunca lo había visto de esa manera.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Entonces ya aprendiste algo nuevo.

Julián comenzó a reír.

Durante algunos minutos continuaron revisando letras.

El profesor explicó cómo había desarrollado determinadas ideas.

También habló sobre la importancia de evitar que una canción perdiera coherencia cuando cambiaba de género.

Julián escuchó con entusiasmo.

En ocasiones anotaba algunos comentarios.

Otras simplemente observaba las páginas, imaginando qué podría aportar con su guitarra.

La conversación terminó extendiéndose durante varias horas.

Hablaron de posibles escenarios.

De presentaciones.

Y de cómo una banda podía construir una identidad diferente de la de un solista.

Desmond explicó que todavía necesitaría encontrar a otros integrantes.

No pretendía comenzar inmediatamente una gira.

Tampoco anunciar públicamente un proyecto que apenas estaba naciendo.

Primero deseaba desarrollar una base musical sólida.

Comprobar que los integrantes pudieran trabajar juntos.

Y construir algunas composiciones que reflejaran la dirección que estaban imaginando.

Julián asintió.

—Tiene sentido.

El profesor continuó:

—Prefiero hacer las cosas bien.

Hizo una pausa.

—Ya aprendí que apresurarse puede terminar costando mucho más tiempo después.

El muchacho sonrió.

—Estoy de acuerdo.

Durante un momento permanecieron en silencio.

Después Julián observó nuevamente el cuaderno.

Su expresión se suavizó.

—Desmond...

El profesor levantó la mirada.

—¿Sí?

El sabueso permaneció pensativo.

Finalmente, habló.

—Nunca pensé que alguien como tú se fijaría en alguien como yo.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Julián bajó lentamente la mirada.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Tú ya tienes una carrera.

Miles de seguidores.

Y conoces a personas importantes dentro de la industria.

Su voz adquirió un tono más inseguro.

—Yo solamente soy alguien que toca la guitarra en la calle.

Desmond permaneció callado.

Durante unos segundos contempló al muchacho.

Después negó suavemente con la cabeza.

—No digas eso.

Julián levantó lentamente la mirada.

El profesor continuó:

—Yo también comencé sin tener prácticamente nada.

Hizo una pausa.

—No nací siendo un artista reconocido.

Ni tenía contactos que pudieran conseguirme oportunidades fácilmente.

Su expresión adquirió un tono nostálgico.

—Tuve que aprender.

Equivocarme.

Y encontrar personas que estuvieran dispuestas a escucharme.

Julián permaneció atento.

Desmond continuó:

—Y si Antrox hubiera pensado que solamente era un muchacho sin experiencia, probablemente nunca habría conseguido grabar mis primeras canciones.

El sabueso bajó lentamente la mirada.

El profesor sonrió.

—El talento real es raro de encontrar.

Hizo una pausa.

—Y tú lo tienes.

Julián permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos no consiguió responder.

Aquellas palabras significaban muchísimo para él.

No estaba acostumbrado a escuchar elogios tan sinceros de alguien con experiencia profesional.

Mucho menos de un músico que admiraba desde hacía tiempo.

Finalmente, sonrió.

—Gracias...

Su voz adquirió una emoción profunda.

—En serio.

Desmond asintió.

—De nada.

Después señaló la guitarra.

—Pero recuerda algo.

Julián levantó la mirada.

El profesor continuó:

—El talento solamente te abre una puerta.

Lo que hagas después depende de cuánto estés dispuesto a trabajar.

El muchacho asintió con firmeza.

—No voy a desperdiciar esta oportunidad.

Desmond sonrió.

—Me alegra escucharlo.

La tarde comenzó a avanzar.

La luz exterior adquirió tonalidades más cálidas.

Las sombras de los jardines se extendieron lentamente.

Y algunos trabajadores comenzaron a encender las lámparas de los corredores.

Desmond y Julián apenas habían notado el paso del tiempo.

Estaban demasiado concentrados en la conversación.

Finalmente, el sabueso observó la hora.

Abrió ligeramente los ojos.

—Demonios...

El profesor levantó la cabeza.

—¿Qué pasa?

Julián mostró su teléfono.

—Se está haciendo tarde.

Desmond observó la pantalla.

Después soltó una pequeña carcajada.

—Vaya...

Hizo una pausa.

—Sí que hablamos bastante.

El muchacho sonrió.

—Muchísimo.

Durante unos segundos contempló su guitarra.

Después comenzó a guardar sus pertenencias.

—Tengo que irme.

Desmond asintió.

—Claro.

Julián acomodó cuidadosamente el instrumento dentro de su funda.

Después cerró los compartimentos.

Cuando terminó, volvió a mirar al profesor.

Su expresión reflejaba una felicidad que parecía difícil de contener.

—Desmond...

El artista levantó la cabeza.

—¿Sí?

El muchacho sonrió ampliamente.

—Esto ha sido lo mejor que me ha pasado en muchísimo tiempo.

Desmond sintió una emoción profunda.

Julián continuó:

—De verdad no esperaba encontrar una oportunidad así.

Hizo una pausa.

—Salí a tocar como cualquier otro día.

Y ahora...

Soltó una pequeña risa.

—Ahora estoy hablando de formar una banda contigo.

El profesor sonrió.

—Así funciona la música algunas veces.

Julián negó suavemente con la cabeza.

—Es increíble.

Desmond se levantó.

Lo acompañó hacia la salida de la habitación.

Pero antes de que el muchacho alcanzara la puerta, el profesor recordó algo.

—Espera.

Julián se detuvo.

—¿Qué pasa?

Desmond regresó hacia uno de los muebles.

Abrió un cajón.

Durante unos segundos revisó su contenido.

Después tomó varios billetes.

Los acomodó cuidadosamente.

Y volvió junto al muchacho.

Julián observó el dinero.

Su expresión cambió inmediatamente.

—¿Qué es eso?

El profesor extendió la mano.

—Toma.

El sabueso permaneció sorprendido.

—¿Para mí?

Desmond asintió.

—Sí.

Julián observó los billetes.

Después volvió a mirar al artista.

—Pero...

Hizo una pausa.

—No tienes que darme nada.

El profesor sonrió.

—Lo sé.

El muchacho permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Pasaste buena parte del día aquí.

Compartiste tus composiciones.

Y comenzamos a trabajar en ideas para un proyecto que quiero desarrollar profesionalmente.

Hizo una pausa.

—No me parece justo que te marches con las manos vacías.

Julián bajó lentamente la mirada.

Durante unos segundos pareció no saber cómo reaccionar.

Después extendió una mano.

Recibió el dinero con cuidado.

Sus ojos comenzaron a brillar.

—Gracias, Desmond...

Su voz estaba cargada de emoción.

—En serio.

El profesor asintió.

Julián contempló nuevamente los billetes.

Después volvió a levantar la mirada.

—No sabes lo que esto significa para mí.

Desmond sonrió.

—No tienes que explicármelo.

Hizo una pausa.

—Yo también sé lo que significa recibir una oportunidad cuando apenas estás comenzando.

El muchacho permaneció inmóvil.

Después guardó cuidadosamente el dinero.

Su expresión reflejaba una mezcla de gratitud y entusiasmo.

Desmond extendió una mano.

Julián la observó.

Después sonrió.

Y correspondió al saludo.

Ambos se estrecharon las manos con firmeza.

El profesor levantó ligeramente la mirada.

—Es solo el comienzo, Julián.

El muchacho permaneció atento.

Desmond continuó:

—Prepárate para algo grande.

Julián sonrió ampliamente.

—¡Lo haré!

El artista asintió.

Después abrió la puerta.

Acompañó brevemente al muchacho hacia el corredor.

Le indicó el camino hacia la salida principal.

Y se aseguró de que pudiera abandonar el palacio sin dificultades.

Julián agradeció nuevamente.

Después comenzó a alejarse.

Durante algunos segundos volvió la cabeza para contemplar la enorme residencia.

Todavía parecía no creer lo que había ocurrido.

Finalmente, desapareció por el corredor.

Desmond permaneció junto a la puerta.

Una sonrisa continuaba dibujada en su rostro.

Había comenzado el día sin ningún plan especial.

Simplemente deseaba caminar un poco.

Despejar la mente.

Y disfrutar de una mañana tranquila después de los acontecimientos de la noche anterior.

Ahora acababa de conocer a un guitarrista extraordinariamente prometedor.

Un muchacho que compartía buena parte de sus intereses musicales.

Y que parecía dispuesto a trabajar en el proyecto que llevaba tiempo imaginando.

Desmond respiró profundamente.

Después regresó a su habitación.

El ambiente estaba tranquilo.

La computadora permanecía encendida.

Sobre el escritorio descansaban varios cuadernos abiertos.

Y algunas anotaciones relacionadas con las ideas que había compartido con Julián.

El profesor comenzó a organizar las páginas.

Revisó brevemente una de las letras.

Después contempló el instrumento que el muchacho había utilizado durante sus demostraciones.

La interpretación todavía permanecía fresca dentro de su memoria.

Los riffs.

Las transiciones.

Y aquella seguridad que había demostrado incluso cuando todavía estaba nervioso por encontrarse dentro del palacio.

Desmond sonrió.

—Tiene talento...

Su voz fue baja.

Cerró lentamente el cuaderno.

Después dejó escapar un suspiro.

Durante muchos años había imaginado cómo sería formar una banda.

No solamente un grupo de músicos reunidos para acompañarlo durante las presentaciones.

Sino un proyecto verdadero.

Un espacio donde pudiera combinar sus conocimientos de rap con otros estilos.

Y donde cada integrante tuviera la posibilidad de aportar una parte de su identidad.

Ahora aquella idea comenzaba a tomar forma.

Todavía faltaba muchísimo trabajo.

Necesitaría encontrar a otros músicos.

Organizar ensayos.

Definir la dirección de las primeras composiciones.

Y comprobar que las ideas compartidas durante aquella tarde pudieran convertirse en canciones completas.

Sin embargo, ya no era solamente un proyecto imaginario.

Había encontrado a Julián.

Y aquello representaba un primer paso.

Desmond se apartó del escritorio.

Caminó lentamente hacia la cama.

Durante unos segundos contempló el espacio junto a ella.

El mismo lugar donde anteriormente descansaba la guitarra que Skyler le había regalado.

El instrumento ya no estaba.

Después de aquella explosión de rabia, solamente habían quedado los restos de madera fracturada y algunas piezas que no pudieron recuperarse.

Desmond sintió una punzada de nostalgia.

Recordó los primeros años de su relación.

Las tardes en que tocaba para Skyler.

Y aquella alegría que experimentó cuando recibió el regalo.

La guitarra había acompañado una etapa importante de su vida.

Destruirla no había conseguido borrar aquellos recuerdos.

Solamente había terminado dejando otra pérdida.

El joven bajó lentamente la mirada.

Durante varios segundos permaneció en silencio.

Después respiró profundamente.

Ya no podía cambiar lo que había ocurrido.

Tampoco recuperar exactamente aquel instrumento.

Pero sí podía decidir qué hacer después.

Había comenzado a sanar.

Andrea le había recordado que todavía podía recibir cariño.

Izobelle continuaba ofreciéndole un hogar y el apoyo de una familia que había tardado demasiados años en conocer verdaderamente.

Y ahora Julián acababa de demostrarle que su futuro musical todavía podía contener posibilidades que ni siquiera había considerado durante su regreso como solista.

Desmond contempló nuevamente el escritorio.

Los cuadernos.

La computadora.

Y las ideas que habían quedado anotadas después de tantas horas de conversación.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

No necesitaba olvidar todo cuanto había perdido.

La memoria de Miguel continuaría acompañándolo.

También las enseñanzas de Marta.

El recuerdo de Rubí.

Y los nueve años que había compartido con Skyler.

Pero aquellas historias no tenían por qué convertirse en el final de la suya.

Durante mucho tiempo había confundido seguir adelante con abandonar el pasado.

Ahora comenzaba a comprender que ambas cosas eran diferentes.

Podía recordar sin permanecer atrapado.

Podía extrañar sin renunciar a sonreír.

Y podía aceptar nuevas oportunidades sin considerar que estaba traicionando a quienes alguna vez formaron parte de su vida.

Desmond se sentó lentamente sobre el borde de la cama.

Contempló sus manos.

Las pequeñas heridas habían continuado cerrándose.

Ya no resultaban tan dolorosas.

Sin embargo, todavía recordaba cómo se las había provocado.

Pensó en la conversación con Izobelle durante la madrugada.

Su vergüenza inicial.

La reprimenda.

Y aquella manera en que su hermana terminó recordándole que solamente deseaba verlo feliz.

Después pensó en Andrea.

Probablemente estaría trabajando en aquel momento.

Quizás terminaría escribiéndole durante la tarde para contarle cómo había transcurrido su jornada.

La idea le provocó una sonrisa.

Finalmente, recordó a Julián.

El muchacho que había comenzado la mañana tocando una guitarra eléctrica en la calle.

Y que ahora regresaba a casa con una oportunidad musical que ninguno de los dos había previsto.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Quién lo diría...

Durante unos segundos permaneció contemplando el techo.

Después volvió a levantar la mirada.

El palacio continuaba siendo el mismo.

Las paredes.

Los muebles.

Y las enormes ventanas no habían cambiado.

Pero él sí.

Había llegado a aquella habitación después de perder su matrimonio.

Durante semanas la consideró solamente un refugio temporal.

Un espacio donde esconderse mientras intentaba encontrar alguna manera de continuar.

Ahora comenzaba a convertirse en algo diferente.

Un lugar donde estaba recuperando su identidad.

Donde había encontrado una nueva relación.

Y donde acababa de dar el primer paso hacia un proyecto musical que llevaba años imaginando.

Desmond respiró profundamente.

Después se acercó nuevamente al escritorio.

Tomó uno de los cuadernos.

Lo abrió.

Y comenzó a revisar las anotaciones que había escrito durante su conversación con Julián.

Había numerosas posibilidades.

Algunas todavía parecían demasiado ambiciosas.

Otras necesitarían modificaciones.

Pero todas representaban algo que durante mucho tiempo había creído perdido.

Entusiasmo.

La capacidad de imaginar un futuro sin sentir inmediatamente que algo terminaría destruyéndolo.

El joven apoyó el bolígrafo sobre una de las páginas.

Durante unos segundos contempló el espacio en blanco.

Después comenzó a escribir pequeñas indicaciones.

No intentó terminar una canción.

Tampoco establecer un calendario definitivo.

Simplemente organizó algunas de las ideas que deseaba desarrollar.

Una guitarra agresiva para determinadas secciones.

Una base de rap con mayor fuerza.

Y la posibilidad de incorporar melodías que permitieran mostrar otra faceta de su voz.

Desmond sonrió.

Había mucho trabajo por delante.

Pero esta vez aquella idea no le producía agotamiento.

Le provocaba emoción.

El joven cerró lentamente el cuaderno.

Después se levantó.

Caminó hasta la ventana.

Y contempló los jardines del Palacio Ludendorff.

La luz del atardecer comenzaba a transformar el paisaje.

Las hojas de los árboles se movían suavemente.

Y varios trabajadores regresaban hacia los edificios principales después de terminar sus labores.

Desmond permaneció observando durante algunos segundos.

Recordó todas las veces que había contemplado aquel mismo jardín mientras se preguntaba cómo conseguiría soportar la separación de Skyler.

Ahora la tristeza todavía existía.

Pero ya no ocupaba todos sus pensamientos.

Había comenzado a dejar espacio para otras emociones.

Para el cariño de Andrea.

La amistad de Antrox.

El apoyo de Izobelle.

Y las oportunidades que podían surgir incluso durante un paseo aparentemente insignificante.

El profesor respiró profundamente.

Una sonrisa sincera apareció en su rostro.

No tenía respuestas para todo.

Tampoco sabía cuánto tiempo necesitaría para sentirse completamente estable.

Pero había dejado de esperar que el mundo se detuviera mientras él intentaba comprender sus pérdidas.

La vida continuaba avanzando.

Y finalmente estaba encontrando la voluntad necesaria para avanzar con ella.

Desmond volvió la mirada hacia el espacio donde anteriormente descansaba la guitarra rota.

Durante un instante sintió tristeza.

Después sonrió con nostalgia.

Había perdido un instrumento lleno de recuerdos.

Pero estaba comenzando a encontrar músicos con quienes podría crear otros nuevos.

Había perdido una relación que durante años consideró definitiva.

Pero también estaba descubriendo que todavía podía sentirse amado.

Y había llegado al Palacio Ludendorff creyendo que su vida se había derrumbado.

Ahora comenzaba a comprender que aquella caída no tenía por qué representar el final de su historia.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Dejó escapar un pequeño suspiro.

Y permitió que la tranquilidad de la tarde lo acompañara durante unos segundos.

La vida, al fin, comenzaba a moverse otra vez.

CAP 34

El Acorde Inicial

La tarde transcurría tranquilamente sobre el Palacio Ludendorff.

La luz cálida del Anillo de la Furia atravesaba los ventanales de la habitación de Desmond, iluminando los muebles de madera oscura y las elegantes decoraciones que caracterizaban aquella residencia aristocrática. Desde el exterior llegaba el murmullo distante de los trabajadores que recorrían los jardines, acompañado por el movimiento ocasional de los vehículos que circulaban cerca de la entrada principal.

Dentro de la habitación, sin embargo, predominaba una tranquilidad agradable.

Desmond permanecía sentado sobre uno de los sillones, con un libro abierto entre las manos. Llevaba ropa cómoda y tenía las piernas ligeramente estiradas mientras recorría las páginas con una concentración que rara vez conseguía mantener cuando trabajaba en sus composiciones.

A pocos metros, Julián afinaba su guitarra eléctrica.

El joven sabueso infernal sostenía cuidadosamente el instrumento sobre sus piernas. Sus orejas se movían ligeramente cada vez que escuchaba una nota, mientras sus dedos ajustaban las clavijas con movimientos precisos.

De vez en cuando pulsaba una cuerda.

Escuchaba.

Realizaba alguna corrección.

Y volvía a probar.

Desmond levantó brevemente la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Habían pasado varios días desde que conoció a Julián mientras tocaba en una plaza cercana al palacio.

Aquel encuentro había sido completamente inesperado.

Desmond solamente había salido a caminar para despejar su mente, pero terminó encontrando a un guitarrista que poseía una habilidad extraordinaria y un entusiasmo difícil de ignorar.

Desde entonces, ambos habían comenzado a reunirse para desarrollar las primeras ideas de la banda.

Todavía no tenían un nombre definitivo.

Tampoco habían establecido una formación completa.

Sin embargo, las conversaciones estaban dando resultados interesantes.

Desmond había descubierto que Julián no solamente era capaz de interpretar piezas complicadas.

También comprendía cómo construir melodías, modificar progresiones y adaptar su instrumento a diferentes estilos.

Aquello resultaba especialmente importante para el proyecto que imaginaba.

El profesor no quería abandonar sus raíces dentro del rap.

Pero tampoco deseaba limitarse exclusivamente a ese género.

Su intención era combinar la fuerza de las guitarras eléctricas con estructuras rítmicas modernas, permitiendo que las canciones alternaran entre pasajes agresivos y momentos melódicos.

Julián compartía aquella visión.

Y, aunque todavía carecía de experiencia profesional, demostraba una disposición extraordinaria para aprender.

Desmond volvió a concentrarse en su libro.

Durante unos minutos, el silencio continuó siendo interrumpido únicamente por las notas aisladas de la guitarra.

Finalmente, Julián pulsó una secuencia breve.

Escuchó el resultado.

Después sonrió.

—Ahora sí...

Desmond levantó una ceja sin apartar completamente la mirada del libro.

—¿Terminaste?

El sabueso asintió.

—Creo que sí.

Volvió a tocar las cuerdas.

La afinación parecía estable.

Desmond sonrió discretamente.

—Perfecto.

Hizo una pausa.

—Después podríamos revisar aquella progresión que me mostraste la última vez.

Julián levantó inmediatamente las orejas.

—¿La del cambio de ritmo?

El profesor asintió.

—Esa misma.

El muchacho sonrió.

—¡Claro!

Durante unos segundos observó su instrumento.

Después comenzó a probar una pequeña variación.

Desmond regresó a su lectura.

El ambiente resultaba cómodo.

No necesitaban conversar constantemente.

Habían comenzado a desarrollar una confianza que permitía compartir el mismo espacio sin sentirse obligados a mantener una conversación.

El profesor disfrutaba aquella tranquilidad.

Sin embargo, poco después, su teléfono comenzó a vibrar sobre una pequeña mesa.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Observó la pantalla.

Y reconoció inmediatamente el nombre.

Antrox.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Cerró el libro.

Lo dejó sobre el sillón.

Y tomó el teléfono.

—¿Sí?

La respuesta llegó acompañada por una voz extraordinariamente familiar.

—¡Desmond!

El profesor soltó una pequeña risa.

—Hola, Antrox.

El Pecado Capital parecía encontrarse de buen humor.

—¡Muchacho!

Hizo una pausa.

—Me enteré de algo bastante interesante.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Ah, sí?

Antrox soltó una carcajada.

—¡Al fin estás armando esa banda!

El joven profesor sonrió.

—Vaya...

El demonio continuó:

—¡Ese capricho que tenías desde que te conocí finalmente está convirtiéndose en realidad!

Desmond negó divertido con la cabeza.

—¿Capricho?

Su voz adquirió un tono burlón.

—¡Por poco me arrodillo cuando tenía diecinueve años para que me ayudaras a buscar integrantes!

Antrox comenzó a reír.

—¡Y lo recuerdo perfectamente!

El profesor soltó otra carcajada.

Durante unos segundos ambos parecieron regresar a sus primeros años dentro de Hellbeat Records.

En aquella época, Desmond apenas comenzaba a comprender las posibilidades que ofrecía la industria musical.

Tenía numerosas ideas.

Algunas bastante ambiciosas.

Y una de ellas consistía precisamente en formar una banda que combinara diferentes géneros.

Sin embargo, las circunstancias terminaron conduciéndolo hacia una carrera como solista.

Después ocurrieron los problemas relacionados con Valerio.

La destrucción de la disquera.

Y aquella larga etapa durante la que Desmond decidió concentrarse en sus estudios.

La banda permaneció como un proyecto pendiente.

Hasta ahora.

Antrox continuó hablando.

—Pero debo reconocer algo.

Desmond levantó la mirada.

—¿Qué cosa?

La voz del demonio adquirió mayor entusiasmo.

—Esta vez diste en el clavo con el guitarrista.

El profesor permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló a Julián.

El muchacho continuaba concentrado en su instrumento.

Parecía no estar prestando demasiada atención a la conversación.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo sabes quién es?

Antrox soltó una pequeña risa.

—¿Julián?

El joven asintió, aunque recordó inmediatamente que el demonio no podía verlo.

—Sí.

Hizo una pausa.

—El sabueso.

Antrox respondió con naturalidad.

—¡Muchacho, ese chico es una joya del Anillo de la Furia!

Desmond levantó lentamente las cejas.

La expresión del profesor adquirió curiosidad.

Observó nuevamente a Julián.

Después se incorporó del sillón.

No quería que el muchacho escuchara una conversación sobre su propia reputación sin comprender el contexto.

Además, deseaba averiguar por qué Antrox parecía conocerlo tan bien.

Desmond caminó hacia la puerta.

Salió al corredor.

Y la cerró suavemente detrás de él.

Después volvió a acercar el teléfono.

—Explícame eso.

Antrox soltó una carcajada.

—¿Todavía no sabes a quién acabas de encontrar?

El profesor permaneció pensativo.

—Sé que tiene muchísimo talento.

Lo escuché tocar en una plaza.

Y durante estos días hemos estado trabajando bastante bien.

Hizo una pausa.

—Pero no sabía que tuviera alguna reputación importante.

El demonio respondió inmediatamente:

—¡Pues la tiene!

Su voz adquirió una admiración sincera.

—A su corta edad ya consiguió superar a varios guitarristas veteranos.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿En serio?

Antrox continuó:

—Y no estoy hablando de músicos aficionados.

Hizo una pausa.

—Ese muchacho tiene una técnica extraordinaria.

Una precisión que muchos artistas tardan años en desarrollar.

El profesor permaneció inmóvil.

Recordó las demostraciones que Julián había realizado durante su primer encuentro.

Sus cambios de velocidad.

La seguridad con que recorría los trastes.

Y aquella facilidad para combinar riffs agresivos con fragmentos melódicos.

Ahora comenzaba a comprender que probablemente había subestimado el alcance de su habilidad.

Antrox continuó:

—Incluso llegó a enfrentarse con BCB.

Desmond sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué?

El Pecado Capital soltó una pequeña risa.

—Lo que escuchaste.

El profesor permaneció completamente inmóvil.

Después preguntó:

—¿El BCB?

Hizo una pausa.

—¿El que lleva el trono desde 2005?

Antrox respondió sin vacilar.

—El mismo.

Desmond bajó lentamente el teléfono.

Durante unos segundos contempló la pared del corredor.

No conseguía creerlo.

BCB.

Un guitarrista cuya reputación llevaba años consolidándose dentro de los círculos musicales del Infierno.

Desmond conocía su trayectoria.

Había escuchado algunas de sus interpretaciones.

Y sabía que enfrentarse a él representaba un desafío considerable incluso para artistas con experiencia profesional.

El profesor volvió a acercar el teléfono.

—Espera...

Su voz reflejaba sorpresa.

—¿Julián se enfrentó a él?

Antrox asintió al otro lado de la línea.

—Exactamente.

Desmond permaneció atento.

—¿Y qué ocurrió?

El demonio respondió:

—No consiguió vencerlo.

Hizo una pausa.

—Pero logró igualarlo.

El profesor abrió ampliamente los ojos.

Durante varios segundos permaneció sin hablar.

Aquello resultaba extraordinario.

No porque perder contra BCB representara alguna vergüenza.

Sino porque conseguir un resultado semejante frente a alguien con tantos años de experiencia demostraba una capacidad técnica poco común.

Desmond volvió lentamente la mirada hacia la puerta de su habitación.

Podía escuchar algunas notas aisladas procedentes del interior.

Julián continuaba afinando.

Como si no tuviera conciencia de la impresión que su talento podía provocar en otros músicos.

Antrox rompió el silencio.

—Desmond.

El profesor reaccionó.

—¿Sí?

La voz del Pecado Capital adquirió una seriedad poco habitual.

—No dejes ir a ese chico.

Desmond permaneció inmóvil.

Antrox continuó:

—Tiene muchísimo potencial.

Hizo una pausa.

—Y si consigue desarrollarlo correctamente, puede llegar bastante lejos.

El profesor asintió lentamente.

—Lo sé.

Su expresión adquirió una pequeña sonrisa.

—Ya había notado que era especial.

Antrox soltó una risa.

—Entonces confía en tu instinto.

Después añadió con entusiasmo:

—¡Ese muchacho es oro puro!

Desmond sonrió.

Durante algunos segundos permaneció contemplando la puerta.

Recordó la emoción de Julián cuando le ofreció participar en la banda.

La manera en que agradeció la oportunidad.

Y aquella inseguridad con la que confesó que nunca imaginó que un músico reconocido se fijaría en alguien como él.

Ahora sabía que su nuevo compañero poseía una trayectoria mucho más interesante de lo que había supuesto.

El profesor respiró profundamente.

—Gracias por contármelo, Antrox.

El demonio respondió con naturalidad.

—¡Para eso estamos!

Hizo una pausa.

—Y quiero escuchar lo que están preparando cuando tengan algo listo.

Desmond sonrió.

—Serás de los primeros.

Antrox soltó una carcajada.

—¡Eso espero!

Durante unos segundos intercambiaron algunas palabras más.

Finalmente, la conversación terminó.

Desmond guardó el teléfono.

Permaneció inmóvil en el corredor.

Después volvió la mirada hacia su habitación.

A través de la puerta podía escuchar la guitarra.

Una sucesión de notas rápidas.

Un pequeño cambio de ritmo.

Y finalmente un acorde sostenido.

El profesor sonrió.

—Vaya, Julián...

Su voz fue apenas un murmullo.

—Definitivamente tienes más historia de la que imaginaba.

Después abrió la puerta.

Y regresó.

El muchacho levantó inmediatamente la cabeza.

—¿Todo bien?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Solo negocios.

Julián sonrió.

—Ah, perfecto.

El profesor tomó asiento nuevamente.

Durante unos segundos contempló la guitarra.

Después decidió regresar a los asuntos relacionados con la banda.

—Hablando de negocios...

El muchacho levantó las orejas.

—¿Sí?

Desmond continuó:

—Tenemos un problema.

Julián frunció ligeramente el ceño.

—¿Cuál?

El profesor sonrió.

—Somos solamente dos.

El sabueso permaneció inmóvil.

Después soltó una carcajada.

—¡Ah, eso!

Desmond asintió.

—Necesitamos un bajista.

Hizo una pausa.

—Y también alguien que se encargue de la batería.

El muchacho permaneció pensativo.

Observó brevemente su guitarra.

Después levantó la mirada.

—Bueno...

Se interrumpió.

Desmond notó el cambio en su expresión.

—¿Qué pasa?

Julián sonrió discretamente.

—Creo que conozco a alguien.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

—¿En serio?

El muchacho asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Tengo una amiga que toca el bajo en la universidad.

Desmond sintió interés inmediatamente.

—¿Es buena?

Julián respondió con entusiasmo.

—Tiene bastante talento.

Aunque todavía está aprendiendo algunas cosas.

El profesor asintió.

—Eso no es un problema.

Hizo una pausa.

—Lo importante es encontrar personas dispuestas a trabajar.

Julián sonrió.

—Entonces podría servirnos.

Desmond se acomodó sobre el sillón.

—¿Puedes llamarla?

El muchacho levantó ligeramente las cejas.

—¿Ahora?

El profesor asintió.

—Claro.

Hizo una pausa.

—Podemos probar distintos talentos.

No tenemos nada que perder.

Julián permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló su teléfono.

Después asintió.

—Está bien.

Lo tomó.

Desbloqueó la pantalla.

Y comenzó a buscar un contacto.

Sin embargo, Desmond notó algo extraño.

Las manos del muchacho comenzaron a temblar ligeramente.

Su respiración se volvió irregular.

Y sus orejas adoptaron una posición más rígida.

El profesor frunció el ceño.

—Julián.

El sabueso levantó inmediatamente la mirada.

—¿Sí?

Desmond observó sus manos.

—¿Estás bien?

El muchacho bajó lentamente la cabeza.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Solo estoy un poco nervioso.

El profesor levantó una ceja.

—¿Por llamar a una amiga?

Julián permaneció callado.

Después soltó una pequeña risa nerviosa.

—Algo así.

Desmond decidió no insistir inmediatamente.

Observó cómo el muchacho seleccionaba el contacto.

Después acercó el teléfono a su oído.

La llamada comenzó.

Julián permaneció sentado, con la espalda ligeramente rígida.

Cuando escuchó que respondían, su expresión cambió.

—¡Hola!

Su voz sonó más aguda de lo habitual.

Desmond levantó discretamente una ceja.

El muchacho continuó:

—Sí, soy yo.

Hizo una pausa.

—Quería preguntarte algo.

Durante algunos segundos escuchó la respuesta.

Después comenzó a explicar que estaba participando en la organización de un proyecto musical y que necesitaban una bajista.

Desmond permaneció callado.

No deseaba interrumpir.

Sin embargo, observaba con curiosidad las reacciones del muchacho.

Julián sonreía constantemente.

En ocasiones parecía olvidar lo que iba a decir.

O repetía alguna frase antes de conseguir explicarse correctamente.

Finalmente, después de varios minutos, la llamada terminó.

El sabueso bajó lentamente el teléfono.

Dejó escapar una respiración profunda.

Y permaneció contemplando la pantalla.

Desmond lo observó.

Después levantó una ceja.

—Bueno...

Julián levantó la mirada.

—¿Sí?

El profesor señaló discretamente el teléfono.

—¿Qué fue esa reacción?

El muchacho permaneció inmóvil.

Durante unos segundos pareció considerar la posibilidad de inventar alguna explicación.

Pero finalmente bajó la cabeza.

—Es que...

Su voz adquirió un tono avergonzado.

Desmond aguardó pacientemente.

Julián respiró profundamente.

Después levantó ligeramente los ojos.

—La amo, Desmond.

El profesor permaneció sorprendido.

—¿Qué?

El muchacho bajó nuevamente la mirada.

Sus orejas se inclinaron ligeramente.

—A ella.

Hizo una pausa.

—La amo desde hace muchísimo tiempo.

Desmond permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló el rostro del sabueso.

Ahora comprendía aquella reacción.

Las manos temblorosas.

La respiración irregular.

Y aquella dificultad para mantener una conversación que normalmente habría resultado sencilla.

No estaba nervioso por proponerle participar en una banda.

Estaba hablando con alguien que significaba muchísimo para él.

El profesor sonrió discretamente.

—Ya veo...

Julián continuó:

—No puedo evitarlo.

Hizo una pausa.

—Cada vez que hablo con ella, siento que todo lo que tengo preparado desaparece de mi cabeza.

Desmond soltó una pequeña risa.

El muchacho levantó la mirada.

—¡Es en serio!

El profesor sonrió.

—Te creo.

Julián respiró profundamente.

Después continuó:

—Siempre sueño con ella.

Con poder estar juntos.

Compartir nuestras vidas.

Y construir algo bonito.

Su expresión adquirió una ternura evidente.

—Pero nunca me atreví a decirle lo que siento.

Desmond permaneció atento.

El muchacho contempló sus manos.

—Tengo miedo de arruinar nuestra amistad.

Hizo una pausa.

—Y también de que piense que solamente me acerqué a ella porque quería algo más.

El profesor asintió lentamente.

Comprendía perfectamente aquella preocupación.

Durante su propia vida había experimentado emociones semejantes.

Recordó su juventud.

Los nervios al acercarse a Skyler.

Y, más recientemente, la manera en que comenzó a descubrir sus sentimientos por Andrea.

Desmond sonrió con comprensión.

—Lo entiendo más de lo que crees.

Julián levantó lentamente la mirada.

El profesor continuó:

—Cuando alguien te importa mucho, a veces resulta difícil encontrar las palabras adecuadas.

Hizo una pausa.

—Especialmente si tienes miedo de perder la relación que ya construyeron.

El muchacho asintió.

—Exactamente...

Desmond sonrió.

—Tranquilo.

Su voz adquirió una firmeza cálida.

—No saldrá de aquí.

Julián permaneció inmóvil.

El profesor levantó ligeramente una mano.

—Prometido.

El sabueso sintió que parte de la tensión abandonaba sus hombros.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Gracias, Desmond.

El profesor asintió.

—De nada.

Durante algunos segundos permanecieron en silencio.

Después Desmond volvió a observar el teléfono.

—Entonces...

Julián levantó la cabeza.

—¿Sí?

—¿Aceptó venir?

El muchacho sonrió inmediatamente.

—¡Sí!

Hizo una pausa.

—Puede venir mañana.

Desmond asintió.

—Perfecto.

Su expresión adquirió entusiasmo.

—Entonces podremos escucharla.

Julián sonrió.

Sin embargo, sus mejillas continuaban ligeramente sonrojadas.

Desmond decidió no molestarlo más.

Regresó a su libro.

Mientras tanto, el sabueso acomodó nuevamente la guitarra.

Pero durante varios minutos pareció demasiado distraído para continuar practicando.

El profesor lo observó de reojo.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Definitivamente aquel muchacho tenía mucho más que música rondándole la cabeza.

A la mañana siguiente, el Palacio Ludendorff comenzó sus actividades habituales.

Los trabajadores recorrían los corredores transportando documentos y materiales.

En los jardines, algunas personas realizaban labores de mantenimiento.

Y dentro de la habitación de Desmond, Julián esperaba con una inquietud que no conseguía ocultar completamente.

Había llegado temprano.

Llevaba su guitarra y algunas anotaciones relacionadas con las composiciones que habían comenzado a desarrollar.

Desmond permanecía sentado cerca del escritorio, revisando varios fragmentos musicales.

De vez en cuando observaba al muchacho.

Julián parecía incapaz de permanecer quieto.

Acomodaba su ropa.

Revisaba su teléfono.

Y después volvía a contemplar la puerta.

El profesor soltó una pequeña risa.

—Vas a terminar gastando el suelo.

El sabueso levantó inmediatamente la mirada.

—¿Qué?

Desmond señaló discretamente sus pies.

—Llevas varios minutos moviéndote de un lado a otro.

Julián bajó la cabeza.

Después soltó una risa nerviosa.

—Perdón...

El profesor negó suavemente con la cabeza.

—No tienes que disculparte.

Hizo una pausa.

—Solo intenta relajarte.

El muchacho asintió.

—Lo intentaré.

Sin embargo, apenas volvió a guardar el teléfono, se escuchó el timbre.

Julián levantó inmediatamente las orejas.

Desmond observó su reacción.

Después sonrió discretamente.

—Creo que llegó.

El sabueso permaneció inmóvil.

—Sí...

Su voz fue apenas un murmullo.

El profesor se levantó.

Caminó hacia la entrada.

Y abrió la puerta.

Al principio esperaba encontrar a una estudiante desconocida.

Alguien que Julián había conocido dentro de su universidad.

Sin embargo, cuando vio a la muchacha que permanecía del otro lado, abrió ligeramente los ojos.

—¿Isabella?

La joven sabueso infernal levantó inmediatamente la cabeza.

Su expresión se iluminó.

—¡Profesor Desmond!

El artista permaneció sorprendido.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Reconoció inmediatamente su baja estatura, el aspecto particular de sus ojos y aquella personalidad entusiasta que había mostrado durante las clases.

Era la misma Isabella que conoció en la universidad.

La joven que había visitado su estudio.

Y que, durante su estancia en el Anillo de la Gula, terminó encontrándose con él mientras trabajaba dentro de una cafetería.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Vaya...

Su voz fue apenas un murmullo.

—El mundo es pequeño.

Isabella inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué dijo?

El profesor sonrió.

—Nada, nada.

Hizo una pausa.

—Pasa.

La muchacha entró con entusiasmo.

Observó brevemente el interior.

Después levantó la mirada hacia su profesor.

—¡No sabía que vivía aquí!

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—Es una historia larga.

Isabella sonrió.

Después escuchó unos pasos procedentes de la habitación.

Julián apareció.

Cuando sus ojos encontraron a la muchacha, permaneció completamente inmóvil.

Su cola comenzó a moverse lentamente de un lado a otro.

Las orejas se levantaron.

Y una sonrisa apareció inmediatamente en su rostro.

Desmond observó aquella reacción.

Tuvo que contener una carcajada.

Ahora comprendía perfectamente por qué el sabueso había reaccionado de aquella manera durante la llamada telefónica.

Isabella levantó una mano.

—¡Hola, Julián!

El muchacho abrió ligeramente los labios.

Durante un instante pareció olvidar cómo hablar.

Finalmente, respondió:

—H-hola...

Isabella sonrió con ternura.

Después se acercó.

Julián permaneció observándola.

Su cola continuaba moviéndose.

Desmond decidió intervenir antes de que el muchacho terminara completamente paralizado.

—Bueno...

Ambos levantaron la mirada.

El profesor sonrió.

—¿Entramos?

Isabella asintió.

—¡Claro!

Regresaron a la habitación.

La joven observó con curiosidad el escritorio de producción.

Reconoció algunos equipos que Desmond utilizaba durante sus composiciones.

Después tomó asiento junto a Julián.

El sabueso permaneció extraordinariamente rígido durante unos segundos.

Isabella volvió la cabeza.

—Oye, Julián...

El muchacho reaccionó inmediatamente.

—¿Sí?

La joven sonrió.

—¿Para qué me necesitaban?

Julián abrió ligeramente los ojos.

Después volvió la mirada hacia Desmond.

El profesor reconoció aquella expresión.

Parecía estar pidiéndole ayuda.

Desmond soltó una pequeña risa.

Después tomó asiento frente a ambos.

—Bueno, Isabella...

La muchacha levantó la mirada.

—¿Sí, profesor?

El artista sonrió.

—Estamos formando una banda.

Los ojos de Isabella se abrieron inmediatamente.

—¿Una banda?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Julián será nuestro guitarrista.

Y yo me encargaré principalmente de las voces y la dirección musical.

Isabella escuchó con atención.

El profesor continuó:

—Pero todavía necesitamos otros integrantes.

Un bajista.

Y alguien para la batería.

La muchacha comenzó a comprender.

Desmond sonrió.

—Julián me comentó que tocas el bajo.

Isabella asintió con entusiasmo.

—¡Sí!

Hizo una pausa.

—Todavía estoy aprendiendo algunas cosas, pero me encanta.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

—Perfecto.

Después preguntó:

—¿Te gustaría participar?

Isabella permaneció completamente inmóvil.

Durante varios segundos contempló el rostro de Desmond.

Después volvió a mirar a Julián.

El muchacho sonrió tímidamente.

La joven abrió ampliamente los ojos.

—¿En serio?

El profesor asintió.

—En serio.

Isabella sonrió.

—¡Claro que sí!

Su cola comenzó a moverse con entusiasmo.

Después, sin embargo, su expresión cambió ligeramente.

—Aunque...

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué ocurre?

La muchacha bajó la mirada.

—No tengo bajo propio.

El profesor permaneció atento.

Isabella continuó:

—Siempre utilizo los instrumentos de la universidad.

Hizo una pausa.

—Todavía no he conseguido comprar uno.

Desmond asintió lentamente.

No parecía especialmente preocupado.

Después señaló hacia el vestidor.

—No hay problema.

La joven levantó la mirada.

El profesor continuó:

—Tengo uno guardado allí.

Puedes buscarlo.

Isabella abrió ligeramente los ojos.

—¿De verdad?

Desmond sonrió.

—Claro.

Hizo una pausa.

—Está dentro de su funda.

La muchacha se levantó inmediatamente.

—¡Muchas gracias!

Después caminó hacia el vestidor.

Desmond la observó desaparecer por la puerta.

Finalmente, volvió lentamente la mirada hacia Julián.

El sabueso permanecía sentado.

Su expresión era una mezcla de entusiasmo y nerviosismo.

El profesor tomó asiento junto a él.

Durante unos segundos lo contempló.

Después sonrió.

—Bueno...

Julián levantó la mirada.

—¿Sí?

Desmond levantó ligeramente una ceja.

—¿Y bien?

El muchacho bajó inmediatamente la cabeza.

—¿Y bien qué?

El profesor soltó una pequeña carcajada.

—No te hagas.

Julián permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Ahora entiendo lo que me contaste ayer.

El sabueso sintió que sus mejillas comenzaban a sonrojarse.

—Desmond...

El profesor sonrió.

—Tranquilo.

Hizo una pausa.

—No voy a decir nada.

Julián dejó escapar un suspiro de alivio.

Después contempló brevemente la puerta del vestidor.

—Es exactamente lo que te dije.

Su voz fue baja.

—No puedo evitar ponerme así cuando estoy cerca de ella.

Desmond asintió.

—Se nota.

El muchacho soltó una pequeña risa avergonzada.

—Qué vergüenza...

El profesor negó suavemente con la cabeza.

—No tienes por qué avergonzarte.

Hizo una pausa.

—Es normal sentir nervios cuando alguien te importa.

Julián permaneció pensativo.

Desmond continuó:

—Aunque deberías decírselo algún día.

El muchacho levantó inmediatamente la mirada.

—¿Decírselo?

El profesor asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Te quitarías un peso enorme de encima.

Julián bajó lentamente los ojos.

Durante unos segundos permaneció contemplando sus manos.

Después habló.

—Quiero hacerlo.

Desmond permaneció atento.

El sabueso continuó:

—De verdad.

Pero quiero que sea especial.

Hizo una pausa.

—Algo que recuerde para siempre.

El profesor sonrió con comprensión.

—Entonces tómate tu tiempo.

Julián levantó la mirada.

Desmond continuó:

—No tienes que convertirlo en una carrera.

Hizo una pausa.

—Ya llegará ese momento.

El muchacho asintió lentamente.

El profesor sonrió.

—Por ahora, relájate.

Después añadió con una expresión divertida:

—O, como decíamos en la comuna 54: párchese.

Julián permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló al profesor.

Después comenzó a reír.

—¿Párchese?

Desmond asintió.

—Exactamente.

El sabueso soltó otra carcajada.

—Lo intentaré.

Hizo una pausa.

—Mi psicólogo me dice algo parecido.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Julián sonrió.

—Aunque nunca utiliza la palabra «párchese».

El profesor comenzó a reír.

—Debería.

Ambos compartieron una pequeña carcajada.

Después Desmond comentó en tono ligero:

—A veces uno se complica demasiado pensando en lo que todavía no ha ocurrido. Concéntrate en vivir el momento, créeme.

Julián asintió.

—Eso es lo que intento trabajar con mi psicólogo.

El profesor sonrió.

—Entonces sigue haciéndolo.

Hizo una pausa.

—Y recuerda que aquí también puedes hablar conmigo cuando necesites compartir alguna idea.

El muchacho sintió una emoción profunda.

—Gracias, Desmond.

El artista asintió.

—De nada.

En aquel momento, la puerta del vestidor volvió a abrirse.

Isabella apareció sosteniendo un bajo eléctrico entre los brazos.

El instrumento parecía ligeramente grande para su estatura.

Sin embargo, la muchacha lo sostenía con cuidado.

Su expresión reflejaba entusiasmo.

—¡Lo encontré!

Desmond volvió la cabeza.

—Perfecto.

Julián levantó inmediatamente la mirada.

Cuando vio a Isabella acercarse, su cola comenzó a moverse nuevamente.

El profesor observó aquella reacción.

Pero decidió no hacer ningún comentario.

La joven tomó asiento sobre el sillón frente a ellos.

Acomodó el bajo.

Revisó brevemente las cuerdas.

Después levantó la mirada.

—¿Qué quieren que toque?

Desmond permaneció pensativo.

—Lo que prefieras.

Hizo una pausa.

—Quiero escuchar cómo manejas el instrumento.

Isabella asintió.

—Está bien.

Durante unos segundos permaneció concentrada.

Después comenzó a tocar.

La melodía era sencilla.

Tenía una estructura rítmica bastante clara.

Y, aunque no incluía pasajes especialmente complejos, demostraba que la muchacha comprendía la función del bajo dentro de una composición.

Desmond escuchó atentamente.

No interrumpió.

Observó la posición de sus manos.

La precisión de las notas.

Y la manera en que intentaba mantener un pulso constante.

Julián también permanecía atento.

De vez en cuando acompañaba discretamente el ritmo con pequeños movimientos de la cabeza.

Isabella continuó durante varios minutos.

Después terminó.

Levantó lentamente la mirada.

Su expresión reflejaba cierta inseguridad.

—¿Qué tal?

Desmond permaneció pensativo.

Durante unos segundos revisó mentalmente lo que acababa de escuchar.

Finalmente, sonrió.

—Nada mal.

La muchacha levantó inmediatamente las orejas.

El profesor continuó:

—Tienes una buena base.

Hizo una pausa.

—Mantienes bastante bien el ritmo.

Y comprendes cómo construir una línea sencilla sin llenar todos los espacios con notas innecesarias.

Isabella sonrió ampliamente.

Desmond añadió:

—Aunque todavía podrías mejorar algunas cosas con práctica.

La muchacha asintió inmediatamente.

—¡Lo haré!

Su voz estaba llena de entusiasmo.

—Prometo dar lo mejor.

El profesor sonrió.

—Eso es precisamente lo que necesito.

Julián contempló a Isabella con admiración.

La joven volvió brevemente la mirada hacia él.

Y sonrió.

El sabueso se sonrojó inmediatamente.

Desmond tuvo que contener otra carcajada.

Finalmente, volvió a observar a Isabella.

—Bueno...

La muchacha levantó la cabeza.

—¿Sí, profesor?

El artista sonrió ampliamente.

—Entonces estás dentro.

Isabella permaneció completamente inmóvil.

Durante un segundo pareció no comprender.

Después abrió ampliamente los ojos.

—¡¿EN SERIO?!

Desmond asintió.

—En serio.

La joven dejó escapar un pequeño grito de alegría.

—¡AAAAH!

Julián comenzó a reír.

Desmond también sonrió.

Isabella dejó cuidadosamente el bajo sobre el sillón.

Después se levantó.

Corrió hacia el profesor.

Y lo abrazó con entusiasmo.

—¡MUCHÍSIMAS GRACIAS!

Desmond soltó una carcajada.

Correspondió al abrazo con calidez.

—Tranquila, muchacha.

Hizo una pausa.

—Todavía tenemos mucho trabajo por delante.

Isabella se separó ligeramente.

Sus ojos brillaban.

—¡Estoy lista!

El profesor sonrió.

—Eso espero.

Julián observaba la escena.

Su expresión reflejaba una felicidad difícil de ocultar.

La muchacha que había amado en silencio durante tanto tiempo ahora formaría parte del mismo proyecto musical.

Podrían trabajar juntos.

Compartir ensayos.

Y desarrollar composiciones que combinaran sus respectivos talentos.

Sin embargo, también sabía que debía aprender a controlar sus nervios.

No quería que sus sentimientos afectaran el ambiente de trabajo.

Mucho menos incomodar a Isabella.

Por eso respiró profundamente.

Después sonrió.

—Bienvenida.

La joven volvió la mirada.

—¡Gracias, Julián!

Su entusiasmo provocó que el muchacho volviera a sonrojarse.

Desmond observó a ambos.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

La banda todavía estaba incompleta.

Necesitaban un baterista.

Y probablemente tendrían que realizar numerosos ensayos antes de conseguir un sonido verdaderamente definido.

Pero ahora contaban con algo importante.

Una base.

Tres personas dispuestas a trabajar.

Y una dirección musical que comenzaba a adquirir forma.

El profesor sonrió.

Quizás aquel era el verdadero comienzo del proyecto que imaginaba desde los diecinueve años.

Las horas continuaron avanzando.

Desmond explicó a Isabella algunas de las ideas que había desarrollado junto a Julián.

La muchacha escuchó con curiosidad.

En determinados momentos formuló preguntas relacionadas con los cambios de ritmo.

Otras veces propuso pequeñas variaciones que podrían funcionar dentro de determinadas canciones.

El profesor observó que todavía necesitaba experiencia.

Pero también reconoció algo valioso.

Isabella aprendía rápidamente.

No parecía tener miedo de preguntar cuando desconocía algún concepto.

Y estaba dispuesta a repetir una sección hasta comprenderla.

Julián, por su parte, comenzó a mostrarse más tranquilo.

Cuando estaban concentrados en la música, sus nervios disminuían considerablemente.

Podía conversar con Isabella sobre escalas, ritmos y progresiones sin quedarse completamente paralizado.

Desmond notó aquella diferencia.

Le resultó interesante.

Quizás el trabajo musical terminaría permitiéndoles conocerse mejor de una manera natural.

Sin necesidad de apresurar acontecimientos.

La tarde transcurrió entre conversaciones, pequeñas demostraciones y nuevas ideas.

No realizaron ninguna grabación definitiva.

Tampoco intentaron construir una canción completa.

El objetivo era conocerse musicalmente.

Descubrir las fortalezas de cada integrante.

Y comprobar si podían trabajar juntos.

Para satisfacción de Desmond, la experiencia resultó positiva.

Ambos sabuesos mostraron entusiasmo.

Y aunque sus niveles técnicos eran diferentes, parecían comprender la importancia de escucharse mutuamente.

Cuando finalmente comenzó a oscurecer, Julián observó la hora.

Después volvió la mirada hacia Isabella.

—Creo que deberíamos irnos.

La muchacha levantó la cabeza.

—¿Ya es tan tarde?

Desmond consultó brevemente su teléfono.

Después asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Trabajamos bastante.

Isabella sonrió.

—¡Se pasó rapidísimo!

El profesor soltó una pequeña risa.

—Eso ocurre cuando uno está entretenido.

Ambos comenzaron a recoger sus pertenencias.

Julián guardó cuidadosamente su guitarra.

Isabella devolvió el bajo a su funda.

Después lo colocó donde Desmond le indicó.

La muchacha volvió a observar al profesor.

—Gracias por darme esta oportunidad.

Desmond sonrió.

—De nada, Isabella.

Hizo una pausa.

—Y recuerda practicar.

La joven levantó una mano.

—¡Lo prometo!

Julián soltó una pequeña carcajada.

Desmond correspondió con una sonrisa.

Finalmente, acompañó a ambos hasta la entrada.

Durante el recorrido intercambiaron algunas palabras más sobre las ideas que habían trabajado.

Después los sabuesos se despidieron.

Julián estrechó la mano de Desmond.

Isabella lo abrazó brevemente.

Y ambos abandonaron el palacio.

El profesor permaneció observándolos durante algunos segundos.

Después sonrió.

Había comenzado la formación de una banda.

No mediante una convocatoria enorme.

Ni una selección complicada.

Sino a través de encuentros inesperados y personas que compartían una pasión auténtica por la música.

Desmond regresó lentamente a su habitación.

Cuando entró, observó los cuadernos que descansaban sobre el escritorio.

Había nuevas anotaciones.

Ideas.

Y fragmentos que podrían convertirse en composiciones importantes.

El joven sintió una satisfacción profunda.

Durante unos minutos organizó el material.

Después se sentó sobre la cama.

Contempló brevemente el techo.

Y dejó escapar un suspiro.

—Bueno...

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Ya somos tres.

En aquel momento, la puerta se abrió.

Desmond levantó inmediatamente la cabeza.

Izobelle apareció.

Su expresión reflejaba curiosidad.

La gobernante entró lentamente.

Después observó el escritorio.

Los cuadernos.

Y algunas fundas musicales que todavía permanecían cerca de una silla.

Finalmente, volvió la mirada hacia su hermano.

—Desmond.

El joven sonrió.

—Hola, Izo.

Izobelle levantó ligeramente una ceja.

—Tengo una pregunta.

El profesor se acomodó sobre la cama.

—Dime.

La gobernante cruzó suavemente los brazos.

—¿Qué hacían dos sabuesos infernales aquí?

Desmond permaneció inmóvil.

Después sonrió con orgullo.

—Son mi banda.

Izobelle levantó ligeramente las cejas.

—¿Tu banda?

El joven asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Julián es el guitarrista.

E Isabella será nuestra bajista.

La gobernante permaneció pensativa.

Después observó nuevamente los cuadernos.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Así que finalmente comenzaste a reunir integrantes.

Desmond asintió.

—Exactamente.

Su expresión adquirió entusiasmo.

—Todavía necesitamos un baterista.

Pero creo que estamos avanzando bastante bien.

Izobelle sonrió.

—Me alegra.

Durante algunos segundos contempló el rostro de su hermano.

Recordó cómo había llegado al palacio después del divorcio.

La tristeza.

El aislamiento.

Y aquella desesperación que terminó provocando una de las situaciones más dolorosas que había presenciado desde su reconciliación.

Ahora Desmond parecía diferente.

No había olvidado completamente sus pérdidas.

Pero estaba recuperando la capacidad de entusiasmarse con proyectos personales.

Y aquello significaba mucho para ella.

La gobernante tomó asiento sobre la cama.

Durante unos segundos permaneció pensativa.

Después sonrió de una manera que despertó inmediatamente la curiosidad del profesor.

Desmond levantó una ceja.

—¿Qué pasa?

Izobelle no respondió inmediatamente.

Observó la habitación.

Después volvió lentamente la mirada hacia él.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Entonces vístete.

El joven permaneció sorprendido.

—¿Qué?

La gobernante se incorporó.

—Nos vamos.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿A dónde?

Izobelle sonrió.

—A Felyzium.

El profesor permaneció completamente inmóvil.

Durante varios segundos contempló el rostro de su hermana.

Después abrió lentamente la boca.

—¿Qué?

La gobernante mantuvo su sonrisa.

Desmond se incorporó rápidamente.

—Espera...

Su expresión reflejaba incredulidad.

—¿Felyzium?

Izobelle asintió.

—Sí.

El joven levantó ambas manos.

—¿La ciudad prohibida?

La gobernante permaneció tranquila.

—Esa misma.

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

Había escuchado historias sobre aquel lugar desde hacía años.

Felyzium.

Una ciudad vinculada con los felinos infernales.

Una raza antigua cuya influencia diplomática superaba incluso la de varios sectores importantes de la aristocracia.

Su territorio poseía reglas estrictas.

Y el acceso estaba considerablemente restringido.

Desmond sabía que no se trataba de una ciudad común.

Tampoco de un destino turístico al que cualquier habitante del Infierno pudiera viajar libremente.

Por eso permaneció completamente sorprendido.

—¡Izo!

Su voz adquirió un tono preocupado.

—Sabes perfectamente que allí no permiten el ingreso de sabuesos, imps ni pecadores.

La gobernante asintió tranquilamente.

—Lo sé.

Desmond frunció el ceño.

—Entonces...

Hizo una pausa.

—¿Cómo se supone que vamos a entrar?

Izobelle sonrió.

—Los Ludendorff tenemos permiso desde hace poco.

El profesor permaneció inmóvil.

Durante unos segundos intentó comprender aquella explicación.

La familia había recuperado influencia después de los cambios políticos dentro del Anillo de la Furia.

Sin embargo, no imaginaba que aquello incluyera acceso a un territorio tan reservado.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Después volvió a observar a su hermana.

—¿Desde cuándo?

Izobelle se encogió ligeramente de hombros.

—Es una autorización reciente.

Su voz permaneció tranquila.

—Y quiero aprovecharla para mostrarte algo.

El joven frunció ligeramente el ceño.

—¿Mostrarme qué?

La gobernante sonrió.

—Ya lo descubrirás.

Desmond dejó escapar un suspiro.

Conocía suficientemente a Izobelle como para comprender que no conseguiría una explicación completa si ella había decidido mantener el motivo de la visita en secreto.

Sin embargo, todavía tenía preguntas.

—¿Y por qué tengo que ir yo?

La mujer observó brevemente el escritorio.

Después volvió a mirarlo.

—Porque creo que te gustará.

Hizo una pausa.

—Además, lleva tu guitarra.

Desmond levantó inmediatamente las cejas.

—¿Mi guitarra?

Izobelle asintió.

—La acústica.

El profesor permaneció sorprendido.

La gobernante continuó:

—A los felinos les encanta la música.

Desmond contempló lentamente su rostro.

Aquella explicación solamente consiguió despertar más preguntas.

¿Por qué necesitaba llevar un instrumento?

¿Qué relación tenía la música con una visita diplomática?

¿Y qué esperaba encontrar Izobelle dentro de Felyzium?

El joven abrió la boca.

—Pero...

Su hermana levantó una mano.

—Desmond.

El profesor se interrumpió.

Izobelle sonrió.

—Te va a encantar.

Durante varios segundos permanecieron observándose.

Finalmente, Desmond dejó escapar un suspiro.

—Está bien...

Su voz reflejaba resignación.

—Pero espero que sepas lo que haces.

La gobernante soltó una pequeña carcajada.

—Por supuesto.

Después se dirigió hacia la puerta.

—Prepárate.

Hizo una pausa.

—Nos vemos en la entrada.

Desmond asintió.

—Está bien.

Izobelle abandonó la habitación.

El joven permaneció inmóvil durante varios segundos.

Después volvió la mirada hacia su escritorio.

—Felyzium...

Pronunció el nombre lentamente.

Había escuchado demasiadas historias sobre aquella ciudad.

Algunas describían una arquitectura extraordinaria.

Otras mencionaban costumbres muy diferentes de las habituales dentro de los anillos.

También existían relatos sobre la antigüedad de los felinos infernales y su particular relación diplomática con el Cielo.

Sin embargo, Desmond nunca había tenido oportunidad de comprobar personalmente aquellas historias.

Ahora estaba a punto de entrar.

El profesor respiró profundamente.

Después comenzó a prepararse.

Eligió ropa adecuada para una visita formal.

Acomodó cuidadosamente su cabello.

Y recogió una guitarra acústica que conservaba entre sus instrumentos.

No era la misma que había destruido durante su crisis emocional.

Aquella pérdida continuaba doliéndole.

Pero seguía disponiendo de otros instrumentos para trabajar.

Desmond examinó brevemente la guitarra.

Comprobó su afinación.

Después la guardó cuidadosamente dentro de una funda.

Finalmente, recogió sus documentos.

Salió de la habitación.

Y caminó hacia la entrada principal.

Cuando llegó, Izobelle ya lo esperaba.

La gobernante llevaba ropa elegante.

Su postura reflejaba aquella seguridad que acostumbraba mostrar durante los compromisos diplomáticos.

Desmond levantó ligeramente la guitarra.

—Aquí está.

Izobelle sonrió.

—Perfecto.

El joven observó el automóvil estacionado cerca de la entrada.

Era uno de los vehículos familiares.

Un conductor aguardaba junto a la puerta.

Desmond respiró profundamente.

—Bueno...

Volvió la mirada hacia su hermana.

—Espero que valga la pena.

Izobelle soltó una pequeña risa.

—Confía en mí.

Ambos subieron al automóvil.

El conductor cerró las puertas.

Después ocupó su asiento.

Y comenzó el trayecto.

Las enormes estructuras del Palacio Ludendorff quedaron lentamente atrás.

El vehículo atravesó las avenidas del Anillo de la Furia.

La noche había comenzado a extenderse sobre la ciudad.

Las luces de los edificios se reflejaban sobre el asfalto.

Y algunos establecimientos continuaban recibiendo clientes.

Desmond permanecía junto a la ventana.

Contemplaba el paisaje mientras sostenía cuidadosamente la funda de su guitarra.

Izobelle revisaba ocasionalmente algunos documentos.

Su expresión permanecía tranquila.

El joven observó brevemente a su hermana.

Después volvió la mirada hacia el exterior.

—¿Siempre haces esto?

La gobernante levantó ligeramente la cabeza.

—¿Qué cosa?

Desmond sonrió.

—Invitar a alguien a un lugar misterioso sin explicarle absolutamente nada.

Izobelle soltó una pequeña carcajada.

—No siempre.

El profesor levantó una ceja.

—Qué tranquilidad.

Su hermana comenzó a reír.

—No seas dramático.

Desmond negó divertido con la cabeza.

Después regresó a contemplar las calles.

El trayecto continuó.

Poco a poco, las zonas residenciales comenzaron a desaparecer.

Los edificios se volvieron más escasos.

Y el camino adquirió una apariencia considerablemente más aislada.

Desmond observó el entorno con curiosidad.

No conocía demasiado aquella región.

Durante sus años viviendo dentro del Anillo de la Furia había recorrido numerosas ciudades, pero Felyzium siempre había permanecido fuera de sus posibilidades.

El vehículo continuó avanzando.

La iluminación exterior disminuyó.

Los caminos estaban rodeados por zonas oscuras.

Y solamente algunas lámparas permitían distinguir determinados sectores.

Izobelle permanecía tranquila.

Desmond, en cambio, comenzaba a sentir cierta inquietud.

No porque desconfiara de su hermana.

Sino porque comprendía que estaban acercándose a un territorio con reglas completamente diferentes.

Finalmente, después de aproximadamente una hora de viaje, el conductor disminuyó la velocidad.

Desmond levantó la mirada.

Frente a ellos apareció un retén.

Era una estructura de vigilancia cuidadosamente organizada.

Varias lámparas iluminaban la zona.

Y un grupo de guardias permanecía cerca de las barreras que impedían el acceso.

El joven observó sus figuras.

Felinos infernales.

Sus uniformes negros estaban impecablemente acomodados.

Sus posturas reflejaban una disciplina extraordinaria.

Y sus miradas parecían examinar cada vehículo que se acercaba.

Desmond permaneció atento.

El automóvil se detuvo.

Uno de los guardias caminó hacia la ventanilla.

Su expresión era severa.

—Identificación.

La voz fue firme.

Izobelle respondió sin mostrar nerviosismo.

Sacó sus documentos.

Y los entregó.

El guardia los examinó cuidadosamente.

Durante varios segundos permaneció leyendo.

Después volvió la mirada hacia la gobernante.

Parecía estar comprobando la autorización.

Finalmente, observó al otro ocupante.

Desmond permanecía sentado en silencio.

El felino frunció ligeramente el ceño.

—¿Y él?

Izobelle respondió con naturalidad.

—Mi hermano.

El guardia volvió la mirada hacia Desmond.

Durante varios segundos lo examinó.

El profesor mantuvo una postura respetuosa.

No intentó discutir.

Tampoco realizó comentarios.

Comprendía que se encontraba frente a una autoridad encargada de proteger un territorio restringido.

Finalmente, el guardia regresó la mirada hacia Izobelle.

Se produjo un silencio tenso.

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con mayor fuerza.

Durante unos segundos consideró la posibilidad de que les negaran el ingreso.

Sin embargo, el felino terminó asintiendo.

Devolvió los documentos.

Después realizó una señal hacia otros guardias.

La barrera permaneció cerrada mientras comenzaban a inspeccionar el vehículo.

El conductor obedeció las indicaciones.

Algunos integrantes de seguridad revisaron el exterior.

Otros comprobaron determinados compartimentos.

Desmond permanecía inmóvil.

Observó discretamente el procedimiento.

Los movimientos de los guardias eran precisos.

No parecían actuar con agresividad innecesaria.

Pero tampoco mostraban intención de omitir ninguna revisión.

La seguridad de Felyzium era considerablemente más estricta de lo que estaba acostumbrado a observar.

Finalmente, uno de los felinos regresó.

Realizó una señal.

La inspección había terminado.

El guardia principal asintió.

Después indicó que podían continuar.

La barrera comenzó a levantarse.

El conductor regresó a su asiento.

Encendió nuevamente el motor.

Y avanzó lentamente.

Desmond dejó escapar una respiración que no sabía que estaba conteniendo.

Izobelle volvió la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—¿Nervioso?

El joven levantó ligeramente las cejas.

—¿Tú qué crees?

La gobernante soltó una pequeña carcajada.

—Ya pasó.

Desmond regresó la mirada hacia la ventana.

—Eso espero...

El vehículo atravesó finalmente el retén.

Y entonces ocurrió algo que lo dejó completamente inmóvil.

El paisaje comenzó a cambiar.

La oscuridad característica del Anillo de la Furia desapareció gradualmente.

La iluminación exterior adquirió una tonalidad diferente.

Y el aire parecía volverse más fresco conforme avanzaban.

Desmond se inclinó ligeramente hacia la ventana.

Sus ojos comenzaron a abrirse.

—¿Qué...?

No terminó la pregunta.

Frente a él apareció un paisaje que parecía pertenecer a un mundo completamente distinto.

El cielo ya no mostraba aquella oscuridad rojiza que había acompañado buena parte de su vida.

En su lugar se extendía una claridad suave.

El aire parecía limpio.

Fresco.

Casi purificador.

Desmond respiró profundamente.

Sintió una sensación agradable.

Era como si hubiera atravesado una frontera mucho más importante que una simple barrera territorial.

Los caminos comenzaron a mostrar una arquitectura particular.

A lo lejos aparecieron construcciones que recordaban al Japón antiguo.

Techos curvos.

Estructuras elaboradas con madera y bambú.

Columnas cuidadosamente trabajadas.

Y edificios donde el granito y el cemento pulido se combinaban con detalles tradicionales.

Desmond permaneció contemplando el paisaje.

No conseguía apartar la mirada.

Había conocido ciudades extraordinarias dentro del Infierno.

También había visitado sectores aristocráticos y enormes instalaciones empresariales.

Pero nunca había visto algo semejante.

La armonía del lugar resultaba sorprendente.

Las construcciones parecían formar parte del paisaje en lugar de imponerse violentamente sobre él.

Los caminos estaban cuidadosamente mantenidos.

Y la iluminación transmitía una tranquilidad que contrastaba profundamente con el caos habitual de muchas metrópolis infernales.

Izobelle observó discretamente a su hermano.

Una sonrisa apareció en su rostro.

Parecía disfrutar de su sorpresa.

Desmond continuaba mirando por la ventana.

—No puede ser...

Su voz fue apenas audible.

El vehículo avanzó hacia la ciudad.

A medida que se acercaban, los detalles se volvieron más claros.

Había calles amplias.

Edificios de varios niveles.

Jardines.

Y construcciones que conservaban una identidad arquitectónica extraordinariamente definida.

Los materiales parecían haber sido escogidos con cuidado.

La madera ofrecía calidez.

El granito proporcionaba solidez.

Y los techos curvos creaban siluetas elegantes contra el cielo.

Desmond permaneció fascinado.

Finalmente, su mirada encontró algo que dominaba el centro de la ciudad.

Una enorme estatua.

Estaba elaborada en jade.

Representaba a un gato.

Su figura se alzaba majestuosamente sobre las construcciones cercanas.

Los ojos parecían contemplar el horizonte con una serenidad eterna.

Desmond sintió un escalofrío.

No era miedo.

Era admiración.

La estatua transmitía una solemnidad que resultaba difícil de describir.

Como si representara una historia mucho más antigua que las ciudades donde había crecido.

El joven permaneció observándola.

No sabía qué simbolizaba exactamente.

Tampoco cuánto tiempo llevaba allí.

Pero comprendió que aquel monumento debía poseer una importancia extraordinaria para los habitantes de Felyzium.

El automóvil continuó avanzando.

Finalmente, el conductor disminuyó la velocidad.

Se detuvo en una zona destinada al estacionamiento.

Apagó el motor.

Desmond permaneció inmóvil durante varios segundos.

Todavía contemplaba el exterior.

Izobelle abrió la puerta.

Después volvió la mirada hacia él.

—¿Vienes?

El joven reaccionó.

—Sí...

Su voz reflejaba sorpresa.

Recogió cuidadosamente su guitarra.

Después descendió.

Y entonces sintió verdaderamente la diferencia.

El aire era fresco.

Una brisa suave recorrió su rostro.

Desmond respiró profundamente.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

La sensación resultaba extraordinariamente agradable.

Había vivido prácticamente toda su vida acostumbrado al calor del Infierno.

Incluso durante diciembre, las temperaturas rara vez descendían demasiado.

Pero allí parecía encontrarse en un territorio con condiciones completamente diferentes.

El joven levantó lentamente la mirada.

Contempló los edificios.

Las calles.

Y aquella enorme estatua de jade que dominaba el centro de la ciudad.

Finalmente, dejó escapar un suspiro de admiración.

—No parece el Infierno...

Su voz fue apenas un murmullo.

Izobelle se acercó.

Permaneció junto a él.

Durante unos segundos contempló el paisaje.

Después sonrió.

—Eso es porque no lo es.

Desmond volvió lentamente la cabeza.

Su hermana continuó:

—Esto es Felyzium.

Hizo una pausa.

—Aquí todo es distinto.

El joven permaneció observándola.

Durante varios segundos intentó comprender aquellas palabras.

Sabía que Felyzium era una región especial.

Con una historia antigua.

Y una posición diplomática que no podía compararse directamente con la de las ciudades comunes de los anillos.

Sin embargo, encontrarse allí era completamente diferente de escuchar historias.

Desmond volvió la mirada hacia la estatua.

Después contempló los edificios.

Los techos curvos.

Y la tranquilidad de las calles.

Sentía que acababa de atravesar una frontera entre dos mundos.

Uno marcado por el caos que había conocido desde su nacimiento.

Y otro donde parecían conservarse tradiciones mucho más antiguas.

El joven respiró profundamente.

Después volvió a mirar a Izobelle.

—Y nosotros...

Hizo una pausa.

—¿Qué hacemos aquí?

La gobernante permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Después una sonrisa enigmática apareció lentamente en sus labios.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Izobelle respondió con absoluta tranquilidad:

—Lo sabrás muy pronto.

El joven permaneció contemplándola.

La curiosidad comenzaba a imponerse sobre cualquier otra emoción.

Había iniciado aquella tarde pensando únicamente en los primeros pasos de su banda.

Ahora se encontraba dentro de una ciudad que jamás imaginó visitar.

Con una guitarra acústica entre las manos.

Y una hermana que parecía conocer perfectamente el motivo de aquel viaje, aunque se negaba a revelarlo.

Desmond volvió lentamente la mirada hacia Felyzium.

La enorme estatua de jade continuaba observando la ciudad desde su pedestal.

A su alrededor, las construcciones se extendían bajo un cielo que parecía ajeno a la oscuridad infernal.

El joven respiró profundamente.

Todavía no sabía qué estaba a punto de descubrir.

Pero comprendía que aquella visita no sería una experiencia común.

A su lado, Izobelle conservaba aquella sonrisa críptica, satisfecha de haber conseguido sorprenderlo.

Y mientras ambos permanecían frente a la majestuosidad de Felyzium, Desmond sintió que una nueva puerta acababa de abrirse dentro de su historia.

CAP 35

Susurros de Jade

Felyzium parecía pertenecer a un mundo completamente diferente.

Desde el momento en que habían atravesado el retén, Desmond no conseguía apartar la mirada de cuanto lo rodeaba. Las avenidas oscuras del Anillo de la Furia habían quedado atrás, reemplazadas por caminos cuidadosamente construidos, jardines silenciosos y edificaciones cuya arquitectura parecía conservar tradiciones anteriores incluso al establecimiento de muchas ciudades infernales.

El aire era fresco.

No existía aquella sensación abrasadora que normalmente acompañaba las tardes en los sectores más concurridos del Infierno.

En su lugar, una brisa agradable recorría las calles, agitando suavemente las hojas de los árboles y haciendo oscilar los faroles de papel que colgaban de algunas construcciones.

Las viviendas estaban elaboradas principalmente con madera, bambú y piedra.

Sus techos curvos recordaban la arquitectura imperial japonesa, mientras las columnas y los pequeños jardines transmitían una armonía poco habitual en las ciudades que Desmond conocía.

Algunas casas tenían puertas corredizas.

Otras estaban adornadas con pequeñas figuras de jade.

Y en determinadas esquinas podían observarse fuentes cuyo sonido acompañaba el movimiento tranquilo de los habitantes.

Desmond caminaba junto a Izobelle.

Su guitarra acústica descansaba dentro de la funda que llevaba al hombro.

Todavía no comprendía por qué su hermana había insistido en que la trajera, pero aquella pregunta había quedado temporalmente desplazada por la impresión que le provocaba Felyzium.

El joven contempló una hilera de faroles.

Después observó los edificios cercanos.

—Esto es increíble...

Su voz fue apenas un murmullo.

Izobelle sonrió.

—¿Te gusta?

Desmond volvió inmediatamente la cabeza.

—¿Que si me gusta?

Soltó una pequeña carcajada.

—¡Izo, parece que salimos del Infierno!

La gobernante observó las construcciones.

—Es una reacción bastante común entre quienes vienen por primera vez.

El profesor regresó la mirada hacia el paisaje.

No solamente era la arquitectura.

También había algo diferente en la manera en que la ciudad parecía funcionar.

Las calles estaban limpias.

Los habitantes caminaban sin demasiada prisa.

Y los establecimientos mantenían una apariencia cuidadosamente organizada.

Sin embargo, Desmond tampoco deseaba sacar conclusiones apresuradas.

Había aprendido que los lugares más hermosos podían esconder problemas que no resultaban evidentes para los visitantes.

La propia historia del Cielo, de la que apenas conocía algunos relatos, demostraba que una apariencia armoniosa no siempre garantizaba una sociedad perfecta.

Aun así, no podía negar lo que estaba viendo.

Felyzium era extraordinaria.

Caminaron algunos metros más.

Fue entonces cuando Desmond comenzó a prestar mayor atención a sus habitantes.

Al principio había estado demasiado concentrado en la arquitectura.

Pero ahora distinguía pequeñas figuras desplazándose por las aceras.

Algunas caminaban solas.

Otras conversaban en grupos.

Y varias transportaban bolsas, herramientas o pequeños objetos relacionados con sus actividades cotidianas.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—Espera...

Izobelle volvió la mirada.

—¿Qué ocurre?

El profesor señaló discretamente hacia una de las calles.

—¿Esos habitantes...?

Su voz reflejaba sorpresa.

—¿Son felinos?

La gobernante sonrió.

—Felinos infernales.

Desmond permaneció observándolos.

La mayoría no superaba aproximadamente el metro veinte de altura.

Caminaban erguidos.

Sus cuerpos conservaban características claramente felinas, aunque podían utilizar herramientas y realizar actividades semejantes a las de cualquier habitante humanoide del Infierno.

Algunos tenían pelajes largos.

Otros eran prácticamente lampiños.

También había ejemplares con patrones de colores extraordinariamente variados.

Sus movimientos resultaban llamativos.

Caminaban con una agilidad natural.

Y parecía que incluso los más pequeños eran capaces de desplazarse sin producir demasiado ruido.

Desmond observó a uno de ellos subir ágilmente unos escalones.

Después vio a otro acomodar varios objetos sobre una mesa exterior.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Son diminutos...

Izobelle soltó una pequeña risa.

—La mayoría, sí.

El profesor continuó observando.

—Nunca había visto tantos juntos.

La gobernante asintió.

—Fuera de Felyzium es difícil encontrarlos.

Hizo una pausa.

—No acostumbran mezclarse demasiado con las poblaciones comunes de los anillos.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Y por eso mantienen restringido el acceso?

Izobelle permaneció pensativa.

—Es una de las razones.

Su expresión adquirió un tono más serio.

—Felyzium tiene sus propias normas y una historia muy antigua.

Los felinos han conservado buena parte de sus costumbres gracias a ese aislamiento.

El profesor asintió lentamente.

La gobernante continuó:

—Además, no te dejes engañar por su tamaño.

Desmond volvió la mirada.

Izobelle sonrió discretamente.

—Dentro de la jerarquía diplomática infernal ocupan una posición extraordinariamente elevada.

Hizo una pausa.

—Incluso por encima de los Pecados Capitales.

El joven abrió ligeramente los ojos.

—¿En serio?

Su hermana asintió.

—Sí.

Su voz adquirió una firmeza especial.

—Algunos de estos pequeños tienen más influencia política de la que imaginas.

Desmond contempló nuevamente a los habitantes.

Le resultaba difícil relacionar aquellas figuras diminutas con una autoridad superior a la de gobernantes como Celia, Antrox o Izobelle.

Sin embargo, sabía que el poder diplomático no dependía necesariamente de la fuerza física.

La propia familia Ludendorff representaba un ejemplo de aquella diferencia.

Su influencia provenía de una posición aristocrática construida durante generaciones.

Los felinos, en cambio, parecían poseer una autoridad vinculada con su antigüedad y con acuerdos que Desmond todavía desconocía.

El joven respiró profundamente.

—Vaya...

Su voz reflejaba admiración.

—Definitivamente necesito aprender más sobre este lugar.

Izobelle sonrió.

—Precisamente por eso te traje.

Continuaron caminando.

Desmond procuraba observar sin incomodar a los habitantes.

No quería comportarse como un visitante incapaz de respetar las costumbres locales.

Sin embargo, su curiosidad era evidente.

Cada edificio parecía ofrecer algún detalle interesante.

Un pequeño jardín.

Una figura tallada.

O un farol decorado con símbolos que no conseguía interpretar.

En determinado momento, su atención fue atraída por una escena diferente.

A cierta distancia, varios guardias felinos avanzaban por una de las calles principales.

Sus uniformes negros contrastaban con las tonalidades cálidas de las construcciones.

Caminaban formando una pequeña escolta alrededor de alguien.

Desmond disminuyó el paso.

Observó con mayor atención.

La figura que acompañaban era considerablemente más alta que los felinos que había visto hasta entonces.

Su pelaje era blanco.

Tenía el cabello negro.

Y sus colmillos sobresalían a ambos lados de la boca, recordando los de un tigre dientes de sable.

Su expresión era desafiante.

Caminaba con una seguridad casi arrogante y parecía prestar muy poca atención a las miradas que despertaba entre los habitantes.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Ese de allá...?

Izobelle volvió la cabeza.

Cuando reconoció al felino, su expresión cambió.

La sonrisa desapareció.

Y durante unos segundos permaneció observándolo con seriedad.

—Problemas...

Su voz fue apenas un murmullo.

El profesor frunció ligeramente el ceño.

—¿Lo conoces?

La gobernante no respondió directamente.

Continuó observando a la figura escoltada.

Después dejó escapar un pequeño suspiro.

—Siempre hay uno que se cree por encima de la ley.

Desmond volvió la mirada hacia el felino.

El hombre caminaba junto a los guardias sin mostrar demasiada preocupación.

Su postura parecía indicar que no consideraba aquella situación especialmente grave.

El profesor sintió curiosidad.

Pero también reconoció que no era momento de formular demasiadas preguntas.

No conocía las normas de Felyzium.

Tampoco sabía por qué aquel habitante estaba siendo escoltado.

Por eso decidió no intervenir.

Izobelle volvió lentamente la cabeza.

—Vamos.

Desmond asintió.

—Está bien.

Ambos continuaron caminando.

Sin embargo, durante algunos segundos el joven volvió discretamente la mirada.

El felino de pelaje blanco desapareció entre las construcciones, acompañado por los guardias.

Desmond permaneció pensativo.

Aquel encuentro le recordó que incluso una ciudad aparentemente tranquila podía tener conflictos internos.

Finalmente, regresó su atención a Izobelle.

La gobernante continuaba avanzando con naturalidad.

Parecía conocer suficientemente el lugar como para no sorprenderse demasiado por aquella escena.

El recorrido terminó conduciéndolos hacia el establecimiento donde permanecerían alojados temporalmente.

Era una construcción elegante.

Su fachada combinaba madera oscura con detalles de piedra pulida, mientras varios faroles iluminaban la entrada.

El interior conservaba la estética característica de Felyzium.

Los corredores estaban cuidadosamente mantenidos.

Había pequeños adornos de jade.

Y algunos espacios estaban separados mediante puertas corredizas.

Desmond observó los detalles con curiosidad.

—Hasta los alojamientos son diferentes...

Izobelle sonrió.

—Te acostumbrarás.

El profesor soltó una pequeña risa.

—Eso espero.

Después de completar las formalidades correspondientes, ambos llegaron a la habitación asignada.

El espacio era cómodo.

Tenía muebles bajos.

Una iluminación cálida.

Y una ventana desde la cual podía contemplarse parte de la ciudad.

Desmond dejó cuidadosamente la guitarra junto a una pared.

Después observó el interior.

—Me gusta.

Izobelle asintió.

—Es bastante agradable.

El profesor caminó hacia la ventana.

Contempló brevemente las construcciones exteriores.

Todavía le resultaba difícil creer que se encontraba dentro de Felyzium.

Sin embargo, antes de que pudiera continuar explorando, escucharon unos pequeños golpes en la puerta.

Toc, toc.

Desmond volvió la cabeza.

—¿Esperamos a alguien?

Izobelle levantó ligeramente las cejas.

—No exactamente.

El joven comenzó a acercarse.

Pero antes de que consiguiera llegar, la puerta se abrió lentamente.

Desmond se detuvo.

Una pequeña figura apareció en la entrada.

Era una gatita de pelaje naranja.

Su tamaño resultaba diminuto incluso comparado con el de varios felinos que habían visto durante el recorrido.

Llevaba una expresión concentrada.

Y entre sus pequeñas manos sostenía una trapeadora que parecía considerablemente más grande que ella.

Desmond permaneció inmóvil.

—¿Quién...?

Izobelle extendió suavemente una mano.

Lo tomó del brazo.

—Déjala.

El profesor volvió la mirada.

Su hermana sonrió.

—Solo obsérvala.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

Después regresó la atención hacia la pequeña.

La gatita había entrado con absoluta naturalidad.

Acomodó la trapeadora.

Después comenzó a intentar limpiar el suelo.

El problema era evidente.

La herramienta resultaba demasiado grande para su estatura.

Cada movimiento requería un esfuerzo considerable.

En ocasiones tenía que acomodar las manos varias veces antes de conseguir desplazarla.

Y cuando intentaba levantar el extremo, el peso parecía vencerla.

Desmond permaneció observando durante unos segundos.

Después sintió que una sonrisa aparecía en su rostro.

La escena resultaba enternecedora.

La pequeña continuaba completamente concentrada.

No parecía considerar la posibilidad de abandonar la tarea.

Simplemente ajustaba su postura.

Volvía a intentarlo.

Y avanzaba unos centímetros más.

Izobelle tomó asiento sobre la cama.

Su expresión reflejaba diversión.

Desmond observó cómo la gatita intentaba girar la trapeadora alrededor de uno de los muebles.

La herramienta chocó suavemente contra una pata.

La pequeña retrocedió.

Después volvió a empujar.

El profesor no consiguió contener una pequeña risa.

Finalmente, se acercó.

—Oye...

La gatita levantó inmediatamente la cabeza.

Sus enormes ojos brillaron con curiosidad.

Desmond sonrió.

—¿Necesitas ayuda?

La pequeña permaneció inmóvil.

Durante un instante pareció sorprendida.

Después su expresión se iluminó.

—¿Me ayudarías?

El profesor asintió.

—Claro.

La gatita sonrió ampliamente.

—¡Gracias, señor alto!

Desmond soltó una carcajada.

—¿Señor alto?

La pequeña asintió con absoluta naturalidad.

—¡Sí!

Observó brevemente su estatura.

Después levantó la mirada hacia él.

—¡Eres altísimo!

El profesor comenzó a reír.

Izobelle también soltó una pequeña carcajada desde la cama.

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—Bueno...

Se inclinó.

—Supongo que tienes razón.

Tomó cuidadosamente la trapeadora.

La pequeña permitió que la sostuviera.

Después lo observó con atención mientras comenzaba a limpiar el sector que ella no había conseguido alcanzar cómodamente.

—¡Así!

Su voz estaba llena de entusiasmo.

—¡Justo ahí!

Desmond sonrió.

—¿Aquí?

La gatita asintió.

—¡Sí!

Durante algunos minutos continuaron trabajando.

El profesor desplazaba la herramienta siguiendo sus indicaciones.

La pequeña revisaba el resultado.

Y en ocasiones señalaba algún lugar que consideraba necesario limpiar nuevamente.

Izobelle permanecía sentada sobre la cama.

Observaba aquella interacción con una sonrisa.

Finalmente, volvió la mirada hacia la gatita.

—Oye, pequeña...

La felina levantó inmediatamente la cabeza.

—¿Sí?

La gobernante sonrió.

—¿Cómo te llamas?

La gatita acomodó sus manos.

Después respondió con entusiasmo.

—¡Nami!

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—Nami...

Repitió el nombre.

La pequeña sonrió.

—¡Sí!

Después observó a ambos visitantes.

—¿Y ustedes?

Izobelle respondió con tranquilidad.

—Yo soy Izobelle.

Hizo una pausa.

—Y él es mi hermano, Desmond.

Nami abrió ampliamente los ojos.

—¡Mucho gusto!

Después inclinó rápidamente la cabeza para realizar una reverencia.

Sin embargo, olvidó que todavía estaba demasiado cerca de la trapeadora.

El mango se inclinó.

La herramienta perdió el equilibrio.

Y terminó cayendo sobre ella.

—¡Ayyy!

Desmond reaccionó inmediatamente.

—¡Nami!

Se agachó.

Apartó cuidadosamente la trapeadora.

Después ayudó a la pequeña a incorporarse.

La gatita permaneció sentada durante unos segundos, masajeándose la cabeza.

Su expresión reflejaba una mezcla de sorpresa y vergüenza.

Desmond se inclinó.

—¿Estás bien?

Nami levantó lentamente los ojos.

Después asintió.

—Sí...

Hizo una pausa.

—Creo.

El profesor soltó una pequeña risa de alivio.

—Ten más cuidado.

La gatita sonrió tímidamente.

—Lo intentaré.

Izobelle negó divertida con la cabeza.

Después volvió a acomodarse sobre la cama.

Nami observó nuevamente a los visitantes.

Su curiosidad parecía haber aumentado.

—¿De dónde vienen?

La gobernante respondió con naturalidad.

—Del Infierno.

La pequeña abrió ampliamente los ojos.

—¿Del Infierno?

Izobelle asintió.

—Sí.

Nami se incorporó con entusiasmo.

—¿Del Infierno donde viven los sabuesos infernales?

Desmond levantó ligeramente las cejas.

La gobernante sonrió.

—Así es.

La gatita parecía fascinada.

Sus orejas se levantaron.

Y su cola comenzó a moverse con curiosidad.

Izobelle observó aquella reacción.

Después una sonrisa traviesa apareció en sus labios.

—De hecho...

Desmond volvió lentamente la cabeza.

Reconoció inmediatamente aquella expresión.

No le gustó.

Su hermana continuó:

—Mi hermano estuvo enamorado de una sabueso infernal.

El profesor abrió ampliamente los ojos.

—¡Izo!

La gobernante soltó una pequeña carcajada.

Desmond se volvió hacia ella.

—¡No tienes que contarle todo!

Izobelle levantó ambas manos.

—¿Qué?

Su voz reflejaba una inocencia poco convincente.

—Solamente estoy conversando.

El profesor dejó escapar un suspiro.

—Por todos los anillos...

Pero antes de que pudiera continuar, escuchó una pequeña voz prácticamente junto a él.

—¿Es verdad?

Desmond se sobresaltó.

Volvió bruscamente la cabeza.

Nami estaba de pie frente a él.

El joven abrió ligeramente los ojos.

—¡¿Cómo llegaste tan rápido?!

La gatita sonrió.

Después levantó ligeramente la cabeza.

—Somos gatos.

Hizo una pausa.

—No hacemos ruido al caminar.

Desmond permaneció inmóvil.

Después soltó una carcajada.

—Eso explica bastante.

Nami continuó observándolo.

Sus ojos brillaban con curiosidad.

—¿Es cierto lo que dijo la señorita bonita?

El profesor volvió discretamente la mirada hacia Izobelle.

Su hermana permanecía sentada sobre la cama.

Parecía disfrutar enormemente de aquella situación.

Desmond dejó escapar un pequeño suspiro.

Finalmente, regresó la atención hacia Nami.

—Sí...

La gatita levantó las orejas.

El joven continuó:

—Es verdad.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Después bajó ligeramente la mirada.

—Estuve casado con una sabueso infernal.

Nami permaneció completamente atenta.

Desmond continuó:

—Fuimos felices durante muchos años.

Su voz adquirió un tono nostálgico.

—Pero después ocurrieron algunas cosas.

La familia de ella estaba atravesando problemas.

Y terminamos separándonos.

La pequeña bajó ligeramente las orejas.

El profesor respiró profundamente.

—Cuando finalmente parecía que podríamos volver a estar juntos...

Se interrumpió.

Durante unos segundos contempló el suelo.

Después continuó:

—Ella ya no sentía lo mismo.

Nami permaneció callada.

Su expresión alegre se transformó lentamente en una tristeza sincera.

Desmond intentó mantener la compostura.

Sin embargo, al recordar aquellas palabras de Skyler, sus dedos comenzaron a apretar involuntariamente el mango de la trapeadora.

La madera crujió ligeramente bajo la presión.

El joven lo notó.

Respiró profundamente.

Y aflojó las manos.

No quería repetir aquella reacción impulsiva que había provocado tantos daños dentro de su habitación en el Palacio Ludendorff.

Nami levantó lentamente la mirada.

—Lo siento mucho...

Su voz era suave.

Desmond permaneció sorprendido por la sinceridad de aquellas palabras.

La gatita continuó:

—Debe ser muy triste querer a alguien y después no poder estar con esa persona.

El profesor sintió una emoción profunda.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Después sonrió débilmente.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Lo es.

Nami bajó nuevamente la mirada.

Después levantó las orejas.

—Pero gracias por contármelo.

Desmond asintió.

—De nada.

La pequeña sonrió.

—Me gustan los sabuesos infernales.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

Nami continuó:

—Me intrigan muchísimo.

Hizo una pausa.

—Son muy diferentes de nosotros.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Eso es verdad.

La gatita observó brevemente su estatura.

Después volvió a mirar al profesor.

—¡Y algunos son muy grandes!

Izobelle comenzó a reír.

Desmond también sonrió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Aunque también hay algunos bastante pequeños.

Nami levantó las orejas con entusiasmo.

—¡Quiero conocerlos algún día!

El profesor permaneció pensativo.

Sabía que la relación entre Felyzium y los habitantes comunes de los anillos estaba marcada por numerosas restricciones.

No podía prometerle algo que dependía de decisiones políticas ajenas a su voluntad.

Por eso simplemente sonrió.

—Quizás algún día tengas la oportunidad.

La pequeña asintió con ilusión.

Después volvió la mirada hacia la trapeadora.

Desmond observó el suelo.

Habían terminado prácticamente toda la limpieza.

Tomó la herramienta.

La acomodó cuidadosamente.

Y se la devolvió.

—Bueno, Nami...

La gatita levantó la cabeza.

—¿Sí?

El profesor sonrió.

—Ya terminé.

Hizo una pausa.

—El resto es tuyo.

La pequeña recibió la trapeadora con entusiasmo.

—¡Gracias!

Después realizó otra reverencia.

Esta vez tuvo cuidado de mantener el mango alejado de su cabeza.

Desmond sonrió satisfecho.

—Mucho mejor.

Nami soltó una pequeña carcajada.

Izobelle también sonrió.

Finalmente, la gatita comenzó a caminar hacia la salida.

Antes de marcharse, volvió la cabeza.

—¡Que descansen!

La gobernante levantó una mano.

—Igualmente, Nami.

Desmond correspondió al gesto.

—Cuídate.

La pequeña sonrió.

Después desapareció por el corredor, arrastrando cuidadosamente la trapeadora detrás de ella.

Cuando la puerta se cerró, el profesor permaneció contemplándola durante unos segundos.

Finalmente, volvió la mirada hacia Izobelle.

Su hermana sonreía.

Desmond levantó una ceja.

—¿Era necesario contarle lo de Skyler?

La gobernante soltó una pequeña carcajada.

—No sabía que te pondrías tan nervioso.

El profesor negó suavemente con la cabeza.

—¡Izo!

Su hermana volvió a reír.

Después su expresión se suavizó.

—Tranquilo, hermano.

Hizo una pausa.

—No intentaba hacerte daño.

Desmond dejó escapar un suspiro.

—Lo sé.

Durante unos segundos permaneció callado.

Después volvió a observar la puerta.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Es adorable.

Izobelle asintió.

—Nami tiene una personalidad bastante particular.

El joven soltó una pequeña risa.

—Eso ya lo noté.

Finalmente, ambos comenzaron a organizar sus pertenencias.

La jornada había resultado agotadora.

El viaje.

La inspección del retén.

Y el primer recorrido por Felyzium habían despertado demasiadas impresiones.

Desmond dejó cuidadosamente su guitarra junto a una pared.

Después se acercó a la ventana.

Contempló nuevamente la ciudad.

Los faroles iluminaban las calles.

Las construcciones parecían brillar suavemente bajo el cielo claro.

Y la enorme estatua de jade continuaba dominando el paisaje.

El profesor respiró profundamente.

Todavía le resultaba difícil creer que se encontraba allí.

Finalmente, después de conversar brevemente con Izobelle, ambos decidieron descansar.

A la mañana siguiente, Desmond despertó al escuchar una voz familiar.

—Desmond...

El joven se removió ligeramente.

No abrió los ojos.

—Mmm...

Izobelle permanecía cerca de la cama.

Su expresión reflejaba una mezcla de paciencia y diversión.

—Vamos, hermano.

Desmond escondió parcialmente el rostro bajo la almohada.

—Cinco minutos...

La gobernante soltó una pequeña risa.

—Eso dijiste hace diez.

El profesor dejó escapar un suspiro.

Finalmente, abrió lentamente los ojos.

—¿Qué hora es?

Izobelle sonrió.

—Suficientemente temprano para aprovechar el día.

Desmond levantó una ceja.

—Eso no es una hora.

Su hermana comenzó a reír.

—Levántate.

Hizo una pausa.

—Hoy quiero mostrarte un lugar especial.

El profesor permaneció inmóvil.

Después dejó escapar un suspiro.

—¿Otra caminata?

Izobelle levantó ligeramente las cejas.

—¿Ya te cansaste?

Desmond se incorporó.

—¡Ayer caminamos muchísimo!

La gobernante soltó una carcajada.

—No seas flojo.

Hizo una pausa.

—Te va a gustar.

El joven contempló su expresión.

Después negó suavemente con la cabeza.

—Eso mismo dijiste ayer.

Izobelle sonrió.

—Y tenía razón.

Desmond permaneció pensativo.

Finalmente, dejó escapar una pequeña risa.

—Está bien.

Se levantó.

Comenzó a prepararse.

Y poco después ambos abandonaron el alojamiento.

La mañana en Felyzium era extraordinariamente agradable.

El aire fresco recorría las calles.

Los faroles permanecían apagados.

Y los establecimientos comenzaban a recibir a sus primeros visitantes.

Desmond observó a los habitantes.

Algunos felinos caminaban hacia sus trabajos.

Otros conversaban cerca de pequeños comercios.

También había grupos reunidos alrededor de mesas donde compartían alimentos.

La ciudad parecía despertar lentamente.

Sin la agitación que normalmente acompañaba las primeras horas de las metrópolis infernales.

El profesor caminaba junto a Izobelle.

Durante el trayecto contempló las construcciones que no había conseguido observar con detalle durante la noche anterior.

La madera de bambú mostraba tonalidades cálidas bajo la luz.

Los techos curvos proyectaban sombras elegantes.

Y algunos jardines estaban decorados con piedras y pequeños estanques.

Desmond sonrió.

—Creo que podría pasar días enteros caminando por aquí.

Izobelle levantó una ceja.

—¿No acababas de quejarte de caminar?

El joven soltó una carcajada.

—¡Eso era antes del desayuno!

Su hermana comenzó a reír.

Finalmente, llegaron frente a un restaurante tradicional.

La entrada estaba adornada con pequeñas figuras felinas.

Varias lámparas de papel colgaban bajo el techo.

Y el aroma de alimentos recién preparados llegaba hasta la calle.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—Vaya...

Izobelle sonrió.

—Vamos.

Ambos entraron.

El interior era elegante.

Había mesas bajas.

Cojines cuidadosamente acomodados.

Y pequeños espacios separados por paneles decorativos.

La iluminación resultaba cálida.

Mientras una música instrumental suave acompañaba las conversaciones de los clientes.

Desmond observó el lugar con curiosidad.

Izobelle lo condujo hacia una de las mesas.

Ambos se arrodillaron sobre los cojines.

El profesor intentó acomodarse.

Durante unos segundos permaneció buscando una posición cómoda.

Izobelle observó sus movimientos.

Después soltó una pequeña risa.

—¿Todo bien?

Desmond levantó la mirada.

—Creo que sí.

Hizo una pausa.

—Solo necesito acostumbrarme.

La gobernante sonrió.

Poco después, un felino se acercó.

Era de raza esfinge.

Su piel carecía de pelaje.

Y sus movimientos transmitían una elegancia extraordinaria.

Llevaba una vestimenta cuidadosamente arreglada, adecuada para el servicio del restaurante.

El felino se detuvo frente a ambos.

Después inclinó respetuosamente la cabeza.

—Bienvenidos a Neko no Chishiki.

Su voz fue tranquila.

—Mi nombre es Kuroshi y seré su anfitrión esta mañana.

Izobelle correspondió con una inclinación.

—Un placer, Kuroshi.

Desmond imitó discretamente el gesto.

—Lo mismo digo.

El anfitrión sonrió.

Después les presentó las opciones disponibles.

El profesor escuchó con curiosidad.

Algunos nombres le resultaban familiares gracias a sus conocimientos sobre gastronomía humana.

Otros eran completamente desconocidos.

Finalmente, Izobelle propuso pedir onigiris gatunos y jugo de mango.

Desmond aceptó.

Kuroshi asintió respetuosamente.

Después se retiró para organizar el pedido.

El profesor observó el restaurante.

Su expresión reflejaba fascinación.

—Hasta la manera de comer es diferente.

Izobelle asintió.

—Felyzium conserva muchas costumbres antiguas.

Desmond contempló las mesas.

Después volvió a mirar a su hermana.

—¿Y tú cómo conociste este lugar?

La gobernante sonrió discretamente.

—Digamos que he tenido oportunidad de aprender algunas cosas relacionadas con su cultura.

El profesor levantó una ceja.

—Eso explica muy poco.

Izobelle soltó una pequeña carcajada.

—Tendrás que acostumbrarte.

Desmond negó divertido con la cabeza.

—Definitivamente disfrutas mantenerme con curiosidad.

Su hermana sonrió.

—Un poco.

Poco después, Kuroshi regresó.

Llevaba los alimentos cuidadosamente acomodados sobre una bandeja.

Colocó los platos frente a ambos.

Después sirvió las bebidas.

Desmond observó su desayuno.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

Los onigiris tenían pequeñas formas felinas.

Las decoraciones imitaban orejas.

Algunos detalles representaban ojos.

Y la presentación parecía diseñada para convertir cada porción en una diminuta figura de gato.

El profesor abrió ligeramente los ojos.

Después comenzó a reír.

—¡No puede ser!

Izobelle levantó una ceja.

—¿Qué pasa?

Desmond señaló los alimentos.

—¡Tienen forma de gato!

Kuroshi sonrió con orgullo.

—Por supuesto.

El profesor volvió la mirada hacia él.

El anfitrión continuó:

—Todo aquí tiene forma de gato.

Desmond permaneció inmóvil.

Después soltó otra carcajada.

—Ya veo.

Kuroshi inclinó respetuosamente la cabeza.

—Espero que disfruten su comida.

Después se retiró.

Izobelle comenzó a comer.

Desmond, en cambio, permaneció contemplando su plato durante unos segundos más.

La presentación le resultaba tan curiosa que casi le daba pena deshacerla.

Finalmente, tomó una porción.

La probó.

Y levantó ligeramente las cejas.

—Vaya...

Su hermana sonrió.

—¿Está bueno?

El profesor asintió.

—Muchísimo.

Izobelle correspondió con una sonrisa.

Durante varios minutos disfrutaron tranquilamente del desayuno.

Desmond observó ocasionalmente el movimiento del restaurante.

Los felinos atendían las mesas con una precisión sorprendente.

Algunos conversaban discretamente.

Otros transportaban platos que parecían considerablemente grandes en comparación con su estatura.

Sin embargo, ninguno mostraba demasiadas dificultades.

El profesor recordó a Nami.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Definitivamente aquella gatita representaba una excepción bastante curiosa.

Mientras comían, Izobelle dejó lentamente su vaso sobre la mesa.

Después observó a su hermano.

—Desmond.

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

La gobernante sonrió.

—Antes de regresar, quiero mostrarte algunos templos y santuarios.

El profesor permaneció sorprendido.

—¿Templos?

Izobelle asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Forman una parte importante de la historia de Felyzium.

Desmond sintió interés inmediatamente.

—Eso suena bastante bien.

Su hermana sonrió.

—Pensé que te gustaría.

El joven volvió a tomar su desayuno.

Después preguntó:

—¿Y podemos entrar sin problemas?

Izobelle permaneció tranquila.

—Tenemos autorización para realizar una visita guiada.

Desmond asintió.

—Perfecto.

Durante algunos minutos continuaron conversando.

Después terminaron de comer.

Agradecieron a Kuroshi por la atención.

Y abandonaron el restaurante.

Las calles de Felyzium continuaban tranquilas.

Desmond caminaba junto a Izobelle, observando los pequeños detalles del paisaje.

El recorrido los condujo por caminos de piedra cuidadosamente mantenidos.

Las construcciones residenciales comenzaron a volverse menos frecuentes.

En su lugar aparecieron jardines amplios, muros tradicionales y algunas estructuras que parecían conservar una antigüedad considerable.

El profesor contempló el entorno.

Una sensación de respeto comenzó a acompañarlo.

No sabía exactamente por qué.

Pero aquellos caminos parecían conducir hacia un lugar donde la historia estaba presente en cada detalle.

Finalmente, los templos aparecieron frente a ellos.

Desmond disminuyó inmediatamente el paso.

La entrada principal estaba custodiada por dos enormes estatuas felinas elaboradas en jade.

Sus figuras permanecían erguidas.

Los rostros mostraban expresiones solemnes.

Y las bases estaban adornadas con grabados que el profesor no conseguía interpretar.

Más allá se extendían construcciones antiguas.

Sus techos curvos estaban cuidadosamente conservados.

Las columnas mostraban detalles elaborados.

Y pequeños jardines rodeaban los senderos que comunicaban los diferentes edificios.

Desmond permaneció observando.

—Increíble...

Su voz fue apenas un susurro.

Izobelle sonrió.

—Bienvenido a los templos de Felyzium.

El profesor respiró profundamente.

Después avanzó junto a ella.

Cerca de la entrada los esperaba un felino joven.

Tenía pelaje gris plateado.

Su postura era elegante.

Y llevaba una túnica adornada con bordados de hilos dorados.

Cuando reconoció a los visitantes, inclinó respetuosamente la cabeza.

—Bienvenidos.

Su voz fue cordial.

—Soy Haru.

Hizo una pausa.

—Y tengo el honor de guiar a nuestros visitantes reales durante el recorrido.

Izobelle correspondió con formalidad.

—Un placer, Haru.

El felino sonrió.

—La reina Izobelle es siempre bienvenida entre nosotros.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

La naturalidad con que el guía reconocía a su hermana resultaba interesante.

Parecía que Felyzium y la familia Ludendorff habían comenzado a establecer una relación diplomática más cercana de lo que él imaginaba.

Sin embargo, no formuló preguntas.

Haru volvió la mirada hacia él.

—Y usted debe ser Desmond.

El profesor asintió.

—Así es.

Hizo una pequeña reverencia.

—Mucho gusto.

El guía correspondió al gesto.

—El gusto es mío.

Después señaló el camino.

—Si me acompañan, comenzaremos el recorrido.

Ambos hermanos aceptaron.

Haru comenzó a caminar lentamente.

Durante los primeros minutos explicó algunos detalles relacionados con la construcción de los templos.

Mencionó la importancia de conservar determinados materiales.

La razón por la que varias estructuras mantenían diseños antiguos.

Y cómo los santuarios representaban un vínculo entre la vida cotidiana de los felinos y su memoria colectiva.

Desmond escuchó con atención.

No estaba acostumbrado a encontrar una relación tan estrecha entre arquitectura e historia.

En muchas ciudades infernales, los edificios antiguos terminaban siendo reemplazados por construcciones más modernas.

Allí, en cambio, parecía existir un esfuerzo deliberado por conservarlos.

El guía los condujo hacia una sala amplia.

Las paredes estaban adornadas con murales.

Desmond se detuvo inmediatamente.

Las imágenes mostraban escenas antiguas.

Figuras felinas.

Paisajes desconocidos.

Y acontecimientos que parecían pertenecer a épocas anteriores a la organización actual de los anillos.

Haru observó su reacción.

Después sonrió.

—Estos murales narran parte de nuestros relatos ancestrales.

El profesor levantó la mirada.

—¿Relatos?

El guía asintió.

—Historias transmitidas durante generaciones.

Hizo una pausa.

—Algunas hablan del origen de nuestros antepasados y de su relación con el caos primordial.

Desmond contempló las imágenes.

Uno de los murales mostraba figuras felinas rodeadas por formas oscuras y elementos que parecían representar fuerzas antiguas.

El profesor sintió curiosidad.

—¿El caos primordial?

Haru asintió.

—Según nuestras tradiciones, nuestros ancestros surgieron de un tiempo en que muchas de las estructuras actuales todavía no existían.

Su voz adquirió solemnidad.

—Los relatos explican cómo consiguieron establecer su lugar dentro de la jerarquía infernal y preservar su independencia.

Desmond escuchó atentamente.

Aquellas historias resultaban fascinantes.

No sabía cuánto correspondía a acontecimientos históricos comprobados y cuánto pertenecía a interpretaciones religiosas o culturales.

Pero comprendía que eran fundamentales para la identidad de Felyzium.

Continuaron avanzando.

Más adelante, el profesor encontró un mural especialmente llamativo.

Representaba un enfrentamiento.

Una enorme criatura semejante a un dragón aparecía frente a un felino infernal ancestral.

Las figuras estaban rodeadas por elementos que sugerían movimiento y violencia.

Sin embargo, la composición conservaba una elegancia extraordinaria.

Los detalles de ambos combatientes estaban cuidadosamente representados.

Desmond permaneció inmóvil.

—Vaya...

Haru se detuvo a su lado.

El profesor señaló discretamente el mural.

—¿Qué ocurrió aquí?

El guía contempló la imagen.

—Representa uno de nuestros antiguos relatos de combate.

Hizo una pausa.

—La lucha entre un felino ancestral y un dragón.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Un dragón?

Haru asintió.

—Así es.

El profesor volvió a contemplar la pintura.

La escena resultaba impresionante.

El felino parecía enfrentarse a una criatura considerablemente más grande.

Sin embargo, su postura transmitía seguridad.

Y la manera en que el artista había representado el movimiento sugería que el tamaño no determinaba necesariamente el resultado del enfrentamiento.

Desmond sonrió discretamente.

Recordó las palabras de Izobelle.

«No te dejes engañar por su tamaño».

Ahora comenzaba a comprender mejor aquella advertencia.

El recorrido continuó.

Haru explicó que algunas tradiciones situaban a sus ancestros en épocas extraordinariamente antiguas.

Incluso anteriores a la aparición de ciertas autoridades que actualmente gobernaban los anillos.

Desmond permaneció fascinado.

—No tenía idea de que fueran tan antiguos.

El guía sonrió con orgullo.

—Algunos dicen que nuestros ancestros ya habitaban estas tierras antes de que existieran los Pecados Capitales como gobernantes.

El profesor abrió ligeramente los ojos.

—Eso es muchísimo tiempo.

Haru asintió.

—Nuestra historia es extensa.

Hizo una pausa.

—Y todavía conservamos relatos que no todos los visitantes tienen oportunidad de conocer.

Desmond contempló nuevamente los murales.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Había pasado buena parte de su vida estudiando música.

Después terminó descubriendo detalles sobre su familia biológica y las estructuras políticas del Infierno.

Pero ahora comprendía que todavía existían regiones cuya historia apenas conocía.

Felyzium parecía ser una de ellas.

El joven respiró profundamente.

Después continuó siguiendo al guía.

Más adelante, Haru los condujo hacia una sección interior del complejo.

El ambiente se volvió más silencioso.

Las construcciones estaban rodeadas por jardines pequeños.

Y el aroma de incienso comenzaba a percibirse suavemente en el aire.

Desmond observó los detalles.

Había lámparas.

Pequeños altares.

Y figuras de jade cuidadosamente colocadas sobre determinadas superficies.

El lugar transmitía una solemnidad diferente de la de las salas anteriores.

Haru disminuyó el paso.

Después volvió la mirada hacia ambos visitantes.

—Ahora conocerán a alguien importante.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Izobelle permaneció tranquila.

El guía continuó:

—El Maestro Jinzō.

El profesor sintió curiosidad.

No había escuchado aquel nombre anteriormente.

Pero la manera en que Haru lo pronunció le permitió comprender que se trataba de una figura respetada.

Finalmente, llegaron al santuario interno.

El espacio estaba iluminado suavemente.

Varias decoraciones tradicionales rodeaban la sala.

Y cerca del centro descansaba un cojín rojo.

Sobre él permanecía sentado un gato anciano.

Era de raza persa.

Tenía un pelaje largo y blanco.

Su rostro mostraba señales evidentes de edad.

Pero sus ojos conservaban una intensidad extraordinaria.

Desmond sintió una sensación difícil de explicar.

No era miedo.

Tampoco admiración inmediata.

Simplemente la impresión de encontrarse frente a alguien cuya mirada parecía observar mucho más de lo que mostraba su pequeña figura.

Haru realizó una reverencia.

Izobelle correspondió respetuosamente.

Desmond imitó el gesto.

El anciano permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después levantó lentamente la cabeza.

Sus ojos se fijaron directamente en el profesor.

—¿Tú eres Desmond?

Su voz era áspera.

Pero profunda.

El joven levantó ligeramente las cejas.

Después respondió con respeto.

—Sí, señor.

Realizó una pequeña reverencia.

El anciano continuó contemplándolo.

Durante varios segundos no pronunció ninguna palabra.

Desmond comenzó a sentirse ligeramente incómodo.

No sabía si estaba comportándose correctamente.

Tampoco comprendía por qué aquel hombre parecía prestarle tanta atención.

Finalmente, Jinzō habló.

—Te he visto en sueños.

El profesor permaneció completamente inmóvil.

—¿En sueños?

El anciano asintió lentamente.

—Tu música...

Hizo una pausa.

—Tiene un aura extraña.

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con mayor fuerza.

No sabía cómo interpretar aquellas palabras.

Durante toda su vida había considerado la música una forma de expresión.

Una herramienta para transmitir emociones.

Y una pasión que había terminado definiendo buena parte de su identidad.

Nunca había pensado que pudiera poseer algún significado extraño para una figura vinculada con las tradiciones ancestrales de Felyzium.

El joven respiró profundamente.

—¿Extraña?

Jinzō permaneció observándolo.

Después negó lentamente con la cabeza.

—No mala.

Hizo una pausa.

—Solamente rara.

Desmond no respondió.

El anciano continuó:

—Llama a cosas dormidas.

Su voz adquirió una gravedad particular.

—Ten cuidado.

El profesor tragó saliva.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

La advertencia era demasiado ambigua.

No sabía si debía interpretarla como una metáfora relacionada con el poder emocional de la música o como una afirmación verdaderamente sobrenatural.

Tampoco deseaba parecer irrespetuoso.

Por eso simplemente inclinó ligeramente la cabeza.

—Lo tendré presente.

Jinzō asintió.

Después permaneció callado durante unos segundos.

Su mirada volvió a recorrer el rostro del joven.

Finalmente, habló nuevamente.

—¿Tú eres el Ludendorff que perdió a su loba?

Desmond sintió que el pecho se le oprimía.

No esperaba aquella pregunta.

Mucho menos dentro de un santuario que acababa de conocer.

Bajó lentamente la mirada.

Izobelle frunció inmediatamente el ceño.

—Maestro...

Su voz adquirió un tono serio.

—Eso no es asunto de...

Pero Desmond levantó suavemente una mano.

—Está bien.

Su hermana volvió la mirada.

El profesor respiró profundamente.

Después observó al anciano.

—Sí.

Su voz fue tranquila.

Aunque reflejaba una tristeza evidente.

—Era mi esposa.

Jinzō permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló el rostro del joven.

Después cerró lentamente los ojos.

El silencio de la sala pareció volverse más profundo.

Finalmente, el anciano habló.

—Entonces entiende esto, muchacho.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Jinzō continuó:

—La pérdida abre caminos que el destino no tiene planeados.

Su voz resonó suavemente dentro del santuario.

—Lo importante no es mirar atrás, sino ver con quién caminas ahora.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Aquellas palabras despertaron recuerdos inmediatos.

Skyler.

Su divorcio.

La conversación que terminó destruyendo las últimas esperanzas que conservaba de recuperar su matrimonio.

Después recordó a Andrea.

La noche en que hablaron por primera vez dentro de aquel bar.

Sus mensajes.

Y la manera en que consiguió acercarse cuando él parecía incapaz de encontrar razones para continuar.

También pensó en Izobelle.

Su hermana, que había terminado ofreciéndole un hogar después de tantos años de distanciamiento.

Y en Julián e Isabella.

Los jóvenes músicos con quienes estaba comenzando a construir un proyecto que había permanecido pendiente desde su juventud.

Desmond sintió una emoción profunda.

No sabía si Jinzō conocía aquellos detalles.

Tampoco comprendía cómo había llegado a mencionar una pérdida tan personal.

Pero las palabras del anciano parecían describir precisamente lo que él estaba intentando aprender.

El pasado no podía borrarse.

Pero tampoco debía convertirse en el único lugar donde permanecieran sus pensamientos.

Desmond respiró profundamente.

Después asintió.

—Entiendo.

Su voz fue baja.

Jinzō permaneció contemplándolo.

Finalmente, inclinó ligeramente la cabeza.

No añadió nada más.

Izobelle observó discretamente a su hermano.

Había reconocido cuánto lo había afectado aquella conversación.

Sin embargo, decidió no intervenir.

El encuentro terminó poco después.

Haru realizó una reverencia respetuosa.

Después condujo a los visitantes hacia la salida del santuario interno.

Antes de abandonar el complejo, les ofreció incienso ceremonial.

Desmond observó cuidadosamente el pequeño objeto.

El guía explicó que podían realizar una ofrenda simbólica si lo deseaban.

El profesor aceptó.

No conocía completamente el significado de cada tradición.

Pero comprendía que aquel gesto representaba respeto hacia la cultura que estaban visitando.

Se acercó a uno de los altares.

Observó las pequeñas decoraciones.

Después colocó cuidadosamente su ofrenda.

Durante unos segundos permaneció en silencio.

No formuló ninguna petición extraordinaria.

Tampoco intentó encontrar respuestas sobre su futuro.

Simplemente permitió que aquel momento se convirtiera en una oportunidad para reflexionar.

Recordó las palabras de Jinzō.

La advertencia sobre su música.

Y aquella reflexión relacionada con las pérdidas.

Finalmente, inclinó ligeramente la cabeza.

Después regresó junto a Izobelle.

Haru sonrió con respeto.

—Gracias por visitar nuestros santuarios.

La gobernante correspondió al gesto.

—Ha sido un recorrido extraordinario.

Desmond asintió.

—Aprendí muchísimo.

El guía sonrió.

—Me alegra escucharlo.

Después los acompañó hacia la salida principal.

Los enormes guardianes de jade continuaban observando el camino.

Desmond contempló sus figuras una última vez.

Después comenzó a descender los escalones junto a su hermana.

La tarde había avanzado considerablemente.

La luz exterior comenzaba a adquirir tonalidades más suaves.

Y algunos faroles estaban siendo preparados para iluminar las calles durante la noche.

Desmond respiró profundamente.

—Este lugar es...

Se interrumpió.

Izobelle volvió la mirada.

—¿Qué?

El profesor sonrió.

—Mágico.

La gobernante correspondió al gesto.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Y aún no has visto nada.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—¿Otra sorpresa?

Izobelle soltó una pequeña carcajada.

—Quizás.

El joven negó divertido con la cabeza.

—Definitivamente disfrutas hacer eso.

Su hermana continuó sonriendo.

Ambos comenzaron a caminar hacia el alojamiento.

El recorrido los condujo por calles tranquilas, bordeadas por construcciones tradicionales.

La iluminación nocturna comenzaba a encenderse.

Pequeños faroles proyectaban luces cálidas sobre el suelo de piedra.

Y algunos habitantes regresaban a sus viviendas después de terminar sus actividades.

Desmond permanecía pensativo.

Todavía intentaba comprender las palabras del Maestro Jinzō.

Especialmente aquella afirmación sobre su música.

«Llama a cosas dormidas».

No sabía qué significaba.

Quizás el anciano simplemente había reconocido algo particular en sus composiciones.

O tal vez existían aspectos de la tradición felina que todavía desconocía.

El profesor decidió no apresurarse a encontrar una respuesta.

Había aprendido demasiado durante aquella jornada.

Necesitaba tiempo para organizar sus pensamientos.

Sin embargo, mientras caminaban por una calle relativamente silenciosa, escucharon una discusión.

Desmond levantó inmediatamente la mirada.

A unos metros, cerca de una construcción, distinguió una figura conocida.

El felino alto.

Pelaje blanco.

Cabello negro.

Y aquellos colmillos que sobresalían como los de un tigre dientes de sable.

El mismo que habían visto escoltado por los guardias durante su primer recorrido.

Desmond disminuyó el paso.

Frunció ligeramente el ceño.

El felino estaba discutiendo con una habitante considerablemente más pequeña.

Su tono era violento.

Realizaba movimientos bruscos.

Y parecía estar intentando imponerse mediante su estatura y actitud intimidante.

La pequeña felina permanecía frente a él.

No parecía cómoda.

Desmond sintió que algo se tensaba dentro de su pecho.

Recordó los abusos de poder que había presenciado durante su infancia.

La manera en que algunos habitantes utilizaban su fuerza o posición para intimidar a quienes consideraban inferiores.

El profesor volvió inmediatamente la mirada hacia Izobelle.

—¿Viste eso?

La gobernante permaneció observando la escena.

Su expresión adquirió seriedad.

—Sí.

Desmond volvió la mirada hacia el felino.

—No parece una discusión normal.

Izobelle respiró profundamente.

Después colocó suavemente una mano sobre el brazo de su hermano.

—Lo sé.

Hizo una pausa.

—Pero no nos metamos por ahora.

El joven frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

La gobernante lo observó.

—No conocemos toda la situación.

Su voz fue firme.

—Y estamos dentro de un territorio con autoridades y normas propias.

Desmond permaneció pensativo.

No le agradaba la idea de ignorar una situación que parecía injusta.

Pero también comprendía que intervenir sin conocer el contexto podía provocar problemas.

Especialmente dentro de una ciudad cuyo acceso estaba restringido.

El joven respiró profundamente.

Finalmente, asintió.

—Está bien.

Sin embargo, antes de continuar, volvió discretamente la mirada.

El felino de dientes de sable permanecía discutiendo.

Su actitud continuaba siendo desagradable.

Desmond sintió inquietud.

Pero decidió acompañar a Izobelle.

Ambos continuaron caminando.

Durante varios minutos permanecieron en silencio.

El profesor pensaba en lo ocurrido.

Recordó la frase que su hermana había pronunciado cuando vieron por primera vez al felino.

«Siempre hay uno que se cree por encima de la ley».

Ahora comenzaba a comprender que probablemente aquel habitante tenía una reputación problemática.

Sin embargo, no sabía suficiente para sacar conclusiones definitivas.

Finalmente, el alojamiento apareció frente a ellos.

La noche había terminado de instalarse sobre Felyzium.

Los faroles iluminaban la entrada.

Y el interior mostraba aquella tranquilidad que Desmond había comenzado a asociar con la ciudad.

Ambos atravesaron el vestíbulo.

Subieron hacia su habitación.

Y caminaron por el corredor.

Cuando llegaron, Desmond notó inmediatamente algo extraño.

La puerta estaba entreabierta.

El joven se detuvo.

Su expresión cambió.

Durante unos segundos contempló la abertura.

Después volvió lentamente la mirada hacia Izobelle.

—Espera...

La gobernante levantó una ceja.

—¿Qué ocurre?

Desmond señaló la puerta.

—¿La dejamos así?

Izobelle observó el lugar.

Después negó suavemente con la cabeza.

El profesor sintió que una pequeña inquietud recorría su cuerpo.

—¿Nos entraron a robar?

Su voz adquirió seriedad.

La gobernante permaneció tranquila.

Después señaló algo junto a la entrada.

—No.

Hizo una pausa.

—Mira el cartel.

Desmond volvió la cabeza.

Sobre la puerta había un pequeño letrero colocado cuidadosamente con cinta.

Contenía varios caracteres japoneses.

El profesor se acercó.

Leyó lentamente.

«この部屋は掃除中です。ありがとうございます»

Permaneció inmóvil.

Después levantó ligeramente las cejas.

—Bueno...

Volvió la mirada hacia Izobelle.

—No entiendo absolutamente nada.

La gobernante soltó una pequeña risa.

—Significa que están limpiando la habitación.

Desmond permaneció sorprendido.

—¿Ah, sí?

Izobelle asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Dice que la habitación está en proceso de limpieza y agradece la comprensión.

El profesor dejó escapar un largo suspiro.

—Menos mal.

Su hermana sonrió.

—Eres demasiado desconfiado.

Desmond levantó una ceja.

—¡La puerta estaba abierta!

Izobelle comenzó a reír.

—Y tenía un cartel.

El joven negó suavemente con la cabeza.

—Un cartel que no podía leer.

Ambos soltaron una pequeña carcajada.

Finalmente, Desmond abrió cuidadosamente la puerta.

Y entró.

No tardó demasiado en reconocer una figura diminuta.

Nami.

La gatita de pelaje naranja estaba limpiando nuevamente.

Sostenía la misma trapeadora.

Y parecía completamente concentrada en dejar el suelo impecable.

Desmond permaneció inmóvil durante un instante.

Después una sonrisa apareció en su rostro.

—No puede ser...

La pequeña levantó inmediatamente la mirada.

Sus ojos se iluminaron.

—¡Señor alto!

El profesor soltó una carcajada.

—¡Hola, Nami!

La gatita sonrió ampliamente.

—¡Bienvenidos!

Izobelle entró detrás de él.

Observó a la pequeña con ternura.

—Hola otra vez.

Nami realizó una pequeña reverencia.

Esta vez mantuvo la trapeadora cuidadosamente apoyada contra el suelo.

Desmond sonrió.

—Veo que aprendiste.

La gatita inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué cosa?

El profesor señaló la herramienta.

—A evitar que te caiga encima.

Nami soltó una pequeña carcajada.

—¡Sí!

Después volvió a acomodar la trapeadora.

Desmond observó el suelo.

Estaba prácticamente limpio.

La pequeña había realizado un trabajo considerablemente mejor que durante su primer encuentro.

El profesor se acercó.

—Oye, Nami...

La gatita levantó inmediatamente la mirada.

—¿Sí?

Desmond sonrió.

—Ya puedes parar.

Hizo una pausa.

—Si falta algo, yo me encargo.

La pequeña abrió ampliamente los ojos.

Después negó con entusiasmo.

—¡Ya terminé!

El profesor levantó ligeramente las cejas.

—¿En serio?

Nami asintió.

—¡Sí!

Su voz estaba llena de alegría.

—Solo faltaba despedirme.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Ah, perfecto.

La gatita comenzó a organizar sus herramientas.

Acomodó cuidadosamente el mango.

Después revisó que no hubiera dejado ningún objeto fuera de lugar.

El profesor permaneció observándola.

Le resultaba fascinante aquella dedicación.

La pequeña no parecía considerar su trabajo una obligación desagradable.

Al contrario, mostraba entusiasmo incluso cuando las tareas resultaban complicadas.

Desmond sonrió.

—Oye...

Nami levantó la mirada.

—¿Sí, señor alto?

El profesor soltó una pequeña risa.

—¿Siempre eres tan trabajadora?

La gatita asintió inmediatamente.

—¡Claro!

Después levantó una pequeña mano.

—¡Pero también me gusta jugar!

Desmond permaneció inmóvil.

Nami continuó:

—¡No lo olvides!

El profesor comenzó a reír.

—Está bien.

Hizo una pausa.

—No lo olvidaré.

Izobelle observaba la conversación con una sonrisa.

La pequeña tomó finalmente sus pertenencias.

Después se acercó hacia la puerta.

Antes de salir, volvió la cabeza.

—¡Que tengan una bonita noche!

Desmond levantó una mano.

—Igualmente, Nami.

La gobernante correspondió al gesto.

—Descansa.

La gatita sonrió.

Realizó una última reverencia.

Y abandonó la habitación.

Sus pequeños pasos desaparecieron rápidamente por el corredor.

Desmond permaneció contemplando la puerta.

Durante unos segundos continuó sonriendo.

La presencia de Nami había conseguido aliviar parte de la tensión que arrastraba desde el encuentro con el felino de dientes de sable.

Finalmente, volvió la mirada hacia Izobelle.

La gobernante se había recostado sobre la cama.

Tenía los brazos colocados detrás de la cabeza.

Y contemplaba tranquilamente el techo.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

—Parece que estás cómoda.

Izobelle sonrió.

—Bastante.

El profesor dejó cuidadosamente sus pertenencias.

Después tomó asiento cerca de la ventana.

Durante unos segundos permaneció contemplando las calles exteriores.

La gobernante volvió la cabeza.

—Desmond.

El joven levantó la mirada.

—¿Sí?

Izobelle sonrió débilmente.

—No seas tan duro con Nami.

El profesor frunció ligeramente el ceño.

—¿Duro?

Hizo una pausa.

—¡Si hasta la ayudé a limpiar!

La mujer soltó una pequeña carcajada.

—Lo sé.

Después su expresión adquirió un tono más reflexivo.

—Solamente quiero que comprendas algo sobre los felinos.

Desmond permaneció atento.

Izobelle continuó:

—Su cultura valora muchísimo ciertos gestos.

La ayuda.

La observación.

Y la atención hacia los demás.

Hizo una pausa.

—En muchas ocasiones dan sin esperar algo a cambio.

El profesor observó brevemente la puerta por donde Nami había desaparecido.

Su hermana continuó:

—Pero también son extraordinariamente observadores.

Desmond volvió la mirada.

Izobelle sonrió.

—Mucho más de lo que aparentan.

El joven permaneció pensativo.

La gobernante añadió:

—Nunca lo olvides.

Durante unos segundos ninguno habló.

Desmond contempló nuevamente la ciudad.

Recordó a Nami.

Su curiosidad por los sabuesos infernales.

La manera en que reaccionó al escuchar lo ocurrido con Skyler.

Y aquella dedicación con que realizaba sus tareas.

Después pensó en Kuroshi.

La elegancia del anfitrión.

En Haru.

El orgullo con que explicaba la historia de sus antepasados.

Y en Jinzō.

Aquel anciano cuya mirada parecía atravesar sus pensamientos.

Todos eran felinos infernales.

Sin embargo, cada uno había demostrado una personalidad diferente.

Desmond sonrió discretamente.

La diversidad de aquella pequeña población resultaba mucho más interesante de lo que había imaginado.

Después recordó al felino de dientes de sable.

Su actitud desafiante.

La escolta de guardias.

Y la discusión con aquella habitante más pequeña.

Su expresión se volvió seria.

Felyzium podía ser extraordinariamente hermosa.

Pero también parecía albergar problemas que no resultaban evidentes durante una visita turística.

El joven respiró profundamente.

Comprendía que todavía tenía mucho que aprender.

No quería idealizar completamente aquella sociedad.

Tampoco juzgarla por las acciones de un solo habitante.

Prefería observar.

Escuchar.

Y construir sus propias conclusiones a medida que conociera mejor sus costumbres.

Desmond apoyó lentamente una mano sobre el marco de la ventana.

A lo lejos podían distinguirse los techos de los templos.

Las estructuras de bambú parecían elevarse suavemente entre los jardines.

Y algunos faroles iluminaban los caminos que comunicaban los diferentes sectores de la ciudad.

La enorme estatua de jade continuaba observando Felyzium desde el centro.

Su silueta permanecía inmóvil bajo el cielo claro.

El profesor contempló aquella imagen durante varios segundos.

Recordó las palabras del Maestro Jinzō.

«Tu música tiene un aura extraña».

Después aquella advertencia.

«Llama a cosas dormidas».

Desmond frunció ligeramente el ceño.

Todavía no comprendía el significado.

Sin embargo, tampoco deseaba ignorarlo completamente.

Aquel encuentro había despertado una curiosidad que probablemente lo acompañaría durante algún tiempo.

Quizás encontraría respuestas más adelante.

O quizás aquellas palabras solamente adquirirían sentido cuando tuviera mayor conocimiento sobre las tradiciones de Felyzium.

El joven dejó escapar un pequeño suspiro.

Después volvió la mirada hacia Izobelle.

Su hermana descansaba tranquilamente.

Parecía satisfecha con el recorrido.

Desmond sonrió.

—Oye, Izo...

La gobernante abrió ligeramente los ojos.

—¿Sí?

El profesor contempló nuevamente la ciudad.

—Gracias por traerme.

Izobelle sonrió.

—De nada, hermano.

Hizo una pausa.

—Sabía que te gustaría.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Eso dijiste desde el principio.

La mujer levantó una ceja.

—Y tenía razón.

El joven comenzó a reír.

—Sí.

Su expresión adquirió una sinceridad profunda.

—La tenías.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Después Desmond volvió a contemplar el exterior.

Había llegado a Felyzium sin comprender por qué su hermana deseaba mostrarle aquel lugar.

Ahora había conocido una ciudad extraordinaria.

Una cultura antigua.

Y habitantes cuyas costumbres parecían conservar una relación profunda con su propia historia.

También había escuchado palabras que lo obligaban a reflexionar sobre su vida.

Su música.

Y las personas que habían comenzado a acompañarlo después de las pérdidas que sufrió.

Sin embargo, todavía quedaban demasiadas preguntas.

El verdadero motivo de la visita de Izobelle continuaba sin revelarse completamente.

El significado de las palabras de Jinzō permanecía incierto.

Y aquel felino de dientes de sable parecía representar un problema cuya naturaleza desconocía.

Desmond respiró profundamente.

No sintió frustración.

Al contrario.

Por primera vez en mucho tiempo, la incertidumbre despertaba curiosidad en lugar de miedo.

Había aprendido que no necesitaba comprenderlo todo inmediatamente.

Algunas experiencias requerían tiempo.

Y ciertos lugares solamente revelaban su verdadera naturaleza cuando uno dejaba de observarlos como un visitante apresurado.

El joven volvió lentamente la mirada hacia los templos.

Las luces iluminaban las construcciones de bambú.

Los faroles se movían suavemente bajo la brisa.

Y el silencio de la ciudad parecía envolverlo todo.

Desmond permaneció contemplando aquel paisaje.

Había nacido en el Infierno.

Crecido entre sus dificultades.

Y aprendido a sobrevivir dentro de una sociedad donde la violencia, la corrupción y los abusos de poder formaban parte de numerosas historias.

Pero Felyzium le estaba demostrando que aquel mundo todavía conservaba lugares capaces de sorprenderlo.

Lugares donde la belleza y la tradición podían coexistir con misterios antiguos.

Y donde incluso una pequeña gatita con una trapeadora demasiado grande podía recordarle que la amabilidad no necesitaba gestos extraordinarios.

Desmond sonrió débilmente.

Acarició la funda de su guitarra.

Después regresó la mirada hacia el horizonte.

Felyzium era un mundo aparte, y apenas estaban comenzando a conocerlo.

CAP 36

El Peso de una Segunda Oportunidad

Una nueva mañana comenzaba en Felyzium.

La ciudad despertaba lentamente bajo un cielo que parecía completamente ajeno a la oscuridad habitual del Anillo de la Furia. Una tenue neblina descendía entre los edificios tradicionales, envolviendo los tejados curvos y las construcciones de bambú con un resplandor blanquecino.

Los primeros rayos del sol atravesaban aquella bruma, iluminando los caminos de piedra y los pequeños jardines que adornaban las calles.

El aire era fresco.

Una brisa suave movía las hojas de los árboles, mientras los faroles de papel permanecían inmóviles bajo los aleros de las viviendas.

A lo lejos podían escucharse los sonidos de una ciudad que comenzaba sus actividades.

Algunos comerciantes abrían sus establecimientos.

Los trabajadores recorrían las avenidas.

Y pequeños grupos de felinos infernales caminaban tranquilamente hacia sus respectivos destinos.

La armonía del lugar continuaba sorprendiendo a Desmond.

Había pasado toda su vida acostumbrado a las temperaturas elevadas, el movimiento constante y las contradicciones sociales que caracterizaban a las ciudades de los anillos.

Sin embargo, Felyzium parecía funcionar bajo un ritmo diferente.

No significaba que estuviera libre de problemas.

El joven ya había presenciado algunas situaciones que demostraban lo contrario.

Pero existía una tranquilidad particular en sus calles.

Una sensación difícil de describir.

Como si aquella sociedad hubiera aprendido a conservar parte de su pasado sin permitir que el desarrollo de la ciudad terminara destruyéndolo.

Aquella mañana, Desmond permanecía sentado sobre uno de los bancos de piedra situados frente a la estatua principal.

A su lado se encontraba Izobelle.

La gobernante contemplaba el monumento con una expresión pensativa.

Ambos habían decidido salir temprano, aprovechando que las calles todavía no estaban demasiado concurridas.

Frente a ellos se alzaba la enorme estatua de jade que dominaba el centro de Felyzium.

Representaba a un gato de apariencia solemne.

Sus formas estaban cuidadosamente trabajadas, y sus ojos parecían observar eternamente la ciudad que se extendía a sus pies.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Había contemplado aquel monumento varias veces desde su llegada.

Sin embargo, todavía encontraba detalles que anteriormente habían pasado inadvertidos.

Pequeños grabados.

Decoraciones alrededor de la base.

Y una expresión que, dependiendo de la iluminación, parecía adquirir matices diferentes.

El joven sonrió discretamente.

—Todavía no puedo creer que exista un lugar como este.

Izobelle volvió brevemente la cabeza.

—¿Sigues impresionado?

Desmond soltó una pequeña risa.

—Bastante.

Hizo una pausa.

—Llevo toda mi vida en el Infierno y apenas ahora descubro que tenemos una ciudad así.

Su hermana sonrió.

—Felyzium no es un lugar al que cualquiera pueda venir.

El profesor asintió.

—Eso lo tengo bastante claro.

Recordó el retén.

Los guardias.

Y aquella inspección que realizaron antes de permitirles ingresar.

También recordó la posición diplomática de los felinos infernales.

Una raza cuya influencia superaba la de los propios Pecados Capitales y que había conseguido conservar una autonomía extraordinaria.

Desmond contempló nuevamente la estatua.

—Supongo que todavía tengo mucho que aprender.

Izobelle permaneció pensativa.

Después asintió.

—Muchísimo.

Durante unos segundos ambos guardaron silencio.

El joven permitió que la brisa acariciara suavemente su rostro.

Recordó el recorrido por los templos.

Los murales antiguos.

Y aquella conversación con el Maestro Jinzō que todavía no conseguía comprender completamente.

«Tu música tiene un aura extraña».

Aquellas palabras continuaban presentes en su memoria.

No sabía si se trataba de una advertencia espiritual o de una interpretación relacionada con las tradiciones de Felyzium.

Sin embargo, había decidido no obsesionarse con encontrar una explicación inmediata.

Algunas respuestas necesitaban tiempo.

Desmond volvió lentamente la mirada hacia Izobelle.

Su hermana parecía estar pensando en algo importante.

La gobernante tenía las manos apoyadas sobre las rodillas y contemplaba el monumento con una seriedad poco habitual durante los paseos anteriores.

El profesor levantó ligeramente las cejas.

—Oye, Izo...

La mujer volvió la cabeza.

—¿Sí?

Desmond sonrió.

—¿Hay algo que quieras contarme?

Izobelle permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después respiró profundamente.

—Sí.

El joven enderezó ligeramente la espalda.

La gobernante volvió la mirada hacia la estatua.

Finalmente, habló.

—Ya es hora de cumplir la misión que tenemos aquí.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos contempló a su hermana.

Después frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué misión?

Izobelle se incorporó lentamente.

Acomodó su ropa.

Después volvió la mirada hacia él.

—Tengo que asistir a un juicio.

El profesor abrió ligeramente los ojos.

—¿Un juicio?

La gobernante asintió.

—Exactamente.

Desmond permaneció sentado.

Su expresión reflejaba desconcierto.

—Espera...

Hizo una pausa.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

Izobelle sonrió discretamente.

—Ya lo verás.

El joven dejó escapar un largo suspiro.

Aquella respuesta comenzaba a resultarle demasiado familiar.

Desde que llegaron a Felyzium, su hermana parecía disfrutar manteniendo en secreto buena parte de sus planes.

Primero el viaje.

Después la visita a los templos.

Y ahora un juicio.

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—Definitivamente disfrutas hacerme eso.

Izobelle levantó una ceja.

—¿Hacerte qué?

El profesor se incorporó.

—Llevarme de un lado a otro sin decirme exactamente qué estamos haciendo.

Su hermana soltó una pequeña carcajada.

—No seas dramático.

Desmond la observó con expresión resignada.

—Eso dijiste antes de traerme a una ciudad restringida.

Izobelle sonrió.

—Y terminaste disfrutando la visita.

El joven permaneció callado.

Después dejó escapar una risa breve.

—Está bien, tienes razón.

La gobernante asintió satisfecha.

—Entonces vamos.

Ambos comenzaron a caminar.

Las calles de Felyzium permanecían tranquilas.

A medida que avanzaban, Desmond observó cómo las construcciones residenciales daban paso a edificios de apariencia más institucional.

Algunos conservaban la misma arquitectura tradicional.

Pero sus dimensiones eran mayores.

Las entradas estaban adornadas con símbolos elaborados y varias estructuras parecían destinadas a actividades administrativas.

Izobelle caminaba con seguridad.

Desmond la seguía, intentando comprender por qué necesitaba acompañarla.

Durante algunos minutos permaneció en silencio.

Finalmente, decidió preguntar nuevamente.

—¿Es un juicio importante?

La gobernante volvió ligeramente la cabeza.

—Bastante.

El profesor levantó las cejas.

—¿Y conoces al acusado?

Izobelle permaneció pensativa.

—Sé quién es.

Desmond esperó una explicación más amplia.

Pero su hermana continuó caminando.

El joven dejó escapar un suspiro.

—Perfecto.

Su voz adquirió un tono irónico.

—Qué información tan detallada.

Izobelle soltó una pequeña risa.

—Pronto entenderás.

El profesor decidió no insistir.

Continuaron avanzando hasta llegar frente a una construcción tradicional de dimensiones considerables.

El edificio tenía techos curvos y columnas de madera oscura, mientras varios detalles de jade adornaban la entrada.

Dos guardias felinos permanecían cerca de las puertas.

Sus uniformes estaban impecablemente arreglados.

Y sus expresiones reflejaban una seriedad acorde con las funciones que desempeñaban.

Desmond levantó lentamente la mirada.

La construcción resultaba solemne.

No parecía un templo.

Tampoco una residencia común.

Cuando atravesaron la entrada, comprendió inmediatamente dónde se encontraban.

Era un juzgado.

Los corredores interiores estaban cuidadosamente organizados.

Había pequeños anuncios administrativos.

Salas destinadas a los funcionarios.

Y varias puertas que conducían hacia espacios donde aparentemente se desarrollaban procedimientos judiciales.

Desmond observó todo con creciente curiosidad.

Después se inclinó ligeramente hacia Izobelle.

—Oye...

Su voz fue baja.

La gobernante volvió la cabeza.

—¿Sí?

El profesor frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué estamos aquí?

Izobelle respondió con absoluta tranquilidad.

—Soy parte del jurado.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

—¿Del jurado?

Su hermana asintió.

—Sí.

Hizo una pequeña pausa.

Después añadió:

—Y ahora tú también.

El profesor se detuvo.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

—¿Qué?

Izobelle continuó caminando.

Desmond reaccionó inmediatamente.

—¡Espera, espera!

La alcanzó.

—¿Cómo que yo también?

La gobernante lo observó.

—Participarás conmigo.

El joven sintió que una pequeña inquietud recorría su cuerpo.

—¡Izo, soy profesor de música!

Su hermana levantó una ceja.

Desmond continuó:

—No tengo experiencia como jurado dentro del sistema judicial de Felyzium.

La gobernante permaneció tranquila.

—Estarás acompañado.

Hizo una pausa.

—Y tendrás oportunidad de escuchar todo lo que se presente durante el procedimiento.

El profesor bajó lentamente la mirada.

Aquello no terminaba de tranquilizarlo.

Había aprendido mucho sobre las estructuras diplomáticas del Infierno, especialmente después de descubrir su origen aristocrático.

Pero participar en una decisión judicial relacionada con un habitante de una sociedad que apenas conocía le parecía una responsabilidad considerable.

Desmond respiró profundamente.

—Espero que sepas lo que haces.

Izobelle sonrió débilmente.

—Confía en mí.

El joven no respondió.

Simplemente continuó acompañándola.

Finalmente, llegaron a la sala principal.

Cuando Desmond entró, tuvo que contener una pequeña sonrisa.

El lugar estaba adaptado a las proporciones de los felinos infernales.

Los bancos.

Las mesas.

Y determinados muebles parecían extraordinariamente pequeños en comparación con aquellos que estaba acostumbrado a utilizar.

La distribución recordaba la de un juzgado tradicional.

Sin embargo, desde su perspectiva, algunas partes parecían pertenecer a una casa de muñecas.

Desmond observó discretamente una de las sillas.

Después volvió la mirada hacia Izobelle.

—Espero que no tengamos que sentarnos ahí.

Su hermana soltó una pequeña risa.

—Tranquilo.

Señaló hacia un sector específico.

—Prepararon lugares adecuados para nosotros.

El profesor observó las sillas.

Efectivamente, tenían dimensiones suficientes para que ambos pudieran sentarse cómodamente.

Desmond respiró con alivio.

—Menos mal.

Izobelle sonrió.

Después tomaron asiento.

La sala todavía estaba parcialmente vacía.

Algunos funcionarios revisaban documentos.

Otros organizaban materiales sobre las pequeñas mesas.

Y varios guardias permanecían cerca de las entradas.

Desmond observó el ambiente.

Todo parecía desarrollarse con una precisión extraordinaria.

Sin embargo, también percibía cierta tensión.

Las conversaciones eran breves.

Los movimientos estaban cuidadosamente controlados.

Y algunas expresiones reflejaban que el caso que estaba por discutirse no era precisamente sencillo.

El profesor contempló a Izobelle.

Su hermana permanecía tranquila.

Tenía una postura formal y observaba los documentos que le habían entregado.

Desmond recibió también información básica sobre el procedimiento.

La revisó cuidadosamente.

Todavía no conocía la identidad completa del acusado.

Pero comprendió que se trataba de un caso relacionado con alteraciones del orden público.

El joven permaneció pensativo.

Durante aproximadamente una hora, la sala comenzó a llenarse.

Llegaron otros integrantes del jurado.

Funcionarios.

Representantes legales.

Y algunas personas autorizadas para presenciar el proceso.

Desmond observó a cada uno.

La mayoría eran felinos infernales.

Sus diferencias de tamaño y apariencia resultaban interesantes.

Había ejemplares de pelaje corto.

Otros de pelaje largo.

Y algunos cuyas características recordaban razas que el profesor conocía del mundo humano.

Finalmente, las puertas principales se abrieron.

El juez ingresó.

Los presentes adoptaron una postura respetuosa.

Desmond imitó discretamente el gesto.

Después todos ocuparon sus respectivos lugares.

El silencio se extendió por la sala.

El magistrado acomodó varios documentos.

Revisó brevemente la información.

Y finalmente levantó la mirada.

Su voz resonó con solemnidad.

—Estamos reunidos para decidir el destino de Layl Tsukigami.

Hizo una pausa.

—También conocido como Lay-K.

Desmond permaneció atento.

El juez continuó:

—El acusado comparece por los delitos de agresión, resistencia a la autoridad y allanamiento de propiedad privada.

La sala permaneció en silencio.

El profesor frunció ligeramente el ceño.

Aquellas acusaciones eran graves.

No conocía los detalles.

Pero comprendía que debían examinarse cuidadosamente antes de tomar cualquier decisión.

El magistrado realizó una señal.

Poco después, una puerta lateral se abrió.

Dos guardias ingresaron escoltando a un detenido.

Desmond levantó lentamente la mirada.

Y permaneció completamente inmóvil.

No podía creerlo.

Era él.

El felino de dientes de sable.

El mismo que había visto escoltado por la guardia durante su primer recorrido por Felyzium.

Y que posteriormente encontró discutiendo violentamente con una felina más pequeña.

Desmond abrió ligeramente los ojos.

Observó su pelaje blanco.

El cabello negro.

Y aquellos colmillos que sobresalían de su boca.

No había posibilidad de confundirlo.

Lay-K.

El acusado caminaba con las manos esposadas.

Su altura contrastaba profundamente con la de los guardias que lo acompañaban.

Sin embargo, lo que más sorprendió al profesor no fue su apariencia.

Fue su expresión.

Lay-K parecía completamente indiferente.

No mostraba miedo.

Tampoco preocupación evidente.

Su rostro permanecía sereno.

Casi vacío.

Como si encontrarse frente a un tribunal no significara absolutamente nada para él.

Desmond sintió una inquietud creciente.

El detenido fue conducido hacia el lugar asignado.

Después permaneció inmóvil.

Los guardias se situaron a ambos lados.

El magistrado revisó nuevamente los documentos.

Desmond volvió lentamente la cabeza hacia Izobelle.

Se inclinó ligeramente.

Y preguntó en voz baja:

—¿No tiene abogado?

La gobernante permaneció seria.

—No.

El profesor frunció inmediatamente el ceño.

—¿Cómo que no?

Izobelle observó brevemente al acusado.

Después respondió:

—Es reincidente.

Hizo una pausa.

—Y bajo las condiciones de este procedimiento no se le concedió ese derecho.

Desmond permaneció completamente inmóvil.

La explicación no le resultó satisfactoria.

Había crecido dentro de una sociedad donde las diferencias de poder podían determinar cuánto valía la palabra de una persona.

También había conocido historias de habitantes castigados sin recibir oportunidades reales de defenderse.

Por eso aquella decisión le provocó incomodidad.

No sabía si Lay-K era culpable de todos los cargos.

Tampoco pretendía justificar sus posibles acciones.

Pero la ausencia de representación legal parecía colocar al acusado en una situación especialmente vulnerable.

El profesor volvió la mirada hacia el juez.

Después contempló al detenido.

Lay-K continuaba mostrando aquella expresión indiferente.

Desmond respiró profundamente.

No podía intervenir simplemente porque algo le pareciera injusto.

Primero necesitaba escuchar.

Comprender las pruebas.

Y conocer los argumentos presentados.

El juicio comenzó formalmente.

La abogada de la parte demandante se levantó.

Era una felina de postura elegante y expresión decidida.

Llevaba varios documentos cuidadosamente organizados.

Después de saludar al tribunal, comenzó a presentar los hechos.

Su intervención fue precisa.

Explicó las circunstancias relacionadas con las acusaciones.

Después presentó documentos y testimonios que, según su argumentación, demostraban la responsabilidad de Lay-K.

Los funcionarios entregaron los materiales correspondientes.

El magistrado los examinó.

Los integrantes del jurado también recibieron información para revisar.

Desmond permaneció concentrado.

Escuchó cada intervención.

Observó los documentos.

Y procuró distinguir entre los hechos presentados y las interpretaciones que realizaban los participantes.

Algunos testimonios describían comportamientos violentos.

Otros hacían referencia a enfrentamientos con las autoridades.

También se discutieron los acontecimientos relacionados con el ingreso indebido a una propiedad privada.

El profesor frunció ligeramente el ceño.

La situación parecía bastante complicada.

No se trataba de una acusación aislada.

El expediente mostraba antecedentes que el tribunal consideraba importantes.

Sin embargo, algo continuaba inquietándolo.

Lay-K apenas reaccionaba.

Permanecía sentado.

Con la mirada fija en algún punto del suelo.

En ocasiones levantaba ligeramente la cabeza cuando mencionaban su nombre.

Pero no intentaba intervenir.

Tampoco parecía interesado en responder a las acusaciones.

Desmond comenzó a preguntarse qué estaba ocurriendo dentro de su cabeza.

¿Había aceptado que terminaría condenado?

¿Consideraba inútil intentar defenderse?

¿O simplemente había decidido mostrar indiferencia ante una situación que llevaba demasiado tiempo enfrentando?

No tenía respuestas.

El juicio continuó.

La abogada presentó nuevos documentos.

Después se escucharon otros testimonios.

Algunos integrantes del jurado intercambiaron miradas serias.

El magistrado realizaba preguntas relacionadas con determinados detalles.

Y los funcionarios tomaban nota de las intervenciones.

Desmond permaneció atento.

La gravedad de los cargos no podía ignorarse.

Si Lay-K había agredido a otras personas, existía una responsabilidad que debía asumir.

Sin embargo, el profesor también creía que una sentencia debía considerar algo más que la necesidad de castigar.

Una comunidad necesitaba protegerse.

Pero también debía preguntarse qué ocurría con quienes terminaban siendo apartados de ella.

Aquella reflexión le recordó a Tyrone.

El joven Ornyx que había conocido durante su estancia en el Palacio Gluttora.

Su infancia había estado marcada por abusos.

Y solamente consiguió encontrar cierta estabilidad cuando alguien decidió ofrecerle una oportunidad.

Desmond sabía que las circunstancias de Lay-K eran diferentes.

No pretendía compararlos directamente.

Pero continuaba preguntándose si detrás de aquella actitud desafiante existía alguna historia que todavía no había escuchado.

Fue entonces cuando ocurrió algo inesperado.

Las puertas de la sala se abrieron bruscamente.

El sonido interrumpió la intervención que estaba desarrollándose.

Varios presentes volvieron inmediatamente la cabeza.

Una pequeña figura naranja apareció en la entrada.

Desmond abrió ampliamente los ojos.

—¿Nami...?

La gatita avanzó corriendo.

Su expresión estaba completamente desesperada.

Las lágrimas recorrían sus mejillas.

Y apenas parecía capaz de respirar con normalidad.

—¡POR FAVOR, NO!

Su grito resonó por toda la sala.

Los funcionarios permanecieron sorprendidos.

Algunos integrantes del jurado comenzaron a murmurar.

El juez levantó inmediatamente la cabeza.

—¡Orden!

Pero Nami no se detuvo.

Corrió directamente hacia Lay-K.

Los guardias intentaron reaccionar.

Sin embargo, la pequeña consiguió acercarse antes de que pudieran interceptarla.

Se lanzó contra el felino de dientes de sable.

Y lo abrazó con fuerza.

—¡NO LE HAGAN NADA!

Su voz estaba quebrada por el llanto.

Lay-K permaneció inmóvil.

Durante unos segundos bajó lentamente la mirada.

Desmond observó la escena con absoluta sorpresa.

No entendía lo que estaba ocurriendo.

La pequeña Nami.

La misma gatita que había conocido limpiando su habitación con una trapeadora demasiado grande.

Ahora estaba abrazada al acusado.

Llorando.

Y suplicando frente a todo el tribunal.

El profesor sintió un escalofrío.

Nami levantó lentamente la cabeza.

Sus pequeñas manos permanecían aferradas a la ropa de Lay-K.

—¡ÉL ES TODO LO QUE TENGO!

La sala quedó prácticamente en silencio.

La gatita continuó:

—¡POR FAVOR!

Hizo una pausa para intentar recuperar el aliento.

—¡Esta vez se portará bien!

Su voz volvió a quebrarse.

—¡Lo prometo!

Desmond permaneció inmóvil.

Nami apretó todavía más el abrazo.

—¡Se los juro por la memoria de nuestros padres!

El profesor sintió que aquellas palabras le atravesaban el pecho.

Sus ojos se encontraron brevemente con los de la pequeña.

Había un miedo profundo en su expresión.

Un miedo que Desmond reconoció inmediatamente.

No era solamente temor a una sentencia.

Era el terror de perder a la única persona que parecía representar una familia para ella.

El joven recordó a James.

Su hermano adoptivo.

Durante su infancia, James había sido una de las personas que más lo protegieron de los peligros de la comuna 54.

Había ocasiones en que se colocaba frente a él cuando otros muchachos intentaban intimidarlo.

También lo acompañaba cuando regresar solo a casa podía resultar peligroso.

Desmond recordó aquellas discusiones.

Las veces que James terminaba enfrentándose a alguien por defenderlo.

Y la seguridad que sentía al saber que su hermano mayor estaba cerca.

La imagen de Nami abrazando a Lay-K despertó aquellos recuerdos con una fuerza inesperada.

El profesor volvió lentamente la mirada hacia Izobelle.

Su hermana permanecía seria.

Desmond se inclinó ligeramente.

—¿Qué ocurrió con sus padres?

La gobernante observó brevemente a Nami.

Después respiró profundamente.

—Murieron en un accidente de construcción.

El joven sintió que el pecho se le oprimía.

Izobelle continuó:

—Los dos quedaron huérfanos.

Desmond permaneció inmóvil.

Volvió lentamente la mirada hacia los hermanos.

Nami continuaba abrazada a Lay-K.

El felino alto parecía incapaz de encontrar una reacción adecuada.

Su expresión continuaba siendo difícil de interpretar.

Pero ya no parecía completamente ajeno a lo que estaba ocurriendo.

El profesor sintió una tristeza profunda.

Ahora comprendía al menos una parte del vínculo que los unía.

Aquella pequeña gatita había perdido a sus padres.

Y su hermano representaba la única familia que le quedaba.

No significaba que Lay-K estuviera libre de responsabilidad por sus actos.

Pero la sentencia también tendría consecuencias para alguien que no había cometido ningún delito.

Nami.

El juez golpeó con fuerza su mesa.

—¡SILENCIO!

Los murmullos disminuyeron.

El magistrado observó a la pequeña con evidente molestia.

—¡Esta ciudad ya le ha dado demasiadas oportunidades al acusado!

Su voz resonó por toda la sala.

—¡No podemos continuar tolerando disturbios!

Nami levantó lentamente la mirada.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Por favor...!

El juez permaneció serio.

La gatita soltó a Lay-K durante un instante.

Después se arrodilló sobre el suelo.

Sus pequeñas manos temblaban.

—¡No me quiten a mi hermano!

El profesor sintió un nudo en la garganta.

Nami continuó:

—¡Yo lo necesito!

Su voz se quebró.

—¡No tengo a nadie más!

Algunos integrantes del jurado observaron la escena con incomodidad.

Otros mostraron evidente desaprobación ante la interrupción.

Finalmente, uno de ellos chasqueó la lengua.

—¡Saquen a esa gata de aquí!

Desmond levantó inmediatamente la mirada.

Dos guardias comenzaron a acercarse.

Nami los observó.

Su expresión cambió.

Retrocedió ligeramente.

—No...

Pero los felinos de seguridad la tomaron de los brazos.

La pequeña comenzó a forcejear.

—¡NO!

Intentó regresar hacia Lay-K.

—¡NO QUIERO IRME!

Los guardias continuaron sujetándola.

Sus movimientos resultaban bruscos para alguien de su tamaño.

Nami lloraba.

Intentaba soltarse.

Y llamaba desesperadamente a su hermano.

Desmond sintió que los puños comenzaban a cerrársele.

Observó a Lay-K.

El felino permanecía prácticamente inmóvil.

Sus ojos parecían vacíos.

No intentó agredir a los guardias.

Tampoco protestó.

Simplemente contempló cómo se llevaban a Nami.

Aquella actitud provocó una indignación profunda en el profesor.

No comprendía cómo podía permanecer tan quieto mientras su hermana lloraba de aquella manera.

Pero también reconoció que el acusado estaba esposado y rodeado por autoridades.

Cualquier movimiento impulsivo probablemente empeoraría su situación.

Desmond volvió la mirada hacia Nami.

La pequeña continuaba forcejeando.

—¡POR FAVOR!

Su voz era desgarradora.

—¡NO ME DEJEN SOLA!

El profesor sintió que algo dentro de él terminaba por romperse.

Recordó a James.

A Marta.

Y aquella sensación de impotencia que experimentó durante su infancia cuando las personas que amaba estaban en peligro.

También recordó su propio dolor después de perder a Skyler.

La diferencia era evidente.

Él había contado con Izobelle.

Con amigos.

Y con personas dispuestas a acompañarlo.

Nami parecía estar a punto de perder lo único que le quedaba.

Desmond se incorporó bruscamente.

La silla produjo un sonido seco.

Su voz resonó por toda la sala.

—¡BASTA YA!

El tribunal quedó en silencio.

Varios presentes volvieron inmediatamente la cabeza.

Los guardias detuvieron sus movimientos.

Nami levantó lentamente la mirada.

Desmond permanecía de pie.

Su expresión era firme.

Los puños estaban cerrados.

Pero no había perdido el control.

Simplemente estaba indignado.

—¡No pueden tratarla así!

El magistrado levantó inmediatamente la cabeza.

Su mirada adquirió dureza.

—¿Y usted quién se cree para alzar la voz en mi juzgado?

Desmond sostuvo su mirada.

Durante unos segundos permaneció en silencio.

Después respondió con firmeza.

—Soy Desmond Ludendorff.

Un murmullo recorrió la sala.

Algunos integrantes del jurado levantaron inmediatamente la cabeza.

Otros intercambiaron miradas sorprendidas.

El apellido pertenecía a una de las familias aristocráticas más influyentes del Infierno.

Y aunque su autoridad no superaba la posición diplomática de los felinos, tampoco podía ignorarse completamente.

Desmond continuó:

—Y exijo que dejen de tratar a esa niña como si fuera una delincuente.

El juez frunció el ceño.

El profesor señaló discretamente hacia Nami.

—Está asustada.

Acaba de explicar que su hermano es la única familia que le queda.

Hizo una pausa.

—Eso no significa que pueda interrumpir cualquier procedimiento.

Pero tampoco justifica que la arrastren de esa manera.

La sala permaneció en silencio.

Izobelle observó a su hermano.

Su expresión reflejaba una mezcla de sorpresa y preocupación.

Conocía suficientemente a Desmond para comprender por qué había reaccionado.

Pero también sabía que desafiar abiertamente a un magistrado dentro de Felyzium podía provocar consecuencias diplomáticas.

El juez permaneció serio.

Durante varios segundos observó al profesor.

Después volvió lentamente la mirada hacia los guardias.

Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Suéltenla.

Los felinos obedecieron.

Nami recuperó inmediatamente el equilibrio.

Durante un segundo permaneció inmóvil.

Después corrió nuevamente hacia Lay-K.

Lo abrazó con fuerza.

Su llanto continuaba.

Pero al menos ya no estaba siendo apartada violentamente.

Desmond dejó escapar una respiración profunda.

Permaneció de pie durante algunos segundos.

Después volvió lentamente la mirada hacia el magistrado.

Había conseguido que soltaran a la pequeña.

Pero el problema principal continuaba sin resolverse.

El juicio seguía adelante.

Y Lay-K estaba enfrentando una posible condena.

El profesor respiró profundamente.

Finalmente, preguntó:

—¿Cuál era su sentencia?

El magistrado observó brevemente los documentos.

Después levantó la mirada.

—Tres años de prisión.

Desmond permaneció atento.

El juez continuó con evidente molestia:

—Pero después de este escándalo, considero que deberían ser cinco.

El profesor sintió una inquietud inmediata.

Volvió la mirada hacia Nami.

La pequeña permanecía abrazada a su hermano.

Sus ojos estaban enrojecidos.

Y su respiración continuaba alterada.

Cinco años.

Para Desmond, aquella cantidad representaba una parte importante de su vida.

Pero para Nami probablemente significaría crecer sin la presencia de la única familia que le quedaba.

El joven bajó lentamente la mirada.

No podía ignorar los delitos.

Las personas afectadas merecían justicia.

Y la ciudad tenía derecho a proteger a sus habitantes.

Sin embargo, también se preguntaba si existía alguna alternativa capaz de exigir responsabilidad sin destruir completamente la vida de aquellos hermanos.

Desmond permaneció pensativo.

Recordó la manera en que Lay-K había sido escoltado.

Su actitud desafiante.

Y aquella discusión violenta que presenció durante el paseo con Izobelle.

No parecía una persona sencilla.

Probablemente tendría que enfrentar numerosas dificultades si decidía acercarse a él.

Pero la indiferencia del felino comenzaba a resultarle extraña.

Había algo en su mirada que el profesor no conseguía interpretar.

Una ausencia de esperanza.

Como si estuviera convencido de que ninguna decisión podía cambiar realmente su destino.

Desmond levantó lentamente la cabeza.

Observó a Lay-K.

Después a Nami.

Y finalmente volvió la mirada hacia el juez.

Una idea comenzó a formarse dentro de su mente.

Era arriesgada.

Probablemente irresponsable desde la perspectiva de quienes lo rodeaban.

Pero también representaba una posibilidad.

El profesor respiró profundamente.

Después habló.

—Puedo llevármelo.

La sala quedó en silencio.

Izobelle volvió inmediatamente la cabeza.

—¿Qué?

Desmond mantuvo la mirada fija en el magistrado.

—Fuera de Felyzium.

Hizo una pausa.

—Puedo hacerme responsable de él.

El juez levantó lentamente una ceja.

Los demás integrantes del jurado comenzaron a murmurar.

Izobelle se inclinó inmediatamente hacia su hermano.

—Desmond...

Su voz fue apenas un susurro.

—¿Estás loco?

El joven volvió brevemente la cabeza.

Su hermana lo observaba con evidente preocupación.

Desmond comprendía perfectamente su reacción.

No estaba hablando de ayudar a alguien con una pequeña dificultad.

Estaba ofreciendo hacerse cargo de un acusado reincidente.

Un felino cuya reputación parecía estar marcada por enfrentamientos con la autoridad.

Y cuya actitud no ofrecía demasiadas garantías de cooperación.

Sin embargo, el profesor mantuvo su decisión.

Volvió la mirada hacia el juez.

—Yo lo educaré.

El magistrado permaneció inmóvil.

Durante varios segundos contempló su rostro.

Después preguntó:

—¿Comprende la responsabilidad que está ofreciendo asumir?

Desmond asintió.

—Sí.

El juez observó brevemente a Lay-K.

Después volvió a mirar al profesor.

—El acusado tiene antecedentes.

Ha recibido oportunidades anteriormente.

Y su comportamiento ha provocado problemas dentro de nuestra ciudad.

Desmond escuchó con atención.

El magistrado continuó:

—No estamos hablando de un simple desacuerdo entre vecinos.

El joven asintió.

—Lo sé.

Hizo una pausa.

—He escuchado las acusaciones.

El juez frunció ligeramente el ceño.

—Entonces, ¿por qué ofrecerse?

Desmond permaneció pensativo.

Durante unos segundos observó a Nami.

La pequeña continuaba abrazada a su hermano.

Después volvió la mirada hacia el magistrado.

—Porque creo que todavía puede cambiar.

La sala permaneció silenciosa.

El profesor continuó:

—No estoy diciendo que sus acciones no tengan consecuencias.

Tampoco que las personas afectadas deban olvidar lo ocurrido.

Su voz adquirió una firmeza especial.

—Pero creo que debería existir una oportunidad de demostrar que puede vivir de otra manera.

El juez permaneció observándolo.

Desmond respiró profundamente.

—Puedo llevarlo conmigo.

Ofrecerle un lugar donde permanecer.

Y hacerme responsable de que tenga una estructura que le permita corregir su comportamiento.

Hizo una pausa.

—No será sencillo.

Lo sé.

Pero estoy dispuesto a intentarlo.

Izobelle permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló a su hermano.

Reconocía aquella determinación.

La misma que había demostrado cuando decidió rechazar las comodidades aristocráticas para construir su propia vida.

Y aquella que lo llevó a entregar el premio de una competencia musical a una mujer que necesitaba ayuda.

Desmond podía ser impulsivo.

Pero también poseía una convicción que rara vez desaparecía una vez había tomado una decisión.

La gobernante dejó escapar un suspiro.

No estaba convencida.

Sin embargo, decidió escuchar.

El magistrado volvió lentamente la mirada hacia Lay-K.

El acusado permanecía inmóvil.

Su expresión continuaba siendo difícil de interpretar.

Nami, en cambio, parecía haber recuperado una pequeña esperanza.

Observaba a Desmond con los ojos abiertos.

Como si todavía no consiguiera creer que alguien estaba ofreciéndose a ayudar a su hermano.

Finalmente, el juez volvió a hablar.

—¿Está dispuesto a hacerse responsable de él?

Desmond respondió sin vacilar.

—Sí.

Su voz fue firme.

El magistrado permaneció contemplándolo.

Después bajó la mirada hacia los documentos.

Durante unos segundos revisó las anotaciones.

Finalmente, solicitó una breve deliberación.

Los integrantes correspondientes comenzaron a conversar en voz baja.

Izobelle permanecía sentada junto a Desmond.

Su expresión reflejaba preocupación.

El profesor volvió lentamente la cabeza.

Durante un instante sus miradas se encontraron.

La gobernante negó suavemente con la cabeza.

No parecía enojada.

Pero sí profundamente inquieta.

Desmond comprendió que tendrían una conversación difícil después del juicio.

Sin embargo, no se retractó.

La deliberación continuó durante varios minutos.

Algunos participantes mostraron desacuerdo.

Otros parecían considerar la posibilidad de aceptar una salida distinta de la prisión.

Finalmente, el magistrado levantó la mirada.

El silencio regresó inmediatamente a la sala.

Desmond sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

El juez observó brevemente a Lay-K.

Después volvió la mirada hacia el profesor.

—Está bien.

Desmond permaneció inmóvil.

El magistrado continuó:

—Aceptaremos que el acusado quede bajo su responsabilidad fuera de Felyzium.

Hizo una pausa.

—Pero deberá comprender que cualquier problema posterior será asunto suyo.

El profesor asintió.

—Lo comprendo.

El juez permaneció serio.

—Será su carga.

Desmond mantuvo la mirada.

—Está bien.

El magistrado cerró lentamente el expediente.

Después realizó una señal hacia los funcionarios.

—Retírense.

Durante unos segundos nadie se movió.

Nami permanecía abrazada a Lay-K.

Parecía estar intentando comprender lo que acababa de ocurrir.

Después levantó lentamente la mirada hacia Desmond.

Sus ojos comenzaron a llenarse nuevamente de lágrimas.

Pero esta vez había algo diferente en su expresión.

Alivio.

La posibilidad de que su hermano no terminara desapareciendo durante años detrás de una sentencia.

Desmond sonrió discretamente.

Sin embargo, antes de poder acercarse, Izobelle se incorporó.

Su hermana le dirigió una mirada que no admitía demasiadas bromas.

El profesor dejó escapar un pequeño suspiro.

Definitivamente aquella conversación sería complicada.

Cuando finalmente abandonaron el juzgado, la luz exterior los recibió con una claridad agradable.

Las calles de Felyzium continuaban tranquilas.

Algunos habitantes caminaban cerca de los edificios administrativos.

Y el movimiento cotidiano parecía desarrollarse sin prestar demasiada atención a lo que acababa de ocurrir dentro del tribunal.

Desmond respiró profundamente.

Sentía una mezcla de alivio y preocupación.

Había conseguido ofrecer una alternativa para Lay-K.

Pero ahora tendría que cumplir su palabra.

Izobelle caminó varios pasos junto a él.

Finalmente, se detuvo.

Cruzó los brazos.

Y volvió la mirada hacia su hermano.

—Desmond.

El joven levantó ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

La gobernante permaneció seria.

—¿En qué estabas pensando?

El profesor dejó escapar un pequeño suspiro.

Había esperado aquella pregunta.

—Izo...

Su hermana lo interrumpió.

—No.

Hizo una pausa.

—Quiero que me expliques por qué acabas de ofrecerte a cuidar de un acusado reincidente al que prácticamente no conoces.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Durante unos segundos permaneció pensativo.

Finalmente, respondió.

—Vi algo en él.

Izobelle levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué cosa?

El joven permaneció callado.

Después negó suavemente con la cabeza.

—No sé explicarlo.

La gobernante dejó escapar un suspiro.

Desmond continuó:

—Cuando lo vi dentro de la sala...

Hizo una pausa.

—Parecía alguien que ya había renunciado a cualquier posibilidad de cambiar su vida.

Izobelle permaneció atenta.

El profesor volvió la mirada hacia el juzgado.

—Y después apareció Nami.

Su expresión adquirió una tristeza profunda.

—Estaba aterrada.

Hizo una pausa.

—No podía quedarme sentado mientras intentaban separarlos de aquella manera.

La gobernante respiró profundamente.

—Entiendo que quieras ayudarla.

Pero eso no significa que puedas resolver todos los problemas de su hermano.

Desmond asintió.

—Lo sé.

Su voz fue tranquila.

—No estoy diciendo que vaya a ser fácil.

Izobelle lo observó con preocupación.

El profesor continuó:

—Pero quiero intentarlo.

Hizo una pausa.

—Creo que puedo ayudarlo a cambiar.

La gobernante permaneció inmóvil.

Durante unos segundos contempló el rostro de Desmond.

Después bajó ligeramente la mirada.

Sabía que su hermano no estaba tomando aquella decisión por interés político.

Tampoco pretendía obtener reconocimiento.

Simplemente había visto a dos personas que parecían necesitar una oportunidad.

Y decidió ofrecerla.

Sin embargo, también comprendía que las buenas intenciones no siempre bastaban.

Lay-K podía resultar problemático.

Y convivir con alguien que tenía antecedentes de agresión representaba una responsabilidad considerable.

Izobelle respiró profundamente.

Finalmente, formuló otra pregunta.

—¿Y dónde piensas alojarlo?

Desmond levantó la mirada.

—En mi habitación.

La gobernante permaneció completamente inmóvil.

Durante unos segundos contempló su rostro.

Después abrió lentamente los ojos.

—¿En tu habitación?

El profesor asintió.

—Sí.

Izobelle dejó escapar una respiración larga.

—Desmond...

Su voz reflejaba agotamiento.

—A veces realmente consigues sorprenderme.

El joven sonrió discretamente.

—Lo sé.

La gobernante negó lentamente con la cabeza.

No parecía tener energía para continuar discutiendo en aquel momento.

Además, todavía necesitaban organizar el regreso.

Pero antes de que pudiera responder, escucharon una pequeña voz.

—Señorita bonita...

Ambos volvieron inmediatamente la cabeza.

Nami permanecía a pocos pasos.

Sus ojos estaban enrojecidos.

Todavía conservaba algunas lágrimas sobre las mejillas.

Pero su expresión reflejaba una determinación que contrastaba con su pequeño tamaño.

Desmond se inclinó ligeramente.

—Hola, Nami.

La gatita levantó la mirada hacia él.

Después observó a Izobelle.

Durante unos segundos pareció intentar encontrar las palabras adecuadas.

Finalmente, habló.

—Por favor...

Su voz comenzó a quebrarse.

Izobelle se acercó ligeramente.

—¿Qué ocurre, pequeña?

Nami apretó sus pequeñas manos.

Después bajó la cabeza.

—Llévenme también.

Desmond permaneció inmóvil.

La gatita continuó:

—No quiero quedarme sola...

Su respiración comenzó a temblar.

—Si Lay-K se va...

Hizo una pausa.

—Ya no tendré a nadie aquí.

Izobelle sintió una punzada de tristeza.

Nami bajó lentamente la mirada.

Después se arrodilló frente a ella.

—Por favor...

Su voz era apenas un susurro.

—Yo puedo ayudar.

Puedo limpiar.

Y hacer las cosas que me pidan.

Hizo una pausa.

—Solo quiero estar con mi hermano.

Desmond sintió que el pecho se le oprimía.

La pequeña parecía creer que necesitaba ofrecer su trabajo para merecer permanecer junto a su familia.

Aquella idea le resultó profundamente dolorosa.

Izobelle contempló su rostro durante varios segundos.

Después dejó escapar un suspiro.

Había imaginado que el viaje terminaría con el regreso de ambos hermanos al palacio.

No esperaba encontrarse organizando el alojamiento de dos felinos infernales.

Mucho menos después de una audiencia tan complicada.

Sin embargo, observó a Nami.

La pequeña continuaba arrodillada.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Y parecía convencida de que, si no conseguía persuadirlos, terminaría completamente sola.

Izobelle bajó lentamente la mirada.

Después volvió a observar a Desmond.

Su hermano permanecía en silencio.

Pero la expresión de su rostro era suficiente para comprender lo que pensaba.

La gobernante respiró profundamente.

Finalmente, habló.

—Está bien, Nami.

La gatita levantó inmediatamente la cabeza.

—¿Qué?

Izobelle sonrió débilmente.

—Te llevaremos.

Durante un segundo la pequeña permaneció completamente inmóvil.

Después abrió ampliamente los ojos.

Su expresión se iluminó.

—¡¿DE VERDAD?!

La gobernante asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Podrás venir con tu hermano.

Nami comenzó a llorar nuevamente.

Pero esta vez sus lágrimas estaban acompañadas por una sonrisa enorme.

—¡GRACIAS!

Se incorporó rápidamente.

Y abrazó las piernas de Izobelle.

La gobernante permaneció sorprendida durante un instante.

Después sonrió.

Se inclinó.

Y acarició suavemente su cabeza.

—Tranquila, pequeña.

Nami continuó abrazándola.

Desmond observó la escena con una sonrisa cálida.

Recordó su primer encuentro.

Aquella gatita que intentaba limpiar una habitación con una trapeadora demasiado grande.

La misma que le preguntó con curiosidad por los sabuesos infernales.

Ahora estaba frente a ellos, agradeciendo la posibilidad de no separarse de su hermano.

El joven sintió una satisfacción profunda.

Sin embargo, también comprendía que aquello implicaba nuevas responsabilidades.

No estaba llevando al palacio solamente a un músico problemático.

También estaba ofreciendo un lugar a una pequeña que había perdido a sus padres.

Y cuya estabilidad dependía profundamente de su hermano mayor.

Desmond respiró lentamente.

Tendría que aprender mucho.

Y probablemente cometería errores.

Pero estaba dispuesto a intentarlo.

Poco después, las puertas del juzgado volvieron a abrirse.

Un guardia apareció acompañando a Lay-K.

El felino de dientes de sable caminaba con aquella misma expresión indiferente que había mostrado durante buena parte del juicio.

Sus movimientos eran tranquilos.

Sus ojos permanecían ligeramente entornados.

Y su postura parecía demostrar que no estaba especialmente impresionado por lo ocurrido.

Desmond volvió la mirada.

Observó cómo el guardia lo conducía hacia ellos.

Finalmente, el felino de uniforme negro realizó un movimiento brusco.

Empujó a Lay-K ligeramente hacia adelante.

—Aquí tienen a su nuevo problema.

Su voz reflejaba evidente desprecio.

Desmond frunció inmediatamente el ceño.

No le agradó aquella manera de referirse al acusado.

Sin embargo, decidió no comenzar otra discusión.

Ya había conseguido que el tribunal aceptara su propuesta.

Ahora necesitaba concentrarse en cumplirla.

Lay-K recuperó el equilibrio.

Después levantó lentamente la mirada.

Sus ojos se encontraron con los de Desmond.

Durante unos segundos ninguno habló.

El profesor observó su expresión.

Seguía siendo difícil de interpretar.

No parecía agradecido.

Tampoco especialmente molesto.

Simplemente permanecía allí.

Como si todavía estuviera esperando descubrir cuál sería la siguiente decisión que otros tomarían por él.

Fue entonces cuando una pequeña voz interrumpió el silencio.

—¡LAY-K!

Nami comenzó a correr.

El felino de dientes de sable volvió inmediatamente la cabeza.

La pequeña se lanzó hacia él.

Y lo abrazó con fuerza.

—¡La señora bonita dice que puedo ir contigo!

Su voz estaba llena de felicidad.

Lay-K permaneció inmóvil durante un instante.

Después bajó lentamente la cabeza.

Observó a su hermana.

Nami continuó hablando con entusiasmo.

—¡No vamos a separarnos!

Hizo una pausa.

—¡Podemos ir juntos!

Desmond permaneció observando.

Durante el juicio, Lay-K había mostrado una indiferencia que parecía imposible de quebrar.

Pero ahora ocurrió algo diferente.

El felino bajó lentamente los brazos.

Rodeó a Nami.

Y la abrazó.

No pronunció ninguna palabra.

Tampoco mostró una sonrisa evidente.

Pero el gesto fue suficiente.

Desmond sintió que una pequeña parte de su inquietud comenzaba a disminuir.

Había afecto.

Quizás oculto detrás de aquella actitud desafiante.

Quizás difícil de expresar.

Pero estaba allí.

El profesor observó a Izobelle.

Su hermana también permanecía contemplando la escena.

Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Bueno...

Desmond levantó la mirada.

La gobernante continuó:

—Supongo que ahora tenemos que organizarnos.

El joven asintió.

—Sí.

Después volvió la mirada hacia los hermanos.

—Vamos.

Nami levantó inmediatamente la cabeza.

—¿A dónde?

Desmond sonrió.

—Primero al alojamiento.

Hizo una pausa.

—Tenemos que recoger nuestras cosas antes de regresar.

La pequeña asintió con entusiasmo.

—¡Está bien!

Lay-K no respondió.

Simplemente comenzó a caminar junto a ellos.

El regreso hacia el alojamiento resultó considerablemente más silencioso de lo esperado.

Nami conversaba ocasionalmente.

Comentaba que nunca había salido de Felyzium.

Preguntaba cómo eran las calles del Anillo de la Furia.

Y si de verdad encontraría tantos sabuesos infernales como había imaginado.

Desmond respondía con paciencia.

En ocasiones soltaba pequeñas bromas.

La gatita reía.

Y después formulaba otra pregunta.

Izobelle caminaba junto a ellos.

Su expresión había recuperado parte de la tranquilidad habitual.

Sin embargo, en ocasiones observaba discretamente a Lay-K.

El felino permanecía callado.

Sus manos descansaban cerca de los bolsillos.

Y su mirada recorría las calles con una indiferencia difícil de interpretar.

No parecía interesado en conversar.

Tampoco hacía preguntas sobre el lugar al que se dirigían.

Desmond decidió no presionarlo.

Comprendía que acababa de atravesar una audiencia judicial.

Y que probablemente necesitaba tiempo para asimilar lo ocurrido.

Además, no quería convertir su primer encuentro fuera del juzgado en un interrogatorio.

Ya tendrían oportunidad de hablar.

Finalmente, llegaron al alojamiento.

Los corredores conservaban aquella tranquilidad característica de Felyzium.

Nami parecía particularmente emocionada.

Reconoció inmediatamente el lugar.

Después comenzó a caminar con pequeños pasos rápidos.

—¡Yo conozco este sitio!

Desmond sonrió.

—Eso ya lo sabemos.

La gatita soltó una pequeña carcajada.

—¡Aquí trabajo!

Lay-K levantó brevemente la mirada.

Después volvió a contemplar el suelo.

Desmond observó aquella reacción.

Pero no hizo comentarios.

Cuando llegaron a la habitación, comenzaron a organizar las pertenencias.

Izobelle revisó los documentos que debían llevar.

Después recogió su equipaje.

Desmond acomodó cuidadosamente su ropa y la guitarra acústica que había utilizado durante el viaje.

Nami se ofreció inmediatamente a ayudar.

—¡Yo puedo cargar algo!

Desmond volvió la mirada.

Después sonrió.

—Está bien.

Hizo una pausa.

—Pero solamente cosas livianas.

La pequeña asintió con entusiasmo.

—¡Sí, señor alto!

El profesor soltó una carcajada.

—Definitivamente nunca vas a dejar de llamarme así.

Nami sonrió.

—¡Es que eres alto!

Izobelle comenzó a reír.

Desmond negó divertido con la cabeza.

Después entregó a Nami algunos objetos pequeños que podía transportar sin dificultad.

La gatita los recibió con orgullo.

Y comenzó a ayudar.

En ocasiones caminaba demasiado rápido.

O intentaba acomodar varias cosas al mismo tiempo.

Desmond tenía que recordarle que no había necesidad de apresurarse.

Pero Nami parecía disfrutar enormemente de participar.

Lay-K, en cambio, no hizo nada.

Permaneció cerca de una de las paredes.

Observó cómo los demás recogían sus pertenencias.

Y no mostró interés en colaborar.

Desmond lo contempló durante unos segundos.

Sintió cierta molestia.

Sin embargo, decidió guardar silencio.

No quería comenzar aquella nueva etapa mediante una discusión inmediata.

Comprendía que tendría que establecer límites y responsabilidades.

Pero prefería hacerlo cuando todos estuvieran instalados.

Finalmente, terminaron de organizar el equipaje.

Desmond revisó la habitación una última vez.

La ventana.

Los muebles.

Y aquel espacio donde había conocido a Nami.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Habían pasado pocos días desde su llegada.

Sin embargo, parecía que todo había cambiado considerablemente.

Izobelle observó la hora.

Después anunció:

—Es momento de irnos.

Nami levantó inmediatamente las orejas.

—¿Ya?

La gobernante asintió.

—Sí.

La gatita volvió la mirada hacia Lay-K.

Su hermano permanecía cerca de la puerta.

Después sonrió.

—¡Vamos!

El felino de dientes de sable la observó brevemente.

Finalmente, comenzó a caminar.

Todos abandonaron el alojamiento.

Desmond llevaba su guitarra.

Izobelle transportaba parte de los documentos.

Nami ayudaba con algunos objetos pequeños.

Y Lay-K avanzaba sin participar demasiado en la conversación.

Cuando llegaron al automóvil familiar, el conductor abrió las puertas.

La pequeña gatita permaneció completamente sorprendida.

Observó el vehículo.

Después volvió la mirada hacia Desmond.

—¿Vamos a viajar ahí?

El profesor sonrió.

—Sí.

Nami abrió ampliamente los ojos.

—¡Es enorme!

Izobelle soltó una pequeña risa.

—Te acostumbrarás.

Desmond ayudó a acomodar el equipaje.

Después comprobó que su guitarra estuviera protegida.

Nami subió con entusiasmo.

Lay-K ocupó su lugar sin realizar comentarios.

Finalmente, Izobelle y Desmond entraron.

El conductor cerró las puertas.

Después encendió el motor.

Y comenzó el trayecto.

Las calles de Felyzium comenzaron a quedar atrás.

Desmond contempló el paisaje a través de la ventana.

Los tejados curvos.

Las construcciones de bambú.

Y los pequeños jardines parecían desfilar lentamente mientras el vehículo avanzaba.

A lo lejos todavía podía distinguir la enorme estatua de jade.

Su figura permanecía inmóvil.

Como si continuara observando la ciudad con aquella serenidad eterna.

El profesor sintió una nostalgia inesperada.

Había llegado a Felyzium sin saber exactamente qué encontraría.

Ahora abandonaba la ciudad acompañado por dos habitantes cuya vida acababa de cambiar radicalmente.

Desmond observó discretamente a Nami.

La pequeña permanecía cerca de Lay-K.

Sus ojos recorrían el paisaje.

Parecía intentar memorizar cada edificio.

Cada calle.

Y cada detalle de la ciudad donde había crecido.

Después volvió lentamente la mirada hacia su hermano.

Lay-K permanecía callado.

Sin embargo, permitió que Nami se acomodara cerca de él.

Desmond contempló aquella escena.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Finalmente, el vehículo llegó al retén.

Los guardias felinos realizaron una señal para detenerse.

El conductor obedeció.

Uno de los oficiales se acercó.

Solicitó la documentación correspondiente.

Izobelle la entregó.

El guardia revisó cuidadosamente los permisos.

Después observó a los ocupantes.

Su mirada se detuvo sobre Lay-K.

Durante unos segundos su expresión cambió.

Pero los documentos relacionados con la resolución judicial estaban preparados.

El oficial los examinó.

Consultó brevemente con otro integrante del retén.

Y finalmente regresó.

La inspección fue relativamente breve.

Sin embargo, Desmond permaneció atento durante todo el procedimiento.

No deseaba enfrentar problemas adicionales.

Mucho menos después de haber asumido una responsabilidad tan importante frente al tribunal.

Finalmente, los guardias autorizaron la salida.

La barrera comenzó a levantarse.

El conductor avanzó.

Y el automóvil abandonó Felyzium.

El cambio fue inmediato.

La claridad particular de la ciudad comenzó a desaparecer.

El aire perdió aquella frescura que había acompañado los días anteriores.

Y lentamente regresaron las condiciones características del Anillo de la Furia.

Desmond contempló el paisaje.

Las construcciones tradicionales quedaron atrás.

Los caminos se volvieron más oscuros.

Y la iluminación rojiza comenzó a dominar nuevamente el horizonte.

Nami observaba todo con los ojos abiertos.

La pequeña parecía fascinada.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

Después volvió lentamente la mirada hacia Desmond.

—Señor alto...

El profesor sonrió.

—¿Sí?

La gatita contempló nuevamente el exterior.

—¿Este es el Infierno?

Desmond asintió.

—Sí.

Nami abrió ligeramente la boca.

Después volvió a observar las avenidas.

No parecía asustada.

Simplemente sorprendida.

Había pasado toda su vida dentro de una ciudad aislada.

Ahora estaba contemplando por primera vez un mundo cuya existencia conocía principalmente mediante historias.

Desmond sintió cierta ternura.

Recordó su propia impresión al entrar en Felyzium.

La diferencia era evidente.

Él había descubierto un territorio donde todo parecía más tranquilo.

Nami estaba conociendo un lugar mucho más extenso, caótico y desconocido.

El profesor respiró profundamente.

Comprendió que tendría que acompañarla durante aquel proceso.

La pequeña necesitaría aprender muchas cosas.

Las costumbres.

Los peligros.

Y las diferencias entre la sociedad felina y las comunidades de los anillos.

Desmond volvió brevemente la mirada hacia Lay-K.

El felino continuaba inmóvil.

Su expresión permanecía cerrada.

Sin embargo, sus ojos también recorrían ocasionalmente el exterior.

Quizás estaba observando el mundo que ahora tendría que conocer.

Quizás pensando en el juicio.

O simplemente intentando comprender qué significaba haber abandonado Felyzium bajo la responsabilidad de un desconocido.

Desmond no podía saberlo.

Por eso decidió dejarlo tranquilo.

El viaje continuó.

Las horas comenzaron a transcurrir.

Izobelle revisó algunos documentos.

Nami terminó quedándose más silenciosa conforme el cansancio comenzó a alcanzarla.

Y Desmond permaneció observando el paisaje.

Durante aquel trayecto, sus pensamientos regresaron a la audiencia.

La desesperación de Nami.

La indiferencia de Lay-K.

Y la decisión que terminó tomando frente al juez.

No estaba completamente seguro de haber actuado correctamente.

Había asumido una responsabilidad enorme.

Una que probablemente afectaría su vida cotidiana.

Su trabajo.

Y los proyectos musicales que apenas estaba comenzando a desarrollar.

Pero cada vez que recordaba a Nami llorando frente a los guardias, comprendía por qué había intervenido.

No podía cambiar el pasado de aquellos hermanos.

Tampoco garantizar que Lay-K abandonaría inmediatamente sus comportamientos problemáticos.

Sin embargo, podía ofrecer una oportunidad.

Y exigir que aquella oportunidad fuera tomada en serio.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Recordó a Miguel.

El padre que perdió durante su infancia.

Y a Marta, que lo crió después de la muerte de Rubí.

Ambos habían intentado enseñarle que una persona no debía abandonar sus valores simplemente porque el mundo resultara injusto.

También recordó a James.

La manera en que siempre procuraba protegerlo.

Y aquella confianza que había construido durante los años difíciles de la comuna 54.

Ahora estaba intentando ofrecer algo semejante.

No exactamente una familia.

Tampoco una promesa de resolver todos los problemas.

Simplemente un lugar donde dos hermanos pudieran permanecer juntos mientras enfrentaban las consecuencias de su historia.

Desmond respiró profundamente.

El automóvil continuó avanzando.

Finalmente, después de varias horas, las construcciones cercanas al Palacio Ludendorff comenzaron a aparecer.

La noche había terminado de instalarse sobre el Anillo de la Furia.

Las avenidas estaban iluminadas.

Y el movimiento de vehículos había disminuido considerablemente.

Nami levantó inmediatamente la cabeza.

Contempló los edificios.

Después volvió la mirada hacia Desmond.

—¿Ya llegamos?

El profesor sonrió.

—Casi.

La pequeña volvió a observar el exterior.

Su expresión reflejaba curiosidad.

Finalmente, las enormes puertas del Palacio Ludendorff aparecieron frente a ellos.

El conductor se acercó.

Los guardias reconocieron el vehículo.

Y permitieron su ingreso.

Nami permaneció completamente inmóvil.

Sus ojos comenzaron a abrirse.

El automóvil atravesó los jardines.

Las fuentes.

Y las construcciones que rodeaban la residencia aristocrática.

La pequeña observó todo con fascinación.

Desmond reconoció inmediatamente aquella expresión.

Era la misma que Julián había mostrado durante su primera visita.

El profesor soltó una pequeña risa.

Finalmente, el vehículo se detuvo frente a la entrada principal.

El conductor apagó el motor.

Después descendió para abrir las puertas.

Desmond salió primero.

Recogió cuidadosamente su guitarra.

Después ayudó a organizar el equipaje.

Nami descendió con entusiasmo.

Pero apenas contempló la fachada del palacio, permaneció completamente inmóvil.

—¡Guau...!

Su voz fue apenas un susurro.

Izobelle sonrió discretamente.

Lay-K descendió después.

Observó brevemente la construcción.

Su expresión no cambió demasiado.

Sin embargo, Desmond notó que permaneció contemplando los alrededores durante algunos segundos.

Probablemente estaba intentando comprender dónde se encontraba.

La gobernante se acercó a su hermano.

—Bueno...

Desmond volvió la mirada.

—¿Sí?

Izobelle observó a los dos felinos.

Después respiró profundamente.

—Vamos a instalarlos.

El profesor asintió.

—Está bien.

Todos ingresaron al palacio.

Los corredores estaban iluminados.

Algunos trabajadores saludaron respetuosamente a la gobernante.

Después observaron con curiosidad a los nuevos visitantes.

No era habitual encontrar felinos infernales dentro de aquella residencia.

Mucho menos a uno de apariencia tan imponente como Lay-K.

Sin embargo, nadie realizó comentarios.

Izobelle comenzó a organizar los alojamientos.

Indicó al personal qué espacios debían prepararse y se aseguró de que los nuevos huéspedes pudieran descansar.

Desmond acompañó a Lay-K.

Todavía tenía presente la decisión de permitirle permanecer en su habitación.

Sabía que aquella convivencia no sería sencilla.

El felino parecía poco dispuesto a conversar.

Y su comportamiento durante el trayecto no ofrecía demasiadas señales de cooperación.

Pero tampoco había provocado ningún conflicto.

Desmond decidió considerar aquello un comienzo.

Nami permanecía cerca de su hermano.

En ocasiones observaba las decoraciones con una curiosidad extraordinaria.

Otras veces preguntaba dónde se encontraban determinadas habitaciones.

Izobelle respondía con paciencia.

Finalmente, todos consiguieron acomodarse.

El viaje había sido largo.

La audiencia agotadora.

Y los acontecimientos del día habían despertado emociones que ninguno parecía dispuesto a procesar completamente aquella noche.

Desmond contempló brevemente a los hermanos.

Nami parecía cansada, aunque continuaba sonriendo.

Lay-K permanecía callado.

Su expresión seguía siendo difícil de interpretar.

Sin embargo, ambos estaban juntos.

Y aquello parecía ser suficiente para que la pequeña pudiera descansar con tranquilidad.

Izobelle observó a Desmond.

Su expresión reflejaba agotamiento.

Pero también cierta aceptación.

Había tomado una decisión complicada al permitir que aquellos felinos ingresaran al palacio.

Y ahora tendría que enfrentar las consecuencias administrativas y personales de aquella elección.

Sin embargo, ya no había motivo para discutir durante aquella noche.

Todos necesitaban descansar.

La gobernante terminó de organizar las habitaciones.

Después se despidió.

Desmond hizo lo mismo.

Antes de retirarse, volvió brevemente la mirada hacia Lay-K.

El felino permanecía inmóvil.

Sus ojos se encontraron durante un instante.

Ninguno pronunció una palabra.

Pero el profesor comprendió que, tarde o temprano, tendrían que conversar.

Sobre las reglas.

Las responsabilidades.

Y aquello que esperaba conseguir durante su estancia.

No iba a ser sencillo.

Sin embargo, había decidido ofrecerle una oportunidad.

Y no pensaba abandonarla después del primer inconveniente.

Finalmente, Desmond caminó hacia su habitación.

El palacio había recuperado la tranquilidad habitual de la noche.

Las lámparas iluminaban suavemente los corredores.

Y los trabajadores comenzaban a retirarse después de terminar sus últimas actividades.

El joven permaneció pensativo.

Durante los últimos meses había atravesado cambios extraordinarios.

Su divorcio.

La reconciliación con Izobelle.

El regreso a la música.

Su nueva relación con Andrea.

Y el comienzo de una banda que todavía necesitaba encontrar su identidad definitiva.

Ahora había agregado algo completamente inesperado a aquella lista.

Dos felinos infernales.

Una pequeña llamada Nami.

Y un hermano mayor cuya historia apenas conocía.

Desmond respiró profundamente.

Recordó las palabras del Maestro Jinzō.

«La pérdida abre caminos que el destino no tiene planeados».

Durante aquella mañana, no imaginaba cuánto terminaría relacionando esa frase con los acontecimientos del día.

Había llegado a Felyzium creyendo que solamente acompañaría a su hermana durante un viaje diplomático.

Ahora regresaba con una responsabilidad que probablemente transformaría parte de su vida.

No sabía si Lay-K conseguiría cambiar.

Tampoco si Nami lograría adaptarse fácilmente a vivir fuera de su ciudad.

Y mucho menos qué dificultades surgirían cuando comenzaran a convivir.

Pero había tomado una decisión.

Había visto a una pequeña suplicar por su hermano.

Y decidió ofrecerles una alternativa.

Una oportunidad para construir algo diferente.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Recordó a James protegiéndolo durante su infancia.

A Marta enseñándole que incluso en los lugares más oscuros podía existir bondad.

Y a todas las personas que, de una u otra manera, habían decidido confiar en él cuando todavía no había demostrado completamente lo que podía llegar a ser.

Ahora le correspondía intentar hacer lo mismo.

No desde la ingenuidad.

Ni ignorando los errores de Lay-K.

Sino comprendiendo que una segunda oportunidad también implicaba responsabilidad.

Límites.

Y la disposición de enfrentar las consecuencias de aquella decisión.

Desmond respiró profundamente.

Después continuó caminando.

La noche envolvía silenciosamente al Palacio Ludendorff.

En alguna de sus habitaciones, Nami finalmente podría descansar sin el miedo inmediato de perder a su hermano.

En otra parte de la residencia, Lay-K comenzaba una etapa completamente desconocida.

Y Desmond, mientras regresaba a su propia habitación, comprendía que acababa de asumir una responsabilidad mucho más grande de lo que imaginó aquella mañana.

Esa noche, al llegar al palacio, Izobelle les asignó habitaciones. Todos estaban exhaustos. Pero algo había cambiado. No solo en la vida de Lay-K y Nami, sino también en la de Desmond.

Y él lo sabía.

CAP 37

Donde encajan los rotos

Eran las cinco de la mañana.

La oscuridad todavía cubría buena parte del cielo infernal, mientras las luces de las avenidas permanecían encendidas en los sectores residenciales cercanos al Palacio Ludendorff. El movimiento de vehículos era escaso y solamente algunos trabajadores recorrían los caminos que comunicaban la residencia aristocrática con el resto de la ciudad.

En los jardines, una brisa ligera agitaba las hojas de los árboles. Las fuentes continuaban funcionando con su murmullo constante y los enormes corredores del palacio permanecían sumidos en una tranquilidad que contrastaba con la actividad habitual de las horas diurnas.

Dentro de su habitación, Desmond dormía profundamente.

Andrea descansaba junto a él.

La pecadora había llegado la noche anterior para visitarlo y, después de compartir varias horas de conversación, ambos decidieron permanecer juntos.

Durante los últimos meses, aquella compañía había comenzado a convertirse en una parte importante de la vida de Desmond.

Su relación todavía era reciente.

Ambos continuaban aprendiendo a conocerse, descubriendo pequeñas costumbres y compartiendo recuerdos que en otras circunstancias probablemente habrían permanecido ocultos.

Sin embargo, existía algo que había comenzado a distinguir aquellos encuentros.

La tranquilidad.

Andrea ya no parecía sentir la misma necesidad de mantenerse alerta durante cada conversación. Poco a poco había aprendido que podía descansar sin esperar que alguien le exigiera algo a cambio.

Desmond, por su parte, estaba recuperando una cercanía que creyó perdida después de su divorcio.

No significaba que hubiera olvidado a Skyler.

Tampoco que sus heridas hubieran desaparecido.

Pero había comenzado a comprender que continuar viviendo no implicaba negar el pasado.

Podía conservar sus recuerdos y, al mismo tiempo, permitir que otras personas encontraran un lugar en su presente.

Andrea dormía de lado, acomodada cerca de él.

Su respiración era pausada.

Una mano descansaba suavemente sobre las sábanas, mientras su rostro conservaba una expresión serena.

Desmond permanecía completamente dormido.

Su cuerpo finalmente había encontrado el descanso que tanto necesitaba después de varias semanas de cambios importantes.

Había transcurrido una semana desde su regreso de Felyzium.

Siete días desde aquella audiencia judicial en la que terminó ofreciendo hacerse responsable de Layl Tsukigami, conocido como Lay-K.

La decisión había provocado numerosas dificultades.

No porque Izobelle se negara a ayudarlo.

Su hermana había aceptado recibir a los dos felinos dentro del Palacio Ludendorff.

Sin embargo, ambos comprendían que ofrecer alojamiento era solamente el primer paso.

Nami y Lay-K habían abandonado una ciudad donde las condiciones ambientales eran completamente diferentes de las habituales dentro de los anillos.

Felyzium poseía un aire fresco y limpio, protegido por características que sus habitantes habían aprendido a considerar normales.

El resto del Infierno, en cambio, presentaba temperaturas considerablemente más elevadas y una atmósfera mucho más densa.

Para los felinos infernales, aquella diferencia podía representar un problema importante.

Afortunadamente, existía una solución.

Los dos hermanos llevaban pequeños collares con forma de pata de gato.

No eran adornos comunes.

Se trataba de artefactos especiales creados mediante tecnología celestial, diseñados para modificar temporalmente determinadas características celulares de sus portadores.

Gracias a ellos, Nami y Lay-K podían soportar las condiciones ambientales del Infierno sin sufrir las consecuencias que normalmente les provocaría permanecer fuera de Felyzium.

Los dispositivos no cambiaban su identidad.

Tampoco su apariencia.

Simplemente permitían que sus organismos se adaptaran al ambiente que los rodeaba.

Desmond había comprobado varias veces que ambos conservaran sus collares.

No quería que un descuido terminara poniendo en peligro su salud.

Nami había aceptado aquella precaución con entusiasmo.

Incluso parecía encontrar divertido llevar un pequeño objeto con forma de pata alrededor del cuello.

Lay-K, en cambio, apenas había respondido cuando le explicaron su funcionamiento.

Aquella diferencia resumía bastante bien la adaptación de los dos hermanos.

Nami parecía fascinada con prácticamente todo.

Desde su llegada al Palacio Ludendorff había comenzado a recorrer los corredores, observar las decoraciones y preguntar por las costumbres de los habitantes del Anillo de la Furia.

Su curiosidad parecía inagotable.

En ocasiones pasaba varios minutos contemplando las enormes ventanas.

O se detenía frente a algún cuadro, intentando comprender quién aparecía representado.

También había desarrollado un interés particular por los trabajadores del palacio.

La pequeña se ofrecía constantemente a colaborar.

Ayudaba a transportar objetos livianos.

Intentaba limpiar determinadas superficies.

Y, cuando encontraba a alguien realizando una tarea, preguntaba si necesitaba ayuda.

El problema era que su entusiasmo superaba con frecuencia su coordinación.

Una mañana había intentado acomodar varias prendas y terminó mezclándolas.

En otra ocasión quiso ayudar a ordenar algunos materiales y tuvo que pedir asistencia porque no conseguía recordar dónde debía colocar cada objeto.

También continuaba teniendo dificultades con ciertas herramientas diseñadas para habitantes mucho más altos que ella.

Sin embargo, su intención era sincera.

Nami no parecía interesada en recibir reconocimiento.

Simplemente disfrutaba sentirse útil.

Izobelle había comenzado a acostumbrarse a aquella energía.

Al principio la gobernante observaba con desconcierto cómo una pequeña gatita aparecía inesperadamente para ofrecer ayuda.

Después comprendió que no se trataba de una falta de respeto.

Era parte de su personalidad.

Nami había crecido acostumbrada a trabajar.

Y ahora parecía encontrar tranquilidad en participar en las actividades de su nuevo hogar.

Aunque a veces provocaba más desorden del que conseguía resolver, su sonrisa constante había terminado conquistando incluso a algunos trabajadores particularmente serios.

Izobelle también comenzaba a encariñarse con ella.

En ocasiones la encontraba recorriendo los corredores y le preguntaba cómo estaba.

La pequeña respondía con entusiasmo.

Después realizaba una reverencia.

Y continuaba con sus actividades.

Lay-K era completamente diferente.

Desde su llegada apenas había mostrado interés en conocer el palacio.

Permanecía recluido durante buena parte del día.

Evitaba las conversaciones.

Y respondía con frases breves cuando alguien intentaba acercarse.

Su apariencia imponente contrastaba con aquella actitud cerrada.

El felino de pelaje blanco y cabello negro parecía decidido a mantener una distancia permanente entre él y los demás habitantes de la residencia.

En ocasiones Desmond intentaba conversar con él.

Le preguntaba si necesitaba algo.

O si había conseguido descansar.

Lay-K casi siempre respondía con indiferencia.

O simplemente le daba la espalda.

Aquella situación comenzaba a preocupar al profesor.

Había asumido una responsabilidad frente al tribunal de Felyzium.

Prometió ofrecerle una oportunidad para corregir su comportamiento.

Pero no podía cumplir aquella promesa si el muchacho se negaba completamente a colaborar.

Desmond comprendía que la adaptación no sería inmediata.

Lay-K había sido apartado de su ciudad después de enfrentar acusaciones graves.

También había perdido a sus padres años atrás.

Y ahora se encontraba viviendo bajo el techo de una familia aristocrática que apenas conocía.

Era evidente que necesitaba tiempo.

Sin embargo, el profesor comenzaba a sospechar que su hostilidad escondía algo más profundo.

No sabía exactamente qué.

Pero reconocía aquella manera de apartar a los demás antes de que consiguieran acercarse demasiado.

Él mismo había actuado así durante algunas etapas de su vida.

Especialmente cuando sentía que mostrar vulnerabilidad podía convertirse en una debilidad.

Desmond deseaba ayudarlo.

Aunque todavía no encontraba la manera adecuada.

Aquella mañana, después de varias horas de sueño, el joven despertó lentamente.

La habitación continuaba en penumbra.

Andrea permanecía descansando.

Desmond abrió los ojos.

Durante unos segundos contempló el techo.

Después volvió la mirada hacia ella.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

La pecadora se había acomodado cerca de su hombro.

Su expresión era tranquila.

El profesor permaneció observándola brevemente.

Después respiró profundamente.

No quería despertarla.

Se incorporó con cuidado.

Apartó lentamente las sábanas.

Y se levantó.

Durante unos minutos permaneció en el vestidor, buscando ropa cómoda para comenzar el día.

Después se preparó.

Antes de salir, volvió la mirada hacia Andrea.

Todavía dormía.

Desmond sonrió débilmente.

Se acercó.

Acomodó suavemente una parte de la sábana sobre ella.

Después recogió su teléfono.

Y abandonó la habitación.

Los corredores del Palacio Ludendorff comenzaban a recibir la primera actividad de la mañana.

Algunos trabajadores transportaban materiales.

Otros preparaban los salones para las reuniones administrativas.

Desmond saludó discretamente a varias personas.

Después comenzó a caminar hacia el sector donde se alojaban los hermanos felinos.

Había decidido hablar nuevamente con Lay-K.

No quería continuar posponiendo aquella conversación.

Durante una semana había procurado darle espacio para adaptarse.

Pero la situación apenas había cambiado.

El muchacho continuaba encerrado.

Evitaba el contacto.

Y en ocasiones respondía con una agresividad completamente innecesaria.

Desmond sabía que debía establecer límites.

Sin embargo, también deseaba comprender qué estaba ocurriendo.

No quería convertir su estancia en otra forma de castigo.

La idea era ofrecerle una oportunidad.

No reemplazar una celda por una habitación más cómoda donde continuara sintiéndose completamente aislado.

El profesor respiró profundamente.

Finalmente, llegó frente a la puerta.

Se detuvo.

Durante unos segundos permaneció pensando en cómo comenzar.

Después levantó una mano.

Y llamó suavemente.

Toc, toc.

No recibió respuesta inmediata.

Desmond esperó.

Finalmente, habló.

—¿Lay-K?

Desde el interior llegó un sonido breve.

Después una voz seca.

—Lárgate, Desmond.

El profesor cerró lentamente los ojos.

Lay-K continuó:

—Ya sé que eres tú.

Desmond permaneció frente a la puerta.

Durante unos segundos respiró profundamente.

Después respondió con tranquilidad.

—Solo necesito hablar contigo.

El felino soltó una risa desagradable.

—¿Otra vez?

Hizo una pausa.

—Si vienes a regañarme, mejor vete a la mierda.

Desmond apretó ligeramente la mandíbula.

No le agradaba aquella manera de hablar.

Pero decidió mantener la calma.

—No voy a regañarte.

Su voz fue firme.

—Solo será un momento.

No recibió respuesta.

El profesor esperó algunos segundos.

Finalmente, abrió la puerta.

Y entró.

Lay-K permanecía sentado sobre la cama.

Su expresión reflejaba evidente fastidio.

El cabello negro caía parcialmente sobre su rostro.

Y sus colmillos sobresalían cuando apretaba la mandíbula.

El pequeño collar celestial permanecía alrededor de su cuello.

Desmond lo observó brevemente.

Después cerró la puerta detrás de él.

El felino levantó lentamente la mirada.

—¿Ahora tampoco sabes respetar una puerta cerrada?

El profesor permaneció inmóvil.

Reconoció que había entrado sin esperar su autorización.

Pero también sabía que necesitaban hablar.

—Tienes razón en que debería haberte dado más espacio.

Su voz fue tranquila.

—Pero quiero que me escuches un momento.

Lay-K soltó una pequeña risa de desprecio.

—Qué emocionante.

Desmond decidió ignorar el comentario.

Se acercó.

Después tomó asiento sobre un extremo de la cama, dejando cierta distancia entre ambos.

El felino volvió la mirada hacia la ventana.

Sus brazos permanecían cruzados.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente, Desmond respiró profundamente.

—No vine a discutir contigo.

Lay-K permaneció inmóvil.

El profesor continuó:

—Me preocupa cómo te estás adaptando.

Hizo una pausa.

—Llevas una semana aquí.

Y prácticamente no has salido de esta habitación.

El felino respondió sin mirarlo.

—¿Y?

Desmond mantuvo la calma.

—No creo que permanecer encerrado todo el tiempo vaya a ayudarte.

Lay-K soltó un bufido.

El profesor continuó:

—Tienes potencial.

No sé exactamente qué quieres hacer con tu vida.

Pero estoy seguro de que puedes encontrar algo que te interese.

El felino volvió lentamente la cabeza.

Su expresión era fría.

—No necesito que te preocupes por mí.

Desmond permaneció atento.

Lay-K continuó:

—Ocúpate de tus propios asuntos.

Hizo una pausa.

—Yo me las arreglo solo.

El profesor asintió lentamente.

—No lo dudo.

Su respuesta pareció sorprender ligeramente al felino.

Desmond continuó:

—Pero también tienes que comprender que ahora estamos compartiendo una responsabilidad.

Lay-K frunció el ceño.

El joven profesor respiró profundamente.

—Si no hubiera intervenido durante aquel juicio, estarías cumpliendo una condena.

Hizo una pausa.

—No te digo eso para humillarte.

Pero necesito que entiendas que aquella decisión tuvo consecuencias.

Lay-K dejó escapar una risa amarga.

—¿Y qué?

Desmond permaneció inmóvil.

El felino volvió la mirada hacia el suelo.

Después habló con una voz considerablemente más baja.

—Tal vez estaría mejor allí.

El profesor frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Lay-K apretó lentamente los puños.

Su expresión adquirió una tristeza que intentó ocultar inmediatamente.

—Al menos estaría cerca de la tumba de mis padres.

Desmond sintió que el pecho se le oprimía.

Durante unos segundos permaneció completamente callado.

Aquella respuesta no era la que esperaba.

Había imaginado que Lay-K respondería con otra provocación.

Pero ahora estaba escuchando algo diferente.

Una herida.

El muchacho no parecía estar pensando únicamente en la prisión.

También estaba pensando en la ciudad que había abandonado.

En el lugar donde crecieron él y Nami.

Y en las tumbas de sus padres.

Desmond bajó lentamente la mirada.

Recordó lo que Izobelle le contó durante el juicio.

Ambos habían fallecido en un accidente de construcción.

Lay-K y Nami quedaron huérfanos.

El profesor respiró profundamente.

—Lo siento.

El felino no respondió.

Desmond continuó:

—Sé que perder a tu familia puede cambiarlo todo.

Lay-K soltó una pequeña risa despectiva.

—Claro.

Su voz adquirió sarcasmo.

—Ahora vas a decirme que entiendes exactamente cómo me siento.

El profesor negó suavemente con la cabeza.

—No.

Hizo una pausa.

—No puedo saber exactamente cómo te sientes.

El felino levantó ligeramente la mirada.

Desmond continuó:

—Pero he perdido personas importantes.

Su voz se volvió más seria.

—Mi padre fue asesinado cuando yo era niño.

Lay-K permaneció atento, aunque intentaba mantener una expresión indiferente.

El profesor continuó:

—Mi madre adoptiva murió de cáncer.

Hizo una pausa.

—Y hace poco perdí mi matrimonio.

El felino volvió lentamente la mirada.

Desmond respiró profundamente.

—Skyler me abandonó después de nueve años juntos.

Su voz comenzó a adquirir una tristeza que no consiguió ocultar completamente.

—Era mi esposa.

Y durante mucho tiempo pensé que pasaríamos el resto de nuestras vidas juntos.

Lay-K permaneció callado.

Por primera vez desde que comenzó la conversación, parecía estar escuchando verdaderamente.

Desmond bajó ligeramente la mirada.

—Así que no.

No sé exactamente lo que significa perder a tus padres de la manera en que los perdiste.

Hizo una pausa.

—Pero sí sé lo que significa continuar viviendo cuando alguien importante ya no está.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Lay-K contempló al profesor.

Su expresión había perdido parte de aquella dureza inicial.

Parecía sorprendido.

Quizás no esperaba escuchar una confesión tan personal de alguien que apenas conocía.

Sin embargo, aquella pequeña apertura no duró demasiado.

El felino volvió a cruzar los brazos.

Una sonrisa desagradable apareció en su rostro.

—Bueno...

Desmond levantó lentamente la mirada.

Lay-K continuó:

—Tal vez hizo bien en dejarte.

El profesor permaneció inmóvil.

Durante un instante no comprendió si había escuchado correctamente.

El felino sonrió con malicia.

—¿Quién querría estar con un idiota como tú?

Desmond sintió que algo se tensaba dentro de su pecho.

Sus manos comenzaron a cerrarse lentamente.

Había entrado con la intención de conversar.

De comprenderlo.

Y de ofrecerle apoyo.

Ahora Lay-K estaba utilizando una confesión dolorosa para atacarlo.

El profesor respiró profundamente.

Intentó mantener la calma.

No quería repetir aquella crisis que había terminado destruyendo su guitarra y lastimándole las manos.

Desmond levantó lentamente la mirada.

—No digas cosas de las que puedas arrepentirte.

Su voz fue baja.

Pero firme.

Lay-K observó su expresión.

Pareció reconocer que había conseguido lastimarlo.

En lugar de detenerse, decidió continuar.

—Ah, cierto...

Su sonrisa se amplió.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

El felino inclinó la cabeza.

—Ustedes dos no podían tener hijos, ¿verdad?

El profesor permaneció completamente inmóvil.

Lay-K continuó:

—Una sabueso infernal y un demonio de tu linaje...

Hizo una pausa.

—Biológicamente imposible, ¿cierto?

El silencio cayó sobre la habitación.

Desmond sintió que aquellas palabras le atravesaban el pecho.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil.

No era solamente una provocación relacionada con Skyler.

Era un recuerdo que había conservado demasiado cerca del corazón.

Las conversaciones sobre formar una familia.

Las expectativas.

Y las dificultades que ambos habían enfrentado cuando comenzaron a comprender que no podrían tener hijos biológicos juntos.

Desmond había intentado aceptar aquella realidad.

Durante años procuró demostrarle a Skyler que su amor no dependía de tener descendencia.

Pero también sabía cuánto significaba para ella la posibilidad de convertirse en madre.

Aquella herida había permanecido prácticamente oculta.

No era un asunto que acostumbrara compartir públicamente.

Y mucho menos algo que estuviera dispuesto a escuchar convertido en burla.

El profesor respiró con dificultad.

Lay-K continuaba observándolo.

Su expresión reflejaba una satisfacción cruel.

Como si finalmente hubiera encontrado la manera de obligarlo a perder el control.

Y lo consiguió.

Desmond se levantó bruscamente.

El movimiento sorprendió al felino.

Antes de que Lay-K pudiera reaccionar, el profesor extendió un brazo.

Lo tomó del cuello.

Y lo levantó.

Los pies del felino dejaron de tocar el suelo.

Lay-K abrió ampliamente los ojos.

Su expresión cambió inmediatamente.

La arrogancia desapareció.

En su lugar apareció un miedo que parecía completamente inesperado.

Desmond lo sostenía con una sola mano.

Su rostro estaba desencajado por la rabia.

—¡NO HABLES MAL DE ELLA!

El grito resonó dentro de la habitación.

Lay-K intentó responder.

Pero apenas consiguió producir un sonido ahogado.

Sus manos se aferraron al brazo de Desmond.

El profesor continuó:

—¡NO VUELVAS A MENCIONAR A SKYLER DE ESA MANERA!

Su respiración estaba completamente descontrolada.

Los recuerdos comenzaron a mezclarse.

La boda.

Las conversaciones sobre el futuro.

Y aquella despedida que terminó destruyendo la vida que habían construido juntos.

Desmond apretó los dientes.

—¡SÍ!

Su voz comenzó a quebrarse.

—¡NO PODÍAMOS TENER HIJOS!

Lay-K permanecía suspendido.

Sus ojos estaban abiertos por el miedo.

El profesor continuó:

—¡Y ESO LA DESTRUYÓ POR DENTRO!

Una lágrima descendió por su mejilla.

La rabia comenzaba a mezclarse con algo mucho más profundo.

Desesperación.

Desmond respiró con dificultad.

—Ella quería ser madre...

Su voz perdió parte de la fuerza inicial.

—Quería tener una familia.

Durante unos segundos permaneció contemplando al felino.

Después continuó:

—Y yo...

Su garganta se cerró.

—Yo no podía darle eso.

La mano de Lay-K continuaba aferrada a su brazo.

El felino intentaba recuperar el aire.

Pero Desmond parecía haber dejado de percibir completamente lo que estaba haciendo.

Su mente permanecía atrapada en aquellos recuerdos.

Finalmente, las palabras comenzaron a salir entrecortadas.

—Por eso me dejó...

Su voz temblaba.

—No porque no me amara...

Hizo una pausa.

—Porque quería algo que yo no podía darle.

Desmond cerró los ojos.

Durante un instante pareció recuperar conciencia de la situación.

Sintió las manos de Lay-K sujetando su brazo.

Abrió lentamente la mirada.

Vio su expresión.

El miedo.

La dificultad para respirar.

Y aquella vulnerabilidad que había quedado oculta detrás de su actitud agresiva.

El profesor sintió un golpe de realidad.

Aflojó inmediatamente la mano.

Lay-K cayó al suelo.

El felino apoyó las rodillas y comenzó a toser.

Se llevó ambas manos al cuello.

Intentó recuperar el aire.

Desmond retrocedió.

Durante varios segundos permaneció contemplándolo.

No podía creer lo que acababa de hacer.

Había sujetado violentamente a alguien a quien prometió ayudar.

Había respondido a una provocación con una agresión física que pudo terminar mucho peor.

El profesor observó su propia mano.

Sus dedos todavía temblaban.

Sintió una vergüenza profunda.

Pero no consiguió pronunciar ninguna disculpa en aquel momento.

Estaba demasiado alterado.

Desmond dio otro paso hacia atrás.

Después se volvió.

Caminó hacia la puerta.

La abrió bruscamente.

Y salió.

El golpe con que la cerró resonó por todo el corredor.

Lay-K permaneció sentado sobre el suelo.

Todavía respiraba con dificultad.

Sus manos continuaban cerca del cuello.

Durante varios segundos contempló la puerta cerrada.

La expresión desafiante había desaparecido completamente.

Ahora parecía estar intentando comprender cómo aquella conversación había terminado convirtiéndose en algo tan violento.

Mientras tanto, Desmond permanecía apoyado contra una pared del pasillo.

Su respiración era irregular.

Sentía el corazón acelerado.

Y sus manos continuaban temblando.

El profesor levantó lentamente la mirada.

Después observó sus dedos.

Las mismas manos que utilizaba para tocar la guitarra.

Para escribir canciones.

Y para enseñar música a sus estudiantes.

Ahora acababan de lastimar a alguien.

Desmond cerró lentamente los ojos.

—¿Qué demonios...?

Su voz fue apenas un susurro.

No consiguió terminar la frase.

Recordó la destrucción de la guitarra que Skyler le había regalado.

Los cristales incrustados en sus dedos.

Y aquella sensación de perder completamente el control.

Había prometido que no volvería a permitir que la rabia lo dominara de aquella manera.

Sin embargo, ahora había ocurrido algo mucho más grave.

No se trataba de objetos.

Había lastimado a una persona.

Desmond bajó lentamente la cabeza.

—¿Qué está pasando conmigo...?

Durante toda su vida había intentado mantenerse fiel a los valores que Marta le enseñó.

Respetar a los demás.

No aprovecharse de quienes fueran más vulnerables.

Y comprender que la fuerza no justificaba la violencia.

Pero acababa de actuar exactamente de la manera que siempre había despreciado.

El profesor apretó lentamente los puños.

Después los abrió.

Su respiración comenzó a temblar.

No quería seguir así.

No podía permitir que cada comentario relacionado con Skyler terminara convirtiéndose en una explosión de rabia.

Había perdido su matrimonio.

Y aquella pérdida dolía.

Pero eso no le daba derecho a lastimar a los demás.

Desmond apoyó la frente contra la pared.

Durante algunos segundos permaneció inmóvil.

Finalmente, escuchó unos pasos.

—¿Desmond?

El joven levantó lentamente la mirada.

Andrea se acercaba por el corredor.

Había despertado poco después de que él abandonara la habitación.

Al escuchar los gritos, comenzó a preocuparse.

Ahora lo encontraba apoyado contra una pared, con el rostro pálido y las manos temblorosas.

La pecadora aceleró ligeramente el paso.

—¿Estás bien?

Desmond abrió los labios.

Intentó responder.

Pero no consiguió encontrar inmediatamente las palabras.

Andrea observó su expresión.

Después volvió brevemente la mirada hacia la puerta de los hermanos.

Comprendió que algo había ocurrido.

—Escuché gritos...

Su voz fue suave.

Desmond bajó lentamente la cabeza.

—No...

La mujer permaneció inmóvil.

El profesor respiró profundamente.

—No estoy bien.

Su voz se quebró.

Andrea se acercó.

—¿Qué pasó?

Desmond cerró los ojos.

—Dijo algo...

Hizo una pausa.

—Algo que no debía.

Su respiración comenzó a acelerarse nuevamente.

—Y yo...

No consiguió continuar.

Andrea observó sus manos.

Después su rostro.

La mujer sintió una tristeza profunda.

Sabía que Desmond todavía estaba atravesando dificultades relacionadas con su divorcio.

También conocía aquella tendencia a guardar sus emociones hasta que terminaban desbordándolo.

Sin embargo, no había imaginado encontrarlo en semejante estado.

Andrea se acercó lentamente.

Lo rodeó con ambos brazos.

Y lo abrazó.

—Shhh...

Su voz fue tranquila.

Desmond permaneció inmóvil durante un instante.

Después correspondió al abrazo.

La pecadora acarició suavemente su espalda.

—No tienes que explicármelo todo ahora.

Hizo una pausa.

—Solo respira.

El profesor cerró lentamente los ojos.

Intentó recuperar el control de su respiración.

Andrea permaneció junto a él.

No lo apuró.

Tampoco formuló preguntas inmediatamente.

Simplemente esperó mientras su cuerpo comenzaba a tranquilizarse.

Desmond apoyó suavemente la cabeza sobre su hombro.

Una lágrima descendió por su mejilla.

Andrea cerró los ojos.

Durante algunos segundos permanecieron abrazados.

Finalmente, el profesor consiguió hablar.

—Perdí el control...

Su voz fue baja.

La mujer permaneció atenta.

Desmond continuó:

—No debí hacerlo.

Andrea no respondió inmediatamente.

No sabía todavía todos los detalles.

Pero comprendía que aquella confesión era importante.

Acarició suavemente su espalda.

—Entonces tendrás que pensar en cómo arreglarlo.

Su voz fue cálida, pero seria.

Desmond abrió lentamente los ojos.

La pecadora continuó:

—Ahora mismo estás muy alterado.

Hizo una pausa.

—Primero necesitas tranquilizarte.

El profesor asintió débilmente.

—Sí...

Andrea volvió a abrazarlo.

Durante varios minutos permanecieron en el corredor.

Finalmente, Desmond comenzó a respirar con mayor tranquilidad.

Sus manos dejaron de temblar.

Aunque la vergüenza continuaba siendo evidente.

La mujer lo acompañó hacia su habitación.

Allí se sentaron durante algunos minutos.

Desmond permanecía callado.

Andrea respetó aquel silencio.

Sabía que algunas emociones necesitaban tiempo antes de poder expresarse correctamente.

Sin embargo, poco después, escucharon unos golpes suaves en la puerta.

Ambos levantaron la mirada.

Desmond permaneció inmóvil.

Andrea se incorporó.

—Voy a ver quién es.

El profesor asintió.

La pecadora caminó hacia la entrada.

Abrió.

Y encontró a Lay-K.

El felino permanecía cabizbajo.

Su expresión era completamente diferente de la habitual.

No mostraba aquella sonrisa desafiante.

Tampoco parecía dispuesto a comenzar otra discusión.

Andrea observó su rostro.

Después notó que mantenía una mano cerca del cuello.

Su expresión adquirió preocupación.

—¿Lay-K?

El felino levantó lentamente la mirada.

—¿Está Desmond?

La mujer permaneció pensativa.

Después volvió brevemente la cabeza.

El profesor se había incorporado.

Observaba al muchacho desde el interior.

Andrea se apartó ligeramente.

Lay-K entró.

Durante varios segundos ninguno habló.

El felino permanecía cerca de la puerta.

Su mirada estaba fija en el suelo.

Desmond se acercó lentamente.

Todavía sentía una vergüenza profunda.

No sabía qué decir.

Finalmente, Lay-K respiró.

—Vengo a...

Se interrumpió.

Durante unos segundos permaneció buscando las palabras adecuadas.

Después levantó ligeramente la cabeza.

—Vengo a disculparme.

Desmond permaneció inmóvil.

El felino continuó:

—No debí decir aquello.

Hizo una pausa.

—Fue cruel.

Su voz era baja.

No parecía estar fingiendo.

Había perdido completamente aquella actitud arrogante que acostumbraba utilizar para mantener alejados a los demás.

Desmond lo observó durante varios segundos.

Después bajó lentamente la mirada.

Recordó cómo lo había sujetado del cuello.

La expresión de miedo.

Y la manera en que terminó cayendo al suelo.

El profesor sintió una punzada de culpa.

Finalmente, habló.

—No tienes que disculparte para que yo deje de estar enojado.

Lay-K levantó lentamente la cabeza.

Desmond continuó:

—Pero no vuelvas a meterte en mis asuntos de esa manera.

Su voz fue firme.

—¿Entendido?

El felino asintió.

—Sí.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

Andrea observó a ambos.

La tensión continuaba presente.

Desmond respiró profundamente.

Después volvió a mirar a Lay-K.

Quiso hablar sobre lo que él mismo había hecho.

Pero todavía le costaba encontrar palabras capaces de expresar la gravedad de aquella reacción.

Finalmente, bajó ligeramente la cabeza.

—Y yo tampoco debí lastimarte.

Su voz fue baja.

Lay-K permaneció inmóvil.

Desmond continuó:

—Lo que dijiste me dolió.

Pero eso no justifica que te haya agarrado del cuello.

Hizo una pausa.

—No debió ocurrir.

El felino contempló al profesor.

Durante unos segundos pareció no saber cómo responder.

Finalmente, asintió lentamente.

—Está bien.

Desmond respiró profundamente.

No consideró que aquella conversación resolviera automáticamente lo ocurrido.

La confianza había sufrido un golpe.

Y ambos tendrían que aprender a manejar los desacuerdos de otra manera.

Sin embargo, al menos habían conseguido hablar sin continuar atacándose.

Lay-K volvió lentamente la mirada hacia la puerta.

Después inclinó ligeramente la cabeza.

—Me voy.

Desmond asintió.

—Está bien.

El felino abandonó la habitación.

Andrea cerró suavemente la puerta.

Después volvió hacia el profesor.

Durante unos segundos permaneció observándolo.

Desmond bajó lentamente la mirada.

—No sé qué me pasó.

La mujer tomó asiento junto a él.

—Estabas herido.

Hizo una pausa.

—Pero eso no significa que debas permitir que la rabia decida por ti.

El profesor asintió.

—Lo sé.

Andrea permaneció cerca.

Su expresión era serena.

—Y si vuelves a sentir que estás perdiendo el control, busca ayuda antes de llegar a ese punto.

Desmond respiró profundamente.

—Voy a intentarlo.

La pecadora acarició suavemente su mano.

Después permanecieron sentados durante varios minutos.

El silencio no resolvía todo.

Pero ofrecía un pequeño espacio para comenzar a comprender lo ocurrido.

Los días siguientes transcurrieron con una tranquilidad relativa.

Lay-K continuó siendo reservado.

No se convirtió repentinamente en alguien amable.

Tampoco comenzó a participar constantemente en las actividades del palacio.

Sin embargo, su actitud mostró algunos cambios.

Ya no respondía con la misma agresividad cada vez que Desmond intentaba hablarle.

En ocasiones permanecía callado.

O simplemente contestaba con frases breves.

El profesor decidió no presionarlo.

Comprendía que necesitaban reconstruir cierta confianza.

También reconoció que debía aprender a respetar mejor el espacio personal del felino.

No podía exigirle apertura emocional solamente porque había aceptado hacerse responsable de él.

La convivencia requería algo más.

Paciencia.

Límites.

Y voluntad de ambas partes.

Nami, por su parte, continuaba recorriendo los corredores con su entusiasmo habitual.

Había comenzado a conocer algunos sectores del palacio.

Y parecía particularmente interesada en las actividades musicales de Desmond.

En ocasiones se detenía cerca de su habitación cuando escuchaba alguna melodía.

Después permanecía observando la puerta con curiosidad.

Sin embargo, casi siempre terminaba regresando a sus tareas antes de encontrar el valor necesario para preguntar si podía entrar.

El profesor había notado aquella costumbre.

Le resultaba enternecedora.

Recordaba a la pequeña gatita que conoció en Felyzium.

Su curiosidad por los sabuesos infernales.

Y aquella manera en que conseguía convertir una tarea sencilla en una pequeña aventura.

Desmond sonrió al pensar en ella.

Finalmente llegó el sábado.

El día destinado a uno de los ensayos de la banda.

Desde temprano, el profesor comenzó a organizar su habitación.

Preparó algunos materiales.

Revisó las letras que había estado escribiendo.

Y comprobó que los instrumentos estuvieran disponibles.

Todavía faltaba encontrar un baterista.

Pero Julián e Isabella habían demostrado suficiente entusiasmo como para comenzar a trabajar en algunas ideas preliminares.

Desmond no quería apresurarse.

Su objetivo era construir un proyecto musical sólido.

Uno que pudiera combinar la energía del rock con sus raíces dentro del rap.

Y donde cada integrante tuviera oportunidad de aportar su propia personalidad.

Durante la mañana recibió un mensaje de Julián.

El joven sabueso confirmó que llegaría con su guitarra.

Poco después, Isabella también avisó que estaba preparándose.

Desmond respondió a ambos.

Después terminó de acomodar los materiales.

La habitación había comenzado a convertirse en una especie de estudio improvisado.

Había cuadernos abiertos.

Equipos de producción.

Y varios instrumentos que utilizaban para desarrollar composiciones.

El profesor contempló el espacio.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Había pasado años imaginando algo semejante.

Ahora finalmente estaba ocurriendo.

Poco después, escuchó unos golpes en la puerta.

Desmond levantó la mirada.

—Adelante.

Julián apareció primero.

Llevaba su guitarra dentro de una funda.

Su expresión reflejaba entusiasmo.

—¡Buenos días!

El profesor sonrió.

—Hola, Julián.

El muchacho entró.

Después se apartó para permitir el paso de Isabella.

La pequeña sabueso apareció con una sonrisa enorme.

—¡Buenos días, profesor!

Desmond soltó una pequeña risa.

—Hola, Isabella.

Hizo una pausa.

—¿Listos para trabajar?

Ambos respondieron afirmativamente.

El profesor sonrió.

—Perfecto.

Julián comenzó a acomodar su guitarra.

Isabella dejó cuidadosamente sus pertenencias sobre la cama.

Después ambos comenzaron a conversar.

El muchacho hablaba con entusiasmo sobre una progresión musical que había estado practicando durante la semana.

La joven escuchaba atentamente.

En ocasiones formulaba preguntas.

Otras compartía pequeñas ideas relacionadas con las líneas de bajo que podrían acompañar determinados fragmentos.

Desmond observó la escena con satisfacción.

Julián parecía cada vez más cómodo trabajando cerca de Isabella.

Aunque todavía era evidente que sentía algo especial por ella.

En determinados momentos su cola comenzaba a moverse cuando la muchacha lo felicitaba.

O sus orejas se levantaban cuando ella le prestaba atención.

El profesor procuraba no hacer comentarios.

Había prometido guardar el secreto.

Y pensaba cumplirlo.

Durante algunos minutos conversaron sobre las composiciones.

Después Desmond comenzó a revisar sus anotaciones.

Fue entonces cuando sintió una pequeña presencia cerca de la puerta.

Levantó lentamente la mirada.

Nami.

La gatita permanecía asomada.

Sus enormes ojos brillaban con curiosidad.

Las orejas estaban levantadas.

Y su pequeña cola se movía suavemente detrás de ella.

Desmond sonrió.

—Hola, Nami.

La pequeña levantó inmediatamente la cabeza.

—¡Hola, señor alto!

Julián volvió la mirada.

Isabella también.

Ambos permanecieron sorprendidos al encontrar una felina infernal dentro del palacio.

Nami observó el interior.

Después volvió a mirar a Desmond.

—¿Puedo pasar?

Su voz fue dulce.

El profesor asintió.

—Claro.

Hizo una pausa.

—Pasa.

La gatita sonrió ampliamente.

Entró con pequeños pasos.

Pero antes de que Desmond pudiera continuar, apareció otra figura detrás de ella.

Lay-K.

El felino de dientes de sable permanecía junto a la puerta.

Su postura reflejaba incomodidad.

Tenía los brazos ligeramente cruzados.

Y parecía no estar completamente seguro de querer entrar.

Desmond levantó lentamente las cejas.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—¿También tú?

Su voz adquirió un tono juguetón.

Lay-K bajó ligeramente la mirada.

—Solo vine a ver qué hacen...

Desmond permaneció observándolo.

Después se encogió de hombros.

—Está bien.

Hizo una pausa.

—Puedes pasar.

El felino permaneció inmóvil durante un segundo.

Después entró.

Su expresión continuaba siendo reservada.

Pero al menos había decidido acercarse por iniciativa propia.

Desmond consideró aquello una pequeña señal positiva.

Nami, en cambio, parecía completamente fascinada.

Sus ojos recorrieron los instrumentos.

La computadora.

Y las fundas que descansaban cerca de la cama.

Después distinguió a Isabella.

La pequeña se detuvo.

Durante unos segundos permaneció contemplándola con admiración.

Isabella levantó ligeramente las cejas.

Después sonrió.

—Hola.

Nami abrió ampliamente los ojos.

—¡Hola!

Su voz estaba llena de entusiasmo.

La gatita se acercó.

Después tomó asiento junto a la joven sabueso.

Isabella la observó con ternura.

—¿Cómo te llamas?

La pequeña sonrió.

—¡Nami!

Después inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y tú?

La sabueso correspondió al gesto.

—Isabella.

Nami repitió lentamente el nombre.

—Isabella...

Su expresión se iluminó.

—¡Qué bonito!

La muchacha soltó una pequeña risa.

—Gracias.

Durante unos segundos permanecieron contemplándose.

Finalmente, Isabella preguntó:

—¿Nunca habías visto una sabueso infernal?

Nami negó rápidamente con la cabeza.

—¡No!

Hizo una pausa.

—Solo en los libros.

La joven levantó ligeramente las cejas.

—¿En serio?

La gatita asintió.

—Sí.

Su voz adquirió una emoción extraordinaria.

—¡Siempre quise conocer una!

Isabella sonrió ampliamente.

—Pues aquí estoy.

Nami la contempló durante unos segundos.

Después añadió con absoluta sinceridad:

—Pero tú eres más guapa.

La muchacha permaneció sorprendida.

Después comenzó a reír.

—¡Ay, gracias!

Nami soltó una pequeña carcajada.

Isabella acarició suavemente su cabeza.

La gatita pareció disfrutar del gesto.

Desmond observó aquella interacción.

Una sonrisa cálida apareció en su rostro.

Recordó la primera vez que Nami le preguntó por los sabuesos infernales.

La pequeña había mostrado una curiosidad enorme.

Ahora finalmente estaba conociendo a una.

Y parecía completamente encantada.

Julián también observaba la escena.

Sin embargo, su atención permanecía particularmente concentrada en Isabella.

La manera en que sonreía.

Y aquella ternura con que trataba a Nami.

El muchacho sintió que su cola comenzaba a moverse.

Desmond lo notó.

Pero decidió no mencionarlo.

Lay-K permanecía cerca de la cama.

Había tomado asiento junto al profesor.

Su expresión continuaba siendo algo incómoda.

Observaba a los presentes sin participar demasiado.

Desmond volvió ligeramente la cabeza.

—¿Todo bien?

El felino se encogió de hombros.

—Supongo.

El profesor asintió.

No insistió.

Comprendía que simplemente permanecer allí ya representaba un esfuerzo para él.

Durante algunos minutos continuaron conversando.

Nami formulaba preguntas sobre los instrumentos.

Isabella respondía con paciencia.

Julián explicó algunas diferencias entre la guitarra y el bajo.

La pequeña escuchaba fascinada.

En determinado momento, levantó una mano.

—¿Y Desmond qué toca?

El profesor soltó una pequeña risa.

—Varias cosas.

Nami volvió inmediatamente la cabeza.

—¿En serio?

Desmond asintió.

—Sí.

Hizo una pausa.

—Pero principalmente canto.

Y también hago rap.

La gatita inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Rap?

El profesor sonrió.

—Es una forma de música donde las palabras siguen un ritmo.

Nami permaneció pensativa.

Después levantó las orejas.

—¿Puedes mostrarme?

Desmond contempló su rostro.

Una pequeña sonrisa apareció lentamente.

—Claro.

Se incorporó.

Caminó hacia uno de los muebles.

Y abrió un cajón.

Dentro conservaba varios objetos relacionados con sus primeros años como músico.

Entre ellos había una pequeña colección de casetes.

Grabaciones antiguas.

Algunas instrumentales.

Y materiales que había guardado por nostalgia.

Desmond comenzó a revisarlos.

Finalmente, encontró uno que le resultó familiar.

Lo tomó.

Contempló brevemente la carátula.

Después sonrió.

—Vaya...

Su voz fue baja.

—Esto sí es viejo.

Julián levantó inmediatamente la mirada.

—¿Qué encontraste?

El profesor mostró el casete.

—Una instrumental antigua.

Hizo una pausa.

—Tiene un sonido bastante noventero.

El muchacho sonrió.

—¿Podemos escucharla?

Desmond asintió.

—Por supuesto.

Se acercó hacia una grabadora que conservaba cerca del escritorio.

Introdujo el casete.

Después presionó el botón de reproducción.

Durante unos segundos se escuchó un leve sonido mecánico.

Finalmente, comenzó la música.

La instrumental tenía una percusión marcada.

Un bajo profundo.

Y aquella textura característica de numerosas producciones de los años noventa.

Desmond cerró lentamente los ojos.

Reconoció inmediatamente la energía del ritmo.

Le resultaba familiar.

Había comenzado a improvisar cuando era niño.

Y durante su juventud pasó incontables horas escuchando bases semejantes.

El profesor permaneció inmóvil durante algunos compases.

Después comenzó a marcar el ritmo con la cabeza.

Julián observó su expresión.

Isabella permaneció atenta.

Nami levantó las orejas.

Y Lay-K contempló la grabadora con una curiosidad que todavía intentaba ocultar.

Desmond respiró profundamente.

Después abrió los ojos.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Bueno...

Hizo una pausa.

—Escuchen.

La base continuó avanzando.

El profesor comenzó a improvisar.

Su voz entró con seguridad.

No necesitó leer ninguna letra.

Las palabras comenzaron a surgir siguiendo el ritmo.

—Me dijeron que el dolor era un muro sin salida,
que los golpes del pasado iban a marcar mi vida.
Pero sigo caminando, aunque me cueste respirar,
porque hasta el alma más cansada puede aprender a levantar.

Julián levantó ligeramente las orejas.

Isabella sonrió.

Desmond continuó.

Su voz adquirió mayor fuerza.

—No presumo de ser fuerte por saber sobrevivir,
también tuve noches largas sin querer volver a salir.
Si la rabia me consume, tengo que reconocer
que no basta con sentirla: debo aprender a responder.

Lay-K levantó lentamente la mirada.

El profesor no parecía estar dirigiéndose exclusivamente a nadie.

Sin embargo, aquellas palabras despertaron algo dentro de él.

Recordó el enfrentamiento que habían tenido días atrás.

La manera en que provocó a Desmond.

Y el miedo que experimentó cuando el profesor terminó perdiendo el control.

Ahora lo escuchaba hablar sobre la rabia de una manera completamente diferente.

No como una demostración de fuerza.

Sino como algo que necesitaba aprender a manejar.

Desmond continuó improvisando.

Sus versos comenzaron a explorar otros recuerdos.

La infancia.

Las pérdidas.

Y aquella sensación de permanecer atrapado en una vida donde parecía imposible encontrar estabilidad.

Después cambió lentamente el tono.

La composición comenzó a adquirir un mensaje diferente.

—Si me caigo, no significa que no pueda continuar,
si me equivoco, todavía tengo mucho que cambiar.
No nacimos para siempre repetir lo que dolió,
ni cargar como sentencia cada herida que quedó.

Nami permanecía completamente fascinada.

Sus ojos seguían cada movimiento del profesor.

Julián acompañaba discretamente el ritmo con los dedos.

Isabella sonreía.

Y Lay-K continuaba escuchando.

La música avanzó.

Desmond permitió que algunos compases transcurrieran sin intervenir.

Después regresó con una última sección.

—Hay caminos que se abren cuando todo se derrumba,
hay silencios que enseñan más que cualquier voz profunda.
Si algún día encuentro un sitio donde pueda descansar,
no será porque fui perfecto, sino porque quise intentar.

La instrumental continuó durante algunos segundos.

Finalmente, Desmond bajó lentamente la voz.

El último compás resonó dentro de la habitación.

Después llegó el silencio.

Durante unos instantes nadie habló.

El profesor permaneció inmóvil.

Su respiración estaba ligeramente acelerada.

Había improvisado sin preparar nada.

Simplemente permitió que las palabras surgieran desde las experiencias que llevaba acumuladas.

Finalmente, abrió completamente los ojos.

Observó a los presentes.

Y sonrió.

Fue entonces cuando comenzó a escuchar aplausos.

Primero suaves.

Después más entusiastas.

Nami levantó sus pequeñas manos.

—¡BRAVO!

Isabella comenzó a reír.

—¡Profesor, estuvo increíble!

Julián asintió con entusiasmo.

—¡Eso fue buenísimo!

Desmond soltó una pequeña carcajada.

—Gracias.

Lay-K permanecía inmóvil.

Sus ojos estaban abiertos.

La expresión de desprecio que acostumbraba mostrar había desaparecido.

Ahora parecía genuinamente sorprendido.

Durante varios segundos contempló al profesor.

Finalmente, habló.

—¿Tú improvisas?

Desmond volvió lentamente la cabeza.

—Sí.

El felino levantó ligeramente las cejas.

—¿Todo eso lo inventaste ahora?

El profesor asintió.

—Exactamente.

Lay-K permaneció inmóvil.

Después bajó brevemente la mirada hacia la grabadora.

—¿Desde cuándo haces eso?

Desmond sonrió.

—Desde los siete años.

Hizo una pausa.

—Siempre me gustó jugar con las palabras.

El felino volvió a mirarlo.

El profesor continuó:

—Con el tiempo terminé utilizando el rap para expresar cosas que no sabía explicar de otra manera.

Su expresión adquirió una nostalgia discreta.

—Es una especie de terapia para mí.

Lay-K permaneció callado.

Durante algunos segundos pareció intentar comprender aquella explicación.

Después levantó lentamente la cabeza.

—Vaya...

Su voz reflejaba admiración.

—Eso fue brutal.

Desmond sintió una satisfacción inesperada.

No por recibir otro elogio.

Había escuchado numerosos comentarios positivos desde su regreso a la industria.

Lo importante era quién lo había pronunciado.

Lay-K.

El mismo felino que durante una semana apenas había mostrado interés en relacionarse con los demás.

Ahora estaba reconociendo sinceramente algo que había disfrutado.

El profesor sonrió.

—Gracias.

El muchacho asintió discretamente.

Después volvió a contemplar la grabadora.

Su expresión parecía menos tensa.

Desmond decidió no insistir.

No quería convertir aquel pequeño acercamiento en una conversación incómoda.

Simplemente permitió que el momento continuara.

Fue entonces cuando la puerta se abrió suavemente.

Una voz femenina llegó desde la entrada.

—Vaya...

Todos volvieron la cabeza.

Andrea permanecía junto a la puerta.

Había escuchado parte de la música mientras se acercaba.

Su expresión reflejaba una sonrisa divertida.

Desmond levantó inmediatamente la mirada.

—¡Andrea!

La pecadora sonrió.

—Hola, precioso.

El profesor soltó una pequeña risa.

—¿Hace cuánto estás ahí?

Andrea se encogió ligeramente de hombros.

—Lo suficiente.

Hizo una pausa.

—Escuché que estaban haciendo música.

Desmond asintió.

—Un poco de improvisación.

La mujer sonrió.

—Entonces creo que me toca.

El profesor levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

Andrea respondió con una sonrisa traviesa.

—Por supuesto.

Se acercó.

Observó brevemente a los presentes.

Después escuchó la instrumental que todavía permanecía preparada en la grabadora.

Desmond volvió a presionar la reproducción.

La base comenzó nuevamente.

Andrea cerró lentamente los ojos.

Durante unos segundos permaneció siguiendo el ritmo.

Después comenzó a improvisar.

Su estilo era diferente del de Desmond.

No buscaba una entrada agresiva.

Tampoco una sucesión de frases destinadas a demostrar superioridad técnica.

Sus versos tenían una cadencia más suave.

Una intención melódica.

Y una ternura que contrastaba profundamente con aquella Mística que había conocido durante la batalla de Hellbeat Records.

—No sabía que en la noche podía encontrar claridad,
ni que un gesto tan sencillo me enseñara a confiar.

Caminé por tantos sitios sin saber a dónde ir,
y encontré una voz sincera que me quiso recibir.

Desmond levantó ligeramente las cejas.

Andrea sonrió discretamente.

Después continuó:

—No te pido que me salves ni que cures mi pasado,
solo quiero compartir lo que juntos hemos hallado.
Si mañana hay días grises, no te voy a prometer
que jamás tendremos miedo, pero sí que intentaré.

El profesor sintió que sus mejillas comenzaban a sonrojarse.

Julián observó aquella reacción.

Después sonrió.

Isabella también comenzó a reír discretamente.

Andrea continuó mirando a Desmond.

Sus palabras resultaban demasiado claras como para interpretarlas de otra manera.

La improvisación estaba dedicada a él.

—Si tu mundo se hizo ruinas, no te vengo a reemplazar
los recuerdos que aún conservas ni las cosas que hay que sanar.
Solo quiero ser presente, caminar sin aparentar,
y encontrar entre tus manos un lugar donde descansar.

La instrumental continuó algunos segundos más.

Finalmente, Andrea terminó.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Desmond permanecía completamente sonrojado.

Durante unos segundos no consiguió responder.

La pecadora levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué pasa?

El profesor soltó una pequeña risa nerviosa.

—Nada...

Hizo una pausa.

—Solo que no esperaba eso.

Andrea sonrió.

—¿Te gustó?

Desmond asintió.

—Muchísimo.

La mujer correspondió al gesto.

Nami comenzó a aplaudir con entusiasmo.

—¡OTRA, OTRA!

Todos soltaron una carcajada.

Andrea se llevó una mano al pecho, divertida.

—¡Vaya público tan exigente!

La pequeña gatita levantó inmediatamente las orejas.

—¡Es que estuvo muy bonito!

Isabella sonrió con ternura.

—Tiene razón.

Julián asintió.

—Y el ritmo quedó bastante bien.

Desmond volvió la mirada hacia su guitarrista.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Hablando de ritmo...

El muchacho levantó inmediatamente las orejas.

—¿Sí?

El profesor señaló la guitarra.

—¿Qué tal si pruebas algo?

Julián sonrió ampliamente.

—¡Claro!

Se incorporó.

Tomó su instrumento.

Después comenzó a prepararlo.

Isabella observó el movimiento.

Entendió inmediatamente la intención.

Se acercó hacia el bajo.

Lo acomodó cuidadosamente.

Y esperó las primeras notas.

Julián comenzó con una progresión sencilla.

Las cuerdas produjeron una melodía intensa.

Después añadió un pequeño riff.

Isabella escuchó atentamente.

Comenzó a marcar el ritmo con el bajo.

Al principio ambos avanzaron con cautela.

Buscaban una combinación adecuada.

Sin embargo, después de algunos compases, las notas comenzaron a encajar.

Desmond observó con satisfacción.

Aquello era precisamente lo que deseaba conseguir cuando comenzó a imaginar la banda.

Músicos capaces de escuchar lo que otros estaban haciendo.

Y construir algo juntos sin necesidad de competir constantemente por destacar.

Julián modificó ligeramente la progresión.

Isabella respondió con una línea más marcada.

La melodía adquirió mayor fuerza.

Andrea comenzó a seguir el ritmo con pequeños movimientos.

Nami permanecía fascinada.

Sus orejas se movían constantemente.

Y su cola acompañaba la música de manera casi involuntaria.

Desmond sonrió.

Después comenzó a marcar algunos compases con las manos.

La habitación se llenó de sonido.

No era una canción terminada.

Tampoco una grabación profesional.

Simplemente una improvisación compartida.

Pero poseía algo que había faltado durante demasiados días dentro de aquel espacio.

Alegría.

Los presentes comenzaron a disfrutar del momento.

Julián sonreía mientras tocaba.

Isabella se concentraba en mantener el ritmo.

Andrea acompañaba ocasionalmente con pequeñas frases melódicas.

Y Desmond observaba cómo las ideas comenzaban a mezclarse.

Nami parecía incapaz de contener su entusiasmo.

En determinados momentos aplaudía.

Después se detenía para escuchar mejor.

Y finalmente volvía a sonreír.

Lay-K permanecía sentado junto a Desmond.

Al principio había observado todo con cierta distancia.

No parecía dispuesto a participar.

Sin embargo, poco a poco comenzó a seguir la música con pequeños movimientos de la cabeza.

Sus orejas se orientaban hacia los instrumentos.

Y sus ojos recorrían las manos de Julián mientras ejecutaba los riffs.

Desmond lo observó discretamente.

No dijo nada.

Simplemente permitió que disfrutara.

Durante los últimos días había intentado encontrar una manera de acercarse a Lay-K.

Primero mediante conversaciones.

Después ofreciéndole orientación.

Pero aquellas tentativas terminaron provocando discusiones.

Ahora estaba ocurriendo algo completamente diferente.

No estaban hablando sobre sus problemas.

Tampoco sobre el juicio.

Ni sobre las responsabilidades que tendría que asumir.

Simplemente compartían música.

Lay-K no necesitaba defenderse.

Nadie estaba exigiéndole que explicara su pasado.

Tampoco lo trataban como un delincuente al que debían vigilar constantemente.

Por primera vez desde su llegada al Palacio Ludendorff, podía permanecer cerca de otros sin sentir que todas las miradas estaban juzgándolo.

El felino bajó lentamente la cabeza.

Después observó a Nami.

Su hermana estaba sentada junto a Isabella.

Sonreía.

Aplaudía.

Y parecía completamente feliz.

Lay-K permaneció contemplándola durante varios segundos.

Recordó la audiencia.

La desesperación de Nami.

Y aquella manera en que había suplicado que no los separaran.

Durante mucho tiempo había considerado que permanecer juntos era suficiente.

Que mientras pudiera protegerla físicamente, no necesitaban a nadie más.

Pero ahora la estaba viendo disfrutar de algo que no existía dentro de la vida aislada que él había intentado construir.

Amigos.

Conversaciones.

Y personas que parecían alegrarse sinceramente por su presencia.

Lay-K volvió lentamente la mirada hacia Desmond.

El profesor estaba sonriendo.

Su expresión reflejaba una tranquilidad que contrastaba profundamente con la rabia que había mostrado durante el enfrentamiento.

El felino sintió algo extraño.

No era admiración inmediata.

Tampoco confianza completa.

Todavía recordaba el miedo que experimentó cuando Desmond lo levantó del cuello.

Y sabía que aquella agresión no desaparecía simplemente porque ahora estuvieran compartiendo un momento agradable.

Pero también recordaba que el profesor había intervenido durante el juicio.

Que había aceptado hacerse responsable de él.

Y que permitió que Nami abandonara Felyzium a su lado.

Lay-K comenzó a comprender que Desmond no era una figura sencilla de definir.

Había cometido un error grave.

Pero también parecía estar intentando corregirlo.

Y, de alguna manera, aquello le resultaba familiar.

Él mismo llevaba años cometiendo errores.

Reaccionando con agresividad.

Alejando a quienes intentaban acercarse.

Quizás por miedo.

Quizás por orgullo.

O simplemente porque nunca aprendió otra manera de enfrentar aquello que le dolía.

La música continuaba resonando.

Lay-K volvió a observar a Julián.

Después a Isabella.

Y finalmente a Andrea.

Todos parecían disfrutar sin preocuparse demasiado por las diferencias que existían entre ellos.

Había sabuesos infernales.

Una pecadora.

Un descendiente de la aristocracia.

Y dos felinos provenientes de una ciudad aislada del resto de los anillos.

En otras circunstancias, aquellas diferencias habrían bastado para establecer distancias.

Pero dentro de aquella habitación no parecían importar.

Julián terminó un pequeño solo.

Isabella mantuvo el ritmo durante algunos compases más.

Después ambos cerraron la interpretación.

El último acorde resonó.

Y finalmente desapareció.

Nami levantó inmediatamente las manos.

—¡BRAVO!

Su voz provocó varias carcajadas.

Julián sonrió ampliamente.

Isabella también parecía satisfecha.

Desmond comenzó a aplaudir.

—Muy bien.

Hizo una pausa.

—Eso estuvo bastante interesante.

El muchacho levantó la mirada.

—¿Te gustó?

El profesor asintió.

—Muchísimo.

Después volvió hacia Isabella.

—Y tú mantuviste bastante bien la base.

La joven sonrió.

—¡Gracias, profesor!

Andrea observó a Desmond con ternura.

—Parece que tu banda está comenzando a funcionar.

El joven soltó una pequeña risa.

—Eso espero.

Durante unos minutos continuaron hablando sobre la improvisación.

Julián explicó algunos cambios que había realizado.

Isabella comentó que todavía necesitaba practicar determinadas transiciones.

Desmond escuchó con atención.

Después les ofreció algunas recomendaciones.

La conversación transcurrió con naturalidad.

Nami participaba ocasionalmente.

Preguntaba el nombre de los instrumentos.

O intentaba comprender cómo conseguían tocar juntos sin confundirse.

Lay-K permanecía sentado.

Pero ya no parecía incómodo.

En determinado momento, Julián mencionó una técnica que había utilizado durante el solo.

El felino levantó ligeramente la mirada.

Después formuló una pequeña pregunta.

El guitarrista respondió con entusiasmo.

Aquella conversación fue breve.

Sin embargo, Desmond la observó con satisfacción.

Lay-K estaba participando.

No porque alguien se lo exigiera.

Sino porque realmente sentía curiosidad.

El profesor sonrió discretamente.

No quería convertir aquella pequeña señal en una victoria exagerada.

Sabía que el muchacho continuaba atravesando dificultades.

También comprendía que todavía necesitaban abordar seriamente lo ocurrido durante su discusión.

Pero aquel momento representaba algo importante.

Una posibilidad.

La oportunidad de comenzar a relacionarse sin convertir cada encuentro en un enfrentamiento.

Desmond volvió la mirada hacia Nami.

La pequeña permanecía sentada junto a Isabella.

Su expresión reflejaba una felicidad extraordinaria.

Durante unos segundos contempló a su hermano.

Después sonrió.

Lay-K correspondió apenas con un pequeño movimiento de cabeza.

Pero para Nami aquello parecía suficiente.

La gatita volvió a concentrarse en la conversación.

Desmond sintió una emoción profunda.

Recordó su promesa frente al tribunal de Felyzium.

Había ofrecido ayudar a Lay-K a cambiar.

En aquel momento no sabía cómo conseguiría hacerlo.

Ahora comenzaba a comprender que no bastaría con sermones.

Tampoco con imponer reglas y esperar obediencia inmediata.

El muchacho necesitaba aprender a convivir.

Encontrar actividades que despertaran su interés.

Y descubrir que podía formar parte de un grupo sin sentirse obligado a mantener una actitud desafiante.

Desmond también tendría que cambiar.

Debía aprender a controlar su rabia.

A escuchar antes de responder.

Y a reconocer que ayudar a alguien no significaba tener derecho a decidir cada aspecto de su vida.

Aquella responsabilidad era más compleja de lo que había imaginado.

Pero no imposible.

El profesor respiró profundamente.

Después contempló nuevamente a los presentes.

Andrea sonreía.

Julián conversaba animadamente con Isabella.

Nami hacía otra pregunta relacionada con el bajo.

Y Lay-K permanecía escuchando sin aquella expresión de rechazo que había mostrado durante los primeros días.

La habitación estaba llena de sonidos.

Risas.

Conversaciones.

Y el pequeño ruido de los instrumentos mientras los músicos los acomodaban.

Desmond permaneció inmóvil durante unos segundos.

Había pasado demasiado tiempo asociando aquella habitación con el sufrimiento.

Recordaba las noches después del divorcio.

El silencio.

Y aquella sensación de vacío que parecía acompañarlo incluso cuando intentaba dormir.

Después ocurrió la conversación con Skyler.

La destrucción de sus pertenencias.

Y los días durante los cuales apenas consiguió levantarse de la cama.

Sin embargo, ahora todo parecía diferente.

El mismo espacio estaba lleno de personas.

No porque compartieran un origen.

Ni porque pertenecieran a la misma clase social.

Tampoco porque sus historias fueran semejantes.

Estaban allí porque, de una manera u otra, habían encontrado razones para acercarse.

Andrea había llegado a su vida después de una competencia marcada por la hostilidad.

Julián apareció durante un paseo aparentemente insignificante.

Isabella había sido primero su estudiante.

Nami comenzó siendo una pequeña trabajadora de Felyzium.

Y Lay-K llegó después de un juicio donde parecía haber perdido prácticamente todas sus oportunidades.

Ninguno de aquellos encuentros había ocurrido de la manera que Desmond habría imaginado.

Pero ahora estaban compartiendo una tarde.

Sin grandes ceremonias.

Sin discursos.

Y sin necesidad de demostrar que sus vidas estaban completamente resueltas.

El joven levantó lentamente la mirada.

Observó a Lay-K.

El felino estaba escuchando una explicación de Julián sobre las cuerdas de la guitarra.

Su expresión reflejaba curiosidad.

No sonreía abiertamente.

Pero tampoco parecía estar buscando una excusa para abandonar la habitación.

Desmond sintió una pequeña satisfacción.

Quizás aquello era precisamente lo que necesitaba.

No una transformación inmediata.

Ni una promesa imposible de cumplir.

Solamente la oportunidad de descubrir que existían lugares donde podía bajar la guardia.

Lay-K volvió lentamente la mirada hacia el profesor.

Sus ojos se encontraron durante un instante.

Desmond no dijo nada.

Simplemente le ofreció una pequeña sonrisa.

El felino permaneció inmóvil.

Después desvió la mirada.

Pero no se levantó.

No abandonó la habitación.

Y tampoco respondió con alguna provocación.

Continuó sentado.

Escuchando.

Formando parte del grupo.

Por primera vez desde que llegó, Lay-K no se sintió extraño. No se sintió a la defensiva. Se sintió... incluido.

Ese día, por un momento, el infierno se sintió como un hogar.

CAP 38

Sombras que aprendieron a soltar

La habitación de Desmond vibraba con una energía cálida. La tarde en el Palacio Ludendorff había sido especialmente animada: guitarras, cables cruzando el suelo, partituras desordenadas y voces que se confundían entre risas y afinaciones. Era sábado, día de ensayo. Pero no era cualquier ensayo.

Lay-K, que desde su llegada había permanecido aislado, se había convertido en una constante silenciosa dentro del círculo íntimo de Desmond. Poco a poco, y casi sin darse cuenta, el felino había comenzado a formar parte de aquel pequeño universo de notas y letras rebeldes. Ya no se sentía un huésped: se sentía parte.

Desmond lo notó enseguida. En especial cuando los ojos de Lay-K se fijaron, intensamente, en la batería nueva que ocupaba un rincón de la habitación. El instrumento era imponente: parches relucientes, platillos recién montados y baquetas aún sin desgastar.

—¿Te llama la atención? —preguntó Desmond con una media sonrisa, dejando a un lado el afinador de Julian.

Lay-K giró el rostro con una mezcla de timidez y sorpresa. Solo asintió.

Sin mediar más palabra, Desmond se acercó y lo tomó del brazo con suavidad.

—Vamos, ven. No muerde.

Lay-K se dejó llevar. Se sentó frente al kit, pasó los dedos por el borde de uno de los toms y, sin dejar de mirar a Desmond, tomó las baquetas. Había un brillo distinto en su mirada. Algo que hacía mucho no se asomaba.

—Chicos... ¿saben tocar Aerials de System of the Damned?

Julian dejó de afinar su guitarra y sonrió. Isabella, que había estado enredando cables, se detuvo también.

—¿En serio? —preguntó Desmond, divertido—. ¿Te la sabes?

—De memoria. Me la enseñaron cuando tenía como quince. Era mi canción favorita —respondió Lay-K, algo más suelto.

Desmond asintió. Caminó hasta el micrófono, lo ajustó a su altura y miró al grupo.

—Vamos allá. Un poco de decadencia existencial para esta hermosa tarde.

Julian fue el primero. Los acordes iniciales rompieron el silencio como un susurro antiguo, oscuro y hermoso. Isabella se unió al instante, firme y precisa. Y entonces, Lay-K. Los primeros golpes fueron exactos, medidos, sin duda alguna. Cuando Desmond comenzó a cantar, con esa voz áspera pero afinada que dominaba a la perfección, algo en la atmósfera cambió.

Aerials.

Una canción que, aunque nacida de otra banda, hablaba como pocas del mundo en el que vivían: la pérdida de identidad, el anhelo de propósito, el desencanto con la cultura que idolatra imágenes mientras olvida almas. En cada golpe de caja, en cada platillo golpeado con rabia contenida, Lay-K parecía liberar años de furia y tristeza.

Y cuando llegó el coro, todos cantaron al unísono. Como si lo necesitaran.

"Aerials, in the sky / When you lose small mind you free your life..."

El último acorde vibró unos segundos más de lo necesario. Como si la canción no quisiera terminar.

Desmond bajó el micrófono y miró al joven felino, aún sentado tras la batería, jadeando levemente.

—Lay... eso fue impresionante. De verdad. ¿Dónde aprendiste a tocar así?

Lay-K bajó la mirada, aún respirando agitado.

—Tomaba clases de música cuando era pequeño. Mis padres... ellos me compraron una batería vieja. Practicaba todos los días. Pero cuando se rompió... bueno, no pude seguir.

Desmond se cruzó de brazos, con un gesto reflexivo.

—Tienes un don. Puedes usar la mía cuando quieras. No lo desaproveches.

Lay-K asintió con una leve sonrisa, pero sus palabras aún tenían una traba de inseguridad.

—Gracias... pero no quiero ser una carga.

—¿Carga? —rio Desmond—. Tú ya eres parte de esto. Así que olvida eso.

La tarde dio paso al anochecer. Ensayaron más canciones: C.Y.O.C.Y, Na, incluso probaron un estribillo nuevo para una composición original que Desmond había estado puliendo con Julian. Cuando Isabella y Julian se despidieron para regresar a sus respectivos hogares, la habitación quedó en silencio.

Solo Lay-K y Desmond permanecían allí. Sentados, desordenados, pero en paz.

Lay-K jugaba distraídamente con una baqueta. La giraba entre los dedos. Miraba al suelo.

—Oye... —dijo de pronto, rompiendo el silencio—. ¿Puedo preguntarte algo?

Desmond lo miró, curioso.

—Dale.

—No es por joder, ni para burlarme, ¿vale? Solo... tengo curiosidad.

—¿Sobre qué?

Lay-K tragó saliva.

—Skyler. Lo de ustedes. ¿Qué pasó realmente?

Desmond guardó silencio. Por unos segundos, el silencio se volvió más denso.

Luego se levantó, caminó hasta una estantería y tomó una pequeña caja metálica. Dentro, había una vieja foto de él y Skyler, en un campo de trigo en el anillo de la gula. Ambos sonreían, abrazados. Felices.

—¿Quieres saberlo? Bien. Te lo contaré.

Desmond se sentó, respiró hondo... y comenzó a hablar.

Lay-K se acomodó en el borde del sillón, la baqueta girando lentamente entre sus dedos. Mantenía la mirada baja, respetuoso, como si supiera que lo que estaba por escuchar era algo más que una simple historia.

Desmond suspiró, sosteniendo aquella vieja fotografía como si fuera un pedazo de cristal. La miró durante un largo momento antes de empezar a hablar.

—Skyler y yo... fuimos muy felices. —Su voz salió suave, casi quebrada—. Nos conocimos cuando yo tenía dieciocho. Fue en un bar de mala muerte, de esos donde la música siempre suena dos decibelios más fuerte de lo que debería y el suelo huele a cerveza derramada. Ella estaba con un grupo de amigas, y yo había ido solo. Terminamos hablando sobre música... y luego sobre todo.

Lay-K alzó la mirada, atento.

—¿Y se hicieron pareja rápido?

—No. Al principio fue solo amistad. Pero una muy intensa. Ella venía a mi casa todo el tiempo. Dormíamos juntos, pero sin nada físico... al menos no al principio. Nos metíamos debajo de las sábanas, como dos adolescentes, y hablábamos de todo. Cosas íntimas, otras totalmente innecesarias —rió con nostalgia—. Recuerdo que me contaba cosas ridículas como la vez que le bajó la primera vez el periodo y lo escondió de sus padres porque pensaba que se iba a morir.

Lay-K frunció el ceño, medio confundido y divertido.

—¿Te contaba eso?

—Todo. Era como si no existieran filtros entre nosotros. Aunque, claro, hablar de lo que sentía... eso sí se le complicaba. Podía contarte sus traumas, sus locuras, sus dramas, pero poner en palabras lo que sentía por mí... eso era otro tema.

Desmond respiró hondo, guardó la foto en la caja y la cerró lentamente.

—Hasta que un día... todo cambió. Estábamos en casa. Ella había salido del baño, envuelta en una bata blanca. Se acercó a mí sin decir nada y me besó.

—¿Así nomás?

—Sí. Fue tan repentino que apenas si lo recuerdo con claridad. Pero sé que fue hermoso. Inocente, torpe... y real. Ella se apartó de inmediato, murmuró que lo sentía, que no sabía por qué lo había hecho. Yo no dije nada. Solo... la volví a besar. Y esa noche... bueno —hizo una pausa breve—, hicimos el amor por primera vez, aún recuerdo cada roce, cada caricia y cada gemido que salía de su boca. Fue mágico.

Lay-K no interrumpió. Solo escuchaba con un leve respeto en su rostro.

—Después de eso todo fue distinto. Éramos una pareja. Estuvimos tres años juntos antes de poder casarnos. Nos costó mucho, ¿sabes? Por las razas, los permisos, las leyes. Pero lo logramos. Era como si todos aquellos juegos de "imagina si algún día somos esposos" se hubieran hecho reales. Y éramos felices, sinceramente.

—¿Intentaron tener hijos?

Desmond bajó la mirada.

—Sí. Muchas veces. Pero no se podía. Era como esperar un milagro que sabíamos que no iba a llegar. Yo soy un demonio. Ella, una sabueso infernal. Las especies no son compatibles. No biológicamente. Lo sabíamos... pero lo intentábamos igual. Como si nos rehusáramos a aceptar la verdad.

Lay-K apretó las baquetas con más fuerza, como si el dolor ajeno se le filtrara entre las costillas.

—¿Y qué pasó?

—Su familia se metió. Duras circunstancias, presiones. No voy a entrar en detalles... pero se alejó. Aun así, manteníamos la esperanza. Volvimos a vernos después de mucho tiempo. Pensé que íbamos a intentar de nuevo, que aún había algo. Pero... —Desmond apretó los dientes—, me dijo que ya no sentía lo mismo.

—¿Y tú le creíste?

—No. Y eso es lo jodido. —Lo miró a los ojos—. Porque cuando lo dijo... su voz temblaba. Pero no era eso lo que me rompió. Fue su mirada. Esa mirada me decía otra cosa. Me rogaba que no creyera lo que sus labios estaban diciendo. Como si estuviera... obligada.

Lay-K bajó la mirada, en silencio. El ambiente se llenó de un peso espeso, emocional.

—Entonces sí la amaste —dijo el felino, apenas un susurro.

—La sigo amando —admitió Desmond con una sonrisa triste—. A veces... incluso me odio por eso.

Un silencio se instaló entre ellos, cargado de dolor compartido.

—Gracias por contármelo —murmuró Lay-K, sincero.

—Gracias por querer escuchar —respondió Desmond.

Y entonces, como si el universo quisiera darles un respiro, el sonido de la vieja grabadora se encendió accidentalmente al pisar uno de los cables. Una melodía instrumental suave, lejana, llenó la habitación. Ninguno la apagó.

Ambos solo se quedaron allí. Dos almas heridas, compartiendo algo más que una historia.

Compartiendo un pedazo de verdad.

Lay-K se acomodó mejor en el borde del sillón, dejando las baquetas a un lado. Miraba a Desmond con respeto, como si lo que acababa de escuchar le hubiese dado una perspectiva completamente distinta del hombre que tenía enfrente.

—Pero... ahora tienes a Andrea, ¿no? —dijo con cautela—. ¿Qué pasa? ¿Que no es suficiente para ti?

Desmond no respondió de inmediato. Se frotó las manos, respiró hondo y luego dijo:

—Sí, la amo. Y no te imaginas cuánto la valoro. Pero... —hizo una pausa, bajando la mirada— ...Skyler fue la primera mujer en mi vida. Mi primera vez, mi primer "te amo", mi primer todo. No es que Andrea no sea suficiente. Es que aún estoy sanando.

Lay-K lo observó en silencio.

—¿Aún hablan?

—De vez en cuando. Por mensajes, llamadas esporádicas... pero no es lo mismo. Ya no me llama "cariño", ni me manda notas tontas como antes. Y sí, Andrea lo sabe. Sabe que me cuesta olvidarla. Pero en lugar de enojarse, me apoya.

Lay-K asintió, entendiendo. Sus orejas se inclinaron hacia atrás, como en señal de respeto.

Desmond se levantó y se dirigió a un armario. Sacó una vieja caja de madera decorada con stickers gastados y bordes algo partidos por el tiempo. La colocó sobre la mesa con delicadeza.

—Aquí guardo las cartas que Skyler me mandaba cuando éramos novios... y algunos peluches pequeños que me regalaba cada vez que me deprimía —dijo, sonriendo con melancolía.

Lay-K miró la caja como si estuviera frente a un cofre sagrado.

—¿Puedo leer una?

Desmond asintió. Lay-K metió la mano, sacó una carta doblada con cuidado, la abrió y comenzó a leer en voz alta:

"Des, anoche soñé contigo. Estábamos sentados en una terraza, viendo el cielo que nunca se apaga. Me dijiste que jamás me soltarías, y yo me creí cada palabra. Te amo tanto, que a veces me asusta. Prométeme que pase lo que pase... siempre serás mi lugar seguro."

Lay-K detuvo la lectura. Tragó saliva.

—Vaya... ustedes sí se amaban. Debió doler mucho separarse así.

—Duele aún —dijo Desmond, recostándose hacia atrás con los ojos entrecerrados—. Nuestra diferencia de especies nos rompió. Aunque nuestro amor era fuerte, la realidad fue más fuerte que nosotros.

Hubo un silencio suave, no incómodo. Uno de esos silencios que dicen "gracias por confiar en mí".

—Pero ya basta de cosas tristes —añadió Desmond, levantándose de golpe—. Hablemos de algo más bonito, ¿no?

—Claro —respondió Lay-K con una sonrisa ligera—. Aunque... gracias por contarme esto. Sé que no lo haces con cualquiera.

Desmond lo miró con una ceja levantada.

—En Felyzium me dijiste que la confianza es algo sagrado, ¿no?

—Sí —dijo Lay-K, serio ahora—. Si alguien te brinda su verdad, su corazón, su historia... y tú traicionas eso... estás deshonrando tu raza. Tu alma.

Desmond le dio una palmadita en el hombro.

—Entonces espero no estar equivocándome contigo.

Ambos rieron, y la charla fluyó de nuevo. Historias tontas de infancia, canciones favoritas, planes para la banda. Cuando se dieron cuenta, el reloj marcaba las doce de la noche.

Lay-K se levantó para marcharse.

—Gracias por todo, Desmond. En serio. Mañana es Navidad... así que hay que dormir bien. Izobelle tiene algo preparado. Y... me dijo que invites gente.

—¿Celebración? —preguntó Desmond, confundido.

—Sí. Fiesta, comida, luces, música. Lo típico. Ah, y que no te olvides de invitar a los tuyos.

Lay-K se retiró con una sonrisa, dejando a Desmond solo con sus pensamientos. Al día siguiente, Desmond hizo su lista: Julian, Isabella, Antrox, su hermano James, Andrea y Celia. Pero había un nombre que dudó en agregar. Uno que dolía escribir: Skyler.

Después de pensarlo un buen rato... la llamó.

Palacio Ludendorff, Jardín trasero – 2:00 PM

Los invitados comenzaron a llegar. Julian e Isabella fueron los primeros, cargando instrumentos y regalos. Antrox llegó con una botella de licor infernal y chistes de mal gusto. James, el hermano mayor de Desmond, trajo una caja con postres y un sombrero ridículo de Santa. Andrea estaba radiante, con un vestido vino tinto y una sonrisa de oreja a oreja.

Todos se sentaron en largas mesas decoradas con luces blancas y velas flotantes. En una de ellas, Desmond notó una silla vacía. En el respaldo, una tarjeta con letras plateadas decía: Skyler.

Izobelle subió a una tarima improvisada y pidió silencio. Alzó su copa de vino brillante y habló con solemnidad:

—Bienvenidos todos al palacio Ludendorff. Hoy no solo celebramos la Navidad, sino también la unión de almas que han sobrevivido al fuego, al dolor y al tiempo. Aquí no están los perfectos. Aquí están los rotos, los que aún sangran... pero siguen de pie. La familia no siempre es de sangre. Es de lealtad, de verdad, de lucha. Que esta noche sirva para recordar que en este infierno, aún puede haber paz. Y que nadie, absolutamente nadie, merece cargar sus cicatrices solo.

Todos aplaudieron.

Desmond, en su mesa, bebía con los suyos, pero no dejaba de mirar esa silla vacía. El sol comenzaba a ocultarse, cuando alguien finalmente cruzó la reja del jardín. Era ella.

Skyler.

Vestía un vestido rojo de terciopelo, un peinado recogido y en su cuello... el collar que Desmond le había regalado hacía años. Lo reconoció de inmediato. Su corazón palpitó con fuerza.

—¿E-ella es...? —preguntó Andrea, notando la tensión en Desmond.

—Sí —respondió él, nervioso—. Ella es Skyler.

Andrea sonrió. Se levantó, caminó hacia la sabueso y le extendió la mano con naturalidad.

—Hola. Soy Andrea. Desmond me ha hablado mucho de ti. Un gusto conocerte.

Skyler pareció incomodarse, pero respondió con cortesía.

—Igualmente...

La noche transcurrió tranquila. Risas, brindis, juegos. Pero en algún momento, Skyler se acercó a Desmond y susurró:

—¿Podemos hablar?

Desmond asintió y ambos se alejaron del grupo.

Caminando entre los jardines, Skyler detuvo el paso y lo miró directo a los ojos.

—Solo dime la verdad... ¿Andrea es tu novia?

Desmond dudó un segundo. Luego bajó la cabeza.

—Sí. Lo es.

Skyler sonrió con tristeza.

—Está bien. No te voy a juzgar. Tienes derecho a rehacer tu vida... Yo también hubiera querido poder hacerlo.

—Aún pienso en ti, Sky. Todo el tiempo. Aún sueño con el hijo que nunca tuvimos.

Skyler respiró hondo, temblorosa.

—Yo... te mentí. Aquella vez que te dije que ya no sentía nada por ti... no era verdad. Lo dije porque mi familia me lo pidió. Porque necesitaban que me alejara de ti, para evitar más conflictos. Pero... yo no quería hacerlo. Te juro que no.

Desmond se quedó inmóvil. Ella abrió una pequeña cajita de terciopelo y dentro... estaba el anillo de compromiso.

—Nunca lo tiré. Nunca lo olvidé. Fuiste lo mejor que me pasó en la vida, Desmond. Pero ahora... ahora tengo que seguir. Y tú también.

Skyler besó el anillo, lo guardó, y sin más palabras, se dio media vuelta y se marchó del palacio.

Desmond no la detuvo. Porque por primera vez... la entendió.

Y mientras regresaba a la fiesta, supo que ese capítulo de su vida, aunque no borrado, por fin estaba cerrado.

Ahora sí... podía vivir en paz. Y construir algo nuevo, sin sombras

CAP 39

Íconos y cicatrices

La mañana después de la fiesta de Navidad amaneció tranquila en el Palacio Ludendorff. Una luz tenue entraba por las ventanas, bañando de dorado la habitación de Desmond. Nami, con su usual energía tempranera, estaba allí, con un trapo en la mano y la cola moviéndose con entusiasmo mientras tarareaba una canción que no existía.

—♪¡Limpio, limpio, limpio!♪ —canturreaba mientras ordenaba los cojines de la cama con más fuerza de la necesaria.

La pequeña felina vestía un delantal que le quedaba enorme y se resbalaba por su cuerpo cada dos pasos. Su sonrisa era genuina, aunque la mayoría de las veces acababa ensuciando más de lo que limpiaba.

Después de un rato, empujada por su obsesiva necesidad de que todo quedara perfecto, decidió aventurarse dentro del vestidor de Desmond. Allí, entre la penumbra y las chaquetas colgantes, algo brillante llamó su atención. Una pequeña bola de estambre, perdida entre unos zapatos viejos y una caja de partituras olvidadas.

Nami tragó saliva. Su bigote tembló. Y por más que lo intentó... su instinto fue más fuerte.

—No... no... no debo... —murmuró mordiéndose el labio—. Pero se ve tan... ¡jugoso!

Y con un salto felino lleno de gracia y torpeza a partes iguales, se lanzó sobre la bola.

—¡Míaaaaaauuu!

Rodó un poco por el suelo mientras la empujaba entre sus patas, bufando y riendo bajito... hasta que escuchó una voz tras ella.

—¿Qué estás haciendo?

Nami se congeló. Literalmente. El estambre se detuvo entre sus patas y ella, en un acto reflejo, se enderezó tan rápido que se golpeó con uno de los cajones del vestidor.

—¡Ay, ay, ay! ¡Mi orejitaaaa! —gimió llevándose las manos a la cabeza.

Una foto antigua cayó al suelo desde el cajón mal cerrado. Desmond entró y, al verla tambaleándose, se apresuró a ayudarla.

—¿Estás bien? —preguntó, recogiéndola con cuidado entre sus brazos y colocándola sobre sus hombros.

—S-sí... creo. Solo me duele un poco la dignidad —murmuró mientras se frotaba la oreja con expresión avergonzada.

La foto quedó en el suelo. Nami la notó primero.

—Oye, Desmond... ¿y esa foto?

Desmond bajó la mirada y frunció el ceño al verla. Se agachó, la recogió con delicadeza y la observó durante unos segundos.

—Wow... ni recordaba que la tenía guardada.

—¿Quiénes son?

—Viejos artistas. Fue tomada durante una de las presentaciones de Hellbet Records —dijo, pasando los dedos por el papel gastado—. Casi ninguno logró hacerse un nombre... menos

uno. Este de aquí —señaló a un joven con gafas oscuras y chaqueta de cuero, justo al lado de Antrox—. Se llamaba Elias Kreel.

—¿Y qué fue de él?

—La última vez que supe algo, había dejado Hellbet para comenzar su carrera como DJ. Siempre tuvo talento, eso es seguro. Aunque también era un poco loco —sonrió con nostalgia—. Lo último que escuché es que ahora se hace llamar Drillex.

—¿Drillex? ¡Ese nombre suena genial! —exclamó Nami, con los ojos brillando—. ¡Podríamos buscarlo en internet!

Desmond dudó un momento, pero luego se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Ambos se sentaron en la cama. Desmond abrió su laptop y tecleó "Drillex" en YouHub. Lo primero que apareció fue un canal verificado con el clásico logo de la nota musical infernal.

—Wow... —susurró Desmond.

—¡Está verificado! —dijo Nami, señalando la pantalla con emoción—. ¡Mira todos esos videos!

Comenzaron a explorar. Había colaboraciones con artistas famosos del inframundo, visuales psicodélicos, comentarios llenos de elogios. Luego fueron a su Imagran.

—¡Aquí hay fotos suyas en la Ciudad del Dolor, en el Anillo de la Lujuria... y mira esto! —dijo Nami, abriendo una imagen donde Drillex aparecía en un escenario que parecía celestial.

—Es la Tierra Prometida... —susurró Desmond, incrédulo—. ¿Él estuvo en el cielo?

—¿Eso quiere decir que... es un ícono?

—Debe serlo —respondió Desmond—. Solo los íconos pueden estar allá... y él lo logró. Un maldito pecador... Elias. Supongo que sí lo logró.

Siguieron viendo más. En una de las fotos más recientes, aparecía Antrox dándole un reconocimiento.

—¿Qué es eso? —preguntó Nami.

—Es... —Desmond sonrió con algo de envidia en el rostro—. Es cuando lo nombraron ícono de la electrónica. Lo máximo que se puede alcanzar en este género musical. No hay título más alto.

—¿Y tú no quieres ser uno?

Desmond guardó silencio unos segundos.

—Sí. Siempre he soñado con ser parte de los íconos. Con llegar al nivel de M&M... el ícono del rap.

—¡Tú puedes lograrlo! —exclamó Nami, saltando sobre la cama—. Solo tienes que trabajar duro y perseverar.

—Ay, Nami... —Desmond resopló, divertido—. Eres solo una gatita tonta.

—¡No soy tonta! —refunfuñó cruzándose de brazos—. Solo soy... diminuta. ¡Pero no tonta!

—Vale, vale. No eres tonta —rio Desmond—. A veces olvido que debajo de esa suavidad hay una fiera.

Nami infló los cachetes con dignidad.

—¡Exactamente!

Desmond volvió al Imagran de Drillex y encontró su última publicación. Una foto con luces azules, rodeado de fuego, en un escenario masivo. En los comentarios ya estaban nombres grandes del inframundo. Andrea. Celia. Y muchos más.

—Voy a dejarle un comentario —dijo Desmond.

Escribió: "Viejos tiempos... aún conservo esto." Adjuntó la foto antigua. Nami lo miró emocionada.

—¿Y si responde?

—Lo dudo. Es un ícono ahora. Estará muy ocupado para mirar esto...

Tres horas después, su celular vibró. Una notificación. Un mensaje directo en Imagran.

Era de Drillex.

Desmond lo abrió, conteniendo el aliento.

"¿Cómo conseguiste esa foto?"

Desmond contemplaba la pantalla de su laptop en silencio, sin mover un músculo, como si el mensaje que acababa de recibir pudiera desintegrarse si respiraba muy fuerte.

—¿Y bien? —preguntó Nami, sentada a su lado con las orejas bien erguidas—. ¿Qué dice?

Desmond tecleó con lentitud, como si dudara de sus propias palabras.

—"Elias... soy yo, Desmond Ludendorff. Trabajamos juntos en Hellbet Records. ¿Recuerdas?" —leyó en voz baja mientras lo escribía.

No pasaron ni tres minutos antes de que llegara la respuesta:

"¡¿Desmond?! ¡Joder, claro que me acuerdo! ¿Qué ha sido de ti, hermano? ¿Seguiste en el rap o qué?"

Desmond soltó una breve risa nostálgica.

—Sí, sí... sigue siendo él. Igual de directo.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó Nami con curiosidad infantil.

—La verdad —dijo Desmond, y empezó a escribir—: "Sigo rapeando, sí. Pero también armé una banda. Me cansé de estar encerrado en un solo género. Quiero experimentar... ver hasta dónde puedo llegar."

Elias tardó un poco más en responder, pero cuando lo hizo, lo acompañó de un audio.

"¡Sabía que tú no ibas a quedarte quieto! Desde que te conocí supe que lo tuyo no era solo rap, viejo. Me alegra mucho saber de ti, de verdad. Me has hecho la noche con este mensaje."

Desmond sonrió mientras escuchaba. Pronto comenzaron a intercambiar audios, uno tras otro. Historias del pasado, anécdotas de Hellbet, risas por errores tontos en grabaciones, recuerdos borrosos de noches interminables en clubes subterráneos. La charla se volvió fluida, como si los años no hubieran pasado, como si los kilómetros y las jerarquías no importaran.

Nami, aunque algo adormilada, permanecía a su lado.

—¿Te llevabas tan bien con él? —preguntó con un bostezo adorable.

—Era como un hermanito menor... aunque a veces parecía más maduro que yo. Siempre estaba haciendo beats, probando mezclas, jodiendo con sus cables. Tenía un talento natural. Me alegra que lo haya logrado.

La pantalla volvió a iluminarse. Nuevo mensaje de Elias:

"¿Y si nos vemos esta noche? Tengo una hora libre antes de irme a grabar. ¿4:30 am en el parque que está al lado del Palacio Ludendorff? ¿Te parece?"

Desmond dudó un segundo. Miró el reloj: 2:47 am.

—¿Vas a ir? —preguntó Nami mientras se estiraba sobre la cama.

—Por supuesto que sí.

4:30 am. Parque lateral al Palacio Ludendorff

El aire del infierno a esa hora era más denso, pero también más silencioso. Desmond estaba apoyado contra un poste, la capucha de su chaqueta cubriéndole parte del rostro mientras sostenía un cigarrillo entre los dedos. Cada bocanada lo ayudaba a pensar menos... y sentir más.

Un zumbido agudo rompió la quietud. Un auto lujoso, de esos que solo se ven en barrios exclusivos de la avaricia, se detuvo frente a él. De la puerta trasera salió un joven con el cabello desordenado, auriculares colgando del cuello y una sonrisa más grande que su rostro.

—¡¡Mira nada más al jodido Desmond Ludendorff!! —gritó Elias mientras se acercaba con los brazos abiertos. Sin esperar permiso, lo abrazó con efusividad, palmándole la espalda con fuerza—. ¡Hermano! ¡No sabes cuánto me alegra verte!

Desmond, aunque sorprendido, no pudo evitar reír.

—Sigues sin conocer el concepto de "saludo tranquilo", ¿eh?

—¿Y aburrir esta reunión legendaria? ¡Ni loco! —Elias lo soltó y se apartó un poco para mirarlo mejor—. Mierda, estás igualito. Bueno... con menos pelo, pero igualito.

—Y tú estás... —Desmond lo examinó— ...ridículamente exitoso.

Ambos se rieron mientras caminaban hacia una de las bancas del parque, que apenas se iluminaba con la tenue luz roja de los faroles infernales.

Se sentaron, sin prisa, y empezaron a hablar. De música. De sueños. De decepciones. Elias contaba con orgullo cómo su carrera como DJ había explotado después de dejar Hellbet, cómo había comenzado en sótanos y ahora llenaba arenas enteras. Desmond, por su parte, hablaba de la banda, de su necesidad de explorar emociones más allá de la furia del rap.

Y entonces...

—Oye... ¿sigues con aquella lobita pequeña? ¿Cómo se llamaba...? —Elias chasqueó los dedos, pensativo—. ¡Skyler! ¿No?

El gesto de Desmond cambió.

—Ya no. Estuvimos casados un tiempo, pero... no podíamos tener hijos. Y la familia de ella... bueno, los prejuicios terminaron destruyéndolo todo. Nos separamos.

Elias bajó la mirada, con un dejo de tristeza sincera.

—Lo lamento, viejo. Ustedes parecían la pareja perfecta. Siempre estaban de empalagosos en el estudio —soltó una risa nostálgica—. Me acuerdo que yo tenía que subir el volumen de los beats porque me daban arcadas con tanto "mi amor" por aquí y por allá.

Desmond soltó una leve carcajada.

—Sí... fue una etapa hermosa. Pero ya pasó. Ahora estoy con Andrea. Una pecadora. Llevamos casi ocho meses... y somos felices. Muy felices.

Elias asintió, casi con alivio.

—Me alegra que tengas a alguien. Aunque yo... bueno, solo tengo mis sintetizadores.

—Tus sintetizadores y medio infierno bailando tus beats —bromeó Desmond.

—Eso también.

Ambos se miraron. La charla fluía como si jamás se hubiera interrumpido.

Y aún faltaba mucho por hablar.

El silencio entre Desmond y Elias se rompía solo por el crujido leve de los faroles infernales y el ocasional murmullo lejano de un alma errante. Ambos estaban sentados en aquella banca vieja del parque, uno al lado del otro, como dos músicos en descanso después del último acorde.

—Y entonces, ¿en qué trabajas ahora? —preguntó Elias, recostándose hacia atrás con los brazos estirados.

Desmond soltó una risa corta, casi irónica.

—Trabajaba como profesor de música en la Universidad de los Condenados... pero lo dejé hace unos meses.

—¿Neta? ¿Y eso?

—Porque ya no me llenaba. Estaba enseñando teoría a gente que no sentía la música. Me estaba oxidando, y no vine al infierno a marchitarme. Así que decidí perseguir mi sueño por completo: formar la banda, rapear, componer... todo.

Elias lo miró con una sonrisa que no era solo de aprobación, sino también de cierta nostalgia.

—Bien hecho. No te rindas nunca, ¿sí? Te lo digo en serio. Yo me volví ícono por un maldito golpe de suerte... y a veces me arrepiento de haberlo logrado tan joven.

Desmond lo miró con extrañeza.

—¿Cómo que te arrepientes? ¿Cuántos años tenías cuando...?

—Cuando morí —interrumpió Elias con un tono más serio—. Tenía diecisiete. Fue en un accidente automovilístico.

Desmond enmudeció.

—Joder... no lo sabía.

—Nadie lo sabe, en realidad. Iba camino a casa después de una tocada en un bar. Llovía. El conductor perdió el control. Yo salí volando por el parabrisas.

Elias hizo una pausa larga, como si cada palabra pesara más de lo que quería admitir.

—Era un buen chico, Desmond. Hacía cosas buenas. No era un santo, pero tampoco un monstruo. Pero eso no bastó. Dios me consideró insuficiente. Y acabé aquí.

—¿Y qué pasó cuando llegaste al infierno?

—Al principio estuve en una especie de sala de espera, como un limbo. Un sitio gris, lleno de almas... algunas buenas, otras podridas. Todos esperando a que decidieran nuestro destino eterno. Mi veredicto fue rápido. "Infierno". Ni apelación, ni explicación.

Desmond apretó los dientes. El aire se volvió más pesado.

—¿Y cómo hiciste para sobrevivir aquí tan joven?

—Aprendí. Me adapté. Y luego encontré algo que me salvó: la música. Conecté con la escena electrónica, con los clubes oscuros, con la vibración del bajo y la gente que solo quería sentir algo real. Me abrí camino. Y el talento me llevó a lugares que nunca imaginé.

Desmond sonrió, impresionado.

—Y ahora eres ícono.

—Sí... —respondió Elias con una voz casi triste—. Pero no todo es lo que parece. La fama pesa. Los contratos, la política, las rivalidades... es demasiado para alguien que murió antes de ser adulto.

—¿Pero valió la pena?

Elias asintió, y luego dijo algo que dejó a Desmond helado.

—Gracias a eso... pude ver a mi madre otra vez.

—¿Qué?

—Sí. Logré subir al Cielo, Desmond. A la Tierra Prometida. No por mis acciones en vida, sino por las que hice aquí. A eso lo llaman redención.

Desmond parpadeó, atónito.

—¿Redención? ¿Quieres decir que...?

—Que los demonios o pecadores que, tras su condena, hacen el bien... pueden ascender. No es común, ni fácil. Pero sucede. Hay una esperanza.

La mente de Desmond comenzó a correr como un tren desbocado. Marta. Rubí. Sus 2 madres. ¿Podían estar allá arriba? ¿Esperándolo?

—Elias... ¿cómo puedo lograrlo?

El DJ lo miró fijamente, con una seriedad que contrastaba con su energía usual.

—Tendrías que convertirte en ícono. No cualquier músico puede subir. Solo los que dejan una huella eterna. Pero para eso... tienes que destronar al actual ícono del rap.

—¿M&M? —Desmond tragó saliva—. ¿Ese tipo sigue en el trono?

—Desde los 90s, hermano. Nadie ha podido quitarle la corona. Ni siquiera yo. Y créeme, no es alguien con quien quieras tener problemas.

Desmond bajó la cabeza, pensativo.

—Entonces debo enfrentarme a él. No ahora... pero algún día.

—¿Estás loco? —rió Elias, pero no con burla, sino con cierto respeto—. ¿En serio piensas hacerlo?

—Si eso significa volver a ver a Marta... a Rubí... sí. No puedo dejar este mundo sin abrazar a la mujer que me dio la vida y a la que quise como familia.

Elias guardó silencio. Luego sonrió.

—Pues más te vale prepararte. Porque si alguien tiene una mínima posibilidad de lograrlo... ese eres tú, Desmond Ludendorff.

Los primeros destellos del amanecer infernal comenzaban a teñir el cielo con tonos rojizos. Desmond se levantó lentamente de la banca y estiró los brazos.

—Ya es tarde... o muy temprano, según cómo lo mires. Tengo ensayo con la banda.

—Y yo tengo entrevistas. Pero espera...

Elias sacó su celular y lo sostuvo en alto.

—Una foto. Como en los viejos tiempos.

Desmond sonrió y se acercó. Click.

—Sube esa —dijo Desmond mientras se alejaban—. Y pon: "el infierno aún no ha visto lo mejor de nosotros."

Elias lo saludó con un gesto y se subió a su auto, que arrancó suavemente bajo la bruma.

Desmond se quedó solo unos segundos más, con la mente girando como una tornamesa.

Ahora lo sabía: la redención era real. Su madre. Marta. El perdón. Todo era posible.

Y por primera vez en mucho tiempo... tuvo un propósito claro.

—Voy a lograrlo —susurró para sí mismo—. Por ellas.

Y con paso firme, se dirigió de regreso al palacio, sabiendo que el camino recién comenzaba.

CAP 40

Luces para el Año Nuevo

El reloj marcaba las doce del mediodía cuando las primeras notas se dejaron oír dentro del Palacio Ludendorff. Las paredes vibraban con la energía del ensayo. Desmond estaba afinando su micrófono mientras Julian ajustaba su guitarra, Isabella afinaba su bajo, y Lay-K calentaba en la batería con algunos redobles suaves. La atmósfera era intensa, pero también entusiasta.

—Ey —dijo Desmond mientras ajustaba la ganancia de su consola—, ¿adivinen con quién me reuní anoche?

Julian levantó una ceja, sin dejar de rasguear su guitarra con un ritmo lento y rasposo.

—¿Con quién? ¿Alguna ex que te quiere de vuelta?

—Ja, ojalá. No, me encontré con Elias Kreel.

Un silencio breve.

—¿Quién? —preguntó Isabella, girando su silla.

—Drillex —agregó Desmond con una pequeña sonrisa.

Julian soltó un chasquido.

—¡¿Qué?! ¿¡Drillex el DJ?! ¡¿Ese Drillex?! ¿Ese que mezcló con Seeth y Yvra?! ¡No me jodas!

Desmond asintió con calma.

—Sí, ese mismo. Antes de todo eso, trabajamos juntos en los viejos estudios de Hellbet Records. Cuando aún tenían su sede aquí en el anillo de la furia.

Julian dejó de tocar.

—Sí, sí, ya sabía que venía de Hellbet. Que lo dejó para hacer su carrera como DJ solo y bla bla bla... Pero lo que no entiendo es... —se inclinó hacia adelante, con una mezcla de incredulidad y emoción—. ¿¡Cómo carajos tienes su contacto!?

Desmond soltó una pequeña risa y cruzó los brazos.

—Fuimos colegas en el estudio. Hacíamos mezclas juntos. Incluso me ayudó a producir uno de mis primeros temas.

Julian abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero simplemente negó con la cabeza y sonrió.

—Tú sí que sabes guardarte las cartas, Ludendorff.

—Uno nunca sabe cuándo un contacto puede ser útil —respondió Desmond, y le guiñó un ojo.

Isabella, que parecía más tranquila que su compañero guitarrista, intervino mientras giraba en su silla con aire pensativo.

—¿Y qué vamos a hacer para Año Nuevo? ¿Ya lo pensaron?

Desmond alzó las cejas. No se le había pasado por la cabeza.

—La verdad... no.

—¿Y si hacemos nuestro primer concierto? —sugirió Isabella con una sonrisa entusiasta—. Nada demasiado grande. Algo íntimo pero potente. Empezar el año con un estallido.

La idea flotó unos segundos entre todos. Desmond la atrapó al vuelo.

—¿Y dónde lo haríamos? No tenemos lugar.

Hubo un silencio mientras todos se miraban. Entonces Desmond tomó su teléfono, pensativo.

—Un segundo...

Marcó. La línea sonó tres veces antes de que una voz familiar respondiera con energía.

—¡Desmond, mi demonio favorito! —era James, su hermano mayor.

—¡Ey, James! Qué gusto oírte. Oye, ¿tienes planes para Año Nuevo?

—Nada especial. Desde que te mudaste con Skyler, esta casa parece un mausoleo. ¿Por qué?

—Pensábamos hacer un concierto pequeño... algo íntimo para Año Nuevo. ¿Crees que podamos usar el parque trasero de tu casa?

James tardó solo un par de segundos en responder.

—¿Un concierto? —rió—. Me suena perfecto. Tráete a la banda. Lo único que les pido es que no hagan explotar el baño como la última vez.

Desmond se rió.

—Prometido. ¡Gracias, hermano!

Colgó y se volvió hacia la banda, alzando el teléfono como si hubiera ganado una batalla.

—Ya tenemos lugar. El parque trasero de la casa de mi hermano.

—¡Perfecto! —celebró Isabella—. Entonces... ¿qué vamos a tocar?

Desmond ya tenía el setlist en mente. Había estado esperando el momento adecuado para desempolvar esos temas.

—Tres canciones humanas. Talk Dirty to Me de Plocion, Bulls on Paradise de Rage the Machine y, por supuesto, el plato pesado: Rock and Roll Al Nite, de KIIZZ.

—¿En serio? —Julian sonrió—. Esos temas los tenemos dominados. Solo hay que darle unos ajustes al sonido. Vamos a volarle la cabeza al infierno.

La banda se puso manos a la obra de inmediato. Aunque solo faltaban seis días, la energía se sintió diferente. Cada golpe, cada nota, cada palabra tenía una meta clara: Año Nuevo sería su noche.

Desde ese momento, comenzaron los preparativos. Ajustaron precios de entrada, diseñaron la publicidad, y publicaron en todas sus redes sociales el anuncio del show.

Y así, con el rugido de las cuerdas y el retumbar de los tambores, el camino al primer gran concierto de la banda había comenzado.

La tarde anterior al concierto, la vieja casa de James, estaba más viva que nunca. En la antigua habitación de Desmond, las bolsas de dormir cubrían el suelo como un campamento improvisado. Julian afinaba su guitarra en silencio, Isabella organizaba unas hojas con letras de canciones, y Lay-K se encontraba acostado mirando el techo, pensativo. Todos parecían relajados, pero había una tensión eléctrica en el aire, como si el mismísimo infierno contuviera la respiración por lo que iba a ocurrir.

—¿Y si nos vestimos como en los 80? —propuso Desmond desde un rincón, dejando caer su cuerpo en una silla giratoria—. Ya saben... mallas, hombreras, gafas ridículas, peinados salvajes. Seríamos imposibles de ignorar.

—¡Me encanta! —exclamó Isabella levantando los brazos—. Yo puedo maquillar a todos si quieren. Tengo sombras fluorescentes.

—Por supuesto que tienes —bromeó Julian, recostándose sobre su bolsa de dormir.

Lay-K, desde su rincón, asintió sin decir palabra. La idea parecía agradarle también.

—Entonces queda decidido —anunció Desmond mientras se levantaba—. Mañana... ¡todos ochenteros!

Un rato después, las luces se apagaron y el murmullo de las voces se transformó poco a poco en la cadencia tranquila de la respiración grupal. La noche se deslizó sobre la ciudad como una manta de cenizas suaves. Hasta que el amanecer llegó.

5:30 AM – Alarma infernal.

Un pitido insoportable sacudió el aire. Desmond golpeó su despertador hasta apagarlo. Se incorporó, con el cabello alborotado y los ojos entrecerrados. Miró a su alrededor. Todos seguían durmiendo. Todos, menos uno. Bueno... no por mucho.

Se levantó y caminó hacia la bolsa de dormir de Lay-K. Se agachó a su lado y lo sacudió suavemente del hombro.

—Hey, Lay. Arriba, tenemos que hablar.

—¿Ahora...? —murmuró el felino, todavía a medias entre el sueño y la vigilia.

—Sí. Solo un momento. Es importante.

Ambos salieron sin hacer ruido hacia el balcón trasero, donde la bruma del amanecer teñía de gris rojizo las rejas oxidadas. El mundo aún no despertaba, y eso les daba un instante solo para ellos.

Desmond encendió un cigarrillo y lo sostuvo entre los dedos, sin fumarlo. Su mirada estaba fija en el horizonte.

—Dime la verdad, Lay-K. ¿Qué pasó con tus padres?

El joven felino bajó la vista. Trató de decir algo, cualquier cosa. Una excusa, una evasiva, una broma. Pero Desmond ya lo conocía bien. Sabía cuando estaba evitando una verdad.

—Dijiste que fue un accidente —agregó Desmond, dándole espacio—. Pero quiero saber más. ¿Cómo era tu familia?

Lay-K tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz sonaba más vulnerable de lo habitual.

—Ellos eran... lo mejor del mundo. No eran mis padres biológicos, pero eso nunca importó para ellos. Me trataron como su hijo desde el primer día.

Desmond lo miró con atención.

—¿Cómo que no eran tus padres biológicos?

Lay-K suspiró, cruzando los brazos.

—Mis verdaderos padres eran dientes de sable. Una raza felina rara. No eran parte de Felyzium. Allá solo viven gatos, ya sabes... es como una ciudad-estado felina dentro del infierno. Pero hay otras tierras, como Tigrilia, donde vivían ellos. Mi madre, muy herida, llegó a Felyzium buscando refugio. No para ella, sino para mí. Me llevaba en brazos cuando se desplomó en la puerta de una casa. Esa casa era la de Sayuri, mi madre adoptiva. Me cuidó desde entonces. Mi padre biológico ya había muerto por resistirse a un asalto.

Desmond escuchaba en completo silencio.

—Sayuri... y Takeshi —continuó Lay-K—. Ellos me dieron su apellido, sus cuidados, todo. Me criaron como a un hijo. Me educaron junto a Nami, que nació cuando yo tenía dos años. Me dieron ciudadanía en Felyzium y me enseñaron lo que era el amor. Y entonces... pasó la tragedia.

Desmond apenas parpadeó.

—Un restaurante —dijo Lay-K, bajando la voz—. El techo colapsó. Murieron aplastados por los escombros. Fue tan repentino... que no tuvimos tiempo de despedirnos.

Desmond tragó saliva. Lay-K prosiguió.

—Nami quedó devastada. Su mente... regresó a una etapa infantil. Aunque tenía 16, empezó a actuar como una niña de siete. Los médicos dijeron que era una forma de protección ante el trauma. Y yo... yo no podía trabajar. Nadie me contrataba. Así que empecé a robar. Solo para darle de comer.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no se detuvo.

—Cuando Nami comenzó a limpiar habitaciones de hotel, lo hacía por un salario miserable. Se aprovechaban de ella por ser tan inocente. Y así... sobrevivimos. Hasta que ustedes aparecieron. Hasta ese juicio... donde todo cambió.

Desmond, conmovido, apagó el cigarro. Luego, sin dudarlo, lo abrazó con fuerza.

—No tenía idea, Lay-K... de todo eso. Pero estoy feliz de que estés aquí ahora. No estás solo.

El felino, que al principio se tensó, luego se derrumbó en ese abrazo. Era cálido. Era sincero.

—Gracias por no rendirte conmigo —susurró.

—Gracias por permitirme estar —respondió Desmond.

Tras un largo silencio, Desmond dio un paso atrás, limpiándose una lágrima con disimulo.

—Ahora, vamos. Tenemos un concierto que preparar. Y por lo que vi en los comentarios, va a venir más gente de la que esperábamos.

Lay-K sonrió, aunque sus ojos seguían brillando.

—Entonces... manos a la obra.

Desmond abrió los ojos con energía renovada. Se incorporó en su bolsa de dormir y observó a su alrededor: todos aún dormían, envueltos en mantas, con los instrumentos arrimados en una esquina y el setlist pegado en la pared con cinta. La emoción del día lo golpeó como una descarga eléctrica.

—¡Arriba, vagos! —gritó, encendiendo las luces de golpe.

Julian se tapó la cara con una almohada.

—¿Qué hora es...? ¿Por qué me siento como si me hubiera dormido sobre un amplificador?

—Es hora de hacer historia —dijo Desmond con una sonrisa.

Isabella se desperezó como un gato, mientras Nami se levantaba en silencio, estirando los brazos con una sonrisa soñolienta. Lay-K ya estaba en pie, aún con el recuerdo del abrazo en el balcón presente en su pecho.

La noche llegó como un telón de terciopelo estrellado. El patio trasero de la casa de James estaba completamente lleno. Luces de colores colgaban entre árboles y faroles, una pequeña tarima improvisada estaba lista con los instrumentos, y un letrero de neón brillaba con orgullo: "GAIA EN VIVO – PRIMER SHOW".

El público era diverso: demonios, pecadores, artistas, incluso algunos vecinos curiosos. Entre ellos, destacaban dos figuras conocidas para Desmond: Elias, con su típica chaqueta excéntrica y gafas oscuras; y Skyler, de pie entre la multitud, con una tímida sonrisa en los labios.

Desmond subió al escenario, tomó el micrófono y miró al público con una mezcla de nervios y orgullo.

—¡Buenas noches, infierno! —gritó con fuerza.

La multitud rugió en respuesta.

—Gracias por estar aquí, en algo que para nosotros significa muchísimo. Este es el primer show de GAIA, y lo vamos a hacer como si fuera el último. ¿Están listos?

—¡SÍIIII! —gritaron desde todos lados.

Julian rasgó las primeras notas. Isabella se ajustó el bajo. Lay-K contó con las baquetas:

—¡Uno, dos, tres, cuatro!

Y comenzó la primera canción: "Bulls on Paradise", una adaptación infernal del clásico rebelde.

"Come on, come on, come on, come on!
Rage inside my mind, but I smile just fine
We ain't slaves no more, we burn through the floor!"

La energía era imparable. Desmond lo daba todo con la voz, moviéndose por el escenario con una furia controlada. El público saltaba, coreaba, aplaudía. Algunos alzaban los puños, otros bailaban como si el mundo fuera a terminar.

—¡Vamos, Gaia! ¡Más alto! —gritó Desmond, y la multitud obedeció.

Sin dar tiempo a respirar, comenzó la segunda canción: "Talk Dirty to Me". Esta vez, Desmond y Julian compartían los versos con complicidad.

"You know I never, I never seen you look so good
You never act the way you should
But I like the way you mooooooove..."

La gente silbaba y gritaba. El solo de guitarra llegó como un relámpago: Julian se adelantó con precisión feroz, y Lay-K lo acompañó con una batería cruda y poderosa que hizo vibrar el suelo.

Nami, entre el público, lo miraba con los ojos brillantes de orgullo. Elias aplaudía con entusiasmo, mientras Skyler mantenía la vista en Desmond, sonriendo con nostalgia.

Pero entonces...

—¡Vecinos! ¡Demasiado ruido! —gritó una voz desde la valla.

Luces rojas y azules destellaron a lo lejos. Dos autos de la policía infernal se estacionaron frente a la casa. Pero antes de que la música se detuviera, Desmond agarró el micrófono y gritó:

—¡A la mierda el silencio! ¡Vamos con todo!

Y así comenzó el plato fuerte: "Rock and Roll All Nite" de KIIZZ.

"I wanna rock and roll all nite
And party every day!"

Para sorpresa de todos, los oficiales no apagaron la fiesta. Uno de ellos —un demonio de aspecto robusto con una gorra torcida— sonrió y alzó los cuernos con los dedos.

—¡Toquen esa mierda, chicos!

El público explotó en risas y vítores. La canción continuó, más fuerte que nunca. Cada verso era coreado como un himno rebelde, cada golpe de batería era una declaración de libertad. Desmond saltaba en el escenario como si fuera su última noche vivo. Isabella tocaba como si las cuerdas fueran llamas. Y Julian... Julian se perdía en el éxtasis del solo final.

Cuando el último acorde retumbó, hubo un silencio de apenas dos segundos. Y luego, un estallido de aplausos.

—¡GAIA! ¡GAIA! ¡GAIA! —coreaban.

Los policías se retiraron con una sonrisa, y la multitud comenzó poco a poco a dispersarse para celebrar el Año Nuevo en otras partes del infierno.

Quedaron solo unos pocos: Elias, Skyler, Izobelle, Nami, Andrea, y, por supuesto, los miembros de la banda.

—Eso fue brutal —dijo Elias, dándole una palmada a Desmond—. Si siguen así, van a devorar el circuito musical infernal. En serio.

—Estuvo increíble —añadió Skyler—. No pensé que aún podías... conmoverme tanto desde un escenario.

Andrea sonrió sin celos, comprendiendo que en esa mirada no había deseo, solo respeto.

Faltaban dos minutos para la medianoche. Todos se sentaron en el pasto, jadeando, riendo, compartiendo botellas de licor endemoniado.

—¿Qué desean para este año? —preguntó Izobelle con una copa en la mano.

—Que la banda crezca —dijo Isabella.

—Un disco —añadió Julian.

—Paz... solo paz —susurró Desmond, mirando el cielo oscuro.

Y entonces, como una señal celestial, los fuegos artificiales estallaron en el aire, iluminando los rostros de todos. Rojos, dorados, púrpuras. Como si el infierno también supiera celebrar.

Un nuevo año había comenzado. Y con él, una nueva etapa para todos.

TOMATE UN DESCANSO

CAPS MAS CORTOS AHORA

EN ADELANTE

CAP 41

Fuego Azul y Corazones Rojos

El ambiente en la sala era opresivo. Una habitación cerrada, sin ventanas, apenas iluminada por antorchas de fuego azul que ardían en las esquinas, proyectando sombras monstruosas en las paredes. En el centro, una mesa cuadrada de obsidiana negra reflejaba los rostros tensos de los seis presentes: los pecados capitales. Cada uno ocupaba su lugar con expresión contenida, algunos serenos, otros incómodos. Todos sabían que si estaban allí... era porque algo grave se avecinaba.

En el extremo de la sala, justo en la cabecera, se encontraba él. No necesitaba presentación. Su mera presencia bastaba para helar la sangre de cualquier criatura del infierno: The Ghost.

Medía al menos metro ochenta, su figura esbelta y musculosa envuelta en una capa negra que parecía hecha de sombras líquidas. Su rostro era una calavera pulida, sin piel, sin carne,

coronada por un par de cuernos largos que se curvaban hacia atrás como garras de hueso. Desde la base de su mandíbula hasta lo alto del cráneo, una llama azul danzaba con lentitud, emitiendo un leve silbido, como si respirara. No había ojos en su calavera, pero los pecados sabían que podía verlos... todos lo sabían.

—Han sido convocados —comenzó Ghost con una voz seca, profunda, que parecía salir de las entrañas mismas del inframundo— porque se ha detectado un movimiento. Un rumor... una llama que comienza a arder entre los escombros del orden que Lucifer ha instaurado. Un movimiento de rebelión.

Los pecados intercambiaron miradas rápidas. Celia apretó los dientes. Lascivia tamborileó los dedos sobre la mesa. Indivia desvió la mirada. Pero fue Valerio quien alzó la voz, con esa arrogancia y desprecio que lo caracterizaban.

—¿Y por qué no está aquí Antrox? —gruñó, recargándose en el respaldo de su silla con desdén—. Si se trata de desorden y caos... ese perro seguro tiene algo que ver.

The Ghost giró apenas su calavera hacia él.

—Antrox no es uno de ustedes. Solo cuida sabuesos y pecadores. No tiene asiento en esta mesa... ni lo tendrá.

—Conveniente —masculló Valerio—. Siempre ausente cuando hay que responder por algo.

Ghost ignoró el comentario.

—Uno de ustedes —continuó con calma letal— está protegiendo ese movimiento. Y tengo órdenes directas de Lucifer: si alguno de ustedes ha olvidado a quién deben lealtad... morirá.

Un murmullo se esparció como una ola entre los pecados. Celia se removió en su asiento. Greedon, el avaro, bajó la cabeza con sudor en la frente. Indivia, la envidiosa, tragó saliva con dificultad.

Pero la única que no pudo ocultar su miedo fue Desidia.

La pereza personificada. Una mujer de andar lento, mirada opaca, y voz suave como un suspiro. Pero en ese momento, su respiración era errática. Sus manos temblaban. Y su mirada no podía apartarse de Ghost.

—N-no... esto no está bien —susurró, levantándose con torpeza—. No puedo quedarme aquí... no así...

Su voz era más para sí misma que para los demás. En un arranque impulsivo, corrió hacia la puerta. Sus pasos torpes resonaron por la habitación.

Pero entonces...

Las antorchas se apagaron. Todo quedó en absoluta oscuridad.

Un silencio sepulcral.

Y luego... gritos.

—¡¡NOO!! ¡¡POR FAVOR, NOOO!! ¡¡MISERICORDIAAAAA!!

El chillido agudo, desesperado, se quebró en seco por un sonido crudo, húmedo. Como carne siendo cortada.

Cuando la luz volvió, The Ghost seguía en el mismo lugar. Quieto. Inmóvil. Pero en su mano, envuelta en llamas azules, su guadaña goteaba sangre negra.

Lanzó con desdén algo sobre la mesa. Un golpe sordo.

Era la cabeza de Desidia.

La boca abierta en una mueca de horror. Los ojos vacíos, pero aún empapados en lágrimas. La sangre se derramó como tinta oscura por la alfombra.

Celia se tapó la boca, temblando. Lascivia soltó una lágrima muda. Greedon estaba blanco como el mármol. Y Valerio... incluso él tragó saliva.

—Que esto les sirva de lección —gruñó Ghost—. Cualquiera que se ponga en contra del jefe... terminará como esa hija de puta.

Un silencio absoluto cayó sobre los cinco restantes. Nadie respiraba fuerte. Nadie hablaba.

—¿Entendido?

—Sí... señor —respondieron todos casi al unísono, con un tono entre respeto y terror.

Ghost se giró, su figura esquelética deslizándose hacia la sombra de la pared. Pero su presencia aún pesaba sobre ellos, incluso cuando ya no estaba a la vista.

Valerio bajó la cabeza. Había sentido por primera vez el miedo verdadero.

Había pasado una semana desde el primer concierto de Gaia, y el Palacio Ludendorff vibraba con una energía distinta.

—¡Chicos! ¡Miren esto! —exclamó Isabella, alzando su teléfono desde uno de los sillones del gran salón—. ¡Nuestro Imagram explotó después del show! ¡Tenemos más de dos mil seguidores!

Desmond alzó una ceja y sacó su propio móvil del bolsillo.

—¿Dos mil?

—Dos mil ciento veintisiete, para ser exactos —añadió Isabella con una sonrisa satisfecha.

—Vaya... —murmuró Desmond, deslizando el dedo por la pantalla. Y sí, ahí estaban. Publicaciones, etiquetas, menciones, incluso algunos edits hechos por fans. Uno de ellos mostraba su silueta en el escenario con la frase: "El rock también puede tener alas".

Julian soltó una carcajada desde el suelo, donde había estado ajustando las cuerdas de su guitarra.

—¡Con razón me llegaron cinco solicitudes de amistad hoy! —bromeó—. ¿Saben qué? Creo que con lo que recaudamos por las entradas... nos merecemos un descanso.

—¿Un descanso? —preguntó Lay-K, medio desconfiado.

—Vacaciones, viejo. Playa, sol, bebidas heladas... Desmond, ¿qué opinas?

Desmond lo pensó por un momento y se encogió de hombros.

—No suena mal. Nos lo hemos ganado. Podríamos hacerlo en grupo. Y... podríamos llevar a Nami. Me da pena que siempre se quede en el palacio. Nunca sale.

—¡A mí me encantaría que viniera! —intervino Isabella—. Nami es adorable, y además... ¡necesita ver el mar!

—Nunca ha visto el mar, ¿cierto? —preguntó Julian.

Lay-K bajó un poco la mirada, visiblemente tenso.

—No sé... No me gusta que salga mucho. Es todavía muy... inocente. El mundo allá fuera es duro.

Desmond le dio una palmada en el hombro.

—La cuidaremos entre todos. Yo estaré pendiente de ella. Te lo prometo.

Lay-K vaciló. Miró a Desmond, luego a Isabella, y finalmente suspiró.

—Está bien. Pero cualquier cosa extraña y nos regresamos de inmediato.

—¡Trato hecho! —dijeron Isabella y Julian a la vez.

Esa misma noche empezaron a organizarlo todo: fechas, lugares, transporte. Izobelle incluso les facilitó una camioneta y el acceso a una casa frente a las costas infernales. Era oficial: Gaia se iba de vacaciones.

Una semana después

El portón del Palacio Ludendorff se abrió lentamente al amanecer. Una camioneta negra, espaciosa y reluciente, esperaba con el motor encendido. El chofer, un demonio de rostro tranquilo y gafas oscuras, saludó con un gesto serio.

—Suban las maletas atrás. Tenemos un largo camino —anunció.

Uno por uno, los miembros de la banda fueron cargando sus cosas. Mochilas, maletas con ruedas, una hielera, incluso una guitarra acústica en su estuche. Nami corría emocionada alrededor de la camioneta, mirando todo como si fuera su primera salida al mundo.

—¡Vamos, Nami! —llamó Desmond desde el asiento del copiloto—. ¡Hora de conocer el mar!

La camioneta arrancó. A medida que avanzaban por las polvorientas carreteras del infierno, las ventanas dejaban ver escenas caóticas y comunes a la vez: pecadores y demonios enredados en protestas, imps huyendo entre callejones, y ocasionalmente algún bar explotando por exceso de energía etérica.

—El infierno nunca cambia —murmuró Julian mientras se pasaba los audífonos.

Cuatro horas después, la vista cambió radicalmente. Las arenas oscuras dieron paso a una costa inmensa y de aguas Cristalinas que reflejaban el cielo rojo. La casa que habían rentado estaba justo en la orilla, decorada con madera negra y piedra volcánica. A pesar del paisaje infernal, era acogedora.

—¡Primera vez que veo el mar! —gritó Nami emocionada, corriendo hacia la arena.

—Desmond, esta casa está increíble —dijo Isabella, explorando el lugar con los ojos brillantes—. ¡Hay hasta una terraza con vista a las olas!

Esa noche, el cansancio del viaje los atrapó a todos. Cada quien se fue a su habitación: Desmond solo, Lay-K y Nami en una habitación doble, y Julian e Isabella compartiendo la más pequeña. Nadie dijo nada al respecto... pero las miradas entre Julian e Isabella no pasaron desapercibidas.

A la mañana siguiente

El aroma del café infernal llenaba la casa. Desmond estaba en la cocina, friendo algo parecido al tocino, cuando los demás comenzaron a despertar.

—Buenos días —dijo Lay-K con voz aún adormilada, mientras Nami lo seguía de cerca con un gran bostezo.

—¿Qué hay para hoy? —preguntó Julian, sentándose a la mesa.

—Sol, mar... y un par de tragos si conseguimos hielo —respondió Desmond—. Después de todo, esto es vacaciones.

—Perfecto —dijo Isabella, levantándose con entusiasmo—. ¡Voy a cambiarme!

No pasó mucho antes de que regresara, con un traje de baño azul oscuro y una camisa abierta encima. No era revelador, pero resaltaba su figura esbelta y voluptuosa. Julian casi se atraganta con su café.

—¿Qué... qué te pasa? —preguntó Isabella riendo, notando su reacción.

—Nada... solo que... te ves... genial —murmuró Julian, completamente rojo.

Desmond, disimulando una sonrisa, le dio un suave golpe en la nuca.

—¿Qué tanto miras, poeta?

—¡Ay! ¿Qué fue eso?

—Nada, solo... apreciando el espectáculo, ¿no?

Isabella soltó una carcajada, y Julian solo pudo hundir la cara en su taza, rojo como un tomate.

Todos salieron al exterior. El calor era fuerte, pero no insoportable. Isabella se instaló bajo una sombrilla con un libro, Nami comenzó a hacer castillos de arena, y Desmond y Julian simplemente se tumbaron en la arena caliente.

—¿Sabes que la estás mirando cada dos minutos, verdad? —le susurró Desmond al oído.

—¿Yo? ¿Mirar? Nah... solo... estoy vigilando que no le dé insolación —balbuceó Julian.

—Tienes que decírselo. Lo que sientes.

—¿Ahora?

—No. Esta noche. Voy a armar una hoguera. Con malvaviscos y todo. Ese puede ser tu momento.

Julian tragó saliva.

—¿Y si me rechaza?

—Entonces sabrás que lo intentaste. Pero si no lo haces... vas a quedarte con esa duda toda tu vida.

Julian asintió en silencio, mirando las olas romper a lo lejos.

El día transcurrió entre juegos, baños en el mar, y comidas improvisadas. Pero en el fondo de su mente, tanto Julian como Desmond sabían que esa noche... algo podría cambiar para siempre.

Y el sol, finalmente, empezó a ocultarse.

La noche había caído sobre la costa infernal como un manto de terciopelo oscuro. Las olas seguían rompiendo con fuerza en la orilla. Sobre la arena aún caliente, Desmond se agachaba frente a un pequeño círculo de piedras que había preparado horas antes.

—Listo —dijo, encendiendo la hoguera con un encendedor.

Las llamas azules comenzaron a bailar suavemente, iluminando los rostros de los presentes con un resplandor tenue y acogedor. Nami se sentó en la arena abrazando un peluche pequeño. Lay-K observaba en silencio, con los brazos cruzados. Isabella, a su lado, parecía más relajada, sus ojos reflejando las llamas como espejos encantados. Y Julian... bueno, Julian no paraba de mirarla.

Desmond se levantó con una guitarra acústica colgada del hombro. La descolgó, se sentó cerca del fuego y comenzó a tocar una melodía suave, profunda, casi melancólica.

—¿Reconocen esta? —preguntó mientras rasgueaba las cuerdas—. Es una vieja de EzteticOz... "El Cantar de la Luna Oscura."

La guitarra llenó el ambiente con notas melódicas que se arrastraban como el viento nocturno entre los cuerpos.

Desmond comenzó a cantar con una voz profunda, casi rota, que parecía contar una historia de siglos:

"Es el país de la luna oscura, es la habitación deshabitada, es la más bella criatura, es la dama descorazonada..."

El coro llegó suave, pero con una fuerza emocional que hizo estremecer incluso a Lay-K:

"De olvido vive de olvido muere como planta en jardín olvidado, sabiendo que nadie la quiere, sabiendo que nadie la ha amado..."

Cuando Desmond terminó, nadie habló por unos segundos. Solo el crepitar del fuego y el suave rugir del mar les recordaban que estaban vivos.

—Wow... —susurró Isabella.

—Nunca decepcionas, hermano —añadió Julian, con una sonrisa.

Pero Desmond solo asintió. Porque sabía que era el momento. Se puso de pie, se sacudió un poco la arena de los pantalones y se acercó a Lay-K.

—Ven —le dijo bajito—. Vamos a dejar que la música haga su trabajo.

Lay-K alzó una ceja.

—¿Trabajo?

—Ya verás. Nami, ven con nosotros, pequeña —añadió con una sonrisa mientras tomaba a la Gata de la mano.

Los tres se alejaron hacia una de las dunas cercanas, dejando a Julian e Isabella completamente solos bajo la luz de la hoguera.

El silencio entre ellos duró apenas unos segundos, antes de que Julian se atreviera a moverse. Se deslizó un poco más cerca de Isabella, sus rodillas casi rozando las de ella.

—¿Y... cómo vas con el tema del amor? —preguntó torpemente, rompiendo el hielo.

Isabella ladeó la cabeza, divertida.

—Una mierda —respondió sin rodeos—. Ningún hombre se ha fijado en mí. Ya sabes... sabueso infernal, bajita, ojos de distinto color, aunque mi cuerpo sea voluptuoso y para muchos sea sexy... no soy precisamente la imagen ideal.

—¿Eso piensas de ti misma? —preguntó Julian, genuinamente sorprendido.

—¿Acaso no es evidente?

—Isabella... tus ojos son lo más hermoso que he visto. No porque sean iguales, sino precisamente porque no lo son. Porque cuentan dos historias a la vez.

Ella giró la cabeza lentamente, notando cómo él hablaba más en serio de lo habitual.

—¿A dónde vas con esto, Julian?

Él respiró profundo, luego tomó sus manos con delicadeza. Su voz tembló al inicio, pero pronto se hizo firme.

—Voy a donde debí ir desde hace mucho. Isabella, he visto en ti lo que nunca vi en nadie. Eres hermosa. Eres divertida, apasionada, fuerte, amable... nunca te rindes. Y eso... eso es lo que más me inspira.

Isabella no dijo nada. Lo miraba a los ojos, pero no se alejaba.

—Gracias a ti me esforcé más. Me superé. Dejé de compararme con los demás y empecé a mirarme con tus ojos. Y me encantaría... seguir superándome a tu lado.

—Julian... —murmuró ella, ahora con la voz temblorosa.

—Lo que quiero decir es que... —hizo una pausa, cerró los ojos un segundo, y luego los abrió con una mezcla de valentía y ternura—. Isabella... ¿quieres ser mi novia?

Ella lo miró. Por un instante, pareció no creerlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas tan rápido como una ola golpea la arena.

—¿Estás hablando en serio?

—Con todo mi corazón.

Isabella no respondió con palabras. En cambio, se lanzó hacia él y lo besó. Un beso largo, dulce, profundo. Lleno de todo lo que no se habían dicho en meses.

Julian la abrazó con fuerza, respondiendo al beso con una ternura que no necesitaba explicación. El fuego chisporroteó. El mar rugió con fuerza. Pero en ese instante, el mundo entero se redujo a ellos dos.

Desde la duna cercana, Desmond, Lay-K y Nami observaban en silencio. Nami aplaudía bajito sin entender del todo, pero sabiendo que algo bonito había pasado. Lay-K sonrió con melancolía.

—Creo que eso es amor —susurró.

—Sí —dijo Desmond, orgulloso—. Amor de verdad.

Y así, en esa playa infernal, bajo el cielo rojo y la música del mar, dos almas se unieron en un beso que marcaría el inicio de un nuevo capítulo.

CAP 42

El Silencio Antes de la Revolución

El amanecer en las costas infernales no era suave ni cálido. El cielo rojo apenas se aclaraba, pero las aguas cristalinas hervían con vapor brumoso, como si el océano mismo estuviera despertando de un mal sueño. Las olas golpeaban con lentitud, pesadas, y su eco se perdía entre las piedras negras de la playa.

En el interior de la casa, el silencio era cómodo, pacífico. Todos dormían después de un día cargado de emociones, sol y confesiones. Todos... excepto un teléfono que vibró con insistencia en la mesita de noche de Desmond.

Él giró lentamente entre las sábanas, aún con la mente entre sueños. Estiró el brazo con pereza y, sin mirar la pantalla, contestó con voz rasposa:

—¿Hola...? ¿Sabes qué hora es?

—Desmond. Soy yo.

Esa voz lo hizo sentarse al instante. Parpadeó varias veces.

—¿Antrox? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¿Recuerdas lo que te dije cuando HellBet cayó? Que te llamaría cuando fuera el momento.

Desmond frotó sus ojos, ya completamente despierto.

—Sí... me acuerdo. ¿Y?

—Ese momento ha llegado. Pero no es para hablar de música —dijo Antrox, con un tono más serio del que Desmond recordaba en él.

—¿Entonces?

—Es hora de que hablemos... de todo lo demás.

Un silencio incómodo se coló entre ellos. Desmond suspiró con resignación.

—¿No me vas a decir nada más?

—No. Solo ven. Es importante.

La línea se cortó. Desmond se quedó un momento mirando el techo, con el teléfono aún en la mano. Algo en la voz de Antrox no le gustó. Era más pesada que de costumbre... como si cargara con algo que no sabía cómo soltar.

Suspiró de nuevo, se levantó de la cama y comenzó a vestirse con movimientos automáticos. Cuando estuvo listo, cruzó el pasillo y empezó a tocar las puertas de los demás.

—¡Despierten! —llamó con firmeza—. Hay que volver al palacio. Ahora.

La primera puerta en abrirse fue la de Lay-K. Tenía el pelaje alborotado y los ojos entrecerrados, con evidente fastidio.

—¿Qué carajos pasa? ¿Por qué tan temprano?

—Antrox me llamó —dijo Desmond, serio—. Dijo que es urgente. Que ya es hora de hablar.

—¿Hablar de qué? —Lay-K frunció el ceño.

—No lo sé. Pero su voz no era la de siempre.

La siguiente en asomarse fue Isabella, con el cabello desordenado y una camiseta que le quedaba grande.

—¿Y no te dijo de qué se trata? —preguntó con desconfianza.

—Nada. Solo que era importante.

—Eso suena sospechoso —dijo Julian, apareciendo por el pasillo mientras se ajustaba los pantalones cortos—. ¿Y si es una trampa?

—No lo creo —respondió Desmond—. Pero... no voy a mentir. Me preocupa. Tenemos que irnos cuanto antes.

Isabella cruzó los brazos.

—Odio cuando la gente juega al misterio. ¿No podía simplemente mandar un maldito mensaje explicando?

—Así es Antrox —respondió Lay-K con desgano—. Siempre ha sido así.

—Entonces vamos —suspiró Julian—. No me gusta esto... pero si hay que ir, vamos.

Desmond ya estaba marcando al chofer.

La camioneta negra no tardó en llegar. El chofer, el mismo demonio de rostro inexpresivo y gafas oscuras, asintió en silencio mientras abría el maletero.

—Suban sus cosas. Salimos ya.

El grupo, aún adormilado y sin palabras, cargó las maletas. Isabella se despidió con una última mirada al mar. Nami, medio dormida, abrazaba un peluche en el asiento trasero, apoyada en el hombro de Lay-K.

El vehículo se puso en marcha, el motor ronroneando suavemente mientras las ruedas dejaban atrás la arena negra y se internaban en el camino áspero de regreso al corazón del infierno.

Todo parecía transcurrir en calma... hasta que, varias horas después, al entrar en el límite del Anillo de la Pereza, un retén policial detuvo la camioneta.

Uno de los policías, un demonio alto de armadura opaca y expresión impenetrable, se acercó a la ventana del conductor.

—¿Destino?

—Palacio Ludendorff, Anillo de la Furia —respondió el chofer con tranquilidad, entregando su identificación y licencia.

El oficial examinó los documentos con detenimiento. Sus ojos amarillentos se paseaban entre los nombres, las firmas y los sellos.

—¿Algún motivo en especial para el viaje?

—Negocios —intervino Desmond desde el asiento del copiloto—. Nos llamaron con urgencia.

El policía lo observó unos segundos más de la cuenta, como si reconociera su rostro. Luego devolvió los documentos al conductor.

—Tengan cuidado —advirtió finalmente—. El trayecto está peligroso por las protestas.

Desmond arqueó una ceja.

—¿Protestas?

El policía asintió.

—Hay disturbios. Gente descontenta. Un movimiento opositor está tomando fuerza. Es cuestión de tiempo para que las cosas se salgan de control.

—¿Tan mal está la cosa? —preguntó Julian desde atrás.

—Peor —respondió el demonio—. Pero lo más extraño... es que ahora todo está en silencio. Demasiado silencio. Desde esta madrugada, las protestas se apagaron de golpe. Como si... algo los hubiera paralizado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lay-K, frunciendo el ceño.

El oficial no respondió de inmediato. Se limitó a mirar hacia el cielo rojizo y luego al horizonte.

—Solo sigan con precaución. —Hizo una señal con la mano—. Pueden pasar.

La camioneta avanzó.

—¿Qué demonios fue eso? —murmuró Isabella, inquieta—. ¿Protestas? ¿Oposición? ¿Desde cuándo?

—Desde que el infierno empezó a cambiar —respondió Desmond en voz baja.

El chofer rompió el silencio, sin apartar la vista del camino.

—Lo lamento, pero no hay otra ruta. Para llegar al Anillo de la Furia, tenemos que atravesar el de la Pereza. Aunque... no se preocupen. Esta camioneta es blindada. Puede resistir hasta balazos, literalmente.

—Eso no me tranquiliza tanto como crees —dijo Julian.

Pero cuando cruzaron el límite del Anillo de la Pereza... no encontraron barricadas. No encontraron fuego. No encontraron gritos.

Solo encontraron silencio.

Un silencio pesado. Total. Como si el infierno entero hubiese contenido la respiración.

Las calles estaban vacías. Las tiendas cerradas. Las ventanas, cubiertas. Ni un alma. Ni siquiera los vagabundos que solían dormir entre los escombros.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Isabella, susurrando como si temiera romper ese silencio.

El chofer encendió la radio. Tras un crujido de estática, una voz conocida llenó el espacio.

"Última hora... Las protestas han cesado repentinamente tras revelarse la muerte de la pecado capital Desidia. Es como si las masas hubiesen entrado en un estado de luto colectivo. Las calles están completamente vacías. Las autoridades sugieren que fue asesinada por algún miembro del movimiento opositor, pero esta información aún no ha sido confirmada. Estén atentos para más noticias."

Un escalofrío recorrió la camioneta. Nadie habló por varios minutos. El único sonido era el zumbido bajo de la radio y el rugido lejano del motor.

—La mataron... —susurró Lay-K, sorprendido.

—¿Quién sería capaz de hacer eso...? —dijo Isabella, cruzando los brazos—. ¿Un opositor...? ¿O alguien del mismo círculo?

Desmond no respondió. Sus ojos seguían fijos en la ventana, viendo pasar las calles vacías como si fueran tumbas abiertas.

Dentro de él, una intuición comenzaba a tomar forma. Una sombra más profunda que las demás.

Y supo, en ese instante, que lo que Antrox tenía que decir... era mucho más grande de lo que podía imaginar.

El mensaje de la radio quedó suspendido en el aire como una maldición mal pronunciada. Nadie en la camioneta se atrevía a hablar. El motor rugía suavemente, pero era lo único que rompía ese espeso silencio.

Desmond tragó saliva y apoyó el codo en la ventana. Miraba hacia afuera, pero sus ojos estaban perdidos en otra parte.

—¿Cómo es posible...? —murmuró Lay-K desde el asiento trasero, rompiendo el hielo—. Un pecado capital... asesinado.

Julian soltó una risa seca, más nerviosa que incrédula.

—Eso no pasa. No debería pasar. Es como si... si mataran a un dios.

—No lo entiendo —añadió Isabella con voz baja—. Desidia era poderosa, puede que perezosa... pero nadie la tocaba. Nadie.

—Hasta ahora —dijo Desmond en voz baja, sin apartar la vista del exterior.

Un nudo le apretaba el pecho. Sentía que algo se deshilachaba en la estructura del infierno, como una cuerda que se ha tensado por años y finalmente ha cedido. Por primera vez en mucho tiempo, Desmond sintió algo que no era tristeza ni rabia... sino una alarma silenciosa. Algo no andaba bien. Nada lo estaba.

Varias horas después, la camioneta entró por los portones del Palacio Ludendorff. El cielo sobre el Anillo de la Furia estaba cubierto por una neblina rojiza que parecía arder en sus bordes.

Apenas el vehículo se detuvo, Desmond fue el primero en bajar. Giró hacia sus compañeros con decisión.

—No vengan conmigo. Esto es entre Antrox y yo. Si hay novedades, los buscaré.

—¿Estás seguro? —preguntó Isabella, cruzada de brazos.

—Sí. Quédense aquí. Cuídense entre ustedes. No sabemos qué está pasando afuera —respondió, con un tono más grave del que solía usar.

Lay-K se apoyó contra la camioneta y entrecerró los ojos.

—Ojalá ese perro no esté metido en algo turbio...

Desmond no respondió. Se ajustó la chaqueta y comenzó a caminar solo por las calles cercanas al palacio. Pero algo lo detuvo. En una esquina, una vieja tienda de televisores tenía los monitores encendidos, todos sintonizados con Global Infernus. Las imágenes eran alarmantes.

"...protestas continúan intensificándose en el Palacio Furilius. Las fuerzas antidisturbios, enviadas directamente por Valerio, han comenzado a utilizar métodos agresivos para dispersar a los manifestantes. Aumentan los reportes de detenciones arbitrarias y desapariciones..."

Desmond se quedó inmóvil. Las cámaras mostraban imágenes en directo de las calles envueltas en humo, cuerpos siendo arrastrados, gritos ahogados bajo las máscaras de los soldados. Un niño, cubierto de hollín, lloraba mientras sostenía lo que parecía ser la mano ensangrentada de su madre.

Sintió una punzada en el estómago.

—Maldita sea... —susurró, apretando los dientes.

Sin pensarlo, levantó la mano y llamó un taxi. Uno de los pocos que seguía circulando se detuvo sin hacer preguntas.

—¿Destino? —preguntó el conductor.

—HellBet Records.

Minutos después, el taxi lo dejó frente al edificio. La antigua disquera, restaurada por Antrox, se alzaba silenciosa entre estructuras industriales. Desmond empujó la puerta principal, que no estaba cerrada con llave. El interior estaba vacío.

—¿Hola...? —llamó, su voz rebotando por los pasillos.

Nada.

Se adentró rápidamente, sus pasos resonando en el suelo. Atravesó la recepción, cruzó el pasillo central y se dirigió directo a la oficina que conocía bien.

Cuando abrió la puerta, Antrox ya lo esperaba.

Estaba sentado en su silla, con los codos apoyados sobre el escritorio, entre sombras. Su expresión era tranquila, demasiado tranquila.

—Te tomaste tu tiempo —dijo con una leve sonrisa.

Desmond cerró la puerta tras él.

—¿Qué demonios está pasando, Antrox?

—¿A qué te refieres? —preguntó él, como si no entendiera.

—¡Al caos! —exclamó Desmond, dando un paso al frente—. A las protestas. A las imágenes en televisión. A la muerte de Desidia. ¡El infierno se está descontrolando!

Antrox suspiró y se recostó en la silla, observándolo con una mirada entre cansada y resignada.

—Por fin todo está dando frutos... —dijo con voz baja.

Desmond entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Llevo años planeando esto, Desmond. Años. Cada palabra, cada silencio... todo ha sido parte de algo más grande. Y ahora, finalmente, está funcionando.

—¿Estás diciendo que planeaste este caos? —Desmond alzó la voz—. ¿Esto es obra tuya?

—No, no exactamente —replicó Antrox, tranquilo—. Yo no encendí la chispa... la gente lo hizo sola. La miseria, la opresión, las comunas olvidadas... todo eso estaba ahí. Solo faltaba que alguien les recordara que podían hacer algo al respecto.

Desmond respiró hondo, temblando de frustración.

—Tú querías que Valerio pagara, ¿verdad?

—Quiero justicia —respondió Antrox con firmeza—. Ese cabrón ha jugado a ser dios durante décadas. No protege a nadie. Solo reprime. La gente está harta. No solo en el Anillo de la Furia... en todo el infierno.

—¿Y tú te lavas las manos? —Desmond frunció el ceño—. ¿Te escondes mientras otros sangran?

—No me escondo. Solo me mantengo al margen. Si yo aparezco... el movimiento se contamina. Se convierte en una cruzada personal. No puedo permitirlo.

—¿Entonces quién lo lidera?

Antrox dudó un segundo. Luego sonrió de lado.

—Celia.

—¿Celia? ¿Estás usando a Celia para esto? ¡Está metida hasta el cuello!

—No la estoy usando —corrigió Antrox—. Ella se ofreció. Ella es más lista de lo que aparenta. Sabe moverse. Nadie sospecha de ella, y tiene acceso a información valiosa de las reuniones de los pecados.

Desmond apretó los puños.

—Eso es peligroso. Si la descubren, será ejecutada. ¿Lo sabes, verdad?

—Celia no es tonta —replicó Antrox—. Puede parecer torpe, sí. A veces distraída. Pero es precavida. Sabe cuidar sus pasos. No se va a dejar atrapar.

—¿Y si lo hace? —Desmond dio un paso al frente—. ¿Estás dispuesto a cargar con eso?

Antrox lo miró en silencio por un momento.

—Sí. Pero no será necesario.

Desmond se quedó quieto. Cerró los ojos unos segundos, intentando procesar todo. Las piezas comenzaban a encajar. La represión. Las protestas. Las muertes. Los silencios de Antrox. La actitud evasiva de Celia. Todo era parte de un rompecabezas mucho más grande del que él jamás había querido ser parte.

—Entiendo... —susurró finalmente.

—¿Y qué harás ahora? —preguntó Antrox, sin levantar la voz.

—Nada —dijo Desmond, girando hacia la puerta—. No tengo poder sobre esto. Y si algo he aprendido... es que involucrarse a veces solo te convierte en otra víctima. Haz lo que creas correcto. Solo... cuida a Celia.

Abrió la puerta. Antes de salir, se detuvo un momento.

—Y si todo esto se va al demonio... espero que valga la pena.

Antrox no respondió. Solo lo miró con un dejo de tristeza en los ojos.

Desmond salió, dejando atrás el edificio, las sombras... y una revolución que ya no podía detenerse.

CAP 43

El precio del silencio

El aire afuera de HellBet Records pesaba como plomo caliente. Desmond salió sin decir una palabra, con el ceño fruncido y el paso firme, cruzando calles envueltas en neblina roja y caos latente. Las palabras de Antrox aún resonaban en su cabeza, pero no de forma lineal: lo hacían como cuchillas girando, como piezas sueltas de una historia más grande que alguien le estaba ocultando.

Si alguien podía completar ese rompecabezas... era Celia.

Tras varios minutos de carrera, llegó a los alrededores del Palacio Gluttora, la residencia personal de Celia, pecado capital de la gula. La arquitectura del lugar destacaba incluso en el paisaje del infierno: muros altos de formas hexagonales, simétricos como panales, y torres con vitrales dorados que capturaban la luz roja del cielo y la convertían en un resplandor suave y constante. Todo el lugar tenía una atmósfera saturada de detalles: molduras elaboradas, columnas esculpidas, una belleza barroca que rayaba en lo abrumador.

Se acercó a una entrada discreta entre las paredes laterales, oculta por un seto retorcido. Sacó una pequeña llave metálica con forma hexagonal, que Celia le había entregado meses atrás con una advertencia casual:

"Por si algún día quieres visitarme... y evitar a los sirvientes."

La cerradura respondió con un clic silencioso. La puerta se abrió con suavidad.

El interior del palacio estaba bañado en tonos amarillo pálido, ocre y dorado, con paredes suaves al tacto que seguían patrones geométricos como celdas, y columnas angulares que reflejaban la luz en múltiples direcciones. Había demasiada ornamentación. Demasiado de todo. Alfombras gruesas, cortinas pesadas, lámparas que colgaban como cristales líquidos. Un mundo saturado, donde el exceso era norma.

Desmond avanzó con prisa, subió una escalera de mármol en espiral y giró hacia la oficina principal de Celia. Empujó la puerta sin detenerse.

Allí estaba ella.

Sentada con una pierna cruzada sobre la otra, revisando documentos en una mesa de cristal. Llevaba puestos unos lentes redondos y una bata amarilla con bordes plateados. Su cabello suelto caía por sus hombros, y su expresión era la de alguien que no se sorprendía fácilmente.

—¿Qué parte de "no molestar" no entendiste? —dijo sin levantar la vista—. Desmond, por favor... ¿qué haces irrumpiendo así?

—Necesito hablar contigo. Es importante —respondió él, con la respiración aún agitada.

Ella suspiró con desdén, se quitó los lentes y los dejó con cuidado sobre el escritorio.

—¿Importante a tu juicio o realmente importante?

—Es sobre Antrox. Y las protestas.

Celia lo observó en silencio por un instante. Luego se puso de pie y caminó hacia una puerta lateral.

—Sígueme. No vamos a hablar de esto aquí.

Atravesaron un corredor silencioso, amplio, cubierto de espejos biselados que deformaban los reflejos. Todo en ese pasadizo parecía diseñado para abrumar los sentidos: las luces eran demasiado cálidas, los techos demasiado altos, los pasos se amplificaban como si estuvieran en una catedral hueca.

Llegaron a una terraza abierta en uno de los niveles superiores. Era un espacio más sobrio, aunque igual de cargado de detalles: barandas de hierro negro, asientos geométricos, y al fondo, la vista del horizonte infernal, donde la neblina rojiza envolvía los edificios distantes como un presagio.

Celia se apoyó en la baranda, cruzando los brazos.

—Bien. ¿Qué pasa ahora?

Desmond fue directo al grano.

—Antrox me dijo que tú estás involucrada con el movimiento opositor. Que le das información. Que eres su contacto dentro de las reuniones de los pecados.

Ella frunció el ceño, pero no por enojo: era sorpresa pura, mezclada con un rastro de indignación.

—¿Yo? ¿Estás escuchándote, Desmond?

—Dijo que tú lo ayudas. Que le informas todo. Que formas parte de esto.

—Sí, le he contado cosas. Noticias, comentarios... lo mismo que le diría a cualquiera de confianza. Pero eso no me hace parte de ningún movimiento. ¿Tú sabes lo que implicaría eso para mí?

—Entonces lo niegas.

—¡Por supuesto que lo niego! —replicó ella—. ¿Crees que soy estúpida? ¿Que me lanzaría contra Lucifer y sus esbirros por deporte?

Desmond apretó los dientes. Su confusión crecía por momentos.

—Entonces, ¿por qué mentiría?

Celia desvió la mirada. Su expresión se ensombreció.

—No lo sé. Pero últimamente, Antrox no es el mismo. Lo ha echado todo a perder. Echó a su equipo, vació HellBet, se encerró en esa torre como si el mundo le debiera algo.

—¿Echó a todos?

—A todos —dijo ella—. Hasta los que más lo apoyaban. Está paranoico. Cree que lo van a traicionar. Que cualquiera puede volverse en su contra.

Desmond negó con la cabeza.

—¿Por qué nadie me dijo esto?

—Porque tú te alejaste. Ya no estabas en su mundo. Ni en el mío.

Silencio. Solo el viento levantando polvo desde el borde de la terraza.

Luego, con voz más baja, Celia dijo:

—Hay algo más que necesitas saber.

Desmond la miró fijamente.

—¿Qué?

—La muerte de Desidia... no fue culpa de los opositores.

—¿Qué estás diciendo?

—Fue él. Él la mató.

—¿Quién?

Celia tragó saliva. Su cuerpo se tensó. Un leve temblor le recorrió los dedos. Su voz bajó aún más.

—The Ghost.

Desmond no reconoció el nombre.

—¿Quién es ese?

—No importa. Solo debes saber que está buscando al líder del movimiento. Y no va a parar hasta encontrarlo. No se detendrá por nadie.

Desmond dio un paso atrás, procesando lo que acababa de oír. Las piezas empezaban a encajar. Antrox echando a todos. El miedo. Las protestas. El asesinato.

—Entonces... si lo hizo por miedo a ser traicionado, eso significa que él...

Celia lo interrumpió, con los ojos clavados en el horizonte:

—Sí. Él es quien lo está impulsando todo.

Desmond no dijo nada. Cerró los ojos un momento. No era ira lo que sentía. Era algo más denso, más seco. Una mezcla de decepción y peligro. Como si acabara de entrar en una tormenta sin saber cuándo ni dónde comenzó.

Y Celia, aún con la voz temblorosa, susurró:

—Ahora entiendes por qué el infierno está cambiando... y por qué ya no hay marcha atrás.

El silencio tras la confesión de Celia aún flotaba en la terraza como una nube espesa.

Desmond no sabía cuánto tiempo había pasado desde que ella lo miró a los ojos y le dijo lo que ya temía: Antrox era el impulsor del movimiento.
Pero entonces Celia agregó algo más. Algo que haría todo mucho peor.

—Al principio... todo era contra Valerio —susurró, como si hablar más alto pudiera provocar una reacción peligrosa en el universo mismo—. Solo él. Las comunas estaban hartas de su abuso, de su control, de sus castigos sin sentido.

Desmond la observó, con atención, pero sin interrumpirla.

—Yo... intenté ayudar —confesó ella, bajando la mirada—. No al movimiento completo, no como Antrox. Pero pasé información. Le dije a Antrox lo que sabía, lo que veía en las reuniones. Porque creía que... si se le presionaba lo suficiente, Valerio caería. Que todo terminaría allí.

—¿Y por qué te retiraste? —preguntó él con tono bajo, aunque ya podía intuir la respuesta.

—Porque cuando Desidia murió... me di cuenta de que esto iba más allá. No era solo una rebelión. Era una guerra. Y yo no quería ser parte de eso. No si significaba traicionar a los míos... no si ponía en riesgo a los que amo.

Desmond bajó la mirada. Asimiló cada palabra en silencio.

—Pero ahora... —continuó Celia, más seria—. Las cosas se están descontrolando. La gente del Anillo de la Pereza está convencida de que Valerio tuvo algo que ver con la muerte de Desidia.

—¿Qué...? ¿Por qué pensarían eso?

Celia cerró los ojos, como si quisiera retroceder en el tiempo.

—Porque hubo incidentes públicos. Gente lo vio empujarla... insultarla. Golpearla incluso, en una reunión hace dos meses. Pero hay más.

Desmond frunció el ceño.

—¿Más?

—Desidia me confesó algo... algo horrible.

Ella se mordió el labio inferior, conteniéndose. Sus ojos brillaban con un dolor que ya no podía ocultar.

—Me dijo que... una noche, Valerio llegó ebrio a su cámara privada. Quiso forzarla. Dijo que si no cumplía, la haría desaparecer como a los "perros inútiles" que tanto despreciaba.

Desmond palideció. Su cuerpo se tensó. La sangre se le congeló en las venas.

—¿Qué...? —susurró, incrédulo—. ¿Valerio... intentó...?

Celia asintió, bajando la mirada.

—Lo detuvo con una daga. Apenas logró arañarle el cuello. Él se rió. Dijo que no necesitaba violarla para quebrarla. Que el tiempo lo haría por él.

Desmond dio un paso hacia atrás. Su mente no podía procesar aquello. Un pecado capital atacando a otro. Era algo que rompía toda la lógica infernal.

—Ese hombre... —dijo, con la voz ronca—. No es un líder. No es una autoridad. Es un maldito enfermo.

—Lo sé —susurró Celia—. Pero no puedo hacer nada. Es el segundo pecado más fuerte de todos. Solo el Orgullo lo supera.

Antes de que Desmond pudiera responder, su teléfono comenzó a sonar con insistencia en su bolsillo. Lo sacó rápidamente.

—¿Hola?

La voz al otro lado era agitada, nerviosa. Femenina.

—¿Desmond? Soy Renata... amiga de Andrea.

Su estómago se contrajo. Algo en su tono le hizo presentir lo peor.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está Andrea?

—Escucha... lo siento mucho —dijo la chica, rompiendo en llanto—. Estábamos protestando cerca del Palacio Furilius. De pronto, los soldados comenzaron a disparar. Sin avisar. Andrea... Andrea recibió un disparo en el pecho. Otro en la pierna.

Desmond sintió que el mundo giraba.

—¿Está bien? ¿Dónde está? ¿La llevaron a un hospital?

—Lo hicimos. Lo intentamos. Pero cuando llegamos... ya había perdido demasiada sangre. El proyectil en el pecho perforó un pulmón. Los médicos dijeron que... ya estaba muerta cuando la subimos a la camilla.

El silencio fue absoluto.

Desmond apretó el teléfono contra su oído. Cerró los ojos. Pero no logró detener las lágrimas. Solo alcanzó a decir:

—Gracias por avisarme...

Y colgó.

Celia lo miró con el alma en un puño.

—¿Qué pasó?

Desmond no contestó de inmediato. Se llevó la mano al rostro. Intentó contener el llanto, como si aún tuviera alguna coraza emocional... pero ya no quedaba ninguna.

Sollozó. Con rabia. Con dolor. Con impotencia.

—Un maldito soldado de Valerio... mató a Andrea —dijo, entrecortado—. Le dispararon en medio de la protesta. Ni siquiera estaba armada. ¡Solo gritaba lo que todos sienten!

Celia llevó ambas manos a la boca, horrorizada.

—No... no, por favor. Valerio puede ser cruel, sí... pero ¿matar civiles? ¡Eso va más allá! ¡Es demencial!

Dio un paso hacia Desmond. Intentó tocarle el hombro, como para consolarlo... pero apenas lo rozó, una descarga le recorrió el brazo y la obligó a retroceder de golpe.

—¡Ah! —exclamó, sacudiéndose la mano.

Desmond se giró hacia ella, respirando con fuerza. Sus ojos... no eran los mismos. Ardían en rojo intenso. Una aura carmesí lo rodeaba como una niebla viva. El aire a su alrededor parecía distorsionarse por momentos, como si el espacio mismo no soportara contenerlo.

Celia quedó paralizada. Sus labios temblaban.

—No puede ser... —susurró—. Lo liberaste.

—¿Qué...? —murmuró Desmond, aún en trance.

—Tu poder. El que Izobelle te habló. El que todos los Ludendorff llevan en la sangre. Tú... lo despertaste.

Desmond dio un paso hacia atrás. La energía roja crepitaba a su alrededor como electricidad contenida.

Celia siguió hablando, ahora con voz temblorosa pero clara.

—Los Ludendorff no son poderosos solo por sus riquezas... sino porque llevan magia antigua. Poder puro. Fuerza dormida. Están justo debajo de los pecados capitales en la jerarquía. Pero si se concentran... pueden igualarlos. Incluso superarlos.

—Izobelle me lo dijo —murmuró Desmond, comprendiendo al fin.

—Pero necesitas un impulso para liberarlo —añadió Celia—. Un trauma. Un estrés extremo. La pérdida de alguien importante...

Desmond apretó los puños.

—Andrea...

Sus ojos brillaron con un fuego nuevo.

—Voy a hacer que Valerio pague. Por ella. Por Desidia. Por todos los que ha destrozado en su mandato. Por cada alma que sufrió bajo su mando.

—¡Desmond, no! —exclamó Celia, alarmada—. Si lo enfrentas ahora... no va a dudar en matarte.

—Ya lo perdí todo —respondió él, con una voz tan firme como el acero—. No tengo nada más que perder.

Se giró para marcharse, pero antes de que diera un solo paso más, Celia lo abrazó por detrás. Lo rodeó con fuerza, temblando. Su rostro se hundió en su espalda.

—No lo hagas —susurró—. Pero si vas a hacerlo... por favor, no dejes que Valerio te mate. Ya perdí a una hermana. No quiero perderte a ti también.

Desmond cerró los ojos. Sintió una punzada en el pecho. Dolor. Pero también algo parecido a paz... solo por un instante.

—No voy a morir —prometió—. Pero tampoco lucharé ahora. Esperaré el momento justo. El día que todo arda... y él no tenga a dónde escapar.

Celia, aún abrazada, asintió lentamente. Luego, con los ojos cerrados y el corazón herido, lo soltó.

Desmond salió de la terraza con pasos lentos, pero firmes.

Ahora ya no era solo un músico, un huérfano, o un hombre marcado por el pasado

Ahora era Alguien poderoso
Y el infierno... iba a recordarlo.

Horas después, Desmond estaba de regreso en el Palacio Ludendorff, sentado solo en el salón principal, con la vista perdida en el ventanal que daba al jardín seco de piedra volcánica. Aún podía sentir el calor de Celia en su espalda. Aún podía oler la ira quemándose en su aura. Pero ahora, todo estaba en pausa. Silencioso.

La luz infernal entraba a través de los vitrales teñidos de rojo y ocre, lanzando reflejos danzantes sobre el suelo. En la mesa frente a él reposaba su teléfono, y fue entonces cuando vibró suavemente, interrumpiendo la calma artificial de la habitación.

Desmond lo tomó. Era un mensaje de Julian.

"Hermano... lo siento, pero tengo que irme del Anillo de la Furia. Mis padres no aguantan más la violencia. La hermana de mi mamá murió ayer en una de las protestas. Tienen miedo. Yo también tengo miedo..."

"Gracias por todo. Por la banda, por confiar en mí, por darme un propósito. Juro que volveré cuando cumpla los 18. Te lo prometo. No es un adiós para siempre. Solo... por ahora."

Desmond sintió cómo algo dentro de él se aflojaba. No era ira. Era tristeza. Otra pérdida. Otra pieza que se desmoronaba.

Escribió su respuesta con calma.

"Lo entiendo, Julian. Primero está tu seguridad y la de tu familia. No tienes que demostrarme nada. Aquí siempre tendrás un lugar. Vuelve cuando estés listo. Cuídalos. Cuídate tú."

Puso el teléfono boca abajo. El silencio volvió.

Encendió el televisor con el control remoto y subió el volumen. La pantalla mostró imágenes grabadas desde drones: calles incendiadas, cuerpos en camillas improvisadas, columnas de humo subiendo por el cielo carmesí. El logo de Global Infernus titilaba en una esquina.

La presentadora hablaba con voz firme:

"Las revueltas en el Anillo de la Furia continúan intensificándose. Grupos de sabuesos infernales y pecadores son los más afectados, siendo blanco directo de los escuadrones de Valerio. La sede de HellBet Records, se ha convertido en un refugio improvisado para los heridos y desplazados, según testigos en la zona."

Desmond apagó la televisión de inmediato.

El zumbido del silencio regresó. Pero ahora era diferente. Más frío. Más desesperado.

Apoyó los codos sobre las rodillas y entrelazó los dedos, mirando al suelo durante un largo minuto. Su mente comenzaba a conectar los puntos. No de forma ordenada... pero sí inevitable.

Antrox tenía un plan.

Una revolución. Una reacción a la tiranía de Valerio. Al principio, fue eso. Solo eso. Una causa justa.

Celia se lo había dicho: lo ayudó con información, creyendo que presionar al pecado de la ira desde dentro era la única forma de acabar con su reinado de violencia.

Pero entonces, Desidia murió.

Y con su muerte, algo cambió.

La rabia se volvió caos. El pueblo ya no pedía justicia. Exigía sangre. Se buscaba un responsable... y Valerio encajaba perfectamente. La gente del Anillo de la Pereza, harta de vivir adormecida y reprimida, se levantó. Y cuando la sospecha pública apuntó al mismísimo Valerio como autor del asesinato de Desidia... la mecha ardió sola.

Desmond tragó saliva.

"Antrox ya no lo controla."

El pensamiento lo golpeó como un cubetazo de agua helada. Todo lo que comenzó con un propósito ahora estaba fuera de sus manos. Lo sabía. Y por eso se estaba retirando. Por eso echó a su equipo. Por eso le habló a Desmond con la frialdad de un hombre acorralado.

Está limpiando su imagen. Lavándose las manos.

—No puede ser... —murmuró Desmond en voz baja—. ¿Cómo alguien como él...?

Su mente quería justificarlo.

Tal vez Antrox solo tuvo miedo. Tal vez quiso cambiar algo pero subestimó el costo. Tal vez no es un traidor, sino otro prisionero de su propia causa.

Pero eso no quitaba el hecho de que ahora, cuando más lo necesitaban, estaba desapareciendo. Observando todo desde las sombras. Haciendo lo posible por no dejar huellas que lo vincularan.

Desmond se dejó caer sobre el sofá. Respiró hondo. Luego, lentamente, giró su cabeza hacia la ventana. El cielo rojo, cubierto de humo, parecía más opaco que nunca. La ciudad, a lo lejos, ardía en llamas que no se apagaban.

Sabía lo que venía. Lo sentía en los huesos.

El infierno estaba quebrándose.

La muerte de Andrea...
La traición velada de Antrox...
El miedo de Celia...
La partida de Julian...

Todo estaba empujando el mundo hacia un colapso inevitable.

Y si nadie hacía nada, el caos sería total.

Pero Desmond aún no se levantaría.

No todavía.

Él esperaría.

No para esconderse. No para huir. Sino para atacar... en el momento perfecto.

Porque cuando la rabia lo alcanzara del todo, cuando el infierno estuviera más vulnerable, cuando Valerio bajara la guardia por solo un segundo...

El Atacaría por todos los que murieron en su mandato.

CAP 44

Entre el caos y nosotros

Eran las seis de la mañana. El cielo del infierno seguía teñido de rojo, pero no había humo ni gritos. No por ahora. A esa hora, el caos parecía haber hecho una pausa. Una tregua breve. Como si incluso el mismo infierno necesitara dormir después de arder durante tantas horas.

Desmond estaba en el balcón del Palacio Ludendorff, envuelto en el silencio espeso de la madrugada. Una brisa caliente le rozaba el rostro. Llevaba un cigarrillo encendido entre los dedos y el teléfono en la otra mano.

La brasa brillaba con cada calada, lanzando una chispa tímida contra el viento.

Deslizó el dedo por la pantalla. Imagram estaba saturado. Las redes estaban en llamas como el mundo real. Fotografías, videos, textos escritos con rabia. Imágenes del Anillo de la Pereza, donde los manifestantes ya no gritaban... ahora peleaban.

Desidia ya no estaba para contener nada. La ausencia de su pecado capital había dejado un hueco que la furia y la desesperanza ocuparon sin pedir permiso.

—...mierda —murmuró, bajando la mirada a un video que mostraba a soldados antidisturbios disparando gas lacrimógeno en plena plaza central.

Siguió bajando.

Otro video. Una manifestación frente al Palacio de Valerio. Un grupo de pecadores arrojaba piedras. Al fondo, sabuesos infernales eran arrastrados por el suelo mientras un par de soldados los pateaban con furia.

Desmond apretó los dientes. Apagó el teléfono con un suspiro cansado.

El infierno estaba podrido. Y lo peor es que todos fingían que esto era normal.

Le dio otra calada al cigarro. Esta vez más lenta. No buscaba placer, solo una distracción.

Entonces el teléfono vibró.

Miró la pantalla:
Skyler.

Dudó un segundo... y respondió.

—¿Hola?

—Desmond —dijo ella, con esa voz suave que no había cambiado ni un ápice—. ¿Cómo estás?

Él se apoyó en la baranda del balcón.

—Bien... supongo. O al menos... por el momento.

—Me alegra escucharlo —respondió Skyler, con un suspiro de alivio—. Me enteré de lo de Andrea... lo siento muchísimo.

Desmond guardó silencio un segundo antes de hablar. Su voz fue serena, pero algo le tembló por dentro.

—No te preocupes. Aunque no lo parezca... ya lo asimilé. O al menos estoy intentándolo.

—Eso espero —dijo ella, bajando un poco la voz—. No quiero verte como estuviste cuando murió tu madre. Me dolió verte así. Me dolió no poder ayudarte.

Desmond cerró los ojos por un momento, recordando ese vacío que sintió aquel día, años atrás. Luego los abrió y respondió:

—Eso no va a volver a pasar.

Skyler guardó un pequeño silencio. Luego cambió de tono.

—Quiero verte, Desmond. Hay algo importante que tengo que decirte.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Prefiero decírtelo en persona.

—Está bien. Mándame la ubicación.

—Ya te la envié. Estoy en casa. Estaré esperándote.

Una hora más tarde, Desmond se encontraba frente a una casa modesta, de tonos claros, con cortinas corridas y luces tenues filtrándose por las ventanas. La zona era tranquila, casi irreal comparada con lo que había visto en las últimas semanas.

Tocó el timbre.

No pasó mucho antes de que la puerta se abriera.

Skyler apareció con un pijama gris claro y el cabello un poco alborotado, como si recién hubiera salido de la cama. Aun así, seguía viéndose igual de hermosa que siempre, sin esfuerzo alguno. Tenía ojeras marcadas, pero sus ojos brillaban con esa chispa que Desmond recordaba tan bien.

—Hola —dijo ella, con una sonrisa suave.

Desmond asintió con un gesto breve, manteniendo el rostro serio. Pero por dentro, su corazón latía con fuerza.

—Hola.

Ella se hizo a un lado, permitiéndole pasar.

—Adelante. Te estaba esperando.

Él entró en silencio, observando el interior del lugar: todo estaba limpio, cálido, lleno de detalles que lo hacían sentir como si el tiempo no hubiese pasado. Era una casa vivida, no solo habitada.

Skyler cerró la puerta tras él. Desmond se sentó en uno de los sillones del salón, mientras ella fue a la cocina y regresó con dos tazas de té humeante. Le ofreció una. Él la aceptó con una mirada agradecida.

—Gracias.

—No hay de qué —dijo ella, sentándose frente a él con las piernas cruzadas—. ¿Te molesta si vamos directo al grano?

—Adelante —respondió, llevándose la taza a los labios.

Skyler lo observó un momento antes de hablar. Algo en su mirada decía que lo que iba a decir no era cualquier cosa.

—Desmond... esto no va a ser fácil de oír.

Desmond dejó la taza sobre la mesa con cuidado. Su rostro seguía serio, pero ahora había alerta en su mirada.

—Estoy acostumbrado a malas noticias.

—No como esta —dijo ella.

Y entonces, comenzó a hablar.

Skyler dejó la taza a un lado y, sin previo aviso, se sentó junto a Desmond. El espacio entre ellos se desvaneció como si el tiempo hubiera retrocedido una década. El calor de su piel, apenas rozando el brazo de él, traía consigo recuerdos enterrados que ninguno había logrado olvidar del todo.

—Desmond... —dijo, con voz firme, aunque los ojos le temblaban—. Voy a ir al grano, ¿sí?

Él asintió en silencio, con el pecho apretado.

—Te extraño —confesó ella—. He intentado seguir con mi vida, de verdad... he conocido sabuesos, incluso alguno que parecía decente. Pero... todos querían lo mismo. Me buscaban solo por mi cuerpo. Para llevarme a la cama. Y eso no es lo que quiero.

Desmond abrió la boca para decir algo, pero ella alzó una mano y lo detuvo con una sonrisa suave.

—Déjame terminar, por favor.

Él asintió otra vez, más serio.

Skyler desvió la mirada hacia el suelo. Sus dedos se entrelazaron con nerviosismo sobre su regazo.

—No he dejado de pensar en ti. Especialmente en aquel día... hace diez años... cuando me salvaste en ese bar —su voz se quebró ligeramente—. Ese sabueso infernal quería propasarse conmigo. Y tú... apareciste sin dudar. Me defendiste como si fuera lo más valioso del infierno. Nunca voy a olvidar cómo me abrazaste después, temblando más que yo.

Desmond tragó saliva. Recordaba perfectamente esa noche. El miedo en sus ojos, la furia en su pecho.

—A veces cierro los ojos —continuó ella— y me veo escondida bajo las sábanas de tu cama, contándote mis secretos. Riendo bajito para que nadie nos escuchara. O el día que fuimos al parque de diversiones... ¿te acuerdas? Me obligaste a subir al carrusel aunque le tenía miedo. Y terminamos gritando como idiotas en la rueda infernal. Sentí que éramos invencibles.

Desmond esbozó una pequeña sonrisa. Había guardado esos momentos como tesoros que ya no esperaba recuperar.

—Y cómo olvidar... —dijo Skyler, bajando la voz— esa noche... cuando decidí entregarte mi virginidad. Nunca me sentí tan segura con alguien. Me miraste con tanta ternura que... incluso ahora, me cuesta creer que alguien me haya amado así.

El silencio cayó como un velo suave sobre ambos.

—A veces... me gustaría tener una máquina del tiempo —dijo ella con una risa rota—. Para volver a esos días. Para sentir otra vez lo que era... ser feliz.

Desmond la miraba, sin palabras. Su pecho subía y bajaba lentamente, conteniendo emociones que ya no podía reprimir.

—Sé que tuve que dejarte... —continuó Skyler—. Fue por culpa de mis padres. Pero tú sabes que yo no quería hacerlo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —dijo él finalmente, con voz ronca.

—Pero ahora ellos ya no importan. Me dejé manipular, lo admito. Fui débil. Pero hoy... quiero hacer las cosas por mí. Por nosotros. Tal vez tú jamás puedas perdonarme, y no te culpo por eso. Pero quiero volver a intentarlo.

Sus ojos lo buscaron, esperanzados.

—No por mí sola. Por los dos. Por lo que tuvimos. Por lo que aún podemos tener.

Desmond sintió una punzada en el pecho. Cada palabra de ella era un eco de lo que él había esperado en silencio durante años.

—Sé que también lo dejamos porque... no podíamos tener hijos —dijo Skyler—. Y créeme, eso me dolió. Mucho. Pero ya no me importa. Ya no necesito un hijo que se parezca a ti... si puedo tener a ti a mi lado.

Hubo un instante de silencio donde lo único que se oía era el temblor contenido en sus respiraciones. Desmond cerró los ojos un momento, como si todo aquello lo abrumara.

Pero cuando los abrió... ya no dudaba.

Sin decir una palabra, tomó el rostro de Skyler con una sola mano, con delicadeza, y la atrajo hacia él. Apoyó su frente contra la de ella. Sus ojos estaban cerrados, y su voz apenas era un susurro cargado de emoción.

—He esperado este momento por tanto tiempo... —murmuró—. Aunque amé a Andrea con todo mi corazón... jamás logré sacarte de mi cabeza. Fuiste... eres... la sabueso que me enamoró cuando yo ni siquiera sabía lo que significaba amar. Y sí... quiero volver a intentarlo contigo.

Skyler sonrió entre lágrimas. Su mano subió con lentitud hasta acariciar su mejilla. Y entonces, lo besó.

Un beso profundo. Lento. Apasionado. Lleno de historia y heridas y cicatrices. Pero también lleno de esperanza.
Desmond respondió sin resistencia. Su alma se encendía como si por fin respirara después de tanto tiempo bajo el agua.

Cuando se separaron, Skyler apoyó su frente contra la suya de nuevo, sin soltar su mano.

—Ven conmigo... a mi cuarto.

Desmond asintió, con una sonrisa leve pero sincera.

—Vamos.

Se pusieron de pie, tomados de la mano como dos adolescentes que redescubrían la inocencia. Caminaron juntos, en silencio, hacia la habitación. No buscaban sexo, ni alivio, ni distracción.

Solo querían volver a sentirse completos. Aunque fuera solo por una noche.

Y por primera vez en mucho tiempo... Desmond no se sentía solo.

La habitación estaba en penumbra, bañada por una luz tenue que se colaba desde la ventana. Skyler y Desmond se recostaron sobre la cama sin necesidad de palabras. Solo el peso compartido del pasado y el calor renovado de su cercanía hablaban por ellos.

Desmond la rodeó por la cintura con el brazo, atrayéndola con suavidad. Skyler se acomodó, pegando su espalda a su pecho, encajando en él como si estuvieran hechos para ese espacio. Su respiración aún era algo agitada, pero comenzaba a acompasarse con la de él.

—Te extrañé —susurró ella, casi sin voz, mientras apoyaba su cabeza en el brazo de Desmond.

—Yo también —respondió él, acariciándole el costado con lentitud, reconociendo cada curva como si sus manos recordaran mejor que su memoria.

Hubo un momento de pausa. Silencio contenido. Un deseo sin nombre flotando en el aire. Skyler entrelazó sus dedos con los de él y los llevó, con decisión, hacia su entrepierna. Fue un gesto cargado de confianza y de necesidad, más emocional que físico.

Desmond no dijo nada. No lo necesitaba. Comprendía perfectamente el lenguaje de ese contacto.

La pasión surgió como una chispa vieja que aún conservaba fuerza. Fue suave al principio, como redescubrir un fuego familiar. Skyler jadeó bajo su toque, y pronto sus cuerpos comenzaron a moverse en sincronía, guiados más por el recuerdo y el anhelo que por la urgencia.

La ropa cayó con naturalidad, sin apuro, sin timidez. Solo dos cuerpos reencontrándose después de años de distancias forzadas.

Sus labios se buscaron entre suspiros. Sus pieles se rozaban, empapadas por el calor creciente que llenaba la habitación. Los gemidos de Skyler eran suaves, íntimos, como plegarias susurradas en la oscuridad. Y Desmond, aferrado a ella como si temiera perderla de nuevo, la miraba con una intensidad que no requería palabras.

No era solo lujuria. No era solo deseo.

Era una memoria viva transformada en presente.

Era amor... amor herido, resucitado por la necesidad de sanar.

Las horas se deshicieron entre besos, caricias y palabras rotas entre jadeos. Y cuando el clímax de sus cuerpos se consumió en un suspiro final, ambos quedaron tumbados sobre las sábanas revueltas, exhaustos... pero enteros.

Skyler fue la primera en rendirse al sueño. Su respiración se volvió profunda y tranquila. Su cuerpo, cubierto por un leve sudor, irradiaba paz. Desmond la observó, acariciando suavemente su espalda, sin decir nada.

En su rostro encontró algo que no veía desde hacía mucho.

Luz.

Esperanza.

Futuro.

Y por primera vez en semanas, se permitió cerrar los ojos sin miedo a lo que vendría.

La oscuridad lo abrazó con calidez, y poco a poco, también él cayó rendido al descanso.

Dos almas cansadas.
Dos caminos separados por el prejuicio.
Y ahora, por fin, dos vidas encontrándose de nuevo... aunque todo a su alrededor siguiera ardiendo.

CAP 45

Canción para los que aún sueñan

El silencio en la habitación era absoluto. El único sonido que se colaba entre las cortinas cerradas era el lejano murmullo de una ciudad que, por un momento, había dejado de rugir.

Desmond y Skyler yacían en la cama, profundamente dormidos. Sus cuerpos se entrelazaban de manera natural, como si nunca se hubieran separado. El pecho de ella subía y bajaba con una calma envidiable, y el brazo de él descansaba alrededor de su cintura, como si temiera que al soltarla, todo esto pudiera desvanecerse.

El momento era tan sereno que parecía eterno.

Pero no lo fue.

Un zumbido agudo quebró la paz. El teléfono de Desmond vibraba insistentemente sobre la mesa de noche.

Con un gruñido bajo, estiró el brazo sin abrir del todo los ojos. Tanteó el aparato y lo llevó a su oído sin mirar el nombre en la pantalla.

—¿Hola? —dijo con voz ronca, aún arrastrada por el sueño.

—Desmond —respondió una voz conocida, serena, pero cargada de algo más difícil de definir—. Necesito verte.

Desmond entrecerró los ojos al reconocer a Antrox. Se incorporó lentamente, aún con la cabeza algo nublada por el descanso, pero sus palabras salieron claras y firmes.

—Perfecto. Porque justo estaba esperando que llamaras.

Hubo un silencio breve, antes de que su tono cambiara, más seco, más directo.

—¿Cómo se te ocurre mentir sobre Celia? ¿Decir que ella protegía el movimiento opositor, cuando fuiste tú quien lo inició todo?

Antrox no respondió al instante. Su voz, cuando regresó, se mantuvo tranquila.

—Sé que no estuvo bien. Te mentí. Pero no porque quisiera culparla. Lo hice porque tenía miedo... miedo real.

—¿Miedo? —Desmond se pasó una mano por la cara, ya más despierto—. ¡Tú empezaste todo! Llenaste el anillo de la Furia de revueltas. Jugaste con el fuego y ahora que se te salió de las manos, vienes a hacerte el buen tipo, ayudando a los heridos, cobijando desplazados como si eso te redimiera. ¿No te parece... hipócrita?

Un suspiro cruzó la línea.

—Tal vez sí. Tal vez lo sea —admitió Antrox, sin orgullo—. Pero yo no comencé las protestas en el anillo de la Pereza. Eso... eso surgió solo, tras la muerte de Desidia. Yo no tuve nada que ver con eso. Ni lo busqué.

Desmond se quedó callado. Sus palabras tenían la intensidad de quien ha perdido el control... pero también la claridad de quien ha empezado a comprender.

—Celia me lo dijo —añadió—. Y también me dijo que The Ghost está buscándote. Que tú eres el blanco verdadero, pero usaste a los pecados como escudo.

—Lo sé —respondió Antrox, con una frialdad que no sonaba a indiferencia, sino a resignación—. No soy considerado un pecado capital. No soy más que un... recuerdo. El que quedó atrás cuando mis hermanos fueron elegidos. Cuido sabuesos y pecadores. No tengo poder para enfrentarme a The Ghost. Y eso... es mi única ventaja.

—¿Y a qué quieres llegar con todo esto?

Antrox dudó un momento. Luego, con un tono más pausado, dijo:

—Quiero pedirte perdón. Por haberte mentido. Por haber usado a otros para cubrir mis errores. Sí, inicié todo en el Anillo de la Furia... pero nunca quise que se desbordara así. Y como no puedo detenerlo, al menos puedo tratar de ayudar a quienes están sufriendo. Es lo único que me queda.

Desmond suspiró. Apoyó la espalda en la cabecera de la cama. Ya no había rabia en sus ojos. Solo una especie de comprensión amarga.

—Supongo que... todos estamos intentando reparar lo que rompimos.

—Exacto —dijo Antrox, con un dejo de tristeza—. ¿Vendrás a HellBet?

—Sí. Te veré allí en tres horas. Estoy en casa de Skyler.

Antrox tardó un par de segundos en reaccionar.

—¿Ah, sí? ¿Entonces... se reconciliaron o qué?

Desmond sonrió, apenas.

—Ella dio el primer paso. Y sí... retomamos lo nuestro.

—Vaya. Me alegra. Ustedes dos eran tan empalagosos que tenía que gritarles para que dejaran de coquetear y se pusieran a trabajar —rió Antrox—. Si me dieran un demonio por cada vez que interrumpí sus miraditas, ahora tendría un ejército.

Desmond soltó una risa leve, apagada, pero sincera.

—Nos vemos en unas horas.

—Aquí estaré.

Desmond colgó y dejó el teléfono a un lado. Giró su rostro hacia Skyler, aún dormida a su lado, envuelta en las sábanas, respirando con paz. La contempló un momento en silencio... hasta que estiró el brazo y le rozó el hombro con delicadeza.

Ella se removió apenas, y luego abrió los ojos con lentitud.

—¿Qué pasa, amor? —susurró.

A Desmond se le heló el pecho por un segundo. Esa palabra... amor, pronunciada con tanta naturalidad, lo estremeció. Pero no de miedo. Era como un recuerdo que volvía y al mismo tiempo... sanaba.

—Tenemos que irnos —dijo en voz baja, con una ternura que pocas veces usaba—. A HellBet Records.

Skyler lo miró con atención. Ella lo conocía. Sabía distinguir cuando estaba tenso, o molesto. Pero ahora... estaba feliz. No del todo, no por completo. Pero lo suficiente para notarlo en su voz, en sus gestos.

Ella se sentó en la cama con una sonrisa suave.

—Dame cinco minutos.

Se dirigió al armario y eligió una ropa holgada estilo oversize, cómoda pero con estilo. Desmond, mientras tanto, se puso la ropa con la que había llegado la noche anterior.

Cuando estuvo lista, Skyler se acercó a él. Desmond le abrió la puerta, y sin dudarlo... la tomó de la mano.

Ninguno de los dos dijo nada. No hacía falta.

Juntos salieron al exterior, cruzando la bruma cálida de la mañana infernal.

Llegaron a HellBet Records una hora y media más tarde. El edificio, aunque dañado por la tensión reciente, seguía en pie. Un símbolo tambaleante de lo que fue... y de lo que aún podía ser.

Desmond apretó la mano de Skyler una última vez antes de cruzar la puerta.

—¿Lista?

—Contigo... siempre.

Y entraron.

Al cruzar las puertas de HellBet Records, Desmond y Skyler se detuvieron en seco.

El edificio, otrora símbolo de vanguardia musical y rebeldía artística, se había transformado por completo. Lo que alguna vez fueron pasillos llenos de productores, artistas y egos ahora eran corredores convertidos en refugios.

Las paredes estaban cubiertas con mantas y carteles de organización. El olor a antiséptico se mezclaba con incienso y polvo. En cada rincón, imps y sabuesos lastimados descansaban sobre colchones improvisados. Algunos estaban completamente vendados, con ojos cerrados y respiración inestable. Otros recibían atención médica de enfermeras que se movían sin descanso.

Los estudios de grabación se habían transformado en habitaciones familiares para desplazados. Cortinas improvisadas separaban espacios que antes fueron salas de mezcla. El salón principal, donde antes se firmaban contratos y se presentaban artistas, ahora estaba lleno de camas donadas. Varias de ellas llevaban el sello bordado de Lascivia, en un gesto sorprendente que a Desmond no pasó desapercibido.

Pero lo que más llamó su atención fue el sonido de risas infantiles.

Un grupo de cachorros infernales y pequeños imps jugaba con pelotas viejas y muñecos de trapo, lanzando carcajadas que se alzaban como pequeños rayos de luz entre el luto general del infierno. Esa imagen, tan humana en su esencia, golpeó a Desmond con una mezcla de ternura y nostalgia.

En una esquina del salón, Antrox ayudaba a una pecadora a vendarse el brazo, guiándola con calma. Levantó la vista y los vio.

—Dame un segundo —le dijo a la mujer con voz suave—. Ahorita vuelvo.

Se levantó, sacudiéndose ligeramente las manos, y caminó hacia ellos.

—Miren quiénes llegaron —dijo con una sonrisa—. La pareja del año.

Desmond alzó una ceja, divertido.

—¿No ibas a mandarnos directo al escenario por estar de melosos?

—Sí, y lo haré —respondió Antrox con un guiño—. Justo por eso necesito tu ayuda.

—¿Con qué? —preguntó Skyler, curiosa.

—Tenemos muchos niños aquí. Y como habrán notado, esto no es precisamente un parque de diversiones. Algunos llevan días sin reírse. Sin jugar como deberían. Pensé que tal vez... podrías ayudarnos a entretenerlos un rato, Desmond.

El aludido asintió sin dudar.

—Cuenta conmigo. Lo que sea por ellos.

—Perfecto —dijo Antrox, ya girando sobre sus talones—. Síganme, los llevo al lugar donde están reunidos.

Caminaron por los pasillos hasta llegar al estudio más grande, aquel donde alguna vez Desmond grabó su primer single oficial. Las paredes aún conservaban algo de su acústica original, aunque ahora había alfombras y mantas sobre las paredes para amortiguar el ruido de las actividades infantiles.

En el centro del espacio, una enfermera *shark* contaba una historia a los pequeños. Era difícil no fijarse en ella. Tenía un porte sereno y una belleza natural, de cuerpo esbelto, con sutiles rasgos marinos y una piel de tonalidades azuladas suaves, expresión amable y una voz envolvente que mantenía a los cachorros atentos.

Desmond se detuvo apenas.

Sus ojos se entrecerraron con una confusión que no pudo ocultar.

Había visto *sharks* antes. Muchas veces. Criaturas imponentes, violentas... y siempre iguales.

Siempre hombres.

No existían hembras de esa raza. No en el infierno. No en ningún registro que él conociera.

Su mirada volvió a ella, analizándola con más detenimiento. La forma de su cuerpo. Su voz. Sus gestos. Todo encajaba... y al mismo tiempo no.

Entonces lo entendió.

O creyó entenderlo.

Y eso no hizo más que aumentar su desconcierto.

No había rechazo en su expresión. Tampoco juicio.

Solo una duda silenciosa... una pieza que no terminaba de encajar en su mundo.

Cuando notó que alguien entraba, ella levantó la mirada.

Al ver a Desmond, sus ojos se iluminaron con asombro.

—¡Tú eres Desmond Ludendorff! —exclamó en voz baja, para no interrumpir a los niños—. Yo... estuve en el concierto de Año Nuevo. Fue... fue increíble. ¡Soy fan de tu banda desde siempre!

Desmond tardó un instante en reaccionar, aún procesando lo que veía.

Luego parpadeó y suavizó su expresión.

—Gracias... eso significa mucho, de verdad.

Ella sacudió la cabeza, sonriendo.

—Pero bueno, eso no es lo importante ahora —dijo, recuperando su enfoque—. Justo estaba pensando en cómo animar un poco a estos pequeños. Están algo desanimados. Me alegra que hayas venido.

—¿Qué necesitas que haga? —preguntó Desmond, dando un paso adelante.

—¿Podrías tocarles una canción? Algo simple. Algo que les devuelva un poco de alegría. Mientras tanto, iré a prepararles algo de comer. Nada muy elaborado, pero al menos será caliente.

—¿Con guitarra? —preguntó él.

—Sí, tenemos una por aquí. No es una Ludendorff Custom, pero hace el trabajo —bromeó ella mientras señalaba una guitarra acústica apoyada en la pared.

Desmond fue hacia ella, la tomó entre sus manos, la afinó rápidamente y la probó con un rasgueo suave.

—Creo que tengo justo la canción indicada.

Skyler lo miraba desde un costado, con los brazos cruzados, apoyada contra una pared, sonriendo. No porque estuviera orgullosa de su pareja... sino porque, en ese instante, lo amaba más que nunca.

Los niños estaban ya reunidos, sentados en cojines de colores deslavados frente al pequeño escenario improvisado en el estudio grande. Algunas luces cálidas colgaban del techo,

creando un ambiente acogedor pese a los muros agrietados y los ecos de lo que alguna vez fue una disquera.

Desmond tomó asiento sobre una silla baja de madera. Acomodó la guitarra sobre su pierna y miró a su audiencia. Una veintena de pequeños rostros lo observaban con una mezcla de expectación, ternura y entusiasmo.

—Hola chicos —dijo con una sonrisa que brotó del alma.

—¡Hola Desmond! —respondieron todos al unísono, con esas voces infantiles que parecían perforar cualquier oscuridad.

—¿Les gusta cantar?

—¡SÍÍÍ!

—Entonces vamos a empezar con algo que quizás conozcan.

Desmond tocó un acorde suave, luego otro. Y entonces comenzó a cantar.

Cuando un sueño se te muera
O enfrentes una ilusión
No lo entierres ni lo llores, resucítalo
Y jamás des por perdida la partida, cree en ti
Y aunque duelan las heridas... curarán.

Los niños comenzaron a seguirlo. Algunos con palmas, otros cantando las frases que conocían de memoria.

Y verás... que tú puedes volar
Y que todo lo consigues...
Y verás... que no existe el dolor...
¡HOY TE TOCA SER FELIZ!

El coro estalló con una energía inusual. Los cachorros infernales aullaban a su manera, y algunos imps bailaban torpemente de la emoción. Skyler, desde una esquina, no podía dejar de sonreír mientras aplaudía bajito.

Cuando la canción terminó, los niños rodearon a Desmond como si fuera un héroe.

—¡¿Cómo aprendiste a tocar así?!
—¡¿Nos enseñarías a ser geniales como tú?!
—¡Tocas mejor que los de la tele!

Desmond se rió con suavidad, el pecho aún vibrándole con la energía que solo una audiencia infantil podía generar.

Por un momento, la pena que lo acompañaba desde la muerte de Andrea... se desvaneció.

Skyler lo miraba, enternecida. Sabía cuánto necesitaba ese momento. No solo los niños... él también.

Una voz femenina lo sacó de sus pensamientos.

—Gracias. Acabas de salvarme la vida.

Desmond giró. La enfermera *shark* —la que les había pedido ayuda— lo miraba con una sonrisa sincera.

Por un instante breve, su mente volvió a ese mismo punto de confusión de antes. Esa idea que no terminaba de asentarse del todo... pero esta vez no dijo nada. Solo la observó, en silencio, como si ya hubiera decidido no cuestionarlo.

—¿Perdón? —respondió finalmente.

—Estaban tristes, ansiosos... Y tú los hiciste reír, cantar, moverse. Les devolviste algo de infancia. Es más de lo que he logrado en días —suspiró—. Eres bueno con ellos.

—Hago lo que puedo —respondió él, aún un poco ruborizado por el cumplido.

—Me sorprende que no tengas un hijo —comentó ella con ligereza.

El gesto de Desmond se congeló por un segundo. Bajó un poco la mirada, incómodo.

—Oh... lo siento —dijo la enfermera al notar el silencio—. ¿Dije algo que no debía?

—No te preocupes —respondió él con una media sonrisa forzada—. Solo que... no puedo tener hijos con mi pareja. Pero verlos a ellos... me llena el alma. Es suficiente.

La enfermera asintió, apenada.

—No me presenté antes —dijo, extendiendo la mano—. Soy Danielle.

—Un gusto, Danielle. Soy Desmond.

—Lo sé —dijo ella con una risita tímida—. Estaba en tu concierto de Año Nuevo.

Desmond se rió, ahora más relajado.

Horas después, en una sala contigua, Desmond y Danielle compartían una infusión caliente mientras Skyler se unía a la conversación desde un sillón cercano. La charla fluía con naturalidad. Danielle era encantadora, curiosa, inteligente. Hablar con ella era como conversar con alguien que conocías de toda la vida.

—Dicen que toco bien la guitarra —bromeó Desmond—, pero tú mencionaste algo de música también, ¿cierto?

—Sí —respondió Danielle con una sonrisa nostálgica—. En mi pueblo tocaba en festivales, en las plazas. Era lo único que me hacía sentir... en paz conmigo misma.

—¿Ya no tocas? —preguntó Skyler.

—De vez en cuando —suspiró—. Cuando no estoy curando heridas o consolando madres que perdieron a sus hijos. La música me recuerda quién soy... o mejor dicho, quién luché por ser.

Desmond ladeó la cabeza, curioso.

—¿Luchaste por ser?

Danielle asintió, mirando su taza.

—Sí. No fue un camino fácil. Desde muy joven sentí que algo en mí no encajaba. Me tomó años encontrarme, aceptarme... y convertirme en la mujer que soy hoy.

Skyler le dedicó una sonrisa cálida.

—Se nota. Tienes una fuerza muy bonita, Danielle.

—Gracias —respondió ella, con un dejo de timidez—. A veces uno se acostumbra tanto a sobrevivir que olvida disfrutar de haber llegado hasta aquí.

Desmond asintió, sincero.

—Y llegaste muy lejos. Eso tiene mérito.

Por dentro, una parte de él volvió a esa misma conclusión silenciosa de antes. Ahora tenía más sentido... pero aun así, no dijo nada. No era el momento. Y, en el fondo, tampoco importaba.

El silencio que siguió fue sereno, como si las palabras hubiesen dejado un eco reconfortante.

El día se fue apagando lentamente. Los gritos infantiles cedieron paso a murmullos, y las luces cálidas fueron ganando espacio al gris de las paredes.

En la terraza de HellBet Récords, Desmond, Skyler y Danielle contemplaban el atardecer infernal, donde el cielo ardía en tonos carmesí y naranja.

Allí estaban, tres almas distintas, heridas por diferentes motivos. Pero por unas horas... juntos.

Y mientras las sombras caían sobre el infierno, en sus corazones aún quedaba música.

Y esperanza.

CAP 46

El que no tiene trono

El eco de las pisadas resonaba suavemente por la Cámara de Consejo Infernal, una estancia circular construida en basalto negro, coronada por un tragaluz eterno que dejaba pasar una luz

roja como sangre cuajada. Alrededor de la gran mesa de piedra volcánica, cinco figuras ocupaban sus tronos con presencia inequívoca.

Los pecados capitales.

Celia, envuelta en un vestido amarillo mostaza de hombros anchos, jugueteaba con un palillo entre los labios mientras su mirada vagaba por el techo con desinterés aparente.
Greedon, el avaro, revisaba ansiosamente una tableta con gráficos de pérdida económica en los mercados infernales.
Valerio, con su habitual pose de superioridad, se recargaba en su trono con los brazos cruzados, sus ojos llameantes destilando impaciencia.
Invidia, siempre callada, tamborileaba sus dedos afilados contra el reposabrazos, con mirada evasiva.
Y Lascivia, la más altanera del grupo, cruzaba las piernas con elegancia, su sonrisa enigmática colgando como un velo sobre sus labios pintados.

A varios metros de la mesa principal, una mesa secundaria y sin ornamentos albergaba a una única figura: Antrox. Vestía de forma simple, funcional. No necesitaba símbolos. Su silencio era su escudo. Sus ojos, sin embargo, estaban bien abiertos.

Entonces, las antorchas se apagaron, una a una.

De las sombras que se formaron en el centro de la sala, emergió Ghost.

The Ghost no caminaba. Deslizaba. Su capa parecía hecha de oscuridad líquida y la guadaña envuelta en llamas azules colgaba como una advertencia muda. Se sentó con la misma precisión de un juicio inapelable.

—Las revueltas en el Anillo de la Pereza —comenzó, sin ceremonias ni saludos— no han cedido. Al contrario, están creciendo.
La voz que surgía de su calavera era hueca, profunda, como si resonara en un abismo.

—Ya hemos contactado con las autoridades celestiales —añadió—. Un reemplazo para Desidia llegará pronto. Hasta entonces... debemos actuar.

Los pecados se miraron entre sí, tensos. Solo Valerio bufó con desdén.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Enviar más sabuesos a masacrar manifestantes? —espetó, sin esperar turno.

Ghost ignoró la provocación.

—He designado a Krauser para encargarse de la situación en el Palacio Furilius.

Un hombre de porte imponente dio un paso adelante desde la oscuridad junto al trono de Ghost. Su silueta era militar, inconfundible. Camisa negra ajustada, pantalones de camuflaje

gris, y una boina roja que marcaba su rango. Su rostro estaba surcado de cicatrices, pero su mirada era serena. Firme.

—Comandante Krauser, al servicio del orden infernal —dijo con voz grave, dando un paso al frente—. No vengo a reprimir más. Vengo a calmar las aguas. Y tengo un plan.

Lascivia lo miró con curiosidad, su tono entre coqueto y cínico.

—¿Y ese plan mágico en qué consiste, comandante?

Krauser no se dejó impresionar.

—Todos saben lo que ocurría entre Valerio y Desidia. Las discusiones. Las humillaciones públicas. Los golpes.

Un silencio incómodo cayó como un relámpago.

Celia bajó la mirada, incómoda.
Invidia apretó más fuerte el puño.

Valerio se levantó abruptamente, su aura roja chispeando con rabia.

—¡No tienes pruebas! ¡Y no me voy a exponer saliendo de ese palacio! ¿Quieres que me linchen? ¡No voy a darles el gusto!

—No te estoy pidiendo que salgas —respondió Krauser, sin perder la calma—. Solo que hables. Una declaración pública.
Un mensaje de condolencia, de arrepentimiento. Lo suficiente para sembrar duda. Para dividir al enemigo.

Greedon levantó la mirada por primera vez.

—¿Y si no sirve de nada? ¿Y si la revuelta se intensifica?

—Entonces responderemos —dijo Ghost.

Krauser dio un paso hacia la mesa secundaria, donde Antrox seguía callado.
El comandante lo miró unos segundos. Luego se volvió hacia los pecados.

—Hay algo más que quiero decir —dijo, proyectando la voz.

Los cinco pecados alzaron la vista, algunos con interés, otros con desprecio.

—Sé que ustedes no consideran a Anthony como uno de los suyos —comenzó—. Que lo ven como el "cuidador de sabuesos y pecadores".
Una sombra sin trono. Un accidente de su linaje.

Valerio bufó. Lascivia frunció el ceño.

—Pero déjenme decirles esto —continuó Krauser—: mientras ustedes están aquí, discutiendo planes que no llevan a nada, él ha logrado algo concreto.
La disquera HellBet Records, la misma que ustedes consideraban un circo, ahora es un refugio. Un verdadero bastión. Allí se alimenta a desplazados. Se atiende a heridos. Se consuela a niños que han perdido todo.

Celia alzó la vista con expresión seria.
Invidia dejó de tamborilear los dedos.
Greedon cerró su tableta.
Lascivia, por una vez, no sonrió.
Y Valerio... simplemente apartó la mirada.

Krauser posó una mano en el hombro de Antrox.

—Él no tiene un trono. Pero tiene algo que ustedes parecen haber olvidado: humanidad.

El silencio fue brutal.

Ghost, desde su trono, dejó caer un murmullo que sonó como una sentencia:

—Se aceptará el plan de Krauser. Y se vigilará su ejecución.
Valerio, tendrás que colaborar... aunque sea con palabras.

El pecado de la ira no respondió. Solo apretó los dientes y asintió con un gesto seco.

Un silencio tenso se apoderó de la cámara tras las palabras de Krauser. Todos los presentes parecían evaluar el golpe emocional que acababan de recibir. Pero, como era de esperarse, Valerio no tardó en romper ese silencio con su veneno habitual.

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo con desprecio, levantándose lentamente de su asiento—. Nada de lo que dijo cambia el hecho de que sigue siendo solo un cuidador de sabuesos y pecadores.
—¡No es más que un idiota con suerte! —espetó, escupiendo la palabra "idiota" con tal furia que hasta su silla rechinó al girarla con violencia.

Krauser giró lentamente la cabeza hacia él. Su mandíbula se tensó. Sus nudillos blanquearon sobre el borde de la mesa.

—No puedo creer que pienses así de tu propio hermano —dijo con voz baja, pero firme como el acero.

—¿Mi hermano? —Valerio rió, cínico—. ¿Ahora resulta que le damos importancia? ¿A él? ¿El eterno bastardo que solo sirve para alimentar sabuesos y lavar heridas a malditos débiles? ¿Qué sigue? ¿Nombrarlo nuevo comandante de los ejércitos del infierno?

—¡¡SUFICIENTE!! —el grito de Krauser hizo que las antorchas de las paredes parpadearan violentamente.

El eco de su voz retumbó como un trueno sagrado en la cámara.
Incluso Ghost, aún inmóvil, giró ligeramente su calavera hacia el comandante.

—¡No vuelvas a referirte así a Anthony! —bramó Krauser, de pie, con las manos apoyadas con fuerza sobre la mesa de obsidiana—. ¿Tienes idea de lo que representa lo que él está haciendo? ¿De lo que representa para los que están abajo, sangrando en las calles?

Valerio apretó los puños, pero no respondió. Sus ojos destilaban furia.

Invidia, que había estado en silencio hasta ahora, intervino con voz gélida.

—Admito que... Anthony está haciendo una buena acción.
—Pero —añadió sin pausa— no tiene el poder para ser uno de nosotros.
Ni lo ha tenido... ni lo tendrá.

Celia levantó la vista, sus ojos brillando con decepción.

—¿Y de qué sirve tanto poder —preguntó suavemente— si se usa para ignorar a los más vulnerables?
Puede que Anthony no tenga nuestra fuerza... pero tiene algo que hemos olvidado: compasión.

Lascivia, sin dejar su pose altiva, asintió con elegancia.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo, Celia.
Él no busca reconocimiento. Solo ayuda. Y eso... lo hace más grande que varios de nosotros.

Greedon, el avaro, soltó una risa seca y despectiva.

—¿Verlo con otros ojos? Tonterías.
¿Por qué habría de respetar a alguien tan inferior?
Su lugar es el sótano. No la mesa.

La tensión creció como un incendio sin control.
Los pecados comenzaron a discutir entre ellos, cada uno defendiendo su postura, elevando el tono.

Valerio volvió a alzar la voz.
Invidia replicó con acidez.
Lascivia y Greedon se cruzaron insultos sutiles.
Y en medio de todo eso, Antrox permanecía en silencio. Observando. Esperando.

Fue entonces cuando Krauser golpeó la mesa con fuerza, un puño cerrado sobre el centro mismo del símbolo infernal grabado en la obsidiana. El impacto retumbó como una campana de guerra.

—¡BASTA!

El silencio regresó.

Krauser se irguió, su presencia llenando la sala.

—No puedo creer —dijo con tono grave, mirando a cada uno con dureza— que aquel a quien llaman "inferior" sea, en este momento, más maduro, responsable y útil que la mayoría de ustedes.

Nadie se atrevió a interrumpirlo.

—Estoy de acuerdo con Celia y Lascivia —continuó—. Ustedes, los demás... solo piensan en ustedes mismos. En su estatus. En su comodidad. Han olvidado para quién trabajan. Para quién fueron creados.

Sus ojos se clavaron como lanzas en los de Valerio, luego en Invidia, y finalmente en Greedon.

—Le deben lealtad al ser que los trajo a este plano.
Lucifer los creó a todos por igual.
Y aunque Anthony no sea una "divinidad" como ustedes, él nació al mismo tiempo. Ha vivido tanto como ustedes. Ha visto más de lo que quieren recordar.

Se giró levemente hacia Ghost, quien aún guardaba silencio.

—Él fue quien civilizó a los sabuesos infernales. Él fue quien acogió a los pecadores cuando ustedes ni siquiera querían mirarlos.
Y ahora... ahora sigue cargando con un deber que ninguno de ustedes tuvo el valor de asumir.

Fin de la discusión.

La frase cayó como una losa.
Ghost, por primera vez desde el inicio, asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo con Krauser —dijo con calma espectral—. Anthony no necesita un título para tener valor. Y si aún estamos de pie, en parte, es por lo que él ha mantenido de pie.

Un largo silencio cubrió la sala.
Hasta que Valerio, con el rostro descompuesto por la humillación, se dejó caer de nuevo en su trono. Parecía un niño que acababa de ser reprendido frente a todos.

—Esto no se va a quedar así... —murmuró entre dientes, sus ojos encendidos por un rencor que hervía en silencio.

Y mientras todos pensaban que el asunto se había cerrado, Valerio ya planeaba en su mente cómo vengarse.
No le importaba cuánto tardara.
No le importaba cuántos cayeran en el proceso.
Anthony pagaría.

CAP 47

Donde nadie más te ofrece techo

Habían pasado ya dos meses desde aquella reunión tensa en la Cámara del Consejo, donde Krauser había defendido a Antrox y Valerio había sido expuesto como lo que era: una bomba de tiempo con forma de pecado capital.

Durante ese tiempo, el infierno no había logrado estabilizarse. Las protestas en el Anillo de la Pereza seguían activas, aunque fragmentadas. Algunos exigían justicia, otros simplemente pedían paz. Sin embargo, una sola verdad reinaba entre todos: la ausencia de Desidia se sentía como un hueco insondable.

Pero ese vacío estaba por ser llenado.

La Cámara del Consejo Infernal volvió a llenarse. Esta vez, todos los pecados capitales presentes: Celia, Greedon, Valerio, Invidia y Lascivia, acomodados en sus respectivos tronos. Antrox, nuevamente apartado, ocupaba su mesa solitaria sin decir palabra. Y en lo más alto, en el trono central de piedra negra y fuego azul, The Ghost aguardaba, su guadaña reposando a un lado como si vigilara en su nombre.

El aire estaba cargado. Tenso. Expectante.

Ghost alzó su calavera sin ojos, como si pudiera ver en el alma de cada uno.

—Ha llegado el momento —anunció con su voz hueca y grave—. El reemplazo de Desidia... ya está aquí.

Un simple gesto con la mano bastó. Las enormes puertas dobles se abrieron con un chirrido gutural, como si la propia sala respirara con dificultad.

Por el umbral apareció ella.

Primero se vieron dos sabuesos infernales hembra, armadas con lanzas y uniformadas, que caminaban al frente. Hicieron una reverencia firme y se apartaron a los lados, permitiendo que la figura principal diera el primer paso.

El eco de sus tacones resonó como el de un juez entrando a dictar sentencia.

La mujer era un espejo aterrador. Una visión de lo que fue y ya no es.

Todos se quedaron congelados.

—¿Es...? —musitó Celia con voz temblorosa.

La figura que apareció ante ellos era idéntica a Desidia... y sin embargo, no lo era. Había algo en su porte, en sus ojos, que lo cambiaba todo.

De piel gris oscuro y melena plateada, su rostro era una mezcla perfecta de suavidad y firmeza, como si hubiera aprendido a cargar siglos de juicio en una sola mirada. Su mirada atravesaba la sala con una calma sobrenatural, y de su cabeza brotaban dos enormes cuernos retorcidos, negros, rugosos, como ramas de un árbol maldito.

Vestía como una emperatriz del vacío:
Un corsé negro de bordados cruzados le entallaba el torso, sobre una blusa blanca con mangas abultadas y puños finamente decorados. Su falda fluida, negra, se abría ligeramente para revelar un delantal blanco antiguo, con cadenas, relojes y metales oscilando de su cintura. Cada paso era el tic-tac de un péndulo eterno.

Sus brazos estilizados, largos como los de un espíritu de otro plano, sostenían dos bastones delgados, plateados, que tintineaban con cada movimiento. No caminaba como una líder militar... sino como una reina de un reino que aún no existe.

Greedon tragó saliva, sin poder evitar que una gota de sudor corriera por su sien.

—Esa... esa es la nueva pereza... —murmuró Lascivia, asombrada.

Ghost asintió.

—Su nombre es Velzaria.
Y a partir de hoy, ocupará el lugar de Desidia como la nueva pecado capital de la Pereza.

El murmullo fue inmediato. Solo Antrox, como si ya lo hubiera intuido, mantuvo la vista fija en ella. No por morbo... sino por respeto.

Velzaria se detuvo en medio de la sala. No hizo reverencia. No saludó. Solo los miró a todos, con un aire entre juzgador y desinteresado.

Y entonces habló. Su voz era etérea, pausada, y tan delicada que parecía rasgar la realidad misma:

—No he venido a ser su amiga. Ni su súbdita.
He venido a cumplir un rol... y a restaurar el equilibrio que ustedes mismos han dejado pudrir.

Todos quedaron en silencio. Valerio, aunque evidentemente irritado, no dijo nada. Por primera vez en meses... nadie se atrevía a alzar la voz.

El silencio dentro de la Cámara del Consejo Infernal se había vuelto denso. No por tensión... sino por asombro. Todos los presentes parecían haber contenido el aliento cuando Velzaria se reveló.

Nadie dijo nada al principio.
Valerio, por una vez, quedó boquiabierto. Sus ojos se movían de lado a lado como si intentara

encontrar diferencias entre la figura imponente que tenía delante y la difunta Desidia... pero no podía.

Invidia, con el ceño fruncido y los labios apretados, la miraba con una mezcla tóxica de curiosidad y celos. No por su posición... sino por su belleza sobrenatural.
Greedon, aunque intentaba mostrarse indiferente, desviaba la mirada repetidamente hacia su escote con una torpe discreción.
Lascivia, por el contrario, apartó la vista completamente, visiblemente incómoda ante la presencia de alguien con tanta gracia y autoridad.
Celia, en cambio, esbozó una sonrisa suave, genuina. Aquella mujer tenía algo más que poder... tenía dignidad.

Pero quien se levantó sin titubeos fue Antrox.

Cruzó la sala con paso seguro, aunque su mirada era humilde. Se detuvo frente a Velzaria y, con una inclinación sutil, tomó su mano con respeto y la besó con cortesía.

—Mi nombre es Anthony —dijo con tono sereno, sin pretensiones—. Es un honor conocerla.

Velzaria lo miró, sorprendida. Pero no en desagrado. En su rostro se dibujó una sonrisa elegante, suave, casi cálida.

—El gusto es mío, Anthony —respondió—. Mi nombre es Velzaria.

Ese... fue el primer gesto amable que recibió desde su llegada al infierno.

Ella no era estúpida. Había visto las miradas. El juicio en los ojos. Pero ese hombre... ese que no tenía trono, ni corona, fue el único que la saludó como igual.

Con cortesía, Antrox le indicó el trono vacío que antes ocupaba Desidia. Velzaria se sentó con delicadeza y lo miró.

—Gracias, Anthony.

Él inclinó la cabeza en silencio, hizo una reverencia y se dirigió de vuelta a su mesa alejada del círculo de poder.

Velzaria, extrañada, siguió su recorrido con la mirada. Luego, alzando la voz, preguntó con naturalidad:

—Disculpen, ¿por qué él está apartado de ustedes?

Un silencio heló el salón.
Ghost, con su usual tono carente de emoción, respondió:

—Anthony no pertenece a esta mesa.
No es un pecado capital.
Es solo el cuidador de sabuesos y pecadores.

Velzaria asintió... pero su expresión era otra.
No dijo nada. Se levantó de nuevo, caminó hacia la silla de Antrox, la levantó sin esfuerzo y la colocó justo al lado de la suya.

Luego, mirándolo con firmeza:

—Si voy a empezar algo aquí... lo haré al lado del único que ha mostrado decencia.
—Siéntate, por favor.

Antrox, algo confundido, obedeció en silencio.

Ghost no dijo nada. Ni protestó. Solo observó en silencio como si evaluara lo que acababa de ocurrir... y decidiera dejarlo pasar. Al menos por ahora.

Con un chasquido de dedos, Ghost hizo aparecer documentos ante cada uno de los pecados. Páginas de obsidiana con escritura ardiente se desplegaron frente a ellos. Informes, estadísticas, mapas.

—En esos informes encontrarán el desarrollo de los disturbios —explicó Ghost—. Su origen. Su expansión. Su futuro si no se actúa.

Los pecados comenzaron a leer.

—Las revueltas comenzaron en el Anillo de la Ira, como saben. Las condiciones de vida allí... eran deplorables.
Las comunas, donde viven los marginados, han sido los barrios más peligrosos desde la era de John Ludendorff y su aliado directo, Valerio, como pecado regente del anillo.

Valerio resopló, pero no dijo nada... aún.

—Durante el mandato de Izobelle Ludendorff, la situación se estabilizó. Hubo seguridad. Se frenó el avance de la corrupción.
Pero se volvió a encender el fuego.

Ghost dio un paso al frente.

—Hemos recibido múltiples peticiones... para destituir a Valerio de su cargo.

Eso hizo que el ambiente se congelara.

Ghost levantó una mano para calmar la inminente tormenta.

—Por supuesto... es imposible. Ningún pecado capital ha sido reemplazado a la fuerza desde la Guerra del Primer Trono.
Sin embargo... se le exigirá una disculpa pública, una vez que las protestas se calmen en el Palacio Furilius.

Ghost dejó caer otra hoja sobre la mesa de Valerio. En ella... acusaciones por abuso de poder.

—Estos informes... contienen denuncias recientes. Gritos. Golpes. Humillaciones públicas. Casos que están bajo observación.

—¿Van a dejar pasar eso? —masculló Valerio, poniéndose de pie bruscamente.

Pero antes de que pudiera decir una palabra más, Ghost alzó su guadaña y golpeó el suelo.

El impacto no hizo ruido. Pero el efecto fue inmediato.

Cadenas de fuego azul brotaron del mármol y se aferraron a las muñecas de Valerio, inmovilizándolo.

—Si vas a alzar la voz otra vez a un superior —dijo Ghost con voz hueca y helada—, o siquiera intentas gritarme como hiciste la última vez...

Un instante de silencio.

—Acabarás igual que Desidia.
En una bolsa para cadáveres.

Valerio palideció. Su fuego interior se encogió.
Solo asintió, tembloroso, moviendo la cabeza una y otra vez.

Ghost golpeó el suelo con su guadaña una vez más. Las cadenas se deshicieron como ceniza en el aire.

La reunión continuó una hora más, con análisis sobre la estrategia para reducir las protestas, medidas de contención... y silencio en los tronos.

Al final, Ghost alzó una mano.

—La reunión ha concluido.

Pero antes de que todos se levantaran, volvió a hablar.

—Anthony. Velzaria. Quédense un momento.

Cuando el salón se vació, Ghost bajó del trono. Se acercó a ambos con esa aura suya de eterno desprecio.

—Velzaria —dijo—. A partir de ahora, Anthony será el encargado de asesorarte.
Te mostrará lo que necesitas saber, te guiará por los protocolos, y hasta que se completen los arreglos en el Palacio Hastío, vivirás con él.

Velzaria asintió con elegancia.

Pero Antrox lo miró confundido.

—¿Por qué... me daría esa tarea?
—Soy un simple cuidador de sabuesos y pecadores.
No soy nadie más.

Ghost se giró hacia él lentamente, y su calavera, aunque vacía, pareció observarlo con cruel indiferencia.

—Porque nadie más se ofreció.
Y porque para tareas así... es lo único para lo que sirves.

Sin añadir una palabra más, Ghost se desvaneció en las sombras.

Antrox no respondió.

Pero el vacío en su pecho se hizo más pesado que nunca.

Pasaron unas horas desde el final del consejo, y cuando el cielo rojo comenzaba a teñirse de un púrpura más cálido, Antrox y Velzaria llegaron a Hellbet Records.

El edificio, aunque modesto por fuera, conservaba todavía cierta elegancia erosionada por el tiempo. Velzaria lo observó con un brillo curioso en los ojos.

—¿Este lugar... era tu casa? —preguntó mientras pasaban por el umbral.

—Lo fue, en parte —respondió Antrox, guiándola con tranquilidad—. Ahora es otra cosa.

Al entrar, Velzaria tuvo que agacharse ligeramente. Con sus casi dos metros veinte de altura, rozaba los marcos de las puertas. Lo primero que la golpeó fue la actividad: camillas, colchones improvisados, mantas repartidas por doquier. Había sabuesos vendados, imps con muletas, y cachorros infernales dormidos en el suelo como si fuese un refugio de guerra... pero uno cálido.

Velzaria frunció el ceño con preocupación.

—¿Qué... les pasó?

Antrox, con una expresión sombría, se detuvo a su lado.

—Fueron heridos mientras luchaban por ser escuchados.

Ella iba a preguntar más, pero algo tiró de su vestido. Bajó la mirada y encontró a un pequeño cachorro infernal de enormes orejas y hocico manchado, que no le llegaba ni a las rodillas.

—Señora, ¿usted es un ángel?

Velzaria se sorprendió por la pregunta. Se agachó y lo cargó con delicadeza. El cachorro agitaba la cola con alegría, mirándola con sus ojos chispeantes.

—No, pero gracias por el cumplido —dijo con una sonrisa que por primera vez en mucho tiempo parecía auténtica—. Qué ternurita de criatura eres.

—Usted es muy linda... ¡y enorme! —respondió el cachorro con inocencia.

Velzaria soltó una risa cálida, luego lo dejó en el suelo. El cachorro corrió hacia su madre, que le agradeció a la recién llegada con una leve inclinación de cabeza.

—¿Siempre es así? —preguntó Velzaria mientras seguía a Antrox por el pasillo.

—Más de lo que te imaginas.
Esto... esto ya no es solo un sello musical. Es hogar para quienes ya no tienen dónde ir.

Llegaron a la oficina principal. Aunque el mobiliario conservaba la estructura de una disquera, el polvo y los carteles viejos hablaban de otra época. En una pared, varios discos dorados brillaban bajo la tenue luz etérica.

—¿Qué era este lugar exactamente? —preguntó Velzaria, paseando la mirada.

Antrox se sentó en su sillón, algo fatigado.

—Fue una disquera famosa en su tiempo. Llevamos talento del inframundo a lo más alto. Ahora... está en pausa. Hasta que todo esto se calme.

Velzaria se dejó caer suavemente en el sillón contiguo, recostándose contra el espaldar con un suspiro satisfecho.

—Debe ser agotador...

—Tratar con mis hermanos siempre lo ha sido —dijo Antrox con una sonrisa resignada—. Me menosprecian, me ven como un estorbo. Solo Celia y Lascivia me tratan con respeto. A veces.

—Lo noté —dijo Velzaria, girando su cabeza hacia él—. Desde que llegué al consejo... eras como una sombra entre ellos.
Pero ahora ya no estás solo. Si me lo permites...
Podemos ser amigos.

Antrox la miró, sorprendido. Hubo una pausa incómoda, luego asintió con torpeza.

—Me... me gustaría.

Velzaria sonrió con dulzura. Sin previo aviso, alargó la mano y le quitó el sombrero que Antrox siempre llevaba encima.

—¡Eh! —protestó él—. ¿Por qué hiciste eso? ¡Devuélvelo!

—Te ves mejor sin él —respondió entre risas.

—Ese sombrero... me lo dio Celia hace años. Tiene valor sentimental.

Velzaria le devolvió el gorro sin perder la sonrisa.

—Entonces lo respeto.

Se puso de pie, estirando los brazos.

—Tengo hambre.

—Puedo llevarte a un restaurante cerca de aquí. Sirven buena comida —ofreció Antrox.

—¿Restaurante? ¿De verdad hay tiempo para eso en el infierno? —bromeó ella.

—A veces comer bien... es la única rebelión que uno tiene.

Ambos rieron suavemente y salieron del edificio.

Mientras caminaban por las calles del anillo de la ira, Velzaria lo llenó de preguntas: sobre las capas del infierno, la jerarquía, los sabuesos, los pecadores, la historia de los Ludendorff... y Antrox, sin una sola queja, le explicó cada detalle con paciencia. Él lo notaba: ella era distinta a Desidia. Más presente. Más empática. Y lo más importante... no lo odiaba.

—¿Siempre fuiste así de... paciente? —preguntó Velzaria con tono curioso.

—No siempre. Aprendí a fuerza de ignorancia.
Cuando nadie cree que vales algo, aprendes a valerte por todos.

Después de algunos minutos, llegaron a un pequeño restaurante de arquitectura antigua. El letrero parpadeaba: Inferno Deli. Al entrar, fueron guiados a una mesa privada.

—Yo invito —dijo Antrox.

—Entonces pido caro —respondió Velzaria con una sonrisa desafiante.

Ambos rieron mientras hojeaban el menú.

—Una hamburguesa doble con papas, por favor —dijo Velzaria sin pensar.

Antrox levantó una ceja.

—¿No pensaría que pedirías eso?

—¿Por qué? ¿Porque soy refinada?

—Sí... un poco.

—Bueno, te equivocas —respondió mientras se sacudía la chaqueta con elegancia.

Antrox pidió lo mismo.

Mientras esperaban, una banda en vivo comenzó a tocar en una tarima al fondo. Se hacían llamar Paradise Levels. La primera canción fue una versión infernal de La Grange, llena de energía, guitarras rasgadas y un ritmo contagioso.

Velzaria se entusiasmó. Aplaudía con gracia, movía la cabeza al ritmo. Antrox sonrió al verla tan despreocupada.

—Me encanta la música de todo tipo —comentó ella.

Cuando la comida llegó, Antrox comía con su típica educación... mientras Velzaria, sin miedo al juicio, mordía la hamburguesa con entusiasmo, manchándose las comisuras de salsa y mostaza.

—Ah... está deliciosa —dijo entre risas.

Antrox no podía evitar mirarla y reírse también.

—Tienes modales para todo... menos para comer.

—Lo importante es que disfruto lo que como, ¿no?

Tras terminar su comida y compartir algunas anécdotas más, el cielo ya comenzaba a oscurecerse con tonos escarlata.

Antrox se levantó. Extendió la mano hacia ella.

—Es hora de regresar.

Velzaria, sin dudarlo, le tomó la mano. Su tacto era firme pero suave.
Y en ese momento, mientras caminaban juntos por las calles en ruinas, con luces parpadeantes y ecos de una ciudad herida...
Por primera vez en mucho tiempo, Antrox no se sintió solo.

La noche había caído sobre el Anillo de la Ira como un manto silencioso, aunque en la distancia aún podían escucharse ecos de protestas dispersas. Sin embargo, en ese pequeño rincón del infierno donde vivía Antrox, la calma parecía haber encontrado refugio.

Cuando Antrox abrió la puerta de su casa, Velzaria no supo qué esperar. Lo que encontró fue una vivienda sencilla, sin decoraciones grandiosas, sin vitrales de sangre ni columnas de mármol demoníaco como en los palacios de los pecados capitales.

Era un lugar... habitable. Y eso lo hacía especial.

—Perdón si no es lo que estás acostumbrada —dijo Antrox con voz humilde—. Pero... es mi hogar.

Velzaria observó la pequeña sala con muebles algo desgastados, una estantería con libros apilados sin orden, una mesa con tazas vacías, y un sofá con cojines de colores disparejos. Sonrió con sutileza.

—Está perfecto —respondió con sinceridad—. Es... cálido. De verdad.

Antrox asintió y la condujo por el pasillo hasta su habitación. Abrió la puerta y encendió la luz: una cama grande, bien tendida, y una pared con retratos de épocas pasadas. En una esquina había una lámpara cubierta con polvo y una cómoda antigua.

—Dormirás aquí, en mi cama —le dijo, señalando la habitación—. Hasta que el Palacio Hastío esté listo para recibirte. Yo me las arreglo en el sillón.

—¿Estás seguro? —preguntó Velzaria, algo sorprendida.

—Es lo menos que puedo hacer. Fuiste arrojada a este caos sin manual de bienvenida.

Velzaria chasqueó los dedos con elegancia, haciendo aparecer un conjunto de ropa para dormir sobre el suelo: un short celeste y una camiseta blanca con dibujos de corderos dormidos.

Antrox alzó una ceja al ver el diseño.

—¿Corderos?

Velzaria sonrió divertida.

—¿Qué? Me recuerda a casa. Aunque... sí, supongo que es un poco infantil.

—Nah. Está bien —respondió él, caminando hacia una puerta—. El baño está por aquí.

Entonces notó algo pegado en la puerta: una vieja pegatina que decía "Prohibido mujeres", con tinta casi desvanecida.

Velzaria levantó una ceja, divertida.

—¿En serio?

—Era una broma de Julian... —murmuró Antrox con resignación mientras despegaba la calcomanía y la arrugaba—. Ya no aplica.

Velzaria rió suavemente mientras se dirigía al baño. Antrox se quedó unos segundos de pie en el pasillo, mirando la puerta cerrarse tras ella. Y por primera vez en mucho tiempo... no se sintió incómodo compartiendo su espacio con alguien.

Minutos después, Velzaria salió del baño.

El contraste era gracioso: aquella mujer alta, imponente, que había enfrentado a los pecados capitales sin pestañear... ahora aparecía con un short que apenas le llegaba a mitad de muslo, una camiseta ligeramente holgada, y los pies descalzos.

Antrox giró al verla y abrió ligeramente los ojos.

—Te queda bien.

Velzaria levantó la barbilla con fingida superioridad.

—Claro que sí. Tengo excelente gusto... incluso cuando se trata de pijamas infantiles.

Ambos rieron. Velzaria se dejó caer en la cama con un suspiro aliviado.

—Es... perfecta.

—Lo sé. Es mi favorita.

Se giró hacia él y dijo, en voz suave:

—Buenas noches, Anthony.

Antrox asintió y se giró. Comenzó a quitarse la camisa, revelando un torso esbelto pero fuerte, trabajado no por vanidad, sino por años de trabajo físico y resistencia.

Velzaria lo miró por reflejo... y sus mejillas se encendieron levemente. Inmediatamente se giró hacia la pared, fingiendo que nada había pasado.

—E-ehm... buenas noches.

Antrox notó el rubor, pero no dijo nada. Se rascó la nuca, apagó la luz y se dirigió al sillón que tenía al pie de la cama. Se acomodó con la familiaridad de quien ya conocía las incomodidades del lugar... pero esa noche, el sillón no se sentía tan frío como antes.

El silencio envolvió la habitación.
Y en la oscuridad... dos almas que jamás imaginaron compartir techo, compartieron por fin algo más fuerte que títulos o poder: la tranquilidad de no sentirse rechazados.

Y así concluyó el día.
Antrox... por primera vez en siglos, había conseguido una nueva amiga.

CAP 48

Refugio entre sombras

El aire dentro de la habitación era cálido y tranquilo, pero algo empezó a perturbar suavemente la quietud: un olor dulce, envolvente, delicioso.

Velzaria, aún sumida en un sueño profundo, frunció levemente el ceño. Sus fosas nasales se estremecieron, captando ese aroma que parecía flotar como una invitación entre las sábanas.

Poco a poco, sus párpados comenzaron a temblar, y con lentitud, los ojos se abrieron, aún empañados por el letargo.

Se incorporó con torpeza, apoyando el torso en el espaldar de la cama. Aún medio dormida, se talló los ojos con sus puños, como una niña que no quería despertarse del todo.

Con un suspiro pesado, giró la cabeza hacia el sillón.

Las mantas estaban ahí... revueltas, desordenadas... pero Antrox no estaba.

Frunció levemente el ceño.

Se levantó de la cama con movimientos lentos y pausados, arrastrando los pies mientras el aroma seguía susurrándole desde la distancia. El olor era ahora más fuerte. Más irresistible.

Al llegar a la puerta del salón principal, se asomó lentamente.

Y entonces lo vio.

Antrox, de pie en la pequeña cocina, giraba hábilmente una sartén. Vestía una camiseta oscura, sencilla, y pantalones cómodos. Frente a él, en la estufa, una torre de panqueques se formaba con cuidado, y una ollita metálica burbujeaba chocolate caliente. Al lado, un cuenco lleno de frutas de aspecto brillante y jugoso.

De fondo, la radio sonaba con un beat conocido: el tema "Stop" de M&M. Aunque ligero, el ritmo tenía ese tono rebelde que lo caracterizaba.

—Buenos días... —dijo Velzaria, con voz rasposa, apenas audible.

Antrox volteó lentamente al oírla, y una expresión cálida, casi divertida, cruzó su rostro.

—Oh... buenos días, Velzaria. ¿Dormiste bien?

—Como una piedra —respondió, entrando al espacio de la cocina—. ¿Qué estás cocinando? Huele... demasiado bien para este plano de existencia.

Antrox soltó una risita suave.

—Panqueques con miel y frutas. Y preparé chocolate caliente. Es algo que me relaja hacer los fines de semana... aunque ya no sé en qué día vivimos.

—Eso suena como el desayuno de un dios caído —dijo ella, cruzándose de brazos con una sonrisa de medio lado—. ¿Me vas a dar un poco... o solo me vas a torturar con el olor?

—Preparé dos platos —respondió él, alzando una ceja—. ¿Tú qué crees?

Ambos rieron. Antrox tomó los dos platos de panqueques recién hechos, y Velzaria lo ayudó, cargando la olla del chocolate caliente y la ensalada de frutas hasta el comedor. La mesa

estaba ya dispuesta con sencillez: cubiertos bien colocados, servilletas dobladas y dos sillas enfrentadas.

—Déjame ayudarte con eso —dijo ella, dejando la olla en su sitio.

Antrox colocó los platos y se sentó frente a ella. Por un momento, hubo un silencio cómodo, mientras se miraban.
Una sonrisa leve apareció en el rostro de Antrox... y Velzaria se la devolvió, más ancha, más luminosa.

—Bon appétit —dijo él, extendiendo su tenedor.

—Agradecida. Me hacía falta algo así.

Comenzaron a comer tranquilamente. La textura del panqueque, la miel derramada por encima, la fruta fresca... era un contraste tan fuerte con la tensión del infierno, que casi parecía un desayuno robado al cielo.

Velzaria, sin que él lo notara, le lanzaba miradas fugaces.
No sabía por qué, pero algo en ese momento cotidiano... en esa paz, en ese hombre que cocinaba con sencillez y hablaba poco, la intrigaba. Le nacía una curiosidad cálida, un tipo de atracción diferente. No era física. O no solo eso. Era algo más profundo.

Antrox, mientras tanto, se concentraba en su comida. No notaba los vistazos. Ni el rubor sutil que a veces cruzaba el rostro de Velzaria.

Cuando terminaron de comer, Velzaria se levantó antes que él.

—Voy a lavar los platos. Tú cocinaste, así que es lo justo.

Antrox alzó una ceja, algo sorprendido.

—¿Segura? No es necesario...

—Quiero hacerlo —lo interrumpió ella, ya tomando los platos—. Déjame al menos pagar el desayuno con un pequeño gesto.

Antrox sonrió con sinceridad por primera vez en la mañana.

—Gracias, Velzaria.

—De nada, Anthony.

Mientras ella fregaba con cuidado en el fregadero, él se retiró al baño. No pasó ni un minuto cuando una voz empezó a escucharse desde dentro, clara y melódica. Antrox estaba cantando.

No era una canción cualquiera. Era una melodía suave, lenta... sobre la añoranza de un amor perdido, y la contradicción de sentir afecto por alguien nuevo cuando el corazón aún guarda fantasmas del pasado.

Lo curioso era su voz: por momentos se duplicaba, como si dos tonos distintos salieran de su garganta al mismo tiempo, armonizando entre sí. Una voz profunda y otra más aguda, casi espectral, acompañándose como un eco emocional.

Velzaria dejó de lavar por un instante, cerró los ojos... y simplemente escuchó.

La canción no le hablaba directamente, pero la tocaba, como si le acariciara el alma.
Era suave. Triste. Mágica. Y por unos minutos... todas sus preocupaciones se desvanecieron.

Cuando la canción cesó y el agua dejó de sonar, Antrox salió del baño con ropa holgada, fresca, más cómoda que la que llevaba en el consejo. Se secaba el cabello con una toalla cuando vio a Velzaria en el sillón.

Ella tenía un libro entre las manos, pero no lo leía. Lo sostenía como excusa. Su atención ya estaba fija en él.

Antrox detuvo sus pasos, sin saber si decir algo o simplemente dejar que ese instante fluyera.

La radio ya había dejado de sonar. En la sala solo quedaban el murmullo suave de la cocina apagada y las páginas de un libro que se deslizaban con lentitud entre los dedos de Velzaria.

Antrox, con el cabello aún húmedo, se acercó al sillón. La miró con curiosidad antes de sentarse a su lado, acomodándose con la naturalidad de quien había dejado de sentirse como un intruso en su propia casa.

—¿Qué lees? —preguntó en voz baja.

Velzaria levantó apenas la mirada, sonriendo con tranquilidad.

—Un libro sobre magia antigua. Encontré tu pequeña colección en la estantería de la esquina. Este me llamó la atención.

Antrox asintió, ladeando la cabeza con cierta nostalgia.

—Lo he leído como tres veces. Me encanta cómo describe la teoría de resonancia de las almas... aunque hay pasajes que son pura poesía disfrazada de hechizos.

—Lo noté —respondió ella, cerrando el libro con suavidad y dejándolo sobre la mesa frente a ellos—. Oye... hay algo que quiero preguntarte.

—Claro —respondió, girándose un poco hacia ella.

—Cuando cantabas en el baño... me sentí increíblemente relajada. No solo por la música. Era... distinto. ¿Qué fue eso?

Antrox dudó por un momento, bajando la mirada.

—Es... un poder que descubrí hace siglos. —Hizo una pausa breve antes de continuar—. Mi voz puede imitar otras voces. Hasta tres al mismo tiempo. Pero cuando canto... algo pasa.

Cuando mi voz se fusiona con la música... se convierte en una frecuencia que calma las almas perturbadas.

Velzaria lo miraba con atención, sin interrumpir.

—Lo usé mucho en el pasado, cuando los sabuesos aún eran salvajes. Sus mentes eran un caos, y la única forma de comunicarse con ellos sin violencia... era a través del canto.

—¿Y ahora?

Antrox soltó un suspiro.

—Ahora solo la uso para calmar mi propia alma.
Una alma corrompida por la soledad... y por el menosprecio constante de mis hermanos.

Hubo un silencio. Velzaria lo miró... y sin decir palabra, pasó su brazo por detrás de su cuello y lo atrajo suavemente hacia ella. Debido a la diferencia de altura, la cabeza de Antrox se apoyó en uno de sus senos como si ese fuera el sitio más natural del mundo.

—No puedo decir que entiendo lo que viviste —susurró ella, con voz serena—. Pero ahora ya no estás solo.

Antrox no respondió. Se quedó inmóvil, sorprendido por el gesto, y más aún por las palabras.

—Me tienes a mí —añadió Velzaria, acariciándole la nuca con dulzura—. No te fijes tanto en lo que dicen tus hermanos.
Tú eres especial a tu manera.
Ellos son una bola de idiotas arrogantes... no saben a quién tienen frente a ellos.

Antrox mantuvo la mirada baja, como si luchara entre aceptar la ternura o protegerse de ella. Después de unos segundos, su voz brotó, suave pero firme.

—Gracias... por creer en mí.
Eres la única pecado que realmente me toma en serio.
Celia y Lascivia... me apoyan, sí. Pero solo cuando hago algo útil. Si no, soy invisible.

Velzaria frunció los labios con una mezcla de comprensión y rabia contenida.

—Eso lo noté desde que llegué. Pero te lo juro... yo estaré aquí, incondicionalmente.
En lo que necesites. En lo que hagas.
No te dejaré solo, Anthony.

Antrox cerró los ojos un momento. Su mano subió lentamente hacia la de Velzaria, la que descansaba sobre su hombro. Jugó con uno de los anillos metálicos que adornaban sus dedos, sin mirar, como si eso lo ayudara a procesar todo lo que estaba sintiendo.

—No sé qué decir...

—No digas nada —murmuró ella—. Solo... cree en mí también.

Lo sostuvo unos segundos más, hasta que lentamente lo soltó y se puso de pie.

—Ahora, si no te importa... me voy a bañar. No quiero salir a la calle oliendo a panqueques.

Antrox asintió con la cabeza, aún procesando todo.

Velzaria desapareció en el pasillo con la toalla en la mano. Cuando la puerta del baño se cerró, Antrox exhaló. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Una especie de cosquilleo en su estómago se hizo presente. No era deseo. No era hambre. Era algo que no sentía desde hace mucho tiempo.

Complicidad. Compañía. Paz.

Se recostó un poco más en el sillón, cerrando los ojos, mientras en su mente resonaban las palabras de Velzaria como una melodía suave que no podía —ni quería— olvidar.

Minutos después, la puerta del baño se abrió.

Velzaria salió envuelta en una toalla grande, secándose el cabello. Al verlo todavía sentado y pensativo, sonrió levemente. Sabía que sus palabras habían hecho efecto.

Antrox la miró, parpadeando. Se incorporó lentamente. Velzaria se dirigió al cuarto sin decir nada más.

Pocos minutos después, volvió al salón vestida con un elegante vestido negro, ceñido por un corset gris metálico en la cintura. La falda caía hasta sus pies con gracia, sin arrastrarse. Su melena blanca, ahora recogida en un moño pulcro, estaba adornada con un par de broches sencillos.

Antrox la miró sin disimulo, con los ojos ligeramente más abiertos de lo habitual.

—¿Qué tal? —preguntó ella, con una sonrisa suave—. ¿Quieres salir un rato?

—Sí... claro. Me encantaría.

Velzaria se acercó a la puerta y la abrió con suavidad. Antrox fue el primero en salir. Ella lo siguió, cerrando la puerta con un gesto tranquilo.

Y sin decirlo, salieron al infierno como si fueran dos que ya se entendían sin necesidad de palabras.

Cuando Velzaria cerró la puerta tras ellos, una brisa cálida y ligera les acarició el rostro. El caos que solía reinar en las calles del anillo se había disipado un poco. Aquel sector del infierno parecía vivir una pausa breve y necesaria. Los demonios circulaban con tranquilidad, como si intentaran recuperar algo de normalidad.

Mientras caminaban juntos por las calles adoquinadas, las miradas comenzaron a posarse sobre ellos, especialmente sobre Velzaria. Ella las sentía. Eran insistentes, invasivas, curiosas.

En su mayoría, ojos de hombres que no disimulaban la admiración o el deseo. Algunos murmuraban, otros simplemente se quedaban quietos como estatuas ante su porte imponente.

Velzaria, sin alterar su expresión serena, deslizó su mano hasta entrelazar los dedos con los de Antrox.

Él parpadeó sorprendido.

—¿Qué haces?

—Disuadir —respondió con naturalidad—. A veces, el tacto vale más que una mirada de advertencia.

Y funcionó. Las miradas comenzaron a disiparse, como si la presencia del vínculo los hiciera retroceder.

Pero la paz no duró mucho.

Una presencia desagradable y conocida se hizo notar. A unos pasos, parado frente a una fuente decorativa, se encontraba Greedon.

Vestía su acostumbrado traje caro, con cadenas de oro cayéndole del cuello, anillos en cada dedo y una sonrisa llena de arrogancia. Su cuerpo grueso y ancho contrastaba con su intento de porte elegante. Medía 1.86 metros, y su perfume empalagoso podía sentirse incluso desde la distancia.

—Velzaria... —dijo con voz arrastrada, lamiéndose el labio inferior—. Qué agradable sorpresa. ¿Vas de paseo? Qué suerte la mía.

Velzaria no respondió. Mantuvo la mirada al frente, intentando ignorarlo.

Pero Greedon dio unos pasos más y se colocó frente a ellos. Su tono se volvió más atrevido, más asqueroso.

—Con ese cuerpo tuyo podrías reinar todo el infierno, ¿sabes? Deberías estar con alguien que te dé el trato que mereces. No con este... enano fracasado.

Antrox apretó los puños.

—Greedon, retrocede.

Greedon lo miró como si no valiera ni una migaja.

—¿Y si no quiero?

Antes de que Velzaria pudiera responder, Greedon se acercó más de la cuenta. Sus dedos, gruesos y llenos de joyas, intentaron rozar el brazo de Velzaria. Fue suficiente para que Antrox intentara interponerse.

—¡Aléjate de ella!

Pero no tuvo tiempo. Greedon levantó el puño y golpeó a Antrox con fuerza, haciéndolo caer al suelo. El impacto fue seco, cruel.

—¡No te metas en lo que no te importa, pequeño bastardo! —espetó Greedon.

Antrox se llevó la mano a la cara, los ojos lagrimeando por el dolor. El hematoma ya comenzaba a asomar en su pómulo derecho.

Velzaria giró lentamente la cabeza hacia Greedon. Su rostro ya no tenía calma. Tenía fuego. Odio. Justicia.

—Tú cometiste un gran error —dijo con voz grave.

Sin previo aviso, le propinó un golpe directo en la nariz, rompiéndola al instante. Greedon cayó al suelo entre quejidos y sangre.

—¡¿Cómo te atreves, maldita perra?! —rugió, retorciéndose.

—¿Te atreves a tocarme? ¿A insultarlo? ¿A ponerle una mano encima? —Velzaria dio un paso hacia él—. Te lo advertí con mi silencio. No te aproveches de él.

Greedon, furioso, intentó lanzarse contra ella. Pero Velzaria lo esquivó con facilidad, le puso el pie y lo derribó de nuevo, esta vez dándole un golpe en la espalda baja que lo dejó sin aire.

—¡Te vas a arrepentir! ¡ME ESCUCHASTE! —gritó Greedon, huyendo a trompicones, tambaleándose, entre insultos y amenazas.

Velzaria respiró hondo. Se giró hacia Antrox, que seguía en el suelo, aún con la mirada algo perdida.

—¿Estás bien? —preguntó, agachándose a su lado.

Antrox asintió con dificultad.

—Sí... solo fue un golpe. Nada grave.

Velzaria le acarició suavemente el rostro, examinando el ojo morado.

—Vamos a casa. No quiero que nadie más se atreva a tocarte hoy.

Al llegar, Antrox se dejó caer en el sillón. Velzaria fue directo a la nevera, tomó una bolsa de hielo y la envolvió en un paño. Volvió con él y se la colocó en el rostro con delicadeza.

—Ese imbécil... —murmuró—. Desde que lo vi en el consejo, noté cómo me miraba.
Pero no soy de las que se dejan, Anthony. Y si alguien te pone una mano encima, tendrá que vérselas conmigo.

Antrox rió, aunque una mueca de dolor le cruzó la cara.

—Greedon ha sido así desde siempre. Pero no quiero que te metas en problemas por mi culpa...

—El único que va a tener problemas es él —dijo Velzaria con seguridad—. Voy a denunciar esto a Ghost. No me importa si es pecado capital. Las reglas existen para todos.

—¿Y solo un llamado de atención?

—Por ahora sí —respondió ella, colocando el hielo con más cuidado—. Pero si vuelve a tocarte, no necesitaré permisos.

Antrox bajó la mirada.

—Ghost es la mano derecha de Lucifer... por eso todos le temen.

—Yo no le temo. Y tú tampoco deberías hacerlo. —Le dio una sonrisa tranquila—. Pero por ahora... descansemos.

La noche cayó con suavidad.
Velzaria se cambió y se recostó en la cama, girándose para mirar a Antrox, que ya se dirigía al sillón.

—Anthony —lo llamó—. Ven a dormir aquí. No quiero que estés incómodo.

Él se detuvo.

—No sería apropiado...

—¿Por qué no? No haré nada raro. Solo quiero compartir el espacio contigo.

Antrox dudó, pero cuando volvió a ver su reflejo en el espejo con el ojo morado... suspiró. Se acercó lentamente a la cama.

Velzaria alzó un lado de la manta.

—Anda. No muerdo. A menos que lo pidas.

Él se rió suavemente y se acostó junto a ella. El contraste era notable. Velzaria, enorme, imponente, larga.
Antrox, pequeño, herido, casi frágil.

—¿Estás cómodo? —preguntó ella en voz baja.

—Un poco raro... no suelo dormir con nadie que no sea mi hermana.

—Lo entiendo —murmuró Velzaria, acurrucándose ligeramente hacia él sin tocarlo—. Pero... estás a salvo conmigo.

Antrox cerró los ojos.

Y por primera vez en años... el silencio no lo asustó.
No lo persiguieron voces, ni memorias, ni el desprecio de los otros. Solo estaba ella.

Velzaria.

Con sus palabras, con su calor, con su respeto.

Y antes de que pudiera responder, se quedó dormido.
Con una pequeña sonrisa, Velzaria lo cubrió mejor con la manta, y cerró los ojos también.

No eran pareja.
No eran aliados.
Eran algo más difícil de definir.

Y esa noche... compartieron no solo cama, sino la promesa silenciosa de que, al fin, ya no tendrían que cargar con sus heridas en soledad.

CAP 49

Donde el fuego no alcanza

Habían pasado varias semanas desde que Velzaria fue asignada a vivir con Antrox. El cambio había sido más profundo de lo que cualquiera en el consejo infernal podía imaginar.

En ese tiempo, los dos habían cultivado una amistad inquebrantable, como si el destino se hubiera tomado en serio la idea de regalarles una segunda oportunidad para no sentirse solos. Velzaria lo llamaba ahora "Tony" con total naturalidad, y aunque al principio le resultaba extraño... a él le gustaba. Mucho.

Esa noche, el infierno dormía envuelto en un aire frío y denso. En la cama, compartida y cálida, Antrox despertó sin razón aparente. Abrió los ojos con lentitud, como si su cuerpo se negara a abandonar el descanso... pero algo lo había llamado.

Velzaria dormía a su lado, envuelta en las sábanas, con la respiración acompasada. Su rostro se relajaba con una expresión de paz serena. El leve movimiento de su pecho al respirar, la forma en que la melena blanca se desparramaba sobre la almohada, y la sombra suave de sus pestañas... todo en ella era armonía.

Antrox la miró en silencio. Una sonrisa tímida, casi infantil, se le dibujó en el rostro.

—Eres hermosa hasta dormida... —susurró apenas, sin esperar ser oído.

Hasta entonces, Antrox jamás se había atrevido a tocar a Velzaria sin permiso. Había creado esa norma para sí mismo: respetar su espacio, su libertad, su dignidad.

Pero en ese instante, algo se quebró dentro de su rigidez. No por deseo, sino por la necesidad de saber si ese calor que sentía era real.

Con lentitud, levantó la mano y la llevó hasta su melena esponjosa, hundiendo apenas los dedos en los mechones suaves. Velzaria se estremeció con un ligero sobresalto... pero no se alejó.

Entre sueños, una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

Antrox tragó saliva. Su corazón latía rápido, pero no por miedo, sino por lo extraño del gesto... y lo bien que se sentía hacerlo.

Llevó la mano ahora hacia su mejilla, rozándola con los dedos, apenas con la yema. Su piel estaba tibia. Cerró los ojos un segundo, como si quisiera guardar ese instante en su memoria.

—Gracias, Velzaria... —murmuró con voz ronca, apenas audible—. Por quedarte.

Con cuidado, apartó la mano. Miró de reojo el reloj de la mesa de noche. Eran las 3:39 a. m.

Suspiró. El silencio era absoluto, interrumpido solo por el leve sonido del viento que rozaba la ventana.

Con movimientos suaves, se deslizó fuera de la cama, cuidando de no mover demasiado el colchón. Se calzó sus sandalias y salió de la habitación en dirección al baño.

La luz tenue del pasillo lo recibió con familiaridad.

Al llegar al baño, encendió la luz. El espejo le devolvió una imagen que ya comenzaba a recuperar algo de su forma habitual. El hematoma de su ojo derecho estaba casi sanado. Solo quedaba una sombra ligera, como un recuerdo a punto de desvanecerse.

Se acercó más al espejo y notó otra cosa: su barba.
Tres semanas sin afeitar. Las sombras oscuras le daban un aire más adulto, pero también lo hacían sentir desordenado. No era él del todo.

—Hora de limpiar esto... —murmuró.

Tomó la hoja de afeitar del pequeño estante, se lavó el rostro con agua fría y aplicó la espuma con movimientos circulares. El aroma le trajo recuerdos de viejos días... de cuando aún creía que tenía que estar impecable para ser visto por sus hermanos.

El primer rasurado cortó con un suave susurro.
Cada pasada de la cuchilla resonaba con eco leve por las paredes del baño, como una melodía discreta de medianoche.

Se tomó su tiempo, con precisión. Paso a paso. Hasta que no quedó rastro de sombra ni desorden.

Su rostro ahora brillaba bajo la luz del bombillo, limpio, terso, renovado.

Se miró por un segundo más... y sonrió.

No por vanidad. Sino porque por fin se reconocía.

Apagó la luz del baño, abrió la puerta y caminó hacia la sala en penumbras.

La madrugada seguía ahí, paciente, esperando lo que viniera.

Antrox se dejó caer en el sillón, su cuerpo hundiéndose en la suavidad del acolchado como si el peso del mundo cayera sobre él. El silencio de la madrugada era apenas interrumpido por el zumbido tenue del refrigerador y el tic-tac lejano de un reloj de pared.

Encendió su teléfono. La luz de la pantalla le iluminó el rostro pálido, y enseguida, una notificación de noticias lo golpeó como un martillo al pecho.

"Valerio da disculpa pública por la muerte de Desidia"

El video comenzó a reproducirse. En él, Valerio, con su usual semblante duro pero fingidamente compungido, hablaba ante las cámaras de Global Infernus:

—Lamento profundamente la pérdida de mi hermana... —decía con una voz grave, pero sin emoción real—. No fui yo quien acabó con su vida. Se ha confirmado que fue un opositor del anillo de la ira. El culpable ya ha sido remitido... y será ejecutado próximamente.

Antrox apagó el video. Su mandíbula estaba tensa, su ceño fruncido. Sus manos temblaban levemente mientras dejaba el teléfono sobre la mesa frente al sillón.

Sabía la verdad.

Todo eso era una mentira.

Él lo sabía por Celia, porque fue ella quien le contó que The Ghost fue el verdadero asesino de Desidia. Y también sabía por qué: porque ella apoyaba la rebelión.

Ella entró en pánico aquella vez en el consejo, cuando Ghost amenazó con matar al traidor. Y al final... fue ejecutada como advertencia.

Y él... él fue el que lo empezó todo.

Inspiró hondo, intentando calmar el temblor que se apoderaba de su pecho. Volver Hellbet Records un refugio para los heridos era su forma de expiar lo que había causado. Un intento desesperado de corregir lo irremediable.

Pero lo sabía.

Ghost tarde o temprano lo encontraría. Y lo mataría.

Se acostó en el sillón, mirando el techo, abrazado por el vacío. El miedo lo oprimía por dentro como una tenaza.

Entonces, escuchó pasos.

Pasos suaves, rítmicos. Volteó la cabeza. Era Velzaria, aún medio adormilada, con su bata negra y el cabello recogido en una trenza floja.

—¿Tony...? —murmuró con voz baja—. ¿Qué haces despierto tan temprano?

Antrox la miró por unos segundos, sin hablar. Finalmente, tragó saliva y dijo:

—¿Puedo contarte un secreto?

Velzaria entrecerró los ojos y caminó hasta él, sentándose a su lado en el borde del sillón.

—Claro que sí... ¿de qué se trata?

Antrox bajó la mirada, su voz apenas un murmullo.

—Yo... yo fui quien impulsó el movimiento opositor. Lo inicié. Fue mi idea.

Velzaria abrió un poco más los ojos, pero no dijo nada. Lo dejó hablar.

—Lo hice porque... estaba harto. Harto de ver cómo los sabuesos, los pecadores, los imps, los débiles... eran tratados como basura. Solo quería justicia. Que nos escucharan. Que entendiéramos que también tenemos derecho a un lugar aquí.

Hizo una pausa. Su voz se quebraba por momentos.

—Pero cuando vi que el movimiento empezaba a torcerse... a volverse más oscuro, más violento... me retiré. Me desligué completamente. Y entonces... lo de Desidia pasó. Ella murió por algo que comenzó conmigo.

Velzaria bajó la mirada. Lo escuchaba con total atención.

—Y tengo miedo. —Antrox cerró los ojos con fuerza—. Ghost va a descubrirlo. Me matará. Lo sé.

El silencio entre ambos se volvió espeso como la niebla.

—Yo no quería esto —susurró él, con los ojos humedecidos—. Solo quería que los marginados tuvieran una voz. Que por una vez... alguien nos tomara en serio.

Se quedó en silencio, como si cada palabra hubiese sido arrancada a la fuerza.

Luego levantó los ojos hacia ella, más vulnerables que nunca.

—Sé que tienes el deber de decirle a Ghost. Que si no lo haces... podrías tener problemas. Así que... si quieres reportarlo, no te detendré. Aceptaré lo que me toque.

Velzaria no dijo nada al principio. Lo miró fijamente. No con juicio. Ni con piedad.
Lo miró con empatía.

Entonces, sin dudar, lo atrajo hacia sí, haciendo que su cabeza descansara sobre su pecho, entre la suave lana de su bata y su cálido perfume.

—Has cargado con un peso enorme durante siglos, Tony —dijo en voz baja, acariciando su cabello—. Y lo hiciste solo.

Antrox no respondió. Solo apretó los puños.

—Entiendo lo que sentías —continuó—. Entiendo por qué lo hiciste. Y no, no se lo diré a nadie. Ni a Ghost. Ni a Lucifer. Nunca.

Antrox comenzó a sollozar en silencio. Lágrimas gruesas se deslizaban desde sus ojos hasta la tela de la bata de Velzaria.

—Yo solo... quería hacer lo correcto... —murmuró entrecortado.

—Y lo hiciste. A tu modo. A tu manera. Pero lo hiciste. Y aunque haya salido mal, aún puedes hacer cosas buenas. Lo estás haciendo ahora.

Velzaria lo abrazó con más fuerza. Los dedos de Antrox temblaban, cerrados sobre la tela como si necesitara aferrarse a algo real para no quebrarse.

—Gracias... —dijo en voz baja.

Velzaria apoyó su barbilla sobre su cabeza y susurró:

—Ya no estás solo, Tony. Nunca más.

Y así, entre sombras, secretos y silencios compartidos, una verdad fue revelada... y aceptada.
Y en medio del miedo, nació algo más fuerte que la culpa: confianza.

Antrox rodeó a Velzaria con los brazos. El abrazo fue torpe al inicio, como si su cuerpo no recordara cómo pedir consuelo... pero pronto se volvió firme, necesario.

Ella lo sostuvo con fuerza, como si supiera que él estaba a punto de quebrarse.

Y así fue.

Antrox se desplomó.
Sin gritos, sin dramatismo. Solo lágrimas silenciosas y temblores inevitables que sacudían su cuerpo delgado. Todo el miedo, la culpa y la angustia se derramaron en silencio sobre el pecho de Velzaria.

Ella lo sostuvo sin dudar.

—Vamos, Tony... siéntate bien —dijo con dulzura, ayudándolo a incorporarse con cuidado.

Lo llevó a sentarse en el sillón, pero luego guió su cabeza hasta su regazo, apoyándolo en sus muslos amplios y suaves. Con los dedos, comenzó a acariciar su cabello con una lentitud casi ritual.

Antrox respiraba entrecortado.

—Lamento... —dijo con voz temblorosa— lamento no ser más... Lamento ser tan débil... no ser importante.

Velzaria inclinó ligeramente la cabeza, su mirada suave y decidida.

—Tony, no es necesario ser más para ser importante. No con los demás... y mucho menos conmigo.

Él cerró los ojos. Las lágrimas seguían cayendo.

—Puede que no lo veas —continuó ella—, pero eres alguien muy valioso para mí. Te quiero bastante. Y me duele verte así... destruido, vencido... rendido.

Su voz no temblaba. Era firme, como una roca que él necesitaba.

—Pero no estás solo. Yo estoy aquí. Siempre estaré. Ayudándote, dándote la mano. Lo que necesites.

Siguió acariciando su cabello, peinando sus pensamientos desordenados con ternura.

—¿Sabes qué es lo único bueno de ser eterno? —preguntó ella en un susurro.

Antrox no respondió. Solo abrió los ojos un poco.

—Que nunca es tarde para reconstruirte. Para lograr lo que quieres.

Él tragó saliva. Se aferró un poco más a sus piernas. Luego, con voz baja y rota, dijo:

—Te quiero mucho, Velzaria... por favor... no me abandones.

Ella sonrió levemente. No dijo "lo prometo", porque no lo necesitaba.

—Nunca lo haré —respondió con suavidad—. Nunca, Tony.

Pasó una hora así.

Sin palabras, solo con el consuelo del contacto, del silencio compartido y de esa sensación de que, por fin, él no tenía que cargar todo solo.

A las 5:12 de la mañana, Antrox se enderezó con calma. Se talló los ojos, ya más claros. Miró el reloj de la pared y suspiró.

—Tengo que ir a Hellbet Records... —dijo, aún con voz baja.

Velzaria se levantó también.

—Te acompaño.

Él la miró con sorpresa... y luego con gratitud.

—Me encantaría tener tu compañía. Me sienta bien.

Ella asintió, y sin decir más, fue a prepararse. Entró a la habitación con paso seguro. Al cabo de unos minutos, salió con su típico atuendo elegante: corsé entallado, falda larga y su melena recogida con cuidado.

Antrox la observó desde la sala. Sus ojos la recorrieron con una expresión que no necesitaba explicación. Ella simplemente le sonrió.

Ahora le tocaba a él.

Entró a la habitación y, minutos después, salió con una camisa negra simple pero ajustada, que marcaba su torso definido. Velzaria lo miró un segundo de más. Un leve sonrojo cruzó su rostro, pero lo ocultó con rapidez.

Salieron de casa sin hablar. El aire fresco de la madrugada les acariciaba el rostro.

Y entonces, sin buscarlo, sus manos se entrelazaron.

No como la última vez. No por miedo a las miradas, ni para evitar los comentarios de otros.

Lo hicieron porque querían. Porque lo necesitaban.

Cuando llegaron a Hellbet Records, el sol apenas asomaba por el cielo rojo del infierno.

Antrox caminó directo hacia su oficina, con Velzaria siguiéndolo. Al llegar, tomó su guitarra con calma, como quien se prepara para decir algo que solo puede decirse con música.

Y Velzaria, como siempre, se sentó a su lado.
Firme. Silenciosa. Presente.

Antrox acomodó la guitarra en sus piernas, revisó con un leve rasgueo si las cuerdas estaban afinadas... y lo estaban. Sonrió, apenas un poco. Lo suficiente.

—Perfecta —susurró.

Velzaria se acomodó en un rincón de la oficina, sin perderlo de vista. Lo observaba como si él estuviera a punto de decir algo importante, no con palabras, sino con acordes.

Antrox empezó a tocar.

Los dedos recorrieron las cuerdas con precisión y delicadeza. La canción no era romántica, no al menos en forma... pero en su tono, en su ritmo lento y envolvente, había algo que se sentía como amor. Como consuelo. Como algo que se necesitaba.

Su voz se alzó suave, profunda, como un eco que no pesaba, sino que liberaba.

Todo Hellbet Records pareció detenerse.

Los sabuesos, los pecadores, los imps, los envys... todos sintieron una tranquilidad que no podían explicar. Era como si por unos minutos, el dolor del mundo infernal se quedara afuera. Como si la canción tejiera una red invisible que los sostenía, aunque fuera por un instante.

Velzaria no podía apartar la vista de él.
No por su apariencia, sino por lo que él era en ese momento: una fuente de luz en medio del infierno.

Con pasos suaves, se acercó.

Se detuvo a su lado. Sin decir nada, estiró la mano y tocó con ternura la mejilla de Antrox, acariciando su piel aún tibia por la emoción de la melodía. Él se estremeció ligeramente, pero no se apartó.

Y justo cuando terminó el último acorde, Velzaria lo besó.

Un beso inesperado, torpe al inicio... pero profundo.

El tiempo pareció congelarse.
Ya no había pecadores, ni protestas, ni guerras internas. Solo ellos dos. Como si fuesen los últimos demonios en todo el infierno, encontrándose el uno en el otro.

Antrox, sorprendido, pensó en separarse al principio. Pero no lo hizo.
Porque entendió.

Eso era amor.
Por primera vez en siglos... lo sentía. De verdad.

Velzaria se separó suavemente, sus labios aún temblando un poco por el impulso.

—Tony... —dijo, mirándolo con la misma firmeza con la que lo había defendido—. Desde que te conocí, supe que eras diferente. Tú no eres como los demás pecados. No eres frío. No eres cruel. No eres arrogante.

Hizo una pausa, y bajó la voz.

—Eres amable. Eres sensible. Cariñoso. Humano... aunque vivas aquí abajo.

Él no podía dejar de mirarla. Sus ojos estaban húmedos de nuevo. Pero no por miedo.

Sino por algo mucho más poderoso.

—Y cuando me defendiste de Greedon... cuando te enfrentaste a alguien más fuerte que tú, sin dudar... —ella sonrió suavemente—. Ahí supe que valías la pena. Aprendí a aceptarte. Luego, a quererte... y ahora...

Su voz se quebró un segundo.

—Ahora quiero aprender a amarte.
Juntos.

Velzaria tomó su mano entre las suyas, sin dejar espacio a dudas.

—¿Quieres compartir tu vida eterna conmigo?

Antrox tragó saliva. Su cuerpo temblaba. Nadie... nadie le había dicho algo tan hermoso. Nadie había visto lo que Velzaria veía.

No era un pecado capital.

No era un guerrero.

No era un ícono.

Pero era amado.

Asintió.

Y entonces fue él quien la besó.

Un beso más firme, más entregado. Uno que habló por él. Que gritó lo que su voz no podía articular con palabras.

Un beso que el infierno entero recordaría.

Porque no se necesitaba tener poder para tenerlo todo.

Bastaba con levantarse. Con no dejarse caer.

Y así, esas dos almas —una poderosa, y un marginado— se unieron.

Dispuestos a enfrentar todas las adversidades.

Porque aunque el amor en el infierno es difícil... también puede ser el más fuerte.

CAP 50

Hasta que la Eternidad nos Separe

Habían pasado ya dos meses desde que Velzaria y Antrox oficializaron su relación. Dos meses de rutinas compartidas, de charlas en la madrugada, de silencios cómodos y desayunos

cálidos en la pequeña pero acogedora casa de él. Pero el momento que ambos sabían que llegaría... finalmente había llegado.

El Palacio Hastío ya estaba listo para recibir nuevamente a su dueña.

Velzaria estaba completamente vestida, con una túnica larga y elegante color vino, su melena peinada en un moño alto adornado con pequeños broches de plata. Sostenía su bastón con firmeza, pero su expresión reflejaba una suave nostalgia mientras cruzaba la puerta de la casa de Antrox por última vez.

Antrox, de pie junto al umbral, levantó la mano lentamente. Su rostro estaba sereno, pero en sus ojos se acumulaban palabras que no podía decir de golpe.

—Te voy a visitar muy seguido... —dijo, con una media sonrisa—. Te amo, Vel.

Velzaria, a mitad de camino hacia la camioneta que aguardaba en la calle, se detuvo. Giró sobre sus talones con elegancia y lo miró por unos segundos sin decir nada. Luego, caminó de regreso, con pasos pausados.

—Tony... —susurró al detenerse frente a él—. ¿Quieres venir conmigo?

Él parpadeó, sorprendido.

—¿A... a vivir contigo?

—Sí —asintió con suavidad—. No tiene sentido que estemos separados. Es un palacio enorme, y sinceramente... me encantaría vivir contigo ahí.

Antrox bajó la mirada. Su mente giraba. Dejar su casa no era fácil. Ese lugar guardaba tantos recuerdos, tantas historias... pero cuando levantó la vista y volvió a mirar los ojos de Velzaria, supo que no tenía que pensarlo tanto.

—¿Estás segura? No quiero ser una carga en el palacio. Ya sabes cómo son los sirvientes, y...

Velzaria le interrumpió con un gesto.

—Tú no eres una carga. Eres mi pareja. Si alguien tiene un problema con eso... que se prepare para mí.

Una sonrisa cansada se dibujó en el rostro de Antrox. Miró por última vez su casa, como si quisiera grabarse cada rincón en la memoria, cada grieta en las paredes, cada mueble antiguo que había compartido con Velzaria. Cerró los ojos por un momento... y luego asintió.

—Está bien. Iré contigo.

Velzaria le acarició la mejilla con dulzura y asintió en silencio. Los dos caminaron juntos hacia la gran camioneta negra que los esperaba. Antrox subió primero, acomodándose en el asiento trasero, en la ventana izquierda. El interior del vehículo era amplio, lujoso,

claramente adaptado a las dimensiones que alguna vez exigió Desidia. Techos altos, asientos acolchados con espacio de sobra. Todo hecho a la medida de un ser de más de dos metros treinta.

El vehículo arrancó, alejándose del anillo de la ira. Antrox observó por la ventana como el cielo rojo intenso del anillo que una vez fue su hogar comenzaba a desvanecerse.

Los cielos cambiaban con cada anillo.

—Mira eso —murmuró, casi para sí—. Cada color... es como si respirara distinto.

Velzaria lo miró con curiosidad y él continuó:

—El cielo del orgullo es como sangre hirviendo... el de la ira es un rojo más claro, más explosivo. La avaricia es verde enfermizo. La lujuria... un azul que embriaga. La envidia... púrpura venenoso.

Y entonces, el cielo cambió una vez más, hasta tornarse en un rosado pastel suave y envolvente.

—La pereza... —susurró Antrox.

Velzaria soltó un suspiro breve.

—Acogedor, ¿no? Como un cielo que no quiere pelear con nadie.

Tras casi tres horas de viaje, la camioneta finalmente se detuvo. Y frente a ellos se alzaba el imponente Palacio Hastío.

—Por eso tardamos tanto —comentó Velzaria, como si leyera su mente—. Es el más grande de todos... y los Sloths no son exactamente veloces.

Antrox bajó lentamente. Miró hacia arriba, hacia las inmensas torres, los tejados curvos y los vitrales de tonos suaves que decoraban el palacio. Un escalofrío recorrió su columna.

No por frío.

Por recuerdos.

—No he estado aquí desde hace siglos... —dijo con voz baja—. Y no me fue bien.

Velzaria, sin decir una palabra, se acercó y le tomó la mano. Su tacto era cálido, firme.

—Ahora estás conmigo. Nada malo pasará.

Antrox apretó su mano levemente. Y con paso lento pero decidido, los dos se adentraron juntos hacia la habitación principal, el nuevo hogar que ahora compartirían.

Un palacio que, por primera vez en su historia... iba a tener amor entre sus muros.

La habitación era enorme. De techos altos, paredes con molduras en tonos pastel y ventanales cubiertos con cortinas de seda. La cama, de un tamaño colosal, parecía hecha para al menos cuatro personas. Al fondo, un vestidor amplio, y a un lado, un baño privado con acabados dorados que reflejaban la tenue luz del atardecer.

La decoración tenía un aire infantil: algunos peluches de animales mitológicos, cojines con formas de estrellas y una alfombra suave con patrones florales. Todo estaba diseñado para dar una sensación de refugio y ternura, una contradicción curiosa en medio del severo inframundo.

Apenas cruzaron el umbral, Antrox no pudo contenerse. Dejó caer su bolso en la entrada y corrió hacia la cama, lanzándose con un salto improvisado que levantó las sábanas con una ráfaga de aire. Rodó entre los cojines, riendo como un niño, y tomó uno de los peluches —una criatura mitad león, mitad llama— y lo abrazó entre risas.

—¡Esto es increíble! —exclamó con voz amortiguada entre los cojines—. ¡Nunca vi una cama tan grande!

Velzaria, aún de pie, se cruzó de brazos y lo observó con una sonrisa cálida. Se acercó con paso pausado y se sentó a su lado, contemplando cómo jugaba con los peluches, como si la tristeza jamás hubiera tocado su alma.

—Parece que te gusta mucho este lugar —comentó con tono suave.

Antrox se detuvo unos segundos, dejando el peluche a un lado.

—A pesar de que... la última vez que estuve aquí no fue precisamente una buena experiencia... —dijo con la mirada baja— siempre sentí que este palacio era... seguro. Como si me protegiera.

Velzaria lo miró con dulzura. Sin decir nada más, se acostó junto a él y lo rodeó con los brazos. Su abrazo era cálido, envolvente. Luego tomó su rostro entre sus manos y le dio un beso suave, lento, cargado de emoción.

—Me alegra verte así, Tony —susurró—. Feliz. Vivo.

En ese instante, la puerta se entreabrió y uno de los sirvientes del palacio se asomó con cautela.

—Perdón la interrupción, mi señora —dijo con voz respetuosa—. Solo vengo a informar que mañana debe dar un mensaje a su pueblo. Se espera que con eso las revueltas comiencen a ceder.

Velzaria asintió con la cabeza sin levantarse.

—Gracias. Puedes retirarte.

El sirviente cerró la puerta sin más.

Velzaria volvió a mirar a Antrox. Esta vez, su mirada era distinta... intensa, serena. Sus palabras no tardaron en romper el silencio.

—Tony... yo te amo mucho. Y sé que quizá es demasiado pronto, pero... me gustaría que nos casáramos. Oficializar lo que sentimos.

Antrox se incorporó con lentitud. Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Casarnos...? Vel, no estoy seguro... —desvió la mirada, incómodo—. ¿Estás completamente segura? Si Lucifer llega a enterarse de que... yo, un simple cuidador de sabuesos y pecadores... me casé con una Pecado Capital... podría ser un problema. No quiero causarte dificultades.

Velzaria negó suavemente con la cabeza.

—¿Lucifer? Tony... por lo que he visto, a él no le interesa nada de lo que hacemos. Ni siquiera baja a supervisarnos. Todo se lo deja a Ghost. Y a Ghost... honestamente, le interesa más el orden que el amor.

Antrox bajó la vista por un instante. Pensó. Respiró. Recordó cuánto había cambiado desde que Velzaria entró en su vida.

—...Está bien —dijo finalmente, levantando la cabeza—. Pero si vamos a hacer esto... quiero hacerlo en serio.

Velzaria lo miró, curiosa.

Entonces, sin más, Antrox se levantó, se quitó uno de los anillos que llevaba en su mano derecha, y extendió la mano hacia ella.

—Ven conmigo.

Velzaria se puso de pie, con una sonrisa curiosa, sin saber exactamente qué planeaba.

Antrox la llevó al centro de la habitación, se arrodilló frente a ella con la espalda recta y la mirada firme.

—Velzaria... desde aquella reunión, supe que había algo en ti. Me hiciste sentir seguro, importante, como si por fin tuviera un propósito más allá del que me asignaron. Me enseñaste a no temer, a confiar. A dejar de huir. Y ahora... quiero compartir el resto de mi eternidad contigo. ¿Te casarías conmigo?

Velzaria intentó contener la risa, conmovida por lo tierno que se veía de rodillas con esa expresión determinada. Pero no vaciló ni un segundo.

—¡Sí! —dijo con alegría, extendiendo su mano con entusiasmo.

Antrox deslizó el anillo en uno de sus dedos, y se levantó para besarla. Tuvo que alzarse en puntas para llegar a sus labios, y aún así, Velzaria tuvo que inclinarse un poco. El beso fue suave... pero apasionado.

Ella lo envolvió con sus brazos y lo alzó del suelo en un gesto espontáneo. Antrox soltó una pequeña risa en medio del beso, colgando de su cuello mientras ella lo estrechaba con ternura.

Después de unos segundos, Velzaria lo bajó con cuidado.

—Mañana mismo nos casamos —dijo, con la emoción brillando en sus ojos—. Voy a decirle a los sirvientes que preparen todo.

—¿Tan pronto? —preguntó él, sin soltarle la mano.

—Sí. Porque cuando algo es verdadero... no hace falta esperar más.

Antrox asintió. Velzaria, sonriendo con esa mezcla de poder y calidez que tanto lo conquistaba, salió de la habitación. Su vestido se deslizaba con elegancia tras ella, dejando una estela de perfume dulce.

Y Antrox... por primera vez en toda su existencia, sintió que tenía un futuro real por delante.

Antrox entró al vestidor con pasos tranquilos. El lugar, aunque decorado con lujo, tenía una atmósfera nostálgica. Ropas que no se usaban hace años, zapatos polvorientos de temporadas pasadas, estantes cubiertos de una fina capa de polvo. Exploraba con curiosidad, hasta que su mirada se detuvo en una caja arrinconada, vieja y opaca.

Se agachó. En la tapa se leía con una caligrafía suave y temblorosa: "Para Anthony". El corazón de Antrox dio un vuelco.

—...Es su letra... —murmuró apenas, como si le hablara al vacío.

Con cuidado, quitó la tapa. Dentro, como si el tiempo no hubiera pasado, encontró fotos suyas, imágenes de sus primeros días en Hellbet Records, pequeños recortes de periódicos infernales celebrando sus logros, y en el fondo... un peluche de su antigua mercancía del anillo de la ira. Lo apretó contra su pecho por un instante.

Pero lo que más llamó su atención fue una hoja doblada con esmero. Una carta.

Antrox la desdobló lentamente y comenzó a leer. A medida que sus ojos se deslizaban por las líneas, su respiración se volvía más pesada.

"Querido Anthony...
Estoy muy orgullosa de ti. Por todo lo que has hecho. Por haber creado Hellbet Records desde la nada.
Por darles un hogar a los sabuesos. Por recibir a los pecadores cuando estaban asustados y solos.

Aunque fui fría contigo... siempre te quise. Siempre te admiré.
Tú eras valiente. Yo deseaba ser como tú.
Nunca te rindas. Nunca permitas que los demás apaguen tu chispa.
Tienes el poder de cambiar este infierno. No con fuerza. Con amor.
Con amor,
Desidia."

Antrox tragó saliva. Intentó contener las lágrimas, pero fue inútil. Sollozó suavemente, con la carta temblando entre sus dedos.

—...No te voy a fallar —murmuró con voz entrecortada—. Tu muerte no será en vano... lo juro.

La puerta del cuarto se abrió sin hacer ruido. Velzaria asomó la cabeza y al verlo en el vestidor, se acercó con calma.

—¿Tony...? ¿Qué haces aquí? —preguntó, notando el temblor en su voz.

Sin responder con palabras, Antrox le entregó la carta. Velzaria la leyó en silencio. Cuando terminó, respiró profundo.

—Parece que... fue una buena hermana. Pero... la presión de tus hermanos la hizo alejarse de ti —susurró con dulzura—. Aun así, nunca dejó de quererte.

Le tendió la mano con una ternura sin juicio.
—Ya es tarde... Ven, es hora de dormir.

Antrox asintió, sin fuerzas para hablar. Caminó junto a ella hasta la cama. Apenas se acostó, se acurrucó instintivamente en su pecho. Velzaria lo envolvió con un cálido abrazo, sus brazos protegiéndolo de todo el peso que cargaba. Allí, entre el silencio y el cariño, pasó la noche.

Al amanecer, ambos se despertaron temprano. El ambiente se sentía distinto, casi solemne.

Antrox se alisó la camisa y se colocó un traje negro elegante, discreto pero digno. Velzaria, por su parte, se vistió con su característico vestido negro, acompañado de un nuevo tocado sobre sus rizos recogidos.

—¿Lista? —preguntó él, ajustando la solapa de su chaqueta.

—Siempre —respondió ella, segura.

Salieron juntos hacia el balcón principal del Palacio Hastío. Afuera, una gran multitud de demonios, mayormente de la raza Sloth, aguardaba en silencio.

Antrox se ubicó al lado izquierdo de Velzaria. No dijo palabra, pero su presencia firme hablaba por sí sola.

Velzaria se adelantó. Tomó el micrófono con naturalidad. Su voz resonó clara y fuerte.

—Gracias a todos por estar aquí hoy.
Sé que ha sido un tiempo difícil. Las revueltas por la muerte de su anterior gobernante han causado dolor, caos, incertidumbre... Pero quiero que sepan algo:
Estoy aquí.
No vengo a reemplazar a Desidia... vengo a continuar su deber. Y juro que haré de este anillo un lugar próspero, digno, justo.

Un aplauso generalizado rompió la tensión. Los Sloths, de naturaleza apática, mostraban una inusual vitalidad en sus rostros.

Velzaria respiró hondo. Luego miró de reojo a Antrox. Él le devolvió la mirada, un poco confundido. Y entonces, con una sonrisa suave, dio el anuncio.

—Ah, y una última cosa...
Pronto me casaré con él —dijo, señalando a Antrox—. Con Anthony.

El silencio fue inmediato. Luego vino una oleada de susurros, y después... algunos aplausos, algo más tímidos, pero sinceros.

Antrox la miró, sus ojos fijos en los de ella, pero no dijo nada. No era necesario.
En su expresión había asombro, sí... pero también había orgullo. Y en el fondo de su corazón, una calidez que no conocía desde hacía siglos.

Los demonios Sloths estallaron en aplausos, sus voces profundas y lentas retumbaban en las paredes del palacio Hastío. A su manera, celebraban con entusiasmo. Entre ellos, algunos sabuesos infernales aullaban de alegría, otros movían sus colas y muchos coreaban el nombre de Antrox, el cuidador que les había dado esperanza, refugio y dignidad. Para ellos, que siempre vivieron al margen de la jerarquía infernal, ver a uno de los suyos casarse con una Pecado Capital era casi un milagro.

Velzaria bajó del balcón satisfecha. Sabía que su pueblo necesitaba algo más que política o promesas vacías: necesitaba humanidad, necesitaba conexión. Y eso, justo eso, era lo que Antrox representaba.

Ya en el salón principal, decorado con tapices rosas y tonos pastel, la pareja se sentó en los sillones de terciopelo crema. Antrox, aún un poco pálido, se removía en el asiento mientras bajaba la mirada.

—¿Por qué lo dijiste en público... así, sin avisarme? —preguntó, rascándose la nuca con nerviosismo—. ¿No viste que estaban las cámaras de Global Infernus? Ahora todo el infierno lo sabe.

Velzaria se cruzó de piernas con elegancia y le sonrió, sin perder la compostura.
—Justo por eso lo hice —respondió con voz suave—. ¿Acaso no te das cuenta de lo que

representamos tú y yo? Este no es solo nuestro amor, Tony. Esto es un mensaje para todos los que creen que no pueden aspirar a más.

—Pero si los otros pecados se enteran, estoy acabado... —replicó Antrox, cada vez más tenso—. Ghost... él...

Velzaria se inclinó hacia él y le tomó la mano.
—Déjame algo claro, Anthony. No vas a estar solo nunca más. Si alguno intenta hacerte daño, me tendrá a mí de frente. Te amo, ¿entiendes? Y no voy a permitir que te lastimen.

Antes de que él pudiera responder, el tono agudo de su teléfono lo interrumpió. Miró la pantalla: era Celia. Por un instante dudó, tragó saliva, pero finalmente contestó.

—¡ANTHONY! —exclamó la voz de su hermana, efusiva, alegre como hacía mucho tiempo no la oía—. ¡¿Cómo es que no me dijiste nada?! ¡Me enteré por la transmisión! ¡Estoy tan feliz por ti!

Antrox parpadeó. No esperaba esa reacción.

—¿De verdad no te molesta? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Molestarme? ¡Por favor! ¡Es Velzaria! ¡Te sacaste la lotería! —rió Celia—. Desde la primera vez que la vi supe que había química. ¿Y viste su vestido? Increíble. Ya me llegó la invitación. Estaré en primera fila, ¡con mi mejor vestido!

Antrox no pudo evitar sonreír.
—Gracias, Celia... en serio.

—Te lo mereces, Anthony. Nos vemos pronto —dijo, y colgó.

Cuando bajó el teléfono, Velzaria lo observaba con ternura.
—¿Y bien?

—Celia... se alegró —murmuró él—. Dice que está orgullosa de mí. Y que siempre lo supo...

Velzaria asintió.
—Te lo dije. Ahora ven... tenemos una boda que preparar.

Esa misma noche, el salón principal del palacio fue transformado. No había lujos desbordados ni excesos típicos de los pecados capitales. No había oro cayendo del techo, ni mesas interminables de banquetes. La celebración era modesta, sencilla... pero hermosa.

Las sillas estaban dispuestas en forma circular, con un pequeño altar de mármol rosa en el centro. Guirnaldas de flores blancas colgaban de los candelabros flotantes. Velas danzaban con pequeñas llamas mágicas que no quemaban, pero sí iluminaban con tonos cálidos.

Desmond, Skyler, Isabella, Danielle... todos estaban allí. El rostro de Celia brillaba entre la multitud. Todos estaban vestidos con sus mejores galas. Las cámaras de Global Infernus giraban lentamente sobre el lugar, transmitiendo la ceremonia a todos los anillos.

Antrox se encontraba de pie en el altar, visiblemente nervioso. Miraba sus manos, temblorosas, y sentía que el corazón le latía a mil por hora. Su mirada buscaba entre la multitud a Velzaria... y entonces, la vio.

Ella apareció caminando lentamente por el pasillo. Llevaba un vestido blanco con detalles en tonos gris perla. Su melena blanca estaba recogida con una peineta antigua de Desidia. Su rostro, iluminado por la luz de las velas, resplandecía.

Cada paso suyo era firme, como quien conoce su destino y lo acepta con amor. Los ojos de Antrox brillaron.

Velzaria llegó al altar, y sus manos se entrelazaron.

El padre, una figura demoníaca de túnica roja y cuernos enrollados como pergaminos, alzó su voz:
—Estamos aquí reunidos bajo la mirada de Lucifer, no para celebrar el poder, la codicia o la eternidad... sino algo más raro y valioso: el amor. El amor entre dos seres que, contra todo pronóstico, se eligieron. Que encontraron luz en el infierno. Que decidieron caminar juntos, no por obligación, sino por deseo.

Llegaron los votos.
—Anthony —dijo el padre—, ¿aceptas a Velzaria como tu esposa, en esta vida eterna, en la dicha y en la adversidad?

—Acepto —dijo Antrox, con voz firme y la mirada fija en ella.

—Velzaria —continuó el padre—, ¿aceptas a Anthony como tu esposo, en esta vida eterna, en la dicha y en la adversidad?

—Acepto —respondió ella, sin apartar la vista de su amado.

—Entonces, por el poder que me confiere nuestro señor Lucifer, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Antrox se empinó, se apoyó suavemente sobre ella, y la besó. Fue un beso largo, profundo, cálido. Un beso que hablaba de promesas, de heridas cerradas, de almas encontradas.

La multitud estalló en aplausos y vítores. Arroz infernal —granos claros que brillaban como polvo de estrellas— caía sobre ellos. Velzaria lanzó el ramo de flores, y fue Isabella quien lo atrapó. Todos rieron. Incluso Danielle lloraba de emoción.

No hubo fiesta. No la necesitaban.

A la medianoche, cuando los invitados ya se habían retirado, Velzaria alzó a Antrox en brazos, como si él fuera la novia.
—¿Listo para la vida eterna, mi esposo? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Si es contigo... —respondió él, abrazándola.

La llevó hasta su habitación, con pasos lentos y seguros. Lo depositó sobre la cama con delicadeza y se sentó a su lado. No hubo prisas, ni nervios. Solo caricias suaves, miradas largas y silencio compartido.

Esa noche no fue sobre fuego o deseo. Fue sobre complicidad. Sobre amor verdadero. Sobre dos almas heridas que, juntas, estaban empezando a sanar.

Y así, el infierno fue testigo de algo poco común: el nacimiento de un amor tan real, que ni la eternidad podría desgastarlo.

CAP 51

Terror Inminente

El aire en el Consejo Infernal era denso y silencioso. Por primera vez en siglos, ningún pecado capital ocupaba sus tronos. Solo Ghost permanecía allí, de pie junto a la gran mesa de obsidiana, su guadaña apoyada con precisión a su costado. Frente a él, decenas de documentos estaban dispersos, informes, reportes de inteligencia, actas confiscadas, todos relacionados con las revueltas recientes. Ninguna pieza encajaba.

Krauser, en cambio, se encontraba relajado, aunque atento, sentado con soltura en uno de los tronos —el de la Gula, para ser exactos— hojeando documentos con la mirada filosa que lo caracterizaba.

—Nada concreto... —murmuró Ghost para sí mismo, frustrado—. El movimiento opositor no tiene líder... no tiene rostro.

—Tal vez sí lo tiene —interrumpió Krauser con voz grave—. Solo que no lo hemos visto. O no hemos querido verlo.

Ghost alzó la mirada. Krauser había dejado de leer. En su mano sostenía un documento más antiguo, arrugado por los años, pero aún intacto. Se levantó y caminó hacia Ghost con paso firme.

—Mira esto —le dijo, extendiéndole el informe—. Es de hace diez años, el día en que Hellbet Records fue demolida por orden de Valerio.

Ghost tomó el documento y lo leyó con detenimiento. Allí estaba, en tinta negra sobre rojo: "Discurso dado por Anthony —alias Antrox— frente a los civiles tras la caída de Hellbet". Su ceño se frunció.

—¿Un discurso? —musitó Ghost— ¿Y eso qué tiene que ver con el movimiento opositor?

—Todo. Lee el contenido —insistió Krauser, cruzándose de brazos—. No solo habló del arte y la música, habló del derecho a expresarse. De no temerle al sistema. De que los sabuesos y los pecadores no eran herramientas ni escoria. Que podían tener un lugar aquí abajo.

Ghost siguió leyendo en silencio, su mirada se endurecía con cada frase. El recuerdo vago de ese día comenzaba a reconstruirse en su mente, como una herida que apenas ahora supuraba.

—Hellbet Records como punto de reunión... —murmuró Ghost, más para sí que para Krauser—. Las revueltas empezaron en el anillo de la ira... la mayoría de los insurgentes son sabuesos y pecadores... los mismos que Anthony acogió, los mismos que educó... y ahora cuida.

Krauser asintió lentamente.

—Y fue el primero en volver Hellbet en un refugio. Justo después de la muerte de Desidia, cuando los sabuesos empezaron a pelear más fuerte. Demasiada coincidencia, ¿no?

Un profundo silencio reinó en la sala.

Ghost cerró el documento con un golpe seco, sus dedos marcando el papel con la presión de su ira contenida. Caminó hacia el ventanal del salón, su silueta apenas visible bajo la luz incandescente del núcleo del infierno que iluminaba el paisaje escarlata. Sus ojos no parpadeaban.

—Todo este tiempo... —dijo en voz baja, como si saboreara el nombre que llevaba años esperando pronunciar con rencor—. Antrox...

Se giró abruptamente, sus pasos resonaron como truenos cuando se alejó de la mesa central.

—Por fin te encontré... maldito bastardo. —Su voz sonaba ahora como una sentencia de muerte—. Pagarás caro por intentar desequilibrar el infierno.

Krauser se limitó a observarlo, serio, pero sin intervenir. Sabía que Ghost ya no necesitaba pruebas. Solo necesitaba un objetivo. Y lo acababa de obtener.

El sol del anillo de la pereza se filtraba por los enormes ventanales del Palacio Hastío, teñido de ese característico tono rosado que hacía que todo pareciera en calma, casi suspendido en el tiempo. Era un día tranquilo, de esos que parecían esculpidos por la rutina perfecta. En lo alto de la torre este, Velzaria se encontraba en su oficina principal, rodeada de papeles antiguos, informes comunales y solicitudes de los Sloths más ilustres. Su expresión era serena, aunque el entrecejo fruncido delataba su concentración.

Un leve toque en la puerta interrumpió el sonido de las hojas siendo ordenadas.

—Puedes pasar —dijo Velzaria sin levantar la vista.

La puerta se entreabrió y una cabecita conocida se asomó con una sonrisa amable.

—Mi reina —dijo Antrox con voz suave, apoyando una mano en el marco de la puerta—. El almuerzo está listo. Ayudé a los cocineros a preparar tu plato favorito... espaguetis con albóndigas, verduras salteadas y jugo de naranja recién exprimido.

Velzaria alzó la mirada, una luz dulce brillando en sus ojos al ver a su esposo. Se levantó de su asiento con elegancia y se acercó a él, sus tacones apenas sonando sobre el mármol pulido.

—Eres un encanto, Tony —dijo con una sonrisa, acariciando su mejilla—. No tenías que molestarte, pero me encanta que lo hicieras. Es muy considerado de tu parte ayudar en la cocina.

Se agachó ligeramente —lo justo para equilibrar su altura con la de él— y le dio un beso suave en los labios, uno que hablaba de complicidad y ternura más que de pasión. Antrox la miró con el rostro ligeramente sonrojado, pero feliz, y ambos entrelazaron sus dedos mientras caminaban juntos por los pasillos hacia el gran comedor.

El salón estaba iluminado por candelabros flotantes y brisas tenues de incienso que hacían del ambiente algo digno de una pintura barroca. Velzaria se sentó en su trono, grande y mullido, decorado con plumas negras y bordes dorados. Antrox, en cambio, se sentó justo a su lado, en una silla más sencilla que había mandado hacer especialmente para él, aunque igual de elegante.

La comida fue servida con rapidez y los dos empezaron a disfrutar de los platos. Velzaria cortaba lentamente las albóndigas con su tenedor, mientras Antrox comía a bocados pequeños, observándola de reojo con una sonrisa tímida.

—¿Te gustó? —preguntó él, con esa chispa expectante en su voz.

Velzaria levantó la mirada, tragó con gracia y le respondió sin pensarlo demasiado:

—Me encantó. Está delicioso, Tony. Siempre me ha gustado cómo cocinas... tienes un toque especial. Lo haces con cariño, y eso se nota.

Antrox bajó la mirada hacia su plato, con una sonrisa sincera que rozaba la melancolía. Empezó a girar la cuchara dentro de los fideos, como si tratara de formar palabras con los espirales de la pasta.

—Velzaria... —dijo finalmente, rompiendo el silencio tranquilo del almuerzo—. ¿Alguna vez... has pensado en tener un hijo conmigo?

La pregunta cayó como una gota en un estanque quieto. Velzaria detuvo el tenedor a mitad de camino, y sus ojos se clavaron con ternura en los de Antrox.

—¿Un hijo...? —repitió con voz suave. Tragó el último bocado con cuidado y dejó los cubiertos a un lado—. No lo había pensado, la verdad... pero ahora que lo mencionas... sería hermoso.

Antrox se enderezó un poco en su silla, expectante.

—¿Y qué te gustaría más? —preguntó con un brillo de ilusión en la mirada—. ¿Un niño o una niña?

Velzaria se apoyó en el respaldo de su silla, cruzando ligeramente las piernas mientras lo pensaba por un segundo.

—Una niña... —dijo finalmente con seguridad—. Me encantaría tener una niña. Y llamarla Natally.

—Natally... —repitió Antrox en voz baja, saboreando cada sílaba—. Es... un nombre muy bonito. Me gusta mucho.

—Es suave, cálido. Como tú. —Velzaria lo miró con dulzura, ladeando un poco la cabeza—. Pero no ahora... aún no es el momento. Hay muchas cosas que atender primero, y tú sabes cómo está el infierno últimamente... Pero prometo pensarlo, Tony. De verdad.

Antrox asintió, sin decepción, solo con comprensión. Volvió a mirar su plato y retomó su comida en silencio, aunque ahora su sonrisa se mantenía, sutil, como una flor creciendo entre las ruinas.

Velzaria, sin decir más, siguió comiendo a su ritmo, pero sus ojos, entre bocado y bocado, volvían a posarse en él. Porque en medio del caos que era el infierno, ese almuerzo simple y esa charla improvisada eran todo lo que necesitaba para creer en un futuro lleno de amor... y quizás, de una pequeña Natally.

Después de un par de horas de tranquilidad, el día seguía su curso apacible en el palacio Hastío. La brisa pastel del anillo de la pereza soplaba levemente por las ventanas abiertas del salón principal. Antrox se encontraba hojeando unas partituras antiguas mientras escuchaba el eco de su guitarra resonar levemente desde la oficina.

De repente, tres golpes suaves interrumpieron la serenidad.

—Voy —dijo Antrox, dejando el cuaderno sobre la mesa.

Caminó con paso tranquilo hacia la puerta, pero al abrirla, no pudo evitar arquear las cejas por la sorpresa. Frente a él se encontraban Desmond y Skyler, tomados de la mano. En brazos de Skyler, envuelto con una manta blanca decorada con hilos dorados, descansaba un pequeño cachorro infernal.

—Desmond... Skyler... —dijo, sonriendo con calidez—. Qué sorpresa verlos por aquí.

Skyler sonrió ampliamente. Su cabello caía sobre un hombro, y sus ojos brillaban con ternura.

—Venimos a presentarte a alguien muy especial —dijo, alzando apenas un poco la manta.

El cachorro emitió un pequeño gruñido suave y se revolvió un poco entre las mantas. Su rostro aún infantil revelaba unas orejas caídas, la nariz húmeda y unos ojitos aún cerrados por el sueño.

Antrox dio un paso hacia adelante, con la voz casi temblando de emoción:

—¿Y este pequeño...? ¿Lo adoptaron?

Desmond asintió con serenidad.

—Sí. Lo hemos pensado durante mucho tiempo. Al principio... queríamos tener un hijo propio, pero ya sabes... biológicamente no podíamos. Tardamos años en aceptar la idea, pero... al final, el corazón nos guió hasta Scott.

—Scott —repitió Antrox, con una sonrisa—. Qué bonito nombre.

—Gracias —dijo Skyler, acariciando la cabecita del cachorro—. Se lo pusimos porque representa un nuevo comienzo.

—Pasen, por favor. No se queden ahí —dijo Antrox, haciéndose a un lado.

Los tres entraron, atravesando el recibidor amplio de paredes en tonos crema y oro pálido. La decoración suave del Palacio Hastío les daba la bienvenida con una calidez que pocos esperarían de un edificio infernal. Al llegar al salón principal, Skyler se sentó con el pequeño Scott en brazos y Desmond a su lado. Antrox ocupó el sillón frente a ellos, cruzando las piernas con naturalidad.

—Entonces, ¿a qué se debe su visita? —preguntó con amabilidad.

Desmond intercambió una breve mirada con Skyler antes de hablar.

—Antrox... venimos porque queremos pedirte algo importante.

—Dime —respondió él, apoyándose ligeramente hacia adelante.

—Queremos que seas el padrino de Scott —dijo Skyler con voz firme.

Por un momento, Antrox se quedó sin palabras. Su expresión, sorprendida, lentamente se transformó en una mezcla de incredulidad y profunda emoción. Parpadeó un par de veces, procesando lo que acababa de escuchar.

—¿Yo? ¿Están seguros?

—No se nos ocurre nadie mejor —respondió Desmond con convicción—. Has estado con nosotros en los peores y mejores momentos. Fuiste parte de nuestro renacer como pareja. No solo nos salvaste a nosotros, sino a tantos más. Queremos que Scott crezca con alguien como tú en su vida.

Antrox sonrió, con los ojos ligeramente vidriosos.

—Gracias... gracias de verdad. Nunca nadie me pidió algo así. Lo acepto con el alma. Seré el mejor padrino que pueda tener.

Desde el marco de la puerta, una figura alta y elegante se acercaba. Era Velzaria, vestida con una bata larga de lino suave, descalza, con el cabello recogido en una trenza que le caía sobre el hombro.

—¿Amor? —dijo dulcemente mientras se aproximaba—. ¿Quiénes son nuestros visitantes?

Antrox se volvió hacia ella y le respondió con suavidad:

—Velzaria, ellos son Desmond y Skyler. Muy buenos amigos... y los orgullosos padres de este pequeño.

Cuando Velzaria posó la vista en el cachorro, su rostro se iluminó como si una estrella hubiese brotado en su interior. Se acercó despacio, y sin decir nada, se agachó frente a Skyler y extendió una mano hacia el pequeño.

—¿Puedo...? —preguntó con voz serena.

—Claro —dijo Skyler, depositando con suavidad al pequeño en los brazos de la imponente demonio.

Velzaria lo tomó con una delicadeza digna de una madre. Lo alzó a su altura, mirándolo a los ojos, y Scott apenas entreabrió los suyos. Sus pupilas blancas resaltaban sobre el rojo intenso de sus escleróticas, y emitió un sonido bajo, como un ronquido dulce, antes de acomodarse contra el pecho de Velzaria y quedarse dormido.

—Es precioso —murmuró, acariciando su pequeña espalda.

Skyler sonrió.

—Lo es. Y aunque no lleve nuestra sangre, no hay un solo día en que no sintamos que es parte de nosotros.

Velzaria levantó la mirada hacia ellos, sus ojos brillaban.

—Eso es lo que lo hace real. No se necesita sangre para ser familia... solo amor.

Con sumo cuidado, devolvió a Scott a los brazos de Skyler. Luego se sentó al lado de su esposo y lo tomó de la mano, entrelazando sus dedos.

—¿Y tú, Tony? —preguntó con una sonrisa solo para él—. ¿Estás listo para ser padrino?

Antrox asintió, mirándola con ternura.

—Nunca he estado más listo para nada en mi vida.

Las horas pasaron lentamente como una melodía tenue en el aire. La tarde en el Palacio Hastío se volvió opaca y melancólica. Nubes espesas cubrían el cielo rosado del anillo de la pereza, y, como un presagio, una lluvia intensa comenzó a caer con fuerza sobre los vitrales del palacio. El repiqueteo del agua contra los ventanales llenaba el aire con un murmullo constante, relajante, pero a la vez inquietante.

Desmond se asomó por una de las ventanas del salón y suspiró.

—Con esta lluvia, será imposible regresar —comentó, observando los relámpagos que iluminaban las torres lejanas del palacio.

Skyler asintió mientras arropaba con cuidado al pequeño Scott, que dormía plácidamente en sus brazos.

—Parece que el cielo decidió que nos quedáramos —bromeó suavemente, aunque con un dejo de resignación.

Velzaria, que observaba la escena desde una de las columnas con una taza caliente en mano, se adelantó.

—No se preocupen —dijo con tono hospitalario—. Aquí hay cuartos de sobra. Son bienvenidos a quedarse esta noche.

Antrox, a su lado, asintió con una sonrisa apacible.

—Además, es mejor no arriesgarse. Los caminos con esta tormenta pueden volverse peligrosos, incluso para ustedes.

—Gracias —respondió Desmond con sinceridad—. De verdad, gracias por todo.

Velzaria los guió junto a Antrox a una de las alas secundarias del palacio. Allí, abrieron una habitación amplia, decorada con colores cálidos y una cuna improvisada que los sirvientes ya habían colocado por si Scott la necesitaba. El olor a incienso flotaba en el ambiente, y las velas daban una sensación de hogar y tranquilidad.

—Descansen —dijo Velzaria—. Están en casa.

Desmond y Skyler agradecieron una vez más y se despidieron. La puerta se cerró con un suave clic.

Velzaria y Antrox regresaron en silencio hacia su habitación. El ruido de la lluvia ahora sonaba más lejano, amortiguado por los gruesos muros del palacio. Antrox bostezó, estirando los brazos.

—No pensé que el día terminaría así —comentó con suavidad—. Me alegra que se queden. Me hizo bien verlos... especialmente a Scott.

Velzaria le sonrió con ternura, pero sus ojos no escondían cierta inquietud que Antrox, aún con su sensibilidad, no notó. Mientras él se preparaba para dormir, Velzaria escuchó un zumbido suave en la mesa de noche. Su comunicador personal vibraba discretamente. Lo tomó con rapidez y contestó.

—¿Hola? —preguntó con cautela.

—¿Es usted Velzaria? —respondió una voz firme y grave.

—Sí. ¿Quién habla?

—Krauser. Mano ejecutora de Ghost.

Velzaria frunció el ceño. No lo conocía personalmente, pero el tono autoritario y el hecho de que supiera su nombre bastaban para inquietarla.

—¿Qué desea?

Krauser no titubeó.

—Ya sabemos la verdad. Antrox fue quien inició el movimiento opositor. Lo hemos confirmado. Y Ghost... irá por él.

El silencio fue abrumador.

Velzaria se quedó congelada, como si el frío de la noche la hubiera alcanzado desde adentro. Sintió que el mundo se estrechaba y que el aire se volvía espeso.

—¿Qué... qué quiere decir con eso? —preguntó, con la voz apenas audible.

—Prepárenlo. No tiene escapatoria.

Y la línea se cortó.

Velzaria bajó lentamente el comunicador. Se llevó la mano a la boca, luchando por no soltar un grito ahogado. Las palabras de Krauser se repetían una y otra vez en su cabeza como un eco sin fin.

Ghost... irá por él.

Volvió la vista hacia la cama. Antrox dormía profundamente, con el rostro sereno, su pecho subiendo y bajando en un ritmo tranquilo. Inocente. Desprevenido.

No.

Ella no podía dejar que eso pasara.

Se acercó a la cama y se sentó a su lado. Con manos temblorosas, lo tocó suavemente en el hombro.

—Tony... —susurró, conteniendo la angustia.

Antrox abrió lentamente los ojos, adormilado.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz rasposa.

—Me llamó alguien... Krauser. Dijo que Ghost ya sabe que tú... que tú eres el iniciador del movimiento. Que irá por ti.

La sangre pareció abandonarle el rostro.

Antrox se sentó de golpe en la cama, el aliento atrapado en su garganta. Su mirada se clavó en la oscuridad, sin enfocar nada.

—Lo... lo sabía. —Su voz temblaba—. Tarde o temprano, lo descubrirían. Me sorprende que haya tomado tanto.

Velzaria se arrodilló frente a él, tomándolo de las manos.

—No digas eso —le rogó—. No te resignes. No puedes rendirte así. No puedes... No quiero perderte, Tony.

Él tragó saliva, intentando mantener la compostura.

—No te perderé —susurró, como si quisiera convencerse a sí mismo más que a ella—. Sea lo que sea que venga... lo enfrentaré. Pero al menos... no me iré sin haberte amado, sin haber encontrado un lugar contigo.

Las lágrimas rodaron por el rostro de Velzaria. Lo abrazó con fuerza, hundiendo su rostro en su cuello. Antrox, con los ojos humedecidos, apoyó la frente sobre su hombro.

—Te prometo que no me dejaré vencer —murmuró—. No ahora. No contigo a mi lado.

Velzaria asintió entre sollozos. Lo guió de nuevo a la cama. Se acostaron en silencio, las emociones palpitando en el aire como un tambor lento y constante.

La lluvia afuera no cesaba. Pero dentro, en aquella habitación compartida, solo se oía el tenue suspiro de dos almas aferradas una a la otra en la oscuridad, decididas a no soltar su amor... incluso ante el terror inminente.

CAP 52

Cuando el fuego no huye

La luz tenue del amanecer se filtraba por los enormes ventanales del palacio Hastío. El cielo del anillo de la pereza, con su característico color rosado pastel, se iba aclarando poco a poco, tiñendo de calma la atmósfera. Las aves infernales entonaban sus chillidos de costumbre, pero dentro del dormitorio principal, el tiempo parecía detenido.

Antrox dormía abrazado a Velzaria, con el rostro ligeramente hundido entre los mechones lanudos que adornaban el cuello de su esposa. Su respiración era tranquila, pero en su pecho pesaba una presión imposible de ignorar. El suave zumbido del despertador lo sacó del letargo. Abrió los ojos, apagó el aparato con un leve gesto, y se incorporó con cautela para no despertarla.

Se quedó un momento sentado al borde de la cama, mirando a Velzaria. Su rostro sereno contrastaba con el torbellino de pensamientos que lo azotaban. La mujer que alguna vez fuera enviada como sustituta de una hermana muerta, se había convertido en la única razón por la que valía la pena enfrentar el fuego del infierno. Antrox sabía que ese día podría ser el último en que compartieran una mañana juntos. Y, sin embargo, la decisión estaba tomada.

Se levantó en silencio y caminó hacia el baño. Al girar la perilla de agua caliente, el vapor comenzó a llenar la estancia. Se sumergió lentamente en la bañera, cerró los ojos y dejó que el agua envolviera su cuerpo, pero no podía purificar su mente. Pensaba en Ghost. En Krauser. En los sabuesos. En los pecadores que alguna vez alzó la voz por proteger. En la revolución que él mismo encendió y que ahora estaba devorando todo.

Su reflejo en el espejo ya no era el de un simple cuidador de sabuesos. Era el de un líder que no pidió serlo.

Después de varios minutos, salió de la tina. Se afeitó frente al espejo con movimientos lentos y precisos. Su rostro quedaba limpio, tenso, brillante a la luz cálida del bombillo. Dejó de lado su sombrero, ese que Celia le había dado, y en su lugar se colocó otro sombrero oscuro de ala baja. Esa elección lo marcaba. Hoy no era el día para recuerdos. Era un día de decisiones.

Se vistió con una camisa negra de su antigua colección de Ezkematika, se ajustó la chaqueta de cuero, unos pantalones ceñidos y botas firmes. Se miró al espejo una vez más. Su mirada ya no temblaba.

Antes de salir, se desvió hacia una habitación al final del corredor. Entró en puntillas. Allí dormían Desmond, Skyler y el pequeño Scott. El cachorro infernal emitía chillidos suaves entre sueños, envuelto en una manta gruesa. Antrox se acercó a la cuna con una sonrisa triste, posó su mano sobre la cabecita del cachorro y le acarició con ternura. Una punzada le atravesó el corazón. "¿Cuántos como tú merecen un infierno mejor?", pensó.

Sin hacer ruido, salió de la habitación. Caminó por los pasillos vacíos hasta llegar a la oficina de Velzaria. Frente a la puerta, respiró profundo. Entró.

El lugar olía a madera barnizada y pergamino. Todo estaba en orden, como siempre: los estantes impecables, el escritorio limpio, los papeles ordenados. Se sentó en la gran silla frente al escritorio, tomó una hoja de papel y un lápiz. Miró unos segundos la superficie lisa, y empezó a escribir.

No era una carta de despedida. Era un manifiesto.

*"Yo, Antrox, no escribo estas palabras con la esperanza de que me perdonen, sino con la certeza de que algún día me entenderán.

No soy un guerrero. No fui creado para liderar. Fui criado para obedecer.

Pero cuando las calles sangraban y los sabuesos morían de hambre, cuando los pecadores eran tratados como basura... entonces hablé.

No quise ser un símbolo. Quise ser una voz.

Me llamaron traidor. Me llamaron loco. Me llamaron débil.

Pero si luchar por los olvidados es traición, que me condenen.

Que sepa Ghost y Lucifer que si muero, moriré con la frente en alto. Y si vivo, viviré por los que no tienen nombre.

No soy un pecado. No soy una virtud.

Soy un recuerdo de lo que este infierno pudo ser si alguien hubiera amado a tiempo."*

La puerta se abrió sin aviso. Velzaria, aún en bata y con el cabello suelto, entró confundida.

—Tony... ¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó con voz adormilada.

Antrox levantó la mirada, sus ojos grises cargados de determinación.

—Escribiendo lo que podría ser lo último que diga en este mundo —respondió, tendiéndole la hoja.

Velzaria leyó el texto en silencio. Una lágrima descendió por su mejilla sin que pudiera detenerla.

—¿De verdad piensas quedarte? ¿No puedes... no puedes huir conmigo, escapar? Yo puedo hacerlo. Tengo poder. Podemos escondernos —rogó, acercándose a él.

Antrox se levantó de la silla, tomó sus manos con suavidad.

—Si me escondo, me convierto en aquello contra lo que luché. Tengo que enfrentar esto. Hasta el final.

—No quiero perderte —susurró ella, con la voz rota.

—Y yo no quiero que me pierdas... pero si me pierdes, quiero que recuerdes esto: Te amé desde el primer momento en que te sentaste a mi lado en ese consejo, cuando todos me dieron la espalda —le dijo, dejando un beso en su frente.

Velzaria cerró los ojos, aferrándose a ese instante.

Antrox se soltó, caminó hacia la puerta principal del palacio. Velzaria lo seguía, aún sin aceptar lo que pasaba.

—¿A dónde vas?

—A Hellbet Records. Es hora de decir la verdad... aunque solo la escuche el fuego.

Y con esas palabras, Antrox cruzó la puerta.

Antrox llegó a Hellbet Records con pasos firmes, pero el peso de la responsabilidad le comprimía el pecho. Al ingresar, vio cómo el lugar vibraba con vida: sabuesos, pecadores, imps, demonios de varias razas y castas se movían por el lugar entre camillas, mantas, fogones y herramientas improvisadas. Al fondo, Desmond, Skyler ya habían llegado antes que el, Celia y Danielle ayudaban a los enfermos y heridos, cada uno con expresión decidida, como si supieran que el fin podía estar cerca... pero no permitirían que llegara sin lucha.

Antrox tomó un amplificador, lo colocó sobre una caja de madera y conectó un micrófono. A su alrededor, el bullicio fue menguando hasta que solo quedó el eco de su respiración. Se aclaró la garganta. Luego habló:

—Gente de Hellbet Records... sé que nosotros hemos luchado por años por ser escuchados. Nos llamaron basura, nos condenaron al olvido, pero aquí estamos. Y quiero que sepan... que no ha sido en vano. Hemos logrado grandes avances, y es hora de dar el golpe final.

Guardó silencio por un momento. Nadie se movía.

—Sé que será difícil... sé que muchos tenemos miedo —añadió—. Pero también sé que vale la pena. Luchamos por un futuro donde nuestros hijos no hereden cadenas. ¡Luchamos por dejar huella en la historia infernal! ¡Así que... ¿quién está conmigo?!

El rugido fue inmediato.

Sabuesos aullaron, pecadores alzaron los puños, los imps gritaron su apoyo con entusiasmo vibrante. Algunos incluso se arrodillaron, jurando lealtad. El suelo temblaba con la fuerza de la determinación colectiva.

Celia se acercó a él entre la multitud. Su vestido negro ondeaba con el aire cálido del recinto. Lo miró directamente, con esa mezcla de orgullo y fuerza que la caracterizaba.

—Si te tocan... que sepan que tocarán a todos nosotros también —le dijo sin titubeos.

Antrox sonrió y la abrazó con fuerza.

Desmond se acercó también. Llevaba el rostro serio, pero su mirada transmitía confianza. Puso una mano en el hombro de Antrox.

—Te respaldamos, hermano. Siempre lo haremos —dijo con voz firme.

Skyler se abrió paso entre la multitud, con el pequeño Scott dormido en brazos. Se detuvo frente a Antrox y alzó ligeramente al cachorro envuelto en su manta.

—Él también merece un infierno mejor —dijo. Antrox bajó la mirada, profundamente conmovido. Se quitó el sombrero en señal de gratitud.

La noche cayó con una calma extraña.

De vuelta en el Palacio Hastío, Antrox se encontraba en la oficina de Velzaria. La luz de una lámpara de aceite parpadeaba suavemente sobre los papeles ordenados con meticulosa precisión. Antrox repasaba notas, informes, planes... pero su mente ya estaba en otro lugar.

Un sonido lo sacó de su trance.

Un golpe seco, como una tabla que se soltaba en la cocina. Frunció el ceño. A esa hora, todo debía estar en silencio. Se levantó con precaución, empujó la puerta con lentitud y avanzó por los pasillos oscuros del palacio. Al llegar a la cocina, sintió una mano posarse sobre su hombro. Se sobresaltó y giró rápidamente.

Era Krauser.

Su imponente figura se recortaba contra la penumbra como una escultura de acero y sombra.

—Tranquilo. No vine por lo que piensas —dijo con su voz grave.

Antrox dio un paso atrás. El corazón le latía con fuerza, su mente ya le mostraba la peor de las posibilidades. Pero algo en los ojos de Krauser era distinto.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Ghost ya sabe quién eres —respondió sin rodeos—. Tienes muy poco tiempo. Podrías escapar... tenemos formas. Otra identidad, otra ciudad, incluso otro anillo.

Antrox bajó la mirada. Sus dedos temblaron, pero cerró el puño con decisión.

—Yo mismo firmé este destino. No dejaré que otros lo firmen por mí.

Krauser lo observó por varios segundos en silencio. Finalmente, extendió la mano.

—Es admirable. No mueras, ¿ok?

—No lo haré —respondió Antrox, apretando su mano con firmeza.

Krauser desapareció por un pasadizo oculto que usaban los viejos sirvientes. El silencio volvió. Antrox regresó lentamente a su habitación. Se desvistió sin apuro, se puso una de sus pijamas holgadas, y se sentó en la orilla de la cama.

Velzaria, aún medio dormida, lo miró con los ojos entrecerrados.

—Tony... ¿qué pasa?

—Nada —dijo con suavidad—. Solo estoy cansado.

Ella se sentó a su lado, le tomó la mano.

—¿Estás seguro?

Él dudó. Pero asintió.

Velzaria no insistió. Lo guió hasta la cama y lo arropó. Su mano se quedó sobre el pecho de Antrox mientras él cerraba los ojos.

—Duerme... —susurró—. Mañana será un día largo. Pero recuerda, pase lo que pase... estaré contigo.

Y así, bajo la cálida sombra del palacio Hastío, el futuro del infierno comenzaba a gestarse en un silencio que dolía, pero que también prometía cambio.

CAP 53

Killer Queen

La tenue penumbra del dormitorio apenas era interrumpida por la luz del reloj digital, que marcaba 1:00 a.m. La habitación permanecía en un silencio cálido... hasta que una mano temblorosa agitó el cuerpo dormido de Antrox.

—Tony... Tony, ¡despierta! —la voz de Velzaria sonaba temblorosa, cargada de urgencia y miedo.

Antrox abrió los ojos, confundido, con el ceño fruncido. Se incorporó con lentitud, apoyando la espalda contra el espaldar de la cama. Su voz, aún adormilada, se quebró en un susurro:

—¿Qué pasa...? ¿Velzaria?

Ella ya estaba de pie, vestida con su atuendo oscuro, el cabello recogido y las botas puestas. Parecía lista para marcharse. Su expresión era un mar de emociones: determinación, tristeza, pánico.

—¿Por qué estás vestida? —preguntó él con voz ronca—. Son la una de la mañana... ¿qué sucede?

Velzaria tragó saliva, sus labios temblaban.

—Tony... Ghost viene en camino.

La habitación quedó en un silencio gélido. Antrox bajó la mirada, suspirando lentamente. Sus dedos apretaron la sábana bajo él.

—Entonces ya es hora...

Velzaria frunció el ceño.

—¡No! No me digas que piensas quedarte aquí como si nada. ¡Tienes que irte!

Antrox negó con la cabeza, cerrando los ojos por un instante.

—Ya tomé mi decisión. No voy a huir. No puedo.

—¡¿Por qué eres así de terco?! —exclamó Velzaria, alzando la voz, con lágrimas acumulándose en sus ojos—. ¡Ghost no dudará en matarte apenas ponga un pie en este palacio!

—Y si huyo... ¿de qué habrá servido todo lo que construimos? ¿De qué servirá todo lo que luchamos?

—¡Servirá de algo si estás vivo para verlo! ¡Yo... yo no puedo perderte, Tony!

Sus voces subían de tono, el dolor se mezclaba con la ira. Los ojos de Velzaria brillaban por la desesperación. Y entonces, en un impulso de impotencia, de rabia por no poder protegerlo... lo abofeteó con fuerza.

El golpe resonó en la habitación. Antrox cayó al suelo con torpeza, sujetándose la mejilla, sin entender del todo lo que acababa de pasar. Sus ojos se humedecieron en silencio, clavando la mirada en las baldosas.

Velzaria cayó de rodillas, temblando, sollozando con las manos en el rostro.

—Solo quiero salvarte... No quiero que termines como Desidia —susurró entre lágrimas—. No quiero ver cómo te arrancan de mí.

Antrox se levantó sin decir palabra. Su rostro endurecido por la tristeza. Se giró y salió de la habitación sin mirar atrás, dejando tras de sí un silencio roto.

Velzaria se quedó en el suelo unos segundos. Luego, con manos temblorosas, tomó su teléfono.

—Ejecuten el plan. Es hora.

Afuera del palacio

Apenas quince minutos después, cinco figuras esperaban con los corazones palpitando en la oscuridad: Desmond, Isabella, Celia, Lay-K y Danielle. Todos vestidos de manera discreta, con miradas determinadas.

Antrox salió del palacio como si nada hubiera pasado, con el rostro sombrío, intentando recuperar algo de dignidad tras la pelea.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó con voz seca.

Desmond dio un paso al frente. No dijo nada. Solo lo miró, con los ojos bajos.

—¿Es hora de irnos? —preguntó con tono neutral.

Antrox frunció el ceño.

—No me voy. Ya lo dije.

—Antrox... —intervino Celia con voz suave—. Por favor, escúchanos.

—¡NO! —gritó él—. ¡No voy a huir como un cobarde! ¡Este no es asunto de ustedes!

Danielle bajó la mirada, Lay-K cerró los puños con rabia contenida. Finalmente, fue Desmond quien se acercó y, sin aviso, sujetó a Antrox por un brazo. Lay-K lo inmovilizó por el otro.

—¡¿Qué están haciendo?! ¡Suéltenme! —pataleó, forcejeando—. ¡¿Están locos?!

—Lo sentimos, hermano —murmuró Desmond—. Pero no vamos a dejar que mueras.

Entre los dos lo levantaron, y lo llevaron fuera del palacio, cruzando los jardines, hasta un antiguo parque. Allí, escondido entre los árboles, una vieja casa del árbol les sirvió de escondite.

Lo subieron, lo sentaron en una silla reforzada con cuerdas mágicas, y lo amarraron con firmeza. Antrox, jadeante, miraba al suelo enmudecido. Dejó de forcejear. Ya no tenía fuerzas para discutir.

Abajo, en el claro, Celia vigilaba entre los arbustos, mientras Isabella limpiaba con rapidez sus lentes empañados por el rocío.

Mientras tanto, en el palacio

Krauser y Velzaria se movían por los pasillos como sombras. Cada minuto era vital. Con ayuda de los sirvientes, instalaron tres trampas infernales en los puntos clave de entrada del palacio: una red explosiva de runas, una cámara de niebla paralizante, y una celda sellada con barreras activas.

Ambos estaban cubiertos de sudor y tierra. No era el tipo de trabajo que una pecado capital y un comandante infernal solían hacer.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Krauser, deteniéndose para mirarla con seriedad.

Velzaria asintió, sin dudar.

—Lo único que me importa... es que Tony esté a salvo. Aunque yo no lo esté.

Krauser suspiró. Sus ojos de soldado mostraban respeto.

—Entonces... prepárate. Porque Ghost viene con todo.

Y sin más palabras, salió por una ventana lateral, desapareciendo entre las sombras.

Velzaria quedó sola, en el umbral del salón... esperando.

Con miedo, sí. Pero también con la fuerza de quien ama de verdad.

La luna aún colgaba alta sobre el cielo rosa del anillo de la pereza cuando Ghost, la mano derecha de Lucifer, llegó al Palacio Hastió. Su silueta imponente se alzaba frente a la gran puerta de entrada, envuelto por el fuego azul que respiraba desde su presencia misma.

Frunció el ceño al ver que la puerta estaba atrancada. Colocó la palma sobre la madera. La superficie vibraba... sellada con runas, reforzada mágicamente. Alzó una ceja.

—¿Creen que una cerradura va a detenerme? —susurró con desprecio.

Entonces, sin vacilar, levantó la pierna y descargó una brutal patada. La puerta se despedazó en astillas y metal, estrellándose contra el suelo del vestíbulo con un estruendo que resonó por todo el palacio.

El interior estaba sumido en penumbra. Las luces apagadas, el aire denso y húmedo como si la mansión misma respirara miedo. Ghost caminó con paso firme por el pasillo principal. Su guadaña de fuego azul —Reaper Magnus— colgaba a su espalda, vibrando por la proximidad de magia protectora.

Subió los escalones con calma... y entonces, una trampa se activó.

Del suelo, cordones de energía envueltos en símbolos perezosos salieron disparados, enroscándose como serpientes en sus muñecas. Desde el techo, un mazo cubierto de pinchos descendió con fuerza brutal. Pero Ghost reaccionó sin perder ni un segundo. Se inclinó hacia atrás con elegancia infernal, esquivando el mazo que se estrelló contra el suelo con una explosión de polvo.

—Ingenioso —gruñó.

Las cadenas estallaron en llamas azules que brotaron de sus brazos, desintegrando la trampa al instante. Luego, con pasos lentos y pesados, desenvainó la guadaña. Su hoja ardía como una llama helada, silbando con cada paso que daba.

Se acercó a una de las paredes y, con un movimiento cruel, comenzó a rasgar la superficie con el filo de su arma, creando un chirrido agudo e insoportable. El sonido parecía perforar la cabeza de cualquier criatura sensible a la magia sonora. Era una provocación. Una forma de decir: Estoy aquí. Salgan.

Revisó habitación por habitación, abriendo puertas a patadas. Vacías. Camas sin usar. Cortinas ondeando. Nadie.

Pero cuando se acercó a la cocina, notó un olor extraño... ajeno... teatral.

Allí, un sabueso infernal revolvía una olla, tarareando una melodía baja, como si no pasara nada. Ghost entrecerró los ojos.

—¿Dónde está Antrox? —preguntó, su voz era grave y firme como un dictamen.

—¿A-Antrox...? —dijo el sabueso, fingiendo confusión con torpeza ensayada—. Yo... no sé de qué habla, señor Ghost...

El demonio se quedó mirándolo. El silencio se hizo pesado. Pero, en un gesto extraño, Ghost simplemente asintió.

—Muy bien...

Se giró para marcharse. Dio un paso... dos... y entonces el sabueso se lanzó hacia él, veloz como un rayo, pegando un talismán en forma de cruz negra y plata en la espalda de Ghost. Este emitió un grito apenas audible.

El efecto fue inmediato: Ghost cayó de rodillas, jadeando. Sus ojos se tornaron grises, y el fuego azul de su guadaña se apagó brevemente. Dentro de él, las almas condenadas comenzaron a aullar, retorciéndose como bestias en jaulas de carne.

—Omnis lux... perdat tenebras... —rezaba el sabueso, elevando el talismán con ambas manos.

El cuerpo de Ghost temblaba, su alma se desgarraba desde adentro. Por primera vez en siglos... sintió verdadero dolor.

Diez minutos de resistencia silenciosa. Y luego... se levantó.

Sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—Interesante hechizo... —murmuró con la voz rota—. Pero necesitas algo más que fe... para quebrar al verdugo.

En un movimiento fluido, atravesó al sabueso con la hoja de Reaper Magnus. El cuerpo se arqueó, pero no gritó. Solo sonrió con los dientes manchados de sangre.

—Libertad... para nosotros...

Y murió con esa frase en los labios.

Ghost lo dejó caer. Su rostro mostraba rabia contenida.

Siguió avanzando. Cruzó el pasillo principal. Al entrar en el gran salón, una cuerda con una campanilla se activó al pisarla, emitiendo un "tilin" apenas audible... pero suficiente.

Desde las sombras, doce sirvientes del palacio se alzaron, apuntando con rifles infernales cargados con balas celestiales.

—¡FUEGO! —gritó uno de ellos.

Ghost apenas tuvo tiempo de reaccionar. Una bala lo impactó en el antebrazo izquierdo, haciéndolo tambalearse.

—¡AGH! —gritó por primera vez. Se arrodilló, su brazo humeando por la quemadura del impacto.

Los otros disparos fallaron, o rebotaron contra su guadaña o armadura. Pero eso fue suficiente para hacerlo perder la paciencia.

Ghost se puso de pie, miró su arma... y pasó un dedo por el filo, creando un chillido agudo, como una nota prolongada de una flauta etérea.

—Silencio eterno...

La "Flauta de las Cenizas" hizo su efecto. Uno a uno, los sirvientes comenzaron a temblar, sus rostros torcidos de dolor invisible. Algunos sangraban por la nariz, otros colapsaban con convulsiones.

Y luego, todos cayeron inconscientes.

Ghost respiró hondo. Se tocó el antebrazo herido, aún sangrante.

—Estoy harto de estos juegos... —susurró con furia—. ¿Dónde tienen a Antrox?

Su voz se perdió en la oscuridad del palacio, como una sentencia aún no ejecutada.

Y la batalla... apenas estaba comenzando.

El Salón Principal del Palacio Hastió permanecía sumido en un silencio denso e inquietante. Las cortinas de terciopelo rosa se mecían apenas con la brisa suave que se colaba por las ventanas rotas del segundo nivel. Los candelabros de cristal, flotando en el aire por hechicería antigua, proyectaban un resplandor tenue sobre el mármol opaco, teñido de un tono pastel que lo hacía parecer más un sueño que una estructura infernal. Todo el lugar estaba cargado de historia, de quietud... y de una dulce y peligrosa resignación.

Entonces, las puertas se abrieron con violencia, como si el mismo infierno empujara desde fuera. El eco del golpe retumbó en los pilares como una sentencia anticipada.

Allí, Ghost se alzó en el umbral. Su figura oscura cortaba el aire como un cuchillo. Su guadaña de fuego azul, Reaper Magnus, descansaba sobre su hombro. Su mirada era una sola orden de muerte.

—¿Dónde está Antrox? —demandó, su voz seca, firme, cargada con el peso de mil ejecuciones. Era una amenaza y una condena.

Desde el trono de terciopelo rosado, se levantó Velzaria. No lo hizo con prisa. Caminó como si el tiempo no existiera para ella, como si cada paso fuera una declaración de voluntad. Su aura, de un rosado opaco y profundo, se expandía con cada movimiento, empapando el ambiente como un veneno suave.

—No vas a tocarlo —dijo con una dulzura gélida—. No mientras yo esté de pie.

Ghost la observó en silencio por un instante. Luego, sin más palabras, chasqueó los dedos.

El suelo tembló.

De entre las grietas del mármol, surgieron Cadenas Negras envueltas en fuego azul, como serpientes de juicio y dolor. Se retorcían en el aire, veloces y ansiosas, listas para atrapar y desgarrar.

Pero Velzaria no se movió. Su presencia empezaba a hacer efecto. El salón descendía en emoción, no hacia el miedo... sino hacia la rendición. Era como si la voluntad de los objetos, del espacio mismo, se disolviera. Las cadenas, en pleno vuelo, perdieron ímpetu. Oscilaron en el aire como si hubieran olvidado su propósito.

—¿Para qué luchar, Ghost? —murmuró Velzaria, sin elevar la voz—. ¿Acaso no estás... cansado?

Su Pasivo de Resignación había comenzado a tocar el alma de Ghost, apenas como una brisa incómoda en la nuca. Un pensamiento extraño, una duda dormida.

Ghost reaccionó con violencia.

—Silencio.

Y entonces desató su segundo poder.

Del techo y del suelo, dos manos gigantescas y esqueléticas emergieron, rodeadas por grietas sangrantes. Una de ellas partió una columna como si fuera de cartón. La otra descendió con velocidad sobre Velzaria.

Pero ella activó su Poder de Inercia Total. La atmósfera cambió de inmediato. Todo se volvió espeso. El salón se tiñó de un rosado pastel denso, como un filtro sobre la realidad. El fuego titilaba, perezoso. El movimiento se congeló. La mano de Ghost se detuvo en el aire, estática.

Ghost frunció el ceño.

—Tú... detienes el alma misma.

—Así es como se gana... sin violencia —respondió ella, con voz melancólica.

Pero Ghost liberó su aura. Una onda expansiva de fuego azul arrasó con la energía ambiental, quebrando el equilibrio emocional. Activó su tercer poder: Silencio del Umbral.

El mundo se inundó de un vacío absoluto. No hubo más sonido. Ni pasos. Ni respiración. Ni magia.

El campo suprimió la niebla de Velzaria, desactivó su dominio sobre el salón, y por primera vez, ella sintió miedo.

Ghost aprovechó la apertura. Corrió hacia ella y lanzó un tajo con su guadaña. El fuego azul no cortó su piel... sino su alma.

Velzaria se dobló hacia atrás con un gemido mudo. Cayó de rodillas. Su cuerpo no sangraba, pero sus recuerdos, sus culpas, hervían.

—No duele el cuerpo, ¿verdad? —susurró Ghost, deteniéndose frente a ella—. Solo... tu verdad.

Velzaria levantó la mirada, empapada en lágrimas invisibles.

—Tony me necesita... y yo no caeré aún.

Ghost alzó su guadaña y la lanzó al aire. Esta se multiplicó. Decenas de hojas azules flotaban ahora alrededor de Velzaria como serpientes girando. Un chasquido de dedos, y todas impactaron a la vez.

Cada explosión quemó directamente su voluntad. No su cuerpo, sino su deseo de continuar.

Velzaria cayó al suelo... jadeando.

Pero activó su Carga Inerte. Por cada golpe, Ghost perdía energía. Su fuego se volvió más opaco. Sus hombros cayeron apenas.

—A mí... me cansas también, Ghost... —susurró con rabia.

Ghost gruñó. Alzó la mano.

Una runa negra apareció sobre el pecho de Velzaria, brillante como una maldición viva. Era el Juicio del Vacío.

—Cada intento de resistir... acelera tu final.

Velzaria, con la voz rota, respondió:

—Y sin embargo... sigo aquí.

Ghost giró su guadaña lentamente. El aire osciló con ella. El salón entero perdió coherencia temporal. Velzaria cayó en un bucle: cada segundo duraba horas. Escuchó voces. Gritos. Juzgadoras. Culposas. El peso del pasado se desmoronó sobre su conciencia.

Pero entonces... una voz rompió el hechizo:

"Tony..."

Velzaria se levantó. Temblando, sangrando, llorando... pero de pie.

Solo para ver a Ghost clavando la guadaña en el suelo.

—No quedará nada... ni siquiera tú.

Del círculo de fuego azul que lo rodeó, emergieron nueve sombras vivientes, todas con guadañas de fuego. Formaron un círculo perfecto. Y atacaron.

La escena fue una danza infernal. Cada golpe desgarraba alma, recuerdo, esencia. El trono estalló en pedazos. Las columnas colapsaron una por una. El mármol se tiñó de azul y sangre espiritual.

Y entonces... silencio.

El fuego azul se apagó.

Frente a Ghost, de rodillas, Velzaria aún vivía.

Su vestido estaba hecho jirones. Su piel, marcada con símbolos ígneos. Su respiración era apenas audible. Pero su mirada... seguía entera.

—Aún no... —dijo con un hilo de voz—. Aún... no me rindo.

Ghost levantó la guadaña para rematarla.

Pero no lo hizo.

Por primera vez... titubeó.

—Tienes agallas... —dijo con dureza—. Lástima que estés en el bando equivocado.

Y se dio la vuelta.

Velzaria cayó al suelo. Su alma herida. Su cuerpo deshecho. Pero su voluntad...

...intacta.

El Palacio Hastío se estremecía como si presintiera su destino.

Entre ruinas, sangre y fuego, Velzaria, quebrada pero no vencida, yacía arrodillada entre lo que quedaba del salón principal. Sus piernas temblaban, su vestido hecho jirones, su alma colgando de un hilo invisible.

Ghost, arrogante y aún en pie, se giró apenas cuando escuchó su voz:

—¡Ghost...!

La ejecutora de la pereza tenía en la mano un objeto pequeño, metálico, bañado en polvo rosa: un detonador.

Ghost entrecerró los ojos.

—¿Qué estás haciendo...?

Velzaria sonrió con tristeza. Su rostro bañado en ceniza. Su corazón... en Antrox.

—Perdóname, Tony...
Te amo.
Por favor... no me olvides.

¡Click!

BOOOOOOOM!

Un estruendo desgarrador sacudió todo el anillo de la pereza. Como si el mismo corazón del infierno hubiese estallado. El Palacio Hastío voló en mil pedazos, una explosión titánica que convirtió columnas centenarias en polvo, vitrales en metralla celestial, y las memorias del lugar... en humo.

Desde la casa del árbol, a kilómetros de distancia, el cielo se tornó rojo fuego. Las llamas iluminaban la noche como una aurora infernal. El aire mismo fue desplazado por la onda expansiva. Árboles crujieron, las ramas se sacudieron, y por un instante... el infierno contuvo la respiración.

Todos lo vieron.

Desmond fue el primero en reaccionar. Su rostro palideció al instante.

—No... —susurró—. ¡No... no puede ser!

Celia se llevó las manos a la boca. Isabella cayó de rodillas. Nadie podía hablar. Nadie podía pensar.

Y entre todos... uno solo no gritó, no lloró... no respiró siquiera.

Antrox.

Seguía amarrado. Quieto. La explosión reflejada en sus pupilas. Su boca entreabierta. No salía sonido alguno. Solo veía... cómo su hogar, su esposa, su todo, se desvanecía en fuego.

Una grieta invisible partió su alma.

Sus brazos temblaron. Su cuerpo entero se tensó. El aire a su alrededor comenzó a vibrar.

Las cuerdas que lo ataban no se deshicieron... ¡se quemaron!. No por fuego. Por odio.

Una energía gris oscura, espesa y venenosa, estalló desde dentro de su pecho como una maldición dormida durante milenios. Sus ojos brillaron como faros rotos. Su piel comenzó a agrietarse, como si se estuviera quebrando desde el alma. Líneas negras lo recorrieron. Su cabello creció, desordenado, ondulante, casi salvaje. Sus músculos se expandieron. Su voz... dejó de ser suya.

—AAAAAAAAAAAAAAAHHHH!!!

Un grito de furia, dolor y locura sacudió la tierra. Los árboles temblaron. El bosque entero enmudeció.

Desmond intentó acercarse.

—¡Antrox! ¡Espera, no...!

Pero fue inútil.

Antrox lo empujó. Sin intención. Sin control. Lo lanzó como una hoja al viento, estampándolo contra un árbol con una fuerza abrumadora. El impacto fue seco. Desmond cayó inconsciente al instante.

Antrox ya no estaba allí.
Lo que quedaba de él... era un ser de pura ira.
De pérdida.
De fuego emocional.

Corrió entre las sombras del bosque, dejando una estela de energía corrupta detrás. Cada paso rompía el suelo. Cada respiración... quemaba el aire.

Al llegar a las ruinas aún humeantes del palacio, Ghost lo esperaba.

Semidesnudo, con la piel regenerada pero las marcas aún visibles, el ejecutor de Lucifer giró su guadaña entre los dedos y sonrió con cinismo.

—Vaya... por fin te dignas a aparecer.
¿Vienes a morir... o a hacerme perder más el tiempo?

Antrox no respondió. Solo alzó la mirada. Unos ojos inyectados de sangre y poder lo atravesaron como cuchillas.

—Ya lo perdí todo...
No tengo nada más que perder.

"Te acabaré... maldito esqueleto de mierda."

Y así, una guerra entre la ira y la muerte...
comenzó.

CAP 54

La Furia de los Silenciados

El silencio tras la explosión era casi irreal.

Las ruinas del Palacio Hastío seguían crepitando en brasas moradas. Columnas derrumbadas, vitrales rotos que parecían llorar lágrimas de cristal sobre el mármol agrietado. En medio del humo y el polvo, una figura emergía lentamente de entre los escombros.

Ghost.

Su torso estaba carbonizado, los músculos parcialmente regenerados. Vapor azul salía de las grietas en su piel. Su guadaña chorreaba fuego como si llorara rabia ardiente.

—¿Cómo se le ocurre...? —gruñía— ¿Destruir todo... todo este maldito palacio... por un simple bastardo?

Su respiración era densa, cargada de furia. Se tambaleaba, pero seguía en pie. El fuego azul lo envolvía como una segunda piel. Su voz se alzó, como un grito que no buscaba respuesta:

—¡Antrox! ¡Voy a destruirte! ¡Ahora esto es personal!

Ghost lo sintió venir.

—Al fin apareces.

Los dos quedaron frente a frente, separados solo por la distancia de una grieta humeante.

—Ya no tengo a nadie —dijo Antrox con voz ronca, llena de fuego—. Ni propósito. Solo la verdad... y la furia.

—Entonces muéstramela —escupió Ghost, alzando su guadaña.

Y así, la batalla que definiría el futuro del infierno comenzó.

PRIMER ASALTO

Ghost chasqueó los dedos. Las Cadenas Infernales surgieron del suelo con brutalidad, pero Antrox no se detuvo. Las cadenas lo envolvieron... y se quemaron al contacto con su vapor oscuro.

—¡No eres como antes! —rugió Ghost.

Antrox apareció frente a él en un parpadeo y lanzó un puñetazo devastador.

Golpe de los Cien Mártires.

El impacto fue tan brutal que la guadaña apenas alcanzó a bloquearlo. Una onda expansiva rompió los escombros cercanos. Ghost voló varios metros, rodando por el suelo como un muñeco de trapo.

Pero se puso de pie.

—¿Eso es todo? —gruñó.

Activó las Manos Infernales. Dos huesudas extremidades emergieron del suelo para aplastar a Antrox. Este clavó los pies al suelo, cruzó los antebrazos... y resistió. La presión era titánica, pero no suficiente. Las venas doradas brillaban como soles rotos.

—¡¡No te tengo miedo!!

Antrox gritó con furia y giró sobre sí mismo. Liberó una explosión de energía que pulverizó las manos espectrales.

Los muros colapsaron. El suelo se quebró. Pedazos del salón se derrumbaban como cartón mojado.

Ghost retrocedió unos pasos. Chasqueó la lengua.

—Entonces te daré silencio.

Silencio del Umbral.

El mundo se calló.

El fuego ya no crepitaba. El mármol no sonaba. Las pisadas de Antrox eran mudas. El pasivo de furia de Antrox se ralentizó.

Pero no lo detuvo.

El alma de Antrox ardía tanto... que incluso sin sonido, su rabia encontraba salida.

Antrox levantó ambas manos. Golpeó el suelo con los puños. El piso se rompió y la presión aumentó.

Colapso del Núcleo Demoníaco.

La gravedad se multiplicó.

Ghost cayó de rodillas, su guadaña se inclinó hacia el suelo. El aire se volvió tan denso que respirar dolía. Las paredes del salón colapsaban como si estuvieran bajo toneladas de peso.

—¡Basta! —gruñó Ghost.

Clavó la guadaña al suelo.

Péndulo del Castigo Eterno.

El tiempo se fracturó.

Para Antrox, todo se volvió lento. Cada paso le tomaba segundos eternos. Las voces de sus recuerdos surgían: su hermana Desidia, sus años como marginado, el rechazo.

Pero a diferencia de otros... él no huía de sus remordimientos.

Los aceptaba.

Y eso le dio más poder.

Con un rugido, rompió la ilusión del péndulo con su fuerza bruta. Corrió hacia Ghost, su puño listo.

Ghost alzó su guadaña.

Ambos colisionaron.

El puño del marginado contra la hoja de fuego azul.

El impacto generó un cráter de 40 metros.

Y ambos, aunque aún en pie...

...sabían que lo peor apenas comenzaba.

Las ruinas del Palacio Hastío ardían todavía, aunque solo quedaban brasas y polvo flotando en el aire. Entre los escombros, Antrox y Ghost se encaraban como dos fuerzas opuestas que ya no podían retroceder. Las grietas bajo sus pies parecían extenderse como raíces del destino.

—No tienes idea de lo que desataste... —gruñó Ghost, su cuerpo regenerado pero visiblemente debilitado por la explosión. Su torso desnudo mostraba marcas oscuras, y su mirada era más fuego que sombra.

Antrox no respondió. Solo inhaló profundamente. De su boca salió vapor rojo, y con cada respiración su cuerpo se cubría más y más con aquella neblina espesa. Las líneas negras sobre su piel se iluminaban. Su forma caótica estaba alcanzando un nuevo pico.

Ghost levantó la guadaña, Reaper Magnus, y la hizo girar sobre su eje como un péndulo. Cada movimiento dejaba un eco que rasgaba el aire. Entonces se lanzó hacia Antrox con toda su velocidad infernal.

Antrox no esquivó.

Recibió el primer golpe con su antebrazo. El filo de fuego azul chocó contra su piel endurecida, y el sonido fue el de un cristal fracturándose. Ghost retrocedió con la sorpresa en el rostro: no había cortado, no había atravesado. El brazo de Antrox había resistido.

—Tu arma... —dijo Antrox con voz grave— ya no da miedo.

Saltó hacia Ghost con un puñetazo directo. El impacto fue brutal, y lo hizo retroceder. Ghost trató de girar la guadaña para defenderse, pero Antrox lo persiguió con una ráfaga de golpes implacables. Cada uno dejaba ondas de choque, haciendo que el suelo se partiera.

Y entonces, el instante clave.

Ghost levantó la guadaña para detener otro golpe... pero Antrox, con su brazo cubierto por el "Golpe de los Cien Mártires", lo descargó directamente contra el centro del arma.

¡CRACK!

La hoja de fuego azul estalló en fragmentos. El mango de obsidiana se quebró en dos. Ghost fue lanzado hacia atrás como un muñeco de trapo, arrastrándose por los escombros.

El silencio fue absoluto. Incluso el infierno pareció contener el aliento.

Ghost se arrodilló, sosteniendo los restos de su arma. Miró a Antrox con una mezcla de rabia y respeto. Era la primera vez en siglos que alguien rompía Reaper Magnus.

—¡IMPOSIBLE! —gritó— ¡Esa guadaña fue forjada en el Vacío! ¡No puedes...!

—Ya lo hice —interrumpió Antrox, acercándose con pasos firmes.

Ghost se levantó, furioso. Sin su arma, no era menos peligroso. Sus Manos Infernas emergieron del suelo, intentando atrapar a Antrox.

Pero este activó su Colapso del Núcleo Demoníaco.

Un círculo de presión oscura rodeó a Ghost. Las manos se comprimieron. El cuerpo de Ghost se hundió, sus huesos crujieron, y el terreno bajo él colapsó en un cráter.

—¡BASTA! —rugió Ghost, liberando una onda oscura que rompió la presión.

Los dos se lanzaron uno contra el otro, ya sin armas, solo con fuerza bruta, velocidad y pura rabia.

Antrox lo atrapó del cuello. Ghost clavó su puño en las costillas de Antrox. Sangre roja y negra salpicaba las ruinas. Cada golpe era un rugido de los condenados. Los escombros temblaban.

—¡NO DEJARÉ... QUE ME VUELVAS A QUITAR A NADIE MÁS! —gritó Antrox, sus venas doradas palpitando como si su alma ardiera.

Ghost, jadeando, respondió:

—Entonces... ¡tendrás que morir... junto a ella!

Ambos cayeron al suelo envueltos en una pelea brutal, mientras sus energías chocaban como tormentas en guerra.

La batalla estaba lejos de terminar.

El infierno... se había quedado en silencio.

Ya no había gritos. No había fuego, ni estallidos, ni poderes ardiendo en el aire. Solo dos cuerpos cubiertos de heridas, cenizas y sudor... frente a frente.

Antrox jadeaba, cubierto de moretones, su cuerpo aún rodeado por rastros del vapor oscuro que ahora se desvanecía lentamente. Su transformación comenzaba a ceder, su energía al borde del colapso.

Ghost sangraba de su pecho, su torso lleno de cortes y quemaduras. Sin guadaña. Sin cadenas. Sin manos infernales.

Nada.

Solo sus puños.

—¿Ya se acabó? —dijo Ghost, escupiendo un diente— ¿O todavía tienes algo más que gritar?

Antrox se limpió la sangre de los labios con el dorso de la mano. Su respiración temblaba, pero sus ojos... aún brillaban.

—No necesito gritar... —respondió, levantando los puños lentamente—. Solo necesito dejar claro... que nunca fuimos basura.

Ghost sonrió, con una mezcla de rabia y respeto.

—Entonces ven, bastardo. Ven y demuéstralo.

Y así, sin poderes. Sin magia. Sin testigos.

Empezó la pelea final.

El primer golpe fue de Ghost. Rápido, al estómago. Antrox aguantó, gruñó, y respondió con un derechazo al mentón. Ambos retrocedieron medio paso... y volvieron a acercarse.

Puño contra puño.

Brazo contra costillas.

Rodilla contra muslo.

Las luces titilantes del salón caído lanzaban sombras largas sobre los combatientes. Cada golpe resonaba como un tambor tribal. Cada respiración, un eco de resistencia.

Antrox lanzó un puñetazo al rostro. Ghost lo esquivó por milímetros y lo golpeó con fuerza en la mandíbula. Antrox cayó de rodillas... pero no cayó por completo.

—¡Aún... no... me voy! —gritó, alzándose.

Ghost resopló. Le dolía todo. Tenía el pómulo roto, un hombro dislocado. Y sin embargo, avanzó otra vez. Un uppercut, un gancho al costado, un cabezazo directo. Antrox respondió con un puño al pecho, que lo hizo escupir sangre.

Ambos estaban en el límite absoluto.

El último golpe fue mutuo. Dos puños lanzados al mismo tiempo, directo al rostro.

¡CRACK!

Ambos cayeron.

Ghost quedó arrodillado, apoyado con una mano en el suelo. Respiraba como una bestia herida. Miró hacia Antrox, quien aún intentaba levantarse, tambaleante, los ojos medio cerrados.

Se arrastró hacia él... y cuando por fin lo alcanzó, Ghost lo tomó del cuello de la camisa... y no para estrangularlo.

Sino para sostenerlo, evitar que cayera de cara al suelo.

—Maldito seas... —dijo entre dientes, con voz temblorosa—. Me hiciste... recordar lo que se siente sangrar de verdad.

Antrox no respondió. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

Ghost lo soltó con suavidad, dejando que cayera al suelo con dignidad, no como un derrotado... sino como un guerrero caído.

Se puso de pie con dificultad. Miró los escombros del palacio. Miró su propia mano ensangrentada. Y luego a Antrox, inconsciente pero vivo.

—Tienes... mi respeto, Antrox —murmuró, con sinceridad cruda—. No le diré nada de esto a Lucifer. Que crea que moriste... o lo que quiera creer. No volveré a por ti... no por ahora.

Ghost se dio la vuelta, tambaleante. Caminó entre cenizas y ruinas, dejando una estela de sangre tras sus pasos. Su figura se fue perdiendo entre la niebla infernal, hasta desaparecer por completo.

En el suelo, entre fragmentos de mármol y fuego extinto...

Antrox yacía inconsciente.

Derrotado, sí.

Pero nunca vencido.

CAP 55

El Silencio Después del Fuego

El humo aún flotaba en el aire cuando Desmond y Lay-K descendieron por los restos calcinados del Palacio Hastío. La luz roja del infierno se filtraba entre las columnas rotas, lanzando sombras largas sobre un campo de cenizas.

—¡Allí! —gritó Lay-K, señalando entre los escombros.

Antrox yacía boca arriba, su cuerpo cubierto de polvo, sangre seca y marcas aún humeantes de su transformación. El vapor oscuro que antes lo envolvía se desvanecía lentamente, como si su furia al fin hubiera soltado su agarre.

Desmond se arrodilló a su lado de inmediato. Le sostuvo la muñeca.

—Tiene pulso... —murmuró, con el corazón golpeando con fuerza—. Pero está débil. Muy débil.

—Lo llevamos al refugio —dijo Lay-K con urgencia.

Entre ambos, improvisaron una camilla con tablones partidos y una manta reforzada. Mientras subían el cuerpo inconsciente de Antrox a un viejo transporte blindado, los motores crujían como si supieran que cargaban con algo más pesado que carne: la esperanza de una rebelión.

Durante el trayecto, Desmond no apartó los ojos de su amigo. Ni siquiera pestañeaba. El vehículo atravesó las zonas periféricas del Anillo de la Furia, dejando atrás las ruinas para llegar al escondite: una antigua clínica de sabuesos, olvidada y clausurada después de las primeras purgas.

Allí, en un sótano acondicionado con los pocos suministros médicos que Celia había logrado reunir en secreto, colocaron a Antrox sobre una camilla de piedra cubierta con sábanas negras.

Desmond y Lay-K se mantuvieron fuera mientras los paramédicos demoníacos trabajaban. Uno de ellos, un mutante tuerto con patas de crustáceo en lugar de brazos, cerró la puerta con firmeza.

—Ahora es cuestión de resistencia... —dijo.

Pero dentro de esa sala, mientras su cuerpo era atendido, Antrox descendía.

No al infierno. Ni al cielo.

Era un lugar donde el tiempo no existía. Un vasto espacio blanco, sin forma, sin sonido.

Estaba de pie, o tal vez flotaba. No sentía dolor. No sentía peso. Todo era ligero... y quieto.

Y entonces, una figura apareció.

Un hombre de rostro sereno, piel luminosa y ojos que parecían contener galaxias. Su túnica resplandecía como si estuviera tejida con amaneceres, y de su espalda brotaban alas majestuosas de oro pálido.

Gabriel.

El arcángel lo miró sin hablar. No había juicio en sus ojos, solo comprensión... y algo más profundo: compasión.

Antrox intentó hablar, pero no pudo.

Gabriel se acercó lentamente. Alzó una mano envuelta en luz cálida. La extendió... y la colocó sobre la frente de Antrox.

Una explosión de calor recorrió su alma. Como si mil recuerdos regresaran en un instante.
Las risas con Desidia. La soledad. El rechazo. El fuego. La música. El caos.
Y algo más... algo que no entendía aún, pero que ardía en su pecho como un sol nuevo.

Cuando volvió a parpadear... Gabriel ya no estaba.

Antrox despertó.

El zumbido de las lámparas de emergencia era lo primero que percibía. Después, el picor de las vendas. Y luego... el leve dolor de seguir con vida.

Sus ojos se abrieron con lentitud. Frente a él, un techo agrietado. Las luces titilaban.

No había nadie en la habitación.

Excepto por una pluma blanca.
Colocada cuidadosamente sobre su pecho.
Brillante, intacta... imposible.

Antrox la miró.

Una lágrima cayó de su ojo izquierdo, perdiéndose en la venda que le cruzaba la mejilla.

Y entonces, comprendió:
Todavía no era su hora.

La pluma aún reposaba sobre su pecho cuando Antrox cerró los ojos por un instante más. No estaba dormido, pero tampoco del todo consciente. Había algo en esa habitación, un cambio sutil en el aire... como si una presencia inocente lo hubiera invadido sin romper el silencio.

Entonces, algo tibio y liviano trepó sobre su torso.
Un pequeño peso. Un suspiro infantil.

Abrió los ojos lentamente, aún aturdido. Lo primero que vio fue un par de ojos grandes y brillantes, llenos de ternura y curiosidad. Una niña. Su cabello era oscuro, trenzado con delicadeza, su piel clara y sus mejillas sonrojadas. Tenía unos cuernos pequeños, curvados hacia atrás, como si apenas comenzaran a formarse. Vestía un atuendo de tonos oscuros con encaje blanco, una especie de uniforme antiguo.

Y sonreía.

—Papá... —dijo con una voz tan pura que rompió la gravedad del lugar.

Antrox parpadeó. No entendía. Su corazón, aún débil, dio un vuelco. Intentó incorporarse, pero solo logró levantar ligeramente el cuello.

—¿Qué...? —murmuró— ¿Quién eres...?

La niña no respondió. Solo lo abrazó, apoyando su cabecita sobre su pecho vendado, como si llevara años esperándolo.

En ese momento, la puerta del cuarto se abrió con un chillido. Celia entró apresurada, y al ver la escena, se detuvo en seco.

—¡Ah! Ya la encontró... —susurró, entre asombro y nervios.

Se acercó despacio, tomando a la niña con cuidado en sus brazos. La pequeña no opuso resistencia, pero se mantuvo aferrada a la mano de Antrox hasta el último segundo.

—¿Qué está pasando? —preguntó él, la voz apenas audible.

Celia le mostró un sobre envejecido, sellado con un símbolo dorado en forma de cruz alada. Lo depositó en sus manos.

—Apareció... simplemente apareció —dijo Celia—. Estaba acostada en una camilla vacía, en la sala contigua. Como si siempre hubiera estado ahí... pero nadie la vio entrar. No sabíamos si era humana, celestial o infernal. Solo traía esto.

Antrox, con esfuerzo, rompió el sello y desplegó la carta.

La tinta no parecía escrita, sino grabada con luz:

"A ti, Antrox, hijo del lamento y del fuego:
Esta niña es un regalo, no por tus méritos, sino por tu dolor.
Su nombre es Natally. Es sangre de tu sangre, aunque no por medios conocidos por los mortales ni los condenados.
Es consuelo por la pérdida de tu esposa, Velzaria, cuyo sacrificio fue escuchado.
Dentro de ella duerme un poder celestial que ni siquiera los tronos del cielo comprenden.
La única condición impuesta por lo alto es esta:
Críala en la fe.
No como un arma. No como una herramienta.
Como una hija.
Y si algún día el mundo arde de nuevo...
que ella sea luz, no fuego."

Antrox dejó caer la carta sobre su regazo, sin palabras.

Celia se sentó a su lado, con la pequeña Natally ahora dormida en sus brazos. Su rostro de siempre, audaz y atrevido, estaba bañado por una extraña expresión: serenidad.

—¿Crees que es verdad? —preguntó ella.

Antrox no respondió de inmediato. Luego, simplemente asintió.

—No sé qué clase de guerra viene... —dijo en voz baja—. Pero si el cielo me da algo que proteger... esta vez no lo perderé.

La pequeña se removió entre los brazos de Celia, murmurando en sueños una sola palabra:

—Papá...

Y por primera vez, en mucho, mucho tiempo...
Antrox sonrió.

Pasaron varios días.

El fuego en las ruinas del Palacio Hastío se extinguió, dejando atrás una montaña de escombros y silencio. Las noticias del enfrentamiento entre Antrox y Ghost se esparcieron como un susurro imposible de contener. Nadie sabía la verdad completa, pero todos sabían que algo había cambiado.

Antrox se recuperaba en la vieja clínica, su cuerpo cubierto de vendas, pero firme. Su mirada ya no era la de un condenado... sino la de alguien que había regresado del borde con algo que perder. Y eso lo hacía más peligroso que nunca.

Una mañana, Celia entró al cuarto sin previo aviso. Llevaba su uniforme negro y rojo, un lazo dorado en el cuello, y en brazos, a la pequeña Natally.

—Hora de volver a casa —dijo con una sonrisa.

Antrox la miró. Luego bajó la vista a Natally, que le extendía una manita mientras chupaba distraídamente una gomita con forma de sabueso.

—¿Casa? —repitió él, con voz ronca.

—Tu casa. La antigua. Donde viviste con ella.

Antrox guardó silencio. No dijo "no", ni bajó la mirada. Solo se levantó con lentitud, su cuerpo ya en condiciones de moverse, aunque aún sentía grietas internas que la medicina no podía sellar.

El camino fue largo, en un vehículo discreto, viejo, con la pintura pelada y el motor que tose en cada esquina. Desmond iba al volante, con Lay-K en el asiento del copiloto, y Antrox en la parte trasera, con Natally sobre sus piernas, jugando con su trenza y señalando cosas por la ventana como si fueran maravillas.

Celia iba sentada al fondo, observando todo en silencio, como una sombra protectora.

El paisaje cambió. De la arquitectura sombría del centro, pasaron a zonas olvidadas del infierno: suburbios infernales donde las casas estaban construidas con bloques negros, techos corroídos, y portones de acero frío. No había cámaras. No había sabuesos.

Solo recuerdos.

El transporte se detuvo frente a una pequeña casa de fachada opaca. Era humilde, pero sólida. Con las ventanas tapadas con cortinas color vino, y un jardín marchito a un costado.

La casa de Antrox y Velzaria.

El silencio cayó como un velo cuando él bajó del vehículo. Sostuvo la mano de Natally con firmeza. Ella bajó dando saltitos, y sin entender nada, lo miró con una sonrisa curiosa.

—¿Esta es nuestra casa, papá?

Antrox tragó saliva. Por un momento, no pudo responder.

Solo asintió.

Celia se acercó y le puso una llave oxidada en la mano.

—Te pertenece. Siempre te perteneció.

Él giró la llave. La puerta se abrió con un leve chirrido, y un soplo de aire antiguo escapó como un suspiro atrapado durante años.

Dentro, todo estaba como lo habían dejado.

La sala tenía aún las dos tazas de cerámica que solían usar. El sofá con un cojín hundido. La mesa de madera tallada por él mismo en tiempos mejores. Las paredes conservaban marcas de música escrita a mano, garabateadas por Velzaria en un arranque creativo.

El polvo cubría cada rincón, pero el alma de la casa seguía ahí.

Antrox entró sin decir nada. Natally caminó detrás de él, con pasos suaves, respetuosa, como si percibiera que aquel lugar estaba lleno de algo sagrado.

Y entonces, él abrió la puerta de la habitación principal.

La vio.

Colgada en la esquina del perchero, con los pliegues aún bien doblados, la vieja pijama color vino de Velzaria. Con encaje dorado. Su favorita. La que solía usar cuando él componía canciones por la madrugada, y ella lo acompañaba medio dormida, solo para estar cerca.

Antrox no se movió. Su pecho subía y bajaba como si respirara dentro del agua. Dio un paso. Luego otro. Se acercó a la prenda con una lentitud casi reverente.

La tocó.

Sus dedos temblaron.

Y entonces los recuerdos lo asaltaron, como una avalancha callada.

Velzaria en esa cama, con el cabello suelto, riendo por alguna estupidez. Velzaria cantando con voz rasposa las letras que él no se atrevía a mostrarle. Velzaria durmiendo con los pies fríos contra su espalda, solo para molestar. Velzaria, furiosa, amándolo. Velzaria, muriendo...

Antrox cerró los ojos.

Una lágrima cayó sobre el encaje.

—Lo siento tanto... —susurró, apenas audible—. Si hubiera llegado antes. Si hubiera sido más fuerte. Si no me hubiera rendido...

Una manita tibia lo tomó por la suya.

—¿Es de mamá? —preguntó Natally, inocente.

Él la miró.

Y entonces, el peso en su alma se transformó. No desapareció. No se fue. Pero cambió.

Ya no era solo pérdida.

Era una herencia.

La viva encarnación de un amor que ni la muerte pudo borrar.

Antrox se agachó. Abrazó a la niña con fuerza, hundiendo el rostro en su hombro pequeño, dejándola abrazarlo de vuelta sin entender del todo. Y en ese abrazo no había victoria, ni redención... solo promesa.

Una promesa silenciosa.

—No te dejaré sola —le dijo—. No repetiré los errores. No te fallaré. Nunca.

Celia lo observaba desde la puerta, con los ojos brillantes. Desmond y Lay-K estaban detrás, sin querer interrumpir. Todos sabían que ese instante no debía romperse.

—Papá... ¿puedo dormir en la cama grande esta noche? —preguntó Natally.

Antrox sonrió. Le acarició el cabello con los dedos aún vendados.

—Claro que sí, hija.

Esa noche, mientras el infierno seguía girando en caos y rebelión, en una pequeña casa olvidada, un guerrero dormía en paz.

No porque el mundo fuera mejor.

Sino porque ahora... tenía por quién pelear.

En lo más alto del Infierno, donde ni las llamas ni los susurros alcanzan, existe un lugar sellado al tiempo. Una sala negra como el vacío, con muros de obsidiana viva y tronos flotantes hechos de pecados cristalizados.

Allí, Lucifer observaba.

No hablaba. No se movía. Solo miraba un espejo hecho de sangre detenida, suspendido en el aire como una herida abierta.

Las imágenes fluían lentamente. Antrox desmayado. La lucha contra Ghost. La pluma.
Y luego... la niña.

Natally.

Lucifer frunció apenas el ceño. A su alrededor, el aire se tornó más denso, como si el mismo infierno contuviera la respiración. El silencio en la sala se volvió casi insoportable, hasta que una voz surgió desde las sombras, dulce y venenosa:

—¿Lo has visto, mi señor?

Una figura encapuchada se materializó frente al espejo. Su rostro no era visible, pero su sombra se estiraba hasta tocar la base del trono.

—Una niña enviada por el Cielo —continuó la figura—. Con un poder que aún no ha despertado. Un corazón puro... en el lugar más impuro de todos. ¿Es eso lo que los tronos celestiales llaman justicia?

Lucifer no respondió. Se levantó lentamente, dejando que la capa de fuego carmesí que cubría su cuerpo arrastrara chispas por el suelo.

Sus ojos brillaban con la furia de mil soles invertidos.

—No es justicia —murmuró al fin—. Es una provocación.

Caminó hacia el espejo. La imagen de Natally dormida en la vieja cama de Velzaria se mantenía fija, como si el universo mismo intentara memorizarla.

—Esa niña no es solo un regalo... es una advertencia.

—¿Qué haremos con ella? —preguntó la sombra.

Lucifer ladeó la cabeza.

—Nada... aún. Que crezca. Que aprenda. Que crea que tiene un hogar.

Sus manos, elegantes y horrendas al mismo tiempo, se cerraron en puños.

—Pero si alguna vez se atreve a mirarme de frente...
si alguna vez ese "poder celestial" decide alzarse contra mí...

El trono de obsidiana vibró, como si entendiera la amenaza implícita.

—...entonces quemaré al cielo. Y al infierno con él.

La figura encapuchada retrocedió un paso.

Lucifer se volvió, dejando que el espejo se disolviera lentamente en el aire.

—Prepárense. Porque el caos que viene...
ya no vendrá solo de abajo.

Y así, mientras en un rincón olvidado del infierno una niña dormía abrazada a su padre...
en lo más alto del mundo condenado, el diablo por primera vez en milenios...
tembló.

CAP 56

El Cumpleaños de la Esperanza

Cinco años.

Eso fue lo que tardó el infierno en comenzar a remendar las grietas de su propia crueldad. Cinco años desde que las sombras dejaron de ser jaulas para convertirse, lentamente, en refugios. Ahora, por primera vez en siglos, el término "ciudadano" no era exclusivo de los poderosos ni de los de sangre noble. Los sabuesos, antes vendidos como mascotas, ahora caminaban con el hocico en alto, con documentos de identidad y cuentas bancarias. Ya no eran bestias adoptables... eran personas.

Los pecadores habían dejado de ser parias. Ahora tenían empleos dignos, vivienda, y hasta sindicatos. Envys, sloths, sharks e imps —razas antes olvidadas o utilizadas como mano de obra barata— por fin gozaban de derechos más... humanos, por decirlo de algún modo. Lo que alguna vez fue un campo de exterminio disfrazado de sociedad, ahora aspiraba, con torpeza pero convicción, a convertirse en una utopía.

Y en medio de ese renacimiento, estaban ellos.

Antrox había sido el primero en ceder su trono de rebelde para asumir otro más complejo: el de padre. Pero también, en un giro que ni él esperaba, se convirtió en el pecado capital de la pereza, un cargo temporal heredado mientras su hija, Natally, crecía. Él no buscaba poder... pero el infierno necesitaba a alguien que representara la calma, el cansancio de luchar, el peso de existir. Y no había nadie más apto que él.

A sus 33 años, Desmond ya no era el joven con mirada perdida que alguna vez gritó desde el escenario con una guitarra en llamas. Ahora, con el cabello corto y teñido de café oscuro, la

barba bien recortada y una voz grave que parecía arrastrar siglos de historia, caminaba con paso firme. Lo que antes fue rebeldía, hoy era presencia.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Lay-K, en voz baja, mientras ambos cruzaban una calle repleta de carteles donde sus rostros aparecían bajo frases como "La voz de los sin voz".

Desmond sonrió apenas, con ese gesto sutil que Lay-K reconocía mejor que nadie.

—Estoy seguro de que ya no soy el de antes —respondió—. Pero eso no significa que esté perdido.

Lay-K asintió. Caminaba a su lado con el cuerpo relajado, pero los ojos alertas. Su pelaje felino brillaba bajo la luz artificial de los faroles infernales. Era más alto que Desmond, pero no más imponente. Su figura seguía siendo elegante, silenciosa, pero en su interior... había fuego.

—Tienes una mosca en la mano —dijo de pronto, tocando los dedos de Desmond con la suya, como quien busca un motivo que no sea el verdadero.

Desmond alzó la ceja.

—¿Otra vez? Llevas semanas encontrando moscas invisibles en mis dedos.

Lay-K fingió una sonrisa despreocupada.

—Los insectos me odian. Y te aman.

Desmond soltó una carcajada breve y volvió a mirar al frente, sin notar cómo el felino lo observaba con devoción, con una mezcla de cariño y resignación.

Porque Lay-K lo sabía. Sabía que ese amor silencioso que guardaba era un río subterráneo. No buscaba respuesta. Solo estar cerca. Solo tocarlo. Aunque fuera con excusas.

La banda GAIA era un recuerdo. Una leyenda juvenil. Los pósters aún colgaban en algunos callejones, desgastados por el tiempo y por el humo. Pero ya no existía. Para muchos, había sido un sueño. Para Desmond, un intento.

Ahora, su nuevo proyecto junto a Lay-K era un dúo de rap poético y crudo. En sus letras no había promesas vacías ni luces artificiales. Hablaban del hambre, del abandono, de las marcas que dejaba el infierno en la espalda de los que nacieron sin nombre.

—"Y aunque el fuego me devore, yo no olvido mi raíz... / Soy hijo del silencio, pero el silencio no me hizo feliz" —recitaba Desmond en una de las pruebas de sonido.

—Ese verso está cabrón —dijo Lay-K desde el otro extremo de la sala de ensayo—. ¿Lo escribiste hoy?

Desmond asintió, aún con la mirada en la libreta.

—Lo soñé. Me desperté sudando... y ahí estaba.

Isabella, por su parte, había terminado sus estudios hacía poco. Vivía sola en un pequeño apartamento en el anillo de la gula, pero aún hablaba con Julian casi todos los días. A pesar de la distancia —él ahora residía en el anillo de la lujuria, dedicado a la literatura erótica underground—, su amor seguía intacto. Las videollamadas, los poemas cruzados, los "te extraño" en notas de voz... mantenían la llama viva.

Danielle, en cambio, había tomado un camino completamente distinto. Ahora formaba parte de la orquesta personal de Lascivia. Era primera violinista, destacando por su técnica, pero aún más por su capacidad de hacer llorar a los demonios con sus solos. Nadie tocaba como ella. Nadie lo sentía como ella.

Esa noche, en un rincón del Anillo de la Furia, Lay-K y Desmond compartían una pizza vieja sobre una caja de equipo musical. El estudio era humilde, pero suficiente.

—¿Extrañas la banda? —preguntó Lay-K, con la voz entre la duda y la nostalgia.

Desmond guardó silencio por unos segundos.

—Extraño lo que representábamos. Pero no... no volvería atrás. Esta etapa... es más real.

Lay-K asintió. Luego, como quien no quiere decir algo pero lo dice igual:

—¿Y tú... estás feliz?

Desmond giró la cabeza y lo miró a los ojos. No respondió de inmediato. Luego, con voz grave y sincera, susurró:

—Estoy en paz. Y eso, en el infierno... es lo más cercano a la felicidad que he tenido.

Lay-K bajó la mirada y sonrió con tristeza. Desmond no lo sabía, pero esa paz... era también su culpa.

Hoy era un día especial.

La residencia de Antrox, aunque sobria y modesta, había sido cuidadosamente decorada para la ocasión. Luces cálidas colgaban entre los marcos de piedra negra, y una mesa larga en el centro del salón rebosaba de comida infernal: panes de sangre dulce, carnes especiadas y jarras de néctar etérico. La música flotaba en el ambiente con suavidad, como si supiera que debía acompañar y no interrumpir.

Desmond, Skyler, Lay-K, Danielle, Celia e Isabella estaban allí. No había prensa, no había guardias, no había etiquetas. Solo amigos. Familia. Porque hoy... era el cumpleaños número diez de Natally.

Sin embargo, nadie que la viera pensaría que tenía apenas diez años.

Natally, de pie cerca de la ventana, observaba con calma el cielo carmesí del Anillo de la Furia. Su figura era la de una joven de quince años, alta, de presencia refinada. Pero su mente, esa era otra historia. En su mirada descansaba la madurez de una mujer de veinticinco. Era como si el tiempo, al llegar a ella, hubiese decidido comprimirse.

Sus rasgos, en gran parte, eran heredados de Antrox: piel clara, estructura ósea firme, ojos profundos. Pero su esencia... esa provenía de su madre, Velzaria. Lo decían sus cuernos, curvados con elegancia desde los costados de su cabeza como raíces esculpidas por fuego y tiempo. También sus orejas largas, móviles, que reaccionaban con cada emoción, y su cola corta, apenas visible entre los pliegues de su túnica clerical, se agitaba con nerviosa discreción.

Y sus ojos... eran únicos. Como eclipses invertidos: dorado quemado rodeando una pupila roja intensa. Un fuego contenido. Una promesa viva.

—Diez años —susurró Skyler, alzando una copa hacia Desmond—. ¿Puedes creerlo?

—No —respondió él con una sonrisa—. Pero aquí está. Y no deja de sorprenderme.

—Habla como si tuviera doctorado —añadió Isabella—. A veces me siento estúpida frente a ella.

—A mí me da miedo —dijo Lay-K, bromeando—. Me miró una vez como si pudiera leerme el alma. Y no le gustó lo que vio.

—No le gustó porque le debes un regalo —intervino Celia, pinchando un pastel con un tenedor—. No lo olvides, gatito.

Lay-K rodó los ojos, pero no replicó. Natally los observaba desde lejos, con una sonrisa leve, como si ya supiera lo que todos pensaban.

La tarde avanzó con armonía. Hubo risas, pequeñas anécdotas del pasado, y abrazos que hablaban más que cualquier palabra. A diferencia de muchas celebraciones infernales, aquí no había excesos. Solo calor humano —o demoníaco— disfrazado de ternura.

Y entonces llegó el momento más esperado: la apertura de los regalos.

—Bien —anunció Danielle, con su violín colgado al hombro—. Es hora de lo importante.

Natally se acercó a la mesa con pasos serenos. Su túnica oscura ondeaba tras ella como un manto de dignidad. A pesar de ser apenas una niña en edad real, su aura imponía respeto.

—Aquí tienes —dijo Desmond, entregándole una funda larga y acolchada.

Natally abrió el cierre con cuidado. Dentro, relucía una flauta traversa dorada, ornamentada con detalles infernales en plata.

—Sé que mostraste interés hace unos meses —dijo él—. Y nadie mejor que tú para sacarle música a este mundo.

Ella la sostuvo como si fuera de cristal.

—Gracias, tío Desmond —susurró—. Es... preciosa.

Luego fue el turno de Skyler e Isabella, quienes le entregaron una elegante caja de madera roja.

—Esperamos que te guste —dijo Skyler.

Al abrirla, Natally encontró ropa cuidadosamente doblada: túnicas estilizadas, accesorios delicados y joyería discreta, pero de buen gusto.

—Los estilos más nuevos del Anillo de la Lujuria —dijo Isabella con una sonrisa—. Aprobados por mí, obvio.

—Me encantan —respondió Natally, tocando los tejidos con una mezcla de curiosidad y emoción—. Es hermoso sentirme... mujer.

—Lo eres —le dijo Skyler con suavidad, acariciándole una oreja con ternura—. Lo eres desde que naciste.

Y por último... el regalo de Antrox.

Él se acercó desde el fondo de la sala. Llevaba entre sus brazos una caja metálica alargada, de superficie celestial, iridiscente como una armadura viva. Al colocarla sobre la mesa, el salón entero pareció enfriarse ligeramente, como si la atmósfera supiera que algo sagrado estaba a punto de revelarse.

—Este objeto llegó a mí el mismo día que tú —dijo Antrox, mirándola con la intensidad de un padre que guarda secretos—. No sabía cuándo dártelo. Hasta hoy.

Todos guardaron silencio. Natally se adelantó y apoyó sus manos sobre la caja. No temblaba. No dudaba. Simplemente... la abrió.

El brillo fue sutil, pero real.

En su interior reposaba un báculo alto, de cuerpo blanco perlado con vetas doradas que pulsaban como venas vivas. En la cúspide, flotaba una esfera de cristal opalescente, y dentro de ella... ardía una llama azul vibrante, como el corazón de una estrella.

Natally lo tomó con ambas manos.

—¿Qué es esto...? —murmuró.

—Un regalo —respondió Antrox—. Pero también una llave. Una herramienta. Un símbolo.

Cuando sus dedos se cerraron alrededor del cetro, la llama azul del cristal cambió repentinamente a un tono dorado intenso, como si reconociera a su dueña. La cola de Natally se agitó con emoción. La energía en la sala se sacudió, y un leve murmullo de aire pareció recorrer las paredes como un eco ancestral.

Ella lo sostuvo con solemnidad, y sus ojos dorados brillaron aún más fuerte.

Y entonces... sonrió.

El báculo aún descansaba sobre la mesa como si respirara. Las vetas doradas brillaban con un pulso lento, como si respondieran al ritmo del corazón de Natally. Ella lo contemplaba en silencio, acariciando con las yemas de los dedos la esfera que aún guardaba en su interior aquella llama dorada.

Algo dentro de ella sabía que ese objeto no era común.

—Papá... —rompió el silencio, sin apartar la mirada—. ¿De dónde viene esto?

Antrox se detuvo a medio camino de servirse otra copa. Su cuerpo se tensó casi imperceptiblemente. Sabía que ese momento llegaría.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió, buscando ganar tiempo.

—Porque no es un simple objeto. Siento... que tiene una historia más grande que tú y yo. Que fue hecho para algo importante.

Antrox se acercó lentamente. La miró con esa mezcla de orgullo y peso que solo los padres verdaderos conocen.

—Es un regalo —dijo al fin—. De mí... y de mis hermanos. Lo recibí el mismo día que tú llegaste a mi vida. No sabía cuándo dártelo, hasta ahora.

Natally frunció el ceño apenas.

—¿Tus hermanos? Nunca me hablas de ellos.

—Y no lo haré hoy tampoco —respondió con una sonrisa apagada—. Algunos lazos es mejor dejarlos en silencio.

—¿Es celestial?

El silencio que siguió fue su propia respuesta. Antrox desvió la mirada.

—No —mintió, con el peso de la verdad temblando en sus labios—. Lo importante no es de dónde vino. Lo importante... es quién lo sostiene ahora.

Natally entendió. No completamente. Pero lo suficiente. Y decidió no presionar más.

—Entonces... lo cuidaré —susurró—. Como si fuera parte de mí.

—Lo es —dijo Antrox con una ternura que rozaba la melancolía—. Mucho más de lo que imaginas.

En ese instante, la puerta principal se abrió de golpe.

—¡PRIMAAA!

Un chillido agudo rompió la tensión como un rayo de sol entrando en una catedral sombría. Un pequeño sabueso entró corriendo con toda la velocidad que sus patas podían darle. Su hocico estaba manchado de chocolate, sus orejas rebotaban a los lados, y su cola se agitaba como si marcara el ritmo de una canción feliz.

—¡Scott! —exclamó Natally, iluminándose por completo.

El cachorro se lanzó como un proyectil hacia ella, y Natally lo atrapó en el aire con una carcajada. Lo alzó por la cintura, girando con él en brazos como si fuera un torbellino de peluche.

—¡Estás enorme! —dijo ella.

—¡Y tú más! ¡Pareces una señora! —rió él, pegando su hocico contra su cuello.

—¿Qué haces aquí, terremoto?

—¡Papá dijo que podía venir! ¡Y quiero quedarme a dormir contigo esta noche!

Natally parpadeó.

—¿Papá?

Desmond, desde la sala, alzó la mano con media sonrisa.

—Es cierto. Dijo que te quería ver. Y Skyler le preparó una mochila por si lo permitías.

Scott agitó la cola con más fuerza.

—¡Diiiii que sí, porfa!

Natally fingió pensarlo, cruzándose de brazos.

—Solo si prometes no roncar tan fuerte como la última vez.

—¡No fui yo, fue el sofá!

—Mentira. El sofá me escribió para quejarse.

Scott soltó una carcajada y la abrazó con fuerza.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Ella lo dejó en el suelo, y él corrió como relámpago hacia Skyler, quien lo recibió con un abrazo largo. Ella le revolvió el cabello con suavidad, y luego lo besó en la frente.

—Pórtate bien con tu prima —le dijo—. Y si te hace bullying, me avisas.

—¡Jamás! —gritó Scott con energía.

—Más te vale —añadió Desmond con una sonrisa desde la cocina.

La tarde se volvió noche, y los últimos rayos de luz roja se deslizaban por las ventanas como hilos de sangre cálida. La comida ya había sido devorada, el pastel estaba listo, y los últimos vasos de néctar infernal brillaban sobre la mesa.

Scott se sentó sobre una pila de libros, justo al lado de Natally. Su hocico apenas alcanzaba el borde de la mesa, pero su entusiasmo llenaba todo el comedor.

—¿Quieres ayuda? —le preguntó ella mientras colocaba un trozo de pastel en su plato.

—¡No necesito! ¡Soy independiente!

Cinco segundos después, su cara estaba llena de crema.

—Independiente... pero pegajoso —bromeó Natally, pasándole una servilleta y limpiándole el hocico.

—¿Por qué las cosas dulces tienen que ser tan peligrosas?

—La vida es así —rió—. Lo dulce siempre viene con caos.

Mientras los adultos conversaban sobre música, política infernal y recuerdos lejanos, Natally se dedicó a su primo como si fuera lo único que importara. Lo ayudó a comer, lo calmó cuando empezó a inquietarse, le sirvió jugo, y le acarició la espalda cuando bostezó.

Aunque ella tenía la apariencia y la mente de alguien mayor, su corazón aún era joven. E instintivamente, encontraba paz en ese pequeño ritual de cuidado. Scott, aunque inquieto y travieso, era su familia. El lazo que los unía no era de sangre directa... pero era real. Un vínculo adoptivo, emocional, profundo.

Ella había sido concebida en un experimento imposible. Él, adoptado por Desmond y Skyler, nacido del caos pero criado con amor.

Y aun así, ahí estaban. Viéndose a los ojos. Comprendiéndose.

Los invitados comenzaron a despedirse. Danielle abrazó a Natally con una promesa silenciosa. Celia le guiñó un ojo con picardía. Lay-K le tocó el hombro con suavidad. Isabella le regaló un abrazo largo y un perfume artesanal. Desmond y Skyler se quedaron hasta el final, despidiéndose con un beso a Scott y una mirada de orgullo silencioso hacia su hija.

Finalmente, la casa quedó en silencio. Solo quedaban tres.

—Estoy molido —dijo Antrox, frotándose los ojos—. Me voy a acostar.

—Buenas noches, papá —dijo Natally.

—Buenas noches, tío gruñón —añadió Scott, escondiéndose detrás de un cojín.

Antrox resopló, divertido.

—Sigan haciendo travesuras y soñaré con ustedes gritando.

Y con eso, se retiró por el pasillo, cerrando su habitación tras de sí.

Minutos después, bajo una manta gruesa que cubría el sofá central, Natally y Scott construyeron su propio universo.

La linterna que usaban era vieja, chisporroteaba cada tanto, pero aún aguantaba. Natally sostenía el libro entre las rodillas mientras Scott se acomodaba a su lado, con los ojos brillando de emoción.

—¿Estás listo?

—¡Más que nunca!

Ella abrió el libro.

"En un plano más allá del fuego, donde la luz canta y las sombras no alcanzan, existe el cielo. Allí habitan los ángeles. No como los muestran las postales... no son perfectos ni inalcanzables. Son guardianes de la fe y la contradicción. Seres de alas que no siempre vuelan y de ojos que han visto más de lo que quisieran."

Scott parpadeaba, sin pestañear.

"Uno de ellos se llamaba Casiddy. No era el más fuerte ni el más sabio. Pero era... el más curioso. Miraba el infierno con compasión. No lo juzgaba. Solo escuchaba. Se disfrazaba de brisa o polvo para recorrer sus calles sin ser visto. Y lo que más amaba... eran los niños. Decía que en ellos aún vivía lo que el cielo había perdido: esperanza."

Scott se llevó las manos al pecho.

—¡Yo quiero conocerlo! ¡Quiero ver si es real! ¡Ir al cielo, aunque sea un ratito!

Natally cerró el libro con una sonrisa y apagó la linterna.

—Quizá lo hagas, algún día. Solo mantén tu corazón abierto.

—¿Tú crees que si me porto bien, me dejen subir?

—No tienes que portarte perfecto —le susurró—. Solo tienes que ser tú.

Scott se acurrucó contra ella. Su cuerpo tibio y redondo se pegó al de su prima. Natally lo rodeó con el brazo, acariciando su espalda con delicadeza.

La noche envolvía la casa. Y mientras los demonios dormían, dos pequeños corazones soñaban con alas que aún no conocían.

La noche avanzaba con pasos silenciosos por los pasillos del hogar de Antrox. Todo era calma. Todo era calor.

Bajo la manta aún tibia del sofá, Natally y Scott ya no hablaban. Solo respiraban. El libro había sido dejado en la mesa de noche, y la linterna reposaba a un lado, apagada.

El sabueso infernal, hecho un ovillo, dormía profundamente con su cola enroscada cerca del rostro. De vez en cuando, una de sus orejas temblaba, como si en sus sueños también escuchara voces distantes.

Natally no dormía del todo. Sus ojos estaban entrecerrados, y su mente flotaba en una frontera extraña entre la vigilia y el descanso. Sentía el peso del día, de las palabras no dichas por su padre, de la energía latente en el báculo que ahora descansaba a los pies del sofá, cubierto con una tela sagrada.

Y entonces, sucedió.

Un susurro, imperceptible, atravesó el aire como un aliento contenido:

"Escucha..."

Natally abrió los ojos. Ya no estaba en el salón.

El mundo que la rodeaba era blanco. Infinito. Suelo, cielo, horizonte... todo parecía hecho de una misma sustancia luminosa, como si la nada misma brillara desde dentro. Y justo allí, a unos pasos de ella... Scott.

—¿Scott?

El cachorro se giró, confundido, pero sonreía. No parecía sorprendido de verla.

—¡Estás aquí también!

—¿Dónde... estamos?

—No sé... pero me gusta. No huele a infierno. Huele a... pan dulce.

Natally miró alrededor. Era cierto. El aire tenía un aroma suave, como a hogar recién formado.

—Esto... no es un sueño normal —murmuró.

—No. Siento como si... algo nos hubiera traído.

De pronto, un zumbido suave comenzó a llenar el aire. Era música. Pero no tenía instrumentos ni palabras. Era como un canto que venía desde todas partes y desde ninguna.

—Mira —señaló Scott.

Del horizonte, caminando sobre el aire mismo, venían tres figuras aladas. No eran como los ángeles de los cuadros. Sus alas eran translúcidas, como cristal vivo, y sus ojos tenían el color del amanecer. No hablaban, pero al acercarse... sus pensamientos se oían directamente en el pecho.

"El vínculo ha sido sellado."

"La llama ha reconocido a su portadora."

"La guardiana ha despertado, y con ella... el guardián."

Natally dio un paso al frente.

—¿Quiénes son ustedes?

Los tres ángeles se inclinaron levemente. Uno de ellos —el que tenía un halo roto flotando sobre su cabeza— se adelantó.

"Somos los que velamos por el equilibrio. Guardianes del pacto. Hemos estado esperando este momento desde antes de tu primer aliento."

Scott, a pesar del aura solemne, se escondió detrás de Natally, apenas asomando una oreja.

—¿Están... enojados?

"No, pequeño sabueso. Al contrario. Has sido testigo de la llama en su pureza. Y por eso, has sido marcado."

—¿Marcado?

Los tres ángeles extendieron una mano en dirección a Natally. De la palma del más alto, surgió una pequeña chispa dorada que flotó en el aire hasta posar sobre la frente de la joven.

La energía la recorrió de pies a cabeza. No dolía. No ardía. Pero hizo que su alma latiera con una fuerza desconocida.

"Cuando llegue la noche más oscura, la luz deberá recordar quién es."

Y luego, sin más, los ángeles comenzaron a desvanecerse en partículas de luz.

—¡Esperen! —gritó Natally—. ¿Qué debo hacer? ¿Qué significa esto?

Pero el mundo blanco comenzó a desdibujarse como tinta en agua.

—¡Natally! —susurró Scott, agitándola—. ¡Despierta!

Ella abrió los ojos. Estaban de nuevo bajo la manta. El salón seguía en penumbra. Todo parecía igual... y sin embargo, no lo era.

Ambos se miraron, con los ojos muy abiertos.

—¿Tú también lo viste?

Scott asintió lentamente.

—Eran ángeles... ¿verdad?

—Sí. Pero no como los libros los describen.

El báculo, aún cubierto a los pies del sofá, vibraba suavemente.

—¿Estoy loco...? —preguntó Scott.

—No. Estamos conectados. Ellos... nos eligieron.

Scott parpadeó, confundido.

—¿Por qué a mí? Yo soy solo... un sabueso.

—Eres más que eso —le dijo Natally, acariciándole la cabeza—. Eres mi primo. Eres noble. Y viste la llama conmigo.

Scott se acurrucó contra ella, más cerca que nunca.

—¿Me prometes que si los ángeles vienen otra vez... me llevarás contigo?

—Lo prometo —dijo ella, abrazándolo—. Pero solo si te portas bien y no vuelves a comerte mi cepillo de dientes.

—¡Fue una vez!

—Y fue traumático.

Ambos rieron en voz baja, hasta que el sueño los reclamó por completo. Esta vez, sin luces ni visiones... solo sueños tranquilos.

En la otra habitación, Antrox dormitaba. Pero en su inconsciente, algo se agitaba. Un presentimiento. Un eco antiguo.

La llama se había encendido.

Y el mundo... comenzaba a moverse.

La noche avanzaba entre susurros, deslizándose con pereza por las torres del antiguo Palacio Ludendorff. Aunque los años habían pasado y muchas cosas habían cambiado en el infierno,

aquella residencia ancestral seguía en pie. Inmensa, silenciosa, orgullosa. Como un vestigio de un linaje que había intentado redimirse a través de sus últimos descendientes.

En sus pasillos aún resonaban risas, discusiones, pasos familiares. Allí vivían Izobelle —la tía noble y reservada— y Nami, la felina audaz que nunca abandonó del todo su instinto de lucha. También seguían entrando y saliendo Desmond y Lay-K, quienes usaban el palacio como base cada vez que volvían de giras, entrevistas o escapadas de inspiración.

Esa noche, sin embargo, no había giras. No había compromisos. Solo el cansancio de una jornada larga, y el deseo de sentirse humano en medio del mármol.

Desmond entró primero. Sus botas resonaron contra el piso de piedra mientras se soltaba la chaqueta con una mano y se dirigía al salón principal. Allí, en medio de la penumbra, estaba el viejo sofá de terciopelo rojo. Doblado, algo deshilachado por el tiempo, pero aún cómodo como una promesa cumplida.

Se dejó caer con un suspiro grave, apoyando la cabeza contra el espaldar y levantando el control.

—Un poco de ruido no me hará mal —murmuró para sí, encendiendo la televisión.

La interfaz de SkechFlix apareció en pantalla. Colores neón, recomendaciones aleatorias, y un menú que se deslizaba con pereza. Desmond empezó a buscar algo sin mucha convicción. Sus ojos, medio cerrados, paseaban entre títulos sin compromiso.

Entonces... lo sintió.

Una mirada.

Sin girar del todo la cabeza, bajó el volumen un poco y dijo:

—¿Qué haces ahí parado como un asesino en película mala?

Lay-K, de pie en el umbral entre la cocina y el salón, se sobresaltó.

—Yo... —parpadeó—. Solo venía por algo de comer.

Desmond arqueó una ceja, todavía semiacostado.

—¿Y te quedaste ahí como tres minutos a observarme?

Lay-K bajó la mirada, atrapado.

—Estaba pensando —respondió al fin.

—Ven, siéntate —dijo Desmond, haciendo un gesto con la cabeza hacia el otro lado del sofá—. Hay una peli rara de terror que quiero ver. Igual me duermo a la mitad.

Lay-K dudó. Su cuerpo no se movió al principio, como si necesitara convencerse de que era buena idea. Finalmente, asintió con un leve encogimiento de hombros y caminó hasta sentarse a su lado.

—¿Terror? No me parece tu estilo.

—Estoy tratando de entender por qué les gusta tanto a los fans —dijo Desmond—. Igual si es mala, la apagamos y hablamos de política infernal, ¿vale?

Lay-K sonrió de lado, con los brazos cruzados.

—Eso sí da más miedo.

La película comenzó.

Una atmósfera oscura, una familia en una cabaña aislada, susurros extraños detrás de las paredes. Los minutos pasaban entre tensión y sustos baratos, pero el ambiente en el salón era cómodo. Silencioso. Íntimo.

Lay-K mantenía la espalda recta, pero sus pupilas felinas se contraían cada vez que aparecía una sombra en la pantalla. Su cola, que normalmente estaba relajada, ahora latía con nerviosismo.

—¿Estás bien? —murmuró Desmond sin mirarlo, con la voz baja y pastosa por el sueño.

—Sí... —respondió Lay-K rápido, demasiado rápido—. Solo... estoy atento.

Un nuevo sobresalto en la pantalla. Una silueta arrastrándose por el techo. Un grito distorsionado.

Lay-K tragó saliva y, casi sin pensarlo, se pegó más a Desmond, buscando calor, anclaje... cualquier cosa que no fuera el abismo de sus propios nervios.

Fue entonces cuando notó que Desmond estaba dormido.

Su rostro estaba relajado, con una expresión suave, los labios entreabiertos. Su respiración era lenta, profunda. Vulnerable. Humana.

Lay-K lo miró por unos segundos... y luego, bajó la vista a su mano.

Estaba ahí, abierta, apoyada sobre el sofá. A unos centímetros de la suya.

Casi sin pensarlo, Lay-K extendió los dedos y rozó la mano de Desmond. Primero dudando... luego, lentamente, entrecruzó los suyos con los de él.

El contacto era cálido. Tranquilo. Verdadero.

Una corriente le recorrió la columna.

Se quedó así por unos segundos. Respirando más rápido. Sonrojado, pero sin moverse. Como si temiera que el mundo se rompiera si lo soltaba.

Entonces, los ojos de Desmond se abrieron.

Lay-K lo miró... y Desmond lo miraba también.

Ambos se quedaron quietos, como dos niños atrapados en medio de una travesura.

Desmond entrecerró los ojos, confundido.

—¿Qué estás haciendo?

Lay-K se sobresaltó, soltando su mano como si quemara.

—¡Yo...! ¡Nada! ¡Perdón! Solo... la escena fue intensa y me asustó. ¡Me dio miedo! Lo siento...

Desmond parpadeó, luego se rascó la cabeza con lentitud.

—¿Te asustó tanto como para abrazarme la mano? —preguntó con voz ronca.

Lay-K desvió la mirada, buscando en el aire una excusa mejor. No la encontró.

—Soy un gato sensible, ¿ok? —dijo al fin, bajito.

Desmond soltó una risa nasal, entre dormido y divertido.

—No hay problema... solo avisa la próxima vez. Casi te muerdo por reflejo.

Lay-K lo observó. Su corazón aún palpitaba con fuerza. Pero Desmond se levantó con lentitud, estirando los brazos.

—Me voy a dormir. Ya no aguanto más esta cosa —dijo, señalando la pantalla—. Tú puedes terminarla si quieres... o cambiarla por un documental de cebras demoníacas.

—No, gracias... —murmuró Lay-K.

Desmond caminó hacia el pasillo, aún adormilado.

—Buenas noches, Lay.

—Buenas noches, Des...

Y cuando el sonido de sus pasos se apagó tras la puerta de su habitación, Lay-K se quedó solo en el salón, con el televisor aún encendido.

Miró sus manos. Las mismas que habían temblado al entrelazarse con las de él.

Suspiró.

Sabía que si seguía así, tarde o temprano... ya no podría seguir reprimiendo lo que sentía.

Y por primera vez, esa idea no le parecía un error.

Le parecía... inevitable.

CAP 57

"Donde caen los que aún creen"

El amanecer se filtraba tímidamente por las rendijas del fuerte improvisado.
La luz rojiza del Anillo de la Furia pintaba el interior con un resplandor cálido, casi tierno.
Entre mantas y cojines, Scott fue el primero en abrir los ojos.

—Mmm... —bostezó agudamente, estirando su pequeño cuerpo sabueso.

Se incorporó con flojera, sus orejas a medio caer, y dirigió la mirada hacia Natally, que aún dormía con el cetro entrelazado en sus brazos. Tenía la respiración tranquila, casi solemne. Scott se acercó en silencio, se inclinó y le dio una suave lamida en la frente antes de salir del fuerte con pasos sigilosos.

Al salir, notó el libro que Natally le había mostrado la noche anterior, todavía sobre la mesa. Lo observó un segundo y lo tomó con cuidado, como si temiera despertarlo. Luego fue hacia su mochila, sacó un cuaderno de dibujo, un lápiz gastado, borrador y sacapuntas. Se sentó en la mesa del comedor y, sin decir palabra, comenzó a trazar líneas.

Su mano era firme, segura. Sus ojos, enfocados como los de un adulto. A pesar de su corta edad, Scott tenía un talento natural para el dibujo. Y en esa hoja en blanco comenzaron a aparecer las figuras que había visto en el sueño: los ángeles. No los típicos que aparecen en los libros sagrados, sino aquellos de alas imposibles, miradas incompletas y armaduras que no parecían del cielo ni del infierno.

El timbre de una alarma rompió el silencio.
Desde la habitación contigua, Antrox estiró el brazo sin mirar y apagó el celular de un manotazo. Sus ojos se entreabrieron con esfuerzo y, tras unos segundos, se incorporó con lentitud.

—Siete y treinta... —murmuró tras ver la hora.

Se puso los zapatos con desgano y abrió la puerta. El aire matutino de la casa le dio la bienvenida con su característico aroma a metal frío y café sin hacer.
Caminó hasta el comedor y lo primero que vio fue a Scott, completamente concentrado, garabateando figuras celestiales.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —preguntó con una voz ronca, apenas humana.

Scott levantó la mirada, sorprendido.

—Se me ocurrió dibujar un rato —respondió, como si fuera lo más natural del mundo.

Antrox se acercó con lentitud, apoyándose contra la pared. Entrecerró los ojos y miró por encima del hombro del niño.

—¿Y qué estás dibujando?

Scott no respondió. Bajó un poco el cuaderno, como si tuviera dudas.
Antrox arqueó una ceja, luego se inclinó un poco y logró ver el boceto. Al ver aquellas figuras aladas, su ceño se frunció.

No eran ángeles comunes. Había algo inquietante en sus formas. Sus rostros tenían un aire desgastado. No eran sagrados... eran antiguos.

—Vaya... —murmuró, cruzándose de brazos.

Sabía que Scott tenía una fascinación extraña por los ángeles. Pero esos dibujos... eran distintos. No dijo nada más. Solo respiró hondo y se obligó a dejarlo pasar.

—¿Quieres desayunar algo? —preguntó, cambiando el tono.

—Sí. Quiero el cereal que come Natally —dijo Scott sin dudar.

—¿Ese? Es de granola. No tiene casi sabor, ¿sabes?

—No me importa —respondió con una sonrisa—. Quiero comerlo igual.

Antrox negó con la cabeza, medio sonriendo.

—Está bien. Tú lo pediste.

A los pocos minutos, una presencia familiar llegó al comedor.
Natally apareció con el cetro en la mano, sus pasos suaves y su túnica algo arrugada. Se sentó frente a Scott con un bostezo largo y profundo, mientras se frotaba los ojos con ambas manos.

—Buenos días, pequeña —dijo Antrox, y por un momento, algo que parecía una sonrisa genuina se dibujó en su rostro. Una que rara vez mostraba.

Natally no respondió con palabras. Solo se inclinó hacia adelante, curiosa, y se asomó al cuaderno de Scott.
Sus ojos se abrieron al instante. Reconoció las figuras.

Sin pensarlo, le arrebató la libreta con un movimiento brusco.

—¡Eh! ¿Por qué haces eso? —protestó Scott, frunciendo el ceño.

Natally no respondió. Su silencio fue pesado, como un muro invisible.
Scott la observó por unos segundos y comprendió. Ese sueño... no lo había tenido solo él.

—Está bien... —dijo bajito, y volvió a su silla, resignado.

Antrox llegó con dos platos en la mano y los dejó sobre la mesa.

—Aquí tienen. Cereal de granola para los campeones —anunció con sarcasmo.

Natally dejó su cetro al lado de la mesa y comenzó a comer sin decir palabra. Su expresión era más seria de lo habitual. Scott notó esa tensión, pero no se atrevió a preguntar.

Tomó una cucharada de cereal y se lo llevó a la boca. Apenas lo probó, hizo una mueca. Escupió disimuladamente el primer bocado.

—¡Puaj! —susurró, con la lengua afuera.

Antrox levantó una ceja.

—¿Qué te dije?

Natally soltó una risa por lo bajo, sin apartar la mirada del cuaderno.

—Está bien, Scott —dijo levantándose—. Te daré el gran filete asado que guardé de la cena de ayer. ¿Sí?

Los ojos del pequeño sabueso se iluminaron. Asintió con emoción, y su cola empezó a moverse de un lado a otro como un torbellino.

Tres minutos después, Natally regresó con un plato humeante y un vaso de refresco. Puso el filete frente a él con solemnidad, como si fuera un regalo sagrado.

Scott se lanzó sobre la carne con un gruñido infantil. Le costaba masticarla: sus pequeños colmillos no eran rivales para semejante corte. Pero eso no le impidió devorarlo hasta el último trozo.

Cuando terminó, solo quedaba su respiración agitada... y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y si damos un paseo? —preguntó Natally de pronto, levantándose de la silla mientras cargaba su cetro bajo el brazo.

Scott aún lamía los restos del filete, pero al oírla, alzó la mirada con brillo en los ojos.

—¿Al parque? —dijo emocionado, moviendo la cola.

—Sí, al parque. El que queda a dos calles, donde hay columpios. Vamos, antes de que empiece a hacer más calor.

—¡SÍ! —gritó Scott, ya bajándose de la silla.

Natally tomó su capa, la acomodó sobre los hombros y luego extendió la mano.

—Dame la mano. No quiero que te pierdas.

Scott se la dio sin pensar. Era pequeña en comparación, pero cálida.
Caminaron por las calles del anillo, esquivando imps ruidosos, puestos de comida con humo negro, y grafitis que hablaban de redención, revolución... y fuego.

El parque estaba tranquilo. Algunas bancas vacías, sombras largas por el sol bajo, y un columpio que se mecía solo, oxidado por la humedad infernal.

Apenas llegaron, Scott soltó la mano de Natally y corrió directo a los columpios.

—¡Empújame, empújame! —gritaba entre risas.

—Ya voy, ya voy... —respondió ella con una sonrisa.

Lo alcanzó en dos zancadas y comenzó a empujarlo suavemente, cuidando de no lanzarlo demasiado alto.

—¿Más fuerte?

—¡SÍ! ¡Llévame al cielo!

—No digas eso tan en voz alta, sabuesito... —rió Natally.

Pero no pasaron ni cinco minutos.

Un estruendo partió el cielo.

—¿Qué fue eso...? —susurró Natally, mirando al firmamento.

Entonces, algo cayó. A una velocidad absurda. Como un meteorito.

—¡Scott, ven acá! —gritó con tono grave, tomándolo del columpio en plena oscilación.

Apenas lo cubrió con su cuerpo, el impacto retumbó en el suelo a pocos metros de ellos. Una explosión de polvo, chispas y calor se alzó como una ola.

Cuando el silencio volvió y el polvo comenzó a disiparse, Natally se incorporó aún cubriendo a Scott.

—¿Estás bien? —le preguntó rápido, con voz agitada.

—Sí... —asintió él, aunque su mirada seguía clavada en el lugar del impacto.

Ambos se acercaron con cautela. Paso a paso.
Lo que encontraron los dejó en silencio.

Allí, en un cráter poco profundo, yacía una figura cubierta de sangre dorada. Las heridas cruzaban su piel como grietas incandescentes. Pero lo más evidente... eran sus alas.
Blancas. Enormes. Palpitantes.

—Un ángel... —murmuró Natally.

Scott dio un paso hacia atrás. Natally no lo culpaba.

—No podemos dejarlo aquí —dijo con decisión.

Se quitó su capa sin dudarlo y la usó para cubrir las alas de la figura inconsciente.

—Si algún demonio lo ve así... no durará ni cinco minutos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Scott, con los ojos muy abiertos.

—Llevarlo a casa. Pero tienes que ayudarme, ¿de acuerdo? Nadie puede verlo.

Scott asintió con firmeza. Lo entendía mejor de lo que parecía.

Los pasillos de la casa estaban en silencio. Antrox aún no había salido de su estudio, y eso les dio la ventaja.
Subieron las escaleras rápido, casi sin respirar, y entraron a la habitación de Natally.

Allí, sobre la cama, depositaron el cuerpo inconsciente de la figura celestial.
Natally jadeaba. Su frente estaba cubierta de sudor.

—Ve por agua y medicina. Yo me encargo de esto.

Scott obedeció sin decir una palabra.

Natally se arrodilló al borde de la cama. Con cuidado, comenzó a quitar las piezas rotas de la armadura celestial. Algunas estaban tan deformadas que parecía que la explosión la había fundido sobre su piel.

Cuando levantó la parte superior, se detuvo un segundo. La figura tenía busto. Era una mujer.

—Eres una guerrera... —susurró.

Siguió quitando con cuidado las piezas restantes, evitando que las heridas empeoraran. Tomó vendas, limpió la sangre dorada con cuidado y cubrió cada corte, cada grieta en la piel brillante de la desconocida.

Le tomó una hora.

Cuando terminó, suspiró. La observó por unos segundos más, luego tomó una manta del armario y la cubrió con delicadeza, como si arropara a una estatua sagrada.

Una hora después, los párpados de la ángel se movieron.
Soltó un suspiro.

Sus ojos se abrieron, primero borrosos. Lo primero que sintió fue el calor suave de la habitación. La madera oscura. El olor a incienso y medicina.

Al moverse, sintió dolor. Miró sus brazos. Vendados. Las piernas también.

Giró la cabeza.

Ahí estaba Scott.
De espaldas. Cargando unas toallas y un frasco de ungüento hacia el escritorio. Pero el sonido de movimiento lo alertó.

Scott se volteó. Y sus ojos se encontraron.

Por un momento, el mundo pareció detenerse.

Sus miradas se conectaron. Inocencia y divinidad. Curiosidad y asombro.
Algo invisible vibró en ese instante.

Pero Scott retrocedió, asustado. Salió corriendo y se detuvo en el umbral de la puerta, asomando solo la cabeza.

La ángel lo miró de reojo. Entendía ese miedo.
Con lentitud, y a pesar del dolor, levantó los brazos. Los estiró hacia él. No con amenaza. Sino como si pidiera... un abrazo.

Scott dudó. Sus dedos temblaban. Pero dio un paso. Luego otro.

Y finalmente, subió a la cama. Se sentó a su lado, sin decir nada.
El silencio entre ellos era tenso, pero no hostil.

Era el principio de algo.

La ángel bajó la mirada con ternura. Su respiración era lenta, aún inestable, pero sus manos lograron moverse con más precisión. Una de ellas se apoyó sobre el hombro de Scott con suavidad. Luego, sin apuro, lo atrajo un poco más hacia su cuerpo.

Era como si pudiera sentir la pureza en él. La inocencia que aún quedaba en un mundo que hacía todo por arrebatarla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Scott, con voz bajita pero firme.

Ella tardó unos segundos en responder. Como si el mero hecho de pronunciar su nombre fuera un riesgo.

—Exelia... —dijo al fin, con tono suave, casi musical.

—Es un nombre bonito —dijo Scott, mostrando los colmillos con una sonrisa.

Exelia esbozó una sonrisa débil.

—Gracias, pequeño sabueso.

Scott, curioso como siempre, empezó a olfatearla con cautela. No percibía peligro, solo un aroma diferente. A luz. A polvo antiguo y a metal celestial.

Su expresión se relajó. Con confianza, apoyó su cabeza en el brazo de Exelia.

Ella lo miró con ternura y, sin pensar, empezó a acariciarle el pelaje con los dedos. Lo hacía con cuidado, como si temiera romper algo.

La puerta se abrió con suavidad. Natally entró y se detuvo al ver la escena.

Scott estaba recostado en el brazo de una mujer alada, y esa mujer... la miró con ojos tranquilos.

Natally se acercó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó en voz baja.

—Mejor... gracias —respondió Exelia, con voz aún cansada.

—¿Quién me trajo hasta aquí?

—Fui yo —dijo Natally, sentándose en el borde de la cama—. No podía dejarte ahí. No después de cómo caíste...

Exelia asintió, emocionada.

—Gracias. Es un gesto que no olvidaré.

Hizo el intento de levantarse, pero una punzada la obligó a detenerse.

—Agh...

—¡No te esfuerces! —exclamó Natally con preocupación—. Podrías empeorar tus heridas.

Exelia respiró hondo y obedeció, volviendo a recostarse. Cerró los ojos por un momento, como si peleara consigo misma. Pero luego los abrió y miró a Natally fijamente.

—¿De dónde vienes? —preguntó Natally con voz más baja, más íntima.

Exelia dudó. Podía sentir que algo en esta joven no era como los demás. Había una energía particular en ella. Un silencio interior que la hacía confiable.

Finalmente, cedió.

—Vengo del cielo.

—Eso ya lo supuse... —murmuró Natally.

—No solo eso. Fui una guardiana de los serafines mayores. Custodiaba sus decisiones, asistía a los juicios, protegía el equilibrio... hasta que comencé a ver lo que no debía.

Scott levantó la cabeza, atento.

Exelia continuó:

—Vi almas que se arrepentían de verdad... que lloraban por años, por siglos. Pero eran juzgadas igual. No por lo que sentían, sino por lo que hicieron. Sin contexto. Sin compasión.
—Una madre... vendió su alma para salvar a su hijo. Cuando la juzgaron, yo debía ejecutar la sentencia. Pero me negué. Me negué a matar algo que aún conservaba amor. Y por eso... fui condenada.

Se hizo un silencio.

Natally se llevó las manos a la boca, perpleja.

—No... no puedo creer que el cielo pudiera hacer algo así...

Scott, sin decir nada, se acercó más a Exelia. Acarició su brazo vendado con sus dedos pequeños.

—No eres mala —susurró.

Exelia sonrió con tristeza.

—Gracias, pequeño.

La puerta volvió a abrirse. Esta vez con más fuerza.
Era Antrox.

Se quedó de pie, en el umbral, con la mirada fija en la cama.
Sus ojos encontraron los de Exelia, y por un instante, el tiempo pareció detenerse.

—Tú... —susurró.

—Antrox... —respondió ella, reconociéndolo de inmediato.

Natally miró a ambos, confundida.

—¿Se... conocen?

Antrox avanzó lentamente, como quien camina hacia una memoria.

—¿Qué haces aquí, Exelia? ¿Por qué no estás en el cielo?

Se sentó a su lado, sin pedir permiso. La observó. Su rostro. Sus alas. Sus vendajes.

—¿Qué te hicieron?

Exelia tragó saliva. Repitió su historia. Esta vez, más despacio. Cada palabra pesaba más. Cuando terminó, Antrox agachó la cabeza. Cerró los ojos por unos segundos.

—Siempre fuiste distinta —murmuró—. Incluso cuando te vi por primera vez, allá arriba... lo supe.

—Antrox... —dijo Exelia con voz rota—. No puedo salir. Si lo hago... no duraré ni una semana. Necesito un lugar donde esconderme. Solo por un tiempo. Por favor...

Él no lo pensó.

—Te quedarás aquí —dijo—. No dejaré que te toquen.

Y sin decir más, la abrazó con suavidad.

Exelia tembló. Pero correspondió el abrazo. Cerró los ojos, y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

Antrox se alejó unos centímetros, tomó su rostro con una sola mano y le dijo:

—Te voy a cuidar, Exelia. Esta vez... te devolveré el favor.

Ella asintió, con los ojos inundados, pero con el alma un poco más en paz.

Exelia se quedó en silencio por un largo rato después del abrazo. Su respiración era temblorosa, pero por primera vez desde que había caído... no parecía tener miedo.

Scott seguía sentado a su lado, tocando con cuidado los pliegues de las vendas en su brazo. Natally, mientras tanto, permanecía cerca, observando cada gesto con esa seriedad templada que había heredado sin saberlo.

—¿Hace cuánto fue eso? —preguntó Natally finalmente, rompiendo el silencio.

—Un ciclo celestial completo... no sé cuánto equivale aquí. Pero... lo suficiente como para que el cielo olvidara mi nombre —respondió Exelia con la mirada perdida.

Antrox se apoyó en la pared, cruzando los brazos.

—Pero tú no olvidaste el mío —dijo en voz baja.

Ella lo miró, asintiendo apenas.

—No. No después de lo que hiciste aquella vez...

Natally frunció el ceño.

—¿Qué vez?

Antrox soltó un suspiro. Se notaba que no quería entrar en detalles, pero lo hizo por respeto.

—Cuando aún era joven —comenzó—, fui llevado al cielo en una de esas extrañas convocatorias que solo ocurren una vez cada eras. No era por mérito... más bien por estudio. Observación demoníaca, le llamaban.
Me sentí como un bicho raro entre tanta perfección. Pero entre todos esos rostros, hubo uno que no me miró con desprecio. Solo con... humanidad. Era ella.

—Me ofreciste agua —agregó Exelia, con una sonrisa melancólica—. Y luego... silencio. Nadie me había ofrecido eso.

—¿Silencio? —preguntó Scott con la cabeza ladeada.

—Sí —dijo ella, volviendo la mirada al pequeño—. En el cielo, todo es música, cánticos, reglas, eco. Pero ese demonio callado me regaló cinco minutos donde nadie me dijo qué debía sentir.

Natally se quedó pensativa. Antrox desvió la mirada, incómodo, como si ese recuerdo lo conmoviera más de lo que quisiera admitir.

—Bueno, entonces —dijo Natally, para romper el ambiente—. Si tú no pudiste salvar esa alma... ¿por qué crees que te dejaron vivir?

—No me dejaron. Huí —respondió Exelia—. Por decisión. No me expulsaron como a los caídos. Yo... simplemente bajé. No soportaba seguir al lado de seres que habían olvidado lo que significaba perdonar.

Scott levantó una mano con timidez.

—¿Y ahora qué harás?

Exelia lo miró. Sus ojos, aún cansados, tenían un leve brillo.

—Lo que pueda. Vivir. Ayudar. Silenciar el juicio con actos. Y si eso no es suficiente... entonces al menos morir con dignidad.

—No morirás —dijo Antrox de inmediato—. Te protegeremos.

Scott alzó el brazo como si jurara algo.

—¡Yo también! Aunque no soy muy fuerte... puedo morder tobillos si hace falta.

Todos rieron. Incluso Exelia, quien dejó escapar una risa suave, casi celestial.

—Entonces estoy en buenas manos.

—Y en buenas patas —añadió Scott, riendo.

Antrox se incorporó, sacando el celular de su bolsillo.

—Debo borrar cualquier registro de actividad en la zona donde caíste. Si alguien te detectó, no tardarán en venir.

Natally asintió.

—Yo me encargo de preparar una historia. Diremos que fue un entrenamiento con explosivos mágicos. Nada fuera de lo común en esta casa, ¿cierto?

—Cierto —dijo Antrox con una sonrisa de medio lado—. A veces olvido lo mucho que te pareces a tu madre...

Exelia observó a ambos en silencio, dejando que la calidez de ese pequeño cuarto infernal la envolviera.

Por primera vez desde su caída, entendió algo:

A veces, caer no es fracasar. Es encontrar el lugar donde uno realmente pertenece

CAP 58

La Luz Nacida de las Sombras

Había pasado ya una semana desde que Exelia escapó del cielo.
Durante ese tiempo, se convirtió en un susurro dentro de la casa: una presencia protegida, envuelta en vendas y silencio, oculta del mundo exterior. Aunque sus heridas físicas sanaban poco a poco, las del alma tardarían mucho más.

Pero no estaba sola.
Scott se aseguró de ello.

Cada día, a la misma hora, el pequeño sabueso tocaba suavemente la puerta, entraba sin esperar respuesta y se quedaba con ella durante horas. Jugaban, reían, le contaba historias absurdas o profundas, le mostraba libros que traía desde su cuarto, como si fueran tesoros invaluables.

Y Exelia... los recibía como tal.

En una de esas visitas, el sonido de pasos apresurados se escuchó por el pasillo. Exelia, que estaba organizando algunas prendas que Natally le había comprado días atrás, levantó la cabeza justo a tiempo para ver la puerta abrirse.

—¡EXELIAAA! —gritó Scott con su típica emoción infantil.

La ángel se agachó al instante, extendiendo los brazos con una sonrisa amplia y abierta.

—¡Mi pequeño rayo de fuego! —exclamó ella—. Ven aquí.

Scott corrió y saltó sin pensarlo. Se arrojó hacia ella, abrazándola con fuerza, enterrando su hocico entre su cuello y el hombro.

—¡Te extrañé! —dijo él.

—Y yo a ti, cada segundo —respondió ella—. ¿Qué tienes para mí hoy? ¿Trajiste otro libro de los tuyos?

Scott negó con la cabeza y sacó su tablet de la mochila con entusiasmo.

—¡Hoy te mostraré mis dibujos! ¡Todos los que tengo en la tablet! Son muuuchos.

—¿Dibujos? —preguntó Exelia con una sonrisa curiosa—. Oh, eso quiero verlo.

Se sentaron juntos sobre la cama. Scott apoyó la tablet sobre sus piernas y la encendió. Entró en una aplicación de dibujo, y al abrirse la galería, el brillo de los trazos capturó la atención de Exelia de inmediato.

—Espera... —susurró ella, con los ojos muy abiertos—. ¿Esto... esto lo hiciste tú?

—¡Sí! Todos. Cada uno. —Scott asintió varias veces, con orgullo infantil—. Los hice yo.

Las ilustraciones parecían hechas por artistas profesionales. Sombras suaves, líneas controladas, ángeles con formas extrañas pero hermosas, y demonios con expresiones complejas.

Exelia se llevó una mano al pecho, genuinamente impresionada.

—Tienes un talento... increíble. Un don —dijo con los ojos brillando—. ¿Dónde aprendiste a dibujar así?

Scott se encogió de hombros.

—Viendo tutoriales en YouHub. Es lo único que me gusta ver, la verdad... bueno, eso y videos de fails de demonios cayendo por escaleras.

Exelia rió con fuerza.

—Eres maravilloso, Scott.

—Y tú eres... tú eres mi amiga ángel. Eso ya me hace feliz.

El momento se mantuvo por un instante, cálido y apacible. Hasta que la puerta volvió a abrirse.

Natally entró con su paso firme, su cetro descansando en su mano izquierda como si fuera parte de su cuerpo. Llevaba el rostro sereno, pero en cuanto Exelia giró la cabeza y vio el objeto, algo cambió en su expresión.

Sus ojos se endurecieron por un momento. Se levantó lentamente de la cama y se acercó a Natally.

—¿Dónde conseguiste ese cetro? —preguntó con voz suave, pero cargada de algo más. Sabía lo que estaba viendo.

Natally parpadeó, algo sorprendida por la reacción.

—¿Este? Me lo dio mi padre. Dijo que era mío desde que cumplí diez.

Exelia entrecerró los ojos, recorriendo la superficie del objeto con la mirada.

—Este cetro tiene inscripciones celestiales antiguas... muy antiguas. No cualquiera puede tener uno así.

Las palabras parecieron activar algo en Natally. Se giró de inmediato hacia el pasillo.

—¡Papá! —llamó—. ¡PAPÁ, VEN AQUÍ!

Antrox apareció segundos después, con su típica actitud despreocupada. Pero al ver el cetro en manos de Natally, y a Exelia junto a ella, su semblante se tensó.

Intentó seguir caminando como si nada, pero Natally lo interceptó. Le tomó del brazo.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó.

—Ya te lo dije... —balbuceó él, desviando la mirada—. Me lo dieron mis hermanos...

—No es cierto —interrumpió ella, con voz firme—. No es cierto, y lo sabes.
¡Dime la verdad! ¡AHORA!

La fuerza de su voz resonó en las paredes. Scott la observaba con la boca entreabierta. Exelia se quedó en silencio, con el cetro entre las manos.

Antrox apretó los labios. Ya no había salida.

—Está bien... —murmuró, la voz le temblaba—. Ese cetro fue enviado por el cielo. Me dijeron que no debía dártelo hasta que cumplieras diez... y que ese día... te contara la verdad.

Natally sintió que el aire le pesaba.

—¿La verdad? ¿Qué... verdad?

Antrox tragó saliva. No podía sostenerle la mirada.

—Natally... yo no soy tu padre. Y Velzaria... tampoco fue tu madre.
Fuiste... fuiste creada por el cielo. A partir de nuestras esencias.
Fuiste... un consuelo. Un regalo por su sacrificio.

El silencio fue absoluto.

Un hombre que parecía inquebrantable... se rompió.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, una tras otra.

—Perdóname —susurró Antrox—. Perdóname por mentirte.
Por no saber cómo decirlo.
Solo... solo tenía miedo de que me odiaras.
De que me dejaras.

Natally lo miró, los ojos muy abiertos. Aún procesando.
Pero entonces, lentamente, caminó hacia él. Y lo abrazó.

—No tienes por qué llorar... —dijo ella, con la voz temblorosa—. A pesar de todo... yo aún te considero mi padre.

Antrox la abrazó con fuerza, como si se aferrara a ella para no caerse.

—Por favor... no me dejes —susurró él—. No como lo hizo ella...
No como lo hacen todos.

Natally le acarició la espalda.

—Jamás —dijo—. Jamás te dejaré.

La sala se mantenía en silencio tras la conmovedora revelación de Antrox. Solo se oía el leve zumbido de la tablet aún encendida sobre la cama, y el crujir de la madera bajo los pies de Natally cuando se separó del abrazo.

Ella respiró hondo, secó una lágrima que no supo en qué momento se le escapó, y giró la cabeza lentamente hacia Exelia, quien aún tenía el cetro en las manos, analizándolo con un nivel de concentración casi sagrado.

—Exelia... —preguntó Natally con voz más suave—. ¿Qué dicen esas inscripciones?

Exelia alzó el cetro a la altura de sus ojos. Los símbolos tallados en su superficie parecían responder a su mirada con un leve resplandor pálido.

—Son bastante antiguas... —respondió finalmente—. Muy antiguas.
Dicen: Ex Umbra Lux Nata, In Cordibus Manet.

Scott ladeó la cabeza, confundido.

—¿Y eso qué significa?

Exelia inspiró con fuerza antes de traducir.

—"Nacida de la sombra, la luz en los corazones permanece."

Sus pupilas se contrajeron apenas terminó de hablar. El color de su rostro cambió. Una palidez repentina le cubrió la cara.

—Esa frase... —susurró, casi para sí—. Solo los Remanentes de la Forja Divina la conocían.

—¿Los qué? —preguntó Natally, dando un paso más cerca.

—Es el tipo de bendición que se inscribe sobre los seres nacidos no por voluntad carnal... sino por deseo celestial —dijo Exelia con solemnidad.

Natally la miró fijamente. Su voz sonaba más grave de lo habitual.

—¿Qué significa eso... para mí?

Exelia bajó lentamente el cetro y la miró con seriedad.

—Significa que Antrox te dijo la verdad. Pero esa inscripción... revela algo más. Algo que ni siquiera él sabía.

—¿Qué?

—Que llevas un poder inmenso dentro de ti. Un poder que podría... incluso superar al de los arcángeles. Y quizás... —tragó saliva— incluso al mío.

Natally retrocedió medio paso.

—Pero... yo nunca he sentido eso. Nunca he sentido poder. Ni fuerza. Ni nada.

—Puede que estén dormidos —explicó Exelia—. Sellados dentro de ti, esperando el momento adecuado para despertar.
Y creo... que ya llegó ese momento.

Natally bajó la mirada hacia el cetro.

—No sé cómo hacerlo. Ni siquiera sé cómo se usa esto —dijo, tocando con la yema de los dedos la empuñadura.

Exelia dio un paso al frente, con la voz más firme.

—Pásamelo.

Natally dudó por un segundo, luego extendió el cetro con cuidado. Exelia lo recibió entre sus manos.

Apenas lo tocó, algo cambió.
La esfera incrustada en el centro del cetro, que hasta entonces resplandecía con un tenue color azulado, se encendió con un fuego blanco, puro e intenso. La habitación se iluminó como si una estrella se hubiera encendido entre ellas.

—Increíble... —murmuró Exelia, asombrada—. El cetro reacciona al alma de quien lo porta. Es sensible al origen... y a la verdad.

Natally y Scott se quedaron paralizados. Exelia giró lentamente hacia un pequeño florero en el mueble del rincón. La flor dentro de él estaba marchita, con los pétalos secos y sin color.

Apuntó el cetro hacia ella, cerró los ojos, y murmuró algo en un idioma antiguo, suave como una canción de cuna.

—An'levarah nuthiel shal'omen.

Un pequeño anillo de luz surgió desde la punta del cetro. Flotó por el aire y descendió sobre el florero con delicadeza.

Y en cuestión de segundos...
La flor revivió.

Sus pétalos recuperaron el tono púrpura intenso. El tallo se enderezó. El aire se llenó de un aroma dulce.

—¡Eso fue... eso fue increíble! —exclamó Natally, con los ojos como platos—. ¿Yo también puedo hacer eso?

Exelia bajó el cetro, todavía sonriendo.

—Si despiertas tu poder, sí. El cetro responderá a ti como lo hizo ahora conmigo.
Y yo puedo entrenarte. Puedo enseñarte a usarlo... a liberar todo lo que llevas dentro.

Natally se quedó en silencio por unos segundos, como si algo profundo se removiera dentro de ella.

Finalmente, asintió con fuerza.

—Sí. Enséñame. Quiero aprender.

Y en ese instante, sin que nadie dijera más, la flor volvió a girar suavemente sobre su tallo, como saludando la decisión de su verdadera dueña.

El cielo del infierno comenzaba a teñirse con los tonos púrpura del atardecer cuando Natally y Exelia salieron al patio trasero de la casa. No era gran cosa: una cerca oxidada, un suelo agrietado y algunas macetas vacías, pero era suficiente.

Scott se asomó por la ventana, con la tablet aún en las manos, listo para observar como si fuera un espectador VIP de un torneo celestial.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Natally, mientras sujetaba el cetro entre ambas manos, algo tensa.

—No se trata de estar segura. Se trata de estar abierta —respondió Exelia, de pie frente a ella, con las manos en la espalda y una mirada que mezclaba paciencia y expectativa.

—¿Y qué se supone que haga? ¿Lo agito y digo palabras raras como tú?

Exelia sonrió con suavidad.

—No. No todavía. Primero, siente. El cetro está hecho para canalizar tu energía, no para hacer trucos bonitos. Antes de usarlo, debes conectar con lo que llevas dentro.

Natally lo miró con cierta desconfianza.

—¿Y si lo que tengo dentro... está roto?

—La luz no nace de lo perfecto —dijo Exelia, acercándose—. Nace de lo que sobrevive. Así que cierra los ojos. Respira. Y escúchate.

Natally respiró hondo. Luego cerró los ojos con fuerza, aferrándose al cetro como si fuera lo único que tenía en el mundo.

—Respira más lento —susurró Exelia, rodeándola lentamente—. No pienses. No forces. Solo recuerda lo que eres.
Recuerda a Velzaria. Recuerda a Antrox.
Recuerda el amor con el que fuiste formada.

El cetro comenzó a emitir un leve pulso. Un latido.

—¿Lo sientes? —preguntó Exelia.

—Sí... algo —murmuró Natally.

—Ahora, piensa en algo que desees sanar. Algo pequeño.

Natally abrió los ojos y miró al suelo. Había una planta seca entre las grietas. Se agachó frente a ella, apuntó el cetro y susurró con voz insegura:

—An... levarah... ¿cómo era?

—An'levarah nuthiel shal'omen —repitió Exelia, con firmeza.

Natally lo dijo de nuevo. No con fuerza, sino con intención.

Un anillo tenue de luz blanca salió disparado desde el cetro, como un eco más débil que el de Exelia... pero efectivo. La planta comenzó a reverdecer. No tan rápidamente, pero sí lo suficiente para que las hojas volvieran a brillar con un verde humilde.

—¡Lo hice! —exclamó Natally—. ¡Lo hice, ¿viste eso?!

Scott, desde la ventana, gritó:

—¡Eres una magaaa!

Exelia soltó una risa cálida.

—No una maga. Algo mucho más antiguo. Mucho más raro.

Natally bajó el cetro y giró hacia ella.

—¿Esto es solo el principio, cierto?

—Sí —asintió Exelia—. Tu luz aún duerme... pero ya empieza a soñar.

Y en ese instante, el cetro pulsó una vez más, como si respondiera a las palabras... o al destino que, sin saberlo, ya había comenzado a reclamarla.

La noche cayó sobre el infierno con su manto de brasas flotantes y ecos lejanos. El pequeño patio estaba ahora iluminado solo por la esfera del cetro, que brillaba con un tono blanco cálido, pulsando al ritmo del corazón de Natally.

Exelia observaba desde una esquina, de pie, con los brazos cruzados y la mirada fija en su aprendiz.

—¿Lista para el siguiente paso? —preguntó.

Natally asintió, aunque sus manos temblaban ligeramente.

—No prometo nada espectacular —dijo, alzando el cetro.

—No te pido espectáculo. Te pido sinceridad —respondió Exelia—. Esta vez no harás florecer una planta... Esta vez vas a intentar mover la energía.

—¿Moverla?

—Sí. Sacarla de ti. No a través de un hechizo, sino de tu voluntad. El cetro solo amplifica lo que eres capaz de proyectar.

Natally tragó saliva.

—¿Y si no sale nada?

—Entonces sabremos cuánto hay dormido. Y eso también es parte del despertar.

Se hizo un breve silencio. El aire parecía más denso. Incluso Scott, que miraba desde la puerta con los ojos fijos, guardaba silencio, abrazando su peluche de hocico remendado.

—Está bien —susurró Natally—. Lo intentaré.

Exelia dio un paso al frente, extendió la mano hacia un pequeño montículo de tierra donde había enterrado una piedra encantada del cielo —una reliquia pequeña, inerte, pero capaz de absorber energía si se le provocaba.

—Quiero que enfoques tu intención en esa piedra. No pienses en moverla como un objeto. Piensa en mover lo que sientes. Carga el cetro con eso. Y libéralo.

Natally cerró los ojos.

La piedra frente a ella parecía insignificante, pero su presencia pesaba.
El cetro empezó a vibrar. Al principio, apenas perceptible... pero poco a poco, más notorio.

—Respira... —susurró Exelia—. Recuerda cómo llegaste aquí. Recuerda lo que perdiste. Lo que encontraste. Lo que no entiendes aún...
Usa eso.

Natally apretó los dientes. Una corriente tibia le subió por los brazos, desde el estómago. No era magia. Era emoción. Era rabia por no haber sabido nunca quién era. Era amor por Antrox, aunque no fuera su padre por sangre. Era dolor. Era gratitud.

Y entonces, abrió los ojos.

—¡An'taer valae shom elora! —gritó, sin saber cómo lo había pronunciado.

La esfera del cetro estalló en luz blanca. Un rayo espiralado salió disparado hacia la piedra, que fue envuelta por una onda expansiva de energía pura. El suelo tembló ligeramente. La piedra no solo se movió... se elevó por el aire, girando lentamente, envuelta en un halo plateado.

Scott cayó de espaldas dentro de la casa, soltando un grito de sorpresa:

—¡WOAH! ¡LO HIZO! ¡NATALLY LA HIZO FLOTAR!

Natally bajó lentamente el cetro. La piedra descendió al suelo con suavidad.

Estaba jadeando.

—¿Eso... fui yo? —preguntó, con los ojos abiertos de par en par.

Exelia se acercó, poniéndole una mano en el hombro.

—Eso fuiste tú... sin saber aún lo que eres capaz de hacer.

—Eso fue increíble... —susurró Natally, temblando aún, pero con una sonrisa pequeña en el rostro.

—Y aún no hemos comenzado de verdad —dijo Exelia, con una mirada seria, aunque en su interior vibraba la esperanza.

La noche parecía más viva. Como si el infierno mismo hubiese sentido aquel despertar, aunque aún no supiera de quién provenía.

La noche seguía su curso mientras Natally y Exelia permanecían en el patio trasero, aún iluminadas por el fulgor tenue del cetro. El aire ya no era tan cálido; una brisa rara para el infierno movía con suavidad las hojas secas del suelo.

Scott, desde la puerta, aplaudía cada pequeño avance con la energía de alguien que no comprendía la magnitud de lo que estaba presenciando.

—¡Fue como una explosión, pero bonita! —gritaba—. ¡Y sin que nada se quemara!

—Gracias, Scott —rió Natally, algo agitada, apoyando el cetro contra su pierna.

—¿Quieres seguir? —preguntó Exelia con voz tranquila, aunque por dentro sabía que forzar más ese tipo de energía podía agotar a su aprendiz.

—Tal vez mañana... —respondió Natally, sentándose sobre una de las rocas del borde—. Siento como si hubiera corrido mil vueltas a la casa.

Scott salió con entusiasmo, llevando una botella con agua en la boca, y se la entregó a Natally.

—¡Aquí! Para que no te deshidrates como un imp —dijo con orgullo.

—Gracias, doctor Scott —respondió ella entre risas.

Pero justo cuando iba a beber, un grito rasgó el silencio.

—¡AAAAAHHHHH!

Venía de la calle. Todos se quedaron congelados.

—¿Eso fue...? —empezó Scott.

Natally ya estaba corriendo hacia la cerca. La saltó de un solo impulso, aferrando el cetro sin pensarlo. Exelia la siguió de cerca.

Al doblar la esquina, vieron la escena: un sabueso joven, no mayor que Scott, yacía en el suelo, con el brazo cubierto de sangre. Una carreta voladora de carga lo había arrojado hacia el pavimento al estrellarse contra una de las columnas de metal. El demonio que la manejaba había huido.

—¡Dios mío...! —murmuró Natally.

El pequeño sabueso gemía, temblando. Tenía el rostro manchado, y los ojos perdidos entre el dolor y el miedo.

—¡Necesitamos ayuda! —gritó alguien desde la ventana de una casa cercana.

Pero Natally no lo pensó dos veces. Se arrodilló junto al sabueso herido, soltó la botella de agua y agarró el cetro con ambas manos. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba brillando más intensamente.

—Tranquilo... ya, ya estoy aquí... —susurró.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Exelia con urgencia, deteniéndose a un metro de distancia.

—No sé... —respondió Natally—. ¡Pero tengo que hacer algo!

Entonces, sin previo aviso, el cetro se encendió solo. Una pulsación luminosa estalló desde la base y se expandió bajo sus pies.

Un círculo de luz blanca y dorada emergió, cubriendo diez metros a la redonda. El suelo tembló suavemente, como si reconociera la pureza de la intención. La esfera del cetro latía como un corazón.

—¡¿Qué es eso?! —preguntó Scott, que acababa de llegar.

Exelia no respondió. Solo observó, boquiabierta.

La luz se filtró bajo el cuerpo del sabueso herido. En cuestión de segundos, sus músculos dejaron de tensarse. Su respiración se calmó. La sangre se detuvo.
Sus ojos se enfocaron. Y un suspiro escapó de su boca como si acabara de despertar de una pesadilla.

No solo su cuerpo sanaba... sino algo más profundo. El dolor mental. El miedo. La culpa que nadie veía.

—¿Qué está pasando...? —preguntó el sabueso, mirando a Natally con ojos humedecidos.

Ella lo miró, sin saber exactamente qué decir.

—No lo sé... pero ya estás a salvo.

La luz empezó a disminuir. El círculo desapareció como una brisa suave.
El bastón seguía tibio, como si acabara de exhalar.

—Eso fue... —empezó Exelia.

—¿Una habilidad? —interrumpió Natally, sin aliento.

—Sí. Y no una cualquiera —dijo la ángel con una mezcla de asombro y respeto—. Esa fue "Aura de Redención".

Scott dio un paso al frente, mirando el lugar donde había estado el círculo.

—Fue como... como si el aire se volviera suave.

El sabueso herido se incorporó lentamente, aún débil, pero claramente fuera de peligro.

—Gracias... —murmuró—. Nadie había hecho eso por mí.

Natally le acarició la cabeza sin decir nada. Apenas entendía lo que había hecho... pero algo dentro de ella, por primera vez, no tenía miedo de ser diferente.

Ya de regreso en casa, Exelia se detuvo junto a la puerta antes de entrar.

—¿Sabes qué significa esto, verdad?

—¿Que ahora soy peligrosa? —bromeó Natally, aún temblando por dentro.

—No. Que tu entrenamiento no puede detenerse.
Acabas de despertar... y el cielo, y el infierno, pueden sentirlo.

—Entonces... ¿qué sigue?

Exelia le sostuvo la mirada.

—Ahora... tienes que aprender a controlar esa luz antes de que otros quieran apagarla.

CAP 59

El Precio del Anhelo

En lo más alto del cielo, donde todo huele a perfume de mirra y la luz no proyecta sombras, se encontraban las mayores influencias del reino celestial. La atmósfera era serena, con coros lejanos vibrando suavemente en el aire. Una sala de columnas flotantes, rodeada por estrellas suspendidas, acogía la reunión más solemne de los últimos siglos.

Los serafines estaban reunidos para discutir algo de extrema importancia. El rumor se había confirmado: una de sus más poderosas guerreras había desertado. Y lo que era peor... llevaba consigo conocimiento prohibido. Saberes que, si caían en manos equivocadas, podían desequilibrar el delicado orden celestial.

—No podemos permitir que esta traición quede impune —dijo un serafín menor, de alas azules, con rostro afligido.

—¿Y si aún está en el Edén? —sugirió otro, alzando una ceja plateada—. Tal vez se esconde entre las ramas del conocimiento.

Pero una voz los silenció a todos.

—No —sentenció con firmeza la serafina mayor.

Seraphiel, de porte altivo, cabello largo como hilos de sol y ojos como lunas doradas, se levantó de su trono flotante. Su sola presencia imponía un silencio reverente.

—Exelia no está en el Edén. Yo misma la vi en sus últimos días, dudando. Me cuestionó... algo que nunca pensé escuchar de sus labios.

Los presentes voltearon a verla, expectantes.

—"¿Y si el amor... alguna vez pesa más que la obediencia?" —repitió con voz grave y nostálgica—. Esas fueron sus palabras.

Un murmullo incómodo estalló entre los ángeles y serafines reunidos. Algunos fruncieron el ceño, otros se miraron preocupados.

—Luego dijo que no pertenecía aquí... —añadió Seraphiel, con una mezcla de tristeza y enojo—. Y desde entonces, no hemos vuelto a verla.

—¡Eso es peligroso! —exclamó un ángel de túnica esmeralda—. Ella conocía los nombres verdaderos. Si comparte esa información...

—¡Silencio! —ordenó Seraphiel, alzando una mano. Las voces callaron al instante.

En ese momento, las puertas del recinto se abrieron de golpe con un estruendo de viento sagrado. Un ángel entró sin anunciarse, con pasos firmes que resonaban en el mármol flotante.

—Zakariel... —murmuraron varios.

Zakariel, de cabello blanco como la luna recién nacida y armadura de oro puro, caminó hasta el centro de la sala. A pesar de su apariencia juvenil, su alma era tan antigua como las estrellas mismas. Sus ojos destellaban con fuego sagrado.

—¿A qué se debe esta interrupción, Zakariel? —preguntó Seraphiel con voz cortante, aunque sin sorpresa.

El ángel la miró con determinación.

—Yo la buscaré.

Un susurro corrió entre los presentes. Seraphiel alzó una ceja.

—¿Y cómo piensas hacerlo, si ni los ojos del Edén pudieron encontrarla?

Zakariel respondió sin vacilar:

—Porque la conozco mejor que todos ustedes. Tal vez... demasiado bien. Y creo saber dónde puede estar.

Un silencio pesado se apoderó del lugar.

—Dame un mes. No más. La traeré de vuelta. No importa en qué abismo se oculte... ni a qué fuego haya decidido entregarse.

Seraphiel lo contempló unos segundos. Luego, asintió con solemnidad.

—Tienes un mes, Zakariel. Si no regresas con ella... seré yo quien baje a buscarla. Y te aseguro que no será para dialogar.

Zakariel inclinó la cabeza respetuosamente, luego giró sobre sus talones y caminó hacia la salida.

—Si está donde creo... en el infierno, el tiempo corre en su contra.

Las puertas se cerraron lentamente tras él, dejando a los serafines con una verdad inquietante: la batalla entre fe y afecto había comenzado. Y uno de los suyos... había elegido el corazón por sobre el cielo.

Mientras tanto, en el anillo de la Pereza, los cielos parecían haberse tomado un descanso. El aire era cálido, la bruma suave, y las calles vibraban con el bullicio de miles de voces, risas, canciones y tambores. Era el Día de Lux Velzariae, una celebración instaurada en honor al

sacrificio de Velzaria, símbolo eterno del inicio de una nueva era para los marginados del infierno.

Antrox, Desmond, Lay-K, Danielle, Isabella, Skyler y Nami caminaban por las calles abarrotadas de sabuesos infernales, imps, sloths, succubos, sharks y pecadores de todo tipo. Algunos llevaban pañuelos con el rostro de Velzaria bordado en hilo dorado. Otros, tambores hechos a mano o banderas con inscripciones en honor a la libertad. Era un día que dolía... pero también un día que sanaba.

—¿Lo sientes? —dijo Antrox mirando el cielo rojo—. No es solo calor... es algo más. Como si ella aún respirara entre nosotros.

Lay-K, a su lado, respondió con una pequeña sonrisa.

—Quizá nunca se fue.

Llegaron finalmente a la plaza principal, donde el Palacio Hastío aún estaba en reconstrucción. En su lugar, tiendas de campaña se extendían como un mar de lienzos blancos y rojos. Bandas callejeras tocaban música en cada esquina. El ambiente era eufórico, despreocupado... y libre.

Mientras Desmond charlaba con Lay-K junto a un puesto de refrescos, sintió una mano posarse sobre su hombro. Se giró con rapidez, y al ver el rostro, sus ojos se abrieron como platos.

—¡¿Julian?! —exclamó con sorpresa.

Habían pasado cinco años desde que se marchó por las protestas. Sin dudarlo, Desmond extendió el brazo para estrecharle la mano, pero al tomarla, lo atrajo de inmediato en un fuerte abrazo. Julian respondió con la misma calidez.

—Hermano... —susurró Desmond.

—Te dije que nos veríamos otra vez —respondió Julian, sonriendo.

—Pero... ¿qué haces aquí? ¿No vivías en el anillo de la Lujuria? Eso queda a ocho horas de aquí.

—Llegué ayer. Tenía la corazonada de que vendrías. Y no me equivoqué.

Desmond soltó una carcajada leve.

—Claro que vendría. Soy el nuevo titular de HellBet Records, no puedo faltar a un evento como este. Hay que dar ejemplo.

Julian asintió, divertido.

—Lo sé. Todo el mundo habló del día en que Antrox te cedió el puesto. Un cambio que nadie vio venir.

—Aún me cuesta creerlo a veces... —admitió Desmond.

—Bueno, ahora es tu responsabilidad. Y estás haciéndolo bien —afirmó Julian—. Por cierto, estoy aquí también por algo más. Me uní a una nueva banda.

—¿Ah, sí? —Desmond se animó aún más—. ¿Qué tipo de música hacen?

—Un poco de todo, pero nos enfocamos más en el rock. Somos un grupo ecléctico —dijo Julian con orgullo.

De pronto, las luces del escenario de la plaza se encendieron. Un rayo de luz púrpura iluminó el centro del escenario, señal de que era hora de comenzar.

—¡Rayos, lo olvidé por completo! —exclamó Desmond.

—¿Qué olvidaste?

—¡La presentación! —gritó mientras corría—. ¡Tengo que anunciar el inicio!

Subió al escenario con rapidez, se limpió el polvo de la ropa, ajustó el micrófono y miró al público con una sonrisa que pocas veces mostraba en público.

—¡Buenas tardes, infierno querido! —exclamó, su voz amplificada por toda la plaza—. Como todos los años, esta fecha es sagrada. Conmemoramos el legado de Velzaria, su lucha, su sacrificio... y la libertad que ahora todos sentimos. Y como es tradición, hoy toca el alma de los nuevos: las bandas juveniles.

Los aplausos no se hicieron esperar.

—¡Ellos son el futuro de este infierno! —gritó—. ¡Y este escenario es suyo!

Las bandas comenzaron a tocar una a una. Sloths, sabuesos, succubos, imps... Todos jóvenes con sueños, instrumentos y mucho que decir. Durante horas, las melodías invadieron la plaza, entre gritos, saltos y lágrimas. El infierno sonaba más vivo que nunca.

Finalmente, llegó el turno de la banda Silk Road.

Julian subió al escenario con su guitarra en mano. El público lo ovacionó al instante. A su lado, se ubicaron los demás miembros:
—Lilith, una sloth de rostro sereno y ojos en calma, pianista y sintetizadora.
—Michael, un imp de gran tamaño, musculoso, que sostenía el bajo como si fuera parte de su cuerpo.
—Y una succubo de curvas peligrosas y energía desbordante, encargada de la segunda voz y la batería.

Julian se acercó al micrófono. El silencio bajó sobre la multitud.

—Esta es para todos los que nunca dejaron de soñar... incluso en el fuego.

La batería arrancó. El bajo entró. El piano encendió la atmósfera... y entonces, Julian cantó:

Tonight, I'm gonna have myself a real good time...
I feel alive... and the world... I'll turn it inside out, yeah...

Era "Don't Stop Me Now" de Queen. Pero en sus voces, en su fuerza, en sus rostros... parecía nueva. Era como si Freddie Mercury hubiera bajado a cantar con ellos.

Desde atrás del escenario, Desmond observaba con los brazos cruzados, boquiabierto.

—Demonios... —susurró con asombro—. No creí que los jóvenes de hoy pudieran capturar así el alma de una banda como Queen.

Lay-K, a su lado, simplemente dijo:

—No la capturaron. La hicieron suya.

Y mientras la música llenaba el aire, los fuegos artificiales estallaban en el cielo del anillo de la Pereza. Una noche para recordar... y quizás, para escribir una nueva historia.

Las luces aún vibraban con la energía del último acorde. Pero en el borde del escenario, mientras todos aplaudían y silbaban, Desmond no veía el presente.
En su mente, las notas que acababa de escuchar se transformaban en recuerdos.

Recordó los días en los que GAIA era más que un nombre: era una familia.
Los ensayos en el Palacio Ludendorff, las bromas entre canciones, los nervios antes de tocar... y las carcajadas cuando terminaban.
Una época donde ser feliz no era tan difícil.

Una lágrima, solitaria y sin aviso, descendió por su mejilla.

—Desmond... —dijo una voz.

Era Julian, bajando del escenario con una sonrisa radiante. Aún sudaba por el esfuerzo, pero su entusiasmo era mayor.

—¿Qué te pareció?

Desmond se limpió el rostro discretamente, y respondió con sinceridad:

—Fue perfecto, hermano. Nunca había escuchado algo así... ni siquiera cuando estábamos en nuestro mejor momento.

Julian sonrió con orgullo, pero antes de poder responder, una figura elegante se acercó.

—Nos halaga escuchar eso, señor Desmond —dijo una voz femenina.

Lilith, la sloth de mirada tranquila y modales refinados, se inclinó suavemente en una reverencia tan impecable que parecía salida de la corte de Lascivia. Su falda ondeó apenas, y su postura fue impecable.

Desmond, sorprendido por el gesto, tomó su mano con cortesía y besó el dorso con galantería.

—Es un honor —dijo él—. Hacía tiempo que no veía educación tan pura en este anillo.

Lilith sonrió tímidamente y soltó una risita delicada.

—No esperaba menos de usted, señor Desmond. Nos preparamos con mucha disciplina para esta presentación. Nos honra con su presencia.

En ese momento, el grupo de Desmond llegó al lugar. Lay-K, Danielle, Skyler, Nami e Isabella caminaban entre la multitud.
Pero al ver a Julian, Isabella se detuvo en seco, como si hubiese visto un fantasma.

—¡¿Julian?! —exclamó.

Sin decir nada más, corrió hacia él, se lanzó sobre su cuello y lo besó. Un beso largo, apasionado, de reencuentro y de memorias que no se habían apagado con los años.
Julian respondió con ternura, abrazándola con fuerza, como si ese momento fuera eterno.

Lilith, viendo la escena, desvió la mirada con respeto, y regresó su atención a Desmond.

—¿Ella es...? —preguntó con una ceja arqueada.

—Sí, Isabella —respondió Desmond, cruzándose de brazos—. Y parece que el tiempo no ha pasado para esos dos.

—Julian nunca mencionó que tenía pareja —dijo Lilith, entre curiosidad y picardía.

—Ah, ya sabes cómo es él —rió Desmond—. Aunque dime, ¿tú eres la titular de la banda?

—Así es —afirmó Lilith—. Yo fundé Silk Road hace unos años. Y desde entonces, Julian ha sido nuestro guitarrista... aunque tiene sus manías.

—¿Como cuáles?

—Pues, por ejemplo... —dijo ella con una risita baja—. Es increíble con la guitarra eléctrica, impecable. Pero cada vez que le pedimos tocar una acústica... se niega rotundamente. Es como si no supiera hacerlo. Lo curioso es que jamás lo he visto siquiera intentarlo.

Desmond entrecerró los ojos, divertido.

—Eso no ha cambiado. Ni siquiera en GAIA lo logré hacer tocar una acústica. Siempre decía que no era "su idioma".

Ambos rieron, y continuaron hablando un buen rato. Intercambiaron anécdotas, estilos musicales, experiencias en el infierno post-reforma, e incluso algunas bromas sobre los nuevos talentos.

Hasta que la voz de la presentadora del evento sonó desde el escenario:

—¡Y ahora! ¡El dúo más esperado! ¡El rugido social del infierno! ¡Desmond y Lay-K!

El público estalló en aplausos.

—Hora de trabajar —dijo Desmond, guiñándole un ojo a Lilith.

—Suerte allá arriba, maestro —respondió ella con una leve reverencia.

Desmond subió al escenario, donde Lay-K ya lo esperaba con una sonrisa confiada.

—¿Listo para prender esto?

—Siempre —respondió Desmond, tomando el micrófono.

Ambos saludaron al público y comenzaron el acto. Lay-K llevaba la voz secundaria, melódica, con un tono limpio y profundo.
Desmond, por su parte, se encargaba de los versos rápidos, fluyendo con una velocidad de doble tempo que encendía a la multitud como fuego seco.

—¡Vamos Desmond! —gritó alguien desde el público.

Su presentación fue tan vibrante que varias pantallas empezaron a grabar en vivo. El escenario tembló con los acordes, las luces pulsaban con el ritmo.
Cuando terminaron, la ovación fue atronadora.

Bajando del escenario, aún sudando, Desmond se acercó a Lilith y los demás integrantes de la banda.

—¿Qué dicen si vamos a un bar cercano? La noche aún es joven.

Lilith asintió con una sonrisa tranquila.

—Aceptamos. Siempre es un honor compartir una copa con un artista como tú.

Desmond rió.

—Créeme... el honor será mío.

Y así, entre risas, música, reencuentros y nuevas amistades, el Día de Lux Velzariae se convertía en algo más que una celebración.
Era una noche para recordar que incluso en el infierno... la luz también puede celebrarse.

La noche seguía su curso entre risas, brindis, y canciones que alguna vez resonaron en los altavoces oxidados de los suburbios infernales. El bar, pequeño pero cálido, era un refugio de memorias rotas y sueños renacidos. Las luces parpadeaban tenuemente, tiñendo las paredes de un ámbar suave que se reflejaba en los rostros de los presentes.

Desmond estaba recostado contra la barra, con la sonrisa desenfocada, los ojos medio cerrados y un leve vaivén en su postura. Ya había bebido más de lo que su cuerpo acostumbraba, y cada trago era un paso más hacia el olvido. Frente a él, Lay-K lo observaba desde hace rato, callado, con el vaso aún lleno entre los dedos.

Sabía que era el momento. Lo había estado esperando desde hacía años.

—¿Estás bien, Des? —preguntó con tono suave, fingiendo inocencia.

—Mmm... sí... solo un poco mareado —murmuró Desmond, dejando caer la cabeza sobre su antebrazo.

Lay-K disimuló una sonrisa nerviosa. Introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un pequeño sobre transparente, con un polvo blanquecino que parecía inofensivo. Con cuidado, sin que nadie notara, lo vertió en la bebida de Desmond.

—Toma, este te bajará un poco la borrachera —dijo, deslizando el vaso hacia él.

Desmond levantó la cabeza, sonrió como un niño y bebió sin pensarlo.

—Siempre cuidándome, ¿eh? Qué haría yo sin ti, hermano —dijo con voz pastosa, dándole un golpecito en el brazo.

Lay-K asintió, aunque por dentro se revolvían otras emociones. Deseo. Impaciencia. Dolor reprimido.

Pasaron solo cinco minutos. Desmond comenzó a pestañear más lento, sus movimientos se volvieron suaves, como si flotara.

—¿Des...? ¿Quieres un poco de aire? Este bar está muy cerrado... —murmuró Lay-K, inclinándose hacia él.

—Sí... está todo como... lento... —dijo él, sin protestar.

Lay-K se puso de pie y le ofreció la mano.

—Ven, hay un cuartito aquí al lado, para que descanses un rato. Solo nosotros.

Desmond no pensó. Solo asintió.

Lay-K lo rodeó con el brazo, y lo ayudó a caminar hacia un pasillo lateral. Cada paso parecía eterno, el silencio entre ambos era espeso, como si el aire mismo supiera que estaban

cruzando una línea invisible. Las risas de los demás quedaban atrás, opacadas por la música y los tragos. La puerta del cuarto estaba entreabierta.

Lay-K empujó con suavidad y lo guió al interior.
Era un espacio reducido, con una cama amplia, una lámpara de luz tenue en la pared, y cortinas pesadas que bloqueaban el mundo exterior. La puerta se cerró tras ellos con un clic seco.

—¿Aquí...? —preguntó Desmond, apenas consciente, sentándose en la orilla de la cama.

Lay-K no respondió. Se acercó y se arrodilló frente a él, mirándolo desde abajo, con una mezcla de ternura, deseo y algo más oscuro.

—Solo relájate... yo cuidaré de ti —susurró.

Desmond parpadeó lentamente. No parecía entender del todo, pero tampoco se resistía.
Lay-K subió a la cama, se sentó a su lado, y le tomó la cara con ambas manos, como si lo hubiese deseado por mil vidas. Lo besó. Despacio. Con una necesidad contenida desde hacía años.

Desmond no apartó el rostro. Solo dejó que pasara.

Lay-K lo miró jadeando, sus ojos ardiendo en una mezcla de culpa y pasión. Le acarició el pecho y empezó a desabotonarle la camisa con dedos temblorosos, uno a uno, deslizando la tela hacia abajo hasta dejar el torso de Desmond desnudo.

Luego, se quitó lentamente su propia camisa, dejando sus prendas caer en el suelo con suavidad. Su cuerpo estaba tenso, sus pupilas dilatadas. La respiración de ambos era pesada. No había palabras.
Lay-K deslizó las manos por los brazos de Desmond, bajando los tirantes, desatando los nudos. Las prendas cayeron, una tras otra, hasta que no quedó nada entre ellos y la piel desnuda.

Ambos cuerpos quedaron expuestos, vulnerables y silenciosos bajo la tenue luz que apenas iluminaba la habitación.

Lo demás... quedó envuelto en el misterio de la noche.

Al amanecer, el sol pálido del anillo de la Pereza se filtraba entre las rendijas del viejo bar. Desmond abrió los ojos lentamente. Un dolor punzante le atravesaba la frente. El cuerpo le pesaba.

Y entonces giró la cabeza. Lay-K dormía profundamente a su lado, sin ropa, envuelto en las sábanas desordenadas. Desmond bajó la mirada. Su propio cuerpo también estaba desnudo. No necesitaba más pistas.

Se levantó sin hacer ruido. Se vistió con rapidez. Sus manos temblaban ligeramente. Caminó al baño, abrió el grifo y se echó agua fría en la cara.

—Me drogaste... —murmuró para sí, sin rabia, solo decepción.

Se miró al espejo durante varios segundos. Ni ira, ni llanto. Solo silencio.

Sabía lo que Lay-K había hecho.
No lo justificaba, pero tampoco podía decir que no lo había presentido.
Lay-K lo deseaba desde hacía mucho. Solo eligió el camino equivocado para tenerlo.

Desmond cerró los ojos, respiró hondo, y salió del baño. No despertó a Lay-K.
No dijo nada. Solo salió del bar, dejando atrás una noche que prefería no recordar... pero que jamás podría borrar.

CAP 60

Fragmentos de Locura

Desmond llegó a casa con los hombros vencidos, la mirada clavada en el suelo como si este fuera a tragarlo. Su silueta arrastraba una sombra larga de decepción, y sus pasos eran lentos, arrítmicos, como si cargar con su propia conciencia le pesara más que nunca. La puerta se abrió apenas tocó el pomo. Skyler estaba allí, firme, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Su expresión no era de enojo inmediato... sino de algo peor: contención.

—¿Dónde estabas? —soltó ella, sin saludar, apenas dándole espacio para pasar.

Desmond entró en silencio, como un niño que sabía que había hecho algo mal. Se sentó frente a ella en el sofá. Evitó su mirada.

—Solo... salí a tomar unas copas con los de Silk Road —respondió, con voz baja, casi inaudible.

Skyler entrecerró los ojos, su cola se movía nerviosa. Lo observó en silencio unos segundos. Sabía leer cada gesto de Desmond como un libro abierto.

—¿Ah sí? —respondió con tono cortante—. Pues qué curioso, porque Julian me llamó... dijo que no estabas con ellos. Y, por coincidencia, Lay-K también desapareció esa noche.

Desmond levantó la vista apenas. Tartamudeó, tragó saliva.

—No pasó nada... solo bebimos. Me emborraché, eso es todo. Después... fuimos a dormir.

—¿A dormir? —Skyler ladeó la cabeza, su voz ya temblaba por la furia que se cocinaba—. ¡Desmond! ¿De verdad crees que soy estúpida? ¿Tú crees que no sé que Lay-K está obsesionado contigo?

Desmond suspiró, apretando el puente de su nariz.

—Sí, Sky... lo sé. Siempre lo supe. Pero últimamente se ha estado pegando demasiado a mí. Esa noche... algo no estuvo bien. Me sentí extraño, como si no fuera yo. Creo... creo que puso algo en mi bebida. Me llevó a un cuarto. Después de eso... no recuerdo nada.

Un silencio helado se extendió por la sala. Skyler abrió los ojos con horror. Dio un paso atrás, cubriéndose la boca con las manos. Murmuró, como si no quisiera escuchar lo que acababa de entender:

—No... no no no... Desmond, ¿tú sabes lo que eso significa? ¡Te violó!

—No es para tanto... —replicó él, torciendo la mirada—. No seas paranoica...

—¿¡PARANOICA!? —gritó Skyler, su voz retumbó por toda la casa—. ¡Desmond, esto no es una maldita broma!

—¡No lo estoy tomando como una broma! ¡Solo...! —Desmond se quedó sin palabras, apretó los puños—. ¡Es mi mejor amigo, Sky!

—¡Un amigo no te droga! —lo interrumpió ella con furia—. ¡Un amigo no te quita la ropa sin tu consentimiento, ni se aprovecha de ti! ¡Tú no eres estúpido, pero te haces el ciego! ¡Siempre justificándolo!

Desmond se puso de pie.

—¡No lo justifico! Solo... creo que no supo cómo manejar lo que sentía. No fue correcto. Pero no sé si odio lo que hizo... o me odio por no haberlo evitado.

—¡Maldita sea, Desmond! —Skyler jadeaba, con las manos temblorosas—. ¡No puedes seguir protegiendo a alguien que te traicionó de esa forma!

Pasaron de las palabras a los gritos. La tensión era sofocante. Skyler, agotada por la impotencia, alzó la mano y le dio una cachetada. El golpe sonó como un disparo en medio del silencio.

—¡Dormirás en el maldito sofá! —le escupió con voz rota—. Te amo... pero no pienso quedarme callada mientras permites que esto pase como si fuera cualquier cosa.

Desmond la miró con los ojos vidriosos, apenas pudo hablar:

—Sky, no...

—¡NO ME TOQUES! —gruñó, mostrando los colmillos con una rabia que jamás había visto en ella. Su mirada, clavada como cuchillas, le heló la sangre—. Voy a hacer lo correcto. Voy a denunciarlo. Alguien tiene que hacerlo.

Él dio un paso hacia atrás, asustado. Nunca había visto a Skyler con tanta ferocidad. No era solo furia. Era dolor.

Cuando ella salió, cerrando la puerta con un portazo, Desmond cayó en el sillón y cubrió su rostro con ambas manos. Lágrimas silenciosas se escapaban por entre sus dedos.

Tembloroso, tomó su teléfono y marcó.

—Lay-K... escucha... sal del Ludendorff ahora mismo. ¡La policía va en camino!

—¿Qué? ¿Qué pasa? —respondió Lay-K, con voz adormilada.

—¡No hay tiempo! Skyler... te denunció... ¡Van por ti!

Pero antes de que pudiera decir algo más, se escuchó por el altavoz el sonido de una puerta derribada, gritos, pasos pesados.

—¡AL SUELO! ¡MANOS DONDE PUEDA VERLAS! —rugió la voz de un oficial.

—¡SUÉLTENME! ¡NO ENTIENDEN NADA! —chilló Lay-K desesperado, antes de que se cortara la llamada.

Desmond dejó caer el teléfono al suelo. El eco del tono desconectado fue lo único que quedó en la habitación.

Pasaron unos días. Desmond no salía mucho, apenas comía, y las ojeras bajo sus ojos eran testigos del insomnio que lo acosaba. El sofá se había vuelto su refugio silencioso, frío, incómodo... como su mente. Skyler aún no le hablaba. Cada noche, su silueta pasaba a su lado, pero sus palabras no.

Una mañana, sin golpear, sin anunciarse, la puerta de la casa se abrió con firmeza.

—¿Izobelle? —murmuró Desmond, alzando la cabeza con sorpresa.

Izobelle, con su uniforme negro y chaqueta de cuero de la Unidad Judicial Infernal, entró sin titubear. Su mirada estaba afilada, como siempre, pero esta vez también traía algo más... determinación.

—No hay tiempo para saludos —dijo con voz firme mientras cerraba la puerta—. Tienes que venir conmigo. Es momento de que des tu declaración.

Desmond se enderezó lentamente. No dijo nada. Solo bajó la mirada.

—Des... —Izobelle se suavizó un poco—. Yo sé que esto es difícil, lo sé más de lo que crees... pero incluso en el infierno, ya no se tolera esto. La justicia ha cambiado. Y tú... tú fuiste víctima. Y necesitas que el sistema te lo reconozca.

Desmond se quedó callado por unos segundos.

—¿Y si no quiero revivirlo? —murmuró.

—No se trata de lo que quieras, sino de lo que mereces —respondió ella, abriendo la puerta—. Vamos.

Sin más palabras, Desmond se levantó, tomó una chaqueta, y salió junto a Izobelle. El viaje en la camioneta fue silencioso. Las calles del anillo de la pereza pasaban lentamente, como si el tiempo también supiera que lo que se avecinaba dolía.

Tras un largo proceso legal —entre entrevistas, revisiones, pruebas, informes y testigos— llegó el día del juicio. La sala estaba fría, aunque decorada con estatuas infernales de justicia ciega y balanzas en llamas. Al centro, Lay-K estaba esposado. Su rostro lucía descompuesto, ojeroso, nervioso... y vacío.

Frente a él, la jueza —una joven súccubo de voz templada pero mirada implacable— ordenó que todos guardaran silencio.

—Luz roja encendida. Que comience el juicio —dijo.

Desmond estaba presente en la sala, sentado en la fila de testigos. Vestía de negro, con la insignia de los Ludendorff bordada en rojo sobre el pecho. Aunque llevaba gafas oscuras, no podía ocultar la tristeza que lo acompañaba.

La jueza tomó la palabra:

—Layl Tsukigami, oriundo de Felyzium, es acusado del delito de violación. La víctima, Desmond Ludendorff Lebrosky, ha presentado pruebas y declaraciones donde afirma haber sido drogado, despojado de su voluntad, y llevado a una habitación privada en el anillo de la pereza.

Lay-K temblaba. Buscaba miradas en la sala... buscaba un rostro aliado.

—El juicio será corto —continuó la jueza—. Las evidencias son irrefutables. Las grabaciones del bar, el análisis de la sustancia encontrada en la sangre del afectado, y la declaración jurada de los testigos confirman el delito.

Lay-K giró la cabeza. Buscó a Desmond. Lo miró con ojos llorosos, como pidiendo una última oportunidad, una redención.

Pero Desmond no se movió. No respondió. Solo una lágrima cayó por su mejilla, y luego bajó la cabeza.

Nami, sentada dos filas atrás, tampoco intervino. Su rostro se mantenía rígido, pero sus ojos delataban el conflicto. A pesar del amor que tenía por su hermano adoptivo, su cuerpo temblaba por dentro. El juicio en Felyzium la había marcado para siempre, y esta vez, no podía protegerlo. Sabía que lo que había hecho Lay-K era demasiado grave. Sabía que, incluso con sus traumas, no podía seguir defendiéndolo.

—Se declara culpable —dijo la jueza con voz firme—. El acusado será trasladado al Centro Psiquiátrico de Alta Seguridad en el anillo de la avaricia. Sentencia inmediata. Caso cerrado.

Lay-K estalló en llanto. Su cuerpo se sacudía mientras los guardias lo tomaban por los brazos. Pataleó. Se resistió.

—¡Desmond...! —gritó—. ¡Por favor, dime algo! ¡No me odies! ¡Yo... yo te amaba...!

Pero no hubo respuesta. Desmond ya había salido de la sala, arrastrando consigo el peso de un corazón roto.

Lay-K fue empujado hacia la salida. Las puertas de hierro se cerraron detrás de él con un estruendo seco.

Y así, empezó su descenso al infierno dentro del infierno.

El Hospital Psiquiátrico Blackwell, encajado entre las grietas oxidadas de los acantilados del anillo de la avaricia, era una fortaleza que hasta los más osados preferían no imaginar. Aquello no era un centro médico... era un monumento al olvido. Las almas que ingresaban allí rara vez volvían a ver la luz del día.

Las rejas eran gruesas como columnas, y los muros, ahogados en símbolos antimefíticos, drenaban la energía espiritual. No había espacio para plegarias. Ni para gritos.

Y aún así... Lay-K llegó allí caminando, esposado, pero con los ojos muy abiertos.

Desde el primer segundo, supo que escapar sería imposible.

Pero no se le pasó ni una sola noche sin soñarlo.

Su cuerpo fue arrastrado al Pabellón 9B, la sección reservada para los casos irrecuperables: demonios locos, criminales de élite y aquellos que sabían demasiado. A Lay-K lo asignaron a la celda 912, una caja sin alma, sin ventana, sin sentido. Solo paredes acolchadas, una cama de goma y una rendija por donde entraba una bandeja.

La puerta se cerró tras él con un sonido seco.

—Adelante... —murmuró Lay-K, tirándose al suelo—. Enciérrenme... como a una bestia.

La primera semana fue un infierno dentro del infierno. Gritaba. Aullaba. Se golpeaba el cráneo contra la pared. Se arrancaba mechones de cabello, que luego enredaba entre sus dedos como trofeos de su propio colapso.

Los médicos anotaban todo. "Psicosis progresiva". "Alucinación paranoide". "Pérdida de voluntad".

Pero no entendían nada.

Él no estaba roto.

Solo estaba esperando.

Todo cambió un día cualquiera. En el comedor, durante la hora de manualidades —una excusa que el personal usaba para "evaluar la creatividad emocional"—, Lay-K dibujaba círculos concéntricos una y otra vez en un papel. Ni siquiera sabía qué hacía.

Hasta que alguien encendió la televisión.

—Y con nosotros hoy, Desmond Ludendorff y Skyler, representantes del nuevo modelo social en el anillo de la pereza...

Skyler.

Apareció en pantalla, con su impecable postura y sus ojos claros. Hablaba tranquila. Segura.

Como si no lo hubiese traicionado.

Como si no lo hubiese lanzado al lodo con sus propias garras.

Lay-K apretó el lápiz. Lo partió en dos. Su respiración se cortó. Su visión se estrechó.

Y entonces lo supo.

"Me las vas a pagar, Skyler."

Esa noche, el instinto regresó. No era magia. No era fe. Era cálculo. Era obsesión.

Comenzó a actuar más errático. Empujó a otros pacientes. Rompió bandejas. Hablaba solo, gritaba canciones sin sentido.

La tercera vez que lo encontraron golpeando su cabeza contra la pared, lo trasladaron a la Sala de Aislamiento.

Perfecto.

La celda nueva era más vieja. Más fría. Más metálica. Tenía una cama de hierro atornillada al suelo, y una pequeña rejilla oxidada en el baño. Nadie se preocupaba por colocar cámaras en esa ala: los internos de ahí no vivían más de seis meses.

Pero Lay-K no planeaba morir.

Planeaba irse.

Día 1. Empezó a desarmar su camisa poco a poco, sacando hilos finos que torcía hasta formar cuerdas. Fingía que tejía muñecos con eso. Nadie sospechaba.

Día 3. Robó un clip del archivador de un enfermero durante su evaluación. Lo escondió bajo la lengua. Aprendió a no tragar ni hablar. Lo consiguió.

Día 5 al 8. Usó el clip como destornillador improvisado. Cada noche, quitaba un solo tornillo de la rejilla del baño. Media hora por tornillo. Luego los volvía a poner, ajustados, para que no notaran el avance.

Día 9. Empezó a construir un muñeco. Usó espuma que robaba de los respaldos de las sillas del comedor. Lo moldeó con su ropa vieja, partes de su manta, e incluso fragmentos de su propia almohada. Lo cubría con la sábana durante las revisiones, simulando estar dormido.

Todo lo demás... lo memorizó.

—El guardia de la ronda de las 3:00 lee novelas eróticas... tarda más en pasar —susurraba cada noche—. Mi celda es la 912... la ventilación lleva al sector técnico... si logro pasar por ahí, llego a los túneles de desecho.

Era la única posibilidad. Y Lay-K sabía que el miércoles, cuando el sueño atrapaba al vigilante del turno nocturno...

Esa sería su noche.

Miércoles. 2:47 a.m.
El aire dentro de la celda estaba denso. Podrido. Casi inmóvil.
Lay-K respiraba despacio, tumbado en el suelo acolchado, con los ojos clavados en la ranura de la puerta. A su derecha, el cuerpo falso —una figura de toallas, espuma y trapos— yacía bajo la manta como una persona dormida. Las proporciones eran exactas, los pliegues de la tela, intencionalmente desordenados. Lo había ensayado.

Tac, tac...
Los pasos del guardia nocturno sonaban al fondo del pasillo. Siempre contaba los pasos. Siempre sabía cuándo llegaban.
Tac... pausa.
Un leve chirrido: la rendija se deslizó.
—Sigue vivo —susurró el guardia para sí mismo, con voz ronca por el sueño—. Qué bueno...

Y se marchó.

Lay-K no sonrió. Solo se incorporó lentamente. Se quitó la camisa, revelando un cuerpo lleno de cortes finos y cicatrices recientes. Se acercó a la rejilla del baño, ya sin tornillos.
Usando sus nudillos vendados, empujó con fuerza. El metal se soltó con un sonido sordo, sin resistencia.

El hueco era estrecho.
Cada movimiento le raspaba los codos y las costillas. Se deslizó centímetro a centímetro, mordiéndose el labio para no gritar cuando el acero le arrancaba la piel. Su respiración se volvió más rápida. Más inestable. Pero no se detuvo.

Después de unos metros, llegó a una bifurcación vertical: el respiradero del sistema de mantenimiento.
—Ahora o nunca... —murmuró entre dientes.

Se dejó caer con suavidad por el tubo, aterrizando con un golpe seco sobre una repisa metálica, dentro de una sala estrecha y oscura.

Archivo de historias clínicas.
Un depósito olvidado lleno de carpetas polvorientas.
A la izquierda, una puerta trasera: la zona de residuos médicos.
Lay-K sacó el clip que había escondido en la costura de su pantalón. Y una varilla fina de metal, arrancada días atrás del soporte de cortinas del consultorio. Forzó la cerradura.
Click.
Abierta.

El sistema no se activó.
No había alarmas mágicas. Solo sensores térmicos.
Y él... ya había previsto eso.
Había untado las esquinas del marco con pasta dental robada, tapando el lente del sensor. Lo hizo mientras lo "limpiaba" durante un ataque fingido de vómito. Nadie lo cuestionó.

En la siguiente habitación, encontró lo que buscaba: una bata quirúrgica desgastada, un carrito de basura médica y un tapabocas viejo.
Se cambió con rapidez. Su ropa quedó en el fondo de una bolsa negra. En otra, los muñones de tela que sobraron de su muñeco.

—Solo soy otro interno empujando desechos —susurró mientras se echaba la capucha.

Empujó el carrito por el pasillo hasta la incineradora, donde un único guardia bostezaba con la cara metida en una revista.
—¿Basura del quirófano? —preguntó sin levantar la vista.
Lay-K asintió en silencio. Siguió caminando. No tembló. No se detuvo.

Al llegar a la puerta trasera, volvió a mirar el cerrojo.

Sin traba.
Él mismo la había forzado semanas atrás, cuando pidió acceso urgente fingiendo una náusea.
La cerradura no se había arreglado.

Empujó.
Y la noche lo recibió con aire frío y libertad amarga.

5:03 a.m.
Una alarma aulló desde el pabellón 9B.
Un guardia revisaba la celda 912 cuando notó algo extraño.
Se acercó.

Levantó la manta.
El muñeco de trapo lo miraba con ojos vacíos hechos de botones cosidos.

—¡TENEMOS UNA FUGA! —gritó al comunicador.

Las cámaras internas fueron revisadas una a una.
Solo mostraban una celda vacía.
Ni un sonido.
Ni una señal.

Lay-K se había esfumado.

Mientras los escuadrones de búsqueda se desplegaban por los límites del acantilado, él ya cruzaba las calles del anillo de la lujuria, cubierto por una capucha larga, los nudillos sangrando, y la mente hirviendo de odio.

Su paso era firme. Preciso.

Ya no era un prisionero.

Era un espectro que no perdona.

Y tenía nombre y rostro para su venganza.

Skyler.

Dos días después de su escape, la oscuridad se deslizó con sigilo hasta la casa de Desmond. Lay-K, con la mirada perdida y la respiración contenida, caminaba como un espectro entre los arbustos del jardín trasero. Sus pasos eran suaves, felinos, casi sin tocar el suelo. Bajo una piedra, retiró una llave vieja y oxidada: aún recordaba dónde la escondían.

La cerradura giró con un leve clic. Desmond dormía profundamente en el sofá, envuelto en un silencio pesado. Lay-K cerró la puerta con lentitud. La casa olía a memoria. A una vida que nunca fue suya, pero que siempre quiso.

Con manos temblorosas, se dirigió a la cochera. Allí, sobre una estantería, encontró una vieja barra de sujeción metálica. La tomó, sus dedos la acariciaban como si fuera un trofeo.

Subió las escaleras lentamente, cada paso como un latido. Al llegar al cuarto de Skyler, se quedó en la puerta. La vio dormir. Tranquila. Vulnerable.

—Tú... tú me lo quitaste —susurró con los ojos enrojecidos—. Él era mío. Lo era... antes de ti.

Se acercó a la cama. Se sentó a su lado. Susurraba palabras que solo él entendía.

—Desmond decía que te amaba. Pero yo lo escuché... en sus silencios... en su mirada. Me necesitaba. Me quería. ¿Por qué tú y no yo?

Skyler se removió en sueños. Él reaccionó como un reflejo y le tapó la boca con una mano, provocando que se despertara sobresaltada.

—Shhh... —musitó—. No grites. Esto no es lo que crees... o tal vez sí. Tal vez siempre lo supiste. ¿Verdad?

Skyler intentó liberarse, forcejeó. Lay-K sacó un pañuelo y la amordazó con rapidez.

—Te lo advertí —dijo entre risas—. Te dije que si no podía tenerlo... nadie lo tendría.

Skyler lanzó una patada que lo desestabilizó brevemente. Él se enfureció, pero contuvo el impulso. Respiraba rápido. Agitado. Sus ojos eran una mezcla de rabia y desesperación.

—¡Tú lo alejaste de mí! ¡Tú sembraste la duda en su corazón! Yo... yo lo cuidé, lo escuché, estuve allí cuando tú solo veías el pasado en sus ojos.

Lay-k con la vara de metal le da un fuerte golpe a skyler rompiéndole la columna.

Skyler gritó con fuerza, y esa voz fue suficiente.

Desmond se despertó abruptamente. Confundido al principio, hasta que reconoció la voz... el tono. Corrió escaleras arriba con el corazón latiéndole en la garganta.

Abrió la puerta.

—¡¿LAY-K?! ¡¿Qué demonios estás haciendo?! —gritó con pánico.

Lay-K giró, la barra aún en la mano. Sonrió, pero sus ojos estaban desquiciados.

—Desmond... ¡Amor mío! No te preocupes, todo esto es por ti. Solo tú y yo... como siempre debió ser.

—¡Suelta eso ahora mismo! —gritó Desmond, temblando de rabia y miedo—. ¡Déjala! ¡Estás enfermo!

Lay-K soltó una carcajada, distorsionada, entrecortada.

—¿Enfermo? ¡Estoy más lúcido que nunca! ¡Por fin veo con claridad! ¡Ella te hizo débil, Desmond! ¡Ella te quitó lo que tú eras! Yo vine a devolvértelo. ¡A salvarte!

—¡No tienes idea de lo que estás diciendo! —gritó Desmond mientras buscaba en un cajón su revolver—. ¡Tú arruinaste todo! ¡Tú... nos heriste a todos!

Lay-K dejó caer la barra. Extendó los brazos.

—Dispárame, entonces. Si no soy yo... ¿quién? ¿Vas a seguir con esta mentira? Yo te amo, Desmond. ¡Tú también me amabas! ¡Lo vi en tus ojos!

Desmond, con el revolver en mano, lo apuntó, pero sus manos temblaban.

—Te quise... sí. Pero como a un hermano. Un hermano al que ahora... no reconozco.

Lay-K bajó la cabeza. Las lágrimas comenzaron a caer.

—Entonces... si yo no te tengo...

Levantó la cabeza, con una sonrisa torcida, y gritó:

—¡Nadie te tendrá!

Saltó hacia Desmond.

¡Bang!

El disparo resonó como un trueno.

Lay-K cayó al suelo, con los ojos desorbitados, sangre saliendo de su pecho.

Desmond caminó hacia él. Se arrodilló. Lo miró con tristeza infinita.

—Adiós, hermano... ojalá la muerte sea más compasiva contigo que yo.

Apretó el gatillo una vez más.

El disparo fue certero y directo a la cabeza de lay-k acabando con su vida instantáneamente, Desmond pone el revolver en su boca con intensión de acabar con su vida, y apretó el gatillo.

Click.

No quedaban balas.

Se dejó caer al suelo. Se arrastró hacia Skyler, que respiraba débilmente pero aún viva.

Desmond la abrazó con desesperación, sollozando en su cuello, murmurando entre lágrimas.

—Lo siento... lo siento tanto...

La sirena de la policía retumbó a lo lejos. Vecinos habían llamado por los gritos. La puerta se abrió a la fuerza.

Los agentes entraron. Vieron a Desmond cubierto de sangre, abrazando a su esposa herida, mientras Lay-K yacía inmóvil en el suelo.

Lo esposaron. Él no se resistió. Solo pidió una cosa mientras se lo llevaban:

—Salven a Skyler...

Después de unos días, Desmond se encontraba en una celda, sentado en el rincón más oscuro, con la cabeza agachada y los ojos perdidos en el suelo. Las horas se sentían eternas, pesadas, llenas de culpa y silencio.
Hasta que un guardia abrió la puerta.

—Desmond Ludendorff —llamó con voz firme—. Puedes irte.

Desmond lo miró confundido desde el catre de metal.

—¿Qué... qué quiere decir con eso? —preguntó, incrédulo.

—Se decidió en privado tu destino. El asesinato se clasificó como defensa personal. Estás en libertad.

Desmond tardó unos segundos en reaccionar. Se levantó despacio, como si no creyera del todo la noticia. Afuera, esperándolo, estaba su hermano James.

—¡Des! —exclamó James, abrazándolo fuerte—. Hermano, al fin...

Desmond le devolvió el abrazo, pero su voz temblaba.

—¿Y Skyler? ¿Cómo está...?

James bajó la mirada, su rostro serio.

—Está en cuidados intensivos. Lay-K... le rompió la columna. Pero está estable.

Desmond sintió que el pecho se le comprimía. Tomó a James por los hombros.

—Llévame con ella. Por favor.

James asintió y lo condujo al hospital. El viaje fue silencioso, ambos perdidos en pensamientos demasiado densos para poner en palabras.

Al llegar, Desmond entró apresurado a la habitación. Allí, encamada, estaba Skyler. Pálida. Respirando con dificultad. Pero viva.
Se acercó a ella lentamente, como temiendo quebrarla con solo mirarla.

—¿Cómo te sientes...? —murmuró, tomando su mano con suavidad.

Skyler abrió los ojos, le sonrió con ternura dolorida.

—Mejor... Solo tengo dolor... pero estoy aquí.

En ese momento, el doctor entró. Saludó con una leve inclinación y se aproximó a la cama.

—Vamos a hacer un pequeño chequeo, Skyler. Necesito que me digas si puedes sentir esto —dijo, mientras tocaba sus brazos.

—Sí —respondió Skyler, con un poco más de ánimo.

El doctor asintió y se desplazó hacia sus piernas. Le tocó los muslos.

—¿Y esto?

—No... no siento nada —contestó con un nudo en la garganta.

El médico descendió hasta las patas, acariciando los dedos.

—¿Aquí?

—No... tampoco.

El silencio fue brutal.

—¿Qué está pasando...? —preguntó Skyler con voz temblorosa.

El doctor se enderezó, cruzando los brazos.

—Según los análisis, el golpe en la columna causó daño severo en los nervios inferiores. Skyler... no puedes caminar. La sensibilidad en tus piernas se ha perdido.

Skyler se cubrió la boca con ambas manos. Las lágrimas le brotaron con violencia. Desmond se apresuró a abrazarla. Ella se aferró a su brazo, como si el mundo se le derrumbara y él fuera el último soporte.

El doctor les dio unos minutos antes de añadir:

—Sin embargo, he diseñado una terapia intensiva. Si la sigues al pie de la letra, hay una posibilidad de que puedas volver a caminar... quizás con ayuda de un bastón. Pero no será fácil.

Skyler asintió entre sollozos. El médico se retiró con discreción.

Entonces ella miró a su esposo.

—Desmond... ¿Vas a ayudarme con esto?

Él le limpió una lágrima con el pulgar.

—Por supuesto. En cada paso, aunque ahora los demos lento. No te dejaré. Estoy aquí... para ti. Siempre.

Skyler cerró los ojos con alivio y lo besó.

Dos meses después.

Tras una operación para reconstruir su columna y muchas horas de terapia, Skyler fue dada de alta.
Al llegar a casa, se encontró con una escena que la desbordó.

Antrox, Natally, Isabella, Julian, James, Celia, Danielle, Izobelle y Nami... todos estaban allí, esperándola con sonrisas sinceras, flores, pancartas improvisadas y abrazos sinceros. El aire estaba cargado de emoción y apoyo.

Skyler no pudo contener las lágrimas. Sus ojos buscaron a todos, uno por uno. En ese momento, Scott se le acercó corriendo y la abrazó con fuerza.

—¡Mami!

—Scott... —murmuró ella, abrazándolo con todo su amor.

—Te hice un dibujo —dijo el pequeño, sacando un papel arrugado de su bolsillo.

El dibujo era simple, pero precioso: ellos dos abrazados, con el sol brillando detrás, y un mensaje en letras grandes:
"Te quiero mucho, mami."

Skyler lo miró, y rompió en llanto una vez más.

—Es hermoso, mi amor... lo guardaré para siempre.

Y así, con el apoyo de todos sus seres queridos —que ya no eran solo amigos, sino familia—, Skyler comenzaba una nueva etapa. Dolorosa, sí... pero llena de amor.

CAP 61

A falta de padre

Ya había pasado una semana desde la noche en que Lay-K murió. Desde entonces, todo había cambiado. El hogar que compartían Desmond y Skyler ahora era más silencioso. Más frágil. Aunque el sol infernal aún brillaba con la misma fuerza, dentro de aquella casa la luz parecía distinta.
Desmond pasaba casi todo su tiempo cuidando a Skyler. La rutina había cambiado, pero no la intención. Ahora él era su apoyo, su sostén. Y lo hacía sin reproche. No era culpa. Era amor.

Aquella mañana, como ya era habitual, Desmond entró a la habitación con una taza de té. Skyler estaba sentada a duras penas sobre la cama, los ojos aún somnolientos, pero con una leve sonrisa en los labios.
—Buenos días, mi amor —dijo él, dejando la taza en la mesita—. Hoy toca sesión de estiramientos. ¿Lista para odiarme por media hora?

—Solo si después me das un masaje —respondió Skyler con un tono burlón.
—Trato justo —sonrió Desmond mientras se agachaba a ayudarla—. Vamos, te levantaré.

Con sumo cuidado, deslizó una mano por detrás de su espalda y la otra bajo sus piernas. Skyler se aferró a su cuello, confiando ciegamente, como siempre lo había hecho.
—Eres más fuerte de lo que aparentas, ¿eh? —murmuró ella.

—Y tú más pesada de lo que recordaba —bromeó él con dulzura.
Ambos rieron, aunque en sus miradas aún se notaba el peso de lo vivido.

Justo cuando Desmond la colocaba en la silla de ruedas, el timbre de la puerta sonó.
—¿Esperabas a alguien? —preguntó Skyler.
—No... Pero ya veremos.

Empujando la silla hasta la sala, Desmond fue a abrir la puerta. Era Antrox. Estaba de pie, con su chaqueta oscura y el rostro serio, pero no frío.
—¿Puedo pasar? —preguntó con su habitual voz grave.
—Claro, hermano. Adelante —respondió Desmond, haciéndose a un lado.

Antrox entró con paso firme y al ver a Skyler, suavizó su expresión. Se acercó con respeto, sin hacer movimientos bruscos.
—Hola, Skyler. Vine a ayudarte. Desmond necesita ir a Hellbet a revisar unos asuntos y... bueno, me pidió que te cuidara un rato.

Skyler cerró su libro y lo observó con cierta ternura.
—Está bien... no tengo objeciones. Me agrada la idea de estar bajo la protección del gran Antrox.

Desmond se acercó a ella y le acarició la mejilla.
—La llevaré a tu casa. Así también Scott puede verla. Él ha estado muy preocupado.
—Me hace falta abrazar a ese niño —sonrió Skyler.
—Entonces vamos. Antrox, ¿me ayudas?

Antrox asintió y, sin decir más, se inclinó para tomarla entre sus brazos. Skyler lo rodeó con cuidado por el cuello, confiando en su fuerza.

—¿Estás cómoda? —preguntó él mientras la cargaba.
—Más de lo que parece —respondió ella con una leve carcajada.

Después de un tranquilo viaje por el anillo de la ira, llegaron a la casa de Antrox. Scott y Natally ya los esperaban en la puerta. La joven corrió para ayudar a su padre a colocar a Skyler en la silla de ruedas.
—¡Mamá! —gritó Scott, corriendo a abrazarla con fuerza.
—Hola, mi amor —respondió Skyler, correspondiendo con ternura—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Te has portado bien?

—He estado con mi amiga Ángel —respondió el niño con una sonrisa traviesa.
—¿Una amiga imaginaria? —bromeó Skyler, alzando una ceja.
—¡No es imaginaria! —respondió Scott con orgullo—. ¡Exeliaaa! ¡Ven! Quiero que conozcas a mi mamá.

Desde el marco de la puerta, apareció una figura femenina alta, de cabello rubio claro, piel pálida y alas blancas que apenas rozaban el suelo.
Skyler se quedó helada. Su cuerpo se tensó de inmediato y su rostro palideció.
—¿Qué... qué es esto? —preguntó con voz entrecortada—. ¡Scott, ven aquí ahora mismo!

Scott, confundido, retrocedió.

Antrox se acercó rápidamente y colocó una mano en el hombro de Skyler.
—Tranquila. No es lo que piensas. Ella no es una amenaza. Está con nosotros.

—¡Es un ángel! —exclamó Skyler, sin dejar de mirar a Exelia—. ¡Los conozco bien! ¡Mi familia... ellos...!

—Skyler, por favor, escúchame —insistió Antrox, bajando la voz—. No todos son como los que te lastimaron. Exelia está aquí porque escapó del cielo. No es tu enemiga.

Skyler lo miró con ojos húmedos, luchando contra la mezcla de miedo y confusión.
—¿Escapó del cielo? ¿Y tú... la estás cuidando? ¿Por qué?

—Es una larga historia —respondió él—. Pero confía en mí. Ella... es diferente. No te haría daño.

Exelia, hasta entonces en silencio, se arrodilló lentamente frente a Skyler y bajó la mirada con respeto.
—No vengo a juzgarte, ni a lastimarte. Solo estoy aquí porque este mundo me ha mostrado más bondad que el cielo del que escapé. ¿Estás bien?

Skyler la observó durante unos segundos. La tensión en su rostro no desapareció del todo, pero asintió con lentitud.
—Un gato desquiciado, obsesionado con mi esposo, me rompió la columna vertebral. Y ahora... pues... no puedo caminar por un laaaargo tiempo —dijo con tono sarcástico.

Exelia parpadeó, sorprendida por la franqueza.
—¿Por qué lo dices como si fuera una broma?

—Porque si no lo hago así... todos se entristecen. Y ya hay suficiente dolor en este mundo como para cargar con el mío. Prefiero que me vean sonreír, aunque por dentro esté rota.

Antrox y Natally intercambiaron una mirada silenciosa. Scott se acercó de nuevo y tomó la mano de su madre, como si en su pequeño gesto pudiera aliviar algo del peso.
Exelia sonrió, conmovida.
—Eres más fuerte de lo que aparentas, Skyler. Más de lo que muchos de nosotros podríamos soportar.

Y, por primera vez desde que había visto a Exelia, Skyler esbozó una sonrisa sincera.

Exelia se acercó con delicadeza. Se arrodilló junto a la silla de ruedas donde Skyler reposaba y, con suma suavidad, colocó sus manos sobre los muslos de la demonio. Skyler frunció el ceño, algo confundida por el gesto.

—¿Qué haces? —preguntó con una mezcla de incomodidad y desconfianza.

—No te preocupes —respondió Exelia con voz suave—. Quiero saber exactamente dónde fue que recibiste el daño. Necesito sentir la zona afectada... por si puedo ayudarte.

Skyler entrecerró los ojos, aún dudosa. Su tono se endureció un poco.
—Fue en la parte baja de la columna... justo cerca de la pelvis. Ahí fue donde ese maldito me golpeó.

Exelia asintió con seriedad, su rostro reflejaba una preocupación sincera.

—Entonces necesito acceso a esa área. Antrox —dijo, girando hacia él—, ¿puedes llevarla a mi cama? Allí podré trabajar mejor. Intentaré hacer algo... aunque no puedo prometerte nada.

Antrox asintió sin mediar palabra. Con cuidado, volvió a cargar a Skyler entre sus brazos, como si se tratara de algo frágil que pudiera romperse con el menor movimiento. Skyler le dirigió una mirada algo resignada, aunque en el fondo se notaba el cansancio de tanta impotencia acumulada.

—Esto me hace sentir como una muñeca de trapo —murmuró, en un intento por suavizar el momento.

—Y aún así sigues hablando como una reina —bromeó Antrox con una leve sonrisa, colocándola con cuidado sobre el colchón.

Skyler suspiró, acomodándose con cierta dificultad. Exelia se sentó al borde de la cama y extendió sus manos hacia su cadera. Sus palmas se posaron con cuidado justo donde Skyler había indicado.

Un resplandor dorado y cálido comenzó a emanar de las manos de la ángel. La habitación entera pareció cambiar. El aire se tornó más denso, casi sagrado. Una luz tenue cubrió los muros, como si el propio espacio respetara el momento.

Skyler se tensó de inmediato al sentir la energía fluir en su cuerpo.

—¿Eso es... magia angelical? —preguntó en voz baja, mirando fijamente el techo.

—Sanación... —respondió Exelia, manteniendo la concentración—. Una forma antigua y muy específica. Funciona mejor con heridas del alma, pero en algunos casos puede restaurar tejidos si se conectan con el flujo correcto. Estoy canalizando todo lo que puedo.

—¿Duele? —preguntó Antrox, observando desde la puerta, atento.

—No... —respondió Skyler—. De hecho... es cálido. Como si alguien me abrazara desde adentro.

Exelia no dijo nada. Solo continuó masajeando con precisión quirúrgica, enfocando toda su energía en la zona afectada. Durante varios minutos, el único sonido era el leve murmullo del aura vibrando y la respiración de las tres personas presentes.

Cuando finalmente retiró las manos, la luz desapareció como si nunca hubiera estado. Exelia se limpió el sudor de la frente y suspiró, agotada por el esfuerzo.

—Listo —murmuró—. Intenta mover tus piernas.

Skyler parpadeó, expectante. Por un momento no dijo nada. Cerró los ojos, respiró profundo, y trató de activar cualquier músculo... pero no ocurrió nada. Nada. Sus piernas seguían inmóviles, pesadas como piedras.
El silencio fue inmediato. Skyler tragó saliva y giró la cabeza hacia Exelia.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no siento nada? —preguntó, ya con un tono desesperado.

Exelia bajó la mirada, su rostro mostraba una mezcla de vergüenza y decepción.
—Como lo sospeché... —dijo en voz baja—. Mi poder solo funciona con seres celestiales. No con demonios. Es una limitación que no puedo superar. Lo siento mucho...

Skyler cerró los ojos por unos segundos, apretando los dientes. El dolor de la noticia era evidente... pero no dejó que las lágrimas brotaran.

—Está bien... —susurró—. No te preocupes. Hiciste el intento... y eso ya significa más de lo que crees. Con rehabilitación recuperaré la movilidad. Lo haré por mí... por mi familia.

Exelia la miró, sorprendida por la entereza con la que respondía.

—¿De verdad lo tomas así?

Skyler sonrió con tristeza.
—Toda mi vida me enseñaron a odiarlos. A temerles. Y sin embargo, tú intentaste sanarme... sin pedirme nada a cambio. Creo que eso vale más que cualquier prejuicio aprendido.

Exelia tomó su mano con suavidad.
—Eres más fuerte de lo que imaginas, Skyler. Si alguien puede volver a ponerse de pie, eres tú.

Skyler asintió. Por dentro, le dolía. Mucho. Pero tenía algo que jamás Lay-K pudo destruir: determinación.

Mientras tanto, en el centro del bullicioso anillo de la gula, Desmond se encontraba en su oficina de Hellbet Records, revisando documentos acumulados durante los días que había estado cuidando a Skyler. Las luces tenues de la oficina contrastaban con el constante murmullo que venía de los pasillos del edificio, donde artistas, asistentes y productores iban y venían como hormigas con deadlines.

De pronto, la puerta se abrió con un suave chirrido.

—¿Puedo pasar, jefe? —preguntó una voz dulce pero firme.

Era Cristina, su secretaria. Una sabueso infernal de raza dálmata, con orejas caídas, el pelaje blanco cubierto por manchas negras bien definidas, un vestido formal con detalles rosados y unos lentes grandes que la hacían ver aún más joven de lo que ya era.

—Claro, Cristina —respondió Desmond sin levantar la vista, aunque al oír su voz, una sonrisa se le dibujó en los labios.

Cristina cruzó la oficina caminando con elegancia. Llevaba consigo un portapapeles lleno de reportes, calendarios de eventos y contratos sin firmar. Los dejó sobre el escritorio con suavidad.

—Estos son los documentos pendientes de hoy. El DJ infernal Renox quiere adelantar su álbum para el próximo mes y... —se detuvo un momento al notar el rostro agotado de su jefe—. Pero podemos hablar de eso después. ¿Cómo está Skyler?

Desmond levantó la vista. Sus ojos, aunque más serenos, aún llevaban rastros del cansancio emocional de la última semana.

—Mejorando —respondió con un suspiro—. Le están haciendo rehabilitación intensiva. Ha sido duro, pero está de buen ánimo. Como siempre... sonriendo incluso cuando tiene el alma rota.

Cristina asintió con ternura.

—Eso suena a Skyler. Aún recuerdo cuando pasaba por aquí solo para dejarte el almuerzo. Siempre traía algo diferente, y cuando le decíamos que no tenía que hacerlo, respondía con esa frase suya: "¿Y dejar a mi hombre desnutrido? Jamás."

Desmond se rio con nostalgia.

—Sí... eso es lo que siempre la ha caracterizado. Esa ternura suya... ese empeño por cuidar a los demás. Eso fue lo que me enamoró.

Cristina se acomodó en la silla frente al escritorio, cruzando una pierna sobre la otra.

—Ojalá algún día yo encuentre un amor como ese —comentó, mirando a Desmond con una mezcla de admiración y anhelo.

Desmond le sonrió con dulzura.

—Estás joven, Cristina. Tienes apenas veinte años. Te queda un mundo por delante para vivir, amar y equivocarte. Yo ya voy por los treinta y tres... con esposa, un hijo adoptivo y una vida entera sobre los hombros. Créeme, aún tienes tiempo.

Cristina sonrió divertida.

—Eso suena a que estás más cerca del bastón que de la juventud.

—¡Oye! —rió Desmond—. Que aún tengo energía para irme de fiesta si quiero, ¿eh?

—¿Fiesta? ¿Tú? No te creo.

—Bueno... no muchas. Pero podría intentarlo si la ocasión lo amerita.

Ambos rieron un momento, hasta que Cristina se puso algo más seria.

—Por cierto... mi madre me invitó a cenar esta noche, y dijo que sería bueno que tú vinieras también.

Desmond alzó una ceja, curioso.

—¿Tu madre? ¿Por qué querría cenar conmigo?

—Dice que debo llevar una buena relación con mi jefe o algo así... —respondió en tono burlón—. Pero la verdad creo que solo quiere saber con quién paso tantas horas en la oficina.

Desmond fingió un gesto de escándalo.

—¿Insinúa algo? ¿Cree que tú y yo...?

—¡Ay, no! —rió Cristina tapándose el rostro—. ¡Ni lo menciones, que me da risa! Eres como un hermano mayor gruñón, nada más.

—¿Gruñón? ¡Vas a ver! —bromeó él mientras se levantaba—. Bueno, está bien. Acepto. ¿A qué hora es la cena?

—Hoy en la noche. Te paso a recoger con un taxi. No acepto excusas —dijo señalándolo con el dedo.

Cuando cayó la noche, Desmond salió por la puerta principal de Hellbet Records. Cristina ya lo esperaba en la acera, al lado de un taxi infernal con faros púrpuras y puertas semi-oxidadas.

—¿Listo para conocer a la jefa de la casa? —preguntó ella, abriendo la puerta trasera.

—Demasiado tarde para echarme atrás, ¿no? —dijo Desmond entrando al auto.

Veinte minutos después, el taxi se detuvo frente a una residencia modesta pero acogedora, con una fachada de piedra volcánica decorada con faroles mágicos que daban una tenue luz azulada.

Cristina bajó del taxi, tomó a Desmond del brazo y lo arrastró con energía hacia la puerta. Apenas cruzaron el umbral, gritó:

—¡Ya llegué, mamá!

Desde la cocina, una voz femenina contestó:

—¡Qué bueno, hija! Vengan a la mesa, la comida está servida.

Desmond entró con Cristina hasta el comedor. Allí, una mujer de mediana edad, también dálmata, con gafas cuadradas y un delantal de cocina lleno de manchas de salsa, les sonrió mientras terminaba de servir.

—Un gusto en conocerlo, señor Desmond. Mi nombre es Debbie, soy la madre de Cristina.

—El gusto es mío, señora Debbie —respondió Desmond con una leve reverencia—. Gracias por la invitación.

—¡Nada que agradecer! —exclamó la señora mientras les indicaba las sillas—. Si mi hija va a estar todo el día metida con usted, al menos quiero saber con quién trabaja. Y créame, no me intimido por el nombre Ludendorff, eh.

Cristina soltó una risa escandalosa.

—¡Mamá! No digas eso.

—¿Qué? Solo digo que no porque sea un Ludendorff lo vamos a tratar con guantes. Aquí se le sirve igual que a cualquiera: buena comida y conversación directa.

Desmond sonrió encantado.
—Así me gusta.

Se sentaron a la mesa. La conversación fluyó con naturalidad. Hablaron de política infernal, de música emergente, y de lo decadente que estaba el show de talentos del anillo de la lujuria.

—¡Ese programa es una desgracia! —exclamó Debbie—. Solo gritan, se pelean y luego alguien gana por lástima. ¿Qué pasó con la música de verdad?

—Concuerdo —dijo Desmond, cortando un pedazo de carne—. A veces pienso que el infierno ya no distingue entre artista y payaso.

—¡Por eso me gusta Hellbet! —agregó Cristina—. Porque aquí aún se lucha por el arte con mensaje, no solo por popularidad.

—Y tú, Desmond —preguntó Debbie, curiosa—, ¿cuál es tu artista favorito actual?

—Bueno... —dijo él pensativo—. Supongo que sigo teniendo cariño por nuestras viejas canciones con GAIA, pero últimamente... había algo especial en lo que cantaba Lay-K.

Se detuvo de golpe. El nombre lo descolocó por completo. El silencio cayó por unos segundos.

—Perdón —murmuró—. Fue un acto reflejo. No me acostumbro aún a... todo lo que pasó.

Cristina le tocó suavemente el brazo.

—Está bien. Nadie espera que olvides tan rápido.

Debbie sirvió los platos: arroz blanco, carne de res infernal, frijoles negros, tajadas de plátano y aguacate. Una recreación casi exacta de la bandeja paisa del mundo mortal.

Desmond tomó un trozo de carne, lo probó, y en cuanto el sabor tocó su lengua, sus ojos se iluminaron.

—Esto... esto sabe igual que como cocinaba mi madre. Marta. Dios... hacía años que no probaba algo así.

Cristina sonrió de oreja a oreja.

—¿En serio? ¡Mamá, lo lograste!

—Pues claro, cariño. Las recetas mortales tienen alma. Hay que cocinarlas con amor, no solo con sazón.

Desmond cerró los ojos un momento, saboreando con nostalgia. Por un instante, se sintió niño otra vez. De nuevo en la cocina de su infancia, con Marta cantando bajito.

Desmond se recostó hacia atrás en la silla, dejando los cubiertos con delicadeza sobre el plato vacío.

—Debbie... esto está exquisito. De verdad. Es como si lo hubiera preparado mi propia madre.

La mujer sonrió ampliamente, visiblemente halagada.

—Me alegra tanto escuchar eso. Cocinar es una forma de amor. Si logré recordarte a tu madre, entonces valió la pena cada minuto en la cocina.

Cristina entrecerró los ojos con una sonrisa cómplice.

—Te dije que mi mamá cocina como si te hechizara con sabor. Es una bruja culinaria.

Debbie se rió, sirviéndose una taza de té.

—Bruja no sé, pero con hambre no dejo a nadie. Ahora, ¿quieren café o prefieren seguir platicando un poco más?

—Charlar suena bien —dijo Desmond acomodándose en la silla—. Hace mucho no tenía una noche tan tranquila.

Pasaron más de una hora conversando, contando historias de infancia, anécdotas de Hellbet y hasta teorías conspirativas sobre los íconos musicales del anillo de la lujuria. La conversación era tan fluida que parecía que se conocieran desde hace años.

De pronto, un trueno retumbó en la distancia, y un aguacero brutal comenzó a golpear el techo de la casa con fuerza. El sonido era tan estruendoso que por un momento todos guardaron silencio.

Desmond se acercó a la ventana y observó las calles cubriéndose rápidamente de agua.

—Con este diluvio, dudo que algún taxi quiera recogerme. Parece que el cielo se va a caer en cualquier momento.

—Tienes razón —respondió Cristina, levantándose también—. Esto se ve feo... ¡Ah! Ya sé. Puedes quedarte a dormir aquí esta noche.

Desmond giró lentamente hacia ella.

—¿Dormir aquí? No quiero ser una molestia...

—¿Molestia? ¡Por favor! —intervino Debbie desde la cocina—. Con este clima, salir es un suicidio. Sería irresponsable de mi parte dejarte ir así. Quédate, hijo, no pasa nada.

Desmond asintió, aún algo indeciso.

—Bueno... si ustedes no tienen problema, entonces acepto. Gracias.

Cristina, entusiasmada, tomó su brazo y lo jaló con una mezcla de emoción e impaciencia.

—¡Perfecto! Te muestro mi habitación, ven.

—¡Ey! —exclamó Debbie con picardía—. Pero no vayan a hacer nada raro, ¿eh?

Cristina volteó con una carcajada.

—¡Mamá! Por favor, ¿cómo se te ocurre? No haré nada de lo que tengas que preocuparte... a menos que él me lo pida.

—¡Cristina! —Desmond le lanzó una mirada divertida mientras ella soltaba una carcajada.

—¡Es broma, es broma! Tranquilo, jefe.

Subieron por unas escaleras angostas hasta llegar a una puerta decorada con calcomanías oscuras. Al abrirla, Desmond se detuvo en seco.

—Wow...

La habitación estaba lejos de lo que había imaginado. No era un espacio femenino ni lleno de peluches o flores como quizás esperaba. Las paredes estaban cubiertas de pósters de bandas de rock y metal. System of the Damned, Screapnot, EsteticOz y Queen competían por espacio en las paredes, todos alineados con precisión.

Pero hubo uno que capturó toda su atención. Un póster grande, algo desgastado, colgaba junto a la cama. Era el arte promocional del primer concierto de la banda GAIA. Él, joven, con el cabello más largo; Julian con su guitarra colgando de un hombro, Isabella con su bajo, y Lay-K... antes de que todo se desmoronara.

Desmond se acercó, y sin pensarlo, acarició la superficie del cartel con los dedos. Era como tocar un recuerdo congelado.

—¿Te gusta mi colección? —preguntó Cristina desde la puerta—. Me los traía mi papá cuando viajaba. Ese... el de tu banda, es mi favorito.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Desmond en voz baja—. Esa noche fue una locura. Apenas teníamos experiencia, pero la pasión nos sobraba... Aquellos días con mis amigos... cuando todo parecía eterno.

Cristina se recostó en el marco de la puerta, cruzando los brazos.

—Debieron ser tiempos hermosos. Se nota que extrañas eso.

Desmond asintió, con una sonrisa melancólica.

—Lo fueron. Y sí... lo extraño. A veces me pregunto si algo de ese espíritu sigue vivo en mí.

Cristina se acercó, sin borrar su sonrisa.

—Yo creo que sí. Lo veo cada vez que defiendes una letra con contenido. Cada vez que te niegas a venderte por fama. Ese espíritu aún está ahí.

—Gracias —murmuró él—. Necesitaba oír eso.

Cristina miró la cama.

—Bueno... solo hay una cama. Así que... dormiremos juntos. Espero que no te moleste.

Desmond arqueó una ceja.

—Mientras no hagas nada raro, no hay problema.

—¿Yo? Jamás... —respondió ella con teatral inocencia—. A menos que tú me lo pidas —agregó con una carcajada traviesa—. ¡Bromaaa, tranquilo! No haré nada extraño, lo prometo.

Desmond se quitó los zapatos y se dejó caer en la cama con un suspiro de alivio.

—Dioses... qué día.

Cristina apagó la luz, dejando solo una lámpara tenue encendida. Se acomodó al lado de la pared, dándole su espacio a Desmond.

—Buenas noches, jefe.

—Buenas noches, Cristina... y gracias por todo esto.

—De nada. Me alegra que estés aquí.

El silencio llenó la habitación, solo interrumpido por la lluvia que seguía golpeando el techo con fuerza, como una canción lejana que acompañaba los pensamientos dormidos.

La noche seguía su curso. Afuera, la lluvia continuaba cayendo con insistencia, como si el cielo estuviera llorando por cuenta propia. En el interior del cuarto, las luces tenues y el silencio cálido ofrecían un refugio temporal.

Desmond dormía de lado, con la respiración pausada. Cristina, sin embargo, no podía conciliar el sueño. Su mirada se perdía en el techo mientras abrazaba su almohada, su mente navegando entre recuerdos y sensaciones.

El reloj digital marcó las 12:23 a.m.

—Desmond... —susurró ella, dudando por un momento.

Desmond abrió lentamente los ojos y volteó hacia ella.

—¿Todo bien? —preguntó con voz ronca y suave.

Cristina dudó un poco, pero se incorporó apenas.

—Es algo tonto... perdón si te despierto, pero necesitaba decirlo.

—No es tonto si te preocupa. Dímelo.

Ella respiró profundo. Sus orejas se movieron levemente, como si también temieran hablar.

—Desde que mi padre murió... hace dos años... mi vida no ha sido la misma. Me he sentido... incompleta, como si algo dentro de mí se hubiese apagado. Nadie lo nota porque siempre sonrío, pero por dentro... siempre hay un hueco. —Hizo una pausa, tragando saliva—. Pero desde que empecé a trabajar contigo, sentí algo diferente. Tu forma de hablarme, de aconsejarme, de preocuparte... me recuerdas mucho a él. Y sé que no eres mi padre, pero... siento que... eres como uno para mí.

El silencio se volvió denso, pero no incómodo. Desmond no respondió de inmediato. Se sentó en la cama, apoyando la espalda contra la pared, y la miró con una mezcla de ternura y melancolía.

—Cristina... —dijo al fin, con voz serena—. Entiendo muy bien lo que estás sintiendo. Cuando mi padre fue asesinado por el mandato de Jonh... mi mundo también se quebró. Nada volvió a sentirse igual. Las rimas fueron lo único que me acogió... que me mantuvo cuerdo. Pero ni siquiera la música llenó ese vacío del todo.

Ella bajó la mirada, con los ojos humedecidos.

—Pensé que nadie entendería eso...

Desmond se acercó lentamente y pasó su brazo por detrás de su espalda, atrayéndola con suavidad hacia él.

—Yo te entiendo, Cristina. De verdad. Y si me ves como una figura paterna, entonces no voy a dejarte sola. No mientras esté en este mundo. Te cuidaré, te apoyaré y te querré como un padre. No estás sola.

Cristina rompió en llanto, de manera contenida pero sincera. Hundió la cabeza en el pecho de Desmond, buscando ese calor humano que tanto había extrañado.

—Gracias... gracias, de verdad... —susurraba entre sollozos—. No sabes cuánto significa eso para mí... cuánto necesitaba oírlo...

Desmond acarició suavemente su pelaje, dejándola llorar en silencio.

—Y yo también te quiero, Cristina. Como una hija. Lo digo de corazón.

Ambos permanecieron así, abrazados, compartiendo una herida común que, por primera vez, parecía doler un poco menos. Las palabras ya no eran necesarias. El consuelo estaba en la presencia, en el gesto, en ese silencio que no incomoda, sino que sana.

Y así, sin más, la noche siguió su curso. Afuera la lluvia persistía, pero dentro del cuarto, el tiempo se detuvo para ellos. Dos almas rotas, encontrando un refugio en medio de la tormenta.

CAP 62

Guia para la Redencion

La alarma de Desmond suena a las cinco de la mañana. El pitido insistente corta la calma de la habitación. Desmond se despierta lentamente, entreabriendo los ojos, y se gira hacia su lado derecho. Cristina duerme con una ligera sonrisa en los labios, respirando tranquila. Desmond la observa un instante, como si quisiera memorizar ese gesto de paz, y después se incorpora con cuidado de no despertarla.

Al llegar al borde de la cama, se inclina para ponerse los zapatos. El crujido leve del piso lo hace detenerse, y gira la cabeza para confirmar que Cristina sigue dormida. Respira aliviado, toma su chaqueta del respaldo de la silla y, en silencio, sale de la habitación.

En la sala ya estaba Debbie, con una taza de café en la mano. Ella nota su presencia y sonríe.
—¿Ya te vas? —pregunta con voz suave.
—Sí —responde Desmond, ajustándose la chaqueta—. Debo ir a ver a mi esposa.
Debbie asiente, comprensiva.
—Espero que se mejore pronto... Cristina me contó lo que pasó.
Desmond la mira con gratitud, asintiendo.
—Gracias, de verdad.

Abre la puerta principal y sale. En la calle, la brisa fría lo recibe. Llama un taxi y, al llegar, se sube de inmediato.

—Al anillo de la Furia, a esta dirección —dice, entregando el papel con la ubicación.
—Entendido —responde el taxista, encendiendo el motor.

Durante el viaje, Desmond abre su teléfono y revisa los mensajes. James le había escrito.
"¿Cómo se encuentra Skyler?"
Desmond sonríe apenas y responde:
"Está bien. Hemos estado haciendo las terapias y va mejorando."
Pocos segundos después, James contesta:
"Eso es bueno. Si necesitas algo, dinero, o que yo cuide a Skyler, no dudes en llamarme."
Desmond suspira, agradecido, pero decide no alargar la conversación. Sale del chat y entra en su galería de fotos.

Comienza a deslizar imágenes antiguas: recuerdos, risas, lugares olvidados. Su dedo se detiene al aparecer una vieja fotografía junto a Andrea. La observa en silencio, atrapado en la memoria de los momentos que vivieron en Hellbet, en aquellos estudios musicales que alguna vez fueron su refugio. Un eco de felicidad le golpea el pecho. Después de unos segundos, guarda la foto entre sus favoritas.

Minutos más tarde, el taxi se detiene frente a la casa de Antrox. Desmond paga la tarifa, baja y camina hacia la puerta. Toca el timbre tres veces, como siempre, la señal para que sepan que es él.

La puerta se abre y aparece Natally.
—¡Tío Desmond, qué bueno que has llegado! —exclama, abrazándolo con fuerza.
Él sonríe y le devuelve el gesto.
—Hola, Natally. ¿Cómo está todo?
—Skyler se encuentra bien. Ven, vamos, le dará alegría verte —responde ella, tomándolo de la mano y guiándolo al interior.

Llegan a la habitación de Exelia. Skyler estaba recostada en la cama, con un libro entre las manos, mientras Scott dibujaba en su tableta sentado a su lado. Desmond se acerca en silencio y, con una sonrisa traviesa, cubre los ojos de Skyler con sus manos.

—¿Cómo te fue en Hellbet? —pregunta Skyler, sonriendo, ya sabiendo que era él.
—Bien —responde él—. Cristina me invitó a conocer a su madre.
Skyler asiente, dejando el libro a un lado.
—Cristina es un amor de persona... una sabueso muy educada.
Desmond quita sus manos de su rostro, y Skyler lo mira con ternura. Le toma la cara con ambas manos y lo besa suavemente.

—Conocí a una chica muy especial aquí —dice Skyler, bajando un poco la voz.
Desmond arquea una ceja, intrigado.
—¿Ah, sí? ¿De quién se trata?
—De un ángel —responde ella.

En ese mismo momento, Exelia entra en la habitación. Desmond la mira sorprendido, casi incrédulo.
—¿Un ángel? Pero... ¿qué hace aquí? —pregunta, sin poder ocultar su confusión.
—No lo sé —responde Skyler—. Pero intentó curarme. Aunque no lo logró, me ha estado ayudando con las terapias de hoy.
Desmond se acerca a Exelia, todavía con un gesto de cautela, pero sincero en sus palabras.
—Gracias... gracias por ayudarla.
Exelia le sonríe con serenidad.
—No hay problema. Es un gusto conocerlo, Desmond.

Exelia lo mira de arriba abajo, ladeando la cabeza con curiosidad.
—¿Acaso eres un demonio poderoso? ¿O... un eminente? —pregunta con naturalidad.

Desmond frunce el ceño, desconcertado.
—¿De qué hablas?

—Pues... como te veo con una forma tan humana, pensé que podrías serlo —explica Exelia, arqueando una ceja—. Un demonio poderoso o un eminente, ya sabes, un pecador de alto rango.

Desmond niega con la cabeza, dejando escapar una leve risa irónica.
—No, nada de eso. Soy un Ludendorff.

—Ah, cierto, olvidaba que también existían los Ludendorff —responde Exelia con tono bromista. Luego, poniéndose un poco más seria, añade—: Los Ludendorff fueron de los primeros ángeles que cayeron al infierno después de rebelarse contra Dios. Conservan un poder inmenso en su interior.

—Eso ya lo sé —responde Desmond con un deje de impaciencia.

Exelia levanta una mano para interrumpirlo.
—Déjame terminar. —Su mirada se endurece, como si estuviera recitando una verdad que había repetido muchas veces—. Aquellos ángeles caídos se reprodujeron con demonios. Así fue como su linaje se expandió, aunque el precio fue perder la inmortalidad.

Desmond parpadea, sorprendido.
—Eso... no lo sabía. Pero, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Tiene todo que ver —replica Exelia con firmeza—. Dentro de ti hay un poder capaz de superar incluso al de los Pecados Capitales.

Desmond baja la mirada por un instante, pensativo.
—Lo he sentido... —admite en voz baja—. Cuando estuve con Celia.

Exelia arruga el entrecejo.
—¿Celia? ¿Quién es esa?

—¿Cómo que quién es? —Desmond la mira incrédulo—. La Pecado Capital de la Gula.

La confusión se dibuja en el rostro de Exelia.
—¿La Gula? ¿Estás hablando de... Beelzebub?

Desmond abre los ojos, desconcertado.
—¿Quién?

—Beelzebub —repite Exelia, casi ofendida—. Ese es el verdadero nombre de la Pecado Capital de la Gula.

—Yo... nunca había escuchado ese nombre —murmura Desmond, con un dejo de desconcierto en su voz.

Exelia lo observa fijamente.
—¿Cómo es posible que no lo sepas?

Antes de que pudiera continuar, una voz la interrumpe.
—Basta, Exelia. —Antrox habla con tono grave, cortando el aire como un cuchillo.

Todos lo miran. Exelia frunce el ceño, pero guarda silencio.

—Los demonios comunes —explica Antrox lentamente— no conocen los nombres reales de los Pecados.

Desmond lo mira, confundido.
—¿Qué? No entiendo... ¿Qué significa eso?

Antrox suspira, su expresión se vuelve seria.
—Esa es información que no debería darte. Pero ya que lo sabes... tengo que contártelo.

El silencio se apodera de la habitación mientras Antrox se prepara para revelar la verdad.

Antrox suspira, se acomoda en la silla y baja la mirada un instante. Luego la levanta, sus ojos cargados de un peso antiguo.

—Nací el mismo día que mis hermanos... aunque a veces siento que no debería haber nacido en absoluto. —Hace una pausa, como si buscara las palabras—. Lucifer moldeó a la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la pereza y la envidia con precisión perfecta, con poder y propósito. Y cuando terminó... quedé yo. Lo que sobró. La sobra de la creación.

Se ríe amargamente, negando con la cabeza.
—Nunca tuve un nombre sagrado como ellos. Nunca un poder evidente. Nunca una forma que inspirara terror. Solo fui el recordatorio de que incluso el Orgullo podía equivocarse.

Camina un par de pasos, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.
—Mis hermanos... ellos caminaban con sus nombres verdaderos, tan antiguos que el mismo cielo temía pronunciarlos: Lucifer, Mammon, Asmodeo, Satanás, Belcebú, Belphegor,

Leviatán. —Su voz se quiebra un poco—. Yo los veía inmensos, capaces de quebrar ejércitos, de arrastrar multitudes a la locura con un solo gesto.

Mira a Desmond, como si quisiera que entendiera el peso de lo que cuenta.
—Pero ese era el problema. Su mera presencia destruía a los demonios comunes. Verlos en su forma real era perder la razón. Así que Lucifer, siempre tan altivo, decidió que necesitábamos máscaras. "Seremos símbolos, no monstruos", dijo. Y lo aceptaron.

Hace un gesto con la mano, como enumerando nombres.
—Belcebú se llamó Celia. Mammon se convirtió en Greedon. Leviatán en Invidia. Satanás en Valerio. Asmodeo en Lascivia. Belphegor en Velzaria y, antes de ella, existió Desidia, la antigua Pereza.

Sonríe con ironía.
—Fue un trato sencillo: esconder lo que eran para poder gobernar. Y funcionó. El infierno creció, se organizó, se volvió un reino estable gracias a esas fachadas. Todos los demonios creyeron que esos eran sus verdaderos nombres... y nadie jamás volvió a ver lo que realmente eran. Nadie, excepto yo.

Guarda silencio unos segundos antes de continuar.
—Yo no tuve ese privilegio. No tuve un nombre que ocultar, ni un poder que disfrazar. No fui respetado ni temido. Fui rechazado desde el principio. Lucifer me apartó como quien barre cenizas de la mesa, y mis hermanos... —aprieta la mandíbula— me trataron como un error que ensuciaba su perfección.

Se suaviza un poco, con una media sonrisa.
—Todos menos tres. Celia siempre me habló con ternura, como si nunca hubiera dudado de que yo era uno de ellos. Lascivia, con el tiempo, aprendió a valorarme, a verme más allá de mi torpeza. Y Desidia... —hace una pausa, bajando la voz— ella me quiso de verdad. Pero estaba condenada a callarlo, porque Lucifer y mis hermanos le ordenaron odiarme. Y obedeció.

Se lleva una mano a la sien, suspira, y vuelve a hablar.
—Mi mente nunca funcionó como la de ellos. Era dispersa, inquieta, a veces infantil. Lo que los mortales llaman TDAH y autismo... aquí solo fue motivo de burla. Me llamaban inmaduro, tonto, inútil. Y como no podían matarme, me dieron un trabajo que consideraban indigno: cuidar de los sabuesos infernales, cuando no eran más que bestias sin conciencia.

Se queda mirando al vacío, como recordando siglos de soledad.
—Lo que ellos nunca entendieron... es que ese trabajo se convirtió en mi vida. Mientras ellos jugaban a ser dioses disfrazados, yo me quedé con los sabuesos. Vi su evolución, su despertar, su lucha por dejar de ser bestias y convertirse en personas. Yo los cuidé, los guié, los empujé a creer en sí mismos. Les di lo único que yo nunca tuve: identidad.

Sus ojos se humedecen, aunque sonríe con orgullo.
—Hoy, cada derecho que los sabuesos poseen, cada paso que dan como iguales... lleva un poco de mí en sus huellas.

Finalmente, se deja caer en la silla, exhausto, como si liberar esas palabras le hubiera costado una eternidad.
—Mis hermanos gobernaron a través de máscaras. Yo goberné desde la sombra, sin quererlo. Y aunque sigo siendo lo que sobró, el error de Lucifer... aprendí algo que ellos jamás entendieron. —Lo dice despacio, mirando a Desmond a los ojos—: incluso las sobras pueden alimentar un mundo entero.

Desmond respira hondo, aún procesando lo que Antrox le había contado.
—Tu historia... ya la sabía —dice serio—. Pero esta información es demasiado importante. Literalmente... podría desestabilizar el infierno por completo.

Antrox se inclina hacia él y coloca ambas manos sobre sus hombros, con un gesto grave.
—Prométeme que no harás nada malo con esto, Desmond. —Sus ojos arden de una seriedad inusual—. Te lo confié porque vi en ti alguien distinto. Si esta verdad sale... Ghost saldrá a buscar un responsable.

Desmond asiente, mirándolo fijo.
—No te preocupes. No lo contaré.

El ambiente se relaja con el paso de los minutos. Desmond, Antrox, Exelia y Scott se encuentran sentados en el sillón, conversando en voz baja. Pero de pronto, un estruendo sacude la casa: la puerta se rompe en mil astillas.

—¡¿Qué demonios...?! —gruñe Antrox, poniéndose de pie de inmediato.

Antes de que pudiera reaccionar, en un parpadeo una daga celestial surca el aire directo hacia él. Antrox alza la mano y la atrapa por el filo. El acero sagrado chisporrotea en su piel, a centímetros de su rostro.

—Tss... casi me da —murmura entre dientes, arrojando la daga al suelo.

Exelia palidece al ver el arma. Se esconde detrás del sillón, temblando.
—No... —susurra—. Sé lo que significa... han venido por mí.

Desmond, con reflejos tensos, saca una navaja de su chaqueta. Pero antes de que pueda moverse, un ángel se abalanza sobre él y lo aplasta contra el sofá, colocando un pie en su pecho y presionando con brutalidad.

—¡Ahh! —gruñe Desmond, intentando liberarse.

Desde el umbral, una figura imponente entra caminando con calma. Sus alas resplandecen en un brillo gélido, y sus pasos resuenan con autoridad.

—Saludos —dice con voz firme, cargada de arrogancia—.

Antrox lo reconoce al instante y frunce el ceño.
—Ángeles... ¿qué mierda quieren aquí? ¿Tienen permiso de Lucifer para entrar a mi casa?

Zakariel sonríe con fría altivez, ignorando la pregunta unos segundos mientras observa el lugar con ojos calculadores.
—Estoy buscando a un ángel que escapó del cielo —responde al fin—. Y sospecho que se esconde aquí. Si no me dicen dónde está... los mataré a todos.

Antrox se adelanta un paso, con el puño cerrado.
—Eso va en contra de las reglas. Ustedes no pueden actuar en el infierno sin permiso de Lucifer.

Zakariel lo mira con desdén.
—No me importa en lo absoluto. Tengo autorización directa de Seraphiel. Y no descansaré hasta encontrarla.

En ese momento, otro ángel aparece desde la habitación de Exelia. Arrastra a Skyler, sujetándola por el cuello como si fuera un objeto.
—Encontramos a esta sabueso infernal —dice con burla—. Es inválida, ¿qué hacemos con ella, Zakariel? No podemos dejar testigos de que estuvimos aquí. —Le da un vistazo despectivo y añade con crueldad—. Parece una muñequita de trapo.

Zakariel no duda en dar la orden.
—Mátala. Igual es solo una sabueso. A nadie le importa.

El ángel levanta la espada y la coloca frente al pecho de Skyler. Ella aprieta los dientes, paralizada, luchando por respirar.

—¡No! —ruge Desmond. Con un esfuerzo descomunal, logra zafarse de la presión del ángel que lo sujetaba y se lanza hacia Skyler.

El filo desciende con violencia. Y Desmond se interpone, recibiendo de lleno la puñalada.

El impacto resuena como un eco mortal en la habitación.

Un grito desgarrador rompe el aire cuando Desmond recibe la herida. Cae al suelo con violencia, sus manos intentando contener la hemorragia. De la herida brota una sangre amarilla, de un tono apagado, que empapa sus dedos.

El ángel que lo había herido observa la sangre y se queda inmóvil, con el rostro descompuesto. Suelta a Skyler de inmediato y retrocede, aterrado.

—¿Qué... qué es esto? —murmura, con la voz quebrada.

—¿Qué pasa? —pregunta Zakariel con dureza.

El ángel, aún temblando, señala a Desmond.
—Mira... mira su sangre.

Zakariel enfoca la vista, y su expresión cambia al instante, helándose.
—No puede ser... —susurra—. Un Ludendorff.

El silencio pesa como plomo. Zakariel se gira hacia su subordinado con furia.
—¿Qué has hecho?

—¡Él fue quien se atravesó! —se defiende el ángel, levantando las manos—. Yo no lo ataqué... ¡él se interpuso!

Zakariel gruñe, apretando los dientes.
—¡Idiota! ¡Sabes que no podemos tocar a los Ludendorff! ¡Las consecuencias serían terribles para todos nosotros!

Los ángeles comienzan a retroceder, nerviosos. Uno a uno intentan abrir camino hacia la salida.

—¡No! —ruge Antrox, adelantándose. Con un movimiento brutal, atrapa el brazo de Zakariel y lo aprieta con tanta fuerza que casi lo parte en dos.

La sala se estremece con la presencia de Antrox. Su mirada cambia: ya no es el hombre inmaduro ni el tonto al que solían ver. Sus ojos son cortantes, severos, como si atravesaran el alma de Zakariel.

—¡Atáquenlo! ¡Ahora mismo! —ordena Zakariel a sus compañeros.

Pero cuando mira a su alrededor, descubre la verdad: los demás ya lo habían abandonado.

Antrox sonríe con una mueca oscura y lo arroja al suelo. Se abalanza sobre él y descarga un puñetazo en su rostro.
¡CRACK!
Otro golpe.
¡CRACK!
Otro más.
¡CRACK!
Los impactos son tan violentos que el escudo celestial, la protección divina que mantenía a los ángeles a salvo de los demonios comunes, se resquebraja y se rompe en pedazos invisibles.

—¡Antrox, basta! —grita Exelia, saliendo de su escondite. Corre hacia él y coloca sus manos en su hombro, tratando de detenerlo—. ¡Déjalo! ¡No vale la pena!

Antrox respira agitado, con los puños aún ensangrentados, pero finalmente se detiene.

Zakariel, tambaleándose, se incorpora con dificultad. Tiene el rostro destrozado, la mirada llena de odio. Señala a Exelia y a Antrox con rabia.
—Esto... no va a quedar así. Le diré a Seraphiel que estás aquí. Le contaré tu ubicación exacta. Ella bajará... y terminará lo que yo no pude.

Exelia da un paso al frente, con voz firme y desafiante.
—Hazlo... y tu equipo será destruido. ¿O acaso olvidaste que los Ludendorff aún tienen conexiones con el cielo? ¿Que la hermana del que heriste... es la reina? Créeme, Zakariel: ellos se enterarán. Y cuando lo hagan, no habrá salvación para ninguno de ustedes.

El ángel la observa con odio silencioso. Su labio tiembla antes de escupir las palabras.
—Ojalá te pudras en este infierno. Disfruta tu inmortalidad mientras puedas, Exelia.

Con un movimiento brusco, abre un portal luminoso detrás de él. Las luces celestiales lo envuelven y, sin mirar atrás, Zakariel cruza y desaparece en el resplandor.

El silencio que queda tras su partida es más pesado que cualquier batalla.

Exelia corre hacia Desmond con desesperación, se arrodilla junto a él y lo toma de la cara, sacudiéndolo.
—¡Desmond! ¡Respóndeme, por favor! —grita con la voz quebrada.

No hay respuesta. Su pecho no se mueve. Su corazón no late.

Antrox se lanza al suelo junto a él, con los ojos desorbitados.
—¡DESMOND! —ruge con furia y dolor—. ¡RESPONDE, HERMANO, NO NOS DEJES!

Scott, que se había mantenido escondido bajo el sillón, sale temblando. Al ver a Desmond inmóvil, rompe en llanto, cubriéndose el rostro con las manos.
—No... no... no puede ser...

Skyler se arrastra lentamente hacia el cuerpo de su esposo, sus lágrimas cayendo sin control sobre su piel fría.
—¡Desmond! ¡No me hagas esto! ¡Desmond, por favor!

—¡Aléjense! —ordena Exelia, con voz firme y decidida.

Antrox, aunque le cuesta, toma a Skyler y la aparta con cuidado pero con fuerza.
—Déjala trabajar... —murmura con un hilo de voz.

Scott también obedece y retrocede, sollozando.

Exelia se arrodilla de nuevo junto al cuerpo sin vida. Pone ambas manos sobre la herida mortal y cierra los ojos.
—No me falles ahora... —susurra.

De sus palmas brota una luz intensa, cálida y cegadora, que envuelve todo el salón. Su magia se canaliza con cada respiración, con cada palabra que no llega a pronunciar. Una hora entera pasa en un silencio interrumpido solo por el resplandor.

Y entonces, un jadeo rompe el aire.

—¡Ahhh! —Desmond respira de golpe, su pecho se alza con fuerza, sus ojos se abren agitados.

Skyler, Scott y Antrox se quedan petrificados, sin poder creer lo que ven. El shock dura apenas unos segundos antes de que todos se lancen sobre él en un abrazo desesperado, llorando y riendo a la vez.

Exelia sonríe débilmente desde el suelo.
—Lo logramos... —susurra, antes de desplomarse sin fuerzas.

Cuando abre los ojos, Exelia está en su cama. Scott duerme rendido a su lado, mientras Desmond permanece sentado junto a ella, vigilante.

—¿Cómo estás? —pregunta ella, con voz débil.

Desmond sonríe cansado.
—Bien. Gracias a ti. Tú me salvaste.

Exelia parpadea, sorprendida.
—¿Cuánto tiempo estuve dormida?

—Dos días. —Desmond se pasa una mano por el rostro—. Te desmayaste del agotamiento.

Se sienta en el borde de la cama, pensativo.
—Exelia... cuando estuve muerto, lo vi. Vi el cielo. Y vi a mi madre, Marta. Pero... no podía verme. ¿Qué hacía ella allá arriba, si era un demonio?

Exelia respira hondo, buscando las palabras.
—Si los demonios o pecadores buscan redención... o viven sus vidas sin pecado, al morir ascienden al cielo como un ser celestial muy raro. Los llaman Luminarcas.

Los ojos de Desmond brillan de esperanza.
—¿Entonces... de alguna forma puedo ir al cielo sin morir?

Exelia niega suavemente con la cabeza.
—No hay una manera directa. Azrael siempre protege el límite entre el cielo y el infierno. Pero... existe un punto ciego. Los que aquí llaman "Iconos" pueden entrar al cielo a realizar sus actos sin que él se dé cuenta. La única manera de que tú entres... es volviéndote un Icono.

Desmond baja la mirada, pensativo.
—Elias me había dicho lo mismo... hace cinco años, en ese parque. Y ahora tú lo confirmas.

Se levanta de golpe, con los ojos decididos.
Exelia lo mira con preocupación.
—¿Qué piensas hacer?

—Me volveré un Icono. —Su voz es firme, cortante.

—¿Y cómo piensas lograrlo? —pregunta ella, alarmada.

Desmond se encamina hacia la puerta, sin detenerse.
—Iré al anillo del Orgullo... y enfrentaré a M&M.

Exelia lo observa alejarse, con el corazón encogido.
Él sale decidido, sabiendo que su próximo paso para ver a su madre está más cerca de lo que imaginaba. Lo que no sabe... es que aquello que ve como una oportunidad... será lo mismo que lo condenará.

CAP 63

La Voz Perdida

Después de un mes de haber anunciado que pelearía contra M&M, Desmond se encontraba en su casa empacando ropa y cosas personales en una maleta. El silencio de la habitación solo era interrumpido por el sonido de las cremalleras y el leve crujir de la tela.

Antrox estaba recostado en el marco de la puerta, observándolo con los brazos cruzados y una media sonrisa.

—¿De verdad estás preparado para esto? —preguntó con un tono serio poco común en él—. Por el tiempo que administré Hellbet, sé muy bien quién es M&M. No suele mostrar compasión contra sus rivales... y no lo olvides, es un Eminente. Su poder no es algo que puedas tomar a la ligera.

Desmond detuvo sus manos un segundo, apretando la ropa que sostenía. Lo miró por encima del hombro.

—Lo sé, Antrox. —Su voz era firme, aunque en sus ojos brillaba una chispa de duda—. Ya lo enfrenté una vez y perdí. Pero no pienso retroceder. Esta vez ganaré... porque no voy a dejar que nada me quite mi sueño de volverme un Icono.

Antrox alzó una ceja y bufó una risa breve.

—Eres un necio... pero un necio valiente. —Se apartó del marco y caminó hacia él—. Te deseo suerte, hermano.

—Gracias. —Desmond cerró la maleta y la levantó—. No pienso perder.

Un rato después, el sonido de un claxon rompió la calma. El taxi lo esperaba afuera. Desmond arrastró su maleta hasta la puerta. Antrox lo siguió y, antes de que subiera, se inclinó por la ventana y le entregó un colgante con forma de pentagrama.

Desmond lo sostuvo con extrañeza.

—¿Y esto para qué?

—Eso te protegerá —explicó Antrox, con un gesto serio, casi paternal—. Sé que M&M juega sucio. Con este amuleto, al menos no podrá usar sus trucos más bajos contra ti.

Desmond lo miró en silencio unos segundos. Sonrió, se lo colgó al cuello y asintió.

—Gracias, Antrox. Esto me servirá.

—Ve y haz que valga la pena —dijo su amigo, dándole unas palmadas en el hombro antes de apartarse.

El taxi arrancó, dejando atrás la casa. Durante el trayecto, Desmond se concentró en su libreta. Escribía y tachaba versos una y otra vez, murmurando en voz baja, armando respuestas que podrían derribar a M&M en pleno enfrentamiento.

Después de un rato, guardó la libreta y sacó su teléfono. Abrió la galería de fotos del año 2015. Una sucesión de recuerdos lo golpeó: su madre Marta sonriendo en la cocina, abrazándolo en su cumpleaños, las tardes en el parque. Cada imagen era un cuchillo envuelto en nostalgia.

—Perdóname, mamá... —susurró, tocando la pantalla—. No pude salvarte...

El nudo en su garganta lo acompañó hasta que el taxi se detuvo. Habían llegado al Anillo del Orgullo.

Pagó la tarifa y descendió, sorprendido de inmediato. Este anillo no era caótico ni peligroso como los demás. Al contrario: era inquietantemente humano.

Las calles estaban limpias, las paredes sin un solo grafiti, los edificios erguían elegantes y oscuros, impecables. Pecadores caminaban erguidos, con sus ropas cuidadas y semblantes altivos. Los sabuesos infernales de este anillo no eran bestias de guerra ni guardias violentos, sino funcionarios del gobierno, uniformados y disciplinados.

Un par de sabuesos se le acercaron al verlo caminar.

—Documentos, por favor. —La voz era cortés, pero cargada de autoridad.

Desmond los entregó sin decir nada. Los sabuesos revisaron cada detalle con meticulosidad, hasta que uno levantó la vista y, al leer el apellido, se irguió un poco más.

—Un Ludendorff... —dijo en voz baja, y luego, en un tono respetuoso—. Puede pasar, su majestad.

Desmond arqueó una ceja, sorprendido. "Majestad". Muy pocos lo llamaban así. Pero decidió dejarlo pasar, tomó sus documentos y siguió su camino.

Al llegar a la plaza mayor, lo recibió la imponente estatua de Lucifer: de pie, con una espada clavada en el suelo, utilizándola como soporte, como si descansara después de la guerra. La mirada pétrea parecía atravesar a cualquiera que la contemplara.

Desmond se quedó un momento frente a ella, y, con una mezcla de respeto y desafío en el pecho, sacó su teléfono y se tomó una foto junto a la estatua.

Finalmente, se dirigió al hotel que Antrox le había recomendado. El lugar era amplio, con muebles de cuero negro y un estilo minimalista, elegante en su simpleza. Caminó hacia la recepción, donde una pecadora lo atendió.

Ella parecía humana, casi normal, salvo por unos ojos de un intenso color ámbar y símbolos finamente grabados en su piel, que brillaban como tatuajes vivos.

—Bienvenido al Orgullo, señor —dijo con una sonrisa elegante—. ¿Desea una habitación?

Desmond asintió, pensando en lo diferente que era este anillo... y en lo que le esperaba.

Desmond se acercó a la recepción. La mujer que lo atendía era mayor, de cabello gris recogido en un moño impecable, pero con un porte tan elegante que incluso sus arrugas parecían parte de su belleza.

—Buenas noches —dijo Desmond, con voz algo cansada—. Una habitación simple, por favor.

La recepcionista sonrió con amabilidad y extendió la mano.
—Claro, señor. ¿Me permite su documento de identidad?

Desmond rebuscó en su chaqueta, lo entregó y esperó mientras ella lo examinaba. Cuando leyó el nombre, sus cejas se arquearon.

—¿Un... Ludendorff? —su tono cambió de inmediato a una mezcla de respeto y solemnidad—. Señor, los Ludendorff no pagan. Son parte de la realeza.

Desmond suspiró, cruzando los brazos.
—Agradezco el gesto, pero insisto en pagar. No quiero privilegios.

La recepcionista negó suavemente con la cabeza, deslizando el documento de regreso.
—Me temo que no puedo aceptarlo. Está en las reglas: un Ludendorff siempre es huésped de honor. Aquí no paga.

—... —Desmond la observó un instante, luego bajó la mirada y cedió con una media sonrisa resignada—. Está bien.

La mujer le entregó una llave dorada, con el número grabado en relieve.
—Su habitación está en el tercer piso, al final del pasillo. Disfrute su estancia, su majestad.

Desmond apretó los labios, incómodo con el título, pero no dijo nada. Subió, abrió la puerta y se encontró con un espacio lujoso: cama amplia, televisor de pantalla plana, cocina moderna, baño espacioso.

—Vaya... nada mal. —suspiró, dejándose caer de espaldas en la cama.

Un grito breve de descanso escapó de su garganta y, sin proponérselo, se quedó dormido de inmediato.

El sonido de la alarma a las 5:00 am lo arrancó del sueño. Desmond gruñó, apagó el despertador y se frotó los ojos. Seguía con la misma ropa del día anterior. Se desvistió y caminó hasta el baño.

La tina lo recibió con agua caliente que envolvía su cuerpo cansado. Cerró los ojos, recostó la cabeza y dejó que el vapor lo relajara.

—Hacía mucho que no tenía algo así... —murmuró. El lujo le recordaba al palacio Ludendorff, aunque Izobelle siempre se encargaba de regular cada exceso.

Se lavó el cabello y luego, frente al espejo, notó su barba descuidada. Tomó la máquina de afeitar y empezó a rasurarse, dejando su rostro limpio, salvo por la barbilla.

—Mucho mejor... —dijo, tocándose el mentón.

El reflejo también le mostró su cabello demasiado largo.
—Sí, esto necesita un corte.

Se vistió con unas botas, pantalón ajustado, pulseras punk y una camiseta de EzteticOz. Caminó por los pasillos del hotel hasta la salida principal y salió a las calles del Anillo.

Después de revisar en su teléfono, encontró una barbería cercana: DemonBarber. El nombre no era muy original, pero las reseñas lo habían convencido.

Al entrar, notó que el lugar estaba vacío. Apenas eran las 7 de la mañana. Un pecador fornido y de baja estatura salió desde el fondo, secándose las manos con una toalla.

Al verlo, sus ojos se abrieron con sorpresa.
—Un Ludendorff... —dijo con voz grave, para luego esbozar una sonrisa—. Su majestad, ¿qué se le ofrece?

Desmond levantó una mano con un gesto despreocupado.
—Solo quiero un corte de pelo.

El barbero asintió con entusiasmo.
—Por supuesto. ¿Qué estilo busca?

Desmond encogió los hombros, sentándose en la silla.
—No lo sé. Haz lo que quieras. Confío en tus habilidades.

El pecador rió por lo bajo mientras acomodaba la capa sobre sus hombros.
—Con que confía en mí... eso me gusta. —Prendió la máquina y empezó a trabajar—. Pero dígame, majestad, ¿qué hace un Ludendorff en este anillo? No es normal verlos por aquí.

—Estoy buscando a M&M —respondió Desmond, con un tono seco pero firme—. Voy a enfrentarlo... y esta vez pienso ganarle. Quiero convertirme en Icono.

El barbero se detuvo por un segundo, levantando la vista incrédulo.
—¿M&M? ¿Sabe lo que dice? Nadie ha podido vencerlo en más de cuarenta años. Es prácticamente imposible.

Desmond lo miró por el espejo, sin apartar la vista.
—Lo sé. Lo enfrenté cuando tenía diecinueve años. Y perdí.

El pecador abrió más los ojos, intrigado.
—¿De veras? —su tono cambió a curiosidad genuina—. Pues entonces cuénteme... ¿cómo fue?

Desmond respiró hondo, cerró los ojos un instante y comenzó a narrar.

Hace 17 años.

Desmond estaba en la casa que compartía con su hermano James y Skyler. Él y Skyler estaban tomados de la mano, y James, al verlos, arqueó una ceja con una sonrisa pícara.

—Vaya, vaya... —dijo James—. Así que ya se hicieron novios, ¿eh?

Skyler apretó la mano de Desmond y sonrió tiernamente.
—Sí. Ya por fin decidimos andar.

James cruzó los brazos, fingiendo un aire solemne.
—Me alegra. De verdad me alegra que mi hermano al fin salga de esa burbuja en la que se metió desde que mamá murió.

Desmond lo miró serio, pero no con enojo, sino con madurez.
—¿Encerrarme? ¿Para qué? Sé que eso no me va a servir de nada.

James soltó un suspiro de alivio y dio media vuelta.
—Bien dicho. En fin, iré a preparar algo de comer. Los dejo a solas.

Cuando James se perdió por el pasillo, Desmond se volvió hacia Skyler, apretando un poco más su mano.

—Escucha... hay una batalla de rap clandestina en una fábrica abandonada. Va a estar M&M, y puede que sea mi oportunidad. Si le gano... podría volverme famoso.

Sus ojos brillaban con ambición, pero Skyler ladeó la cabeza, con voz suave.
—Está bien soñar en alto, Desmond. Pero ten cuidado. A veces dejarse llevar demasiado... puede ser peligroso.

Él sonrió con confianza, intentando tranquilizarla.
—No te preocupes, no tengo nada que temer.

Skyler le acarició la mejilla con ternura.
—Entonces te acompaño. No voy a dejar que te lances solo.

Unas horas después, ambos llegaron a la fábrica abandonada. Los pasillos oscuros resonaban con el eco de sus pasos, hasta que comenzaron a escuchar voces lejanas, fuertes, mezcladas con risas y gritos.

—Por aquí —murmuró Desmond, apretando la mano de Skyler.

Siguieron el ruido hasta un escenario improvisado: un círculo de demonios rodeaba a dos figuras. Uno de ellos, un demonio cualquiera, rapeaba con esfuerzo contra M&M.

M&M era inconfundible: cabello rubio perfectamente peinado, gafas negras que ocultaban su mirada y un traje negro elegante. Pero lo más intimidante era su voz. Cada verso que lanzaba caía como un martillazo.

—¡Booom! —gritó alguien del público cuando M&M cerró una rima demoledora.

El demonio rival quedó destrozado, humillado entre los abucheos.

Desmond dio un paso adelante y levantó la voz.
—¡Yo te reto, M&M!

El silencio se apoderó de la sala. M&M se giró lentamente hacia él y empezó a reírse con desdén.
—¿Tú? ¿Un mocoso como tú cree que puede conmigo?

Desmond apretó los puños.
—Deja de hablar y pon la pista. Voy a destruirte.

El público rugió con gritos y silbidos. M&M lo observó unos segundos, luego sonrió con cierta diversión.
—Me gusta tu determinación. Está bien, chico. Enséñame lo que sabes hacer.

La pista comenzó a sonar. Desmond tomó aire y soltó versos rápidos, potentes, con una velocidad sorprendente. Algunos demonios del público abrieron los ojos con asombro.

—¡Ese chico va duro! —murmuraron.

Pero M&M ni se inmutó. Cuando llegó su turno, respondió con la misma velocidad, pero sus letras eran pesadas, profundas, cada palabra golpeaba más fuerte que la anterior.

El público gritaba su nombre:
—¡M&M! ¡M&M!

Desmond trató de recomponerse. Bajó la velocidad de sus rimas, buscando un ritmo más seguro, pero el público perdió interés. Y entonces M&M remató con un aluvión de versos tan rápidos y demoledores que rompieron por completo el ego de Desmond.

Él sintió las lágrimas subiendo, impotente. Lo había subestimado.

M&M se acercó, inclinándose sobre él. Su voz fue un cuchillo.
—Escucha bien, mocoso. Si vuelves a retarme... y pierdes otra vez... te arrancaré del alma tu voz. No tendré piedad.

Desmond se heló al instante. El miedo lo paralizó. Y sin más, giró sobre sus talones y salió corriendo, dejando atrás el eco de las risas y el rugido del público.

Así terminó su historia.

Volviendo a la actualidad, el barbero terminó de perfilar con precisión los últimos mechones y, mientras limpiaba sus manos, miró a Desmond con seriedad.

—Deberías tener cuidado con M&M —dijo en tono grave—. Si ya te tiene fichado... no tendrá piedad contigo.

Desmond sonrió con un dejo de ironía y sacó el colgante de su bolsillo, mostrándoselo.
—No tengo de qué preocuparme. Tengo esto.

El barbero entrecerró los ojos al verlo.
—¿Y de dónde sacaste ese colgante? —preguntó, intrigado.

—Me lo dio un buen amigo. —respondió Desmond con firmeza, guardándolo de nuevo.

El barbero lo observó unos segundos más, como si quisiera decir algo, pero finalmente negó con la cabeza y se limitó a sonreír.
—No haré preguntas. El corte está terminado.

Desmond se giró hacia el espejo. La imagen que lo devolvía era impactante: un corte limpio, elegante y feroz al mismo tiempo.
—Vaya... es perfecto —dijo, pasándose la mano por el cabello recién peinado—. ¿Cuánto es?

El barbero negó con la mano.
—Nada. No tienes que pagarme, majestad.

—Insisto, al menos...

—Nada. —lo interrumpió con firmeza—. Considéralo un regalo.

Desmond suspiró, rendido.
—Gracias, de verdad.

Antes de que cruzara la puerta, el barbero lo llamó.
—Oye... —dijo con una leve sonrisa—. Suerte ahí afuera.

Desmond levantó la mano a modo de despedida y salió.

El aire fresco de las calles lo recibió, y de pronto, su estómago gruñó.
—Genial... hambre. —murmuró.

Caminó hacia una cafetería cercana en la plaza. El lugar tenía un ambiente cálido, con mesas de madera pulida y un aroma a café recién molido que impregnaba el aire. Se sentó en una mesa junto a la ventana.

Un chico de cabello largo y liso, de porte delicado, se acercó con una libreta en mano.
—¿Qué desea comer? —preguntó con voz suave.

—Un sándwich... y un café. —respondió Desmond.

El chico asintió con una sonrisa, pero antes de girarse dijo sin pudor:
—Es muy guapo.

Desmond arqueó una ceja y sonrió de vuelta.
—Gracias. Tú también lo eres.

El chico bajó la mirada, sonrojado, y se fue.

Al cabo de unos minutos, volvió con el pedido.
—Aquí tiene. —dijo dejando la bandeja sobre la mesa—. ¿Puedo sentarme?

Desmond dudó un momento, pero luego asintió.
—Claro, adelante.

El chico se sentó frente a él, apoyando los codos sobre la mesa con cierta emoción contenida.
—¿Es usted... Desmond Lebrosky? El cantante de Gaia.

Desmond parpadeó sorprendido y asintió con una leve sonrisa.
—Sí... ese fui yo.

Los ojos del chico brillaron.
—Soy fanático de sus covers. Siempre esperé una canción original, pero nunca la sacaron... y luego la banda se disolvió.

Desmond bajó la mirada hacia su café, removiéndolo con lentitud.
—Por la violencia de aquellos tiempos, desde el suceso de Desidia... no tuvimos más opción

que disolverla. —hizo una pausa y lo miró de nuevo—. Pero ahora... estoy intentando armarla otra vez.

El chico abrió los ojos con entusiasmo.
—¿De verdad? Eso sería increíble. La banda no era solo música, era un movimiento. Algo que nos hacía sentir parte de algo grande.

Desmond sonrió con un dejo de nostalgia.
—Ese siempre fue el propósito.

Un grito interrumpió la conversación.
—¡ALEX! ¡Deja de flojear y ponte a trabajar!

El chico se sobresaltó, poniéndose de pie de inmediato.
—Lo siento... parece que ese soy yo.

Desmond lo miró con una sonrisa leve.
—Nos vemos, Alex.

Alex se despidió con una reverencia rápida y desapareció hacia la cocina. Desmond terminó su comida en silencio, reflexionando, y luego se levantó para pagar la cuenta antes de marcharse.

Desmond empezó a caminar por la plaza hasta sentarse en un banco. El ambiente era tranquilo, casi demasiado para el anillo del Orgullo. Mientras observaba a la gente pasar, sintió la vibración de su celular en el bolsillo.

—¿Quién será ahora...? —murmuró al sacarlo.

En la pantalla apareció un nombre que lo hizo sonreír de inmediato: Skyler. Contestó sin dudar.
—Hola, amor.

—Hola, amor —respondió la voz cálida de Skyler al otro lado—. ¿Cómo te está yendo por allá?

Desmond suspiró, dejando que su tensión se aligerara un poco.
—Bien, va todo bien. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor —dijo ella con suavidad—. Exelia me ha estado cuidando.

Desmond sonrió con alivio.
—Eso me tranquiliza. Ella sabe cómo tratarte. Antrox a veces es... demasiado brusco, no sabe medir su fuerza.

Skyler soltó una risa ligera.
—Sí, pero tiene buen corazón. Aunque prefiero las manos suaves de Exelia.

Desmond se rió también.
—Lo sé. Te amo, Skyler.

—Yo también te amo, Desmond. —su voz bajó un poco, como si quisiera que esas palabras se quedaran grabadas—. Mucho más de lo que imaginas.

—Lo sé —dijo él en un susurro, antes de colgar.

Se quedó un instante mirando el celular, como si no quisiera soltar la sensación de tenerla cerca. Luego lo guardó, notando que el sol ya comenzaba a caer y que se le hacía tarde.

Desmond caminó hasta el hotel. El pasillo estaba silencioso cuando subió las escaleras, pero al girar la esquina se topó con alguien conocido.

—¿Alex? —preguntó sorprendido.

El chico lo miró y sonrió, acercándose con pasos tranquilos.
—Vaya, qué coincidencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Desmond.

—Vivo aquí —respondió Alex, levantando las manos como si fuera obvio—. ¿No lo sabías?

Desmond negó con la cabeza y rió.
—No, no tenía idea.

—Pues ya lo sabes. —Alex le guiñó un ojo—. Descansa bien, Desmond.

—Igual tú. —Desmond lo despidió con un gesto.

Alex entró a su habitación y cerró la puerta tras de sí. Desmond continuó hasta la suya, se dejó caer sobre la cama y se quedó mirando al techo. Sabía que mañana sería el día, el día en que todo se definiría.

Con un suspiro, se puso la pijama y se dejó envolver por el sueño.

Al día siguiente, se levantó tarde. La ansiedad le había robado la madrugada, y su cuerpo lo acusaba con cansancio. Fue directo al baño, se duchó con agua fría para despejarse y se vistió con ropa holgada pero que aún le hacía ver bien.

—Hoy no hay vuelta atrás —murmuró, viéndose al espejo antes de salir de la habitación.

Caminó hasta la cafetería. El aroma a pan recién hecho lo recibió como un abrazo. Alex estaba tras el mostrador y lo saludó de inmediato.
—Desmond, un placer tenerlo de nuevo aquí.

—Me gustó mucho la comida de ayer —respondió con una leve sonrisa—. Quiero probar algo diferente.

Alex sonrió, apoyando la barbilla en su mano.
—Entonces le recomiendo el café de avellanas con un pan recién salido del horno.

—Perfecto, dame eso. —asintió Desmond.

—Enseguida. —Alex se fue a la cocina, moviéndose con rapidez.

No tardó mucho en volver con la bandeja.
—Aquí tiene. Espero que le guste tanto como ayer.

Desmond agradeció con un gesto.
—Gracias, Alex.

Disfrutó el desayuno en silencio, concentrado en sus pensamientos. Cuando terminó, se levantó, dejó el pago en la barra y se despidió con un gesto.

Con el estómago lleno y el corazón latiendo con fuerza, emprendió camino hacia el lugar donde se celebraría la batalla de rap.

Desmond llegó al estadio. El rugido de la multitud lo envolvió de inmediato; el lugar estaba repleto, cada asiento ocupado, cada rincón vibrando con la energía de miles de voces.

Un guardia lo detuvo en la entrada.
—Documento, por favor.

Desmond lo entregó en silencio. El guardia lo revisó y asintió.
—Está inscrito desde hace dos días, puede pasar. Suerte allá adentro.

—Gracias —murmuró Desmond, apretando la correa de su mochila mientras entraba.

En los camerinos, el murmullo de otros competidores lo rodeaba. Se sentó en una banca, sacó su libreta y comenzó a repasar versos, murmurando cada línea, ajustando respiración y ritmo.

—Concéntrate, Desmond... —se dijo a sí mismo, golpeando la mesa con los nudillos para marcar el tiempo.

La noche cayó, y con ella comenzaron las batallas. Una tras otra, Desmond avanzó, su talento y determinación le permitieron clasificar rápidamente hasta llegar a la final. El ambiente era eléctrico; los gritos de la gente lo empujaban al escenario.

Ya en el centro, tomó el micrófono y respiró hondo.
—M&M... —dijo con voz firme—. Te reto a una batalla de rap. Como hace diecisiete años.

Un silencio expectante se apoderó del estadio, roto segundos después por un sonido aterrador: los parlantes empezaron a romperse, las pantallas se distorsionaron, las luces parpadearon como si fueran a estallar.

Del público emergió una figura espectral.

—Vaya, vaya, vaya... —la voz de M&M resonó como un trueno metálico—. ¿A quién tenemos aquí? El mocoso... el mismo mocoso que me retó hace diecisiete años y perdió.

Se detuvo frente a él, su sonrisa torcida brillando bajo los reflectores.
—Si lo que quieres es perder tu voz... adelante.

En un parpadeo, apareció en el escenario como si se hubiera teletransportado. La pista comenzó a sonar sin aviso.

M&M inició con versos veloces, afilados como cuchillas. Su lengua era un rayo que cortaba el aire, cada palabra cargada de veneno.

Desmond apretó los dientes.
—No me vas a intimidar otra vez. —Se lanzó contra el ritmo con la misma velocidad, sus versos firmes, calculados, golpeando como martillazos.

El público rugió. El intercambio continuó durante minutos: ataque y contraataque, fuego contra fuego. Hasta que Desmond, con una chispa de rabia y confianza, cambió el ritmo.

Un triple tempo.

Las palabras salieron como un torrente imposible, tan rápidas y limpias que el público se puso de pie, coreando su nombre.
—¡Desmond! ¡Desmond! ¡Desmond!

M&M frunció el ceño, la frustración creciendo en su rostro. Intentó contraatacar, lanzando rimas más duras, pero no logró opacar lo que Desmond estaba haciendo.

—¡No... no puede ser! —gruñó M&M.

Desmond continuó, imparable, su triple tempo reventando la pista hasta que la canción se detuvo.

Un silencio absoluto. Luego, el estadio explotó en un grito ensordecedor:
—¡Desmond! ¡Desmond! ¡Desmond!

El ganador estaba claro.

Desmond levantó el micrófono, jadeando, sudor corriendo por su rostro. Había vencido.

Pero M&M no aceptó esa derrota. Sus ojos ardieron de ira.
—¿Un simple demonio... ganarme a mí?

Antes de que alguien pudiera reaccionar, tomó a Desmond por el cuello.
—Entonces... perderás lo único que te hace especial.

Con brutalidad, arrancó la voz del alma de Desmond. Un grito silencioso brotó de él, su garganta emitiendo nada más que vacío.

M&M, en vez de guardarla como hacía con las otras voces, la destrozó en sus manos como vidrio quebrándose en pedazos invisibles.
—Ahora nadie podrá devolvértela.

Desmond cayó al suelo, mudo, sus labios temblando sin sonido.

El público, horrorizado, reaccionó de inmediato. Voces indignadas gritaron al unísono. Un grupo se lanzó al escenario. Los sabuesos funcionarios observaron, pero no interfirieron.

—¡Eso está prohibido! —gritó alguien.

La multitud lo linchó, golpeándolo con furia. Patadas, puños, gritos de rabia. El escudo de arrogancia de M&M se quebró bajo la violencia colectiva, y aunque logró abrirse paso con su poder, escapó malherido, cubierto de sangre y vergüenza.

Desmond apenas pudo ponerse de pie. Con lágrimas ardiendo en sus ojos, salió corriendo del estadio. El eco de los vítores y la violencia lo persiguieron hasta el hotel.

Cuando entró a su habitación, se desplomó en la cama. Fue entonces cuando lo vio.

El colgante.

Ese mismo colgante que Antrox le había dado para que M&M no usara su poder. Estaba allí, olvidado sobre las sábanas.

Desmond lo tomó con manos temblorosas, apretándolo con rabia y dolor.

Desmond, con las manos temblorosas, agarró su celular y comenzó a escribirle desesperadamente a Antrox. Las lágrimas caían sobre la pantalla mientras tecleaba: "M&M me quitó la voz... estoy completamente mudo..."

La respuesta fue inmediata.
—¡Ven ya a mi casa! —apareció escrito en el chat, la furia de Antrox se sentía hasta en las letras.

Desmond asintió para sí mismo, como si Antrox pudiera verlo, y salió corriendo a la calle. Se lanzó dentro de un taxi.
—Aquí... —escribió en su libreta, mostrándole la dirección al conductor.

El taxista asintió sin decir nada y arrancó. El viaje fue un tormento silencioso, solo interrumpido por los sollozos ahogados de Desmond.

Horas después, al llegar, bajó del taxi sin siquiera pagar. Su urgencia era más grande que cualquier otra cosa.

Empujó la puerta de la casa de Antrox y entró llorando.

Antrox, que estaba sentado en la sala, se levantó alarmado.
—¡Hermano! ¿Qué demonios te pasa? —exclamó corriendo hacia él.

Desmond, con la garganta rota en silencio, solo sacó un papel y un lápiz, y escribió con letras grandes: "M&M me quitó mi voz. Estoy mudo."

Antrox se quedó helado, sus ojos se abrieron de par en par.
—¡¿Qué?! ¿Pero por qué no usaste el maldito colgante que te di? ¡Era específicamente para eso! —gruñó con desesperación.

Desmond escribió de prisa, las lágrimas cayendo al papel: "Lo dejé en la cama antes de salir... lo olvidé. Perdóname, hermano, pero necesito tu ayuda... por favor."

Antrox apretó los puños, mordiéndose el labio.
—Eres un maldito terco... —murmuró con rabia, pero luego suspiró, bajando la mirada—. Mira, hermano, no debería hacer esto. Pero sé que tú lo usarás mejor que yo.

Se acercó a él, puso la mano en su cabeza. Una energía oscura, espesa, empezó a emanar de su palma, llenando la habitación con un resplandor inquietante.
—Resiste, Desmond... —susurró.

Un destello iluminó toda la casa, cegador. Desmond cayó al suelo desmayado.

Al día siguiente, despertó en una cama. Skyler estaba a su lado, tomándole la mano con los ojos hinchados de tanto llorar. Exelia estaba sentada en una silla, vigilándolo. Cuando notó que abría los ojos, se levantó de golpe.
—¡Desmond despertó! —gritó llamando a Antrox.

Este entró rápido a la habitación, serio pero con alivio en el rostro.
—Bien... lo primero que quiero que hagas es... imítame.

Desmond lo miró confundido, pero abrió la boca. Y entonces... de su garganta salió la voz de Antrox, idéntica, una imitación perfecta.

—¡Eso es! —exclamó Antrox, sonriendo por primera vez en mucho tiempo—. Ahora... inténtalo con Skyler.

Desmond giró hacia ella y volvió a intentarlo. La voz que salió fue la de Skyler, dulce y temblorosa.
—¿Qué... qué pasa? —dijo Desmond con la voz de ella, dejando a todos sorprendidos.

Skyler se llevó las manos al pecho, entre asustada y conmovida.
—¡Mi voz! Es... es como escucharme a mí misma...

—Muy bien, hermano... —dijo Antrox, más serio—. Ahora intenta imitar tu propia voz.

Desmond lo intentó. Forzó el aire, intentó pronunciar, pero nada. El silencio lo envolvió.

Antrox frunció el ceño.
—¿Qué pasa? ¿Por qué no puedes hacerlo?

Desmond, cambiando a la voz de Skyler, respondió con tristeza:
—Porque M&M no solo me la quitó... la destruyó. Ya no existe. Nunca más podré hablar como yo mismo.

Un silencio pesado llenó la habitación.

Antrox bajó la cabeza.
—Entonces... no volverás a tener tu voz original. Lo siento, hermano.

Desmond respiró hondo, y con la voz de Skyler habló otra vez:
—Lo entiendo. Y... gracias, Antrox. Gracias por darme tu poder. Al menos pude cumplir mi sueño de volverme un icono.

Antrox lo miró fijamente.
—No quiero dañarte la ilusión, pero... no podrás ser un icono del rap. Ni siquiera tienes voz propia.

Desmond sonrió con amargura, aún con la voz de Skyler.
—Entonces buscaré otra manera. Sea tocando guitarra, componiendo, o lo que sea... me volveré un icono. Sea como sea.

Antrox lo miró en silencio, y al final asintió.
—Siempre te apoyaré, hermano.

Exelia cruzó los brazos, sonriendo con ternura.
—Yo también estaré a tu lado.

Skyler lo abrazó con fuerza, las lágrimas corriendo por su rostro.
—Te amo demasiado, Desmond. Siempre, siempre te apoyaré.

Y así, aunque Desmond había perdido su toque más preciado, aún tenía lo más importante: el apoyo de su familia.

CAP 64

El Camino Hacia la Luz

Han pasado ya dos semanas desde lo sucedido en el anillo del orgullo.
Desmond se encontraba en su casa, abatido, aunque no dejaba que su tristeza lo detuviera: ayudaba a Skyler con las terapias con el mismo amor de siempre, con paciencia infinita.

—Vamos, un paso más... —susurró, usando la voz de ella misma, intentando darle ánimo.

Skyler resopló cansada, pero se obligó a mover sus piernas una vez más.
—Desmond... ¿y tú? ¿Cómo te estás sintiendo de verdad? —preguntó con ternura, notando que él escondía demasiado detrás de sus ojos apagados.

Él soltó una risita seca, pero al instante se quebró.
—¿Para qué mentirte? —respondió con la voz de Skyler, bajando la mirada—. Me siento bastante mal. No tener mi voz... es como haber perdido mi alma. Siento que todo lo que soy, mi esencia, se me arrancó de las manos.

Skyler guardó silencio un momento. Luego, con dificultad, tomó la mano de él y la apretó con fuerza.
—Jamás podría entender del todo lo que significa para ti —admitió con honestidad—. Pero sí sé algo: tu voz no era lo único que te hacía especial. Eres tú, Desmond. Tú y tu corazón. Y yo voy a estar aquí para apoyarte, incluso en tus peores días.

Desmond cerró los ojos, conteniendo un nudo en la garganta.
—Me lo repito todos los días, Skyler... pero aun así duele —confesó.

Tras las terapias, Desmond la cargó con delicadeza, como si llevara en brazos algo irremplazable. Caminó despacio hasta el cuarto y la acostó en la cama. Luego, sin pensarlo mucho, se tumbó a su lado, mirándola fijamente, como si su sola presencia lo mantuviera a flote.

Skyler notó aquella mirada intensa y, con un esfuerzo evidente, se giró hasta quedar frente a frente. Sus ojos brillaban en la penumbra.
—Te amo, Desmond... —susurró con un hilo de voz—. No lo olvides jamás.

Él tragó saliva y, usando su voz prestada, respondió:
—Yo también te amo... gracias por seguir aquí. —Después la besó, despacio, con una ternura cargada de melancolía.

Pasaron unos minutos abrazados hasta que ambos cayeron rendidos, sumidos en un sueño tranquilo.

Tres horas después, el timbre de la casa rompió la calma como un trueno inesperado. El sonido hizo eco en las paredes silenciosas. Desmond se removió, abrió los ojos con pereza y bajó de la cama. Caminó con pasos arrastrados hacia la puerta, todavía medio dormido.

Al abrirla, se quedó inmóvil. Su sorpresa fue tan grande que por unos segundos no supo qué decir.

—¿Tú...? —murmuró con la voz de Skyler, incrédulo.

Era Alex, el pecador que lo había atendido en la cafetería del anillo del orgullo. Estaba allí, frente a él, con una media sonrisa nerviosa y algo en la mano.

—No te asustes —dijo Alex, levantando un poco la billetera—. Cuando saliste corriendo del hotel, la olvidaste. Tenía tu dirección dentro... y pensé que debía devolvértela.

Desmond parpadeó varias veces, sin entender. Tomó la billetera con lentitud.
—Gracias... de verdad, gracias por hacer esto.

Alex lo observó un momento en silencio, casi estudiándolo, como si buscara algo oculto en su expresión.
—¿Puedo pasar? —preguntó finalmente, con un tono suave, casi tímido.

Desmond dudó unos segundos, pero terminó asintiendo con un leve gesto de cabeza.
—Está bien... pasa.

El chico entró con tranquilidad, mirando alrededor con curiosidad. La casa era sencilla, pero tenía un aire cálido, muy distinto al lujo frío del anillo del orgullo. Se acercó al sillón de la sala y se dejó caer, cruzando las piernas.

—Ven, siéntate conmigo. Quiero hablar contigo —dijo Alex, señalando el espacio libre a su lado.

Desmond cerró la puerta lentamente, con cierta desconfianza. Luego caminó hasta el sillón y se sentó. Apretaba la billetera entre sus manos como si fuera un salvavidas.
—Está bien... dime. ¿Qué es lo que quieres decirme? —preguntó con la voz de Skyler, que sonaba extrañamente frágil en medio del silencio.

Alex lo miró fijamente, sin responder de inmediato. Sus ojos brillaban con una intensidad difícil de descifrar.
—Antes que nada... ¿cómo estás? —preguntó con calma.

Desmond frunció el ceño, confundido por la pregunta tan simple.
—Ya lo ves. Estoy roto. Sin voz propia. —Suspiró con amargura—. No sé ni siquiera quién soy ahora.

Alex inclinó la cabeza hacia un lado, como si hubiera esperado esa respuesta.
—Eso pensé —dijo en voz baja, casi para sí mismo—. Y por eso estoy aquí.

Desmond se tensó al escuchar esas palabras.
—¿Qué quieres decir? —inquirió, sus ojos cargados de sospecha.

Alex se inclinó hacia adelante, juntando las manos.
—Quiero decir que sé lo que perdiste... y sé lo que significa perder la voz. —Hizo una pausa, mirándolo directo a los ojos—. Porque yo... puedo devolvértela.

La sala entera se llenó de un silencio denso. Desmond lo miró con los ojos muy abiertos, sin saber si reír o enojarse.
—¿Qué estás diciendo, Alex? —preguntó, con la voz de Skyler, que sonaba más temblorosa de lo normal.

Alex sonrió apenas, con un aire enigmático.
—Exacto lo que escuchaste. Vine porque sé lo que pasó con M&M... y sé que tú mereces algo mejor. Tú no naciste para el silencio, Desmond. Tú naciste para hacer ruido en el mundo.

Desmond apretó los puños con fuerza.
—No juegues conmigo... —murmuró con rabia contenida—. No tienes idea de lo que siento.

Alex se inclinó un poco más, su voz sonó seria y firme.
—Créeme, Desmond. Sé mucho más de lo que imaginas.

El aire parecía haberse espesado entre ellos, cargado de una tensión que apenas empezaba a desatarse.

Alex bajó la mirada, sus dedos se apretaban contra sus rodillas como si buscara valor.
—Sé lo que pasó en aquel estadio... —dijo con un tono sombrío—. Vi cómo M&M te quitó la voz, cómo la destruyó frente a todos. Lamento lo que ocurrió, Desmond. Sé que tu voz era tu alma, tu manera de pelear contra este maldito sistema de mierda.

Desmond respiró hondo. Su garganta seguía ardiendo de impotencia, y aun así usó la voz de Skyler para responder:
—Ya no importa, Alex. Lo que pasó, pasó. Ahora lo único que me importa es ella, mi esposa.

Sus ojos se suavizaron al pronunciarlo. Bajó la mirada y añadió con un dejo de tristeza y orgullo:
—Ella no puede caminar. Un amigo mío... alguien a quien consideraba hermano, le rompió la columna en un ataque de ira. Desde entonces está en silla de ruedas. —Apretó los puños y luego los relajó, recordando cada noche difícil—. Su vida cambió por completo. Pero aun así, nunca la dejé. Elegí quedarme con ella, cargar con todas las dificultades. Porque mi amor por Skyler es más fuerte que cualquier cosa.

El silencio se volvió espeso. Alex lo observaba con los ojos muy abiertos. Pero antes de poder reaccionar, añadió:

—Yo también tuve a alguien así... —su voz tembló al recordar—. Cuando estaba vivo, tuve un accidente en bicicleta. Me rompí la pierna en dos. No fue una simple fractura, fueron meses de recuperación, meses en cama. Y ella... ella se quedó a mi lado. Me cuidó en mis peores días, cuando ni siquiera podía moverme. Me abrazaba cuando lloraba de rabia por no poder levantarme.

Alex sonrió con amargura, los ojos húmedos.
—Estuvo conmigo cinco años. Siempre me apoyó... hasta que le diagnosticaron cáncer. —Hizo una pausa, la voz se le quebraba—. Murió dos años después. Era una buena mujer. Estoy seguro de que ahora está en el cielo.

Desmond lo miraba en silencio, con la respiración pesada. El peso de aquellas palabras le recordaba a Marta, su madre, y ese cielo al que él también quería llegar.

Alex suspiró hondo, tragando la angustia que lo ahogaba, y al fin soltó la pregunta que tenía atorada.
—Espera... ¿dijiste esposa? ¿Y que no puede caminar? —Frunció el ceño, confundido—. ¿Tu esposa es... una sabueso infernal?

Desmond sostuvo su mirada, firme, con la voz de Skyler resonando como un eco extraño pero seguro.
—Sí. Es una sabueso. Y no me importa lo que piense nadie. Nuestro amor es más fuerte que cualquier prejuicio.

Desmond bajó la cabeza, pensativo. Sus dedos jugaban con el colgante que Antrox le había dado, como si aquel simple objeto pudiera sostener el peso de su alma. Respiró hondo y, usando la voz de Skyler, habló con un tono grave y sereno:

—Entiendo lo que sientes, Alex. Créeme que lo entiendo más de lo que piensas. Yo también perdí a alguien que lo era todo para mí. —Hizo una pausa, tragando saliva, como si las palabras le quemaran en la boca—. Perdí a mi madre. Marta. Cáncer. Una enfermedad sin cura... se la llevó lentamente. Y no importa cuánto intenté, no pude hacer nada para salvarla.

El silencio en la sala se volvió denso, cargado de recuerdos que parecían pesar toneladas. Desmond continuó, con la voz quebrada, aunque aún hablaba con el timbre prestado de Skyler:

—Ella era... una buena mujer. Aunque fuera un demonio, tenía un corazón más humano que muchos humanos allá arriba. Un viejo amigo me contó una vez que, por lo bondadosa que fue en vida, podría haber ascendido al cielo como esas criaturas extrañas que llaman luminarcas. Yo... yo quiero creer que es así.

Desmond cerró los ojos, y por un momento se vio a sí mismo, niño, abrazando a su madre. Un recuerdo que le dolía más que cualquier herida física.

—Por eso desafíe a M&M. Por eso quería volverme un icono —dijo con firmeza, apretando el puño sobre su rodilla—. Si llegaba a serlo, habría tenido una oportunidad de subir allá arriba... y verla de nuevo, aunque fuera un instante.

Alex lo miraba fijamente, con los ojos húmedos, apretando los labios para no dejar salir un sollozo. Finalmente, rompió el silencio.

—Entonces... somos iguales. —Esbozó una sonrisa amarga—. Tú querías ver a tu madre, yo a mi novia. Ambos perdimos lo único que nos sostenía.

Desmond asintió en silencio.

Alex, como para aligerar la tensión, cambió el tono:
—Lo único que puedo decirte es que... tal vez no lo sepas, pero M&M ya no es icono. —Se inclinó hacia adelante, bajando la voz como si compartiera un secreto—. Le quitaron el título después de lo que te hizo. No tienes que preocuparte más por él.

Desmond soltó una risa seca, carente de alegría.
—Era obvio que iba a pasar. Lo que hizo no era legal en el Anillo del Orgullo. Pero dime, ¿de qué me sirve? —Su mirada se volvió oscura, un reflejo de su frustración—. Ya no puedo ser icono del rap. No tengo voz propia.

Antes de que Alex pudiera responder, la voz de Skyler irrumpió desde la habitación, un llamado suave pero cargado de necesidad:
—¡Desmond! ¿Puedes ayudarme a ir al baño?

El Ludendorff se levantó de inmediato, como si un resorte lo impulsara.
—Ahora vuelvo —dijo rápido a Alex, y se marchó hacia el cuarto.

Al entrar, encontró a Skyler incorporada como podía en la cama, la expresión algo cansada pero con ese brillo desafiante en los ojos que siempre la caracterizaba.

—¿Con quién hablabas? —preguntó ella, arqueando una ceja.

Desmond se inclinó para cargarla con suavidad y respondió usando su voz:
—Con un amigo que hice en el Anillo del Orgullo.

Skyler lo miró fija, como si quisiera atravesarlo con la mirada.
—¿Un amigo? —su tono era dudoso, incluso desconfiado—. Bueno... me lo mostrarás después de que me ayudes. Pero recuerda, no quiero que sea como Lay-K... ese loco que intentó matarnos.

Desmond suspiró, asintiendo, y la llevó cuidadosamente al baño. El proceso fue lento, como siempre, pero él lo hacía con paciencia infinita, cuidando cada movimiento, como si Skyler fuese un tesoro irremplazable. Después de unos minutos, la acomodó en la silla de ruedas y la llevó a la sala.

Alex se levantó al verlos entrar. Sus ojos se suavizaron al ver a Skyler, inclinando la cabeza en un gesto de respeto.
—Buenas tardes —dijo con voz cordial.

Skyler lo miró de arriba abajo, evaluándolo como si fuese un prisionero sometido a juicio.
—Hola... —respondió con frialdad—. ¿Así que tú eres el amigo de mi esposo?

Desmond tragó saliva, ya esperando lo que venía. Skyler no perdía el tiempo.

—¿Dónde vives? —preguntó con tono cortante.

—En un pequeño apartamento del Anillo del Orgullo —contestó Alex con calma.

—¿Trabajas?

—Sí, en una cafetería. Sirvo mesas, preparo café, a veces hago la caja. —Sonrió con humildad.

Skyler entrecerró los ojos.
—¿Y con quién vives?

—Solo. —Su respuesta fue firme, sin titubeos.

Skyler cruzó los brazos, estudiándolo como una madre que no se fía del nuevo amigo de su hijo.
—¿Y por qué vienes aquí?

—Porque Desmond me importa. —Alex se inclinó hacia adelante, con sinceridad en su voz—. Vi lo que le pasó, sé lo que perdió... y yo también perdí algo parecido. No busco nada más que apoyarlo.

Skyler lo miró durante largos segundos, hasta que al fin asintió levemente, como dándole un voto de confianza.

Desmond, mientras tanto, observaba la escena con las mejillas encendidas.
—Sky... —dijo con la voz de ella misma, incómodo—. Pareces mi madre interrogando a mis amigos.

Skyler giró los ojos y sonrió con ironía.
—Pues alguien tiene que cuidarte, ¿no?

Alex soltó una risa suave, rompiendo un poco la tensión.
—Vaya, Desmond... creo que tu esposa me está adoptando a la fuerza en su ejército de protección.

Desmond no pudo evitar reír también, aunque con cierta vergüenza. Y en ese momento, pese a la incomodidad, algo cambió: el aire de la sala ya no era tan pesado. Skyler parecía más tranquila, y Alex había logrado ganarse un pedacito de su confianza.

La noche se extendía lentamente sobre el barrio, tiñendo de sombras los rincones de la casa. Desde la ventana, las luces lejanas de las calles parecían titilar como si el infierno entero intentara imitar un cielo estrellado. Alex se dio cuenta de la hora al mirar el reloj colgado en la pared; su expresión se tornó seria.

—Creo que ya es tarde... debería irme —dijo mientras se levantaba del sillón, acomodándose la chaqueta con cierto nerviosismo.

Desmond, que acababa de salir de la cocina, lo detuvo al instante con la voz de Skyler.
—No, espera. Esto no es como el Anillo del Orgullo, donde puedes caminar a medianoche y

no pasa nada. Aquí... la seguridad no es tan buena. —Hizo una pausa, mirándolo con firmeza—. Quédate.

Alex negó con la cabeza, intentando disimular.
—No quiero ser un problema, de verdad. Puedo cuidarme solo.

Fue entonces cuando Skyler, que observaba todo desde la mesa, intervino. Su tono era firme, protector, como si hubiera tomado ya una decisión.
—Alex, escucha. —Levantó la mirada hacia él—. No tienes que demostrar que eres fuerte quedándote afuera a estas horas. Este sillón es cómodo, y Desmond te traerá algunas cobijas para que no pases frío. Quédate, no es molestia.

Alex abrió los labios, dispuesto a rechazar otra vez, pero al ver la seriedad en los ojos de Skyler, solo pudo sonreír suavemente y asentir.
—Está bien... gracias. No sabía que me recibirían así. —Bajó la mirada, casi con timidez—. Lo aprecio más de lo que creen.

Desmond soltó un suspiro de alivio y volvió a la cocina. Preparó algo sencillo: arroz, un poco de carne y pan caliente. El ambiente era tranquilo, aunque se notaba el cansancio en los rostros de todos.

Mientras Desmond cocinaba, Skyler y Alex mantenían una charla en la mesa.

—¿Así que trabajas en una cafetería? —preguntó ella, mientras jugaba con el borde de su blusa.

—Sí. No es el trabajo más brillante del infierno, pero me ayuda a mantener la mente ocupada y a no perderme en mis propios demonios —respondió Alex con honestidad.

—Eso es admirable —replicó Skyler, arqueando una ceja—. Muchos aquí prefieren hundirse antes que levantarse.

Alex sonrió con un toque melancólico.
—Supongo que me cansé de hundirme.

Desmond escuchaba en silencio desde la cocina, sintiendo una punzada de vergüenza. Cada palabra le recordaba que, aunque intentara aparentar normalidad, había perdido algo que lo definía: su voz.

Cuando por fin llevó los platos a la mesa, sus manos temblaban un poco. Colocó el primero frente a Skyler, el segundo frente a Alex... pero al poner el suyo, la bandeja resbaló. El plato cayó al suelo y se rompió en pedazos. El ruido del impacto fue tan fuerte que los tres se quedaron en silencio.

—Lo siento... —murmuró Desmond con la voz de Skyler, agachándose de inmediato. Su rostro reflejaba pura frustración.

Alex se levantó rápido.
—¡Tranquilo, no pasa nada! Fue un accidente, nada más.

Desmond negó con la cabeza, apretando los fragmentos entre sus manos.
—No... es que... me siento mal. Muy mal. Haber perdido mi voz... —se detuvo, con los ojos empañados—. Es como si hubiera perdido mi esencia.

Skyler lo observó con ternura. Dejó su plato sobre la mesa y alzó los brazos hacia él, como si aquel gesto fuese la única respuesta que podía darle.
—Ven, Desmond. Llévame a la cama. Ya es hora de descansar.

Desmond obedeció, cargándola con un cuidado reverencial. Skyler apoyó la cabeza en su hombro y lo abrazó con fuerza, como si no quisiera soltarlo nunca. En su mirada se reflejaba un amor inquebrantable, un recordatorio de que aún tenía algo que lo sostenía en pie.

—Te amo —susurró ella suavemente mientras lo acomodaba en la cama.

Desmond, con lágrimas contenidas, se inclinó y besó su frente.
—Y yo a ti.

La habitación quedó en calma. Desmond se quedó un momento junto a la cama, mirándola dormir, hasta que respiró profundo y regresó a la sala.

Allí estaba Alex, aún despierto, observando la ventana como si buscara respuestas en la negrura del cielo. Su silueta se recortaba contra la tenue luz que entraba desde afuera.

Desmond se acercó con una almohada y una cobija.
—Aquí tienes. No será un hotel de lujo, pero el sillón es bastante cómodo.

Alex sonrió agradecido y tomó la almohada.
—Gracias. Aunque lo que más importa no es la cama... es la compañía.

Hubo un silencio corto. Desmond miró también hacia la ventana, hacia aquel cielo enrojecido que jamás se oscurecía del todo en el infierno. Luego, usando la voz de Skyler, habló con firmeza:

—Algún día tendrás tu oportunidad. —Sus ojos reflejaban convicción—. Volverás a verla. Solo tienes que tener fe.

Alex lo miró, sorprendido por la seriedad en sus palabras. Sus ojos color café carmesí se cruzaron con los de Desmond. Y en ese cruce de miradas cargado de dolor compartido, de sueños truncados pero aún vivos, Alex hizo una propuesta que lo cambiaría todo.

—Desmond... —dijo con voz grave, casi temblorosa—. ¿Y si te dijera que tal vez pueda devolverte lo que perdiste?

Alex se acomodó en el sillón, cruzando las manos frente a él, como si lo que estaba a punto de decir requiriera toda su concentración. Su mirada se mantuvo fija en Desmond, quien permanecía de pie con los brazos cruzados, esperando.

—Desmond —comenzó Alex con voz firme—, sé que puedes imitar cualquier voz, que gracias a Antrox heredaste esa habilidad. Pero también sé que en el fondo... no tienes una propia.

Desmond frunció el ceño, confundido, usando aún la voz de Skyler.
—Eso es cierto... pero, ¿a qué viene todo esto, Alex?

El joven respiró hondo, bajando la mirada por un segundo antes de reunir valor.
—Porque quiero darte la mía.

El silencio se adueñó de la sala. Desmond lo observó como si hubiera escuchado una locura.
—¿Tu voz? —repitió, incrédulo—. ¿Quieres... darme tu voz? ¿Sabes lo que eso significa?

Alex asintió, con una serenidad que contrastaba con el impacto de sus palabras.
—Lo sé mejor que nadie. Significa que yo quedaré mudo. —Hizo una pausa y sonrió con cierta tristeza—. Pero no me importa.

Desmond dio un paso hacia atrás, abriendo los ojos de par en par.
—¡Eso es una locura, Alex! ¿Por qué harías algo así por mí? Apenas me conoces.

Alex lo miró directamente a los ojos, con determinación.
—Porque te admiro, Desmond. Porque sé cuánto significa tu voz para ti. Era tu alma contra este sistema podrido, era lo que te hacía sentir vivo. —Su voz se quebró apenas—. Yo... ya tuve lo mío, ya cometí errores que me costaron caro. Tú, en cambio, todavía puedes cambiar cosas, inspirar a otros, crear música. Y si yo puedo devolverte esa chispa, aunque me quede en silencio... lo haré.

Desmond negó con la cabeza, nervioso.
—No... no sé si aceptar esto. Es demasiado. —Apretó los puños—. No quiero cargar con la culpa de dejarte sin voz.

Alex se inclinó hacia adelante, con la intensidad de alguien que no estaba dispuesto a aceptar un no.
—¿Y qué culpa sería peor? ¿La de dejarme sin voz, o la de seguir viendo cómo te apagas poco a poco, perdiendo lo que eras? Yo ya estoy roto, Desmond. Pero tú... tú aún puedes levantarte.

Desmond bajó la mirada, sintiendo un peso enorme en el pecho. Su respiración se volvió pesada, atrapado entre el miedo y la esperanza. Finalmente, levantó la cabeza y habló con un hilo de voz —aunque no fuera suya—.
—Está bien... lo aceptaré. Pero juro que si alguna vez me arrepiento de esto, será porque no supe honrar lo que me estás dando.

Alex sonrió, satisfecho.
—Eso es lo único que te pido.

—¿Y cómo... se hace esto? —preguntó Desmond, aún dudoso.

—Pon tu mano en mi frente —explicó Alex—. Concéntrate. Deja que tu energía fluya hacia mí... y la mía hacia ti. Será como un puente.

Desmond tragó saliva, nervioso, pero se arrodilló frente a él y extendió la mano.
—¿Así?

—Sí. Ahora cierra los ojos... y confía. —La voz de Alex se volvió un susurro.

Desmond obedeció. En cuanto apoyó la palma sobre la frente de Alex, sintió un cosquilleo recorrerle el brazo, como si un río oscuro y cálido fluyera por sus venas hasta concentrarse en la mano. Un resplandor comenzó a emanar entre ambos, primero débil, luego cada vez más intenso.

El corazón de Desmond se aceleró, y por un instante pensó que el poder lo consumiría. Alex, sin embargo, mantenía la calma, incluso cuando la luz lo envolvía.

—No te detengas... —susurró Alex con la voz temblorosa.

Un minuto entero pareció eterno. Y entonces, la luz se apagó de golpe. Alex se desplomó en el sillón, inconsciente.

Desmond abrió los ojos, jadeando. Su mano temblaba aún por la energía residual. Dudó unos segundos, hasta que finalmente probó: intentó hablar sin imitar.

—...¿Hola? —dijo, pero la voz que salió no era la suya, sino la de Alex, más grave, más profunda, pero clara, real.

Desmond se llevó las manos a la boca, sorprendido. Luego, lentamente, una sonrisa se dibujó en su rostro.
—Lo logré... ya no tengo que imitar... —susurró, emocionado.

Sin perder tiempo, tomó a Alex en brazos y lo acomodó en el sillón, cubriéndolo con la cobija. Se quedó unos minutos contemplándolo, con gratitud y dolor al mismo tiempo.

—Te lo prometo, Alex. No desperdiciaré este regalo.

Al amanecer, Desmond despertó junto a Skyler. Ella, aún adormilada, se volteó hacia él y lo miró con extrañeza al escucharlo.
—¿Cómo... aprendiste esa voz? —preguntó, confundida.

Desmond acarició su rostro con ternura.
—No la aprendí. Alex me la dio.

—¿Te la dio? —Skyler abrió los ojos, incrédula—. ¿Por qué haría eso?

—Porque es un pecador de buen corazón. —Desmond sonrió con tristeza—. Y quiere que lo ayude a cumplir con su único anhelo, por haberme ayudado a mí primero.

Skyler lo miró en silencio unos segundos, antes de suspirar.
—Entonces... está bien. Pero dime, ¿cuál es ese anhelo?

Desmond desvió la mirada, apretando los labios.
—Eso... es un secreto entre nosotros dos.

Skyler arqueó una ceja, pero decidió no insistir.
—Está bien. Solo prométeme que no será algo que ponga tu vida en peligro.

—Lo prometo. —Desmond besó su frente.

Unas horas más tarde, Alex despertó. Su garganta no emitía sonido alguno, pero en sus ojos no había queja, solo una tranquila aceptación. Desmond se acercó y le habló con firmeza.

—Voy a llevarte donde alguien que podrá ayudarte. Ella te hará un favor... lo que te prometí.

Alex, ya mudo, simplemente asintió, confiando plenamente en él.

El viaje fue silencioso. Alex, sentado al lado de Desmond en el taxi, miraba por la ventana con los ojos brillosos, como si cada farola que pasaba fuese un recuerdo más de la vida que estaba dejando atrás. Desmond, por su parte, permanecía serio, con la voz grave de Alex resonando dentro de sí cada vez que ensayaba un par de palabras.

—Ya estamos llegando —murmuró Desmond, más para sí que para Alex. Sin embargo, el sonido de aquella voz —la suya, pero no suya— estremeció al pecador, que la reconoció de inmediato como un eco de sí mismo.

Alex apenas sonrió, asintiendo en silencio, y con un leve movimiento de la cabeza indicó que estaba listo.

La casa de Antrox apareció ante ellos, imponente con sus altos muros de piedra negra y ventanas apenas iluminadas. Desmond descendió primero, ayudando luego a Alex a salir. Caminó con pasos firmes hasta el portón y tocó el timbre.

Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y apareció Natally, con su energía juvenil habitual.
—¡Desmond! —exclamó sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

Desmond respiró hondo y contestó con la voz profunda de Alex:
—Necesito hablar con Exelia. Es algo... importante.

Natally arqueó una ceja, desconcertada por aquel timbre de voz tan distinto, pero no preguntó más.
—Está bien, pasa.

Los condujo hasta la sala. El sonido del agua en la cocina delataba a Exelia lavando platos. Ella apareció poco después, secándose las manos en un paño. Sus ojos se posaron de inmediato en Alex y su semblante se tensó.

—¿Quién es él? —preguntó en tono directo.

Desmond dio un paso al frente.
—Se llama Alex. Lo conocí en el Anillo del Orgullo. Es un pecador... pero distinto. De buen corazón.

Exelia lo observó con detenimiento, como si intentara escudriñar su alma con solo mirarlo. Finalmente asintió.
—Está bien. —Sus ojos se fijaron en Desmond—. ¿Y qué es lo que necesitan de mí?

—Alex... quiere ver a su novia. Ella está en el cielo.

Los ojos de Exelia se entrecerraron, su voz se volvió grave.
—Sabes que eso no es tan sencillo, Desmond. La única forma de que eso ocurra es que esté completamente redimido. Y aunque quisiera ayudar... no puedo hacerlo yo.

El corazón de Alex dio un vuelco. Desmond frunció el ceño.
—¿Entonces no hay manera?

Exelia negó suavemente, pero luego miró de reojo a Natally, que escuchaba en silencio desde la puerta.
—Yo no... pero ella sí puede.

Desmond giró de inmediato hacia la joven.
—¿Cómo?

Exelia cruzó los brazos.
—Durante este tiempo le he enseñado a Natally mis conocimientos y habilidades. Ella heredó el don de distinguir si un alma es pura o impura. Y con ese poder... puede abrir un camino.

Natally dio un paso al frente, nerviosa.
—¿Qué pasa?

—Ve por el báculo, niña —ordenó Exelia con firmeza—. Haremos una prueba.

La muchacha asintió y salió corriendo. Alex, con manos temblorosas, sacó su libreta y escribió apresuradamente:
"Estoy listo. No tengo nada que perder."

Exelia tomó el papel, lo leyó y lo miró directo a los ojos.
—Debes entenderlo, Alex. Si tu alma es realmente pura, ascenderás al cielo. Pero si no lo es... morirás aquí mismo. No habrá regreso.

Alex le arrebató suavemente la libreta, escribió con rapidez y la mostró.
"No me importa. Quiero saber la verdad. Y verla, aunque sea un minuto."

Desmond lo miró, conmovido.
—¿Estás completamente seguro?

Alex asintió con determinación.

En ese momento, Natally regresó cargando el báculo. Era majestuoso: una larga pieza de metal celestial, cubierta de inscripciones antiguas que brillaban débilmente como si respondieran a la energía del ambiente. En la punta, una esfera transparente contenía una llama azul, viva y palpitante, que crepitaba como si respirara.

—Estoy lista —susurró Natally, con la voz temblorosa.

Las preparaciones tomaron horas. Exelia dibujó un círculo con símbolos celestiales en el suelo, iluminado con velas blancas y azules. Alex se colocó en el centro, vestido con una túnica ceremonial que Natally le entregó. Desmond y Exelia permanecieron fuera del círculo, observando en silencio.

Cuando la noche cayó, la sala quedó iluminada únicamente por las velas y el resplandor del báculo. Natally, envuelta en una toga blanca demasiado grande para su cuerpo delgado, alzó el báculo con ambas manos. La esfera ardió con fuerza, proyectando destellos azules por toda la sala.

—Escúchame bien, Alex —dijo Exelia, con voz grave—. No habrá marcha atrás una vez que comience.

Alex cerró los ojos y asintió, en paz consigo mismo.

Natally tragó saliva y comenzó a recitar en un idioma antiguo, las palabras resonaban en las paredes como un eco divino:
—Anima pura... lux veritatis... aperi portam caelestem...

La llama azul de la esfera se intensificó, iluminando todo. Con un gesto lento, Natally dibujó un círculo en el aire, y de inmediato símbolos brillantes comenzaron a girar alrededor de Alex. Luego, con un movimiento delicado, apoyó el báculo en su frente.

Un destello cegador inundó la sala. Alex se arqueó, como si una fuerza invisible lo levantara. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras su cuerpo comenzaba a desintegrarse en partículas de luz.

—¡Alex! —gritó Desmond, extendiendo una mano, pero Exelia lo sujetó con firmeza.

—No lo interrumpas. Déjalo ir.

Alex levantó la vista una última vez. Sonrió antes de desvanecerse por completo.

Las velas se apagaron. El círculo quedó vacío, y solo una brisa cálida flotó en el aire, como si se hubiera abierto una ventana hacia otro mundo.

Desmond, con los ojos vidriosos, alzó la mirada al cielo a través de la ventana y murmuró con la voz grave que ahora le pertenecía:
—Buena suerte allá arriba... amigo mío.

El silencio lo envolvió todo, pero Desmond supo en lo profundo de su ser que Alex había logrado lo imposible: alcanzar el cielo.

Todo era negro.
Un silencio absoluto lo envolvía, como si flotara en un vacío sin tiempo. De pronto, una luz se encendió en medio de la nada, creciendo hasta envolverlo por completo.

Alex abrió los ojos con un sobresalto.

Estaba tendido en una playa. La arena era blanca como el marfil, tan suave que parecía polvo de estrellas. Se incorporó lentamente, sacudiéndose el polvo de los brazos y la ropa. El mar frente a él se extendía infinito, de un azul cristalino, y las olas rompían suavemente en la orilla con un sonido que transmitía paz.

—¿Dónde... estoy? —susurró, y se sorprendió al escuchar su propia voz.

Su voz... ¡había vuelto! No era la áspera voz marcada por los años en el infierno, sino una clara, serena, como si siempre hubiese pertenecido a ese lugar.

Confuso, comenzó a caminar por la playa. Al fondo, al otro lado de unas dunas, pudo ver la silueta de una ciudad brillante. Se apresuró, su corazón latiendo con fuerza.

Cuando finalmente salió de la arena, se encontró con algo que jamás había imaginado: edificios de cuarzo pulido, tan brillantes que reflejaban la luz del sol como espejos. Las ventanas eran de un vidrio azul intenso, que parecía líquido atrapado en cristal. Las calles eran de piedra blanca, impecables, y todo estaba impregnado de un aura de armonía.

Alex levantó la vista al cielo, y un nudo se le formó en la garganta.
Ya no era el rojo ardiente del Anillo de la Ira, ni la penumbra grisácea del infierno. El cielo aquí era de un azul claro, vivo, infinito, atravesado por suaves nubes que parecían algodón puro.

—No puede ser... —susurró con lágrimas en los ojos—. Lo logré.

Siguió caminando, cada vez más rápido, observando con asombro los detalles: ciudadanos sonrientes, rostros pacíficos, niños jugando con cometas que flotaban sin hilos. Los funcionarios que mantenían el orden ya no eran sabuesos demoníacos, sino ángeles

guardianes, altos, resplandecientes, con armaduras doradas y alas blancas que se desplegaban con majestuosidad.

Alex no podía dejar de mirar hacia arriba, embelesado con cada ángel que cruzaba los cielos. Tanto, que no notó a la persona que venía en dirección contraria.

—¡Ah! Perdón —dijo, retrocediendo un paso tras el choque.

La joven también se disculpó, llevando una mano a su frente. Pero en cuanto sus ojos se encontraron, ambos se congelaron.

Alex sintió que el corazón le daba un vuelco. El mundo entero desapareció en un instante. Solo existía ella.

—¿...María? —murmuró con voz temblorosa.

La muchacha lo miró con ojos abiertos de par en par, como si no pudiera creerlo. Lentamente, su expresión se quebró en lágrimas, y sus labios pronunciaron un nombre que no repetía desde hacía años:

—¡Alex!

Sin pensarlo dos veces, corrió hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas. Alex, aún en shock, la sostuvo contra su pecho. Sus manos temblaban al tocarla, como si temiera que todo fuese un sueño que se desvanecería en cualquier momento.

—Eres tú... —balbuceó él, con voz quebrada—. No puede ser... eres de verdad...

Ella enterró el rostro en su cuello, sollozando.
—Te extrañé tanto... tanto... Todos los días pedí por ti... Recé para que pudieras salir de la oscuridad, aunque fuera imposible.

Alex cerró los ojos, las lágrimas cayendo libremente por sus mejillas.
—Estuve perdido, María. Me hundí... hice tantas cosas horribles... pero jamás dejé de pensarte. Tu recuerdo fue lo único que me mantuvo en pie... lo único que me hizo querer vivir, aunque estuviera en el infierno.

Ella lo miró fijamente, acariciando su rostro con ternura.
—No importa ya. Estás aquí. Y yo estoy aquí contigo.

Alex sonrió, un gesto lleno de amor y alivio, como si una carga de quince años se deshiciera en un instante.
—Prometí que volvería a verte, aunque fuera un minuto. Y ahora... aquí estoy.

María apoyó su frente contra la de él, sus lágrimas mezclándose.
—No me sueltes nunca más.

Él la abrazó aún más fuerte, como si quisiera fundirse en ella, como si quisiera recuperar cada instante que la muerte les había arrebatado.

El sol brilló con más fuerza sobre ellos, y por un momento el mundo entero pareció detenerse.

Dos almas, separadas por la tragedia, se reencontraban finalmente.
No en sueños, no en recuerdos... sino en la eternidad del cielo.

Gracias a la redención.
Gracias a la perseverancia.
Gracias a que nunca dejaron de amarse.

En el salón más profundo del Palacio Carmesí, Lucifer observaba en silencio las pantallas de obsidiana. El ritual de Natally se repetía una y otra vez ante sus ojos: el báculo brillando, las runas encendiéndose, y Alex desvaneciéndose en pura luz hasta cruzar al cielo.

Lucifer, sentado en su trono, entrelazó los dedos frente a su boca. El brillo en sus ojos rojos no era solo ira: era miedo. Un miedo que no reconocería jamás en voz alta.

—Un pecador... un maldito pecador ascendió —murmuró—. Y todo gracias a esa mocosa.

El eco de su voz se extendió por el salón oscuro, hasta que una figura emergió de las sombras, alta y esbelta.

Era Indivia, su más leal sirviente y la encarnación de la envidia misma. Su piel azulada brillaba bajo la luz púrpura de las antorchas demoníacas, y las aletas que sobresalían a los costados de su rostro se agitaban como si respiraran un aire marino invisible. Sus labios oscuros se curvaron en una sonrisa venenosa, y su larga melena lavanda con franjas negras descendía como una cascada por su espalda, marcada por una línea de círculos blancos que resaltaban como perlas.

Su vestido negro ceñido, con cortes que dejaban ver la piel en tonos azul marino y violeta, hacía que su figura se moviera entre lo sensual y lo letal. No necesitaba blandir armas: su sola presencia era un arma de manipulación.

—Mi señor... —dijo con voz melosa, inclinando apenas la cabeza—. He visto lo mismo que tú. Ese ritual... esa niña jugando con fuerzas que no debería tocar.

Lucifer clavó su mirada en ella, con un rictus de furia.
—Esa aprendiz, Natally, acaba de romper las reglas que mantenían el equilibrio. Si un solo pecador logró ascender, otros intentarán lo mismo. No podemos permitirlo.

Indivia sonrió, mostrando unos dientes afilados bajo sus labios oscuros.
—Entonces... ¿quieres que la destruya?

Lucifer se levantó de su trono, su sombra cubriendo las paredes de obsidiana.
—No solo a ella. Quiero que arrases con todo: Exelia, Natally, Antrox, Desmond... incluso ese maldito báculo. Nada debe quedar.

Indivia apoyó una mano en su cadera, inclinándose con elegancia. Sus ojos verdes y brillantes reflejaban un gozo perverso.
—Qué divertido... hacía tiempo que no me dabas un trabajo tan exquisito.

Lucifer se inclinó hacia ella, susurrando como un látigo de hielo:
—No me falles, Leviatán.

La mención de su verdadero nombre la hizo estremecerse con orgullo. Dio un paso hacia atrás, desplegando su silueta con majestuosidad. La luz púrpura acarició sus curvas, su sonrisa, su mirada.

—Cuando el sol amanezca en su mundo —respondió ella con voz sedosa—, ellos ya no existirán.

Lucifer observó cómo desaparecía entre un remolino de sombras y agua, dejando tras de sí un olor salobre, como si el océano mismo hubiera respirado dentro del infierno.

En la soledad de la sala, el señor del infierno apretó los puños.
"Si un solo pecador pudo subir... ¿cuántos más lo harán? ¿Cuántos más osarán desafiarme?"

El fuego de su ira iluminó las paredes negras.
El infierno entero se preparaba para la tormenta.

CAP 65

Somebody to love

Han pasado unas horas desde que el ritual se realizó.
Desmond estaba en silencio, recogiendo una por una las velas gastadas que habían quedado en el suelo, todavía con un leve olor a cera y humo impregnado en el aire. El lugar parecía vacío, como si todo lo ocurrido apenas hubiese sido un sueño.

En ese momento, Scott se acercó arrastrando las patas con un andar somnoliento. Se tallaba los párpados con las manos pequeñas, mientras llevaba su cuaderno bajo el brazo. Su cola se movía de forma distraída.

—Papá... —murmuró con voz adormilada—. Hice un dibujo.

Desmond, sin apartar la mirada de las velas, sonrió cansado.
—¿Ah, sí? —dijo, tratando de sonar alegre—. Eso está muy bien, hijo. ¿Y qué dibujaste esta vez?

Scott abrió el cuaderno con cuidado y se lo mostró. Desmond giró la cabeza, esperando ver un paisaje o uno de esos garabatos llenos de color. Pero su sonrisa se desvaneció en cuanto sus ojos se posaron en el papel.

Era un dibujo sorprendentemente detallado: Alex, con sus ojos llenos de vida, abrazando a una chica en una calle luminosa que claramente no pertenecía al infierno. Las casas parecían de cristal blanco, y el cielo no era rojo... era azul.

El corazón de Desmond dio un vuelco. Sintió un peso en el pecho, como si alguien lo hubiera golpeado.

—Scott... —dijo con voz grave, arrebatándole el cuaderno de las manos con más brusquedad de la que quería—. ¿Cómo sabes... de él?

El niño lo miró, confundido, ladeando la cabeza.
—¿De quién?

Desmond apretó los dientes, señalando el dibujo con la mano temblorosa.
—De él... ¡De ese! El del dibujo.

Scott pestañeó varias veces, sin entender. Luego bajó la mirada.
—Yo... lo soñé. —Su voz fue sincera, infantil—. Yo dibujo todo lo que sueño, papá.

Desmond sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Scott jamás había visto a Alex. Jamás. Y a la hora del ritual, él estaba profundamente dormido.
El demonio respiró agitado, arrancó la hoja del cuaderno y la dobló con cuidado antes de guardarla en su bolsillo.

Scott dio un paso hacia atrás, preocupado.
—¿Qué pasa, papá? ¿Hice algo mal?

Desmond lo miró, con el alma hecha un nudo. Se inclinó, apoyando una mano en la cabeza del pequeño, y le besó la frente con ternura.
—No, hijo... no hiciste nada malo. —Forzó una sonrisa—. Solo... quiero guardarlo, ¿sí?

Scott, inocente, asintió alegremente, moviendo la cola de lado a lado.
—Está bien, papá.

El silencio volvió a llenar la sala.

Pasaron unas horas. El reloj de la pared parecía avanzar más lento de lo normal, cada tic-tac un recordatorio de que algo no cuadraba. Entonces, la puerta se abrió con un golpe suave y dos voces entraron al unísono, entre risas.

—¡Te juro que sí me miraba, Natally! —decía Exelia con tono burlón, quitándose el abrigo y sacudiéndose el cabello.

—¡Mentira! —replicó la niña, dándole un golpecito en el brazo mientras ambas dejaban los zapatos cerca de la entrada—. Solo estaba viendo el postre que estabas cargando, ¡se notaba en sus ojos!

—Por favor, no seas envidiosa —rió Exelia—. Todo el mundo mira cuando una se ve tan bien como yo.

—¿Tan bien? —Natally arqueó las cejas, exagerando el gesto—. El camarero casi se tropieza con el vaso por tu culpa, eso no es "verse bien", eso es dar miedo.

Exelia le sacó la lengua, divertida, y ambas siguieron hablando mientras avanzaban hacia la sala.

—Además —añadió Natally, intentando sonar más madura de lo que su voz de niña podía sostener—, no sé para qué tanto coqueteo, si tú siempre dices que los hombres son un dolor de cabeza.

—Y lo son —respondió Exelia con un suspiro dramático—. Pero no me vas a negar que a veces es divertido verlos ponerse nerviosos.

Natally se llevó una mano a la frente.
—Ay, diosa... por eso nadie confía en ti cuando dices "te lo prometo".

Las dos estallaron en carcajadas, casi chocando entre ellas mientras dejaban las bolsas sobre la mesa.

—Tienes una lengua afilada, chiquilla —bromeó Exelia, pellizcándole la mejilla—. Si fueras un poco más grande, seguro tendrías a todos a tus pies.

—Si fuera más grande —contestó Natally con gesto orgulloso—, usaría eso para conseguir pizza gratis, no para marear a pobres camareros.

Las dos rieron otra vez, completamente ajenas al ambiente pesado que las esperaba.

Fue entonces cuando Desmond apareció en la sala, su sombra cubriendo parte de la luz del pasillo. Se plantó frente a ellas, con los ojos oscuros y la mandíbula apretada.

—No quiero interrumpirlas —dijo con un tono que cortó la risa al instante—. Pero necesitamos hablar... ahora.

El silencio cayó como un balde de agua helada.

Exelia dejó de sonreír. Sus ojos se estrecharon al ver la seriedad en el rostro de Desmond.
—¿Qué ocurre?

Natally lo miró inquieta, bajando la voz.
—¿Es... algo malo?

Ambas se miraron un instante, y luego asintieron, sabiendo que lo que sea que Desmond estaba a punto de decir, no podía esperar.

Desmond no dijo nada más en la sala. Solo apretó los labios, tomó la mano de Exelia con firmeza y luego la de Natally, arrastrándolas con paso decidido hacia la habitación de Antrox.

—¿Qué haces? —preguntó Natally, nerviosa, mirando hacia atrás como si alguien pudiera atraparlos—. ¡No podemos entrar aquí! ¡Papá lo tiene prohibido!

—Es solo por un rato —replicó Desmond con un tono serio, casi autoritario—. Lo que tengo que mostrarles no puede ser en otro lugar. Es... demasiado importante.

La puerta se cerró detrás de ellos con un chirrido. El aire en la habitación se sentía más pesado, cargado con la esencia de Antrox, sus objetos dispersos y ese orden extraño dentro del caos.

Desmond respiró hondo, metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja arrugada. Con cuidado, la extendió frente a ellas.

—Quiero que miren esto.

Exelia arqueó una ceja y Natally inclinó la cabeza. Ambas observaron el dibujo con confusión.

—¿Un dibujo? —preguntó Natally, arrugando la nariz—. ¿Qué tiene que ver esto con tanta seriedad?

Exelia entrecerró los ojos.
—Desmond, no entiendo... ¿por qué traernos aquí para mostrarnos un garabato?

Desmond apretó los dientes.
—No es un simple garabato. Lo hizo Scott.

—Bueno, tu hijo tiene talento, ya lo sabemos —respondió Exelia con calma, aunque su mirada empezaba a analizar cada trazo.

Desmond dio un golpe con el dedo sobre el papel.
—¡Ese es Alex! ¡Y esa es su novia!

El silencio cayó en la habitación. Natally lo tomó entre sus manos, observando el detalle.
—Pero... Scott nunca conoció a Alex. Ni siquiera lo vio una sola vez.

—¡Exacto! —replicó Desmond, con la voz cargada de tensión—. Scott nunca estuvo presente. Y, sin embargo, dibujó esto.

Exelia tomó el dibujo y lo acercó a sus ojos, con la atención de quien examina un enigma. Sus labios se curvaron lentamente en una mueca de sorpresa.
—Espera... esta calle... —pasó el dedo por las líneas del fondo—. La reconozco.

Desmond la miró con incredulidad.
—¿La reconoces?

—Sí. —Exelia afirmó con un hilo de voz—. Es una calle del oeste del Cielo. Lo sé por los símbolos en las paredes y los edificios de cuarzo.

Natally abrió los ojos de par en par.
—¿Entonces... Scott dibujó algo que solo puede verse en el cielo?

Exelia levantó la vista, seria.
—Eso es lo que me preocupa. ¿Cómo conoce esa calle?

Desmond se pasó la mano por el cabello, nervioso.
—Eso es lo que no entiendo. No debería ser posible.

Exelia respiró hondo.
—Podría ser... una coincidencia. Quizás lo imaginó sin querer.

Pero antes de que pudiera terminar, Natally la interrumpió bruscamente.
—¡No! No fue casualidad.

Las miradas se posaron sobre ella. La niña apretó los puños, tragando saliva antes de hablar.
—No se los había dicho porque pensé que no era importante... pero la noche de mi cumpleaños, cuando Scott se quedó a dormir... compartimos un sueño.

Exelia dio un paso hacia ella, alarmada.
—¿Cómo que un sueño compartido?

—Era un lugar blanco... infinito. No había nada, solo luz. Y allí aparecieron tres seres. Eran como ángeles, pero diferentes. Sus alas eran de cristal, y sus ojos... parecían el amanecer.

Desmond frunció el ceño, incrédulo.
—¿Y qué les dijeron?

—Que yo era una guardiana. O algo así. Y que él... Scott... también tenía un papel.

Exelia cerró los ojos un instante y soltó un suspiro largo, cargado de reproche.
—¿Y por qué no nos lo contaste, Natally?

—Porque... pensé que solo era un sueño raro. —La niña bajó la mirada, con un dejo de culpa—. No quise preocuparlos.

Exelia frotó sus sienes y luego volvió a mirar a Desmond, con una seriedad que helaba el aire.
—Por lo que me cuentas, esos seres no eran simples ángeles. Todo indica que pudieron ser Virtudes.

Desmond frunció el ceño.
—¿Virtudes?

—Sí. Una de las jerarquías más puras. Y si realmente intervinieron, entonces a Scott le otorgaron un don. Oculus Caeli.

Natally murmuró en voz baja, casi como si probara las palabras.
—Oculus... Caeli.

—El Ojo del Cielo —explicó Exelia—. La capacidad de ver lo que ocurre allá arriba a través de los sueños... y plasmarlo en la realidad. En este caso, sus dibujos.

Desmond dio un paso atrás, como si el peso de esa revelación lo abrumara.
—Entonces... ¿Scott puede ver el cielo?

Exelia lo miró directo a los ojos y asintió lentamente.
—Sí. Eso es exactamente lo que significa.

El silencio llenó la habitación. Desmond se pasó ambas manos por el cabello, caminando de un lado a otro, como un animal enjaulado.

—No... no puede ser. Es solo un niño. ¿Por qué él?

Exelia se acercó con calma, apoyando una mano en su hombro.
—Desmond, escúchame. Sé que esto te asusta. Pero te prometo algo: yo cuidaré de él. No dejaré que nada ni nadie lo dañe por lo que es.

Desmond apretó los labios, conteniendo la emoción en sus ojos.
—Gracias, Exelia... de verdad.

La puerta de la habitación se abrió con un chirrido suave. Allí, parado en el umbral, estaba Scott, abrazando su cuaderno contra el pecho. Sus orejas caídas y la cola inquieta lo delataban: había escuchado más de lo que deberían.

—¿Por qué se encerraron? —preguntó con inocencia, ladeando la cabeza.

El corazón de Desmond dio un vuelco, pero antes de que dijera algo, Exelia reaccionó rápido. Se inclinó y lo cargó con suavidad, acomodándolo en sus brazos.
—Nada importante, pequeño —le dijo con una sonrisa cálida—. Estábamos hablando cosas de adultos.

Scott parpadeó, procesando la respuesta. Sabía bien que "cosas de adultos" eran sagradas, intocables para él. Bajó la mirada y asintió con seriedad sorprendente para su edad.
—Está bien... si son cosas de adultos.

Entonces alzó la vista hacia Exelia, con esa chispa infantil que se le escapaba incluso en los momentos serios.
—¿Quieres jugar conmigo?

Los labios de Exelia se suavizaron en una sonrisa sincera.
—Claro que sí. Jamás te diría que no, Scott.

El sabueso movió la cola con tanta fuerza que casi golpeó a la puerta. Se acomodó mejor en los brazos de Exelia y escondió su rostro en su cuello, como si hubiera encontrado refugio.

—Entonces vamos a mi habitación. Te enseñaré mi juego nuevo —dijo Scott, casi canturreando.

—Perfecto. Pero me tienes que prometer que no harás trampa esta vez. —Exelia lo miró con fingida sospecha.

—¡Yo nunca hago trampa! —protestó el cachorro, abriendo los ojos grandes.

—Ajá... eso mismo dijiste la última vez —respondió Exelia con una risa suave mientras se alejaba, llevándolo con ella.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, la habitación quedó en un silencio pesado. Solo Natally y Desmond permanecían allí, mirándose.

—Si Scott realmente puede ver el cielo... —dijo Desmond, su voz grave resonando con un peso emocional que lo carcomía— entonces significa que podría ver a mi madre.

Natally entrelazó los dedos frente a sí, pensativa.
—No deberías apresurarte, Desmond. Lo que dijo Exelia fue claro: Scott solo puede hacerlo en sueños. Y aunque nunca conoció a Alex, recuerda que él estuvo aquí... —sus ojos bajaron al suelo, y su voz se volvió más baja—. Tal vez tuvo una conexión con el ritual.

Desmond la observó en silencio, notando la tensión en su mirada.
—¿Por qué no lo dijiste antes, Natally?

Ella respiró hondo antes de responder.
—Porque no quería que Exelia lo supiera aún. Pero según las Virtudes... Scott y yo estamos conectados. Es algo más grande que nosotros.

Desmond se frotó la frente con la mano, como intentando liberar la presión que se acumulaba en su cabeza.
—Ese tipo de dones son peligrosos aquí... no sabes quién podría intentar usarlo en su contra. —La voz le tembló al final, como si la sola idea lo desgarrara por dentro—. Por favor, cuídate... y cuídalo a él también.

Natally lo miró fijo, con una madurez que no correspondía a sus diez años.
—Lo haré. Te lo prometo.

Un suspiro profundo salió de los labios de Desmond. La conversación se interrumpió de golpe al escuchar el sonido de la puerta principal abriéndose.

Los pasos inconfundibles resonaron en el pasillo. Antrox había regresado.

Desmond salió primero, con la determinación de enfrentarlo. Cuando lo vio entrar, lo saludó con su nueva voz grave.
—Bienvenido, Antrox.

El hombre se detuvo en seco, frunciendo el ceño.
—¿Qué...? ¿De quién es esa voz?

Desmond tragó saliva, pero mantuvo la mirada firme.
—Me la dio un pecador.

Antrox entrecerró los ojos, desconfiado.
—¿Cómo es posible? El poder de tomar voces es exclusivo de los íconos.

Desmond negó con la cabeza.
—No lo sé. Solo... me la entregó. Y no la estoy imitando. Es real.

El silencio se hizo denso, hasta que finalmente Antrox soltó un resoplido y se cruzó de brazos.
—Tendremos que hablar más de eso.

La tensión parecía empezar a disiparse, pero justo en ese momento alguien tocó la puerta. Un golpe seco, firme, que hizo retumbar el aire.

Antrox se giró con gesto severo, caminó hasta la entrada y, sin dudar, abrió.

Al otro lado del umbral, erguida como una sombra imponente, estaba Invidia. Su silueta de dos metros llenaba todo el marco de la puerta, y en sus manos sostenía una caja envuelta con un lazo carmesí, que parecía un regalo.

Antrox la reconoció de inmediato, y su rostro se endureció.
—¿Cómo descubriste mi dirección? —preguntó con tono gélido, apenas entrecerrando los ojos.

Invidia sonrió, ladeando la cabeza con fingida inocencia.
—Muy fácil. Se la pregunté a Celia. —Su voz era suave, casi juguetona, pero sus ojos brillaban con algo más oscuro. Sin dejarlo responder, cambió de tema abruptamente—. Pero no vine a hablar de eso. Te traje un regalo.

La levantó apenas, dejando que la caja brillara bajo la tenue luz de la sala.

Antrox la miró con clara sospecha. Su mano se extendió lentamente, y con movimientos calculados, retiró el lazo y abrió la tapa. Dentro, lo esperaba un simple peluche de gato, negro y mullido.

Frunció el ceño.
—¿Qué... es esto?

Invidia arqueó una ceja, fingiendo ofensa.
—¿Por qué? ¿Acaso no te gusta?

Antrox sostuvo el peluche en sus manos, mirándolo con incomodidad.
—No es eso. Está... lindo el gesto. Pero ¿por qué lo haces? —Sus ojos se clavaron en los de ella—. Toda la eternidad me has odiado por no ser tan poderoso como ustedes.

La mujer soltó una risa suave, inclinándose apenas hacia él.
—Sí, lo sé. Pero en la pelea contra Ghost, demostraste lo contrario. Si pudiste hacerle frente, significa que no eres tan débil como pensábamos. Eres... un ser poderoso como nosotros. Y eso es digno de reconocerse.

Las palabras hicieron vacilar a Antrox. La sospecha aún lo rondaba, pero poco a poco su postura se relajó.
—Gracias... supongo.

—¿Puedo entrar? —preguntó Invidia, con voz melosa pero firme.

El silencio se alargó unos segundos. Finalmente, Antrox asintió con un leve movimiento.
—Adelante.

La mujer de dos metros dio un paso dentro de la casa. Sus tacones resonaron con fuerza en el suelo, y sus ojos recorrieron cada rincón como si estuviera analizando, registrando cada detalle. Pero su atención no tardó en desviarse.

Se clavó directamente en Natally.

Con rapidez sorprendente para su tamaño, Invidia se acercó a la joven. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo, y antes de que la muchacha reaccionara, tomó sus mejillas entre sus largos dedos afilados.

—¿Ella es mi sobrina? —preguntó, sin apartar la mirada.

Antrox frunció el ceño.
—Sí.

Natally abrió los ojos con incredulidad.
—¿¡Qué!? ¿Cómo que sobrina? Papá... ¿quién es ella?

Antrox respiró hondo antes de responder, sabiendo que era inevitable.
—Ella es Invidia. Tu tía. Y... el Pecado Capital de la Envidia.

La muchacha se apartó bruscamente, mirando primero a Antrox y luego a la mujer que aún la observaba con detenimiento.
—Entonces... ¿ella es una de tus hermanas? ¿De esas de las que nunca me hablaste?

Las palabras golpearon como una bofetada. El rostro de Invidia se endureció, y sus labios dibujaron una sonrisa tensa.

—¿Cómo que nunca le hablaste de mí? —preguntó, casi en un susurro, pero con un filo que helaba la sangre.

Antrox alzó las manos, defensivo.
—Sabes bien cómo son ustedes conmigo. Como me "odian", jamás vi importante mencionarlo.

El silencio cayó como un peso muerto. Invidia giró lentamente su mirada hacia Natally, y la examinó con detalle, de arriba abajo, como si diseccionara su esencia misma.

—Eres... una mezcla perfecta de Velzaria y Antrox. —Su voz se volvió grave, cargada de algo que ni siquiera ella misma parecía poder ocultar—. De tu madre heredaste los cuernos y la cola. Y de tu padre... todo lo demás. Increíble.

Natally retrocedió un paso, incómoda bajo la intensidad de esa mirada.

Fue entonces cuando Desmond salió de la cocina, limpiándose las manos en un paño. Al ver a Invidia, su cuerpo entero se congeló. La sangre le bajó al suelo. Su rostro se quedó inmóvil, frío como una estatua.

Los ojos de Invidia lo encontraron, y una sonrisa venenosa se dibujó en sus labios.
—Vaya, vaya... —murmuró, acercándose lentamente a él, cada paso retumbando como un presagio—. El famoso Desmond.

El aire se volvió denso, casi irrespirable.

—Es un privilegio conocerte —dijo Invidia, sus labios formando una sonrisa que parecía más un filo que un gesto amable. Sus ojos esmeralda brillaban con malicia contenida mientras se acercaba un poco más a Desmond—. Escuché lo que hiciste en el Anillo del Orgullo... cómo enfrentaste a M&M y lo derrotaste frente a todos. Y también escuché lo que pasó después con tu voz. Eso... —ladeó la cabeza, con un gesto casi teatral—, es realmente lamentable.

Desmond sintió un sudor frío recorrerle la espalda. Tragó saliva, y cuando abrió la boca, las palabras salieron torpes, entrecortadas, como si la garganta no le respondiera con la misma firmeza de antes.
—N-no hay... n-no hay problema. Solo... fue un i-insidente. —Forzó una sonrisa débil, intentando desviar el tema—. Cosas que... pasan.

Invidia arqueó una ceja, divertida por la manera en que tartamudeaba. Dio un par de pasos hacia atrás, cruzando los brazos.
—Hm... qué curioso. Un hombre que se enfrentó sin miedo a uno de los íconos más despiadados... y ahora tiembla solo con que le dirijan la palabra.

—Y-yo... —Desmond bajó la mirada, sus manos apretando con fuerza los bordes de su chaqueta—. Es... diferente.

Invidia lo observó en silencio unos segundos, como un depredador que evalúa a su presa. Notó cómo cada músculo del hombre estaba en tensión, cómo evitaba su mirada, y entendió que lo estaba acorralando demasiado. Chasqueó la lengua con suavidad y se apartó un poco, dándole aire.
—Está bien... no diré más. No quiero incomodarte. —Sus palabras parecían suaves, pero en su tono había un dejo de burla apenas perceptible.

Desmond asintió con rapidez, agradecido en silencio de que lo dejara tranquilo. Sus manos aún temblaban, y para ocultarlo las escondió en los bolsillos.

Mientras tanto, a través de una de las ventanas laterales, unos ojos atentos seguían cada movimiento. Exelia, con el ceño fruncido, se aferraba al marco de madera mientras hablaba en voz baja, como si necesitara convencerse a sí misma de lo que veía.
—¿Qué demonios... hace aquí? —susurró, con la respiración agitada—. No puede ser una simple visita. No Invidia.

La escena delante de ella parecía demasiado perfecta, demasiado casual. La imponente figura de la mujer, sentada con naturalidad en la sala de Antrox, los gestos calculados, el tono meloso... todo era una máscara. Exelia lo sabía.
—Ella no aparece así como así. Nunca. —Sus ojos destellaron con desconfianza—. Si ha venido hasta aquí, no es solo para traer un maldito peluche o disculparse.

Apretó los dientes, sintiendo un nudo en el estómago.
—No... ella viene con algo más oscuro. Algo que todavía no muestra.

Desde dentro, Invidia lanzó una carcajada ligera, y ese eco resonó hasta donde estaba Exelia, confirmando lo que su intuición ya le gritaba: esa visita no era una casualidad. Era el inicio de algo más grande.

Exelia no soportó más observar desde la ventana y empujó la puerta con firmeza, entrando en la sala. Sus pasos resonaron en el suelo, seguros, pero en su interior hervía la desconfianza.

Invidia, al verla entrar, giró lentamente la cabeza. Sus ojos verdes brillaron con una hostilidad apenas disimulada, como cuchillos afilados listos para hundirse en la carne. La observó de arriba abajo, con descaro, y luego ladeó la boca en una sonrisa venenosa.
—¿Y tú... quién eres? —preguntó con una calma gélida, aunque la tensión en su voz dejaba claro que la pregunta era un desafío más que una curiosidad.

Exelia no apartó la mirada ni un instante. Su ceño se frunció, y sus ojos, cargados de la misma ferocidad, devolvieron esa mirada como un espejo. Dio un paso al frente, plantándose como si el aire mismo temblara entre ambas.
—Soy alguien que no te va a temer —respondió, seca, firme.

Pero antes de que pudiera decir más, sintió unos brazos rodearla por detrás. Antrox, nervioso, la abrazó con torpeza, apoyando su barbilla en el hombro de ella.
—Ella se llama Exelia —dijo de pronto, casi tartamudeando—. Y... es mi mujer.

Exelia se quedó rígida. Lo miró de reojo con incredulidad, pero cuando iba a soltar una réplica, Antrox sintió cómo ella le apretaba el brazo con fuerza, como una advertencia. Exelia no soltó palabra, comprendiendo de inmediato que debía seguirle el juego.

Antrox respiró hondo, entendiendo el mensaje silencioso. Tragó saliva y repitió, esta vez con voz más segura:
—Sí... Exelia es mi nueva mujer. Mi... nuevo amor, aunque sea un ángel.

Invidia arqueó una ceja, y en ese instante su sonrisa se ladeó con un veneno juguetón.
—Qué curioso —dijo despacio, como saboreando cada palabra—. Primero Velzaria, una de las demonios más poderosas que he conocido... y ahora caes tan bajo como para enredarte con un ángel. Vaya, hermano... de tener reinas a contentarte con las sobras del cielo.

El aire se tensó como una cuerda a punto de romperse. Exelia, aún abrazada a Antrox, le sostuvo la mirada a Invidia con una frialdad cortante.
—Lo que Antrox elige... no es asunto tuyo. Y si tanto desprecio te inspiro, me sorprende que aún tengas la cortesía de darme la mano.

Las palabras se clavaron como cuchillas invisibles. Invidia parpadeó apenas, sorprendida por la dureza del tono, pero al instante recuperó su sonrisa falsa y extendió la mano hacia Exelia.
—Encantada de conocerte... cuñada.

Exelia dudó solo un instante antes de responder al gesto. Su mano se posó sobre la de Invidia, firme, fría, como si aquel apretón fuera una batalla en sí misma. Las miradas se cruzaron, y aunque los labios sonrieron, la electricidad en el aire era tan fuerte que parecía que la habitación entera se había tensado con ellas.

La noche finalmente comenzó a caer. Las velas se encendieron solas en los pasillos, bañando la casa en una penumbra cálida. Invidia se acomodó en el sofá, cruzando sus largas piernas, y con un tono casual lanzó la pregunta que congeló a todos:
—Dime, Antrox... ¿podría quedarme unos días aquí? El Palacio Viridis está en remodelación y, bueno... no tengo dónde quedarme de momento.

Antrox se quedó callado unos segundos, procesando la solicitud. La desconfianza lo carcomía, pero la sonrisa fija de Invidia lo obligó a responder.
—Sí... claro que puedes quedarte —dijo finalmente, intentando sonar natural—. La cama de invitados es lo suficientemente grande para ti.

Exelia apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

Antrox, torpe, agregó con un intento de humor:
—Aunque... bueno, quizá tengas que conformarte con unas pijamas de Velzaria. Son un poco infantiles, pero seguro te servirán.

Invidia soltó una risa breve, que no sonaba sincera.
—No me importa. Lo importante es que sean cómodas. —Se levantó del sofá y lo miró directo a los ojos—. Muéstrame mi habitación.

Antrox la guio por el pasillo hasta la habitación de invitados. Apenas abrió la puerta, Invidia entró con pasos largos y se dejó caer de espaldas sobre la cama, hundiéndose en las sábanas. Apretó el rostro contra la almohada y soltó un gemido grave de satisfacción.
—Ah... por fin algo blando.

Antrox la miró incómodo unos segundos y se retiró, pero regresó al cabo de un minuto con unas pijamas dobladas en las manos.
—Aquí... toma, son de Velzaria. —Se las ofreció, evitando su mirada.

Invidia las recibió con una sonrisa amplia, demasiado amplia.
—Gracias, Antrox. —Su voz era suave, pero en el fondo había un filo oculto.

Luego cerró la puerta despacio, y el eco del clic de la cerradura resonó por toda la casa como un presagio.

Antrox abrió la puerta de su habitación con cara de fastidio, esperando silencio, pero se congeló al ver a Exelia ya instalada, sentada en su cama como si fuera suya. Ella estaba con una pijama blanca sencilla que resaltaba el contraste con su aura celestial, y trenzaba distraídamente un mechón de su cabello.

—... ¿Qué haces aquí? —gruñó Antrox, frunciendo el ceño—. Esta es mi habitación.

Exelia lo miró de reojo, con una calma que solo servía para irritarlo más.
—La tuya, dices. —Sonrió con malicia—. Pero, hasta donde recuerdo, se la diste a Invidia. Así que técnicamente, ya no tienes habitación.

Antrox abrió la boca para protestar, pero se detuvo, exhalando un bufido.
—Eso no te da derecho a meterte aquí.

—Claro que sí —contestó con un tono ligero, encogiéndose de hombros—. No pienso dormir en el sofá como una cualquiera. Así que... dormiré contigo.

El demonio se pasó la mano por la cara, ya cansado antes de empezar la discusión.
—¿Dormir... conmigo?

Exelia apoyó un codo sobre la rodilla, inclinándose hacia él con una sonrisa afilada.
—Si voy a fingir ser tu mujer delante de tu querida hermanita, más vale que la actuación sea convincente. Y eso incluye compartir cama.

—Esto es ridículo... —refunfuñó, pero luego bajó la voz, murmurando—. Aunque... tienes razón.

Se dejó caer sobre el colchón, acomodándose de espaldas sin quitarse la ropa, pero antes de cubrirse, la mano de Exelia lo detuvo.

—Ni lo sueñes.

—¿Qué ahora? —resopló, irritado.

—No vas a dormir así. —Lo señaló de arriba abajo—. No pienso compartir cama con alguien que apesta a sudor de todo el día.

Antrox giró la cabeza, ofendido.
—Yo siempre duermo con la misma ropa.

—Pues conmigo no. —Exelia cruzó los brazos, desafiante—. Mientras duermas a mi lado... te pones una pijama.

—¡No tengo pijamas! —replicó él, casi infantil.

Exelia arqueó una ceja y sonrió con aire de triunfo.
—Entonces ponte algo de Velzaria. Tienes un armario lleno. Sé creativo.

Antrox masculló entre dientes, caminando hacia el clóset con pasos pesados.
—Sí, "amor mío" —dijo con sarcasmo.

Al cabo de un momento regresó, enfundado en una camisa de Velzaria con estampados de ovejas durmiendo y una sudadera enorme llena de nubecitas sonrientes que apenas le permitía moverse.

Exelia lo miró de arriba abajo, y no pudo contener la risa que se escapó de su garganta.
—¡Oh, por favor! —se llevó una mano al pecho—. Mírate. El gran Antrox, temido demonio del anillo de la ira, cuidador de sabuesos infernales... convertido en un osito de peluche.

—Cállate... —gruñó, metiéndose en la cama con torpeza—. Cumplí tu capricho, ¿feliz?

Exelia se limpió una lágrima de risa y asintió con satisfacción.
—Mucho. Aunque admito... te queda bien. Infantil, pero bien.

—Eres insoportable. —Se cubrió hasta el cuello con la manta, dándole la espalda.

—Y tú gruñón. —Exelia apagó la lámpara y se deslizó bajo las sábanas, acomodándose a su lado. La cama crujió bajo ambos.

Hubo silencio por unos segundos, hasta que Exelia murmuró con voz baja, casi juguetona:
—Admites que soy tu "mujer" delante de Invidia, y ahora compartes cama conmigo. Cualquiera pensaría que lo disfrutas.

Antrox giró un poco la cabeza, mostrando solo un ojo brillante en la penumbra.
—No lo disfruto. Lo tolero.

—¿Seguro? —susurró Exelia, inclinándose apenas hacia él—. Porque parecías muy convincente cuando dijiste que yo era tu nuevo amor.

—Tu teatrillo. Yo solo seguí la corriente. —Gruñó.

Exelia se mordió el labio, divertida.
—Lo hiciste tan bien que hasta yo casi me lo creo.

—Deja de provocarme, Exelia... —resopló él, tapándose más con la manta.

—No lo hago por mal. —Su tono se suavizó—. Es solo que... hacía tiempo que no te veía sonreír. Aunque fuera nervioso, me gustó.

Antrox parpadeó, desconcertado.
—¿Sonreír? ¿Yo?

—Sí. —Ella apoyó la cabeza en la almohada, girándose hacia él—. Tal vez no lo notaste, pero estabas vivo por un momento. No ese cascarón serio que se deja consumir por todo.

Él no respondió de inmediato. Sus ojos se clavaron en el techo invisible de la oscuridad. Finalmente, murmuró:
—No soy un cascarón.

Exelia acercó su mano, tocando apenas el borde de la manta que lo cubría.
—Entonces demuéstralo.

El silencio se volvió más pesado, cargado de algo que ninguno quería admitir.

—Buenas noches —dijo Antrox al fin, tajante.

—Buenas noches, "amor mío" —respondió ella con sarcasmo, pero sus palabras flotaron en la oscuridad como una caricia.

Ambos cerraron los ojos, o al menos fingieron hacerlo. La tensión seguía allí, respirando entre ellos, imposible de ignorar.

La noche había caído del todo, y en la habitación apenas se filtraba un hilo de luz plateada desde la ventana. Antrox estaba acostado boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando el techo como si de repente este fuera el enigma más complejo del infierno. Exelia, a su lado, se removía sobre la cama, inquieta, incapaz de quedarse quieta.

El silencio se extendió entre ambos, pesado pero vivo, hasta que ella suspiró, rompiéndolo como quien corta un hilo a punto de reventar.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —murmuró en voz baja.

—Que me quitaste mi cama. —El sarcasmo de Antrox salió rápido, seco, pero sin malicia.

Exelia rodó los ojos, aunque una pequeña sonrisa se le escapó.
—No, tonto. —Se giró hacia él, con el rostro apenas visible en la penumbra—. Lo peor es que... nunca tuve pareja.

Antrox arqueó una ceja, incrédulo.
—¿Nunca? ¿Ni un romance pasajero? ¿Ni siquiera un beso robado en alguna guerra celestial aburrida?

—Nada. —Exelia lo dijo sin titubeos, como quien se desnuda con palabras—. Mi vida siempre fue deber tras deber. Los serafines, los tronos, las órdenes interminables... Nunca había tiempo para otra cosa. Y aunque lo hubiera, ¿qué se supone que debía hacer? ¿Invitar a cenar a un ángel después de una guardia? No funcionaba así.

—Vaya. —Antrox se rascó la barbilla, fingiendo pensar—. Entonces eres virgen... en todo sentido.

—¡Antrox! —Exelia lo empujó suavemente en el hombro, con un sonrojo apenas visible—. Hablo en serio.

Él rió bajo, disfrutando de la reacción.
—Ya, ya. Solo digo lo que nadie se atrevería a decir. Pero... —su expresión cambió, tornándose más seria—. Eso suena jodidamente solitario.

Exelia bajó la mirada.
—Lo es. —Su voz tembló un poco, pero no se quebró—. Pasé mi eternidad protegiendo a los más grandes, a los que todos veneran, pero... nadie me protegía a mí. Al final, solo quedaba el deber. Nunca alguien que me viera... como yo.

Antrox la observó en silencio. El sarcasmo habitual que siempre tenía listo en la punta de la lengua se quedó atascado. Esa confesión era demasiado íntima como para arruinarla. Se giró hacia ella, apoyando un brazo detrás de la cabeza.

—¿Sabes qué? —dijo tras un rato—. Supongo que te entiendo más de lo que crees.

Exelia levantó los ojos, sorprendida.
—¿Tú? ¿El demonio que parece no necesitar a nadie?

Antrox rió con ironía.
—Exacto, ese. Pero es pura fachada. —Hizo una pausa, buscando las palabras—. Siempre fingí que no me importaba lo que pensaran de mí. Que podía cargar con todo solo: culpas, derrotas, la jodida soledad. Pero en realidad... siempre quise lo contrario. Tener a alguien que me mirara y no viera al "Cuidador de sabuesos", ni al hermano que no estuvo a la altura. Solo... a mí.

Exelia abrió los labios, pero no dijo nada. Había demasiada sinceridad en esa frase como para interrumpirla.

Antrox soltó una risa amarga.
—¿Ves lo patético? Tú, la guerrera impecable que nunca tuvo un respiro... y yo, el fracasado resentido que solo quería que alguien lo viera. Qué pareja tan desastrosa haríamos.

—O tan real. —La voz de Exelia salió suave, casi como un secreto.

El silencio volvió, pero esta vez era distinto. No pesaba. Era cálido, íntimo, como si ambos hubieran derrumbado un muro invisible.

Exelia se acercó lentamente y lo abrazó. Sus brazos se cerraron alrededor de él con suavidad, sin exigir nada, solo ofreciéndose. Su frente descansó sobre su hombro.

—¿Tienes problema con que te abrace? —preguntó en un susurro.

Antrox se quedó rígido, sorprendido por el gesto. Estuvo a punto de soltar un comentario sarcástico, pero algo en su tono lo detuvo. Suspiró largo y bajó el brazo, rodeándola con torpeza.

—No. No tengo problema.

Ella sonrió contra su hombro.
—Qué raro... Nunca me sentí tan ligera. —Hizo una pausa—. Es como si, por un momento, no tuviera que ser la guardiana perfecta. Solo... yo.

Antrox bufó.
—Y yo nunca pensé que dejaría que alguien me abrazara sin querer arrancarle la cabeza después. Parece que batimos récords esta noche.

Exelia rió bajo, el sonido cálido que apenas rozaba el aire.
—Eres insoportable.

—Y tú una mandona. —Él cerró los ojos, pero no se apartó del abrazo—. Supongo que estamos a mano.

La tensión que había marcado toda la noche desapareció poco a poco. Ambos, en silencio, comenzaron a relajarse. Exelia, aún acurrucada contra él, susurró apenas audible:

—Buenas noches, Antrox.

Él, con la voz grave pero tranquila, respondió:
—Buenas noches, Exelia.

Y así, bajo la penumbra, dos almas que siempre habían cargado con todo solas, encontraron un respiro. Por primera vez en incontables eras, no se sintieron solos al cerrar los ojos.

La luna se filtraba apenas por la ventana, tiñendo la habitación de un brillo pálido. Invidia daba vueltas en la cama, incómoda, su cuerpo demasiado grande para el mobiliario que

pertenecía antes a Velzaria. Bufó con fastidio, girándose de un lado a otro, hasta que un golpe suave sonó en la puerta.

—¿Quién demonios...? —murmuró con voz cansada—. Pasa.

La puerta se abrió lentamente, y asomó la cabeza de Natally, con el cabello despeinado y los ojos brillosos por la vigilia.

—Tía Invidia... ¿estás despierta?

Invidia arqueó una ceja, incorporándose un poco.
—Eso parece. ¿Qué pasa, niña? ¿No puedes dormir?

—No... —Natally se frotó los brazos, nerviosa—. Y... vi que tú tampoco.

Invidia la observó unos segundos, antes de señalar la cama con la mano.
—Ven, siéntate aquí. Quizás un poco de charla cure el insomnio.

Natally cerró la puerta con cuidado y se acercó, sentándose a su lado. Había un silencio extraño al inicio, como el crujir de un hielo a punto de romperse, hasta que la niña habló:

—¿Podemos... hablar de nuestras vidas?

Invidia sonrió de medio lado, apoyando un codo sobre la almohada.
—¿Nuestras vidas, eh? Eso suena demasiado serio para alguien de tu edad. Pero supongo que tienes curiosidad.

—Es que... casi no sé nada de ti. Papá nunca me habló demasiado.

La sonrisa de Invidia se torció apenas, pero ocultó el veneno detrás de un gesto más cálido.
—Bueno, entonces tendrás la versión directa. ¿Qué quieres saber?

Natally ladeó la cabeza, pensativa.
—No sé... ¿cómo eras de niña?

Invidia soltó una risa grave, casi ronca.
—¿Niña? Eso fue hace tanto que parece un maldito chiste recordarlo. Pero sí, alguna vez fui... más ingenua. Vivía rodeada de mis hermanos, aprendiendo a usar mis poderes, intentando siempre demostrar que no era "la menor débil". ¿Y sabes qué? Nunca importaba cuánto lograra. Siempre me miraban como la sombra de los demás.

Natally la miró con atención, abrazando sus rodillas.
—Eso... suena duro. Yo... a veces siento algo parecido. Todos esperan cosas de mí. A veces ni siquiera sé si soy yo... o si solo estoy repitiendo lo que todos quieren ver.

Invidia ladeó la cabeza, interesada.
—Eso sí que es algo maduro para salir de tu boca, mocosa. —Le dio un golpecito suave en la

frente con su dedo largo—. Pero tienes razón. No hay nada más agotador que cargar expectativas.

Natally sonrió débilmente.
—¿Y... alguna vez te enamoraste?

Invidia arqueó una ceja, sorprendida por la pregunta.
—¿Enamorarme? —Se recostó hacia atrás, riendo con sarcasmo—. Claro que sí. Varias veces. Pero nunca resultó. O querían mi poder, o temían lo que yo era. Nadie quería a Invidia... solo lo que podía ofrecer.

—Yo... tampoco me he enamorado nunca. —Natally bajó la mirada, ruborizada—. Aunque a veces... pienso en cómo sería.

Invidia la miró con una mezcla extraña de burla y ternura.
—No te apures, niña. El amor llega cuando menos lo esperas. Y a veces, cuando menos lo quieres.

—¿Tú... lo volverías a intentar? —preguntó Natally, genuinamente curiosa.

Invidia suspiró, y por un instante pareció sincera.
—Si alguien fuera lo bastante idiota para quererme por lo que soy... tal vez. Pero esas personas no existen. —Sonrió con amargura—. O se extinguen rápido.

Natally se quedó en silencio, procesando lo que escuchaba. Luego, como para aliviar la tensión, cambió de tema.
—Yo... recuerdo que en mi cumpleaños, soñé algo muy raro. Estaba con Scott, y vimos ángeles. Ellos decían que yo era una guardiana, y que él era un guardián. ¿Tú crees que eso signifique algo real... o solo fue un sueño?

Invidia la miró fijamente, con una intensidad que la incomodó por un momento. Pero luego suavizó el gesto, riendo bajo.
—Si algo he aprendido, pequeña, es que los sueños siempre esconden verdades. Tal vez no las entiendas ahora, pero lo harás. Y cuando llegue el momento... ese poder que cargas no será un juego de niños.

Natally abrió la boca para preguntar más, pero un bostezo la interrumpió. Intentó disimularlo, sacudiendo la cabeza.
—Perdón... no quiero aburrirte.

—No me aburres. —Invidia habló más bajo, con un tono casi maternal—. Hace mucho que nadie me hablaba así.

Pasó casi una hora en aquella charla, entre risas ocasionales, confesiones pequeñas y silencios cómodos. Finalmente, el cansancio pudo más que Natally. Sin darse cuenta, se recostó sobre el brazo de Invidia y cerró los ojos, quedando profundamente dormida.

Invidia miró hacia abajo, sorprendida al sentir el peso ligero de la cabeza de la niña sobre su brazo. Por un instante, algo parecido a la ternura cruzó su rostro. Suspiró, y con cuidado, la rodeó con sus brazos, levantándola suavemente. La acomodó sobre la cama, cubriéndola con la manta.

La observó un largo rato en silencio, hasta que susurró, apenas audible:
—No sabes lo que se te viene, niña estúpida... Solo es cuestión de que confíes. Y cuando lo hagas... te atacaré por donde más te duela: tu padre.

Con esa sonrisa fría y calculadora, Invidia se acostó a su lado, cerrando los ojos finalmente.

La noche avanzó tranquila, pero bajo esa calma, el peligro ya estaba sembrado.

CAP 66

Sombras de Envidia

El amanecer llegó lento, la luz dorada colándose por las rendijas de la ventana hasta iluminar la habitación. Indivia fue la primera en despertar. Se desperezó con un movimiento felino, sus brazos largos y fuertes se estiraron hasta que los dedos rozaron el cabecero, y sus pies sobresalieron del colchón.

Bostezó suavemente, dejando ver por un instante sus afilados colmillos. Al girarse, sus ojos oscuros —cubiertos por largas pestañas— se posaron en Natally, que aún dormía profundamente. El contraste entre ambas era casi poético: la niña con su respiración serena y aquella mujer imponente, de piel azul verdosa y cabellos largos color lila atravesados por una gruesa franja negra adornada con perlas blancas.

Indivia ladeó la cabeza y dejó escapar una media sonrisa. Las aletas que tenía en los laterales de la cabeza se agitaron apenas, como si captaran cada ruido de la habitación.
—Duerme tranquila, sobrina... —susurró con voz baja, cargada de ironía—. No sabes lo que te espera.

Con un movimiento elegante, se levantó de la cama. Su silueta alta y curvilínea se alzó sobre el suelo frío, y la pijama prestada de Velzaria, con estampados infantiles, colgaba de su cuerpo como una burla a su porte orgulloso. Las telas pastel resaltaban aún más la sensualidad natural de su figura.

—Qué humillación... —gruñó entre dientes al mirarse en el espejo—. Un pecado capital reducido a caricatura.

Se metió al baño y dejó caer la prenda sobre el lavabo. El agua caliente llenó la tina, que parecía ridículamente pequeña para alguien de casi dos metros. Indivia se deslizó en ella, acomodándose con cierta incomodidad. Cerró los ojos y exhaló un suspiro de alivio mientras el vapor cubría el espejo.
—Por lo menos... el agua sí es decente.

Tras un baño rápido, se secó con calma, dejando que su cabello lila se pegara húmedo a su espalda, mientras sus labios pintados de un verde oscuro se curvaban en una mueca de fastidio. Volvió a ponerse la pijama infantil con resignación, aunque no pudo evitar soltar una risa amarga.
—Si alguien me viera así... —se miró de arriba abajo, chasqueando la lengua—. Me arrancaría la garganta antes de permitirlo.

Al salir, el olor de la cocina ya estaba en el aire. Exelia estaba allí, de pie frente a la estufa, preparando el desayuno. Los huevos chisporroteaban en la sartén, y el aroma del pan tostado llenaba la sala.

Indivia apareció en el marco de la puerta, cruzando los brazos bajo su pecho, observando la escena con ojos entrecerrados.
—Vaya, vaya... —dijo con tono burlón—. ¿Preparando el desayuno para todos? Qué generosa.

Exelia ni siquiera volteó, solo revolvió los huevos con calma.
—No para todos. Es para mi pareja y Natally.

Indivia arqueó una ceja, con esa sonrisa venenosa que la caracterizaba.
—¿Y para mí? ¿Qué? ¿Unos panqueques con miel, quizá? ¿O al menos huevos con tocino?

Exelia apagó el fuego, girándose lo justo para clavarle una mirada fría.
—Para ti, ni agua. Si tienes hambre, cocínate algo tú misma.

El orgullo de Indivia brilló en su rostro. Dio un paso adelante, sus labios oscuros curvándose en una sonrisa arrogante.
—Bah, como si lo necesitara. A fin de cuentas, ni siquiera quería desayunar.

Exelia respondió con un tono seco, pero con la misma fuerza.
—Mejor. Así la despensa no se vacía tan rápido.

Las dos se quedaron en silencio, mirándose fijamente, como si el aire se llenara de electricidad. El odio y el desprecio eran tan palpables que cualquiera habría jurado que en cualquier momento volarían chispas.

Fue entonces cuando Antrox salió de su habitación, atraído por el olor del desayuno. Se rascaba la cabeza, aún somnoliento, y apenas puso un pie en la cocina, Exelia corrió hacia él con una sonrisa dulce.
—El desayuno está listo, cariño.

Ese último "cariño" lo sonrojó levemente, y por un segundo, Indivia arqueó una ceja, observando con una sonrisa venenosa, disfrutando del incómodo espectáculo.

La cocina se llenaba del aroma a pan recién tostado y a huevos con especias, un contraste extraño para un lugar donde rara vez había calma. Exelia, de pie junto a la estufa, giró con

una sonrisa cuando Antrox salió de su habitación, aún medio adormilado, pero atraído por el olor.

—Gracias, Exelia... —dijo él con cierta torpeza, sentándose a la mesa—. Se ve increíble todo esto.

Ella sonrió dulcemente, aunque en sus ojos se escondía otra intención. Mientras colocaba el plato frente a Antrox, dirigió una fugaz mirada cargada de desprecio hacia Indivia, que ya estaba sentada en el extremo contrario de la mesa, recargada con descaro en la silla, aún con su pijama ajustada que resaltaba su silueta azulada

La cocina estaba en silencio, salvo por el chisporroteo del sartén. El aroma a pan tostado y huevos llenaba el aire, pero la tensión era tan densa que parecía podrirse antes de llegar a la mesa.

Exelia colocaba los platos con un gesto pulcro, pero cada movimiento suyo llevaba implícito un mensaje: "esta es mi casa, no la tuya".

Indivia, sentada con los brazos cruzados, la observaba con una sonrisa torcida. Esa sonrisa que era mitad burla, mitad desprecio.

—Vaya, qué cuadro tan conmovedor... —soltó con voz cargada de sarcasmo—. La "esposa ejemplar" preparando el desayuno como si esto fuera un maldito cuento de hadas. ¿Qué sigue, Exelia? ¿Un delantal con flores y un beso en la frente para Antrox?

Exelia levantó la mirada lentamente, como una cuchilla desenvainándose.

—Pues prefiero ser la "esposa ejemplar" que una inútil parásita. Al menos yo sé cómo cuidar de los que me rodean, y no necesito andar de arrimada.

Indivia soltó una carcajada grave, casi bestial.

—¿Arrimada? Cariño, yo tengo un palacio, legiones que me siguen, y un nombre que pesa más que tus alas raquíticas. Si estoy aquí, es porque me da la gana. Tú, en cambio... ¿qué tienes? ¿Un papel barato en esta farsa de "pareja"? Qué patético.

Exelia apretó los puños, conteniendo la rabia.

—Tengo dignidad. Algo que a ti claramente te falta.

Indivia golpeó la mesa con la mano abierta, haciendo retumbar los platos.

—¡¿Dignidad?! —rió con un tono venenoso—. ¿Tú hablas de dignidad? Una ángel que se mete a calentar la cama de un demonio solo para sentirse menos sola. Eso no es dignidad, eso es desesperación.

Exelia dio un paso al frente, los ojos encendidos.

—¡Prefiero calentar la cama de quien sea antes que convertirme en lo que tú eres! Una zorra venenosa que solo sabe manipular y escupir odio porque no tiene nada más que dar.

El insulto hizo que Indivia se levantara lentamente, imponente, su sombra cubriéndolo todo.

—Ten mucho cuidado, perra alada —dijo con los dientes apretados—. No tienes ni idea de lo rápido que puedo hacerte pedazos. Yo no juego a ser nadie. Yo soy la Envidia. Tú, en cambio, ¿qué eres? ¿Una niñata inútil con complejo de salvadora?

Exelia no retrocedió, al contrario, se inclinó hacia adelante, cara a cara con ella.

—Soy más de lo que tú jamás serás. Tú eres solo un título. Una palabra que todos maldicen. Ni tu hermano te soporta, Indivia. Si estás aquí, es porque nadie más te quiere cerca.

Los ojos de Indivia brillaron con furia, como si fueran a incendiar la cocina.

—¡Cállate, maldita santurrona de mierda! No me vengas con tu moral barata. Tú no perteneces ni al cielo ni al infierno. No eres nada, ¿me oyes? ¡Nada!

Exelia sonrió con un aire gélido, la burla marcada en sus labios.

—Y aun siendo "nada", aquí me tienes... quitándote el puesto, robándote la atención, y haciéndote temblar de rabia.

Indivia gruñó, literalmente gruñó como una bestia contenida.

—Eres un error. Un accidente con alas.

—Y tú —replicó Exelia sin vacilar— eres la prueba viviente de que no todo lo que brilla tiene valor.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Solo se escuchaba la respiración agitada de ambas, como si estuvieran a segundos de lanzarse una contra la otra.

La tensión era tan palpable que hasta el aire parecía volverse más pesado. Antrox carraspeó e intentó intervenir.

—Tal vez podríamos... no sé, intentar llevarnos mejor. No hay necesidad de que...

—¡Cállate, Antrox! —dijeron ambas al unísono, fulminándolo con la mirada.

Él se hundió un poco en su asiento, murmurando para sí:
—Bueno... al menos lo intenté.

En ese momento, Natally salió de la habitación de Indivia, con el cabello un poco despeinado. Al ver la escena, levantó una ceja. El ambiente era tan denso que ni siquiera necesitaba preguntar. Se pasó las manos por el cabello y bufó con frustración.

—Genial... otro desayuno perfecto —susurró mientras caminaba rumbo a su habitación sin añadir nada más.

Exelia entrelazó las manos sobre la mesa, intentando mantener la compostura, pero Indivia no tardó en soltar el golpe bajo que lo arruinaría todo.

—Supongo que tu madre estaría orgullosa de ti, Exelia...eso si ella te quisiera y no te viera solo como una bil guardiana.

El silencio cayó como un trueno. Antrox levantó la cabeza, sorprendido. Exelia, con los labios apretados, se levantó de golpe de la mesa, la silla rechinando contra el suelo. Su respiración era pesada, y por un segundo pareció querer contestar... pero se contuvo.

—No... no voy a caer en esto —dijo con voz temblorosa, aunque cargada de rabia contenida.

Sin mirar atrás, se marchó apresurada, cerrando la puerta de la habitación de Antrox con un portazo que resonó por toda la casa.

Indivia, sin un atisbo de arrepentimiento, cogió un trozo de pan del centro de la mesa, lo mordió y habló con indiferencia:

—Qué sensible... Tu mujer no soporta ni una broma ligera.

Antrox la observó con severidad, por primera vez sin esconder su incomodidad.

—Indivia... quizá te pasaste un poco de la raya.

Ella se encogió de hombros, como si no le importara en absoluto.

—Bah... son tonterías. Yo solo hice un comentario en tono de broma, nada ofensivo. Si ella se lo tomó tan en serio, es su problema, no mío.

Antrox suspiró profundamente, se levantó de la mesa y, sin añadir nada más, caminó hacia su habitación, cargando con un peso que parecía hundirle los hombros.

Indivia, en soledad, sonrió apenas, como si disfrutara de la grieta que acababa de abrir.

Al entrar a la habitación, Antrox se detuvo en seco.
Exelia estaba sentada en el suelo, con las rodillas contra el pecho, sus alas extendidas envolviéndola como un manto. Apenas se le veía el rostro, escondido entre plumas y lágrimas silenciosas.

—Exelia... —murmuró Antrox con voz grave, cerrando la puerta tras de sí—. ¿Cómo te sientes?

Ella no respondió. Solo se encogió más, enterrándose en sus propias alas, como si quisiera desaparecer.

Antrox frunció el ceño, suspiró y se arrodilló frente a ella. Con delicadeza, apartó un poco las plumas hasta abrir un hueco para ver su rostro. Sus ojos brillaban húmedos, y sus mejillas aún tenían rastros de lágrimas recientes.

—No te sientas mal —dijo suavemente—. Indivia... ya sabes cómo es. Puede ser pesada, venenosa con sus palabras, pero no deberías dejar que te hiera así.

Exelia lo miró en silencio, con la voz rota cuando finalmente habló:

—No es solo que haya sido pesada, Antrox... —tragó saliva, temblando—. Lo que dijo... sobre mi madre... me dolió demasiado.

Antrox ladeó la cabeza, confundido.

—¿Tu madre? Pero... —se inclinó un poco más hacia ella—. Los ángeles no tienen madre. No nacen como los humanos o como nosotros.

—Lo sé —susurró Exelia, bajando la mirada—. Y sin embargo... yo nunca conocí lo que era el amor de alguien. Ni siquiera el de la que me creó. Seraphiel... nunca fue una madre. Solo me moldeó.

—¿Moldeó? —repitió Antrox, intentando comprender—. No entiendo... los ángeles solo pueden ser creados por Dios mismo.

Exelia negó con la cabeza lentamente, limpiándose una lágrima con el dorso de la mano.

—Es más complejo de lo que piensas, Antrox. Yo no fui creada desde la nada como Miguel, Gabriel o los arcángeles mayores. Yo fui formada con parte de la esencia divina de Seraphiel. Ella usó su propia luz para moldearme... pero no con el amor de una madre. No... yo era una herramienta, un experimento.

Antrox frunció el ceño, intentando procesarlo.

—Entonces... ¿no eres como ellos?

—No —respondió con una amarga sonrisa—. Yo tengo imperfecciones. Mínimas... pero están ahí. Siempre lo sentí. Siempre lo supe. Y Seraphiel también lo sabía, por eso me asignó como guardiana de los serafines. No porque confiara en mí... sino porque quería vigilarme. Quería probar si mi lealtad a ella, o a Dios, era verdadera.

Se quedó en silencio unos segundos, las palabras pesando en el aire.

—Y como puedes ver... —continuó con la voz apagada— yo no les fui leal a ninguno. Cuando escapé del cielo... rompí cualquier lazo.

Antrox entrecerró los ojos, intrigado.

—Si tú fuiste creada por Seraphiel... entonces, ¿qué pasa con Zakariel? Siempre pensé que era tu hermano.

Exelia negó con un leve movimiento de cabeza.

—No lo es. Zakariel no es mi hermano, sino mi compañero de guardia. Fuimos moldeados al mismo tiempo, por eso nos llamábamos así... "hermanos". Pero en realidad... solo éramos dos piezas creadas para vigilar, no para vivir.

Guardó silencio, abrazándose más fuerte a sí misma.

—Por eso duele tanto, Antrox. Porque Indivia no lo sabe, pero aun así logró tocar la herida más profunda. No tengo madre. Nunca la tuve. Y las veces que intenté engañarme pensando que Seraphiel podía verme como algo más... siempre fue en vano.

Antrox la miró con seriedad, su respiración pesada. Luego, con cuidado, colocó una mano sobre su hombro.

—Exelia... —dijo en voz baja—. Yo no tuve lo que tú tuviste. No fui moldeado por un ser perfecto ni creado como un experimento. Fui un error desde el principio. Alguien sin propósito, alguien despreciado por todos, hasta por mis propios hermanos. Pero... si algo aprendí de eso es que no importa quién nos cree, ni cómo... lo que importa es lo que hacemos después.

Exelia lo miró sorprendida, sus lágrimas brillando más.

—Tú... ¿de verdad lo crees?

Antrox asintió con seriedad.

—Claro que sí. Si fuiste moldeada, si llevas imperfecciones... eso solo significa que eres más real que cualquiera de ellos. Y que, aunque Seraphiel no te diera amor, eso no te hace menos digna de tenerlo.

Exelia sintió cómo un nudo en su pecho se deshacía. Se mordió el labio y luego dejó escapar una risa corta, amarga, pero aliviada.

—Hablas como si supieras mucho del amor, Antrox.

—No sé nada —respondió él, con un gesto seco pero honesto—. Solo sé lo que me duele no tenerlo.

El silencio volvió a caer, pero esta vez no era pesado, sino íntimo. Exelia lo miró fijamente, con sus alas aún rodeándola, pero esta vez dejó que Antrox viera más de ella.

—Gracias... —susurró—. No sabes cuánto necesitaba escuchar eso.

Antrox desvió la mirada, incómodo, pero sin apartar la mano de su hombro.

—Tampoco soy bueno con las palabras... pero si sirve de algo, no dejaré que Indivia vuelva a herirte así.

Exelia lo observó en silencio unos segundos, hasta que lentamente se inclinó hacia él y lo abrazó, con cautela al principio.

—¿Te molesta si... te abrazo un rato? —preguntó en un susurro.

Antrox se quedó quieto unos instantes, luego soltó un suspiro y respondió:

—No... no me molesta.

Exelia sonrió, recargando su frente en su hombro mientras sus alas los envolvían a ambos. Y por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentirse un poco menos sola.

El silencio en la habitación era casi absoluto, solo interrumpido por la respiración contenida de ambos. Exelia seguía abrazada a Antrox, sus alas rodeándolos como un capullo. Antrox, rígido al principio, poco a poco dejó caer sus hombros y soltó un suspiro largo.

—Exelia... —dijo de pronto, con voz grave.

—¿Mm? —respondió ella, sin apartarse de su hombro.

—No eres la única con fantasmas.

Ella lo miró con curiosidad, levantando apenas la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Antrox desvió la vista, incómodo.

—No soy de hablar de esto. Pero... supongo que si me acabas de contar que fuiste moldeada como un experimento divino, lo mínimo que puedo hacer es abrir la boca también.

Exelia asintió, en silencio, esperando.

—Toda mi vida —empezó Antrox, con un deje de amargura en su voz— me hicieron creer que yo era menos que nada. Los míos... mis "hermanos"... me veían como un chiste. Un error. Y yo mismo lo creí. ¿Sabes lo que es crecer sabiendo que ni siquiera los de tu propia sangre te soportan?

—Sí —murmuró Exelia con tristeza.

—Pues yo no solo lo supe —continuó él, endureciendo la mandíbula—, lo viví cada maldito día. Siempre era el débil, el que no servía, el que no alcanzaba el estándar. No importaba cuánto peleara, cuánto sangrara... siempre era "Antrox, el inútil".

Exelia frunció el ceño, sus alas se tensaron como si quisiera protegerlo.

—Ellos no saben nada... —susurró.

Antrox soltó una risa seca.

—Eso pensé yo también. Hasta que me di cuenta de que... tal vez tenían razón. Pasaron siglos, Exelia. Siglos siendo la sombra de todos. Nadie me miraba con respeto, nadie me miraba con orgullo. Y... —su voz se quebró un poco, pero lo disimuló con un gruñido— nadie me miraba con amor.

Exelia bajó la mirada.

—Antrox...

—¿Quieres saber lo peor? —la interrumpió, levantando la voz apenas—. Lo peor es que me acostumbré. Me acostumbré a ser el que nadie quería. A ser el que nadie buscaba. Y cuando lo aceptas, cuando dices "así soy, así me toca", te mueres un poco por dentro cada día.

Un silencio pesado llenó la habitación. Exelia tragó saliva, intentando procesar lo que escuchaba.

—Antrox... yo... no sabía que cargabas con tanto.

Él se encogió de hombros, intentando sonar indiferente.

—Claro que no lo sabías. Nunca se lo cuento a nadie. ¿De qué serviría? Para ellos siempre fui menos. Para ti... bueno, ahora que lo sabes, pensarás que soy patético.

Exelia lo miró con los ojos muy abiertos, casi ofendida.

—¿Patético? —repitió—. Antrox, sobrevivir a todo eso, vivir despreciado y aún seguir de pie... ¿sabes lo que es eso?

—¿Qué? —dijo él, casi con burla.

—Fuerza. —respondió ella con firmeza—. Más fuerza de la que cualquiera de tus hermanos podría soñar.

Antrox se quedó en silencio, sorprendido por la seriedad de su tono.

—Yo... —balbuceó— nunca lo vi así.

Exelia sonrió débilmente y apoyó de nuevo la frente en su hombro.

—Es porque nunca tuviste a alguien que te lo dijera.

Por primera vez, Antrox no supo qué contestar. Se quedó quieto, con los ojos clavados en la nada, sintiendo el peso de las palabras de Exelia.

—Exelia... —murmuró, casi en un suspiro.

—¿Sí?

—No sabes lo raro que es para mí escuchar eso. Que alguien me vea... no como un error, no como una sombra, sino como alguien fuerte.

Exelia lo abrazó más fuerte, sus alas ajustándose alrededor de él.

—Pues acostúmbrate, Antrox. Porque mientras yo esté aquí... nunca volveré a dejar que pienses que eres menos.

Hubo un largo silencio. Antrox cerró los ojos, permitiéndose, por primera vez en mucho tiempo, relajarse en los brazos de alguien.

—Exelia... —dijo, casi dudando—. ¿Te molesta si... me quedo así un rato?

Ella soltó una risita suave.

—¿Me lo preguntas tú a mí, después de lo que me dijiste? Claro que no. Quédate todo el tiempo que quieras.

Ambos permanecieron abrazados, en un silencio que ya no era incómodo, sino sanador. Y poco a poco, sin darse cuenta, el cansancio los venció. Se quedaron dormidos así, juntos, con las alas de Exelia como refugio y el corazón de Antrox un poco menos roto.

El cuarto estaba sumido en penumbras, apenas iluminado por la luz del sol que se filtraba entre las cortinas. El silencio era tan profundo que podían escucharse las respiraciones de ambos acompasándose, como si hubieran entrado en un ritmo compartido.

Exelia, aún con las alas extendidas sobre Antrox, rompió el silencio:

—¿Puedo confesarte algo más? —su voz sonaba tímida, como si dudara.

—Después de lo que me contaste... —Antrox sonrió de lado—. Creo que ya no hay marcha atrás. Suéltalo, ángel.

Ella titubeó un segundo, pero al final habló.

—Siempre me dijeron que era perfecta. "Moldeada por Seraphiel", decían. "Una extensión de la voluntad divina". Pero... ¿sabes qué sentí toda mi vida?

—A ver, sorpréndeme —respondió él con ironía, aunque sus ojos estaban atentos.

—Que era un reemplazo. Un sustituto de algo que Seraphiel no pudo tener. Una marioneta hecha a su medida. Y... —bajó la mirada, con un nudo en la garganta— jamás me abrazó. Ni una sola vez.

Antrox la miró fijo.

—¿Ni una?

—Ni una. Nunca hubo una palabra de cariño, nunca un "hiciste bien". Solo órdenes, entrenamientos, pruebas. Yo... —exhaló con dificultad— nunca supe lo que era ser amada.

Antrox suspiró y se rascó la nuca.

—Bienvenida al club.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Club?

—Sí, el club de los "nadie nos quiso". —Soltó una risa amarga—. Somos exclusivos, pero bastante miserables.

Exelia sonrió con tristeza.

—Tal vez por eso... estoy aquí. Tal vez por eso no regresé al cielo.

—¿Y qué piensas encontrar aquí? —preguntó Antrox, con un dejo de desafío.

Ella se quedó en silencio, luego lo miró directo a los ojos.

—Un lugar donde no tenga que fingir. Donde no tenga que ser la soldado perfecta, ni el ángel impecable. Solo yo.

Las palabras golpearon fuerte en Antrox, que parpadeó varias veces antes de responder.

—¿Y yo te parezco ese lugar? —preguntó con ironía, aunque su voz se quebró un poco.

—No lo sé... —admitió ella—. Pero contigo no siento que deba demostrar nada. No siento que me evalúes, ni que me midas. Solo... me dejas ser.

Antrox se quedó callado, procesando esas palabras. Finalmente habló:

—Eso porque nunca tuve a nadie a quien medir. ¿Quién soy yo para juzgarte? Ni siquiera sé si valgo la pena.

Exelia le tomó la mano con suavidad.

—Sí vales, Antrox. Aunque no lo creas, sí vales.

Él intentó soltar un chiste sarcástico, pero no pudo. Sus labios se movieron, pero no salió nada. Por primera vez en mucho tiempo, se dejó arrullar por la idea de que alguien realmente lo veía distinto.

Después de unos minutos de silencio, Antrox murmuró:

—¿Puedo confesarte algo más yo también?

—Claro.

—A veces... —su voz temblaba— pienso que lo único que me mantiene en pie es el odio. Odio hacia mis hermanos, hacia los que me despreciaron, hacia todo lo que me dijeron que nunca sería. Si dejo ir ese odio... me da miedo desmoronarme.

Exelia acarició el dorso de su mano con ternura.

—No tienes que dejarlo ir ahora. Pero... algún día lo harás. Y cuando pase, vas a descubrir que eres mucho más que ese rencor.

Él la miró, incrédulo.

—Hablas como si supieras lo que dices.

—Lo sé porque lo viví. —Exelia sonrió suavemente—. Durante siglos guardé resentimiento contra Seraphiel, contra el cielo entero. Pero aquí estoy, hablándote de ello, y aún sigo de pie.

Antrox resopló, pero en sus ojos había algo distinto: un destello de respeto.

Exelia, con cautela, se acercó un poco más.

—¿Puedo abrazarte otra vez?

Él dudó un segundo, luego murmuró:

—Haz lo que quieras.

Ella sonrió y lo rodeó con sus alas y brazos, apoyando la cabeza en su pecho.

—Gracias por confiar en mí, Antrox.

—Tampoco tenía muchas opciones... —respondió con sarcasmo, pero su voz estaba cargada de calidez.

Antrox alzó la mano con suavidad, sus dedos rozando la piel de Exelia. La tomó de la mejilla y la sostuvo allí, con una delicadeza que no parecía propia de él.

—No pasa nada —murmuró—. Aunque Indivia sea arrogante y cruel... me tienes a mí. Y jamás te abandonaré.

Exelia sintió un calor recorrer su rostro. El simple tacto, tan humano y tan real, la estremeció. Sus mejillas se tiñeron de rojo, y sus alas se movieron levemente, como si reaccionaran a esa caricia inesperada.

Antrox, al notarlo, apartó la vista con incomodidad y comenzó a retirar la mano.

—Perdón... no debí—

Pero antes de que pudiera completar la frase, Exelia tomó su mano con la suya, con firmeza.

—No la quites... —susurró, con una voz que temblaba entre vulnerabilidad y decisión.

Antrox abrió mucho los ojos, sorprendido. La miró fijamente, tratando de descifrarla, y entonces entendió. No dijo nada. Se limitó a asentir y se acomodó frente a ella, dejando su mano donde ella la quería.

Exelia, con un gesto suave, levantó ambas manos y las posó sobre el rostro de Antrox, acariciando la aspereza de su barba descuidada. Sus dedos temblaban apenas, pero se mantuvieron firmes, como si temiera que al soltarlo él desapareciera. Sus ojos, cargados de una tristeza milenaria, lo miraron con una mezcla de súplica y ternura.

—Por favor... —su voz se quebró—. Jamás me abandones.

Antrox la miró sin saber qué responder al instante. En él siempre había habitado el sarcasmo, la desconfianza, la coraza que lo protegía del mundo. Pero esas palabras... ese tono vulnerable que nunca había escuchado en Exelia, atravesaron todas sus defensas.

Antes de que pudiera articular respuesta alguna, Exelia se inclinó hacia él. Sus labios rozaron los suyos primero con suavidad, como una pregunta, una súplica silenciosa de cercanía. Y luego, con un impulso contenido durante siglos, lo besó con una intensidad inesperada.

No fue un beso de deseo fugaz ni de lujuria, sino uno lleno de amor enterrado, de cariño que había permanecido demasiado tiempo sofocado. Sus alas se movieron levemente, envolviéndolos en una penumbra suave, como si el mundo entero desapareciera y solo quedaran ellos dos.

Antrox abrió los ojos con sorpresa. Todo en él gritaba que debía apartarse, que aquello era peligroso, que no podía permitirlo... y, sin embargo, no lo hizo. Porque en ese beso sintió algo real, algo que pocas veces había experimentado: alguien lo necesitaba, no por su poder ni por su fama, sino por quien era realmente.

Exelia presionó más, y Antrox, casi sin pensarlo, respondió. Al principio torpe, inseguro, como si temiera arruinarlo, pero poco a poco dejándose llevar. Sus labios se encontraron en un compás extraño pero sincero, y por unos segundos el tiempo dejó de existir.

Cuando finalmente se separaron, ambos jadeaban suavemente, respirando el mismo aire, con los rostros apenas a centímetros de distancia. El rubor teñía las mejillas de Exelia, y sus ojos brillaban con lágrimas contenidas. Bajó la mirada, avergonzada, como si hubiera cometido un error imperdonable.

—Yo... lo siento... —susurró, con la voz rota—. No debía hacerlo. No era... apropiado.

Antrox tragó saliva, aún con el corazón desbocado. Su instinto lo llevó a apartar la mano que aún descansaba en su rostro, pero en lugar de eso, la sostuvo con más firmeza.

—No... —dijo al fin, con una seriedad inusual en él—. No te disculpes.

Exelia lo miró con sorpresa, como si no esperara esas palabras. Sus alas temblaron, plegándose lentamente a sus espaldas.

—¿Entonces...?

Antrox se inclinó apenas, lo suficiente para que su frente rozara la de ella. No hubo beso esta vez, pero sí un contacto íntimo, cálido, que decía más que mil palabras.

—No voy a abandonarte, Exelia. No lo haré.

El silencio que siguió no fue incómodo. Era denso, cargado de significado, como si en esa habitación se hubiera sellado un pacto invisible. Exelia cerró los ojos un instante, dejando escapar una lágrima solitaria que rodó por su mejilla.

—No sabes lo que esto significa para mí... —murmuró con un hilo de voz.

Antrox la observó en silencio. No necesitaba responder con palabras; la manera en que mantenía su mano contra su rostro lo decía todo. No era compasión. Era conexión.

Por primera vez en mucho tiempo, ambos dejaron caer sus máscaras, y lo que quedó fue algo humano, frágil y real.

Pasó una hora. Ambos salieron de la habitación, más serenos, aunque todavía con las huellas de la intimidad compartida reflejadas en sus rostros. Al entrar en la sala, encontraron a Indivia sentada en el sillón, absorta en su teléfono, como si nada le importara. Sus ojos se alzaron brevemente para notar la presencia de ambos, pero luego decidió ignorarlos.

Exelia torció la boca con desdén, pero no dijo nada. Antrox simplemente suspiró, aún cargando en el pecho lo que había pasado entre ellos.

Después de un rato, Indivia se levantó con un movimiento pesado, caminando hacia la cocina. Su estómago rugía con fuerza. Aunque estaba acostumbrada a tener sirvientes que le preparaban cualquier platillo que deseara, la realidad era que nunca había aprendido a cocinar. Sin embargo, el hambre era voraz.

—Tch... maldita Exelia —murmuró entre dientes—. Ni un miserable pan me deja.

Comenzó a abrir cajones y gabinetes, revisando con torpeza hasta que encontró un saco de papas. Las miró como si fueran un misterio.

—Supongo que... ¿se hierven? ¿O se fríen? Bah, da igual.

Sacó un cuchillo y empezó a pelarlas. Su falta de práctica era evidente: torpe, brusca, casi como si luchara contra las papas en vez de pelarlas. En uno de esos movimientos, el filo resbaló y se enterró en su dedo.

—¡Mierda! —exclamó, soltando el cuchillo mientras un hilo de sangre comenzaba a manar sobre la tabla de cortar.

En ese momento, Antrox entró a la cocina. Aún llevaba en la piel la calma de la conversación con Exelia, pero al ver la sangre frunció el ceño con fastidio.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Indivia frunció el ceño, ocultando el dolor detrás de su orgullo.

—¿No ves? Estoy cocinando. ¿O acaso creías que iba a morirme de hambre esperando a que alguien me alimente?

Antrox desvió la mirada hacia la tabla y sus ojos se clavaron en la sangre fresca. Su voz fue firme, pero no fría, más bien práctica.

—Te cortaste.

—¿Y qué? —espetó ella, con arrogancia forzada—. No es nada.

—No digas estupideces. —Antrox caminó directo hacia el botiquín de primeros auxilios, lo sacó de un cajón y volvió con él en la mano.

Indivia lo observaba con desconfianza mientras él tomaba un vendaje.

—¿Qué haces?

—Lo evidente. Quédate quieta —respondió Antrox con seriedad, tomando su mano con firmeza.

—Oye, ¡suéltame! —gruñó ella, intentando apartarse, pero él no la dejó.

—Si te mueves, lo empeoras.

—No necesito tu ayuda.

Antrox la miró de reojo, y por un instante se reflejó en él el mismo tono que había usado con Exelia al confesarle que no la abandonaría.

—Claro que sí. —Sus ojos se clavaron en los de ella, tan firmes que incluso Indivia titubeó.

Por primera vez en mucho tiempo, obedeció. Se quedó quieta, observando cómo él limpiaba la herida con cuidado y le colocaba el vendaje.

El silencio entre ambos era extraño. No era el mismo silencio cargado de odio de antes. Era... incómodo, pero de otra manera.

—Listo —dijo Antrox al terminar, soltando su mano.

Indivia miró el vendaje y luego a él, arqueando una ceja.

—Eres... sorprendentemente cuidadoso.

—No lo confundas con cariño —replicó él con dureza, aunque menos hiriente de lo habitual—. Solo me molesta ver sangre en la mesa donde pienso comer.

Indivia soltó una risa breve, seca.

—Eres un idiota.

—Y tú una ingrata.

Ambos se miraron fijamente unos segundos, como si estuvieran midiendo quién retrocedería primero. Al final, Antrox suspiró y señaló la puerta.

—Ve a la sala. Yo prepararé algo.

Indivia entrecerró los ojos.

—¿Me estás... mandando?

—Sí. ¿Vas a obedecer o prefieres morirte de hambre y desangrada?

Ella lo miró con un brillo extraño en los ojos, mezcla de orgullo herido y curiosidad. Finalmente, bufó.

—Está bien. Pero que quede claro: no me estoy rindiendo.

—Ni yo lo pedí.

Indivia se giró y caminó hacia la sala, con su silueta imponente llenando la habitación. Mientras se dejaba caer en el sillón, murmuró para sí misma, apenas audible:

—Hmph... nunca pensé que él...

Pero no terminó la frase.

Indivia estaba recostada en el sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo y su mirada fija en el vendaje que cubría su mano. Movía los dedos lentamente, como si aún no comprendiera por qué Antrox se había tomado la molestia de curarla.

El silencio de la sala solo se rompía por los sonidos metálicos de la cocina: el aceite burbujeando, el roce de un cuchillo contra la tabla, el golpeteo de platos. Pasaron varios minutos hasta que Antrox regresó con un plato de papas fritas doradas y una taza de té humeante.

—Aquí tienes —dijo con voz seca, dejando el plato frente a ella.

Indivia lo miró con desconfianza, arqueando una ceja.

—¿Qué es esto?

—Comida. Lo que estabas intentando preparar antes de desangrarte en la cocina —respondió con sarcasmo.

Ella bufó, tomando una papa con desgano y metiéndosela a la boca. Pero al morderla, sus ojos se abrieron con sorpresa. El sabor era crujiente, cálido, casi perfecto. Demasiado perfecto.

Por un instante, su orgullo se tambaleó. Sintió que quería decirlo en voz alta, reconocerlo, pero se contuvo. Tragó con fuerza y murmuró en el tono más seco que pudo encontrar:

—... Gracias.

Antrox se dejó caer en el sillón a su lado, sin mirarla directamente.

—De nada.

Hubo un silencio breve, pero pronto Antrox decidió romperlo.

—Dime algo, Indivia... —dijo mientras cruzaba los brazos—. Siempre he tenido curiosidad: ¿qué haces cuando no estás molestando a medio infierno?

Indivia giró los ojos hacia él con fastidio.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Si no, no preguntaría.

Ella suspiró, recostándose un poco más en el sofá.

—Dirigir. Ordenar. Vigilar. Manipular. Mi palacio, mis servidores, mis intrigas. Ya sabes, lo que alguien con poder de verdad hace.

Antrox arqueó una ceja.

—Vaya, qué vida tan... vacía.

—¿Vacía? —replicó ella con desdén—. ¡Es el poder lo que mueve el infierno! Es lo único que nos da valor, lo único que nos diferencia de los miserables que vagan suplicando por sobrevivir.

Antrox soltó una pequeña risa amarga.

—Entonces, supongo que yo encajo en esos miserables.

Indivia lo miró de reojo. Había veneno en sus ojos, pero también algo que Antrox no logró descifrar del todo.

—Siempre fuiste... diferente —dijo ella, casi escupiendo la palabra.

—¿Diferente o inferior? —replicó él, clavándole la mirada.

El silencio que siguió fue denso. Antrox no apartó los ojos de ella, y finalmente, Indivia bajó la guardia lo suficiente para hablar con un poco más de sinceridad.

—Está bien... ¿Quieres la verdad? Siempre te odié porque no eras fuerte. —Lo dijo directo, como una puñalada—. Yo... yo soy obsesiva con la perfección. Con la jerarquía. Con el orden. Y tú... tú siempre fuiste un error en todo eso.

Antrox respiró hondo, apretando los puños sobre sus rodillas.

—Un error... —repitió en voz baja—. Sí, eso ya lo sé. Nunca fui tan fuerte como ustedes, nunca me vieron como un igual.

Indivia desvió la mirada, incapaz de sostenerla por mucho tiempo.

—Cuando peleaste contra Ghost... —continuó, la voz apenas audible—. Lo que hiciste... superar incluso mi poder... eso me hirió. Me dio envidia. Siempre fui considerada la más fuerte, ¿y de repente tú...?

Antrox alzó la vista, con una sonrisa amarga que no tenía nada de alegría.

—Entonces me disculpo. Me disculpo por haber sido un error, por haber nacido débil, por no encajar en tu perfección. Y también... por haberte quitado ese título en una simple pelea.

Indivia lo miró, sorprendida por el tono en su voz.

—Yo no...

—No importa. —La interrumpió, con firmeza—. Puedes odiarme todo lo que quieras, puedes despreciarme por no cumplir tus estándares. Pero ¿sabes qué? No me importa. Porque yo sigo queriéndote igual, Indivia. Eres mi hermana. Y aunque me desprecies, aunque me insultes, yo no voy a dejar de verte como parte de mi familia.

Por un segundo, Indivia quedó en silencio. Su orgullo le exigía burlarse, responder con desprecio, pero las palabras de Antrox retumbaron en su pecho de una forma incómoda. No estaba lista para admitirlo, así que simplemente se levantó del sofá, evitando mirarlo.

—... Tienes razón. —Dijo con voz seca—. Al menos en eso.

Tomó aire, como si quisiera decir algo más, pero se contuvo.

—Gracias por la comida —murmuró finalmente, con una sequedad que apenas ocultaba la grieta en su voz.

Se dirigió a su habitación con pasos firmes, como si huyera de la sala.

Antrox se quedó sentado, mirando el plato vacío y la taza aún humeante. No dijo nada, pero una sombra de tristeza cruzó por sus ojos. Se recostó en el respaldo, cerrando los ojos un instante.

Porque sabía que, aunque el odio de Indivia no se borraría fácilmente, él no dejaría de verla como lo que siempre fue: su hermana. Y eso era suficiente para seguir resistiendo.

Indivia cerró la puerta de golpe tras de sí, como si quisiera dejar afuera no solo a Antrox, sino también todo lo que acababa de escuchar. Se apoyó en la madera, respirando con fuerza, sus dedos apretando el vendaje que aún cubría su mano herida.

—Idiota... —murmuró con los dientes apretados—. Siempre tan estúpido.

Se quitó los tacones con un gesto brusco y se dejó caer en la cama de invitados, hundiéndose en las sábanas. El orgullo ardía en su pecho, como una hoguera incontrolable, pero debajo de ese fuego había algo más. Una incomodidad, una punzada.

Miró su mano vendada. El recuerdo del momento la golpeó de nuevo: la firmeza con la que Antrox había sujetado su muñeca, la seriedad en su voz, la calma en su mirada. Ese condenado error... tratándola como si le importara.

—¡Bah! —soltó un bufido y lanzó la almohada contra la pared—. No necesito que me cuide. No necesito que nadie me cuide.

Pero su voz tembló al final de la frase.

Se incorporó de golpe, caminando de un lado a otro de la habitación como un animal enjaulado. La envidia, su esencia, la carcomía. ¿Cómo podía alguien tan... imperfecto, tan débil, atreverse a hablarle de familia, de cariño? ¿Cómo podía hacerlo sonar tan real?

Se miró en el espejo del tocador. Su reflejo, majestuoso y arrogante, le devolvía la mirada con los ojos verdes centelleando bajo la penumbra. Pero algo no cuadraba: esa dureza de siempre estaba agrietada, como si el espejo mostrara una vulnerabilidad que no quería aceptar.

—Es un tonto —susurró, acariciando con rabia el cristal—. No entiende nada...

Pero otra voz, pequeña y traicionera, le respondió desde lo más hondo de su mente:

"Y aun así... sigue queriéndote."

Indivia cerró los ojos con fuerza, apretando los puños.

—¡Cállate! —gritó, como si pudiera callar a su propio pensamiento.

Se dejó caer de nuevo en la cama, hundiendo el rostro en la almohada. Recordó sus propias palabras: "Siempre te odié porque no eras fuerte". Había dicho la verdad... pero no toda. No era solo debilidad lo que la había hecho despreciarlo durante siglos. Era lo que representaba. Un recordatorio constante de que la perfección que ella tanto anhelaba era frágil, que alguien "imperfecto" podía desafiar el orden que ella veneraba.

Y lo peor de todo es que él había demostrado ser capaz de superarla.

Una risa amarga escapó de sus labios, seca, rota.

—Envidia... —susurró—. Qué irónico que hasta a ti misma te corroas con lo que eres.

El silencio llenó la habitación, pesado, casi asfixiante. Indivia se recostó de lado, con la mano vendada sobre el pecho. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba pensando en cómo manipular, en cómo dominar o en cómo demostrar su poder. Estaba pensando en él.

En ese idiota.

Apretó los ojos, como si quisiera borrar la imagen de su rostro de su mente. Pero era inútil: la voz de Antrox, seria y sincera, resonaba todavía en sus oídos.

—"No me importa tu odio. Yo sigo queriéndote, porque eres mi hermana."

Un escalofrío recorrió su espalda. Y entonces, por primera vez en eones, Indivia se permitió admitir algo, aunque fuera en el secreto de su propia mente:

No estaba segura de poder odiarlo para siempre.

Con ese pensamiento incómodo clavado en el pecho, se giró, abrazó la almohada con fuerza y cerró los ojos, intentando dormir. Pero el sueño tardó en llegar, porque la envidia había dejado paso a algo más extraño, algo que no sabía cómo enfrentar.

CAP 67

El eco de la perfección

El reloj marcaba media tarde, y la sala estaba bañada por la luz rojiza que atravesaba las ventanas del anillo. Desmond, sentado en el suelo junto a Skyler, la ayudaba con sus terapias de estiramiento. Sujetaba con suavidad sus piernas, guiando los movimientos con la paciencia de quien ha repetido esa rutina incontables veces. Skyler fruncía el ceño, no por dolor, sino por la concentración.

—Despacio, amor —murmuró Desmond, sosteniéndola—. No te fuerces, solo hasta donde aguantes.

Skyler asintió, exhalando lentamente. —Lo sé... pero si no aprieto un poco más, nunca volveré a caminar como antes.

Él sonrió, aunque en su mirada había un dejo de tristeza. —Tú ya caminas mejor que la mitad de los sabuesos que conozco. Solo dale tiempo.

Skyler rodó los ojos, pero la pequeña risa que dejó escapar suavizó el ambiente. Justo entonces, el timbre de la puerta retumbó por toda la casa.

Desmond se incorporó, limpiándose el sudor de la frente. —Voy a ver quién es —dijo, dándole una palmadita cariñosa en la pierna—. No te muevas mucho.

—Como si pudiera —respondió Skyler con sarcasmo, sonriendo.

Al abrir la puerta, la sorpresa lo golpeó como un rayo. Frente a él estaba Julian. Los ojos de Desmond se abrieron de par en par, y sin pensarlo lo abrazó con fuerza.

—¡Hermano! —exclamó, casi ahogando a Julian entre sus brazos—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Julian rió, dándole unas palmadas en la espalda. —Demasiado. Y ya veo que no has cambiado nada, siempre con esos abrazos de oso.

Pero antes de que la emoción lo dominara por completo, Desmond notó la figura que se ocultaba detrás de él. Una joven súcubo, con la piel pálida y el aura tímida, lo miraba con los ojos grandes como si temiera ser descubierta. Su postura encogida y sus manos apretando la correa de su bolso dejaban claro lo incómoda que estaba.

Desmond, aún con la calidez del abrazo, extendió una mano hacia ella. —Hola, bienvenida. Soy Desmond.

La súcubo dudó un instante. Sus dedos se movieron nerviosos, pero al final no tomó la mano. Bajó la mirada, como si el simple contacto fuese demasiado para ella.

Julian, notando la tensión, intervino. —Ella es Selene. Vino conmigo porque quería conocerte.

Desmond asintió despacio, comprendiendo de inmediato. No había rudeza en su rechazo, solo timidez. Para suavizar la situación, le ofreció una sonrisa tranquila.

—Encantado, Selene. No te preocupes, aquí nadie muerde —dijo con un tono ligero, como si intentara arrancarle una reacción.

Ella solo respondió con una tímida sonrisa nerviosa.

Julian carraspeó, pero antes de poder continuar, ladeó la cabeza con extrañeza. —Espera... Des, esa no es tu voz.

El ambiente se tensó un segundo. Desmond bajó la mirada, apretando los labios, y contestó con calma:

—Perdí mi voz original en el enfrentamiento contra M&M. Un pecador me entregó esta... como reemplazo.

Julian lo observó, asimilando la información. No preguntó más. Solo asintió con seriedad. —Entiendo.

Desmond suspiró y abrió la puerta más. —Pasen. No se queden ahí.

Julian cruzó el umbral sin pensarlo, pero Selene se detuvo justo en la entrada. Se giró hacia Desmond y, con la timidez aún marcada en su rostro, le ofreció una pequeña sonrisa nerviosa. Desmond respondió con otra, más segura, dándole confianza.

En la sala, ambos se acomodaron en el sillón. Mientras tanto, Desmond fue por Skyler. Cuando volvió con ella en brazos y la acomodó en su silla de ruedas, Julian se levantó de inmediato para abrazarla.

—¡Skyler! Qué gusto me da verte.

—Julian... —respondió ella con una sonrisa cansada, pero sincera—. También me alegra verte. ¿Cómo va tu relación con Isabella?

Julian sonrió de oreja a oreja. —Perfecta. A pesar de la distancia, seguimos amándonos como el primer día.

Skyler asintió, complacida. Entonces giró la mirada hacia Selene y se acercó en su silla.

—Hola —dijo con formalidad, inclinando levemente la cabeza.

Selene tragó saliva, evitando mirar directamente a los ojos de Skyler. —H-hola...

Skyler captó de inmediato su timidez y no insistió. Le dedicó solo una sonrisa suave, como diciendo: "Está bien, no tienes que forzarte".

El silencio se rompió con Julian, que dio un paso al frente. —En realidad, venimos porque Selene necesita tu ayuda, Desmond.

Desmond se acercó, inclinándose un poco hacia la joven. —¿Qué necesitas?

Selene dudó. Sus dedos jugueteaban con el borde de su falda. —He escuchado... que ayudas a los artistas pequeños a hacerse populares.

Desmond ladeó la cabeza, negando. —No es tan así. Yo no hago que nadie sea famoso. Solo los ayudo a pulir lo que ya tienen para que brillen por sí mismos.

Selene giró el rostro, evitando su mirada. Su voz salió baja, apenas audible. —Quiero que me ayudes... a ser como mi hermana.

Desmond arqueó una ceja. —Claro. Pero... ¿quién es tu hermana?

Julian la miró, animándola con un gesto. Selene suspiró. —Mi hermana es Morganna. La vocalista de Dominion.

El corazón de Desmond dio un vuelco. —¿Morganna...? ¿La Morganna? —preguntó incrédulo.

Selene asintió con un leve movimiento de cabeza. —Sí.

Desmond soltó una carcajada nerviosa. —Eso es... bastante ambicioso. Morganna tiene una voz tan afinada que ni yo puedo igualarla. Pero —sonrió con sinceridad— si realmente quieres, te ayudaré.

Selene alzó los ojos un instante, lo suficiente para mostrar un destello de emoción antes de volver a bajarlos. —G-gracias...

Desmond le puso una mano en el hombro, firme pero tranquilizadora. —No me lo agradezcas aún. Esto apenas empieza.

Skyler, observando la escena, interrumpió con suavidad. —Antes de que sigan, ¿puedes llevarme a descansar un poco? Estoy agotada.

—Por supuesto. —Desmond la tomó en brazos sin dudar y la llevó hacia la habitación.

Julian aprovechó ese momento para mirar a Selene. —¿Ves? Te dije que podías confiar en él.

Selene solo se encogió de hombros, con una tímida sonrisa.

Minutos después, Desmond regresó, acomodándose el cabello con una mano. —Listo. Ahora sí, acompáñenme al estudio.

Los tres caminaron por el pasillo hasta llegar al estudio de música. Al abrir la puerta, el aire cambió: instrumentos, partituras, micrófonos y equipos llenaban la sala. Selene y Julian se acomodaron en los sillones mientras Desmond cerraba la puerta tras ellos, preparándose para la conversación que cambiaría el rumbo de más de una vida.

El estudio olía a madera vieja y a electricidad acumulada en los amplificadores. Las paredes, forradas de paneles acústicos, parecían absorber hasta el más mínimo murmullo. Selene miraba alrededor con los ojos bien abiertos, como si estuviera dentro de un templo sagrado.

—Wow... —susurró, apenas audible—. Es... increíble.

Julian sonrió, golpeando suavemente su hombro. —Te dije que el estudio de Desmond no se compara con nada en los anillos.

Desmond, acomodando unos papeles en la mesa de mezclas, los observó con media sonrisa. —No exageres, Julian. Aquí solo hay trabajo duro y un poco de magia... nada más.

—Pues a mí me huele a leyenda —replicó Julian.

Selene tragó saliva, acariciando con la yema de los dedos una de las baquetas que descansaban sobre la batería. Se notaba la tensión en su postura.

—Selene... —dijo Desmond, caminando hacia ella—. ¿Has tocado y cantado al mismo tiempo antes?

Ella asintió lentamente. —S-sí... pero nunca frente a alguien como tú.

—No pienses en eso —respondió él, con un tono firme pero tranquilo—. Aquí no soy "Desmond el productor" ni "el de GAIA". Aquí solo soy un músico más. Y tú eres mi colega.

Esa palabra —colega— hizo que los ojos de Selene se abrieran un poco más.

Julian se acomodó en el sillón, cruzando los brazos. —Vamos, hermana, enséñanos lo que sabes.

Con manos temblorosas, Selene se sentó frente a la batería. Ajustó el taburete, comprobó los pedales y respiró hondo. Desmond notó cómo apretaba la mandíbula para controlar los nervios.

—Cuando quieras —dijo él, señalando el micrófono frente a ella.

Selene cerró los ojos un instante. Luego, golpeó el hi-hat con delicadeza, marcando un ritmo suave. Poco a poco, sus brazos y pies encontraron un patrón, firme pero elegante. La habitación comenzó a llenarse con el sonido seco del redoblante y la fuerza del bombo.

Y entonces, abrió la boca.

—♫ I tried to follow your steps... but I always fall behind... ♫

La voz era suave al inicio, casi quebradiza, pero se fue afirmando con cada palabra. No era la potencia de Morganna, ni la técnica impecable de las grandes vocalistas. Era algo distinto: una voz cargada de honestidad, con un filo vulnerable que la hacía única.

Desmond la escuchaba con el ceño fruncido, concentrado. Sentía cómo cada golpe de la batería estaba sincronizado con la melodía que escapaba de su garganta. Ella no era perfecta... pero tenía una verdad en su canto que pocos podían transmitir.

Julian la miraba con orgullo, como si quisiera gritarle al mundo que esa era su hermana.

Cuando terminó, Selene dejó caer las baquetas sobre el redoblante, jadeando. El silencio en el estudio se volvió pesado.

—L-lo siento... —murmuró, bajando la cabeza—. Me equivoqué en el puente... y mi voz tembló al final.

Desmond se acercó despacio. —Selene.

Ella no levantó la cabeza.

—Selene —repitió él, esta vez con más fuerza. Ella lo miró con timidez.

Desmond sonrió apenas. —No vuelvas a pedirme perdón por sonar como tú. ¿Entendido?

—¿Qué...? —parpadeó ella.

—Te tiemblan las manos porque te importa. Eso es lo que transmite tu voz. No será la de Morganna, pero tiene algo que la de ella jamás tendrá: vulnerabilidad. Y eso... —pausó, apoyando una mano sobre la batería— es oro puro en este mundo.

Julian sonrió, satisfecho.

Selene enrojeció, desviando la mirada. —¿De verdad... crees que no estuve tan mal?

—Creo que tienes un don que vale la pena pulir. Y eso no se consigue imitando a nadie —respondió Desmond con firmeza—. Si quieres ser como tu hermana, vas a fallar. Si quieres ser Selene... entonces tienes una oportunidad de brillar.

Ella apretó las manos sobre sus rodillas, luchando contra las lágrimas que amenazaban con salir.

—Yo... quiero intentarlo.

Desmond asintió. —Entonces empieza hoy.

El ambiente cambió. Por primera vez desde que había entrado a la casa, Selene levantó la mirada con un destello de determinación en sus ojos.

Julian se inclinó hacia adelante, divertido. —Bueno, parece que tenemos trabajo por delante.

Desmond se cruzó de brazos, observándola con seriedad. —Sí... pero antes necesito saber una cosa, Selene.

—¿Qué? —preguntó ella, nerviosa.

—¿Por qué es tan importante para ti ser como Morganna?

Selene abrió la boca para responder, pero se quedó en silencio, como si la respuesta estuviera atrapada en su pecho.

El estudio estaba en penumbras, iluminado apenas por la luz roja de un viejo letrero de neón en la pared. Selene jugaba con las baquetas, golpeando suavemente su pierna mientras buscaba el valor para responder. La pregunta de Desmond aún flotaba en el aire: ¿Por qué quieres ser como tu hermana?

Ella respiró hondo.

—Morganna... es... —su voz se quebró un instante, pero se obligó a continuar—. Es perfecta. Su voz, su presencia, su fuerza en el escenario... todo en ella es inalcanzable. Cuando la veo cantar, siento que nunca podré estar a su nivel... pero también siento que... quiero intentarlo.

Julian frunció el ceño. —¿Y ella lo sabe?

Selene bajó la cabeza. —Lo sabe... pero no le importa. Para ella, yo no soy más que un estorbo. Desde que entré a Silk Road, me trata como si fuera una sombra. Nunca me escucha. Nunca me mira. Y si alguna vez lo hace, es solo para recordarme que jamás llegaré a ser como ella.

El silencio llenó el cuarto. Desmond se acercó un poco más, su voz grave pero firme.

—Entonces... ¿por qué no la odias?

Selene apretó las baquetas contra el pecho. —Porque no puedo. La admiro demasiado. Si la odio... siento que perderé la única chispa que me hace seguir.

Julian suspiró, pasándose la mano por el cabello. —Hermana...

Desmond la observó detenidamente, como si midiera cada palabra antes de soltarla.

—Selene, te voy a decir algo que quizá no quieras escuchar. Ser como Morganna no es tu destino. Ser mejor que ella... tampoco. Tu camino es distinto. Lo que vamos a hacer aquí no es copiar... es crear. ¿Me entiendes?

Selene lo miró con los ojos húmedos. —¿Y... crees que tengo lo suficiente?

—Creo que tienes lo más importante: hambre. Lo demás se entrena —respondió él con una leve sonrisa.

Selene apretó los labios, y por primera vez, asintió con decisión.

El calendario parecía haberse evaporado en las paredes del estudio. Semana tras semana, los ensayos se volvieron rutina. Selene llegaba con sus baquetas gastadas y un cuaderno lleno de letras. Desmond la ponía a prueba con ejercicios imposibles: tocar patrones irregulares mientras mantenía la voz firme, improvisar armonías sobre bases mínimas, cantar a capela frente al espejo del estudio.

Julian asistía a cada sesión, a veces como apoyo, otras como crítico feroz. Skyler, desde su habitación, escuchaba las prácticas y de vez en cuando dejaba comentarios dulces que hacían sonrojar a Selene.

Con el tiempo, la diferencia era abismal. Su voz ya no temblaba. Su batería tenía una cadencia propia, firme y elegante. Y, sobre todo, había comenzado a escribir sus propias canciones.

Una tarde, mientras descansaban, Julian revisaba el celular y soltó una maldición en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó Desmond, limpiándose el sudor con una toalla.

—Morganna. —Julian mostró la pantalla. Un post en redes ardía con comentarios: "¿Es cierto que la hermanita de Morganna anda jugando a ser artista con Desmond de GAIA?"

Selene se quedó helada.

—No... no puede ser...

—Ya lo sabe —murmuró Julian, cerrando el teléfono.

El aire en el estudio se volvió pesado. Desmond cerró los ojos, exhalando con calma. —Era cuestión de tiempo.

La confrontación no tardó. Una semana después, mientras Selene practicaba un nuevo tema, la puerta del estudio se abrió de golpe.

Allí estaba Morganna. Altísima, envuelta en cuero negro brillante, su melena roja cayendo como llamas, y los ojos verdes destilando arrogancia. Su sola presencia parecía llenar el cuarto, aplastando el aire.

—Así que es cierto —dijo con voz gélida—. Mi pequeña sombra se entretiene con un juguete roto del infierno.

Desmond frunció el ceño, poniéndose de pie. —Morganna.

Ella lo recorrió con la mirada, de pies a cabeza, como quien observa un objeto viejo en un museo.

—El legendario Desmond. El productor que cree que puede fabricar estrellas con cualquier novato. ¿Qué sigue? ¿Un imp desafinado? ¿Un sabueso que ladre en el micrófono?

Selene bajó la mirada, mordiendo su labio.

—No hables así —intervino Julian, pero Morganna lo ignoró.

—¿Y tú? —continuó ella, acercándose a Desmond—. ¿Intentas reemplazar a GAIA con esta niña? ¿Es eso? ¿Llenar tu vacío con alguien que jamás podrá llegar a mi altura?

Desmond aguantó la respiración un segundo antes de responder. Su voz salió firme, pero cargada de rabia contenida.

—Yo no fabrico estrellas, Morganna. Solo las ayudo a brillar. Y Selene... tiene más luz de la que crees.

Morganna soltó una carcajada seca, casi cruel. —¿Luz? Lo único que tiene es tu compasión. Pero la compasión no llena estadios.

Las palabras cayeron como cuchillos sobre Selene, que se encogió en su asiento, con lágrimas acumulándose en sus ojos.

El silencio duró apenas un segundo antes de que Morganna soltara la sentencia final:

—Recuerda esto, hermanita. Siempre serás mi sombra. Nunca mi igual.

Y sin esperar respuesta, se giró y salió del estudio, dejando un vacío helado detrás.

Selene permaneció inmóvil, hasta que finalmente rompió en sollozos, tapándose el rostro. Julian corrió a abrazarla, mientras Desmond miraba la puerta cerrada, sus manos apretadas en puños.

—Esto... no va a quedar así —murmuró.

La puerta del estudio todavía se balanceaba por el portazo cuando Desmond, con el rostro endurecido, se levantó y la abrió de golpe.

—¡Morganna!

El pasillo estaba en penumbras, pero ella no se había ido. Estaba recostada contra la pared, esperándolo con una sonrisa torcida, como si supiera que él la seguiría.

—Vaya, vaya... ¿el perro fiel viene a ladrar? —se burló, cruzándose de brazos.

Desmond avanzó hasta quedar frente a ella, clavando sus ojos carmesí en los de la vocalista.
—Basta de tu veneno. Selene no merece que la destroces solo porque no soportas la idea de que alguien más pueda brillar.

Morganna arqueó una ceja y soltó una risa seca.
—¿Brillar? Esa niña apenas sabe sostener una baqueta. Y tú, Desmond... ¿qué? ¿Vas a jugar a ser el mesías de los mediocres ahora que perdiste tu propia voz?

El golpe fue directo, pero Desmond no se inmutó. Se inclinó un poco hacia ella, su voz grave reverberando en el pasillo.
—Prefiero haber perdido mi voz a perder lo que tú nunca tuviste: humildad.

Los ojos de Morganna se entrecerraron.
—Ten cuidado con lo que dices. Yo soy Morganna, la voz más temida del infierno. Mi nombre llena arenas, mi canto silencia multitudes. ¿Quién eres tú ahora? ¿Un relicario roto de lo que alguna vez fue GAIA?

Desmond apretó los puños, su rabia controlada pero palpable.
—Soy alguien que no necesita aplastar a su propia hermana para sentirse grande.

Ese comentario le arrancó una mueca de desprecio.
—¿Hermana? No me hagas reír. Selene es un error, una sombra mal hecha de mí. Si no fuera por mi apellido, nadie sabría que existe.

—Cállate. —La voz de Desmond sonó como un trueno, firme, sin dejar espacio a réplica. Dio un paso más cerca, hasta que apenas los separaban unos centímetros—. Escúchame bien, Morganna. La próxima vez que la humilles, no será Selene quien se derrumbe. Serás tú la que caiga, frente a todos, porque yo mismo me encargaré de que tu arrogancia quede desnuda.

Morganna sostuvo la mirada, sus labios curvándose en una sonrisa venenosa.
—Amenazas de un hombre acabado. Qué patético.

—No —corrigió Desmond, con una calma gélida—. Es una promesa.

El aire estaba cargado, casi eléctrico. Por un instante, pareció que Morganna iba a responder, pero en lugar de eso se limitó a reír suavemente, girarse y alejarse por el pasillo con un movimiento de cadera tan calculado como provocador.

—Nos vemos en el escenario, "maestro" —dijo con sorna antes de perderse en la oscuridad.

Desmond la siguió con la mirada hasta que desapareció, y solo entonces soltó el aire que había estado conteniendo. Su cuerpo vibraba con adrenalina, pero no con miedo: con decisión.

Volvió al estudio. Allí estaba Selene, aún con los ojos enrojecidos por las lágrimas, mientras Julian trataba de consolarla.

—Desmond... —murmuró ella con la voz rota.

Él se acercó, se agachó frente a ella y puso una mano firme sobre su hombro.

—Selene, no vuelvas a dudarlo: no eres la sombra de nadie. Y menos de ella.

El ambiente del estudio estaba cargado de un silencio pesado. Selene no había dicho una sola palabra desde que Morganna se marchó, y aunque Julian trataba de distraerla con chistes torpes, ella permanecía con la mirada clavada en el suelo, abrazando sus rodillas.

Desmond la observaba en silencio, apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. Finalmente, se acercó despacio y se sentó frente a ella.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta de todo esto? —preguntó él, con voz grave.

Selene levantó apenas la vista, sus ojos tímidos brillando de lágrimas.
—¿Qué...?

—Que te la crees. —Desmond le sostuvo la mirada con firmeza—. Te tragas cada palabra de tu hermana como si fueran verdad. Como si de verdad fueras una sombra.

Selene apretó los labios, queriendo responder pero sin encontrar las palabras.

—¿Y no lo soy? —susurró finalmente—. Todos la conocen a ella. Todos hablan de ella. Yo solo soy... la hermana menor. La tímida. La que nunca habla en público. La que se esconde detrás de la batería porque tiene miedo de que alguien la mire.

Desmond se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.
—¿Y sabes qué? Eso no me importa.

Ella lo miró, sorprendida.
—¿No...?

—No. —Él sonrió apenas—. Porque cuando te sientas en esa batería, Selene, ya no eres "la hermana de Morganna". Eres tú. Y créeme... tienes algo que tu hermana jamás tendrá.

Selene parpadeó, confundida.
—¿Qué...?

—Alma. —Desmond lo dijo con una certeza tan firme que Selene no pudo dudar de él—. Ella canta para aplastar. Tú cantas porque quieres ser escuchada. Y eso... vale más que todos los aplausos vacíos del infierno.

Selene sintió que el pecho le temblaba. Quiso esconder el rostro, pero Desmond no se lo permitió: suavemente, le levantó la barbilla con dos dedos, obligándola a mirarlo a los ojos.

—Selene... yo no entreno a sombras. Yo entreno a estrellas. ¿Lo entiendes?

Ella asintió débilmente, con las mejillas rojas y el corazón acelerado.

Julian, desde un rincón, sonrió al ver la escena, pero no dijo nada. Sabía que esa confianza era lo que Selene más necesitaba.

—Anda, ponte detrás de la batería —dijo Desmond, levantándose—. Esta vez no quiero solo técnica. Quiero que cantes como si tu vida dependiera de ello. Como si se lo gritaras al mismísimo infierno.

Selene tragó saliva, se secó las lágrimas y se levantó despacio. Se acomodó tras el set de batería, respiró hondo y asintió.

—Está bien... pero no prometo nada.

—No me prometas nada. —Desmond sonrió de lado—. Solo demuéstralo.

Y cuando el primer golpe resonó, la voz tímida de Selene se transformó en un rugido dulce pero firme. Una voz que aún era frágil... pero que ya comenzaba a arder.

Las semanas pasaron como una lluvia lenta pero constante. Cada fin de semana, Selene llegaba puntualmente al estudio de Desmond. Al principio, apenas saludaba con un murmullo, escondida tras su cuaderno de partituras. Pero poco a poco, la distancia se fue acortando.

Una tarde, Desmond la encontró sentada en el piso del estudio, garabateando en su libreta con un lápiz mordisqueado.

—¿Qué escribes? —preguntó él, sentándose a su lado.

Selene se apresuró a cerrar la libreta contra su pecho, con el rostro encendido.
—N-nada...

Desmond arqueó una ceja y extendió la mano.
—A ver.

—¡No! —respondió ella con un tono tan infantil que incluso se sorprendió a sí misma.

Él no insistió. Solo sonrió y se recostó contra la pared.
—Está bien. Pero un día... vas a tener que dejarme leerlo.

Hubo un silencio incómodo. Luego, ella murmuró, casi inaudible:
—Son letras. Canciones que quiero cantar... pero no tengo el valor.

Desmond la miró con seriedad.
—¿Y por qué no?

—Porque... —Selene bajó la mirada—. ¿Qué pasa si son malas? ¿Qué pasa si mi voz no las alcanza?

Desmond se inclinó hacia ella, lo suficiente para que no pudiera evitar sus ojos.
—Entonces las mejoramos. Eso hacemos aquí, Selene. No buscamos ser perfectos, buscamos ser reales.

Ella abrió la libreta con timidez y le mostró un par de versos escritos con trazos nerviosos. Eran simples, pero tenían un brillo honesto. Había vulnerabilidad en cada palabra.

Desmond los leyó en silencio y luego asintió.
—Tienes algo. Esto... esto no lo puede escribir cualquiera.

Selene tragó saliva.
—¿De verdad lo crees?

—No lo creo. Lo sé. —Él cerró la libreta con suavidad—. Ahora lo único que falta es que tú también lo creas.

Ese día, Selene se atrevió a cantar una de sus propias letras. Su voz temblaba, se quebraba a mitad de los versos, pero aun así no se detuvo. Y Desmond, desde la consola de sonido, la observaba como si estuviera presenciando el nacimiento de algo que el infierno aún no sabía que necesitaba.

Al terminar, Selene escondió el rostro entre sus manos.
—Fue horrible...

—Fue hermoso —corrigió Desmond con firmeza.

Ella lo miró, incrédula.

—No tienes idea de lo que acabas de hacer, Selene. Eso fue tuyo. No de tu hermana. No de Silk Road. Tuyo. Y ese es el primer paso para dejar de ser "la sombra de Morganna".

Por primera vez, Selene sonrió sin nervios. Una sonrisa pequeña, sincera, que hizo que sus ojos brillaran.

—Gracias, Desmond...

Él le revolvió el cabello con una naturalidad que la hizo sonrojarse de inmediato.
—No me agradezcas todavía. Esto apenas empieza.

Los días de práctica se volvieron rutina. Cada fin de semana, Selene entraba al estudio con pasos nerviosos, pero ya no se escondía tanto tras su cabello ni se sentaba siempre en la esquina más alejada. Había empezado a sentirse parte del espacio.

Una tarde, mientras Desmond afinaba la guitarra, Selene golpeaba suavemente la batería, creando un ritmo repetitivo, casi como si estuviera pensando en otra cosa.

—Ese ritmo... —comentó Desmond sin levantar la mirada—. Es como un corazón apurado. ¿Estás nerviosa?

Selene se detuvo y sonrió débilmente.
—Siempre estoy nerviosa.

—Ya no tanto —replicó él con una media sonrisa—. Hace un mes no podías ni verme a los ojos. Ahora hasta me corriges las notas.

Selene bajó la mirada, jugueteando con una baqueta.
—Es que... contigo es diferente. No me siento tan juzgada.

Desmond apoyó la guitarra contra la pared y se cruzó de brazos.
—¿Eso crees? Pues deberías saber que soy más duro que cualquier crítico de por ahí.

Ella levantó los ojos, alarmada.
—¿E-en serio?

Él sonrió, negando con la cabeza.
—No, Selene. Lo que quiero decir es que no vine a juzgarte. Vine a sacarte lo mejor. Y eso no se logra con miedo, sino con confianza.

Hubo un silencio breve. Selene miró sus manos, las uñas cortas por la práctica constante. Luego, murmuró:
—¿Y si nunca llego a ser como ella?

—¿Tu hermana? —preguntó Desmond.

Ella asintió, tragando saliva.
—Ella es perfecta... y yo... yo soy solo Selene.

Desmond se inclinó hacia adelante, con el ceño fruncido.
—Exacto. Y eso es lo que tienes que entender. No viniste aquí a ser "otra Morganna". Viniste a ser Selene. Y créeme, eso vale más de lo que imaginas.

Los ojos de Selene se llenaron de lágrimas que luchaban por no caer.
—Nadie me había dicho eso antes...

Desmond se levantó y le entregó un pañuelo.
—Pues acostúmbrate. Aquí no entreno clones. Aquí entreno artistas.

Ella rió entre lágrimas, limpiándose la cara.
—A veces eres demasiado duro...

—Y a veces tú eres demasiado dura contigo misma —respondió él—. Por eso hacemos buen equipo.

Pasaron horas afinando ritmos y probando voces. Selene cantó un par de sus letras nuevamente, esta vez con un poco más de seguridad. Se equivocó, sí, pero en vez de esconderse detrás de sus manos, levantó la cabeza y lo intentó otra vez.

Cuando terminaron, se dejó caer en el sillón, exhausta, con las mejillas rojas.
—Siento que corrí un maratón.

—La música es así —dijo Desmond, sirviéndose un vaso de agua—. Quema el cuerpo, pero alimenta el alma.

Selene tomó la botella directamente, sin miedo, y bebió con ansias. Luego lo miró, algo avergonzada.
—Perdón, olvidé que era tuya...

—Bah, no importa —respondió él encogiéndose de hombros—. Ya compartimos melodías, ¿qué más da compartir agua?

Selene rió, esta vez sin timidez, y se recostó contra el respaldo. Por primera vez, parecía cómoda en ese lugar.

—¿Sabes, Desmond? —dijo en voz baja—. Creo que... empiezo a creer que sí puedo hacerlo.

Él se sentó a su lado y asintió con una sonrisa tranquila.
—Esa es la Selene que quiero ver.

Las últimas semanas habían sido intensas. Desmond, sin darle demasiada importancia, había subido a sus redes algunos videos cortos del progreso de Selene: fragmentos de sus sesiones, partes de su batería acompañadas de una voz aún insegura, pero llena de promesa. Los comentarios se llenaban de intriga:
"¿Quién es ella?"
"Se parece a alguien..."
"¿Acaso es la hermana de...?"

En el anillo de la Lujuria, Morganna observaba la pantalla de su dispositivo, con los brazos cruzados y la expresión endurecida. El brillo azul de los videos iluminaba su rostro, mostrando un ceño fruncido cada vez más marcado.

—Ridículo... —murmuró con desdén—. Así que Desmond juega ahora a fabricar imitaciones de mí.

La habitación estaba cargada de humo de incienso y notas sueltas de guitarra. A su lado, sentado con el instrumento recostado sobre las rodillas, estaba BCB, el guitarrista más legendario del infierno. Su cabello caía en rizos desordenados, y una sonrisa relajada descansaba en su rostro mientras observaba el mismo video.

—Yo no lo veo así —dijo con voz calmada, pulsando suavemente una cuerda—. Esa chica... tiene algo. No es Morganna, eso está claro. Pero tiene corazón.

Morganna bufó.
—El corazón no hace a un artista. La disciplina, la perfección, el control... eso es lo que te convierte en alguien eterno.

BCB ladeó la cabeza, clavando sus ojos en ella.
—El corazón es lo que hace que la gente te recuerde. Tú lo tienes, Morganna, aunque lo escondas bajo esa coraza. Pero tu hermana también lo tiene... y no lo oculta.

Ella lo miró con incredulidad.
—¿Me estás diciendo que apoyas esta ridiculez?

—No es ridiculez, Morganna —respondió él, con serenidad—. Desmond no está creando otra tú. Está ayudando a tu hermana a encontrarse. Y, por cierto... —sonrió, rasgueando un acorde grave—, Desmond sigue siendo un cabrón con talento. GAIA nunca fue un accidente.

Morganna apretó los labios. El nombre de GAIA aún la incomodaba. Eran rivales en tiempos pasados, un eco de una era que se negaba a apagarse.

Mientras tanto, en la casa de Desmond, el estudio estaba en penumbras, iluminado solo por una lámpara cálida. Selene, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, sostenía un cuaderno lleno de letras a medio escribir. Desmond estaba junto a ella, en el sillón, observando con una mezcla de paciencia y orgullo.

—Tienes más letras de las que imaginaba —comentó él, hojeando algunas páginas—. ¿Por qué nunca mostraste esto antes?

Selene bajó la mirada, encogiéndose de hombros.
—Porque... nadie las iba a escuchar. Siempre pensé que eran tontas, que no tenían el nivel suficiente.

—¿Nivel suficiente para quién? —preguntó Desmond, arqueando una ceja—. ¿Para tu hermana?

Selene dudó, y al final asintió lentamente.
—Siempre sentí que vivía bajo su sombra. Ella es... Morganna. La perfección hecha voz. Yo... solo soy Selene.

Desmond se inclinó hacia adelante, con la voz firme pero sin dureza.
—Deja de decir "solo". Eres Selene. Y eso es más que suficiente.

Hubo un silencio cargado. Ella lo miró de reojo, y por primera vez sostuvo su mirada sin apartarse de inmediato.

—Gracias... —susurró, casi con un nudo en la garganta.

Él sonrió apenas, pero antes de que pudiera responder, un estruendo interrumpió la calma. La puerta principal se abrió de golpe, sin permiso ni aviso.

—¡Qué demonios...! —murmuró Desmond, poniéndose de pie.

El sonido de tacones resonó por el pasillo. Un aura imponente llenó la casa, como si cada sombra se inclinara en respeto forzado. Morganna apareció en el marco de la puerta del estudio, alta, elegante, con la arrogancia tatuada en cada gesto. Sus ojos carmesí se clavaron primero en Selene, y luego en Desmond.

—Así que es cierto... —dijo con un tono que helaba el aire—. No solo entrenas con él, Selene... lo haces público. ¿Pretendes ridiculizarme ante todo el infierno?

Selene retrocedió un poco, como si la sola presencia de su hermana la redujera a una niña indefensa.
—Morganna... yo solo quería—

—¡Silencio! —cortó ella con un gesto seco—. No uses excusas para justificar tu patético intento de imitarme.

Desmond dio un paso al frente, interponiéndose entre ambas.
—Ella no te está imitando, Morganna. Ella está encontrando su voz.

—¿Su voz? —rió con desprecio—. No hay voz que pueda igualarse a la mía. Y menos si proviene de una sombra inútil.

Desmond apretó los puños.
—Sigue hablando así y demostrarás que lo único grande en ti es tu ego.

El aire del estudio estaba tan denso que parecía que podía cortarse con un cuchillo. Selene no se movía, encogida en la silla, mientras Desmond y Morganna se miraban como dos depredadores midiendo fuerzas.

Morganna inclinó la cabeza con arrogancia.
—¿Rearmar GAIA en una semana? Eso debería ser fácil para ti, ¿no? Al fin y al cabo, todos dicen que eres un genio... ¿o será que ese título ya no te queda?

Desmond apretó la mandíbula, cruzándose de brazos.
—No necesito demostrar nada. GAIA ya hizo historia. Y yo no vivo de fantasmas como tú.

—Historia... —repitió Morganna, riéndose con desprecio—. GAIA fue un destello, nada más. Un fuego artificial bonito pero breve. Dominion, en cambio... somos el sol. Seguimos ardiendo.

Desmond dio un paso al frente, con la voz cargada de veneno.
—No confundas "seguir ardiendo" con quemar todo a tu paso. Tú no inspiras, Morganna. Aterrorizar no es lo mismo que liderar.

Los ojos de Morganna brillaron como brasas.
—¿Y tú qué sabes de liderazgo? ¿De sacrificio? Jugabas a ser estrella, rodeado de aduladores, y cuando perdiste tu voz, te volviste sombra de ti mismo.

Selene bajó la cabeza al oír eso, mientras Desmond respiraba hondo para no perder el control.
—Perdí mi voz, sí. Pero no mi música. Y a diferencia de ti, yo nunca necesito aplastar a otros para sentirme grande.

Morganna sonrió con malicia.
—¿De verdad crees que estás ayudando a Selene? Lo único que haces es darle falsas esperanzas. No importa cuánto la entrenes, cuánto la vistas, cuánto la grabes... ella nunca será como yo.

Desmond arqueó una ceja.
—Tal vez ese sea el punto. Ella no quiere ser tú. Quiere ser Selene. Algo que parece que nunca entenderás.

Morganna chasqueó la lengua, irritada por la calma en sus palabras.
—¿Selene? —se giró hacia su hermana con dureza—. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que te usen como experimento? ¿Que cuando fracases todo el infierno se burle de ti por pensar que podías siquiera rozar mi nivel?

Selene se estremeció, incapaz de responder.

Desmond dio un paso más, interponiéndose con firmeza.
—No te atrevas a usar su miedo contra ella. Ya le quitaste demasiado en la vida, no vas a arrebatarle también su confianza.

Morganna lo miró de arriba abajo, con una mueca que destilaba veneno.
—Qué noble. El gran Desmond, jugando a ser mentor de almas perdidas. Pero dime... ¿no será que en el fondo intentas revivir GAIA con lo primero que se te cruza? ¿Usar a mi hermana como muleta para levantar lo que nunca supiste sostener?

Las palabras golpearon como cuchillas, pero Desmond no retrocedió.
—Prefiero mil veces apostar por alguien con corazón, que tocar al lado de cadáveres de ego que creen que el mundo gira a su alrededor.

Morganna lo fulminó con la mirada.
—Muy bien. Te daré una oportunidad. Una sola. Tienes una semana para reagrupar GAIA, o lo que quede de él. Y cuando ese tiempo acabe, te enfrentarás a mí y a Dominion.

—¿Y si me niego? —espetó Desmond, los ojos brillando como brasas apagadas.

Morganna se inclinó hacia adelante, sonriendo con un filo que dolía.
—Entonces Selene quedará marcada para siempre como "la hermana débil de Morganna". Nadie volverá a tomarla en serio. Y tú... tú serás recordado como un cobarde que no se atrevió a probar su legado contra el verdadero poder.

El silencio se quebró con la respiración agitada de Selene. Ella temblaba, incapaz de procesar la brutalidad de las palabras. Desmond la miró un instante, luego volvió a clavar sus ojos en Morganna.

—Una semana, entonces —dijo con voz grave y firme, sin titubeos.

Morganna sonrió, victoriosa, y dio media vuelta, dejando que el eco de sus tacones fuera la última palabra.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el estudio quedó sumido en un silencio pesado. Selene apenas podía contener las lágrimas. Desmond, aún de pie, murmuró:

—No te preocupes, Selene. No vas a enfrentarla sola.

Y con esas palabras, el desafío acababa de empezar.

CAP 68

Entre el Perdon y el Punk

Ha pasado un día desde que Morgana retó a Desmond.
El tiempo, cruel y fugaz, ahora era su mayor enemigo.

El reloj de pared en Hellbet Records marcaba las tres de la tarde. La oficina olía a papel nuevo y a café frío. Cristina estaba sentada frente a un escritorio cubierto de carpetas, organizando con paciencia una montaña de documentos. El sonido de las hojas al pasar contrastaba con el silencio pesado que emanaba del rincón donde se encontraba Desmond.

Con la cabeza gacha y los codos apoyados sobre sus rodillas, parecía un hombre cargando el peso de una montaña invisible. Su respiración era corta, ansiosa, como si cada segundo le recordara la inminencia del desafío.

Cristina lo miró de reojo y frunció el ceño. Finalmente, dejó los papeles a un lado y caminó hacia él.
-¿Qué te pasa, Desmond? -preguntó con voz suave, inclinándose un poco para ver su rostro.

Él levantó apenas la mirada; sus ojos oscuros estaban nublados de cansancio.
-No sé qué hacer, Cris... -murmuró, llevándose las manos al cabello-. Morgana me retó a una competencia. Tengo una semana, ¿entiendes? ¡Una semana! Y quiere que reúna a Gaia... pero eso es imposible.

Cristina se cruzó de brazos.
-¿Por qué imposible?

-Porque la bajista ahora tiene un trabajo estable, y el baterista... -tragó saliva, la voz quebrándose un poco-. Lay-K murió. No puedo reemplazarlo tan fácil. No puedo...

Cristina lo observó en silencio, notando el temblor en su voz.
-Desmond, escúchame. Tú eres quien administra Hellbet Records. Aquí tienes más de lo que crees: talento, gente con hambre de música. Si alguien puede reagrupar una banda en tiempo récord, eres tú.

Él negó con la cabeza, apretando los dientes.
-No es tan simple, Cris. No basta con agarrar a cualquiera y ponerlo en un escenario. Necesito entrevistarlos, ver su nivel, entrenarlos. Y para eso no hay tiempo. Morgana no va a esperar. Ella quiere vernos caer.

-¿Y tú se lo vas a permitir? -preguntó Cristina, alzando la voz con un tono desafiante.

Desmond cerró los ojos, hastiado.
-No sé si tengo otra opción.

Cristina se agachó frente a él, obligándolo a mirarla.
-Desde cuándo te rindes tan fácil, dime. ¿Desde cuándo el hombre que se volvió administrador de Hellbet se convierte en alguien que baja la cabeza sin luchar?

-No es rendirme, es... reconocer lo evidente -susurró él.

-Lo evidente es que tienes miedo -replicó Cristina con dureza-. Y si no haces algo, Morgana va a devorarte.

Antes de que Desmond respondiera, la puerta se abrió suavemente. Una figura femenina entró con paso elegante. Lilith, la sloth de Silk Road, avanzó con una calma casi estudiada. Su porte denotaba una crianza refinada; su postura recta, su mirada serena, y la forma en la que sostenía una lata de bebida daban la impresión de alguien que nunca había perdido el control en público.

-Disculpen la intromisión -dijo con una leve inclinación de cabeza-. No debería haber escuchado, pero sería deshonesto fingir que no lo hice.

Desmond arqueó una ceja.
-¿Cuánto escuchaste?

-Lo suficiente, señor Desmond -contestó ella con voz firme y respetuosa, acompañando sus palabras con un gesto casi ceremonial-. Escuché que Morgana lo ha retado y que el tiempo no está de su lado.

Cristina entrecerró los ojos.
-¿Y vienes a darnos un sermón o a ofrecer algo útil?

Lilith la miró con amabilidad.
-No tengo intención de sermonear, señora Cristina. Vengo a ofrecer mi ayuda.

Desmond la observó con escepticismo.
-¿Tu ayuda? ¿Y por qué querrías involucrarte en esto?

Lilith se acercó un par de pasos, manteniendo siempre la distancia adecuada, como dictaba la etiqueta.
-Porque no es un desafío cualquiera, señor Desmond. Morgana no busca una simple victoria musical, ella busca humillarlo. Y si me lo permite, yo no pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo un hombre con su trayectoria es pisoteado.

Cristina levantó una ceja, sorprendida por la formalidad.
-Hablas como si esto fuera una guerra.

Lilith ladeó la cabeza, sin perder su porte.
-Para Morgana lo es, señora. Y en una guerra, cada aliado cuenta.

Desmond frunció el ceño.
-¿Qué te hace pensar que puedes ayudarme?

-Señor Desmond -dijo ella con calma-, he estado en más bandas de las que puedo contar. He visto cómo nacen y cómo se desmoronan. He presenciado competencias brutales, donde la presión destruye incluso a los más talentosos. Tengo experiencia en elegir músicos, en unirlos, en pulirlos para que brillen en el escenario. Usted tiene el liderazgo, pero necesita a alguien que organice la logística con rapidez. Permítame ser esa persona.

Cristina cruzó los brazos.
-¿Y qué ganas tú con todo esto?

Lilith la miró sin vacilar.
-Respeto. El respeto hacia usted, señora Cristina, y hacia usted, señor Desmond. Vengo de una familia que valora el honor por encima de todo. No podría quedarme en silencio mientras un desafío como este se libra en mi entorno.

Desmond se quedó callado unos segundos, tratando de leer en su rostro si había algún interés oculto.
-¿De verdad estás dispuesta a comprometerte a esto? ¿A dedicar una semana entera, sabiendo lo que está en juego?

Lilith sonrió levemente, con la serenidad de quien nunca se deja intimidar.
-Una semana es más que suficiente si se trabaja con disciplina, señor Desmond. Y créame, no me asusta la presión.

Cristina giró hacia Desmond, viendo cómo en su rostro aparecía, por primera vez en horas, un destello de esperanza.
-Yo diría que deberías aceptar.

Desmond suspiró, llevándose la mano al rostro.
-Está bien... acepto tu ayuda, Lilith.

Ella inclinó la cabeza con elegancia, como si respondiera a un rey.
-Es un honor, señor Desmond. No le defraudaré.

-Eso espero -replicó él, aún incrédulo.

Lilith tomó la lata y la levantó levemente, como en un brindis silencioso.
-Entonces, que empiece la preparación. La señorita Morgana no sabrá lo que le espera.

La tarde caía lentamente sobre el barrio donde vivía Desmond. El cielo, teñido de un naranja marchito, dejaba escapar las primeras luces de la noche. El timbre de la casa sonó con un tono grave que resonó en las paredes, sacándolo de sus pensamientos.

Desmond, con el cabello ligeramente despeinado y ojeras marcadas, caminó hacia la puerta. Al abrirla, se encontró con Lilith, impecablemente vestida, con un porte tan elegante que parecía desentonar con la sencillez de la entrada.

-Buenas noches, señor Desmond -saludó ella con una leve inclinación de cabeza.

-Lilith... -él arqueó una ceja, sorprendido-. No esperaba que llegaras tan pronto.

-La urgencia lo amerita -respondió ella con calma-. ¿Puedo pasar?

-Claro, adelante.

Lilith entró con pasos medidos, como si cada movimiento estuviera calculado. Se dirigió al sofá y se sentó con la espalda recta, sin perder ni un ápice de compostura. De su mochila de cuero, que colocó con delicadeza a un costado, extrajo un fajo de documentos cuidadosamente engrapados.

Desmond se dejó caer en el sillón junto a ella, cruzando los brazos y observando con cierta curiosidad.

-¿Y eso?

Lilith acomodó los papeles sobre la mesa y se los acercó con un gesto ceremonioso.

-Aquí tiene, señor Desmond. Son expedientes con direcciones y referencias de algunos talentos destacados del Infierno. Consideré que, dado el poco tiempo, sería prudente venir preparada.

Él tomó los documentos y empezó a hojearlos con detenimiento. Nombres, edades, habilidades, hasta fotografías en blanco y negro lo observaban desde las páginas. Desmond pasaba línea por línea, frunciendo cada vez más el ceño.

-Mira esto... -dijo señalando uno de los perfiles-. Un guitarrista que imita a Dimebag Darrell... no, no. Esto no es lo que quiero.

-¿No le convence ninguno? -preguntó Lilith, ladeando apenas la cabeza.

Desmond cerró el fajo con un golpe suave contra la mesa.

-No. Yo no necesito desconocidos. Necesito a mis viejos amigos. A los verdaderos Gaia. ¿Entiendes?

Lilith guardó silencio unos segundos. Luego asintió con serenidad.

-Lo entiendo perfectamente, señor Desmond. El vínculo que se forja con los primeros integrantes es... irremplazable. Ningún expediente puede compensar eso.

Él la miró, sorprendido por la comprensión en sus palabras.

-Exacto. No es cuestión de técnica, es de alma. Gaia no era una banda perfecta, pero teníamos fuego. Eso no se compra.

Lilith entrelazó los dedos sobre su regazo.

-Permítame preguntarle algo: ¿ha considerado llamar a la bajista?

Desmond soltó una risa seca.

-¿Isabella? Olvídalo. Ella está ocupada con su trabajo. Apenas le queda tiempo para practicar, mucho menos para meterse de nuevo en esta locura.

-Y sin embargo... -replicó Lilith con calma-. No lo sabrá con certeza hasta que la escuche directamente de sus labios.

Desmond quedó pensativo unos segundos. Luego suspiró y sacó el teléfono de su bolsillo.

-Bien. No pierdo nada intentándolo.

Marcó el número. Cada tono de llamada le hacía latir el corazón más rápido. Isabella tardó en contestar, y cuando finalmente lo hizo, su voz se escuchó algo apagada, pero cálida.

-¿Desmond? Vaya sorpresa... ¿qué pasa?

Él tragó saliva, de repente sintiéndose nervioso.

-Eh... bueno... Isabella, yo... estaba pensando... -hizo una pausa, mirando de reojo a Lilith, que lo observaba en silencio absoluto-. Quiero reagrupar la banda. Ya hablé con Julian, él aceptó volver a la guitarra. Y pensé que quizá...

No alcanzó a terminar. Isabella interrumpió con un tono emocionado.

-¡Sí!

Desmond parpadeó, confundido.

-¿Qué?

-Que sí, Desmond. Quiero volver a Gaia. Llevo años esperando esta llamada. En la banda me sentía bien, libre... como si por fin fuera yo misma. Si me quieres de vuelta, estoy dentro.

Desmond se quedó mudo unos segundos. Luego sonrió por primera vez en días.

-Gracias, Isa... no sabes cuánto significa para mí.

-Gracias a ti por recordarme quién soy. Nos vemos pronto, ¿sí?

-Sí, nos vemos. -Cortó la llamada, aún sonriendo.

Lilith lo observaba con atención.

-¿Puedo saber qué dijo, señor Desmond?

Él levantó la mirada, aún incrédulo.

-Aceptó. Isabella dijo que sí.

Lilith asintió con un destello de satisfacción en los ojos.

-Me complace escucharlo. Permítame advertirle algo: no subestime a las personas, señor Desmond. Hacer predicciones apresuradas suele ser un error muy costoso.

-Lo sé, lo sé... -respondió él, con una mezcla de alivio y vergüenza-. Tenías razón.

Hubo un silencio breve. Luego él habló de nuevo, más serio.

-Pero aún falta el baterista. Y ahí no hay nada que hacer. Lay-K se fue... y no hay nadie que pueda ocupar su lugar.

Lilith lo miró fijamente.

-¿Y qué hay de Selene?

Desmond chasqueó la lengua.

-No puedo. Ella ya es parte de tu banda, Silk Road. No sería correcto.

-Con el debido respeto, señor Desmond -contestó Lilith con voz serena pero firme-, Silk Road no está en una etapa de alta actividad. Nuestros eventos son esporádicos. Selene podría colaborar perfectamente con Gaia sin que represente un conflicto.

Desmond la miró, dudando.

-¿Hablas en serio?

-Completamente. Selene es una baterista formidable. Y más importante aún, tiene el corazón para este tipo de proyectos. Estoy convencida de que aceptará si se lo pide.

Desmond respiró hondo, asintiendo lentamente.

-Está bien. Hablaré con ella.

La noche cayó sin que lo notaran. Afuera, las farolas iluminaban tenuemente la calle. Lilith guardó de nuevo sus papeles en la mochila y se puso de pie.

-Debo retirarme, señor Desmond. Ha sido un día productivo.

Él también se levantó, caminando hacia la puerta.

-Gracias por venir, Lilith. No tienes idea de lo mucho que esto me ayuda.

Ella hizo una pequeña reverencia, con la misma solemnidad de siempre.

-El honor es mío. Confío en que Gaia volverá a brillar.

Salió de la casa con paso elegante, perdiéndose en la penumbra de la calle.

Desmond cerró la puerta, aún procesando todo lo ocurrido. Subió lentamente las escaleras hasta su habitación. Allí, en la penumbra, Skyler dormía plácidamente en la cama, con el cabello desordenado sobre la almohada.

Desmond se inclinó sobre ella, acarició suavemente su mejilla y le besó la frente.

-Vamos a lograrlo... -susurró con determinación antes de dejarse caer a su lado, por primera vez en días con un poco de paz en el corazón.

Al día siguiente, el aire de la mañana se filtraba por las cortinas del estudio de Desmond. El olor metálico de las cuerdas recién cambiadas impregnaba la habitación, mezclándose con el leve aroma a café que Isabella había traído consigo. Selene, puntual como siempre, afinaba la batería con la delicadeza de alguien que conoce cada tornillo y cada parche como si fueran parte de su propio cuerpo. Julian, recostado sobre el amplificador, rasgaba notas dispersas, probando riffs que parecían no encontrar todavía su lugar. Isabella, con el bajo colgado en su hombro, practicaba escalas mientras se balanceaba suavemente sobre sus pies. El ambiente estaba cargado de expectación, como si todos supieran que el tiempo era escaso y cada segundo contaba.

Desmond, sentado en su silla de trabajo frente a la consola, los observaba en silencio. Había algo que lo llenaba de orgullo: verlos ahí, juntos de nuevo, era como contemplar un pedazo del pasado que creía perdido para siempre. Sin embargo, la presión le pesaba en los hombros como un yunque: Morgana no había dado tregua, y el reloj seguía avanzando.

De pronto, el timbre de la casa sonó. Un eco metálico que interrumpió la armonía caótica de los instrumentos. Todos se miraron extrañados. Desmond se levantó lentamente, caminó hacia la puerta y, al abrirla, se encontró con una sorpresa que lo dejó inmóvil por un segundo.

-¿James? -preguntó, apenas creyendo lo que veía.

Allí estaba su hermano, con el mismo porte tranquilo de siempre, vestido con un delantal que aún tenía restos de harina y especias. James sonrió con calidez y extendió los brazos. Desmond no lo dudó: lo abrazó con fuerza, como si ese gesto pudiera compensar todo el tiempo sin verse.

-Hermano... -dijo Desmond con un hilo de voz, tratando de contener la emoción-. ¿Cómo has estado?

-Bien, muy bien -respondió James, devolviendo el abrazo-. El restaurante Neffitti me ha tenido ocupado, ya sabes cómo es el trabajo allá... clientes a toda hora, pedidos, problemas en la cocina. Apenas me queda tiempo libre. Pero hoy dije: "Ya es hora de visitar a Desmond".

Ambos rieron suavemente, pero la atmósfera cambió de golpe cuando los ojos de James se encontraron con los de Selene. Fue un instante cargado de electricidad, como si dos almas hubieran esperado demasiado tiempo para reconocerse de nuevo. Ella dejó caer las baquetas al suelo sin siquiera notarlo, y se levantó del taburete de la batería con pasos vacilantes al inicio, hasta que sus piernas cedieron al impulso: corrió hacia él.

-¡James! -exclamó, su voz quebrándose en un eco de emociones contenidas. Lo abrazó con tanta fuerza que el aire pareció comprimirse alrededor de ambos. -James, James, James... -repitió, como si temiera que al soltarlo desapareciera.

James, al principio confundido, tardó un instante en reaccionar, pero pronto sus brazos la envolvieron con igual intensidad. El abrazo fue tan fuerte, tan visceral, que Selene dejó escapar un pequeño gemido de felicidad. Una lágrima resbaló por su mejilla, manchando la camisa de James.

-Selene... -susurró él, con la voz cargada de nostalgia-. No sabes cuánto te extrañé.

El silencio que siguió en la sala era denso, casi incómodo. Isabella dejó de tocar, Julian levantó la mirada, y Desmond frunció el ceño, sin entender lo que estaba presenciando.

-¿Qué... qué está pasando aquí? -preguntó Desmond, con la curiosidad creciendo en su voz.

James cerró los ojos por un momento, como si buscara las palabras correctas, pero al final se resignó a la verdad.

-No te lo conté antes porque no suelo hablar de mi vida amorosa, hermano. Pero... Selene y yo nos conocimos hace años. En aquel entonces... yo salía con Morgana.

El nombre cayó como un trueno en medio del estudio. Isabella arqueó las cejas, Julian silbó suavemente, y Desmond parpadeó varias veces, incrédulo.

-¿Con Morgana? -repitió Desmond, como si necesitara confirmarlo.

-Sí... -respondió James, con cierta amargura-. Estuvimos juntos bastante tiempo. Pero al final, ella me dejó. No puedo decir la razón, pero... fue un golpe duro. Durante ese tiempo, Selene y yo nos llevábamos muy bien. Siempre había algo especial entre nosotros. Pero cuando Morgana se alejó de mi vida, Selene también lo hizo. Perdimos comunicación por completo.

Selene, con los ojos aún brillantes por la emoción, asintió con la cabeza.

-Pensé que nunca volvería a verte, James. Lo intenté, de verdad lo intenté, pero no sabía cómo acercarme de nuevo.

James la acarició suavemente en el cabello, como si quisiera borrar esos años de distancia.

-Lo importante es que estamos aquí, Selene. El pasado ya pasó.

Desmond, aún aturdido, se pasó una mano por el rostro y suspiró.

-Bueno... supongo que eso explica muchas cosas. -Se quedó pensativo unos segundos y luego sonrió levemente-. ¿Quieres quedarte al ensayo?

-Claro -respondió James, tomando asiento en un rincón del estudio-. Me encantaría ver cómo trabajan.

Las horas comenzaron a pasar, y el estudio se llenó de música. Selene marcaba los tiempos con golpes firmes de batería, Isabella hacía vibrar el bajo con precisión, Julian dejaba escapar riffs potentes, y Desmond, con la guitarra rítmica, trataba de unir las piezas. Sin embargo, algo faltaba. No había cohesión, no había identidad. Eran notas al aire, sin un género que los definiera.

Tras varios intentos fallidos, James habló desde su rincón.

-¿Saben qué? Escuchándolos me doy cuenta de algo. Gaia no puede ser solo otra banda más. Ustedes fueron, en su momento, un movimiento. Una voz en el infierno para los que no tenían voz. Un estandarte de rebeldía. ¿Por qué no retomamos eso? El problema es... ¿qué género puede reflejar esos ideales?

Hubo un silencio reflexivo. Isabella miró el suelo, Julian rascó la guitarra distraídamente, y Desmond se frotó la barbilla. Fue entonces que Selene levantó la mirada, con determinación.

-¿Y si tocamos punk?

Todos voltearon hacia ella. Desmond arqueó una ceja.

-¿Punk? ¿Por qué punk?

Selene enderezó la espalda y respondió con firmeza.

-Porque el punk no se trata solo de música, se trata de actitud. Es rebeldía pura, es gritarle al sistema que no estamos de acuerdo. Gaia siempre fue eso: un grito contra la opresión, un espacio para los que no tenían lugar. El punk encaja con lo que éramos... y con lo que podemos volver a ser.

Las palabras resonaron en la habitación. James asintió lentamente, Isabella sonrió por primera vez en toda la tarde, y Julian hizo sonar un acorde distorsionado como si quisiera probar la idea.

Desmond suspiró, mirando a Selene con una mezcla de respeto y duda.

-Podríamos intentarlo... pero alguien tiene que guiarnos en esto. Yo no soy experto en punk. Y aunque conozco el metal, aquí necesitamos otra visión. Selene, quiero que seas tú quien coordine la banda esta semana, al menos hasta la competencia.

Los ojos de Selene se abrieron de par en par.

-¿Yo? ¡Pero... Desmond, no sé si puedo! Nunca he liderado nada, siempre fui solo la baterista...

-Selene -interrumpió Desmond, con voz firme pero cálida-. Confío en ti. Tienes la pasión y la claridad que necesitamos. No se trata de ser perfecta, se trata de guiar, de creer en la visión de lo que queremos construir. Yo sé que puedes hacerlo.

Ella bajó la mirada, dudando por un instante. Su respiración era agitada, pero luego, lentamente, asintió.

-Está bien... lo intentaré. Pero prométanme que no me dejarán sola en esto.

Julian rió suavemente.

-Jamás, Selene. Estamos contigo.

Isabella levantó el pulgar, y James, desde el rincón, añadió:

-Te vas a sorprender de lo que puedes lograr.

Selene, con una sonrisa tímida, tomó de nuevo sus baquetas y golpeó con fuerza el platillo, como si ese sonido marcara el inicio de una nueva era. La práctica continuó, pero ahora con una chispa distinta: una dirección clara, una identidad naciente. Gaia estaba renaciendo, y el punk se convertiría en su bandera.

Los días transcurrieron con un ritmo frenético. Selene se había convertido en el eje de la banda: coordinaba ensayos, corregía detalles en cada canción y motivaba a todos con una disciplina inesperada. Llevaba un cuaderno siempre consigo, donde anotaba los progresos de la banda, las ideas nuevas y los ajustes que debían hacer. Pero no solo se quedaba en papel:

grababa fragmentos de los entrenamientos y los subía a su perfil social. Poco a poco, esos videos comenzaron a atraer miradas en el infierno. Jóvenes rebeldes, deseosos de un cambio, comentaban y compartían el contenido. Incluso algunos músicos más experimentados empezaron a reconocer el esfuerzo de Gaia, una banda que renacía desde las cenizas con un espíritu inquebrantable.

La popularidad creció como fuego en pólvora. Y, como era de esperarse, esto no pasó desapercibido para Morgana. Una tarde, en su habitación iluminada tenuemente por luces rojas, observaba la pantalla de su celular con el ceño fruncido. En cada video, veía a su hermana al frente, organizando, riendo, motivando a los demás. Mordió su labio inferior, presa de la rabia.

-Estos hijos de puta jamás lograrán lo que yo he conseguido -escupió con odio, arrojando el celular sobre la cama.

El resentimiento se agolpaba en su pecho como veneno. La sola idea de ver a Selene ganando relevancia la llenaba de furia. Pero de pronto, en uno de los videos, su mirada se detuvo. Allí estaba James. El hombre que había amado, aquel que alguna vez la hizo sentir viva. Su expresión cambió al instante: sus ojos se suavizaron y su respiración se volvió irregular. El odio dio paso a un nudo en la garganta, a un vuelco en el corazón. Recordó la manera en que lo dejó, cegada por la promesa vacía de riqueza. Un recuerdo punzante emergió: una promesa que nunca se cumplió. Y ahora, frente a sus ojos, James seguía siendo el mismo: auténtico, noble... y tan lejos de ella.

En ese instante, la puerta de la habitación se abrió. BCB entró sin tocar, con su habitual sonrisa socarrona.

-¿Qué estás viendo, Morgana? -preguntó, ladeando la cabeza.

Morgana recogió el celular rápidamente y lo apagó.

-Nada. No es nada importante -respondió con frialdad, esquivando su mirada.

BCB entrecerró los ojos, divertido.

-Vamos, te conozco mejor que eso. No tienes que ocultarme nada. ¿Qué pasó?

Morgana guardó silencio unos segundos. Su respiración temblaba, y por primera vez en mucho tiempo, bajó la guardia. Apartó la mirada y murmuró:

-Vi a James... mi ex pareja. Y la verdad... me arrepiento de haberlo dejado. Lo cambié por un futuro exitoso, y le dejé una promesa que nunca se cumplió, James, en cambio... él sí me amaba de verdad.

BCB levantó una ceja, sorprendido.

-Vaya... y yo que pensaba que eras una bola de amargura y enojo andante.

Morgana dejó escapar una risa amarga.

-Lo soy. Pero no dejo de ser una súcubo con sentimientos. Tengo heridas, culpas... problemas que no he resuelto. Y ahora lo veo, y... todo eso me persigue.

BCB se acercó y se sentó a su lado. Le dio un golpecito amistoso en el hombro.

-Te entiendo. Y no te pongas mal. Tendrás la oportunidad de disculparte algún día. Créeme, la vida siempre acomoda esas cosas de una u otra forma.

Morgana lo miró, sus ojos brillando con una vulnerabilidad que rara vez mostraba.

-Cuando lo vea, se lo prometo... me disculparé. Porque, aunque no lo diga en voz alta, aún lo amo.

BCB la observó en silencio, y luego habló con seriedad inusual:

-Si sientes algo por alguien, díselo. Si te rechaza, pues... te quedas como estás. La vida está llena de riesgos. Te arriesgas a que te digan que no, pero al menos tendrás la paz de haber sido sincera. De lo contrario, vivirás con esa espina para siempre.

Las palabras calaron hondo en Morgana. Por primera vez, sintió que alguien la comprendía de verdad. Asintió lentamente, y con voz baja murmuró:

-Gracias... de verdad, gracias por esas palabras.

BCB sonrió ampliamente y se levantó.

-No hay problema. Para eso estamos los amigos, ¿no?

Morgana lo siguió con la mirada, y en sus ojos se reflejaba algo nuevo: un deseo genuino de redención, una grieta en su máscara de odio. Y aunque la batalla con Gaia se acercaba, en su corazón sabía que debía enfrentar otra lucha mucho más difícil: la de reconciliarse con su pasado.

La noche avanzaba en silencio. El eco distante de las calles del infierno parecía amortiguado, como si el mundo entero estuviera conteniendo la respiración. Morgana estaba recostada en su sillón, con una copa de vino en la mano, pero su mirada no estaba en el presente. Frente a ella, una caja de madera abierta dejaba escapar viejos fantasmas: servilletas con garabatos apresurados, una corbata negra que alguna vez pensó que haría a James irresistible, y una carta nunca enviada, arrugada en las esquinas por el paso del tiempo.

Sus dedos acariciaron la tela de la corbata, y de pronto, la memoria la arrastró como una corriente furiosa.

Recordó la primera vez que lo esperó en el restaurante donde James trabajaba largas horas. Se sentó en una mesa al fondo, envuelta en un vestido rojo, observándolo mientras servía mesas con torpeza pero con una sonrisa sincera. Cuando por fin él se liberó, cansado y con las

manos manchadas de grasa, la miró como si ella fuera todo lo que necesitaba para seguir respirando.

-"Quiero que uses esto mañana", le había dicho ella, entregándole aquella corbata.

-"¿Y si no me queda bien?", había respondido él, inseguro.

Ella rió suavemente, rozando con sus dedos la mejilla áspera de él.

-"Siempre te queda bien todo lo que te pones, James."

-"Dices eso porque me ves con ojos de amor."

-"No, lo digo porque es verdad. Nunca dudes de lo que eres para mí."

Ese recuerdo la atravesó como un dardo, porque sabía que jamás volvió a verlo con aquella corbata puesta. Había huido antes de darle la oportunidad.

Otro recuerdo la golpeó, más cálido y doloroso. Paseaban por las calles antiguas del infierno, entre puestos de artesanos y demonios que vendían máscaras grotescas. James la miraba con ternura mientras ella jugaba con una de aquellas máscaras ridículas.

-"Mira, soy la reina de los condenados", había bromeado ella, colocándose la máscara.

-"No necesitas máscaras para ser reina", contestó James, quitándosela con cuidado. Luego se inclinó para besarle la frente, como si ella fuera lo más valioso de ese mundo condenado.

Caminaron de la mano durante horas, hablando de sueños imposibles: una casa pequeña, lejos del caos, tal vez un negocio propio.

-"¿Te imaginas, Morgana? Tú atendiendo a los clientes y yo cocinando... aunque seguro se irían hambrientos."

Ella soltó una risa sincera, una que no sabía si volvería a tener.

-"No me importaría, James. Mientras estemos juntos, da igual si fallamos."

-"Prométeme que siempre será así, que aunque caigamos, no nos soltaremos."

-"Lo prometo."

Eran tonterías, lo sabía ahora, pero en aquel entonces... lo creyó todo. Y esa fe ingenua la desarma todavía.

De pronto, otro recuerdo, más íntimo y cruel, emergió. Aquella tarde lluviosa en que ambos se refugiaron bajo un techo destartalado, empapados pero riendo, ella lo había visto toser, exhausto por el cansancio del trabajo. James le había confesado que temía no poder darle la vida que merecía.

-"No soy suficiente para ti, Morgana. Tú mereces lujos, mereces más que este pobre diablo que apenas sobrevive."

Ella lo abrazó, hundiendo el rostro en su pecho mojado.

-"No necesito riquezas, James. Solo te necesito a ti."

-"¿De verdad me crees?"

-"Te lo juro. Eres lo único que me importa."

Esa noche, temblando de frío y deseo, se besaron con desesperación bajo la lluvia. Él la tomó de la cintura, ella se aferró a su cuello, y en un rincón oscuro se entregaron el uno al otro con pasión desenfrenada, como si el mundo pudiera acabarse en ese instante. Sus cuerpos empapados se unieron en una danza febril de amor y necesidad, y ella creyó, por un instante, que jamás lo dejaría.

Cuánto le dolía ahora recordar esas palabras, esos gemidos ahogados, porque fueron verdad... hasta que decidió traicionarlas.

Finalmente, como un aguijón que no deja de clavarse, volvió la despedida. Había llegado con un vestido nuevo, sintiéndose poderosa, deseada. James la abrazó, intentando entregarle su amor una vez más, pero ella se apartó.

-"Lo siento, James. Ha llegado el momento de dejarlo"

-"¿Dejarlo? ¿Porque?"

-"No se trata de ti, tengo que continuar sola."

No podía olvidar su rostro en ese instante: la incredulidad, el dolor mudo, los labios temblando sin poder pronunciar palabra.

-"Entiendo, si esa es tu decisión, no me voy a oponer.

Ella tragó saliva, luchando por no llorar, y asintió.

-"Perdóname..." alcanzó a decir, aunque él ya no la escuchaba.

Lo vio romperse y aun así siguió caminando. Y aunque lo había dicho con voz firme, por dentro fue como arrancarse la piel viva.

Morgana llevó la copa a los labios, pero no bebió. Su mirada quedó atrapada en aquella carta nunca entregada, escrita en una noche de dudas y vino. En ella había confesado lo que nunca se atrevió a decir en voz alta: que lo amaba con cada parte de sí, incluso con aquellas sombras que siempre le recordaban que era una súcubo. Nunca la envió. Nunca le dio la oportunidad de saberlo.

Las lágrimas le empañaron la vista. Cerró los ojos, apretando la carta contra su pecho.

-"Perdóname, James..." murmuró, con una voz que apenas era un hilo de aire. "Yo también me rompí el día que te dejé. Pensé que ganaba poder... y lo único que conseguí fue perderte."

-"Te sigo amando, ¿lo sabías? Incluso después de todo. Maldita sea, aún te amo."

Se dejó caer hacia atrás, cubriéndose el rostro.

-"Si pudiera volver, si pudiera cambiarlo... lo haría todo distinto. Tendríamos esa casa, ese negocio, esa vida que soñamos. Te lo juro."

La copa tembló en sus manos. El silencio de la habitación se llenó con el eco de su respiración entrecortada. En su mente volvieron imágenes fragmentadas: James riendo mientras cocinaba algo mediocre pero hecho con amor; James esperándola bajo la puerta del restaurante con un ramo torcido de flores robadas de algún jardín prohibido; James escribiendo su nombre con torpeza en una hoja, practicando para no olvidarse de ella. Todo eso lo dejó atrás por la promesa de algo que se deshizo en cenizas.

-"Eras feliz conmigo... y yo lo arruiné. Te fallé, James... y no sé si algún día podré perdonarme."

En el silencio, Morgana se dio cuenta de que todo el odio que cultivaba era solo un disfraz. Lo único que quedaba bajo todas esas capas de orgullo era amor y arrepentimiento. Y en ese momento comprendió que, aunque él estuviera lejos, aunque nunca la perdonara, seguiría amándolo. De manera torpe, de manera rota, pero con una intensidad que ningún infierno podría apagar.

La oscuridad de la habitación la envolvía como un manto pesado. Morgana se inclinó hacia adelante, dejando la copa de vino a un lado. Su respiración era un hilo delgado, tembloroso, y sus dedos rozaban los objetos guardados en la caja como si fueran reliquias sagradas. No eran simples recuerdos; eran fragmentos de una vida que alguna vez creyó suya, y que ahora se le escapaba entre los dedos como arena.

-"¿Por qué sigo viendo tu rostro en todo lo que hago?" -murmuró, su voz quebrada, hundiéndose en el silencio de la habitación.

Una imagen la golpeó sin previo aviso. No fue en una cama ni en una calle concurrida, sino en un rincón olvidado del restaurante Neffitti, cuando James la arrastró detrás de la cocina para darle un beso robado. El calor de los hornos y el ruido de los platos chocando desaparecieron cuando sus labios se encontraron. Él reía nervioso, con las manos manchadas de harina, mientras ella lo apretaba contra la pared con deseo urgente.

-"Nos van a descubrir..." había susurrado James, entre risas contenidas.

-"Que lo hagan -respondió ella, mordiéndole suavemente el cuello-. Quiero que todos sepan que eres mío."

Ese recuerdo la hizo estremecerse. Había sido pasión desenfrenada, pura, sin filtros. Y lo cambió por un sueño que ya no sabe si es suyo.

-"Fui tan estúpida..." -se dijo a sí misma, apretando los ojos para ahogar las lágrimas-. Cambié el fuego real por un espejismo barato.

Otra memoria apareció, esta vez más tierna. James y ella recostados en un colchón barato, mirando el techo con las manos entrelazadas. Hablaban de viajes imposibles: recorrer la superficie, ver cielos que no fueran rojos, tocar mares que no fueran de fuego.

-"Si pudiéramos escapar de aquí, ¿a dónde irías primero?" le había preguntado él.

-"Contigo, a cualquier parte."

James la miró como si en esas palabras hubiera encontrado todo el sentido de su existencia. Morgana lo sabía, lo recordaba con un nudo en la garganta. Ella misma lo convenció de soñar... y después fue quien destruyó esos sueños.

-"Lo arruiné todo, James. Fui yo quien destrozó lo único que nos mantenía vivos..." -confesó en un susurro dirigido a la nada.

Le vino a la mente otro instante, lleno de intimidad. Aquella noche en que James, sin decir nada, la tomó en brazos después de que discutieran. Ella lloraba de rabia por un futuro incierto, y él, en lugar de responder con palabras, la amó con ternura y furia mezcladas. Los dos se desnudaron de resentimientos, y cada caricia fue un perdón implícito.

-"Eres todo lo que necesito, Morgana."

-"Prométeme que no me dejarás."

-"Nunca. Ni aunque me lo pidas."

Ella lo había creído. Y ahora, esas promesas eran dagas que se hundían en su pecho.

-"¿Por qué no luché por ti? ¿Por qué te dejé marchar con esa mentira en los labios?" -susurró, mordiéndose la mano para ahogar un grito.

El recuerdo final llegó como un castigo. James, de rodillas frente a ella, suplicando que lo mirara a los ojos.

-"Dime que no me amas, y me iré. Solo dime eso."

Pero ella no pudo. Fingió indiferencia, lo apartó, y lo vio desmoronarse. Su corazón gritaba que lo amaba, pero su boca escupió la mentira más cruel. Y desde entonces, ese momento la perseguía en cada silencio.

De vuelta al presente, Morgana apretó la carta contra su pecho y dejó escapar un sollozo ahogado.

-"James... aún siento tu piel en la mía, aún escucho tu risa. Yo destruí lo único verdadero que tuve."

Su voz se quebró, perdiéndose en la penumbra. El arrepentimiento se mezclaba con el deseo, con la memoria de noches de pasión y planes jamás cumplidos. Lo había perdido todo, pero lo que más la consumía era saber que todavía lo amaba, con una intensidad que ninguna condena podría arrancarle.

Morgana seguía revolviendo aquella caja de recuerdos cuando sus dedos toparon con un objeto pequeño, envuelto en un pañuelo gastado. Lo sacó con cuidado y, al abrir el nudo, se encontró con un anillo de hierro simple, grabado en el interior con una palabra que casi se borraba: Libertad. Era el anillo que James le dio una noche, improvisado con sus propias manos, como promesa de que algún día escaparían juntos del infierno y verían otros cielos. Recordó la calidez de sus dedos al ponérselo, las risas compartidas bajo una farola rota, y la forma en que James la había mirado, como si ella fuera lo único verdadero en aquel mundo podrido.

El corazón de Morgana se agitó. Apretó el anillo entre sus dedos temblorosos, y por primera vez en años, se permitió un destello de valentía. Tomó el teléfono y marcó el número que había memorizado pero que nunca se atrevió a usar. El timbre resonó una, dos, tres veces... hasta que una voz familiar contestó.

-¿Morgana? -preguntó James, sorprendido, casi incrédulo.

-Soy yo... -dijo ella, apenas audible, tragando saliva-. James, necesito verte. No puedo seguir huyendo de esto.

Hubo un silencio pesado, y por un instante pensó que él colgaría. El eco de su propia respiración era insoportable. Pero entonces, con un tono firme y sereno, James respondió:

-Está bien. Dime dónde.

El encuentro fue en un parque escondido, lejos del bullicio. Los faroles apenas alumbraban el sendero y el aire olía a hojas húmedas. Cuando James apareció, el aire pareció detenerse. Sus ojos se encontraron de inmediato: él, con cautela y heridas aún frescas en la mirada; ella, con una mezcla de ansiedad, miedo y arrepentimiento.

-No esperaba volver a verte -dijo James, con voz grave, cruzando los brazos.

Morgana bajó la vista, sosteniendo el anillo en su mano abierta. Sus dedos temblaban tanto que por poco lo dejaba caer.

-Lo guardé todo este tiempo -susurró-. Porque era lo único verdadero que tenía de nosotros.

James reconoció el anillo de inmediato. Sus labios se apretaron y una punzada atravesó su pecho. Se inclinó un poco hacia adelante, sus ojos brillando con recuerdos que luchaba por enterrar.

-Ese anillo lo hice para recordarte que podíamos soñar, aunque fuera imposible -dijo él, con un deje de amargura, pero también de nostalgia.

Morgana levantó la vista, con lágrimas acumulándose.

-Lo sé. Y lo destruí todo con mis mentiras... con mi cobardía. Te perdí, James, y cada día me persigue lo que hice. -Respiró hondo, su voz quebrada-. No te pido que olvides, ni que borres el dolor. Pero quiero pedirte algo... si me dejas, si me das la oportunidad de conquistarte de nuevo.

James la miró en silencio, como si estuviera examinando no solo sus palabras, sino el temblor de su voz, la sinceridad en su mirada, las manos crispadas alrededor de aquel símbolo. El viento movía el cabello de Morgana y, por un instante, ambos regresaron a aquellas noches donde solo existían ellos, compartiendo planes imposibles y besos clandestinos.

-Morgana... -dijo al fin, con un suspiro profundo-. Esto no será fácil. Las cicatrices no desaparecen. Pero si de verdad quieres intentarlo, tendrás que demostrarlo.

Ella asintió, dejando que una lágrima rodara por su mejilla. Se acercó un poco más, buscando que la distancia entre ellos no fuera solo física, sino también emocional.

-Lo haré, James. No importa cuánto me cueste. Esta vez no pienso rendirme. -Su voz sonó firme, como si cada palabra fuese un juramento grabado con fuego.

James apartó la mirada por un momento, respirando hondo, luchando contra el impulso de tocarla, de creerle, de volver a caer en el abismo que ella representaba. Al final, sus labios se curvaron en una sonrisa triste.

-Entonces veremos hasta dónde llega tu determinación, Morgana. Pero no esperes que sea indulgente contigo.

-No busco indulgencia -respondió ella, con una chispa de fuego en los ojos-. Solo busco una segunda oportunidad de demostrarte que aún puedo amarte como debí hacerlo desde el principio.

La noche los envolvió en un silencio tenso, cargado de memorias, heridas y una llama que, pese a todo, aún no se apagaba.

Morgana despertó al día siguiente con una determinación que no había sentido en años. Recordaba las palabras de James resonando como un martillo en su pecho: "Tendrás que demostrarlo." Esa frase se convirtió en su mantra, un eco constante en su mente. No bastaba con hablar, ni con llorar. Tenía que actuar. Tenía que probarle con hechos que ya no era la misma.

El lunes lo buscó en el parque, el mismo rincón donde habían compartido tantas tardes en el pasado. Llevaba consigo una manta y una cesta sencilla con frutas y pan, nada lujoso, nada

que mostrara ostentación, solo lo necesario para un desayuno improvisado. James llegó con la sorpresa pintada en su rostro, incrédulo al verla extendiendo la manta bajo un árbol.

-¿Qué haces aquí? -preguntó, con el ceño fruncido.

-Cumpliendo mi palabra -respondió ella con calma-. Dijiste que debía demostrarlo, y eso haré. No con promesas vacías, sino con gestos. ¿Te sientas conmigo?

James dudó, pero terminó aceptando. Comieron en silencio al principio, hasta que Morgana comenzó a recordarle anécdotas de cuando iban juntos a ese mismo parque, cuando soñaban con escapar de todo. Sus palabras no sonaban a manipulación, sino a nostalgia sincera. James no sonrió, pero tampoco se marchó.

El martes lo sorprendió en la salida de su trabajo con dos bicicletas alquiladas. James arqueó una ceja al verla.

-¿En serio? ¿Bicicletas? -preguntó, incrédulo.

-Antes solíamos pasear juntos, ¿recuerdas? Dijiste una vez que querías sentirte libre sobre ruedas, como si volaras. Nunca te lo concedí. Hoy quiero hacerlo. -Morgana sostuvo el manubrio con cierta torpeza.

Él la observó en silencio, y contra todo pronóstico, aceptó. El paseo fue torpe y lleno de risas nerviosas cuando ella casi cae en varias ocasiones. James la sostuvo una vez por el brazo y, aunque se apartó rápido, ese contacto fugaz encendió algo en ambos. Fue un instante pequeño, pero suficiente para remover memorias dormidas.

El miércoles apareció frente a su puerta con una caja de fotos y recuerdos. Había encontrado viejas entradas de conciertos, pequeñas notas escritas a mano y una pulsera de tela que él mismo le había regalado en una feria. James abrió la caja y se quedó mudo. Sus ojos se nublaron por un instante.

-No sabía que aún tenías esto... -murmuró.

-Lo guardé todo -respondió ella con voz suave-. Aunque me alejé, nunca pude destruir lo que significaba para mí. Si quieres, podemos quemarlo juntos, para cerrar de verdad esa etapa. O... conservarlo, si crees que aún vale algo.

James no respondió de inmediato. Tomó la pulsera, la sostuvo entre los dedos y la apretó contra su palma. El silencio fue su respuesta, un silencio cargado de peso.

El jueves lo llevó a un mirador donde habían planeado su "futuro imposible". Ella llevó un termo con té caliente y se sentaron en un banco frío, viendo las luces de la ciudad.

-¿Recuerdas que decías que desde aquí todo parecía alcanzable? -preguntó ella, abrazándose las rodillas.

-Lo recuerdo -dijo él, serio.

-Yo lo arruiné. Tenía miedo, y elegí mal. Pero cada vez que subo aquí pienso en lo que dejé ir. -Su voz se quebró. -Déjame luchar por lo que una vez soñamos.

James respiró hondo, como si quisiera expulsar las emociones que lo asfixiaban, pero no replicó. Solo se quedó a su lado, compartiendo el silencio.

El viernes lo invitó a su casa. No a una cena lujosa, sino a algo íntimo: cocinar juntos. Prepararon pasta torpemente, con harina volando por todas partes y risas entrecortadas. En medio del caos, James le lanzó un poco de harina en la mejilla. Ella rió, sorprendida, y le devolvió la broma. Fue un momento simple, cotidiano, pero tan humano que les recordó cómo era estar juntos sin máscaras.

El sábado, Morgana desempolvó una guitarra vieja. Pasaron horas en su sala, ella cantando suavemente mientras James la acompañaba con acordes simples. En medio de la música, las miradas se cruzaban, cargadas de recuerdos. Hubo un instante en que él quiso apartarse, pero ella le tomó la mano suavemente.

-No quiero que huyas -susurró-. Quiero que veas que estoy aquí para quedarme.

James no retiró su mano, aunque tampoco la estrechó. El gesto fue pequeño, pero para Morgana fue un mundo.

Finalmente llegó el domingo, el día de la competencia. El ambiente era eléctrico, las bandas se preparaban, pero para Morgana nada de eso importaba. Había pasado la semana demostrando con gestos pequeños, con acciones sinceras, que su arrepentimiento era real. Entre la multitud buscó los ojos de James, y esta vez él no los apartó. No sonrió, no la abrazó, pero tampoco la rechazó. Y en ese cruce de miradas, Morgana sintió que había dado el primer paso verdadero hacia una segunda oportunidad.

CAP 69

El Amanecer de Gaia

Volviendo a inicios de semana, ya era martes. El estudio de Desmond, ese pequeño sótano improvisado con paredes cubiertas de cartones de huevo, cables enredados como serpientes y olor a sudor mezclado con incienso barato, se convirtió en el punto de encuentro. Afuera, la ciudad del infierno no daba tregua, pero adentro había una calma extraña, como si el tiempo se suspendiera cada vez que la banda se reunía.

Selene, sentada en el viejo sofá desgastado que alguna vez fue rojo, hablaba con las manos enérgicamente mientras ponía sobre la mesa unas carpetas llenas de letras y acordes. Sus ojos brillaban con esa chispa que aparecía cada vez que se trataba de música. Julián, apoyado en la pared con la guitarra colgada al hombro, asentía con un gesto serio, aunque en su interior la emoción también lo desbordaba. Isabella hojeaba distraída una libreta, jugando nerviosa con la púa entre sus dedos, mientras Desmond encendía un cigarro y se recargaba en la consola, tratando de aparentar tranquilidad aunque por dentro estaba ansioso.

—Tenemos que escoger ya —dijo Selene con voz firme, marcando el ritmo con el pie—. El tiempo corre, y no podemos llegar a la competencia con dudas.

—Tranquila, Selene —respondió Julián con una leve sonrisa irónica—. No vamos a tocar cualquier cosa. Lo que propusimos son joyas.

Mencionaron entonces tres canciones: "Nena boba", "La punkera de mi barrio" de Price, y "Emilio dice" de Nobody. Desmond arqueó una ceja, intrigado por los nombres.

—¿Y esas qué? —preguntó, hojeando las letras que le pasaron—. Suenan a que las inventaron en una borrachera.

Selene soltó una risa seca.
—Exacto. Y por eso funcionan. Son canciones que nacieron de la calle, del caos, de la rabia. No son composiciones elegantes, son gritos. Eso es lo que necesitamos.

Julián agregó:
—Además, son clásicos aquí. Bandas como Price y Nobody marcaron a toda una generación punkera en el infierno. Si logramos que suenen reales, vamos a volarle la cabeza al público.

Desmond se encogió de hombros, sacando humo por la nariz.
—Imitar la voz no será problema. Ya saben que puedo adaptarme.

Se colocó en medio del estudio con las hojas en la mano. Leyó un par de versos en voz alta, probando tonos, cambiando de gutural a nasal, hasta que encontró un punto donde la voz se volvía áspera, casi insultante. Selene lo escuchó con atención, moviendo la cabeza al ritmo invisible que ya llevaba en la sangre.

—Eso está mejor —dijo ella, acercándose y ajustándole la postura—. Pero no basta con sonar igual. Necesitas sentirlo. El punk es desprecio, es escupirle a la cara al sistema. No quiero que lo cantes, quiero que lo grites desde tus entrañas.

Isabella, mientras tanto, trataba de seguir un patrón con el bajo. Sus dedos se movían torpes, golpeando las cuerdas con poca precisión. Julián, notándolo, se acercó y le corrigió la mano con paciencia.

—No tengas miedo de la púa —le dijo suavemente—. No la acaricies, clávala como si odiaras la cuerda.

Ella intentó de nuevo, esta vez sonando más fuerte, aunque imperfecto. Sonrió de inmediato.
—Suena horrible... pero me gusta.

—El punk nunca fue limpio —contestó Julián con una media carcajada—. Si lo fuera, dejaría de ser punk.

Selene los observaba de reojo, aprobando en silencio. Isabella, por primera vez, parecía soltarse y divertirse de verdad con el bajo.

Mientras tanto, Desmond insistía en las letras. Movía los brazos, caminaba en círculos, exagerando sus gestos como si ya estuviera en un escenario. Selene lo detuvo un momento, poniéndose frente a él.

—Mírame a los ojos cuando lo digas —ordenó—. Piensa en alguien que odies, alguien que quieras mandar al carajo. Escúpelo aquí, ahora.

Desmond apretó los dientes, se concentró y soltó una línea con tanta furia que incluso Isabella dejó de tocar. El eco del grito llenó el sótano, vibrando en las paredes. Hubo un silencio breve, pesado, y luego Selene sonrió satisfecha.

—Eso... eso es lo que quiero.

El miércoles, la rutina se repitió, pero el ambiente estaba más cargado. Desmond, sudando después de ensayar por horas, dejó caer la hoja sobre la mesa y se pasó la mano por el rostro.

—Creo que ya le estoy agarrando la maña a este género —dijo, con un tono mezcla de cansancio y orgullo.

Selene se cruzó de brazos, con esa seriedad que no se le quitaba ni un segundo.
—El punk no es solo tocar fuerte y decir rimas sin coherencia —replicó—. El punk es un movimiento, un estilo de vida. Tienes que sentirlo con lo más profundo de tu ser.

Él bajó la mirada, luego la levantó con una sonrisa cansada.
—Lo intentaré.

Después de eso, Selene se dirigió hacia Isabella.
—¿Cómo vas con el bajo, Isa?

—Me cuesta tocar tan rápido y con púa —respondió ella, mostrando la yema de sus dedos enrojecidos—. Pero me estoy divirtiendo, y eso me motiva.

Selene sonrió.
—Esa es la actitud. La música también es para divertirse.

Luego se giró hacia Julián, que afinaba su guitarra con calma.
—¿Y tú? ¿Cómo vas?

Él levantó la cabeza, con una sonrisa arrogante.
—Muy bien. ¿Por qué me lo preguntas a mí? Sabes que soy un guitarrista nato.

Selene arqueó una ceja, desafiante.
—Solo quería verificar si no estabas oxidado. Nunca está de más asegurarse de que los confiados no se duerman en los laureles.

Julián rio, sacudiendo la cabeza.
—Siempre con tus pullas, Selene. Algún día te ganaré una batalla de egos.

—Ese día no ha llegado —replicó ella con frialdad divertida.

Los cuatro se miraron por un instante y, sin decirlo, entendieron que ese pequeño sótano se estaba convirtiendo en el corazón de algo más grande. Un ensayo no era solo notas ni letras: era un choque de voluntades, un ritual que los unía bajo una misma causa.

El jueves llegó cargado de un aire expectante. Desmond se levantó decidido, y tras una breve charla, guió a Selene, Julian e Isabella hasta el Palacio Ludendorff. Sus pasos resonaban en el mármol de la entrada, donde Izobelle ya los esperaba con esa presencia firme y elegante que imponía respeto.

—Qué sorpresa verlos aquí —dijo, cruzándose de brazos—. ¿Qué buscan en este palacio después de tanto tiempo?

Desmond, con su voz segura, respondió:
—Quiero practicar en mi antigua habitación. Antrox está en casa cuidando a Skyler, y aquí tendremos la calma que necesitamos.

Izobelle lo estudió unos segundos y luego asintió.
—Muy bien. Pasen. Pero recuerden... quiero orden.

El grupo avanzó por los pasillos oscuros y solemnes, hasta llegar a la habitación. Allí los esperaba una figura que ninguno de ellos olvidaría pronto: Nami.

La felina infernal estaba arrodillada en el suelo, terminando de limpiar con un trapo las últimas motas de polvo. Su silueta adulta, de veinte años, resaltaba bajo la luz tenue; su cola se agitaba nerviosa, mientras sus orejas felinas se movían con cada sonido. Sin embargo, en cuanto levantó la mirada y vio a Desmond, toda esa imagen madura se desmoronó en segundos. Su rostro adquirió un brillo infantil, los ojos grandes, casi temblorosos, como los de una niña asustada que acababa de encontrar algo familiar.

—¡Desmond! —exclamó, dejando el trapo y corriendo hacia él.

El rapero la recibió con calma, tomándola entre sus brazos con una naturalidad protectora. Aunque sabía que tenía veinte años, él también entendía que el trauma de Nami la mantenía en ese estado vulnerable.

—¿Cómo estás, Nami? —preguntó suavemente, acariciando su cabeza felina mientras ella se aferraba a su cuello como si temiera que desapareciera.

Ella lo miró con esos ojos brillantes, respondiendo con voz temblorosa pero alegre:
—Estoy bien... estaba limpiando para ti. Quería que todo estuviera bonito, porque sabía que algún día volverías... y ya terminé.

El corazón de Desmond se apretó un instante, aunque no lo mostró. La bajó con cuidado, como quien deposita algo frágil.
—Gracias. Hiciste un gran trabajo. Descansa ahora, ¿sí?

Nami asintió, sonriendo con esa inocencia que no parecía pertenecerle a alguien de su edad. Su cola se agitó suavemente, y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio duró un instante, hasta que Selene habló, tratando de aliviar la tensión:
—Vaya... eso sí que no me lo esperaba.

Desmond simplemente se giró hacia ellos, recuperando su aire de líder.
—Olviden eso. Pónganse cómodos. Aquí podemos ensayar sin interrupciones.

Selene dejó su mochila en la cama, sacó sus baquetas y su celular. Isabella y Julian ya cargaban sus instrumentos, mientras la batería estaba lista al fondo de la habitación. Muy pronto, los acordes y golpes llenaron el aire: el sonido del punk, crudo y fuerte, resonaba contra las paredes antiguas del palacio.

Después de un par de repeticiones, Desmond levantó la mano, jadeando.
—Sigan practicando. Yo voy a buscar algo.

—¿Qué cosa? —preguntó Selene, golpeando los platillos con un ritmo burlón.

—Solo... algo que necesito. —respondió él con seriedad, antes de salir.

El eco de sus pasos lo llevó hasta la oficina de Izobelle. Tocó la puerta, y ella, sin levantar la vista de sus papeles, dijo:
—Adelante.

Desmond entró, cruzando los brazos.
—¿Sabes dónde está mi guitarra? No la encontré en la habitación.

Izobelle alzó la mirada, con una mezcla de sorpresa y frialdad.
—Tu guitarra... se la di al hijo de uno de los sirvientes. Como nunca volviste por ella, pensé que ya no la necesitabas.

Las palabras golpearon a Desmond como un mazazo. Permaneció en silencio unos segundos, la mandíbula tensa, el corazón latiéndole con furia contenida. Pero no explotó. Sabía que no valía la pena discutir.

—Entiendo —dijo finalmente, con una calma que escondía decepción.

Se dio media vuelta y salió, sin añadir más.

Desmond ya había girado el picaporte cuando escuchó la voz fría y solemne de Izobelle detenerlo.

—Espera, Desmond. Antes de que te marches, encontré algo que creo que te podría interesar.

Él se detuvo, con el ceño fruncido, y lentamente volvió sobre sus pasos. Cerró la puerta tras de sí, regresó hasta el escritorio y se dejó caer en la silla frente a ella.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó con voz grave, cruzándose de brazos.

Izobelle acomodó unos papeles en su mesa, los golpeó suavemente contra el escritorio para alinearlos y lo miró con esa expresión de alguien que siempre sabe más de lo que dice.
—Siempre supe que Lay-k sería un problema en el futuro... para todos.

Desmond arqueó una ceja, ya con cierta impaciencia.
—¿Y eso a qué viene? —empezó a levantarse, pero Izobelle alzó una mano con un gesto firme.

—Siéntate. Todavía no he terminado.

Él obedeció a regañadientes, hundiéndose de nuevo en la silla.

—Encontré algo en Felizyum... el expediente de Lay-k. Y por alguna razón, en ese archivo también estaba su historia personal —explicó Izobelle, dejando escapar un leve suspiro.

Los ojos de Desmond se entornaron.
—¿Su historia?

—Sí —respondió ella con voz lenta, casi ceremoniosa—. Sus verdaderos padres eran de Tigrilia, un pueblo que en aquel entonces estaba devastado por la guerra. Su madre logró escapar y llegó a Felizyum en condiciones lamentables, herida de muerte. Con las últimas fuerzas que le quedaban, tocó la puerta de una casa humilde. Los dueños de esa casa la acogieron, pero la mujer murió poco después, dejando al pequeño Lay-k... apenas un bebé felino.

Desmond frunció el ceño, el peso de esas palabras colgando en el aire.

—No lo sabía... —murmuró, casi para sí mismo.

Izobelle prosiguió con tono firme, sin darle espacio para procesar del todo.
—La familia lo crió con una educación que ninguno de su raza habría podido soñar en ese tiempo. Y después... nació Nami. Ella lo amó como a un hermano. Fueron inseparables, hasta sus dieciocho años. Pero entonces ocurrió aquella tragedia con sus padres adoptivos.

El silencio se alargó. Desmond bajó la mirada, apretando las manos contra sus rodillas.
—Eso es duro... pero... ¿qué tiene que ver todo esto conmigo, Izobelle?

Ella lo miró fijamente, con un brillo particular en los ojos.
—Según lo que investigué, Lay-k tiene una hermana.

La palabra se clavó en la mente de Desmond como un eco extraño. Levantó la cabeza, confundido.
—¿Hermana? ¿De qué hablas?

Izobelle entrelazó los dedos sobre el escritorio y apoyó la barbilla en ellos.
—Busqué el apellido real de Lay-k. Su verdadero nombre es Layl Hoshino. Revisé archivos

en Tigrilia y Felizyum, y encontré solo una persona más con ese apellido: una joven llamada Saori Hoshino.

Desmond tragó saliva.
—¿Y quién es ella?

—Trabaja como profesora de teatro en Felizyum. Tiene veintiún años, está soltera, vive sola. —Izobelle dijo cada dato con la precisión de una daga—. Su vida es tranquila... demasiado tranquila para alguien con esa sangre.

Desmond la observó con cautela.
—¿Cómo sabes todo eso?

Izobelle se reclinó en la silla, cruzando las piernas.
—Créeme, estás mejor sin saberlo.

—Izobelle... —la voz de Desmond cargaba un filo de desconfianza.

Ella lo interrumpió, sacando de un cajón una tarjeta con dirección escrita a mano.
—Si quieres conocerla, vive aquí.

Desmond tomó la tarjeta. Sus dedos la apretaron con fuerza, como si el papel pesara más de lo normal.
—Está bien... —respondió en un murmullo—. Iré cuando tenga tiempo.

zobelle sonrió levemente, satisfecha.
—Haz lo que creas conveniente, Desmond. Pero recuerda: nada ocurre sin razón. Quizás esa joven sea la última huella de Lay-k en este mundo... y, de alguna manera, una pieza que podría cambiar el rumbo de lo que viene.

Desmond no respondió. Se levantó en silencio, guardando la tarjeta en el bolsillo. Mientras salía de la oficina, su mente se llenaba de preguntas. El eco de la palabra "hermana" resonaba en su cabeza, como un fantasma que revivía a Lay-k en cada recuerdo, un espectro que aún influía en su destino aunque él ya estuviera muerto.

El jueves transcurrió como los días anteriores. Selene, con la seguridad que le daba su experiencia, volvió a tomar el mando de los ensayos. Se plantaba frente a Desmond y a Isabella con la paciencia de una profesora, corrigiendo gestos, tiempos y respiraciones.

—No te quedes atrás con el bajo, Isa —dijo Selene, golpeando suavemente una baqueta contra el aire, marcando el ritmo—. El punk no espera a nadie, es crudo, veloz, como un golpe al estómago.

Isabella, con la frente perlada de sudor, asintió.
—Lo sé, lo sé... pero siento que mis dedos no alcanzan. ¡Es demasiado rápido!

—Tú puedes, amor —intervino Julian desde la guitarra, sonriendo con orgullo—. Solo relájate. Concéntrate en el pulso, no en la velocidad. Yo estoy aquí para guiarte.

Desmond, mientras tanto, sudaba intentando seguir el compás con su voz y movimientos. Selene lo observaba y negó con la cabeza.
—Des, no es solo cantar fuerte. ¡Tienes que escupir las palabras como si fueran fuego! ¡Siente la rabia, la inconformidad!

—Ya lo sé, ya lo sé —replicó él, agotado pero decidido—. Solo dame un poco más de tiempo. No soy un punkero de nacimiento, ¿recuerdas?

Selene arqueó una ceja, pero sonrió.
—Y sin embargo, lo llevas dentro. Solo tienes que dejarlo salir.

El viernes y sábado, tras días de trabajo constante, la banda decidió tomar un descanso. Habían ensayado lo suficiente, y las canciones ya fluían casi con naturalidad. Se reunieron en la sala de la casa de Desmond, compartiendo risas y anécdotas, dejando por unas horas que la presión se disolviera en la calidez de la camaradería.

Julian, entre carcajadas, contó una de sus viejas historias de gira con Silk Road.
—¡Y ahí estaba yo, colgado de una ventana del hotel porque Lilith había cerrado la puerta con llave y no quería dejarme entrar!

Isabella lo miró con los ojos muy abiertos.
—¿En serio hiciste eso? ¡Estás loco!

—¿Y qué otra opción tenía? —contestó Julian, inflando el pecho con falsa seriedad—. ¡La guitarra estaba adentro! No podía dejarla ahí.

Las risas llenaron la sala, pero Desmond permanecía en silencio, con la mirada fija en la tarjeta que Izobelle le había entregado. Pasaba los dedos sobre el papel una y otra vez, como si intentara leer más allá de la tinta, como si en esa dirección se escondiera no solo una mujer desconocida, sino un peso que lo perseguía desde hacía tiempo.

Selene lo notó y se inclinó hacia él.
—¿Qué pasa, Des? Llevas rato en otro mundo.

Desmond levantó la vista, dubitativo.
—Es solo... algo que me dio Izobelle. Una dirección. Una persona a la que quizá debería ver.

—¿Quién? —preguntó Isabella, curiosa.

Desmond apretó la tarjeta con fuerza.
—La hermana de Lay-k.

El silencio cayó sobre todos. Julian fue el primero en hablar, con voz baja.
—¿Y piensas decirle la verdad?

Desmond respiró hondo.
—No lo sé. ¿Cómo se le dice a alguien que... que tu hermano está muerto porque yo lo maté? Aunque fuera en defensa propia, ¿cómo se le dice?

Selene lo miró fijamente, sus ojos cargados de comprensión.
—No tienes que decidir ahora. Pero tarde o temprano, ella merece saberlo. Y tú también necesitas sacarlo de tu pecho.

Desmond asintió, aunque la duda seguía mordiéndolo por dentro.

El domingo llegó, y con él, la tensión. La camioneta esperaba a la banda en el portón de la casa. Todos subieron entre risas, aún con los nervios disfrazados de entusiasmo.

—¡Esta es la nuestra! —exclamó Julian, acomodando su guitarra en el regazo de Isabella.

—Voy a vomitar de los nervios —dijo Isabella, pero con una sonrisa nerviosa.

—No te atrevas en la camioneta —respondió Selene, riendo mientras revisaba sus baquetas—. Hazlo en el escenario, ¡que eso sí sería punk!

Las carcajadas aliviaron la tensión mientras el vehículo se internaba en los caminos del infierno. Durante el trayecto, las conversaciones no cesaron: hablaban de lo que pasaría después de la competencia, de planes vagos y sueños imposibles, como si la incertidumbre los empujara a aferrarse al futuro.

Después de cuatro horas de viaje, llegaron al Anillo de la Lujuria, un lugar que desbordaba exceso por cada esquina. Edificios altos, adornados con luces violetas y neones brillantes, se erguían alrededor de discotecas que no cerraban nunca. El aire estaba impregnado de música estridente y perfumes embriagadores, un ambiente donde todo parecía permitido.

La camioneta se detuvo en la plaza central, frente al escenario. Al bajar, los miembros de la banda se quedaron maravillados por el espectáculo que los rodeaba: cientos de demonios de todas las razas se agolpaban para presenciar el evento, sus rostros iluminados por la expectativa.

En lo alto del escenario estaba Morgana, impecable como siempre, con la mirada recorriendo la multitud. Por un instante, sus ojos se cruzaron con los de Selene. La expresión de Morgana cambió de inmediato: de fría y desafiante, a dura y distante. Apartó la mirada con un gesto seco, retrocediendo un paso.

—Damas y caballeros —anunció con voz potente, amplificada por el sistema—, la competencia está a punto de comenzar. Prepárense, porque lo que verán hoy será algo magistral.

Las luces se intensificaron, los gritos del público retumbaron como un trueno, y Desmond, con el corazón palpitante, supo que no había vuelta atrás.

Morgana se adelanta al centro del escenario, con las luces violetas bañando su figura. Su cabello brillaba bajo los reflectores, y en su rostro se dibujaba una sonrisa que no era de alegría, sino de poder. Tomó el micrófono con firmeza, y su voz resonó en toda la plaza, vibrando como un trueno en el pecho de cada demonio allí presente.

—Bienvenidos al Anillo de la Lujuria, el único lugar donde el exceso no es pecado, sino ley. Hoy no es un día cualquiera. Hoy, los débiles serán devorados, y los fuertes se alzarán como dioses ante ustedes.

La multitud rugió, gritos y silbidos llenaron el aire. Morgana levantó una mano, pidiendo silencio con un gesto teatral.

—Aquí no hay espacio para mediocres ni para farsantes. Aquí solo sobrevivirá quien sea capaz de desnudar su alma y convertirla en música. Y créanme... —hizo una pausa, bajando el tono de voz hasta hacerlo casi un susurro cargado de veneno— ...yo puedo oler el miedo de aquellos que no están preparados.

Sus ojos se clavaron en la multitud, pero en realidad, buscaban a alguien en específico. Cuando se cruzó con la mirada de Selene, algo en su gesto cambió apenas por un segundo; pero enseguida, volvió a cubrirse con esa máscara de frialdad.

—Esta competencia no será recordada por la cantidad de bandas, ni por las luces, ni por el ruido. Será recordada por la sangre, el sudor y las lágrimas que aquí se derramarán. Porque este no es un concurso, ¡es una guerra de almas!

Levantó el micrófono hacia el cielo, y los reflectores se encendieron con más intensidad, iluminando la enorme plaza.

—Así que prepárense... porque lo que se viene no es un espectáculo cualquiera. ¡Lo que se viene es algo magistral, un banquete de poder, fuego y gloria!

La multitud estalló en vítores, gritos y aplausos. Morgana sonrió satisfecha, como una reina que sabía que el trono le pertenecía, y se retiró lentamente hacia un lado del escenario, dejando que la tensión se quedara vibrando en el aire como una cuerda a punto de romperse.

Morgana hizo una pausa dramática, bajando lentamente el micrófono, hasta que el bullicio de la multitud se fue apagando. Sus ojos brillaban con un odio feroz cuando fijó la mirada en la esquina donde Gaia se preparaba.

—Y claro... —dijo con una sonrisa torcida— no podía faltar la presencia de esos... aficionados que se hacen llamar Gaia.

Un murmullo recorrió a la multitud. Morgana avanzó un paso más al frente, casi como si escupiera cada palabra.

—Una banda improvisada, armada con retazos, sin identidad, sin fuerza... y sin nada que ofrecer. ¿De verdad creen que están listos para subirse a este escenario? ¿O vinieron solo a hacer el ridículo frente a miles de demonios que esperan grandeza y no... basura reciclada?

Algunos en el público rieron con malicia. Morgana alzó el mentón, su tono de voz volviéndose más cortante.

—Lo único que esa "banda" tiene es la costumbre de esconder su mediocridad detrás de excusas baratas. Se dicen músicos, pero no son más que sombras, imitaciones patéticas de algo que nunca alcanzarán. Gaia no es una banda... Gaia es un error que jamás debió nacer.

El público reaccionó con un rugido de tensión, dividido entre los que aplaudían el veneno de Morgana y los que esperaban la respuesta de Desmond y los suyos.

Morgana, viendo el efecto que sus palabras causaban, cerró con un último golpe directo, tan afilado como una daga:

—Si creen que tienen el valor de enfrentarse a mí, les advierto algo... —se inclinó hacia el micrófono, bajando la voz a un tono casi íntimo, pero cargado de amenaza—. El escenario no es un lugar para soñadores... es un campo de ejecución. Y yo misma me encargaré de enterrar a Gaia con mis propias manos.

Con un movimiento teatral, soltó el micrófono, dejando que el eco de su odio se propagara por toda la plaza, antes de girarse con un porte altivo y desaparecer entre las sombras del escenario.

El veneno de Morgana cayó como un golpe en el pecho de Desmond. Por un segundo todo se volvió humo y ruido: el murmullo del público, las luces violetas que parecían apuñalar la piel, el latido acelerado en sus sienes. Sintió el impulso caliente de responder con la rabia franca que ella le había escupido, pero controló el estallido con una respiración profunda que pareció cortarle el aire por un instante.

Isabella apretó el bajo hasta que los nudillos le palidecieron. Julián clavó la mirada en Morgana, la mandíbula tensa, con los dedos ya listos sobre las cuerdas. Selene dio un paso hacia adelante, la postura ancha, lista para arrancarles la garganta a palabras ajenas con un golpe de tambor.

—¿Qué hacemos? —susurró Isabella, apenas audible junto al oído de Desmond, la rabia asomando en su voz.

Desmond la miró fijamente, y en su gesto hubo muchas cosas: cansancio, memoria, decisión. Recordó la tarjeta en su bolsillo; recordó a Lay-k, la culpa que lo mordía por las noches. Todo ese peso no lo debilitó —lo templó.

Se acercó al borde del escenario como quien camina sobre una cuerda. La gente comenzó a murmurar; algunos esperaban una pelea verbal, otros una victoria humillante de Morgana.

Desmond subió al micro con pasos medidos, sin gritar, sin caer en la trampa de la provocación fálica. Su voz, cuando habló, no fue un berrinche: fue hierro frío.

—Morgana —dijo, clavando los ojos en ella—. Hablas mucho de barro y desechos. Te falta la cosa más simple: valor para mirar a quien tienes enfrente y no esconderte detrás de insultos.

Una oleada de sorpresa recorrió a la multitud. Morgana ladeó la cabeza, divertida, esperando que él se quebrara. Desmond no lo hizo.

—No venimos a ser tu espectáculo ni tu escarnio —continuó—. Vinimos a tocar. Si quieres enterrarnos con palabras, hazlo. Pero ten cuidado: las palabras pueden nacer como cuchillos, y también pueden servir para señalar quién realmente está dispuesto a dar la cara.

Selene le lanzó una mirada que decía "ahora", y Desmond la entendió: la mejor respuesta no era una diatriba interminable, sino la música. Apretó el micro con firmeza y, sin más, dio un paso atrás. Sus manos temblaron un segundo al ajustar la correa de la guitarra que no encontró, pero no lo mostró. Julián le entregó un gesto: una sonrisa corta, un pulgar en alto, la complicidad del que no falla.

—Vamos a demostrarles —susurró Desmond a la banda—. Que sea la música la que cierre bocas.

Isabella dejó escapar un gruñido contenido que se convirtió en una risa tensa. Selene recogió las baquetas, clavó la mirada en Morgana y la retó con el ritmo en los ojos. Julián afinó una vez más y conectó el primer riff con la mirada fija en la multitud.

El público contuvo el aliento. Desmond respiró hondo, sintió la rabia transformarse en foco, y al primer golpe de batería Selene arrancó una marea sonora que arrasó con las palabras y los odios. La respuesta de Gaia no fue un duelo de insultos: fue pura catarsis. Y en cada acorde, Desmond iba dejando un trozo de la carga que le apretaba el pecho.

Mientras la música surgía, su reacción se volvió acto: no había humillación pública ni venganza verbal. Había confrontación convertida en arte. Morgana, por primera vez en la noche, tuvo que escuchar. Y eso, para Desmond, ya era ganar.

El rugido de la batería de Selene fue como un trueno que rompió la calma del anillo. Cada golpe descendía con la fuerza de un martillazo infernal, levantando al público de su letargo. Julián entró de inmediato, desgarrando el aire con un riff tan agresivo que parecía querer incendiar las paredes del escenario. Isabella lo siguió con el bajo, marcando un pulso que retumbaba en el pecho de todos como un corazón desbocado.

Y Desmond, en el centro, no cantaba: escupía las palabras, cada sílaba cargada de rabia y autenticidad, modulando su voz con la precisión que Antrox le había regalado, pero impregnándola de su propio fuego. No imitaba a nadie, era él, y el público lo sintió.

La multitud comenzó a moverse. Primero un balanceo tímido de cabezas, luego saltos, después un círculo de demonios empujándose, girando con violencia. El pogo nació como una criatura salvaje, alimentada por el sonido de Gaia.

—¡Eso! —gritó Julián, sonriendo ferozmente mientras no dejaba de destrozar las cuerdas.

Selene, con una mueca de éxtasis, golpeaba cada tambor como si fuera un acto de guerra. Isabella, sudando y sonriendo a la vez, bajaba la cabeza y arrancaba notas rápidas, dejando que el bajo explotara en las venas de los presentes.

Desmond se agachó, extendió el micrófono hacia la multitud, y los demonios respondieron gritando el estribillo que apenas habían escuchado por primera vez. El caos era absoluto: cuerpos chocando, voces desgarrándose, manos alzadas. Gaia había capturado al público, lo había hecho suyo.

Y mientras todo eso ocurría, Morgana observaba desde el otro lado, con los labios apretados y la rabia creciendo en su interior. Porque lo que había empezado como un insulto hacia Gaia, se había convertido en lo que más odiaba: atención, respeto y devoción del público hacia ellos.

El infierno, por un instante, retumbó con el nombre de Gaia.

El pogo seguía rugiendo en medio de la multitud, una bestia colectiva que se alimentaba del caos y de la energía que Gaia escupía desde el escenario. Selene remataba la batería con redobles tan violentos que parecían llamar a la guerra, Julián se arqueaba sobre la guitarra arrancando un solo distorsionado que sonaba como cuchillas rasgando el aire, Isabella mantenía el pulso grave con una fiereza que hacía temblar el suelo, y Desmond, sudado, con los ojos brillando de adrenalina, rugía al micrófono con una furia que no dejaba espacio a dudas: Gaia no estaba ahí para jugar.

El público gritaba el coro con ellos, aunque lo hubieran escuchado por primera vez. Algunos demonios se lanzaban al aire, otros giraban en círculos con los brazos extendidos, chocando violentamente con quien se cruzara. El pogo creció tanto que los guardias tuvieron que intervenir en los extremos para que no se expandiera hasta las gradas. Pero era inútil: el fuego ya estaba encendido.

Con un último rugido, Selene golpeó los tambores con toda su fuerza, marcando el cierre. Julián dejó que la distorsión de la guitarra se prolongara en un chillido metálico. Isabella bajó el ritmo hasta dejar que el bajo retumbara como un eco que se extinguía poco a poco. Desmond, con el micrófono en alto, gritó:

—¡ESTO ES GAIA, HIJOS DE PUTA!

El público respondió con un estallido de vítores y gritos, levantando las manos, algunos golpeando el aire con los puños, otros abrazándose en medio del sudor y la euforia. Había

júbilo, había rabia, había unión. Gaia había logrado lo imposible: conquistar a un público que no esperaba nada de ellos.

La multitud todavía seguía agitada cuando las luces bajaron de golpe y el ambiente cambió. El humo empezó a cubrir el escenario, las lámparas violetas y rojas se encendieron con un parpadeo rítmico y, entre la penumbra, una silueta elegante apareció caminando con paso lento y seguro: Morgana.

Su sola presencia hizo que el ruido se transformara en expectación. Vestía un atuendo oscuro, sensual y provocador, con cadenas que brillaban bajo las luces, y su mirada ardía como brasas mientras escaneaba al público. El silencio fue reemplazado por un murmullo inquieto.

Morgana tomó el micrófono con una sonrisa venenosa y, con voz baja pero clara, lanzó una frase cargada de veneno:

—¿Eso fue todo? ¿Ese es el "gran renacer" de Gaia? Una escenita para niños salvajes que solo saben empujarse como animales...

Un murmullo recorrió a los presentes. Algunos rieron, otros silbaron, pero nadie apartaba la vista de ella. Morgana levantó la mano y el telón de humo se abrió, revelando a su banda detrás de ella: guitarras preparadas, bajo afinado, batería lista, todo con un aire imponente y profesional.

—Déjenme mostrarles cómo se hace un espectáculo de verdad... —sentenció, antes de que el golpe brutal de la batería de su banda retumbara, seguido de un riff pesado que hizo vibrar hasta las gradas.

El contraste era total: donde Gaia era caos y crudeza, Morgana ofrecía control absoluto, poder teatral, un dominio del escenario que helaba la sangre.

El público, atrapado entre la euforia residual de Gaia y el magnetismo de Morgana, no pudo hacer más que entregarse a lo que prometía ser una guerra de sonidos y emociones.

El silencio apenas duró unos segundos antes de que el rugido metálico de la guitarra de BCB desgarrara el aire. Era un sonido limpio y agresivo, perfectamente afinado, con una técnica tan descomunal que hacía temblar las bocinas. El mejor guitarrista del infierno no necesitaba presentación: cada nota que salía de sus dedos era un recordatorio de por qué llevaba ese título. El público, que todavía jadeaba del pogo de Gaia, quedó hipnotizado por la brutalidad y precisión de su ejecución.

Morgana avanzó hacia el frente del escenario, su silueta recortada por luces rojas y violetas que giraban en espiral, y con un movimiento de su brazo ordenó el inicio total de la canción. La batería tronó con un patrón marcado, poderoso, casi ritual. El bajo retumbó como un latido subterráneo, y entonces la voz de Morgana entró: clara, venenosa, cargada de rabia y seducción al mismo tiempo.

—¡Este escenario no es para amateurs! —gritó entre versos, mientras la música crecía detrás de ella.

El público estalló. No todos la amaban, pero nadie podía negar la potencia de lo que estaban presenciando. Su show no era solo música: era un espectáculo coreografiado con precisión infernal. Pantallas laterales mostraban visuales oscuros, imágenes distorsionadas de cadenas, fuego y máscaras. A mitad de la primera canción, columnas de fuego brotaron del borde del escenario, arrancando gritos de euforia de la multitud.

BCB, con la guitarra colgada baja, se adelantó para ejecutar un solo demoledor. Sus dedos se movían tan rápido que parecían invocar demonios con cada nota. No era solo velocidad: había melodía, había carácter, un estilo que combinaba virtuosismo técnico con un dominio absoluto de la distorsión. La multitud coreaba su nombre:

—¡BCB! ¡BCB! ¡BCB!

Morgana sonrió, alimentándose de esa energía, y se giró hacia Desmond, que la observaba desde un costado con los puños cerrados. Levantó el micrófono y, con un tono burlesco, lanzó:

—¿Lo ves, Gaia? Esto es música. Esto es arte. ¡Esto es el infierno que ustedes nunca podrán dominar!

La segunda canción comenzó con un riff pesado de BCB, acompañado por un bajo que hacía vibrar el suelo. Morgana bailaba con movimientos felinos, hipnóticos, pero su voz cortaba como cuchillas. Cada verso parecía un insulto disfrazado, cada coro una provocación directa hacia Gaia. Algunos en el público volteaban a ver a Desmond y su banda, como midiendo sus reacciones, disfrutando del enfrentamiento.

Cuando llegó la tercera pieza, Morgana decidió desatar todo su veneno. Las pantallas proyectaron imágenes de buitres devorando carne, mientras ella gritaba al micrófono con una ferocidad cruda:

—¡Gaia no es nada! ¡Son basura disfrazada de músicos! ¡Y yo estoy aquí para enterrarlos con mi voz!

La multitud rugió, dividida. Parte del público, ya ganado por la honestidad cruda de Gaia, respondió con abucheos. Pero otro sector, fascinado por el poderío técnico de Morgana y el virtuosismo de BCB, respondió con vítores. El choque de energías era brutal, como si dos anillos enteros del infierno se enfrentaran en ese único punto.

El clímax llegó en la última canción. BCB se puso en el centro, el escenario se oscureció y un solo extendido comenzó. No era solo música: era un conjuro. Las notas parecían fluir como fuego líquido, ascendiendo y descendiendo con precisión inhumana. Morgana, mientras tanto, se arrodilló frente al público, cantando con una intensidad desgarradora, como si estuviera ofreciendo su alma en cada palabra.

Las luces estallaron en un destello final, el fuego se elevó una última vez, y la canción terminó con un acorde prolongado que dejó a todos paralizados por un instante.

El silencio se rompió con un rugido ensordecedor de la multitud, dividido pero eufórico. Algunos gritaban "¡Gaia!", otros coreaban "¡Morgana!". La guerra de bandas no era solo musical: era emocional, espiritual, casi bélica.

Morgana, jadeando, levantó el micrófono una última vez:

—Gaia... ¡Bienvenidos al infierno real!

Arrojó el micrófono al suelo, y la multitud explotó.

El rugido de la multitud todavía resonaba cuando Desmond, con los ojos ardiendo de rabia y orgullo, dio un paso firme hacia el escenario. La tensión era tan densa que podía cortarse con un cuchillo. Morgana, aún jadeando después de su despliegue, se giró hacia él con una sonrisa de burla, convencida de que lo había dejado sin opciones.

Pero Desmond no dijo nada al público. Caminó al centro, se giró hacia Selene, Julian e Isabella, y con una voz grave, que retumbó incluso sin micrófono, ordenó:

—Muchachos... es hora. Toquen la pieza secreta.

El aire cambió. Los integrantes de Gaia intercambiaron miradas rápidas, cómplices, sabiendo lo que significaba ese gesto. La multitud enmudeció, como si todos intuyeran que algo enorme estaba a punto de ocurrir.

Desmond cerró los ojos, respiró hondo, y alzando el brazo derecho hacia lo alto invocó el poder de Antrox. Un destello dorado atravesó el escenario, y de la nada apareció en su mano una guitarra descomunal: blanca con detalles dorados, con el cuerpo en forma de un hacha infernal. El público estalló en gritos. Nunca antes habían visto un instrumento semejante: parecía forjado para una guerra, no para un concierto.

Morgana frunció el ceño, por primera vez perdiendo la sonrisa de superioridad.

—¿Qué demonios...? —susurró, apretando el micrófono con fuerza.

Desmond se colocó la correa de la guitarra, bajó la cabeza y, con un movimiento de púa seco, lanzó el primer riff. El sonido desgarró el silencio con una fuerza brutal: era "Master of Puppets", la legendaria pieza de la banda Ezkemática. Un clásico prohibido, un himno de control, furia y rebeldía.

La batería de Selene entró como un trueno, golpeando con precisión militar. Julian se unió con los riffs de guitarra rítmica, encajando con la ferocidad de un veterano, mientras Isabella, con el bajo, hacía vibrar las entrañas de cada demonio presente.

La sincronía era impecable. No parecían cuatro jóvenes improvisando: eran un ejército sonoro. El público quedó en shock apenas unos segundos, hasta que la energía los envolvió

como un huracán. El riff principal sacudió el anillo entero, y de pronto, como si una fuerza invisible los arrastrara, los demonios comenzaron a gritar, saltar y chocar entre sí. El pogo renació, aún más salvaje que el primero.

Desmond, con la guitarra brillando bajo las luces, levantó la mirada hacia Morgana. Y entre verso y verso, escupió las palabras como si fueran cuchillas:

—Taste me you will see, more is all you need...

El público respondió con un rugido unísono, siguiendo la letra. La canción, prohibida y casi mítica en el infierno, estaba cobrando vida frente a sus ojos. Y Gaia la ejecutaba con una ferocidad tal que parecía escrita para ellos.

Morgana, impotente, apretaba los dientes mientras veía cómo su espectáculo perfectamente diseñado era opacado por la autenticidad cruda de Gaia. No eran fuegos artificiales, no eran pantallas ni columnas de fuego: era pura energía, puro sudor, pura música.

Cuando llegó el icónico intermedio instrumental, Desmond se adelantó al borde del escenario, rasgando la guitarra como un poseso. Sus dedos se movían con la precisión de un dios, y la multitud, en trance, coreaba los riffs con los puños en alto. El espectáculo había dejado de ser un simple concierto: era un acto de rebelión.

Gaia no solo estaba respondiendo. Estaban conquistando.

Desmond, con la guitarra-hacha blanca y dorada aún brillando bajo las luces púrpuras del Anillo de la Lujuria, respira profundo. El público entero está en silencio por un instante, expectante, casi conteniendo el aire. Luego, sin una sola palabra más, golpea el primer acorde de "Master of Puppets", y ese sonido se siente como un cañonazo que atraviesa el aire.

Julian lo sigue de inmediato con la guitarra rítmica, Selene golpea la batería como si fuera un ritual de guerra, e Isabella entra con el bajo haciendo retumbar el suelo. La sincronía es perfecta, feroz, implacable.

Las primeras notas desgarran el ambiente, y el público, que aún venía recuperándose de la intensidad del show de Morgana, estalla de nuevo. Muchos gritan con furia, otros alzan los puños, y sin que nadie lo controle, un pogo salvaje se forma en medio de la plaza. Demonios de todo tipo se empujan, saltan, gritan, giran como bestias desatadas al ritmo de Gaia.

La voz de Desmond entra, cargada de odio y de fuerza, con ese tono grave y poderoso que no parece humano ni demoníaco, sino algo entre ambos. El eco retumba por los altavoces como si fueran truenos:

"Master... Master..."

Cada verso es un golpe, cada riff una descarga. Julian, inspirado por la enseñanza de Bolt y el recuerdo de su maestro, se suelta como nunca antes, rasgando las cuerdas con precisión quirúrgica y una rabia contenida que incendia la atmósfera.

Selene, en su batería, se convierte en una tormenta viviente: los redobles son tan veloces que parecen relámpagos cayendo uno tras otro, y cada golpe de bombo hace que el pecho de la multitud vibre como si el corazón mismo del infierno latiera al unísono.

Isabella, con el bajo, da solidez y oscuridad, cada nota suya retumba como cadenas arrastrándose, marcando el peso de la canción, hundiéndola más en la brutalidad que caracteriza a Gaia.

Pero el momento cumbre llega en el solo de guitarra. Desmond da un paso al frente, alza el hacha-blanca como si fuera un estandarte, y deja que las cuerdas griten con un rugido metálico que corta el aire. La guitarra brilla intensamente, y por un instante, parece que cada nota genera chispas doradas que caen como fuego sobre el público.

El público estalla: unos lloran de emoción, otros ríen maníacamente, otros se lanzan de lleno al pogo hasta sangrar. Es un caos glorioso. La gente del Anillo de la Lujuria, acostumbrada a espectáculos extremos, queda anonadada ante el poder de una banda que parecía un simple rival de Morgana, pero que ahora, sobre el escenario, se muestra como una tormenta incontenible.

Al llegar al clímax de la canción, toda la banda entra en una sinfonía perfecta: Selene golpeando como un martillo de guerra, Isabella sosteniendo la columna vertebral de la música, Julian descargando riffs como cuchilladas, y Desmond rugiendo con la guitarra y la voz al mismo tiempo, mientras su mirada está fija, desafiante, hacia Morgana y BCB.

El último acorde cae como una explosión. Silencio. Luego, el público rompe en una ovación ensordecedora, tan fuerte que parece hacer temblar los edificios del Anillo de la Lujuria.

Gaia, por primera vez, no solo es reconocida. Es temida.

CAP 70

La camioneta avanzaba a toda velocidad por las calles iluminadas del anillo de la lujuria. La risa de Julian llenaba el interior del vehículo, mientras sus manos se movían frenéticamente como si aún sostuviera la guitarra.

-¡¿Vieron sus caras?! -decía, casi gritando-. Cuando empezamos el "Master of Puppets" pensé que el escenario iba a explotar. ¡Se los juro, hasta BCB se quedó mirando como si no entendiera nada!

Isabella, sentada a su lado, apoyaba la cabeza en su hombro. Lo escuchaba con atención, aunque una sonrisa tímida la delataba.

-Ya, Julián -murmuró ella suavemente-, no pares de repetir lo mismo. Nos fue bien, lo sabemos... pero me vas a dejar sorda con tanta emoción.

Julian se giró hacia ella, todavía con los ojos encendidos por la adrenalina.
-¡¿Cómo que "bien"?! ¡Fue legendario! Selene reventando la batería, Desmond con esa voz

que parecía arrancada del mismísimo Ezkemática, tú con el bajo retumbando como un terremoto... ¡Esto fue mucho más que "bien"!

En el asiento trasero, Selene apenas movió un brazo, medio dormida.
-Mmm... déjenme dormir... -balbuceó con voz cansada-. Si siguen gritando, les juro que mañana ninguno podrá ensayar...

Desmond, al volante, sonreía en silencio. El reflejo de las luces violetas de los faroles de la lujuria se colaba por el parabrisas y bañaba su rostro de un brillo extraño. No podía negar que se sentía feliz, orgulloso de su banda, orgulloso de haber demostrado que Gaia aún podía rugir con fuerza.

Pero esa felicidad se quebró de golpe. El celular, colocado en el tablero, comenzó a vibrar. El nombre en la pantalla lo dejó helado: Antrox.

-¿Qué querrá ahora...? -murmuró, tomando el teléfono.
-¿Todo bien? -preguntó Julian desde atrás, curioso.
-Voy a contestar -dijo Desmond, apretando el botón verde-. ¿Qué pasa, Antrox?

El silencio en la línea duró apenas un segundo, pero ese segundo se sintió eterno. La voz que respondió no era la que esperaba.

-Desmond... -era la voz de Exelia, temblorosa, cargada de angustia-. Necesito que vengas a la casa... ahora mismo.

El corazón de Desmond dio un salto.
-¿Exelia? ¿Qué ocurre? ¿Dónde está Antrox?

-No puedo explicarte por teléfono -replicó ella, desesperada-. Solo ven, ¡te lo ruego!

Desmond frunció el ceño.
-Exelia, estoy en el anillo de la lujuria, aún faltan dos horas para llegar. ¿Qué demonios está pasando?

-¡No me importa! -gritó ella, la voz quebrada-. ¡Lo necesito ya, Desmond! ¡No tienes idea de lo grave que es esto!

Los ojos de Desmond se encontraron un instante con los de Julian por el retrovisor. Isabella apretó el brazo de su novio, preocupada, y hasta Selene, medio dormida, abrió los ojos.

-Está bien... -dijo Desmond al fin, con un tono serio-. Vamos para allá.

Giró el volante con fuerza y la camioneta tomó un desvío abrupto hacia el camino que llevaba al anillo de la ira. Nadie en la banda dijo nada. El ambiente dentro del vehículo se había vuelto pesado, casi sofocante.

Dos horas después, la camioneta se detuvo frente a la casa de Antrox. Era de noche, y el viento del anillo silbaba lúgubremente. Lo primero que llamó la atención de Desmond fue la puerta principal: estaba abierta de par en par, moviéndose apenas con la brisa.

-Eso no es normal... -susurró Selene, ahora completamente despierta.
-Jamás dejaría la puerta abierta -añadió Julian, apretando el puño.

Desmond fue el primero en entrar. Lo que vio lo dejó helado: la sala estaba hecha un desastre, muebles volcados, objetos rotos por todas partes. El olor a sangre y sudor impregnaba el aire. En el suelo, tirado, estaba Antrox, y a su lado, Exelia arrodillada, intentando inútilmente reanimarlo.

-¡Antrox! -gritó Desmond, corriendo hacia ellos.

Antrox abrió los ojos apenas un poco, respirando con dificultad.
-Desmond... -susurró con la voz entrecortada-. Ella... se llevó... a Natally.

-¿Qué? -los ojos de Desmond se abrieron de par en par-. ¿Quién se la llevó?

-Indivia... -Antrox tosió, su cuerpo temblando-. Intenté detenerla... pero no pude. Se la llevó... y no tengo fuerzas para traerla de vuelta.

Desmond lo miró, incrédulo.
-¡Pero tú eres fuerte, Antrox! ¡Eres más fuerte que cualquiera de nosotros! ¿Por qué no vas tú mismo a recuperarla?

Antrox apretó los dientes, la rabia mezclada con impotencia.
-No entiendes... -dijo con un hilo de voz-. Si Lucifer o Ghost se enteran de que moví un dedo más allá de lo que ya me perdonaron... me ejecutarán. No habrá segunda oportunidad. Ya me lo advirtieron...

Desmond apretó los puños. La respiración se le volvió pesada.
-¿Entonces me estás pidiendo... que yo traiga a Natally de vuelta?

Antrox asintió lentamente, el sudor resbalando por su frente.
-Eres... mi única opción.

Silencio. El peso de esas palabras cayó sobre todos los presentes como una losa de plomo. Julian se adelantó un paso, mirando fijamente a Desmond.
-Lo que sea, hermano. Estamos contigo.

Isabella lo sostuvo del brazo, nerviosa.
-Desmond... ¿qué vamos a hacer?

Desmond levantó la mirada hacia Exelia, que seguía llorando junto a Antrox. Luego miró a su banda, a sus amigos. Y, finalmente, volvió los ojos hacia el suelo, donde la sombra de su propia duda se alargaba en el suelo iluminado por la tenue luz roja de la casa.

-Vamos a traerla de vuelta... -murmuró, con una decisión que quemaba en su voz-. No importa lo que cueste.

El silencio que había seguido a las palabras de Antrox pesaba como plomo en la sala. La respiración del joven se agitaba; sentía que todo lo que había logrado en la competencia, toda su valentía frente al público, se desmoronaba ahora frente a un solo nombre: Indivia.

Desmond apretó los puños y sacudió la cabeza.
-No... no puedo. -Su voz temblaba, aunque intentaba ocultarlo-. Soy débil, Antrox. No puedo enfrentarme contra un Pecado Capital... y menos contra ella. ¡Es la segunda más poderosa, solo por debajo de Valerio! ¿Quieres que me lance de cabeza al infierno dentro del infierno?

Antrox lo miró con seriedad, sus ojos encendidos por la fiebre de sus heridas.
-Eres el único que puede hacerlo. -Su voz salió áspera, casi un gruñido-. No porque seas el más fuerte, sino porque no te has dejado romper todavía. Ella... juega con la mente, manipula, enreda las voluntades hasta quebrarlas. Solo alguien que tenga algo que perder puede desafiarla.

Desmond retrocedió un paso, sintiendo cómo la sangre se le helaba en las venas.
-No entiendes... -Su voz se quebró-. Siempre le he tenido miedo. Desde la primera vez que sentí su presencia. Mi cuerpo... se congela de terror. Es como si no pudiera moverme. No puedo controlarlo. ¡No puedo!

Exelia, que hasta ahora permanecía al lado de Antrox, se adelantó. Sus ojos brillaban con lágrimas, pero su voz fue firme, tajante.
-¡Tienes que vencer ese miedo! -dijo, interponiéndose entre él y la puerta-. No lo hagas por Antrox, ni por mí. Hazlo por Natally. Esa niña confía en ti... ¡tú mismo prometiste protegerla! ¿Vas a romper esa promesa ahora?

El silencio se hizo denso. Julian, Isabella y Selene observaban, tensos, como si el aire mismo les faltara. Desmond bajó la cabeza, respirando agitado. Por un instante, pareció dudar... pero lentamente, cerró los ojos y asintió.

-Está bien... -susurró con voz grave-. Lo haré.

Exelia, con un gesto solemne, se acercó a un arcón pequeño en la esquina de la habitación. Abrió la tapa y de allí sacó un estuche envuelto en cuero viejo. Lo colocó frente a Desmond y lo abrió con delicadeza. Dentro, descansaba una daga resplandeciente, de filo plateado con incrustaciones doradas que parecían vibrar con una energía propia.

-Esta daga... -dijo Exelia, sus manos temblando-. Es la que empuñé en las guerras celestiales. Forjada con metal celestial, un tesoro que ni siquiera los ejércitos de Lucifer poseen ya. Este metal puede herir a demonios de alto rango, incluso a los Pecados. Por favor, Desmond... cuídala.

Desmond la tomó con reverencia. Sintió un cosquilleo recorrerle el brazo desde el momento en que sus dedos tocaron la empuñadura. La levantó, observando cómo la hoja reflejaba su propio rostro.
-Gracias... -murmuró-. Prometo que regresará conmigo.

Julian se adelantó, tocándole el hombro.
-Hermano... no dejes que juegue contigo. Tú sabes quién eres. No dejes que ella te diga lo contrario.

Selene, seria, se cruzó de brazos.
-Yo debería ir contigo. -Pero su voz se quebró un poco, porque sabía que no podía enfrentarse a un Pecado-. Cuídate, Desmond.

Isabella, nerviosa, lo abrazó con fuerza.
-Regresa... por favor. Regresa.

Al día siguiente, el sol del anillo de la ira apenas se levantaba entre brumas rojas. Desmond preparó un morral sencillo: una cuerda resistente, algo de comida seca y lo más importante, la daga celestial envuelta en una tela negra. Antes de salir, miró a la banda que lo observaba desde el portón. Nadie dijo nada, pero la tensión en sus rostros lo decía todo.

Encendió su moto, se colocó el casco y, sin mirar atrás, emprendió el viaje hacia el palacio Viridis, el dominio de Indivia.

El trayecto fue largo y agotador. Al caer la noche, las torres del palacio se alzaban frente a él, iluminadas con destellos verdes que parecían veneno líquido recorriendo sus muros. Desmond apagó el motor y bajó lentamente, contemplando la magnitud de aquel lugar. Cada torre estaba adornada con estatuas de figuras retorcidas, víctimas convertidas en arte macabro.

-Indivia... -susurró, tragando saliva.

Se ocultó cerca de un portón lateral, donde notó a los sirvientes entrando y saliendo para sus descansos nocturnos. Esperó con paciencia. Media hora después, uno de ellos salió solo, encendiendo un cigarro. Desmond se acercó silencioso por la espalda y con un golpe certero en la nuca lo dejó inconsciente.

Se despojó rápidamente de su ropa y se vistió con el uniforme del sirviente. Se miró en un vidrio roto: a simple vista, parecía uno más de los peadores al servicio del palacio.

Entró por el portón. El corazón le latía a mil por hora, pero su respiración estaba contenida. Nadie lo detuvo. Caminó entre pasillos oscuros, disfrazado entre otros siervos que bajaban la cabeza sin mirarlo.

Finalmente, llegó al salón principal. Las columnas de mármol blanco se alzaban imponentes, adornadas con serpientes talladas en la piedra. En el centro del salón, sentada en un trono verde esmeralda, estaba Indivia.

Y frente a ella, atada a una columna, estaba Natally. Sus manos y pies amarrados, su boca cubierta con un trapo. Lágrimas rodaban por su rostro mientras sollozaba en silencio.

Desmond se ocultó tras una de las grandes columnas, conteniendo la respiración. Desde allí, escuchó cómo Indivia comenzaba a hablar con voz suave, venenosa, como una serpiente que silba antes de atacar.

-Pobrecita Natally... ¿ves lo que pasa cuando confías en los hombres equivocados? Tu guardián no vino por ti... y no vendrá. Nadie puede resistirse a mí.

Desmond apretó los dientes con fuerza, su mano acariciando la daga en la cintura.

Indivia se inclinó hacia Natally, con el brillo del cuchillo reflejándose en la fría luz verdosa del salón. Sus ojos esmeralda estaban cargados de rencor.

-Has sido un tremendo dolor de cabeza para Lucifer -escupió, clavando la mirada en la muchacha-. No puedes andar por ahí llevando pecadores al cielo sin autorización. Jamás debiste haber existido.

Natally, con lágrimas cayendo por sus mejillas, logró liberar el trapo que sellaba su boca. Su voz temblaba, pero aun así salió con fuerza:

-¿Por qué lo haces, Indivia? ¿Por qué me odias tanto?

La Pecado Capital esbozó una sonrisa torcida, casi burlona.

-Porque Lucifer me lo ordenó -respondió con un tono gélido-. Y porque no necesito niñatas tontas como tú fingiendo ser mis amigas. No necesito a nadie. Ya demasiados me hicieron daño antes, y no permitiré que eso pase otra vez.

Sus palabras eran como cuchillos por sí solas. Indivia levantó el arma y lo alzó sobre Natally, lista para apuñalarla.

En ese momento, una voz resonó en el salón, fuerte y firme, quebrando la tensión como un trueno:

-¡INDIVIA!

La Pecado Capital se volteó bruscamente. Detrás de una de las columnas, Desmond emergía con la daga de metal celestial en mano. Su respiración era agitada, pero su mirada ardía con determinación.

-¿Qué haces aquí, idiota? -soltó Indivia con desprecio, entrecerrando los ojos.

-No voy a permitir que la dañes -respondió Desmond, apretando los dientes-.

Indivia soltó una carcajada amarga.

-¿Y cómo piensas hacerlo? Eres solo un débil que tiembla con solo mirarme. ¿O ya olvidaste lo que pasó la primera vez que me viste en la casa de Antrox? Apenas llegaste y ya estabas hecho un manojo de miedo.

Desmond tragó saliva. El recuerdo lo atravesó como un relámpago: su cuerpo paralizado, sus rodillas temblando... el terror absoluto. Aun así, respiró profundo y levantó la daga.

-Sí, tengo miedo. Siempre lo tuve... -su voz tembló un instante, pero luego se endureció-. Pero no dejaré que dañes a mi sobrina. Ella no tiene la culpa de todo esto. No tiene la culpa de tener ese poder.

Los ojos de Indivia brillaron de furia.

-¡No me importa! -rugió-. Te entrometiste en mis planes, y eso se paga con la muerte.

Desmond dio un paso al frente, firme, su sombra proyectándose en el mármol bajo la luz verdosa.

-Quiero ver que lo intentes.

Las palabras retumbaron como una declaración de guerra.

Indivia apretó los dientes, bajó el cuchillo con un chasquido y se abalanzó sobre él, mientras Desmond alzaba la daga celestial.

La pelea había comenzado.

CAP 71

Setenta millones de Oriones

El aire del salón principal del Palacio Viridis estaba cargado de veneno. La atmósfera vibraba con una energía sofocante, como si cada piedra, cada estatua retorcida, respirara odio.

Del suelo agrietado, frente al trono, emergió lentamente un tridente negro. Era como si el mármol se derritiera, dejando escapar un metal oscuro cubierto de venas verdes que palpitaban con vida propia. Indivia lo tomó con calma, girándolo en la mano, y una sonrisa venenosa se dibujó en sus labios.

—¿Viste eso, Desmond? —susurró con voz sedosa—. El palacio mismo me entrega las armas que necesito. ¿Qué te da a ti? ¿Un simple juguete prestado por una exiliada?

Desmond apretó la empuñadura de la daga celestial. El filo plateado vibraba como si respondiera a su tensión. Dio un paso hacia adelante, tratando de ignorar el temblor en sus rodillas.
—Esta daga será suficiente. —Su voz salió ronca, pero firme—. Y no me importa de dónde vino. Solo me importa lo que puedo hacer con ella.

Indivia rio. Una carcajada que resonó como un eco burlón entre las columnas.
—Hablas con tanta valentía... pero tu alma grita de miedo. ¿Quieres que te lo recuerde? ¿La primera vez que nos vimos? Te quedaste paralizado, como un niño frente al monstruo debajo de su cama.

Los ojos de Desmond se oscurecieron. Recordó con claridad aquella sensación de parálisis, aquella impotencia que lo había marcado. Tragó saliva, endureciendo la mirada.
—Puede que me diera miedo entonces... pero ahora no pienso huir.

Indivia entrecerró los ojos.
—Entonces muere aquí.

Con un movimiento veloz, bajó el tridente contra él. El aire siseó como si se abriera una grieta en el infierno. Desmond alzó la daga y bloqueó, el choque fue ensordecedor, lanzando chispas de luz blanca y veneno verde que iluminaron la sala.

El impacto lo empujó varios pasos hacia atrás, el brazo entumecido por la fuerza.

—Demasiado débil —dijo Indivia, avanzando con calma.

—¡No lo soy! —gruñó Desmond, y se lanzó al ataque.

La daga brilló, cortando el aire en rápidos tajos, buscando los puntos vitales. Indivia bloqueaba cada golpe con una facilidad insultante, girando el tridente con gracia, desviando el filo como si estuviera jugando.

—Tu estilo es tosco —comentó ella, sonriendo—. Casi puedo leer cada movimiento antes de que lo hagas.

—¡Cállate! —Desmond apretó los dientes y redobló los ataques.

De pronto, Indivia dio un giro y lo embistió con la culata del tridente en el pecho. Desmond salió disparado contra una columna, partiéndola en dos. Tosió sangre, tambaleándose al ponerse de pie.

—Duele, ¿verdad? —dijo Indivia, caminando lentamente hacia él—. Pero aún no has sentido lo peor.

Clavó el tridente en el suelo. Las sombras se retorcieron, alzándose como serpientes que azotaron a Desmond desde todas direcciones. Él cortó algunas con la daga, pero otras lo alcanzaron, lacerando su piel y quemando como ácido.

—¡Aghhh! —gritó, retorciéndose.

Indivia inclinó la cabeza, fascinada con su sufrimiento.
—Me encanta ver cómo luchas en vano. Esa expresión de dolor... es casi arte.

—¡No... voy a... rendirme! —jadeó Desmond, rompiendo las sombras con un tajo desesperado.

—Entonces permíteme darte otra lección. —Indivia chasqueó los dedos.

De pronto, el salón se deformó. Las columnas se retorcieron como serpientes, el suelo se convirtió en un pantano negro. Frente a él apareció la imagen de Exelia, ensangrentada, con la daga clavada en su pecho.

—¿Ves? —dijo Indivia suavemente—. Ya la mataste por tomar su regalo. Es tu culpa.

—¡No... no es real! —Desmond negó con la cabeza, sudando frío.

—¿Seguro? —sonrió Indivia—. Si dudas, aunque sea un segundo... yo gano.

La ilusión cambió: ahora era Natally, encadenada, con las venas cubiertas de veneno verde que la consumía lentamente. Su voz resonó débil:
—Tío... me fallaste...

—¡NO! —Desmond gritó, alzando la daga, que brilló con un fulgor intenso. El filo celestial cortó el aire, y las ilusiones se quebraron como espejos rotos. El salón volvió a ser lo que era.

Indivia lo miró, entre divertida y molesta.
—Ohhh... interesante. Lograste romper mis ilusiones. Quizá la daga tenga más fuerza de la que creía.

Desmond, jadeando, apenas podía mantenerse en pie.
—Tus trucos... no me van a detener.

Indivia ladeó la cabeza.
—No necesitas trucos para perder. Mira tu cuerpo: sangras, tiemblas, apenas puedes sostenerte. Y yo... —alzando el tridente con gracia—. Apenas me estoy divirtiendo.

Con un grito, lo embistió de nuevo. La velocidad fue tal que Desmond apenas reaccionó. El tridente lo rozó en el costado, abriéndole una herida profunda. La sangre brotó, tiñendo el suelo de rojo.

—¡Aaaghhh! —Desmond cayó de rodillas, apretando la herida.

Indivia se acercó, con los ojos brillando de satisfacción.
—Mírate... un insecto tratando de desafiar a un Pecado Capital. Solo una daga prestada te mantiene vivo unos segundos más.

Desmond levantó la mirada, el sudor y la sangre cubriendo su rostro.
—Aunque... sea un insecto... ¡te juro que no te llevarás a Natally!

Indivia rio, una carcajada amarga.
—Tus palabras son bonitas... pero vacías. Déjame mostrarte la diferencia real entre nosotros.

Alzó el tridente. El salón entero tembló. Las estatuas crujieron, las columnas vibraron. Una onda de energía verde se extendió, oscura y venenosa, llenando el ambiente de una presión insoportable.

Natally, atada, gritó desesperada:
—¡DESMOND!

Él, tambaleante, apenas logró ponerse en pie. La daga vibraba en su mano como si intentara sostenerlo. Su respiración era un suspiro entrecortado, pero sus ojos, aunque cansados, ardían con una chispa de determinación.

—Voy a pelear... aunque muera aquí.

Indivia lo observó, sorprendida un instante... y luego sonrió cruelmente.
—Bien. Así me gusta. Un juguete que no se rompe de inmediato.

Alzó el tridente hacia el techo, y el veneno comenzó a gotear como lluvia desde las paredes. Su voz retumbó en el salón:

—Ahora sí, Desmond... vas a conocer la verdadera ira de la Envidia.

El tridente negro de Indivia chocó contra el suelo con un estruendo seco. La piedra pulida del Palacio Viridis se quebró como cristal bajo la fuerza del impacto, y de las grietas brotó una bruma densa, verdosa, impregnada de un hedor metálico que le quemaba los pulmones a Desmond.

—¿Qué... es esto? —gruñó, cubriéndose la boca con el antebrazo.

Indivia rió, girando el tridente entre sus manos como si fuera un simple bastón de mando.

—Esto, pequeño rapero, es el espejo de tu alma... ¿listo para verte como realmente eres?

La bruma lo envolvió. Por un instante, todo sonido del salón desapareció; el eco de las grietas, el jadeo de su pecho, incluso el zumbido de la daga celestial en su mano. Todo se apagó. Luego, una voz conocida lo atravesó como un cuchillo.

—Eres un fraude, Desmond.

Desmond giró bruscamente. Frente a él, emergiendo de la neblina, estaba Antrox. El guerrero lo observaba con los brazos cruzados, los ojos cargados de decepción.

—Antrox... tú no...

—Siempre jugaste a ser fuerte, pero lo único que sabes hacer es rimar palabras para esconder tu miedo. Nunca tuviste el valor de pelear de verdad. —El tono era cruel, cortante—. Yo creí en ti, ¿y qué hiciste? Defraudaste a todos.

—¡Cállate! —Desmond levantó la daga, temblorosa—. ¡No eres real!

La figura no se inmutó. Detrás, la bruma se agitó y otra silueta apareció. Exelia. Su mirada no era de amor ni de apoyo, sino de puro desprecio. Llevaba en sus manos la misma daga que ahora sostenía Desmond, solo que en sus dedos parecía un arma noble, poderosa, mientras que en los suyos no era más que un juguete oxidado.

—Te la di porque pensé que podrías usarla para algo más que huir —susurró, con voz quebrada—. Pero me equivoqué. No eres un guerrero... ni siquiera eres un hombre.

El golpe fue brutal, como una lanza directa al corazón. Desmond retrocedió, la respiración se le cortaba.

—No... no digas eso, Exelia...

Pero no hubo compasión. De la bruma surgió Scott, con sus ojos de hielo, avanzando lentamente hasta quedar frente a él.

—Siempre hablaste de lealtad, pero cuando la cosa se puso fea... huiste. —Escupió las palabras como veneno—. Por eso nadie confía en ti, Padre. Ni tus amigos, ni tu banda, ni tu familia.

El pecho de Desmond se contrajo; sus manos sudaban. El filo de la daga celestial parecía más pesado con cada acusación, como si le costara levantarla.

Entonces lo escuchó. Una voz familiar, una voz que nunca hubiera querido oír en ese tono.

—Eres un mal ejemplo, Desmond... —dijo Skyler, apareciendo entre la neblina, con los brazos cruzados y la mirada fría—. Nuestro hijo nunca debió estar bajo tu cuidado. ¿Qué clase de padre abandona lo que ama por sus caprichos?

El mundo se detuvo. La daga casi se le resbaló de las manos. Desmond cayó de rodillas, respirando con dificultad.

—Skyler... no... no digas eso...

La bruma estalló en risas. De ella emergieron nuevas figuras: Julian y el resto de Gaia, todos de espaldas a él, negando con la cabeza. Julian se giró apenas para escupir las palabras que lo atravesaron como una lanza.

—Nunca serás un líder. Nunca serás un músico de verdad. Sólo eres un estorbo, Desmond. Un parásito.

La carcajada de Indivia resonó por encima de todo, retumbando en la sala como un trueno. El veneno de la envidia se mezclaba con el aire, haciéndolo más denso, más insoportable. Desmond apretó la daga contra su pecho, temblando, la frente pegada al suelo.

—Basta... ¡BASTA! —gritó, su voz quebrada entre sollozos y rabia.

De entre las sombras, el rostro real de Indivia se abrió paso. La mujer de ojos esmeralda caminó despacio, el tridente brillando con runas oscuras. Su sonrisa era el reflejo del sadismo.

—¿Lo ves, Desmond? No necesito matarte con mis manos... —alzó el tridente, apuntando a su cabeza—. Tú mismo te consumes. Yo solo enciendo la hoguera de tus miserias.

La daga celestial temblaba en su agarre, como si intentara reaccionar al dolor de su portador. Pero Desmond, con los ojos nublados y el corazón desgarrado, apenas podía mantenerla en alto.

El salón del Palacio Viridis se llenó de las risas, los reproches y los ecos de los seres que más amaba, todos fundidos en un coro que lo despedazaba por dentro.

Y en medio de esa tormenta, Indivia alzó su tridente lista para acabar el juego.

—Ríndete, Desmond... nadie te quiere, nadie te espera, nadie te seguirá jamás.

La oscuridad lo envolvió.

La risa de Indivia aún resonaba, mezclada con las voces fantasmales de quienes habían condenado a Desmond. El suelo se agrietaba bajo sus rodillas, el aire era un peso muerto sobre su espalda, y la daga celestial temblaba inútil en su puño.

Estaba roto.

Un hombre quebrado por las palabras de quienes más amaba. Su respiración se hizo errática, su corazón palpitaba como un tambor de guerra, y en sus ojos se encendió una chispa distinta: no la llama de un héroe... sino el rugido salvaje de alguien que había dejado de aferrarse a la esperanza.

—Nadie... me quiere... —susurró, la voz ronca.

Indivia se inclinó hacia él, con una sonrisa de triunfo.

—Por fin lo entiendes. Ríndete, Desmond. No eres nada.

El silencio se quebró con una carcajada grave, diferente, un sonido que no pertenecía al mismo hombre que se arrodillaba segundos atrás. Desmond levantó lentamente la cabeza, y sus ojos brillaron con un fulgor inhumano, un rojo incandescente que devoraba la oscuridad alrededor.

—¿Rendirme? —dijo, y su sonrisa torcida revelaba un nuevo filo en su personalidad—. Ay, Indivia... no sabes lo que acabas de despertar.

Su piel comenzó a tensarse, sus músculos se marcaron como si fueran tallados en piedra ardiente. Las venas resplandecieron con energía oscura, y su cabello se erizó salvajemente, proyectando sombras afiladas contra las paredes del palacio. Una explosión de energía

recorrió el salón, lanzando la bruma de Indivia hacia atrás como si hubiera estallado un huracán.

Cuando el humo se disipó, frente a ella ya no estaba el mismo Desmond.

Su cuerpo era más robusto, la piel marcada por extrañas líneas negras que recorrían su torso y brazos como tatuajes infernales. Su rostro estaba cubierto por una máscara de furia y sonrisa, con ojos rojos llameantes que destilaban locura y agresividad juguetona. Era exactamente la criatura que se dibujaba en su propio reflejo más oscuro: un monstruo, pero un monstruo que ahora bailaba en el filo del caos.

Indivia retrocedió un paso, frunciendo el ceño.

—¿Qué... eres tú?

Desmond soltó una carcajada descontrolada, inclinando la cabeza hacia un lado como un depredador que saborea el miedo de su presa.

—Soy lo que tú creaste... tu veneno rompió mi jaula. Y ahora... —extendió su mano y con un destello invocó su guitarra-hacha, la misma que había blandido en el capítulo anterior—. Ahora vamos a divertirnos un rato.

Giró el arma con una soltura despreocupada, apoyándola un instante en su hombro como si no pesara nada, y con un brillo travieso en los ojos, agregó:

—¿Bailamos, Indivia?

Ella rugió de furia, enterrando el tridente en el suelo para desatar un nuevo terremoto, pero Desmond ya no era el mismo. Se movía más rápido, con una energía explosiva que convertía cada movimiento en un juego cruel.

Con la guitarra-hacha, bloqueó un embate del tridente y giró como si estuviera improvisando en un escenario, soltando un silbido burlón.

—¡Vamos, princesa verde! ¡Muéstrame esos trucos! —gritó, riendo como un loco mientras deslizaba el filo de su arma contra el de Indivia, creando chispas que iluminaban el salón.

El cambio era evidente: ya no se defendía temblando ni retrocedía ante sus ilusiones. Ahora avanzaba, feroz, disfrutando cada choque, cada rasguño, como si la batalla fuera un juego retorcido.

Un corte rápido con la guitarra-hacha rasgó el hombro de Indivia, obligándola a retroceder con un gruñido. Desmond lamió la sangre que manchaba su brazo y sonrió, inclinando la cabeza.

—Mmm... no está mal. Pero esperaba más sabor de un Pecado Capital.

Indivia apretó el tridente, su rostro desfigurado por la ira.

—Eres un demonio...

Desmond estalló en carcajadas, golpeando el suelo con la base de su guitarra.

—¡JAJAJAJA! ¡Por fin dices algo sensato!

El salón entero vibraba con su energía desatada. La balanza del combate había cambiado; Indivia ya no dominaba con facilidad. Ahora era ella quien debía resistir a un Desmond transformado, agresivo, juguetón y hambriento de pelea.

El tridente negro de Indivia cayó de nuevo al suelo, y un crujido resonó por todo el palacio. No fue un simple golpe: el eco despertó algo mucho más grande. El mármol se agrietó, el aire se llenó de un vapor helado, y de esas fisuras emergió un rugido que no podía pertenecer a garganta mortal alguna.

Indivia abrió los brazos, su carne desgarrándose como un cascarón que liberaba lo prohibido. Su piel reventó en oleadas sangrientas, de su espalda brotaron aletas descomunales, y sus brazos se deshicieron en tentáculos palpitantes que exudaban un agua negra y fétida. En cuestión de segundos, el palacio entero quedó eclipsado por una masa colosal.

Era el Leviatán.

Una serpiente marina infinita, de ojos verdosos que parecían pozos sin fondo, cuyas fauces múltiples se abrían como portales de dientes. Cada respiración suya traía consigo olor a océano podrido y salmuera milenaria. Columnas enteras se doblaron bajo la presión de su presencia, y el suelo del palacio se convirtió en un pantano oscuro que burbujeaba con aguas muertas.

La voz de Indivia retumbó, multiplicada y reverberante:
—Soy Leviatán. Soy la marea eterna. Nadie lucha contra mí. Nadie sobrevive a las profundidades.

El rugido de la bestia quebró el aire, como si mil mares se estrellaran al mismo tiempo.

Pero frente a esa abominación, Desmond ya no era el hombre que temblaba de dudas.
Su cuerpo ardía con líneas incandescentes, sus ojos rojos destellaban de locura, y en sus manos sostenía la guitarra-hacha, apoyada en el hombro como si estuviera a punto de dar un concierto.

Sonrió con descaro, mostrando los colmillos.
—Pues prepárate, pez gigante... porque yo no lucho contra ti. Yo rockeo contra ti.

Rasgó las cuerdas con violencia. El sonido no fue música: fue un tajo sónico que atravesó el aire y cortó uno de los tentáculos que descendía sobre él. La sangre negra salpicó como un géiser, quemando el suelo, pero Desmond solo levantó la cabeza y rió como un lunático.

—¡Ohhh, sí! ¡Eso sonó afinado en DO sostenido!

El Leviatán bajó otro tentáculo como un martillo. Desmond giró la guitarra-hacha en un arco salvaje y lo partió a la mitad, levantando un chorro oscuro que le empapó el torso. Escupió la sangre negra y se sacudió como si fuera agua de lluvia.
—¡Vamos, Indivia! ¡Muéstrame un breakdown!

El monstruo abrió una de sus fauces secundarias y trató de engullirlo. Desmond no retrocedió: metió la guitarra en la boca y rasgó las cuerdas. Un estallido sónico reventó los colmillos desde dentro. El chillido de dolor hizo vibrar hasta las paredes más lejanas.

—¡Jajajajaja! ¡Eso sí que fue un grito gutural!

El Leviatán lo lanzó por los aires. Desmond giró sobre sí mismo, cayó de pie sobre una de las aletas y empezó a correr por encima, como si estuviera en el escenario más grande del infierno. Con cada pisada rasgaba las cuerdas, y cada nota era un corte de energía roja que abría surcos ardientes en la carne viscosa del monstruo.

—¡Woooh! —rugió—. ¡Bienvenidos al maldito infierno, cabrones! ¡Yo soy la estrella principal!

El Leviatán, furioso, elevó la mitad de su cuerpo colosal y se dejó caer como una ola aplastante. Desmond saltó hacia adelante y, en pleno aire, tocó un acorde brutal que explotó en un haz de energía. El impacto fue como un relámpago: la bestia se estremeció, lanzando un rugido que retumbó como cien tormentas en simultáneo.

Las aguas negras subieron, inundando hasta las rodillas del demonio, pero él apenas lo notó. Caminaba entre ellas como si fueran humo, con la guitarra goteando sangre oscura, y su risa maniaca resonaba más fuerte que cualquier rugido.

—¡Eso es todo lo que tienes, Indivia! ¡Eres enorme, sí! ¡Aterrador, claro! ¡Pero yo... yo soy el jodido concierto de tu condena!

Otro tentáculo descendió, pero Desmond lo esquivó de un salto, se impulsó en una columna quebrada y se lanzó directo hacia la cabeza del Leviatán. La guitarra-hacha brillaba con un resplandor rojo como fuego líquido.

—¡Toca conmigo, monstruo! ¡Vamos a ver si puedes cabecear al ritmo del infierno!

El impacto fue devastador. La guitarra se hundió en la frente del Leviatán como un relámpago carmesí. La bestia chilló, y el palacio entero tembló, como si el mar mismo estuviera convulsionando bajo la tierra.

Desmond, empapado en la sangre oscura, se inclinó sobre la herida y rió con una mezcla de rabia y diversión, clavando los ojos en la criatura como un depredador que saborea la caza.

—Y eso, Indivia... eso fue solo el primer verso.

El rugido del Leviatán se fue extinguiendo, como un trueno que se pierde en el horizonte. Sus colosales tentáculos se desplomaban contra el suelo uno tras otro, levantando olas de polvo y escombros. El palacio parecía un cadáver abierto: paredes derrumbadas, columnas partidas y un aire cargado de humo, sal y sangre.

En medio de aquel desastre, la criatura marina se retorció, su piel escamosa quebrándose en grietas luminosas. Cada exhalación era un grito agónico que hacía vibrar las ruinas. Finalmente, con un chasquido seco, el monstruo se desmoronó, contrayéndose sobre sí mismo hasta que de aquel amasijo de dientes y fauces emergió un cuerpo humanoide, frágil, tembloroso.

Era Indivia.

Se encontraba arrodillada, sangrante, el cabello enmarañado y la mirada vacía. El poder que antes la había envuelto como un océano infinito había desaparecido; lo único que quedaba era el jadeo entrecortado de alguien que se sabía vencido.

Del otro lado, Desmond avanzaba con paso firme. Su silueta era la de un demonio en su clímax: alas negras entreabiertas, ojos rojos como brasas encendidas, y la guitarra-hacha descansando en su mano derecha, goteando una esencia oscura que chisporroteaba al caer al suelo. Cada uno de sus pasos resonaba como un tambor de guerra.

Indivia intentó retroceder arrastrándose, dejando un rastro de sangre bajo sus uñas.
—N-no... no... espera... —su voz temblaba como un cristal a punto de romperse.

Desmond ladeó la cabeza, una sonrisa torcida curvando sus labios.
—¿Qué pasa, Indivia? —preguntó con un tono cargado de burla—. ¿Dónde quedó tu reina marina? ¿Dónde está la diosa que juraba devorarme?

Ella tosió, escupiendo sangre negra, y bajó la mirada.
—Ya... ya no puedo... no me mates... por favor...

—¿Por favor? —repitió Desmond con sorna, inclinándose hacia ella. La punta del hacha rozó el suelo, dejando un chirrido metálico—. Hace unos minutos, estabas jugando con mi mente, mostrándome ilusiones de mis miserias, de mis fracasos... ¿Y ahora vienes a pedirme piedad?

Indivia alzó el rostro, las lágrimas mezclándose con la suciedad y la sangre en sus mejillas.
—Me equivoqué... no debí... no debí enfrentarme a ti. No eres... no eres un simple demonio.

Desmond soltó una carcajada seca, ronca, como un trueno que retumba en un túnel.
—Tienes razón. No soy un simple demonio. Soy lo que nunca pudiste controlar... lo que nunca podrás entender.

Indivia tembló, extendiendo una mano temblorosa hacia él.
—Te lo suplico... dame otra oportunidad... no me arrebates la vida.

El filo del hacha se alzó, brillando con un resplandor carmesí. El aire se tensó, el silencio se volvió insoportable. Indivia cerró los ojos con fuerza, esperando el golpe final.

Entonces, en vez del sonido de la carne siendo partida, un acorde vibrante desgarró el aire. Las cuerdas de la guitarra rugieron con un estruendo demoníaco, lanzando una onda expansiva que explotó en el suelo a centímetros de su cabeza. El impacto levantó polvo y fragmentos de piedra, dejando un cráter que casi la traga.

Indivia gritó de puro instinto, cayendo de espaldas, los ojos desorbitados.

Desmond bajó lentamente el hacha, observándola con calma.
—Podría matarte ahora mismo. —Su voz era un susurro venenoso—. Podría borrar tu nombre y tu orgullo en este instante.

Indivia sollozó, arrastrándose un poco más hacia atrás.
—¿Por qué...? ¿Por qué no lo haces?

Desmond inclinó la cabeza hacia un lado, casi como un depredador jugando con su presa.
—Porque la muerte sería un descanso. Y tú no mereces descanso... mereces vivir sabiendo que perdiste. Mereces recordar, cada vez que cierres los ojos, que estuviste a un segundo de ser borrada... y que te dejé vivir.

Indivia lo miraba con terror, incapaz de responder. Sus labios temblaban, apenas podía respirar.

—Tú me enseñaste a no confiar en nadie —continuó Desmond, su tono endureciéndose—. A mí me quisiste doblegar con ilusiones, con miedos. Ahora tú conoces el verdadero miedo.

Él dio un paso atrás y desvió la mirada hacia el cuerpo tendido de Natally, que yacía inconsciente entre los escombros. Con un movimiento sorprendentemente delicado, se inclinó y la tomó en brazos. La sostuvo con firmeza, como si fuera lo único puro en aquel escenario devastado.

Cuando volvió a mirar a Indivia, su sonrisa regresó, más oscura que nunca.
—Hoy te perdono, Indivia. —Las palabras sonaron como un veredicto inapelable—. Pero si vuelves a cruzarte en mi camino... la próxima vez no habrá perdón, no habrá bis.

Indivia intentó articular algo, pero su voz se quebró en un sollozo impotente.

Desmond giró sobre sus talones y comenzó a caminar entre los escombros, la guitarra-hacha colgando a su espalda y Natally dormida contra su pecho. Cada paso que daba resonaba como un tambor fúnebre, mientras las sombras lo seguían como un ejército silencioso.

Indivia, arrodillada, con los ojos enrojecidos por lágrimas y sangre, lo observaba alejarse. Una parte de ella quería gritar, maldecirlo, pero la otra, la más real, se sentía aliviada... porque había visto la muerte cara a cara y, contra todo pronóstico, seguía respirando.

Lo último que escuchó antes de que la figura de Desmond desapareciera en la oscuridad fue su risa grave, retumbando entre las ruinas:
—Recuérdalo, Indivia... yo decido quién vive y quién muere.

El camino de vuelta fue largo y silencioso. Solo el sonido de las botas de Desmond sobre la hierba húmeda rompía la quietud. Llevaba a Natally en brazos, como si fuera un tesoro que no podía permitirse perder. La niña se movió un poco, abriendo lentamente los ojos.

—¿D-Desmond...? —su voz era apenas un suspiro, ronca, frágil.

El demonio bajó la mirada hacia ella, y sus ojos rojos, aunque fieros, brillaron con un matiz distinto, uno cálido.
—Tranquila, Natally —murmuró con un tono inesperadamente suave—. Todo terminó.

Natally apretó los labios, recordando la oscuridad, las cadenas ilusorias, la voz de Indivia susurrándole que nunca volvería a ver a su familia. Sus ojos se llenaron de lágrimas.
—Tenía... tenía miedo... pensé que nunca iba a salir... que nunca iba a ver a mi padre otra vez.

Desmond ajustó el abrazo, inclinando un poco su rostro hacia el de ella.
—Ese miedo ya no tiene poder sobre ti. —Su voz salió firme, como una promesa sellada con hierro—. Yo me aseguré de arrancarle cada maldito grillete. Nadie te va a arrebatar de nuevo, ¿me oyes? Nadie.

Ella lo abrazó con sus brazos débiles, aferrándose como si temiera desaparecer si lo soltaba.
—Gracias...

Desmond no respondió con palabras. Solo acarició su cabello y siguió caminando.

El sol caía en el horizonte, tiñendo de naranja las nubes y bañando los árboles de fuego y cobre. En la distancia, figuras esperaban ansiosas. Cuando reconocieron la silueta de Desmond cargando a Natally, un murmullo recorrió el grupo.

Antrox fue el primero en reaccionar. Su rostro, endurecido por la guerra, se quebró al instante al ver a su hija. Los ojos se le inundaron, y sin pensarlo, corrió hacia ellos con desesperación.
—¡Natally! —su voz retumbó, cargada de angustia y esperanza.

La niña lo reconoció enseguida. Su cara se iluminó, y estiró los brazos.
—¡Papá!

Desmond se detuvo y la bajó con cuidado, como si soltar un cristal pudiera hacerlo pedazos. Antrox la tomó en un abrazo feroz, casi desesperado, enterrando el rostro en su cabello.
—Mi niña... mi niña... pensé que te había perdido —decía entre sollozos—. Nunca... nunca más dejaré que nada te aparte de mí.

Natally también lloraba, pero con una sonrisa.
—Yo sabía... yo sabía que vendrías por mí.

Antrox negó con la cabeza, apretándola más fuerte.
—No, fue él... —y levantó la mirada hacia Desmond—. Fue Desmond quien te trajo de vuelta.

Natally giró la cabeza hacia el demonio y, aún llorando, murmuró:
—Él me salvó, papá... luchó contra indivia..

Antrox tragó saliva, mirándolo con un brillo de respeto y deuda.
—No tengo palabras... —dijo con voz ronca—. No hay nada que pueda darte para pagar lo que hiciste.

Desmond se encogió de hombros, su expresión seria.
—No lo hice por recompensas. Lo hice porque Natally no merecía cargar con la maldición de Indivia.

En ese momento, una figura elegante y solemne se adelantó: Exelia. Sus pasos eran firmes, pero sus ojos, normalmente fríos, estaban suavizados por algo raro en ella: gratitud.
—Desmond —comenzó con voz clara—. Cumpliste más allá de lo que cualquiera hubiera esperado. No solo enfrentaste a Indivia... sino que devolviste la esperanza a esta familia.

El demonio frunció el ceño, incómodo con tantos halagos.
—No me endioses. Apenas sobreviví.

Exelia arqueó una ceja.
—¿Sobrevivir? —replicó—. Luchaste contra el Leviatán y regresaste con Natally en brazos. Eso no es "apenas sobrevivir", Desmond. Eso es un milagro.

Hubo un silencio denso. La mirada de Exelia descendió al cinturón de Desmond, donde descansaba la daga celestial. La hoja emitía un brillo apagado, como si supiera que pronto volvería a su dueña.

Desmond la tomó con calma, mirándola por última vez.
—Tu arma... —dijo, tendiéndosela a Exelia por la empuñadura—. Solo fui un portador temporal.

Exelia la recibió con solemnidad.
—Un arma como esta responde al corazón de quien la blande. —Sus ojos se fijaron en él con intensidad—. Puede que me pertenezca, pero durante ese combate, ella te eligió a ti.

Desmond soltó una risita amarga.
—Eso es lo preocupante, ¿no crees? Que incluso la luz responda a alguien como yo.

Exelia guardó silencio, aunque en su mirada había un matiz de reconocimiento que nunca habría admitido en voz alta.

Antrox, aún con Natally en brazos, se acercó al demonio.
—Desmond... —dijo con voz firme pero emocionada—. Nunca olvidaré esto. Nunca olvidaré que gracias a ti tengo a mi hija otra vez.

Natally levantó la cabeza y, con voz temblorosa, añadió:
—Yo tampoco lo olvidaré. Tú... tú eres mi héroe.

El silencio que siguió fue roto por Desmond con un suspiro.
—No soy ningún héroe, Natally. Soy un monstruo que sabe dónde poner su rabia. Eso es todo.

Natally negó con la cabeza, pero convencida.
—No... para mí, sí lo eres.

Antrox sonrió, apretando a su hija, mientras Exelia observaba en silencio, pensativa. El sol terminó de asomarse, y el claro se llenó de sombras suaves.

Desmond, cansado y las heridas aún abiertas, dio un paso atrás.
—Disfruten este momento. Se lo ganaron. Yo... tengo otras guerras que pelear.

Antes de que se marchara, Antrox lo detuvo con una última frase:
—Desmond... si alguna vez necesitas algo, lo que sea... recuerda que aquí tienes un hermano.

El demonio lo miró un instante, luego asintió con una sonrisa ladeada y cansada.
—Ya veremos, viejo. Ya veremos.

La bruma aún colgaba en el aire cuando Desmond, cansado pero con el deber cumplido, emprendió el camino de regreso al Palacio Ludendorff. Sus pasos resonaban en la piedra antigua, y aunque la daga celestial ya no reposaba en su cinturón, sentía un peso distinto: uno más humano, más cálido... el de haber salvado a Natally y reconciliado algo de lo que siempre había sentido perdido.

Al llegar al gran portón, lo esperaba un silencio expectante. Las luces azuladas de los candelabros mágicos iluminaban los muros y el eco de voces conocidas se filtraba desde el salón principal. Apenas cruzó el umbral, vio a la banda reunida, los ojos puestos en él como si fuera un espectro que emergía de entre las sombras. Julian fue el primero en reaccionar, levantándose de golpe.

—¡No jodas, hermano! —exclamó, con una risa nerviosa y alivio desbordante—. Pensé que estabas muerto.

Desmond soltó una carcajada ronca, esa risa quebrada que mezcla agotamiento con una pizca de cinismo.

—Eso pensó Indivia también... —murmuró, acomodando el mango de la guitarra-hacha en su espalda.

Julian no aguantó y le dio un manotazo en el hombro.

—¡Claro que vuelve! ¿Quién más va a inventarse una forma tan jodidamente rara de pelear con una guitarra? —rió.

Entre risas y comentarios, Desmond giró la vista hacia un rincón más iluminado. Allí estaba Skyler, esperándolo. La silla de ruedas brillaba con un tono rojizo bajo la luz del salón. Ella lo miraba en silencio, y sus ojos, rojos y profundos como un abismo, temblaban con un brillo húmedo.

Desmond se acercó, más lento de lo habitual, como si cada paso lo encogiera un poco. Cuando estuvo frente a ella, Skyler entreabrió los labios y, apenas con un hilo de voz, susurró:

—Pensé... que no volverías esta vez.

Desmond se agachó frente a ella, sus manos callosas sosteniendo con delicadeza las de Skyler.

—No importa cuántas veces me quieran romper, Sky. —sus ojos se suavizaron—. Siempre voy a volver. Aunque sea arrastrándome.

Ella intentó esbozar una sonrisa, pero las lágrimas terminaron traicionándola.

—Eres un idiota... —dijo, riendo entre sollozos—. Siempre haces que crea en ti, aunque no debería.

Desmond apoyó la frente contra la de ella, cerrando los ojos un instante.

—Créeme las veces que quieras, las que puedas. No soy perfecto, pero juro que nunca voy a dejarte sola.

El silencio entre ambos se quebró cuando un pequeño gruñido emocionado resonó en el salón. De detrás de Julian salió corriendo Scott, el hijo de ambos, con sus orejas de sabueso agitándose y los ojos brillando con inocencia. Su pequeña cola azotaba el aire mientras gritaba:

—¡Papáááá! —saltó directamente a los brazos de Desmond—. ¡Sabía que ibas a ganar!

Desmond lo alzó con un movimiento torpe, casi cayendo por el cansancio, pero sin perder la sonrisa. El niño reía, mostrando sus colmillos pequeños, mientras tiraba juguetonamente de la chaqueta de su padre.

—¿Lo ves, Sky? —dijo, abrazando a Scott con fuerza—. Él nunca dudó de mí. Ni por un segundo.

Skyler negó con la cabeza, riendo entre lágrimas, mientras Scott se acomodaba en el regazo de su padre, moviendo la cola con energía desbordante.

Julian levantó las manos dramáticamente.

—¡Bueno, bueno! Qué escena más conmovedora... pero, ¿nadie va a preguntar qué coño pasó allá afuera?

El ambiente cambió. El aire se volvió pesado, como si cada palabra cargara una verdad difícil de masticar. La banda esperaba una respuesta, y Skyler lo miraba con esa mezcla de curiosidad y miedo que solo ella podía mostrar.

Desmond se levantó, acomodando a Scott sobre la silla de Skyler y retrocedió un paso. Su sonrisa juguetona, esa misma que había mostrado transformado, volvió a dibujarse en sus labios.

—No voy a negarlo. —su voz se volvió más oscura, más grave—. Algo dentro de mí... se rompió. Y de esas grietas salió algo nuevo. Algo que me hace pelear distinto.

Julian se echó a reír.

—¿Distinto? ¡Hermano, casi conviertes la pelea en un maldito concierto de metal extremo!

Desmond arqueó una ceja, divertido.

—¿Y no fue genial?

Skyler tomó la mano de Desmond, interrumpiendo la tensión con un susurro firme:

—No importa cómo cambies. Mientras pueda alcanzarte... nunca nos perderemos.

Desmond la miró, y por primera vez desde la batalla, su sonrisa se suavizó.

—Eso es todo lo que necesito, Sky. Eso y ustedes. Mi familia.

Scott, todavía jugueteando con el mango de la guitarra, intervino con una risa inocente:

—¡Papá es el más fuerte de todos!

Desmond lo abrazó contra su pecho, mirando a todos con un brillo desafiante en los ojos.

—Entonces créanme... porque lo que viene no va a ser fácil.

Indivia apenas podía sostenerse en pie. Sus pasos eran torpes, cada uno marcado por la sangre que aún goteaba de sus heridas abiertas. Su vestido de batalla estaba rasgado, su piel mostraba cortes profundos y moretones, y su mirada, normalmente altiva, era ahora la de un animal herido. Avanzaba por los corredores de mármol negro del palacio, arrastrando su tridente roto como si fuera una cruz. Los guardias infernales la vieron llegar tambaleante, pero ninguno se atrevió a detenerla; sabían que, aunque estaba en un estado deplorable, ella seguía siendo un Pecado Capital.

Las puertas gigantescas del salón del trono se abrieron con un estruendo, y la figura imponente de Lucifer se reveló, sentado en lo alto, observando con indiferencia a su lacaya.

—Indivia... —su voz resonó como un trueno en el salón—. ¿Qué es este espectáculo?

Ella cayó de rodillas de inmediato, golpeando el suelo con tanta fuerza que un hilo de sangre le escapó por los labios.

—¡Mi señor! —gritó con voz quebrada—. Ese... ese maldito... ¡Desmond! ¡Casi me mata! —su respiración era un jadeo desesperado, los ojos desorbitados de furia y humillación—. Yo, un Pecado... ¡humillada frente a todos!

Lucifer entrecerró los ojos, apoyando el mentón sobre su mano.

—¿Así que el perro rebelde fue capaz de reducirte a esto? —su tono era gélido, cargado de burla contenida—. Qué vergüenza para tu título, Indivia.

—¡No, señor, escúcheme! —ella intentaba arrastrarse más cerca, su cuerpo temblando—. Ese demonio... no es normal. Su poder... su odio... su maldita guitarra infernal... ¡No se detuvo ni siquiera cuando revelé mi forma real! —sus lágrimas empezaron a caer, manchando el suelo—. Por favor, haga algo... ¡Debe ser castigado! ¡Antes de que él mismo se convierta en una amenaza para su trono!

Lucifer permaneció en silencio unos segundos, luego dejó escapar una risa grave y profunda.

—Así que, al final, el "niño rapero" que jugaba a ser músico se ha convertido en un monstruo al que temen incluso mis Pecados... —hizo una pausa, bajando la mano del trono y señalándola con un dedo acusador—. Muy bien. Si tanto clamas por justicia, se hará.

Chasqueó los dedos y las sombras se movieron por la sala. De ellas emergió una figura alta, cubierta por un abrigo oscuro reforzado con placas metálicas. Su silueta imponía respeto, pero lo que helaba la sangre era su mirada: fría, calculadora, como la de un depredador.

Riven había llegado.

El cazarecompensas avanzó lentamente hasta quedar frente al trono, ignorando por completo a Indivia, que seguía postrada en el suelo. Su katana descansaba en su costado, las dos mini Uzi cruzadas en su espalda, y en su hombro colgaba un M1 Garand modificado, preparado para actuar como rifle de francotirador.

—Lucifer —dijo con voz grave y ronca, inclinando ligeramente la cabeza, sin arrodillarse—. ¿A quién debo cazar esta vez?

Lucifer sonrió, mostrando sus colmillos.

—Desmond... el dueño de la banda Gaia y administrador de Hellbet Records. El mismo que osó humillar a un Pecado y levantar su daga contra mis designios.

Riven arqueó una ceja, mostrando un gesto apenas perceptible de interés.

—Vaya, vaya... entonces no es un demonio cualquiera. He oído rumores de él... —su tono se volvió burlón—. Un artista que decidió jugar a la guerra.

Indivia gruñó, levantando la cabeza con rabia.

—¡No lo subestimes, Riven! No es un simple artista, ese bastardo... ¡ese bastardo casi me arrancó la vida!

El cazador giró lentamente la cabeza hacia ella, y sus ojos se clavaron en los suyos con desprecio.

—Si de verdad casi mueres, tal vez ya no merezcas llamarte Pecado —sus palabras fueron cuchillos, hundiéndose en el orgullo de Indivia.

Lucifer se levantó de su trono, extendiendo los brazos con majestuosidad.

—Te daré 70.000.000 de Oriones por su cabeza. Tráemela, y el infierno entero recordará tu nombre, Riven.

El cazarecompensas sonrió por primera vez, una mueca torcida que revelaba diversión cruel.

—Setenta millones... suena como un buen juego. Y ya sabes que a mí los juegos me gustan sangrientos.

Lucifer bajó la mirada, sus ojos encendidos como fuego líquido.

—No lo quiero muerto de cualquier forma. Quiero que sufra. Quiero que su alma entienda lo que significa desafiarme.

—Eso puedo arreglarlo —respondió Riven con calma, ajustando la correa de su Garand—. Pero tengo una condición: no interfieras. Si voy tras él, será a mi manera.

Lucifer rio, un eco retumbante que llenó el salón.

—Haz lo que quieras, pero no falles. El infierno entero sabrá que ahora Desmond es el objetivo más codiciado en el anillo de la ira.

Riven se dio media vuelta, caminando hacia la salida sin mirar atrás.

—Entonces... la cacería comienza.

Indivia lo observó con rencor y alivio mezclados, mientras Lucifer regresaba lentamente a su trono, murmurando con un susurro cargado de malicia:

—Corre, Desmond... corre mientras aún puedas.

CAP 72

No todo es para siempre

Había pasado una semana desde aquella noche en la que Desmond enfrentó a Indivia y la obligó a suplicar por su vida. El eco de los gritos aún rondaba en su cabeza, aunque ahora el ambiente de su hogar era mucho más tranquilo. La luz anaranjada de la mañana entraba por las cortinas medio cerradas, bañando la sala con un calor suave.

Skyler estaba recostada en el sillón, un libro abierto sobre sus manos. Sus piernas reposaban sobre la caminadora médica que había sido su tortura y su esperanza durante meses. La música lo-fi sonaba de fondo, como un hilo invisible que mantenía todo en calma. Su rostro, aunque marcado por el cansancio de los ejercicios diarios, se iluminaba con pequeños destellos de orgullo cada vez que lograba mover los pies con más seguridad.

En la cocina, Desmond preparaba el desayuno. Una sartén chisporroteaba con huevos fritos y tiras de tocineta que dejaban escapar un aroma irresistible, mezclado con el arroz recién hecho. Movía la espátula con movimientos mecánicos, pero sus ojos mostraban esa concentración distraída de alguien que lleva demasiado tiempo en su cabeza.

—Sabes... —dijo Skyler, levantando la vista de su libro sin cerrarlo—, me gustaría ver a Danielle. Hace mucho que no aparece por aquí.

Desmond sonrió, pero sin voltear aún.
—Danielle es una mujer ocupada, Sky. Ya sabes cómo es la Orquesta de Lascivia. No le dejan ni respirar.

Skyler suspiró, dejando el libro a un lado.
—Sí, lo sé. Pero... ¿qué le costaría una visita el fin de semana? No digo todos los días. Solo... no sé, verla un rato, escucharla hablar. Extraño su risa, y tú también, aunque no lo digas.

Desmond rió suavemente, con esa risa ronca que salía cuando no quería admitir algo. Dio la vuelta con el sartén en la mano y la miró.
—Claro que me hace falta. Pero ella también tiene su vida, sus propios demonios que enfrentar. No podemos reclamarle eso.

—No le reclamo, Des —dijo Skyler, bajando la mirada a sus manos—. Solo... a veces siento que me está evitando.

El comentario lo hizo detenerse un segundo. Sabía que Danielle cargaba con más de lo que mostraba, y tal vez sí estaba evitando algo... o alguien. Pero no quiso profundizar en ese momento.

Dejó los platos sobre la mesa y caminó hacia Skyler para ayudarla a ponerse de pie. Ella apoyó una mano en su hombro y otra en el borde del sillón, mientras él la guiaba con paciencia hacia la silla del comedor. Cada paso era un pequeño triunfo, un recordatorio de cuánto había avanzado en casi un año.

—Lo estás haciendo bien, Sky. —La ayudó a sentarse—. Cada día un poco más fuerte.

Ella sonrió, con un brillo de orgullo en los ojos.
—Cada día un poco menos inútil, querrás decir.

Desmond frunció el ceño y le dio un golpecito suave en la frente con dos dedos.
—Oye, ¿qué es eso de inútil? Si te escuchara Scott, te pondría en su lista negra de inmediato.

Ambos rieron y comenzaron a comer.

El silencio se rompió con pasos pequeños y perezosos bajando por el pasillo. Scott apareció con el pelo alborotado, frotándose los ojos con sus manitas mientras su cola se movía de un lado a otro. Apenas vio la mesa servida, su expresión de sueño se borró por completo.

—¡Papá! —dijo con voz alegre—. Huele a tocineta... ¡desde mi cuarto la sentí!

Desmond le sonrió ampliamente.
—Y hay suficiente para los tres, campeón.

Scott corrió hacia la mesa y subió a la silla de un salto torpe, sus orejas agitándose por la emoción. Desmond sirvió su plato y lo deslizó frente a él. El pequeño lo miró como si hubiera recibido un tesoro.

—¡Gracias! —exclamó antes de empezar a devorar el arroz con tocineta.

Skyler lo observaba con una sonrisa tranquila, como si el simple hecho de verlo feliz borrara todas sus preocupaciones.

El desayuno transcurrió entre risas y conversaciones pequeñas. Scott contaba un sueño extraño en el que perseguía mariposas de fuego, y Desmond bromeaba diciendo que seguramente eran mariposas infernales escapadas de la cocina de Exelia. Skyler lo escuchaba con paciencia, de vez en cuando corrigiendo al niño cuando hablaba con la boca llena.

Todo parecía tan normal, tan humano, que por un momento Desmond olvidó que el infierno entero estaba cambiando alrededor de ellos.

Hasta que sonó un golpe en la puerta.

Un par de toques secos, firmes, demasiado calculados para ser un vecino o alguien repartiendo facturas. El ambiente en la mesa se congeló de inmediato.

Desmond arqueó una ceja y dejó el tenedor sobre el plato.
—¿Quién diablos será a esta hora?

Skyler lo miró de reojo, con una mezcla de nervios y sospecha.
—Tal vez sea el de las facturas. O alguien del anillo revisando permisos...

—A esta hora no pasan esas cosas. —La voz de Desmond sonó más seria, casi un gruñido.

Scott levantó la cabeza, todavía con comida en la boca.
—¿Quién es, papá?

Desmond no respondió. Caminó hacia la puerta, sus pasos lentos y pesados, como si cada metro se llenara de tensión. Su mano se apoyó en el pomo, pero no lo giró de inmediato. Se tomó un segundo, escuchando el silencio al otro lado. El aire parecía más frío.

Finalmente abrió.

Y allí estaba.

Alguien a quien no veía desde hacía tiempo. Un rostro que lo hizo tensar la mandíbula de inmediato, porque aquella visita no podía significar nada bueno.

Era Celia.
El rostro de la Pecado de la Gula estaba más serio de lo habitual; sus labios, normalmente curvados en una sonrisa burlona, ahora estaban apretados en una línea dura. Sus ojos, que solían brillar con malicia o diversión, reflejaban un peso distinto: preocupación.

—¿Puedo pasar? —preguntó, con una voz más baja de lo normal.

Desmond arqueó una ceja, desconcertado, pero abrió del todo la puerta.
—Claro... pasa.

Celia entró con pasos medidos, como si la casa estuviera hecha de cristal y pudiera quebrarse en cualquier instante. Se dejó caer en el sillón, hundiéndose en él como si llevara encima un fardo enorme. Desmond la observó unos segundos en silencio antes de sentarse a su lado. Desde la mesa, Skyler y Scott los miraban con curiosidad, sin dejar de lado los platos a medio terminar.

La tensión llenaba el ambiente como humo invisible.

—No es fácil lo que tengo que decirte —comenzó Celia, entrelazando los dedos sobre sus rodillas—. Pero es demasiado importante para callarlo.

Desmond suspiró, tratando de aligerar el peso de la situación.
—No me asustes, Celia. Suéltalo ya, ¿qué pasa?

Ella dudó, bajando la mirada antes de hablar.
—Recibí información durante la última reunión de los Pecados Capitales... —su tono se quebró un poco—. Hay un nuevo demonio muy peligroso en el infierno. Y ya se le ha puesto precio a su cabeza.

Las cejas de Desmond se fruncieron con fuerza.
—¿Y por qué me dices eso a mí? —preguntó, incómodo, intentando leer entre líneas.

Celia levantó la mano, pidiendo silencio.
—Déjame terminar. —Respiró hondo y siguió—. Este demonio tiene un precio de setenta millones de Oriones. Y su sentencia es ejecución inmediata.

El aire se volvió helado.

Desmond entrecerró los ojos, apoyando un codo en la rodilla y frotándose la barbilla.
—¿Setenta millones? Eso es... eso es casi lo que vale un Pecado en el mercado negro. ¿Quién es ese demonio?

Celia desvió la mirada. Su silencio fue peor que cualquier palabra. Después, lentamente, sacó de su chaqueta un cartel doblado. Lo sostuvo frente a él con mano temblorosa.

Desmond lo tomó, lo desplegó y lo observó detenidamente. El papel temblaba entre sus dedos. Su rostro empalideció de golpe, como si toda la sangre lo hubiera abandonado.

—S-soy... y-yo... —balbuceó, sin poder creerlo.

Celia lo miró directo a los ojos, sin adornos, sin mentiras.
—Sí. Tú. Desde lo que pasó con Indivia... ella exigió que se te diera precio. Y Lucifer mismo lo aprobó.

El silencio en la mesa se quebró con un estruendo suave: la cuchara de Skyler cayendo al suelo. Sus manos temblaban y sus ojos se abrían con incredulidad.

—N-no... no puede ser verdad —murmuró, con la voz rota—. No... no puede ser.

Scott, que hasta ese momento solo masticaba su desayuno sin entender, dejó el tenedor a un lado. Miró a su madre, luego a su padre, y su colita dejó de moverse. Aunque no comprendía del todo, supo que lo que estaba ocurriendo no era nada bueno.

—¿Cómo... cómo puede ser esto? —preguntó Skyler, al borde de las lágrimas—. Todos saben que Desmond solo defendió a Natally... ¡la hija de Antrox! ¡La futura Pecado de la Pereza!

Celia bajó la cabeza.
—Lo sé. Pero no importa lo que yo diga... ni lo que digan los demás. Fue Lucifer quien decretó la recompensa. Y a Lucifer no se le puede cuestionar.

Skyler ya no pudo contenerse. Las lágrimas empezaron a brotar sin control, cayendo sobre sus manos temblorosas. Tapó su rostro, incapaz de enfrentar la realidad.

Desmond apretó los puños, furioso e impotente.
—¿Entonces qué demonios se supone que haga? ¿Cómo los protejo? ¿Cómo los mantengo lejos de todo esto?

Celia lo miró con una mezcla de dureza y compasión.
—Lo mejor... lo único que puedes hacer... es desvincularte de ellos totalmente.

Skyler levantó la cabeza de golpe, los ojos rojos y húmedos.
—¿Qué... qué estás diciendo?

—Para que Skyler y Scott estén a salvo —explicó Celia, tragando saliva—, lo mejor es que te divorcies. Que todo documento, todo registro que pruebe que estuvieron juntos... desaparezca. Si no hay vínculo legal ni infernal entre ustedes, será más difícil que los ataquen por tu culpa.

Skyler rompió en un llanto desgarrador, un llanto que no pudo detener. Se cubrió la boca con ambas manos, pero los sollozos eran tan fuertes que retumbaban en la sala.

Scott frunció el ceño, entendiendo lo suficiente como para que el dolor se reflejara en su rostro.
—¿E-entonces... papá ya no será mi papá? —preguntó con voz quebrada, mirando a Celia.

Ella negó suavemente, acariciando la cabeza del niño.
—No, pequeño. Eso no cambia. Lo que los une no son papeles... lo que los une es el amor. Y eso nadie puede romperlo. Pero... —sus ojos se clavaron en Desmond—, para que ustedes estén a salvo, tu papá tiene que irse por un tiempo.

Scott bajó la cabeza. Su colita se movió apenas, lenta, sin fuerzas.
—Está bien... —dijo en voz baja, mostrando una madurez que no correspondía a sus cinco años—. Si eso nos mantiene a salvo, entonces... está bien.

El silencio se extendió como un velo pesado. Skyler lloraba desconsolada, Desmond no encontraba palabras, y Celia, aunque odiaba ser portadora de aquella condena, sabía que no había otra salida.

Los trámites empezarían pronto. El fin de una vida familiar normal ya había sido firmado por el decreto de Lucifer.

La bruma carmesí del Anillo de la Ira teñía el horizonte mientras, dentro de aquella casa que había sido un refugio, el ambiente era pesado, cargado de tristeza y despedida. Las cenizas de los documentos destruidos aún flotaban en la memoria de todos. Celia había sido quien, con fría determinación, organizó todo: el divorcio, la quema de fotografías, registros y cualquier prueba que vinculara a Desmond con Skyler y Scott. Incluso había pagado a Global Infernus para que borrara todo rastro audiovisual de la familia en los archivos infernales. Un mes entero de trámites y clandestinidad los había llevado hasta ese instante.

La sala estaba adornada con un banquete, pero lejos de verse festivo, parecía un último acto de resistencia contra el dolor. Estaban todos: Natally, Celia, Antrox, Julian, Selene, Lilith, Danielle, James, Isabela, Cristina... y, por supuesto, Skyler y Scott, quienes ahora llevaban identidades nuevas, ocultos bajo el manto de la precaución.

Desmond bajó las escaleras con una maleta en cada mano. Su mirada estaba perdida, como si cada paso fuera un golpe al alma. El silencio se apoderó del lugar cuando entró al comedor.

Se sentó frente a todos, dejando las maletas a un lado, y pasó la mirada lentamente por cada uno de los rostros que lo observaban con mezcla de amor, temor y tristeza. Tragó saliva y habló:

—No sé ni por dónde empezar... —su voz era ronca, quebrada—. Gracias... a cada uno de ustedes. Por las ayudas, los momentos, por las risas y hasta por las discusiones. Todo eso lo guardo aquí —se golpeó suavemente el pecho con un puño cerrado—. En mi corazón.

Un murmullo recorrió la mesa. Nadie podía ocultar la angustia. Desmond continuó:

—Pero esos momentos... han terminado. —Sus ojos se oscurecieron—. Si me quedo aquí, si sigo cerca, ustedes estarán en peligro. Y no voy a permitir que mi familia ni mis amigos sufran por mi culpa.

Skyler bajó la mirada, aferrando con fuerza las ruedas de su silla, conteniendo un llanto que amenazaba con desbordarse.

—Esto no es un adiós eterno —añadió Desmond—. No es un "hasta nunca"... sino un "hasta pronto". Volveré, cuando todo se haya calmado, cuando las aguas se tornen menos rojas.

El silencio se volvió insoportable hasta que Natally se levantó. Caminó hacia Desmond con pasos firmes y le entregó un pequeño colgante de plata.

—Esto me lo diste tú, hace mucho, cuando creías que nunca ibas a poder levantarte después de una caída. Dijiste que traía suerte. Ahora quiero que lo tengas de nuevo... pero esta vez, para que recuerdes que sí puedes levantarte, incluso de esto.

Desmond tomó el colgante, sus manos temblaban.

Luego fue Celia quien se acercó. Le extendió un pequeño libro de cuero negro.

—Aquí escribí todos los acuerdos y reuniones que hicimos. No para que recuerdes las órdenes, sino para que recuerdes que siempre hubo alguien pensando en ti.

Antrox caminó con el ceño fruncido y le puso en las manos una daga corta, forjada con un brillo extraño.

—No digas nada. Solo guárdala. Si algún día no tienes nada más con qué pelear, esta será tu última carta.

Julian se levantó con una sonrisa triste y le dio un pañuelo doblado, bordado con el símbolo de Gaia.

—Hermano... pase lo que pase, no olvides la banda. No olvides lo que somos.

Selene le entregó una baqueta de su batería, partida a la mitad.

—Es lo único que me queda de la primera vez que toqué contigo. Guárdala, por si algún día volvemos a tocar juntos.

Lilith lo abrazó antes de dejarle en la mano un anillo dorado.

—Para que no olvides que siempre estaré vigilándote, aunque no me veas.

Uno por uno, fueron dejando objetos, recuerdos y promesas. El ambiente se cargaba más con cada entrega.

Finalmente, Skyler avanzó en su silla hasta quedar frente a él. Su rostro estaba empapado en lágrimas, y sus manos temblaban al sostener una caja pequeña y una foto doblada por el tiempo.

—Es... lo único que pude conservar —dijo entre sollozos—. Una foto nuestra, y las cartas que me escribías cuando apenas salíamos... hace más de doce años. No podía quemarlas, Desmond. No pude.

Le puso la foto en las manos. En ella, los dos aparecían sonriendo, más jóvenes, sin cicatrices ni cadenas sobre los hombros.

Desmond la miró. Y se quebró.

Las lágrimas cayeron, al principio discretas, luego incontenibles. Tapó su rostro con las manos, dejando que los sollozos escaparan como un lamento que llevaba meses guardado.

Scott, que observaba todo en silencio, caminó hasta su padre. Con sus pequeños brazos lo abrazó fuerte.

—Papá... no llores. Dijiste que era un hasta pronto, ¿no? Entonces... volverás. Yo te voy a esperar.

Esas palabras fueron el golpe final al corazón de Desmond. Lo abrazó con fuerza, llorando en silencio, mientras Skyler apartaba la mirada, rota en pedazos.

El banquete, que debía ser cena de despedida, quedó intacto. Nadie tenía hambre. Solo había un silencio insoportable, acompañado del sonido de las lágrimas.

Y así, entre objetos entregados, recuerdos y promesas, la familia y amigos de Desmond lo vieron despedirse de lo que más amaba, sabiendo que después de esa noche, nada volvería a ser igual.

El silencio era tan espeso que parecía llenar cada rincón de la sala. Desmond, con los ojos enrojecidos por el llanto, se inclinó hacia Skyler. La rodeó con sus brazos, estrechándola contra su pecho. Ella hundió el rostro en su camisa, sus lágrimas empapando la tela mientras sus manos se aferraban desesperadas a la espalda de su esposo.

—No quiero soltarte... —susurró Skyler entre sollozos—. No quiero que te vayas...

—Lo sé, amor... —respondió Desmond con la voz rota—. Pero si me quedo, no van a perdonarnos. Tengo que hacerlo, por ti, por Scott...

El temblor de sus cuerpos al abrazarse era la muestra de una despedida imposible de aceptar.

En ese instante, una sombra se aproximó desde el umbral. James, el hombre que había estado junto a Desmond desde su niñez, caminó con pasos lentos, casi arrastrando los pies. Su rostro, marcado por las arrugas de la experiencia y la lealtad, se contrajo de dolor.

Sin decir una palabra, abrazó también a Desmond, apretándolo con fuerza.

—Hermano... —dijo al fin, con un hilo de voz quebrado—. Te vi crecer, te vi caer, y te vi levantar... Ahora tengo que verte irte. —Su mirada se empañó—. Y me duele porque sé... sé que no volveremos a vernos en mucho tiempo.

Desmond cerró los ojos y lo apretó como si aquel abrazo fuera el último respiro de humanidad que podía darse el lujo de tener.

—Gracias, James... —murmuró, las lágrimas cayendo sin control—. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Nunca... nunca voy a olvidarlos. A ninguno de ustedes.

Al soltarlo, giró la vista hacia todos los presentes, que observaban con expresiones devastadas.

—Juro que llevaré cada uno de ustedes en mi corazón... aunque me condene la eternidad.

Fue entonces cuando Celia dio un paso al frente. Su rostro, firme y sereno, ocultaba apenas la preocupación que carcomía su interior.

—Desmond... ya es hora. —Su voz fue suave, pero categórica.

Él asintió, con un nudo en la garganta. Tomó sus maletas, respiró hondo y caminó hacia la puerta. Pero antes de dar el primer paso fuera, sintió un tirón en su pierna.

Miró hacia abajo.

Era Scott.

El pequeño se había aferrado al pantalón de su padre con toda la fuerza que un niño de cinco años podía reunir. Sus ojos brillaban de lágrimas, su voz temblaba de desesperación.

—¡Papá, no te vayas! ¡Por favor, no te vayas!

Desmond se quedó congelado, sus labios temblando. Se inclinó, acariciando el cabello de su hijo.

—Pequeño... —dijo con voz temblorosa—. No tengo opción... créeme que lo haría diferente si pudiera...

Scott lo miró, suplicante, mientras sus pequeñas manos se aferraban con más fuerza a su pierna.

—¡No me dejes! ¡Llévame contigo! ¡No quiero que te vayas!

El llanto se mezclaba con gritos desgarradores. James se acercó, con el rostro torcido de dolor, y trató de separar al niño de su padre.

—Scott... hijo... tienes que soltarlo —decía James, con lágrimas contenidas—. Él tiene que irse.

—¡NO! —gritó el niño, pataleando, golpeando con fuerza para no despegarse—. ¡Yo quiero ir con mi papá! ¡No me lo quiten!

El corazón de Desmond se rompía con cada palabra. Sus lágrimas caían sobre el rostro del niño mientras trataba de hablarle.

—Scott... escúchame... —le suplicó—. No es para siempre... Te prometo que volveré, te lo juro por lo más sagrado que tengo. Pero si vienes conmigo ahora... no estarás a salvo. Y yo... yo no podría vivir si algo te pasa.

James, con todo el dolor del mundo, finalmente logró alzar al niño entre sus brazos, aunque Scott se debatía con patadas y manotazos, llorando y gritando por su padre.

—¡Papáaaa! ¡No te vayas! ¡Llévame! ¡Por favor!

Desmond, ya destrozado, se obligó a darse la vuelta y salir de la casa. Cada paso era como arrancarse un pedazo de sí mismo.

Al llegar al auto, abrió la puerta, pero no se subió inmediatamente. Volteó una última vez. Miró aquella casa, aquel hogar que había construido con tanto sacrificio, con tanto amor. Las paredes, los muebles, las risas que alguna vez lo llenaron todo... ahora eran recuerdos que debía dejar atrás. Su familia, sus amigos, su vida. Todo.

Se metió en el vehículo, cerró la puerta, y el motor rugió.

Fue entonces cuando escuchó un grito desgarrador detrás de él.

Scott había logrado soltarse de los brazos de James. Con los ojos bañados en lágrimas, corrió desesperado detrás del auto que empezaba a avanzar.

—¡PAPÁÁÁÁÁ!

Desmond giró la cabeza y lo vio. El pequeño corría con todas sus fuerzas, tropezando, pero levantándose de inmediato, negándose a detenerse. El corazón del padre se hizo pedazos.

Las lágrimas inundaron sus ojos mientras apoyaba una mano temblorosa contra el vidrio de la ventana.

Scott, jadeando, levantó una manita temblorosa, devolviendo el gesto, como si su toque pudiera atravesar la distancia y el cristal.

Los dos quedaron unidos en aquel gesto imposible, padre e hijo, separados por el destino, pero enlazados por un amor que ni el mismo infierno podía quebrar.

El auto se alejó, y finalmente, el pequeño Scott se detuvo, exhausto, cayendo de rodillas en el suelo, gritando el nombre de su padre.

Y así, con esa última imagen grabada en el corazón, Desmond cerró un capítulo de su vida, sabiendo que nada volvería a ser igual.

Dentro del auto, el silencio era tan espeso que solo se escuchaba el golpeteo irregular de su corazón contra las costillas. La caja que Skyler le había entregado descansaba sobre sus piernas, con esa madera clara que parecía tan simple y, a la vez, tan dolorosa. Desmond la abrió con manos temblorosas. Dentro, envueltas con un lazo color vino, estaban las cartas. Cinco. Cada una escrita con la caligrafía curva y elegante de Skyler, esa que siempre usaba cuando quería que sus palabras quedaran grabadas en la eternidad.

Tomó la primera, un sobre blanco con el borde adornado por diminutas flores dibujadas a mano. La abrió con cuidado, como si rasgarla fuera romper también un pedazo de ella. El papel tenía aún el aroma leve de lavanda, ese mismo que solía impregnar las sábanas después de que Skyler se levantaba de la cama.

*"Desmond,

No sé si algún día tenga el valor de darte esta carta en persona, porque me muero de vergüenza, pero necesito dejarlo escrito: desde que llegaste a mi vida, todo se siente diferente. A veces pienso que exagero, que es demasiado pronto para sentir tanto... pero cada vez que sonríes, cada vez que haces una broma estúpida para hacerme reír, confirmo que no. Que esto es real.

Cuando me tomaste de la mano por primera vez, sentí que me temblaban las piernas, como si me hubieran robado el suelo bajo los pies. Fue como si todo el ruido del mundo desapareciera y solo quedaras tú. Nunca nadie había hecho que me sintiera tan segura, tan protegida... tan viva.

Sé que recién estamos empezando, y que quizá la gente piense que es solo un "amor pasajero" o que somos muy jóvenes para entender lo que significa, pero yo lo sé dentro de mí: tú eres diferente. Hay algo en ti, en cómo miras, en cómo hablas, en cómo cuidas incluso de las cosas más pequeñas, que me hace querer quedarme a tu lado siempre.

No me importa si el futuro es incierto, si tendremos que pelear contra el mundo o si el infierno entero se ríe de nosotros. Mientras me sigas mirando de esa manera, yo voy a seguir caminando contigo. Aunque me cueste, aunque me caiga, aunque no pueda seguirte el ritmo... voy a intentarlo, porque estar contigo vale todo.

Prométeme que, aunque las cosas se pongan feas, no vas a soltar mi mano. Yo no pienso soltar la tuya.

Con cariño y miedo (pero también con todo mi corazón),
Skyler"*

El papel temblaba entre sus manos. Podía reconocer la letra torpe, algo apretada de Skyler cuando apenas tenían veinte años, con esos trazos que parecían escritos deprisa para que nadie la sorprendiera. Desmond tragó saliva, pero la garganta le ardía como si hubiera tragado brasas.

—Dios... —susurró, y se llevó una mano a los ojos, intentando contenerse.

En su mente volvió a esa primera vez en la que Skyler, con paso nervioso, le dio la mano frente a la plaza del Anillo de la Ira. Recordaba el calor de sus dedos, la forma en que ella lo miraba como si se estuviera jugando la vida en un gesto tan simple.

Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas antes de que pudiera detenerlas. Cada palabra de esa carta le taladraba el pecho. "Prométeme que, aunque las cosas se pongan feas, no vas a soltar mi mano." Esa línea lo destrozó.

Desmond se inclinó hacia adelante, apoyando la frente en el espaldar del asiento delantero, apretando la carta contra su pecho como si quisiera fundirse con ella.

—Perdóname, Sky... —murmuró con la voz quebrada—. Yo nunca quise soltarte... nunca.

El eco de esas palabras flotó en la soledad del auto, y por un instante, el motor apagado parecía respirar con él, como si el mismo infierno guardara silencio ante su dolor.

Desmond toma otra cata y empieza a leer.

*"Desmond,

Sé que quizá estoy adelantándome demasiado, pero no puedo evitarlo: cuando pienso en ti, no solo pienso en el ahora, pienso en lo que podría ser. Fantaseo con un futuro donde despertemos juntos cada mañana, donde tus discos y mis libros estén mezclados en la misma repisa, donde peleemos por quién se queda con la última taza de café.

Me río sola imaginándote dejando tu ropa tirada por toda la casa y yo regañándote... pero luego, en silencio, doblándola igual porque no podría soportar ver tu camisa favorita arrugada.

¿Te parece una locura si te digo que me imagino casándome contigo? Verte ahí, esperando por mí, con esa sonrisa que siempre me calma, con esa mirada que parece decirme que todo va a estar bien. A veces cierro los ojos y casi puedo sentirlo: tu mano sosteniendo la mía, tu voz temblando al prometerme que nunca me dejarás sola.

Quizá el mundo nos cambie, quizá el tiempo intente separarnos, pero yo ya decidí: mi lugar está a tu lado. Aunque tenga miedo, aunque me tiemblen las piernas, aunque me digan que estoy soñando demasiado alto... quiero soñar contigo, siempre.

Con amor,
Skyler"*

Desmond no pudo contener un gemido quebrado al leer la palabra "casándome contigo". Cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera detener el dolor que se le clavaba en el pecho.

—Y lo hicimos, Sky... —susurró, la voz ahogada—. Lo cumplimos todo, cada maldito sueño...

La carta temblaba en sus manos, y una lágrima resbaló sobre la tinta ya amarillenta por el tiempo. Esa visión que Skyler escribió con ilusión adolescente ya no era un sueño: había sido su vida juntos, había sido real, habían despertado el uno al lado del otro durante años, habían mezclado sus cosas, habían discutido, habían reído, habían tenido lo que otros solo imaginaban.

Y justo por eso dolía más. Porque en tan solo un día, todo se había desgarrado, como si el destino se hubiera ensañado en arrebatarle lo que más amaba.

Apretó el papel contra su pecho, intentando contener el llanto, pero le fue imposible. Las lágrimas caían a borbotones.

—¿Por qué ahora, Sky? —preguntó en voz baja, con una mezcla de rabia y súplica—. ¿Por qué nos lo quitaron así, de golpe, cuando ya lo teníamos todo?

Se inclinó hacia la ventana del coche, apoyando la frente contra el vidrio, con la carta aún pegada al corazón. La carretera seguía corriendo frente a él, indiferente, mientras Desmond sentía que lo habían dejado vacío, con los recuerdos como único refugio y castigo a la vez.

*"Desmond,

Tengo que confesarte algo, y ojalá no me juzgues... pero desde que nos besamos aquella noche no puedo dejar de pensar en ti de una forma distinta. Cada vez que cierro los ojos, me imagino tus manos recorriéndome, tu voz susurrándome al oído, y el calor de tu cuerpo tan cerca del mío que siento que voy a perder la cabeza.

No es solo que te quiera, es que te deseo. Te deseo de una forma que me da miedo, porque nunca antes había sentido algo así. Cuando me abrazas, cuando me rozas aunque sea por accidente, siento que mi piel arde y que mi corazón late más fuerte de lo que debería.

Sueño con el día en que no tengamos que contenernos, en que no haya miedo ni límites, y pueda entregarme a ti por completo. Quiero que me hagas tuya, Desmond. Quiero que me recuerdes que soy tuya y de nadie más.

Y mientras tanto, guardaré esta locura en estas palabras, aunque sé que si me miras de esa manera otra vez... no voy a poder resistirme.

Siempre tuya,
Skyler"*

Al leer esas líneas, Desmond soltó una risa rota, ahogada entre el llanto. Se cubrió la boca con una mano, como si no pudiera creer la intensidad con la que Skyler le había escrito aquello siendo apenas una chica llena de sueños y ansias por él.

—Maldita sea, Sky... —susurró con la voz quebrada—. Hasta en tus palabras eras fuego...

El recuerdo lo golpeó con fuerza: aquellos primeros días en los que se descubrían a tientas, con nervios y deseo mezclados, con besos torpes que terminaban en risas, y con promesas silenciosas que después se cumplieron de todas las maneras posibles.

Ahora, en el asiento trasero de aquel auto que lo alejaba de todo, sentía que leer esas palabras era como recibir un golpe directo al alma. Skyler no solo lo había amado, también lo había deseado, lo había elegido con pasión, y él la había tenido en todos los sentidos que ella anhelaba.

Apretó la carta entre los dedos, llevándosela a los labios como si pudiera besarla a través del tiempo.

—Y ahora... ¿qué hago sin ti, Sky? —murmuró, mientras las lágrimas caían de nuevo.

El calor que ella describía en esa carta aún ardía en su memoria, pero en lugar de darle consuelo, lo consumía con un vacío insoportable.

Desmond toma otra carta y empieza a leer.

*"Desmond,

No sé cuánto más voy a poder ocultarlo, porque siento que cada vez que estoy contigo mi cuerpo me traiciona. Cuando me abrazas demasiado fuerte, cuando tu mano se queda en mi cintura más de lo normal, siento que voy a explotar.

Te pienso en la noche y me arde el pecho. Fantaseo con la idea de que un día, sin que nadie lo impida, me empujes contra ti y me robes todo control. Quiero que seas tú el que borre este límite, que seas tú quien me quite la calma que aparento tener.

Hay momentos en que me pierdo en tus ojos y casi dejo escapar las palabras: hazme tuya. Me muerdo los labios para no decirlo, pero por dentro me estoy gritando. Y lo sabes, ¿verdad? Sé que lo sabes, porque cuando me miras de esa forma me haces temblar y siento que entiendes cada secreto que intento callar.

No quiero seguir reprimiéndome, Desmond. No quiero que nuestra historia se quede solo en besos robados y caricias furtivas. Quiero sentirte, quiero rendirme a ti, y sé que ese momento llegará tarde o temprano.

Hasta entonces, guardaré esta ansiedad en mis cartas, aunque me esté volviendo loca por dentro.

Tuyísima,
Skyler"*

El aire se le escapó del pecho apenas terminó de leerla. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la ventanilla, apretando la carta con tanta fuerza que temió romperla.

—Skyler... tú... tú ya lo sabías todo desde el inicio —murmuró, con una mezcla de orgullo y dolor—. Me querías tanto, que hasta me deseabas con esa desesperación tan tuya...

Un recuerdo le vino con la claridad de un latigazo: aquella vez en que casi se dejaron llevar, en un rincón oscuro después de un concierto, riendo y jadeando como dos jóvenes que apenas entendían lo que sentían. Había visto esas mismas ansias en sus ojos, y ahora se daba cuenta de que ella ya le había escrito sobre eso mucho antes.

Desmond se cubrió el rostro con ambas manos. El corazón le dolía, no solo porque esas fantasías se habían cumplido después y habían marcado su relación con una pasión inmortal, sino porque ahora sentía que todo se lo arrancaban de golpe.

—Perderte en un día... después de todo lo que vivimos... —susurró, quebrándose otra vez.

La carta temblaba entre sus manos. Y en ese momento entendió que cada palabra escrita era una llama encendida en el pasado... pero que ahora lo dejaba ardiendo solo, en la oscuridad.

Desmond toma la ultima carta y empieza a leer.

*"Desmond,

Todavía me cuesta creer que esto sea real. Me miro en el espejo cada mañana en la casa de tu hermano, y sonrío como tonta porque sé que, cuando baje las escaleras, voy a verte ahí. Nunca pensé que iba a poder compartir mi vida así, bajo el mismo techo, sintiendo que todo lo que antes eran sueños ahora se va cumpliendo poco a poco.

Quiero confesarte algo, aunque me muera de vergüenza al escribirlo: aún tiemblo cuando recuerdo lo que pasó aquella noche, cuando te entregué algo que nunca antes había dado a nadie. Tenía miedo, miedo de no ser suficiente, miedo de no estar lista, miedo de perderte... y sin embargo, contigo no hubo miedo, solo calma.

Desmond, nunca voy a olvidar la forma en que me miraste, como si sostuvieras el mundo en tus manos. Sentí que en ese instante mi vida se unía para siempre a la tuya. Y no fue por lo

físico, sino porque me hiciste sentir amada, respetada, cuidada. Me sentí segura, como si ese fuera mi lugar desde siempre.

Tal vez nunca tenga el valor de decirte todo esto en voz alta, porque me conozco y sé que me pondría nerviosa y terminaría llorando como una tonta. Por eso lo escribo aquí, en estas letras que guardo como un secreto entre nosotros.

No sé qué nos depara el futuro, pero lo único que quiero es que sea contigo. Si el mundo se derrumba, si todos nos dan la espalda, si los caminos se vuelven oscuros, yo quiero caminar esos caminos contigo, porque ya no me imagino una vida sin ti.

Siempre tuya,
Skyler"*

Reacción de Desmond en el presente:

Desmond no pudo contener el sollozo cuando llegó a la parte en la que Skyler hablaba de esa primera vez. Sintió un nudo en la garganta, los ojos empañados, y tuvo que apartar la carta de su rostro para respirar hondo.

—Skyler... ¿por qué tenías que escribirme esto? —murmuró, con la voz rota—. ¿Por qué tenías que recordarme que todo lo construimos juntos, desde lo más puro hasta lo más profundo?

Una lágrima rodó por su mejilla, y sin darse cuenta sonrió con ternura. El recuerdo de esa noche lo golpeó con fuerza: el nerviosismo de ella, sus manos temblando, el rubor en su rostro, y luego esa calma indescriptible que los envolvió a los dos. No había sido pasión desenfrenada, sino amor sincero, amor en su forma más inocente y hermosa.

Apretó la carta contra su pecho, cerrando los ojos. Sentía como si abrazara a Skyler en ese mismo instante, como si la escuchara susurrar esas palabras en su oído.

—No me imagino una vida sin ti... —repitió, quebrado—. Y ahora me obligan a hacerlo... en un solo día.

Desmond hundió el rostro entre sus manos y lloró en silencio, mientras el auto seguía avanzando. La carta había abierto la herida más profunda: la de recordar que lo había tenido todo... y ahora lo perdía todo.

CAP 73

Un mundo Nuevo

El traqueteo suave del motor llenaba el silencio dentro del auto. Afuera, la oscuridad del infierno se extendía como un velo interminable, salpicado por destellos carmesí y neblinas verdosas que se alzaban en las carreteras sinuosas. Desmond iba en el asiento del copiloto, con la cabeza apoyada contra el vidrio frío de la ventana. Su mirada estaba fija en un punto

inexistente, perdida en un vacío que parecía tragarse cualquier pensamiento de esperanza. Los ojos, rojos por el cansancio y la tristeza, apenas pestañeaban. El eco de las cartas en su mente aún lo atormentaba, como si cada palabra escrita hubiera clavado una daga más en su ya quebrantado corazón.

Celia mantenía ambas manos en el volante. De vez en cuando desviaba la vista hacia él. Su rostro reflejaba preocupación, pero también un gesto de paciencia que sólo alguien que conocía el peso de cargar culpas y dolores podía sostener.

—Desmond... —dijo en un susurro, casi como si temiera romper la frágil burbuja en la que él se encontraba—. Sé que es difícil. Pero no puedes hundirte en esto.

Él no respondió. Ni siquiera movió la cabeza. Su respiración era lenta, pesada. Celia apretó el volante y decidió ser más directa.

—Nos veremos con Krauser —continuó, esta vez con voz firme—. Él está en el Palacio Gluttora. Nos ayudará.

Desmond apenas giró la cabeza, lo suficiente para mirarla por un instante. Su mirada era de un hombre roto, sin brillo. Volvió a mirar la ventana, y las luces exteriores dibujaron un destello pasajero en sus pupilas.

—...—

No hubo respuesta. Celia tragó saliva, pero no insistió. Sabía que presionar ahora sólo lo alejaría más.

Las horas transcurrieron lentamente. El viaje, de casi dos horas, se sintió como una eternidad en medio de un silencio insoportable. El motor, el roce de las ruedas y los recuerdos desgarradores eran los únicos acompañantes de Desmond.

Finalmente, al llegar, la silueta del Palacio Gluttora se levantó como un gigante de mármol amarillo. Sus torres estaban coronadas con estatuas demoníacas y lámparas de fuego azul que iluminaban la entrada principal.

El auto se detuvo.

—Ya estamos aquí... —murmuró Celia.

Desmond abrió la puerta lentamente. Bajó con pasos mecánicos, como un autómata sin alma. El suelo resonaba con cada pisada, pero no había fuerza en su andar. Se dirigía hacia la gran puerta del palacio como si no lo guiara voluntad alguna.

Celia, al verlo tan vacío, decidió tomar su mano. Sus dedos se entrelazaron con los de él, fríos como hielo.

—Vamos —dijo suavemente, apretando con un gesto que intentaba transmitir calor.

El portón se abrió con un chirrido grave, dejando ver el imponente salón principal. Candelabros flotantes bañaban de luz dorada el mármol claro del piso. El ambiente olía a incienso y café recién hecho.

En uno de los sillones, reclinado con la postura de alguien que no necesitaba demostrar poder porque lo encarnaba en su mera presencia, estaba Krauser. Sus ojos se alzaron de inmediato hacia Desmond.

—Así que por fin llegaste... —dijo con voz grave, profunda, que resonó por todo el salón.

Celia ayudó a Desmond a sentarse en el sofá frente a Krauser. Ella se acomodó a su lado, aún sosteniéndole la mano, como si temiera que en cualquier momento se desplomara.

De pronto, del umbral de la cocina apareció alguien más. Una figura alta, con una bandeja en manos, caminaba con calma. Era Tyrone.

Llevaba una camisa oscura y un chaleco elegante, que apenas disimulaba la complexión firme de su cuerpo. En la bandeja reposaban tazas de café y un plato de galletas.

—¿Galletas caseras? —comentó Krauser con una media sonrisa—. Supongo que intentas suavizar la tensión.

Tyrone no respondió de inmediato. Sus ojos se encontraron con los de Desmond. Y ahí, por primera vez en el viaje, la mirada vacía del joven demonio se quebró. Un brillo fugaz de sorpresa y emoción apareció.

—Tyrone... —susurró Desmond, poniéndose de pie de inmediato. Caminó hacia él con pasos vacilantes, pero cargados de una urgencia que ni él mismo comprendía.

El Ornyx —o lo que alguna vez había sido un tímido muchacho— dejó la bandeja en la mesa cercana y sonrió. Una sonrisa adulta, segura, que ya no pertenecía a aquel joven nervioso que Desmond recordaba.

—Desmond —respondió con voz grave, más profunda que antes—. Me alegra mucho verte otra vez.

Los dos se quedaron de pie, frente a frente. Desmond lo observó de arriba abajo, asombrado.

—Eres... increíble. No puedo creer cuánto has cambiado. —Una risa corta, casi incrédula, escapó de sus labios, dejando entrever que por un momento la tristeza se había disipado—. ¡Mírate! Mides casi un metro ochenta y ocho... Cuando eras un niño apenas me llegabas al hombro.

Tyrone inclinó la cabeza, con un gesto humilde.

—Han pasado años. La vida... cambia a todos.

Desmond asintió lentamente, aunque su expresión se endureció un poco.

—Pero dime... —su voz bajó—, ¿dónde estuviste todo este tiempo? Cada vez que venía a visitar a Celia... tú no estabas. Siempre desaparecías.

Hubo un silencio pesado. Tyrone tomó asiento frente a él, con los codos apoyados en las rodillas, y suspiró.

—Estuve recibiendo educación. Una educación que... sólo los de mi especie podían darme.

Desmond frunció el ceño, confundido.

—¿Tu especie? No entiendo. Siempre creí que los Ornyx eran... casi extintos. Que tú eras uno de los últimos.

Krauser, que había permanecido en silencio observando la escena con atención, se incorporó levemente en su sillón.

—Y ahí está el error, Desmond. —Su voz retumbó en el salón, grave y calculada—. De eso mismo quería hablarte.

Los ojos de Desmond se clavaron en él, intrigados. Krauser se inclinó hacia adelante, entrelazando los dedos como si estuviera a punto de revelar un secreto que había permanecido oculto durante siglos.

—La verdad es que el término "Ornyx"... —pausó, observando la reacción en el rostro de Desmond—, no es más que un nombre. Un velo, una máscara usada para proteger a una antigua raza aristocrática del infierno. Una que nunca desapareció del todo, aunque el mundo crea lo contrario.

Desmond abrió los ojos con incredulidad.

—¿Me estás diciendo... que los Ornyx no son lo que yo creía?

Tyrone lo miró directamente, con una seriedad que jamás había mostrado antes.

—Así es. Lo que soy... lo que somos... va mucho más allá de esa palabra.

El salón quedó en silencio. Sólo el eco del secreto revelado parecía resonar en los muros del Palacio Gluttora.

El eco de las palabras de Krauser todavía resonaba en la mente de Desmond. El salón parecía más grande, más pesado, como si las paredes hubieran absorbido la gravedad de un secreto prohibido.

El joven demonio se llevó una mano al rostro, presionando el puente de su nariz como si quisiera forzarse a despertar de un sueño demasiado extraño.

—¿Entonces... quiénes son en realidad? —preguntó con voz ronca, la mirada clavada en Krauser—. Si no son Ornyx... ¿qué demonios son?

Krauser se enderezó en el sillón, sus ojos brillando con un destello que mezclaba respeto y severidad.

—Su verdadero nombre... —dijo despacio, como si cada palabra pesara toneladas— son los Goetia.

El aire del salón se volvió denso. Desmond abrió los ojos con incredulidad.

—Los... Goetia... —repitió en un murmullo.

Su mente viajó al pasado, a los pasillos silenciosos del Palacio Ludendorff, a las noches en las que se quedaba despierto devorando páginas de antiguos grimorios. Recordaba haber leído ese nombre, entre advertencias y mitos, una raza de la que se decía que sus conocimientos eran tan vastos que podían alterar el curso de la historia infernal.

—Sí... —continuó, alzando la mirada hacia Krauser, la voz quebrada por la sorpresa—. He leído sobre ellos. En un grimorio viejo, cuando vivía en el Palacio Ludendorff. Pero... —rió con amargura, incrédulo— jamás pensé que aún estuvieran vivos.

Krauser entrecerró los ojos y asintió lentamente.

—Lo están. Y la prueba la tienes frente a ti. —Extendió un brazo en dirección a Tyrone.

El joven alado dio un paso adelante, con una seriedad que imponía.

—Es verdad —confirmó con voz firme—. Yo soy un Goetia. Y mi deber en este tiempo ha sido estudiar los cielos, la astronomía y la astrología. El firmamento es el mapa que guía nuestra especie.

Desmond lo miró boquiabierto. La sorpresa era tan grande que apenas podía articular palabras.

—Esto es... ¿está bien? —preguntó en voz baja, como si buscara una señal de que aún podía confiar en sus propios sentidos.

Krauser se levantó de su asiento y caminó hacia él, apoyando una mano pesada sobre su hombro.

—Sé que es difícil de procesar. —Su voz sonó paternal, aunque cargada de gravedad—. Esta raza se oculta por una razón: los demás demonios codician su conocimiento, sus grimorios, sus secretos. Si se mostraran abiertamente, serían cazados como bestias raras. Por eso se camuflan bajo otros nombres, por eso nadie cree en su existencia.

Desmond respiró hondo. Sus hombros se relajaron apenas, y volvió a dejarse caer en el sofá. Se inclinó hacia adelante, enterrando el rostro en sus manos.

—Pero... ¿qué tiene que ver todo esto conmigo? —murmuró con un hilo de voz—. Yo... lo perdí todo. Mi familia, mis amigos, mi vida... Y no sé si puedo volver a recuperarlo. —Su

voz se quebró en la última frase, y bajó la cabeza, volviendo a hundirse en su tristeza como si un peso invisible lo arrastrara hacia las profundidades.

Hubo un silencio tenso. Krauser lo observó con severidad, aunque en sus ojos brillaba un destello de compasión.

—Tiene todo que ver contigo. —La voz del general del infierno resonó con fuerza—. Te llevaré a verlos. Los Goetia poseen conocimientos que ni imaginas. Tal vez ellos tengan una solución para ti. Tal vez sepan guiarte de nuevo hacia lo que crees perdido.

Desmond levantó apenas la mirada, pero sus ojos reflejaban duda, incredulidad.

—No... no estoy seguro... —balbuceó.

Antes de que pudiera terminar, Celia lo interrumpió con firmeza.

—¡No se trata de estar seguro, Desmond! —Su voz resonó como un látigo en el aire—. ¡Tu vida está en grave riesgo! Los Goetia pueden ayudarte, y lo harán. No tienes otra opción si quieres sobrevivir.

El silencio volvió a cubrir la sala, esta vez mucho más pesado. Desmond apretó los dientes, respiró hondo y cerró los ojos. Finalmente, con un suspiro resignado, respondió:

—Está bien... —dijo con voz apagada—. Iré con ellos.

Krauser asintió satisfecho.

—Bien. —Su tono fue firme, definitivo—. Entonces prepárate. Subiremos a la camioneta. Yo sé dónde encontrarlos.

Desmond no dijo nada más. Se levantó, caminando con pasos cansados, pero sin rechistar. Celia lo acompañó de cerca, y Tyrone recogió la bandeja con calma antes de seguirlos.

El rugido del motor volvió a llenar el aire. Esta vez, no era un viaje sin rumbo. Esta vez, la carretera los llevaría hacia un encuentro con seres ocultos, seres que cargaban con siglos de secretos.

El cielo infernal se desplegaba sobre ellos mientras la camioneta avanzaba. El viaje hacia los Goetia acababa de comenzar.

El camino se hizo eterno. Nadie dijo nada. Ni un solo murmullo rompió la atmósfera pesada que habitaba dentro de la camioneta. Sólo el motor rugiendo con un compás mecánico, y el crujido metálico de las llantas mordiendo la carretera oscura. Afuera, la neblina se extendía en remolinos verdes, las chispas carmesí iluminaban brevemente los riscos, como relámpagos fugaces en un cielo en ruinas. Pero dentro... el silencio era absoluto.

Ni siquiera Celia, que siempre intentaba suavizar la tensión con algún comentario, se atrevió a hablar. Krauser conducía rígido, como si cada segundo de quietud fuera necesario. Tyrone

miraba hacia adelante, con la serenidad de alguien que sabía a dónde iba, pero que no revelaba nada. Y Desmond, hundido en el asiento trasero, seguía atrapado en su propio vacío.

El tiempo se estiraba. Un minuto se sentía como diez. Una hora como una eternidad. Nadie parecía respirar demasiado fuerte, como si hasta el más leve suspiro pudiera quebrar ese pacto tácito de silencio.

Finalmente, después de lo que parecieron siglos, la camioneta se detuvo. Un muro inmenso, cubierto de grafitis oscuros, se erguía frente a ellos. Pinturas de símbolos arcanos, figuras demoníacas y frases casi ilegibles se entrelazaban como cicatrices sobre la superficie negra de piedra.

Desmond alzó la vista, incrédulo.
—¿Qué demonios... hacemos aquí? —preguntó, rompiendo al fin el silencio con una voz seca, incrédula.

Krauser apagó el motor, sin mirarlo.
—Espera —respondió con calma grave—. Lo entenderás en un momento.

Desmond arqueó una ceja, pero no dijo nada más. Tyrone fue el primero en moverse: abrió la puerta con suavidad, salió de la camioneta y caminó hacia el muro.

Con movimientos calculados, abrió su mochila y extrajo un objeto pesado. Era un grimorio. Sus tapas estaban forjadas en cuero oscuro, decoradas con incrustaciones metálicas que brillaban débilmente con un resplandor azulado. Lo sostuvo con ambas manos, como si cargara un tesoro.

Desmond lo observaba desde la ventana, su corazón latiendo más rápido.
—¿Qué es eso? —murmuró, aunque nadie respondió.

Tyrone abrió el libro y comenzó a recitar. Sus palabras eran guturales, antiguas, como un eco que no pertenecía a este tiempo. Cada sílaba vibraba en el aire como un martillazo invisible, y el muro frente a ellos empezó a cambiar.

Las líneas de grafiti se retorcieron, brillando como si el mismo muro respirara. Los símbolos se acomodaron en círculos concéntricos, y una grieta de luz rasgó la superficie pétrea. Poco a poco, esa luz se abrió en un arco, revelando un portal: un umbral de energía, como una herida brillante en la oscuridad.

El silencio volvió, pero esta vez cargado de expectación.

Krauser bajó del vehículo, caminó hacia ellos y habló con voz firme:
—De aquí en adelante, seguimos a pie. —Se giró hacia Desmond y Celia—. No está lejos.

Celia asintió, con ese gesto natural de aceptación práctica. Desmond, en cambio, dudó unos segundos antes de abrir la puerta y salir. Sus pasos resonaron pesados sobre la piedra. Miraba el portal con recelo, como si dudara de cruzarlo.

—¿Y si esto es una trampa? —preguntó al aire, sin mirar a nadie.

—No lo es —respondió Tyrone, cerrando el grimorio con un golpe seco—. Confía en mí.

Desmond lo miró un instante. No supo si confiar, pero tampoco tenía opción. Así que respiró hondo y avanzó. Celia tomó su mano, con suavidad, dándole un impulso de valor, y juntos cruzaron el umbral.

Al atravesarlo, Desmond contuvo la respiración. El mundo cambió.

Ya no era el infierno que conocía. No había neblina pestilente, ni paisajes arrasados por el fuego. En su lugar, se extendía una dimensión distinta: un cielo grisáceo, suave, iluminado por un resplandor sereno. La calma era extraña, casi irreal, y de algún modo le recordó al Felyzium, aquel reino pacífico... aunque este tenía algo distinto, algo arcano que no sabía definir. Era un silencio vivo, cargado de misterios.

El portal se cerró tras ellos con un zumbido grave. Y con él, también se cerró la presencia de Krauser, que permanecía del otro lado. Antes de desaparecer, se despidió con voz solemne:
—Hasta aquí los acompaño. No puedo arriesgarme a ser visto en este territorio.

Desmond volteó apenas, levantando una mano en señal de despedida.
—Gracias... —susurró, casi sin darse cuenta.

El arco de luz se desvaneció, y quedaron solos. Sólo ellos y esa dimensión enigmática.

Caminaron en silencio durante unos diez minutos, recorriendo senderos de piedra que se enroscaban entre jardines oscuros y lagos que brillaban como espejos de mercurio. Y finalmente, lo vieron: uno de los tantos palacios que adornaban ese reino oculto. Una construcción majestuosa, de muros negros con filigranas doradas que parecían moverse con la luz.

Tyrone avanzó con paso firme hasta la gran puerta principal y, sin dudar, presionó un timbre metálico incrustado en la piedra. El sonido resonó grave, vibrando en el aire como un gong.

Pasaron unos segundos antes de que la puerta se abriera.

La figura que apareció no era lo que Desmond esperaba. Era un imp, pero no como los que había visto antes. Este llevaba un uniforme elegante, y lo más impactante: sus cuernos eran dorados, recorridos por gruesas líneas negras horizontales, como marcas grabadas con fuego.

Desmond sintió un escalofrío. Su respiración se cortó.
—Espera... —murmuró, sorprendido—. Mi hermano... también tiene esas marcas.

El imp lo observó con ojos penetrantes, sin alterarse. Su voz sonó seca, pero respetuosa.
—¿Quiénes son? ¿Qué buscan?

Tyrone dio un paso al frente y habló con seguridad:
—He venido a ver a Thamariel. Él es mi maestro.

El imp entornó los ojos, escudriñándolo, y luego señaló a los demás.
—¿Y ellos?

—Ella es Celia, la Pecado Capital de la Gula. —Tyrone inclinó levemente la cabeza hacia su lado—. Y él... es Desmond Ludendorff.

El imp frunció el ceño por un instante, sorprendido. Luego, lentamente, sus labios formaron una sonrisa breve, cargada de comprensión.
—Importante, entonces. —Asintió, apartándose de la puerta—. Pasen.

Desmond lo miró de reojo una vez más, aún con el eco de aquella sorpresa en el pecho. Los cuernos dorados y negros... ¿qué significaban? ¿Qué relación tenían con su hermano?

Mientras atravesaba el umbral del palacio, una certeza lo golpeó: ese lugar, esos demonios, y los secretos que escondían... cambiarían su vida para siempre.

Celia se mantuvo cerca de Desmond desde el momento en que el imp los dejó pasar. Su mano buscó la de él con delicadeza, entrelazando los dedos. Estaban fríos, temblorosos.

—No te preocupes... —susurró con voz suave, firme, como un bálsamo—. Pase lo que pase aquí, yo estaré para apoyarte. No estás solo.

Desmond giró la cabeza, encontrando sus ojos. Durante unos segundos, el peso que lo aplastaba pareció aligerarse. Su respiración, que había sido agitada y pesada desde que bajó de la camioneta, se volvió un poco más estable. Asintió, con un gesto casi imperceptible, pero suficiente para mostrar que esas palabras habían llegado a él.

—Gracias... Celia. —murmuró, y por primera vez en horas, su voz no sonaba completamente vacía.

El imp avanzó por un pasillo ancho, adornado con estandartes oscuros bordados en hilos dorados. A cada lado, candelabros flotantes iluminaban el camino con una luz blanca, que no era fuego, sino algo más puro, más etéreo. El aire tenía un aroma extraño: no olía a azufre ni a hierro como en el infierno común, sino a incienso, a especias dulces, incluso a jazmín.

Los pasos resonaban suaves sobre el suelo de mármol negro pulido, hasta que al fin se abrieron dos grandes puertas frente a ellos. El imp se detuvo y anunció con solemnidad:

—El Maestro Thamariel ya los espera.

El portón se abrió lentamente, con un crujido pesado. Al cruzar el umbral, entraron en un salón principal inmenso. Columnas de obsidiana se alzaban hasta un techo abovedado donde flotaban constelaciones falsas, pequeñas luces que giraban como estrellas atrapadas en un hechizo eterno.

Y allí, en el centro, sentado en un trono de piedra tallada y oro fundido, estaba Thamariel.

El Goetia era imponente. Su plumaje, blanco como la nieve recién caída, parecía brillar con la luz de las estrellas que colgaban sobre el, su porte era el de un aristócrata que jamás necesitó levantar la voz para ser obedecido. Su expresión era serena, calmada, como si lo que estuviera ocurriendo ya lo hubiese visto antes.

Cuando Desmond lo vio, su corazón se encogió. El silencio lo rodeaba, pero en ese instante supo que aquel ser sabía más de él de lo que debería.

Thamariel inclinó apenas la cabeza y habló con voz grave, profunda, que resonó como un eco dentro del salón:
—Te estaba esperando, Desmond.

Desmond parpadeó, sorprendido.
—¿Esperando...? —murmuró, y luego frunció el ceño—. ¿Cómo sabe mi nombre?

El Goetia lo miró fijamente, con una calma inquietante.
—Eso no es importante. —Respondió sin inmutarse—. Lo que importa es que sé a lo que vienes. Sé lo que te persigue, sé que estás en peligro. Y por eso mismo... te brindaré mi ayuda.

Desmond dio un paso hacia adelante, todavía desconfiado.
—¿Tu ayuda...? ¿A cambio de qué? Porque nada en este infierno se da gratis.

Una sonrisa leve curvó los labios de Thamariel.
—Exactamente. A cambio de algo importante en tu vida. Algo que sea un tesoro para ti.

Esas palabras hicieron que el pecho de Desmond se apretara. Bajó la mirada, mordiéndose el labio. Pensó en silencio durante varios segundos. ¿Qué podía dar? ¿Qué podía ser tan valioso?

Celia lo miraba preocupada, pero no intervino. Tyrone, en cambio, permaneció erguido, como si ya supiera lo que su maestro estaba pidiendo.

Desmond cerró los ojos y de pronto lo recordó. La caja. La caja con cartas. Lentamente, casi con torpeza, abrió una de sus maletas y sacó una caja de madera gastado. Lo colocó sobre una mesa cercana y lo abrió con manos temblorosas. Dentro, entre cartas arrugadas y papeles manchados por lágrimas antiguas, encontró un pequeño objeto brillante: el anillo de compromiso que Skyler le había dado.

Lo sostuvo entre sus dedos. Era simple, de plata pulida, pero cargado con un peso emocional tan profundo que su mera presencia parecía hacer temblar el aire. Desmond lo miró fijamente durante unos segundos, sintiendo un nudo en la garganta.

—Esto... —dijo con voz quebrada—. Esto servirá.

Thamariel inclinó levemente la cabeza, observando con interés.
—Un anillo de compromiso. La muestra de un amor que prometía ser eterno... hasta que la

muerte los separara. —Sus palabras eran suaves, pero cada una parecía un cuchillo en el corazón de Desmond.

El joven tragó saliva, respirando hondo. Y con mano temblorosa, extendió el anillo hacia el Goetia.

—Pero... —agregó en voz baja— el mío me lo quedaré.

Thamariel lo recibió, con una calma solemne.
—Será un empeño. Yo te daré un grimorio... y el conocimiento de cómo usarlo. Y cuando regreses, me devolverás el grimorio. Entonces yo te devolveré tu anillo.

Se incorporó de su trono, avanzando con paso firme hasta quedar frente a Desmond. Extendió su mano, su mirada fija, penetrante.
—¿Es un trato?

Desmond dudó. Su respiración se agitó. Miró a Celia, que lo observaba con ojos llenos de preocupación, y luego a Tyrone, que mantenía su calma habitual. Finalmente, apretó los dientes y asintió.

—Es... un trato.

Colocó su mano en la de Thamariel. Y en el instante en que lo hizo, un escalofrío recorrió su cuerpo. No era un contacto físico normal. Sintió que algo invisible lo atrapaba desde dentro. Como si garras etéreas se aferraran a su alma misma y la retorcieran.

El dolor llegó de golpe, arrollador.
—¡AAAAHHH! —El grito de Desmond estalló en el salón, desgarrador, llenando cada rincón.

Se dobló sobre sí mismo, cayendo de rodillas. Su cuerpo temblaba, su pecho ardía como si estuviera siendo quemado desde dentro. El dolor no era físico: era algo más profundo, como si estuvieran arrancándole y reformando partes de lo que era.

—¡¿Qué está pasando?! —Celia gritó, desesperada, intentando lanzarse hacia él.

Pero Tyrone la sujetó con firmeza del brazo.
—¡No interfieras! —dijo con seriedad férrea—. Esto es parte del trato. Si lo detienes ahora... será peor para él.

—¡Pero lo está matando! —replicó Celia, forcejeando, con lágrimas asomando en sus ojos.

—No. —Tyrone negó con firmeza—. Está renaciendo.

Desmond gritaba, sus uñas arañando el mármol negro mientras su espalda se arqueaba. Cada fibra de su ser parecía desgarrarse y recomponerse al mismo tiempo. Finalmente, con un último alarido, cayó al suelo jadeando, empapado en sudor.

Thamariel, con absoluta serenidad, se inclinó apenas hacia él y pronunció con solemnidad:

—Lo hecho, hecho está.

El eco de sus palabras retumbó en el salón, como si los muros mismos se hubieran convertido en testigos del pacto.

El silencio tras el grito de agonía de Desmond era pesado. Solo se oía su respiración entrecortada, áspera, como si acabara de nadar en aguas turbulentas y apenas lograra mantenerse a flote. Estaba sudando, con la frente perlada y el pecho subiendo y bajando con violencia. Se sostuvo con ambas manos sobre el mármol del suelo, jadeando. Poco a poco, su respiración comenzó a estabilizarse.

Con un esfuerzo visible, se incorporó hasta quedar sentado sobre sus talones.

Thamariel lo observaba sin inmutarse, como quien contempla un proceso inevitable que debía cumplirse.

—Ponte de pie, Desmond. —dijo con voz firme, pero sin dureza—. Aún no hemos terminado.

Desmond respiró hondo, apretó los puños y se levantó tambaleándose. Su mirada buscó a Celia un instante; ella estaba con lágrimas aún en los ojos, pero le devolvió una sonrisa débil, alentándolo a seguir. Tyrone permanecía erguido, como guardián de aquel momento.

Thamariel extendió una de sus manos hacia él.
—Extiende tu mano derecha.

Desmond lo hizo sin comprender del todo.
—¿Qué... qué debo hacer?

—Piensa que tienes un libro en ella. Solo eso. Visualízalo.

El joven cerró los ojos. La mano le temblaba ligeramente, pero siguió la instrucción. Se concentró en la imagen de un libro, pesado, encuadernado, con páginas que contenían secretos más allá de lo humano. Y entonces, lo sintió: un cosquilleo, una presión en su palma.

Al abrir los ojos, lo vio.
Un grimorio había aparecido en su mano.

Era voluminoso, con cubiertas negras adornadas con grabados plateados que parecían cambiar de forma lentamente, como si estuvieran vivos. Su cierre estaba asegurado por un candado místico que no necesitaba llave, solo voluntad. El libro irradiaba una energía sutil, pero poderosa, como si latiera con vida propia.

Desmond lo observó, desconcertado.
—¿Q...qué es esto?

Thamariel dio un paso adelante.
—Ese es tu grimorio. Está especializado en la exploración del mundo humano. Sus escrituras antiguas muestran cómo crear portales estables que te llevarán allí, y además... se encargará de ocultar tu esencia demoníaca.

Desmond lo miró incrédulo, y el Goetia prosiguió con calma:
—Ya no serás detectado por talismanes ni reliquias sagradas. Incluso podrás entrar a iglesias sin que te afecten. En el mundo humano, serás un fugitivo invisible.

El corazón de Desmond latió con fuerza.
—Entonces... ¿de verdad puedo escapar?

—Sí. —respondió Thamariel, con la serenidad de quien enuncia una verdad absoluta—. Pero hay una condición. Ese grimorio solo puede usarse bajo la luna llena.

Desmond tragó saliva, inquieto.
—¿Y... cuánto falta para eso?

—Mañana. —respondió el Goetia con tranquilidad—. Hoy pasarás la noche aquí. Toma mi hospitalidad como un puente hacia tu destino.

Desmond bajó la cabeza, cerrando el libro con cuidado.
—Está bien. Gracias.

—No tienes que agradecer. —Thamariel giró levemente sobre sus talones, encaminándose de nuevo hacia su trono—. Solo cumplo lo que considero correcto.

La noche cayó sobre el palacio, vistiendo de plata y sombra los muros oscuros. Desde las ventanas, se veían los jardines iluminados por lámparas de cristal que destellaban como estrellas atrapadas.

Desmond se hallaba en la habitación que Thamariel le había asignado. La cama era amplia, cubierta con sábanas de seda gris, y las paredes tenían tapices que mostraban constelaciones. Se sentó en el borde, exhausto, con el grimorio apoyado en la mesa de noche.

Se recostó lentamente, los ojos pesados. Estaba a punto de quedarse dormido cuando escuchó un golpecito en la puerta.

—¿Desmond...? —la voz suave de Celia se filtró desde el otro lado.

Él se incorporó un poco, sorprendido.
—Adelante.

La puerta se abrió, y Celia entró con pasos silenciosos. Llevaba un camisón blanco sencillo, y sus ojos brillaban con una mezcla de ternura y timidez.

—¿Puedo... dormir contigo esta noche? —preguntó en voz baja, casi temerosa.

Desmond la miró, y su expresión se suavizó. No dudó ni un segundo.
—Claro.

Celia cerró la puerta con suavidad y se deslizó en la cama junto a él. Se acostó de lado, mirando su perfil, mientras Desmond observaba el techo en silencio. Durante unos segundos ninguno habló, hasta que ella rompió el silencio:

—¿Sabes...? —dijo despacio—. Siempre me pregunté si los sacrificios que hacemos, aunque nos destruyan por dentro, en realidad nos llevan al camino correcto.

Desmond giró un poco la cabeza, encontrando sus ojos.
—¿Lo preguntas por mí?

—Por ti, y por todos. —respondió ella, con una sonrisa melancólica—. Pienso en Skyler, en ti... y en cómo la vida siempre nos obliga a perder algo para poder avanzar. ¿Será que algún día podremos avanzar sin perder tanto?

El silencio volvió, pero esta vez no era incómodo. Desmond suspiró, cerrando los ojos.
—No lo sé, Celia. Pero... quiero creer que lo que estamos perdiendo ahora... algún día valdrá la pena.

Ella lo observó con ternura, y cuando se dio cuenta, Desmond ya se había quedado dormido. Su respiración se había vuelto tranquila, regular. Celia sonrió con dulzura y lo abrazó por la espalda, atrayéndolo hacia ella como si fuera un peluche. Solo entonces, al sentirlo cerca, logró conciliar el sueño.

La noche siguiente, la luna llena se alzó entre nubes plateadas. En los jardines del palacio, el aire estaba impregnado de una energía especial, como si todo el lugar estuviera esperando ese momento.

Desmond se encontraba de pie en el centro del jardín, con el grimorio en sus manos. A la distancia, Thamariel, Tyrone y Celia lo observaban con atención.

Inspiró profundamente y extendió la mano. Con un chasquido suave, el grimorio apareció ante él, pesado y vivo. Lo abrió, y las páginas se movieron por sí solas hasta detenerse en un pasaje escrito en letras antiguas, cargadas de poder.

El conocimiento que Thamariel había transferido en el apretón de manos se activó en su mente como un recuerdo implantado. Sus labios comenzaron a moverse solos, recitando en latín:

—"Per lumen lunæ et voluntatem aeternam... aperiatur porta inter mundus."

El aire se agitó. Un círculo de energía comenzó a brillar en el suelo, expandiéndose hasta abrir un portal, un remolino de luz azulada y blanca que parecía latir como un corazón vivo.

El viento sopló con fuerza, agitando las ropas de todos. Desmond sostuvo el grimorio con firmeza, mirando hacia Celia y Tyrone. Su garganta se cerró, y por un instante dudó.

Levantó la mano en un gesto de despedida, pero su voz tembló al hablar:
—Gracias... por todo. No sé si volveremos a vernos. Pero... nunca los olvidaré.

Esas palabras lo destruyeron por dentro. Sus ojos se humedecieron, pero no dejó que las lágrimas cayeran. Dio un paso hacia el portal, y luego otro, hasta que finalmente lo atravesó.

El dolor fue inmediato. Un golpe seco en la cabeza, como si mil martillos resonaran en su mente al mismo tiempo. Cayó de rodillas dentro de la luz, con ambas manos en el cráneo.

De pronto, recuerdos comenzaron a desbordarse. Escenas de toda su vida lo invadieron en un torbellino incontrolable:
Su niñez. Su primera canción. La sonrisa de Skyler. El día que se prometieron amor eterno. La llegada de Scott a sus vidas. La traición, la sangre, la lucha en el Palacio Viridis. Todo se mezclaba, atropellado, consumiéndolo.

—¡Aahhh! —gritó, pero su voz fue tragada por el resplandor.

Y entonces, una luz aún más fuerte apareció. Una claridad cegadora lo envolvió, borrando los recuerdos, silenciando los gritos, sumiéndolo en un vacío blanco.

Desmond perdió la consciencia.

Y el portal se cerró detrás de él.

El vacío blanco terminó deshaciéndose en sombras. Primero fueron destellos, luego sonidos distantes, como ecos lejanos que rebotaban en su cabeza. Sentía como si hubiera pasado días enteros cayendo, aunque su cuerpo seguía inmóvil. De pronto, algo lo sacudió suavemente.

Unas manos lo movían.

Con un esfuerzo enorme, Desmond abrió los ojos. La luz lo cegó al principio. Parpadeó varias veces hasta que las figuras comenzaron a definirse.

No eran demonios.
No eran sabuesos infernales.
No eran criaturas del infierno.

Eran... humanos.

Un grupo de seis o siete personas lo rodeaba. Vestían ropa común: chaquetas, camisas, pantalones, hasta algunos con mochilas en la espalda. Se veían preocupados, pero no aterrados. Como si lo hubieran encontrado desmayado en la calle.

Desmond intentó incorporarse, aunque el mareo lo obligó a moverse lento. Una de las personas, una mujer de mediana edad, se inclinó hacia él y lo tomó por el brazo para

ayudarlo. Tenía el cabello recogido en una coleta, unas gafas redondas y una expresión llena de humanidad, distinta a cualquier rostro infernal que él hubiera visto.

—Tranquilo, tranquilo... —le dijo en un tono cálido—. No se esfuerce demasiado. ¿Puede sentarse?

Él asintió con torpeza y, con su ayuda, logró levantar el torso. Su respiración era pesada, como si aún cargara con el peso de todo lo que había vivido antes de cruzar el portal.

—¿Dónde... dónde estoy? —preguntó, su voz ronca, casi quebrada.

La mujer lo miró con cierto desconcierto.
—¿Cómo se llama?

—Desmond... —titubeó un segundo, pero no se corrigió—. Desmond Ludendorff.

La mujer repitió el nombre como si lo probara en sus labios, y luego asintió.
—Bien, Desmond. ¿Cómo se siente? ¿Está mareado? ¿Dolor de cabeza?

Él respiró hondo, intentando ordenar las ideas.
—Un poco... sí. Pero... —frunció el ceño, su mirada vagando entre las caras humanas que lo rodeaban—. ¿Dónde estoy?

La mujer sonrió con paciencia, como si hablara con alguien que había perdido el rumbo.
—Está en Bogotá, Colombia.

Las palabras lo golpearon como un trueno. Bogotá. Colombia. Un nombre humano, una ciudad real, tangible. El portal lo había llevado allí. Lo había logrado.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Sentía la vibración de ese momento como si fuera el verdadero inicio de algo nuevo. Su pecho se apretó con una mezcla de alivio y miedo.

—El mundo humano... —susurró, incrédulo.

La mujer frunció el ceño.
—¿Qué dijo?

Desmond negó con la cabeza, improvisando una sonrisa débil.
—Nada... solo que... gracias.

Ella lo ayudó a ponerse de pie. El resto de personas lo observaba, algunos murmurando entre sí:
—"Seguro se desmayó..."
—"Mire cómo estaba tirado ahí..."
—"¿Será que es extranjero? Ese nombre no suena de acá..."

Él intentó mantener la calma. Notó que llevaba puesta la misma ropa con la que había cruzado el portal, pero ahora se veía menos extraña. El grimorio... no lo tenía en las manos,

pero sentía su peso oculto, camuflado, como si Thamariel hubiera cumplido su palabra: estaba escondido, fuera de la vista de los humanos.

La mujer lo miró de arriba abajo, asegurándose de que pudiera sostenerse.
—¿Tiene a dónde ir, señor Ludendorff? ¿Algún familiar aquí en la ciudad?

Desmond dudó. Su mente se llenó de preguntas sin respuesta. No tenía nadie en Bogotá, ni en Colombia, ni en ningún rincón del mundo humano. Era un fugitivo, un extranjero en la realidad misma.

—No... —respondió finalmente, bajando la voz—. Estoy... solo.

La mujer le puso una mano en el hombro con gesto solidario.
—No se preocupe. Aquí la gente buena siempre aparece. Pero... debe cuidarse. Si se siente mal, lo mejor es ir a un hospital.

Desmond asintió despacio.
—Lo... tendré en cuenta.

El grupo comenzó a dispersarse poco a poco, cada uno siguiendo su camino, aunque con miradas de curiosidad hacia aquel hombre de ojos cansados y nombre extranjero. La mujer fue la última en apartarse, dándole una última indicación:

—Descanse un poco. Bogotá puede ser caótica, pero también tiene rincones tranquilos. Y si necesita ayuda... —le tendió una pequeña tarjeta con un número escrito a mano—, llámeme. Mi nombre es Teresa.

Desmond tomó la tarjeta como si fuera un amuleto.
—Gracias, Teresa.

Ella asintió, y finalmente se marchó.

Cuando quedó solo en medio de aquella calle, Desmond levantó la vista. El cielo era oscuro, iluminado por luces artificiales y farolas. Carros pasaban a toda velocidad, bocinas resonaban, y el aire frío de la capital lo golpeó en el rostro.

Era completamente distinto al infierno.
El caos humano tenía vida, movimiento, ruido... pero no la podredumbre y el sufrimiento eterno que había dejado atrás.

Un nuevo capítulo había comenzado. Y aunque le costara adaptarse, aunque el precio fuera alto y el dolor lo acompañara en cada paso, Desmond entendió que haría todo lo necesario para mantenerse a salvo en este mundo.

Y así, sin mirar atrás, comenzó a caminar por primera vez en la tierra de los humanos.

CAP 74

El precio de la primera noche

Eran las 3 de la tarde

El viento frío lo azotaba en cada esquina. Bogotá no perdonaba: el clima cambiaba en cuestión de minutos, y aunque apenas caía una llovizna, el aire helado se colaba por la ropa como cuchillas. Desmond caminaba con paso lento, observando todo lo que lo rodeaba.

Las calles estaban llenas de vida: el sonido constante de los coches, los frenos de los autobuses chirriando, los vendedores ambulantes ofreciendo sus productos, los jóvenes tratando de vender dulces "para la universidad". Era un caos perfectamente organizado, pero para él, recién llegado, cada detalle parecía nuevo.

«Este mundo... se siente extraño. Es como un infierno disfrazado de calma», pensó, mientras apretaba los tirantes de su mochila.

Avanzó hasta la Plaza de Bolívar. Se detuvo unos segundos, observando en silencio. La Catedral Primada se alzaba majestuosa frente a él, flanqueada por edificios coloniales y el Palacio de Justicia. A su alrededor, palomas revoloteaban entre turistas que reían y tomaban fotos. Un anciano asaba mazorcas sobre una parrilla oxidada, y un grupo de estudiantes sostenía pancartas en medio de una protesta improvisada.

Desmond caminó entre la multitud, sintiendo cómo las miradas se deslizaban sobre él, como si su sola presencia desentonara. Llegó a una banca y se sentó. El frío se le pegaba a la piel, pero no le importó. Lo que sí le preocupaba era algo más inmediato: no tenía dónde dormir ni qué comer, y apenas entendía las reglas de ese nuevo mundo.

Abrió su mochila y revisó su contenido. Entre algunos objetos personales, encontró una pequeña caja metálica. Al abrirla, vio los billetes perfectamente ordenados. Dólares. Izobelle había insistido en que los guardara "por si acaso". Y ahora, ese "por si acaso" había llegado.

—Es hora de usarlos... —murmuró, cerrando la caja.

Se puso de pie y recorrió la mirada por los alrededores. Un local con un letrero viejo que decía "Compra y venta - Celulares, relojes, oro, dólares" le llamó la atención. Se acercó y empujó la puerta. El timbre del marco sonó agudo, rompiendo el murmullo de la calle.

Dentro, el aire era denso, con olor a cigarrillo y metal. Un par de estanterías llenas de aparatos usados reflejaban la luz fría de los fluorescentes. Detrás del mostrador, una joven que parecía de la misma edad de Desmond lo observaba con una mezcla de curiosidad y aburrimiento. Tenía el cabello oscuro, tatuajes que asomaban por los brazos y un aro plateado en la nariz. Lo miró sin prisa antes de hablar.

—Buenas. ¿Qué necesita?

—Cambiar dinero —respondió Desmond, con su tono tranquilo y medido.

La joven arqueó una ceja.
—¿De qué moneda?

—Dólares. —Abrió la caja y mostró los billetes.

Ella los observó con sorpresa.
—Vaya... no se ve esto todos los días. ¿De dónde ha sacado tanto dinero?

—De mi país —dijo él, sin titubeos.

—Ya... —respondió ella, bajando la voz mientras abría un pequeño contador de billetes—. Déjeme revisar.

El sonido de las hojas de papel pasando una tras otra llenó el silencio. Desmond no apartaba la vista de ella; analizaba cada gesto, cada respiración.

Unos minutos después, la joven levantó la vista.
—Tiene aquí cuarenta y tres mil dólares —anunció—. Al cambio de hoy, eso equivale a unos ciento sesenta y siete millones de pesos colombianos.

Desmond parpadeó lentamente.
—¿Eso es bueno o malo?

Ella no pudo evitar reír.
—Depende de a quién le preguntes. Pero sí, es mucho dinero. Podría vivir bien con eso durante bastante tiempo.

Desmond inclinó la cabeza, pensativo.
—Entonces... ¿puedo cambiarlos aquí?

—No, imposible. No manejamos tanto efectivo —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Pero puede ir a un banco o a una casa de cambio. Lo mejor sería abrir una cuenta bancaria.

—¿Cuenta bancaria? —repitió él, curioso.

—Sí, un lugar donde guarda su dinero. Le dan una tarjeta para pagar sin tener que llevar efectivo. Es más seguro.

Desmond asintió lentamente.
—¿Y cómo se consigue una aqui?

—Necesita pasaporte o documento de identidad.

Él frunció el ceño, pensativo.
—Tengo identificación, pero no sé si sirve aquí.

—Si no es colombiana, probablemente no —explicó ella—. Aun así, puede cambiar algo de dinero en efectivo, pero tenga cuidado. Bogotá no es precisamente un lugar amable para andar mostrando fajos de billetes.

Desmond la miró con calma.
—Gracias por el consejo.

Ella lo observó unos segundos más, como intentando descifrarlo.
—De nada. Y búsquese un sitio donde pasar la noche. Esta ciudad no es segura después de cierta hora.

Desmond guardó la caja y salió del local. El ruido del tráfico lo envolvió otra vez, acompañado por el murmullo constante de la gente. Palabras nuevas resonaban en su cabeza: "banco", "cuenta", "pasaporte". Cada una era un recordatorio de que estaba en un mundo con reglas diferentes.

Mientras caminaba, el cielo se oscurecía poco a poco. Las farolas encendían su luz amarillenta y los negocios empezaban a cerrar. La noche se acercaba, y él aún no sabía dónde dormir.

Miró el cielo encapotado mientras la llovizna empapaba su abrigo. Las gotas se deslizaban por su cabello y su rostro, frías, insistentes, como si el propio mundo quisiera recordarle que estaba fuera de lugar.
—Este mundo... tiene sus propias reglas. Y debo aprenderlas todas —murmuró, ajustando la correa de su mochila.

Cruzó la calle entre una marea de personas. Se perdió entre los cuerpos, fundiéndose con el ruido de una ciudad que jamás dormía.

El sonido del tráfico lo perseguía como un enjambre: motores rugiendo, bocinas que estallaban sin tregua, pasos apurados, vendedores ofreciendo sus productos con voces desgastadas. Cada ruido se mezclaba en su mente como una sinfonía caótica, difícil de asimilar.

Desmond caminaba sin rumbo fijo. Su chaqueta, ahora empapada, se pegaba al cuerpo. Intentaba aparentar calma, pero dentro de él reinaba la incertidumbre.
—Necesito una identidad —pensó, con voz baja, casi temblorosa—. Si me descubren sin papeles, estoy perdido.

Había pasado demasiado tiempo bajo las leyes del infierno, donde un nombre bastaba para imponer respeto o miedo. Aquí, en cambio, era nadie. Solo un extraño más, caminando entre millones.

Sus pasos lo llevaron hasta una vieja estación de autobuses. El techo metálico vibraba con el viento, las luces parpadeaban, y el aire olía a cloro, a humedad y a orines. Un lugar que parecía tan abandonado como su propia suerte.

Empujó la puerta del baño público. Dentro, el zumbido de una lámpara moribunda resonaba con un ritmo inquietante. Frente a él, un espejo rajado devolvía su imagen fragmentada: un rostro cansado, ojos encendidos por el agotamiento, y un gesto que mezclaba rabia y resignación.

Se encerró en un cubículo y apoyó las manos sobre la puerta.
—No hay marcha atrás...

Su voz resonó apagada entre las paredes. Respiró profundo y levantó la mano derecha. Una chispa azul recorrió sus venas, iluminando por un instante las grietas del suelo. En un destello breve, el grimorio apareció. Pesado, oscuro, con inscripciones que se movían como gusanos vivos sobre la tapa.

Desmond lo sostuvo con firmeza. Al tocarlo, sintió cómo su piel se erizaba: el libro pulsaba, respiraba, casi como si tuviera alma. Era una extensión de sí mismo, un pedazo de su esencia infernal encerrado en tinta y cuero.

Se sentó en la tapa del inodoro y lo abrió con cuidado. Cada página crujía como huesos secos. Los símbolos se movían lentamente entre las letras, cambiando de forma, murmurando en un idioma que no pertenecía a ningún mundo humano.

—Dame respuestas... muéstrame cómo encajar en este mundo —susurró.

Sus ojos se detuvieron en un título deformado: "La Identidad Humana".

El texto describía un procedimiento. Un hechizo en latín que permitía al portador ser reconocido por los sistemas humanos, como si siempre hubiera existido en sus registros. No era una ilusión: era una alteración de la realidad. Pero el precio era ambiguo: *"El alma deberá ser sometida, y lo que no pueda ser drenado será marcado."*

Desmond tragó saliva.
—Otra vez... dolor. No importa. Si quiero sobrevivir, debo hacerlo.

Apoyó la espalda contra la pared y comenzó a recitar. Su voz retumbó en el pequeño cubículo, transformándose en un coro de ecos superpuestos, como si otras entidades hablaran al mismo tiempo a través de él.

Entonces, llegó el dolor.

Primero, un ardor en el pecho. Luego, un fuego que se extendió por las venas, quemándolo desde adentro. Cada célula parecía desgarrarse, cada respiración era una puñalada invisible. No era un dolor físico: era la mutilación de su esencia. Sentía cómo su naturaleza demoníaca era arrancada de raíz.

—¡AAAAAHHHHHH! —el grito resonó por todo el baño, rebotando contra los azulejos y haciendo vibrar los tubos metálicos.

Cayó de rodillas. El grimorio se deslizó de sus manos y las páginas comenzaron a agitarse solas, como alas negras. La luz del baño parpadeó violentamente, hasta casi extinguirse.

Su mente se llenó de recuerdos caóticos: el pacto con Thamariel, la mirada de Indivia en el Palacio Viridis, la voz de Skyler llamándolo desde algún lugar lejano. Todos esos ecos lo atravesaban mientras su cuerpo convulsionaba.

Finalmente, se desplomó.

El silencio cayó como un manto. Solo se oía el goteo de una llave mal cerrada.

Pasaron horas eternas antes de que abriera los ojos. Jadeaba, cubierto en sudor frío. Su corazón golpeaba con fuerza. Se incorporó con esfuerzo, apoyándose en la pared. Frente a él, el espejo rajado lo esperaba con un reflejo distinto.

Un hilo de sangre descendía por su nariz. Pero no era dorada ni negra. Era roja. Roja y espesa. Humana.

Desmond la observó incrédulo. Respiró hondo. Se sentía distinto. Pesado. Frágil. Vulnerable. Por primera vez en siglos, era mortal.

Tomó el grimorio del suelo. La página seguía abierta, mostrando una nueva inscripción:

"Tu esencia demoníaca ha sido drenada. Tu carne y tu sangre pertenecen ahora al mundo humano."

Debajo, un símbolo ardía en tinta negra: un pentagrama invertido.

"La marca del Abismo permanecerá en ti para siempre. Inmutable. Irreversible."

Desmond bajó la vista hacia su mano derecha. Allí, grabado a fuego, brillaba el mismo símbolo, oscuro y perfecto. No dolía, pero emanaba una energía inquietante, como si el infierno respirara desde su piel.

—Así que esta es la condena... nunca podré escapar del todo.

El silencio le respondió. Solo el zumbido eléctrico de la lámpara acompañaba sus palabras.

En el suelo hacia un documento.
Lo observó con cuidado. Era un DNI español, con su fotografía y sus datos perfectamente registrados:
Nombre: Desmond Ludendorff.
Nacionalidad: Española.
Edad: 27 años.
Fecha de expedición: 2016.

Todo estaba en orden, como si hubiera existido en ese registro desde siempre.

Miró el reverso: sellos, hologramas, números y códigos. Nada parecía falso. Era tan real que le provocó escalofríos. Su antigua identificación infernal ya no existía; había sido reemplazada por completo.

Guardó el documento con lentitud, sintiendo el peso simbólico de lo que había hecho.

—Soy humano ahora... pero sigo siendo yo —susurró.

El grimorio se desvaneció en humo oscuro, regresando a su dimensión. Desmond se lavó el rostro, dejando que el agua helada arrastrara la sangre y el sudor.

Al salir del baño, el aire de Bogotá lo recibió con su humedad cortante. Parpadeó ante la luz gris del amanecer. El pentagrama en su mano ardía levemente, como un recordatorio constante del precio pagado.

Sacó su celular del bolsillo. Era un modelo viejo, cubierto de polvo. Lo encendió. En la pantalla, la fecha lo desconcertó: 2025. En el infierno, el año era 2030.
—Cinco años de diferencia... —murmuró, pensativo—. El tiempo aquí fluye más lento.

Se miró en el reflejo oscuro de una ventana cercana. Su rostro era más joven, su piel más firme, su cabello más oscuro. Había rejuvenecido. La transformación era completa.

Guardó el móvil y respiró hondo.
—Empieza de nuevo.

Caminó hasta un banco moderno, con paredes de vidrio y luces frías. El aire acondicionado lo envolvió al entrar. Gente de toda clase hacía fila, sumida en sus propios asuntos. Desmond observó las pantallas, las ventanillas, los formularios. Todo parecía tan... humano.

Se acercó al dispensador electrónico, digitó su nuevo número de identificación y esperó. El sistema lo reconoció sin errores. Una sensación de alivio recorrió su cuerpo.

—Funciona... —susurró.

Tomó su turno y esperó en silencio. Media hora después, su número apareció en la pantalla. Caminó hasta la ventanilla, donde un hombre de traje gris y expresión mecánica lo recibió.

—Buenos días, señor. ¿Qué trámite desea realizar?

—Quiero abrir una cuenta bancaria.

—Por supuesto. Su identificación, por favor.

Desmond le entregó el DNI. El hombre lo examinó, lo pasó por un escáner y asintió.
—Todo en regla. ¿Reside actualmente en Colombia?

—Sí. Acabo de llegar.

El funcionario tecleó unos datos.
—Perfecto. Su cuenta ha sido creada. Recuerde que el mantenimiento tiene una mensualidad. Si no la cubre, se generarán intereses.

—Entiendo. —Desmond asintió, aunque apenas comprendía del todo los términos.

—¿Desea realizar un depósito inicial?

Desmond abrió su mochila y sacó la caja de madera. La colocó sobre el mostrador y la abrió, revelando los billetes de cien dólares perfectamente doblados.
—Quiero depositar cuarenta y tres mil.

El hombre parpadeó, sorprendido.
—¿Cuarenta y tres mil... dólares?

—Correcto.

El funcionario dudó, pero la mirada fría de Desmond lo detuvo. Tomó la caja y desapareció por una puerta lateral.

Pasaron minutos lentos. Desmond observaba el banco, los guardias, las cámaras, los murmullos. Nadie imaginaba que aquel joven era un fugitivo del infierno.

Finalmente, el hombre regresó con una sonrisa tensa.
—Todo está en orden. El dinero ha sido depositado.

Dejó una pequeña tarjeta sobre el mostrador.
—Su tarjeta débito. Con ella podrá pagar o retirar dinero en cualquier cajero.

Desmond la tomó entre los dedos, observando su reflejo en el plástico. Aquello, en apariencia simple, era su nueva arma para sobrevivir.

—Gracias —dijo con voz baja.

—Bienvenido, señor Ludendorff —respondió el funcionario, sin saber que acababa de atender a un exdemonio marcado por el Abismo.

Desmond salió del banco con paso firme. El cielo gris lo esperaba afuera. Bogotá seguía rugiendo, indiferente a su transformación.
Guardó la tarjeta, miró su mano marcada y pensó:

—He nacido de nuevo. Pero mi sombra sigue conmigo.

Y siguió caminando entre la multitud, convertido en un humano más.

Desmond salió del edificio sintiendo que, por primera vez desde su llegada, tenía un lugar en el mundo humano. El aire de Bogotá lo recibió con su mezcla de humo, lluvia y montaña. El sol apenas se insinuaba entre las nubes grises, proyectando destellos apagados sobre los

ventanales y las calles húmedas. El viento le golpeó el rostro con una frialdad casi purificadora, recordándole que su nueva vida apenas comenzaba.

Caminó unos metros, las suelas mojadas dejando huellas sobre el andén. Metió la mano en el bolsillo y acarició el contorno de la tarjeta débito. Aquel simple objeto, insignificante para cualquiera, era para él una prueba tangible de que podía existir en ese mundo. Una sonrisa tenue se le escapó, la primera en mucho tiempo.
—Un nuevo nombre... un nuevo cuerpo... un nuevo destino —susurró, dejando que sus palabras se disolvieran entre el ruido del tráfico y las voces de la multitud.

El bar

El bar era un refugio de penumbra y ruido, un rincón olvidado en el corazón de la ciudad. La luz amarilla apenas atravesaba el humo de cigarrillo, y el olor a fritanga se mezclaba con un reguetón viejo que salía distorsionado de los parlantes. Las mesas de madera, marcadas con navaja, contaban historias de amores fugaces, borracheras y promesas que nunca se cumplieron. En una esquina, un televisor colgado mostraba un partido repetido de la liga colombiana, ignorado por todos.

El ambiente era cálido, ruidoso, casi caótico, pero tenía algo acogedor: la sensación de rutina. De que la gente allí pertenecía a ese lugar desde siempre.

Desmond eligió el rincón más oscuro de la barra, donde las sombras lo protegían de las miradas. Su silueta contrastaba con el resto: su postura rígida, su mirada vigilante, su silencio. Era un forastero entre seres que reían sin miedo, un lobo que aprendía a caminar entre ovejas.

El cantinero, un hombre alto, con bigote delgado y una voz curtida por años de humo y gritos, se acercó secando un vaso con un trapo descolorido.
—¿Qué va a tomar, hermano?

Desmond levantó la mirada.
—Algo que no me mate.

El hombre soltó una risa ronca, genuina.
—Entonces empiece con algo suave. —Le sirvió una cerveza helada, que sudaba bajo la luz amarillenta de la barra—. Con esa va tranquilo.

Desmond tomó el vaso. El frío del vidrio se le pegó a los dedos. Dio un sorbo. El sabor amargo lo golpeó con fuerza: terrenal, crudo, distinto al de los licores densos del infierno. Pero había algo reconfortante en ese amargor humano, algo que le hablaba de la imperfección y del calor de la vida.

Entonces la sintió: una mirada.

Desde una mesa cercana, una joven lo observaba con descaro. Cabello castaño, recogido en una coleta alta; mirada viva, curiosa, con una chispa que atravesaba la penumbra. Sus amigas

reían a su lado, cuchicheando entre risas nerviosas. Ella, sin embargo, se levantó decidida y caminó hacia él.

—Hola —dijo con naturalidad, apoyando un codo sobre la barra—. ¿Usted es nuevo por acá? Nunca lo había visto.

Desmond giró apenas el rostro.
—Se podría decir que sí.

—Habla distinto. ¿De dónde es?

—De España —respondió sin apartar la vista de su bebida.

Ella sonrió.
—Con razón. Se le nota en el acento. —Jugó con un mechón de cabello—. ¿Y qué hace solo en un bar así? No se ve mucho extranjero por acá.

Desmond dio otro trago.
—No vine buscando compañía.

Ella arqueó una ceja, divertida.
—Uy, qué serio. Tranquilo, no le estoy cayendo... bueno, tal vez un poquito. —Rió bajito—. Igual, si no conoce la ciudad, le puedo mostrar planes. Bogotá no es solo frío y trancón, ¿sabe?

Él no respondió de inmediato. Giró la mano izquierda, dejando que el anillo brillara bajo la luz tenue.

—Estoy casado.

La sonrisa de ella se deshizo, pero lo disimuló con una risa suave.
—Ah... bueno. Perdón. Igual, bienvenido. —Y volvió con sus amigas, que la recibieron entre risas y codazos.

Desmond bajó la mirada hacia el anillo. Su pecho se apretó. No era solo metal: era memoria. Era Skyler. Era un vínculo que el infierno, la distancia y el tiempo no habían logrado romper.

El ruido del bar continuaba: carcajadas, vasos chocando, discusiones sobre fútbol.
—¡Eso no era fuera de lugar, marica, le robaron el gol al Santa Fe! —gritaba uno en el fondo. En otra mesa, dos mujeres hablaban de arriendos, repitiendo palabras que a Desmond le sonaban extrañas: *estrato*, *arriendo*, *parqueadero*. Cada término lo desconcertaba, pero los guardaba en silencio, como si fuesen piezas de un rompecabezas que pronto tendría que armar.

Un joven tropezó con él al pasar.
—Uy, perdón, bro, todo bien —balbuceó entre risas.

Desmond lo miró en silencio. Esa calma suya, tan contenida, tan peligrosa, hizo que el chico siguiera su camino sin mirar atrás.

El cantinero volvió.
—¿Primera vez en Bogotá, cierto?

Desmond asintió.
—Eso parece.

—Pues le toca acostumbrarse —dijo el hombre mientras alineaba vasos—. Esta ciudad al principio parece hostil, pero si uno le agarra el ritmo, hasta la termina queriendo.

Desmond no respondió. Su mirada se perdió en el reflejo del vaso, como si buscara algo que ya no estaba.

El reloj sobre la puerta marcaba las once y cincuenta y siete. El ambiente se espesaba: más humo, más risas, más voces elevadas. Un par de parejas bailaban torpemente entre las mesas. Todo olía a vida, a humanidad.

Desmond terminó su cerveza y dejó unas monedas sobre la barra.
—Gracias —dijo con voz baja.

El tintineo metálico se perdió entre la música.

La noche

Afuera, el aire frío lo golpeó con fuerza. Las farolas titilaban sobre las calles mojadas; los charcos reflejaban las luces naranjas como si la ciudad respirara en sombras. Taxis pitaban a lo lejos, un perro ladraba, y un viento húmedo arrastraba el olor a lluvia vieja.

Desmond caminó despacio. Bogotá lo observaba desde cada esquina: inmensa, gris, viva. Era un monstruo de concreto que lo devoraba lentamente, poniéndolo a prueba.

—Necesito un sitio para quedarme... aunque sea por esta noche —murmuró.

Los letreros brillaban entre parpadeos: *Pensión Doña Mary*, *Habitaciones por horas*, *Hotel El Descanso*. Finalmente, un aviso fluorescente lo atrapó: *HOTEL SUEÑOS DORADOS*. El letrero chisporroteaba, a punto de morir, pero seguía aferrado a su luz.

Empujó la puerta. El sonido del vidrio al moverse fue agudo, metálico. Dentro, el aire olía a desinfectante y pino barato. Detrás del mostrador, una mujer con gafas y un moño apretado levantó la vista.
—Buenas noches, joven. ¿En qué le puedo colaborar?

—Una habitación para esta noche.

Ella lo miró de arriba abajo.
—Treinta mil pesos la noche, baño privado y agua caliente.

Desmond sacó la tarjeta.
—Perfecto.

El datáfono viejo chirrió antes de aceptar el pago.
—Listo, joven. Habitación 204. —Le entregó una llave azul—. Segundo piso, al fondo a la derecha.

Desmond asintió.
—Gracias.

—Y abríguese bien. Este frío no perdona a los nuevos.

Subió las escaleras. Los peldaños crujían como huesos viejos. En el pasillo, las luces amarillentas lanzaban sombras que se alargaban hasta el final. Todo olía a humedad y soledad.

Abrió la puerta 204.

El cuarto era sencillo: cama matrimonial con un edredón floreado, un televisor antiguo, una lámpara temblorosa y una ventana que filtraba la luz naranja de la calle. Dejó la mochila en el suelo y se dejó caer sobre la cama. El colchón crujió, pero lo sostuvo con una suavidad inesperada.

Miró el techo. Las grietas parecían ramificarse como venas. Cerró los ojos. Afuera, las sirenas, los motores y las voces se mezclaban en un murmullo constante, como un recordatorio de que el mundo seguía girando.

El sueño

La melodía era suave. Una canción antigua, una de las que Skyler solía poner cuando bailaban juntos.
En el sueño, ella giraba bajo una luz dorada. Su risa llenaba el aire.
—Vamos, Des —le decía—, no seas tieso.

Él reía con torpeza, la tomaba de la cintura, y por un instante, todo era perfecto. La habitación olía a flores, a vida.

Pero la luz empezó a parpadear. La melodía se distorsionó. Skyler se desvanecía poco a poco, fragmentándose en mil reflejos rotos.

—Skyler... —murmuró, intentando sostenerla.

Sus manos quedaron vacías. El suelo se abrió bajo sus pies, y un rugido surgió desde el abismo. Voces, risas, susurros, su nombre repetido una y otra vez hasta volverse insoportable.

Cayó.

El despertar

Despertó con un sobresalto. El corazón golpeando, la frente perlada de sudor frío. La lámpara lanzaba un resplandor tenue sobre el edredón floreado. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba.

Se incorporó despacio. La respiración pesada. Afuera, el murmullo nocturno seguía vivo. El reloj de la mesa marcaba las 2:47 a.m.

Cerró los ojos, dejando escapar un suspiro.
—Skyler... —susurró, apenas audible.

Y así pasó Desmond su primera noche en el mundo humano: entre el frío bogotano, el olor a humedad de un hotel barato y un sueño que comenzó como un recuerdo dulce... pero terminó como una advertencia cruel.

CAP 75

Entre Dos Mundos, Un Nuevo Comienzo

El amanecer se filtraba por la ventana del cuarto, débil y perezoso, tiñendo el techo agrietado de un color dorado apagado. El murmullo distante de la ciudad despertaba poco a poco: el zumbido de un bus arrancando, una bocina impaciente, pasos que resonaban en la acera mojada. En medio de todo eso, Desmond abrió los ojos con lentitud, parpadeando varias veces antes de tallarse la cara con las manos.

El aire estaba frío, húmedo. Al incorporarse, un crujido leve sonó en su cuello y soltó un gruñido.

-Mierda... parece que dormí sobre piedras -murmuró, estirando los brazos hacia el techo.

Se quedó sentado unos segundos, observando el cuarto. El edredón floreado estaba arrugado, y la lámpara del buró seguía encendida, lanzando una luz amarillenta sobre el suelo. Había dormido apenas unas horas, pero el sueño... ese sueño aún lo perseguía.

Recordó cada detalle: Skyler riendo, el brillo de las velas, el calor de sus manos. Luego, el silencio, la oscuridad, la sensación de perderla de nuevo. Cerró los ojos un instante y apoyó los codos sobre las rodillas, apretando el puente de la nariz.

-No fue real... -susurró, aunque una parte de él deseaba que lo fuera.

Se levantó despacio y caminó hacia el baño. El suelo frío lo hizo estremecerse. Al encender la ducha, el vapor comenzó a llenar el pequeño espacio. Se despojó de la ropa sin prisa, dejando caer cada prenda como si pesara toneladas.

El agua caliente cayó sobre su cuerpo, golpeando su piel con un alivio casi espiritual. Desmond apoyó las manos en la pared y cerró los ojos, dejando que el agua corriera por su rostro y por su cabello largo.

El recuerdo de Skyler volvió, vívido, como si el vapor lo hubiera traído consigo.

-"Vamos, Des, no seas tieso"... -repitió en voz baja, casi con una sonrisa nostálgica.

Por un momento, pudo escuchar su risa entre el sonido del agua. Pero luego, la escena se distorsionó en su mente: la música rota, las luces que se apagaban, la sensación de que ella se desvanecía entre sus manos. Un escalofrío le recorrió la espalda, más helado que el aire.

Abrió los ojos de golpe, respirando hondo, tratando de borrar la imagen. Golpeó con fuerza la pared de azulejos, el eco resonando en el baño.

-Basta. -Su voz salió ronca-. No más fantasmas.

Se enjuagó rápido y cerró la ducha. Tomó una toalla del toallero, la envolvió alrededor de su cintura y se acercó al espejo empañado. Con un movimiento brusco pasó la palma, revelando su reflejo: ojeras marcadas, barba descuidada, cabello largo que caía en mechones sobre su frente.

-Parezco un maldito vagabundo -murmuró, inclinándose hacia el espejo.

Se quedó mirándose un largo rato. No era solo cansancio lo que veía; había algo más, una sombra en los ojos, una mezcla de agotamiento y furia contenida.

-Ya no soy el mismo que entró al infierno -pensó, observando cómo el vapor se disipaba poco a poco-. Pero tampoco soy humano del todo.

Abrió su mochila y sacó una vieja afeitadora eléctrica. La encendió y el zumbido llenó el baño. Con movimientos lentos y precisos, comenzó a rasurar su barba. La espuma blanca se mezclaba con el vaho mientras el metal pasaba sobre su piel. Dejó solo la barbilla y el bigote, un estilo más pulcro, más firme.

-Así está mejor -dijo para sí, limpiando la afeitadora con un pedazo de papel.

Se quedó mirando su reflejo, ahora más definido, más parecido al hombre que solía ser... o al menos, a la versión que intentaba recuperar.

Salió del baño aún con la toalla puesta, el vapor siguiéndolo como una niebla perezosa. En la cama, su mochila descansaba abierta. Se arrodilló y comenzó a revisar el interior.

-Vamos, tiene que haber algo de ropa... -murmuró mientras revolvía.

Sacó una camiseta vieja, un par de cables, su grimorio envuelto en tela, pero nada más.

-No puede ser... -se llevó una mano a la frente-. Dejé las malditas maletas en el Palacio Gluttora.

Soltó una carcajada seca, incrédula.
-Brillante, Desmond. Escapas del infierno, sobrevives a demonios, a Indivia, y te olvidas de empacar tu ropa. Genio absoluto.

Se dejó caer sentado en la cama, riendo en silencio por unos segundos, aunque más de frustración que de humor. Luego suspiró y su expresión cambió, endureciéndose.

-Da igual. No voy a quedarme aquí lamentándome. Hay tiendas afuera, ¿no? -dijo, como si se diera una orden a sí mismo.

Se puso la misma ropa del día anterior: pantalones oscuros, camiseta negra y el abrigo grueso que había usado la noche anterior. Ajustó las mangas, se abrochó la cremallera y se miró una vez más en el espejo del armario.

-No es mucho, pero servirá. -Apretó los puños, respirando hondo.

Antes de salir, abrió la ventana un momento. El aire frío de la mañana entró como un cuchillo, despejando sus pensamientos. Desde allí podía ver parte de la calle: un vendedor ambulante montando su puesto, un hombre barriendo la acera, una mujer arrastrando a su hijo camino al colegio. Todo parecía tan... normal.

-Así es el mundo humano, ¿eh? -pensó, apoyando un codo en el marco-. Un caos tranquilo.

Tomó su mochila, se colgó las correas al hombro. Antes de abrir la puerta, echó un último vistazo a la habitación.

-Supongo que... gracias por el refugio -murmuró al aire, más por costumbre que por devoción.

Cerró la puerta con un chasquido y bajó las escaleras del hotel. El pasillo olía a café recién hecho y a desinfectante. Al llegar al lobby, la recepcionista lo saludó con una sonrisa somnolienta.

-¿Durmió bien, joven?

Desmond la miró con un gesto neutro, apenas asintiendo.
-Lo suficiente. Gracias.

Ella se encogió de hombros.
-Si se queda más noches, me avisa. Le hago descuentico.

-Lo tendré en cuenta -respondió, aunque su tono sugería que no volvería.

Empujó la puerta de salida y el sonido de la ciudad lo golpeó de inmediato: motores rugiendo, pasos rápidos, un vendedor gritando "¡café caliente, tinto a quinientos!". El aire olía a pan recién horneado y a humo de bus.

Desmond respiró profundo.
-Hora de empezar de nuevo -susurró, con la mirada fija al frente.

Y así, con el frío de la mañana bogotana pegado a la piel y la determinación ardiendo detrás de los ojos, dio su primer paso hacia la calle.

No sabía a dónde ir exactamente, solo que debía encontrar ropa, comida y quizás... un propósito.

El día apenas comenzaba, y el mundo humano lo esperaba con su indiferencia habitual.

Al salir del hotel, Desmond respiró profundamente el aire frío de la mañana. El sol apenas asomaba entre los edificios altos, y una brisa suave agitaba su abrigo. Las calles comenzaban a llenarse de movimiento: estudiantes, oficinistas, vendedores ambulantes que abrían sus puestos, el ruido de los autos mezclándose con el murmullo de la ciudad. Todo era tan diferente a lo que conocía... tan ruidoso, pero al mismo tiempo, tan lleno de vida.

Caminó sin rumbo fijo durante unos minutos, observando los escaparates, los letreros, los rostros desconocidos. Finalmente, una vitrina le llamó la atención: una tienda de ropa alternativa. En el letrero se leía "Black Crow - Urban Style". Desmond pensó que quizá ahí podría encontrar algo más cercano a lo que solía usar.

Empujó la puerta de vidrio y entró. El sonido de una campanita marcó su llegada. Un aroma a cuero, incienso y perfume se mezclaba en el aire. La música que sonaba de fondo era suave, con guitarras distorsionadas y una voz melancólica que le recordó brevemente a los viejos días con Gaia.

Desmond recorrió los pasillos lentamente, pasando la mano por las prendas colgadas. Había chaquetas negras con cierres metálicos, pantalones ajustados, camisetas con estampados de bandas y símbolos que apenas comprendía. Tomó una chaqueta de cuero, la levantó frente a sí y frunció el ceño.

-Demasiado brillante -murmuró-. Parezco un imitador barato.

Dejó la prenda en su lugar y siguió mirando. Sin embargo, tras varios minutos, no encontró nada que lo convenciera. Nada se sentía suyo. Todo era como si alguien hubiera tomado su estilo y lo hubiera hecho artificial. Dio un suspiro resignado y se dirigió a la salida.

Justo al cruzar la puerta, chocó con alguien. El golpe fue más fuerte de lo esperado; ambos tropezaron y Desmond cayó sentado en el suelo.

-¡Ah! Lo siento, no te vi venir -dijo rápidamente, incorporándose a medias.

-Tranquilo, no fue nada -respondió una voz femenina, cálida, con un tono sereno.

Desmond levantó la mirada y sus ojos se abrieron un poco más de lo normal. Reconoció de inmediato los tatuajes que serpenteaban por los brazos de la chica. Era la misma joven del compraventa del día anterior.

-Vaya... qué coincidencia -dijo ella con una sonrisa leve-. No pensé encontrarte tan pronto.

-Ni yo -respondió Desmond, todavía algo sorprendido-. Parece que el destino no tiene nada mejor que hacer.

Ella soltó una risa suave y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Desmond la tomó; su agarre era firme, y por un instante, sus miradas se cruzaron en silencio.

-¿Cómo te ha ido desde ayer? -preguntó ella, acomodándose una chaqueta de mezclilla con parches.

-Bien... supongo. Pasé la noche en un hotel, tratando de entender cómo funciona este lugar -dijo él, rascándose la nuca-. Ahora estoy buscando algo de ropa. Perdí mis maletas, y bueno... no me queda mucho más que lo puesto.

-Qué mal -comentó la chica, haciendo un gesto de empatía-. Si quieres, puedo acompañarte. Conozco un par de tiendas con ropa buena y barata. No todas las que venden por aquí valen la pena.

Desmond arqueó una ceja, un tanto desconfiado, pero asintió después de pensarlo un momento.
-Aprecio la oferta. La verdad, me vendría bien algo de ayuda. No conozco los estilos de aquí.

-Perfecto -dijo ella con entusiasmo-. Pero espera, ni siquiera sé tu nombre.

-Desmond -respondió él.

-Laura -contestó ella, extendiendo la mano nuevamente, esta vez para saludarlo.

Desmond se la estrechó, notando lo cálida que era su piel en comparación con la suya.

-Un gusto, Laura.

-El gusto es mío. Así que eres... ¿de dónde exactamente? No suenas de por aquí.

-España -respondió él sin dudar.

-¿En serio? ¡Qué increíble! -exclamó con una sonrisa amplia-. Siempre he querido ir a España. Tiene que ser precioso allá.

-Lo es, sí... aunque a veces las apariencias engañan -dijo Desmond con una leve sonrisa melancólica.

Laura lo miró con curiosidad, pero no insistió.

-Bueno, ven. Te llevaré a un lugar que te va a encantar. Solo hay una condición.

Desmond la miró con cierta diversión.
-¿Una condición? ¿Y cuál sería?

-Que me dejes elegirte la ropa -respondió ella con un tono juguetón-. Prometo que no te haré ver ridículo.

Desmond soltó una risa sincera, la primera del día.
-Está bien. Acepto el trato. Pero si termino pareciendo un payaso, te haré responsable.

-Trato hecho -dijo ella guiñándole un ojo.

Caminaron juntos por varias calles. Laura hablaba sin parar, contándole anécdotas de la ciudad, de los lugares donde la gente se reunía a tocar música, de tiendas que vendían artículos góticos y punk. Desmond la escuchaba con atención, sonriendo de vez en cuando, aunque por dentro su mente seguía procesando todo lo que veía: el ruido, los olores, la vitalidad humana. Todo tan distinto del Infierno... tan caótico, y sin embargo, tan lleno de color.

Finalmente, llegaron frente a una tienda con un letrero que decía Gothic-Zone. Las vitrinas mostraban maniquíes vestidos con prendas oscuras, cadenas, botas y accesorios metálicos. Desmond se detuvo frente a la puerta, sorprendido.

-Esto... sí que me resulta familiar -murmuró.

-Lo sabía -dijo Laura sonriendo-. Es uno de mis lugares favoritos. Aquí seguro encuentras algo que te guste.

Entraron juntos. La iluminación del lugar era tenue, con luces violetas y una decoración que imitaba vitrales. En el fondo, sonaba música industrial a un volumen suave. Desmond sintió un extraño alivio; por primera vez desde que llegó al mundo humano, algo le recordaba su propio entorno, sus raíces, aunque no del todo humanas.

-Qué lugar más interesante... -dijo mirando a su alrededor.

-Te dije que te gustaría -contestó Laura, revisando un perchero con chaquetas-. Espera aquí, voy a buscar algo que te quede bien. Tú ve al vestidor, que te traeré las prendas.

Desmond asintió, algo divertido por la energía de la chica. Caminó hacia los vestidores, donde un espejo de cuerpo entero lo recibió con su reflejo todavía algo ajeno: un demonio disfrazado de humano, intentando adaptarse.

Mientras esperaba a que Laura regresara, se cruzó de brazos y pensó en lo extraño que era todo aquello.
-Hace apenas unos días estaba peleando por mi vida... y ahora estoy en una tienda de ropa humana esperando que una chica elija mi estilo -pensó, esbozando una sonrisa irónica.

A lo lejos, escuchó la voz de Laura llamándolo.
-¡Desmond! Tengo algo perfecto para ti. ¡Prepárate, porque vas a brillar!

Desmond negó con la cabeza, divertido, y murmuró para sí:
-Brillar no es exactamente lo mío... pero veremos qué tal.

Entró al vestidor, dejando la puerta entreabierta mientras esperaba que ella llegara con las prendas.

Y por un momento, mientras observaba su reflejo en el espejo, se preguntó si acaso algún día lograría verse como uno de ellos... o si siempre sería un forastero atrapado entre dos mundos.

Laura regresó cargando un montón de prendas entre los brazos: chaquetas, camisetas, pantalones, incluso un par de botas negras que hacían eco al chocar entre sí.
-Aquí tienes -dijo mientras dejaba la pila sobre un banco junto al vestidor-. No te quejes, porque me costó decidirme.

Desmond arqueó una ceja al ver la cantidad de ropa.
-¿Planeas vestir a un ejército o solo a mí?

-A ti, obviamente. Pero tenía que asegurarme de encontrar lo que te queda mejor. Ahora entra y cámbiate.

Desmond obedeció, cerrando la puerta detrás de él. Se quitó la chaqueta y la camisa, quedando solo con los pantalones. Miró las prendas que Laura había escogido: una camiseta negra con un símbolo de alas rojas estampado en el centro, una chaqueta de cuero con costuras desgastadas, y un pantalón oscuro con cadenas metálicas a los lados.
-No está mal -pensó-. Bastante parecido a lo que solía usar.

Se vistió con calma, observando su reflejo en el espejo mientras se ajustaba la chaqueta. Por un momento, le pareció ver al viejo Desmond... el músico, el guerrero, el demonio rebelde que solía desafiar a los suyos. Una sombra de su antigua identidad.

Laura golpeó suavemente la puerta.
-¿Ya puedo ver?

-Dame un segundo. -Desmond se pasó una mano por el cabello y respiró hondo antes de abrir la puerta-. Bien, aquí estoy.

Laura lo miró de arriba abajo y silbó con aprobación.
-Vaya... te ves increíble. La chaqueta te queda perfecta.

Desmond cruzó los brazos, fingiendo modestia.
-Supongo que no lo hiciste tan mal.

-¿"No tan mal"? Por favor, deberías darme las gracias -replicó ella entre risas-. Te juro que podrías estar en la portada de una revista gótica.

Desmond sonrió con un leve gesto divertido, pero no pudo evitar notar cómo Laura lo observaba, con esa mezcla de curiosidad y admiración.
-¿Por qué me miras así? -preguntó con media sonrisa.

-Porque tienes una vibra muy rara -respondió ella sin dudar-. No pareces de aquí. Y no me refiero solo al acento. Es como si estuvieras fuera de lugar... como si no encajaras del todo.

Desmond bajó la mirada unos segundos, pensativo.
-Supongo que no lo hago -dijo en voz baja-. Siempre me he sentido... distinto.

Laura frunció el ceño, intrigada.
-¿Distinto cómo?

Desmond dudó. Por un momento pensó en contarle la verdad: que no era humano, que venía de un reino donde los demonios tenían jerarquías, guerras y viejas cicatrices. Pero se contuvo.
-Digamos que vengo de un sitio donde la gente es... diferente. Donde las cosas no funcionan igual.

-¿Y por eso viniste aquí?

-No exactamente -respondió él, mirando su reflejo en el espejo-. Fue más bien... una huida.

Laura lo observó en silencio unos segundos. Luego sonrió suavemente.
-Bueno, si me preguntas, no pareces alguien que huye. Más bien pareces alguien que está buscando algo.

Desmond levantó la mirada hacia ella.
-¿Y tú qué crees que estoy buscando?

-No lo sé -dijo ella con un encogimiento de hombros-. Pero cuando la gente mira así, normalmente está buscando una razón para quedarse.

Desmond guardó silencio. Aquella frase le quedó resonando en la mente. No estaba seguro de querer quedarse en ningún sitio, pero... algo en esa chica, en su forma de hablar sin miedo, le resultaba tranquilizador.

Laura cambió el tema con una sonrisa.
-Bueno, sigamos. Aún falta verte con esto. -Sacó otra camiseta de la pila-. Pruébate esta, creo que te va a quedar bien.

Desmond obedeció sin protestar, quitándose la chaqueta. Laura, sin mucha timidez, lo observó mientras lo hacía. Él lo notó y arqueó una ceja.
-¿Sueles mirar así a todos los que ayudas a vestirse?

-Solo a los que se ven bien sin camisa -respondió ella divertida.

Desmond soltó una risa breve.
-Eres directa.

-Y tú eres demasiado serio. Deberías relajarte un poco -replicó ella, cruzándose de brazos-. No todo en la vida tiene que ser tan... intenso.

-Créeme, si conocieras mi vida, entenderías por qué me cuesta relajarme -dijo él con tono bajo, casi como un pensamiento que se le escapaba.

-Entonces será mi trabajo lograrlo -dijo Laura con una sonrisa segura.

Desmond volvió a ponerse la camiseta y se miró al espejo. Esta vez, el resultado lo sorprendió. La ropa encajaba perfectamente; no solo en apariencia, sino en cómo lo hacía sentir. Por primera vez desde que llegó al mundo humano, se veía a sí mismo... sin el peso del pasado inmediato.

-Admito que tenías razón -dijo finalmente-. Me gusta cómo se ve.

-Sabía que te convencería -dijo ella triunfante-. Tienes buen porte, Desmond. No muchos hombres pueden lucir así de bien el negro.

Desmond ladeó la cabeza, curioso.
-¿Así de bien, eh? ¿Eso fue un cumplido?

-Tal vez -respondió ella, sonriendo con un toque de picardía.

Ambos se rieron suavemente. Por un momento, el silencio que siguió fue cómodo, como si la tensión se hubiera disuelto. Laura miró el reloj y dijo:
-Bueno, será mejor que pagues antes de que cierren la caja.

Desmond asintió y buscó su tarjeta en el bolsillo interior de la chaqueta. Cuando fue a la caja, la dependienta lo atendió con una sonrisa profesional.
-¿Todo esto para ti? -preguntó mientras pasaba los artículos por el lector.

-Sí -respondió Desmond.

La mujer sonrió.
-Buen gusto. Total serían ciento cincuenta mil.

Desmond deslizó su tarjeta por el lector, esperando que funcionara. Un leve pitido confirmó la transacción.

-Pago aprobado -dijo la dependienta entregándole la bolsa con las prendas-. Que tengas un buen día.

-Gracias -respondió él con una leve inclinación de cabeza.

Cuando salieron de la tienda, Laura estiró los brazos y respiró hondo.
-¿Ves? Te lo dije. Nada como un cambio de look para empezar de nuevo.

Desmond la miró con una mezcla de gratitud y diversión.
-Supongo que te debo una.

-Ya me la pagarás con un café -dijo ella casualmente-. Hay una cafetería cerca, la mejor de toda la ciudad. ¿Qué dices?

Desmond pensó en negarse, pero algo en su interior lo empujó a aceptar.
-Está bien -dijo finalmente-. Pero solo si tú eliges el café. No tengo idea de cómo pedir esas cosas.

Laura rió.
-Trato hecho.

Caminaron juntos calle abajo, entre la multitud que comenzaba a llenar las avenidas. El sol se había levantado por completo, bañando la ciudad en tonos dorados. Desmond, por primera vez desde su llegada, sintió que el día no le pesaba tanto.

Y aunque no lo reconocería en voz alta, algo en Laura -su risa, su energía, su forma de hablar- le hacía sentir, aunque fuera un poco, que quizá no estaba tan solo en ese nuevo mundo.

El viento de la mañana había cambiado. Ya no era tan frío como antes, aunque seguía arrastrando el olor a pan recién horneado, a café y a gasolina vieja. Laura caminaba al lado de Desmond con paso ligero, la chaqueta de mezclilla ondeando levemente con cada movimiento. Él, en cambio, avanzaba más despacio, observando los edificios, los anuncios pegados en las paredes, la gente que pasaba hablando por teléfono o corriendo al trabajo. Era un mundo lleno de ruido... pero, de alguna forma, ese ruido lo calmaba.

-Por aquí -dijo Laura, señalando una esquina donde se levantaba una cafetería pequeña, con un letrero que decía *Café Aurora*.
El lugar tenía ventanales amplios y una luz cálida que escapaba hacia la acera. El aroma del café tostado era fuerte, envolvente.

Entraron. Las tazas tintineaban detrás del mostrador, y una canción suave sonaba en los altavoces. Laura saludó a la chica de la caja con familiaridad.
-Lo de siempre, Luisa -dijo con una sonrisa.
-¿Y para el caballero? -preguntó la barista, mirando a Desmond.
-Lo mismo -respondió él, sin tener idea de qué había pedido Laura.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana. Afuera, la ciudad seguía en movimiento constante, como si el mundo nunca descansara.

Desmond sostuvo la taza entre las manos y observó el vapor que subía lentamente.
-Huele bien -comentó.
-Lo es -respondió ella, dándole un sorbo-. Este café me ha salvado más veces de las que puedo contar.

Desmond arqueó una ceja.
-¿Salvado?

Laura soltó una risa breve, aunque sin alegría.
-Sí. No literalmente, claro. Pero cuando vives corriendo entre tres trabajos y apenas duermes, el café se vuelve tu mejor amigo.

Desmond dejó la taza sobre la mesa.
-Tres trabajos... -repitió en voz baja-. ¿Cómo haces para aguantar eso?

Ella se encogió de hombros.
-No me queda de otra. Mi mamá está enferma, necesita medicinas caras. Y... -su voz bajó un poco- mi hermana murió hace dos años. Tenía una hija pequeña. Yo la estoy criando.

Desmond se quedó en silencio. Sus ojos, normalmente fríos, se suavizaron.
-Lo siento -dijo con sinceridad-. No debió pasar algo así.

Laura le restó importancia con un gesto, aunque la tristeza seguía en su mirada.
-Era muy joven. Un accidente. Desde entonces, he hecho lo que puedo. No tengo mucho tiempo para mí, pero... bueno, al menos la niña está bien. Se llama Sofi, tiene siete años. Le encanta dibujar.

Desmond sintió un nudo en el pecho. Por un segundo, imaginó a su hijo adoptivo, el pequeño sabueso infernal, con su cuaderno de dibujos, riendo.
-Debe ser una niña increíble -dijo, apenas conteniendo la emoción.

-Lo es -respondió Laura con una sonrisa nostálgica-. Tiene la misma sonrisa que mi hermana. A veces, cuando la miro, siento que mi hermana no se fue del todo.

Desmond asintió lentamente. Hubo un silencio largo entre ellos, pero no incómodo. Más bien, era un silencio lleno de comprensión, de algo compartido.
Laura lo observó con curiosidad.
-¿Y tú? -preguntó al fin-. ¿Qué haces, Desmond?

Él apartó la mirada, sin saber cómo responder. No podía decir "soy un demonio fugitivo del infierno que ahora intenta entender el mundo humano". Así que improvisó.
-Solía dedicarme a la música. -Bebió un sorbo de café-. Pero ahora... estoy empezando de nuevo.

-¿Música? -preguntó ella, interesada-. ¿De qué tipo?

-Una mezcla -respondió con una media sonrisa-. Algo entre rock y rap.

-Vaya, eso suena bien. ¿Y dejaste todo eso atrás?

Desmond bajó la mirada.
-Digamos que tuve que hacerlo. Hay cosas que no se pueden recuperar... por mucho que uno lo intente.

Laura lo miró un momento, notando el tono en su voz.
-Hablas como alguien que perdió algo importante.

Desmond no respondió de inmediato. Su mirada se perdió en la ventana, donde el reflejo del vidrio le devolvía un rostro que ya no sentía suyo.
-Alguien -corrigió con voz baja-. No algo.

Laura no insistió. Lo observó en silencio, notando cómo sus dedos jugaban con el borde de la taza, casi como si intentara distraerse.
-¿Era tu pareja? -preguntó al cabo de un rato, con cuidado.

Desmond respiró hondo.
-Sí. -Tocó con los dedos el anillo plateado que llevaba en la mano izquierda, girándolo lentamente-. Se llamaba Skyler.

Laura asintió, comprendiendo sin palabras.
-La perdiste.

-No la perdí -respondió Desmond, mirando el anillo-. Ella sigue conmigo, de algún modo. No pienso olvidarla.

Hubo una pausa. Laura se inclinó un poco hacia adelante.
-No te estoy diciendo que la olvides -dijo suavemente-. Solo que a veces, uno puede seguir adelante sin dejar atrás a quien amó.

Desmond levantó la vista. Por un instante, sus ojos se cruzaron con los de ella. Había algo cálido allí, algo que le recordaba que el mundo humano no era solo caos, sino también esperanza.

-Quizá -dijo finalmente, con una sonrisa triste-. Pero aún no sé cómo hacerlo.

Laura sonrió de vuelta, aunque sus ojos brillaban con una ternura que decía más que sus palabras.
-Nadie lo sabe -susurró-. Uno solo aprende... a seguir respirando.

El silencio volvió, pero esta vez fue más íntimo. La luz del mediodía se filtraba por la ventana, dibujando reflejos dorados sobre la mesa. Desmond bajó la mirada, intentando ocultar el leve temblor en sus manos. Sentía algo extraño: una mezcla de consuelo y culpa.

No quería sentir nada más por nadie. No después de Skyler. Y, sin embargo, Laura irradiaba una calidez que lo desarmaba poco a poco, como si la vida le estuviera recordando que, incluso después del infierno, el corazón todavía podía latir.

Laura rompió el silencio.
-¿Sabes? -dijo con una sonrisa más ligera-. Me caes bien, Desmond. Tienes esa cara de tipo serio, pero en el fondo... pareces alguien bueno.

Desmond soltó una risa breve.
-¿Bueno? No sé si esa palabra me queda.

-Créeme, lo sé cuando lo veo -replicó ella, dándole un pequeño golpecito en el brazo-. Además, si fueras un idiota, no habrías escuchado mi historia sin intentar cambiar de tema.

-Supongo que tienes razón -admitió él, levantando la taza para ocultar su sonrisa.

Ambos se rieron suavemente. La conversación, de a poco, se volvió más ligera: hablaron del clima, de música, de lugares que Laura soñaba conocer y de cómo Desmond todavía intentaba entender la lógica de las calles humanas.

Cuando terminaron el café, Laura miró el reloj y suspiró.
-Tengo que irme. En media hora entro a mi segundo trabajo.

-Tres trabajos, ¿eh? -dijo Desmond, poniéndose de pie-. Me estás dejando mal.

-Pues ponte a hacer algo útil, músico -dijo ella, sonriendo mientras se colgaba su bolso-. Y no desaparezcas. Si mañana me encuentro contigo de nuevo, te invito otro café.

Desmond asintió, mirándola mientras se alejaba hacia la puerta.
-Trato hecho -dijo con una voz suave, casi inaudible.

Cuando Laura salió, Desmond se quedó un rato más, observando el reflejo de la calle en la ventana. Tocó el anillo una vez más, como si pudiera sentir a Skyler a través del metal.
-No te estoy olvidando... -susurró-. Solo estoy aprendiendo a vivir sin ti.

Y por primera vez desde que cruzó al mundo humano, esas palabras no dolieron tanto.

CAP 76

El eco de una nueva melodía

Ya había pasado una semana desde que Desmond llegó al mundo humano.
Una semana que, aunque breve, se sintió como un ciclo entero de adaptación forzada.

El infierno, pese a su reputación de caos, era también una ciudad: colosal, brillante, plagada de tecnología demoníaca, de torres negras que competían con las nubes de azufre, de trenes suspendidos sobre ríos de magma y de pantallas que proyectaban anuncios de contratos infernales.
Un lugar donde las leyes existían, sí, pero se doblaban con la misma facilidad con que se encendía un cigarro.
Una civilización avanzada... y al mismo tiempo podrida desde su base.

Bogotá no le resultaba tan distinta.
Era otro infierno, pero con normas más visibles: impuestos, horarios, trancones y semáforos que dictaban el ritmo de la condena diaria.
Un infierno con orden y sonrisas falsas.

Desmond ya se había medio adaptado a esas reglas invisibles que regían a los humanos. Había aprendido que aquí también existían jerarquías, solo que no se medían por poder o linaje demoníaco, sino por dinero, estatus y apariencias.
—No hay tanta diferencia —pensó mientras observaba el cielo gris desde la ventana del pequeño hotel donde se hospedaba.

A veces, el humo de los buses le recordaba las cenizas del Averno; y las luces de neón de las avenidas, a las almas condenadas que flotaban sin rumbo en el fuego perpetuo.

Estaba acostado sobre la cama, con el celular en la mano, deslizándose por las redes humanas que había descubierto hacía unos días. Había instalado algo llamado List*agram*, una plataforma donde la gente compartía fotos de su vida como si fueran trofeos. A veces se reía en silencio al ver las expresiones forzadas de felicidad, y otras, sentía cierta melancolía.

Mientras revisaba las publicaciones, su mirada se detuvo en una foto familiar: Laura, la chica de la cafetería, sonriendo junto a una niña de cabello rizado. El texto decía:
"Día de juegos con mi sobrina 💞"

Desmond no pudo evitar sonreír ligeramente. Había algo en esa imagen que lo tranquilizaba, una sensación cálida que no entendía del todo.
—Qué mundo tan raro... —murmuró, con una mezcla de curiosidad y nostalgia.

Sin pensarlo demasiado, dejó un comentario breve:
"Qué linda foto. Se ven felices 😊"

Apagó la pantalla y se quedó mirando el techo, con la mente vagando entre recuerdos.

Skyler. Scott. Natally. Antrox.

Sus nombres eran ecos lejanos que aún pesaban en su pecho.
—¿Cómo estarán sin mí? —susurró.
La voz apenas rompió el silencio de la habitación.

Cerró los ojos por un momento, y entonces lo golpeó un recuerdo vívido: la última vez que los vio, una semana antes de su huida. Fue en su casa, en el sector occidental de la gran ciudad infernal, un distrito donde los edificios se elevaban altos y autopistas suspendidas.

Aquella noche, el aire olía a ceniza y vino viejo.
El cielo, teñido de rojo profundo, iluminaba las ventanas con un resplandor inquietante.
Dentro, la casa se sentía más viva que nunca... pero también más triste.

Skyler estaba sentada en el sofá, con las manos entrelazadas y una copa de vino infernal que apenas había tocado. Su sonrisa era serena, pero sus ojos, cansados.
Natally trataba de mantener una conversación ligera sobre la banda, pero su voz temblaba cada tanto.
Antrox permanecía apoyado en la pared, observando en silencio, con el ceño fruncido y los

brazos cruzados, como si estuviera conteniendo algo que no quería decir.
Y Scott, el pequeño Scott, jugaba en el suelo con su cuaderno de dibujos, ajeno a la tensión que flotaba en el ambiente.
De vez en cuando levantaba la vista y preguntaba cosas simples, inocentes.
—Papá, ¿vas a cantar en otro concierto mañana?

Desmond lo miró. El corazón le pesó.
—No, hijo. No mañana —respondió con una sonrisa leve.
Scott asintió, concentrado otra vez en su dibujo. Había trazado una figura con alas y ojos rojos, y escribió en letras torcidas: "Papá héroe."

El silencio volvió a apoderarse del salón. Solo se escuchaba el zumbido lejano de los autos infernales y el sonido del fuego ardiendo en la chimenea.
Skyler tomó aire, intentando sonar natural.
—Deberías descansar, Desmond. —Su voz era suave, casi un susurro—. No tienes que cargar con todo tú solo.

—Ya lo sé —dijo él, bajando la mirada hacia el suelo—. Pero alguien tiene que hacerlo.

Nadie respondió.
Natally se limitó a asentir, con los ojos brillando a la luz del fuego.
Antrox apartó la vista, fingiendo que observaba el cuadro colgado en la pared, pero la tensión en su mandíbula lo delataba.

Fue entonces cuando Skyler se acercó. Puso una mano en el hombro de Desmond.
—Solo prométeme que volverás.

Desmond alzó la mirada, atrapado entre el amor y la culpa.
—Lo prometo —dijo. Pero la voz no le salió firme.
Skyler lo notó, pero no lo corrigió. Solo lo abrazó.

Ese abrazo fue largo, silencioso, lleno de todo lo que ninguno de los dos podía decir.
Scott se unió, rodeando a ambos con sus brazos pequeños.
Natally sonrió débilmente, y Antrox, finalmente, bajó la cabeza.
Nadie lo dijo en voz alta, pero todos sabían que esa era la última vez que verían a Desmond en mucho tiempo.

Y así, entre abrazos, vino y un fuego que se apagaba lentamente, se despidieron sin palabras.
La casa quedó en silencio, salvo por el eco lejano de un bus que cruzaba el abismo.

Ahora, desde ese pequeño hotel en Bogotá, esas memorias lo atravesaban como cuchillas lentas.
—Espero que estén bien... —dijo al aire—. Que mi partida no les haya causado problemas.

El silencio volvió a adueñarse del cuarto. Se escuchaban apenas los ruidos de la ciudad: un claxon lejano, pasos en el pasillo, el zumbido del televisor apagado.

Desmond giró sobre la cama, buscando una posición cómoda, cuando una notificación iluminó la habitación.

El sonido metálico del teléfono lo sacó de su ensimismamiento.
Tomó el dispositivo con cierta pereza, pero su ceño se arqueó al ver la pantalla:

"Nuevo seguidor: Lau___exe"

—¿Lau... exe? —repitió en voz baja, con una sonrisa apenas perceptible.

Abrió el perfil con curiosidad, y sus sospechas se confirmaron. Era Laura, la misma chica de la cafetería: cabello negro, sonrisa amable. En su perfil había fotos de lugares de la ciudad, cafés, atardeceres, libros y una que otra selfie. Todo muy humano, muy normal... y, curiosamente, reconfortante.

Sin dudar, aceptó la solicitud. Apenas tres minutos después, un mensaje nuevo apareció.

Laura: Hola 😊
Desmond se quedó observando la pantalla unos segundos antes de responder. No estaba acostumbrado a las interacciones humanas por mensaje; en el infierno, las conversaciones eran cara a cara... o mente a mente. Pero había algo en ese simple "hola" que lo hizo sonreír.

Desmond: Hola, ¿cómo estás?
Laura: Bien 😄 ¿y tú?
Desmond: Bien también. Adaptándome todavía, pero sobrevivo.
Laura: Jajaja, ya te acostumbrarás. Bogotá puede ser un caos, pero tiene su encanto.
Desmond: Lo he notado. Caos con encanto... suena como mi tipo de lugar.

Una pausa. Luego, otro mensaje.
Laura: Oye... ¿te gustaría que nos viéramos un día de estos?

Desmond levantó una ceja. Su instinto demoníaco, siempre alerta, le susurró que fuera cauteloso. Pero su lado humano —ese que cada día ganaba terreno— lo empujó a aceptar sin pensarlo demasiado.

Desmond: Me gusta la idea. ¿Dónde y a qué hora?
Laura: En la Plaza de Bolívar. A las 3 p.m. ¿Te parece bien?
Desmond: Perfecto. Estaré ahí sin falta.

Guardó el teléfono y lo dejó sobre la mesa de noche. Su reflejo en el espejo del cuarto le devolvía la mirada, como si evaluara en silencio su propia humanidad.
—Una cita... —murmuró, apenas creyéndolo—. Hace siglos que no tengo una.

Se levantó, caminó hacia la ventana y apartó la cortina. La tarde bogotana se teñía de un tono dorado, y el viento arrastraba el sonido distante de los vendedores ambulantes.
Por un instante, Desmond sintió algo parecido a la paz.

Pero esa sensación pronto se vio interrumpida por su mente analítica:
¿Y si Laura sospecha?
¿Y si alguien me sigue rastreando?
¿Y si el cazador ya está en el mundo humano...?

Apretó los puños, respiró hondo y trató de calmarse.
—No —dijo en voz baja—. No hoy. Hoy no voy a pensar en eso.

Volvió a la cama, apagó las luces y se quedó mirando el techo otra vez.
La ciudad seguía viva allá afuera, con su caos encantador.

Y mientras sus ojos se cerraban lentamente, una idea le cruzó la mente como un susurro:
"Mañana... quizás pueda sentirme un poco más humano."

Al día siguiente, el reloj marcaba exactamente las 2:00 de la tarde cuando Desmond abrió los ojos. Una luz cálida se filtraba por la cortina del pequeño cuarto de hotel, bañando el piso con un tono dorado. Se quedó unos segundos mirando el techo, escuchando el murmullo del tráfico de la ciudad allá afuera, el ruido de los vendedores ambulantes, el eco de bocinas y pasos... Bogotá seguía viva, caótica y ruidosa, como siempre.

Se incorporó lentamente, frotándose los ojos. El cansancio aún se notaba en su cuerpo; no era físico, era mental. Había pasado tanto tiempo pensando en todo lo que había dejado atrás, que a veces olvidaba que ahora tenía algo distinto frente a él: una vida nueva.

Desmond miró el reloj de nuevo: 2:03 p.m.
—Hora de moverme —murmuró con voz ronca.

Entró al baño, dejando atrás la cama desordenada. Frente al espejo, observó su reflejo. Aún le costaba reconocerse: su mirada se veía más serena que días atrás, pero el brillo rojizo que solía tener en los ojos seguía oculto, contenido, disfrazado entre tonos humanos.

Mientras el agua caliente caía sobre su cuerpo, Desmond no pudo evitar pensar en Laura. Era curioso... jamás imaginó que una humana pudiera ocupar tanto espacio en su mente. No de la forma en que un demonio podría desear a alguien, sino en esa forma sutil y silenciosa con la que alguien te recuerda que el mundo todavía tiene algo de bondad.

Laura era, para él, una especie de anomalía. En un mundo donde la mayoría de las personas lo miraban con indiferencia o sospecha, ella lo había tratado como si lo conociera desde siempre. Había algo en su mirada —esa mezcla de cansancio y fuerza— que le recordaba a sí mismo, a su propio reflejo en los días más oscuros.

Pensó en su cabello negro, tan liso que parecía fluir con el viento como una corriente de tinta. Era un contraste perfecto con su piel clara, y cuando caminaba, parecía que cada hebra tenía voluntad propia. No podía evitar fijarse en cómo esa cabellera se movía, en la naturalidad con la que ella existía dentro de su estilo gótico, sin forzarlo, sin impostarlo.

Sus tatuajes también lo intrigaban. No eran simples dibujos; cada trazo parecía tener una historia. Rosas, espinas, constelaciones y figuras abstractas se entrelazaban en sus brazos como si narraran una vida marcada por la resistencia. En ellos, Desmond veía símbolos: flores que nacen entre grietas, belleza que florece incluso en el dolor. Y eso, en cierta manera, lo conectaba con ella.

Había algo profundamente auténtico en Laura. No intentaba impresionar a nadie, no fingía ser algo que no era. Caminaba con paso firme, hablaba con una seguridad que no necesitaba demostrar. Era una persona que había hecho las paces con sus cicatrices, y eso, para alguien como Desmond —que llevaba tantas marcas invisibles—, era casi hipnótico.

Pensó también en su voz. Tenía un tono tranquilo, casi melancólico, pero lleno de determinación. No era una voz que buscara llamar la atención, sino una que te invitaba a quedarte escuchando, como si cada palabra estuviera sostenida por una historia que no se contaba del todo.

Lo que más le impresionaba no era su apariencia, sino la manera en que lo hacía sentir. Al estar con ella, el ruido dentro de su cabeza se apagaba un poco. Por un instante, el peso de sus errores, de sus crímenes y su pasado infernal se volvía más liviano. Laura no lo trataba como a un monstruo, ni como a un extraño. Lo trataba como a alguien normal, y esa simpleza era tan poderosa que le resultaba desconcertante.

"Quizá eso es lo que significa ser humano", pensó mientras el vapor empañaba el espejo. No se trataba de tener un alma pura ni una vida perfecta; se trataba de seguir caminando incluso cuando el mundo te había roto más de una vez.

Laura era, sin saberlo, su puente hacia ese entendimiento.
Una prueba viviente de que incluso los seres más dañados podían encontrar una forma de reconstruirse sin perder su esencia.

Y, por primera vez en mucho tiempo, Desmond se permitió admitirlo en silencio:
no quería perder ese vínculo. No quería volver a la oscuridad del aislamiento.

Ella era, en cierto modo, el recordatorio más humano que le había dado el mundo humano.

El vapor llenó el baño, empañando el espejo. Desmond suspiró y dejó que el agua siguiera cayendo. Después de unos minutos, cerró la llave, tomó una toalla y se secó. Frente al espejo, pasó los dedos por el cuello, donde antes solía llevar un colgante infernal, un símbolo que ahora había dejado guardado, lejos de miradas curiosas.

—Supongo que esto también es parte de empezar de nuevo —murmuró, mientras se vestía.

De entre la ropa doblada sobre la silla, eligió una camisa oscura y una chaqueta negra que Laura había escogido para él días atrás. Se veía diferente, más humano, más parte de ese mundo.

Al salir del hotel, el aire de la tarde le dio de lleno en el rostro. El cielo estaba cubierto de nubes, pero la temperatura era agradable. Caminó por las calles del centro, observando a su alrededor: turistas con cámaras, oficinistas apurados, vendedores de café gritando sus ofertas, músicos callejeros tocando ritmos andinos. Todo le parecía una sinfonía de caos y vida.

Cuando llegó a la Plaza de Bolívar, miró la hora en su teléfono: 2:50 p.m.
Se sentó en una de las bancas frente a la Catedral Primada y apoyó los codos sobre las rodillas.

Pasaron quince minutos. El sol se escondía intermitente entre las nubes cuando una voz familiar lo sacó de sus pensamientos:
—Vaya, parece que sí te gustó la ropa que te escogí.

Desmond levantó la mirada. Laura se acercaba sonriendo, con una elegancia natural. Llevaba una chaqueta de cuero, un top negro y una falda corta con medias de encaje. Su cabello brillaba bajo la luz grisácea del día, y sus ojos, delineados con negro, parecían observarlo con curiosidad.

—La verdad... sí. —Desmond se levantó, esbozando una sonrisa leve—. No pensé que me quedaría tan bien.

—Te hace ver más tú —respondió ella con una pequeña sonrisa ladeada—. Aunque todavía tienes ese aire misterioso.

Desmond soltó una pequeña risa.
—Eso no puedo evitarlo.

—Perfecto, entonces estás listo para el plan de hoy. —Laura cruzó los brazos con gesto travieso.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Desmond, arqueando una ceja.

—Vamos al bar donde trabajo. Es uno de los lugares más lindos de la ciudad. Tiene vista panorámica, buena música y cócteles que te van a encantar.

—Suena bien —respondió él, ajustando su chaqueta—. Me gusta la idea.

—Entonces, sígueme.

Laura le tomó la mano sin dudar, y Desmond apenas alcanzó a reaccionar. Su piel era cálida, viva. Apretó suavemente sus dedos mientras la seguía entre la multitud.

Cruzaron varias calles hasta llegar a una estación de TransMilenio. Cuando las puertas se abrieron, una masa de gente los empujó hacia adentro. El bus estaba lleno, tanto que apenas podían moverse.

—Bienvenido al transporte público —dijo Laura, riendo mientras intentaba no perder el equilibrio.

—Esto... es peor que un campo de batalla —respondió Desmond, tratando de sostenerse del tubo metálico.

—Ya te acostumbrarás. —Ella lo miró de reojo, divertida—. O al menos eso dicen.

Durante el trayecto, la conversación fluyó entre risas y silencios cómodos. Laura le contó sobre su trabajo en el bar, sobre cómo había llegado a Bogotá y las cosas que más le gustaban de la ciudad. Desmond escuchaba con atención, aunque en el fondo sentía una leve incomodidad: cada pregunta sobre su pasado era un campo minado.

—¿Y tú? —preguntó ella de pronto—. ¿Por qué viniste desde España?

Desmond desvió la mirada hacia la ventana, donde la ciudad se deslizaba a toda velocidad.
—Digamos que necesitaba empezar de cero —respondió con una sonrisa forzada.

Laura asintió despacio.
—A veces el pasado pesa más de lo que debería.

Desmond la miró, sorprendido por lo mucho que había acertado sin saberlo.
—Sí... —dijo en voz baja—. Mucho más de lo que imaginas.

El silencio los envolvió por un momento, roto solo por el traqueteo del bus. Luego, ella cambió el tema y ambos rieron por cosas sin importancia: un pasajero dormido, un vendedor que subió a cantar, una señora que discutía con el conductor.

Al llegar a una de las últimas estaciones, bajaron con cierta dificultad, empujados por la multitud. El aire fresco los golpeó cuando salieron.

—Vamos, ya falta poco —dijo Laura, señalando una calle ascendente.

Caminaron unas cuadras más, entre edificios modernos y luces que comenzaban a encenderse. A lo lejos, un letrero en neón brillaba con tonos violeta y azul.

Laura sonrió y apuntó hacia él.
—Ahí está. Bienvenido a Luna Alta.

Desmond levantó la vista. El bar se alzaba sobre una terraza elegante, con ventanales que reflejaban la ciudad entera. Desde afuera ya podía oír el suave ritmo del jazz mezclado con voces y risas.

Por primera vez en mucho tiempo, Desmond sintió algo parecido a curiosidad genuina. Quizá ese día, sin saberlo, estaba comenzando a entender lo que significaba vivir como un humano.

El sonido de la ciudad quedó atrás cuando Desmond y Laura atravesaron la puerta del bar. Un aire más fresco, mezclado con aroma a licor, madera y perfume caro, los envolvió de inmediato.

Las luces eran tenues, doradas y moradas, y el reflejo de los ventanales mostraba la vista panorámica de la ciudad extendiéndose bajo ellos como un mar de luces en movimiento.

—Wow... —susurró Desmond, observando el lugar con cierta admiración—. No esperaba que fuera tan elegante.

—Te lo dije —respondió Laura con una sonrisa orgullosa—. Aquí se presentan artistas casi todas las noches. Hoy tenemos algo especial.

Caminaron entre las mesas. A un costado del bar, un pequeño escenario iluminado por focos azules se preparaba para recibir a una banda. Técnicos ajustaban cables, guitarras descansaban sobre soportes, y un baterista probaba el bombo marcando un ritmo suave que hacía vibrar el suelo.

—Hoy hay bandas presentándose —dijo Laura mientras le hacía una seña al mesero para que les guardara una mesa junto al escenario—. Algunas son locales, otras vienen de Medellín y Cali. La música aquí nunca falta.

Desmond asintió, observando el escenario con cierta nostalgia.
—Hace tiempo no piso un sitio así...

—¿Te gusta la música en vivo? —preguntó ella, acomodándose el cabello.

Desmond sonrió apenas.
—Más de lo que imaginas. Yo tenía una banda... hace años.

Laura levantó una ceja, interesada.
—¿Ah, sí? ¿Cómo se llamaba?

—Gaia —respondió él, dejando escapar una leve risa, como quien recuerda un sueño antiguo.

—¿Gaia? —repitió Laura con curiosidad—. ¿Como la titán de la mitología griega?

—Exacto —dijo él, mirando hacia el escenario—. Era un nombre poderoso, o al menos eso pensábamos. Representaba la fuerza de la tierra, el equilibrio... o algo así. Éramos jóvenes, sonaba bien.

Laura apoyó los codos sobre la mesa, acercándose un poco.
—¿Y qué tipo de música tocaban?

—Rock en español, punk y metal sobre todo. —Desmond miró sus propias manos, recordando los días en los que sostenía el micrófono con la banda detrás—. Hacíamos covers de una banda que... no recuerdo su nombre ahora.

Laura lo miró con una sonrisa traviesa.
—¿No me digas que era Mägo de Oz?

Desmond alzó la vista, sorprendido.
—Sí... ese era el nombre. Mägo de Oz.

—Sabía que ibas a decir eso. —Rió ella, dándole un pequeño golpe en el brazo—. ¡Típico! Casi todos los que aman el rock en español pasaron por una etapa de Mägo de Oz.

—No lo dudo —dijo él con una sonrisa más amplia—. Tocábamos sus canciones todo el tiempo. "Fiesta pagana", "Molinos de viento", esas cosas... Nunca fallaban con el público.

—Esa banda tocó hace poco aquí, en Bogotá —dijo Laura mientras se apoyaba en el respaldo de la silla—. Vinieron al Movistar Arena hace unos meses. Fue una locura.

Desmond bajó la mirada por un instante, con un tono melancólico.
—Hubiera dado lo que fuera por estar ahí.

Laura lo observó en silencio, percibiendo la tristeza oculta tras su voz.
—Tal vez tengas otra oportunidad —dijo finalmente—. Quién sabe, a veces los caminos se repiten.

El mesero llegó con una sonrisa profesional.
—¿Qué van a tomar?

Laura fue la primera en hablar.
—Yo quiero un Cosmopolitan. —Luego miró a Desmond—. ¿Y tú?

—Algo sencillo... —respondió él, observando la carta—. Un Whiskey sour.

—Perfecto —anotó el mesero y se retiró.

Mientras esperaban, el bar comenzó a llenarse. La primera banda subió al escenario, un grupo joven con guitarras distorsionadas y una vocalista de voz rasgada. El sonido llenó el lugar con energía cruda.

Laura se inclinó hacia él para hablar más cerca, por encima de la música.
—Entonces... ¿qué pasó con tu banda?

Desmond tardó en responder. Sus ojos se perdieron en el escenario, donde el guitarrista tocaba un solo improvisado.
—Nos separamos. Las cosas cambiaron, la vida nos llevó por caminos distintos. Yo... decidí seguir solo.

—¿Y no te arrepientes? —preguntó Laura, girando su copa lentamente entre los dedos.

—A veces sí —admitió—. Pero en ese entonces creí que era lo correcto. Había demasiadas cosas pasando, demasiadas sombras siguiéndome.

Laura lo miró con interés.
—Hablas como si hubieras vivido cien años.

Él sonrió levemente, sin negar ni afirmar.
—Tal vez he visto más de lo que debería.

—Entonces eres un alma vieja —bromeó ella.

—O un alma cansada —replicó él, y ambos rieron.

Los cócteles llegaron, y la conversación se volvió más fluida. Entre sorbos y risas, comenzaron a compartir fragmentos de su historia.

Laura habló de su infancia en una ciudad pequeña, de cómo había venido a Bogotá buscando algo que no sabía nombrar.
—Supongo que vine persiguiendo libertad —dijo—. Pero a veces la libertad también pesa.

—Sí —asintió Desmond—. A veces es más fácil vivir encadenado a lo que conoces.

Ella lo miró en silencio, con una mezcla de curiosidad y empatía.
—Tú hablas mucho de sombras y cadenas... ¿te pasó algo?

Desmond dudó. Por un instante, pensó en Skyler, en el infierno, en los gritos y la guerra, en todo lo que había dejado atrás.
Pero no podía contarle eso. No todavía.

—Digamos que tuve que dejar atrás a alguien importante —dijo finalmente, con una voz baja y sincera—. Alguien que todavía me acompaña, aunque esté lejos.

Laura lo entendió sin pedir más explicaciones.
—A veces las personas que más nos marcan son las que se quedan dentro, aunque ya no estén.

Desmond asintió.
—Sí... exactamente eso.

El ambiente se volvió más íntimo conforme la noche avanzaba. Las luces eran suaves, las copas se vaciaban despacio, y las bandas seguían tocando canciones que hablaban de amor, pérdida y redención.

En medio de una de esas canciones, Laura se recostó un poco hacia él.
—¿Sabes? No pensé que fueras tan profundo —dijo con una sonrisa ligera.

Desmond rió entre dientes.
—¿Y qué esperabas?

—No sé... cuando te conocí, pensé que eras el típico tipo callado y misterioso. De esos que huyen cuando hablas demasiado.

—No estaba huyendo —respondió él, mirándola a los ojos—. Solo estaba... aprendiendo a escuchar.

Laura sostuvo su mirada por un segundo más largo de lo normal, y luego desvió la vista hacia el escenario.
—Eres raro, Desmond. Pero me gusta eso.

Él no respondió, pero una leve sonrisa se dibujó en sus labios.
Por dentro, sentía algo distinto. No era deseo, ni enamoramiento. Era confianza.
Un calor silencioso, una sensación que le recordaba que tal vez, después de tanto tiempo, podía permitirse abrir un pequeño espacio en su corazón sin traicionar su pasado.

El recuerdo de Skyler seguía allí, constante, imposible de borrar. Era su ancla, su historia, su amor verdadero.
Pero Laura... Laura era la luz tenue que lo ayudaba a recordar quién era cuando todo lo demás se había vuelto oscuridad.

Y mientras la música llenaba el bar, Desmond levantó su copa y dijo:
—Por las segundas oportunidades.

Laura chocó su copa con la de él.
—Y por las personas que llegan cuando menos lo esperas.

Ambos bebieron, sonriendo. Afuera, Bogotá seguía iluminada.
Dentro, por primera vez desde que había llegado al mundo humano, Desmond se sentía un poco más vivo.

El murmullo del bar se mezclaba con el humo tenue de los cigarrillos y el eco de una guitarra eléctrica afinándose al fondo. Las luces rojizas y moradas titilaban sobre las botellas de licor, reflejando destellos en el rostro de Laura, que hablaba con una soltura encantadora, como si todo en ese momento le perteneciera.

Desmond la observaba en silencio, con el codo apoyado sobre la mesa, girando lentamente el vaso entre los dedos. Había algo hipnótico en su forma de moverse, en cómo sonreía sin miedo, cómo su mirada se clavaba en la suya sin intención de huir.

—¿Sabes? —dijo ella, con un tono juguetón—. No pensé que fueras tan callado.
—No suelo tener mucho que decir —respondió Desmond, encogiéndose de hombros.
—Eso dicen todos los que esconden algo —replicó ella, con una sonrisa traviesa.

Desmond arqueó una ceja.
—¿Y qué crees que escondo yo?
—No lo sé... —Laura se inclinó un poco hacia él, bajando la voz—. Pero hay algo en tu forma de mirar. No es la típica mirada de alguien de aquí. Tienes algo... diferente.

El corazón de Desmond dio un pequeño salto. Por un segundo, temió que ella pudiera ver más de lo que debía, que ese "algo diferente" fuera una pista de lo que realmente era. Pero Laura no parecía sospechar nada. Más bien lo miraba con una curiosidad casi afectuosa.

—Tal vez solo soy un extranjero con demasiadas historias —dijo él.
—O tal vez eres alguien que ya vivió demasiado —respondió ella, bebiendo el último sorbo de su coctel.

Desmond sonrió sin saber qué contestar.
El silencio entre ambos no fue incómodo; al contrario, tenía un peso suave, íntimo.

La banda comenzó a tocar una balada rock con un aire melancólico. Las luces bajaron, tiñendo el ambiente de tonos azulados. Laura apoyó la barbilla en la mano, observando el escenario, y sus tatuajes floreados parecían moverse con el parpadeo de la luz.

Desmond no pudo evitar fijarse en ellos. Las líneas eran delicadas, cuidadosas, como si cada trazo contara una historia. Y por alguna razón, esa piel humana, tan imperfecta y cálida, lo fascinaba.

—¿Qué piensas? —preguntó ella de pronto, sin apartar la vista del escenario.
—En nada... o tal vez en todo —contestó él.
—¿Todo incluye a mí? —dijo Laura, sonriendo sin mirarlo.

Desmond la miró fijo. Por un segundo, no supo qué responder.
Ella lo notó y soltó una risita baja.
—Tranquilo, era una broma... bueno, casi.

Él bajó la mirada, incómodo, pero también intrigado. Laura tenía esa habilidad de atravesar sus defensas sin siquiera esforzarse. Había conocido demonios, guerreros, almas perdidas... pero nadie que lo desarmara con una simple sonrisa.

La conversación siguió fluyendo, ligera al principio, pero pronto se tornó más profunda. Hablaron de sus vidas, de lo que habían dejado atrás, de sueños que alguna vez parecieron posibles. Laura contó que trabajaba en ese bar para costear sus estudios, que pintaba cuando podía, y que había aprendido a no confiar en nadie.

—¿Y por qué confías en mí, entonces? —preguntó Desmond, con una mezcla de ironía y curiosidad.
Laura lo miró directo a los ojos.
—No lo sé. Pero contigo siento que no tengo que fingir nada. Y eso me asusta un poco.

Desmond tragó saliva. Ese tipo de frases solían ser una advertencia... pero en su interior, algo se encendió.
Había una sinceridad tan pura en esas palabras que lo descolocó.

Y ahí lo sintió: esa conexión creciente, ese calor extraño que comenzaba a elevarle el pulso.

Intentó no mirarla tanto, no dejarse llevar por el brillo en sus ojos ni por el modo en que jugaba con su cabello, pero era imposible. Todo en ella lo atraía.

Y por eso, se levantó abruptamente.
—Voy al baño —murmuró.

Laura lo siguió con la mirada, confundida, pero no dijo nada.

El baño estaba semioscuro, iluminado solo por un tubo fluorescente que parpadeaba de vez en cuando. Desmond cerró la puerta y apoyó las manos en el lavabo.

El reflejo del espejo le devolvió una imagen cansada, casi ajena.
El agua del grifo caía sin fuerza, llenando el silencio con un eco metálico.

—¿Qué demonios estás haciendo? —susurró para sí.

Respiró hondo. *Skyler.* Su nombre resonó en su mente como un eco lejano, una promesa que no podía romper. Recordó sus ojos, su voz, la forma en que solía decir su nombre cuando estaban a solas.
Ella había creído en él, incluso cuando el mundo infernal se derrumbaba.

Pero aquí, en el mundo humano, todo parecía distinto.
Laura le había mostrado algo que hacía tiempo no sentía: calma. Una sensación de pertenencia. De humanidad.

Cerró los ojos y golpeó suavemente el lavabo con el puño.
—No puedes sentir esto... no otra vez —murmuró.

Se mojó la cara con agua fría, intentando apagar el fuego que le ardía por dentro. Pero cada gota que caía parecía despertar algo más. *¿Y si esto no era traición?* —pensó— *¿Y si simplemente estoy vivo otra vez?*

El reflejo en el espejo lo miró con reproche.
No sabía si era su propia conciencia o la sombra de Skyler detrás de sus pensamientos.

Cuando finalmente salió, el aire del bar le pareció más pesado. El ruido, más distante.
Y entonces lo vio.

Laura estaba contra la barra, visiblemente incómoda. Un hombre corpulento, con una botella en la mano y los ojos vidriosos, la había acorralado.

—Vamos, nena, una copa más, ¿sí? No te cuesta nada... —decía el hombre, acercándose demasiado.
—Te dije que no. Suéltame —replicó Laura, apartando su brazo.
—Ah, vamos, no seas fría... —insistió él, intentando tocarle la cintura.

Desmond sintió cómo algo se quebraba dentro de él.
Sin pensarlo, se acercó con pasos firmes.

—Ella dijo que no.

El tono de su voz hizo que varios clientes se giraran. No era un grito, pero llevaba una fuerza contenida, una amenaza invisible.

El hombre lo miró con desprecio.
—¿Y tú quién te crees, imbécil?

Desmond no respondió. Solo lo observó. Esa mirada bastó para que el tipo se irritara más y lo empujara con una mano.
Error.

En un movimiento casi instintivo, Desmond lo sujetó por el cuello de la camisa y lo empujó contra la pared con una fuerza brutal. Las botellas sobre la barra temblaron.

Por un segundo, sus ojos brillaron con ese tono carmesí imposible de ocultar. El tipo se quedó paralizado, temblando.
—Vuelve a tocarla y te haré tragar los dientes —susurró Desmond, con una voz tan baja que solo el hombre alcanzó a oírla.

El tipo asintió, pálido, y salió tambaleándose del bar.

El silencio se extendió unos segundos. La gente murmuraba, pero nadie se acercó.

Laura respiraba agitada, con una mezcla de miedo y admiración. Se acercó despacio.
—Desmond... ¿estás bien?

Él asintió, todavía con la mandíbula tensa.
—Sí. Pero ese tipo no volverá a molestarte.

Ella lo miró con una expresión distinta. No solo agradecimiento. Había algo más. Algo más profundo.
—Nadie... nadie había hecho eso por mí —dijo en voz baja.

Desmond trató de restarle importancia.
—No hice nada especial.
—Sí lo hiciste —replicó ella—. Me defendiste sin pensarlo. No sabes cuánto significa eso para mí.

Sus miradas se cruzaron otra vez. El bar, la música, la gente... todo pareció desvanecerse. Solo existían ellos dos.

Laura dio un paso más cerca. Su voz tembló apenas.
—Eres distinto, Desmond. No sé qué es lo que escondes, pero... me gusta quién eres cuando no lo haces.

Desmond no pudo responder.
Solo la miró.

Y en ese instante, entendió que su lucha interna no había terminado... apenas estaba comenzando.

El aire fresco de la noche los envolvió apenas cruzaron la puerta del bar. El bullicio quedó atrás, reemplazado por el murmullo de la ciudad y el zumbido lejano de los autos que recorrían las avenidas iluminadas.

Bogotá se extendía ante ellos como un océano de luces titilantes. El cielo, teñido de un azul profundo con rastros del crepúsculo, parecía observarlos en silencio. Laura respiró hondo, cerrando los ojos un momento.

—Me encanta el aire de la noche —dijo—. Tiene algo que me calma.
—A mí también —respondió Desmond, metiendo las manos en los bolsillos—. Es como si el ruido del mundo se apagara un poco.

Caminaron sin rumbo durante unos minutos, dejando que las luces de los postes y los sonidos de la ciudad marcaran el ritmo. Laura iba unos pasos adelante, girándose de vez en cuando con una sonrisa juguetona.

—Ven, quiero mostrarte algo —dijo de pronto, señalando una colina no muy lejos.

Subieron por un sendero adoquinado hasta llegar a un pequeño mirador con vista a la ciudad. Había una baranda metálica, unos bancos viejos y el olor a eucalipto mezclado con el frío del viento. Desde allí, Bogotá se extendía como un tapiz dorado.

Laura se apoyó en la baranda, cruzando los brazos, mientras el viento le alborotaba el cabello oscuro. Desmond se quedó un paso atrás, observándola en silencio. Esa escena —la luz de las farolas iluminando su rostro, su silueta recortada contra el horizonte— se grabó en su mente como una fotografía.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de este lugar? —preguntó Laura.
Desmond negó con la cabeza.
—Que aquí todo parece más pequeño. Los problemas, la gente, las cosas que duelen... todo se siente tan lejos que por un momento puedes creer que nada de eso importa.

Desmond sonrió con un dejo de melancolía.
—Ojalá fuera así de fácil.
—¿Y por qué no? —dijo ella, girando para mirarlo—. A veces solo hay que dejar de pensar tanto.

Él no respondió. Laura dio unos pasos hacia él, con la mirada curiosa.
—Tú piensas demasiado, ¿verdad?

Desmond soltó una breve risa.
—Digamos que me cuesta apagar la cabeza.
—Entonces te entiendo —dijo ella, apoyándose a su lado en la baranda—. Yo también me paso las noches pensando en cosas que ya no puedo cambiar.

El silencio volvió, pero no era incómodo. Se sentía cálido, como si entre los dos hubiera algo invisible que no necesitaba palabras.

Laura lo miró de reojo.
—Puedo preguntarte algo personal?

—Claro.
—¿Hace cuánto que no te enamoras?

La pregunta lo descolocó. Bajó la mirada, exhalando despacio.
—Hace... mucho. Tal vez demasiado.

—¿Y fue alguien importante? —insistió ella, suavemente.

Desmond dudó. No quería mentirle, pero tampoco podía decirle toda la verdad.
—Sí... —dijo al fin—. Fue alguien a quien amé de verdad. Creí que era para siempre, pero... las cosas no salieron bien.

Laura bajó la voz.
—¿Te rompió el corazón?
—Supongo que sí. —Desmond sonrió con tristeza—. O tal vez fui yo quien lo rompió sin querer.

Laura lo observó por unos segundos, con esa mirada empática que parecía leerlo sin esfuerzo.
—A veces uno ama tanto que se olvida de sí mismo —dijo—. Y cuando se da cuenta, ya está vacío.

Desmond la miró. Había verdad en esas palabras, y una melancolía que lo tocó más de lo que esperaba.

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Te has enamorado alguna vez?

Laura soltó una pequeña risa.
—Una vez. Fue hace años, cuando todavía creía en los finales felices. —Lo miró, medio sonriendo—. Pero me usaron. Me hicieron sentir que no valía nada.

Desmond apretó los labios.
—Ese tipo de dolor no se olvida.
—No —dijo ella, mirándolo fijamente—. Pero se aprende a reconocer cuando alguien diferente aparece.

Hubo una pausa. Una pausa larga, cargada de electricidad.

El viento sopló más fuerte, moviendo el cabello de Laura, que cayó sobre su rostro. Ella lo apartó lentamente y dio un paso hacia Desmond.

—¿Sabes qué es lo raro? —susurró—. Que contigo me siento... tranquila. Como si por fin pudiera dejar de huir.

Desmond tragó saliva. Podía sentir la cercanía de su cuerpo, el leve temblor en su voz.
—Laura... —empezó a decir, pero ella ya estaba demasiado cerca.

Lo miró con los ojos entrecerrados, como si buscara una respuesta en su silencio.
Y sin decir más, lo besó.

El beso fue suave al principio, un roce apenas, pero luego se volvió más profundo, más sincero. El corazón de Desmond se aceleró con fuerza. Por un momento, su mente se apagó por completo. No existía el pasado, ni la culpa, ni las promesas. Solo ella, su calor, su respiración.

Cuando Laura se apartó, él no se movió. Permaneció quieto, con la mirada fija en la suya. Ella lo observaba con nerviosismo, esperando su reacción.

Desmond suspiró.
—Laura... —dijo con voz baja—. No debiste hacerlo.

Ella bajó la mirada, avergonzada.
—Lo siento... no sé por qué lo hice.

Desmond la tomó suavemente del mentón, levantándole el rostro.
—No te disculpes. No me molestó... —hizo una pausa, buscando las palabras—. Pero hay algo que deberías saber.

—¿Qué cosa? —preguntó ella, apenas en un susurro.

—Yo... —Desmond desvió la vista hacia las luces de la ciudad—. Estaba casado.

Laura lo miró sorprendida.
—¿Casado?

Él asintió despacio.
—Hace unos años. No fue un matrimonio largo... pero sí fue real. Ella... era alguien muy importante para mí.

—¿Y qué pasó? —preguntó Laura, con voz suave.

Desmond respiró hondo.
—Tuvimos que separarnos. No porque dejara de quererla... sino porque la vida se volvió demasiado complicada. A veces el amor no basta.

Laura se quedó callada, procesando cada palabra.
—¿Todavía piensas en ella?

Desmond sonrió con tristeza.
—Sí. Pero no de la misma forma. No con dolor. Solo con gratitud... por lo que tuvimos.

Laura lo miró, con una mezcla de ternura y comprensión.
—Debe haber sido difícil.
—Lo fue. Pero creo que... conocer a alguien nuevo también lo es.

Ella lo miró a los ojos, entendiendo lo que no se atrevía a decir.
El silencio volvió, pero esta vez era distinto. Había algo contenido, algo que no necesitaba más palabras.

Laura se acercó de nuevo, con una sonrisa suave.
—No sé si estás listo, Desmond... pero yo no tengo prisa.

Él la miró, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que podía respirar sin que el pasado lo ahogara.
Las luces de la ciudad parpadeaban bajo ellos, y el viento helado se llevó las últimas palabras no dichas.

En el fondo, Desmond sabía que algo estaba cambiando dentro de él.
Y aunque no sabía si debía permitirlo... no se apartó.

Bajaban del mirador lentamente, envueltos por la brisa fría que soplaba desde las montañas. Las luces de la ciudad titilaban abajo como un océano dorado, y el eco lejano de alguna canción callejera se colaba entre los murmullos de la noche. Laura caminaba al lado de Desmond, con una sonrisa suave, casi tímida, pero llena de calidez.

Sin decir nada, ella se acercó un poco más y tomó su brazo. Sus dedos se entrelazaron con el abrigo oscuro que él llevaba, y Desmond sintió el calor de su piel incluso a través de la tela. No se apartó. No esta vez. Solo la miró de reojo, con ese gesto medio incrédulo, medio rendido, que delataba lo que no se atrevía a decir.

Laura lo notó, pero no habló. Se limitó a apoyar su cabeza en su hombro mientras bajaban los escalones de piedra del mirador. Su perfume, una mezcla sutil de jazmín y humo, lo envolvía. Desmond sentía que cada paso que daban lo alejaba más del pasado que aún lo perseguía y lo acercaba a algo nuevo, algo incierto... pero vivo.

—Eres diferente, ¿sabes? —dijo Laura de repente, rompiendo el silencio—. No pareces de aquí. No sé si es la forma en que hablas o cómo miras las cosas... como si todo te sorprendiera.

Desmond esbozó una sonrisa leve, casi nostálgica.
—Tal vez es porque todo esto... me resulta nuevo. Hace mucho que no me sentía tan... en paz.

—¿En paz? —repitió ella, curiosa, levantando la mirada.
—Sí. Es extraño. Contigo las cosas parecen más simples.

Laura sonrió, jugando con el borde de su chaqueta.
—No sé si eso sea bueno o peligroso.

—Quizás ambas —respondió él, con una media sonrisa que la hizo sonrojar.

Caminaron en silencio por unos minutos más. Las luces de los postes iluminaban sus rostros a intervalos, como escenas congeladas en una película. Laura seguía sujeta a su brazo, y aunque Desmond intentaba mantener la mente fría, sentía su corazón acelerarse con cada paso.

En su cabeza, una parte gritaba el nombre de Skyler, recordándole quién había sido, lo que había perdido, lo que todavía debía respetar. Pero la otra parte —la que había estado dormida desde hacía tanto— comenzaba a despertar con la calidez de esa chica que lo miraba como si fuera algo más que un recuerdo o una herida.

Llegaron a una zona más tranquila, donde solo se oía el zumbido lejano de los autos y el canto ocasional de los grillos. Laura se detuvo un momento y lo miró, con esa expresión que combinaba ternura y desafío.
—¿Sabes? —dijo, apretando un poco su brazo—. No pensé que la noche fuera a terminar así.

—¿Y cómo pensabas que terminaría? —preguntó él, curioso.

Ella se encogió de hombros.
—No lo sé. Tal vez con un simple adiós. Pero ahora... no quiero que se acabe todavía.

Desmond sintió un nudo en el pecho. Su instinto le pedía que se alejara, pero algo más fuerte, más humano, lo mantenía allí, escuchándola, sintiendo su cercanía.

—Laura... —empezó, pero ella lo interrumpió con una sonrisa.
—No digas nada. Solo camina conmigo un rato más, ¿sí?

Él asintió. Y lo hizo.

Mientras avanzaban, ella se aferró un poco más a su brazo. Desmond ya no lo sintió como una invasión, sino como una invitación a dejarse llevar. Su cuerpo, antes tenso, empezó a relajarse; sus pensamientos, antes cargados de dudas, se volvieron un murmullo distante.

Esa noche, en medio del aire frío y las luces de la ciudad, Desmond comprendió que, aunque todavía llevaba el peso de su pasado, estaba empezando a abrir una pequeña rendija para que alguien más pudiera entrar.
Y Laura, con su mirada cálida y su risa sin miedo, era la primera en cruzar esa puerta.

Caminaron un largo rato más, dejando atrás el mirador y los ecos de la música del bar. La ciudad seguía viva, pero ya más tranquila; las calles se habían vaciado y el aire era más fresco, casi íntimo. Las luces anaranjadas de los faroles caían sobre ellos, tiñendo el pavimento de un tono cálido que contrastaba con la frialdad del asfalto.

Laura no soltó su brazo en ningún momento. Cada paso que daban parecía prolongar una despedida que ninguno de los dos quería enfrentar todavía. Desmond, en silencio, observaba

cómo la noche se reflejaba en sus ojos, cómo su cabello se movía con el viento, cómo cada gesto suyo se le iba quedando grabado en la memoria.

Cuando por fin llegaron al hotel donde Desmond se hospedaba, el reloj marcaba casi las once. La fachada del lugar era sencilla, iluminada apenas por un letrero azul que parpadeaba con intermitencias. Laura se detuvo frente a la puerta y lo miró con esa mezcla de ternura y picardía que tanto lo desarmaba.

—Así que este es tu escondite —dijo, cruzándose de brazos.
—Sí —respondió él con una leve sonrisa—. No es gran cosa, pero... sirve para pensar.

—¿Pensar? —repitió ella, inclinando un poco la cabeza—. ¿O para escapar?

Desmond la miró en silencio unos segundos. Había algo en sus palabras que lo tocó más de lo que esperaba.
—Tal vez un poco de ambas —confesó, bajando la mirada.

Laura dio un paso más cerca. Estaban tan cerca ahora que él podía sentir el calor de su respiración.
—Desmond... —susurró—. Gracias por esta noche. Hacía mucho que no me sentía tan... viva.

Él levantó la vista y sus ojos se encontraron. Durante unos segundos, el mundo pareció detenerse. No había ruido, ni luces, ni pasado. Solo ellos dos y el aire suspendido entre sus miradas.

—Yo también —respondió finalmente, con voz baja—. No recordaba lo que era... disfrutar algo tan simple.

Laura sonrió, mordiéndose el labio.
—Entonces prométeme que no te vas a encerrar otra vez en tus pensamientos —dijo—. Que mañana saldrás a ver un poco más del mundo.

—Lo intentaré —contestó él, y su tono fue sincero.

Ella asintió, satisfecha. Luego se inclinó un poco hacia él, lo bastante cerca como para que su perfume lo envolviera de nuevo. Le dio un beso lento en la mejilla, tan suave que apenas lo sintió, pero lo suficiente para dejarlo helado por dentro.

—Buenas noches, Desmond —dijo en un susurro.

Él la miró irse, paso a paso, hasta que su figura se perdió entre las luces lejanas de la calle. Y cuando se quedó solo frente a la puerta del hotel, soltó un largo suspiro que llevaba más emociones de las que podía admitir.

Subió a su habitación en silencio. Al cerrar la puerta detrás de él, el sonido seco del cerrojo pareció sellar la noche. Se dejó caer en la cama sin siquiera quitarse la chaqueta. Aún podía

sentir el calor del brazo de Laura aferrado al suyo, el leve temblor de su voz, el roce del beso en su mejilla.

Por primera vez en mucho tiempo, Desmond no pensó en el pasado ni en las sombras que lo seguían.
Pensó en ella. En su risa, en su mirada, en la forma en que lo había hecho sentir humano otra vez.

Y con esa imagen en la mente, cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño, mientras afuera la ciudad seguía respirando bajo la luna.

CAP 77

Mañana será otro Dia

El cielo carmesí del Infierno permanecía inmóvil, teñido por el humo y las llamas que nunca se extinguían. El aire denso olía a hierro y ceniza, y en la distancia se oían los ecos de criaturas que nunca dormían. En una casa apartada, protegida por sellos antiguos, Krauser cumplía la promesa que le había hecho a su amigo: cuidar de Skyler y Scott mientras Desmond permanecía en el mundo humano.

El general infernal, de complexión robusta y mirada endurecida por mil guerras, sostenía con delicadeza las piernas de Skyler. Su tono de voz, aunque grave, sonaba sorprendentemente suave.
-No fuerces tanto la rodilla. Recuerda que el tendón aún está débil -le indicó mientras ayudaba a estirar los músculos.

Skyler soltó un suspiro cansado. Su cabello plateado caía sobre su rostro, empapado de sudor.
-Lo intento, Krauser... -dijo con un hilo de voz-. Pero me cuesta concentrarme. No puedo dejar de pensar en él...

Krauser se detuvo. La miró con seriedad.
-Sabes que él sabía lo que hacía. Desmond no se lanza a algo así sin un propósito.

Ella bajó la mirada, las manos apretando el borde de la camilla.
-Aun así... me preocupa. -Su voz se quebró-. No es fácil dormir sabiendo que está solo, allá arriba.

A unos metros, Scott dibujaba sobre una hoja de papel con un lápiz que Krauser le había conseguido días atrás. El pequeño movía la mano con concentración, sacando la lengua mientras daba los últimos trazos.
-Yo también lo extraño, mamá -dijo sin levantar la vista-. Pero él es fuerte, como tú siempre dices. Va a volver, ¿cierto?

Skyler trató de sonreír, aunque sus ojos estaban empañados.
-Claro que sí, amor... él siempre vuelve.

Krauser cruzó los brazos, observando al pequeño con una mezcla de respeto y tristeza.
-Tiene tu misma fe -murmuró-. Pero la realidad no suele ser tan generosa.

-No me digas eso -replicó Skyler con firmeza, interrumpiéndolo-. No pierdas la esperanza, Krauser. No lo des por muerto.

Krauser desvió la mirada.
-No es que lo dé por muerto... -dijo con un suspiro profundo-. Pero el Infierno entero lo está cazando. Y no todos los que lo persiguen tienen compasión.

Scott se levantó de la silla y se acercó con una sonrisa, mostrándole su dibujo.
-Mira, tío Krauser. Es papá peleando contra un demonio gigante.

El general lo observó. En la hoja, la figura de Desmond aparecía envuelta en llamas azules, empuñando una daga brillante.
-Buen trabajo, pequeño. Le hiciste justicia -dijo con una leve sonrisa.

-Es que papá siempre gana -respondió Scott con orgullo.

Krauser dejó el dibujo sobre la mesa y ayudó a Skyler a sentarse en la silla de ruedas.
-Descansa un poco. Prepararé algo de comer -murmuró mientras caminaba hacia la cocina.

El sonido de sus pasos resonó sobre las baldosas. Tomó un cuchillo, algunas verduras oscuras y un trozo de carne sintética de los estantes. Mientras cortaba, el recuerdo de su última conversación con Desmond le golpeó la mente.

"Confío en ti, Krauser. Si algo me pasa allá arriba, protégelos. Cueste lo que cueste."

El general apretó la mandíbula.
-Idiota... siempre cargando con todo tú solo -murmuró, con una mezcla de rabia y admiración.

El aire cambió.
De pronto, un golpe seco resonó en la puerta. No fue fuerte, pero en el silencio del lugar sonó como un trueno. Krauser levantó la cabeza, el cuchillo aún en la mano.

Otro golpe. Más firme. Y luego... un silbido. Largo, agudo, inconfundible.

El rostro del general se tornó pálido.
-No... -susurró apenas audible-. Ese silbido...

Skyler alzó la vista, preocupada.
-¿Qué pasa? ¿Quién es?

Krauser no respondió. Dejó el cuchillo sobre la mesa, respiró hondo y murmuró con voz baja:
-Nos encontraron.

Corrió hacia Skyler y Scott, la urgencia marcando cada paso.
-Llévate al niño. Ahora. -Su tono no admitía discusión.

Skyler intentó moverse, pero sus piernas no respondieron. Krauser la empujó suavemente hacia una habitación, cerrando la puerta con llave.

-Quédate aquí. No salgas. Pase lo que pase, ¿me oyes? -dijo, arrodillándose frente a ella.

Scott lo tomó del brazo.
-Tío Krauser... ¿quién es?

Krauser lo miró con una expresión sombría.
-Un cazador. Uno del que nadie escapa.

El niño bajó la mirada, abrazando con fuerza el dibujo de su padre.

Krauser se puso de pie, deslizándose un cuchillo bajo la camisa.
El aire se volvió pesado. Los pasos del visitante resonaron más cerca, acompañados por el tintineo metálico de armas.

El general respiró profundamente y abrió la puerta.

Allí estaba.
Un hombre alto, de silueta intimidante, envuelto en una armadura ennegrecida por el fuego. En su costado derecho colgaba una katana negra, en la espalda dos mini Uzi, y sobre su hombro descansaba una M1 Garand con inscripciones grabadas a fuego. Sus ojos, ocultos bajo una máscara metálica, brillaban con un tono gris ceniza.

Riven.

El cazador del Infierno.

-Vaya... -dijo Riven con voz profunda y distorsionada-. Así que el general Krauser sigue con vida. Pensé que el fuego te había consumido.

Krauser entrecerró los ojos.
-Y yo pensé que te habían enterrado hace siglos. Pero ya veo que los fantasmas no saben morir.

Riven avanzó un paso, haciendo crujir el suelo.
-No vine por ti, Krauser. Vine por el hijo pródigo. Por Desmond.

El silencio se hizo espeso. Krauser sonrió apenas, con sarcasmo.
-Entonces llegaste tarde. Él ya no está aquí.

Riven inclinó la cabeza, su tono helado.
-Lo sé. Pero tú sabes dónde está. -Lentamente, su mano se posó sobre la empuñadura de la katana-. Y si no me lo dices... bueno, no te servirá tener lengua.

Krauser no retrocedió. Se irguió, con los ojos encendidos.
-Tendrás que arrancármela tú mismo.

Una pequeña risa distorsionada se escapó de la máscara del cazador.
-Esa era la idea.

El viento infernal se agitó, levantando el polvo y haciendo vibrar las paredes. El cuchillo oculto de Krauser brilló un instante. Riven dio un paso más, el último antes de cruzar el umbral.

El silencio fue absoluto.
Y el Infierno contuvo la respiración.

-¿Qué busca? -preguntó Krauser, sin apartarse del marco de la puerta.

Riven lo observó de arriba abajo, su expresión apenas cambió.
-No me vengas con juegos, Krauser. Sabes perfectamente lo que busco.

Krauser entrecerró los ojos, fingiendo ignorancia.
-No tengo idea de qué hablas.

-Busco a Desmond Ludendorff... y a su familia -dijo Riven, dando un paso al frente. Su voz era tan gélida que el aire mismo pareció detenerse.

Krauser sostuvo la mirada, sin moverse.
-Aquí no hay nadie con ese nombre. Esta es mi casa ahora. Ellos se fueron hace una semana.

-¿De veras esperas que te crea eso? -Riven esbozó una sonrisa apenas visible-. No eres buen mentiroso, Krauser.

El cazador lo empujó con violencia y entró en la casa. Su capa rozó los muebles mientras avanzaba lentamente, inspeccionando cada rincón.
-Pierdes tu tiempo -repitió Krauser, siguiéndolo con el ceño fruncido-. No hay nadie aquí.

Riven no respondió. Caminaba despacio, observando los detalles: una taza a medio lavar en el fregadero, un abrigo colgado cerca de la chimenea, una hoja de papel arrugada sobre la mesa. Sus ojos se detuvieron en una puerta al final del pasillo.

-¿Y esa habitación? -preguntó con voz baja.

-Esa habitación tiene cosas del ejército -dijo Krauser con firmeza-. Material confidencial.

Riven se giró lentamente hacia él, arqueando una ceja.
-¿Confidencial, dices? -susurró, y sin dudarlo retrocedió unos pasos. Luego, de un solo movimiento, lanzó una patada brutal contra la puerta.

El golpe resonó en toda la casa. La puerta tembló, pero resistió. Riven volvió a golpearla, una, dos, tres veces, hasta que la madera cedió con un crujido sordo.

El polvo se levantó. Dentro, no había nadie. Solo cajas viejas, una lámpara rota y el eco de su respiración.

-Vaya... parece que tenías razón -dijo con sarcasmo.

Krauser permaneció inmóvil, tratando de mantener la calma.
Pero en ese momento, un sonido minúsculo rompió el silencio.

Un estornudo.

Riven se detuvo. Su cabeza giró lentamente hacia la dirección del ruido. La sonrisa regresó a su rostro, pero esta vez más amplia, más perversa.
-Interesante... -susurró.

Corrió de vuelta al interior del cuarto y, moviendo una mesa a un lado, vio a Scott, el cachorro infernal, temblando detrás del sofá. Su pelaje oscuro se erizaba, los ojos brillaban con miedo.

-Mira lo que tenemos aquí... -dijo Riven, agachándose para sujetarlo del cuello con una mano.

Scott gruñó con un gemido bajo, mostrando los dientes, pero el cazador lo levantó con facilidad.
-Así que sí lo tenías bien escondido -murmuró con tono burlón, mirando a Krauser-. Protegiendo a la mascota de ese traidor. Qué noble de tu parte.

-¡Suéltalo! -gruñó Krauser, intentando acercarse.

Riven apuntó una pistola directamente a la cabeza del cachorro.
-Dame una buena razón para no volarle la cabeza ahora mismo.

Antes de que pudiera apretar el gatillo, una sombra surgió del armario. Skyler se abalanzó con un grito ahogado, , intentando morder el cuello de Riven.

El cazador giró el cuerpo con una agilidad inhumana. Le propinó un fuerte golpe con el cañón del arma en el rostro, haciendo que Skyler cayera al suelo con un gemido.
Riven apuntó de nuevo sin dudar.

-Error fatal.

El sonido del disparo rompió el aire. Una, dos, tres detonaciones consecutivas resonaron en la casa.
Skyler se estremeció en el suelo, su cuerpo quedó inmóvil, la sangre extendiéndose bajo ella.

Krauser apretó los puños, conteniendo una furia que apenas podía dominar. Pero sabía que si se movía ahora, Riven lo mataría también.

Krauser permaneció inmóvil durante un instante. Su respiración era irregular, el corazón golpeando con fuerza en su pecho. Frente a él, el cuerpo de Skyler seguía inmóvil sobre el suelo, y Scott, el cachorro infernal, gemía con desesperación.

Riven aún tenía el arma humeante en la mano. Su expresión no mostraba ni placer ni culpa; era una máscara vacía, fría, de quien ya ha matado demasiadas veces.

Krauser dio un paso atrás, la mirada perdida entre la sangre que se extendía por el piso y el asesino que tenía enfrente. Entonces, algo dentro de él se rompió. Su instinto militar se mezcló con un dolor animal.

Sin pensarlo, metió la mano bajo su camisa, sacó el cuchillo de cocina y se lanzó hacia Riven con un rugido ahogado.

-¡MALDITO SEAS!

Riven giró apenas el torso, esquivando el ataque con una facilidad aterradora. El filo solo rozó su abrigo, dejando un corte superficial en la tela.

-Eres más lento de lo que recordaba, Krauser -dijo con voz calmada, antes de soltar a Scott, que cayó al suelo y corrió de inmediato hacia su madre.

El cachorro se deslizó sobre la sangre, empujando con el hocico el rostro de Skyler, gimiendo con un sonido quebrado.
-Mamá... despierta... -aulló con voz temblorosa, empujándola una y otra vez. Pero ella no se movía.
Su respiración se volvió entrecortada, y las lágrimas comenzaron a caer sobre el cuerpo sin vida de su madre.

Mientras tanto, Krauser avanzaba de nuevo, cuchillo en mano, los ojos encendidos por la furia.

Riven guardó su pistola, casi divertido.
-Así que todavía te queda algo de pelea. Veamos si puedes darle sentido a tu sacrificio.

El cazador desenfundó su propio cuchillo: una hoja curva, de acero oscuro, con inscripciones antiguas que brillaban débilmente.

Ambos se observaron por unos segundos, girando lentamente en círculo, esperando el primer movimiento.
El silencio se rompió cuando Krauser cargó con toda su fuerza, blandiendo el cuchillo hacia el cuello de Riven. Este bloqueó el ataque con su antebrazo y contraatacó con una patada al pecho, lanzándolo contra la pared.

El golpe fue brutal. Krauser cayó de rodillas, pero se levantó de inmediato, jadeando. Sangre le corría por la comisura de los labios.

-No te saldrás con la tuya... -gruñó, lanzándose de nuevo.

Sus cuchillos chocaron una y otra vez, el metal resonando con cada impacto. Las chispas saltaban al aire, iluminando brevemente la habitación destruida.

Riven se movía con precisión quirúrgica, cada movimiento medido, cada paso calculado. Krauser, en cambio, atacaba con furia desbordada, impulsado solo por el dolor y la rabia.

En un momento, Krauser logró herirle el hombro. La hoja cortó la tela del abrigo y un hilo de sangre negra manchó el suelo.
Riven soltó un siseo bajo y sonrió.
-Eso dolió... te lo concedo.

Con un giro rápido, bloqueó el siguiente ataque, atrapó el brazo de Krauser y le dio un rodillazo en el abdomen que lo dejó sin aire. Luego, lo empujó contra la mesa, haciéndola volcar.

Krauser cayó entre los escombros, jadeando, pero se negó a rendirse. Se incorporó con dificultad, tambaleante, y lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas.

Riven lo esquivó apenas moviendo la cabeza, y el filo pasó rozando su mejilla, dejando un corte fino. Su sonrisa se desvaneció.
-Ya basta.

Avanzó con velocidad, desarmó a Krauser con un golpe seco en la muñeca y le clavó el puño en el estómago. Krauser cayó de rodillas, escupiendo sangre.

-Debiste quedarte fuera de esto... -murmuró Riven, antes de darle una patada en el rostro que lo envió al suelo.

Krauser intentó incorporarse, pero el mundo giraba. Su visión se tornaba borrosa, las luces se deformaban, y el sonido se desvanecía.
Su último pensamiento fue el rostro de Skyler, la promesa que le hizo a Desmond... y la culpa que lo desgarraba por no haber podido protegerla.
Entonces, cayó inconsciente.

Riven observó el cuerpo inerte por unos segundos. Respiró hondo y se limpió el rostro con el dorso de la mano.
-El trabajo está hecho -dijo para sí mismo.

Se giró hacia Scott, que seguía acurrucado junto al cuerpo de su madre, sollozando. El cachorro lo miró con odio, los ojos encendidos como brasas.

Riven se acercó lentamente, agachándose hasta quedar a su altura.
-No voy a matarte -dijo con voz grave-. Quiero que vivas... para cargar con esto.

Scott levantó la cabeza, temblando.
-¿Cargar con qué...? -gimió con voz quebrada.

-Con el peso de lo que tu padre hizo -respondió Riven-. Que sientas cada día lo que significa que Desmond halla traicionado al mismísimo Lucifer.

El cachorro gruñó débilmente, mostrando los colmillos. Riven sonrió, se incorporó y guardó su cuchillo.

A lo lejos, se empezaron a escuchar sirenas, cada vez más cerca. Alarmas, gritos, ecos de pasos. La casa ya no era segura.

Riven caminó hacia la ventana, rompió el vidrio con el codo y se preparó para saltar. Antes de hacerlo, se giró una última vez hacia Scott.
-Dile a tu padre que el infierno nunca olvida.

Saltó hacia la oscuridad y desapareció entre el humo y la niebla.

Scott permaneció junto al cuerpo de Skyler, llorando, su respiración entrecortada.
Krauser seguía inconsciente a pocos metros, y el sonido de las sirenas se volvía ensordecedor.

El silencio volvió poco a poco, solo interrumpido por los sollozos del cachorro infernal.

La noche estaba empapada.
La lluvia caía sin tregua, como si el cielo mismo estuviera llorando por los muertos que nadie recordaba.
Desmond caminaba sin rumbo, con la mirada perdida y la mente hecha ruinas.
El agua le empapaba la ropa, el cabello, los pensamientos.
Su sombra se arrastraba junto a las luces amarillentas de los faroles que parpadeaban como velas moribundas.

Llevaba dos días sin hablar con nadie.
Dos días desde la llamada.
Dos días desde que escuchó las palabras que le partieron el alma: *"Lo sentimos, pero Skyler está muerta."*

Desde entonces, todo lo que había dentro de él se había ido apagando, una chispa a la vez.
El dolor no se le iba; al contrario, crecía, como si le devorara desde adentro.
Sus pasos lo llevaron hasta un callejón estrecho, casi oculto entre dos edificios viejos.
Allí, el ruido del mundo se desvanecía, y solo quedaban los truenos, el viento y su respiración entrecortada.

Desmond se detuvo junto a un contenedor oxidado y se dejó caer de rodillas.
Sacó una pistola del bolsillo interior de su chaqueta.
Era la misma con la que había acabado con su mejor amigo.
El metal frío tembló entre sus dedos.
Miró el cañón con los ojos vacíos, los labios apretados, el alma deshecha.

-No queda nada -susurró con la voz rota-. Ni hogar, ni familia... ni esperanza.

Apoyó el arma bajo su barbilla.
La lluvia resbalaba por su rostro, mezclándose con las lágrimas que ya no intentaba ocultar.
Por primera vez en su vida, no sentía miedo de morir.
Solo cansancio.

Pero entonces... escuchó pasos.
Lentos, arrastrados.
Un bastón golpeando los charcos.

Desmond levantó la mirada.
Un hombre se acercaba por el extremo del callejón.
Era viejo, con la espalda encorvada y la ropa empapada.
Llevaba un bastón de madera y unas gafas oscuras cubriendo sus ojos nublados.
Era evidente: no podía ver.

El anciano caminó con cuidado, tanteando el suelo, hasta que tropezó suavemente con el pie de Desmond.
-Oh, disculpe, joven... -dijo con voz temblorosa-. No lo vi ahí... bueno, tampoco veo mucho en general.

Desmond escondió la pistola rápidamente entre sus piernas, limpiándose las lágrimas con rabia.
-No pasa nada... siga su camino, viejo.
-No se enoje, hijo. Solo buscaba un lugar donde no me empapara tanto -respondió el hombre, con una sonrisa amable.

El ciego se apoyó en la pared, suspirando aliviado.
Desmond miró hacia otro lado. No quería hablar, no quería que nadie lo viera en ese estado.

-¿Todo bien, muchacho? -preguntó el anciano, notando el tono en su respiración.
-Sí... -mintió él, sin convicción-. Todo está bien.
-Mientes mal -dijo el viejo con suavidad-. Los que están bien no tienen esa voz.

Desmond soltó una pequeña risa amarga.
-¿Y usted qué sabe?
-Nada de ti, pero sé del dolor -contestó el hombre con calma-. Todos lo conocemos alguna vez.

El silencio volvió, roto solo por el tamborileo de la lluvia.
El anciano se sentó con dificultad en una caja de madera, temblando levemente por el frío.
Desmond lo miró de reojo. El viejo sonreía, como si la lluvia no le pesara.

-¿Qué haces aquí, a esta hora? -preguntó el ciego-. No parece el sitio para alguien que aún tiene cosas por hacer.

Desmond apretó los puños.
-No tengo nada que hacer. Nada que perder.
-¿Y eso lo dices tú o te lo dijo el dolor? -replicó el anciano.

El silencio fue su única respuesta.

El viejo suspiró.
-Yo también creí eso una vez. Que todo había terminado. Que la vida ya no tenía sentido.
Desmond lo miró, curioso pese a sí mismo.
El anciano continuó:
-Perdí a mi esposa y a mi hija en un accidente hace muchos años. Quedé ciego, solo y con la mente llena de ruido. Una noche, como esta, caminé hasta un puente y pensé en saltar.

Desmond lo escuchaba sin interrumpir.

-Y justo cuando me iba a lanzar, -continuó el viejo- escuché a un muchacho gritar pidiendo ayuda. Estaba colgado del borde del puente, a punto de caer.
-¿Lo ayudó? -preguntó Desmond, sin darse cuenta de que su voz sonó más viva.
-Sí. -El viejo sonrió-. Y fue irónico, ¿sabes? Yo quería morir, y terminé salvando una vida. Ese día entendí que, aunque no siempre lo sepamos, aún somos necesarios para alguien, aunque no sepamos quién.

Desmond bajó la cabeza, apretando la mandíbula.
-Yo... perdí a mi esposa. Y a mi hijo casi lo pierdo también.
-Lo siento, hijo. -El viejo ladeó la cabeza-. Y entiendo tu rabia. Pero si ella te amaba, ¿crees que querría verte así?
Desmond no respondió. Las lágrimas regresaron, silenciosas.
-No lo sé...
-Yo sí lo sé -dijo el anciano con voz firme-. No hay amor verdadero que quiera verte rendido. Los muertos descansan. Los vivos... deben seguir luchando.

El sonido de la lluvia llenó el espacio entre ellos.
Desmond respiró hondo, con los ojos cerrados.
-Es que... no puedo más.
-Claro que puedes -respondió el viejo, tocando su hombro-. Porque todavía estás aquí. Y si todavía estás aquí, es por algo.

El ciego se levantó lentamente, buscando apoyo en su bastón.
-Hijo, la noche más larga no es eterna. Aunque no veas la salida, el sol siempre vuelve a salir.
Desmond levantó la mirada.
-¿Usted cree eso?
-No lo creo. Lo sé. -El anciano sonrió-. Porque cada vez que pienso rendirme, recuerdo que mañana será otro día.

Las palabras resonaron en su mente como un eco luminoso entre la oscuridad.
Desmond lo miró sin saber qué decir.
El anciano comenzó a alejarse por el callejón, golpeando suavemente el suelo con el bastón.
-¿Cómo se llama? -preguntó Desmond, levantando la voz.
-No importa mi nombre, hijo -respondió el viejo, sin voltear-. Solo recuerda lo que te dije. Nadie merece morir cuando aún tiene algo que aprender de la vida.

Desmond lo vio desaparecer entre la neblina.
La lluvia seguía cayendo, pero ya no pesaba tanto.
Miró la pistola en sus manos, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que no la necesitaba.

Se levantó despacio, la guardó bajo su chaqueta y respiró profundamente.
El aire olía a tierra mojada, a renacer.
Levantó la vista hacia el cielo gris, y susurró con voz quebrada:
-Mañana... será otro día.

Y siguió caminando bajo la lluvia, dejando atrás la oscuridad, el arma... y una parte de su dolor.

La lluvia había cesado hacía apenas unos minutos, pero el aire todavía olía a tierra mojada y a desconsuelo. En la habitación 204 del hotel, el silencio era tan espeso que se podía sentir. Las luces amarillentas del techo parpadeaban de vez en cuando, reflejándose en las paredes húmedas y en los ojos vacíos de Desmond, que llevaba horas sentado en el mismo sitio, mirando sin mirar.
Frente a él, sobre la mesa, reposaba el celular, el vaso medio lleno de agua, y la botella de whisky que había terminado la noche anterior. Todo parecía detenido en un tiempo que ya no pertenecía a nadie.

El rostro de Desmond estaba demacrado. Las ojeras profundas, la barba crecida, los labios partidos. Apenas comía, apenas dormía. Su mente era una espiral de imágenes y voces: la llamada, la noticia, el nombre de *Riven*, y la sensación de impotencia que lo consumía como un veneno.
Recordaba las últimas palabras de Skyler antes de que todo se rompiera, recordaba la risa de Scott cuando jugaba con su cuaderno de dibujos... y ahora, todo eso era un eco distante en una vida que ya no tenía color.

La pantalla del celular se encendió. Un mensaje.
-Laura: Estoy en el hotel. ¿En qué habitación estás?

Desmond parpadeó, sorprendido. Sintió un nudo en el pecho. No esperaba que ella lo buscara. Dudó durante varios segundos; su dedo temblaba sobre la pantalla. Pero finalmente respondió:
-204.

Pasaron casi diez minutos. Diez eternos minutos donde solo se escuchaba el goteo persistente del aire acondicionado y el murmullo lejano del tráfico. Entonces, tres golpes suaves resonaron en la puerta.
-¿Desmond? -preguntó una voz femenina, familiar.
Él se levantó despacio, arrastrando los pies. Abrió la puerta sin energía.

Laura estaba ahí, con el cabello húmedo por la llovizna, una chaqueta de cuero oscura, botas que chorreaban un poco de agua, y una expresión de preocupación que no intentó ocultar. Sus ojos se llenaron de asombro al ver el estado en el que se encontraba Desmond.
-Dios mío... -susurró, llevándose una mano a la boca-. ¿Qué te pasó?

Desmond bajó la mirada. No quería verla así, tan viva, tan llena de luz. Parecía pertenecer a un mundo completamente distinto al suyo.
-No pasa nada -respondió en voz baja, casi inaudible.
Laura dio un paso adelante, cerrando la puerta tras ella. El olor del cuarto la golpeó: alcohol, tabaco y una tristeza tan densa que parecía tener peso.
-No digas eso -replicó suavemente-. Te ves... mal, Desmond. No has dormido, no has comido... ¿cuándo fue la última vez que saliste de esta habitación?

Desmond no contestó. Se limitó a apartar la mirada, observando la ventana empañada.
Laura se acercó, sin saber exactamente cómo ayudarlo. Quiso poner una mano sobre su hombro, pero dudó. Finalmente, lo hizo.
-¿Qué te pasa? -preguntó con voz quebrada-. ¿Qué te hicieron?

Él tragó saliva. Había guardado tanto dolor dentro que ya no sabía cómo ponerlo en palabras. Cerró los ojos, y por primera vez en días, habló.
-Skyler... murió.

Laura retrocedió un paso, impresionada.
-¿Qué...?
Desmond respiró con dificultad.
-Salió una tarde. Solo iba a comprar algo... pero la atracaron. Intentó defenderse y... -hizo una pausa, su voz tembló- no lo logró.

El silencio cayó sobre la habitación. Laura sintió que el corazón se le apretaba. Lo miró con una mezcla de dolor y ternura.
-Desmond... lo siento tanto. -Se acercó despacio, como si temiera romperlo.
Él bajó la cabeza, intentando contenerse, pero fue inútil. Su respiración se volvió pesada, y las lágrimas empezaron a caer sin control.

Laura no dudó más. Lo abrazó con fuerza. Su cuerpo se estremeció al sentir cómo él se quebraba entre sus brazos.
-Ya, tranquilo... -murmuró ella, acariciándole el cabello-. No tienes que ser fuerte todo el tiempo.
Desmond se aferró a ella como un náufrago a un pedazo de madera.

-No pude protegerla... -dijo, apenas audible-. Si hubiera estado ahí... si no la hubiera dejado sola...
-No digas eso -interrumpió Laura, con voz firme-. Nadie puede controlar lo que hace el mundo. No es tu culpa, ¿me oyes?

Pero Desmond no podía dejar de pensar que sí lo era. Todo lo que tocaba terminaba roto. Cerró los ojos, escondiendo el rostro contra el hombro de Laura.
Ella lo sostuvo sin soltarlo, sin decir nada más. A veces, el silencio era la única forma de consuelo posible.

Pasaron varios minutos así. Cuando Desmond finalmente se separó, sus ojos estaban rojos, pero respiraba más tranquilo.
Laura tomó el vaso de agua de la mesa y se lo ofreció.
-Bebe un poco.
Él obedeció. El agua estaba tibia, pero le alivió la garganta.

-Gracias... -murmuró.
-No tienes que agradecerme -respondió ella, sentándose frente a él-. No pienso dejarte solo.

La lluvia había vuelto, más suave ahora, golpeando la ventana con un ritmo constante. Laura lo observaba en silencio, estudiando sus gestos, las grietas en su voz, el cansancio en su mirada.
-¿Sabes? -dijo finalmente-. No puedo imaginar lo que estás sintiendo, pero sí sé lo que es perder algo que te da sentido. Yo también pasé por eso una vez.
Desmond levantó la vista, curioso.
-¿Tú?
-Sí. -Ella suspiró-. Perdí a mi hermana hace unos años. Un accidente. Desde entonces, entendí que a veces la vida no pide permiso para destrozarte. Solo lo hace. Y después... te deja ahí, con las piezas.

Desmond guardó silencio. Sentía que cada palabra de ella se le clavaba en el pecho.
-¿Y cómo hiciste? -preguntó finalmente.
Laura sonrió con melancolía.
-No lo superas. Aprendes a vivir con ello. Un día te despiertas, y ya no duele tanto. No porque lo hayas olvidado, sino porque aprendiste a recordarlo sin romperte.

Ella lo miró con ternura, con esa compasión que no se disfraza.
-Skyler no querría verte así, Desmond. -Su voz tembló un poco, pero era firme-. Si ella te amaba, y sé que lo hacía, querría verte de pie. No hundido.

Desmond se pasó las manos por el rostro. El corazón le dolía, pero algo dentro de él empezaba a calmarse.
-No sé si puedo hacerlo.
-Puedes. -Laura tomó su mano, apretándola con fuerza-. No estás solo.

Él la miró sorprendido. Aquella mujer que había conocido hacía poco ahora estaba ahí, sosteniéndolo, dándole una razón mínima pero real para no rendirse.
La habitación parecía menos fría. La lluvia se había convertido en un murmullo distante.

Laura se quedó un rato más, hablando de cosas pequeñas. Le hizo sonreír con una anécdota absurda de su trabajo en el bar, de un cliente que intentó pagar con fichas de póker. Y por un instante, Desmond rió. Fue una risa débil, pero sincera.
-Eso es -dijo ella, sonriendo-. Así me gusta verte.
-No sé si pueda volver a ser el mismo.
-No tienes que ser el mismo -respondió-. Solo tienes que seguir.

El reloj marcó las 11:30 p.m. cuando Laura se levantó.
-Debo irme -dijo-, pero mañana vendré temprano. No pienso dejarte hundirte solo, ¿entendido?
Desmond asintió.
-De acuerdo.
Laura se acercó, apoyó una mano en su mejilla y lo miró con dulzura.
-No te rindas, Desmond. No todos en este mundo quieren verte caer. Algunos... queremos verte vivir.

Se dio media vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta suavemente.
Desmond se quedó mirando el reflejo de la ciudad en la ventana. La lluvia había cesado del todo, y entre las nubes se abría un tímido claro de luna.
Por primera vez en días, respiró profundamente.
Tal vez -solo tal vez- no todo estaba perdido.

CAP 78

Entre dos soledades

Ya han pasado un mes desde aquel suceso que marcaría para siempre la vida de Desmond. Tres días en los que el tiempo parecía haberse detenido, donde las horas se alargaban como sombras infinitas y el silencio pesaba tanto como una condena. Laura había permanecido a su lado desde entonces, casi sin apartarse un segundo. Había adelantado sus vacaciones en los tres trabajos que tenía, sin dudarlo ni un instante. No soportaba la idea de dejarlo solo, no después de haber visto la expresión vacía en sus ojos la noche que recibió la noticia.

Desmond, al principio, se había cerrado por completo. Apenas hablaba, apenas comía. Pasaba las horas mirando por la ventana del hotel, sin decir palabra, con los ojos perdidos en algún punto invisible del horizonte. Pero con el paso de los días, Laura había comenzado a notar pequeñas señales, casi imperceptibles, de que su presencia le hacía bien. Lo dejaba dormir sobre su hombro, lo dejaba llorar sin juicio, lo dejaba callar sin exigir explicaciones. Y en ese silencio compartido, Desmond empezó -muy lentamente- a dejarse acoger por ella.

Sabía que no podía seguir negando lo que era evidente: Laura era lo único que le quedaba. No en un sentido material, sino en uno más profundo. Era el único lazo que lo unía todavía al mundo de los vivos, la única voz que lo llamaba cuando su mente quería perderse en la oscuridad. En las noches, ella se quedaba a su lado, durmiendo junto a él, en la misma cama del hotel. No lo hacía por deseo, sino por cuidado. No solo le daba calor físico, sino una compañía silenciosa que evitaba que se hundiera por completo.

A veces, Desmond despertaba gritando, empapado en sudor. Soñaba con Skyler... con su voz apagándose, con la sangre, con el eco del llanto de Scott resonando en su mente. En esos momentos, Laura lo abrazaba sin decir nada, lo tomaba del rostro y le repetía, suave, una y otra vez:
-Ya pasó, Desmond... ya pasó... estás a salvo...

Él no respondía, solo se quedaba quieto, con los ojos abiertos en la oscuridad, y luego se rendía al sueño otra vez. Y así, noche tras noche, Laura se fue convirtiendo en su refugio involuntario.

Esa mañana, el reloj marcaba las siete cuando Laura se despertó. La luz del amanecer se filtraba tímidamente por las cortinas del hotel. Se incorporó con cuidado para no despertarlo. Desmond dormía profundamente, con el cuerpo encogido hacia un lado, los labios entreabiertos y las manos apretadas sobre la sábana. Tenía ojeras profundas, la piel pálida, los labios resecos. Su respiración era irregular, y aun en sus sueños parecía estar cargando un peso que lo hundía cada vez más.

Laura se quedó un momento observándolo, con los ojos humedecidos. Había algo en él que la conmovía profundamente, una mezcla de fortaleza y fragilidad, de dolor y silencio. Se acercó y apartó un mechón de su cabello negro que caía sobre su frente.
-¿Qué te hicieron, Desmond...? -susurró casi sin voz-. ¿Qué te hizo el mundo para dejarte así?

Se levantó lentamente, estirando el cuerpo con un leve suspiro, y caminó hacia el baño. Cerró la puerta con cuidado y se miró al espejo. Su rostro mostraba el cansancio acumulado de los últimos días: los ojos rojos, la piel apagada, los labios partidos. Se quitó la ropa lentamente, prenda por prenda, hasta quedar completamente desnuda. Luego abrió la ducha, y el sonido del agua caliente llenó el baño con un murmullo constante.

El vapor comenzó a envolverla, y cuando el agua cayó sobre su piel, sintió por primera vez en días un alivio real. Cerró los ojos, dejando que el agua recorriera cada parte de su cuerpo, como si quisiera borrar el cansancio, las lágrimas, la angustia contenida. Pero los pensamientos pronto volvieron.

Pensó en Desmond. En su manera de mirar el vacío como si hablara con fantasmas, en sus silencios cargados de historias que no se atrevía a contar. En su cuerpo firme y marcado, en la cicatriz que había visto en su brazo y que nunca se atrevió a preguntar de dónde venía. Pensó en su cabello negro, siempre con ese aroma sutil a jabón, en el leve temblor de sus manos cuando intentaba contener su rabia.

Y pensó en sus ojos... esos ojos rojos que, a pesar del dolor, aún conservaban un destello vivo, un brillo diminuto que la confundía, que la atraía y la asustaba a la vez.

Por un instante, Laura se perdió en esa imagen. Su respiración se aceleró, el agua resbalaba por su cuello, y un impulso ajeno le recorrió el pecho. Pero de inmediato negó con la cabeza y murmuró para sí:
-No... no es el momento. Él está roto... no puedo pensar en eso ahora.

Sabía que Desmond estaba pasando por un infierno, y lo último que quería era aprovechar su vulnerabilidad. Aun así, no podía ignorar lo que sentía. Lo admiraba, lo compadecía, y sin quererlo, lo estaba empezando a amar.

Apagó la ducha, y el silencio llenó el baño de nuevo. Tomó una toalla y se envolvió en ella, secándose el cuerpo con calma. Luego se colocó una bata de baño blanca, ajustándola en la cintura. Miró su reflejo en el espejo: su cabello corto caía húmedo sobre sus mejillas, y a pesar del cansancio, su mirada tenía algo distinto... una determinación tranquila.

Salió del baño con pasos suaves. La habitación seguía en penumbra. Desmond aún dormía, pero su rostro se movía levemente, como si estuviera atrapado entre un sueño y una pesadilla. Laura se acercó y se sentó al borde de la cama. Lo observó unos segundos, su respiración irregular, el temblor apenas perceptible de sus dedos.
Acarició su mejilla con delicadeza y susurró:
-Voy a ayudarte, Desmond... aunque no quieras. Aunque tengas miedo. Aunque creas que ya no queda nada.

Se levantó, caminó hasta la ventana y descorrió un poco las cortinas. El sol entró lentamente, bañando la habitación con una luz dorada. Afuera, se escuchaban los sonidos lejanos de la ciudad despertando: el ruido de los autos, un vendedor ambulante, el canto de un ave perdida entre los edificios.

Laura apoyó la frente contra el vidrio frío y cerró los ojos. Pensó en todo lo que habían vivido en solo tres días, en las lágrimas, en las horas de silencio, en los intentos por hacerlo sonreír. Sabía que no sería fácil, pero también sabía que valía la pena.

Porque, aunque Desmond lo negara, aún quedaba algo dentro de él que no estaba muerto. Algo pequeño, frágil, pero vivo. Y Laura estaba dispuesta a protegerlo con todo lo que tuviera, aunque eso significara romperse a sí misma en el proceso.

Laura notó que Desmond aún dormía profundamente. Su respiración era lenta, pausada, y su cuerpo apenas se movía bajo las sábanas arrugadas. Se acercó con pasos suaves, observándolo por unos segundos. La tenue luz que se filtraba por la ventana iluminaba su rostro cansado, pero por primera vez en días, tenía una expresión serena, como si al fin el sueño lo hubiera liberado un poco de su dolor.
Laura se inclinó despacio y le dio un beso en la frente, dejando que sus labios se quedaran un

instante más de lo necesario. Luego susurró con voz suave, apenas audible:
-Duerme tranquilo... volveré pronto.

Tomó una hoja en blanco del escritorio del hotel y un lápiz, y se sentó en la mesita de noche. Su letra, un poco temblorosa, comenzó a llenar el papel:

"Desmond, fui a casa a ver a mi mamá, no me demoraré. Prometo volver en unas horas. Te dejé algo de agua y pan por si despiertas con hambre. No hagas nada tonto, ¿sí? Te necesito aquí."

Laura leyó la nota una vez más, suspiró y la dejó doblada junto al vaso de agua. Se levantó y caminó hasta la maleta que había dejado en el suelo.

Abrió el cierre y sacó su ropa con cuidado: una camiseta negra de malla, una falda corta de cuero y sus medias oscuras. Combinó el atuendo con una chaqueta de mezclilla cubierta de parches de bandas y unas botas pesadas con cordones hasta la pantorrilla. En su cuello, ajustó el choker de metal que siempre usaba, y se colocó sus anillos y pulseras, todo en tonos oscuros. Se miró un instante en el espejo, y aunque su expresión reflejaba el cansancio, su estilo seguía siendo el mismo: la esencia gótica que la hacía sentir fuerte, incluso cuando su interior temblaba.

Antes de salir, miró una vez más a Desmond. El hombre seguía inmóvil, con el ceño apenas fruncido, como si su mente todavía librara batallas invisibles. Laura sonrió con ternura.
-Te prometo que todo va a estar bien -murmuró antes de cerrar la puerta con cuidado.

Afuera, el aire fresco de la mañana la recibió con una brisa ligera que movía su cabello corto. El cielo estaba despejado, y el bullicio de la ciudad comenzaba a llenar las calles. Caminó hasta la esquina, donde un pequeño local de comida desprendía un olor delicioso a especias y carbón. Entró, saludó al vendedor y pidió un pollo asado con papas para llevar. Mientras esperaba su pedido, se cruzó de brazos y dejó que su mente divagara.

Pensó en Desmond, en cómo había cambiado su rutina por completo por él. No se arrepentía. Había algo en su mirada que la ataba, algo que la impulsaba a querer verlo sonreír otra vez, a querer curar sus heridas sin siquiera entender por qué. Cuando el vendedor la llamó, ella tomó la bolsa y pagó. El calor del paquete en sus manos le dio una extraña sensación de hogar, una que no sentía desde hacía tiempo.

Salió del local, levantó la mano y detuvo un taxi amarillo.
-¿A dónde la llevo, señorita? -preguntó el conductor.
-Al edificio Mamita Celia, por favor -respondió mientras se acomodaba en el asiento trasero.

El taxi arrancó, y la ciudad comenzó a pasar frente a sus ojos como un río de concreto y luces. Durante los veinte minutos de trayecto, Laura se quedó en silencio, observando por la ventana. Veía a la gente caminar con prisa, a los vendedores empujando sus carretas, a los niños con uniformes escolares riendo en las esquinas. Era un mundo que seguía girando sin detenerse, ajeno al dolor de los demás.

Cuando el taxi finalmente se detuvo frente al edificio de cinco pisos, Laura alzó la vista. El letrero, viejo y oxidado, todavía decía "Mamita Celia". Pagó la tarifa, agradeció al conductor y bajó con la bolsa del almuerzo en una mano y su mochila en la otra. El ascensor estaba dañado, así que subió las escaleras hasta el cuarto piso, escuchando cómo sus botas resonaban con cada paso.

Frente a la puerta 403, respiró hondo antes de sacar las llaves. Giró el pomo y entró. El olor familiar del lugar -mezcla de café, polvo y perfume barato- la envolvió al instante. Dejó la mochila en el sofá del pequeño salón y caminó hacia la habitación del fondo.

Su madre estaba despierta, recostada sobre una cama de sábanas floreadas, con un cojín detrás de la espalda. Era una mujer de unos cuarenta y seis años, de cabello oscuro ya salpicado de canas. Tosía suavemente mientras hojeaba una revista vieja. Cuando vio a su hija, una sonrisa cálida iluminó su rostro.
-¡Mi niña! -dijo con alegría, abriendo los brazos-. Pensé que no ibas a venir hoy.

Laura se acercó, dejó la bolsa de comida sobre la mesa y le dio un beso en la frente.
-Claro que vine, mamá. Te traje pollo con papas, de ese que te gusta.
-Ay, gracias, mi amor. -La mujer sonrió con ternura, aunque la tos volvió a interrumpirla-. ¿Dónde has estado estos días? Me tenías preocupada.

Laura se sentó al borde de la cama, bajando la mirada un instante antes de responder.
-Estuve con mi amigo... el que te mencioné hace unas semanas.
-Ah, sí, el chico del que me hablaste. -La madre arqueó una ceja con picardía-. ¿Y cómo va eso? ¿Ya me lo vas a presentar o todavía no?

Laura sonrió con timidez, moviendo la cabeza.
-No, mamá... no ahora. Él está pasando por un momento difícil. No creo que sea buena idea presentarlo todavía.
-Mmm... entiendo. -La mujer suspiró y le acarició la mano-. Todos tenemos nuestras batallas, hija. Pero me alegra que estés ahí para ayudarlo. Tienes un corazón grande, aunque a veces no quieras admitirlo.

Laura se encogió de hombros, sin poder evitar sonreír.
-Tal vez. Pero tú sabes cómo soy... cuando alguien me importa, no lo dejo solo.

La madre rió con suavidad y asintió.
-Así eres tú, igual que tu hermana. Siempre cuidando a los demás. -Hizo una pausa, mirando hacia la ventana-. Ah, por cierto, Sofia ya se despertó. Está en su habitación.
-¿En serio? -preguntó Laura, levantándose-. Voy a verla.

-Ve, dile que luego paso a saludar -respondió la madre con una sonrisa cálida.

Laura salió del cuarto, caminando por el pasillo corto del apartamento. Mientras avanzaba hacia la habitación de su hermana, pensaba en lo diferente que era el mundo fuera del hotel. Aquí todo seguía igual: el reloj colgado torcido, el sonido del televisor en el fondo, el aroma

del jabón de lavanda. Pero su mente seguía dividida entre ese hogar y el otro... el de la habitación donde dormía un hombre roto, al que sin querer, ya no podía dejar de pensar.

Laura cerró la puerta de la habitación de su madre con cuidado, procurando no hacer ruido. El leve *clic* del picaporte se perdió en el silencio del pasillo, donde apenas se escuchaba el murmullo distante del televisor encendido en alguna casa vecina. El aire olía a desinfectante, a ropa recién lavada y a ese perfume suave de flores que su madre usaba desde que ella era niña. Caminó lentamente, arrastrando un poco los pies, no por cansancio físico, sino por ese tipo de agotamiento que se acumula en el alma.

Pasó junto al espejo del pasillo y se detuvo un segundo. Su reflejo le devolvió la imagen de una mujer joven, de unos veintitantos, con ojeras marcadas y cabello recogido de cualquier manera. Sonrió apenas. No por vanidad, sino como quien intenta recordarse que aún sigue de pie. Luego suspiró y siguió su camino hacia el cuarto del fondo, donde la luz tenue de una lámpara infantil se filtraba por debajo de la puerta.

Antes de tocar, escuchó una risita. Luego el sonido de unas piezas de juguete cayendo al suelo. Laura empujó la puerta suavemente, y antes de poder saludar, una pequeña figura salió disparada hacia ella.

-¡Tía Laurita! -gritó Sofia con una mezcla de alegría y sorpresa.
La niña la abrazó con tanta fuerza que casi la hizo perder el equilibrio. Laura soltó una risa, rodeándola con los brazos.
-Ay, Sofia, me vas a tumbar.

La niña levantó la cabeza, sonriendo de oreja a oreja, con los ojos brillantes como si hubiera esperado ese momento toda la semana.
-¡Te extrañé muchísimo!
-¿Muchísimo? -repitió Laura, fingiendo sorpresa-. Pero si solo pasaron tres días.
-¡No importa! -protestó la niña inflando las mejillas-. Siempre estás trabajando, tía. Ya casi no juegas conmigo.

Laura la cargó en brazos y la sentó sobre su cadera, como cuando era más pequeña.
-Ay, chiquita, si no trabajo, ¿cómo te compro juguetes y helado? ¿O quieres quedarte sin eso?
Sofia frunció el ceño, dudando.
-No... -murmuró al fin, con un puchero-. Pero igual, no quiero que trabajes tanto.

Laura le acarició la mejilla con ternura.
-Ya, no te pongas triste. Te traje algo que te va a gustar. -Sacó una pequeña bolsa del bolso y la agitó frente a sus ojos-. Adivina qué es.
Sofia abrió los ojos con asombro.
-¿Helado?
-De mora. Tu favorito. Pero... -dijo alargando la palabra con picardía- primero tienes que desayunar.

La niña soltó un grito de emoción y salió corriendo por el pasillo, dejando un rastro de risas y pasos descalzos.
-¡Voy a poner la mesa! -gritó desde el comedor.

Laura sonrió, quedándose unos segundos frente a la puerta vacía. Su corazón se alivianó un poco. Luego volvió sobre sus pasos y entró de nuevo a la habitación de su madre.

La mujer estaba despierta, apoyada en un par de almohadas, mirando por la ventana el jardín del frente. La luz del sol iluminaba las hebras plateadas de su cabello.
-Traje pollo para desayunar, mamá -dijo Laura, acercándose.
-Ay, qué rico -respondió la mujer con una sonrisa débil pero cálida-. Ven, ayúdame a levantarme.

Laura asintió.
-Claro, mami.

Se inclinó y la tomó con cuidado por debajo de los brazos. Su madre era tan liviana que a veces Laura sentía que podría romperse si la tocaba muy fuerte. La ayudó a ponerse de pie y, paso a paso, avanzaron por el pasillo. El piso de madera crujía levemente bajo sus pies.

-¿Cómo dormiste? -preguntó Laura.
-Un poco mejor. Soñé con tu padre, ¿sabes? -dijo la mujer con una sonrisa melancólica-. Estábamos en la finca, tú eras chiquita y corrías detrás de los pollos.
-Ojalá pudiéramos volver a esos días -murmuró Laura, bajando la mirada.
-Ya vendrán días bonitos, hija. Siempre vienen, aunque a veces se demoran.

Llegaron al comedor, donde Sofia ya había puesto los cubiertos, aunque todos estaban en desorden. Había una servilleta en cada esquina de la mesa y los vasos volteados. Laura no pudo evitar reír.
-Bueno, no está tan mal -dijo, fingiendo inspeccionar el desastre-. Para ser una chef y mesera de siete años, lo hiciste muy bien.
Paulina sonrió, orgullosa.
-¡Ya quiero el helado!
-Primero el desayuno, ya sabes las reglas.

Laura ayudó a su madre a sentarse en la silla junto a la ventana, donde siempre desayunaba. Desde ahí podía ver el pequeño jardín que Laura cuidaba los domingos. Algunas flores marchitas todavía se resistían a morir entre las hojas verdes.

Laura fue a la cocina, sirvió tres platos y volvió con ellos, uno por uno. El aroma del pollo asado y las papas doradas llenó el aire. Colocó los platos frente a cada una.
-Aquí tienen, señoritas -dijo con tono teatral, como si fuera una camarera en un restaurante elegante.
-Gracias, tía Laurita -respondió Sofia llevándose un trozo enorme de pollo a la boca.

La mujer mayor la miraba con ternura, apoyando el mentón en una mano.
-Esa niña come como tú cuando tenías su edad. Te encantaba el pollo, sobre todo el de los domingos.
-Es que tú lo hacías mejor, mamá. El mío nunca sabe igual.
-El truco no está en el condimento, Laurita. Está en hacerlo con amor.

Laura sonrió, pero sus ojos se humedecieron sin que nadie lo notara. Llevaba tanto tiempo corriendo de un turno a otro, intentando sostenerlo todo, que hacía tiempo no se permitía simplemente *estar allí*, con ellas, compartiendo un desayuno sin pensar en las facturas o el trabajo.

-Eres una buena hija -dijo su madre, rompiendo el silencio-. Y una buena tía. No sabes cuánto te agradezco lo que haces.
Laura bajó la mirada al plato.
-No tienes que agradecerme, mamá. Es lo que toca.

Sofia las miró sin entender del todo, pero sintió que debía decir algo.
-Yo también quiero ayudar.
-¿Ah, sí? -preguntó Laura sonriendo-. ¿Y cómo piensas ayudarme tú, pequeñita?
-Voy a portarme bien, y cuando sea grande te voy a comprar una casa enorme, con una piscina y muchos helados.
-¿Y tu abuela también va a vivir ahí? -preguntó la madre, riendo.
-¡Obvio! -respondió Sofia con energía-. Las tres vamos a vivir juntas.

Laura soltó una carcajada sincera.
-Trato hecho. Pero para eso tienes que comer todo, ¿eh?
-¡Hecho! -gritó Sofia, llevando otro pedazo de pollo a la boca.

El comedor se llenó de vida. Afuera, el canto de los pájaros se mezclaba con el sonido de los cubiertos. Por un instante, el tiempo pareció detenerse. No había trabajo, ni cansancio, ni problemas. Solo tres generaciones compartiendo un pequeño momento de paz.

Cuando terminaron, Laura recogió los platos y fue a la cocina. Desde allí podía escuchar a su madre contándole a Sofia una vieja historia sobre cómo ella y su abuelo se conocieron en una feria. La voz de su madre tenía ese tono cálido y nostálgico que siempre lograba tranquilizarla.

Mientras fregaba los platos, Laura se quedó mirando por la ventana. El sol bañaba la calle, y un par de vecinos saludaban desde la acera. En el reflejo del vidrio vio su propio rostro. Tenía los ojos cansados, sí, pero también una pequeña sonrisa que no había sentido en mucho tiempo.

Sofia apareció a su lado, sosteniendo una copa con helado derretido.
-Tía, ¿puedo comerlo contigo?
-Claro que sí -respondió Laura secándose las manos y sentándose junto a ella-. Pero dame un

poquito, ¿sí?
-Mmm... solo si me prometes no trabajar tanto hoy -dijo la niña en tono de regaño.
Laura fingió pensarlo.
-Está bien. Hoy no trabajo tanto.
-Entonces puedes quedarte conmigo a ver películas -dijo Sofia, feliz.

La madre, desde el comedor, las observaba con una sonrisa suave.
-Míralas -susurró-. Son mi vida entera.

Y así, entre el brillo del sol de la mañana, el aroma a café y el murmullo de voces familiares, la casa se llenó de algo que hacía tiempo no sentían: tranquilidad.
Laura levantó la mirada al techo, cerró los ojos por un segundo y pensó que, a pesar de todo, esos pequeños momentos eran lo que realmente valía la pena. Porque quizá, aunque el mundo allá afuera fuera duro y agotador, en ese rincón humilde de su hogar, ella todavía tenía un motivo para seguir adelante.

La madre de Laura terminó de beber el último sorbo de café, dejando la taza sobre la mesa con un sonido leve. Se quedó mirando a su hija con una mezcla de orgullo y curiosidad. La luz que entraba por la ventana dibujaba sombras suaves sobre el mantel, y el aire olía a pollo recién servido, a pan y a vida cotidiana.

-Laura... -dijo su madre, rompiendo el silencio con voz pausada-, me hablaste de ese amigo tuyo, el que está pasando por un mal momento... ¿dónde vive él?

Laura levantó la vista del plato. Había estado distraída, removiendo las sobras del desayuno sin comer mucho.

-Ah... bueno, ahora mismo se está hospedando en un hotel -respondió, eligiendo con cuidado las palabras-. Queda como a veinte minutos de aquí, más o menos.

-¿Y de dónde es? No parece de por aquí, ¿verdad? -preguntó la madre con una sonrisa leve.

-No, no. Es extranjero. Viene de España -dijo Laura, intentando sonar casual mientras recogía algunos cubiertos-. Llegó hace poco.

-¿De España? -repitió su madre, arqueando una ceja con interés-. Con razón hablas tanto de él últimamente. ¿No tendrás alguna foto por ahí, no?

Laura sonrió, aunque por dentro dudó un instante. Sabía que mostrar una foto de Desmond podría abrir una conversación más profunda de la que quería tener, pero finalmente sacó su celular del bolsillo trasero.

-Bueno, sí, tengo una -respondió mientras buscaba en la galería. Deslizó el dedo por la pantalla hasta detenerse en una imagen: ella y Desmond en el bar al que habían ido unos días atrás. Ambos sonreían, iluminados por las luces tenues del lugar; ella con su atuendo gótico habitual y él, con esa mirada entre melancólica y amable que lo caracterizaba.

Le mostró la pantalla a su madre.

-Mira, aquí estamos los dos.

La mujer entrecerró los ojos para ver mejor y asintió con aprobación.
-Vaya, es un hombre muy guapo, hija. Tiene esos ojos que dicen mucho... -comentó con una sonrisa pícara-. Y si has pasado todos estos días con él, algo me dice que ahí hay más que una simple amistad.

Laura se rió, negando con la cabeza.
-Ay, mamá, no empiece con eso. No es lo que piensas.

-Claro, claro -respondió su madre, divertida-. Siempre dices lo mismo cuando te gusta alguien.

Laura dejó el celular sobre la mesa y se cruzó de brazos, pero no pudo evitar que un leve rubor le tiñera las mejillas.
-No es eso... -dijo con un suspiro-. Es solo que... él está pasando por algo muy duro. Me contó que su esposa murió hace poco... en un atraco.

El rostro de su madre se ensombreció de inmediato.
-Dios mío, qué tragedia -susurró-. ¿Y cuánto tiempo llevaban juntos?

-Por lo que él me contó... desde que tenían dieciocho. Fue su primer amor -respondió Laura, bajando la mirada.

La madre de Laura se quedó en silencio por unos segundos, observando el reflejo de la luz sobre la taza vacía. Finalmente, habló con un tono lleno de ternura y comprensión.
-El primer amor siempre deja una marca. Y si esa persona decide quedarse contigo para toda la vida, es porque lo siente de verdad. Qué triste, de verdad... perder a alguien así debe ser un golpe que nunca se olvida.

Laura asintió lentamente.
-Sí... lo he visto destrozado. Pero intento ayudarlo a levantarse poco a poco. No quiero que se hunda.

Su madre le tomó la mano con cariño, apretándola suavemente.
-Eres una chica noble, Laurita. Siempre lo has sido. Tienes un corazón que no todo el mundo posee. Ojalá nunca lo pierdas.

Laura le devolvió la sonrisa, aunque sus ojos brillaban con una mezcla de emoción y tristeza.
-No lo haré, mamá. Te lo prometo.

Por un instante, ambas quedaron en silencio, escuchando el canto de un pájaro en la ventana. Sofia reía en la sala, jugando con sus muñecas, y el sonido llenaba el ambiente de una calidez reconfortante.

La madre suspiró y se acomodó en la silla.
-Sabes, me alegra que ese chico te tenga cerca. Quizá no lo entienda aún, pero personas como tú aparecen en la vida de los demás por una razón. Tal vez seas justo lo que él necesita ahora.

Laura sonrió suavemente, mirando por la ventana.
-Ojalá sea así. No quiero que se sienta tan solo.

Minutos después, cuando el desayuno terminó, Laura se levantó para recoger los platos. Su madre la observaba con ese gesto sereno de las madres que, sin decirlo, están orgullosas.

-¿Vas a verlo hoy? -preguntó la mujer mientras Laura llevaba los platos al fregadero.

-Sí, mamá. Iré un rato. Quiero ver cómo sigue -respondió sin volverse, mientras abría la llave del agua.

-Está bien, hija. Igual tu tía ya me dijo que vendrá en un rato para cuidarme y ayudar con Sofia. Así que no te preocupes -dijo la madre con un tono tranquilo.

Laura secó sus manos y se giró, apoyándose contra el mesón.
-Perfecto. Entonces iré un par de horas, nada más.

-Anda tranquila -dijo la mujer con una sonrisa suave-. Y dale un abrazo fuerte de mi parte. Dile que espero que las cosas le mejoren pronto.

Laura asintió con una sonrisa melancólica.
-Se lo diré.

Fue a su habitación, se puso su chaqueta negra de cuero y se ajustó los botines. Se miró un momento en el espejo: sus ojos reflejaban cansancio, pero también determinación. Sabía que Desmond la necesitaba, aunque tal vez él aún no lo comprendiera del todo.

Antes de salir, se acercó a su madre y le dio un beso en la frente.
-Te llamo cuando llegue, ¿sí?
-Está bien, Laurita. Cuídate mucho.

-Te amo, mamá.

-Y yo a ti, hija.

Sofia apareció corriendo con su muñeca en la mano.
-¿Vas a ver a tu amigo, tía? -preguntó con curiosidad.
-Sí, mi amor. Pero vuelvo más tarde. Pórtate bien con la abuela, ¿vale?
-Prometido -respondió la niña, abrazándola con fuerza.

Laura salió del apartamento. El pasillo olía a suavizante y a pan tostado. Mientras bajaba las escaleras, pensó en Desmond, en su mirada triste y en todo lo que había pasado. Sabía que algo dentro de él seguía roto, pero también que había una pequeña chispa que podía volver a encenderse.

Y en silencio, mientras caminaba hacia la calle, Laura se prometió a sí misma que haría todo lo posible por devolverle un poco de luz a ese corazón que, aunque marcado por la tragedia, aún merecía volver a latir con esperanza.

Laura salió del edificio con la cámara del celular en la mano y una leve sonrisa en el rostro. Aún podía sentir el aire fresco de la mañana bogotana rozando sus mejillas mientras bajaba los escalones. Afuera, el cielo estaba nublado, con un tono gris azulado que hacía que la ciudad se viera más tranquila de lo normal. Frente al edificio, un letrero colgado en la reja llamó su atención: *"Apartamento en venta. 120 millones de pesos. Información en portería."* Laura se acercó un poco más, observando la fachada amplia del apartamento que daba hacia la avenida. Se notaba que era el más grande del edificio, con ventanales enormes y una terraza que daba hacia los cerros. Por un momento se imaginó allí, con Desmond, compartiendo un espacio que realmente pudieran llamar hogar. Sonrió ante esa idea, casi como si fuera un pequeño sueño en construcción. Tomó el celular y le tomó una foto al aviso.
-Tal vez más tarde le muestro esto a Desmond... -murmuró para sí misma, guardando el teléfono en el bolsillo de su chaqueta antes de emprender camino hacia el hotel.

Treinta minutos después, el tráfico seguía algo pesado. Laura se acomodó en el asiento del bus y se quedó mirando por la ventana mientras la ciudad pasaba ante sus ojos: vendedores en los semáforos, estudiantes con mochilas pesadas, parejas que caminaban tomadas de la mano bajo paraguas. Todo se mezclaba con el sonido de motores y bocinas lejanas. En su mente, sin embargo, solo pensaba en él. *Ojalá haya descansado bien. No me gusta verlo tan apagado... aunque ayer se veía un poco mejor*, pensó, jugando con el borde de la manga de su suéter.

Cuando finalmente llegó al hotel, bajó con prisa. Saludó al recepcionista con un gesto amable y subió las escaleras rumbo al cuarto de Desmond. Su corazón comenzó a latir un poco más rápido a medida que se acercaba a la puerta; era una sensación entre emoción y ternura. Golpeó suavemente tres veces.
-¿Desmond? -dijo con voz baja.
No obtuvo respuesta inmediata, así que abrió lentamente. La puerta chirrió apenas, y al asomar la cabeza vio que él ya estaba despierto.

Desmond estaba de pie junto a la ventana, con una toalla colgando de su cuello y el cabello aún húmedo, cayendo en mechones oscuros que le rozaban el rostro. Llevaba puesta una camiseta blanca y un pantalón negro sencillo, pero aun así tenía ese aire elegante y sereno que siempre lo caracterizaba. Al verla entrar, giró lentamente y esbozó una pequeña sonrisa, casi imperceptible, pero suficiente para que Laura sintiera un nudo en el pecho.
-Buenos días... -dijo él con voz calmada.
Laura no dijo nada al principio; simplemente se acercó y lo abrazó con fuerza. Desmond, sorprendido por un segundo, tardó apenas un instante en corresponderle. La rodeó con sus brazos y apoyó su barbilla en su cabeza, cerrando los ojos mientras la sentía respirar contra su pecho.

El silencio los envolvió unos segundos. Solo se oía el sonido lejano de los carros afuera y el zumbido del ventilador. El abrazo se alargó, casi como si ninguno quisiera soltarse primero. Finalmente, fue Laura quien habló, con un tono suave y cargado de cariño:
-¿Cómo dormiste?
Desmond suspiró y bajó la mirada hacia ella antes de responder.
-Mejor que las otras noches -dijo con sinceridad-. Ya no me siento tan... apagado como antes.
-¿Y eso por qué? -preguntó ella, separándose un poco para mirarlo a los ojos.
Desmond la observó unos segundos, sus ojos reflejando una mezcla de ternura y gratitud.
-Porque tú estás aquí -respondió sin rodeos-. No sé, pero... me hace sentir feliz. Al menos un poco.

Laura se quedó en silencio, completamente sonrojada. No esperaba que lo dijera con tanta naturalidad. Bajó la mirada y sonrió con timidez, jugando con el borde de su cabello.
-Tú también me haces feliz, Desmond -admitió finalmente, con una voz apenas audible.
Él sonrió más ampliamente, un gesto raro en él últimamente. Levantó su mano y con cuidado le apartó un mechón de cabello que le caía sobre la frente.
-Gracias, Laura -murmuró, mirándola directamente a los ojos.
-No tienes que agradecerme -respondió ella, sonriendo-. Me gusta estar a tu lado.

Durante unos segundos se quedaron así, mirándose, sin decir nada más. La luz que entraba por la ventana iluminaba suavemente el rostro de ambos, y en ese instante el mundo parecía detenerse. Desmond respiró profundo, como si aquel momento le diera un respiro real después de días de tensión. Laura, al notarlo, sonrió y se acercó de nuevo para apoyarse en su pecho.
-¿Tienes hambre? -preguntó ella tras unos minutos de silencio.
-Un poco -respondió él, sonriendo apenas-. Pero más ganas tengo de salir a caminar un rato, si te parece.
-Perfecto, así me cuentas qué soñaste -dijo Laura, intentando aligerar el ambiente.
Desmond arqueó una ceja.
-¿Y quién dijo que soñé algo? -preguntó con un leve tono divertido.
-No sé, se te nota en la cara -replicó ella, dándole un golpecito en el hombro-. Tienes esa expresión de alguien que pensó demasiado.
Él soltó una pequeña risa, una de esas que hacía tiempo no se le escapaban.
-Tal vez sí soñé -admitió al final-, pero prefiero contártelo cuando estemos afuera.

Laura asintió, sonriendo. Le gustaba verlo así, más relajado, más humano. Tomó su bolso y se giró hacia la puerta.
-Entonces muévete, dormilón. Vamos antes de que empiece a llover.
-Voy detrás de ti -respondió Desmond, tomando su chaqueta.

Antes de salir, Laura echó un último vistazo a la habitación, asegurándose de que no olvidaban nada. Luego cerró la puerta y ambos bajaron por las escaleras. En el pasillo, Desmond la alcanzó y le rozó la mano suavemente. Laura lo miró de reojo, sonriendo. Era un gesto pequeño, pero suficiente para hacerle entender que algo estaba cambiando entre ellos.

Mientras caminaban hacia la salida, Desmond notó el reflejo de ambos en el espejo del pasillo y se detuvo un instante. Observó sus propias ojeras, que ya no se veían tan marcadas, y el brillo en los ojos de Laura que parecía llenar el lugar. Sonrió para sí mismo, pensando que quizá, por primera vez desde que había llegado a este mundo, no se sentía tan perdido.

Ya en la calle, el cielo seguía nublado, pero había una claridad extraña en el aire, como si el día prometiera algo nuevo. Laura caminaba a su lado contándole cosas sin importancia -una anécdota del bus, una señora que casi se cae por no sujetarse bien, un perro que se metió entre los pasajeros-, y Desmond simplemente escuchaba, dejándose contagiar por esa energía ligera.

Cuando llegaron al cruce, Laura recordó la foto que había tomado y la sacó del celular.
-Ah, por cierto, mira esto -dijo, mostrándole la pantalla-. Vi este apartamento hace un rato. Está en venta, y se ve enorme.
Desmond observó la imagen con atención.
-¿Ciento veinte millones? -repitió en voz baja-. No suena tan mal.
-Exacto. Tiene buena vista y parece espacioso. Me lo imaginé... no sé, como un lugar tranquilo para ti.
Él la miró de reojo, curioso.
-¿Para mí, o para nosotros? -preguntó con tono juguetón.
Laura se sonrojó otra vez, riendo nerviosa.
-Eso... depende -dijo-. De si quieres que sea para los dos.
Desmond soltó una risa leve, una de esas que apenas dejaban ver sus colmillos.
-Tal vez me guste esa idea.

Siguieron caminando bajo la brisa fresca de la tarde, sin decir mucho más, pero con una sensación compartida que lo decía todo: por primera vez en mucho tiempo, ambos sentían que estaban donde debían estar.

El aire fresco de la mañana todavía cargaba algo de humedad cuando Laura y Desmond llegaron a una pequeña cafetería en la esquina, justo frente a un parque lleno de árboles que comenzaban a teñirse de un verde más claro por la luz del sol. El lugar era cálido, con mesas de madera y un aroma delicioso a pan recién horneado que se mezclaba con el de café molido. En una esquina, un viejo tocadiscos reproducía una melodía suave, una balada instrumental que llenaba el ambiente de tranquilidad.

-Se ve acogedor -comentó Laura mientras abría la puerta de vidrio.
-Sí, parece un buen lugar para comenzar el día -respondió Desmond con una sonrisa leve.

El mesero los saludó con cortesía y los condujo hasta una mesa junto a la ventana. Desde allí podían ver la calle, con la gente apresurada que iba al trabajo y los niños con mochilas coloridas caminando hacia el colegio. Laura dejó su bolso sobre la silla y se acomodó el cabello detrás de la oreja, mientras Desmond observaba distraídamente el menú.

-¿Qué vas a pedir? -preguntó ella, inclinándose un poco hacia él.
-No lo sé -respondió él, hojeando el menú con curiosidad-. Todavía no me acostumbro a tantos nombres raros. ¿Qué es un "latte de vainilla"?
Laura soltó una risita.
-Es café con leche, pero con sabor a vainilla -explicó-. Te va a gustar.
-Entonces probaré ese -dijo él-. Y... ¿cómo se pronuncia "croissant"?
-Crosán -respondió entre risas-. Pero tranquilo, nadie te va a juzgar si lo dices mal.
-Eso espero -murmuró él, esbozando una sonrisa.

Pidieron dos cafés, un par de croissants y unas frutas. El mesero se alejó, dejándolos solos con la música suave de fondo. Laura apoyó los codos en la mesa y lo observó por un momento, con una mezcla de ternura y curiosidad. Había algo en él que siempre le despertaba ese impulso de querer entenderlo, de leer lo que escondía detrás de su mirada tranquila.

-Te ves más tranquilo hoy -dijo finalmente.
Desmond levantó la mirada y asintió.
-Supongo que sí. Anoche dormí bien por primera vez en semanas.
-Me alegra -respondió ella, sonriendo-. Te hacía falta descansar un poco.
-Sí... -dijo él, bajando la mirada hacia la taza vacía-. Me hacía falta más de lo que pensaba.

El silencio volvió por unos segundos, pero era un silencio cómodo. Laura se dedicó a observarlo, notando los pequeños detalles: las sombras suaves bajo sus ojos, la forma en que sus dedos jugaban distraídamente con la cuchara, la manera en que parecía perdido en pensamientos lejanos.

-Desmond -dijo ella con voz suave-, ¿puedo preguntarte algo un poco personal?
Él levantó una ceja, curioso.
-Claro.
-¿Qué era lo que te hacía sentir tan... deprimido antes? -preguntó con cautela-. Si no quieres hablar de eso, está bien, pero... tengo la sensación de que llevas mucho peso encima.

Desmond se quedó en silencio. El sonido del tocadiscos llenó el espacio mientras él buscaba las palabras. Finalmente, suspiró.
-Supongo que es una mezcla de cosas -respondió, apoyando los codos en la mesa-. He cometido errores, cosas que no se borran. Y hay días en los que me cuesta creer que merezca una segunda oportunidad.
Laura lo escuchó sin interrumpirlo, con la mirada fija en él.
-¿Errores como qué? -preguntó en voz baja.
-Como haberle fallado a personas que confiaron en mí -dijo, sin dudar-. Gente que ya no puedo volver a ver. Perdí cosas... que pensé que durarían para siempre.

Laura bajó la mirada, sintiendo un nudo en el pecho.
-Todos perdemos cosas, Desmond -dijo con dulzura-. No eres el único que ha fallado.
Él sonrió, sin alegría.

-Sí, pero lo mío fue diferente -murmuró-. A veces siento que mi pasado es una sombra que no me suelta. No importa cuánto intente dejarlo atrás... siempre me alcanza.

El mesero llegó justo en ese momento, dejando los cafés y los croissants sobre la mesa. Laura esperó a que se alejara y luego volvió a mirarlo, esta vez con una mirada más seria.
-¿Y si en lugar de huir de esa sombra, la miras de frente? -preguntó.
Desmond la observó sorprendido.
-¿Mirarla de frente?
-Sí. A veces la única manera de hacer las paces con uno mismo es aceptar que ese pasado existió -dijo ella, tomando su taza-. No tienes que olvidarlo, solo aprender a vivir con él.

Desmond la miró en silencio, impresionado por sus palabras. No estaba acostumbrado a que alguien hablara con tanta claridad sobre cosas que él ni siquiera se atrevía a decir en voz alta.
-Tienes una forma extraña de ver las cosas, Laura -dijo con una leve sonrisa.
-Tal vez -respondió ella-. Pero funciona.

Él tomó un sorbo de café y se quedó pensativo.
-¿Y tú? -preguntó, mirándola fijamente-. ¿Qué cosas intentas olvidar?
Laura se sorprendió por la pregunta. Se quedó quieta unos segundos, mirando su taza.
-Yo también tengo mis sombras -respondió al fin-. Hace unos años, pasé por una etapa... muy difícil.
-¿Qué pasó? -preguntó él, con genuina curiosidad.
Laura suspiró, entrelazando los dedos sobre la mesa.
-Perdí a alguien muy importante para mí -dijo con voz baja-. Era alguien que me ayudó a seguir adelante, alguien que me enseñó a no rendirme. Y cuando se fue, todo se vino abajo.

Desmond no dijo nada. Solo la escuchó con atención.
-Durante mucho tiempo pensé que no iba a poder volver a sentirme bien -continuó Laura-. Que no volvería a reír, ni a confiar en nadie. Pero después entendí que el dolor no desaparece; solo se transforma. Aprendí a vivir con él, y a dejar que me recuerde lo que soy capaz de soportar.

Desmond asintió lentamente, impresionado por su fortaleza.
-Eres más fuerte de lo que aparentas -dijo.
Laura sonrió.
-Y tú también, aunque no lo creas.
-No estoy tan seguro -respondió él, con una media sonrisa-. Pero tal vez contigo cerca... pueda llegar a serlo.

Esa última frase hizo que Laura bajara la mirada, sonrojada. El ambiente se volvió más cálido, más íntimo. Ambos se quedaron un momento en silencio, simplemente disfrutando del café y de la presencia del otro.

Fuera, el cielo comenzaba a despejarse. Los rayos del sol se filtraban por la ventana, iluminando suavemente la mesa. Laura estiró la mano y, sin pensarlo demasiado, rozó la suya con la de Desmond. Él no se apartó. Sus dedos se entrelazaron sin decir una sola palabra.

-¿Sabes? -dijo Laura con una sonrisa ligera-. Me gusta hablar contigo.
-A mí también -respondió él-. Me hace sentir... humano otra vez.

Se quedaron así, mirándose a los ojos, con el sonido del café burbujeando de fondo y el mundo entero pasando afuera sin que ninguno quisiera moverse.

El desayuno había terminado, pero ninguno de los dos tenía prisa por marcharse. La cafetería comenzaba a llenarse de gente, y el ruido suave de las conversaciones y los platos chocando entre sí los hizo levantarse con calma. Laura pagó la cuenta, y luego salieron a la calle. El aire estaba fresco, perfumado por el aroma de los árboles del parque cercano y el ruido lejano del tráfico que se mezclaba con el canto de los pájaros.

Caminaron juntos sin hablar por un rato. El sol se filtraba entre las ramas, dibujando sombras que se movían sobre el pavimento. Desmond tenía las manos en los bolsillos, y Laura caminaba a su lado, abrazándose a sí misma con una expresión pensativa.

-¿Te gusta este lugar? -preguntó ella al fin.
-Sí -respondió él, mirando el horizonte-. Es tranquilo... me recuerda a algo, aunque no sé a qué.
-Tal vez a un recuerdo bueno -dijo ella.
-Tal vez -contestó, con una sonrisa apenas visible.

Siguieron caminando hasta llegar a una banca frente a una fuente circular. El agua caía con un sonido constante, hipnótico. Laura se sentó primero, mirando el reflejo del sol en la superficie, y Desmond se sentó a su lado. Por un momento, ninguno dijo nada. Era como si el silencio hablara por ellos.

Laura respiró hondo, con los ojos fijos en la fuente.
-Desmond -dijo con voz suave-, ¿puedo decirte algo que nunca le he contado a nadie?
Él giró el rostro hacia ella, con expresión seria.
-Claro... puedes decirme lo que quieras.
Laura se quedó callada unos segundos más, apretando las manos sobre sus rodillas. Parecía reunir fuerzas para hablar. Finalmente, suspiró.

-Cuando tenía dieciocho años... -comenzó, con la voz temblorosa-, me enamoré perdidamente de alguien. Era mayor que yo, un músico. Tenía una forma de ver el mundo que me fascinaba. Era libre, rebelde, diferente. Y yo... lo seguí a todas partes.

Desmond la miró en silencio, notando cómo sus ojos se humedecían.
-¿Qué pasó con él? -preguntó con cuidado.
-Desapareció -dijo ella-. Una noche, sin aviso, sin despedirse. Simplemente se fue. Yo lo

esperé meses, incluso años. Me aferré a la idea de que volvería, de que todo había sido un error. Pero con el tiempo entendí que no iba a regresar.

Laura tragó saliva, mirando hacia el suelo.
-Desde entonces... me cuesta confiar en la gente. Me cuesta creer que alguien pueda quedarse -confesó-. Siempre tengo miedo de que un día se vayan, como él.

Desmond sintió un vacío en el pecho al oírla. Esa vulnerabilidad lo tocó profundamente.
-¿Y por eso trabajas tanto? -preguntó-. ¿Para no pensar en eso?
Laura sonrió con tristeza.
-Tal vez sí. Ocupo mi tiempo para no sentirme sola. Si me detengo demasiado, empiezo a pensar en lo que perdí. Y duele.

Desmond la observó unos segundos, luego le tomó suavemente la mano.
-No todos desaparecen, Laura -dijo en voz baja-. A veces hay personas que llegan y se quedan, incluso cuando uno cree que no lo merecen.

Laura lo miró, con los ojos brillantes.
-¿Tú te quedarías? -preguntó, casi susurrando.

Desmond tardó en responder. El aire se volvió denso, cargado de una tensión suave pero real. Finalmente, habló.
-Si depende de mí... sí -dijo con sinceridad-. Me quedaría.

Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas. No eran de tristeza, sino de alivio. Sonrió débilmente y apoyó su cabeza en el hombro de Desmond.
-No sabes cuánto necesitaba escuchar eso -murmuró.
Desmond bajó la mirada hacia ella y, sin decir nada más, rodeó su espalda con un brazo. Permanecieron así, en silencio, escuchando el murmullo del agua y el canto de los pájaros.

Después de un rato, Laura levantó la cabeza, con una expresión serena pero vulnerable.
-Hay algo más que nunca le dije a nadie -añadió.
-¿Qué cosa? -preguntó él.
-Que desde que te conocí... -dijo ella, mirándolo a los ojos-, empecé a sentir algo que creí muerto hace mucho. Algo que me da miedo admitir, pero que me hace sentir viva otra vez.

Desmond la observó, sorprendido.
-¿Qué es eso que sientes? -preguntó con voz baja.
Laura sonrió, apenas, con un brillo cálido en la mirada.
-Esperanza -susurró.

La palabra quedó flotando en el aire, como si el viento se la llevara con suavidad. Desmond no respondió; solo la miró, comprendiendo que aquella confesión era más profunda de lo que sonaba. Esperanza. Una palabra que él había olvidado hacía mucho tiempo.

El sol se reflejaba sobre la fuente, y las sombras de los árboles danzaban sobre ellos. Por primera vez desde que llegó al mundo humano, Desmond sintió que tal vez no estaba tan perdido.

Laura sonrió, recostándose otra vez sobre su hombro.
-Gracias por quedarte conmigo hoy -murmuró.
-Gracias a ti por hacerme quedarme -respondió él.

Y así, entre el murmullo del agua y la tibieza del mediodía, ambos comprendieron que, de alguna manera, empezaban a sanar juntos.

El sol ya había comenzado a bajar, tiñendo el cielo de un naranja suave que se mezclaba con tonos lilas y rosados. Laura y Desmond seguían caminando por las calles cercanas al parque, sin prisa, disfrutando del silencio que compartían. No era un silencio incómodo, sino uno de esos que nacen cuando dos almas empiezan a entenderse sin necesidad de palabras.

Laura caminaba muy cerca de él, tanto que su brazo rozaba el suyo cada pocos pasos. Al principio, Desmond pensó que era casualidad, pero pronto notó que ella no se apartaba. Al contrario, poco a poco se iba acercando más, buscando su cercanía sin disimulo.

-¿Quieres volver al hotel? -preguntó él, girando la cabeza hacia ella.
-Sí, pero... -respondió Laura, sonriendo con un leve rubor en las mejillas-. ¿Podemos caminar un poco más? Me gusta estar aquí contigo.
Desmond asintió, sin pensarlo demasiado. -Claro.

Siguieron caminando, pasando frente a una panadería que dejaba escapar el aroma del pan recién hecho. Laura se detuvo un segundo, cerrando los ojos.
-Huele a infancia -dijo con una sonrisa nostálgica.
-¿Te gusta el pan? -preguntó Desmond, sonriendo apenas.
-Me encanta. Cuando era niña, mi abuela me llevaba a comprar pan todas las tardes. Siempre decía que el olor del pan caliente cura el alma.
-Tu abuela era sabia -respondió él, mirando la fachada iluminada.

Laura lo observó un instante en silencio, y luego, sin decir nada, deslizó su mano hasta encontrar la suya. No fue un gesto tímido, sino natural, como si su cuerpo actuara antes que su mente. Desmond bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas, sorprendido al principio, pero no la soltó.

-¿Te molesta? -preguntó ella en voz baja, sin mirarlo.
-No -respondió él, con una calma que ni él mismo esperaba-. No me molesta.

Caminaron así, tomados de la mano, mientras las luces de la ciudad empezaban a encenderse una a una. Laura sonreía, aunque trataba de disimularlo, y Desmond la miraba de reojo de vez en cuando, notando cómo sus dedos se aferraban con suavidad a los suyos, como si tuviera miedo de que desapareciera.

Al llegar al hotel, subieron juntos por el ascensor. El silencio regresó, pero esta vez estaba cargado de una cercanía más profunda. Laura miraba el reflejo de ambos en las puertas metálicas, y por un momento imaginó que no estaban en un hotel, sino en otro mundo, uno donde no existía el dolor ni las despedidas.

Cuando la puerta se abrió, Laura fue la primera en salir. Desmond caminó detrás de ella, observando cómo el cabello corto de la joven caía sobre su cuello, moviéndose con cada paso. Era una imagen simple, pero por alguna razón le resultaba hipnótica.

Al llegar a la habitación, Laura se quitó la chaqueta y la dejó sobre el sofá.
-¿Te sientes mejor hoy? -preguntó, girándose hacia él.
-Sí -dijo Desmond, dejando escapar un suspiro-. Gracias a ti.
Laura sonrió, y se acercó despacio hasta quedar frente a él.
-No me des las gracias. Solo estoy haciendo lo que me nace -dijo, con voz suave.

Por un instante, se quedaron mirándose en silencio. Laura levantó la mano y le acomodó un mechón de cabello que caía sobre su frente. Sus dedos se detuvieron allí unos segundos más de lo normal, y luego bajaron con suavidad por su mejilla.

Desmond no se apartó. De hecho, se sintió extrañamente en paz. No había tensión, ni culpa, ni duda. Solo la calidez de una presencia que parecía llenar el vacío que llevaba días cargando.

-Tienes los ojos más tristes que he visto -murmuró Laura, bajando la mirada.
-Y tú, la sonrisa más sincera que he conocido -respondió él.

Ella sonrió débilmente, con los ojos brillantes. Luego se sentó al borde de la cama y lo miró.
-¿Sabes? Cuando estoy contigo siento que todo va a estar bien, aunque no tenga idea de por qué. -Sus palabras salieron entrecortadas, llenas de emoción contenida-. Tal vez suene cursi, pero contigo siento que la vida vuelve a tener sentido.

Desmond se quedó de pie frente a ella, sin saber qué responder. Sentía algo moverse en su interior, algo que creía apagado desde hace mucho tiempo. Se acercó, y sin decir palabra, se sentó a su lado. Laura recostó la cabeza en su hombro, suspirando con alivio.

-No quiero que te vayas -murmuró.
-No pienso hacerlo -dijo él, con una voz firme pero serena.

Laura cerró los ojos y se abrazó a su brazo, apretándolo con cariño, como si temiera que al soltarlo todo desapareciera. Desmond la miró, y por primera vez en mucho tiempo, no sintió culpa, ni miedo, ni vacío. Solo calma.

El silencio se apoderó de la habitación, mientras las luces del atardecer se filtraban por las cortinas. Laura, aún abrazada a él, comenzó a quedarse dormida poco a poco. Desmond la cubrió con una manta, y sin soltar su mano, se quedó observando el techo, pensando en cómo

la vida, en su caos impredecible, le había devuelto algo que creía perdido: la capacidad de sentir.

Y en ese momento, comprendió que Laura no solo lo estaba ayudando a sanar... sino que, sin proponérselo, se estaba convirtiendo en su refugio.

CAP 79

El Eco de la traicion

Desmond estaba recostado en la cama del hotel, con la cabeza apoyada sobre el pecho de Laura. La luz suave que entraba por la ventana se filtraba entre las cortinas, tiñendo la habitación de un tono cálido y melancólico. Laura pasaba lentamente los dedos entre el cabello oscuro de Desmond, sintiendo cómo su respiración se calmaba poco a poco. A pesar de su silencio, el ambiente no era incómodo; había una serenidad compartida, un entendimiento tácito de que ambos necesitaban ese momento de calma.

Laura lo miró fijamente, con ternura y preocupación. Desde que lo había conocido, había visto cómo la tristeza lo consumía día tras día, pero también había notado pequeños destellos de vida en su mirada, como si poco a poco estuviera saliendo de una oscuridad muy profunda.
-¿Cómo te sientes hoy? -preguntó ella con voz suave, rompiendo el silencio.
Desmond respiró hondo antes de responder.
-No lo sé... -murmuró-. Mejor, supongo. No tan vacío como antes.

Laura sonrió apenas, acariciándole la mejilla.
-Eso es bueno... -dijo en un susurro-. Me alegra saberlo.

Durante un rato más permanecieron así, sin hablar, solo escuchando el sonido del reloj de la pared y el leve ruido del tráfico que llegaba desde la calle. Pero dentro de la mente de Desmond, los pensamientos se cruzaban como sombras. Recordaba a Skyler. Su risa, su voz, su forma de mirarlo. Y aunque ese recuerdo le dolía como una espina enterrada, también sentía que el calor de Laura lo mantenía atado a algo que no era sufrimiento, sino esperanza.

Finalmente, Desmond se incorporó lentamente.
-Voy al baño un momento -dijo, con voz baja.

Laura asintió con una sonrisa tranquila.
-Está bien -respondió, observándolo mientras se levantaba.

El sonido del agua corriendo llenó el baño cuando Desmond abrió el grifo. Se mojó la cara varias veces, dejando que las gotas frías recorrieran su piel. Se miró en el espejo; tenía ojeras profundas, el cabello desordenado y una expresión cansada. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, notó que sus labios se curvaban levemente en una sonrisa casi imperceptible.
-¿Qué me está pasando? -se dijo a sí mismo en voz baja-. No puedo... no debería...

Pero por más que intentara negarlo, Laura estaba logrando algo que ni el tiempo ni la soledad habían conseguido: hacerlo sentir vivo otra vez.

Al salir del baño, la encontró aún en la cama, revisando su celular. Su cabello caía sobre los hombros y la luz matinal resaltaba el brillo de sus ojos. Desmond se vistió sin decir nada, aunque podía sentir la mirada de Laura siguiéndolo de manera discreta.

-¿Tienes planes para hoy? -preguntó ella, rompiendo el silencio mientras se sentaba al borde de la cama.
-No... nada en especial -respondió él, ajustándose la chaqueta.

Laura sonrió con un aire travieso.
-Podríamos salir un rato, ¿no? -propuso-. Escuché que esta noche habrá un concierto en el estadio Nemesio Camacho. Tal vez te haría bien distraerte un poco, dejar la cabeza en otra cosa.

Desmond levantó la mirada, curioso.
-¿Un concierto? ¿De quién?

-De una banda que me encanta -respondió con entusiasmo-. Se llama *Dominion*. Dicen que son increíbles en vivo, tienen una energía... ugh, ¡tienes que verlos!

El nombre golpeó a Desmond como una piedra en el pecho. *Dominion.* Sintió cómo la sangre se le helaba por un instante.
-¿Dominion dijiste? -repitió lentamente, fingiendo neutralidad.
-Sí, ¿los conoces? -preguntó Laura, levantando una ceja.

Desmond dudó por un segundo, tratando de mantener el rostro sereno.
-Tal vez... -respondió, tratando de sonar casual-. ¿Tienes alguna foto?

Laura, emocionada, buscó rápidamente en su celular y le mostró una imagen promocional de la banda: cinco integrantes vestidos con ropa moderna, pose imponente y miradas intensas. Pero Desmond no veía músicos. Veía demonios.
Su corazón se aceleró al reconocer a Morgana y a los demás, disfrazados con formas humanas. Habían logrado infiltrarse incluso en el mundo humano.

Laura sonrió sin notar el conflicto interno de él.
-Mira, ella es Morgana, la vocalista. Es una diosa en el escenario. Y él de la guitarra... BCB, lo amo -rió-. Son únicos.

Desmond mantuvo la calma como pudo, analizando la foto detenidamente.
-Sí... los conozco -dijo finalmente.

Laura soltó una carcajada.
-¡Ah, claro! No me mientas. ¿Cómo vas a conocerlos tú? Si apenas llegaste hace poco.

Desmond alzó las cejas, improvisando con rapidez.
-No te lo había contado, pero... en España trabajé un tiempo como productor musical -mintió con naturalidad-. Dominion grabó parte de su álbum en la disquera donde trabajaba. Fueron unos días caóticos, pero... los recuerdo bien.

Laura lo miró con sorpresa.
-¿Hablas en serio? -preguntó incrédula.
-Totalmente -respondió él, manteniendo la mentira con firmeza-. No me esperaba verlos aquí, la verdad.

Laura sonrió, ilusionada.
-¡Eso es increíble! Entonces sí o sí tienes que venir conmigo. No puedes perderte el concierto.

Desmond se quedó en silencio unos segundos, observándola. La ilusión en sus ojos, su sonrisa, la manera en que trataba de sacarlo del pozo donde estaba hundido... algo dentro de él se ablandó.
-Está bien -dijo finalmente, dejando escapar una leve sonrisa-. Iremos.

Laura aplaudió suavemente, feliz.
-Sabía que dirías que sí. Te va a gustar, ya lo verás.

Desmond la observó por un momento más, sin decir nada. Había algo en su alegría que le resultaba contagioso. No podía negar que Laura estaba logrando algo que nadie más había conseguido desde la muerte de Skyler: hacerlo sonreír de nuevo.

Laura se giró hacia Desmond con esa expresión decidida que tanto lo desconcertaba. Tenía los ojos llenos de brillo, una chispa entre emoción y terquedad que parecía encender todo a su alrededor. Cuando se proponía algo, no había muro que pudiera detenerla, y él lo sabía muy bien.

-Entonces iremos juntos -dijo con una sonrisa firme, sin titubeos-. Ya está decidido.

Desmond la miró sorprendido, con las cejas arqueadas, y un leve gesto de incredulidad se formó en su rostro. Aquella mujer tenía la asombrosa habilidad de irrumpir en su vida como una tormenta, pero una tormenta cálida, de esas que limpian el aire después de mucho tiempo de silencio.

-¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo tú decides por mí? -preguntó, cruzándose de brazos, con un tono de falsa molestia. En el fondo, sabía que esa discusión estaba perdida desde antes de empezar.

Laura se encogió de hombros con un aire juguetón, ladeando la cabeza, dejando que su cabello negro se deslizara sobre su hombro con un movimiento despreocupado.
-Desde que me di cuenta de que si te dejo solo, te hundes otra vez -respondió con dulzura, aunque en su voz había una verdad que dolía-. Quiero verte feliz, Desmond. No al tipo callado y apagado que tengo frente a mí.

El silencio se instaló entre los dos por unos segundos. Las palabras de Laura le golpearon más de lo que esperaba. Aquella frase, tan simple, tan directa, le llegó al alma como una caricia y una herida a la vez. Desmond bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de sus ojos por un momento.

-Laura... -murmuró en voz baja, casi con un hilo de voz-. No tienes que cargar con eso.

Ella negó suavemente con la cabeza, dando un paso hacia él. Estaba tan cerca que Desmond pudo sentir el perfume sutil que siempre llevaba, una mezcla de lavanda y algo dulce que no sabía describir.
-No es una carga -respondió con firmeza-. Es lo que quiero hacer. Si eso significa arrastrarte a un concierto para que sonrías, entonces lo haré sin pensarlo.

Desmond soltó una risa ligera, una risa sincera, de esas que hacía tiempo no escapaban de su pecho.
-Eres imposible -dijo, meneando la cabeza.

-Y tú un cabezota -replicó ella, dándole un leve golpe con el puño en el brazo-. Así que no te resistas, ya está decidido.

Él suspiró, rindiéndose por completo.
-Está bien... iré contigo.

Laura abrió los ojos con un brillo tan puro que por un instante Desmond pensó que el mundo se iluminaba solo con su sonrisa. Antes de que él pudiera reaccionar, ella se lanzó hacia adelante y lo abrazó con una fuerza arrolladora. Sus brazos lo rodearon como si no quisiera soltarlo nunca, y su cuerpo tembló un poco, como si aquella emoción contenida por fin hubiera explotado.

-¡Sabía que dirías que sí! -exclamó entre risas, apretándolo tanto que Desmond apenas podía respirar.

-Laura... me vas a dejar sin aire -jadeó él, aunque sin borrar la sonrisa de sus labios.

Ella se separó apenas unos centímetros, riendo con una mezcla de pena y alegría. Su rostro estaba sonrojado, las mejillas encendidas, y sus ojos... sus ojos lo miraban como si en él hubiera encontrado algo que ni ella sabía que buscaba.
-Perdón, es que... estoy muy feliz -dijo, bajando la voz, casi susurrando.

Desmond se quedó observándola, notando cada detalle: el leve temblor en sus manos, la forma en que mordía su labio inferior para ocultar su nerviosismo, y ese brillo vulnerable que aparecía cada vez que se abría ante él. Era como si Laura no solo quisiera hacerlo sonreír, sino también sanar una parte de sí misma al verlo hacerlo.

Por un momento, el silencio volvió, pero esta vez era distinto. No era incómodo. Era un silencio cargado de cosas que ninguno se atrevía a decir en voz alta.

-¿Cuándo es el concierto? -preguntó Desmond al fin, intentando recuperar la compostura, aunque en su voz todavía quedaba un matiz de curiosidad genuina.

-En dos semanas -respondió ella con un tono triunfal, alzando el celular para mostrarle el comprobante digital-. Ya compré las entradas por internet. Y no son cualquier entrada... son prioritarias.

Desmond arqueó una ceja.
-¿Ya lo tenías todo preparado?

-Por supuesto -contestó ella, sin una pizca de culpa-. Te conozco demasiado bien. Sabía que pondrías mil excusas, así que me adelanté.

Él negó con la cabeza, sonriendo con incredulidad.
-Eres increíble, ¿lo sabías?

-Lo escucho seguido -bromeó ella, guiñándole un ojo con picardía.

Dos semanas después, el aire bogotano tenía ese frescor húmedo que anunciaba lluvia, pero eso no detenía a la multitud. Laura y Desmond caminaban entre un mar de gente que rodeaba el Estadio Nemesio Camacho, el Coloso de la 57, iluminado con luces que parpadeaban como relámpagos de emoción. Los gritos de los fanáticos se mezclaban con el eco de los parlantes de prueba, creando un rugido colectivo que vibraba en el suelo.

Desmond levantó la mirada hacia la inmensa estructura y se quedó unos segundos en silencio, impresionado.
-Vaya... no recordaba lo ruidoso que podía ser un evento así -comentó con una media sonrisa, mientras observaba las largas filas serpenteando por la avenida.

Laura, emocionada, se ajustó la chaqueta y se giró hacia él.
-No te preocupes por eso -dijo, mostrando las entradas en su celular con una sonrisa confiada-. Nosotros no tenemos que hacer fila.

-¿Cómo que no? -preguntó él, curioso.

Ella no respondió. Simplemente le tomó la mano, entrelazando sus dedos con los de él, y lo jaló con determinación hacia la entrada principal. El contacto lo tomó por sorpresa; no la soltó. Aquella mano cálida, segura, era como un recordatorio de que aún había vida más allá del dolor.

Laura mostró las entradas al guardia, quien las escaneó y asintió con una sonrisa profesional.
-Entradas prioritarias. Pueden pasar -dijo, levantando la cinta de seguridad.

Desmond la miró, sin poder evitar soltar una risa corta.
-Wow... de verdad te lo tomaste en serio.

-Te lo dije -respondió ella, alzando una ceja con aire triunfal-. Nada de colas, nada de esperas. Solo diversión.

El estadio, todavía a medio preparar, se extendía ante ellos. Los técnicos corrían de un lado a otro, las luces se probaban, los amplificadores rugían con breves explosiones de sonido, y en el centro, bajo las sombras del escenario, se movían figuras que Desmond reconoció de inmediato. Su corazón se detuvo por un instante.

-Mira -dijo Laura, señalando con emoción-. ¡Ahí están ellos! ¡Dominion!

Desmond tragó saliva. El eco de ese nombre resonó en su mente como un trueno.
Allí estaban: Morgana, con su inconfundible cabello rojo oscuro y su porte dominante, y el resto de la banda riendo mientras hablaban con algunos miembros del staff. El mismo grupo que había compartido escenario con Gaia... y también el mismo que había convertido aquel recuerdo en una cicatriz.

Laura lo miró, radiante.
-Vamos a saludarlos -dijo, sin sospechar la tormenta interna que se desataba en él.

Desmond se tensó.
-No sé si sea buena idea... -murmuró-. No creo que les interese hablar con fans ahora.

-¿Fans? -replicó ella, divertida-. Tú los conoces, ¿no? Seguro no les molestará. Vamos, no seas tímido.

Desmond respiró hondo, mirando de reojo el escenario. Su mente iba a mil. Si lo reconocían, si alguno de ellos notaba quién era realmente, todo podría desmoronarse. Sin embargo, la sonrisa ilusionada de Laura lo detuvo. Había algo en ella que hacía imposible decirle que no.

-Está bien... -dijo finalmente, dejando escapar un suspiro-. Vamos.

Laura entrelazó de nuevo sus dedos con los suyos y lo guió entre los pasillos, con el corazón lleno de emoción. Desmond, por su parte, solo podía pensar en una cosa: o todo salía bien... o ese encuentro cambiaría su vida para siempre.

Y, con ese pensamiento en mente, Desmond termina accediendo.

Al acercarse, Laura no podía contener la emoción. Sus ojos brillaban con la luz del estadio, y su sonrisa era tan amplia que parecía contagiar a todos los que la miraban. Se aferraba al brazo de Desmond con fuerza, como si temiera que en cualquier momento él decidiera dar media vuelta y marcharse. En cambio, Desmond se sentía cada vez más incómodo; el sudor comenzaba a recorrerle la nuca y sus pasos se volvían cada vez más cautelosos. El bullicio del lugar, las luces, los rostros conocidos... todo parecía empujarle hacia un recuerdo que había intentado enterrar.

Laura levantó la mano con entusiasmo al acercarse al grupo de músicos. -¡Hola! ¡No puedo creer que los estemos viendo de cerca! -exclamó, su voz temblando de emoción.

Uno de los integrantes, un hombre alto con el cabello recogido y una mirada segura, le devolvió el saludo con una sonrisa cordial. Era BCB, quien observó a la chica con

curiosidad... hasta que sus ojos se posaron en Desmond. En ese instante, la expresión de BCB cambió; sus cejas se alzaron levemente y una chispa de reconocimiento cruzó su mirada.

-Desmond... -murmuró, apenas audible, pero con un tono cargado de sorpresa.

El nombre fue suficiente para que Morgana, que conversaba con un técnico unos metros más allá, girara la cabeza. Sus ojos se abrieron ligeramente, y una sonrisa lenta, casi imperceptible, se dibujó en sus labios. "Con que aquí estabas escondido...", pensó, observando cada gesto del antiguo rival. Aun así, decidió mantener silencio y fingir que no lo había notado. El momento adecuado llegaría.

Desmond forzó una sonrisa nerviosa y saludó con un leve movimiento de mano. -Hey... BCB... cuánto tiempo.

BCB soltó una risa breve, aunque su mirada era más inquisitiva que amistosa. Dio un paso adelante y colocó su brazo sobre los hombros de Desmond. -Vaya, vaya... esto sí que es una sorpresa. ¿Podemos hablar un momento? En privado.

Desmond asintió con cierta tensión. -Claro... no hay problema.

Laura, algo confundida, los miró irse sin entender demasiado. -¿Todo bien? -preguntó, pero Desmond solo asintió y le dedicó una mirada tranquilizadora antes de alejarse con BCB hacia una zona lateral del estadio, entre equipos de sonido y cajas de instrumentos.

Una vez solos, el ambiente cambió. La sonrisa de BCB se desvaneció, dejando paso a una seriedad que Desmond conocía demasiado bien.

-¿Qué demonios haces aquí, Desmond? -preguntó en voz baja, cruzándose de brazos-. ¿Cómo llegaste al mundo humano? Sabes que no deberías estar aquí.

Desmond evitó su mirada, observando el suelo por unos segundos antes de responder. -No tenía otra opción. -Su voz sonaba cargada de cansancio-. Necesitaba desaparecer.

BCB frunció el ceño. -Eso no responde a mi pregunta. ¿Cómo lo hiciste? No cualquiera cruza entre mundos sin dejar rastro.

Desmond suspiró, rindiéndose ante la insistencia. -Un grimorio. Usé un grimorio antiguo.

BCB se enderezó, visiblemente sorprendido. -¿Un grimorio? ¿De dónde lo sacaste?

-No lo saqué -respondió Desmond con tono amargo-. Lo conseguí... mediante un trato.

-¿Con quién? -preguntó BCB, bajando la voz.

-Con un Ornix. -Desmond levantó la mirada, sabiendo que eso bastaba para dejar a BCB sin palabras.

Y así fue. El rostro del guitarrista se endureció. -Un trato con un Ornix... -repitió, incrédulo-. ¿Tienes idea del precio que suelen pedir?

Desmond asintió lentamente. -Sí. Lo sé muy bien. Le di algo... que no puedo recuperar.

BCB lo observó, intentando leer entre líneas. -¿Qué le diste?

Desmond tragó saliva, su mirada se nubló. -El anillo de compromiso de mi difunta esposa.

El silencio que siguió fue pesado. Finalmente, BCB habló con voz grave. -¿Tu difunta esposa? ¿La loba con la que estabas casado? No me digas que...

Desmond asintió. -Murió. -Sus palabras cayeron como plomo-. Y fue por mi culpa. Si no hubiera enfrentado a Indivia, si no hubiera provocado esa pelea... nada de esto habría pasado. Ella estaría viva. Yo seguiría allá... con mi familia.

-Espera... como que enfrentaste a Indivia, y como mierda sobreviviste-Dice BCB confundido.

Desmond suspira. -Yo... no lo recuerdo-

BCB exhaló despacio, bajando la mirada. -Desmond... lo siento. Nadie debería cargar con algo así.

Mientras hablaban, Morgana se había deslizado silenciosamente detrás de unos equipos. Fingía revisar su teléfono, pero su cámara estaba grabando. Cada palabra de Desmond quedaba registrada.

Desmond se frotó la cara con ambas manos, agotado. -No entiendo por qué me pasa esto. Solo defendí a los míos, BCB. ¿Eso me hace un criminal? Medio infierno quiere matarme por algo que... ni siquiera lamento haber hecho.

BCB colocó una mano en su hombro. -Hiciste lo que tenías que hacer. Y te entiendo. Pero tienes que tener cuidado. No todos verán tu historia con compasión. Hay demasiados intereses en juego... y demasiadas bocas dispuestas a hablar.

Desmond asintió, mirando al vacío. -Por eso drené mi esencia demoníaca. Para que no pudieran rastrearme. -Le mostró la mano derecha, donde un símbolo oscuro, un pentagrama invertido, marcaba su piel como una quemadura.- Eso fue lo que me dejó el hechizo.

BCB frunció el ceño. -La marca del Abismo... -murmuró-. Entonces es cierto. Ya no eres un demonio, Desmond. Has perdido tu conexión infernal.

-Lo sé -dijo él, con voz ronca-. Pero según el grimorio, puedo revertirlo. No ahora... debo esperar hasta fin de año. Si lo hago antes, mi cuerpo podría desintegrarse.

BCB asintió lentamente, asimilando la gravedad del asunto. -Entonces ten cuidado. Aunque el cazador que te busca no sepa que estás aquí, eso podría cambiar en cualquier momento. Hay oídos en todas partes.

Desmond levantó la vista, con un atisbo de determinación. -Lo sé. Haré lo que sea necesario para sobrevivir.

BCB lo miró unos segundos más, y finalmente asintió. -Me alegra verte con vida, viejo amigo. Y no te preocupes... por mí, tu secreto está a salvo.

A unos metros, Morgana terminó la grabación y bajó el teléfono con una sonrisa fría. En su pantalla, la conversación completa estaba capturada. Aquello era oro puro. Información directa para Lucifer, suficiente para destruir la frágil paz de Desmond.

Horas más tarde, cuando el público ya llenaba el estadio y las luces del escenario comenzaban a encenderse, Laura y Desmond regresaron a las primeras filas. La multitud rugía, la música de fondo subía de intensidad, y el aire vibraba con expectación.

Laura lo miró, feliz, sin sospechar nada de lo que había ocurrido detrás del escenario. Desmond, por su parte, intentaba mantener la compostura, pero su mente seguía anclada a aquella conversación, al peso del secreto que acababa de compartir.

Y así, mientras las luces se apagaban y el espectáculo comenzaba, Desmond respiró hondo, intentando olvidarse de todo... aunque en el fondo sabía que su pasado acababa de alcanzarlo.

El estadio Nemesio Camacho rugía como una bestia viva. Miles de luces destellaban desde las gradas, teléfonos alzados, cámaras grabando cada instante, voces coreando el nombre de la banda que estaba a punto de salir al escenario. Dominion. El aire vibraba con una energía casi eléctrica, una mezcla de expectación, euforia y pura devoción. Las pantallas gigantes mostraban destellos del logo de la banda, mientras un sonido grave, un retumbar profundo, recorría el suelo como un latido premonitorio.

Laura estaba de pie en la primera fila, con las manos apretadas contra la valla metálica, los ojos abiertos de par en par. -¡Dios, no puedo creer que estamos aquí! -gritó, mirando a Desmond con una sonrisa desbordante. Su rostro reflejaba una mezcla de emoción y asombro infantil, como si estuviera presenciando algo sagrado.

Desmond, aunque no podía negar que el espectáculo era impresionante, se mantenía en silencio. Sus ojos observaban los movimientos del personal técnico, los focos que se ajustaban, los amplificadores que zumbaban en sincronía. Conocía cada uno de esos pasos. Sabía cómo se construía el instante previo a un show: la tensión del aire, los segundos que se estiran antes de que todo estalle. Sin embargo, lo que sentía en ese momento era una contradicción. Parte de él deseaba disfrutarlo como cualquier espectador, pero otra parte temía lo que vendría al ver a quienes había conocido tan de cerca, quienes lo conocían a él.

Las luces se apagaron. Un rugido de la multitud se elevó como una ola que arrasó con todo. Laura gritó de emoción, mientras un haz de luz azul cortó la oscuridad. Una figura apareció entre el humo del escenario. Era Morgana. Vestía un traje oscuro con destellos plateados, botas altas y un abrigo que se agitaba con el viento de los ventiladores del escenario. Su

cabello, caía sobre sus hombros, y sus ojos brillaban con un magnetismo sobrenatural, aun bajo su forma humana.

-¡Buenas noches, Bogotá! -gritó Morgana al micrófono, y el estadio entero respondió con un rugido que estremeció el suelo. La energía era tan intensa que Laura apenas podía contener las lágrimas.

la guitarra de BCB resonó con un tono profundo, mientras el bajo rugía. El baterista dio la señal, y de pronto, el estadio entero explotó en luces y sonido. Dominion había comenzado su primera canción. Las pantallas mostraban un espectáculo visual digno de un ritual: fuego digital, alas negras desplegándose detrás de los músicos, runas girando en espirales de luz. El público saltaba, gritaba, se abrazaba, algunos lloraban. Laura estaba entre ellos, saltando, cantando, siguiendo cada nota, con la voz quebrada por la emoción.

Desmond la observó de reojo. Verla tan feliz le provocaba una punzada en el pecho, pero no de tristeza. Era... una sensación extraña. Algo cálido, reconfortante, algo que le recordaba que aún podía sentir. En medio de ese mar de ruido y luces, ella parecía un faro de vida.

Morgana se movía por el escenario con una presencia imponente. Aunque disfrazada como humana, su esencia seguía allí, vibrando. Cada nota que salía de su garganta cargaba un poder que hacía estremecer el aire. Desmond podía percibirlo, podía sentir la vibración de su energía demoníaca encubierta. Aunque el público solo veía una artista en su máximo esplendor, él veía algo más: a una súcubo que lo humillaba cada vez que podía, dominando a miles de humanos con su voz.

La segunda canción comenzó con un riff poderoso, una melodía oscura que evocaba guerra, pérdida y redención. Laura la reconoció enseguida y gritó emocionada: -¡Es "The Crimson Veil"! ¡Mi favorita!

Desmond miró el escenario. Sabía lo que venía. Aquella canción había sido compuesta por Morgana justo después de su derrota en la competencia de bandas. Era un himno a la venganza, disfrazado de poesía melancólica. Y ahora, la estaba cantando frente a él. Había ironía en eso, y él lo sabía. Morgana sabía que él estaba allí. Aquella canción era una provocación velada, un recordatorio.

El público agitaba los brazos de un lado a otro, encendiendo las linternas de sus celulares, creando un océano de luces titilantes. Laura cerró los ojos por un momento, dejándose llevar por la voz de Morgana, que se alzaba sobre la instrumentación con una fuerza casi sobrehumana. Desmond la observó, notando cómo una lágrima resbalaba por su mejilla. No era tristeza. Era admiración pura.

-¿Te gusta? -preguntó él, inclinándose para hablarle al oído.

-¡Me encanta! -respondió ella entre gritos-. ¡No puedo creer que cante así en vivo!

Desmond sonrió apenas. -Sí... canta igual que en el infierno -susurró para sí mismo, aunque ella no lo oyó.

La tercera canción cambió el ambiente. El ritmo se tornó más suave, un tema melódico con guitarras limpias y coros angelicales. Las pantallas mostraban imágenes de fuego apagándose, de sombras transformándose en luz. Laura, emocionada, dejó de saltar y simplemente se quedó quieta, mirando el escenario con los labios entreabiertos. -Es hermosa -dijo casi en un susurro.

Desmond asintió, aunque su mente vagaba lejos, recordando las noches en que escuchaba esa misma melodía, antes de que todo se derrumbara. Había sido una época en la que aún existía algo de respeto entre ellos.

La multitud coreaba cada verso, miles de voces al unísono, resonando como un mantra. Laura tomó la mano de Desmond sin siquiera pensarlo, y él la dejó. No hubo resistencia. Sus dedos entrelazados temblaban con el eco de la música. Durante un instante, el tiempo pareció detenerse para ambos.

-Sabes -dijo Laura, acercándose a su oído-, esta banda me salvó en un momento muy difícil. Cuando mi padre se fue, escuchaba sus canciones todos los días. Me daban fuerza.

Desmond la miró, conmovido. Quiso decir algo, pero las palabras no salieron. En su interior, algo se movió, una sensación de empatía profunda, porque entendía perfectamente lo que era perder a alguien y sostenerte con lo que queda.

El show continuó, creciendo en intensidad. En la cuarta canción, el escenario se llenó de fuego real; columnas de llamas se alzaban al ritmo de la batería. Las pantallas mostraban imágenes infernales, y el público enloqueció. Laura gritaba junto a todos, moviendo los brazos, dejando que el ritmo la poseyera. Desmond, en cambio, se quedó inmóvil. Aquella canción... reconoció las palabras del coro. Era una invocación. Un canto prohibido. Una melodía usada por los demonios del bajo abismo. "No puede ser que la estén tocando aquí..." pensó, tenso. Su instinto demoníaco despertó, y pudo sentir cómo el poder latente se filtraba, invisible para los humanos.

Morgana sabía perfectamente lo que hacía. Miró hacia la primera fila y, por una fracción de segundo, cruzó la mirada con Desmond. Él lo sintió como un golpe al pecho. Ella sonrió apenas, un gesto tan leve que nadie más lo notó, pero que a él le bastó para entender: era un mensaje. Ella lo había visto. Y lo estaba retando.

La canción terminó en un estallido de pirotecnia. El público rugió, el humo se elevó, y Laura gritó de emoción, girándose hacia Desmond con los ojos llenos de luz. -¡¿No fue increíble?! ¡Mira eso!

Desmond asintió con una sonrisa tenue. -Sí... increíble -murmuró, aunque en su interior sentía el peso de algo mucho más oscuro.

La siguiente parte del concierto fue un torbellino. Dominion interpretó temas nuevos, piezas llenas de riffs imposibles, solos de guitarra que parecían desgarrar el aire. BCB dominaba la guitarra con una destreza hipnótica, mientras el baterista marcaba un ritmo feroz. El público respondía con una entrega absoluta: saltos sincronizados, gritos, lágrimas, risas. Algunos se abrazaban, otros simplemente se dejaban llevar por el sonido.

En una de las pausas, Morgana tomó el micrófono y habló al público: -Han pasado años desde la última vez que tocamos aquí. Y hoy... -miró hacia la primera fila, directamente hacia Desmond-, hoy es especial. Esta noche, cantamos por los que se fueron... y por los que todavía están buscando su lugar en este mundo.

Laura, sin notarlo, aplaudió con fuerza, emocionada. Pero Desmond se quedó helado. Aquellas palabras no eran casualidad. Morgana hablaba para él.

La siguiente canción comenzó con una melodía lenta, casi triste. Las luces del estadio se tornaron azul profundo. Laura bajó la mirada, conmovida, mientras el público levantaba sus celulares una vez más. Las pantallas mostraban imágenes de alas negras cayendo, de figuras que desaparecían en el viento. Morgana cerró los ojos al cantar, su voz sonaba desgarradora, y cada palabra parecía dirigida a alguien invisible entre el público.

Desmond bajó la cabeza, apretando los puños. La letra hablaba de perder a quien amas, de buscar redención en un mundo que no te perdona. Era como si Morgana le hubiera arrancado los pensamientos y los hubiera convertido en canción. Laura, sin entender del todo, se apoyó en su hombro, y él la dejó hacerlo. Sintió su calidez, y por primera vez en mucho tiempo, no sintió el impulso de alejarse.

El concierto avanzó entre explosiones de sonido, luces y gritos. Dominion cerró su presentación con un tema épico, una sinfonía de metal y cuerdas que hizo temblar el estadio. Cuando las últimas notas resonaron, el público estalló en aplausos y vítores ensordecedores. Laura tenía las mejillas húmedas, el corazón acelerado. -Fue... perfecto -susurró, con la voz rota de emoción.

Desmond la miró, y por primera vez en mucho tiempo, esbozó una sonrisa sincera. -Sí... perfecto.

Las luces del estadio comenzaron a apagarse una a una. La multitud aún coreaba el nombre de la banda, pidiendo otra canción, pero el espectáculo había terminado. Morgana lanzó una última mirada hacia la primera fila, hacia él, y luego desapareció entre el humo del escenario.

El rugido de los fans se extendió durante varios minutos más, y Laura, con el alma encendida, se giró hacia Desmond. -Gracias por venir conmigo -dijo, tocando su brazo con dulzura-. No sabes cuánto significa para mí.

Desmond la miró, sintiendo que algo dentro de él, una grieta, comenzaba a sanar. -Gracias a ti por traerme -respondió.

Mientras el público comenzaba a dispersarse y las luces del estadio se encendían nuevamente, Desmond echó un último vistazo al escenario vacío. Sabía que aquella noche marcaría un antes y un después. Porque aunque había venido solo a acompañar a Laura... Morgana acababa de declarar una guerra silenciosa.

La noche bogotana cubría la ciudad con una neblina suave, las luces de los autos se reflejaban en el pavimento mojado mientras Laura y Desmond caminaban de regreso al hotel. El bullicio del concierto aún resonaba en el aire, como si las notas de Dominion siguieran vibrando dentro de ellos. El eco lejano de los cánticos del público se mezclaba con el murmullo de la lluvia, creando una sinfonía tranquila que los acompañó hasta el vestíbulo iluminado.

Laura avanzó riendo, abrazando su chaqueta para protegerse del frío. Tenía el rostro iluminado por una felicidad pura, los ojos brillantes como si todavía viera las luces del escenario. -No puedo creer lo que acabamos de vivir -dijo entre risas nerviosas, sin poder contener la emoción-. Fue perfecto, Desmond. ¡Perfecto!

Él sonrió apenas, observando cómo sus pasos dejaban huellas húmedas sobre el mármol. -Sí, lo fue -respondió con voz calmada, aunque por dentro revivía cada momento: los acordes, las luces, la figura imponente de Morgana dominando el escenario. Todo seguía latiendo en su mente.

Cuando entraron a la habitación, Laura se dejó caer sobre la cama con un suspiro de agotamiento y emoción. Su cabello aún olía a humo y a lluvia. -Fue el mejor concierto de mi vida -dijo mirando el techo, moviendo los pies con energía-. No hubo ni un solo momento malo, todo fue magia. ¿Tú viste el solo de BCB? ¡Fue una locura!

Desmond dejó las llaves sobre la mesa y se quitó la chaqueta con lentitud. -Sí, lo vi -respondió mientras se sentaba en el borde de la cama-. Tiene técnica, eso hay que reconocerlo.

-¿Técnica? -Laura se incorporó de golpe, mirándolo con una sonrisa traviesa-. ¡Eso fue brujería! Nadie toca así. -bromeó, dándole un golpecito en el brazo.

Desmond la miró con una mezcla de sorpresa y diversión. -No sabes cuán literal puede ser eso -dijo con un tono enigmático.

Laura frunció el ceño, confundida, pero luego soltó una risita. -Siempre dices cosas raras -murmuró, girándose de nuevo sobre la cama.

El silencio que siguió fue reconfortante. Afuera, la lluvia seguía cayendo suavemente. La habitación estaba iluminada solo por la luz tenue de una lámpara, y el aire tenía ese aroma cálido de hotel mezclado con el perfume de Laura. Desmond se recostó al fin, dejando escapar un suspiro largo. Se sentía... tranquilo, algo que no había sentido en mucho tiempo.

-Tengo hambre -dijo Laura de pronto, rompiendo el silencio-. ¿Tú no? -preguntó mientras se estiraba para alcanzar el teléfono.

Desmond la observó con una media sonrisa. -¿Otra vez? -bromeó.

-¡Oye! No comimos nada desde la mañana -respondió ella, sacando el menú-. Necesitamos combustible. ¿Pizza o hamburguesa?

-Lo que tú elijas está bien -dijo él, apoyándose en el respaldo.

-Entonces pizza -decidió ella con determinación, marcando el número de una pizzería que ella conocía. Su voz era ligera, casi cantarina. En pocos minutos, el aroma de masa horneada y queso derretido llenó el cuarto.

Comieron sentados en el suelo, entre risas y comentarios sobre el concierto. Laura hablaba sin parar: del espectáculo de luces, del público cantando al unísono, de la emoción en cada acorde. Desmond, por su parte, la escuchaba con una sonrisa leve, dejando que su voz lo envolviera. Había algo terapéutico en verla tan viva.

-Sabes, cuando Morgana cantó esa última canción... sentí que todo lo malo desaparecía -dijo Laura, mirando un punto fijo en la alfombra-. No sé por qué, pero fue como si hablara directamente conmigo.

Desmond la observó en silencio. -Tal vez lo hizo -murmuró.

Ella rió, pensando que era una broma. -Ojalá. -Luego se limpió las manos con una servilleta y se recostó sobre la cama, dejando caer la cabeza hacia atrás-. Me alegra que hayas venido. Pensé que te aburrirías o que solo lo hacías por compromiso.

-No me aburrí -respondió él con sinceridad-. En realidad... me hizo bien. Fue interesante ver todo desde el otro lado.

-¿El otro lado? -preguntó ella, girándose hacia él.

-El del público -explicó con una sonrisa. -Hace mucho no veía un show como espectador. Se siente diferente. Más humano.

Laura lo miró con ternura. -Eres más humano de lo que crees.

Esa frase lo dejó sin respuesta. Bajó la mirada, como si no supiera qué hacer con esas palabras. Ella se acercó y apoyó su mano sobre la suya. No dijo nada más, y durante unos segundos, el tiempo pareció suspenderse entre ellos.

La televisión encendida mostraba los noticieros nocturnos, pero ninguno prestaba atención. Laura, cansada, comenzó a reír por cualquier tontería: una mancha de salsa, un comercial absurdo, el sonido extraño del aire acondicionado. Desmond, aunque intentaba mantenerse serio, terminó contagiado por su risa.

-Sabes, me encanta este momento -dijo ella entre risas-. No hay música, ni público, ni luces... solo nosotros.

-Y pizza -añadió él, levantando una rebanada.

-Y pizza -repitió ella, sonriendo.

Luego de un rato, Laura se levantó y comenzó a recoger las cajas vacías. -Voy a ducharme -dijo-. No tardes en dormir, ¿sí? Mañana quiero salir temprano, quiero aprovechar cada segundo aquí.

Desmond asintió, observando cómo se perdía tras la puerta del baño. El sonido del agua corriendo llenó la habitación. Él apagó la televisión, quedando solo con el murmullo del viento y el golpeteo de la lluvia. Se recostó en la cama, mirando el techo, y por primera vez en mucho tiempo, sintió algo parecido a paz.

Cuando Laura salió, llevaba el cabello suelto, húmedo, y una camiseta grande del hotel. Se veía simple, natural, pero increíblemente viva. Se metió bajo las sábanas, dejando un espacio junto a ella. -Ven, no te quedes ahí -dijo en voz suave.

Desmond apagó la lámpara y se acostó a su lado. El calor de su cuerpo contrastaba con el frío de la noche. Por un momento, ninguno habló. Solo el sonido de la lluvia llenaba la habitación.

-Gracias por venir conmigo -susurró Laura, casi dormida.

-Gracias por no rendirte conmigo -respondió él, en voz baja.

Laura sonrió, apoyando la cabeza sobre su hombro. -No podría hacerlo. -Sus palabras se disolvieron en un suspiro.

Desmond cerró los ojos. El sonido de su respiración se volvió un arrullo constante. En algún punto de la madrugada, las luces de la ciudad se apagaron poco a poco, y el mundo quedó reducido al pequeño universo de aquella habitación: dos almas cansadas, compartiendo un mismo silencio, un mismo pulso, una misma calma que no habían sentido en años.

El eco metálico del ascensor resonaba en los pasillos de mármol negro. Morgana avanzaba sola, su silueta reflejada una y otra vez en las paredes pulidas del Palacio Infernal de Lucifer, situado en el corazón de Pandemónium. Llevaba una carpeta de cuero oscuro en las manos; dentro, su teléfono con la grabación que había capturado en el estadio.

Las puertas se abrieron con un sonido seco. Ante ella se extendía la sala del trono: un abismo de columnas de obsidiana líquida y fuego negro, donde el aire mismo parecía temblar ante la presencia del soberano.
Y allí estaba él.

Lucifer.

Su figura era imposible de comparar con nada mortal. Su piel pálida parecía hecha de mármol vivo, recorrida por finas vetas oscuras que se movían como sombras líquidas bajo la superficie. Su cabello, largo y rojo claro, caía hasta sus hombros como un velo espectral, brillando con reflejos plateados que se mezclaban con el humo del ambiente.
Vestía una armadura viva, forjada con materia abismal, que respiraba lentamente como si tuviera pulso. En el centro del pecho, un emblema carmesí ardía con luz propia, palpitando como el corazón de una estrella moribunda. A su alrededor, filamentos negros -tentáculos de pura energía infernal- se agitaban lentamente, extendiéndose hacia los rincones más oscuros de la sala.

Sus ojos no brillaban... devoraban. Dos abismos que absorbían la luz, los sonidos, las almas. Cuando hablaba, su voz era un eco antiguo, profunda, resonando en cada piedra, en cada mente: la voz de un dios caído que aún exigía culto.

-Morgana... -pronunció, su tono vibrando con poder contenido-. Me han dicho que traes un obsequio.

Ella se inclinó, reverente.
-Así es, mi señor. He obtenido información valiosa. De Desmond.

Lucifer entrelazó los dedos, con una sonrisa apenas perceptible.
-Desmond... el fugitivo. El traidor. El que desafió mis decretos. -Se inclinó hacia adelante, y el fuego a su alrededor se intensificó-. ¿Sigue con vida, entonces?

Morgana alzó la mirada.
-Sí, mi señor. Vive en el mundo humano. Se esconde bajo una identidad falsa. Lo encontré en Bogotá. Y grabé esto. -Colocó su teléfono sobre una mesa de piedra, y el video comenzó a reproducirse.

El silencio fue absoluto mientras las palabras de Desmond llenaban la cámara: su confesión sobre el grimorio, el trato con el Ornix, el anillo, la marca del Abismo.
Lucifer no parpadeó. Cuando el video terminó, una sonrisa lenta y peligrosa cruzó su rostro.

-Interesante... muy interesante. -Se levantó de su trono, y el suelo tembló bajo sus pasos. Cada movimiento suyo era como el avance de un cataclismo viviente-. No solo sigue con vida... sino que porta el sello del Abismo. Y un grimorio prohibido.
-Mi señor... -dijo Morgana, inclinando la cabeza-. Creí que debía saberlo.

Lucifer extendió una mano. Una bolsa de monedas doradas apareció en el aire, cayendo con un tintineo metálico que resonó como un veredicto.
-Dos millones de Oriones. Por tu lealtad.

Morgana tomó la recompensa con las manos temblorosas.
-Gracias, mi señor. Es un honor servirle.

Lucifer la observó unos segundos más, con esa sonrisa que no revelaba placer ni ira, sino el poder absoluto de quien no necesita mostrar emociones.
-Lo es -murmuró-. Pero recuerda... la lealtad se mide en resultados. Si Desmond vuelve a caer, tú serás mi testigo.

-Lo entiendo, mi señor.

Lucifer volvió a su trono. El fuego alrededor de su figura creció, iluminando el símbolo carmesí en su pecho.
-Excelente. Ahora vete. Disfruta tu fortuna... mientras dure.

Horas después, Morgana llegó a su apartamento en la zona alta de Sector Nox, el barrio de los artistas infernales. Desde el balcón se veía la ciudad roja extendiéndose hasta el horizonte: torres de fuego, mercados de almas, cielos hendidos por relámpagos violetas. La bolsa de Oriones pesaba en su mano más de lo que esperaba.

Encendió un cigarrillo y dejó que el humo formara espirales ante la ventana. Por un instante, sintió el triunfo correrle por las venas... pero se desvaneció rápido. Algo no estaba bien.
Una sombra, un pensamiento persistente.
Desmond.

Decidió ir a verlo. No a él, claro, sino a James, su supuesto amigo... el único que podría entender el valor de lo que había hecho.

La puerta de la casa de James se abrió con un chirrido. El ambiente olía a madera quemada y perfume antiguo. James estaba sentado en el sillón, sin camisa, con un vaso de whisky en la mano. Al verla, arqueó una ceja.

-Vaya... Morgana.

-No empieces -respondió ella con una sonrisa forzada-. Solo vine a contarte algo.

James la miró con desdén, bebiendo un sorbo.
-Tienes cinco minutos.

Morgana se acercó, dejando la bolsa sobre la mesa.
-Le entregué a Lucifer algo importante. Información sobre Desmond. Lo encontré.

James se incorporó de golpe.
-¿Qué dijiste?

-Grabé una conversación suya con BCB. Confesó que usó un grimorio para escapar del infierno, que hizo un trato con un Ornix. Lucifer estaba encantado. Me dio dos millones de Oriones por eso.

El vaso se hizo trizas en la mano de James.
-¿Tú... qué hiciste? -Su voz era un rugido contenido.

Morgana lo observó, desconcertada.
-¿Qué pasa contigo? Solo entregué a un traidor. Era tu amigo, sí, pero...

James avanzó hacia ella, el rostro desencajado, los ojos ardiendo.
-¡Era mi hermano, maldita sea!

El silencio se hizo absoluto. Morgana retrocedió un paso.
-¿Qué...? No... eso no puede ser.

-Sí puede -replicó James con furia-. Desmond Ludendorff. Mi hermano menor. El único que me quedaba. ¿Y sabes qué hiciste? Lo condenaste. Lo entregaste directamente a Lucifer.

Morgana negó con la cabeza, temblando.
-Yo... no lo sabía. Te juro que no lo sabía, James. Pensé que solo era un fugitivo.

-Pues lo era. Pero también era mi hermano. -James la miró con desprecio-. Eres igual que todos los que viven por ambición. Vendiste su vida por dinero.

Ella intentó acercarse.
-James, por favor... yo...

-No digas nada. -Su voz se quebró, pero se endureció de nuevo-. No quiero verte nunca más. Si lo que dices es cierto, Lucifer ya sabe dónde está. No hay marcha atrás.

James giró sobre sus talones y salió del salón, dejando tras de sí el sonido seco de la puerta cerrándose. Morgana se quedó sola, mirando la bolsa de monedas que había dejado sobre la mesa. La tocó. Brillaban como fuego líquido... pero le ardían en las manos.

Esa noche, el apartamento estaba en penumbra. Las luces de la ciudad infernal entraban por la ventana, tiñendo las paredes de rojo. Morgana caminaba de un lado a otro, descalza, con el maquillaje corrido y la mirada vacía.
El eco de las palabras de James la perseguía como un espectro:
Era mi hermano.
Lo condenaste.

Se dejó caer frente al espejo del baño. El reflejo que la observaba era el de una mujer agotada, destruida. No la diosa de los escenarios, no la súcubo indomable que había hechizado multitudes, sino alguien que había perdido algo irrecuperable: su propósito.

Abrió el grifo, y el sonido del agua llenó la habitación. Sobre el lavabo, dejó una hoja arrugada y una pluma. Escribió con letra temblorosa, manchando la tinta con lágrimas:
"No lo odiaba porque fuera mi enemigo. Lo odiaba porque lo envidiaba. Porque tenía lo que yo nunca tuve: amor, respeto, redención. Quise verlo caer... y lo logré. Pero en el proceso, me perdí a mí misma. No me busquen. No quiero que nadie lo haga."

Dejó la nota sobre la repisa, junto al espejo. Luego apagó las luces del baño, tomó su chaqueta y desapareció entre las sombras del pasillo. El sonido del portazo fue lo último que quedó.

Horas después, BCB golpeó la puerta varias veces antes de entrar.
-Morgana, ¿estás aquí? -Su voz resonó en el pasillo oscuro. No obtuvo respuesta.

El apartamento estaba en completo desorden: botellas vacías, cortinas entreabiertas, el perfume de ella aún en el aire. Avanzó con cautela hasta el baño. Al abrir la puerta, el olor a humedad lo golpeó.
El agua seguía corriendo, derramándose por el suelo.

Sobre la repisa, encontró la hoja. La tomó con cuidado y leyó el mensaje. Su corazón se encogió.

"No me busquen."

BCB apretó la mandíbula, dejando caer la nota lentamente.
Se quedó allí, en silencio, mientras el agua seguía corriendo.
No sabía si Morgana estaba viva, ni a dónde había ido, pero entendía que había elegido su propio castigo: desaparecer.

Finalmente, alzó la vista hacia la ventana, donde el cielo infernal amanecía teñido de gris.
-Perdónanos a todos, Desmond... -murmuró con la voz quebrada-. Esto ya no tiene vuelta atrás.

A lo lejos, en su trono de fuego, Lucifer sonreía.
La luz carmesí de su pecho palpitaba lentamente, proyectando su silueta contra el muro del abismo.
Una traición más.
Una ficha menos.
Y un nuevo movimiento listo para ejecutarse.

El infierno, una vez más, se preparaba para arder.

CAP 80

La oración del demonio

Ya había pasado una semana desde el concierto.
El reloj marcaba las seis de la mañana, y la tenue luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas del hotel. Laura dormía profundamente, envuelta en las sábanas, con la respiración pausada y el rostro sereno.

Desmond la observaba en silencio. Había algo en ella que lo mantenía vivo, algo que le recordaba que todavía podía sentir. Pero su mente no le permitía descansar. Aún había un nombre que no podía borrar.

Skyler.

Apretó los labios, bajó la mirada.
Era un amor que el tiempo no había logrado enterrar, una herida que seguía abierta incluso después de tanto fuego y pérdida.

Suspiró y se levantó con cuidado, procurando no despertarla. Se acercó al espejo del armario y se miró.
Lo que vio fue un hombre joven, de rostro cansado y mirada perdida.
Su piel era pálida, su cabello oscuro caía sobre la frente, y sus ojos -de un rojo profundo- reflejaban tanto poder como tristeza. Era lo único que quedaba de su naturaleza demoníaca, un recordatorio constante de lo que era y de lo que había hecho.

-Mírate, Desmond... -susurró-. Antes sabías quién eras. Ahora ni siquiera puedes reconocerte.

El reflejo titiló. El aire en la habitación cambió.
Y sin aviso, el pasado volvió.

Era el año 2016, en el Infierno.
Desmond tenía diecinueve años, y Skyler dieciocho.
En aquel entonces, todavía eran dos jóvenes que apenas estaban descubriendo lo que significaba amar.

Desmond se encontraba de pie frente a un espejo, ajustándose el cuello de una camisa negra. Vestía elegante: un conjunto bien cuidado, cosa rara en él. No había armas ni insignias a su alrededor, solo una mesa puesta, velas encendidas y un leve aroma dulce en el aire. Era su primera cita formal.

-Respira -se dijo en voz baja, intentando disimular su nerviosismo-. Es solo una cena. Una simple cena...

Una voz suave y divertida lo interrumpió.

-¿"Una simple cena"? -preguntó con tono dulce-. No sabía que los demonios se ponían nerviosos por algo que no implique fuego o tragedias.

Desmond giró, y la vio.

Skyler.

Aún hoy, ni en sus pesadillas ni en sus recuerdos la había visto tan hermosa.
Su figura era alta, elegante, con el porte salvaje de un lobo y la gracia de un ser celestial. Tenía el pelaje blanco con matices grises en los brazos y la cola, orejas puntiagudas y suaves

que se movían con cada palabra, y un rostro expresivo, de ojos rojos brillantes, llenos de vida. Llevaba un vestido de gala negro, con reflejos plateados que danzaban a cada movimiento; los tirantes se ajustaban sobre sus hombros con delicadeza, y el contorno fluía con una elegancia natural. En su cuello, una pequeña piedra escarlata brillaba con luz tenue.

Desmond la observó, boquiabierto.
-No pensé que el infierno pudiera crear algo tan perfecto... -dijo sin pensarlo.

Skyler arqueó una ceja, divertida.
-Y yo no pensé que tú supieras usar una camisa sin arrugarla. Supongo que los milagros existen.

Él soltó una risa nerviosa.
-Te prometo que me esforcé.

-Lo noto. -Se acercó un poco, con paso suave, dejando que la punta de su cola rozara el suelo-. ¿Y a qué debo tanto honor, señor Lebrozky?

-A que quería verte sonreír -respondió él, sincero.

Skyler bajó la mirada, apenas sonrojada, algo poco común en ella.
-No sabes lo que haces cuando dices esas cosas...

-Lo sé -dijo Desmond, acercándose lentamente-. Y aun así, no puedo evitar decirlas.

Sus ojos se encontraron.
El silencio entre ambos era cálido, lleno de significado.
Skyler movió una de sus orejas, divertida, y lo miró de arriba abajo.

-¿Te das cuenta de que te ves más nervioso que antes de una reunión con Lucifer?

-Es que contigo no hay formalidad que sirva -dijo él, con una sonrisa leve.

Skyler sonrió también, esa sonrisa tranquila que solo él conocía.
Se acercó aún más, alzando la mirada hacia él.
-Desmond... -susurró-. No tienes que demostrarme nada. Ya te elegí, hace mucho.

Él respiró hondo, intentando mantener la compostura.
-Solo quiero que recuerdes esta noche, Skyler. Que recuerdes que, aunque todo se derrumbe, siempre te voy a amar.

Ella apoyó su frente contra la de él, dejando que su voz se fundiera con la suya.
-Y yo a ti. -Pausa-. Pero prométeme que si algún día todo se apaga, no dejes de buscar la luz.

Desmond cerró los ojos, guardando esas palabras como una oración.
-Te lo prometo.

Y entonces, el recuerdo se quebró.
La imagen se desvaneció, como humo que se disuelve al viento.

El espejo volvió a mostrar la habitación del hotel.
Desmond permaneció inmóvil por unos segundos, respirando con dificultad.
Sus ojos rojos estaban húmedos, pero no lloró.
Solo se miró con resignación.

-Prometí no rendirme, Skyler... -dijo en voz baja-. Pero no sabía lo que costaría cumplirlo.

Se vistió con una camisa blanca, pantalones negros y unas zapatillas. Luego se acercó a Laura, que seguía dormida, envuelta entre las sábanas. La contempló con ternura.

-No sé qué eres, Laura... pero contigo siento algo que creí perdido.

Le acarició suavemente el cabello y salió del cuarto.

El amanecer lo recibió con aire frío y calles silenciosas. Caminó sin rumbo, hasta detenerse frente a una iglesia.
La puerta estaba entreabierta, y desde dentro se escapaba el aroma a incienso y cera.

Entró.

El silencio era tan profundo que incluso su respiración se escuchaba.
Miró las esculturas, los vitrales, las luces cálidas que iluminaban las figuras sagradas.
Nunca había visto algo así.
Nunca había sentido algo así.

Por un instante, se permitió pensar que, tal vez, los demonios también podían rezar.

Y se arrodilló.

El aire dentro de la iglesia era frío y denso, impregnado del aroma a cera y a incienso antiguo.
El silencio parecía vivo, como si el edificio entero respirara con él.
Las llamas de las velas titilaban con lentitud, proyectando sombras alargadas sobre las paredes y sobre el rostro tallado de Cristo en el altar.

Desmond avanzó despacio por el pasillo central. Sus pasos resonaban sobre las losas, cada uno acompañado del eco distante del viento filtrándose por las rendijas.
Se detuvo a unos metros del altar.
Durante unos segundos simplemente observó la estatua, sin saber qué hacer.

Era una imagen imponente, serena, con los brazos extendidos.
Los ojos de piedra parecían mirarlo directamente, aunque sabía que era imposible.
Aun así, algo en esa mirada lo desarmó.

Desmond respiró hondo. Se arrodilló.
El sonido de sus rodillas golpeando la piedra se perdió entre los murmullos del incienso.

Pasaron unos segundos antes de que hablara.
Cuando lo hizo, su voz fue baja, áspera, temblorosa.

-No sé si esto sirva de algo... -susurró-.
No sé si siquiera tienes tiempo para escuchar a alguien como yo.

Apretó las manos entre sí.
Durante un momento, no supo si debía cerrar los ojos o mantenerlos abiertos. Finalmente, los cerró.

-Nunca te hablé. Nunca lo hice.
No porque no creyera en ti, sino porque... supongo que nunca creí que tú pudieras creer en mí.

Una breve sonrisa amarga se formó en sus labios.

-Mírame...
Soy un demonio. Una criatura que nació del fuego, no de la luz.
Y sin embargo, aquí estoy, hablando con una estatua de piedra como si todavía existiera algo en mí que mereciera ser escuchado.

El silencio fue su única respuesta.
Pero el silencio, al menos, no lo juzgaba.

Desmond bajó la cabeza, apoyando las manos sobre el borde del banco frente a él.

-He perdido tanto... -dijo apenas en un hilo de voz-.
A veces siento que ya no queda nada dentro de mí.
Perdí a mi esposa, perdí a mi familia, perdí a mis amigos...
Y lo peor es que ni siquiera fue rápido. No fue una explosión ni un accidente.
Fue lento.
Como si el mundo hubiera decidido desmoronarse pedazo a pedazo frente a mí, y yo solo pudiera mirar.

Su voz se quebró al final de la frase.
Tomó aire con dificultad, como si respirar doliera.

-No sabes lo que es ver cómo se apaga la luz en los ojos de alguien a quien amas... -murmuró-.
No sabes lo que es enterrar a tu propia esperanza y seguir caminando, solo porque no tienes derecho a caer.

Alzó la vista hacia la estatua.
Las llamas de las velas danzaban reflejadas en sus pupilas rojas.

-Y aún así... aquí estoy.
Respirando. Caminando. Fingiendo que tengo motivos para seguir.

Se dejó caer sobre sus talones, y su voz bajó hasta casi un susurro.

-Pero hay algo, o alguien... que me ha hecho dudar de todo esto.

Una breve sonrisa melancólica se dibujó en su rostro.

-Se llama Laura.

El nombre sonó suave, casi reverente.

-Ella no sabe quién soy.
No sabe de dónde vengo, ni lo que he hecho.
Y aun así, me mira como si fuera... bueno.
Como si viera algo en mí que yo ya no veo.

Apretó los puños sobre sus rodillas.

-No lo entiendo.
No entiendo por qué me hace sentir así.
Por qué, cuando me sonríe, el ruido de mi cabeza desaparece.
Por qué, cuando la escucho reír, todo lo demás se apaga.
Es tan... humana.
Tan pura.
Tan diferente de todo lo que conozco.

Tragó saliva.
-Y tengo miedo.
Porque cada vez que la miro, me pregunto si debería decirle la verdad.
Decirle que el hombre que duerme a su lado no es un hombre.
Que detrás de mis ojos no hay alma, sino fuego.
Que mis manos han destruido más de lo que ella podría imaginar.

Sus labios temblaron apenas.

-Quiero ser honesto con ella, pero no puedo.
No puedo.
No porque no quiera... sino porque no soportaría verla marcharse.
No después de tanto.
No después de todo lo que he perdido.

El silencio se extendió.
Una lágrima rodó lentamente por su mejilla, cayendo sobre la piedra fría del suelo.

-Dime... -susurró-.
¿Debería hacerlo?
¿Debería decirle quién soy?
¿O debería dejarla vivir en la mentira, solo para conservarla un poco más?

Se cubrió el rostro con las manos, y el temblor de su respiración llenó la iglesia.

-No quiero que sufra por mi culpa...
No quiero que su vida acabe arruinada por el simple hecho de haberme conocido.

Volvió a mirar hacia arriba, con los ojos húmedos y la voz quebrada.

-Tú, que lo perdiste todo por amor...
¿qué harías en mi lugar?

La figura de Cristo permaneció inmóvil, silenciosa.
Pero Desmond juraría que, por un instante, la luz de las velas se hizo más intensa.

-No busco perdón -continuó, con la voz más firme-.
Sé lo que soy.
Sé lo que merezco.
Pero si alguna vez me escuchas, si de verdad puedes oír lo que digo...
cuida de ella.
Cuida de Laura.
Y cuida de los pocos que aún me soportan, aunque no lo entiendan.

Se llevó una mano al pecho.

-Si aún queda algo de mí que valga la pena, úsalo para protegerlos.
Si queda un poco de luz, que sea para ellos.
No necesito redención.
Solo necesito que estén a salvo.

Guardó silencio.
El aire era denso, pero ya no pesaba tanto.
Una extraña calma lo envolvía.

-Nunca pensé que rezar fuera esto -dijo con una sonrisa leve-.
Solo hablar... y esperar que alguien te escuche.

Permaneció así unos minutos más, observando el altar.
El fuego de las velas se reflejaba sobre las lágrimas que aún no habían caído.

-Si algún día entiendes lo que soy, o si alguna vez me perdonas -murmuró al fin-, no lo hagas por mí.
Hazlo por ellos.
Por quienes aún creen que puedo ser algo más que un demonio.

Se incorporó despacio.
El eco de sus pasos volvió a llenar el templo.
Antes de salir, se giró una última vez hacia la figura de Cristo.

-Gracias por escucharme -susurró-.
Aunque no respondas.

Caminó hacia la puerta.
La luz del amanecer lo recibió con un resplandor dorado.
El aire era fresco, y por primera vez en mucho tiempo, no le pesaba respirar.

Desmond cerró los ojos, alzó el rostro hacia el cielo, y exhaló lentamente.
Por un instante, el mundo pareció detenerse.

Y mientras la ciudad despertaba a lo lejos,
él caminó en silencio, sin rumbo fijo,
como un hombre que no sabía si le hablaba a Dios...
o solo a su propia culpa.

La puerta de la iglesia se abrió con un quejido seco cuando Desmond empujó y salió. El aire del amanecer le golpeó la cara, todavía frío, todavía húmedo por la noche. Tenía la cabeza baja, las manos hundidas en los bolsillos. La oración aún vibraba en su pecho, un eco que se negaba a morir, como si las palabras que había dicho no hubiesen llegado a ningún cielo. Por un momento, pensó en volver a entrar. En arrodillarse otra vez, solo para repetirlo todo hasta quedarse sin voz. Pero sabía que ya no habría respuesta. Dios no escuchaba a los que habían vivido demasiado tiempo en el Infierno.

El mundo se sentía detenido, suspendido en un silencio extraño. El viento soplaba débil, empujando el humo de las velas por la puerta abierta. Desmond respiró hondo, intentando guardar ese último instante de calma.
Luego, una palmada quebró el aire.

-Clap... clap... clap...

El sonido fue lento, medido, casi burlón.
Desmond alzó la vista.

Riven estaba allí.
Apoyado contra uno de los pilares de piedra, la silueta recortada contra la luz gris del amanecer. Su abrigo oscuro ondeaba apenas con la brisa, y la máscara metálica proyectaba una sombra que ocultaba la mitad de su rostro. Cada aplauso era una provocación precisa, una herida abierta con ritmo.

-Bravo -dijo Riven, su voz grave, rugosa, con ese tono metálico que Desmond reconocería aunque hubiesen pasado siglos-. Qué conmovedor verte rezar. Casi me haces creer que aún tienes alma.

Desmond no respondió al instante. Se limitó a exhalar, un suspiro que parecía llevar dentro el peso de todo un infierno.
-Sabía que vendrías -murmuró finalmente, sin levantar del todo la voz.

Riven inclinó apenas la cabeza, divertido.
-¿De verdad? -respondió con un dejo de burla-. Me pregunto si también sabías que estaba escuchando cada palabra de tu pequeña confesión. Lo de "protégenos" casi me saca una lágrima.

Desmond lo observó sin parpadear. No había sorpresa en su mirada, solo un cansancio antiguo.
-¿Viniste a burlarte o a terminar el trabajo?

Riven dejó de aplaudir. El eco de su última palmada se perdió entre los muros del templo. Dio dos pasos hacia adelante, y el sonido metálico de sus botas resonó en las losas como un recordatorio de que el infierno también sabía caminar sobre piedra sagrada.

-Ambas cosas -respondió con calma, sin levantar el tono-. Aunque admito que lo segundo me apetece más.

Sacó su pistola con un gesto fluido, casi elegante. No había prisa en él. Cada movimiento parecía ensayado, exacto, como si estuviera repitiendo una danza que conocía de memoria. El cañón negro se alzó, alineándose con la frente de Desmond.

-Setenta millones de Oriones -murmuró Riven, dejando que el número pesara en el aire-. Eso vale tu cabeza. Y, francamente, después de escuchar tus plegarias... creo que los vales.

Desmond no pestañeó.
-Hazlo.

El tono con el que lo dijo no fue un desafío. No fue valentía. Fue resignación. Un "hazlo" pronunciado por alguien que ya había muerto muchas veces sin dejar de respirar.

Riven arqueó una ceja, intrigado.
-Ni una súplica, ni una palabra. Ni siquiera un "espera". ¿Tan desesperado estás por morir?

Desmond dio un paso hacia adelante. El cañón del arma y su frente casi se tocaron.
-No desesperado. Cansado. -Sus ojos ardieron un instante, pero no de miedo-. Ya me quitaste todo, Riven. Mi esposa. Mi hijo. Mi vida. Si lo que buscas es completarlo... adelante.

El cazador lo miró en silencio, analizando cada palabra.
El dedo índice descansó sobre el gatillo, pero no apretó.

El aire se volvió pesado.
El tiempo pareció comprimirse entre ambos.

Desmond no se apartó. Dio otro paso, hasta que el metal del arma rozó su piel.
-Vamos -susurró, con una voz que apenas se sostenía-. No te detengas ahora. No tienes idea de lo mucho que quiero reunirme con ella.

Riven bajó apenas la vista, como si calibrara aquel deseo.
-Ah... Skyler -dijo al fin, dejando caer el nombre con un tono bajo, casi cariñoso, pero venenoso-. Qué interesante que aún la menciones.

Desmond apretó la mandíbula, los músculos de su rostro tensos.
-No pronuncies su nombre.

Riven ladeó la cabeza.
-¿Por qué no? -preguntó con un dejo de curiosidad morbosa-. Era valiente, debo admitirlo. Pocos se me enfrentan de frente. Claro, el valor no detiene las balas.

-Cállate.

El cazador sonrió.
-¿Por qué? ¿Te molesta recordar cómo gritó tu nombre antes de caer? -Su voz descendió a un susurro helado-. ¿O cómo el cachorro intentó despertarla, empujando su cuerpo mientras la sangre le empapaba el hocico?

El silencio que siguió fue insoportable.
Desmond se quedó inmóvil. Pero dentro, algo se quebró.
No fue rabia. Ni dolor. Fue una mezcla de ambas cosas... algo que ardió en su pecho hasta quemarle los huesos.

Por un instante, lo oyó: el grito de Skyler, la respiración entrecortada de Scott, la casa cayendo en el caos, la sangre salpicando las paredes. Todo lo que había intentado enterrar volvió de golpe.p

-Sabes perfectamente lo que hiciste -dijo al fin-.
Y yo también.

-Sí -respondió Riven, con la serenidad de quien recuerda una rutina-.
Fue un trabajo limpio.
Ella intentó atacarme.
La diferencia es que yo no fallo.

-Y por eso estás aquí -replicó Desmond-.
Porque eres eficiente, no porque tengas honor.

Riven apretó la mandíbula.
Apenas un gesto, casi imperceptible.

-El honor es un lujo para los muertos.

Desmond sonrió, amarga y cansadamente.

-Entonces tal vez ya lo tengas.

Por un instante, Riven dudó.
No porque sintiera culpa -eso no existía en él-, sino porque, por primera vez, vio en Desmond algo que no cabía en sus ecuaciones: la calma de quien ya no teme perder.

-Te sorprendería saber cuántos me han dicho esas mismas palabras antes de morir -dijo Riven con voz baja-.
Todos creían que morir los haría libres.
Pero la muerte no borra nada, Desmond.
Solo te deja sin la oportunidad de vengarte.

-No busco venganza -replicó él-.
Busco silencio.

Riven sonrió apenas, sin humor.

-El silencio no existe.
Ni aquí, ni arriba.
Ni siquiera para los muertos.

-Entonces acaba conmigo -insistió Desmond-.
Si de verdad crees que no hay silencio, dame el tuyo.

El cañón volvió a presionar su frente.
Desmond cerró los ojos.
El clic del gatillo medio apretado fue el sonido más alto del mundo.
Pero no hubo disparo.

Riven bajó lentamente el arma.
Desmond abrió los ojos.

-¿Qué esperas? -preguntó con un hilo de voz.

-Esperar nada -dijo Riven-.
Decidir, sí.

Desmond frunció el ceño.

-¿Decidir qué?

Riven guardó el arma en el cinturón, sin apartar la mirada.

-Si mereces morir o vivir con lo que hiciste.

-¿Lo que hice? -repitió Desmond, incrédulo-.
¿De qué hablas? Tú mataste a mi esposa, destruiste mi casa.

Riven inclinó la cabeza, con una sonrisa apenas perceptible.

-Yo apreté el gatillo, sí.
Pero tú abriste la puerta.
Tú los dejaste solos.
Tú te fuiste.
Y por eso ella murió.
Yo solo fui la consecuencia.

Desmond dio un paso hacia él.

-No me des tus lecciones de cazador.
No entiendes nada.

-Entiendo más de lo que crees -respondió Riven-.
Cada hombre que he matado dice lo mismo.
Todos tienen una excusa.
Todos quieren creer que no fue culpa suya.
Pero tú, Desmond... tú sabías que el Infierno no perdona.
Y aun así, la dejaste.

-La dejé para protegerlos -gritó él, por primera vez con furia contenida-.
¡No tenías derecho!

-No lo tengo -dijo Riven, sin alterarse-.
Pero lo hice igual.
Así funciona este lugar.
No existen los derechos, solo los precios.

Desmond respiró con fuerza, los puños temblando.

-Entonces qué esperas.
Cúmplelo.

Riven negó con la cabeza.

-No.
No hoy.

-¿Cobardía? -espetó Desmond.

-No -respondió Riven, firme-.
Castigo.

El silencio volvió, espeso y pesado.
El amanecer empezaba a teñirse de rojo profundo, reflejándose en el rostro de ambos.
Riven se ajustó el cinturón, guardando la pistola con precisión militar.

-Morir es fácil, Ludendorff.
Vivir sabiendo que no pudiste salvarlos... eso duele más.

Desmond bajó la mirada, sin fuerza para replicar.

-Entonces vete.

-Lo haré.
Pero escucha algo antes de que me marche. -Riven se acercó lo suficiente como para que su voz fuera un hilo apenas audible-.
Si algún día vuelves a levantar un arma, asegúrate de hacerlo con sentido.
Y si algún día me buscas, no reces.
Solo dispara.

-Lo haré -susurró Desmond.

-Eso espero -dijo Riven, dándose media vuelta-.
Porque cuando te vea otra vez, no dudaré.

Desmond lo observó alejarse, la figura del cazador recortándose entre el humo y la luz carmesí.
Antes de que desapareciera del todo, su voz resonó débilmente:

-Riven -llamó, sin elevar el tono.

El cazador se detuvo, sin girarse.

-¿Qué?

-Aun así... no te odio.

Hubo un silencio que pareció eterno antes de que Riven respondiera:

-El odio no importa, Desmond.
El infierno no necesita sentimientos.
Solo resultados.

Y sin más, se marchó.

Desmond se quedó solo frente a la iglesia.
Pasó una mano por su frente, aún tibia donde el cañón había tocado su piel.
No lloró.
No se quebró.
Solo murmuró, con un hilo de voz que se perdió en el aire:

-Skyler... te prometo que no terminará así.

Y se marchó, dejando atrás la iglesia, el amanecer, y a su sombra, el eco de una cacería que acababa de comenzar otra vez.

El pasillo del hotel estaba en silencio cuando Desmond regresó.
El amanecer se filtraba por las ventanas, y la alfombra gris absorbía el sonido de sus pasos.
Por primera vez en mucho tiempo, sentía que el aire pesaba más que su propio cuerpo.
Llevaba dentro algo que no podía seguir ocultando.

Abrió la puerta del cuarto.
Laura estaba despierta, sentada en la cama con una taza de café en las manos.
Tenía el cabello desordenado, la mirada entre la sorpresa y el alivio.
-¿Dónde estuviste? -preguntó, intentando sonar tranquila, aunque su tono traicionó cierta preocupación.

Desmond dejó las llaves sobre la mesa y respondió sin rodeos:
-Fui a una iglesia.

Laura lo observó, arqueando una ceja.
-¿Una iglesia? -repitió, con una media sonrisa-. ¿Desde cuándo los músicos perdidos van a rezar?

-Desde que dejan de saber quiénes son -dijo él, quitándose la chaqueta y dejándola caer sobre la silla.
Su voz era baja, cansada, pero había una firmeza extraña en ella.

Laura se quedó mirándolo.
Sabía que algo andaba mal.
Ese no era el tono de un hombre que había salido a despejarse. Era el tono de quien había tomado una decisión.
-¿Desmond... estás bien? -preguntó al fin.

Él respiró hondo, mirando hacia la ventana.
La ciudad seguía despertando allá afuera: los coches, la gente, el murmullo del día naciendo.
Todo parecía tan normal... y sin embargo, él se sentía a punto de romper.

-Hay algo que no te he contado -dijo finalmente.
-¿Sobre qué? -Laura dejó la taza sobre la mesita-. ¿Sobre Skyler?

Desmond la miró, sorprendido por su precisión.
-Sí -respondió-. Sobre ella... y sobre mí.

Laura lo observó con atención.
Sabía que cada palabra que él decía cargaba un peso que no solía compartir con nadie.
-Me dijiste que ella murió en un asalto, en España -recordó-. Que fue algo rápido... que no pudiste hacer nada.

Desmond asintió, en silencio.
-Eso fue lo que te dije -murmuró-. Pero no fue la verdad.

Laura sintió un escalofrío.
El aire pareció enfriarse.
-¿Qué... quieres decir?

Desmond no respondió al instante. Caminó hasta el pequeño escritorio, abrió el cajón y sacó su cartera.
De ella, extrajo una fotografía doblada.
La sostuvo unos segundos, mirándola con la tristeza de quien ve una vida que ya no le pertenece.
Luego se la tendió a Laura.
-Mira esto.

Laura tomó la foto con cuidado, sin entender.
Al principio, sonrió: Skyler abrazaba a Desmond por la cintura, ambos radiantes, con un niño pequeño entre ellos.
Una familia feliz.
Pero entonces lo notó.

Los ojos.
Eran rojos.
Rojos como los de Desmond.
El niño tenía orejas puntiagudas, una cola peluda y una sonrisa demasiado brillante para ser humana.
El detalle era tan sutil y tan evidente al mismo tiempo que le hizo soltar la foto de golpe.

-¿Qué... es esto? -preguntó con la voz entrecortada-. ¿Una broma? ¿Un montaje?

Desmond no se movió.
-No -dijo-. Es real.

-No puede ser -murmuró ella, retrocediendo un paso-. ¡Eso no puede ser real!
-Lo es -insistió él, con calma, aunque en su voz temblaba el miedo-. Ella... no era humana. Yo tampoco.

Laura lo miró como si no entendiera las palabras.
-¿Qué...? -su voz se volvió apenas un susurro-. No digas eso.
-Soy un demonio, Laura.

La frase cayó entre ellos como un golpe.

Por unos segundos, Laura no respiró.
Sus ojos se movían entre Desmond y la fotografía tirada en el suelo, como si tratara de

conectar piezas imposibles.
-¿Un demonio...? -repitió lentamente-. No... eso es... absurdo.

Desmond dio un paso hacia ella.
-Lo sé. Suena a locura. Pero no te estoy mintiendo.

-¿Entonces qué soy yo para ti? -preguntó ella de repente, dando un paso atrás-.
¿Una distracción humana? ¿Una mentira más para esconder lo que eres?

-No -respondió él al instante, dolido-. Eres lo único que me hace sentir humano.

Laura negó con la cabeza, respirando agitadamente.
Sus manos temblaban.
-¡Pero me mentiste, Desmond! -gritó-. ¡Me dijiste que Skyler era una mujer normal! ¡Que murió en un asalto! ¡Y ahora me sales con que era... que era una de ustedes!

Él bajó la cabeza.
-No sabía cómo decírtelo. -Su voz se quebró-. Ya había perdido todo una vez. No quería perderte también.

Laura lo miró con lágrimas en los ojos.
-¿Y el niño? -preguntó, apenas audible-. ¿Quién era ese niño en la foto?

Desmond cerró los ojos.
-Mi hijo.

El silencio fue absoluto.
Laura retrocedió otro paso, la mano en la boca.
-Tenías... un hijo... -murmuró, incrédula-. ¿Y tampoco me lo dijiste?

-Tenía miedo -repitió él, con la voz rota-. No porque me avergonzara, sino porque todo lo que amo termina destruido. No quería que tú fueras la siguiente.

Laura bajó la mirada hacia la foto caída. La recogió con cuidado, como si sostuviera algo sagrado.
El niño sonreía, ajeno al dolor del mundo.
-¿Y él también...? -preguntó sin poder terminar la frase.

Desmond asintió.
-No. -Su voz era apenas un susurro-. Está vivo. Alguien lo encontró... Y no se que es ahora de el.

Laura cerró los ojos.
No lloraba, pero su respiración temblaba como si su cuerpo no supiera qué hacer con todo lo que acababa de escuchar.
Se quedó así un largo rato, en silencio, intentando procesar.

Cuando habló, su voz fue más baja, más humana.
-Desmond... no sé cómo reaccionar. No sé si tengo miedo o si solo me duele por ti.

Él levantó la vista, sorprendido.
Laura lo observaba con lágrimas contenidas, pero sin odio. Solo con una tristeza profunda.
-Debiste decírmelo -dijo, con firmeza pero sin gritar-. No porque necesitara saberlo, sino porque tú necesitabas compartirlo.

Desmond bajó la mirada, derrotado.
-No creí merecerlo.

Laura se acercó despacio.
-Tú crees que mereces sufrir. Que todo lo que te pasa es castigo por algo que hiciste.
Pero mírame, Desmond. -Puso una mano sobre su pecho, justo donde su corazón latía con fuerza-. Sigues vivo. Sigues sintiendo. No puedes ser solo un demonio.

Desmond cerró los ojos.
Una lágrima se deslizó por su mejilla.
-No sé si aún tengo alma, Laura.

Ella negó con la cabeza.
-Yo sí lo sé -susurró-. Y la estoy escuchando ahora mismo.

Él alzó la mirada.
En los ojos de Laura no había miedo, solo una mezcla de confusión y ternura.
Ella dio un paso más y lo abrazó.
Desmond tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo, la sostuvo con fuerza, con desesperación.

-No me importa de dónde vengas -murmuró ella contra su pecho-. Has perdido demasiado, Desmond.
Mereces una segunda oportunidad.

Él apretó los ojos, conteniendo el temblor en su voz.
-No todos piensan así.

-Yo no soy todos -respondió ella, con un leve temblor, pero segura.

Se quedaron abrazados.
El amanecer seguía iluminando la habitación, dorando los bordes de la cama y el suelo donde aún reposaba la fotografía.
En ella, Skyler sonreía, y el pequeño Scott hacia lo mismo.
Por primera vez en meses, Desmond se permitió mirar la imagen sin derrumbarse.

Laura, aún entre sus brazos, respiró hondo.
-Prométeme algo -dijo.
-Lo que sea.

-No me vuelvas a mentir. Ni siquiera por miedo.

Desmond asintió lentamente.
-Lo prometo.

Laura lo miró a los ojos.
-Entonces ahora sí... empieza a contarme quién eres de verdad.

Él soltó una pequeña sonrisa, amarga pero sincera.
-Eso va a tomar tiempo.

-Tengo tiempo -respondió ella.

Y lo abrazó otra vez, mientras el sol terminaba de abrirse paso por la ventana.
El pasado aún pesaba, pero por primera vez, Desmond sintió que quizá... no tendría que cargarlo solo.

Laura seguía abrazada a Desmond, con la cabeza apoyada sobre su pecho.
Podía sentir su respiración pesada, irregular, como si las palabras que aún no decía le pesaran más que todo lo que había confesado.
Desmond alzó una mano temblorosa y la pasó por el cabello de ella, apartándoselo con suavidad.

-No sé por dónde empezar -dijo al fin, con la voz baja-.
El Infierno no es como lo pintan las iglesias... ni como lo describen los libros.

Laura levantó la mirada, sin soltarlo.
-Entonces, cuéntame cómo es.

Desmond respiró hondo, y sus ojos rojos se reflejaron en la ventana empañada por el amanecer.
-El Infierno está dividido en siete anillos -empezó-, cada uno regido por un pecado capital. Cada uno tiene sus propias leyes, su propio paisaje... y su propio precio.
Yo nací en el Anillo de la Ira. El más ruidoso. El más violento. Allí no hay silencio, ni descanso. Todo arde, siempre.
Las calles están hechas de piedra negra, y las ciudades parecen vivas... como si respiraran rabia. Los demonios allí no duermen, solo se agotan hasta caer. Y cuando despiertan, vuelven a pelear, a gritar, a existir por pura fuerza de voluntad.

Laura lo escuchaba con los ojos fijos en él.
Cada palabra parecía una herida que se abría.

-¿Y Skyler? -preguntó, apenas un susurro.

Desmond sonrió, una sonrisa quebrada.
-La conocí en un bar. Uno de los pocos lugares del Anillo donde la gente iba a olvidar quién era, aunque fuera por unas horas. Ella estaba sola, y un par de sabuesos mayores la estaban

acosando. Recuerdo que no pensé. Simplemente me metí. El sabueso terino con la nariz rota... Y Skyler aunque asustada se rio. -Hizo una pausa-. Fue la primera vez que alguien en ese lugar se reía sin malicia.

Laura sonrió con ternura.
-Así que eras un héroe, incluso allí abajo.

-No, Laura -respondió él-. Solo era alguien que no soportaba ver a otro sufrir.
Después de eso empezamos a vernos seguido. Ella era distinta... más humana que la mayoría. Le gustaba caminar, hablar, escuchar música del mundo de arriba. Siempre decía que no entendía por qué el fuego debía consumirlo todo. Que incluso los demonios debían tener derecho a sentir algo más que rabia.
Y tenía razón.

Su voz se suavizó, como si las palabras lo transportaran de nuevo a otro tiempo.
-Con el tiempo nos enamoramos. Contra todas las reglas, contra todos los límites. Nadie creía en el amor allá abajo. Era visto como una debilidad. Pero a nosotros no nos importaba.

Laura lo observó con un brillo nuevo en los ojos.
-¿Y tu hijo? -preguntó con delicadeza.

Desmond bajó la mirada.
-Scott... -murmuró, casi inaudible-. Él fue lo mejor que hicimos.
Un sabueso joven, un sabueso infernal de raza ovejera. Tenía el corazón más puro que he conocido. Todo lo preguntaba, todo lo quería entender. Solía tocar una guitarra diminuta que Skyler le había comprado. Decía que quería ser como yo... -Su voz se quebró-, aunque yo no merecía eso.

Laura apretó su mano.
-Merecías más de lo que crees.

Desmond negó con la cabeza.
-Allá abajo no hay "merecer". Solo sobrevivir.

-Durante un tiempo fuimos felices, lo cual, en el Infierno, es casi un pecado en sí mismo. Pero la felicidad atrae la atención... y la atención allá abajo es mortal.
Todo cambió cuando me enfrenté a Indivia, el pecado capital de la Envidia.

-Había secuestrado a mi sobrina, ya que esta según lucifer era un problema para su mandato, quería acabar con ella, pero llegue yo, y la desafié.

Desmond respiro hondo. -Pero nadie queda impune despues de desafiar a un pecado capital y ganar, asi que me volvi un fugitivo, tuve que usar un grimorio para escapar del infierno y venir aqui, pero no puedo volver, no ahora, ya que no duraría ni una semana.

Laura se quedó en silencio, sin saber qué decir.
Sus ojos buscaban algo en el rostro de Desmond, alguna señal de que todo aquello era una

mentira, una historia inventada para escapar de su propio dolor.
Pero lo que vio en él era real.
Demasiado real.

-¿Ganaste contra un pecado capital...? -preguntó al fin, casi en un susurro.

Desmond asintió lentamente.
-No por fuerza. Por instinto. Envidia se alimentaba del deseo, de lo que los demás codiciaban... y yo no deseaba nada, excepto mantener con vida a quienes amaba. Eso fue lo único que la debilitó. Pero al hacerlo, marqué mi destino. Nadie en el Infierno desafía a un pecado y vive para contarlo.

Laura frunció el ceño, procesando cada palabra.
-¿Y... Lucifer? ¿Él permitió que escaparas?

Desmond soltó una risa amarga.
-Lucifer no permite nada. Observa. Juzga. Y cuando alguien rompe las reglas, no se molesta en mover un dedo. Envía a los pecadores.

-¿Pecadores...? -repitió Laura, confundida.

Desmond asintió, con la mirada perdida.
-Almas condenadas. Gente que en vida fue tan podrida, tan imposible de redimir, que el fuego eterno no bastó para borrarlos. El Infierno los moldea, les arranca la voluntad y los convierte en herramientas del castigo. No son demonios. No son humanos. Son el vacío con forma.

Su voz se volvió más baja, casi un susurro:
-Riven es uno de ellos.

Laura parpadeó, impresionada.
-¿Y... qué era antes de convertirse en eso?

Desmond negó con la cabeza.
-Nadie lo sabe. Ni siquiera los más viejos lo recuerdan. Algunos dicen que fue humano, otros que nació del pecado puro. Lo único seguro es que su trabajo siempre es limpio. Sin errores. Sin testigos. Cuando Riven actúa, el Infierno se queda en silencio.

El nombre pesó entre ellos como una sombra.
Laura tragó saliva.
-¿Y fue él quien... lo hizo?

Desmond cerró los ojos.
-Sí. Él los encontró. A Skyler... y a Scott.

Laura lo miró, paralizada.
-¿Dónde estabas tú...?

Desmond respiró hondo, las manos temblando apenas.
-Ya estaba aquí, en el mundo humano. Había logrado cruzar los límites del Infierno, tratando de construir una vida, de mantenerlos a salvo. Krauser, un viejo amigo, había prometido protegerlos allá abajo. Lo confié todo a él.

Guardó silencio por unos segundos, la voz temblando.
-Y entonces... sonó el teléfono. Era uno de sus soldados. No podía hablar con claridad, solo repetía mi nombre una y otra vez. Y cuando por fin logró hacerlo... lo dijo.
Hizo una pausa, tragando saliva.
-"Riven llegó."

El aire se volvió denso.
Laura lo miraba con el alma encogida.
Desmond siguió:
-No podía hacer nada. No había forma de volver. No hay pasajes abiertos desde aquí hacia allá.

Su respiración se quebró.
-Intenté abrir un portal, pero el grimorio no respondió. Era como si el Infierno mismo me hubiera cerrado las puertas.

Laura se cubrió la boca, horrorizada.
-Dios mío...

-No, Laura -dijo él con amargura-. Dios no tiene nada que ver con eso.

Desmond apretó los puños, la mirada fija en el suelo.
-Cuando Krauser despertó, me envió un mensaje. Skyler estaba muerta. Scott... sobrevivió. Apenas un cachorro, cubierto de sangre. Me dijo que Riven lo dejó con vida... pero no me dijo el porque, se le notaba asustado, traumado.

Laura sintió un escalofrío recorrerle la espalda.
-Eso es... monstruoso.

-Eso es el Infierno -replicó Desmond con voz baja-. No mata por placer. Mata para quebrarte.

Hubo un largo silencio.
Laura no apartaba la vista de él. No sabía si sentir miedo o compasión. Lo único cierto era que aquel hombre -aquel demonio- parecía más humano que cualquiera que hubiera conocido.

-¿Cómo sigues vivo después de eso? -preguntó ella en un hilo de voz.

Desmond sonrió sin alegría.
-No lo sé. Supongo que no sé cómo morir.

Laura bajó la mirada hacia la fotografía que seguía sosteniendo. Skyler sonreía, y el pequeño Scott sonreía con la inocencia de quien no conoce el dolor.
-¿Ella sabía que esto podía pasar? -preguntó finalmente.

-Sí -respondió él con voz temblorosa-. Y aun así, eligió quedarse conmigo. Sabía que nuestra historia no tendría un final feliz. Pero creía que amar, aunque durara poco, valía más que una eternidad de miedo.

Laura sintió las lágrimas arderle los ojos.
-Debió ser fuerte.

-Lo era -dijo Desmond, mirando hacia la ventana donde el amanecer empezaba a teñir el cielo-. Más de lo que yo fui. Ella era mi calma en medio del fuego. Sin ella... solo queda el ruido.

Laura dio un paso hacia él.
-Y ahora estás aquí... huyendo de todo eso. -Lo miró con ternura y confusión-. ¿Qué es lo que buscas, Desmond? ¿Redención? ¿Venganza? ¿Paz?

Desmond suspiró.
-Ni siquiera lo sé. Tal vez busco que mi historia tenga sentido. Tal vez solo busco una razón para no rendirme todavía.

Laura lo miró a los ojos, con una mezcla de miedo y ternura.
-¿Y crees que yo puedo ser esa razón?

Desmond sostuvo su mirada, sin huir.
-Tú ya lo eres.

Laura permaneció quieta. Las palabras lo envolvieron todo.
Quiso hablar, pero en lugar de hacerlo, dio un paso más y apoyó su frente contra la de él.

-Entonces no huyas más -susurró-. No puedes cargar con dos mundos solo. Si el Infierno te busca, lo enfrentaremos juntos.

Desmond la miró, sorprendido.
-No sabes lo que dices.

-Sí lo sé -dijo ella con voz firme-. No sé cómo se ve un demonio cuando ama, pero si tú puedes hacerlo... entonces hay esperanza para cualquiera.

Desmond cerró los ojos.
Por primera vez en años, algo dentro de él no dolía.

El amanecer llenaba la habitación, tiñendo de oro los bordes del suelo y de la cama.
Y entre esa luz cálida, Desmond comprendió que, aunque el Infierno jamás perdonara, él aún

podía intentar cumplir la promesa que una vez le hizo a Skyler:
seguir vivo, aunque doliera.

CAP 81

De Regreso al Hogar

Han pasado diez años desde aquella noche en la que Desmond cruzó el umbral que separa el infierno del mundo humano. Diez años de silencios, aprendizajes y reconstrucción. El tiempo, ese escultor invisible, había limado las aristas de un ser que alguna vez fue pura furia y caos. En ese tiempo, Desmond había aprendido algo que jamás creyó posible: cómo vivir sin el rugido constante de la guerra, sin los ecos de gritos, sin la voz de Skyler resonando en su cabeza como un lamento perpetuo.

La vida humana le ofreció un tipo distinto de infierno, más lento, más cotidiano... pero también lleno de pequeñas luces. Al principio, todo le resultaba ajeno: los ruidos de la ciudad, los olores del mundo, la forma en que el cielo cambiaba de color sin previo aviso. Sin embargo, con el paso de los años, fue hallando su lugar. Bogotá, con su ritmo caótico y sus noches llenas de neón, se convirtió en su nuevo purgatorio... y también en su refugio.

Su regreso a la música fue casi inevitable. Aquel fuego que había llevado dentro, la necesidad de expresarse, no podía extinguirse ni siquiera después de una década. Desmond comenzó desde abajo, tocando en pequeños bares, grabando sus primeras canciones en un estudio improvisado, usando el nombre artístico de DLL⛧, un alias que, sin saberlo, se convertiría en su nuevo símbolo de redención. La mezcla de géneros -hip hop satírico y R&B- atrajo miradas y oídos de todo tipo. Su estilo era oscuro, profundo, pero también hipnótico. Cada verso cargaba con fragmentos de su pasado infernal, disueltos en metáforas y ritmos contagiosos que lo convirtieron en un fenómeno cultural.

El público lo amaba, aunque nadie sabía quién era en realidad. Para el mundo, Desmond era un artista misterioso con un pasado incierto. Para él mismo, era un demonio intentando recordar cómo se siente ser humano.

Laura había sido su ancla en todo ese proceso. Su apoyo no se desvaneció con los años; al contrario, creció, maduró, se convirtió en algo tan esencial como el aire que respiraba. Gracias a ella, Desmond había aprendido a reír de nuevo, a disfrutar los amaneceres, a sentir el calor de un hogar. Ella, por su parte, también cambió. Con la estabilidad que Desmond trajo a su vida, logró sacar adelante a su familia. Su madre, aunque enferma durante años, alcanzó a ver cómo su hija se convertía en una mujer fuerte, independiente y profesional. Tras su muerte, Laura había asumido la responsabilidad de cuidar a su sobrina Sofia, que ahora, con diecisiete años, veía en su tía un ejemplo de lucha y perseverancia.

A los treinta y seis años, Laura era una mujer que irradiaba confianza y madurez. Había terminado sus estudios en producción audiovisual y trabajaba como productora para artistas emergentes, muchos de los cuales soñaban con colaborar con DLL⛧, sin saber que aquel

ídolo vivía bajo el mismo techo que ella. A pesar de su crecimiento, Laura nunca abandonó su esencia. Aún conservaba su estética gótica: sus vestidos negros, sus collares de plata, su mirada profunda delineada con precisión. Sin embargo, ya no era una máscara de rebeldía; era parte de su identidad, una expresión de quién era, sin necesidad de esconderlo.

El matrimonio entre ambos había sido algo natural. No hubo grandes declaraciones ni promesas vacías. Simplemente, un día se dieron cuenta de que no podían imaginar un futuro sin el otro. La boda fue discreta, íntima, casi simbólica, celebrada en un pequeño jardín al norte de la ciudad. Desde entonces, compartían un hogar en una unidad cerrada, un espacio tranquilo alejado del ruido, donde las montañas parecían vigilar su paz.

Con el dinero que Izobelle -la aliada que alguna vez lo ayudó a escapar del infierno- le entregó, Desmond compró aquella casa. Era moderna, luminosa, con paredes blancas y ventanales amplios que dejaban entrar la luz del amanecer. A veces, cuando se despertaba y veía el rostro dormido de Laura junto al suyo, pensaba en lo irónico que era todo: él, un exiliado del infierno, había encontrado su pedazo de cielo en el mundo humano.

Desmond ya no era el mismo de antes. La vida lo había moldeado, y su apariencia lo reflejaba. Tenía treinta y ocho años humanos, aunque su cuerpo, endurecido por su naturaleza demoníaca, apenas mostraba señales de envejecimiento. Llevaba el cabello largo, recogido en un moño desordenado, y una barba oscura cubría su rostro. Había adoptado un estilo sobrio y moderno: camisetas sencillas, pantalones cómodos y chaquetas de cuero o lino. A veces usaba gafas redondas, lo que le daba un aire intelectual y misterioso. Ya no vestía con la rebeldía del pasado; prefería la discreción, una elegancia silenciosa que lo hacía destacar sin proponérselo.

Su estudio musical ocupaba la mitad del segundo piso. Entre cables, consolas, micrófonos y pantallas, aquel espacio era su santuario. Pasaba horas componiendo, editando o simplemente dejando que los sonidos fluyeran hasta que el alma se desahogaba. Muchas de sus canciones hablaban del amor perdido, de la redención, del miedo, del fuego y de la libertad. Temas que, para el público, eran poesía; para él, eran confesiones disfrazadas.

Skyler seguía presente en su vida, pero no como una herida, sino como un recuerdo que dolía con dulzura. Había aprendido a recordarla sin sufrir, a mantenerla viva sin dejar que lo consumiera. En algunas noches silenciosas, cuando la lluvia golpeaba los cristales y Laura dormía a su lado, Desmond se permitía pensar en ella, imaginar su sonrisa, su voz. Pero ya no lloraba. Ahora, ese amor pertenecía al pasado, y el presente tenía nombre y rostro: Laura.

Bogotá se había convertido en su escenario y su escondite. Nadie sospechaba quién era en realidad, y eso le daba una libertad que nunca había conocido. Cada mañana salía a correr por el conjunto, saludaba a los vecinos, tomaba café con Laura y planeaban juntos nuevas metas. Vivían una vida tranquila, casi mundana, pero para Desmond, aquello era un milagro.

El éxito de DLL⛧ seguía creciendo. Sus canciones sonaban en bares, discotecas y plataformas digitales de todo el mundo. Había aprendido a moverse entre el glamour y la calma, entre la fama y el anonimato. No necesitaba mostrarse; su música hablaba por él.

A veces, cuando se sentaba frente al espejo, observaba la marca que aún permanecía en el dorso de su mano: el pentagrama invertido, vestigio de su antiguo poder. Lo miraba sin miedo, sin orgullo, solo con respeto. Era su recordatorio de lo que fue, de lo que perdió y de lo que eligió ser.

El mundo humano lo había cambiado, pero no lo había purificado. Aún llevaba dentro de sí una chispa de oscuridad, una voz que a veces susurraba en las noches más calladas. Sin embargo, ahora sabía cómo silenciarla. Había aprendido que no se trata de destruir los demonios internos, sino de aprender a convivir con ellos.

Diez años después de su caída, Desmond Ludendorff había encontrado la paz que jamás creyó merecer. Su vida, ahora llena de rutinas simples y amor genuino, era la prueba de que incluso los condenados pueden hallar redención. Y mientras la ciudad se encendía bajo el crepúsculo bogotano, él, desde la terraza de su hogar, observaba las luces titilar como estrellas y pensaba que, tal vez, por fin, había logrado algo que ni el mismo Lucifer pudo comprender: ser libre.

El viento de la tarde se deslizaba por el balcón, levantando suavemente las cortinas y haciendo que los mechones del cabello de Desmond se mecieran con la brisa. Desde allí, la ciudad parecía dormida: una colección de luces que comenzaban a encenderse a medida que el sol desaparecía detrás de las montañas. Bogotá tenía ese ritmo peculiar, entre el caos y la calma, que siempre lo inspiraba. Con una taza de café entre las manos, observaba el horizonte pensando en su próximo álbum, en nuevas letras, en sonidos que pudieran capturar esa mezcla de melancolía y esperanza que definía su música.

"Quizá algo más introspectivo", pensó. "Algo que refleje lo que soy ahora. Ni demonio ni humano, solo... algo en medio."
Su mente se perdía entre acordes imaginarios, cuando un sonido rompió el silencio.

Era un tono viejo, anticuado, uno que no escuchaba desde hacía años.

Desmond frunció el ceño. Al principio pensó que provenía de algún equipo del estudio, pero el sonido no cesaba. Caminó despacio hacia el interior de la casa, bajando la taza sobre la mesa del comedor mientras seguía el eco del timbre. El sonido provenía del segundo cajón de su escritorio, el que rara vez abría.

Cuando lo hizo, lo sintió como una punzada en el pecho. Allí, cubierto de polvo y olvidado entre cables viejos, estaba su antiguo teléfono infernal. Aquel aparato negro, de bordes metálicos y símbolo grabado del inframundo, que solo se activaba con energía demoníaca. No lo veía encenderse desde hacía una década.

El sonido seguía, vibrando con una frecuencia extraña, casi orgánica.
Desmond lo tomó con cautela. El aparato ardía levemente en su mano, como si recordara su origen.

-No puede ser... -susurró, incrédulo-. Después de tantos años...

Por un instante pensó en ignorarlo, dejar que el pasado siguiera dormido. Pero su curiosidad -y una sensación de presentimiento- le ganó la batalla. Deslizó el dedo sobre la pantalla y atendió.

-¿Aló...? -su voz salió tensa, más por costumbre que por cortesía.

Durante unos segundos, solo se escuchó estática. Un zumbido leve, el mismo sonido que hacían las transmisiones entre planos. Luego, una voz profunda, rasgada por los años, rompió el silencio.

-...Vaya... pensaba que ya no responderías nunca.

El corazón de Desmond dio un salto. Reconocería esa voz en cualquier parte.

-¿Krauser...?

Una risa seca cruzó la línea. -El mismo, muchacho. Me alegra saber que sigues vivo... después de todo este tiempo.

Desmond apoyó el teléfono en su oreja y caminó hacia la ventana, mirando al vacío con una mezcla de nostalgia y alivio.
-No puedo creerlo... -dijo con un tono que mezclaba sorpresa y calidez-. Pensé que ya nadie allá se acordaba de mí.

-Difícil olvidarte -replicó Krauser con un suspiro-. Dejaste el infierno patas arriba antes de irte.

Desmond sonrió por primera vez en toda la llamada. -Sí, bueno... tenía mis motivos.

-Y los sigo respetando -contestó el general infernal-. Aunque debo admitir que sobrevivir tanto tiempo en el mundo humano... eso tiene mérito. No muchos lo logran sin perder la cabeza.

Desmond se apoyó en el marco de la ventana.
-No fue fácil -confesó-. Pero encontré mi lugar. Me tomó años, pero... finalmente lo hice.

Hubo un silencio corto, cargado de algo más profundo.
Luego, Krauser habló con un tono más serio. -Desmond... no te llamo solo para saludarte. Hay algo que debes saber.

Desmond se tensó. -¿Qué ocurre?

-Tu recompensa... -dijo Krauser lentamente- fue retirada.

Por un momento, el mundo pareció detenerse. El viento, el ruido lejano de los autos, incluso el sonido del reloj del comedor... todo desapareció.

-¿Qué...? -balbuceó Desmond.

-Lucifer mismo ordenó la anulación -explicó Krauser-. Han pasado los diez años del protocolo de búsqueda. Nadie te encontró. Y según las leyes infernales, eso significa que el castigo expira. Oficialmente, ya no eres un fugitivo.

Desmond guardó silencio. El teléfono temblaba ligeramente entre sus dedos. No sabía si reír, gritar o llorar.
-No puedo creerlo... -murmuró al fin-. ¿Hablas en serio?

-Lo creas o no, es cierto -respondió Krauser con un tono de satisfacción paternal-. Eres libre, Desmond. Puedes volver si lo deseas. Retomar tu vida, tus derechos, tu nombre infernal. Todo.

Desmond respiró hondo. Miró hacia el cielo bogotano, donde las nubes anaranjadas del atardecer parecían incendiarse lentamente.
Volver al infierno... ¿después de todo lo que había construido aquí?

-No sé si... -empezó a decir, pero su voz se quebró.

-¿No sabes si qué? -preguntó Krauser.

-Si quiero volver.

La confesión salió cargada de sinceridad, casi como un suspiro.

-He pasado una década construyendo algo... algo real -continuó-. Tengo un hogar, una esposa, una vida tranquila. Por primera vez siento que pertenezco a algún lugar.

Krauser guardó silencio, y cuando habló, su tono fue más suave.
-Lo entiendo. No esperaba menos de ti. Pero... quiero que sepas que aquí aún tienes un lugar. El Consejo no te busca más. Muchos te consideran una leyenda, otros una amenaza... pero los pocos que te conocimos sabemos quién eres realmente.

Desmond asintió, aunque el otro no pudiera verlo.
-Aprecio eso, de verdad. Y aprecio que me lo digas tú.

-Sabes que siempre estaré de tu lado, muchacho -dijo Krauser-. Siempre.

Desmond se apoyó en la baranda del balcón, mirando las luces de la ciudad encenderse una a una.
-Gracias, viejo amigo. No sabes cuánto significa eso para mí.

Krauser rió entre dientes. -No me agradezcas todavía. Solo recuerda que si algún día decides regresar... los portales te estarán esperando.

-Lo pensaré -dijo Desmond, más para sí mismo que para él.

-Hazlo -respondió Krauser con un dejo de esperanza en la voz-. Pero sea cual sea tu decisión, solo asegúrate de que sea lo que tu corazón quiere. No lo que el infierno o el cielo te dicten.

El silencio volvió, largo y pesado. Finalmente, Desmond asintió.
-Lo haré, te lo prometo.

-Entonces eso basta. Cuídate, hijo del fuego.

La llamada se cortó. El viejo teléfono volvió a apagarse, como si hubiera entregado su último mensaje.

Desmond lo dejó sobre la mesa y se quedó observándolo durante varios minutos. El reflejo de la pantalla oscura mostraba su propio rostro, más humano que nunca, pero aún marcado por los ecos de lo que fue.

"Libre..." murmuró para sí mismo.
Esa palabra le supo a algo extraño. Durante años, había soñado con oírla, pero ahora que la escuchaba, no sabía si debía sentirse feliz o temeroso.

La puerta de la habitación se abrió suavemente.
-¿Desmond? -preguntó la voz dulce y cansada de Laura.

Él giró apenas, sonriendo con cierta melancolía.
-Sí, amor. Ya voy.

Dejó el teléfono en el cajón y lo cerró con cuidado, como si guardara un recuerdo prohibido. Luego se acercó a Laura, la abrazó por la cintura y apoyó la frente en su hombro.

-¿Todo bien? -preguntó ella, acariciándole el cabello.

Desmond respiró hondo, dejándose envolver por el aroma familiar de su piel.
-Sí -dijo con voz baja-. Todo está bien.

Y aunque sus palabras fueron firmes, en su interior, una sola pregunta resonaba con fuerza:

¿Realmente lo estaba?

El aire estaba denso en la casa. La brisa que entraba por el ventanal del balcón agitaba las cortinas con un murmullo leve, como si el mundo mismo supiera que algo grande estaba por suceder.
Desmond sostenía el teléfono entre sus dedos, inmóvil, con una expresión que mezclaba asombro y alivio. La voz de Krauser resonaba en su cabeza como un eco imposible.

-No puede ser... -susurró finalmente, dejando caer el teléfono sobre la mesa-. Puedo volver...

Laura, que había estado observándolo desde el umbral de la habitación, se acercó con una mezcla de curiosidad y confusión.

-¿Qué dijiste? -preguntó, intentando leer su expresión.

Desmond levantó la vista. Por primera vez en años, su sonrisa parecía la del joven que alguna vez había sido. Una sonrisa viva, amplia, casi infantil.

-¡Puedo volver, Laura! -dijo con entusiasmo, sujetándola por los hombros-. ¡Mi recompensa fue cancelada! Lucifer dio por terminada la cacería... ya no me buscan. Krauser me lo confirmó. ¡Puedo volver al infierno sin morir en el intento!

Laura parpadeó, procesando sus palabras.

-¿Volver...? -repitió, bajando la mirada-. ¿Al infierno?

Desmond asintió con una energía que ella no veía desde hacía mucho tiempo. Caminaba de un lado a otro, nervioso, casi emocionado.

-Sí. Han pasado diez años, Laura. Diez años escondiéndome, temiendo que alguien me encontrara, sintiendo que mi vida aquí era un préstamo. Pero ahora... puedo retomar lo que era mío. Mi hogar. Mi gente. Mi nombre.

Laura lo observó en silencio. La emoción de Desmond la llenaba de alegría, pero también de un miedo profundo. Finalmente, habló:

-Eso es... increíble, amor. De verdad. Pero... -hizo una pausa, bajando la voz- si tú vuelves allá... ¿qué pasará conmigo?

El silencio cayó de golpe. Desmond dejó de moverse. La sonrisa en su rostro se desvaneció lentamente, como si sus palabras hubieran abierto una grieta invisible.
Giró hacia ella, notando el brillo vulnerable en sus ojos.

-Laura... -empezó a decir, pero se detuvo.
Ella continuó:

-No quiero quedarme sola otra vez, Desmond. No después de todo lo que pasamos. -Su voz tembló, casi quebrándose-. Ya te perdí una vez, aunque estuvieras aquí conmigo. No podría soportarlo otra vez.

Desmond dio un paso hacia ella, tomándole las manos con cuidado.
Sus dedos eran cálidos, pero había en su mirada un conflicto feroz.

-Yo tampoco quiero dejarte -dijo con sinceridad-. No sabes cuánto significa todo lo que construimos juntos. Pero... si regreso, no puedo llevarte así. Eres humana, Laura. El infierno no es lugar para ti.

Ella lo miró fijamente, sin apartar la vista.

-Entonces busca una forma. -Su tono fue firme, casi desafiante-. Si hay algo que he aprendido de ti, es que siempre hay una forma.

Desmond suspiró, apartando la mirada. Caminó hasta el viejo armario de madera al otro lado del cuarto. Abrió el primer cajón y sacó un objeto que no tocaba desde hacía años: su grimorio.
El cuero negro que lo cubría estaba seco, cuarteado por el tiempo, y al abrirlo, una nube de polvo gris se elevó en el aire.

Laura lo observó con atención.

-¿Qué es eso...? -preguntó.

-Mi grimorio infernal -respondió él, pasando las páginas con cuidado-. Aquí están escritas las fórmulas, los sellos, los ritos... todo lo que alguna vez me enseñaron allá abajo. -Se detuvo en una página amarillenta, los ojos fijos en el texto-. Tal vez aquí haya algo que pueda ayudarnos.

El ambiente en la habitación cambió. El aire parecía vibrar con cada palabra escrita en aquel idioma antiguo. Las letras danzaban bajo la tenue luz, como si el libro mismo respirara.

Desmond murmuraba para sí mientras leía.

-"Translatio essentiae..." -dijo en voz baja-. Transferencia de esencia...

Laura se inclinó un poco para ver.
El texto, escrito en tinta oscura, detallaba un ritual complejo: círculos de invocación, ofrendas, y un intercambio directo entre almas.

-¿Qué dice? -preguntó ella, con un nudo en el estómago.

Desmond siguió leyendo en silencio unos segundos antes de levantar la mirada hacia ella. Sus ojos estaban serios.

-Dice que... un alma humana puede volverse demoniaca si recibe suficiente esencia de un demonio. Entre más fuerte sea la esencia, menos cantidad necesita el receptor. Pero... -hizo una pausa, bajando la voz- el proceso es extremadamente doloroso, y puede causar la muerte si el cuerpo no resiste la transformación. Además... una vez hecho, esa alma no podrá ascender jamás. Ni siquiera si ha hecho el bien en vida.

Laura lo escuchó con atención, sin apartar la mirada. Luego, habló con calma:

-Entonces esa es la forma.

Desmond se quedó inmóvil.
-Laura... -murmuró-, no sabes lo que dices. Si haces esto, perderás tu alma humana. Tu luz. Tu destino. No podrás volver nunca.

Ella dio un paso hacia él, colocándole una mano sobre el pecho.

-Mi destino está contigo -dijo, firme-. Si el precio para seguir a tu lado es perder mi humanidad, lo pagaré sin dudar.

Desmond bajó la mirada, sintiendo un nudo en la garganta.
-No puedo pedirte eso...

-No tienes que hacerlo -interrumpió ella suavemente-. Yo lo elijo.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse. Solo el sonido del viento y el eco de las páginas moviéndose rompían el silencio.

Finalmente, Desmond asintió con lentitud.
-Está bien... -susurró-. Pero debes entender que esto no tiene vuelta atrás.

-Lo sé -respondió Laura, sin vacilar.

Desmond apoyó el grimorio sobre la mesa. Con una mano temblorosa, señaló el siguiente paso.

-Antes de transferirte mi esencia... tengo que recuperar la mía.
-¿Recuperarla? -preguntó ella-. ¿No la tienes ya?

-La perdí cuando llegué aquí. El grimorio me la extrajo para sellar mi naturaleza y protegerme del rastreo infernal. Pero puedo traerla de vuelta... si pronuncio las mismas palabras que use antes.

Laura lo observó, preocupada.
-¿Es peligroso?

Desmond esbozó una media sonrisa, amarga.
-Todo lo que vale la pena en el infierno lo es.

Abrió el grimorio en una página marcada por un viejo símbolo de fuego trenzado. Las palabras estaban escritas en un latín arcaico. El aire se volvió pesado, cargado de energía.

Desmond cerró los ojos y recitó con voz firme:

"Per abyssum et umbram redeat quod mihi sublatum est.
Vocem meam audite, et restituite mihi essentiam meam.
Ex tenebris, in me redite."

El suelo tembló.
Una ráfaga de viento helado barrió la habitación, apagando las velas que aún quedaban encendidas. Laura retrocedió, asustada.
Del círculo oscuro que se formó bajo sus pies, comenzó a emanar una nube espesa, negra como la tinta, que se elevó lentamente, girando en espiral alrededor de Desmond.

-¡Desmond! -gritó Laura, intentando acercarse, pero el viento la empujó hacia atrás.

La nube se cerró en torno a él, cubriéndolo por completo.
Durante un segundo, solo se escuchó su respiración entrecortada.
Y entonces, la esencia lo golpeó.

Desmond arqueó la espalda y lanzó un grito gutural.
El humo se filtró por su boca y su nariz, como si el infierno entero intentara volver a habitarlo. Su cuerpo tembló violentamente, las venas marcándose bajo la piel. El aire se llenó de un olor metálico, denso, como a hierro fundido.

Laura cayó de rodillas, impotente.

-¡Desmond, resiste! -gritó entre lágrimas, sin saber qué más hacer.

Los segundos se hicieron eternos.
Hasta que, de pronto, el silencio.

El humo desapareció tan rápido como había llegado.
Desmond yacía en el suelo, inmóvil. Laura se arrastró hasta él, temblando, y tomó su rostro entre las manos.

-Desmond... ¡por favor, despierta! -susurró, la voz quebrada.

Pasaron dos minutos que parecieron horas.
Entonces, los ojos de Desmond se abrieron.

Ya no eran del todo humanos.
Brillaban con un rojo intenso, como brasas recién encendidas.
Miró sus manos, y lo primero que notó fue la ausencia de la cicatriz oscura que había llevado durante años: la marca del abismo.

Por primera vez en una década, su esencia había regresado.

Desmond respiró hondo, sintiendo cómo el aire ardía en sus pulmones.
Una energía familiar corría por sus venas, una sensación que no experimentaba desde su vida infernal.
Se incorporó lentamente, aún temblando, y miró a Laura con una mezcla de alivio y terror.

-Ha vuelto... -susurró, con voz ronca-. Soy yo otra vez.

Laura lo miró con lágrimas en los ojos, temblando entre miedo y admiración.
Sabía lo que eso significaba.
Desmond Ludendorff había vuelto a ser un demonio.

Y el infierno acababa de recuperar a uno de los suyos.

El silencio pesaba sobre la habitación como una niebla espesa.
El humo residual del ritual anterior aún flotaba en el aire, ondulando entre la penumbra y el resplandor débil de las lámparas. Laura permanecía en el suelo, observando a Desmond con una mezcla de asombro y miedo. Él, por su parte, aún respiraba con dificultad, los ojos brillando con ese rojo profundo que volvía a marcarlo como lo que realmente era: un demonio renacido.

Desmond se incorporó lentamente, limpiándose el sudor de la frente. El grimorio seguía abierto sobre la mesa, las páginas ondeando suavemente como si una corriente invisible las acariciara. El cuero negro vibraba con una energía que no pertenecía a este mundo.

-No terminó aún... -murmuró Desmond con voz ronca, acercándose al libro-. Esto apenas comienza.

Laura lo observó levantarse. Su respiración era pausada, pero en sus ojos había una calma serena, casi extraña, como si su decisión ya estuviera escrita mucho antes de escuchar esas palabras.

Desmond pasó sus dedos por el borde del grimorio hasta llegar al siguiente párrafo. Las letras parecían arder en tinta viva, reacomodándose frente a sus ojos. El texto estaba escrito en un tono más antiguo, casi como si el mismo Lucifer lo hubiera trazado siglos atrás.

Leyó en voz baja:
-*"Ritualis Translatio Essentiae..."* -susurró-. El ritual de transferencia de esencia.

Sus ojos se desplazaron por cada línea, interpretando las instrucciones con cuidado.
-Necesitamos hacer las cosas con precisión -dijo finalmente, tomando una tiza blanca del cajón del escritorio-. Si cometemos un error, el vínculo se romperá... o algo peor podría pasar.

Laura asintió sin miedo.
-Dime qué debo hacer.

Desmond respiró hondo y comenzó a leer en voz alta las indicaciones.

-El primer paso... -murmuró- es trazar un círculo de protección. Debe ser hecho con tiza blanca, lo suficientemente grande para que tú estés dentro.

Se arrodilló en el suelo, extendiendo la mano firme. La tiza chirrió contra las baldosas mientras dibujaba el contorno perfecto del círculo. Cada trazo estaba acompañado por un murmullo en latín, un rezo bajo que resonaba con la energía del abismo.

El aire comenzó a vibrar. A su alrededor, la temperatura descendió unos grados, como si el propio espacio reconociera la invocación.

Laura lo observaba en silencio. No había miedo en ella, solo una mezcla de respeto y entrega.

-Listo... -dijo Desmond, levantándose-. El círculo debe mantenerte a salvo del exceso de energía cuando la esencia empiece a fluir.

-¿Y tú? -preguntó Laura.

-Yo no necesito protección -respondió con voz baja-. Ya estoy condenado.

El segundo paso apareció en la página, y Desmond lo leyó al instante:
-Cuatro velas, una en cada punto cardinal del círculo. Deben ser blancas o neutras, para equilibrar la esencia.

Buscó en una caja de madera donde solía guardar objetos antiguos. Extrajo cuatro velas y las colocó con precisión: norte, sur, este y oeste.
Cada una representaba un elemento: aire, fuego, tierra y agua.

-Ahora... el tercer paso. -Sus ojos se movieron sobre el texto-. Debemos preparar la pócima.

Laura tragó saliva.
-¿Qué lleva?

Desmond volvió a leer con cuidado, asegurándose de no omitir detalle.
-Sangre del transferente y del receptor... sal marina pura... cera derretida de una vela negra... pétalos de una flor marchita, preferiblemente una rosa seca... y un objeto con valor sentimental.

-Eso... suena peligroso.

-No lo es -mintió con suavidad-. Pero debe hacerse con precisión.

Colocó un pequeño cuenco de cerámica en el suelo. Laura se arrodilló junto a él, en silencio. Desmond tomó una navaja ritual de mango de ónix y la pasó por su palma. La sangre cayó lentamente al cuenco, dorada y espesa, formando espirales brillantes sobre la cerámica. Luego, le tendió la navaja a Laura.

Ella no dudó.
Cortó su palma con decisión, dejando que su sangre se mezclara con la de él. Cuando ambas se unieron, un leve brillo carmesí iluminó el recipiente.

-El lazo está hecho -dijo Desmond, sin apartar la vista del cuenco.

Agregó una pizca de sal marina, blanca y pura, que se disolvió al contacto con la sangre. Luego, derritió la cera de una vela negra y la vertió sobre la mezcla; el líquido humeante soltó un olor metálico y dulce, casi embriagador.

De un cajón cercano, sacó una pequeña rosa seca, que había guardado desde hacía años. Skyler se la había dado, mucho antes de su caída.

Por un instante, su mirada se perdió en el recuerdo.
Pero Laura lo notó y le tocó el brazo.

-No la sueltes -dijo con voz suave-. Si tiene valor para ti, debe estar aquí.

Desmond asintió lentamente, rompiendo los pétalos y dejándolos caer al cuenco.
Por último, se quitó su anillo de boda y lo dejó caer dentro. La mezcla reaccionó de inmediato: una pequeña llama azul brotó del líquido, danzando en silencio.

-Ya está -murmuró-. La pócima está lista.

Desmond tomó el cuenco con ambas manos, y el calor del contenido le ardió en las palmas. El grimorio, aún abierto sobre la mesa, parecía susurrar. Las páginas vibraban suavemente, y el aire olía a ozono, fuego y metal.

Desmond se colocó frente al círculo, miró a Laura y habló con solemnidad:

-Ahora viene la parte más importante. Cuando encienda las velas, debo recitar las palabras sagradas. No digas nada. No te muevas. Solo escucha.

Laura asintió, entrando en el círculo.

Desmond tomó una cerilla y encendió una a una las cuatro velas. Cada llama ardía con un color distinto: azul, blanca, dorada y roja.
El fuego pareció reconocerlo.

Entonces, Desmond extendió las manos y comenzó a recitar, con voz firme y profunda, en el antiguo idioma del abismo:

Per sanguinem quod iungit, et ignem quod devorat,
ego, portator Abyssi, partem meae essentiae offero.
Fluat vis mea sicut flumen ardens,
per carnem, animam et fatum.
Tibi, Laura, virtutem meam trado,
sit flamma mea scutum tuum, et umbra mea dux tuus.
Vincula vacui numquam nos separabunt,
et sigillum Abyssi pactum nostrum testetur.
Audiant venti Infernales iuramentum meum,
terra ipsa tremat sub voce mea,
et essentia daemonis, quae in me ardet,
nunc in te, sine timore, habitabit.

Las llamas de las velas se elevaron como columnas vivas, girando en torno al círculo. El suelo vibró. Una corriente de energía oscura, densa, se formó en el aire, extendiéndose desde

las manos de Desmond hacia el cuerpo de Laura.
Ella cerró los ojos, sintiendo el calor del flujo cruzar su piel como fuego líquido.

El cuenco en las manos de Desmond comenzó a humear. El contenido burbujeó lentamente, tornándose de un rojo opaco a un negro brillante.

Desmond la miró con intensidad.
-Ahora, debes beberla.

Laura tembló.
-¿Toda?

-Sí. -Su voz fue grave, pero cálida-. Solo entonces el pacto estará completo.

Laura tomó el cuenco con ambas manos. El aroma era fuerte, casi insoportable, una mezcla entre hierro, ceniza y sal. Pero no dudó. Lo acercó a sus labios y bebió.

El líquido descendió por su garganta como fuego. Tosió, ahogándose por un momento, mientras Desmond la sostenía. Su cuerpo se arqueó, los ojos abiertos de par en par, y un brillo dorado cruzó su pecho, seguido de un pulso oscuro que la recorrió entera.

El aire estalló en un estruendo sordo. Las velas se apagaron.
Y por un instante, todo quedó en silencio.

Desmond la sostuvo entre sus brazos mientras el humo se disipaba.
Su cuerpo estaba tibio, su respiración débil. Pero viva.

-Laura... -susurró, tocando su rostro-. ¿Puedes oírme?

Sus ojos se abrieron lentamente.
Ya no eran del todo humanos.

Brillaban con un leve matiz rojizo, igual que los de él.

Desmond sintió que algo en su interior se quebraba y al mismo tiempo se completaba.
El pacto estaba sellado.

Y por primera vez desde que abandonó el infierno, Desmond Ludendorff no estaba solo.

El silencio posterior al ritual era denso, casi físico.
El aire aún olía a cera quemada, a sangre y a ceniza. Las velas se habían consumido por completo, dejando apenas unos hilos de humo que se elevaban lentamente, dibujando figuras en el aire.

Desmond observaba el cuerpo inmóvil de Laura, aún dentro del círculo. Su piel, antes cálida, comenzaba a cambiar ante sus ojos. El proceso había comenzado.

Primero, el color de su piel palideció hasta volverse de un tono marfil casi translúcido. Después, un escalofrío recorrió su cuerpo, y un leve crujido resonó en el aire cuando dos cuernos gruesos comenzaron a brotar de su frente, curvándose con elegancia hacia atrás.

-Por los siete anillos... -susurró Desmond, sin poder apartar la mirada.

Las transformaciones continuaron. Las orejas de Laura se afilaron, adoptando una forma puntiaguda y simétrica, mientras una sombra se extendía por sus ojos: la esclerótica se tornó amarilla, brillante, y sus pupilas se contrajeron hasta volverse negras como la obsidiana.

Un instante después, un sonido seco y breve llenó la habitación. Detrás de ella, una cola delgada, de color oscuro y terminada en una punta afilada, emergió entre el roce de su piel y el aire.
Laura gimió levemente, su cuerpo arqueándose mientras la marca del abismo se grababa con fuego sobre el dorso de su mano derecha. La piel chispeó con un brillo incandescente, y la marca quedó impresa como un tatuaje viviente, pulsando al ritmo de su nuevo corazón demoníaco.

Desmond se acercó lentamente, temiendo romper la magia que aún flotaba en la habitación. Cuando el último destello se extinguió, Laura cayó suavemente hacia un costado, inconsciente.

-Laura... -murmuró Desmond, arrodillándose a su lado y tomándola en brazos.

Su respiración era débil, pero estable. La sostuvo contra su pecho, notando el calor que emanaba de ella, un calor distinto, más profundo, casi infernal.
Por un instante, Desmond no dijo nada. Solo la contempló.
Y entonces sonrió.

-Lo lograste... -susurró-. Ahora sí podrás conocer mi mundo.

El demonio se puso de pie, aún con Laura en brazos. La llevó hasta la cama y la recostó con cuidado, cubriéndola con una manta. Afuera, el cielo de Bogotá se teñía de un naranja intenso que anunciaba el ocaso.

Sabía que esa noche habría luna llena. Y eso, en el lenguaje de los demonios, significaba poder.

Desmond respiró hondo. Luego caminó hacia el armario, abrió la maleta más grande que tenía y comenzó a empacar.

Guardó ropa, algunas pertenencias personales, los documentos falsos que aún conservaba, y varios objetos que podrían servirle allá abajo. También tomó el cepillo de Laura, algunos productos de aseo, y un par de prendas que ella amaba -una chaqueta negra y su colgante de plata-.
Cuando terminó, observó las dos maletas sobre la cama.

-Listo... -murmuró con una sonrisa cansada-. Como en los viejos tiempos.

Se acercó a su escritorio, tomó su teléfono moderno y lo desbloqueó. Entró a sus redes sociales, donde millones de seguidores esperaban cualquier noticia de *DLL* ✧.

Escribió con calma:

Voy a retirarme.
Ha sido un viaje increíble estos años, pero necesito enfocarme en cosas personales.
Nos vemos pronto."

Dejó el celular sobre la mesa y lo observó un momento. Era extraño cómo una vida entera podía caber en unas cuantas palabras.
Luego, caminó hacia el otro teléfono. Aquel viejo aparato infernal que no sonaba desde hacía una década. Lo tomó entre sus manos, sintiendo su peso, y lo conectó nuevamente.

Una vibración leve recorrió el aire. El símbolo del abismo apareció en la pantalla.
La línea con el Infierno volvía a estar activa.

Desmond miró hacia la cama. Laura dormía, aún con su nuevo aspecto. La luz de la luna comenzaba a filtrarse por la ventana, bañándola en un resplandor plateado.

Se acercó, se sentó a su lado y la observó unos segundos antes de susurrar:
-Despierta, Laura... ya es hora.

Ella se movió suavemente, abriendo los ojos.
Por un instante, el brillo de su mirada iluminó la habitación.

-¿Desmond...? -dijo, con voz suave, algo confundida-. ¿Qué pasó...?

-Pasó que ahora eres como yo -respondió él con una sonrisa leve.

Laura se incorporó con esfuerzo. Desmond le acercó un espejo de mano que había tomado del tocador.
Ella lo miró con curiosidad, y luego, al reflejar su propio rostro, el aire se detuvo.

Sus ojos se abrieron de par en par.
-No... no puede ser... -murmuró, llevando una mano a su rostro.

Sus dedos tocaron los cuernos, bajaron por la piel pálida de sus mejillas, y finalmente rozaron el borde afilado de sus orejas. Su respiración se volvió entrecortada.

-¿Soy... yo...?

Desmond asintió.
-Esa es la nueva tú -dijo con voz firme-. Una demonio hermosa.

Laura bajó el espejo lentamente, sin poder dejar de observar sus propias manos. La marca del abismo brillaba en su dorso como una joya viva.
-Es... impresionante -susurró-. Me siento... diferente. Como si todo mi cuerpo ardiera por dentro.

Desmond rió suavemente.
-Eso es la esencia. Está en ti ahora.
Pero debes aprender a controlarla.

-¿Controlarla...? -preguntó, aún maravillada.

-Sí. -Desmond señaló el grimorio, que reposaba abierto sobre la mesa-. Aquí dice que puedes adoptar una forma humana si lo deseas. Es un pequeño encantamiento. Así podrás camuflarte cuando regresemos al mundo de arriba.

Laura sonrió, aliviada.
-Entonces podré volver a ser... "yo" cuando sea necesario.

-Exacto -asintió él-. Pero allá abajo, en mi mundo, no necesitarás esconderte.

Laura lo miró en silencio durante unos segundos. Su expresión cambió de asombro a ternura.
-Entonces... lo hicimos. -Dio una pequeña risa nerviosa-. Realmente vamos a ir.

Desmond asintió y le tendió la mano.
-Sí. Esta noche.

Ella lo miró fijamente, su respiración entrecortada.
-¿Y si algo sale mal?

Desmond acercó su frente a la de ella.
-Si algo sale mal, caeremos juntos. -Susurró-. Ya no estás sola, Laura.

Ella asintió, sonriendo con emoción contenida.

Desmond la ayudó a levantarse, sosteniéndola del brazo cuando un leve mareo la hizo tambalear.
-Tranquila... tu cuerpo aún se adapta.

Caminaron juntos hasta el patio trasero, donde el viento frío de la noche movía las hojas de los árboles y la luna llena colgaba brillante sobre el cielo bogotano.

Desmond extendió una mano al frente. Chasqueó los dedos, y el grimorio apareció entre una nube de humo negro.
Laura lo observó, impresionada.

-Nunca deja de sorprenderme lo natural que te sale eso.

-Son viejos trucos -respondió él con una sonrisa torcida.

Abrió el grimorio en una página marcada con runas rojas. Las palabras brillaban con luz propia, como si el papel ardiera por dentro. Desmond alzó la mano, trazando símbolos invisibles en el aire.

De pronto, una grieta luminosa se abrió frente a ellos. El aire se distorsionó, y un sonido grave, casi como un suspiro cósmico, llenó el ambiente.
El portal comenzó a expandirse, revelando un vórtice de sombras y fuego líquido.

Laura retrocedió un paso, impresionada.
-¿Eso... eso es...?

-El camino al Abismo -dijo Desmond con solemnidad-. Mi hogar.

El portal rugía suavemente, latiendo como si tuviera vida propia.
Desmond extendió su mano hacia ella.

-Tómala. Esto va a doler.

Laura soltó una risa temblorosa.
-¿Doler? Después de todo lo que pasé hoy, no creo que pueda ser peor.

-Créeme... -respondió él, sonriendo de lado-. Es distinto.

Laura lo miró un segundo más, luego respiró hondo y tomó su mano.
Sus dedos se entrelazaron.

-Lista -dijo ella.

Desmond la miró a los ojos.
-Entonces... vayamos a casa.

El viento se levantó con fuerza. Las sombras los envolvieron en un torbellino oscuro, y el portal estalló en una luz carmesí.
El mundo humano desapareció en un instante.

Solo quedaron ellos, tomados de la mano, descendiendo hacia el fuego eterno.

Y por primera vez en diez años, el Infierno volvería a recibir a Desmond Ludendorff.
Pero esta vez...

no volvería solo.

CAP 82

Las brasas del ayer

El aire infernal se agitó como si el mismísimo tiempo se estremeciera. El portal se abrió con un rugido grave, y una llamarada azul rasgó la oscuridad. Desmond y Laura emergieron entre el humo, cubiertos por una neblina espesa que olía a azufre y magia antigua. Frente a ellos se

alzaba un palacio colosal, construido con mármol negro y cristal fundido, iluminado por miles de antorchas flotantes. Era el Palacio de Thamariel, un lugar que imponía respeto incluso entre los demonios más antiguos.

En lo alto de una escalinata doble, una figura observaba con serenidad, imponente bajo la luz rojiza del salón principal. Era Thamariel, un Goetia de la casta búho, de estatura majestuosa y presencia imponente. Su cuerpo estaba cubierto por un plumaje blanco perlado, tan pulcro que reflejaba el resplandor de las antorchas infernales. Vestía ropajes largos y elegantes, de tonos marfil y dorado viejo, con bordados que representaban antiguos sellos mágicos.

Su rostro, conservaba una solemnidad inquietante. El pico dorado, pulido como una joya sagrada, le daba un aire regio, y sus ojos —dos orbes de ámbar profundo con motas plateadas— irradiaban sabiduría y peligro a partes iguales. Al hablar, su voz era suave, pero cargada de una autoridad que atravesaba los huesos.

—Vaya, vaya... —dijo con una sonrisa que era apenas un movimiento de su pico—. Diez años... Diez largos años desde la última vez que sentí tu esencia en estos dominios, Desmond Ludendorff.

El resplandor de sus plumas hizo que Laura, sin poder evitarlo, diera un paso atrás. Había algo hipnótico en él, algo ancestral, como si cada pluma contuviera siglos de poder.

Cuando descendió los escalones, lo hizo con la gracia de un monarca y la precisión de un depredador. El sonido de sus garras metálicas contra el mármol resonó con un eco que parecía venir de otra época.

—El infierno siempre recibe a los suyos, Ludendorff —continuó Thamariel, con el tono sereno y elegante propio de los Goetia—. Nadie que haya probado su fuego lo olvida realmente.

Desmond levantó la mirada, una mezcla de nostalgia y respeto en su rostro. —También me alegra volver, Thamariel. Una década fuera bastó para comprender lo mucho que había dejado atrás.

Thamariel asintió lentamente, bajando hasta quedar frente a ellos. —Y bien —dijo, con esa voz que parecía deslizarse entre los ecos del fuego—, supongo que sabes por qué estoy aquí. Me complace tu regreso, pero un trato es un trato. Has vuelto al infierno... lo que significa que debes devolverme el grimorio.

Desmond lo observó con calma. —Lo entiendo —respondió, sacando de su mochila el libro antiguo cubierto de polvo y energía oscura—. Pero antes, quiero recuperar algo mío. El anillo de compromiso de Skyler.

Thamariel inclinó la cabeza, y una leve risa gutural escapó de su pico dorado. —Por supuesto. Un trato cumplido merece otro. —Abrió una de sus manos, y de entre las plumas

emergió el anillo, flotando con un brillo tenue—. Un trato cerrado sigue siendo sagrado, incluso para los demonios.

Desmond extendió la mano y tomó el anillo con cuidado, cerrándolo con fuerza entre sus dedos. —Gracias —dijo con voz baja, y un destello de emoción cruzó su mirada.

—Ahora —continuó Thamariel, extendiendo una mano—, el grimorio, Ludendorff.

Desmond lo entregó sin protestar. Cuando sus manos se rozaron, una corriente de energía recorrió el aire. Un cosquilleo se extendió desde el pecho de Desmond hasta su mano, y sintió cómo el poder del grimorio se desvanecía de su cuerpo, disipándose en el aire como humo.

Thamariel sonrió apenas. —Lo hecho, hecho está —dijo con solemnidad, repitiendo las mismas palabras que había pronunciado una década atrás.

Luego su mirada se desplazó hacia Laura, analizando cada rasgo de su nuevo ser. —Y dime, Ludendorff... ¿quién es ella?

—Se llama Laura —respondió Desmond con orgullo—. Mi esposa.

Thamariel entrecerró los ojos, curioso. —Entonces era humana.

Desmond asintió. —Lo era. Pero realizó el ritual de transferencia de esencia. Ahora es una demonio.

El Goetia inclinó la cabeza, intrigado. —En el noventa por ciento de los casos, el receptor muere durante el proceso. —Su voz se tornó grave, casi paternal—. Pero parece que han tenido suerte... mucha suerte.

Tanto Desmond como Laura se miraron sorprendidos. Ninguno de los dos sabía ese dato. Un escalofrío recorrió la espalda de ambos mientras Thamariel soltaba una carcajada baja.

—No teman —dijo con elegancia—. Si el infierno los quiso de vuelta, es porque aún tienen un propósito aquí.

El Goetia extendió sus manos, y las sombras del palacio se movieron a su alrededor como si cobraran vida. —Ahora que han regresado, puedo abrirles un portal hacia la zona que deseen. Esta parte del infierno está muy alejada de los anillos principales. ¿Dónde quieren ir?

—Al palacio Ludendorff, en el anillo de la ira —respondió Desmond sin dudar.

Thamariel sonrió de medio lado. —De acuerdo. Esta vez será gratis. Pero recuerda, Ludendorff... la próxima vez, me deberás algo con verdadero valor sentimental.

Desmond asintió. —Lo entiendo. Y gracias.

El Goetia chasqueó los dedos, y su grimorio personal apareció flotando ante él, abierto en una página escrita con runas de fuego. Murmuró unas palabras ininteligibles, y un portal se formó frente a ellos, emanando una luz rojiza que iluminó todo el salón.

—El camino está abierto —anunció Thamariel, mientras el aire vibraba con poder antiguo.

Desmond tomó la mano de Laura, y antes de cruzar el umbral, echó una última mirada al Goetia.

—Hasta pronto, Thamariel.

El búho inclinó la cabeza con solemnidad. —Hasta pronto, portador del abismo.

Y así, juntos, Desmond y Laura cruzaron el portal, sin imaginar que el infierno al que regresaban ya no era el mismo que Desmond había dejado atrás diez años atrás.

Al atravesar el portal, el aire del infierno los envolvió como un abrazo cálido y sofocante. El cielo ardía en tonos carmesí, y el suelo brillaba con reflejos metálicos que danzaban entre las grietas. Sin embargo, algo era distinto. El infierno había cambiado. Ahora se alzaban edificios sólidos, torres imponentes y calles perfectamente pavimentadas. El ruido se había desvanecido; en su lugar, se escuchaban las voces de los habitantes conversando con naturalidad. La violencia parecía haberse transformado en una sociedad organizada, casi civilizada, al menos a los ojos de Laura.

Laura no dejaba de mirar a su alrededor, maravillada por el paisaje infernal. Sabuesos infernales, caminaban erguidos, conversando entre ellos con una elegancia salvaje. Sus orejas puntiagudas y ojos incandescentes contrastaban con sus ropas modernas y sus colas que se movían con naturalidad. Más allá, un grupo de imps cargaba cajas hacia un mercado cercano, mientras que unos sharks, demonios de piel azulada y dientes afilados, discutían con unos sloths de movimientos lentos pero voces profundas.

—Esto es... impresionante —murmuró Laura, con los ojos muy abiertos—. Aunque... no sé, no es tan diferente de Bogotá. —Una sonrisa nerviosa cruzó su rostro—. Tiene su propio caos... solo que aquí huele más a azufre.

Desmond soltó una pequeña risa. —Sí... extrañaba este lugar. Aunque cambió mucho desde la última vez. —Su voz se volvió más grave, con un matiz de nostalgia—. Antes, estas calles estaban manchadas de sangre. Ahora parecen... vivas.

Frente a ellos se alzaba un portón gigantesco de hierro negro, adornado con el emblema familiar: el símbolo de los Ludendorff, un pentagrama entrelazado con un laurel de fuego. Dos guardias infernales con trajes elegantes pero imponentes custodiaban la entrada. Al notar su llegada, uno de ellos avanzó.

—Nombre y propósito —gruñó el guardia, su voz grave resonando como metal al chocar.

Desmond respiró hondo antes de responder. —Desmond Ludendorff. Busco a mi hermana, Izobelle.

El guardia lo observó de pies a cabeza con sospecha. —¿Identificación? —demandó, extendiendo una mano.

Desmond dudó. Sabía que sus documentos humanos no servirían aquí. Aun así, abrió su billetera y, para su sorpresa, el papel que alguna vez había sido su cédula humana ahora mostraba su antiguo documento infernal: un registro del anillo de la ira, con el sello rojo del fuego eterno. Su fotografía era la misma, pero el material brillaba con un resplandor sobrenatural.

El guardia tomó la tarjeta, la analizó y gruñó satisfecho. —Autenticado. Bienvenido de nuevo al palacio, señor Ludendorff. —Le devolvió el documento y se apartó para abrir el portón, que crujió con un sonido metálico profundo.

Desmond tomó la mano de Laura y juntos cruzaron el umbral. A medida que avanzaban por el amplio patio del palacio, el suelo relucía con reflejos escarlata, y estatuas antiguas de los Ludendorff decoraban los pasillos. A lo lejos, una pequeña figura se movía con agilidad entre las sombras: Nami, la felina infernal encargada de la limpieza.

Ella no notó su presencia de inmediato. Su cola se balanceaba al ritmo de su tarareo mientras fregaba el suelo con un trapo húmedo. Pero cuando percibió el aroma que acompañaba a aquel recién llegado, se quedó inmóvil. Su nariz se movió apenas, y en cuestión de segundos soltó el trapo y corrió hacia Desmond con una velocidad felina impresionante.

—¡DESMOND! —gritó con alegría, lanzándose a sus brazos. Lo abrazó con tal fuerza que casi lo derribó—. ¡No puede ser! ¡Pensé que nunca volvería a verte!

Desmond, aunque sorprendido, sonrió con ternura. —Hola, pequeña... sigues igual de escandalosa que siempre.

Nami soltó una risita, sus orejas temblando de emoción. —¡Han pasado años! ¡Izobelle va a enloquecer cuando te vea!

El sonido de pasos apresurados resonó en el pasillo. —¿Qué es todo ese escándalo, Nami? —se escuchó una voz femenina desde la escalera—. ¿Otra vez jugando con una bola de estam...?

Izobelle se detuvo en seco al ver la escena. Por un momento, el tiempo pareció detenerse. Sus ojos se agrandaron, su respiración se entrecortó. Caminó lentamente hacia adelante, como si temiera que lo que veía fuera una ilusión.

—Desmond... —susurró, con la voz temblorosa.

Él asintió, sonriendo con suavidad. —Hola, hermana.

Izobelle se cubrió la boca con una mano. —No... no puede ser. Pensé que estabas en el mundo humano. —Su voz se quebró mientras avanzaba unos pasos más.

Desmond abrió los brazos, y ella corrió hacia él, lanzándose en un abrazo lleno de fuerza y lágrimas contenidas. El eco de ese reencuentro llenó el salón. Nami los miraba con una sonrisa emocionada, mientras Laura, a unos metros, observaba la escena con una mezcla de ternura y respeto.

—Sigues igual que antes —dijo Izobelle, separándose un poco para mirarlo—. Aunque... pareces más humano, pero con ese aire que siempre tuviste. ¿Cuántos años pasaron allá arriba?

—Diez —respondió Desmond con serenidad—. Diez años que se sintieron como cien.

Izobelle se separó de su hermano, sin dejar de sonreír. —No sabes cuánto me alegra verte, Desmond. Pasaron años desde que te fuiste... nada volvió a ser igual sin ti —dijo con un hilo de voz que se mezclaba con emoción contenida.

Desmond la miró con ternura, aún sosteniendo su mano. —También me dolió haberlos dejado. Pero ya estoy de vuelta, Izobelle. Esta vez no pienso desaparecer.

Laura, de pie junto a ellos, observaba la escena en silencio. Comprendía ahora, por primera vez, todo lo que Desmond había tenido que abandonar para sobrevivir. El peso de su pasado se reflejaba en sus gestos, en esa mezcla de nostalgia y alivio que lo envolvía al ver a su hermana otra vez.

Izobelle notó la presencia de Laura y ladeó la cabeza con curiosidad. —¿Y quién es ella? —preguntó, su tono cambiando a uno más suave pero inquisitivo.

Desmond giró hacia Laura, extendiendo una mano hacia ella. —Izobelle, te presento a mi esposa... Laura.

La expresión de Izobelle se iluminó. —¿Tu esposa? —repitió con una risa suave—. Así que la trajiste del mundo humano, ¿eh?

—Sí —respondió Desmond, con orgullo tranquilo—. Y no solo eso... ahora también es una de los nuestros.

Izobelle arqueó una ceja, interesada. —Entonces era humana —dijo, cruzándose de brazos. —Supongo que eso explica por qué su aura se siente diferente.

Desmond asintió. —Lo era, pero hicimos el ritual de transferencia de esencia. Ahora es un demonio, como yo.

Izobelle le ofreció una mano con amabilidad. —Es un placer conocerte, Laura. Bienvenida oficialmente a la familia Ludendorff.

Laura tomó su mano con respeto y la estrechó. —El gusto es mío... cuñada —respondió con una sonrisa sincera, logrando arrancarle una carcajada a Izobelle.

—Vamos, los llevaré al salón principal. Llamaré a todos, esto hay que celebrarlo —dijo Izobelle, visiblemente emocionada. —Hace mucho que el palacio no se llena de risas.

Desmond asintió, sonriendo. —Me parece una excelente idea.

Izobelle tomó un teléfono cristalino de la mesa y marcó un número. —Antrox, ven al palacio, ¡rápido! —dijo apenas escuchó la voz al otro lado de la línea.

Del otro lado, una voz grave respondió con sorpresa. —¿Qué pasa, Izobelle?

—Desmond... volvió. —El silencio que siguió fue tan denso que Laura y Desmond pudieron oírlo. —Está aquí, ahora mismo, en el palacio —añadió ella.

Por unos segundos, no hubo respuesta. Luego, una respiración agitada rompió el silencio.

—No puede ser... —susurró Antrox—. Dile que voy en camino. Que... que traigo al resto.

Izobelle sonrió con satisfacción. —Perfecto. Aquí los esperamos. —Colgó el teléfono y suspiró con alivio.

Mientras tanto, en la casa de el, Antrox aún sostenía el teléfono, con la mirada fija en el vacío. A su lado estaban Exelia y Natally, quienes lo observaban intrigadas.

—¿Quién era? —preguntó Natally, arqueando una ceja.

Antrox tragó saliva. —Era Izobelle.

—¿Y qué quería? —insistió Exelia, apoyándose en una mesa.

Antrox levantó la mirada, todavía procesando lo que había escuchado. —Dijo que Desmond volvió.

Natally abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca. —¿¡Qué!? ¿Volvió? ¿Después de diez años?

Exelia, con una mezcla de shock y emoción, frunció el ceño. —¿Nos estás diciendo que Desmond Ludendorff está de nuevo en el infierno? —su voz tembló, entre incredulidad y esperanza.

Antrox asintió. —Sí. Está de regreso. Y al parecer, libre de toda recompensa.

—Eso significa que Lucifer retiró la orden de búsqueda —dijo Exelia, exhalando con alivio. —Por fin...

Natally sonrió ampliamente. —¡Por fin podremos reunirnos todos otra vez! —exclamó, su voz cargada de alegría.

—Entonces no perdamos tiempo —dijo Antrox, tomando su chaqueta—. Avisemos a los demás. A los miembros de Gaia, a Danielle... y a James. Todos deben saberlo.

Horas después, tres camionetas infernales se detuvieron frente al palacio Ludendorff. Sus motores rugieron como bestias metálicas antes de apagarse. Desde la ventana del gran salón, Izobelle observó la llegada de los vehículos con una sonrisa nostálgica.

—Ya llegaron —anunció.

Desmond, vestido con un atuendo formal pero cómodo —una chaqueta oscura, camisa abierta y botas negras— se ajustó las mangas mientras miraba hacia la entrada. Laura, en cambio, parecía luchar con su vestido color vino.

—Esto es tan incómodo... —murmuró, intentando acomodarse el escote.

Desmond soltó una leve carcajada. —Solo será por esta noche, lo prometo. —Se acercó y le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Tienes que dar una buena impresión. Vas a conocer a los que más amo.

Laura suspiró, fingiendo resignación. —Está bien. Pero solo porque te amo —dijo con un tono juguetón—. Si no, jamás me vestiría así.

Desmond rió, inclinándose para besarla suavemente en la frente. —Esa es mi demonio favorita.

Fuera, las puertas del palacio se abrieron, y el eco de los pasos comenzó a llenar los pasillos, anunciando el reencuentro que llevaba una década esperando.

Las puertas del palacio se abrieron de par en par, y un torrente de voces y pasos llenó el aire. De la primera camioneta descendieron Celia, con Isabella y Julián detrás. De la segunda bajaron Danielle y James, que parecía visiblemente nervioso. Y de la tercera, Antrox, Exelia y Natally, todos con expresiones de emoción contenida y asombro.

Izobelle, desde la entrada, los recibió con una sonrisa amplia. —Bienvenidos. Es un gusto tenerlos aquí de nuevo —dijo con amabilidad, abriendo los brazos.

Pero ninguno de ellos le respondió de inmediato. En cuanto vieron a Desmond, todos corrieron hacia él. Las risas, los gritos y los abrazos llenaron el salón. Izobelle quedó al margen, sorprendida pero divertida por la escena, y soltó una suave carcajada. Sabía que ese momento no era para ella, sino para su hermano.

—¡Desmond! —gritó Julián, abrazándolo con fuerza—. No lo puedo creer, ¡pensé que jamás volvería a verte!

—Yo también lo pensé —respondió Desmond, riendo mientras lo abrazaba—. Pero aquí estoy, hermano. De nuevo en casa.

Celia se acercó, tomándolo de las manos. —No sabes cuánto te extrañamos —dijo con una sonrisa cálida—. Todo el infierno se sintió más frío sin ti.

Desmond asintió, visiblemente conmovido. —Y yo sin ustedes. —Su mirada se suavizó—. Han pasado tantas cosas...

Natally, más pequeña pero ya convertida en una joven radiante, se adelantó. —¡Desmond! —exclamó, abrazándolo con entusiasmo—. ¡Ya tengo 20 años! Solo me faltan dos para heredar el título de mi madre. —Sus ojos brillaban con orgullo.

Desmond soltó una risa suave. —Mira nada más... la futura Pecado Capital de la Pereza. —Le revolvió el cabello con cariño—. Estás enorme, Natally.

Ella rió, emocionada. —¡Y tú igual de viejo!

Antrox se cruzó de brazos, con una sonrisa amplia. —Hermano, no sabes cuánto esperábamos este momento. —Se acercó y lo abrazó fuerte, golpeándole la espalda con camaradería—. HellBet se volvió la disquera número uno del infierno. ¡Todo gracias a tu legado!

Desmond lo miró sorprendido. —¿En serio? —preguntó, impresionado.

—Sí —respondió Antrox, riendo—. Tu estilo, tu sonido, lo tomamos como base. Incluso Gaia sigue activa. Julián tomó el mando y la banda es un éxito.

—Eso es increíble —dijo Desmond, sin poder ocultar su orgullo. —Sabía que lo lograrían.

La reunión transcurrió con risas, historias y anécdotas del pasado. Laura observaba desde una esquina, maravillada por la calidez del reencuentro. Ver a Desmond tan feliz, rodeado de los suyos, le llenaba el alma. Pero esa paz se interrumpió una hora después, cuando las puertas se abrieron nuevamente.

Izobelle, que hablaba con Danielle, se giró hacia la entrada. Un nuevo grupo llegaba. Era Krauser. Su porte militar y su aura autoritaria llenaron el salón. Caminaba junto a un sabueso joven alto, de mirada intensa y gesto reservado.

—Perdón por llegar tarde —dijo Krauser con voz firme—. Este chico no quería venir. Me tomó un buen rato convencerlo.

Desmond levantó la vista, curioso. En cuanto escuchó la voz de Krauser, una mezcla de nostalgia y alivio le recorrió el pecho. Pero su mirada se detuvo en el joven que lo acompañaba... y su respiración se cortó.

Era Scott.

Su hijo.

El mismo niño que había dejado atrás en el infierno hacía tantos años. Ahora era un joven de quince, alto, con los ojos rojos y el semblante endurecido de quien ha vivido demasiado pronto.

Desmond no pudo evitar sonreír. Dio unos pasos hacia ellos, pero entonces escuchó algo que le arrancó el alma.

—Padre... ¿podemos irnos pronto? —preguntó Scott, mirando a Krauser con seriedad.

El mundo se detuvo. Las palabras retumbaron en la mente de Desmond como una daga girando en el pecho.

"Padre."

Su hijo había llamado padre a Krauser.

Desmond se quedó quieto, la sonrisa borrándose lentamente. Un nudo se formó en su garganta. Sus manos temblaron.

Krauser notó su presencia, y su expresión cambió. Bajó la mirada un instante, con una mezcla de culpa y resignación. Sabía lo que estaba pasando.

Desmond dio media vuelta y se alejó en silencio, buscando refugio entre la multitud. Antrox, que lo vio, lo siguió de inmediato. Lo encontró sentado en una silla cercana, con la mirada perdida.

—¿Por qué lo llama padre? —preguntó Desmond con voz ronca—. ¿Por qué... mi hijo llama padre a otro?

Antrox suspiró, apoyando una mano en su hombro. —No es tu culpa, Desmond. Scott sufrió demasiado. La muerte de Skyler... y el hecho de que Riven lo dejara con vida... lo destrozó. Sufrió un trauma tan profundo que bloqueó casi todos sus recuerdos contigo.

Desmond lo miró, con lágrimas formándose en los ojos. —¿Bloqueó... sus recuerdos?

Antrox asintió. —Sí. Krauser lo crió, lo entrenó, lo ayudó a sobrevivir. Se convirtió en su figura paterna. Ahora solo confía en él... y en Natally.

Desmond se inclinó hacia adelante, cubriéndose el rostro con las manos. —No es justo... —susurró, con la voz quebrada—. Él no tenía nada que ver con todo esto. Era solo un niño. ¿Por qué él tuvo que cargar con el castigo?

Antrox se agachó frente a él, mirándolo con comprensión. —Porque Riven quiso que sufrieras a través de él. Pero aún hay esperanza, Desmond. Puedes intentar reconectarte con Scott. No será fácil... pero es posible.

Desmond levantó la mirada, sus ojos húmedos pero llenos de determinación. —¿Difícil? No me importa lo difícil que sea. —Respiró hondo—. Haré lo que sea para recuperarlo.

Antrox sonrió, dándole una palmada en el hombro. —Eso suena al Desmond que recordaba.

Desmond asintió lentamente, secándose las lágrimas. —Entonces... empezaré desde cero. —Miró hacia donde Scott hablaba con Natally, ajeno a todo—. Si tengo que ganarme su confianza otra vez, lo haré. Aunque me tome toda una eternidad.

El salón del palacio Ludendorff seguía repleto de risas, conversaciones y ecos del pasado. Pero de pronto, las luces se atenuaron ligeramente, y la atención comenzó a centrarse en Desmond, que se levantó lentamente de su asiento. Su mirada recorrió a todos los presentes: viejos amigos, su hermana, su esposa... y, en el fondo, su hijo, que se mantenía apartado, observando desde la distancia.

Desmond respiró hondo, alzando su copa. —Quisiera decir unas palabras —anunció con voz firme, aunque cargada de emoción. Las conversaciones se detuvieron y el silencio se extendió por la estancia. Todos lo miraban con expectación.

—No sé por dónde empezar —continuó, dando un paso al frente—. Hace más de una década que dejé este lugar. Que dejé atrás mi hogar, mis amigos, mi familia... todo lo que era. En ese entonces, pensé que tal vez nunca regresaría. Pero hoy... —hizo una pausa, mirando a Izobelle y luego a Laura— ...hoy estoy aquí, rodeado de aquellos que me dieron razones para seguir adelante.

Izobelle sonrió suavemente, conteniendo las lágrimas. Laura, a su lado, lo observaba con orgullo y ternura.

—Durante esos años en el mundo humano —prosiguió Desmond—, aprendí mucho. Aprendí que la vida puede darte una segunda oportunidad cuando menos lo esperas. Y aunque el infierno fue mi cuna, fue en el mundo humano donde comprendí el verdadero valor de tener un propósito... y de no rendirse, incluso cuando todo parece perdido.

Julian levantó su copa en señal de respeto. —A eso, hermano —dijo con una sonrisa.

Desmond asintió, agradecido, y continuó. —Verlos de nuevo me hace recordar lo mucho que significan para mí. Antrox, Celia, Exelia, Natally, Julian, Danielle... cada uno de ustedes fue una parte esencial de mi historia. De mi lucha. Y me alegra saber que, incluso en mi ausencia, no dejaron de construir, de crear, de mantener vivo aquello que empezamos juntos.

Natally dio un pequeño salto de alegría. —¡Sabía que ibas a decir algo bonito! —exclamó, riendo. Exelia la tomó del hombro y sonrió. —Siempre lo hace, pequeña. Es Desmond. —El grupo soltó una carcajada general, relajando el ambiente.

Desmond miró entonces a Krauser, que observaba la escena en silencio, con su porte militar inquebrantable. —Krauser —dijo con sinceridad—, gracias. No solo por lo que hiciste por el infierno en mi ausencia, sino también por cuidar de quienes yo no pude. —Krauser asintió levemente, aceptando el agradecimiento con respeto.

Desmond bajó la mirada unos segundos, antes de proseguir. —No todos los días uno puede decir que regresó del exilio... que pudo redimirse. Pero este momento, este lugar, me hace sentir... vivo de nuevo. —Sonrió, y el fuego de las antorchas iluminó sus ojos con un brillo cálido y decidido. —Y quiero que sepan que no pienso irme nunca más. Esta vez, me quedaré para reconstruir todo lo que alguna vez perdí.

Izobelle comenzó a aplaudir suavemente, seguida por Laura, luego Julian, y pronto todo el salón estalló en aplausos. Algunos lo vitoreaban, otros lo abrazaban. La energía era pura, sincera, vibrante. El infierno celebraba el regreso de uno de los suyos.

Laura se acercó y lo abrazó con fuerza, apoyando su cabeza en su pecho. —Estuviste increíble —le susurró—. No podría estar más orgullosa de ti.

Desmond la abrazó de vuelta, acariciando su cabello. —No habría podido hacerlo sin ti —respondió con una sonrisa suave. —Gracias por seguirme incluso al infierno.

Mientras todos brindaban y reían, Scott permanecía al fondo del salón, apoyado contra una columna, observando la escena con expresión confusa. Sus ojos se cruzaron con los de Desmond por un instante. Hubo un silencio pesado entre ambos, una chispa de reconocimiento mezclada con desconcierto. Desmond intentó sonreírle, pero Scott apartó la mirada, fingiendo desinterés.

El gesto fue un pequeño puñal, pero Desmond no dejó que lo arruinara. En lugar de eso, se giró hacia sus amigos, decidió disfrutar el momento, y brindar con ellos.

—Por nosotros —dijo, alzando su copa una vez más—. Por los que cayeron, por los que seguimos de pie... y por los que algún día entenderán que el fuego no siempre destruye. A veces... también purifica.

Los presentes repitieron su brindis con entusiasmo. —¡Por nosotros! —gritaron al unísono, mientras las llamas de las antorchas se elevaban, como si el mismo infierno aplaudiera el regreso de su hijo perdido.

La celebración se extendió por horas. Las risas y la música llenaban el gran salón del palacio Ludendorff hasta que la noche empezó a desvanecerse. Poco a poco, los invitados fueron despidiéndose entre abrazos, promesas de visitas y recuerdos compartidos. Desmond se sentía abrumado por tanto afecto, pero también por la marea de emociones que lo golpeaban una y otra vez. Aún no podía asimilar completamente que estaba de vuelta, que su mundo —y las personas que amaba— seguían allí.

Cuando el último invitado se marchó, Izobelle se acercó a él y a Laura con una sonrisa cálida. —Vamos, hermano. No dormirás aquí esta noche. Te llevaré al lugar que siempre fue tu hogar. —Desmond la miró con ternura y asintió, sabiendo perfectamente a qué casa se refería.

Mientras tanto, Krauser se retiraba junto a Scott, caminando por los pasillos exteriores del palacio. El silencio entre ambos era tenso, casi cortante. Krauser observó a su hijo adoptivo de reojo: el joven sabueso infernal mantenía una expresión distante, casi desafiante.

—Scott —dijo finalmente Krauser con voz firme, rompiendo el silencio—. Tenemos que hablar.

Scott alzó una ceja sin mirarlo. —¿Sobre qué? —respondió con tono apático.

—Sobre Desmond —dijo Krauser, girándose para encararlo. —Sabes que ahora que él ha regresado... las cosas cambiarán.

Scott frunció el ceño. —¿Cambiarán cómo? —preguntó con una mezcla de desconfianza y molestia.

Krauser cruzó los brazos. —Te irás a vivir con él. —Lo dijo sin rodeos.

Scott se detuvo en seco. —¿Qué? ¡Ni loco! —exclamó, con las orejas tensas y la cola erizada. —¿Por qué tendría que hacerlo? ¡Yo vivo contigo desde que tengo memoria!

Krauser suspiró, manteniendo la calma ante la reacción. —Lo sé, y créeme, no ha sido fácil para ninguno de los dos. Pero, Scott, Desmond... él no es un extraño. Aunque no lo recuerdes, él es parte de tu vida. Fue tu padre mucho antes de que yo te criara.

Scott soltó una risa amarga. —¿Mi padre? ¿Ese tipo que aparece de la nada y crees que iré con el? No necesito otro "padre", Krauser. Ya tengo uno. —Su mirada era dura, pero también dolida.

Krauser dio un paso hacia él. —Yo no intento reemplazar a nadie, Scott. Pero hay cosas que debes recuperar. Él perdió demasiado... y tú también. Lo correcto es que intentes volver a conocerlo.

Scott apartó la vista, con un gruñido bajo. —No entiendo por qué te importa tanto.

—Porque te amo como a un hijo —respondió Krauser, su tono más suave pero firme—. Pero también sé que ese vacío que tienes no puedo llenarlo yo. Hay algo en ti que todavía busca a tu verdadero padre, aunque no quieras admitirlo.

Scott apretó los puños. —¡Tú no sabes lo que quiero! —gritó, pero su voz tembló. La rabia se mezclaba con confusión, con miedo. Krauser se acercó un poco más.

—Lo sé mejor de lo que crees —dijo con calma. —Y por eso mismo... mañana te irás con Desmond. Fin de la discusión.

Scott gruñó, frustrado, pero al ver la mirada de Krauser —firme, inquebrantable, casi paternal— supo que no había forma de cambiar su decisión. Se dio media vuelta y subió las escaleras sin decir palabra, golpeando la pared con la cola al pasar. Krauser lo observó irse con una mezcla de orgullo y tristeza.

Horas más tarde, Izobelle acompañaba a Desmond y a Laura por la sera cerca del palacio. Allí, la casa donde Desmond había vivido con Skyler se mantenía en pie, casi intacta. La fachada mostraba signos del tiempo, pero el interior estaba impecable. Izobelle había hecho que se conservara tal cual, como si esperara su regreso algún día.

Desmond se detuvo frente a la puerta. Su respiración se entrecortó al posar la mano sobre la manija. —Hace tanto tiempo... —murmuró, su voz quebrándose apenas.

Laura le acarició el brazo suavemente. —¿Estás bien? —preguntó con ternura.

Desmond asintió lentamente. —Sí... solo que... puedo sentirla aquí. —Una leve sonrisa nostálgica cruzó su rostro. —Es como si Skyler nunca se hubiera ido.

Izobelle lo observó en silencio, comprendiendo el peso de sus palabras. —Ella estaría orgullosa de ti, hermano —dijo con voz suave. —Y me alegra que no hayas olvidado lo que fue importante.

—Nunca podría —respondió Desmond, mirando hacia el horizonte infernal teñido de tonos rojizos. —Nunca.

Entraron juntos a la casa. Laura observó cada detalle: los retratos antiguos, los muebles, las paredes decoradas con símbolos grabados, una mezcla entre elegancia infernal y recuerdos humanos. Todo tenía un aura cálida, familiar, pese al entorno hostil del infierno.

Después de un rato, Izobelle se despidió, dejándolos solos. Laura se sentó en el sofá y suspiró. —Es hermoso este lugar. Puedo entender por qué no querías perderlo. —Desmond sonrió y se dejó caer a su lado.

—Es más que una casa... —dijo, mirando alrededor—. Es donde empezó todo.

Un par de horas después, un fuerte golpe en la puerta los interrumpió. Desmond se levantó, curioso, y al abrir se encontró con Krauser y Scott. Krauser llevaba una expresión seria, mientras Scott tenía los brazos cruzados, el ceño fruncido y la mirada llena de rencor.

—Traigo compañía —dijo Krauser, rompiendo el silencio incómodo. —Scott se quedará contigo a partir de hoy.

Desmond miró a su hijo, intentando sonreír. —Hola, Scott. —Su voz fue suave, esperanzada.

Scott lo miró de arriba abajo con desdén. —Así que tú eres el gran Desmond del que todos hablan —dijo con tono sarcástico—. El héroe del infierno, el que desapareció diez años y ahora vuelve como si nada. —Chasqueó la lengua y apartó la mirada. —No me impresionas.

El golpe fue seco, directo. Laura observó la escena con preocupación. Krauser, sin decir más, puso una mano en el hombro de Desmond. —Dale tiempo —susurró—. Lo necesitará. —Luego se giró hacia Scott. —Compórtate. —Y se marchó, dejando a padre e hijo frente a frente.

Desmond respiró hondo, tratando de mantener la calma. —No espero que me recuerdes, Scott... —dijo con tono sereno—, pero quiero que sepas que siempre te he amado. Nada de lo que pasó fue tu culpa.

Scott lo interrumpió con frialdad. —Ahórrate el discurso. No necesito tus palabras. Solo dime dónde está mi habitación. —Su tono era cortante, lleno de desdén juvenil.

Desmond tragó saliva y asintió. —Está arriba, la primera puerta a la derecha.

Scott subió sin mirar atrás. Laura se acercó a Desmond, poniendo una mano en su espalda. —No te rindas con él —susurró—. El tiempo cura todo, incluso el olvido.

Desmond cerró la puerta lentamente, con la mirada fija en las escaleras por donde su hijo había desaparecido. —Lo sé —murmuró con tristeza—. Pero a veces... el tiempo también destruye lo que una vez fue amor. —Su voz se quebró apenas, antes de perderse en el silencio de la casa que, por primera vez en años, volvía a sentirse viva.

CAP 83

La Promesa de Sanar

Eran las doce del mediodía, y el aire dentro de la casa tenía ese aroma cálido a comida recién hecha. Desmond se movía entre los utensilios de la cocina con total naturalidad, cocinando como si fuera parte de su rutina. Vestía una camiseta sin mangas y pantalones cómodos, tarareando algo entre dientes mientras el sonido del aceite chispeando llenaba la habitación. Laura, sentada en la mesa, hojeaba una revista infernal de moda sin mucho interés, aunque de vez en cuando levantaba la vista para mirarlo con una sonrisa leve.

De pronto, los pasos de Scott resonaron en las escaleras. Bajó arrastrando los pies, con el ceño fruncido y el aire rebelde que lo caracterizaba. Sin decir una palabra, fue directo al refrigerador, abriendo la puerta con fuerza.

-¿Qué hay para comer? -preguntó al fin, con voz seca, sin mirar a nadie.

Desmond, sin voltear, respondió de manera relajada, con ese tono natural que siempre usaba. -En la mesa está tu desayuno. Como no bajaste cuando te llamamos, lo dejamos ahí. Solo caliéntalo y ya.

Scott miró el plato sobre la mesa, lo tomó y bufó al ver el contenido.

-¿Huevos con verduras? -dijo con fastidio.

Desmond levantó una ceja y soltó una risita corta. -Si no te gusta lo que Laura preparó, hazte algo tú. La cocina está ahí, ¿no?

Scott lo miró con desdén. -Tú no eres nadie para decirme qué hacer.

Desmond se giró despacio, apoyando una mano en la encimera. -Pues entonces come lo que hay. Fin del tema.

El silencio llenó la habitación, roto solo por el golpeteo de los cubiertos de Scott contra el plato. Laura intentó ser amable, pero cuando lo miró, él la fulminó con la mirada.

-¿Qué tanto miras? -espetó, molesto.

-Nada -respondió ella con voz tranquila, intentando mantener la calma.

-Entonces no mires -replicó él, soltando un resoplido y volviendo a comer.

Laura suspiró, se levantó y salió del comedor. Desmond la siguió con la mirada, frunciendo ligeramente el ceño, pero decidió no decir nada. Sabía que Scott estaba roto por dentro, y cualquier intento de acercarse solo encendía más su enojo.

El teléfono comenzó a sonar. Desmond lo tomó, limpiándose las manos en un trapo.

-¿Sí? -contestó con tono despreocupado.

-Buenos días, señor Ludendorff -dijo una voz elegante y perfectamente modulada al otro lado. Era Lilith. -Le ofrezco disculpas por no haber asistido a la celebración que su hermana organizó. Asuntos del anillo de la pereza me retuvieron. Sin embargo, hoy dispongo de tiempo y deseo visitarlo, si no es inconveniente.

Desmond arqueó una ceja, algo sorprendido. -Vaya, Lilith. Qué formal suena todo eso. Claro, venga cuando quiera. Ya sabe que siempre es bienvenida.

-Agradezco su hospitalidad -respondió ella con su tono refinado-. Estaré en su residencia en una hora. Confío en que conserve el mismo sentido de protocolo que tenía cuando vivía en los anillos.

Desmond soltó una sonrisa ladeada. -Tranquila, no se preocupe. Prometo que hasta el aire va a comportarse mientras esté aquí.

Lilith dejó escapar una breve risa, suave y controlada. -Tu lengua sigue igual de atrevida que siempre, Desmond. Hasta pronto.

-Hasta pronto, milady -dijo él, y colgó.

Desmond dejó el teléfono sobre la encimera y suspiró. Scott ya había terminado y se había marchado, dejando su plato vacío. El sonido de una puerta cerrándose arriba confirmó su retirada. Desmond se acercó a la mesa, recogió los restos y empezó a lavar los platos con aire cansado.

Laura regresó a la cocina, cruzándose de brazos. Lo observó por unos segundos antes de hablar.

-No te sientas mal por cómo te trata -dijo con tono suave-. A veces el dolor busca un culpable, aunque no sea justo.

Desmond siguió lavando sin mirarla. -Lo sé... pero igual duele. Es mi hijo, Laura. Y sentir que me odia sin razón... duele más de lo que quisiera admitir.

Ella se acercó despacio, apoyando una mano en su hombro. -Entonces no lo obligues. Gánate su confianza poco a poco, como hiciste conmigo.

Él sonrió, de medio lado, y exhaló con cansancio. -Eres demasiado buena conmigo, ¿sabías?

Laura sonrió con ternura. -Lo sé -dijo, rodeándolo con los brazos por detrás-. Y no pienso dejar de serlo.

Desmond giró la cabeza y le dio un beso en la frente. -Lilith viene en camino -dijo-. Mejor prepara algo de beber. Ya sabes cómo es con las visitas.

-¿Otra vez protocolo infernal? -bromeó Laura, riendo.

-Exacto. Con Lilith, hasta la forma en que respiras puede ser una falta de respeto -respondió él entre risas.

Laura fingió una reverencia exagerada. -Entonces prepararé el vino más elegante del infierno.

-Esa es mi chica -contestó Desmond, riendo también.

Por unos minutos, el ambiente se volvió ligero otra vez. Pero en el fondo, Desmond no podía evitar sentir que la visita de Lilith traía algo más. En el infierno, nada era casualidad.

El reloj marcaba la una de la tarde cuando el timbre resonó en toda la casa, un sonido limpio y metálico que rompió el silencio. Desmond se levantó del sofá y caminó hacia la puerta, secándose las manos con una toalla. Al abrir, se encontró con la figura inconfundible de Lilith. Su porte era impecable: vestía un traje largo de color negro con bordes plateados, su melena caía en ondas perfectas sobre sus hombros, y su mirada, profunda y serena, irradiaba autoridad.

-Desmond Ludendorff -dijo con voz pausada, formal, cada palabra perfectamente medida-. Es un verdadero placer verte nuevamente, después de tanto tiempo.

Desmond sonrió de manera natural, relajada, casi con picardía. -Lilith, vaya sorpresa. Me alegra verte también. Pasaron años, pero pareces exactamente igual.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, su gesto cargado de elegancia. -Los sloths poseemos una longevidad particular. Nuestro envejecimiento es lento, casi imperceptible. Conservamos nuestra juventud hasta bien entrada la sexta década.

-Eso explica por qué pareces recién salida de una pintura -bromeó Desmond, abriendo paso con un gesto de la mano-. Adelante, pasa. Estás en tu casa.

Lilith entró con pasos silenciosos, observando con interés el interior del hogar. Su mirada se detuvo en los detalles: las cortinas abiertas que dejaban pasar la luz infernal del mediodía, los cuadros en las paredes, las plantas cuidadosamente colocadas. Se sentó con porte majestuoso en el sillón principal.

-Veo que conservas un buen gusto por la estética -comentó-. A diferencia de muchos demonios que regresan del mundo humano, no has olvidado el valor del orden.

Desmond soltó una pequeña risa mientras se sentaba junto a ella. -Supongo que algo se me quedó de vivir entre humanos. El caos también puede tener estilo, ¿no crees?

Lilith arqueó una ceja, divertida. -Siempre tan... relajado. Me pregunto cómo alguien con tu actitud logró sobrevivir tanto tiempo allá arriba.

-Con suerte, y con un poco de descaro -contestó él, riendo-. Aunque no lo creas, a veces eso es suficiente.

Lilith soltó una risita leve, elegante, casi musical. -No lo dudo. Pero admito que te ves distinto. Más... humano, quizá. Menos demonio.

Desmond asintió con una sonrisa serena. -Es que lo fui, por un buen tiempo. Cuando llegué al mundo humano, tuve que hacerme pasar por uno de ellos. Cambiar mi escencia, mi cuerpo... todo. Al volver, esa transformación no desapareció del todo. Mi edad humana se mantuvo. Tendría que tener cuarenta y tres, pero ahora... técnicamente tengo treinta y siete, pero mi documento dice aun cuarenta y tres.

-Impresionante -dijo Lilith con tono analítico, aunque sincero-. Has alterado tu propia línea de existencia. Muy pocos logran algo así sin perder la cordura o el alma.

Antes de que Desmond respondiera, unos pasos se escucharon bajando las escaleras. Laura apareció en escena, vistiendo ropa sencilla, su cabello corto suelto y su expresión curiosa. Al ver a Lilith, se detuvo a mitad del pasillo.

-¿Quién es ella? -preguntó con un toque de timidez.

Desmond se levantó y sonrió. -Laura, te presento a Lilith. Es una vieja amiga, la conoci en un evento musical hace mucho tiempo.

Lilith se puso de pie, su elegancia natural llenando el espacio. -Un honor conocerte -dijo con voz refinada, haciendo una ligera inclinación de cabeza-. Debo admitir que nunca había visto una demonio con rasgos tan... singulares. No pareces imp ni súcubo.

Desmond respondió antes que Laura pudiera hacerlo. -Ella era humana. Pero hicimos un ritual de transferencia de escencia. Ahora es una demonio, aunque no exactamente del tipo común.

Lilith abrió los ojos con leve sorpresa, aunque su compostura no se alteró. -¿Una humana transformada en demonio sin haber muerto? Fascinante. Técnicamente no es una pecadora, sino una anomalía entre razas. Una nueva forma de existencia.

Laura sonrió con modestia. -Supongo que sí. Aunque no me siento tan especial -dijo, algo nerviosa.

Lilith la observó detenidamente, casi con curiosidad científica. -Créeme, lo eres. Hay pocas cosas más raras en nuestro plano que una transformación exitosa sin pérdida de alma. Posees una fortaleza admirable, Laura.

Laura bajó la mirada con una sonrisa leve. -Gracias... creo.

Desmond, rompiendo el momento de solemnidad, se levantó y frotó sus manos. -Bueno, mientras ustedes se conocen mejor, voy a preparar algo de té. O de vino, si prefieres algo más fuerte, Lilith.

-Té estará bien -respondió ella con suavidad-. Agradezco el gesto. No suelo beber en horas de luz.

Desmond asintió. -Como quieras. No te preocupes, esta vez no haré ningún desastre en la cocina.

Laura soltó una risita. -Eso está por verse.

Mientras Desmond se alejaba hacia la cocina, Lilith y Laura se quedaron frente a frente. El silencio entre ambas no era incómodo, sino expectante. Lilith cruzó las piernas con elegancia, su mirada fija en Laura, como si intentara ver más allá de su apariencia.

-¿Puedo ser franca contigo, Laura? -preguntó finalmente.

-Claro -respondió ella, algo tensa.

-Desmond es un ser complejo -dijo Lilith con tono bajo pero firme-. No todos en este plano lo comprenden, ni lo aceptan. Si has decidido permanecer a su lado, debes entender que su pasado está lleno de sombras, y sus heridas... no sanan con facilidad.

Laura sostuvo su mirada, sin amedrentarse. -Lo sé. Pero también sé quién es ahora. Y ese hombre... vale la pena.

Lilith sonrió, una sonrisa casi maternal. -Entonces quizás seas más fuerte de lo que aparentas.

Mientras Desmond se internaba en la cocina para preparar el té, Lilith y Laura se quedaron en el salón, acompañadas por el suave murmullo del reloj y el aroma tenue del incienso que ardía sobre una repisa. Laura se recostó ligeramente en el sillón, observando a Lilith, que mantenía su porte perfecto, las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada serena, como si cada movimiento estuviera calculado.

-Desmond ha estado muy feliz desde que volvió -dijo Laura finalmente, rompiendo el silencio con una sonrisa leve-. Lo noto en su voz, en su forma de caminar... hasta en cómo respira.

Lilith ladeó la cabeza con curiosidad, su tono formal y pausado llenando la habitación. -¿Y cómo no habría de estarlo? Este es el lugar que lo vio nacer, el suelo que forjó su esencia. Para alguien que ha vagado tanto tiempo lejos de su origen, volver a casa es un alivio inefable.

Laura asintió despacio. -Sí, lo entiendo. Pero... también hay algo que lo está afectando. -Hizo una pausa, buscando las palabras correctas-. Está pasando por una situación delicada con su hijo.

Lilith arqueó una ceja, sin perder su compostura. -¿A qué te refieres exactamente? Por lo que recuerdo, padre e hijo eran inseparables.

Laura bajó la mirada. -Eso fue lo que me contaron también. Pero ahora, Scott ni siquiera le dirige la palabra. -Su tono se volvió más triste-. Según me explicó Izobelle, él cree que Desmond tuvo la culpa de la muerte de su madre, Skyler. Y eso le causó un daño psicológico muy fuerte. Tanto, que bloqueó casi todos los recuerdos que tenía con su padre.

Lilith suspiró suavemente, un gesto sutil que apenas rompió su serenidad. -Qué tragedia... los traumas más profundos son los que erosionan los vínculos que deberían ser eternos. -Su voz se tornó más grave, casi compasiva-. Lamento escucharlo. Pero si lo desean, puedo ofrecer mi ayuda. Hace poco culminé mis estudios en psicología. Quizá podría orientar a Scott.

Los ojos de Laura se iluminaron con esperanza. -¿De verdad harías eso por nosotros?

-Por supuesto. -Lilith enderezó un poco el cuerpo, mostrando autoridad y calidez a la vez-. No por obligación, sino porque es lo correcto. Los vínculos familiares son los pilares más frágiles del infierno, y deben ser protegidos, no rotos.

Laura suspiró, con un gesto de alivio. -El problema es que no sabemos cómo acercarnos a él. Siempre está a la defensiva... hostil. Pasa la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación.

-Deben darle tiempo -respondió Lilith, con tono reflexivo-. Según lo que me cuentas, Scott pasó la mayor parte de su vida con otra figura paternal. Para él, este cambio ha sido una ruptura drástica. No es fácil abandonar su zona de confort, sobre todo cuando la pérdida y la culpa son su punto de partida.

-Sí, lo sé -murmuró Laura-. Pero es frustrante. Es como si viviera dentro de una burbuja que nadie puede romper. Desmond intenta, yo intento... pero él simplemente no deja que entremos.

Lilith la observó con una mirada comprensiva. -La paciencia es clave. Los traumas no se disuelven con palabras, sino con constancia. Dale espacio, pero también señales de afecto. No

lo presionen; permitan que él se acerque cuando empiece a sentir curiosidad por ustedes. -Luego añadió con calma-. Si lo desean, puedo orientarlos en el proceso. Tal vez un par de sesiones basten para evaluar su estado emocional.

Laura sonrió, más animada. -Eso sería genial, Lilith. Haré todo lo que pueda para ayudarlo.

-Y lo lograrás -respondió Lilith, con una ligera sonrisa-. Eres fuerte, Laura. Lo noto en tu energía. No todos los que han cruzado entre mundos conservan tanta humanidad.

El teléfono de Lilith sonó, rompiendo el ambiente íntimo. Ella lo sacó con delicadeza de su bolso, observó el número en la pantalla y contestó. Su expresión se volvió más seria conforme escuchaba. Tras unos segundos, asintió y colgó.

-Debo disculparme -dijo mientras se levantaba con elegancia, alisando la falda de su vestido-. Me requieren en la fundación. Un asunto urgente ha surgido.

Laura la miró con curiosidad. -¿Qué fundación?

-Trabajo en una organización que atiende a niños de todas las razas demoníacas con problemas psicológicos -explicó Lilith con tono solemne-. Estoy a cargo de los sloths, aunque ocasionalmente me asignan casos de cachorros infernales y jóvenes imps. Intentamos que cada uno encuentre equilibrio entre su naturaleza y su mente.

-Eso suena... increíble -dijo Laura, con sincera admiración. -Debe ser un trabajo muy difícil.

Lilith asintió, tomando su bolso con un movimiento fluido. -Lo es. Pero cada alma que logra sanar, aunque sea un poco, hace que valga la pena. -Luego, con una sonrisa amable, añadió-. Dile a Desmond que fue un placer verlo de nuevo, y que mantendremos contacto por lo de Scott.

Laura asintió, levantándose para acompañarla a la puerta. -Lo haré, Lilith. Gracias por venir, y por todo lo que dijiste.

Lilith se detuvo antes de salir, girando su mirada hacia ella. -Recuerda, Laura. Las heridas del alma son las más lentas en cerrar, pero las más hermosas cuando sanan. -Le dedicó una última sonrisa serena-. Hasta pronto.

El sonido de sus pasos se desvaneció en el pasillo, dejando tras de sí un aire de calma y reflexión. Laura se quedó mirando la puerta unos segundos, pensativa, antes de dejar escapar un suspiro. Afuera, el cielo infernal seguía ardiendo en tonos carmesí, como si también esperara el regreso de algo que aún no terminaba de sanar.

Desmond regresó al salón con una bandeja de porcelana entre las manos. El aroma del té recién hecho llenaba el aire con un toque de canela y menta. Sobre la bandeja había también un pequeño plato con galletas de mantequilla que él mismo había horneado más temprano. Sonrió mientras caminaba, pero al entrar en la sala, se dio cuenta de que Lilith ya no estaba.

-¿Y Lilith? -preguntó, mirando alrededor, algo sorprendido.

Laura, que estaba aún de pie junto a la puerta, se giró hacia él con una sonrisa tranquila. -La llamaron del lugar donde trabaja. Tuvo que irse rápido, al parecer algo urgente.

Desmond suspiró, dejando la bandeja sobre la mesa. -Bueno, no hay problema. Ya sabes cómo es ella, siempre ocupada, siempre con algo importante que hacer. -Tomó asiento frente a su esposa, estirando los hombros con cansancio.

Laura se sentó frente a él, sus dedos jugueteaban distraídos con el borde de la taza. -Antes de irse, Lilith me dio algunos consejos sobre cómo acercarnos a Scott -dijo, en un tono más serio-. Pero me recomendó que fuera yo quien diera el primer paso. Dice que Scott todavía se siente muy herido... y que, por ahora, no puede aceptar verte como su padre.

Desmond se quedó callado unos segundos, observando el vapor que se elevaba del té. Su expresión cambió, suavizándose en una mezcla de tristeza y comprensión. -Tiene razón -dijo al fin-. No puedo forzarlo. No después de todo lo que ha pasado. -Alzó la vista hacia ella, con una sonrisa débil pero sincera-. Si él no quiere verme, está bien. Pero... quiero que sepa que sigo aquí, que no pienso rendirme con él. -Su voz tembló levemente al final.

Laura extendió su mano y la colocó sobre la de él. -Yo lo ayudaré, Desmond. Lilith cree que si empiezo yo, poco a poco Scott bajará la guardia. Tal vez si me ve como alguien que no le exige nada, se abra un poco más.

Desmond asintió despacio, entrelazando sus dedos con los de ella. -Gracias, amor. -Su mirada se suavizó aún más-. Sé que no es fácil para ti tampoco, pero si alguien puede hacerlo, eres tú. Tienes esa calma que él necesita.

Laura sonrió levemente. -Entonces lo intentaré ahora. No quiero que pase un día más sin al menos hablarle. -Se levantó del sillón con determinación.

Desmond la siguió con la mirada, con un orgullo silencioso en los ojos. -Ve tranquila -dijo con una sonrisa ligera-. Y si algo sale mal, no te preocupes... ya encontraré la forma de arreglarlo.

Laura se inclinó para darle un beso corto en la mejilla antes de dirigirse hacia las escaleras. -Desea suerte -dijo en voz baja, con una sonrisa nerviosa.

-No la necesitas -respondió él con calidez-. Pero igual te la doy. -Y levantó la taza en un gesto de brindis silencioso.

Laura rió suavemente y comenzó a subir los escalones. A medida que su figura desaparecía en el segundo piso, Desmond se recostó en el sillón, mirando por la ventana hacia el paisaje infernal que se extendía más allá del vidrio. El cielo ardía con tonos oscuros y anaranjados, y por un instante, pensó en todo lo que había cambiado desde su regreso.

-Lilith tiene razón... -murmuró, casi para sí-. Las heridas del alma tardan en sanar. Pero no pienso rendirme contigo, Scott. No esta vez.

Su voz se perdió en el eco de la habitación, mientras el reloj del salón marcaba el paso del tiempo con un compás lento y constante, como si el mismo infierno aguardara en silencio por la reconciliación que aún estaba por venir.

Scott permaneció inmóvil sobre la cama durante varios minutos, con el pecho subiendo y bajando de manera irregular. Había puesto su música para intentar calmarse: *"Slow Dancing in the Dark"* de loji sonaba a todo volumen, una canción que parecía escrita para él. Cada palabra le atravesaba el alma como una daga. *"I don't want a friend... I want my life in two..."* resonaba entre las paredes, acompañada por su respiración entrecortada.

El joven sabueso ovejero tenía las orejas caídas, la cola enroscada contra las piernas y el pelaje erizado. Se pasaba una garra por el hocico intentando contener las lágrimas, pero era inútil. El brillo húmedo en sus ojos delataba su estado, y el aire de la habitación olía a tristeza: un aroma agrio y salado que solo un sabueso en pena podía emitir.

Su teléfono aún vibraba sobre la cama, la pantalla iluminada con el nombre de *Mya*. Por un momento, pensó en no contestar, pero lo hizo. -¿Mya? -dijo con la voz quebrada.

Del otro lado, una voz femenina suspiró. -Scott, tenemos que hablar.

Él se enderezó, sus orejas se alzaron apenas. -¿Pasó algo? Suenas rara.

-Sí, pasó algo. -La voz de Mya era fría, distante-. Conocí a alguien.

El corazón de Scott dio un vuelco. -¿Alguien? ¿De qué hablas?

-Un sabueso... es diferente. Es mayor, tiene un trabajo estable, una casa enorme... no es como tú, Scott. -La voz de la chica sonó segura, pero sin rastro de compasión.

Scott apretó el teléfono con fuerza, sus garras dejando marcas en la carcasa. -¿"No como yo"? ¿Qué significa eso? -dijo con un gruñido leve.

-Significa que estoy cansada de esperar a que cambies, Scott. Siempre estás perdido, siempre enojado, siempre viviendo con tus problemas. No puedo seguir con alguien así. -Hubo un silencio-. Lo siento, pero... necesito algo diferente.

El sabueso tragó saliva, el pelaje de su cuello se erizó. -¿Alguien con más dinero? ¿Eso es lo que querías? -Su voz tembló entre la furia y la tristeza.

-No es solo el dinero, es... todo. Él sabe lo que quiere. Tú no. -El tono de Mya bajó-. Te juro que te quise, Scott, pero esto ya no funciona.

-No digas eso. -Scott se levantó de la cama, caminando de un lado a otro-. Yo puedo cambiar, puedo hacerlo. Solo... no me dejes.

-Ya lo decidí -respondió ella sin emoción-. Lo siento.

El sabueso sintió un nudo en el pecho. -¿Hay alguien contigo ahora? -preguntó con un leve gruñido.

-Sí -admitió ella, casi sin dudarlo-. Está aquí. No lo hagas más difícil.

El silencio fue insoportable. Solo la voz melancólica de Loji llenaba el vacío: *"Can't you see? I'm trying... I don't want to slow dance in the dark."*

Scott apretó los puños, su cola golpeaba el suelo una y otra vez con fuerza contenida. -Mya... yo te amaba -dijo finalmente, su voz apenas un susurro.

-Y yo te quise, Scott. Pero a veces eso no basta. -La llamada terminó.

El joven sabueso se quedó mirando el teléfono apagado. El reflejo de su rostro en la pantalla le devolvía la imagen de un chico roto, con los ojos hinchados y el hocico húmedo. Dio un manotazo a la almohada, gruñendo, y finalmente se dejó caer en la cama. Las orejas le cayeron por completo, su respiración se volvió pesada y entrecortada.

"Give me reasons we should be complete..." seguía cantando Loji. Scott cerró los ojos, apretando los dientes. Cada palabra parecía burlarse de su dolor. Apretó una garra contra el colchón, hundiendo el tejido. Su cola, temblorosa, se movía débilmente a un lado, golpeando el borde de la cama como un metrónomo triste.

-Maldita sea... -murmuró entre sollozos.

Sus pensamientos se mezclaban con los fragmentos de la canción. *"You looked away when I was calling out to be..."* resonaba mientras una lágrima caía sobre su hocico. Todo lo que sentía era una mezcla de rabia, vergüenza y vacío.

Golpeó el colchón con el puño. -¡¿Por qué todos se van?! -aulló en voz baja, con la voz quebrada. Las paredes devolvieron un eco apagado, como si el mismo infierno se compadeciera de su tristeza.

Minutos después, cuando la canción comenzó de nuevo, Scott simplemente la dejó sonar. Se acurrucó sobre sí mismo, con las orejas cubriendo parte de su rostro y la cola rodeando su cuerpo. Entre murmullos y sollozos, dejó escapar un susurro ahogado: -Solo quería que alguien se quedara...

Afuera, el eco del último verso llenó el silencio de la habitación: *"When I'm around slow dancing in the dark..."*

Unos minutos después, alguien llamó suavemente a la puerta. Los oídos de Scott se movieron, atentos, pero no dijo nada. El sonido de Loji seguía llenando la habitación, esa mezcla de tristeza y melancolía que parecía escrita para él. La voz del cantante flotaba en el

aire: *"When I'm around, slow dancing in the dark..."* El ritmo lento se entrelazaba con la respiración pesada del sabueso.

Afuera, la voz tranquila de Laura se escuchó con cuidado.

-Scott, ¿puedo pasar? -preguntó con delicadeza, casi en un susurro.

El sabueso no respondió. Solo giró la cabeza hacia la ventana, sus orejas gachas y los ojos nublados. El sol del infierno se filtraba entre las cortinas, tiñendo la habitación de un rojo pálido. Laura esperó unos segundos más antes de intentar de nuevo.

-No quiero molestarte... solo quiero hablar un momento, ¿sí?

Scott soltó un bufido, frotándose el hocico con la manga. -Haz lo que quieras -murmuró, con la voz ronca y quebrada.

Laura abrió la puerta despacio. La habitación olía a encierro, a tristeza, y el aire estaba denso, pesado. En la mesa, un par de cuadernos abiertos y bocetos arrugados mostraban dibujos de rostros sin terminar, de figuras oscuras y cielos partidos. El colchón desordenado y la luz tenue hacían que todo pareciera suspendido en un silencio doloroso.

Laura avanzó unos pasos. -Yo también solía escuchar a Loji cuando aún sacaba canciones -dijo, intentando sonar casual, con una sonrisa leve.

Scott no respondió. Sus orejas se movieron apenas, pero su mirada permaneció fija en el suelo. Laura se sentó a un lado de la cama, dejando una distancia prudente.

-Esa canción... -continuó, mirando al reproductor-. Siempre me pareció triste, pero hermosa. Loji tenía esa forma de hacerte sentir que no estabas solo, ¿sabes? Que alguien allá afuera entendía lo que pasaba dentro de ti.

El joven sabueso siguió callado. Sus dedos jugaron con la sábana, rascando la tela con sus garras, como si buscara distraerse del nudo en su pecho. Su respiración era irregular; su cola golpeaba débilmente el colchón. Laura lo observaba, paciente.

-¿Te pasa algo, Scott? -preguntó con voz suave-. Te escuché gritar hace un rato.

Él resopló. -No es nada. -La respuesta fue seca, casi automática.

-No parece "nada". -Laura se inclinó un poco hacia adelante-. Si quieres hablar, solo... estoy aquí. No te voy a juzgar.

Scott apretó los labios. Se llevó una mano a la cara, cubriendo sus ojos. -No hay nada que decir -murmuró con amargura.

El silencio volvió. Solo se oía la canción: *"Give me reasons we should be complete..."* Las palabras le atravesaban el pecho, cada verso un recordatorio de lo que acababa de perder.

Finalmente, su voz se quebró. -Me dejaron... -dijo apenas.

Laura parpadeó. -¿Te dejaron?

Él asintió, tragando saliva. -Mi novia... Mya. -Su voz temblaba-. Encontró a otro. Dice que es mayor, que tiene dinero, que sabe lo que quiere. -Dejó escapar una risa amarga-. Supongo que eso no soy yo.

Laura lo escuchó con atención, sin interrumpirlo.

-Yo le daba todo... todo lo que podía. Y aun así, se fue. -Golpeó suavemente la cama con el puño-. Ni siquiera lo vi venir. Solo... dejó de contestar, y hoy me lo dijo sin pestañear. Como si yo no importara.

Laura lo observó, conmovida. -Scott...

Él negó con la cabeza, las lágrimas ya cayendo por su hocico. -Primero mi mamá... luego mi papá, que me obligo a vivir con ustedes. Y ahora ella. -Levantó la vista, sus ojos rojos de tanto llorar-. ¿Por qué todos me abandonan?

Laura sintió un vacío en el pecho al oírlo. Avanzó un poco más, hasta quedar junto a él. -A veces... -empezó, con voz baja- la vida nos quita personas que no saben quedarse. No porque tú no valgas, Scott, sino porque ellas no están listas para quedarse contigo.

Él bajó la mirada, las orejas caídas. -Eso suena como una excusa... -susurró con un hilo de voz.

-No lo es -respondió Laura con calma-. Es la verdad. Hay personas que llegan para enseñarnos algo, y luego se van. Pero eso no te hace menos, ni significa que no merezcas amor.

Scott apretó la sábana entre sus dedos. -¿Y qué hago ahora? -preguntó, con los ojos empañados-. ¿Espero a que alguien más se canse de mí?

Laura negó despacio. -No. Lo que haces es seguir adelante. -Le puso una mano en el hombro, firme pero suave-. Te levantas, aunque duela. Aprendes a confiar de nuevo, poco a poco. Porque algún día, vas a darte cuenta de que no todos se van.

Scott la miró, todavía con duda en su expresión. Su cola se movía lentamente, como si algo dentro de él se aflojara apenas.

-¿Tú también te irás? -preguntó en voz baja, como si temiera la respuesta.

Laura sonrió, dulce, genuina. -No, Scott. -Le acarició el cabello, entre las orejas suaves-. Puede que no nos conozcamos bien... y sé que no soy tu madre, pero no te voy a abandonar. Te lo prometo.

El sabueso la miró, sorprendido. Sus ojos reflejaban incredulidad, esperanza y miedo al mismo tiempo. -No digas eso si no lo sientes.

-Lo siento -repitió ella, acariciándole la cabeza con ternura-. Lo digo porque es verdad.

Scott bajó la mirada, las lágrimas ya secándose. Por primera vez en mucho tiempo, permitió que alguien lo tocara sin apartarse. La música seguía sonando: *"When I'm around, slow dancing in the dark..."* Y mientras la última nota se desvanecía, Laura lo abrazó suavemente.

El joven sabueso cerró los ojos, y su respiración se calmó. Por un momento, el dolor se detuvo. No porque hubiera desaparecido, sino porque, por primera vez, alguien decidió quedarse.

Scott permaneció en silencio largo rato, aún con los ojos rojos por el llanto. Laura seguía sentada a su lado, sin presionarlo, dándole ese espacio que él nunca había tenido. La canción había terminado, pero el reproductor seguía en pausa, emitiendo un leve zumbido. De pronto, el sabueso suspiró, rascándose la nuca con una garra, incómodo pero necesitado de hablar.

-¿Puedo decirte algo? -murmuró, sin mirarla directamente.

-Claro, Scott -respondió Laura con una sonrisa tranquila-. Dime lo que quieras.

Él bajó la mirada, sus orejas moviéndose levemente hacia atrás. -Siempre he querido ser algo más que esto -dijo, señalándose a sí mismo con un gesto vago-. No quiero ser solo el chico que todos miran con lástima. Quiero... ser un artista.

Laura lo miró con sincero interés. -¿Un artista? -repitió, suavemente.

-Sí. -Scott asintió despacio, y un leve brillo apareció en sus ojos-. Me gusta dibujar, desde que era un cachorro. -Se inclinó y tomó uno de los cuadernos arrugados de su mesa-. A veces me paso horas haciendo esto... -Le mostró uno de los dibujos: un retrato a lápiz, detallado, lleno de sombras y expresión-. No sé por qué, pero me calma. Como si todo el ruido en mi cabeza se detuviera un rato.

Laura tomó el cuaderno con cuidado, admirando el trazo. -Tienes mucho talento, Scott. -Levantó la vista, sonriendo-. Tus dibujos tienen vida. Se nota que pones sentimiento en ellos.

Él bajó las orejas, un poco avergonzado. -Gracias. Pero eso no es todo. -Hizo una pausa, como dudando en seguir-. También quiero hacer música. Cantar. -Sus ojos se iluminaron un poco más-. No algo grande o famoso, solo... algo real. Algo que duela, que sienta. Como Loji.

Laura arqueó una ceja, interesada. -¿Te gustaría cantar como él?

-Sí -respondió sin dudar-. No solo por su voz, sino por lo que transmite. Ese tipo no cantaba por fama, ¿sabes? Cantaba porque tenía algo dentro que no podía callarse. Yo... quiero eso.

Quiero cantar cosas que me pesen aquí -dijo, tocándose el pecho con una garra-. Que hagan que la gente sepa lo que siento, aunque no lo entienda del todo.

Laura lo miró con ternura. -Eso que sientes... suena mucho a pasión -dijo con tono cálido-. Y no todos la tienen. Es un don, Scott. Algo que nace dentro.

El sabueso la observó en silencio unos segundos. -A veces pienso que eso... no viene solo de mí -confesó en voz baja-. Como si alguien me hubiera pasado ese fuego sin yo pedirlo. -Miró hacia un lado, pensativo-. No sé, pero cada vez que dibujo o escucho una canción, siento que ya lo había vivido antes. Que hay algo en mí que... me impulsa.

Laura lo escuchó atentamente, y una leve sonrisa se formó en sus labios. Ella sabía perfectamente de dónde venía ese fuego, esa chispa creativa que Scott describía, pero no dijo nada. En su interior, comprendía que aquella herencia no era genética, sino espiritual; un eco de un alma que alguna vez había convertido el dolor en arte.

-A veces esas cosas no se explican -dijo finalmente, con serenidad-. Solo se sienten. Y si tienes esa voz dentro, no la ignores. Déjala salir. Porque esa puede ser la manera en que sanes, Scott. No solo tú, sino quienes te escuchen.

Él asintió lentamente, procesando sus palabras. Sus orejas se relajaron un poco, y por primera vez en mucho tiempo, en su rostro apareció una leve sonrisa. -Tal vez tengas razón. -Suspiró, recostándose en el respaldo de la cama-. Aunque... no sé si tenga el valor de hacerlo.

Laura sonrió con ternura. -El valor llega cuando lo necesitas, no antes. Por ahora, sigue dibujando, sigue escribiendo lo que sientes. Un día vas a despertar y vas a darte cuenta de que ya estás listo.

Scott bajó la mirada hacia su cuaderno y lo cerró con cuidado. -Gracias, Laura -dijo en un murmullo-. No pensé que alguien quisiera escucharme de verdad.

-Siempre voy a querer hacerlo -respondió ella, levantándose lentamente-. Porque a veces lo que más necesitamos... es que alguien simplemente nos escuche.

Scott la miró, y en sus ojos había algo distinto. Tal vez aún había dolor, pero también una pequeña chispa de esperanza. Y mientras Laura salía de la habitación, el sabueso volvió a abrir su cuaderno, tomó un lápiz y empezó a dibujar otra vez, dejando que sus emociones fluyeran, con una nueva certeza latiendo dentro de él: no estaba solo.

Un rato después, Laura se detuvo frente a la puerta entreabierta del cuarto de Scott. La luz tenue del atardecer infernal se filtraba por la ventana, bañando la habitación en un tono rojizo. Lo observó por unos segundos, inclinado sobre su cuaderno, dibujando en silencio. Golpeó suavemente la puerta.

-¿Scott? -preguntó con voz tranquila-. ¿Puedo pasar otra vez?

El sabueso levantó la mirada, sorprendido. Dudó unos segundos, luego asintió con un leve movimiento de cabeza. -Sí... pasa -dijo en un murmullo casi inaudible.

Laura entró con paso lento, sin querer romper el momento. Observó los papeles esparcidos, los dibujos, los lápices gastados. Todo hablaba de una mente inquieta. -Estuve pensando en lo que me contaste -dijo ella mientras se sentaba al borde de la cama-. Que querías dedicarte al arte, a la música...

Scott bajó la mirada, jugando con el lápiz entre sus dedos. -Sí... lo dije, pero no sé si de verdad puedo hacerlo.

-Claro que puedes -respondió Laura con una sonrisa suave-. Solo necesitas empezar. Nadie nace sabiendo, y tú ya tienes algo que muchos buscan toda su vida: pasión.

Scott suspiró. Sus orejas se agacharon un poco, gesto instintivo de tristeza. -Pero... ¿por dónde empiezo? No tengo idea de cómo hacerlo. Nadie me va a tomar en serio.

Laura sonrió y se inclinó hacia él, apoyando una mano en su hombro. -Podrías hablar con Desmond -dijo con calma-. Él fue productor musical mucho tiempo. Puede guiarte, enseñarte lo que sabes que tienes dentro.

Al oír ese nombre, Scott se tensó de inmediato. Sus orejas se movieron hacia atrás y su mirada se ensombreció. -No creo que quiera ayudarme -dijo con voz amarga-. No después de cómo lo traté. Además... ni siquiera sé si me soporta.

Laura negó suavemente con la cabeza. -Eso no es verdad, Scott. -Su voz sonó dulce, pero firme-. Puede que no lo demuestre, pero eres muy importante para él. Si le pides ayuda, lo hará sin pensarlo dos veces.

Scott apretó los labios, dudando. -¿De verdad crees eso?

-No lo creo, lo sé -respondió ella, mirándolo directo a los ojos-. He visto cómo te mira cuando no te das cuenta. Tiene miedo de acercarse porque no quiere lastimarte más. Pero si tú das el primer paso, lo vas a ver. Él está esperando que lo hagas.

El sabueso guardó silencio, su cola moviéndose levemente sobre la cama, indecisa. -No sé si estoy listo para eso... -murmuró.

-No tienes que estarlo -dijo Laura con ternura-. Solo piensa en lo que realmente quieres. Si de verdad deseas seguir la música, deja que él te ayude. Puede ser el primer paso para entenderse mejor, y para sanar.

Scott suspiró, bajando la mirada. -Tal vez... lo intente -dijo al fin, casi en un susurro.

Laura sonrió, levantándose despacio. -Eso es todo lo que necesitas por ahora: intentarlo. -Avanzó hacia la puerta, pero antes de salir, se giró para mirarlo una vez más-. Créeme, Scott.

A veces las heridas más profundas solo sanan cuando decides dejar que alguien te acompañe a curarlas.

Scott asintió en silencio, y cuando Laura se marchó, se quedó mirando su cuaderno. Por primera vez en mucho tiempo, pensó que tal vez, solo tal vez, hablar con Desmond no sería tan mala idea.

CAP 84

Tributo a Queen

Eran cerca de las once de la mañana cuando Desmond se encontraba recostado en el sofá, con los audífonos puestos y el volumen al máximo. La habitación estaba iluminada por la tenue luz rojiza que se filtraba desde el exterior, y el sonido del bajo hacía vibrar levemente el suelo. Su pierna marcaba el ritmo, distraída, mientras su mirada se perdía en el techo.

El momento de calma se rompió cuando el teléfono, sobre la mesa de centro, comenzó a vibrar con insistencia. Desmond lo tomó con cierta pereza y, al ver el nombre en la pantalla, arqueó una ceja.

-Julian... -murmuró con una pequeña sonrisa, antes de contestar-. ¿Qué pasa, viejo?

Del otro lado de la línea, una voz llena de energía y entusiasmo resonó con claridad. -¡Des! ¡Mi hermano! ¡Tanto tiempo sin hablar contigo! Pensé que te habías vuelto ermitaño.

Desmond soltó una carcajada. -Nah, solo me estoy adaptando a la rutina otra vez. Ya sabes cómo es esto.

-Sí, claro, "rutina" -bromeó Julian, con un tono burlón-. Si eso significa dormir hasta tarde y escuchar música todo el día, entonces también quiero una rutina como la tuya.

-Qué gracioso -respondió Desmond, rodando los ojos, aunque con una sonrisa divertida-. Y tú, ¿qué tal va todo por allá?

-Ah, hermano, ni te imaginas -contestó Julian con su alegría habitual-. Hellbet Records está a punto de lanzar a dos bandas nuevas, y todo el mundo anda como loco. Pero lo importante es que tengo una propuesta que te va a interesar.

Desmond se incorporó un poco en el sofá. -¿Propuesta? Suena serio.

-Serio, pero bueno -aclaró Julian-. ¿Por qué no nos vemos en Hellbet Records? Así te cuento todo en persona.

Desmond se rascó la barbilla, pensativo, pero al final asintió. -Está bien, me parece bien. Iré para allá en un rato.

-Perfecto -respondió Julian, con una emoción casi infantil-. Te espero entonces. Y ponte algo decente, que ya sabes cómo es el ambiente ahí.

-Sí, sí -dijo Desmond, sonriendo-. Nos vemos allá.

Ambos se despidieron con un tono amistoso, y Desmond colgó. Se quedó mirando el teléfono por un instante, con una leve nostalgia. Hacía años que no veía a Julian fuera de los eventos grandes.

Laura apareció desde el pasillo, limpiándose las manos con una toalla de cocina. -¿Con quién hablabas? -preguntó con curiosidad.

-Con Julian -respondió Desmond, apoyando el teléfono en la mesa-. Me llamó para que nos viéramos en Hellbet Records.

-Ah, sí, lo recuerdo -dijo Laura, sonriendo un poco-. Él estuvo en la fiesta que organizó Izobelle, ¿verdad?

Desmond asintió. -Exacto. Con él fue con quien fundé Gaia, ¿sabes? Todo ese sueño descabellado de convertirnos en la mejor banda del infierno y volvernos iconos.

Laura arqueó una ceja. -¿"Iconos"? -repitió, curiosa-. ¿Qué significa eso exactamente?

Desmond se recostó en el respaldo del sofá, cruzando los brazos. -Los iconos son la cima, el top de los talentos musicales. Aquellos que representan la perfección en su arte. La mayoría son pecadores que ascendieron por su talento, pero algunos... bueno, nacieron demonios.

Laura asintió, interesada. -¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, Morgana -dijo Desmond, mirando hacia un punto en el vacío-. Ella no era una pecadora. Era una súcubo. Pero fue la icono del canto. Nadie llegaba a su nivel.

-¿Morgana? ¿Una súcubo? -preguntó Laura, sorprendida-. Pensé que era humana.

Desmond soltó una risa corta. -Claro, porque siempre iba disfrazada. Morgana sabía cómo pasar desapercibida. Pero no, ella nació en el infierno, igual que muchos otros.

Laura lo observó con interés. -Entonces... ¿todos los de la banda Dominion eran demonios?

-Sí, todos -confirmó Desmond, asintiendo-. Excepto BCB, que era un pecador. Los demás venían de distintos anillos.

Laura frunció el ceño, pensativa. -Nunca lo hubiera imaginado... se veían tan humanos.

-Porque lo eran -explicó Desmond, levantándose del sofá-. Menos Morgana, claro. Los pecadores pierden su forma humana al llegar aquí; su cuerpo cambia, se vuelve más demoníaco. Excepto los del anillo del Orgullo.

-¿Por qué ellos no cambian? -preguntó Laura, intrigada.

Desmond se apoyó contra la baranda de la escalera. -Porque conservan su forma humana como símbolo de superioridad. Lo único que los distingue son los tatuajes infernales que aparecen en su piel. Son marcas que representan sus pecados y su poder.

Laura asintió lentamente. -Entiendo... -dijo en voz baja, intentando asimilarlo todo.

Desmond miró el reloj de pared y se estiró con pereza. -Bueno, será mejor que me prepare. Tengo que reunirme con Julian, y no quiero llegar tarde.

-Está bien -respondió Laura con una sonrisa-. Le prepararé el almuerzo a Scott mientras tanto.

Desmond se detuvo un momento en el primer escalón, mirándola con cariño. -Gracias, amor. Desea suerte, aunque sea un reencuentro entre viejos locos.

-Suerte -dijo ella, sonriendo con calidez-. Y trata de no hacer enojar a nadie.

Desmond soltó una pequeña carcajada mientras subía las escaleras. -Prometo portarme bien... más o menos.

Laura lo siguió con la mirada, negando con una sonrisa divertida, mientras el sonido de sus pasos se perdía en el piso superior. En el aire quedó flotando una mezcla de calma y expectativa, como si el infierno entero aguardara lo que ese reencuentro traería consigo.

El reloj marcaba la una de la tarde cuando Desmond bajó las escaleras, ya vestido y con su chaqueta de cuero puesta. Su mirada se detuvo por un momento en el reflejo de la ventana: el cielo infernal estaba teñido de un rojo oscuro, y los vientos del anillo soplaban con fuerza, levantando pequeñas nubes de polvo negro.

Con un suspiro, tomó las llaves de su moto y se dirigió a la cochera. El olor a metal, aceite y recuerdos lo recibió apenas cruzó la puerta. Su vieja motocicleta, una máquina de diseño infernal con detalles cromados y un símbolo de Gaia grabado en el tanque, lo esperaba como si nunca hubiera pasado el tiempo.

-Vieja amiga... -murmuró, acariciando el manubrio con nostalgia-. Espero que todavía tengas algo de fuego en ti.

A su lado, un bidón de gasolina descansaba junto a la pared. Desmond lo tomó y, con movimientos firmes, comenzó a llenar el tanque vacío. El sonido del líquido al caer le recordó los días en que solía recorrer los anillos sin rumbo, buscando inspiración o, a veces, simplemente paz.

Una vez lleno, colocó la tapa y se subió. El asiento crujió levemente bajo su peso. -Vamos, no me falles ahora... -susurró mientras giraba la llave que Izobelle le había dado días atrás. Oprimió el botón de encendido y, tras un par de segundos de tensión, el rugido del motor resonó con fuerza.

Desmond sonrió ampliamente. -Sabía que aún podías hacerlo.

Abrió las puertas de la cochera, y una bocanada de aire cálido entró, acompañada por el sonido lejano del tráfico infernal. Con un suave acelerón, salió a las calles de pavimento negro del infierno, dejando atrás el eco de su hogar.

El viaje duró 4 horas, lo cual le pareció raro ya que antes no tardaba tanto, pero eso era lo que decía el GPS de su celular. Durante el trayecto, el paisaje cambiaba gradualmente: los edificios góticos del anillo donde vivía dieron paso a estructuras más caóticas, llenas de luces de neón y aromas intensos a especias demoníacas. Era el anillo de la Gula, un lugar donde los placeres sensoriales eran la regla y no la excepción.

A lo lejos, Desmond pudo divisar la silueta del majestuoso Palacio Gluttora. Justo al otro lado, emergía el edificio de Hellbet Records, un rascacielos oscuro que brillaba con carteles luminosos y pantallas que mostraban los rostros de artistas demoníacos.

Desmond estacionó su moto frente a la entrada principal, apagó el motor y se quitó el casco. Respiró hondo, dejando que la familiaridad del lugar lo golpeara.

-Nada ha cambiado... -dijo con una sonrisa nostálgica mientras caminaba hacia la puerta.

El interior del edificio lo recibió con un aire fresco y un silencio reverberante. Las paredes estaban cubiertas con vinilos dorados, trofeos y fotografías de artistas legendarios. Al avanzar por los pasillos, sus pasos resonaban con eco entre los estudios de grabación. Cada puerta le traía un recuerdo: noches sin dormir, improvisaciones, y las primeras veces que escuchó su voz resonar en los altavoces.

Se detuvo frente a una puerta en particular. En la placa dorada se leía: Estudio 3 - Sala de Grabación Principal.

Desmond la abrió lentamente, y un torrente de memorias lo golpeó. Ese era el lugar donde, con apenas dieciocho años, había grabado su primera canción: *Más que real*. Podía recordar con exactitud la sensación de sostener el micrófono, el nerviosismo, el sudor frío en la frente. Habían pasado veinticuatro años desde entonces. Si nunca hubiera abandonado el infierno, ahora tendría cuarenta y tres, no los treinta y ocho que aparentaba gracias al grimorio.

Dentro del estudio, una figura familiar lo esperaba: Julian. El guitarrista estaba afinando su instrumento cuando lo vio entrar.

-¡Desmond! -exclamó con entusiasmo, dejando la guitarra a un lado y corriendo hacia él-. ¡Maldita sea, hermano, cuánto tiempo!

Desmond sonrió y abrió los brazos para recibir el abrazo. -Julian... viejo diablo, sigues igual de ruidoso que siempre.

-¿Y tú sigues igual de sarcástico? -replicó Julian riendo mientras le daba un par de palmadas en la espalda-. No sabes cuánto me alegra verte.

-Lo mismo digo, hermano -respondió Desmond con una sonrisa sincera.

Ambos se separaron, y Julian lo miró con una chispa en los ojos. -Mira, no te voy a mentir, no te llamé solo para ponernos al día. Quiero que me acompañes al Anillo de la Lujuria.

Desmond arqueó una ceja. -¿A la Lujuria? ¿Y a qué viene eso?

Julian sonrió con ese aire despreocupado tan suyo. -Van a hacer un acto especial de Gaia. Y cuando Lascivia se enteró de que habías vuelto al infierno, pidió que estuviéramos ahí.

Desmond se quedó mudo por un segundo, sorprendido. -¿Estás hablando en serio? Eso es... increíble. La última vez que estuvimos allí fue cuando Gaia se enfrentó a Dominion.

-Exacto -asintió Julian-. Y fue tan épico que incluso Lascivia se enteró de nuestra existencia. Imagínate, la mismísima Pecado Capital de la Lujuria hablando de nosotros.

Desmond soltó una carcajada. -No lo puedo creer... Gaia sigue viva después de todo este tiempo.

-Claro que sí -dijo Julian, golpeándole el hombro con entusiasmo-. Y ahora más que nunca. Pero hay un detalle: el acto es hoy.

-¿Hoy? -repitió Desmond, abriendo los ojos-. ¿Y pretendes que toquemos sin ensayar?

Julian levantó una ceja, confiado. -Tranquilo, ya tengo todo bajo control. Vamos a tocar temas de "Queen". Ya tengo la lista de canciones preparada.

Desmond frunció el ceño mientras tomaba la hoja que Julian le extendía. La miró un momento y luego sonrió de medio lado. -Conozco todas estas canciones. Esto será pan comido.

-Sabía que dirías eso -respondió Julian, riendo-. Además, con tu habilidad para imitar voces, va a salir perfecto.

Desmond sonrió con un dejo de orgullo. -Créeme, Freddie Mercury se va a levantar de su tumba para aplaudirme.

-¡Esa es la actitud! -dijo Julian entre risas-. Vamos, hermano, tenemos un anillo que conquistar.

Mientras Desmond y Julian seguían conversando en el estudio, el ambiente estaba impregnado de esa mezcla entre nostalgia y entusiasmo que solo los reencuentros verdaderos pueden generar. Ambos hablaban de la vieja banda, de los años en los que dormían apenas unas horas entre grabaciones, de los conciertos improvisados y las noches en vela componiendo letras que terminaron marcando a toda una generación del infierno.

-¿Te acuerdas cuando casi incendiaste el estudio grabando "Were a gonna take it"? -preguntó Julian entre risas.

Desmond soltó una carcajada. -¡Oye! No fue mi culpa, el amplificador ya estaba dañado. Además, admitelo, el fuego le dio carácter a la canción.

-Sí, carácter... y a mí casi me da un infarto -dijo Julian riendo, llevándose una mano al pecho.

En ese momento, el sonido de unos papeles cayendo al suelo los hizo girar hacia la puerta. Allí estaba Cristina, la secretaria de Hellbet Records, con los ojos muy abiertos, la boca entreabierta y las manos temblorosas. Los documentos que llevaba en brazos se habían esparcido por el suelo.

-¿D-Desmond...? -susurró, incrédula.

Desmond la miró, un poco sorprendido, y luego sonrió ampliamente. -Cristina... vaya, cuánto tiempo.

Ella, sin poder contener la emoción, dejó escapar un pequeño sollozo y corrió hacia él. Lo abrazó con fuerza, casi aplastándole el pecho. -¡No lo puedo creer! -exclamó con voz entrecortada-. ¡Pensé que no volvería a verte! ¡Han pasado diez años, Desmond! ¡Diez!

Desmond, aunque al principio un poco incómodo por la intensidad del abrazo, terminó devolviéndolo con afecto. -Sí, ya lo sé... ha pasado bastante. Lo siento por desaparecer así, de verdad.

Cristina se separó apenas unos centímetros, con los ojos vidriosos y las mejillas sonrojadas. -¿Cómo pudiste no avisarme? ¡Al menos una carta, un mensaje, algo! -dijo mientras fruncía los labios, al borde de hacer un puchero infantil.

Desmond soltó una risa baja, intentando aliviar la tensión. -Perdóname, Cris. He estado bastante ocupado desde que volví. Apenas estoy poniéndome al día con todo esto... y contigo también.

Ella lo miró un segundo más, antes de resoplar y apartarse un poco. -Está bien... te lo dejaré pasar solo porque me da gusto verte otra vez. -Se agachó para recoger los papeles esparcidos por el suelo, murmurando algo como "siempre igual de distraído".

Julian observaba la escena con una sonrisa divertida. -No has cambiado nada, ¿eh, Desmond? Donde vas, dejas corazones agitados.

Desmond le lanzó una mirada divertida. -Por favor, ni empieces.

Cristina se incorporó con los documentos ya ordenados en los brazos. -Tengo que volver al trabajo antes de que el jefe de contabilidad me mate -dijo, aunque su tono seguía alegre-. Pero me alegra tanto verte, Desmond.

-Igualmente, Cris -respondió él con calidez-. No desaparezcas tú también, ¿vale?

Ella asintió y, con una última sonrisa, se alejó por el pasillo, girándose una vez más antes de desaparecer tras una puerta.

Julian, con las manos en los bolsillos, lo miró con una sonrisa de medio lado. -Siempre me pregunté cómo hacías para dejar esa impresión en la gente.

-No hago nada, hermano -dijo Desmond riendo-. Solo soy yo.

-Exacto -replicó Julian-, y ese es el problema.

Ambos rieron mientras caminaban hacia la salida del estudio. El sonido de los pasillos resonaba bajo sus pasos, y el ambiente en Hellbet seguía vibrante, lleno de artistas, técnicos y asistentes corriendo de un lado a otro.

Apenas salieron del edificio, Julian sacó su teléfono y lo miró un instante. -Perfecto -dijo-, el auto ya está aquí.

Frente al edificio, un vehículo negro con ventanillas oscuras los esperaba. El chofer, un incubo de traje gris con cuernos pulidos, los saludó con un leve gesto de cabeza.

-Listo para el viaje al Anillo de la Lujuria, señores -dijo con voz grave.

Desmond arqueó una ceja. -¿Tan rápido? Ni tiempo de respirar me das, Julian.

-El infierno no espera, hermano -respondió Julian con una sonrisa confiada-. Además, Selene e Isabella ya están allá preparándose. Si llegamos tarde, nos van a arrancar la piel.

Desmond se echó a reír. -Sí, puedo imaginarlo. No quiero enfrentar la furia de Selene antes del show.

Ambos subieron al auto. Al cerrar las puertas, el sonido del motor se encendió suavemente, y el vehículo comenzó a avanzar por las carreteras infernales, alejándose del edificio de Hellbet Records.

Julian se acomodó en el asiento y miró a Desmond de reojo. -¿Listo para volver a la acción?

Desmond miró por la ventana, viendo cómo las luces rojizas del anillo parpadeaban sobre los muros de piedra. -Más que listo -dijo con una sonrisa que mezclaba nostalgia y emoción-. Es hora de volver a hacer historia.

Y con eso, el auto desapareció entre el humo y la bruma del camino, rumbo al Anillo de la Lujuria, donde los esperaban viejos recuerdos, nuevos desafíos... y un destino que aún tenía mucho que revelar.

El vehículo avanzaba por la carretera infernal como una serpiente metálica envuelta en neblina carmesí. Desde las ventanas, se veían los campos extendiéndose hasta perderse en el horizonte. El cielo ardía en tonos anaranjados y púrpuras, y el aire olía a azufre mezclado con flores secas. Desmond iba en el asiento trasero, con la cabeza recostada contra el vidrio, mientras Julian ocupaba el lugar del copiloto, con un cigarrillo entre los dedos y una expresión relajada. El conductor, no decía palabra alguna; solo mantenía la mirada fija en la ruta.

-Vaya viaje largo -murmuró Desmond, rompiendo el silencio, con un tono entre aburrido y curioso-. ¿Cuánto falta para llegar?

Julian miró por la ventana, exhalando un humo espeso que se disipó entre el aire ardiente. -Unas dos horas, más o menos... si no hay retrasos en la frontera del anillo.

Desmond ladeó la cabeza, intrigado. -¿Frontera? Pensé que entre anillos no había tanto control.

Julian sonrió, sin apartar la vista del paisaje. -Depende del anillo. En algunos es un caos, pero la Lujuria no se toma esas cosas a la ligera. Es uno de los lugares más ordenados del infierno, aunque nadie lo crea.

Desmond arqueó una ceja. -¿Ordenado? ¿El Anillo de la Lujuria? Vamos, pensé que eso era puro desenfreno.

Julian soltó una risa ronca. -Eso es lo que todos piensan. Pero en realidad, la Lujuria es... distinta. Es liberal, sí, pero controlada. Es como un paraíso que entendió que el placer sin límites termina en destrucción, así que aprendieron a equilibrarlo.

Desmond lo miró con interés. -¿Equilibrarlo cómo?

Julian se giró un poco hacia él, animado. -Mira, allá todo gira en torno al deseo, pero no al abuso del deseo. Los súcubos y los íncubos que viven en el anillo tienen reglas claras: consentimiento, respeto, armonía. Allá nadie te obliga a nada, nadie te usa. El placer es un arte, una forma de conexión. Lo estudian, lo perfeccionan. Tienen academias, templos, teatros... hasta clínicas donde ayudan a los demonios con adicciones o bloqueos emocionales.

Desmond lo escuchaba con atención, sorprendido. -Jamás lo hubiera imaginado.

-Nadie lo imagina -respondió Julian con una sonrisa leve-. Desde fuera parece el anillo más libertino, pero en realidad es uno de los más estructurados. Sus calles son limpias, llenas de luz, de música y aroma a incienso. Tienen una estética casi tan perfecta como la del Orgullo, pero con un toque más cálido, más humano.

-Y qué hay con eso que estás fumando -dijo Desmond, señalando el cigarrillo entre los dedos de su amigo-. No me digas que también viene de allá.

Julian soltó una risita. -Exacto. Esta es marihuana del Anillo de la Lujuria. Legal, pura, cultivada bajo control. No tiene los efectos dañinos de la humana o la que cultivan en el Avaricia. De hecho, allá se usa tanto de forma medicinal como recreativa.

Desmond arqueó una ceja, divertido. -¿Marihuana legal en el infierno? No me lo esperaba.

-Sí, hermano -respondió Julian con tono despreocupado-. Allá la planta es considerada casi sagrada. Dicen que ayuda a equilibrar la energía demoníaca, a controlar la ansiedad y hasta a

potenciar la creatividad. Los súcubos la usan en rituales, en meditación, en el arte, incluso en sesiones terapéuticas. Es como el vino del infierno, pero con un propósito más espiritual.

Desmond se echó hacia atrás, cruzando los brazos. -Parece que en ese anillo la gente vive mejor que en el resto.

Julian asintió lentamente. -De hecho, sí. Aunque parezca el más liberal, es uno de los más estables. No hay guerras, no hay hambruna, y los conflictos se resuelven hablando o... de formas más placenteras -añadió con una sonrisa traviesa.

Desmond soltó una carcajada. -No esperaba menos de ti, Julian.

Julian rió también, dándole una última calada antes de apagar el cigarrillo en un pequeño frasco. -Lo digo en serio. Muchos demonios de otros anillos van allá para sanar. Los que llegan rotos, con culpa o traumas, encuentran paz en ese lugar. La Lujuria, en su esencia, no es pecado... es conexión. Es el único anillo donde el placer y la calma pueden coexistir.

Desmond se quedó mirando por la ventana, pensativo, mientras las montañas infernales pasaban a lo lejos. -Suena como el único pedazo de cielo en medio del infierno.

Julian sonrió de medio lado. -Tal vez lo sea. Pero también es un espejo. Si llegas allá con caos, el anillo te lo devuelve amplificado. Solo los que entienden su propio deseo pueden disfrutarlo sin perderse.

El incubo al volante levantó una ceja sin apartar la vista del camino. -Y eso, muchachos, es lo que separa a los que sobreviven de los que se quedan.

Julian soltó una risa. -Escucha al sabio.

Desmond sonrió, mirando el horizonte teñido de rojo. El viaje continuó en silencio unos minutos, con el zumbido constante del motor y el olor dulzón de la planta llenando el aire. En medio del fuego y el humo, por primera vez, Desmond pensó que quizás el infierno tenía lugares donde realmente se podía respirar.

El viaje hasta el Anillo de la Lujuria fue largo, pero el paisaje infernal que los rodeaba era hipnótico. A medida que el auto avanzaba por las carreteras de piedra oscura, los tonos rojizos del cielo se transformaban en destellos azulados. Las montañas daban paso a torres esculpidas en cuarzo azul que relucían bajo la luz de las antorchas flotantes. El aire tenía un aroma dulce, mezclado con incienso y flores exóticas.

Desmond, mirando por la ventana, dejó escapar un silbido de asombro. -Wow... sigue siendo igual de impresionante que la última vez.

Julian sonrió, cruzando los brazos con satisfacción. -Te lo dije. El anillo de la Lujuria es el más liberal, pero también el más ordenado. Aquí todos viven a su manera, sin que eso signifique caos.

El conductor detiene el vehículo y dice: -Bienvenidos, señores. Hemos llegado al Palacio Lustaris.

Desmond miró hacia adelante y su expresión cambió a pura admiración. El palacio se erguía imponente ante ellos, una estructura inmensa de mármol azul con ventanales dorados que reflejaban las luces del anillo. Era incluso más grande que el Palacio Gluttora, sede del pecado de la Gula. A su alrededor, fuentes con agua brillante brotaban entre jardines cuidados al milímetro, y en el aire se percibía una calma sensual, casi mística.

-Increíble... -murmuró Desmond mientras bajaba del auto-. Nunca deja de sorprenderme.

En la entrada principal los esperaban Selene e Isabela, ambas vestidas con atuendos elegantes, preparados para el evento. Selene agitó la mano con una sonrisa amplia, mientras Isabela se cruzaba de brazos, fingiendo molestia aunque sus ojos brillaban de emoción.

-¡Por fin! -dijo Isabela mientras Julian se acercaba.

Julian, sonriendo, la tomó por la cintura y la besó con cariño. -¿Cuánto llevas esperándome?

-Cinco minutos -respondió ella, sonriendo con un tono que mezclaba burla y dulzura-. Pero si tardabas un poco más, iba a empezar el show sin ti.

Selene soltó una risita divertida y se giró hacia Desmond. -Qué gusto verte de nuevo, D. ¿Cómo te ha ido?

Desmond le devolvió la sonrisa. -Bien, la verdad. Ya sabes, adaptándome otra vez a todo esto. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido con la batería?

Selene cruzó los brazos con orgullo. -Muy bien. Ya puedo decir que soy una baterista nata. No como antes, que apenas podía seguirte el ritmo.

Desmond soltó una carcajada ligera. -Eso está genial. Me alegra que sigas creciendo.

Luego, bajando un poco la voz, preguntó: -¿Y Morgana? Hace tiempo que no sé nada de ella. Solo escuché que se separó de Dominion.

Selene bajó la mirada unos segundos, su sonrisa desvaneciéndose. -Desapareció. Hace diez años nadie sabe nada de ella. Algunos dicen que se fue al mundo humano, otros que... simplemente dejó de existir.

Desmond sintió un nudo en la garganta. Tragó saliva y murmuró: -Lamento escuchar eso.

Selene levantó la vista con una media sonrisa forzada. -No te preocupes. Morgana era fuerte. Si sigue viva, seguro está donde quiere estar. Pero bueno, basta de cosas tristes. -Le hizo un gesto para que la siguiera-. Lascivia los está esperando adentro.

-Perfecto -respondió Desmond, ajustándose la chaqueta-. Vamos a ver a la reina de este anillo.

Entraron al Palacio Lustaris, y la sensación fue inmediata: lujo, arte y deseo, pero todo con una elegancia casi celestial. Las paredes estaban adornadas con mosaicos de oro y obsidiana, y los pasillos desprendían un suave aroma a canela y mirra. A lo lejos, la música de cuerdas resonaba suavemente, como una melodía que flotaba en el aire.

Desde el segundo piso, una voz femenina se alzó con autoridad y dulzura.

-Vaya, vaya... -dijo Lascivia, descendiendo por las escaleras con pasos tan suaves que parecía flotar-. Qué placer tenerlos aquí, banda Gaia.

Desmond levantó la vista. Lascivia era una figura imposible de ignorar: alta, de piel nacarada y ojos color rojo que brillaban como fuego líquido. Su cabello rojo oscuro caía como una cascada sobre un vestido translúcido, decorado con gemas y seda infernal. Cada movimiento suyo desprendía gracia y poder.

Al llegar al último peldaño, su mirada se detuvo primero en Selene.

-Tú -dijo con voz melodiosa-. La baterista nata. He escuchado de ti, querida. El ritmo corre por tus venas como fuego.

Selene inclinó la cabeza, sonrojada. -Gracias, mi señora.

Lascivia sonrió y giró su atención hacia Isabela. -Y tú, la hermosa sabueso infernal. A pesar de los años, mantienes una figura capaz de enamorar al mismísimo Lucifer.

Isabela sonrió con cierto orgullo, su cola moviéndose lentamente detrás de ella. -Gracias, mi señora. Intento mantener el encanto natural de mi especie.

Luego, la mirada de la reina se posó sobre Julian. -El líder actual de Gaia. Heredero del sueño de quien tuvo que huir para salvar su vida y la de los suyos. Has sabido mantener viva la llama.

Julian asintió con respeto. -Solo intento honrar lo que empezamos juntos.

Finalmente, sus ojos se fijaron en Desmond. Por un momento, el ambiente pareció detenerse.

-Y tú... -susurró-. El Ludendorff que enfrentó a Indivia y vivió para contarlo. El que se atrevió a desafiar al destino mismo. Diez años en el mundo humano y vuelves intacto. Eso es digno de admiración.

Desmond asintió con una leve sonrisa. -Gracias, Lascivia. Es un honor volver aquí.

Ella lo observó más de cerca, entrecerrando los ojos, intrigada. -Eres idéntico a alguien... -dijo en voz baja-. Dime, ¿por casualidad eres DLL⛧?

Desmond frunció el ceño, sorprendido. -Sí, soy yo. Pero... ¿cómo sabes de ese nombre?

Lascivia esbozó una sonrisa traviesa. -Querido, eres famoso en este anillo. Tu música resuena por todas partes.

-¿Mi música? Pero... eso es del mundo humano -dijo Desmond, confundido.

-Así es -respondió ella-. Aquí, en la Lujuria, muchos de nuestros habitantes adoran la música del plano humano. Es un arte que nos conecta con emociones puras, sin máscaras. Y la tuya, la de DLL⛧, es de las más escuchadas.

Desmond parpadeó, incrédulo. -¿En serio? No pensé que llegara tan lejos.

-Pues lo hiciste -dijo Lascivia, con una sonrisa sincera-. Yo misma soy una gran fan. Tu voz... tiene algo que no se enseña. Algo que se siente.

Desmond, sorprendido y halagado, bajó la mirada con una leve risa. -Me honra escucharlo, de verdad.

Lascivia asintió, y luego su tono cambió, volviéndose más práctico. -Pero dejemos los halagos para después. Hoy es un día importante.

Desmond levantó la vista. -¿Por qué?

-Hoy celebramos el Día del Cannabis -anunció con orgullo-. Una tradición del anillo de la Lujuria. Aquí, el cannabis es sagrado: medicinal, recreativo, y símbolo de libertad. Cada año se celebra con arte, música y unión. Y este año, la banda elegida para el acto principal es Gaia.

Julian abrió los ojos, entusiasmado. -¿En serio? ¡Eso es increíble!

-Y con DLL⛧ en la formación -añadió Lascivia con una sonrisa que parecía brillar-, será un evento inolvidable.

Desmond asintió, sintiendo cómo una oleada de emoción lo invadía. -Entonces no perdamos tiempo.

-Eso me gusta -respondió ella, girándose con elegancia-. Tienen tres horas para prepararse. Que la música del deseo fluya esta noche.

Desmond, Julian, Selene e Isabela intercambiaron miradas decididas. Por primera vez en muchos años, la banda Gaia volvería a encender el infierno... con su fuego original.

El grupo se reunió en la gran sala de ensayo del Palacio Lustaris, un recinto cubierto de vitrales rojos y azules que filtraban la luz infernal en destellos que parecían danzar al ritmo de una música invisible. El aire estaba impregnado del olor a incienso dulce y a cuerdas metálicas recién afinadas.

Julian fue el primero en desempacar su instrumento. Con ese gesto ágil que lo caracterizaba, sacó su guitarra eléctrica de una funda negra con el logo de *Gaia* bordado en plata. Al tocar

las cuerdas, un sonido profundo resonó en la sala, como si el mismísimo infierno contuviera la respiración.

-Nada como volver a esto -dijo Julian con una sonrisa amplia, girándose hacia Desmond-. Se siente bien, ¿no?

Desmond asintió, ajustando su chaqueta mientras observaba cómo Isabela sacaba su bajo de un estuche adornado con runas y calcomanías de viejas giras. Ella pasó los dedos por las cuerdas y una vibración cálida llenó el aire.

-El sonido sigue igual de limpio -comentó, satisfecha-. No hay nada como el rugido del bajo en un escenario infernal.

Selene, sentada detrás de su batería, levantó las baquetas con una sonrisa confiada. -Y tampoco hay nada como el ritmo de una buena batería para darle alma al show. -Golpeó suavemente los platillos, haciendo que un eco metálico se mezclara con las notas del bajo y la guitarra.

Desmond sonrió ante la escena. Era como ver a su vieja familia reunida, la chispa que tanto había extrañado prendiendo otra vez. Pero entonces, al mirar los instrumentos frente a ellos, frunció el ceño.

-Un momento -dijo, cruzando los brazos-. Si vamos a tocar canciones de *Queen*, vamos a necesitar un pianista. No hay forma de hacer justicia a ese sonido sin uno.

Julian soltó una carcajada ligera, quitándole importancia. -Tranquilo, D. Eso ya está solucionado. -Le guiñó un ojo mientras se apoyaba en la guitarra-. Tenemos una pianista invitada. Una *Shark* muy especial.

Desmond arqueó una ceja, curioso. -¿Shark?

-Alguien que conoces bastante bien -respondió Julian con una sonrisa misteriosa, señalando hacia la puerta.

Desmond giró la cabeza justo cuando una figura cruzó el umbral. La luz de los vitrales se reflejó sobre su piel azul marina y su cabello largo, de un profundo tono morado, que caía en ondas suaves sobre su vestido negro. Sus ojos, también morados, brillaban con una calma etérea, su aleta trasera se movía con cada uno de sus movimientos.

-¿Danielle? -murmuró Desmond, con una mezcla de sorpresa y nostalgia.

La *Shark* sonrió, su mirada amable pero firme. -Así es, Desmond. He vuelto.

Desmond se levantó del asiento, aún incrédulo. -¿Tú eres la pianista? Pensé que solo tocabas el violín.

Danielle se encogió de hombros con una sonrisa tranquila. -Era lo único que sabía tocar cuando te fuiste. Pero en estos años... aprendí algo más. -Se acercó al gran piano de cola

negro que reposaba al centro del salón y pasó suavemente sus dedos por las teclas-. El piano me salvó en más de una forma.

Desmond la observó unos segundos, sonriendo con orgullo. -Vaya... no esperaba menos de ti. Siempre tuviste talento para todo.

Ella soltó una risa suave. -Y tú sigues igual de dramático. -Luego se sentó frente al piano y tocó una secuencia corta de notas, limpia y precisa-. ¿Qué te parece?

-Perfecto -respondió él, con los ojos brillando de emoción-. Tienes las manos de una diosa, Danielle.

Julian se acercó y aplaudió una vez. -Bueno, basta de cumplidos. Tenemos tres horas para ensayar y hacer historia.

Selene giró una baqueta entre los dedos. -¿Por dónde empezamos?

Julian desplegó una hoja con la lista de canciones. -Vamos a tocar algunas joyas: *Don't Stop Me Now*, *Somebody to Love*, *Another One Bites the Dust*... y cerraremos con *Bohemian Rhapsody*.

Desmond sonrió, casi incrédulo. -Wow, clásicos entre clásicos. Pero sí... eso lo podemos hacer.

Julian levantó la mano, con esa energía de líder que tanto lo caracterizaba. -Entonces, ¡a tocar, *Gaia*!

Y así empezó el ensayo.

Durante las siguientes horas, las paredes del palacio se llenaron de sonido. La batería de Selene marcaba un ritmo preciso, mientras el bajo de Isabela rugía con una fuerza casi animal. Danielle hacía vibrar el piano con pasión, sus dedos moviéndose con la misma gracia con la que un demonio enciende una flama. Julian dirigía la banda, y Desmond, con su voz poderosa, llenaba el espacio con energía pura.

En varios momentos, los sirvientes del palacio se asomaban discretamente, atraídos por la fuerza del sonido. Algunos se quedaban en los pasillos, hipnotizados por la voz de Desmond. Incluso Lascivia, desde su balcón, observó parte del ensayo con una sonrisa complacida.

-Así es como debe sonar el deseo -susurró para sí misma, antes de retirarse.

Pasadas las tres horas, el cielo del anillo comenzó a teñirse de tonos púrpuras y dorados. Afuera, la plaza principal del Anillo de la Lujuria hervía de emoción. Demonios de todas las razas se congregaban frente al escenario gigante erigido especialmente para el evento. Había sabuesos infernales, sharks, imps, envy, sloths, y decenas de súcubos e incubos. Luces flotantes giraban sobre el público mientras el aire se llenaba de una fragancia dulce, inconfundible: el humo sagrado del cannabis cultivado en el anillo.

Desde detrás del escenario, Desmond respiraba hondo. Podía sentir la adrenalina recorriendo cada fibra de su cuerpo.

-Listos -dijo Julian, afinando su guitarra una última vez.

Selene golpeó los platillos con una sonrisa. -Vamos a encender este anillo.

Isabela acomodó el bajo en su hombro. -Y que tiemble el infierno.

Danielle, frente al piano, los miró a todos. -Por los viejos tiempos.

Desmond cerró los ojos y asintió. -Por *Gaia*.

La cortina se abrió, revelando el escenario y el rugido ensordecedor del público. Una ola de luces carmesí los envolvió. Desmond tomó el micrófono, levantó la mano y saludó con una sonrisa que desató los gritos de miles de demonios.

-¡Infierno! -gritó con fuerza-. ¡Nosotros somos *Gaia*!

El público estalló.

El rugido del público era ensordecedor. Luces carmesí y doradas se cruzaban en el aire como relámpagos, reflejándose en los rostros de miles de demonios expectantes. Desmond tomó aire, mirando de reojo a Julian, que ya se preparaba con la guitarra en posición. Danielle, con los dedos sobre el piano, le devolvió una mirada segura, sus ojos violetas resplandeciendo bajo los reflectores.

-¿Listos para comenzar? -preguntó Julian con una sonrisa traviesa.
Selene giró sus baquetas entre los dedos, dejando escapar una risita. -Nací lista.
-Entonces... -Desmond levantó el micrófono, sonriendo con confianza-. ¡Que empiece la fiesta!

Las primeras notas de "Don't Stop Me Now" estallaron desde el piano de Danielle.
El público gritó, reconociendo el tema de inmediato. Los demonios levantaron los brazos, algunos lanzando chispas y destellos mágicos al aire, otros moviéndose al ritmo frenético que empezaba a llenar el lugar.

Tonight, I'm gonna have myself a real good time...
I feel alive... and the world, I'll turn it inside out, yeah...

Desmond cantaba con una energía contagiosa, su voz potente llenando cada rincón del palacio. Su expresión irradiaba felicidad pura, casi una euforia, mientras su cuerpo se movía con naturalidad sobre el escenario.
Julian, a su lado, atacaba las cuerdas con un estilo feroz, lanzando riffs precisos que hacían vibrar las columnas del Lustaris.

I'm floating around in ecstasy...
So don't stop me now...

Cuando el coro llegó, el público lo acompañó a gritos.
Miles de voces demoníacas, graves y agudas, resonaron al unísono:

Don't stop me now! I'm having such a good time! I'm having a ball!

Desmond se giró hacia ellos, levantando una mano. -¡Vamos, infierno, quiero escucharlos más fuerte! -gritó, y el rugido colectivo creció hasta estremecer el suelo.

Danielle tocaba con pasión, moviendo la cabeza al ritmo, sus dedos violetas deslizándose con precisión sobre las teclas. La luz reflejaba su cabello púrpura como una cascada brillante. Selene, detrás, golpeaba los tambores con fuerza medida, su ritmo perfectamente sincronizado con el bajo de Isabela, que se movía al compás, sonriendo mientras seguía la corriente del público.

If you wanna have a good time, just give me a call...
Don't stop me now...
'Cause I'm having a good time, I'm having a good time...

Julian se acercó al borde del escenario, levantando su guitarra. -¡A la cuenta de tres! -gritó, y el público lo siguió con palmas rítmicas, acompañando el solo que soltó con un sonido eléctrico, ardiente como fuego demoníaco.

El humo del cannabis sagrado flotaba entre las luces, y el ambiente se volvió casi hipnótico. Demonios de todas las razas cantaban, bailaban, reían, perdidos en la energía que Gaia desataba.
Desmond, jadeante pero feliz, se giró hacia sus compañeros, y vio en sus rostros el mismo brillo: esa chispa que alguna vez los había unido.

I'm a shooting star leaping through the sky
Like a tiger defying the laws of gravity...

El último verso resonó en un coro unísono, los cinco músicos entregados completamente al momento.
Cuando la canción terminó, un estruendo de aplausos y gritos llenó la plaza. Algunos demonios lanzaban rosas negras al escenario; otros agitaban banderas con el logo de Gaia. Desmond sonrió, sudando, con el pecho agitado. -¡Infierno, ustedes son fuego puro! -gritó entre risas.

Julian se acercó al micrófono, su voz vibrante aún entre los aplausos. -¡Y esto apenas comienza!

Danielle miró a Desmond y le guiñó un ojo, con una sonrisa tranquila. -Bienvenido de nuevo, líder.
Desmond asintió, respirando profundamente. -Es bueno estar en casa.

El rugido de la multitud seguía resonando incluso después de que la última nota de *Don't Stop Me Now* se desvaneciera. Las luces danzaban en destellos violetas y dorados sobre el escenario, mientras los miembros de Gaia tomaban aire y compartían miradas cómplices.

Julian soltó una carcajada ligera, apoyándose en su guitarra. -Demonios, eso fue una locura.
Selene golpeó suavemente un platillo y dijo riendo: -Y apenas vamos por la primera.
Desmond bebió un sorbo de agua, sudando, con una sonrisa que parecía no querer borrarse. -Esto... esto es lo que necesitaba -susurró, mirando al público que gritaba su nombre.

Danielle, sentada frente al piano, lo observó con una expresión tranquila, sus ojos violetas brillando bajo la luz infernal. -Entonces, ¿seguimos? -preguntó, su tono suave pero lleno de seguridad.
Desmond asintió, y caminó hasta el micrófono con una nueva calma, una que contrastaba con la euforia anterior. El público empezó a aplaudir rítmicamente, sintiendo que algo más emocional se aproximaba.

-Esta canción -dijo Desmond, su voz grave pero cálida- no trata de la fuerza o la gloria... sino de algo más simple. De ese deseo que todos tenemos de ser amados.
Hizo una pausa, mirando hacia la multitud que lo escuchaba en silencio absoluto.
-Damas y demonios del infierno... esto es *Somebody to Love*.

Danielle bajó la mirada y dejó caer sus dedos sobre el piano.
Un arpegio lento, profundo y melancólico llenó el aire.
El público reconoció la melodía al instante, y un murmullo de emoción recorrió la plaza.

Can anybody find me... somebody to love...?

La voz de Desmond salió pura, vibrante, cargada de sentimiento. Su timbre se mezclaba con el eco del piano, formando una atmósfera íntima en medio del bullicio infernal.
Julian acompañó con acordes suaves, mientras Isabela bajaba la intensidad del bajo, creando una base envolvente.
Selene, con baquetas ligeras, marcaba un compás delicado que parecía un latido.

Each morning I get up I die a little,
Can barely stand on my feet...

El público escuchaba, algunos moviendo lentamente la cabeza al ritmo, otros simplemente cerrando los ojos.
Desmond se inclinó un poco hacia el micrófono, su voz desgarrándose con cada palabra.

Take a look in the mirror and cry... Lord, what you're doing to me...

Danielle levantó la mirada, tocando con los ojos entrecerrados, completamente concentrada. Su cabello morado se agitaba levemente al ritmo de su propio balanceo. Había algo en su toque, algo humano, cálido, como si ella misma entendiera cada palabra.

Julian, con la guitarra colgando baja, miró a Desmond y le sonrió. -Tienes al infierno entero en la palma de la mano, hermano.
Desmond respiró hondo y respondió apenas con un gesto, dejando que la emoción hablara por él.

I work hard every day of my life,
I work till I ache my bones...
At the end of the day I take home my hard-earned pay all on my own...

El público comenzó a cantar junto a él. Una oleada de voces llenó el aire, creando un coro que retumbó entre las torres de cristal azul.
Selene golpeó con más fuerza, y Julian añadió un solo leve, haciendo vibrar las paredes del palacio.

I get down on my knees and I start to pray
Till the tears run down from my eyes...
Lord, somebody... oh somebody...
Can anybody find me... somebody to love?

Desmond alzó la voz, entregándose por completo al clímax de la canción. Su energía era visceral, sus gestos intensos; cada palabra parecía una súplica salida del fondo del alma.
Danielle subió la intensidad del piano, moviendo su cuerpo al compás, mientras las luces se volvían más cálidas, más doradas.
Los demonios en la multitud levantaban los brazos, algunos tomados de la mano, otros simplemente coreando con el pecho abierto.

Julian se acercó al micrófono, acompañando en los coros. -¡Vamos, infierno, con nosotros! -gritó.
El público respondió con un rugido atronador.

Somebody... to looooooove!

El último verso resonó como un trueno.
Las luces se apagaron un instante, dejando solo el sonido final del piano, que se desvaneció lentamente como una brisa cálida.

El silencio duró apenas unos segundos... antes de que el público explotara en aplausos, gritos y vítores.
Desmond bajó la cabeza, sonriendo con humildad, mientras el eco de la ovación lo envolvía.
Danielle se levantó del banco y le dedicó una mirada llena de orgullo.
-Esa -dijo ella, con una sonrisa tranquila- fue perfecta.

Desmond respiró profundo y respondió en voz baja, casi para sí mismo. -Fue real.

Julian levantó la guitarra, señalando a la multitud. -¡Gracias, infierno! ¡Y prepárense, porque esto apenas está empezando!

Selene dio un par de golpes suaves al bombo, marcando el final del tema.
Las luces cambiaron a un tono más intenso, anunciando que la siguiente canción ya se acercaba.

El estruendo de los aplausos seguía resonando cuando las luces del escenario se apagaron de golpe. Por unos segundos, el anillo entero quedó en penumbra, solo el rumor expectante del público llenaba el aire. Se podía oír el murmullo de miles de demonios impacientes, esperando la siguiente canción.

De pronto, una luz blanca iluminó el centro del escenario, revelando a Isabela con su bajo colgando al frente.
Ella alzó una ceja, sonriente, y acarició las cuerdas con un gesto felino. -¿Listos para algo más pesado? -preguntó con voz provocadora.

La multitud rugió en respuesta.
Isabela marcó el icónico riff de *"Another One Bites the Dust"*.
El bajo rugió, profundo y poderoso, retumbando por todo el palacio Lustaris.

Dum dum dum... tss
Another one bites the dust!

Selene se unió con la batería, un ritmo seco, constante, agresivo.
Las luces comenzaron a destellar en tonos rojos y negros, acompañando el pulso del tema.
Julian entró con la guitarra, soltando acordes afilados que cortaban el aire como cuchillas.

Desmond tomó el micrófono, su cuerpo moviéndose con la cadencia del ritmo. Su voz sonó más grave, más rasposa, llena de actitud.

Steve walks warily down the street
With the brim pulled way down low...

Los demonios empezaron a moverse al compás, el suelo vibraba por el peso de cientos de cuerpos saltando y moviéndose al ritmo del bajo.
El aire olía a incienso y humo de cannabis, mezclado con el calor de la multitud.

Danielle acompañaba desde el piano eléctrico, su toque era más oscuro, casi hipnótico, sosteniendo los acordes graves que daban profundidad a la canción. Sus ojos morados brillaban con cada destello de luz, y por momentos parecía disfrutarlo más que nadie.

Julian se acercó a Desmond durante el coro, cantando a su lado:

Another one bites the dust...
And another one gone, and another one gone...
Another one bites the dust!

Desmond golpeó el aire con el puño al ritmo del bajo. -¡Vamos, infierno! -gritó entre estrofas.
El público respondió con un rugido ensordecedor, coreando el estribillo con fuerza.

Varios demonios agitaban pancartas con el símbolo de Gaia, otros encendían bengalas que lanzaban chispas doradas al cielo del anillo.

Selene marcaba el compás con precisión militar, los golpes del bombo retumbaban como cañones.
-¡Vamos, Desmond, dales fuego! -gritó ella entre risas.

How do you think I'm going to get along
Without you, when you're gone?

Desmond se inclinó hacia el público, con una mirada intensa y una sonrisa peligrosa.
-El infierno no se detiene por nadie, ¡y Gaia tampoco! -rugió, y luego volvió a cantar, moviéndose con una energía desbordante.

Isabela se acercó al borde del escenario, su cola de sabueso se agitaba de emoción, marcando el ritmo como un metrónomo. Sus dedos se movían con precisión infernal sobre las cuerdas del bajo, arrancando un sonido grueso y lleno de vida.

Julian lanzó un solo eléctrico, corto pero incendiario. Las luces parpadearon, acompañando cada nota hasta que el sonido volvió a caer en el riff principal.

There are plenty of ways that you can hurt a man,
And bring him to the ground...

Desmond acompañó el último verso con gestos teatrales, simulando una pelea al ritmo de la batería. El público gritaba con cada pausa del bajo, completamente entregado.
Y cuando llegó el último coro, todos cantaron juntos, miles de voces al unísono:

Another one bites the dust!

El sonido fue tan fuerte que los vitrales del palacio vibraron.
Selene dio el golpe final en la batería y levantó las baquetas al aire.
Isabela terminó con un último acorde de bajo, que resonó como un rugido animal.

Por unos segundos, el silencio volvió a dominar... y luego vino la explosión de aplausos, gritos y ovaciones.

Julian levantó la guitarra, jadeando, y gritó al público con una sonrisa. -¡Eso fue Gaia en carne viva, demonios! ¡Así suena el anillo de la lujuria!

Danielle soltó una risa ligera, limpiándose el sudor de la frente. -Y pensar que esto era solo el principio del setlist...

Desmond giró hacia ella, sonriendo con complicidad. -Entonces esperemos que estén listos para lo que viene... porque ahora sí, vamos con *la joya de la noche*.

El público estalló en gritos. Sabían lo que significaba eso.
Julian se acercó al micrófono, sonriendo con emoción pura. -¡Preparen sus almas, infierno! ¡Porque lo que sigue... es *Bohemian Rhapsody*!

Las luces se apagaron otra vez.
El silencio fue absoluto.
Ni siquiera el viento se atrevía a moverse dentro del anillo.

Una sola luz azul descendió desde lo alto del Palacio Lustaris, bañando a Danielle, que se sentaba frente al gran piano negro.
Su cabello morado reflejaba los destellos como seda brillante, y sus ojos del mismo tono se alzaron hacia el público, llenos de una calma hipnótica.

Desmond, Julian, Selene e Isabela tomaron sus posiciones, el ambiente cargado de electricidad pura.
Entonces Danielle dejó caer los dedos sobre las teclas.

Is this the real life?

Is this just fantasy?

Su voz suave flotó en el aire, acompañada del sonido melancólico del piano.
La multitud, que antes rugía de emoción, ahora guardaba silencio absoluto, como si el infierno mismo contuviera la respiración.

Caught in a landslide,

No escape from reality...

Desmond entró con una voz profunda y quebrada, diferente a la energía anterior. Cada palabra sonaba llena de alma, de historia, de arrepentimiento.
Los demonios entre el público lo miraban fascinados; incluso Lascivia, desde su balcón, apoyó una mano en el barandal, su mirada suave y nostálgica.

Open your eyes,

Look up to the skies and see...

Julian y Isabela armonizaron con él, sus voces formando un coro etéreo.
El eco rebotaba en los vitrales, que parecían brillar desde dentro, como si el mismo anillo respondiera al poder de la música.

I'm just a poor boy, I need no sympathy,

Because I'm easy come, easy go,

Little high, little low...

El bajo y la batería se unieron suavemente. Selene mantenía un ritmo delicado, casi contenido, mientras Isabela marcaba con precisión el pulso del tema.
Danielle sonreía apenas, moviendo sus manos con una elegancia sobrenatural.

Any way the wind blows

Doesn't really matter to me... to me.

Un murmullo se extendió entre la multitud. Algunos demonios lloraban en silencio, conmovidos por la pureza de la interpretación.
Desmond cerró los ojos y dejó que la canción hablara por él, su voz sonaba tan humana, tan vulnerable, que incluso las Envy que observaban desde las alturas inclinaron la cabeza en respeto.

El siguiente fragmento llegó, suave como un suspiro:

Mama, just killed a man,

Put a gun against his head,

Pulled my trigger, now he's dead...

Las luces cambiaron a un tono rojizo tenue.
Desmond cantaba con un temblor apenas perceptible, como si cada verso le pesara en el alma.
Laura, que observaba desde el público, apretó las manos contra el pecho, reconociendo en su voz no solo la letra, sino su propio dolor.

Mama, life had just begun,

But now I've gone and thrown it all away...

Julian se acercó y colocó una mano sobre su hombro, acompañándolo en armonía.
La voz de Desmond se quebró en el siguiente verso, y la multitud sintió el golpe emocional como una ola.

Mama, ooh...

Didn't mean to make you cry...

If I'm not back again this time tomorrow...

Carry on, carry on,

As if nothing really matters.

Las luces se apagaron por completo durante unos segundos.
El silencio era tan profundo que se podía escuchar el eco lejano de las respiraciones.

Entonces, un solo de guitarra rompió el aire.
Julian lo ejecutaba con precisión celestial, mientras Selene incrementaba el ritmo con fuerza.
El tono cambió por completo: la calma se transformó en caos controlado.

I see a little silhouetto of a man,

Scaramouche, Scaramouche, will you do the Fandango?!

Luces de todos los colores comenzaron a girar alrededor del escenario.
El público gritaba cada línea con euforia, coreando junto a Desmond y el resto de Gaia.

Thunderbolt and lightning,

Very, very frightening me!

-¡Galileo! -gritó Julian al micrófono, con una sonrisa salvaje.
-¡Galileo! -respondió Danielle, divertida.
-¡Galileo Figaro! -añadió Isabela, riendo mientras tocaba.
El público completó el coro:
-*Magnificooo!*

La energía explotó.
Selene desató una tormenta de percusión, Danielle golpeó los acordes del piano con fuerza, y Desmond rugió la siguiente parte, su voz cargada de poder infernal.

So you think you can stone me and spit in my eye?
So you think you can love me and leave me to die?!

El escenario tembló con su grito. Las luces carmesí y violeta se mezclaron, bañando a la banda en una explosión de color.
El público saltaba, rugía, cantaba.
Gaia estaba en su punto máximo, y el infierno entero lo sabía.

Oh, baby,
Can't do this to me, baby!
Just gotta get out,
Just gotta get right outta here!

Julian lanzó un último solo abrasador, sus dedos se movían como fuego sobre las cuerdas.
Selene lo acompañaba con golpes frenéticos, mientras Isabela rugía con el bajo, su cuerpo moviéndose con la música.
Danielle se levantó del piano en el último acorde y tocó de pie, las manos ardiendo sobre las teclas.

Entonces llegó el final.
El silencio volvió a caer de golpe.
Desmond respiró profundo, tomó el micrófono y, con voz suave, cerró la canción:

Nothing really matters...
Anyone can see...
Nothing really matters...
Nothing really matters... to me.

El eco de esas últimas palabras se perdió en el aire.
Las luces del escenario se apagaron una a una, hasta que solo quedó un rayo dorado cayendo sobre Gaia.

La multitud explotó.
Miles de voces rugieron al unísono, gritando el nombre de la banda, coreando sus nombres, exigiendo otra canción.
Algunos demonios agitaban estandartes con el símbolo de Gaia, otros lloraban, y varios súcubos dejaban caer pétalos carmesí desde los balcones del palacio.

Julian alzó la guitarra y saludó con una sonrisa cansada pero llena de orgullo. -¡Gracias, Anillo de la Lujuria! ¡Esto fue Gaia!

Selene golpeó los platillos una última vez.
Danielle cerró el piano y miró a Desmond con una sonrisa serena.
Desmond, jadeando, levantó el micrófono al aire.

-No importa cuánto cambie el infierno -dijo, su voz temblando con emoción-. La música... siempre nos hará libres.

La multitud rugió una última vez, y el Palacio Lustaris tembló como si sus muros mismos aplaudieran.

Gaia había regresado.
Y el infierno volvió a cantar.

CAP 85

El Juicio De Los Poderosos

Habían pasado ya tres meses desde que Desmond y Laura llegaron al infierno.
Contra todo pronóstico, Laura se había adaptado sorprendentemente bien: las calles oscuras, las reglas estrictas, los demonios de todo tipo... nada de eso la intimidaba tanto como al principio. Con paciencia, Desmond había estado guiándola, ayudándola a entender cómo moverse, qué evitar y cómo mantenerse tranquila en un mundo donde la vida era muy distinta a la humana.

En ese tiempo, Scott también había cambiado. Aunque seguía manteniéndose distante con Desmond, había encontrado en Laura a alguien en quien confiar. A veces hablaban en la sala, otras veces en la cocina; él le contaba cosas que no compartiría con nadie más. Ella, poco a poco, se había convertido en un pequeño refugio para él.

Aquella tarde, Laura estaba sentada en el sofá, viendo con atención el noticiero "Global Infernus", donde presentaban reportes del Anillo de la Ira y las últimas actividades políticas en el Anillo del Orgullo. La casa estaba tranquila.
Demasiado tranquila.

Desmond no se encontraba allí; había salido temprano hacia Hellbet Records, ocupado con varios proyectos musicales.

De pronto—

Toc. Toc. Toc.

La puerta resonó con tres golpes secos, fuertes, como si quien llamaba no fuera alguien común. Laura levantó la mirada, sorprendida.

Desde piso de arriba, se escuchó un golpe de pasos rápidos.
Scott bajó corriendo, casi saltando los peldaños.

—¡Debe ser el paquete que pedí! —dijo entusiasmado, con la cola moviéndose de lado a lado.

Pero cuando abrió la puerta... su expresión cambió por completo.

Del otro lado no había un repartidor.

Había un sabueso infernal de porte imponente, alto, con el pelaje oscuro, perfectamente peinado hacia atrás. Vestía un traje negro impecable, corbata roja y gafas oscuras que brillaban con la luz rojiza del infierno.

Scott dejó de mover la cola. Su postura se tensó de inmediato.

—Eh... ¿Se-¿se le ofrece algo? —preguntó con precaución.

El sabueso inclinó ligeramente la cabeza.

—Buenas tardes —dijo con un tono grave, educado y firme—. Mi nombre es Doglan. Busco al señor Desmond Ludendorff y a su esposa, la señorita Laura.

Scott frunció el ceño.
El nombre del visitante sonaba demasiado oficial para su gusto.

—Desmond no está en casa —respondió, algo a la defensiva—. Si quiere dejarle un mensaje, puedo decirle que vino.

Doglan ajustó sus gafas oscuras; el gesto fue sutil, pero cargado de autoridad.

—Comprendo —respondió con calma—. Sin embargo, la presencia que más me interesa es la de la señorita Laura. ¿Se encuentra?

Laura escuchó su nombre desde el sofá. Se puso de pie lentamente y caminó hacia la entrada. Al ver al visitante, su expresión pasó de curiosidad a alerta.

—Soy yo —dijo, manteniendo la voz firme aunque su corazón latía rápido—. ¿Qué se le ofrece, señor Doglan?

Doglan inclinó la cabeza en señal de respeto.

—He venido a hablar con usted, señorita Laura. —Su tono era impecablemente formal—. Mi presencia aquí responde a que... ciertas influencias de gran peso en el infierno han sido informadas de su existencia como... —pausó, como buscando las palabras correctas— como *"un demonio vivo"*.

Laura parpadeó, confundida.

—¿Un demonio vivo? ¿A qué se refiere exactamente?

Doglan entrelazó las manos detrás de la espalda, manteniendo una postura completamente recta.

—Usted no entra en la categoría de pecadora —explicó—, pues no murió para llegar aquí. Y tampoco entra en ninguna de las razas demoníacas conocidas, dado que no nació en el infierno. Según nuestros registros, usted fue transformada mientras seguía con vida... lo que la convierte en un caso excepcional.

Scott abrió los ojos con sorpresa.

Laura respiró hondo.

—Ya lo sé —respondió—. Pero... ¿qué influencias quieren hablar conmigo? ¿Qué tan... importante es esto?

Doglan guardó silencio durante varios segundos. Su mandíbula se tensionó, como si no quisiera responder tan rápido.

Hasta que por fin habló.

—No son simples autoridades —dijo con voz profunda—.
Son los Eminentes.

La sala quedó en silencio absoluto.

Scott tragó saliva.
Laura sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Doglan continuó:

—Los Eminentes desean una reunión personal con usted, señorita Laura. Consideran su existencia... relevante. Y yo he sido enviado para escoltarla cuando usted esté lista.

La bruma del infierno se coló por la puerta abierta.
Laura entendió, sin que Doglan dijera más, que su vida —y la de Desmond— estaba a punto de cambiar para siempre.

Las palabras de Doglan —*"son los Eminentes"*— aún flotaban en el aire cuando el mundo de Laura pareció detenerse.
El latido en su pecho se hizo más lento, más pesado. Una sensación fría le recorrió la columna, y sin poder evitarlo, una imagen fugaz se formó en su mente.

Un flashback.

La escena regresó a ella con una claridad casi dolorosa.

El estudio privado de Desmond estaba iluminado por una luz cálida. El olor a incienso y a papel viejo llenaba el ambiente mientras él buscaba algo en un cajón lleno de álbumes y documentos.

—Un segundo... —gruñó suavemente, revolviendo un montón de carpetas—. ¡Ah! Aquí están.

Laura se sentó en un pequeño sofá rojo, abrazando un cojín mientras esperaba. Desmond se acercó con una carpeta gruesa, repleta de fotografías, recortes y notas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella, genuinamente curiosa.

—Un... resumen del infierno —respondió él con una sonrisa ladeada—. Como eres nueva en este mundo, quería que entendieras quién es quién. Es mejor saberlo antes de que algún idiota quiera imponerte jerarquía.

Laura rió nerviosa.

Desmond abrió la carpeta con cuidado. La primera página mostraba imágenes de varios demonios y criaturas de distintos anillos.

—Estos son los pecados capitales —explicó, señalando imágenes de entidades colosales y aterradoras—. Ya te hablé de algunos, pero aquí tienes las caras, por así decirlo.

Laura observó cada fotografía con asombro, aunque intentaba no mostrar demasiado miedo.

—¿Y estos? —preguntó, pasando a otra sección.

Desmond suspiró.

—Ellos son un tema aparte... —señaló una página donde había retratos más estilizados, figuras imponentes con vestiduras lujosas o presencias aplastantes—. Estos son los Eminentes.

—¿Eminentes? —repitió ella, inclinándose hacia adelante—. ¿Qué son exactamente?

Desmond se apoyó en el escritorio, cruzando los brazos con un gesto serio y meditativo.

—Son pecadores poderosos. Muy poderosos. Individuos que en vida... hicieron cosas grandes, terribles o increíblemente influyentes. Y aquí abajo... —pasó una mano por las fotos— se dedicaron a acumular poder, conocimiento y dominio sobre sus anillos o territorios.

Laura frunció el ceño.

—Pensé que los iconos eran los demonios más importantes.

Desmond negó con la cabeza.

—No exactamente. Los Iconos... se centran en la música. Son los mejores en su rama, los mejores cantantes, raperos, instrumentistas. Su poder radica en el talento, en su arte, en el impacto cultural.
Pero los Eminentes... —y aquí su voz bajó ligeramente— son otra liga. Ellos se enfocaron en hacerse fuertes. En tener influencia real. Poder político, territorial, infernal. Su propósito no es entretener, sino dominar.

Laura tragó saliva, asimilando la diferencia.

—¿Y qué pasaría si alguien... desafiara a un Eminente? —preguntó, casi en un susurro.

Desmond soltó una risa corta y amarga.

—Nada bueno.

Laura lo miró con temor sincero.

—¿Tan peligrosos son?

—Laura... —Desmond la miró fijo, serio, con ese tono que solo usaba cuando hablaba de cosas realmente graves—. A diferencia de muchos demonios que pueden dejar pasar insultos, derrotas o pequeñas ofensas... los Eminentes no perdonan. No son piadosos. No olvidan.
Si sienten que alguien los desafía, aunque sea por error... —chasqueó los dedos— buscarán venganza. Y te aseguro que la conseguirán, sin importar las consecuencias.

Ella sintió un escalofrío recorrerle los brazos.

—¿Y tú... tuviste algún problema con alguno de ellos?

Desmond negó.

—No. Me mantuve lejos. Pero sé lo que son capaces de hacer. Y créeme, no son el tipo de seres que quieres como enemigos.

Laura guardó silencio, observando las fotos, memorizando los rostros sin querer hacerlo. Había algo oscuro, despiadado y casi divino en ellos.

Fin del flashback.

La realidad volvió de golpe.

Doglan seguía frente a ella, imponente, esperando su respuesta.

Scott tragó saliva detrás de Laura, sin atreverse a moverse.

Laura sintió cómo su corazón latía con fuerza.
Los Eminentes.

No era cualquier visita.
No era cualquier interés.

Era algo que podía cambiar su destino... y también poner en riesgo a Desmond y a Scott si esto salía mal.

Respiró hondo.

—¿Los... Eminentes? —repitió, tratando de mantener la calma.

Doglan inclinó apenas la cabeza.

—Así es. Desean verla. Y consideran este asunto de extrema importancia.

La casa quedó en un silencio espeso.
Y por primera vez desde que llegó al infierno... Laura sintió auténtico miedo.

Laura tardó unos segundos en reaccionar. Sus dedos aún temblaban ligeramente cuando levantó la mirada hacia Doglan.

—Antes de ir a ningún lado... —dijo con voz tensa— quiero saber para qué me buscan exactamente.

Doglan respiró hondo, enderezando su porte elegante. Su traje oscuro parecía absorber la luz de la sala.

—Me temo que no puedo responder esa pregunta, señorita Laura. —Su tono era firme, pero educado—. Tengo estrictamente prohibido revelar información relacionada con la reunión. Si desea saberlo... deberá acompañarme.

El silencio se volvió espeso como humo.

Scott, que hasta ese momento se mantenía detrás de Laura, dio un paso al frente con las orejas agachadas y el ceño fruncido.

—¿Y si es una trampa? —espetó, con un gruñido contenido—. Ni siquiera sabemos quién eres... ni si realmente trabajas para esos Eminentes.

Doglan lo observó unos segundos por encima de las gafas oscuras. No parecía molesto; más bien, parecía analizarlo.

—Lo entiendo, joven —respondió con calma sorprendente—. La desconfianza es natural. Pero puedo asegurarle que esto no es una trampa.
Si lo desea, usted también puede acompañarnos. De hecho... —miró a Laura— si eso la hace sentir más segura, será lo mejor.

Scott tensó la mandíbula, moviendo la cola con inquietud.
Laura sintió su pecho apretarse. Sabía lo que significaba aceptar.

Significaba ponerse en riesgo.
Entrar a un lugar donde solo se reunían entidades capaces de borrar a un demonio del mapa con un chasquido.

Pero también sabía que si huía... eso podría empeorar las cosas.

Inspiró profundamente.

—Está bien —dijo al fin, tragando saliva—. Iré contigo... pero Scott viene conmigo.

Doglan inclinó la cabeza en un gesto de aprobación.

—Perfecto. En ese caso, por favor, síganme. El coche está afuera.

Laura miró a Scott. El sabueso le devolvió la mirada, preocupado.

—Si algo pasa —murmuró Scott en voz baja— yo te protejo.

Ella sonrió apenas, nerviosa.

—Gracias, Scott... pero no te pongas en peligro por mí.

—Muy tarde —refunfuñó él, pero sin perderla de vista.

La puerta principal se cerró detrás de ellos y la brisa infernal golpeó suavemente sus rostros. En el exterior, un auto negro —pulido, elegante y con vidrios tintados— esperaba estacionado frente a la casa.

Doglan abrió una de las puertas con la misma formalidad con la que un mayordomo abre la entrada a un castillo.

—Por favor —dijo—. Suban.

Laura dudó apenas un instante, pero finalmente entró. Scott se metió justo detrás, asegurándose de sentarse a su lado.

Doglan tomó el asiento del copiloto y, en cuanto cerró la puerta, el coche arrancó suavemente.

La casa comenzó a alejarse, cada vez más pequeña a través del vidrio empañado.

Laura apretó las manos sobre sus piernas, respirando profundo.

—¿A dónde vamos exactamente? —preguntó con un hilo de voz.

Doglan respondió sin voltear la mirada.

—A la Torre Imperial. Es un edificio privado donde los Eminentes se reúnen.

Scott tragó saliva; sus orejas se echaron hacia atrás.

—¿Y por qué... —dijo, con voz temblorosa— debería sentirse... afortunada de eso?

Doglan ajustó sus gafas con un gesto elegante.

—Porque muy pocos en el infierno tienen el derecho de hablar con ellos. La mayoría nunca verá a un Eminente en su vida... y quienes lo hacen, suelen ser convocados por motivos muy importantes.

Laura cerró los ojos un instante, respirando más rápido.

—No me siento afortunada —admitió, con la voz entrecortada—. Me siento... inquieta. No entiendo qué quieren de mí.

El auto seguía avanzando entre las calles del anillo de la Ira. Los edificios de metal negro parecían observarlos desde las alturas, mientras las luces rojizas iluminaban la carretera.

Doglan habló sin dureza, pero con firmeza.

—Comprendo su inquietud. Pero no se preocupe demasiado. A pesar de ser pecadores con enorme poder... los Eminentes son seres respetuosos. Mientras no se los provoque, no representan ningún peligro para usted.

Laura desvió la mirada hacia la ventana.

No lo creía.
No después de lo que Desmond le había contado.

—Claro... —susurró en voz baja, casi para sí misma.

Scott la miró, inquieto.

—Laura... si en algún momento quieres irte, dímelo. Yo te saco de ahí como sea.

Ella le dio una sonrisa débil.

—Gracias, Scott...

Tras casi media hora de viaje, el auto se detuvo suavemente.

Doglan bajó inmediatamente y rodeó el vehículo para abrir la puerta trasera. Con un gesto impecable, invitó a Laura y a Scott a descender.

—Hemos llegado —anunció.

Laura salió del coche... y se quedó helada.

Frente a ella se alzaba un edificio tan enorme que parecía tocar el techo mismo del infierno. Una torre gigantesca de piedra negra y cristal rojo, cubierta de símbolos ancestrales que brillaban con energía infernal.

La Torre Imperial.

Las ventanas parecían ojos vigilantes.
La estructura entera emanaba una presión que hacía que la piel se erizara.

Scott apretó los dientes, su cola rígida por el miedo.

—Wow... —susurró—. Este lugar... da miedo.

Laura tragó saliva.

—Sí... sí lo da.

Doglan se adelantó unos pasos y se detuvo frente a ellos.

—Bienvenidos —dijo, solemne—. Están a punto de ingresar al lugar más resguardado del anillo de la Ira.

Y al cruzar esas puertas... nada volvería a ser igual.

El sonido de los tacones de Laura y las pisadas suaves de Scott resonaron en el mármol oscuro del lobby mientras Doglan los guiaba a través del edificio. Cada paso parecía hundirse en un silencio solemne que devoraba cualquier eco.

Frente a ellos, un ascensor enorme de puertas metálicas se abrió con un susurro chillante. Las luces del interior titilaban como si reconocieran la presencia de alguien importante.

Doglan hizo un gesto con la mano.

—Adelante —indicó con la misma compostura impecable de siempre.

Laura dio un paso tembloroso dentro del ascensor. Scott entró detrás de ella, siempre pegado a su lado. Cuando Doglan presionó el botón del piso 20, las puertas se cerraron con un sonido seco.

Y entonces, el silencio.

El ascenso fue lento... demasiado lento.
Para Laura, cada número iluminado era como una cuenta regresiva hacia un juicio del que no podía escapar.

7...
8...
9...

El aire se volvió pesado, espeso. Scott respiró hondo, sus orejas plegadas hacia atrás, la cola inmóvil.
Doglan permanecía firme, sin mostrar ni un solo gesto fuera de lugar.

Laura tragó saliva.

—El ambiente aquí... se siente extraño —susurró.

Doglan respondió sin voltear.

—Es normal. Muy pocas personas llegan tan alto. La Torre Imperial tiene... presencia.

Scott soltó un gruñido ahogado. —Presión, dirás.

El ascensor continuó.

14...
15...
16...

Laura cerró los ojos, intentando controlar el temblor en sus manos.

Finalmente, el botón 20 se iluminó y un *ding* resonó en el ascensor.

Las puertas se abrieron... y ante ellos se extendió un pasillo largo, silencioso y solemne. Todo estaba cubierto de mármol negro brillante, decorado con filamentos carmesí que parecían moverse como venas vivas.

Al fondo, una gran puerta doble, enorme como la entrada a un templo. Frente a ella, dos guardias inmóviles:
Un shark con mandíbula afilada y ojos azules penetrantes.
Un imp bajo y musculoso, de piel roja y cuernos metálicos.

Ambos portaban armaduras oscuras y lanzas de metal celestial, grabadas con símbolos en fibra nórdica que emitían un brillo helado.

Laura sintió un escalofrío subiéndole por la espalda.

Si un edificio necesitaba armas de ese calibre...
significaba que al otro lado había *algo extremadamente peligroso*.

Doglan avanzó sin miedo. Cuando intentaron bloquearle el paso con las lanzas, él sacó de su traje una placa oscura con un símbolo grabado.

—Doglan, agente imperial —anunció—. Traigo a la demonio que mis amos solicitaron.

Los guardias bajaron lentamente las lanzas.
El shark observó a Laura con una mirada fría y calculadora.

—Pueden pasar —gruñó.

Laura sintió cómo el corazón le golpeó fuerte el pecho. Scott le tomó la mano sin pensarlo.

—Tranquila —murmuró—. Estoy contigo.

Ella asintió, aunque su respiración seguía acelerada.

Las puertas se abrieron.

Y lo que vieron dentro los dejó sin aliento.

La sala era inmensa, circular, con un techo que parecía perderse entre nubes rojas. En el centro, una mesa semicircular de obsidiana. Detrás de ella, sentados en tronos tallados con metales exclusivos del infierno...

Tres de los seis Eminentes.

Laura sintió sus rodillas flaquear.

M&M, Eminente de la Avaricia.
Antiguo ícono del rap, con cadenas doradas, un aura brillante y ojos dorados como monedas. Sonreía con un carisma intimidante.

Calyxion, Eminente de la Lujuria.
Dueño de las plantaciones de cannabis infernal, con un aire relajado pero imponente, de piel oscura y ojos verdes encendidos. Olía ligeramente a incienso dulce.

Y al centro...

Astaroth.

El pecador más fuerte del infierno.
El coleccionista de almas.

Su presencia era tan abrumadora que Laura sintió que el aire se hacía más denso solo con mirarlo. Su traje negro perfecto contrastaba con sus ojos azul profundo que parecían atravesar la mente.

Laura tembló.

Astaroth sonrió ligeramente.

—No tienes por qué temernos —dijo con una voz grave, suave, casi seductora—. Nadie aquí vino a juzgarte. Solo... queremos conocerte.

Scott tragó saliva.
Laura no podía hablar.

Astaroth dio un par de pasos hacia ella, moviéndose con la elegancia de un depredador que no necesita correr para cazar.

—Por favor —dijo—, siéntate.

Doglan puso suavemente una mano en su hombro, luego se retiró unos pasos.

Laura caminó hacia la silla frente a ellos. Cada paso retumbaba en su pecho.
Se sentó... rígida, con las manos apretadas sobre las piernas.

Astaroth se acomodó en su trono, cruzando una pierna sobre la otra.

—Te hemos convocado —comenzó con una calma desconcertante— porque queremos saber *qué* eres exactamente.

Los otros dos Eminentes la observaban con igual interés.

—Sabemos que vienes del mundo humano —intervino M&M, tocándose una cadena de oro—. Lo confirmamos hace semanas.

Laura parpadeó, sorprendida.

—¿Cómo... cómo saben eso?

Astaroth sonrió, como si la pregunta lo divirtiera.

—Tenemos nuestros métodos. Sabemos todo lo que ocurre en este mundo... y en algunos otros.

Ella tragó saliva y bajó la mirada.

—Sí... vengo del mundo humano.

—Entonces responde nuestra siguiente duda... —Calyxion se inclinó hacia adelante—.
¿Cómo llegaste desde allá... hasta el Averno... sin morir?

Laura sintió cómo la sangre se le heló.

No podía decir la verdad.
No podía mencionar rituales.
No podía revelar a Desmond.

Así que respiró profundamente... y mintió.

—Yo... estaba caminando por un bosque —comenzó, con la voz quebrándose un poco—. Había ido a acampar. De repente, encontré una vieja casa del árbol en medio del bosque. Subí... y dentro había un grimorio viejo.

Los Eminentes escuchaban sin interrumpirla.

—Cuando lo abrí... un portal se abrió... así, de la nada —sus dedos se entrelazaron nerviosos—. Me absorbió.
Y cuando desperté... ya no era humana.
Mi cuerpo... cambió.
Y aparecí aquí.

Silencio.

Pesado.
Cargado.
Aplastante.

Astaroth entrecerró los ojos.
La observó... no como quien escucha... sino como quien *evalúa*.

La tensión en la sala se volvió tan fuerte que Scott se pegó más a ella, gruñendo apenas.

Finalmente...

Astaroth sonrió.

—Interesante.

Los otros eminentes intercambiaron miradas.

La reunión apenas comenzaba.
Pero el destino de Laura... ya estaba en juego.

Astaroth se levantó de su trono con un movimiento tan suave que apenas hizo ruido. Pero cuando apoyó la mano sobre la mesa de obsidiana, la golpeó con una fuerza seca que resonó por toda la sala.

El eco se expandió como si la habitación respirara con él.

—No mientas. —Su voz salió profunda, grave, casi filosófica—. Las mentiras... pequeña Laura... no son más que grietas en el tejido de la verdad. Y yo... siempre encuentro las grietas.

Laura se quedó paralizada. Su piel perdió color.

Astaroth inclinó la cabeza, con una expresión de falsa curiosidad.

—Tú no viniste sola. Tú viniste con Desmond Lüdendorff.

Laura sintió que el corazón se le apretaba dentro del pecho.

—¿C... cómo sabe eso? —logró decir, con la voz casi inaudible.

Calyxion se rió apenas, con un tono relajado, como quien comenta una travesura.

—Porque sabemos que ese tipo escapó. Tu novio tenía un precio de setenta millones de oriones por su cabeza, ¿recuerdas? —apoyó el codo sobre la mesa y sonrió—. Escapó al mundo humano... y mira tú, vuelve justo cuando la recompensa se anula. Conveniente, ¿no?

M&M, con voz neutra, intervino finalmente:

—Y sabemos que no regresó solo. Es obvio que vino contigo. No seas ingenua.

Astaroth avanzó hacia ella. Cada paso parecía pesar toneladas.

—Ahora dime, Laura... —su tono se volvió más bajo, más venenoso—. ¿Cómo te convertiste en demonio? ¿Cuál fue el origen real de tu transformación? ¿Qué pacto, qué poder, qué ritual... permitió lo imposible?

Laura apretó los dientes.

—No tengo que decirle nada —fue lo único que logró responder—. Usted no es mi dueño.

Se levantó bruscamente de la silla. Sus manos temblaban. Dio un paso hacia la salida.

Y en ese mismo instante...

Las luces se apagaron.

Todo quedó en un negro absoluto.
Scott soltó un gemido ahogado.
Los Eminentes guardaron silencio.
Un segundo, dos... tres...

Entonces, la luz volvió.

Y Astaroth estaba justo frente a ella.

Su figura parecía más grande, más oscura que antes, como si hubiera tomado control del espacio.
Antes de que Laura pudiera reaccionar, él extendió una mano y la tomó del cuello, levantándola del suelo con una sola mano, como si no pesara nada.

Laura jadeó, intentando tomar aire.
Sus pies se agitaban sin tocar el piso.

M&M habló desde atrás, con su tono neutro pero cortante:

—¿Y qué hay del bastardo de Desmond?

Laura no respondió. Intentaba respirar, arañando la mano que la sostenía.

Astaroth apretó más, elevándola un poco más en el aire.

—Responderás —murmuró con calma oscura—. Repitiré la pregunta de M&M: ¿qué hay... del bastardo de Desmond?

Laura, con la desesperación ardiendo en sus ojos, reunió fuerzas y escupió en su cara.

El silencio fue brutal.

Calyxion alzó una ceja, sorprendido.
M&M abrió los ojos apenas.
Astaroth... no movió un músculo.

Hasta que vio algo en el dedo de Laura.

Un anillo.

Su anillo de compromiso.

Astaroth bajó la mirada, lo observó detenidamente... y luego rio por lo bajo, con una risa que parecía salir de una tumba.

—Ah... ya veo. —Su tono adquirió una burla filosofal, casi poética—. Entonces tú eres... el reemplazo de la lobita inválida.

Laura abrió los ojos, sin entender.

—¿De... qué habla?

Astaroth ladeó la cabeza, como quien explica algo trivial.

—Conozco cada fragmento de la historia de Desmond. Lo he investigado desde que tuvo la osadía de enfrentarse a M&M en el Anillo del Orgullo. —Su mirada se volvió más oscura—. Él tenía una esposa. Una sabueso. Que murió... a manos del cazarecompensas más buscado del infierno.

Lo dijo con un tono burlón, casi disfrutando del dolor que evocaba.

Laura sintió una punzada en el pecho. Quiso gritar, pero apenas salía aire.

Astaroth la observó un segundo más... y luego la soltó.

Laura cayó al suelo de rodillas, tosiendo, con lágrimas involuntarias por la falta de aire. Scott corrió hacia ella, pero los guardias lo detuvieron.

Ella levantó la mirada temblorosa.

—No soy ningún reemplazo —dijo con la voz quebrada pero firme—. Si Desmond dejó ir a Skyler... fue porque la amaba. Porque amar también es dejar ir.

Astaroth repitió sus palabras, pero con un tono completamente sarcástico:

—*"Amar también es dejar ir."* —soltó una carcajada baja, cruel—. Tonterías. Poesía barata. Frases que se dicen para sentir un propósito donde no lo hay.

Se inclinó hacia ella con desprecio.

—Desmond no es más que un don nadie que se volvió popular por cantarle a una sociedad rota. Un fracasado vestido de artista...

Pero antes de terminar la frase...

Laura lo golpeó.

Un puñetazo directo al rostro de Astaroth.

Los Eminentes abrieron los ojos, sorprendidos.
El cuarto se congeló.

Laura, sin pensarlo, se levantó y salió corriendo, dejando atrás la mesa, los tronos, el miedo, todo.

Los guardias dieron un paso para perseguirla, pero Astaroth levantó una mano.

—Déjenla ir —ordenó, limpiándose el rostro sin ninguna prisa—. Ya encontrará su camino de regreso.

Calyxion sonrió de lado.

—Vaya carácter tiene la chica, ¿eh?

M&M chasqueó la lengua.

Astaroth siguió mirando la puerta por donde Laura había escapado.

—Y cuando ya no tenga nada... —dijo con una calma que helaba la sangre— vendrá a mis pies.
Vendrá quebrada.
Vendrá pidiendo clemencia.

Sus ojos brillaron con un fuego oscuro.

—Y solo se la daré cuando confiese su secreto.
Lo sabré... cueste lo que cueste.

CAP 86

Llegado al Paraíso

El día en el Cielo transcurría con la misma armonía de siempre.

La luz, suave pero omnipresente, entraba por los altos vitrales de la catedral y se deslizaba como agua dorada sobre el mármol del suelo. No proyectaba sombras duras; en el Cielo, incluso la oscuridad parecía saber dónde detenerse. El silencio no era vacío, sino lleno: un murmullo lejano de alas, pasos contenidos y voces que nunca se alzaban más de lo necesario.

Sentada tras su escritorio, Seraphiel revisaba una serie de documentos etéreos. No eran pergaminos comunes: las palabras flotaban levemente sobre la superficie, escritas con una luz tenue que respondía a su mirada. Con un gesto de sus dedos largos y firmes, hizo avanzar una línea de texto y luego la selló con un símbolo que se desvaneció al instante.

Su postura era recta, impecable. Medía por lo menos tres metros de altura incluso sentada, y aun así no había rigidez en ella, solo una autoridad serena, antigua, imposible de fingir.

Entonces ocurrió.

Toc. Toc.

El sonido fue suave, casi tímido, pero en un lugar donde nada sucedía por error, bastó para llamar su atención.

Seraphiel alzó la mirada lentamente.

—...Curioso —murmuró para sí.

Dejó los documentos suspendidos en el aire y se levantó. El movimiento fue lento, deliberado, como si cada paso suyo marcara el ritmo mismo del lugar. Caminó hasta la puerta de su oficina, una estructura alta, blanca, adornada con símbolos que representaban virtudes y pactos antiguos.

Apoyó la mano sobre el marco.

—Adelante —dijo, con una voz profunda pero suave, que no necesitaba alzarse para ser escuchada.

La puerta se abrió con cautela.

Del otro lado se encontraba una figura pequeña en comparación con ella... pero no frágil.

Era un elegido recién llegado.

Vestía una túnica clara, simple, sin adornos ni marcas de rango. El tejido parecía nuevo, casi recién creado, y colgaba sobre su cuerpo con cierta incomodidad, como si no estuviera acostumbrado a algo tan ligero.

Su postura, en cambio, no era la de un recién llegado cualquiera.

Hombros firmes.

Espalda recta.

El peso del cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, como si estuviera listo para reaccionar.

Levantó la vista lentamente... y tuvo que levantarla mucho.

Sus ojos no se quedaron en Seraphiel.

Recorrieron la puerta.

El marco.

Las esquinas.

El techo.

Midiendo.

Evaluando.

Seraphiel lo observó en silencio durante un par de segundos.

Sin embargo, en sus ojos no había dureza alguna.

—Hola —dijo finalmente, inclinando apenas la cabeza—. ¿Puedo saber qué haces aquí?

El hombre no respondió de inmediato.

Tragó saliva, pero no por nervios... sino como quien se obliga a hablar con claridad.

—No lo sé.

Su voz era grave, contenida. No temblaba, pero tampoco estaba en calma.

Seraphiel arqueó una ceja con leve curiosidad.

—No lo sabes.

—No —repitió—. No sé dónde estoy. No sé cómo llegué aquí.

Hizo una breve pausa.

—Estaba caminando.

Sus ojos se entrecerraron levemente, como si tratara de recordar bajo presión.

—Todo era blanco... demasiado blanco. Sin relieve.

Miró a su alrededor otra vez.

—Luego aparecieron estructuras... —frunció el ceño—. Edificios.

Se quedó en silencio un segundo más.

—Pero no como los que conozco.

Seraphiel no lo interrumpió.

—Demasiado intactos —continuó—. Sin daños. Sin humo.

Su mandíbula se tensó apenas.

—Sin ruido.

Silencio.

—Después escuché voces... —añadió—. Y terminé aquí. Pensé que... —miró la puerta— que debía tocar.

Seraphiel lo observó con más atención ahora. No evaluaba su valor ni su destino; simplemente lo veía.

Notó la forma en que mantenía las manos controladas... pero listas.

La respiración medida.

Y esa tensión constante que no abandonaba su cuerpo.

—Estás en el Cielo —dijo ella con calma—. Y por tu vestimenta, acabas de llegar.

El hombre frunció el ceño.

—¿El... Cielo? —repitió—. ¿Como el de Dios?

No había ironía en su voz. Solo una necesidad directa de confirmar.

—Sí —respondió ella—. Ese mismo.

El silencio se volvió más denso.

El hombre bajó la mirada un instante.

—Entonces... estoy muerto.

No fue una pregunta.

Seraphiel dio un paso al frente.

—Tu vida mortal ha concluido —dijo con cuidado—. Pero no has dejado de existir. Solo has cambiado de estado.

El hombre exhaló por la nariz.

Corto.

Controlado.

—No recuerdo el momento exacto —dijo—.

Pausa.

Sus dedos se cerraron lentamente.

—Solo... el sonido.

Silencio.

—Artillería.

La palabra cayó pesada.

Seraphiel no reaccionó de forma visible.

—Eso es normal —respondió—. Algunos recuerdan el final. Otros, solo el tránsito.

Él asintió apenas.

Como si eso encajara demasiado bien.

—¿Y tú... quién eres?

—Mi nombre es Seraphiel —dijo ella—. Soy una de las encargadas de esta sección del Cielo.

El hombre la observó unos segundos más de lo normal.

Midiéndola.

No físicamente.

Algo más profundo.

—Un ángel —concluyó.

—Sí.

Él soltó un leve suspiro.

—Esperaba algo... distinto.

—¿Cómo?

—Más... distante.

Pausa.

—O más... severo.

Seraphiel inclinó la cabeza.

—Algunos lo son. Otros, no.

El hombre asintió.

No sonrió.

Pero la tensión en sus hombros bajó apenas un grado.

Seraphiel extendió la mano.

—Ven —dijo—. Estás desorientado. Es comprensible. Te mostraré esta parte del Cielo.

El hombre miró su mano un segundo más de lo necesario.

Como si evaluara el gesto.

Luego la tomó.

Firme.

Cuando sus manos se tocaron, una sensación cálida lo recorrió. No lo relajó por completo... pero redujo el ruido.

Lo suficiente.

—Gracias —dijo.

Seraphiel asintió.

Ambos salieron de la oficina y atravesaron los grandes pasillos de la catedral. Las puertas se abrían a su paso, y la luz parecía seguirlos con curiosidad. Al cruzar el umbral principal, el hombre se detuvo.

Observó.

Columnas.

Alturas.

Distancias.

Espacios abiertos.

Demasiado abiertos.

Ante ellos se extendía la zona central del Cielo.

Columnas inmensas se alzaban hacia un cielo sin sol visible, pero eternamente iluminado. Puentes flotantes conectaban terrazas donde ángeles caminaban, conversaban o simplemente observaban el horizonte. Jardines suspendidos brillaban con colores imposibles, y el aire estaba lleno de una música suave que no provenía de ningún lugar específico.

—Es... —dijo finalmente— amplio.

No dijo "hermoso".

—Lo sé —respondió Seraphiel—. Tómate tu tiempo.

Comenzaron a caminar.

—¿Todos aquí son ángeles? —preguntó él.

—No —respondió ella—. Hay elegidos como tú. Hay guardianes, mensajeros, escribas.

—Entiendo.

Pausa.

—¿Y yo?

—Con el tiempo.

El hombre asintió.

—¿Tiempo...? —murmuró—. Aquí eso no significa mucho, supongo.

Seraphiel sonrió levemente.

—No como lo recuerdas.

Él guardó silencio unos segundos.

—¿Dios está aquí?

—Está en todo el Cielo.

El hombre no respondió de inmediato.

—Bien —dijo al final.

Caminar junto a Seraphiel era desconcertante.

No solo por su tamaño, sino por cómo todo reaccionaba a su presencia. Ángeles se apartaban con respeto medido.

El hombre lo notó.

Por supuesto que lo notó.

Después de avanzar, llegaron a una terraza con una cafetería abierta.

El aroma a pan recién horneado llenaba el aire.

El hombre se detuvo antes de entrar.

Miró el lugar.

Demasiado abierto.

Sin cobertura.

Sin puntos de resguardo.

Sus dedos se tensaron apenas.

Pero no retrocedió.

—Puedo adaptarme —murmuró para sí.

Y avanzó.

El hombre se detuvo.

—¿Aquí también hay... cafeterías?

—Hay espacios de descanso —aclaró Seraphiel—. Lugares donde las almas pueden conservar ciertos hábitos. Comer no es una necesidad aquí... pero a veces ayuda.

Él observó el lugar un momento más antes de responder.

—Sí... —murmuró—. Creo que sí tengo hambre.

—Lo imaginé —respondió ella—. Vamos a sentarnos.

Tomaron una mesa en el exterior, desde donde se veía el horizonte infinito del Cielo. La luz era constante, pero nunca cegadora.

El hombre eligió su asiento con una leve pausa, como si evaluara el espacio antes de acomodarse. Finalmente se sentó, de espaldas a una columna.

Seraphiel lo notó.

No dijo nada.

Una joven se acercó a atenderlos. Tenía alas más pequeñas y una expresión cálida, casi cómplice.

—Seraphiel —saludó con una sonrisa—. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

El hombre alzó una ceja, curioso.

La chica dirigió entonces su atención hacia él.

—¿Y tú? ¿Qué te traigo?

Él dudó apenas.

—Café... —respondió—. Y pan. Algo simple.

—Perfecto —dijo ella, anotando en una libreta luminosa—. Enseguida vuelvo.

Cuando se alejó, el hombre miró a Seraphiel.

—Parece que se conocen bien.

—Desde hace siglos —contestó ella con serenidad.

Él exhaló por la nariz.

—Siglos... —repitió—. Aún suena extraño.

Hubo un breve silencio.

—No se parece a lo que imaginaba —dijo finalmente.

—¿Qué imaginabas?

—Algo más... quieto.

Pausa.

—Esto parece una ciudad.

—En cierto modo lo es —respondió Seraphiel—. Una que nunca se detiene.

Él asintió lentamente.

Luego frunció levemente el ceño.

—Aunque... —murmuró— tampoco se parece a mi época.

Seraphiel lo miró con interés.

—¿Tu época?

El hombre levantó la vista.

—Sí... —dijo—. Esto es demasiado... avanzado.

Miró a su alrededor otra vez.

—Las estructuras... los materiales... —negó con la cabeza—. No es 1918.

El silencio se tensó.

—¿1918? —repitió Seraphiel.

—Sí —respondió él, con naturalidad—. La guerra estaba por terminar.

Pausa.

—¿No es así?

Seraphiel lo observó unos segundos más de lo normal.

No había sorpresa exagerada en su rostro.

Pero sí... comprensión.

—No —dijo finalmente—. No es 1918.

El hombre frunció el ceño.

—Entonces... ¿qué año es?

Seraphiel apoyó la taza con suavidad antes de responder.

—En el Cielo... estamos en el año 2040.

Silencio.

—Y en el mundo humano —añadió—, el 2035.

El hombre no reaccionó de inmediato.

Parpadeó una vez.

Luego otra.

—...No.

No fue una negación fuerte.

Fue... automática.

—Eso no tiene sentido —murmuró.

Seraphiel no lo interrumpió.

—Yo... —El hombre negó con la cabeza—. No pasó tanto tiempo.

Su respiración cambió apenas.

—Fue... hace poco.

Pausa.

—Yo estaba ahí.

Sus dedos se tensaron sobre la mesa.

—En Francia.

Silencio.

Seraphiel lo sostuvo con la mirada.

—Oye... —dijo con calma—. Han pasado más de cien años desde entonces.

La frase cayó con peso.

Pesado.

Demasiado.

El hombre se quedó completamente quieto.

—...¿Más de cien años? —repitió, casi en un susurro.

Ningún temblor.

Pero tampoco aceptación.

—Sí.

Silencio.

El sonido del lugar volvió poco a poco.

Pero para él...

Todo se había detenido.

—Entonces... —murmuró—. ¿Esperé más de cien años para llegar aquí?

No miraba a Seraphiel.

Miraba la mesa.

Como si intentara encontrar lógica en algo que no la tenía.

Seraphiel respondió sin rodeos.

—Sí.

Pausa.

—No todos los elegidos llegan inmediatamente.

El hombre dejó escapar una exhalación lenta.

Más larga de lo normal.

—...Entiendo.

Pero no lo entendía.

No del todo.

Tomó la taza.

Bebió.

Más por inercia que por gusto.

—Eso explica... —murmuró— por qué todo se siente tan... fuera de lugar.

Seraphiel inclinó ligeramente la cabeza.

—Es normal. Tu referencia sigue anclada a tu tiempo.

El hombre asintió levemente.

—Sí... —dijo—. Supongo que sí.

Pausa.

Luego añadió, casi para sí mismo:

—Más de cien años...

El café ya no sabía igual.

El silencio entre ambos se volvió más profundo.

No incómodo.

Pero sí... más real.

Seraphiel lo observó con atención.

Ahora entendía mejor la tensión en él.

No era solo guerra.

Era desubicación absoluta.

Tiempo perdido.

Historia rota.

—¿cómo moriste?

Él tardó en responder.

Pero esta vez...

No lo evitó.

—Recuerdo avanzar —dijo—. Barro. Órdenes.

Pausa.

Su mano se movió levemente hacia su abdomen.

—Y a alguien... demasiado cerca.

Silencio.

—No fue un disparo.

Sus dedos se cerraron.

—Fue una bayoneta.

Seraphiel no apartó la mirada.

—¿Te atravesaron?

El hombre asintió.

—Sí.

Pausa.

—Y después... nada.

El murmullo del lugar regresó lentamente.

Pero ahora...

había algo distinto en él.

No solo era un hombre fuera de lugar.

Era un hombre...

fuera de su tiempo.

Terminaron de comer mientras el murmullo del lugar los envolvía con suavidad.

Seraphiel dejó algunas monedas de luz sobre la mesa y se levantó.

—Regresemos a la catedral.

Caminaron de vuelta entre columnas y puentes suspendidos.

—Algunos elegidos pueden quedarse en la catedral durante un mes —explicó ella—. Es un período de adaptación.

—¿Y después?

—Deberán encontrar una labor. Algo que desempeñar para sostenerse.

—¿Y si quiero quedarme más tiempo?

—Puedes hacerlo —respondió ella—, pero deberás pagar una cuota mensual y cumplir ciertas normas.

—¿Normas estrictas?

—Justas.

Él asintió.

—Me parece razonable.

Las grandes puertas de la catedral se alzaban frente a ellos.

Seraphiel lo observó por un instante antes de hablar.

—¿Y cómo te llamas?.

El hombre la miró.

—Miller.

Seraphiel lo mira y sonríe un poco.

—Bienvenido oficialmente. Miller.

Y por primera vez desde su llegada, el recién llegado sintió que quizá no estaba tan perdido como creía.

Las puertas monumentales de la catedral se abrieron ante ellos con un murmullo grave, como si la propia estructura respirara al reconocer a Seraphiel.

El interior estaba más activo que cuando salieron. Ángeles menores cruzaban los pasillos con rollos de luz entre las manos. Coros lejanos ensayaban armonías que vibraban en el mármol. Todo parecía seguir un orden preciso.

O al menos, eso parecía.

Apenas habían avanzado unos pasos cuando una figura descendió casi corriendo por la escalinata central.

—¡Seraphiel!

La voz era aguda, alterada.

Una serafín menor de alas blancas y rostro juvenil se acercó con evidente prisa. Sus cabellos claros flotaban ligeramente detrás de ella, como si el aire mismo no supiera cómo contener su agitación.

Seraphiel frunció apenas el ceño.

—Althea —dijo con calma—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan alterada?

Althea se detuvo frente a ella, respirando con rapidez impropia del Cielo.

—Es importante.

—Lo imagino —respondió Seraphiel—. Habla.

La joven miró de reojo al recién llegado, luego volvió a fijar la vista en su superior.

—Se trata de un luminarca.

El término quedó suspendido en el aire.

Seraphiel ladeó la cabeza con leve curiosidad.

—¿Un luminarca? ¿Y eso te inquieta de esta forma?

Althea dudó un instante.

—No es cualquier luminarca.

El silencio alrededor comenzó a tensarse.

—Explícate —ordenó Seraphiel, sin elevar la voz.

Althea tragó saliva.

—Es... un pecador.

Miller frunció el ceño, intentando comprender.

Seraphiel no reaccionó de inmediato.

—Continúa —dijo.

—Un pecador que ha ascendido al Cielo —susurró Althea—. Por medios desconocidos.

La quietud que siguió fue distinta a cualquier otra.

Los ojos dorados de Seraphiel se abrieron apenas, pero lo suficiente para que su expresión cambiara.

—Eso es imposible —dijo con serenidad contenida.

—Lo sé —respondió Althea—. Pero fue visto cruzando el umbral de la zona oriental. Los registros no muestran autorización. No hay tránsito aprobado. No hay intervención directa documentada.

Miller miraba de una a otra, confundido.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

Seraphiel no respondió de inmediato. Su mente ya trabajaba con rapidez.

Un pecador no podía ascender. Las fronteras entre el Cielo y el Infierno estaban selladas bajo leyes antiguas. Los luminarcas eran entidades de transición, custodios de rutas, nunca pecadores redimidos por error.

—¿Están seguros? —preguntó finalmente.

—Tres testigos —dijo Althea—. Y una distorsión registrada en el límite.

Seraphiel inhaló profundamente.

—Busquen a esa entidad de inmediato —ordenó—. Cierren las puertas secundarias. Que ningún tránsito no autorizado cruce las terrazas.

Althea asintió con firmeza.

—Sí, Seraphiel.

—Y convoca una reunión con los miembros de la Corte.

La joven abrió los ojos con sorpresa.

—¿A todos?

—A todos.

Seraphiel dio un paso al frente, su presencia ahora más severa.

—Y llamen al arcángel Azrael.

El nombre cayó como un peso invisible.

—¿A Azrael? —repitió Althea.

—Él es el encargado de custodiar los límites entre el Cielo y el Infierno. Si un pecador ha cruzado... necesitamos saber cómo.

Miller sintió un escalofrío que no sabía si era posible en ese lugar.

—¿Un pecador? —murmuró—. ¿Aquí?

Seraphiel giró apenas el rostro hacia él.

—Es algo que no entenderías todavía.

El tono no fue despectivo, pero sí definitivo.

—¿Estamos en peligro? —insistió él.

Ella sostuvo su mirada unos segundos.

—No lo sé.

Esa respuesta era más inquietante que cualquier otra.

Luego volvió su atención a Althea.

—Llévalo a uno de los cuartos de la catedral. Asígnale una habitación temporal.

—Sí, Seraphiel.

Miller dio un paso adelante.

—Espera... ¿qué está pasando exactamente?

Seraphiel se inclinó apenas hacia él, lo suficiente para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—Confía en que esto será manejado —dijo con voz firme—. Por ahora, debes descansar.

—Pero—

—No interfieras —añadió ella, con una suavidad que ocultaba autoridad.

Althea se acercó al hombre.

—Ven conmigo —dijo, intentando recuperar compostura—. Te mostraré tu habitación.

Miller miró una vez más a Seraphiel.

—¿Todo estará bien?

Ella no respondió de inmediato.

Sus alas se desplegaron apenas, como si el aire mismo se tensara a su alrededor.

—Eso depende de lo que encontremos.

Althea tocó suavemente el brazo del recién llegado.

—Por aquí.

Sin muchas opciones, él la siguió por uno de los corredores laterales. Sus pasos resonaban más fuerte de lo que deberían.

Mientras se alejaban, Miller no pudo evitar voltear una última vez.

Seraphiel permanecía en el centro del vestíbulo, inmóvil, pero su sola presencia había cambiado el ambiente.

La calma del Cielo ya no era absoluta.

Y algo —o alguien— había alterado un equilibrio que llevaba intacto una eternidad.

Pasaron varios días.

Días en los que el Cielo recuperó su ritmo externo, pero no su calma interna. La catedral seguía llena de luz, de cantos y de pasos medidos, aunque algo se había desplazado fuera de lugar. No era visible, no era tangible, pero estaba allí: una sensación de espera inquieta, como si incluso la eternidad contuviera el aliento.

Finalmente, la reunión fue convocada.

El salón de la Corte Celestial se abrió con solemnidad. Columnas infinitas sostenían una bóveda de luz pura, y símbolos antiguos flotaban lentamente en el aire, girando con una lentitud casi ceremonial. En el centro del estrado se encontraba Seraphiel, erguida, con las alas plegadas y la mirada fija al frente.

A su alrededor, varias serafines menores ocupaban sus asientos. Althea estaba entre ellas, rígida, atenta, con las manos entrelazadas.

A un costado del estrado, sentado con absoluta serenidad, se encontraba el arcángel Azrael. Su sola presencia imponía una gravedad distinta, como si los límites que custodiaba se reflejaran en su figura.

El murmullo cesó de golpe cuando las grandes puertas del salón se abrieron.

Dos ángeles con armaduras doradas ingresaron con paso firme, sujetando a un joven por los brazos. No forcejeaba, pero su cuerpo temblaba. Cuando lo llevaron hasta el centro del salón y lo obligaron a arrodillarse frente al estrado, un sollozo escapó de su garganta.

—¡Yo no hice nada malo! —gritó, con la voz rota—. ¡No entiendo por qué estoy aquí!

El eco de su voz se disipó lentamente.

Seraphiel dio un paso al frente.

—Silencio.

No alzó la voz, pero el efecto fue inmediato. El aire se tensó. El joven cerró la boca, respirando con dificultad.

—Aquí hablo yo —continuó Seraphiel—. Tú solo responderás a las preguntas que se te formulen. ¿Entendido?

El joven asintió, con miedo evidente.

Seraphiel volvió su atención a la Corte.

—Estamos reunidos porque este pecador ha ingresado al Cielo sin autorización conocida.

Las palabras quedaron suspendidas.

—Eso —continuó— no debería ser posible.

Giró el rostro hacia Azrael.

—Arcángel Azrael, como guardián de los límites entre el Cielo y el Infierno, dime: ¿registraste el ingreso de esta alma?

Azrael levantó lentamente la mirada.

—No —respondió con voz grave—. No lo vi pasar.

Un murmullo inquieto recorrió el salón.

—¿Ningún rastro? —preguntó una serafín menor.

—Ninguno —confirmó Azrael—. Y eso es lo que lo hace preocupante.

Seraphiel asintió con lentitud.

—Según San Pedro, custodio de la Puerta del Cielo, tampoco hubo registro de ingreso.

Las miradas se cruzaron, tensas.

—Eso implicaría —susurró Althea— que evadió toda la vigilancia.

—Exactamente —dijo Seraphiel—. Toda.

Descendió entonces del estrado y se detuvo frente al joven arrodillado. Lo observó con atención, sin reconocimiento alguno: para ella, no era más que un pecador que no debería estar allí.

—Mírame —ordenó.

El joven levantó la cabeza. Sus ojos estaban rojos, hinchados, llenos de confusión.

—Dime tu nombre.

—Alex —respondió con un hilo de voz.

Seraphiel sostuvo su mirada.

—Alex. ¿Eres consciente de dónde estás?

—Sí... —dijo él—. En el Cielo.

—¿Sabes por qué eso es un problema? —preguntó ella.

Alex negó con la cabeza, desesperado.

—No. Yo no pedí estar aquí. No pedí nada.

El murmullo creció un poco, pero Seraphiel alzó la mano y el silencio regresó.

—Alex —continuó—, no voy a acusarte de nada. Pero debes entender que tu sola presencia aquí ha alterado un orden que lleva intacto una eternidad.

El joven tragó saliva.

—Yo solo quiero entender... —murmuró—. No quiero causar problemas.

Seraphiel lo observó durante varios segundos.

No detectó mentira. No detectó desafío.

Solo desconcierto.

El silencio se prolongó varios segundos después de la pregunta.

Seraphiel no apartaba la mirada.
—Habla.

Alex tragó saliva. Sus manos temblaban levemente, aunque ya no lloraba.

—No fue... un accidente —empezó, con la voz ronca por la tensión—. Yo... conocí a alguien hace años. Un demonio.

Un murmullo recorrió el salón. Una de las serafines menores susurró:

—¿Un pacto?

—Silencio —ordenó Seraphiel sin elevar el tono.

Alex respiró hondo.

—Era un joven... un rapero. Vivía en el Infierno. Quería desafiar al ícono del rap de allá abajo. Decía que iba a cambiar las reglas, que nadie volvería a someterse al miedo ni a la idolatría.

Azrael ladeó ligeramente el rostro, atento.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Seraphiel.

—Perdió —respondió Alex con amargura—. Pero no fue solo una derrota. Ese demonio... el ícono... le arrancó la voz. Literalmente. Se la destruyó. Lo dejó sin nada.

Algunas alas se crisparon. La violencia descrita parecía ensuciar el aire mismo del tribunal.

—¿Y tú? —insistió Seraphiel—. ¿Qué papel jugaste en eso?

Alex levantó la mirada.

—Yo trabajaba en una cafetería... en el Infierno. Ahí lo conocí. Después de lo que le hicieron, desapareció. Pero yo... no podía quitarme su mirada de la cabeza. No era odio lo que tenía. Era vacío.

Bajó la vista.

—Descubrí dónde vivía. En el anillo de la Ira. Fui hasta allá.

—¿Con qué intención? —preguntó una serafín menor.

—Devolverle algo.

—¿Qué cosa? —preguntó Seraphiel.

Alex apretó los puños.

—Mi voz.

El murmullo fue más fuerte esta vez.

—Explícate —ordenó Seraphiel.

—Yo le entregué mi voz. Se la di para que pudiera volver a cantar. Para que no terminara roto por culpa de otro. Fue... voluntario.

Azrael frunció levemente el ceño.

—¿Un humano entregando su voz a un demonio? —murmuró—. Eso no es un intercambio común.

—No fue un trato —replicó Alex—. No pedí nada a cambio.

—Pero algo ocurrió después —dijo Seraphiel con calma afilada.

Alex asintió.

—Él... quiso devolverme el favor. Dijo que conocía a alguien. Un ángel.

La palabra resonó como una campana de advertencia.

Seraphiel dio un paso más hacia el borde del estrado.

—¿Qué ángel?

—Solo sé su nombre —respondió Alex—. Exelia.

El nombre quedó suspendido en el aire.

Varias serafines intercambiaron miradas inquietas.

—Continúa —ordenó Seraphiel.

—Gracias a ella... a Natally... y a él... pude ascender. Yo ya me había redimido. Había pagado por mis pecados. No buscaba escapar del Infierno; solo... quería que las cosas tuvieran sentido.

Seraphiel lo observaba con una intensidad casi insoportable.

—¿Quién es "él"? —preguntó.

Alex dudó un segundo.

—El joven al que le devolví la voz. Se llama Desmond Ludendorff.

El efecto fue inmediato.

Un murmullo mucho más denso atravesó la sala. Algunas alas se desplegaron apenas. Incluso la luz pareció titilar.

—¿Dijiste... Desmond Ludendorff? —repitió una de las serafines.

Seraphiel susurró, casi para sí misma:

—Desmond Ludendorff... el hombre que sobrevivió a Indivia... el que casi desestabiliza al Infierno con sus rimas y su poder lírico...

Azrael cruzó los brazos.

—Ese nombre no es desconocido aquí.

Alex miró alrededor, confundido.

—Yo no sabía que era tan... importante.

—No lo es para ti —respondió Seraphiel—. Pero sus actos tuvieron eco más allá del Infierno.

Se hizo un silencio tenso.

—¿Qué hicieron exactamente para que ascendieras? —preguntó ella, volviendo al punto central.

Alex respiró hondo.

—Natally realizó un ritual. Exelia abrió el paso. Yo... solo crucé.

La sala volvió a llenarse de murmullos contenidos.

Seraphiel permaneció en silencio unos instantes, procesando cada palabra. Luego volvió a sentarse en su trono de luz.

—No tengo más preguntas.

Los presentes la miraron expectantes.

—Tu redención ha sido verificada —continuó—. Y aunque el método de tu ascenso es irregular, no se ha detectado corrupción en tu esencia.

Alex levantó la vista, incrédulo.

—¿Entonces...?

—Se te permitirá permanecer en el Cielo.

El joven dejó escapar un suspiro que parecía contener años de peso.

—Pero —añadió Seraphiel con firmeza— deberás seguir las mismas reglas que los luminarcas. Estarás bajo observación. Un solo desvío... y esta gracia será revocada.

—Entiendo —respondió Alex con seriedad.

Los dos ángeles de armadura dorada se acercaron.

—Levántate.

Alex obedeció. Antes de ser escoltado hacia la salida, miró una vez más hacia el estrado.

Seraphiel ya no lo observaba a él, sino a la distancia, como si estuviera contemplando algo mucho más grande que un simple juicio.

Las puertas del salón se cerraron con un eco solemne.

La sala del concilio quedó en silencio cuando el último de los serafines cerró las puertas tras de sí. El eco de sus pasos se perdió entre las columnas blancas de la catedral, dejando a Seraphiel sola, de pie, con las alas apenas desplegadas por la tensión que aún recorría su cuerpo.

—Zakariel —dijo sin elevar la voz, pero con un filo imposible de ignorar.

Desde una de las sombras cercanas al estrado, una figura se separó del mármol. Zakariel no se había marchado. Permanecía allí, apoyado contra una columna, con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente inclinada. La máscara que cubría la mitad de su rostro reflejó la luz celestial con un brillo opaco.

—Aquí estoy —respondió—. Imaginé que querrías hablar.

Seraphiel se volvió hacia él con lentitud. Sus ojos, serenos ante la corte, ahora ardían con una mezcla de decepción y furia contenida.

—No voy a rodear el tema —dijo—. Tú me dijiste que Exelia se había quitado la vida en el Jardín del Edén.

Zakariel no respondió de inmediato.

—Sí —asintió al fin—. Eso te dije.

—Entonces dime —continuó ella, dando un paso hacia él—, ¿por qué el acusado afirmó, sin titubeos, que Exelia se encuentra en el Infierno?

El silencio cayó como una losa. Zakariel apretó la mandíbula bajo la máscara.

—¿Me mentiste? —insistió Seraphiel—. ¿O esa mentira tiene algo que ver con tu rostro... con esas cicatrices que nunca muestras?

Zakariel llevó una mano al borde de la máscara, pero no la retiró.

—Antrox —murmuró—. Ese día... no fue una simple golpiza. Fue una advertencia.

Seraphiel frunció el ceño.

—Respóndeme, Zakariel.

Él exhaló lentamente, como si cada palabra le pesara siglos.

—Cuando descendí al Infierno... la encontré —confesó—. Exelia no estaba muerta. Estaba en la casa del cuidador de los sabuesos infernales. Y no estaba sola.

Seraphiel sintió un escalofrío recorrerle las alas.

—¿Con quién?

—Con un Ludendorff.

El nombre no necesitó explicación. El aire mismo pareció tensarse.

—Uno de mis compañeros —continuó Zakariel, bajando la mirada— lo atravesó con su espada. Sin juicio. Sin permiso.

Seraphiel dio un paso atrás, incrédula.

—¿Estás consciente de lo que dices? —su voz tembló—. Los Ludendorff no pueden ser atacados por seres celestiales. Son ángeles también. Eso es una violación absoluta de nuestras leyes.

—Lo sé —respondió él con amargura—. Y no fui yo quien dio el golpe.

—Pero fuiste cómplice —sentenció Seraphiel—. Al callarlo.

Zakariel apretó los puños.

—Después de eso... hice un trato con Exelia. Ella guardaría silencio sobre la muerte del Ludendorff, y yo informaría al Cielo que había muerto en una ubicación secreta del Jardín del Edén. Un suicidio. Una mentira limpia.

—No existe una mentira limpia —escupió Seraphiel, ya sin ocultar su enojo—. Solo mentiras que pudren todo lo que tocan.

Zakariel inclinó la cabeza, vencido.

—Lo hice para evitar una guerra —dijo—. Si la corte se enteraba de que un ángel asesinó a un Ludendorff en el Infierno...

—¡Y ahora el nombre de Desmond Ludendorff vuelve a resonar en esta sala! —interrumpió ella—. ¿De verdad creíste que el pecado podía enterrarse bajo el mármol?

El silencio volvió a imponerse. Seraphiel respiró hondo, tratando de contener la tormenta que se agitaba en su interior.

—Retírate, Zakariel —ordenó al fin—. No quiero verte aquí por ahora.

Zakariel dudó un instante.

—Como ordenes... Seraphiel.

Con la cabeza gacha, se dio la vuelta y caminó hacia la salida. Sus pasos eran lentos, pesados. Cuando las puertas se cerraron tras él, Seraphiel quedó sola una vez más.

Alzó la mirada hacia la bóveda celestial.

—Exelia... Desmond Ludendorff... —susurró—. Nada de esto ha terminado.

Y en el silencio del Cielo, esa certeza pesó más que cualquier condena.

Pasaron apenas unos segundos desde que las puertas se cerraron tras Zakariel cuando el silencio volvió a adueñarse de la sala. Seraphiel permanecía inmóvil, con la mirada fija en el estrado vacío, como si aún pudiera ver las sombras del juicio flotando en el aire.

El leve sonido de unos pasos apresurados rompió la quietud.

—¿Seraphiel...? —la voz de Althea resonó con cautela mientras entraba a la sala—. ¿Qué ocurrió? Sentí... algo extraño. El ambiente cambió.

Seraphiel no se giró de inmediato.

—Me mintieron —dijo al fin, con una voz baja, quebrada por una emoción que rara vez permitía salir—. Me mintieron durante todo este tiempo.

Althea frunció el ceño y avanzó un par de pasos.

—¿Mentirle? ¿Quién? ¿Sobre qué?

Seraphiel cerró los ojos un instante, como si pronunciar aquellas palabras fuera más difícil que dictar cualquier sentencia.

—Exelia... —susurró—. Exelia está viva.

Althea abrió los ojos con sorpresa.

—¿V-viva? Pero... Zakariel dijo que...

—Lo sé —la interrumpió Seraphiel, girándose por fin—. Todo fue una mentira. Está en el Infierno.

El color pareció abandonarle el rostro a Althea.

—¿Y qué... qué harás entonces?

Seraphiel no dudó.

—Voy a bajar a buscarla.

—¿Qué? —exclamó Althea, alarmada— ¡No puedes hacer eso! Está prohibido. Las reglas lo dicen con claridad: un serafín mayor no puede descender al Averno sin autorización divina. Es por tu seguridad... ¡por la estabilidad del Cielo!

Seraphiel apretó los puños.

—Ya no me importa.

—Seraphiel, por favor...

—Tengo que ir —repitió con firmeza—. No puedo quedarme aquí sabiendo que está allá abajo.

Althea negó con la cabeza, angustiada.

—Pero... ¿por qué es tan importante para ti? Hay muchos ángeles caídos, muchos nombres perdidos en el Infierno...

Seraphiel la observó en silencio durante unos segundos. Luego habló con suavidad:

—Acércate, Althea.

—¿Eh? —dudó—. Sí... claro.

La serafín menor se aproximó, nerviosa. Seraphiel bajó un poco la voz, como si aquellas palabras no debieran oírse ni siquiera entre los muros sagrados.

—No lo entenderías —dijo—. Porque es un dolor que tal vez jamás experimentarás.

Althea tragó saliva.

—No... no entiendo.

Seraphiel la miró directamente a los ojos.

—Nunca entenderías el dolor de una madre al perder a su hija.

El mundo pareció detenerse.

—¿U-una... madre? —Althea quedó paralizada—. ¿E-entonces... Exelia es...?

—Mi hija —asintió Seraphiel—. Lo ha sido desde hace milenios.

Althea llevó una mano a su boca, incapaz de articular palabra.

—Dios... —murmuró Seraphiel— me permitió crear un ángel con mi propia luz. No nació de Él, sino de mí. Y por eso... nació con un defecto.

—¿Un defecto...? —susurró Althea.

—La duda —respondió—. Exelia cuestionaba. Dudaba. Se negaba a obedecer órdenes que no comprendía. No era como Miguel ni como los demás. Era rebelde... libre.

Seraphiel desvió la mirada, cargada de culpa.

—Me dejaron quedarme con ella con una sola condición: que la educara, que la volviera como los demás. Prometí que lo haría... pero fracasé.

El silencio volvió a apoderarse de la sala tras la confesión.

Althea seguía de pie frente a Seraphiel, sin atreverse a moverse, como si cualquier gesto pudiera quebrar algo sagrado... o irreparable.

Seraphiel cerró los ojos.

Y entonces, los recuerdos regresaron.

Exelia estaba de pie en el borde del Jardín, observando cómo la luz caía sobre las hojas eternas. No miraba con devoción, ni con reverencia. Miraba con curiosidad.

—¿Por qué siempre tiene que ser así? —preguntó sin volverse.

Seraphiel, más joven entonces, se acercó con paso sereno.

—Porque así fue dispuesto —respondió—. El orden mantiene al Cielo en armonía.

Exelia frunció el ceño.

—¿Y si el orden está equivocado?

La pregunta cayó como un rayo.

—Exelia —advirtió Seraphiel—, no cuestiones lo que no te corresponde.

La joven ángel giró el rostro. Sus ojos brillaban, no con rebeldía vacía, sino con una inquietud profunda.

—Si Dios nos dio pensamiento... ¿no es para usarlo?

Seraphiel guardó silencio. Aquella era la primera vez que no tenía una respuesta inmediata.

Althea tragó saliva cuando Seraphiel volvió a hablar en el presente.

—Siempre fue así —dijo con un hilo de voz—. No aceptaba las cosas solo porque se le ordenaran.

La serafín menor bajó la mirada, escuchando.

Hubo otra vez.

Exelia se encontraba frente a un grupo de almas recién llegadas, temblorosas, confundidas. Un ángel supervisor le indicó que las guiara sin detenerse, sin preguntas, sin contacto.

Ella se arrodilló frente a una de ellas.

—Tranquilo —le dijo al alma—. Ya no duele.

—Exelia —la reprendió el supervisor—. No te involucres.

Ella alzó la vista.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Desde cuándo la compasión es una falta?

—Desde que interfiere con el flujo establecido.

Exelia se puso de pie lentamente.

—Entonces el flujo está mal.

Seraphiel apretó los dientes.

—Cada duda suya era vista como una amenaza —continuó—. Cada pregunta, como una grieta en la perfección del Cielo.

Althea levantó la vista.

—¿Y tú... nunca la castigaste?

Seraphiel tardó en responder.

—La defendí —dijo—. Una y otra vez.

El recuerdo más doloroso llegó sin aviso.

Exelia estaba de rodillas frente al consejo menor. Sus alas estaban plegadas, pero no por sumisión, sino por cansancio.

—Te niegas a obedecer —dijo una voz—. Te niegas a aceptar tu lugar.

Exelia alzó el rostro.

—No me niego a obedecer —respondió—. Me niego a obedecer sin entender.

—Eso es orgullo.

—No —corrigió ella—. Es responsabilidad.

Seraphiel estaba allí. Observando. Sintiendo cómo cada palabra de su hija la alejaba más del Cielo... y cómo, aun así, no podía pedirle que fuera diferente.

—Nunca fue mala —dijo Seraphiel en el presente—. Solo era distinta.

Althea sintió un nudo en la garganta.

—Entonces... cuando escapo...

—No escapo por odio —interrumpió Seraphiel—. escapo porque dudó. Y el Cielo no perdona la duda.

El silencio se volvió pesado.

Seraphiel respiró hondo.

—Por eso tengo miedo —añadió—. No de lo que hizo... sino de lo que puedan hacerle.

Miró a Althea con intensidad.

—Ella no pertenece al Infierno. Nunca perteneció.

Althea asintió lentamente.

—Lo entiendo ahora —susurró—. No bajas por justicia... bajas por amor.

Seraphiel no respondió. Solo caminó hacia el centro de la sala.

El aire se rasgó cuando abrió el portal. La oscuridad del Averno respondió al llamado.

Antes de cruzar, se detuvo un instante.

—Exelia siempre preguntó por qué —dijo—. Yo voy a buscarla... para responderle, aunque sea tarde.

Y sin más, Seraphiel dio el paso.

La luz del Cielo se cerró detrás de ella, mientras el Infierno la recibía con un silencio expectante, como si incluso allí supieran que algo estaba a punto de cambiar.

CAP 87

Las Cenizas del Orden

Era un día normal en el infierno, o tan normal como podía serlo en una ciudad que jamás conocía el silencio, el cielo rojizo estaba cubierto por humo industrial y anuncios luminosos que parpadeaban sobre edificios irregulares, las avenidas vibraban con tráfico pesado, motocicletas infernales, discusiones en las aceras y pantallas gigantes transmitiendo noticias de los distintos anillos, columnas de humo ascendían desde fábricas lejanas y se mezclaban con la neblina cálida que nunca desaparecía del todo, era una metrópolis viva, desordenada, brutal, más parecida a una ciudad humana caótica que a un reino de fuego eterno, un lugar donde cada esquina parecía esconder una historia y cada ventana iluminada guardaba secretos que nadie estaba dispuesto a confesar

En una de las zonas residenciales, entre calles estrechas, postes inclinados y cables colgantes que chisporroteaban de vez en cuando, se alzaba la casa donde vivía Scott, una estructura amplia de ladrillo oscuro reforzada con vigas metálicas visibles, con balcones protegidos por barandillas pesadas y ventanales altos que dejaban pasar la luz rojiza del exterior, la fachada mostraba el desgaste propio de la ciudad, pequeñas grietas, marcas de impactos antiguos y restos de hollín acumulado, su habitación estaba ubicada en el segundo piso, justo encima de la sala principal, un espacio que había ido transformando con el tiempo hasta convertirlo en algo completamente suyo, desde allí podía verse parte de la avenida principal del sector y el flujo constante de luces rojas y blancas cruzando la noche perpetua, el movimiento nunca se detenía, ni siquiera en las horas más tardías

Su habitación era amplia, con techos altos que amplificaban ligeramente cualquier sonido, las paredes estaban cubiertas de lienzos apoyados unos sobre otros, algunos terminados con una precisión casi obsesiva, otros apenas esbozados como si hubieran sido abandonados en medio de una idea inconclusa, el suelo mostraba manchas de pintura seca acumuladas en capas, testigos silenciosos de horas interminables de trabajo, los frascos de pigmento descansaban sobre una mesa larga junto a pinceles de distintos tamaños organizados con un orden particular que solo él entendía, frente a la ventana, iluminada por la mezcla de luz exterior y una lámpara cálida colocada estratégicamente, Exelia posaba sentada sobre una silla que él había colocado con exactitud milimétrica para que la composición resultara equilibrada, el contraste entre la serenidad de la escena y el caos urbano que se filtraba desde afuera creaba una atmósfera extraña, casi íntima, como si esa habitación fuese un refugio suspendido sobre una ciudad que nunca dejaba de arder

-Qué bueno que me hayas dejado entrar a tu habitación -dijo Exelia mirando alrededor con curiosidad-, otros actúan como si fuera un santuario prohibido

Scott siguió pintando unos segundos antes de responder

-No es un santuario, solo no me gusta que cualquiera invada mi espacio

-Eso suena bastante territorial

-Lo es

-¿Y yo no soy cualquiera? -preguntó ella con una leve sonrisa

Scott levantó la mirada y la sostuvo unos segundos más de lo habitual

-No, tú no, para mí eres importante desde que tenía cinco años

Exelia parpadeó con sorpresa leve

-Eso es bastante directo

-Prefiero ser directo

-No todos en esta ciudad lo son

-Yo no soy todos

Ella dejó escapar una risa suave

-Aun así lo tomaré como un halago

Scott volvió al lienzo, afinando una sombra en el contorno de su rostro, el movimiento de su mano era firme, casi mecánico, pero en sus ojos había una concentración que iba más allá del simple acto de pintar, como si cada trazo fuera una forma de ordenar pensamientos que no sabía expresar de otra manera, el ruido de la ciudad subía amortiguado desde la calle, sirenas

lejanas, motores acelerando, voces discutiendo en algún punto del barrio, un vehículo aéreo pasó frente a la ventana proyectando una sombra fugaz que cruzó las paredes cubiertas de retratos inacabados

-Siempre me ha gustado este lugar -dijo Exelia-, es caótico, pero desde aquí arriba parece... distante

-Desde el segundo piso todo parece más manejable

-¿Y tú lo sientes manejable?

Scott no respondió de inmediato

-Lo suficiente

Exelia lo observó unos segundos antes de cambiar el tono

-Si puedes decir eso de mí -continuó-, ¿por qué no puedes decir algo parecido de Desmond?

El pincel se detuvo en el aire

-No lo sé

-Eso no suena como tú, tú siempre sabes por qué haces o sientes algo

-Con él es distinto

-¿Distinto cómo?

Scott suspiró

-Es un odio ciego, no tengo recuerdos claros de él, no tengo escenas compartidas, no tengo una razón concreta, simplemente no lo quiero

-Eso no es propio de alguien tan racional

-No todo es racional

-Pero debería tener un origen

Scott apoyó el pincel sobre la mesa y limpió sus manos lentamente, dejando una leve mancha oscura en el paño

-Mis recuerdos empiezan con mi madre, con su voz llamándome desde la cocina, con su risa resonando en esta misma casa, recuerdo a Krauser después, enseñándome cómo moverme en la ciudad, cómo no confiar en nadie, cómo sobrevivir sin depender de nadie

-¿Y Desmond?

-Es un espacio vacío en medio de todo eso

-¿Y los vacíos te incomodan?

-Me irritan

Exelia bajó lentamente de la silla, dejando de posar, el cambio en su postura hizo que la composición del cuadro quedara interrumpida, pero Scott no reaccionó, ella se acercó unos pasos al caballete y observó el retrato aún incompleto, los detalles capturados contrastaban con la tensión latente en la habitación

-A veces los vacíos no son ausencia, son algo que todavía no queremos mirar

Scott frunció ligeramente el ceño

-No estoy evitando nada

-¿Seguro?

-Sí

-Scott

Él sostuvo su mirada

-¿Qué?

-No te estoy atacando

-Lo sé

-Solo intento entender

Hubo un silencio breve, pesado pero no hostil

-¿Cuál es el recuerdo más viejo que tienes? -preguntó ella finalmente

Scott se quedó quieto unos segundos, la ciudad parecía más ruidosa de repente, como si el exterior presionara contra los muros de la casa

-Mi recuerdo más viejo es también el peor, y tú ya lo sabes

-Sé lo que pasó -respondió ella con suavidad-, pero no sé exactamente cómo lo viviste tú, nunca me lo contaste

Scott miró hacia la ventana un instante, la luz rojiza dibujó una línea sobre su rostro

-No es algo que me guste repetir

-No te estoy pidiendo que lo repitas por gusto

-Entonces, ¿por qué?

-Porque si quieres entender por qué sientes lo que sientes, tienes que volver al principio

Scott respiró hondo, el aire pareció quedarse atrapado en su pecho antes de salir lentamente

-No es fácil hablar de eso

-Nunca lo es

Él guardó silencio, sus dedos se tensaron levemente como si sostuvieran todavía el pincel que había dejado sobre la mesa

-Pero confías en mí, ¿no? -preguntó Exelia en voz baja

Scott la miró directamente

-Sí

-Entonces cuéntamelo como lo recuerdas

El silencio volvió a instalarse en la habitación del segundo piso, la pintura aún fresca desprendía un leve aroma mezclado con el olor metálico del aire urbano que se filtraba por la ventana, el retrato quedó inmóvil sobre el caballete, inacabado, como si también estuviera esperando, y mientras la ciudad continuaba rugiendo con su caos habitual, Scott parecía debatirse internamente antes de comenzar.

Mi recuerdo más viejo está en esta casa.

No en otra. No en un campo de batalla. No en las calles del Infierno.

Aquí.

En el segundo piso. En esta misma habitación donde ahora estoy sentado contigo.

El cielo carmesí iluminaba las ventanas como siempre. Afuera, la ciudad infernal rugía con su caos habitual, pero dentro de la casa todo parecía... tranquilo. Krauser estaba cumpliendo su promesa de protegernos. Yo no entendía del todo qué significaba eso. Solo sabía que él estaba allí, y eso bastaba.

Mamá estaba haciendo sus ejercicios en la sala. Krauser la ayudaba con paciencia, sosteniéndole la pierna con cuidado.

-No fuerces tanto -le decía con voz firme-. El tendón todavía está débil.

Ella respiraba con dificultad, pero intentaba sonreír.

-Estoy bien... solo... me cuesta concentrarme.

Yo dibujaba en el suelo con un lápiz que Krauser me había conseguido. Recuerdo que estaba orgulloso de ese lápiz. Era mío.

-Va a estar bien -dije sin mirarles-. Todo va a estar bien.

No sé por qué lo dije. Solo lo sentí.

Krauser me observó unos segundos. Mamá también. Ella sonrió, aunque ahora sé que estaba preocupada.

Después, Krauser fue a la cocina. Escuché el sonido del cuchillo cortando sobre la tabla. El ambiente era normal. Tan normal que duele recordarlo.

Entonces tocaron la puerta.

No fue un golpe desesperado. Fue firme. Controlado.

Krauser se quedó inmóvil.

Volvieron a tocar. Y luego ese silbido.

Aún puedo escucharlo en mi cabeza.

Krauser no gritó. No entró en pánico. Solo caminó rápido hacia nosotros.

-Arriba. Ahora.

Subimos al segundo piso. A mi habitación.

La misma.

Mamá apenas podía moverse, pero Krauser la ayudó. Nos metió dentro y cerró.

-No salgan -dijo-. Pase lo que pase.

Yo lo miré sin entender.

-¿Qué pasa?

Me sostuvo por los hombros.

-Un cazador.

Eso fue todo.

Escuché la puerta abrirse abajo. Pasos pesados. Metálicos. Lentos.

Mi corazón latía tan fuerte que pensé que podían oírlo.

La puerta de mi habitación se abrió de golpe.

Él estaba allí.

Alto. Cubierto de armas. Con una máscara que no dejaba ver su rostro. Sus ojos eran fríos. Vacíos.

Krauser intentó detenerlo. Le dijo que no había nadie. Que se fuera.

No funcionó.

El hombre avanzó.

Yo intenté esconderme detrás de un mueble, pero el polvo me hizo estornudar.

Fue lo peor que pude haber hecho.

Me encontró.

Me levantó del cuello como si no pesara nada. Sus dedos apretaban y el aire no entraba.

-Así que aquí estabas -dijo.

Krauser gritó.

Y entonces mamá salió.

No sé cómo logró moverse tan rápido. No sé de dónde sacó fuerza.

Se lanzó sobre él. Intento morderle el brazo.

Fue cuestión de segundos.

El hombre giró. La golpeó con el arma.

Y disparó.

Una.

Dos.

Tres veces.

El sonido llenó la habitación.

Yo caí al suelo cuando me soltó. Corrí hacia ella. La moví. Le hablé.

-Mamá... mamá, mírame...

La sangre comenzó a extenderse por el piso de mi habitación. Se metía entre las tablas. Manchó mis patas.

Ella no respondía.

Krauser atacó. Sacó un cuchillo de cocina y se lanzó contra el hombre. Pelearon allí mismo, entre mis cosas, entre mis dibujos. El metal chocaba, las paredes se agrietaban.

Krauser logró herirlo.

Pero no fue suficiente.

El hombre lo golpeó. Lo lanzó contra la pared. Lo dejó inconsciente.

Después se acercó a mí.

Yo estaba arrodillado junto al cuerpo de mamá.

Me miró desde arriba.

-No voy a matarte -dijo.

Yo apenas podía respirar.

-Vas a vivir con esto.

No entendía todo lo que decía. Solo recuerdo una frase clara:

Que mi madre murió por culpa de una traición.

Luego escuché sirenas a lo lejos.

El hombre rompió la ventana de mi habitación y desapareció.

Yo me quedé allí.

Solo.

Con el cuerpo de mamá en el suelo.

Con la sangre empapando mis patas.

Con Krauser inconsciente a pocos metros.

Ese es mi primer recuerdo.

Y desde entonces, cada vez que cierro los ojos en esta habitación... sigo viendo el mismo suelo. El mismo rojo oscuro. El mismo silencio después de los disparos.

El silencio se quedó suspendido en la habitación después de que Scott terminó de hablar. El eco de su relato parecía haberse quedado atrapado entre las paredes, mezclado con el tenue olor a pintura fresca y madera antigua.

La luz rojiza del cielo infernal entraba por la ventana del segundo piso, proyectando sombras largas que atravesaban el suelo. Justo allí... donde años atrás la sangre había corrido.

Exelia ya no estaba en posición de modelo. Había bajado los brazos lentamente, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper algo frágil entre ellos.

Lo miraba con el ceño apenas fruncido.

-Eso es espantoso, Scott -dijo al fin, en voz baja pero firme-. Ningún niño debería haber vivido algo así.

Scott no respondió de inmediato. Sus dedos sostenían el pincel, pero ya no pintaba. Solo lo giraba entre las manos.

-No fue justo -añadió ella-. No fue una muerte en combate. No fue una consecuencia del caos habitual del Infierno. Fue... cruel.

Él soltó una leve exhalación.

-Aquí las cosas casi nunca son justas.

-No me refiero a eso -replicó Exelia, acercándose un poco más-. Me refiero a que tú no tenías que cargar con esa escena en la cabeza.

Scott levantó la vista por un instante.

-Pero la cargo.

Exelia sostuvo su mirada.

-Yo conocí a tu madre -dijo entonces, con un tono más sereno-. No tanto como tú, pero lo suficiente. Era una sabueso infernal impresionante.

Scott no habló, pero sus orejas se tensaron apenas.

-Muchos la veían y pensaban primero en su discapacidad -continuó ella-. Pensaban que era frágil. Que dependía demasiado de los demás.

Se cruzó de brazos, con cierta indignación contenida.

-Estaban equivocados.

Scott bajó el pincel.

-Nunca se quejaba -murmuró él.

-Exacto -asintió Exelia-. Nunca se dejaba caer. Y eso, en este lugar, es una forma de rebeldía.

Se giró ligeramente hacia la ventana.

-El Infierno es caótico. Siempre lo ha sido. Demonios enfrentándose entre sí, pactos rotos, traiciones... -hizo una pausa-. Pero hace cuarenta años era peor. No había estructura real. No había un sistema que intentara equilibrar nada.

Scott ladeó la cabeza.

-Ahora sí lo hay.

-Sí -respondió ella-. Aunque la anarquía persiste en muchos niveles, existen leyes. Existen jerarquías que, al menos en teoría, protegen a los que no pueden defenderse solos.

Scott apretó la mandíbula.

-A ella no la protegieron.

Exelia guardó silencio unos segundos antes de responder.

-No. No lo hicieron. Y eso es una falla que este lugar nunca podrá borrar.

El aire se volvió más denso.

-Pero no vine a hablar de política infernal -añadió con suavidad-. Vine a hablar de ti.

Scott desvió la mirada.

-¿De mí?

-Sí. Porque llevas años viviendo en esta misma casa. En esta misma habitación. Y no te has derrumbado.

Él soltó una risa breve, sin humor.

-No derrumbarse no es lo mismo que estar bien.

-Lo sé -respondió ella sin dudar-. Pero tampoco eres el niño paralizado por el miedo que podrías haber sido.

Scott no contestó. Sus pensamientos parecían pesarle más que las palabras.

Exelia dio un paso más hacia él.

-Tu madre se levantaba cada día a pesar del dolor. A pesar de la limitación física. A pesar del miedo constante de vivir en un lugar como este.

-No tenía opción -dijo Scott.

-Claro que la tenía -replicó Exelia-. Siempre existe la opción de rendirse.

Esa frase quedó flotando entre ambos.

-Ella eligió no hacerlo -continuó-. Eligió avanzar. Eligió sonreír. Eligió proteger.

Scott respiró hondo.

-A veces siento que si bajo la guardia... todo vuelve. El sonido. Los disparos. Su voz.

Exelia suavizó la expresión.

-Eso es trauma, Scott. No debilidad.

Él la miró, sorprendido por la claridad con la que lo dijo.

-No eres menos fuerte por recordar -añadió ella-. Eres fuerte porque sigues funcionando a pesar de recordar.

Scott apretó los puños.

-No quiero convertirme en alguien consumido por eso.

-Entonces no lo hagas -respondió Exelia con firmeza-. Toma lo que ella fue y conviértelo en tu estándar.

Se inclinó un poco, quedando frente a él.

-Sé como ella. No en el dolor. No en la tragedia. En la fortaleza.

El joven sostuvo la mirada por varios segundos. Algo en su expresión cambió; ya no era solo melancolía, era decisión.

-Está bien -dijo finalmente.

-¿Está bien qué? -preguntó ella con suavidad.

Scott tragó saliva.

-Que no me voy a dejar caer. Que no voy a usar lo que pasó como excusa para ser débil.

Exelia sonrió apenas.

-Eso suena más a ti.

Él bajó la mirada un instante y luego añadió, con voz más baja:

-Se lo prometo. Aunque no sepa dónde está ahora. Aunque no sepa si puede verme. Siempre voy a intentar ser como fue ella.

Exelia asintió con una expresión orgullosa.

-Eso es lo único que importa.

La luz carmesí continuó bañando la habitación. Afuera, la ciudad infernal seguía vibrando con su caos habitual, indiferente a promesas y recuerdos.

Pero dentro de esa casa, en el segundo piso, algo se había afirmado en el corazón de Scott.

No era olvido.

No era paz absoluta.

Era determinación.

Mientras tanto, en la Torre Imperial, Astaroth reunió a todos los Eminentes.

La sala era vasta, construida en piedra negra pulida que reflejaba las figuras como siluetas distorsionadas y fragmentadas. Los pilares se alzaban como costillas de una bestia colosal, curvándose hacia lo alto hasta perderse en la penumbra. Las antorchas incrustadas en los muros ardían con una llama azulada que no irradiaba calor, pero sí una presión constante, como si cada chispa pesara sobre el ambiente.

El aire vibraba.

No por sonido.

Por jerarquía.

Alrededor de la mesa circular de obsidiana se encontraban M&M, Calyxon, Illuzkan, Mara y Nox.

Ninguno habló al principio.

Cuando Astaroth convocaba, no era por trivialidades. Era para alterar el equilibrio del Infierno.

M&M giraba una moneda entre sus dedos, el metal produciendo un leve chasquido rítmico contra la piedra. Calyxon mantenía el mentón apoyado en su mano, analizando con mirada paciente. Mara permanecía inmóvil, su sombra proyectada detrás de ella como cualquier otra, definida por la luz azul de las antorchas. Nox tenía los ojos apenas entreabiertos, y a su alrededor el aire parecía enfriarse levemente.

Illuzkan, en cambio, estaba completamente erguido. No intervenía, pero su quietud no era neutral. Observaba a Astaroth sin asentir, sin mostrar aprobación. Su expresión era elegante, pero firme.

La puerta principal se cerró con un eco profundo.

Astaroth se puso de pie.

No necesitó levantar la voz. Su presencia imponía más que cualquier rango o título. El silencio no era respeto.

Era instinto.

-El Infierno se ha debilitado.

La frase cayó como una piedra en agua inmóvil.

-Ya no es lo que fue -continuó-. Dejó de ser un territorio salvaje donde el poder se imponía por fuerza y astucia... para convertirse en un sistema regulado, vigilado, limitado por leyes impuestas desde lo alto.

M&M dejó de girar la moneda por un instante.

-Las reglas asfixian el negocio -murmuró con media sonrisa-. La supervisión constante no es rentable.

-No hablo de rentabilidad -replicó Astaroth con frialdad-. Hablo de esencia.

Calyxon inclinó levemente la cabeza.

-La estabilidad también es poder -dijo con tono suave-. Un sistema sólido puede durar siglos.

Astaroth caminó lentamente alrededor de la mesa.

-Antes, la anarquía era la ley verdadera. Cada anillo ardía con libertad brutal. La ambición se resolvía sin comités ni decretos. La debilidad... desaparecía.

Mara observaba con atención.

-Ahora todo está contenido -prosiguió Astaroth-. Medido. Administrado. Evaluado.

Mara habló con calma.

-Administrado suena... mediocre.

Su sombra no hizo nada extraordinario. Permanecía estática contra la piedra, tan común como la de cualquiera. Lo único afilado era su mirada.

Nox abrió un poco más los ojos.

-El orden prolonga la existencia -dijo con voz baja-. El caos la acorta.

-El caos define quién merece existir -respondió Astaroth.

La presión en la sala aumentó.

Illuzkan no intervino. Pero su mandíbula se tensó apenas. Sus dedos, apoyados sobre la mesa, marcaron un ritmo leve, contenido. No estaba convencido.

Astaroth se detuvo.

-El mayor símbolo de esta decadencia es el Anillo de la Ira.

Calyxon dejó de apoyarse en su mano.

M&M alzó una ceja.

-Valerio -continuó Astaroth-. Pecado Capital de la Ira. Despojado. Humillado. Sustituido.

Una pausa breve.

-Por una niña.

M&M soltó una risa baja.

-Eso sí debió herir su orgullo.

-Izobelle Ludendorff -pronunció Astaroth con claridad-. Una criatura que gobierna con normas, con decretos, con estructura... convirtiendo la ira en administración.

Calyxon entrecerró los ojos.

-Si logra controlar la ira, logra controlar uno de los anillos más volátiles -comentó.

-Exactamente -respondió Astaroth.

Illuzkan no habló, pero su expresión cambió. No era sorpresa. Era desacuerdo silencioso. Su postura rígida no era admiración: era contención.

Mara sonrió levemente.

-La ira no debe organizarse -dijo-. Debe desbordarse.

Nox respondió con frialdad:

-Sin límites, se consume a sí misma.

Astaroth apoyó ambas manos sobre la mesa.

-Un Infierno regulado es un Infierno domesticado.

La palabra quedó suspendida.

M&M dejó la moneda sobre la obsidiana.

-Entonces no nos convocaste para lamentarte.

-No.

Calyxon lo observó con interés renovado.

-¿Qué propones?

El silencio se tensó.

Illuzkan permanecía callado, pero su mirada fija en Astaroth ya no era neutral. No asentía. No respaldaba. Simplemente evaluaba... y discrepaba.

Astaroth recorrió el rostro de cada uno.

-Propongo recordar qué somos.

Mara inclinó ligeramente la cabeza.

-¿Y eso implica...?

-Fracturar la ilusión de estabilidad -respondió Astaroth-. Si la Ira ha sido convertida en estructura, haremos que la estructura se vuelva insostenible. Si gobiernan con normas, cuestionaremos esas normas. Si administran emociones... liberaremos lo que han contenido.

M&M esbozó una sonrisa interesada.

Calyxon no apartó la mirada.

Nox guardó silencio.

Illuzkan tampoco habló. Pero su quietud se volvió más marcada. No era aprobación. Era resistencia contenida, esperando el momento adecuado para manifestarse.

La sola mención de Izobelle Ludendorff parecía aún vibrar en el aire.

Mara sonrió apenas, y en sus ojos brilló un destello peligroso.

La reunión apenas comenzaba.

M&M fue el primero en romper la tensión que había quedado suspendida en la sala.

Soltó una risa breve, seca, sin alegría real.

-Un anillo gobernado por una infante -dijo mientras hacía girar la moneda entre los dedos-. Eso no es decadencia... es una burla.

El sonido metálico se detuvo de golpe contra la obsidiana.

-Valerio podrá haber sido impulsivo, brutal, incluso torpe -añadió-, pero al menos representaba lo que era la Ira. Esto... -hizo un gesto vago con la mano- es teatro administrativo.

Calyxon no rió. Sonrió apenas.

-Las burlas suelen ser temporales -murmuró con suavidad venenosa-. La pregunta es otra, Astaroth. ¿Cuál es la propuesta?

La sala volvió a quedarse inmóvil.

Astaroth no respondió de inmediato. Caminó despacio alrededor de la mesa, su reflejo deslizándose oscuro sobre la superficie pulida.

-Tengo una idea -dijo finalmente-. Al menos para su anillo.

Se detuvo.

-La ira no debe ser contenida. Debe incendiarse.

Mara observó con interés renovado.

-Si el Anillo de la Ira cae en caos -continuó Astaroth-, el resto seguirá. No por imitación... sino por consecuencia. Es el anillo más volátil. El más emocional. Si su gobierno se fractura, el sistema completo se resquebraja.

Nox entrecerró los ojos.

-Hablas de reacción en cadena.

-Exacto -asintió Astaroth-. Derribando ese gobierno podremos fracturar la estructura que lo sostiene todo. Volver al Infierno de antes. Un lugar sin reglas impuestas desde arriba. Sin límites artificiales. Donde el poder no pide permiso... donde la libertad se impone por fuerza.

M&M sonrió con avidez.

-Eso sí es un mercado interesante.

Calyxon inclinó ligeramente la cabeza.

-La libertad absoluta produce obsesión -dijo con voz sedosa-. Y la obsesión siempre encuentra algo que consumir.

Mara dejó escapar un leve suspiro.

-El despojo de autoridad sería un comienzo... delicioso.

Su sombra permanecía inmóvil detrás de ella, pero en sus ojos había un brillo afilado, expectante.

Nox habló con tono bajo.

-Las estructuras siempre colapsan si se empuja el punto correcto. La cuestión es identificarlo.

-Ya lo hemos hecho -respondió Astaroth.

M&M apoyó los codos sobre la mesa.

-Puedo arrancar la voz del alma a quienes defiendan ese gobierno -afirmó con calma inquietante-. Sin voz no hay discursos. Sin discursos no hay convocatoria. Sin convocatoria... no hay resistencia organizada.

Calyxon sonrió más abiertamente.

-Yo puedo hacer algo más sutil -dijo-. Sembrar discordia y obsesión entre los leales a Izobelle. Hacer que desconfíen unos de otros. Que cuestionen cada orden. Que sospechen traición donde no la hay... hasta que se devoren entre ellos.

-La paranoia es más efectiva que cualquier ejército -murmuró Mara.

Astaroth asintió.

-El plan ya está en movimiento.

Las palabras cayeron con peso.

-Contactos han sido activados. Disturbios serán provocados en sectores estratégicos. Rumores ya están circulando... como una infección silenciosa. Cuando la ira despierte, el sistema no podrá contenerla.

Un silencio denso siguió a la declaración.

Fue entonces cuando Illuzkan se levantó.

No lo hizo de forma abrupta. Fue lento. Medido.

Su silla rozó la piedra con un sonido leve, pero el eco pareció amplificarse en la sala.

Su mirada no reflejaba miedo.

Reflejaba decepción.

-El Infierno ya ha sangrado suficiente -dijo con voz firme.

Nadie lo interrumpió.

-Anillos enteros fueron arrasados en conflictos pasados. Legiones desaparecieron. Territorios quedaron vacíos durante décadas. La paz... aunque imperfecta... ha evitado guerras que habrían destruido más de lo que ustedes parecen recordar.

M&M rodó los ojos.

-La paz aburre.

Illuzkan lo ignoró.

-Siempre quise un equilibrio distinto -continuó-. No sumisión. No estancamiento. Pero tampoco un regreso al salvajismo.

Astaroth lo observó con frialdad absoluta.

-La paz es una ilusión impuesta -respondió-. Lo que llamas equilibrio es sumisión disfrazada.

-No -replicó Illuzkan con calma controlada-. Es supervivencia colectiva.

Calyxon lo estudió con interés.

-¿Temes perder algo, Illuzkan?

-Temo perder lo poco que hemos construido -respondió sin vacilar.

Astaroth dio un paso hacia él.

-Si no estás con nosotros... estás fuera.

La frase no fue gritada. Fue declarada.

El silencio se volvió pesado, casi físico.

Illuzkan apretó los puños. La tensión recorrió sus brazos, pero no activó su dominio. No invocó nada. No desafió con poder.

-No participaré en una guerra para satisfacer nostalgia de poder -dijo con firmeza-. No traicionaré la estabilidad que tanto costó consolidar.

M&M sonrió con burla evidente.

-Qué noble.

Mara inclinó ligeramente la cabeza, observándolo como si evaluara algo. No había prisa en su gesto, solo cálculo.

Nox permaneció inmóvil, pero el aire alrededor de Illuzkan pareció volverse más pesado, más denso, como si la presión misma quisiera probar su determinación.

Astaroth no apartó la mirada.

-La decisión es simple -repitió-. Dentro... o fuera.

Illuzkan respiró hondo.

Sus ojos recorrieron uno por uno a los presentes. M&M, divertido. Calyxon, analítica. Mara, expectante. Nox, impenetrable. Finalmente, Astaroth.

No dijo nada más.

Se giró.

Las puertas de la sala se abrieron con un eco profundo, como si la propia Torre registrara su elección. Illuzkan caminó sin mirar atrás.

Las puertas se cerraron tras él.

El sonido retumbó en la piedra negra.

Y la sala volvió a quedar en penumbra.

Las puertas aún vibraban por el eco de la salida de Illuzkan cuando el silencio regresó a la sala.

Nadie habló de inmediato.

Astaroth no mostró sorpresa. No hubo molestia en su expresión, ni decepción. Solo algo más frío.

Satisfacción.

-El segundo pecador más fuerte del Infierno ha elegido su camino -dijo con calma absoluta.

M&M arqueó una ceja.

-¿Y lo dejas marchar así sin más?

-No ha declarado guerra -respondió Astaroth-. Solo ha declarado distancia.

Calyxon cruzó lentamente las piernas.

-La distancia, en tiempos de fractura, puede volverse oposición.

-Solo si interfiere -replicó Astaroth-. Mientras no lo haga... no será tocado.

Nox observó la puerta cerrada unos segundos más.

-Subestimar la conciencia puede ser un error -murmuró-. A veces es más firme que la ambición.

Astaroth apoyó ambas manos sobre la mesa de obsidiana.

El contacto produjo un sonido seco, definitivo.

-No lo subestimo -dijo-. Pero tampoco lo temo.

Mara inclinó ligeramente la cabeza.

-¿Crees que permanecerá neutral cuando el fuego alcance su territorio?

-Si interviene -respondió Astaroth-, entonces habrá elegido otro bando.

La afirmación no llevaba amenaza explícita. No la necesitaba.

M&M retomó su moneda, haciéndola girar otra vez.

-Siempre me gustaron las divisiones claras -comentó con una sonrisa torcida-. Simplifican las decisiones.

Calyxon miró a Astaroth con atención renovada.

-Entonces dilo claramente -susurró-. ¿Cuándo empieza?

Astaroth levantó la vista.

Sus ojos recorrieron a los presentes uno por uno.

-Comienza ahora.

El aire pareció comprimirse de nuevo.

-El Anillo de la Ira será el primero en arder.

Mara dejó escapar una exhalación suave.

-Arder sin control es distinto a arder bajo supervisión -dijo-. Será interesante ver cuánto tarda en quebrarse la disciplina.

-No será inmediato -añadió Nox-. Los sistemas bien construidos resisten el primer impacto.

-Por eso no será un solo impacto -intervino Calyxon-. Será desgaste. Sospecha. Desconfianza. Ambición mal gestionada.

Astaroth asintió.

-Izobelle Ludendorff aprenderá lo que significa gobernar sin jaula.

El nombre resonó con más peso esta vez.

-Gobernar cuando las normas dejan de protegerla -continuó-. Gobernar cuando sus propios aliados cuestionen cada orden. Gobernar cuando la ira despierte sin autorización.

M&M sonrió con evidente anticipación.

-¿Y si la niña resulta más resistente de lo que esperamos?

Astaroth sostuvo su mirada.

-Entonces la prueba habrá sido justa.

Calyxon apoyó un dedo sobre la mesa, trazando círculos invisibles sobre la obsidiana.

-La libertad que prometes... no es amable.

-Nunca lo fue -respondió Astaroth-. La libertad real no es cómoda. Es violenta. Es cruda. Es poder sin permiso.

Nox habló con tono bajo.

-El Infierno ha cambiado porque necesitaba sobrevivir.

-El Infierno ha cambiado porque fue domesticado -corrigió Astaroth-. Y lo domesticado siempre termina enjaulado.

Mara dio un paso apenas perceptible hacia adelante.

-¿Y si al romper la jaula liberamos algo que no podamos controlar?

Astaroth no dudó.

-Entonces mereceremos enfrentarlo.

Un silencio pesado descendió sobre la sala.

-El Infierno recordará lo que es ser libre -declaró finalmente-. No una libertad otorgada por decreto. No una libertad regulada. Sino la que se impone.

M&M dejó de jugar con la moneda.

-Entonces que empiece el rumor -dijo-. Yo me encargaré de silenciar a quienes intenten organizar la defensa.

Calyxon sonrió con serenidad calculada.

-Yo plantaré dudas en los lugares correctos.

Nox cerró los ojos por un momento.

-Y yo observaré el punto de quiebre.

Mara no habló. Solo sostuvo la mirada de Astaroth.

-Hazlo memorable -murmuró al fin.

Astaroth retiró lentamente las manos de la mesa.

-Ya lo es.

En ese instante, algo cambió.

No fue un movimiento visible, ni una explosión de energía.

Fue una sensación.

Las sombras proyectadas por las antorchas azuladas parecieron alargarse sobre la piedra negra. No porque tuvieran vida propia, sino porque la luz vaciló apenas, como si el propio averno hubiera escuchado la sentencia.

La penumbra se volvió más profunda.

Más densa.

Como si el Infierno, en su vastedad silenciosa, hubiera aceptado el inicio de la ejecución.

CAP 88

Un Rey que No Fue Criado para Reinar

La tarde caía con una calma engañosa sobre la casa de Desmond.

La sala estaba invadida por cables, pedales y tazas a medio vaciar. No era exactamente un ensayo, pero tampoco un simple descanso. Era uno de esos días en que la música flotaba sin presión, sin competencia, sin el peso de demostrar nada.

Julian estaba sentado en el brazo del sofá, su guitarra apoyada contra el pecho, dejando que los dedos recorrieran las cuerdas con una suavidad casi íntima. No tocaba nada concreto, solo fragmentos sueltos, acordes que se transformaban en ideas.

Isbella lo observaba en silencio, con una media sonrisa.

—Esa progresión no la habías hecho antes —comentó ella, inclinando ligeramente la cabeza.

Julian alzó una ceja.

—Porque no la había pensado antes.

—Mientes —respondió ella, divertida—. Cuando frunces así el ceño es porque llevas días trabajando en eso.

Julian dejó escapar una risa leve.

—Tal vez.

En la cocina, Selene removía algo en una olla mientras escuchaba a Desmond desde la sala. Él estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá, gesticulando mientras hablaba.

—...y entonces el tipo me dijo que jamás iba a sobrevivir una noche en el tercer distrito —continuó Desmond, exagerando el tono dramático—. Me miró como si yo fuera carne fresca.

Selene apareció en el marco de la puerta, apoyándose con el hombro.

—¿Y lo eras?

Desmond sonrió con arrogancia tranquila.

—Claro que no. Yo era el peligro.

Julian dejó de tocar.

—Eso suena exactamente como algo que alguien que casi muere diría para no admitirlo.

Isbella soltó una pequeña risa.

—Déjalo terminar.

Desmond negó con la cabeza, fingiendo indignación.

—Nadie murió. Nadie perdió extremidades. Fue una noche relativamente pacífica.

Selene cruzó los brazos.

—"Relativamente" nunca es buena señal cuando viene de ti.

La habitación se llenó de una risa ligera. Era una escena sencilla. Humana. Incluso cálida.

Y por un momento, parecía que el pasado y el infierno estaban lejos.

Entonces tocaron la puerta.

El sonido fue seco. Directo.

Tres golpes.

La risa se apagó de inmediato.

Julian dejó de tocar. Isbella enderezó la espalda. Selene giró ligeramente el rostro hacia la entrada.

Desmond frunció el ceño.

—¿Esperan a alguien?

Nadie respondió.

Los golpes volvieron a sonar, esta vez con más insistencia.

Desmond se levantó lentamente.

—Ya voy.

Caminó hacia la puerta con pasos medidos. No había miedo en él, pero sí una tensión instintiva. Al abrir, su expresión cambió apenas un segundo.

—James.

Su hermano estaba allí, rígido, con el ceño marcado y los hombros tensos.

—Hay un problema.

Desmond lo miró en silencio durante un instante.

—¿Al menos un hola? ¿Cómo estás? ¿Te extrañé?

James no sonrió.

—Los modales no importan ahora.

—Siempre importan —replicó Desmond, aunque su voz ya había perdido ligereza—. Pero pasa.

James entró sin más comentario. Sus pasos resonaron en la sala. Los demás lo observaron con atención.

Julian bajó la guitarra lentamente.

—Eso no suena bien.

James se detuvo en el centro de la habitación.

—No lo es.

Selene salió de la cocina.

—Habla.

James respiró hondo.

—Se han corrido rumores por todo el anillo de la ira.

El ambiente cambió.

Desmond cruzó los brazos.

—¿Qué tipo de rumores?

James lo miró fijamente.

—Sobre los Ludendorff.

El nombre cayó como una piedra.

Isbella se tensó.

—¿Qué sobre ellos?

James continuó:

—Que no son lo que aparentan. Que su imagen es una fachada. Que usan la política para encubrir atrocidades. Que normalizan cosas que no deberían ser normales.

Desmond negó con la cabeza de inmediato.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé —respondió James—. Pero no es un susurro aislado. Es masivo. Se está extendiendo.

Julian habló por primera vez.

—¿De dónde vienen esos rumores?

James dudó un segundo.

—No hay un origen claro. Aparecieron en distintos sectores al mismo tiempo. Como si alguien los hubiera sembrado estratégicamente.

Selene frunció el ceño.

—Eso no es espontáneo.

Desmond caminó un par de pasos, inquieto.

—Izobelle es incapaz de hacer eso.

James lo miró con firmeza.

—No estoy diciendo que sea verdad.

—Pero estás diciendo que el anillo lo está creyendo —replicó Desmond.

—Sí.

El silencio pesó.

Isbella habló con cautela:

—¿Hay disturbios?

James asintió lentamente.

—Pequeños focos. Protestas. Discusiones públicas. Acusaciones abiertas.

Julian apretó la mandíbula.

—Eso puede escalar rápido.

Desmond detuvo su caminar.

—¿Qué dicen exactamente?

James respondió con voz más baja:

—Que los Ludendorff manipulan decisiones políticas para consolidar poder. Que castigan en secreto a quienes se oponen. Que "gobiernan con jaula invisible".

La frase quedó suspendida en el aire.

Selene intercambió una mirada con Julian.

Desmond negó otra vez.

—Eso es absurdo.

—Tal vez —dijo James—. Pero cuando suficientes personas repiten algo, deja de ser un simple rumor.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Desmond.

James dio un paso más cerca.

—Quiero que estés preparado.

—¿Para qué?

—Para que esto no sea solo un rumor.

El tono de James no era alarmista. Era frío. Realista.

Julian habló con gravedad.

—Si alguien está moviendo esto desde las sombras... no es casualidad que empiece por el anillo de la ira.

Desmond lo miró.

—¿Estás insinuando algo?

Julian sostuvo su mirada.

—Estoy diciendo que los ataques políticos no comienzan con fuego. Comienzan con percepción.

Selene añadió:

—Y cuando la percepción cambia, la estructura se resquebraja.

Desmond guardó silencio. Pensó en Izobelle. En su forma de gobernar. En la firmeza que siempre había visto en ella.

—Ella no es así —dijo finalmente.

James no discutió.

—Entonces alguien quiere que parezca que sí lo es.

Isbella dio un paso adelante.

—¿Quién ganaría con eso?

Nadie respondió de inmediato.

El aire parecía más pesado que antes.

Desmond levantó la mirada.

—Esto no es orgánico.

James asintió.

—Lo sé.

—Entonces es una jugada.

—Exactamente.

Julian apoyó la guitarra contra la pared.

—¿Han mencionado nombres? ¿Pruebas?

—No —respondió James—. Solo "testimonios anónimos". Historias difíciles de verificar. Pero convincentes.

Selene cruzó los brazos.

—Eso es lo peor. No puedes defenderte de una sombra.

Desmond apretó los puños.

—No voy a quedarme sentado mientras destruyen su nombre.

James lo observó con cuidado.

—Por eso vine.

El silencio volvió a envolver la sala, pero ya no era tranquilo. Era el tipo de silencio que antecede decisiones.

Desmond miró a su banda. A su familia.

La calma del día había desaparecido.

Y aunque aún no había fuego, algo en el ambiente indicaba que la chispa ya había sido encendida.

James no añadió nada más.

En su lugar, metió la mano en el bolsillo interno de su chaqueta y sacó el teléfono.

—Míralo tú mismo.

La pantalla iluminó la sala con un resplandor frío. Tocó el video y lo giró para que todos pudieran verlo.

El logotipo de Global Infernus apareció girando sobre un fondo rojo oscuro, atravesado por líneas negras que simulaban grietas ardientes. Una música grave, solemne, precedió la voz de la presentadora.

Una demonio de porte elegante y mirada severa apareció en pantalla.

—"Última hora. La familia aristocrática Ludendorff ha sido vinculada a presuntos actos poco éticos y moralmente cuestionables dentro del anillo de la ira..."

El silencio en la sala se volvió absoluto.

La presentadora continuó:

—"...según múltiples fuentes anónimas, la administración encabezada por Izobelle Ludendorff habría empleado mecanismos políticos para encubrir decisiones que favorecen a ciertos sectores privilegiados, mientras endurecen las restricciones civiles para el resto del anillo..."

Julian apretó los dientes.

Selene murmuró:

—Eso no es una acusación ligera...

El video mostró imágenes del palacio Ludendorff, tomas aéreas, manifestaciones recientes en plazas públicas. Pancartas. Fuego contenido.

—"...aunque el régimen ha mantenido una estabilidad notable durante los últimos años, distintos colectivos afirman que la paz no puede ser excusa para prácticas opresivas..."

Isbella habló en voz baja:

—Están sembrando la idea de que la estabilidad fue construida sobre abuso.

Desmond no apartaba la mirada de la pantalla.

—Eso es absurdo.

La reportera continuó:

—"...el pueblo ha comenzado a cuestionar si las leyes implementadas por Izobelle Ludendorff buscan realmente el bienestar general o la consolidación silenciosa de poder..."

El video terminó con la frase:

—"El infierno exige respuestas."

James bajó el teléfono.

Nadie habló durante unos segundos.

Desmond fue el primero en romper el silencio.

—Son difamaciones.

Su voz no era explosiva. Era firme. Controlada.

—No hay pruebas —continuó—. Solo insinuaciones. "Fuentes anónimas". "Presuntos actos". Es una construcción narrativa.

James lo miró.

—Y está funcionando.

Julian intervino:

—Cuando un medio así lo transmite, deja de ser rumor callejero. Se convierte en versión oficial.

Selene añadió:

—Y cuando algo se vuelve versión oficial, la gente empieza a llenar los vacíos con lo peor que imagina.

Desmond pasó una mano por su cabello.

—Tengo que hablar con Izobelle.

James asintió de inmediato.

—Te acompaño.

Isbella observó a Desmond con atención.

—¿Y si esto es más grande de lo que parece?

Desmond la miró.

—Entonces lo sabremos de su propia boca.

Selene dio un paso al frente.

—¿Estás seguro de que es buena idea ir ahora? Si esto está escalando, el palacio puede estar bajo presión.

—Precisamente por eso —respondió Desmond—. No voy a quedarme aquí viendo cómo destruyen el nombre de mi familia en televisión.

Julian suspiró.

—Entiendo. Pero no vayas a la defensiva. Ve a escuchar.

Desmond sostuvo su mirada.

—No estoy buscando pelea. Estoy buscando verdad.

James ya se dirigía hacia la puerta.

—Entonces no perdamos tiempo.

Desmond se detuvo un instante y miró a su banda.

—Entraré al estudio un segundo.

Se dirigió al pequeño estudio improvisado dentro de la casa. Los demás lo siguieron hasta la puerta.

—Esto no tiene sentido —dijo, apoyándose contra el escritorio—. Izobelle ha mantenido equilibrio en el anillo. Ha evitado guerras internas. Ha estabilizado sectores que antes eran un caos.

Julian respondió con calma:

—Y eso no la hace intocable ante la opinión pública.

Selene asintió.

—A veces el problema no es lo que hiciste. Es lo que alguien logra que los demás crean que hiciste.

Isbella se acercó.

—¿Vas a volver hoy?

Desmond dudó un segundo.

—No lo sé.

—Entonces da por terminado el día —dijo Julian—. Mañana retomamos.

Selene sonrió levemente.

—La música no va a desaparecer en unas horas.

Desmond asintió.

—Gracias.

Julian tomó su guitarra.

—Ve. Y no tomes decisiones impulsivas.

Isbella añadió:

—Y escucha antes de hablar.

Selene, desde atrás:

—Y si algo huele mal... confía en ese instinto.

Desmond respiró hondo.

—Lo haré.

La banda comenzó a salir. La casa se fue vaciando poco a poco, llevándose consigo la calidez que había llenado la tarde.

Cuando la puerta se cerró y quedaron solo los hermanos, el silencio se volvió más pesado.

James habló primero.

—Sube al auto.

Desmond tomó su chaqueta sin responder.

Salieron.

El vehículo arrancó con un rugido bajo y controlado. Las calles del anillo de la ira parecían distintas esa noche. Más tensas. Más vigilantes.

Durante los primeros minutos ninguno habló.

Las luces rojas de la ciudad se reflejaban en el parabrisas. A lo lejos, algunas pantallas proyectaban fragmentos del mismo noticiero.

Desmond observaba por la ventana.

Quince minutos.

Solo quince.

Pero cada semáforo parecía durar una eternidad.

Finalmente habló.

—¿Cuándo empezó esto exactamente?

—Hace dos días eran susurros —respondió James—. Hoy es noticia global.

—Eso significa planificación.

—Sí.

Desmond apoyó el codo en la ventana.

—Izobelle no cometería errores así.

James lo miró de reojo.

—¿Estás completamente seguro?

Desmond sostuvo la mirada al frente.

—Sí.

Pero la palabra no salió con la misma fuerza que antes.

El auto giró por la avenida principal que conducía al sector aristocrático. La silueta del palacio Ludendorff comenzó a alzarse en la distancia, imponente, iluminada por antorchas perpetuas.

Desmond sintió una presión en el pecho.

¿Qué hizo su familia?

¿Hizo algo?

¿O alguien estaba moviendo piezas desde la sombra?

El vehículo redujo la velocidad mientras las enormes puertas del palacio se hacían cada vez más grandes frente a ellos.

Desmond respiró profundamente.

La duda ardía más que la ira.

Pero pronto tendría respuestas.

O al menos, eso esperaba.

Las puertas del palacio se abrieron apenas el vehículo se detuvo.

Desmond no esperó anuncio ni escolta. Bajó con paso firme y cruzó el umbral como si aquel lugar aún le perteneciera tanto como los recuerdos que guardaba en sus paredes.

El interior estaba inusualmente silencioso. No era el silencio solemne de siempre, sino uno tenso, contenido. Los sirvientes se movían con discreción exagerada, evitando miradas prolongadas.

En el gran salón, Nami descansaba en uno de los sillones, con la cola felina balanceándose lentamente. Al escuchar los pasos, levantó la mirada.

Sus ojos se abrieron con brillo inmediato.

—¡Desmond!

Saltó del sillón y corrió hacia él. Sus pequeñas manos peludas se aferraron a su cintura con fuerza genuina.

Desmond se inclinó un poco para abrazarla.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás?

Nami se separó apenas, mirándolo de abajo hacia arriba.

—Yo estoy bien... —dudó un instante— pero Izobelle no está muy bien que digamos.

La expresión de Desmond se volvió seria.

—¿Está en su habitación?

Nami asintió.

—Ha estado viendo las noticias todo el día. Y hablando con consejeros... y luego los echó a todos.

Desmond exhaló lentamente.

—Llévame con ella.

Nami tomó su mano con la suya, pequeña y tibia, y lo guió por los largos pasillos del palacio. Mientras caminaban, sus pasos resonaban sobre el mármol pulido.

—¿Es verdad lo que dicen? —preguntó Nami en voz baja.

Desmond la miró de reojo.

—No.

—Pero todos lo están repitiendo...

—Eso no lo hace verdad.

Nami apretó un poco más su mano.

—Ella se veía triste.

Desmond no respondió. El comentario le dolió más de lo que esperaba.

Llegaron frente a la puerta de la habitación principal. Nami soltó su mano y tocó con suavidad.

—¿Sí? —se escuchó desde adentro, una voz firme pero cargada de cansancio.

—Soy yo —respondió Nami—. Y... Desmond vino a visitarte.

Hubo un breve silencio.

—Adelante.

Desmond abrió la puerta.

Izobelle estaba frente al espejo, arreglando su cabello con movimientos precisos. Vestía de negro sobrio y elegante. Su postura era impecable, como siempre.

Pero sus ojos revelaban algo distinto: desgaste.

—Sabes lo que está pasando —dijo Desmond sin rodeos.

Izobelle dejó el cepillo sobre la mesa.

—Sí. Lo sé.

No sonaba alterada. Sonaba calculadora.

—Están difamando a la familia —continuó—. Nos están construyendo como antagonistas convenientes.

Desmond dio un paso adelante.

—El noticiero habla de "actos poco éticos". De manipulación política.

Izobelle sostuvo su mirada en el espejo antes de girarse hacia él.

—La estabilidad siempre incomoda a quienes prosperan en el caos.

—Dicen que usas la ley para encubrir atrocidades.

—Dicen —repitió ella con frialdad.

Nami permanecía cerca de la puerta, observando en silencio.

Desmond cruzó los brazos.

—¿Qué harás?

Izobelle caminó hacia el ventanal y miró la ciudad a lo lejos.

—Daré un discurso en la comuna 54.

El nombre cayó como una chispa sobre pólvora.

—¿La comuna 54? —repitió Desmond.

—Sí.

—Es la zona más afectada por los rumores.

—Precisamente por eso.

Desmond negó con incredulidad.

—Ese lugar sigue siendo volátil, incluso con tus reformas.

Izobelle lo miró directamente.

—Es donde tú fuiste criado.

Desmond sostuvo la mirada.

—Lo sé mejor que nadie. Por eso sé que no es escenario para discursos de la realeza.

—No iré como realeza —respondió ella—. Iré como gobernante.

El silencio se volvió más personal que político.

—¿Estás segura de que no hay nada que deba saber? —preguntó Desmond con voz más baja.

Izobelle no apartó la mirada.

—No he cometido los actos de los que me acusan.

—Pero has tomado decisiones duras.

—Sí.

—Y eso deja enemigos.

—Siempre.

Se acercó unos pasos hacia él.

—He impuesto leyes severas para mantener la paz. He restringido ciertos sectores. He eliminado privilegios históricos.

Desmond frunció el ceño.

—Eso crea resentimiento.

—Lo sé.

—Entonces esto puede ser una respuesta a eso.

Izobelle asintió levemente.

—Puede ser.

Nami dio un pequeño paso adelante.

—¿Te van a gritar?

Izobelle suavizó su expresión al mirarla.

—Probablemente.

—¿Y te da miedo?

Izobelle se inclinó un poco para quedar a su altura.

—No.

—¿Ni un poquito?

Una pausa.

—Solo me preocupa que el silencio permita que otros definan la verdad por mí.

Desmond intervino:

—Podrían intentar algo más que gritos.

Izobelle volvió a erguirse.

—Tengo seguridad.

—No suficiente.

Ella lo observó con intensidad.

—¿Quieres ir?

—Sí.

—Puedes hacerlo.

Desmond esperó la condición.

—Pero como espectador.

Él tensó la mandíbula.

—Quiero estar contigo arriba.

—No —respondió ella con firmeza—. Si esto es percibido como un acto familiar, perderá legitimidad. Necesito que me escuchen por lo que represento, no por quién me protege.

Desmond sostuvo su mirada durante varios segundos.

—Está bien.

Izobelle retomó el arreglo de su cabello por última vez.

—Ten cuidado allí.

Desmond soltó una breve exhalación irónica.

—Eso iba a decir yo.

Una sombra de sonrisa apareció en los labios de Izobelle.

—Nos veremos en la comuna 54.

Se dirigió hacia la salida. Nami se apartó del marco de la puerta.

—¿Vas a tardar? —preguntó.

Izobelle acarició su cabeza.

—Lo necesario.

Descendieron al vestíbulo principal. Afuera, una camioneta negra esperaba con el motor encendido.

Izobelle se detuvo un segundo antes de subir y miró a Desmond.

—Confía en mí.

—Haz que valga la pena.

Ella subió al vehículo. La puerta se cerró con un sonido seco.

La camioneta arrancó y desapareció por la avenida principal rumbo a la comuna 54.

Desmond permaneció inmóvil unos instantes.

Ese lugar lo había moldeado. Lo había endurecido.

Ahora sería el escenario donde la verdad y la manipulación chocarían frente a frente.

Y esta vez, no sería un recuerdo el que lo esperara allí.

Desmond salió del palacio con el pulso más acelerado de lo que estaba dispuesto a admitir.

Apenas cruzó el portón principal, vio el auto detenido unos metros más allá. La puerta del conductor se abrió y James descendió con gesto tenso.

—¿Qué pasó? —preguntó sin rodeos.

Desmond caminó hacia él.

—Izobelle dará un discurso en la comuna 54.

James se quedó inmóvil un segundo.

—¿La comuna 54?

—Sí.

El silencio que siguió fue breve, pero pesado.

—¿Está loca? —murmuró James—. Esa es la zona donde crecimos.

—Lo sé.

—El odio hacia los Ludendorff allí es el más intenso de todo el anillo.

Desmond miró hacia la ciudad, como si ya pudiera ver el barrio desde allí.

—Precisamente por eso va.

James negó con incredulidad.

—Eso no es valentía. Es exponerse.

—Es una declaración.

—Es una provocación para quienes quieren sangre.

Desmond apretó la mandíbula.

—No tenemos tiempo para discutirlo. Vámonos.

Ambos subieron al auto. El motor rugió suavemente y comenzaron el trayecto.

Durante los primeros minutos ninguno habló.

Las avenidas principales del anillo de la ira estaban iluminadas por neones rojos y pantallas flotantes que aún repetían fragmentos del noticiero. Algunas personas miraban los titulares con desconfianza, otras con abierta hostilidad.

James rompió el silencio.

—¿Te dijo algo más?

—Que no ha hecho nada de lo que la acusan.

—¿Y le crees?

Desmond giró la cabeza lentamente hacia él.

—Sí.

James sostuvo la mirada unos segundos antes de volver la vista al frente.

—Entonces alguien quiere incendiar esto.

El auto dejó atrás el sector aristocrático y comenzó a adentrarse en calles más estrechas.

La comuna 54 apareció ante ellos.

Desmond la reconoció de inmediato... y no la reconoció.

Las calles estaban limpias. Las fachadas pintadas. Murales cubrían muros enteros con colores vivos: escenas de lucha, resistencia, superación.

En uno de ellos, una versión joven de Desmond estaba representada con el puño en alto, mirada desafiante, convertido en símbolo.

James soltó una exhalación corta.

—Mira eso.

Desmond observó el mural en silencio.

—Leyenda de la comuna —murmuró James—. Si supieran lo poco heroico que fue sobrevivir aquí.

—No fue poco heroico —respondió Desmond—. Fue necesario.

El auto avanzó más despacio.

Niños jugaban en una esquina. Comerciantes cerraban puestos. Todo parecía... normal.

Pero ambos sabían la verdad.

—Esto es una fachada —dijo James en voz baja.

—Siempre lo fue —respondió Desmond—. La violencia aquí no desaparece. Se adapta.

Doblaron hacia el pequeño parque central.

Allí estaba montado un escenario sencillo. Un atril. Un sistema de sonido improvisado pero funcional. Varias luces iluminaban el espacio.

La multitud era numerosa.

En el centro, sentada en una silla sobria, estaba Izobelle.

Serena. Recta. Imperturbable.

Un presentador hablaba con entusiasmo forzado:

—¡Es un honor para la comuna 54 recibir hoy a Izobelle Ludendorff, quien ha decidido venir personalmente a aclarar los rumores que circulan!

Algunos aplausos resonaron.

Otros permanecieron en silencio.

Desmond entrecerró los ojos.

—Escucha eso —murmuró James.

Los aplausos no eran unánimes. Eran irregulares.

Desmond abrió la puerta del auto.

—¿Qué haces? —preguntó James.

—No pienso verla desde aquí.

—Desmond, espera—

Pero él ya había bajado.

Se mezcló con el público con naturalidad. No llevaba insignias. No llevaba símbolos de la familia. Solo era otro rostro entre la multitud.

Mientras avanzaba, escuchaba murmullos.

—A ver qué excusa trae.

—Seguro viene a justificar lo injustificable.

—Dicen que su familia desapareció gente del distrito norte...

—Eso es mentira...

—¿Y tú cómo sabes?

Las voces eran cuchillas invisibles.

Desmond avanzó unos pasos más y entonces lo vio.

Un imp encapuchado, delgado, moviéndose entre la multitud con lentitud calculada.

Sus manos estaban detrás del pantalón.

No a los costados.

No relajadas.

Ocultas.

Desmond sintió un frío recorrerle la espalda.

El imp no miraba el escenario. Miraba los espacios. Calculaba distancias.

Desmond giró levemente el rostro, sin dejar de caminar.

—James —murmuró apenas, sabiendo que su hermano aún estaba cerca del vehículo—. Hay alguien sospechoso a la izquierda del escenario.

No sabía si lo había escuchado.

Pero ya no podía esperar.

En el escenario, el presentador levantó la voz.

—¡Con ustedes, Izobelle Ludendorff!

Aplausos.

Algunos sinceros. Otros obligados.

Izobelle se puso de pie y caminó hacia el atril con elegancia impecable.

Desmond dio otro paso hacia el frente, acortando distancia con el imp.

El encapuchado avanzó también.

Un paso.

Luego otro.

Manos aún ocultas.

Desmond se mezcló más entre la gente, fingiendo escuchar el inicio del discurso.

Izobelle tomó el micrófono.

—Buenas tardes, comuna 54.

Su voz era clara. Firme.

—He venido porque merecen escuchar la verdad directamente de mí.

Algunos abucheos se mezclaron con aplausos.

Desmond no apartaba la vista del imp.

Este estaba ahora a menos de quince metros del escenario.

Diez.

Desmond aceleró apenas el paso.

El imp movió una mano bajo la tela de su pantalón.

El corazón de Desmond golpeó con fuerza.

La comuna parecía tranquila.

Iluminada.

Decorada.

Pero bajo esa superficie pintada, la tensión era un campo minado.

Y algo estaba a punto de romper esa frágil apariencia.

Izobelle se levantó de la silla con una elegancia intacta.

El murmullo de la comuna 54 se convirtió en un oleaje de susurros y respiraciones contenidas. Las luces del pequeño escenario dibujaban sombras largas sobre el parque. Desmond, entre la multitud, no apartaba la vista ni de ella... ni del imp encapuchado que avanzaba con pasos medidos.

Izobelle tomó el micrófono.

—Es un placer tenerlos aquí a todos.

Algunos aplausos dispersos.

Algunos silbidos.

Ella no reaccionó.

—Imagino que ya todos están al tanto de lo que está ocurriendo. He venido personalmente porque considero que merecen escuchar las cosas de mi propia voz.

Un hombre desde el fondo gritó:

—¡Queremos la verdad!

Otro respondió:

—¡Ya la estamos escuchando!

Izobelle continuó, sin elevar el tono.

—Los rumores dicen que la familia Ludendorff está involucrada en actos ilegales. Abuso de poder. Opresión sistemática. Manipulación política.

Pausó un segundo.

—Nada de eso es cierto.

Un murmullo más intenso recorrió la multitud.

Desmond dio un paso más hacia adelante. El imp también.

—Desde que Valerio fue encarcelado —continuó Izobelle—, el anillo de la ira entró en una etapa de transición. Una etapa difícil.

Alguien gritó:

—¡Una etapa de control!

Izobelle lo miró directamente.

—Una etapa de estabilidad.

El silencio se hizo más denso.

—Hemos intentado mantener la paz. No una paz decorativa, sino una paz estructural. Gracias a esas decisiones, muchas familias han sido beneficiadas. La drogadicción ha disminuido. La delincuencia ha sido reducida a niveles históricos.

Una mujer desde la izquierda levantó la voz:

—¿Y a qué precio?

Izobelle asintió levemente.

—A un precio que asumí como gobernante. No como tirana.

Desmond estaba ahora a menos de seis metros del imp. Notó cómo los dedos bajo la tela se tensaban.

—Sé que somos demonios —continuó Izobelle—. Nuestra naturaleza tiende al caos. A la destrucción. Pero eso no significa que debamos vivir devorándonos unos a otros.

Un aplauso aislado comenzó.

—La fuerza no está en dominar. Está en construir.

El imp dio otro paso.

Desmond sintió la amenaza antes de verla.

Izobelle abrió ligeramente los brazos.

—Si tienen dudas, pregúntenme. Si tienen acusaciones, enfréntenlas conmigo. Pero no permitan que voces anónimas—

El sonido cortó el aire.

Un disparo.

Luego otro.

Luego dos más.

Cuatro detonaciones secas.

El tiempo se rompió.

Dos balas impactaron en el pecho de Izobelle. Su cuerpo se sacudió hacia atrás. Las otras dos perforaron su brazo derecho, arrancándole el micrófono de la mano.

Un grito colectivo estalló en el parque.

El público comenzó a correr en todas direcciones.

—¡Al suelo!

—¡Corran!

—¡Es un atentado!

Desmond gritó:

—¡Izobelle!

Corrió hacia el escenario mientras los guardias reaccionaban tarde pero con furia.

El imp intentó huir, pero fue derribado por dos agentes que lo golpearon contra el suelo.

Izobelle yacía sobre la tarima, la sangre extendiéndose bajo su espalda.

Desmond subió de un salto y cayó de rodillas a su lado.

—No... no... no...

Le quitó la parte superior del vestido en movimientos desesperados.

—¡Mantente conmigo! ¡Izobelle, mírame!

Presionó la tela contra las heridas del pecho. La sangre empapó el algodón en segundos.

—¡Resiste!

Sus manos temblaban.

Los guardias gritaban órdenes.

—¡Aseguren el perímetro!

—¡Traigan a los paramédicos!

Izobelle intentó respirar. Un hilo de aire escapó entre sus labios.

Desmond acercó su rostro al de ella.

—Estoy aquí... estoy aquí...

La mirada de Izobelle estaba perdiendo enfoque.

—No... —murmuró él—. No cierres los ojos.

Sirenas.

La ambulancia llegó casi de inmediato, abriéndose paso entre el caos.

Dos paramédicos subieron al escenario con equipo médico.

—¡Retírese! —ordenó uno.

—¡Soy familia! —gritó Desmond.

—¡Entonces ayude sosteniendo presión!

Le colocaron parches, cortaron la tela restante, evaluaron las heridas.

—Entrada doble en tórax. Hemorragia severa.

—Pulso débil.

—Prepárense para intubación.

Desmond retrocedió apenas lo necesario mientras seguía presionando.

—Va a estar bien, ¿verdad? —preguntó con voz quebrada.

Nadie respondió directamente.

La colocaron en la camilla con movimientos rápidos y coordinados.

—¡A la ambulancia!

Desmond saltó tras ellos sin pedir permiso.

Las puertas se cerraron.

La sirena volvió a rugir mientras el vehículo arrancaba a toda velocidad.

Dentro, el espacio era pequeño, lleno de luces blancas y olor metálico.

Uno de los paramédicos trabajaba sobre el pecho.

—Presión cayendo.

—Prepárate para transfusión.

Otro ajustaba el tubo respiratorio.

—Necesitamos mantenerla consciente.

Desmond tomó la mano de Izobelle.

Estaba fría.

—Escúchame —susurró entre lágrimas—. No puedes irte así. No después de esto.

Las lágrimas comenzaron a caer sin control.

—Tienes que terminar tu discurso... ¿recuerdas? Aún no terminaste.

Los paramédicos trabajaban con rapidez brutal.

—Carga lista.

—Desfibrilador preparado por si acaso.

—Respiración asistida estable, pero débil.

Desmond apretó su mano.

—Te dije que confiaría en ti... —su voz se quebró—. Ahora confía tú en que voy a estar aquí.

La ambulancia tomó una curva violenta.

Las luces del techo parpadeaban sobre el rostro pálido de Izobelle.

—No te atrevas a morir —murmuró Desmond—. No después de todo lo que hemos sobrevivido.

El monitor emitía un pitido irregular.

Cada segundo era un abismo.

Y mientras la ambulancia atravesaba la ciudad a toda velocidad, Desmond sostenía su mano como si soltarla significara perderla para siempre.

La ambulancia se detuvo con un chirrido brusco frente al hospital central del anillo.

Las puertas traseras se abrieron de inmediato.

—¡Paso, paso! —gritó uno de los paramédicos mientras bajaban la camilla.

Desmond saltó detrás, pero una mano firme lo detuvo en la entrada.

—Señor, no puede pasar.

—¡Es mi hermana! —exigió, intentando avanzar.

—Necesitamos espacio para trabajar. Espere en la sala.

Las puertas automáticas se cerraron frente a él.

El sonido fue seco. Definitivo.

Desmond quedó inmóvil unos segundos, la respiración aún acelerada, las manos manchadas de sangre seca.

El olor metálico seguía impregnado en su piel.

Un enfermero se acercó con cautela.

—Puede sentarse allá, señor.

Desmond no respondió. Caminó hasta la sala de espera y se dejó caer en una de las sillas rígidas.

Las luces blancas del hospital eran crueles. Frías. Impersonales.

Las horas comenzaron a estirarse.

Cada vez que una puerta se abría, levantaba la cabeza.

Cada vez que alguien pronunciaba un apellido distinto, su estómago se tensaba.

Finalmente, tras lo que parecieron siglos, un médico salió del área quirúrgica con el rostro cubierto parcialmente por una mascarilla.

—¿Desmond Ludendorff?

Desmond se levantó de inmediato.

—Soy yo.

El médico bajó la mascarilla, revelando un gesto serio.

—Soy el doctor a cargo de su hermana.

—¿Cómo está?

El doctor no respondió de inmediato.

—Las heridas en el tórax comprometieron órganos vitales. Hemos logrado estabilizarla provisionalmente, pero necesita cirugía inmediata.

Desmond tragó saliva.

—Entonces háganla.

—Es una operación de alto riesgo. Muy alto —aclaró el médico—. Existe una posibilidad considerable de que no sobreviva al procedimiento.

Las palabras no fueron dramáticas. Fueron clínicas.

Pero atravesaron a Desmond como otra bala.

Antes de que pudiera responder, pasos apresurados resonaron en el pasillo.

—¿Dónde está mi hija?

Lorena apareció, el rostro pálido, el cabello desordenado por la prisa.

—Desmond —dijo al verlo—. ¿Qué pasó? ¿Dónde está Izobelle?

Desmond intentó hablar, pero el médico intervino.

—Señora Ludendorff, su hija recibió cuatro impactos de bala. Dos en el pecho, dos en el brazo. La hemorragia fue severa.

Lorena llevó una mano a su boca.

—No... no...

—Necesitamos operarla de inmediato —continuó el doctor—, pero el procedimiento es riesgoso.

—¿Riesgoso cómo? —preguntó ella, con voz temblorosa.

—Existe posibilidad de fallo multiorgánico durante la intervención.

Lorena se apoyó contra la pared.

—¿Puede morir?

El médico sostuvo su mirada.

—Sí.

El silencio que siguió fue devastador.

Lorena miró a Desmond.

—Tú estabas allí.

No era acusación. Era dolor.

Desmond bajó la mirada un segundo.

—Sí.

—¿Quién hizo esto?

—Un imp. Lo capturaron.

Lorena respiró con dificultad.

—Mi hija... —susurró—. Ella solo quería hablar.

El médico interrumpió con profesionalismo firme.

—Necesitamos autorización para proceder.

Lorena asintió casi de inmediato.

—Háganlo. Hagan lo que sea necesario.

El doctor inclinó la cabeza y desapareció tras las puertas.

Las horas siguientes fueron un vacío interminable.

Lorena caminaba de un lado a otro.

—Siempre le dije que no se expusiera así —murmuraba—. Siempre supe que alguien intentaría algo.

Desmond permanecía sentado, mirando el suelo.

—Fue mi culpa —dijo en voz baja.

Lorena se detuvo.

—No.

—Vi al atacante. Lo noté.

—¿Y qué querías hacer? ¿Detener una bala con las manos?

Desmond no respondió.

—No cargues con algo que no pudiste controlar —dijo ella, aunque su propia voz estaba quebrada.

El reloj avanzó.

La noche cayó sobre el hospital.

Lorena comenzó a agotarse. Sus párpados se cerraban por segundos cada vez más largos.

Finalmente suspiró.

—No estoy ayudando aquí.

Desmond levantó la vista.

—Deberías descansar.

—¿Y si despierta?

—Te llamaré.

Lorena lo observó en silencio.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

Ella asintió y se acercó para abrazarlo brevemente.

—No te quedes solo en la culpa.

Después se marchó por el pasillo, dejando a Desmond bajo la luz blanca y el eco de máquinas lejanas.

La madrugada avanzó.

Desmond terminó recostado en la silla, el cuello torcido en un ángulo incómodo. Cerró los ojos apenas unos minutos, intentando calmar la mente.

Soñó con disparos.

Despertó sobresaltado cuando escuchó su nombre.

—¿Desmond Ludendorff?

Abrió los ojos de inmediato. El mismo doctor estaba frente a él, ahora sin prisa, pero con un cansancio visible.

Desmond se puso de pie.

—¿Qué pasó?

El médico respiró hondo.

—La operación fue un éxito.

El aire volvió a sus pulmones de golpe.

—Logramos detener la hemorragia y reparar los daños críticos.

Desmond cerró los ojos un segundo, como si el cuerpo necesitara confirmar que aquello era real.

—Está viva.

—Sí. Pero necesitará permanecer en observación constante. Las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales.

Desmond asintió.

—Me quedaré.

—Puede entrar a verla —indicó el doctor—. Está consciente y ya esta estable.

Desmond caminó por el pasillo con pasos lentos.

Cada puerta numerada parecía más pesada que la anterior.

Se detuvo frente a la habitación asignada.

Respiró hondo.

Giró la manija.

Y abrió la puerta.

La habitación estaba en silencio, salvo por el sonido constante del monitor cardíaco.

Desmond entró con pasos contenidos.

Izobelle estaba recostada, pálida, vendada en el pecho y el brazo derecho inmovilizado. Tubos y cables la conectaban a máquinas que vigilaban cada latido.

Pero sus ojos estaban abiertos.

Cuando lo vio, una leve sonrisa apareció en su rostro.

—Pensé que tardarías más en entrar —murmuró, con la voz débil pero clara.

Desmond se quedó inmóvil un segundo, asimilando que estaba despierta.

—No vuelvas a hacer eso —dijo finalmente, acercándose.

Izobelle intentó incorporarse.

—Eso fue muy poco específico, considerando las circunstancias.

Un gesto de dolor cruzó su expresión cuando trató de sentarse.

—Hey, despacio —dijo Desmond, ayudándola.

Ella ignoró la advertencia y, con esfuerzo, lo abrazó.

Fue un abrazo torpe, limitado por las vendas y el dolor, pero real.

Desmond la sostuvo con cuidado extremo.

—¿Cómo te sientes?

Izobelle se separó apenas, apoyándose contra la almohada.

—Excelente. Recomiendo que te disparen cuatro veces si quieres una experiencia transformadora.

Desmond la miró, incrédulo.

—¿Hablas en serio?

—No —respondió con una pequeña sonrisa irónica—. Me duele hasta respirar. Pero estoy viva.

Desmond dejó escapar una risa breve, cargada de alivio.

—Me alegra saber que al menos conservas el humor... a pesar de esto.

Izobelle lo miró con cierta calidez.

—¿Para qué deprimirse? No me dispararon por aburrimiento. Fue político.

—Eso no lo hace menos grave.

—Lo hace más interesante.

Desmond negó con la cabeza.

—Casi mueres.

Ella sostuvo su mirada.

—Pero no lo hice.

En ese momento, la puerta se abrió con suavidad.

Lorena entró a la habitación.

Al ver a su hija consciente, sus ojos se llenaron de lágrimas inmediatas.

—Izobelle...

Se acercó rápidamente y tomó su mano izquierda con delicadeza.

—Todo va a estar bien —susurró—. Estoy aquí.

Izobelle apretó débilmente sus dedos.

—Lo sé, madre.

Lorena respiró hondo, intentando recuperar compostura.

—Yo asumiré tu puesto mientras te recuperas. No tienes que preocuparte por nada.

Desmond levantó la mirada.

Izobelle frunció ligeramente el ceño.

—No.

Lorena parpadeó.

—¿Cómo que no?

—No quiero que tomes mi lugar.

—Izobelle, acabas de salir de una cirugía de alto riesgo.

—Y sigo siendo gobernadora.

—Temporalmente no —replicó Lorena con firmeza—. Necesitas reposo absoluto.

Izobelle giró el rostro hacia Desmond.

—Quiero que él lo haga.

El silencio cayó como una losa.

—¿Perdón? —dijo Lorena.

—Desmond se encargará del anillo mientras me recupero.

Lorena la miró como si no hubiera escuchado bien.

—¿Estás delirando por la anestesia?

—Estoy completamente consciente.

—Izobelle, Desmond no sabe nada de diplomacia —dijo Lorena, conteniendo la frustración—. No fue criado como un Ludendorff tradicional. No estudió protocolos. No domina las estructuras administrativas.

Desmond abrió la boca para intervenir, pero Izobelle lo miró, indicándole que la dejara hablar.

—Precisamente por eso.

—¿Precisamente por eso? —repitió Lorena, incrédula.

—Porque él conoce la comuna 54. Conoce el anillo desde abajo. Sabe lo que sienten quienes desconfían de nosotros.

Lorena negó con la cabeza.

—Gobernar no es sobrevivir en la calle.

—No —respondió Izobelle con firmeza—. Pero tampoco es recitar tratados sin comprender la realidad que regulan.

Desmond permanecía en silencio, sintiendo el peso de cada palabra.

Lorena cruzó los brazos.

—Esto no es un juego. El atentado demuestra que hay fuerzas organizadas actuando.

—Lo sé.

—Entonces necesitas a alguien con experiencia política.

Izobelle sostuvo su mirada.

—Necesito a alguien en quien confíe absolutamente.

El silencio volvió a apoderarse de la habitación.

Lorena miró a Desmond.

—¿Tú quieres esto?

Desmond respiró hondo.

—No lo estaba buscando.

—Eso no responde mi pregunta.

Desmond dio un paso hacia la cama y tomó la otra mano de Izobelle con cuidado.

—Si ella me lo pide... lo haré.

Lorena cerró los ojos un instante.

—No sabes en lo que te estás metiendo.

—Probablemente no —admitió Desmond—. Pero tampoco sabía cómo sobrevivir cuando era niño. Y aun así lo hice.

Izobelle sonrió apenas.

—Confío en él.

Lorena la observó largamente.

—Eres terca.

—Siempre lo he sido.

El silencio se estiró hasta que, finalmente, Lorena exhaló.

—Está bien.

Desmond la miró sorprendido.

—Pero no lo harás solo —continuó ella—. Yo lo guiaré. Aprenderás los fundamentos. Los protocolos. La historia real de nuestra familia.

Izobelle asintió.

—Eso es lo que quería.

Desmond apretó la mano de su hermana.

—No te fallaré.

Izobelle lo miró con serenidad profunda.

—Lo harás bien.

—No tengo tu experiencia.

—Tienes algo que yo no tengo.

—¿Qué?

—Perspectiva.

Lorena intervino con tono más suave:

—Comenzaremos mañana. Reuniones, informes, estructura del consejo.

Desmond asintió lentamente.

—Gobernaré lo mejor que pueda.

Izobelle volvió a acomodarse en la almohada.

—Y cuando regrese... quiero encontrar un anillo más fuerte, no uno en guerra.

Desmond sostuvo su mirada.

—Lo tendrás.

Izobelle giró ligeramente el rostro hacia su madre.

—Guíalo. Enséñale lo que significa ser un Ludendorff.

Lorena asintió.

—Lo haré.

El monitor cardíaco marcaba un ritmo estable.

En esa habitación blanca, entre vendas y cables, se selló una transición inesperada.

Desmond, el niño de la comuna 54, el símbolo pintado en murales callejeros, acababa de aceptar el peso del gobierno del anillo de la ira.

Y esta vez, no sería una leyenda del pasado.

Sería el presente.

CAP 89

El peso de la herencia

La noche había caído con una calma extraña sobre la ciudad.

Había pasado apenas un día desde el atentado contra Izobelle, y aun así el mundo parecía seguir moviéndose con una normalidad que resultaba casi insultante.

En la casa de Desmond, las luces estaban encendidas, y desde la cocina salía el suave sonido de utensilios chocando contra la olla. Laura estaba preparando la cena con movimientos tranquilos, casi mecánicos, como si intentara mantener la rutina para evitar pensar demasiado en todo lo que había ocurrido.

El aroma de la comida comenzaba a llenar la casa.

—Espero que tenga hambre... —murmuró Laura para sí misma mientras removía la olla—. Hoy casi no ha comido nada...

En el piso superior, sin embargo, el ambiente era completamente distinto.

La habitación de Desmond estaba en silencio.

Un silencio pesado.

Desmond se encontraba sentado en el borde de su cama, inclinado hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas. Entre sus manos sostenía un pequeño colgante de metal envejecido.

Con cuidado, presionó el pequeño seguro y lo abrió.

Dentro había una fotografía diminuta.

Sus ojos se quedaron fijos en la imagen.

Allí estaban.

Su madre Marta, sonriendo con esa expresión cálida que siempre tenía cuando reunía a su familia.

Su padre Miguel, con la mano apoyada sobre el hombro de uno de sus hijos.

Su hermano James, más joven, con una expresión rebelde que parecía idéntica a la de ahora.

Y él.

Un Desmond mucho más joven, apenas un muchacho.

Durante varios segundos no dijo nada.

Solo observó.

El peso de los recuerdos cayó sobre él como una ola.

—Dieciocho años... —murmuró en voz baja.

Recordaba perfectamente el día en que su madre le había dado aquel colgante.

"Para que nunca olvides de dónde vienes", le había dicho.

Desmond dejó escapar un suspiro largo y cansado.

—Si vieras en lo que terminé metido... —susurró.

Sus dedos recorrieron la pequeña fotografía.

—Gobernador del Anillo de la Ira...

Negó levemente con la cabeza.

—Ni siquiera sé si debería estar aquí...

Por un momento, el silencio volvió a envolver la habitación.

Luego cerró lentamente el colgante.

El pequeño *clic* resonó en la habitación.

Desmond se levantó y caminó hasta un pequeño escritorio donde tenía una caja de madera. La abrió con cuidado.

Dentro había varios objetos.

Recuerdos.

Un viejo encendedor.

Un par de entradas de conciertos.

Un anillo desgastado.

Y algunos otros objetos que solo tenían significado para él.

Colocó el colgante dentro de la caja.

—Tal vez... —murmuró— algún día todo vuelva a ser simple.

Cerró la caja.

En ese momento, su teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa.

Desmond frunció el ceño.

Tomó el dispositivo.

En la pantalla aparecía un nombre.

Lorena.

La madre de Izobelle.

Durante un segundo se quedó mirando el teléfono.

Luego respondió.

—¿Sí?

Del otro lado, la voz de Lorena llegó con su habitual tono firme.

—Desmond.

—Lorena —respondió él con calma—. ¿Cómo está Izobelle?

Hubo un pequeño silencio.

—Estable —respondió finalmente Lorena—. Los médicos dicen que la recuperación será lenta... pero se está recuperando.

Desmond cerró los ojos por un momento.

—Eso es lo único que importa.

—Precisamente por eso te llamo —continuó Lorena.

Desmond se recostó contra la pared.

—Dígame.

La voz de Lorena adquirió un tono más serio.

—¿Estás listo?

Desmond levantó una ceja.

—¿Listo para qué?

—Para asumir tu puesto.

El silencio volvió a instalarse.

Abajo, en la cocina, Laura seguía preparando la cena, ajena a la conversación.

Desmond miró el suelo durante un momento antes de responder.

—Sí.

Lorena continuó.

—Entonces debes empezar a actuar como gobernador.

—Lo intento —respondió Desmond.

—No —replicó Lorena—. Intentarlo no es suficiente.

Desmond suspiró.

—Entonces dígame qué quiere que haga.

—Mudarte al palacio.

La respuesta fue inmediata.

—No.

Del otro lado de la línea hubo un breve silencio.

—Desmond...

—No pienso abandonar mi casa —dijo él con firmeza—. No ahora.

—Esto no es una sugerencia —respondió Lorena con calma—. Es una cuestión de seguridad.

Desmond caminó lentamente por la habitación.

—Mi casa está a quince minutos del palacio.

—Quince minutos en los que podrían matarte —respondió Lorena sin rodeos.

Desmond apretó los labios.

—No exageremos.

Lorena no tardó en responder.

—Intentaron asesinar a mi hija ayer frente a cientos de personas.

El silencio volvió a caer.

—Crees que no intentarán hacer lo mismo contigo?

Desmond no respondió.

Lorena continuó.

—Los viajes constantes entre tu casa y el palacio te convierten en un blanco fácil.

Desmond se pasó una mano por el rostro.

—No quiero vivir encerrado en ese lugar.

—No se trata de lo que quieres —dijo Lorena—. Se trata de lo que necesitas hacer para gobernar.

Desmond apoyó la espalda contra la pared.

—Mi vida está aquí.

—Tu responsabilidad está en el palacio.

El silencio volvió a extenderse.

Desmond pensó en Izobelle.

Pensó en la ambulancia.

En la sangre.

En sus manos temblando.

En la mirada inconsciente de su hermana.

Cerró los ojos.

—...

Lorena habló nuevamente.

—Además —añadió—, allí tendrás todo lo que necesitas para gobernar.

—Archivos, asesores, seguridad, información.

Desmond dejó escapar un suspiro pesado.

—No quiero abandonar a mi familia.

Lorena respondió de inmediato.

—No tienes que hacerlo.

Desmond frunció el ceño.

—¿Qué?

—Puedes traerlos contigo.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Al palacio?

—Sí.

Desmond se quedó pensativo.

—Laura...

—Tu familia puede vivir allí —continuó Lorena—. El palacio tiene espacio más que suficiente.

Desmond miró la puerta de su habitación.

Desde abajo llegaba la voz de Laura.

—¡Desmond! ¡La cena ya casi está lista!

Desmond respondió sin apartar el teléfono.

—¡Ya voy!

Luego volvió a hablar.

—Lorena...

—Dime.

—¿Está segura de esto?

—Completamente.

Desmond respiró hondo.

Pensó nuevamente en Izobelle.

En la promesa que le había hecho.

"No te fallaré".

Finalmente habló.

—Está bien.

Lorena guardó silencio un segundo.

—¿Aceptas?

Desmond asintió lentamente, aunque ella no pudiera verlo.

—Sí.

—Me mudaré al palacio.

Del otro lado de la línea, Lorena pareció relajarse ligeramente.

—Es lo correcto.

Desmond miró alrededor de su habitación.

Las paredes.

Los muebles.

Los recuerdos.

—No será fácil —murmuró.

—Gobernar nunca lo es —respondió Lorena.

Desmond soltó una pequeña risa seca.

—Eso empiezo a entenderlo.

Lorena concluyó la conversación.

—Te enviaré transporte hoy en la tarde.

—Prepárate, Desmond.

—Tu vida acaba de cambiar.

Desmond asintió.

—Lo sé.

Luego añadió con voz más baja:

—Gracias.

Lorena no respondió a eso.

—Nos vemos mañana.

La llamada terminó.

El teléfono quedó en silencio en su mano.

Durante varios segundos Desmond no se movió.

Luego escuchó nuevamente la voz de Laura desde abajo.

—¡Desmond! ¡Se enfría la comida!

Desmond dejó escapar un suspiro.

Miró la caja de recuerdos sobre el escritorio.

Luego murmuró para sí mismo:

—Supongo que... ya no hay vuelta atrás.

Apagó la luz de la habitación.

Y salió para bajar a cenar.

Sin saber que, a partir de ese momento, su vida comenzaría a cambiar mucho más de lo que imaginaba.

Desmond bajó las escaleras lentamente hacia el primer piso. Cada paso resonaba con un eco suave en la casa, como si las paredes mismas estuvieran escuchando lo que estaba por suceder. Desde el comedor llegaba el sonido de platos y cubiertos chocando suavemente.

Laura y Scott estaban sentados en la mesa, comiendo.

El olor de la comida llenaba la casa, creando una sensación de normalidad que contrastaba demasiado con todo lo que había ocurrido el día anterior.

Scott tenía la mirada fija en su plato. Comía en silencio, con movimientos mecánicos, sin levantar la vista.

Laura, en cambio, revisaba su teléfono de vez en cuando mientras comía con calma.

Desmond se detuvo frente a la mesa.

Los observó durante unos segundos antes de hablar.

—Me imagino que ya saben lo que pasó con Izobelle.

Laura levantó la mirada de inmediato.

Su expresión se volvió seria.

—Sí —respondió con un suspiro—. Lo vimos en las noticias desde esta mañana.

Scott dejó el tenedor sobre el plato, pero no miró a Desmond.

—Todos los canales lo están pasando —dijo con tono seco—. No hablan de otra cosa.

Laura negó ligeramente con la cabeza.

—Es increíble hasta dónde pueden llegar los rumores... —murmuró—. La gente estaba completamente alterada en los reportajes.

Desmond asintió lentamente.

—Después de lo que ocurrió... tomaron una decisión.

Laura frunció el ceño.

—¿Qué decisión?

Desmond apoyó una mano sobre el respaldo de una silla.

—Me asignaron como gobernador del Anillo de la Ira.

Hubo un silencio inmediato en la mesa.

Scott levantó la vista por primera vez.

Laura parpadeó varias veces.

—¿Perdón? —preguntó.

Desmond respiró hondo antes de continuar.

—Por herencia... ese puesto siempre me ha correspondido a mí. Pero hace años decidí cederle el cargo a Izobelle.

Scott lo miró con expresión neutra.

—Eso sí lo sabíamos.

Desmond continuó.

—Pero ahora que ella no está en condiciones de gobernar... el puesto vuelve a mí.

Scott apoyó los codos sobre la mesa.

Laura lo observaba fijamente.

—Eso... —dijo lentamente— ¿qué significa exactamente?

Desmond los miró a ambos.

—Significa que nos mudaremos al Palacio Ludendorff.

Scott dejó el tenedor sobre el plato con un pequeño golpe.

No fue sorpresa.

Fue molestia.

—Genial... —murmuró con ironía.

Laura giró la cabeza hacia él.

—Scott...

El joven levantó la mirada hacia Desmond.

—¿Mudarnos? ¿Así nada más?

—Sí —respondió Desmond con calma.

Scott soltó una risa breve, sin humor.

—Claro. ¿Por qué no? Cambiar toda la vida de un día para otro. Muy buena idea.

Laura frunció el ceño.

—Scott, no empieces.

Scott ignoró el comentario.

—¿Y cuándo se supone que pasará eso?

Desmond respondió:

—Hoy.

Laura parpadeó.

—¿Hoy?

—Hoy en la tarde tenemos que estar allá.

Scott se recostó en la silla lentamente.

—Perfecto... —dijo con sarcasmo—. Ni siquiera tenemos tiempo para procesarlo.

Laura suspiró.

—Desmond... eso es muy poco tiempo.

—Lo sé.

Scott miró alrededor de la casa por unos segundos.

Sus ojos recorrieron las paredes, las escaleras, las ventanas.

—¿Y la casa?

—Le pediré a mi hermano que la vigile —explicó Desmond—. Así no quedará abandonada.

Scott se encogió de hombros.

—Como sea.

Laura cruzó los brazos pensativa.

—Bueno... entonces supongo que no tenemos mucho tiempo que perder.

Scott empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Voy a empacar.

Su tono era seco, casi molesto.

Desmond alzó una ceja.

—No hace falta que metas media casa en una maleta.

Scott ya caminaba hacia las escaleras.

—Tranquilo. Solo lo necesario.

Se detuvo un segundo en el primer escalón.

—No pienso quedarme más tiempo aquí del que hace falta.

No miró a Desmond cuando lo dijo.

Luego continuó subiendo las escaleras.

Laura observó cómo desaparecía en el segundo piso.

—Últimamente está... muy tenso —dijo en voz baja.

Desmond no respondió.

La casa volvió a quedar en silencio.

Laura permaneció unos segundos mirando la mesa.

Luego Desmond caminó lentamente hacia ella.

Se colocó detrás de su silla.

Y la abrazó por la espalda.

Laura se sorprendió ligeramente, pero relajó los hombros al sentir sus brazos rodeándola.

Desmond apoyó el mentón cerca de su hombro.

Sus manos acariciaron con suavidad los brazos de Laura.

—Esos tatuajes floreados... —murmuró— siguen siendo igual de hermosos que el día en que te conocí.

Laura soltó una pequeña risa.

—¿Ah sí?

Desmond recorrió con los dedos las líneas del tatuaje.

—No han cambiado nada.

Laura ladeó la cabeza con una sonrisa.

—¿Y a qué se debe tanta dulzura de repente?

Desmond respondió con calma.

—A nada en particular.

Laura levantó una ceja.

—Eso nunca es cierto.

Desmond sonrió levemente.

—Solo... quería recordarte que te amo.

Laura se giró un poco en la silla para mirarlo.

—Yo también te amo.

Por un momento ambos se quedaron en silencio.

Luego Laura se levantó.

—Bueno —dijo—, si vamos a mudarnos a un palacio... será mejor empezar a empacar.

Desmond asintió.

—Sí.

Laura comenzó a caminar hacia las escaleras.

—Porque si Scott empieza a empacar primero... seguro terminará llevándose cosas que ni necesita.

Desmond soltó una pequeña risa cansada.

—Probablemente.

Y así, mientras la casa comenzaba a llenarse de movimiento, los tres se preparaban para dejar atrás el lugar que había sido su hogar durante tanto tiempo... sin saber que ese cambio marcaría el inicio de una etapa mucho más difícil de lo que imaginaban.

Scott estaba solo en su habitación.

La puerta estaba entreabierta y, desde el pasillo, llegaban sonidos lejanos: cajones abriéndose, pasos subiendo y bajando las escaleras, el murmullo de voces apagadas. La casa entera parecía haberse puesto en movimiento desde que Desmond había anunciado la mudanza.

Pero dentro de esa habitación, el tiempo parecía ir más despacio.

Una maleta abierta descansaba sobre la cama.

Scott caminaba de un lado a otro del cuarto, sacando camisas del closet con movimientos rápidos. Las doblaba de forma descuidada —muy diferente a como solía hacerlo antes— y las lanzaba dentro de la maleta sin demasiado orden.

—Palacio Ludendorff... —murmuró con una mezcla de incredulidad y fastidio—. Claro... ¿por qué no?

Sacó un suéter oscuro y lo sostuvo frente a él unos segundos.

—El chico que vivía en una casa normal ahora va a vivir en un palacio infernal... —resopló—. Totalmente lógico.

Lo dobló con torpeza y lo tiró dentro de la maleta.

Mientras seguía revisando el closet, apartó varias prendas colgadas en el estante superior. Entonces algo apareció en la esquina del compartimiento.

Una pequeña caja.

Scott se quedó quieto.

El movimiento de sus manos se detuvo por completo.

La reconoció al instante.

Su expresión cambió.

—Oh...

Estiró el brazo lentamente y la tomó con cuidado, como si temiera romper algo frágil.

Era una caja sencilla de cartón rígido, un poco desgastada en los bordes. Nada especial para cualquiera que la viera.

Pero para Scott, era otra cosa.

Caminó hasta la cama y se sentó.

Sostuvo la caja entre las manos.

Sus dedos recorrieron la tapa con lentitud, como si estuviera recordando cada centímetro.

—No sabía que aún estaba aquí...

Durante unos segundos dudó.

Podría haberla dejado en el closet.

Podría haber cerrado la puerta y olvidarse de ella.

Podría haber fingido que esa parte de su vida ya no existía.

Pero no lo hizo.

Scott levantó la tapa.

Dentro había varias hojas dobladas con cuidado.

Cartas.

Cartas impresas.

Cartas que él mismo había decidido guardar cuando todavía creía que esas palabras significaban algo eterno.

Scott tragó saliva.

—Mya...

El nombre escapó de sus labios en un susurro.

Tomó la primera carta que estaba encima.

Sus manos temblaron ligeramente.

—No debería leer esto...

Se quedó mirando el papel.

—No ahora...

El silencio de la habitación parecía presionarlo.

Finalmente suspiró.

—...pero ya qué.

Desplegó la carta.

Sus ojos comenzaron a recorrer las palabras.

Y mientras leía, la voz de Mya parecía reconstruirse dentro de su mente, como si estuviera escuchándola otra vez a través de un auricular en una llamada nocturna.

Scott,

Quería escribirte esta carta porque hay cosas que a veces no logro decir bien cuando hablamos. Cuando estamos en llamada termino riendo, cambiando de tema o simplemente escuchándote... pero hay algo que necesito que sepas.

Es extraño pensar que todo empezó con un simple mensaje. Dos personas que no se conocían, separadas por kilómetros, por pantallas, por vidas completamente distintas... y aun así, de alguna forma, terminamos encontrándonos.

Desde que apareciste en mi vida, mis días se sienten diferentes. Me gusta despertarme y saber que en algún momento del día voy a leer un mensaje tuyo. Me gusta escuchar tu voz en las madrugadas cuando el mundo está en silencio y parece que solo existimos nosotros dos.

Incluso cuando no decimos nada, cuando simplemente estamos conectados, siento que no estoy sola.

Puede que nunca hayamos caminado juntos por una calle ni nos hayamos tomado de la mano, pero aun así siento que te conozco de una manera muy profunda.

Conozco tus risas.

Tus silencios.

Las cosas que te emocionan.

Y también las que te duelen.

Y cada una de esas partes tuyas me importa más de lo que imaginas.

Te amo, Scott.

Y sí, sé que para muchos esto puede sonar extraño porque nuestra relación vive entre mensajes, llamadas y pantallas... pero para mí es completamente real.

Tan real que a veces me sorprende lo mucho que puedes hacer latir mi corazón estando tan lejos.

Sueño con el día en que la distancia deje de ser solo números en un mapa. El día en que pueda mirarte a los ojos sin una cámara entre nosotros.

Pero mientras tanto, cada palabra, cada conversación y cada momento que compartimos significa el mundo para mí.

Gracias por aparecer en mi vida de la forma más inesperada.

Gracias por quedarte.

Con todo mi amor,
Mya.

Scott permaneció sentado en el borde de la cama, sosteniendo la carta entre sus dedos.

El papel temblaba ligeramente.

Sus ojos seguían recorriendo las últimas líneas, como si su mente se negara a aceptar que ya había terminado de leerla.

El silencio de la habitación era absoluto.

Entonces una lágrima cayó.

La gota impactó sobre el papel y lentamente se deslizó por la tinta impresa, deformando ligeramente algunas letras.

Scott lo notó.

Sus labios se tensaron.

—Genial... —murmuró con la voz quebrada—. Ahora también arruino las cartas.

Soltó una pequeña risa que no tenía nada de alegría.

Respiró profundamente.

Una vez.

Dos veces.

Cerró los ojos unos segundos.

—Vamos... —susurró para sí mismo—. Contrólate.

Se pasó las manos por el rostro, limpiando las lágrimas antes de que pudieran caer más.

Cuando volvió a mirar la carta, su expresión era distinta.

Más tranquila.

Más controlada.

Con cuidado dobló el papel nuevamente.

—Supongo que esto también es parte de crecer, ¿no? —murmuró.

Colocó la carta dentro de la caja junto a las demás.

Durante un momento dudó antes de cerrar la tapa.

—No voy a tirarlas... —dijo en voz baja—. Sería como borrar una parte de mi vida.

Cerró la caja.

La sostuvo unos segundos entre sus manos.

—Además... —añadió con una sonrisa muy tenue—. No todo fue malo.

Scott abrió la maleta y guardó la caja entre su ropa.

La acomodó con cuidado, como si fuese un objeto frágil.

Después se levantó.

Miró alrededor de su habitación.

El lugar estaba casi vacío ahora.

Caminó hacia la puerta.

Pero antes de salir, se detuvo.

Giró la cabeza y observó el cuarto.

La cama.

El escritorio.

Los posters en la pared.

El viejo amplificador en la esquina.

Su expresión cambió ligeramente.

Había pasado años ahí.

Risas.

Música.

Llamadas nocturnas.

Silencios largos mirando el techo.

—Bueno... —dijo con un suspiro—. Supongo que es un adiós temporal.

Apagó la luz.

Y cerró la puerta.

Una hora después.

El sonido de un motor se escuchó afuera de la casa.

Una camioneta negra elegante se detuvo frente a la entrada.

Desmond estaba en la sala cuando escuchó el vehículo.

Se asomó por la ventana.

—Ya llegaron.

Laura, que estaba terminando de cerrar una pequeña maleta de mano, levantó la mirada.

—¿Tan rápido?

—Sí —respondió Desmond—. Lorena no pierde el tiempo.

En ese momento Scott bajó las escaleras arrastrando su maleta.

Su expresión era neutra.

—¿Ese es nuestro transporte real? —preguntó al ver la camioneta por la ventana.

Desmond lo miró un segundo.

—Sí.

Scott se acercó un poco más al ventanal y observó el vehículo.

—Vaya... —dijo con tono seco—. El gobernador no viaja en bus, supongo.

Desmond no respondió.

Laura suspiró ligeramente al notar el tono.

—Scott...

—¿Qué? —respondió él sin mirarla—. Solo digo.

Laura tomó su maleta.

—Bueno... supongo que no hay vuelta atrás.

Desmond levantó dos maletas grandes con facilidad.

—Vamos.

Salieron de la casa.

El aire de la tarde era fresco y el cielo comenzaba a teñirse con tonos anaranjados.

El chofer de la camioneta, un demonio alto vestido con traje oscuro, se acercó inmediatamente.

—Señor Ludendorff —dijo inclinando levemente la cabeza.

—Buenas tardes —respondió Desmond.

El chofer tomó una de las maletas.

—Permítame ayudarle.

Scott observó la escena con las manos en los bolsillos.

—Wow... servicio completo.

Laura le dio un pequeño golpe en el brazo.

—Scott.

—¿Qué? —dijo él encogiéndose de hombros—. Solo estoy observando.

El chofer acomodó todas las maletas en el maletero con rapidez y eficiencia.

Luego cerró la compuerta.

—Todo listo, señor.

Desmond asintió.

—Gracias.

Laura y Scott subieron a los asientos traseros.

Desmond se acomodó en el asiento delantero junto al conductor.

La camioneta arrancó.

Las luces de la calle comenzaron a deslizarse por las ventanas mientras el vehículo avanzaba.

Dentro del auto reinaba un silencio incómodo.

Laura revisaba algo en su teléfono.

Scott miraba por la ventana.

Los autos pasaban.

Las luces de la ciudad se reflejaban en el vidrio.

—Esto es raro... —murmuró Scott.

Laura levantó la vista.

—¿Qué cosa?

Scott siguió mirando la calle.

—Mudarnos a un palacio infernal porque el gran Desmond Ludendorff ahora gobierna un anillo del infierno.

Laura frunció ligeramente el ceño.

—Scott...

—¿Qué? —respondió él sin mirarla—. Técnicamente eso es lo que está pasando.

Laura suspiró.

—Cuando lo dices así suena absurdo.

—Porque lo es.

Scott apoyó la cabeza contra la ventana.

—Ayer vivía en una casa normal... hoy vivo en un palacio demoníaco lleno de políticos infernales.

Hizo una pausa.

—Gran mejora.

Laura lo observó unos segundos.

—Aun así... vamos a estar bien.

Scott no respondió.

Solo siguió mirando la ciudad pasar.

Mientras tanto, en el asiento delantero, Desmond permanecía completamente callado.

Su mirada estaba perdida en el camino.

Pero su mente estaba en otro lugar.

Demasiados recuerdos.

Demasiado peso.

Pensó en su padre.

Tenía siete años cuando murió.

La imagen seguía grabada en su mente.

La violencia.

La sangre.

El nombre que nunca pudo olvidar.

John Ludendorff.

Luego pensó en su madre.

Marta.

Murió cuando él tenía dieciocho años.

Cáncer.

Una enfermedad lenta y cruel.

Recordó el día en el hospital.

Recordó sostener su mano.

Recordó la última vez que la vio sonreír.

Luego Skyler.

Su esposa.

La mujer que había amado.

La mujer que le había devuelto la felicidad cuando su vida parecía rota.

El recuerdo de su muerte seguía siendo una herida abierta.

Un cazarecompensas.

Una bala.

Una vida destruida.

Desmond apretó ligeramente los puños.

Y ahora Izobelle.

Su hermana menor.

Disparos.

Sangre.

Un hospital.

Casi perderla también.

Cerró los ojos un segundo.

—¿Qué hice...? —murmuró apenas audible.

El conductor lo miró brevemente.

—¿Señor?

Desmond abrió los ojos y negó con la cabeza.

—Nada.

Miró nuevamente hacia el frente.

La carretera se extendía iluminada por luces rojas y amarillas.

Su voz fue apenas un susurro.

—¿Qué pecado estoy pagando?

Pero entonces respiró profundo.

Una vez.

Luego otra.

Su mirada cambió.

Más firme.

Más dura.

—No importa... —dijo finalmente.

Se recostó ligeramente en el asiento.

Miró hacia adelante con determinación.

Porque ahora tenía algo que hacer.

Algo que no podía fallar.

Ahora debía ser fuerte.

Ahora debía gobernar.

La camioneta negra avanzó por el largo camino de piedra que conducía al Palacio Ludendorff.

A ambos lados del sendero se alzaban enormes estatuas de demonios antiguos, talladas en roca oscura. Sus siluetas parecían observar el vehículo mientras este avanzaba lentamente hacia el gigantesco portón de hierro.

Scott miraba por la ventana.

—Dios... —murmuró.

Laura siguió su mirada.

—Es... grande.

—¿Grande? —dijo Scott con incredulidad—. Eso no es grande. Eso es ridículamente grande.

El palacio se alzaba frente a ellos como una fortaleza monumental. Torres altas, balcones de piedra, vitrales oscuros y una arquitectura tan imponente que parecía sacada de una historia antigua.

—¿Cuántas personas viven aquí? —preguntó Scott.

Desmond respondió sin apartar la mirada del frente.

—Depende de la época.

Scott soltó una pequeña risa incrédula.

—Gran respuesta.

La camioneta finalmente se detuvo frente al portón principal.

Allí estaba Lorena.

Esperando.

Vestida con su habitual vestido oscuro y una postura impecable.

Cuando el vehículo se detuvo, varios guardias infernales se acercaron inmediatamente.

Uno abrió la puerta trasera.

—Hemos llegado, señor.

Scott bajó primero.

Miró hacia arriba.

Y su reacción fue inmediata.

—No puede ser...

Laura bajó después.

—¿Qué pasa?

Scott señaló el palacio.

—Vamos a vivir... ahí.

Laura observó el edificio unos segundos.

—Bueno...

Hizo una pequeña pausa.

—Supongo que es una mejora.

Scott soltó una risa corta.

—Definitivamente no es un apartamento pequeño.

Desmond bajó de la camioneta y se acercó a Lorena.

—Lorena.

Ella inclinó ligeramente la cabeza.

—Gobernador.

Luego su mirada se movió hacia Laura y Scott.

Desmond hizo un gesto con la mano.

—Permíteme presentarte a mi familia.

Señaló a Laura.

—Ella es Laura. Mi esposa.

Lorena extendió la mano con elegancia.

—Es un gusto conocerla.

Laura la estrechó.

—El gusto es mío.

Luego Desmond miró a Scott.

—Y él es Scott.

Scott levantó una mano en un gesto informal.

—Hola.

Lorena sonrió con educación.

—Es un placer conocerlos a ambos.

Miró el palacio detrás de ella.

—A partir de hoy... este lugar también es su casa.

Scott levantó una ceja.

—Eso va a tomar tiempo para procesarlo.

Lorena soltó una pequeña sonrisa diplomática.

Luego se volvió hacia los guardias.

—Abran el portón.

Los enormes portones de hierro comenzaron a moverse con un sonido profundo y pesado.

Scott los observó abrirse lentamente.

—Wow...

El interior reveló un enorme patio de piedra y la entrada principal del palacio.

Lorena caminó primero.

—Por favor, síganme.

Desmond y su familia caminaron detrás de ella.

Al entrar al salón principal, Laura se quedó completamente quieta.

—Dios...

El lugar era gigantesco.

Columnas altas.

Candelabros enormes.

Escaleras dobles que subían hacia el segundo piso.

Tapices antiguos colgaban de las paredes.

Scott giraba la cabeza mirando todo.

—Esto parece un museo...

—O un castillo —añadió Laura.

Scott señaló una de las columnas.

—Creo que mi antigua casa cabría dentro de este salón.

Lorena se detuvo en medio del lugar.

—Les dejaré tiempo para que se instalen.

Miró a Desmond.

—Si necesita algo, estaré en la oficina de Izobelle.

Desmond asintió.

—Gracias, Lorena.

—Bienvenidos al Palacio Ludendorff.

Luego Lorena se retiró, desapareciendo por uno de los pasillos laterales.

El enorme salón quedó en silencio.

Laura giró lentamente sobre sí misma observando todo.

—Esto es increíble...

Scott cruzó los brazos.

—Sí... increíblemente intimidante.

Laura lo miró.

—¿No te gusta?

Scott se encogió de hombros.

—No es eso.

Miró el techo alto.

—Solo... se siente raro.

Laura se acercó a él.

—¿Raro cómo?

Scott suspiró.

—No sé... —dijo mirando alrededor—. Todo esto es demasiado.

Hizo un gesto con la mano señalando el salón.

—Es como si estuviera en la casa de otra persona.

Laura puso una mano en su hombro.

—Es normal.

Scott la miró.

—¿Sí?

—Claro.

Ella habló con suavidad.

—Pasaste mucho tiempo en un lugar donde ya sabías cómo funcionaba todo.

Señaló el palacio.

—Esto... es completamente nuevo.

Scott suspiró.

—Sí...

Laura sonrió levemente.

—Pero te vas a adaptar.

Scott dudó.

—Supongo.

Hizo una pequeña pausa.

—Lo intentaré.

Laura le dio una pequeña palmada en el brazo.

—Eso es todo lo que hace falta.

En ese momento una figura apareció en uno de los pasillos.

Era Nami.

Entró lentamente al salón.

Pero algo era diferente.

Muy diferente.

Normalmente, cuando veía a Desmond, corría hacia él con entusiasmo.

Esta vez no.

Sus pasos eran lentos.

Pesados.

Su mirada estaba baja.

Su expresión apagada.

Desmond se acercó lentamente.

Nami seguía de rodillas frente al suelo, sosteniendo el trapo con ambas manos. Sus movimientos eran lentos, casi automáticos, y su cola felina se movía apenas detrás de ella, arrastrándose un poco por el suelo húmedo.

—Nami... —dijo Desmond con suavidad.

Las orejas de la felina se movieron ligeramente al escuchar su voz.

Ella levantó apenas la cabeza.

Sus ojos estaban húmedos.

—S-señor... —murmuró, con un pequeño tono tembloroso.

Hubo un pequeño silencio.

Desmond se agachó un poco para quedar a su altura.

—Nami... yo estuve allí cuando atacaron a Izobelle.

Las orejas de Nami se levantaron de golpe.

—¿Usted... estaba allí? —preguntó en voz baja.

Desmond asintió lentamente.

—Sí.

Nami apretó el trapo entre sus dedos. Sus uñas felinas se clavaron un poco en la tela.

—Señor... —murmuró con voz pequeña— ¿la señorita Izobelle... se va a morir...?

Su cola se enrolló lentamente alrededor de una de sus piernas.

Desmond negó de inmediato.

—No. No va a morir.

Nami lo miró fijamente, parpadeando varias veces.

—¿D-de verdad...? —preguntó, casi en un susurro.

—De verdad.

Ella bajó un poco las orejas.

—Pero... los sirvientes decían que estaba muy herida...

Desmond respiró despacio.

—Lo está. Está muy herida... pero está viva. Y está consciente.

Las orejas de Nami se levantaron un poco.

—¿Está... despierta...?

—Sí.

La felina soltó un pequeño suspiro que salió casi como un "mrr..." muy suave.

Pero su expresión seguía siendo triste.

—¿Entonces... va a estar bien...?

Desmond tardó un segundo en responder.

—Va a necesitar tiempo para recuperarse. Pero sí... va a estar bien.

Nami bajó la mirada al suelo mojado.

Su cola se movió lentamente detrás de ella.

—Yo escuché a unos sirvientes hablando... —dijo en voz baja.

—¿Qué dijeron?

Nami jugó nerviosamente con el trapo.

—Decían que... cuando alguien queda tan herido... a veces ya no vuelve a ser el mismo...

Sus orejas bajaron un poco.

El silencio duró unos segundos.

—Nami —dijo Desmond con calma—. Izobelle sigue viva. Eso es lo importante.

Nami levantó la vista otra vez.

—¿Usted... lo promete...?

Desmond asintió.

—Lo prometo.

La felina dudó.

Sus dedos apretaron el trapo.

—Señor...

—¿Sí?

—Si... si algo le pasa a la señorita Izobelle... —susurró— ¿yo tendría que volver a Felyzium...?

Sus orejas se pegaron ligeramente a su cabeza.

Desmond la miró en silencio.

Nami continuó hablando.

—Allá... todo es muy gris...

Su voz se volvió aún más pequeña.

—Las habitaciones son frías... y nadie habla mucho...

Su cola se enroscó con más fuerza alrededor de su pierna.

—A mí... no me gustaba estar allí...

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—Nami...

Pero ella siguió hablando.

—La señorita Izobelle fue la que me sacó de allí...

Sus dedos apretaron el trapo con fuerza.

—Ella dijo que yo podía trabajar aquí... y que el palacio era un lugar bonito...

Respiró despacio.

—Y sí lo es...

Miró alrededor de la cocina.

—Aquí hay luz... comida rica... y a veces hay música...

Sus ojos se humedecieron más.

—Y la señorita Izobelle siempre me preguntaba si ya había comido...

Desmond guardó silencio.

Nami levantó la mirada otra vez.

—Si ella se muere... —susurró con miedo— ¿me van a mandar de vuelta...?

Desmond respondió de inmediato.

—No.

Nami parpadeó.

—¿N-no...?

—No vas a volver a Felyzium.

Ella dudó.

—Pero... yo trabajaba para ella...

—Ahora trabajas para mí.

Nami lo miró unos segundos.

Sus orejas se movieron ligeramente.

—¿De verdad...?

—Sí.

Desmond habló con calma.

—Y yo no voy a mandarte a ningún lado.

Nami bajó la mirada.

—¿Seguro...? —preguntó con un pequeño "mrr..." nervioso.

—Seguro.

La felina pensó unos segundos.

—¿Y si... la señorita Izobelle no se recupera...?

Desmond la miró fijamente.

—Se va a recuperar.

Nami tardó en responder.

—Pero... ¿y si no...?

El silencio volvió a llenar la cocina.

Finalmente Desmond habló.

—Nami.

Ella levantó la cabeza lentamente.

—Izobelle está viva. Y va a salir adelante.

Hizo una pequeña pausa.

—Y tú te vas a quedar aquí.

Nami lo miró unos segundos.

Luego bajó la mirada.

—Ojalá...

Susurró.

—Porque... me gusta este lugar...

Sus dedos se movieron lentamente sobre el suelo húmedo.

—Y... me gusta cuando la señorita Izobelle sonríe...

El silencio regresó.

Y por primera vez desde que Desmond había entrado a la cocina...

Nami dejó de limpiar.

Desmond permaneció unos momentos más en la cocina.

El sonido del trapo arrastrándose lentamente sobre el suelo húmedo llenaba el silencio del lugar. Nami seguía de rodillas, limpiando con movimientos suaves y repetitivos. No había prisa en lo que hacía, pero tampoco la energía que solía tener.

Sus orejas felinas estaban ligeramente caídas.

Su cola descansaba casi inmóvil detrás de ella.

Desmond se apoyó un momento en el marco de la puerta antes de hablar.

—Nami.

Las orejas de la felina se movieron un poco.

Ella levantó la cabeza.

—señor Desmond...

Sus ojos estaban un poco apagados.

Desmond miró el suelo.

—Ese piso ya está limpio.

Nami miró la zona que estaba frotando.

Luego volvió a pasar el trapo.

—Sí... pero si lo limpio otra vez... brilla más.

—Eso no funciona así.

—A veces sí...

Desmond cruzó los brazos.

—Estás distraída.

Nami bajó la mirada.

—Un poquito...

—¿Pensando demasiado?

Ella dudó.

—sí...

Volvió a pasar el trapo lentamente.

—Cuando pienso mucho... me gusta limpiar.

—¿Te calma?

—Un poco.

Desmond caminó unos pasos más hacia ella.

—¿Siempre haces eso?

Nami asintió.

—Cuando estoy nerviosa... limpio.

—Cuando estás triste... ¿también?

La felina tardó un segundo en responder.

—sí...

Su cola se movió apenas.

—Cuando estoy triste... limpio más.

Desmond observó el balde de agua.

—Entonces hoy vas a dejar el palacio impecable.

Por primera vez, Nami soltó una pequeña risa suave.

—sí...

Luego volvió a mirar el suelo.

—Este lugar es muy grande.

—Lo es.

Nami inclinó un poco la cabeza.

—¿Usted se pierde a veces?

Desmond levantó una ceja.

—¿Perderme?

—sí.

—No.

—Yo sí me perdería.

Desmond se agachó un poco para quedar más cerca de su altura.

—¿Te da miedo?

Nami pensó un momento.

—Un poquito...

—¿Por qué?

—Porque los pasillos son largos... y silenciosos.

Sus orejas bajaron un poco.

—Y cuando los lugares son muy silenciosos... mi cabeza hace mucho ruido.

Desmond la miró con atención.

—¿Qué tipo de ruido?

Nami se encogió ligeramente de hombros.

—Recuerdos...

—¿Malos?

—Algunos.

El silencio se instaló unos segundos.

Nami habló otra vez.

—Pero aquí también hay cosas bonitas.

Desmond inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Ah sí?

—Sí...

Ella miró alrededor de la cocina.

—Las ventanas son grandes.

—Eso es cierto.

—Y entra mucha luz.

—También es cierto.

—Y huele rico cuando cocinan.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Eso depende del cocinero.

Nami movió un poco la cola.

—A mí me gusta el olor del pan...

—A todos les gusta el pan.

—No a todos.

—¿No?

—En Felyzium el pan era duro.

Desmond guardó silencio.

Nami volvió a pasar el trapo lentamente.

—Aquí el pan es suave.

—Podrás comer todo el que quieras.

Las orejas de Nami se levantaron un poco.

—¿De verdad?

—Sí.

—entonces me gusta este palacio.

Desmond la observó un momento.

—Nami.

Ella levantó la cabeza.

—¿Sí, señor?

Desmond extendió su mano hacia ella.

—Quiero presentarte a alguien.

Nami inclinó la cabeza.

—¿A quién?

—A Scott.

Las orejas de la felina se movieron.

—¿El chico que venía en la camioneta?

—Ese mismo.

—Se veía callado.

—Lo es.

Nami miró la mano extendida de Desmond.

Luego dejó el trapo dentro del balde.

—¿Cree que quiera hablar conmigo?

—No lo sé.

—Puedo intentarlo.

Tomó la mano de Desmond para levantarse.

—Me gusta conocer gente nueva.

Se puso de pie.

Su cola se movió suavemente detrás de ella.

—Tal vez podamos ser amigos.

Desmond comenzó a caminar hacia la salida de la cocina.

—Eso depende de él.

Nami lo siguió.

—Entonces voy a intentar caerle bien.

—¿Cómo?

Ella respondió con total naturalidad:

—Siendo amable.

Desmond abrió la puerta del pasillo.

—Eso suele funcionar.

Nami caminó a su lado.

—Espero que sí.

—¿Por qué?

La felina lo miró con una pequeña expresión seria.

—Porque los lugares grandes... son menos solitarios cuando tienes amigos.

Y juntos salieron de la cocina.

Desmond caminó por los largos pasillos del palacio con Nami a su lado.

Las luces cálidas del corredor iluminaban las paredes altas cubiertas de cuadros antiguos, retratos de nobles infernales y lámparas de hierro oscuro que proyectaban sombras largas sobre el suelo de piedra pulida.

El lugar era silencioso.

Demasiado silencioso.

Nami caminaba mirando todo con curiosidad. Sus ojos felinos recorrían cada detalle del lugar como si aún no terminara de acostumbrarse al palacio, a pesar de haber vivido allí durante años.

Sus orejas felinas se movían cada vez que escuchaba algún ruido lejano: un guardia pasando por otro corredor, una puerta cerrándose en la distancia, el eco de pasos.

—Este lugar sigue siendo enorme... —murmuró mientras miraba el techo alto.

Desmond caminaba con las manos en los bolsillos.

—Te acostumbrarás.

Nami ladeó un poco la cabeza.

—Eso espero...

Aunque su forma de hablar era tranquila, había algo en su expresión que siempre parecía ligeramente infantil. No porque fuera una niña —de hecho tenía treinta y tres años— sino porque su mente se había quedado atrapada en una etapa temprana de su vida.

Felyzium había hecho eso con ella.

Felyzium.

Un territorio aislado del infierno donde habitaban los felinos infernales. Una región cerrada, dura, donde sobrevivir era más importante que vivir.

Nami nunca había encajado allí.

Se detuvieron frente a una puerta.

Desmond habló con naturalidad.

—Aquí es.

Tocó la puerta dos veces.

Desde dentro se escuchó la voz de Scott.

—Está abierta.

Desmond giró la perilla y abrió.

Scott estaba sentado en la cama con su teléfono en la mano. Varias cajas abiertas estaban alrededor del cuarto, con ropa, cables, discos y algunas cosas personales aún sin acomodar.

Claramente aún no terminaba de instalarse.

Scott levantó la vista.

—¿Sí?

Entonces vio a Nami detrás de Desmond.

Sus cejas se fruncieron ligeramente.

—¿Y ella es...?

Desmond entró primero.

—Scott, quiero presentarte a alguien.

Nami asomó la cabeza desde detrás de él, con cierta timidez.

—Hola...

Scott levantó una ceja.

—Hola...

Desmond habló con calma.

—Ella es Nami. Vive en el palacio desde hace años.

Nami levantó una mano con una pequeña sonrisa.

—Mucho gusto...

Scott inclinó un poco la cabeza mientras la observaba mejor.

—Eh... sí... hola.

Desmond continuó.

—Tiene treinta y tres años.

Scott parpadeó.

—¿Treinta y tres?

Miró a Nami otra vez.

Su apariencia no coincidía con ese número.

—No pareces...

Nami inclinó la cabeza.

—¿Vieja?.

Scott soltó una pequeña risa incómoda.

—No, no dije eso.

Desmond intervino antes de que la conversación se volviera rara.

—Nami pasó por cosas muy difíciles en Felyzium cuando era más joven.

Scott lo miró.

—¿Felyzium?

Desmond asintió levemente.

—Es una región cerrada del infierno donde viven los felinos infernales. No es exactamente... un buen lugar para crecer.

Nami bajó un poco las orejas.

—No era un lugar bonito.

Desmond continuó con calma.

—Debido a lo que vivió allí, su mente quedó atrapada en una etapa más... infantil.

Scott guardó silencio.

Miró a Nami otra vez.

Ella en cambio estaba mirando su habitación con curiosidad, como si la conversación sobre su pasado no le afectara demasiado en ese momento.

—Tienes posters... —dijo acercándose un poco a la pared.

Scott suspiró.

—Sí.

Desmond cruzó los brazos.

—Quería que la conocieras.

Scott lo miró con cierta molestia.

—¿Por qué?

Desmond respondió con total naturalidad.

—Porque vive aquí.

Scott rodó los ojos.

—Genial.

Nami lo miró.

—¿Eso significa que seremos vecinos?

Scott se encogió de hombros.

—Supongo.

Hubo un pequeño silencio incómodo.

Desmond miró a ambos durante unos segundos.

—Bueno. Los dejo.

Scott levantó la mirada.

—¿Qué?

Pero Desmond ya estaba caminando hacia la puerta.

—Intenten llevarse bien.

Y salió del cuarto.

La puerta se cerró.

El silencio se instaló en la habitación.

Scott volvió a mirar su teléfono.

Nami miró la habitación.

—Tu cuarto es bonito.

—Gracias.

—Me gusta ese amplificador.

Scott levantó la vista.

—¿Sabes qué es?

Nami movió las orejas con orgullo.

—Sí. Amplifica guitarras.

Scott frunció ligeramente el ceño.

—¿Sabes de música?

—Un poco.

Nami se sentó en el suelo cerca de la cama, acomodando la cola alrededor de sus piernas.

—Aqui veces tocaban músicos.

Scott la miró unos segundos.

Luego volvió a mirar el teléfono.

—Ajá.

Nami inclinó la cabeza.

—Eres callado.

—Un poco.

—¿Te caigo mal?

Scott suspiró.

—No te conozco.

—Podemos arreglar eso...

Scott levantó una ceja.

—¿Cómo?

—Hablando.

Scott soltó una risa corta.

—Eres persistente.

—Sí.

Hubo otro silencio.

Scott dejó el teléfono a un lado.

—Está bien.

Nami levantó las orejas.

—¿Sí?

—Si vas a vivir aquí... supongo que podemos hablar.

La cola de Nami se movió ligeramente.

—¿Eso significa que podemos ser amigos?

Scott dudó unos segundos.

Luego se encogió de hombros.

—Supongo que puedes entrar al círculo social.

Nami sonrió.

—¡bien!

Las horas pasaron.

El sol desapareció detrás de las montañas negras del horizonte infernal.

La noche cayó sobre el palacio.

Las luces del cuarto de Scott seguían encendidas.

Scott estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la cama. Nami estaba frente a él, abrazando sus rodillas mientras su cola se movía lentamente detrás de ella.

Habían estado hablando durante horas.

—Entonces... —dijo Nami suavemente— ¿esa chica... Mya?

Scott suspiró.

—Sí.

—Era tu pareja.

—Lo fue.

—¿Ya no?

Scott negó con la cabeza.

—Terminamos.

Nami inclinó la cabeza.

—¿Por qué?

Scott se quedó mirando el suelo unos segundos.

—Distancia... tiempo... cosas así.

—Eso suena triste.

Scott se encogió de hombros.

—Lo fue.

Miró el techo.

—A veces crees que algo va a durar para siempre.

Nami lo escuchaba con atención.

—Pero luego la vida cambia.

Nami movió la cola suavemente.

—Mi hermano decía algo parecido.

Scott la miró.

—¿Tu hermano?

Nami asintió.

—Lay-K.

Scott inclinó la cabeza.

—Nombre raro.

—Era un felino infernal dientes de sable.

Scott abrió un poco los ojos.

—¿En serio?

Nami asintió.

—Sí.

—¿Y tú?

Nami levantó los hombros.

—Yo soy solo un gatito naranja.

Scott sonrió un poco.

—Pero dijiste que eran hermanos.

—No de sangre.

Miró el suelo con una pequeña sonrisa nostálgica.

—Pero él decía que eso no importaba.

Scott la escuchaba.

—Lay-K era grande... muy fuerte... y muy problemático.

Scott soltó una pequeña risa.

—Suena peligroso.

—Lo era.

Nami asintió.

—Robaba comida.

—Genial.

—Y a veces peleaba con otros felinos en Felyzium.

Scott frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

Nami movió las orejas.

—Cuando alguien me molestaba.

Su voz era suave.

—Él aparecía.

Scott guardó silencio.

—A veces llegaba golpeado.

—¿Y tú?

—Yo lo curaba...

Scott la miró con más atención ahora.

—Suena como que se querían mucho.

—Sí.

Hubo un pequeño silencio.

Nami continuó hablando.

—Pero un día... Lay-K hizo algo muy malo.

Scott no dijo nada.

—Se obsesionó con alguien.

—¿Quién?

Nami levantó la mirada.

—Con Desmond.

Scott frunció el ceño.

—¿Con él?

—Sí.

Nami habló con calma.

—Lay-K... no entendía bien las cosas cuando quería a alguien.

Scott se quedó quieto escuchando.

—Se volvió agresivo.

Su voz bajó un poco.

—Lastimó a personas.

Scott tragó saliva.

—¿A quién?

Nami levantó la mirada.

—A Skyler.

Scott se tensó.

—¿Mi mamá?

Nami asintió.

—Sí.

Scott se quedó en silencio.

—¿Tú conociste a mi mamá?

—Sí.

Scott la miró con sorpresa.

—¿En serio?

Nami asintió.

—Era una sabueso infernal muy noble.

Scott no dijo nada.

—Siempre hablaba suave.

—...

—Y cuando caminaba por el palacio, todos se sentían tranquilos.

Scott bajó la mirada.

Nami continuó.

—A mí me trataba con mucha paciencia.

—...

—Una vez me enseñó a preparar sopa.

Scott soltó una pequeña risa incrédula.

—¿Mi mamá cocinando?

—Sí.

—Eso no suena como ella.

—Lo hacía muy bien.

Scott se quedó en silencio unos segundos.

—¿Y Lay-K...?

Nami bajó la mirada.

—La lastimó.

El silencio volvió.

—Después... Desmond le disparó.

Scott respiró profundo.

Nami habló con calma.

—Pero yo no lo odio.

Scott la miró.

—¿No?

Nami negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Porque Lay-K hizo algo terrible.

Su voz era tranquila.

—Y Desmond solo estaba defendiendo a su familia.

Scott se quedó mirando el suelo.

Nami levantó la cabeza.

—Aun así... Lay-K era mi hermano.

Scott asintió lentamente.

—Lo entiendo.

Hubo un largo silencio entre ambos.

La luz de la lámpara iluminaba el cuarto.

Nami miró a Scott.

—Gracias por escuchar.

Scott suspiró.

—Gracias por contarme.

Nami movió un poco la cola.

—Creo que ahora sí somos amigos.

Scott la miró unos segundos.

Luego sonrió levemente.

—Sí... creo que sí.

Scott se quedó mirando el suelo durante varios segundos después de lo que Nami había dicho.

La habitación estaba en silencio, solo iluminada por la lámpara que estaba sobre el escritorio. Afuera, el palacio ya estaba completamente envuelto por la noche.

Scott respiró despacio.

Luego levantó la mirada hacia Nami.

—Oye... —dijo con voz más baja.

Nami movió ligeramente las orejas.

—¿Mrr?

Scott dudó un momento antes de hablar.

—Tú dijiste que conociste a mi mamá.

Nami asintió suavemente.

—Sí...

Scott entrelazó las manos.

—¿Cómo era ella... según tú?

Nami inclinó un poco la cabeza.

—¿Cómo?

Scott miró la pared.

—Yo... no la recuerdo bien.

Hubo un pequeño silencio.

—Solo recuerdo algunas cosas.

Nami lo observaba con atención.

Scott continuó.

—Su voz... un poco.

—Su olor... creo.

—Y el día que murió.

Su expresión se endureció un poco.

—Eso sí lo recuerdo.

Nami no dijo nada.

Scott apretó ligeramente las manos.

—Yo estaba ahí cuando pasó.

La cola de Nami dejó de moverse.

Scott bajó la mirada.

—El cazarecompensas.

Nami bajó un poco las orejas.

—Mrr...

Scott tragó saliva.

—La mató enfrente de mí.

El silencio volvió a llenar el cuarto.

Nami habló con suavidad.

—Tu mamá... era muy fuerte.

Scott levantó la mirada.

—¿Sí?

Nami asintió.

—No fuerte como guerrera.

Movió las orejas suavemente.

—Era fuerte por dentro.

Scott la escuchaba con atención.

—Siempre estaba tranquila.

—Incluso cuando todo estaba mal.

Scott frunció un poco el ceño.

—Eso suena a ella.

Nami continuó.

—Tenía mucha paciencia.

—Especialmente con los niños.

Scott soltó una pequeña risa.

—¿En serio?

Nami asintió.

—Sí.

—Cuando yo llegué al palacio estaba muy asustada.

—No hablaba con nadie.

Scott inclinó la cabeza.

—¿Y ella qué hizo?

Nami sonrió levemente.

—Se sentaba conmigo.

—A veces no decía nada.

—Solo se quedaba ahí.

Scott guardó silencio.

—Eso ayudaba...

Scott respiró despacio.

—Suena como alguien que me habría gustado conocer mejor.

Nami lo miró con ternura.

—La conociste.

Scott negó con la cabeza.

—Muy poco.

Hubo un momento de silencio.

Entonces Nami pareció recordar algo.

Sus orejas se levantaron un poco.

—Espera.

Scott la miró.

—¿Qué?

—Yo sí te conocí cuando eras pequeño.

Scott frunció el ceño.

—¿Qué?

—Cuando eras un bebé.

Scott parpadeó varias veces.

—¿En serio?

Nami asintió.

—Sí.

Scott se recostó un poco contra la cama.

—Entonces... ¿por qué no me reconociste?

Nami movió las orejas con cierta vergüenza.

—Porque los sabuesos infernales cambian mucho cuando crecen.

Scott levantó una ceja.

Nami explicó con calma.

—Cuando eres bebé... casi no tienes rasgos definidos.

—Tu olor cambia con los años.

—Tu voz también.

—Y tu energía infernal se transforma.

Scott la escuchaba.

—Además...

Nami bajó un poco la mirada.

—Hace mucho tiempo que no te veía.

—Más de diez años.

Scott suspiró.

—Supongo que eso tiene sentido.

Nami volvió a mover la cola lentamente.

—Pero recuerdo algo.

Scott levantó la mirada.

—¿Qué?

Nami sonrió un poco.

—Tu mamá siempre te cargaba.

—Y tú mordías todo.

Scott soltó una pequeña risa.

—Eso suena como algo que haría.

Nami asintió.

—Una vez mordiste mi cola.

Scott abrió los ojos.

—¿Qué?

Nami rió suavemente.

—Eras un bebé.

—Los bebés hacen esas cosas.

Scott se frotó la cara con las manos.

—Genial... mordiendo colas desde pequeño.

Ambos rieron un poco.

Después de unos segundos, Scott volvió a hablar.

—¿Oye...?

—Mrr.

—¿Ese cazarecompensas...?

Nami se quedó en silencio un momento.

—Recuerdo un poco de eso.

Scott la miró con atención.

Nami acomodó las piernas antes de hablar.

—Ese cazarecompensas no estaba buscando a tu mamá.

Scott frunció el ceño.

—¿Entonces?

—Estaba buscando a Desmond.

Scott se quedó quieto.

Nami continuó.

—Después de lo que pasó con Indivia.

Scott levantó la mirada.

—¿Indivia?

—El Pecado Capital de la Envidia.

Scott respiró profundo.

—He oído ese nombre.

Nami asintió.

—Ella secuestró a Natally.

Scott levantó la cabeza.

—¿Mi prima?

—Sí.

—La sobrina de Desmond.

Scott frunció el ceño.

—¿Por qué?

Nami movió las orejas.

—No lo sé exactamente.

—Pero Desmond fue al Palacio Viridis a buscarla.

Scott guardó silencio.

Nami continuó.

—Y por lo que escuché...

—La pelea fue terrible.

Scott la miraba con atención.

—Dicen que Indivia quedó muy mal herida.

—Casi muere.

Scott abrió un poco los ojos.

—¿Desmond hizo eso?

—Sí.

Nami bajó la mirada.

—Después de eso... todo el infierno se puso contra él.

Scott respiró despacio.

—Eso explica muchas cosas.

Nami asintió.

—Lucifer envió cazadores.

—Entre ellos... ese cazarecompensas.

Scott se quedó mirando el suelo.

—Y él mató a mi mamá.

Nami bajó las orejas.

—Sí.

El silencio volvió a instalarse en la habitación.

Pasaron varios minutos sin que ninguno hablara.

El cansancio empezaba a sentirse.

Scott bostezó.

—Creo que hablamos demasiado hoy.

Nami bostezó también.

—Sí...

Scott se recostó completamente contra la cama.

—Pero estuvo bien.

Nami apoyó la cabeza contra sus rodillas.

—Sí...

La lámpara seguía encendida.

El palacio estaba completamente silencioso.

Scott cerró los ojos lentamente.

—Oye Nami...

—Mrr...

—Gracias por contarme todo eso.

Nami movió un poco la cola.

—Gracias por escuchar.

Pasaron unos segundos.

La respiración de Scott se volvió lenta.

Nami levantó un poco la cabeza.

Scott ya estaba dormido.

La felina lo observó unos momentos.

Luego se acomodó en el suelo, apoyando la cabeza cerca de la cama.

—Buenas noches...

Sus ojos también se cerraron poco a poco.

Y finalmente, en medio del silencio del palacio, ambos se quedaron dormidos.

CAP 90

Los Hilos de la Traición

En lo más alto de la Torre Imperial, donde incluso el eco parecía haber sido disciplinado para no romper la armonía del lugar, reinaba un silencio que no podía confundirse con vacío. Era un silencio trabajado, contenido, casi artificial; una quietud que no nacía de la ausencia de sonido, sino de su control absoluto. Como si la propia arquitectura filtrara todo aquello que no merecía existir dentro de sus muros.

Frente al enorme ventanal de la sala de reuniones, Astaroth permanecía inmóvil, con las manos entrelazadas a la espalda y la mirada fija en el exterior. Desde aquella altura, la ciudad infernal se desplegaba con una precisión casi matemática: avenidas que cortaban el terreno como líneas trazadas con intención, distritos organizados según jerarquías invisibles, luces que se reflejaban en los lagos oscuros como si obedecieran a un patrón previamente establecido.

Nada era caótico.

Nada era libre.

Todo se movía... pero dentro de límites perfectamente definidos.

Astaroth no observaba aquella escena como un espectador. No había contemplación en sus ojos. Lo que había era cálculo. Medición. Dominio. Cada estructura, cada trayecto, cada punto de luz era interpretado como una pieza dentro de un sistema mayor. Un sistema que, en su mente, ya le pertenecía.

El anillo de la ira no sería diferente.

Era inevitable.

—Todo encaja... —murmuró, casi para sí mismo, con una voz baja que apenas alteró el ambiente—. Exactamente como debe ser.

Sus ojos recorrían la extensión de la ciudad con una precisión quirúrgica, como si pudieran palpar el pulso de cada sector desde la distancia. No veía edificios; veía poder. No veía calles; veía rutas de influencia. Y en cada una de ellas, el potencial de ser reclamadas.

Pero incluso los sistemas más controlados pueden verse interrumpidos.

La puerta de la sala se abrió de golpe, rompiendo aquella quietud con una violencia que no correspondía al lugar. El sonido seco resonó con una crudeza casi ofensiva.

Astaroth no se giró de inmediato. Solo hubo un leve cambio en su expresión, una tensión mínima en el rostro que delataba su desagrado.

—¿Quién osa interrumpir mi momento de calma? —preguntó finalmente, con una frialdad que no necesitaba elevarse para imponerse.

El demonio que había entrado se detuvo a pocos metros, inclinando la cabeza con rapidez, como si aquel gesto pudiera protegerlo de la presión que llenaba la sala.

Traía urgencia consigo. Y miedo.

—Mi señor... traigo información urgente.

Astaroth cerró los ojos un instante, como si evaluara si aquello merecía su atención o no. Luego habló, sin girarse aún.

—Habla. Y asegúrate de que lo sea.

El mensajero tragó saliva antes de continuar, consciente de que cada palabra debía ser precisa.

—Izobelle... la Ludendorff que gobernaba el anillo de la ira... ha desaparecido del radar político hace dos días.

Ese fue el momento en que Astaroth abrió los ojos.

No hubo sorpresa en su rostro.

Pero sí algo más peligroso.

Interés.

Se giró con calma, enfrentando finalmente al demonio.

—Perfecto —dijo con serenidad—. El tablero se mueve.

Comenzó a caminar por la sala con pasos lentos y medidos, como si cada uno de ellos marcara el ritmo de sus pensamientos.

—Dime... ¿quién fue el responsable?

—Un imp, señor. De la comuna 54... —hizo una breve pausa—. Trabajaba para usted.

Astaroth inclinó ligeramente la cabeza, como si degustara la información.

—Trabajaba... —repitió con suavidad—. ¿Y ahora?

—Fue capturado poco después del incidente.

El silencio volvió a instalarse entre ambos, pero esta vez tenía un peso distinto. Astaroth observó al demonio durante unos segundos, no buscando más datos, sino midiendo la calidad de los ya recibidos.

Finalmente, hizo un gesto leve con la mano.

—No importa.

El demonio dudó, desconcertado por la aparente indiferencia.

—¿Señor?

—Los peones existen para ejecutar —continuó Astaroth, retomando su caminar—. Si caen después... no altera el resultado.

Se detuvo frente al ventanal, apoyando una mano sobre el cristal frío.

—Sin gobernadora... el vacío ya está abierto.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—Y un vacío... siempre es una invitación.

Aquella afirmación no era una suposición. Era una certeza.

Giró apenas el rostro.

—Nadie podrá evitar que tome el palacio Ludendorff.

La seguridad en su voz no dejaba espacio para la duda.

Sin embargo, el demonio no respondió de inmediato.

Y ese silencio fue suficiente.

—Habla —ordenó Astaroth, sin necesidad de alzar la voz—. Aún no has terminado.

El mensajero respiró hondo.

—Mi señor... precisamente de eso quería hablarle.

Astaroth se giró por completo esta vez.

—Entonces habla.

—Se trata de... Desmond Ludendorff.

El efecto fue inmediato.

No hubo movimiento brusco, ni reacción exagerada. Pero algo en el ambiente cambió. La tensión se volvió más densa, más definida, como si aquel nombre hubiera alterado el equilibrio de la sala.

Astaroth entrecerró los ojos.

—¿Qué tiene que ver ese bastardo en esto?

—Ha tomado el poder, señor.

El silencio que siguió fue profundo. No incómodo... pero sí peligroso.

Astaroth permaneció inmóvil durante unos segundos, observando al demonio con una mirada fija, como si esperara que la realidad se corrigiera por sí sola.

—Repítelo.

—Desmond Ludendorff está controlando el anillo de la ira.

Entonces se movió.

Volvió a caminar, pero esta vez su ritmo era distinto. Más tenso. Más preciso. Cada paso parecía ajustarse a una nueva variable que no había sido contemplada.

—Eso no es posible... —murmuró—. No bajo las reglas.

Se detuvo abruptamente.

—Es un bastardo. Sin legitimidad. Sin estructura.

Giró la mirada hacia el demonio.

—¿Cómo obtiene poder alguien así?

—No lo sabemos, mi señor. Pero la información ha sido confirmada.

Astaroth guardó silencio.

Y entonces... sonrió.

Una sonrisa leve, controlada, pero cargada de significado.

—Interesante.

Volvió al ventanal, como si necesitara reordenar el tablero en su mente.

—Así que decides irrumpir en el juego...

Apoyó los dedos sobre el cristal.

—Desmond Ludendorff.

Su voz descendió en tono, volviéndose más analítica.

—El mismo que casi elimina a la segunda Pecado Capital más fuerte.

El demonio asintió en silencio.

—No es un enemigo común —continuó Astaroth—. No podemos tratarlo como a cualquier otro.

Se giró lentamente.

—Primero hay que debilitarlo.

Comenzó a caminar hacia el centro de la sala.

—Todo líder se sostiene sobre algo.

Sus ojos se afilaron.

—Y todo lo que sostiene... puede romperse.

Se detuvo.

Un recuerdo cruzó su mente con claridad repentina.

—Laura...

El demonio frunció el ceño, confundido.

—¿Señor?

—Cuando estuvo aquí... no vino sola.

La voz de Astaroth se volvió más precisa.

—Trajo un sabueso infernal.

El demonio asintió.

—Sí... hay registros.

—Joven —añadió Astaroth—. Lo suficiente para ser moldeable.

Se acercó lentamente al mensajero, fijando en él una mirada penetrante.

—Y no parecía irrelevante para Desmond.

El silencio volvió, pero esta vez cargado de intención.

—Las conexiones emocionales —continuó— son fallas estructurales.

Hizo una breve pausa.

—Especialmente cuando alguien cree que puede protegerlas.

El demonio asintió, comprendiendo hacia dónde se dirigía aquel razonamiento.

—¿Desea que lo investiguemos?

Astaroth lo observó unos segundos más.

—Quiero todo.

Su voz fue firme, definitiva.

—Nombre. Ubicación. Rutinas. Nivel de cercanía con Desmond.

Se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Y si es tan importante como sospecho...

Sus ojos se endurecieron.

—Entonces será la forma más eficiente de romperlo.

El demonio asintió con determinación.

—Entendido, mi señor.

—No falles —añadió Astaroth en un tono bajo, casi susurrado, pero cargado de amenaza—. No habrá segunda oportunidad.

—No la necesitaré.

El mensajero se retiró, cerrando la puerta con cuidado, como si temiera alterar nuevamente el equilibrio del lugar.

El silencio regresó.

Pero ya no era el mismo.

Astaroth permaneció inmóvil durante unos instantes antes de volver su mirada hacia la ciudad.

Esta vez, no veía un sistema perfecto.

Veía una variable.

Un problema.

Y, al mismo tiempo...

Una solución.

—Desmond Ludendorff... —susurró.

Una leve sonrisa apareció en su rostro.

—Si no puedo derribarte directamente...

Sus dedos se deslizaron suavemente sobre el cristal.

—Haré que te derrumbes desde dentro.

Afuera, la ciudad seguía su curso.

Todo parecía en orden.

Pero en realidad...

Algo acababa de comenzar.

Horas después, la torre había recuperado su aparente calma, pero aquella quietud ya no era pura. Había tensión bajo la superficie, como si cada rincón del lugar aguardara una resolución inminente.

Astaroth se encontraba ahora sentado en su silla, en la misma sala, con la espalda recta y el cuerpo completamente inmóvil. No había documentos ni distracciones a su alrededor. No los necesitaba. Su mente era suficiente.

Para él, el tiempo no avanzaba en minutos.

Avanzaba en decisiones.

Y cada instante sin respuestas era una anomalía que debía corregirse.

Sus ojos estaban fijos en la puerta.

No esperaba con ansiedad.

Esperaba con exigencia.

Finalmente, el sonido llegó.

La puerta se abrió, esta vez con cautela. El mismo demonio regresó, con una postura más controlada, pero con el mismo peso invisible sobre los hombros.

Astaroth lo observó en silencio mientras tomaba su lugar frente a él.

Solo entonces habló.

—Espero... que esta vez no hayas venido a interrumpirme sin motivo.

—No, mi señor. Tengo la información que solicitó.

—Entonces habla.

No hubo más preámbulo.

El demonio respiró hondo.

—El sabueso infernal se llama Scott. Tiene quince años.

Astaroth permaneció inmóvil, procesando.

—Continúa.

—Vivió diez años con el general Alan Krauser... después de que Desmond desapareciera.

El nombre no pasó desapercibido.

—Krauser... —repitió Astaroth—. Así que no cayó en manos de cualquiera.

El demonio dudó antes de continuar.

—Hay algo más.

Astaroth lo miró fijamente.

—Habla sin rodeos.

—Scott... es el hijo de Desmond.

El aire pareció comprimirse.

Durante unos segundos, Astaroth no reaccionó.

Y luego...

Sonrió.

Una sonrisa lenta, medida, profundamente calculada.

—Vaya...

Una risa baja escapó de sus labios, no exagerada, pero auténtica.

—Así que ese es el punto de quiebre...

Se recostó ligeramente en la silla.

—El gran Desmond Ludendorff... tiene un hijo.

Se llevó una mano al rostro, ocultando parcialmente su expresión, como si disfrutara de aquel descubrimiento en privado.

—Esto... —murmuró finalmente— cambia todo.

Astaroth se inclinó hacia adelante con una lentitud calculada, apoyando ambos brazos sobre la superficie oscura de la mesa, como si con ese simple gesto terminara de fijar una idea que ya había comenzado a tomar forma en su mente. Su postura no era casual; transmitía dominio, control y, sobre todo, una certeza absoluta de lo que estaba por decir. La conversación había dejado de ser un simple informe para convertirse en algo mucho más preciso: una disección estratégica.

—Un hijo no es solo un vínculo —continuó, con un tono ahora más analítico—. Es una debilidad constante. Permanente. Predecible.

Clavó la mirada en el demonio frente a él, asegurándose de que comprendiera cada matiz.

—Especialmente si es joven.

El mensajero asintió lentamente, procesando el razonamiento con cautela antes de responder:

—Quince años, señor.

Una leve risa escapó de los labios de Astaroth, breve pero cargada de satisfacción.

—Perfecto.

Se recostó nuevamente en la silla, adoptando una postura más relajada, aunque su mente continuaba avanzando con precisión implacable.

—A esa edad... todavía se busca aprobación. Todavía se duda. Todavía se puede moldear.

El silencio que siguió no fue vacío. Fue denso, lleno de intención, como si el plan ya se estuviera desplegando en el aire.

—Si logramos poner a ese niño de nuestro lado...

Dejó la frase suspendida, incompleta a propósito. El demonio, comprendiendo la dirección del pensamiento, añadió con cautela:

—El plan podría salir bien.

Astaroth lo miró, y una leve sonrisa apareció en su rostro, pero esta vez no había espacio para dudas.

—No... —corrigió—. Saldrá bien.

No había incertidumbre en su voz. Solo convicción.

Sin embargo, el informe no había terminado. El demonio hizo un pequeño movimiento, reorganizando mentalmente la información restante antes de hablar. Había algo más, algo que —por la forma en que dudó— parecía tener un peso distinto.

—Hay otro detalle, mi señor.

Astaroth lo observó fijamente.

—Más te vale que sea relevante.

El mensajero tragó saliva antes de continuar.

—Scott... tuvo una relación... —dudó apenas un instante—. Virtual... con otra sabueso infernal.

Astaroth arqueó una ceja, intrigado.

—¿Virtual?

—Sí, mi señor. A través de comunicaciones privadas. Durante un periodo prolongado.

El interés en los ojos de Astaroth volvió a encenderse, más intenso que antes.

—Continúa.

El demonio respiró hondo antes de soltar la pieza clave.

—Esa sabueso... trabaja para usted.

El silencio fue inmediato.

No hubo reacción visible al principio. Astaroth no habló, no se movió. Pero en su mirada ocurrió algo más sutil y, por ello, más peligroso: una alineación de ideas, un encaje perfecto entre lo inesperado y lo útil.

Finalmente, habló.

—¿Quién?

El demonio respondió sin titubeos:

—Mya.

Y entonces la reacción llegó.

Astaroth soltó una risa, esta vez más abierta, más evidente, como si la coincidencia rozara lo absurdo. Se levantó lentamente de la silla, sin apartar los ojos del mensajero, y comenzó a caminar alrededor de la mesa con pasos suaves, pero cargados de intención.

—Esto es demasiado conveniente...

Su voz era baja, casi reflexiva, pero impregnada de satisfacción.

—El hijo de Desmond... vinculado emocionalmente a alguien que ya está bajo mi control.

Se detuvo.

Y sonrió.

—Parece que el destino... quiere colaborar.

El demonio permanecía en silencio, consciente de que cada segundo de aquella reflexión definía algo crucial. No interrumpió.

Astaroth retomó su análisis, ahora con mayor precisión.

—Las relaciones a distancia... son incluso más frágiles que las presenciales.

Se giró hacia él.

—Se sostienen en expectativas. En idealizaciones. En versiones incompletas de la realidad.

Sus ojos se afilaron ligeramente.

—Eso las hace... manipulables.

El mensajero asintió, comprendiendo finalmente la magnitud de lo que tenían entre manos.

—¿Desea que la contactemos?

Astaroth no respondió de inmediato. Caminó unos pasos más, afinando cada detalle en su mente, como si estuviera ensamblando una maquinaria invisible.

Finalmente, se detuvo.

—No solo la quiero aquí... —dijo—. La necesito preparada.

Se colocó frente al demonio, fijando en él una mirada firme, penetrante.

—Quiero saber qué siente por ese niño. Cuánto sabe de él. Qué tan dispuesta está a seguir órdenes... incluso si eso implica destruirlo.

El demonio tragó saliva, pero mantuvo la compostura.

—Entendido, mi señor.

Astaroth lo observó unos segundos más, evaluando no sus palabras, sino su capacidad de cumplirlas.

—Porque si duda... —añadió con una suavidad peligrosa— entonces deja de ser útil.

El silencio que siguió fue pesado. Definitivo. No había espacio para errores.

Astaroth giró ligeramente la cabeza, dando por concluida la conversación.

—Tráiganla.

El demonio asintió de inmediato, como si hubiera estado esperando esa orden desde antes de que fuera pronunciada. Introdujo la mano en su bolsillo con un movimiento preciso y extrajo un pequeño comunicador: discreto, compacto, pero claramente diseñado para cumplir su función sin fallos. Lo activó con un gesto rápido, casi automático, propio de quien está acostumbrado a no cometer errores en momentos críticos.

Durante un instante, solo se escuchó un leve sonido estático, una interferencia breve que precedía al establecimiento de la conexión. Fue un sonido mínimo, pero suficiente para marcar la transición entre la espera y la acción.

Cuando la señal se estabilizó, el demonio habló con firmeza, sin titubeos:

—La sabueso infernal Mya debe presentarse de inmediato en la sala de juntas.

Hizo una pausa breve, no por duda, sino para reforzar el peso de sus palabras.

—Es una orden directa.

El dispositivo emitió un pequeño sonido confirmando que el mensaje había sido transmitido correctamente. No hubo respuesta audible. No hacía falta.

El demonio bajó el comunicador lentamente, guardándolo con el mismo cuidado con el que lo había sacado.

Astaroth ya no lo estaba mirando.

Su atención se había desplazado por completo hacia la puerta.

Pero aquello no era una espera pasiva. No era simple paciencia. Era anticipación. Una tensión silenciosa que se acumulaba, invisible, en cada segundo que pasaba.

—Veamos... —murmuró en voz baja— qué tan fuerte es realmente ese vínculo.

Su expresión se volvió completamente neutra, desprovista de cualquier emoción visible. Sin embargo, sus ojos contaban una historia distinta.

Sus ojos... ya habían tomado una decisión.

Y, en algún lugar de la ciudad, ajeno a todo aquello, Scott acababa de convertirse en el centro de una jugada mucho más grande que él.

Minutos después, la puerta de la sala de juntas se abrió con un movimiento contenido, medido, como si quien estuviera al otro lado comprendiera perfectamente el peso del lugar al que estaba a punto de entrar. No hubo brusquedad, ni prisa. Solo una presencia que se anunciaba antes incluso de cruzar el umbral.

Mya dio un paso al interior.

Su figura contrastaba con la rigidez del entorno. Su apariencia recordaba a la de un lobo checoslovaco, aunque marcada por los rasgos distintivos de un sabueso infernal: una postura más erguida de lo natural, una mirada más intensa, y esa sensación difícil de definir que la hacía parecer, al mismo tiempo, joven y peligrosa. Sin embargo, en ese momento, había algo que sobresalía por encima de todo: tensión.

Cerró la puerta tras de sí y avanzó unos pasos.

Sus ojos se movieron con rapidez, ubicando a Astaroth casi de inmediato. Él permanecía de pie, ligeramente apartado de la mesa, como si hubiera decidido recibirla de una forma más directa, más personal. El demonio que había traído la información se mantenía a un lado, en silencio absoluto.

Mya se detuvo a una distancia prudente.

—Me mandó a llamar —dijo, con una voz firme, aunque no completamente relajada—. ¿Para qué me necesita?

Astaroth no respondió de inmediato.

La observó.

No como alguien que mira a otra persona, sino como quien evalúa una herramienta. Sus ojos recorrieron cada detalle: la postura, la respiración, la dirección de la mirada, incluso los pequeños gestos involuntarios.

Midiéndola.

—Mya... —dijo finalmente, con una calma que no resultaba tranquilizadora—. Tengo entendido que has sido... útil en varias ocasiones.

La sabueso mantuvo la mirada al frente.

—Cumplo con mis órdenes.

—Lo sé —respondió Astaroth—. Por eso estás aquí.

El silencio se deslizó entre ambos, breve pero significativo.

—También sé... —continuó, dando un paso lento hacia ella— que tuviste una relación virtual con otro sabueso infernal.

Las palabras cayeron con precisión quirúrgica.

Mya no se movió.

Pero algo dentro de ella sí lo hizo.

El nombre no fue mencionado, pero no hacía falta. Scott apareció en su mente con una claridad inmediata: las conversaciones interminables, la forma en que él escribía, cómo dudaba, cómo, incluso a través de una pantalla, lograba sentirse real.

Su mandíbula se tensó apenas, aunque logró mantener la compostura.

—Sí —respondió—. Tuve una relación con un sabueso infernal.

Hizo una pausa mínima.

—¿A qué viene esto?

Astaroth ladeó ligeramente la cabeza, observando su reacción con atención.

—Quiero que lo confirmes —dijo con suavidad—. No que lo ocultes.

Mya sostuvo la mirada.

—Ya lo hice.

El silencio volvió a densificarse.

Astaroth sonrió apenas.

—Bien... eso nos ahorra tiempo.

Dio otro paso.

—Ese sabueso... es Scott.

No fue una pregunta.

Fue una afirmación.

Y esta vez, por más que Mya intentó sostener la misma expresión, una grieta apareció. Sutil, casi imperceptible: un leve cambio en la respiración, un parpadeo más lento de lo normal.

Pero para Astaroth, fue suficiente.

—Veo que no me equivoco —añadió.

Mya tragó saliva.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó, esta vez con un tono más directo.

Astaroth no respondió de inmediato. Se giró ligeramente, señalando con un gesto de cabeza hacia una mesa ubicada a un lado de la sala.

Sobre ella descansaba un teléfono negro.

Simple. Sin adornos.

Pero funcional.

—Quiero que lo llames —dijo.

Mya siguió la dirección de su mirada.

El teléfono.

Su estómago se tensó.

—¿Para qué? —preguntó, aunque una parte de ella ya intuía la respuesta.

Astaroth caminó lentamente hacia la mesa, pasando los dedos por la superficie antes de apoyarse ligeramente en ella.

—Quiero que le digas que quieres verlo.

Su tono era tranquilo.

Demasiado.

—Que necesitas hablar con él... sobre ustedes.

Las palabras parecían simples, pero cargaban una intención que no necesitaba ser explicada.

Mya no se movió.

—¿Y después? —preguntó.

Astaroth giró el rostro hacia ella.

—Después... quiero que lo convenzas de unirse a mí.

El silencio que siguió fue inmediato.

Pesado.

Mya frunció ligeramente el ceño.

—No.

La respuesta salió más rápido de lo que ella misma esperaba.

El demonio a un lado levantó apenas la mirada.

Astaroth no reaccionó de inmediato.

—No voy a hacer eso —continuó Mya, ahora con más firmeza—. No voy a usarlo así.

Astaroth la observó en silencio.

—No quiero hacerle daño.

Esa última frase no fue estratégica.

Fue sincera.

Y eso... fue suficiente.

Astaroth se movió.

No hubo advertencia.

En un instante, ya estaba frente a ella.

Su mano se cerró alrededor del cuello de Mya con una precisión brutal, levantándola apenas del suelo sin esfuerzo visible. El movimiento fue rápido, limpio, como si ya hubiera tomado la decisión antes de que ella terminara de hablar.

El aire abandonó los pulmones de Mya en un instante.

Sus manos se aferraron al brazo de Astaroth, intentando liberarse, pero la diferencia de fuerza era abismal.

—No... quieres... —repitió Astaroth en voz baja, inclinándose hacia ella—.

Sus ojos ya no tenían rastro de calma.

—Eso no es relevante.

Apretó un poco más.

Lo suficiente para que doliera.

Lo suficiente para que quedara claro.

—Escúchame bien.

Su voz era baja, pero cada palabra parecía pesar toneladas.

—Si no haces exactamente lo que te estoy diciendo...

Hizo una pausa.

—No dudaré en matarte.

El aire era escaso. Mya intentó respirar, pero apenas lo lograba.

—Y no solo eso...

Su mirada se volvió aún más fría.

—Voy a asegurarme de que tu muerte no sea rápida.

El demonio a un lado no se movió. No intervino.

—Te despedazaré... —añadió Astaroth con una calma aterradora—. Y usaré lo que quede de ti para alimentar a otros sabuesos.

Mya apretó los dientes, intentando resistir.

—Y tu familia...

Esa palabra fue el quiebre.

Los ojos de Mya se abrieron apenas más.

—También pagará las consecuencias.

El silencio se volvió insoportable.

—Haz tu trabajo... —finalizó Astaroth.

Y entonces la soltó.

Mya cayó al suelo, apoyándose con una mano mientras recuperaba el aire de forma abrupta. Su respiración era irregular, desordenada. Su cuerpo temblaba ligeramente, no solo por el dolor, sino por el peso de lo que acababa de ocurrir.

Se llevó una mano al cuello, sintiendo la presión aún marcada.

No dijo nada de inmediato.

No podía.

Pero cuando finalmente levantó la mirada...

Ya no había desafío.

Solo miedo.

—...Está bien —dijo, con la voz quebrada—. Lo haré.

Tragó saliva.

—Pero no toque a mi familia.

Astaroth la observó unos segundos.

Su expresión había vuelto a la normalidad.

Como si nada hubiera pasado.

—Eso... —respondió con calma— depende de lo que hagas.

No había garantías.

Solo condiciones.

Mya bajó la mirada un instante.

Luego se levantó lentamente.

Cada paso hacia el teléfono se sentía más pesado que el anterior.

No por duda.

Sino por conciencia.

Se detuvo frente a la mesa.

El teléfono negro seguía ahí.

Esperando.

Sus dedos dudaron un segundo antes de acercarse.

En su mente, las imágenes se mezclaban: las conversaciones con Scott, la confianza, la cercanía, la ilusión de algo real en medio de un mundo que rara vez lo era.

Cerró los ojos un instante.

Y luego los abrió.

No tenía opción.

Tomó el teléfono.

Marcó el número.

Cada tono era un golpe seco en su pecho.

Uno.

Dos.

Tres.

Y entonces...

La llamada comenzó.

En la torre imperial, el silencio no era incómodo ni vacío; era un silencio que parecía tener peso propio, como si cada rincón del lugar estuviera diseñado para absorber cualquier ruido innecesario y dejar únicamente aquello que realmente importaba. Era un silencio que no solo envolvía el espacio, sino también las decisiones que allí se tomaban, extendiéndose incluso más allá de sus muros, alcanzando lugares y personas que ni siquiera eran conscientes de ello.

En ese mismo instante, muy lejos de aquella atmósfera cargada de intención, Scott se encontraba en su habitación, completamente ajeno a la red que comenzaba a cerrarse a su alrededor. Estaba recostado de lado sobre la cama, con el teléfono sostenido frente a su rostro, deslizando el dedo de manera casi automática por la pantalla de Imagram. Su expresión era neutra, apenas concentrada, como si mirara sin ver realmente lo que tenía delante.

Las imágenes pasaban sin dejar rastro: rostros sonrientes, escenas cotidianas, fragmentos de vidas ajenas comprimidos en segundos. Nada lograba retener su atención más de lo necesario. Su mente estaba dispersa, navegando en pensamientos que no terminaban de formarse del todo, como si evitara detenerse en algo concreto.

Entonces, una notificación interrumpió ese flujo mecánico.

Un número desconocido.

Scott frunció el ceño, haciendo una leve mueca de desagrado. Aquello rompía la monotonía, pero no de una forma que le agradara. Su primera reacción fue rechazar la llamada. De hecho, su dedo se movió instintivamente hacia la opción de colgar, como si quisiera deshacerse de esa interrupción lo antes posible.

Pero algo lo detuvo.

No fue un pensamiento claro, ni una razón lógica. Fue más bien una sensación breve, casi imperceptible, que lo hizo dudar lo suficiente como para no cortar la llamada de inmediato.

Exhaló con fastidio.

—¿Hola? ¿Quién es?

Su tono era neutro, ligeramente impaciente.

Al otro lado, hubo un breve silencio.

Un silencio que no era casual.

Y entonces, una voz.

—Scott...

El efecto fue inmediato.

Su corazón dio un vuelco, un golpe seco en el pecho que lo obligó a incorporarse de golpe, como si su cuerpo hubiera reaccionado antes que su mente. Durante un segundo, el tiempo pareció comprimirse, dejando solo esa voz resonando en su cabeza.

—...¿Mya?

El nombre salió más bajo de lo esperado, cargado de sorpresa, pero también de algo más profundo, algo que no había desaparecido del todo a pesar del tiempo.

—Sí... —respondió ella.

Scott se quedó en silencio, procesando. Sus pensamientos comenzaron a acumularse rápidamente: recuerdos, emociones mal cerradas, preguntas que nunca llegaron a formularse. La sorpresa inicial se mezcló con una incomodidad latente, con ese tipo de molestia que no es del todo enojo, pero tampoco indiferencia.

Soltó una pequeña risa sin humor.

—¿En serio? —dijo finalmente—. ¿Después de lo que hiciste?

Al otro lado de la línea, Mya cerró los ojos por un instante. La presencia de Astaroth, observándola desde la distancia con una quietud absoluta, convertía cada palabra en algo medido, calculado.

—Sí... lo sé —respondió—. Perdón.

Scott apretó ligeramente el teléfono entre sus dedos, como si ese gesto le ayudara a ordenar lo que sentía.

—No, en serio... ¿qué quieres?

Mya respiró hondo antes de continuar, como si necesitara reunir valor para sostener la conversación.

—Ese tipo... no era lo que parecía. Solo me quería para... —hizo una pausa breve, incómoda— para sus deseos. Pero no se lo permití. Me di cuenta a tiempo.

Scott no respondió de inmediato, pero su expresión cambió ligeramente. La dureza inicial se suavizó apenas, lo suficiente para mostrar que había escuchado.

—Al menos recapacitaste... —murmuró.

Pero enseguida volvió al punto.

—Pero yendo al grano... ¿cuál es la finalidad de esta llamada?

La pregunta fue directa, sin adornos.

Mya tragó saliva. Sus ojos se desviaron por un instante hacia Astaroth, que la observaba sin expresión, inmóvil, como si cada segundo de silencio fuera parte del proceso. No necesitaba intervenir. Su presencia bastaba.

Mya volvió a centrar su atención en la llamada.

—Quiero... —empezó, dudando apenas—. Quiero que nos conozcamos en persona.

La reacción fue inmediata.

—¿¡Qué!?

Scott dio un salto instintivo, como si la sorpresa se hubiera materializado en su cuerpo, y en ese movimiento perdió el equilibrio, cayéndose de la cama con un golpe seco contra el suelo.

—¡Ah, mierda! —gruñó, incorporándose rápidamente.

—¿Estás bien? —preguntó Mya, casi sin pensar.

—Sí, sí... no importa —respondió él, volviendo a llevarse el teléfono al oído, aún procesando—. ¿Dijiste vernos?

—Sí.

Scott comenzó a caminar en círculos por la habitación, pasando una mano por su cabello, claramente alterado, pero no de forma negativa. Era una mezcla extraña de sorpresa, nerviosismo y algo cercano a la emoción.

—¿Cómo se supone que vamos a hacer eso? —preguntó—. Tú estás en el anillo de la envidia... yo en el de la ira.

Mya dudó apenas un segundo antes de responder.

—Tuve que venir al anillo de la ira por trabajo... así que ahora estamos en el mismo anillo.

Scott se detuvo en seco.

—¿En serio?

—Sí.

El silencio que siguió fue distinto. Más ligero. Más cargado de posibilidad.

—Entonces... ¿podemos vernos? —preguntó él, ahora sin ocultar del todo la emoción.

—Sí.

Scott dejó escapar una pequeña risa, nerviosa, incrédula.

—¿Cuándo?

—Mañana estoy libre. Podemos vernos a las cuatro de la tarde.

Hizo una pausa antes de añadir:

—En el café Mala Siembra, cerca del parque del palacio Ludendorff.

Scott asintió varias veces, aunque ella no podía verlo.

—Está bien... estaré ahí.

—No faltes.

—No lo haré.

Hubo un silencio breve, cargado de cosas no dichas.

Y entonces, la llamada terminó.

Scott se quedó quieto, de pie en medio de la habitación, mirando el teléfono como si aún esperara que algo más sucediera.

Y de repente...

—¡¿Qué?! —exclamó, soltando una risa incrédula.

La emoción lo atravesó por completo. Comenzó a caminar de un lado a otro, incapaz de quedarse quieto.

—¡La voy a ver! ¡La voy a ver en persona!

Saltó una vez. Luego otra. Como si necesitara liberar toda la energía acumulada en su cuerpo.

—O sea... ya no somos novios, pero...

Se detuvo.

—Pero voy a conocerla.

Esa idea, por sí sola, era suficiente para llenarlo.

Corrió hacia el armario, abriéndolo con rapidez, revisando ropa sin demasiado orden hasta encontrar algo que le convenciera: una camisa de manga larga con una cruz invertida y unos pantalones baggy grises.

Los colocó sobre el escritorio con cuidado, observándolos como si ya pudiera verse a sí mismo con ellos puestos.

—Sí... esto sirve.

El cansancio comenzó a asentarse poco a poco, mezclándose con la emoción. Finalmente, se dejó caer en la cama.

—Mañana...

Una sonrisa leve se formó en su rostro.

Y poco a poco, se quedó dormido, aferrado a esa expectativa.

En la torre imperial, Mya permaneció unos segundos más con el teléfono en la mano después de que la llamada terminara, pero sus dedos seguían tensos, como si aún sostuviera algo más que un simple dispositivo.

Finalmente, lo dejó sobre la mesa.

—Listo... ya lo cité a una cafetería —dijo, evitando mirar directamente a Astaroth—. Espero que esté satisfecho.

Astaroth la observó en silencio durante unos segundos, dejando que el peso de su mirada se asentara antes de responder.

—Lo estoy.

Su tono era tranquilo, casi suave.

—Es bueno ver... que obedeces.

Mya no respondió. Bajó la mirada apenas, lo suficiente para mostrar que había escuchado, pero sin ofrecer nada más.

—¿Ya puedo retirarme? —preguntó después, midiendo cada palabra.

Astaroth inclinó levemente la cabeza.

—Sí. Puedes irte.

No hubo más.

Mya no esperó. Se giró y salió de la sala con pasos más rápidos de lo que habría querido mostrar. Cerró la puerta detrás de sí y, durante un segundo, se quedó inmóvil en el pasillo.

Y entonces lo sintió.

Una lágrima descendió lentamente por su mejilla.

Mya se quedó quieta, sorprendida por su propia reacción, como si no terminara de comprender de dónde venía.

Se la limpió de inmediato.

—No es nada... —murmuró.

Pero sí lo era.

Solo que no quería enfrentarlo.

Sin decir nada más, se alejó.

La noche pasó.

Y el día llegó.

A las tres de la tarde, Scott estaba bajo la ducha, dejando que el agua recorriera su cuerpo mientras tarareaba una melodía sin forma, relajado, ajeno a cualquier preocupación real. Había algo distinto en su actitud, algo más ligero.

Apagó el agua y tomó una toalla, secándose con rapidez antes de salir del baño.

Fue entonces cuando lo vio.

La caja.

Pequeña, pero cuidadosamente guardada.

Se acercó lentamente.

—Las cartas...

La abrió.

Dentro estaban: palabras escritas por Mya, recuerdos de algo que, en su momento, había sido importante de verdad.

Tomó una.

No la abrió.

Solo la sostuvo.

—Tal vez... esto ayude.

La idea surgió sin demasiado análisis. Pensó que, si las cosas se volvían incómodas, recordar lo que habían sido podría hacer todo más fácil.

Asintió.

—Sí... las llevaré.

Cerró la caja con cuidado, la guardó en su bolso y se lo colocó al hombro.

Miró la hora.

—Ya casi.

Y sin dudar más, salió de su habitación.

En dirección al café Mala Siembra.

Sin saber... lo que realmente lo esperaba.

La tarde descendía lentamente sobre el anillo de la ira, tiñendo el cielo de tonos apagados que parecían contener una calma engañosa. La luz se filtraba entre las estructuras con una suavidad poco común en ese lugar, como si, por unas horas, el entorno decidiera disimular su verdadera naturaleza. En medio de ese paisaje, el café Mala Siembra permanecía casi oculto entre calles transitadas, funcionando como un punto de encuentro discreto, ajeno —al menos en apariencia— a todo lo que se movía alrededor.

Scott llegó antes de la hora acordada.

No fue exactamente una decisión consciente; simplemente no pudo evitarlo. Su cuerpo se adelantó a su mente, como si quedarse esperando en otro lugar hubiese sido aún peor que llegar temprano. Caminaba con un ritmo irregular, a veces acelerado, a veces contenido, intentando convencerse de que aquello no era tan importante como realmente lo era.

Se detuvo frente al café.

Lo observó.

Respiró hondo.

—Tranquilo... —murmuró para sí mismo, aunque su propia voz no lograba calmarlo—. Solo es verla.

Pero sabía que no era solo eso.

Entró.

El ambiente interior lo envolvió de inmediato con una sensación distinta a la del exterior. Había una calidez tenue, una mezcla de aromas —café recién hecho, madera envejecida, algo dulce que no lograba identificar— que hacía que el lugar se sintiera más cercano, más contenido. No era un sitio lujoso, pero tenía carácter. Tenía presencia.

Eligió una mesa cerca de la ventana.

Desde ahí podía ver la entrada.

Se sentó.

Y esperó.

Los minutos comenzaron a estirarse de una forma incómoda. Scott intentó distraerse mirando alrededor, observando a otras personas, escuchando fragmentos de conversaciones ajenas. Nada funcionaba del todo. Su atención siempre regresaba al mismo punto: la puerta.

Su pierna comenzó a moverse ligeramente bajo la mesa, en un ritmo constante que no notó al principio. Sus manos, apoyadas sobre la superficie, se abrían y cerraban con una tensión contenida.

Miró su bolso.

Ahí estaba la caja.

No la sacó.

Solo la miró.

Y entonces...

La puerta se abrió.

El sonido, leve, fue suficiente.

Scott levantó la mirada.

Y la vio.

Mya.

Por un instante, todo lo demás dejó de existir. No fue una exageración ni una idea romántica: fue una sensación real, una desconexión breve de todo lo que no fuera ese momento.

Ella dio un paso dentro del café, su figura recortándose contra la luz exterior. Sus ojos se movieron con rapidez, buscando, hasta que lo encontraron.

Se detuvo.

Y en ese instante, ambos supieron.

Mya comenzó a caminar hacia él.

Sus pasos eran firmes, pero no completamente relajados. Había tensión en su postura, en la forma en que sostenía la mirada, en la ligera rigidez de sus movimientos. Scott, por su parte, se puso de pie casi sin darse cuenta, como si su cuerpo reaccionara antes de que él pudiera pensarlo.

Quedaron frente a frente.

Sin pantallas.

Sin distancia.

Sin tiempo para prepararse realmente.

—Hola... —dijo Scott, con una voz más baja de lo que esperaba.

—Hola... —respondió Mya.

El silencio que siguió no fue vacío.

Fue... denso.

No incómodo en sí mismo, pero cargado de todo lo que no sabían cómo decir de inmediato.

Scott la observó con atención, sin disimulo. Había imaginado ese momento muchas veces, pero ninguna de esas versiones coincidía del todo con la realidad. Era más... concreta. Más intensa.

—Eres... —empezó.

Se detuvo.

Mya ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Diferente?

Scott soltó una pequeña risa, nerviosa.

—Sí... pero bien diferente.

Ella dejó escapar una leve sonrisa, sutil, pero real.

Se sentaron.

Al principio, la conversación avanzó con cautela. Comentarios simples, preguntas que parecían obvias pero necesarias, pequeños intentos de reducir una distancia que no era física, pero seguía existiendo.

—Entonces... —dijo Scott, apoyando los brazos sobre la mesa—. Tengo quince.

Mya asintió, observándolo con más detenimiento.

—Lo sé.

—Y tú... diecisiete.

—Sí.

Hubo una pausa breve.

—Se siente raro —admitió él, mirando un momento hacia la ventana antes de volver a ella—. O sea... hablamos tanto... y ahora estás aquí.

Mya bajó la mirada por un segundo, como si esa frase tuviera más peso del que aparentaba.

—Sí... es raro.

Pero no desagradable.

El tiempo comenzó a fluir de otra forma. La conversación dejó de ser rígida poco a poco. Empezaron a aparecer recuerdos compartidos, referencias a conversaciones pasadas, detalles que solo ellos entendían. Las risas surgieron con más naturalidad, rompiendo la tensión inicial.

Scott, en un momento, tomó el bolso y sacó la caja.

La colocó sobre la mesa con cuidado.

—Las traje... —dijo—. Pensé que... tal vez ayudaría.

Mya la miró.

Sus ojos se detuvieron en la caja más tiempo del esperado.

—No tenías que hacerlo...

—Quería.

Ella no respondió de inmediato.

Pero no apartó la mirada.

Había algo en ese gesto que no podía ignorar.

La tarde avanzó sin que lo notaran. Afuera, la luz comenzó a cambiar, volviéndose más tenue, más fría. Dentro del café, las sombras se alargaban ligeramente, marcando el paso del tiempo que ellos apenas percibían.

Cuando finalmente salieron, el ambiente había cambiado.

El aire era más fresco.

La ciudad... distinta.

Caminaron juntos.

Al principio sin rumbo claro, simplemente avanzando, compartiendo el espacio de una forma que aún estaban aprendiendo.

—Oye... —dijo Scott después de unos minutos—. ¿Y ahora qué?

Mya dudó apenas un segundo.

—Puedes... venir a mi casa.

Scott se detuvo.

—¿En serio?

—Sí.

No hubo más explicación.

No hizo falta.

Siguieron caminando.

La casa de Mya tenía una calma distinta. No era completamente acogedora, pero tampoco hostil. Era un espacio funcional, con detalles que hablaban de alguien que lo habitaba, pero sin exceso. Había orden, pero no rigidez.

Scott entró mirando todo con curiosidad.

—Es... diferente —dijo, buscando la palabra correcta—. Me gusta.

Mya cerró la puerta detrás de ellos.

—No es gran cosa.

—No tiene que serlo.

La noche avanzó entre conversaciones más fluidas. Se sentaron, hablaron, rieron en momentos inesperados. Hubo pausas, silencios que ya no resultaban incómodos. Poco a poco, la cercanía dejó de sentirse extraña.

El cansancio llegó sin aviso.

No hubo una decisión clara de "ir a dormir". Simplemente ocurrió.

La oscuridad llenó el espacio.

Y por primera vez...

No había una pantalla de por medio.

La mañana llegó de forma suave, casi silenciosa.

Scott abrió los ojos lentamente, desorientado por un segundo, hasta que recordó dónde estaba. Giró la cabeza.

Mya seguía dormida.

Se quedó observándola unos instantes, sin moverse, como si ese momento tuviera algo que no quería romper.

Se incorporó con cuidado.

Cuando ella despertó, el ambiente ya era distinto.

Más tranquilo.

—Buenos días... —murmuró Mya.

—Buenos días.

La mañana transcurrió sin prisa. No hubo urgencia. Hablaron de cosas simples, compartieron momentos pequeños, como si ambos intentaran sostener algo que sabían que no era tan sencillo como parecía.

Pero el tiempo siguió avanzando.

Y la noche volvió.

Esta vez, con un peso diferente.

Mya se quedó en silencio durante un momento más largo de lo habitual.

Scott lo notó.

—¿Pasa algo?

Ella lo miró.

Dudó.

—Tenemos que ir a un lugar.

Scott frunció ligeramente el ceño.

—¿A dónde?

Mya negó suavemente con la cabeza.

—Solo... confía en mí.

Hubo una pausa.

Scott la sostuvo con la mirada.

Y luego asintió.

—Está bien.

Salieron.

La noche los envolvió mientras caminaban. Las luces se reflejaban en las superficies, las sombras se alargaban, y el sonido de la ciudad parecía más lejano, más difuso.

Todo parecía normal.

Pero no lo era.

Y Scott...

Aún no lo sabía.

CAP 91

El Precio del Rencor

La noche había terminado de asentarse sobre la ciudad cuando Scott y Mya avanzaban por una de sus avenidas más amplias. Las luces artificiales sustituían al cielo, proyectando reflejos irregulares sobre el suelo y las fachadas, creando una atmósfera que parecía suspendida entre lo cotidiano y lo inquietante.

Scott caminaba con las manos en los bolsillos, intentando mantener una apariencia relajada que no terminaba de sostenerse del todo. Su cola se balanceaba suavemente detrás de él, describiendo un movimiento casi automático, mientras sus orejas reaccionaban de forma intermitente a los sonidos lejanos: pasos, motores, murmullos dispersos que formaban el pulso de la ciudad.

A su lado, Mya caminaba en silencio.

Demasiado en silencio.

Sus orejas estaban ligeramente inclinadas hacia atrás, un gesto sutil, casi imperceptible para cualquiera que no la conociera... pero cargado de tensión. Su postura no era rígida, pero tampoco natural. Había algo contenido en ella, algo que no terminaba de salir a la superficie.

Scott no lo notó.

O no quiso notarlo.

Cuando doblaron la esquina, el edificio apareció frente a ellos.

No fue una transición gradual. Fue abrupta.

Una torre colosal de cristal oscuro y acero infernal se alzaba dominando todo el entorno, eclipsando las construcciones cercanas con una presencia que no solo imponía respeto... sino control. No era simplemente alta; era dominante. Cada línea de su estructura parecía diseñada para recordar a cualquiera que la mirara quién tenía el poder allí.

Scott frunció el ceño de inmediato.

Su nariz se movió ligeramente, como si algo en el aire activara un recuerdo que aún no terminaba de formarse en su mente.

-...Espera.

Se detuvo.

Mya dio unos pasos más antes de detenerse también, quedando ligeramente adelantada respecto a él.

Scott alzó la mirada.

Sus pupilas se dilataron.

La cola dejó de moverse.

-No... -murmuró.

El reconocimiento no fue inmediato, pero cuando llegó, lo hizo con fuerza.

Un golpe seco en la memoria.

La torre.

Ese lugar.

Sus orejas se tensaron hacia arriba.

-Mya... -dijo, más despacio esta vez.

Ella no respondió.

Scott la miró, ahora con una claridad que no estaba antes.

-¿Qué hacemos aquí?

El silencio de Mya no fue casual.

Fue una respuesta en sí misma.

Las orejas de Scott se inclinaron hacia adelante, su cuerpo tensándose de forma instintiva, como si algo en su interior comenzara a encajar demasiado tarde.

-Mya... -insistió, su voz perdiendo parte de la ligereza que había tenido durante todo el día-. Este lugar es territorio de...

Se detuvo.

No necesitaba decirlo en voz alta.

Pero lo hizo de todos modos.

-...Astaroth.

El nombre quedó suspendido entre ellos.

Pesado.

Mya no se movió.

No habló.

Scott ladeó ligeramente la cabeza, un gesto automático, casi animal, pero esta vez cargado de inquietud.

-¿Por qué estamos aquí?

Nada.

La cola de Scott comenzó a moverse de nuevo, pero ya no era un movimiento relajado. Era irregular. Tenso.

-Mya.

Su voz se volvió más firme.

-Mírame.

Ella no lo hizo.

Mantenía la mirada baja, fija en algún punto inexistente del suelo.

Scott dio un paso hacia ella.

-¿Qué está pasando?

El silencio se volvió insoportable.

Mya tragó saliva.

Sus orejas descendieron aún más.

Pero no respondió.

Y entonces...

El nudo en el estómago de Scott se apretó.

-Mya...

No llegó a terminar.

Dos figuras emergieron desde las sombras cercanas al edificio, moviéndose con una rapidez precisa, como si hubieran estado esperando exactamente ese momento. No hubo advertencia. No hubo sonido previo.

Solo acción.

Antes de que Scott pudiera reaccionar, uno de ellos lo sujetó con brutalidad por el brazo, girándolo con una fuerza que lo desestabilizó de inmediato.

-¡¿Qué demonios-?!

El segundo demonio lo agarró por el cuello, inmovilizándolo con una presión firme que cortó cualquier intento de movimiento limpio.

Scott reaccionó por instinto.

Sus colmillos quedaron al descubierto en un gruñido bajo, primitivo, completamente alejado de cualquier intento de calma.

-¡SUÉLTENME!

Intentó liberarse, empujando con el hombro, girando el cuerpo, buscando un ángulo.

No lo encontró.

Los brazos que lo sujetaban eran sólidos, pesados, imposibles de desplazar.

Era como intentar moverse contra estructuras fijas.

-¡Mya! -gritó, la voz cargada ahora de alarma real-. ¡¿Qué es esto?!

No hubo respuesta.

No de ella.

Antes de que pudiera reaccionar nuevamente, uno de los encapuchados colocó un costal áspero sobre su cabeza, bajándolo con un movimiento brusco que lo sumergió en una oscuridad inmediata y absoluta.

-¡HEY!

Scott forcejeó con más violencia.

-¡QUÍTENME ESTO!

Intentó morder, lanzar patadas, empujar con todo su peso.

Nada funcionaba.

Cada intento era contenido con facilidad.

-¡AYUDA! -gritó, elevando la voz al máximo-. ¡ALGUIEN!

Sus orejas, ocultas bajo la tela, se movían desesperadamente, tratando de captar algo... cualquier cosa.

Pero la calle estaba vacía.

Solo escuchaba su propia respiración acelerada, el roce de la tela, y los pasos firmes de quienes lo arrastraban hacia el interior del edificio.

-¡Mya!

Silencio.

-¡Mya, dime algo!

Pasaron unos segundos.

Largos.

Pesados.

Y entonces...

Su voz.

Baja.

Quebrada.

-...Lo siento.

Scott se quedó inmóvil.

Como si el mundo se hubiera detenido por completo en ese instante.

Su cola dejó de moverse.

-¿Mya...?

No hubo respuesta.

No otra.

El resto se volvió confuso.

Fragmentado.

Scott era arrastrado a través de pasillos largos donde el eco de los pasos resonaba con claridad sobre superficies duras y pulidas. El aire cambiaba. Olía distinto. Más frío. Más denso. Había algo en él que no se podía describir fácilmente... pero que imponía.

Poder.

Finalmente lo obligaron a detenerse.

-De rodillas.

La orden fue seca.

Y el empujón que la acompañó, inmediato.

Scott cayó con fuerza contra el suelo.

-¡Malditos...!

No terminó.

Sus brazos fueron llevados hacia atrás con brusquedad.

Clic.

El sonido metálico fue claro.

Esposas.

Frías.

Pesadas.

Innegables.

Scott respiraba agitadamente, intentando orientarse en la oscuridad que aún cubría su cabeza.

-¿Qué demonios quieren conmigo...?

Sus palabras ya no tenían la misma fuerza.

Había rabia, sí.

Pero también algo más.

Algo que comenzaba a abrirse paso.

Entonces...

El costal fue retirado.

La luz lo golpeó con una intensidad repentina, obligándolo a entrecerrar los ojos de inmediato. Durante unos segundos, todo fue un resplandor blanco e incómodo que le impidió distinguir formas con claridad. Parpadeó varias veces, rápido, intentando forzar a su vista a adaptarse, mientras su respiración aún se mantenía irregular por el forcejeo reciente.

Y entonces...

La imagen comenzó a definirse.

Primero, las sombras.

Luego, las líneas.

Y finalmente, el espacio completo.

Su corazón dio un vuelco.

No estaba en un lugar cualquiera.

Era una sala enorme, abierta, cuidadosamente diseñada para imponer. En el centro, una mesa alargada de obsidiana pulida dominaba el espacio. Su superficie, negra como la noche, reflejaba las luces del techo con una nitidez inquietante, como si fuese un espejo oscuro capaz de devolver algo más que simples imágenes.

Al fondo, grandes ventanales dejaban ver la ciudad infernal extendiéndose en la distancia, iluminada por miles de puntos de luz que parpadeaban como una red viva. Todo allí transmitía orden, poder... control absoluto.

Scott lo reconoció al instante.

No necesitó confirmarlo.

La sala de juntas.

Ese lugar.

Y frente a él...

Sentado en la cabecera de la mesa, con una postura impecable, como si todo estuviera exactamente donde debía estar...

Astaroth.

Elegante.

Intocable.

Observándolo con una leve sonrisa que no transmitía calidez, sino interés.

Scott gruñó de forma instintiva. Sus orejas se pegaron ligeramente hacia atrás, reaccionando antes que su propia mente.

-...¿Qué es esto?

Pero antes de obtener respuesta, su mirada se movió.

Y la vio.

Mya.

De pie, a un lado de Astaroth.

Erguida.

Firme.

Pero no intacta.

Su cola estaba completamente inmóvil detrás de ella, rígida como si cualquier movimiento fuese un riesgo. Sus orejas, bajas, revelaban lo que su postura intentaba ocultar.

Scott la miró.

Y por primera vez desde que la conocía...

No entendió nada.

-...Mya.

Su voz salió más baja de lo que esperaba, como si algo dentro de él se hubiera comprimido.

-¿Qué está pasando?

Silencio.

Un silencio que no era casual.

Scott intentó ponerse de pie, apoyando el peso en sus piernas, pero uno de los encapuchados lo empujó de inmediato hacia abajo, obligándolo a mantenerse de rodillas.

-¡Oye!

Volvió a mirar a Mya, esta vez con algo más evidente en la mirada.

Dolor.

Confusión.

-Mya... por favor.

Su cola se movió apenas, un gesto pequeño, nervioso, casi involuntario.

-Explícame qué está pasando.

Mya apretó los puños.

El leve temblor en sus orejas la delató.

Pero no habló.

Scott negó lentamente con la cabeza, como si intentara rechazar lo que estaba viendo.

-No... no entiendo...

Entonces...

Astaroth se levantó.

El sonido de sus pasos rompió el silencio con una precisión casi calculada. Cada pisada resonaba en la sala, firme, controlada, sin prisa. Caminó hacia Scott como si no existiera ninguna amenaza en el ambiente.

Se detuvo frente a él.

-Debo decir -comenzó, con una voz suave, perfectamente modulada- que es un verdadero placer finalmente tenerte aquí.

Scott levantó el labio superior, mostrando los colmillos.

-¿Qué quiere?

Astaroth sonrió apenas, como si esperara exactamente esa reacción.

-Directo al punto.

Scott frunció el ceño.

-¿Para qué me trajo aquí?

Astaroth no respondió de inmediato. En lugar de eso, comenzó a caminar lentamente alrededor de él, describiendo un círculo medido, como si lo analizara desde distintos ángulos.

-He estado investigándote.

Scott giró ligeramente la cabeza, siguiéndolo con la mirada.

-Observándote.

Otro paso.

-Siguiéndote.

Las orejas de Scott se movieron hacia atrás, incómodo, alerta.

-Sé quién eres.

Astaroth se detuvo detrás de él.

-Sé quién es tu familia.

Eso lo detuvo todo.

Scott se congeló.

Su cola dejó de moverse.

-...¿Qué?

Astaroth volvió a colocarse frente a él, con la misma calma intacta.

-Por eso estás aquí.

Scott lo miraba sin comprender, intentando encontrar sentido en esas palabras.

-No entiendo nada de lo que está diciendo.

Astaroth lo observó durante unos segundos, como si evaluara esa reacción.

Luego sonrió.

-Sí... lo imaginé.

Giró ligeramente el rostro hacia los encapuchados.

-Déjennos.

Hubo una breve duda.

-Pero señor-

-He dicho que se vayan.

La orden no se repitió.

No hizo falta.

Ambos inclinaron la cabeza.

-Sí, señor.

Salieron de la sala.

La puerta se cerró.

Y el espacio cambió.

Ahora solo quedaban cuatro presencias.

Astaroth.

Scott.

Mya.

Y un silencio mucho más pesado.

Astaroth dirigió su mirada hacia las esposas.

-No tienes que temerme.

Scott soltó una risa breve, seca, sin humor, levantando ligeramente las manos aún sujetas.

-Claro.

Las agitó un poco.

-Esto definitivamente grita "confianza".

Astaroth observó el metal.

-Tienes razón.

Se acercó.

Scott se tensó de inmediato, sus orejas completamente hacia atrás, preparado para cualquier cosa.

Pero Astaroth simplemente sacó una llave.

Clic.

El sonido fue limpio.

Las esposas se abrieron.

Cayeron al suelo con un golpe metálico seco.

Scott parpadeó, sorprendido.

Se frotó las muñecas lentamente, sintiendo la libertad volver de forma extraña, casi sospechosa.

Sus ojos fueron hacia Mya.

Luego regresaron a Astaroth.

-Empiece a hablar.

Astaroth sonrió con una calma que no variaba.

-Con gusto.

Había algo en su mirada.

Algo que no era simple curiosidad.

Era interés.

-Porque, Scott...

Hizo una pausa breve.

-Tú no tienes idea de lo importante que eres.

Scott permaneció unos segundos más de rodillas, procesando. Su respiración comenzó a estabilizarse poco a poco, pero su cuerpo seguía en alerta. Sus orejas no se relajaron, y su cola apenas se movía, rígida, como si cada músculo estuviera preparado para reaccionar.

Miró las esposas en el suelo.

Luego a Astaroth.

Con cuidado, apoyó una mano en el piso y se puso de pie. No hizo movimientos bruscos. Cada gesto era medido, consciente de que cualquier error en ese lugar podía costarle caro.

Sus ojos recorrieron la sala.

Memorizando.

Calculando.

-Muy bien... -dijo finalmente, con la voz aún tensa-. Ya me soltó.

Lo miró directamente.

-Ahora dígame de una vez... ¿qué quiere?

Astaroth no se apresuró.

Dio unos pasos hacia la mesa de obsidiana y apoyó suavemente una mano sobre su superficie, como si ese simple contacto reafirmara su control sobre todo el lugar.

-He investigado tu vida, Scott.

Scott frunció el ceño.

-Eso ya lo dijo.

-Y durante esa investigación... -continuó Astaroth, ignorando la interrupción- descubrí algo... bastante interesante.

Scott cruzó los brazos, en un intento de recuperar algo de control.

Su cola se movió una vez, breve, cargada de irritación.

-Vaya al punto.

El silencio que siguió no fue largo.

Pero sí intencional.

Astaroth giró apenas el rostro.

Y sonrió.

Astaroth mantuvo aquella sonrisa tranquila.

No había prisa en su expresión. No parecía necesitarla.

Scott, en cambio, permanecía frente a él con el cuerpo todavía tenso. Sus orejas estaban ligeramente echadas hacia atrás y sus ojos no se apartaban del demonio que tenía delante.

Astaroth inclinó apenas la cabeza.

—He descubierto que Desmond Lebrozky es tu padre.

Scott reaccionó de inmediato.

—No.

La respuesta salió demasiado rápido.

Astaroth arqueó una ceja.

—¿No?

—Desmond no es mi padre.

Scott lo dijo con firmeza, casi con violencia. No había espacio para discusión en su voz.

Astaroth lo observó durante unos segundos.

—A veces, Scott, aquel que está más ciego es precisamente quien no quiere ver la verdad.

Scott apretó la mandíbula.

—Le estoy diciendo la verdad.

—¿De verdad?

—Sí.

Su cola se movió bruscamente detrás de él.

—Desmond no es mi padre. Mi padre es Krauser.

Astaroth permaneció en silencio.

No discutió.

No intentó contradecirlo.

Simplemente dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Piensa lo que quieras.

Scott frunció el ceño.

Astaroth dio un paso hacia la mesa de obsidiana y apoyó ambas manos sobre ella.

—Pero hay algo que tú no puedes cambiar aunque quieras.

Scott no respondió.

—Desmond sabe que eres su hijo.

Aquellas palabras hicieron que sus orejas se tensaran.

Astaroth continuó.

—Y, por encima de todo, te quiere.

Scott sintió una punzada extraña en el pecho.

No quería escuchar aquello.

No quería que aquel nombre volviera a aparecer.

—No.

—Sí.

—No lo conoce.

—Te equivocas.

Astaroth giró lentamente alrededor de la mesa.

—Lo interesante es que, a pesar de saber quién eres, parece que nunca te has preguntado por qué te dejó atrás.

Scott se quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Cuando todo se puso feo... él se marchó.

La respiración de Scott cambió.

Astaroth lo notó.

Por supuesto que lo notó.

—¿No es así?

Scott intentó responder.

Pero no pudo.

Algo había cambiado dentro de su cabeza.

Una imagen.

Pequeña.

Borrosa.

Antigua.

Y entonces el recuerdo apareció.

Tenía cinco años.

La casa estaba llena de gente.

Voces pero que no ean felices.

silencio total que ahora parecía demasiado lejano.

Scott no entendía completamente lo que estaba sucediendo.

Solo sabía una cosa.

Desmond se iba.

Lo había escuchado.

Lo había visto en los rostros de los adultos.

Y no quería que sucediera.

Había corrido detrás de él.

Había intentado detenerlo.

Había hecho todo lo que podía hacer un niño de cinco años.

Lo había sujetado.

Había llorado.

Había insistido.

Había tratado de convencerlo de que se quedara.

Pero Desmond se fue.

A pesar de todo.

La puerta del auto se cerró.

Y Scott se quedó atrás.

Scott regresó al presente de golpe.

Respiró profundamente.

Sus ojos estaban abiertos de par en par.

Astaroth lo observaba.

—Lo recuerdas.

Scott negó con la cabeza.

—No...

Pero otra imagen apareció.

Desmond.

La pelea contra Indivia.

El caos.

El Infierno entero volviéndose contra él.

La persecución.

La huida.

Su familia quedándose atrás.

Y él...

Scott.

También lo había dejado atrás.

Las piezas comenzaron a encajar en su mente.

De una forma equivocada.

Pero, para Scott, tenían sentido.

Desmond había escapado.

Desmond había abandonado a su familia.

Y después...

Skyler había muerto.

Su madre.

Su madre había muerto.

Scott bajó lentamente la mirada.

Su respiración comenzó a hacerse irregular.

—Tú...

Su voz apenas salió.

Astaroth no dijo nada.

Scott levantó nuevamente la cabeza.

Sus ojos estaban húmedos.

—Tú te fuiste.

Astaroth permaneció en silencio.

—Te fuiste...

La voz de Scott comenzó a quebrarse.

—Nos dejaste.

Cada palabra parecía costarle más que la anterior.

Y entonces llegó la conclusión que llevaba años enterrada en algún lugar de su mente.

—Y por tu culpa... ella murió.

Astaroth sonrió ligeramente.

—Parece que toqué un nervio.

Una lágrima descendió por la mejilla de Scott.

Luego otra.

Pero no había tristeza en ellas.

No realmente.

Aquellas lágrimas no nacían del dolor.

Nacían de la rabia.

De una rabia que había permanecido encerrada durante años.

Una rabia que finalmente había encontrado un rostro al cual culpar.

Scott cerró los puños con tanta fuerza que sus uñas se clavaron en las palmas.

—La dejaste...

Su voz tembló.

—La dejaste morir.

Astaroth se acercó lentamente.

—Entiendo ese sentimiento.

Scott levantó la mirada.

Astaroth se detuvo frente a él.

—Cuando estaba vivo, en el mundo humano, mi padre también me abandonó.

Scott permaneció inmóvil.

—Yo tenía seis años.

Astaroth hablaba con una calma casi desconcertante.

—Crecí con mi tía. Aprendí a vivir sin él. Aprendí a aceptar que aquella persona que debía haber estado a mi lado simplemente había decidido marcharse.

Sus ojos se endurecieron.

—Hasta que cumplí veintitrés años.

Scott no apartaba la mirada.

—Entonces lo encontré.

Una pausa.

—Y cuando lo vi...

Astaroth sonrió.

Pero aquella sonrisa ya no tenía nada de amable.

—Lo apuñalé.

Scott parpadeó.

—Muchas veces.

El silencio volvió a caer sobre la sala.

—Porque un abandono no tiene perdón de Dios.

Astaroth bajó ligeramente la mirada.

—Después me asesinaron.

Una pequeña sonrisa volvió a aparecer.

—Y terminé aquí.

Scott tragó saliva.

—En el Infierno.

—Exactamente.

Astaroth extendió ligeramente los brazos.

—Y ahora mírame.

Su figura parecía llenar la habitación.

—Mira lo que soy.

Scott lo observó en silencio.

—Soy el pecador más fuerte de todo el Infierno.

Astaroth se acercó un poco más.

—¿Y sabes qué fue lo que me hizo llegar hasta aquí?

Scott no respondió.

—El odio.

La palabra resonó en la sala.

—El rencor.

Otra pausa.

—La necesidad de hacer pagar a alguien por aquello que me hizo.

Astaroth inclinó el rostro hacia Scott.

—Si quieres venganza...

Sus ojos brillaron.

—Puedes tenerla.

Scott apretó los dientes.

—La quiero.

La respuesta fue inmediata.

Astaroth sonrió.

—Pero no puedo.

Scott bajó la mirada.

—No soy lo suficientemente fuerte.

Aquellas palabras fueron exactamente las que Astaroth quería escuchar.

Su sonrisa se amplió.

—Eso es cierto.

Scott levantó los ojos.

Astaroth dio una vuelta lenta alrededor de él.

—Pero puedo cambiarlo.

Scott lo siguió con la mirada.

—¿Qué quiere decir?

—Puedo darte el poder que necesitas.

Scott se quedó callado.

—El poder suficiente para enfrentarte a Desmond.

La respiración de Scott se detuvo durante un instante.

—¿A cambio de qué?

Astaroth continuó caminando.

—Todo poder tiene un precio.

Scott frunció el ceño.

—¿Qué quiere?

Astaroth se detuvo detrás de él.

—Tú.

Scott giró la cabeza.

—¿Yo?

Astaroth volvió a colocarse frente a él.

—Hay algo que tienes y que yo quiero.

Scott negó lentamente con la cabeza.

—No tengo nada.

—Sí tienes.

Astaroth extendió una mano.

—Tu alma.

Scott se quedó completamente inmóvil.

—¿Mi alma?

—Tu alma.

La expresión de Scott cambió.

—No.

Retrocedió un paso.

—No voy a darte mi alma.

Astaroth no se movió.

—Entonces no tendrás el poder.

Scott respiró profundamente.

—No.

—No podrás enfrentarte a Desmond.

Scott apretó los puños.

—No.

—No podrás vengar a tu madre.

Scott cerró los ojos.

Astaroth dio un paso hacia él.

—Y seguirás siendo exactamente lo que eres ahora.

Scott abrió los ojos.

Astaroth habló con suavidad.

—Con el poder de tenerlo todo...

Una pausa.

—...pero demasiado débil para tomarlo.

Scott lo miró fijamente.

Aquellas palabras se clavaron en su mente.

Su respiración se volvió más lenta.

Más pesada.

—¿Qué tendría... si aceptara?

Astaroth sonrió.

—Podría darte el poder suficiente para dominar esta parte del Infierno.

Scott no respondió.

—Podrías destruir a quienes se interpongan en tu camino.

Otro paso.

—Podrías acabar con Desmond.

Scott sintió cómo algo dentro de él cedía.

—Y entonces...

Astaroth bajó la voz.

—Podrías vengar a tu madre.

Scott cerró los ojos.

Por un momento, volvió a verla.

Skyler.

Su madre.

El recuerdo de su rostro.

La idea de haberla perdido.

La culpa.

La rabia.

Todo aquello que había acumulado durante años se mezcló dentro de él hasta convertirse en una sola necesidad.

Venganza.

Scott abrió los ojos.

Miró la mano extendida de Astaroth.

Y finalmente habló.

—Te daré mi alma.

Astaroth no respondió.

Scott respiró profundamente.

—Dame el poder para acabar con Desmond.

Su voz ya no temblaba.

—Y vengar a mi madre.

Entonces Astaroth extendió completamente la mano.

—Cuando tomes mi mano...

Sus ojos comenzaron a brillar con una intensidad antinatural.

—El poder será tuyo.

Una pausa.

—Y tu alma será mía.

Scott miró aquella mano.

Por un instante, dudó.

Solo un instante.

Después la tomó.

El apretón fue firme.

Y el Infierno respondió.

Todas las luces de la sala se apagaron al mismo tiempo.

La oscuridad fue absoluta.

Scott abrió los ojos.

—¿Qué...?

Un estruendo profundo recorrió el edificio.

Las ventanas vibraron.

La mesa de obsidiana comenzó a cubrirse de grietas luminosas, como si algo estuviera atravesando la materia desde el interior.

Astaroth no soltó la mano de Scott.

Su cuerpo comenzó a cambiar.

Su silueta se deformó lentamente, como si la figura que Scott había conocido hasta ese momento hubiese sido apenas una apariencia superficial. Las sombras comenzaron a trepar por su cuerpo. Sus extremidades parecieron alargarse por momentos, mientras una energía oscura envolvía sus hombros y ascendía por su cuello.

Sus ojos dejaron de parecer humanos.

Una luz intensa ardió dentro de ellos.

El aire se volvió pesado.

Tan pesado que respirar comenzó a resultar difícil.

Scott intentó retirar la mano.

No pudo.

—¡Suélteme!

Astaroth apretó con más fuerza.

Una sonrisa apareció en su rostro.

Pero ya no era la sonrisa elegante de antes.

Era algo mucho más perturbador.

—Demasiado tarde.

Una descarga recorrió el cuerpo de Scott.

—¡AAAH!

Su espalda se arqueó.

La energía comenzó a entrar en él.

No como fuego.

No como electricidad.

Como algo peor.

Como si una fuerza desconocida estuviera atravesando cada parte de su existencia y reescribiéndola desde dentro.

Scott gritó.

Sus ojos se abrieron completamente.

Durante un instante, sus pupilas parecieron desaparecer bajo aquella energía.

Su cola se agitó violentamente.

Sus piernas comenzaron a temblar.

Y entonces sintió algo.

Algo abandonándolo.

Una sensación imposible de describir.

Como si una parte de sí mismo estuviera siendo arrancada lentamente de su interior.

Su alma.

Scott abrió la boca.

Pero no consiguió emitir ningún sonido.

Astaroth observó el proceso con absoluta satisfacción.

La energía oscura se extendió desde sus manos y cubrió ambos cuerpos.

El suelo comenzó a agrietarse.

Las paredes vibraron.

Los ventanales temblaron con tanta fuerza que algunos comenzaron a resquebrajarse.

Y, durante unos segundos, toda la torre pareció contener la respiración.

Astaroth soltó finalmente la mano.

Scott cayó de rodillas.

Intentó respirar.

No pudo.

Su visión comenzó a nublarse.

Escuchaba un zumbido.

Lejano.

Constante.

Su cuerpo ya no respondía correctamente.

Levantó la mirada una última vez.

Astaroth estaba frente a él.

Pero ahora parecía más grande.

Más oscuro.

Más aterrador.

Scott intentó decir algo.

Solo consiguió murmurar:

—...Desmond...

Y entonces sus ojos se cerraron.

Su cuerpo cayó hacia adelante.

Golpeó el suelo.

Inconsciente.

Durante varios segundos, nadie se movió.

Astaroth contempló a Scott desde arriba.

Luego bajó la mirada hacia su propia mano.

La cerró lentamente en un puño.

Una sonrisa volvió a dibujarse en su rostro.

El trato estaba hecho.

Y el alma de Scott ya no le pertenecía.

El frío del pavimento no se limitaba a la superficie de su piel, sino que parecía filtrarse lentamente hacia dentro, instalándose en sus huesos con una persistencia incómoda, casi antinatural. Scott permaneció unos segundos sin moverse, con la espalda apoyada contra el suelo áspero, parpadeando con lentitud mientras su visión intentaba adaptarse. Todo estaba ahí, pero al mismo tiempo no terminaba de encajar del todo; las formas se sentían ligeramente distorsionadas, como si el mundo hubiese cambiado apenas lo suficiente para que su mente lo percibiera diferente.

Su respiración era irregular, entrecortada, como si cada inhalación requiriera un esfuerzo adicional. Llevó una mano al pecho de forma casi automática, presionando con los dedos mientras intentaba recuperar el ritmo. No era solo el frío, ni el golpe, ni la desorientación. Había algo más, algo que no lograba identificar con claridad, pero que se manifestaba como una sensación constante bajo su piel, como si una energía ajena se hubiera instalado dentro de él sin pedir permiso.

-¿Qué...?

Su voz salió baja, rasposa, cargada de una confusión que apenas podía disimular. Cerró los ojos un instante, intentando concentrarse, ordenar lo que sentía, pero en lugar de encontrar calma, lo único que logró fue percibir con más claridad aquello que lo inquietaba: una presencia interna, densa, viva, que no solo estaba ahí... sino que reaccionaba.

Abrió los ojos de golpe.

Su pulso se aceleró.

No era una sensación pasiva. No era algo que simplemente existiera.

Era algo que respondía a él.

Se incorporó con esfuerzo, primero apoyándose en un codo, luego en ambas manos, sintiendo cómo sus músculos reaccionaban de forma ligeramente distinta a la habitual. Había una

tensión nueva en su cuerpo, una rigidez que no recordaba haber tenido antes, como si cada movimiento estuviera cargado de un peso invisible. Aun así, se obligó a ponerse de pie, tambaleándose apenas durante un segundo antes de estabilizarse.

Se quedó quieto.

Observando.

Analizando.

La calle estaba completamente vacía, sumida en un silencio que no resultaba natural. No había pasos, ni voces, ni el murmullo distante de la ciudad. Era un vacío absoluto, como si el mundo hubiese decidido apartarse de ese lugar en particular.

Y entonces la vio.

La torre.

Elevándose frente a él con una imponencia abrumadora, oscura, inamovible, como si siempre hubiera estado ahí esperando. Scott la reconoció al instante, y el cambio en su expresión fue inmediato. Sus orejas se tensaron, rígidas, y su cola dejó de moverse por completo, congelada detrás de él como una extensión de su propio desconcierto.

-...No.

El susurro escapó de sus labios sin que pudiera evitarlo.

-No, no...

Dio un paso hacia atrás, luego otro, más rápido, como si su cuerpo intentara alejarlo antes de que su mente terminara de procesar lo que tenía enfrente. Su mirada iba de la torre a sus manos, y de sus manos de nuevo a la torre, atrapada en un ciclo de negación que no lograba sostenerse por mucho tiempo.

-¿Cómo llegué aquí...?

La pregunta quedó suspendida en el aire, pero en el fondo... ya conocía la respuesta.

Solo que no quería aceptarla.

Y entonces, sin previo aviso, los recuerdos regresaron.

No de forma ordenada.

No de forma suave.

Fragmentos.

Imágenes.

Sensaciones.

La sala.

La mesa de obsidiana.

La mirada de Astaroth.

La presión en el ambiente.

La rabia acumulada.

Las palabras.

La oferta.

El trato.

Su respiración se detuvo por un segundo, como si su cuerpo hubiera olvidado cómo continuar.

-...No.

Sus pupilas se dilataron mientras bajaba la mirada hacia sus manos, observándolas con una atención que rozaba lo obsesivo. Las giró lentamente, inspeccionando cada detalle como si esperara encontrar una señal visible de lo que había cambiado.

Pero no había nada externo.

Nada que pudiera señalar.

Y aun así... todo era distinto.

Apretó los dedos con lentitud, sintiendo cómo la tensión recorría sus manos, subía por sus brazos y se extendía hacia el resto de su cuerpo como una corriente silenciosa.

-...Yo...

Su voz tembló apenas, cargada de una realización que comenzaba a asentarse.

-Yo acepté...

Las palabras se sintieron más pesadas al pronunciarlas, más reales, más definitivas. No había forma de retroceder sobre algo así, y en el instante en que lo reconoció, el aire a su alrededor pareció comprimirse, volviéndose más denso, más difícil de ignorar.

Un leve temblor recorrió el suelo bajo sus pies.

Scott levantó la cabeza de golpe, alerta.

-¿Qué fue eso?

Su mirada se movió con rapidez, buscando una causa, un origen, algo que explicara lo que estaba ocurriendo. Pero no había nada visible.

Solo ese silencio.

Ese silencio distinto.

Porque esta vez... no estaba vacío.

Y entonces la escuchó.

No desde fuera.

No desde el entorno.

Desde dentro.

-Ahora lo entiendes.

Scott se quedó completamente inmóvil, como si cada músculo de su cuerpo se hubiera bloqueado al mismo tiempo.

-...¿Qué...?

Giró sobre sí mismo, buscando desesperadamente, pero no había nadie. Ninguna figura, ninguna sombra, nada que justificara esa voz que, aun así, sonaba tan clara como si alguien le hablara directamente al oído.

-No busques afuera.

La voz era profunda, firme, y demasiado familiar.

Scott tragó saliva.

-...Astaroth.

Una risa baja resonó en su mente, sin necesidad de atravesar el aire.

-Aprendes rápido.

Scott apretó los dientes, sintiendo cómo la tensión volvía a recorrer su cuerpo.

-Sal de mi cabeza.

-No puedo.

Hubo una pausa breve, pero suficiente para que el mensaje se asentara.

-Porque ahora... también es mía.

El corazón de Scott empezó a latir con fuerza, cada latido más pesado que el anterior. Cerró los ojos con fuerza, intentando bloquearlo, rechazarlo, expulsarlo de alguna forma.

-Cállate.

-Siente.

-¡CÁLLATE!

Pero no funcionó.

Porque en ese mismo instante, lo sintió otra vez.

Más claro.

Más intenso.

La energía.

Moviéndose dentro de él como si siempre hubiera estado ahí, esperando el momento adecuado para despertar. No era externa. No era ajena.

Era suya.

Y respondía.

Sus ojos se abrieron de golpe, y por un breve instante, un destello oscuro cruzó su mirada, inestable, antinatural, imposible de ignorar.

Retrocedió un paso, respirando con dificultad.

-¿Qué... me hiciste?

-Te di lo que querías -respondió la voz con calma-. Poder.

Scott bajó la mirada, observando sus propias manos como si no terminaran de pertenecerle.

-Esto no es normal...

-No -replicó Astaroth-. Nunca lo será.

El silencio volvió a instalarse, pero esta vez no era incómodo. Era denso. Presente. Compartido.

Scott respiró hondo, intentando recuperar el control, aferrándose a algo que todavía pudiera reconocer como propio. Y sin pensarlo demasiado, un nombre apareció en su mente, empujando todo lo demás hacia un segundo plano.

-...Desmond.

Al pronunciarlo, algo dentro de él reaccionó con más fuerza. Una chispa. Un impulso. Una dirección.

Sus ojos se endurecieron.

-Lo voy a encontrar.

Esta vez, la voz tardó un poco más en responder, como si evaluara cada palabra, cada intención.

-Eso espero.

Scott levantó la mirada, observando la ciudad frente a él. Todo seguía en su lugar. Las estructuras, las luces, la distancia... nada había cambiado.

Excepto él.

Dio un paso hacia adelante, esta vez sin dudar, sintiendo cómo esa nueva energía se acomodaba lentamente dentro de su cuerpo, como si empezara a aceptar su presencia en lugar de resistirse.

-Esto no se queda así.

Su voz era baja, pero firme, más firme de lo que había sido antes.

Y mientras comenzaba a caminar, dejando atrás la torre sin girarse ni una sola vez, algo en su expresión empezó a transformarse. No fue inmediato, ni exagerado, pero estaba ahí: una leve sonrisa que no tenía nada de alegría ni de alivio, sino algo más profundo, más oscuro, algo que nacía del rencor y que ahora tenía el espacio para crecer.

Sus pasos se volvieron más seguros, más constantes, como si por primera vez en mucho tiempo tuviera una dirección clara. Su cola volvió a moverse, pero no con calma, sino con una tensión controlada, como la de un instinto que acababa de despertar.

Y en lo más profundo de su mente, sin necesidad de intervenir, Astaroth observaba.

Paciente.

Satisfecho.

Porque sabía que el verdadero cambio no era el poder.

Era la decisión.

Y Scott... ya la había tomado.

Alzó la mirada hacia los ventanales oscuros de un edificio. El cristal reflejaba su silueta, deformada por la distancia y la luz rojiza del entorno. Durante un segundo, no le prestó atención... hasta que algo dentro de él se tensó.

Había algo mal.

Scott dio un paso hacia adelante, entrecerrando los ojos, intentando enfocar mejor.

-Espera...

Se inclinó ligeramente, acercándose más al reflejo, como si necesitara confirmar lo que apenas empezaba a notar.

Y entonces lo vio.

Su cuerpo se quedó completamente inmóvil.

Sus pupilas se dilataron.

-...no.

Se acercó más, casi pegándose al vidrio, buscando cualquier detalle que contradijera lo que tenía frente a él.

Pero no lo había.

Sus ojos... ya no eran los mismos.

Las escleróticas, que antes eran rojas como las de cualquier sabueso infernal, ahora eran completamente negras, profundas, como si absorbieran la luz en lugar de reflejarla. Y en medio de esa oscuridad... una pupila blanca, brillante, antinatural.

Scott retrocedió un paso, como si el reflejo pudiera hacerle daño.

-¿Qué...?

Llevó una mano a su rostro, tocándose el párpado con torpeza, como si esperara que al hacerlo todo volviera a la normalidad.

-No...

Su respiración se aceleró. Un frío extraño recorrió su espalda.

-Esto no...

Pero en el fondo, sabía exactamente qué era.

Las palabras de Astaroth resonaron en su mente, claras, inevitables.

"Cuando tomes mi mano... tu alma será mía."

Scott apretó los dientes con fuerza, hasta que la mandíbula le dolió.

-Maldita sea...

Volvió a mirar su reflejo, esta vez sin apartarse. Lo enfrentó.

Y entonces lo sintió.

No era solo físico.

Había algo más.

Algo pesado.

Algo ajeno.

Como si dentro de él ahora existiera una presencia silenciosa, una ausencia... o ambas cosas al mismo tiempo.

-Mi alma...

Sus orejas bajaron ligeramente, y por un instante, su postura dejó de ser agresiva.

-...ya no es mía.

El viento infernal sopló por la calle, arrastrando polvo y cenizas, envolviendo el ambiente en un susurro constante. Scott bajó la mirada durante unos segundos, dejando que esa realidad se asentara dentro de él.

Luego exhaló lentamente.

-Ya está hecho.

No había vuelta atrás.

Se giró y comenzó a camina otra vez.

Al principio no pensó demasiado. Su mente estaba saturada, y moverse era lo único que le permitía no quedarse atrapado en ese punto. Sus pasos eran automáticos, sin dirección clara, guiados más por la costumbre que por la intención.

Pero no tardó en notarlo.

Las miradas.

Sabuesos que caminaban por la calle reducían el paso al verlo. Algunos lo observaban con evidente incomodidad, como si percibieran algo que no podían explicar. Otros directamente se apartaban, creando una distancia instintiva.

Un par incluso retrocedieron.

Scott frunció el ceño.

-¿Qué...?

Pasó junto a un par de ellos justo a tiempo para escuchar un murmullo.

-¿Viste sus ojos?
-Sí... ¿qué demonios es eso?
-No se ven normales...

Otro lo miró con miedo abierto, sin disimulo.

Scott apretó la mandíbula.

-Genial...

Se detuvo frente a una ventana y se miró de nuevo.

-Claro... los ojos.

Gruñó suavemente, irritado, incómodo en su propia piel.

-Esto no va a funcionar.

Siguió caminando unos metros más hasta que una pequeña tienda llamó su atención. El cartel oxidado sobre la puerta apenas se sostenía, balanceándose con el viento.

Entró.

La campanilla sonó.

-Buenas... -murmuró el vendedor sin levantar la mirada.

Scott recorrió los estantes con rapidez. No le interesaba nada más que una solución inmediata. Guantes, encendedores, cinturones... hasta que encontró lo que necesitaba.

Unas gafas negras.

-...esto servirá.

Las tomó y se acercó al mostrador. El vendedor levantó la vista... y se tensó al instante al ver sus ojos.

-Eh...

-¿Cuánto?

-C-cuatro monedas...

Scott dejó el dinero sin discutir.

-Quédese el cambio.

Se puso las gafas de inmediato. La oscuridad de las lentes ocultó por completo su mirada, devolviéndole una apariencia... más normal.

El vendedor se relajó ligeramente.

Scott no dijo nada más. Solo se giró y salió.

Minutos después, llegó al palacio.

Entró al patio sin detenerse.

-Scott.

La voz lo alcanzó, pero no lo detuvo.

Laura estaba cerca de la entrada, observándolo con una mezcla de alivio y confusión.

-Hola. ¿Dónde estabas? No te vimos desde-

Scott siguió caminando.

-¿Scott?

Nada.

-Oye, te estoy hablando.

Pero él ya estaba corriendo.

Escaleras.

Pasillos.

Su mente ya no estaba en la calle. Estaba en otro lugar.

En una idea.

En un objetivo.

Llegó a su habitación y abrió la puerta de golpe.

-Nami-

Se detuvo.

Ella estaba allí, limpiando.

-Oh, Scott. Justo estaba-

-Sal.

El tono fue seco. Tenso.

Nami parpadeó, confundida.

-¿Qué?

-Por favor... sal.

Hubo un silencio breve, incómodo. Ella lo observó, evaluando algo en su expresión que no terminaba de entender.

-...está bien.

Salió.

Scott esperó.

Luego se quitó las gafas.

Se acercó al espejo.

Y volvió a mirarse.

Los ojos.

El precio.

El poder.

Apoyó ambas manos sobre el lavabo.

-Con este poder...

Las palabras de Astaroth regresaron, seductoras, peligrosas.

"Podrás acabar con Desmond."

Su mirada se endureció.

-Desmond...

Sus garras se cerraron lentamente.

"Podrás vengar a tu madre."

Scott no apartó la mirada del reflejo.

-Ahora...

Su voz fue baja. Fría.

-Ahora sí puedo hacerlo.

El odio volvió a encenderse.

Y esta vez... no había nada que lo detuviera.

La habitación estaba en silencio, pero no era un silencio vacío, sino uno cargado, denso, como si el aire mismo se hubiera vuelto más pesado desde que todo había cambiado. Scott permanecía frente al espejo, inmóvil, observando su propio reflejo con una intensidad casi incómoda. Las escleróticas negras parecían tragarse la luz de la habitación, como un abismo sin fondo, y en medio de esa oscuridad, su pupila blanca brillaba débilmente, antinatural, como si no perteneciera a ese mundo... o a él.

Apretó los dientes, sintiendo cómo la mandíbula se le tensaba hasta doler. Sus manos descansaban sobre el borde del lavabo, pero la presión con la que se sostenía dejaba ver el conflicto interno que lo recorría.
-Con este poder... -murmuró, casi sin voz- ...todo va a terminar.

La frase no sonó como una promesa tranquila, sino como algo más oscuro, más definitivo.

De pronto-

La puerta se abrió de golpe, rompiendo el momento como un disparo seco.

Scott giró la cabeza de inmediato, sus orejas reaccionando antes que su cuerpo.
-Scott, tenemos que-

La voz se cortó.

Desmond se quedó completamente inmóvil en la entrada, como si el tiempo se hubiera detenido para él. Su mirada se clavó de inmediato en los ojos de Scott, y en ese instante, todo cambió. El ambiente se tensó de una forma casi palpable, como si una cuerda invisible se hubiera estirado al máximo entre ambos.

El silencio se volvió pesado. Demasiado pesado.

Los hombros de Desmond se tensaron lentamente, y su expresión, que había entrado con urgencia, se transformó en algo más frío... más serio.
-...¿Qué hiciste?

Scott no respondió. No de inmediato. Solo lo miró, sosteniéndole la mirada sin apartarse, como si quisiera desafiarlo incluso sin hablar.

Desmond entrecerró los ojos, avanzando un paso dentro de la habitación.
-Scott... ¿qué hiciste?

Entonces Scott se giró completamente hacia él, su cuerpo acompañando el movimiento con lentitud, pero con una tensión evidente en cada músculo.
-¿Por qué?

Desmond frunció el ceño, desconcertado por la pregunta.
-¿Por qué qué?

Scott apretó los puños, sus garras marcando la piel de sus propias manos.
-¿Por qué nos abandonaste?

La pregunta cayó en la habitación como una losa.

Desmond se quedó quieto.
-¿De qué estás hablando?

Scott soltó una risa corta, seca, sin humor.
-No te hagas el idiota.

Señaló sus propios ojos, con un gesto brusco, casi violento.
-Ya sé la verdad.

Desmond lo observó con más atención ahora, como si intentara entender algo más profundo detrás de esas palabras.
-Scott...

-¡SÉ LA VERDAD! -lo interrumpió, dando un paso hacia él.

Su cola estaba completamente rígida, sus orejas hacia atrás, y su postura ya no dejaba dudas: no era solo enojo... era confrontación.

-Te fuiste.

Desmond negó con la cabeza, intentando mantener la calma.
-No fue así-

-¡Sí lo fue! -Scott avanzó otro paso-. Abandonaste a mamá... me abandonaste a mí.

Su voz empezó a quebrarse, pero no por debilidad, sino por la presión de todo lo que llevaba dentro.

Desmond respiró hondo, conteniéndose.
-Scott, escucha-

-¡NO!

El golpe contra el suelo fue brutal.

CRACK

Las baldosas se rompieron bajo su puño como si fueran frágiles, y el sonido se expandió por toda la habitación. Por un segundo, incluso Scott se quedó quieto, sorprendido por lo que acababa de hacer. Miró el suelo destruido... luego su propia mano.

Y entonces levantó la mirada.

El odio seguía ahí. Más fuerte.

-Por tu culpa murió.

Desmond respondió con voz grave, firme:
-Scott, eso no es verdad.

Pero Scott ya no estaba escuchando.

Avanzó directamente hacia él, sin dudar.
-¡Claro que sí!

Desmond observó cada movimiento: la tensión en los hombros, la posición de las piernas, las garras listas. No era solo rabia... era intención de atacar.

-Scott.

-Voy a hacerte pagar-

Y entonces ocurrió.

El primer golpe salió disparado con una velocidad y fuerza anormales, pero Desmond reaccionó a tiempo, sujetándole la muñeca.

CLACK

El impacto vibró en ambos brazos.

Desmond frunció el ceño, sorprendido por la fuerza.
-¿Qué demonios...?

Scott gruñó... y empujó.

La presión fue brutal.

Desmond retrocedió medio paso, algo que no esperaba.
-Scott, detente-

Pero Scott no se detuvo.

Golpeó otra vez. Y otra.

El forcejeo comenzó, pero rápidamente dejó de ser solo eso. Scott atacaba con una ferocidad descontrolada, casi animal, impulsado por algo más que emoción. Desmond bloqueaba, desviaba, intentaba contenerlo sin responder con la misma violencia, pero cada movimiento exigía más esfuerzo.

-¡Scott!
-¡CÁLLATE!

Se lanzaron contra la pared.

THUD

Un cuadro cayó al suelo, rompiéndose en pedazos. Scott empujaba con una fuerza que no era normal, y Desmond lo miró con incredulidad.
-¿De dónde sacaste esta fuerza?

Scott respondió con un gruñido, intentando morderlo. Desmond giró la cabeza justo a tiempo.

-¡Scott!

Intentó inmovilizarlo, pero Scott se liberó con una sacudida violenta.

-¡AAAAH!

Volvió a lanzarse.

Ahora ya no había duda: era una pelea real.

Scott atacaba sin pensar. Desmond solo se defendía.

-¡Detente!
-¡PAGARÁS POR MAMÁ!

El siguiente golpe impactó el suelo.

CRACK

Las baldosas estallaron, fragmentos volando por el aire.

Y entonces-

La puerta se abrió de golpe.

-¡¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?!

Laura entró corriendo, alarmada, y la escena la golpeó de inmediato.
-¡Scott, detente!

Pero Scott ni siquiera la miró. Se lanzó otra vez.

Laura corrió hacia ellos, intentando intervenir.
-¡Scott, para!

Lo sujetó por detrás.

Error.

-¡SUÉLTAME!

Scott reaccionó por instinto. Giró con violencia.

RAZ

El grito de Laura rompió todo.
-¡AH!

La sangre apareció en su brazo, y el movimiento descontrolado terminó en una mordida que la hizo caer hacia atrás.

Ese fue el punto de quiebre.

Desmond lo vio.

Y algo en él cambió.

La calma desapareció por completo, reemplazada por una furia fría, contenida, peligrosa.
-...Scott.

Scott apenas estaba girándose cuando-

BAM

El golpe fue directo.

El impacto lo lanzó contra la pared.

CRASH

Cayó al suelo, deslizándose sin poder reaccionar.

El silencio que siguió fue absoluto.

Desmond respiraba con fuerza, sus puños aún tensos.
-Puede que seas mi hijo... -dijo, con la voz cargada de rabia- pero no voy a permitir que lastimes a mi esposa, a la mujer que ha mostrado compasión hacia ti sin importar como la trataras.

Scott levantó la cabeza lentamente, la sangre bajando por su labio.

-Si ya te sientes tan hombrecito como para golpear a tu padre...

Señaló la puerta.

-Entonces recoge tus cosas... y lárgate del palacio.

No hubo discusión. No hubo duda.

Solo silencio.

Scott escupió sangre y soltó una risa amarga.
-Bien... eso haré.

Y lo hizo.

Minutos después, con una mochila al hombro y sin mirar atrás, cruzó el portón del palacio. La noche infernal lo recibió sin ceremonia, con sus luces rojas y su ruido constante, indiferente a todo lo que acababa de ocurrir.

Caminó sin rumbo.

Sin destino.

Sin nada.

-Genial... -murmuró-. Fantástico.

Una risa seca escapó de su garganta.
-Quince años... y ya estoy viviendo en la calle.

La ciudad seguía moviéndose a su alrededor, pero él no formaba parte de ella.

Hasta que-

-Scott.

Se detuvo.

Esa voz...

Giró.

Mya estaba ahí.

Y por un momento, todo el peso de la noche pareció cambiar.

Mya permanecía a unos metros de él, sin atreverse a acercarse del todo al principio. Sus orejas caninas estaban ligeramente bajas, y su cola se movía con un nerviosismo contenido, como si cada pequeño gesto delatara la culpa que llevaba encima. No era solo incomodidad: era miedo... miedo a lo que Scott pudiera decir, o peor, a que no dijera nada en absoluto.

Scott soltó un suspiro largo, pesado, cargado de cansancio más que de fastidio.
-Genial... -murmuró, sin emoción-. Lo que me faltaba.

Mya dio un paso al frente, luego otro, con cautela, como si se acercara a algo frágil que podía romperse en cualquier momento.
-Scott... yo...

Él levantó una mano sin siquiera mirarla, cortando sus palabras antes de que pudieran tomar forma.
-No.

Ese simple gesto bastó para que Mya se detuviera en seco. Aun así, no retrocedió. Se quedó ahí, reuniendo valor.
-Por favor, déjame explicar-

-No tienes que explicar nada -respondió Scott, con un tono distante, casi vacío, como si ya hubiera decidido no involucrarse emocionalmente.

Mya frunció el ceño. No era enojo, sino insistencia, necesidad.
-Sí tengo que hacerlo.

Ese fue el momento en que Scott finalmente giró la cabeza y la miró. Su expresión era difícil de descifrar, una mezcla extraña de cansancio, frialdad y algo más profundo que no terminaba de mostrarse.
-¿Ah, sí?

Mya respiró hondo, como si necesitara tomar impulso antes de lanzarse.
-Si no te llevaba con Astaroth...

Su voz tembló apenas, pero no se rompió.
-El precio lo iba a pagar mi familia.

El silencio que siguió no fue corto, pero tampoco incómodo. Fue un silencio de procesamiento, de comprensión lenta. Scott no reaccionó de inmediato; simplemente la observó.

Mya continuó, más firme ahora, aunque sus manos se cerraban ligeramente por la tensión.
-Él lo dejó muy claro... si no cumplía... ellos pagarían.

Scott bajó la mirada por un momento, como si acomodara algo dentro de su cabeza. Luego volvió a mirarla. Su expresión no cambió demasiado.

Pasaron unos segundos.

-Lo entiendo.

Mya parpadeó, confundida, como si no hubiera escuchado bien.
-¿...qué?

Scott se encogió de hombros con un gesto leve, casi indiferente.
-Lo entiendo.

-Scott, yo-

-No fue tu culpa.

Las palabras llegaron sin dramatismo, pero con una firmeza que sorprendía. No había reproche en su voz. Eso, en cierto modo, era más desconcertante.

Mya lo miró, completamente descolocada.
-¿De verdad?

Scott desvió la mirada hacia la calle, observando las luces lejanas, como si eso fuera más fácil que sostener ese momento.
-Astaroth iba a conseguir lo que quería de todas formas.

Hizo una pequeña pausa antes de añadir:
-Al menos tu familia está bien.

Mya bajó ligeramente la cabeza.
-Gracias...

Caminaron unos pasos en silencio, uno al lado del otro, pero sin tocarse. El ambiente ya no era tan tenso como antes, pero tampoco era ligero. Era... extraño. Como si ambos estuvieran intentando reconstruir algo que se había roto sin saber exactamente cómo.

Finalmente, Mya volvió a hablar.
-¿Qué pasó después?

Scott soltó una risa corta, amarga, que no tenía nada de humor.
-Muchas cosas.

Ella inclinó un poco la cabeza.
-¿Como qué?

Scott suspiró, pasándose una mano por el cabello antes de responder.
-Desmond entró a mi habitación.

Las orejas de Mya se levantaron ligeramente, atentas.
-¿Y?

-Vio mis ojos.

Pausa.

-Todo explotó.

Mya lo miró con preocupación.
-¿Pelearon?

Scott asintió una sola vez.
-Sí.

-¿Estás bien?

-Estoy vivo.

La respuesta fue seca, pero suficiente. Luego añadió, con un tono más bajo:
-Laura intentó detenerme.

Mya frunció el ceño.
-¿Laura?

Scott bajó la mirada, y por un instante, algo en su expresión cambió.
-La herí.

Mya abrió un poco los ojos.
-Scott...

-Fue un accidente -añadió rápidamente-. Pero pasó.

El silencio se coló entre ambos otra vez.

-Desmond me golpeó... -continuó Scott- y me echó del palacio.

El viento sopló entre las calles, arrastrando polvo y ecos lejanos. Mya lo observó con tristeza, sin saber muy bien qué decir.
-Scott...

Él miró hacia el horizonte, como si buscara algo que no estaba ahí.
-Así que... aquí estoy.

Una pausa.

-Sin casa.

Mya dudó. Se notaba en la forma en que sus orejas se movieron ligeramente, en cómo su cola dejó de moverse por un instante. Estaba pensando... midiendo sus palabras.

Finalmente habló:
-Puedes vivir conmigo.

Scott parpadeó, sorprendido.
-¿Qué?

Mya se encogió ligeramente de hombros, restándole importancia, aunque su mirada decía lo contrario.
-Tengo una casa pequeña... pero hay espacio.

Scott la miró con incredulidad, como si no terminara de procesarlo.
-¿Hablas en serio?

Mya asintió.
-Sí.

El silencio volvió, pero esta vez fue distinto. Scott lo pensó unos segundos, luego soltó un suspiro.
-...gracias.

Mya sonrió apenas, una sonrisa pequeña pero sincera.
-Ven.

Caminaron juntos durante varios minutos, atravesando calles cada vez más tranquilas, alejándose del ruido principal de la ciudad. Finalmente llegaron a una pequeña casa entre edificios viejos, algo desgastados por el tiempo. No era impresionante, pero tampoco era miserable.

Mya abrió la puerta.
-No es mucho...

Entraron.

-Pero es hogar.

El interior era simple: una mesa, un sofá viejo, algunas estanterías con objetos dispersos. Nada lujoso. Nada pretencioso. Pero tenía algo que el exterior no: calidez.

Scott dejó la mochila junto al sofá, observando el lugar en silencio. Luego metió la mano en ella y sacó un pequeño colgante metálico. Lo abrió con cuidado.

Dentro había una foto.

Un cachorro de cinco años abrazando a una sabueso. Ambos sonriendo.

Mya se acercó con curiosidad contenida.
-¿Puedo?

Scott asintió.

Ella miró la imagen unos segundos.
-Entonces... esa es tu madre.

Pausa.

-La que mencionó Astaroth.

Scott apretó ligeramente la mandíbula.
-Sí.

Bajó la mirada hacia la foto.
-Skyler.

Mya habló con suavidad:
-Era hermosa.

Scott sonrió apenas, una sonrisa breve, casi frágil.
-Lo era.

La sonrisa desapareció tan rápido como llegó.
-Murió por culpa de Desmond.

Mya no respondió de inmediato. El silencio volvió, pero esta vez era más reflexivo que tenso.

Scott cerró el colgante.
-Ya sabes la historia.

-Sí... -respondió ella-. Pero...

Scott la miró.
-¿Pero qué?

Mya dudó, pero aun así habló:
-Tal vez Desmond escapó porque quería protegerlos.

Scott negó de inmediato, con firmeza.
-Eso es mentira.

Mya no se movió.

-Sí, se fue -continuó él-. Pero por eso mi madre murió.

Sus garras se cerraron lentamente.
-Él huyó... y ella pagó los platos rotos.

Mya se acercó despacio, reduciendo la distancia entre ellos hasta que finalmente lo abrazó.

Scott se quedó rígido al principio, sin reaccionar.

-Scott... -dijo ella en voz baja-. La familia es importante.

Pausa.

-Y a veces... nos alejamos de ella cuando más la necesitamos.

Scott cerró los ojos.
-No fui yo quien se alejó.

Otra pausa.

-Fue Desmond.

Mya suspiró.
-Tal vez se sintió atacado.

Scott abrió los ojos.
-¿Qué?

-Tal vez se sintió culpable... -continuó-. Tal vez solo quiere lo mejor para ti.

Scott soltó una risa amarga, separándose un poco.
-Eso son tonterías.

-Un padre no echaría a su hijo a la calle a su suerte.

Mya lo miró con calma, sin discutir de inmediato. Luego habló en voz baja:
-A veces los padres toman decisiones terribles...

Pausa.

-Porque creen que son las únicas que les quedan.

Scott no respondió.

El silencio regresó, envolviéndolos lentamente.

Después de un momento, Mya bostezó, rompiendo la tensión.
-Deberíamos dormir.

Scott asintió levemente.
-Sí...

Mya señaló una puerta.
-Puedes usar mi cama.

Scott negó con la cabeza.
-El sofá está bien.

Ella no insistió.

Apagó las luces.
-Buenas noches, Scott.

Él se acomodó en el sofá, mirando al techo unos segundos antes de cerrar los ojos.
-Buenas noches.

La casa quedó en silencio.

Y poco a poco... ambos se quedaron dormidos.

CAP 92

La Corona y sus Cadenas

Había pasado un mes.

Un mes desde que Scott salió del palacio sin mirar atrás.

Y, en ese tiempo, el infierno no había encontrado calma. Al contrario: parecía haberse descompuesto aún más, como si la ausencia de equilibrio hubiera abierto grietas invisibles en cada rincón del Anillo de la Ira. Los disturbios se volvieron parte del paisaje; los enfrentamientos entre clanes ya no eran excepciones, sino rutina. Lo que antes se contenía con tensión... ahora se desbordaba.

El vacío de poder no era solo político.

Era emocional.

Era estructural.

Y en medio de todo eso, sosteniendo un orden que se desmoronaba lentamente...

Desmond estaba al límite.

La sala de estudio del palacio ofrecía un contraste casi irónico. Silenciosa, ordenada, iluminada por lámparas de luz cálida que apenas lograban suavizar la rigidez del ambiente. Las estanterías, repletas de grimorios y textos antiguos, parecían observar en silencio, como testigos de siglos de decisiones, errores y poder.

Desmond permanecía sentado frente a una mesa amplia de madera oscura. Un libro grueso descansaba abierto entre sus manos. Sus ojos recorrían las últimas líneas con precisión mecánica, pero detrás de esa concentración había fatiga.

No era solo cansancio físico.

Era desgaste.

Frente a él, de pie, Lorena lo observaba sin intervenir. Su postura recta, su expresión neutra... todo en ella transmitía control.

-Entonces... -dijo finalmente, con voz calmada- ¿qué establece el artículo 47 del código de soberanía infernal?

Desmond no levantó la mirada. Respondió de inmediato, casi por inercia.

-Que el gobernador tiene potestad absoluta sobre disputas territoriales internas... -pasó la página con cuidado- ...siempre que no interfieran con decretos emitidos por un Pecado Capital.

Lorena asintió levemente.

-¿Y la excepción?

-Cuando el conflicto compromete la estabilidad interanular.

No hubo duda en su voz. No hubo titubeo.

Cerró el libro de golpe.

CLACK.

El sonido seco se expandió por la habitación, rompiendo el silencio acumulado.

-Ya lo terminé.

Lorena no respondió de inmediato. Lo observó durante unos segundos, evaluándolo con una atención que iba más allá de las palabras.

-¿Todo?

Desmond apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando las manos frente a él.

-Todo.

Su voz fue más baja esta vez, más pesada.

-Leyes viejas. Reformas nuevas. Casos históricos...

Alzó la mirada por primera vez.

-Incluso la historia de los Luvendorf.

Lorena arqueó una ceja.

-Ludendorff.

Desmond exhaló por la nariz, breve.

-Eso.

Lorena comenzó a caminar alrededor de la mesa con paso lento, casi medido.

-No es un nombre que puedas permitirte pronunciar mal si vas a gobernar bajo su legado.

Desmond no respondió. No corrigió su postura. Solo la siguió con la mirada.

Cuando ella se detuvo frente a él, el aire pareció tensarse ligeramente.

-Un mes -dijo.

Pausa.

-En un mes aprendiste lo que a otros les toma años.

Desmond se recostó en la silla, dejando caer el peso de su cuerpo contra el respaldo.

-No tenía opción.

Lorena inclinó apenas la cabeza.

-Eso es cierto.

El silencio volvió a instalarse, pero esta vez no era cómodo.

Desmond desvió la mirada hacia la ventana. Más allá del vidrio, el cielo infernal parecía más oscuro de lo habitual, como si incluso la atmósfera reflejara el estado del anillo.

-El infierno se está cayendo a pedazos.

Lorena cruzó los brazos, sin apartar la vista de él.

-No es la primera vez.

-Pero sí la primera en la que yo estoy al mando.

La respuesta salió con una risa seca, sin humor.

-Qué reconfortante.

Lorena no reaccionó al comentario. Su atención estaba fija, analítica.

-Dime algo.

Desmond volvió a mirarla.

-¿Te sientes listo?

La pregunta no fue agresiva. Tampoco amable.

Fue directa.

Y el silencio que siguió... fue real.

Desmond pensó. No en la respuesta correcta, sino en la honesta.

-No.

Lorena no mostró sorpresa.

-Bien.

Desmond frunció el ceño, apenas.

-¿Bien?

Ella asintió con naturalidad.

-El que cree estar listo para gobernar... es el más peligroso.

Las palabras no eran un consuelo.

Eran una advertencia.

Desmond bajó la mirada hacia el libro cerrado, apoyando una mano sobre la portada, como si necesitara anclarse a algo tangible.

-Eso no cambia el hecho de que tengo que hacerlo.

Lorena se apartó, caminando hacia una de las estanterías. Sus dedos rozaron los lomos de varios libros, como si reconociera cada uno sin necesidad de leerlos.

-Desde que Valerio fue encerrado...

Su voz resonó con un matiz más profundo.

-Los Ludendorff asumieron la responsabilidad del Anillo de la Ira.

Desmond la observó.

-Y ahora ese peso es mío.

Lorena tomó un libro y lo colocó sobre la mesa con suavidad.

-Exacto.

Desmond apoyó la mano sobre él.

-No soy un político.

Lorena lo miró fijamente.

-No.

Pausa.

-Eres algo más peligroso.

Desmond entrecerró los ojos, levemente intrigado.

-¿Ah sí?

La respuesta llegó sin vacilar.

-Eres alguien con poder... y algo que perder.

El silencio que siguió fue distinto.

Más denso.

Desmond apretó ligeramente la mandíbula.

-Ya perdí demasiado.

Lorena no apartó la mirada.

-Y aun así sigues de pie.

No era una pregunta.

Era una constatación.

-Eso es lo que te hace apto -continuó-. No el conocimiento. No las leyes.

Pausa.

-Sino eso.

Algo en el ambiente cambió.

Desmond se levantó lentamente de la silla, como si el peso de esas palabras lo obligara a moverse.

-¿Entonces?

Lorena dio un paso atrás, dándole espacio.

-Entonces ya está.

Pausa.

-Sabes lo básico. Sabes lo intermedio. Sabes la historia.

Lo miró directamente a los ojos.

-Estás listo para asumir el puesto de gobernador del Anillo de la Ira.

El aire se volvió pesado.

No por la afirmación.

Sino por lo que implicaba.

Desmond tragó saliva.

-Gobernador...

La palabra no sonaba como un logro.

Sonaba como una sentencia.

Lorena asintió.

-No es un título.

Pausa.

-Es una carga.

Desmond se giró y caminó hacia la ventana. Afuera, la ciudad infernal se extendía como un organismo vivo: fuego en la distancia, estructuras torcidas, ruido constante que ni siquiera el vidrio lograba apagar.

Caos.

Movimiento.

Tensión.

-Izobelle sigue en el hospital.

Lorena no respondió.

-No mejora.

El silencio se volvió más frío.

Desmond cerró la mano en un puño.

-Scott se fue.

Su voz bajó apenas.

-Y yo...

No terminó la frase.

No hizo falta.

Lorena habló entonces, con la misma calma firme de siempre.

-Y tú tienes que gobernar.

No había suavidad en sus palabras.

Solo realidad.

Desmond cerró los ojos por unos segundos. Respiró. Ordenó lo que quedaba dentro de él.

Cuando los abrió de nuevo... algo había cambiado.

No desapareció el cansancio.

Pero apareció decisión.

-Sí.

Se giró hacia ella.

-Lo haré.

Lorena asintió, lentamente.

-Entonces prepárate.

Pausa.

-Porque a partir de ahora...

Su mirada se endureció.

-Cada decisión que tomes... va a costar algo.

El silencio selló el momento.

No hubo más palabras.

No eran necesarias.

Y por primera vez en ese mes...

Desmond dejó de verse como un padre que había perdido a su hijo.

Como un hombre arrastrando errores.

Como alguien que sobrevivía.

Por primera vez... se vio como lo que estaba a punto de convertirse.

El gobernador del Anillo de la Ira.

Desmond permaneció de pie frente a la ventana, inmóvil, como si el cristal fuera lo único que lo separaba de un mundo que amenazaba con devorarlo.

A lo lejos, el Anillo de la Ira respiraba de forma irregular. Las luces rojizas parpadeaban entre estructuras torcidas y calles saturadas de movimiento, dando la impresión de que la ciudad misma estaba enferma... o agonizando lentamente.

Durante unos segundos no dijo nada. Solo observó.

-Sí... -murmuró finalmente, sin apartar la mirada-. Puedo hacerlo.

La afirmación no sonó como confianza. Sonó como una aceptación.

Hizo una pausa, breve, pero suficiente para que el peso de sus propias palabras se asentara.

-Pero no significa que vaya a salir bien.

Detrás de él, Lorena lo observaba en silencio. No intervenía. No corregía. Simplemente analizaba, como si cada gesto, cada inflexión de su voz, fuera parte de una evaluación más grande.

Desmond continuó, ahora con un tono más firme, aunque cargado de tensión.

-El anillo ya está inestable.

Su mano se cerró lentamente en un puño.

-Y con todo lo que está pasando... solo va a empeorar.

Lorena inclinó ligeramente la cabeza, sin apartar los ojos de él.

-¿Te refieres a los rumores?

Desmond soltó una risa seca, casi inaudible.

-¿Rumores?

Se giró hacia ella, apoyando parte de su peso en el respaldo de la silla más cercana.

-Nos convirtieron en los villanos de la historia.

No había dramatismo en su voz. Solo una claridad incómoda.

Lorena no lo contradijo.

-Lo sé.

Desmond comenzó a caminar por la habitación, lento, con pasos medidos. No parecía nervioso, pero sí inquieto. Como si su mente estuviera procesando demasiadas cosas al mismo tiempo.

-Dicen que tomamos el poder por la fuerza -continuó-. Que manipulamos los eventos... que eliminamos a cualquiera que se nos oponga.

Cada frase caía con más peso que la anterior.

Lorena cruzó los brazos.

-Y en el infierno... eso es suficiente para encender una guerra.

Desmond se detuvo.

-Ya la está encendiendo.

El silencio que siguió no fue vacío. Fue denso, cargado de una realidad que ninguno de los dos necesitaba confirmar.

Lorena habló entonces, con la misma calma que la caracterizaba, pero con un matiz más oscuro.

-Por eso intentaron matar a mi hija.

Las palabras no fueron alzadas. No necesitaron serlo.

Cayeron como una losa.

Desmond bajó ligeramente la mirada, como si ese tema, incluso para él, fuera un terreno delicado.

-No pienses en eso.

La respuesta fue automática. Instintiva.

Lorena lo miró con una mezcla de incredulidad y firmeza.

-¿Cómo no voy a pensar en eso?

Desmond inhaló profundamente, sosteniendo el aire unos segundos antes de soltarlo.

-Va a salir de esta.

Lorena negó lentamente.

-No lo sé.

Pausa.

-Ha pasado un mes.

Su voz descendió, perdiendo esa firmeza inicial.

-Un mes, Desmond.

Él no respondió. No porque no quisiera... sino porque no tenía una respuesta que realmente sirviera.

Lorena continuó, más despacio.

-Está consciente. Puede hablar. Puede moverse...

Se detuvo un segundo, apretando los labios.

-Pero no quieren darle el alta.

Desmond frunció el ceño.

-¿Por qué?

Lorena negó con la cabeza.

-Dicen que es por seguridad. Que su condición sigue siendo delicada.

Desmond cruzó los brazos, pensativo.

-Eso no tiene sentido.

Lorena lo observó con atención.

-¿Por qué lo dices?

Desmond tardó un segundo en responder. No porque dudara... sino porque estaba ordenando lo que sentía.

-Porque cada vez que la visito... la veo bien.

Pausa.

-Demasiado bien para alguien que lleva un mes internada.

Lorena entrecerró los ojos, evaluando sus palabras.

-¿Insinúas algo?

Desmond dudó apenas. No lo suficiente para retractarse, pero sí para medir lo que diría después.

-No lo sé.

Desvió la mirada hacia el suelo.

-Solo... no encaja.

El silencio volvió a llenar la habitación.

Lorena suspiró, esta vez con un leve cansancio que no solía mostrar.

-A veces los médicos prefieren pecar de precavidos.

Desmond no respondió de inmediato. Su expresión no cambió, pero había algo en su mirada... una sombra de desconfianza que no desaparecía.

Finalmente, negó levemente.

-Sí... supongo.

Pero no sonaba convencido.

No lo estaba.

Aun así, decidió no profundizar. No era el momento.

-Luego lo veré.

Lorena asintió, aunque su gesto no reflejaba total conformidad. Había notado la duda, y sabía que no desaparecería tan fácilmente.

Sin embargo, cambió el enfoque.

-Por ahora, hay algo más importante.

Desmond levantó la mirada.

-¿Qué cosa?

Lorena dio un paso hacia él. Su postura se volvió más firme.

-Prepárate.

Desmond frunció el ceño.

-¿Para qué?

La respuesta llegó sin rodeos.

-Habrá una junta.

Pausa.

-Con los demás miembros de la familia.

El ambiente se tensó de inmediato.

Desmond exhaló lentamente, como si ya hubiera anticipado algo así.

-Ya veo...

Lorena continuó, sin suavizar el golpe.

-No será una reunión amistosa. Habrá cuestionamientos. Habrá presión.

Desmond asintió apenas.

-Como siempre.

Lorena negó.

-No.

Pausa.

-Esta vez será diferente.

Desmond la observó con atención.

-¿Por qué?

Lorena no dudó.

-Porque ahora tú eres el centro.

El silencio que siguió fue breve... pero contundente.

Desmond desvió la mirada un instante, procesando lo evidente.

-Perfecto...

No había entusiasmo en su voz. Solo resignación.

Lorena añadió entonces:

-Y no vayas solo.

Desmond volvió a mirarla.

-¿A qué te refieres?

-Dile a tu esposa que se prepare.

Pausa.

-Que se vista lo más formal posible.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

-¿También irá ella?

-Debe ir.

No hubo espacio para discusión.

-Tu imagen lo es todo ahora.

Desmond soltó un suspiro bajo, cansado.

-Esto cada vez se parece más a una jaula.

Lorena respondió sin titubear.

-Siempre lo fue.

El silencio que siguió no fue incómodo.

Fue definitivo.

Desmond se quedó unos segundos en su sitio, pensando. No en si aceptaba... sino en todo lo que implicaba aceptar.

Finalmente, asintió.

-Está bien.

Se dirigió hacia la puerta con pasos firmes, aunque pesados.

-Le diré.

Lorena lo observó mientras se alejaba.

-Desmond.

Él se detuvo, pero no se giró.

-¿Sí?

La voz de Lorena fue calmada, pero con un peso que no dejaba lugar a interpretaciones.

-Ten cuidado con lo que digas en esa sala.

Pausa.

-Porque esta vez...

Sus ojos se endurecieron ligeramente.

-No todos quieren escucharte.

Desmond apretó la mandíbula, apenas perceptible.

-Lo sé.

Y sin añadir nada más...

Salió de la habitación.

El eco de la puerta cerrándose marcó el inicio de algo que ya no podía evitar.

El pasillo estaba en silencio cuando Desmond avanzó hacia su habitación.

No era un silencio vacío, sino uno denso, casi opresivo, como si las paredes del palacio retuvieran cada conversación, cada decisión, cada error acumulado durante semanas.

Sus pasos resonaban con lentitud.

Pesados.

No por cansancio físico... sino por todo lo que llevaba encima.

La conversación con Lorena seguía repitiéndose en su mente, una y otra vez, como un eco que no encontraba salida. Gobernador. Responsabilidad. Coste.

Cuando llegó a la puerta, no dudó. Giró el pomo y entró.

Dentro, el ambiente era completamente distinto.

Laura estaba recostada sobre la cama, con el cuerpo relajado y el rostro iluminado suavemente por la luz fría de su teléfono. El contraste con el exterior era evidente: allí dentro aún existía una especie de calma doméstica, frágil, pero real.

Al notar su presencia, levantó la mirada.

-Hey... -dijo con una pequeña sonrisa-. ¿Cómo estás?

Desmond cerró la puerta tras de sí, apoyándose un segundo contra ella antes de avanzar.

-He estado peor.

No sonaba como una broma.

Laura dejó el teléfono a un lado, incorporándose ligeramente, más atenta.

-¿Ya terminaste tus lecciones?

Desmond caminó hacia el centro de la habitación, aflojando un poco la tensión de sus hombros.

-Sí.

Pausa.

-Hoy fue la última.

Laura levantó las cejas, genuinamente sorprendida.

-¿En serio?

Desmond asintió mientras se dejaba caer en una silla cercana.

-Ya es oficial.

Se pasó una mano por el rostro, como si intentara despejarse.

-Soy todo un gobernador.

Laura sonrió con cierta picardía, inclinándose un poco hacia él.

-Eso es bueno.

Pausa breve.

-Este anillo ya no estará patas arriba con un gobernador tan guapo.

Desmond dejó escapar una risa baja, casi involuntaria.

-No es para tanto.

Negó ligeramente con la cabeza.

-Solo estoy reemplazando a mi hermana.

Laura se encogió de hombros.

-Sigue siendo un ascenso enorme.

Desmond apoyó los codos sobre sus rodillas, entrelazando las manos.

-Sí... supongo.

Pero su expresión no reflejaba orgullo. Había algo más... algo que no encajaba.

-Aunque hay algo que no me cuadra.

Laura inclinó la cabeza, curiosa.

-¿Qué cosa?

Desmond levantó la mirada, más serio.

-Izobelle.

Laura frunció ligeramente el ceño.

-¿Qué pasa con ella?

-No entiendo por qué no le han dado el alta.

La respuesta fue directa, sin rodeos.

Laura suspiró suavemente y se acomodó mejor en la cama antes de responder.

-Por lo que sé...

Pausa.

-Uno de los disparos le perforó el pulmón.

Desmond guardó silencio.

No porque no lo supiera, sino porque no le bastaba.

Laura continuó, con tono más calmado.

-Aunque se vea bien... eso no significa que esté bien por dentro.

Pausa.

-Los médicos están siendo precavidos.

Desmond asintió lentamente.

-Tiene sentido.

Pero no sonaba convencido.

Laura lo observó un segundo más y añadió:

-Además...

Su tono cambió, más serio.

-Cuando le den el alta, probablemente no esté en condiciones de gobernar.

Desmond frunció el ceño.

-¿Tan grave?

Laura asintió.

-Necesita recuperarse.

Pausa.

-Tiempo.

Desmond desvió la mirada.

-Sí...

Pausa.

-Es verdad.

El silencio se instaló unos segundos, suave, sin tensión, pero lleno de pensamientos que ninguno expresó.

Finalmente, Desmond se enderezó.

-Cambiando de tema.

Laura levantó una ceja.

-Eso suena serio.

Desmond la miró directamente.

-Ponte tu mejor vestido.

Laura parpadeó, confundida.

-¿Qué?

Desmond cruzó los brazos.

-La familia vendrá al palacio.

Laura se incorporó por completo.

-¿En serio?

-Sí.

Pausa.

-Es una reunión anual.

-Se juntan todos.

Su tono era neutro, casi automático.

-Temas diplomáticos, decisiones... ese tipo de cosas.

Laura hizo una pequeña mueca.

-Suena divertido.

Desmond soltó una risa leve.

-No lo es.

Laura se levantó de la cama con un suspiro ligero.

-Bueno...

Se estiró un poco.

-Entonces habrá que verse bien.

Desmond asintió.

-Exacto.

Laura caminó hacia el armario y lo abrió, comenzando a revisar entre la ropa con una mezcla de atención y duda.

-Dame un segundo...

-Tengo algo por aquí...

Desmond se movió hasta el borde de la cama y se sentó, observándola en silencio. No intervenía, pero su mente seguía activa, atrapada entre responsabilidades y sospechas.

Mientras tanto, Laura sacaba prendas, las evaluaba y las devolvía.

-No...

-Muy simple...

-Muy llamativo...

-Esto no...

El proceso era casi automático, pero reflejaba algo más: la importancia del momento.

Finalmente, se detuvo.

-Ah.

Sacó un vestido y lo sostuvo frente a ella.

Negro.

Ajustado.

Elegante sin esfuerzo.

-Este.

Desmond lo miró sin prestarle demasiada atención.

-Se ve bien.

Laura sonrió, satisfecha.

-Perfecto.

Se giró hacia él.

-Voy a ponérmelo.

Señaló la cama con un gesto ligero.

-Espérame ahí.

-Claro.

Laura entró al baño, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio regresó a la habitación.

Desmond se quedó sentado, mirando al vacío. No pensaba en nada concreto... y, al mismo tiempo, pensaba en todo.

Pasaron un par de minutos.

Entonces, la puerta del baño se abrió.

-Listop-dijo Laura, corrigiéndose con una pequeña sonrisa-. Perdón, costumbre.

Desmond levantó la mirada.

Y todo se detuvo.

Su cuerpo se quedó completamente inmóvil.

El aire pareció desaparecer.

Su corazón dio un vuelco seco contra el pecho.

Ese vestido...

Lo conocía.

No como una prenda.

Sino como un recuerdo.

Su expresión cambió de inmediato, como si algo dentro de él se hubiera quebrado sin aviso.

-...

Laura lo miró, confundida por la reacción.

-¿Qué pasa?

Desmond se levantó lentamente, sin apartar los ojos de ella.

-¿De dónde sacaste eso?

Laura bajó la mirada al vestido, revisándolo como si buscara algo fuera de lugar.

-¿Esto?

-Lo encontré en la casa donde vivíamos.

Pausa.

-¿Por qué?

Desmond dio un paso hacia ella. Su voz bajó, más tensa.

-Ese vestido...

El silencio se alargó.

-Le pertenecía a mi ex esposa.

Laura parpadeó, sorprendida.

-¿En serio?

Pero Desmond ya no estaba ahí.

Sus ojos seguían fijos en el vestido, pero su mente... había retrocedido.

El recuerdo llegó sin aviso.

Violento.

Como si el tiempo se hubiera roto frente a él.

Una imagen.

Una noche.

Una risa suave.

Un vestido negro.

Y Skyler... de pie frente a él.

Con ese mismo vestido.

El pasado lo arrastró sin pedir permiso.

-

Dieciséis años atrás.

La casa estaba envuelta en una luz cálida, casi dorada. Afuera, el Anillo de la Ira rugía con su caos habitual, pero dentro... todo parecía contenido, protegido por una calma que ahora resultaba casi irreal.

Desmond estaba frente al espejo, ajustándose el cuello del traje con evidente incomodidad.

-Esto no termina de convencerme... -murmuró-. Demasiado rígido.

Se observó unos segundos más, frunciendo ligeramente el ceño.

-No sé cómo hay gente que usa esto todos los días.

Detrás de él, unos pasos suaves.

Casi imperceptibles.

Antes de que pudiera reaccionar, unos brazos lo rodearon por la espalda.

Una presencia cálida.

Familiar.

Una respiración se apoyó entre sus omóplatos.

-A mí me gusta... -susurró Skyler-. Te ves muy guapo.

Su voz era suave, envolvente, con ese tono afectuoso que convertía cualquier frase en algo íntimo.

Su cola se movía despacio detrás de él, rozándolo apenas, como si incluso ese gesto fuera parte del momento.

Desmond soltó una pequeña risa, relajándose ligeramente.

-¿Guapo?

Llevó sus manos hacia las de ella, sosteniéndolas con cuidado.

-Pensé que parecía incómodo, más bien.

Skyler dejó escapar una leve risa nasal.

-Un poco... -admitió-. Pero aun así te queda bien.

Sus orejas se movieron suavemente, relajadas.

Desmond negó con la cabeza, divertido, y comenzó a girarse para verla.

Y cuando lo hizo...

Se quedó en silencio.

Porque ahí estaba.

Frente a él.

Con ese vestido negro.

El recuerdo no se desvaneció del todo cuando el presente volvió a imponerse. Se quedó ahí, como un eco tenue, respirando bajo la piel de Desmond mientras el salón se llenaba de voces y movimiento.

Aun así, no podía permitirse perderse en eso.

No esa noche.

El peso de las miradas lo mantenía anclado al momento. Cada gesto, cada palabra, cada silencio... todo estaba siendo medido. Evaluado.

Y él lo sabía.

Por eso su postura era firme. Por eso su expresión era contenida. Por eso cada sonrisa estaba calculada.

Pero, aun así... había algo distinto en él.

Algo que no estaba allí un mes atrás.

Experiencia.

No la que se aprende en libros, sino la que se arrastra en los hombros.

La que duele.

-

Mientras el salón continuaba llenándose de conversaciones, el ambiente fue cambiando de forma casi imperceptible. Lo que al inicio parecía una reunión protocolaria empezó a revelar su verdadera naturaleza: un campo de evaluación silencioso.

Los Ludendorff no solo habían venido a escuchar.

Habían venido a juzgar.

Desmond lo notó en los pequeños detalles. En la duración de los apretones de mano. En la forma en que algunos sostenían la mirada un segundo más de lo necesario. En las conversaciones que se detenían apenas él se acercaba... y que luego continuaban en un tono más bajo.

Nada de eso era casual.

Laura también lo percibía. Aunque mantenía la compostura, su atención estaba más alerta de lo que aparentaba. Sus ojos recorrían el salón con discreción, aprendiendo, adaptándose.

-No es exactamente una fiesta... -murmuró ella en voz baja cuando se acercó nuevamente a Desmond.

Él apenas inclinó la cabeza.

-Nunca lo es.

Laura tomó una copa de una de las bandejas que pasaban.

-Se siente como si todos estuvieran esperando algo.

Desmond sostuvo su propia copa, sin beber.

-Lo están.

Una pausa breve.

-Un error.

Laura lo miró de reojo.

-Entonces no les des uno.

Desmond dejó escapar una leve exhalación, casi imperceptible.

-Eso intento.

-

En uno de los extremos del salón, las conversaciones políticas comenzaron a tomar más peso.

Ya no eran simples comentarios.

Eran posicionamientos.

-El problema no son solo los rumores -decía uno-. Es la velocidad a la que se están propagando.

-Hay coordinación -añadió otro-. Esto no es espontáneo.

-Entonces hay alguien detrás.

-O varios.

Desmond se acercó lo suficiente para ser parte del círculo, pero no para interrumpir de forma brusca. Su presencia bastó para que el tono cambiara.

-Sea quien sea -dijo con calma-, está probando límites.

Uno de los presentes lo miró directamente.

-¿Y qué vas a hacer cuando los encuentres?

Desmond no dudó.

-Dependerá de lo que estén buscando.

-¿Eso significa que considerarías negociar? -preguntó otro, con una ceja alzada.

Desmond sostuvo su mirada.

-Significa que no voy a responder a ciegas.

El comentario no fue del todo bien recibido, pero tampoco rechazado. Se quedó flotando... incómodo, pero necesario.

-

Mientras tanto, Nami seguía explorando el entorno a su manera.

Había algo casi ajeno a todo el peso político en su comportamiento. Observaba sin filtros, sin dobles intenciones. Su curiosidad no era estratégica... era genuina.

Eso, en un lugar como ese, resultaba casi extraño.

Uno de los Ludendorff volvió a acercarse, esta vez con una leve sonrisa más relajada.

-No pareces muy preocupada por todo esto.

Nami inclinó la cabeza.

-¿Por qué debería... mrr?

El otro soltó una pequeña risa.

-Supongo que tienes razón.

Ella miró alrededor otra vez.

-Solo están hablando mucho... mrr...

-Eso hacemos.

-¿Siempre?

-Siempre.

Nami parpadeó.

-Qué aburrido... mrr...

El comentario fue tan directo que, por un segundo, el otro no supo cómo responder. Luego soltó una risa más sincera.

-Tal vez.

-

En el centro del salón, la tensión alcanzó un punto en el que ya no podía seguir diluyéndose entre conversaciones.

Era inevitable.

Y Lorena lo sabía.

No levantó la voz cuando hizo sonar la campana.

No fue necesario.

El sonido, claro y preciso, cortó el aire como una línea invisible. Las conversaciones se fueron apagando una a una, hasta que el silencio se instaló de nuevo.

No era un silencio vacío.

Era expectante.

Lorena recorrió el salón con la mirada, asegurándose de tener la atención de todos antes de hablar.

-Gracias por asistir.

Su tono era firme, controlado, sin adornos innecesarios.

-No voy a extenderme con formalidades.

Eso ya marcaba una diferencia.

-Todos aquí conocen la situación actual.

Una pausa breve.

-El ataque a mi hija no fue un hecho aislado.

Algunos rostros se endurecieron.

-Fue un mensaje.

El peso de esa palabra se sintió en el ambiente.

-Y no está dirigido solo a ella.

Sus ojos se detuvieron un instante en Desmond... y luego siguieron.

-Está dirigido a todos nosotros.

Un leve murmullo contenido recorrió el salón.

Lorena continuó:

-Durante siglos hemos mantenido el equilibrio de este infierno.

-Hemos establecido orden donde antes solo había caos.

-Hemos definido reglas donde antes solo existía fuerza.

Su voz no subía, pero sí se volvía más firme.

-Y ahora... alguien quiere romper eso.

Silencio.

-No lo vamos a permitir.

La declaración fue simple.

Directa.

Irrefutable.

-Se han iniciado investigaciones.

-Se están siguiendo rastros.

-Y se está vigilando cada movimiento relevante dentro y fuera de los anillos.

Una pausa.

-Pero esto no es suficiente.

Eso llamó la atención.

Lorena giró ligeramente el cuerpo.

-Porque el problema no es solo externo.

Algunas miradas cambiaron.

-También es interno.

El silencio se volvió más denso.

Y entonces...

Sin necesidad de anunciarlo formalmente...

Todas las miradas se dirigieron hacia Desmond.

No como antes.

No con curiosidad.

Sino con expectativa.

Con exigencia.

Con duda.

Era su momento.

Y ya no había espacio para retroceder.

El sonido de la campana no solo cortó las conversaciones: pareció ordenar el aire mismo dentro del salón.

El *tin... tin...* se expandió con una claridad casi quirúrgica, filtrándose entre los candelabros, las copas y los murmullos hasta apagarlo todo. Las voces se desvanecieron poco a poco, como si alguien hubiera reducido el volumen del mundo.

Entonces quedó el silencio.

No uno vacío, sino lleno de expectativa.

Todas las miradas se dirigieron al frente.

Lorena estaba de pie, erguida, sosteniendo la campana con una firmeza tranquila. No necesitaba elevar la voz ni imponerse con gestos exagerados; su sola presencia bastaba para dominar el espacio.

-Gracias por venir -comenzó, con un tono firme, sin adornos.

Hizo una pausa breve, lo suficiente para asegurarse de que cada oído estuviera atento.

-Imagino que todos están al tanto de lo ocurrido con mi hija, Izobelle.

Un murmullo bajo recorrió el salón, contenido, casi automático. Nadie interrumpió.

Lorena continuó, avanzando apenas un paso:

-Y de cómo... algún grupo u organización... ha decidido actuar contra nosotros.

Su mirada se desplazó lentamente por los presentes. No buscaba respuestas; evaluaba reacciones.

-Quieren destruir la monarquía que hemos construido durante siglos.

El peso de esa afirmación se sintió de inmediato. Algunos bajaron la mirada. Otros endurecieron el gesto.

-Quieren convertirnos en los villanos de esta historia.

El silencio que siguió no fue de duda, sino de incomodidad. Porque, en el fondo, era una idea que ya había comenzado a circular... incluso dentro de esas mismas paredes.

Pero Lorena no se detuvo.

-Nosotros sabemos la verdad.

Su tono cambió apenas, volviéndose más frío.

-No hemos hecho más que velar por el equilibrio de este infierno.

Se tomó un segundo.

-Sí... los pecadores cumplen un castigo eterno.

-Pero incluso ellos... tienen derechos.

-Derechos que nosotros establecimos.

-Derechos que les permiten sobrevivir aquí abajo.

Las palabras no eran nuevas, pero en ese contexto adquirían otro peso. No eran una explicación: eran una justificación.

Una defensa.

-Y alguien quiere romper eso -intervino una voz entre los presentes, grave, medida.

Lorena asintió con lentitud.

-Exactamente.

Sus ojos se endurecieron apenas.

-Alguien... o algo... está intentando quebrar la paz que nos tomó siglos construir.

El ambiente se volvió denso, casi tangible. Como si cada respiración costara un poco más.

-Y no nos quedaremos de brazos cruzados.

Esta vez su voz no solo fue firme.

Fue autoritaria.

-Ya he enviado investigadores.

-Se está rastreando cada movimiento, cada rumor, cada conexión.

Pausa.

-Encontraremos a los responsables.

Y entonces...

Silencio absoluto.

Nadie habló. Nadie se movió. Nadie siquiera fingió hacerlo.

Porque en ese instante quedó claro algo que iba más allá de cualquier protocolo, más allá de cualquier estructura política.

Esto no era una crisis más.

Era el inicio de algo mayor.

Algo que no se resolvería con discursos.

-

El murmullo regresó, pero distinto. Más bajo. Más contenido. Más... consciente.

Ya no había ligereza en el ambiente.

Solo cálculo.

Y, como si fuera inevitable, como si todas las trayectorias dentro de ese salón convergieran en un solo punto...

Las miradas comenzaron a dirigirse hacia Desmond.

Primero algunas.

Luego varias.

Y finalmente... todas.

Él permaneció en silencio.

De pie junto a la mesa principal, con los dedos apoyados sobre la superficie oscura de obsidiana. No era un gesto casual. Era una forma de mantenerse presente, de no dejar que el peso del momento lo arrastrara.

Laura, a su lado, inclinó apenas la cabeza.

-Desmond... -susurró, sin mover apenas los labios-. Todos te están esperando.

Él exhaló lento.

-Lo sé...

No sonó dudoso.

Pero tampoco confiado.

Simplemente... consciente.

Se irguió un poco más.

Y dio un paso al frente.

El sonido de sus zapatos contra el suelo pulido fue suficiente para apagar los últimos restos de conversación. No hizo falta más.

El silencio lo recibió.

-Supongo que... -comenzó, con voz firme, contenida- no hace falta presentaciones.

Algunos soltaron una leve risa, más por cortesía que por humor. Otros lo observaron con atención, midiendo cada matiz.

Desmond dejó que su mirada recorriera el salón.

-Todos aquí saben quién soy... y también saben por qué estoy aquí.

Hizo una pausa breve.

-No voy a repetir lo que ya dijo Lorena. No tendría sentido.

Negó levemente con la cabeza.

-Pero sí voy a decir algo que... quizá no todos quieran escuchar.

El murmullo que siguió fue corto, pero suficiente para marcar el cambio de tono.

Uno de los Ludendorff, de postura rígida, habló:

-Habla claro, Desmond.

Él asintió.

-Lo haré.

Se cruzó de brazos, no como defensa, sino como anclaje.

-Estamos perdiendo el control.

El efecto fue inmediato.

El silencio se volvió más pesado.

-Y no -continuó-, no hablo solo del atentado contra Izobelle. Eso es... la consecuencia, no la causa.

-¿Entonces cuál es la causa? -preguntó una voz al fondo.

Desmond no dudó.

-El miedo.

Algunas miradas se cruzaron. Otras se tensaron.

-El miedo de los pecadores. El miedo de los demonios menores. El miedo de los que viven bajo nuestras decisiones.

Una risa seca cortó el aire.

-¿Miedo? Siempre han tenido miedo.

Desmond giró la cabeza hacia quien habló.

-Sí.

Pausa.

-Pero antes... también tenían respeto.

La frase cayó como una piedra en agua quieta.

-Ahora no.

Su tono se volvió más firme.

-Ahora lo que hay es desconfianza.

Laura lo observaba con atención, percibiendo cada cambio en su voz, cada pausa medida.

-Están empezando a creer que somos lo que dicen de nosotros.

-¿Y qué dicen exactamente? -preguntó otro, con interés contenido.

Desmond sostuvo su mirada.

-Que somos tiranos.

Silencio.

-Que usamos el poder para aplastar.

Su voz se endureció apenas.

-Que no protegemos... que dominamos.

-¡Eso es absurdo! -intervino alguien-. ¡Nosotros les dimos estructura!

-Les dimos leyes -añadió otro-. ¡Les dimos orden!

Desmond levantó una mano, no para imponer, sino para frenar.

-Y no estoy negando eso.

Bajó la mirada un segundo, como si organizara sus pensamientos.

-Pero díganme algo...

Volvió a alzarla.

-¿Cuántos de ustedes han bajado a las calles... en el último mes?

Silencio.

Nadie respondió.

-¿Cuántos han escuchado lo que se dice... fuera de estos muros?

Otra vez, nada.

Desmond asintió lentamente.

-Exacto.

Se enderezó un poco más.

-Yo sí lo he hecho.

Eso generó una reacción distinta. No abierta, pero sí perceptible.

-He caminado entre ellos.

-He visto cómo nos miran ahora.

Su tono bajó ligeramente.

-No es odio abierto... todavía no.

-¿Entonces qué es? -preguntó Lorena, con calma.

Desmond no apartó la mirada.

-Es algo peor.

Una pausa breve.

-Es resentimiento.

El ambiente se volvió aún más pesado.

-Y el resentimiento... -añadió- no necesita mucho para convertirse en guerra.

El silencio que siguió fue incómodo. Real.

-¿Estás sugiriendo una rebelión? -preguntó alguien, más bajo esta vez.

Desmond negó levemente.

-Estoy diciendo que... si seguimos ignorando esto... vamos directo hacia una.

Laura, a su lado, apretó suavemente su mano. Un gesto mínimo, casi invisible. Pero suficiente.

Desmond continuó:

-El ataque a Izobelle no fue solo un atentado... fue un mensaje.

-¿De quién? -preguntaron.

Desmond entrecerró los ojos.

-De alguien que quiere vernos caer.

-Eso ya lo sabemos -respondió otro, con impaciencia.

-No -replicó Desmond.

Se inclinó apenas hacia adelante.

-No lo sabemos.

Pausa.

-Porque no sabemos quién es.

Esa verdad, dicha en voz alta, inquietó más que cualquier acusación.

-Y eso... es lo realmente peligroso.

Lorena lo observaba sin interrumpir, evaluando cada palabra.

Desmond respiró hondo.

-Pero hay algo que sí sé.

El silencio volvió a asentarse.

-No vamos a ganar esto... solo con fuerza.

Algunos fruncieron el ceño.

-Si respondemos con más represión... solo vamos a confirmar lo que creen de nosotros.

-¿Entonces qué propones? -preguntó Lorena.

Desmond la miró directamente.

-Equilibrio.

Una ligera risa irónica surgió en algún punto del salón.

-Eso suena bien... pero no gobierna.

Desmond no se inmutó.

-No.

Pausa.

-Pero evita que todo se derrumbe.

Se separó ligeramente de la mesa, afirmando su postura.

-Voy a asumir el control del anillo.

Su voz fue clara.

-Pero no lo voy a hacer como se ha hecho hasta ahora.

Eso generó reacciones inmediatas. Sutiles, pero presentes.

-Voy a reforzar la seguridad, sí.

-Pero también voy a abrir canales.

-¿Canales? -repitieron.

-Escucha. Comunicación. Presencia.

-¿Quieres negociar con pecadores? -preguntó alguien, incrédulo.

Desmond sostuvo su mirada sin titubear.

-Quiero entender qué está pasando... antes de que sea demasiado tarde.

El silencio se alargó.

Pesado.

Reflexivo.

Finalmente, Lorena habló:

-Eso es... arriesgado.

Desmond asintió.

-Lo sé.

Miró una vez más a todos los presentes.

-Pero quedarnos quietos... lo es aún más.

Y entonces...

El silencio final.

No era rechazo.

Tampoco aprobación.

Era algo más complejo.

Evaluación.

Pero ya no lo miraban como a un reemplazo.

Ni como a una figura provisional.

Ahora lo miraban como lo que empezaba a ser.

Un líder.

Y aun así...

En el fondo de sus ojos...

seguía habiendo algo que no pertenecía a ese mundo de poder.

Cansancio.

Y una sombra que no tenía nada que ver con política.

El peso de aquella decisión no se manifestó de inmediato.

Se deslizó en silencio, como todo lo verdaderamente peligroso.

Mientras la fila continuaba avanzando frente a él y nuevas voces ocupaban el espacio de las anteriores, Desmond mantuvo la postura firme, la mirada atenta y el tono controlado. Nadie, salvo quizá Laura, habría podido notar la leve rigidez en sus hombros... o el instante de retraso entre una respuesta y otra.

Pero por dentro, algo ya había cambiado.

Illuzkan no había aparecido por casualidad.

Y mucho menos para ofrecer algo sin intención detrás.

Las horas siguientes transcurrieron en una especie de inercia calculada. Quejas, denuncias, solicitudes... todo seguía llegando, pero Desmond empezó a responder de forma más mecánica, apoyándose más en los escribas, delegando con mayor rapidez, cerrando conversaciones con eficiencia casi quirúrgica.

No podía permitirse perder el ritmo.

No ahí.

No frente a todos.

Cuando finalmente la última persona abandonó la sala, el murmullo se disolvió poco a poco hasta quedar reducido a pasos lejanos y puertas cerrándose. Los guardias retomaron sus posiciones habituales y los asistentes comenzaron a recoger documentos.

El salón volvió a sentirse grande.

Demasiado grande.

Desmond permaneció sentado unos segundos más, con la mirada fija en la mesa, como si aún estuviera leyendo algo que ya no estaba allí.

-Se fueron todos -dijo Laura, acercándose con calma.

Su voz no rompió el silencio; simplemente se acomodó dentro de él.

Desmond asintió levemente.

-Sí... ya vi.

Pero no levantó la mirada.

Laura lo observó unos segundos antes de hablar de nuevo.

-Ese hombre... -añadió-. No era cualquiera.

Desmond dejó escapar una exhalación lenta.

-No.

Pausa.

-Y eso es exactamente lo que lo hace peligroso.

Finalmente se puso de pie. El movimiento fue lento, pero decidido. Como si al hacerlo también estuviera tomando otra decisión, una más profunda, más difícil de justificar.

Laura lo siguió con la mirada.

-Vas a ir.

No fue una pregunta.

Desmond tampoco lo negó.

Caminó unos pasos, alejándose de la mesa, como si necesitara espacio para pensar... o para aceptar lo que ya sabía.

-Si lo que dijo es cierto... -murmuró-, no puedo ignorarlo.

Laura frunció ligeramente el ceño.

-También puede ser una trampa.

Desmond se detuvo.

-Lo es.

Se giró apenas, lo suficiente para mirarla de reojo.

-Pero eso no significa que no valga la pena.

El silencio que siguió no fue de desacuerdo.

Fue de preocupación.

Laura cruzó los brazos, pensativa.

-El Anillo de la Envidia no es como este -dijo finalmente-. Allí no tienes autoridad. No tienes aliados. No tienes nada.

Desmond asintió.

-Lo sé.

-Entonces no vayas como gobernador.

Esa frase lo hizo mirarla por completo.

Laura sostuvo su mirada, firme.

-Si entras como figura política, estás muerto antes de cruzar la frontera.

Pausa.

-Pero si entras como otra cosa...

Desmond entrecerró los ojos, comprendiendo.

-Desaparezco.

Laura asintió.

-Por un tiempo.

El concepto quedó suspendido entre ambos.

Desaparecer.

No como huida... sino como estrategia.

Desmond caminó lentamente hacia la ventana del salón. Desde allí, el Anillo de la Ira seguía latiendo con su caos habitual: luces rojas, humo, movimiento constante.

Todo aquello ahora dependía de él.

Y aun así... estaba considerando dejarlo, aunque fuera momentáneamente.

-No puedo irme sin más -dijo en voz baja-. Todo esto apenas está empezando.

Laura se acercó un poco más.

-Entonces no te vayas "sin más".

Pausa.

-Organízalo.

Desmond guardó silencio.

Y por primera vez desde que Illuzkan apareció... empezó a pensar como algo más que un gobernante.

Como alguien que debía moverse entre sombras.

-Lorena no lo aprobaría -añadió él.

Laura soltó una leve exhalación.

-Entonces no se lo digas.

Desmond giró la cabeza hacia ella.

-Eso no es tan simple.

-Nada de esto lo es.

Se miraron unos segundos.

Y en ese intercambio silencioso... la decisión terminó de tomar forma.

No sería una operación oficial.

No habría anuncio.

No habría respaldo directo.

Solo él... entrando en territorio enemigo, guiado por la palabra de alguien en quien no confiaba.

Perfecto.

Desmond desvió la mirada nuevamente hacia la ciudad.

-Necesito tiempo -dijo finalmente-. Un par de días.

-Para prepararte -respondió Laura.

-Para dejar todo funcionando.

Pausa.

-Y para asegurarme de que, si algo sale mal... esto no se derrumbe.

Laura asintió, aunque su expresión no se suavizó.

-Entonces hazlo bien.

Desmond dejó escapar una pequeña risa sin humor.

-No hay otra opción.

El silencio volvió a instalarse, pero ya no era el mismo de antes.

Ahora tenía dirección.

Intención.

Consecuencia.

A lo lejos, en algún punto invisible del infierno, el circo de Illuzkan seguía en pie, esperando.

Y por primera vez desde que asumió el cargo...

Desmond estaba a punto de cruzar una línea que no aparecía en ningún libro.

Ni en ninguna ley.

Ni en ninguna lección.

Una decisión que no se tomaba como gobernador.

Sino como alguien dispuesto a ensuciarse las manos para entender la verdad.

Y, quizá...

Para sobrevivir a ella.

CAP 93

Las Cicatrices del Paraíso

Era de noche en el cielo.

Un silencio limpio cubría la catedral, uno que no tenía peso, uno que no exigía nada. Las estructuras blancas se extendían hacia lo alto como si tocaran algo más allá de lo visible, y las luces suaves que flotaban en el aire daban la sensación de calma eterna.

Pero esa calma no existía dentro de Miller.

Su habitación era amplia, sencilla, demasiado perfecta. Las sábanas estaban intactas, el aire era tibio, sin humedad, sin frío... sin vida.

Miller yacía sobre la cama.

Dormido.

Pero no descansando.

Su cuerpo se movía de un lado a otro, inquieto, como si estuviera huyendo de algo que no se podía ver. Su respiración se aceleraba por momentos, luego se contenía, luego volvía a romperse en pequeños jadeos.

-No... -murmuró entre sueños-... no ahí...

Sus manos se tensaron contra la sábana.

-¡Más rápido!... ¡carga!...

El silencio de la habitación no respondió.

Pero su mente sí.

Y lo arrastró de nuevo.

El frío.

Siempre empezaba con el frío.

Un frío que no era superficial, sino profundo, metido en los huesos. El barro pegado a las botas, pesado, imposible de ignorar. El sonido húmedo de cada paso.

Miller corría por la trinchera.

Su respiración era agitada, irregular. Sus manos sostenían una caja de munición que parecía más pesada con cada segundo.

-¡Miller! -gritó alguien- ¡date prisa, se están quedando sin balas!

-¡Ya voy! -respondió él, sin detenerse.

El barro salpicaba con cada paso. Las paredes de la trinchera temblaban ligeramente con los impactos lejanos.

-¡No te detengas! -gritó otro- ¡si esa ametralladora se queda seca estamos muertos!

Miller apretó los dientes.

-¡Lo sé!

Giró en una esquina estrecha, casi resbalando. Un soldado lo sujetó del brazo.

-¡Cuidado!

-Estoy bien... -respondió, zafándose- tengo que seguir.

El aire olía a tierra mojada, a pólvora... a algo más que ya era imposible ignorar.

Entonces...

El sonido.

Un silbido.

Corto.

Agudo.

Miller se detuvo en seco.

Sus ojos se abrieron.

-...no...

-¡ARTILLERÍA! -gritó alguien.

El mundo explotó.

-¡AL SUELO!

Miller soltó la caja y se lanzó contra la pared de la trinchera. El impacto sacudió todo. Tierra, madera, gritos.

-¡Por aquí! -gritó un soldado señalando una sección reforzada- ¡rápido!

Miller no dudó. Corrió junto a otros cuatro soldados, metiéndose en ese pequeño refugio improvisado.

El espacio era reducido. Oscuro.

Respiraciones agitadas.

-¿Cuántos fueron? -preguntó uno.

-No lo sé... -respondió otro- pero vienen más...

Miller apoyó la espalda contra la pared.

-Tranquilos... -dijo, intentando mantener la voz firme- esto va a parar...

Nadie le creyó.

El siguiente impacto fue más cerca.

La estructura crujió.

-Eso no aguantará... -murmuró uno de ellos.

-¡Cállate! -respondió otro- ¡solo cállate!

Miller levantó la mirada.

El techo vibraba.

La tierra caía en pequeños fragmentos.

-...esto no está bien... -susurró.

El tercer impacto fue el final.

El mundo desapareció.

Un estruendo brutal.

La presión aplastándolo todo.

Oscuridad.

Miller abrió los ojos de golpe.

Pero no había luz.

No había aire.

Solo peso.

Un peso insoportable sobre su pecho, sobre sus piernas, sobre todo su cuerpo.

Intentó moverse.

No pudo.

-...no... no...

Su respiración se volvió errática.

El aire era poco.

Espeso.

Suficiente... pero no por mucho tiempo.

-¡¿Hay alguien?! -gritó, o intentó gritar.

Su voz salió débil.

-¡Ey!... ¡ey!... ¡respondan!

Nada.

Solo silencio.

Ese maldito silencio.

-No... no, no, no...

Sus manos se movieron, tocando tierra, madera rota, algo húmedo.

-¡Vamos!... ¡responde alguien!

Un sonido.

Un pequeño gemido.

-...¿Miller...?

Sus ojos se abrieron más.

-¡Sí! ¡sí, estoy aquí!

-...no... puedo moverme...

-¡Aguanta! -dijo Miller, desesperado- ¡aguanta, nos van a sacar!

-...no siento... las piernas...

Miller tragó saliva.

-Eso es el shock... -mintió-... es normal... solo respira...

Silencio.

-...Miller...

-Aquí estoy.

-...tengo frío...

Miller cerró los ojos con fuerza.

-Resiste... por favor...

Pasaron segundos.

O minutos.

O horas.

El tiempo no existía ahí abajo.

-...Miller...

-¿Sí?

-...dile... a mi hermana...

La voz se apagó.

-¡Ey!... ¡EY!... ¡respóndeme!

Nada.

-¡RESPONDE!

Silencio.

Solo su respiración.

Rápida.

Rota.

-No... no, no, no...

Golpeó la tierra con la mano.

-¡NO!

Entonces...

Un sonido.

Lejano.

Golpes.

Voces.

-¡Aquí! -intentó gritar- ¡aquí abajo!

-¡Escuché algo!

-¡Sigan cavando!

Miller empezó a golpear con más fuerza.

-¡AQUÍ! ¡ESTOY AQUÍ!

La tierra empezó a moverse.

La luz apareció.

Pequeña.

Lejana.

Pero real.

-¡Lo tenemos!

-¡Sáquenlo con cuidado!

Manos lo agarraron.

Lo arrastraron.

El aire frío golpeó su rostro.

La luz lo cegó.

-Tranquilo... ya estás fuera...

Miller jadeaba.

-...los otros... -logró decir-... hay más...

Los soldados intercambiaron miradas.

Uno negó lentamente.

-...no, hijo... solo tú...

Miller se quedó inmóvil.

-...no...

-El resto no lo logró.

El mundo volvió.

Pero no mejoró.

La noche seguía siendo serena en el cielo.

Demasiado serena.

Y ese contraste... era lo que más le dolía.

Miller se removía en la cama, su respiración entrecortada rompiendo el silencio de la habitación asignada dentro de la catedral. Las sábanas estaban revueltas, como si su cuerpo intentara escapar de algo que no podía ver... pero sí recordar.

-No... -murmuró entre sueños- ...no otra vez...

Sus dedos se tensaron sobre la tela.

Y entonces, el recuerdo lo golpeó.

No como una imagen.

Como un impacto.

El cielo desapareció.

La calma desapareció.

Y en su lugar...

la guerra.

El ruido fue lo primero.

Siempre lo era.

Ametralladoras.

Explosiones.

Gritos.

Miller corría.

Corría con el rifle apretado entre las manos, el barro salpicándole hasta el rostro, el aire quemándole los pulmones.

-¡Avancen! -gritaba alguien detrás- ¡No se detengan!

-¡A la trinchera! ¡A la trinchera!

El silbido de las balas cortaba el aire a su alrededor.

Uno de los soldados a su derecha cayó.

Luego otro.

Y otro más.

Miller no miró atrás.

Ya no podía.

-¡Sigan avanzando! -volvió a escucharse.

Pero esas palabras ya no tenían peso.

Ya no tenían sentido.

Su mente estaba... vacía.

No había miedo.

No había duda.

Solo instinto.

-¡Vamos! -gritó él también, aunque ni siquiera sabía a quién.

Corría entre cuerpos.

Entre cráteres.

Entre humo.

Ya no era un hombre.

Era algo más primitivo.

Más desesperado.

-¡Muévanse! -rugió, empujando a otro soldado que dudaba.

Una explosión estalló a su lado.

El impacto lo levantó del suelo.

El mundo giró.

Y luego...

silencio.

Cayó.

Pero no en pedazos.

Seguía entero.

Eso, en medio de la guerra... era un milagro.

-...ugh...

Se incorporó con dificultad, la cabeza zumbándole, los oídos pitando.

-...sigo vivo...

Miró alrededor.

El campo estaba destruido.

Cuerpos.

Tierra removida.

Fuego.

-Maldita sea...

Se puso de pie tambaleándose.

-¡Levántate! -se dijo a sí mismo- ¡No te quedes aquí!

Y entonces lo vio.

Un soldado alemán.

Frente a él.

Mirándolo.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Ninguno dudó.

Miller apretó el rifle.

-¡Aaah!

Corrió hacia él.

El alemán hizo lo mismo.

Colisionaron.

Cayeron al barro.

El impacto les sacó el aire a ambos.

-¡Suéltalo! -gruñó el alemán, intentando quitarle el arma.

-¡Ni lo sueñes!

Se golpearon.

Puños.

Rodillas.

Codos.

El barro los cubría, volviéndolos irreconocibles.

El alemán era más fuerte.

Lo empujó.

Se puso encima.

Sacó un cuchillo.

Miller abrió los ojos.

-No...

El brillo del acero descendía.

-¡NO!

Miller reaccionó.

Su mano encontró una piedra.

La levantó con todas sus fuerzas...

Y golpeó.

Una vez.

Dos.

Tres.

El alemán se desplomó.

Inmóvil.

Miller jadeaba.

-...ya está... ya está...

Se apartó.

Se arrastró hacia su rifle.

Lo tomó.

Apuntó con manos temblorosas.

-Lo siento...

Disparó.

El cuerpo quedó quieto.

Silencio.

Solo su respiración.

Pesada.

Rota.

-...terminó...

Pero no.

Nunca terminaba.

Bajó la guardia.

Y ese fue su error.

Un sonido.

Un paso.

Demasiado tarde.

Un impacto seco.

-...ah...

El aire se le fue.

Miró hacia abajo.

La hoja.

Atravesándolo.

Desde la espalda.

-...no...

El dolor llegó después.

Frío.

Profundo.

Paralizante.

Sus piernas cedieron.

Cayó de rodillas.

El soldado detrás de él retiró la bayoneta sin decir una palabra.

Y siguió corriendo.

Como si Miller... ya no existiera.

-...espera...

Intentó hablar.

No salió nada.

Miró sus manos.

Cubiertas de sangre.

Suya.

-...esto... no...

Respiró con dificultad.

El aire ya no llenaba sus pulmones.

Miró alrededor.

El campo seguía rugiendo.

Pero para él...

todo se alejaba.

-...no quiero...

Su voz era apenas un susurro.

-...morir...

Sus ojos se cerraban.

Pesados.

El frío avanzaba por su cuerpo.

-...mamá...

Un último intento de aferrarse a algo.

A alguien.

Pero no había nadie.

Solo guerra.

Solo muerte.

Solo barro.

Miller cerró los ojos.

Y el mundo...

desapareció.

El mundo volvió de golpe.

Como si alguien lo hubiera arrancado de la guerra y lo hubiese lanzado sin aviso a la calma.

Miller abrió los ojos.

Se incorporó de golpe, con el pecho subiendo y bajando violentamente.

-¡...!

El aire entró de forma brusca a sus pulmones, como si llevara demasiado tiempo sin respirar.

Miró a su alrededor.

Las paredes de piedra clara.

La tenue luz que entraba por los vitrales.

El silencio.

No había disparos.

No había gritos.

No había muerte.

Solo... calma.

Su respiración tardó unos segundos en estabilizarse.

Se llevó una mano al rostro.

Estaba sudando.

-...solo fue una pesadilla... -murmuró, aunque ni él mismo parecía convencido.

Bajó la mirada.

Sus manos temblaban levemente.

Las apretó.

-No fue real... -susurró-. Ya pasó... ya pasó...

Giró la cabeza y miró el reloj.

4:30 AM.

Se quedó observándolo unos segundos.

-...demasiado temprano...

Se dejó caer un poco hacia atrás en la cama, pero solo por un instante.

Cerró los ojos.

Y en cuanto lo hizo...

Un destello.

Barro.

Sangre.

Un grito.

Los abrió de inmediato.

-No... -negó suavemente-. No voy a volver a dormir...

Se pasó ambas manos por el rostro.

-Ya no...

Se sentó en el borde de la cama.

-...ya no puedo...

Se levantó.

Sus movimientos eran mecánicos, casi automáticos.

Se acercó a la pequeña mesa donde estaba su ropa.

La miró unos segundos.

-Sigue sintiéndose raro...

Tomó la camisa blanca.

La examinó.

-Nada de esto... pertenece a mi mundo...

Se la puso.

Tomó los pantalones.

-Demasiado... tranquilo...

Se los colocó.

Se agachó para ponerse las botas.

-...demasiado silencioso...

Se quedó unos segundos mirando el suelo mientras ajustaba los cordones.

Luego, casi por inercia, tomó sus placas de identificación.

Las sostuvo frente a sus ojos.

El metal reflejaba débilmente la luz.

-...al menos esto sigue siendo mío...

Se las colocó alrededor del cuello.

Respiró hondo.

-Bien... -murmuró-. Un paso a la vez...

Salió de la habitación.

Los pasillos de la catedral estaban en silencio.

El eco de sus pasos parecía demasiado fuerte en ese lugar.

-Ni siquiera hay guardias a esta hora... -murmuró para sí mismo-. O tal vez sí... y no los veo...

Siguió caminando.

Las luces eran suaves.

El ambiente... irreal.

-Esto no es un cuartel... -susurró-. Nunca lo será...

Llegó al comedor.

Había poca gente.

Algunas figuras en silencio.

Otros elegidos.

Nadie hablaba.

Se acercó a la vitrina.

La encargada lo miró.

-Buenos días -dijo ella con voz tranquila.

Miller dudó un segundo.

-...sí... buenos días...

La mirada de la elegida bajó a la vitrina.

-¿Qué deseas?

Miller observó la variedad.

Panes.

Frutas.

Algo caliente.

Demasiado.

-...solo pan -dijo al final-. Y agua.

La elegida levantó la vista.

-¿Solo eso?

-Sí.

-¿Estás seguro? Puedes pedir más.

-Estoy seguro.

Ella asintió sin insistir.

-Como desees.

Le entregó el plato.

-Que tengas buen día.

Miller lo tomó.

-...gracias...

Se giró y caminó hacia una mesa.

Se sentó.

Miró el pan.

Luego el agua.

-Suficiente...

Tomó un pedazo.

Lo llevó a la boca.

Masticó.

Sin pensar.

Sin sentir.

Otro bocado.

Otro más.

Su mirada estaba fija en la nada.

-...esto es mejor... -murmuró-. Simple...

Bebió agua.

-Sin ruido... sin sangre...

Otro bocado.

-Sin decisiones...

Su mano se movía sola.

Como si su cuerpo estuviera cumpliendo una rutina que su mente ya no acompañaba.

-...sin sentido...

El tiempo pasaba.

Pero él no lo percibía.

Hasta que una sombra se detuvo frente a él.

Miller levantó la vista.

Parpadeó un par de veces.

-...

Era ella.

Althea.

La serafín menor.

Lo observaba con curiosidad, inclinando ligeramente la cabeza.

-¿Qué estás comiendo? -preguntó con tono suave, pero genuinamente intrigado.

Miller bajó la mirada a su plato.

-Pan.

Althea miró el plato.

Luego la vitrina a lo lejos.

Luego volvió a él.

-¿Solo pan?

-Sí.

Ella frunció ligeramente el ceño.

-Pero hay muchas más cosas -dijo-. Fruta, bebidas, comida caliente... ¿por qué eliges lo más básico?

Miller no respondió.

Se quedó mirando el pan.

Silencio.

Althea notó el cambio.

-Oh... -murmuró-. Perdón...

Bajó un poco la mirada.

-No quería incomodar.

Miller tomó otro bocado.

-No importa.

-Sí importa -insistió ella con suavidad-. No fue mi intención.

Miller no la miró.

-Estoy acostumbrado.

Althea lo observó unos segundos más.

-¿Puedo sentarme?

Miller levantó la vista.

La miró.

No había juicio en su expresión.

Solo... interés.

Y algo más.

Cuidado.

-...está bien.

Althea sonrió levemente.

-Gracias.

Se sentó frente a él.

Hubo un pequeño silencio.

Miller volvió a comer.

Althea apoyó sus manos sobre la mesa.

-Te despiertas temprano -comentó.

-No fue intencional.

-¿Pesadilla?

Miller se detuvo.

Muy levemente.

-...

Althea lo notó.

-No tienes que responder si no quieres.

Miller tragó el bocado.

Bebió agua.

-Sí.

Althea asintió despacio.

-Aquí pasa mucho.

Miller levantó la mirada.

-¿A todos?

-A muchos -respondió ella-. Especialmente a los que vivieron cosas... intensas.

Miller soltó una leve exhalación.

-"Intensas" es una forma suave de decirlo.

Althea inclinó la cabeza.

-No me gusta usar palabras que empeoren lo que alguien ya siente.

Miller la miró unos segundos.

-Eres diferente.

-¿Diferente cómo?

-No hablas como los demás.

Althea sonrió un poco.

-Tal vez porque escucho más de lo que hablo.

Miller volvió a mirar su plato.

-Eso es raro.

-¿En tu mundo?

-En cualquier mundo.

Althea apoyó un codo en la mesa.

-Entonces supongo que soy una rareza.

Miller no respondió.

Pero esta vez... no parecía incómodo.

Althea lo observó en silencio unos segundos más.

-Si algún día quieres algo más que pan... -dijo suavemente-, puedes pedirlo.

Miller tomó otro bocado.

-Tal vez.

-Tal vez es un comienzo.

Silencio.

Pero esta vez...

no era tan pesado.

Althea permaneció en silencio unos segundos más, observándolo con atención.

No de forma invasiva.

Sino... analítica.

Sus ojos bajaron lentamente hacia el pecho de Miller.

Y entonces lo notó.

Las placas.

El metal desgastado.

La forma.

El uso.

Su expresión cambió levemente.

-Tú... -murmuró- ...eras soldado.

Miller dejó de masticar por un instante.

Bajó la mirada hacia sus propias placas.

Las tomó entre sus dedos.

-...sí -respondió con voz baja-. Lo era.

Althea inclinó la cabeza, interesada.

-Eso explica muchas cosas.

Miller levantó la vista.

-¿Como qué?

-Tu forma de sentarte. De comer. De mirar todo como si evaluaras riesgos constantemente.

Miller soltó una leve exhalación.

-Hábito.

-No es solo hábito -replicó ella con suavidad-. Es supervivencia aprendida.

Hubo un pequeño silencio.

Althea apoyó los brazos sobre la mesa.

-¿De qué ejército eras?

-Francés.

-¿Francia...? -repitió ella, como ubicando el concepto-. Entonces... eras humano.

Miller asintió.

-Lo fui.

Althea sonrió apenas.

-Eso es impresionante.

Miller frunció levemente el ceño.

-No veo qué tiene de impresionante.

-Sobreviviste a una guerra -respondió ella-. No todos lo hacen.

Miller la miró fijamente unos segundos.

-Sobreviví... hasta que dejé de hacerlo.

Althea no respondió de inmediato.

-¿Dónde combatías?

Miller bajó la mirada.

-Frente occidental.

-¿Qué tipo de combate?

-Trincheras.

Althea parpadeó.

-¿Trincheras?

-Sí.

Ella frunció el ceño, confundida.

-¿Te refieres a... cavar en la tierra y pelear desde ahí?

-Exacto.

-Eso suena... -hizo una pausa- ...primitivo.

Miller soltó una risa breve, sin humor.

-Lo era.

Althea lo observó con más atención.

-Entonces... -dijo lentamente- ...eres un soldado de la Primera Guerra Mundial.

Miller alzó la vista de golpe.

-¿Primera...?

Althea asintió.

-Sí.

El silencio cayó de inmediato.

-...¿primera? -repitió él, más despacio.

Althea dudó un instante.

-Sí... porque después hubo más.

Miller no parpadeó.

-¿Más... guerras?

-Sí.

-¿Cuántas?

Althea respiró suavemente.

-Hubo una Segunda Guerra Mundial... una Guerra Fría... conflictos como Vietnam... y otros más pequeños.

El pan resbaló de la mano de Miller.

Cayó sobre el plato con un sonido seco.

Sus ojos se quedaron fijos en la mesa.

-...no puede ser...

Althea lo observó con cautela.

-Lo siento... no sabía que-

-Pensé que... -la voz de Miller se quebró apenas- ...pensé que lo que vivimos... iba a ser suficiente.

Alzó la mirada.

Había algo distinto en sus ojos ahora.

No miedo.

No rabia.

Algo peor.

Desilusión.

-...parece que la humanidad no aprende -murmuró-. Parece que cada día se acerca más a su propia extinción.

Althea bajó la mirada.

-...sí.

Hubo un silencio.

-La corrupción crece -continuó ella-. El dolor también. Hay más pecadores que elegidos.

Miller soltó una leve risa vacía.

-Eso tiene sentido.

La miró directamente.

-Entonces... ¿por qué estoy aquí?

Althea frunció el ceño.

-¿A qué te refieres?

-Maté gente -dijo sin rodeos-. Muchos.

Silencio.

-¿Por qué no soy un pecador?

Althea no respondió de inmediato.

Sus dedos se entrelazaron sobre la mesa.

-No lo sé -admitió finalmente-. No siempre entendemos cómo se toman esas decisiones.

Miller sostuvo su mirada.

-Conveniente.

-O complejo -replicó ella con calma-. Pero estás aquí ahora.

Miller apartó la mirada.

-Eso no cambia lo que hice.

-No -dijo Althea-. Pero cambia lo que puedes hacer ahora.

Miller negó suavemente.

-Relájate -añadió ella-. Aquí... nada malo pasa.

Miller soltó una exhalación seca.

-Como si fuera tan fácil.

Althea inclinó la cabeza.

-¿A qué te refieres?

Miller apretó las manos.

-Mi mente sigue allá.

-¿En la guerra?

-Siempre.

Silencio.

-Duermo... y vuelvo.

-...

-Cierro los ojos... y escucho disparos.

Althea lo observaba sin interrumpir.

-Llevo días sin dormir bien -continuó-. Mis recuerdos... no me dejan en paz.

Su voz bajó un poco.

-Ni siquiera aquí.

Althea suavizó la expresión.

-Eso es trauma.

Miller no respondió.

-Y no tienes que cargar con eso solo.

Él levantó la mirada.

-Sí tengo.

-No.

-Sí -insistió-. Porque nadie puede quitarlo.

Althea mantuvo la calma.

-No se trata de quitarlo. Se trata de ayudarte a vivir con eso.

Miller negó lentamente.

-Ya es tarde para eso.

-Nunca es tarde.

-Para mí sí.

El silencio volvió.

Althea lo estudió unos segundos más.

Luego suspiró muy levemente.

-Entiendo.

Se levantó despacio.

Miller no dijo nada.

-Fue un gusto conocerte -dijo ella con una pequeña sonrisa-. De verdad.

Miller asintió apenas.

-Igualmente.

Althea dio un paso atrás.

-Y... ya que fuiste soldado...

Miller levantó la vista.

-¿Sí?

-Podrías presentarte en la guardia celestial.

Él frunció el ceño.

-¿Guardia?

-Sí. Protección, patrullaje, defensa.

Hizo una pausa.

-Es un trabajo bien pagado.

Miller soltó una leve risa.

-Irónico.

-¿Por qué?

-Morí en una guerra... y me ofrecen otra.

Althea negó suavemente.

-No es lo mismo.

Miller la miró unos segundos.

-Lo pensaré.

Althea asintió.

-Eso es suficiente.

Se giró.

Y sin más...

sus pies dejaron el suelo.

Se elevó suavemente.

Sus alas se desplegaron con elegancia.

Y en segundos...

salió volando del comedor.

El silencio volvió.

Miller bajó la mirada hacia su plato.

El pan seguía ahí.

Intacto.

Lo tomó.

Pero no comió.

Solo lo sostuvo.

-...guardia celestial... -murmuró para sí mismo-.

Y su mirada...

seguía perdida.

La tarde cayó lentamente sobre el cielo.

La luz que atravesaba los vitrales de la catedral cambió de tono, volviéndose más cálida... más tranquila.

Pero dentro de la habitación de Miller...

no había tranquilidad.

Estaba acostado sobre la cama, con las manos detrás de la cabeza, mirando el techo como si esperara que algo cambiara por sí solo.

No lo hacía.

-...esto es absurdo... -murmuró.

Giró un poco la cabeza.

-Nada pasa... y aun así... no puedo descansar...

Cerró los ojos.

Silencio.

Pero no duró.

Un eco.

Un disparo.

Un grito.

Los abrió de inmediato.

-...maldita sea...

Se sentó en la cama, apoyando los codos sobre sus rodillas.

-No importa dónde esté...

Se llevó una mano al rostro.

-...sigue ahí...

Respiró hondo.

Intentando calmarse.

Intentando pensar.

Y entonces...

la recordó.

-"Guardia celestial..." -repitió en voz baja.

La voz de Althea volvió a su mente.

"Es un trabajo bien pagado."

Miller soltó una leve exhalación.

-Claro... trabajo...

Se quedó en silencio unos segundos.

-Disciplina... rutina... órdenes...

Levantó la mirada.

-...estructura.

Eso le resultaba... familiar.

-Tal vez... -murmuró- ...eso es lo que me falta...

Se puso de pie lentamente.

Caminó un par de pasos por la habitación.

-Si me quedo aquí... solo pensando...

Negó con la cabeza.

-Voy a volver a lo mismo.

Se detuvo.

Miró la puerta.

-Necesito moverme.

Una pausa.

-Necesito hacer algo.

Sus dedos se tensaron levemente.

-...aunque sea intentarlo...

Se giró con decisión.

-Está bien.

Caminó hacia la puerta.

-Vamos a ver qué tan distinto es este "ejército".

Salió de la habitación.

Los pasillos seguían tranquilos.

Pero esta vez... no le parecían tan ajenos.

Caminó sin detenerse.

Bajó las escaleras.

Cruzó los corredores.

Y finalmente...

salió de la catedral.

El aire del exterior lo recibió con una calma casi irreal.

El cielo era claro.

La plaza principal estaba viva, pero en orden.

Nada de caos.

Nada de ruido excesivo.

-...esto sigue siendo raro...

Comenzó a caminar.

Observando.

Midiendo.

Como siempre.

Hasta que vio a un ángel cerca de una de las fuentes.

Se acercó.

-Disculpa.

El ángel volteó.

-¿Sí?

Miller lo miró directamente.

-Estoy buscando el cuartel general.

El ángel parpadeó, confundido.

-¿Cuartel...?

-Sí. Donde entrenan o se organizan los guardias.

El ángel soltó una leve risa.

-Ah... entiendo.

Negó suavemente.

-Aquí no tenemos "cuarteles" como tal.

Miller frunció el ceño.

-¿No?

-No -respondió-. Lo más cercano serían campos de entrenamiento.

Miller cruzó los brazos.

-Bien... entonces eso.

-¿Quieres entrenar?

-Quiero postularme como guardia celestial.

El ángel lo miró unos segundos más detenidamente.

Sus ojos bajaron a las placas.

Luego volvieron a su rostro.

-Tú eres... un elegido.

-Sí.

El ángel dudó un poco.

-Entonces... hay un problema.

Miller entrecerró los ojos.

-¿Qué problema?

-Los elegidos no pueden ser guardianes.

Silencio.

-¿Cómo que no pueden? -preguntó Miller, con tono más serio.

-Es una regla -explicó el ángel-. Se estableció hace mucho tiempo.

-¿Por qué?

-Para protegerlos.

Miller soltó una risa seca.

-¿Protegerlos de qué?

-De morir.

Eso lo hizo quedarse en silencio.

-Si un elegido muere aquí... -continuó el ángel- ...pierde su descanso eterno.

Miller lo miró fijamente.

-...así que prefieren que no hagan nada.

-Prefieren que no se arriesguen -corrigió el ángel con calma.

Miller negó levemente.

-Siempre es lo mismo...

-¿A qué te refieres?

-Deciden por ti -respondió-. Dicen que es por tu bien... pero no te dejan elegir.

El ángel no discutió.

-Entiendo que pueda parecerte así.

-Lo es.

Silencio breve.

El ángel suspiró suavemente.

-Pero... si quieres más información...

Metió la mano en su túnica.

Sacó un pequeño papel.

-Podrías ir aquí.

Comenzó a escribir.

Miller observaba.

-Ahí pueden asesorarte mejor -dijo mientras terminaba.

Le extendió el papel.

-Tal vez haya excepciones... o alternativas.

Miller lo tomó.

Lo miró unos segundos.

-...

Luego levantó la vista.

-Gracias.

El ángel asintió.

-No hay de qué.

Miller guardó el papel.

-Voy a averiguar.

-Suerte.

Miller no respondió.

Solo asintió levemente.

Y comenzó a caminar nuevamente.

Esta vez...

con un rumbo.

Miller caminó.

Sin rumbo claro.

Solo con el papel en la mano.

Lo miraba cada cierto tiempo, girándolo levemente como si en algún ángulo distinto las palabras fueran a tener sentido.

-...no entiendo nada... -murmuró.

Se detuvo en medio de la plaza.

-¿Esto es una dirección o un código?

Suspiró.

-Claro... leer... debí haber pensado en eso antes...

Apretó el papel entre sus dedos.

-Genial, Miller... excelente decisión...

Alzó la mirada.

Observó a su alrededor.

Ángeles caminando.

Conversaciones suaves.

Nada que le resultara familiar.

-...esto no es una ciudad como las que conozco...

Se acercó a una figura cercana.

-Disculpa.

El ángel lo miró.

-¿Sí?

Miller levantó el papel.

-¿Sabes dónde queda esto?

El ángel lo leyó rápidamente.

-Ah... sí, eso está hacia el sector de entrenamiento.

-¿Y eso queda...?

El ángel señaló a lo lejos.

-Por allá, sigue ese camino y luego gira donde veas las columnas altas.

Miller asintió.

-Gracias.

Siguió caminando.

Pasaron minutos.

Luego más.

Y más.

-...esto no estaba tan cerca...

Volvió a detener a otro.

-Oye, ¿voy bien hacia esto?

-Más o menos, pero te desviaste un poco.

-Perfecto...

Siguió.

El tiempo pasó.

Una hora.

Sus pasos eran constantes, pero su paciencia... no tanto.

-Esto es ridículo...

Miró el papel otra vez.

-En el frente sabías exactamente dónde estabas...

Suspiró.

-Aquí ni siquiera puedo ubicarme...

Se pasó una mano por el rostro.

-...pero ya estoy aquí...

Siguió caminando.

Hasta que finalmente...

lo vio.

Un campo amplio.

Abierto.

Figuras entrenando.

Movimientos coordinados.

Armas.

Formación.

Miller se detuvo.

Sus ojos recorrieron el lugar.

-...esto...

Su postura cambió apenas.

-...esto sí lo entiendo...

Avanzó.

Pero no llegó lejos.

Una figura descendió frente a él.

Armadura dorada.

Presencia firme.

Autoridad.

-Alto ahí.

Miller se detuvo de inmediato.

-¿Qué haces aquí?

Su voz era clara.

Directa.

-Es raro ver elegidos rondando por los campos de entrenamiento -continuó ella-. Y además... no tienen autorización para entrar.

Miller levantó las manos levemente.

-Lo siento.

La ángel lo observó con detenimiento.

-¿Eres nuevo?

-Sí.

-Se nota.

Miller asintió.

-No llevo mucho aquí... aún no me adapto.

La expresión de la ángel se suavizó apenas.

-No hay problema.

Miller bajó las manos.

-Gracias.

Hizo una pausa.

-Pero... vine por algo específico.

La ángel cruzó los brazos.

-Te escucho.

Miller fue directo.

-Quiero postularme como guardia celestial.

Silencio.

La ángel lo miró fijamente.

-Los elegidos no pueden postularse.

-Lo sé.

-Entonces sabes que estás perdiendo el tiempo.

-No.

Eso hizo que la ángel entrecerrara los ojos.

-¿No?

Miller metió la mano en su bolsillo.

Sacó sus placas.

Las sostuvo frente a ella.

-Fui soldado.

La ángel dudó un instante.

Luego extendió la mano.

-Déjame ver.

Miller se las entregó.

Ella las observó.

Sus ojos recorrieron el metal.

El desgaste.

Los detalles.

-...Primera Guerra Mundial... -murmuró.

Levantó la mirada.

Ahora lo evaluaba de otra forma.

-Eso es... antiguo.

-Y real.

Ella guardó silencio unos segundos más.

-Aun así -dijo finalmente-. Las reglas son claras.

Le devolvió las placas.

-Los elegidos no entran en combate.

Miller no las guardó.

Las sostuvo con fuerza.

-Dame una oportunidad.

-No.

-Ni siquiera lo has considerado.

-No tengo que hacerlo.

-Hazlo ahora.

La ángel lo miró con firmeza.

-No entiendes lo que estás pidiendo.

Miller dio un paso al frente.

-Lo entiendo mejor que tú.

Silencio.

Eso la hizo tensarse.

-Cuidado con cómo hablas.

-No es falta de respeto -respondió Miller-. Es experiencia.

La ángel no apartó la mirada.

-Explícate.

Miller levantó ligeramente las placas.

-Yo ya estuve en guerra.

Señaló el campo.

-Esto... no me asusta.

-Esto no es lo mismo.

-Nada lo es.

Silencio.

-Pero sé lo que es obedecer órdenes -continuó-. Sé lo que es resistir. Sé lo que es mantenerme en pie cuando otros caen.

La ángel lo observaba sin interrumpir.

-No vine aquí por curiosidad -añadió-. Vine porque necesito algo que me mantenga en pie.

-Eso no es razón suficiente.

-Para mí lo es.

Silencio.

-Ponme a prueba -dijo Miller.

-No.

-Ponme a prueba.

-Ya te dije que-

-Ponme a prueba -repitió, más firme.

La ángel apretó ligeramente la mandíbula.

-Eres insistente.

-Soy terco.

-Lo noto.

Hubo un silencio tenso.

La ángel lo miró unos segundos más.

Evaluándolo.

Midiéndolo.

-...esto va contra las reglas -murmuró.

Miller no respondió.

Solo sostuvo su mirada.

-Y si algo sale mal...

-No saldrá mal.

-No puedes garantizar eso.

-Nunca se puede.

Silencio.

La ángel exhaló lentamente.

-...está bien.

Miller no reaccionó de inmediato.

-¿Qué?

-Te pondré a prueba.

Sus ojos se endurecieron.

-Pero si fallas... te vas.

Miller asintió sin dudar.

-Entendido.

-Y si causas problemas...

-No lo haré.

La ángel dio un paso hacia un lado.

-Sígueme.

Miller guardó las placas.

Su postura... cambió.

Más firme.

Más centrada.

-No desperdicies esto -dijo ella mientras comenzaba a caminar.

Miller la siguió.

-No lo haré.

El campo de entrenamiento vibraba con una energía constante, controlada, casi perfecta. El sonido metálico de armas chocando, pasos sincronizados y órdenes firmes llenaban el aire como una sinfonía disciplinada.

Miller permanecía de pie cerca del acceso principal, todavía algo desubicado, observando a los ángeles entrenar con una mezcla de disciplina y precisión que le resultaba... ajena.

La guardiana que lo había detenido antes lo miró de reojo.

-Sígueme.

Miller asintió en silencio.

Ambos comenzaron a caminar a través del campo. A medida que avanzaban, algunas miradas se posaban sobre él. No con hostilidad, pero sí con curiosidad.

Un elegido allí... no era algo común.

-No hables a menos que te lo pidan -dijo ella sin mirarlo-. Y mantente recto.

-Entendido.

-Y otra cosa.

Miller levantó levemente la mirada.

-Aquí no impresiona tu pasado.

-No vine a impresionar -respondió él con calma.

Eso hizo que ella girara apenas el rostro, evaluándolo.

-Eso espero.

Llegaron a una zona central donde una mesa de piedra blanca servía como punto de control. Varias figuras estaban reunidas allí, revisando informes y observando el entrenamiento.

La guardiana se detuvo.

-Espera aquí.

Miller obedeció.

Ella avanzó unos pasos y se dirigió a una figura de mayor presencia. No levantó la voz, pero su tono era claro.

-General.

La figura alzó la mirada.

-¿Qué ocurre?

-Hay un elegido solicitando evaluación.

Un breve silencio.

-¿Un elegido?

-Sí.

-Eso no está permitido.

-Lo sé.

La figura dejó lo que estaba haciendo y caminó hacia Miller.

Cada paso era firme. Medido.

Cuando se detuvo frente a él, lo observó de arriba abajo sin disimulo.

Miller se mantuvo recto.

-Nombre.

-Miller.

-Completo.

-Adrien Miller.

-¿Origen?

-Francia.

-¿Época?

Miller dudó apenas.

-1916. Me enlisté ese año.

Un leve murmullo se generó alrededor.

-¿Guerra?

-Sí.

-¿Cuál?

-No sabría cómo llamarla... solo la conocíamos como la guerra.

La figura lo observó fijamente.

-Primera guerra mundial -dijo alguien desde atrás.

Miller frunció apenas el ceño.

-¿Primera...?

Pero no continuó.

La figura frente a él retomó.

-¿Rango?

-Soldado de trinchera.

-¿Frente?

-Occidental.

Silencio.

La evaluación no era superficial.

Era profunda.

Incómoda.

-¿Por qué estás aquí? -preguntó finalmente.

Miller sostuvo la mirada.

-Porque no puedo quedarme quieto.

-Eso no responde la pregunta.

Miller apretó ligeramente la mandíbula.

-Porque no puedo descansar.

Un silencio más pesado cayó.

-Explícate.

-Mi mente sigue allá abajo. En el barro. En los disparos. En los gritos.

Su voz no temblaba.

Pero tampoco estaba vacía.

-Cuando cierro los ojos... no estoy aquí.

La figura lo observó unos segundos más.

-Entonces no buscas servir.

Miller negó levemente.

-Busco propósito.

La guardiana que lo había traído cruzó los brazos, atenta.

-El propósito aquí no se entrega -dijo la figura con frialdad-. Se gana.

-Estoy dispuesto.

-Eso lo veremos.

La figura giró apenas el rostro.

-Caelene.

La guardiana dio un paso al frente.

-Sí, general.

-Prepáralo.

-Entendido.

La figura volvió a mirar a Miller.

-Mi nombre es Zeriel.

Miller asintió levemente.

-General.

-No te emociones -respondió ella-. Esto no es una aceptación.

Se giró.

-Es una prueba.

Miller no respondió.

No hacía falta.

Caelene hizo un gesto con la cabeza.

-Muévete.

Miller la siguió nuevamente.

Caminaron de regreso al campo abierto.

-Te advierto algo -dijo ella esta vez mirándolo directamente-. Aquí no nos importa tu pasado.

-Lo entiendo.

-Ni tus logros.

-No tengo.

Eso le sacó una leve reacción.

-Mejor.

Se detuvieron en una zona despejada. Había armas alineadas, estructuras móviles y marcas en el suelo.

Caelene se giró completamente hacia él.

-Primera prueba: resistencia.

Miller asintió.

-Segunda: precisión.

-Entendido.

-Tercera... combate.

Miller levantó apenas la mirada.

-¿Contra quién?

Caelene esbozó una leve sonrisa.

-Contra alguien que no se va a contener.

Miller respiró hondo.

-Perfecto.

Caelene señaló el campo.

-Corre.

-¿Cuánto?

-Hasta que yo diga basta.

Miller no preguntó más.

Salió corriendo.

Sus botas golpeaban el suelo con ritmo constante. Al principio era natural. Su cuerpo recordaba ese esfuerzo.

Pero aquí no había adrenalina de guerra.

Solo silencio... y desgaste.

Pasaron minutos.

Luego más.

El sudor comenzó a caer por su frente.

Su respiración se volvió pesada.

-Más rápido -ordenó Caelene.

Miller apretó los dientes.

Aceleró.

Sus piernas ardían.

Su pecho dolía.

Pero no se detuvo.

-Sigue.

-...

-No aflojes.

Miller respiraba con dificultad.

Pero siguió.

Finalmente-

-Basta.

Miller redujo la velocidad poco a poco... hasta detenerse.

Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en sus rodillas. Su respiración era pesada, irregular, pero controlada.

El sudor caía por su frente.

Aun así... no se quejó.

Caelene lo observaba en silencio, evaluando más allá del cansancio físico.

-No te rendiste.

Miller alzó la mirada, aún recuperando el aire.

-No sé hacerlo.

Ella sostuvo su mirada un segundo más, como intentando medir si era orgullo... o algo más profundo.

-Bien.

Se giró ligeramente y tomó una de las armas del soporte cercano.

Era una espada.

Simple en diseño, pero perfectamente equilibrada.

La lanzó hacia él.

Miller reaccionó por instinto y la atrapó.

Por un segundo, sus manos dudaron.

No era un rifle.

No era una bayoneta acoplada.

Era... distinto.

-Segunda prueba -dijo Caelene-: manejo.

Miller miró el arma.

La giró ligeramente en su mano.

El peso era diferente... pero no completamente desconocido.

-No necesitas saber técnica -añadió ella-. Solo quiero ver cómo te adaptas.

Miller asintió.

-Entendido.

-Objetivos estáticos primero.

Señaló varias estructuras frente a él.

-Golpéalos.

Miller dio un paso al frente.

Ajustó su postura.

No como un espadachín...

Sino como un soldado.

Tomó la espada con ambas manos.

Y atacó.

El primer golpe fue tosco.

Demasiado abierto.

Impactó el objetivo... pero sin precisión.

Miller frunció el ceño.

-Mal ángulo... -murmuró para sí.

Corrigió.

Segundo golpe.

Más controlado.

Mejor impacto.

Tercero.

Más fluido.

Caelene observaba en silencio.

-Otra vez -ordenó.

Miller no discutió.

Volvió a atacar.

Esta vez más rápido.

Más directo.

Menos desperdicio de movimiento.

-No estás peleando -dijo Caelene-. Estás reaccionando.

Miller detuvo el siguiente golpe.

Respiró.

-Sí.

-Piensa antes de moverte.

Miller asintió.

Volvió a posicionarse.

Esta vez... observó.

Calculó.

Y atacó.

El golpe fue más limpio.

Más preciso.

Más eficiente.

Caelene entrecerró los ojos.

-Aprendes rápido.

Miller bajó la espada apenas.

-Es supervivencia.

-Eso aquí no basta.

-Lo sé.

-Entonces mejóralo.

Miller volvió a levantar el arma.

Y atacó otra vez.

Más firme.

Más consciente.

Menos soldado.

Más combatiente.

Caelene asintió levemente.

-Suficiente.

Miller bajó la espada, respirando aún con esfuerzo.

-Última prueba.

Su tono cambió.

Más serio.

-Combate.

-Combate.

El aire pareció tensarse apenas.

Miller se enderezó, todavía con la respiración agitada, pero con la mirada fija.

-¿Contra quién?

Caelene no respondió de inmediato.

Caminó hacia el soporte de armas y tomó una espada con total naturalidad. La desenvainó con un movimiento limpio, preciso.

-Contra mí.

Miller la observó unos segundos.

No había arrogancia en ella.

Tampoco duda.

Solo certeza.

-Elige tu arma -añadió.

Miller desvió la mirada hacia el soporte.

Espadas.

Lanzas.

Estoques.

Demasiado... ordenado.

Demasiado limpio.

Sus ojos recorrieron las opciones... hasta que se detuvieron en algo más simple.

Más crudo.

Un cuchillo de combate.

Corto.

Directo.

Sin adornos.

Lo tomó.

Lo giró en su mano.

Eso sí le resultaba familiar.

-Listo.

Caelene adoptó postura al instante.

Elegante.

Equilibrada.

Perfecta.

Miller, en cambio, bajó ligeramente el centro de gravedad. Su postura era más cerrada, más defensiva... más instintiva.

-No te contengas -dijo ella.

-No lo haré.

-Empiecen.

Caelene atacó primero.

Rápida.

Demasiado.

Miller apenas alcanzó a reaccionar.

Se movió hacia un lado, esquivando por poco el corte.

Sintió el viento del filo pasar cerca de su rostro.

-...rápida... -murmuró.

No hubo respuesta.

Segundo ataque.

Más preciso.

Miller levantó el brazo y desvió la trayectoria con el cuchillo.

El impacto vibró en su mano.

Retrocedió dos pasos.

-Te estás defendiendo -dijo Caelene-. No estás peleando.

Miller apretó el cuchillo.

-Dame un segundo.

Ella no se lo dio.

Atacó otra vez.

Esta vez más agresiva.

Miller no retrocedió.

Avanzó.

Se metió dentro del rango de la espada.

Intentó un corte directo al torso.

Caelene reaccionó al instante.

Giró el cuerpo.

Bloqueó.

Y respondió con un golpe al costado.

Miller recibió el impacto y se desestabilizó.

Pero no cayó.

Se sostuvo.

Respiró.

Y volvió a enfocarse.

-Mejor -murmuró ella.

El combate continuó.

Caelene mantenía la distancia.

Controlaba el ritmo.

Cada movimiento suyo era limpio.

Eficiente.

Miller, en cambio, se movía distinto.

Menos técnico.

Más impredecible.

Más... sucio.

Un paso en falso.

Un amague.

Un avance repentino.

Caelene lanzó una estocada directa.

Miller la esquivó girando el cuerpo.

Aprovechó la apertura.

Se acercó demasiado.

Intentó un golpe corto con el cuchillo.

Caelene lo bloqueó con la guarda de la espada.

Pero-

Miller no retrocedió.

Empujó.

Acortó aún más la distancia.

Su hombro impactó contra el de ella.

La obligó a dar medio paso atrás.

Silencio.

Por primera vez... Caelene perdió un poco de terreno.

-Interesante... -murmuró.

Miller respiraba con fuerza.

-No peleo limpio.

-Lo noto.

Ella sonrió levemente.

-Pero aquí tendrás que aprender.

Atacó de nuevo.

Más rápida.

Más seria.

Miller apenas logró bloquear.

El filo de la espada rozó su brazo.

Dolor.

No grave.

Pero real.

Miller apretó los dientes.

Y contraatacó.

Más agresivo.

Más directo.

Ya no estaba midiendo.

Estaba reaccionando.

El combate se volvió más intenso.

Golpes más rápidos.

Errores más peligrosos.

Caelene seguía teniendo ventaja.

Pero ahora... tenía que esforzarse.

Miller no se detenía.

No se quebraba.

No retrocedía más de lo necesario.

Y aprendía en cada intercambio.

Caelene lanzó un ataque descendente.

Miller no lo bloqueó.

Se desplazó.

Entró por el costado.

Y lanzó un corte rápido.

La hoja del cuchillo rozó la armadura de Caelene.

Un sonido seco.

Contacto.

Ambos se separaron.

Silencio.

Caelene bajó ligeramente la espada.

Miró la marca en su armadura.

Luego a Miller.

-Nada mal.

Miller apenas podía respirar con normalidad.

Pero no bajó la guardia.

-No vine a perder.

Ella sostuvo su mirada.

-Eso lo veremos.

Se enderezó.

La postura volvió a ser perfecta.

-Otra vez.

Y sin esperar-

Volvió a atacar.

La prueba... aún no había terminado.

El choque volvió a encenderse sin previo aviso.

Caelene ya no estaba probando.

Ahora estaba evaluando en serio.

Su espada descendió con más velocidad, más precisión... más intención.

Miller apenas logró esquivar hacia atrás, sintiendo el filo cortar el aire frente a su rostro.

-Ya no te estás conteniendo... -murmuró, respirando agitado.

-Tú tampoco deberías -respondió ella.

Y entonces...

El cambio.

Las alas de Caelene se desplegaron de golpe.

Amplias.

Firmes.

Imponentes.

Un solo batir... y su cuerpo se elevó del suelo con una ligereza que rompía por completo el ritmo del combate.

Miller se quedó quieto un instante.

No por miedo.

Por cálculo.

-...bien... -susurró.

Caelene descendió en picada.

Rápida.

Letal.

Miller rodó hacia un lado, esquivando por centímetros. El impacto de la espada contra el suelo dejó una marca clara.

Antes de que ella se estabilizara-

Miller ya estaba moviéndose.

Avanzó.

Corto.

Directo.

Como si cazara.

Caelene volvió a elevarse, usando el aire como ventaja.

-No puedes alcanzarme desde ahí -dijo con calma.

Miller no respondió.

Observó.

Esperó.

Ella descendió otra vez, esta vez con un corte lateral.

Miller no retrocedió.

Avanzó.

Se metió dentro del ataque.

El filo rozó su hombro.

Pero no se detuvo.

Su cuerpo impactó contra el de Caelene en pleno descenso.

Ambos perdieron equilibrio por un segundo.

Lo suficiente.

Miller la sujetó.

No con técnica.

Con fuerza.

Con instinto.

Cayeron.

El impacto contra el suelo fue seco.

Caelene reaccionó rápido, intentando girar-

Pero Miller ya estaba encima.

Respirando con dificultad.

El cuchillo detenido... a centímetros.

El silencio cayó de golpe.

No había tensión hostil.

No había incomodidad.

Solo... quietud.

El peso del momento.

El calor del combate aún en sus cuerpos.

Caelene lo miró.

No sorprendida.

No molesta.

Analizando.

Miller también la miraba.

Sin agresividad.

Solo... presente.

-Eso no fue técnica -dijo ella finalmente, con la voz baja pero estable.

-Nunca lo fue.

Un segundo más.

Solo uno.

Y Caelene reaccionó.

Con un movimiento firme, giró el cuerpo y lo apartó de encima, recuperando la distancia con rapidez. Se puso de pie en un solo impulso, las alas replegándose parcialmente.

Volvió a adoptar postura.

Compostura.

Control.

Como si nada hubiera pasado.

Miller se levantó más lento.

Aún respirando pesado.

Aún con el pulso alto.

Caelene lo observó.

-Impredecible.

Miller soltó el aire lentamente.

-Sobreviviente.

Ella asintió apenas.

-Eso te mantuvo vivo.

-Y muerto.

Un breve silencio.

Caelene bajó la espada.

No completamente.

Pero lo suficiente.

-La prueba termina aquí.

Miller no respondió.

Solo se mantuvo de pie.

Firme.

A pesar del cansancio.

A pesar del dolor.

A lo lejos, algunas miradas seguían atentas.

Y entre ellas...

Zeriel.

Observando.

Sin decir una palabra.

Pero con algo claro en su mirada.

Miller no era el mejor.

No era el más técnico.

No era el más fuerte.

Pero había algo en él...

Algo que no se entrenaba.

Algo que no se enseñaba.

Y eso...

Podía cambiarlo todo.

CAP 94

La Sangre de los Inocentes

Ya había pasado un mes desde que Scott fue expulsado del palacio.

La casa de Mya estaba en silencio, con ese aire cálido que se acumulaba durante el día. Scott estaba sentado frente a la computadora, encorvado, con la cola quieta detrás de la silla y las orejas ligeramente caídas. Sus dedos se movían sobre el teclado con menos energía a medida que pasaban los minutos.

-"Lamentamos informarte..." -leyó en voz baja, entre dientes-. Sí, claro... lo de siempre.

Cerró la pestaña con un movimiento seco. Su cola se tensó apenas un instante y luego volvió a quedarse inmóvil.

-Otro rechazo... -murmuró, apoyando los codos en el escritorio-. Ni siquiera lo intentan.

Abrió otro correo. Sus ojos recorrieron rápidamente el texto... y su expresión se endureció.

-"Debido a su situación contractual con..." -se detuvo, apretando la mandíbula-. Claro. Astaroth.

Soltó un bufido, más pesado que un simple suspiro, y se recostó hacia atrás en la silla. Sus orejas se inclinaron un poco más hacia abajo.

-Ni siquiera es por lo que sé hacer... -dijo en voz baja-. Es por lo que soy.

En ese momento, la puerta se abrió.

El sonido hizo que sus orejas se movieran levemente.

-¿Scott? -la voz de Mya llegó desde la entrada.

-Aquí -respondió él, sin girarse del todo.

Mya entró, visiblemente cansada, sus patas marcando suavemente el suelo mientras dejaba las llaves sobre la mesa. Sus hombros estaban algo caídos, pero al ver a Scott su expresión cambió un poco.

Se acercó por detrás y apoyó una mano en el respaldo de la silla.

-¿Cómo va la búsqueda?

Scott soltó una pequeña risa sin humor. Su cola dio un leve movimiento, pero más por tensión que por ánimo.

-Mal... -dijo, girando un poco la pantalla hacia ella-. Ni una sola respuesta positiva.

Mya frunció el ceño al leer.

-Qué basura...

-No es por falta de habilidades -añadió Scott, con la mirada fija en la pantalla-. Es por esto.

Se señaló a sí mismo, con un gesto seco.

-No tengo alma. Le pertenezco a Astaroth. Nadie quiere meterse en problemas con alguien así.

Mya guardó silencio un momento. Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia atrás.

-Oye... -dijo con suavidad-. No tienes que preocuparte tanto por eso.

Scott la miró de reojo.

-¿Cómo que no?

-No tienes que trabajar -continuó ella-. Con lo que gano... puedo mantenernos a los dos.

La cola de Scott se tensó de inmediato.

-No.

Mya parpadeó.

-¿No?

Scott se levantó lentamente de la silla. Sus orejas se mantuvieron firmes, pero su postura era rígida.

-No quiero eso -dijo-. No quiero quedarme aquí mientras tú te rompes el lomo trabajando.

-No me estoy rompiendo nada -respondió ella, cruzándose de brazos-. Estoy bien.

-Pero yo no -replicó él-. No quiero ser una carga.

Mya lo miró fijamente.

-No eres una carga.

-Se siente como si lo fuera -insistió Scott, desviando la mirada-. Como si no sirviera para nada.

Hubo un pequeño silencio. La cola de Mya se movió una vez, despacio, mientras pensaba.

-Entonces... -dijo finalmente-. ¿Por qué no vuelves a donde vivías?

El cuerpo de Scott se tensó por completo. Su cola quedó completamente rígida.

-No.

Fue inmediato.

-Scott, solo digo que-

-Prefiero morirme de hambre antes que volver con Desmond.

Un leve gruñido se escapó de su garganta al terminar la frase.

El ambiente se volvió pesado.

Mya bajó un poco las orejas, negando suavemente.

-No digas eso.

Scott la miró, molesto.

-¿Por qué no?

-Porque las palabras tienen poder -respondió ella, dando un paso hacia él-. Y tú lo sabes.

Scott apartó la mirada, su cola moviéndose apenas, inquieta.

-No es lo mismo.

-Sí lo es -insistió Mya-. Si sigues diciendo cosas así... podrías terminar alejándolo de verdad.

Scott apretó la mandíbula.

-¿Y si ya no me quiere?

Mya se acercó un poco más. Su voz bajó.

-Es tu padre, Scott.

-¿Y? -respondió él, seco.

-Y un padre... -hizo una pausa-. A pesar de todo, siempre ama a su hijo.

Scott soltó una risa amarga, mostrando ligeramente los dientes.

-¿Amor? -negó-. Por culpa de él... mi madre murió.

El silencio cayó de golpe.

Mya no respondió enseguida. Sus orejas se inclinaron hacia los lados mientras pensaba.

-Scott... -dijo finalmente-. ¿Quieres saber algo?

Él no respondió, pero no se movió.

-Astaroth es un manipulador -continuó ella-. No siempre puedes creerle.

Scott frunció el ceño.

-¿Qué tiene que ver eso?

-Tiene todo que ver -replicó Mya-. Él sabe exactamente qué decir para meterse en tu cabeza.

Scott bajó la mirada.

-No debería decirte esto... -añadió ella, casi en un susurro-. Pero alguien tiene que hacerlo.

Levantó la mirada, más seria.

-Astaroth es un mentiroso, Scott. Deshonesto. Juega con la gente.

La cola de Scott se movió lentamente, insegura.

-Es una completa mierda -dijo ella sin rodeos-. Y no deberías dejar que alguien así te influencie.

Scott tragó saliva.

-¿Y si es verdad...?

-¿Y si no lo es? -respondió ella de inmediato.

El silencio volvió a llenar la habitación.

Mya dio un paso más y apoyó su mano en el hombro de Scott, acercándose lo suficiente como para que él sintiera su presencia.

-No dejes que él decida lo que sientes -dijo con suavidad-. Ni lo que crees.

Scott no levantó la mirada. Sus orejas seguían bajas, pero su postura ya no era tan rígida.

-No es tan fácil...

-Nunca lo es -respondió Mya.

Su cola se movió suavemente detrás de ella.

-Pero no tienes que hacerlo solo.

Scott no respondió... pero tampoco se apartó.

Pero lo que los dos no sabían... era que no estaban solos.

En una de las esquinas del apartamento, justo donde la pared se encontraba con el techo, un pequeño punto negro apenas visible permanecía inmóvil. No emitía luz, no hacía ruido... pero escuchaba.

Y no era el único.

Detrás del televisor. Dentro de un enchufe. Bajo la mesa.

Micrófonos ocultos.

La residencia le pertenecía a Astaroth... y todo lo que ocurría dentro de ella... también.

Un leve zumbido eléctrico casi imperceptible vibraba en el fondo, como un testigo silencioso de cada palabra, cada suspiro, cada duda.

...

Al día siguiente, el ambiente era completamente distinto.

La luz de la mañana entraba suavemente por la ventana, iluminando la habitación con tonos cálidos. Mya no trabajaba ese día, y por primera vez en semanas, el apartamento estaba en calma.

Scott yacía dormido a su lado.

Ambos compartían la cama, cubiertos apenas por una sábana ligera. Mya respiraba lentamente, con las orejas relajadas y la cola acomodada cerca de su cuerpo. Scott, por su parte, estaba más cerca de ella de lo habitual, casi instintivamente, como si en ese momento su cuerpo olvidara todo lo demás.

Silencio.

Tranquilidad.

Por unos segundos... todo parecía normal.

Hasta que el teléfono vibró.

El sonido rompió la calma como un golpe seco.

Mya frunció el ceño, moviendo ligeramente una oreja.

El teléfono volvió a vibrar.

-Mmm... -murmuró, aún medio dormida.

Tercera vibración.

Abrió los ojos con molestia, estirando el brazo para buscar el celular en la mesa de noche. Sus dedos lo encontraron a ciegas.

-¿Quién... carajos...? -murmuró, con la voz áspera.

Se incorporó un poco, llevándose el teléfono a la oreja sin siquiera mirar la pantalla.

-¿Sí? -gruñó levemente-. ¿Quién carajos es? ¿No ve que son las siete de la mañana?

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

Y entonces... la voz.

Mya se quedó completamente quieta.

Sus orejas se alzaron de golpe.

-...¿Don Ernesto? -dijo, ahora completamente despierta.

Scott se movió apenas en la cama, incómodo por el cambio en el tono de voz.

-Perdón por despertarte, Mya -respondió la voz al otro lado-. De verdad lo siento... pero... lo que tengo que decirte... es algo muy delicado.

El cuerpo de Mya se tensó de inmediato. Su cola se quedó rígida.

-¿Qué pasa? -preguntó, ahora con un tono serio, casi temeroso-. ¿Qué ocurrió?

Scott abrió los ojos lentamente, girando la cabeza hacia ella.

-¿Mya...? -murmuró.

Ella no respondió. Estaba completamente enfocada en la llamada.

-Anoche... -continuó la voz-. Llegaron unos hombres.

Mya tragó saliva.

-¿Hombres...?

-Sí... no llevaban capucha... -dijo el hombre-. Eran... tranquilos al principio. Demasiado tranquilos.

El corazón de Mya empezó a acelerarse.

-¿A qué hora...?

-Alrededor de las ocho de la noche.

Scott ya estaba despierto. Se incorporó un poco, observando a Mya. Sus orejas comenzaron a inclinarse hacia atrás al notar la tensión en ella.

-Mi mamá siempre se mete a la ducha a esa hora... -susurró Mya, casi sin darse cuenta-. Mi papá... suele dormir a esa hora también...

-Sí -respondió la voz-. Tu madre estaba en la ducha. Tu padre... dormido. Y tus hermanos... estaban en la cocina.

El aire en la habitación se volvió pesado.

Scott se sentó completamente en la cama.

-¿Qué pasó después? -preguntó Mya, su voz temblando apenas.

Hubo una pausa.

-Rompieron la puerta.

Mya cerró los ojos con fuerza.

-¿Cómo...?

-Como pudieron. A golpes... -continuó-. Fue rápido... muy rápido.

Scott se puso de pie, acercándose lentamente a ella.

-Mya... -susurró.

Ella levantó una mano, pidiéndole silencio sin mirarlo.

-Yo... -continuó la voz-. Yo estaba en mi casa... pero pude escuchar todo.

Mya dejó de respirar por un segundo.

-¿Escuchar... qué...?

El silencio al otro lado fue más largo esta vez.

Demasiado largo.

-Escuché disparos.

Mya sintió que el mundo se detenía.

-¿Cuántos...? -preguntó, con la voz rota.

-No lo sé con exactitud... -respondió el hombre-. Pero... fueron muchos.

Scott apretó los puños.

-¿Muchos... cuánto es muchos? -insistió Mya.

-Al menos... veintinueve.

El número cayó como un golpe.

Seco.

Definitivo.

-Fueron rápidos -añadió la voz-. Disparos secos... seguidos... sin pausa.

Mya tembló.

Su cola cayó completamente, sin vida.

-Y luego... -continuó el hombre-. Se fueron. Así sin más.

Scott se acercó más, colocándose frente a ella.

-¿Mya... qué pasa...?

Ella no respondió.

-No dejaron rastro... ni pistas... nada -finalizó la voz al otro lado.

Mya no dijo nada.

No pudo.

El teléfono temblaba en su mano.

Mya abrió los ojos.

El miedo no llegó poco a poco... llegó de golpe.

Como un latigazo.

Sus pupilas se dilataron, sus orejas se levantaron rígidas, completamente tensas... y su respiración se cortó por un segundo que pareció eterno. Su cuerpo reaccionó antes que su mente.

El teléfono se le resbaló de la mano.

Cayó al suelo con un golpe seco.

-¿Mya? -la voz al otro lado se escuchaba lejana, distorsionada por la distancia-. ¿Mya, sigues ahí? ¿Hola?

Pero ella no respondió.

No podía.

Su cuerpo estaba completamente rígido, como si sus músculos se hubieran bloqueado. Su cola cayó sin fuerza contra la cama, sin el más mínimo movimiento.

-Mya... -insistía la voz desde el suelo-. ¿Estás ahí? Respóndeme, por favor...

Scott dio un paso rápido hacia ella, alarmado. Sus orejas se inclinaron hacia atrás al instante, percibiendo el cambio en el ambiente.

-¿Qué pasó? -preguntó, con el ceño fruncido-. ¿Qué te dijeron?

Mya giró la cabeza lentamente hacia él.

Su expresión no era solo tristeza.

Era terror puro.

Instintivo.

-Nos tenemos que ir -dijo de repente, con la voz quebrada.

Scott parpadeó, confundido.

-¿Qué...?

-¡Nos tenemos que ir ya! -repitió, levantándose de la cama de forma brusca.

El movimiento fue torpe, casi desesperado. Sus patas tocaron el suelo con fuerza, como si necesitara anclarse a la realidad.

Scott se incorporó de inmediato.

-Mya, ¿qué pasa? -preguntó, más serio ahora-. ¿De qué hablas?

Ella empezó a moverse por la habitación sin rumbo claro. Abrió un cajón, luego otro, tirando cosas sin orden. Sus manos temblaban visiblemente.

-Después te explico -dijo, rápida-. Pero tenemos que irnos. Estamos en peligro.

La palabra quedó suspendida en el aire.

Peligro.

Scott la observó con atención. Su cola se movió una vez, tensa, y luego quedó inmóvil.

-¿Qué peligro? -insistió-. Mya, mírame.

Ella no lo hizo.

-Empaca todo lo que puedas -ordenó, con la voz cargada de urgencia-. Rápido, Scott.

Él dudó.

Solo un segundo.

Pero en ese segundo vio todo: sus orejas completamente tensas, su respiración irregular, su mirada perdida... como si estuviera tratando de no derrumbarse.

No estaba exagerando.

Algo había pasado.

-...Está bien -dijo finalmente.

Se giró y tomó la maleta cerca del armario. La abrió de golpe, haciendo que el cierre sonara más fuerte de lo normal.

-¿Qué llevo? -preguntó mientras empezaba a meter ropa-. ¿Solo lo básico?

-Todo lo necesario -respondió Mya, sin dejar de moverse-. Ropa... documentos... lo que encuentres... lo que sirva...

Scott asintió.

Metió camisetas, pantalones, chaquetas. Tomó ropa de Mya sin preguntar, lanzándola dentro de la maleta sin doblarla. Cada movimiento era rápido, pero cargado de tensión.

-Mya -dijo entre movimientos-. Necesito saber qué está pasando.

-¡Después! -respondió ella, al borde del quiebre-. Scott... por favor... solo hazlo...

Su voz se rompió al final.

Scott se quedó en silencio.

-...Está bien -murmuró.

Cerró la maleta con un golpe seco.

-Ya está.

Mya se giró hacia él. Sus ojos estaban abiertos de más, brillando de una forma inquietante.

-Tenemos que irnos. Ahora.

Scott asintió.

-Vamos.

Salieron del apartamento casi corriendo. Mya tomó el teléfono del suelo en el último segundo, sin siquiera mirar si la llamada seguía activa.

Al cerrar la puerta, no miró atrás.

Ni una sola vez.

El pasillo estaba en silencio, pero sus pasos resonaban más de lo normal. Scott sintió algo extraño... como si el lugar mismo los estuviera observando.

Sus orejas se movieron ligeramente, alerta.

Pero no dijo nada.

...

Afuera, el aire de la mañana los golpeó de lleno.

Todo parecía normal.

Demasiado normal.

Gente caminando. Autos pasando. El mundo seguía... como si nada hubiera ocurrido.

-Taxi -dijo Scott, levantando la mano.

Uno se detuvo a los pocos segundos.

Subieron sin pensarlo.

-Arranque -ordenó Scott.

El conductor asintió y el vehículo comenzó a moverse.

Durante los primeros segundos, nadie habló.

El sonido del motor llenaba el espacio. El leve traqueteo del vehículo. La ciudad despertando.

Scott miró a Mya de reojo.

Ella estaba completamente rígida en el asiento. Sus manos apretaban sus propias piernas con fuerza, y su cola estaba pegada a su cuerpo, sin el más mínimo movimiento.

-Mya... -dijo con cuidado.

Ella no respondió.

-Mya -insistió, un poco más firme-. ¿Por qué estás así?

Nada.

-¿Qué está pasando? -preguntó-. ¿De qué peligro hablas?

Mya cerró los ojos un momento.

Su respiración tembló.

Y entonces habló.

-Mataron a mi familia.

Las palabras salieron sin emoción.

Vacías.

Scott sintió que algo le apretaba el pecho.

-...¿Qué?

-Anoche -continuó ella, con la voz distante-. Entraron a la casa... rompieron la puerta... y dispararon...

Tragó saliva.

-A todos.

El silencio dentro del taxi se volvió pesado.

-Mi mamá estaba en la ducha... -añadió, con la voz quebrándose poco a poco-. Mi papá dormía... mis hermanos estaban en la cocina...

Sus manos empezaron a temblar más fuerte.

-No... no pudieron hacer nada...

Scott bajó la mirada, apretando los puños.

-Fueron al menos veintinueve disparos -dijo ella-. Rápidos... secos... sin pausa...

Su cola cayó aún más, completamente sin vida.

-Y luego se fueron... como si nada...

Scott respiró hondo, tratando de mantener la calma.

-¿Quién haría algo así...? -murmuró.

Mya negó lentamente.

-No lo sé... pero si hicieron eso... -su voz se tensó de nuevo-. Lo más probable es que vengan por mí también.

Scott levantó la mirada.

Su mente empezó a moverse rápido.

Necesitaban un lugar.

Un lugar seguro.

Pero... no tenía nada.

No tenía casa.

No tenía contactos.

No tenía opciones.

Su cola se movió lentamente, inquieta, mientras miraba por la ventana.

Calles. Personas. Vida normal.

Nada de eso servía.

-Mierda... -susurró.

Mya no decía nada. Solo miraba al frente, como si su mente estuviera en otro lugar.

Scott apretó la mandíbula.

Solo había una opción.

Una que no quería.

Pero no había otra.

Se inclinó hacia adelante.

-Señor... -dijo al conductor.

El hombre lo miró por el retrovisor.

-¿Sí?

Scott dudó un segundo. Sus orejas se inclinaron hacia atrás.

Y luego habló.

-Llévenos al palacio Ludendorff.

El silencio dentro del taxi se volvió aún más denso.

Irónico.

El único lugar donde podían estar a salvo... era el mismo del que había jurado no volver.

El taxi se detuvo frente al imponente portón del palacio.

El lugar se alzaba igual que siempre: enorme, silencioso... intimidante. Las rejas oscuras parecían más altas de lo que Scott recordaba, como si el simple hecho de volver las hiciera más pesadas.

-Aquí es -dijo el conductor.

Scott asintió en silencio. Sacó el dinero con rapidez y se lo entregó.

-Gracias.

-Suerte -respondió el hombre, echando un vistazo rápido a ambos antes de irse.

El taxi se alejó.

El silencio quedó.

Mya miró el lugar, tragando saliva. Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia atrás.

-¿Este es...?

-Sí -respondió Scott, con la mirada fija en el portón-. Aquí es.

Su cola estaba rígida. No por miedo... sino por algo más profundo.

Duda.

Respiró hondo.

-Vamos.

Se acercaron al portón. Apenas dieron unos pasos, los guardias ya estaban alertas.

-Alto -dijo uno de ellos, alzando la mano-. ¿Motivo de su visita?

Scott se detuvo frente a ellos. Por un momento, no dijo nada.

Miró el interior del palacio... y luego volvió a enfocarse.

-Vengo a ver a Desmond Ludendorff.

Los guardias intercambiaron miradas.

-¿Nombre?

Scott dudó una fracción de segundo.

-Scott... Ludendorff.

El silencio que siguió fue breve, pero tenso.

Uno de los guardias alzó una ceja, reconociéndolo.

-...Entiendo.

El otro guardia observó a Mya de arriba abajo, evaluando.

-¿Y ella?

Scott no dudó esta vez.

-Está conmigo.

El guardia sostuvo la mirada unos segundos más... y luego asintió.

-Adelante.

El portón comenzó a abrirse con un sonido metálico profundo.

Scott sintió un leve nudo en el estómago.

Había vuelto.

Cruzaron el umbral.

...

No tuvieron que avanzar mucho.

-¡Scott!

La voz rompió la tensión al instante.

Laura apareció desde uno de los pasillos laterales, caminando rápido hacia ellos. Su expresión cambió completamente al verlo.

-¡Scott! -repitió, acercándose sin dudar.

Antes de que él pudiera reaccionar, ella lo abrazó con fuerza.

Scott se quedó rígido un segundo... y luego correspondió el abrazo, aunque con cierta torpeza.

-Has estado desaparecido -dijo Laura, separándose un poco para mirarlo-. No sabíamos nada de ti... estaba preocupada.

-Estoy... bien -respondió Scott, sin saber muy bien qué decir.

Laura lo observó un segundo más... y luego su mirada se desvió.

Se detuvo en Mya.

Sus ojos brillaron con curiosidad.

-Vaya... -dijo, con una ligera sonrisa-. ¿Y ella quién es?

Mya se tensó un poco, bajando ligeramente las orejas.

Scott miró a Mya un instante... y luego volvió a Laura.

-Es mi novia.

Laura alzó ambas cejas.

-¿Tu novia?

Su sonrisa se amplió.

-Scott... -dijo en tono divertido-. No sabía que tenías tan buen gusto.

Mya bajó un poco la mirada, tímida.

-Hola... -saludó suavemente.

Laura se acercó a ella sin dudar, tomando su mano con naturalidad.

-Encantada -dijo-. Bienvenida.

Mya parpadeó, sorprendida por la calidez.

-G-gracias...

Laura entrelazó suavemente su mano con la de Scott y luego con la de Mya, guiándolos.

-Vamos, no se queden ahí -dijo-. Esta también es su casa.

Scott sintió algo extraño al escuchar eso... pero no dijo nada.

Caminaron hacia el salón principal.

Cada paso hacía que el ambiente se volviera más pesado para Scott.

Hasta que lo vio.

Desmond estaba sentado en uno de los sillones, con un grimorio abierto entre las manos. Su postura era relajada... pero su presencia llenaba la habitación.

Pasó la página con calma.

Y entonces levantó la mirada.

Sus ojos se clavaron en Scott.

El silencio fue inmediato.

-...Vaya -dijo finalmente, cerrando el grimorio con lentitud-. Mira quién decidió aparecer.

Su tono era frío.

Cortante.

Scott se quedó quieto.

Mya, a su lado, sintió la tensión y bajó ligeramente las orejas.

-¿Qué haces aquí? -preguntó Desmond, sin levantarse.

Scott tragó saliva.

-Vine porque... estoy en peligro.

Desmond no reaccionó.

-¿Ah, sí? -respondió, apoyando un brazo en el sillón-. ¿Y por qué debería importarme?

Scott apretó la mandíbula.

-Necesito quedarme aquí.

Silencio.

Desmond lo miró fijamente.

-¿Y por qué te dejaría volver?

La pregunta cayó pesada.

Scott bajó la mirada un segundo... y luego volvió a levantarla.

-Sé que no tenemos una buena relación... -dijo-. Lo sé.

Desmond no respondió.

-Pero no te lo estoy pidiendo por mí -añadió Scott-. Hazlo por la familia.

Desmond entrecerró los ojos.

-Explícate.

Scott respiró hondo.

-Ella... -dijo, señalando levemente a Mya-. Su familia fue asesinada anoche.

Laura frunció el ceño de inmediato.

-¿Qué...?

Mya bajó la mirada, su cola completamente caída.

-Entraron a su casa... y los mataron a todos -continuó Scott-. Y lo más probable... es que ahora vengan por ella.

El silencio llenó la habitación.

Desmond no apartó la mirada.

-¿Y eso qué tiene que ver conmigo? -preguntó.

Scott dio un paso adelante.

-Si de verdad valoras lo que es una familia... -dijo, con firmeza-. Ayúdanos.

Laura dio un paso al frente.

-Tiene razón -intervino-. Puede que no se lleven bien... pero siguen siendo familia.

Miró a Desmond con seriedad.

-Y la familia se apoya en las buenas... y en las malas.

El silencio volvió.

Pesado.

Desmond cerró los ojos un segundo y soltó un suspiro.

Se levantó finalmente.

-Está bien.

Scott levantó la mirada.

-Pueden quedarse.

Mya abrió ligeramente los ojos, sorprendida.

-Pero -añadió Desmond, con tono firme-. Van a seguir las reglas del palacio al pie de la letra.

Su mirada se endureció.

-Sin excepciones.

Scott asintió de inmediato.

-Está bien.

Mya también asintió, un poco más nerviosa.

-Sí... claro.

-No quiero problemas -continuó Desmond-. Ni dramas innecesarios.

Scott sostuvo su mirada.

-No los habrá.

Desmond lo observó un segundo más... y luego apartó la mirada.

-Laura, encárgate de ellos.

-Claro -respondió ella.

Luego miró a Scott y a Mya con una sonrisa más suave.

-Vamos... les mostraré dónde pueden quedarse.

Scott soltó el aire lentamente, como si recién pudiera respirar.

Habían conseguido entrar.

Pero algo le decía... que eso no significaba que estuvieran a salvo.

Mientras tanto...

Astaroth se encontraba en la sala de juntas, de pie frente al ventanal como de costumbre. La ciudad infernal se extendía ante él, inmensa, silenciosa... bajo su mirada.

Todo estaba en calma.

Hasta que la puerta se abrió de golpe.

El estruendo rompió el silencio como un disparo.

-¡¿Qué carajos hiciste, maldito enfermo?! -la voz de Illuzkan retumbó en toda la sala.

Astaroth no se giró de inmediato.

Sonrió.

-Ah... ahora sí suenas como esperaba.

Se dio la vuelta con calma, como si la furia del otro no significara nada.

Illuzkan avanzó sin detenerse, con los ojos encendidos de rabia.

-No te hagas el estúpido -escupió-. Mandaste a tus perros a mi territorio.

Se detuvo a unos metros de él, señalándolo con desprecio.

-¡A mi territorio!

Astaroth ladeó ligeramente la cabeza.

-Baja la voz -dijo con frialdad-. Esto no es un mercado.

-¡Me importa una mierda! -respondió Illuzkan sin dudar-. Rompiste un acuerdo.

El ambiente se volvió denso.

-Entraste, mataste a una familia entera... y te largaste como si nada -continuó-. ¿Te crees intocable o qué?

Astaroth caminó lentamente hacia la mesa, pasando los dedos por la superficie.

-Lo hice porque tenía que hacerlo.

Illuzkan soltó una risa seca, llena de desprecio.

-¿"Tenías"? -repitió-. No, no... no vengas con esa mierda.

Se acercó más.

-Elegiste hacerlo.

Silencio.

-Había un trato -añadió-. Claro, directo: tú no te metes en lo mío, yo no me meto en lo tuyo.

Astaroth lo miró de reojo.

-Los tratos cambian.

-No -lo cortó Illuzkan de inmediato-. Los rompe gente como tú.

El tono subió.

-¿Sabes lo que hiciste? -preguntó-. No solo mataste gente... rompiste el equilibrio que llevo años manteniendo.

Astaroth soltó una leve risa.

-Equilibrio... -repitió-. Bonita palabra para algo tan frágil.

Illuzkan apretó los dientes.

-Responde la maldita pregunta -dijo-. ¿Por qué en mi territorio?

Astaroth se giró por completo hacia él.

-Porque ahí estaba el problema.

-No -respondió Illuzkan, acercándose más-. El problema lo llevaste tú.

Sus miradas chocaron.

-Esa familia no tenía nada que ver contigo -continuó-. Eran irrelevantes.

Astaroth no respondió.

-Así que dime... -añadió Illuzkan, bajando un poco la voz, pero cargada de veneno-. ¿Qué te dolió tanto como para hacer eso?

Silencio.

Astaroth lo observó fijamente.

-Hablas como si no supieras -dijo.

Illuzkan soltó otra risa.

-Oh, lo sé perfectamente.

Se cruzó de brazos.

-Tienes el alma del hijo de Desmond Ludendorff.

Astaroth no reaccionó.

-Scott -añadió Illuzkan-. Ese chico que se te salió del control.

Eso hizo que el ambiente cambiara apenas.

-Y luego aparece ella -continuó-. La novia.

Una pausa.

-Mya.

Astaroth entrecerró los ojos.

-Cuidado con lo que dices.

-¿Por qué? -replicó Illuzkan-. ¿Te duele?

Se inclinó un poco hacia adelante.

-Porque la chica dijo lo obvio.

Silencio.

-Que no eres alguien de confiar.

La frase cayó pesada.

Astaroth apretó ligeramente los puños.

-Y por eso... -continuó Illuzkan-. mandaste a matar a su familia.

Se enderezó.

-No por estrategia. No por poder.

Negó con la cabeza.

-Por ego.

Astaroth dio un paso hacia él.

-Fue un recordatorio.

-¡No, fue un berrinche! -lo interrumpió Illuzkan con fuerza-. Uno sangriento, pero berrinche al final.

El aire parecía vibrar entre ambos.

-¿Sabes qué es lo peor? -añadió-. No es que mates gente.

Señaló el suelo.

-Eso pasa.

Su mirada se endureció.

-Es que entraste en lo que estoy construyendo... y lo trataste como si fuera basura.

Astaroth se acercó aún más.

-Porque lo es -dijo con frialdad absoluta-. Si interfiere conmigo.

Illuzkan lo sostuvo sin retroceder.

-Eres un imbécil -dijo sin rodeos.

Silencio.

Pesado.

-No entiendes nada -continuó-. No se trata solo de poder... se trata de control real.

Se golpeó ligeramente el pecho con dos dedos.

-La gente en mi territorio no me obedece porque tengan miedo.

Señaló a Astaroth.

-A ti sí.

Una pausa.

-Y eso te convierte en un tirano... no en un líder.

Astaroth sonrió, pero no era una sonrisa agradable.

-Ten cuidado.

Illuzkan negó.

-No -respondió-. El que debería tener cuidado eres tú.

Se inclinó un poco más cerca, sin miedo.

-Porque acabas de cruzar una línea.

Silencio.

Denso.

-Y no voy a dejar que arruines todo... solo porque no soportas que alguien hable mal de ti.

Sus miradas chocaron con más fuerza.

-Así que te lo pregunto una última vez... -dijo Illuzkan-. ¿Esto fue una advertencia...?

Una pausa.

-¿O es que estás buscando guerra?

Astaroth no respondió de inmediato.

Solo lo miró.

Con esa calma peligrosa... que prometía algo peor.

CAP 95

Reconciliacion

Antrox, Exelia y Natally se encontraban en su casa.

Era uno de esos días raros... tranquilos.

Sin tensión. Sin problemas inmediatos. Sin ese peso constante que solía acompañarlos.

Exelia estaba en la habitación, de pie frente a la cama, doblando ropa con cuidado. Separaba las prendas de Antrox y las suyas en montones ordenados, como si ese pequeño acto le diera algo de control.

-Siempre dejas todo tirado... -murmuró para sí misma, doblando una camisa de Antrox-. No sé cómo puedes vivir así.

La puerta de la habitación se abrió.

-Porque sé que tú lo arreglas -respondió Antrox, apoyándose en el marco con una leve sonrisa.

Exelia ni siquiera se giró.

-No es gracioso.

-Un poco sí -replicó él, encogiéndose de hombros.

Natally apareció detrás de él, asomando la cabeza.

-¿Ya terminaste de regañarlo o puedo entrar? -dijo con tono juguetón.

Exelia soltó un pequeño suspiro.

-Pasa.

Natally entró dando pequeños pasos, mirando alrededor.

-Huele limpio -comentó-. Eso da miedo.

Antrox soltó una risa baja.

-Eso es porque Exelia existe.

Exelia finalmente se giró, cruzándose de brazos.

-¿Necesitan algo o solo vinieron a molestar?

Antrox levantó las manos en señal de paz.

-Nada de eso. Íbamos a salir a comprar comida.

Natally asintió con energía.

-Sí, hay hambre nivel crítica.

-Y queríamos saber si quieres algo -añadió Antrox-. Antes de que esta empiece a quejarse en la tienda.

-¡Oye! -protestó Natally-. Yo solo me quejo cuando es necesario.

Exelia negó con la cabeza, aunque una leve sonrisa se asomó por un segundo.

-Estoy bien -respondió-. No necesito nada.

Antrox la observó un instante.

-¿Segura?

-Sí.

Natally la miró con curiosidad.

-¿Ni siquiera algo dulce?

Exelia dudó un segundo... pero negó.

-No. Así está bien.

Antrox asintió.

-Vale. Entonces volvemos en unos minutos.

Se giró hacia la puerta.

-No tarden -dijo Exelia automáticamente.

Antrox se detuvo y miró por encima del hombro.

-¿Te preocupas por nosotros?

-No -respondió ella de inmediato-. Me preocupa que vuelvan con algo que no se pueda comer.

Natally soltó una risa.

-Eso sí sería trágico.

Antrox negó con la cabeza.

-Ya volvemos.

-Váyanse -respondió Exelia, volviendo a la ropa.

La puerta se cerró.

El silencio regresó.

...

Exelia se quedó unos segundos quieta.

Escuchando.

Hasta que el sonido de la puerta principal cerrándose le confirmó que ya estaba sola.

Entonces exhaló lentamente.

-Al fin...

Se movió por la habitación, terminando de organizar la ropa. Luego salió hacia la sala, acomodó algunos objetos, limpió la mesa, ajustó una silla.

Rutina.

Control.

Normalidad.

Pero algo...

Algo no se sentía bien.

Se detuvo.

Sus ojos se entrecerraron levemente.

-...¿Qué es esto...?

Un escalofrío recorrió su espalda.

No era ruido.

No era movimiento.

Era... una sensación.

Pesada.

Antigua.

Conocida.

Entonces-

Toc.

El sonido en la puerta.

Seco.

Preciso.

Exelia se quedó completamente inmóvil.

-¿Quién...? -murmuró.

Dio un paso hacia la entrada.

Luego otro.

Pero a medida que se acercaba...

Lo sintió.

Un aura.

Celestial.

Pura... pero opresiva.

Su respiración se detuvo.

Sus ojos se abrieron lentamente.

-No... -susurró.

El miedo apareció de inmediato.

Real.

Instintivo.

-¿Cómo...? -murmuró, retrocediendo apenas-. ¿Cómo mierda me encontró...?

Toc. Toc.

Esta vez más firme.

Más insistente.

Exelia no respondió.

No podía.

Entonces, la voz.

Desde el otro lado de la puerta.

Femenina.

Fría.

Autoritaria.

-Sé que estás ahí, Exelia.

El corazón de Exelia comenzó a latir con fuerza.

-Abre la puerta.

El silencio dentro de la casa se volvió insoportable.

Exelia retrocedió un paso.

Luego otro.

-No... no... no... -susurró.

Su mente empezó a moverse rápido.

Demasiado rápido.

Sin pensarlo más, se giró y corrió hacia la habitación.

Sus pasos fueron rápidos, desesperados.

Entró, cerró la puerta y fue directo al armario.

Abrió una de las cajas escondidas en el fondo y sacó una espada.

La hoja estaba dañada.

Abollada.

Agrietada.

Pero aún... era lo único que tenía.

La sostuvo con fuerza.

Sus manos temblaban.

-No me vas a llevar... -murmuró.

La presión en el ambiente aumentó.

La presencia seguía ahí.

Esperando.

Exelia respiró hondo... y sin perder tiempo, se metió dentro del armario.

Cerró la puerta con cuidado.

Quedó en la oscuridad.

Apretando la espada contra su cuerpo.

Escuchando.

Esperando.

Sabiendo... que lo que estaba al otro lado... no se iba a ir fácilmente.

-Te voy a dar una oportunidad, Exelia... -la voz al otro lado de la puerta sonó fría, firme, cargada de una autoridad que no admitía réplica-. Si no abres a la cuenta de tres... voy a tumbarla.

Dentro del armario, Exelia dejó de respirar.

Su cuerpo estaba completamente rígido. Sus manos apretaban la empuñadura de la espada con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Silencio.

Un segundo que se sintió eterno.

-Uno...

El corazón de Exelia empezó a latir con violencia. Sus orejas zumbaban. Su mente gritaba que corriera... pero no había a dónde.

-Dos...

Se llevó una mano a la boca, cubriéndose, conteniendo el sonido de su respiración, de su miedo... de los sollozos que amenazaban con escapar.

-No me encuentres... -pensó, desesperada-. Por favor... no me encuentres...

-Tres.

El impacto fue inmediato.

Un choque de energía brutal sacudió la casa entera.

La puerta explotó hacia adentro, arrancada de sus bisagras, saliendo disparada y estrellándose contra el suelo con un estruendo ensordecedor. El aire se llenó de polvo, fragmentos de madera y ese brillo tenue... casi sagrado... que acompañaba a la presencia que acababa de entrar.

Dentro del armario, Exelia se encogió aún más.

Su respiración era irregular. Sus ojos, abiertos en la oscuridad.

No hizo ningún sonido.

No podía.

El polvo comenzó a asentarse lentamente.

Y entonces... se escucharon pasos.

Firmes.

Controlados.

Sin prisa.

Cada uno de ellos retumbaba en la casa como un recordatorio de que no había escapatoria.

La figura se reveló entre la neblina de polvo.

Seraphiel.

Su presencia llenaba el lugar sin necesidad de moverse demasiado. Su energía era limpia... pero opresiva. No era violencia descontrolada.

Era juicio.

Era autoridad.

Era algo que simplemente... estaba por encima.

Sus ojos recorrieron la casa con calma.

Observando.

Analizando.

-Has estado ocupada... -murmuró, más para sí misma que para alguien más.

Avanzó unos pasos dentro de la sala.

Su mirada se detuvo en una pequeña mesa.

Había una foto.

Seraphiel se acercó lentamente.

La tomó.

En la imagen estaban Exelia, Antrox y Natally. Sonriendo. Cercanos. Humanos... a su manera.

Seraphiel la observó en silencio durante unos segundos.

Su expresión no cambió.

-Qué curioso... -dijo en voz baja-. Te escondes en el infierno... y aun así intentas construir algo que se parezca a una vida.

Sus dedos se aflojaron.

La foto cayó.

El vidrio del marco impactó contra el suelo... y se rompió en mil pedazos.

El sonido resonó en toda la casa.

Dentro del armario, Exelia apretó los ojos con fuerza.

Su cuerpo temblaba.

-No hagas ruido... no hagas ruido... -se repetía.

Los pasos continuaron.

Seraphiel se dirigió hacia el pasillo.

Hacia la habitación.

Cada paso... más cerca.

Exelia sintió cómo su respiración se descontrolaba.

Apretó la espada con más fuerza.

-No puedo huir... -pensó-. No hay salida...

La puerta de la habitación se abrió.

Lentamente.

El leve crujido fue suficiente para hacer que el corazón de Exelia se disparara aún más.

Seraphiel entró.

Su presencia llenó el espacio al instante.

Sus ojos recorrieron la habitación.

La cama.

La ropa.

El armario.

Se detuvo.

Silencio.

Exelia apenas respiraba.

Su mano seguía sobre su boca.

Sus lágrimas ya corrían en silencio.

-Sal de ahí, Exelia -dijo Seraphiel, con un tono tranquilo.

No hubo respuesta.

-No hagas esto más difícil de lo que ya es.

Silencio.

El agarre de Exelia sobre la espada se tensó.

Sus ojos se endurecieron.

El miedo seguía ahí.

Pero algo más empezaba a aparecer.

Decisión.

-...No -susurró para sí misma.

Seraphiel dio un paso más dentro de la habitación.

Acercándose.

-No puedes esconderte de mí -añadió.

Otro paso.

-Nunca pudiste.

Exelia apretó los dientes.

Su cuerpo temblaba... pero su mirada cambió.

-Entonces... -pensó-. Si voy a caer...

Se preparó.

Sus músculos se tensaron.

Esperó.

Un paso más.

Más cerca.

El momento.

Exelia abrió el armario de golpe.

Y salió disparada.

-¡AHHHH!

Su grito rompió el silencio mientras lanzaba la estocada directa al torso de Seraphiel.

Rápida.

Precisa.

Desesperada.

Pero inútil.

Antes de que la hoja pudiera siquiera rozarla...

El cuerpo de Exelia se detuvo en el aire.

De golpe.

Como si hubiera chocado contra algo invisible.

Sus ojos se abrieron de par en par.

-¿Qué...?

No podía moverse.

Una presión invisible la mantenía suspendida.

Seraphiel ni siquiera había cambiado de expresión.

-Sigo sin entender por qué insistes en esto -dijo con calma.

Levantó ligeramente la mano.

Y Exelia fue arrastrada hacia ella.

-¡Suéltame! -gritó Exelia, forcejeando inútilmente.

Seraphiel la tomó del cuello.

Sus dedos se cerraron con firmeza.

Y sin esfuerzo...

La lanzó contra el suelo.

El impacto fue seco.

Brutal.

-¡GH-! -el aire salió de los pulmones de Exelia de golpe.

La espada se le escapó de las manos, deslizándose por el suelo con un sonido metálico.

Exelia tosió, intentando recuperar el aire.

Pero no tuvo tiempo.

Seraphiel ya estaba sobre ella.

La tomó nuevamente del cuello, levantándola apenas del suelo.

-Eres decepcionante -dijo, mirándola fijamente.

Exelia llevó ambas manos a la muñeca de Seraphiel, intentando liberarse.

Empujó.

Tiró.

Forcejeó.

Pero no sirvió de nada.

Era como intentar mover una montaña.

-¡Suéltame...! -jadeó, con la voz quebrada.

Seraphiel no se movió.

-¿De verdad pensaste que podrías enfrentarte a mí? -preguntó.

Exelia apretó los dientes.

Sus brazos temblaban por el esfuerzo.

-No... -logró decir-. Pero tampoco iba a dejarme atrapar como una cobarde...

Seraphiel inclinó ligeramente la cabeza.

-¿Cobarde?

La presión en su cuello aumentó apenas.

Exelia soltó un quejido ahogado.

-Huir... esconderte... -continuó Seraphiel-. ¿Eso no es cobardía?

Exelia negó como pudo.

-Es... sobrevivir...

Silencio.

Seraphiel la observó.

Evaluándola.

-Te dieron una oportunidad -dijo-. Y la desperdiciaste.

Exelia la miró con rabia, a pesar del dolor.

-No... me arrepiento...

Sus manos seguían intentando soltarse.

Inútilmente.

Seraphiel la sostuvo un segundo más en el aire.

Impasible.

Dominante.

Mucho más fuerte que ella.

Y en ese momento... quedó claro.

Exelia no tenía ninguna posibilidad.

Exelia forcejeó con todas sus fuerzas.

Sus manos apretaban la muñeca de Seraphiel, sus dedos temblaban por el esfuerzo, sus uñas casi clavándose en la piel de aquella entidad... pero era inútil. La diferencia de poder no era grande.

Era abismal.

-¡Suéltame...! -exigió, con la voz rota por la presión en su cuello.

Seraphiel no cedió ni un milímetro.

Su expresión seguía siendo la misma: fría, distante... como si todo aquello fuera una tarea más.

-¿De verdad creíste que podías esconderte de mí por toda la eternidad? -preguntó con calma, observándola desde arriba.

Exelia apretó los dientes, sus ojos llenos de rabia... y miedo.

-No... -logró decir entre jadeos-. Pero al menos... lo suficiente para que el cielo me olvidara...

Por un instante, hubo silencio.

Seraphiel entrecerró los ojos.

-El cielo... jamás olvida -respondió.

Su voz no subió de tono... pero pesaba.

-Y tu deserción -continuó- provocó un desastre allá arriba.

Exelia dejó escapar una risa débil, casi ahogada.

-Eso pasa... -dijo con dificultad-. cuando tienes un sistema tan "perfecto"... que es más fácil que se desmorone...

La mirada de Seraphiel se endureció apenas.

-No hables de lo que no entiendes.

-Oh, lo entiendo muy bien... -replicó Exelia, reuniendo fuerzas-. Lo viví... lo vi... desde dentro...

Intentó soltarse de nuevo.

Falló.

-Y por eso huiste -dijo Seraphiel.

No era una pregunta.

Pero Exelia respondió igual.

-No tengo por qué decirte nada.

Seraphiel inclinó ligeramente la cabeza.

-Sí tienes.

Aumentó apenas la presión en su cuello.

Exelia soltó un jadeo ahogado.

-Porque lo que hiciste... -continuó Seraphiel- no fue solo irte.

Sus ojos se clavaron en los de ella.

-Fue traición.

Silencio.

-¿Por qué escapaste? -insistió.

Exelia negó como pudo.

-No... te... debo... nada...

-Te lo estoy preguntando por última vez.

El aire en la habitación se volvió aún más pesado.

Exelia la miró fijamente.

Y no respondió.

...

En ese momento-

Unas voces sonaron desde la sala.

-¡Ya llegamos! -la voz de Antrox resonó desde la entrada-. Oye, Exelia, trajimos algo que te-

Se detuvo.

El silencio lo golpeó antes que la escena.

La bolsa de comida se le resbaló de las manos.

Cayó al suelo.

-...¿Qué...? -susurró.

Sus ojos se abrieron de par en par.

-¡EXELIA!

Sin pensarlo, corrió hacia la habitación.

Natally venía detrás de él.

-¿Qué pasó? ¿Por qué gritas-?

Se detuvo en seco al ver la escena.

-...No...

Antrox no dudó.

-¡Suéltala! -rugió, lanzándose directamente hacia Seraphiel.

Pero no llegó.

Seraphiel ni siquiera lo miró.

Levantó la mano con un movimiento mínimo.

Y una onda de energía lo golpeó de lleno.

-¡GH-!

El impacto lo lanzó por los aires.

Su cuerpo salió disparado contra la pared, estrellándose con una fuerza brutal.

El sonido fue seco.

Violento.

Antrox cayó al suelo... sin moverse.

Inconsciente.

-¡PAPÁ! -gritó Natally, corriendo hacia él.

Se arrodilló a su lado, sacudiéndolo.

-¡Papá! ¡Despierta! ¡Por favor, despierta!

No hubo respuesta.

Su respiración era débil... pero estaba ahí.

Natally apretó los dientes.

-No... no, no, no...

Le dio pequeñas palmadas en el rostro.

-¡Despierta!

Nada.

El golpe había sido demasiado fuerte.

...

Seraphiel finalmente giró la cabeza.

Su mirada se posó en Natally.

Observándola.

Evaluándola.

-...Interesante -murmuró.

Exelia, aún atrapada, giró apenas la mirada.

-Natally... no...

Pero Seraphiel habló.

-¿Por qué está aquí...? -preguntó-. El "regalo" que el cielo le hizo a Antrox.

Natally se tensó.

Exelia apretó los dientes.

-Porque vive aquí... -respondió, con dificultad-. Lleva quince años conmigo...

Seraphiel la miró.

-¿Quince años...?

Había algo en su tono.

Confusión.

-Es mi estudiante... -añadió Exelia-. La he entrenado todo este tiempo.

El silencio cayó un instante.

-¿Qué... le has enseñado? -preguntó Seraphiel.

Exelia no dudó.

-Todo.

Sus ojos brillaron con determinación.

-Absolutamente todo.

Los ojos de Seraphiel se abrieron ligeramente.

Y en ese mismo instante-

Un ataque cortó el aire.

Natally apareció con su cetro, lanzando un golpe directo hacia Seraphiel.

-¡SUÉLTALA!en

Pero Seraphiel reaccionó antes de que el impacto llegara.

Se movió apenas.

Y el ataque pasó de largo.

Natally aterrizó frente a ella, respirando agitada, con el cetro firme entre sus manos.

-Déjala... -dijo, con la voz temblando... pero decidida-. Déjala o...

Tragó saliva.

-O te vas a tener que enfrentar conmigo.

Exelia abrió los ojos.

-¡Natally, no-!

Seraphiel la observó.

Silencio.

-Esto no es asunto tuyo -dijo finalmente, con tono frío.

Natally apretó el cetro con más fuerza.

-Sí lo es.

Sus ojos estaban llenos de rabia.

-Tú... -señaló a Antrox-. Tú lo lastimaste.

Su voz se quebró apenas, pero no retrocedió.

-Y si quieres hacerle algo más...

Se puso en posición.

-Vas a tener que pasar sobre mi cadáver.

Exelia sintió un nudo en el pecho.

-Natally... por favor...

Pero Natally no retrocedió.

No esta vez.

Seraphiel la miró en silencio.

Y luego...

Asintió levemente.

-Está bien.

El aire se volvió más pesado.

-Si eso es lo que deseas... -continuó.

Su voz bajó.

Fría.

Definitiva.

-Entonces atente a las consecuencias.

Natally cerró los ojos.

Por un instante, todo pareció detenerse.

Su respiración se estabilizó... y algo en el ambiente cambió.

No fue un estallido.

No fue una explosión.

Fue... una presencia.

Suave.

Profunda.

Pero imposible de ignorar.

El aire alrededor de ella vibró con una especie de armonía invisible, como si varias voces susurraran al mismo tiempo desde ningún lugar. La luz del cetro se expandió en un pulso tenue... y el peso en la habitación se desplazó ligeramente.

Seraphiel lo sintió.

Y sus ojos se afilaron.

Exelia también lo sintió.

-...Natally... -susurró, sorprendida.

Natally abrió los ojos.

Y avanzó un paso.

-Suéltala.

No gritó.

No lo necesitaba.

Seraphiel inclinó apenas la cabeza.

-¿Crees que puedes ordenarme algo?

Natally no respondió.

Solo dio otro paso.

El suelo bajo sus pies crujió levemente.

La presión que llenaba la habitación... empezó a cambiar.

Seraphiel apretó ligeramente el cuello de Exelia.

-No estás entendiendo la magnitud de esto -dijo-. Esto está por encima de ti.

Natally levantó el cetro.

Y en ese momento... todo a su alrededor pareció volverse más lento.

El polvo suspendido en el aire dejó de caer.

El sonido... se apagó.

Solo ella se movía con normalidad.

Sus ojos se clavaron en Seraphiel.

Y sin previo aviso...

Desapareció de su posición.

Apareció a un costado.

El golpe del cetro fue directo.

Rápido.

Preciso.

Pero Seraphiel reaccionó.

Su cuerpo se movió apenas lo suficiente para evitar el impacto completo, pero aun así el golpe rozó su brazo, generando una chispa de energía que rasgó el aire.

Exelia cayó al suelo al instante, liberada por un segundo.

-¡Corre! -gritó Natally.

Pero Seraphiel no se quedó quieta.

Un destello dorado cruzó su cuerpo.

Y con un simple movimiento de su mano-

Una onda de energía estalló.

Natally apenas alcanzó a levantar el cetro.

El impacto la empujó hacia atrás, deslizándola varios metros por el suelo.

-¡NGH-!

Sus pies se clavaron para no caer.

La presión volvió.

Más fuerte.

Más pesada.

Seraphiel dio un paso al frente.

Ahora sí... completamente enfocada en ella.

-...Interesante -murmuró-. No eres un simple demonio.

Natally respiraba agitada.

-Nunca dije que lo fuera.

Seraphiel extendió ligeramente su mano.

Y el aire a su alrededor comenzó a distorsionarse.

La luz se concentró en su palma... densa, brillante... peligrosa.

-Pero sigues siendo inferior -añadió.

Sin más-

Disparó.

Un haz de energía descendió con fuerza devastadora.

Natally reaccionó.

Clavó el cetro en el suelo.

Y una barrera de luz se expandió a su alrededor.

El impacto fue brutal.

La casa entera tembló.

Las paredes crujieron.

El suelo se agrietó bajo la presión.

Natally apretó los dientes.

Sus brazos temblaban.

-¡GH-!

La energía seguía presionando.

Empujando.

Intentando romper su defensa.

-No... -murmuró-. No voy a caer...

El brillo alrededor de ella se intensificó.

Más fuerte.

Más firme.

Y poco a poco... la presión cedió.

El ataque se disipó.

El silencio regresó... pero era un silencio tenso.

Seraphiel la observaba ahora con más atención.

Más seria.

-Resististe -dijo.

Natally levantó el cetro, respirando con dificultad.

-No voy a dejar que te la lleves.

Seraphiel ladeó la cabeza.

-No tienes elección.

En un instante-

Desapareció.

Natally apenas alcanzó a reaccionar.

-¡¿-?!

Un golpe impactó su abdomen.

Seco.

Preciso.

Brutal.

-¡GHK-!

Su cuerpo se dobló... y salió disparado contra la pared.

El impacto la dejó sin aire.

Cayó al suelo con fuerza.

El cetro rodó unos centímetros... pero no se separó de ella del todo.

-Demasiado lenta -dijo Seraphiel, caminando hacia ella-. Demasiado débil.

Natally intentó levantarse.

Sus brazos temblaban.

-Cállate...

Escupió un poco de sangre.

-No... me voy a rendir...

Seraphiel llegó hasta ella.

La miró desde arriba.

-Tu determinación no cambia la realidad.

Levantó la mano.

La energía volvió a concentrarse.

-Esto termina aquí.

Natally apretó el cetro.

Sus ojos temblaban... pero no bajaron.

-Entonces... inténtalo...

El ambiente volvió a vibrar.

Más fuerte.

Más profundo.

Como si algo dentro de ella... se negara a apagarse.

Seraphiel entrecerró los ojos.

Por primera vez...

Sintiendo que aquello... no era normal.

Pero aun así-

Su poder seguía siendo superior.

Mucho más.

Y aun así...

Natally no retrocedía.

Natally no retrocedía.

Apenas podía mantenerse en pie... sus piernas temblaban, su respiración era irregular, y aun así, sus manos seguían aferradas al cetro.

Seraphiel la observaba.

Ahora ya no con simple desinterés.

Sino con atención real.

-...Sigues de pie -murmuró.

Natally escupió a un lado, limpiándose la sangre de la comisura de los labios.

-Y lo voy a seguir estando.

Seraphiel no respondió.

Solo avanzó un paso.

Y eso fue suficiente.

El aire volvió a volverse pesado.

Opresivo.

Pero esta vez...

Natally reaccionó diferente.

Clavó el cetro en el suelo.

Y una luz blanca, suave... pero firme, se expandió desde sus pies.

Un círculo de energía envolvió la habitación.

El ambiente cambió por completo.

El peso...

La presión...

El miedo...

Todo empezó a disiparse.

Exelia, aún en el suelo, sintió cómo el dolor en su cuerpo disminuía.

-...¿Qué...? -susurró, sorprendida.

Natally respiró hondo.

-No voy a dejar que nos aplastes así...

Seraphiel frunció levemente el ceño.

Por primera vez... algo la incomodó.

Dio otro paso dentro del campo de luz.

Y se detuvo.

Su energía... no fluía igual.

No era debilitada completamente... pero sí resistida.

-...Molesto -murmuró.

Natally levantó el cetro.

-No eres invencible.

Seraphiel alzó la mirada.

Y sin previo aviso-

Desapareció.

Apareció frente a Natally en un parpadeo.

Golpe directo.

Natally reaccionó a tiempo.

Bloqueó con el cetro.

El impacto hizo que el suelo se fracturara bajo sus pies.

-¡NGH-!

Pero esta vez... no salió volando.

Resistió.

Seraphiel empujó más fuerte.

-Esto no es suficiente -dijo.

Natally apretó los dientes.

-Para ti no...

Sus ojos brillaron.

-Pero tampoco te es cómodo.

Con un movimiento rápido, giró el cetro y lanzó una onda de energía.

Seraphiel retrocedió medio paso.

Lo suficiente.

Natally aprovechó.

Levantó el cetro hacia arriba.

Una luz descendió desde el cielo... atravesando el techo como si no existiera.

Un pilar de energía envolvió a Seraphiel.

El impacto no la destruyó.

Pero algo cambió.

Su aura se volvió más densa... más limitada.

-...Interesante -dijo Seraphiel, mirando su propia mano-. Estás interfiriendo.

Natally respiraba con dificultad.

-No voy a dejar que sigas haciendo lo que quieras...

Seraphiel la miró fijamente.

Y sonrió apenas.

-Entonces vas a morir intentándolo.

La luz a su alrededor estalló.

Y esta vez-

Atacó en serio.

Una ráfaga de energía salió disparada en múltiples direcciones.

Natally reaccionó rápido.

Giró el cetro.

La luz a su alrededor tomó forma... girando como una corona de fuego blanco que comenzó a moverse por el espacio.

Las ondas de Seraphiel impactaron...

Pero fueron desviadas, absorbidas parcialmente... o reducidas.

El choque de energías hizo vibrar toda la casa.

Exelia apenas podía creer lo que veía.

-...Natally...

Seraphiel avanzó de nuevo.

Pero ahora cada paso dentro del campo le costaba un poco más.

No por debilidad...

Sino por resistencia.

-Estás usando algo que no entiendes -dijo.

Natally la miró fijamente.

-Lo entiendo lo suficiente.

Seraphiel alzó la mano.

Pero en ese instante-

Una cadena de luz salió disparada desde el cetro.

Se enroscó alrededor del brazo de Seraphiel.

Y por un segundo...

El tiempo se detuvo.

No físicamente.

Sino... mentalmente.

Los ojos de Seraphiel se abrieron apenas.

Algo cruzó su mirada.

Imágenes.

Ecos.

Juicios.

Silencio.

Natally apretó el cetro.

-Suelta... todo lo que hiciste...

Pero el momento duró poco.

La energía de Seraphiel explotó.

La cadena se rompió.

-No... te atrevas... -su voz sonó más fría que antes.

El aura celestial alrededor de ella se volvió más intensa.

Más peligrosa.

Un paso.

Y apareció frente a Natally.

Esta vez... sin contenerse.

Golpe.

Natally no alcanzó a bloquear completamente.

El impacto la lanzó hacia atrás.

Rodó por el suelo.

-¡NGH-!

Se detuvo con dificultad.

Su cuerpo dolía.

Mucho.

Seraphiel avanzó.

Imparable.

-Esto se acaba.

Natally intentó levantarse.

Sus brazos temblaban.

Sus piernas... apenas respondían.

Pero aun así...

Se puso de pie.

-...No...

Levantó el cetro.

Sus ojos brillaban.

-Aún no...

El ambiente volvió a cambiar.

Más profundo.

Más intenso.

Como si algo dentro de ella... estuviera cruzando un límite.

La luz comenzó a envolver su cuerpo.

Sus cabellos se elevaron ligeramente.

Su voz... salió más firme.

Más clara.

Más poderosa.

-No voy a dejar... que destruyas lo único que tengo.

Seraphiel se detuvo.

Observándola.

Sintiendo ese cambio.

Pero lejos de retroceder...

Su aura también creció.

Más brillante.

Más dominante.

-Entonces ven -dijo.

El aire vibró.

Ambas presencias chocaron.

Y aunque la diferencia de poder seguía siendo clara...

Natally...

Seguía de pie.

El aire vibraba.

La presión en la habitación era insoportable.

Natally apenas se mantenía en pie, el cetro firme entre sus manos, su cuerpo envuelto en esa luz que se negaba a apagarse.

Frente a ella...

Seraphiel.

Inmutable.

Superior.

Decidida a terminarlo.

-Se acabó -dijo, alzando la mano.

La energía se concentró en su puño.

No era un ataque cualquiera.

Era directo.

Letal.

Sin intención de contenerse.

Natally apretó el cetro.

-...Ven...

Pero justo cuando Seraphiel desapareció para ejecutar el golpe-

-¡MAMÁ, NO!

El grito rompió todo.

Seraphiel reapareció... pero no frente a Natally.

Sino detenida.

Su puño... a centímetros de Exelia.

Exelia se había interpuesto.

Su respiración era agitada, su cuerpo temblaba... pero no se movió.

Se quedó ahí.

Entre ambas.

Protegiendo.

Silencio.

El mundo pareció congelarse.

-...¿Qué... Dijiste...? -susurró Seraphiel.

Exelia la miró.

Sus ojos... ya no estaban llenos solo de miedo.

Había algo más.

Dolor.

-Por favor... -dijo con la voz quebrada-. No la toques...

El brazo de Seraphiel tembló.

Muy levemente.

-Apártate -ordenó, pero su voz... no sonó igual.

No fue firme.

No del todo.

Exelia negó.

-No...

Sus ojos se humedecieron.

-No otra vez...

Ese "otra vez"...

Golpeó algo.

Profundo.

Seraphiel no se movió.

Su mirada... empezó a cambiar.

-...Exelia...

Un susurro.

Casi imperceptible.

Exelia dio un pequeño paso hacia ella.

Sin miedo esta vez.

-Por favor...

Sus manos temblaban.

-Detente...

Silencio.

La energía alrededor de Seraphiel comenzó a inestabilizarse.

Como si algo dentro de ella... se estuviera resquebrajando.

-...¿Por qué...? -murmuró.

Su brazo bajó lentamente.

-¿Por qué te fuiste...?

Exelia cerró los ojos un segundo.

Dolía.

Esa pregunta... dolía más que cualquier golpe.

-Porque no podía quedarme... -respondió.

Seraphiel la miró fijamente.

-¿No podías...?

Su voz se quebró apenas.

-Lo tenías todo...

-No... -negó Exelia-. No lo tenía.

Sus ojos se abrieron.

Firmes.

-No podía respirar ahí...

Silencio.

-Todo era perfecto... -continuó-. Demasiado perfecto...

Sus manos se apretaron.

-No podía equivocarme... no podía dudar... no podía sentir...

Su voz tembló.

-No podía ser yo.

Las palabras cayeron como golpes.

Seraphiel retrocedió medio paso.

Como si aquello la hubiera alcanzado.

-...Eso... no es cierto... -murmuró, pero ya no con convicción.

Exelia dio un paso más.

-Sí lo es.

La miró directo a los ojos.

-Y tú lo sabes.

Silencio.

Pesado.

Largo.

Seraphiel bajó la mirada.

Sus manos temblaron.

-Yo... -intentó hablar-. Yo te protegía...

Exelia tragó saliva.

-No...

Se acercó aún más.

-Me encerrabas.

Eso fue el quiebre.

Seraphiel dejó de sostenerse.

Su cuerpo tembló.

Y sin aviso...

Se inclinó hacia adelante.

Hundiendo su rostro en el pecho de Exelia.

-...¿Por qué...? -su voz salió rota-. ¿Por qué te fuiste de mi lado...?

Exelia se quedó inmóvil.

Sorprendida.

-Yo... -continuó Seraphiel, aferrándose a ella-. Yo hice todo para que estuvieras bien...

Su voz se quebró por completo.

-...Todo...

Y entonces...

Lloró.

No en silencio.

No contenida.

Lloró como alguien que llevaba demasiado tiempo sin poder hacerlo.

Exelia abrió los ojos, impactada.

Lentamente...

Sus brazos se levantaron.

Y la abrazó.

-...Mamá...

La palabra salió suave.

Pero lo cambió todo.

Seraphiel tembló.

-Yo... no sabía cómo... -dijo entre sollozos-. No podía demostrarlo...

Apretó más el agarre.

-Si lo hacía... sería débil...

Su voz se rompía en cada palabra.

-Y la serafín mayor... no puede ser débil...

Exelia cerró los ojos.

-Lo sé...

Acarició suavemente su espalda.

-Pero yo no necesitaba perfección...

Su voz era suave.

Dolorosa.

-Necesitaba que fueras mi madre...

Seraphiel se aferró más.

-Lo siento... -susurró-. Lo siento tanto...

El silencio se llenó de ese momento.

De algo que llevaba años contenido.

-Vuelve conmigo... -pidió Seraphiel, levantando apenas la mirada-. Por favor...

Sus ojos estaban húmedos.

Frágiles.

-Esta vez será diferente... lo prometo...

Exelia la miró.

Y por un segundo...

Dudó.

Pero negó suavemente.

-No puedo...

Seraphiel se tensó.

-¿Por qué...?

Exelia sonrió apenas.

Triste.

-Porque aquí... puedo ser yo.

Miró alrededor.

-Aquí puedo equivocarme... dudar... sentir...

Volvió a mirarla.

-Aquí no tengo que ser perfecta.

Silencio.

-Allá arriba... no podía hacer eso.

Las palabras dolieron.

Pero eran verdad.

Seraphiel bajó la mirada.

Comprendiendo.

Lentamente.

Dolorosamente.

Exelia la abrazó con más fuerza.

-Y sé que lo entiendes...

Seraphiel no respondió.

Pero no se apartó.

-Porque tú también querías hacerlo... -susurró Exelia-. Solo que nunca pudiste.

El silencio fue largo.

Finalmente...

Seraphiel se separó.

Despacio.

Sus ojos aún brillaban.

Pero algo en su expresión había cambiado.

No era debilidad.

Era... aceptación.

-...Siempre fuiste difícil... -murmuró, con una leve sonrisa triste.

Exelia soltó una pequeña risa.

-Aprendí de la mejor.

Seraphiel la observó un último segundo.

Luego...

La abrazó con fuerza.

Un abrazo real.

Firme.

Como nunca antes.

-Cuídate... -susurró.

Exelia cerró los ojos.

-Tú también...

Se separaron.

Y sin decir más...

La luz envolvió a Seraphiel.

Su presencia comenzó a desvanecerse.

-...Adiós, Exelia...

-Adiós... mamá...

Y en un instante...

Desapareció.

El silencio regresó.

Pero ya no era el mismo.

Había cambiado.

Para siempre.

CAP 96

Las Promesas que Sobrevivieron

La noche había caído por completo, y el restaurante Neffitti quedó sumido en ese silencio espeso que solo aparece cuando todo ha terminado y ya no queda nadie que justifique la luz cálida ni el murmullo constante. Las lámparas, ahora más frías, iluminaban sin intención de agradar, mostrando cada superficie con una claridad casi clínica. En ese ambiente detenido, los pasos de James resonaban con una precisión casi incómoda, como si el lugar amplificara su presencia únicamente para recordarle que estaba solo.

Se movía sin prisa, pero tampoco con lentitud. Cada acción tenía un propósito, una secuencia aprendida que no necesitaba pensamiento. Tomó un paño y lo pasó sobre la superficie de una mesa, repasando el mismo punto más de una vez, no porque estuviera sucio, sino porque la idea de que algo pudiera quedar imperfecto le resultaba insoportable. Había en ese gesto una necesidad silenciosa de control, una forma de sostener algo firme en medio de un mundo que no lo era.

—Siempre queda algo... —murmuró, casi sin darse cuenta.

Las sillas fueron acomodadas una por una, alineadas con una exactitud milimétrica. No era visible para cualquiera, pero para él cada pequeña desviación era evidente, casi molesta. Tarareaba una melodía sin letra, una repetición constante que llenaba el espacio sin realmente decir nada, como si evitara que el silencio tomara forma y se volviera demasiado presente.

Se detuvo frente a la barra, observando los vasos perfectamente organizados. Todo estaba en su lugar. Todo estaba bien. Y aun así, algo en su expresión indicaba que eso no era suficiente.

—Ya está...

Pero no se movió de inmediato. Permaneció allí unos segundos más, como si cruzar la puerta significara enfrentarse a algo más que la noche.

Finalmente, se obligó a hacerlo.

Apagó las luces, cerró con llave, y el sonido del clic rompió la quietud con una fuerza desproporcionada.

Afuera, el aire frío lo recibió de golpe. La ciudad nocturna vibraba de una manera completamente distinta: luces de neón parpadeando en tonos intensos, sombras que se deslizaban entre callejones, risas que no nacían de la alegría sino de la costumbre. Era un caos disfrazado de vida.

James metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar, siguiendo una ruta que ya no necesitaba pensar. Cada paso era automático, repetido tantas veces que se había vuelto parte de él.

—Mañana lo mismo...

El trayecto continuó sin cambios hasta que llegó al punto de siempre. El atajo.

Se detuvo apenas un segundo.

Y giró.

El barrio lo envolvió de inmediato, como si hubiera cruzado una frontera invisible. Las luces se volvían más rojas, más densas; el ambiente, más cargado. Las voces eran suaves, insinuantes, pero carecían de autenticidad. Había algo mecánico en todo eso, algo aprendido y repetido hasta perder sentido.

Las miradas se posaron en él casi al instante. No era nuevo ahí.

—El de siempre...

—Ni siquiera mira...

James siguió caminando sin reaccionar. No había enojo en su indiferencia, ni desprecio; simplemente no había interés. Era como si ese mundo existiera en otra capa que no lo tocaba.

Hasta que una voz distinta rompió el patrón.

—¿Siempre haces eso?

La figura se acercó sin rodeos, era una súcubo, colocándose a su lado con una naturalidad que no buscaba permiso, era una sucubó. No había distancia ni juego previo, solo una presencia directa que contrastaba con el resto.

—Ignorar —añadió ella.

—Sí.

La respuesta fue inmediata, sin matices.

Ella lo observó con más atención, no desde el interés superficial, sino con una curiosidad distinta, como si intentara entender algo que no encajaba.

—Qué personalidad...

—No me interesa.

No hubo agresividad en sus palabras, solo una certeza firme.

Aun así, ella no se apartó. Caminó a su lado, adaptándose a su ritmo, manteniendo una conversación que él claramente no quería tener, pero sin forzarla de manera evidente.

—¿Nada te llama la atención?

—No.

—¿Nada en absoluto?

—Nada.

El intercambio era mínimo, pero suficiente para marcar una diferencia con el resto. No había juego, ni provocación real. Solo una insistencia que comenzaba a tomar otra forma.

Ella cambió ligeramente el tono, dejando de lado lo superficial.

—Entonces dime algo... ¿qué haces después de esto?

James frunció levemente el ceño, no por la pregunta en sí, sino por lo que implicaba.

—No es asunto tuyo.

—Lo sé.

Pausa.

—Pero igual lo haces.

El silencio que siguió no fue vacío. Fue pesado.

—No estás con nadie. No buscas a nadie. Y aun así pasas por aquí.

Esa vez, algo cambió.

No en lo que dijo.

En cómo lo dijo.

James apretó ligeramente la mandíbula.

—Es un atajo.

—Claro...

Ella no sonrió de forma burlona, sino pensativa.

—De todos los caminos... eliges este.

El comentario quedó flotando en el aire más tiempo del que debería.

—Es más rápido.

—¿Más rápido hacia qué?

No respondió.

Porque no había una respuesta sencilla.

El ambiente alrededor parecía seguir igual, pero para él algo se había desplazado. La conversación había dejado de ser ruido y se había vuelto... incómodamente relevante.

Ella dio un paso frente a él, obligándolo a detenerse.

—Solo una noche.

Su voz bajó, perdiendo cualquier rastro de actuación.

—Sin pensar.

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores. Más profundo. Más interno.

—Solo desconectar.

Y por un momento, esa idea no le resultó completamente vacía.

James cerró los ojos brevemente. Su respiración cambió, más lenta, más pesada, como si estuviera considerando algo que normalmente descartaría sin dudar.

Cuando volvió a abrirlos, ya no estaba completamente distante.

La miró.

Apenas.

Pero fue suficiente.

—Está bien.

No hubo dramatismo en la respuesta.

Pero sí una ruptura.

Ella sonrió, no con exageración, sino con una seguridad tranquila, como si hubiera confirmado algo que ya intuía.

—Vamos.

Comenzó a caminar, y esta vez él la siguió sin detenerse.

Y aunque para cualquiera habría sido una decisión pequeña, casi irrelevante dentro del caos de la ciudad...

Para James, era la primera vez en mucho tiempo que se desviaba de su propia rutina.

Y eso, aunque aún no lo entendiera del todo, lo cambiaría todo.

Él dudó apenas un instante. Fue algo mínimo, casi imperceptible, una vacilación que para cualquiera habría pasado desapercibida. Pero en él, ese pequeño titubeo tenía peso, historia, consecuencias. Aun así, decidió seguirla. Y aunque desde fuera pudiera parecer una decisión trivial, una más entre tantas... para James no lo era en absoluto.

La súcubo no volvió a decir nada. No hacía falta. Simplemente extendió su mano y la tomó con una naturalidad que contrastaba con la tensión invisible que flotaba entre ambos. El contacto no fue vacío, ni frío, ni mecánico. James lo sintió. Lo reconoció. Pero eligió guardar silencio.

—Vamos... —murmuró ella, en un tono bajo, contenido.

James asintió apenas.

Caminaron sin hablar. El ruido del barrio, que minutos antes parecía envolverlo todo, comenzó a desvanecerse a medida que avanzaban. Las luces, las voces, el caos... todo quedó atrás, diluyéndose hasta convertirse en un murmullo lejano. El silencio entre ellos no era incómodo, pero tampoco natural. Era un silencio cargado, denso, como si algo se estuviera formando entre ambos sin terminar de tomar forma.

Llegaron a un motel cercano. Un lugar de esos que parecen existir al margen del mundo: luces débiles, paredes desgastadas, un ambiente olvidable. Perfecto para desaparecer por unas horas.

Ella se acercó al mostrador.

—Una habitación.

Pagó sin rodeos. El encargado apenas los miró al entregar la llave.

—Segunda planta.

Subieron. Escalón por escalón. Cada paso resonaba más de lo necesario, como si el lugar amplificara cualquier sonido. La distancia entre ellos era corta, pero suficiente para sentir ese extraño espacio que no sabían cómo llenar.

Al llegar a la puerta, ella la abrió sin ceremonia. Entraron. Cerró tras de sí.

La habitación era tan simple como el exterior: una cama, un espejo, una mesa. Nada más. Sin adornos, sin intención. Un lugar de paso.

Ella se giró hacia él. Lo observó un segundo más de lo habitual.

—Bueno... —dijo casi en automático—. Aquí es donde empieza lo interesante.

Se acercó y lo empujó suavemente hacia la cama. James cayó sentado sin oponer resistencia. No porque quisiera... sino porque no estaba pensando. Solo dejaba que las cosas sucedieran.

Ella se inclinó sobre él. Sus manos comenzaron a desabrochar su camisa, botón por botón, con una lentitud medida.

—Relájate... —susurró—. No tienes que hacer nada.

James permanecía inmóvil. Respirando. Observando sin realmente ver.

El último botón se soltó.

Y entonces... todo se detuvo.

Ella se quedó completamente quieta. Su mirada fija. Clavada en su muñeca.

James frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué pasa?

No hubo respuesta. Solo un acercamiento más, como si necesitara confirmar lo que estaba viendo.

El tatuaje.

"Marta".

Sus dedos temblaron.

—...No...

Levantó la mirada. Directo a sus ojos.

Y por primera vez... lo vio.

—...¿James?

El aire cambió.

Se volvió pesado.

James se tensó al instante.

—¿...Cómo sabes mi nombre?

Su voz ya no era neutra. Era alerta. Fría.

Ella dio un paso atrás, como si hubiera tocado algo prohibido. Lentamente, llevó sus manos al rostro... y se quitó el cubrebocas.

El tiempo se rompió.

James se quedó inmóvil. Sus ojos se abrieron, pero no hubo alivio en ellos. Solo impacto... y algo más oscuro.

Se levantó de golpe.

—...No...

Se acercó, sujetando su rostro con ambas manos, pero no con suavidad. Con tensión. Con necesidad.

—...Morgana...

El nombre no salió como un susurro cálido. Dolía.

Morgana lo miró, con los ojos ya llenos de lágrimas.

—James...

Intentó acercarse, pero él no respondió de inmediato.

—¿Tú...? —dijo él—. ¿Eres tú...?

—Sí... —su voz se quebró—. Soy yo...

El silencio cayó como un peso muerto entre ellos.

—No puede ser... —murmuró James—. Después de todo este tiempo...

Morgana bajó la mirada.

—Lo sé...

—Tú te fuiste.

No era una pregunta. Era una herida abierta.

—Sí...

No hubo excusas.

James soltó su rostro y retrocedió. Pasó una mano por su cabello, conteniendo algo que no terminaba de salir.

—Te busqué... —dijo—. Por todos lados...

Morgana apretó los puños.

—Lo sé...

—¿Ah, sí? —la miró—. ¿Lo sabes?

—Porque te vi...

Eso lo detuvo.

—¿Qué...?

—Más de una vez...

El desconcierto apareció en su rostro.

—¿Y nunca te acercaste?

Ella negó lentamente.

—No podía...

—¿Por qué?

El silencio respondió primero.

—Porque te fallé.

Las palabras cayeron sin defensa.

—Traicioné tu confianza, James...

Y todo lo demás... comenzó a salir.

No de golpe. No de forma caótica. Sino como algo que llevaba años acumulándose y que ya no podía seguir contenido.

Su caída. Su culpa. Las decisiones que la llevaron lejos de todo lo que era. La música. Dominion. Su identidad. Todo abandonado, no por falta de talento, sino por incapacidad de seguir siendo quien había sido después de lo que hizo.

Las drogas llegaron después. Primero como escape. Luego como necesidad.

Y cuando quiso salir... ya no podía.

Las deudas.

Las personas equivocadas.

Las decisiones desesperadas.

—Entonces... pagas como puedes...

No hacía falta más explicación.

James no dijo nada. No podía.

Pero su mirada cambió.

Ya no había solo reproche.

Había dolor.

—¿Cómo pudiste caer tan bajo...?

No fue un ataque.

Fue... tristeza.

Morgana cerró los ojos, esperando algo peor.

Pero no llegó.

—...me duele verte así.

Eso fue lo que la rompió.

Y entonces... algo cambió en él también.

Se acercó. Tomó su mano.

—No te voy a dejar aquí.

Morgana levantó la mirada, confundida.

—Esto se acabó.

Su voz era firme.

—No puedo soportar ver a la mujer que amo en esta situación.

El mundo pareció detenerse otra vez.

Y aunque todo lo que vino después —la huida, el enfrentamiento, el disparo, la muerte— rompió cualquier intento de calma... ese momento quedó.

Grabado.

Porque fue ahí... donde todo empezó a reconstruirse.

No de forma perfecta.

No de forma fácil.

Pero real.

Habían vuelto a encontrarse.

El mundo no se rompió en ese instante... pero algo dentro de Morgana sí se detuvo.

El tiempo dejó de avanzar como lo hacía antes. El aire, las luces, incluso el ruido lejano de la ciudad... todo pareció quedar suspendido en una pausa imposible. Cuando abrió los ojos, lo hizo como si despertara de un sueño demasiado largo, demasiado pesado.

—...¿Qué? —su voz salió quebrada, frágil, como si no le perteneciera del todo—. ¿Por qué...?

Retrocedió un paso. No por miedo físico, sino por algo más profundo: incredulidad.

—¿Por qué dices eso...?

James no apartó la mirada. No dudó. No vaciló.

—Porque es verdad.

Ese tono... directo, firme... era el mismo de antes. El de hace diez años. El que no admitía medias verdades.

—Pero yo... —Morgana negó, sintiendo cómo el pecho se le cerraba—. Yo te hice daño...

—Sí.

La palabra cayó como una piedra. Sin adornos. Sin suavizar.

El silencio que siguió no fue incómodo... fue inevitable.

—¿Y aun así...?

—Eso fue hace diez años.

La voz de James no tembló.

—Eso es pasado.

Morgana lo miró, incapaz de encajar esa idea en su realidad. Para ella, el pasado no estaba atrás... estaba pegado a su piel, a su memoria, a cada decisión que la había llevado hasta ese punto.

—El pasado se puede dejar atrás... —continuó él—. Pero el amor...

Negó apenas con la cabeza, como si ni él mismo pudiera explicarlo del todo.

—No es tan fácil de borrar.

Las lágrimas volvieron. Esta vez sin resistencia. Bajaron por el rostro de Morgana, arrastrando el maquillaje, desdibujando la imagen que había construido para sobrevivir.

—James...

Él se acercó despacio. No con urgencia, sino con certeza. Tomó su mano otra vez, como si ese gesto fuera una promesa silenciosa.

—Te voy a sacar de esto.

No había dramatismo en sus palabras. Solo decisión.

—No tienes que seguir aquí.

Morgana temblaba.

—No lo sé...

Bajó la mirada, avergonzada, rota.

—No quiero ser una carga...

—No lo eres.

—Pero...

—No lo eres.

Esta vez su tono fue más firme, más sólido.

—Quiero volver a verte como antes.

Ella levantó la mirada, dudando.

—Quiero ver a esa súcubo que llenaba escenarios... —sus ojos se suavizaron—. A esa mujer fuerte... segura... brillante...

Las palabras la atravesaron. No como un elogio, sino como un recuerdo de algo que sentía perdido.

—Esa mujer ya no existe...

—Sí existe.

—No...

—Sí.

James alzó su rostro con suavidad, obligándola a mirarlo.

—Sigue ahí.

Sus miradas se encontraron. Y en ese cruce... algo tembló.

—Solo está... perdida.

Silencio.

—Y puedo ayudarte a encontrarla.

Morgana respiró de forma irregular. Cada palabra parecía abrir una puerta que había mantenido cerrada durante años.

—Pero solo si tú quieres...

La pausa que siguió fue distinta a todas las anteriores. No era incertidumbre... era decisión.

—...¿Quieres salir de esto?

Morgana cerró los ojos. Su cuerpo temblaba... pero ya no era miedo. Era algo más cercano a liberarse.

—Sí...

Un susurro primero.

—Sí...

Más firme después.

Abrió los ojos.

—Quiero salir de esto...

James asintió una sola vez. Bastó.

—Entonces vámonos.

Salir de ese lugar no fue solo cruzar una puerta. Fue romper una versión de sí misma.

El aire nocturno los recibió con una frialdad distinta, casi cortante. La ciudad seguía viva, pero para Morgana... algo había cambiado. Ya no era solo ruido y luces. Era amenaza. Era tensión. Era un recordatorio constante de todo lo que la rodeaba.

James caminaba al frente, decidido. Ella lo seguía, abrazándose a sí misma, como si el frío viniera desde adentro.

—James...

—¿Sí?

—¿Estás seguro de esto...?

—Sí.

No hubo duda.

—No sabes en lo que te estás metiendo...

—Lo sé lo suficiente.

Morgana negó, acelerando el paso hasta alcanzarlo.

—No... no lo sabes... Las personas a las que les debo... no son gente normal...

—Nunca lo son.

—No es broma, James...

—Tampoco yo.

El silencio volvió. Pero esta vez... más tenso.

—No quiero que te pase algo por mi culpa...

James se detuvo en seco. Se giró hacia ella.

—Ya me pasó algo por tu culpa.

Morgana se tensó.

—...¿Qué?

—Perderte.

La frase la dejó sin respuesta.

—No va a pasar otra vez.

Y en ese momento... ella quiso creerle.

Las calles se estrecharon. La luz desapareció poco a poco. El ruido se volvió un murmullo lejano.

Y entonces... la oscuridad habló.

—Miren lo que tenemos aquí...

Tres figuras emergieron de las sombras.

Morgana se congeló.

—...No...

James frunció el ceño.

—¿Quiénes son?

El imp dio un paso al frente, con una sonrisa torcida que no tenía nada de humor.

—Pensé que te habías perdido...

Morgana retrocedió instintivamente.

—No...

—¿A dónde crees que vas? ¿Y con quién?

Su mirada cayó sobre James.

—¿Este quién es?

James se colocó frente a ella.

—No te metas en lo que no te importa.

La risa del imp fue breve, áspera.

—Esa súcubo es de mi propiedad.

El aire se volvió denso.

—Ella no es propiedad de nadie —respondió James.

—Entonces no sabes en qué mundo estás.

—Apártate... o te rompo la cara.

Los otros rieron. El imp no.

Sacó el arma.

El tiempo se tensó.

—Dejas a la súcubo... o mueres aquí.

Morgana temblaba.

—James... déjalo...

Pero James no retrocedió.

Y entonces... todo se rompió.

El ruido metálico. El giro. El error.

El impulso.

El forcejeo.

El disparo.

El silencio después del disparo no fue vacío... fue absoluto.

El cuerpo del imp cayó.

La sangre negra se expandió lentamente.

Morgana no podía respirar.

—...No...

Los otros huyeron.

Y lo único que quedó... fue la consecuencia.

James miró sus manos. Luego el cuerpo.

—Tenemos que irnos.

Ella no reaccionaba.

—¡Morgana!

Entonces volvió.

—...Sí...

Y corrieron.

La casa de James se convirtió en refugio... pero no en descanso inmediato.

El silencio ahí dentro era distinto. Más íntimo. Más pesado.

Morgana no podía sacar el sonido del disparo de su cabeza.

—¿Por qué hiciste eso...?

—Estoy aquí. Tú estás aquí. Eso importa.

—¡Ese no es el punto!

—Sí lo es.

La discusión no era enojo... era miedo.

—No quiero perderte otra vez...

Eso lo cambió todo.

—No lo harás.

—No puedes prometer eso.

—No. Pero puedo intentarlo.

Y por primera vez... eso fue suficiente.

El baño, el agua, el vapor... fueron más que limpieza. Fueron pausa. Fueron refugio.

Cada gota parecía arrastrar algo: culpa, miedo, recuerdos.

Cuando salió... no estaba bien. Pero estaba menos rota.

Y eso... ya era algo.

La noche avanzó hacia algo más suave.

Compartieron silencio. Espacio. Cercanía.

Cuando Morgana pidió dormir con él, no fue deseo... fue necesidad.

Y cuando la abrazó... no fue impulso... fue cuidado.

—Como antes...

—Sí...

Esa vez, el silencio no pesó.

Protegió.

La mañana llegó con algo inesperado: normalidad.

El sonido de la cocina. El olor de la comida. La imagen de Morgana cocinando.

Era casi irreal.

—Buenos días...

—Buenos días...

Y por un momento... todo fue simple.

Hasta que James dijo lo que llevaba guardando años:

—Te amo, Morgana.

Ella no respondió.

Pero tampoco se alejó.

Y a veces... eso también es una respuesta.

La invitación al palacio no fue solo un encuentro.

Fue un punto de quiebre.

Morgana lo sabía.

El pasado... ya no podía evitarse.

Cuando entraron...

—¡¡SORPRESA!!

No hubo reproches. No hubo juicio inmediato.

Solo... intención.

Y luego... Selene.

El tiempo no se detuvo.

Se quebró.

El abrazo no fue elegante. No fue contenido.

Fue desesperado.

—¡Te extrañé...!

—Yo también...

Las palabras sobraban. Las lágrimas hablaban por ellas.

El perdón no llegó como un discurso.

Llegó como un hecho.

—Estás aquí... eso es lo único que importa.

Y en ese momento... Morgana entendió algo que nunca había querido aceptar:

El amor que ignoró... nunca se fue.

Y entonces...

James dio un paso al frente.

Sacó la caja.

Se arrodilló.

El mundo volvió a detenerse.

—¿Quieres casarte conmigo?

Morgana lo miró... con todo el peso de quien ha sobrevivido demasiado.

—Quiero... pero no sé si estoy lista...

No fue un rechazo.

Fue honestidad.

Y esta vez... eso valía más.

—Te esperaré.

Sin presión. Sin prisa.

Solo verdad.

—Paso a paso.

—Juntos.

Y por primera vez en mucho tiempo...

El futuro no dio miedo.

Solo... tiempo.

CAP 97

Un Amor Doloroso

El ambiente dentro del hospital ya no era el mismo que días atrás.

Donde antes había tensión, urgencia y miedo... ahora quedaban restos de calma, de alivio... y de cansancio acumulado. Las paredes blancas, frías, parecían menos opresivas, como si incluso el lugar supiera que una etapa difícil había terminado.

Había pasado bastante tiempo desde el atentado en la comuna 54.

Un evento que no solo dejó heridas físicas, sino también marcas mucho más profundas... invisibles... difíciles de sanar.

Izobelle estaba de pie junto a la cama donde había pasado sus últimos días.

Ya no llevaba las vendas tan gruesas como antes, pero aún había rastros del daño. Su postura era firme, orgullosa... pero su cuerpo todavía recordaba el impacto.

Lorena, a su lado, no se separaba ni un segundo.

—Despacio... —dijo con suavidad, sosteniéndola del brazo.

Izobelle rodó los ojos.

—Mamá... en serio, estoy bien.

—No, no lo estás.

—Sí lo estoy.

—Te dispararon.

—No en las piernas.

—Eso no cambia nada.

Izobelle soltó un suspiro pesado.

—Puedo caminar sola.

Lorena negó con firmeza.

—Puedes caminar, sí. Pero no sin cuidado.

Se inclinó un poco hacia ella.

—Tu cuerpo aún está sensible. Un movimiento brusco y el dolor puede regresar.

Izobelle la miró.

Había algo en los ojos de su madre que la hizo ceder.

No era miedo.

Era... amor.

Y preocupación real.

—...Está bien —murmuró finalmente—. Pero no exageres.

Lorena sonrió levemente.

—No prometo nada.

Mientras tanto...

Desmond terminaba de cerrar una de las maletas.

Había llevado más cosas de las necesarias, como siempre.

Pero no era descuido.

Era una forma de sentirse útil.

De proteger.

Tomó las maletas con ambas manos.

Las levantó con facilidad.

—¿Listas?

—Sí —respondió Lorena.

Izobelle asintió.

—Vamos.

Caminaron por el pasillo.

Cada paso de Izobelle era firme... pero medido.

El eco de sus pasos se mezclaba con el sonido distante de monitores y voces ajenas.

Al salir del hospital...

El aire fresco las envolvió.

Izobelle cerró los ojos un segundo.

Respiró profundo.

—...Por fin...

Susurró.

El exterior se sentía diferente.

Libre.

Real.

En el estacionamiento...

Un auto ya los esperaba.

James estaba apoyado contra la puerta del conductor, con los brazos cruzados.

Al verlos, se enderezó.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Vaya... mírenla.

Se acercó.

—Qué bueno verla de pie, su majestad.

Izobelle soltó una leve risa.

—No empieces...

—Es costumbre.

—Pues quítatela.

James levantó las manos en señal de rendición.

—Lo intentaré.

Izobelle lo miró con una mezcla de seriedad y gratitud.

—Gracias... por todo.

Su tono cambió.

Más sincero.

Más profundo.

—De verdad.

James asintió.

—No tienes que agradecer.

Pausa.

—Para eso estamos.

Se acercó al auto.

Abrió la puerta trasera con cuidado.

—Con permiso...

Miró a Lorena.

—La ayudo.

Lorena asintió.

Entre ambos, ayudaron a Izobelle a subir.

Con cuidado.

Sin brusquedad.

—¿Ves? —dijo Lorena—. No era tan mala idea.

Izobelle suspiró.

—No digas nada...

James cerró la puerta suavemente.

Luego rodeó el vehículo y se sentó en el asiento del conductor.

Desmond se acomodó adelante.

Lorena atrás, junto a Izobelle.

El motor encendió.

Y el auto comenzó a avanzar.

El trayecto fue tranquilo.

Las calles pasaban lentamente frente a ellos.

Pero dentro del vehículo...

Había más que silencio.

Había pensamientos.

Procesos.

Recuerdos.

Izobelle miraba por la ventana.

Su reflejo se mezclaba con el paisaje.

—...Oye, James...

—¿Sí?

Ella giró ligeramente la cabeza.

—Desmond me contó algo...

James levantó una ceja.

—¿Ah sí?

—Dijo que encontraste a la "ícono del canto".

El ambiente cambió apenas.

Desmond no dijo nada.

Pero escuchaba.

—¿Es verdad? —preguntó Izobelle.

Había curiosidad genuina en su voz.

James asintió.

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí.

Pausa.

—La encontré.

Izobelle lo observó desde el asiento trasero.

—¿Y por qué tanto interés?

James no respondió de inmediato.

Sus manos se ajustaron levemente al volante.

—Porque la conozco.

Silencio.

—¿Desde cuándo?

—Desde que éramos niños.

Eso captó aún más la atención de Izobelle.

—¿En serio?

—Sí.

Pausa.

—Vivía cerca de donde yo crecí.

Izobelle se inclinó un poco hacia adelante.

—¿También en la comuna 54?

—En el barrio vecino.

—¿Y... cómo era?

James soltó una leve risa.

—Complicada.

Izobelle sonrió apenas.

—Suena interesante.

Pausa.

—¿Quieres contar la historia?

James dudó un segundo.

Miró por el retrovisor.

Luego al frente.

—...¿Quieres escucharla?

Izobelle asintió sin dudar.

—Sí.

Su voz fue clara.

—Quiero entender.

Silencio.

El auto seguía avanzando.

El sonido del motor llenaba los espacios entre palabras.

James respiró hondo.

—Bueno...

El sonido del motor se desvanecía poco a poco en la mente de James mientras hablaba.

Ya no estaba en el auto.

No realmente.

Su mirada seguía fija al frente, pero sus recuerdos lo habían llevado muy lejos... demasiado lejos.

—Hace 36 años... —repitió en voz baja, como si necesitara anclar la memoria en palabras—. Yo tenía diez años...

El vehículo avanzaba, pero dentro de él, el tiempo retrocedía.

El parque era pequeño.

No era nada especial.

Unos cuantos árboles, bancos desgastados, un columpio que chirriaba con cada movimiento... y un área de arena donde los niños jugaban sin preocuparse por nada más.

En ese entonces...

El mundo era más simple.

James estaba sentado en la arena, con las piernas cruzadas, completamente concentrado.

Sus manos estaban llenas de tierra.

Húmeda.

Compacta.

Tratando de darle forma.

—...No se cae... no se cae... —murmuraba para sí mismo, colocando con cuidado otro montón de arena sobre su pequeña construcción.

Era un castillo.

O al menos... eso intentaba ser.

Las torres no eran perfectas.

Las paredes estaban desiguales.

Pero había algo en él...

Algo que reflejaba dedicación.

Paciencia.

Y una inocencia que el tiempo aún no había roto.

Entonces—

—¿Qué estás haciendo?

La voz lo sacó de su concentración.

James levantó la mirada.

Frente a él... estaba ella.

Morgana.

Pequeña.

De unos nueve años.

Con el cabello ligeramente despeinado por el viento y una expresión curiosa que no ocultaba lo más mínimo lo que pensaba.

James parpadeó.

—Eh...

Miró su castillo.

Luego a ella.

—Castillos de arena.

Morgana inclinó la cabeza.

—¿Eso es un castillo?

James frunció ligeramente el ceño.

—Sí.

Ella lo observó unos segundos.

Luego sonrió.

—Está bonito.

Eso lo tomó por sorpresa.

—...Gracias.

Morgana dio un paso más cerca.

—¿Puedo jugar contigo?

La pregunta salió con naturalidad.

Sin miedo.

Sin vergüenza.

James dudó.

No porque no quisiera.

Sino porque... no estaba acostumbrado.

Siempre había sido callado.

Reservado.

—...Sí...

Respondió finalmente, bajando un poco la mirada.

Morgana sonrió más.

Se sentó frente a él sin dudarlo.

—¡Genial!

Tomó un poco de arena con las manos.

—Entonces yo hago uno también.

James la observaba.

En silencio.

Había algo en ella...

Algo distinto.

—Eres raro.

La frase cayó sin aviso.

James parpadeó.

—¿Qué?

Morgana lo miró con total inocencia.

—No hablas mucho.

James se encogió un poco.

—No soy raro...

Morgana alzó una ceja.

—Entonces ¿qué eres?

—Tímido.

Ella lo miró unos segundos.

Y luego soltó una pequeña risa.

—Eso también es raro.

James frunció el ceño.

—Oye...

—Es broma.

Morgana sonrió.

Una sonrisa ligera.

Sin malicia.

James relajó un poco la expresión.

Mientras tanto, ambos comenzaron a trabajar en sus respectivos castillos.

James seguía usando sus manos.

Morgana, en cambio, sacó algo de su bolsillo.

Una pequeña pala de plástico.

De color azul.

—Toma.

James la miró.

—¿Qué?

—Para que no te ensucies tanto.

Él dudó.

Miró sus manos llenas de arena.

Luego la pala.

—...Gracias.

La tomó con cuidado.

Casi como si temiera romperla.

Morgana lo observó.

Y sonrió.

—De nada.

El tiempo comenzó a pasar.

Sin que ninguno se diera cuenta.

El sonido del parque los rodeaba.

Niños riendo.

Hojas moviéndose con el viento.

Lejanos murmullos de adultos.

Pero ellos...

Estaban en su propio mundo.

Construyendo.

Comparando.

Jugando.

A unos metros de distancia...

Marta observaba la escena.

Sentada en una banca.

Con una sonrisa suave en el rostro.

Ver a James así...

Era raro.

Pero en el buen sentido.

—No suele acercarse a otros niños... —murmuró.

—¿Ese es tu hijo?

Marta giró la cabeza.

Una mujer estaba a su lado.

Cabello oscuro.

Expresión amable.

—Sí.

—Es muy tranquilo.

Marta asintió.

—Siempre lo ha sido.

La mujer sonrió.

—La mía no tanto.

Ambas miraron hacia la arena.

Morgana estaba hablando sin parar.

Moviendo las manos.

Comparando su castillo con el de James.

Marta soltó una pequeña risa.

—Ya lo veo.

La mujer extendió la mano.

—Lucía.

Marta la tomó.

—Marta. Un gusto.

—Igualmente.

Pausa.

—¿Quieres un café?

Marta levantó una ceja.

—¿Aquí?

Lucía señaló su mochila.

—Siempre llevo algo.

Marta sonrió.

—Claro.

—Entonces vigila a los niños un momento.

—Por supuesto.

Lucía se levantó.

Y se alejó unos pasos.

Marta volvió la mirada hacia los niños.

Y se quedó observando.

Con atención.

Con cariño.

En la arena...

—El mío es más bonito.

—No.

—Sí.

—No.

Morgana cruzó los brazos.

—El mío tiene más torres.

James negó.

—El mío es más grande.

—Pero el mío es mejor.

—No.

—Sí.

—No.

Ambos se quedaron mirándose.

Desafiantes.

Pero sin enojo.

Solo... jugando.

—El mío es mejor.

—El mío.

—El mío.

—El mío.

Pasaron unos segundos así.

Hasta que—

Morgana soltó una risa.

—Está bien.

Levantó las manos.

—El tuyo es más bonito.

James parpadeó.

Sorprendido.

—¿En serio?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Pero solo un poco.

James sonrió.

Por primera vez...

De verdad.

—Entonces gané.

—Sí, ganaste.

Pausa.

—Pero la próxima vez gano yo.

James asintió.

—Está bien.

Silencio.

Ambos miraron los castillos.

Dos estructuras imperfectas.

Pero llenas de intención.

De inocencia.

De algo que aún no tenía nombre.

—Oye...

—¿Sí?

—¿Cómo te llamas?

James dudó un segundo.

—James.

Morgana sonrió.

—Yo soy Morgana.

Pausa.

—Mucho gusto.

James asintió.

—Igualmente.

El viento sopló suavemente.

Moviendo la arena.

Rozando sus rostros.

Sin que ellos lo supieran...

Ese momento...

Ese simple juego...

Sería el inicio de algo que duraría toda una vida.

En el auto...

James guardó silencio.

Por unos segundos.

Como si necesitara volver.

Como si aún estuviera ahí.

En ese parque.

—...Y así la conocí.

Su voz fue más baja ahora.

Más reflexiva.

Izobelle lo miraba con atención.

—...Suena tranquilo...

—Lo era.

Pausa.

—Antes de que todo cambiara.

El auto siguió avanzando.

Pero ahora...

La historia apenas comenzaba.

Marta no apartaba la mirada de los niños.

Había algo... distinto en esa escena.

No era solo ver a su hijo jugar.

Era ver *cómo* jugaba.

James, que normalmente evitaba el contacto, que prefería el silencio, que siempre parecía estar un paso atrás de los demás... ahora estaba ahí, riendo bajito, defendiendo con orgullo un castillo de arena imperfecto frente a una niña que no dejaba de hablar.

Y eso, para Marta... era enorme.

—Aquí está.

La voz de Lucía la sacó de sus pensamientos.

Marta giró ligeramente el rostro.

Lucía regresaba con dos vasos de café en la mano, equilibrándolos con cuidado.

—Gracias —dijo Marta, tomando uno.

El calor del vaso contrastó con la brisa suave del parque.

Lucía se sentó a su lado.

Ambas miraron hacia la arena.

—Se llevan bien —comentó Lucía con una pequeña sonrisa.

Marta asintió.

—Sí... y eso es raro.

—¿Por qué?

—James no suele acercarse a otros niños.

Lucía alzó ligeramente una ceja.

—Pues parece que mi hija no le dio opción.

Marta soltó una leve risa.

—Eso parece.

Hubo un pequeño silencio.

No incómodo.

Más bien... cómodo.

Dos madres observando algo simple... pero importante.

—¿En qué trabajas? —preguntó Lucía, dando un sorbo a su café.

Marta acomodó el vaso entre sus manos.

—Soy enfermera.

Lucía la miró con interés.

—¿En serio?

—Sí.

—Debe ser un trabajo pesado.

Marta asintió lentamente.

—Lo es... pero también es gratificante.

Pausa.

—Ayudar a alguien en un momento difícil... cambia muchas cosas.

Lucía bajó la mirada un instante.

Como si esa frase le hubiera tocado algo.

—Suena bonito...

Luego levantó la mirada otra vez.

—Yo soy secretaria.

Marta inclinó ligeramente la cabeza.

—¿De qué?

—De una empresa de paquetería.

—Ah...

—Nada muy emocionante —dijo Lucía con una sonrisa leve—, pero es estable.

Marta asintió.

—Eso ya es mucho.

Silencio.

Ambas volvieron a mirar a los niños.

Morgana ahora estaba explicando algo con las manos, exagerando cada gesto.

James la escuchaba.

Atento.

Eso hizo que Lucía sonriera más.

—¿Tu hijo tiene algún talento?

La pregunta fue directa.

Natural.

Marta pensó un momento.

—Sí.

—¿Cuál?

—Le encanta la cocina.

Lucía abrió ligeramente los ojos.

—¿En serio?

—Sí.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Marta.

—Desde muy pequeño.

Pausa.

—Le gusta ver cómo se mezclan las cosas... cómo cambian.

Lucía asintió.

—Eso es... tierno.

—Lo es.

—¿Y cocina bien?

Marta soltó una pequeña risa.

—Para su edad... sí.

—Entonces va por buen camino.

Marta miró a James.

—Eso espero.

Lucía dio otro sorbo a su café.

Y luego...

—A Morgana le encanta cantar.

Marta volvió la mirada hacia ella.

—¿Sí?

—Sí.

Pausa.

—Desde que aprendió a hablar.

Una sonrisa apareció en su rostro.

Pero había algo más en ella.

Algo... profundo.

—Tiene un talento nato.

Marta la observó con atención.

—Eso es impresionante.

Lucía asintió.

—Lo es.

Pausa.

—A veces... la escucho cantar en casa...

Miró hacia la arena.

—Y se me olvida todo lo demás.

Silencio.

—Como si... todo se detuviera.

Marta sonrió suavemente.

—Debe ser muy especial.

Lucía asintió.

—Lo es.

Pausa.

—Y espero que... algún día... pueda hacer algo con eso.

Marta apoyó el vaso en sus piernas.

—Seguro lo hará.

Lucía la miró.

—¿Tú crees?

—Sí.

Pausa.

—Cuando alguien tiene algo así... se nota.

Silencio.

Lucía respiró hondo.

—Quiero que triunfe.

Su voz fue más baja.

Más sincera.

—Que tenga algo mejor que esto.

Marta entendió.

No necesitó más palabras.

—Lo hará.

Pausa.

—Y James también.

Lucía sonrió.

—Eso espero.

Ambas se quedaron en silencio.

Mirando.

Observando cómo sus hijos jugaban.

Sin saber...

Sin imaginar...

Todo lo que vendría.

El tiempo, como siempre, no se detuvo.

Pasaron días.

Semanas.

Meses.

Y luego...

Años.

Seis años.

Seis años en los que ese encuentro casual en un parque se convirtió en algo mucho más grande.

Mucho más profundo.

James y Morgana comenzaron a verse cada vez más seguido.

Al principio, era coincidencia.

Luego... intención.

—¡James!

—Hola...

—¿Vamos al parque?

—Sí.

—¿Trajiste la pala?

—Sí.

—¡Bien!

Los juegos cambiaron con el tiempo.

Los castillos de arena dieron paso a otras cosas.

Correr.

Inventar historias.

Compartir secretos.

—Cuando sea grande, voy a cantar en escenarios enormes.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y yo?

—Tú... puedes cocinar para mí.

—¿Solo eso?

—No.

Risa.

—Puedes hacer lo que quieras.

—...Entonces voy a ser el mejor.

—¿El mejor qué?

—El mejor cocinero.

—Entonces yo seré la mejor cantante.

—Trato hecho.

Se volvieron inseparables.

En la escuela.

En el barrio.

En el parque.

Donde uno estaba...

El otro también.

Pero no todo era simple.

No todo era perfecto.

El entorno en el que crecían... no era amable.

La comuna 54 era dura.

Ruidosa.

A veces peligrosa.

Había días en los que los gritos reemplazaban a las risas.

Días en los que las sirenas rompían la tranquilidad.

Y aun así...

Ellos encontraban su espacio.

Su refugio.

En pequeñas cosas.

En momentos compartidos.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No mientas.

—Solo... fue un mal día.

—Entonces quédate aquí.

—¿Aquí?

—Sí.

Pausa.

—Conmigo.

Y eso bastaba.

Para ambos.

Las madres también se hicieron cercanas.

Marta y Lucía.

Dos mujeres distintas.

Pero unidas por algo en común.

Sus hijos.

—Está creciendo rápido...

—Sí.

—Morgana también.

—Son inseparables.

—Y eso me gusta.

—A mí también.

Pero incluso en esos momentos...

Había algo que flotaba en el aire.

Algo que ninguna de las dos decía en voz alta.

Una sensación de que ese equilibrio...

No duraría para siempre.

Porque el mundo...

No era tan simple como un parque.

Ni tan amable como una conversación entre madres.

Y aun así...

Durante esos seis años...

James y Morgana construyeron algo.

No solo una amistad.

Sino un vínculo.

Fuerte.

Profundo.

Difícil de romper.

Un lazo que el tiempo pondría a prueba...

Pero que nunca desaparecería por completo.

En el presente...

Dentro del auto...

James guardó silencio.

Por unos segundos.

—...Y así fue...

Su voz era más baja ahora.

Más cargada.

—Durante seis años.

Izobelle lo miraba con atención.

—Se volvieron cercanos...

—Mucho.

Pausa.

—Demasiado.

Izobelle inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y luego?

James apretó suavemente el volante.

Su mirada se endureció apenas.

—Luego...

Pausa.

—Todo cambió.

El auto siguió avanzando.

Pero el ambiente...

Ya no era el mismo.

La historia...

Se estaba acercando a su parte más oscura.

La tarde caía con suavidad sobre la comuna 54.

Las luces anaranjadas del atardecer comenzaban a filtrarse entre los edificios desgastados, pintando las paredes con tonos cálidos que contrastaban con la dureza del entorno. A pesar de todo, había momentos... pequeños, casi invisibles... donde ese lugar parecía tranquilo.

Ese día era uno de ellos.

Marta caminaba de la mano de James, sosteniendo una pequeña mochila que él mismo había preparado con torpeza pero con entusiasmo. Dentro llevaba ropa, un cepillo de dientes y, aunque no lo admitiría en voz alta, una emoción que apenas podía contener.

—¿Estás nervioso? —preguntó Marta, mirándolo de reojo.

James negó con rapidez.

—No.

Pausa.

—Un poco...

Marta sonrió.

—Es normal.

James miró al frente, apretando ligeramente la correa de su mochila.

—Es la primera vez que me quedo en casa de alguien.

—Lo sé.

Marta detuvo su paso frente a la casa.

Era modesta.

Pero acogedora.

Una luz cálida salía por las ventanas, y se escuchaban voces dentro.

Vida.

—Bueno... —dijo Marta, respirando suave—. Llegamos.

Antes de que pudiera tocar la puerta, esta se abrió.

Lucía apareció con una sonrisa inmediata.

—¡Marta!

—Lucía —respondió Marta con una leve inclinación de cabeza.

—Pasa, pasa.

Marta dio un paso adelante, y James la siguió.

El interior de la casa era sencillo, pero limpio. Había un aroma suave a comida recién hecha, algo casero... algo que hacía sentir bien.

—Ya lo trajiste —dijo una voz masculina desde el fondo.

Esteban apareció, secándose las manos con un trapo.

—Buenas tardes.

—Buenas —respondió Marta con educación.

Esteban miró a James.

—Bienvenido, James.

El niño asintió, un poco tenso.

—Gracias, señor.

El hombre de nombre Esteban soltó una pequeña risa.

—No tienes que ser tan formal, tranquilo.

Lucía intervino, con una sonrisa cómplice.

—Morgana estaba contando los minutos para que llegaras.

James bajó un poco la mirada, intentando ocultar una leve sonrisa.

—...¿En serio?

—Desde la mañana —añadió Esteban.

Marta soltó una pequeña risa.

—Me lo imagino.

Luego se agachó frente a James, quedando a su altura.

Su expresión cambió ligeramente.

Más seria.

Más maternal.

—Compórtate bien.

James asintió.

—Sí.

—Nada de hacer desorden.

—Sí.

—Nada de meterte en problemas.

—Sí.

Marta entrecerró un poco los ojos.

—¿Y?

James suspiró.

—...Y obedecer.

Marta sonrió.

—Así me gusta.

Le acomodó un poco el cabello.

—Diviértete.

James asintió una vez más.

—Lo haré.

Marta se levantó.

—Gracias por recibirlo.

Lucía negó con la cabeza.

—No tienes que agradecer nada.

Esteban cruzó los brazos.

—Aquí está en casa.

Marta sonrió levemente.

—Lo sé.

Pausa.

—Entonces... me retiro.

James la miró.

—Adiós.

—Adiós, hijo.

La puerta se cerró suavemente detrás de ella.

Y por un momento...

James se quedó quieto.

Procesando.

Luego—

—¿Y qué haces ahí parado? —dijo Lucía con una sonrisa—. Ve, seguro Morgana está en su cuarto.

Eso fue suficiente.

James reaccionó.

—Sí.

Caminó rápido.

Luego más rápido.

Y finalmente casi corriendo.

Subió las escaleras.

Llegó al pasillo.

Y sin pensar...

Abrió la puerta.

—¡Morgana, ya—!

Se congeló.

El tiempo pareció detenerse.

Morgana estaba de espaldas.

Cambiándose.

Su camiseta a medio quitar.

Su silueta apenas cubierta.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Tres.

El rostro de James se puso rojo.

Completamente.

Como si alguien hubiera encendido una luz dentro de él.

—...Eh...

Morgana giró.

Lo vio.

Y sus ojos se abrieron de golpe.

—¡¿QUÉ HACES?!

Sin pensarlo, tomó una almohada y la lanzó con fuerza.

—¡SAL!

La almohada impactó directo en la cara de James.

—¡Ah!

Retrocedió torpemente.

Salió del cuarto.

Cerró la puerta de golpe.

Silencio.

El pasillo quedó en calma.

James se quedó quieto.

Respirando rápido.

Muy rápido.

Su corazón golpeaba con fuerza.

—...Debí tocar...

Se llevó una mano a la cara.

—Soy un idiota...

Desde dentro del cuarto—

—¡NO ENTRES SIN TOCAR!

—¡LO SÉ!

Pausa.

—¡LO SIENTO!

Silencio.

Unos segundos.

Largos.

Incómodos.

Eternos.

James seguía rojo.

Mirando al suelo.

Respirando hondo.

—...Qué vergüenza...

Entonces—

—...Ya puedes pasar.

La voz de Morgana salió desde dentro.

Más calmada.

Pero aún con un toque de nervios.

James dudó.

—¿Seguro?

—¡Sí, pero toca!

James levantó la mano.

Tocó.

Dos veces.

—¿Puedo?

—Pasa.

Abrió la puerta lentamente.

Con cuidado.

Como si entrar demasiado rápido fuera un crimen.

Morgana ya estaba vestida.

Camiseta.

Pantalón corto.

Brazos cruzados.

Mirándolo.

—Eres un idiota.

James bajó la mirada.

—Lo sé.

Pausa.

—Lo siento.

Morgana lo observó unos segundos más.

Y luego...

Suspiró.

—...Está bien.

Se giró, caminando hacia su cama.

—Pero la próxima vez tocas.

—Sí.

Silencio.

James entró completamente.

Cerró la puerta detrás de él.

Miró alrededor.

El cuarto era... muy de ella.

Había posters.

Colores.

Detalles.

Un pequeño desorden que no era molesto.

Sino... vivo.

—¿Trajiste lo que te dije? —preguntó Morgana, sentándose en la cama.

James asintió.

—Sí.

Levantó la mochila.

—Todo.

Morgana sonrió levemente.

—Bien.

Pausa.

Lo miró.

—Sigues rojo.

James se tocó la cara.

—No...

—Sí.

—No.

—Sí.

James desvió la mirada.

—Cállate...

Morgana soltó una risa.

—Qué tonto eres.

Pero no había burla real en su voz.

Solo... cercanía.

Confianza.

Esa que se había construido durante años.

—Oye —dijo ella, recostándose hacia atrás—.

—¿Qué?

—Gracias por venir.

James la miró.

Pausa.

—Siempre vengo.

Morgana sonrió.

—Lo sé.

Silencio.

Pero no incómodo.

Uno tranquilo.

Cómodo.

De esos que solo existen cuando dos personas se conocen demasiado bien.

—Hoy no vamos a dormir —dijo Morgana de repente.

James levantó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque las pijamadas son para eso.

—¿No dormir?

—No dormir.

James dudó.

—Pero yo tengo sueño a veces.

Morgana lo miró con una sonrisa traviesa.

—Hoy no.

Pausa.

—Hoy te aguantas.

James suspiró.

—Está bien...

Morgana se incorporó.

—Tenemos que hacer algo divertido.

—¿Como qué?

—No sé.

Pausa.

—Pero tiene que ser épico.

James la miró.

Y por primera vez desde que entró...

Sonrió sin vergüenza.

—Entonces hagámoslo.

Y así...

Sin darse cuenta...

Esa noche comenzaba.

Una noche que, aunque parecía simple...

Se quedaría con ellos...

Mucho más tiempo del que imaginaban.

Morgana lo miró con una chispa especial en los ojos.

No era la misma expresión juguetona de hace unos minutos.

Había algo más.

Algo preparado.

Algo que llevaba tiempo queriendo mostrar.

—Ven —dijo, levantándose de la cama de un salto—. Tengo algo.

James ladeó la cabeza, curioso.

—¿Algo qué?

—Solo ven.

No le dio más explicación.

Simplemente salió del cuarto, haciéndole una seña con la mano para que la siguiera.

James dudó un segundo.

Luego tomó su mochila, la dejó a un lado y caminó tras ella.

—¿A dónde vamos?

—Ya verás.

Bajaron por el pasillo.

Morgana se detuvo frente a una puerta al final.

La abrió con cuidado.

Y entró.

James la siguió.

Y lo que vio...

Lo dejó en silencio.

Era una fortaleza.

Una hecha completamente de cojines, cobijas, sábanas y almohadas. Había usado sillas como estructura, cuerdas improvisadas, y hasta una lámpara dentro que iluminaba el espacio con una luz cálida.

Era imperfecta.

Un poco torcida.

Pero... se sentía mágica.

—...Wow...

Morgana sonrió, orgullosa.

—¿Te gusta?

James asintió, impresionado.

—Está increíble...

—Me tardé como una hora haciéndola.

—¿En serio?

—Sí.

Pausa.

—No fue fácil.

James se acercó un poco más.

Tocó una de las cobijas.

—Parece una base secreta.

—Lo es —respondió Morgana, metiéndose dentro—. Nuestra base secreta.

James dudó un segundo.

Luego sonrió.

Y entró.

Dentro, el espacio era más pequeño, pero acogedor. Había cojines en el suelo, una pequeña mesa improvisada con una caja, y encima... juegos de mesa.

—¿Trajiste todo esto?

—Obvio.

—...Planeaste todo.

Morgana se sentó.

—Claro.

Lo miró.

—Es una pijamada.

James se sentó frente a ella.

—Sí...

Pausa.

—La mejor que he tenido.

Morgana sonrió.

—Y eso que es la primera.

—Por eso mismo.

Ambos rieron.

Morgana lo miró con una chispa especial en los ojos.

No era la misma expresión juguetona de hace unos minutos.

Había algo más.

Algo preparado.

Algo que llevaba tiempo queriendo mostrar.

—Ven —dijo, levantándose de la cama de un salto—. Tengo algo.

James ladeó la cabeza, curioso.

—¿Algo qué?

—Solo ven.

No le dio más explicación.

Simplemente salió del cuarto, haciéndole una seña con la mano para que la siguiera.

James dudó un segundo.

Luego tomó su mochila, la dejó a un lado y caminó tras ella.

—¿A dónde vamos?

—Ya verás.

Bajaron por el pasillo.

Morgana se detuvo frente a una puerta al final.

La abrió con cuidado.

Y entró.

James la siguió.

Y lo que vio...

Lo dejó en silencio.

Era una fortaleza.

Una hecha completamente de cojines, cobijas, sábanas y almohadas. Había usado sillas como estructura, cuerdas improvisadas, y hasta una lámpara dentro que iluminaba el espacio con una luz cálida.

Era imperfecta.

Un poco torcida.

Pero... se sentía mágica.

—...Wow...

Morgana sonrió, orgullosa.

—¿Te gusta?

James asintió, impresionado.

—Está increíble...

—Me tardé como una hora haciéndola.

—¿En serio?

—Sí.

Pausa.

—No fue fácil.

James se acercó un poco más.

Tocó una de las cobijas.

—Parece una base secreta.

—Lo es —respondió Morgana, metiéndose dentro—. Nuestra base secreta.

James dudó un segundo.

Luego sonrió.

Y entró.

Dentro, el espacio era más pequeño, pero acogedor. Había cojines en el suelo, una pequeña mesa improvisada con una caja, y encima... juegos de mesa.

—¿Trajiste todo esto?

—Obvio.

—...Planeaste todo.

Morgana se sentó.

—Claro.

Lo miró.

—Es una pijamada.

James se sentó frente a ella.

—Sí...

Pausa.

—La mejor que he tenido.

Morgana sonrió.

—Y eso que es la primera.

—Por eso mismo.

Ambos rieron.

La noche avanzó.

Las horas pasaron casi sin que se dieran cuenta.

Jugaron juegos de mesa.

Uno tras otro.

Risas.

Pequeñas trampas.

Reclamos.

—¡Hiciste trampa!

—¡No hice trampa!

—¡Sí hiciste!

—¡Eso no cuenta!

—¡Claro que cuenta!

—¡No!

—¡Sí!

Morgana se reía.

James también.

Era un caos.

Pero un caos feliz.

Después...

Encendieron la televisión.

Una película comenzó.

Una de esas románticas que ninguno admitiría haber elegido.

Pero que ambos estaban viendo.

Sin quejarse.

Sentados uno al lado del otro.

Con la luz tenue iluminando sus rostros.

El ambiente cambió.

Se volvió más... tranquilo.

Más íntimo.

Morgana habló primero.

—¿Te acuerdas del día que nos conocimos?

James no apartó la vista de la pantalla.

Pero sonrió.

—Sí.

Pausa.

—En el parque.

—Sí.

—Los castillos de arena.

Morgana soltó una pequeña risa.

—El mío era más bonito.

James negó.

—El mío.

—El mío.

—El mío.

Se miraron.

Y sonrieron.

—Fue un día lindo —dijo Morgana, bajando la voz.

James asintió.

—Sí...

Pausa.

—Lo fue.

El silencio volvió.

Pero esta vez...

Era distinto.

Más pesado.

Más... significativo.

Morgana empezó a moverse lentamente.

Casi imperceptible.

Se acercó un poco más.

Su hombro rozó el de James.

Él no reaccionó.

O al menos... eso parecía.

Ella bajó la mirada.

Su mano estaba cerca de la de él.

Muy cerca.

Dudó.

Un segundo.

Dos.

Su respiración se volvió un poco más irregular.

—James...

Él giró ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

Morgana no lo miraba.

Seguía mirando sus manos.

—Esto es raro...

James frunció un poco el ceño.

—¿Por qué?

Morgana respiró hondo.

—Porque...

Pausa.

—Nunca pensé que llegaríamos a esto.

—¿A qué?

—A... esto.

Señaló vagamente el espacio.

La fortaleza.

La película.

Ellos.

—Pasamos de jugar en la arena...

Pausa.

—A ver una película romántica juntos.

James la miró.

Y luego sonrió suavemente.

—Sí...

Pausa.

—Es raro.

Morgana levantó la mirada.

—¿Verdad?

—Sí.

Pausa.

—Pero es lindo.

El corazón de Morgana latió un poco más rápido.

—Sí...

Sus dedos se movieron un poco más.

Rozaron los de James.

Un contacto leve.

Casi accidental.

Pero no lo fue.

James lo sintió.

Y no se apartó.

Morgana tragó saliva.

—Quería decirte algo...

James la miró con atención.

—¿Qué cosa?

Morgana dudó.

Sus manos temblaron ligeramente.

—Cuando estoy contigo...

Pausa.

—Siento algo raro.

James sintió cómo su pecho se tensaba.

—¿Raro?

—Sí...

Bajó la mirada.

—Pero no es malo.

—¿Entonces?

—Es... bonito.

Silencio.

—Es como un cosquilleo...

Llevó su mano al abdomen.

—Aquí...

James sintió cómo su rostro comenzaba a calentarse.

Sabía lo que era.

Lo había escuchado antes.

—Mi mamá dice...

Pausa.

—Que eso se llama maripositas en el estómago.

Morgana levantó la mirada de golpe.

Sus ojos se abrieron un poco más.

—¿Maripositas...?

James asintió.

—Sí.

Pausa.

—Y pasa cuando alguien está enamorado.

Silencio.

Total.

El mundo pareció detenerse otra vez.

Morgana se quedó quieta.

Procesando.

—Entonces...

Su voz salió más baja.

Más temblorosa.

—¿Estoy enamorada...?

James no dudó.

—Sí.

El rostro de Morgana se puso rojo.

Mucho.

Demasiado.

—Yo...

Pausa.

—Yo no sabía...

James la miró fijamente.

—Yo sí.

Morgana lo miró.

—¿Qué?

James tragó saliva.

Su corazón también latía rápido.

—Porque...

Pausa.

—Yo también siento lo mismo.

El silencio volvió.

Pero ahora...

Era distinto.

Cargado.

Vivo.

—¿En serio? —preguntó Morgana, casi en un susurro.

James asintió.

—Sí.

Pausa.

—No puedo evitarlo.

Morgana no apartaba la mirada.

—¿Por qué?

James dudó un segundo.

Pero decidió hablar.

—Tu risa...

Pausa.

—Tu voz...

—...

—Tu forma de ser...

Respiró hondo.

—Todo de ti me gusta.

El corazón de Morgana se desbordó.

—James...

—Y siento...

Pausa.

—Que tú eres...

Dudó.

Pero lo dijo.

—La indicada.

Morgana se quedó sin palabras.

—¿La... indicada?

James asintió.

—Sí.

Silencio.

Un silencio largo.

Pero no incómodo.

Sino... intenso.

—Entonces...

Morgana se acercó un poco más.

—¿Qué hacemos...?

James la miró.

Sus ojos reflejaban nervios.

Pero también decisión.

—Quiero preguntarte algo.

—¿Qué?

Pausa.

—¿Quieres ser mi novia?

El tiempo se detuvo.

Otra vez.

Pero esta vez...

Para algo completamente distinto.

Morgana no dudó.

Ni un segundo.

—Sí.

Lo dijo con firmeza.

Con emoción.

Con todo lo que sentía.

James sonrió.

Morgana también.

Ambos se acercaron.

Lento.

Muy lento.

Como si el momento fuera frágil.

Como si cualquier movimiento brusco pudiera romperlo.

Sus respiraciones se mezclaban.

Sus miradas no se soltaban.

Y entonces...

Sus labios se tocaron.

Suave.

Torpe.

Pero real.

Un beso corto.

Inocente.

Pero lleno de significado.

Un momento que sellaba algo nuevo.

Algo que ya no era solo amistad.

Sino algo más profundo.

Más fuerte.

Más difícil de romper.

Cuando se separaron...

Se quedaron mirándose.

En silencio.

Pero sonriendo.

Porque ambos sabían...

Que algo había cambiado.

Para siempre.

El auto continuaba su trayecto, pero dentro de él... el tiempo volvía a doblarse sobre sí mismo.

James no hablaba.

No todavía.

Sus manos estaban firmes sobre el volante, pero sus nudillos se marcaban más de lo normal. No por fuerza... sino por lo que estaba recordando.

Izobelle lo miraba en silencio.

Sabía que lo que venía... no era fácil de contar.

Y tenía razón.

Cinco años más.

Cinco años donde lo que comenzó como un juego de niños se convirtió en algo más profundo, más real... más peligroso.

James y Morgana ya no eran los mismos.

Habían crecido.

Física y emocionalmente.

Pero lo que sentían... no se había debilitado.

Al contrario.

Se había vuelto más fuerte.

Más dependiente.

Más necesario.

—¿Ya comiste? —preguntaba James, apoyado en la puerta de la casa de Morgana.

—No —respondía ella, saliendo con su mochila al hombro—. Estaba esperando a alguien.

James sonreía.

—Ah, ¿sí? ¿Quién?

Morgana se acercaba.

—Un chico tonto que siempre llega tarde.

—Oye...

—Pero me gusta.

Y así era siempre.

Pequeñas rutinas.

Pequeños momentos.

Pero constantes.

Firmes.

Se acompañaban en todo.

En los días buenos.

Y en los días malos.

—No me fue bien en el ensayo... —decía Morgana, sentada en la acera, con la mirada baja.

James se sentaba a su lado.

—¿Por qué?

—Dicen que tengo talento... pero que me falta disciplina.

James fruncía el ceño.

—¿Disciplina?

—Sí...

Pausa.

—Que tengo que dar más.

Silencio.

James la miraba.

—Entonces da más.

Morgana levantaba la mirada.

—¿Así de fácil?

—Sí.

—¿Y si fallo?

James sonreía levemente.

—Entonces lo intentas otra vez.

Morgana lo miraba.

Y sonreía también.

—Eres muy simple.

—Funciona.

Y funcionaba.

Porque no estaban solos.

Nunca lo estuvieron.

Hasta que...

Todo empezó a cambiar.

El año en que todo se quebró... no empezó mal.

De hecho...

Empezó con el mayor logro de Morgana.

La oportunidad que siempre soñó.

La llamada.

El momento que definía todo.

—James...

—¿Sí?

—Me aceptaron.

Silencio.

—¿Qué?

—En Dominion.

James se quedó quieto.

—...¿En serio?

Morgana asintió, con los ojos brillando.

—Sí...

—¿De verdad?

—Sí.

James sonrió.

Y la abrazó con fuerza.

—Lo lograste...

Morgana cerró los ojos.

—Lo logré...

Ese día...

Fue perfecto.

Pero también...

Fue el inicio del final.

Los ensayos comenzaron.

Las exigencias aumentaron.

Los horarios cambiaron.

Y poco a poco...

Sin que ninguno lo dijera en voz alta...

La distancia empezó a crecer.

—¿Hoy nos vemos? —preguntaba James por mensaje.

—No puedo... ensayo.

—¿Mañana?

—Tampoco.

—¿Pasado?

—Tengo reunión.

Pausa.

—Lo siento...

James miraba la pantalla.

—Está bien.

Pero no lo estaba.

Y ambos lo sabían.

Cuando se veían...

Ya no era igual.

—¿Cómo estás? —preguntaba James, sentado frente a ella.

—Bien... cansada.

—Se nota.

—Sí...

Silencio.

—¿Y tú?

—Bien.

Pero no hablaban como antes.

No reían como antes.

No eran... como antes.

Morgana estaba cambiando.

No solo por fuera.

Sino por dentro.

Más enfocada.

Más distante.

Más... lejos.

Y James...

Se estaba quedando atrás.

Hasta que llegó ese día.

Una cafetería.

Pequeña.

Tranquila.

Pero pesada.

Demasiado.

Morgana estaba sentada.

Mirando la taza frente a ella.

Sin tocarla.

Sin moverse.

James llegó.

La vio.

Y algo en su pecho se tensó.

—Hola...

Morgana levantó la mirada.

—Hola...

James se sentó frente a ella.

—¿Todo bien?

Morgana no respondió de inmediato.

Eso ya era mala señal.

—James...

Su voz era distinta.

Más baja.

Más seria.

—Tengo que decirte algo.

El corazón de James se aceleró.

—¿Qué pasa?

Silencio.

Morgana respiró hondo.

Como si le costara.

Como si cada palabra pesara.

—Lo nuestro...

Pausa.

—No puede continuar.

El mundo se detuvo.

Literalmente.

James no reaccionó de inmediato.

No podía.

—...¿Qué?

Morgana cerró los ojos un segundo.

—No ahora.

Pausa.

—Al menos no ahora.

James sintió el golpe.

Directo.

Sin filtro.

Intentó mantenerse firme.

—¿Por qué?

Su voz tembló un poco.

Pero no se rompió.

Aún.

Morgana lo miró.

Sus ojos ya estaban brillando.

—Porque...

Pausa.

—Esto que estoy viviendo...

Señaló vagamente.

—Es todo lo que soñé.

James apretó la mandíbula.

—¿Y yo?

Morgana tragó saliva.

—Tú...

Pausa.

—Tú eres importante.

—Entonces no me dejes.

Silencio.

—No me dejes, Morgana.

Su voz ya no era firme.

—Puedo hacerlo.

—¿Qué?

—Todo.

Pausa.

—Me esfuerzo más.

—James...

—Trabajo duro.

—James...

—Voy contigo.

—James—

—Pero no me dejes.

El silencio fue devastador.

Morgana ya tenía lágrimas corriendo por su rostro.

—Te amo...

James cerró los ojos.

—Entonces quédate.

—No puedo.

Esa palabra...

Fue peor que todo lo anterior.

—No puedo...

Pausa.

—Porque sé lo que pasa.

—¿Qué pasa?

—Te dejo esperando.

—No me importa.

—A mí sí.

Silencio.

—Ya está pasando.

James bajó la mirada.

—Puedo aguantar.

—No deberías.

—Quiero.

—No es justo.

—No me importa si es justo.

Morgana negó con la cabeza.

—A mí sí.

Pausa.

—Porque te amo.

Esa frase dolió más que la ruptura.

—Y precisamente por eso...

Pausa.

—No puedo seguir así.

James no hablaba.

No podía.

—Mi sueño...

Su voz se quebró.

—También vale.

Silencio.

Pesado.

Denso.

Irrompible.

—Pero...

Morgana respiró hondo.

—Te prometo algo.

James levantó la mirada.

Apenas.

—¿Qué?

—Si en el futuro...

Pausa.

—Todo se estabiliza...

Sus ojos se conectaron con los de él.

—Podemos volver.

James se aferró a esa frase.

Como a una cuerda en medio del vacío.

—¿En serio?

Morgana asintió.

—Sí.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Silencio.

Morgana tomó sus cosas.

Se levantó.

Pero antes de irse...

Se acercó.

Se inclinó.

Y lo besó.

Un beso corto.

Pero cargado.

Doloroso.

Despedida.

—Lo siento...

Susurró.

Y se fue.

James no la detuvo.

No pudo.

Se quedó ahí.

Sentado.

Con la taza intacta frente a él.

Con el mundo roto dentro del pecho.

Pero con algo...

Algo que no se fue.

Las palabras de Morgana.

"Si todo se estabiliza... podemos volver."

Esa frase...

No murió ese día.

Se quedó.

Grabada.

Marcada.

Viva.

Hasta el día de hoy.

CAP 98

Un hombre que no se rinde

La noche caía con ese tono espeso y pesado tan característico del anillo de la gula, donde el aire parecía siempre cargado de algo más que humo o vapor: había un exceso constante, una saturación que no solo se sentía en los colores o en los olores, sino en la misma esencia del lugar. Los carteles de neón, en tonos naranjas y rojizos, parpadeaban con una intermitencia irregular, como si estuvieran a punto de morir... pero nunca lo hicieran. Era una ilusión constante de decadencia que, de alguna forma, mantenía todo en movimiento.

Las calles, aunque más vacías que en horas pico, seguían teniendo vida. Demonios de distintas formas y tamaños caminaban de un lado a otro, algunos riendo, otros discutiendo, otros simplemente existiendo en ese caos cotidiano. Sin embargo, entre toda esa masa de presencias, había una figura que no encajaba.

No porque fuera llamativa en apariencia.

Sino porque su sola existencia parecía... distinta.

Antonov caminaba con paso firme, pero lento. No era torpeza, era peso. Cada paso suyo parecía arrastrar algo invisible, algo que no se podía ver, pero sí sentir. Su presencia no irradiaba el desorden emocional típico de los pecadores del anillo; no había euforia, ni rabia explosiva, ni deseo descontrolado. Lo que emanaba de él era mucho más silencioso... mucho más peligroso.

Era vacío.

Un vacío profundo, como el de alguien que ya no espera nada.

A su lado, Anya caminaba ligeramente adelantada, con esa energía que contrastaba con la de él. Sus orejas se movían con cada sonido distante, y su cola, aunque relajada, no dejaba de reflejar pequeños cambios de ánimo. No llevaba zapatos, como era natural en los sabuesos infernales, y sus pasos descalzos apenas hacían ruido contra el suelo áspero.

Durante varios minutos, ninguno de los dos habló.

Hasta que Anya, rompiendo ese silencio que ya le resultaba familiar, giró ligeramente la cabeza hacia él.

-Papá... -su voz fue suave, pero directa-. ¿Para dónde vamos?

Antonov no respondió de inmediato.

Se detuvo apenas un segundo, lo suficiente para mirarla. Sus ojos no eran duros, pero tampoco cálidos. Eran... distantes. Como si siempre estuviera viendo algo más allá de lo que tenía enfrente.

Sin decir una palabra, levantó la mano y la apoyó con suavidad sobre la cabeza de Anya.

El gesto fue breve.

Pero suficiente.

Anya cerró los ojos un instante, inclinándose apenas hacia el contacto. Su cola se movió una vez, lentamente.

-Ya entendí... -murmuró, con una pequeña sonrisa que no necesitaba ser vista para sentirse.

Ese era su lenguaje.

Antonov no hablaba mucho.

Pero cuando lo hacía, casi nunca era con palabras.

Siguieron caminando.

Las luces se hicieron menos intensas conforme se alejaban de las zonas más concurridas. Los sonidos también cambiaron; las risas y discusiones quedaron atrás, sustituidas por el zumbido lejano de la electricidad y el eco de pasos aislados.

Finalmente, llegaron a un edificio.

No era imponente.

No era elegante.

Era... funcional.

Un edificio residencial de concreto desgastado, con ventanas que apenas retenían la luz interior y una puerta principal que había sido reparada más veces de las que alguien podría contar.

Anya se adelantó sin dudarlo.

-Yo abro -dijo, apoyando ambas manos contra la puerta.

Empujó con fuerza, y la madera cedió con un crujido leve.

Antonov entró detrás de ella, sin decir nada.

El interior olía a humedad y a comida vieja, una mezcla que se había impregnado en las paredes con el paso del tiempo. Subieron por las escaleras, que crujían bajo su peso, especialmente en el tercer piso.

Anya iba primero, subiendo con rapidez, como si el cansancio no existiera para ella.

Antonov subía detrás, más lento.

Más pesado.

Al llegar al piso tres, Anya se detuvo frente a una puerta.

-305 -dijo en voz baja, como si lo necesitara confirmar, aunque lo supiera de memoria.

Metió la mano en el bolsillo, sacó una llave y abrió.

La puerta se resistió un poco.

-Vamos... -murmuró, empujando con el hombro hasta que finalmente cedió.

El interior del apartamento era pequeño.

Muy pequeño.

La cocina y la sala compartían el mismo espacio, separadas solo por una mesa desgastada que servía de punto medio. Había una única habitación al fondo y un baño que apenas se distinguía por la puerta mal pintada.

No era un lugar acogedor.

Pero tampoco era un lugar vacío.

Era... suficiente.

Anya se hizo a un lado, dejando espacio.

-Pase, señor -dijo con un tono ligero, casi juguetón.

Antonov entró sin reaccionar a la broma.

Se dirigió directamente al sillón, un mueble viejo, hundido en el centro por el uso constante. Se dejó caer en él, apoyando el peso de su cuerpo como si ese simple acto fuera lo único que necesitaba en ese momento.

Sin mirar, tomó el control de la vieja televisión.

La pantalla tardó unos segundos en encender.

Estática.

Luego imagen.

Un programa cualquiera.

No importaba cuál.

El sonido llenó el espacio.

Anya lo observó desde la entrada por unos segundos.

Luego caminó hacia la cocina.

-¿Necesita algo? -preguntó, girando apenas la cabeza hacia él.

Hubo una pausa.

Una de esas pausas donde parece que no habrá respuesta.

Pero esta vez la hubo.

-No... -dijo Antonov, su voz grave, baja, como si no la usara mucho-. No tengo ganas de comer.

Anya frunció ligeramente el ceño.

-Pero no ha comido nada en todo el día...

Antonov no apartó la vista de la televisión.

-Estoy bien.

La respuesta fue seca.

Corta.

Pero no agresiva.

Anya bajó la mirada un instante.

No porque le doliera.

Sino porque ya conocía ese tono.

-No estás bien... -murmuró, casi para sí misma.

Pero no insistió.

Sabía cuándo hacerlo.

Y cuándo no.

-Voy a preparar algo -dijo finalmente-. Para mí... y le dejo un plato por si cambia de opinión.

No hubo respuesta.

Pero tampoco rechazo.

Eso, para ella, era suficiente.

Se movió por la cocina con naturalidad, tomando lo poco que tenían. Cortó, mezcló, calentó. Era una comida simple, sin pretensiones, pero hecha con cuidado.

Mientras cocinaba, de vez en cuando miraba hacia la sala.

Antonov no se movía.

La luz del televisor iluminaba su rostro de forma intermitente, resaltando sombras en sus ojos que no parecían desaparecer nunca.

Anya apretó un poco los labios.

-Algún día... -susurró-. Algún día va a volver a sonreír.

No esperaba respuesta.

Era más una promesa que una idea.

Minutos después, la comida estuvo lista.

Sirvió dos platos.

Uno para ella.

Uno para él.

Caminó hasta la mesa y los dejó con cuidado.

Se sentó.

El sonido de la televisión seguía llenando el lugar, pero ahora había algo más.

Un contraste.

Ella, sentada frente a su plato, con una presencia viva, cálida.

Él, en el sillón, quieto, distante.

Dos mundos en el mismo espacio.

Anya tomó el tenedor.

Miró el plato frente a ella.

Luego, levantó la vista hacia Antonov.

-Papá... -dijo suavemente-. Si no quieres comer ahora... está bien.

Pausa.

-Pero no te olvides de hacerlo.

Antonov no respondió.

Pero, por un segundo...

Muy breve...

Sus ojos se movieron.

No hacia la televisión.

Sino hacia la mesa.

Hacia el plato que ella había dejado para él.

Y aunque no dijo nada...

Ese pequeño gesto...

Para Anya...

Ya significaba todo.

El sonido constante del televisor seguía llenando el pequeño apartamento, pero ya no tenía el mismo efecto que antes. No era compañía real. Era más bien una forma de llenar un vacío que ninguno de los dos se atrevía a nombrar en voz alta.

Anya seguía sentada frente a la mesa, con el tenedor en la mano, moviendo distraídamente la comida en su plato sin llegar a llevarla a la boca. Sus orejas, ligeramente caídas, delataban un pensamiento que iba más allá de lo cotidiano. No era tristeza exactamente... era preocupación. Una preocupación que ya se había vuelto parte de su rutina.

Antonov, por su parte, permanecía en el sillón, con la mirada fija en la pantalla. Sin embargo, su mente estaba lejos de ese programa irrelevante que apenas registraba. Había algo en su pecho, una presión constante, una especie de eco que nunca se iba. Algo que le hacía sentir cansancio incluso cuando no hacía nada.

Finalmente, rompió el silencio.

-Me voy a dormir.

Su voz fue baja, sin emoción aparente, pero lo suficientemente clara para que Anya reaccionara de inmediato.

Ella levantó la mirada.

-¿Ya...?

La palabra salió más cargada de lo que pretendía.

Antonov no respondió de inmediato. Solo se levantó del sillón con movimientos lentos, como si su propio cuerpo le pesara más de lo normal.

Anya dejó el tenedor sobre la mesa.

-Papá...

Él se detuvo.

No giró completamente, pero lo suficiente para indicar que la estaba escuchando.

Anya tragó saliva.

No quería insistir demasiado... pero tampoco podía quedarse callada.

-Prueba al menos la comida...

Pausa.

-No lo hagas por mí... -añadió, con un tono más suave-. Hazlo por ti.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

No eran una orden.

No eran una exigencia.

Eran... una súplica disfrazada.

Antonov bajó ligeramente la mirada.

Durante un segundo... dos...

Parecía que iba a ignorarla.

Pero entonces...

-Está bien.

Fue una respuesta simple.

Pero para Anya...

Fue enorme.

Sus orejas se levantaron apenas, y su cola se movió suavemente contra la silla.

Antonov caminó hasta la mesa y tomó asiento frente al plato que ella había preparado. No había entusiasmo en su expresión, ni hambre evidente, pero había algo distinto.

Intención.

Tomó el tenedor con calma y llevó un pequeño bocado a su boca.

Masticó despacio.

Como si incluso ese acto le costara.

Anya lo observaba sin decir nada.

No quería presionarlo.

Solo... estar ahí.

Los segundos pasaron.

Luego minutos.

El sonido del televisor seguía de fondo, pero ya no era lo importante. Lo importante era ese gesto tan sencillo... y a la vez tan difícil para él.

Antonov siguió comiendo.

Lento.

Pero constante.

Para cualquiera más, habría sido algo trivial.

Para Anya...

Era una victoria.

Una pequeña... pero real.

El tiempo parecía estirarse en ese momento, como si el mundo entero se hubiera detenido para observar algo que, aunque insignificante para otros, era enorme para ellos.

Finalmente, Antonov dejó el tenedor sobre el plato.

Vacío.

Completamente vacío.

Anya parpadeó, casi sin creérselo.

-Te lo... terminaste...

Su voz apenas salió.

Antonov asintió levemente.

-Sí.

Pausa.

-Estuvo bueno.

Anya sintió cómo algo cálido le recorría el pecho.

No era orgullo.

No exactamente.

Era alivio.

-Gracias por la comida.

La frase fue simple.

Pero en él... significaba mucho.

Anya sonrió, esta vez sin ocultarlo.

-No hay problema... -respondió con suavidad-. Siempre voy a cocinar para ti si es necesario.

Se inclinó ligeramente hacia él, estirando la mano para sacudir con cuidado un poco de polvo imaginario de la chaqueta de Antonov.

-Lo importante... -añadió, mirándolo con una ternura sincera-. Es que estés bien.

Antonov no dijo nada.

Pero esta vez...

No se quedó inmóvil.

Sus brazos se movieron.

Lentos, pero firmes.

Y rodearon a Anya.

El abrazo fue inesperado.

Pero no incómodo.

Anya se quedó quieta un segundo... y luego respondió, apoyando su rostro contra el pecho de él.

Su cola se movió suavemente detrás de ella.

-Te quiero mucho... -murmuró.

La respuesta no tardó.

-Yo también te quiero mucho.

La voz de Antonov seguía siendo baja.

Pero ahora...

Había algo distinto en el.

Algo más humano.

Algo más... vivo.

Permanecieron así unos segundos más.

Sin necesidad de palabras.

Sin necesidad de nada más.

Hasta que Antonov se separó lentamente.

-Voy a dormir.

Anya asintió.

-Está bien...

Pausa.

-Yo lavo los platos y voy también.

Antonov inclinó levemente la cabeza, en señal de entendimiento, y se dirigió hacia la habitación. Sus pasos eran pesados, pero no tanto como antes.

Anya lo observó desaparecer por la puerta.

Luego miró la mesa.

Los platos.

El espacio.

El silencio.

Soltó un pequeño suspiro.

-Vamos... -se dijo a sí misma-. Un paso a la vez.

Se levantó y comenzó a recoger los platos. El agua del grifo sonó al caer, llenando el pequeño apartamento con un ruido constante que, de alguna forma, resultaba tranquilizador.

Mientras lavaba, su mente no dejaba de pensar.

En él.

En su estado.

En lo que había sido... y en lo que ahora era.

Pero no había desesperanza en sus pensamientos.

Había determinación.

Después de unos minutos, terminó.

Secó sus manos y caminó hacia la habitación.

Abrió la puerta con cuidado.

La luz tenue del pasillo apenas iluminó el interior.

Antonov ya estaba acostado.

Dormido.

O al menos... eso parecía.

Su respiración era lenta.

Profunda.

Más tranquila de lo habitual.

Anya sonrió apenas.

Caminó en silencio hasta el armario improvisado, tomó ropa cómoda y se dirigió al baño. Cerró la puerta con cuidado y se cambió, dejando atrás la ropa del día.

Cuando salió, el ambiente en la habitación era aún más silencioso.

Más íntimo.

Se acercó a la cama.

Lo miró.

Por un momento... solo lo miró.

Como si quisiera asegurarse de que realmente estaba ahí.

De que no se iba a romper.

De que no iba a desaparecer.

Se agachó ligeramente.

Y con una suavidad casi imperceptible...

Le dio un beso en la frente.

-Descansa, papá...

La frase salió en un susurro.

Pero cargada de todo lo que sentía.

Luego rodeó la cama y se acomodó en el otro lado. El colchón crujió levemente bajo su peso.

Se acomodó cerca de él.

No demasiado.

Pero lo suficiente.

Alcanzó la lámpara y apagó la luz.

La habitación quedó en penumbra.

Silenciosa.

Segura.

Anya cerró los ojos.

Su respiración comenzó a acompasarse con la de Antonov.

Y poco a poco...

El cansancio la alcanzó.

En cuestión de minutos...

Se quedó dormida.

Y por primera vez en mucho tiempo...

Esa noche...

Ninguno de los dos parecía estar completamente solo.

Al día siguiente.

El sonido de la alarma rompió la calma de la habitación como un golpe seco, abrupto, casi violento en comparación con la quietud que había dominado la noche anterior. Eran las 7:00 de la mañana, y el pitido constante del dispositivo vibraba sobre la pequeña mesa improvisada junto a la cama.

Antonov abrió los ojos de inmediato.

No hubo confusión.

No hubo ese momento de desorientación que suele acompañar el despertar.

Solo conciencia.

Fría, directa, inmediata.

Se incorporó lentamente, apoyando las manos sobre el colchón antes de enderezar la espalda. Su mirada se dirigió automáticamente hacia el celular, como si su cuerpo ya conociera esa rutina de memoria. Tomó el dispositivo y apagó la alarma sin dudar.

El silencio regresó.

Pero no era el mismo de la noche anterior.

Este era más tenso.

Más cargado.

Giró ligeramente la cabeza.

Anya seguía dormida.

Estaba recostada de lado, con una de sus manos cerca del rostro y su respiración suave marcando un ritmo tranquilo. Sus orejas caían relajadas, y su expresión... era la única parte del mundo que, en ese momento, parecía completamente en paz.

Antonov la observó durante unos segundos.

Sin moverse.

Sin pensar demasiado.

Solo... observando.

Había algo en ese momento que lo detenía.

Algo que no podía nombrar.

Pero que tampoco quería interrumpir.

Aun así, lo hizo.

Extendió la mano y la movió con suavidad, apenas tocando su hombro.

-Anya...

No fue una orden.

Fue casi un susurro.

Ella reaccionó con un leve movimiento, arrugando ligeramente la nariz antes de abrir los ojos poco a poco. Parpadeó varias veces, tratando de enfocar.

-Mmm... -murmuró, con la voz aún cargada de sueño-. ¿Qué hora es...?

Antonov no apartó la mirada.

-Es hora de levantarse.

Anya parpadeó otra vez, más consciente ahora.

-¿Qué...? -se incorporó un poco, frotándose un ojo con el dorso de la mano-. ¿Hoy...?

Pausa.

-¿Domingo?

Había una mezcla de incredulidad y leve queja en su tono.

Antonov asintió una sola vez.

-Sí.

Anya dejó caer la cabeza hacia atrás, mirando el techo.

-No puede ser...

Suspiró.

-Los domingos son para dormir más...

Su cola se movió perezosamente sobre la cama, como si protestara por ella.

Antonov no reaccionó.

-Hoy tenemos una cita en el palacio Gluttora.

Las palabras fueron suficientes.

Anya giró la cabeza de inmediato.

Sus ojos se abrieron un poco más.

-Ah...

Y entonces lo recordó.

El contexto.

La importancia.

La razón por la que ese día no era un domingo cualquiera.

Se sentó completamente esta vez, estirándose un poco.

-Cierto...

Pausa.

-Lo había olvidado.

Miró a Antonov.

Y aunque su cuerpo aún pedía volver a acostarse...

No lo hizo.

-Está bien... -dijo, exhalando con resignación-. Ya me levanto.

No hubo berrinche.

No hubo insistencia.

Solo comprensión.

Porque sabía.

Sabía que para él... eso no era opcional.

Ambos se levantaron de la cama. El apartamento, con la luz tenue de la mañana filtrándose por la ventana, se sentía distinto. Más frío. Más real.

Anya fue al baño primero, arrastrando un poco los pies al inicio, pero recuperando energía poco a poco. Mientras tanto, Antonov se quedó en la sala, de pie, mirando el mismo espacio que recorría todos los días.

Pero hoy...

Había algo diferente.

Una tensión leve en el ambiente.

Una expectativa silenciosa.

Cuando Anya salió, ya más despierta, con el cabello ligeramente acomodado y una expresión más firme, se dirigió a la pequeña cocina.

-Voy a hacer algo rápido -dijo, abriendo uno de los cajones.

Antonov asintió apenas.

-Bien.

El desayuno fue sencillo.

Pan, algo caliente, lo justo.

Comieron en silencio.

Pero no era un silencio incómodo.

Era... funcional.

Después de eso, se vistieron. Anya eligió ropa cómoda, pero presentable. Sabía que no iban a cualquier lugar. Ajustó su ropa, sacudió un poco sus hombros y miró a Antonov.

-¿Estoy bien así?

Antonov la observó brevemente.

-Sí.

Simple.

Directo.

Pero suficiente.

Salieron del apartamento y cerraron la puerta tras ellos. El pasillo estaba vacío, y el eco de sus pasos los acompañó hasta las escaleras.

Al salir al exterior, el aire del anillo de la gula los recibió con su habitual densidad. El día apenas comenzaba, pero ya había movimiento. No tanto como en la noche, pero lo suficiente para recordar que ese lugar nunca dormía del todo.

El palacio Gluttora no estaba lejos.

Por eso caminaron.

El trayecto fue tranquilo.

Durante los primeros minutos, ninguno habló.

Hasta que Anya, incapaz de quedarse callada por mucho tiempo, rompió el silencio.

-Oye...

Antonov no respondió, pero su leve inclinación de cabeza indicó que la escuchaba.

-¿Por qué es tan importante esta reunión?

La pregunta no era nueva.

Pero esta vez...

La hizo con más intención.

Antonov mantuvo la mirada al frente.

-Es importante.

Anya esperó.

Pero no hubo más.

Frunció ligeramente el ceño.

-Sí, pero... ¿por qué?

Pausa.

Nada.

-¿Tiene que ver con...?

Se detuvo.

No terminó la frase.

Antonov finalmente habló.

-Es importante.

Otra vez.

Seco.

Cerrado.

Definitivo.

Anya lo miró de reojo.

Sabía lo que eso significaba.

No iba a obtener más información.

Al menos no ahora.

-Está bien... -murmuró, asintiendo-. No tienes que decirlo.

Y no insistió.

Porque lo conocía.

Porque sabía cuándo detenerse.

El resto del camino transcurrió en silencio.

Finalmente, el palacio Gluttora apareció ante ellos.

Era imponente.

Mucho más que cualquier edificio cercano.

Su estructura reflejaba poder, control... y exceso contenido. No era un caos visual como el resto del anillo. Era orden dentro del exceso. Eso lo hacía aún más intimidante.

Anya levantó la mirada, observándolo.

-Sigue impresionando...

Antonov no respondió.

Se acercaron al portón principal.

Los guardias, firmes en su posición, los miraron con atención.

-¿Qué necesitan?

La voz fue firme, profesional.

Antonov sacó un papel de su bolsillo.

Sin decir nada, lo extendió.

El guardia lo tomó, lo revisó.

Y en cuanto lo hizo...

Su expresión cambió ligeramente.

Reconocimiento.

-Ah...

Le devolvió el papel.

-Adelante.

El otro guardia asintió.

-Ya saben el procedimiento.

Anya parpadeó.

Miró a Antonov.

-¿Ya... han venido antes?

Antonov no respondió.

Pero no hacía falta.

La forma en que los dejaron pasar...

Decía todo.

Entraron al palacio.

El interior era aún más impresionante. Amplio, elegante, con una estructura que contrastaba completamente con el exterior del anillo.

Todo estaba en su lugar.

Todo tenía un propósito.

Un sirviente sabueso se acercó a ellos con paso tranquilo.

-Por aquí, por favor.

Anya lo observó.

Había algo curioso en ver a otro sabueso en ese entorno, pero no dijo nada.

Caminaron por largos pasillos, atravesando puertas, giros y espacios que parecían diseñados para perder a cualquiera que no conociera el camino.

Finalmente, se detuvieron frente a una puerta.

El sirviente la abrió.

-Pueden esperar aquí.

Pausa.

-La señorita Celia vendrá en breve.

Anya entró primero.

Antonov detrás.

El sirviente cerró la puerta tras ellos.

Y el silencio...

Volvió.

Pero esta vez...

No era el mismo.

Era más pesado.

Más denso.

Como si algo importante estuviera a punto de suceder.

Y en ese espacio cerrado...

La espera...

Se convirtió en lo único que quedaba.

La espera empezó a sentirse más larga de lo que realmente era.

El aire en la sala no estaba viciado, pero sí cargado. No por el ambiente físico, sino por la tensión que se acumulaba poco a poco, casi sin que se notara al principio. Anya, sentada frente al escritorio, intentaba mantener la compostura, pero su cuerpo la delataba sin piedad. Su cola se movía de un lado a otro con un ritmo constante, casi hipnótico, reflejando una intranquilidad que no lograba esconder del todo.

Sus dedos se entrelazaban y se soltaban sobre su regazo, y de vez en cuando miraba hacia la puerta, como si pudiera forzarla a abrirse con solo desearlo lo suficiente.

Antonov, en cambio, era todo lo contrario.

Estaba completamente quieto.

No parecía nervioso. Tampoco relajado. Simplemente... contenido. Su espalda permanecía recta, sus manos descansaban sobre sus piernas y su mirada estaba fija en un punto indefinido al frente, como si su mente ya estuviera en otro lugar, uno al que nadie más podía acceder.

El contraste entre ambos era evidente.

Y pesado.

Pasaron varios minutos más.

El sonido del silencio se volvió más perceptible, más incómodo.

Hasta que finalmente...

La puerta se abrió.

No hubo anuncio. No hubo advertencia. Solo el leve sonido de la madera cediendo, lo suficiente para que ambos reaccionaran al instante.

Se levantaron casi al mismo tiempo.

Anya se apresuró a acomodarse, enderezando la espalda y deteniendo el movimiento de su cola con un esfuerzo consciente. Antonov no necesitó hacerlo. Ya estaba preparado desde antes.

Celia entró con la naturalidad de alguien que no necesita imponerse para ser respetada.

Su presencia llenó la habitación de inmediato.

No por volumen, ni por gestos exagerados, sino por algo más sutil... más profundo. Control. Autoridad. Y una calma que no daba espacio a dudas.

Ambos inclinaron la cabeza en señal de respeto.

-Su majestad.

Las voces se unieron en una sola.

Celia los observó un instante, evaluando sin prisa. Luego hizo un gesto leve con la mano.

-Siéntense.

No fue una orden dura, pero tampoco una sugerencia.

Ellos obedecieron.

Celia caminó hasta su escritorio y tomó asiento con elegancia contenida. Frente a ella había varios documentos organizados con precisión, y sin perder tiempo, comenzó a revisarlos. Pasaba las hojas con calma, deteniéndose en ciertos puntos, como si cada línea tuviera algo que confirmar.

El silencio volvió a instalarse, pero esta vez no era incómodo.

Era expectante.

-Están aquí por la evaluación mensual -dijo finalmente, sin levantar la vista de los papeles.

Antonov asintió apenas.

-Sí, su majestad.

Celia tomó una de las hojas y la levantó ligeramente.

-Antonov... -pronunció su nombre con claridad-. Aquí indica que usted era titular de la banda EsteticOz.

No era una pregunta.

Era una afirmación respaldada por registros.

-La cual usted vendió sus derechos a... HellBet Records.

Hubo una pausa breve antes de que añadiera:

-Por cuestiones personales.

Esta vez, levantó la mirada.

Sus ojos se posaron directamente sobre él.

-Las cuales ya conozco.

Antonov no se movió.

-Sí -respondió simplemente.

Anya, desde su lugar, miró de reojo. No dijo nada, pero la ligera tensión en sus hombros indicaba que esa parte de la historia no le era completamente familiar.

Celia dejó ese documento a un lado y tomó otro.

-En cuanto a su comportamiento... -continuó, pasando una página-. Ha sido adecuado.

Su tono no era elogioso, pero tampoco crítico.

-No hay reportes de incidentes.

Otra hoja.

-En el trabajo que le asigné personalmente, no se registran quejas.

Levantó la vista por un segundo.

-Cumple.

La palabra quedó suspendida en el aire.

-Y cumple bien.

El reconocimiento era sutil, pero presente.

Antonov no respondió.

Celia continuó.

-Respecto a la custodia de Anya... esta finalizó cuando cumplió los dieciocho años.

Anya asintió levemente.

-Sí, su majestad.

-Sin embargo -añadió Celia, observando otro documento-, usted se registró como sabueso de apoyo emocional.

Anya bajó la mirada apenas, pero no con inseguridad. Había firmeza en su postura.

-Sí.

Celia la observó un instante más, como midiendo algo que no estaba escrito en el papel.

-Por lo que veo... ha sido una decisión funcional.

Anya permitió que una pequeña sonrisa se asomara en sus labios.

-Intento ayudar.

Celia no respondió a eso directamente. En su lugar, dejó los documentos sobre el escritorio y apoyó las manos sobre la superficie.

-En general... va en buenos pasos, Antonov.

Una pausa breve.

-No ha causado problemas.

El ambiente se alivió ligeramente.

Pero Antonov habló entonces.

Su voz, aunque baja, tenía un peso distinto.

-He hecho todo lo posible para ser una buena persona.

La frase no sonó ensayada.

Sonó... cansada.

Real.

Celia lo observó con más atención ahora.

Y entonces, sin rodeos, él añadió:

-Quiero saber si tienen noticias de mi hija.

El aire pareció tensarse otra vez.

Anya giró la cabeza hacia él, sorprendida por la forma tan directa en la que lo dijo.

Celia no respondió de inmediato.

Volvió a los documentos.

Revisó.

Buscó.

El sonido del papel se volvió demasiado presente.

Hasta que finalmente habló.

-No.

La palabra fue firme.

-Aún no hay información.

Antonov bajó la mirada.

No hubo dramatismo.

Pero el gesto... fue suficiente.

-Está bien -dijo.

Pero no lo estaba.

Y se notaba.

Celia apoyó el documento.

-Lleva buscándola desde 2001.

Su tono era más reflexivo ahora.

-Estamos en 2040.

Treinta y nueve años.

-¿Por qué sigue? -preguntó, sin dureza-. ¿Por qué sigue buscándola?

El silencio que siguió fue más largo.

Más difícil.

Antonov respiró.

-No lo sé.

Sus manos se tensaron ligeramente.

-Solo quiero saber de ella.

Pausa.

-Algo.

Levantó un poco la mirada.

-Por eso sigo.

Celia exhaló suavemente.

-Hemos buscado en todo el infierno.

Su voz era serena, pero firme.

-No está.

Otra pausa.

-Antonov... yo le he dado una residencia. Un trabajo. Estabilidad.

Sus ojos pasaron brevemente por Anya.

-Incluso le permití tener a un sabueso infernal.

Anya sintió el peso de esas palabras.

-Eso no es algo común.

Celia volvió a mirarlo.

-Le tengo aprecio.

No era algo que dijera a la ligera.

-Y por eso me preocupo.

Antonov cerró los ojos un segundo.

-Lo sé.

Respiró.

-Pero no puedo vivir sin saber de mi hija.

La sinceridad de la frase rompió cualquier formalidad que quedara en el ambiente.

Celia lo sostuvo con la mirada.

Y luego...

Asintió.

-Está bien.

Pausa.

-Seguiremos buscando.

Los ojos de Antonov se humedecieron.

-Gracias...

Celia se levantó.

Rodeó el escritorio con pasos tranquilos.

Se detuvo detrás de él.

Y sin hacer ruido innecesario...

Lo abrazó.

Fue un gesto cálido.

Humano.

-No se preocupe -murmuró cerca de él-. Si necesita hablar... o apoyo...

Pausa.

-Puede llamarme.

-O escribirme.

-Le responderé lo más pronto posible.

Antonov no se apartó.

No se tensó.

Solo... aceptó el abrazo.

Asintió lentamente.

-Gracias...

Y en ese momento, todo lo demás -el poder, las reglas, la jerarquía- quedó en segundo plano.

Porque lo único que realmente importaba...

Era que alguien...

Después de tantos años...

Seguía sin rendirse.

Y alguien más...

Había decidido no dejarlo hacerlo solo.

CAP 99

El Rostro de lo Perdido

Ya habían pasado varios días desde que Izobelle había regresado al palacio, y su recuperación no solo había sido rápida, sino sorprendentemente sólida. Lo que en un inicio parecía una rehabilitación lenta y delicada, se había transformado en una recuperación firme, casi desafiante, como si su propia voluntad se negara a permanecer débil por más tiempo del necesario. Su postura había recuperado aquella elegancia rígida que la caracterizaba, y su mirada —antes opaca por el desgaste— volvía a brillar con esa mezcla de determinación y cansancio que solo alguien que ha cargado demasiado puede sostener.

El palacio, que durante su ausencia había respirado una calma tensa, ahora volvía a sentirse vivo. No era el mismo ambiente de antes, no exactamente. Había cambiado algo... algo más profundo. Y gran parte de ese cambio tenía un nombre.

Desmond.

En la oficina principal —una sala amplia, de techos altos y ventanales que dejaban entrar una luz tenue filtrada por los cielos rojizos del infierno— se encontraban reunidos Izobelle, Lorena y Desmond. El aire era tranquilo, pero cargado de una sensación de cierre... y de comienzo al mismo tiempo.

Lorena fue la primera en romper el silencio.

—Debo decirlo —comentó, acomodándose ligeramente en su asiento mientras cruzaba las manos sobre su regazo—. Hiciste un gran trabajo, Desmond.

Él levantó la mirada, ligeramente sorprendido.

—¿Yo?

—Sí, tú —continuó Lorena con una leve sonrisa, pero con una seriedad innegable en el tono—. Durante el tiempo que Izobelle estuvo hospitalizada, no solo mantuviste el orden... hiciste algo que nadie había hecho en mucho tiempo.

Izobelle observaba en silencio, interesada.

—Te reuniste con los habitantes del Anillo de la Ira —prosiguió Lorena—. Escuchaste sus quejas, sus necesidades... sus historias. No desde una torre, no desde la distancia. Cara a cara.

Desmond bajó la mirada por un momento, recordando.

Calles rotas. Miradas cansadas. Gente que no pedía milagros... solo ser escuchada.

—No fue nada del otro mundo —murmuró él—. Solo... hice lo que pensé que debía hacerse.

—Eso es exactamente lo que lo hace importante —intervino Izobelle con suavidad—. Nadie antes lo había hecho.

Hubo un pequeño silencio.

—Se ha notado el cambio —añadió Lorena—. El Anillo de la Ira ya no está tan descontrolado como antes. No es perfecto... pero hay orden. Hay algo diferente.

Izobelle asintió lentamente, apoyando los codos sobre el escritorio.

—Eso es bueno... —dijo con un tono más bajo, casi reflexivo—. Significa que, por primera vez en mucho tiempo, se sintieron... escuchados.

Levantó la mirada hacia Desmond.

—Que sus voces importaban. Que tenían derechos. Que no eran solo... piezas reemplazables.

Una sombra cruzó su rostro.

—No como en el mandato de nuestro padre.

El ambiente cambió de inmediato.

Desmond exhaló lentamente antes de responder.

—Ya eso es pasado, Izobelle.

Ella no apartó la mirada.

—¿Lo es?

—Tiene que serlo —contestó él con firmeza, aunque sin dureza—. Nuestro padre pudo haber sido un gobernador nefasto... y una persona peor. Pero seguir arrastrando eso... no cambia nada.

Hizo una pequeña pausa.

—Lo único que importa ahora... es no convertirnos en lo mismo.

Izobelle bajó la mirada, pensativa.

—Yo lo quería... —admitió en voz baja—. A pesar de todo.

El silencio se hizo más pesado.

—Pero eso no cambia lo que hizo —continuó—. No cambia lo que le hizo a su pueblo... ni a ella.

El nombre no tardó en aparecer.

—Rubí.

La reacción de Desmond fue inmediata, aunque sutil. Un leve estremecimiento recorrió su cuerpo, casi imperceptible, pero suficiente para que ambas lo notaran.

Sus manos se tensaron apenas.

Hubo un momento en el que pareció que no diría nada.

Pero lo hizo.

—Sí... —murmuró.

Sus ojos se perdieron por un instante en algún punto indefinido de la habitación.

—No la conocí... —continuó, más despacio—. No tengo recuerdos, no tengo su voz, ni su rostro...

Tragó saliva.

—Pero... —su voz bajó aún más— siento que está conmigo.

Izobelle lo miró con atención.

—¿Cómo?

Desmond dejó escapar una pequeña exhalación, casi una sonrisa triste.

—No lo sé explicar... —dijo—. Es como... como si cada decisión importante que tomo... cada vez que hago algo que realmente importa... hubiera algo... alguien... observando.

Sus dedos se cerraron levemente.

—Como si no estuviera solo.

El silencio que siguió no fue incómodo.

Fue... respetuoso.

Pesado.

Humano.

Izobelle lo observó durante unos segundos más, procesando sus palabras. Había algo en lo que decía que no podía ignorar. Algo que no era lógico... pero tampoco podía negarse.

Entonces, algo cambió en su expresión.

Una idea.

—Desmond... —dijo de pronto.

Él levantó la mirada.

—¿Sí?

Ella dudó un segundo, como si estuviera midiendo sus propias palabras.

—¿Nunca te has preguntado cómo era...?

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo era quién?

—Tu madre.

El aire pareció detenerse por un instante.

—¿Rubí? —preguntó él, aunque ya sabía la respuesta.

Izobelle asintió.

—Sí.

Desmond la miró fijamente, confundido.

—¿A qué viene eso?

—Solo... piénsalo —continuó ella—. Has vivido toda tu vida sin saber realmente quién era... cómo se veía... cómo sonreía...

Cada palabra parecía abrir una pequeña grieta en algo que él había mantenido cerrado durante años.

—¿No te gustaría saberlo?

Desmond tardó en responder.

No porque no tuviera una respuesta... sino porque no sabía si quería enfrentarla.

—¿Y cómo haríamos eso? —preguntó finalmente, con una ligera tensión en la voz.

Izobelle se inclinó apenas hacia adelante.

—Tenemos acceso a archivos... registros antiguos de la familia. Cosas que mi padre nunca destruyó, aunque debería haberlo hecho si realmente quería borrar todo rastro.

Lorena levantó ligeramente la mirada, interesada pero sin intervenir.

—Si sabemos dónde buscar... —continuó Izobelle— podríamos encontrar algo. Una imagen. Un retrato. Algo que te muestre quién era realmente.

Desmond negó levemente con la cabeza, como si intentara ordenar sus pensamientos.

—Yo... —empezó, pero se detuvo.

Miró al suelo un momento.

—No sé si...

Hizo una pausa más larga.

—Nunca la vi —dijo finalmente—. Ni una sola vez.

Sus palabras salieron más secas de lo que esperaba.

—Mi familia adoptiva... —continuó— hizo un buen trabajo manteniendo todo en secreto.

Alzó la mirada de nuevo.

—Demasiado bueno.

Una leve sonrisa amarga cruzó su rostro.

—Ni una foto.

Negó con la cabeza lentamente.

—Ni una sola... en toda la casa donde crecí.

El silencio volvió a caer sobre la habitación, más profundo que antes.

Porque ahora... ya no se trataba del pasado.

Se trataba de algo que estaba a punto de abrirse.

Izobelle permaneció unos segundos en silencio después de la última frase de Desmond. No era un silencio vacío, sino uno cargado de intención, como si su mente estuviera armando cuidadosamente una posibilidad que sabía que podía cambiarlo todo.

Finalmente habló.

—Si quieres... —dijo con cautela— podemos llamar a la tía Zoraida.

El nombre cayó en la habitación con un peso particular.

Desmond levantó la mirada, ligeramente sorprendido.

—¿Zoraida...? —repitió, como si intentara encajar la idea.

Izobelle asintió.

—Sí. Ella... —hizo una pausa breve— ella no sabe que tú eres su sobrino.

Lorena frunció apenas el ceño, pero no interrumpió.

—Supo lo que le pasó a Rubí —continuó Izobelle—. Supo del escándalo, del abandono... de todo lo que padre hizo. Pero... nunca supo que Rubí tuvo un hijo.

Desmond guardó silencio.

La información no lo sorprendía tanto como debería... pero dolía de una forma distinta. Era como descubrir que su existencia había sido borrada incluso de las pocas personas que podrían haberlo recordado.

—¿La recuerdas? —preguntó Izobelle con suavidad.

Desmond tardó un momento en responder, pero finalmente asintió.

—Sí... —dijo en voz baja—. La primera... y única vez que la vi.

Se cruzó de brazos, pensativo.

—Fue en tu cumpleaños número diecisiete.

Una imagen cruzó su mente: luces, música, lujo... y en medio de todo eso, una mujer elegante, de presencia fuerte, con una mirada que parecía observar más de lo que decía.

—Tenía... presencia —añadió—. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía... todos escuchaban.

Izobelle sonrió levemente.

—Sí... esa es ella.

Hubo un pequeño silencio.

—Podemos llamarla —insistió Izobelle—. Pedirle que venga al palacio.

Desmond no respondió de inmediato.

Su mirada se perdió en el suelo, como si estuviera debatiéndose internamente. No era miedo exactamente... era algo más complejo. Era enfrentarse a una parte de su historia que siempre había estado oculta.

—No sé si... —empezó, pero se detuvo.

Lorena intervino con suavidad.

—Desmond... —dijo—. No tienes que hacerlo si no quieres.

Él negó lentamente con la cabeza.

—No... —murmuró—. No es eso.

Levantó la mirada hacia Izobelle.

—Solo... —exhaló— es raro.

Izobelle lo entendía.

—Lo sé.

Hubo otro silencio.

Finalmente, Desmond asintió.

—Está bien... —dijo—. Hagámoslo.

Izobelle sonrió con una mezcla de alivio y determinación.

—Bien. Le pediré que traiga... —hizo una pequeña pausa— cosas de Rubí.

Desmond la miró de inmediato.

—¿Cosas?

—Sí —respondió ella—. Zoraida conservó la mayoría de sus pertenencias. Nunca las tiró... a pesar de todo.

Desmond tragó saliva.

—Está bien...

Izobelle no perdió tiempo. Tomó el teléfono que reposaba sobre el escritorio, marcó con precisión y esperó. Cada segundo de esa llamada parecía alargarse más de lo normal.

—¿Tía? —dijo cuando la línea se conectó—. Soy Izobelle... sí, estoy bien. Ya estoy en el palacio.

Su tono era tranquilo, pero firme.

—Necesito pedirte un favor... —continuó—. ¿Podrías venir al palacio? Sí... hoy mismo, si es posible.

Hizo una pausa mientras escuchaba la respuesta.

—Sí... y, si puedes... trae las pertenencias de Rubí. Todo lo que tengas.

El silencio al otro lado de la línea fue más largo.

—Lo sé... —dijo Izobelle, más despacio—. Te lo explicaré cuando llegues.

Colgó.

El ambiente quedó suspendido en una espera inevitable.

Las siguientes tres horas pasaron lentas.

Demasiado lentas.

El salón principal del palacio se había convertido en un punto de tensión silenciosa. Nadie hablaba demasiado. De vez en cuando, Lorena intentaba iniciar alguna conversación ligera, pero moría antes de tomar forma.

Desmond permanecía de pie la mayor parte del tiempo, caminando de un lado a otro, deteniéndose frente a los ventanales, mirando sin ver realmente.

Izobelle lo observaba en silencio.

—¿Estás bien? —preguntó en un momento.

—Sí... —respondió él, aunque su tono no convencía del todo—. Solo... pensando.

—¿En qué?

Desmond soltó una pequeña risa sin humor.

—En todo.

Antes de que pudiera añadir algo más, el sonido llegó.

Un golpe en la gran puerta del palacio.

Seco.

Imponente.

Los tres se quedaron quietos.

—Llegó... —murmuró Izobelle.

El sonido de las puertas abriéndose retumbó en el amplio espacio, seguido por el eco de pasos firmes que avanzaban por el mármol.

Zoraida apareció en la entrada del salón principal.

El tiempo había pasado sobre ella, eso era innegable. Su figura, aunque aún erguida, mostraba el desgaste de los años. Su cabello, antes oscuro, ahora estaba teñido de canas elegantes. Su rostro, marcado por líneas finas, no había perdido su fuerza.

Tenía 64 años.

Y aun así, imponía respeto.

Desmond la observó desde la distancia.

No era la misma mujer que había visto años atrás... pero seguía siendo ella.

Izobelle fue la primera en moverse. Caminó hacia ella con pasos medidos y, al llegar a una distancia adecuada, inclinó ligeramente el cuerpo en una reverencia respetuosa.

—Tía Zoraida.

Zoraida devolvió el gesto con la misma formalidad.

—Izobelle.

Su voz era firme, grave, cargada de autoridad.

—Me alegra verte recuperada.

—Gracias.

Zoraida levantó ligeramente una de las maletas que llevaba.

—Traje lo que me pediste —dijo—. Pertenencias... y fotos de Rubí.

Hizo una pausa.

—Pero... —su mirada se afiló— ¿por qué?

Izobelle sonrió con cierta incomodidad.

—Pueeeeeees... —alargó la palabra, intentando ganar tiempo— es una larga historia.

Zoraida no parecía particularmente paciente.

—Espero que valga la pena.

Izobelle respiró hondo y luego miró hacia atrás.

—Desmond... —dijo— acércate.

Zoraida frunció ligeramente el ceño.

—¿Desmond...? —repitió, como si el nombre le resultara familiar.

Desmond sintió un pequeño nudo en el estómago, pero aun así caminó hacia ellas. Sus pasos eran firmes, pero medidos.

Cuando llegó, inclinó ligeramente la cabeza.

—Un gusto... —dijo—.

Zoraida lo observó durante unos segundos.

Y entonces, algo hizo clic.

—Ah... —murmuró—. Sí.

Entrecerró los ojos ligeramente.

—Tú eres... el que gobernó el Anillo de la Ira.

Desmond asintió.

—Sí.

—Hiciste un buen trabajo —añadió ella con simpleza—. Se notó el cambio.

Desmond no respondió, solo asintió levemente.

Izobelle intervino.

—Sí... y hay algo más que deberías saber.

Zoraida la miró con atención.

—¿Qué cosa?

Izobelle dudó apenas un segundo.

—Aunque tu no lo sabías... —dijo— nosotros somos hermanos.

Zoraida parpadeó.

—Vaya sorpresa... —dijo lentamente—. Eso sí no me lo esperaba.

Giró la mirada hacia Lorena.

—Vaya... —añadió con una ligera sonrisa irónica—. Si lo tenías bien escondido, ¿no? Otro hijo.

Lorena negó de inmediato.

—No.

Zoraida arqueó una ceja.

—¿No?

—No es mi hijo.

La tensión comenzó a crecer.

—Es hijo de John.

El nombre cayó como un golpe seco.

Zoraida repitió, casi en un susurro:

—¿John...?

Su expresión cambió.

—No sabía que tenía un hijo fuera del matrimonio...

Su mirada volvió a Desmond.

Más intensa.

Más analítica.

—¿Y quién es la madre?

Nadie respondió.

El silencio esta vez fue más pesado.

Más incómodo.

Zoraida dio un paso al frente.

—Les estoy hablando —dijo con firmeza—. ¿Quién es?

Lorena respiró hondo.

Desmond sintió cómo su pulso aumentaba.

Izobelle no intervenía.

El aire parecía haberse vuelto más denso.

Finalmente, Lorena habló.

—Desmond... —dijo lentamente— es hijo de Rubí.

El mundo pareció detenerse en ese instante.

Zoraida quedó completamente inmóvil.

La frase de Lorena no solo la tomó por sorpresa... la golpeó. Como si el tiempo, de pronto, se hubiera partido en dos: un antes en el que su hermana había desaparecido sin dejar rastro, y un después en el que, de forma imposible, esa historia regresaba a la vida frente a ella.

—Eso... —murmuró, retrocediendo apenas un paso— eso es imposible.

Su voz no era firme como antes. Había perdido ese tono de autoridad. Ahora era más frágil, más humana.

—Rubí desapareció... —continuó, negando lentamente con la cabeza—. Desapareció sin dejar rastro hace más de cuarenta años.

Miró a Izobelle, luego a Lorena, y finalmente a Desmond.

—Eso no puede ser verdad... —susurró—. ¿Verdad?

El silencio no ayudaba.

Al contrario.

La estaba empujando al borde.

—Díganme que no es verdad —insistió, elevando ligeramente la voz—. Porque si lo es... entonces todo lo que creí durante años...

Su respiración comenzó a agitarse.

—Todo... todo estaría mal.

Izobelle se levantó con calma, acercándose a ella con pasos medidos, como si temiera que un movimiento brusco pudiera romper algo invisible.

—Tía... —dijo con suavidad—. Tranquila.

Zoraida la miró, claramente al borde de perder la compostura.

—¿Cómo quieres que esté tranquila? —respondió—. Me estás diciendo que mi hermana... que Rubí... que ella...

No pudo terminar la frase.

Izobelle apoyó una mano en su brazo.

—Escúchame —continuó con firmeza, pero sin dureza—. Lo que sabemos no es una suposición. Es lo que dejó escrito la familia que crió a Desmond.

Zoraida guardó silencio, obligándose a escuchar.

Izobelle sostuvo la mirada de Zoraida con firmeza, sin suavizar la verdad, pero sin convertirla en un golpe innecesario.

—Según la carta que dejaron sus padres adoptivos... Rubí fue encontrada en un callejón. Sola... y embarazada.

Zoraida cerró los ojos lentamente.

No hubo sorpresa en su rostro esta vez.

Solo dolor.

Uno viejo.

Uno que nunca se fue.

—Lo sé... —murmuró con la voz apagada—.

El silencio se volvió más denso.

—Nos enteramos años después... —continuó, casi para sí misma—. Veintiocho años tarde.

Sus manos se cerraron levemente.

—Cuando ya no había nada que hacer.

Izobelle bajó un poco la mirada, respetando el peso de esas palabras.

—Entonces... —dijo con cuidado— sabes lo que él hizo.

Zoraida soltó una risa breve, amarga.

—Lo sé demasiado bien.

Alzó la mirada, y esta vez había algo más en ella: rabia contenida.

—Sé que la dejó ahí. Como si no fuera nada.

Hizo una pausa.

—Sé que la condenó.

El silencio volvió.

Pero ahora el enfoque cambiaba.

Izobelle continuó:

—Ella murió en el parto.

Zoraida no reaccionó de inmediato.

Como si su mente se negara a avanzar más allá de ese punto.

—Y el niño... —añadió Izobelle, mirando a Desmond— sobrevivió.

Ahí sí.

Zoraida abrió los ojos.

Lentamente.

Y lo miró.

De verdad.

El silencio volvió a caer.

Pero esta vez era distinto.

Era más pesado.

Más real.

Zoraida ya no discutía.

Ya no negaba con la cabeza.

Ahora solo respiraba... tratando de sostener algo que se le estaba desmoronando por dentro.

Su mirada se movió lentamente hacia Desmond.

Lo observó como si lo estuviera viendo por primera vez.

De verdad.

Dio un paso hacia él.

Luego otro.

Hasta quedar frente a frente.

Desmond no se movió.

No dijo nada.

Solo la miró.

Zoraida levantó una mano con cierta duda, como si temiera que al tocarlo todo desapareciera.

Pero no lo hizo.

Sus dedos rozaron el rostro de Desmond, subiendo lentamente hasta su mejilla, recorriendo la textura de su barba con un gesto casi tembloroso.

—Entonces eso significa... —murmuró, con la voz quebrándose poco a poco—.

Sus ojos se humedecieron.

—Que tú...

Tragó saliva.

—Que tú eres...

No pudo terminar la frase.

Lorena dio un paso al frente y, con suavidad, apoyó una mano en el hombro de Zoraida.

—Sí —dijo en voz baja—. Es tu sobrino.

El mundo pareció quedarse en silencio absoluto.

Zoraida parpadeó, como si necesitara confirmarlo una vez más en su mente.

Miró a Desmond.

Luego a Lorena.

Luego a Izobelle.

Y de nuevo a él.

—No... —susurró—. No puede ser...

Pero esta vez no era negación.

Era incredulidad.

Era asombro.

Era dolor mezclado con algo más.

De repente, sin previo aviso, dio un paso adelante y lo abrazó.

Fuerte.

Con una intensidad que no pedía permiso.

Como si en ese gesto intentara recuperar cuarenta años perdidos.

—Dios... —murmuró entrecortadamente—.

Desmond no reaccionó al principio.

Su cuerpo se tensó ligeramente, como si no supiera cómo responder a algo tan... repentino. Tan cargado.

Sus brazos quedaron a los lados.

Inmóviles.

Zoraida lo sostenía con fuerza, su rostro oculto contra su hombro.

—¿Por qué...? —empezó a decir—. ¿Por qué nadie me dijo nada...?

Su voz comenzó a romperse.

—¿Por qué... me lo ocultaron...?

Los segundos pasaron.

Y algo cambió en Desmond.

Lentamente, sus brazos se elevaron.

Dudosos al principio.

Inseguros.

Pero finalmente se cerraron alrededor de ella.

Y en ese momento...

Zoraida se quebró.

Un sollozo escapó de su pecho, seguido por otro, y luego por un llanto abierto, profundo, sin contención.

Sus gemidos resonaron en el enorme salón del palacio, rebotando en las paredes, llenando el espacio de una emoción cruda, imposible de ignorar.

—Perdí todo... —decía entre lágrimas—. Perdí a mi hermana... perdí todo...

Se aferraba a Desmond como si fuera lo único que la mantenía en pie.

—Y ahora... —continuó—. Ahora me dices que... que todo este tiempo...

No podía terminar las frases.

No podía ordenar las ideas.

Solo sentía.

Lorena observaba la escena en silencio, con los ojos ligeramente húmedos.

Izobelle también.

Ninguna intervenía.

Era un momento que no les pertenecía.

Después de unos segundos, o quizás minutos —el tiempo parecía irrelevante— Zoraida habló de nuevo, aún entre lágrimas:

—¿Por qué no me lo dijeron...?

Su voz no tenía rabia.

Solo tristeza.

Lorena dio un pequeño paso al frente.

—Porque... —dijo con cuidado— no sabíamos cómo reaccionarías.

Zoraida no se separó de Desmond, pero giró ligeramente el rostro.

—¿Cómo iba a reaccionar...? —preguntó, aún con la voz rota.

Lorena respiró hondo.

—Temíamos que no lo aceptaras —admitió—. Que lo vieras como... una mancha más del pasado.

El silencio volvió.

Zoraida cerró los ojos con fuerza.

—Perdí todo cuando perdí a mi hermana... —murmuró—.

Sus manos se aferraron un poco más a la espalda de Desmond.

—Todo.

Se separó apenas lo suficiente para mirarlo.

Sus ojos estaban rojos, brillantes, llenos de lágrimas.

—Pero ahora... —continuó— ahora sé que hay algo de ella que sigue aquí...

Su voz se suavizó.

—Algo que vino de ella.

Lo observó como si intentara memorizar cada rasgo.

—Y eso... —susurró— me hace sentir... menos atormentada.

El silencio que siguió fue distinto.

Más ligero.

No feliz... pero sí más tranquilo.

Poco a poco, Zoraida se separó del abrazo, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Su respiración aún era inestable, pero había recuperado algo de control.

—Perdón... —murmuró—. No quería...

—No tienes que disculparte —respondió Desmond, por primera vez con un tono más firme—.

Zoraida lo miró.

Hubo algo nuevo en esa mirada.

Reconocimiento.

Conexión.

Pasaron unos minutos más antes de que ambos se sentaran. Zoraida tomó asiento junto a él, sin dejar demasiado espacio entre los dos, como si temiera que, al alejarse, la realidad pudiera desvanecerse.

Lo observaba en silencio.

Detalladamente.

Como si cada pequeño gesto, cada rasgo, tuviera un significado.

—¿Cómo no lo noté...? —murmuró de pronto.

Desmond giró levemente la cabeza.

—¿Qué cosa?

Zoraida sonrió débilmente, aún con rastros de lágrimas.

—Los ojos...

Se inclinó un poco hacia él.

—Rubí era la única... —dijo— la única en toda la familia que tenía ese color.

Sus dedos señalaron suavemente el rostro de Desmond, sin tocarlo esta vez.

—Rojos.

El silencio se llenó de esa palabra.

—Siempre decían que eran demasiado llamativos... demasiado distintos... —añadió con una pequeña risa nostálgica—. Pero a ella le gustaban. Decía que la hacían única.

Desmond no respondió.

Solo escuchaba.

—Y ahora... —continuó Zoraida— te miro... y es como verla a ella otra vez.

Bajó la mirada un instante.

—No importa que no lo haya notado antes...

Volvió a mirarlo.

—Ahora lo sé.

Izobelle y Lorena permanecían sentadas en el otro sillón, en silencio absoluto.

No interrumpían.

No hablaban.

Sabían que ese momento no necesitaba palabras externas.

Porque lo que estaba ocurriendo...

Era algo que llevaba más de cuarenta años esperando para existir.

Zoraida permaneció en silencio unos segundos después de aquella conversación cargada de emociones. El aire en el salón principal aún estaba impregnado de lo que acababa de suceder: lágrimas, revelaciones, y un vínculo que había permanecido oculto durante décadas. Pero ahora, había algo distinto. No era solo dolor... era también reconstrucción.

Sin decir nada, Zoraida se inclinó ligeramente hacia una de las maletas que había traído consigo. Sus manos, aún con un leve temblor residual, comenzaron a abrirla con cuidado, como si dentro no solo hubiera objetos... sino fragmentos de tiempo.

—Hay algo que quiero mostrarte... —dijo en voz baja.

Desmond, que seguía sentado a su lado, la miró con atención. No dijo nada, pero su postura cambió ligeramente, inclinándose apenas hacia adelante.

Zoraida sacó un libro grueso, de tapas algo desgastadas por los años, pero sorprendentemente bien conservado. El cuero tenía pequeñas grietas, marcas del paso del tiempo, pero no descuido. Era evidente que había sido cuidado.

—Esto... —murmuró ella— lo guardé desde hace mucho.

Lo sostuvo unos segundos antes de abrirlo, como si necesitara prepararse emocionalmente.

Cuando finalmente lo hizo, las páginas revelaron fotografías.

Viejas... pero a color.

Desmond no pudo evitar acercarse más.

Las imágenes mostraban a una joven.

Rubí.

Tenía unos quince años.

Su cabello caía con naturalidad, su expresión era viva, llena de energía. Había algo en su mirada que no podía ignorarse: una mezcla de dulzura y carácter. No era una belleza fría... era cálida, cercana, pero con una fuerza silenciosa detrás.

Desmond se quedó completamente inmóvil.

—...Wow... —murmuró sin poder evitarlo.

Zoraida lo observó de reojo, notando la reacción.

—Sí... —dijo con una leve sonrisa nostálgica—. Era muy hermosa.

Desmond no apartaba la vista de las fotos.

—No... —añadió él, negando suavemente con la cabeza—. Era... más que eso.

Pasó una página con cuidado, casi con reverencia.

—Tenía algo... —continuó—. No sé cómo explicarlo.

Zoraida lo miró con atención.

—Siempre lo tuvo —respondió—. Desde pequeña.

Se acomodó un poco en el asiento.

—En la familia había muchos rostros bonitos... —añadió— pero Rubí...

Hizo una pausa breve.

—Rubí destacaba.

Desmond soltó una pequeña risa suave, aún mirando las imágenes.

—Sí... lo creo.

Pasaron a otra página.

En esta, Rubí aparecía riendo, con otras personas, en lo que parecía una reunión familiar. Su expresión era despreocupada, libre de cualquier sombra del futuro que le esperaba.

Desmond se detuvo más tiempo en esa.

—Se veía feliz... —dijo en voz baja.

Zoraida bajó la mirada hacia la fotografía.

—Lo era.

El silencio se llenó de una nostalgia profunda.

—Antes de que todo cambiara...

Desmond no respondió, pero sus ojos recorrieron cada detalle de la imagen, como si intentara memorizarla. Como si quisiera reconstruir una vida que nunca conoció.

Pasaron más páginas.

Cada fotografía era una pieza más de un rompecabezas incompleto: momentos, gestos, sonrisas... fragmentos de una persona que hasta hace unas horas era solo un nombre.

Hasta que Zoraida cerró el álbum.

No de golpe.

Sino con suavidad.

—Hay algo más... —dijo.

Se levantó lentamente del asiento.

Desmond la siguió con la mirada mientras ella caminaba hacia una de las paredes del salón. Allí, parcialmente oculto entre otros elementos decorativos, había un cuadro grande cubierto por una tela.

Zoraida se detuvo frente a él.

Durante un segundo, no hizo nada.

Solo lo observó.

Como si ese objeto tuviera un peso distinto al resto.

—Este... —murmuró— no lo mostraba mucho.

Desmond se levantó también, acercándose unos pasos, sin perder detalle.

Zoraida tomó la tela con ambas manos.

Y la retiró.

El movimiento fue lento, casi ceremonial.

Debajo... apareció la pintura.

Un retrato.

Rubí.

Pero no como en las fotos.

Aquí había algo más.

La pintura capturaba no solo su apariencia... sino su presencia. Su mirada estaba llena de vida, pero también de una profundidad que no aparecía en las fotografías. Era una versión más... completa.

Más intensa.

Desmond se quedó completamente inmóvil.

Su respiración se detuvo por un instante.

—... —no dijo nada al principio.

Solo miró.

Sus ojos recorrieron cada detalle: el color de su piel, la forma de sus labios, la caída de su cabello... y esos ojos.

Rojos.

Como los suyos.

—¿Quién la pintó...? —preguntó finalmente, sin apartar la mirada.

Zoraida se colocó a su lado.

—El antiguo artista de la familia.

Su tono era tranquilo, pero cargado de respeto.

—Era el único que lograba capturar... lo que otros no podían.

Desmond asintió levemente.

—Se nota...

Dio un paso más cerca.

—Es... —buscó las palabras— hermosa.

Zoraida sonrió con una tristeza suave.

—Sí.

Hizo una pausa.

—La pintaron en 1996.

Desmond frunció ligeramente el ceño, procesando la fecha.

—Dos años antes de que... —empezó a decir.

—Sí —interrumpió Zoraida, completando la idea—. Antes de que todo pasara.

El silencio que siguió fue distinto.

Más profundo.

Desmond no podía apartar la vista del retrato.

Era la primera vez que veía a su madre de una forma tan... real.

No era una idea.

No era una historia.

Era ella.

Zoraida lo observó durante unos segundos.

Luego habló.

—Quiero que la conserves.

Desmond giró la cabeza de inmediato.

—¿Qué?

Zoraida lo miró con firmeza.

—La pintura.

—¿En serio? —preguntó él, sorprendido—. ¿Quieres que... que yo la tenga?

Zoraida asintió sin dudar.

—Sí.

Desmond negó levemente, aún incrédulo.

—Pero... esto es importante. Es... parte de tu historia, de tu familia...

Zoraida lo interrumpió con suavidad.

—Y tú también lo eres.

El silencio volvió.

—Rubí fue tu madre —continuó ella—. Es justo que tengas algo de ella.

Desmond no respondió de inmediato.

Miró la pintura.

Luego a Zoraida.

Había algo en su expresión que no era solo sorpresa.

Era... emoción contenida.

Finalmente, dio un paso adelante.

Tomó el cuadro con ambas manos.

Con extremo cuidado.

Como si realmente estuviera sosteniendo un tesoro.

—Gracias... —dijo en voz baja.

Zoraida negó levemente con la cabeza.

—No hay problema.

Lo observó unos segundos más, como si quisiera decir algo más... pero no lo hizo.

En su lugar, miró su reloj.

—Ya es tarde... —murmuró—. Tengo que irme.

Izobelle, desde el otro sillón, levantó ligeramente la mirada.

—¿Tan pronto?

Zoraida asintió.

—Sí... pero volveré.

Su mirada se dirigió a Desmond.

—Más seguido.

Desmond sostuvo la pintura con firmeza.

—Está bien... —respondió—. Me gustaría eso.

Zoraida tomó sus cosas con calma. Antes de irse, se acercó una vez más a él.

No lo abrazó esta vez.

Pero apoyó una mano en su hombro.

—Cuídala —dijo, refiriéndose a la pintura.

Desmond asintió.

—Lo haré.

Zoraida se giró y caminó hacia la salida. Sus pasos resonaron suavemente en el salón hasta desaparecer más allá de las puertas del palacio.

Cuando finalmente se cerraron, el silencio regresó.

Uno más tranquilo.

Izobelle se levantó lentamente y se acercó a Desmond, observando la pintura desde un lado.

—¿Y ahora...? —preguntó.

Desmond no apartaba la vista del retrato.

—La voy a colgar en mi cuarto.

Su tono era firme.

Decidido.

Izobelle asintió.

—Está bien.

Y por primera vez desde que todo comenzó...

Desmond no se sentía vacío.

Cuando la noche finalmente cayó sobre el palacio, el ambiente cambió de una forma casi imperceptible, pero profunda. Durante el día, los pasillos estaban llenos de movimiento, de voces, de decisiones, de responsabilidades que no daban tregua. Pero en la noche... todo se volvía más íntimo. Más silencioso. Más honesto.

Las luces se atenuaban, los ecos se volvían más suaves, y lo que quedaba no era el peso del poder... sino el de los pensamientos.

En la habitación de Desmond, una luz cálida iluminaba parcialmente el espacio. No era una habitación ostentosa, a pesar de estar en el palacio. Había orden, sí, pero también había señales claras de alguien que no había crecido rodeado de lujo: objetos simples, algunos libros apilados, detalles personales que hablaban más de historia que de riqueza.

Desmond estaba sentado en la cama, con un libro abierto entre las manos.

Pero no estaba realmente leyendo.

Sus ojos recorrían las páginas, sí... pero su mente estaba en otro lugar.

De vez en cuando, levantaba la mirada.

Hacia la pared.

Hacia la pintura.

El retrato de Rubí ya estaba colgado, cuidadosamente colocado frente a donde él podía verla sin tener que buscarla. No era casualidad. Había elegido ese lugar con intención.

Como si necesitara asegurarse de que estaba ahí.

De que era real.

Sus dedos pasaron lentamente por la esquina de la página del libro, pero no la pasó. Solo la sostuvo, distraído.

—Es raro... —murmuró para sí mismo.

Su mirada se quedó fija en los ojos rojos del retrato.

—Toda mi vida... sin saber cómo eras...

El silencio de la habitación lo envolvía.

—Y ahora... —continuó en voz baja— estás ahí.

No había tristeza en su voz.

Tampoco felicidad completa.

Era algo intermedio.

Algo más complejo.

Antes de que pudiera seguir pensando, se escuchó el sonido de la puerta abriéndose suavemente.

Desmond levantó la mirada.

Laura entró a la habitación.

Su presencia rompió el silencio de una forma natural, sin incomodidad. Se veía cansada, su postura lo decía todo. Había sido un día largo, probablemente tan pesado como el de todos en el palacio... o incluso más.

—Hola... —dijo ella al cerrar la puerta detrás de sí.

Desmond dejó el libro a un lado.

—Hola.

Laura avanzó unos pasos dentro de la habitación, soltando un pequeño suspiro.

—No tienes idea de cómo estuvo hoy... —murmuró—. Siento que no me senté ni cinco minutos.

Desmond esbozó una leve sonrisa.

—Me lo imagino.

—¿Y tú? —preguntó ella, girando la cabeza hacia él—. ¿Todo bien?

Desmond dudó apenas un segundo.

—Sí... —respondió—. Fue... un día raro.

Laura frunció ligeramente el ceño.

—¿Raro cómo?

Antes de que él respondiera, su mirada se desvió.

Se detuvo.

En la pintura.

Sus pasos se ralentizaron.

—Oye... —dijo, acercándose un poco más—. ¿Quién es ella?

Se quedó observando el retrato con atención, como si intentara reconocer algo en él.

Desmond siguió su mirada.

—Ella es... —hizo una pequeña pausa— mi madre.

Laura giró la cabeza de inmediato.

—¿Qué?

—Rubí.

El nombre hizo eco en la memoria de Laura.

—Ah... —murmuró—. La que me contaste.

Volvió a mirar la pintura.

Más detenidamente.

Sus ojos recorrieron cada detalle, cada trazo, cada sombra.

—Wow... —dijo finalmente—. No sabía que era tan hermosa.

Desmond soltó una leve exhalación.

—Yo tampoco.

Se levantó de la cama, acercándose un poco más.

—Nunca la había visto... —añadió—. Ni una foto. Nada.

Laura lo miró de reojo.

—¿En serio?

—En serio.

Desmond cruzó ligeramente los brazos, pero su postura no era cerrada. Era más bien reflexiva.

—Hoy fue la primera vez... —continuó—. La primera vez que supe cómo se veía realmente.

Laura volvió a observar la pintura.

—Tiene... algo —dijo—. No es solo que sea bonita.

Desmond asintió.

—Sí... lo sé.

Hubo un pequeño silencio.

Laura inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y cómo conseguiste esto?

Desmond miró la pintura un segundo más antes de responder.

—Mi tía.

Laura levantó una ceja.

—¿Tu tía?

—Zoraida.

—Ah...

Laura asintió lentamente.

—¿La que vino hoy?

—Sí.

Desmond tomó aire.

—Ella tenía cosas de Rubí... fotos... esta pintura.

Laura volvió a mirar el retrato.

—Entonces... —dijo— ella la conocía bien.

—Era su hermana.

Laura guardó silencio.

Esa información pareció asentarse con más peso.

—Tiene sentido... —murmuró.

Se cruzó de brazos suavemente, aún observando la pintura.

—Sabes... —añadió— ahora que la veo...

Se acercó un poco más.

—Te pareces.

Desmond la miró.

—¿Sí?

—Sí —respondió ella sin dudar—. No es algo obvio... pero está ahí.

Señaló ligeramente los ojos.

—Especialmente eso.

Desmond bajó la mirada por un instante, pensativo.

—Eso me dijo Zoraida también...

El silencio volvió, pero no era incómodo.

Era tranquilo.

Laura finalmente se alejó un poco de la pintura.

—Bueno... —dijo, estirándose ligeramente—. Voy a cambiarme.

Se llevó una mano al cuello, masajeándolo con cansancio.

—Fue un día largo.

Desmond asintió.

—Sí... se nota.

Laura sonrió apenas.

—No te burles.

—No lo hago.

—Claro que sí.

—Un poco.

Laura soltó una pequeña risa cansada.

—Ya vuelvo.

Se dirigió hacia el baño, abriendo la puerta y entrando sin decir más.

El sonido del agua comenzando a correr rompió el silencio momentáneamente.

Y luego...

Silencio otra vez.

Desmond volvió a quedarse solo en la habitación.

Pero no era el mismo silencio de antes.

Ahora había algo distinto.

Se acercó lentamente a la pintura.

Se detuvo justo frente a ella.

Sus ojos se encontraron con los del retrato.

Por unos segundos, no dijo nada.

No pensó en nada concreto.

Solo... sintió.

—Supongo que... —murmuró finalmente— esto es lo más cerca que he estado de ti.

Sus manos se relajaron a los lados.

—No sé cómo eras... —continuó—. No sé cómo hablaban contigo... cómo reías... qué te gustaba...

Una pequeña pausa.

—Pero al menos ahora... sé cómo te veías.

Sus ojos se suavizaron ligeramente.

—Y eso... ya es algo.

El reflejo de la luz sobre la pintura hacía que los ojos rojos de Rubí parecieran casi vivos.

—Siempre sentí que estabas ahí... —dijo—. Aunque no supiera cómo eras.

Bajó la mirada un instante.

—Y ahora...

Volvió a mirarla.

—Ahora sé que no estaba imaginando todo.

El sonido del agua seguía de fondo, constante, casi calmante.

Desmond respiró hondo.

—No sé si eso llena el vacío... —admitió en voz baja—. Pero...

Sus labios se curvaron apenas, en una expresión suave.

—Ya no se siente tan grande.

Se quedó ahí unos segundos más.

En silencio.

Mirando.

Memorizando.

Como si temiera olvidar algo que acababa de descubrir.

Pero esta vez...

No había prisa.

Porque por primera vez en su vida...

No sentía que esa parte de su historia estuviera completamente perdida.

Ahora tenía algo.

Algo real.

Algo suyo.

Y eso...

Era suficiente para que el vacío ya no se sintiera tan absoluto.

CAP 100

El fin de la Maldicion

La noche en el palacio Ludendorff no era silenciosa... pero sí pesada.

Había una quietud extraña, densa, como si el aire mismo estuviera cargado de algo que no terminaba de manifestarse. Los pasillos respiraban una calma artificial, y las luces rojizas apenas alcanzaban a romper la oscuridad.

En una de las habitaciones, Scott dormía.

O al menos, lo intentaba.

Su cuerpo estaba tendido en la cama, pero no descansaba. Sus orejas, ligeramente caídas incluso en sueños, temblaban de vez en cuando. Su respiración no era constante. Su cola, parcialmente enredada entre las sábanas, se movía de forma errática... como si reaccionara a algo que él no podía controlar.

Porque no era descanso.

Era persecución.

Oscuridad.

La voz.

—Sabías en lo que te metías...

El recuerdo volvía, una y otra vez.

Scott, de pie, frente a esa presencia imposible.

—No tienes otra opción.

En la cama, su cuerpo se tensó. Sus dedos se cerraron con fuerza, y un leve gruñido involuntario escapó de su garganta, bajo, casi imperceptible.

—Solo... dame tiempo...

—El tiempo ya no es tuyo.

La sensación de pérdida regresó.

No física.

Más profunda.

Como si algo lo estuviera vaciando desde dentro.

En la realidad, sus orejas se pegaron hacia atrás, y su cola dejó de moverse por completo, rígida.

—Tu esencia... ahora me pertenece.

—¡No...!

Scott se removió bruscamente.

Y de golpe—

Se incorporó.

—¡AH!

Su respiración era agitada, casi jadeante. El sudor le recorría el cuello mientras intentaba enfocarse. Sus orejas estaban completamente hacia atrás, pegadas a su cabeza, señal clara de estrés. Su cola, baja, apenas se movía.

A su lado, Mya despertó sobresaltada.

Sus orejas se alzaron de inmediato, alertas, girando ligeramente hacia él.

—Scott... —murmuró, incorporándose—. ¿Qué pasa?

Scott no respondió al instante. Pasó una mano por su rostro, respirando con dificultad.

—No puedo... —dijo finalmente—. No puedo soportarlo más.

Mya se acercó un poco. Su expresión cambió al instante, y sus orejas bajaron ligeramente, reflejando preocupación.

—¿Otra vez...?

Scott asintió.

—Sí...

Se inclinó hacia adelante. Su cola cayó completamente, sin energía.

—Es lo mismo... siempre lo mismo...

Mya lo observó en silencio unos segundos. Luego habló con cuidado:

—¿Lo de Astaroth?

Scott cerró los ojos con fuerza. Sus orejas se tensaron.

—Sí.

El silencio se volvió pesado.

—Me arrepiento... —añadió, casi en un susurro—. Me arrepiento completamente.

Mya bajó la mirada. Su cola también descendió ligeramente.

—Lo sé...

Se acercó más a él, apoyando suavemente una mano en su espalda.

—No estás solo.

Scott soltó una pequeña risa amarga, y su cola se movió apenas... no como alegría, sino como un reflejo nervioso.

—No... pero tampoco estamos igual.

Mya frunció ligeramente el ceño. Sus orejas se inclinaron hacia adelante, atentas.

—¿A qué te refieres?

Scott levantó la mirada.

—A ti... —dijo—. Astaroth mandó a acabar con tu familia.

Las orejas de Mya bajaron lentamente.

Pero no dijo nada.

—Y a mí... —continuó Scott— me quitó algo peor.

Se llevó la mano al pecho.

—Me quitó lo que me hacía ser yo.

Su cola se movió levemente, inquieta.

—Mi esencia.

Mya respiró hondo. Su mano en la espalda de Scott se mantuvo firme.

—No es una competencia.

Scott negó.

—Lo sé... solo...

Dudó.

—No sé quién soy ahora.

Mya lo miró con más intensidad. Sus orejas se levantaron apenas.

—Sigues siendo tú.

Scott la miró directo.

—¿Seguro?

El silencio cayó.

Mya no respondió de inmediato.

Y eso... lo decía todo.

Scott bajó la mirada.

—Tenemos que hacer algo.

Mya asintió lentamente.

—Sí...

Hubo un momento de pausa.

De pensamiento.

Hasta que Scott levantó ligeramente las orejas.

—Exelia.

Mya parpadeó.

—¿Qué?

—Podemos hablar con Exelia.

Mya se quedó pensativa. Sus orejas giraron ligeramente mientras intentaba ubicar el nombre.

—Espera...

Frunció el ceño.

—¿La ángel que vive con Antrox?

Scott asintió.

—Esa misma.

Mya dudó. Su cola se movió lentamente, señal de incertidumbre.

—¿Y por qué ella?

—Porque sabe cosas —respondió Scott—. Cosas que nadie más sabe.

Se inclinó un poco hacia ella.

—Si alguien puede ayudarnos... es ella.

Mya miró hacia un lado.

—No sé...

Scott la interrumpió.

—Tenemos que intentarlo.

—Scott...

—No puedo seguir así.

Sus orejas volvieron a pegarse hacia atrás.

—No puedo.

Mya lo miró en silencio.

Luego suspiró.

—¿Sabes qué hora es?

Scott no respondió.

—Son las cinco de la mañana.

Sus orejas se inclinaron hacia atrás con molestia.

—No podemos ir a molestar a esa hora.

Scott la miró fijamente.

—Sí podemos.

—No.

—Mya, por favor.

Su voz cambió.

Ya no era insistencia.

Era necesidad.

Mya lo sostuvo con la mirada unos segundos.

Su cola se movió lentamente... dudando.

Hasta que finalmente:

—...Está bien.

Scott soltó el aire. Sus orejas se relajaron apenas.

—Gracias.

—Pero si nos sacan a patadas... es tu culpa.

Scott dejó escapar una leve sonrisa.

Su cola se movió apenas, por primera vez de forma más natural.

—Lo acepto.

Ambos se levantaron.

Se vistieron en silencio.

Minutos después, salieron del palacio.

El aire nocturno los golpeó suavemente. Mya estiró ligeramente el cuerpo, sus orejas reaccionando al entorno, captando sonidos lejanos.

Caminaron unos metros.

Hasta que un taxi apareció.

Scott levantó la mano.

El vehículo se detuvo.

Subieron.

—¿A dónde? —preguntó el conductor.

—A Hellbet Records —respondió Scott.

El taxi arrancó.

Durante el trayecto, el silencio volvió.

Pero no era incómodo.

Scott miraba por la ventana. Sus orejas estaban más relajadas ahora, aunque no del todo. Su cola descansaba sin moverse.

Mya, a su lado, lo observó un momento.

Y sin decir nada...

Tomó su mano.

Dos horas después, el entorno cambió.

Habían llegado al territorio de la gula.

El taxi se detuvo.

—Ya llegamos.

Mya pagó.

Ambos bajaron.

Y frente a ellos...

Hellbet Records.

Sus orejas se alzaron ligeramente al mismo tiempo.

Porque sabían...

Que lo que venía después... podía cambiarlo todo.

La noche en el territorio de la gula no era silenciosa... pero sí distinta.

Cuando el taxi finalmente se detuvo frente a Hellbet Records, el motor quedó en un murmullo bajo que contrastaba con la intensidad visual del entorno. Las luces de neón bañaban la calle en tonos saturados, y el aire parecía más pesado, casi pegajoso, como si cada partícula estuviera cargada de exceso.

Scott fue el primero en bajar.

Sus patas tocaron el pavimento con un leve sonido seco, sus garras rozando la superficie con un clic apenas perceptible. El contacto directo con el suelo le devolvió una sensación inmediata del entorno: frío irregular, pequeñas vibraciones lejanas, la textura áspera del material.

Sus orejas se movieron automáticamente, girando con precisión, captando sonidos a su alrededor. Su cola, sin embargo, permanecía baja, con movimientos tensos y cortos.

Mya bajó después, apoyando primero una pata con cautela, estirando ligeramente los dedos antes de asentarse por completo.

—Este lugar... —murmuró, mirando alrededor—. Nunca me acostumbro.

Sus orejas estaban más activas que las de Scott, girando constantemente, absorbiendo estímulos. Su cola se movía despacio, reflejando incomodidad más que calma.

Scott no respondió de inmediato. Sus ojos estaban fijos al frente.

—Sígueme —dijo finalmente—. Antrox no vive tan lejos.

Mya lo miró de reojo.

—¿Estás seguro?

Scott asintió, aunque su postura no era completamente firme. Sus patas cambiaron ligeramente de posición, ajustando su peso.

—Sí.

Ella lo observó un segundo más, notando la tensión en su cuerpo, la forma en que sus garras se presionaban apenas contra el suelo.

—Está bien... —cedió.

Comenzaron a caminar.

Cada paso de Scott producía un sonido leve y rítmico contra el pavimento. No llevaba nada que amortiguara el contacto, así que cada cambio de superficie era perceptible: tramos más lisos, otros más rugosos, pequeñas irregularidades que se transmitían directamente a sus patas.

El territorio de la gula seguía vivo incluso a esa hora. Figuras que pasaban, risas lejanas, música amortiguada por la distancia. Pero en medio de ese ruido... Scott caminaba como si estuviera aislado.

—Oye... —dijo Mya después de unos minutos.

Scott no se detuvo.

—¿Sí?

—No estás bien.

Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia él, atentas.

Scott exhaló por la nariz.

—Estoy... enfocado.

Mya frunció el ceño.

—Eso no es lo mismo.

Scott no respondió. Sus patas siguieron avanzando, pero su cola se tensó más, haciendo un movimiento corto, casi imperceptible.

Siguieron caminando en silencio.

Minutos después, el entorno cambió. Menos ruido, menos estímulos. Una zona más contenida, más estable dentro del caos del anillo.

Scott redujo la velocidad.

—Es aquí.

Frente a ellos, la casa de Antrox.

No destacaba por exceso, sino por lo contrario. Era firme, sobria, casi fuera de lugar en ese entorno.

Mya ladeó ligeramente la cabeza.

—No es lo que esperaba.

—Ya te acostumbraras —Dice Scott.

Se acercaron.

Scott se detuvo frente a la puerta. Por un momento, dudó. Sus garras se apoyaron con más presión en el suelo, marcando levemente la superficie.

Luego levantó la mano y presionó el timbre.

El sonido resonó dentro.

Esperaron.

Nada.

Mya cruzó ligeramente los brazos, su cola moviéndose en un vaivén lento.

—Te dije que era muy temprano.

Scott no respondió. Sus orejas estaban completamente orientadas hacia la puerta, captando cualquier indicio de movimiento.

Pasaron unos segundos más.

Entonces...

Pasos.

La puerta se abrió.

Exelia apareció.

Su presencia contrastaba con todo el entorno. No por lo que mostraba... sino por lo que transmitía. Había algo en ella que no pertenecía del todo a ese lugar.

Su mirada se posó en Scott.

Y se detuvo.

En sus ojos.

Negros.

Con pupila blanca.

El reconocimiento fue inmediato.

Exelia no reaccionó de forma evidente, pero hubo un cambio sutil. Sus ojos se estrecharon apenas, y su postura se volvió más consciente.

Intentó disimularlo.

Pero ya lo sabía.

—...Pasen —dijo finalmente.

Scott y Mya entraron.

El interior era tranquilo, ordenado. El contraste con el exterior era casi incómodo.

El suelo, liso y limpio, reflejaba levemente la luz. Cuando Scott apoyó las patas, el sonido cambió: más suave, más contenido. La superficie era fría, pero uniforme.

—Siéntense —indicó Exelia.

Ambos obedecieron.

Scott se sentó primero, apoyando sus patas con cierta rigidez. Sus garras no estaban completamente retraídas, señal de tensión. Mya se sentó a su lado, más relajada en apariencia, pero con las orejas aún activas.

Exelia permaneció de pie unos segundos.

Observando.

Analizando.

Antes de que Scott hablara—

—¿Por qué lo hiciste?

La pregunta fue directa.

Scott parpadeó.

—¿Qué...?

Exelia lo miró fijamente.

—Sabes a qué me refiero.

El ambiente se tensó.

Scott intentó responder, pero su voz no salió.

Exelia dio un paso más cerca.

—¿Por qué ya no tienes alma?

Las palabras fueron claras.

Sin rodeos.

Scott se quedó congelado.

Sus orejas se pegaron hacia atrás de inmediato. Su cola dejó de moverse por completo. Sus patas se tensaron contra el suelo, las garras presionando ligeramente.

—Yo... —intentó hablar.

Pero no pudo.

—Yo no...

Empezó a tartamudear.

Mya reaccionó de inmediato. Su mano buscó la de Scott, y la sostuvo con firmeza. Su cola se movió suavemente, no por nervios, sino como un gesto de apoyo.

Exelia notó el gesto.

Su expresión se suavizó ligeramente.

—Tranquilo —dijo—. No estoy enojada.

Scott levantó la mirada, con dificultad.

—Solo quiero entender —continuó ella—. ¿Por qué lo hiciste...?

Hizo una pausa.

—¿Y quién te la quitó?

Scott respiró hondo.

Miró a Mya.

Ella sostuvo su mirada, sus orejas inclinadas hacia él, completamente enfocadas.

Scott bajó la vista.

Sus patas se ajustaron levemente, como si no encontrara una posición cómoda.

Luego volvió a levantar la mirada.

—Astaroth.

El nombre quedó suspendido.

Exelia lo repitió.

—Astaroth...

Pero no como confirmación.

Sino como algo que no encajaba.

—Eso... no es posible.

Mya intervino de inmediato.

—Sí lo es.

Sus orejas se alzaron ligeramente, firmes.

—Es el pecador más fuerte del infierno. Eminente de la ira.

Exelia negó con la cabeza.

—No.

Su tono cambió.

Más serio.

—Astaroth no es un pecador.

Scott frunció el ceño.

—¿Entonces qué es?

Exelia cruzó los brazos.

—Un demonio de Casas Mayores.

El silencio cayó.

—¿Cómo que Casas Mayores? —preguntó Scott.

Exelia exhaló suavemente.

—En el infierno hay siete rangos de poder.

Mya y Scott la escuchaban atentamente.

—Primero... la casta inferior. Demonios nacidos aquí.

Miró a ambos.

—Como ustedes.

Scott bajó ligeramente las orejas.

—Luego... los condenados. Pecadores sin gran poder.

—Después... las Casas Mayores. La nobleza infernal.

Hizo una pausa.

—Ludendorff. Goetia.

Scott y Mya intercambiaron miradas.

—Luego... los Eminentes. Pecadores con poder excepcional.

Mya frunció el ceño.

—Como Astaroth.

—No —corrigió Exelia de inmediato—. Ahí está el problema.

El ambiente se volvió más denso.

—Después vienen los Pecados Capitales... luego los Ejecutores... y finalmente...

Una pausa.

—Lucifer.

El silencio fue absoluto.

Exelia bajó la mirada un instante.

Luego volvió a mirar a Scott.

—Astaroth pertenece a las Casas Mayores.

Su voz fue firme.

—No puede ser un Eminente.

Miró directamente sus ojos negros.

—Así que lo que enfrentaste...

Hizo una leve pausa.

—No debería existir así.

El silencio que quedó en la sala después de la explicación de Exelia no era un silencio común.

Era uno de esos que pesan.

Que obligan a pensar.

Que incomodan.

Scott permanecía sentado, con la espalda ligeramente encorvada, sus patas apoyadas firmemente en el suelo pulido. Sus garras rozaban la superficie de forma casi imperceptible, marcando pequeños puntos de tensión. Sus orejas seguían inclinadas hacia atrás, aunque ya no por sobresalto... sino por carga mental.

Mya, a su lado, no soltaba su mano. Su cola se movía lentamente, de un lado a otro, no con calma, sino con una inquietud contenida.

—Entonces... —murmuró Scott finalmente, con la voz más baja de lo habitual—. ¿Lo que vi... no debería existir?

Exelia no respondió de inmediato.

Sus ojos se mantuvieron fijos en él, evaluando no solo sus palabras... sino todo lo que implicaban.

—No solo es fuerte —dijo finalmente, con un tono más grave—. Lo que describes... no es solo poder.

Scott levantó la mirada.

Exelia dio un pequeño paso, apoyándose ligeramente contra el respaldo de una silla, cruzando los brazos.

—Es conocimiento.

La palabra cayó con más peso del esperado.

—Astaroth no es peligroso solo por lo que puede hacer... —continuó— sino por lo que sabe.

Mya frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir con "sabe"?

Exelia desvió la mirada un segundo, como si organizara sus ideas.

—Hay cosas en este lugar... —empezó— que no todos deberían conocer.

Su tono era cuidadoso, pero firme.

—Cosas que ni siquiera muchos de alto rango entienden por completo.

Scott sintió un leve escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Como qué cosas?

Exelia volvió a mirarlo.

—Cosas que... —hizo una pausa— solo Lucifer debería saber.

El ambiente se volvió aún más pesado.

Las orejas de Scott se tensaron.

—Entonces... —dijo lentamente— ¿por eso desapareció?

Exelia asintió, muy levemente.

—Esa es una de las teorías más aceptadas.

Mya inclinó la cabeza.

—¿Teorías?

—Porque nadie sabe exactamente qué pasó —respondió Exelia—. Solo que... dejó de estar.

Scott bajó la mirada.

—Pero ahora está —dijo, casi en un susurro—. Yo lo vi.

Exelia no lo negó.

—Y si lo que dices es cierto... —continuó— entonces no solo volvió.

Sus ojos se entrecerraron.

—Se está ocultando.

Mya apretó un poco más la mano de Scott.

—Como un eminente...

—Exacto —respondió Exelia.

Scott frunció el ceño.

—Pero... ¿por qué conservar su nombre?

El silencio volvió a instalarse.

Era una pregunta lógica.

Y peligrosa.

—Eso es lo que no encaja —dijo Exelia lentamente—. Si realmente quisiera esconderse... no usaría ese nombre.

Mya asintió.

—Es como si... quisiera que lo reconocieran.

Scott levantó la mirada.

—¿Pero por qué?

Exelia abrió la boca para responder—

—Porque nadie creería que es él.

La voz apareció desde detrás.

Profunda.

Calmada.

Pero con una autoridad innegable.

Scott y Mya reaccionaron de inmediato.

Sus orejas se alzaron, girando hacia la fuente del sonido. Sus cuerpos se tensaron, y sus patas se ajustaron instintivamente, como si estuvieran listos para reaccionar.

Exelia, en cambio, no se sorprendió.

Solo giró ligeramente la cabeza.

—Antrox.

Antrox estaba apoyado contra el marco de la entrada, con los brazos cruzados, observándolos.

Su presencia llenaba el espacio sin necesidad de imponerse físicamente.

—Porque nadie creería —repitió, avanzando lentamente hacia la sala— que el verdadero Astaroth está caminando como un simple pecador.

Scott lo miró fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

Antrox lo observó unos segundos antes de responder.

—Porque llevo investigándolo desde el atentado contra Izobelle.

El nombre hizo que Mya reaccionara levemente. Sus orejas se inclinaron hacia adelante.

—¿El atentado...?

Antrox asintió.

—Nada de eso fue casual.

Se detuvo frente a ellos.

—Todo apunta a lo mismo.

Scott sintió cómo su respiración se volvía más pesada.

—¿A qué?

Antrox lo miró directamente.

—A desestabilizar el infierno.

El silencio que siguió fue denso.

—Y dime... —continuó Antrox— ¿quién es el único que podría lograr algo así?

Scott no respondió.

Pero no hacía falta.

—Astaroth —dijo Mya en voz baja.

Antrox asintió.

—Exacto.

Scott apretó la mandíbula. Sus garras se clavaron ligeramente en el suelo, dejando pequeñas marcas.

—Entonces... —dijo, con un tono más tenso— ¿cómo recupero mi alma?

La pregunta rompió la tensión.

Antrox lo observó con más seriedad.

—Tienes que romper el acuerdo.

Scott frunció el ceño.

—¿Y cómo hago eso?

Antrox no respondió de inmediato.

—Cuando alguien sella un trato con él... —empezó— ese vínculo no se rompe fácilmente.

Mya sintió un leve escalofrío.

—¿Qué tan difícil es?

Antrox la miró.

—Imposible.

La palabra cayó como un golpe.

Scott sintió que algo dentro de él se hundía.

—A menos que él caiga.

El silencio regresó.

Scott levantó la mirada lentamente.

—¿Caiga...?

—Que sea derrotado —aclaró Antrox—. O destruido.

Mya apretó la mano de Scott.

—¿Alguien lo ha logrado?

Antrox negó con la cabeza.

—Nadie.

La respuesta fue contundente.

Scott desvió la mirada.

—Entonces no hay forma...

—No dije eso.

Scott volvió a mirarlo.

Antrox entrecerró los ojos.

—Dijiste que te dio una fracción de su poder.

Scott asintió.

—Sí... tengo más fuerza... más velocidad... puedo sentirlo.

Sus orejas se movieron ligeramente, recordando.

—No soy como antes.

Antrox dio un pequeño asentimiento.

—Los sabuesos infernales... —dijo— ya son fuertes por naturaleza.

Mya levantó ligeramente las orejas.

—Especialmente cuando pierden el control.

Scott lo miró con atención.

—¿Qué significa eso?

Antrox cruzó los brazos.

—Que si encuentras un detonante...

Hizo una pausa.

—Algo que te lleve al límite.

Scott sintió un nudo en el pecho.

—Podrías volverte lo suficientemente agresivo como para enfrentarlo.

Mya tensó la postura.

—¿Pero...?

Antrox no suavizó la respuesta.

—Perderías casi toda la razón.

El silencio fue inmediato.

Scott bajó la mirada.

Sus orejas cayeron ligeramente.

—Pero... —continuó Antrox— con el poder que te dio...

Lo miró fijamente.

—Podrías ganarle.

Las palabras quedaron flotando.

Scott no respondió.

Su mente estaba procesando.

Mya lo miró con preocupación. Su cola dejó de moverse.

—Eso es... demasiado riesgo.

Antrox no la contradijo.

—Lo es.

Scott levantó la mirada lentamente.

—¿Tengo que esperar a que algo me haga perder el control?

Antrox negó levemente.

—Puedes crear tu propio detonante.

Scott frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Recordando —respondió Antrox.

La palabra fue simple.

Pero cargada.

—Pero es más efectivo... —añadió— si alguien te provoca.

Mya apretó ligeramente la mano de Scott.

—Eso es peligroso...

—Todo esto lo es —respondió Antrox sin rodeos.

Exelia, que había permanecido en silencio, intervino finalmente.

—Astaroth es fuerte... —dijo— pero también es confiado.

Scott la miró.

—¿Qué quieres decir?

—Que cree que está por encima de los demás.

Sus ojos se endurecieron ligeramente.

—Si juegas con su mente... puedes hacerlo bajar la guardia.

Mya ladeó la cabeza.

—¿Provocarlo?

—Exacto.

Scott respiró hondo.

—¿Y si no funciona?

Exelia lo miró con seriedad.

—Entonces morirás.

El silencio fue absoluto.

Pero ella no apartó la mirada.

—Pero hay algo más.

Scott la observó.

—Astaroth... no siempre fue un demonio.

Mya frunció el ceño.

—¿Qué?

Exelia asintió levemente.

—Era un ser celestial.

Scott parpadeó.

—¿Un... ángel?

—Algo así.

Hizo una pausa.

—Cayó.

—¿Por qué?

Exelia lo miró fijamente.

—Por saber demasiado.

Las palabras resonaron en la mente de Scott.

—Lo mismo que en el infierno —añadió— lo condenó en el cielo.

Mya bajó ligeramente las orejas.

—Entonces es un ángel caído...

—Sí —respondió Exelia—. Pero no al nivel de Lucifer.

Scott apretó ligeramente la mandíbula.

—Entonces...

Levantó la mirada.

Sus ojos negros parecían más intensos.

—No es invencible.

Exelia negó.

—No.

Antrox lo observó en silencio.

Scott respiró hondo.

Sus patas se tensaron contra el suelo.

Su cola se movió una vez.

Lenta.

Determinada.

—Entonces puedo hacerlo.

El aire en la sala cambió.

Porque por primera vez...

No había solo miedo en su voz.

Había decisión.

El ambiente en la sala había cambiado.

Ya no era solo tensión o incertidumbre... ahora había dirección. Una peligrosa, sí, pero concreta. Las palabras de Antrox y Exelia habían dejado algo claro: Scott no estaba completamente indefenso. Pero eso no significaba que tuviera una oportunidad segura... solo una posibilidad.

Y en el infierno, a veces, eso era suficiente.

Antrox observó a Scott durante unos segundos más, como si lo estuviera midiendo. No solo físicamente... sino en algo más profundo.

—Dime algo —dijo finalmente, rompiendo el silencio—. ¿Sabes pelear?

La pregunta no fue casual.

Scott levantó la mirada. Sus orejas se movieron ligeramente hacia adelante, más firmes.

—Sí —respondió sin dudar.

Antrox no reaccionó de inmediato.

—¿Qué tan bien?

Scott hizo una pequeña pausa. No por duda... sino porque estaba recordando.

—A grado militar —añadió.

Mya giró ligeramente la cabeza hacia él.

—¿Militar?

Scott asintió.

—Krauser.

El nombre cayó con peso.

Sus orejas se tensaron apenas, y su postura cambió ligeramente, como si ese recuerdo activara algo más profundo en él.

—Él me entrenó.

Antrox entrecerró los ojos.

—¿Krauser...? —repitió, como si reconociera el nombre—. Entonces no estás improvisando.

Scott negó.

—No.

Su tono era firme.

Exelia, que había estado observando en silencio, dio un pequeño paso hacia adelante.

—Eso servirá —dijo.

Su voz tenía una seguridad distinta ahora.

No era optimismo... era cálculo.

Scott la miró.

—¿Servirá... para qué?

Exelia no respondió de inmediato.

En lugar de eso, se giró.

—Espérame un momento.

Sin más explicación, comenzó a caminar hacia el interior de la casa, perdiéndose por el pasillo que llevaba a las habitaciones.

Scott y Mya intercambiaron una mirada.

—¿Qué está haciendo? —murmuró Mya.

Scott negó levemente, sus orejas moviéndose en señal de incertidumbre.

—No lo sé...

Antrox, en cambio, no parecía sorprendido.

Se recargó ligeramente contra una pared, observando en silencio.

El minuto que siguió se sintió más largo de lo que era.

Scott bajó la mirada hacia sus propias patas. Sus garras se apoyaban con más presión de lo normal contra el suelo, marcando levemente la superficie pulida. Su cola se movía con un ritmo lento, tenso.

Mya notó el detalle.

—Oye...

Él levantó la mirada.

—¿Estás seguro de esto?

Scott no respondió de inmediato.

Miró al frente.

—No —admitió finalmente—. Pero no tengo otra opción.

Mya apretó ligeramente su mano.

—Siempre hay otra opción.

Scott negó.

—No esta vez.

El silencio volvió.

Hasta que...

Pasos.

Exelia regresó.

Pero no venía con las manos vacías.

En ellas sostenía una espada.

El arma no era ostentosa... pero tampoco simple. Tenía una presencia propia. La hoja estaba visiblemente agrietada en varias partes, como si hubiera pasado por algo que la había llevado al límite. Aun así... había algo en ella que no encajaba con el deterioro.

Algo... intacto.

Algo... superior.

Scott lo sintió incluso antes de que ella hablara.

Sus orejas se tensaron.

Su respiración cambió apenas.

—Esta espada —dijo Exelia, avanzando hacia ellos— fue con la que llegué al infierno.

Scott se levantó lentamente.

Sus patas hicieron un leve sonido contra el suelo al incorporarse.

—¿Es... tuya?

Exelia asintió.

—Lo fue.

Se detuvo frente a él y le extendió el arma.

—Aunque esté en este estado... aún conserva su esencia.

Scott la miró con atención.

Las grietas eran evidentes.

Pero no parecía una espada común dañada.

Parecía... contenida.

—Puedo mandarla a restaurar —continuó Exelia—. Pero el problema no es ese.

Scott levantó la mirada.

—¿Entonces cuál es?

—El lugar.

Hubo una pequeña pausa.

—Esta espada está hecha completamente de metal celestial.

El silencio cayó.

Mya abrió ligeramente los ojos.

—¿Metal... celestial?

Exelia asintió.

—No puede ser reparada en cualquier sitio del infierno.

Scott extendió lentamente la mano.

Sus dedos se cerraron alrededor del mango.

En el instante en que hizo contacto—

Algo ocurrió.

Una reacción inmediata.

Desde la base del mango, una cadena de energía blanca emergió de forma repentina, brillante, casi líquida en su movimiento.

Scott abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué...?

La cadena se movió con rapidez, envolviendo su muñeca con precisión, ajustándose como si tuviera voluntad propia.

No dolía.

Pero se sentía.

Como si algo... lo reconociera.

Mya se tensó.

—¡Scott!

Pero antes de que pudiera reaccionar más—

La energía se desvaneció.

Desapareció por completo.

Como si nunca hubiera estado ahí.

El silencio fue total.

Scott se quedó inmóvil, mirando su muñeca.

—¿Qué fue eso...?

Exelia lo observó con calma.

—El vínculo.

Scott levantó la mirada lentamente.

—¿Vínculo?

—Esa espada no es un arma común —explicó—. No es como las que usa la guardia celestial estándar.

Se acercó un poco más.

—Es de un nivel mucho más alto.

Scott tragó saliva.

—¿Qué tan alto?

Exelia no dudó.

—Nivel arcángel.

Las palabras resonaron con fuerza.

Mya dio un pequeño paso hacia atrás, sus orejas completamente erguidas.

—¿Arcángel...?

Exelia asintió.

—Tiene conciencia de su portador.

Scott volvió a mirar la espada.

Ahora la sentía distinta.

Más pesada... pero no físicamente.

Más presente.

—Y ahora... —continuó Exelia— está vinculada a ti.

Scott apretó ligeramente el mango.

Sus garras se ajustaron alrededor de la empuñadura.

—¿Eso significa...?

—Que responderá a ti —respondió Exelia—. A tu intención. A tu estado.

Hizo una pausa.

—Pero también significa que no puedes tratarla como cualquier arma.

Scott asintió lentamente.

—Entiendo...

Exelia dio un pequeño paso atrás.

—La vinculación está completa.

Scott bajó la mirada hacia la hoja.

Las grietas eran más evidentes ahora.

—Entonces solo queda arreglarla.

Exelia negó ligeramente.

—No es tan simple.

Scott levantó la vista.

—En este estado... —continuó ella— no soportará más de dos golpes fuertes.

Mya frunció el ceño.

—¿Tan frágil está?

—No es fragilidad —corrigió Exelia—. Es desgaste extremo.

Miró la espada.

—Si la usas así... se romperá.

Scott respiró hondo.

Sus orejas se inclinaron ligeramente hacia atrás.

—Entonces tengo que encontrar dónde repararla.

Exelia asintió.

—Sí.

Scott se quedó en silencio unos segundos.

Pensando.

Procesando.

Luego, algo cambió en su expresión.

—Creo que sé dónde.

Mya lo miró.

—¿En serio?

Scott asintió.

—Sí.

No dio detalles.

Pero su tono era más seguro.

Más firme.

Exelia lo observó con atención.

—Bien.

Scott ajustó el agarre sobre la espada.

Su cola se movió una vez, lenta, pero con más intención que antes.

—Gracias.

Exelia negó suavemente.

—Aún no me agradezcas.

Scott frunció levemente el ceño.

—¿Por qué?

Exelia lo miró fijamente.

—Porque esto... apenas empieza.

El silencio volvió a llenar la sala.

Pero ya no era el mismo de antes.

Ahora... tenía propósito.

Las horas que siguieron al encuentro con Exelia no fueron tranquilas.

El regreso al territorio de la ira fue más silencioso que el viaje de ida. No porque no hubiera ruido... sino porque Scott y Mya apenas hablaron. El taxi avanzaba entre calles conocidas, pero el ambiente entre ellos era distinto. Ya no era solo preocupación.

Era preparación.

Scott llevaba la espada apoyada con cuidado entre sus brazos, sin soltarla en ningún momento. Sus patas se ajustaban ligeramente cada vez que el vehículo tomaba una curva,

como si instintivamente protegiera el arma. Sus orejas estaban más bajas de lo normal, no en señal de miedo... sino de concentración profunda.

Mya lo observaba de reojo.

—No la has soltado ni un segundo... —comentó en voz baja.

Scott no apartó la mirada de la hoja agrietada.

—No puedo.

Su cola se movió una vez, lenta.

—Siento que si lo hago... algo cambia.

Mya inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Cómo que cambia?

Scott dudó.

—No sé explicarlo... —respondió finalmente—. Es como si... ya no fuera solo un arma.

Mya guardó silencio unos segundos.

—Porque no lo es.

Scott la miró.

—Es un vínculo —añadió ella—. Lo dijiste tú mismo... Exelia lo confirmó.

Scott volvió a mirar la espada.

—Sí...

Pero no sonaba convencido.

El taxi finalmente se detuvo frente al palacio Ludendorff.

El regreso al lugar no trajo alivio.

Solo realidad.

Scott bajó primero. Sus patas tocaron el suelo firme del anillo de la ira, el contacto transmitiéndole una sensación más sólida, más pesada que en el territorio de la gula. Sus garras rozaron el suelo con un leve sonido seco.

Mya bajó detrás de él.

—¿Seguro que quieres hacer esto ahora?

Scott no dudó.

—Sí.

Su voz fue firme.

—Si espero más... no lo voy a hacer.

Mya lo miró unos segundos.

Luego asintió.

—Entonces vamos.

Entraron al palacio.

Los pasillos eran familiares, pero esa noche se sentían diferentes. Las luces rojizas proyectaban sombras largas, y el eco de sus pasos —o más bien, el leve sonido de sus patas contra el suelo pulido— parecía amplificarse en el silencio.

Scott caminaba con decisión.

No se desvió.

No dudó.

Su destino estaba claro.

La habitación de Desmond.

Al llegar frente a la puerta, Scott se detuvo.

Por primera vez desde que habían salido de la casa de Exelia... dudó.

Sus orejas se movieron ligeramente hacia atrás.

Su cola se tensó.

Mya lo notó.

—Oye... —dijo en voz baja—. Si no estás listo...

Scott negó.

—No.

Respiró hondo.

Sus garras se apoyaron con más firmeza en el suelo.

—Tengo que hacerlo.

Levantó la mano.

Y tocó la puerta.

Un segundo.

Dos.

Pasos al otro lado.

La puerta se abrió.

Desmond apareció.

Su expresión era seria, pero no hostil.

—Scott... —dijo—. ¿Qué pasa?

Scott lo miró.

Por un momento, no dijo nada.

Las palabras se le atoraron en la garganta.

Pero esta vez...

No retrocedió.

—Papá.

La palabra cayó pesada.

Desmond parpadeó.

No era la primera vez que Scott lo llamaba así... pero había algo distinto en el tono.

Algo más honesto.

Más crudo.

—Tengo la espada de Exelia —continuó Scott, levantando ligeramente el arma—. Y... tengo que restaurarla.

Desmond frunció el ceño.

—¿Por qué tendría que ayudarte?

La respuesta fue directa.

Sin rodeos.

Scott bajó la mirada un segundo.

Sus orejas se inclinaron hacia atrás.

—Porque... —empezó— sé que la cagué.

El silencio se hizo inmediato.

Mya, a unos pasos detrás, bajó ligeramente las orejas.

Scott apretó la empuñadura de la espada.

—Vendí mi alma a Astaroth.

Sus garras se tensaron.

—Por dejarme llevar por sus palabras...

Levantó la mirada.

—Y por culparte por la muerte de mamá.

Las palabras fueron más difíciles de decir de lo que esperaba.

Pero no se detuvo.

—Me equivoqué.

El silencio pesaba.

Desmond no hablaba.

No se movía.

Solo escuchaba.

Scott dio un pequeño paso hacia adelante.

—Pero por favor...

Su voz bajó.

—Por esta vez... ayúdame.

Sus orejas estaban completamente hacia atrás ahora.

No por miedo.

Sino por exposición.

—Por primera vez en años...

Hizo una pausa.

—No quiero huir de mis errores.

Sus ojos se fijaron en los de Desmond.

—Quiero afrontarlos.

El aire en el pasillo parecía haberse detenido.

Desmond no respondió de inmediato.

Su mirada se mantuvo fija en Scott.

Evaluando.

Recordando.

Sintiendo.

Los segundos pasaron.

Lentos.

Pesados.

Hasta que finalmente...

Desmond exhaló.

—Sigues siendo terco.

Scott bajó ligeramente las orejas.

—Sí...

Desmond lo miró con más suavidad.

—Pero...

Hizo una pequeña pausa.

—Te voy a ayudar.

Scott levantó la mirada.

Sorpresa.

Alivio.

—¿En serio?

Desmond asintió.

—Porque eres mi hijo.

La palabra tuvo peso.

—Y te quiero.

El silencio que siguió fue distinto.

Más cálido.

Scott sintió algo moverse dentro de él.

Algo que no había sentido en mucho tiempo.

—Gracias... papá.

La palabra salió más natural esta vez.

Desmond hizo un gesto leve.

—Bien.

Luego miró la espada.

—¿Qué necesitas?

Scott levantó el arma.

—Quiero restaurarla.

Desmond la observó con atención.

Sus ojos recorrieron las grietas.

La estructura.

La energía residual.

Y su expresión cambió.

—Imposible.

Scott frunció el ceño.

—Ni siquiera me dejaste—

—No necesito escuchar más.

El tono de Desmond fue firme.

—Sé lo que estás intentando hacer.

Scott apretó la mandíbula.

—Entonces sabes que no tengo opción.

Desmond lo miró directamente.

—Sé que si peleas contra él... vas a morir.

El silencio cayó.

—Y no voy a perder a mi hijo.

La frase fue clara.

Pesada.

—No otra vez.

Scott sintió el impacto.

—Como perdí a tu madre.

Las palabras resonaron más profundo de lo esperado.

Scott bajó la mirada.

Sus orejas cayeron ligeramente.

—Lo sé...

Su voz fue más baja.

—Y sé que te preocupa.

Levantó la mirada otra vez.

—Pero es la única forma.

Apretó la empuñadura.

—Si no hago esto... no recupero mi alma.

El silencio volvió.

Desmond lo observó.

Esta vez... no como un gobernante.

Sino como un padre.

Evaluando no la lógica...

Sino la determinación.

Finalmente...

Suspiró.

—Está bien.

Scott levantó la mirada.

—¿De verdad?

Desmond asintió.

—Te voy a ayudar.

Pero levantó una mano.

—No vas a pelear solo.

Scott parpadeó.

—¿Qué?

Desmond dio un paso al frente.

—Voy a pelear a tu lado.

El silencio fue inmediato.

Mya abrió ligeramente los ojos.

Scott lo miró.

—¿Hablas en serio?

Desmond no dudó.

—Como buen padre.

La frase fue simple.

Pero definitiva.

Scott sintió cómo su cola se movía por primera vez con verdadera emoción. No rápida, no exagerada... pero sí genuina.

—Eso... —murmuró— es perfecto.

Mya sonrió levemente, sus orejas relajándose por primera vez en mucho tiempo.

—Entonces no estás solo.

Scott negó.

—No.

Y por primera vez desde que todo comenzó...

No lo estaba.

A unos metros de distancia, parcialmente oculta por la esquina del pasillo, Laura observaba la escena.

No intervenía.

No hablaba.

Solo miraba.

Su expresión era suave.

Cálida.

Una sonrisa pequeña, pero sincera, se dibujaba en su rostro.

Porque después de tantos años de tensión...

De distancia...

De resentimiento...

Padre e hijo estaban, finalmente...

En el mismo lado.

No por obligación.

No por conveniencia.

Sino por algo más fuerte.

Algo que habían perdido...

Y que ahora, poco a poco...

Estaban recuperando.

El ambiente en el pasillo del palacio aún conservaba ese calor reciente que solo aparece cuando algo importante cambia entre dos personas.

Scott seguía sosteniendo la espada con ambas manos, con más cuidado que antes, como si ahora no solo cargara un arma... sino una responsabilidad compartida. Su cola se movía de

forma lenta, ya no por ansiedad, sino por una mezcla extraña entre determinación y algo más profundo que no terminaba de nombrar.

Desmond, frente a él, lo observaba en silencio.

No con dureza.

No con juicio.

Sino con una atención distinta.

Más cercana.

Más... paternal.

—Bien —dijo finalmente, rompiendo ese breve momento de calma—. Si vamos a hacer esto... hay que hacerlo correctamente.

Scott levantó ligeramente las orejas.

—¿Tienes alguna idea?

Desmond cruzó los brazos, pensativo.

—Sí.

Su mirada bajó hacia la espada.

—Ese tipo de arma... no se puede reparar en cualquier lugar.

Scott asintió.

—Exelia dijo lo mismo.

Desmond entrecerró los ojos, como si confirmara algo en su mente.

—Entonces estamos hablando de metal celestial.

Mya, que había estado escuchando con atención, dio un pequeño paso más cerca.

—¿Eso qué implica exactamente?

Desmond la miró.

—Que no basta con un buen herrero.

Hizo una pausa.

—Se necesita alguien que entienda lo que está tocando.

Scott apretó ligeramente el mango de la espada.

—¿Y conoces a alguien así?

Desmond no respondió de inmediato.

Pero luego...

Asintió.

—Felyzium.

El nombre quedó flotando en el aire.

Mya frunció el ceño.

—Ese lugar... está en territorio felino, ¿no?

Scott reaccionó de inmediato.

Sus orejas se tensaron.

—Espera...

Miró a Desmond.

—¿Cómo se supone que voy a entrar ahí?

Su tono tenía una mezcla de incredulidad y tensión.

—Soy un sabueso.

Sus garras se apoyaron con más fuerza en el suelo.

—Ese lugar está lleno de felinos.

Mya asintió ligeramente.

—No es precisamente... territorio neutral.

Desmond levantó una mano, calmado.

—No se preocupen por eso.

Scott frunció el ceño.

—¿Cómo que no me preocupe? Literalmente podrían atacarme apenas ponga una pata ahí.

Desmond esbozó una leve sonrisa.

—Por eso dije que tengo la solución.

Scott lo miró con duda.

—¿Qué solución?

Desmond no respondió con palabras.

En lugar de eso, inhaló ligeramente...

Y alzó la voz.

—¡Nami!

El nombre resonó por el pasillo.

Hubo un breve silencio.

Y luego—

Pasos rápidos.

No.

Más que pasos...

Un pequeño tropel ligero.

En cuestión de segundos, una figura apareció doblando la esquina del pasillo con energía.

Nami.

Su movimiento era ágil, casi saltarín. Sus orejas felinas estaban completamente erguidas, y su cola se movía con una rapidez alegre, contrastando completamente con el tono pesado de la situación.

—¡¿Sí?! —exclamó, deteniéndose frente a ellos—. ¿Qué necesitan?

Su mirada pasó rápidamente de Desmond... a Scott... a Mya... y luego se detuvo en la espada.

Pero aún no dijo nada al respecto.

Desmond la observó con una leve suavidad.

—Necesitamos ir a Felyzium.

La reacción de Nami fue inmediata.

Su cuerpo se tensó apenas.

No de forma exagerada.

Pero sí lo suficiente para notarlo.

Sus orejas bajaron un poco.

—Yo... —empezó— no quería volver allí...

Su voz perdió un poco de ese tono energético inicial.

Scott la miró.

Había algo en esa reacción.

Algo más profundo.

Pero antes de que pudiera decir algo—

Nami volvió a levantar la mirada.

Y miró directamente a Scott.

Su expresión cambió.

—Pero... —continuó— si es por ti...

Su cola volvió a moverse, esta vez más suave.

—Puedo hacerlo.

Scott parpadeó, ligeramente sorprendido.

—¿En serio?

Nami asintió.

—Sí.

Luego inclinó la cabeza.

—Pero... ¿qué necesitan exactamente?

Scott no respondió con palabras de inmediato.

En cambio...

Con cuidado, desenfundó la espada.

El sonido fue suave.

Controlado.

La hoja agrietada quedó expuesta bajo la luz del pasillo.

Nami la miró.

Y su expresión cambió por completo.

Sus ojos se abrieron ligeramente.

Sus orejas se levantaron de nuevo.

—Esa espada...

Dio un pequeño paso hacia adelante, acercándose con curiosidad... pero también con cautela.

—No es normal.

Scott asintió.

—Tenemos que restaurarla.

Nami inclinó un poco la cabeza, observando las grietas.

Su mirada se volvió más enfocada.

Más seria.

—Sí...

Extendió una mano, sin tocarla aún.

—Esto no es daño común.

Sus ojos recorrieron la hoja.

—Está... desgastada desde dentro.

Scott intercambió una mirada con Desmond.

—Metal celestial —añadió.

Nami levantó la mirada rápidamente.

—¿Qué?

—Es de origen celestial —confirmó Scott.

El silencio que siguió fue corto... pero significativo.

Nami volvió a mirar la espada.

Ahora con otra perspectiva.

—Entonces sí...

Sus orejas se movieron ligeramente.

—Sí sé quién puede arreglarla.

Scott dio un pequeño paso hacia adelante.

—¿En serio?

Nami asintió con más firmeza.

—Sí.

Una leve sonrisa apareció en su rostro.

—Hay un herrero en Felyzium.

Su cola se movió un poco más rápido, ahora con un toque de entusiasmo.

—Es increíble.

Scott ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Tan bueno es?

Nami soltó una pequeña risa.

—No.

Negó con la cabeza.

—Es mejor.

Sus ojos brillaban con cierta admiración.

—Ha trabajado con materiales que nadie más se atreve a tocar.

Hizo una pausa.

—Si alguien puede restaurar eso...

Señaló la espada.

—Es él.

Desmond asintió, satisfecho.

—Entonces ya está decidido.

Miró a Scott.

—¿Qué esperan?

Scott miró la espada.

Luego a Nami.

Luego a su padre.

Su cola se movió una vez.

Firme.

—Vamos.

Mya sonrió ligeramente.

—Sí... ya perdimos demasiado tiempo.

Nami dio un pequeño salto sobre sí misma, como si recuperara parte de su energía inicial.

—¡Entonces vamos!

Pero justo antes de moverse...

Se detuvo.

Sus orejas bajaron apenas.

Miró hacia un punto indefinido.

Por una fracción de segundo...

Su expresión cambió.

Como si un recuerdo la hubiera alcanzado.

Felyzium.

No era solo un lugar para ella.

Era algo más.

Algo que dolía.

Pero rápidamente...

Sacudió la cabeza.

Y volvió a sonreír.

—Vamos —repitió, con más decisión.

Scott la observó un segundo más.

Notó el cambio.

Pero no dijo nada.

Porque él también entendía lo que era avanzar...

Aunque doliera.

Y esta vez...

No iba a detenerse.

Dos horas después, la camioneta finalmente redujo la velocidad frente a un punto que marcaba mucho más que una simple frontera.

Era una línea invisible entre dos mundos.

Desmond mantenía las manos firmes sobre el volante, pero su mirada había cambiado desde hacía varios minutos. Ya no era solo concentración... era reconocimiento. Había estado allí antes, y su memoria no lo dejaba ignorar lo que estaba por venir.

Scott, en el asiento del copiloto, sostenía la espada con ambas manos. Sus patas estaban firmemente apoyadas, y sus garras rozaban el piso metálico del vehículo con pequeños sonidos rítmicos, reflejo de su tensión interna. Sus orejas se movían constantemente, captando cada cambio en el ambiente.

Mya, en la parte trasera, observaba por la ventana.

Y Nami...

Nami no hablaba.

Sus ojos estaban fijos afuera, pero no con curiosidad. Había algo más profundo en su mirada. Algo que no era fácil de leer... pero sí de sentir.

—Ya estamos cerca —dijo Desmond, rompiendo el silencio.

La carretera cambió.

El terreno se volvió más limpio, más cuidado. Pero no solo eso... la arquitectura comenzó a transformarse incluso antes de cruzar la frontera. A lo lejos se podían ver estructuras con techos curvos, elevados, con bordes pronunciados que recordaban a templos antiguos. Columnas de madera oscura, detalles en rojo profundo, y faroles colgantes que se mecían suavemente con la brisa.

Scott entrecerró los ojos.

—¿Ese es...?

—Felyzium —respondió Nami en voz baja.

La camioneta se detuvo.

Dos guardias se acercaron. Su vestimenta no era como la del resto del infierno. Llevaban armaduras ligeras con placas segmentadas, inspiradas en antiguas protecciones samurái, con detalles en dorado y negro. Sus posturas eran firmes, disciplinadas.

—Alto —dijo uno de ellos—. Zona restringida para demonios externos.

Scott tensó las orejas de inmediato.

Desmond no mostró reacción.

—Tengo autorización.

El guardia lo miró fijamente.

—Identifíquese.

—Desmond Ludendorff.

Hubo una pausa.

El nombre tenía peso.

Pero no suficiente.

—Prueba —respondió el segundo guardia.

Desmond giró apenas la cabeza.

—Nami.

La reacción fue inmediata.

Nami se inclinó hacia adelante y asomó su rostro por la ventana. Su expresión cambió a una más abierta, más suave.

—Hola...

Los guardias la observaron.

Sus posturas se relajaron levemente.

—Natal de Felyzium... —dijo uno.

El otro asintió.

—Pueden pasar.

La barrera se abrió.

Y en el momento en que cruzaron...

El mundo cambió.

Scott lo sintió primero en el aire.

Sus orejas se alzaron ligeramente.

Su respiración se detuvo un segundo.

—Esto...

El aire era limpio. No pesado, no cargado. Tenía un aroma natural, con notas suaves que recordaban a madera, flores y algo más... algo antiguo.

La brisa que entraba por la ventana no quemaba ni incomodaba. Era fresca, ligera, casi calmante.

Mya cerró los ojos un instante.

—Se siente... diferente.

—Lo es —respondió Nami—. Aquí todo está diseñado para estar en equilibrio.

Scott miraba a su alrededor.

A medida que avanzaban, la arquitectura se volvía más evidente.

Calles organizadas, delimitadas por estructuras de madera con techos tradicionales japoneses, curvos y superpuestos. Puertas corredizas, algunas abiertas, dejaban ver interiores minimalistas. Faroles de papel iluminaban suavemente el camino, incluso de día, como parte del ambiente.

Pequeños puentes arqueados cruzaban canales de agua cristalina que fluía con calma.

Nada estaba fuera de lugar.

Nada era excesivo.

Todo tenía intención.

—No parece el infierno... —murmuró Scott.

Nami sonrió apenas.

—Es parte de él.

Su tono tenía un matiz más serio.

—Pero también es... otra cosa.

Media hora después, llegaron a la ciudad principal.

Desmond estacionó la camioneta cerca de una calle amplia, rodeada de edificaciones que parecían sacadas de una era antigua, pero perfectamente conservadas. Algunos felinos caminaban con vestimentas tradicionales: túnicas ligeras, kimonos estilizados, telas fluidas con patrones delicados.

El contraste con Scott fue inmediato.

Cuando bajó...

Las miradas comenzaron.

Sus patas tocaron el suelo con suavidad, pero el peso de la atención fue inmediato. Sus orejas se tensaron, su cola quedó rígida.

Felinos de distintas edades lo miraban.

Algunos con asombro.

Otros con desconfianza.

Y unos cuantos... con miedo.

Mya bajó detrás de él.

—No les gusta...

—No están acostumbrados —dijo Nami, bajando también.

Scott no apartaba la mirada del frente.

—Lo sé.

Sus garras rozaron ligeramente el suelo.

—Pero igual se siente.

Nami se acercó un poco más a él.

—Ignóralos.

Hizo una pausa.

—Para ellos... un sabueso aquí es algo fuera de lugar.

Scott asintió levemente.

—Como yo ahora.

Desmond cerró la puerta de la camioneta.

—No vinimos a encajar.

Su tono fue firme.

—Vinimos a resolver algo.

Nami levantó la mano.

—Síganme.

Comenzó a caminar.

El grupo la siguió a través de calles estrechas y organizadas. Pasaron por pequeñas plazas con árboles cuidadosamente podados, fuentes de agua tranquila y estructuras que parecían templos menores.

El sonido del entorno era distinto.

No había caos.

Solo murmullos, pasos suaves, y el leve movimiento del viento entre las estructuras.

Finalmente, se detuvieron frente a una herrería.

Pero no era como las del resto del infierno.

Era una construcción de madera oscura, con un letrero tallado a mano colgando sobre la entrada. A los lados, dos faroles de papel iluminaban la fachada. El interior dejaba ver herramientas organizadas con precisión casi ceremonial.

Nami se detuvo.

Y justo cuando iba a hablar—

La puerta se abrió.

—¡Nami!

Un felino salió rápidamente.

Y al verla, no dudó en correr hacia ella.

La abrazó con fuerza.

Nami respondió de inmediato, rodeándolo con la misma energía, su cola moviéndose rápidamente.

—¡Jade!

Su voz cambió.

Más ligera.

Más infantil.

Más viva.

—¡Te extrañé!

Jade rió suavemente.

—Y yo a ti.

Se separaron un poco.

—¿Qué haces aquí?

Nami sonrió.

—Necesitamos tu ayuda.

Jade inclinó la cabeza.

—¿Con qué?

Nami señaló a Scott.

—Mi amigo... necesita que le arregles algo.

Scott dio un paso al frente.

Desenfundó la espada con cuidado.

Y se la entregó.

Jade la tomó.

Y en cuanto la vio...

Su expresión cambió.

Sus ojos recorrieron la hoja.

Las grietas.

Las runas.

Se detuvo.

—¿De dónde sacaste esto?

Scott respondió:

—Me la dio una amiga.

Jade levantó la mirada.

—Entonces esa amiga...

Hizo una pausa.

—No es cualquiera.

Volvió a mirar la espada.

—Esto es de nivel arcángel.

El silencio cayó.

Mya cruzó los brazos.

—Eso mismo dijeron.

Jade exhaló lentamente.

—Esto no es solo metal.

Sus orejas bajaron apenas.

—Es historia.

Scott dio un paso más cerca.

—Por favor.

Su voz fue firme.

—Necesito que la repares.

Jade lo miró.

—¿Para qué?

Scott no dudó.

—Para pelear contra Astaroth.

Jade frunció ligeramente el ceño.

—No sé quién es...

Miró la espada.

—Pero si necesitas esto para enfrentarlo...

Suspiró.

—Entonces no es alguien pequeño.

Miró a Nami.

Ella asintió.

Jade volvió a Scott.

—Está bien.

Una leve sonrisa apareció.

—La restauraré.

Scott relajó apenas la postura.

—Gracias.

Jade levantó la espada con cuidado.

—Vuelvan en tres horas.

Scott asintió.

—Estaremos aquí.

Jade hizo una pequeña reverencia antes de entrar de nuevo a la herrería.

La puerta se cerró.

Y el grupo quedó en medio de Felyzium.

Rodeados de calma.

Esperando...

Lo que vendría después.

Las tres horas pasaron más rápido de lo que cualquiera de ellos esperaba... y al mismo tiempo, más lentas de lo que Scott hubiera querido.

Felyzium no era un lugar que se pudiera ignorar.

Desde el momento en que salieron de la herrería de Jade, Nami tomó la iniciativa sin que nadie se lo pidiera. Era como si, al volver a ese territorio, una parte de ella despertara... una que no se veía con frecuencia en el anillo de la ira.

—Si tenemos que esperar... —dijo, girándose hacia Scott y Desmond— no nos vamos a quedar parados.

Su cola se movía con un ritmo más vivo ahora, aunque no completamente libre. Había emoción... pero también algo más profundo.

Scott asintió.

—Está bien.

Desmond simplemente observó.

—Guíanos.

Y Nami lo hizo.

Los llevó por calles estrechas donde los faroles de papel colgaban en hileras perfectamente alineadas, proyectando una luz cálida incluso durante el día, como si la estética fuera más importante que la necesidad. Pasaron por pequeños templos donde felinos se inclinaban en reverencia frente a estructuras de piedra cuidadosamente talladas.

Scott miraba todo.

No como turista.

Sino como alguien que estaba tratando de entender un mundo que nunca había sido el suyo.

—¿Siempre ha sido así? —preguntó en un momento, mientras observaba un jardín con grava perfectamente rastrillada en patrones circulares.

Nami caminaba unos pasos delante.

—Sí... y no.

Scott ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Cómo que sí y no?

Nami se detuvo.

Se giró hacia él.

—Felyzium siempre ha sido ordenado.

Hizo un pequeño gesto con la mano, señalando el entorno.

—Pero no siempre fue tan... perfecto.

Desmond intervino.

—Nada es perfecto.

Nami asintió levemente.

—Aquí se intenta.

Hubo una pausa.

—Porque el caos ya existe fuera.

Scott guardó silencio.

Sus orejas se movieron ligeramente mientras absorbía esas palabras.

Siguieron caminando.

Pasaron por un puente arqueado sobre un canal de agua cristalina. Algunas hojas flotaban suavemente, movidas por la corriente. Felinos caminaban con calma, algunos con kimonos tradicionales, otros con vestimentas más modernas pero aún influenciadas por la estética antigua.

Las miradas hacia Scott seguían.

Pero ahora... eran menos intensas.

O tal vez...

Él ya no les daba tanto peso.

Mya no estaba con ellos esta vez. Había decidido quedarse cerca de la camioneta, vigilando, descansando. Pero Scott llevaba su presencia en mente.

Y eso bastaba.

—¿Y tú...? —preguntó Scott de pronto, mirando a Nami—. ¿Por qué no querías volver?

El paso de Nami se ralentizó.

No se detuvo.

Pero cambió.

Su cola dejó de moverse por un segundo.

—Porque... —empezó— hay cosas que uno deja atrás por una razón.

Scott no insistió.

Pero Desmond sí observó.

En silencio.

Como siempre.

Las horas pasaron entre recorridos, explicaciones, pequeños silencios cargados de historia. Monumentos que representaban antiguos líderes felinos, inscripciones talladas en piedra con caracteres antiguos, relatos de conflictos pasados... y de cómo ese lugar decidió no repetirlos.

Felyzium no era solo un sitio bonito.

Era una decisión constante.

Y eso se sentía.

Finalmente...

Regresaron.

La herrería de Jade los esperaba tal como la habían dejado.

Pero algo era distinto.

El sonido.

Un ritmo metálico, constante, preciso.

—Ya terminó —murmuró Nami.

Entraron.

Y ahí estaba.

La espada.

Reposando sobre el yunque.

Pero ya no era la misma.

Scott lo supo incluso antes de acercarse.

Su postura cambió.

Sus orejas se alzaron ligeramente.

Su respiración se volvió más lenta.

—Está lista —dijo Jade, levantando la mirada al verlos entrar.

Su tono tenía un matiz de orgullo.

Pero también de respeto.

Scott dio un paso al frente.

Sus patas resonaron suavemente contra el suelo de madera.

—Se ve...

No terminó la frase.

No hizo falta.

Jade sonrió levemente.

—Lo es.

Se acercó al yunque y apoyó una mano cerca de la hoja, sin tocarla directamente.

—No solo la restauré.

Scott frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué más hiciste?

Jade lo miró.

—La mejoré.

El silencio fue inmediato.

Desmond cruzó los brazos.

—Explícate.

Jade asintió.

—En ambos filos...

Señaló la hoja.

—Incrusté fibra nórdica.

Scott inclinó la cabeza.

—¿Qué es eso?

Jade sonrió apenas.

—Un metal raro.

Muy raro.

Su tono cambió a uno más técnico.

—Tiene la capacidad de absorber ataques mágicos.

Scott abrió ligeramente los ojos.

—¿Absorberlos?

—Sí.

Jade se cruzó de brazos.

—No completamente... pero lo suficiente para darte ventaja.

Desmond asintió lentamente.

—Eso puede marcar la diferencia.

Jade continuó.

—El mango estaba completamente desgastado.

Lo restauré.

Scott observó la empuñadura.

Era distinta.

Más firme.

Más cómoda.

Más... suya.

—Y la hoja...

Jade la miró con cierto orgullo.

—Ahora es más liviana.

Scott levantó ligeramente las orejas.

—¿Más liviana?

—Y más filosa.

Añadió con una leve sonrisa.

—No todo es resistencia.

A veces, la velocidad mata más rápido.

Scott asintió.

—Entiendo.

Jade hizo una pequeña pausa.

Luego, con un gesto casi juguetón—

—Ah.

Y también dejé mi marca.

Scott levantó una ceja.

—¿Marca?

Jade señaló cerca de la base de la hoja.

Ahí...

Una pequeña huella de pata de gato estaba grabada.

Discreta.

Pero clara.

Nami sonrió de inmediato.

—Clásico.

Jade se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo.

Scott observó la marca unos segundos.

Luego asintió.

—Me gusta.

Se acercó un poco más.

Extendió la mano.

Pero justo cuando iba a tomarla—

—Espera.

Jade lo detuvo.

Scott se congeló.

—¿Qué pasa?

Jade tomó su martillo.

Su expresión cambió.

Se volvió más seria.

—Aún le falta algo.

El ambiente se tensó ligeramente.

Desmond entrecerró los ojos.

—¿Qué?

Jade no respondió.

Levantó el martillo.

Y con un movimiento preciso—

Golpeó la espada.

El sonido fue claro.

Metálico.

Pero no común.

Fue... profundo.

Como si resonara más allá del material.

En ese instante—

Las runas de la hoja comenzaron a brillar.

Una luz suave, pero intensa.

El filo de la espada emitió un resplandor leve, recorriendo ambos lados como una corriente viva.

Scott retrocedió medio paso, sorprendido.

—¿Qué fue eso?

Jade bajó el martillo.

Sonrió.

—Ahora sí.

Se apartó.

—Está completa.

El brillo se estabilizó... y luego disminuyó, quedando como una energía contenida.

Scott respiró hondo.

Se acercó nuevamente.

Y esta vez...

Tomó la espada.

El contacto fue inmediato.

La sintió.

Más ligera.

Más firme.

Más... conectada.

Su cola se movió una vez.

Lenta.

—Es... increíble.

Jade asintió.

—Lo sé.

Desmond dio un paso adelante.

—¿Cuánto es?

Jade no dudó.

—Mil felyus.

Desmond alzó una ceja.

—Eso serían... unos quinientos oriones.

Jade se encogió de hombros.

—Trabajo de calidad.

Desmond asintió.

Sacó el pago.

Y se lo entregó.

—Gracias.

Jade lo tomó.

—Cuídenla.

Miró a Scott.

—Y no mueras con ella.

Scott sostuvo su mirada.

—No planeo hacerlo.

Jade sonrió apenas.

—Mejor.

El silencio que siguió fue breve.

Pero significativo.

Porque ahora...

Ya no había excusas.

Solo el siguiente paso.

La sala de juntas de la Torre Imperial permanecía envuelta en ese silencio pesado que no nacía de la calma, sino del poder contenido. Las antorchas de fuego azulado titilaban apenas, proyectando sombras largas sobre la mesa de obsidiana donde se reflejaban los Eminentes reunidos.

Astaroth estaba de pie, como siempre.

Inmutable.

Dominante.

Illuzkan no estaba.

Y su ausencia... no era casualidad.

—El plan avanza sin fallos —dijo Astaroth, con una calma que rozaba lo absoluto—. Cada pieza está donde debe estar.

M&M dejó de girar la moneda por un segundo.

—Los disturbios ya están generando ganancias —murmuró—. El desorden siempre paga bien.

—No es cuestión de ganancias —respondió Astaroth sin mirarlo—. Es cuestión de resultado.

Calyxon sonrió con elegancia.

—La paranoia está haciendo su trabajo. Ya no confían entre ellos... solo necesitan un empujón más.

Mara inclinó la cabeza levemente.

—Se siente —susurró—. La tensión está en el aire... como antes de una tormenta.

Nox habló con voz baja, casi un susurro firme:

—El sistema está cediendo.

Astaroth dio un paso al frente.

—Y hoy... —hizo una pausa breve— ...lo romperemos.

El ambiente se comprimió.

—Hoy el plan se ejecuta por completo.

Nadie respondió.

No hacía falta.

Y entonces—

La puerta se abrió de golpe.

El sonido retumbó en toda la sala.

—¡Detente! —gritó un guardia desde afuera.

—¡No puedes entrar!—

Un forcejeo.

Golpes.

Un cuerpo chocando contra el marco.

Y luego...

Scott irrumpió.

Entró empujando la puerta con una fuerza brutal, respirando agitado. Sus ojos negros con pupila blanca brillaban con una intensidad antinatural. Sus orejas estaban tensas, su cola rígida como una lanza.

—¡Alto! —ordenó un guardia, intentando sujetarlo.

Scott lo apartó de un empujón violento, lanzándolo contra la pared.

Silencio.

Todos lo miraron.

Astaroth... también.

Pero no sorprendido.

Expectante.

Scott avanzó unos pasos.

—Astaroth.

Su voz era firme.

Cargada.

M&M frunció el ceño.

—¿Y este quién demonios es?

Scott no lo miró.

—Diles quién eres.

El aire se tensó.

Calyxon entrecerró los ojos.

Mara observó con más atención.

Nox no se movió... pero su mirada se afiló.

Astaroth sonrió.

—¿Y por qué debería hacerlo? —respondió con calma.

Scott dio otro paso.

—Porque no eres solo un nombre.

Silencio.

—Todos aquí saben quién es Astaroth —continuó—. Pero no saben lo que eres realmente.

Eso... cambió algo.

Las miradas comenzaron a moverse.

M&M dejó de jugar con la moneda.

—Habla claro.

Scott no apartó los ojos de Astaroth.

—No es un eminente.

Otro paso.

—No es un simple demonio.

Su voz bajó apenas, pero cada palabra pesó más.

—Es un ángel caído.

El silencio se volvió absoluto.

Calyxon se tensó.

Mara dejó de moverse por completo.

Nox abrió los ojos un poco más.

Scott continuó, sin detenerse:

—Un ser celestial... que sabía demasiado.

El aire pareció volverse más pesado.

—Y por eso lo desterraron del cielo.

M&M ya no sonreía.

—...Eso es una leyenda.

—No —respondió Scott—. Es historia.

Una pausa.

—Y cuando cayó al Infierno...

Sus ojos brillaron con más intensidad.

—Aquí también lo silenciaron.

Ahora sí...

la sala reaccionó.

Calyxon se levantó lentamente de su asiento.

Pero ya no conservaba aquella elegancia relajada que había mostrado desde el inicio de la reunión.

Su expresión había cambiado.

La serenidad calculadora desapareció por completo.

Sus ojos permanecían clavados sobre Astaroth, abiertos apenas más de lo normal, como si su mente estuviera intentando reorganizar toda la información que acababa de recibir... y fallando en el proceso.

—Eso... no puede ser —murmuró finalmente.

La sala había perdido temperatura.

O al menos eso sentían.

La presión en el ambiente ya no se sentía como la de un eminente poderoso.

Era otra cosa.

Algo más antiguo.

Más profundo.

Más incorrecto.

Mara dio un paso atrás casi por reflejo.

Por puro instinto.

Algo extremadamente raro en ella.

La mujer siempre había mostrado control absoluto de sus emociones, incluso frente a entidades peligrosas. Pero ahora sus pupilas estaban ligeramente dilatadas, y sus dedos se tensaron apenas contra la mesa de obsidiana.

—No... —dijo lentamente—. Un ser así no puede simplemente ocultarse entre pecadores.

M&M soltó una risa nerviosa.

No burlona.

Nerviosa de verdad.

—Esperen... esperen... —levantó ambas manos—. ¿Estamos hablando del verdadero Astaroth?

Nadie respondió.

Scott seguía inmóvil.

Y Astaroth...

solo observaba.

M&M tragó saliva.

—No del eminente... no del loco con complejo de grandeza...

Miró directamente a Astaroth.

—Del caído.

Silencio.

Nox habló entonces, más seria de lo que cualquiera la había visto antes.

Su voz perdió completamente el tono frío y relajado habitual.

—Un conocimiento prohibido en ambos planos...

Sus ojos no se apartaban de Astaroth.

—Eso significa que no fue expulsado únicamente del Infierno.

La tensión aumentó de golpe.

Calyxon habló otra vez.

Más bajo.

Más lento.

—El cielo también quiso silenciarlo...

Mara negó lentamente con la cabeza.

—No...

Retrocedió otro paso.

—Eso no es un demonio cualquiera.

M&M miró a Scott.

Luego a Desmond.

Luego nuevamente a Astaroth.

Como si quisiera convencerse de que todo era una exageración.

Pero no podía.

Porque lo sentía.

Todos lo sentían.

La presión.

La presencia.

La manera en que el aire parecía deformarse alrededor suyo sin siquiera intentar liberar energía.

Nox entrecerró los ojos.

—Un ser expulsado del cielo por saber demasiado...

Una pausa.

—Y luego eliminado del Infierno por exactamente la misma razón.

M&M soltó otra risa breve.

Esta vez más incómoda.

—¿Nos estás diciendo que llevamos semanas trabajando con algo que ni Lucifer quiso cerca?

Scott no respondió.

No hacía falta.

Porque Astaroth tampoco negó nada.

Ni una palabra.

Ni una explicación.

Ni una defensa.

Simplemente los observó desde su lugar.

Y eso...

eso fue peor.

Mucho peor.

Porque cualquier mentira habría sido más tranquilizadora.

Pero el silencio de Astaroth confirmaba todo.

Calyxon retrocedió lentamente.

El hombre ya no tenía aquella sonrisa elegante y manipuladora.

Ahora parecía genuinamente incómodo.

—Ocultaste algo fundamental... —dijo con tensión evidente—. Esto cambia completamente el escenario.

Mara habló sin apartar la mirada de Astaroth.

—No estamos hablando de un eminente.

Otra pausa.

—Estamos hablando de una anomalía histórica.

Nox asintió apenas.

—Alguien que sobrevivió a dos purgas distintas.

M&M negó con la cabeza lentamente.

—No, no, no... esto no estaba en el trato.

Se señaló a sí mismo con frustración.

—¡Yo pensé que eras un pecador poderoso! ¡Un eminente obsesionado con el poder, no un secreto prohibido de ambos planos!

El ambiente seguía empeorando.

Incluso las llamas azuladas de la sala parecían más débiles ahora.

Como si el propio lugar reaccionara a la verdad.

Calyxon miró fijamente a Astaroth.

—¿Cuánto de lo que nos dijiste era real?

Astaroth finalmente habló.

Y su voz...

seguía completamente tranquila.

—Todo.

Eso hizo que el miedo fuera peor.

Porque no sonó como alguien intentando justificarse.

Sonó como alguien que jamás consideró necesario ocultarse realmente.

Mara frunció el ceño.

—Entonces sabías perfectamente lo que provocaría que descubriéramos esto.

—Sí —respondió Astaroth.

Nox dio otro paso atrás.

Muy leve.

Pero visible.

—Eso significa que ya no te importa mantener la fachada.

Silencio.

Astaroth sostuvo su mirada.

—Correcto.

M&M soltó una maldición por lo bajo.

—Perfecto... perfecto... estamos en una sala encerrados con un ángel caído que el cielo y el infierno intentaron borrar de la historia.

Calyxon habló con voz más seca.

—No un ángel caído cualquiera.

Miró fijamente a Astaroth.

—Uno relacionado con conocimiento prohibido.

Nox añadió lentamente:

—Eso lo convierte en algo mucho más peligroso que un eminente.

La palabra "eminente" ya sonaba pequeña en comparación.

Insuficiente.

Mara observó la sala unos segundos.

Como si recién ahora entendiera la magnitud real del asunto.

—Esto no es una lucha política...

Miró nuevamente a Astaroth.

—Es algo mucho más grande.

Astaroth finalmente se movió.

Solo un paso.

Pero todos se tensaron al instante.

Instintivamente.

Eso no pasó desapercibido para nadie.

Y Astaroth sonrió apenas.

No una sonrisa amable.

Una sonrisa de comprensión.

Como si estuviera acostumbrado a provocar exactamente esa reacción.

—Pueden quedarse... —dijo con calma absoluta— ...o pueden irse.

No hubo duda.

M&M fue el primero en moverse.

Rápido.

Demasiado rápido para alguien que normalmente disfrutaba parecer relajado.

—Yo no negocio con incógnitas así.

Calyxon se giró enseguida.

Claramente alterado.

—Esto cambia completamente el escenario.

Mara caminó detrás de ellos.

Seria.

Mucho más seria de lo habitual.

—Esto dejó de ser entretenimiento hace mucho.

Nox fue la última en avanzar hacia la salida.

Pero antes de irse...

se detuvo.

Sus ojos permanecieron fijos sobre Astaroth varios segundos más.

Analizando.

Midiendo.

Como si intentara comprender qué clase de ser tenía realmente delante.

Finalmente habló.

—Ambos mundos te quisieron callar...

La sala quedó completamente en silencio.

—Y sobreviviste a ambos.

Una pausa.

—Eso dice más de ti que cualquier título.

Y entonces...

ella también se fue.

La enorme puerta de la sala se cerró con un estruendo pesado.

El eco retumbó por toda la estructura.

Y el silencio que quedó después...

fue mucho peor que cualquier grito.

Ahora solo estaban:

Scott.

Astaroth.

Y el vacío.

El silencio era más pesado que antes.

Más íntimo.

Astaroth bajó ligeramente la mirada.

Luego sonrió.

Pero ya no era la sonrisa contenida.

Era algo más oscuro.

Más honesto.

—Interesante —murmuró—. Decidiste revelar la parte que más incomoda.

Levantó la vista.

—Te felicito.

Scott apretó los puños.

—No vine a impresionar a nadie.

—No —respondió Astaroth—. Viniste a provocar.

Una pausa.

—Y lo lograste.

El ambiente se volvió más denso.

—Pero eso no cambia nada.

Scott dio un paso al frente.

—Quiero mi alma.

Astaroth ladeó la cabeza.

—Y yo quiero muchas cosas.

Otra pausa.

—Pero a diferencia de ti... yo sí consigo lo que quiero.

Y entonces—

La puerta se abrió nuevamente.

Esta vez...

sin violencia.

Desmond entró.

Su mirada recorrió la escena en segundos.

Scott.

Astaroth.

La sala vacía.

—Ya empezaron sin mí —dijo con tono bajo.

Scott no apartó la vista.

—Aún no.

Desmond avanzó.

Y extendió la mano.

Un brillo carmesí se formó en el aire.

Metal.

Forma.

Peso.

Su guitarra-hacha apareció en su mano, sólida, imponente.

El sonido de su invocación cortó el silencio.

Astaroth observó el arma.

Luego a Desmond.

Y finalmente...

sonrió.

Sin máscaras.

—Así que decidieron venir juntos.

La presión en la sala aumentó.

Las sombras se alargaron.

El aire vibró.

—Un sabueso sin alma...

Miró a Scott.

—Y un gobernante que cree que puede sostener el orden.

Miró a Desmond.

Su sonrisa se amplió.

—Si lo que quieren es pelea...

Una pausa.

Su presencia se expandió.

—Les daré pelea.

Y en ese instante...

la sala dejó de ser una reunión.

Y se convirtió...

en el inicio de algo mucho peor.

La presión en la sala se volvió insoportable en el momento en que Astaroth dejó de contenerse.

No hubo grito.

No hubo advertencia.

Solo... un cambio.

El aire se deformó a su alrededor, como si la realidad rechazara su verdadera naturaleza. Su silueta pareció fragmentarse por un instante, como un reflejo roto, y entonces... algo emergió.

Detrás de él, una grieta de energía oscura se abrió como una herida en el espacio.

De ella... salió el dragón.

No era una criatura completamente física. Su cuerpo estaba formado por escamas negras con vetas carmesí que pulsaban como si tuvieran vida propia. Sus alas no eran carne, sino extensiones de energía densa, rasgando el aire con cada leve movimiento. Sus ojos brillaban con un rojo profundo, vacío de emoción.

No rugió.

No lo necesitaba.

Su mera presencia hizo vibrar los cimientos de la sala.

Astaroth extendió una mano, y la criatura descendió detrás de él, como si respondiera a una voluntad absoluta.

Scott tensó el cuerpo de inmediato. Sus orejas se pegaron ligeramente hacia atrás, su cola se erizó, sus músculos se contrajeron listos para reaccionar. Desmond, por su parte, ajustó el agarre de su guitarra-hacha, inclinando levemente el arma mientras evaluaba la situación.

No hicieron falta palabras.

Ambos entendieron.

Se separaron.

El movimiento fue casi instintivo.

Scott se lanzó hacia Astaroth.

Desmond... hacia el dragón.

El impacto inicial fue brutal.

Scott cruzó la distancia en un parpadeo, impulsándose con una velocidad que no pertenecía a un sabueso común. Su puño, cargado con la energía oscura que ahora fluía por su cuerpo gracias al pacto, se estrelló contra Astaroth.

Pero no lo tocó.

Astaroth inclinó apenas la cabeza.

El golpe pasó a centímetros de su rostro.

Y con un movimiento mínimo de su mano...

Scott fue lanzado hacia atrás como si hubiera sido golpeado por una fuerza invisible.

Su cuerpo se estrelló contra una de las columnas, agrietando la piedra.

No se quedó en el suelo.

Se levantó de inmediato.

Mientras tanto—

El dragón atacó.

Se abalanzó sobre Desmond con una velocidad desproporcionada para su tamaño. Sus alas generaron una ráfaga de energía que arrasó el suelo a su paso, levantando fragmentos de obsidiana.

Desmond no retrocedió.

Giró el cuerpo y bloqueó con la guitarra-hacha.

El impacto fue seco.

Violento.

El suelo bajo sus pies se fracturó, pero resistió.

El dragón abrió la mandíbula.

Una descarga de energía carmesí se acumuló en su garganta.

Desmond reaccionó al instante.

Se impulsó hacia un lado justo cuando el rayo fue liberado, atravesando la sala y destrozando parte del muro con una explosión contenida.

El calor no era físico.

Era... corrosivo.

Desmond volvió a cargar, esta vez girando el arma con ambas manos y descargando un golpe lateral directo al cuello de la criatura.

El filo impactó.

Y por primera vez—

algo cedió.

El dragón se desestabilizó apenas.

Eso era suficiente.

Del otro lado de la sala, Scott ya había retomado la ofensiva.

No atacaba de forma directa esta vez.

Se movía.

Rápido.

Errático.

Desapareciendo y apareciendo en distintos ángulos, obligando a Astaroth a girar constantemente.

Era una estrategia.

No fuerza.

Presión.

Astaroth lo observaba con atención.

Analizando.

Scott lanzó una serie de golpes consecutivos, cada uno más rápido que el anterior, forzando a Astaroth a bloquear por primera vez.

Sus brazos se movieron.

Desviando.

Absorbiendo.

Pero no contraatacó.

Esperaba.

Scott lo entendió.

Y cambió.

En lugar de seguir atacando... retrocedió bruscamente.

En ese mismo instante—

Desmond apareció detrás del dragón.

Saltó impulsándose sobre una de las alas de energía, usando su propia inestabilidad como punto de apoyo.

Giró en el aire.

Y descargó un golpe descendente directo hacia la cabeza de la criatura.

El impacto fue brutal.

El dragón fue empujado hacia el suelo con una fuerza suficiente para fracturar la obsidiana bajo su cuerpo.

El momento se abrió.

Scott lo aprovechó.

Volvió a lanzarse.

Esta vez no hubo distracción.

Fue directo.

Su puño conectó.

Y esta vez—

sí impactó.

El golpe alcanzó el rostro de Astaroth, generando una onda de choque que recorrió la sala.

Un segundo de silencio.

Astaroth no cayó.

Pero... retrocedió medio paso.

Eso bastó.

Porque ahora sabían algo.

Podía ser alcanzado.

La reacción fue inmediata.

El dragón se levantó con violencia, desplegando sus alas en un movimiento que obligó a Desmond a retroceder.

Astaroth enderezó la cabeza lentamente.

Sus ojos... ya no eran los mismos.

Más profundos.

Más peligrosos.

El ambiente cambió.

La presión aumentó de golpe.

Como si hasta ese momento... solo hubiera estado jugando.

Extendió ambas manos.

El espacio a su alrededor comenzó a distorsionarse.

Fragmentos de energía oscura se formaron en el aire, girando lentamente como cuchillas suspendidas.

El dragón rugió esta vez.

Y cargó de nuevo.

Scott y Desmond se movieron al mismo tiempo.

Sin hablar.

Sin mirarse.

Coordinados.

Desmond interceptó al dragón, girando su arma para desviar una embestida directa, mientras Scott atravesaba la línea de ataque, usando el impulso de la criatura como distracción.

Astaroth lanzó las cuchillas.

Scott esquivó la primera.

Bloqueó la segunda con el antebrazo.

La tercera lo rozó, abriendo una herida superficial.

No se detuvo.

Astaroth lo esperaba.

Scott aceleró.

Desmond, desde el otro lado, volvió a golpear al dragón, obligándolo a girar su cuerpo masivo, generando una apertura momentánea en el campo visual de Astaroth.

Y ahí—

Scott entró.

Golpe directo al torso.

Astaroth lo detuvo con la mano.

Pero esta vez...

Scott no buscaba atravesar.

Solo fijar.

Desmond apareció desde el flanco.

Su guitarra-hacha descendió con toda su fuerza.

El impacto conectó contra el hombro de Astaroth.

Una explosión de energía recorrió la sala.

El suelo se quebró.

Las paredes vibraron.

El dragón retrocedió.

Y por primera vez—

Astaroth fue obligado a moverse.

Tres pasos hacia atrás.

El silencio que siguió fue distinto.

No era dominio absoluto.

Era tensión.

Real.

Astaroth levantó la mirada.

Y sonrió.

Pero ahora...

ya no era calma.

Era interés genuino.

Porque por primera vez...

lo estaban obligando a pelear en serio.

La presión en la sala ya no era solo poder.

Era violencia contenida a punto de desbordarse.

El aire vibraba con cada movimiento, cargado de energía oscura y fragmentos de piedra flotando levemente tras los impactos previos. El dragón de Astaroth, herido pero aún imponente, volvió a lanzarse contra Desmond con una embestida cargada de furia.

Desmond no retrocedió.

Apretó con fuerza el mango de su guitarra-hacha, clavando los pies descalzos contra el suelo agrietado. Cuando la criatura descendió, abrió sus fauces liberando una descarga de energía carmesí, Desmond avanzó en lugar de esquivar.

Se metió en el ataque.

El rayo rozó su hombro, quemando tejido y arrancando sangre en un corte limpio que chisporroteó con energía infernal, pero no se detuvo. Giró el cuerpo con brutalidad y descargó un golpe ascendente directo al cráneo del dragón.

El impacto sonó como metal contra metal vivo.

Las escamas se fracturaron.

La criatura rugió, esta vez con dolor real.

Desmond aprovechó el retroceso. Dio un salto corto, apoyándose en una de las alas energéticas que vibraban de forma inestable, y giró en el aire. Su arma descendió con todo el peso de su cuerpo, impactando justo donde las grietas se habían formado.

La hoja penetró.

No completamente.

Pero lo suficiente.

Una mezcla oscura, densa, casi líquida, brotó de la herida como sangre distorsionada, evaporándose al contacto con el aire.

El dragón se sacudió con violencia, lanzando a Desmond hacia atrás.

Desmond cayó rodando, clavando el arma en el suelo para frenar.

Se levantó de inmediato.

Su respiración era pesada, su brazo herido goteaba sangre que caía sobre la obsidiana rota.

El dragón dudó.

Retrocedió un paso.

Luego otro.

Sus ojos rojos ya no eran dominantes.

Eran cautelosos.

Desmond avanzó.

No gritó.

No habló.

Solo caminó hacia él.

El mensaje era claro.

No era presa.

Era amenaza.

El dragón soltó un rugido más bajo, contenido... y entonces, con un movimiento brusco de sus alas, se elevó hacia atrás, rompiendo parte del techo de la sala al escapar.

La piedra cayó en fragmentos.

El aire se abrió.

Y la criatura desapareció en la distancia.

Silencio.

Desmond bajó ligeramente el arma.

Exhaló.

No lo persiguió.

No era su objetivo.

Giró la cabeza.

Scott.

Astaroth.

La verdadera pelea estaba ahí.

Desmond no intervino.

Solo observó.

Porque entendía algo que no necesitaba palabras:

Esa pelea... no le pertenecía.

—

Scott se limpiaba la sangre de la comisura del labio con el dorso de la mano.

Su respiración era irregular.

Su cuerpo tenía cortes superficiales, algunos más profundos, la sangre marcando líneas oscuras sobre su piel y su pelaje. Sus orejas estaban tensas, su cola baja pero rígida.

Y aun así...

no retrocedía.

Astaroth lo observaba.

Sin el dragón.

Sin distracciones.

Solo él.

—Ahora sí —murmuró.

Scott no respondió.

Solo llevó la mano hacia atrás...

y desenfundó la espada.

El metal celestial emergió con un brillo tenue, pero distinto a todo lo que había en la sala. Las runas grabadas en la hoja comenzaron a iluminarse levemente, reaccionando a la presencia frente a ellas.

La cadena de energía blanca apareció de nuevo, envolviendo la muñeca de Scott y fijándose a él como un vínculo vivo.

La espada... lo aceptaba.

Scott ajustó el agarre.

Y se lanzó.

No hubo advertencia.

No hubo pausa.

La hoja cortó el aire con velocidad brutal, buscando directamente el cuello de Astaroth.

Esta vez, Astaroth no esquivó completamente.

Levantó la mano.

La hoja impactó.

Y por primera vez—

lo hirió.

Un corte limpio cruzó su antebrazo.

Oscuro.

Profundo.

Una sangre distinta emergió, más densa, casi luminosa en su oscuridad, goteando lentamente.

El tiempo pareció detenerse un instante.

Scott no dudó.

Giró el cuerpo y atacó de nuevo.

Segundo corte.

Horizontal.

Astaroth retrocedió medio paso.

Tercer ataque.

Descendente.

Bloqueado.

Pero con dificultad.

El metal celestial reaccionaba.

No era un arma común.

Scott presionaba sin detenerse.

Cada movimiento era más agresivo que el anterior.

Más animal.

Más impulsivo.

La espada dejaba rastros de luz en el aire, cortando la energía misma que Astaroth utilizaba para defenderse.

Astaroth intentó contraatacar.

Extendió la mano.

Una onda de energía oscura golpeó el torso de Scott, lanzándolo hacia atrás.

Scott rodó.

Se levantó.

Escupió sangre.

Y volvió a cargar.

Más rápido.

Más violento.

La espada descendió de nuevo, esta vez clavándose en el costado de Astaroth.

El impacto no fue limpio.

Pero entró.

Astaroth reaccionó.

Su mano se cerró sobre el brazo de Scott con fuerza brutal.

El hueso crujió.

Scott gruñó.

Pero no soltó la espada.

Al contrario—

la empujó más profundo.

La hoja vibró.

Las runas brillaron con más intensidad.

Astaroth lo lanzó contra el suelo con una fuerza devastadora.

La espalda de Scott impactó, abriendo grietas en la obsidiana.

Astaroth retiró la espada de su cuerpo.

La sangre oscura goteó de la hoja.

Scott no se quedó quieto.

Rodó.

Se levantó.

Su respiración era pesada, irregular.

Sus piernas temblaban... pero se mantenía en pie.

Sus ojos negros con pupila blanca ardían.

No había duda.

No había miedo.

Solo una cosa.

Determinación salvaje.

Astaroth lo miró.

Esta vez...

sin sonrisa.

Su herida seguía sangrando.

Lento.

Pero constante.

Su expresión cambió.

No era enojo descontrolado.

Era algo más profundo.

Reconocimiento.

—Ahora entiendo —dijo en voz baja.

Scott no respondió.

Apretó la espada.

La sangre corría por su brazo.

Por sus manos.

Por la empuñadura.

Pero no la soltó.

Dio un paso.

Y luego otro.

Astaroth se enderezó.

Su presencia volvió a expandirse, más densa, más peligrosa.

La energía a su alrededor comenzó a distorsionarse otra vez.

Más intensa.

Más real.

La sala tembló.

Pero esta vez...

no era un juego.

No era prueba.

Era una pelea real.

Y ambos lo sabían.

Desmond, desde la distancia, observaba en silencio.

Sin intervenir.

Con el arma en mano.

Porque entendía algo con claridad absoluta:

Esa batalla...

era entre un sabueso que lo había perdido todo...

y un ser que nunca había sido detenido.

Y ninguno de los dos...

iba a ceder.

La sala ya no era la misma.

Lo que antes había sido un espacio de autoridad, de estrategia y de control... ahora era un campo de destrucción viva.

Las paredes estaban agrietadas en múltiples puntos, algunas zonas completamente destrozadas por impactos de energía y fuerza bruta. El suelo de obsidiana, antes pulido como un espejo, estaba fragmentado, con grietas que se extendían como venas oscuras bajo los pies de Scott.

El aire... estaba pesado.

Denso.

Cargado de algo más que polvo o energía.

Era esencia.

Esencia liberada.

Y sangre.

Scott respiraba con dificultad.

Su pecho subía y bajaba de forma irregular, su cuerpo cubierto de cortes, hematomas y manchas oscuras que ya no distinguían entre lo propio y lo ajeno. Sus patas temblaban ligeramente al sostener su peso, pero no retrocedía.

No podía.

No después de todo lo que había llegado hasta ahí.

Frente a él...

Astaroth.

De pie.

Aún.

Pero ya no intacto.

Su cuerpo mostraba heridas que no estaban allí antes. Cortes profundos, algunos aún abiertos, de los que no solo brotaba sangre... sino fragmentos de energía oscura que escapaban como humo contenido.

Su respiración era más lenta.

Más pesada.

Pero su postura... seguía siendo dominante.

Como si incluso al borde de la caída, se negara a reconocerla.

El silencio entre ambos no era vacío.

Era el momento antes del final.

Scott apretó el mango de la espada.

La hoja restaurada brillaba con una luz tenue, pero constante. Las runas recorrían el metal como si estuvieran vivas, pulsando al ritmo de algo más profundo... algo que no pertenecía al Infierno.

Algo que no pertenecía a Astaroth.

Un contraste absoluto.

Un arma hecha para destruir lo que él representaba.

Astaroth lo miró fijamente.

No con desprecio.

No con burla.

Sino con una atención más... precisa.

Como si finalmente lo estuviera tomando completamente en serio.

Y eso... era peligroso.

Porque cuando Astaroth dejaba de jugar...

Mataba.

Se movió primero.

Un destello.

Un desplazamiento imposible de seguir con claridad.

Scott apenas alcanzó a reaccionar.

Giró su cuerpo por instinto, levantando la espada—

El impacto llegó como una explosión.

El choque hizo vibrar todo su brazo, obligándolo a retroceder varios metros mientras sus garras rasgaban el suelo para no perder el equilibrio. Una línea de sangre se abrió en su hombro al no bloquear completamente el golpe.

Dolor.

Agudo.

Real.

Pero no se detuvo.

Volvió a lanzarse.

Esta vez sin medir.

Sin calcular.

La espada cortó el aire con fuerza bruta, dirigida directamente al torso de Astaroth.

El impacto conectó.

Un corte limpio.

Profundo.

La sangre brotó.

Oscura.

Densa.

Astaroth retrocedió un paso.

Solo uno.

Pero eso fue suficiente.

Scott lo vio.

Lo sintió.

Era real.

Podía herirlo.

Podía matarlo.

Y entonces—

Astaroth sonrió.

Y todo cambió.

El aire se deformó a su alrededor.

La presión aumentó.

El suelo bajo sus pies se fracturó aún más cuando una ola de energía oscura estalló desde su cuerpo, obligando a Scott a cubrirse mientras era empujado hacia atrás con violencia.

Astaroth levantó una mano.

Y habló.

No en voz alta.

Pero el efecto fue inmediato.

Scott sintió algo dentro de su cabeza.

Un tirón.

Un susurro.

Una presión.

—Sigues siendo débil... —la voz no vino de fuera— ...sigues siendo el mismo que vendió su alma por desesperación.

Scott apretó los dientes.

Avanzó.

—Mataste a tu propia esencia... —continuó la voz— ...y ahora juegas a ser un héroe.

Un golpe.

Scott atacó de nuevo.

Astaroth bloqueó.

Pero no contraatacó de inmediato.

—¿De verdad crees que puedes enfrentarte a mí?

Otro intercambio.

Más rápido.

Más brutal.

—Eres un error que intenta corregirse demasiado tarde.

Scott gruñó.

Sus orejas se pegaron hacia atrás.

Su cola se tensó completamente.

Su respiración se volvió irregular.

—Ni siquiera puedes recuperar lo que perdiste.

El siguiente golpe de Scott fue más fuerte.

Más descontrolado.

—Tu madre murió...

Eso fue suficiente.

El mundo... se rompió.

No hubo transición suave.

No hubo control.

Solo detonación.

Scott dejó de pensar.

Literalmente.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente.

Un gruñido bajo, profundo, casi animal salió de su garganta mientras sus músculos se tensaban al límite. Sus ojos —negros con pupila blanca— brillaron con una intensidad diferente.

Más salvaje.

Más... peligrosa.

Se lanzó.

No como antes.

No con técnica.

No con cálculo.

Con pura agresión.

La espada descendió con una violencia que obligó a Astaroth a bloquear con ambas manos, generando una onda de impacto que rompió aún más el suelo bajo ellos.

Otro golpe.

Y otro.

Y otro.

Sin ritmo.

Sin pausa.

Sin control.

Astaroth comenzó a retroceder.

Por primera vez.

Su expresión cambió.

No miedo.

Pero sí... sorpresa.

Scott no le daba espacio.

No le daba tiempo.

Cada ataque era más pesado que el anterior, más brutal, más impulsivo. Sus movimientos perdían precisión... pero ganaban fuerza.

Una garra libre golpeó el rostro de Astaroth, abriendo la piel.

La espada cortó su costado.

Un impacto directo en el pecho lo hizo tambalear.

Scott no estaba peleando.

Estaba desatándose.

Y eso... era exactamente lo que Antrox había dicho.

Peligroso.

Pero efectivo.

Astaroth intentó contraatacar—

Pero Scott no retrocedió.

Recibió el golpe.

Directo.

Un impacto que le rompió parte del costado.

Sangre.

Dolor.

Pero no se detuvo.

Ni siquiera reaccionó.

Solo avanzó más.

Y entonces—

Encontró la apertura.

Un segundo.

Apenas un instante.

Pero fue suficiente.

Scott gritó.

No de miedo.

No de dolor.

De pura rabia contenida liberándose.

Y empujó la espada hacia adelante.

La hoja atravesó a Astaroth.

Directamente.

De lado a lado.

El tiempo... pareció detenerse.

El cuerpo de Astaroth quedó inmóvil.

Sus ojos se abrieron levemente.

No en terror.

Sino en... reconocimiento.

La espada reaccionó.

La luz explotó.

Desde la herida.

Desde la hoja.

Desde dentro.

Una energía blanca, pura, completamente opuesta a la esencia infernal comenzó a expandirse desde el interior de Astaroth.

Sus ojos se iluminaron.

Su boca se abrió—

Y entonces...

Comenzó.

Almas.

Decenas.

Cientos.

Quizá miles.

Emergieron desde su interior como una corriente descontrolada de luz.

Gritos.

Susurros.

Fragmentos de identidades.

Todo saliendo al mismo tiempo.

Liberadas.

Arrancadas de su dominio.

Scott fue empujado hacia atrás por la explosión de energía, soltando la espada mientras la luz lo envolvía por completo.

Entre todas esas almas...

Una regresó.

A él.

Entró en su cuerpo como un golpe seco.

Brutal.

Violento.

Scott cayó de rodillas.

Su cuerpo se arqueó.

Su respiración se cortó.

Algo dentro de él... se reacomodó.

Se reconstruyó.

Se recuperó.

Su alma.

Pero...

No era igual.

Cuando levantó la cabeza...

Sus ojos seguían siendo negros.

La pupila blanca intacta.

Sin color.

Sin retorno.

Un recordatorio.

Un error que no podía borrarse.

Detrás de él...

El cuerpo de Astaroth comenzó a desintegrarse lentamente, consumido por la misma luz que lo atravesaba.

No hubo grito final.

No hubo palabras.

Solo desaparición.

Silencio.

Y el eco de algo que... finalmente había terminado.

Scott respiraba.

Pesado.

Roto.

Pero vivo.

Y completo...

A su manera.

CAP 101

Los Ecos de un Reino Olvidado

La muerte de Astaroth no había solucionado todos los problemas del Infierno.

Nadie era tan ingenuo como para creer eso.

El caos seguía existiendo. Las mafias seguían moviéndose entre los anillos. Los demonios seguían peleando por territorio, poder y orgullo. La corrupción seguía viva en muchas zonas, y la violencia jamás desaparecería del todo en un lugar construido sobre emociones extremas y condenas eternas.

Pero aun así...

algo había cambiado.

Y se sentía.

El Anillo de la Ira ya no estaba al borde del colapso.

Las calles seguían siendo agresivas, sí, pero habían dejado de parecer una bomba a punto de explotar cada segundo. Los disturbios provocados por los Eminentes desaparecieron poco a poco, los rumores manipulados dejaron de extenderse y los sectores más afectados comenzaron lentamente a estabilizarse.

La gente volvió a salir más tranquila.

Los negocios dejaron de cerrar temprano.

Las patrullas ya no respondían a incendios cada dos horas.

Y por primera vez en bastante tiempo...

el miedo colectivo empezó a bajar.

No era paz absoluta.

Pero sí un respiro.

Y Desmond lo notaba.

Lo notaba cada vez que caminaba por la ciudad y ya no sentía la tensión constante de una guerra invisible creciendo bajo sus pies.

Lo notaba en Scott.

Incluso lo notaba en sí mismo.

Porque después de años...

su familia estaba junta otra vez.

No en el palacio Ludendorff.

No en oficinas gubernamentales.

No rodeados de guardias, reuniones o tensión política.

Sino en casa.

En su hogar real.

La vivienda familiar volvía a sentirse viva.

El palacio había quedado atrás desde que Izobelle se recuperó completamente de sus heridas y retomó el control de sus responsabilidades. Y aunque Desmond seguía ligado a sus obligaciones como gobernador, volver a la casa le había devuelto algo que llevaba demasiado tiempo ausente.

Normalidad.

O al menos... la versión más cercana posible a ella dentro del Infierno.

Y ese día...

esa sensación era todavía más fuerte.

Porque era 24 de diciembre.

Navidad.

Las calles exteriores del barrio estaban iluminadas con luces rojizas y doradas que colgaban entre edificios desgastados. Algunos negocios reproducían música festiva vieja desde parlantes distorsionados, mientras demonios caminaban cargando regalos, comida o adornos improvisados.

Incluso el cielo carmesí del Infierno parecía menos pesado aquel dia.

Vivo.

Ruido constante.

Conversaciones mezcladas.

Risas.

Pasos.

Olor a comida recién hecha.

Laura se encontraba en la cocina junto a James, ambos ocupados preparando la cena navideña mientras discutían sobre ingredientes y cantidades como si llevaran años trabajando juntos en eso.

—Te estoy diciendo que eso necesita más salsa —decía Laura mientras removía una olla.

James negó inmediatamente.

—No, no necesita más salsa, necesita más especias.

—James, llevas diez minutos echándole cosas.

—Porque cocinar es experimentar.

Laura soltó una risa.

—No, cocinar es no intoxicar a la familia.

James llevó una mano al pecho fingiendo ofensa.

—Qué cruel eres conmigo.

—Y aún así aquí sigues.

—Porque alguien tiene que salvar esta cocina.

Laura rodó los ojos sonriendo.

En la sala principal, Scott estaba colocando decoraciones alrededor de las ventanas y paredes. Su cola se movía lentamente mientras intentaba desenredar unas luces que parecían haberse convertido en un nudo imposible.

—¿Quién demonios guarda esto así? —gruñó frustrado.

Desde el árbol, Natally respondió inmediatamente:

—Tú.

Scott se quedó en silencio unos segundos.

—...Buen punto.

Natally soltó una pequeña risa mientras acomodaba algunos adornos dorados entre las ramas del enorme árbol navideño que ocupaba casi toda una esquina de la sala.

Exelia estaba sentada cerca, observando la escena con una expresión tranquila.

—Nunca pensé que vería a Scott decorando un árbol —comentó.

Scott la miró de reojo.

—Tampoco pensé que sobreviviría a un ángel caído, pero aquí estamos.

Antrox, que estaba limpiando junto a Desmond cerca del comedor, soltó una leve risa.

—Sigues usando eso como argumento para todo.

—Porque funciona.

Desmond negó con la cabeza mientras acomodaba unas cajas.

—Aún no entiendo cómo alguien puede hacer tanto desastre decorando.

Scott levantó una mano.

—Estoy creando ambiente.

—Estás destruyendo la sala.

—Es arte navideño.

—Eso no existe.

La casa entera se sentía distinta.

Más ligera.

Como si durante años hubiera existido una presión invisible sobre todos ellos... y finalmente hubiese desaparecido.

No completamente.

Las heridas seguían ahí.

Scott aún tenía los ojos negros y la pupila blanca como recordatorio de su error.

Desmond seguía cargando pérdidas.

Laura aún tenía inseguridades.

Todos tenían cicatrices.

Pero ya no estaban enfrentándolas solos.

Y eso cambiaba todo.

Antrox terminó de limpiar una mesa y observó alrededor.

—Hace tiempo que no veía este lugar así.

Desmond levantó la mirada.

—¿Así cómo?

Antrox sonrió apenas.

—Con vida.

El comentario hizo que Desmond guardara silencio un segundo.

Porque tenía razón.

Durante años esa casa había sido un lugar lleno de tensión, discusiones y recuerdos dolorosos. Incluso cuando había gente dentro, muchas veces se sentía vacía.

Ahora no.

Ahora había ruido.

Había movimiento.

Había familia.

Y justo en medio de ese ambiente...

tocaron la puerta.

Todos levantaron ligeramente la mirada.

James fue el primero en reaccionar.

—Yo voy.

Caminó hasta la entrada mientras se limpiaba las manos con un paño.

Al abrir la puerta...

se quedó quieto un segundo.

La imp parada frente a él sonrió ampliamente apenas lo vio.

—Hola, primo.

James abrió los ojos con sorpresa.

—¿Noemi?

Ella no esperó más.

Lo abrazó con fuerza inmediatamente.

Y James respondió el abrazo sin dudar.

—¡Oye, oye! —rió él—. Ha pasado muchísimo tiempo.

—Lo sé —respondió ella aún abrazándolo—. Pero quería venir antes de que terminara el año.

James finalmente se separó un poco para verla mejor.

Noemi seguía teniendo aquella apariencia sencilla y cálida de siempre. Su ropa mostraba rastros del trabajo duro de la granja familiar, pequeñas manchas de tierra y desgaste en las mangas, pero su sonrisa seguía siendo exactamente igual.

Honesta.

Tranquila.

—¿Cómo has estado? —preguntó James.

Noemi acomodó un poco su cabello mientras entraba.

—Bien. La granja ha estado bastante estable últimamente.

Suspiró levemente.

—El trabajo sigue siendo pesado obviamente... pero me gusta.

Miró alrededor con una sonrisa más pequeña.

—Y eso basta.

Desde la sala, Desmond levantó un poco la voz.

—¿Quién es?

James respondió enseguida:

—¡Es Noemi!

Hubo silencio un instante.

Y después pasos acercándose.

Cuando Desmond apareció en el pasillo y la vio...

su expresión cambió inmediatamente.

—Noemi...

Ella sonrió apenas.

—Hola, Desmond.

No hubo tensión.

No hubo formalidad.

Solo cercanía familiar.

Desmond se acercó y la abrazó con fuerza.

Y Noemi le devolvió el gesto inmediatamente.

—Hace muchísimo que no venías —dijo él.

—Lo sé —respondió ella riendo un poco—. La ciudad sigue siendo demasiado ruidosa para mí.

James soltó una risa desde atrás.

—Eso no ha cambiado.

Noemi miró alrededor mientras se separaba del abrazo.

—Aunque admito que me emociona estar aquí otra vez.

Sus ojos recorrieron las decoraciones, el árbol y el ambiente general de la casa.

—Hace mucho no venía para quedarme todo un día.

Desmond sonrió apenas.

—Pues honestamente... la ciudad tampoco cambió demasiado desde la última vez que viniste.

Miró alrededor un segundo.

—Creo que lo único que cambió realmente... fui yo.

Noemi lo observó en silencio unos segundos.

Y luego sonrió con suavidad.

—Sí.

Una pausa.

—Te ves más seguro.

El comentario golpeó distinto.

Porque años atrás...

nadie habría descrito así a Desmond.

Noemi lo notó enseguida.

La postura.

La forma de hablar.

Incluso la manera en que miraba a los demás.

Seguía siendo el mismo demonio marcado por pérdidas y responsabilidades... pero ya no parecía alguien que estuviera intentando sobrevivir cada día.

Ahora parecía alguien que finalmente entendía quién era.

Y quizá por eso...

la casa se sentía tan diferente aquella Navidad.

—Eso está bien —dijo Noemi con una sonrisa tranquila mientras terminaba de entrar a la casa.

James cerró la puerta detrás de ella y rapidamente fue a la cocina, mientras el ruido lejano de las calles navideñas volvía a quedar amortiguado por el ambiente cálido del hogar.

Noemi se quedó quieta unos segundos observando alrededor.

Las luces rojizas reflejaban destellos suaves sobre las paredes. El árbol iluminaba una parte de la sala con tonos dorados y anaranjados, y los adornos colgando del techo se movían apenas con la corriente de aire que venía desde la cocina.

Había algo torpe en algunas decoraciones.

Otras estaban claramente colocadas sin demasiado orden.

Pero precisamente eso hacía que el lugar se sintiera auténtico.

Vivo.

No como una casa perfecta.

Sino como una casa habitada.

Una casa donde la gente realmente convivía.

Sus ojos recorrieron lentamente cada rincón mientras una sonrisa pequeña aparecía en su rostro.

—Les está quedando muy bien —comentó con sinceridad.

Natally, que seguía acomodando adornos en el árbol, levantó un poco la mirada.

—¿Verdad que sí? Porque Scott insiste en que "el caos decorativo" es parte del ambiente.

Scott señaló el árbol inmediatamente.

—¡Y funciona!

—Parece que explotó una tienda navideña —respondió Natally.

—Eso se llama creatividad.

—Eso se llama mal gusto.

Scott abrió la boca fingiendo indignación.

—Qué agresiva está la gente hoy.

Noemi soltó una pequeña risa.

Era una risa suave.

De esas que nacen más por comodidad emocional que por diversión.

Y James lo notó.

Porque hacía muchísimo tiempo que no veía a Noemi en un entorno así.

Relajada.

Sin el estrés de la granja.

Sin preocuparse por cuentas, trabajo o responsabilidades.

Simplemente... estando presente.

Entonces una voz se escuchó desde la cocina.

—¡Desmond!

Laura hablaba con el tono de alguien que ya llevaba varios minutos intentando resolver algo.

—¡Ven acá un momento y ayúdame con esto!

Desmond giró apenas la cabeza hacia la cocina.

—¿Qué pasó ahora?

—¡James le echó algo raro a la salsa y necesito que pruebes si aún puede salvarse!

Desde la cocina se escuchó inmediatamente la protesta de James.

—¡No le eché nada raro!

Laura respondió sin siquiera asomarse.

—¡Le pusiste tres especias que no conozco!

—¡Porque tienes mente cerrada culinariamente!

—¡Porque no quiero que intoxicques a nadie en Navidad!

Scott soltó una carcajada desde la sala.

Desmond negó con la cabeza con cansancio fingido antes de mirar nuevamente a Noemi.

—Discúlpenme un segundo —dijo—. Tengo que atender un asunto urgente antes de que Laura asesine a James con una cuchara de cocina.

James levantó una mano.

—Estoy siendo víctima de censura gastronómica.

—Estás siendo una amenaza pública —respondió Desmond.

Noemi volvió a reír un poco.

Y después de eso, Desmond terminó alejándose hacia la cocina mientras las voces de Laura y James comenzaban otra discusión sobre ingredientes imposibles.

Por un momento...

Noemi simplemente observó.

Escuchó el ruido de la casa.

Los pasos.

Las conversaciones cruzadas.

Las pequeñas discusiones absurdas.

Y sintió algo extraño en el pecho.

Porque durante mucho tiempo había pensado que aquella familia jamás volvería a sentirse así.

Había demasiadas pérdidas.

Demasiado dolor acumulado.

Demasiadas cosas rotas.

Sin embargo...

ahí estaban.

Intentándolo otra vez.

Ella bajó lentamente la mirada hacia la caja que aún llevaba en las manos.

—Por cierto... traje un pastel para la cena.

James que volvia de la cocina volvió la atención hacia ella.

—¿En serio?

—Sí. Pensé que sería feo venir con las manos vacías.

James tomó la caja con cuidado mientras sonreía.

—Gracias, Noemi. Honestamente, eso probablemente salvará la cena si Laura decide prohibirme cocinar otra vez.

—Ya estás prohibido —gritó Laura desde la cocina.

—¡Eso no ha sido legalmente aprobado!

Noemi soltó una risa mientras James colocaba el pastel sobre una de las mesas del comedor.

El aroma dulce escapó apenas cuando la caja se movió.

Canela.

Chocolate oscuro.

Y un ligero olor a frutas caramelizadas.

Definitivamente casero.

Definitivamente hecho con paciencia.

Scott apareció entonces desde uno de los lados de la sala todavía cargando algunas luces enredadas entre los brazos.

—¿Quién es ella?

James levantó un poco la cabeza.

—Ella es Noemi. Mi prima.

Scott parpadeó un segundo.

—¿Prima?

—Bueno... técnicamente sería tu tía también.

Scott abrió apenas los ojos.

—Ah.

Noemi lo observó directamente entonces.

Y apenas lo hizo...

su expresión cambió completamente.

Sus ojos se suavizaron.

Como si acabara de ver algo adorable de forma inesperada.

—Ay, por todos los anillos...

Antes de que Scott entendiera qué estaba pasando, Noemi ya se había acercado.

Le sostuvo el rostro entre las manos con absoluta naturalidad.

—Pero qué bonito cachorro...

Scott se tensó automáticamente.

Fue un reflejo instantáneo.

Invisible para la mayoría.

Pero no para Desmond.

Ni para Antrox.

Ni para quienes conocían realmente todo lo que Scott había vivido.

El contacto físico todavía era algo complicado para él en ciertos momentos.

Especialmente cuando ocurría de forma repentina.

Sus hombros se endurecieron apenas.

Su cola dejó de moverse.

Y durante una fracción de segundo...

sus ojos negros mostraron aquella alerta vieja que todavía seguía enterrada en alguna parte de él.

Pero entonces Noemi acarició lentamente el pelaje de sus mejillas con una delicadeza increíble.

Sin presión.

Sin invasión.

Sin brusquedad.

Solo cariño.

Puro y honesto cariño familiar.

—Y qué grande estás... —dijo ella sonriendo—. La última vez que te vi apenas eras un bebé.

Scott parpadeó lentamente.

La tensión desapareció casi igual de rápido como había aparecido.

Su cuerpo volvió a relajarse.

Y aunque claramente seguía incómodo con tanta atención...

no se apartó.

Dejó que ella lo tocara.

—...No soy un cachorro —murmuró él intentando mantener algo de dignidad.

Noemi sonrió todavía más.

—Claro que sí.

—Tengo quince años.

—Y sigues siendo adorable.

Natally soltó una risa desde el árbol.

Antrox desvió la mirada intentando no reír también.

Scott gruñó apenas por lo bajo.

—Todos en esta casa disfrutan humillarme.

—Eso también es tradición navideña —dijo James.

Scott iba a responder algo más cuando otra voz interrumpió desde el pasillo.

—James, aún faltan algunas cajas de adornos—

Morgana apareció cargando varias decoraciones entre los brazos mientras caminaba hacia la sala.

Pero apenas vio a Noemi...

se detuvo.

Noemi también la miró.

Y sonrió inmediatamente.

—Morgana.

La aludida frunció apenas el ceño.

Claramente intentando reconocerla.

Pasaron unos segundos.

Y Noemi soltó una pequeña risa.

—¿No me recuerdas?

Morgana siguió observándola confundida.

Entonces Noemi inclinó un poco la cabeza.

—Soy la prima mayor de James. Nos conocimos cuando éramos niñas.

El silencio duró apenas un instante más.

Y de repente los ojos de Morgana se abrieron completamente.

—¡¡SÍÍÍ!!

Las cajas casi se le resbalaron de las manos.

—¡Ya te recordé!

Noemi comenzó a reír mientras Morgana se acercaba rápidamente.

—¡Por los anillos, han pasado demasiados años!

—Muchísimos —respondió Noemi.

Morgana finalmente dejó las decoraciones sobre una silla antes de abrazarla con entusiasmo.

Y Noemi respondió el abrazo con la misma calidez tranquila que parecía caracterizarla.

—¿Cómo has estado? —preguntó Morgana separándose un poco.

—Muy bien realmente —respondió ella—. Mucho trabajo, pero tranquila.

Luego inclinó apenas la cabeza.

—¿Y tú? ¿Cómo te ha ido con el canto?

La pregunta hizo que Morgana guardara silencio unos segundos.

La energía que llevaba encima disminuyó apenas.

No demasiado.

Solo lo suficiente para notarse.

—Lo dejé hace mucho...

Noemi la observó con atención mientras Morgana intentaba mantener la sonrisa.

—Tuve algunos problemas y... bueno... terminé alejándome de todo eso.

Scott bajó apenas la mirada al escucharla.

Porque todos ahí sabían que "algunos problemas" era una forma demasiado suave de describir todo lo ocurrido.

Morgana respiró lentamente antes de continuar.

—Aunque creo que quiero retomarlo cuando las cosas estén más estables.

Noemi sonrió de inmediato.

Y había algo muy sincero en esa sonrisa.

Algo casi maternal.

—Esa es la actitud.

Morgana levantó un poco la mirada.

Noemi dio un paso más cerca.

—Jamás debes abandonar tus sueños.

La frase sonó simple.

Pero el peso detrás de ella no lo era.

Porque Noemi no hablaba como alguien que repite frases optimistas vacías.

Hablaba como alguien que había trabajado toda su vida.

Como alguien que entendía perfectamente lo fácil que era rendirse cuando el cansancio se volvía costumbre.

La granja familiar jamás había sido un lugar sencillo.

James lo sabía.

Desmond lo sabía.

Noemi había pasado años enteros levantándose antes del amanecer, trabajando hasta destruirse físicamente y aun así encontrando alguna forma de seguir adelante.

No porque la vida hubiera sido amable con ella.

Sino porque había decidido no dejar que el agotamiento la convirtiera en alguien vacío.

Y quizá por eso...

sus palabras tenían tanto peso.

Morgana bajó un poco la mirada.

—A veces siento que ya pasó demasiado tiempo.

Noemi negó suavemente.

—Mientras sigas respirando, nunca es demasiado tarde.

El silencio que siguió fue breve.

Pero emocional.

Porque en aquella casa...

todos entendían lo que significaba intentar reconstruirse después de sentir que una parte de tu vida había muerto.

Y quizá por eso la presencia de Noemi se sentía tan cálida.

Ella no era alguien grandioso.

No era poderosa.

No era importante políticamente.

No era una guerrera ni una figura influyente.

Pero transmitía algo que muy pocas personas lograban darle a otros.

Paz.

Y en una familia que había vivido rodeada de tragedia durante años...

eso valía más que cualquier otra cosa.

El ambiente cálido de la casa continuó creciendo poco a poco conforme avanzaban las horas.

Las decoraciones terminaron esparcidas por casi toda la sala, algunas perfectamente colocadas y otras claramente puestas bajo los estándares cuestionables de Scott. La música navideña vieja seguía sonando desde un pequeño parlante cerca de la cocina, distorsionándose a ratos por el mal estado del aparato, pero nadie parecía darle importancia.

Era uno de esos días donde el ruido se volvía acogedor.

Donde las conversaciones se cruzaban unas con otras sin incomodar.

Donde incluso el silencio ocasional se sentía cómodo.

Noemi ayudaba a acomodar algunas decoraciones pequeñas sobre una mesa cercana mientras observaba a todos interactuar entre sí.

Y cuanto más miraba...

más notaba algo.

La familia Lebrozky había cambiado muchísimo.

No solo Desmond.

Todos.

Scott ya no parecía aquel joven completamente perdido que apenas soportaba estar cerca de otros.

Natally se veía más tranquila.

Morgana sonreía más.

Incluso Antrox parecía menos endurecido que años atrás.

Las heridas seguían ahí.

Eso era imposible de ocultar.

Pero ahora ya no definían cada segundo de sus vidas.

Y precisamente por eso...

la casa se sentía tan distinta.

Noemi levantó la mirada mientras sostenía un pequeño adorno entre las manos.

Y entonces preguntó casi con naturalidad:

—Por cierto...

Su voz hizo que varios voltearan apenas.

—¿Dónde está Skyler?

El efecto fue inmediato.

La sala entera se congeló.

No de forma exagerada.

No hubo sobresalto.

Ni gritos.

Ni reacciones teatrales.

Fue peor que eso.

Porque simplemente...

todos dejaron de moverse.

Scott bajó ligeramente la mirada.

Natally dejó quieto un adorno entre sus dedos.

Morgana permaneció inmóvil.

Incluso James perdió un poco la sonrisa.

El ambiente cálido de la habitación pareció apagarse apenas durante un instante.

Noemi parpadeó confundida.

Miró alrededor lentamente.

—¿Qué pasa?

Nadie respondió.

Y eso fue suficiente para que empezara a entender que algo iba mal.

—¿Acaso ella no está aquí?

Su voz se volvió más suave.

Más insegura.

—Quería verla... siempre fue una sabueso muy agradable.

El silencio volvió a caer.

Pesado.

Incómodo.

Nadie quería decirlo.

Porque el nombre de Skyler todavía seguía siendo una herida abierta dentro de aquella casa.

Aunque hubiera pasado tiempo.

Aunque Desmond hubiera seguido adelante.

Aunque Laura estuviera ahí.

Había pérdidas que jamás desaparecían realmente.

Y todos lo sabían.

Noemi empezó a notar cómo evitaban mirarla directamente.

James abrió un poco la boca como si quisiera responder.

Pero no encontró las palabras.

Entonces una voz rompió el silencio.

—Ella fue asesinada.

Todos voltearon apenas hacia Desmond.

Él estaba de pie cerca del comedor, observando a Noemi directamente.

Su voz había salido tranquila.

Demasiado tranquila.

—No está viva.

La expresión de Noemi cambió por completo.

El impacto fue inmediato.

—...Oh.

Sus ojos se abrieron apenas.

Y enseguida bajó un poco la mirada.

—Perdón...

La culpa apareció en su rostro casi al instante.

—Yo no lo sabía.

La casa permaneció en silencio mientras ella intentaba procesarlo.

Porque realmente no lo sabía.

La granja familiar estaba lejos de la ciudad, lejos de la política, lejos del caos de los anillos y lejos de casi todos los conflictos importantes del Infierno.

Las noticias llegaban tarde.

A veces incompletas.

Y otras veces jamás llegaban.

Noemi respiró lentamente antes de volver a mirar a Desmond.

—Jamás me dijeron que ella murió...

Su voz se suavizó todavía más.

—Debió ser un golpe muy fuerte para ti.

Una pequeña pausa.

—Ella fue tu primer amor...

Aquellas palabras golpearon distinto.

Porque eran verdad.

Y porque escuchar eso en voz alta hacía que todo volviera a sentirse más real.

Desmond mantuvo la expresión estable.

Pero por dentro...

algo sí se movió.

Una presión silenciosa.

Vieja.

Dolorosa.

Como una cicatriz que nunca termina de cerrar completamente.

Skyler.

Su mente reaccionó al nombre incluso antes de que él quisiera hacerlo.

Y por un instante...

la recordó demasiado bien.

La curva de su sonrisa.

La textura de su pelaje entre sus dedos.

Su voz riéndose cerca de él.

Sus ojos.

La forma en que caminaba por la casa.

Las discusiones pequeñas.

Las noches tranquilas.

Los momentos simples.

Todo.

Porque el problema de perder a alguien que realmente amaste...

era que jamás olvidabas los detalles.

Nunca.

Desmond tragó saliva apenas.

Solo un poco.

Lo suficiente para demostrar que sí había dolido escuchar aquello.

Pero aun así respondió:

—Está bien.

Y sonrió apenas.

Una sonrisa pequeña.

Controlada.

Claramente forzada para quienes lo conocían bien.

—Las cosas cambiaron hace mucho.

Noemi todavía parecía culpable.

—Lo siento mucho, Desmond.

Él negó suavemente con la cabeza.

—De verdad. Está bien.

Luego agregó:

—Además... tengo una nueva esposa.

Eso hizo que la atención cambiara un poco dentro de la sala.

Noemi parpadeó.

—¿En serio?

La tensión disminuyó apenas.

—¿Quién es?

Y entonces Laura apareció desde la cocina limpiándose las manos con un paño.

—Supongo que esa sería yo.

Noemi giró hacia ella.

Y apenas la vio bien...

parpadeó lentamente.

Su expresión mostró sorpresa genuina.

Laura extendió la mano con tranquilidad.

—Laura. Mucho gusto.

Noemi tomó su mano todavía observándola con curiosidad.

Y luego soltó, con absoluta honestidad:

—Qué demonio más raro...

Scott soltó una risa ahogada.

James se cubrió parcialmente la cara.

Natally bajó la mirada intentando no reír también.

Pero Noemi continuó inmediatamente:

—...Pero muy hermosa.

Laura soltó una carcajada sincera.

—Bueno, esa probablemente es la presentación más honesta que me han hecho desde que llegue aqui.

Noemi sonrió un poco avergonzada.

—Perdón, no quise sonar grosera.

—No lo hiciste —respondió Laura todavía riendo—. Honestamente ya estoy acostumbrada.

Noemi seguía observándola con curiosidad genuina.

Porque Laura realmente tenía una apariencia distinta a la mayoría de demonios comunes del Infierno.

Había rasgos en ella que no terminaban de encajar del todo dentro de ninguna categoría específica.

Algo extraño.

Algo diferente.

Pero también algo elegante.

Y muy cálido.

—Es una larga historia —dijo Laura finalmente—, pero realmente eso no importa demasiado ahora.

Noemi sonrió.

—Bueno... mientras hagas feliz a Desmond, eso es suficiente para mí.

Laura desvió la mirada apenas hacia él.

Y Desmond hizo lo mismo.

Fue breve.

Pero ambos entendieron perfectamente el peso de aquellas palabras.

Porque después de todo lo ocurrido...

después de la muerte de Skyler...

después del caos político...

después de la guerra contra Astaroth...

Desmond jamás creyó realmente que volvería a tener algo así.

Una familia.

Un hogar.

Alguien esperándolo.

Y sin embargo ahí estaba.

Aunque las cicatrices jamás desaparecieran.

El día continuó avanzando lentamente después de eso.

Las conversaciones retomaron su ritmo.

La música volvió a llenar los silencios.

La cena terminó preparándose entre discusiones absurdas de cocina, decoraciones mal puestas y bromas constantes entre Scott y Natally.

Y poco a poco...

la noche cayó sobre el Infierno.

Las luces exteriores comenzaron a verse más intensas a través de las ventanas.

El cielo carmesí se oscureció todavía más.

Y finalmente todos terminaron reunidos alrededor de la mesa.

La cena navideña ocupaba casi toda la superficie.

Platos enormes.

Salsas.

Carnes.

Postres.

Bebidas.

Y el pastel de Noemi colocado cerca del centro.

La música suave seguía sonando de fondo mientras las conversaciones llenaban el comedor.

Antrox tomó otro bocado antes de apoyarse un poco hacia atrás.

—Esto está delicioso.

James levantó inmediatamente una mano como si acabara de ganar algo.

—¿Escuchaste eso, Laura?

Laura rodó los ojos.

—Sí, sí, felicidades.

Antrox negó ligeramente con una risa.

—No, en serio. Cocinan increíble.

Natally asintió enseguida.

—Definitivamente sí.

Tomó otro poco de comida antes de continuar:

—Esto es una delicia.

James señaló a Laura con orgullo exagerado.

—Somos artistas culinarios.

—Tú casi destruyes una salsa hace tres horas —respondió ella.

—La innovación requiere sacrificios.

—Y extintores probablemente.

Las pequeñas risas volvieron a llenar la mesa.

La casa seguía viva.

Llena de ruido.

Llena de calor.

Llena de gente.

Pero en medio de toda aquella normalidad...

Desmond no estaba ahí.

O al menos no completamente.

Porque mientras todos comían...

él se encontraba sentado solo en uno de los sillones de la sala.

Lejos del comedor.

Lejos de las conversaciones.

Mirando el suelo en silencio.

Y pensando en ella.

Skyler.

El nombre seguía atravesándolo incluso después de tantos años.

Porque escucharla mencionada había abierto algo que normalmente mantenía enterrado muy dentro de sí mismo.

Su sonrisa apareció primero en su mente.

Esa sonrisa cálida que siempre lograba desarmarlo incluso en los peores días.

Luego su voz.

Después sus ojos.

El sonido de sus pasos por la casa.

La sensación de abrazarla.

La textura suave de su pelaje.

Todo.

Cada pequeño detalle seguía ahí.

Intacto.

Como si una parte de él se hubiera negado a dejarla ir realmente.

Y quizá era verdad.

Porque uno nunca supera del todo a alguien que amó de esa manera.

Aprendes a vivir con la ausencia.

Aprendes a seguir adelante.

Aprendes a volver a sonreír.

Pero jamás dejas de recordar.

Nunca.

Y mientras la música navideña seguía sonando suavemente al fondo...

Desmond permaneció sentado en silencio.

Con la mirada perdida.

Y con el recuerdo de Skyler abrazándole el alma una vez más.

La música seguía sonando suavemente desde el comedor.

Las voces lejanas de los demás llenaban la casa con aquella sensación cálida que había acompañado toda la noche. Se escuchaban pequeñas risas, cubiertos chocando contra los platos y discusiones absurdas sobre quién había comido más durante la cena.

Pero Desmond seguía sentado en el sillón.

Quieto.

Con los codos apoyados sobre las rodillas y la mirada perdida sobre el suelo.

Las luces del árbol navideño iluminaban parcialmente su rostro desde un costado, creando pequeños reflejos rojizos y dorados sobre sus ojos cansados.

Y aunque desde afuera parecía tranquilo...

por dentro no lo estaba.

Porque el nombre de Skyler había removido demasiadas cosas de golpe.

Demasiados recuerdos.

Demasiadas emociones que normalmente mantenía enterradas bajo capas y capas de responsabilidades, trabajo y rutina.

Y eso era lo complicado del duelo verdadero.

Nunca desaparecía del todo.

Solo aprendías a cargarlo mejor.

A veces podías pasar meses enteros sintiéndote estable.

Creyendo que finalmente habías avanzado.

Y luego alguien mencionaba un nombre.

Un olor despertaba una memoria.

Una canción aparecía de la nada.

Y de pronto todo volvía a sentirse cercano otra vez.

Como si la herida jamás hubiera dejado de existir realmente.

Desmond cerró apenas los ojos por un instante.

Y la recordó sonriendo.

Tan claramente que dolía.

Entonces escuchó pasos acercándose.

Lentos.

Tranquilos.

Noemi apareció frente a él observándolo con una expresión suave.

No dijo nada inmediatamente.

Simplemente tomó asiento cerca de él.

Durante unos segundos permanecieron en silencio mientras el ruido lejano del comedor seguía sonando al fondo.

Finalmente ella habló.

—¿Qué pasa?

Desmond levantó apenas la mirada.

Y automáticamente respondió lo mismo que casi siempre respondía.

—Nada.

Pero Noemi no parecía convencida.

Nunca había sido alguien fácil de engañar emocionalmente.

Porque llevaba toda su vida aprendiendo a leer silencios.

A identificar cansancio.

A notar tristeza incluso cuando las personas intentaban esconderla.

Lo observó unos segundos más.

—Desmond...

Su voz fue suave.

Casi maternal.

—¿Qué ocurre?

Él soltó aire lentamente antes de bajar la mirada otra vez.

Y esta vez...

no intentó fingir.

—Solo que...

Se quedó callado un momento.

Buscando las palabras.

—Aún me cuesta.

Noemi inclinó apenas la cabeza.

—¿Qué cosa?

Desmond tardó unos segundos más en responder.

Como si decirlo en voz alta lo volviera demasiado real.

—Ella.

Su garganta se tensó apenas.

—Skyler.

El nombre quedó flotando entre ambos.

Y por un momento el ruido lejano de la casa pareció desaparecer completamente para él.

—Aún me cuesta olvidarla.

La confesión salió baja.

Cansada.

Y honestamente dolorosa.

Porque Desmond ya no era aquel demonio destruido emocionalmente que había sido después de perderla.

Había seguido adelante.

Había reconstruido su vida.

Había vuelto a amar.

Había formado otra familia.

Pero aun así...

había una parte de él que seguía atrapada en aquel vacío.

Noemi lo observó en silencio.

Y luego negó suavemente con la cabeza.

—No tienes que olvidarla.

Desmond levantó apenas la mirada.

Ella continuó hablando con calma.

—Ella fue una parte muy importante de tu vida por lo que sé.

Una pequeña pausa.

—Y honestamente... olvidar nunca soluciona nada.

Sus palabras no sonaban como frases vacías de consuelo.

Sonaban sinceras.

Vividas.

Como alguien que entendía perfectamente lo que significaba perder personas importantes.

Noemi acomodó un poco las manos sobre su regazo antes de continuar.

—La gente cree que sanar significa borrar el pasado.

Negó ligeramente.

—Pero no funciona así.

Desmond permaneció escuchando en silencio.

—Lo mejor que puedes hacer...

Ella sonrió apenas.

—...es quedarte con los recuerdos bonitos.

La mirada de Desmond se movió ligeramente.

Y entonces Noemi añadió:

—Porque esos son los que realmente valen.

Su voz se volvió todavía más suave.

—Y esos son los que deben quedarse en el corazón.

El silencio volvió a caer unos segundos.

Pero esta vez ya no era incómodo.

Era tranquilo.

Pesado emocionalmente... pero tranquilo.

Desmond respiró lento.

Y aunque el dolor seguía ahí...

las palabras de Noemi habían logrado aliviar un poco aquella presión en su pecho.

Porque ella tenía razón.

Skyler no era solamente una tragedia.

También había sido felicidad.

Había sido amor.

Había sido una etapa importante de su vida.

Y quizá intentar convertir todo aquello únicamente en dolor era precisamente lo que más daño le hacía.

Desmond sonrió apenas.

Muy poco.

Pero de forma sincera.

—Gracias.

Noemi le devolvió una sonrisa cálida.

—No hay de qué.

Después de eso ambos permanecieron callados unos segundos más.

La música seguía sonando desde el comedor.

Se escuchó a Scott reírse de algo.

Luego la voz de Laura amenazando a James porque intentaba robarse parte del postre antes de servirlo.

Y por un instante...

todo volvió a sentirse extrañamente normal.

Hasta que Noemi habló otra vez.

Pero esta vez su tono cambió un poco.

Más serio.

—Desmond...

Él levantó la mirada.

—Quiero hablar contigo en privado.

Desmond frunció apenas el ceño.

No por desconfianza.

Sino por curiosidad.

—¿Ahora?

Ella asintió lentamente.

—Sí.

La expresión de Noemi dejó claro inmediatamente que no estaba bromeando.

Y eso hizo que Desmond se pusiera de pie.

—Está bien.

Ambos se alejaron entonces de la sala mientras las voces del comedor continuaban detrás de ellos.

Subieron por las escaleras de la casa hasta llegar a la habitación de Desmond y Laura.

El cuarto estaba tenuemente iluminado por una lámpara cercana a la cama. Había ropa acomodada sobre una silla, algunos libros sobre una mesa lateral y varias decoraciones navideñas pequeñas colocadas por Laura durante los últimos días.

Se sentía habitado.

Cálido.

Muy distinto al cuarto vacío y frío que Desmond habría tenido años atrás.

Noemi cerró la puerta detrás de ambos.

Y entonces llevó una mano hacia su bolso.

Desmond observó en silencio mientras ella sacaba lentamente un objeto metálico viejo.

Era un tubo.

Alargado.

Oscurecido por el tiempo.

Con marcas de desgaste visibles sobre la superficie.

Parecía antiguo.

Muy antiguo.

Noemi se lo extendió.

—Toma.

Desmond lo recibió confundido.

El metal estaba frío.

Pesado.

Y tenía grabados extraños alrededor.

—¿Qué es esto?

Noemi cruzó ligeramente los brazos.

—Lo encontré en el ático de mi casa mientras estaba limpiando.

Desmond volvió a observar el objeto.

—¿Y?

—No es un tubo normal.

La expresión de Noemi se volvió más seria.

—Puede abrirse.

Eso hizo que Desmond mirara el objeto con más detenimiento.

Giró lentamente el cilindro entre las manos.

Y entonces lo notó.

Uno de los extremos tenía una pequeña separación apenas visible.

Una tapa.

Desmond frunció ligeramente el ceño.

—Qué extraño...

Sujetó cuidadosamente el extremo y comenzó a girarlo lentamente.

El metal produjo un pequeño sonido seco.

Y después de unos segundos...

la tapa terminó soltándose.

Algo cayó suavemente dentro de su mano.

Un papel enrollado.

Viejo.

Muy viejo.

Desmond lo sostuvo con cuidado automáticamente.

Incluso antes de abrirlo podía sentir lo delicado que era.

El material estaba reseco por el tiempo.

Frágil.

Como si el más mínimo movimiento brusco pudiera romperlo para siempre.

—Con cuidado —murmuró Noemi.

Desmond asintió apenas mientras desenrollaba lentamente el contenido.

Y apenas lo abrió por completo...

su expresión cambió.

Porque aquello no era un documento común.

Era un pergamino.

Antiguo.

Demasiado antiguo.

El material tenía un tono amarillento oscuro y desprendía un olor viejo, casi olvidado, parecido al polvo encerrado durante siglos.

Pero lo más extraño...

eran las letras.

Símbolos desconocidos cubrían casi toda la superficie.

Caracteres complejos.

Irregulares.

Nada parecido al idioma común del Infierno moderno.

Desmond entrecerró apenas los ojos mientras intentaba entender algo.

Pero no podía.

—No entiendo nada...

Sus dedos recorrieron cuidadosamente algunos de los símbolos.

—¿Qué demonios es esto?

Entonces la puerta se abrió de repente.

Exelia apareció en la entrada.

—Los estaba buscando. Ya van a servir el post—

Pero se detuvo abruptamente.

Sus ojos se fijaron inmediatamente sobre el pergamino.

Y toda su expresión cambió.

—...¿Qué tienen ahí?

Desmond levantó apenas el documento.

—Es un pergamino.

Exelia se acercó lentamente.

Su mirada permanecía fija sobre los símbolos.

—Pero estos caracteres son muy raros. No entiendo nada.

Exelia guardó silencio unos segundos mientras observaba el pergamino con más atención.

Y entonces murmuró algo que hizo que el ambiente cambiara por completo.

—Yo puedo leerlo.

Desmond levantó la mirada inmediatamente.

—¿Qué?

Exelia seguía observando los símbolos.

—Puedo entenderlo.

Noemi frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo?

Exelia no respondió enseguida.

Parecía demasiado concentrada observando cada línea escrita.

Desmond intercambió una mirada rápida con Noemi antes de volver hacia ella.

Y finalmente dijo:

—Entonces léelo.

La habitación quedó en silencio después de que Desmond dijera aquello.

"Entonces léelo."

Las palabras quedaron suspendidas en el aire mientras la música lejana del comedor apenas lograba atravesar la tensión que empezaba a formarse dentro del cuarto.

Exelia permaneció inmóvil unos segundos observando el pergamino.

Su expresión había cambiado por completo desde que vio aquellos símbolos.

Ya no parecía solamente curiosa.

Ahora parecía inquieta.

Y eso era extraño viniendo de ella.

Porque Exelia rara vez reaccionaba emocionalmente ante algo de forma tan evidente.

Desmond lo notó inmediatamente.

Noemi también.

La iluminación tenue de la habitación hacía que el pergamino se viera todavía más antiguo. Las letras oscuras parecían casi grabadas sobre el material envejecido, formando líneas irregulares llenas de símbolos que ninguno de ellos había visto antes.

Exelia finalmente dio un paso hacia adelante.

Muy despacio.

Como si incluso tocar aquel objeto le generara cierta incomodidad.

Tomó el pergamino con extremo cuidado entre los dedos.

Y durante unos segundos...

simplemente observó.

Sus ojos recorrían cada línea lentamente.

Analizando.

Recordando.

Hasta que finalmente habló.

—Esto es hebreo antiguo.

Desmond frunció el ceño inmediatamente.

—¿Hebreo?

Noemi también parecía confundida.

—¿Existe algo así en el Infierno?

Exelia no apartó la mirada del pergamino.

—Existía mucho antes de que el Infierno se convirtiera en lo que es ahora.

Su voz sonaba baja.

Concentrada.

—Es una lengua extremadamente vieja... demasiado vieja.

Desmond la observó con atención.

Y luego preguntó:

—¿Puedes leerlo?

Exelia dudó.

Fue apenas un instante.

Pero suficiente para notarse.

Porque claramente aquello no era algo que hiciera normalmente.

Finalmente levantó un poco la mirada.

Y asintió lentamente.

—Sí...

La habitación volvió a quedarse completamente en silencio.

Incluso el ambiente parecía haberse vuelto más pesado sin que ninguno entendiera exactamente por qué.

Exelia respiró lentamente antes de comenzar a leer.

Su pronunciación cambió de inmediato.

Las palabras salieron fluidas.

Extrañas.

Antiguas.

Como si pertenecieran a algo demasiado viejo para existir todavía.

—"Veja'asher Kojav HaShajar tava et ha'kés..."

La voz de Exelia resonó suavemente dentro del cuarto.

Y aunque ninguno entendía las palabras...

algo en ellas producía incomodidad.

Noemi fue la primera en hablar.

—¿Qué significa eso?

Exelia levantó lentamente la mirada del pergamino.

Y tradujo:

—"Y cuando la estrella de la mañana reclamó el trono..."

Desmond sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

No supo exactamente por qué.

Pero algo en esa frase...

no le gustó.

Para nada.

La estrella de la mañana.

Lucifer.

Era imposible no relacionarlo inmediatamente.

Y el hecho de que aquel pergamino hablara de él como si fuese parte de un relato antiguo hizo que la situación empezara a sentirse mucho más seria de lo que parecía al principio.

Exelia volvió la mirada hacia el texto.

Y continuó leyendo.

—"Mélej ketz ha'áretz nijbal tájat éfer ha'nétzaj..."

El silencio se hizo todavía más profundo.

Luego ella tradujo lentamente:

—"El rey del final de la tierra fue encadenado bajo las cenizas eternas."

Noemi frunció el ceño.

—¿Final de la tierra...?

Miró a ambos confundida.

—¿Qué significa eso?

Pero Exelia no respondió.

Porque seguía leyendo.

Sus ojos recorrían las líneas con más rapidez ahora.

Como si estuviera intentando encontrar algo específico.

O quizá...

como si estuviera empezando a recordar cosas que preferiría no recordar.

Desmond notó cómo su expresión cambiaba poco a poco.

La tensión en sus hombros.

La forma en que sostenía el pergamino.

Entonces Exelia llegó a una línea concreta.

Y se quedó completamente inmóvil.

El silencio que siguió duró varios segundos.

Demasiados.

Desmond frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

Exelia no respondió enseguida.

Sus ojos seguían clavados sobre aquella palabra.

Y finalmente habló.

Solo una palabra.

—Finisterra...

Apenas el nombre salió de sus labios...

las luces de la casa parpadearon violentamente.

Una vez.

El cuarto entero quedó parcialmente a oscuras durante una fracción de segundo antes de volver a iluminarse.

Noemi dio un pequeño sobresalto.

—¡¿Qué demonios fue eso?!

Desmond levantó la mirada inmediatamente hacia el techo.

Pero las luces volvieron a estabilizarse como si nada hubiera pasado.

El silencio posterior fue horrible.

Pesado.

Denso.

La música del comedor seguía sonando a lo lejos... pero ahora parecía distante.

Lejana.

Como si la habitación hubiera quedado aislada del resto de la casa.

Desmond volvió lentamente la mirada hacia Exelia.

Ella seguía observando el pergamino.

Pero ahora su expresión mostraba algo mucho más evidente.

Preocupación.

Y eso hizo que la incomodidad de Desmond aumentara todavía más.

Exelia tragó saliva apenas.

Luego volvió a leer.

—"Be'Requiem yanuaj zéjer ha'nivgad..."

Su voz había perdido algo de estabilidad.

Y luego tradujo:

—"En Requiem descansará el recuerdo del Traicionado..."

El ambiente empezó a sentirse extraño.

No físicamente.

Sino emocionalmente.

Como si el aire dentro de la habitación se hubiera vuelto más pesado de respirar.

Noemi cruzó lentamente los brazos.

Claramente incómoda.

—No me gusta esto...

Desmond tampoco respondió.

Porque honestamente sentía lo mismo.

Había algo profundamente incorrecto en aquel pergamino.

Algo demasiado antiguo.

Demasiado enterrado.

Y aun así...

también había algo peor.

La sensación de que aquello no era casualidad.

Exelia siguió bajando lentamente por las líneas del texto.

Hasta que de repente su expresión cambió otra vez.

Esta vez de forma mucho más evidente.

Sus ojos se abrieron apenas.

Y dejó de leer por un momento.

Desmond lo notó inmediatamente.

—¿Ahora qué dice?

Exelia permaneció callada unos segundos.

Y luego habló lentamente.

—Aquí menciona un lugar...

Levantó apenas la mirada.

—Malachi de Compostela.

Desmond frunció el ceño.

—¿Qué dice exactamente?

Exelia volvió a mirar el pergamino.

Pero esta vez tardó más en responder.

Como si estuviera procesando cuidadosamente las palabras antes de pronunciarlas.

Finalmente habló.

—"En Malachi de Compostela dormirá el alma arrancada del Mensajero..."

El silencio posterior fue absoluto.

Desmond sintió cómo algo se tensaba dentro de él.

—¿El Mensajero?

Exelia negó lentamente.

—Tengo las mismas dudas que tú.

Noemi observó a ambos confundida.

—¿Qué demonios significa todo esto?

Exelia bajó un poco el pergamino.

Y entonces habló más despacio.

Más seria.

—Pero el nombre Finisterra sí lo conozco.

Eso hizo que Desmond levantara la mirada inmediatamente.

—¿Qué?

Exelia respiró lentamente.

—Lo vi hace mucho tiempo... en un libro antiguo de la biblioteca celestial.

Desmond parpadeó sorprendido.

—¿La biblioteca del Cielo?

Exelia asintió.

—Sí.

Luego soltó una pequeña risa incómoda.

—Aunque técnicamente tenía prohibido entrar ahí.

Noemi la miró.

—¿Entraste igual?

—Durante una guardia.

Exelia se encogió ligeramente de hombros.

—Estaba aburrida.

Eso hizo que incluso en medio de toda la tensión Desmond soltara una pequeña exhalación entre divertida y cansada.

Muy típica de ella.

Pero Exelia volvió a ponerse seria enseguida.

—Recuerdo haber leído el nombre "Finisterra" muy rápido.

Sus ojos bajaron nuevamente hacia el pergamino.

—Era algo relacionado con territorios anteriores a la caída de Lucifer.

La habitación volvió a quedar en silencio.

Y entonces Desmond preguntó:

—Entonces... ¿qué significa?

Exelia frunció ligeramente el ceño intentando recordar.

—No lo sé completamente.

Se llevó una mano a la frente.

—Leí demasiado rápido porque no quería que me descubrieran.

Noemi seguía observándola atentamente.

—¿Pero recuerdas algo?

Exelia permaneció callada unos segundos.

Buscando.

Intentando reconstruir fragmentos de memoria enterrados hace muchísimo tiempo.

Y entonces habló lentamente.

—También decía algo sobre... cuernos dorados.

Desmond levantó la mirada de golpe.

—¿Qué?

Exelia asintió apenas.

—No recuerdo exactamente el contexto.

Su expresión se volvió más seria.

—Pero estoy empezando a tener una hipótesis.

Desmond sintió inmediatamente una presión incómoda en el pecho.

Porque ya sabía hacia dónde iba aquello.

—¿Qué hipótesis?

Exelia levantó lentamente la mirada hacia él.

—Creo que esto podría tener relación con tu hermano.

El silencio fue inmediato.

Noemi parpadeó confundida.

—¿Por qué él?

Exelia respondió casi al instante.

—Porque es el único imp con cuernos dorados que he visto jamás.

Las palabras quedaron flotando en el aire.

Pesadas.

Y Desmond sintió cómo algo empezaba a encajar demasiado rápido dentro de su cabeza.

Finisterra.

El rey del final de la tierra.

El Mensajero.

Cuernos dorados.

Todo parecía estar conectándose alrededor de una dirección específica.

Y eso era precisamente lo que más miedo daba.

Porque no parecía una coincidencia.

Parecía algo preparado desde hacía muchísimo tiempo.

Algo enterrado.

Esperando.

Desmond bajó lentamente la mirada hacia el pergamino.

Aquellas letras antiguas ya no parecían solamente símbolos extraños.

Ahora se sentían como una advertencia.

Como el inicio de algo mucho más grande de lo que cualquiera de ellos podía imaginar.

Y ninguno de los tres lo sabía todavía...

pero aquella noche...

mientras el resto de la familia celebraba Navidad unos metros más abajo...

acababan de empezar a resolver un misterio que terminaría costándoles muchísimo más de lo que estaban preparados para perder.

CAP 102

Los Secretos que el Cielo Esconde

La Catedral Celestial no destacaba por un tamaño imposible ni por estructuras desafiando la realidad. Su grandeza provenía de otra parte: la historia. Inspirada en antiguas construcciones humanas de piedra clara y arquitectura solemne, el lugar transmitía una sensación de antigüedad sagrada difícil de explicar con palabras.

Los pasillos estaban construidos con columnas robustas y arcos románicos que sostenían techos altos decorados con frescos antiguos. Los vitrales no eran gigantescos, pero sí elegantes; la luz atravesaba los colores proyectando figuras suaves sobre el suelo pulido mientras el eco distante de campanas llenaba el ambiente con una calma ceremonial.

No era un sitio intimidante.

Era un sitio histórico.

Uno que parecía haber existido desde mucho antes de que el conflicto entre cielo e infierno comenzara.

El cielo no era silencioso, tampoco perfecto como muchos imaginaban. Detrás de la serenidad de los corredores, de los jardines tranquilos y de las oraciones que resonaban en distintas alas de la catedral, existía una enorme estructura administrativa dedicada a vigilar ambos planos. Informes llegaban constantemente desde distintos sectores, registros eran

archivados diariamente y secretos antiguos permanecían sellados en archivos a los que muy pocos tenían acceso.

Y algunos de esos secretos... jamás debían salir a la luz.

La oficina de Seraphiel se encontraba en una de las alas superiores de la catedral. No era una sala exageradamente lujosa; tenía más apariencia de despacho eclesiástico antiguo que de salón imperial. Estanterías de madera clara cubrían las paredes, repletas de pergaminos y documentos organizados con precisión absoluta. Un gran escritorio descansaba frente a un ventanal adornado con vitrales azulados que dejaban entrar una luz cálida y tenue.

El ambiente olía a papel viejo, incienso suave y madera antigua.

Seraphiel revisaba algunos pergaminos en completo silencio.

Sus alas permanecían recogidas detrás de ella mientras analizaba cada línea con calma meticulosa. El sonido más constante dentro de la oficina era el roce del papel entre sus dedos.

Hasta que tocaron la puerta.

Tres golpes suaves.

Precisos.

Seraphiel no levantó la mirada de inmediato.

—¿Quién es? —preguntó con serenidad.

La voz detrás de la puerta respondió rápidamente.

—Soy Althea, señora. La serafín menor.

Seraphiel cerró lentamente el pergamino que estaba leyendo.

—Puedes pasar.

La puerta de madera se abrió con suavidad.

Althea entró despacio.

La diferencia entre ambas era evidente incluso antes de hablar. Mientras Seraphiel transmitía una autoridad tranquila y perfectamente controlada, Althea parecía cargar una mezcla constante de responsabilidad y nerviosismo contenido. Entre sus manos sostenía un documento cuidadosamente doblado.

Y por la tensión en su expresión... claramente no se trataba de un informe ordinario.

Sus pasos resonaron suavemente sobre la piedra pulida mientras avanzaba hacia el escritorio.

Seraphiel notó inmediatamente la forma en que sostenía el papel.

—¿Qué sucede? —preguntó observándola con más atención—. Tienes cara de haber leído algo que no te gustó.

Althea tragó saliva discretamente.

—Llegó información desde el Infierno hace unas horas.

Seraphiel apoyó ambos brazos sobre el escritorio.

—¿Otro disturbio entre anillos?

—No exactamente.

La serafín menor sostuvo el documento con algo más de fuerza.

—Uno de nuestros informantes en el Anillo de la Ira envió un reporte prioritario.

Eso consiguió captar completamente la atención de Seraphiel.

Su mirada se elevó finalmente hacia Althea.

—Continúa.

Althea respiró hondo antes de hablar.

—Astaroth fue asesinado.

El silencio dentro de la oficina cambió.

No desapareció.

Se volvió más pesado.

Más consciente.

Seraphiel permaneció inmóvil durante unos segundos.

No sorprendida.

Pero sí alerta.

Sus ojos se entrecerraron apenas.

—Eso es... inesperado.

Althea asintió lentamente.

—El reporte fue confirmado por múltiples observadores infiltrados. No parece un rumor.

Seraphiel se levantó despacio de la silla.

Las telas blancas de su vestimenta se deslizaron elegantemente mientras caminaba hacia el ventanal.

Afuera, el cielo seguía viéndose tranquilo. Algunos ángeles caminaban por los patios de piedra de la catedral mientras las campanas resonaban a la distancia con una paz casi irónica frente a la noticia que acababa de llegar.

—Astaroth no era un demonio ordinario —murmuró Seraphiel.

Althea guardó silencio.

Sabía perfectamente lo que implicaba ese nombre.

Astaroth era peligroso.

No solamente en el Infierno.

También en el Cielo.

Especialmente en el Cielo.

Seraphiel cruzó lentamente los brazos detrás de la espalda.

—¿Quién lo mató?

Althea volvió a mirar el documento.

—Un sabueso infernal de quince años.

La serafín mayor giró apenas el rostro.

—¿Quince?

—Sí.

—Eso no tiene sentido.

Althea continuó leyendo.

—Su nombre es Scott Lebrozky Wolfe.

Hubo una pausa breve.

Y entonces algo cambió en la expresión de Seraphiel.

Muy poco.

Pero suficiente para notarse.

Sus ojos se fijaron en algún punto distante mientras procesaba el apellido.

Wolfe.

Ese nombre resonó en su memoria como algo enterrado hace muchísimo tiempo.

No era reciente.

Era antiguo.

Demasiado antiguo.

—...Wolfe... —repitió lentamente.

Althea levantó la vista.

—¿Lo reconoce?

Seraphiel no respondió enseguida.

Regresó lentamente hacia el escritorio y apoyó una mano sobre la madera clara.

—Ese apellido... lo he escuchado antes.

La serafín menor esperó en silencio.

—Pero no recuerdo dónde.

La tensión dentro de la oficina comenzó a sentirse más evidente.

No era miedo.

Era la sensación de que piezas antiguas comenzaban a conectarse nuevamente.

Althea habló con cautela.

—Si desea, puedo buscar el apellido en los archivos centrales.

Seraphiel levantó la mirada hacia ella.

—Hazlo.

—Sí, señora.

Pero antes de que Althea pudiera retirarse, Seraphiel volvió a hablar.

—No uses registros públicos.

La joven se detuvo inmediatamente.

—¿Los restringidos?

—Los más antiguos.

Eso hizo que Althea dudara apenas un instante.

Los archivos antiguos no eran bibliotecas normales. Eran cámaras llenas de documentos sellados desde hacía siglos, registros que incluso muchos altos rangos jamás habían leído.

Y si Seraphiel estaba mencionándolos tan rápido...

era porque el apellido realmente significaba algo importante.

—Entendido —respondió finalmente.

Seraphiel volvió a sentarse lentamente.

—Y Althea...

—¿Sí?

La mirada de la serafín mayor se endureció apenas.

—Quiero discreción absoluta.

La tensión en su voz dejó clara la gravedad del asunto.

—Nadie más debe enterarse.

—Por supuesto.

Althea hizo una pequeña reverencia y se giró hacia la puerta.

Pero justo antes de salir, Seraphiel volvió a detenerla.

—¿El reporte menciona algo más?

Althea revisó rápidamente el documento.

Su expresión cambió ligeramente mientras leía una de las últimas líneas.

—Sí...

—Habla.

La joven levantó lentamente la vista.

—El informante dice que, durante la pelea, la espada utilizada contra Astaroth reaccionó de forma anormal.

Seraphiel permaneció inmóvil.

—¿Cómo?

—Dice que liberó almas.

El silencio volvió a instalarse.

Esta vez mucho más pesado.

Althea continuó, aunque con evidente incomodidad.

—Describe una luz saliendo del cuerpo de Astaroth... y cientos de almas abandonándolo antes de morir.

Seraphiel bajó lentamente la mirada.

Sus dedos se tensaron apenas sobre el escritorio.

—Entonces era cierto...

Althea parpadeó.

—¿Señora?

Pero Seraphiel parecía haber dejado de verla por un momento.

Su mente estaba en otro lugar.

En registros viejos.

En nombres prohibidos.

En épocas que el cielo prefería fingir que nunca ocurrieron.

Astaroth no era solo un ángel caído.

Era un conocimiento enterrado.

Una anomalía.

Alguien que había aprendido demasiado sobre la estructura de ambos planos.

Y ahora...

un adolescente del Infierno lo había matado.

Eso no era normal.

Eso era peligroso.

Muy peligroso.

Seraphiel finalmente volvió a hablar.

—Quiero acceso inmediato al Archivo Luminar.

Los ojos de Althea se abrieron apenas.

—¿El archivo completo?

—Sí.

—Pero ese nivel requiere aprobación del concilio.

—Entonces yo daré la aprobación.

La firmeza de su voz no dejaba espacio para discusión.

Althea asintió rápidamente.

—Entendido.

La puerta se abrió nuevamente.

Pero antes de salir, la serafín menor dudó un segundo.

—Señora...

Seraphiel levantó la mirada.

—¿Sí?

Althea tragó saliva.

—¿Cree que esto tenga relación con... lo otro?

La oficina quedó completamente en silencio.

No hacía falta pronunciar el nombre.

Finisterra.

Incluso pensar en ese lugar ya era suficiente para incomodar a los altos rangos celestiales.

Seraphiel sostuvo la mirada de Althea durante varios segundos.

Y por primera vez desde que comenzó la conversación...

pareció genuinamente preocupada.

—Espero que no.

Althea salió de la oficina.

La puerta se cerró lentamente detrás de ella.

Y Seraphiel quedó sola.

Las campanas continuaban resonando suavemente a la distancia.

La luz atravesaba los vitrales igual que siempre.

Todo seguía viéndose tranquilo.

Pero dentro de aquella oficina...

la paz acababa de agrietarse.

Una hora después, la tranquilidad de la oficina de Seraphiel había desaparecido casi por completo.

Sobre el escritorio había ahora varios pergaminos abiertos, registros antiguos y documentos sellados con marcas administrativas del cielo. Algunos parecían tan viejos que el papel ya comenzaba a amarillear en los bordes.

Seraphiel permanecía sentada revisando uno de ellos cuando la puerta volvió a sonar.

Tres golpes suaves.

—Adelante —dijo sin levantar la mirada.

La puerta se abrió lentamente y Althea entró nuevamente en la oficina.

Esta vez llevaba una carpeta gruesa entre los brazos.

Y por la forma en que la sostenía... claramente el contenido era importante.

La serafín menor caminó hasta el escritorio y tomó asiento frente a Seraphiel.

—Encontré los registros —dijo finalmente.

Seraphiel levantó la vista.

—¿Tan rápido?

Althea asintió.

—El apellido estaba en archivos restringidos. No aparecía en registros públicos normales.

Eso consiguió captar todavía más la atención de Seraphiel.

La serafín mayor extendió la mano lentamente.

—Muéstrame.

Althea abrió la carpeta con cuidado.

Dentro había varios documentos organizados cronológicamente, algunos incluso con sellos de acceso prohibido parcialmente deteriorados por el tiempo.

El aire parecía más pesado mientras ella comenzaba a revisar las hojas.

—El apellido Wolfe proviene de una sabueso infernal registrada hace años en el sistema de transición de almas —explicó Althea mientras acomodaba uno de los documentos frente a ella.

Seraphiel apoyó los codos sobre el escritorio.

—Nombre completo.

Althea comenzó a leer en voz alta.

—Skyler Wolfe Cross.

El nombre quedó suspendido unos segundos dentro de la oficina.

—Murió a los treinta y dos años de edad —continuó leyendo—, causa de muerte: asesinato. El responsable jamás fue encontrado.

Seraphiel permaneció en silencio.

Althea siguió.

—Después de su ascensión fue registrada oficialmente como Luminarca y trasladada al Estado Central del Cielo.

La serafín mayor entrecerró apenas los ojos.

—¿Luminarca...? Entonces su alma fue considerada estable.

—Sí —respondió Althea—. No hubo señales de corrupción espiritual tras su muerte.

Eso parecía importante.

Muy importante.

Althea continuó leyendo.

—Durante su vida en el Infierno mantenía un núcleo familiar reducido. Un hijo adoptivo registrado bajo el nombre Scott Lebrozky Wolfe... y un esposo identificado como Desmond Ludendorff.

Seraphiel bajó lentamente el documento.

Su expresión cambió apenas.

Pero Althea lo notó inmediatamente.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Seraphiel guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Eso es raro.

Althea inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué parte?

Seraphiel se levantó lentamente de la silla y caminó unos pasos por la oficina.

—¿Cómo que su esposo era Desmond Ludendorff?

La pregunta quedó flotando en el aire.

Althea revisó nuevamente el documento.

—Eso aparece en todos los registros vinculados.

Seraphiel soltó una exhalación lenta.

—El mismo Ludendorff cuya muerte fue reportada hace años durante la operación de Zakariel...

La tensión en su voz comenzó a notarse más.

—Y ahora resulta que está vivo.

La serafín menor guardó silencio.

Porque incluso para ella comenzaba a sonar extraño.

Demasiado extraño.

Seraphiel continuó caminando lentamente.

—Primero estuvo relacionado con Exelia... mi hija y el debía haber muerto durante ese conflicto.

Una pausa.

—Luego reaparece.

Sus ojos se fijaron en los documentos.

—Después pelea contra Leviatán... y sobrevive.

Althea bajó lentamente la mirada hacia la carpeta.

—Y ahora su hijo adoptivo mata a Astaroth...

Seraphiel se quedó completamente quieta.

La oficina cayó en silencio.

Pero esta vez el silencio parecía incómodo.

Como si incluso el ambiente entendiera que algo no encajaba.

—¿Te das cuenta? —preguntó Seraphiel finalmente.

Althea levantó la vista.

—¿De qué?

La serafín mayor habló despacio.

—Todo lo que ocurre en el Infierno termina conectado con él.

El silencio volvió.

No era paranoia.

Era un patrón.

Y eso era lo que más inquietaba a Seraphiel.

No los nombres.

No las peleas.

No Astaroth.

El patrón.

Althea tragó saliva discretamente.

—¿Cree que sea coincidencia?

Seraphiel respondió casi de inmediato.

—No creo en coincidencias cuando un mismo nombre aparece en demasiados eventos imposibles.

Se acercó nuevamente al escritorio y apoyó ambas manos sobre la madera.

—Un hombre oficialmente muerto reaparece años después.

—Sobrevive enfrentamientos que deberían haberlo destruido.

—Se relaciona con individuos extremadamente peligrosos.

—Y ahora el hijo que crió mata a un ángel caído clasificado como anomalía celestial.

La tensión en la oficina era cada vez más evidente.

Althea observó los documentos otra vez.

—¿Quiere que siga investigando a Desmond?

Seraphiel negó lentamente.

—No.

Althea parpadeó, sorprendida.

—¿No?

—Quiero hablar con ella primero.

La serafín menor entendió inmediatamente.

—Skyler.

Seraphiel asintió.

—Si alguien sabe qué ocurre realmente alrededor de Desmond Ludendorff... probablemente sea ella.

Se hizo un pequeño silencio.

Luego Seraphiel habló nuevamente:

—Tráela.

Althea se incorporó enseguida.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

La serafín mayor sostuvo su mirada.

—Y quiero discreción absoluta.

—Entendido.

Althea cerró cuidadosamente la carpeta y salió rápidamente de la oficina.

La puerta se cerró detrás de ella.

Y Seraphiel quedó sola nuevamente.

Pero ya no había calma en su expresión.

Sus ojos se desviaron lentamente hacia todos los documentos esparcidos sobre el escritorio.

Desmond.

Scott.

Skyler.

Astaroth.

Leviatán.

Zakariel.

Nombres distintos.

Eventos distintos.

Pero conectados de formas demasiado precisas.

Y eso era precisamente lo que comenzaba a inquietarla de verdad.

Porque en ambos planos existían coincidencias.

Pero cuando demasiadas anomalías empezaban a girar alrededor de una sola persona...

significaba que había algo más moviéndose detrás.

Algo que todavía no lograban ver.

Al día siguiente.

Seraphiel ya se encontraba nuevamente en su oficina.

Esta vez no estaba revisando documentos.

Esperaba.

El escritorio seguía lleno de registros abiertos relacionados con Desmond, Scott, Astaroth y Skyler. Algunos pergaminos incluso permanecían extendidos por el suelo junto a marcas y anotaciones escritas apresuradamente durante la noche.

Ella no había descansado demasiado.

Y se notaba.

Su expresión seguía serena... pero mucho más concentrada que de costumbre.

Entonces tocaron la puerta otra vez.

Tres golpes.

Seraphiel levantó lentamente la mirada.

—Pasen.

La puerta se abrió.

Althea entró primero.

Y detrás de ella...

Skyler.

Por un instante, incluso Seraphiel guardó silencio.

Porque verla era extraño.

Muy extraño.

La esencia seguía siendo la misma sabueso infernal registrada en los archivos.

Pero el cielo la había cambiado.

Sus ojos ya no tenían aquellas escleróticas rojizas típicas del Infierno. Ahora eran azules, claros y tranquilos, con un brillo suave difícil de ignorar. Su pelaje parecía emitir una tenue luminiscencia natural, apenas perceptible bajo la luz de la oficina.

No era exagerado.

No parecía una criatura divina transformada por completo.

Simplemente... celestial.

Purificada.

Pero fuera de eso...

seguía siendo la misma Skyler.

La misma postura.

La misma expresión tranquila.

La misma presencia cálida.

Incluso la forma de caminar conservaba algo humilde y terrenal que contrastaba bastante con la seriedad del lugar.

Skyler observó alrededor con cierta incomodidad.

Sus ojos se detuvieron brevemente sobre los pergaminos abiertos del escritorio.

Y después volvieron hacia Seraphiel.

—Entonces... ¿usted quería verme?

Su voz también seguía igual.

Eso consiguió que Seraphiel la analizara todavía más.

Porque era raro ver un alma celestial conservar tanta identidad de su vida anterior.

Muy raro.

Muchos cambiaban al ascender.

Algunos perdían costumbres.

Otros alteraban completamente su personalidad después de siglos en el cielo.

Pero Skyler no.

Había algo en ella que seguía profundamente conectado con quien fue en vida.

Y eso hacía todavía más extraño el hecho de que estuviera relacionada con Desmond Ludendorff.

Althea cerró la puerta detrás de ambas.

Y el silencio volvió a instalarse dentro de la oficina.

Seraphiel observó a Skyler durante unos segundos más antes de hablar.

—Toma asiento.

Skyler obedeció sin discutir.

Se sentó frente al escritorio con cierta cautela, acomodando lentamente sus manos sobre las piernas.

Althea permaneció de pie a un lado de la habitación.

La tensión todavía flotaba en el ambiente.

Pero Skyler parecía no entender completamente por qué la habían llamado.

Y Seraphiel lo notó enseguida.

—No estás en problemas —aclaró finalmente.

Skyler soltó una pequeña exhalación por la nariz.

—Eso esperaba.

La respuesta consiguió que Althea levantara apenas una ceja.

Incluso Seraphiel pareció ligeramente sorprendida.

Porque no había miedo en su voz.

Solo honestidad.

Skyler desvió la mirada hacia los documentos abiertos.

Y entonces entendió.

Su expresión cambió apenas.

Muy poco.

Pero suficiente.

—Esto es sobre Desmond... ¿verdad?

La oficina quedó en silencio otra vez.

Y Seraphiel comprendió inmediatamente algo importante.

Skyler ya esperaba que tarde o temprano alguien haría preguntas sobre él.

Skyler permanecía sentada frente al escritorio, aunque ahora su postura era mucho más rígida que cuando había entrado.

Sus orejas estaban bajas.

Y su cola se movía apenas detrás de la silla, temblando con nerviosismo contenido.

No importaba cuánto tiempo llevara viviendo en el cielo.

No importaba que su alma hubiera sido purificada.

Había ciertas sensaciones que nunca desaparecían del todo.

Y estar frente a una serafín mayor mientras revisaban detalles de su vida pasada... definitivamente era una de ellas.

Seraphiel lo notó enseguida.

La manera en que Skyler evitaba mover demasiado las manos.

Cómo sus dedos se apretaban entre sí cada pocos segundos.

Incluso la respiración de la sabueso se había vuelto un poco más corta desde que vio los documentos sobre el escritorio.

La serafín decidió hablar antes de que el silencio terminara empeorando la tensión.

—No tienes que estar nerviosa —dijo con voz tranquila—. Solo haremos algunas preguntas sobre tu pasado y luego podrás retirarte.

Skyler levantó apenas la mirada.

Todavía insegura.

—E-está bien...

Su voz salió más baja de lo normal.

Althea permanecía de pie a un lado de la habitación observando todo en silencio. Ella también podía notar el miedo contenido de Skyler, aunque no parecía un miedo provocado por el cielo.

Era algo más emocional.

Más humano.

Como si remover ciertos recuerdos todavía doliera incluso después de la muerte.

Seraphiel tomó uno de los documentos y comenzó.

—¿Cómo conociste a Desmond Ludendorff?

La pregunta hizo que Skyler parpadeara un par de veces.

Por un instante, la tensión en su cuerpo disminuyó ligeramente.

Porque esa era una pregunta distinta.

No hablaba de conflictos.

Ni de guerras.

Ni de anomalías.

Hablaba de él.

Y eso cambiaba completamente las emociones detrás del recuerdo.

Skyler bajó un poco la mirada.

Y una pequeña sonrisa nostálgica apareció apenas en su rostro.

—Lo conocí en un bar... cuando tenía diecisiete años.

Seraphiel escuchó atentamente.

Skyler respiró lentamente antes de continuar.

—Era un bar pequeño... bastante feo, honestamente. No era un lugar elegante ni nada parecido. Solo... uno de esos sitios donde la gente va para olvidarse un rato de su vida.

Sus ojos parecieron perderse por un instante en los recuerdos.

—Yo había ido con unas amigas... pero se fueron temprano. Y pensé que podía quedarme sola un rato.

Una pequeña risa avergonzada escapó de ella.

—Fue una mala idea.

Althea permaneció en silencio mientras Skyler seguía hablando.

La sabueso tragó saliva.

—Había un tipo ahí... un sabueso mucho más grande que yo. Llevaba rato molestándome. Intentando tocarme. No quería dejarme tranquila.

Sus orejas bajaron un poco más.

—Yo intentaba apartarme... pero él seguía insistiendo.

El ambiente dentro de la oficina se volvió más serio.

Skyler respiró hondo.

—Y entonces escuché una voz gritándole que me dejara en paz.

Seraphiel apoyó ligeramente una mano sobre el escritorio.

—Desmond.

Skyler asintió lentamente.

Y por primera vez desde que empezó a hablar... sonrió de verdad.

Una sonrisa pequeña.

Nostálgica.

Cálida.

—Sí... Desmond.

Sus ojos parecían mucho más vivos ahora.

—Estaba sentado solo en una mesa escribiendo en un cuaderno. Recuerdo eso perfectamente porque pensé que era raro ver a alguien escribiendo letras en un lugar como ese.

Althea mostró algo de curiosidad.

—¿Él ya componía música?

Skyler asintió.

—Sí. Siempre escribía algo. Rimas, canciones, pensamientos... incluso cuando estaba molesto terminaba escribiendo.

Una pequeña risa nasal escapó de ella.

—A veces parecía que no sabía vivir sin tener un lápiz en la mano.

Seraphiel escuchaba atentamente mientras Skyler continuaba.

—Cuando vio lo que estaba pasando... dejó el cuaderno sobre la mesa y se levantó.

La sabueso bajó un poco la mirada recordándolo.

—Y honestamente... pensé que lo iban a matar.

Althea arqueó apenas una ceja.

—¿Tan mal se veía la situación?

—Desmond todavía era muy joven —respondió Skyler—. Impulsivo. Delgado. No parecía alguien especialmente peligroso.

Una pausa.

—Pero luego golpeó al tipo.

La pequeña sonrisa regresó.

—Y literalmente le rompió el hocico de un puñetazo.

Incluso Althea abrió un poco más los ojos.

Skyler soltó una risa más audible.

—Recuerdo el sonido. Todo el bar se quedó callado.

Seraphiel permaneció seria, aunque claramente escuchaba con interés genuino ahora.

—¿Y qué pasó después?

—El sujeto se fue amenazándolo... pero Desmond ni siquiera parecía preocupado.

Skyler suspiró suavemente.

—Después volvió conmigo y me preguntó si estaba bien.

Sus dedos comenzaron a relajarse poco a poco.

—Eso fue lo raro.

Seraphiel inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Que no esperaba nada a cambio.

El silencio dentro de la oficina se volvió más suave.

—En el Infierno mucha gente ayuda solo si puede sacar algo de eso... pero él no.

Sus ojos bajaron apenas.

—Simplemente se sentó conmigo y empezó a hablar como si nada hubiera pasado.

Althea observó cómo la tensión del cuerpo de Skyler desaparecía lentamente mientras hablaba de ese recuerdo.

Era evidente que para ella aquel momento seguía siendo importante incluso años después de morir.

—Me invitó una bebida —continuó Skyler—. Y empezamos a hablar.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro otra vez.

—Hablamos durante horas.

Seraphiel permanecía completamente atenta ahora.

—¿Sobre qué?

Skyler soltó una pequeña risa.

—De todo. Música. Películas. Lo horrible que era el barrio. Sus letras. Mis problemas. Nuestros sueños.

Sus ojos parecían humedecerse apenas, pero esta vez no por tristeza.

Sino por nostalgia.

—Y recuerdo que me leyó algo que estaba escribiendo.

Althea inclinó apenas la cabeza.

—¿Una canción?

—Sí.

Skyler cerró un momento los ojos, como si todavía pudiera escucharlo.

—Hablaba sobre crecer rodeado de violencia... pero seguir buscando algo bueno incluso en medio de toda esa oscuridad.

Seraphiel notó cómo la voz de Skyler se suavizaba completamente al hablar de eso.

Como si incluso después de tantos años... todavía pudiera escuchar a Desmond sentado frente a ella en aquella mesa.

—Ahí entendí cómo era realmente él —dijo finalmente.

La serafín mayor la observó en silencio.

—Todos lo veían como alguien agresivo... porque sí podía serlo. Mucho.

Una pequeña risa escapó de ella.

—Pero debajo de todo eso... era alguien increíblemente sensible.

El ambiente en la oficina ya no parecía un interrogatorio.

Ahora se sentía más como escuchar a alguien hablar sobre la persona que más amó en su vida.

Seraphiel habló nuevamente.

—¿Y cómo fue escalando la relación? Porque según los registros... cuando moriste ustedes ya eran esposos y tenían un hijo.

Skyler asintió lentamente.

—Sí...

Sus ojos bajaron otra vez.

Pero esta vez no por miedo.

Sino por nostalgia.

—Nuestra amistad creció poco a poco. Al inicio solo hablábamos algunas veces... luego empezamos a salir más seguido.

Una pequeña sonrisa cansada apareció en su rostro.

—Desmond era torpe demostrando cariño. Mucho.

Althea casi sonrió discretamente al escuchar eso.

—¿Torpe? —preguntó.

—Muchísimo —respondió Skyler—. Era el tipo de persona que podía romperle la cara a alguien por protegerte... pero ponerse nervioso al intentar darte flores.

Eso hizo que incluso Seraphiel relajara apenas la expresión.

Skyler continuó.

—Pero era sincero. Y eso era difícil de encontrar en el Infierno.

Sus dedos se entrelazaron lentamente sobre sus piernas.

—Con el tiempo comenzamos a enamorarnos... y eventualmente nos volvimos pareja.

El silencio dentro de la oficina ya no era tenso.

Ahora parecía más íntimo.

Más humano.

Como si por unos minutos la investigación hubiera dejado de sentirse como un interrogatorio.

Seraphiel habló nuevamente.

—¿Cómo fue su vida después de eso?

Skyler soltó una exhalación larga.

Y por primera vez desde que llegó... sus ojos se humedecieron apenas.

—Fue linda.

La respuesta salió inmediata.

Natural.

Honesta.

—Muy linda.

Su voz bajó un poco más.

—Tuvimos problemas... obviamente. Muchísimos.

Una pequeña risa cansada escapó de ella.

—Era el Infierno. Nada era fácil allá abajo.

Sus ojos se desviaron ligeramente.

—Incluso hubo un tiempo donde tuvimos que separarnos por asuntos familiares.

Seraphiel escuchaba sin interrumpir.

—Pero jamás lo olvidé —continuó Skyler—. Y él tampoco me olvidó a mí.

Sus orejas bajaron apenas.

—Nuestro amor nunca desapareció realmente.

Althea permaneció completamente en silencio.

Porque había algo genuino en la manera en que Skyler hablaba de Desmond.

Algo que no podía fingirse.

Seraphiel pasó lentamente una página del documento.

—Los registros indican que intentaron tener hijos biológicos varias veces.

Skyler soltó una pequeña risa triste.

—Sí...

Su mirada bajó nuevamente.

—Lo intentamos mucho tiempo.

La oficina volvió a quedarse silenciosa.

—Pero éramos de razas diferentes. Nunca funcionó.

Había resignación en su voz.

No dolor reciente.

Sino una tristeza vieja.

Una de esas heridas que ya cicatrizaron... pero siguen existiendo.

Seraphiel habló suavemente.

—Entonces por eso adoptaron a Scott.

Skyler asintió.

—Sí.

Una pequeña sonrisa apareció nuevamente.

Mucho más cálida esta vez.

—Aunque al inicio no estábamos de acuerdo.

Althea levantó la vista.

—¿Por qué?

Skyler tardó unos segundos en responder.

—Porque teníamos miedo.

La sinceridad de la respuesta hizo que el ambiente volviera a ponerse pesado.

—No queríamos aceptar que jamás tendríamos un hijo propio.

Sus ojos comenzaron a humedecerse más.

—Y sentíamos que adoptar no sería lo mismo...

Su voz tembló apenas.

—Pero luego conocimos a Scott.

Una pequeña risa nasal salió de ella.

—Y todo eso dejó de importar.

El ambiente dentro de la oficina había cambiado por completo.

Ya no se sentía como una investigación fría.

Ahora había algo mucho más humano flotando entre las palabras de Skyler.

Algo pesado.

Nostálgico.

Doloroso.

Seraphiel permanecía observándola desde el otro lado del escritorio mientras la sabueso intentaba recomponerse después de hablar sobre Scott y Desmond.

Pero todavía quedaban preguntas.

Preguntas mucho más difíciles.

La serafín mayor bajó lentamente la mirada hacia otro de los documentos abiertos frente a ella.

Sus dedos pasaron con calma sobre varias líneas escritas hasta detenerse en un apartado específico.

Y entonces habló.

—Los registros médicos indican que estuviste discapacitada durante un tiempo antes de morir.

La reacción de Skyler fue inmediata.

Su sonrisa desapareció.

Sus orejas bajaron otra vez.

Y la cola dejó de moverse detrás de la silla.

El cambio fue tan brusco que incluso Althea tensó un poco la expresión al notarlo.

El aire dentro de la oficina volvió a sentirse pesado.

Muy pesado.

Skyler tragó saliva lentamente.

Como si esa parte de su vida fuera mucho más difícil de mencionar que todo lo anterior.

Seraphiel notó la incomodidad enseguida.

—No tienes que entrar en detalles si no quieres —dijo con voz más suave.

Pero Skyler negó lentamente con la cabeza.

Porque sabía que esas preguntas no eran simples curiosidades.

Todo aquello estaba relacionado con Desmond.

Y con Scott.

Y aparentemente... ahora también con el cielo.

La sabueso respiró hondo antes de hablar.

—Fue... un felino infernal.

Su voz salió más apagada esta vez.

Mucho más seca.

Althea guardó silencio absoluto.

Skyler evitó levantar la mirada mientras continuaba.

—Él había abusado sexualmente de Desmond.

Incluso el ambiente pareció congelarse.

Seraphiel no interrumpió.

Pero su expresión cambió ligeramente.

No con sorpresa.

Sino con algo más cercano a la gravedad.

Skyler apretó lentamente sus propias manos.

—Lo habían encerrado en un hospital psiquiátrico después de eso.

Una pequeña pausa.

—Pero escapó.

La forma en que lo dijo hizo que el aire se sintiera todavía más incómodo.

Como si incluso ahora... seguir recordándolo le provocara miedo.

Sus ojos comenzaron a perderse ligeramente en el vacío.

Y era evidente que ya no estaba viendo la oficina.

Estaba recordándolo.

—Una noche entró a nuestra casa.

Su voz tembló apenas.

—Desmond estaba dormido.

Althea bajó lentamente la mirada.

Skyler continuó hablando despacio.

—Scott no estaba, y yo estaba en mi habitacion.

Sus dedos comenzaron a temblar.

Muy poco.

Pero lo suficiente para notarse.

—Y entonces él me golpeó.

La sabueso hizo una pausa larga.

Como si necesitara reunir fuerzas para seguir hablando.

—Con una barra de metal.

El silencio dentro de la oficina era absoluto.

No había sonido alguno aparte de la voz quebrada de Skyler.

—Me golpeó la espalda una vez.

Sus ojos comenzaron a humedecerse otra vez.

—Y me rompió la columna.

Althea cerró ligeramente los ojos.

Incluso ella parecía afectada por la imagen mental que esas palabras provocaban.

Skyler soltó una pequeña exhalación temblorosa.

—Después de eso... ya no pude volver a caminar.

Y precisamente por eso dolía más.

Porque había resignación en su voz.

Una resignación vieja.

Como alguien que ya había sufrido tanto con ese recuerdo... que el dolor terminó convirtiéndose en algo silencioso.

Seraphiel permaneció observándola durante varios segundos.

Y por primera vez desde que comenzó la conversación... la serafín dejó de verla únicamente como una pieza importante dentro de un patrón extraño.

Ahora veía a alguien que había sobrevivido a demasiado.

Skyler sonrió apenas.

Pero era una sonrisa rota.

Cansada.

—Desmond me cuidó durante todo ese tiempo.

Sus ojos seguían bajos.

—Nunca me abandonó.

La emoción comenzó a notarse más en su voz.

—Jamás me hizo sentir una carga.

Una pequeña risa nasal escapó de ella.

—Incluso cuando yo misma pensaba que lo era.

El silencio posterior estuvo lleno de algo difícil de describir.

Porque había amor detrás de cada palabra.

Un amor profundamente humano.

Imperfecto.

Doloroso.

Pero real.

Skyler respiró hondo otra vez.

—Él me ayudaba a levantarme... me ayudaba a moverme por la casa... cocinaba cuando yo no podía hacerlo.

Sus labios temblaron apenas.

—Y nunca se quejó.

Althea desvió un poco la mirada.

Porque incluso para ella comenzaba a ser evidente algo importante.

Todo lo que había leído sobre Desmond en los registros...

no coincidía completamente con el hombre del que Skyler hablaba.

Los archivos lo describían como alguien ligado constantemente a conflictos imposibles.

Pero Skyler...

lo describía como alguien roto que simplemente intentaba proteger a su familia.

Seraphiel guardó silencio unos momentos antes de hacer la siguiente pregunta.

Y cuando habló... incluso su tono sonó más cuidadoso.

—¿Cómo moriste?

Skyler levantó lentamente la mirada.

Y esta vez sí hubo dolor puro en sus ojos.

No nostalgia.

No tristeza vieja.

Dolor.

—Defendiendo a mi hijo.

La respuesta cayó sobre la oficina como una piedra.

Pesada.

Brutal.

Skyler tragó saliva nuevamente.

—Un cazarrecompensas llamado Riven vino por nosotros.

El nombre hizo que Seraphiel entrecerrara apenas los ojos.

Claramente lo reconocía.

—Desmond ya había escapado al mundo humano en ese tiempo... porque Riven lo estaba buscando.

Sus dedos comenzaron a apretarse otra vez.

—Y Scott estaba conmigo.

La sabueso respiró temblorosamente.

—Riven entró a la casa buscando información sobre Desmond... pero cuando vio a Scott...

Su voz se quebró un poco.

—Le apunto con un arma.

Skyler cerró un momento los ojos.

—Y yo no podía dejar que eso pasara.

El silencio volvió.

Pero esta vez era insoportable.

—Intenté detenerlo como pude.

Una lágrima descendió lentamente por su mejilla.

—Pero no podía moverme bien.

Su respiración comenzó a volverse inestable.

—Solo recuerdo a Scott llorando... y luego...

No terminó la frase.

No hacía falta.

La oficina quedó completamente en silencio.

Porque todos entendieron el resto.

Skyler bajó lentamente la mirada.

—Después de eso... desperté aquí.

Su voz ahora sonaba pequeña.

Lejana.

Vacía.

—Y nunca volví a saber nada de ellos.

Eso era lo que realmente la había destruido.

No la muerte.

No la discapacidad.

No el dolor físico.

La incertidumbre.

No saber si Scott sobrevivió.

No saber si Desmond seguía vivo.

No saber si su familia desapareció después de ella.

Seraphiel observó a Skyler durante varios segundos.

Y finalmente habló.

—Tu hijo está bien.

Skyler levantó la mirada de inmediato.

Sus pupilas se contrajeron.

Como si su cerebro hubiera tardado en procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Q-qué...?

Seraphiel sostuvo su mirada.

—Scott sigue vivo.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en los ojos de Skyler incluso antes de que pudiera reaccionar correctamente.

Su respiración se volvió inestable.

—¿Él... está vivo...?

Seraphiel asintió lentamente.

—Y recientemente hizo algo que nadie esperaba.

Skyler apenas podía mantenerse quieta.

Sus manos temblaban.

—¿Qué hizo...?

La serafín mayor habló con calma.

—Mató a Astaroth.

El silencio explotó dentro de la oficina.

Skyler abrió los ojos completamente.

—¿Qué...?

Su voz salió quebrada.

Incrédula.

Seraphiel continuó.

—Un ángel caído clasificado como anomalía celestial.

La sabueso parecía incapaz de procesarlo.

Pero entonces llegó lo que realmente terminó rompiéndola emocionalmente.

—Y lo hizo con ayuda de Desmond.

Skyler se quedó inmóvil.

Completamente inmóvil.

Sus labios comenzaron a temblar.

Porque en un solo instante...

todo cambió.

Scott estaba vivo.

Desmond también.

Desmond había regresado del mundo humano.

Y después de tantos años creyendo que los había perdido...

su familia seguía existiendo.

Las lágrimas comenzaron a caer sin control.

Skyler se cubrió parcialmente el rostro con una mano.

Intentando respirar.

Intentando procesarlo todo.

Una pequeña risa rota escapó de entre sus lágrimas.

—Ellos... están vivos...

Althea desvió ligeramente la mirada, dándole espacio.

Incluso Seraphiel permaneció callada unos momentos.

Porque entendía perfectamente el peso de esa noticia.

Skyler intentó limpiarse el rostro.

Pero las lágrimas seguían cayendo.

—Scott... está vivo...

Lo repetía como si todavía necesitara convencerse de que era real.

Y honestamente...

después de tantos años sin saber nada...

era normal.

Seraphiel finalmente habló nuevamente.

—Gracias por tu tiempo, Skyler.

La sabueso levantó lentamente la mirada.

Todavía llorando un poco.

—Si necesito más información... volveré a llamarte.

Skyler asintió lentamente.

—S-sí...

Se levantó despacio de la silla.

Sus piernas temblaban apenas.

Pero no de miedo.

Sino de emoción.

De alivio.

De esperanza.

Porque después de años creyendo que había perdido absolutamente todo...

acababa de descubrir que su familia seguía viva.

Althea caminó hasta la puerta y la abrió lentamente para ella.

Skyler se detuvo unos segundos antes de salir.

Y por primera vez desde que había entrado a la oficina...

su expresión ya no se veía vacía.

Todavía había dolor.

Todavía había tristeza.

Pero ahora también había algo más.

Esperanza.

La sabueso finalmente salió de la oficina.

La puerta se cerró suavemente detrás de ella.

Y el silencio volvió a llenar el despacho.

Pero esta vez era distinto.

Mucho más serio.

Althea permaneció cerca de la puerta observando a Seraphiel.

La serafín mayor seguía mirando los documentos sobre el escritorio.

Pensativa.

Demasiado pensativa.

Porque ahora el patrón era todavía más evidente.

Todo seguía conectándose alrededor del mismo nombre.

Desmond Ludendorff.

Seraphiel finalmente habló.

—Llama a la Guardia Celestial.

Althea levantó la mirada enseguida.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

La voz de Seraphiel había vuelto a endurecerse.

Más fría.

Más autoritaria.

—Quiero que preparen una expedición inmediata al Infierno.

Althea se tensó ligeramente.

—¿Por Astaroth?

Seraphiel asintió lentamente.

—Quiero que recojan absolutamente todo lo que quede relacionado con él.

Sus ojos se desviaron hacia uno de los documentos marcados con sellos antiguos.

—Libros.

—Registros.

—Objetos.

—Fragmentos de investigación.

—Todo.

El ambiente volvió a llenarse de tensión.

—Nada de esa información puede hacerse pública en el Infierno.

Althea entendió inmediatamente la gravedad detrás de esas palabras.

Porque si Astaroth realmente había estado investigando Finisterra...

entonces cualquier rastro de ese conocimiento era peligroso.

Muy peligroso.

La serafín menor asintió con firmeza.

—Entendido.

Seraphiel volvió la mirada hacia el ventanal.

Pensativa.

Seria.

—Y quiero discreción absoluta.

Althea hizo una pequeña reverencia.

—Me encargaré personalmente.

Sin perder más tiempo, salió rápidamente de la oficina.

La puerta se cerró otra vez.

Y Seraphiel quedó sola.

Observando los documentos extendidos sobre el escritorio.

Scott.

Skyler.

Astaroth.

Finisterra.

Y en el centro de todo...

Desmond Ludendorff.

Demasiadas coincidencias.

Demasiados eventos imposibles conectados entre sí.

Y eso solo significaba una cosa.

Algo mucho más grande estaba comenzando a moverse.

El ambiente dentro de la oficina había cambiado desde la salida de Skyler.

El aire seguía siendo tranquilo a simple vista, las campanas continuaban sonando a la distancia con aquella serenidad constante que caracterizaba al cielo, pero algo en la expresión de Seraphiel dejaba claro que la situación había dejado de ser una simple investigación administrativa.

Ahora había preocupación real.

No miedo.

Seraphiel no era alguien que se dejara dominar fácilmente por el miedo.

Pero sí reconocía cuando una situación comenzaba a salirse del control de ambos planos.

Y Astaroth siempre había sido exactamente eso.

Un problema imposible de controlar.

Althea acababa de salir de la oficina después de recibir las órdenes relacionadas con la recuperación de información clasificada, y Seraphiel había quedado nuevamente sola entre pergaminos abiertos, documentos antiguos y registros parcialmente sellados.

Su mirada recorría lentamente uno de los informes relacionados con Finisterra.

Varias partes estaban censuradas incluso para altos rangos celestiales.

Eso decía mucho.

Demasiado.

Porque si el cielo ocultaba algo incluso de sí mismo... significaba que el conocimiento detrás de aquello era realmente peligroso.

Seraphiel apoyó lentamente los dedos sobre el escritorio.

Pensando.

Astaroth muerto.

Scott involucrado.

Desmond otra vez conectado al centro del conflicto.

Y ahora el riesgo de que información clasificada terminara circulando en el Infierno.

La situación estaba avanzando demasiado rápido.

Más rápido de lo que el cielo podía controlar cómodamente.

Y eso era precisamente lo que más le desagradaba.

El equilibrio entre ambos planos siempre había sido frágil, aunque muchos seres celestiales fingieran lo contrario. El Infierno jamás había sido un territorio completamente dominado ni completamente entendido. Había zonas demasiado antiguas, secretos demasiado enterrados y entidades demasiado viejas incluso para los registros del cielo.

Y Finisterra...

Finisterra era probablemente el peor ejemplo de ello.

Seraphiel cerró lentamente el pergamino frente a ella.

Sus ojos permanecieron fijos sobre el sello celestial grabado en la cubierta.

Un sello que muy pocos podían abrir legalmente.

—Demasiadas coincidencias... —murmuró para sí misma.

Scott apareciendo.

Desmond regresando al Infierno.

Astaroth muriendo justo ahora.

Y toda la información relacionada con los primeros demonios comenzando a moverse otra vez.

Nada de eso le parecía casual.

Entonces alguien tocó la puerta.

Tres golpes firmes.

Secos.

Militares.

Seraphiel levantó apenas la mirada.

—Adelante.

La puerta se abrió inmediatamente.

Y dos figuras entraron a la oficina.

La primera fue Caelene.

Su armadura blanca y dorada reflejaba tenuemente la luz de los vitrales mientras avanzaba con postura firme. Su expresión seguía siendo seria, disciplinada, prácticamente impecable como siempre.

Transmitía seguridad incluso antes de hablar.

Pero la segunda presencia fue la que consiguió que Seraphiel entrecerrara ligeramente los ojos.

Miller.

El hombre avanzó junto a Caelene con una postura mucho más recta de la que Seraphiel recordaba. Su apariencia seguía dejando claro que era un elegido, pero ahora llevaba partes ligeras de equipamiento de la guardia celestial sujetas sobre su ropa.

Protecciones ligeras.

Un cinturón táctico.

Y una espada corta colgando a un lado de la cintura.

No parecía un simple acompañante.

Parecía un integrante activo.

Caelene hizo una reverencia breve.

—Seraphiel.

Miller imitó el gesto un segundo después.

Aunque el suyo fue ligeramente más rígido.

Más militar que ceremonial.

—Señora.

Seraphiel observó primero a Caelene.

Luego a Miller.

Y finalmente habló.

—¿Qué hace Miller en la guardia celestial siendo un elegido?

La pregunta no sonó agresiva.

Pero sí directa.

Muy directa.

El ambiente dentro de la oficina se tensó apenas.

Miller bajó ligeramente la mirada por reflejo.

No por vergüenza.

Por costumbre.

La reacción automática de alguien acostumbrado a responder ante superiores.

Pero Caelene respondió antes de que él pudiera hacerlo.

—Se ganó su lugar.

Seraphiel permaneció en silencio escuchando.

Caelene continuó con calma.

—Durante las últimas operaciones demostró capacidades suficientes para integrarse formalmente a la guardia.

Sus ojos se mantuvieron firmes.

—Y ahora posee el mismo rango operativo que yo.

Eso hizo que Seraphiel levantara apenas una ceja.

Porque aquello rompía varias normas antiguas del cielo.

Los elegidos normalmente tenían límites muy marcados.

No podían ascender tan fácilmente dentro de estructuras militares celestiales.

No porque fueran débiles.

Sino porque históricamente existía cierta desconfianza hacia ellos.

Eran almas humanas elevadas.

No entidades nacidas directamente del cielo.

Y muchos altos mandos todavía consideraban eso una diferencia importante.

Especialmente en áreas relacionadas con combate.

Los elegidos eran vistos como almas que debían descansar.

No pelear.

Muchos serafines consideraban cruel devolverlos a funciones militares después de la muerte.

Pero Miller no parecía alguien hecho para el descanso.

Eso podía verse con solo mirarlo unos segundos.

Había algo en su postura.

En la tensión constante de sus hombros.

En la manera en que observaba cada rincón de la oficina como si evaluara posibles amenazas incluso allí.

La guerra todavía seguía dentro de él.

Seraphiel volvió a observarlo directamente.

—¿Y tú aceptaste eso voluntariamente?

Miller levantó apenas la vista.

—Sí, señora.

—¿Por qué?

Hubo un pequeño silencio.

Miller pareció pensar la respuesta unos segundos.

Luego habló con honestidad.

—Porque no sé quedarme quieto.

La respuesta hizo que Caelene desviara apenas la mirada hacia él.

Seraphiel tampoco respondió de inmediato.

Miller continuó:

—Intenté adaptarme al cielo. De verdad lo intenté.

Su voz se mantuvo tranquila.

Pero había cansancio detrás de cada palabra.

—Pero mi mente sigue funcionando como si todavía estuviera en guerra.

La oficina quedó en silencio.

—Necesitaba propósito —añadió finalmente—. Algo que me mantuviera enfocado.

Seraphiel lo observó durante varios segundos.

Analizando más allá de las palabras.

Porque entendía perfectamente lo que significaba eso.

El trauma humano no desaparecía simplemente porque un alma llegara al cielo.

Muchos elegidos seguían cargando heridas emocionales incluso después de la muerte.

Y Miller...

Claramente era uno de ellos.

Finalmente Seraphiel soltó una exhalación lenta.

—Eso va contra varias reglas.

Caelene asintió despacio.

—Lo sé.

La oficina volvió a quedar en silencio unos segundos.

Entonces Seraphiel habló otra vez.

—Pero considerando lo que era Miller antes de llegar aquí...

Sus ojos volvieron hacia él.

—Supongo que permitiré la excepción.

Miller levantó apenas la mirada, claramente sorprendido por no haber recibido una negativa inmediata.

Porque Miller sabía perfectamente cuál había sido su pasado.

Y también sabía que muchos en el cielo jamás olvidaban esas cosas.

Especialmente cuando alguien había pasado gran parte de su vida matando para sobrevivir.

Seraphiel no añadió más sobre eso.

Simplemente tomó uno de los documentos del escritorio y fue directamente al punto.

—Tienen una misión.

La postura de ambos se tensó inmediatamente.

Caelene cruzó las manos detrás de la espalda.

Miller permaneció completamente atento.

Seraphiel abrió lentamente el documento frente a ellos.

—Necesitan ir al Infierno.

Eso solo ya bastó para endurecer un poco más el ambiente.

Porque ningún miembro de la guardia celestial disfrutaba realmente descender.

No por miedo al combate.

Sino por lo que el Infierno provocaba incluso en seres celestiales.

La presión.

La corrupción ambiental.

El peso emocional constante.

Era un lugar agotador incluso para almas purificadas.

Miller frunció apenas el ceño.

Aunque intentó disimularlo.

Porque incluso él podía sentir el cambio en el ambiente apenas escuchar aquella palabra.

Infierno.

No era solo un lugar.

Era una sensación.

Seraphiel continuó:

—Deben recuperar información clasificada perteneciente al demonio Astaroth.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—¿Astaroth...?

Caelene lo miró de reojo.

Claramente sí conocía el nombre.

Y eso era suficiente para entender la gravedad del asunto.

Seraphiel asintió lentamente.

—Fue asesinado hace relativamente poco.

Eso sorprendió incluso a Caelene.

Aunque no lo expresó tan abiertamente como Miller.

El hombre habló antes de contenerse:

—¿Astaroth murió?

Seraphiel sostuvo su mirada.

—Sí.

El silencio cayó sobre la oficina.

Porque incluso dentro del cielo, Astaroth era un nombre incómodo.

Un tema que rara vez se mencionaba directamente.

No era simplemente un demonio.

Ni siquiera un ángel caído común.

Era una anomalía histórica.

Un ser asociado a información prohibida.

Finisterra.

Conocimiento restringido.

Registros sellados.

Y demasiados secretos relacionados con ambos planos.

Miller notó inmediatamente cómo incluso Caelene parecía más seria al escuchar el nombre.

Eso le dijo suficiente.

—¿Qué era exactamente? —preguntó con cuidado.

Seraphiel tardó unos segundos en responder.

—Algo que nunca debió existir de esa manera.

La respuesta fue suficiente para dejar claro que no pensaba profundizar más.

Caelene habló finalmente.

—¿Qué clase de información debemos recuperar?

Seraphiel tomó otro pergamino.

—Documentos, registros, posibles artefactos, cualquier archivo relacionado con Finisterra o conocimientos previos a la caída.

El ambiente se volvió todavía más serio.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—¿Tan grave es?

Seraphiel lo observó directamente.

—Si esa información se hace pública en el Infierno... podría generar caos en ambos planos.

No exageraba.

Y ambos lo entendieron enseguida.

Caelene asintió con firmeza.

—No le fallaremos.

Miller reaccionó un segundo después.

—Sí, señora. No fallaré con esto.

Seraphiel lo observó algunos segundos más.

Como si todavía estuviera evaluándolo.

Porque aunque había aceptado dejarlo participar... seguía siendo consciente de lo impredecibles que podían volverse ciertas situaciones en el Infierno.

Especialmente para alguien relativamente nuevo dentro de la guardia.

Finalmente, la serafín mayor abrió lentamente uno de los cajones de su escritorio.

Dentro había varios objetos sellados cuidadosamente bajo símbolos celestiales antiguos.

Tomó dos cadenas metálicas plateadas.

Ambas tenían un pequeño símbolo grabado en el centro.

Un sello antiguo.

Muy antiguo.

Caelene las reconoció enseguida.

—Sellos de ocultamiento...

Seraphiel asintió lentamente.

—Esto ocultará parcialmente su esencia celestial mientras estén allá abajo.

Le entregó una cadena a cada uno.

—No los hará invisibles para entidades poderosas... pero evitará que demonios comunes detecten lo que son inmediatamente.

Miller sostuvo la cadena observándola con cierta curiosidad.

El metal era frío.

Extrañamente pesado.

Como si cargara algo más aparte de su propio peso físico.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Caelene.

Seraphiel apoyó lentamente ambas manos sobre el escritorio.

—Mañana.

Eso hizo que Miller levantara apenas la vista.

—¿No iremos ahora?

—No.

Seraphiel negó suavemente con la cabeza.

—Quiero que se preparen primero.

Su tono se volvió más serio.

Más firme.

—El Infierno no es un simple territorio enemigo. No pueden entrar impulsivamente y esperar que todo salga bien.

Caelene asintió sin discutir.

Ella entendía perfectamente eso.

Pero Miller permaneció escuchando en silencio.

Seraphiel continuó:

—Descansen hoy. Revisen equipo, rutas, posibles puntos de extracción y todo lo relacionado con infiltración.

Sus ojos se desviaron brevemente hacia Miller.

—Y mentalícense para lo que encontrarán allá abajo.

El hombre apretó apenas la cadena entre sus dedos.

Porque incluso sin haber visto el Infierno todavía... podía sentir algo incómodo solamente al escuchar hablar de él.

Como si una parte de su mente relacionara automáticamente aquel lugar con la guerra humana.

Con decadencia.

Con muerte constante.

Con supervivencia.

Seraphiel volvió a hablar:

—Astaroth tenía demasiados enemigos. Su muerte seguramente ya está generando movimientos internos entre demonios mayores.

Caelene cruzó las manos detrás de la espalda nuevamente.

—Entendido.

—Quiero discreción absoluta —añadió Seraphiel—. Nadie fuera de esta oficina debe saber exactamente qué están buscando.

Miller finalmente colocó la cadena alrededor de su cuello.

El símbolo brilló débilmente.

Y casi de inmediato sintió algo extraño.

Como si su presencia espiritual hubiese sido cubierta parcialmente por una capa invisible.

Parpadeó apenas.

—Se siente raro...

Caelene hizo lo mismo con naturalidad.

—Te acostumbrarás.

Seraphiel observó ambos sellos activarse antes de continuar:

—No provoquen conflictos innecesarios.

Sus ojos se endurecieron ligeramente.

—Y si encuentran algo relacionado directamente con Finisterra... quiero que me lo traigan inmediatamente.

Caelene asintió.

—Sí, Seraphiel.

Miller hizo lo mismo.

—Entendido.

La oficina quedó en silencio unos segundos más.

El peso de la misión comenzaba a asentarse lentamente sobre ambos.

Porque ahora ya no era un simple entrenamiento.

No era una prueba interna del cielo.

Era el Infierno.

Y eso cambiaba completamente las reglas.

Seraphiel observó especialmente a Miller una última vez.

Todavía podía notar la tensión constante detrás de sus ojos.

La forma en que sus hombros jamás terminaban de relajarse realmente.

El hombre seguía viviendo como un soldado incluso después de muerto.

Y honestamente...

eso podía ser tanto una ventaja como un peligro.

Finalmente Seraphiel habló por última vez.

—Prepárense bien.

Su voz bajó apenas.

—Porque tengo el presentimiento de que esto será mucho más grande de lo que parece.

Ni Caelene ni Miller respondieron inmediatamente.

Porque ambos sintieron que la serafín estaba hablando completamente en serio.

Caelene fue la primera en inclinar ligeramente la cabeza.

—Nos retiramos entonces.

—Sí —respondió Seraphiel.

Miller imitó el gesto un segundo después.

—Buenas noches, señora.

Seraphiel simplemente asintió.

Y ambos comenzaron a caminar hacia la salida de la oficina.

Las puertas se cerraron lentamente detrás de ellos.

Dejando nuevamente a Seraphiel sola entre documentos sellados, registros prohibidos y un silencio que ya no resultaba tranquilo.

Porque algo estaba comenzando a moverse entre el cielo y el Infierno.

Y Seraphiel podía sentirlo perfectamente.

CAP 103

La Promesa Bajo las Estrellas

La conversación con Seraphiel había terminado, pero el peso de aquella misión seguía presente incluso después de abandonar la oficina.

Los enormes portones de la sala administrativa se cerraron lentamente detrás de ambos con un sonido grave que resonó por el pasillo de mármol blanco.

Y por unos segundos ninguno habló.

Caelene avanzaba al frente con la misma postura recta de siempre, firme, elegante, completamente acostumbrada a la disciplina celestial. Sus pasos resonaban suavemente sobre el suelo pulido mientras las luces doradas de los vitrales iluminaban fragmentos de su armadura.

Miller caminaba a su lado en silencio.

Pero su mente estaba lejos de tranquila.

El cielo seguía siendo hermoso.

Eso era imposible negarlo.

Las enormes columnas blancas, los jardines suspendidos visibles a través de algunos ventanales, las campanas lejanas y el aire limpio creaban una sensación de calma casi irreal.

Y aun así...

después de escuchar todo lo relacionado con Astaroth, Finisterra y el Infierno, aquel lugar ya no se sentía tan seguro como antes.

Era como si detrás de toda esa serenidad existiera una tensión invisible.

Algo que los altos rangos intentaban mantener oculto.

Miller exhaló lentamente mientras giraban hacia uno de los corredores principales de la catedral celestial.

—No pareció una misión cualquiera... —murmuró finalmente.

Caelene no lo miró de inmediato.

—No lo es.

Su respuesta fue simple.

Demasiado simple.

Eso bastó para confirmar que la situación era incluso peor de lo que Seraphiel había dejado ver.

El corredor se extendía enormemente frente a ellos. Altos vitrales atravesaban las paredes mostrando paisajes celestiales bañados por luz dorada, y enormes estatuas de antiguos serafines vigilaban el trayecto con expresiones eternamente serenas.

Miller observó una de ellas unos segundos.

—Astaroth... —dijo lentamente—. Incluso Seraphiel parecía incómoda hablando de él.

Caelene asintió apenas.

—Porque lo era.

—¿Tan peligroso era?

—Sí.

Hubo un pequeño silencio.

Luego Caelene habló nuevamente.

—Pero lo peor no era su fuerza.

Miller levantó apenas una ceja.

—¿Entonces qué?

Caelene tardó unos segundos en responder.

—Lo que sabía.

Eso hizo que el hombre frunciera ligeramente el ceño.

Porque había algo particularmente incómodo en la manera en que todos hablaban de conocimiento prohibido.

No sonaba como información normal.

Sonaba como algo capaz de destruir estructuras enteras.

Continuaron caminando.

A lo lejos podían escucharse voces suaves de otros ángeles transitando por distintas áreas de la catedral, aunque el ambiente seguía siendo increíblemente silencioso comparado con cualquier lugar humano.

Miller terminó rompiendo nuevamente el silencio.

—¿Cómo es realmente el Infierno?

Caelene desvió apenas la mirada hacia él.

—¿Quieres la respuesta oficial... o la real?

Eso hizo que Miller soltara una pequeña risa seca.

—Supongo que la real.

Caelene permaneció callada unos segundos antes de responder.

—No es como lo describen los relatos humanos.

El hombre la observó con atención.

—¿No hay fuego por todos lados y tortura eterna?

—Depende de dónde estés.

La respuesta fue mucho menos tranquilizadora de lo que esperaba.

Caelene continuó avanzando mientras hablaba con calma.

—El Infierno tiene zonas muy distintas entre sí. Algunas funcionan casi como ciudades normales... dentro de lo que puede considerarse normal allá abajo.

—¿Ciudades?

—Sí. Hay comercio. Jerarquías. Distritos. Territorios controlados por demonios mayores. Algunos lugares incluso tienen cierto orden.

Miller frunció ligeramente el ceño.

Aquello no se parecía en nada a la idea humana tradicional.

Caelene continuó:

—A donde iremos mañana no es precisamente agradable... pero tampoco es el peor lugar que existe.

Sus ojos se endurecieron apenas.

—El verdadero Infierno es el Averno.

Miller notó inmediatamente el cambio en su tono.

Y eso le hizo prestar todavía más atención.

—¿Has estado ahí?

Caelene tardó un poco en responder.

—Una vez.

Solo una palabra.

Pero la manera en que la dijo bastó para dejar claro que no era un recuerdo agradable.

El pasillo quedó en silencio unos momentos más.

Finalmente Miller habló otra vez.

—¿Cómo es?

Caelene disminuyó apenas la velocidad de sus pasos.

Como si incluso recordarlo le resultara incómodo.

—Es... difícil de describir correctamente.

Su mirada se perdió unos segundos hacia los vitrales del corredor.

—El Averno no se siente como un reino.

—¿Entonces qué es?

—Se siente como una herida.

Aquello hizo que Miller guardara silencio.

Caelene continuó hablando lentamente.

—Todo allá abajo transmite sufrimiento constante. No hay calma. No hay descanso. El aire mismo se siente pesado.

Su voz seguía siendo firme.

Pero ahora había algo distinto detrás de ella.

Algo mucho más humano.

—Hay montañas enteras cubiertas de azufre... ríos oscuros donde flotan restos de almas deformadas... estructuras antiguas que parecen hechas con piedra quemada y huesos.

Miller sintió un escalofrío involuntario.

Caelene siguió hablando.

—El olor es probablemente lo peor.

—¿El olor?

Ella asintió.

—Muerte. Putrefacción. Sangre vieja. Ceniza. Todo mezclado constantemente.

El hombre tragó saliva en silencio.

—Y las almas...

Caelene hizo una pequeña pausa.

—Las almas allá abajo ya casi no parecen humanas.

El ambiente alrededor de ambos parecía haberse vuelto más frío a pesar de seguir dentro del cielo.

—¿Qué les pasa?

—El odio las consume con el tiempo.

Miller permaneció escuchando atentamente.

—Algunas terminan deformándose. Otras pierden completamente la razón. Hay entidades allá abajo que llevan tanto tiempo sufriendo que ya ni siquiera recuerdan quiénes fueron.

La expresión de Caelene se endureció ligeramente.

—Y los demonios del Averno...

Por primera vez desde que comenzó la conversación, pareció verdaderamente incómoda.

—Son difíciles de distinguir de las propias almas condenadas.

Miller frunció el ceño.

—¿Tan malos son?

Caelene lo miró directamente.

—Allá terminan los humanos realmente irredimibles.

El silencio cayó entre ambos.

—Asesinos masivos. Torturadores. Personas que disfrutaban destruir a otros. Gente que cruzó límites que ni siquiera muchos demonios cruzarían.

Miller permaneció callado.

Porque incluso después de haber vivido la guerra humana... aquello sonaba peor.

Mucho peor.

Caelene exhaló lentamente.

—Créeme... el lugar al que iremos mañana es un paraíso comparado con el Averno.

Eso hizo que Miller sintiera una presión incómoda en el pecho.

No por miedo exactamente.

Pero sí por la sensación de estar entrando a un mundo muchísimo más oscuro de lo que imaginaba.

Continuaron caminando varios segundos en silencio.

Hasta que finalmente Miller volvió a hablar.

—¿Y quién gobierna un lugar así?

Caelene tardó un poco en responder.

—No es exactamente una gobernante.

—¿Entonces qué es?

Sus ojos se endurecieron apenas.

—Vigila.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—¿Vigila?

—Observa las almas. Mantiene el Averno contenido. Como una carcelera eterna cuidando algo que jamás debe escapar.

La manera en que lo dijo provocó un extraño escalofrío en el ambiente.

Y entonces Caelene pronunció finalmente el nombre.

—Lilith.

Miller repitió el nombre lentamente.

Confundido.

—¿Lilith...?

Caelene asintió.

—Sí.

—¿Quién es ella exactamente?

Hubo un pequeño silencio.

Como si incluso responder eso requiriera cuidado.

Finalmente Caelene habló.

—Lilith fue la primera mujer.

Miller parpadeó.

—¿La primera mujer?

—La verdadera primera mujer.

Eso hizo que el hombre frunciera el ceño inmediatamente.

—Espera... ¿y Eva?

Caelene lo miró de reojo mientras seguían avanzando.

—Eva vino después.

La confusión en la expresión de Miller se hizo todavía más evidente.

—Pero siempre dijeron que Eva fue la primera.

—Eso es lo que la mayoría de humanos conoce.

Caelene desvió la mirada hacia el frente.

—Eva fue creada de la costilla de Adam.

Miller guardó silencio escuchando.

—Pero antes de eso... Lilith ya existía.

El ambiente pareció volverse todavía más pesado.

—Fue creada del mismo barro que Adam. Igual a él.

Miller permaneció completamente atento.

Caelene continuó:

—Y precisamente por eso nunca aceptó obedecerlo.

Aquello sorprendió al hombre.

—¿Qué pasó entonces?

—Discutieron constantemente. Adam exigía obediencia. Lilith se negaba.

La voz de Caelene seguía tranquila.

Pero había cierta incomodidad detrás de la historia.

—Ella no aceptaba ser inferior. No aceptaba someterse.

Miller bajó ligeramente la mirada mientras escuchaba.

Y honestamente...

podía entenderlo.

Caelene continuó:

—Con el tiempo abandonó el Edén.

—¿Por voluntad propia?

—Sí.

Eso pareció sorprenderlo todavía más.

—¿Y cayó al Infierno?

—Al Averno.

La corrección fue inmediata.

—Mucho antes de que el Infierno tuviera la estructura actual.

Miller permaneció en silencio procesando todo aquello.

—Nunca escuché esa parte de la historia...

Caelene soltó una pequeña exhalación.

—Porque no se le cuenta a la mayoría de humanos.

Sus pasos resonaron nuevamente por el enorme corredor celestial.

—Son muy pocas doctrinas humanas las que conservan fragmentos reales sobre Lilith.

Miller observó el suelo unos segundos.

Pensando.

Porque mientras más aprendía sobre el cielo y el Infierno...

más empezaba a entender que la humanidad solo conocía versiones incompletas de todo.

Y eso honestamente comenzaba a inquietarlo bastante.

Los pasillos de la catedral celestial continuaban envueltos en aquel silencio solemne que parecía existir únicamente en el cielo.

No era un silencio incómodo.

Era profundo.

Antiguo.

Como si cada pared blanca, cada vitral iluminado y cada columna gigantesca estuvieran cargados de siglos de calma absoluta.

Las pisadas de Caelene y Miller resonaban suavemente mientras avanzaban por uno de los corredores superiores después de haber salido de la oficina de Seraphiel.

La tensión de la misión todavía seguía presente.

Especialmente después de todo lo que habían escuchado.

Astaroth muerto.

Finisterra moviéndose otra vez.

Y el Infierno preparándose para reaccionar ante ello.

Miller caminaba en silencio, aunque claramente su mente seguía procesando demasiadas cosas al mismo tiempo.

La información sobre Lilith todavía seguía dándole vueltas en la cabeza.

Porque una parte de él no terminaba de comprender cómo algo tan importante jamás había sido mencionado en prácticamente ninguna enseñanza humana que recordara.

Finalmente habló mientras observaba los vitrales del corredor.

—Entonces... ¿de verdad existe alguien vigilando el Averno desde hace tanto tiempo?

Caelene caminó unos segundos antes de responder.

—Sí.

Su voz sonó tranquila.

Pero había algo pesado detrás de aquella respuesta.

Como si incluso mencionar el lugar bastara para traer recuerdos desagradables.

—Y eso es precisamente lo que vuelve al Averno tan distinto del resto del Infierno.

Miller giró ligeramente la mirada hacia ella.

Caelene continuó caminando mientras hablaba.

—Los demás anillos infernales tienen estructuras sociales. Gobiernos. Jerarquías. Demonios que buscan poder, territorio o influencia.

Sus ojos permanecieron al frente.

—Pero el Averno no funciona así.

El ambiente pareció volverse ligeramente más frío mientras avanzaban.

—Allí no existe ambición. No existe política. No existe estabilidad.

Miller escuchaba atentamente.

—Solo castigo.

Aquella palabra quedó flotando en el aire varios segundos.

Caelene exhaló despacio antes de continuar.

—Es un lugar donde las almas terminan consumiéndose lentamente a sí mismas.

Miller frunció un poco el ceño.

—¿El cielo realmente permite algo así?

La pregunta hizo que Caelene guardara silencio unos instantes.

Porque no era una pregunta sencilla.

Y probablemente tampoco tenía una respuesta sencilla.

—No todo lo relacionado con ambos planos funciona bajo conceptos humanos de justicia —respondió finalmente.

Miller bajó ligeramente la mirada.

Aquello era algo que había comenzado a notar desde que llegó al cielo.

Los humanos crecían creyendo que todo estaba dividido entre bien y mal de manera simple.

Pero la realidad era muchísimo más compleja.

Muchísimo más gris.

Caelene continuó:

—Hay almas que simplemente dejan de ser capaces de coexistir con otros seres.

Su voz sonó más seria.

—Almas consumidas completamente por odio, crueldad o destrucción.

Miller permaneció en silencio.

—El Averno existe para contenerlas.

Las palabras resonaron con un peso incómodo.

Porque "contener" sonaba menos a castigo divino...

y más a prisión eterna.

Caelene continuó caminando mientras las luces doradas del corredor se reflejaban tenuemente sobre su armadura.

—Muchos creen que Lilith gobierna el Averno.

Miller levantó apenas la vista.

—¿Y no es así?

Caelene negó lentamente con la cabeza.

—No exactamente.

Hubo un pequeño silencio antes de que añadiera:

—Gobernar implicaría controlar.

Sus ojos permanecieron fijos al frente.

—Y nadie controla realmente el Averno.

Aquello hizo que Miller sintiera un leve escalofrío.

Caelene continuó:

—Lilith observa. Vigila. Mantiene el equilibrio para que ese lugar no termine derramándose hacia otros planos.

Miller tardó unos segundos en responder.

—Eso suena peor.

—Lo es.

La sinceridad de Caelene fue inmediata.

Y eso solo hizo que el ambiente se sintiera más pesado.

Durante unos momentos ambos continuaron avanzando en silencio.

Hasta que Caelene habló otra vez.

—Incluso existen rumores sobre ella.

Miller levantó ligeramente la mirada.

—¿Qué clase de rumores?

Caelene tardó un poco en responder.

Como si estuviera evaluando si realmente debía mencionarlo.

Finalmente habló.

—Algunos dicen que estuvo junto a Lucifer después de abandonar el Edén.

Miller parpadeó.

—¿Lucifer?

—Sí.

Caelene mantuvo el tono calmado.

—Pero nada de eso ha podido confirmarse realmente.

Sus ojos se endurecieron apenas.

—La historia más antigua está llena de fragmentos incompletos.

Miller soltó una pequeña exhalación.

—Esto es demasiado para procesarlo en una sola noche...

Caelene dejó escapar una sonrisa apenas visible.

Muy pequeña.

Pero real.

—Lo sé.

Miller negó suavemente con la cabeza mientras seguían avanzando.

—Primero me entero de que el Infierno no es como lo pintaban los humanos...

Miró hacia adelante.

—Ahora resulta que la primera mujer terminó convirtiéndose en la vigilante del peor lugar imaginable.

Caelene observó de reojo su expresión.

—¿Te asusté?

Miller reaccionó casi de inmediato.

—No.

Aunque la respuesta salió más rápida de lo normal.

Eso hizo que Caelene levantara apenas una ceja.

Miller suspiró finalmente.

—Bueno... tal vez un poco.

Eso consiguió que ella soltara una pequeña exhalación divertida por la nariz.

Muy leve.

—Es normal.

Miller pasó una mano por su nuca.

—No es miedo exactamente.

Sus ojos bajaron ligeramente.

—Solo... necesito procesarlo.

Caelene asintió despacio.

Y honestamente podía entenderlo.

Miller había sido humano no hacía demasiado tiempo.

Todavía estaba adaptándose a comprender cosas que desafiaban por completo todo lo que había creído durante su vida.

Y el cielo no ayudaba mucho a facilitar esas respuestas.

La mayoría de las verdades importantes parecían ocultas bajo capas y capas de silencio institucional.

Mientras avanzaban por otro corredor más amplio, Miller notó algo a la distancia.

Una pequeña figura inmóvil junto a uno de los enormes ventanales de la catedral.

La niña permanecía quieta observando la oscuridad del exterior.

Porque aunque el cielo estuviera lleno de luz...

más allá de ciertos límites todavía existía una inmensa profundidad oscura entre planos.

La figura no se movía.

Ni siquiera parecía notar el paso de otros ángeles alrededor.

Miller disminuyó ligeramente el paso.

—¿Quién es ella?

Caelene dirigió la mirada hacia el ventanal.

Y su expresión cambió apenas.

No tensión.

No preocupación.

Algo más cercano a cautela.

—Según lo que sé... se llama Luci.

Miller observó nuevamente a la niña.

Era pequeña.

Quizás aparentaba unos diez años humanos.

Cabello claro.

Vestido blanco sencillo.

Y una expresión extrañamente distante para alguien de su edad.

Caelene volvió a hablar:

—Siempre viene a este mismo lugar a estas horas.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—¿Todos los días?

—Casi todos.

El hombre volvió a mirar a la niña.

Ella seguía completamente inmóvil frente al cristal gigantesco.

Como si estuviera esperando algo.

O buscando algo en la oscuridad.

Miller inclinó apenas la cabeza.

—¿Y nadie habla con ella?

Caelene respondió después de unos segundos.

—No mucho.

—¿Por qué?

Caelene cruzó suavemente los brazos.

—Porque Luci... es extraña.

Miller soltó una pequeña exhalación.

—Eso no explica nada.

—Lo sé.

Caelene volvió a mirar hacia la niña.

—Pero tampoco sé mucho más.

Su voz bajó apenas.

—Solo sé que apareció hace bastante tiempo... y que Seraphiel permitió que permaneciera aquí.

Aquello hizo que Miller levantara ligeramente una ceja.

Porque si Seraphiel había tomado personalmente esa decisión...

entonces claramente había algo importante detrás de aquella niña.

Miller observó nuevamente el ventanal.

La pequeña seguía sin moverse.

Sin hablar.

Sin reaccionar al entorno.

Aquello le produjo una sensación extraña.

Familiar.

Demasiado familiar.

Porque conocía perfectamente esa clase de mirada.

La había visto antes.

En soldados.

En sobrevivientes.

En personas que llevaban demasiado tiempo sintiéndose solas.

Miller empezó a caminar lentamente hacia ella.

Caelene inmediatamente habló:

—No deberías molestarla.

Pero él ya se había acercado unos pasos más.

—Solo quiero hablarle.

—Miller.

Él giró apenas la cabeza.

—¿Qué?

Caelene dudó unos segundos antes de responder.

—No le gusta mucho la gente.

Miller observó nuevamente a la niña.

—Entonces probablemente nos llevemos bien.

Eso hizo que Caelene soltara una pequeña exhalación resignada.

Porque ya podía notar perfectamente que él no iba a detenerse.

Miller continuó acercándose lentamente mientras el enorme ventanal celestial iluminaba parcialmente el corredor.

La niña seguía mirando hacia la oscuridad exterior.

Inmóvil.

Como si el resto del mundo no existiera alrededor de ella.

Y aun así...

cuando Miller quedó a pocos metros...

ella habló sin siquiera girarse.

—Escucho tu armadura desde hace rato.

La voz tomó a Miller ligeramente por sorpresa.

No sonaba infantil.

Sonaba cansada.

Profundamente cansada.

Y eso consiguió que el hombre se detuviera por un instante frente al enorme ventanal celestial.

Miller permaneció quieto junto al enorme ventanal celestial mientras observaba el reflejo de las estrellas sobre el cristal.

La oscuridad del exterior era inmensa.

Profunda.

Y aun así, desde aquel punto de la catedral, las estrellas parecían más brillantes que en cualquier otro lugar.

Tal vez porque el cielo estaba construido precisamente para eso.

Para recordar calma.

Esperanza.

Paz.

Aunque a veces ni siquiera esos conceptos fueran suficientes para aliviar ciertas heridas.

La pequeña seguía mirando hacia afuera sin apartar la vista.

Miller terminó colocándose lentamente a su lado.

No demasiado cerca.

Solo lo suficiente para acompañarla.

Durante unos segundos ninguno habló.

Y honestamente... el silencio no resultó incómodo.

Entonces Miller observó el exterior y habló con calma.

—La noche está hermosa hoy.

La niña respondió casi de inmediato.

Con una naturalidad tan inocente que por un momento hizo olvidar completamente el peso de la conversación anterior.

—Sí.

Sus ojos seguían fijos en las estrellas.

—Las estrellas se ven muy bonitas esta noche.

La voz de Luci era suave.

Pequeña.

Pero había algo extraño en ella.

Algo que Miller no lograba identificar del todo.

No era tristeza exactamente.

Era más parecido a soledad.

Una soledad tan antigua que ya parecía haberse convertido en parte natural de ella.

Miller apoyó ligeramente los brazos sobre el borde del ventanal mientras observaba el cielo.

—Caelene me dijo que te llamas Luci.

La niña finalmente giró apenas la cabeza hacia él.

Y asintió suavemente.

—Sí.

Su cabello claro cayó un poco sobre uno de sus hombros.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Miller.

Luci repitió el nombre bajito.

—Miller...

Como si intentara memorizarlo.

Luego volvió a mirar las estrellas.

Miller permaneció unos segundos en silencio antes de hablar otra vez.

—He notado que vienes aquí todas las noches.

La niña asintió otra vez.

—Siempre.

—¿Hay alguna razón?

Aquella pregunta hizo que Luci tardara un poco más en responder.

No porque dudara.

Sino porque parecía estar pensando la mejor manera de decirlo.

Finalmente habló con total inocencia.

—Estoy esperando a mi papi.

Las palabras golpearon a Miller más fuerte de lo que esperaba.

No por lo que dijo.

Sino por la manera en que lo dijo.

Porque no había tristeza en su voz.

Ni resentimiento.

Solo esperanza.

Una esperanza intacta.

Como la de una niña que todavía cree completamente en una promesa.

Miller tragó saliva lentamente.

—¿Lo estás esperando?

Luci asintió mientras seguía observando las estrellas.

—Él me prometió que volvería a estar conmigo.

Aquello hizo que algo se tensara dentro del pecho de Miller.

Porque conocía esa clase de promesas.

Las había escuchado demasiadas veces durante su vida humana.

Promesas hechas deprisa.

En hospitales.

En guerras.

En momentos desesperados donde la gente necesitaba creer que todo iba a salir bien aunque supieran que probablemente no sería así.

Miller mantuvo la voz calmada.

Cuidadosa.

—¿Y cuánto tiempo llevas esperándolo?

La niña respondió con total naturalidad.

—Desde 1996.

El hombre sintió que algo dentro de él se detenía un instante.

Giró lentamente la mirada hacia ella.

Pero Luci seguía viendo las estrellas.

Como si hablara de algo completamente normal.

—Ese fue el año en que morí.

Las palabras fueron suaves.

Demasiado suaves.

Y eso las hizo todavía peores.

Miller sintió una presión incómoda subiéndole lentamente por el pecho.

Pero no interrumpió.

Luci continuó hablando mientras balanceaba ligeramente los pies en el borde inferior del ventanal.

—Iba con mi mami.

Su voz seguía siendo inocente.

Como si estuviera contando un recuerdo cualquiera.

—Y entonces un hombre sacó un cuchillo.

Miller sintió frío.

Un frío inmediato.

Brutal.

Luci bajó apenas la mirada.

—Después sentí mucho dolor...

Hubo un pequeño silencio.

—Y luego cerré los ojos.

La niña volvió a mirar las estrellas.

—Y desperté aquí.

El aire pareció desaparecer lentamente alrededor de Miller.

Porque ya no necesitaba más detalles.

Entendió perfectamente lo que había ocurrido.

Aquella niña no había enfermado.

No había muerto por accidente.

La habían asesinado.

Y por la manera en que hablaba...

había sido algo rápido.

Violento.

Cruel.

Miller sintió una punzada brutal atravesándole el pecho.

Tan fuerte que tuvo que apartar apenas la mirada hacia el exterior para controlar la expresión de su rostro.

Porque de pronto ya no estaba viendo solamente a Luci.

Estaba recordando demasiadas cosas.

Demasiados cuerpos.

Demasiados civiles.

Demasiados niños atrapados en lugares equivocados mientras adultos monstruosos destruían vidas sin siquiera pestañear.

La guerra le había enseñado que la crueldad humana no tenía límites.

Pero escuchar aquello en voz de una niña...

con esa calma...

con esa inocencia...

hacía que resultara muchísimo peor.

Miller respiró despacio intentando mantener la compostura.

No quería asustarla.

No quería hacerla sentir incómoda.

Así que habló cuidadosamente.

—¿Dónde sentiste el dolor...?

Luci finalmente giró un poco hacia él.

Y entonces levantó lentamente una pequeña mano.

Miller esperaba que señalara una herida.

Una.

Tal vez dos.

Pero la niña señaló tres lugares distintos en su pecho.

Uno.

Dos.

Tres.

El mundo pareció quedarse completamente silencioso.

Miller sintió que algo se rompía dentro de él.

Porque entendió inmediatamente lo que significaba.

No había sido un ataque impulsivo.

No había sido accidental.

Aquella niña había sido apuñalada múltiples veces.

Y de pronto el peso emocional de la escena cayó sobre él como una avalancha imposible de detener.

La brutalidad detrás de aquello no tenía nombre.

No existía justificación posible.

No existía explicación suficiente para algo así.

Una niña.

Una niña pequeña.

Miller sintió los ojos arderle casi al instante.

Y antes de poder evitarlo...

una lágrima descendió lentamente por su mejilla.

A unos metros detrás de ellos, Caelene observaba la escena en absoluto silencio.

Y aunque intentaba mantener la compostura...

también sentía los ojos húmedos.

Porque ella ya conocía la historia de Luci.

Pero escucharla otra vez nunca resultaba fácil.

Jamás.

Especialmente viniendo de alguien que todavía hablaba de ello sin comprender completamente la monstruosidad de lo que le habían hecho.

Luci finalmente notó que Miller había bajado la mirada.

Y ladeó apenas la cabeza.

—¿Estás triste?

La pregunta salió con una ternura tan genuina que terminó destruyendo todavía más cualquier resistencia emocional que quedaba dentro de él.

Miller rápidamente se limpió la lágrima con el dorso de la mano.

Intentando recomponerse.

—No, yo...

Pero Luci ya estaba metiendo una mano dentro de uno de los pequeños bolsillos de su vestido blanco.

—Si quieres te puedo prestar mi pañuelo.

La niña sacó cuidadosamente un pequeño pañuelo doblado.

Perfectamente limpio.

Como si lo cuidara muchísimo.

Y se lo extendió con total inocencia.

Ese gesto terminó de romper completamente el corazón de Miller.

Porque incluso después de todo lo que había sufrido...

seguía preocupándose por otros.

Seguía siendo amable.

Seguía siendo una niña.

Miller soltó una pequeña exhalación temblorosa antes de sonreír apenas.

Una sonrisa triste.

Muy triste.

—Estoy bien.

Su voz salió ligeramente quebrada.

—Solo... me entró algo en el ojo.

Luci pareció observarlo unos segundos más.

Como si intentara decidir si le creía o no.

Pero finalmente bajó lentamente el pañuelo.

—Ah...

Miller volvió a mirar las estrellas intentando recuperar la compostura.

Pero honestamente...

sentía el pecho destruido.

Porque la guerra le había enseñado a soportar cadáveres.

Dolor.

Sangre.

Había aprendido a sobrevivir rodeado de horror humano.

Pero aquello era diferente.

Porque Luci no parecía una víctima.

Parecía simplemente una niña esperando a su padre.

Y quizás eso era precisamente lo más cruel de todo.

Que incluso después de morir...

seguía esperando una promesa que probablemente jamás iba a cumplirse.

Miller respiró hondo lentamente.

Luego habló con suavidad.

—Tengo que irme, Luci.

La niña asintió despacito.

Sin molestarse.

Sin reclamar nada.

Solo volvió a mirar las estrellas.

—Está bien.

Entonces levantó apenas una pequeña sonrisa.

—Gracias por hablar conmigo.

Miller sintió otra punzada en el pecho.

Pero consiguió responder.

—Gracias a ti.

Luci volvió a apoyar las manos sobre el borde del ventanal.

—Que disfrutes la vista antes de irte.

Miller observó unos segundos más las estrellas.

Y luego respondió en voz baja:

—Sí...

Su garganta volvió a tensarse.

—Lo haré.

El hombre dio un paso hacia atrás.

Luego otro.

Y finalmente comenzó a caminar de regreso hacia Caelene.

Ella lo observó acercarse.

Y apenas estuvo lo suficientemente cerca, Miller habló en voz baja.

Muy baja.

Como si todavía estuviera intentando mantener el control emocional.

—Vámonos.

Caelene asintió despacio.

Sin decir nada más.

Porque honestamente...

no había nada que pudiera decir en ese momento que realmente ayudara.

El camino hacia los dormitorios transcurrió en silencio.

No un silencio incómodo.

Ni tenso.

Era uno de esos silencios pesados que aparecen cuando una conversación deja marcas demasiado profundas como para seguir hablando inmediatamente después.

Las enormes puertas blancas de la zona residencial de la catedral se abrieron lentamente frente a ellos mientras avanzaban por los corredores iluminados por lámparas celestiales de luz cálida.

A esas horas de la noche, gran parte del lugar permanecía tranquilo.

Algunos ángeles cruzaban ocasionalmente los pasillos.

Otros conversaban en voz baja cerca de balcones abiertos.

Y unos pocos elegidos descansaban sentados junto a las enormes ventanas que daban hacia la inmensidad estrellada del cielo.

Pero Miller apenas notaba el entorno.

Su mente seguía atrapada frente a aquel ventanal.

Frente a la voz inocente de Luci.

"Estoy esperando a mi papi."

Las palabras no dejaban de repetirse dentro de su cabeza.

Y mientras más lo pensaba...

peor se sentía.

Caelene caminaba a su lado observándolo de reojo de vez en cuando.

Podía notar perfectamente el estado emocional en el que había quedado.

Porque aunque Miller intentaba mantener la compostura...

sus hombros seguían tensos.

Y había una tristeza evidente detrás de su mirada.

Finalmente llegaron a la habitación asignada para ambos.

Era amplia.

Mucho más sobria de lo que cualquiera imaginaría del cielo.

Dos camas individuales.

Un enorme ventanal lateral.

Armarios blancos empotrados en la pared.

Una pequeña mesa central.

Y símbolos celestiales grabados sutilmente sobre las columnas del techo.

No había lujo innecesario.

Solo tranquilidad.

Caelene fue la primera en entrar.

Dejó la espada sobre una mesa cercana y comenzó a quitarse lentamente algunas piezas ligeras de la armadura.

El sonido metálico rompió suavemente el silencio del cuarto.

Miller cerró la puerta detrás de ellos.

Y por primera vez desde que dejaron a Luci... habló.

—Eso fue duro.

Su voz salió baja.

Cansada.

Caelene dejó una de las protecciones sobre la cama antes de responder.

—Sí.

Hubo un pequeño silencio.

Luego ella continuó mientras se soltaba lentamente los guantes.

—Nunca importa cuántos siglos pasen.

Sus ojos bajaron apenas.

—Historias como esa jamás dejan de doler.

Miller permaneció quieto unos segundos.

Luego pasó lentamente una mano por su rostro.

—No entiendo cómo alguien puede llegar a hacer algo así.

La frustración detrás de su voz era evidente.

Real.

—Era una niña.

Caelene soltó una pequeña exhalación cansada.

—La maldad humana puede llegar a extremos imposibles de comprender.

Miller negó lentamente con la cabeza.

—Tres heridas...

Aquello volvió a golpearlo emocionalmente.

Porque no podía sacarse esa imagen de la cabeza.

La pequeña mano de Luci señalando tranquilamente los lugares donde había sentido dolor.

Como si hablara de algo normal.

Como si no entendiera realmente el horror detrás de aquello.

Miller bajó la mirada.

—Ningún niño debería morir así.

Caelene terminó de dejar las piezas de armadura restantes sobre la cama antes de sentarse lentamente en el borde.

Su expresión también lucía cansada ahora.

Más humana.

Menos rígida que de costumbre.

—El cielo recibe muchas almas inocentes.

Su voz se volvió más baja.

—Demasiadas.

Miller levantó apenas la vista hacia ella.

Y entonces preguntó algo que llevaba dándole vueltas desde el ventanal.

—¿Crees que su padre vuelva algún día?

Caelene tardó un poco en responder.

Porque sabía perfectamente que aquella no era una pregunta sencilla.

Finalmente habló con honestidad.

—Hay dos posibilidades.

Miller frunció ligeramente el ceño.

Caelene apoyó los brazos sobre sus piernas mientras miraba el suelo.

—La primera... es que todavía siga vivo.

Aquello hizo que Miller guardara silencio.

—Los humanos pueden vivir bastante tiempo dependiendo de la época, los avances médicos y las circunstancias.

Sus ojos permanecieron bajos.

—Tal vez simplemente nunca murió todavía.

Miller asintió despacio.

Quería creer eso.

Realmente quería.

Pero Caelene continuó antes de que pudiera aferrarse demasiado a esa idea.

—La segunda posibilidad...

Su voz bajó un poco más.

—Es que haya caído al Infierno.

El ambiente pareció volverse más pesado.

Miller levantó lentamente la mirada hacia ella.

Caelene sostuvo la expresión seria.

—Y si ocurrió eso...

Hubo un pequeño silencio.

—Entonces esa niña probablemente esté esperando en vano.

Las palabras golpearon a Miller de inmediato.

—No digas eso.

La respuesta salió más brusca de lo que pretendía.

Caelene levantó apenas la vista hacia él.

Miller respiró hondo intentando controlar el tono.

—No podemos destruirle la ilusión a una niña.

Su voz volvió a bajar.

Muchísimo más emocional ahora.

—Es lo único que tiene.

La habitación quedó en silencio unos segundos.

Caelene lo observó en calma.

Y honestamente...

podía entender perfectamente por qué aquello le afectaba tanto.

Miller había pasado gran parte de su vida rodeado de muerte humana.

Había visto demasiadas tragedias.

Pero precisamente por eso ciertas heridas seguían impactándole más fuerte que a otros.

Porque entendía demasiado bien lo cruel que podía ser el mundo.

Caelene finalmente soltó una pequeña exhalación.

—Está bien.

Su tono se suavizó ligeramente.

—No diré nada.

Miller bajó apenas la mirada.

Y aunque agradecía la respuesta...

el vacío incómodo dentro de su pecho seguía allí.

Porque una parte de él sabía que Caelene tenía razón.

Existía la posibilidad real de que aquel hombre jamás volviera.

Y pensar en Luci esperando eternamente frente a ese ventanal...

resultaba devastador.

Caelene se levantó lentamente de la cama.

—Voy a quitarme esto.

Movió ligeramente una de las piezas de armadura.

—Estoy agotada y quiero dormir.

Miller asintió despacio.

—Sí... claro.

Caelene caminó hacia el baño privado de la habitación mientras recogía ropa más cómoda del armario.

Antes de entrar, se detuvo un segundo.

—Intenta descansar un poco.

Miller soltó una pequeña risa seca.

Sin humor real.

—Lo intentaré.

Ella lo observó un instante más.

Como si quisiera decir algo adicional.

Pero finalmente simplemente entró al baño y cerró la puerta.

La habitación volvió a quedar en silencio.

Miller permaneció quieto junto al ventanal varios segundos.

Mirando las estrellas.

Y por primera vez desde que llegó al cielo...

aquella vista no consiguió transmitirle tranquilidad.

Porque ahora cada estrella le recordaba a Luci esperando.

Esperando desde 1996.

Décadas enteras observando el mismo cielo.

Confiando en una promesa.

Miller apoyó lentamente ambas manos sobre el borde del escritorio cercano y bajó la cabeza.

Intentando ordenar sus pensamientos.

Pero era imposible.

Porque mientras más pensaba en ello...

más rabia sentía.

Rabia contra el hombre que asesinó a esa niña.

Rabia contra un mundo donde algo así podía ocurrir.

Y rabia contra la posibilidad de que su espera jamás terminara.

El sonido de la puerta del baño abriéndose lo sacó lentamente de sus pensamientos.

Caelene salió ya sin armadura.

Llevaba ropa mucho más cómoda y ligera, completamente distinta a la imagen militar que normalmente proyectaba.

Y honestamente...

se veía agotada.

El cansancio ya era evidente en su postura.

En la forma en que caminaba.

En la tensión más relajada de su rostro.

Miller también ya se había cambiado parcialmente para dormir.

Caelene se dejó caer suavemente sobre la cama soltando una pequeña exhalación cansada.

—No siento las piernas.

Eso consiguió sacar una pequeña sonrisa cansada de Miller.

—Eso pasa cuando entrenas como una maniática.

Caelene cerró los ojos unos segundos.

—Eso pasa cuando Seraphiel decide asignarte diez horas seguidas de entrenamiento táctico.

Miller soltó una pequeña risa nasal.

Muy leve.

Pero al menos real.

Caelene acomodó la almohada detrás de su cabeza.

—Mañana será peor.

—Definitivamente.

La habitación volvió a quedarse tranquila.

Aunque ahora el ambiente era más relajado.

Más íntimo.

Como si por unos momentos ambos hubieran dejado de ser soldados celestiales para simplemente convertirse en dos personas agotadas después de un día emocionalmente pesado.

Caelene se acomodó mejor entre las sábanas.

—Estoy agotada.

Giró apenas la cabeza hacia él.

—Voy a dormir.

Miller asintió lentamente mientras se acercaba a su propia cama.

—Yo también debería hacerlo.

Caelene cerró los ojos unos segundos.

Pero volvió a abrirlos apenas.

—Miller.

Él levantó ligeramente la vista.

—¿Sí?

Ella dudó un instante antes de hablar.

—No cargues con todo tú solo.

Aquello tomó a Miller un poco por sorpresa.

Caelene desvió apenas la mirada.

—Lo haces demasiado.

Él permaneció en silencio unos segundos.

Porque honestamente...

no sabía cómo responder a eso.

Finalmente soltó una pequeña exhalación.

—Buenas noches, Caelene.

Ella sonrió apenas.

Muy levemente.

—Buenas noches, Miller.

Él apagó la luz de la habitación.

Y la oscuridad suave del cielo cubrió lentamente el dormitorio.

Durante varios minutos solo se escuchó el leve sonido distante de las campanas celestiales.

Y la respiración tranquila de Caelene comenzando poco a poco a volverse más profunda.

Pero Miller no podía dormir.

Permanecía acostado mirando fijamente el techo.

En silencio.

Pensando.

Pensando en Luci.

En el dolor.

En la sangre.

En esa pequeña voz inocente hablando de su muerte como si fuera un recuerdo cualquiera.

Y peor todavía...

pensando en la posibilidad de que aquella espera jamás terminara.

Porque si Caelene tenía razón...

entonces existía una posibilidad horrible.

La posibilidad de que el hombre al que Luci seguía esperando estuviera condenado en el Infierno.

Y si eso era cierto...

entonces aquella niña llevaba décadas aferrándose a una promesa imposible.

Miller cerró lentamente los ojos.

Pero incluso así...

seguía viendo el rostro de Luci mirando las estrellas.

CAP 104

Tras las Huellas de lo Prohibido

La luz del amanecer celestial atravesaba lentamente los enormes vitrales de la catedral.

Rayos dorados descendían sobre los corredores blancos mientras las campanas comenzaban a sonar a la distancia, marcando el inicio de un nuevo ciclo dentro del cielo.

Pero aquella mañana no transmitía calma.

No para Miller.

El hombre permanecía de pie frente al enorme ventanal de la habitación mientras observaba el horizonte luminoso extendiéndose más allá de las estructuras celestiales.

Las alas de algunos ángeles podían verse cruzando a lo lejos.

Todo lucía tranquilo.

Perfecto.

Silencioso.

Y aun así...

él sentía un peso incómodo dentro del pecho.

Porque hoy era el día de la misión.

Hoy descenderían al Infierno.

Y aunque Caelene intentara restarle gravedad...

Miller sabía perfectamente que no estaban yendo a un lugar cualquiera.

Astaroth había muerto.

Información prohibida estaba desapareciendo.

Y algo relacionado con Finisterra comenzaba a moverse otra vez entre ambos planos.

Nada de eso podía terminar bien.

Detrás de él se escuchó el leve sonido metálico de piezas de armadura encajando entre sí.

Caelene terminaba de prepararse frente a su cama.

La armadura blanca y dorada reflejaba tenuemente la luz del amanecer mientras ella ajustaba con movimientos precisos una de las protecciones de los hombros.

Su expresión seguía siendo tranquila.

Disciplinada.

Como siempre.

Pero incluso ella parecía más seria esa mañana.

Porque sabía perfectamente que aquella misión no era una simple recuperación de información.

Había demasiadas cosas moviéndose al mismo tiempo.

Demasiadas coincidencias.

Miller seguía observando el exterior en silencio.

Y aunque ya estaba completamente vestido y preparado...

su mente seguía inquieta.

No podía dejar de pensar en Luci.

En la conversación de la noche anterior.

En aquella pequeña niña esperando frente al ventanal durante décadas enteras.

Y honestamente...

eso había conseguido afectarlo mucho más de lo que quería admitir.

Caelene terminó de ajustar la última pieza de su armadura y levantó apenas la vista hacia él.

—¿Listo?

La voz de ella rompió suavemente el silencio del dormitorio.

Miller tardó unos segundos en responder.

Finalmente apartó la mirada de la ventana.

—Sí...

Pero incluso él mismo notó que la respuesta salió demasiado dudosa.

Caelene lo observó con atención.

Miller soltó una pequeña exhalación antes de admitirlo.

—Aunque honestamente...

Bajó un poco la mirada.

—Tengo miedo de lo que pueda ver allá abajo.

Aquello hizo que el ambiente se volviera ligeramente más silencioso.

Porque Miller no era alguien que admitiera miedo fácilmente.

Y Caelene lo sabía.

Ella permaneció quieta unos segundos antes de caminar lentamente hacia él.

—No temas.

Su voz salió calmada.

Más suave de lo habitual.

—El Infierno no es exactamente como lo muestran los relatos humanos.

Miller soltó una pequeña risa seca.

—Después de todo lo que he aprendido desde que llegué aquí... creo que ya entendí eso.

Caelene se detuvo a pocos pasos de él.

—La mayoría de los humanos imaginan el Infierno como fuego eterno y monstruos persiguiendo almas constantemente.

Sus ojos permanecieron tranquilos.

—Pero la realidad es mucho más compleja.

Miller la observó en silencio.

Caelene continuó:

—Hay ciudades. Sociedades. Jerarquías. Demonios que viven vidas relativamente normales dentro de lo posible.

Miller levantó apenas una ceja.

—"Relativamente normales".

Eso hizo que Caelene dejara escapar una pequeña sonrisa apenas visible.

—Bueno... siguen siendo demonios.

Miller finalmente soltó una pequeña exhalación divertida por la nariz.

Muy leve.

Pero ayudó un poco a aliviar la tensión.

Caelene volvió a hablar:

—A donde iremos no es el Averno.

Su expresión volvió a endurecerse ligeramente.

—Eso ya es una diferencia enorme.

Miller desvió apenas la mirada hacia el ventanal otra vez.

Y aunque sabía que ella intentaba tranquilizarlo...

seguía sintiendo cierta presión dentro del pecho.

Porque el problema no era solamente el lugar.

Era lo desconocido.

La sensación de estar entrando en algo demasiado grande.

Demasiado antiguo.

Caelene pareció notar perfectamente aquello.

Así que decidió cambiar un poco el ambiente.

Caminó hacia uno de los pequeños cajones empotrados junto a su cama y lo abrió lentamente.

Miller levantó apenas la vista hacia ella.

—¿Qué haces?

Caelene no respondió de inmediato.

Rebuscó unos segundos dentro del cajón antes de sacar una pequeña caja rectangular de color blanco.

Luego cerró el cajón y caminó nuevamente hacia él.

—Tengo algo para ti.

Eso tomó a Miller ligeramente por sorpresa.

—¿Para mí?

Caelene asintió suavemente.

—Sí.

Se detuvo frente a él y extendió la pequeña caja.

—Considéralo... un regalo antes de la misión.

Miller la observó unos segundos claramente confundido.

Luego tomó la caja lentamente entre sus manos.

Era ligera.

Y estaba cuidadosamente decorada con pequeños grabados celestiales sobre los bordes.

Miller levantó apenas la mirada hacia ella.

—No tenías que hacer eso.

Caelene cruzó suavemente los brazos.

—Lo sé.

Su voz sonó tranquila.

—Pero quería hacerlo.

Aquello hizo que Miller permaneciera unos segundos más observándola.

Luego abrió lentamente la caja.

Y lo que vio dentro consiguió sorprenderlo por completo.

Era una pulsera metálica plateada.

Delgada.

Elegante.

Con pequeños símbolos celestiales grabados cuidadosamente alrededor del metal.

La luz del amanecer se reflejó sobre ella produciendo un brillo tenue.

Miller la observó confundido.

—¿Qué es esto?

Caelene respondió casi de inmediato.

—Una pulsera celestial.

Sus ojos bajaron apenas hacia el objeto.

—La conseguí hace tiempo.

Miller volvió a mirar la pulsera.

—¿Y por qué dármela a mí?

Caelene tardó unos segundos en responder.

Algo poco habitual en ella.

Finalmente habló con sinceridad.

—Porque me pareció bonita.

Sus ojos volvieron hacia él.

—Y pensé que te quedaría bien.

Aquello consiguió descolocar ligeramente a Miller.

Porque no esperaba algo así.

Mucho menos de alguien como Caelene.

Ella siempre parecía tan enfocada en disciplina, deber y entrenamiento...

que momentos así resultaban extrañamente íntimos.

Miller tomó lentamente la pulsera entre sus dedos.

El metal estaba frío.

Pero transmitía una energía suave.

Calmante.

—Nunca nadie me había regalado algo así.

La voz de Miller salió mucho más baja de lo normal.

Más honesta.

Caelene desvió apenas la mirada.

—Bueno... supongo que ahora sí.

Miller soltó una pequeña sonrisa.

Una real esta vez.

Pequeña.

Pero genuina.

Y honestamente...

hacía bastante tiempo que no sonreía de esa manera.

Con cuidado, comenzó a colocarse la pulsera alrededor de la muñeca.

Pero apenas el metal tocó completamente su piel...

la pulsera reaccionó.

Los símbolos grabados brillaron tenuemente.

Y el metal comenzó a ajustarse lentamente por sí solo hasta quedar perfectamente acomodado alrededor de su muñeca.

Miller abrió apenas más los ojos sorprendido.

—¿Qué demonios...?

Caelene dejó escapar una pequeña sonrisa divertida.

—Son artefactos celestiales.

Miller observó nuevamente la pulsera.

—Eso fue... raro.

—Se adapta automáticamente al portador.

Sus ojos bajaron hacia la muñeca de él.

—Ahora quedó sincronizada contigo.

Miller pasó suavemente los dedos sobre el metal.

Y honestamente...

no recordaba la última vez que alguien había tenido un gesto así con él.

Un gesto genuinamente amable.

Sin obligación.

Sin interés oculto.

Solo porque sí.

Aquello consiguió tocar algo muy profundo dentro de él.

Más de lo que esperaba.

Miller levantó lentamente la mirada hacia Caelene.

—Gracias.

La voz salió completamente sincera.

Y Caelene pudo notarlo de inmediato.

—No tienes que agradecer tanto.

Pero él negó suavemente con la cabeza.

—Sí tengo que hacerlo.

Hubo un pequeño silencio.

Uno extraño.

Más cálido que incómodo.

Y entonces ocurrió.

Antes siquiera de pensarlo demasiado...

Miller dio un paso hacia ella.

Y la abrazó.

El movimiento tomó a Caelene completamente por sorpresa.

Su cuerpo literalmente se paralizó.

Porque no esperaba eso.

No de él.

No así.

Los brazos de Miller rodearon suavemente a Caelene mientras él mantenía los ojos cerrados unos segundos.

Y aunque el abrazo no fue brusco...

sí estaba cargado de significado emocional.

Muchísimo más del que él probablemente sabía expresar con palabras.

Porque aquel simple gesto llevaba dentro demasiadas cosas acumuladas.

Agradecimiento.

Cariño.

Miedo.

Necesidad de sentirse acompañado antes de entrar a un lugar desconocido.

Y quizás también...

la necesidad humana de aferrarse a algo cálido antes de enfrentar otra guerra.

Caelene permaneció completamente quieta los primeros segundos.

Sus ojos abiertos por la sorpresa.

Sin saber realmente cómo reaccionar.

Porque nadie solía abrazarla.

Mucho menos alguien como Miller.

Pero lentamente...

muy lentamente...

su expresión comenzó a suavizarse.

Y finalmente levantó despacio los brazos.

Correspondiendo el abrazo.

Con cierta torpeza al principio.

Como alguien poco acostumbrada a ese tipo de cercanía.

Pero aun así completamente sincera.

El silencio volvió a llenar la habitación.

Pero ahora ya no era pesado.

Ahora transmitía algo distinto.

Algo mucho más humano.

Mucho más cálido.

Y durante unos segundos...

ninguno de los dos pensó en el Infierno.

Ni en Astaroth.

Ni en Finisterra.

Solo permanecieron allí.

Abrazándose en silencio mientras la luz dorada del amanecer celestial iluminaba lentamente la habitación.

El ambiente dentro de la habitación era mucho más tranquilo que el caos que seguramente los esperaba abajo.

La luz cálida de las lámparas celestiales iluminaba suavemente las paredes blancas del dormitorio mientras el silencio permanecía entre ambos después del abrazo.

Caelene todavía seguía ligeramente sonrojada.

Aunque intentaba ocultarlo acomodándose uno de los guantes de la armadura.

Miller, por su parte, terminó de ajustarse la chaqueta sobre la ropa que usaría durante la misión. La pulsera celestial seguía perfectamente ajustada a su muñeca, brillando débilmente con una luz suave cada vez que movía la mano.

El hombre respiró hondo.

Intentando mantener la mente enfocada.

Porque mientras más se acercaba el momento de descender...

más pesada se volvía la sensación en su pecho.

Entonces alguien tocó la puerta.

Tres golpes firmes.

Autoritarios.

Ambos levantaron la mirada inmediatamente.

Caelene fue la primera en reaccionar.

—Adelante.

La puerta se abrió pocos segundos después.

Y Seraphiel entró en la habitación.

Su presencia hizo que el ambiente pareciera tensarse de inmediato. No porque transmitiera miedo, sino porque había algo en ella que imponía respeto automáticamente.

Sus alas permanecían ocultas, pero aun así la energía celestial que emanaba era imposible de ignorar.

Seraphiel observó rápidamente a ambos.

La armadura de Caelene.

La ropa de Miller.

La mochila preparada sobre una de las camas.

Y finalmente habló.

—¿Ya están preparados?

Miller asintió primero.

—Sí, señora.

Caelene también respondió.

—Listos para partir.

Seraphiel permaneció observándolos unos segundos más.

Como si todavía estuviera evaluando por última vez si enviarlos era realmente buena idea.

Especialmente a Miller.

Porque aunque había demostrado capacidad... el Infierno no era un lugar donde alguien pudiera prepararse completamente.

Finalmente, Seraphiel extendió lentamente una mano hacia el aire.

Y el ambiente dentro de la habitación cambió casi al instante.

Un círculo luminoso comenzó a formarse frente a ella mientras símbolos celestiales aparecían girando lentamente alrededor de la grieta dimensional.

La luz dorada iluminó toda la habitación.

El aire vibró suavemente.

Y pocos segundos después...

el portal se abrió completamente.

Del otro lado podía verse un cielo rojizo cubierto por humo oscuro.

El Infierno.

Miller tragó saliva apenas lo vio.

No importaba cuánto intentara prepararse mentalmente.

Verlo seguía causando impacto.

Caelene respiró hondo lentamente.

Mucho más controlada.

Pero incluso ella sabía perfectamente lo que significaba volver allí abajo.

Seraphiel entonces habló con calma.

—Recuerden la misión. Recuperen la información y eviten llamar la atención innecesariamente.

Sus ojos se endurecieron ligeramente.

—Y no se separen bajo ninguna circunstancia.

Caelene asintió de inmediato.

—Entendido.

Miller hizo lo mismo un segundo después.

—Sí, señora.

Seraphiel dio un pequeño paso hacia un lado, dejando libre el acceso al portal.

El calor infernal podía sentirse incluso desde la habitación.

Y honestamente...

resultaba incómodo.

Caelene fue la primera en avanzar.

Sin vacilar.

Miller la observó un segundo.

Respiró hondo.

Y caminó detrás de ella.

Ambos desaparecieron dentro del portal mientras la luz celestial comenzaba a desvanecerse lentamente detrás de ellos.

El portal se cerró detrás de ellos con un sonido seco.

La luz celestial desapareció casi al instante.

Y el contraste fue brutal.

El callejón donde aparecieron estaba sumido en una penumbra rojiza, iluminado únicamente por letreros de neón defectuosos y pequeñas llamas que surgían desde tuberías incrustadas en las paredes metálicas de los edificios. El aire era pesado. Mucho más pesado que el del cielo.

No era solamente calor.

Era presión.

Una sensación constante de incomodidad que se adhería al cuerpo como si el mismo ambiente rechazara la existencia de cualquier entidad celestial.

Miller tragó saliva apenas sintió el cambio completo.

El olor era extraño.

Humo.

Óxido.

Ceniza.

Y algo más difícil de describir.

Algo parecido a sangre vieja mezclada con azufre.

Detrás de él, Caelene respiró lentamente intentando acostumbrarse otra vez a la atmósfera infernal.

Porque aunque ya había estado allí antes...

El Infierno jamás dejaba de sentirse incorrecto.

El callejón era estrecho, rodeado por edificios industriales de varios pisos, construcciones oscuras llenas de tuberías expuestas y ventanas iluminadas tenuemente desde dentro. A lo lejos podían escucharse motores rugiendo, gritos, música distorsionada y discusiones que parecían surgir desde todos lados al mismo tiempo.

No se parecía en nada a las representaciones humanas tradicionales.

No había fuego eterno cayendo del cielo.

Ni lagos infinitos de lava.

Era peor precisamente porque se sentía real.

Vivo.

Caótico.

Miller observó alrededor lentamente mientras intentaba procesar el ambiente.

—Así que esto es el Infierno...

Su voz salió más baja de lo normal.

Caelene se acomodó ligeramente la espada en la cintura antes de responder.

—El anillo de la ira.

Miller levantó apenas la mirada hacia el cielo rojizo.

No había estrellas.

Solo nubes oscuras moviéndose lentamente sobre la ciudad.

Y una iluminación roja constante que parecía surgir desde todas partes.

—Se siente... pesado.

Caelene asintió.

—Porque lo es.

La mujer dio un pequeño paso adelante mientras observaba el callejón con atención profesional.

—El ambiente infernal afecta incluso a las almas purificadas. Entre más tiempo pasemos aquí... más agotador se volverá.

Miller soltó lentamente el aire.

Ahora entendía mejor por qué tantos miembros celestiales odiaban descender.

No era solamente peligro físico.

Era psicológico.

El lugar desgastaba la mente.

Entonces el sonido del portal desapareciendo completamente detrás de ellos terminó de dejar claro algo importante.

Estaban solos.

Miller giró ligeramente la cabeza.

Ya no había salida visible.

Solo el callejón.

El Infierno.

Y la misión.

Caelene entonces se acercó a él.

—El mapa.

Miller reaccionó rápido.

—Cierto.

El hombre se quitó la mochila que llevaba cruzada en la espalda y abrió uno de los compartimientos laterales. Sus movimientos seguían siendo precisos, casi militares, producto de años acostumbrado a operar bajo presión.

Sacó el mapa cuidadosamente enrollado y se lo entregó.

Caelene lo abrió en el suelo del callejón.

La hoja era grande, antigua y estaba llena de marcas escritas a mano sobre diferentes sectores del anillo.

Miller se agachó junto a ella.

—¿Dónde estamos exactamente?

Caelene recorrió el mapa con el dedo.

—Aquí.

Marcó una zona cercana al borde oriental del distrito industrial.

Luego deslizó el dedo varias cuadras más adelante.

—Y la torre imperial está en esta área.

Miller levantó la mirada.

—¿Tan cerca?

—Relativamente.

Caelene volvió a enrollar el mapa lentamente.

—Solo debemos cruzar unas cuantas cuadras.

Eso sonaba sencillo.

Pero ambos sabían perfectamente que en el Infierno nada realmente era sencillo.

Especialmente después de la muerte de Astaroth.

Miller se levantó despacio mientras observaba nuevamente el entorno.

Y fue entonces cuando empezó a notarlo.

Las miradas.

Habitantes del Infierno observándolos desde ventanas.

Desde callejones cercanos.

Desde las aceras.

Algunos fingían no mirar.

Otros ni siquiera lo intentaban ocultar.

Y honestamente...

era difícil culparlos.

Las armaduras celestiales destacaban demasiado.

El blanco y dorado contrastaba violentamente con los tonos oscuros y rojizos del lugar.

Parecían soldados enemigos caminando en territorio hostil.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—Nos están mirando mucho.

Caelene también lo había notado.

Y claramente no le gustaba.

—Sí...

Sus ojos recorrieron la calle lentamente.

—Tal vez no fue buena idea venir con las armaduras.

Un sabueso infernal alto y de pelaje oscuro pasó junto a ellos apresurando el paso apenas vio sus rostros. Más adelante, dos súcubos sentadas cerca de un puesto callejero dejaron de hablar inmediatamente al notar las armaduras. Desde un balcón del segundo piso, una envy de piel azulada y cabello húmedo cerró la ventana con rapidez.

Incluso desde lejos podía sentirse la tensión.

Porque aunque los colgantes ocultaban parcialmente su esencia...

las armaduras seguían gritando "cielo".

Miller observó entonces hacia una esquina de la avenida principal.

Y algo llamó su atención.

Una tienda.

Pequeña.

Descuidada.

Con un letrero luminoso parcialmente roto que todavía seguía funcionando.

Dentro podían verse prendas colgadas.

Chaquetas.

Abrigos.

Ropa común.

El hombre señaló hacia allá.

—¿Y si nos ponemos algo más... natural para el Infierno?

Caelene siguió la dirección de su mirada.

Y después de unos segundos asintió.

—Buena idea.

Porque seguir caminando así era prácticamente pedir problemas.

Caelene guardó nuevamente el mapa dentro de la mochila y ambos comenzaron a avanzar fuera del callejón.

El ruido de la ciudad aumentó casi de inmediato.

Vehículos extraños recorrían las calles dejando humo detrás.

Habitantes infernales de distintas razas caminaban entre edificios iluminados con anuncios gigantescos. Algunos imps discutían cerca de una esquina mientras cargaban cajas metálicas sobre sus hombros. Un grupo de sharks fumaba junto a motocicletas negras estacionadas frente a un bar. Más adelante, varias sloths de lana oscura y grandes cuernos curvos conversaban tranquilamente frente a una cafetería iluminada por luces rojizas.

Y aun así...

el Infierno tenía cierta normalidad incómoda.

Como una ciudad funcionando pese al caos constante.

Miller caminaba atento a todo.

Sus años de guerra seguían activos dentro de él.

Analizando rutas.

Posibles amenazas.

Puntos ciegos.

Y aunque intentaba mantenerse calmado... el ambiente entero le mantenía el cuerpo en tensión.

Las miradas seguían persiguiéndolos.

Caelene lo notó.

—No hagas contacto visual demasiado tiempo.

—¿Por qué?

—Porque aquí muchos interpretan eso como provocación.

Miller soltó apenas una exhalación.

—Perfecto...

Un grupo de incubos al otro lado de la calle se quedó observándolos mientras murmuraban entre ellos.

Uno incluso señaló directamente hacia Caelene.

Ella simplemente siguió caminando.

Sin reaccionar.

Pero su mano permanecía cerca de la espada.

Finalmente llegaron frente a la tienda de ropa.

El local era pequeño y estaba iluminado por lámparas rojizas defectuosas. El vidrio del escaparate estaba parcialmente roto y cubierto por cintas metálicas improvisadas.

Miller empujó lentamente la puerta.

Una campanilla oxidada sonó encima de ellos.

Y apenas entraron...

el demonio detrás del mostrador se congeló.

Era un imp delgado, de piel rojiza oscura y pequeños cuernos torcidos sobresaliendo de su cabeza. Sus ojos amarillos se abrieron lentamente apenas vio las armaduras.

El silencio dentro de la tienda duró unos segundos incómodos.

Luego el imp tragó saliva.

—Y-yo...

Miró primero a Caelene.

Luego a Miller.

Y claramente entró en pánico.

—¿Q-qué necesitan...?

Su voz salió temblorosa.

Miller intentó sonar calmado.

—Ropa.

El imp parpadeó varias veces.

Confundido.

—¿Ropa...?

Caelene cruzó los brazos.

—Sí. Solo ropa.

Eso no pareció tranquilizarlo demasiado.

De hecho, empeoró.

Porque ahora estaba convencido de que algo raro estaba ocurriendo.

El imp empezó a asentir rápidamente.

—¡C-claro! ¡Claro, sí! ¡Tomen lo que quieran!

Señaló nerviosamente los estantes.

—¡No hay problema! ¡Todo suyo!

Miller entrecerró ligeramente los ojos.

—Solo vamos a comprar.

—¡Sí! ¡Exacto! ¡Comprar!

Pero el imp ya estaba retrocediendo lentamente.

Visiblemente aterrado.

—P-pero no me hagan nada, por favor...

Caelene suspiró apenas.

—No vamos a hacerte nada.

El imp asintió demasiado rápido.

—¡Perfecto! ¡Excelente! ¡Maravilloso!

Y entonces...

empezó a alejarse poco a poco hacia el fondo de la tienda.

Miller lo observó confundido.

—¿A dónde va?

El imp sonrió nerviosamente.

—A-ahora vuelvo...

Y antes de que cualquiera pudiera responder...

giró rápidamente y salió huyendo por la puerta trasera del local.

El demonio desapareció por la puerta trasera tan rápido que la pequeña campanilla oxidada volvió a sonar violentamente contra el marco.

Luego... silencio.

Un silencio incómodo.

Miller permaneció quieto unos segundos mirando hacia la salida trasera con una expresión entre confundida y culpable.

—¿Qué demonios fue eso...?

Caelene soltó una exhalación lenta mientras observaba alrededor de la tienda.

—Miedo.

Miller giró hacia ella.

—¿Miedo?

La mujer asintió lentamente mientras avanzaba entre algunos estantes llenos de ropa desordenada.

—Muchos demonios le tienen miedo a los ángeles. Especialmente a los miembros de la guardia celestial.

Tomó una chaqueta oscura de uno de los percheros observándola apenas.

—Es algo natural para ellos.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—Pero ni siquiera hicimos nada.

—No importa.

Caelene levantó apenas la mirada hacia él.

—Para muchos habitantes del Infierno, los ángeles representan castigo... exterminio... juicio.

Su voz se mantuvo calmada.

Pero había cierta pesadez detrás de aquellas palabras.

—Algunos crecieron escuchando historias sobre ejecuciones celestiales, purgas o guerras antiguas. Otros directamente sobrevivieron a ellas.

Miller guardó silencio.

Eso tenía sentido.

Más del que le gustaba admitir.

Porque incluso él, siendo humano, había sentido miedo apenas escuchaba ciertos nombres durante la guerra.

El miedo colectivo no siempre nacía de experiencias propias.

A veces bastaban las historias correctas.

Miller observó nuevamente hacia la puerta trasera.

—No quería asustarlo.

Caelene suavizó apenas la expresión.

—Lo sé.

La mujer dejó la chaqueta sobre uno de los mostradores.

—Por eso deberíamos cambiarnos rápido.

Miller miró las armaduras celestiales que ambos llevaban todavía puestas.

El blanco brillante y los detalles dorados prácticamente gritaban "cielo" desde cualquier ángulo.

—Sí... definitivamente esto no ayuda.

Caelene cruzó ligeramente los brazos.

—Parecemos soldados invadiendo una ciudad enemiga.

—Porque técnicamente lo somos.

Eso hizo que Caelene desviara apenas la mirada.

No respondió.

Porque tampoco podía negar completamente la realidad de aquello.

El cielo no descendía al Infierno por turismo.

Nunca.

Miller avanzó lentamente entre los estantes observando la ropa disponible. El lugar estaba lleno de estilos completamente distintos entre sí. Algunas prendas eran exageradamente

extravagantes, otras parecían directamente sacadas de pandillas callejeras infernales, y algunas eran sorprendentemente normales.

Lo cual honestamente lo descolocó un poco.

Porque esperaba algo mucho más grotesco.

—No se ve tan diferente a una tienda humana...

Caelene soltó apenas una pequeña risa nasal.

—El Infierno no gira únicamente alrededor del sufrimiento. La mayoría aquí simplemente... vive.

Miller tomó una camisa oscura observándola.

—Eso sigue sintiéndose raro de escuchar.

—Porque los humanos simplificaron demasiado lo que creen que existe aquí abajo.

Caelene empezó a revisar otra sección de ropa mientras hablaba.

—El Infierno tiene ciudades, sistemas, comercio, clases sociales... incluso rutina.

Sus dedos recorrieron algunas prendas antes de sacar una camisa negra ajustada.

—No todos viven torturándose entre sí cada segundo.

Miller observó un abrigo oscuro.

—Aunque algunos probablemente sí.

—Sí —respondió Caelene sin dificultad—. Algunos sí.

El ambiente dentro de la tienda seguía siendo extraño.

Afuera podían escucharse motores, voces distantes y música infernal vibrando levemente a través de las paredes metálicas.

Pero dentro del local solo estaban ellos.

Y el eco lejano del caos de la ciudad.

Miller terminó escogiendo ropa relativamente sencilla.

Un pantalón oscuro.

Botas negras.

Una camisa gris cubierta por un abrigo largo color vino oscuro.

Era un estilo más clásico.

Más sobrio.

Más parecido a lo que él habría usado en vida.

Caelene en cambio parecía observar opciones completamente distintas.

Mucho más modernas.

Más adaptadas a la estética infernal que veían afuera.

Miller levantó apenas una ceja.

—No te imaginaba interesada en moda.

Caelene tomó una prenda sin mirarlo.

—No lo estoy.

—Claro.

—Solo intento no parecer una amenaza celestial caminando por la calle.

Miller soltó apenas una pequeña risa.

Era extraño.

Llevaban menos de una hora en el Infierno y ya estaban escondiendo quiénes eran.

La situación entera comenzaba a sentirse surrealista.

Caelene finalmente tomó varias prendas y señaló uno de los pequeños vestidores improvisados al fondo.

—Voy a cambiarme.

Miller asintió.

—Está bien.

Mientras ella desaparecía detrás de la cortina, Miller terminó de ponerse la ropa que había escogido.

El cambio fue inmediato.

Sin armadura encima, parecía mucho menos intimidante.

Más humano.

Más... normal.

Aunque la espada que llevaba seguía dejando claro que no era precisamente un civil.

Miller se observó un momento en uno de los espejos rotos del local.

Y honestamente...

hacía mucho tiempo que no se veía así.

Sin uniforme militar.

Sin símbolos celestiales.

Sin placas.

Solo ropa común.

Durante unos segundos incluso logró sentirse otra vez como un hombre normal.

Hasta que recordó dónde estaba.

Infierno.

La palabra volvió a caerle encima como una piedra.

Entonces escuchó movimiento detrás de la cortina.

Y segundos después...

Caelene salió del vestidor.

Miller levantó la mirada.

Y por un instante se quedó completamente en silencio.

La mujer ahora llevaba un pantalón oscuro ajustado que marcaba claramente su figura atlética, botas negras altas y una camisa negra parcialmente cubierta por una chaqueta corta color rojo oscuro. Algunos accesorios metálicos decoraban sus brazos y cintura, mezclándose perfectamente con la estética infernal de las calles.

Su cabello blanco contrastaba violentamente con la ropa oscura.

Y honestamente...

se veía increíble.

Caelene notó inmediatamente la expresión de Miller.

—¿Qué?

Miller parpadeó apenas.

—Te ves bien.

Caelene rodó apenas los ojos mientras acomodaba uno de los guantes.

—No es para tanto.

—Sí es para tanto.

Eso hizo que ella levantara la mirada hacia él.

Y Miller, sin pensar demasiado, terminó diciendo:

—Te ves hermosa.

El silencio cayó unos segundos.

Caelene se quedó quieta.

Completamente quieta.

Sus ojos se fijaron directamente en él.

Y Miller comprendió su error apenas un segundo después.

La mujer habló primero.

—Cuidado con lo que dices.

Su voz no sonó agresiva.

Pero sí mucho más seria.

—Esto es profesional.

Miller reaccionó de inmediato.

—Cierto... sí, perdón.

Apartó ligeramente la mirada.

—No quise incomodarte.

Caelene lo observó unos segundos más.

Luego soltó lentamente el aire.

—Lo sé.

La tensión disminuyó apenas.

Aunque algo incómodo quedó flotando entre ambos.

Porque Caelene claramente no estaba acostumbrada a escuchar ese tipo de cosas.

Y Miller tampoco parecía alguien que soltara cumplidos fácilmente.

La mujer terminó de acomodarse la chaqueta antes de hablar nuevamente.

—Vámonos antes de que el dueño regrese con media policía infernal.

Eso hizo que Miller soltara una pequeña risa.

—Sí, probablemente sea buena idea.

Ambos recogieron las armaduras cuidadosamente, guardándolas dentro de bolsas oscuras improvisadas que encontraron en la tienda.

Las espadas, sin embargo, decidieron conservarlas.

En el Infierno andar armado no parecía precisamente raro.

Al salir nuevamente a la calle, las miradas disminuyeron casi de inmediato.

Seguían llamando la atención.

Pero ahora parecían simplemente dos desconocidos más dentro de la ciudad infernal.

No emisarios del cielo.

Miller notó la diferencia enseguida.

—Mucho mejor.

Caelene asintió.

—Ahora al menos parecemos habitantes funcionales del lugar.

Caminaron varias cuadras más hasta encontrar un edificio abandonado parcialmente derrumbado entre dos fábricas infernales.

Allí escondieron cuidadosamente las armaduras detrás de una estructura metálica oxidada.

Miller observó el escondite una última vez.

—Espero que sigan aquí cuando volvamos.

Caelene cerró lentamente la bolsa.

—Si alguien logra robar armaduras celestiales sin morir en el intento... honestamente se las merece.

Eso hizo que Miller soltara una pequeña risa cansada.

Y después de eso continuaron avanzando hacia el centro del distrito.

La ciudad se volvía cada vez más grande.

Más ruidosa.

Más viva.

Sabuesos infernales recorrían las calles fumando junto a motocicletas enormes mientras discutían entre ellos. Algunos llevaban ropa militar improvisada, otros parecían simples trabajadores agotados después de una jornada larga.

Más adelante, un grupo de imps pequeños discutía agresivamente alrededor de un puesto callejero lleno de carne asada.

Un súcubo pasó caminando junto a ellos hablando por teléfono con evidente fastidio, seguido por un íncubo mucho más alto que cargaba varias cajas metálicas.

Incluso Miller alcanzó a ver un par de envys caminando cerca de una fuente industrial, sus rasgos acuáticos contrastando con el ambiente seco y caluroso del anillo.

Y a lo lejos, cerca de una estación de transporte, varios sloths enormes conversaban tranquilamente mientras acomodaban mercancía pesada sobre vehículos industriales.

Todo era extrañamente funcional.

Caótico.

Pero funcional.

Miller observaba todo con atención constante.

Porque aunque el ambiente seguía siendo hostil...

ya no parecía un reino de monstruos irracionales.

Parecía una sociedad.

Distorsionada.

Violenta.

Pero sociedad al fin y al cabo.

Finalmente, después de varios minutos caminando...

la vieron.

La Torre Imperial.

El edificio sobresalía violentamente sobre el resto de estructuras del distrito. Oscura, enorme y llena de ventanas iluminadas tenuemente con tonos rojizos.

Parecía más una fortaleza que una torre administrativa.

Y alrededor...

había vigilancia.

Mucha.

Imps armados patrullaban la entrada principal mientras varios sabuesos infernales revisaban documentos y mercancías en los accesos laterales.

Caelene frunció ligeramente el ceño apenas redujeron el paso.

—Genial...

Miller observó la escena.

—Está cerrada.

—Y vigilada.

La mujer cruzó ligeramente los brazos mientras analizaba el movimiento de guardias.

—Ahora la pregunta es cómo entramos.

Miller permaneció observando unos segundos más.

Analizando patrones.

Rutas.

Distracciones.

Entonces sus ojos se movieron lentamente hacia la parte trasera del edificio.

Mucho menos vigilada.

Una zona industrial llena de tuberías y estructuras de mantenimiento.

Y lentamente...

una idea empezó a formarse en su cabeza.

Miller entrecerró apenas los ojos.

—Creo que tengo una idea.

Caelene giró inmediatamente hacia él.

Y apenas escuchó esa frase...

pareció preocuparse más.

—Cuando tú tienes ideas... me preocupa.

Miller soltó apenas una pequeña sonrisa cansada.

—Esta es buena.

Caelene lo observó varios segundos.

Claramente dudando.

Pero honestamente...

tampoco tenían demasiadas opciones.

La mujer soltó una exhalación resignada.

—Está bien.

Luego miró hacia la parte trasera de la torre.

Y finalmente volvió a verlo a él.

—Te sigo.

La parte trasera de la Torre Imperial era mucho más silenciosa que el frente.

Demasiado silenciosa.

Mientras las avenidas principales del distrito estaban llenas de ruido, motores y discusiones constantes entre demonios, aquella zona parecía aislada del resto de la ciudad. Las estructuras metálicas alrededor bloqueaban gran parte del sonido exterior, dejando únicamente el eco lejano de las fábricas infernales y el zumbido constante de enormes tuberías que recorrían las paredes del edificio.

Miller caminaba detrás de Caelene manteniendo la mirada alerta.

La sensación incómoda que el Infierno le provocaba seguía allí.

Pegada a la piel.

Como si el ambiente entero quisiera recordarle constantemente que no pertenecía a ese lugar.

La torre desde atrás se veía incluso más intimidante.

No tenía adornos.

Ni vitrales.

Ni arquitectura elegante.

Era una masa gigantesca de metal oscuro y concreto infernal, atravesada por estructuras industriales y conductos enormes que expulsaban vapor rojizo hacia el cielo.

Caelene redujo el paso.

—Ahí.

Miller siguió la dirección de su mirada.

Una puerta metálica.

Grande.

Gruesa.

Parcialmente oxidada por el ambiente infernal.

Estaba ubicada entre dos tuberías industriales y casi pasaba desapercibida desde lejos.

El hombre observó alrededor.

No había guardias visibles.

Eso ya le parecía extraño.

—¿No está muy vacío esto?

Caelene entrecerró apenas los ojos.

—Sí.

Su mano se mantuvo cerca de la espada.

—Demasiado.

Ambos se acercaron lentamente a la puerta.

Miller tomó primero la manija metálica.

Esperando resistencia.

Un seguro.

Algún mecanismo.

Pero apenas hizo fuerza...

la puerta se abrió sola con un chirrido pesado.

El hombre frunció el ceño de inmediato.

—Eso no me gusta.

Caelene tampoco parecía cómoda con aquello.

Una entrada trasera sin vigilancia y sin seguro en un edificio como la Torre Imperial no tenía ningún sentido.

Pero ya estaban allí.

Y regresar tampoco era opción.

Caelene dio el primer paso hacia el interior.

Miller entró detrás de ella.

El lugar estaba tenuemente iluminado por luces rojizas incrustadas en el techo metálico. El ambiente olía a humedad, aceite industrial y humo caliente.

Parecía un corredor de mantenimiento.

Tuberías.

Cables.

Maquinaria.

Nada importante a simple vista.

Entonces lo vieron.

Un demonio.

Estaba sentado junto a una pequeña mesa metálica al fondo del pasillo.

Un sabueso infernal alto, de pelaje oscuro y uniforme parcialmente abierto, probablemente encargado de vigilar aquella entrada.

Y en cuanto levantó la vista...

los vio.

El silencio fue instantáneo.

Tenso.

Pesado.

Miller sintió cómo el cuerpo entero se le tensaba automáticamente.

El demonio abrió apenas los ojos.

Confusión primero.

Luego reconocimiento.

Y finalmente alarma.

Su mano empezó a moverse lentamente hacia el radio sujeto a su cintura.

Todo ocurrió en apenas segundos.

Pero Caelene reaccionó primero.

Mucho más rápido de lo que Miller esperaba.

La mujer se lanzó hacia adelante violentamente.

El demonio apenas alcanzó a tomar el radio antes de que Caelene impactara contra él.

Ambos cayeron al suelo con un golpe seco.

La silla salió despedida contra una pared.

—¡GHK—!

El sonido murió casi al instante.

Porque Caelene ya tenía ambas manos alrededor del cuello del demonio.

Apretando.

Con fuerza brutal.

Miller se quedó congelado.

—¡Caelene—!

Pero ella no se detuvo.

El sabueso infernal empezó a forcejear desesperadamente debajo de ella. Sus garras intentaban apartar las manos de la mujer mientras soltaba sonidos ahogados.

El radio cayó al suelo emitiendo estática.

Caelene apretó más fuerte.

Sus brazos ni siquiera temblaban.

Era aterradoramente fácil para ella.

El demonio empezó a patear el suelo intentando liberarse.

Desesperado.

Sus ojos se abrieron cada vez más mientras buscaba aire que ya no podía entrar.

Miller observaba la escena completamente paralizado.

Porque una cosa era saber que Caelene era una guerrera celestial.

Y otra muy distinta...

verla matar con las manos desnudas.

El demonio siguió luchando unos segundos más.

Cada vez más débil.

Más lento.

Hasta que finalmente...

dejó de moverse.

El silencio cayó de golpe.

Pesado.

Brutal.

Caelene soltó lentamente el cuerpo.

El sabueso infernal quedó inmóvil sobre el suelo metálico.

Muerto.

Miller sintió un vacío horrible en el pecho.

Porque todo había pasado demasiado rápido.

Demasiado fácil.

Caelene se levantó lentamente mientras acomodaba apenas su ropa.

Ni siquiera parecía agitada.

—Listo.

Miró hacia Miller.

—Problema resuelto.

El hombre seguía mirando el cadáver.

Su respiración se había vuelto más pesada.

—¿Qué demonios fue eso...?

Caelene frunció ligeramente el ceño.

—Evité que alertara a todo el edificio.

—¡Lo mataste!

Su voz salió más fuerte de lo que pretendía.

Caelene bajó apenas la mirada hacia el cuerpo.

Luego volvió a verlo a él.

—Sí.

La naturalidad con la que respondió fue lo que más golpeó a Miller.

Porque no había culpa.

No había duda.

Solo pragmatismo.

—Eso no era parte del plan.

Caelene cruzó ligeramente los brazos.

—El plan dejó de existir cuando intentó pedir refuerzos.

—¡Podías noquearlo!

—Y podía despertar después.

Miller apretó ligeramente la mandíbula.

—No debíamos matar a nadie.

Entonces Caelene lo observó fijamente.

Y por primera vez desde que llegaron al Infierno...

su expresión se endureció de verdad.

—¿Escuchaste lo que dijo Seraphiel?

Miller guardó silencio.

Caelene continuó:

—"Si algo sale mal, improvisen".

Su voz permaneció baja.

Pero firme.

—Eso hice.

Miller miró nuevamente el cadáver.

El peso de la escena seguía aplastándole el pecho.

Porque para Caelene aquello parecía una decisión táctica.

Pero para él...

seguía siendo una vida.

Incluso si era un demonio.

—Sí... pero esto ya es extremo.

Caelene sostuvo su mirada unos segundos.

Y lentamente, su expresión se suavizó apenas.

—Después lo discutiremos.

Luego señaló el fondo del corredor.

—Ahora necesitamos seguir moviéndonos.

Miller permaneció quieto un momento más.

Mirando el cuerpo inmóvil sobre el suelo.

El sabueso infernal probablemente solo estaba haciendo su trabajo.

Y ahora estaba muerto.

El hombre cerró lentamente los ojos unos segundos.

La guerra otra vez.

Siempre terminaba regresando a eso.

Finalmente respiró hondo.

Y asintió.

—Está bien.

Caelene recogió el radio del suelo y lo apagó antes de avanzar.

Miller la siguió.

Aunque el ambiente ya se sentía distinto.

Más pesado.

Más frío.

Porque acababan de cruzar una línea.

El interior de la torre era enorme.

Pasillos metálicos.

Luces rojas.

Estructuras industriales mezcladas con arquitectura imperial infernal.

A diferencia del exterior caótico de la ciudad, aquel lugar parecía funcionar bajo disciplina estricta.

Todo estaba demasiado ordenado.

Demasiado limpio.

Caelene avanzaba con seguridad sorprendente.

Como alguien que realmente conocía el edificio.

Miller finalmente habló mientras caminaban.

—¿Ya habías estado aquí?

—Sí.

La respuesta fue inmediata.

—Hace mucho tiempo.

—¿Otra misión?

Caelene asintió apenas.

—Parecida.

Eso hizo que Miller la mirara con más atención.

Porque a veces olvidaba algo importante.

Caelene no era humana.

No era un alma recién llegada.

Ella llevaba siglos existiendo.

Siglos peleando.

Siglos descendiendo al Infierno.

Y probablemente había hecho cosas mucho peores que matar a un guardia.

Finalmente encontraron las escaleras principales internas.

Grandes.

Oscuras.

Interminables.

Caelene empezó a subir primero.

Miller detrás de ella.

El eco de sus pasos resonaba por toda la estructura.

Y cuanto más ascendían...

más silencioso se volvía todo.

Miller respiraba ligeramente agitado.

No por cansancio físico.

Sino por tensión.

Porque sentía que en cualquier momento alguien aparecería.

Alarmas.

Guardias.

Algo.

Pero nada ocurrió.

Solo silencio.

Y el sonido lejano de maquinaria funcionando dentro de la torre.

Después de varios minutos subiendo...

finalmente llegaron al último piso.

El ambiente allí era completamente distinto.

Mucho más elegante.

Las paredes metálicas daban paso a madera oscura, alfombras rojas y símbolos antiguos grabados sobre las puertas.

Miller observó alrededor lentamente.

—Este lugar se ve diferente.

Caelene asintió.

—Porque esta zona pertenecía directamente a Astaroth.

La mujer avanzó unos pasos más hasta detenerse frente a una enorme puerta negra decorada con símbolos dorados.

—Es aquí.

Miller la miró.

—¿Cómo lo sabes?

Caelene pasó la mirada sobre los grabados antiguos.

—Ya tuve una operación parecida en este lugar.

Su voz se volvió más seria.

—Conozco casi todas las ubicaciones importantes del edificio.

Miller asintió lentamente.

Eso explicaba por qué se había movido con tanta seguridad desde que entraron.

El hombre observó entonces la puerta.

Era enorme.

Y claramente estaba cerrada.

—Voy a intentar abrirla.

Se acercó a la cerradura mientras sacaba lentamente algunas herramientas pequeñas que llevaba en uno de los bolsillos internos del abrigo.

Pero apenas empezó a agacharse...

Caelene pasó junto a él sin detenerse.

—No tenemos tiempo para eso.

Miller apenas alcanzó a levantar la mirada.

—¿Qué vas a—?

Y entonces...

BOOM.

La patada impactó directamente contra la cerradura.

La puerta entera tembló violentamente.

El metal se deformó.

Y el mecanismo explotó hacia adentro con un sonido seco.

Miller se quedó completamente inmóvil.

La puerta se abrió lentamente rechinando.

El hombre parpadeó varias veces.

Luego miró la cerradura destruida.

Después miró a Caelene.

—...Wow.

Caelene acomodó apenas la manga de su chaqueta como si nada hubiera pasado.

—Ese es el producto de entrenar por siglos.

Miller soltó una pequeña risa nerviosa mientras observaba nuevamente la puerta destrozada.

—Sí...

Luego volvió a mirarla a ella.

—Ya lo noté.

El recinto de Astaroth estaba sumido en una oscuridad incómoda.

No era una oficina normal.

Ni siquiera parecía el despacho de alguien con poder político dentro del Infierno.

El lugar se sentía más como la guarida privada de alguien obsesionado consigo mismo y con secretos que jamás deberían haber existido.

Las luces rojizas del exterior entraban apenas a través de enormes ventanales cubiertos parcialmente por persianas metálicas. Había botellas vacías sobre algunas mesas, papeles

tirados por el suelo, pantallas apagadas y archivadores abiertos como si alguien hubiera registrado el lugar poco antes.

O como si la muerte de Astaroth hubiera dejado todo congelado en medio del caos.

Miller entró detrás de Caelene observando lentamente alrededor.

La oficina era enorme.

Demasiado enorme para una sola persona.

Había muebles oscuros, esculturas infernales decorando esquinas y varias pantallas incrustadas en las paredes. Algunas todavía emitían un brillo tenue, como si el sistema eléctrico jamás se hubiera apagado completamente.

Pero lo que más llamó su atención fue el escritorio principal.

Y específicamente...

la computadora.

Miller entrecerró ligeramente los ojos.

Con el tiempo que había pasado en el cielo, había aprendido muchas cosas sobre la tecnología moderna. Especialmente porque varios elegidos provenientes de épocas recientes ayudaban constantemente a otros a adaptarse.

Y aunque todavía había cosas que seguían resultándole extrañas...

sabía reconocer perfectamente una computadora.

Se acercó despacio señalándola.

—Tal vez ahí esté lo que necesitamos.

Caelene desvió la mirada hacia el escritorio.

—¿En qué?

Miller señaló la pantalla.

—En esa computadura.

Caelene lo miró unos segundos.

Luego suspiró apenas.

—Se dice computadora.

Miller levantó ligeramente las manos.

—Bueno, eso.

Caelene caminó hacia el escritorio mientras negaba muy levemente con la cabeza.

—Y sí... probablemente el disco duro tenga información importante.

La mujer apartó algunos documentos tirados sobre la silla y se sentó frente al escritorio de Astaroth.

Por un momento el ambiente volvió a sentirse extraño.

Porque incluso muerto...

la presencia de Astaroth parecía seguir allí.

Había algo desagradable en ese lugar.

Algo difícil de explicar.

Como si las paredes mismas estuvieran impregnadas de la personalidad corrupta del demonio.

Miller permaneció cerca observando mientras Caelene encendía la computadora.

La pantalla tardó unos segundos.

Y entonces el sistema inició.

Varias carpetas aparecieron frente a ellos.

Miller observó la interfaz.

—Definitivamente sabía usar tecnología moderna.

Caelene empezó a revisar archivos con rapidez.

Su expresión seguía siendo seria.

Profesional.

Pero poco a poco empezó a endurecerse más.

Miller lo notó.

—¿Qué pasa?

Caelene abrió una carpeta.

Y apenas vio el contenido... hizo una expresión de absoluto desagrado.

—Por el cielo...

Miller frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué encontró?

Caelene movió el cursor rápidamente entre múltiples archivos.

Y mientras más revisaba...

más asco parecía sentir.

—Este sujeto era un enfermo.

Miller se acercó un poco más.

La pantalla mostraba enormes cantidades de videojuegos, aplicaciones extrañas, imágenes privadas y carpetas ocultas con nombres sospechosos.

Pero lo peor vino después.

Caelene abrió accidentalmente una carpeta llena de fotografías íntimas.

Imágenes privadas de antiguas secretarias y trabajadoras de Astaroth.

Sabuesos infernales.

Súcubos.

Envys.

Incluso algunas imágenes parecían tomadas sin consentimiento.

Miller apartó la mirada casi inmediatamente.

—Dios...

Caelene cerró la carpeta con evidente disgusto.

—¿Cómo puede alguien guardar algo así?

Su voz estaba cargada de repulsión.

—Y pensar que antes fue un ángel...

Había decepción real en esas palabras.

Porque para muchos seres celestiales, los ángeles caídos seguían siendo una tragedia.

No simples enemigos.

Eran seres que alguna vez pertenecieron al cielo.

Y ver en qué se había convertido Astaroth resultaba grotesco incluso para alguien tan disciplinada como Caelene.

Miller cruzó lentamente los brazos.

—Tal vez siempre fue así.

Caelene negó lentamente.

—No.

Sus ojos siguieron recorriendo archivos.

—Nadie nace convertido en esto.

La frase quedó flotando unos segundos en el aire.

Pesada.

Incómoda.

Porque incluso Miller entendía el significado detrás de aquellas palabras.

La corrupción verdadera rara vez aparecía de golpe.

Normalmente era lenta.

Gradual.

Como una enfermedad.

Caelene siguió buscando entre carpetas más profundas del sistema.

Archivos ocultos.

Registros bloqueados.

Directorios cifrados.

Y mientras avanzaba...

la expresión de su rostro comenzó a cambiar nuevamente.

Esta vez no por asco.

Sino por tensión.

Miller lo notó enseguida.

—¿Qué encontró?

Caelene no respondió inmediatamente.

Abrió otro archivo.

Leyó varias líneas.

Y entonces se quedó completamente inmóvil.

Miller frunció el ceño.

—Caelene.

La mujer seguía observando la pantalla sin hablar.

Como si acabara de encontrar algo que no esperaba ver allí.

Algo realmente malo.

Finalmente habló.

Muy despacio.

—Esto no es solo información clasificada...

Miller se acercó más rápidamente.

—¿Qué dice?

Caelene abrió completamente el documento.

Y entonces él también empezó a leer.

El archivo estaba lleno de registros estratégicos.

Nombres.

Movimientos políticos.

Manipulación de territorios infernales.

Financiamiento de conflictos internos.

Sobornos.

Información sobre familias demoníacas importantes.

Y múltiples planes destinados a provocar inestabilidad dentro de varios anillos.

Miller abrió ligeramente los ojos.

—¿Astaroth quería desestabilizar el Infierno?

Caelene siguió leyendo.

—No quería.

Ya lo estaba haciendo.

Había documentos completos describiendo conflictos provocados intencionalmente.

Disputas entre clanes.

Ataques manipulados.

Información filtrada estratégicamente.

Todo cuidadosamente diseñado para debilitar sectores específicos del Infierno desde dentro.

Miller tragó saliva.

—Esto es mucho peor de lo que pensé.

Caelene asintió lentamente.

Pero todavía no había llegado a la peor parte.

Porque entonces encontró otro archivo.

Uno distinto.

Sellado.

Con múltiples advertencias.

La mujer entrecerró ligeramente los ojos.

Y lo abrió.

El silencio dentro de la oficina se volvió absoluto.

Miller observó cómo la expresión de Caelene cambiaba por completo apenas comenzó a leer.

Su respiración se tensó.

Sus hombros también.

Y por primera vez desde que habían llegado al Infierno...

parecía realmente alarmada.

—¿Qué pasa?

Caelene no respondió enseguida.

Simplemente deslizó lentamente el documento hacia abajo.

Había mapas.

Coordenadas.

Registros antiguos.

Símbolos extraños.

Y finalmente un nombre.

Uno que hizo que incluso el ambiente pareciera más pesado.

Finisterra.

Miller notó inmediatamente el cambio en su rostro.

—¿Qué es eso exactamente?

Caelene levantó lentamente la mirada hacia él.

Y lo que Miller vio en sus ojos no fue miedo común.

Fue algo peor.

Respeto hacia algo demasiado antiguo.

—Un lugar prohibido.

Su voz salió mucho más baja que antes.

—Un lugar al que ni siquiera muchos seres celestiales entrarían voluntariamente.

Miller volvió a mirar la pantalla.

Había registros de expediciones.

Rutas incompletas.

Anotaciones escritas por el propio Astaroth.

Y múltiples referencias a estructuras antiguas anteriores incluso a la caída de Lucifer.

Caelene siguió leyendo lentamente.

—No puede ser...

Miller frunció el ceño.

—¿Qué?

La mujer tragó saliva apenas.

Algo extremadamente raro en ella.

—Astaroth planeaba una expedición.

—¿A Finisterra?

—Sí.

Miller observó nuevamente la pantalla.

—¿Y qué hay ahí?

Caelene tardó varios segundos en responder.

Como si estuviera pensando cuidadosamente qué decir.

O cuánto decir.

Finalmente habló.

—Ruinas.

Silencio.

Cosas olvidadas.

Conocimiento anterior a la caída.

Sus ojos volvieron lentamente hacia el monitor.

—Y posiblemente entidades que jamás debieron sobrevivir.

La oficina quedó completamente en silencio.

A lo lejos podían escucharse sirenas infernales recorriendo la ciudad.

Pero dentro del recinto...

todo parecía haberse detenido.

Miller sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Y eso era difícil.

Porque después de todo lo que había vivido en vida...

ya casi nada lograba hacerle sentir miedo real.

Pero aquello...

sonaba diferente.

Caelene seguía leyendo los documentos rápidamente.

Cada vez más seria.

Cada vez más tensa.

—Esto es mucho peor de lo que Seraphiel imaginaba...

Miller observó nuevamente el nombre en la pantalla.

Finisterra.

El simple nombre ya sonaba incorrecto.

Antiguo.

Como algo que debía permanecer enterrado.

Y por la expresión de Caelene...

quedaba claro que ella entendía perfectamente el verdadero peligro detrás de aquello.

El silencio dentro del recinto de Astaroth se había vuelto insoportablemente pesado.

La pantalla de la computadora seguía iluminando tenuemente el rostro de Caelene mientras los documentos sobre Finisterra permanecían abiertos frente a ella.

Miller observaba el monitor sintiendo cómo la tensión le recorría lentamente el cuerpo.

Aquello ya había dejado de sentirse como una simple misión de recuperación.

Ahora parecía que habían tropezado con algo mucho más grande.

Mucho más peligroso.

El nombre Finisterra seguía presente en la pantalla como una advertencia silenciosa.

Y la expresión de Caelene dejaba claro que ella entendía perfectamente el verdadero peso de todo aquello.

Miller rompió finalmente el silencio.

—Entonces hay que llevar esto al cielo.

Caelene seguía mirando los archivos.

Pensando.

Analizando rápidamente todo lo que acababan de encontrar.

Finalmente asintió despacio.

—Sí.

Su voz sonó mucho más seria que antes.

—Esto no puede quedarse aquí.

La mujer empezó a cerrar rápidamente múltiples carpetas y documentos abiertos en la computadora.

Sus movimientos se volvieron más rápidos.

Más urgentes.

Porque ahora entendía algo importante.

Si Astaroth había llegado tan lejos investigando Finisterra...

era probable que no fuera el único interesado.

Y eso volvía la situación mucho más delicada.

Miller observó cómo Caelene apagaba finalmente la computadora.

La pantalla se oscureció lentamente.

Pero ella no se detuvo ahí.

Se inclinó hacia adelante.

Abrió uno de los paneles laterales de la máquina con sorprendente facilidad y empezó a desconectar piezas internas.

Miller levantó una ceja.

—¿Qué haces?

Caelene siguió trabajando mientras respondía.

—Sacando el disco duro.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—¿Eso tiene todo?

—Casi todo.

Finalmente la mujer retiró cuidadosamente una pieza metálica rectangular y la sostuvo entre los dedos.

—Por lo que vi... Astaroth digitalizó la mayoría de sus registros.

Miller observó el pequeño dispositivo.

Le costaba creer que tanta información pudiera caber en algo tan pequeño.

—¿Cómo así que "la mayoría"?

Caelene guardó el disco duro dentro de una bolsa de almacenamiento sellada antes de responder.

—Porque todavía hay documentos físicos.

Sus ojos recorrieron rápidamente el recinto.

Pergaminos.

Libros.

Grimorios antiguos.

Archivadores completos.

—Y no pienso dejar nada importante aquí.

Miller asintió inmediatamente.

—Entonces recojamos todo lo demás.

Caelene no perdió tiempo.

—Rápido.

Ambos empezaron a moverse por la oficina.

Miller abrió varios archivadores metálicos mientras Caelene revisaba estanterías completas llenas de documentos antiguos.

Muchos pergaminos tenían sellos infernales.

Otros parecían mucho más viejos.

Demasiado viejos.

El hombre tomó uno cuidadosamente.

El material estaba desgastado y cubierto por símbolos que ni siquiera reconocía.

—¿Qué demonios es esto?

Caelene apenas lo miró.

—No lo abras.

La respuesta fue inmediata.

Seria.

Miller levantó ligeramente las cejas.

—Solo preguntaba.

—Y yo respondo en serio. No abras nada que no conozcas.

Miller volvió a guardar el pergamino dentro de una bolsa de transporte.

La tensión en el ambiente aumentaba con cada segundo.

Porque aunque todavía estaban solos...

ambos sabían perfectamente que no podían permanecer demasiado tiempo allí.

Especialmente después de la muerte de Astaroth.

Caelene encontró entonces varios libros enormes encadenados en una de las paredes.

—Ayúdame con esto.

Miller se acercó rápidamente.

—¿Qué son?

—Grimorios antiguos.

El hombre ayudó a desprender las cadenas mientras Caelene seguía hablando.

—Algunos probablemente contienen rituales previos a la caída.

Miller tragó saliva.

—Cada vez me gusta menos este lugar.

Caelene soltó apenas una exhalación.

—Créeme. A mí tampoco me gusta.

Ambos siguieron llenando bolsas rápidamente.

Pergaminos enrollados.

Registros.

Libros.

Documentos sellados.

Y mientras más recogían...

más claro quedaba algo.

Astaroth llevaba muchísimo tiempo preparando algo.

Demasiado tiempo.

Miller levantó otro montón de documentos.

—¿Cómo nadie notó esto?

Caelene guardó otro grimorio.

—Porque Astaroth era inteligente.

Su voz sonó amarga.

—Y porque demasiadas personas preferían no mirar demasiado lo que hacía.

El silencio volvió unos segundos.

Pesado.

Incómodo.

Hasta que Caelene se detuvo de golpe.

Miller lo notó enseguida.

—¿Qué pasa?

Ella empezó a revisar nuevamente algunos espacios del escritorio.

Luego algunos archivadores.

Después volvió rápidamente hacia la computadora apagada.

Su expresión cambió.

—Falta uno.

Miller frunció el ceño.

—¿Uno qué?

Caelene respiró hondo.

—Un pergamino.

Sus ojos recorrieron rápidamente la lista de registros encontrados.

—El de los apóstoles infernales.

Miller observó cómo la tensión aumentaba todavía más en ella.

—¿Y qué tiene de especial?

Caelene tardó unos segundos en responder.

—Astaroth lo tenía marcado como prioritario.

Eso bastó para preocupar a Miller.

Porque después de todo lo que habían visto...

si Astaroth consideraba algo prioritario, probablemente era importante de verdad.

Caelene siguió revisando rápidamente el lugar.

Abriendo cajones.

Moviendo libros.

Buscando posibles compartimientos ocultos.

Pero no estaba.

El pergamino había desaparecido.

—Alguien lo tomó antes que nosotros... —murmuró ella.

Miller pasó una mano por su nuca.

—¿Crees que quien mató a Astaroth lo tenga?

Caelene se quedó pensando unos segundos.

—Es posible.

Y eso empeoraba todavía más la situación.

Porque significaba que parte de la información relacionada con Finisterra ya estaba circulando fuera del control de ambos planos.

Miller respiró lentamente.

—Entonces tendremos que encontrarlo después.

Caelene asintió.

—Sí.

Pero antes de que pudieran continuar...

algo cambió.

Un sonido metálico resonó en algún lugar lejano del edificio.

Luego otro.

Y entonces...

las alarmas empezaron a sonar.

Fuertes.

Estridentes.

Violentas.

Luces rojas comenzaron a parpadear por toda la oficina.

Miller levantó la cabeza inmediatamente.

—Oh no.

Caelene reaccionó igual de rápido.

—Encontraron el cuerpo.

Las sirenas infernales empezaron a retumbar por toda la torre imperial.

Y a lo lejos ya podían escucharse gritos.

Pasos.

Órdenes.

Movimiento.

Miller sintió cómo la adrenalina golpeaba inmediatamente su cuerpo.

Instinto puro.

Años enteros de supervivencia despertando de golpe.

—Ya saben que estamos aquí.

Caelene observó rápidamente alrededor buscando una salida.

La puerta principal ya no era opción.

Probablemente el edificio entero empezaría a llenarse de guardias en cuestión de segundos.

Entonces levantó la mirada.

Y vio el tragaluz.

Arriba.

Cerca del techo.

Sus ojos se abrieron apenas.

—Tengo una idea.

Miller la miró rápidamente.

—¿Una buena o una mala?

Caelene ya estaba guardando las bolsas.

—Todavía no lo sé.

Las alarmas seguían sonando.

Más cerca.

Mucho más cerca.

Se escuchaban voces aproximándose por las escaleras.

Miller tensó ligeramente la mandíbula.

—Eso no responde mi pregunta.

Caelene extendió una mano hacia él.

—Toma mi mano.

Miller parpadeó apenas.

—¿Qué?

—Solo hazlo.

El hombre obedeció rápidamente.

Y apenas sus manos se tocaron...

Caelene desplegó las alas.

Las enormes alas blancas surgieron detrás de ella con una fuerza brutal, llenando parte del recinto con plumas que brillaron tenuemente bajo las luces rojas de emergencia.

Miller abrió ligeramente los ojos.

Incluso después de verla antes...

seguía siendo impresionante.

Y entonces Caelene impulsó el cuerpo hacia arriba.

El suelo explotó debajo de ellos por la fuerza del despegue.

Y un segundo después...

atravesaron el tragaluz.

El cristal estalló en miles de fragmentos mientras ambos salían disparados hacia el exterior.

El viento infernal golpeó el rostro de Miller violentamente.

Las alarmas seguían resonando abajo.

Guardias infernales empezaban a salir hacia balcones y ventanas señalándolos.

Pero ya era tarde.

Caelene seguía elevándose entre los edificios del anillo de la ira mientras sostenía firmemente a Miller.

El cielo rojizo del Infierno se extendía sobre ellos.

Oscuro.

Pesado.

Inmenso.

Miller miró hacia abajo viendo cómo la torre imperial quedaba atrás lentamente.

Su corazón seguía latiendo con fuerza.

La misión casi estaba completa.

Tenían el disco duro.

Los documentos.

Los grimorios.

Casi toda la información de Astaroth.

Casi todo.

Pero todavía faltaba un pergamino importante.

Y ahora alguien más lo tenía.

El Pacto de lo Prohibido

Después del escape, Miller y Caelene se encontraban nuevamente en el callejón donde habían escondido las armaduras.

El ruido de las alarmas todavía podía escucharse a la distancia.

Sirenas metálicas.

Gritos.

Órdenes infernales resonando entre las calles del anillo de la ira mientras vehículos comenzaban a movilizarse cerca de la torre imperial.

El ambiente entero parecía haberse tensado.

Como si el propio distrito hubiera entrado en estado de alerta.

Miller seguía respirando algo agitado después de la huida.

El salto desde el tragaluz.

El vuelo improvisado.

La persecución.

Y el peso constante del ambiente infernal comenzaban a pasar factura incluso sobre él.

Caelene aterrizó primero dentro del callejón y soltó lentamente la mano de Miller después de asegurarse de que ambos estuvieran a salvo.

Las alas celestiales desaparecieron lentamente detrás de su espalda en pequeñas partículas luminosas.

Miller apoyó ambas manos sobre sus rodillas intentando recuperar el aire.

—Escapamos por los pelos...

Su voz salió entrecortada.

Caelene también respiró hondo mientras observaba hacia la entrada del callejón.

Atenta.

Siempre atenta.

Como si esperara que alguien apareciera persiguiéndolos en cualquier momento.

—Sí... —admitió finalmente—. Eso fue intenso.

Miller soltó una pequeña risa nerviosa.

—¿"Intenso"? Casi nos atrapan.

Caelene lo miró de reojo.

—Pero no nos atraparon.

El hombre se dejó caer contra una de las paredes metálicas del callejón mientras intentaba procesar todo lo ocurrido.

La imagen del demonio muerto seguía apareciendo en su cabeza.

El sonido de las alarmas.

La tensión constante.

Y ahora... el hecho de que tenían información extremadamente peligrosa dentro de una mochila.

El disco duro.

Los pergaminos.

Los grimorios.

Todo relacionado con Finisterra.

Y honestamente...

eso le preocupaba más de lo que quería admitir.

Miller levantó la mirada hacia Caelene.

—Entonces... ¿ahora qué sigue?

Caelene guardó silencio unos segundos mientras organizaba ideas mentalmente.

Luego extendió la mano.

—Pásame la radio.

Miller reaccionó rápido.

Abrió la mochila que llevaba cruzada sobre el hombro y comenzó a buscar entre los objetos que habían recuperado. Pergaminos enrollados sobresalían parcialmente entre los compartimientos junto a pequeños libros antiguos cubiertos de símbolos infernales.

Finalmente encontró el comunicador celestial.

Pequeño.

Plateado.

Con símbolos grabados alrededor de la estructura.

Se lo entregó.

Caelene lo tomó inmediatamente y activó el dispositivo.

Durante unos segundos solo hubo estática.

Una interferencia incómoda causada por la energía infernal del entorno.

Luego una voz se escuchó del otro lado.

Distorsionada.

Pero claramente celestial.

—Central operativa. Identifíquese.

Caelene mantuvo la voz firme.

Profesional.

—Unidad de recuperación siete. Tenemos la mayoría de la información clasificada. Solicito apertura inmediata de portal de extracción.

Hubo un pequeño silencio del otro lado.

Luego la voz respondió:

—Confirme coordenadas.

Caelene guardó la radio unos segundos y llevó una mano hacia uno de los pequeños bolsillos laterales de su ropa.

Sacó un dispositivo circular del tamaño de la palma de una mano.

La superficie emitía una tenue luz azulada.

Miller observó curioso.

—¿Qué es eso?

—Un rastreador dimensional.

Caelene deslizó los dedos sobre el dispositivo mientras observaba varios símbolos moverse sobre la pantalla.

—Permite que el cielo ubique nuestra posición exacta incluso dentro del Infierno.

Miller levantó ligeramente las cejas.

—Conveniente.

—Y extremadamente caro.

Caelene finalmente leyó las coordenadas.

—Sector oriental del distrito industrial. Callejón siete-cuarenta y dos. Cerca de la torre imperial.

La voz del otro lado respondió enseguida.

—Recibido. Abriremos el portal en breve.

La comunicación se cortó.

El silencio volvió a llenar el callejón.

Aunque esta vez no fue un silencio tranquilo.

Era tensión contenida.

Miller observó nuevamente la mochila.

—No puedo creer que todo eso estuviera guardado en una sola oficina...

Caelene cruzó los brazos.

—Astaroth llevaba siglos acumulando información.

Su expresión se endureció apenas.

—Y por lo que vimos... estaba planeando algo grande.

Miller recordó el documento abierto en la computadora.

La expedición.

Finisterra.

Incluso el nombre seguía provocándole incomodidad.

—¿Qué tan malo es realmente ese lugar?

Caelene tardó un poco en responder.

Porque honestamente...

ni siquiera ella sabía cómo describir Finisterra correctamente.

—Es un lugar al que incluso muchos seres celestiales le temen.

Miller tragó saliva.

—Eso no responde nada.

—Porque no hay una respuesta simple.

Caelene observó hacia el cielo rojizo del Infierno.

—Finisterra existía antes de muchas cosas que conocemos actualmente. Antes de varios registros. Antes incluso de algunos reinos infernales modernos.

Miller permaneció escuchando.

—Y casi todo lo relacionado con ese lugar fue sellado.

—¿Por qué?

Caelene bajó lentamente la mirada.

—Porque las expediciones que entraban... rara vez regresaban completas.

Eso bastó para hacer que el ambiente se volviera todavía más incómodo.

Miller sintió un pequeño escalofrío recorrerle la espalda.

Y eso era difícil considerando el calor constante del Infierno.

Entonces el aire cambió.

Una vibración luminosa apareció frente a ellos.

El espacio comenzó a distorsionarse lentamente.

Símbolos celestiales emergieron formando círculos brillantes sobre el suelo del callejón.

Miller dio un pequeño paso atrás por reflejo.

Y segundos después...

el portal se abrió.

La luz dorada contrastó violentamente contra la oscuridad rojiza del entorno.

Del otro lado podía verse una sala celestial iluminada tenuemente.

Y frente al portal había otra guardia celestial esperando.

Una mujer alta con armadura plateada y una lanza apoyada junto a ella.

Su expresión permaneció seria apenas observó el estado de ambos.

Primero miró a Caelene.

Luego a Miller.

Y finalmente la mochila.

—¿Lo consiguieron?

Caelene avanzó inmediatamente hacia el portal.

Sacó el disco duro cuidadosamente protegido dentro de una cubierta metálica.

—Aquí está la mayor parte de la información digitalizada.

Luego levantó las bolsas llenas de pergaminos y libros antiguos.

—Y esto es todo lo demás que alcanzamos a recuperar.

La guardia tomó los objetos con cuidado.

Pero apenas escuchó la palabra "Finisterra" grabada en uno de los pergaminos parcialmente visibles... su expresión cambió ligeramente.

No miedo.

Pero sí preocupación.

Miller lo notó enseguida.

Porque ya estaba comenzando a reconocer cómo reaccionaban los seres celestiales ante ciertos nombres.

Y Finisterra definitivamente era uno de ellos.

La guardia habló más bajo esta vez.

—¿Encontraron todo?

Caelene negó lentamente.

—No.

La mujer frunció el ceño.

—¿Falta algo?

Caelene asintió.

—Un pergamino importante no estaba en el recinto.

Miller permaneció en silencio observando la conversación.

La guardia sostuvo el disco duro con firmeza.

—¿Qué clase de pergamino?

Caelene dudó apenas unos segundos.

—Uno relacionado con los apóstoles infernales.

Eso provocó otro pequeño silencio incómodo.

La guardia celestial bajó lentamente la mirada hacia los objetos que llevaba ahora entre brazos.

—Entonces sigue allá abajo...

Caelene asintió.

—Sí.

Miller finalmente habló.

—Tal vez Astaroth lo movió antes de morir.

La guardia observó a ambos.

—¿Tienen alguna pista?

Caelene negó nuevamente.

—Todavía no.

La mujer soltó una exhalación lenta.

Claramente aquello complicaba las cosas.

—Está bien.

Guardó el disco duro cuidadosamente dentro de un contenedor metálico sellado.

—Esto ya es bastante importante.

Luego volvió a mirar a Caelene.

—Pero encuentren ese pergamino.

Su voz se endureció apenas.

—Seraphiel ya les explicó lo delicado que es todo esto.

Caelene mantuvo la compostura.

—Lo sabemos.

La guardia dio un pequeño paso hacia atrás dentro del portal.

—Intenten no llamar más la atención de la necesaria.

Miller soltó una pequeña risa seca.

—Creo que ya pasamos esa etapa.

Eso hizo que incluso Caelene desviara apenas la mirada.

Porque honestamente...

sí habían llamado demasiado la atención.

La guardia celestial suspiró apenas.

—Solo vuelvan completos.

El comentario quedó flotando unos segundos en el ambiente.

Porque ninguno de los tres ignoraba lo peligroso que podía volverse el Infierno cuando comenzaba a movilizarse.

Y después del robo en la torre imperial...

seguramente ya habría demonios buscándolos.

Caelene asintió finalmente.

—Esperamos no tardar.

La guardia respondió con otro asentimiento.

Y pocos segundos después...

el portal comenzó a cerrarse lentamente.

La luz celestial desapareció.

El callejón volvió a quedar cubierto únicamente por la iluminación rojiza del Infierno.

Y ahora...

solo quedaban ellos dos otra vez.

El callejón volvió a quedar en silencio después de que el portal desapareció.

La luz dorada del cielo se extinguió completamente, dejando nuevamente solo el resplandor rojizo del Infierno iluminando las paredes metálicas y húmedas del lugar. A lo lejos todavía podían escucharse sirenas provenientes de la torre imperial, aunque más apagadas ahora, mezclándose con motores, gritos y música distorsionada que parecían formar parte natural del caos infernal.

Caelene observó el punto donde el portal había estado unos segundos antes.

Luego soltó lentamente el aire contenido.

—Listo... —murmuró finalmente—. Ya toda la información que conseguimos está a salvo.

Miller asintió despacio.

Seguía algo tenso.

La adrenalina del escape todavía permanecía dentro de él.

Y honestamente...

sentía que apenas ahora comenzaba a procesar todo lo que acababan de hacer.

Entrar ilegalmente a una torre imperial infernal.

Robar documentos clasificados.

Escapar rompiendo un tragaluz.

Y encima...

presenciar una muerte tan brutal de cerca.

El hombre bajó lentamente la mirada.

—Tal vez ese tal Scott tiene el pergamino.

Caelene giró apenas la cabeza hacia él.

—¿Scott?

—El que mató a Astaroth.

Caelene guardó silencio unos segundos.

Pensando.

Analizando posibilidades.

Finalmente asintió lentamente.

—Es lo más probable.

Miller cruzó los brazos mientras observaba la salida del callejón.

—Si él estuvo involucrado directamente en todo esto... entonces seguramente revisó el recinto antes que nosotros.

Caelene entrecerró apenas los ojos.

—Y si encontró ese pergamino... significa que probablemente ya sabe lo importante que es.

Eso empeoraba mucho las cosas.

Porque una cosa era que el documento estuviera perdido.

Y otra muy distinta era que alguien lo tuviera conscientemente.

Especialmente alguien relacionado con la muerte de Astaroth.

Caelene entonces extendió una mano.

—Saca los documentos de la mochila.

Miller reaccionó enseguida.

Se quitó nuevamente la mochila del hombro y comenzó a revisar el interior. Todavía había varios pergaminos pequeños, registros escritos a mano y documentos parcialmente dañados por el tiempo.

Finalmente encontró el conjunto específico de archivos relacionados con la muerte de Astaroth.

Se los entregó.

Caelene los tomó inmediatamente y comenzó a leerlos mientras el ruido distante de la ciudad seguía envolviendo el callejón.

El rostro de la mujer se fue endureciendo poco a poco mientras avanzaba entre páginas.

Miller observaba en silencio.

Hasta que finalmente Caelene habló.

—La dirección que aparece aquí no está muy lejos.

El hombre levantó ligeramente la mirada.

—¿Qué dirección?

Caelene giró uno de los documentos hacia él.

Había una ubicación escrita apresuradamente junto a varias anotaciones manchadas con tinta roja.

—Una casa en el sector norte del distrito.

El callejón volvió a quedar en silencio después de que el portal desapareció.

La luz dorada del cielo se extinguió completamente, dejando nuevamente solo el resplandor rojizo del Infierno iluminando las paredes metálicas y húmedas del lugar. A lo lejos todavía

podían escucharse sirenas provenientes de la torre imperial, aunque más apagadas ahora, mezclándose con motores, gritos y música distorsionada que parecían formar parte natural del caos infernal.

Caelene observó el punto donde el portal había estado unos segundos antes.

Luego soltó lentamente el aire contenido.

—Listo... —murmuró finalmente—. Ya toda la información que conseguimos está a salvo.

Miller asintió despacio.

Seguía algo tenso.

La adrenalina del escape todavía permanecía dentro de él.

Y honestamente...

sentía que apenas ahora comenzaba a procesar todo lo que acababan de hacer.

Entrar ilegalmente a una torre imperial infernal.

Robar documentos clasificados.

Escapar rompiendo un tragaluz.

Y encima...

presenciar una muerte tan brutal de cerca.

El hombre bajó lentamente la mirada.

—Tal vez ese tal Scott tiene el pergamino.

Caelene giró apenas la cabeza hacia él.

—¿Scott?

—El que mató a Astaroth.

Caelene guardó silencio unos segundos.

Pensando.

Analizando posibilidades.

Finalmente asintió lentamente.

—Es lo más probable.

Miller cruzó los brazos mientras observaba la salida del callejón.

—Si él estuvo involucrado directamente en todo esto... entonces seguramente revisó el recinto antes que nosotros.

Caelene entrecerró apenas los ojos.

—Y si encontró ese pergamino... significa que probablemente ya sabe lo importante que es.

Eso empeoraba mucho las cosas.

Porque una cosa era que el documento estuviera perdido.

Y otra muy distinta era que alguien lo tuviera conscientemente.

Especialmente alguien relacionado con la muerte de Astaroth.

Caelene entonces extendió una mano.

—Saca los documentos de la mochila.

Miller reaccionó enseguida.

Se quitó nuevamente la mochila del hombro y comenzó a revisar el interior. Todavía había varios pergaminos pequeños, registros escritos a mano y documentos parcialmente dañados por el tiempo.

Finalmente encontró el conjunto específico de archivos relacionados con la muerte de Astaroth.

Se los entregó.

Caelene los tomó inmediatamente y comenzó a leerlos mientras el ruido distante de la ciudad seguía envolviendo el callejón.

El rostro de la mujer se fue endureciendo poco a poco mientras avanzaba entre páginas.

Miller observaba en silencio.

Hasta que finalmente Caelene habló.

—La dirección que aparece aquí no está muy lejos.

El hombre levantó ligeramente la mirada.

—¿Qué dirección?

Caelene giró uno de los documentos hacia él.

Había una ubicación escrita apresuradamente junto a varias anotaciones manchadas con tinta roja.

—Un edificio residencial en el sector norte del distrito.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—¿Y crees que ahí está el pergamino?

Caelene dobló lentamente los papeles.

—Tal vez.

Luego volvió a guardarlos cuidadosamente.

—Pero es la mejor pista que tenemos ahora mismo.

Miller asintió despacio.

Y honestamente...

prefería seguir avanzando antes que quedarse quieto pensando demasiado.

Porque cada vez que se detenía...

la imagen del demonio muriendo volvía a aparecer en su cabeza.

Caelene guardó nuevamente los documentos dentro de la mochila.

—Vamos.

Ambos salieron finalmente del callejón.

Las calles del anillo de la ira seguían igual de caóticas.

Letreros de neón iluminaban edificios industriales enormes mientras distintas razas infernales recorrían las avenidas entre humo y ruido constante.

Sabuesos infernales fumaban cerca de bares abiertos.

Un grupo de imps discutía violentamente junto a una motocicleta destruida.

Dos súcubos caminaban riéndose mientras ignoraban completamente el caos alrededor.

Más adelante, un sloth enorme cargaba cajas metálicas mientras varios sharks negociaban algo cerca de un mercado callejero.

Y aun así...

todo parecía funcionar.

Como una sociedad acostumbrada al desorden permanente.

Miller caminaba observando todo con atención.

Todavía le costaba aceptar que el Infierno fuera así.

No un vacío eterno de fuego.

Sino una civilización entera sobreviviendo dentro del caos.

Después de varios minutos caminando en silencio...

decidió finalmente hablar.

Porque había algo que seguía molestándolo.

Algo que no lograba quitarse de encima.

—Caelene.

Ella siguió caminando.

—¿Qué pasa?

Miller dudó apenas unos segundos.

—Lo del sabueso...

Caelene no respondió inmediatamente.

Y eso ya le dijo suficiente.

El hombre continuó.

—El que mataste en la torre imperial.

Caelene soltó una pequeña exhalación cansada.

Como si ya supiera perfectamente hacia dónde iba la conversación.

—Ya te lo expliqué allá.

Su voz se mantuvo firme.

—Estábamos en peligro.

Miller negó lentamente con la cabeza.

—Eso no es justificación para acabar con una vida.

Caelene giró apenas la mirada hacia él.

—¿Quieres que hubiéramos dejado que activara la alarma?

—¡La alarma igual se activó después!

Eso hizo que varios demonios voltearan a mirarlos brevemente mientras caminaban.

Caelene bajó un poco la voz.

—Porque encontraron el cuerpo más tarde.

Miller apretó ligeramente la mandíbula.

—¿Y si tenía familia?

Aquello sí hizo que Caelene se quedara callada.

El ruido de la ciudad siguió alrededor de ellos mientras caminaban entre la multitud infernal.

Pero entre ambos...

el silencio se volvió pesado.

Porque Miller había tocado algo incómodo.

Algo que Caelene claramente no quería pensar.

El hombre continuó más despacio esta vez.

—¿Y si tenía hijos?

Caelene mantuvo la mirada al frente.

Sin responder.

—¿Y si alguien lo estaba esperando igual que esa niña esperaba a su padre?

Eso hizo que Caelene cerrara ligeramente los ojos un instante.

Solo un segundo.

Pero Miller lo notó.

Porque incluso ella recordó inmediatamente a Luci.

La niña frente al ventanal.

Esperando desde 1996.

Esperando a alguien que quizás jamás volvería.

Caelene finalmente habló.

—No compares las cosas.

—¿Por qué no?

La mujer respiró hondo.

Claramente intentando mantener la calma.

—Porque no es lo mismo.

—¿Cómo sabes?

Caelene se detuvo finalmente en mitad de la calle.

Varias criaturas pasaban alrededor de ellos mientras anuncios luminosos parpadeaban sobre sus cabezas.

Y entonces lo miró directamente.

—Porque ese sabueso iba a alertar a toda la torre.

Miller sostuvo su mirada.

—Podíamos detenerlo sin matarlo.

—No había tiempo.

—Siempre hay tiempo.

Eso hizo que Caelene endureciera ligeramente la expresión.

—Hablas como alguien que nunca estuvo realmente obligado a decidir entre sobrevivir o no.

El comentario golpeó a Miller de inmediato.

Porque era mentira.

Y ambos lo sabían.

El hombre soltó una pequeña risa seca.

Sin humor.

—¿Tú crees que no sé lo que es eso?

Caelene no respondió.

Miller bajó lentamente la mirada.

—Pasé años viendo morir personas.

Su voz salió mucho más baja ahora.

Más cansada.

—Y justamente por eso sé que quitar una vida no debería ser tan fácil.

Caelene sintió una pequeña presión incómoda en el pecho al escucharlo.

Porque Miller no hablaba desde inocencia.

Hablaba desde experiencia.

Desde culpa.

Desde recuerdos que todavía seguían vivos dentro de él.

Pero aun así...

ella no podía aceptar que había actuado mal.

No completamente.

Porque en su mente...

realmente no había tenido otra opción.

Caelene finalmente habló otra vez.

—Estábamos en peligro.

Repitió las palabras más despacio esta vez.

Como si intentara convencerse también a sí misma.

—Era él o nosotros.

Miller guardó silencio.

Porque honestamente...

no sabía qué responder.

Parte de él entendía perfectamente la lógica detrás de la decisión.

Especialmente el hombre que había sobrevivido guerras humanas.

Pero otra parte...

la parte que intentaba convertirse en alguien mejor desde que llegó al cielo...

no podía aceptar lo fácil que había sido para ella hacerlo.

Caelene lo observó unos segundos más.

Y luego decidió terminar la conversación antes de que empeorara.

—No volvamos a hablar de eso.

Su tono dejó claro que no era una sugerencia.

Era el final del tema.

Miller permaneció callado.

Finalmente asintió apenas.

Y ambos continuaron caminando por las calles del Infierno.

Pero ahora el silencio entre ellos ya no era cómodo.

Era pesado.

Incómodo.

Porque aunque seguían avanzando juntos...

algo entre ambos acababa de cambiar un poco.

Treinta minutos de caminata pasaron antes de que finalmente llegaran a la dirección indicada en los documentos de Astaroth.

El trayecto había sido silencioso.

Demasiado silencioso.

Después de la discusión sobre el sabueso muerto, la tensión entre Miller y Caelene seguía presente aunque ninguno quisiera admitirlo directamente. Ambos continuaron avanzando entre las calles del anillo de la ira mientras el ruido infernal envolvía todo a su alrededor.

Vehículos rugiendo.

Imps discutiendo en callejones.

Súcubos caminando bajo luces de neón.

Sabuesos infernales fumando frente a bares abiertos.

Y en medio de toda aquella ciudad viva y caótica...

ellos seguían sintiéndose como intrusos.

La dirección los llevó lejos de la zona industrial cercana a la torre imperial. Ahora estaban en un distrito mucho más residencial. Los edificios seguían siendo oscuros y decadentes, pero había algo diferente allí.

Menos violencia visible.

Menos ruido.

Más... normalidad.

Miller observó varias ventanas iluminadas mientras caminaban.

En algunas podían verse familias cenando.

En otras, demonios simplemente descansando frente a televisores antiguos.

Eso le provocó una sensación extraña.

Porque cuanto más tiempo pasaba en el Infierno...

más entendía que las cosas no eran tan simples como el cielo o los relatos humanos hacían creer.

No todos allí parecían monstruos.

Muchos simplemente parecían personas intentando vivir.

Finalmente Caelene se detuvo frente a una casa de dos pisos construida entre varios edificios estrechos.

La estructura era modesta.

Paredes oscuras.

Ventanas algo desgastadas.

Una luz cálida escapaba desde el interior.

Miller levantó la mirada hacia el número grabado junto a la puerta.

—Es aquí.

Caelene observó alrededor con cautela.

—Mantente atento.

Miller asintió despacio.

Luego avanzó hacia la puerta y tocó varias veces.

Los segundos comenzaron a pasar.

Nadie respondía.

Miller volvió a tocar.

Esta vez un poco más fuerte.

Dentro de la casa se escucharon pasos.

Lentos.

Luego silencio otra vez.

Caelene ya tenía una mano cerca de la espada.

Miller lo notó.

—Tranquila...

Ella no respondió.

Los seguros de la puerta comenzaron a moverse lentamente.

Y finalmente...

la puerta se abrió apenas.

Scott estaba detrás de ella.

El joven sabueso los observó confundido.

Su expresión cambió apenas vio a los dos desconocidos frente a su casa.

Miller alcanzó a notar rápidamente varias cosas.

Scott parecía agotado.

Tenía ojeras marcadas.

El brazo vendado.

Claramente no estaba en buen estado

Treinta minutos de caminata pasaron antes de que finalmente llegaran a la dirección indicada en los documentos de Astaroth.

El trayecto había sido silencioso.

Demasiado silencioso.

Después de la discusión sobre el sabueso muerto, la tensión entre Miller y Caelene seguía presente aunque ninguno quisiera admitirlo directamente. Ambos continuaron avanzando entre las calles del anillo de la ira mientras el ruido infernal envolvía todo a su alrededor.

Vehículos rugiendo.

Imps discutiendo en callejones.

Súcubos caminando bajo luces de neón.

Sabuesos infernales fumando frente a bares abiertos.

Y en medio de toda aquella ciudad viva y caótica...

ellos seguían sintiéndose como intrusos.

La dirección los llevó lejos de la zona industrial cercana a la torre imperial. Ahora estaban en un distrito mucho más residencial. Los edificios seguían siendo oscuros y decadentes, pero había algo diferente allí.

Menos violencia visible.

Menos ruido.

Más... normalidad.

Miller observó varias ventanas iluminadas mientras caminaban.

En algunas podían verse familias cenando.

En otras, demonios simplemente descansando frente a televisores antiguos.

Eso le provocó una sensación extraña.

Porque cuanto más tiempo pasaba en el Infierno...

más entendía que las cosas no eran tan simples como el cielo o los relatos humanos hacían creer.

No todos allí parecían monstruos.

Muchos simplemente parecían personas intentando vivir.

Finalmente Caelene se detuvo frente a una casa de dos pisos construida entre varios edificios estrechos.

La estructura era modesta.

Paredes oscuras.

Ventanas algo desgastadas.

Una luz cálida escapaba desde el interior.

Miller levantó la mirada hacia el número grabado junto a la puerta.

—Es aquí.

Caelene observó alrededor con cautela.

—Mantente atento.

Miller asintió despacio.

Luego avanzó hacia la puerta y tocó varias veces.

Los segundos comenzaron a pasar.

Nadie respondía.

Miller volvió a tocar.

Esta vez un poco más fuerte.

Dentro de la casa se escucharon pasos.

Lentos.

Luego silencio otra vez.

Caelene ya tenía una mano cerca de la espada.

Miller lo notó.

—Tranquila...

Ella no respondió.

Los seguros de la puerta comenzaron a moverse lentamente.

Y finalmente...

la puerta se abrió apenas.

Scott estaba detrás de ella.

El joven sabueso los observó confundido.

Su expresión cambió apenas vio a los dos desconocidos frente a su casa.

Miller alcanzó a notar rápidamente varias cosas.

Scott parecía agotado.

Tenía ojeras marcadas.

El brazo vendado.

Y todavía llevaba ropa manchada parcialmente con sangre seca.

Claramente no estaba en buen estado.

Pero antes de que pudiera decir una sola palabra...

Caelene reaccionó.

Se abalanzó violentamente sobre él.

Scott soltó un grito de sorpresa cuando la mujer lo empujó brutalmente contra el suelo del interior de la casa.

La puerta golpeó la pared.

Miller abrió los ojos de golpe.

—¡¿Qué mierda está pasando?!

Caelene sujetó a Scott con fuerza contra el piso.

—¡Lo encontré!

Scott intentó forcejear inmediatamente.

—¡SUÉLTAME!

La mujer presionó todavía más.

—¡No te muevas!

Miller reaccionó enseguida.

Entró rápidamente a la casa intentando separar a Caelene.

—¡Caelene, detente!

Scott comenzó a entrar en pánico.

—¡DESMOND!

Su voz resonó por toda la casa.

—¡DESMOND!

Caelene le cubrió parcialmente el cuello intentando inmovilizarlo.

—¡Haz silencio!

—¡CAELENE!

Miller tiró de uno de sus brazos intentando apartarla.

—¡No está atacando!

Scott seguía luchando desesperadamente bajo ella.

—¡DESMOND!

Los pasos comenzaron a escucharse arriba.

Rápidos.

Pesados.

Y segundos después...

Desmond apareció bajando las escaleras.

Su expresión pasó de confusión a alarma absoluta apenas vio la escena.

Scott inmovilizado en el suelo.

Caelene sobre él.

Miller intentando separarlos.

Laura apareció detrás de Desmond apenas unos segundos después.

Y cuando vio a Scott atrapado bajo aquella mujer armada...

se aterró.

—¡SCOTT!

Miller levantó las manos inmediatamente.

—¡Tranquilos!

Caelene seguía forcejeando con Scott.

—¡No se acerquen!

Desmond reaccionó al instante.

Corrió hacia uno de los cajones cercanos de la sala y lo abrió bruscamente.

Miller alcanzó a entender lo que iba a hacer demasiado tarde.

Desmond sacó un arma.

Y le apuntó directamente a Caelene.

El ambiente entero cambió de inmediato.

Todo quedó congelado.

Laura retrocedió horrorizada.

Scott dejó de moverse apenas vio el arma.

Miller sintió el corazón acelerarse violentamente.

Desmond mantenía ambas manos firmes sosteniendo la pistola.

Y sus ojos...

sus ojos estaban completamente serios.

No estaba jugando.

—Suéltalo.

La voz de Desmond salió fría.

Peligrosamente fría.

Caelene finalmente se detuvo.

Por primera vez desde que habían llegado.

Miró lentamente el arma apuntándole al rostro.

Y aunque claramente no parecía intimidada...

sí entendió que la situación acababa de escalar demasiado.

Miller habló rápido.

—¡Caelene, cálmate! ¡No es un peligro!

La mujer finalmente soltó a Scott y levantó lentamente las manos.

Scott se arrastró inmediatamente alejándose de ella mientras respiraba agitado.

Laura corrió hacia él enseguida.

—¡¿Estás bien?!

Scott asintió apenas.

Todavía asustado.

Desmond no bajó el arma.

Ni un centímetro.

—Tienen cinco segundos para decirme quiénes son antes de que les meta un tiro a cada uno.

La tensión dentro de la casa era brutal.

Miller levantó lentamente ambas manos intentando parecer lo menos amenazante posible.

—No vinimos a hacerle daño a nadie.

Caelene soltó una pequeña exhalación molesta.

—¿Cómo que no? Ese sabueso mató a Astaroth.

Scott levantó la mirada de golpe.

—¡¿Qué?!

Miller giró inmediatamente hacia ella.

—¡Caelene!

Desmond endureció todavía más la expresión.

—¿Qué carajo saben ustedes de eso?

Laura miraba la escena completamente confundida.

—¿Quiénes son ustedes...?

Miller intentó recuperar el control antes de que todo explotara otra vez.

—Escuchen... por favor.

Su voz salió cansada.

Sincera.

—No queremos pelear.

Desmond mantuvo el arma apuntando directamente hacia Caelene.

—Pues ella claramente sí quería.

Caelene cruzó los brazos lentamente ahora que ya no estaba encima de Scott.

—Porque él es peligroso.

Scott reaccionó enseguida.

—¡Yo no hice nada!

—Mataste a Astaroth.

El joven sabueso se quedó callado.

Y ese silencio...

dijo demasiado.

Miller habló rápidamente antes de que Caelene volviera a lanzarse sobre él.

—Sí, pero claramente no es una amenaza ahora.

Desmond seguía sin bajar el arma completamente.

Aunque ahora parecía más confundido que agresivo.

—Exijo explicaciones.

Miller asintió lentamente.

—Y te las voy a dar.

Luego miró el arma.

—Solo... baja eso un poco.

Hubo varios segundos de tensión absoluta.

Laura seguía abrazando parcialmente a Scott en el suelo.

Caelene permanecía seria.

Preparada por si Desmond disparaba.

Y Miller simplemente esperaba que nadie hiciera algo estúpido.

Finalmente...

Desmond bajó lentamente el arma.

No completamente.

Pero lo suficiente para dejar claro que al menos estaba dispuesto a escuchar.

Aunque seguía alerta.

Muy alerta.

—Hablen.

La sala quedó completamente en silencio.

Y Miller entendió perfectamente que cualquier palabra equivocada podía convertir aquella casa en otro desastre.

La tensión dentro de la casa seguía siendo sofocante.

Desmond mantenía el arma baja, pero todavía firme entre sus manos. Scott seguía sentado cerca del suelo junto a Laura, todavía respirando agitado después de que Caelene prácticamente lo hubiera derribado apenas abrió la puerta.

Y Caelene...

seguía observando al sabueso como si en cualquier momento pudiera representar una amenaza.

Miller fue el primero en romper el silencio.

Porque entendía perfectamente que si nadie explicaba las cosas rápido... aquello iba a terminar mal.

Muy mal.

El hombre levantó lentamente ambas manos en señal de calma.

—El cielo nos mandó.

Eso hizo que Desmond frunciera ligeramente el ceño.

—¿El cielo...?

Miller asintió.

—Nos enviaron a recuperar toda la información perteneciente a Astaroth.

Laura tragó saliva apenas escuchó aquel nombre.

Scott bajó lentamente la mirada.

Y Desmond permaneció completamente serio.

Miller continuó:

—Es información demasiado delicada para estar circulando aquí abajo.

Caelene cruzó lentamente los brazos.

—Y parte de esa información desapareció antes de que llegáramos al recinto de Astaroth.

Desmond observó primero a Caelene.

Luego a Miller.

—¿De qué clase de información están hablando exactamente?

Miller dudó apenas unos segundos.

No podía decir demasiado.

Pero tampoco podían seguir ocultando todo.

—Pergaminos antiguos.

La expresión de Desmond cambió apenas un poco.

Solo un pequeño gesto.

Pero Miller lo notó enseguida.

Y Caelene también.

—Relacionados con Finisterra —añadió ella directamente.

Eso hizo que el ambiente dentro de la casa se volviera todavía más pesado.

Porque incluso Laura, que no entendía completamente el contexto, percibió inmediatamente que aquel nombre no era algo normal.

Desmond permaneció callado unos segundos.

Pensando.

Entonces Miller habló otra vez.

—Por lo que creemos... el sabueso tiene uno de esos pergaminos prioritarios.

Scott levantó la mirada de golpe.

—¿Yo?

Caelene lo señaló directamente.

—Tú mataste a Astaroth.

Scott tensó ligeramente la mandíbula.

—Estaba recuperando mi alma.

La tensión dentro de la casa seguía siendo sofocante.

Desmond mantenía el arma baja, pero todavía firme entre sus manos. Scott seguía sentado cerca del suelo junto a Laura, todavía respirando agitado después de que Caelene prácticamente lo hubiera derribado apenas abrió la puerta.

Y Caelene...

seguía observando al sabueso como si en cualquier momento pudiera representar una amenaza.

Miller fue el primero en romper el silencio.

Porque entendía perfectamente que si nadie explicaba las cosas rápido... aquello iba a terminar mal.

Muy mal.

El hombre levantó lentamente ambas manos en señal de calma.

—El cielo nos mandó.

Eso hizo que Desmond frunciera ligeramente el ceño.

—¿El cielo...?

Miller asintió.

—Nos enviaron a recuperar toda la información perteneciente a Astaroth.

Laura tragó saliva apenas escuchó aquel nombre.

Scott bajó lentamente la mirada.

Y Desmond permaneció completamente serio.

Miller continuó:

—Es información demasiado delicada para estar circulando aquí abajo.

Caelene cruzó lentamente los brazos.

—Y parte de esa información desapareció antes de que llegáramos al recinto de Astaroth.

Desmond observó primero a Caelene.

Luego a Miller.

—¿De qué clase de información están hablando exactamente?

Miller dudó apenas unos segundos.

No podía decir demasiado.

Pero tampoco podían seguir ocultando todo.

—Pergaminos antiguos.

La expresión de Desmond cambió apenas un poco.

Solo un pequeño gesto.

Pero Miller lo notó enseguida.

Y Caelene también.

—Relacionados con Finisterra —añadió ella directamente.

Eso hizo que el ambiente dentro de la casa se volviera todavía más pesado.

Porque incluso Laura, que no entendía completamente el contexto, percibió inmediatamente que aquel nombre no era algo normal.

Desmond permaneció callado unos segundos.

Pensando.

Entonces Miller habló otra vez.

—Por lo que creemos... el sabueso tiene uno de esos pergaminos prioritarios.

Scott levantó la mirada de golpe.

—¿Yo?

Caelene lo señaló directamente.

—Tú mataste a Astaroth.

Scott tensó ligeramente la mandíbula.

—Él intentó matar a Desmond.

—Eso no cambia nada.

Miller intervino antes de que comenzaran otra vez.

—Solo queremos el pergamino.

Desmond permanecía inmóvil.

Pero por dentro...

ya sabía exactamente de cuál hablaban.

El pergamino que Naomy le había dado.

El mismo que todavía seguía escondido arriba.

Y honestamente...

el simple hecho de que el cielo estuviera buscándolo le hacía entender todavía más lo peligroso que debía ser realmente.

Miller notó el silencio de Desmond.

—¿Lo tienen?

Laura giró lentamente la mirada hacia Desmond.

Scott también.

Y eso terminó de confirmar todo.

Caelene dio un pequeño paso adelante.

—Así que sí está aquí.

Desmond levantó apenas el arma otra vez por reflejo.

No apuntando directamente.

Pero sí dejando claro que seguía desconfiando.

—¿Qué pasa si lo tenemos?

Caelene respondió sin rodeos.

—Que necesitamos llevárnoslo.

Miller habló enseguida intentando suavizar otra vez la situación.

—Y después nos iremos.

Miró directamente a Desmond.

—No queremos problemas. Solo necesitamos eso.

El silencio volvió a llenar la sala.

Scott observaba todo claramente confundido.

Laura seguía nerviosa.

Y Desmond intentaba decidir qué hacer.

Porque algo dentro de él no terminaba de confiar en ellos.

Especialmente en Caelene.

Había algo en ella...

algo demasiado agresivo.

Demasiado frío.

Entonces...

la puerta principal volvió a abrirse.

Todos giraron inmediatamente la mirada.

Y dos figuras entraron a la casa.

Antrox fue el primero en aparecer.

El demonio alto avanzó tranquilamente mientras hablaba antes incluso de mirar bien el interior.

—Desmond, traje lo que me pedis—

Pero se detuvo.

Porque el ambiente dentro de la sala claramente estaba mal.

Muy mal.

Exelia entró detrás de él.

Y apenas vio a Caelene...

sus ojos se abrieron ligeramente.

La reconoció al instante.

—...Caelene.

La voz salió seca.

Directa.

La guardia celestial giró inmediatamente la cabeza.

Y apenas vio a Exelia...

su expresión cambió también.

Por primera vez desde que habían llegado.

—Exelia...

El ambiente se tensó todavía más.

Miller observó confundido de una a la otra.

Porque claramente...

se conocían.

Y no precisamente bien.

Antrox también comenzó a mirar alrededor intentando entender qué demonios estaba pasando.

Desmond seguía sosteniendo el arma.

Scott seguía en el suelo.

Laura aterrada.

Y ahora dos demonios más acababan de entrar en mitad del desastre.

Exelia avanzó lentamente unos pasos sin dejar de mirar a Caelene.

—¿Qué haces aquí?

La voz de la demonio salió fría.

Caelene mantuvo la postura firme.

—Tengo una misión.

Exelia soltó una pequeña risa seca.

Sin humor.

—Claro.

Miller observó a ambas.

La tensión entre ellas era demasiado evidente.

No parecía una simple diferencia personal.

Parecía algo mucho más viejo.

Más profundo.

Caelene endureció ligeramente la expresión.

—No vine a hablar contigo.

—Lástima —respondió Exelia enseguida—, porque yo sí quiero hablar contigo.

Antrox levantó ambas manos intentando intervenir.

—Okay, siento que me perdí muchas cosas aquí...

Nadie le respondió.

Porque la atención seguía completamente puesta entre Caelene y Exelia.

Y honestamente...

hasta Desmond había notado el cambio.

El odio entre ambas era palpable.

Exelia cruzó lentamente los brazos.

Su mirada recorría a Caelene de arriba abajo con evidente desprecio.

—Sigues igual de arrogante.

Caelene soltó apenas una exhalación.

—Y tú sigues igual de insoportable.

Laura observó a Desmond en voz baja.

—¿Ellas se conocen?

Desmond respondió sin dejar de mirar la escena.

—Mucho, al parecer...

Miller finalmente habló.

—¿Qué está pasando aquí?

Exelia ni siquiera apartó la mirada de Caelene.

—Pregúntale a ella.

Caelene entrecerró ligeramente los ojos.

—No empieces.

—¿Por qué? ¿Te incomoda?

El ambiente se volvió peligrosamente incómodo.

Porque Exelia claramente estaba disfrutando aquello.

Disfrutando ver a Caelene fuera de control.

Y Caelene...

claramente estaba haciendo esfuerzo por no reaccionar peor.

Miller comenzó a entender lentamente que aquello venía desde mucho antes.

Muchísimo antes.

Exelia finalmente habló otra vez.

—Seraphiel sigue enviándote a hacer el trabajo sucio, ¿eh?

Eso golpeó directamente el orgullo de Caelene.

—Al menos ella confía en mí para misiones importantes.

Exelia soltó una pequeña sonrisa burlona.

—No. Solo confía en que obedecerás sin cuestionar nada.

El silencio cayó unos segundos.

Y esa frase...

esa frase claramente tocó algo sensible.

Porque Caelene no respondió de inmediato.

Miller notó el pequeño cambio en su expresión.

La mínima tensión en su mandíbula.

Exelia lo vio también.

Y sonrió apenas.

Porque sabía perfectamente dónde golpear.

Desmond observaba toda la escena intentando entender qué relación tenían realmente.

Pero una cosa sí era evidente.

Caelene le tenía resentimiento a Exelia.

Mucho resentimiento.

Y Exelia lo sabía perfectamente.

Porque durante siglos...

ella había sido la favorita de Seraphiel.

La más cercana.

La más reconocida.

La que siempre era mencionada primero.

Y aunque Caelene jamás lo admitiría directamente...

aquello siempre le había dolido más de lo que quería aceptar.

Exelia finalmente volvió a mirar alrededor de la sala.

Luego señaló ligeramente a Desmond.

—¿Y ellos qué tienen que ver con todo esto?

Caelene respondió seca.

—Tienen algo que necesitamos.

Exelia volvió a mirar a Desmond.

Y luego el arma en sus manos.

—Por cómo están las cosas... diría que no lo quieren entregar.

La tensión dentro de la casa se volvió casi insoportable.

Nadie hablaba durante unos segundos.

El ambiente estaba cargado de demasiadas cosas al mismo tiempo.

Desconfianza.

Miedo.

Hostilidad.

Y algo peor.

Finisterra.

Solo mencionar ese nombre ya era suficiente para hacer que incluso el aire pareciera más pesado.

Caelene permanecía completamente rígida frente a Desmond, todavía con una expresión dura marcada en el rostro. Sus alas seguían parcialmente extendidas detrás de ella por reflejo defensivo, aunque intentaba contenerse después del desastre que acababa de provocar con Scott.

Exelia, por otro lado, mantenía los brazos cruzados mientras observaba a la guardia celestial con evidente molestia.

Y Miller...

Miller era prácticamente el único intentando evitar que toda la situación explotara.

Scott seguía respirando agitado en el suelo, todavía afectado por la forma en que Caelene lo había inmovilizado. Laura estaba arrodillada junto a él intentando tranquilizarlo mientras Antrox observaba toda la escena con creciente incomodidad.

Desmond continuaba sujetando el arma.

Aunque ya no apuntaba directamente.

Pero tampoco confiaba lo suficiente para bajarla del todo.

Miller respiró lentamente antes de volver a hablar.

—Nadie quiere pelear aquí.

Caelene soltó una exhalación corta.

—Habla por ti.

Exelia entrecerró ligeramente los ojos al escuchar eso.

—Sigues exactamente igual.

Caelene desvió la mirada hacia ella.

—Y tú sigues creyéndote superior a todos.

—No necesito creérmelo.

Eso empeoró todavía más la tensión.

Miller inmediatamente intervino antes de que aquello escalara otra vez.

—Por favor... ¿podemos concentrarnos?

Desmond seguía observándolos con desconfianza.

Especialmente a Caelene.

Porque honestamente... la mujer acababa de entrar a su casa y lanzarse encima de Scott sin siquiera preguntar nada primero.

Y eso hacía difícil confiar.

Muy difícil.

Miller lo notó enseguida.

—Entiendo perfectamente por qué estás molesto.

Desmond respondió sin apartar la mano del arma.

—¿Ah sí?

—Sí.

Miller sostuvo su mirada.

—Y sinceramente... yo también creo que ella exageró.

Caelene giró la cabeza hacia él inmediatamente.

—¿Perdón?

—Es verdad.

La guardia celestial frunció el ceño.

—Ese sabueso mató a Astaroth.

Scott reaccionó desde el suelo todavía alterado.

—¡Él intentó matarnos primero!

—Eso no cambia lo que hizo.

Desmond avanzó un paso.

—¿Y qué esperabas? ¿Que nos dejáramos matar?

Caelene abrió la boca para responder.

Pero Exelia habló primero.

—Ya basta.

Su voz fue firme.

Autoritaria.

Y consiguió que todos guardaran silencio.

La mujer caminó lentamente hacia el centro de la sala mientras observaba primero a Desmond, luego a Miller y finalmente a Caelene.

—Esto no está ayudando en nada.

Antrox asintió desde atrás.

—Tiene razón.

Laura seguía abrazando a Scott mientras intentaba tranquilizarlo.

El sabueso todavía respiraba rápido.

Claramente seguía asustado.

Y Miller no pudo evitar sentir incomodidad al mirar eso.

Porque aunque entendía la lógica militar de Caelene...

algo dentro de él seguía rechazando completamente esa manera de actuar.

Especialmente después de la conversación que habían tenido antes sobre el guardia muerto en la torre imperial.

Exelia finalmente volvió a hablar.

—Explíquenme exactamente qué está pasando.

Miller fue quien respondió.

—El cielo descubrió que Astaroth tenía información extremadamente peligrosa relacionada con Finisterra.

El nombre volvió a endurecer el ambiente.

Desmond entrecerró ligeramente los ojos.

Miller continuó:

—Nos enviaron a recuperar todo lo relacionado con eso antes de que terminara circulando por el Infierno.

Exelia asintió lentamente.

Claramente ya sospechaba algo parecido.

Porque conocía demasiado bien a Seraphiel.

Y si su madre había movilizado guardias directamente al Infierno...

entonces la situación debía ser mucho peor de lo que parecía.

Caelene cruzó los brazos.

—Y ustedes tienen uno de los pergaminos más importantes.

Desmond respondió inmediatamente.

—No lo tendrán.

—No es una petición.

La voz de Caelene sonó fría.

Miller volvió a intervenir antes de que aquello explotara otra vez.

—Escucha... no queremos quitarles respuestas.

Desmond soltó una pequeña risa amarga.

—Pues eso es exactamente lo que están haciendo.

El silencio volvió a caer unos segundos.

Y entonces Desmond habló otra vez.

Más serio.

Más calmado.

—Ese pergamino es lo único que tenemos relacionado con el origen de mi hermano.

Caelene frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso?

Desmond miró directamente hacia ella.

—Que mi hermano proviene de los ancestros infernales.

Eso hizo que Caelene literalmente se quedara inmóvil.

Exelia también levantó apenas la mirada.

Incluso Miller notó inmediatamente el cambio en la expresión de ambas.

Porque aquello no era cualquier afirmación.

Era algo enorme.

Caelene habló lentamente.

—Eso es imposible.

Desmond negó con la cabeza.

—No lo es.

—La característica de los apóstoles infernales desapareció hace siglos.

—Pues mi hermano la tiene.

La guardia celestial permaneció completamente en silencio unos segundos.

Claramente procesando la información.

Porque si eso era verdad...

entonces el problema era muchísimo más grande de lo que Seraphiel había imaginado.

Miller observó a Caelene.

—¿Qué son exactamente los apóstoles infernales?

Caelene tardó un poco en responder.

—Una línea extremadamente antigua.

Su voz ahora sonaba mucho más seria.

—Entidades relacionadas directamente con los primeros demonios previos a la consolidación de los anillos.

Exelia añadió:

—La mayoría cree que desaparecieron hace muchísimo tiempo.

Desmond volvió a hablar.

—Pero mi hermano tiene esa característica.

La tensión volvió lentamente.

Caelene observó fijamente a Desmond.

Como si intentara decidir si estaba mintiendo.

Pero no parecía hacerlo.

Y eso era precisamente lo preocupante.

Miller habló con cuidado.

—Entonces... ¿qué tiene que ver Finisterra con eso?

Desmond respiró hondo.

—Sabemos que Finisterra tiene respuestas.

Caelene reaccionó inmediatamente.

—No.

Todos la miraron.

Ella negó otra vez.

—Ni siquiera deberían mencionar ese lugar como opción.

Exelia entrecerró los ojos.

—Pero sabes cómo llegar.

Caelene guardó silencio.

Y eso fue suficiente respuesta.

Desmond dio un paso hacia adelante.

—Llevamos días intentando encontrar información.

—Entonces deberían dejar de buscar.

—No voy a hacerlo.

La voz de Desmond salió mucho más firme esta vez.

Porque aquello ya no era solamente curiosidad.

Era familia.

Era identidad.

Era entender quién era James realmente.

Y después de todo lo que habían vivido...

Desmond no iba a detenerse.

No ahora.

Caelene lo observó fijamente.

—No entiendes lo que estás pidiendo.

—Entonces explícame.

La mujer soltó una exhalación lenta.

Y por primera vez desde que habían llegado... pareció realmente incómoda.

No molesta.

No agresiva.

Incómoda.

Como si estuvieran acercándose demasiado a algo que prefería no recordar.

—Finisterra no es un lugar normal.

Miller notó inmediatamente el cambio en su tono.

Porque Caelene jamás dudaba al hablar.

Jamás.

Pero ahora sí.

—Es una región anterior a muchas estructuras actuales del Infierno.

Sus ojos permanecieron serios.

—Territorio antiguo. Inestable. Abandonado incluso por entidades mayores.

Exelia habló despacio.

—Pero existe.

Caelene la miró.

—Sí.

El silencio volvió otra vez.

Scott finalmente logró ponerse de pie lentamente mientras Laura seguía sujetándole el brazo.

Antrox observaba todo con expresión tensa.

Y Miller...

Miller empezaba a entender que aquella misión se estaba desviando peligrosamente de lo que Seraphiel les había ordenado originalmente.

Porque recuperar un pergamino era una cosa.

Pero entrar a Finisterra...

Eso era algo completamente distinto.

Desmond volvió a hablar.

—Hagamos un trato.

Caelene ya parecía saber que no le gustaría lo siguiente.

—No me gustan los tratos.

—Acompáñennos a Finisterra.

Eso hizo que Miller abriera ligeramente los ojos.

Caelene directamente respondió al instante.

—No.

—Y cuando terminemos...

Desmond sostuvo el pergamino en alto desde la mesa cercana.

—Les entregaré esto.

El silencio fue inmediato.

Caelene observó el pergamino fijamente.

La tensión en sus hombros aumentó.

Porque estaba atrapada.

Seraphiel necesitaba ese documento.

Y ella lo sabía.

Exelia entonces habló con calma.

—Llevamos días intentando averiguar cómo entrar.

Miró directamente a Caelene.

—Pero tú sí sabes.

Caelene no respondió.

Lo cual confirmó todo.

Miller lentamente empezó a comprender la dimensión real del problema.

—¿Ya habías estado allí...?

La guardia celestial tardó varios segundos en responder.

—Una vez.

Y solo esa respuesta ya fue suficiente para dejar claro que no había sido una experiencia buena.

Desmond habló otra vez.

—Solo queremos respuestas sobre James.

Caelene cerró los ojos unos segundos.

Claramente intentando pensar.

Intentando encontrar otra opción.

Pero no la había.

Porque sin el pergamino... no podían completar la misión.

Y Desmond no iba a entregarlo.

No sin algo a cambio.

Finalmente Caelene abrió lentamente los ojos.

Y habló con evidente disgusto.

—Odio esto.

Exelia cruzó los brazos.

—Entonces acepta de una vez.

Caelene miró nuevamente el pergamino.

Luego a Miller.

Y finalmente soltó una exhalación pesada.

—Bien.

Miller levantó ligeramente la cabeza.

Desmond permaneció completamente atento.

Y Caelene terminó diciendo las palabras que claramente jamás quiso pronunciar.

—Los llevaremos a Finisterra.

El silencio posterior fue mucho peor.

Porque todos entendían lo que aquello significaba.

Estaban aceptando entrar a un lugar al que ni siquiera muchos demonios se atrevían a acercarse.

Un territorio olvidado.

Antiguo.

Prohibido.

Y probablemente lleno de cosas que jamás debieron sobrevivir al paso del tiempo.

Miller sintió un pequeño escalofrío recorriéndole la espalda.

Porque algo dentro de él le decía que, desde ese momento...

la misión acababa de convertirse en algo muchísimo más peligroso.

CAP 106

Entrando a un lugar desconocido

La sala de la casa había adquirido una atmósfera completamente distinta a la de unas horas atrás.

Lo que había comenzado como una simple discusión sobre el pergamino ahora se había convertido en algo mucho más grande.

Mucho más peligroso.

Todos estaban reunidos alrededor de la mesa del comedor. El antiguo pergamino permanecía cuidadosamente extendido sobre la madera mientras varias hojas con anotaciones descansaban a su alrededor.

Nadie parecía relajado.

Ni siquiera Antrox.

Y eso ya era decir mucho.

Normalmente él era quien lograba mantener la calma cuando la situación se volvía complicada, pero incluso él podía sentir que aquello estaba avanzando hacia un territorio desconocido.

Caelene se encontraba de pie junto a una de las ventanas.

Con los brazos cruzados.

Observando el exterior.

Su expresión era seria.

Más seria de lo habitual.

Finalmente se giró hacia el grupo.

—Escuchen con atención porque no pienso repetirlo dos veces.

Desmond apoyó los codos sobre la mesa.

—Te escuchamos.

La guardia celestial respiró hondo.

—La única entrada conocida hacia Finisterra se encuentra en los límites del anillo de la Ira.

El silencio se hizo presente.

Natally frunció el ceño.

—¿La única?

—La única registrada oficialmente.

—¿Y si existe otra?

—Entonces nadie la conoce.

Exelia levantó una ceja.

—Eso no responde realmente la pregunta.

—Porque no puedo responder algo que no sé.

Exelia soltó una pequeña sonrisa.

—Sigues siendo igual de agradable.

Caelene la ignoró completamente.

Ya estaba acostumbrada.

O al menos intentaba aparentar que lo estaba.

—La zona está restringida —continuó—. Nadie entra. Nadie sale. Y los guardias tienen autorización directa para abrir fuego contra cualquier intruso.

Scott abrió los ojos.

—¿Disparar primero y preguntar después?

—Exactamente.

—Eso suena exagerado.

—No cuando conoces lo que hay al otro lado.

Aquellas palabras hicieron que el ambiente se volviera aún más pesado.

Scott tragó saliva.

Laura cruzó los brazos.

—Entonces claramente no quieren que nadie entre.

—No quieren que nadie encuentre lo que hay allí.

Desmond observó el mapa que Caelene había dibujado sobre una hoja.

—Hace unos meses pasé cerca de esa zona.

Todos lo miraron.

—¿En serio?

—Sí.

Caelene giró la cabeza.

—¿Y qué ocurrió?

—Nada.

—¿Nada?

—Bueno... nada importante.

Exelia soltó una risa.

—Cuando Desmond dice "nada importante" normalmente significa que casi termina muerto.

—No exageres.

—Te conozco.

Antrox asintió.

—Tiene razón.

—Gracias por el apoyo moral.

Natally sonrió.

—¿Qué pasó realmente?

Desmond señaló un punto del mapa.

—Iba por esta carretera.

Caelene observó atentamente.

—Continúa.

—Y de repente encontré un puesto de control enorme.

—¿Guardias?

—Muchos.

—¿Cuántos?

—No los conté.

—Aproximadamente.

—Tal vez veinte.

Caelene permaneció pensativa.

—Entonces sí.

—¿Sí qué?

—Pasaste cerca de la entrada.

La habitación quedó en silencio.

Desmond apoyó la espalda contra la silla.

—Me pidieron que cambiara de dirección.

—¿Solo eso?

—Sí.

—Tuviste suerte.

—¿Por qué?

Caelene lo miró fijamente.

—Porque normalmente no son tan amables.

Aquello no ayudó precisamente a tranquilizar a nadie.

Scott se removió incómodo en su asiento.

—Empiezo a pensar que esta expedición es una mala idea.

—Lo es —respondió Caelene.

Todos la miraron.

—¿Qué?

—Es una pésima idea.

—Gracias por la sinceridad.

—De nada.

Miller soltó una pequeña carcajada.

—Al menos es honesta.

—Siempre lo soy.

—A veces demasiado.

—Prefiero eso a mentir.

El elegido negó con la cabeza mientras sonreía.

Era curioso.

A pesar de lo difícil que resultaba tratar con Caelene, comenzaba a comprender por qué Seraphiel confiaba tanto en ella.

Era dura.

Fría.

Brusca.

Pero también era directa.

Nunca adornaba la realidad.

Nunca prometía algo que no pudiera cumplir.

Y eso, en cierto modo, inspiraba confianza.

Aunque fuera una confianza incómoda.

Desmond volvió a concentrarse en el problema.

—Entonces necesitamos una forma de entrar.

—Correcto.

—Sin que nos disparen.

—Preferiblemente.

Exelia suspiró.

—Qué alentador.

Durante varios segundos nadie habló.

Todos intentaban encontrar una solución.

Pero ninguna parecía viable.

Hasta que finalmente Desmond habló.

—Conozco a alguien.

Varias miradas se dirigieron hacia él.

—¿Quién?

—Tal vez pueda ayudarnos.

Caelene entrecerró los ojos.

—¿Tal vez?

—Bueno...

—Desmond.

—¿Qué?

—¿Tal vez o puede?

—Depende de su humor.

—Eso no me tranquiliza.

—A mí tampoco.

Natally sonrió.

—¿De quién hablas?

—Celia.

Antrox asintió lentamente.

—Tiene sentido.

Exelia también pareció comprender inmediatamente.

—Sí... ella podría saber algo.

Miller observó al grupo.

—¿Quién es Celia?

—Alguien con más acceso a ciertas cosas de las que debería tener.

—Eso no suena sospechoso para nada.

—Bienvenido al infierno.

Miller decidió no discutirlo.

Porque honestamente ya había aprendido que muchas cosas del infierno funcionaban de formas extrañas.

Desmond sacó su teléfono.

Mientras buscaba el contacto, una ligera tensión comenzó a acumularse en la habitación.

Todos observaban.

Esperando.

Porque aquella llamada podía definir si tenían una posibilidad de llegar a Finisterra.

O si toda la expedición terminaba antes siquiera de comenzar.

Finalmente encontró el número.

Presionó llamar.

El teléfono empezó a sonar.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Nadie habló.

Hasta Scott parecía contener la respiración.

Luego la llamada fue respondida.

—¿Desmond?

La voz de Celia resonó desde el altavoz.

—Hola.

—Vaya. No esperaba tu llamada.

—Necesito un favor.

—Eso ya me preocupa.

Algunos soltaron pequeñas risas.

Desmond sonrió apenas.

—Es algo importante.

—¿Qué tan importante?

—Mucho.

—Eso definitivamente me preocupa.

—Celia...

—Está bien, está bien. Habla.

Desmond intercambió una mirada con Caelene.

Luego respiró hondo.

—Necesitamos tu ayuda para entrar en un lugar restringido.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Qué clase de lugar restringido?

—Uno muy restringido.

—Desmond.

—¿Sí?

—No me gusta cuando respondes así.

—Lo sé.

—Porque normalmente significa problemas.

—Lo sé.

—Y normalmente significa problemas enormes.

—También lo sé.

La voz de Celia sonó cada vez más preocupada.

—¿A dónde quieren entrar?

La habitación entera quedó en silencio.

Desmond observó a todos los presentes.

Luego respondió.

—A Finisterra.

Al otro lado de la línea hubo un silencio absoluto.

Un silencio tan largo que varios comenzaron a preguntarse si la llamada se había cortado.

Entonces la voz de Celia regresó.

Pero completamente diferente.

Tensa.

Sorprendida.

Alarmada.

—¿Cómo dijiste?

—Finisterra.

—No.

—¿No qué?

—¿Cómo sabes de ese lugar?

Desmond cerró los ojos unos segundos.

Ya esperaba esa reacción.

—Es complicado.

—Desmond.

—Lo sé.

—No, en serio.

Su voz se volvió mucho más seria.

—¿Cómo sabes de ese lugar?

Desmond observó el pergamino sobre la mesa.

Las antiguas letras.

Las referencias al rey olvidado.

Al mensajero.

A Malachi.

A todo aquello que había puesto sus vidas patas arriba en cuestión de días.

—No preguntes.

Hubo otro silencio.

—¿Perdón?

—Solo necesito saber si puedes ayudarnos.

—¿Ayudarlos a entrar en Finisterra?

—Sí.

—¿Estás loco?

—Probablemente.

—Desmond.

—Celia.

—¿Tienes idea de la cantidad de problemas en los que podría meterme?

—Sí.

—¿Y aun así me llamas?

—Porque confío en ti.

Aquellas palabras provocaron varios segundos de silencio.

Un silencio diferente.

Menos hostil.

Más humano.

Más personal.

Finalmente Celia suspiró.

Un largo suspiro de derrota.

—Odio cuando haces eso.

—¿Hacer qué?

—Recordarme por qué termino ayudándote.

Desmond sonrió.

—Entonces...

—No prometo nada.

—Entendido.

—Y si esto sale mal jamás hablamos de esta conversación.

—Perfecto.

—Ni una palabra.

—Ni una.

Celia volvió a suspirar.

—Voy para allá.

—¿En serio?

—Sí.

—Gracias.

—Todavía no me agradezcas.

La voz de Celia sonó cansada.

—Voy a llevar algo que podría servirles.

La esperanza apareció en varios rostros.

—¿De verdad puede ayudarnos?

—Tal vez.

—Eso es mejor que nada.

—Mucho mejor que nada.

Celia guardó silencio unos segundos antes de hablar nuevamente.

—Espérenme en tu casa.

—Lo haremos.

—Y Desmond.

—¿Sí?

—La próxima vez que descubras secretos ancestrales capaces de destruir mi tranquilidad...

—¿Sí?

—Hazme el favor de no involucrarme.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Lo intentaré.

—Mentiroso.

La llamada terminó.

Desmond bajó lentamente el teléfono.

Y colgó.

La hora de espera se hizo más larga de lo que cualquiera esperaba.

Aunque sobre el papel había sido solamente una hora, para quienes estaban sentados en aquella sala parecía mucho más.

El ambiente estaba cargado de incertidumbre.

Nadie sabía realmente qué era Finisterra.

Nadie sabía qué iban a encontrar allí.

Y lo más preocupante de todo era que cada nueva información parecía volver aquel lugar más peligroso de lo que habían imaginado.

Desmond observaba por la ventana mientras apoyaba los brazos sobre el respaldo del sofá.

Exelia revisaba nuevamente las anotaciones que había realizado sobre el pergamino.

Antrox permanecía sentado junto a Natally, conversando en voz baja.

Scott estaba jugando con una pequeña pelota para distraerse.

Laura, por su parte, observaba a Desmond.

Lo conocía demasiado bien.

Sabía cuándo estaba preocupado.

Y también sabía cuándo intentaba aparentar que no lo estaba.

—Estás pensando demasiado.

Desmond giró la cabeza.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste.

—¿Qué cosa?

—Lo que dijo Caelene.

Desmond suspiró.

—Tal vez.

Laura caminó hasta él.

—No tienes que cargar con todo tú solo.

—Lo sé.

—No parece.

Desmond sonrió levemente.

—Es una costumbre difícil de quitar.

Laura tomó una de sus manos.

—Pues empieza a intentarlo.

Antes de que pudiera responder, alguien llamó a la puerta.

Todos levantaron la vista.

—Debe ser ella —dijo Desmond

Este caminó hacia la entrada.

Al abrir la puerta vio a Celia al otro lado.

La demonio apenas lo vio sonrió.

Pero fue una sonrisa cansada.

Como la de alguien que había recorrido media ciudad para cumplir un favor que preferiría no estar haciendo.

—Hola.

—Hola.

Antes de que Desmond pudiera decir algo más, Celia lo abrazó.

Con fuerza.

De manera inesperada.

Desmond se sorprendió unos segundos, pero terminó devolviendo el abrazo.

—Me alegra verte.

—Igualmente.

—Aunque sigo pensando que esta idea es horrible.

Desmond soltó una pequeña risa.

—Yo también.

—Perfecto.

Se separaron.

—Al menos eres consciente.

Celia entró a la casa.

Y apenas cruzó la puerta notó algo.

O mejor dicho...

A alguien.

Sus ojos se posaron directamente sobre Caelene.

Luego sobre Miller.

Y finalmente volvieron a Caelene.

—Oh no.

Miller parpadeó.

—¿Oh no?

—¿Qué hace un ángel aquí?

Caelene cruzó los brazos.

—Hola para ti también.

—No respondas mi pregunta con otra pregunta.

—Estoy trabajando.

—Eso no explica nada.

Luego miró a Miller.

—Y tú.

Miller señaló su pecho.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Estoy ayudando.

—Eso tampoco explica nada.

Scott soltó una carcajada.

Exelia tuvo que contener una sonrisa.

Desmond se llevó una mano al rostro.

—Es una historia larga.

—Me lo imagino.

—Muy larga.

—Lo sigo imaginando.

—Y ellos van a ayudarnos.

Celia observó nuevamente a Caelene.

Luego a Miller.

Luego otra vez a Caelene.

—No estoy convencida.

—Yo tampoco lo estaba al principio —comentó Exelia.

—Gracias por el apoyo moral —dijo Caelene.

—Cuando quieras.

Miller soltó una pequeña risa.

La tensión disminuyó ligeramente.

Pero solo un poco.

Porque todos sabían que Celia no había venido únicamente a conversar.

Había traído algo.

Algo importante.

La demonio finalmente abrió una bolsa que llevaba colgada al hombro.

Su expresión se volvió seria.

Mucho más seria.

—Bien.

Todos guardaron silencio.

—Voy a asumir que realmente saben en lo que se están metiendo.

—No lo sabemos —respondió Antrox.

—Aprecio la honestidad.

Celia introdujo una mano dentro de la bolsa.

Y sacó un pequeño cristal rojizo.

Su superficie parecía contener corrientes de energía moviéndose constantemente.

Era hermoso.

Y perturbador al mismo tiempo.

Incluso Caelene parecía reconocer inmediatamente lo que era.

—No puede ser.

—Sí puede ser.

Celia lo sostuvo entre sus dedos.

—Cristal de transportación infernal.

Miller se acercó un poco.

—¿Qué hace exactamente?

—Los transportará fuera de los anillos.

Aquellas palabras provocaron silencio.

Natally abrió los ojos.

—¿Así de fácil?

—No.

Celia negó con la cabeza.

—Nada relacionado con salir de los anillos es fácil.

Todos prestaban atención.

—El cristal contiene una enorme cantidad de energía.

Pero solamente para un salto.

Después de utilizarlo quedará prácticamente agotado.

—¿Y cuándo podrá volver a usarse? —preguntó Desmond.

—Dos días aproximadamente.

—Eso es bastante tiempo.

—Por eso deben usarlo bien.

La demonio depositó cuidadosamente el cristal sobre la mesa.

Luego volvió a introducir la mano en la bolsa.

Esta vez sacó algo diferente.

Un hueso.

Pero no parecía un hueso común.

Su superficie estaba cubierta por pequeñas runas antiguas.

Algunas brillaban débilmente.

Otras parecían apagadas.

—¿Y eso qué es? —preguntó Scott.

—Su seguro de vida.

Scott tragó saliva.

—Eso no suena tranquilizador.

—Porque no lo es.

Celia dejó el hueso junto al cristal.

—Esto es un hueso de regreso.

Desmond observó el objeto.

—¿Regreso?

—Cuando lo activen serán transportados nuevamente aquí.

—¿A cualquier parte del anillo?

—No.

Celia señaló el suelo.

—Aquí.

—¿A esta casa?

—Exactamente.

Laura observó el hueso.

—Entonces es una vía de emergencia.

—Correcto.

—¿Cuántas veces puede usarse?

Celia levantó un dedo.

—Una.

El silencio cayó sobre la habitación.

—¿Solo una?

—Solo una.

—¿Y después?

—Después se convierte en un hueso normal.

Aquello dejó claro lo importante que era.

No se trataba de una herramienta.

Era un último recurso.

Una oportunidad única.

Una segunda oportunidad si las cosas salían mal.

Y todos sabían que probablemente saldrían mal.

Porque nadie hablaba de Finisterra como si fuera un lugar normal.

Ni siquiera Caelene.

Y eso era preocupante.

Celia miró directamente a Desmond.

—Escúchame bien.

Su tono cambió completamente.

Ya no era una amiga hablando.

Era alguien advirtiendo de un peligro real.

—No uses esto por capricho.

—No lo haré.

—Y no desperdicies el hueso.

—Entendido.

—Úsalo únicamente si estás desesperado.

—Lo entiendo.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Celia sostuvo su mirada durante varios segundos.

Finalmente asintió.

Parecía satisfecha.

Al menos un poco.

Desmond tomó ambos artefactos.

Podía sentir el peso de la responsabilidad inmediatamente.

Porque ahora no solo llevaba provisiones o armas.

Llevaba la única forma conocida de entrar.

Y la única forma segura de escapar.

Celia dio un paso atrás.

—Y otra cosa.

—¿Sí?

—No le digas absolutamente a nadie que yo te di esto.

—No lo haré.

—Nadie.

—Nadie.

—Porque si descubren que salieron de mis manos probablemente perderé mi puesto.

Miller parpadeó.

—¿Tan grave es?

—Peor.

Caelene asintió.

—Tiene razón.

—Solo los altos rangos tienen acceso a ese tipo de artefactos.

—Exactamente.

Desmond guardó cuidadosamente ambos objetos.

—Gracias.

Celia sonrió ligeramente.

—Solo vuelve vivo.

Aquellas palabras fueron simples.

Pero sinceras.

Muy sinceras.

Desmond pudo escucharlo en su voz.

Porque ambos sabían que el viaje que estaba por comenzar podía terminar de muchas maneras.

Y no todas eran buenas.

—Lo intentaré.

—Más te vale.

La demonio observó la hora.

Entonces soltó un pequeño suspiro.

—Tengo que irme.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Trabajo?

—Palacio Gluttora.

Aquello explicó todo.

Nadie insistió.

—Cuídate.

—Tú también.

Celia se acercó.

Le dio una palmada amistosa en el hombro.

Y luego salió de la casa.

La puerta se cerró detrás de ella.

Durante algunos segundos nadie habló.

Todos observaban el cristal y el hueso.

Como si todavía intentaran procesar lo que acababan de recibir.

Finalmente Desmond rompió el silencio.

—Bueno.

Guardó los objetos.

—Como escucharon.

Todos levantaron la vista.

—Con esto podremos evadir la seguridad.

Señaló el cristal.

—Y con esto podremos regresar.

Señaló el hueso.

—Al menos tenemos una oportunidad.

Antrox asintió.

—Es más de lo que teníamos esta mañana.

—Mucho más.

Exelia parecía estar a punto de decir algo.

Pero un sonido metálico interrumpió la conversación.

Una radio.

Todos giraron la cabeza.

Caelene ya estaba sacándola de uno de sus bolsillos.

Su expresión se volvió seria.

Inmediatamente respondió.

—Aquí Caelene.

La voz del otro lado era distorsionada.

Pero perfectamente audible.

—Tenemos un problema.

La habitación quedó en silencio.

—¿Qué ocurre?

—Falta un pergamino.

Caelene frunció el ceño.

—¿Qué pergamino?

—La ruta de acceso a Finisterra por el anillo de la Gula.

La guardia celestial se quedó inmóvil.

—Eso no es posible.

—Lo estamos revisando ahora mismo.

—Entregué toda la documentación.

—No toda.

—Sí toda.

—No.

La voz sonó firme.

—Ese pergamino no está aquí.

Caelene apretó la radio.

—Revisen nuevamente.

—Ya lo hicimos tres veces.

El silencio se hizo presente.

Todos observaban.

Esperando.

—Entonces alguien lo tomó.

—Eso creemos.

—Maldita sea...

La voz volvió a hablar.

—Encuéntralo.

—Lo haré.

—Es prioritario.

—Entendido.

La transmisión terminó.

Caelene bajó lentamente la radio.

Miller fue el primero en hablar.

—¿Qué pasó?

La mujer permaneció callada unos segundos.

Procesando la situación.

Finalmente respondió.

—Parece que alguien llegó antes que nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien robó prácticamente el pergamino más importante de todos.

La habitación volvió a quedar en silencio.

—¿Cuál? —preguntó Desmond.

Caelene levantó la vista.

—El que explica cómo entrar a Finisterra desde el anillo de la Gula.

Miller frunció el ceño.

—Entonces... ¿qué vamos a hacer?

Caelene respiró profundamente.

—Primero iremos a Finisterra.

Sus ojos recorrieron la habitación.

—Y después nos quedaremos en el infierno buscándolo.

Miller asintió lentamente.

—Está bien.

Aquellas palabras parecieron poner un punto final a la discusión.

Al menos por el momento.

La situación era clara.

El pergamino robado era un problema importante.

Uno que probablemente causaría más dificultades en el futuro.

Pero en aquel instante existía una prioridad más urgente.

Finisterra.

Caelene observó a todos los presentes.

Sus ojos se detuvieron en cada uno durante unos segundos.

Analizándolos.

Midiendo algo que solo ella parecía comprender.

Finalmente habló.

—Entonces saldremos hoy mismo.

El silencio fue inmediato.

Natally fue la primera en reaccionar.

—¿Hoy?

—Sí.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—¿No deberíamos descansar primero?

—No.

La respuesta fue tan rápida que nadie se sorprendió.

Era exactamente el tipo de respuesta que esperarían de Caelene.

La guardia celestial continuó.

—Mientras más tiempo permanezcamos aquí, más posibilidades hay de que surjan problemas.

—Ya surgieron problemas —comentó Exelia.

—Precisamente.

Desmond permaneció pensativo durante unos segundos.

Miró el cristal.

Luego el hueso.

Luego el pergamino.

Finalmente asintió.

—Tiene razón.

Laura levantó la vista.

—¿Van a irse hoy?

—Sí.

La sonrisa que había mantenido durante gran parte del día desapareció lentamente.

Porque ahora aquello dejaba de ser una simple conversación.

Ahora era real.

Desmond iba a marcharse.

Y nadie sabía cuándo regresaría.

O si regresaría.

Scott también pareció comprenderlo.

La pequeña pelota que sostenía dejó de moverse entre sus manos.

La habitación comenzó a sentirse más pesada.

Más silenciosa.

Más incómoda.

Porque había algo que Desmond todavía no había dicho.

Y todos sabían que tarde o temprano tendría que decirlo.

Finalmente se levantó de la silla.

Respiró profundamente.

Y se giró hacia Laura y Scott.

—Hay algo más.

Laura sintió un mal presentimiento inmediatamente.

—¿Qué pasa?

Desmond tardó unos segundos en responder.

—Ustedes dos se quedarán aquí.

Scott parpadeó.

—¿Qué?

Laura frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Se quedarán en casa.

El silencio cayó sobre la sala.

Y esta vez no fue un silencio tranquilo.

Fue uno tenso.

Incómodo.

Laura fue la primera en levantarse.

—No.

Desmond suspiró.

Ya esperaba aquella respuesta.

—Laura...

—No.

—Escúchame.

—No.

Scott también parecía molesto.

—Yo también quiero ir.

Desmond negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Porque es peligroso.

—Siempre es peligroso.

—Esta vez es diferente.

Laura cruzó los brazos.

—Eso mismo dijiste la última vez.

—Y tenía razón.

—Y también regresaste.

—Porque tuve suerte.

Aquellas palabras hicieron que el ambiente se volviera más serio.

Desmond rara vez hablaba de suerte.

Normalmente hablaba de planes.

De estrategias.

De experiencia.

Pero no de suerte.

Y cuando alguien como él comenzaba a depender de la suerte...

Era porque la situación realmente era grave.

Laura bajó ligeramente la mirada.

Pero no cedió.

—Aun así quiero ir.

—No.

—Puedo ayudar.

—No.

—Desmond.

—No.

La firmeza de su voz sorprendió incluso a Miller.

No era una discusión.

No estaba negociando.

No estaba buscando opiniones.

Ya había tomado la decisión.

Scott se levantó del sofá.

—Yo también puedo ayudar.

Desmond se giró hacia él.

—Scott.

—¿Qué?

—No.

—Pero...

—No.

—Puedo defenderme.

—Lo sé.

—Entonces...

—Precisamente por eso sé que intentarías hacerlo.

Scott apretó los puños.

—No soy un niño.

—Lo sé.

—Entonces deja de tratarme como uno.

Desmond guardó silencio.

Aquellas palabras parecieron afectarle.

Porque comprendía perfectamente lo que Scott sentía.

Después de todo, él mismo había dicho cosas parecidas cuando era más joven.

Había odiado que otros decidieran por él.

Había odiado quedarse atrás.

Había odiado sentirse inútil.

Pero ahora entendía algo que antes no entendía.

Lo que significaba preocuparse por alguien.

Lo que significaba tener algo que perder.

Lo que significaba temer por la vida de otra persona.

Y justamente por eso no pensaba permitir que fueran.

—Scott.

—¿Qué?

—No voy a discutirlo.

El joven sabueso apretó la mandíbula.

—Pero...

—No.

Laura volvió a intervenir.

—Desmond, escucha...

—No se discutirá.

Su tono fue firme.

Mucho más firme de lo habitual.

Laura se quedó callada.

Porque conocía esa voz.

La había escuchado pocas veces.

Y siempre significaba lo mismo.

La decisión ya estaba tomada.

No había marcha atrás.

No importaba cuánto insistieran.

Durante unos segundos nadie habló.

Incluso Caelene observó la escena en silencio.

Porque comprendía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

Desmond no estaba actuando como un líder.

Ni como un aventurero.

Ni como alguien buscando respuestas.

Estaba actuando como esposo.

Y como padre.

Y para él esas dos cosas estaban por encima de todo lo demás.

Incluso por encima de Finisterra.

Laura finalmente bajó la mirada.

Molesta.

Triste.

Pero comprendiendo.

—Prométeme que volverás.

Desmond sonrió débilmente.

—Lo intentaré.

—No.

Laura negó con la cabeza.

—Promételo.

Desmond permaneció varios segundos en silencio.

Porque sabía que no podía prometer algo así.

Nadie podía.

No después de todo lo que habían vivido.

Finalmente tomó una de sus manos.

—Prometo que haré todo lo posible.

Laura no parecía satisfecha.

Pero aceptó la respuesta.

Porque sabía que era la única honesta que podía darle.

Caelene rompió el silencio.

—Entonces vámonos.

Su voz devolvió a todos a la realidad.

El tiempo seguía avanzando.

Y el viaje todavía no había comenzado.

Durante la siguiente hora la casa se convirtió en un pequeño caos organizado.

Mochilas aparecieron sobre la mesa.

Botellas de agua.

Alimentos secos.

Herramientas.

Cuerdas.

Vendajes.

Todo aquello que pudiera ser útil.

Porque nadie sabía cuánto tiempo permanecerían fuera.

Ni qué encontrarían.

Natally revisó una mochila por tercera vez.

—Creo que ya tenemos suficiente comida.

—Nunca hay suficiente comida —dijo Antrox.

—Papá.

—¿Qué?

—Llevamos comida para un ejército.

—Prefiero eso a quedarnos sin ella.

Exelia soltó una pequeña risa.

—En eso tiene razón.

Mientras tanto, Miller ayudaba a organizar los suministros.

—¿Para qué es esto?

Preguntó levantando una pequeña brújula.

—Por si nos perdemos.

—¿Y funciona?

—Eso espero.

—No suena muy convincente.

—Porque no lo es.

Caelene tomó una linterna de manivela.

—Esto sí será útil.

—¿Por qué?

—Porque no depende de baterías.

—Buen punto.

Desmond guardó cuidadosamente el cristal y el hueso en un compartimento separado.

Los protegió con tela.

Luego volvió a revisar el cierre.

Dos veces.

Y después una tercera.

Exelia lo notó.

—Estás nervioso.

—Un poco.

—Los revisaste tres veces.

—Cuatro.

—Eso no ayuda.

—Lo sé.

Finalmente todo estuvo listo.

Las mochilas quedaron cerradas.

Los suministros preparados.

Y ya no quedaban más excusas para retrasar la partida.

Aquello era lo peor.

Porque mientras preparaban cosas podían fingir que aún no se iban.

Pero una vez terminado...

Solo quedaba marcharse.

Desmond se acercó nuevamente a Laura.

Esta vez no dijo nada.

Simplemente la abrazó.

Un abrazo largo.

Silencioso.

De esos que dicen mucho más que cualquier palabra.

Laura correspondió inmediatamente.

Aferrándose a él.

Como si intentara memorizar aquel momento.

Scott observó la escena.

Y por primera vez desde que comenzó la discusión guardó silencio.

Porque incluso él entendía lo que significaba aquella despedida.

Desmond finalmente se separó.

Luego se acercó a Scott.

—Cuida de Laura.

Scott sonrió ligeramente.

—Siempre lo hago.

—Lo sé.

—Y tú no hagas ninguna estupidez.

—Intentaré romper mi récord.

—Imposible.

Desmond soltó una carcajada.

Una pequeña.

Pero sincera.

Probablemente la última antes de emprender el viaje.

Finalmente abrió la puerta.

El aire exterior entró en la casa.

Todos tomaron sus mochilas.

Uno por uno.

Y comenzaron a salir.

Laura y Scott permanecieron observando desde la entrada.

Sin decir nada.

Simplemente viendo cómo se alejaban.

Porque a veces las despedidas más difíciles son aquellas en las que no quedan palabras.

Minutos después todos estaban dentro del vehículo.

El motor rugió.

Y comenzaron a avanzar.

La ciudad fue quedando atrás poco a poco.

Las calles.

Los edificios.

Las luces.

Todo desaparecía lentamente en la distancia.

Horas pasaron.

Las conversaciones fueron y vinieron.

A veces hablaban.

A veces guardaban silencio.

Y poco a poco el paisaje comenzó a cambiar.

Volviéndose más árido.

Más hostil.

Más vacío.

Hasta que finalmente llegaron.

Los bordes del anillo de la Ira.

Desmond estacionó el vehículo.

El motor se apagó.

Y el silencio ocupó su lugar.

Todos descendieron lentamente.

Frente a ellos se extendía el límite.

La última frontera conocida.

Caelene observó el horizonte.

Su expresión era seria.

—Ya estamos aquí.

Nadie respondió.

Porque todos podían sentirlo.

El viaje estaba a punto de comenzar de verdad.

La guardia celestial giró la cabeza.

—Ahora debemos atravesar la seguridad.

Desmond asintió.

—Tengo el cristal.

—Pásamelo.

Desmond abrió su mochila.

Sacó cuidadosamente el cristal rojizo.

Y se lo entregó.

Caelene lo sostuvo entre sus manos.

Durante unos segundos observó la energía que se movía en su interior.

Luego comenzó a caminar alrededor del grupo.

El cristal dejó una tenue estela roja a su paso.

Poco a poco fue trazando un círculo completo alrededor de todos.

Cuando terminó volvió al punto inicial.

El círculo brilló débilmente.

La energía comenzó a acumularse.

El aire mismo parecía vibrar.

Natally tragó saliva.

Exelia observaba atentamente.

Miller frunció el ceño.

Incluso Antrox parecía incómodo.

Porque podían sentirlo.

Algo estaba ocurriendo.

Algo poderoso.

Caelene levantó el cristal.

Respiró profundamente.

Y lo rompió con la mano.

El sonido resonó como una explosión de vidrio.

Inmediatamente tomó una de las mitades.

Y la lanzó hacia el otro lado del borde del anillo.

En ese instante una luz carmesí envolvió al grupo entero.

Y una descarga de energía atravesó cada uno de sus cuerpos.

Continuación del capítulo:

El dolor llegó primero.

No fue una sensación gradual.

No fue algo que pudieran procesar poco a poco.

Fue una descarga brutal.

Como si miles de agujas atravesaran simultáneamente cada músculo, cada hueso y cada nervio de sus cuerpos.

La luz carmesí los envolvió por completo.

El mundo desapareció.

El suelo desapareció.

El cielo desapareció.

Durante una fracción de segundo no existió nada más que aquella energía descontrolada atravesándolos.

Entonces todo terminó.

De golpe.

Todos cayeron al suelo.

Desmond impactó de espaldas contra la tierra.

El aire escapó violentamente de sus pulmones.

—¡AAAGH!

A pocos metros, Exelia también había caído.

Antrox rodó sobre el suelo varios metros antes de detenerse.

Natally aterrizó de rodillas.

Miller apenas logró amortiguar el golpe con las manos.

Incluso Caelene terminó apoyada sobre una rodilla.

Durante unos segundos nadie habló.

El único sonido era el de varias respiraciones agitadas.

—Maldita sea... —gruñó Desmond mientras se llevaba una mano al pecho—. Celia olvidó mencionar esta parte.

—La mencionó —respondió Caelene desde el suelo—. Dijo que la transportación infernal era desagradable.

—Eso no fue desagradable.

—¿No?

—Eso fue una agresión física.

Miller soltó una pequeña risa de dolor.

—Por una vez estoy de acuerdo con él.

Natally se frotó los brazos.

—Siento como si me hubiera atropellado un tren.

—¿un tren? —preguntó Antrox.

—No importa.

—Porque eso sonó preocupante.

Poco a poco comenzaron a incorporarse.

El cuerpo seguía doliendo.

Los músculos temblaban.

Las piernas parecían extrañamente pesadas.

Pero estaban vivos.

Y eso era lo importante.

Desmond terminó de levantarse.

Se llevó una mano a la espalda.

—Ay...

Luego levantó la vista.

Y se quedó callado.

La queja murió antes de terminar de salir de su boca.

Sus ojos se abrieron lentamente.

Durante varios segundos no dijo nada.

Simplemente observó.

El lugar que tenía delante era tan diferente de todo lo que conocía que su cerebro necesitó tiempo para procesarlo.

No se parecía al infierno.

Tampoco se parecía al mundo humano.

Era otra cosa.

Algo completamente distinto.

Algo que transmitía una sensación difícil de describir.

Era como observar el cadáver de un mundo.

Tierra gris se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Árboles partidos emergían del suelo como esqueletos olvidados.

Algunos estaban inclinados.

Otros completamente derrumbados.

Ninguno tenía hojas.

Ninguno parecía vivo.

El viento soplaba entre aquellas ruinas naturales produciendo un sonido extraño.

Un sonido vacío.

Un sonido solitario.

Y lo peor...

Lo verdaderamente inquietante...

Era la ausencia de vida.

No había pájaros.

No había insectos.

No había animales.

Ni siquiera había el sonido de criaturas lejanas.

Nada.

Absolutamente nada.

Un silencio antinatural cubría aquellas tierras.

Como si el mundo hubiera olvidado cómo vivir.

Desmond tragó saliva.

—¿Qué demonios...?

Exelia también observó los alrededores.

Y por primera vez desde que habían llegado no tenía ningún comentario sarcástico preparado.

Porque incluso ella parecía impresionada.

—Ahora entiendo por qué nadie quiere venir aquí.

Natally se acercó a Antrox.

Instintivamente.

Sin siquiera darse cuenta.

—No me gusta este lugar.

Antrox observó el horizonte.

—A mí tampoco.

Miller permanecía inmóvil.

Mirando en todas direcciones.

—Parece muerto.

Caelene escuchó aquellas palabras.

Y lentamente asintió.

—Sí.

Todos la miraron.

La guardia celestial observó los alrededores durante unos segundos.

Como si estuviera recordando algo.

—Me pasó exactamente lo mismo cuando vine por primera vez.

Desmond giró la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Quedarme sin palabras.

Su voz sonó más seria de lo habitual.

—Este lugar tiene algo...

Guardó silencio unos segundos.

—Algo que hace que todo parezca incorrecto.

Nadie discutió aquello.

Porque todos lo sentían.

Era difícil explicarlo.

Pero había algo profundamente perturbador en aquellas tierras.

Algo que iba más allá de los árboles muertos o del paisaje devastado.

Era una sensación.

Una impresión constante.

Como si aquel lugar no quisiera que estuvieran allí.

Como si estuvieran caminando dentro de una herida abierta.

Caelene terminó de ajustar su mochila.

—Muévanse.

—¿Tan rápido? —preguntó Miller.

—Sí.

—Acabamos de llegar.

—Y pronto oscurecerá.

Exelia levantó una ceja.

—¿Eso es malo?

Caelene la miró.

—Las noches aquí son frías.

—¿Qué tan frías?

—Mucho.

—Eso tampoco responde nada.

—Lo suficiente para que no quieras descubrirlo sin refugio.

Aquello fue suficiente explicación.

Desmond asintió.

—Entonces sigamos.

Comenzaron a caminar.

Sus pasos levantaban pequeñas nubes de polvo gris.

El paisaje parecía repetirse una y otra vez.

Árboles muertos.

Rocas.

Tierra seca.

Silencio.

Mucho silencio.

Demasiado silencio.

Natally caminaba cerca de Antrox.

Más cerca de lo habitual.

Finalmente habló.

—Papá.

—¿Sí?

—Este lugar me da miedo.

Antrox giró la cabeza hacia ella.

Su expresión se suavizó inmediatamente.

—Lo sé.

—Siento que algo malo pasó aquí.

—Probablemente pasó.

—¿Y si encontramos algo peligroso?

Antrox colocó una mano sobre su hombro.

—Entonces lo enfrentaremos juntos.

Natally bajó ligeramente la mirada.

—¿Y si no podemos?

—Podremos.

—¿Cómo estás tan seguro?

Antrox sonrió.

Una sonrisa tranquila.

Sincera.

—Porque estaremos juntos.

Aquellas palabras parecieron tranquilizarla un poco.

No completamente.

Pero sí lo suficiente.

—Mientras permanezcamos juntos todo irá bien.

—Eso fue adorable.

La voz de Exelia apareció inmediatamente.

Antrox suspiró.

—Sabía que ibas a decir algo.

—Era inevitable.

Entonces Exelia giró la cabeza hacia Caelene.

Y sonrió.

Esa sonrisa.

La que siempre aparecía cuando estaba a punto de provocar problemas.

—¿Verdad, Caelene?

La guardia celestial siguió caminando.

—¿Qué?

—Lo de permanecer juntos.

—¿Y qué pasa con eso?

—Nada.

Exelia sonrió más.

—Solo me preguntaba qué opinabas.

—Opino que necesitamos encontrar un lugar para dormir.

—Qué respuesta tan romántica.

Caelene la miró.

—Si quieres quedarte atrás, adelante.

—Vaya.

—Menos peso para cargar.

—Vaya.

—Menos comida que compartir.

—Vaya.

—Menos ruido.

Exelia cruzó los brazos.

—Qué temperamento.

Caelene simplemente siguió caminando.

Ignorándola por completo.

Aquello hizo que Exelia sonriera todavía más.

Porque sabía perfectamente que acababa de molestarla.

Y eso parecía divertirla enormemente.

Después de casi una hora de caminata, algo cambió.

Fue Desmond quien lo notó primero.

—Esperen.

Todos se detuvieron.

—¿Qué pasa?

Desmond señaló hacia adelante.

—¿Eso son...?

A la distancia podían verse formas extrañas emergiendo del suelo.

Estructuras.

Líneas rectas.

Sombras.

Elementos que no pertenecían a la naturaleza.

Comenzaron a acercarse.

Y poco a poco la realidad se hizo evidente.

Eran ruinas.

Las primeras señales de una civilización.

Lo que alguna vez habían sido casas.

Edificaciones antiguas construidas en piedra.

Algunas todavía permanecían parcialmente en pie.

Otras habían colapsado hacía tanto tiempo que apenas quedaban los cimientos.

El tiempo había devorado casi todo.

Pero no había logrado borrar completamente las huellas de quienes vivieron allí.

Natally observó una pared derrumbada.

—Aquí vivía gente...

—Sí —respondió Caelene.

Desmond observó los restos de una puerta.

Luego una ventana destruida.

Luego los escombros dispersos.

—¿Por qué hay casas?

Caelene caminó entre las ruinas.

Sus ojos recorrían cada estructura como si buscara algo.

—Porque en estas tierras hubo vida.

Aquellas palabras hicieron que todos guardaran silencio.

La guardia celestial continuó hablando.

—Hubo ciudades.

Hubo pueblos.

Hubo habitantes.

Hubo un reino.

Su voz sonó extrañamente distante.

Como si estuviera recitando una historia olvidada.

—Pero todo comenzó a desmoronarse después de que el rey fue destronado.

Desmond levantó la vista.

—¿El rey?

Caelene tardó unos segundos en responder.

—El rey de Finisterra.

El silencio regresó.

Desmond observó las ruinas.

Luego observó a Caelene.

Después volvió a mirar las ruinas.

Algo le decía que aquella conversación podía extenderse durante horas.

Y probablemente terminar con más preguntas que respuestas.

—Está bien.

Caelene lo miró.

—¿Está bien?

—Sí.

—¿No vas a preguntar más?

—No.

—Eso es extraño.

—Estoy intentando aprender de mis errores.

Exelia soltó una carcajada.

—Milagro histórico.

—Cállate.

Continuaron avanzando entre los restos de aquella civilización perdida.

Pero entonces ocurrió algo.

Algo difícil de explicar.

Desmond se detuvo.

No porque hubiera visto algo.

No porque hubiera escuchado algo.

Sino porque sintió algo.

Una sensación recorrió su espalda.

Fría.

Incómoda.

Instintiva.

Como cuando alguien te observa desde la oscuridad.

Como cuando sabes que no estás solo aunque no puedas demostrarlo.

Giró la cabeza.

No había nadie.

Miró detrás de una pared derrumbada.

Nada.

Observó los alrededores.

Vacío.

Pero la sensación seguía allí.

Más fuerte.

Mucho más fuerte.

Como si unos ojos invisibles estuvieran clavados sobre él.

Observándolo.

Analizándolo.

Esperándolo.

Desmond se quedó inmóvil.

—¿Les pasa algo?

Todos lo miraron.

—¿Qué ocurre?

Desmond tragó saliva.

—Me siento observado.

El grupo entero quedó en silencio.

Caelene frunció el ceño inmediatamente.

—¿Qué dijiste?

—Que siento que algo nos observa.

La guardia celestial se quedó quieta.

Muy quieta.

Porque en su expresión apareció algo que hasta ahora no habían visto.

Preocupación.

Una preocupación genuina.

—Eso es imposible...

—¿Por qué?

Caelene observó las ruinas.

Luego el horizonte.

Luego el cielo gris.

—Porque la primera vez que vine aquí...

Su voz se volvió apenas un susurro.

—Jamás sentí algo así.

Continuación del capítulo:

Aquellas palabras permanecieron flotando en el aire durante varios segundos.

Nadie respondió.

Nadie sabía qué responder.

Porque si había algo que todos habían aprendido de Caelene desde que la conocieron era que rara vez se mostraba insegura.

Era una mujer que siempre parecía tener una respuesta.

Siempre parecía tener el control.

Y verla preocupada resultaba extrañamente inquietante.

Mucho más que las ruinas.

Mucho más que el silencio.

Mucho más que Finisterra.

Desmond observó nuevamente los alrededores.

La sensación seguía allí.

Como una presión constante en la nuca.

Como si algo estuviera observándolos desde algún lugar imposible de identificar.

Pero no veía nada.

No escuchaba nada.

No había movimiento.

No había sombras extrañas.

No había criaturas escondidas.

Y aun así...

Sentía aquellos ojos.

—Tal vez solo sea imaginación —dijo Miller.

Aunque ni él mismo parecía convencido.

Caelene negó lentamente.

—No.

—¿No?

—Si Desmond lo siente de esa forma...

Guardó silencio.

—Entonces prefiero asumir que existe una razón.

Exelia cruzó los brazos.

—Bueno, eso es tranquilizador.

—No intento tranquilizarlos.

—Lo sé.

—Intento mantenerlos vivos.

—Eso tampoco tranquiliza.

Natally tragó saliva.

—¿Y si realmente hay algo observándonos?

Nadie respondió inmediatamente.

Porque nadie tenía una respuesta.

Finalmente Antrox habló.

—Entonces no podemos hacer nada al respecto ahora.

Todos lo miraron.

—¿Por qué no? —preguntó Natally.

—Porque no sabemos qué es.

La joven demonio bajó la mirada.

Y sabía que tenía razón.

No podían luchar contra algo que ni siquiera podían identificar.

No podían perseguir una presencia invisible.

No podían prepararse para una amenaza desconocida.

Lo único que podían hacer era continuar.

Y eso fue exactamente lo que hicieron.

La oscuridad comenzó a extenderse lentamente sobre Finisterra.

El cielo gris se fue oscureciendo poco a poco.

Las sombras se hicieron más largas.

Más profundas.

Más amenazantes.

Y el frío comenzó a aparecer.

Primero fue apenas una brisa.

Luego un viento constante.

Y finalmente una temperatura que ninguno esperaba encontrar en el infierno.

Desmond frotó sus brazos.

—Ahora entiendo lo que querías decir con frío.

Caelene ni siquiera giró la cabeza.

—Te lo advertí.

—Pensé que exagerabas.

—Yo nunca exagero.

—Eso es mentira.

—Lo sé.

Aquello sorprendió a todos.

Incluso Exelia soltó una carcajada.

—Vaya.

—¿Qué?

—Acabas de admitir algo.

—No te acostumbres.

Tras varios minutos más de caminata encontraron una estructura que destacaba entre las demás.

No porque estuviera intacta.

Estaba lejos de estarlo.

Pero a diferencia de la mayoría de construcciones de la zona, todavía conservaba techo.

Parte de sus paredes seguían en pie.

Y aunque el tiempo había dejado profundas cicatrices sobre ella, seguía siendo utilizable.

Caelene la examinó cuidadosamente.

Entró primero.

Recorrió cada habitación.

Revisó puertas.

Ventanas.

Esquinas.

Después regresó.

—Servirá.

—¿Eso significa que no moriremos congelados? —preguntó Exelia.

—Significa que tendremos menos posibilidades de hacerlo.

—Excelente.

—Tu optimismo es inspirador.

Exelia sonrió.

—Gracias.

Comenzaron a instalarse.

Las mochilas fueron colocadas contra una pared.

Las mantas improvisadas aparecieron.

Los suministros quedaron organizados.

Mientras tanto, Caelene reunió varios restos de muebles abandonados.

Pedazos de mesas.

Fragmentos de sillas.

Madera podrida por siglos de abandono.

Todo aquello terminó acumulado en el centro de una habitación.

Poco después una pequeña fogata comenzó a arder.

Las llamas iluminaron lentamente el interior de la casa.

Las sombras danzaron sobre las paredes.

Y por primera vez desde que llegaron a Finisterra, el lugar se sintió ligeramente menos hostil.

Solo ligeramente.

Exelia extendió las manos hacia el fuego.

—Está haciendo frío.

—Te lo dije —respondió Caelene.

—Sí, sí.

La angel acercó todavía más las manos.

—Pero sigue haciendo frío.

Antrox abrió su mochila.

Rebuscó unos segundos.

Y sacó una chaqueta gruesa.

Sin decir nada se acercó a Exelia.

Y la colocó sobre sus hombros.

Exelia parpadeó.

Sorprendida.

—¿Qué haces?

—Vas a congelarte.

—No iba a congelarme.

—Te estabas quejando desde hace diez minutos.

—Eso es diferente.

Antrox sonrió.

—Póntela.

Exelia acomodó la chaqueta.

El calor fue inmediato.

Pequeño.

Pero agradable.

La arcángel levantó la vista.

—Gracias, cariño.

—No hay problema.

Durante unos segundos el ambiente pareció relajarse.

Incluso Natally sonrió.

Miller observó la escena con cierta tranquilidad.

Era agradable ver algo normal en medio de un lugar tan extraño.

Pero entonces llegó la voz de Caelene.

Y destruyó el momento con la precisión de una flecha.

—Vaya.

Todos giraron la cabeza.

La guardia celestial observaba la escena desde el otro lado de la fogata.

—Cómo un ángel de semejante rango pudo rebajarse a estar con un vil demonio.

El silencio fue instantáneo.

Exelia levantó una ceja.

—Ah.

Antrox suspiró.

—Y ahí vamos.

Natally se cubrió el rostro.

—Otra vez no...

Exelia giró completamente hacia Caelene.

—Al menos me quieren.

Caelene ni se inmutó.

—Qué conmovedor.

—Mucho más que pasar siglos rechazando cualquier muestra de afecto.

Aquellas palabras hicieron que la expresión de Caelene cambiara apenas un instante.

Un cambio tan pequeño que la mayoría no lo habría notado.

Pero Miller sí.

Y Exelia también.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

La tensión aumentó.

Como una cuerda estirándose poco a poco.

Exelia continuó.

—Siempre has sido igual.

—¿Igual cómo?

—Convenciéndote de que amar es una debilidad.

Caelene entrecerró los ojos.

—Nunca dije eso.

—Lo has dicho cientos de veces.

—Porque es verdad.

—No.

Exelia negó con la cabeza.

—No lo es.

La guardia celestial permaneció inmóvil.

Pero algo en sus ojos comenzó a cambiar.

—El amor vuelve vulnerable a la gente.

—Sí.

—Hace que cometan errores.

—Sí.

—Hace que sufran.

—Sí.

—Entonces...

—Eso no significa que sea debilidad.

El silencio regresó.

La fogata crepitó suavemente.

Exelia sostuvo su mirada.

—Lo que es debilidad es vivir con miedo.

Aquellas palabras golpearon más fuerte de lo esperado.

Incluso Desmond pudo notarlo.

—Exelia...

—No.

La angel no apartó la vista.

—Porque alguien tiene que decirlo.

Caelene permaneció completamente inmóvil.

—No sabes nada de mí.

—Te conozco desde hace siglos.

—No sabes nada.

—Sé que jamás te diste la oportunidad de amar a nadie.

La mandíbula de Caelene se tensó.

—Cállate.

—Sé que cada vez que alguien intentó acercarse levantaste un muro.

—Exelia.

—Sé que prefieres convencerte de que el amor es inútil antes que admitir que te da miedo.

Aquello fue demasiado.

Por primera vez desde que habían llegado a Finisterra, Caelene pareció perder el control.

No gritó.

No explotó.

Pero algo se rompió.

Algo invisible.

Algo que llevaba mucho tiempo sosteniendo.

Se puso de pie.

Bruscamente.

—No sabes de qué hablas.

—Sí lo sé.

—No.

—Entonces demuéstrame que estoy equivocada.

Caelene apretó los puños.

Su respiración se volvió irregular.

Durante un segundo pareció que iba a responder.

Pero no lo hizo.

Simplemente giró sobre sí misma.

—Ahora vuelvo.

Y salió de la casa.

La puerta se cerró detrás de ella.

El silencio fue absoluto.

Exelia observó la entrada durante unos segundos.

Luego volvió a mirar el fuego.

—Sí.

Cruzó los brazos.

—Ve a reflexionar.

Natally la observó.

—Creo que te pasaste un poco.

—No.

—¿No?

—Alguien tenía que decirlo.

Pero incluso Exelia parecía menos segura de lo habitual.

Porque, aunque jamás lo admitiría, también había visto el daño que acababa de causar.

A pocos metros de allí, Miller seguía mirando la puerta.

Pensativo.

Había algo que no encajaba.

Algo en la forma en que Caelene se había marchado.

No parecía enojo.

No completamente.

Parecía otra cosa.

Algo mucho más profundo.

Mucho más doloroso.

Finalmente se levantó.

—¿A dónde vas? —preguntó Desmond.

—A buscarla.

—¿Crees que está bien?

Miller observó la puerta.

Y recordó aquella expresión.

Aquella fracción de segundo.

Aquella grieta en una armadura que parecía indestructible.

—No.

Su voz fue apenas un susurro.

—Creo que no está bien en absoluto.

Y sin esperar respuesta, salió también de la casa.

Tras varios minutos buscándola entre las ruinas cercanas, finalmente la encontró.

Sentada sola.

Sobre un antiguo bloque de piedra.

Con la cabeza baja.

Y entonces la vio.

Las lágrimas.

Pequeñas.

Silenciosas.

Cayendo una tras otra.

Miller se quedó inmóvil.

Porque jamás la había visto así.

Jamás.

Siempre había sido fuerte.

Siempre había sido firme.

Siempre parecía capaz de soportarlo todo.

Como si nada pudiera romperla.

Como si hubiera sido entrenada para resistir cualquier cosa.

Pero incluso las personas más fuertes tienen límites.

Incluso quienes fueron educados para no quebrarse terminan acumulando heridas.

Y algunas heridas no sangran por fuera.

Miller se acercó con cautela.

—Caelene...

Ella no levantó la vista.

—No me mires.

—¿Qué pasó?

—Te dije que no me mires.

Miller ignoró la orden.

—Soy tu compañero.

El silencio.

—Y no pienso dejarte sola ahora.

Caelene cerró los ojos.

Durante unos segundos pareció debatirse entre echarlo o permitirle quedarse.

Finalmente habló.

—Está bien.

Miller se sentó a su lado.

Ella se tensó inmediatamente.

Por puro reflejo.

Pero la tensión desapareció segundos después.

La guardia celestial permaneció observando el suelo.

Miller habló con suavidad.

—Ahora sí.

Esperó unos segundos.

—¿Qué pasó?

Caelene no respondió.

—¿Te afectó lo que dijo Exelia?

Silencio.

Largo.

Pesado.

Doloroso.

Y finalmente...

—Sí.

Su voz se quebró apenas.

—Y lo peor...

Las lágrimas volvieron a aparecer.

—Lo peor es que tiene razón.

Miller la observó.

Sin juzgarla.

Sin interrumpirla.

Simplemente escuchando.

—Explícame.

Caelene respiró profundamente.

Intentando recomponerse.

Intentando volver a construir aquella armadura que comenzaba a resquebrajarse.

Pero por primera vez en mucho tiempo...

No tuvo fuerzas para hacerlo.

Lentamente asintió.

Y comenzó a hablar.

El viento continuó recorriendo las ruinas de Finisterra.

Arrastraba polvo.

Pequeñas partículas de ceniza antigua.

Fragmentos de una historia que llevaba siglos enterrada.

Caelene permaneció sentada sobre aquel bloque de piedra mientras el frío de la noche se mezclaba con el calor de las lágrimas que todavía recorrían lentamente sus mejillas.

Y, por primera vez en muchísimo tiempo, no intentó ocultarlo.

Porque estaba cansada.

Cansada de fingir.

Cansada de aparentar una fortaleza absoluta.

Cansada de cargar sola con siglos de emociones que nunca se permitió expresar.

A su lado, Miller permanecía en silencio.

No porque no tuviera nada que decir.

Sino porque comprendía que algunas heridas necesitan espacio para respirar antes de seguir hablando.

El silencio entre ambos ya no era incómodo.

Era un silencio tranquilo.

Un silencio que permitía pensar.

Un silencio que permitía sanar.

Caelene observó las ruinas frente a ella.

Restos de casas.

Muros derrumbados.

Calles desaparecidas.

Todo aquello había sido importante para alguien alguna vez.

Todo aquello había formado parte de vidas reales.

De familias reales.

De personas que soñaron.

Que amaron.

Que rieron.

Y que terminaron desapareciendo.

—Qué irónico...

Miller levantó ligeramente la vista.

—¿Qué cosa?

Caelene soltó una pequeña risa amarga.

—Mira este lugar.

Miller observó las ruinas.

—¿Finisterra?

—Sí.

Su voz sonó distante.

—Una civilización entera desapareció.

Miles de vidas.

Miles de historias.

Miles de personas que seguramente creyeron que tendrían un futuro.

El viento volvió a soplar.

—Y ahora no queda nada.

Miller permaneció callado.

—A veces me pregunto cuántas personas terminaron igual que yo.

—¿Solas?

Ella asintió.

—Persiguiendo algo que creían importante.

Pensando que todavía tendrían tiempo después.

Pensando que podían esperar.

Pensando que las cosas importantes podían dejarse para mañana.

Su mirada se perdió en la oscuridad.

—Y cuando finalmente quisieron mirar atrás...

Ya era demasiado tarde.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—Eso suena como si estuvieras hablando de algo más que del amor.

Caelene soltó una pequeña sonrisa.

—Tal vez.

Durante unos segundos ninguno habló.

El frío continuaba aumentando.

Pero ninguno parecía prestarle atención.

Porque aquella conversación era mucho más importante.

Finalmente Miller habló.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Depende.

—¿Alguna vez hubo alguien?

Caelene se quedó inmóvil.

La pregunta la tomó desprevenida.

Porque de todas las cosas que esperaba escuchar...

Aquella no era una de ellas.

—¿Alguien?

—Sí.

—¿A qué te refieres?

—Alguien que te gustara.

La guardia celestial desvió la mirada inmediatamente.

Y ese gesto respondió más de lo que cualquier palabra podría haber respondido.

Miller sonrió apenas.

—Entonces sí hubo alguien.

—No.

—Caelene.

—No.

—Caelene.

Ella suspiró.

—No fue así.

—¿Entonces?

La mujer permaneció varios segundos observando la oscuridad.

Pensando.

Recordando.

—Hubo personas.

—¿Personas?

—Compañeros.

Amigos.

Gente que intentó acercarse.

Su voz sonó extrañamente suave.

—Algunos insistieron más que otros.

Miller escuchaba atentamente.

—Pero siempre los alejé.

—¿Por miedo?

—Por convicción.

Guardó silencio unos segundos.

—O al menos eso creía.

La sonrisa desapareció lentamente de su rostro.

—Ahora ya no estoy tan segura.

Aquellas palabras contenían una sinceridad que habría sido imposible escuchar de Caelene unos años atrás.

Porque estaba comenzando a cuestionar decisiones que había considerado absolutas durante siglos.

Y eso era aterrador.

Mucho más aterrador que cualquier enemigo.

Mucho más aterrador que cualquier batalla.

Porque significaba admitir que quizá había estado equivocada.

Y admitir algo así después de tantos siglos requería más valor que enfrentarse a un ejército.

Miller observó el cielo oscuro.

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Creo que Exelia se preocupa por ti más de lo que admite.

Caelene soltó una pequeña carcajada.

—Esa mujer tiene una forma muy extraña de demostrar afecto.

—Eso es cierto.

—La mitad de nuestras conversaciones son discusiones.

—Y aun así te sigue buscando.

Caelene no respondió.

Porque sabía que tenía razón.

Exelia llevaba siglos provocándola.

Siglos discutiendo con ella.

Siglos negándose a dejarla encerrarse completamente en sí misma.

Y, por primera vez, comenzó a preguntarse si quizá había una razón detrás de aquello.

Si tal vez todas aquellas discusiones no eran únicamente provocaciones.

Si tal vez...

Exelia llevaba mucho tiempo viendo algo que ella misma se negaba a reconocer.

—Es irritante.

—¿Exelia?

—Sí.

—Estoy seguro de que ella diría exactamente lo mismo de ti.

Aquello provocó otra pequeña sonrisa.

Y esta vez permaneció un poco más.

CAP 107

El Despertar de los Secretos Enterrados

El viaje a través de Finisterra continuó sumiéndose en un silencio sepulcral, apenas interrumpido por el eco rítmico de las botas aplastando la grava estéril y el crujido constante de las formaciones rocosas que bordeaban el sendero. Habían caminado ya por espacio de una hora completa bajo aquel cielo púrpura y ceniciento, adentrándose en el corazón mismo del territorio prohibido. A medida que avanzaban, la atmósfera parecía volverse físicamente más densa, como si el propio aire opusiera resistencia a su avance, ejerciendo una presión invisible pero sofocante sobre los viajeros. La desolación del paisaje no era solo visual; había una carga espiritual pesada en el ambiente, una vibración antigua y hostil que parecía vigilar cada uno de sus movimientos desde las sombras de los desfiladeros.

De pronto, una sacudida invisible rasgó el aire. Sin previo aviso, una punzada dolorosa y sumamente aguda perforó el pecho de Desmond, Caelene, Exelia y Miller al mismo tiempo. El impacto fue tan repentino y brutal que los cuatro se detuvieron en seco, encorvando el cuerpo por puro instinto defensivo mientras se llevaban las manos al pecho, tratando de contener una presión interna que amenazaba con asfixiarlos. El dolor no se sentía en la carne o en los huesos; era una quemadura fría que golpeaba directamente en el núcleo de sus energías, un espasme espiritual que les robó el aliento por unos instantes. Antrox y Natally, que caminaban un poco más atrás, se detuvieron de inmediato al ver la violenta reacción de sus compañeros, mirándolos con desconcierto y una creciente alarma reflejada en sus rostros.

Desmond apretó los dientes, forzando los pulmones a llenarse de aire mientras trataba de estabilizar su postura. El sudor frío comenzó a resbalar por su frente, reflejando el esfuerzo físico que le requería mantenerse de pie bajo semejante arremetida.

—¿Qué... qué demonios está pasando aquí? —preguntó Desmond con la voz entrecortada, carraspeando para recuperar el aliento mientras miraba de reojo a los seres celestiales—. Siento como si algo me estuviera apretando el corazón desde adentro.

Caelene, cuya tez usualmente perfecta se había tornado de un blanco fantasmal, mantenía los ojos firmemente cerrados. Sus dedos se clavaban con fuerza en la tela de su ropa, arrugando la prenda que vestía mientras modulaba su respiración para contrarrestar el embate que sacudía su energía divina. A su lado, Miller exhalaba bocanadas de aire temblorosas, sujetándose también el pecho cubierto por su ropa mientras intentaba no perder el equilibrio. Incluso Exelia, a pesar de su habitual fachada de arrogancia y desdén, lucía visiblemente afectada; la desertora del cielo respiraba con dificultad, con una mueca de genuino dolor transformando sus facciones.

—Ya empezó... —logró articular Caelene, abriendo lentamente los ojos, los cuales destellaban con una tenue y debilitada luz dorada—. Ya comenzó el efecto de rechazo. Es la tierra misma.

Desmond se enderezó con dificultad, frunciendo el ceño con una mezcla de frustración e incredulidad ante las crípticas palabras de la guardiana.

—¿El efecto de rechazo? —inquirió Desmond, intentando ignorar la punzada que persistía como un eco latente en su pecho—. Explícate bien, Caelene. ¿Eso qué diablos significa exactamente? No tenemos tiempo para adivinanzas en mitad de este páramo.

Caelene se tomó un segundo para estabilizar su pulso, sintiendo cómo la densa neblina de Finisterra atacaba activamente la pureza de su esencia celestial. Sin el amparo protector de sus vestiduras divinas habituales, desprovistos de cualquier armadura sagrada y vistiendo simplemente ropa, tanto ella como Miller quedaban completamente expuestos a la crudeza descarnada del ambiente infernal. Cada bocanada de aire en ese lugar se sentía como inhalar fragmentos de cristal que erosionaban su conexión con la luz.

—Esta es la verdadera razón por la que los seres celestiales no entramos a Finisterra, Desmond —explicó Caelene con voz firme pero cargada de una fatiga inusual—. No es solo un decreto o una frontera en un mapa. Esta tierra, por alguna razón que escapa a nuestra comprensión, nos rechaza activamente. Intenta expulsar cualquier rastro de divinidad que ose profanar su suelo. Lo hace a través de dolores físicos intensos y debilitando directamente nuestra esencia, apagando nuestra luz desde el núcleo. El mismísimo Cielo ni siquiera sabe con certeza por qué pasa esto o qué fuerza originó este fenómeno, pero es un efecto constante. Por ahora no es tan doloroso como podría llegar a ser, pero irá en aumento si no nos apresuramos.

Desmond escuchó con atención, sintiendo el peso emocional de la revelación. La idea de que existiera un territorio tan antiguo y corrupto que fuera capaz de doblegar la energía de la guardia celestial de manera natural añadía una capa de peligro desalentadora a la misión. Sin embargo, una duda crucial comenzó a tomar forma en su mente, reemplazando el

desconcierto por una profunda inquietud personal. Volvió a mirarse el pecho y luego fijó sus ojos oscuros en la guardiana.

—Un momento —replicó Desmond, cruzando los brazos mientras su expresión se ensombrecía—. Entiendo perfectamente que les afecte a ti, a Miller y a Exelia. Después de todo, ustedes nacieron de la luz, son ángeles. Pero yo... yo soy un demonio. Nací y me crié en el Infierno, mi sangre pertenece a este reino. Si se supone que Finisterra es territorio infernal, yo no debería estar sintiendo este rechazo. ¿Por qué a mí también me dolió?

El silencio que siguió a la pregunta de Desmond fue denso, cargado de una tensión que hizo que incluso Antrox y Natally dieran un paso al frente, intrigados por la respuesta. Caelene miró fijamente a Desmond, observando los rasgos de su rostro y la energía que, aunque oculta bajo capas de malicia infernal, vibraba en una frecuencia muy distinta a la de los demonios comunes.

—Porque los Ludendorff son seres celestiales también, Desmond —sentenció Caelene, soltando la verdad de manera directa, sin rodeos ni adornos.— Tu linaje, la sangre que corre por tus venas, comparte el mismo origen divino que el nuestro. Hace eras, la esencia de tu familia evolucionó para camuflarse casi a la perfección con la demoniaca, permitiéndoles reinar y sobrevivir en las profundidades del Infierno sin levantar sospechas ni sufrir el desgaste del entorno. Pero el camuflaje no borra el origen. Por mucho que te consideres un demonio, tu cuerpo y tu alma no dejan de tener algo de luz celestial atrapada en ellos. Y este lugar no se deja engañar por las apariencias; detecta esa luz y te ataca exactamente igual que a nosotros.

Las palabras de la guardiana resonaron en la mente de Desmond como el eco de un trueno lejano. Aquella revelación golpeó el núcleo de su identidad, desenterrando preguntas sobre su pasado, su familia y la verdadera naturaleza de su poder que no estaba seguro de querer responder en ese momento. Se quedó inmóvil, con la mirada perdida en el suelo agrietado, asimilando el peso de saber que portaba la misma esencia que los seres que durante tanto tiempo habían sido vistos como el bando contrario. Sintió el impulso de indagar más, de exigir detalles sobre cómo y cuándo se había torcido el linaje de los Ludendorff, pero el dolor residual en su pecho y la urgencia de la marcha actuaron como un cable a tierra.

Desmond sacudió la cabeza con brusquedad, obligándose a romper el curso de esos pensamientos. Apretó los puños y alzó la vista, mostrando una determinación neuromántica en sus ojos.

—Bien... —dijo Desmond en un tono bajo pero rotundo, cortando cualquier intento de continuar con la conversación filosófica—. Eso me deja mucho en qué pensar, no lo voy a negar. Pero decido mantener mi mente al frente. Vamos a dejar las crisis existenciales sobre mi sangre para otro momento; ahora mismo tenemos un pergamino que descifrar y una maldita misión que terminar. Andando.

Con esa orden, el grupo reanudó la marcha, aunque ahora lo hacían con una consciencia mucho más aguda de la fragilidad de su situación. Cada paso requería un esfuerzo consciente para ignorar el persistente malestar físico que los acosaba.

Caminaron durante un trecho más, ascendiendo por una colina escarpada que les ofrecía una vista un poco más amplia del desolado horizonte. Fue al llegar a la cima cuando Miller se detuvo de repente, señalando con el dedo hacia el frente, entre dos grandes formaciones montañosas que se alzaban a lo lejos.

—Miren allá —dijo Miller, atrayendo la atención de todos.

Al alzar la vista, el grupo observó una densa columna de humo gris que se elevaba pesadamente hacia el cielo púrpura, recortándose contra la bruma perpetua de Finisterra. La visión les pareció sumamente extraña e inquietante a todos los presentes. En un territorio tan estéril, desprovisto de vegetación, madera o cualquier tipo de combustible natural, la existencia de un incendio era un sinsentido absoluto. En Finisterra no había tormentas eléctricas comunes que pudieran desatar un fuego fatuo, ni materiales inflamables que justificaran una columna de humo de ese tamaño.

—Eso es imposible... —murmuró Natally, acomodándose la mochila mientras contemplaba la escena—. Se supone que en Finisterra no hay absolutamente nada que pueda iniciar un fuego. Es pura roca muerta y ceniza.

—A menos de que haya alguien más aquí —concluyó Antrox con tono sombrío, llevando instintivamente la mano al pomo de su arma.

La implicación de sus palabras cayó como un balde de agua fría sobre el grupo. Si había alguien más en esas tierras prohibidas, significaba que no estaban solos en su búsqueda, o peor aún, que se estaban adentrando directamente en el territorio de algún peligro desconocido que habitaba en el olvido de Finisterra. No había espacio para la duda. Intercambiando una mirada rápida que confirmaba el consenso silencioso del grupo, Desmond tomó la iniciativa. Cambiaron el rumbo original de sus pasos y decidieron dirigirse directamente hacia el origen del humo, listos para descubrir qué misterio o amenaza los aguardaba en la densa neblina.

El avance hacia la misteriosa columna de humo se tornó en una travesía lenta y cautelosa. Tras caminar por espacio de unos veinte minutos entre laberintos de roca afilada y laderas cubiertas de una densa capa de hollín, el grupo finalmente alcanzó el punto exacto de donde emanaba la humareda. La neblina purpúrea parecía abrirse levemente en esa zona, revelando un claro oculto tras unas gigantescas formaciones rocosas que actuaban como una fortaleza natural.

Al agudizar la vista y observar con detenimiento a través de las últimas ráfagas de bruma, descubrieron que el fuego no provenía de un desastre natural, sino de una fogata ceremonial meticulosamente encendida. Alrededor de las llamas se encontraban cuatro figuras peludas de

aspecto imponente y místico. Eran felinos infernales, criaturas de gran respeto y antigüedad dentro del folklore del averno. El grupo observó la clara distinción entre ellos: un enorme y robusto tigre de pelaje rayado y ojos encendidos como brasas; un esbelto y musculoso puma cuyas garras dejaban marcas sutiles en la piedra; un leopardo cubierto de manchas oscuras que se movía con una gracia casi fantasmal; y, finalmente, un tigrillo, el más pequeño en tamaño del grupo, pero que mantenía una postura igual de firme y alerta que los demás.

La sorpresa se reflejó de inmediato en el rostro del líder del grupo, quien no daba crédito a lo que sus ojos veían en un lugar que se suponía deshabitado. Desmond detuvo su andar, asimilando la extrañeza de la situación, y no pudo evitar romper el silencio con una pregunta cargada de desconcierto.

—¿Qué... qué hacen felinos infernales en Finisterra? —preguntó Desmond, girando levemente la cabeza hacia los seres celestiales mientras mantenía la voz lo suficientemente baja para no alertar a las criaturas—. Pensé que este lugar era un páramo completamente prohibido e inhabitable para cualquiera en el Infierno. Esto no tiene ningún sentido.

Caelene, que aún lidiaba con el persistente malestar físico provocado por el efecto de rechazo de la tierra sobre su cuerpo cubierto por ropa común, exhaló un suspiro pausado antes de responder. Su conocimiento sobre los registros y avistamientos ancestrales le permitió dar una explicación, arrojando algo de luz sobre el misterio, aunque con las limitaciones propias de la perspectiva de su reino.

—Los felinos infernales vienen a Finisterra cada año para iniciar un ritual, Desmond —explicó Caelene, cruzando los brazos mientras observaba el danzar del humo gris en el aire—. Es una tradición sumamente antigua que se ha mantenido en el más absoluto secreto. Sin embargo, el Cielo no tiene del todo claro para qué sirve exactamente o qué es lo que buscan lograr con todo esto. Nuestras crónicas solo registran sus constantes migraciones hacia estas tierras prohibidas en fechas específicas, pero los detalles profundos de su doctrina nos están vedados.

A pesar de la advertencia implícita en las palabras de la guardiana y del peligro latente de que aquellas bestias místicas resultaran ser sumamente agresivas al verse acorraladas en su propio territorio ceremonial, Desmond tomó una decisión ejecutiva. Sabía que si querían respuestas sobre los misterios de Finisterra y las pistas del pergamino, no podían esquivar los pocos encuentros que se les presentaran en el camino.

—Tenemos que hablar con ellos —declaró Desmond con firmeza—. Si alguien sabe cómo movernos por aquí sin morir en el intento, son ellos.

—Desmond, ten cuidado —le advirtió Miller en un tono bajo, dando un paso al frente mientras acomodaba su postura—. No sabemos cómo reaccionarán ante intrusos, y menos con seres que portan energía celestial cerca.

Ignorando el peligro, Desmond decidió acercarse con paso lento pero seguro. Al notar el crujido de las piedras bajo sus botas, las cuatro figuras peludas interrumpieron su actividad ceremonial de inmediato. Sus orejas se erguieron y, al unísono, se giraron hacia el grupo, clavando sus afiladas miradas con una profunda sospecha y hostilidad latente. Sus cuerpos se tensaron, listos para atacar si la situación lo requería.

Al percibir la hostilidad del ambiente, Desmond levantó las manos a la altura de sus hombros de manera pacífica, mostrando las palmas en una señal clara de rendición temporal para apaciguar las tensiones.

—Tranquilos, no venimos a hacerles daño —dijo Desmond con voz fuerte, clara y serena, intentando proyectar la autoridad de su apellido pero sin sonar amenazante—. Solo estamos de paso por estas tierras.

El felino más grande, el imponente tigre de bengala infernal, dio un paso al frente. Sus ojos escudriñaron la figura de Desmond, deteniéndose en los rasgos característicos de su apariencia y en la sutil pero inconfundible energía que emanaba de su ser. El tigre dejó escapar un bufido ronco que hizo vibrar el aire antes de hablar con una voz profunda que denotaba una sabiduría ancestral.

—¿Qué hace un Ludendorff en Finisterra? —cuestionó el tigre, frunciendo el ceño felino con incredulidad y desagrado—. Los únicos que tienen permitido pasar y caminar libremente por estas tierras malditas somos los felinos infernales. Ningún demonio común, y mucho menos alguien de la alta realeza, debería poner un pie en este suelo olvidado.

Desmond bajó lentamente las manos, manteniendo su postura firme frente a la imponente criatura. Sabía que mentirle a un ser tan antiguo no serviría de nada, por lo que optó por una honestidad brutal pero estratégica.

—Entré de manera clandestina, no lo voy a negar —admitió Desmond, sosteniendo la mirada del tigre—. Pero les aseguro que no vengo a causar problemas ni a interrumpir lo que sea que estén haciendo aquí. Mis motivos son completamente ajenos a ustedes.

Los felinos infernales intercambiaron miradas rápidas entre sí. El murmullo del tigrillo y el leopardo denotaba que sabían perfectamente quién era él; los ecos de las hazañas, rebeliones y el peso del nombre de Desmond Ludendorff habían resonado con fuerza en todos los rincones del Infierno. Sabiendo que el joven linaej no era un sirviente ciego de las altas cortes y que sus acciones solían desafiar el orden establecido, los felinos decidieron relajar sus músculos y confiar, al menos por el momento, en su palabra.

Desmond, aunque ya tenía ciertas nociones debido al contexto dado por Caelene, decidió indagar más a fondo para conectar los puntos con la información que poseía en el pergamino. Aprovechó la tregua para hacer una pregunta directa.

—Pregunto esto porque necesito entender el terreno... ¿Ustedes qué hacen aquí exactamente? ¿Cuál es el propósito de este fuego en mitad de la nada?

El tigre exhaló una densa bocanada de aire, regresando su mirada hacia las llamas de la fogata ceremonial antes de responder con solemnidad.

—Como te hemos dicho, cada año los felinos infernales venimos a estas tierras prohibidas —explicó el tigre, cuya voz adquirió un peso emocional profundo—. Viajamos específicamente hacia una antigua estructura que se encuentra más adelante... una catedral llamada Malachi de Compostela. Nuestro único propósito al venir aquí es calmar al guardián dormido.

Al escuchar el nombre de la catedral, el cual coincidía de manera exacta con las escrituras delpergamino antiguo que cargaban, Desmond sintió un vuelco en el corazón. Sin embargo, lo que realmente capturó su atención fue la mención de aquella entidad mística. Confundido y con una creciente intriga, Desmond frunció el ceño.

—¿Cómo que un guardián dormido? —preguntó Desmond, dando un pequeño paso al frente, ansioso por obtener más detalles—. ¿De quién están hablando? ¿Qué tipo de criatura custodia este lugar?

El tigre sacudió la cabeza lentamente, denotando una ignorancia que parecía pesarle tanto a él como a su estirpe desde hacía generaciones.

—Él es quien cuida estas tierras, el celoso custodio de Finisterra —sentenció el tigre con tono sombrío—. Pero no sabemos su verdadera historia, ni de dónde proviene, ni cuál es su nombre real. Es un secreto que el tiempo borró. Solo sabemos una cosa con absoluta certeza, una ley que nuestros ancestros nos grabaron en la sangre: si no se hace el ritual que nosotros vamos a realizar en la catedral, si dejamos pasar un solo año sin apaciguar su espíritu... el guardián puede despertar. Y si eso ocurre, la devastación destruirá el equilibrio de este lugar.

Las palabras del felino resonaron con un eco de advertencia mística en la mente de todos los presentes. La situación en Finisterra era mucho más compleja y peligrosa de lo que habían previsto en un inicio; estaban caminando sobre un suelo que albergaba una fuerza capaz de aterrorizar a las criaturas más antiguas del averno. Desmond, consciente de que no podía retrasar a los felinos de su vital tarea y habiendo obtenido la confirmación de la existencia de Malachi de Compostela, decidió finalizar el intercambio de manera cordial.

—Ya veo... —dijo Desmond, asintiendo con respeto hacia los cuatro felinos—. Bueno, entiendo la gravedad de su tarea. Les deseo mucha suerte en su camino y con el ritual.

El tigre guardó silencio por un breve instante, observando detenidamente no solo a Desmond, sino también a las figuras que lo acompañaban en la retaguardia, prestando especial atención a la extraña mezcla de esencias que rodeaba al grupo. Con una curiosidad afilada que no pretendía ocultar, el gran felino fijó sus ojos dorados nuevamente en el Ludendorff, lanzándole la pregunta que cerraba el encuentro.

—Te agradezco los deseos, Ludendorff... Pero ahora dime tú —le preguntó el tigre a Desmond de manera directa, clavando su mirada en él—. ¿Qué hace un ser como tú aquí? ¿Qué es lo que busca la realeza en las ruinas de Finisterra?

—Buscando respuestas —respondió Desmond con firmeza, sosteniendo la mirada dorada y penetrante del enorme tigre infernal. La declaración flotó en el denso y viciado aire de Finisterra, cargada de un peso emocional que no pasó desapercibido para ninguna de las místicas criaturas.

El gran felino ladeó levemente la cabeza, entornando los ojos con una mezcla de curiosidad ancestral y escepticismo. El humo gris de la fogata ceremonial seguía elevándose perezosamente entre ellos, envolviendo la escena en una atmósfera casi irreal.

—¿Qué tipo de respuestas, Ludendorff? —inquirió el felino, arrastrando las palabras con un ronroneo profundo que hacía vibrar el suelo agrietado bajo sus garras—. Este páramo solo alberga polvo, huesos de eras olvidadas y secretos que la mayoría de los vivos preferiría dejar enterrados. No hay nada aquí para la complacencia de la realeza.

Desmond exhaló un suspiro pesado, sintiendo la presión acumulada de los últimos días. Miró de reojo a su grupo, percatándose de cómo Caelene y Miller, desprovistos de sus armaduras divinas y vistiendo simplemente ropa común, resistían a duras penas el silencioso pero constante desgaste espiritual que les imponía esa tierra maldita. Sabía que no había tiempo para rodeos. Si quería avanzar, debía confiar una parte de su carga a estos guardianes del ritual.

—Quiero saber cómo inició todo esto, mucho antes de las eras luciferinas —confesó Desmond, dando un paso al frente de manera decidida—. Mi búsqueda no es un capricho. Mi hermano James es descendiente directo de un grupo de imps de cuernos dorados. He estado uniendo las piezas de un rompecabezas demasiado grande y peligroso, y tengo razones de peso para creer que el origen de su linaje y la verdad detrás de esos cuernos malditos tienen una relación directa con lo que oculta este lugar.

Al escuchar las palabras "cuernos dorados", un cambio drástico y palpable sacudió a los cuatro felinos infernales. El puma irguió el lomo de golpe, el leopardo interrumpió su sutil balanceo y el pequeño tigrillo abrió los ojos de par en par, conteniendo el aliento. El imponente tigre de bengala guardó un silencio sepulcral por unos instantes, procesando la revelación con una solemnidad que heló la sangre de los presentes. La sola mención de ese rasgo parecía evocar un pasado tan remoto y sagrado que rozaba el mito.

—Eso... eso es algo que nosotros podemos decirte rápidamente, joven Ludendorff —habló finalmente el tigre, y esta vez su tono no denotaba hostilidad, sino un profundo y respetuoso misticismo—. Estás tocando fibras de la historia que el actual orden del Infierno se ha encargado de sepultar bajo capas de mentiras y olvido. Esos que llamas imps de cuernos dorados no son simples demonios de bajo rango con una anomalía física. Ellos son los Apóstoles Infernales.

Desmond contuvo el aliento, procesando el término. La revelación cayó con el peso de una losa de piedra.

—¿Apóstoles Infernales? —repitió Desmond en un susurro, incitándolo a continuar.

—Así es —asintió el felino, clavando sus ojos encendidos en el joven—. Eran los más fieles e íntimos seguidores del antiguo rey del averno, aquel que gobernaba con una justicia implacable mucho antes de que comenzara la era luciferina y el trono actual fuera reclamado. Los cuernos dorados eran la marca de su devoción, un canalizador de una energía pura que combinaba la fuerza del abismo con una extraña pureza. Sin embargo, cuando la era de Lucifer dio inicio, se desató una purga silenciosa. Los apóstoles fueron perseguidos, cazados o simplemente obligados a esconderse en la periferia de los anillos. Con el pasar de los siglos, fueron desapareciendo y ese rasgo genético y espiritual tan sagrado se fue perdiendo poco a poco, diluyéndose en el olvido, hasta que quedaron unos pocos ejemplares esparcidos por el reino.

El tigre hizo una pausa, observando la conmoción en el rostro de Desmond antes de añadir un detalle crucial sobre el presente de esas criaturas.

—Hoy en día, los escasísimos imps que aún nacen con la bendición o la maldición de los cuernos dorados no conocen su verdadero origen. Normalmente son custodiados y reclamados por la alta estirpe Goetia, quienes los utilizan como ayudantes de alto valor debido a las propiedades únicas de su energía oculta, manteniéndolos sumisos y ajenos a la grandeza de su pasado.

El silencio volvió a reinar en el claro, roto únicamente por el siseo de las brasas. Para Desmond, comprender que su hermano James portaba la herencia viva de los antiguos Apóstoles Infernales añadía un peso emocional descomunal a su travesía. Ya no se trataba solo de descifrar un pergamino antiguo; se trataba de rescatar la identidad de su propia familia de las garras del engaño histórico.

El gran felino sacudió la cabeza, desvaneciendo los ecos del pasado, y volvió a concentrarse en el presente.

—Dime, Ludendorff, ¿es eso todo lo que necesitabas saber? —preguntó el tigre, dando a entender que su tiempo ceremonial era valioso.

—Sí, por ahora —respondió Desmond, enderezando la espalda y asimilando la valiosa información—. Pero igual me dirigiré a Malachi de Compostela. Necesito buscar las respuestas definitivas sobre el inicio de todo lo que está escrito en el pergamino, y ese es el único punto de partida que nos queda.

El tigre intercambió una mirada severa con el leopardo, quien se agachó momentáneamente hacia un fardo de pieles oculto cerca de la fogata.

—Si ese es tu destino, debes saber que Réquiem queda a unos diez kilómetros de distancia de este punto —explicó el líder de los felinos, mientras el leopardo regresaba sosteniendo un trozo de pergamino grueso y desgastado—. Finisterra es un laberinto de ilusiones, ceniza y desolación que devora el sentido de la orientación de cualquiera. Para que te guíes y no te

desvíes del camino correcto, te entregaremos este mapa. Es una de las pocas representaciones fieles de las rutas seguras que le quedan a nuestra estirpe.

—Se los agradezco profundamente —dijo Desmond, extendiendo la mano con sincero agradecimiento para tomar el documento que le ofrecían.

Sin embargo, antes de que sus dedos pudieran siquiera rozar la superficie del mapa, una nueva sacudida, infinitamente más violenta que la anterior, rasgó el aire espiritual del lugar. La punzada de rechazo de Finisterra golpeó el pecho de Desmond con la fuerza de un mazo de hierro. El impacto fue tan fulminante que le robó el aliento por completo; sus piernas fallaron y se arrodilló abruptamente sobre la dura y polvorienta piedra, soltando un gemido ahogado mientras se presionaba el pecho con ambas manos, encorvándose por el dolor que quemaba su esencia celestial oculta.

A pocos metros, Caelene y Miller hicieron una mueca de dolor solidario, sintiendo cómo sus propios núcleos divinos vibraban con angustia ante la hostilidad del entorno, aunque el embate principal parecía haberse concentrado esta vez en el Ludendorff por desafiar las fronteras con tanta determinación.

El gran tigre infernal dio un respingo, visiblemente preocupado por la violenta reacción del demonio de alta cuna. Se inclinó hacia él, exhalando un bufido alarmado.

—¡Ludendorff! ¿Estás bien? —preguntó el felino con voz ronca y consternada—. Tu energía ha fluctuado de una manera extraña... Casi como si esta tierra te estuviera drenando la vida directamente.

Desmond mantuvo los ojos cerrados durante unos agónicos segundos, forzando a sus pulmones a expandirse a pesar del dolor abrasador que persistía en su pecho. Apretó los dientes con tanta fuerza que su mandíbula dolió, obligando a su cuerpo a obedecerle. Lentamente, apoyando una mano en la rodilla, logró incorporarse de nuevo, aunque su rostro lucía demacrado y pálido bajo la luz púrpura.

—Sí... sí, estoy bien —mintió Desmond, tratando de estabilizar su voz para no demostrar debilidad—. Es solo algo leve. Un recordatorio de dónde estamos parados, supongo. No es nada que no pueda manejar.

El tigre lo observó con una severidad cargada de advertencia, no del todo convencido por sus palabras.

—Ten mucho cuidado, muchacho —le advirtió el felino en un tono sumamente sombrío—. Esos dolores no son una simple molestia física. Son la manifestación del rechazo absoluto de un territorio que no quiere ser perturbado. Si te confías, esas punzadas pueden volverse peligrosas, desgarrando tu energía hasta dejarte vacío. Finisterra no perdona a los intrusos.

—Agradezco el consejo... y el mapa. Voy a estar bien, se los aseguro —replicó Desmond, forzando una sutil sonrisa de agradecimiento mientras tomaba finalmente el documento de manos del leopardo, asegurándolo firmemente.

Con el mapa en su poder y sabiendo que la tregua había llegado a su fin, Desmond dio un paso atrás.

—Es hora de que continuemos. Buena suerte con su ritual —se despidió.

Los cuatro felinos infernales guardaron un respetuoso silencio y, al unísono, levantaron una de sus patas delanteras con solemnidad en señal de despedida, regresando de inmediato sus miradas hacia las llamas de la fogata ceremonial para reanudar sus antiguos cánticos mudos.

Desmond se giró y caminó de regreso hacia donde su grupo lo esperaba, oculto tras las rocas. Al llegar, la tensión acumulada en los rostros de Antrox, Natally, Exelia, Caelene y Miller era evidente. Todos habían presenciado el doloroso episodio y la inquietante conversación con los felinos.

—Nos dieron un mapa —anunció Desmond, extendiendo el pergamino arrugado ante ellos con una pizca de triunfo en la mirada, intentando disipar la preocupación general—. Con esto podremos orientarnos de verdad. Si seguimos las indicaciones exactas, podremos llegar a Réquiem sin perder el rumbo en mitad de esta bruma.

Caelene, manteniendo una postura rígida a pesar del cansancio que reflejaba su rostro cubierto por su ropa, dio un paso al frente y asintió levemente. La guardiana celestial entendía perfectamente que ese mapa representaba la delgada línea entre la supervivencia y quedar atrapados para siempre en el olvido.

—Está bien —dijo Caelene con voz clara y analítica—. Vamos a revisarlo de inmediato. No podemos permitirnos el lujo de interpretar mal ninguna de las indicaciones.

Colocaron el mapa con cuidado sobre una superficie de piedra plana en el suelo, rodeándolo para protegerlo del viento cargado de ceniza que soplaba intermitentemente. Todos se inclinaron, fijando sus ojos en las líneas antiguas y los símbolos gastados que trazaban la geografía prohibida de Finisterra. Caelene comenzó a deslizar sus dedos sobre las rutas, leyendo en voz alta las anotaciones rúnicas y los puntos de referencia con una precisión impecable. Tras unos momentos de riguroso análisis, alzó la vista hacia Desmond.

—De acuerdo con las marcas de los felinos, no estamos muy lejos de nuestro destino —declaró Caelene, aunque su tono de voz se volvió notablemente más grave—. Pero tenemos que ser extremadamente precavidos a partir de este punto. El mapa muestra que el sendero que conduce a Réquiem atraviesa las zonas de mayor inestabilidad espiritual. Aquí es donde las cosas empiezan a tornarse más tensas y donde el efecto de rechazo se intensificará con cada kilómetro que avancemos.

Desmond escuchó la advertencia y asintió con un gesto firme de la cabeza, internalizando el peligro inminente pero negándose a dar un solo paso atrás. El peso de saber quién era realmente su hermano y lo que estaba en juego le otorgaba una determinación inquebrantable. Tomó el mapa del suelo, lo enrolló con cuidado y lo guardó de manera segura entre sus pertenencias.

—Ya lo han escuchado —sentenció Desmond, mirando a cada uno de sus compañeros con seriedad—. Manténganse alerta y no se separen por nada del mundo.

Sin añadir más palabras, el grupo se reincorporó y emprendió decididamente el camino hacia Réquiem, adentrándose con valentía en la parte más profunda y hostil de las tierras prohibidas de Finisterra.

Mientras el grupo de Desmond se adentraba en los peligros crecientes e implacables de Finisterra, a miles de kilómetros de distancia, en el corazón neurálgico del reino infernal, la atmósfera del palacio supremo no era menos tensa, aunque por razones puramente geopolíticas y de control absoluto. Lucifer, el soberano indiscutible de todo el averno, se encontraba sentado en su imponente trono de obsidiana y oro viejo. El salón real permanecía sumido en una penumbra majestuosa, rota únicamente por el brillo lánguido de las antorchas de fuego fatuo que flanqueaban las descomunales columnas de piedra. Para el rey del Infierno, los siglos solían transcurrir con una monotonía predecible, rota solo por las ocasionales e insignificantes disputas entre los señores de los anillos o las rebeliones menores que sus ejércitos aplastaban sin el menor esfuerzo. Lucifer sostenía una copa de cristal tallado entre sus dedos, observando el movimiento del líquido oscuro con una expresión de aburrimiento y profunda superioridad, disfrutando del silencio casi sepulcral de sus estancias.

Sin embargo, ese silencio sagrado y cuidadosamente mantenido fue destrozado de manera abrupta. Las enormes puertas dobles de la sala del trono se abrieron de par en par con un estruendo metálico que resonó en cada rincón de las elevadas bóvedas. Uno de los guardias de alto rango de la división de control fronterizo entró corriendo, con la respiración completamente agitada, los ojos desorbitados por el pánico y el uniforme ligeramente desalineado debido a la prisa con la que había cruzado los interminables pasillos del palacio. La audacia de entrar a los aposentos privados del rey sin un anuncio previo era una ofensa que normalmente se pagaba con la ejecución inmediata.

Lucifer no se movió de su posición. Manteniendo la copa suspendida a escasos centímetros de sus labios, dirigió una mirada gélida y afilada hacia el intruso. La sola presión de su presencia divina y oscura hizo que la temperatura del salón descendiera varios grados de golpe, asfixiando el aire alrededor del soldado.

—¿A qué se debe esta intrusión? —preguntó Lucifer con una voz pausada, pero cargada de una amenaza tan densa que hizo temblar las paredes. No había alzado el tono, pero el peligro implícito en sus palabras era más que suficiente para congelar la sangre de cualquiera.

El guardia fronterizo se desplomó de rodillas a varios metros del trono, agachando la cabeza de inmediato en una muestra de sumisión absoluta, mientras sostenía un dispositivo electrónico entre sus manos temblorosas.

—¡Por favor, mi señor, le ruego que me perdone! —exclamó el guardia con la voz quebrada por el terror, temiendo por su vida pero consciente del deber que cargaba—. Sé que he violado el protocolo real, pero esto es demasiado importante, es de una gravedad extrema y usted tiene que verlo con sus propios ojos de inmediato. No podía esperar ni un solo segundo por los canales burocráticos oficiales.

Lucifer entornó los ojos, fastidiado por el dramatismo de su súbdito, pero una pizca de curiosidad genuina logró abrirse paso a través de su habitual apatía. Colocó la copa sobre el reposabrazos de su trono de obsidiana y extendió su mano libre, haciendo un gesto elegante pero imperioso con los dedos.

—Habla de una vez —ordenó el soberano, enderezando levemente la espalda—. ¿De qué se trata esa urgencia tan descomunal que justifica que arriesgues tu propia cabeza en mi salón?

El guardia, tragando saliva con dificultad para recuperar un mínimo de compostura, sacó una tablet militar táctica de alta seguridad que portaba en su cinturón. Con los dedos temblando visiblemente sobre la pantalla digital, activó los registros de vídeo analizados por los sensores energéticos de la frontera del Anillo de la Ira y alzó la vista hacia el monarca.

—Se trata de la frontera restringida, mi señor —explicó el soldado, extendiendo los brazos para ofrecer el dispositivo—. Los radares de fluctuación de esencia captaron una brecha hace menos de una hora. Desmond Ludendorff, junto con Anthony, la desertora Exelia, la demonio Natally y dos seres celestiales no identificados han cruzado la barrera de seguridad de la Ciudad de la Ira. Han entrado de forma ilegal en la tierra prohibida.

Al escuchar la combinación de esos nombres, y sobre todo la mención de seres del Cielo cooperando con el joven rebelde, Lucifer abrió los ojos de par en par, rompiendo por completo la máscara de aburrimiento que había llevado puesta durante décadas.

—Muéstrame —sentenció Lucifer en un susurro que cortó el aire como una navaja.

El guardia se incorporó con rapidez y, con pasos cortos y temerosos, se acercó a la escalinata del trono para entregarle la tableta directamente en las manos del soberano. Lucifer tomó el dispositivo con firmeza y fijó su mirada en las imágenes de alta resolución y los mapas térmicos que se reproducían en la pantalla. En el vídeo de seguridad se podía observar con total claridad el momento exacto en el que el grupo maldito se materializaba justo en los límites exteriores, utilizando la energía brillante y concentrada de un cristal de teletransportación infernal de contrabando, saltándose todos los puestos de control militares y adentrándose de inmediato en el espeso manto de ceniza del páramo prohibido.

Lucifer contempló la pantalla en un silencio sepulcral que se prolongó de manera agónica para el guardia. Por primera vez en siglos, el monarca absoluto del averno sintió una

sensación de preocupación genuina instalándose en la boca del estómago. No era miedo a Desmond en sí, sino a las implicaciones catastróficas de lo que ese muchacho buscaba desenterrar. Si la guardia celestial estaba involucrada de manera clandestina y se encontraban profanando Finisterra, significaba que los secretos más oscuros de la creación, aquellos que mantenían el delicado equilibrio de terror entre el Cielo y el Infierno, corrían el riesgo de salir a la luz pública. La sola mención de que Desmond estuviera excavando en el pasado, sumado a la inestabilidad que ya provocaba su apellido, era una variable que Lucifer no podía ignorar.

A pesar del torbellino de inquietud y furia interna que amenazaba con desatarse, Lucifer hizo gala de su milenario autocontrol. Respiró hondo y mantuvo su postura imponente, seria y majestuosa, sin permitir que el soldado arrodillado frente a él detectara la menor fisura en su armadura emocional. Apagó la tableta con un movimiento seco y se la devolvió al guardia.

—Agradezco la rapidez de tu información, soldado —dijo Lucifer con una calma gélida que resultaba más aterradora que cualquier grito de furia—. Has cumplido con tu deber de manera excepcional. Ahora, puedes retirarse. Borra este registro de la base de datos común. Nadie más debe saber esto.

El guardia fronterizo dejó escapar un suspiro de alivio imperceptible, recogió el dispositivo y realizó una profunda y reverente reverencia ante el trono.

—Entendido, mi señor. Con su permiso —murmuró el soldado antes de girarse sobre sus talones y apresurarse a salir de la sala del trono, cerrando las enormes puertas tras de sí y devolviendo el salón a su estado de penumbra original.

Una vez que se quedó completamente solo, la expresión de Lucifer se transformó en una mueca de pura ira contenida. Se levantó de su trono, su larga capa arrastrándose con un siseo siniestro sobre el suelo de obsidiana. La paciencia que había tenido con las constantes insubordinaciones del joven Ludendorff se había agotado de manera definitiva. Desmond había cruzado una línea de la que no había retorno posible.

Con un movimiento fluido, Lucifer alzó la cabeza y dejó escapar un silbido agudo, un sonido ultrasónico y mágico que rasgó las sombras de las bóvedas superiores del palacio. Era la llamada oficial de ejecución, una orden que solo se emitía cuando el objetivo debía ser borrado de la existencia sin dejar el menor rastro.

Casi de inmediato, el espacio frente a la escalinata del trono comenzó a distorsionarse. El aire se volvió denso y caliente hasta que una llamarada de fuego negro y purpúreo estalló con violencia, iluminando las paredes de la estancia. De entre las llamas azufradas emergió una figura imponente, envuelta en una armadura oscura y emanando una sed de sangre que congelaría el corazón de cualquier ejército: era Ghost, el ejecutor supremo y el mejor subordinado bajo el mando directo del rey.

Ghost dio un paso al frente, disipando los últimos vestigios del fuego con un movimiento de sus manos, y clavó su mirada carente de piedad en su señor.

—¿Qué se le ofrece, jefe? —preguntó Ghost con una voz rasposa, profunda y desprovista de cualquier rastro de empatía humana o demoniaca—. He acudido de inmediato a su llamado.

Lucifer bajó los escalones con parsimonia, deteniéndose a escasos metros de su ejecutor más letal. Su rostro reflejaba una determinación sombría.

—De nuevo Desmond Ludendorff está haciendo de las suyas, Ghost —comenzó a explicar Lucifer, cruzando las manos a la espalda mientras su voz destilaba un veneno absoluto—. Pero esta vez no se trata de una simple rabieta de adolescente o de un disturbio en los Anillos menores. Ahora ha cruzado un límite muy fuerte, un límite sagrado. Ha entrado de manera ilegal a Finisterra, y lo que es peor... lo ha hecho con la ayuda y la compañía de dos seres celestiales no identificados.

Ghost escuchó atentamente cada una de las palabras del monarca, permaneciendo completamente inmóvil como una estatua de piedra negra. Sus ojos brillaron con una luz fría y peligrosa bajo su visera; conocía perfectamente la historia de Finisterra y sabía muy bien por dónde iban las riendas de este asunto. Entendía que la presencia de ángeles en esa tierra de nadie rompía cualquier tratado de paz y abría la puerta a una crisis de escala apocalíptica si los secretos del pasado eran expuestos.

Lucifer dio un paso más hacia él, fijando sus ojos encendidos directamente en los de su subordinado. El tono del rey se volvió gélido, definitivo, dictando una sentencia de muerte inapelable.

—Ya me harté de ese muchacho rebelde —declaró Lucifer, dejando salir toda la frustración acumulada por las constantes provocaciones de los Ludendorff—. He sido demasiado indulgente con su estirpe por consideración a la estabilidad del reino, pero esto se terminó hoy.

El rey del Infierno dirigió su mirada fijamente a Ghost, transmitiéndole toda la autoridad de su corona en una sola orden verbal.

—Tu misión ahora es interceptar a Desmond y a todo su grupo dentro de los límites del páramo —sentenció Lucifer con frialdad—. Y esta vez, Ghost, te doy el permiso explícito de acabar con ellos de la forma que quieras. No quiero capturas, no quiero juicios, no quiero explicaciones. Bórralos de la existencia. Al fin y al cabo, esas tierras prohibidas son territorio de nadie, una zona muerta fuera de las leyes de los reinos, así que ese lugar es todo tuyo para desatar tu poder sin restricciones.

Una sonrisa cruel y siniestra se dibujó bajo la máscara de Ghost al escuchar las especificaciones de su nueva tarea. La perspectiva de una cacería sin límites ni reglas políticas en un terreno tan hostil era exactamente el tipo de encargo para el que había sido creado.

—Está bien, jefe —respondió Ghost con un tono de voz que denotaba una fría satisfacción—. Entendido perfectamente. Empezaré con la cacería hoy mismo. No quedará ni el polvo de sus huesos para cuando haya terminado con ellos.

Lucifer asintió con solemnidad, regresando lentamente hacia las escaleras de su trono de obsidiana, dándole la espalda a su ejecutor como muestra de la confianza absoluta que depositaba en sus habilidades letales.

—Espero que no me decepciones, Ghost —concluyó el monarca—. Trae la confirmación de que el secreto de Finisterra sigue a salvo en la oscuridad.

Ghost asintió con una breve e imperiosa inclinación de cabeza. Sin decir una sola palabra más, su cuerpo volvió a encenderse en una violenta llamarada de fuego negro que se extinguió en un pestañeo, desapareciendo por completo del salón del trono. El letal asesino se dirigió de inmediato hacia las tierras prohibidas de Finisterra con un único objetivo en mente, sin saber, en lo más profundo de su ser, que esta cacería en particular se convertiría en un evento de magnitudes insospechadas que lo cambiaría para siempre.

CAP 108

El Rey que la Muerte Olvidó

Después de una larga y extenuante caminata que pareció prolongarse durante horas interminables a través de la geografía desolada e inhóspita de Finisterra, la penumbra implacable de la noche empezó a llenar cada rincón del horizonte. En ese territorio prohibido, olvidado por la gracia divina y temido incluso por las criaturas del Averno, el descenso del sol no traía consigo una simple transición natural, sino una invasión densa, helada y opresiva de sombras. Con la desaparición de la poca luz reinante, la temperatura bajó drásticamente, haciendo que el aire fresco de la tarde se convirtiera en una ráfaga mordaz capaz de calar hasta los huesos de los viajeros más curtidos.

El desgaste acumulado en el equipo era evidente; los pasos se volvían cada vez más pesados y la visibilidad se reducía a unos pocos metros sobre la tierra árida. Al no haber estructuras, ruinas ni cavernas cerca que pudieran ofrecer un resguardo natural contra las inclemencias del tiempo, el grupo tuvo que parar la marcha. Decidieron instalarse en la ladera de una pequeña colina, justo debajo del abrigo parcial de un árbol seco y monumental. Aquel leño retorcido, desprovisto de toda hoja y petrificado por el paso implacable de las eras, se erigía en la cima como un vigía mudo, proporcionando un mínimo e invaluable parapeto contra las corrientes heladas del viento nocturno.

Bajo la supervisión del grupo, se apresuraron a desplegar el campamento de emergencia antes de que el frío alcanzara niveles aún más peligrosos. Como los recursos de refugio eran reducidos para una travesía de semejante magnitud, Desmond improvisó la distribución y les prestó a Caelene y a Miller una de sus tiendas de campaña auxiliares.

La tienda era especialmente pequeña, una estructura táctica de supervivencia diseñada únicamente para ofrecer resguardo indispensable y no para brindar lujos ni comodidad espacial. Para dos guerreros habituados a la inmensidad de los salones del Cielo, el espacio interior resultaba abrumadoramente reducido. Al acomodar sus sacos de dormir en el estrecho suelo de la tienda, no hubo forma de mantener una distancia prudente: Miller y Caelene tenían que dormir casi pegados el uno al otro para estar cómodos y poder conservar el calor corporal en medio de aquella noche helada. El hombro de él rozaba constantemente la silueta de ella, creando una cercanía inevitable y palpitante dentro de aquel estrecho refugio de lona.

A pesar de las inclemencias del entorno y de la evidente incomodidad del espacio, Miller, exhausto tras la dura caminata, cayó rápidamente en el cansancio. Él no era un joven inexperto; era un hombre de mediana edad, un Elegido de marcada madurez que desempeñaba sus funciones con firmeza trabajando como guardián celestial. Las líneas de su rostro y su serenidad habitual reflejaban la carga de los años de servicio y la gravedad de las misiones que había sobrellevado a lo largo de su vida. Miller respiraba lentamente ya dormido, con el pecho subiendo y bajando a un ritmo pausado y profundo que demostrabas la búsqueda de un merecido descanso.

A su lado, sin embargo, Caelene permanecía completamente despierta. Como ángel guardiana, sus sentidos estaban aguzados, pero en ese momento su mente no estaba enfocada en las amenazas externas de Finisterra, sino en la figura del hombre de mediana edad que descansaba a su lado. La intimidad forzada del espacio le permitía percibir cada detalle: el ritmo de su aliento, la firmeza de su hombro contra el suyo y la calma apacible que desprendía a pesar del peligro que los rodeaba.

Tras varios minutos contemplándolo en la penumbra de la tienda, Caelene se giró levemente hacia él y lo llamó con una voz suave, casi un susurro cálido en la helada oscuridad.

—Miller...

El llamado rompió el letargo del Elegido. Miller parpadeó con pesadez y, entreabriendo los ojos en medio de la penumbra, se descolocó por un instante al sentir la cercanía de la guardiana. Se acomodó como pudo en el limitado espacio para mirarla.

—¿Mmm...? ¿Qué pasa, Caelene? —dijo Miller con la voz rasposa por el sueño interrumpido, frunciendo ligeramente el ceño por la duda de si se trataba de una alarma afuera o un contratiempo con el campamento.

Caelene no cambió su tono pausado ni apartó su mirada de él. La cercanía entre sus rostros era tal que podía ver el reflejo de sus ojos en la leve penumbra.

—Estaba pensando... Miller, ¿qué piensas de mí? —preguntó ella sin rodeos, manteniendo una serenidad misteriosa.

Miller parpadeó de nuevo, completamente desconcertado por la naturaleza de la pregunta en semejante momento y lugar. Despejó la turbidez del sueño de su mente y volvió a hablar.

—¿A qué te refieres con eso? —dijo Miller, acomodando su postura dentro del estrecho saco de dormir—. Estamos en medio de Finisterra, congelándonos en una tienda prestada, ¿y me preguntas qué pienso de ti?

Caelene dejó escapar una respiración lenta que formó un vapor imperceptible antes de explicarse con mayor solidez.

—Me refiero a nosotros, a lo que nos rodea fuera de las batallas —respondió la ángel guardiana—. Ya llevamos bastante tiempo trabajando juntos como compañeros de armas y de misión. En todo este tiempo, como guardiana, he aprendido a observar a las personas con suma atención. Y en ti, Miller, he notado claramente la forma en cómo me miras... y cómo te pones nervioso a veces cuando estamos a solas o cuando la conversación se vuelve más personal.

Miller sintió un ligero calor subirle por el rostro, algo inusual para un hombre de su edad, temple y trayectoria como Elegido y guardián celestial. Sin embargo, rápidamente buscó recomponer su porte profesional, haciendo valer su voz firme y madura para dar una explicación lógica que justificara su comportamiento.

—Si me pongo nervioso a veces... es simplemente porque eres casi mi superiora, Caelene —argumentó Miller con voz seria y pausada, apelando al respeto de la jerarquía—. Tu rango y tu estatus como ángel guardiana imponen una disciplina natural, y como guardián celestial que soy, es lógico que busque mantener el protocolo y la compostura adecuada frente a ti. Y en cuanto a la forma de cómo te miro... realmente no sé a qué te refieres. Te miro de manera profesional y amistosa, como corresponde a dos compañeros que han compartido el peso de la responsabilidad y el deber.

Caelene lo escuchó con una leve inclinación de cabeza, escuchando cada una de las excusas elaboradas por el Elegido. Una pequeña y sutil sonrisa se dibujó en los labios de la ángel guardiana en medio de la sombra.

—Mentiroso —dijo Caelene, con un tono firme pero extrañamente dulce, desarmando de un plumazo toda la retórica del hombre.

Miller se le quedó mirando en silencio por un segundo, sorprendido por la franqueza de la respuesta.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Miller, intentando mantener la neutralidad en su rostro y en su voz.

—Porque sé reconocer cuando un hombre, por más maduro y disciplinado que sea, intenta esconder sus emociones detrás del escudo de la jerarquía o el deber profesional —repuso Caelene, recortando aún más la distancia visual entre ellos en aquel reducido espacio de la tienda—. Cuando fuimos a comprar la ropa en esa tienda para camuflarnos antes de iniciar este trayecto, y yo salí del probador con las prendas infernales... me di cuenta claramente de cómo me miraste.

El recuerdo vino de golpe a la mente de Miller. El guardián celestial no pudo evitar recordar aquel instante con total nitidez: el momento en que la puerta del probador se abrió y vio a Caelene despojada de sus vestiduras celestiales habituales.

—Y fue una mirada más que amistosa, Miller —continuó Caelene, clavando su mirada de ángel guardiana en él—. No fue la mirada de un subordinado a una superiora, ni la de un soldado a su camarada. Fue algo completamente distinto, algo que no tenía nada que ver con el ámbito profesional.

Miller se quedó callado. La contundencia de las palabras de la ángel guardiana no le dejó margen para negar la evidencia. Como guardián y Elegido, Miller era un hombre sabio y experimentado, y sabía perfectamente cuando una batalla argumentativa estaba perdida. La sombra de la tienda ocultaba a medias el peso de su silencio, mientras admitía internamente que Caelene tenía toda la razón: aquel día en la tienda de ropa, su mirada había traicionado los sentimientos y la admiración que llevaba tiempo guardando en su interior.

Al ver que el hombre no intentaba añadir más evasivas ni excusas, la mirada de Caelene se volvió aún más tibia y comprensiva, perdiendo cualquier rasgo de distanciamiento o severidad militar.

—No te preocupes por eso —dijo Caelene con una voz suave que transmitía una calma absoluta en medio de la helada noche de Finisterra—. Aunque te dije que me miraras de manera profesional ese día para no perder la concentración en nuestra labor, la verdad es que no me disgustó que me miraras así.

Caelene guardó un breve silencio, dejando que el peso emocional de sus palabras llenara el espacio que los separaba, antes de añadir con sincera vulnerabilidad:

—En realidad... me sentí halagada. Hace siglos no me sentía así. Después de tanto tiempo viviendo únicamente para el deber, las patrullas y la rigidez de mi función como ángel guardiana, sentir que un hombre como tú me mira de esa forma... fue algo muy especial para mí.

Las palabras de Caelene calaron profundamente en el pecho de Miller. El peso de la tensión y el pánico por haber sido descubierto se disiparon por completo, dejando espacio para un entendimiento mutuo que trascendía los rangos y los años de servicio. El frío de Finisterra que azotaba la lona por fuera parecía ya no importar dentro de ese pequeño rincón de calidez compartida.

Miller la observó en la penumbra, contemplando la sinceridad en el rostro de la ángel guardiana, y tras procesar todo con la madurez que lo caracterizaba, dejó escapar una leve sonrisa contenida.

—De nada... supongo —respondió Miller finalmente.

El viento helado de Finisterra soplaba con firmeza contra la lona de la tienda de campaña, produciendo un chasquido constante que recordaba al grupo la hostilidad del territorio en el que se encontraban. En el interior del pequeño refugio, la penumbra era casi absoluta, apenas rota por la tenue luminiscencia que proyectaban las alas recogidas de Caelene y el suave resplandor de las brasas agonizantes del campamento que se filtraba desde el exterior. El silencio entre ambos se había vuelto denso, cargado de pensamientos no dichos y de una tensión contenida que amenazaba con romper la frágil barrera de la disciplina militar.

Caelene permaneció acostada unos instantes, observando la sombra del techo mientras los latidos de su propio pecho resonaban en sus oídos. Había pasado eones sirviendo con frialdad, protegiendo, obedeciendo órdenes y reprimiendo cualquier atisbo de vulnerabilidad celestial. Sin embargo, la presencia del hombre a su lado había comenzado a agitar algo en su interior que ya no podía seguir ignorando. Sin dudarlo más, se giró sobre su costado de manera decidida, encarando directamente a Miller en la penumbra.

Caelene no era alguien acostumbrada a las evasivas ni a los rodeos diplomáticos. Su entrenamiento como guardiana la había acostumbrado a enfrentar cualquier situación directamente, sin importar lo incómoda o peligrosa que resultara. Si existía un problema, lo resolvía. Si algo debía decirse, lo decía. Para ella, la indecisión siempre había sido una debilidad que podía costarle demasiado en el campo de batalla.

Sin embargo, aquella noche se encontraba frente a algo para lo que ningún entrenamiento la había preparado.

La tienda permanecía sumida en la penumbra. Afuera, el viento recorría las tierras prohibidas, haciendo que la lona se agitara suavemente sobre sus cabezas. El frío se filtraba por las pequeñas aberturas, aunque el calor acumulado dentro del saco de dormir mantenía a ambos relativamente cómodos.

Miller descansaba a su lado, con los ojos entrecerrados y el cuerpo relajado por el cansancio de la jornada. Caelene, en cambio, llevaba varios minutos sin poder conciliar el sueño.

Lo observó de reojo.

Había algo que deseaba preguntarle. Algo que llevaba demasiado tiempo dando vueltas en su cabeza y que, por más que intentaba ignorarlo, regresaba cada vez que compartían un momento de tranquilidad.

—Miller...

—¿Mmm? —respondió él, sin abrir completamente los ojos.

Caelene vaciló.

Aquello ya era extraño en ella.

—¿Puedo preguntarte algo?

Miller giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—Claro. ¿Qué ocurre?

La guardiana abrió la boca, pero las palabras no llegaron a salir.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que una pregunta sencilla podía tener consecuencias que no sabía cómo afrontar.

—¿Alguna vez...?

Se interrumpió.

Miller abrió los ojos por completo.

—¿Alguna vez qué?

Caelene apartó brevemente la mirada hacia la lona de la tienda.

—Nada. Olvídalo.

—Ah, no. Ahora me lo dices.

Ella volvió a mirarlo.

—No es importante.

—Entonces, ¿por qué llevas esa cara?

—¿Qué cara?

—Esa. La que pones cuando estás a punto de decir algo y decides tragártelo.

Caelene frunció el ceño.

—No estoy poniendo ninguna cara.

Miller dejó escapar una pequeña risa por la nariz.

—Por supuesto que no.

La guardiana no respondió. Se acomodó ligeramente sobre el saco de dormir, intentando encontrar una posición que le permitiera evitar su mirada sin que pareciera demasiado evidente.

Miller la observó unos segundos.

Había aprendido a reconocer ciertas expresiones de Caelene. Sabía cuándo estaba irritada, cuándo algo despertaba su desconfianza y cuándo intentaba ocultar el cansancio detrás de aquella disciplina casi inflexible.

Pero aquella expresión era diferente.

No parecía enfadada ni preocupada por la misión.

Parecía nerviosa.

Y eso sí que era nuevo.

—Caelene —dijo finalmente—, ¿te ocurre algo?

—No.

La respuesta llegó demasiado rápido.

Miller arqueó una ceja.

—Qué convincente.

—Estoy bien, Miller.

—No he dicho que no lo estés. Solo te he preguntado qué pasa.

Caelene guardó silencio.

Sus dedos se cerraron suavemente sobre la tela que cubría su cuerpo. Una ligera corriente eléctrica recorrió algunas de sus plumas, apenas perceptible en la oscuridad. Intentó controlarla de inmediato, irritada consigo misma por permitir que sus emociones afectaran su compostura.

Había enfrentado criaturas capaces de despedazarla. Había permanecido firme ante situaciones en las que cualquier error significaba la muerte. Y ahora, por alguna razón, conversar con aquel hombre le resultaba más difícil que empuñar un arma.

—Quería saber algo de ti —admitió al fin.

—¿De mí?

—Sí.

—Bueno, adelante.

Caelene respiró profundamente.

—Cuando estabas vivo... ¿alguna vez llegaste a enamorarte de alguien?

Miller parpadeó.

No esperaba aquella pregunta.

Durante unos instantes se quedó observándola, intentando descubrir si había escuchado correctamente.

—¿Enamorarme?

—Eso pregunté.

—Sí, ya te oí.

El hombre se pasó una mano por el rostro antes de acomodarse un poco mejor.

—Vaya pregunta para hacer a estas horas.

—Puedes no responder si te incomoda.

—No he dicho que me incomode. Solo me ha tomado por sorpresa.

Caelene asintió, aunque mantuvo la mirada fija en él.

Miller dejó escapar un suspiro pausado.

—Supongo que sí. Como cualquier otra persona, tuve mis sentimientos, mis ilusiones... Pero eso fue hace mucho tiempo.

Su expresión adquirió un matiz más distante.

—Antes de la guerra, las cosas eran diferentes. Uno podía pensar en el futuro sin preguntarse constantemente si llegaría a verlo.

Caelene escuchó con atención.

No quiso interrumpirlo.

Sabía lo suficiente sobre el pasado de Miller para comprender que ciertos recuerdos seguían pesando sobre él, aunque rara vez los mencionara abiertamente. La vida que había tenido como humano, los años de guerra y todo aquello que había perdido formaban parte de una historia que no podía reducirse a unas cuantas palabras.

—¿Y después? —preguntó ella.

Miller la miró.

—¿Después de qué?

—Después de llegar al Cielo.

Él permaneció pensativo.

—No sé si alguna vez me detuve a considerar algo así. La verdad es que tenía otras cosas en la cabeza.

—Entiendo.

Caelene bajó ligeramente la mirada.

Miller notó el cambio en su expresión.

—¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Sí.

—Caelene, con todo respeto, no me parece que seas de las que hacen preguntas sobre el amor por simple curiosidad.

La guardiana volvió el rostro hacia él.

—¿Y qué clase de preguntas se supone que hago?

—Sobre estrategias, amenazas, rutas de escape... Cualquier cosa que pueda matarnos antes del desayuno.

Caelene lo miró con seriedad.

Miller sonrió apenas.

—Era una broma.

—Lo sé.

—No lo parece.

Ella dejó escapar un suspiro, pero no pudo evitar que la tensión de su rostro disminuyera ligeramente.

El silencio regresó entre ambos.

Afuera, una ráfaga más intensa sacudió la tienda. La tela crujió bajo la fuerza del viento y, durante unos segundos, aquel sonido fue lo único que interrumpió la quietud de la noche.

Caelene volvió a observar a Miller.

—¿Crees que alguien puede pasar toda su existencia sin comprender lo que siente?

La sonrisa del hombre desapareció poco a poco.

Esta vez no respondió inmediatamente.

—Supongo que sí —contestó al final—. Hay personas que pasan tanto tiempo preocupándose por lo que deben hacer que terminan olvidándose de lo que quieren.

Caelene permaneció inmóvil.

Aquellas palabras le resultaron demasiado familiares.

Durante toda su existencia había considerado que su propósito era servir, luchar y mantener el orden. Había aprendido a obedecer, a soportar el dolor y a poner sus obligaciones por encima de cualquier deseo personal.

Jamás había visto aquello como un sacrificio.

Al menos, no hasta hacía poco.

—¿Y si esa persona descubre que ha estado equivocada? —preguntó.

Miller ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Equivocada en qué?

Caelene tardó en responder.

—En creer que no necesita a nadie.

El hombre la observó con mayor atención.

La seriedad de su voz había dejado de parecer una simple reflexión. Había algo personal en aquellas palabras, algo que ella parecía intentar expresar sin atreverse a nombrarlo.

—Bueno... —respondió Miller con cautela—. Nunca es demasiado tarde para cambiar de opinión.

Caelene esbozó una sonrisa tan pequeña que casi pasó desapercibida.

—Eso espero.

Miller frunció ligeramente el ceño.

—¿Caelene?

—¿Sí?

—¿Estamos hablando de alguien en particular?

Ella sostuvo su mirada.

Durante un instante, pareció que iba a responder.

Sus labios se separaron apenas.

—Yo...

Pero se detuvo.

El silencio se prolongó.

Caelene sintió que su corazón se aceleraba y apartó la mirada antes de que Miller pudiera notar demasiado en su expresión.

—No importa.

—¿Cómo que no importa?

—Es una reflexión, nada más.

Miller se incorporó ligeramente sobre un codo.

—Espera un momento. Primero me preguntas si alguna vez estuve enamorado, después empiezas a hablar de personas que no saben lo que sienten y ahora resulta que no importa.

—No tienes que analizar cada palabra que digo.

—No lo haría si no estuvieras actuando de una manera tan extraña.

Caelene volvió a mirarlo, esta vez con el ceño fruncido.

—No estoy actuando de manera extraña.

—Llevamos un buen rato hablando y todavía no sé qué quieres decirme.

—Tal vez porque no hay nada que decir.

Miller soltó una breve exhalación, más confundido que molesto.

—Está bien. Como quieras.

Volvió a acomodarse, aunque no consiguió apartar por completo la atención de ella.

Caelene observó el techo de la tienda.

Había estado cerca.

Demasiado cerca.

La confesión había llegado hasta la punta de su lengua, pero algo la había detenido en el último instante.

No era miedo al rechazo, al menos no únicamente. Tampoco se trataba de las leyes, las jerarquías o las diferencias que existían entre ambos. Aquellas cuestiones podían ser importantes, pero había algo que le preocupaba mucho más.

No sabía si Miller estaba preparado para escucharla.

Y, en el fondo, tampoco estaba segura de estar preparada para decirlo.

Durante toda su vida había confundido la fortaleza con la capacidad de soportarlo todo en silencio. Ahora comenzaba a entender que reconocer lo que sentía podía exigirle una valentía distinta.

Una que todavía estaba aprendiendo a reunir.

—Miller —volvió a llamarlo.

Él giró la cabeza.

—¿Qué pasa ahora?

Caelene dudó unos segundos.

—¿Puedo hacerte una última pregunta?

Miller dejó escapar una pequeña carcajada de incredulidad.

—Empiezo a pensar que debería cobrarte por cada una.

—Hablo en serio.

La expresión de Miller se suavizó.

—Lo sé. Adelante.

Caelene lo observó directamente.

—Si alguien llegara a sentir algo por ti... algo que nunca antes hubiera sentido por otra persona... ¿qué harías?

Miller se quedó inmóvil.

La pregunta fue lo suficientemente clara para despertar una sospecha que hasta ese momento no había querido considerar seriamente.

—¿Sentir algo por mí? —repitió.

—Es una situación hipotética.

—Ya...

La miró detenidamente.

Caelene mantuvo una expresión serena, pero había cierta rigidez en sus hombros que la delataba.

—Supongo que primero querría saber quién es esa persona —respondió él.

—¿Y después?

—Dependería de muchas cosas. De cómo me lo dijera, de lo que sintiera yo... No es una pregunta que pueda responderse tan fácilmente.

Caelene asintió despacio.

—Comprendo.

Miller guardó silencio unos segundos.

Después entrecerró los ojos.

—Espera...

Ella lo miró.

—¿Qué?

—Caelene, ¿hay algo que estés intentando decirme?

El corazón de la guardiana dio un vuelco.

Por un instante, toda la disciplina que había cultivado durante siglos pareció abandonarla.

Miller aguardó una respuesta.

La conocía lo suficiente para saber que no era una mujer que jugara con ese tipo de asuntos. Si había llevado la conversación hasta aquel punto, debía existir una razón.

Caelene abrió la boca.

—Miller, yo...

Las palabras volvieron a detenerse.

Lo contempló en silencio. Sus ojos recorrieron brevemente el rostro del hombre, buscando quizá alguna señal que le permitiera saber qué ocurriría si finalmente reunía el valor para hablar.

Pero no encontró ninguna certeza.

Bajó la mirada.

—Todavía no.

Miller parpadeó.

—¿Todavía no qué?

Caelene negó suavemente con la cabeza.

—No es el momento.

La respuesta no hizo más que aumentar su desconcierto.

—¿El momento para qué?

Ella guardó silencio.

—Caelene...

—Por favor, Miller.

Su voz había perdido la firmeza habitual.

No sonaba como una orden, sino como una petición sincera.

—No me preguntes más esta noche.

Miller se quedó observándola.

Podría haber insistido. Había demasiadas preguntas acumulándose en su cabeza y ninguna de las respuestas de Caelene parecía aclarar la situación.

Sin embargo, algo en la expresión de la guardiana le indicó que continuar presionándola sería un error.

Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Está bien. No voy a obligarte a hablar.

Caelene levantó la mirada.

—Gracias.

—Pero debo decirte una cosa.

Ella esperó.

—Me has dejado bastante confundido.

Por primera vez en toda la conversación, Caelene permitió que una sonrisa sincera apareciera en sus labios.

—Lo siento.

—No parece que lo sientas demasiado.

—Un poco.

Miller negó con la cabeza, resignado.

—Increíble.

La breve sonrisa de Caelene se desvaneció lentamente, aunque la tensión que había dominado sus facciones comenzó a disiparse.

—Miller...

—¿Sí?

—Gracias por escucharme.

Él la observó durante un momento.

—No tienes que agradecerme eso.

La guardiana bajó ligeramente la cabeza.

No estaba acostumbrada a recibir aquella clase de paciencia. Durante gran parte de su existencia, las conversaciones habían girado alrededor de órdenes, informes y responsabilidades. Pocas veces alguien le había permitido dudar sin exigirle una respuesta inmediata.

Miller volvió a acomodarse dentro del saco de dormir.

El frío empezaba a sentirse con mayor intensidad. Caelene intentó ajustar la tela que la cubría, procurando que sus alas no quedaran demasiado expuestas a las corrientes que atravesaban la tienda.

Él advirtió el movimiento.

—Ven aquí —murmuró.

Caelene levantó la mirada.

—¿Qué?

—Te estás quedando helada.

—Puedo soportarlo.

—No he dicho que no puedas.

Antes de que ella replicara, Miller extendió un brazo, ofreciéndole acercarse.

Caelene vaciló apenas un instante.

Después se acomodó junto a él.

Miller la rodeó con los brazos y la atrajo suavemente hacia su pecho, procurando no ejercer presión sobre sus alas. Con un movimiento tranquilo, le permitió apoyar la cabeza contra él.

La guardiana se quedó inmóvil al principio.

Podía escuchar los latidos constantes de su corazón, un sonido sencillo que, por alguna razón, consiguió aliviar la inquietud que llevaba acumulando durante toda la conversación.

Miller ajustó ligeramente las cobijas alrededor de ambos.

—Descansa, Caelene —le dijo en voz baja—. Sea lo que sea que te preocupa, podemos hablarlo cuando estés preparada.

Ella cerró los ojos.

Durante unos segundos no respondió.

—Está bien —murmuró finalmente.

Miller apoyó la cabeza y dejó que el silencio regresara.

Sin embargo, esta vez no le resultó tan sencillo cerrar los ojos.

Las preguntas de Caelene continuaban dando vueltas en su mente.

¿Alguna vez llegaste a enamorarte de alguien?

¿Y si esa persona descubre que ha estado equivocada?

Si alguien llegara a sentir algo por ti...

Recordó la manera en que había apartado la mirada cuando le preguntó si intentaba decirle algo.

Y, sobre todo, aquellas dos palabras.

Todavía no.

Miller bajó ligeramente los ojos hacia ella.

Caelene permanecía apoyada contra su pecho, con el rostro relajado y las alas recogidas. Parecía mucho más tranquila que unos minutos antes.

Él estuvo a punto de preguntarle otra vez.

Pero recordó su petición.

No insistió.

En lugar de eso, dejó escapar un suspiro silencioso y cerró los ojos.

Caelene, que todavía no se había dormido, sintió cómo el pecho del hombre se elevaba lentamente bajo su mejilla.

Sabía que lo había dejado con demasiadas dudas.

También sabía que, tarde o temprano, tendría que darle una explicación.

Pero aquella noche no.

Aún no.

Se acomodó un poco más cerca, permitiéndose disfrutar de aquella tranquilidad que jamás había imaginado necesitar.

Afuera, el viento continuaba golpeando la tienda, recordándoles que seguían en medio de las tierras prohibidas. Dentro, el calor de las cobijas y la cercanía de sus cuerpos ofrecían un breve refugio contra la hostilidad del entorno.

Al cabo de unos minutos, Caelene terminó por quedarse dormida.

Miller tardó un poco más.

Cuando finalmente el cansancio comenzó a vencerlo, todavía conservaba una última pregunta en la cabeza.

¿Qué demonios quiso decirme?

No encontró respuesta.

Y, por primera vez en mucho tiempo, comprendió que había algo en Caelene que no conseguía descifrar.

La abrazó con un poco más de cuidado, procurando no despertarla, y terminó cerrando los ojos.

Aquella noche no hubo confesiones ni promesas.

Solo dos personas descansando juntas, una guardando palabras que todavía no se atrevía a pronunciar y la otra intentando comprender por qué, de pronto, aquellas palabras parecían importarle tanto.

Horas después, las primeras luces del amanecer comenzaron a filtrarse a través del árido horizonte de Finisterra. El cielo se tiñó de un tono cenizo y violeta, anunciando el inicio de una nueva jornada plagada de incertidumbres y peligros en aquel territorio prohibido.

Natally, ya preparada y con su equipo ajustado para la marcha, cruzó el campamento improvisado dirigiéndose hacia la tienda de Miller y Caelene. Con la intención de dar la orden de levantar el campamento para ponerse en marcha cuanto antes, se aproximó a la entrada de la lona.

Sujetó el borde de la cortina de la tienda y la abrió de golpe mientras hablaba en tono firme:

—Oigan, despierten, tenemos que continuar con la marcha antes de que...

Sin embargo, las palabras se le congelaron en los labios. Al atisbar en el interior, la visión de los dos guerreros descansando juntos la detuvo por completo. Miller y Caelene continuaban abrazados plácidamente; la ángel guardiana mantenía su cabeza apoyada contra el pecho de él, mientras los brazos de Miller rodeaban su figura en un gesto irrefutable de afecto y protección. La imagen irradiaba una paz tan pura e íntima en medio de aquel inframundo desolado que Natally sintió que romper ese instante sería una falta de respeto irreparable.

Sin hacer el menor ruido, Natally soltó la lona con cuidado, dejando que la tienda volviera a cerrarse. Dio un paso atrás y caminó tranquilamente de regreso hacia el centro del campamento.

Antrox, que se encontraba cerca comprobando el filo de sus armas y ajustando las correas de sus aperos junto a un árbol seco, la vio regresar sola y frunció el ceño visiblemente desorientado.

—¿Qué pasa? —preguntó Antrox, alzando la voz con duda—. ¿Por qué no los despertaste? Ya deberíamos estar en camino.

Natally se detuvo a su lado, esbozando una pequeña sonrisa astuta y llena de complicidad, limitándose a responder con absoluta tranquilidad:

—Pidieron diez minutos más.

Pasaron los diez minutos de descanso en una calma tensa e irreal dentro de la tienda, mientras afuera el viento helado de Finisterra soplaba con una fuerza implacable. Cuando finalmente salieron de la estructura de lona, la atmósfera inhóspita los recibió de golpe, disipando cualquier rastro de la tibia intimidad que se había formado entre ellos durante la pausa. No hicieron falta palabras ni gestos exagerados; bastó una mirada profunda entre la ángel guardiana y el antiguo guerrero humano para entender que algo imperceptible pero trascendental había cambiado en la confianza que los unía.

Desmond, ajeno a los matices emocionales y confidencias de sus compañeros, se encontraba a pocos metros ajustándose las correas de su gruesa casaca de cuero y asegurándose el tazón de suministros. Tenía el rostro fatigado, surcado por el cansancio acumulado, con la mirada fija en el horizonte rojizo y brumoso que caracterizaba a aquel territorio prohibido. Sabía perfectamente que cada minuto invertido en ese campamento improvisado representaba un riesgo mortal; Lucifer no tardaría en percatarse de su transgresión al haber cruzado las fronteras del Anillo de la Ira, y las desoladas tierras de Finisterra no ofrecían cobijo ni piedad a los intrusos.

—Es hora de movernos —anunció Desmond con firmeza, alzando la voz para que todo el grupo lo escuchara sobre el silbido del viento—. Recojan la lona y aseguren bien las provisiones en las mochilas. No sabemos qué tipo de criaturas, trampas o aberraciones nos aguardan en el camino, y no quiero que nos tome desprevenidos la falta de equipo.

Antrox asintió en silencio, arrojándose la pesada mochila de tela sobre la espalda mientras observaba a Natally con una sonrisa de medio lado. La demonio simplemente le devolvió el gesto con una mirada sutil antes de unirse al resto. Exelia y Anthony concluyeron los últimos preparativos de la marcha, verificando que los pergaminos y las herramientas de orientación permanecieran secos dentro de sus estuches impermeables.

Pocos minutos después, cuando todos estuvieron listos, el viaje se reanudó.

La travesía se convirtió de inmediato en una prueba extenuante para la resistencia del grupo. El terreno de Finisterra era una amalgama de piedras filosas, desfiladeros de roca volcánica estéril y grietas profundas de las que emanaba un vapor azufrado que dificultaba la respiración. Un cielo cargado de nubes de ceniza oscura sofocaba la poca luz natural, sumiendo el paisaje en una penumbra perpetua.

Durante por lo menos tres largas y agobiantes horas, caminaron de forma ininterrumpida. El cansancio físico empezaba a acumularse en las piernas, pero la tensión psicológica pesaba aún más en sus mentes. Para aminorar la opresión del trayecto y mantener la alerta, los miembros de la expedición entablaron conversaciones que permitían profundizar en las implicaciones de su arriesgada búsqueda.

—¿Falta mucho, Desmond? —preguntó Anthony, rompiendo el monótono chasquido de los pasos sobre el suelo rocoso—. Este páramo parece distorsionarse a medida que avanzamos, y la densidad de la energía mística en el aire está afectando la estabilidad de nuestros cristales de rastreo.

—Los textos antiguos y el mapa de los felinos situaban la catedral justo en el límite con el valle de las cenizas —respondió Desmond, manteniendo un paso firme sin desviar la mirada del camino—. Malachi de Compostela no erigió su templo en un sitio fácil de encontrar. Quería un aislamiento absoluto, un lugar sagrado donde los registros prohibidos sobre el Traicionado, el Mensajero y el origen de las grandes guerras pudieran descansar a salvo de las garras de Lucifer y la corte celestial.

Pasaron los diez minutos de descanso en una calma tensa e irreal dentro de la tienda, mientras afuera el viento helado de Finisterra soplaba con una fuerza implacable. Cuando finalmente salieron de la estructura de lona, la atmósfera inhóspita los recibió de golpe, disipando cualquier rastro de la tibia intimidad que se había formado entre ellos durante la pausa. No hicieron falta palabras ni gestos exagerados; bastó una mirada profunda entre la ángel guardiana y el antiguo guerrero humano para entender que algo imperceptible pero trascendental había cambiado en la confianza que los unía.

Desmond, ajeno a los matices emocionales y confidencias de sus compañeros, se encontraba a pocos metros ajustándose las correas de su gruesa casaca de cuero y asegurándose el tazón de suministros. Tenía el rostro fatigado, surcado por el cansancio acumulado, con la mirada fija en el horizonte rojizo y brumoso que caracterizaba a aquel territorio prohibido. Sabía perfectamente que cada minuto invertido en ese campamento improvisado representaba un

riesgo mortal; Lucifer no tardaría en percatarse de su transgresión al haber cruzado las fronteras del Anillo de la Ira, y las desoladas tierras de Finisterra no ofrecían cobijo ni piedad a los intrusos.

—Es hora de movernos —anunció Desmond con firmeza, alzando la voz para que todo el grupo lo escuchara sobre el silbido del viento—. Recojan la lona y aseguren bien las provisiones en las mochilas. No sabemos qué tipo de criaturas, trampas o aberraciones nos aguardan en el camino, y no quiero que nos tome desprevenidos la falta de equipo.

Antrox asintió en silencio, arrojándose la pesada mochila de tela sobre la espalda mientras observaba a Natally con una sonrisa de medio lado. La demonio simplemente le devolvió el gesto con una mirada sutil antes de unirse al resto. Exelia y Anthony concluyeron los últimos preparativos de la marcha, verificando que los pergaminos y las herramientas de orientación permanecieran secos dentro de sus estuches impermeables.

Pocos minutos después, cuando todos estuvieron listos, el viaje se reanudó.

La travesía se convirtió de inmediato en una prueba extenuante para la resistencia del grupo. El terreno de Finisterra era una amalgama de piedras filosas, desfiladeros de roca volcánica estéril y grietas profundas de las que emanaba un vapor azufrado que dificultaba la respiración. Un cielo cargado de nubes de ceniza oscura sofocaba la poca luz natural, sumiendo el paisaje en una penumbra perpetua.

Durante por lo menos tres largas y agobiantes horas, caminaron de forma ininterrumpida. El cansancio físico empezaba a acumularse en las piernas, pero la tensión psicológica pesaba aún más en sus mentes. Para aminorar la opresión del trayecto y mantener la alerta, los miembros de la expedición entablaron conversaciones que permitían profundizar en las implicaciones de su arriesgada búsqueda.

—¿Falta mucho, Desmond? —preguntó Anthony, rompiendo el monótono chasquido de los pasos sobre el suelo rocoso—. Este páramo parece distorsionarse a medida que avanzamos, y la densidad de la energía mística en el aire está afectando la estabilidad de nuestros cristales de rastreo.

—Los textos antiguos y las referencias que recopilamos en el Averno situaban la catedral justo en el límite con el valle de las cenizas —respondió Desmond, manteniendo un paso firme sin desviar la mirada del camino—. Malachi de Compostela no erigió su templo en un sitio fácil de encontrar. Quería un aislamiento absoluto, un lugar sagrado donde los registros prohibidos sobre el Traicionado, el Mensajero y el origen de las grandes guerras pudieran descansar a salvo de las garras de Lucifer y la corte celestial.

Exelia caminó a la par con Desmond, ajustando el embozo de su capote de tela pesada para protegerse del polvo que levantaba el viento.

—Si las escrituras del pergamino están en lo cierto, esa catedral alberga la única verdad sobre la era de Requiem —comentó ella con una preocupación palpable en la voz—. Pero me

preocupa lo que descubramos allí. Un santuario abandonado en mitad de Finisterra durante tantos siglos no suele permanecer deshabitado de manera natural. Si lo que sospechamos sobre tu hermano y la hipótesis de los cuernos dorados es real, lo que hallemos en esos libros cambiará todo lo que creíamos saber de nuestra estirpe.

—Por esa precisa razón no podemos permitirnos dudar ni retroceder —intervino Natally, mirando de reojo hacia atrás para verificar la posición de los demás—. Hemos arriesgado todo al cruzar la barrera restringida. Si las fuerzas de Lucifer o sus cazadores nos alcanzan antes de obtener las respuestas, todo este sacrificio habrá sido en vano.

En la retaguardia del grupo, Miller avanzaba a paso constante junto a Caelene. A pesar del entorno sombrío, la presencia de la ángel infundía una serenidad casi palpable. Miller la observó de perfil, notando cómo sus ropajes claros se mecían con el viento tóxico del páramo.

—¿Cómo te sientes? —le susurró Miller en voz baja, aprovechando que los demás estaban enfrascados en la discusión del itinerario—. Finisterra es un lugar hostil para los seres de luz.

—Mi espíritu está firme —respondió Caelene suavemente, mirándolo con templanza—. Este lugar intenta oprimir el alma con la pesadez del olvido, pero sé exactamente cuál es nuestro propósito. No voy a vacilar.

La caminata continuó entre cañones oscuros y mesetas elevadas. Cada paso requería cautela, ya que el suelo rocoso presentaba desniveles peligrosos. El viento traía consigo un murmullo constante que parecía el lamento de almas extinguidas, recordando a todos los viajeros que estaban pisando tierra de nadie.

Cuando la tercera hora de marcha tocaba a su fin, el grupo ascendió por una pendiente pronunciada y empedrada. Al alcanzar la cresta de la colina, una ráfaga de viento repentina barrió la densa cortina de ceniza que bloqueaba la visibilidad.

A lo lejos, irrumpiendo con una presencia sobrecogedora en mitad del horizonte desolado, la vieron.

Se erigía imponente la Catedral de Malachi de Compostela. Era una maravilla de la arquitectura antigua, construida con bloques de piedra negra tan pulida que proyectaba destellos sombríos bajo el cielo brumoso. Grandes agujas góticas se elevaban hacia las nubes, flanqueadas por altísimos contrafuertes y ventanas ojivales desprovistas de cristales. La estructura se alzaba como un monumento desafiante contra la desolación de Finisterra.

—Miren... allí está —dijo Antrox, señalando con el brazo extendido la silueta del templo.

Un suspiro colectivo de alivio y asombro recorrió al equipo. La sola visión del templo devolvía una chispa de esperanza a sus rostros fatigados.

Desmond se detuvo un instante, contemplando la catedral con los ojos muy abiertos y el pecho henchido de emoción contenida.

—Después de tanto... por fin llegamos —dijo Desmond con la voz cargada de un peso emocional acumulado tras largos días de incertidumbre y peligro.

Reanudando la marcha con un ímpetu renovado, el equipo descendió rápidamente por la ladera de la colina y recorrió el tramo final de tierra quebrada hasta aproximarse a las puertas de la catedral. A medida que se acercaban, la majestuosidad del edificio los hacía sentirse diminutos. Las paredes exteriores presentaban intrincados relieves esculpidos que retrataban pasajes de la creación y la caída de entidades primordiales.

Llegaron finalmente frente a las enormes puertas dobles de madera maciza de la catedral, reforzadas con herrajes oscurecidos por el paso de las eras. La madera no mostraba grietas ni signos de humedad, luciendo extrañamente intacta.

Desmond se posicionó frente a ellas y apoyó ambas manos sobre la pesada madera. Aplicando toda su fuerza corporal, empujó la estructura hacia adentro. Con un fuerte ruido, sordo y retumbante, que reverberó como un trueno en el interior del recinto, la enorme puerta de madera se abrió de par en par.

Sin embargo, lo que vieron adentro los dejó profundamente impactados.

Lo que todos pensaban encontrar era un lugar destruido por el paso implacable del tiempo y la violencia del entorno: un santuario derruido, lleno de escombros, techos colapsados, bancos podridos y vegetación muerta. Visualizaban el desastre propio de una edificación abandonada en la zona más peligrosa del reino.

En su lugar, lo que contemplaron fue un espacio pulcro y extraordinariamente bien conservado.

Las enormes naves del templo permanecían impecables. A lo largo del pasillo central, las filas de bancos de madera noble estaban pulidas y alineadas a la perfección, como si acabaran de ser colocadas ese mismo día. Grandes candelabros colgaban de la arcada del techo, sosteniendo llamas de fuego espiritual azulado que iluminaban el ambiente con una luz cálida y constante. No había capas de polvo en el suelo, ni grietas en los muros de piedra, ni rastros de humedad. La atmósfera interior olía a pergamino secado, cera de abejas y una magia arcana de estasis que parecía haber congelado el tiempo dentro del templo.

Aquel hallazgo dejó un profundo velo de duda y desconcierto en el equipo.

—Esto... no es normal —dijo Exelia, dando un paso vacilante hacia el interior mientras miraba con desconfianza los altares—. Un lugar expuesto a la corrupción de Finisterra no puede mantenerse en este estado sin intervención.

—Es un encantamiento de conservación mística —analizó Anthony, observando los frisos decorativos del techo con verdadero asombro—. Malachi de Compostela tuvo que haber imbuido la piedra misma con un sello arcano para evitar que el templo sucumbiera al deterioro exterior.

—O tal vez hay alguien cuidando este sitio... lo cual sería aún más peligroso —advirtió Natally en tono cauteloso, escudriñando las sombras entre las columnas.

Los integrantes del equipo entraron despacio al templo, manteniendo la cautela en todo momento. El sonido de las baldosas de mármol pulido resuena por las botas de Desmond al caminar, generando un eco limpio y rotundo que recorría las alturas de la nave central. Cada paso resonaba como un recordatorio del silencio sagrado del lugar.

Avanzaron a través de la nave principal, cruzando bajo majestuosos arcos de piedra hasta adentrarse en las dependencias posteriores de la catedral. Al atravesar un pasillo flanqueado por columnas de estilo clásico, desembocaron en una bóveda gigantesca de varios niveles.

Habían llegado a una enorme biblioteca ancestral.

Las paredes de la sala estaban cubiertas de piso a techo por inmensas estanterías de madera de nogal, repletas de miles de libros extremadamente antiguos, rollos de papiro protegidos en cilindros de marfil y códices encuadernados en pieles arcanas. El conocimiento de siglos y eones parecía estar concentrado en aquellas paredes.

Antrox se detuvo en el centro de la sala, girando sobre su eje para contemplar la inmensidad de la colección de tomos.

—Esto es impresionante... —exclamó Antrox en un susurro cargado de verdadera admiración.

Desmond no perdió tiempo. Impulsado por la prisa de su misión, comenzó a buscar afanosamente por toda la librería, recorriendo los pasillos de estanterías, revisando lomos, apartando volumen tras volumen con atención minuciosa mientras buscaba las marcas simbólicas que conectaran con el pergamino que poseían.

Tras revisar varias secciones de la inmensa colección, los ojos de Desmond se fijaron en un estante protegido en un nicho de piedra al fondo de la biblioteca. Allí reposaba un tomo de gran volumen, encuadernado en cuero oscuro con filigranas de plata en la cubierta. En el centro del lomo se leía una inscripción grabada con trazos antiguos: *El Inicio*.

—¡Lo encontré! —anunció Desmond en voz alta.

Al escuchar el llamado, Caelene y Exelia se acercaron presurosas a donde él estaba, seguidas de cerca por los demás integrantes de la expedición.

—¿Encontraste lo que buscabas, Desmond? —preguntó Exelia con premura, observando el voluminoso libro que Desmond acababa de retirar con cuidado del estante.

—Parece que sí... —respondió Desmond, abriendo con delicadeza la cubierta del tomo sobre una mesa de madera cercana.

Sin embargo, al examinar la primera página, la fascinación de Desmond se transformó en una mueca de desconcierto. La página estaba llena de caligrafía elegante y compleja, pero las letras eran caracteres completamente desconocidos para él.

—Parece que sí... pero hay un problema —dijo Desmond contrariado—. No puedo descifrar una sola palabra. Todo el libro estaba en hebreo.

El silencio volvió a instalarse por un momento entre los presentes, hasta que Caelene dio un paso al frente con actitud decidida y serena. La ángel observó el tomo con atención y reconoció de inmediato los caracteres sagrados impresos en el pergamino.

—Déjame ver —dijo Caelene con voz suave.

Caelene toma el libro y empieza a leer.

En los albores de los tiempos, mucho antes de que la sombra del Caído eclipsara los reinos y reescribiera la historia con la sangre de las naciones, existía un territorio bendecido y ancestral habitado por los demonios natales: el próspero reino de Réquiem.Esta civilización primigenia se regía bajo una estricta y perfecta monarquía dividida en cuatro estratos sagrados:

En la base de la pirámide, sosteniendo la vida y el pulso cotidiano del reino, se encontraba el pueblo.

En la segunda escala, alzándose como el escudo inquebrantable de la nación, yacían los protectores, guardianes leales de la paz.

En el tercer peldaño, cercanos a la gracia divina, se agrupaban los seguidores más fieles, aquellos apóstoles primigenios cuya devoción mantenía el equilibrio espiritual.Y en la cumbre absoluta, coronando la estructura del mundo, gobernaba el Rey de Réquiem, un soberano enviado por mandato directo del mismísimo Hacedor para custodiar el orden y la armonía del averno.

Bajo esta divina jerarquía, el reino floreció durante milenios. Era una tierra próspera, justa y manejable. Sin embargo, la era de paz estaba destinada a fracturarse con la llegada de la catástrofe.

La tragedia irrumpió en los cielos el día en que el Caído descendió sobre el reino envuelto en una colosal bola de fuego carmesí, impactando con fuerza atronadora justo frente a las puertas del palacio real. Al percatarse de la naturaleza de la criatura que yacía entre los escombros —un arcángel expulsado de las alturas—, la guardia de palacio, guiada por la compasión y la hospitalidad de su estirpe, lo acogió en el seno del reino como a un semejante en desgracia.Pero el Caído no albergaba arrepentimiento ni humildad, sino una sed insaciable de venganza contra la divinidad que lo había desterrado. Enceguecido por el odio, el arcángel buscó una audiencia privada con el Rey de Réquiem y le propuso un pacto impío: alzarse en armas contra el sistema celestial, exterminar las huestes de los Caelos y coronarse juntos como los señores absolutos de toda la Creación.

El sabio monarca de Réquiem, no obstante, percibió de inmediato la podredumbre detrás de las falsas promesas del intruso. Al comprender que la rebelión propuesta no nacía de una causa justa, sino del mero rencor de un ser despechado, rechazó la oferta de forma tajante y ordenó la expulsión inmediata del Caído de los dominios del palacio.Consumido por una furia ciega, el traidor pronunció una sentencia ante la corte real, una advertencia que en su momento fue recibida con desdén:—Si no os habéis de poner de mi lado, me encargaré de exterminar a este rey insensato al que osáis considerar una deidad.

Nadie en Réquiem dio crédito a sus palabras, pues juzgaban imposible que un solo ser desafiara el poder de su reino. Pero la incredulidad dio paso al horror supremo. Desatando una fuerza destructiva e inconmensurable, el Caído inició una cacería sangrienta e indiscriminada sobre el pueblo de Réquiem. Sin importar la edad, el linaje o la condición, masacró a ancianos, guerreros y niños por igual, reduciendo a cenizas milenios de civilización hasta abrirse paso nuevamente hacia el salón del trono.

Al encarar al Rey de Réquiem entre las ruinas de su imperio, el Caído no le concedió la piedad de la muerte, sino un destino infinitamente peor: lo condenó. Tras arrebatarle la corona para proclamarse a sí mismo como el único y absoluto Rey del Infierno, arrojó sobre el monarca una abominable maldición de inmortalidad. Su cuerpo físico perecería y se corrompería bajo el peso de los siglos, pero su conciencia permanecería eternamente sellada dentro de su cadáver marchito, condenado a presenciar en silencio y agonía el devenir de los tiempos.

Fue en medio de este cataclismo cósmico donde otra verdad sagrada quedó encubierta. Durante las grandes guerras celestiales, una de las familias más elevadas e influyentes de los cielos, los Caelos, fue castigada y arrojada al abismo. Al caer en el averno, esta estirpe divina adoptó el nombre con el que más tarde se les conocería en la historia infernal: la familia Ludendorff.

A pesar de su expulsión del Cielo, los Ludendorff conservaron su porte aristocrático, su imponente poder y una innegable herencia divina. Gracias a esto, se establecieron rápidamente como una de las casas nobles más influyentes, llegando a gobernar sectores clave del Infierno.Sin embargo, este estatus privilegiado no era más que una jaula de oro minuciosamente orquestada por el soberano. Lucifer, consciente del origen celestial de los Caelos/Ludendorff y del respeto que infundían tanto en el Cielo como en el averno, los integró en su nueva monarquía dominada por los Siete Pecados Capitales. El Rey del Infierno comenzó a utilizarlos como sus peones diplomáticos estratégicos más valiosos, sirviéndose de su estirpe única para mover los hilos de la diplomacia entre anillos, mediar en conflictos de alto nivel y proyectar una fachada de legitimidad y elegancia que encubriera la verdadera brutalidad de su reinado.Así fue como la historia, el esplendor y la existencia misma de Réquiem fueron sepultados bajo el manto del olvido, rebautizando aquel páramo maldito y sangriento como Finisterra.

Caelene cerró el pesado tomo con un golpe seco que resonó como un eco lejano y lúgubre en la inmensidad de la arcada. Una fina nube de polvo místico se levantó entre las páginas impresas en caracteres sagrados, reflejando por un instante los destellos azules de la luz espiritual que iluminaba la grandiosa biblioteca. Sostuvo la cubierta de cuero oscuro durante unos segundos, acariciando con los dedos temblorosos las filigranas de plata del lomo antes de deslizar el voluminoso libro con extrema delicadeza de vuelta a su nicho de piedra en la pared.

La expresión en el rostro de la ángel, habitualmente marcada por una serenidad inquebrantable, se hallaba desencajada por una mezcla de estupor, indignación y una pesadumbre inocultable.

—Conque esto fue realmente lo que le pasó al rey... —murmuró Caelene, dejando que su voz temblara levemente por la conmoción de lo que acababa de descifrar entre los folios prohibidos.

Exelia y Anthony se acercaron un paso más a la mesa de nogal, al tiempo que Miller daba un paso al frente desde la retaguardia, con la mirada fija en la guardiana celestial. El silencio en la biblioteca se volvió denso, casi sofocante.

—En el Cielo siempre nos contaron una historia completamente distinta —continuó Caelene, volviéndose hacia el grupo mientras cruzaba las manos frente a su vestidura clara—. Las altas jerarquías y los relatos de la corte celestial nos aseguraron durante eones que el rey había muerto en los albores de las grandes guerras, que su esencia se había extinguido por completo en la batalla decisiva. Pero estos escritos antiguos redactados en la lengua original revelan algo mucho más oscuro y perturbador: el rey no murió. Fue castigado brutalmente. Fue condenado a la eterna inmortalidad, sumergido en un tormento perpetuo sin descanso, sin muerte y sin opción a la redención.

—¿Una condena a la inmortalidad eterna? —intervino Miller con el rostro ensombrecido por la gravedad del asunto—. Si ese es el caso, ¿dónde se encuentra ahora? Un ser sometido a un

castigo de semejante magnitud no desaparece simplemente de la faz de los reinos. Su presencia espiritual debería resonar en algún rincón de la creación.

Desmond se cruzó de brazos, apoyando el hombro contra una de las imponentes columnas de la biblioteca. Su mirada recorrió las estanterías interminables antes de posarse fijamente en Caelene. Las piezas dispersas de los relatos y mitos que habían recopilado en su arriesgado itinerario hacia Finisterra comenzaban a encajar de forma aterradora.

—Puede que este rey sea el guardián del que nos hablaron los felinos en las tierras bajas,

Caelene cerró el pesado tomo con un golpe seco y firme que levantó una fina estela de polvo milenario, haciendo resonar un eco hueco en la vastedad de la arcada. Sostuvo la cubierta de cuero oscuro durante unos segundos, acariciando con los dedos temblorosos el grabado gastado del lomo antes de deslizar el libro con absoluta delicadeza de vuelta a su nicho en la pared de piedra. Su rostro, habitualmente sereno y reflejo de la gracia celestial, mostraba una turbación profunda; sus ojos azules delataban un torbellino de emociones entre la incredulidad, el pesar y una amarga decepción.

—Conque esto fue realmente lo que le pasó al rey... —murmuró Caelene, dejando que su voz temblara levemente mientras rompía el denso silencio de la biblioteca.

Miller dio un paso al frente desde la retaguardia, ajustando su manto con el rostro ensombrecido, mientras Anthony y Exelia se acercaban para escuchar con mayor claridad. Natally mantuvo la guardia cerca de la entrada del pasillo, atenta a cualquier alteración en el ambiente.

—¿A qué te refieres exactamente, Caelene? —preguntó Miller, escudriñando la mirada atribulada de su compañera celestial—. ¿Qué es lo que dicen realmente esos escritos que los tomos sagrados del Cielo omitieron?

Caelene se volvió lentamente hacia el grupo, cruzando las manos sobre su túnica con un gesto cargado de solemnidad emocional.

—En el Cielo siempre nos contaron una versión muy distinta —explicó Caelene, sintiendo el peso de la mentira institucional oprimirle el pecho—. Durante eones, las altas jerarquías celestiales nos aseguraron que el rey había muerto en los albores de las grandes guerras, que su existencia se había extinguido de manera definitiva en el campo de batalla para mantener el equilibrio. Pero estos registros prohibidos revelan una realidad mucho más cruenta: no murió. Fue castigado. Fue condenado a la eterna inmortalidad, arrojado a un tormento perpetuo donde la muerte jamás vendría a liberarlo de su sufrimiento.

—¿Una condena a la inmortalidad eterna? —intervino Anthony con amargura, frunciendo el ceño al procesar las implicaciones de semejante sentencia—. Eso no es un don... es la peor de las torturas. Privar a un ser de la paz del descanso final y encadenarlo al paso infinito del tiempo en el abandono es una crueldad indescriptible.

—Si fue condenado a semejante castigo... —continuó Miller, cruzándose de brazos mientras observaba la hilera interminable de estanterías—, ¿dónde está ahora? Un rey con una carga espiritual tan inmensa y sometido a una condena eterna no puede simplemente haberse disipado en la nada.

Desmond, que permanecía recostado contra una columna de granito observando el intercambio, se erguó lentamente. Las piezas dispersas de los relatos y mitos que habían recopilado en su arriesgado viaje hacia las fronteras de Finisterra comenzaban a ensamblarse de una manera inquietante.

—Puede que este rey sea el guardián del que nos hablaron los felinos en las tierras bajas —dijo Desmond con tono pausado, mirando fijamente a Caelene y Miller—. ¿Recuerdan lo que dijeron los ancianos de aquella tribu antes de que cruzáramos los límites del Anillo de la Ira? Hablaban de un antiguo soberano castigado que juró o fue obligado a custodiar el templo sagrado de Malachi de Compostela, un ser que no pertenece al mundo de los vivos ni al de los muertos, condenado a velar por estos pasillos hasta el fin de los tiempos.

Caelene guardó silencio durante un brevísimo segundo, asimilando la hipótesis del guerrero humano. La idea hacía encajar trágicamente cada detalle.

—Puede ser verdad... —admitió la ángel con una leve e inexpresiva inclinación de cabeza—. Si la sentencia de inmortalidad se ejecutó dentro de este recinto sagrado, su existencia entera debió quedar encadenada a las cimientos de esta catedral. Pero si sigue aquí, significa que la presencia de aquel soberano aún ronda en algún rincón de estas ruinas.

Decididos a no permanecer más tiempo en la penumbra de la librería, el grupo abandonó el recinto para continuar la búsqueda. La atmósfera de la catedral de Malachi de Compostela era abrumadora; cada estatua de piedra y cada arbotante gótico parecían testigos mudos de una tragedia antigua. Avanzaron en formación cautelosa por un amplio pasillo posterior flanqueado por columnas talladas, con la mirada vigilante y las armas listas.

Sin embargo, penas hubieron recorrido unas decenas de metros, la fría corriente de aire que circulaba por el pasillo cambió de forma abrupta y grotesca. Un hedor denso, penetrante y profundamente pútrido los golpeó de lleno, sofocando los sentidos del grupo con la violencia de una sacudida física.

Caelene se detuvo de golpe, llevándose de inmediato la manga de su vestidura a la nariz con una mueca de intenso asco.

—¡Por los cielos!... Huele asqueroso —exclamó Caelene con la voz ahogada por la tela, arrugando el rostro por la repulsión—. Es insoportable... huele exactamente como a un muerto de cinco días en plena descomposición.

Miller se colocó a su lado en el acto, frunciendo el ceño con profunda preocupación mientras el ambiente se tornaba denso y pesado a su alrededor.

—Sí... es muy fuerte el olor —asintió Miller en tono grave, cubriéndose el rostro mientras escudriñaba las sombras del corredor—. Todo este templo ha permanecido bajo un hechizo de conservación impecable durante siglos, pero esta fetidez es brutal, concentrada y reciente. Algo terriblemente corrompido está cerca.

—Tengan mucho cuidado —advirtió Anthony, haciendo un gesto a Exelia y Natally para que estrecharan filas—. Un hedor a muerte de esta magnitud en un lugar místico significa que la barrera de estasis se ha roto en este sector, o que estamos caminando directo hacia la guarida de algo abominable.

Guiados por la intensidad del nauseabundo rastro, el grupo avanzó poco a poco. Cada paso requería un esfuerzo consciente; el aire se sentía tan espeso y emponzoñado que provocaba arcadas leves en los viajeros. Finalmente, tras doblar una esquina del pasaje de piedra, llegaron ante el origen evidente del hedor: una enorme y pesada puerta de madera oscura, reforzada con remaches de metal herrumbroso y marcos de hierro carcomido.

Desmond tomó la delantera y se aproximó a la entrada. Al poner la mano sobre la manija de hierro, el frío del metal le recorrió el brazo. Empujó la puerta lentamente. Al abrirse, el chasquido del cerrojo liberó una bocanada de aire podrido tan intensa que el grupo entero tuvo que dar un paso atrás para tomar aire fresco.

Apretando los dientes y resistiendo la repugnancia, se adentraron en la habitación. La penumbra del lugar apenas era fracturada por los destellos de la luz espiritual del pasillo, pero lo que sus ojos descubrieron al fondo de la estancia los dejó completamente gélidos, helándoles la sangre en las venas.

En el suelo de piedra, inclinado y arrecostado contra la pared del fondo, yaciendo inmóvil en el abandono, había un cuerpo.

Estaba completamente revestido por una impositoria **armadura real** de metal oscuro y bruñido. La armadura conservaba los vestigios de una majestuosidad soberana: grabados intrincados de filigrana real sobre las placas del peto, hombreras segmentadas de diseño sobrio pero imponente y un alto gorjal de acero que resguardaba el cuello. Sobre el yelmo destacaba una **máscara metálica con la forma impecable de una cara humana**; un rostro de metal pulido con facciones serenas, labios sellados en un estoicismo tétrico y aberturas almendradas en los ojos que contemplaban la nada. Aquella cara de metal pulido, fría e inexpresiva, resultaba espeluznante al posarse sobre una armadura antigua cubierta de polvo, pátina de humedad y ceniza milenaria.

Desmond se quedó paralizado un instante, contemplando la escena con los ojos muy abiertos y el rostro desencajado.

—¿Pero qué mierda es eso?... ¿Un cadáver? —soltó Desmond en un susurro lleno de incredulidad y tensión—. ¿Pero cómo es posible? Se supone que no hay nada ni nadie vivo aquí en estas tierras olvidadas de Finisterra... Esto debería estar totalmente deshabitado.

Mientras hablaba, Desmond inclinó la cabeza para examinar mejor la estructura de la armadura real. En el área del cuello, justo por debajo del borde de la máscara metálica, notó algo colgado.

—Miren eso... —señaló Desmond con cautela.

Colgado del cuello del cuerpo mediante una fina cadena de eslabones herrumbrosos, descansaba sobre el peto de la armadura un pequeño frasco de cristal grueso. En su interior flotaba una diminuta esfera de luz amarilla brillante, que pulsaba con una calidez dorada e inconfundible.

Caelene fijó la mirada en el frasco y sus pupilas se dilataron al instante. Una oleada de conmoción pura recorrió la mente de la ángel.

—Eso es... un alma celestial —murmuró Caelene con la voz entrecortada, sintiendo un nudo en la garganta al ver un fragmento de la esencia divina de su propia especie atrapado en aquel recinto macabro.

Llevada por un impulso irreprimible de compasión y devoción celestial, Caelene cometió un grave error. Sin medir el peligro, sin esperar a que Desmond o Miller inspeccionaran el perímetro ni analizaran la naturaleza del cuerpo acorazado, la ángel se acercó rápidamente hacia el cadáver para examinar la luz dorada.

Avanzó a pasos agiles hasta quedar a breves centímetros del cuerpo inerte. Extendió su mano con decisión, lista para tomar el frasco con sus dedos.

Fue un error fatal.

En el preciso instante en que la mano de Caelene estaba a escasos centímetros de tocar la fiala de cristal, el cadáver se movió con una velocidad sobrehumana y violenta. Un guantelete de acero oscuro se disparó hacia arriba con un chasquido metálico y atrapó el brazo de Caelene con una fuerza descomunal, similar a una prensa de hierro.

Caelene soltó un grito sordo de dolor y pavor al sentir la presión implacable sobre sus huesos. En un solo movimiento fluido y aterrador, el cadáver se levantó del suelo. La criatura erguida era colosal: medía por lo menos dos metros con treinta centímetros de estatura. La armadura real aumentaba su presencia de manera monstruosa. Levantó a Caelene en el aire con un solo brazo como si no pesara nada, manteniéndola suspendida mientras la ángel intentaba en vano liberarse de las garras de acero.

Sin dar tiempo a que los demás reaccionaran, el gigante de armadura giró su torso con una ferocidad salvaje y lanzó a Caelene contra la pared de piedra.

El impacto fue devastador. El cuerpo de Caelene chocó de lleno contra los bloques de granito con un estruendo seco que resonó por toda la estancia, resquebrajando la piedra antes de dejarla caer inerte sobre las baldosas.

—¡Caelene! —gritó Miller con el corazón desbocado por el pánico, corriendo rápidamente hacia ella sin importar el peligro.

Miller se arrodilló a su lado en el suelo de inmediato, tomándola entre sus brazos con desesperación.

—Por favor... ¡aguanta! —suplicó Miller con la voz quebrada por la angustia, intentando canalizar apresuradamente un flujo de energía curativa celestial sobre su pecho.

Pero el golpe había sido infinitamente duro. El choque contra el granito le destrozó la caja torácica; Caelene empezó a toser una gran cantidad de sangre dorada que le manchó los labios y las vestiduras, sufriendo un espasmo violento antes de cerrar los ojos y desmayarse por completo debido al severo traumatismo.

En el centro de la habitación, el gigante acorazado de dos metros treinta no perdió el tiempo. Con un movimiento pesado pero ejecutado con una disciplina militar aterradora, el cadáver extendió su guantelete hacia el suelo, donde yacía una enorme espada larga con la hoja mellada, oxidada y visiblemente abollada por las cruentas batallas del pasado.

El ser aferró la empuñadura de la espada gastada y la levantó en el aire. Con una destreza técnica impecable, reacomodó su postura y sujetó la empuñadura a dos manos. La armadura del cadáver chilló bruscamente por la fricción de sus placas metálicas al tensarse, resonando como un gemido de hierro agónico en la penumbra. Así preparado, con la cara humana de metal impasible fijada en ellos y la hoja abollada al frente, el cadáver quedó inmóvil en guardia de combate por si intentaban atacarlo.

CAP 109

Entre la Vida y la Condena

El aire en aquel erial prohibido de Finisterra se había vuelto extremadamente pesado, impregnado de una atmósfera sofocante que quemaba los pulmones con cada inhalación. Ante el grupo se alzaba el Guardián, una entidad cuya mera presencia emanaba un aura antigua, imponente y desprovista de cualquier rasgo de empatía. El breve lapso de duda en el que cayeron los jóvenes al no iniciar un ataque inmediato fue aprovechado sin vacilar por la criatura. Para un ser de su naturaleza, la indecisión del enemigo no era una oportunidad para el diálogo, sino la señal inequívoca para dictar sentencia.

El Guardián no pronunció una sola palabra. Con una soltura que desafiaba las leyes de la física y una velocidad que convertía su silueta en un borrón estroboscópico, tomó la iniciativa de la contienda. Sus ojos, brillando con una luz dorada y gélida, escudriñaron la formación del grupo en una fracción de segundo. Desechó rápidamente las posiciones defensivas de Desmond y Exelia, enfocando su mortífera atención directamente en Natally. La joven, paralizada por el impacto de la situación y la presión espiritual que emanaba del rival, se hallaba al descubierto, figurando como el objetivo más indefenso y accesible del campo de batalla.

Con un movimiento fluido y aterradoramente preciso, el Guardián lanzó una estocada horizontal de una potencia descomunal hacia el cuello de la muchacha, dispuesto a segar su vida antes de que pudiera emitir un solo gemido.

Sin embargo, los ojos de Antrox jamás se habían apartado de su hija. En el corazón del experimentado guerrero, el instinto paternal resonó con la fuerza de un trueno, sobreponiéndose instantáneamente a cualquier atisbo de miedo o duda táctica. Al ver la luz del acero dirigirse implacable hacia Natally, el mundo se detuvo para Antrox; el pensamiento de perder a su propia hija frente a sus ojos activó en él un reflejo desesperado y salvaje.

—¡Natally, cuidado! —rugió Antrox con un grito desgarrador que brotó desde lo más profundo de sus entrañas.

Sin medir las consecuencias para su propia integridad, Antrox se abalanzó con todo el peso de su cuerpo sobre Natally. En un acto de puro amor de padre y sacrificio, la empujó violentamente fuera de la trayectoria del ataque, haciéndola rodar sobre las rocas afiladas del terreno. Sin embargo, la velocidad de la estocada del Guardián era tan abrumadora que ni siquiera el movimiento desesperado de Antrox logró esquivar por completo el acero. La hoja sagrada rasgó la carne y la armadura de Antrox, abriendo un corte profundo y limpio en su hombro derecho.

La sangre brotó a borbotones, tiñendo el suelo grisáceo de un rojo vivo. Antrox cayó pesado de rodillas, soltando un ahogado rugido de dolor mientras se presionaba la herida con la mano izquierda, intentando contener la hemorragia que amenazaba con debilitarlo en cuestión de segundos.

—¡Papá! —chilló Natally desde el suelo, con la voz quebrada por el pánico y las lágrimas brotando al instante al ver a su padre herido por haberla salvado.

El Guardián, mostrando una disciplina de combate perfecta, no perdió ni un milisegundo celebrando el impacto. Recuperó el centro de gravedad con una compostura pasmosa, giró sobre sus talones y dirigió su siguiente embestida directamente contra Desmond, buscando erradicar a quien consideraba la amenaza más prominente.

Desmond, al ver a Antrox sangrando y a Natally en peligro, apretó los dientes con furia. Reaccionando en el último suspiro, invocó su majestuosa guitarra hacha. El instrumento resonó con una nota sorda y vibrante al aparecer en sus manos. Desmond alzó la pesada hoja del hacha justo a tiempo para interceptar el mandoble descendente del Guardián.

El impacto fue brutal. Una chispa cegadora iluminó las penumbras de Finisterra seguida de una onda de choque que hizo temblar la tierra bajo sus pies. Aunque Desmond logró desviar el curso de la espada evitándose una herida mortal, la fuerza bruta detrás del golpe fue tan monstruosa que desestabilizó por completo su postura, haciéndolo derrapar varios metros hacia atrás con los brazos entumecidos por la tremenda conmoción. Tenía las venas marcadas

en el cuello y el sudor frío recorriéndole la frente; la vibración del impacto aún resonaba en sus huesos.

En ese instante de contacto directo, una aterradora certeza cruzó la mente de Desmond y del resto de los combatientes. Aquella criatura no era un demonio más del Averno, ni un simple guardián de frontera. La densidad de su energía, la técnica perfecta de sus estocadas y la descomunal fuerza física que poseía dejaban en claro que se enfrentaban a un ser con el nivel, el poder y la capacidad destructiva de un verdadero arcángel del Cielo. Un poder titánico que, en el estado actual en el que se encontraba el equipo, resultaba sencillamente imposible de vencer en una confrontación directa.

—¡Agh! ¡Maldita sea, cómo pesa este sujeto! —gruñó Desmond, esforzándose al máximo por reajustar su agarre sobre la guitarra hacha y mantener a raya al Guardián, bloqueando los veloces embates laterales que este continuaba lanzando de forma metódica y despiadada—. ¡No podemos sostener esto por mucho tiempo! ¡Este maldito tiene la fuerza de un arcángel!

Mientras Desmond utilizaba cada gramo de su energía para contener la arremetida del enemigo y evitar que avanzara hacia el resto, Antrox permanecía hincado en la tierra, respirando entrecortadamente y apretando su hombro herido. Natally, con el corazón latiéndole desbocado en el pecho tras presenciar el sacrificio de su padre, entendió que no había tiempo para lamentarse. Su padre había arriesgado la vida por ella, y la única forma de honrar ese gesto era encontrar una salida desesperada para que nadie más fuera masacrado.

Con la vista empañada por la angustia, Natally corrió velozmente hacia el rincón donde Miller se encontraba arrodillado junto al cuerpo inerte de Caelene. La joven celestial permanecía inconsciente, con el rostro pálido y la respiración cada vez más débil, al borde de la muerte por el desgaste de sus propias heridas.

—¡Miller! ¡Miller, mírame! —le gritó Natally, cayendo de rodillas al lado del mobre celestial y sujetándolo con fuerza del hombro con manos temblorosas—. ¡Tienes que pedir ayuda inmediatamente! ¡Sé que tienes un comunicador celestial ahí! ¡Llama al Cielo ahora mismo y pide que envíen refuerzos o nos van a matar a todos!

—¡No puedo hacerlo, Natally! —respondió Miller con la voz llena de pánico y desesperación, apretando el pequeño dispositivo dorado en su cinturón pero sin atreverse a activarlo—. ¡Caelene me lo advirtió claramente antes de llegar aqui! Si las altas autoridades del Cielo se enteran de que hemos cruzado las fronteras restringidas hacia estas tierras prohibidas sin una orden explícita... nos quitarán nuestros puestos inmediatamente como guardias celestiales. ¡Seremos despojados de nuestro honor, juzgados por alta traición y recibiremos un castigo severo del que jamás nos recuperaremos!

Al escuchar aquellas palabras, la frustración y la rabia de Natally estallaron. Miró a su padre Antrox, quien trataba de ponerse en pie a duras penas con el brazo bañado en sangre, y luego volvió a mirar a Miller con una fiereza nacida del puro instinto de supervivencia.

—¿¡Y qué demonios importa tu puesto o tu castigo ahora mismo!? —reclamó Natally con la voz rota por la impotencia, señalando con desesperación la escena—. ¡Mi padre acaba de recibir un corte profundo y está sangrando en el suelo por salvarme la vida! ¡Caelene se está muriendo a tu lado y apenas respira! ¿De qué te va a servir conservar tu título de guardia celestial si terminas muerto en este agujero podrido? Si no llamas al Cielo ya mismo, ¡ninguno de nosotros saldrá vivo de aquí para preocuparse por ningún castigo!

En ese preciso instante, una barrera de luz mágica chisporroteó en el aire. Exelia se había colocado al lado de Desmond, intercalando complejos conjuros de contención y ráfagas de energía que desviaban con lo justo los embates del Guardián. El choque constante del acero contra las barreras generaba chispas incandescentes que iluminaban el rostro sudoroso y fatigado de la angel.

—¡Natally tiene toda la razón, Miller! —gritó Exelia por encima del estruendo de los impactos, desviando con su báculo un temible corte diagonal que amenazaba con decapitar a Desmond—. ¡Nos vendría increíblemente bien una ayuda del Cielo en este momento! ¡Olvídate de las reglas de tus superiores por una puta vez y mira a tu alrededor! ¡Si no pides ayuda ahora, no quedará ningún guardia celestial con vida para recibir ningún castigo!

Las palabras de Natally y el grito desesperado de Exelia retumbaron en la mente de Miller como un martillazo en la conciencia. El hombre miró la sangre que goteaba del hombro de Antrox, contempló el rostro pálido e inmóvil de Caelene, cuya vida se apagaba segundo a segundo, y sintió el peso abrumador de la fuerza del Guardián que amenazaba con aplastar a Desmond y Exelia en cualquier instante. Toda la rigidez militar, el miedo a la deshonra y las estrictas leyes celestiales se desmoronaron ante la cruda e innegable realidad: si no actuaba, la lealtad a las reglas solo serviría para firmar la tumba de todos sus compañeros.

Miller tragó saliva, apretó los dientes para reprimir el temblor de sus manos y afianzó el agarre sobre el comunicador celestial.

—De acuerdo... —asintió Miller con la mirada llena de una amarga determinación, aceptando finalmente el destino de sus actos—. De acuerdo, lo haré. Voy a pedir ayuda al Cielo.

El estruendo de los choques de metal y la presión espiritual que aplastaba el terreno de Finisterra no daban tregua. Ante los ojos aterrorizados del grupo, la batalla continuaba desarrollándose con una violencia implacable. Desmond apenas lograba sostener las embestidas del Guardián, cuyos movimientos poseían una compostura y una fuerza dignas de un verdadero arcángel, mientras Exelia canalizaba hasta la última gota de su energía mágica para tejer escudos de luz que se resquebrajaban con cada impacto. A pocos metros, sobre la tierra pedregosa y teñida de rojo, Antrox permanecía hincado, apretando con rabia su hombro mutilado mientras la sangre se filtraba entre sus dedos. Natally, con el rostro empapado en lágrimas y el corazón destrozado al ver a su padre herido por haberla salvado de una estocada mortal, apretaba los puños frente a la impotencia de la situación.

A su lado, la figura inerte de Caelene parecía desvanecerse. La joven celestial yacía pálida como el mármol, con la respiración reducida a un hilo imperceptible y su pulso vital apagándose segundo a segundo. La combinación del desgaste previo, las heridas acumuladas y la sofocante atmósfera de Finisterra estaban destruyendo su cuerpo desde el interior.

Miller, arrodillado junto al cuerpo de su compañera, sintió cómo el mundo se derrumbaba sobre sus hombros. La mirada desesperada de Natally y los gritos de Exelia entre la batalla retumbaban en sus oídos como un juicio sumario. La doctrina celestial con la que había sido educado, las estrictas ordenanzas de la guardia y el temor a la deshonra militar chocaban de frente contra la cruda y sangrienta realidad: si se aferraba a las reglas, Caelene moriría en cuestión de minutos, y el resto del grupo no tardaría en correr la misma suerte bajo el acero del Guardián.

Tragando saliva con dificultad, Miller tomó una decisión impulsada por la pura necesidad de preservar la vida. Llevó la mano a su cinturón táctico y desenganchó el comunicador celestial, un elegante artefacto de metal dorado grabado con runas de transmisión de alta frecuencia que resplandecían con un ténue fulgor azulado. Sus dedos, entumecidos y temblorosos por la adrenalina, presionaron el glifo central para sobrepasar los bloqueos locales y establecer una línea directa con el Centro de Mando Celestial.

Un tono armónico, cristalino y ajeno a la podredumbre del entorno, resonó levemente en el canal de comunicación.

—*Canal de Mando Central, Frecuencia de Vanguardia* —resonó una voz oficial, severa y monótona al otro lado de la línea—. *Unidad de Patrullaje de la Frontera Infernal, reporte de novedades. ¿Cuál es la información de campo que transmiten?*

Miller apretó el comunicador contra su rostro, tratando de ahogar el sonido de los impactos de espada que resonaban a sus espaldas. Su voz, quebrada por el polvo y la angustia, irrumpió en la transmisión con desesperación.

—¡Atención a la Central! ¡Habla el oficial Miller! —exclamó con el aliento entrecortado—. ¡Requerimos asistencia médica de emergencia con máxima prioridad! ¡Repito, código rojo de evacuación médica! La oficial Caelene se encuentra en estado crítico... ¡está al borde de la muerte! Ha sufrido traumatismos severos, su pulso es casi inexistente y necesita atención médica urgente. ¡Si no envían un equipo de rescate de inmediato, va a morir!

Al otro lado del canal, la respuesta del operador mantuvo una calma profesional pero inquisitiva, propia del protocolo militar.

—*Oficial Miller, mantenga la calma y estabilice la señal* —respondió el ángel operador desde la central—. *Para desplegar el protocolo de rescate y autorizar el despacho de un contingente médico, es obligatorio registrar su ubicación precisa. Indique sus coordenadas exactas y el sector donde se encuentran.*

Esa simple pregunta cayó sobre Miller como una losa de tonelada y media. El aire pareció congelarse en sus pulmones. Miró a su alrededor: vio a Natally aferrada a su padre herido, a Desmond sudando frío mientras resistía la devastadora fuerza del Guardián, y a Caelene, cuya vida se escurría como arena entre sus dedos. Revelar su posición significaba confesar la transgresión más grave que un soldado celestial podía cometer: haber abandonado su puesto de patrulla en el Anillo de la Ira para adentrarse en el territorio más prohibido y tabú de todos.

Miller tragó saliva con profunda amargura. No le quedaban opciones. Cerró los ojos con fuerza y pronunció las palabras que sellarían su destino militar.

—Nos encontramos en... en Malachi de Compostela... Sector 47, Réquiem... Finisterra.

Un silencio sepulcral apoderó la transmisión. Durante varios segundos, el siseo de la estática fue lo único que resonó en el comunicador. La mención de aquel nombre prohibido pareció congelar incluso al operador de la central celestial.

—*Comprendido, oficial Miller* —respondió finalmente el ángel al otro lado de la línea, con un tono en el que la monotonía profesional había sido reemplazada por una evidente gravedad—. *No rompa el canal. Se enviará un escuadrón médico para ayudar. Manténganse a salvo.*

Sin dar espacio a más explicaciones, la línea se cortó de forma abrupta, dejando a Miller sosteniendo el artefacto inerte en medio del caos.

A miles de leguas de distancia, por encima de las capas dimensionales y en las alturas impolutas del Dominio Celestial, la atmósfera en la Sala de Comunicaciones de la Central era de un desconcierto absoluto.

El ángel operador que había recibido la llamada permaneció inmóvil frente a su consola de cristal, observando los glifos luminosos que confirmaban el origen de la señal: *Malachi de Compostela, Sector 47, Réquiem (Finisterra)*. La gravedad de la situación sobrepasaba con creces cualquier protocolo estándar de patrulla. Finisterra no era solo una zona restringida; era un territorio vetado por decretos ancestrales del Alto Consejo, un lugar donde la presencia de personal celestial sin autorización expresa se consideraba una afrenta directa a la seguridad del Cielo.

Consciente de la magnitud del problema, el operador no perdió un solo segundo en trámites intermediarios. Se incorporó de su asiento, tomó la línea de comunicación directa de alta prioridad y marcó el canal privado de la oficina de la máxima autoridad administrativa.

En el corazón de la Ciudadela Celestial, dentro de un imponente despacho de arquitectura gótica con altos ventanales de cristal tallado que dejaban pasar una luz dorada y perpetua, se encontraba Seraphiel. La alta dignataria estaba sepultada bajo una montaña interminable de trabajo. Sobre su enorme escritorio de madera sagrada se acumulaban decenas de pergaminos, expedientes de supervisión fronteriza, informes de asignación de recursos y

reportes de tensión con los Anillos del Infierno. A su lado, prestando una ayuda inestimable para agilizar la agobiante carga administrativa, se encontraba Althea, quien organizaba meticulosamente los archivos clasificados y revisaba las firmas de los decretos pendientes.

El sonido agudo y cristalino del comunicador privado resonó en la estancia, rompiendo la concentración de ambas.

Seraphiel dejó escapar un suspiro de profunda fatiga, llevándose dos dedos al puente de la nariz antes de estirar la mano y descolgar el receptor. Su voz resonó con el tono severo, imponente y tajante que la caracterizaba.

—¿A qué se debe esta interrupción? —inquirió Seraphiel con frialdad—. Espero que la razón sea de vital importancia como para interrumpir la revisión de los expedientes de alta prioridad.

—*Señora Seraphiel, lamento interrumpir sus labores directamente* —respondió la voz del ángel operador al otro lado de la línea, cargada de una notable tensión—, *pero acabo de recibir una transmisión de auxilio en el canal de emergencia que requiere su intervención inmediata. Se trata de los oficiales Caelene y Miller.*

Seraphiel frunció el ceño, tomando una pluma para hacer una anotación en el documento que tenía frente a ella.

—¿Caelene y Miller? —repitió, recordando las asignaciones del día—. Son los ángeles que enviamos a patrullar los límites del Anillo de la Ira. ¿Ocurrió algún altercado con huestes demoníacas en el perímetro? Habla con claridad.

—*No, Señora... la llamada de auxilio no proviene del Anillo de la Ira* —hizo una pausa el operador, midiendo cada palabra—. *Los datos de rastreo y la confirmación directa del oficial indican que se encuentran actualmente dentro de Malachi de Compostela... ubicado en Réquiem, en Finisterra.*

En el instante en que las palabras "Finisterra" y "Malachi de Compostela" salieron del receptor, Seraphiel se quedó completamente helada.

La pluma que sostenía en la mano resbaló de sus dedos, dejando caer una gota de tinta negra sobre el pergamino impoluto. Su postura rígida se tensó aún más y el color pareció desaparecer de su rostro en un segundo. Althea, que se encontraba justo a su lado organizando una pila de informes, notó el cambio drástico en el semblante de su superior. Al ver la palidez y la mirada desencajada de Seraphiel, Althea detuvo sus movimientos de inmediato, observándola con profunda preocupación y extrañeza.

El silencio en el despacho se volvió sofocante antes de que Seraphiel lograra articular palabra.

—¿¡Qué dijiste!? —exclamó Seraphiel, levantándose de su asiento con una mezcla de furia y conmoción—. ¿Malachi de Compostela? ¿Cómo es posible que hayan traspasado la barrera

restringida sin una autorización explícita de esta oficina? ¿Quién les permitió la entrada a esas tierras prohibidas y qué fue exactamente lo que dijeron en esa transmisión?

—*Señora Seraphiel, el oficial Miller fue quien tomó el comunicador de la oficial Caelene para realizar la llamada* —explicó el operador con rapidez—. *Informó que Caelene se encuentra gravemente herida, al borde de la muerte por traumas severos, y solicitó auxilio médico urgente para salvarle la vida.*

Seraphiel apretó el puño sobre la mesa de madera, con mil pensamientos cruzando su mente a la velocidad del rayo. Finisterra era una tierra de secretos oscuros y verdades prohibidas que el Cielo había luchado por mantener sepultadas durante eras. La sola presencia de tropas celestiales en ese sector no solo violaba los tratados continentales, sino que ponía en riesgo la estabilidad diplomática y la seguridad de la jerarquía. No podía permitir que sus soldados murieran allí de forma ignominiosa, pero tampoco podía tolerar que permanecieran un minuto más en ese suelo vetado, ni mucho menos que se estableciera una base de atención en un lugar donde no debían poner un pie.

Tomando una respiración profunda para contener la tormenta de emociones que amenazaba con desbordarla, Seraphiel volvió a hablar con una firmeza implacable que no admitía replicas.

—Escúchame bien —ordenó Seraphiel, clavando la mirada en la nada mientras Althea la escuchaba con atención—. Autorizo de inmediato el despliegue del equipo médico de emergencia... pero que quede absolutamente claro: no van a curarlos allí. Bajo ninguna circunstancia se les brindará tratamiento en el lugar ni se desplegarán labores médicas sobre el terreno de Finisterra. La orden es de extracción inmediata.

—*¿Extracción inmediata, Señora?* —preguntó el operador para reconfirmar.

—Así es —afirmó Seraphiel con voz helada—. El equipo médico debe ingresar, asegurar a Caelene y a Miller, y sacarlos de ahí al instante. Los quiero fuera de Finisterra de inmediato y bajo custodia para que rincan cuentas por esta falta gravísima. ¿Quedó claro?

—*Afirmativo, Señora Seraphiel* —respondió el ángel operador con disciplina—. *Mandaré al equipo médico de reacción rápida con la orden estricta de sacarlos de ahí de inmediato. Cierro comunicación.*

La llamada se cortó. Seraphiel colgó el receptor con fuerza y se dejó caer de nuevo en su sillón, pasando una mano por su rostro mientras Althea la miraba en absoluto silencio, comprendiendo que una tormenta de proporciones astronómicas acababa de desatarse en las sombras del Dominio Celestial.

El eco del chasquido con el que se cortó la comunicación aún retumbaba en las paredes de mármol de la oficina. Seraphiel, con el rostro totalmente desencajado y la tez pálida por la impresión, soltó lentamente el receptor de cristal y apoyó ambos codos sobre el escritorio de madera sagrada. Sin poder contener la marejada de angustia y frustración que la invadía, se

llevó lentamente ambas manos a la cara, cubriéndose el rostro mientras dejaba escapar un largo y pesado suspiro. El peso de la responsabilidad, sumado al pánico inminente de una crisis diplomática y militar de proporciones incalculables, parecía aplastarla en su propio sillón.

Althea, que hasta ese momento había permanecido en un discreto silencio ordenando los antiguos pergaminos de actas celestiales, se detuvo en seco. Al notar el cambio drástico en la postura de su superiora y ver cómo las manos de la dignataria temblaban ligeramente sobre su rostro, la joven asistente dio un paso al frente. La preocupación en sus ojos era evidente; jamás había visto a Seraphiel tan quebrantada por una sola transmisión.

—¿Señora Seraphiel? —preguntó Althea con voz suave y cautelosa, temiendo que cualquier movimiento brusco alterara aún más el tenso ambiente de la estancia—. ¿Qué ocurre? ¿Qué le han dicho en la central? Por favor, dígame qué pasa.

Seraphiel permaneció en silencio por unos agónicos segundos antes de bajar lentamente las manos, revelando unos ojos llenos de una mezcla de rabia, cansancio y una honda preocupación.

—Miller y Caelene... —articuló Seraphiel, con la voz quebradiza pero cargada de una severidad helada—. Esos dos insensatos se han metido sin ninguna autorización a las tierras prohibidas de Finisterra. Traspasaron los límites del Anillo de la Ira y cruzaron la frontera restringida.

Althea abrió los ojos de par en par, llevándose una mano al pecho por la sorpresa.

—¿Finisterra? —murmuró Althea, incrédula—. Pero... ¿cómo es posible que dos guardias de patrulla hayan cometido semejante locura? Conocen perfectamente los decretos del Alto Consejo... Saben que poner un pie en ese suelo se castiga con el destierro o algo peor.

—No lo hicieron solos, Althea —interrumpió Seraphiel, apretando los puños sobre el escritorio con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Conociendo la naturaleza de la situación y la forma en que se desarrollaron los hechos, pongo las manos en el fuego a que no están actuando por iniciativa propia. Lo más probable... no, lo absolutamente seguro, es que están allí metidos junto a Desmond Ludendorff.

Althea dejó escapar un halo de aire, bajando la mirada mientras un rictus de resignación se dibujaba en sus labios. La sola mención de ese nombre parecía hacer encajar mágicamente todas las piezas del rompecabezas.

—Tiene toda la razón, Señora —admitió Althea, sacudiendo la cabeza con amargura—. Si lo pensamos bien, es la explicación más lógica. Desmond siempre encuentra la manera de meterse en lugares donde no debería estar. Tiene un don casi natural para arrastrar a todos a su alrededor a los rincones más peligrosos y prohibidos de la creación.

—¡Pero esta vez ha rebasado completamente todos los límites! —estalló Seraphiel, poniéndose de pie bruscamente, haciendo que la silla de caoba rodara hacia atrás con un chirrido sordo—. ¡Finisterra no es un terreno de juego para sus aventuras irresponsables! Se metió a esas tierras vetadas a quién sabe qué, impulsado por su soberbia y sin medir un solo milímetro de las consecuencias políticas y de seguridad que esto conlleva. ¡Ahora sí que se metió en un problema gigante ese rapero caprichoso! ¡Ha puesto en jaque la estabilidad de las fronteras celestiales!

Althea contempló la furia contenida de su superiora. Sabía que la ira de Seraphiel no nacía del odio, sino del agotamiento que le causaba ver cómo ese mortal desafiaba constantemente las leyes cósmicas sin entender el peso del orden celestial.

—¿Y qué es lo que va a hacer al respecto, Señora Seraphiel? —inquirió Althea con seriedad—. Si el Alto Consejo se entera de que un grupo de intrusos liderados por Desmond está operando en Finisterra con personal de la guardia celestial involucrado, la reacción será implacable.

Seraphiel caminó hacia la enorme ventana del despacho, contemplando las torres doradas de la Ciudadela que se recortaban contra el cielo infinito. Su mirada era fría, calculadora.

—Primero garantizaremos la extracción de nuestros guardias para evitar un escándalo mayor —explicó Seraphiel sin girarse—. Una vez que el equipo médico regrese con Miller y Caelene a salvo, enviaré a un escuadrón militar de élite directamente a Finisterra con la única misión de buscar a Desmond, aprehenderlo y traerlo encadenado de vuelta. Se abrirá un juicio formal en su contra ante la corte celestial, y allí, bajo el peso estricto de nuestras leyes, se decidirá su destino de una vez por todas.

Althea asintió en silencio, sintiendo la solemnidad de la sentencia.

—Entiendo... Es lo justo —dijo Althea con resignación—. Solo podemos esperar que los nuestros salgan con vida de ese infierno.

Mientras tanto, en el corazón sombrío y desolado de Finisterra, en el sector de Malachi de Compostela, la realidad era una pesadilla de violencia y desesperación.

El aire olía a ozono quemado y sangre fresca. La batalla contra el Guardián continuaba siendo una lucha agónica por la pura supervivencia. Desmond y Exelia se encontraban al límite absoluto de sus fuerzas físicas y mágicas. Desmond, con la camiseta rasgada y el rostro bañado en sudor frío, apretaba los dientes con ferocidad mientras mantenía cruzada la pesada hoja de su guitarra hacha para bloquear los embates implacables de la criatura. Cada golpe del Guardián resonaba como el choque de un mazo gigante contra el yunque, haciendo que los brazos de Desmond temblaran violentamente y las articulaciones de sus hombros crujieran por la tensión.

A su lado, Exelia jadeaba con desesperación. había canalizado tantos escudos de energía consecutiva para amortiguar los ataques del monstruo que su escencia celestial estaba al limite.

A su lado, Exelia jadeaba con desesperación. Su báculo mágico brillaba con un fulgor tenue e inestable; había canalizado tantos escudos de energía consecutiva para amortiguar los ataques del monstruo que su reserva de mana estaba prácticamente agotada.

—¡No voy a poder sostener otra barrera, Desmond! —gritó Exelia, con la voz entrecortada por el esfuerzo sobrehumano—. ¡Este maldito no se cansa, no disminuye el ritmo! ¡Tiene la fuerza de un maldito arcángel!

—¡Resiste, Exelia! —respondió Desmond con un gruñido gutural, hincando las botas en la tierra rocosa para no ceder terreno—. ¡Se supone que la ayuda ya viene en camino! ¡Solo tenemos que ganar unos segundos más!

A pocos metros del cruce de aceros, Natally permanecía de rodillas sobre el terreno hostil, tratando desesperadamente de aplicar presión sobre el profundo corte en el hombro de su padre. Antrox respiraba con dificultad, apretando los dientes para no soltar un gemido ante el intenso dolor que lo recorría. Caelene, por su parte, yacía al lado de Miller, tan pálida que parecía una estatua de sal, con su respiración reducida a un suspiro casi imperceptible.

De repente, la atmósfera opresiva de Finisterra fue fracturada bruscamente.

Un desgarro en la tela de la realidad se abrió a pocos metros de donde se desarrollaba el combate. Un destello de luz sagrada, cegador y puro, brotó del centro del aire, iluminando con un fulgor dorado las penumbras de aquella tierra olvidada. El haz de luz era tan intenso y penetrante que el Guardián, tomado completamente por sorpresa en mitad de una estocada, se vio obligado a retroceder de golpe. El ser emitió un siseo de perturbación y se cubrió el rostro con el brazo, asustado y desorientado por la violencia del resplandor divino que irrumpía en su dominio.

Del interior del portal de luz emergió con paso firme un escuadrón de élite de la guardia médica celestial. Iban ataviados con armaduras relucientes de placas blancas y doradas, luciendo con orgullo en sus pecheras el imponente símbolo médico del Cielo: un caduceo rodeado por dos alas desplegadas que emanaba un aura de sanación pura.

El Guardián bajó lentamente el brazo para observar a los recién llegados. Al fijar sus ojos dorados en el escuadrón de ángeles y contemplar la sacralidad incontestable de su presencia, un cambio drástico y sobrecogedor operó en la criatura. Toda la ferocidad, la agresividad y el poder devastador que había mostrado segundos atrás se disiparon al instante. Un terror reverencial se apoderó de su ser. El Guardián abrió los ojos con desmesurado asombro, aflojó los dedos y dejó caer su enorme espada sobre el suelo de piedra, provocando un estruendoso metálico que resonó en todo el valle.

Lentamente, la imponente entidad se hincó de rodillas sobre la tierra, bajando la cabeza en una reverencia absoluta y profunda, como si estuviera contemplando la manifestación directa del mismo Dios. Para un ser atado a las antiguas jerarquías divinas, la visión de los ángeles celestiales representaba la autoridad máxima frente a la cual no existía la posibilidad de luchar.

El combate se detuvo de golpe. El silencio regresó a Finisterra, sofocante y tenso, interrumpido solo por los pesados jadeos de Desmond y Exelia, quienes bajaron sus armas sin poder creer lo que sus ojos veían.

Sin perder un solo segundo en observar a la criatura doblegada, los ángeles médicos desplegaron su protocolo de emergencia con una precisión quirúrgica. Dos de ellos se desplazaron a toda velocidad hacia el lugar donde yacía Caelene. Con movimientos fluidos y coordinados, sacaron una camilla portátil de tecnología celestial que flotaba ligeramente sobre el suelo, aseguraron cuidadosamente el cuerpo inerte de la joven con correas de contención mágica y comenzaron a estabilizar sus constantes vitales con destellos de luz dorada.

Uno de los oficiales médicos, cuya armadura destacaba por unos galones dorados en los hombros, se acercó a Miller, quien permanecía de pie con el rostro desencajado y la mirada fija en su compañera.

—Tranquilo, oficial Miller —dijo el médico con voz firme pero tranquilizadora, colocándole una mano sobre el hombro—. Hemos logrado estabilizar el flujo de su energía vital a tiempo. Ella va a estar bien, pero su estado sigue siendo sumamente delicado. Tenemos que regresar de inmediato a la Ciudadela para ingresarla en la unidad de cuidados intensivos. Este lugar es extremadamente peligroso e inestable, la radiación espiritual de Finisterra está destruyendo su escencia. No es seguro permanecer aquí ni un segundo más.

Miller contempló a Caelene asegurada en la camilla. Un nudo de culpa y alivio se le formó en la garganta. Sin embargo, cuando los médicos comenzaron a replegarse hacia el portal con la camilla, Miller se detuvo, apretando los puños con indecisión.

—Espere... —articuló Miller, mirando hacia el suelo rocoso y luego hacia Desmond—. La misión... la misión aún no está completada. Vinimos hasta este infierno por una razón. Todavía falta un pergamino por llevar... El conocimiento que vinimos a buscar no puede quedarse aquí tirado.

Desmond, que se encontraba a unos metros recuperando el aliento mientras apoyaba el peso de su cuerpo sobre el mango de su guitarra hacha, escuchó las palabras del joven celestial. Miró a Miller, vio la angustia genuina en sus ojos, el conflicto entre su estricto sentido del deber y la lealtad hacia su compañera moribunda.

En un acto espontáneo de profunda solidaridad y madurez, Desmond metió la mano al interior de su chaqueta de cuero. De ella extrajo el antiguo pergamino de rúbricas doradas que

el habia acordado en entregarles cuando encontrara respuestas de este, el objeto por el cual habían arriesgado la vida y cruzado las fronteras prohibidas.

El eco del chasquido con el que se cortó la comunicación aún retumbaba en las paredes de mármol de la oficina. Seraphiel, con el rostro totalmente desencajado y la tez pálida por la impresión, soltó lentamente el receptor de cristal y apoyó ambos codos sobre el escritorio de madera sagrada. Sin poder contener la marejada de angustia y frustración que la invadía, se llevó lentamente ambas manos a la cara, cubriéndose el rostro mientras dejaba escapar un largo y pesado suspiro. El peso de la responsabilidad, sumado al pánico inminente de una crisis diplomática y militar de proporciones incalculables, parecía aplastarla en su propio sillón.

Althea, que hasta ese momento había permanecido en un discreto silencio ordenando los antiguos pergaminos de actas celestiales, se detuvo en seco. Al notar el cambio drástico en la postura de su superiora y ver cómo las manos de la dignataria temblaban ligeramente sobre su rostro, la joven asistente dio un paso al frente. La preocupación en sus ojos era evidente; jamás había visto a Seraphiel tan quebrantada por una sola transmisión.

—¿Señora Seraphiel? —preguntó Althea con voz suave y cautelosa, temiendo que cualquier movimiento brusco alterara aún más el tenso ambiente de la estancia—. ¿Qué ocurre? ¿Qué le han dicho en la central? Por favor, dígame qué pasa.

Seraphiel permaneció en silencio por unos agónicos segundos antes de bajar lentamente las manos, revelando unos ojos llenos de una mezcla de rabia, cansancio y una honda preocupación.

—Miller y Caelene... —articuló Seraphiel, con la voz quebradiza pero cargada de una severidad helada—. Esos dos insensatos se han metido sin ninguna autorización a las tierras prohibidas de Finisterra. Traspasaron los límites del Anillo de la Ira y cruzaron la frontera restringida.

Althea abrió los ojos de par en par, llevándose una mano al pecho por la sorpresa.

—¿Finisterra? —murmuró Althea, incrédula—. Pero... ¿cómo es posible que dos guardias de patrulla hayan cometido semejante locura? Conocen perfectamente los decretos del Alto Consejo... Saben que poner un pie en ese suelo se castiga con el destierro o algo peor.

—No lo hicieron solos, Althea —interrumpió Seraphiel, apretando los puños sobre el escritorio con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Conociendo la naturaleza de la situación y la forma en que se desarrollaron los hechos, pongo las manos en el fuego a que no están actuando por iniciativa propia. Lo más probable... no, lo absolutamente seguro, es que están allí metidos junto a Desmond Ludendorff.

Althea dejó escapar un halo de aire, bajando la mirada mientras un rictus de resignación se dibujaba en sus labios. La sola mención de ese nombre parecía hacer encajar mágicamente todas las piezas del rompecabezas.

—Tiene toda la razón, Señora —admitió Althea, sacudiendo la cabeza con amargura—. Si lo pensamos bien, es la explicación más lógica. Desmond siempre encuentra la manera de meterse en lugares donde no debería estar. Tiene un don casi natural para arrastrar a todos a su alrededor a los rincones más peligrosos y prohibidos de la creación.

—¡Pero esta vez ha rebasado completamente todos los límites! —estalló Seraphiel, poniéndose de pie bruscamente, haciendo que la silla de caoba rodara hacia atrás con un chirrido sordo—. ¡Finisterra no es un terreno de juego para sus aventuras irresponsables! Se metió a esas tierras vetadas a quién sabe qué, impulsado por su soberbia y sin medir un solo milímetro de las consecuencias políticas y de seguridad que esto conlleva. ¡Ahora sí que se metió en un problema gigante ese rapero caprichoso! ¡Ha puesto en jaque la estabilidad de las fronteras celestiales!

Althea contempló la furia contenida de su superiora. Sabía que la ira de Seraphiel no nacía del odio, sino del agotamiento que le causaba ver cómo ese mortal desafiaba constantemente las leyes cósmicas sin entender el peso del orden celestial.

—¿Y qué es lo que va a hacer al respecto, Señora Seraphiel? —inquirió Althea con seriedad—. Si el Alto Consejo se entera de que un grupo de intrusos liderados por Desmond está operando en Finisterra con personal de la guardia celestial involucrado, la reacción será implacable.

Seraphiel caminó hacia la enorme ventana del despacho, contemplando las torres doradas de la Ciudadela que se recortaban contra el cielo infinito. Su mirada era fría, calculadora.

—Primero garantizaremos la extracción de nuestros guardias para evitar un escándalo mayor —explicó Seraphiel sin girarse—. Una vez que el equipo médico regrese con Miller y Caelene a salvo, enviaré a un escuadrón militar de élite directamente a Finisterra con la única misión de buscar a Desmond, aprehenderlo y traerlo encadenado de vuelta. Se abrirá un juicio formal en su contra ante la corte celestial, y allí, bajo el peso estricto de nuestras leyes, se decidirá su destino de una vez por todas.

Althea asintió en silencio, sintiendo la solemnidad de la sentencia.

—Entiendo... Es lo justo —dijo Althea con resignación—. Solo podemos esperar que los nuestros salgan con vida de ese infierno.

Mientras tanto, en el corazón sombrío y desolado de Finisterra, en el sector de Malachi de Compostela, la realidad era una pesadilla de violencia y desesperación.

El aire olía a ozono quemado y sangre fresca. La batalla contra el Guardián continuaba siendo una lucha agónica por la pura supervivencia. Desmond y Exelia se encontraban al límite absoluto de sus fuerzas físicas y mágicas. Desmond, con la camiseta rasgada y el rostro bañado en sudor frío, apretaba los dientes con ferocidad mientras mantenía cruzada la pesada hoja de su guitarra hacha para bloquear los embates implacables de la criatura. Cada golpe del Guardián resonaba como el choque de un mazo gigante contra el yunque, haciendo que

los brazos de Desmond temblaran violentamente y las articulaciones de sus hombros crujieran por la tensión.

A su lado, Exelia jadeaba con desesperación. Su báculo mágico brillaba con un fulgor tenue e inestable; había canalizado tantos escudos de energía consecutiva para amortiguar los ataques del monstruo que su reserva de mana estaba prácticamente agotada.

—¡No voy a poder sostener otra barrera, Desmond! —gritó Exelia, con la voz entrecortada por el esfuerzo sobrehumano—. ¡Este maldito no se cansa, no disminuye el ritmo! ¡Tiene la fuerza de un maldito arcángel!

—¡Resiste, Exelia! —respondió Desmond con un gruñido gutural, hincando las botas en la tierra rocosa para no ceder terreno—. ¡Se supone que la ayuda ya viene en camino! ¡Solo tenemos que ganar unos segundos más!

A pocos metros del cruce de aceros, Natally permanecía de rodillas sobre el terreno hostil, tratando desesperadamente de aplicar presión sobre el profundo corte en el hombro de su padre. Antrox respiraba con dificultad, apretando los dientes para no soltar un gemido ante el intenso dolor que lo recorría. Caelene, por su parte, yacía al lado de Miller, tan pálida que parecía una estatua de sal, con su respiración reducida a un suspiro casi imperceptible.

De repente, la atmósfera opresiva de Finisterra fue fracturada bruscamente.

Un desgarro en la tela de la realidad se abrió a pocos metros de donde se desarrollaba el combate. Un destello de luz sagrada, cegador y puro, brotó del centro del aire, iluminando con un fulgor dorado las penumbras de aquella tierra olvidada. El haz de luz era tan intenso y penetrante que el Guardián, tomado completamente por sorpresa en mitad de una estocada, se vio obligado a retroceder de golpe. El ser emitió un siseo de perturbación y se cubrió el rostro con el brazo, asustado y desorientado por la violencia del resplandor divino que irrumpía en su dominio.

Del interior del portal de luz emergió con paso firme un escuadrón de élite de la guardia médica celestial. Iban ataviados con armaduras relucientes de placas blancas y doradas, luciendo con orgullo en sus pecheras el imponente símbolo médico del Cielo: un caduceo rodeado por dos alas desplegadas que emanaba un aura de sanación pura.

El Guardián bajó lentamente el brazo para observar a los recién llegados. Al fijar sus ojos dorados en el escuadrón de ángeles y contemplar la sacralidad incontestable de su presencia, un cambio drástico y sobrecogedor operó en la criatura. Toda la ferocidad, la agresividad y el poder devastador que había mostrado segundos atrás se disiparon al instante. Un terror reverencial se apoderó de su ser. El Guardián abrió los ojos con desmesurado asombro, aflojó los dedos y dejó caer su enorme espada sobre el suelo de piedra, provocando un estruendoso metálico que resonó en todo el valle.

Lentamente, la imponente entidad se hincó de rodillas sobre la tierra, bajando la cabeza en una reverencia absoluta y profunda, como si estuviera contemplando la manifestación directa

del mismo Dios. Para un ser atado a las antiguas jerarquías divinas, la visión de los ángeles celestiales representaba la autoridad máxima frente a la cual no existía la posibilidad de luchar.

El combate se detuvo de golpe. El silencio regresó a Finisterra, sofocante y tenso, interrumpido solo por los pesados jadeos de Desmond y Exelia, quienes bajaron sus armas sin poder creer lo que sus ojos veían.

Sin perder un solo segundo en observar a la criatura doblegada, los ángeles médicos desplegaron su protocolo de emergencia con una precisión quirúrgica. Dos de ellos se desplazaron a toda velocidad hacia el lugar donde yacía Caelene. Con movimientos fluidos y coordinados, sacaron una camilla portátil de tecnología celestial que flotaba ligeramente sobre el suelo, aseguraron cuidadosamente el cuerpo inerte de la joven con correas de contención mágica y comenzaron a estabilizar sus constantes vitales con destellos de luz dorada.

Uno de los oficiales médicos, cuya armadura destacaba por unos galones dorados en los hombros, se acercó a Miller, quien permanecía de pie con el rostro desencajado y la mirada fija en su compañera.

—Tranquilo, oficial Miller —dijo el médico con voz firme pero tranquilizadora, colocándole una mano sobre el hombro—. Hemos logrado estabilizar el flujo de su energía vital a tiempo. Ella va a estar bien, pero su estado sigue siendo sumamente delicado. Tenemos que regresar de inmediato a la Ciudadela para ingresarla en la unidad de cuidados intensivos. Este lugar es extremadamente peligroso e inestable, la radiación espiritual de Finisterra está destruyendo sus canales de mana. No es seguro permanecer aquí ni un segundo más.

Miller contempló a Caelene asegurada en la camilla. Un nudo de culpa y alivio se le formó en la garganta. Sin embargo, cuando los médicos comenzaron a replegarse hacia el portal con la camilla, Miller se detuvo, apretando los puños con indecisión.

—Espere... —articuló Miller, mirando hacia el suelo rocoso y luego hacia Desmond—. La misión... la misión aún no está completada. Vinimos hasta este infierno por una razón. Todavía falta un pergamino por llevar... El conocimiento que vinimos a buscar no puede quedarse aquí tirado.

Desmond, que se encontraba a unos metros recuperando el aliento mientras apoyaba el peso de su cuerpo sobre el mango de su guitarra hacha, escuchó las palabras del joven celestial. Miró a Miller, vio la angustia genuina en sus ojos, el conflicto entre su estricto sentido del deber y la lealtad hacia su compañera moribunda.

En un acto espontáneo de profunda solidaridad y madurez, Desmond metió la mano al interior de su chaqueta de cuero. De ella extrajo el antiguo pergamino de rúbricas doradas que habían recuperado de las ruinas, el objeto por el cual habían arriesgado la vida y cruzado las fronteras prohibidas.

—¡Hey, Miller! —llamó Desmond con voz clara y potente, haciendo que el joven celestial girara la cabeza hacia él.

Sin dudarlo un instante, Desmond impulsó su brazo y le lanzó el pergamino por el aire. El artefacto trazó una parábola luminosa en la penumbra de Finisterra antes de ser atrapado en el aire por las manos temblorosas de Miller.

—Llévatelo —dijo Desmond con una sonrisa de lado, aunque sus ojos reflejaban la gravedad del momento—. No te preocupes por el resto de la misión ahora. Lo único que importa en este momento es que Caelene se recupere y salga con vida de esto. Nosotros nos encargaremos del resto.

Miller sostuvo el pergamino contra su pecho. La muestra de generosidad y compañerismo de Desmond lo golpeó con la fuerza de un impacto. Aquel mortal al que la guardia celestial catalogaba como un criminal rebelde e irresponsable acababa de entregarle el tesoro más valioso de su expedición sin pedir nada a cambio, solo por el bienestar de Caelene.

Miller miró a Desmond fijamente y asintió lentamente, transmitiéndole un mudo pero profundo agradecimiento que las palabras no alcanzaban a expresar.

—Gracias... Desmond —alcanzó a decir Miller con la voz llena de sincera gratitud—. Cuídense mucho.

Sin más tiempo que perder, Miller dio media vuelta y caminó junto al equipo médico hacia el centro del portal resplandeciente. Cruzaron el umbral de luz escoltando la camilla de Caelene, y en cuestión de segundos, la brecha celestial se cerró sobre sí misma con un chasquido cristalino, dejando tras de sí solo un destello fugaz que se disipó en la oscuridad. Desmond, Exelia, Antrox y Natally se quedaron solos en la vastedad silente de Finisterra, acompañando a la distancia a su compañera que partía hacia el Cielo, mientras la verdadera tormenta apenas comenzaba a gestarse a su alrededor.

CAP 110

El Réquiem de un Ángel Caído

El portal se cerró frente a ellos con un fuerte destello, dejando atrás cualquier posibilidad de regresar por el mismo camino.

Desmond permaneció unos segundos observando el lugar donde había estado la abertura. Finalmente, soltó el aire que había estado conteniendo y bajó ligeramente los hombros.

—Al menos ellos están a salvo...

Su voz sonó más tranquila de lo que realmente se sentía.

Entonces giró lentamente la cabeza hacia el lugar donde, momentos antes, se encontraba el Guardián.

Nada.

El enorme cadáver había desaparecido.

Desmond frunció el ceño y recorrió con la mirada los alrededores. No había huellas, ni movimientos entre las sombras, ni siquiera algún rastro que indicara hacia dónde se había marchado.

Era como si aquella criatura simplemente se hubiera esfumado.

—¿Dónde...? —murmuró.

Se acercó un par de pasos, todavía desconfiado.

No podía entenderlo. Si el Guardián había estado atacándolos hacía apenas unos instantes, ¿por qué había detenido la persecución? Aquella desaparición repentina le resultaba incluso más inquietante que el propio ataque.

Por un momento, una sensación de duda comenzó a apoderarse de él.

Entonces escuchó un quejido detrás de él.

—¡Ah...!

Desmond se giró de inmediato.

—¡Antrox!

Corrió hacia su compañero y se arrodilló junto a él. Antrox estaba herido y respiraba con dificultad, intentando incorporarse a pesar del dolor.

—Tranquilo, no te muevas —dijo Desmond mientras comprobaba rápidamente el estado de la herida.

Antes de que pudiera hacer algo más, Exelia se acercó.

—Déjamelo a mí.

Desmond la miró durante un instante y finalmente se apartó para dejarle espacio.

Exelia extendió una mano sobre la herida de Antrox. Una tenue luz comenzó a envolver sus dedos y, poco a poco, la energía celestial se concentró sobre la zona afectada.

Antrox apretó los dientes.

La sensación no era precisamente agradable, pero el dolor comenzó a disminuir rápidamente.

Después de unos segundos, Exelia retiró la mano.

—Listo.

Antrox respiró profundamente y se llevó una mano hacia la zona donde había recibido el golpe.

—¿Qué demonios era esa cosa? —preguntó, todavía desconcertado—. Se movía demasiado rápido.

Desmond permaneció en silencio unos segundos antes de responder.

—Definitivamente era el Guardián.

Antrox levantó la mirada hacia él.

—Sí, ya sé que era el Guardián. Eso no es lo que estoy preguntando.

Se incorporó lentamente.

—Desmond... eso era un cadáver.

La expresión de Desmond cambió.

Antrox continuó:

—¿Cómo demonios puede un cadáver moverse de esa manera? No debería poder moverse en absoluto, mucho menos perseguirnos a esa velocidad.

Desmond volvió a mirar hacia el lugar donde había desaparecido la criatura.

Las palabras que había leído en los antiguos escritos regresaron a su mente.

La historia del rey de Réquiem.

El monarca condenado.

El ser que, según los relatos, había sido castigado y obligado a permanecer allí durante siglos.

—Quizá los escritos antiguos sí sean reales...

Antrox lo miró con atención.

—¿Qué quieres decir?

Desmond tardó un momento en responder.

—Que probablemente no estábamos frente al cadáver de un simple guardián.

Señaló vagamente hacia la oscuridad.

—Si lo que leímos es cierto... entonces ese podría ser el rey condenado.

Antrox guardó silencio.

La idea resultaba difícil de aceptar, pero explicaría demasiadas cosas como para descartarla.

Sin embargo, antes de que pudieran continuar con la conversación, varios ruidos resonaron a poca distancia.

Todos se quedaron quietos.

Un sonido seco.

Después otro.

Y finalmente algo parecido al movimiento de varias personas entre las estructuras de la catedral.

Desmond levantó la mirada.

—¿Escucharon eso?

Exelia asintió.

—Vino de allí.

Los cuatro intercambiaron miradas. Nadie parecía saber qué estaba produciendo aquellos sonidos.

Con cautela, comenzaron a avanzar hacia la zona principal de la catedral.

El eco de sus pasos se mezclaba con aquellos ruidos desconocidos, que parecían provenir de algún punto más adelante.

Al llegar a la entrada de la nave principal, Desmond se detuvo.

—¿Qué...?

Ante ellos había cuatro figuras.

Eran peludas y de aspecto claramente felino. Se encontraban alrededor de un círculo trazado sobre el suelo, preparando una especie de ritual.

Habían colocado varios objetos alrededor de la circunferencia y cada uno parecía concentrado en una tarea diferente.

Desmond dio un paso hacia ellos.

—Hola.

Uno de los cuatro felinos levantó inmediatamente la cabeza.

Antes de que Desmond pudiera acercarse más, el tigre que parecía liderar al grupo extendió una mano hacia él.

—¡No te acerques!

Desmond se detuvo.

—¿Qué?

El tigre señaló el círculo.

—No cruces esa línea.

Desmond observó el suelo con mayor atención.

—¿Por qué?

—Porque podrías alterar la protección.

El tono del felino no era agresivo, pero sí lo suficientemente serio como para dejar claro que no estaba dispuesto a correr riesgos.

Desmond miró nuevamente el círculo.

—¿Protección contra qué?

El tigre volvió su atención hacia el ritual.

—Contra lo que sea que esté aquí.

Hubo un breve silencio.

—Malas energías... —continuó—. O directamente seres físicos. No sabemos exactamente qué puede aparecer mientras hacemos el ritual.

Desmond frunció el ceño.

La respuesta no era precisamente tranquilizadora.

Miró a los otros felinos. Ninguno parecía estar prestándole demasiada atención. Todos continuaban preparando el ritual con una concentración absoluta.

Finalmente, Desmond retrocedió.

—Está bien. Entiendo.

Se alejó del círculo y regresó junto al resto del grupo.

Antrox observó a los felinos con curiosidad.

—¿Qué demonios estarán haciendo?

Desmond no respondió inmediatamente.

Sus ojos permanecieron fijos en el círculo.

Después de todo lo que habían encontrado en aquella catedral, había aprendido que nada en Finisterra parecía estar allí por casualidad.

Y si aquellos felinos habían llegado hasta ese lugar para realizar un ritual...

probablemente había una razón.

Los cuatro felinos continuaron con los preparativos del ritual mientras el resto del grupo permanecía a una distancia prudente del círculo.

El tigre tomó nuevamente su posición y, sin apartar la vista de los instrumentos que tenía frente a él, comenzó a explicar:

—Nuestros ancestros nos dejaron una única instrucción. Existe una melodía que debe tocarse mientras el Guardián siga aquí.

Desmond observó con atención.

—¿Y qué hace esa canción?

El felino negó lentamente con la cabeza.

—No lo sabemos.

La respuesta dejó a Desmond ligeramente desconcertado.

—¿Cómo que no lo saben?

—Nuestros antepasados tampoco lo explicaron. Solo dejaron claro que nunca debemos dejar de tocarla mientras el Guardián exista.

Desmond miró el círculo y después a los instrumentos que los felinos estaban preparando.

Aquello resultaba extraño. Habían conservado aquella tradición durante generaciones sin siquiera conocer su verdadero propósito. En un lugar como Finisterra, donde cada rincón parecía esconder un fragmento de una historia olvidada, quizá aquella ignorancia no era una coincidencia.

Pero antes de que pudiera hacer otra pregunta, un estruendo sacudió la catedral.

—¡¿Qué demonios...?!

Uno de los enormes ventanales se hizo añicos.

Los fragmentos de vidrio salieron disparados hacia el interior de la catedral y cayeron sobre el suelo con una lluvia de pequeños destellos.

Una figura atravesó la abertura y aterrizó varios metros más adelante.

Desmond reconoció inmediatamente aquella silueta.

Ghost.

Ya había llegado.

El antiguo ejecutor de Lucifer se incorporó con una calma inquietante. Ni siquiera se molestó en mirar a los felinos o al resto del grupo. Sus ojos se clavaron directamente en Desmond.

—Lucifer quiere tu cabeza.

La frialdad de aquellas palabras hizo que el ambiente se volviera todavía más pesado.

Desmond no alcanzó a responder.

Antrox se interpuso inmediatamente entre ambos.

—No vas a acercarte a Desmond.

Ghost dirigió lentamente la mirada hacia él.

Durante unos segundos no dijo nada.

Entonces una sonrisa apenas perceptible apareció en su rostro.

—Así que quieres volver a intentarlo.

Antrox apretó los puños.

—Ya peleé contigo una vez. Y lo haré de nuevo si hace falta para proteger a los míos.

Ghost ladeó ligeramente la cabeza.

—Parece que quieres la revancha.

Su tono era casi burlón.

—¿No fue suficiente con que te dejara vivo la primera vez?

Antrox dio un paso hacia él.

—No me importa lo que hayas hecho aquella vez.

Ghost abrió los brazos ligeramente.

—Entonces, si quieres pelear...

Se hizo a un lado, dejando completamente libre el espacio frente a él.

—Adelante.

Sus ojos se clavaron en Antrox.

—Ven y dame el primer golpe.

Antrox permaneció inmóvil durante unos segundos.

Ghost sonrió.

—Después de todo, tu esposa ya no podrá interferir esta vez.

El mundo pareció detenerse.

La expresión de Antrox cambió por completo.

No fue miedo.

Fue rabia.

Una rabia tan profunda que por un instante pareció borrar cualquier otro pensamiento.

—No...

Su voz salió baja.

Ghost lo observó sin comprender todavía hasta dónde había llegado.

—¿Qué?

Antrox levantó lentamente la mirada.

—No vuelvas a decir su nombre.

Sus manos comenzaron a temblar.

Ghost había pronunciado el nombre de Velzaria.

Su esposa.

La mujer que había perdido.

Y lo había hecho él.

Su propio asesino.

El mismo ser que le había arrebatado la vida y que ahora se atrevía a pronunciar su nombre como si no significara nada.

Antrox apretó los dientes con tanta fuerza que su mandíbula comenzó a tensarse.

—Tú...

Una energía comenzó a recorrer su cuerpo.

Las venas de Antrox volvieron a adquirir aquel tono rojizo que Desmond ya había visto anteriormente.

—Tú no tienes derecho a pronunciar su nombre.

Marcas luminosas comenzaron a aparecer por todo su cuerpo, extendiéndose desde sus brazos hacia el torso y el rostro.

Desmond reconoció inmediatamente aquella transformación.

Era la misma que había presenciado la primera vez que Antrox se enfrentó a Ghost.

—Antrox...

Pero Antrox ya no escuchaba.

Su respiración se volvió pesada.

El suelo crujió bajo sus pies.

Ghost permaneció frente a él, observándolo con una mezcla de curiosidad y desafío.

—Eso es...

Antrox desapareció de su posición.

En un instante, recorrió la distancia que los separaba y lanzó el primer golpe.

El puño impactó con una fuerza brutal.

Ghost apenas alcanzó a reaccionar.

El puño de Antrox pasó rozando su rostro, obligándolo a girar la cabeza para esquivar el impacto. La fuerza del golpe hizo vibrar el aire y levantó una pequeña nube de polvo del suelo.

Ghost respondió de inmediato.

Sin darle tiempo a recuperar la posición, giró sobre sí mismo y lanzó un golpe con la misma brutalidad. Antrox alcanzó a levantar los brazos para protegerse, pero el impacto lo hizo retroceder varios metros.

—¡Antrox! —exclamó Desmond.

Antrox clavó los pies en el suelo y consiguió detenerse antes de chocar contra una de las columnas de la catedral. Alzó la mirada hacia Ghost.

La pelea había comenzado.

Desmond observó durante apenas unos segundos el intercambio de golpes. Ambos eran demasiado rápidos y cada impacto hacía retumbar la estructura del lugar. Si continuaban así, los felinos no tendrían ninguna oportunidad de completar su ritual.

Entonces recordó las palabras del tigre.

La melodía.

La protección.

Desmond giró inmediatamente hacia ellos.

—¡Empiecen el ritual!

Los cuatro felinos se volvieron hacia él.

—¡No pierdan tiempo! —continuó—. ¡Si no empiezan ahora, ese maldito va a matarlos!

El tigre no discutió.

Asintió rápidamente y cada uno tomó su posición alrededor del círculo.

Uno de ellos levantó un tambor fabricado con piel, mientras otro tomó un conjunto de pequeñas campanas. El tercero acomodó entre sus manos una flauta de aspecto antiguo.

El tigre permaneció en el centro.

Durante un instante, todos guardaron silencio.

Entonces comenzó la música.

El tambor marcó un ritmo profundo y constante.

Las campanas se incorporaron poco después, produciendo un sonido delicado que contrastaba con la violencia que se desarrollaba a pocos metros de ellos.

Finalmente, la flauta comenzó a acompañarlos.

Y entonces el tigre empezó a cantar.

No era un idioma que ninguno de ellos pudiera reconocer.

Las palabras parecían pertenecer a una lengua olvidada hacía miles de años. Su voz no era particularmente fuerte, pero resonaba por toda la catedral de una manera extraña, como si las propias paredes estuvieran devolviendo cada sílaba.

Desmond observó con atención.

No sabía qué debía suceder.

Pero algo sucedió.

Casi de inmediato.

Ghost se detuvo.

Su cuerpo se tensó bruscamente.

Una mano se llevó al pecho.

—¿Qué...?

Su respiración se cortó.

Un dolor intenso atravesó su torso y obligó a su cuerpo a encorvarse.

Antrox no dejó pasar la oportunidad.

Aprovechando que Ghost había bajado la guardia, avanzó a toda velocidad y le propinó un golpe directo en la cabeza.

El impacto fue brutal.

Ghost salió despedido y cayó contra el suelo de piedra, levantando polvo a su alrededor.

Antrox no perdió tiempo.

Corrió hacia él.

—¡Ahora sí...!

Levantó el brazo, preparado para asestar el golpe definitivo.

Pero se detuvo.

Algo no estaba bien.

Antrox miró fijamente a Ghost.

Había peleado contra él antes. Sabía perfectamente cómo combatía. Ghost jamás mostraba cansancio. Incluso después de recibir ataques capaces de derribar a cualquier otro enemigo, continuaba luchando como si nada hubiera ocurrido.

Pero ahora...

Estaba en el suelo.

No intentaba levantarse.

No había respondido al ataque.

Ni siquiera había intentado contraatacar.

Antrox bajó lentamente el puño.

—¿Qué demonios...?

Retrocedió un par de pasos.

Por primera vez desde que había comenzado el combate, una duda reemplazó a su rabia.

—Tú nunca haces esto...

Ghost permaneció inmóvil.

Antrox decidió mantener la distancia.

No sabía qué estaba ocurriendo, y atacar a alguien que claramente no estaba actuando con normalidad podía convertirse en un error fatal.

Mientras tanto, dentro de la mente de Ghost, todo era diferente.

No veía la catedral.

No veía a Antrox.

No veía a Desmond.

Solo había oscuridad.

Y una voz.

Una voz femenina.

—...

Ghost intentó distinguir las palabras, pero no podía.

La voz parecía venir desde muy lejos.

Como un recuerdo perdido.

Una imagen apareció frente a él.

Borrosa.

Después desapareció.

Otra.

Un lugar que no reconocía.

Una silueta.

Unas alas.

Una mujer.

Ghost intentó acercarse, pero todo se desvaneció antes de que pudiera comprenderlo.

—¿Qué...?

Llevó las manos a su cabeza.

Las imágenes comenzaron a multiplicarse.

Demasiadas.

No podía distinguir qué era real y qué no.

Una voz.

Otra.

Una imagen.

Un recuerdo.

Todo mezclado.

—¡Paren...!

La voz de Ghost resonó dentro de su propia mente.

Pero los recuerdos no se detuvieron.

Al contrario.

Cada vez aparecían más.

—¡Dije que paren!

Abrió los ojos de golpe.

La confusión se convirtió en desesperación.

Ghost se levantó violentamente.

—¡CÁLLENSE!

Un golpe de energía salió despedido de su cuerpo y sacudió la nave principal de la catedral.

Las columnas temblaron.

Los vitrales que aún permanecían intactos comenzaron a vibrar.

Ghost miró a su alrededor sin comprender lo que estaba sucediendo.

—¡¿Qué me están haciendo?!

Nadie respondió.

La música continuaba.

El tambor.

Las campanas.

La flauta.

Y aquella voz.

Aquella maldita voz que parecía penetrar directamente en su mente.

Ghost perdió completamente el control.

Comenzó a atacar todo lo que encontraba a su alrededor.

Una columna recibió un golpe y parte de ella se desprendió con un estruendo.

Después destrozó uno de los bancos de piedra.

Luego lanzó un ataque contra una pared, provocando que una lluvia de fragmentos cayera sobre el suelo.

—¡BASTA!

Su voz se convirtió en un grito desesperado.

—¡SALGAN DE MI CABEZA!

Desmond observaba la escena con creciente preocupación.

No tardó en comprender lo que estaba ocurriendo.

Miró hacia los felinos.

Después volvió a mirar a Ghost.

La música había comenzado justo antes de que Ghost sintiera aquel dolor.

Y ahora estaba viendo cosas que claramente no podía comprender.

—La música...

Desmond abrió los ojos.

—También le está haciendo efecto a Ghost.

Exelia lo escuchó.

—¿Qué?

—¡La canción! —respondió Desmond—. ¡Está reaccionando a ella!

Ghost volvió a lanzar un ataque contra una de las paredes.

El sonido hizo que todos se estremecieran.

Desmond se volvió hacia el resto del grupo.

—¡Escúchenme!

Todos dirigieron la mirada hacia él.

—Pase lo que pase, no dejen que Ghost se acerque a los felinos.

Antrox comprendió inmediatamente.

—La canción...

—Sí. Si está afectándolo de esta manera, tenemos que mantenerlos tocando.

Antrox miró hacia los cuatro felinos.

El tigre continuaba cantando sin detenerse, mientras sus compañeros seguían tocando los instrumentos.

No parecían siquiera inmutarse ante el caos que se desarrollaba alrededor de ellos.

—Entendido —respondió Antrox.

El resto del grupo asintió.

A partir de ese momento, dejaron de intentar atacar directamente a Ghost.

Su objetivo había cambiado.

Cada vez que Ghost se acercaba demasiado al círculo, alguien se interponía en su camino.

Si intentaba avanzar por un lado, otro miembro del grupo lo obligaba a retroceder.

Si lanzaba un ataque hacia los felinos, lo desviaban.

Si destruía una parte de la catedral intentando alcanzarlos, ellos aprovechaban el instante para alejarlo.

Ghost seguía luchando.

Pero ya no parecía estar luchando contra ellos.

Parecía estar luchando contra algo que solo él podía ver.

Y mientras la música continuaba resonando por toda la catedral, aquellos recuerdos enterrados en lo más profundo de su mente seguían intentando abrirse paso.

Dentro de la mente de Ghost, las imágenes comenzaron a cambiar.

Ya no eran simples destellos borrosos.

Ahora podía distinguirlas.

Un niño.

Un cielo completamente blanco.

Un arcángel riendo.

Una mujer abrazándolo.

Las escenas aparecían una detrás de otra, cada vez más claras, como fragmentos de una vida que había permanecido enterrada durante demasiado tiempo.

Ghost intentó aferrarse a ellas.

Pero entonces comenzaron a oscurecerse.

El cielo blanco desapareció.

La risa se convirtió en silencio.

La mujer dejó de estar allí.

Y después apareció él.

Lucifer.

La oscuridad lo envolvió todo.

Una espada.

Fuego.

Dolor.

Y finalmente...

su verdadero nombre.

Ghost abrió los ojos de golpe.

Su respiración se volvió irregular.

Cayó de rodillas sobre el suelo de piedra y se llevó ambas manos a la cabeza.

—No...

Su voz apenas fue audible.

Los recuerdos seguían atravesando su mente.

Ya no podía distinguir cuáles pertenecían al presente y cuáles a una vida que había olvidado hacía siglos.

—No...

Apretó los ojos con fuerza.

Pero no sirvió de nada.

Las imágenes continuaban llegando.

Hasta que, poco a poco, comenzaron a desaparecer.

La música se detuvo.

Los cuatro felinos habían terminado la canción.

El último sonido del tambor se extinguió lentamente por la catedral. Las campanas dejaron de resonar y la flauta guardó silencio.

El canto del tigre fue lo último en desaparecer.

Y entonces...

Nada.

Un silencio absoluto cayó sobre la nave.

Ghost dejó de sostenerse la cabeza.

Sus manos descendieron lentamente.

Durante unos segundos permaneció de rodillas, inmóvil.

Después levantó la mirada.

Sus labios se movieron.

Pronunció unas palabras que ninguno de los presentes pudo comprender.

No era el idioma que hablaban los demonios.

Tampoco era una lengua celestial que alguno de ellos reconociera.

Era algo mucho más antiguo.

Exelia se quedó completamente paralizada.

No porque entendiera lo que Ghost estaba diciendo.

Sino porque reconocía aquella lengua.

O, mejor dicho, sabía de dónde provenía.

Sus conocimientos sobre las antiguas lenguas celestiales le permitían identificarla como una lengua perteneciente a una época anterior a las eras luciferinas.

Una lengua que había dejado de utilizarse mucho antes de que Lucifer estableciera el orden que todos conocían.

Exelia sintió un escalofrío.

No necesitaba entender las palabras.

Aquello ya era suficiente.

Por primera vez, una idea comenzó a tomar forma en su mente.

Ghost no era simplemente un ser celestial corrompido.

Había existido mucho antes de lo que cualquiera de ellos había imaginado.

Ghost bajó la mirada.

Sus ojos se posaron sobre sus propias manos.

Las observó durante varios segundos.

Entonces vio la sangre.

Toda la sangre que había derramado.

Toda la destrucción que había causado.

Todas las vidas que había tomado durante los años en los que había servido a Lucifer.

Su respiración volvió a quebrarse.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

Y finalmente lloró.

No fue un llanto fuerte.

No gritó.

No golpeó el suelo.

No intentó justificarse.

Simplemente dejó que las lágrimas descendieran por su rostro mientras permanecía sentado sobre sus rodillas.

Era un llanto bajo, contenido, casi silencioso.

Y, de alguna manera, aquello resultaba mucho más doloroso de presenciar.

Nadie se acercó.

Desmond no dijo nada.

Antrox tampoco.

Incluso los felinos permanecieron en silencio.

Todos entendieron que aquel no era un momento en el que debieran intervenir.

Ghost necesitaba enfrentarse a aquello por sí mismo.

Entonces se escuchó un sonido detrás de ellos.

Un movimiento pesado.

Todos levantaron la mirada.

El Guardián había regresado.

Desmond se tensó inmediatamente.

Por instinto, se preparó para defenderse.

Pero la criatura no atacó.

Ni siquiera parecía interesada en ellos.

Sus pasos avanzaron lentamente por la catedral hasta detenerse frente a Ghost.

Ghost levantó la cabeza.

Durante unos segundos, ambos se observaron.

Había algo extraño en aquella escena.

El Guardián no parecía reconocer al resto del grupo.

Pero a Ghost...

parecía conocerlo.

La criatura permaneció inmóvil frente a él.

Después, lentamente, llevó una de sus enormes manos hacia el frasco que llevaba consigo.

El recipiente que contenía el alma celestial.

Desmond abrió los ojos.

—Espera...

El Guardián sostuvo el frasco durante unos instantes.

Aquello iba en contra de la orden que había recibido siglos atrás.

Lucifer le había dado una única instrucción:

Proteger aquel frasco con su vida.

Nunca entregarlo.

Nunca permitir que nadie se acercara a él.

Sin embargo, ahora el Guardián extendió el brazo.

Y se lo entregó a Ghost.

Ghost observó el recipiente con incredulidad.

No comprendía por qué se lo estaba dando.

Pero entonces recordó.

Aquella alma.

Aquella presencia.

Los recuerdos que acababa de recuperar.

Todo estaba conectado.

Ghost tomó el frasco con ambas manos.

Lo observó durante unos segundos.

Entonces comprendió que aquello era parte de su pasado.

Parte de aquello que había olvidado.

Y, antes de que pudiera decir una sola palabra, una llamarada de fuego envolvió su cuerpo.

Desmond dio un paso hacia adelante.

—¡Ghost!

Pero ya era demasiado tarde.

En cuestión de segundos, Ghost desapareció entre las llamas.

No quedó rastro de él.

Solo algunas pequeñas partículas de ceniza flotaron en el aire antes de desaparecer también.

El silencio regresó a la catedral.

Desmond permaneció mirando el lugar donde había estado Ghost.

Nadie sabía qué acababa de ocurrir.

El Guardián, por su parte, giró lentamente la cabeza hacia el grupo.

Los observó durante unos segundos.

Después se dio la vuelta.

Sin decir una palabra, comenzó a alejarse.

Sus pasos resonaron por la catedral mientras regresaba lentamente hacia aquella habitación donde lo habían encontrado por primera vez.

Y una vez que cruzó el umbral...

desapareció de su vista.

La catedral volvió a quedar en silencio.

Los felinos ya habían comenzado a recoger sus instrumentos y a guardar todo lo que habían utilizado para realizar el ritual. Poco a poco, el círculo que habían preparado quedó desmantelado, hasta que apenas quedaron rastros de lo que acababa de suceder.

Uno de ellos, todavía con cierta curiosidad, miró hacia el lugar donde Ghost había desaparecido.

—¿Quién era ese ser?

Exelia dirigió la mirada hacia el espacio vacío.

Durante unos segundos permaneció en silencio, recordando lo que acababan de presenciar.

—Era un ser celestial —respondió finalmente—. Pero ahora está en paz.

El felino pareció comprender la respuesta.

Los cuatro intercambiaron una breve mirada y, casi al mismo tiempo, hicieron una reverencia ante el grupo.

—Entonces nuestra tarea aquí ha terminado.

Uno de ellos sacó un hueso de regreso y lo sostuvo entre sus manos.

Desmond observó el objeto con curiosidad, pero no tuvo tiempo de preguntar nada más.

El felino lo partió.

Una luz envolvió a los cuatro.

Y, en cuestión de segundos, desaparecieron.

La catedral volvió a quedar vacía.

Desmond observó el lugar durante unos instantes antes de suspirar.

—Bueno... ya encontramos lo que buscábamos.

Miró a los demás.

—Lo mejor será regresar a casa.

Sacó de entre sus pertenencias el hueso de regreso que Celia les había entregado antes de partir.

—Todos juntos.

Los demás se acercaron y formaron un pequeño círculo alrededor de él. Cada uno tomó la mano de quien tenía al lado.

Desmond sostuvo el hueso con fuerza.

—Espero no volver a pisar este lugar en mucho tiempo.

Sin darle más vueltas, rompió el hueso.

Una intensa luz los envolvió.

El interior de la catedral desapareció ante sus ojos y, en cuestión de segundos, todos regresaron a casa.

Pero apenas Desmond apareció en su hogar, algo le llamó la atención.

Silencio.

No un silencio normal.

Uno demasiado profundo.

Desmond miró a su alrededor.

Todo estaba exactamente como lo habían dejado.

No había señales de que alguien hubiera entrado.

No había objetos fuera de lugar.

No había nada que indicara que algo había sucedido mientras estaban fuera.

Y, aun así...

algo no estaba bien.

El Infierno nunca era tan tranquilo.

—¿Pasa algo? —preguntó Exelia al notar su expresión.

Desmond negó lentamente con la cabeza.

—No lo sé. Todo está... demasiado tranquilo.

Exelia soltó una pequeña risa.

—Probablemente solo sea tu imaginación. Después de todo lo que acabamos de vivir, es normal que estés paranoico.

Desmond permaneció unos segundos mirando hacia el exterior.

Finalmente asintió.

—Sí... probablemente.

Los demás comenzaron a despedirse.

Cada uno tomó su camino de regreso a casa hasta que, poco a poco, Desmond quedó solo.

Pasó aproximadamente una hora.

Desmond recorrió la casa sin encontrar absolutamente nada fuera de lo normal.

Revisó algunas habitaciones, observó por las ventanas y comprobó una vez más que todo estuviera en orden.

Nada.

Quizá realmente había sido su imaginación.

Finalmente decidió salir.

Caminó hasta la puerta principal y puso la mano sobre el picaporte.

La abrió.

Y apenas cruzó el umbral...

varias figuras descendieron sobre él.

—¡¿Qué...?!

Desmond apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Un grupo de ángeles lo rodeó y lo sometió antes de que pudiera defenderse. Intentó liberarse, pero la diferencia de fuerza era evidente.

—¡Suéltenme!

Forcejeó con todas sus fuerzas.

No sirvió de nada.

Los ángeles eran demasiado fuertes.

Uno de ellos lo sujetó con firmeza mientras otro se colocaba frente a él.

Entonces habló con una voz fría y autoritaria:

—Desmond Ludendorff, usted queda bajo arresto por los crímenes de atentar contra la seguridad de los dos planos, entrar a un área restringida sin autorización y todo lo demás que exista en su contra.

Desmond abrió los ojos.

Ahora entendía por qué todo había estado tan tranquilo.

No habían llegado tarde.

Lo habían estado esperando.

—¡No pueden hacer esto! —protestó mientras intentaba liberarse nuevamente.

Pero era inútil.

Por más que forcejeara, no conseguía romper el agarre de los ángeles.

Finalmente dejó de resistirse.

No porque estuviera de acuerdo.

Sino porque comprendió que no podía ganar aquella pelea.

Uno de los ángeles abrió un portal frente a ellos.

Del otro lado se podía distinguir una luz blanca e intensa.

El Cielo.

Desmond miró aquella abertura.

Durante toda su vida había admirado aquel lugar.

Había soñado con conocerlo.

Y ahora estaba a punto de entrar en él...

pero no como invitado.

Los ángeles comenzaron a llevarlo hacia el portal.

Desmond no dijo una palabra.

Simplemente cruzó junto a ellos.

El portal se cerró detrás del grupo.

Y por primera vez, Desmond Ludendorff se encontraba completamente a merced de la justicia celestial.

CAP 111

Las Cenizas de una Identidad Robada

Mientras Desmond era llevado al Cielo para enfrentarse a su juicio, la historia de Ghost tomaba un rumbo completamente distinto.

Se encontraba en su escondite, sentado en silencio, completamente desconcertado por todo lo que había ocurrido en Malachi de Compostela. Había pasado tiempo desde que había abandonado aquella catedral, pero su mente seguía atrapada allí.

Los recuerdos habían llegado de golpe.

Aquella melodía tocada por los felinos infernales había provocado algo dentro de él que no podía explicar. Imágenes de una vida que no recordaba habían aparecido ante sus ojos, acompañadas por palabras que ni siquiera sabía que alguna vez había pronunciado.

Y después estaba el Guardián.

Aquel ser había tomado el frasco que protegió durante siglos y se lo había entregado directamente a él, desobedeciendo la orden que Lucifer le había impuesto desde hacía tanto tiempo.

Un frasco que contenía un alma celestial.

Su alma.

Al menos, eso era lo que Ghost comenzaba a sospechar.

Y era precisamente esa posibilidad la que más se negaba a aceptar.

Durante toda su existencia, o al menos durante todo lo que podía recordar, había creído que había sido creado por Lucifer. Esa era la única verdad que conocía sobre su propio origen. Lucifer era quien le había dado un propósito, quien lo había convertido en el ser que era y quien había moldeado toda su existencia.

Pero ahora...

Todo aquello comenzaba a tambalearse.

Si aquella alma realmente le pertenecía, entonces significaba que Ghost había existido antes de Lucifer.

Significaba que su historia no comenzaba con él.

Y, por primera vez, Ghost se encontró frente a una pregunta que no podía responder por sí mismo:

¿Quién era antes de convertirse en Ghost?

Se llevó una mano al rostro y cerró los ojos.

No quería seguir pensando en ello.

Pero tampoco podía ignorarlo.

Necesitaba respuestas.

Y conocía a alguien que quizá pudiera ayudarlo.

Illuzkan.

El Eminente de la Envidia.

Había escuchado hablar de sus capacidades mucho antes de conocerlo. Sus poderes no servían únicamente para atacar o desorientar a sus enemigos. Se decía que Illuzkan podía adentrarse en la mente de otros y reconstruir recuerdos con una precisión casi perfecta.

Si alguien podía ayudarlo a comprender aquello que había visto en Malachi de Compostela, probablemente era él.

Ghost se levantó lentamente.

No tenía ninguna otra opción.

Extendió una mano y una llamarada de fuego azul comenzó a envolver su cuerpo.

Por un instante, su silueta quedó oculta entre las llamas.

Después desapareció.

El escondite volvió a quedar en silencio.

Cuando las llamas azules reaparecieron, Ghost ya no se encontraba en su refugio.

Había llegado al circo de Illuzkan.

Se quedó quieto durante unos segundos, observando el lugar.

Había algo peculiar en aquel sitio.

No era simplemente el territorio de uno de los seres más poderosos del Infierno.

Era el lugar donde Ghost esperaba encontrar respuestas.

Y, aunque todavía no lo sabía, acababa de dar el primer paso para descubrir una parte de sí mismo que había permanecido enterrada durante siglos.

Al aparecer frente a la entrada del circo, Ghost no se detuvo más de lo necesario. Empujó la entrada y se internó en el lugar.

Apenas avanzó unos metros, pudo ver a pequeños demonios corriendo de un lado a otro, persiguiéndose, jugando y riendo por todo el espacio. Eran criaturas creadas por el propio Illuzkan, y parecían haberse acostumbrado a aquel extraño hogar como si siempre hubieran pertenecido allí.

Uno de ellos reparó en la presencia de Ghost y corrió hacia él.

—¿Vienes a ver al jefe?

Ghost ni siquiera respondió. Continuó caminando, ignorándolo por completo.

Atravesó el circo hasta llegar a la zona de los camerinos. Allí siguió avanzando por el pasillo hasta detenerse frente a una puerta sobre la que podía leerse claramente un nombre:

ILLUZKAN.

Ghost abrió la puerta y entró sin avisar.

No lo necesitaba.

Illuzkan se encontraba frente a un espejo roto, rodeado por una hilera de bombillas. Algunas seguían funcionando, proyectando una luz irregular sobre su rostro; otras estaban fundidas, mientras que varias más habían estallado hacía tiempo y solo conservaban los casquillos vacíos.

Illuzkan no necesitó girarse para saber quién había entrado.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Vaya, vaya... —comentó, contemplando su propio reflejo fragmentado—. ¿Acaso hice algo malo para que venga a buscarme personalmente la mano ejecutora de Lucifer?

Ghost cerró la puerta detrás de sí.

—No estoy de humor para tus juegos. Vengo a buscar respuestas.

La sonrisa de Illuzkan no desapareció, aunque su expresión cambió ligeramente.

—¿Qué clase de respuestas buscas?

Ghost permaneció en silencio durante un instante.

—Sobre lo que aparenta ser mi pasado.

Aquellas palabras bastaron para que Illuzkan apartara finalmente la mirada del espejo.

Se giró hacia él.

Por primera vez, su atención estaba completamente puesta en Ghost.

—Puedo ayudarte con eso —dijo—. Pero te costará caro.

Ghost llevó una mano hacia uno de sus bolsillos y sacó una bolsa de oriones. La lanzó hacia Illuzkan.

Este la atrapó con facilidad.

La abrió y echó un vistazo a su contenido. Su sonrisa se ensanchó.

—Ahora sí estamos hablando mi idioma.

Cerró la bolsa y volvió a mirar a Ghost.

—¿Qué buscas exactamente?

Ghost respiró profundamente antes de responder.

—Recuerdos.

Illuzkan arqueó ligeramente una ceja.

—¿Recuerdos?

—Llegaron a mi mente —continuó Ghost—. De golpe. Pero no sé de qué son. Ni siquiera sé si realmente tienen algo que ver conmigo.

Su mirada se endureció.

—Necesito tu poder. Necesito saber qué significan.

Illuzkan lo observó durante unos segundos, estudiándolo en silencio.

—Sí. Puedo hacer eso.

Ghost no respondió.

—Pero debes entender algo —añadió Illuzkan—. El riesgo puede ser bastante devastador para ti.

El ambiente pareció volverse más pesado.

Illuzkan extendió lentamente una mano hacia él.

—Si estás dispuesto a correr ese riesgo...

Ghost bajó la mirada hacia la mano.

No dudó.

—Lo estoy.

Entonces tomó la mano de Illuzkan.

—Si la tomas —dijo Illuzkan, cerrando los dedos alrededor de la suya—, ya no hay vuelta atrás.

Entonces, un humo verde comenzó a extenderse lentamente por todo el camerino.

Al principio parecía una pequeña nube que se filtraba desde algún punto cercano, pero en cuestión de segundos comenzó a cubrir el lugar por completo. El humo se arrastraba por el suelo, trepaba por las paredes y se arremolinaba alrededor de ambos. Un fuerte olor a azufre impregnó el aire.

Ghost frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

Illuzkan no respondió.

Ghost volvió la mirada hacia él, pero algo había cambiado.

El cuerpo de Illuzkan comenzó a desvanecerse entre aquella niebla verdosa, como si estuviera siendo absorbido por ella. En cuestión de instantes, desapareció por completo.

Ghost quedó solo.

Miró a su alrededor.

El humo seguía aumentando.

Intentó mantenerse en pie, pero una sensación extraña comenzó a apoderarse de su cuerpo. Sus pensamientos se volvieron pesados, sus sentidos comenzaron a fallarle y, antes de que pudiera hacer nada, todo se volvió negro.

Cuando volvió a abrir los ojos, Ghost ya no se encontraba en el camerino.

Estaba flotando.

No había suelo bajo sus pies. No había paredes, techo ni horizonte. Solo una inmensidad completamente negra que parecía extenderse en todas direcciones.

Ghost giró lentamente sobre sí mismo.

—¿Dónde estoy?

Su propia voz se perdió en la oscuridad.

Entonces, una voz comenzó a escucharse a lo lejos.

—Ahora mismo te encuentras dentro de tu subconsciente.

Ghost reconoció la voz inmediatamente.

Era Illuzkan.

—En este limbo podremos ver con mayor claridad cada uno de tus recuerdos —continuó—. O, al menos, eso creo.

Ghost miró en todas direcciones, intentando encontrarlo.

—¿Dónde estás?

No obtuvo una respuesta inmediata.

—Acércate al portón.

Ghost frunció el ceño.

—¿Qué portón?

Entonces, a unos metros de él, algo apareció en medio de la oscuridad.

Un enorme portón de color dorado.

Ghost permaneció inmóvil durante unos segundos, observándolo.

No había estado allí antes.

Finalmente, comenzó a caminar hacia él.

Cada paso resonaba en aquel espacio vacío con un eco ensordecedor. El sonido se repetía una y otra vez, perdiéndose en la oscuridad, hasta adquirir una cualidad casi mística.

Ghost continuó avanzando.

Al llegar frente al portón, levantó la mirada.

Era mucho más grande de lo que había imaginado.

Sin saber exactamente qué encontraría al otro lado, colocó las manos sobre él y comenzó a abrirlo.

Una luz cegadora irrumpió de inmediato.

Ghost tuvo que cubrirse el rostro con el brazo mientras aquella claridad lo golpeaba de frente. Por unos instantes, no pudo ver absolutamente nada.

Siguió caminando.

Poco a poco, la intensidad de la luz comenzó a disminuir.

Ghost bajó lentamente el brazo.

Y entonces se quedó completamente inmóvil.

No podía creer dónde se encontraba.

Era el Cielo.

Pero no el Cielo que conocía.

Aquello era algo mucho más antiguo.

El paisaje parecía pertenecer a una época completamente distinta. Los senderos se extendían ante él mientras figuras que parecían ser los elegidos caminaban tranquilamente por ellos. Todo desprendía una sensación celestial que Ghost reconocía, pero al mismo tiempo resultaba extrañamente desconocida.

Ghost comenzó a avanzar por los senderos, mirando a su alrededor.

Los elegidos pasaban cerca de él.

Sin embargo, ninguno parecía verlo.

Ghost observó a uno de ellos durante unos segundos, confundido.

—¿No pueden verme?

No hubo respuesta.

Continuó caminando.

Cuanto más avanzaba, más intentaba comprender aquel lugar. Todo parecía real, pero al mismo tiempo se sentía como si estuviera contemplando algo que había quedado enterrado en lo más profundo de su propia memoria.

Entonces, a lo lejos, distinguió una figura.

Una silueta con unas alas enormes.

Ghost se detuvo.

Sus ojos se fijaron en aquella presencia.

En ese instante, la voz de Illuzkan volvió a escucharse.

—Parece que este es el paraíso antiguo.

Hubo un breve silencio.

—Esto es... interesante.

Ghost no apartó la mirada de aquella figura.

—¿Qué significa esto?

La voz de Illuzkan respondió desde algún punto de aquel extraño espacio.

—No lo sé con exactitud.

Ghost permaneció en silencio, esperando una explicación.

—Pero parece que tú mismo estás ligado de alguna forma al plano celestial.

Ghost volvió a mirar aquel antiguo Cielo.

Y por primera vez, la duda sobre su propio origen dejó de ser una simple posibilidad.

Ahora estaba frente a él.

Ghost continuó acercándose al ángel.

A medida que avanzaba, pudo distinguir con mayor claridad sus facciones y la enorme extensión de sus alas. Cuando finalmente estuvo frente a él, se detuvo y lo observó con atención.

El ángel no reaccionó.

Ni siquiera parecía ser consciente de su presencia.

Ghost entrecerró los ojos.

—Este es un arcángel...

La certeza estaba ahí, aunque el nombre se le escapaba.

—Pero no recuerdo cuál.

La voz de Illuzkan volvió a escucharse desde algún lugar del subconsciente.

—Todavía no hemos llegado a ese punto. Tenemos que seguir explorando.

Ghost apenas tuvo tiempo de procesar sus palabras.

De repente, todo a su alrededor desapareció.

Su cuerpo fue transportado de golpe a otro espacio.

El mismo arcángel apareció nuevamente frente a él, pero esta vez la escena era completamente diferente.

El ángel se encontraba entre los brazos de una mujer de alas majestuosas.

Ghost abrió ligeramente los ojos.

La reconoció.

Era Seraphiel, la serafín mayor.

—¿Qué carajos...?

Entonces la mujer comenzó a hablar.

Ghost se quedó inmóvil.

Aquella voz...

Era la misma que había escuchado en sus recuerdos.

La misma voz que, hasta ese momento, no había podido identificar.

Illuzkan guardó silencio durante unos segundos antes de hablar.

—Parece que acabamos de encontrar otra pieza del rompecabezas de tu mente.

Ghost no respondió.

Seguía mirando la escena, intentando grabar cada detalle.

Pero nuevamente, no tuvo oportunidad de hacerlo.

El espacio cambió de golpe.

Ghost fue transportado una vez más.

Ahora se encontraba en otro momento.

El mismo arcángel estaba junto a otra figura celestial.

Era Azrael.

Ambos conversaban tranquilamente, como si aquella escena perteneciera a un pasado que había quedado sepultado hacía muchísimo tiempo.

Ghost permaneció a cierta distancia, observándolos.

Entonces, Azrael pronunció el nombre del arcángel.

—Sariel.

Ghost abrió los ojos.

—Sariel...

Repitió el nombre lentamente, como si intentara comprobar cómo sonaba en su propia mente.

La voz de Illuzkan volvió a aparecer.

—Así que ese es el nombre del arcángel.

Hubo una breve pausa.

—Sigamos explorando.

Una vez más, el recuerdo desapareció.

Ghost apareció de nuevo.

Pero esta vez no estaba en el Cielo.

Se encontraba en el mundo humano.

La escena había cambiado por completo.

Sariel había descendido al mundo de los mortales para observar las almas humanas. Se encontraba camuflado entre ellos, pasando desapercibido mientras recorría los senderos.

Ghost lo observaba desde una distancia cercana.

Todo parecía tranquilo.

Hasta que un hombre viejo llamó la atención de Sariel.

—¡Ayuda!

Sariel se volvió hacia él.

El anciano parecía necesitar asistencia.

Impulsado por su propia amabilidad y bondad, Sariel se acercó.

Un grave error.

El anciano lo condujo hasta un callejón solitario.

Ghost siguió la escena con creciente inquietud.

Una vez estuvieron completamente apartados de los demás, el viejo dejó de fingir.

Su expresión cambió.

—Sé quién eres.

Sariel se quedó inmóvil.

El anciano sonrió.

—Y ya tengo lo que necesitaba.

Entonces, el viejo se esfumó.

Sariel apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Algo apareció detrás de él.

Una presencia cuya sola aparición parecía cambiar por completo el ambiente.

El rey del Infierno.

Ghost abrió los ojos.

Antes de que Sariel pudiera siquiera darse la vuelta, el rey del Infierno lo agarró del cuello y del brazo.

Sariel intentó resistirse.

Pero fue inútil.

El rey del Infierno se lo llevó consigo.

Ghost permaneció mirando, incapaz de intervenir.

Entonces, el recuerdo comenzó a desmoronarse.

La escena perdió forma.

Las imágenes se fragmentaron hasta desaparecer por completo.

Y una vez más, todo volvió a quedar sumido en la oscuridad.

Pero entonces, un fuego abrasador envolvió a Ghost.

No tuvo tiempo de reaccionar.

Las llamas lo rodearon por completo y, en un instante, lo arrastraron fuera de aquel lugar. Cuando volvió a percibir algo a su alrededor, se encontró nuevamente donde estaba Sariel.

Pero ya no era reconocible.

Aunque su cuerpo todavía conservaba una forma vagamente humana, estaba cubierto de deformidades, quemaduras y cortes profundos. Su aspecto era irreconocible. Las heridas recorrían prácticamente todo su cuerpo y la sangre dorada brotaba de ellas, cayendo al suelo en abundancia.

Ghost se quedó paralizado.

Entonces, una figura apareció frente al arcángel.

Lucifer.

El rey del Infierno se acercó a Sariel con una tranquilidad que contrastaba de manera aterradora con el estado en el que se encontraba el arcángel.

Ghost apenas tuvo tiempo de comprender lo que estaba viendo.

Lucifer extendió las manos y sujetó el rostro de Sariel.

Y comenzó a arrancarle la piel.

Los gritos del arcángel atravesaron el lugar.

Ghost retrocedió instintivamente.

Aquellos alaridos eran insoportables. Nunca había visto algo semejante, y mucho menos a manos de alguien a quien había seguido durante toda su existencia.

Ver a Lucifer, su jefe, desgarrando con sus propias manos la piel de un arcángel resultaba horrorizante incluso para él.

La sangre dorada caía a chorros del cuerpo de Sariel mientras Lucifer continuaba con su brutal tarea.

Ghost no podía apartar la mirada.

No quería seguir viendo.

Pero tampoco podía dejar de hacerlo.

Cuando Lucifer terminó de desgarrar la mayor parte de la piel y la carne del arcángel, Sariel yacía inmóvil.

Muerto.

Lucifer contempló el cadáver durante unos instantes.

Entonces levantó una mano.

Una llamarada salió disparada hacia el cuerpo.

El fuego envolvió los restos de Sariel y carbonizó lo que quedaba de su carne, reduciéndolo todo hasta dejar únicamente su esqueleto.

Ghost observó horrorizado.

Pero el proceso todavía no había terminado.

Antes de que el alma del arcángel pudiera desaparecer por completo, Lucifer la atrapó y la encerró dentro de un frasco de fibra nórdica.

Ghost abrió los ojos con incredulidad.

Lucifer sostuvo el frasco durante unos segundos.

Después, utilizando su propia esencia, comenzó a devolverle la vida al cadáver.

Algo oscuro y sobrenatural recorrió los huesos.

El esqueleto comenzó a reconstruirse.

Sobre su cráneo aparecieron unos largos cuernos, mientras un fuego azul envolvía por completo el cuerpo recién formado.

Las llamas ardieron con intensidad.

Y entonces, aquello que alguna vez había sido Sariel abrió los ojos.

Ghost observó fijamente.

No había reconocimiento en aquella mirada.

No había recuerdos.

No había identidad.

Nada.

Lucifer se acercó al nuevo ser.

—Tú eres mi mejor creación.

La criatura permaneció en silencio, escuchándolo.

—Te llamarás Ghost —continuó Lucifer—. Y serás mi mano derecha.

Ghost observó la escena sin poder pronunciar una sola palabra.

La criatura respondió.

—Sí.

Y lo dijo con absoluta convicción.

Porque ahora creía que aquella era su verdad.

Creía que había sido creado por el propio Lucifer.

Ghost permaneció inmóvil mientras contemplaba aquella escena.

Todo lo que creía saber sobre sí mismo acababa de quedar reducido a cenizas frente a sus ojos.

La voz de Illuzkan volvió a escucharse en medio de aquella oscuridad.

—Parece que viviste toda tu eternidad engañado y manipulado por Lucifer.

Ghost no respondió.

No podía.

No tenía palabras.

Su mente intentaba procesar cada imagen, cada sonido y cada fragmento de aquella verdad que acababa de descubrir.

Entonces, un dolor intenso atravesó su cabeza.

Ghost se llevó una mano a la frente.

—Ah...

El dolor aumentó rápidamente.

Su visión comenzó a nublarse.

Las imágenes se desvanecieron.

Y, finalmente, perdió el conocimiento.

Cuando volvió a abrir los ojos, Ghost se encontraba nuevamente en el camerino de Illuzkan.

El espejo roto seguía frente a él.

Las bombillas seguían allí, algunas apagadas y otras parpadeando débilmente.

Por unos instantes, Ghost permaneció inmóvil, intentando recuperar el aliento.

Había regresado.

Pero ya no era el mismo que había entrado en aquel camerino.

Ghost permaneció mirándolo mientras Illuzkan se incorporaba lentamente.

Todavía parecía incapaz de asimilar lo que acababa de presenciar.

—Eso... no puede ser cierto.

Illuzkan lo observó en silencio durante unos segundos.

—Aunque no quieras creerlo, eso es lo que tu propia mente está mostrando.

Ghost apretó los dientes.

—Pero...

—Sé que es difícil de aceptar —continuó Illuzkan—. Pero eso es lo que ocurrió. Y, por mucho que quieras negarlo, esa es la realidad.

Ghost bajó la mirada.

No tenía una respuesta para aquello.

Illuzkan metió una mano dentro de su chaqueta y sacó una pequeña esfinge. La sostuvo entre sus dedos antes de extenderla hacia Ghost.

—Adapté tu alma a esta esfinge para que pudieras recuperarla.

Ghost levantó la mirada hacia el objeto.

—¿Mi alma?

—Solo tienes que golpearla en el pecho.

Illuzkan le entregó la esfinge.

Ghost la tomó, pero permaneció inmóvil.

La observó detenidamente.

Después miró a Illuzkan.

Por primera vez desde que había llegado al circo, parecía realmente inseguro de algo.

No sabía qué ocurriría si lo hacía.

Pero necesitaba saberlo.

Finalmente, cerró los dedos alrededor de la esfinge y la presionó con fuerza contra su pecho.

El objeto se quebró.

Una luz amarilla brotó de los fragmentos y se introdujo directamente en el cuerpo de Ghost.

Entonces llegó el dolor.

Ghost se dobló ligeramente mientras una sensación abrasadora recorría cada parte de su cuerpo. Era como si algo dentro de él estuviera intentando abrirse paso a la fuerza.

Su alma celestial intentaba incorporarse a un cuerpo que había sido consumido durante años por la maldad.

Ghost apretó los dientes.

El dolor aumentó.

Y entonces ocurrió algo que ni siquiera él esperaba.

Sus cuernos comenzaron a quebrarse.

Los fragmentos cayeron al suelo mientras ambos cuernos se partían, dejando dos orificios en su cabeza.

Ghost llevó una mano hacia ellos, pero antes de poder siquiera reaccionar, aquellos huecos comenzaron a llenarse nuevamente.

Cartílago.

La materia se formó rápidamente dentro de los orificios hasta reconstruir las zonas dañadas.

Poco a poco, el dolor comenzó a desaparecer.

Ghost respiró con dificultad.

Permaneció unos instantes en silencio, intentando comprender qué acababa de suceder.

Illuzkan lo observó.

—Ya terminamos.

Ghost levantó la mirada.

—Eso fue... extraño.

Illuzkan se encogió ligeramente de hombros.

—Es la realidad.

Se volvió hacia otro lado, dando por terminada la conversación.

—Ya puedes irte. Tengo que ocuparme de otras cosas.

Ghost permaneció unos segundos en silencio.

Finalmente, asintió.

—Está bien.

Una llamarada envolvió su cuerpo.

En un instante, Ghost desapareció del camerino y regresó a su escondite.

Pasaron varias horas.

Ghost se encontraba frente a un espejo.

Permanecía inmóvil, contemplando su propio reflejo.

Pero ahora sabía la verdad.

Sabía quién había sido.

Sabía lo que Lucifer le había hecho.

Y, sobre todo, sabía que toda la vida que recordaba había sido construida sobre una mentira.

Ghost apretó los puños.

—No puede ser...

Su reflejo no respondió.

—Toda mi vida... viví engañado.

Bajó la mirada.

Los recuerdos comenzaron a regresar a su mente.

Todo aquello que había hecho.

Todo aquello en lo que había participado.

—¿Cómo es posible?

Su voz comenzó a quebrarse ligeramente.

Había matado a Desidia.

Había difundido miedo entre los habitantes del Infierno.

Había cometido atrocidades.

Y había hecho muchas otras cosas que ahora veía bajo una luz completamente diferente.

Todo aquello había sido consecuencia de la manipulación de Lucifer.

—Todo por culpa de ese maldito...

Ghost cerró los ojos durante unos segundos.

Ya no podía seguir allí.

Se apartó del espejo y tomó un cristal celestial.

Aquel objeto tenía una función concreta: abrir portales hacia las puertas del Cielo.

Lo sostuvo entre sus dedos.

Por un instante, dudó.

Sabía que no tenía ninguna garantía de lo que encontraría al otro lado.

Sabía que estaba dejando atrás todo lo que había conocido.

Pero también sabía que no quería continuar viviendo bajo aquella mentira.

Ghost apretó el cristal.

Lo rompió.

Un portal apareció frente a él.

La luz celestial iluminó el escondite.

Ghost permaneció observándolo durante unos segundos.

Estaba asustado.

No sabía qué podía suceder una vez que cruzara.

Pero estaba decidido.

Había pasado demasiado tiempo en aquel lugar.

Demasiado tiempo siendo alguien que nunca había elegido ser.

Finalmente, dio un paso al frente.

Y atravesó el portal.

Ghost dejó atrás aquel Infierno que lo había condenado a convertirse en un ser insensible y asqueroso.

Por primera vez, no estaba huyendo de alguien.

Estaba intentando dejar atrás aquello en lo que lo habían convertido.

CAP 112

El Juicio.

En el Cielo, Desmond yacía en el interior de una celda.

Se encontraba completamente solo.

Sentado sobre el borde de una cama, mantenía la cabeza inclinada y la mirada perdida en algún punto del suelo. No había intentado levantarse ni buscar una forma de escapar desde que lo habían encerrado. Su mente estaba demasiado ocupada en otros asuntos.

No dejaba de pensar en su familia.

En si estarían a salvo. En si los ángeles habrían ido también tras ellos. En lo que podría estar ocurriendo en el Infierno mientras él permanecía allí, sin poder hacer absolutamente nada.

La incertidumbre era lo que más lo atormentaba.

Desmond estaba acostumbrado a enfrentarse a situaciones peligrosas, a responder con provocaciones cuando alguien intentaba intimidarlo y a encontrar alguna salida incluso cuando todo parecía estar en su contra. Sin embargo, aquella vez era diferente.

No tenía fuerzas para bromear.

Ni siquiera sentía el impulso de desafiar a quienes lo habían capturado.

Un golpe metálico rompió de pronto la tranquilidad de la celda.

Desmond levantó ligeramente la cabeza.

Al otro lado de los barrotes se encontraba un ángel, cuya expresión seria dejaba bastante claro que no había ido allí para conversar.

—Levántese. Será juzgado por sus actos.

Desmond permaneció unos segundos sentado, procesando aquellas palabras. Después soltó un suspiro y apoyó las manos sobre la cama para incorporarse.

Lo hizo sin prisa, con una energía que contrastaba profundamente con la determinación que solía caracterizarlo.

Se acercó al ángel.

Este abrió la puerta de la celda y, en cuanto Desmond salió, le colocó unas esposas. El sonido metálico de los cierres resonó en el pequeño espacio.

Sin decir nada más, comenzó a escoltarlo.

El camino hacia la corte no fue especialmente largo. Apenas transcurrieron cinco minutos desde que abandonaron las celdas hasta que llegaron a su destino.

Sin embargo, para Desmond, aquellos cinco minutos se sintieron como horas.

Avanzaba en silencio, con la mirada baja y las manos esposadas. A cada paso, la idea de lo que estaba por suceder se hacía más difícil de ignorar.

Finalmente, llegaron a la corte.

El lugar imponía respeto incluso antes de entrar por completo. Su amplitud, la disposición de los asientos y la presencia de tantos seres celestiales de alto rango dejaban claro que no se trataba de un juicio ordinario.

El ángel condujo a Desmond hasta una mesa y le indicó que tomara asiento.

Desmond obedeció.

Al mirar a su alrededor, notó algo que no tardó en inquietarlo todavía más.

Estaba solo.

No había ningún abogado, defensor ni representante que pudiera hablar en su favor. Ninguna persona que lo acompañara durante el proceso o que tuviera la oportunidad de presentar una versión distinta de los acontecimientos.

Aquello le hizo comprender que, al menos en apariencia, el juicio no estaba planteado para darle demasiadas posibilidades de defenderse.

Parecía que solo quedaba escuchar la sentencia que determinaría su destino.

Desmond recorrió la sala con la mirada.

Había ángeles de alto rango ocupando distintos lugares del recinto. También se encontraban allí varias Virtudes, cuya presencia contribuía a la solemnidad del procedimiento.

Pero hubo una figura que llamó especialmente su atención.

Azrael.

El arcángel también estaba presente.

Desmond lo observó durante unos instantes, preguntándose qué hacía allí y cuál era su papel en aquel juicio. No tenía forma de saberlo, y tampoco parecía ser el momento adecuado para averiguarlo.

Entonces, las puertas de la corte se abrieron.

La conversación dispersa que había entre los presentes comenzó a apagarse.

Seraphiel hizo su entrada.

Su presencia no pasó desapercibida. Avanzó con serenidad hasta llegar a una mesa elevada, situada por encima del resto de los espacios destinados a los participantes del juicio.

Tomó su lugar allí.

La posición que ocupaba no era casual. Aquella mesa elevada representaba, de manera simbólica y evidente, la autoridad y el nivel de poder que Seraphiel ejercía dentro del orden celestial.

Desde su asiento, podía contemplar a todos los presentes, incluido Desmond.

El condenado levantó la mirada hacia ella.

Seraphiel no dijo nada de inmediato.

Se limitó a observar la sala durante unos segundos, asegurándose de que todos estuvieran en sus respectivos lugares.

Entonces alzó una mano.

El murmullo desapareció por completo.

Los presentes guardaron silencio.

El juicio de Desmond estaba a punto de comenzar.

El silencio se había apoderado por completo de la corte.

Desde su posición elevada, Seraphiel contempló a los presentes antes de dirigir finalmente la mirada hacia el acusado. Desmond permanecía sentado frente a ella, con las manos esposadas y la cabeza ligeramente inclinada. No parecía tener intención de hablar, aunque tampoco había recibido todavía la oportunidad de hacerlo.

Seraphiel acomodó los documentos que tenía sobre la mesa. Los había llevado consigo desde su llegada y, por la manera en que los sostenía, resultaba evidente que conocía perfectamente el contenido de cada uno. No parecía necesitar demasiado tiempo para revisarlos.

Finalmente, tomó el primero y comenzó a hablar.

—Este juicio será rápido.

Su voz se extendió por toda la sala. No necesitó levantarla para conseguir que cada uno de los presentes prestara atención.

—El acusado no tendrá derecho a defensa. No estamos aquí para escuchar justificaciones ni para discutir los hechos. Únicamente se dictará la sentencia correspondiente a los actos que ha cometido.

Desmond levantó ligeramente la mirada.

Aquellas palabras no le gustaron en absoluto, aunque no podía decir que le sorprendieran. Desde el momento en que había sido capturado y llevado al Cielo, había tenido la sensación de que las cosas no terminarían bien. Sin embargo, escuchar directamente de Seraphiel que ni siquiera tendría derecho a defenderse hizo que aquella sospecha adquiriera un peso mucho más difícil de ignorar.

La serafín mayor bajó los ojos hacia los documentos.

—Comencemos.

Pasó una página y leyó con claridad:

—Desmond Ludendorff, también conocido por el apellido Lebrozky, ha sido traído ante esta corte para responder por una serie de actos cometidos en el Infierno.

Desmond permaneció quieto.

—Entre ellos se encuentra su conflicto con el pecado capital de la Envidia, así como su relación con la muerte de Astaroth.

Al escuchar aquel nombre, Desmond apretó ligeramente la mandíbula.

No hizo ningún comentario.

Seraphiel continuó leyendo, sin detenerse a observar su reacción.

—Pero esas no son las únicas acusaciones que pesan sobre usted.

Pasó nuevamente una página.

—También se ha encontrado en su posesión un documento confidencial relacionado con este mismo asunto. En él se demuestra que usted manipuló a dos ángeles de alto rango pertenecientes a la Guardia Celestial para conseguir que lo acompañaran a cruzar las tierras prohibidas del Infierno.

La serafín hizo una breve pausa.

—Y, como consecuencia de sus acciones, uno de ellos se encuentra actualmente malherido, al borde de la muerte.

Desmond tragó saliva.

Aquella acusación le afectó más de lo que quiso demostrar. No podía ignorar lo que había ocurrido ni las consecuencias que sus decisiones habían tenido sobre quienes lo acompañaron. Por un instante, sus pensamientos se apartaron de la corte y regresaron a aquellos acontecimientos.

Seraphiel no le concedió demasiado tiempo para perderse en ellos.

—Usted sabía perfectamente que entrar en esas tierras estaba prohibido —prosiguió—. Conocía las restricciones y era consciente de que ningún individuo tenía autorización para acceder a semejante territorio sin el permiso correspondiente.

Levantó ligeramente el documento.

—Y, aun así, de alguna manera que todavía desconocemos, consiguió entrar.

Sus ojos se fijaron directamente en Desmond.

—Llegó hasta la antigua catedral de Malachi de Compostela, perturbando un lugar cuya existencia y condición deberían haber sido suficientes para disuadirlo de continuar.

La mención de la catedral hizo que Desmond levantara un poco más la cabeza.

Malachi de Compostela.

Aquel lugar había sido el centro de una serie de acontecimientos que todavía le resultaban difíciles de explicar. Recordó el peligro que habían enfrentado, la presencia del Guardián y todo lo que habían descubierto durante su estancia allí.

Pero no podía detenerse a pensar en eso.

No cuando Seraphiel seguía enumerando sus cargos.

—Y eso no es todo —añadió ella.

Desmond comenzó a mover ligeramente las manos, haciendo sonar las esposas contra la mesa.

—También se le acusa de haber entrado ilegalmente en el mundo humano y permanecer allí durante diez años.

La expresión de Seraphiel se endureció.

—¿Tiene idea de cuántas reglas ha quebrantado, Ludendorff?

Desmond abrió la boca.

—Yo...

—¡Silencio!

El grito de Seraphiel estalló por toda la corte.

Su voz resonó con tanta fuerza que incluso algunos de los presentes reaccionaron ante ella. Entre ellos se encontraba Althea, quien también había asistido al juicio. La joven serafín giró la cabeza hacia Seraphiel, sorprendida por la brusquedad de aquella interrupción.

Desmond cerró la boca.

La serafín mayor no apartó la mirada de él.

—Todavía no he terminado.

El ambiente volvió a quedar en silencio.

Desmond bajó lentamente la cabeza. Había intentado protestar, pero ni siquiera había conseguido pronunciar una frase completa. No sabía si aquello había sido una decisión consciente de Seraphiel para impedirle hablar o si simplemente no estaba dispuesta a escuchar ninguna explicación.

Probablemente ambas cosas.

Seraphiel dejó los documentos sobre la mesa y apoyó las manos sobre ellos.

—Le daremos la oportunidad de hablar.

La frase quedó suspendida en el aire.

Desmond levantó los ojos.

Por primera vez desde que había comenzado el juicio, todos parecían estar esperando algo de él.

Una explicación.

Una justificación.

Cualquier palabra que pudiera pronunciar.

Pero Desmond no dijo nada.

No podía.

Las acusaciones eran ciertas.

Había entrado en territorios prohibidos. Había llegado hasta Malachi de Compostela sin autorización. Había involucrado a dos ángeles de alto rango en aquella expedición y uno de ellos había terminado al borde de la muerte. También había permanecido diez años en el mundo humano, quebrantando las normas que regulaban el acceso a aquel plano.

Y estaba el asunto de Astaroth.

Por mucho que quisiera encontrar una manera de responder, no podía borrar lo ocurrido ni fingir que aquellos acontecimientos jamás habían sucedido.

¿Qué podía decir?

¿Que tenía sus razones?

¿Que no había actuado con la intención de perjudicar a la Guardia Celestial?

¿Que todo lo que había hecho había sido necesario?

Quizá algunas de esas cosas fueran ciertas desde su perspectiva, pero ninguna cambiaba los hechos que Seraphiel acababa de exponer.

Desmond apretó los labios.

El silencio se prolongó.

Seraphiel lo observó durante unos segundos y pareció comprender que no recibiría respuesta alguna. Su expresión no mostró sorpresa. Más bien, parecía haber esperado exactamente aquella reacción.

—El silencio dice más que mil palabras.

Desmond no levantó la cabeza.

Seraphiel volvió a tomar los documentos, aunque esta vez no necesitó consultarlos.

—Desmond Ludendorff, a pesar de que usted sea un Caelo, eso no lo exime de responder por sus acciones.

Hizo una pausa para asegurarse de que sus palabras llegaran a todos los presentes.

—Su condición no lo coloca por encima de las normas ni le concede inmunidad ante semejantes acusaciones. Ser uno de ellos no lo salva de su sentencia.

Desmond levantó lentamente la mirada.

La palabra *sentencia* parecía adquirir un significado cada vez más siniestro.

Seraphiel se incorporó ligeramente en su asiento. Desde aquella posición elevada, su figura dominaba la sala y dejaba clara la autoridad que ejercía sobre el procedimiento.

—Y considerando la gravedad de los actos cometidos, así como el peligro que podría representar si se le permite continuar actuando de la misma manera, hemos determinado que debe ser apartado de cualquier posibilidad de causar problemas futuros.

La corte permaneció inmóvil.

Nadie interrumpió.

Nadie se atrevió a hablar.

Seraphiel miró directamente a Desmond.

—Por lo tanto, Desmond Ludendorff, será sentenciado a la guillotina.

Las palabras cayeron sobre la sala como un golpe seco.

Desmond no reaccionó inmediatamente.

Durante unos segundos, simplemente la miró, intentando asimilar lo que acababa de escuchar.

La guillotina.

Aquello no era una advertencia, ni una amenaza destinada a obligarlo a cooperar. Era una sentencia de muerte.

Y acababa de ser pronunciada ante toda la corte celestial.

El silencio que siguió a la sentencia de Seraphiel fue absoluto.

Nadie parecía dispuesto a cuestionar lo que acababa de escuchar. Los presentes permanecieron en sus respectivos lugares, algunos observando a Desmond y otros manteniendo la mirada fija en la serafín mayor. La decisión estaba tomada, y la autoridad de quien la había pronunciado parecía suficiente para impedir cualquier intento de oposición.

Sin embargo, no todos estaban de acuerdo.

Entre los asistentes se encontraba Althea.

La joven serafín había permanecido en silencio durante todo el procedimiento, observando cómo se desarrollaba el juicio. Hasta ese momento no había cuestionado ninguna de las decisiones de Seraphiel. Siempre había respetado su autoridad y confiado en su criterio, incluso cuando las circunstancias resultaban difíciles de comprender.

Pero aquello era diferente.

Miró a Desmond, todavía sentado frente a la mesa del acusado, con las manos esposadas y una expresión que apenas conseguía ocultar el impacto de la sentencia. Después volvió la mirada hacia Seraphiel.

Finalmente, decidió intervenir.

—Seraphiel... esto ya es demasiado extremo.

Su voz no fue especialmente fuerte, pero bastó para llamar la atención de algunos de los presentes.

La serafín mayor giró ligeramente la cabeza hacia ella.

Althea tragó saliva antes de continuar.

—¿Cómo vamos a matarlo?

Por primera vez durante aquel juicio, alguien había cuestionado abiertamente la decisión de Seraphiel.

La respuesta no tardó en llegar.

—La decisión ya está tomada.

El tono de la serafín mayor fue seco. No parecía dispuesta a discutir el asunto, mucho menos delante de toda la corte.

—Y no tienes por qué cuestionarla.

Althea abrió la boca para responder.

—Pero...

No pudo continuar.

Seraphiel la miró directamente.

No necesitó gritar ni levantarse de su asiento. Bastó aquella mirada, cargada de autoridad y severidad, para que Althea comprendiera que había llegado demasiado lejos.

La joven serafín bajó lentamente la cabeza.

Guardó silencio.

No volvió a insistir.

Seraphiel apartó la mirada y regresó su atención a Desmond.

—La ejecución se llevará a cabo hoy mismo.

Desmond levantó la cabeza.

Hasta ese momento había intentado mantenerse sereno, aunque por dentro la situación lo estuviera consumiendo. Pero aquellas palabras hicieron que su expresión cambiara por completo.

¿Hoy mismo?

Ni siquiera le concederían tiempo.

Seraphiel continuó, dejando claro que la sentencia no contemplaba una simple muerte.

—Y hay algo más que debe quedar establecido. Al ser ejecutado aquí, su alma no tendrá la posibilidad de renacer como luminarca.

La sala permaneció inmóvil.

—Su existencia será borrada de todos los planos.

Aquellas últimas palabras parecieron pesar más que cualquier otra acusación pronunciada durante el juicio.

No se trataba únicamente de acabar con su vida.

No habría una segunda oportunidad, una nueva existencia ni posibilidad alguna de que su alma continuara su camino. Todo lo que Desmond había sido, todo lo que representaba y cualquier posibilidad de regresar desaparecerían junto con él.

Desmond sintió cómo se le cerraba la garganta.

Su mente comenzó a llenarse de imágenes.

Su familia.

Sus amigos.

Las personas que había conocido durante su vida en el Infierno.

Todo aquello que había construido, las experiencias que había vivido y los recuerdos que dejaría atrás.

Pensó en quienes todavía lo esperaban.

En quienes quizá ni siquiera sabían que estaba allí.

Y, sobre todo, pensó en que no tendría oportunidad de volver a verlos.

La desesperación terminó por vencer el silencio que había mantenido hasta entonces.

Desmond se incorporó todo lo que le permitieron las esposas y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Pueden todas las flores arrancar, pero jamás a la primavera la podrán matar!

Su voz resonó por toda la corte.

Los presentes se quedaron quietos.

La frase atravesó el recinto como si se tratara de una oración sagrada, una declaración que no necesitaba explicación para transmitir su significado.

Desmond sabía que podían matarlo.

Podían ejecutar su cuerpo, destruir su alma e incluso intentar borrar su existencia de todos los planos.

Pero no podían garantizar que aquello que había dejado en los demás desapareciera con él.

Su legado seguiría vivo.

Las personas que había conocido recordarían su nombre. Aquellos a quienes había ayudado, quienes habían compartido momentos con él y quienes habían encontrado algo de esperanza en su presencia conservarían lo que les había dejado.

Podían arrancar las flores.

Pero no podían matar la primavera.

Seraphiel no respondió a sus palabras.

Se limitó a hacer un gesto para que los encargados de la ejecución procedieran.

Dos ángeles se acercaron a Desmond.

Uno lo sujetó por los brazos y el otro se colocó detrás de él. Sin darle tiempo para reaccionar, comenzaron a sacarlo de la sala.

—¡Suéltenme!

Desmond intentó resistirse, pero las esposas limitaban sus movimientos y la fuerza de los ángeles era muy superior a la suya.

Fue arrastrado fuera de la corte.

La puerta se cerró detrás de ellos.

El recorrido terminó frente a una habitación de grandes dimensiones.

Cuando las puertas se abrieron, Desmond pudo distinguir el interior.

El lugar estaba iluminado por enormes ventanales que ocupaban buena parte de las paredes. La luz celestial entraba directamente en la estancia, iluminando las filas de sillas dispuestas de manera organizada para los asistentes.

Todo estaba preparado.

En el centro de la habitación se encontraba la guillotina.

Su presencia destacaba por encima de cualquier otro elemento del recinto. No hacía falta que nadie explicara cuál era su función ni por qué habían llevado a Desmond hasta allí.

El condenado comprendió inmediatamente lo que estaba a punto de suceder.

Los ángeles continuaron arrastrándolo hacia el centro.

—¡No! ¡Esperen!

Desmond forcejeó con mayor intensidad.

Intentó liberar los brazos, apartarse de sus captores y detener el avance, pero ninguno de sus esfuerzos consiguió alterar el paso de los ángeles.

Uno de ellos lo sujetaba con tanta facilidad que apenas parecía inmutarse ante su resistencia.

Desmond tiró nuevamente de las esposas.

Nada.

Lo llevaron hasta la guillotina y lo obligaron a colocarse sobre ella.

Su cuerpo fue acomodado en la estructura mientras los ángeles aseguraban sus extremidades. Después lo amordazaron para impedir que pudiera seguir gritando o intentando interrumpir el procedimiento.

Desmond respiraba con dificultad.

La cercanía de la hoja hacía que todo resultara mucho más real.

Hasta ese momento, una parte de él todavía había intentado aferrarse a la posibilidad de que algo cambiara. Que alguien interviniera. Que apareciera una razón para detener aquello.

Pero la guillotina estaba frente a él.

Y los preparativos continuaban.

Poco a poco, los demás seres celestiales comenzaron a ocupar sus asientos.

Las sillas se fueron llenando mientras los asistentes tomaban sus lugares para presenciar la ejecución. Algunos observaban en silencio; otros mantenían la vista al frente, esperando que todo comenzara.

Seraphiel se encontraba en la mesa principal.

Desde allí presenciaría el cumplimiento de la sentencia que ella misma había dictado.

Desmond intentó levantar la cabeza.

Sus ojos recorrieron la habitación, buscando alguna señal de que todavía existiera una posibilidad de escapar de aquel destino.

No encontró ninguna.

La serafín mayor se acomodó en su lugar.

La sala fue quedándose en silencio.

Seraphiel levantó una mano, preparándose para dar la orden.

Pero entonces...

¡BANG!

La puerta se abrió de golpe.

El estruendo hizo que varios de los presentes giraran la cabeza inmediatamente.

Seraphiel detuvo el movimiento de su mano.

Todos dirigieron la mirada hacia la entrada.

Allí se encontraba una figura que nadie esperaba ver.

Ghost.

Había irrumpido en la sala sin autorización, y detrás de él apareció San Pedro, quien intentaba detenerlo después de haberlo perseguido hasta allí.

—¡Espere! ¡No puede entrar así!

Pero Ghost no parecía prestarle atención.

Seraphiel frunció el ceño.

—¿San Pedro? ¿Qué está pasando?

El santo se detuvo, todavía intentando recuperar el aliento.

—¡Perdón, Seraphiel! ¡Él... él entró sin permiso! Intenté detenerlo, pero no hubo manera.

La serafín mayor volvió la mirada hacia el intruso.

Al principio, su expresión fue de evidente molestia.

No comprendía qué hacía aquel individuo irrumpiendo de semejante manera en una ejecución celestial. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron con los de Ghost, algo cambió.

Su expresión se quedó inmóvil.

Lo observó con mayor detenimiento.

No era su apariencia.

No era su rostro, ni su cuerpo, ni ningún rasgo físico que pudiera reconocer de un vistazo.

Era otra cosa.

Una presencia.

Una esencia que Seraphiel conocía demasiado bien.

Algo que había permanecido perdido durante siglos.

Algo cuya ausencia había dejado un vacío que el tiempo no había conseguido borrar.

La serafín mayor se levantó lentamente de su asiento.

Los presentes observaron su reacción con desconcierto. Nadie parecía comprender por qué había dejado de prestar atención a la ejecución ni por qué miraba al recién llegado de aquella manera.

Seraphiel comenzó a caminar hacia Ghost.

Cada paso parecía cargar con un peso inmenso.

Su expresión había cambiado. Ya no quedaba rastro de la severidad con la que había dirigido el juicio. Ahora había algo distinto en sus ojos, una mezcla de incredulidad y reconocimiento que ni siquiera ella parecía capaz de ocultar.

Ghost notó que se acercaba.

No retrocedió.

Por el contrario, comenzó a caminar también hacia ella.

Ambos avanzaron hasta quedar frente a frente.

La diferencia de tamaño entre los dos era evidente. La imponente figura de Seraphiel se alzaba sobre Ghost, pero aquello no pareció importarle.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, la serafín mayor se agachó lentamente para quedar a su altura.

Lo contempló en silencio.

Sus ojos recorrieron su rostro, como si necesitara confirmar que aquella presencia era real y que no estaba confundiendo aquella esencia con algún recuerdo lejano.

Ghost sostuvo su mirada.

Entonces, Seraphiel abrió ligeramente los labios.

El nombre que estaba a punto de pronunciar llevaba siglos sin salir de su boca.

Un nombre que, pese al paso del tiempo, jamás había olvidado.

Su voz perdió parte de la firmeza que había mostrado durante el juicio.

Y, con una mezcla de incredulidad y esperanza, preguntó:

—¿Sariel...? ¿Eres tú?

Ghost asintió lentamente.

Seraphiel levantó ambas manos y tomó su rostro con una delicadeza que contrastaba con la imponencia de su figura. Sus dedos recorrieron los laterales de aquel cráneo envuelto en llamas azules, sin mostrar la menor señal de incomodidad ante el fuego que lo rodeaba. Para ella, aquello parecía no representar ningún peligro. Lo observaba como si, por un instante, necesitara asegurarse de que realmente estaba allí, frente a ella, y de que no se trataba de una ilusión creada por el anhelo de tantos siglos.

Sus ojos recorrieron cada detalle de Ghost. Las cuencas vacías, los restos de su antigua apariencia, las llamas que danzaban alrededor de su cabeza. No era el rostro que recordaba, ni mucho menos el aspecto que habría esperado encontrar si alguna vez volvía a verlo. Sin embargo, había algo que no podía confundirse: aquella esencia.

—¿Qué te ocurrió, Sariel? —preguntó finalmente.

Su voz había perdido parte de aquella firmeza que momentos antes dominaba toda la sala. Seguía siendo Seraphiel, la máxima autoridad de aquel tribunal, pero ahora hablaba alguien que llevaba demasiado tiempo esperando una respuesta.

Ghost permaneció inmóvil unos segundos. No parecía encontrar una manera sencilla de explicar todo lo que había sucedido. ¿Cómo resumir siglos de manipulación, violencia y sufrimiento? ¿Cómo contarle a alguien que había sido convertido en algo que jamás habría querido ser?

Finalmente, comenzó a hablar.

Le contó que Lucifer había sido quien lo había arrastrado al Infierno. No recordaba con claridad todos los detalles de aquel momento, pero sí las consecuencias. Lucifer había acabado con todo rastro de humanidad que quedaba en él, lo había despojado de su identidad y lo había transformado en una herramienta. Una criatura destinada a obedecer, combatir y matar.

Durante siglos había cumplido aquella función. Había servido a Lucifer sin cuestionar sus órdenes, convencido de que su existencia tenía un propósito y de que todo lo que era se lo debía a su creador. No conocía otra realidad. No tenía recuerdos que le permitieran comparar su vida con algo distinto, ni una identidad propia a la que aferrarse.

Hasta que llegó a Finisterra.

Ghost explicó que había entrado en aquellas tierras con la intención de acabar con Desmond. Su objetivo era eliminarlo, tal como se le había ordenado. Sin embargo, durante aquel encuentro, algo cambió. El guardián de Finisterra le entregó un frasco que, según había comprendido después, contenía algo que le pertenecía: su propia alma.

Seraphiel escuchó sin interrumpirlo. Su expresión se endureció ligeramente al oír mencionar a Lucifer, aunque no apartó la mirada de Ghost.

Cuando este terminó de hablar, ella giró lentamente la cabeza hacia Desmond, que todavía permanecía sujeto a la guillotina.

—¿Es cierto lo que acaba de contarme?

Desmond levantó un poco la cabeza. La posición en la que se encontraba no le permitía moverse con libertad, y todavía tenía cerca a los ángeles encargados de ejecutar la sentencia. Aun así, consiguió responder.

—Sí. Es verdad.

No intentó justificarse ni ocultar sus intenciones.

—Yo fui allí para matarlo —continuó, mirando a Seraphiel—. No voy a decir que no. Ese era mi objetivo desde el principio. Pero el guardián de Finisterra me entregó un frasco. Parecía contener mi alma, o al menos eso fue lo que entendí en aquel momento.

Seraphiel permaneció en silencio. Después, extendió uno de sus dedos hacia Desmond. Con un movimiento sencillo, liberó las ataduras que lo mantenían sujeto a la guillotina.

El mecanismo dejó de retenerlo y Desmond pudo incorporarse. Se acomodó lentamente, todavía confundido por el cambio repentino de actitud de la serafín.

—Acércate —le pidió ella.

Desmond obedeció. Se levantó de la estructura y caminó hacia Seraphiel, aunque sin dejar de observarla con cierta cautela. Hacía apenas unos instantes, aquella misma mujer había ordenado su ejecución. Ahora parecía interesada en escuchar cada palabra que tuviera que decir.

—¿De qué guardián estás hablando exactamente? —preguntó Seraphiel—. Necesito que seas preciso.

Desmond frunció ligeramente el ceño, intentando recordar cómo describirlo.

—No sé su nombre. Simplemente era el guardián de Finisterra. El que cuida Malachi de Compostela y las tierras prohibidas.

La reacción de Seraphiel fue inmediata.

Sus ojos se abrieron ligeramente y su expresión cambió. Por primera vez desde que había entrado en aquella sala, pareció genuinamente sorprendida.

—No... —murmuró—. Eso no puede ser.

Desmond la observó, sin comprender del todo qué había provocado aquella respuesta.

—¿Lo conoces?

Seraphiel bajó un instante la mirada, como si estuviera intentando ordenar una serie de recuerdos que acababan de adquirir un significado distinto.

—No sabía que seguía allí —respondió finalmente—. No tenía conocimiento de que alguien continuara custodiando esas tierras.

—Él dijo que era el rey de aquel lugar —añadió Desmond.

Seraphiel volvió a mirarlo.

—Eso es imposible. El rey de Finisterra murió hace milenios.

Desmond negó suavemente con la cabeza.

—Eso fue lo que me explicó. Lucifer lo condenó a permanecer allí, cuidando las tierras por toda la eternidad. No es exactamente un ser vivo... Es un cadáver con conciencia.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Seraphiel no respondió de inmediato. Su rostro perdió parte de la serenidad que había recuperado al reencontrarse con Sariel. Miró al suelo, con la mandíbula ligeramente tensa, y después volvió a dirigir los ojos hacia Ghost.

Lo que acababa de escuchar no era un simple detalle sobre una región olvidada del Infierno. Era otra muestra de lo que Lucifer había hecho durante su reinado: había tomado a un antiguo rey, lo había condenado a una existencia antinatural y lo había obligado a permanecer en un lugar que debía haber quedado fuera de su alcance.

—¿Cómo es posible...? —murmuró.

Su voz sonó distinta. No era una pregunta dirigida a Desmond, sino una reflexión que parecía hacerse a sí misma.

Después de unos segundos, volvió a hablar.

—Lucifer ha estado quebrantando las reglas desde el comienzo de su reinado. Una y otra vez. Hemos tenido conocimiento de algunas de sus acciones, de otras apenas hemos recibido indicios... y, aun así, se le ha permitido continuar. Pero esto...

Seraphiel hizo una pausa. Sus dedos se cerraron lentamente.

—Esto rebasa cualquier límite que el Cielo pueda permitir.

Desmond no dijo nada. No tenía intención de intervenir en una conversación que, de pronto, había adquirido una dimensión mucho mayor que su propio juicio. Permaneció junto a ellos, escuchando.

Ghost, por su parte, dio un pequeño paso hacia Seraphiel.

—Si no hubiera sido por Desmond, yo seguiría allí —dijo.

La serafín lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Él hizo lo correcto, aunque ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Me permitió recuperar mi alma. Me ayudó a recordar quién era y a comprender lo que Lucifer me había hecho. Si no hubiera sido por él, seguiría siendo su herramienta. Seguiría creyendo que mi existencia le pertenecía.

Ghost volvió la mirada hacia Desmond.

—No deberían matarlo.

No había arrogancia en su voz ni una exigencia de autoridad. Era una petición sincera, pronunciada por alguien que acababa de recuperar una parte de sí mismo que había creído perdida para siempre.

Seraphiel permaneció callada.

Miró a Ghost, después a Desmond y, finalmente, al lugar donde había estado la guillotina. La sentencia que había pronunciado minutos antes seguía resonando en su memoria. Había considerado a Desmond un peligro, un infractor que debía ser eliminado para evitar futuras complicaciones. Sin embargo, ahora conocía una parte de la historia que no había sido incluida en los documentos del juicio.

El condenado había contribuido a devolver al Cielo a uno de sus antiguos habitantes. Y no a cualquiera, sino a alguien cuya ausencia había marcado a más de una generación celestial.

Seraphiel se acercó a Desmond.

Él apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando la serafín se agachó hasta quedar a su altura y lo abrazó sin previo aviso.

Desmond se quedó rígido.

No esperaba aquello. Mucho menos de alguien que, hasta hacía unos momentos, había ordenado que su existencia fuera borrada. Sus brazos permanecieron quietos durante los primeros segundos, mientras intentaba comprender lo que estaba ocurriendo.

Seraphiel, en cambio, lo estrechó con fuerza.

—Gracias... —susurró.

Su voz tembló ligeramente.

—Gracias por traerlo de vuelta.

Se separó apenas unos centímetros, pero no lo soltó por completo.

—Gracias... De verdad, gracias.

Las palabras comenzaron a salirle entrecortadas. Su voz, que durante todo el juicio había sido firme, calculada e imposible de desafiar, empezó a quebrarse. No parecía importarle que todos los presentes estuvieran observándola. Tampoco parecía recordar que se encontraba en medio de un tribunal, rodeada de figuras que esperaban de ella una autoridad inquebrantable.

Por primera vez, aquella máscara de perfección comenzó a caer.

Los presentes contemplaron en silencio una faceta de Seraphiel que rara vez tenían oportunidad de conocer. La mujer que cargaba con responsabilidades inmensas, que debía mantener el orden y tomar decisiones que afectaban a incontables seres, también era alguien capaz de sufrir, de extrañar y de agradecer. Había continuado con su trabajo durante siglos, incluso cuando una parte de su historia permanecía incompleta.

Y ahora, después de tanto tiempo, Sariel había regresado.

Cuando finalmente se separó de Desmond, Seraphiel se tomó unos segundos para recuperar la compostura. Se incorporó despacio y volvió a mirarlo. Sus ojos todavía conservaban aquella emoción que había intentado contener, aunque su expresión comenzaba a recuperar la serenidad habitual.

—Retiro la sentencia —declaró.

La frase fue clara y contundente.

—Tu ejecución queda anulada, Desmond. Ya no tienes nada que temer de este tribunal.

Desmond la miró con cierta incredulidad. El cambio había sido tan repentino que le costaba asimilarlo. Hacía unos instantes estaba a punto de morir; ahora se encontraba libre y frente a la misma autoridad que había ordenado su condena.

Seraphiel continuó:

—Después de lo que has hecho, puedes pedirme lo que quieras. Considera que es lo mínimo que puedo ofrecerte.

Desmond no necesitó demasiado tiempo para pensar.

—Quiero ver a mi madre... y a Skyler.

La petición fue sencilla. No pidió riquezas, privilegios ni una recompensa por lo ocurrido. Después de todo lo que había atravesado, lo único que parecía importarle era reencontrarse con las personas que había perdido.

Seraphiel asintió lentamente.

—A Skyler puedes verla. No debería haber ningún inconveniente con eso.

Desmond levantó un poco la mirada, pero antes de que pudiera responder, ella añadió:

—En cuanto a tu madre, Marta... la situación es un poco más complicada.

Su expresión volvió a adquirir un matiz serio, aunque esta vez no había dureza en ella.

—Todavía no sabemos si ascendió como luminarca. Necesitamos confirmar si su alma llegó al Cielo y si se encuentra aquí. No puedo darte una respuesta definitiva en este momento.

Desmond bajó ligeramente la cabeza. La posibilidad de no encontrarla no era algo que quisiera contemplar, pero al menos existía una oportunidad. Después de todo, había llegado hasta allí con la esperanza de volver a verla.

—Solo tendrás que esperar unos días —continuó Seraphiel—. Cuando tengamos una confirmación, te lo haremos saber.

Hizo una pequeña pausa antes de ofrecerle una alternativa.

—Mientras tanto, puedes quedarte en una de las habitaciones de la catedral. No tienes por qué marcharte ni buscar otro lugar donde alojarte. Considera que eres nuestro invitado.

Desmond miró a Ghost por un instante. Todavía le resultaba extraño estar allí, libre de las ataduras que lo habían mantenido a merced del tribunal. Sin embargo, la situación parecía haber tomado un rumbo completamente distinto al que había imaginado.

Finalmente, volvió a mirar a Seraphiel.

—Está bien. Acepto.

La serafín asintió.

La sentencia que había llevado a Desmond al borde de la muerte había quedado anulada. Y, aunque todavía quedaban muchas cuestiones sin resolver, aquel encuentro había cambiado algo más que el destino de un condenado.

Sariel había regresado al Cielo.

CAP 113

El Reencuentro.

El Cielo era mucho más silencioso de lo que Desmond había imaginado.

No porque estuviera deshabitado. Al contrario, desde las ventanas de la catedral podían observarse innumerables figuras recorriendo los caminos de mármol, conversando bajo los árboles y atravesando jardines que parecían extenderse más allá de cuanto alcanzaba la vista. Había vida en todas partes.

Y, sin embargo, aquel lugar poseía una tranquilidad que le resultaba casi insoportable.

Desmond llevaba varios minutos sentado al borde de la cama que le habían asignado. La habitación era amplia, con paredes de piedra clara, muebles cuidadosamente tallados y un enorme ventanal por el que entraba una luz cálida.

Todo parecía dispuesto para recibir a un huésped importante.

Pero él todavía se sentía como un prisionero.

Se llevó una mano al cuello.

No había ninguna herida.

Ni siquiera una marca.

Aun así, recordaba perfectamente la presión de las ataduras, la madera bajo su cuerpo y la cuchilla suspendida sobre su cabeza.

Había estado a punto de desaparecer.

No morir, como tantas veces había arriesgado hacer en el Infierno. Desaparecer por completo. Sin posibilidad de regresar, de reencontrarse con su familia o de dejar siquiera un alma que pudiera recordarlo desde algún lugar.

Y ahora estaba sentado en una cama demasiado cómoda para alguien que había estado condenado a semejante destino.

—Qué maldito día... —murmuró.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

Había demasiadas cosas que procesar.

Ghost era Sariel. Seraphiel había retirado su sentencia. Lucifer había convertido a un arcángel en su ejecutor personal durante siglos. Y, entre todas aquellas revelaciones, una sola promesa se había quedado grabada en su cabeza.

Puedes ver a Skyler.

Desmond cerró los ojos.

Durante años había imaginado aquel momento.

Al principio lo hacía constantemente. Pensaba en lo que le diría si pudiera tenerla enfrente una última vez. Le pediría perdón por haberse marchado, por no haber estado allí cuando Riven apareció, por haber dejado que ella y Scott pagaran las consecuencias de una persecución dirigida contra él.

Después, con el tiempo, dejó de permitirse aquellas fantasías.

Resultaban demasiado dolorosas.

Recordaba su sonrisa, su manera de mirarlo cuando estaba preocupado, la paciencia con la que escuchaba sus rimas y aquellas noches en que ambos se quedaban despiertos hablando de cosas que, vistas desde la distancia, parecían insignificantes.

Extrañaba incluso sus regaños.

La forma en que le llamaba la atención cuando se olvidaba de comer o cuando pretendía resolver todos sus problemas sin pedir ayuda.

También recordaba los últimos meses antes de marcharse.

La silla de ruedas.

Los días en que la ayudaba a levantarse de la cama.

La manera en que Skyler intentaba disimular su tristeza cuando necesitaba asistencia para hacer cosas que antes realizaba sin esfuerzo.

Desmond nunca había considerado aquello una carga.

Ella era su esposa.

No existía ninguna circunstancia capaz de cambiarlo.

Unos golpes suaves en la puerta lo sacaron de sus pensamientos.

—Adelante.

La puerta se abrió y apareció Althea.

La serafín más joven lo observó unos segundos antes de entrar. Ya no llevaba la misma expresión que había mostrado durante el juicio, cuando intentó cuestionar la sentencia de Seraphiel.

—Desmond —saludó—. Espero no interrumpir.

—No estaba haciendo nada.

Althea asintió.

—Seraphiel me pidió que viniera a buscarte.

Desmond levantó inmediatamente la cabeza.

—¿Por qué? ¿Pasó algo?

—No. Tranquilo.

Althea hizo una breve pausa.

—Es por Skyler.

El corazón de Desmond pareció detenerse.

Se puso de pie tan deprisa que casi tropezó con el borde de la cama.

—¿La encontraron?

—Sí.

Durante unos segundos, Desmond no respondió.

Había deseado escuchar aquella noticia desde que Seraphiel le ofreció la posibilidad de reencontrarse con ella. Sin embargo, ahora que finalmente era real, no sabía cómo reaccionar.

—¿Ella sabe que estoy aquí?

Althea negó suavemente.

—Todavía no.

Desmond bajó la mirada.

—Entiendo...

—¿Quieres verla?

La pregunta era absurda.

Por supuesto que quería verla.

Había atravesado demasiado como para renunciar precisamente ahora.

Pero, al mismo tiempo, una inquietud desconocida le oprimía el pecho.

¿Qué pensaría Skyler cuando lo tuviera enfrente?

¿Estaría feliz?

¿Le reprocharía haberla dejado sola?

¿Seguiría siendo capaz de reconocer al hombre del que se había enamorado?

—Sí —respondió finalmente—. Quiero verla.

Althea se apartó de la puerta para dejarlo pasar.

—Entonces acompáñame.

El trayecto por la catedral transcurrió casi en completo silencio.

Desmond caminaba junto a Althea, observando distraídamente los enormes vitrales y las columnas que sostenían las bóvedas. A su alrededor, varios ángeles se detenían para mirarlo. Algunos parecían sorprendidos de encontrar a un habitante del Infierno caminando libremente por aquellas instalaciones.

Él apenas les prestaba atención.

Su mente estaba en otro lugar.

—¿Cómo está? —preguntó finalmente.

Althea giró hacia él.

—¿Skyler?

Desmond asintió.

—Está bien —respondió ella—. Al menos físicamente.

La respuesta consiguió aliviar parte de su preocupación.

—¿Y... puede caminar?

Althea tardó un instante en comprender el motivo de la pregunta.

—Sí, Desmond.

Él se detuvo.

—¿En serio?

—Las limitaciones físicas que sufrió antes de morir ya no la afectan aquí.

Desmond apartó la mirada.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios, aunque sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Eso está bien...

Recordó cuántas veces Skyler había mirado sus piernas con frustración. Cuánto deseaba volver a caminar sin ayuda. Cuántas ocasiones la había encontrado intentando mantener el ánimo para que Scott no notara su tristeza.

—Eso está muy bien —repitió en voz baja.

Althea no añadió nada.

Continuaron caminando hasta abandonar la parte principal de la catedral y llegar a un corredor abierto hacia los jardines.

Allí, el aire era fresco y agradable.

La luz del Cielo atravesaba las ramas de los árboles, dibujando pequeñas manchas doradas sobre el suelo. A cierta distancia, varias fuentes alimentaban estanques de agua cristalina.

Althea se detuvo frente a un sendero.

—Está más adelante.

Desmond miró hacia donde ella señalaba.

—¿No vienes?

La serafín negó con una sonrisa discreta.

—Creo que este momento les pertenece a ustedes.

Desmond tragó saliva.

—Gracias, Althea.

Ella inclinó ligeramente la cabeza y se retiró.

Desmond quedó solo.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, escuchando el murmullo distante del agua.

Después comenzó a caminar.

Cada paso parecía más difícil que el anterior.

Había enfrentado criaturas monstruosas, sobrevivido a conflictos imposibles y contemplado la muerte en demasiadas ocasiones. Sin embargo, aquella vez sus manos temblaban de una manera que no conseguía controlar.

Al doblar por un pequeño camino rodeado de flores blancas, la vio.

Skyler estaba de espaldas a él, junto a una fuente.

Su pelaje se movía suavemente con la brisa. Sus orejas permanecían relajadas mientras contemplaba el agua, y su cola descansaba detrás de ella.

Estaba de pie.

Sin silla de ruedas.

Sin ayuda.

Desmond sintió que el pecho se le cerraba.

Durante un momento tuvo la absurda impresión de estar soñando.

Había tenido demasiados sueños parecidos. Sueños en los que ella aparecía viva, lo llamaba por su nombre y se acercaba sonriendo, solo para desaparecer cuando intentaba abrazarla.

Pero aquella vez podía escuchar el agua.

Podía sentir el viento.

Podía verla respirar.

Sus labios temblaron.

—Skyler...

La sabueso movió una oreja.

Al principio no se volvió.

Quizá pensó que había escuchado mal.

Entonces Desmond repitió su nombre.

—Skyler.

Ella giró lentamente.

Sus ojos se encontraron.

Y el mundo pareció detenerse.

Skyler abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella.

Lo observó de arriba abajo, incapaz de comprender lo que estaba viendo.

Aquel rostro.

Aquellos ojos.

Aquella voz.

El hombre que había esperado durante tanto tiempo, al que había creído perdido en algún lugar del mundo humano, estaba frente a ella.

—¿Des...?

La palabra apenas consiguió escapar de sus labios.

Desmond intentó sonreír.

—Hola, preciosa.

Skyler retrocedió medio paso.

Se llevó una mano a la boca.

—No...

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—No puede ser...

Desmond permaneció donde estaba.

No quería asustarla.

No quería que aquella escena terminara como sus sueños.

Skyler negó repetidamente con la cabeza.

—¿Desmond?

—Soy yo.

La sabueso dejó escapar un sollozo.

—¿De verdad eres tú?

Él asintió.

—Sí, Sky.

Ella intentó acercarse, pero se detuvo casi inmediatamente.

Su expresión cambió.

La incredulidad dejó paso a algo mucho más doloroso.

Miedo.

—Desmond, yo...

Su voz comenzó a quebrarse.

—Yo no sabía que ibas a venir. No sabía que estabas aquí. Ni siquiera sabía si seguías...

No consiguió terminar.

Desmond dio un paso hacia ella.

Skyler retrocedió instintivamente, no porque le tuviera miedo, sino porque había demasiadas cosas que necesitaba explicar antes de permitirle acercarse.

—Espera... por favor.

Él se detuvo.

—Está bien.

La sabueso respiró con dificultad.

—Necesito decirte algo.

Desmond no respondió.

Skyler se apretó las manos contra el pecho.

—Lo siento.

Aquellas dos palabras lo golpearon con una fuerza inesperada.

—Skyler...

—No. Déjame hablar, por favor.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas.

—Yo intenté protegerlo, Desmond. Te lo juro. Hice todo lo que pude.

Él permaneció inmóvil.

No necesitaba preguntarle de quién estaba hablando.

—Scott estaba conmigo —continuó ella—. Krauser también. Todo parecía estar bien, hasta que ese hombre apareció.

Su respiración se volvió irregular.

—Riven.

Desmond sintió que se le tensaba la mandíbula.

Skyler bajó la mirada.

—Nos encontró. Entró buscando información sobre ti y... y Scott estaba allí.

La voz se le rompió.

—Le apuntó con un arma.

Desmond cerró los ojos durante un instante.

Había imaginado aquella escena demasiadas veces. Pero escucharla directamente de Skyler resultaba distinto.

Mucho peor.

—No podía permitirlo —continuó ella—. Era nuestro hijo, Desmond. Estaba asustado. No sabía qué hacer.

Una de sus manos comenzó a temblar.

—Intenté detenerlo. De verdad que lo intenté, pero mis piernas...

Se interrumpió.

La vergüenza cruzó brevemente su rostro.

—Todavía no podía moverme bien. Yo sabía que no tenía fuerzas suficientes, pero no podía quedarme mirando mientras amenazaba a Scott.

Desmond abrió los ojos.

Skyler lloraba abiertamente.

—Me lancé contra él y...

Se llevó una mano al pecho.

—Recuerdo que me golpeó. Después escuché los disparos.

Su voz se convirtió en un susurro.

—Y luego nada.

Desmond sintió que el aire le faltaba.

Skyler levantó la mirada hacia él.

—Desperté aquí. No sabía dónde estaba Scott. No sabía si Krauser había sobrevivido. No sabía si tú habías conseguido regresar.

Las lágrimas caían sin que intentara detenerlas.

—Tenía tanto miedo...

Desmond avanzó otro paso.

Ella continuó hablando apresuradamente, como si temiera que, al quedarse callada, él pudiera decirle algo que no soportaría escuchar.

—Perdóname. Sé que te prometí que cuidaría de él, pero no pude. No pude hacer nada. Yo...

Su voz se quebró por completo.

—Ni siquiera pude despedirme de ti.

Desmond quedó a pocos pasos de ella.

Skyler bajó la cabeza.

—Y ahora mírame... Estoy aquí, caminando como si nada hubiera pasado, mientras tú tuviste que cargar con todo aquello. No sé qué decirte. No sé cómo explicarte que...

—Skyler.

Ella levantó los ojos.

Desmond la contempló largamente.

La había visto en sus peores momentos. Había conocido sus inseguridades, sus miedos y aquella costumbre de disculparse por cosas que nunca habían estado bajo su control.

También conocía la valentía que ocultaba detrás de su timidez.

La misma valentía que la había llevado a protegerlo cuando apenas se conocían.

La misma que la había impulsado a cuidar de Scott.

Y la misma que, finalmente, le había costado la vida.

Desmond extendió una mano.

Sus dedos rozaron suavemente la mejilla de Skyler.

Ella contuvo la respiración.

Él sonrió entre lágrimas.

—Estás igual de hermosa como el día en el que me fui.

Skyler se quedó completamente inmóvil.

Sus labios temblaron.

Por un instante pareció no comprender lo que acababa de escuchar.

Después, su rostro se contrajo y dejó escapar un sollozo que había estado conteniendo desde que lo reconoció.

—Desmond...

Él acarició su mejilla con el pulgar.

—Mírate, Sky...

Una lágrima descendió por su propio rostro.

—Estás de pie.

La sabueso intentó responder, pero no pudo.

Desmond soltó una pequeña risa quebrada.

—Puedes caminar otra vez...

Skyler asintió mientras lloraba.

—Sí...

Él bajó la mirada hacia sus piernas y después volvió a contemplar su rostro.

—No sabes cuánto quería volver a verte así.

Skyler se cubrió la boca.

Desmond negó lentamente con la cabeza.

—Y no tienes que justificarte conmigo.

—Pero Scott...

—Nuestro hijo está vivo.

La expresión de Skyler cambió de inmediato.

—¿Qué?

Desmond asintió.

—Scott sobrevivió.

Las piernas de Skyler parecieron perder fuerza.

Él la sostuvo suavemente por los brazos.

—¿Está... está bien?

Desmond tardó un instante en responder.

—Ha pasado por cosas difíciles. Muchas. Pero está vivo, Skyler.

La sabueso comenzó a llorar con más fuerza.

—Mi niño...

Desmond acercó su frente a la de ella.

—Lo protegiste.

—Yo...

—Lo protegiste, Sky. Y lo hiciste incluso cuando sabías que podías morir.

Ella cerró los ojos.

—Tenía tanto miedo...

—Lo sé.

—Pensé que iba a perderlo.

Desmond tragó saliva.

—Yo te perdí a ti.

Aquellas palabras quedaron suspendidas entre ambos.

Skyler abrió los ojos lentamente.

Él respiró hondo, intentando contener el temblor de su voz.

—Cuando me dijeron que habías muerto, pensé que nunca volvería a escucharte. Que nunca más iba a verte sonreír o escuchar cómo me regañabas por mis estupideces.

Una sonrisa dolorosa apareció en sus labios.

—Hubo días en los que ni siquiera quería levantarme.

Skyler levantó una mano y acarició su rostro.

—Des...

—Me culpé por no haber estado allí. Por haberme marchado. Por todo.

Sus ojos volvieron a humedecerse.

—Pero jamás te culpé a ti.

Skyler lo contempló en silencio.

—Ni una sola vez —añadió él.

La sabueso ya no pudo contenerse.

Se lanzó hacia él.

Desmond abrió los brazos justo a tiempo para recibirla.

El abrazo fue tan fuerte que ambos retrocedieron un paso.

Skyler escondió el rostro contra su pecho y comenzó a llorar desconsoladamente. Sus manos se aferraron a la ropa de Desmond como si temiera que pudiera desaparecer si lo soltaba.

Él la rodeó con los brazos, estrechándola contra su cuerpo.

Cerró los ojos.

Durante años había intentado recordar exactamente cómo se sentía abrazarla. El calor de su cuerpo. La suavidad de su pelaje. La forma en que acomodaba la cabeza bajo su barbilla cuando necesitaba consuelo.

Y ahora estaba allí.

De verdad.

—Te extrañé... —sollozó Skyler—. Te extrañé muchísimo...

Desmond hundió el rostro entre sus cabellos.

—Yo también, preciosa.

Su voz se rompió.

—Dios... cómo te extrañé.

Skyler lloró todavía más.

Él la sostuvo sin intentar detenerla.

No había palabras capaces de reparar todos aquellos años de ausencia. Tampoco existía una disculpa que pudiera devolverles el tiempo perdido.

Pero podían abrazarse.

Y, por primera vez desde aquella despedida, ninguno de los dos tenía que imaginar el contacto del otro.

Desmond sintió que sus propias piernas comenzaban a temblar. Lentamente, se arrodilló sin soltarla.

Skyler descendió con él.

Quedaron abrazados sobre el camino de piedra, rodeados de flores blancas que se agitaban suavemente con la brisa.

Ella levantó el rostro.

—Pensé que no volvería a verte.

Desmond apartó una lágrima de su mejilla.

—Yo también.

Skyler acarició su rostro con ambas manos, observándolo como si intentara memorizar cada detalle.

—Has cambiado...

Él soltó una pequeña risa.

—Un poquito.

Ella sonrió entre lágrimas.

—Sigues siendo un idiota.

Desmond dejó escapar una carcajada breve, ahogada por el llanto.

—Y tú sigues siendo mi Skyler.

La sabueso volvió a abrazarlo.

Esta vez con menos desesperación.

Con la tranquilidad de saber que podía hacerlo.

Permanecieron así durante varios minutos, sin preocuparse por el tiempo.

Finalmente, Desmond se separó apenas lo suficiente para contemplarla.

—¿Sabes algo?

—¿Qué?

—Cuando me fui, prometí que volvería.

Skyler bajó ligeramente las orejas.

—Lo recuerdo.

Desmond le dedicó una sonrisa triste.

—Tardé demasiado.

Ella negó con la cabeza y volvió a apoyar la frente contra la suya.

—Pero volviste.

Él cerró los ojos.

—Sí...

Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Volví.

Y por primera vez en mucho tiempo, aquellas palabras no estuvieron acompañadas de culpa.

Solo de la inmensa gratitud de haber encontrado, al otro lado de la muerte, a alguien a quien jamás había dejado de amar.

Mientras Desmond y Skyler permanecían juntos en los jardines, muy lejos de allí, Seraphiel contemplaba un conjunto de documentos extendidos sobre su escritorio.

No había regresado a sus obligaciones habituales.

Había intentado hacerlo.

Después de retirar la condena de Desmond, dio instrucciones para que se le ofreciera alojamiento y para que localizaran a Skyler. También ordenó revisar los registros relacionados con Marta Lebrozky.

Aquellas eran cuestiones que, aunque importantes, podían resolverse mediante los procedimientos ordinarios del Cielo.

Al menos, eso era lo que se suponía.

Seraphiel tomó uno de los documentos y recorrió sus primeras líneas con la mirada. Una solicitud de revisión que llevaba demasiado tiempo esperando respuesta. La dejó a un lado y tomó otra. Un informe sobre decisiones administrativas contradictorias, acompañado de una petición para que interviniera personalmente.

Después apareció un tercer expediente.

Y un cuarto.

La serafín dejó escapar un suspiro.

El Cielo era hermoso.

Desde cualquier ventana podían contemplarse jardines interminables, construcciones de mármol blanco y caminos bañados por una luz que nunca parecía perder su calidez. Las almas que habían alcanzado el Paraíso caminaban libremente, lejos de los tormentos que habían soportado durante sus vidas.

Allí no existían las mismas necesidades ni los mismos sufrimientos que atormentaban a los habitantes del mundo humano.

Para quienes llegaban buscando descanso, aquel lugar era una utopía.

Y, en muchos sentidos, realmente lo era.

Pero detrás de aquella armonía existía una maquinaria administrativa que llevaba demasiado tiempo funcionando de manera deficiente.

Los procedimientos se acumulaban. Las responsabilidades pasaban de una autoridad a otra sin que nadie pareciera dispuesto a asumirlas por completo. Las decisiones que debían tomarse con rapidez quedaban atrapadas entre revisiones, autorizaciones y discusiones interminables.

Cuando finalmente llegaban a su escritorio, los problemas habían crecido tanto que cualquier solución parecía insuficiente.

Y cada vez que algo salía mal, todos esperaban que Seraphiel lo resolviera.

La serafín se reclinó en su asiento.

Durante siglos había intentado mantener aquel sistema funcionando.

Había exigido disciplina, reforzado las normas y tomado decisiones cada vez más estrictas para evitar que los problemas terminaran afectando la estabilidad del Paraíso.

Sin embargo, cuanto más intentaba imponer el orden, más parecía escapársele de las manos.

Y ahora tenía frente a ella una situación que ni siquiera habría imaginado posible.

Sariel.

Su desaparición había permanecido sin resolver durante demasiado tiempo.

Ahora conocía al responsable.

Y lo que había hecho con él.

Seraphiel dejó el documento sobre la mesa y se llevó una mano a la frente.

Desde su regreso, había evitado pensar demasiado en aquel instante en el tribunal. En la forma en que sus manos habían rodeado el rostro esquelético de Ghost, en el fuego azul que no había conseguido ocultar su esencia y, sobre todo, en la sensación que la había invadido cuando comprendió que era él.

Sariel.

Había pronunciado aquel nombre tantas veces en el pasado que todavía le resultaba familiar.

Sin embargo, durante siglos había tenido que acostumbrarse a no escucharlo.

Unos golpes discretos en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Adelante.

Azrael entró en la oficina.

Su expresión era seria.

—Me dijeron que querías verme.

Seraphiel asintió.

—Necesitamos hablar de Sariel.

El arcángel permaneció callado unos instantes.

—Lo imaginaba.

—¿Dónde está?

—Descansando. Althea se encargó de acompañarlo hasta una habitación.

Seraphiel bajó la mirada.

—Bien.

Azrael se acercó al escritorio.

Observó los documentos y comprendió inmediatamente qué estaba leyendo.

—¿Has encontrado algo?

—Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

Seraphiel pasó una página.

—Durante siglos creímos que había desaparecido sin dejar rastro. No encontramos su esencia en ninguno de los lugares donde debería haber sido posible localizarla.

Azrael permaneció en silencio.

—Y ahora descubrimos que estaba en el Infierno —continuó ella—. No como prisionero de una fortaleza ni como rehén de una negociación. Lucifer lo convirtió en su ejecutor.

Su voz se endureció.

—Lo despojó de su identidad, alteró su cuerpo y lo obligó a servirle.

Azrael bajó lentamente la cabeza.

—Lo vimos con nuestros propios ojos.

—Pero todavía no comprendemos cómo consiguió hacerlo.

Seraphiel cerró el documento.

—Quiero escuchar el testimonio completo de Sariel. Todo lo que recuerde. Desde el momento de su desaparición hasta su regreso.

Azrael la observó.

—¿Estás segura de que puede soportarlo?

La pregunta hizo que Seraphiel guardara silencio.

Había estado tan concentrada en comprender las implicaciones de su regreso que apenas se había permitido pensar en lo que aquellas preguntas significarían para él.

Sariel acababa de recuperar sus recuerdos.

Obligarlo a revivir siglos de sufrimiento podía resultar cruel.

Sin embargo, necesitaban conocer la verdad.

—No voy a obligarlo —respondió finalmente—. Pero debemos preguntarle.

Azrael asintió.

—Entonces hablaré con él.

—Quiero que estés presente cuando lo haga.

—Por supuesto.

El arcángel no se movió.

Seraphiel lo advirtió.

—¿Hay algo más?

Azrael miró brevemente los documentos antes de volver a dirigir su atención hacia ella.

—Sí.

La serafín esperó.

—Quería saber cómo te encuentras.

Seraphiel arqueó ligeramente una ceja.

—Estoy perfectamente, Azrael. Tenemos una situación delicada y necesito concentrarme en resolverla.

—No te pregunté por la situación.

Ella permaneció callada.

Azrael continuó, esta vez con un tono más suave.

—Te pregunté por ti.

Seraphiel apartó la mirada.

—No veo qué importancia tiene eso ahora.

—Creo que tiene bastante.

—Azrael...

—Hace unas horas ordenaste ejecutar a Desmond.

La serafín levantó bruscamente la cabeza.

—La sentencia fue retirada.

—Lo sé.

—Entonces no entiendo por qué necesitas recordármelo.

Azrael la contempló con seriedad.

—Porque estuviste a punto de condenarlo a una desaparición definitiva. Y porque, cuando Althea intentó cuestionar la decisión, ni siquiera quisiste escucharla.

Seraphiel apretó la mandíbula.

—Desmond había quebrantado numerosas normas.

—No estoy diciendo lo contrario.

—Había ingresado ilegalmente en territorios prohibidos, manipulado a miembros de la Guardia Celestial y provocado una situación diplomática que pudo haber terminado en una catástrofe.

—Seraphiel...

—¿Y qué se suponía que debía hacer?

Azrael se quedó inmóvil.

El tono de la serafín había cambiado de manera abrupta.

Ella también pareció advertirlo, pero no se detuvo.

—Dímelo, Azrael. ¿Qué debía hacer? ¿Permitir que todo continuara como si nada hubiese ocurrido? ¿Revisar otro expediente? ¿Convocar otra reunión para discutir durante días lo que ya estaba escrito delante de nosotros?

—No he dicho eso.

—¡Entonces dime qué querías que hiciera!

Su voz resonó por toda la oficina.

Azrael guardó silencio.

Seraphiel se levantó tan deprisa que su asiento retrocedió varios centímetros.

—¡Estoy cansada!

Las palabras escaparon de su boca antes de que pudiera contenerlas.

—¡Estoy cansada de que todo termine aquí! ¡De que cualquier problema, por insignificante que parezca, acabe convertido en una crisis que tengo que resolver personalmente!

Extendió una mano hacia los documentos.

—¡Mira esto! ¡Míralo! ¡Solicitudes sin resolver, informes contradictorios, decisiones que deberían haberse tomado hace mucho tiempo! ¡Y todos esperan que encuentre una respuesta! ¡Todos!

Azrael no se movió.

La serafín comenzó a caminar de un lado a otro.

—Nos llaman una utopía. Nos contemplan desde abajo como si fuéramos el ejemplo perfecto de lo que debería ser la existencia. ¡Y lo somos! ¡Deberíamos serlo!

Se interrumpió para respirar.

—Tenemos todo lo necesario para ofrecerles paz. Tenemos los medios, tenemos el conocimiento, tenemos siglos de experiencia... ¡Y aun así no conseguimos mantener funcionando nuestra propia administración!

Se pasó una mano por el rostro.

—Cada vez que intentamos solucionar algo, aparecen otros problemas. Cada vez que se establece una disposición, alguien encuentra la manera de interpretarla de otra forma. Cada decisión tiene que pasar por tantas manos que, cuando finalmente se ejecuta, ya no sirve de nada.

Azrael frunció ligeramente el ceño.

—Seraphiel, necesitas...

—¡No me digas lo que necesito!

La respuesta salió tan rápido que ni siquiera ella pareció comprender lo que acababa de decir.

Azrael permaneció en silencio.

Seraphiel se detuvo frente al escritorio.

Sus manos temblaban.

—Necesito que esto funcione —continuó, con una voz que comenzaba a quebrarse—. Necesito que, por una sola vez, las cosas funcionen como se supone que deben funcionar.

Señaló los documentos.

—¿Sabes cuántas veces he tenido que intervenir porque alguien no hizo lo que le correspondía? ¿Cuántas veces he tenido que tomar decisiones que nadie más quería asumir?

No esperó una respuesta.

—¡Y después me miran como si fuera una tirana por exigir disciplina! ¡Como si disfrutara castigando a los demás!

Soltó una risa breve, carente de alegría.

—¡Disciplina! ¡Orden! ¡Responsabilidad! ¡Eso es lo que llevo siglos repitiendo! Y parece que cuanto más lo repito, menos significado tiene.

Azrael dio un pequeño paso hacia ella.

—Seraphiel...

—¡No podemos permitirnos perder el control!

La serafín golpeó el escritorio con la palma de la mano.

Varios documentos se desplazaron.

—¡No podemos! ¡Porque si el Cielo deja de funcionar, si quienes llegan aquí descubren que ni siquiera nosotros somos capaces de administrar aquello que prometemos proteger...!

Se quedó sin palabras.

Respiraba con dificultad.

Azrael la observó sin intervenir.

Durante unos segundos, Seraphiel pareció luchar contra algo que llevaba demasiado tiempo acumulándose dentro de ella.

Finalmente, volvió a hablar.

—Tengo miedo, Azrael.

Aquella confesión salió casi sin voz.

El arcángel levantó ligeramente la cabeza.

Seraphiel contempló el escritorio.

—Tengo miedo de que un día todo termine por venirse abajo y no sepa cómo impedirlo.

Se llevó ambas manos a la cabeza.

—Y no puedo decirlo. No puedo presentarme ante los demás y reconocer que no sé qué hacer. No puedo permitir que me vean dudar cada vez que surge un problema, porque entonces...

Su voz volvió a elevarse.

—¡Entonces nadie sabrá qué hacer!

Azrael permaneció inmóvil.

Era la primera vez en mucho tiempo que veía a Seraphiel perder el control de aquella manera.

No estaba hablando como la autoridad del tribunal.

Ni siquiera parecía estar escogiendo cuidadosamente sus palabras.

Estaba diciendo todo lo que había intentado esconder durante siglos.

—Cuando Desmond llegó al juicio... —continuó ella.

Su respiración se volvió irregular.

—Cuando leí sus acusaciones, vi otra situación fuera de control. Otra persona que había ignorado nuestras disposiciones. Otro problema que podía provocar consecuencias que después tendríamos que enfrentar.

Apretó los ojos.

—Y pensé que tenía que detenerlo.

Azrael la observó con atención.

—¿Detenerlo?

—Sí. Detenerlo. Terminar con aquello antes de que empeorara. Dejar claro que nuestras normas todavía significaban algo.

La serafín se quedó mirando sus propias manos.

—Yo...

Su voz tembló.

—Ni siquiera me detuve a considerar lo que significaba aquella sentencia para él.

El silencio resultó insoportable.

—Tenía delante a un hombre que había pasado por cosas que apenas conocíamos. Alguien con una familia, con personas que lo esperaban...

Tragó saliva.

—Y lo único que vi fue otro expediente que tenía que cerrar.

Azrael no respondió inmediatamente.

Seraphiel comenzó a negar con la cabeza.

—No, no... Eso no es...

Intentó encontrar las palabras adecuadas.

No pudo.

—¡No puede ser que hayamos llegado a esto!

Su voz volvió a romperse.

—¡No puede ser que estemos tan desesperados por mantener el orden que terminemos haciendo precisamente aquello que juramos impedir!

Se apartó del escritorio.

—¡Estuve a punto de hacerlo desaparecer, Azrael! ¡De borrarlo de todos los planos! ¡Y lo hice creyendo que estaba protegiendo al Cielo!

Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos.

No las ocultó.

—¡Eso fue lo que pensé! ¡Que estaba resolviendo un problema!

Azrael bajó lentamente la mirada.

Seraphiel dejó escapar una respiración temblorosa.

—Y entonces apareció Sariel.

El nombre quedó suspendido entre ambos.

—Después de siglos... apareció frente a mí, convertido en algo que Lucifer había destrozado, y resultó que el hombre al que yo estaba a punto de ejecutar había sido fundamental para traerlo de regreso.

La serafín se llevó una mano al pecho.

—Si San Pedro hubiera conseguido detenerlo unos minutos más...

No terminó la frase.

No necesitaba hacerlo.

Azrael comprendió perfectamente lo que intentaba decir.

La cuchilla habría descendido.

Desmond habría desaparecido.

Y Seraphiel habría descubierto demasiado tarde que había condenado a quien contribuyó al regreso de Sariel.

—No quiero imaginarlo —susurró ella.

Durante unos instantes, solo se escuchó su respiración.

Azrael se acercó despacio.

—Seraphiel.

Ella no levantó la cabeza.

—Mírame.

La serafín tardó unos segundos en obedecer.

Azrael sostuvo su mirada.

—El Cielo tiene problemas. Eso es evidente. Y entiendo que llevas demasiado tiempo intentando resolverlos.

Seraphiel abrió la boca.

Él levantó ligeramente una mano.

—Pero no puedes seguir confundiendo el orden con el miedo.

La serafín permaneció inmóvil.

—Una sentencia severa no arregla una administración deficiente. Y ejecutar a alguien para demostrar que nuestras normas siguen teniendo autoridad no hace que esas normas sean más justas.

Seraphiel apartó la mirada.

—Lo sé.

—Entonces tenemos que cambiar la manera en que estamos actuando.

—¿Crees que no lo he intentado?

—Creo que has intentado hacerlo sola durante demasiado tiempo.

Aquellas palabras la hicieron guardar silencio.

Azrael continuó:

—No te estoy diciendo que abandones tus responsabilidades. Tampoco estoy diciendo que todo sea sencillo. Pero si necesitas recurrir a castigos cada vez más extremos para mantener funcionando el Paraíso, entonces el problema no puede ser solamente quienes incumplen las normas.

Seraphiel bajó lentamente la cabeza.

—No sé en qué momento llegamos a esto.

—Quizá no ocurrió en un solo momento.

El arcángel observó los documentos sobre el escritorio.

—Quizá llevamos tanto tiempo intentando conservar una imagen de perfección que dejamos de reconocer los problemas que había detrás.

La serafín cerró los ojos.

Durante unos segundos no dijo nada.

Cuando volvió a hablar, su voz era mucho más baja.

—Me avergüenza lo que hice con Desmond.

Azrael no intentó consolarla inmediatamente.

—Entonces no permitas que vuelva a suceder.

Seraphiel asintió muy despacio.

Se llevó una mano al rostro y respiró profundamente, intentando recuperar la compostura.

Solo entonces pareció comprender hasta qué punto había perdido el control.

Miró los documentos desordenados.

Después a Azrael.

—Perdóname —murmuró.

—¿Por qué?

—Por haberte gritado.

El arcángel negó suavemente con la cabeza.

—No me preocupa que hayas levantado la voz.

Hizo una pausa.

—Me preocupa cuánto tiempo llevas guardándote todo esto.

Seraphiel intentó responder.

No encontró qué decir.

Azrael la observó durante unos instantes antes de continuar.

—Y hay otra cosa que creo que estás intentando evitar.

La serafín levantó lentamente la mirada.

—¿A qué te refieres?

—A Sariel.

Su expresión cambió.

La vulnerabilidad que había mostrado segundos antes comenzó a desaparecer detrás de aquella serenidad que tanto se esforzaba por conservar.

—Ya hemos hablado de él.

—Hemos hablado de lo que Lucifer le hizo.

Azrael hizo una pequeña pausa.

—No de lo que significa para ti que haya regresado.

Seraphiel apartó la mirada hacia la ventana.

—Eso no tiene relación con nuestros problemas administrativos.

—No he dicho que la tenga.

—Entonces no veo por qué deberíamos discutirlo.

Azrael la contempló en silencio.

—Seraphiel, conozco la relación que tenías con él.

Ella dejó de moverse.

Sus dedos se cerraron lentamente sobre el borde del escritorio.

—Sariel era una figura muy importante para el Cielo.

Azrael asintió.

—Lo era.

La observó con atención.

—Pero para ti significaba algo más.

Seraphiel bajó la mirada.

—No creo que esta conversación sea necesaria.

—No estoy intentando incomodarte.

—Entonces no insistas.

El arcángel guardó silencio durante unos segundos.

Después habló con mayor suavidad.

—Recuerdo cómo eran las cosas antes de su desaparición.

Aquellas palabras fueron suficientes.

Seraphiel sintió que un recuerdo, uno que llevaba siglos intentando mantener enterrado bajo sus responsabilidades, regresaba con una claridad dolorosa.

El antiguo Paraíso.

Una época en la que los días no parecían estar dominados por informes, conflictos y decisiones capaces de alterar el destino de innumerables almas.

Recordó a Sariel caminando junto a ella, escuchándola hablar de sus preocupaciones con aquella paciencia que pocas personas habían tenido.

Recordó su voz.

No la voz áspera y profunda que ahora surgía del cráneo envuelto en llamas azules, sino aquella otra, cálida y familiar, que había escuchado tantas veces que incluso después de su desaparición llegó a creer que podía reconocerla entre las multitudes.

Recordó las ocasiones en que él había conseguido hacerla sonreír cuando las responsabilidades parecían sobrepasarla.

Y recordó sus abrazos.

Uno, en particular, permanecía grabado en su memoria.

Había sido un momento sencillo. Tan cotidiano que, entonces, no imaginó que algún día llegaría a recordarlo con tanto dolor.

Sariel estaba frente a ella y Seraphiel lo había rodeado con los brazos, acercándolo a su pecho sin preocuparse por los ojos de quienes pudieran observarlos.

No recordaba haber necesitado una razón.

Con él, muchas veces no la necesitaba.

Durante un instante, la serafín creyó volver a sentir aquella cercanía.

La tranquilidad que le producía.

La sensación de poder abandonar, aunque fuera por unos momentos, la responsabilidad de ser alguien a quien todos acudían buscando respuestas.

Con Sariel no siempre tenía que ser la autoridad que mantenía el orden.

Podía ser simplemente Seraphiel.

El recuerdo se desvaneció cuando Azrael volvió a hablar.

—Nunca te había visto tan feliz como cuando estabas con él.

Seraphiel cerró lentamente los ojos.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Su respuesta fue casi un susurro.

Azrael la escuchó con atención.

—Para ti quizá parezca una eternidad. Para él, después de recuperar sus recuerdos, puede que todo resulte mucho más cercano.

Seraphiel dejó el documento que todavía sostenía.

—No sabemos cuánto recuerda realmente.

—Pero te recordó a ti.

Ella levantó la mirada.

Azrael sostuvo sus ojos.

—En el tribunal apenas había recuperado su identidad y, aun así, te reconoció. No creo que eso sea insignificante.

Seraphiel sintió una presión incómoda en el pecho.

Recordó aquel instante.

La manera en que Sariel había asentido cuando ella le preguntó si realmente era él.

La forma en que se habían acercado hasta quedar frente a frente.

Durante siglos había imaginado qué haría si algún día lo encontraba.

Había pensado que le haría preguntas. Que necesitaría explicaciones. Que intentaría comprender por qué había desaparecido sin dejar rastro.

Pero cuando finalmente lo tuvo delante, todo aquello dejó de importar.

Lo único que pudo hacer fue tocarle el rostro.

Y pronunciar su nombre.

—Azrael, basta —dijo finalmente.

No alzó la voz.

No fue necesario.

El arcángel comprendió que había llegado al límite de lo que ella estaba dispuesta a admitir.

—Está bien.

Seraphiel respiró profundamente y recuperó parte de su habitual compostura.

—Sariel necesita recuperarse. Lo que ocurriera entre nosotros antes de su desaparición no cambia lo que debemos hacer ahora.

Azrael permaneció inmóvil.

—No he dicho que lo cambie.

Ella tomó nuevamente el informe.

—Entonces concentrémonos en Lucifer.

El arcángel inclinó ligeramente la cabeza.

—Como desees.

Seraphiel fingió leer las primeras líneas del documento.

No consiguió comprender ninguna.

Azrael lo notó, pero decidió no insistir.

Conocía suficientemente a Seraphiel para entender que, cuanto más intentara acercarse a aquel recuerdo, más se esforzaría ella por esconderlo.

—Hablaré con Sariel —dijo finalmente.

—Bien.

—Y Seraphiel...

Ella levantó los ojos con una expresión de advertencia.

Azrael se detuvo.

Durante un segundo pareció considerar si debía continuar.

—Me alegra que haya regresado.

La serafín lo contempló.

Su expresión se suavizó apenas.

—A mí también —respondió.

Azrael asintió y se dispuso a retirarse.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Seraphiel permaneció inmóvil.

El silencio de la habitación, que antes le había permitido concentrarse, comenzó a resultarle incómodo.

Lentamente, dejó los documentos sobre el escritorio.

Todavía le avergonzaba haber perdido el control frente a Azrael.

Había hablado sin pensar. Había gritado, cuestionado su propia administración y reconocido cosas que jamás habría dicho durante una audiencia oficial.

Y lo peor era que no podía negar ninguna de ellas.

Durante demasiado tiempo había convertido su desesperación en exigencias, sus temores en castigos y su agotamiento en una autoridad cada vez más inflexible.

Aquella mañana había estado a punto de llevar todo eso hasta sus últimas consecuencias.

Desmond había sobrevivido porque Sariel apareció.

Pero Seraphiel no podía dejar de preguntarse cuántas otras decisiones había tomado sin permitirse reconocer lo desesperada que estaba.

Se levantó lentamente.

Caminó hacia una de las ventanas de la oficina y contempló las extensiones del Paraíso.

A lo lejos podían verse jardines, edificios y caminos por los que transitaban las almas que habían encontrado allí su descanso.

Desde aquella altura, todo parecía perfecto.

Las construcciones conservaban su blancura inmaculada. Los jardines permanecían cuidadosamente atendidos. Las fuentes continuaban derramando agua cristalina y las almas caminaban bajo una luz que parecía incapaz de extinguirse.

Nada, visto desde allí, permitía imaginar los problemas que se acumulaban detrás de las puertas de sus instituciones.

Seraphiel apoyó una mano contra el marco de la ventana.

Había dedicado su existencia a preservar aquella armonía.

Y ahora comenzaba a comprender que, en su desesperación por conservarla, había estado dañando algunos de los principios que la hacían posible.

Cerró los ojos.

—¿En qué nos estamos convirtiendo...? —murmuró.

No encontró respuesta.

Solo una certeza incómoda.

Si el Cielo deseaba continuar siendo una utopía, tendría que empezar por reconocer sus propias heridas.

Sariel permanecía sentado en una habitación de la catedral.

Frente a él descansaba un espejo.

Lo había observado durante varios minutos sin conseguir acostumbrarse a su reflejo.

Los cuernos habían desaparecido después de recuperar su alma, pero su cuerpo seguía siendo aquel esqueleto que Lucifer había reconstruido para convertirlo en Ghost.

La llama azul todavía rodeaba su cráneo.

Aquella apariencia había sido su identidad durante siglos.

Ahora sabía que nunca debió pertenecerle.

Levantó lentamente una mano y tocó el lugar donde antes habían nacido sus cuernos.

Recordó el dolor que sintió cuando su alma regresó a su cuerpo.

Recordó también la voz de Illuzkan, explicándole que había vivido su eternidad bajo una mentira.

Pero lo que más le perturbaba no era su aspecto.

Eran los recuerdos.

Cada orden que había obedecido.

Cada vida que había arrebatado.

Cada vez que había pronunciado el nombre de Lucifer con la convicción de estar sirviendo a quien le había dado la existencia.

Había matado a Desidia.

Había sembrado miedo entre los habitantes del Infierno.

Había perseguido a quienes su supuesto creador consideraba enemigos.

Y ahora comprendía que todo aquello había sido obra de alguien que, mucho antes de convertirse en Ghost, había sido un arcángel.

Sariel cerró los dedos lentamente.

Unos golpes en la puerta lo hicieron levantar la cabeza.

—Adelante.

Azrael entró.

Durante unos segundos, ambos permanecieron observándose.

Había algo profundamente extraño en aquel encuentro.

Azrael conocía la identidad del ser que tenía enfrente, pero todavía debía acostumbrarse a encontrarla dentro de aquella figura envuelta en fuego.

—Sariel —saludó.

Ghost levantó ligeramente la cabeza.

Todavía no se acostumbraba a escuchar su verdadero nombre.

—Azrael.

El arcángel se acercó, aunque mantuvo cierta distancia.

—¿Cómo te encuentras?

Sariel contempló sus propias manos.

—No lo sé.

La respuesta fue tan sencilla como sincera.

—Recuerdo quién era. También recuerdo lo que hice. Pero no sé qué se supone que debo sentir ahora.

Azrael guardó silencio.

—Durante siglos creí que Lucifer me había creado —continuó Sariel—. Pensaba que le debía mi existencia. Ahora sé que me arrebató todo lo que tenía.

Su voz se volvió más apagada.

—Y que utilicé esa existencia para destruir la de otros.

Azrael tomó asiento frente a él.

—No puedes cambiar lo que sucedió.

—Lo sé.

—Pero ahora tienes la oportunidad de decidir qué harás con lo que recuerdas.

Sariel volvió la mirada hacia el espejo.

—No sé si eso será suficiente.

Azrael no intentó convencerlo.

Comprendía que ninguna palabra sería capaz de borrar siglos de sufrimiento ni de absolver inmediatamente las atrocidades cometidas.

Permaneció junto a él durante unos instantes.

Después habló.

—Seraphiel quiere escuchar tu testimonio.

Sariel giró la cabeza.

—¿Todo?

—Lo que puedas recordar.

El antiguo ejecutor permaneció inmóvil.

Finalmente, asintió.

—Está bien.

La reunión se celebró en una sala privada de la catedral.

Seraphiel ocupaba uno de los extremos de una mesa larga. Azrael permanecía a su derecha y Althea, que había sido convocada para presenciar el testimonio, se encontraba frente a ellos.

Sariel estaba sentado al otro lado.

No había guardias.

Tampoco cadenas ni mecanismos destinados a impedir que abandonara la habitación.

Aquello no era un interrogatorio a un prisionero.

Seraphiel quiso dejarlo claro desde el principio.

—Sariel, no estás aquí para ser juzgado por lo que Lucifer te hizo.

Él permaneció en silencio.

—Necesitamos comprender cómo ocurrió. Lo que recuerdes puede ayudarnos a determinar hasta dónde llegaron sus acciones.

Sariel asintió.

Seraphiel respiró profundamente.

—Comienza por el último recuerdo que conserves de tu vida anterior.

El fuego azul que rodeaba su cabeza se agitó ligeramente.

—El mundo humano.

Azrael levantó la mirada.

Sariel continuó.

—Había descendido para observar las almas humanas. Recuerdo que utilizaba una apariencia distinta. Caminaba entre ellos sin llamar la atención.

Hizo una pausa.

—Entonces encontré a un anciano que pedía ayuda.

Althea permaneció inmóvil.

—Lo seguí hasta un callejón. Parecía necesitar algo, aunque no entendía exactamente qué buscaba.

Sariel bajó ligeramente la cabeza.

—Cuando estuvimos solos, me dijo que sabía quién era. Que tenía algo que necesitaba.

Seraphiel entrelazó lentamente los dedos.

—¿Y después?

—Desapareció.

El silencio se extendió por la habitación.

—Lucifer apareció detrás de mí —continuó Sariel—. Me sujetó antes de que pudiera reaccionar y me llevó con él.

Azrael tensó la mandíbula.

Sariel permaneció callado unos segundos.

Cuando volvió a hablar, su voz parecía haber perdido toda emoción.

—Recuerdo las torturas.

Althea bajó ligeramente la mirada.

—Lucifer arrancó mi piel. Destruyó mi cuerpo hasta dejar únicamente los huesos. Después lo quemó.

Seraphiel cerró lentamente los ojos.

Había escuchado historias sobre la crueldad de Lucifer, pero conocer aquellos hechos de boca de Sariel resultaba diferente.

Mientras escuchaba, un recuerdo involuntario atravesó su mente.

Las manos de Sariel, intactas, cuando todavía conservaba su cuerpo celestial.

Su rostro antes de que Lucifer lo destruyera.

La cercanía de sus abrazos.

Abrió los ojos.

Frente a ella no estaba aquel Sariel que recordaba.

Estaba el resultado de siglos de tortura y manipulación.

La serafín apretó las manos sobre la mesa hasta que sus dedos dejaron de temblar.

No podía permitir que él la viera derrumbarse.

No durante su testimonio.

—Mi alma estaba separándose —continuó él—. Antes de que desapareciera, consiguió atraparla dentro de un frasco de fibra nórdica.

Azrael levantó la cabeza.

—¿Conservó tu alma fuera de tu cuerpo?

Sariel asintió.

—Después utilizó su esencia para devolverle movimiento a mis restos.

Miró sus manos.

—Deformó mi cráneo. Hizo crecer cuernos y aparecieron las llamas.

Seraphiel no apartaba los ojos de él.

—Cuando desperté, no recordaba nada.

Su voz tembló apenas.

—Ni siquiera mi nombre.

Permaneció en silencio antes de continuar.

—Lucifer me dijo que era su mejor creación. Me llamó Ghost. Me dijo que sería su mano derecha.

Azrael cerró lentamente los puños.

—Y lo creíste —murmuró.

—Sí.

Sariel levantó el rostro.

—Le creí todo.

Nadie habló durante varios segundos.

Seraphiel sintió una punzada dolorosa en el pecho.

Durante siglos había esperado que Sariel regresara.

Ahora sabía que, mientras ella lo recordaba, él había vivido sin siquiera conocer su nombre.

Sin recordar su origen.

Sin recordar a quienes lo habían amado.

Bajó discretamente la mirada hacia los documentos y respiró profundamente.

Había preguntas que todavía necesitaban hacer.

Fue ella quien finalmente rompió el silencio.

—¿Cómo recuperaste tus recuerdos?

Sariel explicó lo sucedido en Finisterra.

Habló del encuentro con Desmond y del frasco que había recibido del guardián de aquellas tierras. Después contó cómo acudió a Illuzkan, el Eminente de la Envidia, para descubrir qué ocultaba su memoria.

Relató su viaje a través del subconsciente.

Las imágenes del antiguo Paraíso.

El momento en que reconoció la voz de Seraphiel.

La conversación con Azrael en la que escuchó por primera vez, después de siglos, el nombre de Sariel.

Y, finalmente, la reconstrucción de su muerte y transformación.

—Illuzkan consiguió ayudarme a recuperar mi alma —concluyó—. Cuando regresó a mi cuerpo, comprendí que todo lo que Lucifer me había contado era mentira.

Althea observó a Seraphiel.

La serafín permanecía inmóvil.

Durante un momento no dijo nada.

Después se levantó de su asiento.

—Lucifer ha violado principios que ni siquiera deberían necesitar una explicación —declaró.

Su voz había recuperado la firmeza habitual, pero esta vez había algo distinto detrás de ella.

Indignación.

—No solo secuestró a un arcángel. Manipuló su alma, alteró su naturaleza y utilizó su cuerpo como un instrumento de violencia.

Azrael asintió lentamente.

—Y consiguió mantenerlo oculto durante siglos.

Seraphiel volvió la mirada hacia él.

—Exactamente.

Althea intervino.

—¿Qué vamos a hacer?

La pregunta quedó suspendida en la sala.

Seraphiel contempló los documentos extendidos sobre la mesa.

—Todavía no podemos tomar una decisión de semejante magnitud sin comprender todas sus consecuencias.

Althea frunció ligeramente el ceño.

—Pero no podemos permitir que continúe.

—No he dicho que vayamos a permitirlo.

La serafín mayor volvió a sentarse.

—Si actuamos precipitadamente, podríamos provocar un conflicto que afectaría a todo el Infierno. Y allí viven incontables seres que no tienen responsabilidad alguna por las decisiones de Lucifer.

Azrael cruzó los brazos.

—Entonces necesitamos pruebas suficientes para demostrar que sus acciones no fueron casos aislados.

Seraphiel asintió.

—Tenemos el testimonio de Sariel.

Miró uno de los documentos.

—Y también tenemos la declaración de Desmond sobre el antiguo rey de Finisterra.

Althea levantó la cabeza.

—¿El guardián de las tierras prohibidas?

—Así es.

Seraphiel recordó las palabras del joven.

Lucifer lo condenó a permanecer allí por toda la eternidad.

Un cadáver con conciencia.

Un antiguo rey que, según los registros celestiales, había muerto hacía milenios.

Era otra existencia convertida en una condena interminable.

—Quiero que revisen todos los registros disponibles sobre Finisterra —ordenó Seraphiel—. Necesitamos saber qué ocurrió con su rey y qué autoridad tenía Lucifer para imponerle semejante castigo.

Azrael asintió.

—Me encargaré.

—También quiero que recopilemos los testimonios relacionados con las acciones de Lucifer durante su reinado. No solamente las que afectaron al Cielo.

Althea la observó con atención.

—¿También las cometidas contra los habitantes del Infierno?

—Especialmente esas.

Seraphiel se incorporó lentamente.

—Si vamos a cuestionar la autoridad de Lucifer, no podemos hacerlo únicamente porque una de sus víctimas nos pertenece. Debemos comprender el alcance de sus actos y las consecuencias que han tenido sobre todos aquellos que viven bajo su gobierno.

Sariel levantó la mirada.

Por primera vez desde que comenzó la reunión, parecía realmente interesado en lo que Seraphiel estaba proponiendo.

—¿Qué sucederá si encuentran suficientes pruebas?

La serafín permaneció callada unos segundos.

—Entonces tendremos que decidir si Lucifer puede seguir gobernando.

Nadie respondió.

La gravedad de aquellas palabras era evidente.

Durante milenios, Lucifer había sido una figura prácticamente imposible de cuestionar. Su posición parecía tan permanente como la propia existencia del Infierno.

Pero aquella tarde, por primera vez, Seraphiel estaba considerando abiertamente la posibilidad de ponerle fin.

Sariel bajó lentamente la cabeza.

—Hay algo que deben comprender.

Todos lo miraron.

—Lucifer no es alguien que acepte perder lo que considera suyo.

Azrael frunció el ceño.

—Lo sabemos.

—No. —Sariel levantó el rostro—. Yo estuve a su lado durante siglos. Conozco su manera de actuar cuando alguien desafía su autoridad.

El fuego azul se agitó alrededor de su cráneo.

—Si descubre que el Cielo pretende retirarlo del poder, no esperará pacientemente a conocer su sentencia.

Seraphiel sostuvo su mirada.

—¿Crees que respondería con violencia?

Sariel tardó apenas un instante.

—Estoy seguro.

Un silencio pesado se apoderó de la sala.

Seraphiel miró hacia las ventanas.

Más allá de los muros de la catedral, el Paraíso continuaba tan tranquilo como siempre.

Ninguno de sus habitantes imaginaba que, en aquella habitación, comenzaba a discutirse una decisión capaz de alterar el equilibrio entre los planos.

Finalmente, la serafín habló.

—Entonces tendremos que proceder con cuidado.

Azrael asintió.

Althea permaneció pensativa.

Y Sariel, que durante siglos había sido el instrumento de Lucifer, comprendió que quizá su regreso no solo significaba recuperar la identidad que le habían arrebatado.

También podía convertirse en el principio del fin de aquel reinado.

Horas después, Desmond seguía en los jardines.

Skyler descansaba a su lado, con la cabeza apoyada sobre su hombro.

Habían hablado durante largo rato.

De Scott.

De los años que habían pasado separados.

De las cosas que ambos habían querido decirse y que la muerte había dejado inconclusas.

En algún momento, Skyler le pidió que caminaran.

Desmond aceptó.

No porque necesitaran ir a ninguna parte, sino porque ella deseaba hacerlo junto a él.

Y Desmond no podía dejar de sonreír cada vez que la veía dar un paso sin ayuda.

Ahora descansaban junto a la misma fuente donde se habían reencontrado.

Skyler entrelazó lentamente sus dedos con los de él.

—Des...

—¿Mmm?

—¿Crees que podremos volver a vernos?

Desmond giró hacia ella.

La sabueso contemplaba sus manos unidas.

—Sé que no puedes quedarte aquí para siempre —continuó—. Tienes una vida abajo. Personas que te necesitan.

Él permaneció pensativo.

Sabía que tenía razón.

Su familia seguía en el Infierno y, tarde o temprano, tendría que regresar.

Pero no quería pensar en otra despedida.

No todavía.

—No sé cómo funcionará todo esto —admitió—. Pero pienso averiguarlo.

Skyler levantó la mirada.

—¿Lo prometes?

Desmond sonrió.

—Prometo intentarlo.

Ella apoyó nuevamente la cabeza sobre su hombro.

—Eso me basta.

Permanecieron en silencio.

Desmond contempló el cielo luminoso sobre ellos.

Por primera vez desde su llegada, aquel lugar no le pareció una prisión disfrazada de paraíso.

Tampoco lo consideró un hogar.

Pero allí estaba Skyler.

Y durante aquella tarde, eso fue suficiente.

Sin embargo, mientras ambos disfrutaban de una tranquilidad que creían perdida para siempre, en las habitaciones superiores de la catedral comenzaba una investigación que terminaría poniendo en duda uno de los poderes más antiguos del Infierno.

Lucifer todavía no lo sabía.

Pero el regreso de Sariel había dejado de ser solamente un asunto celestial.

Se había convertido en la primera grieta de su reinado.

CAP 114

El Precio de la Eternidad

El amanecer llegó al Paraíso con una tranquilidad que Desmond todavía no conseguía comprender.

La luz atravesaba los enormes ventanales de la catedral y se extendía sobre los pasillos de mármol, iluminando las figuras talladas en sus columnas. A lo lejos, las campanas anunciaban el comienzo de una nueva jornada, mientras los habitantes del Cielo continuaban con sus actividades habituales.

Nada parecía haber cambiado.

Los jardines seguían floreciendo, las fuentes derramaban sus aguas cristalinas y las almas caminaban por las calles con aquella serenidad que tanto había sorprendido a Desmond desde su llegada.

Sin embargo, detrás de las puertas de la catedral, algo había comenzado a transformarse.

Y él, aunque todavía lo desconocía, había sido una de las razones.

Desmond permanecía sentado al borde de su cama, observando la pequeña fotografía que llevaba dentro del colgante que Marta le había regalado muchos años atrás.

Sus dedos recorrieron cuidadosamente los bordes del objeto.

En aquella imagen aparecían cuatro personas.

Miguel, Marta, James y él.

Una familia que había sido feliz a pesar de las dificultades, la pobreza y la violencia que los rodeaba.

Una familia que, con el paso de los años, había perdido a demasiados de sus integrantes.

El joven cerró el colgante.

Había pasado buena parte de la noche despierto.

No por miedo.

Al menos, no únicamente.

Cada vez que intentaba dormir, recordaba el encuentro con Skyler.

La había visto.

La había abrazado.

Había escuchado nuevamente su voz.

Durante años creyó que jamás volvería a experimentar algo semejante. En muchas ocasiones había intentado convencerse de que lo mejor era aceptar su ausencia y continuar viviendo, aunque una parte de su corazón siempre permaneciera ligada a ella.

Y lo había conseguido.

Había reconstruido su vida.

Había encontrado personas que lo amaban y que le habían enseñado que seguir adelante no significaba olvidar a quienes había perdido.

Pero verla nuevamente había despertado emociones que creía incapaces de regresar con semejante intensidad.

Todavía recordaba cómo temblaba Skyler cuando intentó explicarle lo ocurrido durante su asesinato.

La culpa en su voz.

El miedo de que él la responsabilizara por no haber podido salvar a Scott.

Desmond apretó los ojos.

Nunca había comprendido por qué ella había sentido la necesidad de disculparse.

Había muerto intentando proteger a su hijo.

Si alguien tenía motivos para lamentarse por lo sucedido, era él.

No por haberse marchado al mundo humano, porque aquella decisión había sido mucho más complicada de lo que cualquiera podría imaginar, sino por el simple hecho de no haber estado allí cuando su familia lo necesitó.

Durante años, aquella idea lo había perseguido.

Pero Skyler le había regalado algo que ninguna de sus victorias consiguió ofrecerle.

La oportunidad de despedirse sin que la muerte los interrumpiera.

Desmond se levantó y caminó hacia el ventanal.

Desde allí podía contemplar una parte de los jardines donde había pasado la tarde anterior.

Recordó a Skyler caminando junto a él.

Sin necesitar ayuda.

Sin sentir dolor.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—Por fin puedes hacerlo... —murmuró.

Unos golpes suaves interrumpieron sus pensamientos.

—¿Desmond?

Reconoció la voz de Althea.

—Adelante.

La joven serafín entró con una expresión tranquila.

—Buenos días.

—Buenos días.

Althea reparó en el colgante que Desmond todavía sostenía.

—¿Es de tu familia?

Él bajó la mirada.

—Sí. Me lo regaló mi madre antes de que me marchara de casa.

—Debe significar mucho para ti.

—Más de lo que imaginas.

Althea sonrió discretamente.

—Seraphiel quiere hablar contigo cuando tengas un momento.

La sonrisa de Desmond desapareció.

—¿Otra vez?

Althea comprendió inmediatamente su inquietud.

—No es otro juicio, Desmond.

—Eso espero. La última vez que me dijeron que debía presentarme ante ella terminé con la cabeza debajo de una cuchilla.

La serafín bajó ligeramente las orejas de sus alas, incómoda ante el comentario.

—Comprendo que todavía estés afectado por lo sucedido.

Desmond dejó escapar un suspiro.

—Perdona. No era mi intención desquitarme contigo.

—No tienes que disculparte por estar molesto.

Él guardó el colgante bajo su ropa.

—¿Sabes qué quiere decirme?

—Creo que tiene que ver con tu regreso al Infierno.

Desmond permaneció inmóvil.

Sabía que aquel momento llegaría.

El Cielo no era su hogar, y aunque Seraphiel le había permitido permanecer allí, todavía tenía una familia y una vida esperando por él.

Pero escuchar que su partida comenzaba a discutirse hizo que una tristeza inesperada se instalara en su pecho.

—Entiendo.

Althea observó su expresión.

—No tienes que marcharte inmediatamente. Seraphiel solo quiere aclarar algunas cuestiones.

Desmond asintió.

—Está bien. Iré a verla.

La serafín se dispuso a salir, pero antes de alcanzar la puerta se detuvo.

—Desmond...

—¿Sí?

Althea vaciló.

—Quería decirte algo sobre lo que ocurrió durante tu juicio.

Él levantó ligeramente las cejas.

—Te escucho.

—Cuando Seraphiel dictó tu sentencia, intenté oponerme, pero no hice lo suficiente.

Desmond guardó silencio.

—Debí insistir —continuó ella—. Debí cuestionarla de nuevo, aunque eso significara enfrentarme a su autoridad.

Él la contempló unos segundos.

—Althea, fuiste la única que abrió la boca cuando todos los demás estaban dispuestos a verme morir.

La joven serafín bajó la mirada.

—Pero no conseguí detenerlo.

—No pudiste. Es diferente.

Althea volvió a observarlo.

Desmond sonrió con cierta melancolía.

—Créeme, conozco bastante bien esa sensación.

La serafín permaneció pensativa.

—Gracias —murmuró finalmente.

—No tienes que agradecerme nada.

Cuando Althea abandonó la habitación, Desmond volvió a mirar por la ventana.

Por primera vez desde su llegada, comenzó a preguntarse si los habitantes del Cielo eran realmente tan diferentes de quienes vivían en el Infierno.

Había conocido ángeles compasivos y autoridades dispuestas a destruirlo.

Había visto un Paraíso hermoso y una administración que casi lo condenaba a desaparecer sin permitirle defenderse.

No era tan sencillo dividir la existencia entre buenos y malos.

Nunca lo había sido.

Y quizá aquella era una de las lecciones más importantes que había aprendido durante toda su vida.

Más tarde, Desmond recorrió los pasillos de la catedral hasta llegar a la oficina de Seraphiel.

La encontró frente a su escritorio, acompañada por Azrael.

Los documentos que antes ocupaban buena parte de la mesa habían sido reorganizados en varios grupos. Algunos mostraban anotaciones recientes; otros permanecían cerrados bajo pequeños sellos celestiales.

Seraphiel levantó la cabeza al verlo entrar.

—Desmond. Gracias por venir.

—Me dijeron que querías hablar conmigo.

—Así es. Toma asiento.

Desmond obedeció.

Azrael lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Me alegra verte en mejores circunstancias.

—A mí también —respondió Desmond—. Aunque preferiría no volver a visitar una sala de ejecuciones.

Seraphiel bajó discretamente la mirada.

El comentario no había sido pronunciado con agresividad, pero bastó para recordarle algo que todavía le producía vergüenza.

—Tienes razones para sentirte así —admitió.

Desmond la observó con cierta sorpresa.

No esperaba aquella respuesta.

Seraphiel entrelazó las manos sobre el escritorio.

—Antes de hablar sobre tu regreso, quiero aclarar algo.

Hizo una pausa.

—La sentencia que dicté contra ti fue desproporcionada.

El silencio se extendió por la oficina.

—Tus acciones tuvieron consecuencias y algunas de ellas deberán ser revisadas en su momento. Pero eso no justificaba condenarte a desaparecer de todos los planos sin permitirte una defensa adecuada.

Desmond permaneció inmóvil.

Seraphiel sostuvo su mirada.

—No puedo deshacer lo que ocurrió durante el juicio. Pero sí puedo reconocer que cometí un error.

Azrael observó a la serafín sin intervenir.

Para alguien acostumbrado a verla defender sus decisiones con absoluta firmeza, aquellas palabras representaban un cambio considerable.

Desmond apoyó lentamente las manos sobre sus rodillas.

—Supongo que eso ya es algo.

Seraphiel asintió.

—No espero que me perdones inmediatamente.

—No sé si estoy en condiciones de hacerlo.

—Lo comprendo.

Durante unos instantes, ninguno habló.

Finalmente, Seraphiel abrió uno de los documentos.

—En cuanto a tu permanencia aquí, puedes regresar al Infierno cuando lo consideres conveniente. No existen razones para mantenerte retenido.

Desmond levantó la cabeza.

—¿Y podré volver?

La serafín tardó en responder.

—No puedo prometerte libre acceso al Paraíso. Existen disposiciones que debemos respetar, y tampoco sería responsable autorizar algo semejante sin establecer límites claros.

Él bajó la mirada.

Seraphiel continuó:

—Pero tu situación es excepcional. Revisaremos qué posibilidades existen para que puedas mantener contacto con quienes has encontrado aquí.

Desmond asintió lentamente.

—Gracias.

—También quiero informarte sobre Marta.

El joven se incorporó ligeramente.

—¿La encontraron?

Seraphiel negó con suavidad.

—Todavía no tenemos una confirmación definitiva.

La esperanza que había aparecido en los ojos de Desmond disminuyó.

—Entiendo...

—La búsqueda continúa —añadió ella—. No quiero ofrecerte una respuesta que después resulte equivocada.

Él contempló el escritorio.

Había imaginado muchas posibilidades durante su estancia en el Cielo.

Encontrarla.

Abrazarla.

Decirle que había intentado cumplir sus últimos deseos.

Contarle que la música, aquella pasión que ella siempre había apoyado, terminó convirtiéndose en una parte fundamental de su vida.

Pero tendría que esperar.

Otra vez.

—Está bien —respondió finalmente—. Prefiero esperar antes que recibir una mentira.

Seraphiel bajó la mirada hacia los registros.

La frase la afectó más de lo que Desmond podía imaginar.

Durante siglos, el Cielo había presumido de poseer respuestas para casi cualquier cuestión relacionada con las almas.

Y allí estaba ella, incapaz de confirmar el destino de una mujer cuya existencia significaba tanto para alguien que había tenido frente a su tribunal.

—Me aseguraré de que tu solicitud no quede olvidada —prometió.

Desmond asintió.

Después de resolver aquellas cuestiones, Seraphiel cerró el documento.

—Hay algo más que quiero preguntarte.

Él levantó la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Finisterra.

Desmond dejó escapar un suspiro.

—Imaginé que terminaríamos hablando de eso.

—Necesitamos comprender mejor lo que sucedió allí.

—Ya conté todo lo que sabía.

—Lo sé. No pretendo obligarte a repetir tu declaración. Pero puede que haya detalles que adquirieran significado después del regreso de Sariel.

Desmond permaneció pensativo.

Recordó aquellas tierras.

La antigua catedral de Malachi de Compostela.

El guardián condenado a vigilar una región que alguna vez había gobernado.

El frasco que terminó permitiendo que Ghost descubriera su verdadera identidad.

Todo aquello había ocurrido de una manera tan extraña que todavía le costaba comprender completamente sus consecuencias.

—Solo sé lo que vi —respondió—. Y lo que aquel guardián me contó.

Azrael intervino.

—¿Crees que mentía?

Desmond negó.

—No parecía tener ninguna razón para hacerlo.

—¿Y su condena? —preguntó Seraphiel—. ¿Te explicó por qué Lucifer lo había obligado a permanecer allí?

Desmond recordó el aspecto de aquella criatura.

Un cadáver que conservaba conciencia.

Un antiguo rey convertido en el vigilante eterno de su propio territorio.

—No me dio una explicación que pudiera justificarlo —respondió—. Pero tampoco creo que exista alguna.

Seraphiel guardó silencio.

—Imaginen morir —continuó Desmond—. Imaginen que ni siquiera eso sea suficiente para descansar. Que alguien decida que seguirán conscientes durante toda la eternidad, obligados a proteger aquello que les arrebató.

El joven se inclinó ligeramente hacia delante.

—No sé qué hizo aquel rey durante su vida. No sé si fue bueno o malo. Pero lo que Lucifer hizo con él...

Desmond negó lentamente con la cabeza.

—Eso no se lo deseo a nadie.

Azrael cruzó los brazos.

La serafín mayor contempló uno de los documentos.

—Es otra razón para investigar.

Desmond levantó la mirada.

—¿Investigar qué?

Seraphiel vaciló.

—Las acciones de Lucifer durante su reinado.

El joven permaneció inmóvil.

—¿Van a hacer algo contra él?

La pregunta fue directa.

Azrael miró a Seraphiel.

Ella tardó varios segundos en responder.

—Todavía estamos determinando qué medidas pueden adoptarse.

Desmond soltó una pequeña exhalación.

—Eso suena a que no saben qué hacer.

La serafín no se ofendió.

—En este momento, sería irresponsable afirmar lo contrario.

El joven la contempló con mayor atención.

Aquella respuesta era distinta de las que había recibido durante su juicio.

No había amenazas.

No existía una autoridad intentando imponerle silencio.

Por primera vez, Seraphiel parecía dispuesta a reconocer sus propias incertidumbres.

—Lucifer no va a aceptar que alguien cuestione su poder —advirtió Desmond.

—Sariel nos ha dicho lo mismo —respondió Azrael.

—Entonces deberían escucharlo.

Seraphiel asintió.

—Lo estamos haciendo.

Desmond miró brevemente hacia la ventana.

—Solo espero que, si deciden intervenir, recuerden que hay familias viviendo allá abajo.

La serafín levantó la cabeza.

Él continuó:

—Gente que no tiene nada que ver con las decisiones de Lucifer. Personas que trabajan, que cuidan a sus hijos y que simplemente intentan sobrevivir.

Su voz adquirió un tono más serio.

—No quiero que terminen pagando por algo que no hicieron.

Seraphiel sostuvo su mirada.

—Esa es precisamente una de nuestras mayores preocupaciones.

Desmond asintió.

No tenía nada más que añadir.

Cuando finalmente abandonó la oficina, Azrael permaneció junto a Seraphiel.

Ambos escucharon cómo sus pasos se alejaban por el corredor.

—Tiene razón —murmuró el arcángel.

Seraphiel cerró lentamente los ojos.

—Lo sé.

—Si decidimos actuar, las consecuencias no pueden recaer sobre quienes no tienen responsabilidad alguna.

La serafín observó los documentos.

—Durante demasiado tiempo hemos permitido que las decisiones de unos pocos afecten la existencia de innumerables seres.

Azrael permaneció callado.

Seraphiel volvió a hablar.

—Y tampoco podemos permitir que nuestro deseo de corregirlo termine provocando una injusticia todavía mayor.

El arcángel asintió.

—Entonces tenemos que encontrar otra manera.

Seraphiel no respondió.

Porque, en aquel momento, todavía desconocía si existía alguna.

Esa misma tarde, Sariel permanecía en una pequeña terraza de la catedral.

El aire movía lentamente las llamas azules que rodeaban su cráneo. Frente a él se extendía el Paraíso, tan hermoso como lo recordaba y, al mismo tiempo, tan diferente de aquel lugar que había conocido antes de su desaparición.

Había pasado siglos sirviendo a Lucifer.

Durante todo ese tiempo, nunca se había permitido contemplar la posibilidad de una existencia distinta.

Ahora estaba de regreso.

Y no sabía qué hacer con aquella libertad.

Escuchó pasos detrás de él.

No necesitó girarse para reconocer la presencia que se acercaba.

—Seraphiel.

La serafín se detuvo a su lado.

—¿Puedo acompañarte?

Sariel inclinó ligeramente la cabeza.

—Por supuesto.

Ella se acercó a la barandilla.

Durante unos instantes, ambos permanecieron en silencio.

Seraphiel contempló los jardines.

—Solías venir a este lugar.

Sariel volvió lentamente el rostro hacia ella.

—¿Aquí?

—No exactamente a esta terraza. La catedral ha cambiado mucho desde entonces.

Una sonrisa melancólica apareció en el rostro de Seraphiel.

—Pero siempre te gustaba observar el Paraíso desde las alturas.

Sariel guardó silencio.

Intentó encontrar aquel recuerdo.

Durante su visita al subconsciente había recuperado fragmentos importantes de su pasado, pero todavía existían momentos que permanecían incompletos.

Recordaba a Seraphiel.

Recordaba sus abrazos.

Y recordaba aquella sensación de tranquilidad que experimentaba cuando estaba cerca de ella.

Pero no podía recuperar cada conversación, cada gesto ni todos los instantes que habían compartido.

—Recuerdo algunas cosas —admitió.

Seraphiel bajó ligeramente la mirada.

—No tienes que forzarte.

Sariel contempló sus manos esqueléticas.

—Es extraño.

—¿Qué cosa?

—Estar aquí.

La serafín lo observó.

—Durante siglos pensé que mi hogar estaba en el Infierno. Creía que Lucifer me había creado allí y que mi existencia le pertenecía.

Su voz se volvió más apagada.

—Ahora sé que este fue mi hogar. Pero cuando miro a mi alrededor...

Hizo una pausa.

—No sé si todavía pertenezco a él.

Seraphiel sintió una punzada en el pecho.

—Sariel...

—Mírame.

Él levantó lentamente las manos.

—Esto es lo que queda de mí.

La serafín dio un pequeño paso hacia él.

—No.

Sariel giró el rostro.

—¿No?

Seraphiel sostuvo su mirada.

—Esto es lo que Lucifer hizo con tu cuerpo.

La luz del Paraíso se reflejó sobre su figura.

—No es todo lo que eres.

Sariel permaneció inmóvil.

—He cometido atrocidades.

—Lo sé.

—He arrebatado vidas. He perseguido a personas que nunca me hicieron daño. He obedecido órdenes que ahora me resultan insoportables.

Seraphiel bajó lentamente la cabeza.

—No voy a fingir que nada de eso ocurrió.

Sariel volvió la mirada hacia el horizonte.

—Entonces quizá no debería estar aquí.

La serafín se volvió hacia él.

—No digas eso.

Su respuesta fue más rápida de lo que había pretendido.

Sariel pareció sorprendido.

Seraphiel respiró profundamente.

—No puedes cambiar lo que ocurrió, pero tampoco puedes permitir que Lucifer continúe decidiendo quién eres, incluso después de haber recuperado tu libertad.

El antiguo ejecutor guardó silencio.

—Si necesitas responder por tus acciones, tendrás que hacerlo —continuó ella—. Pero tienes derecho a ser escuchado. A comprender lo que te ocurrió. A recuperar aquello que todavía pueda recuperarse.

Sariel levantó lentamente la cabeza.

—¿Y si no consigo volver a ser quien era?

La pregunta dejó a Seraphiel sin respuesta durante unos instantes.

Recordó al antiguo Sariel.

Su rostro.

Su voz.

Su manera de sonreír.

La cercanía que habían compartido durante una época que ahora parecía pertenecer a otra existencia.

Después contempló la figura esquelética que tenía enfrente.

Era distinto.

Y probablemente nunca volvería a ser exactamente el mismo.

Pero eso no significaba que hubiese dejado de ser Sariel.

—Entonces aprenderemos a conocerte de nuevo —respondió finalmente.

El fuego azul que rodeaba su cabeza se agitó suavemente.

Sariel la observó durante varios segundos.

—¿Aprenderemos?

Seraphiel pareció comprender el alcance de sus propias palabras.

Bajó discretamente la mirada.

—Quise decir que... todos tendremos que acostumbrarnos a tu regreso.

El antiguo arcángel no respondió inmediatamente.

Por un instante, aquella evasiva le resultó familiar.

No sabía exactamente por qué.

Seraphiel se llevó una mano al brazo contrario.

—Azrael cree que todavía conservas recuerdos importantes sobre Lucifer.

Sariel comprendió que había cambiado de tema.

Pero no insistió.

—Es posible.

—Necesitaremos tu ayuda para comprender cómo gobierna y qué medidas podría tomar si descubre nuestra investigación.

El antiguo ejecutor contempló el horizonte.

—Lucifer no tolera perder el control.

—Lo sé.

—No. —Sariel negó lentamente—. No me refiero solamente a su autoridad política.

Seraphiel escuchó con atención.

—Durante siglos vi cómo reaccionaba cuando alguien cuestionaba sus decisiones. Para él, la obediencia no era una responsabilidad de sus subordinados. Era algo que le pertenecía.

Sariel hizo una pausa.

—No distinguía entre lealtad y sometimiento.

Seraphiel recordó sus propias palabras durante la discusión con Azrael.

La desesperación.

El miedo a perder el orden.

La manera en que había llegado a considerar la ejecución de Desmond una solución aceptable.

Sintió un escalofrío.

—¿Seraphiel?

Ella levantó la cabeza.

—Perdona. Estaba pensando.

Sariel guardó silencio.

—¿Crees que Lucifer atacaría al Cielo si supiera que estamos cuestionando su gobierno?

—No puedo saber exactamente qué haría.

La serafín esperó.

—Pero sí puedo asegurarte algo: no aceptará perder su reino sin intentar conservarlo.

El silencio regresó entre ambos.

Seraphiel contempló las calles del Paraíso.

Había demasiadas almas que dependían de la estabilidad entre ambos planos.

Demasiadas vidas que podían verse afectadas si aquella investigación terminaba convirtiéndose en una guerra.

Y, aun así, tampoco podía ignorar lo que había descubierto.

Sariel giró ligeramente el rostro.

—Seraphiel...

—¿Sí?

Él tardó unos segundos en continuar.

—Gracias por reconocerme.

La serafín sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Sariel...

—Cuando llegué al tribunal no sabía qué iba a encontrar. Pensé que quizá me considerarían una amenaza.

Su voz adquirió una gravedad distinta.

—Pero tú me llamaste por mi nombre.

Seraphiel apartó la mirada.

—No podía confundirte con nadie más.

Sariel permaneció inmóvil.

Durante un breve instante, ella pareció estar a punto de decir algo más.

Algo que llevaba siglos guardando.

Pero terminó respirando profundamente.

—Necesitas descansar —murmuró—. Han sido días difíciles.

Sariel comprendió que no obtendría otra respuesta.

—Está bien.

Seraphiel se dispuso a retirarse.

Sin embargo, antes de marcharse, se detuvo.

—Sariel...

Él volvió la cabeza.

La serafín lo contempló durante unos segundos.

—Me alegra que estés aquí.

La llama azul se agitó suavemente.

—A mí también, Seraphiel.

Ella sonrió apenas.

Después abandonó la terraza.

Sariel permaneció contemplando el lugar por el que había desaparecido.

No comprendía completamente el vínculo que alguna vez habían compartido.

Pero sabía que allí existía algo que todavía no había conseguido recordar.

Y, por primera vez desde su regreso, deseó hacerlo.

En los jardines, Desmond caminaba nuevamente junto a Skyler.

La noticia de su próxima partida había entristecido a la sabueso, aunque intentaba no demostrarlo.

Habían pasado buena parte de la tarde hablando de Scott.

Skyler quería conocer todos los detalles posibles.

Preguntaba por su apariencia, sus costumbres, sus dificultades y las personas que habían permanecido junto a él después de su muerte.

Desmond respondió cuanto pudo.

No ocultó que la vida de su hijo había estado marcada por acontecimientos difíciles.

Tampoco intentó convencerla de que todo había sido sencillo.

Skyler merecía conocer la verdad.

Cuando finalmente llegaron a una pequeña fuente, ella se sentó junto a él.

—Ha crecido tanto... —murmuró.

Desmond asintió.

—Más de lo que imaginábamos.

La sabueso sonrió con tristeza.

—Ojalá pudiera verlo.

Él contempló sus manos.

—También me gustaría.

Skyler permaneció callada unos segundos.

—¿Crees que me recuerda?

Desmond levantó la cabeza.

—Por supuesto que te recuerda.

Ella bajó las orejas.

—Era tan pequeño cuando...

No consiguió terminar.

Desmond tomó una de sus manos.

—Skyler, no tienes que preocuparte por eso.

La sabueso lo observó.

—Eres su madre. Y eso no cambió cuando moriste.

Skyler apretó suavemente sus dedos.

Una lágrima descendió por su mejilla.

—Gracias, Des.

Permanecieron juntos durante varios minutos.

A lo lejos se escuchaban las voces de algunas almas que recorrían los jardines.

Desmond observó el agua de la fuente.

—Tengo que regresar.

Skyler bajó lentamente la cabeza.

—Lo sé.

—Hay personas esperándome.

—También lo sé.

El joven soltó un suspiro.

—No quiero que pienses que...

Ella levantó una mano y lo interrumpió suavemente.

—Desmond.

Él guardó silencio.

Skyler sonrió entre lágrimas.

—No tienes que explicarme por qué debes continuar con tu vida.

El joven bajó la mirada.

—Es que...

—Te conozco.

La sabueso acercó una mano a su rostro.

—Siempre has intentado cargar con todo, incluso cuando nadie te lo pidió.

Desmond dejó escapar una pequeña risa.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian.

—No.

Skyler lo contempló con ternura.

—Pero otras sí deberían hacerlo.

Él levantó los ojos.

—No quiero que vuelvas a pasar años castigándote por algo que no pudiste evitar.

Desmond permaneció callado.

Skyler continuó:

—Vivimos cosas hermosas. Tuvimos una familia. Me diste un hogar cuando pensé que jamás encontraría uno.

Sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Y aunque nuestra historia terminó de una manera horrible, eso no significa que todo lo anterior haya dejado de importar.

Desmond sintió que la garganta se le cerraba.

—Sky...

Ella negó suavemente con la cabeza.

—No quiero que me recuerdes solamente por la manera en que morí.

El joven cerró los ojos.

—Nunca te he recordado solamente por eso.

—Entonces prométeme algo.

Desmond la observó.

—Lo que quieras.

Skyler le acarició la mejilla.

—Cuando regreses, sigue viviendo.

Él permaneció inmóvil.

—No dejes que nuestra despedida te impida disfrutar de las personas que todavía están contigo.

Desmond recordó a Laura.

Recordó las oportunidades que había recibido durante su estancia en el mundo humano.

Los años que había pasado intentando reconstruirse.

Las personas que habían conseguido devolverle una parte de la felicidad que creyó perdida.

—Lo intentaré —respondió.

Skyler sonrió.

—Con eso me basta.

Desmond la contempló durante unos segundos.

Después se inclinó y apoyó suavemente la frente contra la suya.

—Gracias por todo, Skyler.

Ella cerró los ojos.

—Gracias a ti, Des.

Se abrazaron nuevamente.

Esta vez no hubo desesperación.

Tampoco el miedo que había dominado su primer encuentro.

Ambos sabían que tendrían que separarse.

Pero, a diferencia de aquella última despedida en el Infierno, ahora podían hacerlo mirándose a los ojos.

Cuando finalmente se levantaron, Skyler extendió una mano.

—¿Caminamos un poco más?

Desmond sonrió.

—Claro que sí.

Y caminaron juntos.

Sin prisa.

Sin intentar detener el tiempo.

Desmond observó de reojo la manera en que Skyler avanzaba por el sendero, moviendo suavemente la cola mientras contemplaba los jardines.

Todavía le resultaba maravilloso verla caminar.

En algún momento, la sabueso reparó en su expresión.

—¿Qué miras?

Desmond negó con una sonrisa.

—Nada.

Skyler entrecerró los ojos.

—Desmond...

Él soltó una pequeña carcajada.

—Es que todavía no me acostumbro a verte así.

La sabueso bajó la mirada hacia sus piernas.

Después volvió a observarlo.

—Yo tampoco.

Ambos rieron suavemente.

Y durante aquel breve instante, la muerte pareció una historia demasiado lejana para alcanzarles.

Cuando llegó el momento de separarse, Skyler lo abrazó una última vez.

—Cuida de Scott.

—Lo haré.

—Y cuídate tú también.

Desmond sonrió.

—Haré lo posible.

La sabueso se apartó lentamente.

Durante unos segundos permanecieron frente a frente.

Él quiso decir muchas cosas.

Que la amaba.

Que jamás olvidaría lo que habían compartido.

Que había sido una parte fundamental de la persona en la que terminó convirtiéndose.

Pero comprendió que no necesitaba pronunciarlas todas.

Skyler ya lo sabía.

Desmond acercó una mano a su mejilla.

—Nos volveremos a encontrar.

Ella sonrió.

—Algún día.

El joven asintió.

Después comenzó a alejarse por el sendero.

No miró atrás inmediatamente.

Sabía que, si lo hacía demasiado pronto, quizá no conseguiría continuar.

Cuando finalmente se volvió, Skyler seguía allí.

De pie.

Sonriendo entre lágrimas.

Levantó una mano para despedirse.

Desmond hizo lo mismo.

Y continuó caminando.

No sabía cuándo volvería a verla.

Pero, por primera vez desde su muerte, aquella incertidumbre no estuvo acompañada únicamente de sufrimiento.

También existía esperanza.

Cuando Desmond regresó a la catedral, encontró a Sariel junto a uno de los corredores que conducían hacia las puertas principales.

El antiguo ejecutor permanecía inmóvil, contemplando una de las enormes vidrieras.

Desmond se detuvo.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente, fue Sariel quien rompió el silencio.

—Me dijeron que regresarás al Infierno.

Desmond asintió.

—Sí. Ya es hora.

Sariel volvió lentamente el rostro hacia él.

—Quería hablar contigo antes de que te marcharas.

El joven arqueó ligeramente una ceja.

—¿Sobre qué?

—Finisterra.

Desmond dejó escapar un pequeño suspiro.

—Últimamente todo el mundo quiere hablar conmigo sobre ese lugar.

Sariel permaneció serio.

—Sé que cuando llegaste allí tu intención era matarme.

Desmond bajó lentamente la mirada.

—Sí.

—Y yo había recibido órdenes de acabar contigo.

—También lo sé.

El silencio regresó entre ambos.

Sariel contempló sus manos.

—Si las cosas hubieran ocurrido de otra manera, quizá ninguno de nosotros estaría aquí.

Desmond asintió.

—Es posible.

La llama azul que rodeaba el cráneo del antiguo arcángel se agitó suavemente.

—No sé cómo agradecerte lo que hiciste.

El joven levantó la cabeza.

—No tienes que hacerlo.

—Me ayudaste a recuperar algo que creía perdido para siempre.

Desmond permaneció pensativo.

—Yo ni siquiera sabía lo que estaba haciendo.

—Eso no cambia las consecuencias.

El joven observó el rostro esquelético de Sariel.

Recordó todas las veces que había escuchado historias sobre Ghost.

El ejecutor de Lucifer.

Una criatura temida incluso por los seres más poderosos del Infierno.

Y ahora lo tenía enfrente, intentando comprender cómo vivir después de descubrir que toda su existencia había sido una mentira.

—Supongo que ninguno de los dos sabía realmente en qué se estaba metiendo —murmuró.

Sariel inclinó ligeramente la cabeza.

Desmond extendió una mano.

El antiguo ejecutor la contempló unos segundos.

Después la estrechó.

Por primera vez, aquel gesto no estuvo acompañado por amenazas ni por el recuerdo de una persecución.

Solo por el reconocimiento de dos individuos cuyas vidas habían cambiado de una manera inesperada.

—Cuídate, Sariel —dijo Desmond.

El arcángel levantó lentamente la cabeza.

—Tú también, Desmond.

El joven comenzó a alejarse.

Pero antes de llegar al final del corredor, Sariel volvió a llamarlo.

—Desmond.

Él se giró.

—¿Sí?

Sariel permaneció inmóvil durante unos segundos.

—No permitas que Lucifer decida qué clase de persona debes ser.

Desmond lo contempló.

Después sonrió con cierta tristeza.

—Créeme. Hace mucho tiempo dejé de permitirlo.

El antiguo ejecutor asintió.

Desmond continuó su camino.

Aquella misma tarde, abandonó el Paraíso.

No lo hizo como un condenado.

Tampoco como un fugitivo.

Se marchó como alguien que había encontrado respuestas que llevaba años buscando y que, al mismo tiempo, regresaba con preguntas mucho más grandes que las que lo habían acompañado al llegar.

Había vuelto a abrazar a Skyler.

Había conocido la verdadera identidad de Ghost.

Y había descubierto que incluso el Cielo, aquel lugar que parecía representar la perfección absoluta, escondía problemas que sus propias autoridades apenas comenzaban a reconocer.

Pero nada de aquello lo preparaba para lo que estaba a punto de suceder.

En las oficinas superiores de la catedral, Seraphiel volvió a reunir a Azrael y Althea.

Sariel también fue convocado.

La conversación fue diferente de las anteriores.

Ya no se trataba únicamente de recopilar testimonios.

Los documentos reunidos hasta aquel momento habían comenzado a mostrar un problema que ninguna de las autoridades presentes podía seguir ignorando.

Durante demasiado tiempo, Lucifer había actuado sin encontrar una oposición capaz de detenerlo.

Sus decisiones afectaban a los habitantes del Infierno, a territorios antiguos y, como demostraba el caso de Sariel, incluso a seres pertenecientes al Cielo.

Althea permanecía frente a la mesa.

—¿Cuánto tiempo continuaremos investigando?

Seraphiel levantó la mirada.

—Hasta comprender suficientemente lo que estamos enfrentando.

—Pero cada día que pasa es otro día en que Lucifer conserva su autoridad.

Azrael intervino.

—Y cada decisión que tomemos precipitadamente podría provocar un conflicto de consecuencias impredecibles.

Althea bajó ligeramente la cabeza.

—Lo comprendo.

Sariel permanecía en silencio.

Seraphiel contempló los documentos.

—Tenemos que distinguir dos cuestiones.

Todos la observaron.

—Una cosa es demostrar que Lucifer ha cometido atrocidades. Otra muy diferente es determinar qué autoridad tenemos para intervenir en su reino.

Azrael asintió.

—Los límites entre los planos no pueden ignorarse simplemente porque consideremos que una decisión es necesaria.

Althea frunció ligeramente el ceño.

—Pero si esos límites permiten que continúe...

—No son los límites los que permiten sus acciones —la interrumpió Seraphiel—. Es nuestra incapacidad para responder adecuadamente cuando alguien los quebranta.

El silencio se extendió por la habitación.

La serafín respiró profundamente.

—Durante siglos hemos confundido la ausencia de conflictos abiertos con la existencia de un verdadero equilibrio.

Azrael la contempló.

Seraphiel continuó:

—Hemos permitido que las irregularidades se acumulen porque intervenir parecía demasiado complicado. Hemos pospuesto decisiones para evitar consecuencias inmediatas, sin considerar cuánto podían agravarse los problemas.

Miró a Sariel.

—Y mientras nosotros discutíamos procedimientos, uno de nuestros propios arcángeles permanecía cautivo.

El antiguo ejecutor bajó ligeramente la cabeza.

Seraphiel sintió una punzada en el pecho, pero continuó.

—No podemos repetir ese error.

Althea levantó la mirada.

—Entonces, ¿qué propones?

La serafín permaneció callada durante varios segundos.

Después cerró lentamente el documento que tenía enfrente.

—Que dejemos de preguntarnos únicamente qué ha hecho Lucifer.

Azrael frunció ligeramente el ceño.

—¿Y qué deberíamos preguntarnos?

Seraphiel observó a cada uno de los presentes.

—Qué ocurrirá con el Infierno si continúa gobernándolo.

Nadie respondió inmediatamente.

Sariel levantó lentamente el rostro.

—Lucifer no renunciará voluntariamente.

—Lo sé —contestó Seraphiel.

—Y si percibe una amenaza contra su autoridad, responderá.

La serafín asintió.

—También lo sé.

Azrael entrelazó los dedos.

—Entonces necesitamos comprender qué significa realmente intervenir.

Seraphiel volvió la mirada hacia los jardines.

El Paraíso seguía extendiéndose bajo aquella luz inmutable.

Desde allí, todo parecía tranquilo.

Pero la serafín conocía demasiado bien el precio que podía tener la apariencia de tranquilidad cuando se sostenía sobre problemas que nadie deseaba enfrentar.

—No quiero que el Cielo provoque una guerra para demostrar que es superior al Infierno —murmuró.

Althea la observó con atención.

—¿Entonces?

Seraphiel volvió lentamente la cabeza.

—Quiero que dejemos de permitir que nuestra inacción se convierta en una forma de complicidad.

Azrael permaneció pensativo.

La frase no constituía una orden.

Tampoco explicaba qué medidas se adoptarían.

Pero representaba algo que hasta entonces parecía impensable.

Seraphiel estaba dispuesta a cuestionar la permanencia de Lucifer en el poder.

Y, por primera vez, la discusión había dejado de limitarse a los crímenes del pasado.

Ahora trataba sobre el futuro del Infierno.

Muy lejos de aquella catedral, el reino infernal continuaba desarrollando su existencia habitual.

Los mercados abrían sus puertas.

Las autoridades recorrían sus jurisdicciones.

Los pecados capitales gobernaban sus respectivos territorios y los habitantes comunes intentaban continuar con sus vidas.

En lo más alto de aquella estructura permanecía Lucifer.

Su autoridad parecía incuestionable.

Durante milenios había gobernado sin que ninguna fuerza consiguiera retirarlo de su trono.

Pero incluso los reinados más antiguos dependen de algo que sus gobernantes rara vez están dispuestos a reconocer.

Que quienes los rodean continúen aceptando su autoridad.

Y, en las profundidades de su palacio, Lucifer comenzaba a notar una ausencia.

Ghost no había regresado.

El ejecutor que durante siglos había respondido a sus órdenes permanecía desaparecido.

Lucifer contemplaba el espacio vacío frente a su trono.

No había recibido una explicación.

Tampoco una solicitud de permiso.

Por primera vez en mucho tiempo, su subordinado más temido había dejado de presentarse ante él.

El monarca apoyó lentamente una mano sobre el brazo de su asiento.

Sus dedos se cerraron con fuerza.

No sabía todavía cuánto había cambiado aquella ausencia.

No sabía que Sariel había recuperado su identidad.

Ni que su regreso había llevado a las autoridades celestiales a cuestionar las consecuencias de su reinado.

Pero comprendía algo.

La obediencia que había considerado garantizada durante siglos comenzaba a mostrar una grieta.

Y Lucifer jamás había tolerado las grietas en aquello que consideraba suyo.

Mientras tanto, en el Cielo, Seraphiel permanecía frente a una ventana.

Azrael se había retirado.

Althea también.

Sariel descansaba en otra parte de la catedral.

La serafín contempló las extensiones del Paraíso y recordó las palabras que había pronunciado durante su discusión con Azrael.

Tengo miedo de que un día todo termine por venirse abajo y no sepa cómo impedirlo.

Durante siglos había intentado conservar el orden mediante disposiciones cada vez más estrictas.

Había castigado errores.

Había impuesto disciplina.

Había exigido obediencia.

Pero ahora comenzaba a comprender que el equilibrio no podía sostenerse únicamente mediante el temor a las consecuencias.

Miró hacia su escritorio.

Sobre él descansaban los testimonios de Sariel, la declaración de Desmond y los registros relacionados con Finisterra.

Tres partes de una historia que, hasta hacía poco, parecían no guardar relación alguna.

Seraphiel se acercó lentamente.

Tomó el expediente principal y lo abrió.

Durante unos segundos permaneció contemplando las primeras páginas.

Después escribió una anotación en el margen.

No era una sentencia.

Tampoco una declaración de guerra.

Solo una pregunta.

Una que ninguna de las autoridades celestiales parecía haber formulado abiertamente durante milenios.

¿Puede Lucifer seguir gobernando el Infierno?

Seraphiel dejó la pluma sobre el escritorio.

No conocía todavía la respuesta.

Pero sabía que, una vez formulada aquella pregunta, ya no sería posible fingir que nada había ocurrido.

Y en algún lugar, más allá de las fronteras del Paraíso, un rey continuaba sentado sobre un trono cuya permanencia acababa de ser puesta en duda.

Por primera vez, el silencio entre el Cielo y el Infierno ya no parecía anunciar paz.

Parecía anunciar algo mucho más grande.

CAP 115

El trono de los Condenados

Nadie consiguió ponerse de acuerdo sobre cuándo había comenzado realmente la caída de Lucifer.

Algunos afirmaban que todo había empezado con la desaparición de Ghost.

Otros señalaban los acontecimientos de Finisterra, cuando un joven de la familia Lebrozky entró en las tierras prohibidas acompañado por miembros de la Guardia Celestial.

También existían quienes aseguraban que el deterioro del reinado infernal llevaba siglos produciéndose y que los últimos acontecimientos no habían sido más que la consecuencia inevitable de un poder que jamás había aceptado límites.

Lo cierto era que, durante mucho tiempo, casi nadie se había atrevido a imaginar un Infierno gobernado por alguien diferente.

Lucifer había estado allí desde que podían recordar.

Su nombre aparecía en los decretos, en los juramentos de las autoridades y en las disposiciones que regulaban la existencia de los distintos anillos.

Los demonios nacían, crecían y morían bajo un reino que parecía destinado a permanecer inalterable.

El poder cambiaba de manos entre los Eminentes.

Las autoridades infernales eran reemplazadas.

Las familias aristocráticas atravesaban períodos de prosperidad y decadencia.

Incluso los pecados capitales podían verse envueltos en conflictos que alteraban el equilibrio de sus territorios.

Pero Lucifer permanecía.

Siempre.

Por eso, cuando comenzaron a circular los primeros rumores, pocos les concedieron importancia.

En las calles se hablaba de desacuerdos entre figuras de alto rango.

De movimientos militares que no habían sido explicados públicamente.

De reuniones celebradas a puertas cerradas y de disposiciones que parecían contradecir órdenes emitidas apenas unos días antes.

Algunas personas aseguraban haber visto tropas desplazándose hacia regiones donde no existían conflictos declarados.

Otras hablaban de una presencia celestial.

Pero nadie podía demostrarlo.

Las versiones cambiaban dependiendo de quién las contara.

Y en un reino acostumbrado a los rumores, aquello parecía otra historia destinada a desaparecer con el paso de los días.

Hasta que una mañana ocurrió algo que ningún habitante del Infierno había presenciado.

Los comunicados oficiales dejaron de emitirse en nombre de Lucifer.

No hubo una explicación inmediata.

Tampoco una ceremonia pública que anunciara el cambio.

Simplemente, por primera vez en milenios, el nombre del monarca desapareció de los documentos que llegaban a las autoridades.

Y aquello consiguió que el Infierno entero comenzara a hacerse la misma pregunta.

¿Dónde estaba Lucifer?

En una pequeña calle del Anillo de la Ira, James Lebrozky permanecía frente a una pantalla instalada en el establecimiento donde trabajaba.

A su alrededor, varios empleados se habían reunido para observar una transmisión extraordinaria.

El presentador parecía tan desconcertado como quienes lo escuchaban.

—Repetimos la información recibida hace unos momentos. Diversas autoridades infernales han confirmado la suspensión de las disposiciones emitidas directamente desde el palacio real. Hasta ahora no existe una explicación pública sobre el paradero de Lucifer.

Una empleada se llevó una mano a la boca.

—¿Cómo que no saben dónde está?

—Eso es lo que están diciendo —respondió otro trabajador.

James permaneció callado.

Conocía demasiado bien la relación que su hermano había mantenido con las autoridades infernales.

Sabía que Desmond había llegado a enfrentarse a situaciones que pocos habrían conseguido sobrevivir.

Y también sabía que su reciente regreso del Cielo había estado relacionado con acontecimientos extraordinarios.

Pero aquello superaba cualquier cosa que hubiera imaginado.

Sacó su teléfono.

Buscó el contacto de Desmond.

Marcó.

La llamada tardó algunos segundos en conectarse.

—¿James?

—Des, ¿estás viendo las noticias?

Al otro lado de la línea hubo un breve silencio.

—Sí.

James observó nuevamente la pantalla.

—Dime que sabes algo.

Desmond tardó en responder.

—No mucho más que tú.

—¿Cómo que no mucho más que yo? ¡Están diciendo que Lucifer desapareció!

—Lo estoy escuchando.

James se apartó del grupo de trabajadores.

—¿Esto tiene algo que ver con lo que pasó en el Cielo?

Desmond permaneció callado.

Había regresado del Paraíso convencido de que las autoridades celestiales continuarían investigando los crímenes de Lucifer.

Sabía que Seraphiel había comenzado a cuestionar su permanencia en el poder.

También conocía las advertencias de Sariel.

Pero jamás recibió una explicación definitiva sobre lo que el Cielo estaba dispuesto a hacer.

Y ahora, después de tantos rumores y movimientos inexplicables, Lucifer había desaparecido de la estructura de gobierno del Infierno.

—No lo sé, James —respondió finalmente.

Su hermano soltó una exhalación de incredulidad.

—¿No lo sabes?

—No.

James guardó silencio.

—Escúchame —continuó Desmond—. No hagas nada extraño. Quédate tranquilo y mantente pendiente de las noticias.

—¿Crees que habrá una guerra?

Desmond contempló la ventana de su habitación.

A lo lejos, las calles seguían llenas de habitantes que intentaban continuar con sus actividades habituales.

—Espero que no.

James bajó lentamente la cabeza.

—Está bien. Llámame si sabes algo.

—Lo haré.

La llamada terminó.

Desmond dejó el teléfono sobre la mesa.

Durante varios minutos permaneció observando las noticias.

Los comunicados se sucedían sin ofrecer respuestas concretas.

Algunos hablaban de una reorganización administrativa.

Otros aseguraban que los representantes de varios anillos habían sido convocados a una reunión extraordinaria.

También circulaban versiones sobre un enfrentamiento que habría tenido lugar lejos de los principales centros urbanos.

Pero las autoridades evitaban confirmar cualquiera de ellas.

Y lo más extraño era que nadie parecía dispuesto a explicar qué había ocurrido con el rey.

Desmond se llevó una mano al rostro.

Había pasado buena parte de su vida deseando que las estructuras responsables de tanta corrupción e injusticia dejaran de ejercer poder sobre los habitantes del Infierno.

Sin embargo, ahora que parecía estar ocurriendo algo semejante, no experimentaba la alegría que habría imaginado.

Sentía incertidumbre.

Porque la desaparición de un gobernante no significaba necesariamente el final de sus problemas.

A veces, solamente era el comienzo de otros.

La puerta de la habitación se abrió lentamente.

Scott apareció en el umbral.

Desmond levantó la cabeza.

—¿Qué ocurre, hijo?

El joven sabueso permaneció observándolo.

Sus ojos, marcados por aquellas escleróticas negras y pupilas blancas que habían aparecido después de los acontecimientos relacionados con Astaroth, reflejaban una inquietud difícil de disimular.

—¿Es verdad lo que están diciendo?

Desmond guardó silencio.

—¿Sobre Lucifer?

Scott asintió.

—Dicen que ya no está.

Su padre contempló la pantalla.

—Eso parece.

Scott se acercó.

—¿Lo mataron?

Desmond negó lentamente.

—No hay ninguna información que confirme algo así.

—Entonces, ¿qué le pasó?

El joven permaneció pensativo.

—Todavía no lo sabemos.

Scott bajó ligeramente la mirada.

Desmond observó a su hijo.

Había crecido en un mundo donde los poderosos podían decidir el destino de quienes se encontraban debajo de ellos.

Un mundo donde las injusticias eran tan frecuentes que muchas personas terminaban aceptándolas como parte natural de la existencia.

Y ahora aquel mismo mundo parecía estar cambiando ante sus ojos.

—Papá...

—¿Sí?

—¿Tú crees que las cosas van a mejorar?

Desmond no respondió inmediatamente.

Se acercó a la ventana.

Contempló las calles del Infierno, las viviendas, los comercios y a los habitantes que continuaban sus vidas sin saber qué ocurriría durante las próximas horas.

Recordó la comuna 54.

Las jornadas agotadoras de Marta.

La muerte de Miguel.

La violencia que había marcado su infancia.

También recordó a Skyler.

Aquel pequeño bar donde se conocieron.

La familia que construyeron.

Y todo lo que habían perdido intentando encontrar un lugar donde vivir tranquilos.

—Quiero creer que sí —respondió finalmente.

Scott levantó la mirada.

—¿Pero no estás seguro?

Desmond volvió hacia él.

—No puedo estarlo.

Se acercó y apoyó una mano sobre su hombro.

—Las cosas no mejoran solamente porque cambie la persona que está arriba. También importa lo que haga después.

Scott permaneció pensativo.

—¿Y nosotros?

—¿Nosotros qué?

—¿Qué vamos a hacer?

Desmond sonrió suavemente.

—Lo mismo que hemos intentado hacer siempre.

El joven lo observó.

—Seguir adelante.

Scott asintió.

Desmond lo abrazó.

Durante unos segundos permanecieron así, sin prestar atención a los comunicados que continuaban reproduciéndose en la pantalla.

Afuera, el Infierno seguía existiendo.

Y, aunque su futuro comenzaba a resultar incierto, al menos todavía tenían la oportunidad de enfrentarlo juntos.

Mientras tanto, en otro sector del reino, Miller permanecía sentado frente a una mesa de madera.

Sobre ella descansaban varios documentos militares que todavía no había conseguido ordenar.

Su uniforme conservaba las marcas de jornadas difíciles.

La vieja tela azul grisácea, tan parecida a la que había utilizado durante su vida como soldado francés, parecía cargar nuevamente con el peso de una guerra.

El hombre contempló sus manos.

Había pasado buena parte de su existencia intentando alejarse de todo aquello.

Durante la Primera Guerra Mundial había aprendido a reconocer el sonido de los disparos antes incluso de comprender de dónde provenían.

Había visto campos convertidos en cementerios.

Había conocido el miedo de esperar una orden que podía significar la muerte de hombres que apenas habían tenido oportunidad de vivir.

Y, después de morir, había creído que jamás tendría que enfrentarse nuevamente a semejantes recuerdos.

Pero la eternidad había terminado llevándolo otra vez frente a un conflicto que no deseaba.

Miller se llevó una mano al rostro.

A través de una ventana podían observarse varias piezas de equipo militar que permanecían inmóviles.

Entre ellas destacaban tres antiguos Renault FT-17.

Aquellos vehículos le recordaban una época que habría preferido no volver a experimentar.

No eran símbolos de gloria.

Para Miller, nunca lo habían sido.

Eran instrumentos de una guerra que había dejado demasiadas heridas.

Una voz interrumpió sus pensamientos.

—Miller.

El hombre levantó la cabeza.

Un miembro de la Guardia Celestial permanecía en la entrada.

—¿Qué ocurre?

—Han llegado nuevas noticias del Infierno.

Miller dejó lentamente el documento que sostenía.

—Ya las escuché.

El guardia vaciló.

—Dicen que Lucifer ha desaparecido.

El antiguo soldado no mostró entusiasmo.

—Eso dicen.

—¿Crees que sea verdad?

Miller contempló los documentos sobre la mesa.

Después volvió la mirada hacia la ventana.

—He aprendido a no celebrar ninguna victoria antes de saber cuántas personas consiguieron regresar.

El guardia guardó silencio.

Miller se levantó lentamente.

Había demasiadas preguntas sin respuesta.

Demasiadas versiones contradictorias.

Y una inquietud que no lograba abandonar sus pensamientos.

Caelene.

La guardiana seguía recuperándose de las graves heridas que había sufrido durante los acontecimientos de Finisterra.

Miller había pasado demasiado tiempo preocupado por ella.

En ocasiones recordaba aquella noche en la tienda, cuando Caelene estuvo a punto de decirle algo que nunca llegó a pronunciar.

Todavía no.

Aquellas palabras habían adquirido un significado diferente.

Antes le producían curiosidad.

Ahora le recordaban todo lo que podía perderse cuando las personas creían disponer de tiempo ilimitado.

Miller cerró los ojos durante unos segundos.

Después tomó los documentos y los reunió cuidadosamente.

—¿Señor? —preguntó el guardia.

El antiguo soldado levantó la mirada.

—¿Sí?

—¿Qué hacemos ahora?

Miller observó el equipo militar que permanecía afuera.

Durante buena parte de su vida, alguien siempre había tenido una respuesta para aquella pregunta.

Avanzar.

Resistir.

Atacar.

Obedecer.

Y demasiadas veces aquellas respuestas habían terminado convirtiéndose en nuevas tragedias.

—Esperar información confirmada —respondió finalmente—. Y asegurarnos de que nadie haga una estupidez por creer que todo ha terminado.

El guardia asintió.

Miller volvió a contemplar el horizonte.

No sabía qué futuro esperaba al Infierno.

Pero tenía una certeza.

Si la desaparición de Lucifer significaba el comienzo de una nueva etapa, esperaba que sus habitantes no tuvieran que pagar por ella con otra generación de muertos.

La noticia definitiva llegó cuando el Infierno comenzaba a caer bajo la luz rojiza de su propio firmamento.

Los sistemas de comunicación interrumpieron sus transmisiones habituales.

En los edificios administrativos, las pantallas cambiaron de imagen.

Los teléfonos recibieron notificaciones extraordinarias.

Y en los principales centros urbanos comenzaron a reunirse multitudes que esperaban comprender qué estaba ocurriendo.

Desmond se encontraba junto a Scott cuando escuchó el anuncio.

—Atención a todos los habitantes de los anillos infernales.

La voz del comunicado era formal.

No transmitía entusiasmo.

Tampoco parecía dirigirse a quienes acababan de presenciar una victoria militar.

Era la voz de alguien que debía anunciar una transformación cuya magnitud resultaba difícil de comprender.

—Por disposición de las autoridades que han asumido la reorganización del gobierno infernal, se informa que Lucifer ha dejado de ejercer la autoridad suprema del Infierno.

Desmond sintió que el corazón le daba un vuelco.

Scott levantó inmediatamente la cabeza.

La transmisión continuó.

—Su permanencia en el trono ha llegado a su fin. A partir de este momento, el gobierno de los anillos infernales será sometido a un proceso de transición.

El joven sabueso observó a su padre.

—¿Entonces es verdad?

Desmond no consiguió responder.

La voz del comunicado hizo una pausa.

Después pronunció las palabras que terminarían recorriendo todos los rincones del reino.

—Lucifer ha sido desterrado al Averno.

El silencio que siguió pareció extenderse más allá de la habitación.

Desmond permaneció inmóvil.

Scott abrió ligeramente la boca.

A través de la ventana comenzaron a escucharse gritos.

Algunos eran de sorpresa.

Otros de incredulidad.

También había quienes celebraban abiertamente.

Pero muchas personas permanecían en silencio, incapaces de comprender cómo había sido posible semejante acontecimiento.

Lucifer.

El rey que había gobernado durante milenios.

El ser cuya autoridad parecía encontrarse por encima de cualquier cuestionamiento.

Había sido desterrado.

No asesinado.

No reemplazado temporalmente.

Desterrado.

Y su nuevo destino era el Averno.

Aquel lugar separado del Infierno común, reservado para las almas que habían cometido las atrocidades más repugnantes y que no poseían posibilidad alguna de redención.

El territorio del castigo definitivo.

Durante generaciones, el Averno había permanecido bajo una administración distinta de la que regía los anillos infernales.

Allí, Lilith había ocupado una posición que pocos habitantes del Infierno comprendían completamente.

Pero ahora el comunicado anunciaba un cambio que parecía desafiar incluso las reglas más antiguas de aquella estructura.

Lucifer ocuparía el lugar que antes había correspondido a Lilith.

Y ella abandonaría el Averno.

Scott se acercó a la pantalla.

—Papá...

Desmond levantó lentamente la cabeza.

—¿Sí?

—¿Quién consiguió hacerlo?

El joven permaneció inmóvil.

Había escuchado rumores.

Había conocido testimonios.

Había presenciado el comienzo de una investigación que cuestionaba la autoridad de Lucifer.

Pero ninguna de aquellas cosas explicaba cómo alguien había conseguido retirar del poder a una figura cuya fuerza superaba a la de prácticamente todos los habitantes del Infierno.

—No lo sé —respondió.

Scott lo miró con incredulidad.

—Pero tú estuviste en el Cielo.

Desmond asintió.

—Sí.

—¿Y no te dijeron nada?

El joven contempló nuevamente la pantalla.

—Me dijeron que investigarían sus acciones.

Hizo una pausa.

—Nunca me explicaron cómo pensaban detenerlo.

Scott volvió la mirada hacia el comunicado.

La transmisión continuó anunciando medidas administrativas y garantías destinadas a evitar alteraciones graves en la vida de los habitantes.

Pero había una cuestión que permanecía sin respuesta.

¿Cómo había sido posible?

Los rumores comenzaron a multiplicarse.

Algunos afirmaban que Lucifer había perdido el apoyo de importantes figuras de su propio reino.

Otros hablaban de una intervención militar coordinada.

También había quienes aseguraban que las autoridades celestiales habían participado directamente en su destierro.

Sin embargo, ninguna de aquellas versiones ofrecía una explicación completa.

Los comunicados evitaban mencionar enfrentamientos concretos.

No se publicaron detalles sobre la ejecución de la condena.

Tampoco se reveló quién había tenido la autoridad suficiente para imponerla.

Incluso los documentos que confirmaban el nuevo destino de Lucifer parecían cuidadosamente redactados para informar de sus consecuencias sin describir los acontecimientos que las habían provocado.

La población conocía el resultado.

Pero no el camino que había conducido hasta él.

Y aquella ausencia de respuestas comenzó a despertar una inquietud que ni siquiera los anuncios de un nuevo gobierno lograban disipar.

¿Había sido Lucifer derrotado en combate?

¿Lo habían obligado a renunciar?

¿Existía alguna autoridad por encima de su corona capaz de retirarlo del poder?

Y, si el Cielo había intervenido, ¿hasta dónde había llegado realmente su participación?

Nadie parecía dispuesto a responder.

Mientras los rumores se extendían por el Infierno, en las oficinas superiores de la catedral celestial, Seraphiel permanecía frente a una ventana.

Azrael se encontraba a varios pasos de ella.

Ninguno había pronunciado una palabra durante varios minutos.

Desde aquella altura podían contemplarse los jardines del Paraíso.

Las almas continuaban caminando por los senderos.

Las fuentes permanecían encendidas bajo la luz celestial.

Y, a simple vista, nada parecía haber cambiado.

Seraphiel contempló su reflejo en el cristal.

Recordó el día en que Desmond había llegado al tribunal.

La guillotina.

La sentencia.

La desesperación que la había llevado a confundir el castigo con la restauración del orden.

Después recordó a Sariel.

Su regreso.

Su cuerpo destruido.

Los siglos durante los cuales había permanecido convertido en un instrumento de Lucifer.

Aquellos acontecimientos habían cambiado muchas cosas.

Pero la serafín sabía que ninguna decisión, por importante que fuese, podía borrar las consecuencias de los errores cometidos durante demasiado tiempo.

—Ya es oficial —murmuró Azrael.

Seraphiel no se volvió.

—Lo sé.

El arcángel observó la mesa donde descansaban varios documentos.

Uno de ellos permanecía cerrado.

Su cubierta no llevaba un título visible.

Tampoco aparecía entre los expedientes de consulta ordinaria.

Azrael contempló aquel documento durante unos segundos.

—Habrá preguntas.

Seraphiel cerró lentamente los ojos.

—Siempre las hay.

—Esta vez serán diferentes.

La serafín permaneció inmóvil.

Azrael continuó:

—El Infierno ha tenido un mismo gobernante durante milenios. No puedes esperar que sus habitantes acepten un cambio semejante sin preguntarse cómo ocurrió.

Seraphiel apoyó una mano contra el marco de la ventana.

—No espero que lo hagan.

—Entonces tendremos que decidir qué información puede hacerse pública.

La serafín volvió lentamente la cabeza.

Su expresión era difícil de interpretar.

—No ahora, Azrael.

El arcángel guardó silencio.

Durante unos instantes pareció considerar si debía insistir.

Finalmente, bajó la mirada.

—Como desees.

Seraphiel volvió a contemplar el Paraíso.

Había pasado siglos convencida de que mantener el orden significaba disponer de respuestas para cualquier situación.

Ahora sabía que algunas decisiones podían cambiar la existencia de millones de seres sin que sus consecuencias fueran completamente previsibles.

Y aquella era una responsabilidad que ningún documento administrativo podía resolver por sí solo.

—¿Crees que las cosas serán diferentes? —preguntó.

Azrael levantó la cabeza.

—¿En el Infierno?

Seraphiel asintió.

El arcángel permaneció pensativo.

—Eso dependerá de quienes asuman el gobierno.

La serafín bajó lentamente la mirada.

—Espero que comprendan lo que significa tener esa responsabilidad.

Azrael observó su expresión.

—¿Y nosotros?

Seraphiel giró hacia él.

—¿Qué ocurre con nosotros?

—El Cielo también tiene cosas que resolver.

La serafín permaneció callada.

Después contempló los documentos sobre su escritorio.

Las solicitudes pendientes.

Los informes acumulados.

Los procedimientos administrativos que habían contribuido a convertir una utopía en un lugar donde sus propias autoridades recurrían a medidas desesperadas para conservar la apariencia de estabilidad.

—Lo sé —respondió finalmente.

Azrael asintió.

No necesitó añadir nada.

En otro sector de la catedral, Sariel contemplaba una de las enormes puertas que comunicaban con los jardines.

El antiguo ejecutor permanecía inmóvil.

Todavía no conseguía acostumbrarse completamente a su verdadera identidad.

Las llamas azules continuaban rodeando su cráneo.

Su cuerpo seguía siendo aquel esqueleto que Lucifer había construido después de destruir al arcángel que alguna vez había existido.

Pero ya no llevaba sus cuernos.

Ya no obedecía las órdenes de Lucifer.

Y, sobre todo, ya no creía que su existencia le perteneciera.

Había escuchado el anuncio.

Lucifer había sido desterrado.

Durante siglos, Ghost había considerado imposible que alguien pudiera retirar a su creador del trono.

Ahora sabía que Lucifer nunca había sido su creador.

Había sido su verdugo.

Sariel levantó lentamente una mano.

Contempló los huesos que todavía constituían sus dedos.

Recordó las vidas que había arrebatado.

Los lugares que había destruido.

Las órdenes que había cumplido sin cuestionar.

El destierro de Lucifer no borraba nada de aquello.

Tampoco convertía inmediatamente a Sariel en alguien digno de recuperar la vida que había perdido.

Pero representaba algo que durante siglos parecía imposible.

La oportunidad de vivir sin que Lucifer decidiera su destino.

Escuchó pasos detrás de él.

Seraphiel se acercó lentamente.

—Sariel.

El antiguo arcángel volvió el rostro.

—Seraphiel.

Ella se detuvo a su lado.

Durante unos instantes, ambos contemplaron los jardines.

—¿Has escuchado las noticias? —preguntó.

Sariel asintió.

—Sí.

La serafín guardó silencio.

—Nunca imaginé que viviría para escuchar algo semejante —continuó él.

Seraphiel bajó ligeramente la mirada.

—Yo tampoco.

El fuego azul se agitó suavemente.

—Durante siglos creí que Lucifer era invencible.

La serafín contempló el horizonte.

—El poder y la permanencia no son lo mismo.

Sariel giró lentamente hacia ella.

—Lo sé ahora.

Permanecieron callados durante varios segundos.

Finalmente, el antiguo ejecutor habló.

—¿Qué ocurrirá conmigo?

Seraphiel levantó la mirada.

—¿A qué te refieres?

—Lucifer ya no gobierna. Pero sigo teniendo que responder por lo que hice mientras estaba a su servicio.

La serafín permaneció pensativa.

—Eso no ha cambiado.

Sariel bajó lentamente la cabeza.

Seraphiel se acercó un poco más.

—Tampoco ha cambiado el hecho de que fuiste una de sus víctimas.

Él no respondió.

—Necesitaremos tiempo para comprender cómo proceder.

Sariel contempló sus manos.

—Supongo que tengo bastante.

Seraphiel sintió una pequeña punzada en el pecho.

Aquella frase habría podido sonar como una broma.

Sin embargo, conocía demasiado bien el peso que tenía para alguien que había pasado siglos prisionero de su propia existencia.

—No tienes que enfrentarlo solo —murmuró.

Sariel levantó lentamente la cabeza.

La serafín sostuvo su mirada.

Por un instante, el antiguo arcángel creyó reconocer algo familiar.

No un recuerdo completo.

Tampoco una imagen precisa.

Solamente una sensación.

La tranquilidad de estar junto a alguien que, mucho antes de que Lucifer lo convirtiera en Ghost, había significado una parte importante de su existencia.

—Gracias, Seraphiel.

Ella sonrió suavemente.

No añadió nada más.

Y ambos continuaron contemplando los jardines.

En el Infierno, la confirmación del nuevo gobierno llegó acompañada por una ceremonia que reunió a representantes de los distintos anillos.

No todos asistieron con entusiasmo.

Algunas autoridades mostraban preocupación por la estabilidad de sus territorios.

Otras parecían aliviadas.

También existían quienes observaban los acontecimientos con desconfianza, conscientes de que el final de un reinado no significaba necesariamente el comienzo de una época mejor.

En el antiguo salón del trono, las enormes columnas permanecían iluminadas por el resplandor rojizo de las llamas.

Durante milenios, aquel lugar había representado el centro absoluto de la autoridad infernal.

Allí se habían firmado decisiones que afectaban a generaciones enteras.

Allí habían acudido aristócratas, autoridades y pecados capitales para presentar sus solicitudes ante Lucifer.

Y allí, durante demasiado tiempo, la palabra del monarca había sido considerada suficiente para resolver cualquier cuestión.

Ahora su asiento permanecía vacío.

A ambos lados del salón se encontraban representantes de los territorios infernales.

Celia, Antrox y Lascivia figuraban entre las autoridades presentes.

También habían acudido miembros de la aristocracia y otras figuras influyentes del reino.

El ambiente era solemne.

No parecía una celebración.

Al menos, no todavía.

Las conversaciones fueron apagándose cuando las puertas principales comenzaron a abrirse.

Lilith apareció ante los presentes.

Durante mucho tiempo había ocupado su lugar en el Averno.

Un territorio que pocos habitantes de los anillos deseaban conocer.

Allí terminaban las almas que habían cometido atrocidades tan profundas que no existía posibilidad de redención.

No era un lugar destinado a ofrecer segundas oportunidades.

Era el destino de quienes habían perdido definitivamente ese derecho.

Y Lilith conocía mejor que muchos lo que significaba gobernar un territorio semejante.

Ahora estaba allí.

Frente al trono que durante milenios había pertenecido a Lucifer.

Su expresión era serena.

No mostraba la arrogancia de alguien que acababa de conseguir una victoria personal.

Tampoco parecía disfrutar del desconcierto que dominaba el salón.

Avanzó lentamente hasta situarse frente a los presentes.

Durante unos segundos contempló el trono vacío.

Después volvió la mirada hacia la multitud.

—Habitantes del Infierno —comenzó.

Su voz se extendió por el salón.

—Durante demasiado tiempo, este reino ha vivido bajo una autoridad que muchos consideraban imposible de cuestionar.

Los presentes permanecieron callados.

Lilith continuó:

—Hoy esa autoridad ha llegado a su fin.

Un murmullo recorrió la sala.

—Sé que existen preguntas. Sé que algunos sienten alivio y que otros temen lo que pueda ocurrir después de un cambio semejante.

Hizo una pausa.

—No voy a pedirles que abandonen sus preocupaciones. Tampoco voy a prometerles que todos nuestros problemas desaparecerán porque una corona cambie de dueño.

Antrox permanecía atento.

Celia observaba a Lilith con una expresión difícil de interpretar.

Lascivia no apartaba los ojos del centro del salón.

—El Infierno seguirá teniendo conflictos —continuó Lilith—. Sus habitantes continuarán enfrentándose a desigualdades, disputas y decisiones difíciles.

Su voz adquirió mayor firmeza.

—Pero un reino no debería existir únicamente para sostener la voluntad de quien lo gobierna.

El silencio se profundizó.

—Existen familias aquí. Existen trabajadores, comunidades y generaciones enteras que han construido sus vidas en estos territorios.

Lilith contempló a los representantes de los distintos anillos.

—Y todos ellos merecen que las decisiones de sus gobernantes sean tomadas considerando sus consecuencias.

Nadie interrumpió.

—No les prometo un Paraíso —añadió—. Este lugar nunca lo ha sido.

Una ligera expresión de tristeza cruzó su rostro.

—Pero tampoco aceptaré que su naturaleza sea utilizada como excusa para justificar cualquier atrocidad.

Las palabras resonaron por el salón.

Lilith volvió lentamente la cabeza hacia el trono.

—Hoy comienza una etapa diferente.

Hizo una pausa.

—Y si voy a ocupar este lugar, tendré que responder por las decisiones que tome desde él.

Durante unos segundos no se escuchó nada.

Después comenzaron los primeros aplausos.

Fueron tímidos.

Dispersos.

Pero poco a poco se extendieron entre los presentes.

No todos participaron.

Algunas figuras permanecieron inmóviles, observando con desconfianza.

Otras parecían incapaces de creer que aquel cambio estuviera ocurriendo realmente.

Lilith avanzó hacia el trono.

Se detuvo frente a él.

Durante un instante contempló el asiento que Lucifer había ocupado durante milenios.

Después se volvió hacia los presentes.

Y tomó su lugar.

La nueva gobernante del Infierno había sido reconocida.

Pero la ceremonia no respondió a la pregunta que todavía recorría las calles.

¿Cómo había terminado Lucifer en el Averno?

Las transmisiones oficiales mostraron la llegada de Lilith, su discurso y el comienzo de una nueva administración.

Sin embargo, ninguna explicó los acontecimientos que habían hecho posible aquel reemplazo.

Las imágenes del antiguo gobernante dejaron de aparecer en los comunicados.

Los documentos comenzaron a emitirse bajo una autoridad diferente.

Y, con el paso de los días, los habitantes del Infierno comenzaron a acostumbrarse a escuchar el nombre de Lilith donde antes solamente había aparecido el de Lucifer.

La vida continuó.

Los mercados volvieron a abrir.

Las familias regresaron a sus rutinas.

Las autoridades tuvieron que adaptarse a nuevas disposiciones.

Nada se transformó de manera milagrosa.

La violencia no desapareció.

La corrupción tampoco.

Los problemas acumulados durante milenios no podían resolverse mediante una proclamación.

Pero algo fundamental había cambiado.

Por primera vez, los habitantes del Infierno sabían que la autoridad de su gobernante no era necesariamente eterna.

Y aquella certeza resultaba tan esperanzadora como inquietante.

Una tarde, Desmond permanecía sentado en el balcón de su hogar.

El firmamento rojizo se extendía sobre la ciudad.

A lo lejos podían escucharse los sonidos habituales de la vida infernal.

Scott descansaba dentro de la vivienda.

James había regresado a sus responsabilidades.

Y Desmond disfrutaba de un momento de tranquilidad que llevaba demasiado tiempo necesitando.

Sobre una pequeña mesa descansaba su cuaderno.

Lo abrió lentamente.

Había pasado años escribiendo sobre la violencia, la corrupción y las injusticias que observaba a su alrededor.

También sobre el amor.

La pérdida.

La familia.

Y aquella necesidad constante de encontrar esperanza incluso en los lugares donde parecía imposible hacerlo.

Tomó un lápiz.

Durante varios segundos contempló la página en blanco.

Después comenzó a escribir.

No sobre Lucifer.

Tampoco sobre Lilith.

Escribió sobre las personas que habían conseguido continuar viviendo a pesar de todo aquello que intentó destruirlas.

Recordó a Rubí, la mujer que había dado su vida para que él pudiera nacer.

A Miguel, cuyo asesinato había marcado su infancia.

A Marta, que le enseñó a conservar sus valores incluso cuando el mundo parecía empeñado en arrebatárselos.

A James, que había permanecido junto a él durante sus momentos más difíciles.

Recordó a Scott.

A Laura.

A quienes habían formado parte de su vida y lo habían ayudado a convertirse en alguien diferente del muchacho que había crecido entre las calles de la comuna 54.

Y recordó a Skyler.

Su sonrisa.

Sus ojos.

La manera en que había extendido una mano para despedirse de él desde los jardines del Paraíso.

Desmond dejó escapar un suspiro.

Había deseado durante años volver a verla.

Cuando finalmente consiguió hacerlo, comprendió que el amor no siempre significaba permanecer junto a alguien.

A veces también significaba aprender a despedirse sin permitir que aquella ausencia destruyera todo lo que todavía quedaba por vivir.

El joven cerró los ojos.

Recordó las últimas palabras de Marta.

No dejen de luchar por lo que aman.

Había pasado buena parte de su existencia intentando cumplir aquella promesa.

Y aunque su camino estuvo lleno de errores, pérdidas y decisiones difíciles, todavía continuaba allí.

Vivo.

Rodeado de personas que lo necesitaban.

Con la posibilidad de seguir escribiendo su propia historia.

Desmond volvió a contemplar la página.

Una sonrisa discreta apareció en sus labios.

Por primera vez en mucho tiempo, no sintió la necesidad de escribir únicamente sobre el sufrimiento.

También quería escribir sobre aquello que había conseguido sobrevivirlo.

El sonido de una notificación interrumpió sus pensamientos.

Tomó su teléfono.

Un nuevo comunicado informaba sobre la reorganización de varias instituciones infernales bajo el gobierno de Lilith.

Desmond lo leyó lentamente.

Después dejó el dispositivo sobre la mesa.

Todavía existían demasiadas preguntas.

No sabía cómo Lucifer había sido desterrado.

Tampoco comprendía completamente qué había ocurrido entre las autoridades del Cielo y los principales poderes del Infierno.

Y, por la forma en que los comunicados evitaban abordar aquellas cuestiones, sospechaba que las respuestas tardarían en llegar.

Pero había aprendido algo durante su vida.

No todas las preguntas podían resolverse inmediatamente.

Algunas requerían tiempo.

Otras exigían enfrentar verdades que nadie deseaba conocer.

Y existían aquellas cuya respuesta podía cambiar para siempre la manera en que se comprendía el pasado.

Desmond cerró su cuaderno.

Se levantó lentamente y contempló la ciudad.

El Infierno seguía allí.

No era un lugar justo.

Tampoco era un lugar condenado a permanecer exactamente como siempre había sido.

Su futuro todavía estaba por escribirse.

Y él formaría parte de él.

Muy lejos de aquellos territorios, más allá de las regiones donde todavía existía alguna posibilidad de redención, se encontraba el Averno.

Allí no había calles semejantes a las de los anillos infernales.

No existían comunidades que intentaran construir una vida mejor ni almas que conservaran la esperanza de alcanzar algún día el perdón.

Era el territorio de quienes habían cometido las atrocidades más despreciables.

El destino reservado para aquellos cuyo camino hacia la redención había quedado definitivamente cerrado.

Durante mucho tiempo, Lilith había ejercido su autoridad sobre aquel lugar.

Ahora su antiguo puesto pertenecía a alguien diferente.

En las profundidades del Averno, una figura permanecía frente a un trono.

Su silueta se recortaba contra una oscuridad apenas interrumpida por resplandores lejanos.

Su cabello claro caía sobre los hombros.

Las alas permanecían recogidas detrás de su espalda.

Y sus ojos, hundidos en las sombras, conservaban una mirada que durante milenios había provocado temor incluso entre los habitantes más poderosos del Infierno.

Lucifer.

El antiguo rey contempló aquel asiento durante un largo rato.

No había recibido un reino nuevo.

Había perdido el suyo.

El Infierno, con sus anillos, sus autoridades, sus habitantes y todas aquellas estructuras que había controlado durante milenios, ya no le pertenecía.

Su corona había sido reemplazada.

Su palabra ya no constituía la máxima autoridad.

Su nombre había desaparecido de los decretos que regulaban la existencia de millones de seres.

Y el lugar que ahora debía gobernar era aquel del que Lilith acababa de marcharse.

El Averno.

Lucifer permaneció inmóvil.

Su expresión no mostraba arrepentimiento.

Tampoco aceptación.

Durante demasiado tiempo había considerado que el poder era algo que podía conservarse mediante la fuerza, el miedo y la obediencia.

Ahora se encontraba frente a una realidad que jamás había contemplado como posible.

Había sido desterrado de su propio reino.

Pero el Averno no ofrecía respuestas.

Solamente una eternidad diferente.

Lucifer levantó lentamente la cabeza.

A su alrededor se extendía un territorio habitado por las almas que ninguna posibilidad de redención podía alcanzar.

Aquellas existencias no habían llegado allí buscando una segunda oportunidad.

Y el antiguo monarca tampoco encontraría una para recuperar su reino mediante una simple declaración de autoridad.

Finalmente avanzó.

Se detuvo frente al trono que había ocupado Lilith.

Durante unos segundos permaneció contemplándolo.

Después tomó asiento.

La oscuridad pareció cerrarse alrededor de su figura.

Seguía siendo poderoso.

Seguía siendo Lucifer.

Pero ya no era el rey del Infierno.

Su existencia continuaría en aquel lugar, lejos de los territorios que había considerado suyos durante milenios.

Y aunque su destierro había sido anunciado oficialmente, todavía existía una cuestión que ni siquiera los relatos más difundidos conseguían explicar.

¿Qué había sucedido realmente para que alguien como Lucifer terminara allí?

En el Cielo, los documentos relacionados con aquellos acontecimientos permanecían fuera del alcance de las consultas ordinarias.

Las autoridades celestiales no habían ofrecido una explicación completa.

Los testimonios públicos resultaban fragmentarios.

Y las pocas versiones que circulaban sobre lo ocurrido se contradecían entre sí.

Algunos sostenían que Lucifer había sido derrotado por una alianza imposible.

Otros creían que su caída había comenzado mucho antes de que alguien se atreviera a desafiarlo abiertamente.

También existían quienes sospechaban que el Cielo había intervenido de una manera que sus propios representantes no estaban dispuestos a reconocer.

Pero ninguna de aquellas versiones podía considerarse definitiva.

El Infierno tenía una nueva gobernante.

Lucifer había sido desterrado al Averno.

Y la existencia de ambos reinos continuaría bajo una distribución de poder que, hasta hacía poco, parecía imposible.

Aquello era lo único que podía afirmarse con certeza.

El resto permanecía oculto.

En las oficinas superiores de la catedral celestial, Seraphiel cerró lentamente un expediente.

Azrael permanecía junto a la puerta.

La serafín observó el documento durante varios segundos.

Después levantó la mirada hacia el arcángel.

—¿Todo está en orden?

Azrael tardó un instante en responder.

—Por ahora.

Seraphiel asintió.

Dejó el expediente sobre el escritorio.

No volvió a abrirlo.

Afuera, el Paraíso continuaba resplandeciendo bajo su luz inmutable.

Y muy por debajo de aquella aparente armonía, el Infierno comenzaba a escribir una nueva historia.

Una historia cuyo primer capítulo ya estaba siendo contado por millones de voces.

Pero cuyo verdadero comienzo permanecía en silencio.

Porque todos sabían dónde había terminado Lucifer.

Lo que nadie había conseguido explicar era cómo el Cielo había permitido que terminara allí.

Y, quizá, esa era una verdad que algunas de sus autoridades todavía no estaban preparadas para contar.

SOBRE EL AUTOR

MIGUEL ANTHONY DUQUE CASTAÑO

Miguel Anthony Duque Castaño, nacido el 1 de noviembre de 2006 en Colombia, descubrió desde muy temprana edad un profundo amor por la escritura. Sus primeras historias fueron un refugio y una forma de escapar de la realidad, donde encontraba la libertad de imaginar, crear mundos y dar vida a personajes que lo acompañaban en sus propios momentos de soledad.

Con el paso del tiempo, esa pasión se transformó en su proyecto más ambicioso: *Proyecto Gaia*. Lo que comenzó como un simple escape creativo, terminó convirtiéndose en un universo mucho más grande, complejo y personal, que hoy se conoce como *GaiaVerse*.

Tras tres años de dedicación, investigación, construcción de mundo y un trabajo constante, Anthony logró publicar el primer libro de este universo, marcando el inicio de una historia pensada para expandirse en múltiples entregas.

Su mayor sueño es consolidarse como un escritor reconocido, llevar su obra al estrellato y, algún día, verla cobrar vida en una serie animada que le permita compartir el *GaiaVerse* con un público mucho más amplio.